Samuel Pérez Millos, Th.M.

COMENTARIO EXEGÉTICO AL
TEXTO GRIEGO DEL NUEVO TESTAMENTO

ὑμᾶς καὶ γνώσεσθε τὴν ἀλήθειαν, καὶ ἡ ἀλ
ὶ ἡ ἀλήθεια ἐλευθερώσει ὑμᾶς καὶ γνώσεσθε
ώσεσθε τὴν ἀλήθειαν, καὶ ἡ ἀλήθεια ἐλευθερ

APOCALIPSIS

COMENTARIO EXEGÉTICO
AL TEXTO GRIEGO
DEL NUEVO TESTAMENTO

APOCALIPSIS

Samuel Pérez Millos

Samuel Pérez Millos

COMENTARIO EXEGÉTICO AL TEXTO GRIEGO DEL NUEVO TESTAMENTO

APOCALIPSIS



editorial clie

EDITORIAL CLIE
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS (Barcelona) ESPAÑA
E-mail: libros@clie.es
Internet: http://www.clie.es

COMENTARIO EXEGÉTICO AL TEXTO GRIEGO
DEL NUEVO TESTAMENTO
APOCALIPSIS

ISBN: 978-84-8267-558-9
ISBN obra completa: 978-84-8267-547-3

Printed in U.S.A.

Clasifíquese:
HERMENEUTICA
0283-Comentarios del NT-Apocalipsis
CTC: 01-02-0283-19
Referencia: 224714

Dedicatoria.

Dedico este libro a mi amada congregación de la Iglesia Evangélica Ebenezer, en la calle Pi y Margall 25, de la ciudad de Vigo –la primera Iglesia Evangélica en la ciudad- por su continua identificación y apoyo en el ministerio llevado a cabo a lo largo de veinticinco años en el pastorado, donde, en ese tiempo, prediqué el Apocalipsis en varias ocasiones.

CONTENIDO

CAPÍTULO II
Cartas a Éfeso, Esmirna, Pérgamo y Tiatira.

CAPÍTULO III
Cartas a Sardis, Filadelfia y Laodicea.

PRÓLOGO

El libro de Apocalipsis es el más complejo del canon y ha sido motivo de variadas interpretaciones y no pocas controversias. El futuro ejerce siempre una especial fascinación y los hombres han tratado de penetrarlo por múltiples caminos. Por lo tanto no debe extrañarnos que este libro, revelación de Dios sobre los tiempos del fin, con su profusión de visiones aterradoras y símbolos deslumbrantes, haya tentado a muchos intérpretes improvisados que, fascinados con la posibilidad de desentrañar el futuro, aventuraron interpretaciones inconsistentes y muchas veces disparatadas. Otros elaboraron complejas explicaciones movidos por intencionalidades políticas y utilizaron sus páginas para santificar o satanizar ideologías y culturas. Gracias a Dios hubo y hay todavía estudiosos que producen comentarios serios y documentados como el que en esta ocasión nos ofrece Samuel Pérez Millos.

Para intentar una interpretación del Apocalipsis hay que tener en cuenta que este libro es la cumbre de las Sagradas Escrituras en el cual Dios nos permite contemplar la consumación de la historia humana y ver, dentro de las limitaciones de nuestra comprensión, lo que será el triunfo final y definitivo del Rey de Reyes y Señor de Señores. Si queremos penetrar en la revelación que hemos recibido por medio del Apóstol Juan es necesario que hayamos recorrido exhaustivamente toda la revelación anterior, en especial los libros proféticos y la literatura apocalíptica del Antiguo Testamento, en los que se encuentran las claves que permiten comprender el sentido y significado de sus símbolos y visiones.

Don Samuel Pérez Millos no necesita presentación, cualquiera que haya frecuentado las páginas de sus libros anteriores habrá quedado fascinado por la profundidad y claridad con que expone la verdad de Dios. Como reconocido exegeta, nos ofrece nuevamente una obra seria, documentada y profunda sobre el Apocalipsis, basada en un análisis concienzudo del texto griego y en un vasto conocimiento del Antiguo Testamento. Es una obra de madurez donde el móvil del autor no es la curiosidad morbosa del neófito por anoticiarse acerca del futuro, sino la búsqueda serena de quien quiere estar más cerca del corazón de Dios y gozarse en la esperanza de la gloria venidera.

El comentarista aborda el análisis de las Sagradas Escrituras con gran respeto y seriedad, evitando las interpretaciones dogmáticas de la profecía, y se ciñe rigurosamente a lo que el texto dice, tratando de desentrañar su sentido pero sin añadir conclusiones conjeturales. Quien busque en estas páginas especulaciones sensacionalistas seguramente se sentirá defraudado, porque el propósito de la obra no es deslumbrar al lector con afirmaciones audaces sino

producir un acercamiento respetuoso a la Revelación de Dios que mantenga lozana la expectativa ante el triunfo final del Resucitado.

Como todo trabajo meduloso comienza analizando la canonicidad del libro, su presencia en la literatura patrística y en la iglesia posterior y las diversas formas de interpretación. Luego, utilizando el sistema futurista, se ajusta a la división natural del libro enunciada en el primer capítulo y realiza un minucioso análisis textual. Desplegando su notable erudición el autor comienza cada sección reproduciendo y analizando el texto griego con notas explicativas que serán de incalculable valor y enriquecimiento para los estudiosos. Luego el comentario sorprende por lo meticuloso y detallista, con abundantes referencias a otros pasajes de la Biblia lo que permite integrar naturalmente a Apocalipsis con resto el del canon y contemplarlo como culminación lógica de la obra de Dios en la historia.

Samuel Pérez Millos no se deja deslumbrar por el facilismo y la frivolidad que impera hoy en la literatura cristiana y nos ofrece un comentario exhaustivo, único en nuestra lengua, que será el deleite de quienes estudian con seriedad la Palabra de Dios. Estamos seguros que este comentario, por su alto nivel académico y su claridad, se convertirá en una obra de obligada consulta para quienes quieran bucear en las honduras del último libro de la Biblia.

Pero además es una obra que logra con sus atinadas reflexiones enriquecer la vida espiritual del lector afirmándolo en la esperanza, fortaleciéndolo en la lucha diaria y despertando ansias de eternidad.

El tema central de Apocalipsis es el triunfo de nuestro Señor, su venida en gloria y el comienzo de una eternidad de cielos nuevos y tierra nueva donde mora la justicia. Quienes transitamos sufridamente por este mundo degradado por el pecado y la maldad volvemos a encarnar diariamente el diálogo con que culmina la revelación de Dios: *El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús.* (Apc. 22.20) Samuel Pérez Millos logra en cada una de las páginas de su comentario que ese anhelo ferviente de cada redimido por encontrarse con el Señor se vea fortalecido y que la esperanza eterna tenga un brillo renovado.

Siento que es un placer y un privilegio prologar esta obra singular. Ruego a Dios que la pluma de Samuel Pérez Millos siga produciendo comentarios de este nivel, tan necesarios en nuestro tiempo, y que el Señor utilice la presente obra para bendición de todo su pueblo acrecentando su conocimiento y afirmándolo en la esperanza.

Salvador Dellutri.

CAPÍTULO I

EL GLORIOSO SEÑOR

Introducción.

El libro de Apocalipsis es uno de los escritos bíblicos de más difícil interpretación. Se encuentra en el último lugar del Nuevo Testamento y, por tanto, de toda la Biblia. El Génesis es el libro de los principios, el Apocalipsis el de las culminaciones. Génesis describe el comienzo de todas las cosas, comenzando por los cielos y la tierra; Apocalipsis presenta el término de las cosas actuales y el comienzo de las cosas perpetuas, con la creación de cielos nuevos y tierra nueva. El Génesis ofrece la panorámica del gobierno del mundo creado en mano del hombre; el Apocalipsis presenta proféticamente el definitivo gobierno del mundo y de todo el universo en manos del Hombre perfecto, el Hijo de Dios, que establece el reino eterno de Dios entre los hombres y lo proyecta cósmicamente a toda la creación. El Génesis describe el pecado y sus consecuencias; el Apocalipsis levanta la mirada hacia un mundo nuevo donde el pecado no existe y las consecuencias producidas por él mismo desaparecen. Por la naturaleza y disposición de su contenido no es posible un análisis superficial que permita entender su contenido y aplicarlo a la vida personal. El Apocalipsis es el libro profético del Nuevo Testamento y la culminación de toda la revelación de Dios por medio de sus siervos, los profetas. Como todos los libros de la Escritura, también éste responde a la pregunta: *"¿Quién es el Soberano?"*, destacándose la soberanía de Dios como en ningún otro. Él mismo interviene en la historia de la humanidad para afirmar su proyecto sobre el mundo, en una acción definitiva del Mesías-Rey. El libro de Apocalipsis desarrolla los últimos años del predominio gentil; acontecimientos que culminarán en un mundo transformado por el poder Dios, gobernado por su Hijo Jesucristo, el Rey de reyes y Señor de señores. Es necesario tener en cuenta que el Apocalipsis, describe acontecimientos futuros desde el capítulo cuatro y, sobre todo, que este admirable escrito desarrolla el contenido de un sólo texto de la profecía de Daniel (Dn. 9:27), el tiempo denominado como de la *última semana de años.* El Apocalipsis es un libro de contrastes en el que aparece por un lado la acción divina y por el otro la réplica diabólica en oposición a Dios y su plan. A la Trinidad Santísima se opone la trinidad de maldad con la acción de Satanás, el anticristo y el falso profeta. Cada creyente debe estar atento a este admirable conjunto profético como de una antorcha que alumbra en lugar oscuro hasta que el día aparezca (2 P. 1:19).

El libro tiene una dificultad añadida al pertenecer al género literario denominado *apocalíptico*, en donde los símbolos y las visiones forman la expresión máxima de su contenido. El mensaje eminentemente profético se

expresa en la forma antes citada, lo que exige una doble interpretación, la del simbolismo y la profética. Sin embargo, debe entenderse que aun dentro del género literario apocalíptico, nada tiene que ver con la *apocalíptica* registrada en libros *apócrifos*, o *seudoepígrafos*, que han circulado tanto entre judíos como entre cristianos en el primero y segundo siglo d.C. La apocalíptica literaria del libro es semejante a pasajes de los libros proféticos escatológicos del Antiguo Testamento como Ezequiel, Daniel, Joel o Zacarías.

El Apocalipsis ha sido leído y estudiado, en alguna medida, por muchos, a lo largo del tiempo, por simple curiosidad de conocer lo que tiene que ver con el futuro del mundo, perdiendo con ello en contenido de la enseñanza que Dios quiere dar para el momento presente. Es preciso, pues, acercarse a Él como un escrito plenariamente inspirado por Dios que tiene como propósito revelarnos, no tanto los acontecimientos futuros, sino a Dios mismo que controla la historia y la lleva a cabo para ejecutar su propósito eterno. Esta es la condición y la forma de acercarse al estudio del Apocalipsis, desde la búsqueda de conocer mejor a Dios, por medio de su misma revelación en este escrito bíblico. Finalmente, es necesario entender que el contenido profético de este libro es una panorámica de la historia futura que Dios anticipa, por tanto, tratar de ajustar las figuras y profecías al tiempo actual producirá notorias distorsiones. Las señales proféticas y los acontecimientos que Dios da en el libro no deben entenderse como algo que deberá producirse antes del recogimiento de la Iglesia, conforme a la promesa del Señor, por tanto, nadie debe estar viendo cumplimientos proféticos definitivos en cualquier circunstancia histórica del entorno actual. Dogmatizar en profecía trajo y traerá siempre malas consecuencias que producirán desencantos. Tan sólo debe afirmarse lo que expresamente se dice en el texto bíblico, dejando el resto y sobre todo las interpretaciones subjetivas para el pensamiento del lector pero no para la enseñanza bíblica.

El presente capítulo se divide en dos partes: En la primera se hace una introducción general al libro y el bosquejo analítico para el estudio. En la segunda se inicia el comentario textual, considerando primero el prólogo (vv. 1-8) y dentro de este apartado, el sobrescrito o título (vv. 1-3), y el saludo (vv. 4-8). Sigue luego, dentro del apartado de las cosas que has visto (vv. 9-20), las circunstancias de la visión (vv. 9-11), el contenido de la visión (vv. 12-16) y, finalmente, las consecuencias de la visión (vv. 17-20).

Introducción general del libro.

Canonicidad.

En la iglesia primitiva la circulación del libro, después de haberse escrito, incluso entre las iglesias de Asia Menor donde la relación y el conocimiento del

apóstol Juan eran amplios, no está lo suficientemente probado. A lo largo de los siglos se admitió como canónico. La referencia más antigua al Apocalipsis, como parte de los escritos inspirados, aparece en la *Carta de las iglesias de Lyón y Viena a las iglesias de la región del Asia Menor*[1]. Se dice que la persecución de aquellas comunidades cristianas era el cumplimiento de la Escritura. El catálogo de los Libros Sagrados que suele atribuirse a Gelasio, aunque probablemente proceda de Dámaso, en el Concilio Romano del año 382, se cita el Apocalipsis de Juan. Más adelante, en el año 393, el Concilio Hiponense, llamado también Cartaginense I, plenario de toda África, establece el canon de los Libros Sagrados incluyendo el Apocalipsis. En una carta de Inocencio I a Exuperio, obispo de Tolosa, de 20 de febrero del 405, indica que el Apocalipsis debe ser considerado como del Canon distinguiéndolo de otros apócrifos que debían ser repudiados. En el año 495 Gelasio lo incluyó en su Catálogo de Libros Canónicos. Dos siglos mas tarde, en el año 633, el Concilio Toledano IV, reconoce, en su capítulo 17, la autenticidad, canonicidad y autoridad en la Iglesia, del Apocalipsis del evangelista Juan, imponiendo pena de excomunión al que no lo acepte. El Concilio Florentino del año 1441, en el *Decreto Pro Iacobitis*, declara que recibe y venera como divinamente inspirado, el Apocalipsis de Juan. Finalmente el Concilio Tridentino del año 1546, en el decreto sobre el canon de las Escrituras, declara que quien no reciba por sagrado y canónico el Apocalipsis del apóstol Juan, sea anatema.

El libro en la patrística y en la iglesia antigua.

Junto con las referencias a la canonicidad del párrafo anterior, hay otras muchas alusiones de los *padres de la Iglesia*, y de otros autores cristianos antiguos que hacen referencia al Apocalipsis de Juan. Entre ellos está Papías, el obispo de Hierápolis, que fue un discípulo directo del apóstol Juan, por lo que debe ser incluido entre los *Padres Apostólicos*, en el año 130 atestigua la autenticidad del Apocalipsis como un escrito del apóstol, según testimonio de Andrés de Cesarea, del s. IV, que pudo consultar las obras de Papías[2]. De la misma manera en Pastor Hermas, considerado como un escrito del año 140, habla de la imagen de la esposa engalanada, haciendo referencia a Apocalipsis 21:2[3]. En ese mismo texto hay otra referencia a la persecución, que probablemente corresponde a una aplicación de 7:14. Una interesante referencia al libro en los escritos antiguos aparece en el *Apócrifo de Juan*,[4] cita Apocalipsis 1:19, y recordando también el pasaje de 1:13-18. En el escrito se afirma que el libro es del apóstol Juan, que fue hermano de Santiago y ambos

---

1 Eusebio. *HE*, 5, I, 58.
2 Padres Apostólicos. *Andreas Caesariensis in Apocalypsin.*
3 Pastor Hermas. Visio 4, 2, I.
4 Pap. Berol. 8502. Chenoboskion Codex X [III].

hijos de Zebedeo. Aunque la copia más antigua del escrito data del s. IV o V, el original debe datarse sobre el año 150. Justino Mártir, entre los años 153 al 156, escribe según recoge S. Bartina: *"Entre nosotros, un varón por nombre Juan, uno de los apóstoles de Cristo, profetizó en la Revelación (Apocalipsis) que se le hizo que los que hubieran creído en Cristo pasarían mil años en Jerusalén"*[5] Melitón de Sardis, alrededor del año 170, produjo algunos escritos con el título *Acerca del diablo y del Apocalipsis de Juan*[6]. El escrito es importante por cuanto refleja el pensamiento de los cristianos en Sardis, una de las siete iglesias que se mencionan en el libro y en un tiempo relativamente próximo al de composición del libro. Policarpo, sobre el año 155, discípulo inmediato de Juan, en su carta a los Filipenses, utiliza frases idénticas a algunas que aparecen en el, considerando el libro como divinamente inspirado[7]. En el año 195, Ireneo, que fue discípulo de uno de Policarpo, a su vez discípulo del apóstol Juan, citaba frecuentemente el Apocalipsis, aceptándolo como Escritura y como obra de Juan, el discípulo de Jesús[8]. El canon de *Muratori*, del año 170, recoge el Apocalipsis como inspirado, teniendo la importancia de tratarse de una reseña crítica de los libros canónicos, distinguiendo el Apocalipsis de Juan de otro con el mismo título atribuido a Pedro, que ya era considerado como apócrifo[9]. En el mismo texto el canon de Muratori dice que aunque el escrito está dirigido a las siete iglesias en Asia, comprende a todas. Pasando al s. III, Tertuliano de África del Norte, en el año 207, citaba a menudo porciones del Apocalipsis, refiriéndose a él como un escrito del apóstol Juan[10]. De la misma manera Clemente Alejandrino, en escritos anteriores al año 215, comentaba partes del Apocalipsis y, según eruditos, es posible que haya explicado todo el libro en las *Hipotiposis*[11]. Sobre el año 230, Hipólito de Roma escribió un comentario a todo el libro que se ha perdido que cita Jerónimo[12]. Además en su escrito Del Cristo y del Anticristo, acepta el Apocalipsis como Escritura proveniente del apóstol Juan[13]. Clemente y Orígenes, en el año 233, líderes en Alejandría, confirman que el libro es de origen apostólico y es Escritura, identificando al autor como uno de los discípulos de Jesús y autor de uno de los Evangelios[14]. De igual modo Atanasio de Alejandría, es un defensor de la canonicidad del Apocalipsis.

---

[5] Sebastián Bartina. o.c., pág. 575.
[6] Eusebio. HE 4, 26.
[7] Policarpo. *Ad Philippenses*, Inscriptio, 6, 8.
[8] Ireneo. *Adversus haereses*. 4, 20, 11.
[9] K. Stendahl. *The apocaliypse of John and the Epistles of Paul in de Muratonian Fragment*. Essays O. A. Piper. Nueva York, 1962.
[10] Tertuliano. *Adversus Marcionem*. 3, 14, 24.
[11] Eusebio, *HE*, 6, 14.
[12] Jerónimo. *De viris ilustribus,* 61.
[13] F. X. Kraus. *Realenzyclopädie der christlichen Altertümer*. Freiburg 1882.
[14] Orígenes. *In Ioannem*, I, 14.

El libro en la iglesia posterior.

Dado el apoyo general que el libro tuvo entre los Padres Apostólicos y los Padres de la Iglesia, pareciera que la tradición sería la de una aceptación plena en el tiempo posterior, sin embargo, no ha sido así, ya que el Apocalipsis fue cuestionado posteriormente, poniendo de manifiesto que la aceptación del escrito no fue universal. De manera que Marción no lo incluyó en su catálogo de libros inspirados, sin embargo en esa lista están excluidos todos los escritos del apóstol Juan. Probablemente haya una razón subjetiva, consistente en el abundante uso de referencias del Antiguo Testamento que aparecen en el libro. Según Everett Harrison: *"en el s. II se elevaron voces en contra de este libro aquí y allá, debido al surgimiento del montanismo, movimiento que reclamaba para sí dones proféticos especiales y utilizaba el libro del Apocalipsis como base para su enseñanza de que la nueva Jerusalén pronto descendería en el área de Frigia, donde el movimiento tenía su centro"*[15]. Como consecuencia de la oposición al montanismo, al procurar restar apoyo escritural a sus enseñanzas, como consecuencia de la *ley del péndulo*, un grupo llamado los Alogi, llegaron a negar que los escritos de Juan, incluido el Evangelio y Apocalipsis, fuesen realmente del apóstol. El movimiento montanista que fue una de las primeras manifestaciones del carismatismo en la historia de la iglesia, atesoraban de forma muy especial el Evangelio según Juan, porque en él se hace referencia a la promesa del Paráclito, el Espíritu Santo, que según ellos estaba a punto de cumplirse entonces, poniendo como testimonio para dicha afirmación la riqueza de los dones *carismáticos*, que se manifestaba dentro del movimiento montanista. Como consecuencia los oponentes procuraron desprestigiar la fiabilidad del cuarto Evangelio destacando las aparentes contradicciones que tenía con los sinópticos. La misma suerte corrió el Apocalipsis. Uno de los más enfurecidos opositores a los escritos del apóstol Juan fue un tal Cayo, que los asignó como seudoepígrafos de un hereje llamado Cerinto.

De la misma manera Dionisio, el obispo de Alejandría, se involucró en una discusión radical contra el Apocalipsis debido a que Nepos, obispo de un área próxima, presentó los puntos de vista milenaristas, pero con formas poco ortodoxas y con énfasis carnales, al estilo de Papías. Aunque Dionisio conocía que Cayo atribuía el Apocalipsis al hereje Cerinto, no quiso usar este modo para desprestigiar el escrito, limitándose a negar la autoría apostólica del libro. Uno de los argumentos que usó fue el reiterado uso que se hace del nombre Juan en el Apocalipsis, a diferencia del Evangelio en donde no aparece nunca y se oculta cuando se hace necesario alguna identificación personal. Teniendo en cuenta que el nombre Juan era bastante común, se procuró hacer creer que debió

---

[15] Everett Harrison. *Introducción al Antiguo Testamento*. Subcomisión Literatura Cristiana de la Iglesia Cristiana Reformada. Grand Rapids, Michigan, 1980. Pág. 453.

haber sido otra persona con el mismo nombre que no era el apóstol. Igualmente utilizó un contraste textual para establecer notorias diferencias entre el Apocalipsis y el lenguaje del Evangelio y de la Primera Epístola. Hizo destacar también la notoria diferencia entre el griego del Evangelio y de la Epístola y el usado en el Apocalipsis, con notables diferencias que incluyen barbarismos y hasta solecismos[16]. Con todo, los argumentos de Dionisio no tuvieron en cuenta los factores de concordancia, y en especial el trasfondo del hebreo que subyace en los escritos y especialmente en Apocalipsis. Aunque no fueron argumentos concluyentes, lograron sembrar dudas sobre la autoría del libro. Lo más sorprendente en la iglesia antigua fue la posición de Eusebio de Cesarea que lo colocó tanto en el canon de libros inspirados como en el de no reconocidos, en lugar de introducirlo en la lista de *libros en discusión*. La razón de este modo de actuar obedece, según Stonehouse, a que Eusebio estaba en desacuerdo con la iglesia y al notar que mayoritariamente se reconocía el libro como canónico, tanto en la iglesia oriental como en la de occidente, no se atrevió a colocarlo en la lista de libros no inspirados[17].

Sobre la posición de la iglesia en Capadocia, Escribe Everett Harrison:

"La iglesia de Capadocia estaba dividida en su actitud hacia el Apocalipsis; Basilio y Gregorio de Nisa lo aceptaban como Escritura, pero Gregorio Nacianceno y Anfilocio lo omitieron de su lista de los libros del Nuevo Testamento. Cirilo de Jerusalén lo excluyó tanto de la lectura pública como de la privada en su distrito. En Antioquia, donde el Apocalipsis había disfrutado de aceptación durante el segundo siglo, ahora fue puesto de lado. Crisóstomo, que había trabajado en Antioquia antes de ir a Constantinopla, no hizo uso del mismo en sus escritos. La omisión del libro del canon de la iglesia siríaca puede explicarse en parte por la barrera del lenguaje y por su limitada relación con las zonas griegas y latinas de la iglesia, pero también es posible que el contenido del Apocalipsis, interpretado por ardientes quiliastas, les llegase a ofender"[18].

Estas polémicas contra el libro fueron revirtiendo en aprobación sobre todo por la decidida acción de Atanasio, el obispo de Alejandría en el s. IV. Este obispo tenía un notable conocimiento de la iglesia y de la estima que el Apocalipsis tenía especialmente en occidente, por lo que no sólo lo reconoció como inspirado, sino que lo apoyó introduciéndolo en su catálogo de libros

---

[16] Falta de sintaxis, error cometido contra las normas del idioma.
[17] N. B. Stonehouse, *The Apocalypse in the Ancient Church.* Goes: Oosterbaan & Le Cointre, 1929, pág. 133.
[18] Everett Harrison. o.c., pág. 454 s.

canónicos, que relaciona los libros inspirados ratificados en el Tercer Concilio de Cartago y que ha sido mantenida luego en el transcurso del tiempo.

Papiros.

Hay cuatro principales papiros que contienen el Apocalipsis, que por orden de antigüedad asignada son:[19]

P^{43} Londres MB, s. VI-VII, contiene Ap. 2:12-13; 15:8-16:2,
P^{24} Oxi. 1230, s. IV, contiene Ap. 5 :5-8 ; 6 :5-8.
P^{18} Oxi. 1079, s. III-IV, contiene Ap. 1:4-7.
P^{47} Chester B. BP III. s. III, contiene Ap. 9:10-17:2, con lagunas.

Sin duda, a medida que transcurre el tiempo, pueden aparecer nuevos documentos.

El texto griego.

Se conocen sólo cinco unciales que den el texto del Apocalipsis y que son א, A, C, P y Q. De estos א es del s. IV, A y C del s. V, Q que es realmente B_2, corresponde a la Biblioteca Vaticana, y es del s. VIII y finalmente P se fija como documento del s. IV. De todos estos sólo א, A y Q, están completos. En el texto de C faltan partes como 1:1; 3:19-5:14; 7:14-17; 8:5-0:16; 10:10-11:3; 14:13-18:2; 19:5-21. En cuanto a P le faltan los pasajes de 16:12-17:1; 19:21-20:9; 22:6-21.

Debe tenerse en cuenta que tanto C como P son palimpsestos, esto es, manuscritos que conservan una escritura anterior borrada para escribir sobre ella una nueva. La comparativa textual pone de manifiesto que en los cuatrocientos versículos del libro, aparecen unas mil seiscientas variantes. En la composición del *Textus Receptus* y para su primera edición, Erasmo solo contó con un cursivo del s. XII, el clasificado como 1^r. Además, por si esto no fuera suficiente, los últimos seis versículos excepto el 20, no es una refundición del texto griego, sino una traducción que él hizo al griego desde el latín de la Vulgata.

El texto griego utilizado en el comentario y análisis del *Apocalipsis*, es el de Nestle-Aland en la vigésimo séptima edición, en edición de la Deutsche Biblegesellschaft, D-Stuttgart. Para interpretar las referencias del aparato crítico, se hacen las siguientes indicaciones:

---

[19] Sebastián Bartina. *Catálogo de los papiros neotestamentarios.*

No se ha tenido en cuenta, en el aparato crítico del presente comentario la valoración crítica de la certeza de un texto, que se incorporará en adelante a los nuevos comentarios que se vayan produciendo.

Los papiros se designa mediante la letra **p**. Los *manuscritos unciales*, se designan por letras mayúsculas o por un 0 inicial. Los unciales del texto bizantino se identifican por las letras *Biz* y los unciales bizantinos más importantes se reflejan mediante letras mayúsculas entre corchetes [ ] los principales unciales en los escritos de Pablo se señalan por K, L, P.

Los manuscrítos minúsculos quedan reflejados mediante números arábigos, y los minúsculos de texto bizantino van precedidos de la identificación *Biz*. La relación de unciales, debe ser consultada en textos especializados ya que la extensión para relacionarlos excede a los límites de esta referencia al aparato crítico.

En relación con los manuscritos griegos aparecen conexionados los siguientes signos:

f^{1} se refiere a la familia 1 de manuscritos.
f^{13} se refiere a la familia 13 de manuscritos.
Biz referencia al testimonios *Bizantinos*, textos de manuscritos griegos, especialmente del segundo milenio.
Biz^{pt} cuando se trata de solo *una parte* de la tradición *Bizantina* cuando el testimonio está dividido.
* este signo indica que un manuscrito ha sido corregido.
^{c} aparece cuando se trata de la lectura del *corrector* de un manuscrito.
^{1,2,3,c} indica los sucesivos correctores de un manuscrito en orden cronológico.
( ) indican que el manuscrito contiene la lectura apuntada, pero con *ligeras diferencias* respecto de ella.
[ ] incluyen *manuscritos Bizantinos* selectos inmediatamente después de la referencia *Biz*.
^{txt} indica que se trata del *texto del Nuevo Testamento* en un manuscrito cuando difiere de su cita en el comentario de una Padre de la Iglesia (^{comm}), una variante en el margen (^{mg}) o una variante ($^{v.r.}$).
$^{com\ (m)}$ se refiere a citas en el curso del *comentario* a un texto cuando se aparta del texto manuscrito.
^{mg} indicación textual contenida en el *margen* de un manuscrito.
$^{v.r.}$ *Variante* indicada como alternativa por el mismo manuscrito.
^{vid} indica la lectura más probable de un manuscrito cuando su estado de conservación no permite una verificación.
^{supp} texto suplido por faltar en el original.

Los *Leccionarios* son textos de lectura de la Iglesia Griega, que contienen manuscritos del texto griego y se identifican con las letras *Lect* que representa la concordancia de la mayoría de los Leccionarios seleccionados con el texto de Apostoliki Diakonia. Los que se apartan de este contexto son citados individualmente con sus respectivas variantes. Si las variantes aparecen en más de diez Leccionarios, se identifica cada grupo con las siglas ^{pt}. Si un pasaje aparece varias veces en un mismo Leccionario y su testimonio no es coincidente, se indica por el número índice superior establecido en forma de fracción, para indicar la frecuencia de la variante, por ejemplo *l* 866$^{1/2}$. En relación con los Leccionarios se utilizan las siguientes abreviaturas:

Lect para referirse al texto seguido por la *mayoría de los leccionarios*.
l 43 indica el leccionario que se aparta de la lectura de la mayoría.
Lect^{pt} referencia a al texto seguido por una parte de la tradición manuscrita de los Leccionarios que aparece, por lo menos, en diez de ellos.
l 593$^{1/2}$ referencia a la frecuencia de una variante en el mismo manuscrito.

Las referencias a la Vetus Latina, se identifica de la siguiente manera:

it (Itala), con superíndices que indical el manuscrito.
vg para La Vulgata.
vg^{cl} para la Vulgata Clementina.
vg^{ww} para la Vulgata Wordsworth-White.
vgst para la Vulgata de Stuttgart.

Las versiones Siríacas se identifican por las siguientes siglas:

syr^{s} para la Sinaítica.
syr^{c}, para la Curetoniana.
syr^{p}, identifica a la Peshita.
syr^{ph} son las siglas para referirse a la Filoxeniana.

La Harclense tiene aparato crítico propio con los siguientes signos:

syr^{h} (White; Bensly, Wööbus, Aland, Aland/Juckel);
syr$^{h\ with*}$, lectura siríaca incluida en el texto entre un asterisco y un metóbelos;
syr^{hmg}, para referirse a una variante siríaca en el margen;
syr^{hgr} hace referencia a una anotación griega en el margen de una variante Siríaca.
syr^{pal} es el identificador de la Siríaca Palestina.

Las referencias a la Copta son las siguientes:

cop^{sa} Sahídico.
cop^{bo} Boháirico.
cop^{pbo} Proto-Boháirico.
cop^{meg} Medio-Egipto.
cop^{fay} Fayúmico.
cop^{ach} Ajmínico.
cop^{ach2} Sub-Ajmínico.

Para la Armenia, se usan las siglas arm.

La georgiana se identifica:

geo identifica a la georgiana usando la más antigua revisión A^1
geo^1/geo^2 identifica a dos revisiones de la tradición Georgina de los Evangelios, Hechos y Cartas Paulinas.

La etiópica se identifica de la siguiente manera:

eth cuando hay acuerdo entre las distintas ediciones.
eth^{ro} para la edición romana de 1548-49.
eth^{pp} para la Pell Plat, basada en la anterior.
ethTH para Takla Häymänot
eth^{ms} referencia para la de París.

Eslava Antigua, se identifica con slav.

Igualmente se integra en el aparato crítico el testimonio de los Padres de la Iglesia; éstos quedan identificados con su nombre. Cuando el testimonio de un Padre de la Iglesia se conoce por el de otro, se indica el nombre del Padre seguido de una anotación en superíndice que dice *según* y el nombre del Padre que lo atestigua. Los Padres mencionados son tanto los griegos como los latinos, procurando introducirlos en ese mismo orden. En relación con las citas de los Padres, se utilizan las siguientes abreviaturas:

( ) Indican que el Padre apoya la variante pero con ligeras diferencias.
^{vid} probable apoyo de un Padre a la lectura citada.
^{lem} cita a partir de un *lema*, esto es, el texto del Nuevo Testamento que precede a un comentario.
^{comm} cita a partir de la parte de un comentario, cuando el texto difiere del lema que lo acompaña.
^{supp} porción del texto *suplido* posteriormente, porque faltaba en el original.
$^{ms, mss}$ referencia a manuscrito o manuscritos patrísticos cuyo texto se aparta del que está editado.

según Padre identifica una variante de algún manuscrito según testimonio patrístico.

1/2, 2/3 variantes citadas de un mismo texto en el mismo pasaje.

pap lectura a partir de la *etapa papirológica* cuando difiere de una edición de aquel Padre.

ed lectura a partir de la *edición* de un texto patrísitico cuando se aparta de la *tradición papirológica.*

gr cita a partir de un fragmento griego de la obra de un Padre Griego cuyo texto se conserva sólo en traducción.

lat, syr, armn, slav, arab traducción latina, siríaca, armenia, eslava o araba de un Padre Griego cuando no se conserva en su forma original.

dub se usa cuando la obra atribuida a cierto Padre es dudosa.

Con estas notas el lector podrá interpretar fácilmente las referencias a las distintas alternativas de lectura que el aparato crítico introduce en los versículos que las tienen.

Autor.

El autor aparece nombrado al principio y al final del libro (1:1, 4, 9; 22:8). Sin embargo la identificación es sumamente genérica y simplemente aparece el nombre de *Juan*, en uno con el calificativo de *siervo*, y en otro vinculado a los lectores a quienes dice que es *"su hermano y copartícipe en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo"* (1:9). Juan se considera a sí mismo como uno mas entre los profetas (22:9).

Se aprecia que el autor tenía la suficiente autoridad en la iglesia y el reconocimiento general, por lo que no le era necesario utilizar otra identificación. No cabe duda que usa la misma forma epistolar propia de los escritos apostólicos. Nadie con ese nombre en esa dimensión puede ser otro sino el apóstol Juan. Era hijo, probablemente el menor, de Zebedeo, citándose en segundo lugar después de su hermano Jacobo. Lucas da el orden de *Pedro, Juan y Jacobo* (Lc. 9:28), posiblemente por la asociación que en la iglesia primitiva había de Juan y Pedro. Con toda probabilidad el nombre de su madre era Salomé (Mt. 27:56; Mr. 16:1). Pudiera haber una relación familiar entre esta mujer y María, la madre del Señor, según algunos pudieran ser hermanas, deduciendo ese parentesco de lo que Juan dice sobre las cuatro mujeres que estuvieron cerca de la cruz; dos de ellas eran las que tenían por nombre María, que son citadas por Mateo y Marcos, otra la madre del Señor, y la cuarta la hermana de su madre (Jn. 19:25). Juan debía pertenecer a una familia de buena posición social, ya que su padre, que era pescador, tenía *jornaleros*, que trabajaban para él (Mr. 1:20). Si Salomé era su madre, fue una de las mujeres que servían al Señor con sus bienes, proveyendo para su ministerio (Mr. 15:40;

Lc. 8:3). Se identifica con el discípulo de Juan el Bautista, a quien, junto con Andrés, dirigió el Bautista a Jesús, presentándolo como el Cordero de Dios (Jn. 1:35-37). Posteriormente Juan fue llamado por el Señor para dejar sus actividades seculares, a su padre y jornaleros, y seguirle (Mr. 1:19-20). Cuatro características se destacan en el carácter de Juan: primero era un hombre enérgico, acostumbrado al trabajo fuerte de la pesca; en segundo lugar era justiciero y poco afectuoso, como lo demostró al proponerle al Señor que hiciese descender fuego del cielo para consumir a los samaritanos que les habían negado hospedaje en su ciudad (Lc. 9:54); en tercer lugar era muy sectario, hasta el punto de prohibir a uno que echaba demonios en el nombre del Señor Jesús, que siguiera haciéndolo, por la única razón de que no seguía al grupo de discípulos (Mr. 9:38). Es muy posible que esa condición personal sea la causa por la que el Señor le llamó tanto a él como a su hermano *boanerges*, que significa *hijos del trueno* (Mr. 3:17). El cambio al carácter afectuoso con que se le reconoce, se produjo luego de la Cruz. Finalmente era un hombre de condición ambiciosa, deseando el mejor lugar en el reino que suponían instauraría Jesús durante su vida, pidiéndole un puesto a su derecha y a su izquierda, uno para él y otro para su hermano (Mr. 10:37). En tres ocasiones importantes durante el ministerio de Cristo, aparece junto con su hermano Santiago y Pedro, acompañando al Señor, con exclusión de los otros apóstoles: en el caso de la resurrección de la hija de Jairo (Mr. 5:37); en la transfiguración (Mt. 17:1); y en el huerto de Getsemaní (Mt. 26:37). Según Lucas, Pedro y Juan fueron los discípulos a quien Jesús encomendó los preparativos para la celebración de la última cena (Lc. 22:8). En el cuarto Evangelio, no se menciona por nombre a Juan, si bien se hace referencia a los dos hijos de Zebedeo (Jn. 21:2). Sin embargo, no cabe duda que se oculta bajo el título *del discípulo a quien amaba Jesús*. Fue a Juan, en la cruz, a quien el Señor encomendó el cuidado de su madre (Jn. 19:26-27). En la resurrección fue el compañero de Pedro que juntos corrieron al sepulcro para ver lo que de verdad tenían las palabras de las mujeres que afirmaban la resurrección y que creyó al ver los lienzos y el sudario que habían envuelto el cuerpo de Jesús (Jn. 20:2-8). Según el relato de Hechos, Juan junto con Pedro fueron los que soportaron el peso de la persecución contra la iglesia naciente (Hch. 4:13; 5:33, 40). No tuvo preparación teológica al estilo de los judíos y, por esta razón, los líderes religiosos los consideraban como *hombres del vulgo y sin letras* (Hch. 4:13), sin embargo, ningún otro tuvo una preparación mejor que la de él, durante tres años junto al Maestro. Su ministerio en la Iglesia primitiva fue notable, como apóstol, siendo compañero de Pedro en la imposición de manos a los samaritanos convertidos por el ministerio de Felipe, para que recibiesen el Espíritu (Hch. 8:14). A él, junto con Santiago, el hermano del Señor, y Pedro, se les consideraban como las *columnas* de la iglesia (Gá. 2:9). Se supone que se encontraba en Éfeso cuando fue desterrado por el testimonio de Jesucristo a la isla de Patmos (Ap. 1:9). Nada se sabe con seguridad de cómo se produjo su

muerte. Algunas referencias muy dudosas la sitúan en martirio semejante al de su hermano Jacobo, pero lo más probable es que muriese de muerte natural en Éfeso, después de una larga vida. Según Jerónimo, cuando Juan era ya muy anciano tenía que ser llevado a las reuniones de la iglesia y repetía continuamente: *"Hijitos, amaos los unos a los otros"*.

Las evidencias internas en el Apocalipsis apuntan a Juan, el apóstol, como el autor del escrito bíblico, primero en relación con el uso idiomático de ciertas palabras que son propias de Juan pudiendo destacarse entre otras las siguientes: a) El uso del término *Logos*, en sentido personal para calificar al Verbo de Dios, sólo aparece en el Nuevo Testamento, en los escritos de Juan (Jn. 1:1, 14; 1 Jn. 1:1; Ap. 19:13). b) El título *Cordero*, referido a Jesús aparece veintiocho veces en el Apocalipsis y en el Evangelio según Juan; si bien en el Evangelio se usan dos palabras diferentes una de ellas, es diferente a la del Apocalipsis[20] (Jn. 1:29, 36) y la otra es la misma que repite en el Apocalipsis[21] (Jn. 21:15). c) Otra característica típica de Juan es el uso que hace del nombre Jesús, sin artículo, tanto en el Evangelio como en Apocalipsis. d) El uso del adjetivo *verdadero* (ἀληθινός) aparece sólo cinco veces en otros escritos del N. T. mientras ocurre trece veces en el Evangelio y diez veces en Apocalipsis. e) Otra palabra típica de Juan es *vencer* (νικάω), aparece sólo tres veces en otros escritos del N. T. mientras ocurre seis veces en la primera Epístola de Juan, otra vez en el evangelio y dieciséis veces en Apocalipsis. f) La palabra *habitar*, en la forma verbal del sustantivo tabernáculo (σκήνωμα) aparece una vez en el evangelio (Jn. 1:14) y cuatro veces en Apocalipsis. g) La expresión *fuentes de aguas vivas* (πηγὴ ὕδατος ἁλλομένου) aparece sólo en el evangelio y en Apocalipsis (Jn. 4:14; 7:38; Ap. 7:17; 21:6). g) La profecía de Zacarías 12:10 respecto a que el rey rechazado por Israel sería traspasado es citada en Ap. 1:7 y en Jn. 19:37. En ambos pasajes la misma palabra es utilizada con el significado de *traspasar*, una palabra que no aparece en la LXX del pasaje de Zacarías.

Otra evidencia interna que identifica al escritor con Juan es que quien escribe el Apocalipsis tiene un conocimiento personal muy definido sobre las iglesias en Asia Menor y siente un verdadero interés por ellas. Se sabe que Juan residió y, probablemente, murió en Éfeso, donde ejerció su ministerio y supervisó las iglesias de la zona durante muchos años de su vida.

Frente a las evidencias internas notorias, no faltan quienes pretenden negar la autoría de Juan. La primera reacción contra la autoría del Apocalipsis, se ha mencionado antes, y tiene que ver con Dionisio el obispo de Alejandría,

---

[20] En estos dos pasajes Juan utiliza el término ἀμνὸς, traducido por *cordero.*

[21] En este caso utiliza el término ἀρνίον, que expresa un sentido diminutivo, aunque no necesariamente, y que se usa sólo por Juan.

en el s. III, como reacción al *milenarismo*, consecuencia de la interpretación literal del libro. Este hombre de la iglesia antigua, escribía contra lo que él entendía como una mala interpretación, llegando a afirmar que un libro que contiene la doctrina nefasta del milenarismo no puede ser de Juan el apóstol, sino de otro Juan, el presbítero. Sin embargo, no define en sus escritos a que presbítero se está refiriendo. Mas tarde, la escuela antioquena, durante los s. IV y V, llega a negar tajantemente la autoría de Juan y la canonicidad del Apocalipsis. Como se ha considerado antes, la escuela alejandrina estuvo dividida en cuanto a la paternidad del Apocalipsis, unos la admitían, como eran Atanasio, Dídimo, Cirilo, Metodio, Olimpio y Epifanio; otros, en cambio, la negaban. La misma cosa ocurre con los *capadocios*, que rechazaban la autoría Gregorio Nacianceno y Anfiloquio; otros, por el contrario, la admitían como Basilio y Gregorio Niceno. La iglesia de occidente se mantuvo siempre firme en la aceptación del Apocalipsis como inspirado y procedente de Juan, el apóstol, mientras que en la iglesia de oriente, hubo quienes cuestionaron el escrito.

En el tiempo moderno, la oposición aumentó considerablemente de manos de los críticos liberales, quienes por sistema niegan todo cuanto tenga que ver con autoría bíblica, datación, etc. en un afán peculiar en contra de la inspiración plenaria de la Palabra y la inerrancia bíblica. Los argumentos *anti Juan* que presentan son varios, destacándose: a) Juan se nombra varias veces en Apocalipsis y ninguna en el evangelio, sin embargo, esto no prueba la diversidad de autores. b) Parece que existe una diferencia entre el autor y el colegio apostólico, como si los apóstoles fueran una realidad en la que el autor no se incluye (18:20; 21:14). Esto no es ninguna prueba concluyente porque Pablo utiliza una expresión semejante (Ef. 2:20); y también lo hace Pedro (2 P. 3:1-2). c) Los críticos liberales aprecian también diferencia de lenguaje entre Apocalipsis y otros escritos de Juan. No cabe duda que esta misma diferencia se aprecia entre otros escritores del Nuevo Testamento, que utilizan términos en un escrito que no aparecen en otros del mismo autor. Con todo, las diferencias de lenguaje que verdaderamente aparecen, quedan superadas ampliamente por la identidad de otras palabras peculiares en el uso que Juan hace de ellas y que aparecen en varios de sus escritos, como ya se ha considerado antes. d) Se dice también, por parte de la crítica liberal, que el escritor del Apocalipsis utiliza un lenguaje muy enfático y expresiones muy dinámicas, mientras que el Evangelio es un escrito pausado y sereno. Esto no significa nada en cuanto a diferentes autores ya que el tema del evangelio y el de Apocalipsis son absolutamente distintos; además el evangelio es un relato de hechos presenciales, mientras que Apocalipsis es la redacción de revelaciones proféticas.

Debe llegarse a la conclusión que el autor del evangelio y el del Apocalipsis es el mismo, y que no hay otro que pueda reunir las características personales más que el apóstol Juan.

Fecha.

Sin duda el libro se escribe en un tiempo de persecución contra los cristianos, que alcanza a Juan (1:9). No es posible determinar con seguridad a que persecución, de las que hubo por parte de Roma, se trata. Es muy probable que los hechos de su destierro correspondan a la persecución que el emperador Nerón desencadenó contra los cristianos a quienes culpó del incendio de Roma en el año 64. Sin embargo, la iglesia antigua sostenía generalmente que se trata de la persecución desatada por Domiciano (81-96 d.C.). Ireneo, refiriéndose al Apocalipsis, dice que la tribulación se vio en su propia generación al final del reino de Domiciano. Según el mismo autor Juan estaba en Patmos condenado a las minas por César Domiciano. Las circunstancias descritas para las iglesias de Asia Menor concuerdan muy bien con el tiempo del mencionado emperador romano. Durante el tiempo de ese emperador hubo un fuerte incremento en la práctica idolátrica de la adoración al emperador que se promovió muy intensamente en el Asia Menor. Otra evidencia que justificaría la consideración del tiempo de Domiciano es que en los días de Nerón, la ciudad de Laodicea había sido destruida por un terremoto, mientras que en tiempos de Domiciano, había sido ya reconstruida, y los habitantes de la ciudad habían rechazado la ayuda que Roma les ofreció con la frase: *"Me he enriquecido y de ninguna cosa tengo necesidad"*. En base a las consideraciones anteriores el libro debe fecharse sobre el año 90 d.C.

Destinatarios.

El Apocalipsis está destinado primariamente a las *"siete iglesias que están en Asia"* (1:4). Las iglesias son una selección de las que habían sido fundadas allí, no mencionándose otras como Colosas, Hierápolis y Troas. Sobre cada una de ellas se considerará en la exégesis del texto bíblico más adelante. Pero, aunque los destinatarios primarios, son las siete iglesias, el escrito es extensivo a toda la Iglesia en cualquier tiempo y lugar, a quien se dirige la Palabra inspirada.

Propósito.

La naturaleza profética del libro no es solo para predecir acontecimientos futuros, sino para fortalecer a los creyentes y traer consolación a quienes están sufriendo por el testimonio de su fe. Juan escribe a quienes están pasando por intensa aflicción, señalándoles el futuro glorioso que Dios tiene para ellos y dándoles a conocer lo que el Señor hará también en el mundo cuando se cumpla el tiempo determinado para ello.

Otro de los propósitos del libro tiene que ver con la enseñanza que debe materializarse, tanto en la vida de la iglesia, respondiendo al llamado de atención sobre los peligros que entonces, tanto como ahora, se ciernen sobre ella, como en la vida de los creyentes que integran las congregaciones locales de la iglesia en cualquier tiempo. Como se verá en el comentario más adelante, Dios llama a la iglesia pero la respuesta al llamado de Dios es siempre individual, de cada creyente que se siente apelado por las advertencias que el Señor hace. Es más, el mismo apóstol exhorta a los creyentes a *guardar*, las palabras de la profecía (1:3; 22:7).

Fundamentalmente, como cualquier escrito bíblico, tiene el propósito de revelar a Dios en Jesucristo, que se presenta como el núcleo central de todo el libro (1:11). En el texto de Apocalipsis se aprecia al Señor en su gloria como el Salvador entronizado a la diestra del Padre, en el trono de su Majestad. Ese es el gran tema de la visión del capítulo 1. El Señor sigue manifestándose como quien es Señor de la Iglesia, dirigiéndose a ella desde su autoridad, pero también desde su amor hacia ella, como claramente se aprecia en los capítulos 2 y 3. Jesús es el glorioso Cordero de Dios que ha muerto por nuestros pecados, quien resucitado vencedor sobre la muerte y entronizado en la gloria, recibe la adoración desde su condición divina, según se presenta en los capítulos 4 y 5. Además, el libro presenta a Jesús como el que ejerce el juicio de Dios sobre el mundo, cuyas distintas expresiones son una manifestación de la ira de Dios a causa del pecado del hombre, según se aprecia en los capítulos 6 al 19. El Señor que prometió regresar a la tierra, llevará a cabo su promesa descendiendo del cielo, lo que Juan revela en el capítulo 19:11-21. El descenso de Jesús tiene por objeto reinar sobre la tierra, conforme a las promesas dadas especialmente a David, de ahí la descripción del reino milenial en el capítulo 20. El discurso profético del libro concluye presentando al Señor en su condición de Rey eterno sobre el nuevo orden cósmico de Dios en la creación de los cielos nuevos y la tierra nueva, introduciendo la visión profética al estado eterno donde los creyentes gozaremos para siempre de la plena comunión y relación con Dios en un mundo donde la ausencia del pecado será una realidad, tal como se expresa en los capítulos finales, 21 y 22.

Simbolismos.

Numérico.

El Apocalipsis utiliza un lenguaje figurativo en muchos lugares y, por tanto, una gran cantidad de símbolos que deben ser tenidos en cuenta. Entre los muchos símbolos predominan de forma muy notable los numéricos. De entre ellos el que está más presente es el siete, símbolo de perfección. Así en el libro aparecen siete bienaventuranzas (1:3; 14:13; 16:15; 19:9; 20:6; 22:7, 14); siete

mensajes a las iglesias (cap. 2 y 3); siete sellos, siete trompetas y siete copas; hay siete alabanzas al Cordero (5:12); otras siete alabanzas al Padre (7:12); se hace referencia a siete seres celestiales (cap. 14); hay también siete espíritus delante del trono (1:4); Cristo tiene siete estrellas en su mano (1:16); aparecen siete cuernos y siete ojos en la descripción del Cordero.

El número tres y medio, es el de la tribulación, consistente en dividir por dos el número siete. Aparece en el libro expresado en meses, haciendo referencia a cuarenta y dos meses (11:2; 13:5); también se expresa el mismo tiempo en forma de días, refiriéndose a mil doscientos sesenta (11:3; 12:6); ocurre de la misma manera en forma de años, utilizando para ello la forma: *"tiempo y tiempos y la mitad de un tiempo"* (12:14), que es la expresión de ese tiempo en la profecía de Daniel (Dn. 7:25; 12:7); los dos testigos permanecen muertos durante tres días y medio (11:9, 11).

El número cuatro es el numero de la tierra, de ahí que en pasajes donde se relacionan asuntos terrenales aparezca frecuentemente este número, de ahí que haya cuatro consideraciones respecto a la humanidad: familia, lengua, nacionalidad y país de residencia (5:9; 7:9; 11:9; 14:6). También los vientos son cuatro (7:1). Una interesante distinción en la alabanza se aprecia también, de modo que la adoración en el cielo se describe con siete palabras: poder, riqueza, sabiduría, fortaleza, honra, gloria y alabanza, mientras que la de las criaturas terrenales se expresa con cuatro: alabanza, honra, gloria y poder.

El número seis es el número del hombre. Pone en manifiesto el estado de la imperfección humana y también del pecado que le es connatural. Debe notarse que en el libro aparece una expresión triple de este número que se conoce como 666 y determina el incremento del pecado en el hombre y su sistema humanista (13:18).

Otro número reiterado en el libro es el diez, que simboliza la perfección matemática y lo que es algo completo. De ahí que un período de prueba completo se representa por *diez días* (2:10). Del mismo modo el dragón escarlata tenga diez cuernos (12:3) y de la misma manera el Anticristo (13:1), que simbolizan poder completo.

El número doce simboliza el reino de Dios y del pueblo del pacto. Por esa razón se señalan a los ancianos como veinticuatro, doble de doce (4:10). También doce son las estrellas vinculadas con la visión de la mujer (12:1). En la ciudad santa aparecen doce puertas, en donde están también doce ángeles, y en ella la inscripción de los doce nombres de las tribus de los hijos de Israel (21:12). El árbol de la vida tenía también doce frutos (22:2).

Cromático.

Junto con los números están los colores, así el blanco es símbolo de pureza, paz, perfección y victoria moral, aunque no siempre lo es de todas estas cosas juntas (cf. Ap. 6:2). El color verde es símbolo de esperanza (4:3). El negro, en cambio, es el color que simboliza la maldad, la angustia y el sufrimiento (6:5). El amarillo, o verdoso pálido, es el color de la muerte (6:8). El rojo o escarlata simboliza la destrucción y la guerra (6:4). El púrpura es símbolo de realeza, lujo y voluptuosidad (17:4).

Sistemas generales de interpretación.

Cuando se trata de interpretar un texto bíblico y especialmente si se trata de un libro profético, debe considerarse el sistema o método interpretativo que ha de aplicarse, ya que de ello dependerá el resultado final de la interpretación. Hay diferentes sistemas, de los que se sintetizan los más comunes.

El sistema alegórico.

Es el método que procura buscar un sentido más profundo que el que se aprecia en la lectura de un texto, buscando dar a las palabras un significado diferente a lo que expresan. Consideran los partidarios de este método que toda la Biblia es una sucesión de alegorías que ocultan las enseñanzas espirituales, que han de ser descubiertas por el intérprete. Los creyentes de Alejandría, ante ciertas aparentes dificultades en la interpretación de la Escritura, recurrieron a este método frente a los gentiles cultos de entonces. Aunque el método tuvo sus mayores opositores en Antioquía, ha influido en la interpretación a lo largo de la historia, especialmente en tiempos de la edad media. Actualmente se justifica la utilización del sistema alegórico de interpretación bíblica con el pretexto de eliminar lo que para algunos son contradicciones científicas que aparecen en la Biblia. El peligro de este método es que la interpretación queda a juicio del intérprete, por lo que la Biblia puede decir lo que al intérprete le interese que diga. Un ejemplo de este método consiste en alegorizar la prohibición que Dios estableció para Adán y Eva como referente de la obediencia y, por tanto, del pecado (Gn. 2:16-17). Este sistema afirma que la prueba que Dios estableció para nuestros primeros padres en Edén, no consistía en la literalidad de comer o no comer del fruto de un determinado árbol, sino que se trataba de otra prohibición. Al no poder determinar la prohibición sustitutoria a la literal del texto, se recurre a la probabilidad de una prohibición moral, en el sentido de impedir toda relación íntima y personal entre ambos, considerando que la fruta prohibida era una manzana, símbolo de contacto sexual. Los que recurren a esta interpretación alegórica procuran sustentarla poniendo como prueba que con posterioridad a la caída fue cuando Adán *conoció*, es decir, tuvo relaciones

íntimas con su mujer Eva engendrándole el primer hijo (Gn. 4:1). Sin embargo, aunque el método interpretativo no sea el idóneo y cree serios problemas interpretativos, no se puede dejar de entender que en la Biblia existen alegorías, que el mismo texto define como tales, cual es la historia de Abraham, Sara y Agar aplicada en una interpretación que da el apóstol Pablo (Gá. 4:24).

Sistema racionalista.

Otro método interpretativo es el conocido como el *sistema racionalista*. Consiste fundamentalmente en someter toda la interpretación de la Escritura al racionalismo humano que determinará la validez o historicidad de sus declaraciones. Obedece este sistema a la comprensión de que lo sobrenatural no existe, por tanto, todos los milagros y hechos portentosos deben convertirse en asuntos que puedan ser entendidos por el uso de la razón. Aunque pretende ser un método científico de interpretación conculca el principio de la recogida de datos que permite valorar el tema a interpretar, negando la razón misma del escrito bíblico que demanda atención a la irrupción personal de Dios en los hechos de la historia humana. El método racionalista afirma que todos los milagros son eventos naturales que pueden explicarse racionalmente. Cuando aparece un hecho *sobrenatural*, afirman los seguidores de este sistema, que los escritores de la Biblia relatan acontecimientos cuyas razones ellos no entendían entonces, en razón del menor desarrollo científico, en comparación con los tiempos actuales. Sobre este sistema escribe Thomas Fountai:

"El racionalista resuelve el caso de la alimentación de los cinco mil -y de los cuatro mil- suponiendo que en el primer caso la generosidad del muchacho, y en el segundo, de los discípulos, proveyó un señalado ejemplo para la multitud. Dicha generosidad provocó en la multitud un espíritu bondadoso semejante, de manera que repartieron entre todos la comida que cada uno había traído consigo. En tal caso el milagro se elimina por completo, excepto que el racionalista apunta; que hubo un peligro moral en la generosidad espontánea de la muchedumbre.

Con respeto a la ocasión cuando el Señor anduvo sobre las aguas del mar de Galilea, los racionalistas ofrecen una solución ingeniosa. Sugieren que, como los discípulos habían remado durante largas horas de la noche en medio de la tempestad, no se dieron cuenta que se encontraban cerca de la orilla del mar. Jesús llegaba para ayudarles, pero caminando sobre la tierra. De noche esa aparición del Señor les pareció milagrosa. Tales intérpretes apoyan su interpretación en la preposición griega epi, que se puede traducir como "junto a". Es decir, Jesús no andaba sobre, sino junto al agua, sobre la tierra"[22].

---

[22] Thomas Fountain. *Claves de Interpretación Bíblica*. Casa Bautista. 1977. Pág. 24.

El método ha sido muy en uso durante todo el siglo XIX, aunque actualmente está en franco retroceso. Debe observarse que los intérpretes racionalistas desprecian cualquier evidencia contraria a su pensamiento, mientras toman detalles de ínfima valía para apoyar sus conclusiones. El hecho de que el método de interpretación racionalista conduzca a conclusiones, no sólo erróneas, sino ofensivas a la Escritura, no significa que deba despreciarse la razón en la interpretación de la Biblia. La razón humana iluminada por el Espíritu, en una mente renovada, que reconoce la inspiración de la Biblia y está dispuesta a obedecerla, no es contraria a la fe. El gran problema del método racional es que la interpretación queda a juicio del intérprete que no aceptará nada que no pueda ser demostrado, por tanto, la revelación de Dios en su Palabra queda mermada en tal modo que deja de ser el Dios omnipotente, para convertirse en un dios capaz de ser limitado por el pensamiento del hombre.

Sistema dogmático.

Su nombre se deriva de la palabra griega *dogma*[23] que significa enseñanza. En sentido sano todas las doctrinas bíblicas son *dogmas* de fe, porque son enseñanzas procedentes de Dios. La interpretación dogmática se establece sobre los *dogmas* de fe del grupo con el que se identifica el intérprete, que acude a la Escritura para buscar lo que pueda sustentar a su norma de fe. Los dogmas de fe se establecen como modo de interpretar la Escritura, por tanto, todo cuanto no concuerde con ellos, es interpretación errónea. Este método no sólo es el habitual en la Iglesia Católico-Romana, sino que se manifiesta también dentro del movimiento *fundamentalista*, en sus muchas manifestaciones, como puede ser el hipercalvinisno, el arminianismo, el puritanismo, el conservadurismo evangélico, teología extrema del pacto, y también el dispensacionalismo extremo. En relación con este último se pone de manifiesto en expresiones como esta: *"El que no adquiera un entendimiento claro de las Dispensaciones, no podrá entender el Libro"*[24]. Este método interpretativo busca apoyo bíblico para sustentar lo que se consideran verdades de fe, es decir, no establecen los dogmas como consecuencia de la revelación, sino en sentido inverso, usando la revelación para sustentar el dogma, en muchos casos previamente establecido.

Sistema relativista o de contextualización.

---

[23] El sustantivo δόγμα, denota *opinión; lo que parece bueno; doctrina; decreto; edicto.* Es la proposición que se tiene por firme y cierta, principio fundamental de la fe.

[24] J. Edwin Hartill. *Manual de Interpretación Bíblica* . Puebla, Pue., México, 1978. Pág. 17.

Los seguidores del sistema proponen que debe distinguirse entre lo que es enseñanza general de la Biblia, que representa un principio permanente y atemporal, y lo que es asunto de costumbres sociales contextualizados a una determinada época, por tanto, lo que corresponda a tiempos pretéritos debe ser descartado.

No cabe duda que existe la necesidad de contextualizar la Escritura con cada tiempo de la historia, pero, siempre que esto pueda hacerse será expresamente indicado por la Escritura, o por lo menos no tendrá oposición en cuanto a doctrina fundamental. La contextualización tiene que ver especialmente con usos y costumbres temporales, modas, formas de vestir, relaciones sociales, etc. etc. Sin embargo, el problema del sistema consiste en que se deja al criterio del intérprete determinar que es lo temporal que es lo permanente. El sistema llevado al extremo plantea graves problemas; por ejemplo: Afirmar que la prohibición de las prácticas homosexuales obedece a la mala reputación que tenían en el contexto social de los tiempos apostólicos, pero que ya no son problema en el tiempo actual; además, enseñan que la Biblia solo condena la promiscuidad de las acciones, por tanto, la homosexualidad está permitida hoy siempre que no se practique promiscuamente. Esto contradice abiertamente la condición *pecaminosa* de esa práctica, absolutamente condenada *atemporalmente* por Dios.

Sistema existencial.

Entienden que interpretar el texto bíblico debe llevar aparejado un conocimiento subjetivo pleno sobre las consecuencias que produce el texto en el tiempo actual del intérprete y que la formulación de las preguntas reflexivas para la interpretación bíblica han de formularse desde ese conocimiento. Uno de los defensores de este sistema es Bultman. Enseñan que si el hombre moderno desea obtener respuestas adecuadas desde la Biblia a sus preguntas, éstas deben ser formuladas de manera adecuada. El método adecuado sólo procede de un entendimiento filosófico adecuado de la existencia humana. El conocimiento filosófico no debe ser elaborado desde la Escritura sino formulado antes de acercarse a ella.

Sistema gramático-histórico-literal.

Es el modo indicado y adecuado para la interpretación del texto bíblico. Consiste en dar a cada palabra el significado que tenía en el idioma que se escribió, en el tiempo en que fue escrito y para quienes fue escrita. Esto exige que se interprete siempre de acuerdo con el lenguaje y sus formas, especialmente en los idiomas originales de la Biblia, y en el de la versión en que se lee al presente. El método *gramático histórico* reconoce la Escritura como

inspirada por Dios, y escrita en forma literal y no alegórica, excepto cuando ella misma lo declara.

Sobre este método decía el reformador Lutero: *"Sólo el sentido propio, original, el sentido en que está escrito, hace buenos teólogos"*; y del mismo modo Calvino: *"El verdadero significado de la Escritura es el significado obvio y natural. La primera labor del intérprete es permitir al Autor que diga lo que dice, en vez de atribuirle lo que nosotros pensamos que habría de decir".*

La Biblia fue escrita en lenguaje humano y por medios humanos, bajo la dirección y control del Espíritu Santo que la inspira (2 P. 1:21; 2 Ti. 3:16). La interpretación de un escrito semejante debe ser hecha sobre todo gramaticalmente. El sistema de interpretación literal exige la utilización de un método con una serie de pasos que deben tenerse en cuenta: a) Estudio detallado y minucioso del texto a interpretar, de ahí la conveniencia de hacerlo en los idiomas originales en que fue escrito. b) Atender al trasfondo histórico del texto que se interpreta, que comprende situar el contexto histórico del libro en que se encuentra, entender las razones que lo motivan y determinar para quienes fue escrito. c) Establecer la relación del pasaje que se interpreta con la enseñanza general de la Palabra. d) Determinar el tipo de lenguaje utilizado relacionándolo con el modo de pensar y escribir de los autores en su ambiente, especialmente en el oriental, en cuanto al pensamiento semítico.

El intérprete deberá considerar aspectos esenciales antes de hacer una interpretación precaria, formulándose las siguientes preguntas: *¿He entendido con toda precisión las palabras y las frases del pasaje? ¿Conozco el propósito y objeto general del libro? ¿Estoy identificado con el entorno textual del pasaje a interpretar? ¿He considerado el pasaje a la luz de los otros paralelos, si parece oscuro?* En la interpretación literal se tiene en cuenta el *contexto o entorno textual*[25], de modo que el significado esté de acuerdo con el pasaje en donde se encuentra. El método literal interpreta en armonía con toda la Biblia, comparando cada texto con el resto de la Escritura, de modo que no haya contradicciones.

Es evidente que el método interpretativo *literal*, tiene en cuenta el lenguaje figurado. Es necesario reconocer que en la Biblia y, sobre todo, en Apocalipsis, abunda el lenguaje figurado. Por tanto, el lenguaje figurado demanda una interpretación figurada, pero siempre teniendo en cuenta que las figuras del lenguaje se usan para enseñar y expresar verdades literales. Estos conceptos no son novedades interpretativas de algún sistema moderno, sino

---

[25] Se conoce más comúnmente por *contexto*.

elementos establecidos en la reflexión de eruditos de hace más de un siglo. A modo de ejemplo sirvan dos párrafos; el primero del profesor Gigot escribe:

"Si se emplean las palabras en su significado natural y primitivo, el sentido que expresan es el sentido literal propio; mientras que, si son usadas con un significado figurado y derivado, el sentido, aunque todavía literal, es generalmente llamado sentido metafórico o figurado. Por ejemplo, cuando leemos en San Juan 1:6, 'Hubo un hombre enviado de Dios el cual se llamaba Juan', es claro que los términos empleados aquí son tomados propia y físicamente, ya que el escrito habla de un hombre real cuyo nombre real era Juan. Por lo contrario, cuando Juan el Bautista, señalando a Jesús, dijo, 'He aquí el Cordero de Dios' (Juan 1:29), es claro que él no usó la palabra 'Cordero' en el mismo sentido literal propio que hubiera excluido toda metáfora o figura, y hubiera denotado algún cordero real. Lo que él quiso expresar inmediata y directamente, esto es, en el sentido literal de sus palabras, fue que, en el sentido derivado y figurado, Jesús podría llamarse 'el Cordero de Dios'. En el primer caso, las palabras son usadas en su sentido literal propio; en el último, en su sentido tropológico, metafórico o figurado.

Que los libros de los Escritos Sagrados tienen un sentido literal (propio o metafórico, como se acaba de explicar), esto es, un sentido inmediato y directamente determinado por los escritores inspirados, es una verdad tan clara en sí misma, y al mismo tiempo tan universalmente otorgada, que sería ocioso insistir sobre ella aquí… ¿Tiene algún pasaje de los Escritos Sagrados más de un sentido literal?... todos admiten que, por cuanto los libros sagrados fueron escritos por hombres, y para los hombres, sus escritores naturalmente se ajustaron a la ley más elemental de comunicación humana, que demanda que las palabras de un orador o escritor sólo tengan un sentido preciso, inmediato y directo"[26].

En segundo lugar y en esa misma dirección escribe Craven:

"No se hubiera podido escoger términos más inadecuados para designar a las dos grandes escuelas de exegetas proféticos que las palabras literal y espiritual. Estos términos no son antitéticos, ni representan en ningún sentido propio las peculiaridades de los respectivos sistemas que están llamados a caracterizar. Son positivamente engañosos y confusos. Lo literal es lo opuesto no a lo espiritual sino a lo figurado; lo espiritual es antítesis, por un lado de lo material, y por otro lado, de lo carnal (en mal sentido). El literalista (así llamado) no niega que el lenguaje figurado, y los símbolos se usan en la profecía y tampoco niega que grandes verdades espirituales se exponen en

---

[26] Francis E. Gigot. *General Introduction of the Study of the Holy Scriptures*. Pag. 386 s. Benziger Brothers, 1901, pág. 386 s.

ellas. Su posición es, sencillamente, que las profecías deben ser interpretadas normalmente (esto es, de acuerdo con las leyes recibidas del lenguaje) como se interpretan cualesquiera otras expresiones, respetando aquello que es manifiestamente figurado. La posición de los espiritualizadotes (así llamados) no es la que propiamente indica el término. Son los que sostienen que, mientras determinadas porciones de las profecías deben interpretarse normalmente, otras porciones deben considerarse como si tuvieran un sentido místico (esto es, algún significado secreto). Así, por ejemplo, los espiritualizadotes no niegan que cuando se habla del Mesías como 'varón de dolores, experimentado en quebranto', la profecía debe interpretarse normalmente; ellos afirman, sin embargo, que cuando se dice que Él vendrá 'en las nubes del cielo' el lenguaje debe ser interpretado espiritualmente (místicamente). Los términos propiamente expresivos de las posiciones de las escuelas son normal y místico[27] *".*

Al método literal se le presentan algunas objeciones. Una de ellas es que el lenguaje de la Biblia contiene figuras literarias, especialmente en la poesía en el estilo elevado de la profecía; incluso pueden aparecer en los relatos históricos, cuyas figuras no pueden ser interpretadas literalmente. Con todo, aunque esto es cierto, las figuras del lenguaje usadas tienen una sola interpretación que se pueden expresar de un modo literal traduciéndolas a palabras concretas, pero que nunca demandan una interpretación alegórica.

Además, la Biblia utiliza un lenguaje antropológico para enseñar verdades espirituales especialmente relacionadas con Dios, que siendo Espíritu, la revelación de Él ha de expresarse espiritualmente por medio de antropomorfismos. Debe entenderse que en estos casos la única manera que Dios tiene para revelar asuntos de su condición de Espíritu infinito e invisible es trazando un paralelo en la forma natural que puede entender el hombre, esto es, en la relación visible entre los hombres. Sin embargo, tampoco esto demanda una interpretación alegórica, sino que requiere entender lo que es espiritual con aquello que se espiritualiza. De tal modo que cuando se habla del *brazo* de Dios, debe entenderse como aquello con que Él actúa. De la misma manera que cuando se habla de sus *alas* y de *sus plumas*, debe entenderse como el elemento de protección y cuidado, sin que ello exija una interpretación alegórica.

Otro argumento opositor al sistema de interpretación literal afirma que en el Antiguo Testamento hay, dentro de los relatos históricos, muchas figuras o tipos que se concretan en verdades espirituales en el Nuevo Testamento. Es decir, que el Antiguo Testamento se expresa y concreta en el Nuevo, donde

---

[27] John Meter Lange. *A Comentary on the Holy Seriptures: Critical, Doctrinal and Homiletical*. Armstrong and Company. Nueva York. 1872. Pág. 98.

escritores como el apóstol Pablo explican el significado de asuntos históricos dándoles una interpretación y significado más profundo de lo que el relato histórico expresa con los términos literales con que fue escrito, por tanto, debe buscarse en todo el significado más profundo que contienen los escritos del Antiguo Testamento. No cabe duda que el Antiguo Testamento, como precursor del Nuevo, se desarrolla en éste, pero, el Nuevo Testamento no es la alegorización del Antiguo, sino el cumplimiento literal de los tipos y sombras que se manifiestan en él. El hecho de que existan tipos en el Antiguo Testamento no justifica la interpretación alegórica de su contenido.

Hermenéutica dispensacional.

Entender la hermenéutica dispensacional requiere entender primero que se quiere decir con el término *dispensación.* El sustantivo *dispensación* procede del latín *dispensatio,* que quiere decir *pesar* o *dispensar* y que traduce la voz griega οἰκονομία, que tiene el significado de dirigir, regular, administrar y planear. Esa palabra aparece nueve veces en el Nuevo Testamento (Lc. 16:2, 3, 4; 1 Co. 9:17; Ef. 1:10; 3:2, 9; Col. 1:25; 1 Ti. 1:4). La palabra se emplea para referirse a un acto de administración o al tiempo durante el cual se lleva a cabo. Por extensión, al hablar de dispensación, se está haciendo referencia a un período moral o probatorio. Al considerar el término se destacan en él tres aspectos de significado: Por un lado está la acción de distribuir algo; en segundo lugar la acción de administrar, que incluye el sistema por el cual las cosas son administradas; en tercer lugar la acción de dispensar en sentido de establecer algunos requisitos.

El término *dispensación*, puede definirse como *el período de tiempo durante el cual Dios trata con el hombre de cierta manera.* La dispensación no está basada en el tiempo, sino en el modo de relación divina, aunque ese modo se mantiene durante un cierto periodo de tiempo. Cada una de las dispensaciones que pudieran establecerse en un análisis bíblico de la historia humana comienza siempre por parte de Dios, al introducir un cambio en los principios válidos hasta entonces. Por la claridad conque se expresa, se transcriben unos párrafos de Eric Sauer sobre dispensaciones:

"El estudio en la Biblia del desarrollo del plan de Redención viene a ser, pues, la descripción de cada etapa según las características que le son propias... No hemos de considerar las Escrituras Sagradas como un bloque homogéneo espiritual y divino, sino como un organismo espiritual maravillosamente articulado bajo el signo de lo histórico-profético. Ha de leerse la historia según la manifestación de las edades divinas, llegando así a la comprensión de su unidad orgánica.

Importa poco si llamamos las etapas "períodos de salvación" "siglos" o "dispensaciones". La voz griega en Ef. 1:11; 3:2; Col. 1:25; 1 Ti. 1:4... quiere decir la administración divina que caracteriza cada período...

En la historia de la Salvación, por lo tanto, cada época constituye un período histórico caracterizado por unos principios peculiares de la obra divina. Cada uno juega un papel distinto en el desarrollo del plan total de la Salvación, manifestando nuevas facetas de la grandeza y de la hermosura del Hijo, Centro y Eje de todos los siglos (He. 1:2).

Desde luego, rasgos típicos de una época pueden hallarse también en otras, como por ejemplo, la práctica de la circuncisión, que se introdujo en la edad patriarcal, persistiendo durante la de la Ley. Sólo terminó con el fin del sistema legal. De igual forma, el "principio de la dispersión", que fue iniciado por el juicio de Babel, sigue en operación desde entonces y durará hasta la inauguración del Reino del Mesías, o sea, a través de tres dispensaciones: la patriarcal, la de la Ley y la de la Iglesia.

Sin embargo, cada época se distingue por una combinación especial de los principios que le son propios, de modo que no hay confusión entre las dispensaciones, ya que cada una es única en su totalidad. Se determina el principio de una nueva época cuando Dios introduce un cambio en la combinación de principios vigentes hasta aquel momento. Es decir, desde el punto de vista divino han de concurrir tres factores: a) ciertas ordenanzas ya válidas persisten; b) otras, vigentes hasta aquel momento, se anula; c) nuevos principios se introducen"[28].

En un estudio desprejuiciado de la Bibla se descubre que Dios habló a los hombres de diferentes maneras en diferentes tiempos (He. 1:1). Cada uno de esos tiempos era diferente a los que les antecedían y a los que les seguían. Dios no administró los asuntos humanos siempre de la misma manera. Es evidente que no trató con Adán de la misma forma antes que después de la caída. El mismo Señor reconoció la existencias de estas formas diferentes de relación de Dios con el hombre, lo que se llaman *dispensaciones*, como lo demostró en el modo de seleccionar el texto bíblico en su discurso en la sinagoga de Nazaret (Lc. 4:16-20). Jesús detuvo la lectura a la mitad de una frase de la profecía (cf. Is. 61:1-2a), dejando fuera la cláusula siguiente ya que no tenía que ver con su primera venida al mundo. Por tanto, hizo una distinción *dispensacional*, que queda evidenciada en que han transcurrido dos mil años entre el cumplimiento de la primera parte y la espera del cumplimiento de la segunda. Por tanto, el intérprete debe entender la diferencia de las dispensaciones y situarse en ellas cuando interpreta el texto bíblico. Es evidente que el trato de Dios con el hombre no permaneció inalterable a lo largo de la historia. Sin duda, lo que no

[28] Erich Sauer. *La aurora de la redención del mundo*. Literatura Bíblica. Madrid 1967. Págs. 290-291

ha variado en todas ellas, lo que es el denominador común permanente en la historia humana es la incapacidad del hombre, en todas las dispensaciones para satisfacer por sí mismo las demandas de Dios. La historia de la humanidad es la historia del continuo fracaso espiritual del hombre, a causa del pecado heredado desde los principios después de la caída.

Pueden establecerse los principios básicos de una dispensación en los siguientes parámetros: a) introducción de una variable en los principios de relación gubernamental de Dios con el hombre; b) como consecuencia se aprecia un cambio de responsabilidad del hombre para con Dios y sus demandas; c) se pone de manifiesto una revelación complementaria a la ya existente para efectuar el cambio, de modo que cada dispensación coincide con una etapa en el progreso de la revelación bíblica. En razón a esto la hermenéutica dispensacional distingue, en el análisis de la Escritura, las diferentes dispensaciones que se aprecian en ella. El número de dispensaciones puede variar a juicio del intérprete, pero, no cabe duda, que todos los intérpretes, sin que necesariamente adopten el sistema dispensacional, entienden y distinguen, por lo menos, dos periodos distintos en la relación de Dios con el hombre. Aquellos que abiertamente no pertenecen al grupo dispensacional, como puede ser, a modo de ejemplo, el teólogo de la línea del pacto, como Hodge, distingue cuatro períodos en la relación de Dios con el hombre que también llama *dispensaciones,* la primera comprende el tiempo que va desde Adán a Abraham, la segunda de Abraham a Moisés, una tercera de Moisés a Cristo, y la cuarta que llama *Dispensación del Evangelio*[29].

La interpretación dispensacional no se distingue por el número de dispensaciones que se aprecie en la Escritura, sino por la distinción que hay entre Israel y la Iglesia. La distinción entre ambos grupos es el resultado de la hermenéutica literal. Un segundo principio fundamental en el método dispensacional es la determinación del propósito de Dios para el mundo. La *teología del pacto*, afirma que el propósito fundamental es la salvación. El sistema dispensacional entiende que el propósito de Dios para el mundo es su propia gloria. En ese sentido el plan de salvación y la ejecución del programa soteriológico de Dios es uno de los medios que Dios usa para la alabanza de la gloria de su gracia, es decir, para su propia gloria (Ef. 1:6, 12, 14).

En un análisis general de la Escritura pueden establecerse distintas dispensaciones: La primera determina el tiempo en que Dios se relacionó con Adán y Eva en su estado de santidad, sin pecado, esto es, desde la creación a la caída (Gn. 1:26-2:25) y que se suele llamar la *dispensación de la inocencia*. Un segundo período de tiempo va desde la caída hasta el diluvio (Gn. 3-7);

---

[29] Charles Hodge. *Teología Sistemática.* Editorial Clie. Terrassa, 1991.

conocido como la *dispensación de la conciencia*, cuyo título se toma de un escrito paulino (Ro. 2:15). La tercera dispensación, conocida como *dispensación del gobierno humano*, abarca el período que va desde el diluvio hasta Babel (Gn. 8:15-11:9). Una cuarta dispensación que se conoce como *de la promesa*, o del *gobierno patriarcal*, va desde Abraham hasta el Éxodo (Gn. 11:10- Ex. 15:21); el título se toma también en este caso de la misma Escritura (He. 6:15; 11:9). Desde el Sinaí hasta la Cruz, se extiende un largo periodo de tiempo en el que la relación de Dios con el hombre se establece mediante la legislación entregada por medio de Moisés y por cuya circunstancia se le conoce como *dispensación de la Ley.* En el tiempo presente, esto es, desde Pentecostés hasta nuestros días, la relación de Dios con el hombre tiene como propósito la formación de un cuerpo en Cristo que es la Iglesia, por lo que debe llamársele al tiempo *la dispensación de la Iglesia*; el término de esta dispensación tendrá lugar con el *arrebatamiento de la Iglesia* (1 Ts. 4:16-17). Algunos dan a este tiempo el calificativo de *dispensación de la gracia*, en contraste con la *dispensación de la Ley*, pero realmente el trato de Dios con el hombre en gracia, no es una *novedad* de este tiempo, sino el modo habitual con que Dios trató siempre al hombre. Lo que es nuevo en este tiempo es la Iglesia, que no estuvo antes, ni lo estará después de su traslado a la presencia del Señor. Por las profecías puede establecerse luego de la *dispensación de la Iglesia*, un período que aparece en el libro de Apocalipsis, y que es una de las manifestaciones del reino de Dios o reino de los cielos, conocido como el *milenio*, y que se menciona como *mil años*, seis veces en un corto número de versículos (Ap. 20:2, 3, 4, 5, 6, 7), por tanto a ese tiempo pude llamársele la *dispensación del reino milenial*; durará desde la segunda venida de Cristo a la tierra hasta el juicio del trono blanco (Is. 9; Ap. 20:1-7; 2 Ti. 2:12; 2 Ts. 1:6-10; Ap. 5:10).

El propósito principal de las dispensaciones es probar que bajo ninguna circunstancia el hombre es capaz de mantenerse en integridad, o de recobrarla y salvarse a sí mismo de su corrupción; que su sola esperanza consiste en una interposición directa por parte de Dios en una maravillosa infusión del Espíritu Santo, que obra un cambio en su naturaleza.

Sistemas interpretativos usados para el Apocalipsis.

Sería poco menos que imposible enumerar aquí todos los sistemas interpretativos que, a lo largo de los siglos, se han utilizado para dar el significado del Apocalipsis. Debe tenerse en cuenta que en distintos periodos de la historia de la iglesia se ha tratado la interpretación del libro de diferentes maneras. Entre los muchos sistemas interpretativos que se han usado en el tiempo cabe destacar algunos de los más significativos.

Sistema espiritualista.

Sostiene que el propósito del libro no es dar a conocer acontecimientos futuros, sino enseñar principios espirituales. Este sistema puede dividirse en tres grupos: a) Radical; b) Moderado; c) Liberal. El problema de este método es que no puede *espiritualizarse*, o *alegorizarse* todo el contenido del libro, como ocurre, a modo de ejemplo, con el descenso o segunda venida del Señor, ni tampoco con la nueva creación de cielos y tierra.

Sistema preterista.

Entiende que Juan se refiere proféticamente a acontecimientos que tuvieron lugar durante el imperio romano, por tanto, ya ocurridos. Es un sistema al que recurren generalmente quienes mantienen posiciones amilenaristas. La interpretación preterista es insostenible a no ser que se niegue el carácter profético que el mismo libro exige (22:19).

Sistema historicista.

Una buena síntesis de este método la establece del Dr. Lacueva:

"Este sistema, sostenido por un gran número de autores, ve en el Apocalipsis sucesos, más o menos relevantes, de la historia mundial, que tienen que ver con la Iglesia, desde el primer siglo de nuestra era hasta los tiempos actuales. A pesar del gran número de sus adeptos, opino que este sistema es el más improbable y arbitrario de todos, puesto que: (A) De poco habría aprovechado a los contemporáneos de Juan, que nada sabían de la futura historia de la humanidad; (B) De poco serviría igualmente a los creyentes de nuestra época, conozcan o no los hechos de la historia, pues no les sirven de bendición ni de consuelo; (C) La selección que los partidarios de este sistema hacen de los sucesos de la historia no puede ser más arbitraria; (D) En fin, ¿qué hacer, en ese caso, con las bienaventuranzas de 1:3; 22:7; por ejemplo?"[30]

Sistema futurista.

Es el sistema que utilizan todos los exegetas que interpretan la profecía en sentido literal, en donde se establecen las interpretaciones correspondientes a lo que es literal absoluto y lo que es simbólico. Este sistema, que será el utilizado en el análisis del libro, entiende que la mayor parte de los

---

[30] Francisco Lacueva. *Comentario Bíblico Matthew Henry. Santiago-Apocalipsis.* Editorial Clie. Terrassa, 1991. pág. 305.

acontecimientos del libro tendrán lugar hacia el fin de la era presente y se extenderán luego hasta el estado eterno.

Bosquejo.

El mismo libro establece tres divisiones naturales (1:19). La primera se define como *"las cosas que has visto"*, referido a la visión que el apóstol tuvo de Cristo en el primer capítulo (1:9-20). La segunda división se establece como *"las cosas que son"*, y que, por el mismo contexto, tienen que ver con la Iglesia en general en el presente tiempo histórico, representada en las siete cartas a las siete iglesias en Asia (2:1-3:22). La tercera división, la más extensa del libro, se determina con la expresión *"las cosas que han de ser después de estas"* y se refiere al futuro, en el tiempo que comenzará a partir del arrebatamiento de la Iglesia (4:1-22:21). Sobre la base de estas tres divisiones que da el mismo libro se establece el siguiente bosquejo analítico:

I. Prólogo (1:1-8).
1. El sobrescrito o título (1:1-3).
2. El saludo (1:4-8).

II. Las cosas que has visto (1:9-20).
1. Circunstancias de la visión (1:9-11).
2. Contenido de la visión (1:12-16).
3. Consecuencia de la visión (1:17-20).

III. Las cosas que son (2:1-3:22).
1. El mensaje a la iglesia en Éfeso (2:1-7).
    1.1. Presentación del Señor (2:1).
    1.2. Elogios (2:2-3).
    1.3. Amonestación (2:4).
    1.4. Exhortación (2:5-6).
    1.5. Apelación y promesas (2:7).
2. El mensaje a la iglesia en Esmirna (2:8-11).
    2.1. Presentación del Señor (2:8).
    2.2. Elogios (2:9).
    2.3. Exhortación (2:10).
    2.4. Apelación y promesas (2:11).
3. El mensaje a la iglesia en Pérgamo (2:12-17).
    3.1. Presentación del Señor (2:12).
    3.2. Elogios (2:13).
    3.3. Amonestación (2:14-15).
    3.4. Exhortación (2:16).
    3.5. Apelación y promesas (2:17).
4. El mensaje a la iglesia en Tiatira (2:18-29).
    4.1. Presentación del Señor (2:18).

4.2. Elogios (2:19).
4.3. Amonestación (2:20-23).
4.4. Exhortación (2:24-25).
4.5. Apelación y promesas (2:26-29).
5. El mensaje a la iglesia en Sardis (3:1-6).
5.1. Presentación del Señor (3:1a).
5.2. Amonestación (3:1b).
5.3. Exhortación (3:2-3).
5.4. Elogios (3:4).
5.5. Apelación y promesas (3:5-6).
6. El mensaje a la iglesia en Filadelfia (3:7-13).
6.1. Presentación del Señor (3:7).
6.2. Elogios (3:8-10).
6.3. Exhortación (3:11).
6.4. Apelación y promesas (3:12-13).
7. El mensaje a la iglesia en Laodicea (3:14-22).
7.1. Presentación del Señor (3:14).
7.2. Amonestación (3:15-19).
7.3. Exhortación (3:20).
7.4. Apelación y promesas (3:21-22).

IV. Las cosas que serán después de estas (4:1-22:5).

1. El tiempo de la tribulación (4:1-19:21).
1.1. El trono en el cielo (4:1-11).
1.1.1. El trono (4:1-3).
1.1.2. El entorno (4:4-8).
1.1.3. La alabanza (4:9-11)
1.2. El rollo en el cielo (5:1-14).
1.2.1. El rollo (5:1).
1.2.2. La búsqueda (5:2-5).
1.2.3. El Cordero inmolado (5:6-7).
1.2.4. El cántico celestial (5:8-14).
1.3. El comienzo del juicio: Los sellos (6:1-17).
1.3.1. El primer sello (6:1-2).
1.3.2. El segundo sello (6:3-4).
1.3.3. El tercer sello (6:5-6).
1.3.4. El cuarto sello (6:7-8).
1.3.5. El quinto sello (6:9-11).
1.3.6. El sexto sello (6:12-17).
1.4. Salvación en medio de la ira (7:1-17).
1.4.1. Los 144.000 sellados (7:1-8).
1.4.2. La multitud de los gentiles salvos (7:9-17).
A) La multitud (7:9-12).
B) Su procedencia (7:13-17).

1.5. El séptimo sello (8:1-6).
1.6. Las seis trompetas (8:7-9:21).
1.6.1. La primera trompeta: juicio sobre la tierra (8:7).
1.6.2. La segunda trompeta: juicio sobre el mar (8:8-9).
1.6.3. La tercera trompeta: juicio sobre las aguas (8:10-11).
1.6.4. La cuarta trompeta: juicio sobre el universo (8:12-13).
1.6.5. La quinta trompeta: juicio sobre los hombres (9:1-12).
A) El pozo del abismo abierto (9:1-2).
B) Las langostas y su acción (9:3-6).
C) La descripción de las langostas (9:7-12).
1.6.6. La sexta trompeta: los hombres atormentados (9:13-21).
A) Los cuatro ángeles desatados (9:13-19).
B) La rebeldía de los hombres (9:20-21).
1.7. El rollo pequeño (10:1-11).
1.7.1. La aparición del ángel (10:1-4).
1.7.2. La acción del ángel (10:5-11).
1.8. Los dos testigos (11:1-14).
1.8.1. El templo (11:1-2).
1.8.2. El tiempo (11:3).
1.8.3. Las características de los dos testigos (11:4-6).
1.8.4. La muerte de los dos testigos (11:7-10).
1.8.5. La traslación de los dos testigos (11:11-14).
1.9. La séptima trompeta (11:15-19).
1.10. La guerra (12:1-17).
1.10.1. Guerra en la tierra (12:1-6).
1.10.2. Guerra en el cielo (12:7-12).
1.10.3. La acción del dragón (12:13-17).
1.11. Las dos bestias (13:1-18).
1.11.1. La primera bestia (13:1-10).
1.11.2. La segunda bestia (13:11-18).
1.12. Advertencias celestiales (14:1-20).
1.12.1. Sobre los 144.000 (14:1-5).
1.12.2. Sobre el evangelio eterno (14:6-8).
1.12.3. Sobre los adoradores de la bestia (14:9-13).
1.12.4. Sobre la cosecha de la tierra (14:14-20).
1.13. Introducción a los juicios de las copas (15:1-8).
1.13.1. Dos visiones (15:1-2).
1.13.2. El cántico de Moisés y del Cordero (15:3-4).
1.13.3. La preparación para la consumación de la ira de Dios (15:5-8).
1.14. Los juicios de las copas (16:1-21).
1.14.1. La primera copa: úlceras (16:1-2).
1.14.2. La segunda copa: juicio sobre el mar (16:3).

1.14.3. La tercera copa: juicio sobre los ríos (16:4).
A) Doxología celestial (16:5-7).
1.14.4. La cuarta copa: calor abrasador (16:8-9).
1.14.5. La quinta copa: tinieblas (16:10-11).
1.14.6. La sexta copa: acción sobre el Éufrates (16:12-16).
1.14.7. La séptima copa: consumación de los juicios (16:17-21)
1.15. La Babilonia religiosa (17:1-18).
1.15.1. Descripción (17:1-7).
1.15.2. Interpretación (17:8-18).
A) La bestia (17:8-11).
B) Los diez cuernos (17:12-14).
C) Las aguas y la mujer (17:15-18).
1.16. La Babilonia comercial (18:1-24).
1.16.1. Anuncio celestial (18:1-3).
1.16.2. Demanda celestial (18:4-8).
1.16.3. Angustia de los reyes (18:9-10).
1.16.4. Angustia de los mercaderes (18:11-17a).
1.16.5. Angustia de los marinos (18:17b-19).
1.16.6. Aclamación celestial (18:20-24).
2. La segunda venida de Cristo (19:1-21).
2.1. Alabanzas en el cielo (19:1-6).
2.2. Anuncio de la cena de las bodas del Cordero (19:7-10).
2.3. Advenimiento del Señor (19:11-16).
2.4. La última batalla del Armagedón (19:17-21).
3. El milenio (20:1-6).
3.1. Satanás atado (20:1-3).
3.2. La resurrección de los santos (20:4-6).
4. El final de la historia humana (20:7-15).
4.1. La última rebelión contra Dios (20:7-9).
4.2. La sentencia sobre Satanás (20:10).
4.3. El juicio final (20:11-15).
5. El estado eterno (21:1-22-5).
5.1. El descenso de la nueva Jerusalén (21:1-8).
5.2. Descripción de la nueva Jerusalén (21:9-27).
5.2.1. La ciudad y su gloria (21:9-11).
5.2.2. El muro de la ciudad (21:12-14).
5.2.3. Las medidas de la ciudad (21:15-17).
5.2.4. Los materiales del muro y de las puertas (21:18-21).
5.2.5. Otros aspectos de la ciudad (21:22-27).
5.3. La vida en la ciudad (22:1-5).

V. Epílogo (22:6-21).

1. Palabras de consuelo (22:6-17).
1.1. La promesa del Señor (22:6-7).

1.2. Experiencia de Juan (22:8-9).
1.3. Instrucciones a Juan (22:10-11).
1.4. La promesa reiterada (22:12-13).
1.5. Bendición y advertencia (22:14-17).
2. La amonestación de Dios (22:18-19).
3. Bendición (22:20-21).

EXÉGESIS DEL LIBRO.

Prólogo (1:1-8).

Luego de la *Introducción General*, entramos en el análisis textual del contenido del Apocalipsis.

El sobrescrito o título (1:1-3).

Juan comienza su escrito:

1. La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto; y la declaró enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan.

’Αποκάλυψις ’Ιησοῦ Χριστοῦ ἣν ἔδωκεν αὐτῷ ὁ Θεὸς δεῖξαι τοῖς
Revelación de Jesucristo que dio le - Dios para mostrar a los
δούλοις αὐτοῦ ἃ δεῖ γενέσθαι ἐν τάχει, καὶ ἐσήμανεν ἀποστείλας
siervos de Él lo que debe suceder en breve; y dio a entender enviando
διὰ τοῦ ἀγγέλου αὐτοῦ τῷ δούλῳ αὐτοῦ ’Ιωάννῃ,
mediante el ángel de Él al siervo de Él, Juan.

Notas sobre el texto griego.

Comienza Juan con ἀποκάλυψις, caso nominativo femenino singular del sustantivo de igual forma que significa *revelación*, literalmente *desvelar algo*, compuesto por la preposición de ablativo ἀπό, *de, desde*, y el verbo καλύπτω, *cubrir*. Es la revelación ’Ιησοῦ Χριστοῦ, dos nombres propios del Señor en genitivo masculino singular *Jesús, Cristo*, de ahí *Jesucristo*; seguido de ἣν, caso acusativo femenino singular del pronombre relativo ὅς, *que*; ἔδωκεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar, entregar, conceder*, aquí como *dio*; seguido de αὐτῶ, caso dativo masculino singular del pronombre personal αὐτός, aquí como *le*; sigue luego ὁ, artículo determinado masculino singular, *el*, sin traducción en español al estar vinculado a Θεὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *Dios*; δεῖξαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo δείκνυμι, *mostrar, hacer ver, manifestar*, aquí como *mostrar*; τοῖς, caso dativo del artículo determinado masculino plural ὁ, aquí como *a los*; δούλοις, caso dativo masculino plural del sustantivo δοῦλος, aquí como *siervos*; seguido del pronombre

personal αὐτου, *de él*; unido con ἃ, caso acusativo neutro plural del pronombre relativo ὅς, *lo que*; δεῖ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo impersonal δεῖ, que designa una necesidad absoluta; los enunciados que se forman con este verbo tienen por naturaleza carácter absoluto, muy difícilmente cuestionable y, a menudo, anónimo y determinístico, que equivale *es necesario*, *debía*, aquí como *debe*; γενέσθαι, aoristo segundo de infinitivo en voz media del verbo γίνομαι, *hacerse*, *suceder*; seguido de ἐν, preposición que rige dativo, *en*; τάχει, caso dativo neutro singular del sustantivo τάχοσ, *velocidad*, que con la preposición adquiere sentido adverbial, *en breve*, *prontamente*. La segunda cláusula se establece mediante la conjunción καὶ, *y*; ἐσήμανεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo σημαίνω, *dar a entender, declarar, informar*, aquí como *di a entender*; ἀποστείλας, participio aoristo primero en voz activa del verbo ἀποστέλλω, *enviar*, de donde toma la radical *apóstol*, como *enviado,* aquí como *enviando*; seguido de la preposición de genitivo διὰ, *a través, por medio de, mediante*; τοῦ ἀγγέλου, literalmente *el ángel*; seguido de αὐτου, caso genitivo masculino singular, del pronombre personal que equivale a *de Él*; δούλῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo, considerado antes, que denota *siervo*, unido a αὐτοῦ, pronombre personal que equivale a *de Él*; seguido de ʼΙωάννη, nombre propio que significa *Juan.*

Juan comienza su escrito estableciendo para él la categoría de ἀποκάλυψις, *revelación*. Con ese sustantivo se abre el texto. Siendo el primer nombre en la primera cláusula, el valor es incuestionable en el griego, enfatizando la condición del escrito, como una revelación que se va a comunicar. El término griego tiene el sentido de *descubrir, desvelar,* expresando la idea de *quitar un velo* que oculta algo para hacerlo visible. El sustantivo aparece en otros lugares del Nuevo Testamento, para referirse a la manifestación de verdades sobrenaturales, en algún caso como una luz que permite la visión espiritual de los gentiles en la manifestación del Verbo de Dios encarnado (Lc. 2:32); o la expresión de la verdad que se conoce por revelación directa de Dios mismo (Ro. 16:25); incluso la capacidad que sólo Dios puede comunicar para conocerle a Él (Ef. 1:17). La misma palabra se usa también en relación con revelaciones especiales hechas por Dios a alguna persona, cual es el caso de las revelaciones que Pablo recibió directamente del Señor Jesucristo (Gá. 1:12; Ef. 3:3); o las indicaciones que por la misma vía de revelación recibió para hacer alguna cosa (Gá. 2:2); también en relación con visiones recibidas sobrenaturalmente (2 Co. 12:1). Otras veces la palabra se usa para referirse a la segunda venida del Señor o a su manifestación futura. Así ocurre en relación con el juicio para los no arrepentidos en el día de la ira de Dios (Ro. 2:5); con la aparición gloriosa del Señor que los creyentes esperamos (1 Co. 1:7; 2 Ts. 1:7; 1 P. 1:7, 13; 4:13). Juan afirma que cuanto va a escribir se produjo de semejante manera, como una *revelación* que Dios le hizo directamente. Por esta causa se conoce también el Apocalipsis con el título de *Revelación*.

La revelación es Ἰησοῦ Χριστοῦ, *de Jesucristo*. El texto griego exige que se tomen los dos nombres, *Jesús* y *Cristo*, como genitivo subjetivo, es decir, es una revelación que hace Cristo, pero que la hace de sí mismo. Pudiera tomarse también como un genitivo objetivo, en cuyo caso sería una revelación acerca de Jesucristo. Ambas cosas son verdad, sin embargo, debe entenderse que esta revelación, que sin duda tiene que ver continuamente con Jesucristo, llega a Juan por Cristo mismo que se la da. Es una revelación que tiene que ver con Jesús mismo y con los acontecimientos futuros que involucran la historia de la humanidad, desde la perspectiva de la soberanía de quien tiene el nombre de suprema autoridad en cielos y tierra (Fil. 2:9-11).

Esta revelación que Jesús da a su siervo Juan, le es a su vez dada por el Padre, como escribe Juan: ἣν ἔδωκεν αὐτῷ ὁ Θεὸς, *"que Dios le dio"*. Pudiera parecer que hay una contradicción con el ministerio revelador que Jesús trajo en su vida humana. Aquel que venía del cielo, el Verbo encarnado, manifiesta en plenitud absoluta y suprema a Dios mismo (Jn. 1:18; He. 1:2). En su naturaleza divina nada hay de la mente del Padre que no conozca el Hijo. Ninguna cosa puede haber secreta en Dios para quien es el Verbo de Dios. Dios se expresa en el Hijo. El verbo expresar es frecuentativo del verbo exprimir, es decir, cuando expresamos algo primeramente hemos *exprimido* nuestra mente para generar la idea y comunicarla por medio de palabras. Dios se expresó a sí mismo en un *exprimirse* absoluto en el Hijo que como Verbo lo revela y hace en Él mismo, como hombre, visible al Invisible. Ahora bien, si en su naturaleza divina no hay limitación de conocimiento y, por tanto, de revelación de Dios hacia el exterior, si la hay en su naturaleza humana. En cuanto hombre, como corresponde a la limitación del ser humano, puesto que se hizo *carne* (Jn. 1:14), hay limitación en el conocimiento de cosas que corresponden exclusivamente a Dios y que están vedadas al hombre. De ahí que Jesús mismo reconozca limitaciones en el plano de la humanidad: *"Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre"* (Mr. 13:32). Durante el ministerio terrenal Jesús, desde el plano de su naturaleza humana, vinculada con los discípulos como Maestro, se limitó a darles las palabras que había recibido del Padre (Jn. 17:8, 14). Es desde su dimensión de humanidad glorificada que puede comunicar lo oculto de Dios, en la dimensión dable al hombre, y todo lo futuro de la historia humana (Jn. 3:34, 35; 5:20-24; 7:16; 8:28; 12:49; 14:10, 24; 16:15; 17:8). De todo lo futuro conocía en el plano de su humanidad lo que Dios le comunicaba. Juan se refiere aquí al contenido de la revelación que se establece en el Apocalipsis. El Padre comunica al Hijo la revelación que como Agente divino, Mediador entre Dios y los hombres, en toda la extensión de la palabra, la da a conocer a Juan. Dios el Padre es la fuente inicial y final de toda revelación, mientras que es por Dios el Hijo que es impartida y llega a los hombres. El Hijo exaltado y glorificado recibió del Padre todo lo que es y lo que tiene, verdad enfatizada ampliamente en la Escritura y,

especialmente en los escritos de Juan (Jn. 3:35; 5:20-26; 7:16; 8:28). Esto no significa en modo alguno desconocimiento o limitación alguna de conocimiento, en el plano de la deidad que sustentaba la humanidad de Jesús de Nazaret, quien como el Verbo de Dios encarnado, no desconocía nada desde su naturaleza divina.

La revelación que Dios da a Jesucristo y éste a Juan tiene como objeto δεῖξαι τοῖς δούλοις αὐτοῦ ἃ δεῖ γενέσθαι ἐν τάχει *"manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto"*. Como se ha considerado arriba, el verbo *manifestar*, tiene el sentido de *hacer ver, mostrar*, de manera que Dios tiene como propósito poner de manifiesto anticipadamente las cosas que sucederán en un tiempo determinado de la historia humana. ¿Quiénes son estos *siervos*? Primariamente Juan, que usa ese calificativo para sí mismo, y extensivamente a todos los cristianos, que han sido libertados de la esclavitud del pecado para pasar a ser siervos de la justicia (Ro. 6:18), servidores del Dios vivo y verdadero (1 Ts. 1:9-10). Como dice el Dr. Carballosa:

"El mensaje del Apocalipsis va dirigido a los siervos de Dios. Los siervos o esclavos de Dios son personas sujetas a su Palabra y ocupados en los intereses del Soberano. Con la excepción de los capítulos 2 y 3, al parecer el resto del Apocalipsis está dirigido a los creyentes identificados como sus siervos, probablemente porque están dispuestos a obedecer el contenido del mensaje del libro"[31].

La revelación tiene que ver con ἃ δεῖ γενέσθαι ἐν τάχει *"cosas que van a suceder pronto"*, por tanto, la profecía señala hacia eventos futuros, acontecimientos que tendrán lugar en un tiempo posterior al del escrito profético y a su revelación personal a Juan. Estos acontecimientos futuros deberán producirse ἐν τάχει, *pronto*. La expresión es sumamente enfática, ya que Juan utiliza un verbo que expresa la idea de algo que *debe producirse*, es decir, algo que es inevitable que se produzca; al estar en presente de indicativo este verbo impersonal designa una necesidad absoluta, por tanto, los enunciados que se forman con ese verbo tienen por naturaleza carácter absoluto, incuestionable y determinístico, esto es, se cumplirán inexorablemente. Sin embargo esto no significa que lo que viene seguidamente, en especial a partir del capítulo 6 sea simplemente una adaptación cristiana de la apocalíptica judía. Sobre esto escribe George Eldon Ladd:

"Las palabras 'que deben suceder pronto' contienen un eco de Daniel 2:28. Aunque Juan pocas veces cita el Antiguo Testamento de manera formal,

---

[31] Evis L. Carballosa. *Apocalipsis*. Editorial Portavoz. Grand Rapids, Michigan, 1997, pág. 41.

su libro está lleno de alusiones evidentes a los escritos proféticos. Este es un hecho cuya significación es pasada por alto por muchos críticos modernos. La mente de Juan está saturada con el Antiguo Testamento y él esperaba que tales alusiones pasajeras tuvieran significado para sus lectores. Sin embargo, no hay una sola alusión a cualquier escrito apocalíptico judío conocido. Esto sugiere que el Apocalipsis no es, como muchos han dicho, simplemente una pieza de lo apocalíptico judío que ha sido bautizada en la iglesia cristiana. El trasfondo de Juan era mucho más que el de los profetas del Antiguo Testamento, aun cuando hacía uso de un simbolismo apocalíptico.

En los apocalipsis judíos tenemos un significativo factor determinista, que a veces casi da la impresión de que el curso de los hechos estaban tan inflexiblemente determinado que Dios mismo estaba ligado a ellos. Dado que los hechos estaban predeterminados, sería posible que alguien que tuviera visión calculara los tiempos y sazones y estableciera cuándo vendría el fin. Ciertamente el Nuevo Testamento está libre de ese espíritu de cálculo. 'Del día y la hora nadie sabe' (Mt. 24:36). Sin embargo, Dios es soberano; tiene un plan redentor que en su propio tiempo debe ser cumplido. Nada puede impedir la segura consumación del reino de Dios"[32]

Además los acontecimientos profetizados deben ocurrir *pronto*. Juan usa un sustantivo que se relaciona con *velocidad*, precedido de una preposición que le da carácter adverbial, no tanto en el sentido de que ocurrirán en un tiempo próximo, sino en un espacio de tiempo reducido. No ocurrirían en los tiempos próximos a Juan, o incluso en su tiempo como algunos consideran, sino que cuando comiencen a producirse se llevarán a cabo con gran celeridad. Algunos consideran que esto enfatiza la inminencia de la segunda venida del Señor, como creían los creyentes en la iglesia primitiva (1 Ts. 4:16, 17). Sin embargo, lo que se está revelando en Apocalipsis, no es la traslación de la Iglesia, sino los acontecimientos que tendrán lugar después de ese acontecimiento. Que cada creyente debe esperar el llamado del Señor para recoger a los suyos en cualquier momento, no tiene que ver con el hecho de que habrá un tiempo especialmente intenso que precederá a su literal segunda venida a la Tierra. El mismo vocablo que usa Juan se traduce como *pronto,* en el sentido de *rápidamente*, en otro lugar (Lc. 18:8).

Καὶ ἐσήμανεν ἀποστείλας διὰ τοῦ ἀγγέλου αὐτοῦ. El proceso de revelación consiste en una *declaración*, que en el texto griego expresa la idea de *dar a entender* algo, que incluye también el uso de alguna señal, ya que la raíz del verbo tiene que ver con *señal*. El proceso de la revelación pasa del Padre a Jesucristo y de Éste, mediante un ángel a Juan. Es una revelación *enviada*,

[32] George Eldon Ladd. *El Apocalipsis de Juan: un comentario*. Editorial Caribe. Miami, 1978.

usando un agente, en este caso un ángel, para hacerla llegar a Juan. En el texto griego se lee *su* ángel, por lo que pudiera tratarse de algún ángel conocido ya en la Escritura que Dios usó para enviar mensajes a los hombres, por lo que algunos piensan que podría tratarse de Gabriel, quien intervino ya en la comunicación y aclaración de la profecía a Daniel (Dn. 8:16; 9:21, 22) y más tarde en la anunciación de la concepción y nacimiento de Jesús, a su madre María (Lc. 1:26-31). Sea cual sea ese ángel debe entenderse que su intervención en relación con la revelación que se hace a Juan, es meramente instrumental. De la misma manera que Dios usó a los ángeles para entregar a Moisés las tablas de la ley (Hch. 7:53; Gá. 3:19), así también en este caso utiliza a uno de sus servidores celestiales para esta comunicación a Juan. La intervención de los ángeles, tan notable en Apocalipsis, relacionada con el mensaje de Dios conlleva el carácter de confirmación, *"porque si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme"* (He. 2:2). En todo esto el Espíritu está introduciendo el escrito de Juan rodeándolo de seguridad y firmeza en cuanto a cumplimiento de cuanto se anuncie en él. Sin embargo, es notable que aunque la revelación se da a Juan por medio del ángel, no aparece en esa función sino hasta mucho más adelante (17:15; 19:9; 21:9; 22:16), aunque en estas referencias, especialmente en la primera, el ángel está haciendo labores de interpretación en ayuda de Juan, y el resto tiene que ver con otras manifestaciones angélicas en el libro y no con el ángel enviado para dar la revelación al apóstol. El comunicador del mensaje es Cristo mismo, el instrumento para ello es su ángel. Debe tenerse en cuenta que Jesús es el Verbo encarnado (Jn. 1:14); el único Mediador entre Dios y los hombres (1 Ti. 2:5); a quien el Padre ha entregado todas las cosas en su mano (Mt. 28:18; Jn. 3:35; 5:19; 13:3), por tanto, es el único que formula y establece la revelación, hasta el punto que en ocasiones es Jesús mismo quien dialoga con Juan (1:17) y en otras ocasiones será alguno de los ancianos (5:5; 7:13-17).

El receptor de la revelación es τῷ δούλῳ αὐτοῦ Ἰωάννῃ, *"su siervo Juan"*. El apóstol se considera a sí mismo como *siervo* de Jesucristo. Ese es el título de honor para el creyente (1 Co. 4:1). Aunque apóstol es también siervo, es decir, apóstol por don y siervo por condición. El Señor coloca a este siervo suyo, Juan, en el ministerio de trasladar la profecía que desea comunicar a todos los siervos en el transcurso del tiempo.

2. Que ha dado testimonio de la palabra de Dios, y del testimonio de Jesucristo, y de todas las cosas que ha visto.

ὃς ἐμαρτύρησεν τὸν λόγον τοῦ Θεοῦ καὶ τὴν μαρτυρίαν Ἰησοῦ
Que ha dado testimonio de la palabra - de Dios y del testimonio de Jesús
Χριστοῦ ὅσα εἶδεν.
Cristo de todo cuanto vio.

Notas sobre el texto griego.

Juan continúa con una cláusula aclarativa que está vinculada al texto anterior, con ὃς, pronombre relativo masculino singular, *que, el cual*; ἐμαρτύρησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo μαρτυρέω, *testificar, dar testimonio*, aquí como *ha dado testimonio*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado ὁ, *de la*; que precede a λόγον, caso acusativo masculino singular del sustantivo λόγος, que denota *palabra*, *discurso*; τοῦ Θεοῦ, literalmente *de Dios*. Una segunda cláusula se vincula a la primera por medio de la conjunción καὶ, *y*; seguida de τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado ὁ, *el, ella*, aquí como *del*; μαρτυρίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo μαρτυρία, que denota *testimonio*; Ἰησοῦ Χριστοῦ, *de Jesucristo*; con ὅσα, caso acusativo neutro singular del pronombre relativo ὅσος, usado como adverbio con la significación de *tanto como*, *todo cuanto*; εἶδεν tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo εἴδω, *mirar*, *ver*, aquí significa *vio*.

Juan afirma su misión de testimonio desde su condición de profeta, en una triple dimensión. Primeramente relacionado con la *Palabra de Dios*: ὃς ἐμαρτύρησεν τὸν λόγον τοῦ Θεοῦ, *que ha dado testimonio de la Palabra de Dios*. Esto en el Nuevo Testamento tiene que ver muchas veces con la palabra hablada. En otro lugar de este mismo libro se aplica al evangelio (1:9; 6:9; 20:4). En esta ocasión debe considerarse como la palabra que Dios da a Juan, como lo determina el genitivo subjetivo que equivale a la palabra *dada por Dios*. En el caso concreto del libro, la revelación en último extremo procede de Dios. En segundo lugar el testimonio de Juan tiene que ver con Jesucristo: καὶ τὴν μαρτυρίαν Ἰησοῦ Χριστοῦ, *y del testimonio de Jesús*. Nuevamente en este caso el genitivo subjetivo produce el mismo efecto que en el anterior, ya que la palabra era testificada por Jesucristo, quien es el objeto principal de la profecía (19:10) y que autentifica la palabra dada (22:16, 18, 20). El tercer testimonio está referido a ὅσα εἶδεν *"todas las cosas que ha visto"* en relación con la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo, ya que en el texto griego no aparece la conjunción *y* después de *Jesucristo*. El texto bíblico dice: *"que testificó la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo, que es cuanto vio"*, puesto que la revelación que traslada en el libro le fue dada mayoritariamente por medio de visiones. Tocante a los dos temas, *la palabra de Dios*, y *el testimonio de Jesucristo*, Juan escribió con toda fidelidad cuanto recibió y vio, bajo la dirección y control del Espíritu Santo.

3. Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca.

Μακάριος	ὁ	ἀναγινώσκων	καὶ	οἱ	ἀκούοντες	τοὺς	λόγους	τῆς
Bienaventurado	el	que esté leyendo	y	los	que estén oyendo	las	palabras	de la

προφητείας καὶ τηροῦντες τὰ ἐν αὐτῇ γεγραμμένα, ὁ γὰρ καιρὸς
profecía y guarden lo que en ella ha sido escrito porque el tiempo
ἐγγύς.
cerca.

Notas sobre el texto griego.

Juan llama μακάριος, caso nominativo masculino singular del adjetivo de la misma forma, que significa *bienaventurado, dichoso, feliz*; seguido de ὁ, artículo determinado masculino singular, *el*; ἀναγινώσκων, caso nominativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo ἀναγινωσκω, que literalmente expresa la idea de *leer, leer en voz alta, leer públicamente*, aquí el participio aparece sin objeto directo, como *el que lee*, o *el que esté leyendo,* es decir, un lector genérico, *cualquiera que lea*; seguido de la conjunción καὶ, *y*; seguido de οἱ, artículo determinado masculino singular, *los*; ἀκούοντες, caso nominativo plural masculino, con el participio presente en voz activa del verbo ἀκούω, *oír*, aquí como *oyendo* o *estén oyendo*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado οἱ, *los,* en español femenino *las*; λόγους, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota *palabras*; seguido de τῆς, caso genitivo del artículo determinado femenino singular que significa *de la*; προφητείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo προφητεία, *profecía*; y τηροῦντες, caso nominativo masculino plural con el participio presente en voz activa del verbo τηρέω, *guardar, custodiar*, aquí como *guarden* o *estén guardando*; seguido de τὰ, caso acusativo del artículo determinado neutro plural, *lo*; que precede a ἐν, preposición que rige dativo y que significa *en*; αὐτῇ, caso dativo femenino singular del pronombre personal αὐτός, *ella*; γεγραμμένα, caso acusativo neutro plural con el participio perfecto en voz pasiva del verbo γράφω, *escribir,* aquí como *ha sido escrito*; seguido de ὁ, artículo determinado masculino singular, *el*; con la conjunción causal γὰρ, *porque*; καιρὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *tiempo*, *época*, *momento, ocasión,* que se usa generalmente para referirse al tiempo que escatológicamente se ha cumplido, un plazo de tiempo; concluyendo la frase con un enfático ἐγγύς, adverbio que significa *cerca.*

Μακάριος, *bienaventurado.* Después de la presentación y misión del autor aparece la primera bienaventuranza de las siete que aparecen en el libro (1:3; 14:13; 16:15; 19:9; 20:6; 22;7, 14). Es el mismo adjetivo que aparece varias veces en el Sermón del Monte, y que expresa la idea de ser dichoso, intensamente feliz. El término en el griego clásico se usaba para designar el estado en que se encontraban los hombres que gozaban de extraordinaria felicidad, especialmente porque habían alcanzado posiciones sociales o beneficios que los hacía estar por encima del resto de las gentes. En el Nuevo Testamento el concepto griego no tiene nada que ver en relación con la verdadera felicidad. Sólo es feliz quien disfruta del favor y de las bendiciones de Dios (Stg. 1:17). Cada vez que aparece una bienaventuranza en la Escritura incluye la declaración de la dicha, el destinatario, el motivo y la recompensa que cierra el ciclo de la felicidad. En este caso la declaración de la *bienaventuranza*, está ligada con ὁ ἀναγινώσκων καὶ οἱ ἀκούοντες τοὺς

λόγους τῆς προφητείας καὶ τηροῦντες τὰ ἐν αὐτῇ γεγραμμένα, *"los que leen, oyen y guardan las palabras de la profecía"*. La expresión ὁ ἀναγινώσκων, *el que lee*, pudiera muy bien referirse al lector en público de la Escritura en la congregación cuando se reúne la iglesia. Debe tenerse presente que el apóstol Pablo recomendaba a Timoteo el ejercicio de esta lectura en la congregación (1 Ti. 4:13). El verbo[33] que Juan usa, ὁ ἀναγινώσκων, en participio presente articular, puede usarse también para la lectura privada de la profecía, es decir, para quienes *estén leyendo* el contenido de las palabras del libro. Los destinatarios son también quienes *oyen* la lectura de las palabras de la profecía. Al que lee corresponde también el que oye; es, por tanto, bienaventurado tanto el que lee como el que oye lo que se lee. El verbo[34], οἱ ἀκούοντες, también en participio presente articular lleva aparejado el sentido de *entender* lo que se está oyendo, lo que supone una bendición grande para quienes logran comprender el alcance de la profecía, estos serán realmente felices, dichosos, bienaventurados. Una tercera condición que hace posible la bienaventuranza es también τηροῦντες τὰ ἐν αὐτῇ γεγραμμένα, *"guardar las cosas en ella escritas"*. El verbo usado expresa la idea de *conservar*, por tanto la bendición es para quienes *atesoran* las palabras de la profecía. No se trata tanto de ponerlas a buen recaudo, guardarlas diligentemente como se hace con un tesoro terrenal, sino atesorarlas en el corazón para sacar de ellas provecho para la vida cotidiana. Es interesante apreciar que los dos verbos *oír* y *guardar*, están unidos por el mismo artículo de modo que no se trata de dos clases de personas, unas las que oyen y otras las que guardan, sino de las mismas, es decir, quienes oyen y guardan. Así lo entiende también el Dr. Lacueva:

"El hecho de que los dos participios ('los que oyen y guardan') estén unidos por un mismo artículo nos enseña que no se trata de dos clases de personas, sino de una sola. Lucas 11:28 emplea el verbo phulasso en una frase parecida. Frente a esta bienaventuranza para los que atesoran fielmente lo que se dice en este libro, está (22:18, 19) la maldición para el que quite o añada algo. Así que todo lo que se añada a las profecías bíblicas es falsa profecía"[35]

También escribe Walvoord:

"El libro de Apocalipsis es el único libro de la Escritura que contiene una promesa tan directa de bendición… Parece prever que muchos habían de descuidar este libro o ignorar su revelación profética. Es extraño que el único

---

[33] Griego: ἀναγινωσκω.
[34] Griego: ἀκούω.
[35] F. Lacueva. o.c., pág. 310.

libro del Nuevo Testamento que invoca sobre el lector una especial bendición se haya de quedar con frecuencia sin leer"[36].

Las palabras a que Juan se refiere que constituyen la base de la bienaventuranza son τοὺς λόγους τῆς προφητείας *"las de esta profecía"*, literalmente en el texto griego τῆς προφητείας, *"de la profecía"*. No cabe duda que se está refiriendo a la profecía que sigue y cuyo escrito acababa de iniciar. Por tanto Juan establece la naturaleza del escrito como *profecía*. Que el pensamiento de Juan era este se ve corroborado por la referencia hecha al finalizar el escrito sobre su contenido, donde se habla de *"las palabras de la profecía de este libro"* (22:18), y también de *"las palabras de este libro de la profecía"* (22:19).

La razón final de la bendición que se establece para el lector y oidor, está complementada con el aliento que produce al saber que ὁ γὰρ καιρὸς ἐγγύς, *"el tiempo está cerca"*. El sustantivo que Juan usa para tiempo denota un periodo histórico determinado, una porción de tiempo. Dios había revelado a Daniel cosas que tenían que ver con el tiempo del fin (Dn. 8:17), esto es, con un plazo determinado por Dios mismo (Dn. 11:35). Ciertos conflictos se sucederían *"al cabo del tiempo"* (Dn. 11:40). No eran para el tiempo de Daniel, sino para un periodo más lejano de la historia, por tanto, su profecía quedaba *sellada* hasta que llegase ese tiempo (Dn. 12:4, 9). Juan se refiere a aquellos acontecimientos como algo que está cercano a la luz de la revelación que recibió del Señor (11:18). La acción de Satanás contra Dios se acerca a su fin (12:12). El tiempo es corto para que el Señor regrese trayendo su galardón con Él (22:12). Todo ello condiciona la felicidad íntima y personal del creyente, que sabe que desde el punto de vista de la revelación profética el tiempo está cercano. No quiere decir que vaya a ocurrir de inmediato, pero si que está próximo. Juan anuncia como cercano el tiempo en que Dios va a intervenir en la historia del hombre, haciendo desaparecer el sistema de impiedad en que se desenvuelve en el tiempo presente y reconduciendo todo para establecer su reino, primeramente durante un tiempo en la tierra actual y luego, definitiva y perpetuamente en el nuevo estado de cielos nuevos y tierra nueva, donde morará la justicia. Todo esto levanta el ánimo del lector de la profecía y produce una felicidad íntima sabiendo que Dios va a cumplir aquello que ha revelado a sus siervos por medio de la profecía.

---

[36] John. F. Walvoord. *The Revelation of Jeus Christ.* Editorial Moody Press. Chicago, 1978. Pág. 36.

El saludo (1:4-8).

Después del título y de la bendición, Juan pasa al saludo para los destinatarios de la profecía.

4. Juan, a las siete iglesias que están en Asia: Gracia y paz a vosotros, del que es y que era y que ha de venir, y de los siete espíritus que están delante de su trono.

Ἰωάννης ταῖς ἑπτὰ ἐκκλησίαις ταῖς ἐν τῇ Ἀσίᾳ· χάρις ὑμῖν καὶ
Juan, a las siete iglesias las en el Asia: Gracia a vosotros y
εἰρήνη ἀπὸ ὁ ὢν καὶ ὁ ἦν καὶ ὁ ἐρχόμενος καὶ ἀπὸ τῶν ἑπτὰ
paz de el que es y el era y el que viene y de los siete
πνευμάτων ἃ ἐνώπιον τοῦ θρόνου αὐτοῦ
espíritus los que delante del trono de Él.

Notas sobre el texto griego.

El saludo comienza por el remitente Ἰωάννης, nombre propio de *Juan*, seguido de ταῖς, artículo determinado femenino plural, *las*; ἑπτα, el adjetivo numeral cardinal no declinable, *siete*; ἐκκλησίαις, caso dativo femenino plural del sustantivo ἐκκλησία, que equivale a *iglesia*, aquí como *iglesias*; seguido de ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado, *las*; que precede a ἐν, preposición que rige dativo y que equivale a *en*; Ἀσία, nombre propio de lugar, *Asia*, que como es natural en koiné va precedido del correspondiente artículo determinado. La segunda cláusula contiene el saludo expresado mediante χάρις, caso nominativo femenino singular del sustantivo de la misma forma que denota *gracia*; seguido de ὑμῖν, caso dativo plural del pronombre personal, *a vosotros*; y εἰρήνη, caso nominativo femenino singular del sustantivo de la misma forma que equivale a *paz*; seguido de ἀπο, preposición de genitivo que significa *de*, en sentido *de parte de*, que precede a ὁ, artículo determinado, *el*; ὢν, que es el participio presente en voz activa del verbo εἰμι, que equivale a *como era, que era, que es, el cual era,* etc.; y ὁ, nuevamente el artículo determinado *el*; ἦν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *era*; y el ἐρχόμενος, participio presente en voz media del verbo ἔρχομαι, *venir, llegar, regresar, aparecer*, aquí como *está viniendo*; seguido de la conjunción καὶ, *y*; con ἀπὸ, preposición que equivale a *de*, *de parte de*; τῶν, caso genitivo del artículo determinado neutro plural, *los*; ἑπτα adjetivo numeral cardinal no declinable, *siete*; πνευμάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo πνεῦμα, aquí como *espíritus*; ἃ, caso nominativo neutro plural del pronombre relativo, *que*; ἐνώπιον, preposición de genitivo, que se usa también como adverbio y denota *delante de*, *en la presencia de*, *en frente de*; τοῦ, artículo determinado masculino singular en caso genitivo, *del*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *trono*; concluyendo con αὐτου, caso genitivo masculino singular del pronombre personal que equivale a *de Él.*

Como es propio en la correspondencia griega, el remitente se sitúa al principio del escrito, sobre todo en una cláusula de saludo. En este caso se

presenta como ᾿Ιωάννης, *Juan*. No hay otra identificación para determinar de quien se trata, pero es lo suficientemente explícita como para que no exista confusión en la persona que saluda. Juan, en ese solo nombre, transmisor de la profecía que le da el Señor no puede ser otro que el apóstol Juan, como se ha considerado antes en la introducción cuando se hizo referencia al autor. Los críticos utilizan esto, como tantas otras cosas según sus necesidades, para negar la autoría del escrito ya que el apóstol no se identifica a sí mismo, especialmente en el Evangelio, en donde se refiere a su persona ocultándola tras la expresión del *"discípulo a quien amaba Jesús"*. En su segunda y tercera epístola, se refiere a sí mismo como el *anciano* (2 Jn. 1; 3 Jn. 1). Aquí aparece su nombre claramente expresado. Ante tal identificación, los liberales procuran buscar otro Juan que sustituya al apóstol, pero sus argumentos no se sustentan especialmente por esto mismo: Nadie que no sea el apóstol puede haber escrito un libro profético semejante y, especialmente, cuando en él hay mensajes a iglesias en donde el apóstol tenía amplio ministerio. Era en todas ellas, y otras muchas que no se citan en el libro, alguien bien conocido y reconocido como apóstol de Jesucristo.

Ταῖς ἑπτὰ ἐκκλησίαις ταῖς ἐν τῇ ᾿Ασίᾳ. Los destinatarios del escrito son *"las siete iglesias que están en Asia"*. Estas, a quienes dirige el Señor mensajes personales, son siete entre otras muchas que se habían fundado en Asia Menor, la provincia romana que incluía la parte occidental de Frigia. En Asia Menor había otras iglesias como las que estaban en Troas (Hch. 20:5 ss.), en Colosas (Col. 1:2) y en Hierápolis (Col. 4:13). La frase está en caso dativo porque aunque es Juan quien escribe, la revelación viene de Dios a Cristo y es dada a Juan por medio del ángel. No es posible determinar la razón por la que se dirige a esas siete iglesias. Pudiera pensarse en que siete es un número perfecto y por tanto sería el apropiado para referirse a la Iglesia en general. Tal vez se dirige el escrito a esas siete porque estaban estratégicamente situadas en el territorio geográfico de Asia Menor y podría extender fácilmente el escrito a otras iglesias. Algunos piensan que fueron seleccionadas para describir, por medio de ellas, los rasgos más sobresalientes de la historia de la Iglesia. En general identifican a la Iglesia como una unidad entre la diversidad de las iglesias locales, en ese sentido, el mensaje dirigido a la individualidad de cada una de las siete iglesias, es un mensaje completo para la totalidad de la Iglesia. No cabe duda que el Espiritu, que dirige los escritos individualmente a cada iglesia, concluye cada una de las siete cartas haciendo un llamado al creyente como individuo para que escuche lo que dice a cada una de las iglesias y responda a la apelación que se hace por medio de los mensajes donde insistentemente dice: *"el que tiene oído oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias"* (2:7, 11, 17, 29; 3:6, 13, 22). Las iglesias se mencionan más adelante y de cada una de ellas se dará referencias históricas en el estudio de cada una de las siete cartas. La relación de las siete iglesias está un poco más adelante (v.

11), donde se leen los nombres de cada una en este orden: Efeso, Esmirna, Péregamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea. Esto las sitúa en el orden en que estaban sobre la vía imperial circular, a modo de herradura, primero de izquierda a derecha y luego de derecha a izquierda.

Ante este número de iglesias, se ha procurado dar una respuesta al por qué de ese número y de esas iglesias. Algunos entienden que se trata de una panorámica histórico-preterista, y que no hay ningún simbolismo en ese número. Simplemente se trata de siete mensajes a siete iglesias concretas, identificadas por sus propios nombres y en un determinado tiempo histórico, concretamente en período apostólico. Otros proponen lo que se conoce como *nivel vertical histórico*, procurando ver en las siete iglesias, una panorámica de la Iglesia a lo largo del tiempo, representando cada una de ellas un período de la historia. De esta forma se expresa Scofield:

"Hay cuatro maneras en que los mensajes a las siete iglesias pueden aplicarse: (1) En sentido local: a las iglesias a las que estos mensajes fueron directamente escritos. (2) En un sentido de exhortación: a todas las iglesias de todos los tiempos, como un medio por el cual ellas puedan discernir su verdadero estado espiritual ante la vista de Dios. (3) En un sentido personal: en las exhortaciones dirigidas a 'todo aquel que tiene oído' y en las promesas a 'todo aquel que venciere'. (4) En un sentido profético, en cuanto a la revelación que estos mensajes hacen de las siete etapas de la historia espiritual de la iglesia, desde, digamos, el año 96 hasta el fin. No era de esperarse que en una profecía que cubre todo el período de la iglesia faltara tal anticipación del futuro. Estos mensajes deben contenerla si en alguna manera ella ha de aparecer en el libro, puesto que la iglesia no se menciona después de 3:22. Además, por el lenguaje mismo en que los mensajes se hallan expresados, es evidente que ellos abarcan, en su contenido, mucho más allá de las iglesias locales allí mencionadas. Y lo que es más concluyente que todo, estos mensajes presentan un cuadro exacto de la historia espiritual de la iglesia, en su orden preciso. Éfeso describe el estado de la iglesia en el tiempo cuando el libro fue escrito; Esmirna, el período de las grandes persecuciones; Pérgamo, el sumergimiento de la iglesia en el mundo, 'donde está el trono de Satanás', después de la conversión de Constantino, por el año 316; Tiatira es el Papado, el cual es un desarrollo de la condición descrita por Pérgamo, es decir, el triunfo de la religión de Balaam (mundanalidad) y la de los Nicolaítas (dictadura sacerdotal). Así como Jezabel introdujo la idolatría, el Romanismo hace una mezcla de cristianismo y ceremonias paganas. Sardis es la Reforma Protestante, cuyas obras no eran perfectas. Filadelfia representa a todos aquellos que dan un claro testimonio de la Palabra y el Nombre, en un tiempo

que es descrito por Laodicea y que se caracteriza por la satisfacción propia en aquella forma de profesión religiosa que no pasa de ser externa"[37]

Sin dejar de ser muy interesante la propuesta histórico-temporal representada en las siete iglesias, tiene dos dificultades: La primera consiste en determinar correctamente, esto es, con precisión cronológica, a cuales tiempos pertenecen cada una de las iglesias, ya que hay división de opiniones entre quienes sustentan esta vía de interpretación en cuanto a la iglesia que representaría el período de la Reforma, como hace constar el Dr. Lacueva al comentar ese sistema:

"El nivel histórico, según el cual cada iglesia representa un determinado período de la historia de la Iglesia, hallándose ahora ésta, en general, en la condición de la congregación de Laodicea: fría y autosuficiente. No todos los futuristas admiten este tercer sentido y no sé hasta qué punto es prudente darlo por 'dogmáticamente' seguro hasta inscribirlo en epígrafes de fe en la propia Biblia, como hacen la Biblia Anotada de Scofield y la Pilgrim Edition.

No quiero decir con esto que dicha división en épocas sea totalmente arbitraria, pues lo cierto es que concuerda, no sólo con las diversas situaciones históricas, sino también con el propio significado de los nombres de las respectivas iglesias. Suele objetarse especialmente contra la atribución del estado de la iglesia de Sardis al período de la Reforma, puesto que aquello supuso el gran reavivamiento de la Iglesia en el siglo XVI. Sí, es cierto que la Reforma del siglo XVI colocó la Biblia en el centro de la Iglesia, pero no produjo muchos hombres que tomaran a pecho la santificación personal (entiéndase, en aquel siglo), ya que el énfasis caía, con muy poco contrapeso de la otra parte, sobre la justicia imputada por medio de la fe sola. Dice Conrad Grebel (muerto en año 1526), el verdadero pionero de los bautistas modernos: 'Ahora todos quieren salvarse mediante una fe superficial, sin los frutos de la fe, sin el bautismo de la prueba y la tribulación, sin amor ni esperanza y sin prácticas verdaderamente cristianas (Citado por J. L. González, La Era de los Reformadores. Edit. Caribe, 1980, pág. 970)"[38].

La segunda dificultad en el sistema tiene que ver con determinar el período actual de la iglesia, si generalmente puede situarse en la de Laodicea o si aun debe mantenerse dentro de la de Filadelfia, ya que se están produciendo grandes avivamientos espirituales en muchas partes del mundo, pese a que en las áreas geográficas que han sido esencialmente cristianas y de grandes vivencias en la fe, están ahora decayendo. Por tanto, para unos sería el período

---

[37] C. I. Scofield. *Biblia Anotada*. Editorial Spanish Publications, Inc. Miami, 1967. Pág. 1287 s.

[38] F. Lacueva. o.c., pág. 312.

de Laodicea y para otros el de Filadelfia. Se debe llegar, por tanto, a la conclusión que estas siete iglesias aunque en alguna medida pudieran representar los distintos períodos de la historia de la Iglesia, son representación general de todas las iglesias en cualquier lugar y en cualquier tiempo y que sus problemas y victorias, sus fracasos y triunfos, constituyen el reflejo de lo que puede ocurrir en cualquier tiempo. Están ahí para nuestra enseñanza y aliento.

Χάρις ὑμῖν καὶ. El saludo es semejante al de Pablo en sus escritos, porque ambos, tanto Pablo como Juan tenían la misma fe y la misma identificación doctrinal. El saludo de *gracia*, era común entre los cristianos de la Iglesia primitiva. Junto con Juan y Pablo, también Pedro lo utiliza en sus dos epístolas (1 P. 1:2; 2 P. 1:2). La base de la bendición suprema que se alcanza en Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor, es la *gracia y la paz*. Gracia es el favor, no solo *inmerecido*, sino *desmerecido* de Dios hacia los pecadores. La gracia y la verdad se manifestaron en Jesucristo (Jn. 1:14). Esa gracia, como modo divino de salvación, surgió de Dios hacia los perdidos en el establecimiento eterno del plan de redención, y nos fue dada en Cristo Jesús (2 Ti. 1:9). Por tal motivo, cuando el Hijo irrumpe en la historia humana como el Verbo encarnado, con Él viene el raudal infinito de la gracia para salvación (Jn. 1:17), misión que el Señor debía llevar a cabo en la Cruz. La gracia es la causa y razón de la salvación (Ef. 2:8-9), por tanto, la razón eficiente para la santificación, el segundo nivel en la salvación luego de la justificación. De la misma manera la gracia será la razón de la glorificación, el tercer nivel de salvación, cuando Jesucristo sea manifestado (1 P. 1:13). Si la gracia es la primera de las bendiciones y la causa de salvación, la *paz*, es la consecuencia del disfrute íntimo de todas las bendiciones de Dios, comenzando por la bendición de la relación perfecta con Él en base a la obra de Jesucristo (Jn. 14:27). Juan une aquí las dos expresiones hebreas *heded* y *shalom*, gracia y paz, para expresar con ellas el saludo a los destinatarios de la profecía. Esta bendición contenida como deseo y que es experiencia de quien vive en comunión con Dios, no tiene limitación alguna, alcanzando a todos, de ahí que Juan se dirija a los destinatarios del escrito con un genérico *"a vosotros"*, que comprende entonces a los destinatarios de cada una de las siete iglesias y por extensión al resto de las iglesias a través de todos los tiempos, por tanto, a los cristianos que lean la profecía en el momento actual.

La bendición procede de tres sujetos divinos, dos de los cuales se mencionan en este versículo y el tercero en el siguiente. Primeramente procede de la Persona del Padre, referida aquí con la expresión ἀπὸ ὁ ὢν καὶ ὁ ἦν καὶ ὁ ἐρχόμενος *"el que es y que era y que ha de venir"*, literalmente *"el que es, y que era, y que viene"*. Esa es la expresión a modo de eco del título divino en el Antiguo Testamento: *"YO SOY EL QUE SOY"* (Ex. 3:14-15). El título establece tanto la eternidad de Dios, como su relación con la historia de los

hombres. El que por naturaleza es Eterno, esto es, atemporal, se manifiesta en la temporalidad del hombre como el que permanece inmutable a través del tiempo, de ahí que *"en Él no hay mudanza ni sombra de variación"* (Stg. 1:17). Es el Dios que vive en un presente continuado, el que estuvo presente en el pasado, el que está en el presente y el que seguirá siendo el mismo en el futuro. La expresión que se establece en el título que Juan da a la Primera Persona, es aparentemente mal establecida, ya que a la preposición de genitivo siguen tres nominativos. Debe entenderse que Juan está utilizado un nombre propio cuando se refiere *"al que es"*, o por lo menos, a parte de un nombre propio. En ese sentido se está refiriendo a la Primera Persona como el que posee el atributo incomunicable de eternidad. Sigue luego con una segunda expresión: *"el que era"*, literalmente *"y el era"*, que provoca otra expresión gramaticalmente incorrecta. Entre los dos participios hay una forma verbal finita con artículo, de modo que no dice *"el que era"*, sino simplemente *"y el era"*. Nuevamente indica que Juan utiliza la forma *era*, como un sustantivo. En griego el verbo *ser*[39], no tiene participio de pasado y suele suplirlo por otras formas que significan *hecho*[40], pero Juan no aplica en ningún modo la forma verbal *hecho* al sujeto del que está tratando. Una observación más es que en griego el imperfecto *era*, equivale o corresponde al pasado *fue*. El apóstol está refiriéndose con esta frase, aparentemente mal estructurada según reglas gramaticales, a Alguien que no tiene tiempo, es el mismo que era. Añade: *"y que ha de venir"*, literalmente *"y que viene"*, donde se produce también el mismo problema de construcción gramatical. El participio de presente que Juan usa aquí se suele traducir como *"el que ha de venir"*, pero en ningún momento está en futuro y es también un verbo suplente. El participio de futuro[41] no es del griego koiné y en el Apocalipsis no se emplea nunca un participio de futuro. Para referirse a este tiempo se usa un verbo auxiliar[42], que equivale a *el que será hecho,* o *el que se formará* (Ap. 1:19). Juan evita cuidadosamente la construcción de la frase usando verbos que puedan dar idea de algo que va a aparecer en el futuro o de algo que fue en el pasado. El que *ha de venir* no está aludiendo a una acción que se producirá en el futuro, enfáticamente no se trata de un hecho futuro. Juan está calificando al primer Sujeto, como Alguien cuya existencia es *atemporal*. Se trata de quien existió, existe y existirá eternamente, lo que quiere decir que es Aquel que posee en sí mismo una vida sin temporalidad, el único que podía decir: *"YO SOY EL QUE SOY"* (Ex. 3:14-15). La bendición del creyente procede de quien gobierna desde su atemporalidad la temporalidad del hombre y de su historia. De quien está en un presente continuado tanto en el pasado, como en el presente y el futuro. La primera

---

[39] En griego εἰμί.
[40] Suele suplirlo γεγονώς, γεγόμενος, que significa *hecho.*
[41] En este caso sería ἐσσόμενος.
[42] Se usa μέλλων γίνεσθαι.

referencia es al Padre Eterno. Será bueno recordar que aunque Cristo era, es y va a venir, nada tiene que ver con la Persona a la que Juan se está refiriendo aquí.

La segunda fuente de las bendiciones procede de la segunda Persona Divina, Dios el Espíritu Santo. Juan dice: καὶ ἀπὸ τῶν ἑπτὰ πνευμάτων ἃ ἐνώπιον τοῦ θρόνου αὐτοῦ, *"y de los siete espíritus que están delante de su trono"*. Si estos espíritus están asociados a la bendición del Padre, no puede tratarse de ángeles, como algunos ven aquí, y mucho menos si se tiene en cuenta que la frase anterior se refiere al Padre y la siguiente al Hijo. Siendo siete el número perfecto, los siete espíritus son una figura del Espíritu Santo, expresado en la plenitud de sus perfecciones. Cuando se refiere proféticamente al Espíritu en relación con el Mesías, se le asignan siete perfecciones (Is. 11:2-3a). En el libro volverá a mencionarse del mismo modo simbólico más adelante, en asociación con el trono de Dios (4:5). De la misma manera puede compararse la expresión de Juan con las *siete lámparas* de las que hace mención el profeta Zacarías, y que al igual que la visión de Juan son una referencia simbólica a la perfección y presencia en plenitud del Espíritu Santo (Zac. 4:2-10). Estos siete ángeles están *"delante del trono"*, dando a entender que está dispuesto actuar en la administración poderosa del juicio de Dios, revelándose aquí, como es natural en el contexto de la profecía, como dispensador de juicio, al igual que las otras Personas Divinas. La acción de Dios no será con ejército ni con fuerza humana, sino con su Espíritu (Zac. 4:6).

5. Y de Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra. Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre.

καὶ ἀπὸ ʼΙησοῦ Χριστοῦ, ὁ μάρτυς, ὁ πιστός, ὁ πρωτότοκος τῶν
Y de parte de Jesucristo el testigo, el fiel, el primogénito de los
νεκρῶν καὶ ὁ ἄρχων τῶν βασιλέων τῆς γῆς.
muertos y el soberano de los reyes de la tierra.
Τῷ ἀγαπῶντι ἡμᾶς καὶ λύσαντι[1] ἡμᾶς ἐκ τῶν ἁμαρτιῶν ἡμῶν ἐν
Al que ama nos y liberó nos de los pecados de nosotros con
τῷ αἵματι αὐτοῦ,
la sangre de Él.

Notas sobre el texto griego.

Crítica textual, en la segunda parte del texto hay lecturas alternativas.

[1] La que aparece en el Receptus, lectura más arriba es la más atestiguada: λύσαντι ἡμᾶς ἐκ, aparece en **p**[18], ℵ, A C 1 2020 2081 it[h] syr[ph] arm Tuconius Primasius Cassiodorus Andrew[a].

Otra alternativa es λύσαντι ὑμᾶς ἀπό, que figura en 792 eth. Otra lectura es λούσαντι ἡμᾶς ἀπὸ, en la que hay cambio en el verbo, mucho más importante que en las preposiciones y que sería, en lugar de *librar*, sería *lavar,* que aparece en P 047 94 1006 (1828 ἔλουσεν) (1843 2053 ἡμᾶς ἐκ) 1859 2942 2965 2973 2138 2432.

Hay otras variantes de menor importancia. Se sigue la más segura que es la primera.

Se aprecia una dificultad en la división de los versículos, ya que la segunda parte corresponde mejor al siguiente que al actual, ya que no define a la Persona, sino establece sus actividades como en el siguiente. Sería mejor que la primera parte de este versículo estuviese al final del anterior y que comenzase el nuevo versículo con la segunda parte del actual.
Juan vincula el texto con lo que antecede mediante el uso de la conjunción καὶ, *y*; seguido de ἀπὸ, preposición que rige genitivo y que significa *de parte*; Ἰησοῦ Χριστοῦ, nombres propios en genitivo masculino singular, *Jesucristo*; sigue luego una serie de tres calificativos precedidos por el correspondiente artículo determinado masculino singular ὁ, *el*; el primero μάρτυς, caso nominativo masculino singular, del sustantivo que denota *testigo*; luego πιστός, adjetivo calificativo masculino singular no declinable, que significa *fiel*, y que al ir precedido de artículo se convierte en un adjetivo sustantivado; aquí aparece una construcción gramatical típica de Juan en este escrito con un nominativo en aposición con un ablativo precedente, tanto este calificativo como los siguientes debieran estar en genitivo, concordando con el antecedente que es Jesucristo; πρωτότοκος, un nuevo adjetivo que denota *el primero en nacer, el primogénito*, seguido de τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado ὁ, *de los*; que precede a νεκρῶν, caso genitivo masculino singular del sustantivo νεκρός, *muertos*; la expresión se convierte en sí misma en un adjetivo calificativo del nombre propio *Jesucristo*; y el ἄρχων, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *autoridad, jefe supremo, soberano*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo, *de los*; βασιλέων, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *reyes*; τῆς, artículo en genitivo femenino singular que equivale a *de la*, γῆς, caso genitivo singular del sustantivo *tierra*. La siguiente frase comienza con τῷ, artículo determinado en caso dativo, masculino singular, *al*; ἀγαπῶντι, caso dativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo ἀγαπάω, *amar*, aquí como *que ama*, única vez en todo el Nuevo Testamento en que aparece este modo del verbo; seguido del pronombre personal ἡμᾶς, *nos*; y λύσαντι, caso dativo masculino singular con el participio aoristo en voz activa del verbo λύω, *soltar, liberar*, aquí como *liberó*; unido a ἡμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal que significa *nos*; que precede a ἐκ, preposición en genitivo que equivale a *en, con*, la αἵματι, caso dativo neutro singular del sustantivo que denota *sangre*; concluyendo con αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal, *de Él.*

Καὶ ἀπὸ Ἰησοῦ Χριστοῦ, ὁ μάρτυς, ὁ πιστός, ὁ πρωτότοκος τῶν νεκρῶν καὶ ὁ ἄρχων τῶν βασιλέων τῆς γῆς. La tercera Persona de quien procede la bendición es la del Hijo. La deidad de Jesucristo es evidente al vincularlo en unidad con el Padre y el Espíritu para otorgar la bendición. A los

dos nombres, como aparecen en el texto griego, *Jesús y Cristo*, se le unen tres calificativos o, tal vez mejor, tres títulos. El primero es el de ὁ μάρτυς, ὁ πιστός, *testigo fiel*. Debe observarse que el adjetivo fiel es un adjetivo articular, de manera que pudiera entenderse como calificativo de testigo o incluso como independiente, se leería: *"el testigo, el fiel"*. Entendiendo el adjetivo como calificativo del sustantivo *testigo*, quiere decir que es el testigo absolutamente fiable. El adjetivo *fiel* designa a quien es constante en sus afectos, en el cumplimiento de sus obligaciones y no defrauda la confianza depositada en él. Es el testigo digno de toda confianza, fidedigno. La construcción gramatical que Juan utiliza para esta expresión demuestra claramente la influencia hebrea de pensamiento en el escritor. Juan afirma que Jesús es el testigo fiel que no engaña. El ministerio del Señor cuando estuvo en la tierra fue el de dar testimonio, es decir, ser testigo de la verdad: *"Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad"* (Jn. 18:37). En su trabajo testimonial, Jesús puso de manifiesto que las obras del mundo eran malas, testificando contra él (Jn. 7:7). Pablo pone a Timoteo bajo juramento de obediencia delante de *"Jesucristo, que dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato"* (1 Ti. 6:13). Es más, no solo Jesucristo dio testimonio fiel y verdadero, sino que Él mismo es la Verdad (Jn. 14:6). Estando vinculado Él mismo con la verdad y la verdad con Él, de modo que el uno y la otra vienen a ser una unidad inseparable en la Persona del Hijo de Dios, todo cuanto va a comunicar a Juan y éste transmitir por medio del libro, es absolutamente verdad. La revelación que hace a Juan es verdadera por cuanto el testigo fiel es incapaz de mentir, ya que no hay engaño en su boca (1 P. 2:22). Es digno de confianza y sus palabras deben ser aceptadas como suprema verdad porque declara lo que ha visto en el Padre desde toda la eternidad (Jn. 1:18). Cristo testificó siempre lo que había visto (Jn. 3:11, 32), por esa razón es fiel, al limitarse a expresar las palabras de Dios (Jn. 3:34). Como revelador del Padre muestra lo que le ha sido dado del Padre (Jn. 5:19, 20). Su enseñanza procedía del Padre (Jn. 7:16-18; 8:38). Toda la revelación y expresión exhaustiva de lo que Dios es, Dios mismo la ha expresado y pronunciado en el Hijo, de ahí que el *discurso* supremo de Dios se llame precisamente así: *Hijo* (He. 1:2). Los que son de la verdad oyen la voz del testigo verdadero que habla verdad (Jn. 18:37). La profecía es creíble absoluta y totalmente por cuanto el espíritu de la profecía es Cristo mismo (19:10).

El segundo título es el de ὁ πρωτότοκος τῶν νεκρῶν, *"el primogénito de los muertos"*. El calificativo *primogénito*, tiene que ver con el *primer nacido*. Cuando se refiere la escritura al nacimiento de Jesús afirma que era el *primogénito* de María (Lc. 2:7). Al calificarle como *"primogénito de los muertos"*, utiliza una expresión del lenguaje figurado que establece la relación de Jesús en su naturaleza humana, como el primero de los hombres revestido de inmortalidad por la resurrección de entre los muertos. Jesús fue el primero en

salir de la tumba para siempre, es decir, tiene la primogenitura, como si fuese el primer alumbramiento del sepulcro, para no morir jamás, a fin de que en todo Jesús tenga la preeminencia (Col. 1:18). Por esta misma causa, el Resucitado, tiene capacidad de comunicar vida eterna como espíritu vivificante (1 Co. 15:45), ya que tiene vida en sí mismo (Jn. 1:4), y la comunica a quien quiere (Jn. 5:21, 26; 6:57; 11:25, 26). Es, por tanto, espíritu vivificante en el sentido de capacidad vivificante para los que están en Él, que por esa unión vital vienen a ser uno con Él (1 Co. 12:13). El calificativo de πρωτότοκος τῶν νεκρῶν, *"primogénito de los muertos"*, conduce el pensamiento al efecto que su resurrección produce sobre la muerte quedando el sepulcro sin victoria y la muerte sin aguijón, ya que por su muerte y resurrección ésta ha sido desarmada de su instrumento mortífero, usando una figura, como si la muerte fuese una serpiente a la que le han sido sacados los colmillos venenosos (1 Co. 15:55). El Señor resucitado es garantía de cumplimiento pleno en el propósito salvífico de Dios, que da plena victoria sobre la muerte y el sepulcro al que cree en Él. Dios es el que redime al cristiano de la muerte y del sepulcro, dándole la vida eterna en Cristo y por Él (Jn. 3:16; 11:25-26). Este πρωτότοκος τῶν νεκρῶν, *"primogénito de los muertos"* es también el primero en iniciar el orden de resurrecciones establecido por Dios (1 Co. 15:23). Si el fue el *primogénito*, seguirán luego todos los que son de Él. El calificativo tiene que ver también con Aquel que le corresponde todo honor y gloria. *Primogénito* en el Antiguo Testamento es una expresión para referirse al hijo amado, que mantenía la primacía de honor entre el resto de los hermanos, y a quien le correspondía la herencia y transmisión de lo que el padre era. Cristo es el heredero de todo, porque además de *primogénito* es también el *unigénito* (Jn. 1:14). Primogénito es el título dado al Rey designado por Dios para ocupar el trono conforme a su propósito (Sal. 89:27), como también aparece antes (Sal. 2:7-9).

El tercer título dado al Señor Jesucristo es el de ὁ ἄρχων τῶν βασιλέων τῆς γῆς, *"el soberano de los reyes de la tierra"*. Es una verdad enlazada íntimamente con la anterior (Sal. 89:27). En la resurrección de los muertos, Dios proclamó universalmente que aquel hombre que había sido muerto en la Cruz y puesto en el sepulcro, era verdaderamente su Hijo amado, en quien se complacía (Hch. 13:33). Jesucristo tiene la dignidad suprema con el nombre de absoluta soberanía sobre cielos y tierra (Fil. 2:9-11). Él es el controlador de la historia determinada ya conforme a la soberanía de Dios que la determina y establece (Is. 13:9-11; 46:8-13). Jesús es el Rey de reyes y el Señor de señores. Los dos niveles de autoridad, expresión de soberanía divina, son el eco de los Salmos, donde Dios dice: *"Yo también le pondré por primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra"* (Sal. 89:27), igualmente previsto también por determinación divina (Sal. 2:8-12).

Este soberano Dios, ha hecho una obra de singular importancia y proyección eterna de la que son beneficiarios los creyentes en Él. Su primera acción fue manifestar amor. Juan afirma: τῷ ἀγαπῶντι ἡμᾶς, *“al que nos amó”*. Es sorprendente que RV siga esta traducción del verbo, cuando está en participio de presente, lo que indica una acción continua y exige la traducción como presente, esto es, τῷ ἀγαπῶντι ἡμᾶς *“al que nos ama”*. El amor de Cristo no es algo pasado, sino que es actual y continuo, nos amó, nos ama y nos amará perpetuamente. Quiere decir que aquel amor con que fuimos amados antes de la fundación del mundo (Ef. 1:4-5), que se manifestó de forma muy especial en la Cruz (Ro. 5:8), sigue siendo el mismo en cada instante de la vida cristiana. Como fuimos amados, lo somos ahora y lo seremos siempre. A pesar de todas las imperfecciones de su pueblo, el Señor lo sigue amando, como escribe el apóstol Pablo en una reflexión personal: *“El Señor me amó y se entregó a sí mismo por mí”* (Gá. 2:20b).

La segunda gran dádiva de la gracia en Cristo Jesús es la liberación del pecado: καὶ λύσαντι ἡμᾶς ἐκ τῶν ἁμαρτιῶν ἡμῶν, *“y nos lavó de nuestros pecados”*. El texto griego ofrece la alternativa de lectura en dos verbos, uno que sigue la traducción de RV, sería *lavar*, en este caso tal como está antes, y otra lectura sería la del verbo *librar*, como *libró* o *liberó*[43]. Esta es la más segura de todas. El testimonio a favor de esta última lectura es abrumador y la misma forma de expresión de Juan la favorece también por cuanto la acción de *lavar*, la vincula generalmente a la Palabra (cf. Jn. 13:10, comp. con 15:3). Indudablemente la sangre de Cristo *limpia*, es decir, *purifica* a los creyentes de todo pecado (1 Jn. 1:7) y es con la sangre, en sentido de precio pagado mediante la entrega de Su vida, que nos compra para Dios (5:9). De ahí que Juan escriba también: ἐν τῷ αἵματι αὐτοῦ, *en su sangre*, o *por medio de su sangre.* Es también la idea más generalizada en la Escritura (Is. 52:3; Mt. 20:28; Mr. 10:45; Ro. 3:23-25; Gá. 3:13; Ef. 1:7; Col. 1:14; 1 Ti. 2:6; Tit. 2:14; He. 9:12). Cristo ha librado al creyente del poder del pecado para que sin esa vinculación esclavizante, pueda servir a la justicia (Ro. 6:12, 13, 17, 18, 22).

6. y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a Él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén.

καὶ ἐποίησεν ἡμᾶς βασιλείαν, ἱερεῖς τῷ Θεῷ καὶ Πατρὶ αὐτοῦ, αὐτῷ
E hizo nos reino sacerdotes para Dios y Padre de él; a Él
ἡ δόξα καὶ τὸ κράτος εἰς τοὺς αἰῶνας τῶν αἰώνων· ἀμήν.
la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.

Notas sobre el texto griego.

[43] Si es λύσαντι, del verbo λύω, entonces se trata de liberar, pero si se lee λούσαντι, del verbo λούω, se trata de lavar. Los mss más seguros favorecen la primera lectura.

Con la preposición καὶ, *y*, forma la ilación con lo que antecede y lo vincula con lo que sigue, que es ἐποίησεν, participio aoristo primero en voz activa del verbo ποιέω, *hacer*, aquí equivale a *hizo*; con ἡμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal que equivale a *nos*; βασιλείαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *reino*; seguido de ἱερεῖς, caso acusativo masculino plural del sustantivo que equivale a *sacerdotes*; seguido de τῷ, caso dativo del artículo determinado masculino singular que significaría *para él*, pero como Dios no debe ir precedido de artículo en español se deja sólo la preposición que establece el dativo en castellano; seguido del nombre Θεῷ, *Dios*; καὶ, preposición que equivale a *y*; Πατρὶ, caso dativo masculino singular del sustantivo que equivale a *Padre*; vinculado a αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal que en este caso equivale a *de Él*. Una siguiente cláusula es de alabanza con αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal que aquí significa *a Él*, seguido de ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado, *la*; que precede y determina a δόξα, caso nominativo femenino singular del sustantivo que equivale a *gloria, alabanza, loor;* καὶ, *y*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado ὁ, aquí como *el*; κράτος, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *poder, fuerza, dominio*, εἰς, preposición que rige acusativo y que equivale a *por*, τοὺς, caso acusativo del artículo determinado masculino plural, *los*; αἰῶνας τῶν αἰώνων, literalmente *siglos de los siglos*. Concluyendo con ἀμὴν, transliteración de la palabra hebrea *verdad, certeza*, en este caso con sentido de *así sea*, en español para manifestar aquiescencia o vivo deseo de que tenga efecto lo que se dice.

Καὶ ἐποίησεν ἡμᾶς βασιλείαν. La bendición de la obra de Cristo establece una posición para los salvos. El texto griego demanda entender como dos posiciones diferentes. Por un lado Cristo ha hecho a los creyentes *"reino"*, la lectura del texto griego demanda entenderlo así, por cuanto Juan utiliza aquí un sustantivo que denota *reino* y no *reyes*. Comprados para Dios por la sangre de Cristo son constituidos *reino*. Son tratados como un conjunto de personas perfectamente definidas y diferenciadas del resto. Cuando una persona recibe y se entrega a Cristo por la fe como su Salvador, se produce una acción liberadora y un cambio de posición. El apóstol Pablo afirma que Dios *"nos sacó del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino de su amado Hijo"* (Col. 1:13). El pueblo de Dios en esta dispensación que es la Iglesia es la manifestación de Su reino en este tiempo. Por vinculación e identificación con el Rey de reyes, su pueblo es también el reino de Dios ahora. Pero también, en segundo lugar la colectividad del reino está formada por la individualidad de quienes son *sacerdotes*. Algunos consideran que la expresión aquí debía unirse καὶ ἐποίησεν ἡμᾶς βασιλείαν, ἱερεῖς τῷ Θεῷ, para traducirla como: *"Nos hizo un reino de sacerdotes"*, o *"un reino sacerdotal"*. Sin embargo el texto exige el tratamiento independiente de las dos partes. Teniendo en cuenta que la puntación en el griego koiné es muy elemental, podría establecerse la oración de esta forma: καὶ ἐποίησεν ἡμᾶς βασιλείαν, ἱερεῖς τῷ Θεῷ καὶ Πατρὶ

αὐτοῦ, *"nos hizo reino; sacerdotes para Dios, su Padre"*. Por tanto, cada creyente es también un sacerdote espiritual para Dios, ministrando en su oficio sacerdotal, continuamente delante de Dios. El apóstol Pedro desarrolla esta verdad cuando escribe: *"vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo"… "mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio"* (1 P. 2:5, 9). Es un reflejo de lo que también Dios dijo antes a su pueblo Israel en la antigua dispensación (Ex. 19:6). Los creyentes, que son reino de Dios, son también sus sacerdotes. Al estar vinculados con Cristo, el Sumo Sacerdote del orden de Melquisedec, como sus hermanos, tienen derecho de ejercer el sacerdocio, como también los del Antiguo Testamento lo hacían por ser hermanos, descendientes, del sumo sacerdote Aarón. Los que son sacerdotes para ministrar como tales delante de Dios, son también, por relación con Dios un reino santo en continua misión sacerdotal (1 P. 2:9). Ambas cosas juntas, reino y sacerdocio aparecerán más adelante en el libro (5:10). En la antigua dispensación el sumo sacerdote entraba una sola vez al año al Lugar Santísimo en el santuario de Dios (He. 9:7). Estos sacerdotes que son también reino, están posicionalmente en los lugares celestiales en Cristo (Ef. 2:6), y a este nuevo orden sacerdotal se le invita y exhorta a *acercarse* continuamente al trono de la gracia (He. 10:19-22). El sacerdocio cristiano incluye a todos, tanto hombres como mujeres, sin ninguna excepción, ya que unos y otras son sacerdotes para ministrar y ofrecer a Dios sacrificios espirituales. Estos sacerdotes están orientados en ministerio y pertenencia a *"Dios su Padre"*. Son propiedad del Padre porque siendo suyos los dio al Hijo (Jn. 17:6, 9, 11). El Padre de nuestro Señor es también el Padre de cada uno de los sacerdotes. La relación entre Cristo y el Padre es diferente a la de los creyentes, por cuanto el es el *Unigénito del Padre* (Jn. 1:14). Esa relación es única e incomunicable, por cuanto se refiere a la relación eternamente existente en el Seno Trinitario. Sin embargo, por adopción en el Hijo, también los creyentes vienen a ser hijos (Gá. 4:4-5). De ahí que a todos los que creen les da potestad de ser hechos hijos de Dios (Jn. 1:12). Sin embargo, sigue existiendo una diferencia en esa relación que Jesús mismo expresó cuando dijo: *"subo a mi Padre y a vuestro Padre; a mi Dios y a vuestro Dios"* (Jn. 20:17). Ninguna gloria puede superar a esta condición de los creyentes, la de ser *reino* y la de ser *sacerdocio* para Dios.

Αὐτῷ ἡ δόξα καὶ τὸ κράτος εἰς τοὺς αἰῶνας τῶν αἰώνων· ἀμήν. Luego del recuento de estas bendiciones, surge la alabanza que expresa gratitud y adoración. Es una doxología que está dirigida a Jesucristo. La posición que ocupa el pronombre personal al principio de la frase, recalca el interés en destacarlo. Además estando en dativo concuerda con la frase anterior: *Al que nos ama…sea la gloria*. Esta doxología tiene un eco del Antiguo Testamento semejante a la doxología de David: *"Bendito seas tú, oh Jehová, Dios de Israel*

nuestro padre, desde el siglo y hasta el siglo. Tuya es, oh Jehová la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, oh Jehová, es el reino, y tu eres excelso sobre todos" (1 Cr. 29:10-11). Todo el honor, soberanía y gloria eterna corresponden a Dios. Esta gloria que corresponde a Dios corresponde a Jesucristo, como Dios manifestado en carne (Mt. 16:27; 26:64). Una clara evidencia de la deidad de Jesucristo, a quien se le atribuye también la soberanía eterna.

7. He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verás, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén.

Ἰδοὺ ἔρχεται μετὰ τῶν νεφελῶν,
He aquí viene con las nubes
καὶ ὄψεται αὐτὸν πᾶς ὀφθαλμὸς
y verá le todo ojo
καὶ οἵτινες αὐτὸν ἐξεκέντησαν,
y los que le traspasaron
καὶ κόψονται ἐπ᾽ αὐτὸν πᾶσαι αἱ φυλαὶ τῆς γῆς.
y harán duelo por Él todas las tribus de la tierra.
ναί, ἀμήν.
Sí, amén.

Notas sobre el texto griego.

Juan introduce aquí una advertencia enfática con ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia, *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; ἔρχεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del mismo verbo, aquí como *viene*; seguido de μετὰ, preposición de genitivo equivalente a *con*, que precede a τῶν, caso genitivo del artículo determinado femenino plural, *las*; vinculado a νεφελῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo que denota *nubes*. La siguiente cláusula comienza con la preposición que hace función ilativa καὶ, *y*; ὄψεται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo ὁράω, *ver, percibir, observar*, aquí como *verá*; vinculado a αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal, que equivale a *le*, y que determina el sujeto al que verán; con πᾶς, caso nominativo masculino singular del adjetivo indefinido que denota radicalmente *todo*; ὀφθαλμὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *ojo*, en el uso de una metonimia de causa, al usar *ojo* por *persona*. Una nueva cláusula se introduce, como la anterior, con καὶ, conjunción equivalente a *y*; seguido del pronombre relativo οἵτινες, en caso nominativo masculino plural, equivalente a *los que;* αὐτὸν, caso acusativo masculino

singular del pronombre pesonal, *le*; ἐξεκέντησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἐκκεντέω, *traspasar*, aquí como *traspasaron*; y κόψονται, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz media del verbo κόπτω, que significa *cortar*, y que en voz media equivale a *golpearse el pecho, lamentarse*, aquí como *se lamentarán*, *harán duelo*; sigue luego la preposición de acusativo ἐπί, con el grafismo ἐπ', forma que adopta por elisión de la ι final ante vocal o diptongo sin aspiración, que equivale a *por, sobre*; con αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal que equivale a *Él*; πᾶσαι, caso nominativo femenino plural del adjetivo indefinido, πᾶς, que expresa totalidad absoluta, aquí como *todas*; αἱ, caso nominativo femenino plural del artículo determinado equivalente a *las*; φυλαι, caso nominativo femenino plural del sustantivo φυλή, que denota, *tribu, nación, pueblo*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado, *de la*; vinculado con γῆς, caso genitivo femenino singular del nombre común *tierra*. Concluye con ναί, partícula, que equivale a *si*; con ἀμὴν, transliteración de la palabra hebrea *verdad, certeza*, en este caso con sentido de *así sea*, en español para manifestar aquiescencia o vivo deseo de que tenga efecto lo que se dice.

Juan llama poderosamente la atención al lector en relación con lo que va a decir, mediante el uso de ἰδοὺ, *"he aquí"*, que puede tomarse como una expresión interjectiva de advertencia, equivalente a *¡Mira!* Juan indica que algo grande y extraordinario va a ocurrir, literalmente *esta viniendo ya*, de ahí el uso del presente: Ἰδοὺ ἔρχεται, *"He aquí Él viene"*. Es el uso propio de un presente con carácter de futuro profético, Dios lo ha determinado, por tanto, aunque será algo que ocurrirá en el futuro, puede tomarse como si ya se estuviese llevando a cabo, por cuanto las promesas o revelaciones de Dios son en Él, sí y amén. Va a referirse a la segunda venida del Señor. Esta es una verdad revelada que pone de manifiesto la omnipotencia y, sobre todo, la soberanía de Dios.

Juan vincula la venida del Señor con las nubes: ἔρχεται μετὰ τῶν νεφελῶν, *"viene con las nubes"*. La nube en la Biblia es una figura simbólica que pone de manifiesto o se asocia con la presencia de Dios y su gloria. De ese modo, históricamente, se manifestaba la presencia de Dios con el pueblo de Israel en la salida de Egipto: *"Y Jehová iba delante de ellos de día en una columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en una columna de fuego para alumbrarles, a fin de que anduviesen de día y de noche"* (Ex. 13:21). La gloria de Dios se manifestó más adelante en la nube (Ex. 16:10). Pudieran tratarse de nubes naturales que se manifiestan en la atmósfera o pudiera ser, más bien, la nube sobrenatural que evidencia la presencia de Dios. Esa manifestación del Señor en las nubes, en su segunda venida, no es una *novedad* de Juan, sino el cumplimiento de la profecía: *"Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de Él"* (Dn. 7:13). El mismo Señor anunció su segunda venida relacionándola con

las nubes: *"Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras"* (Mt. 16:27), y luego delante de Caifás afirmó: *"...os digo, que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo"* (Mt. 26:64). De la misma manera que una nube retiró al Señor, en su ascensión a los cielos, de los ojos de aquellos que presenciaban el acontecimiento, así también los ángeles prometieron que regresaría de la misma manera (Hch. 1:9-11). Es una forma expresiva de la gloria que le corresponde al Señor como imagen misma de Dios (He. 1:3; 8:1; 2 P. 1:16). Jesús descenderá rodeado de gloria, de la misma gloria que ahora tiene a la diestra de Dios, por la que había orado después de la última cena (Jn. 17:5). Anteriormente a esta segunda venida, será también en las nubes donde se produzca el encuentro entre la iglesia, trasladada de la tierra a la presencia de Dios, y el Señor (1 Ts. 4:17). Las nubes son atributo mesiánico de gloria y majestad, venir en las nubes es indicativo que Cristo desciende para juzgar al mundo.

En la segunda venida, el Señor será visto por todos: καὶ ὄψεται αὐτὸν πᾶς ὀφθαλμὸς, *"y todo ojo le verá"*. No cabe duda que la gloria manifiesta de la venida del Señor será visible a todo el mundo (Ez. 43:2). La figura de venir con las nubes del cielo ya pone de manifiesto la visibilidad universal del hecho de la segunda venida del Señor que a nadie podrá pasar desapercibida. El Señor lo advirtió a los que le acusaban y condenaban en casa del sumo sacerdote Caifás y su palabra tendrá fiel cumplimiento. Esa será la señal que aparecerá en el cielo (Mt. 24:30). Es el victorioso Señor que desciende a la tierra. En su primera venida, en la humildad del *Siervo de Dios*, muy pocos se apercibieron de aquel hecho, en el final es el Soberano que desciende rodeado de gloria y cuya manifestación no podrá ser ignorada por nadie, porque todos le verán. Sobre ese acontecimiento escribe Ladd:

"En los días de su carne, su mesianidad no fue evidente por sí misma. Cuando Jesús estaba siendo juzgado ante el Sanedrín, el sumo sacerdote le preguntó: '¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?' (Mr. 14:61). Si esto era cierto, ¿cómo podía ponerse en duda tal hecho? Jesús dice: 'Yo soy; y veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo' (Mr. 14:62). Su respuesta de hecho fue: 'Hoy puedes desafiar mi ministerio mesiánico, pero llegará el día cuando ya no habrá más duda sino que será evidente para todos'. Es ocioso especular cómo ocurrirá este hecho y cómo será posible que Jesús sea visible para todo el mundo al mismo tiempo. Lo que este pasaje significa es que el señorío que le pertenece, pero que ahora sólo es reconocido por los creyentes y confesado sólo por la fe, llegará a ser inescapablemente evidente al mundo entero"[44].

[44] G. E. Ladd. o.c., pág. 28.

Juan añade que será visto por todos y que comprende también a οἵτινες αὐτὸν ἐξεκέντησαν, *"los que le traspasaron"*. Quienes fueron actores directos en la crucifixión, quienes literalmente *le traspasaron* fueron los soldados romanos. Involucrado en ello estaba también el poder judicial de Roma, representado en el procurador Pilato, que dictó la sentencia y condenó a Jesús a la Cruz. Sin embargo, con ellos estaban también los líderes de los judíos que le habían acusado por envidia y, en un mismo plano, las multitudes que pidieron a gritos que fuese crucificado. ¿Se refiere Juan literalmente a aquellos? El mensaje trasladado aquí por Juan está antes profetizado: *"Y mirarán a quien traspasaron"* (Zac. 12:10). Sin duda el apóstol estaba pensando en los pasajes proféticos. El mismo apóstol alude a esto cuando relata la crucifixión en su Evangelio (Jn. 19:37). El verbo está en modo aoristo que expresa una acción plenamente consumada. Aunque la Cruz se produjo como consecuencia del pecado del mundo, y en ese sentido *todos* le hemos traspasado, hay una referencia directa al pueblo de Israel, a quien el apóstol Pedro hace responsable de haber dado muerte al Autor de la vida (Hch. 3:15). Esto no significa imputarle una acción que revista una mayor penalidad que la general que incluye al resto de los hombres, ya que aunque ellos lo entregaron a la muerte, esta se produjo por el pecado de todos. Aquel que fue despreciado y desechado, el Varón de dolores experimentado en quebranto (Is. 53:3), será visto glorioso por todos los vivientes en el día de su segunda venida. Estos serán los que potencialmente, a causa del pecado, compartieron la acción homicida que ejecutaron sus antepasados, entregando a la muerte al Hijo de Dios, el Verbo encarnado. El que fue crucificado y desechado, deberá ser reconocido como Rey de reyes y Señor de señores en el día de su segunda venida.

Ese acontecimiento producirá un estado de arrepentimiento al que Juan alude con estas palabras: καὶ κόψονται ἐπ᾽αὐτὸν πᾶσαι αἱ φυλαὶ τῆς γῆς, *"y todos los linajes de la tierra harán lamentación por Él"*. ¿Cómo debe entenderse esto? ¿Quiénes serán los que harán lamentación por Él? ¿Se trata de un verdadero arrepentimiento y, en ese caso, de quienes? La preposición que Juan usa, puede traducirse tanto como *por* Él, como *sobre* Él, es decir, en relación a Él, o referido a Él. Algunos entienden esto como el llanto amargo por el juicio que van a recibir a causa de su rechazo al Salvador. Así escribe Ladd:

"La expresión 'todos los linajes de la tierra harán lamentación por Él', es difícil. Normalmente, esta expresión significa que el crucificado ha llegado a ser objeto de su dolor, es decir, que se están doliendo porque le han crucificado. Esto significaría que los hombres serán convictos del mal de su terrible crimen y buscarían arrepentidos el perdón de Dios. Sin embargo, en el libro del Apocalipsis no hay indicio del arrepentimiento de los impíos. Por lo contrario, el juicio de Dios sólo servirá para confirmar a los impíos en su impiedad (9:20; 16:9, 11). Por lo tanto, probablemente tenemos que entender

que Cristo no es el objeto, sino la ocasión de su dolor; lloran sobre Él por el terrible juicio que ha de ser infligido sobre ellos"[45].

La profecía ya anunciaba esto, por tanto, debe ser interpretado el versículo a la luz de otras referencias bíblicas a un hecho semejante, de modo que se lee: *"y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito"* (Zac. 12:10). De la misma manera que Jesús aniquilará con su venida a los enemigos de Dios, así también Israel se volverá a Dios de su rebeldía reconociendo a Jesús como el Mesías que había sido crucificado y que vuelve nuevamente. Se trata del arrepentimiento nacional de Israel. Juan proyecta la profecía general relacionándola puntualmente con el pueblo de Dios en un sincero arrepentimiento. No cabe duda que las expresiones de la frase de Juan, denotan lágrimas, dolor, tristeza, que son evidentes muestras de arrepentimiento, volviéndose a Dios. Es la tristeza según Dios que conduce al arrepentimiento (2 Co. 7:10). El pueblo de Israel está, en este tiempo, endurecido judicialmente por Dios a causa del pecado de rechazar al Mesías (Jn. 12:37-41). El velo puesto sobre el corazón y entendimiento de ellos les impide ver a Jesús como el Mesías-Salvador. Pero, llegará un día en que el velo puesto por rebeldía les será quitado, según la enseñanza de Pablo: *"Pero el entendimiento de ellos se embotó; porque hasta el día de hoy, cuando leen el antiguo pacto, les queda el mismo velo no descubierto, el cual por Cristo es quitado. Y aun hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos. Pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará"* (2 Co. 3:14-16). La referencia a Israel en el pasaje de Juan es evidente también por el calificativo de *"todas las tribus de la tierra"*, generalmente, en la Escritura profética cuando se habla de *tierra* y de *tribus de la tierra*, se está haciendo mención, salvo que el contexto determine otra cosa, al pueblo de Israel en la histórica relación de las doce tribus que convivían en la tierra de la promesa. Este *"todas las tribus"*, es equivalente a la expresión de Pablo *"todo Israel"* (Ro. 11:26). Este arrepentimiento conducirá a salvación, ya que Pablo mismo alude a ese hecho: *"y luego todo Israel será salvo"*. Sin embargo, cuando se habla de la salvación de todo Israel no se está haciendo referencia a la *totalidad* de la nación como descendientes biológicos de Abraham, sino al remanente escogido por gracia, ya que Pablo afirma también que *"porque no todos los que descienden de Israel son israelitas, ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos"* (Ro. 9:6-7). La descendencia de Abraham a la que alcanzan las promesas, es la descendencia espiritual y no la natural. Las promesas se cumplirán en el grupo fiel de la nación. Las promesas nacionales tendrán cumplimiento cuando en la nación haya sólo *israelitas*, en el sentido bíblico, esto es, quienes son de la fe de Abraham (Gn. 15:6). De ese modo, no

---

[45] G. E. Ladd. o.c., pág. 29.

todos los descendientes de Abraham pueden ser considerados como hijos de la promesa, ya que sólo los de la línea de Isaac, son los herederos de las bendiciones por cuanto fue el hijo de la fe de Abraham, recibido de Dios mismo, al margen de toda obra humana, cuando era imposible alcanzarlo (Ro. 4:18). El mismo Señor puso de manifiesto la división entre los descendientes naturales y espirituales de Abraham (Jn. 8:37, 39, 40). Juan pone de manifiesto en su profecía las consecuencias salvíficas del arrepentimiento de quienes lloran al ver al Mesías-Salvador, volviendo rodeado de gloria a la tierra. La profecía de Isaías tendrá cumplimiento entonces, en el momento en que el Libertador venga o *vuelva*, a Sión (Is. 59:20), en clara alusión sobre el monte de Sión donde el Señor pondrá sus pies en su segunda venida (Zac. 14:4). En ese día el remanente fiel de Israel hará lamentación por haber rechazado al Mesías y Dios perdonará el pecado de su pueblo (Zac. 13:1).

Juan concluye con una ratificación absoluta de las verdades expresadas antes. Con un ναί, *sí*, y un ἀμήν, *amén*, cierra el saludo. Dos afirmaciones enfáticas son usadas para concluir. La primera de ellas es una partícula afirmativa que se usa para mostrar asentimiento o ratificar algo dicho antes. A esta afirmación sigue el *amén*, que expresa la idea de deseo y firmeza en que se produzca algo, equivalente a *sea así*. Ambos términos juntos expresan un enfático asentimiento y firmeza en relación con todas las palabras del saludo, pero, especialmente con las últimas consideradas.

8. Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso.

᾿Εγώ[1] εἰμι τὸ ἄλφα καὶ τὸ ὦ, λέγει Κύριος ὁ Θεός, ὁ ὢν καὶ ὁ ἦν
Yo soy el alfa y la omega, dice el Señor - Dios el que es y el era
καὶ ὁ ἐρχόμενος, ὁ παντοκράτωρ.
y el que viene el Todopoderoso.

Notas sobre el texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

Hay algunas variantes textuales:

[1] ᾿Εγώ εἰμι τὸ Ὦ, א, A, C, P, 046, 94, 1006, 1611, 1859, 2020, 2042, 2053, 2138, it[h], syr[ph, h].

En cuanto a la expresión *"principio y fin"*, Ὦ ἀρχὴ καὶ τενλος, solo está atestiguada en una variante de א[1], 1, 1828, 1854, 2065, 2073, 2081.

En cuanto a *el primero y el último*, ἡ ἀρχὴ καὶ τὸ τέλος, aparece atestiguada la lectura solo en 2081, Andrew[a] cop[bo?], de ahí que no se considere en las notas siguientes.

Un texto muy semejante al v. 4, salvo en la introducción. Comienza con el pronombre en nominativo singular ἐγώ, *yo*; εἰμί, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo de la misma forma, aquí como *soy*; seguido de τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado ὁ, *el*; ἄλφα, caso nominativo neutro singular del nombre común correspondiente a la primera letra del alfabeto, *alfa*; y la ὦ, grafismo correspondiente a la última letra del alfabeto, *omega*; λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, equivalente a *decir, hablar, responder, ordenar, etc.*, aquí con significado de *dice*; Κύριος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *Señor*; seguido del artículo determinado que no se traduce en español al ir vinculado al nombre propio Θεός, *Dios*; seguido del artículo determinado masculino singular ὁ, que precede a ὢν, que es el participio presente en voz activa del verbo εἰμι, que equivale a *como era, que era, que es, el cual era,* etc.; y ὁ, nuevamente el artículo determinado *el*; ἦν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *era*; y el ἐρχόμενος, participio presente en voz media del verbo ἔρχομαι, *venir, llegar, regresar, aparecer*, aquí como *está viniendo*; concluyendo con un nuevo calificativo, precedido también del mismo artículo determinado ὁ, *el*; παντοκράτωρ, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *Todopoderoso,* también en sentido de *Soberano universal,* y que en relación con Dios se convierte en un atributo divino que califica a Dios mismo.

᾿Εγώ εἰμι τὸ ἄλφα καὶ τὸ ὦ. La garantía de cuanto sigue es su procedencia Divina. Dios establece su autoridad para producir el escrito bíblico y se identifica con él desde el principio. El cumplimiento está garantizado por cuanto procede de quien es Soberano sobre la historia. Es preciso determinar quien es el sujeto del texto, es decir, quien habla y se atribuye el calificativo de καὶ τὸ ὦ, *alfa y omega,* y también del ὁ παντοκράτωρ, *Todopoderoso*. Algunos eruditos consideran que debe vincularse a Dios el Padre. Otros consideran que deben atribuirse al Hijo. El uso de las letras primera y última del alfabeto es una expresión del lenguaje figurado para referirse a la infinitud de vida y también a la de eternidad, sólo propias de la esencia divina, en perfecciones incomunicables. En cuanto a la determinación del sujeto tal vez debe entenderse como referido al Padre. La expresión ἐγώ εἰμι τὸ ἄλφα καὶ τὸ ὦ, *"yo soy el Alfa y la Omega"*, es una frase que se atribuye constantemente al Padre, ya en el Antiguo Testamento (Is. 41:4) y también en este mismo libro (Ap. 21:6). La expresión *Señor Dios,* es la traducción del hebreo *Yahweh Elohim*, que se usa para referirse al Padre (comp. 4:8; 11:17; 15:3).

Además la frase ὁ ὢν καὶ ὁ ἦν καὶ ὁ ἐρχόμενος, *"el que es y el era y el viene"*, es una expresión que en este mismo primer capítulo se usó para referirse al Padre (v. 4). Juan utiliza también el título de ὁ παντοκράτωρ, *el Todopoderoso* que se aplica al Padre en otros nueve lugares en que aparece en

el Nuevo Testamento (2 Co. 6:18; Ap. 4:8; 11:17; 15:3 16:7, 14; 19:6; 21:22) especialmente en esta última referencia distinguiéndolo del Cordero. Sin embargo, tanto el Padre como el Hijo pueden decir de sí mismos: ἐγώ εἰμι τὸ ἄλφα καὶ τὸ ὦ, *"Yo soy el Alfa y la Omega"*, ya que en el Ser Divino, ambos poseen los mismos atributos, la misma vida y la misma gloria. Un argumento favorable a quienes consideran que el sujeto del versículo es el Hijo, es que durante su ministerio el Señor usó la expresión *"Yo soy"* para referirse a Él mismo (Jn. 6:35; 8:12; 10:9, 11; 11:25; 14:6; 15:1). Un argumento que favorece la aplicación al Padre es que la revelación ha sido dada por el Padre a Jesucristo y Éste, a su vez, por medio del ángel a Juan (1:1), de ahí que lo que se refiere al escrito es, en primera procedencia, del Padre, quien pone su sello de garantía a todo lo dicho en el libro.

En cuanto a la expresión τὸ ἄλφα καὶ τὸ ὦ, *"el Alfa y la Omega"*, tiene, además del concepto de eternidad y de totalidad, tiene que ver con la causa primera y el fin último de todo cuanto existe. En ese sentido, el Señor Dios se vincula con el origen y final de la historia humana que Él mismo revela y Él mismo ejecuta conforme a su propósito y fin (Is. 46:9-10). Sobre esto escribe el Profesor Bartina:

"Nos parece más en consonancia con el pensamiento bíblico, con la finalidad de este libro concreto y con las constantes joaneas explicarlo de otra manera. El alfa y la omega están por todas y cada una de las letras del alfabeto. No sólo eso, sino que, conforme al genio semítico, se ha de entender que la afirmación alcanza a todas las combinaciones buenas que con las letras pueden hacerse. Dios se declara, pues, Señor absoluto de las visiones que tendrá Juan (que serán reflejos de una realidad) y con más razón de las que deberá escribir, según las oportunidades"[46].

Si la mención relativa a la primera y última letra del alfabeto, puede aplicarse al escrito que procede de la pluma de Juan, y que en última instancia procede de Dios mismo, el título de ὁ παντοκράτωρ, *el Todopoderoso*, es garantía del cumplimiento en el tiempo histórico de los hombres, de lo que Él ha determinado y comunicado por medio de su siervo Juan. Nada puede haber en las voluntades humanas o angélicas, que puedan alterar o variar un ápice el contenido de la revelación sobre el decurso de la historia que Dios revela en el contenido del Apocalipsis. El último y absoluto señorío vinculado a la omnipotencia que hace de Dios el Todopoderoso, está involucrado con la revelación contenida en el texto bíblico. El apóstol puede estar confiado y los lectores seguros de que el porvenir será conforme a lo que Dios establece y revela. Dios determina y conduce con su poder la historia del mundo como el

---

[46] S. Bartina. o.c., pág. 622.

Todopoderoso que ejecuta lo establecido por Él desde la A a la Z, de la Alfa a la Omega. Nada habrá escrito por su voluntad y de conformidad con su mandato que no tenga exacto, preciso y total cumplimiento. La idea de Todopoderoso, aunque comprende la omnipotencia por la que Dios ejecuta su voluntad sin resistencia eficaz alguna, tiene que ver especialmente no tanto con el ejercicio del poder, sino con la absoluta soberanía que Dios ejerce.

Las cosas que has visto (1:9-20).

Luego de la introducción Juan pasa al párrafo sobre *"las cosas que has visto"* y que corresponde a la primera división del libro conforme a la misma designación de Dios (v. 19).

Circunstancias de la visión (1:9-11).

9. Yo Juan, vuestro hermano, y copartícipe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo.

᾿Εγὼ ᾿Ιωάννης, ὁ ἀδελφὸς ὑμῶν καὶ συγκοινωνὸς ἐν τῇ θλίψει καὶ
Yo Juan el hermano de vosotros y copartícipe en la tribulación y
βασιλείᾳ καὶ ὑπομονῇ ἐν ᾿Ιησοῦ, ἐγενόμην ἐν τῇ νήσῳ τῇ
en reino y en paciencia en Jesús vine a estar en la isla la
καλουμένῃ Πάτμῳ διὰ τὸν λόγον τοῦ θεοῦ καὶ τὴν μαρτυρίαν
llamada Patmos a causa de la palabra - de Dios y del testimonio
᾿Ιησοῦ.
de Jesús.

Notas sobre el texto griego.

Comienza la presentación del escritor y sus circunstancias con ἐγὼ, caso nominativo singular del pronombre personal *yo*; seguido del nombre propio ᾿Ιωάννης, *Juan*; con ὁ, artículo determinado en caso nominativo masculino singular, *el*; que precede a ἀδελφὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *hermano*; unido a ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal que equivale a *de vosotros*; con la conjunción καὶ, *y*; συγκοινωνὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *copartícipe*; esa participación común es ἐν, preposición que rige dativo y que equivale a *en,* unida a τῇ, caso dativo del artículo determinado femenino singular, *la*, vinculado a θλίψει, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *aflicción, tribulación, angustia*; y βασιλείᾳ, caso dativo femenino singular del sustantivo que significa *reino*; y ὑπομονῇ, caso dativo femenino singular, del sustantivo que denota *perseverancia, paciencia,* e incluso *expectación*, que expresa la idea de permanecer firme y perseverar en determinadas circunstancias y que significa también permanecer en expectación en vista del tiempo que transcurre, en este caso debe aceptarse la primera acepción; seguido de ἐν, *en*, ᾿Ιησου, nombre propio, *Jesús*;

ἐγενόμην, primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, originarse*, aquí como *vine a estar*, en τῇ, caso dativo femenino singular del articulo determinado, *la*, vinculado a νήσῳ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *isla*; seguido del artículo determinado que no se traduce en español en este caso, con καλουμένῃ, caso dativo femenino singular con el participio presente en voz activa del verbo καλέω, *llamar*, aquí como *llamada*; Πάτμῳ, nombre propio de la isla, *Patmos*; διὰ, preposición que rige acusativo y que significa *a causa*; τὸν, caso acusativo del artículo determinado masculino singular, *del,* en español sería en femenino si se traduce por *palabra* el sustantivo siguiente, si se traduce como *verbo,* sería también en masculino; λόγον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *verbo, palabra, discurso*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *Dios*; καὶ τὴν, literalmente *y del*; μαρτυρίαν, caso acusativo femenino singular –como es en griego- del sustantivo *testimonio*; ᾿Ιησοῦ, *de Jesús.*

᾿Εγὼ ᾿Ιωάννης. El que escribe es Juan. Ya se ha hecho referencia biográfica en el apartado de introducción cuando se consideró el autor del libro. Hay un notable espíritu profético en todo el libro ya desde esta misma introducción. Juan se presenta a sí mismo como quien va a escribir una visión profética. Lo hace en forma muy semejante a la que usaron profetas en el Antiguo Testamento (cf. Dn.7:28; 8:1). Por otro lado, la comunidad cristiana está delante de un escrito que, por ser de un apóstol, contiene su autoridad como tal y, procediendo de Dios, siendo su palabra, es inerrante y autoritativo. Juan, además de ser apóstol es también hermano de aquellos a quienes escribe. Los títulos acreditativos del escritor son dos: ὁ ἀδελφὸς, *hermano y* συγκοινωνὸς, *copartícipe*. La condición de hermano designa a los miembros de la misma familia espiritual, hijos del mismo Padre, a quienes por creer en el Hijo les ha dado potestad de ser también hijos suyos (Jn. 1:12), miembros de su familia (Ef. 2:19) por adopción en el Hijo (Gá. 4:5). En esta familia de la fe debe manifestarse el amor, la santidad y la comunión (Jn. 16:11; 1 P. 1:14-16; 1 Jn. 1:3). Este hermano entre todos los hermanos, experimenta las mismas vicisitudes que ellos experimentan, por tanto, es también *copartícipe*, esto es, συγκοινωνὸς ἐν τῇ θλίψει, *compañero de tribulaciones*.

El sustantivo θλίψει, que usa Juan expresa un intenso conflicto, angustia o tribulación. Es una palabra que etimológicamente contiene el sentido de *oprimir, aplastar, apretar*, de ahí que tenga la connotación de *afligir*. En ocasiones se usa para expresar los dolores del parto (Jn. 16:21). Son en general los sufrimientos que el cristiano tiene que afrontar en el mundo y lo que debe esperar en esa esfera de confrontación espiritual (Jn. 16:33). Cuanto más comprometido sea un cristiano con la piedad más aflicciones debe esperar (2 Ti. 3:12). Estas tribulaciones son el conjunto de sufrimientos padecidos por ser cristiano (Hch. 11:19; Ro. 8:35; Ef. 3:13; 2 Ts. 1:4).

Καὶ βασιλείᾳ. Sin embargo, la tribulación va acompañada de dos grandes bendiciones. Quien es copartícipe en las tribulaciones es también compañero en el reino. Cada creyente nacido de nuevo es trasladado al reino de Cristo (Col. 1:13). Sin duda ese reino es el reino del Mesías, que Pablo llama el reino de Cristo, y cuya expresión en el presente se manifiesta en la Iglesia. Ese reino escatológicamente tendrá otras manifestaciones, de forma especial la expresión literal y terrenal en el milenio, y luego en el estado eterno. Algunos exegetas consideran que este *reino* del que Juan habla aquí es la esperanza mesiánica para el reino de los cielos en el futuro; así lo expresa el Dr. Carballosa.

"El reino (basileia) tiene que ver con el reino del Mesías. Ese reino vendrá en su plenitud cuando Cristo venga por segunda vez. Los reinos del mundo serán suyos (Ap. 11:15), y Él reinará por los siglos de los siglos (véanse Dn. 2:44; 7:14; Ap. 5:10; 20:1-10). El reino, por lo tanto, se refiere al período venidero de bendiciones mesiánicas. Todo creyente anticipa entrar en ese reino y disfrutar de sus bendiciones. Los apóstoles estaban conscientes de que durante la era presente los cristianos experimentarían pruebas y tribulaciones producto del rechazo del evangelio por parte de los incrédulos. Pero al mismo tiempo, estaban persuadidos de que les aguardaba una amplia y generosa entrada en el reino glorioso del Mesías (veánse 1:11; Hch. 14:22; 2 Ti. 2:12[a]; Ro. 8:18)"[47]

Nadie pone en duda ninguna bendición futura que traerá consigo el reino que el Mesías establezca conforme al programa y propósito divinos, pero debe tenerse en cuenta que ya el creyente está en el reino de Dios en el tiempo actual. El mismo apóstol Juan lo acaba de afirmar, cuando dice: *"nos hizo reino"* (v. 6). Juan habla de una coparticipación en el reino, que tiene que ver con el disfrute tanto presente como futuro de una nueva esfera de bendiciones y comunión con Dios, sirviéndole, obedeciéndole y ministrando como sus sacerdotes, ya en el momento presente. La Iglesia es el pueblo al cual el reino ha venido en el Señor y al que ha sido trasladada por comunión y vivencia con Él, que además heredará el reino cuando venga en otra de sus expresiones. Con mucha lógica escribe el Dr. Lacueva:

"El reino es aquí, no el lugar en que se reina ni el ejercicio de la potestad regia en un tiempo determinado, sino el atributo de realeza, condición inherente a la persona. De esta realeza es de la que Cristo nos ha hecho partícipes, aunque también nos hará partícipes de su reino y de su reinado en la culminación de su segunda venida"[48].

---

[47] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 50.
[48] F. Lacueva. o.c., pág. 319.

Καὶ ὑπομονῇ. A la bendición de compartir el reino, se le añade también la de compartir *la paciencia.* El término que Juan utiliza aquí es el que destaca el aguante, firme, constante e incluso entusiasta de aguantar bajo el peso adverso de las circunstancias y de las pruebas. La paciencia es una bendición que nace de la concesión divina de las pruebas, de ahí que Santiago escriba: *"Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia"* (Stg. 1:2-3). Las aflicciones y las pruebas son el crisol en que Dios pone a prueba y enriquece la fe del creyente (1 P. 1:6-7). De manera que compartir la paciencia con los otros hermanos, significa dos cosas: en primer lugar que la aflicción es algo común y generalizado en la experiencia de los creyentes, por eso, Pedro dice que no debe tomarnos de sorpresa cuando aparezca el fuego de la prueba, como si se tratase de algo extraño, sino que debe entenderse como la bendición de compartir los mismos padecimientos con nuestros hermanos en todo el mundo (1 P. 4:12-13); en segundo lugar que tenemos la bendición de compartir completando las aflicciones que restan a Cristo y que experimenta por medio y en su Iglesia, que es su cuerpo (Col. 1:24). Las aflicciones compartidas con nuestros hermanos son también una concesión de la gracia, que da la bendición de la salvación y concede el sufrimiento por Cristo (Fil. 1:29).

La paciencia con que se soportan las aflicciones es καὶ ὑπομονῇ ἐν Ἰησοῦ, *"la paciencia de Jesucristo"*, es decir, la capacidad para soportar proviene de la comunión vital con Jesucristo. Primeramente la paciencia del cristiano tiene el ejemplo supremo en Jesús (Jn. 13:15; He. 12:2; 1 P. 2:21). Pero, la paciencia del cristiano tiene también como elemento sustentante el poder de Jesús (Jn. 15:5; Fil. 4:13). El creyente puede soportarlo todo porque está en Cristo que le comunica su poder. La paciencia del cristiano es la consecuencia de *vivir a Cristo* (Fil. 1:21). Esa frase de Juan καὶ ὑπομονῇ ἐν Ἰησοῦ, *"la paciencia de Jesucristo"* comprende experimentarla en la comunión con Jesús, en el poder de Jesús y por causa de Jesús.

Ἐγενόμην ἐν τῇ νήσῳ τῇ καλουμένῃ Πάτμῳ. Juan hace referencia al lugar donde se encontraba cuando tuvo las visiones que va a relatar. Aquella tribulación y la paciencia para soportarla era una experiencia real en la vida del apóstol en aquellos días. Juan dice que ἐγενόμην, *estaba*, refiriéndose a un tiempo pasado, ya que el escrito no fue hecho en Patmos sino en Éfeso, por lo menos esta introducción. Patmos es una isla situada a unos treinta y cinco kms. de Éfeso. Juan no había ido voluntariamente a ese lugar, el texto griego dice que ἐγενόμην, *estaba*, esto es, había venido a estar en ese sitio, como lo indica el aoristo segundo de indicativo que utiliza Juan. La Isla de Patmos tiene unos doce kms. de largo por siete en el lugar más ancho. Es de origen volcánico, con muy poca vegetación y un suelo pedregoso. En tiempos de Juan era utilizada

como prisión natural o penitenciaría para presos peligrosos. Según parece ser, los presos eran puestos en la isla y dejados allí, de manera que tenían que buscar alimentos, agua y lugar donde cobijarse. Las muchas cuevas que hay en el terreno como consecuencia de la formación volcánica del lugar, permitían resguardarse en ellas. Los romanos en tiempos de Juan solían usar la isla para deportar a ella los presos políticos, a quienes se les asignaban trabajos forzados en la isla. Cuando se visita la isla se enseña una cueva donde, según la tradición, vivió Juan su destierro. Según la tradición Domiciano deportó a Juan a Patmos en el año 95 y su liberación se produjo unos dieciocho meses después.

Junto con el lugar donde estaba, el apóstol da las razones para estar allí. Había sido llevado a Patmos διὰ τὸν λόγον τοῦ θεοῦ *"a causa de la palabra de Dios"*. No estaba desterrado en la isla por rebeldía contra las autoridades romanas, sino por ser cristiano. La causa de su destierro tenía que ver con la palabra de Dios, es decir, a causa de la Palabra que predicaba y que vivía. Esta expresión tiene que ver con el evangelio. No es que Juan fuese a la isla en misión evangelizadora, sino que fue porque estaba evangelizando. Juan no sólo creía en el evangelio, sino que lo proclamaba anunciándolo en el mundo. Posiblemente su campo de trabajo en el tiempo en que fue desterrado era el Asia Menor. Es notable observar que el evangelio es *palabra de Dios*, es decir, un mensaje que procede de Dios y que debe ser proclamado sin alteración alguna (Gá. 1:11-12), de ahí que cualquier alteración convierte el mensaje en anatema (Gá. 1:8-9). Pablo llama al evangelio la *"palabra de la Cruz"*, es decir, la doctrina de la Cruz, o la doctrina sobre la Cruz, entendiendo esto como la obra redentora llevada a cabo por Jesucristo. El evangelio es, por tanto, un mensaje bíblico y doctrinal. Esto entra en confrontación directa con un evangelio *rebajado* que se predica muchas veces, donde el contenido de la palabra y la exposición de la verdad bíblica, es sustituida por opiniones humanas, experiencias humanas y pensamientos humanos. Tal evangelio, puede producir emociones, pero no producirá conversiones.

Algunos eruditos consideran que la expresión de Juan διὰ τὸν λόγον τοῦ θεοῦ, *"por la palabra de Dios",* es una referencia a la revelación que estaba recibiendo, es decir, había sido desterrado a Patmos por causa, esto es, para serle entregada la palabra de Dios en la revelación que traslada al Apocalipsis. En este caso, conforme a esta opinión, Juan estaría en Patmos con el fin de recibir la palabra de Dios que le permitiría escribir el libro. No tiene mucha consistencia esta forma de entender la expresión.

Estaba también en Patmos a causa del καὶ τὴν μαρτυρίαν Ἰησοῦ, *"testimonio de Jesucristo"*. Puede entenderse en relación con la obra que Jesús había hecho, pero también a causa de la vida que Juan llevaba en relación con Cristo. Era discípulo y, por tanto, seguidor del Maestro. El Señor, lo mismo que

a sus otros compañeros de apostolado, les había entregado la encomienda de anunciar el evangelio a todas las naciones (Mt. 28:18-20; Mr. 16:15-16). Ambas cosas son posibles en el texto. Juan anunciaba el evangelio y vivía el evangelio. El testimonio de Jesucristo que Juan proclamaba lo hacía tanto con sus palabras como con su vida. Juan además de predicar a Cristo, *vivía* a Cristo. La conducta del apóstol era un testimonio visible de la verdad que predicaba. Ese fue el motivo por el que se comenzó a llamar cristianos a los seguidores de Cristo (Hch. 11:26).

10. Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta.

ἐγενόμην ἐν πνεύματι ἐν τῇ Κυριακῇ ἡμέρᾳ καὶ ἤκουσα ὀπίσω μου
Vine a estar en espíritu en el del Señor día y oí detrás de mí
φωνὴν μεγάλην ὡς σάλπιγγος
voz grande como de trompeta.

Notas sobre el texto griego.

Juan dice que ἐγενόμην, primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, originar*, aquí como *vine a estar*; con ἐν, preposición que rige dativo, *en*; πνεύματι, caso dativo neutro singular del sustantivo que denota *espíritu*; nuevamente con la preposición ἐν, *en*; seguida de τῇ, caso dativo femenino singular del artículo definido, aquí como *el*; Κυριακῇ, caso dativo femenino singular del adjetivo κυριακος, que expresa la idea de *pertenencia a un señor,* más bien *concerniente a un señor*; aunque κύριος, *señor*, se usa generalmente como sustantivo, es en realidad un adjetivo que significa la *posesión de poder*; en el presente caso la expresión sería *"vine a estar en espíritu en lo concerniente al Señor…"*; ἡμέρᾳ, caso dativo femenino singular del sustantivo que expresa *día*. En esa situación ἤκουσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo, ακούω, *oír*, aquí como *oí*; ὀπίσω, adverbio que se traduce como *detrás*; μου, caso genitivo singular del pronombre personal, *de mi*; φωνὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *voz*; seguida de μεγάλην, caso acusativo femenino singular del adjetivo μέγας, *grande*; ὡς, adverbio de modo equivalente a *como*; σάλπιγγος, caso genitivo femenino singular del sustantivo que se refiere a *trompeta*.

En el relato Juan dice que ἐγενόμην ἐν πνεύματι, *"estaba en el espíritu"*, el verbo que utiliza aquí es el mismo que usa en el Evangelio (1:14), y que se traduce como *"fue hecho"*, en ese sentido el apóstol habla de una experiencia personal y espiritual. Sin duda la expresión es difícil de interpretar por cuanto puede asignarse tanto al espíritu de Juan como al Espíritu Santo. El texto griego expresa un estado al que Juan llegó, que se podría expresar como *"vine a estar en el espíritu"*. Sin duda puede aplicarse a estar en el Espíritu Santo, ya que toda la profecía procede del Espíritu (2 P. 1:20-21). Sin embargo el entorno textual favorece una referencia al espíritu personal del profeta, o

mejor tal vez, a la acción del Espíritu Santo capacitando el espíritu de Juan para recibir las visiones que se le manifestarán. Esa era la forma en que Isaías pudo recibir la visión del Señor (Is. 6:1); de la misma manera también Ezequiel (Ez. 1:4). El Espíritu Santo actúa sobre el espíritu del profeta para que pueda percibir las cosas de Dios, es decir, el Espíritu puso a Juan en una situación espiritual en la que pudo ver las revelaciones celestiales que luego escribió en el libro. ¿Se trataba de un éxtasis en el cual recibió las revelaciones? ¿Fue una traslación en el Espíritu? Pudiera entenderse que la expresión ἐγενόμην ἐν πνεύματι, *“estar en el espíritu”*, se refiere a un éxtasis en el que desde el cuerpo, pero fuera de él en cuanto al espíritu la comprensión, recibió la revelación de Dios. No es posible afirmar más allá, puesto que la revelación no lo permite. Lo que sí es evidente es que las visiones le llegaron a Juan en ese estado espiritual fuera de lo normal, al que lo condujo la acción del Espíritu Santo. Ese era un modo habitual en muchas revelaciones del Señor a los suyos (Hch. 10:10; 11:5; 22:17; 2 Co. 12:2-3), de manera que cuando cesaba la acción de la revelación, el profeta *volvía en sí mismo* (Hch. 12:11). El éxtasis espiritual es un estado de la parte espiritual del hombre en plenitud, en virtud del cual queda dispuesto para la recepción de revelaciones divinas. De ese modo el espíritu de Juan alcanzó un estado de receptividad especial para la revelación que Dios le iba a comunicar.

El pensamiento de Juan estaba puesto en ἐν τῇ Κυριακῇ ἡμέρᾳ, *“el día del Señor”*. Algunos consideran que Juan estaba pensando en el domingo, el día que especial de los cristianos como consecuencia de ser el de la resurrección de Jesús. Generalmente este es el pensamiento de quienes sostienen una teología amilenarista. Así escribe el Profesor Bartina:

“La frase ἐν τῇ Κυριακῇ ἡμέρᾳ*, ‘en el día dominical’, no se refiere al día del juicio, ni siquiera en sentido bíblico, en cuanto se entiende por él que interviene Yahvé con castigos para poner las cosas en orden, según derecho, porque no se encuentra ningún ejemplo, ni en la versión griega de los Setenta, ni en el Nuevo Testamento, ni en los Santos Padres (al menos hasta el año 450), en que la palabra signifique ‘día del juicio’, y, además, por otra parte, los mensajes a las siete iglesias que siguen inmediatamente y tienen como fin la conversión o mejora de las cristiandades de Asia Menor suponen evidentemente que el día del juicio tardará. Se refiere al día consagrado al Señor Jesucristo, que es el primero de la semana en el cómputo judío, o sea, el primero después del sábado, en memoria de la resurrección de Jesús. En el NT tiene un valor litúrgico y religioso especial. En el primer día de la semana manda Pablo que se hagan colectas, lo cual indica que los cristianos se reunían ese día para sus funciones litúrgicas (1 Co. 16:1-2). En Triade se reunieron ese primer día de la semana para la fracción del pan y para despedir a Pablo (Act 20:7-8). El sitio más antiguo donde aparece ya con ese nombre típico es en el presente pasaje del Apocalipsis (Ap. 1:10). Aunque los primeros cristianos celebraban también*

el sábado, pronto se dio preferencia al domingo, y parece que el lugar de expansión de esta costumbre fue Asia Menor. No tienen nada que ver con él ni el día del sol pagano ni el día consagrado al emperador. Documentos antiquísimos cristianos hablan de su sentido religioso. La Didache lo llama 'el día dominical del Señor': 'Cada domingo, reunidos, fraccionad y distribuid el pan del Señor'. Ignacio de Antioquia afirma: 'Vivid, no ya sabatizando, sino según el dominical'. La Epístola de Bernabé lo llama octavo día. El evangelio apócrifo de Pedro afirma: 'amaneció el día dominical', es decir, el domingo. Melitón de Sardes escribió un libro cuyo título era 'Del domingo'. A partir de esta época fue común la denominación"[49].

Sin embargo, debe entenderse que, el domingo como *día del Señor*, obedece a las versiones latinas que escriben aquí: *"fui in spiritu in Dominica die"*, de ahí por transliteración el término *domingo*, aplicado al día del Señor. Con todo debe atenerse la interpretación no a la transliteración de términos latinos, sino a la realidad del contexto general de la Biblia y de la historia de la iglesia primitiva. En cuanto a esto último nunca se llamó al domingo el *día del Señor*, sino que siempre que se hace referencia a él en los escritos del Nuevo Testamento se le llama *"el primer día de la semana"*, en atención a la resurrección del Señor (cf. Mt. 28:1; Mr. 16:2, 9; Lc. 24:1; Jn. 20:1, 19; Hch. 20:7; 1 Co. 16:2). La expresión *"día del Señor"*, es la traducción literal de *"día de Yahwe"*, que aparece en múltiples ocasiones en el mensaje profético del Antiguo Testamento, referido al tiempo histórico escatológico en que Dios intervendrá en juicio sobre el mundo e impondrá su soberanía sobre la tierra. *Día del Señor* es el período de tiempo que transcurre desde el arrebatamiento de la Iglesia, pasando por el reino milenial, hasta la creación de cielos y tierra nuevos después del milenio. El término *Día del Señor* aparece tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento con el mismo sentido y significado (Is. 2:12; 13:6, 9; Ez. 13:5; 30:3; Jl. 1:15; 2:1, 11, 31; 3:14; Am. 5:18, 20; Abd. 15; Sof. 1:7, 14; Zac. 14:1; Mal. 4:5; Hch. 2:20; 1 Ts. 5:2; 2 Ts. 2:2; 2 P. 3:10). Al comienzo de ese período de tiempo está el llamado *"día de Jesucristo"* (1 Co. 1:8; 3:13; 5:5; 2 Co. 1:14; Fil. 1:6; 2:16; 2 Ti. 1:12; 4:8), que se relaciona con acontecimientos directamente relacionados con la escatología de la Iglesia, comenzando por el traslado a la presencia del Señor (1 Ts. 4:16-17). El *"día del Señor"* o *"día de Yahwe"*, corresponde a un tiempo en el que los juicios de Dios caerán sobre el mundo para probar a los moradores de la tierra (Ap. 3:10) y que será de tremenda tribulación, de ahí, que se le conozca como el período de *la tribulación*, algunos lo llaman de *la gran tribulación*. Corresponde ese tiempo con la última semana de la profecía de Daniel (Dn. 9:27). En ese tiempo de siete años, la ira de Dios se hará manifiesta y notoria a todas las gentes en la tierra (Ap. 6:15-17). Es interesante apreciar algunas de las características de ese

[49] S. Bartina. o.c., pág. 625 s.

tiempo, a la luz de la profecía en los lugares que se refieren al *"día de Yahwe"*, o *"día del Señor"*, será: a) Tiempo de ira (Sof. 1:15, 18; 1 Ts. 1:10; 5:9; Ap. 6:16-17; 11:18; 14:10, 19; 15:1, 7; 16:1, 19); b) Tiempo de juicio (Ap. 14:7; 15:4; 16:5, 7; 19:2); c) Tiempo de indignación (Is. 26:20-21; 34:1-3); d) Tiempo de prueba (Ap. 3:10); e) Tiempo de angustia (Jer. 30:7; Sof. 1:14-15; Dn. 12:1); f) Tiempo de destrucción (Jl. 1:15; 1 Ts. 5:3); g) Tiempo de tinieblas (Jl. 2:2; Am. 5:18; Sof. 1:14-18); h) Tiempo de desolación (Dn. 9:27; Sof. 1:14-15); i) Tiempo de trastorno (Is. 24:1-4); j) Tiempo de castigo (Is. 24:20-21). Durante ese tiempo la ira que desciende sobre el mundo procede de Dios mismo (Is. 24:1; 26:21; Jl. 1:15; Sof. 1:18; Ap. 6:16-17; 11:18; 14:7, 10, 19; 15:4, 7; 16:1, 7, 19; 19:1, 2). El propósito del *"día del Señor"*, es doble: Por un lado en relación con los gentiles, probar a los que moran en la tierra (Ap. 3:10); por otro, en relación con Israel, preparar a la nación para la venida del Mesías-Rey (Mal. 4:5-6) y traer a salvación a muchos de los judíos (Ro. 11:25-26).

Probablemente Juan en Patmos estaba pensando en los datos proféticos sobre el día del Señor y, tal vez, en forma especial, sobre la profecía de Ezequiel, cuyos pasajes subyacen en el libro de Apocalipsis en muchas ocasiones. En ese pensamiento del apóstol, el Espíritu le capacitó para las visiones que le fueron reveladas relativas al cumplimiento escatológico del *"día del Señor"*, que es realmente el desarrollo del Apocalipsis.

Καὶ ἤκουσα ὀπίσω μου φωνὴν μεγάλην ὡς σάλπιγγος. Las visiones que Juan trasladará en el escrito bíblico, comienzan por una voz recia, clara y sonora, equiparable a sonido de trompeta, que fuertemente sonó a sus espaldas o tras él. Es una experiencia semejante a la que tuvo Ezequiel (Ez. 3:12). La voz que oyó era μεγάλην, *grande*, por tanto, tratándose de sonido equivale a una voz *potente*. Al relacionarla comparativamente con un ὡς σάλπιγγος, *sonido de trompeta*, está refiriéndose a una voz clara y a la vez brillante, que es la comparativa bíblica explicada en otro lugar (1 Co. 14:8). Indica esto que Juan iba a recibir una revelación de parte de Dios clara y precisa. En cierta medida esa voz como de trompeta suena, como muchas veces en el uso del instrumento, para convocar gentes. La convocatoria de Dios está en relación con las revelaciones que tienen que ver con el día de Su ira. Esa es también la convocatoria profética en relación con ese día (Jl. 2:1). Pero, a su vez, es también una convocatoria al arrepentimiento ante la actuación judicial de Dios (Jl. 2:15-17), que advierte, por medio de su siervo, profeta y apóstol, Juan, de la intervención suya en la historia humana. Dios irrumpirá en la historia de los hombres para castigarlos por su maldad (Is. 2:9-11).

11. Que decía: Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último. Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea.

λεγούσης· ὃ βλέπεις γράψον εἰς βιβλίον καὶ πέμψον ταῖς ἑπτὰ
Que decía: Lo que estás viendo escribe en rollo y envía a las siete
ἐκκλησίαις, εἰς Ἔφεσον καὶ εἰς Σμύρναν καὶ εἰς Πέργαμον καὶ εἰς
iglesias en Efeso, y en Esmirna, y en Pérgamo y en
Θυάτειρα καὶ εἰς Σάρδεις καὶ εἰς Φιλαδέλφειαν καὶ εἰς Λαοδίκειαν.
Tiatira, y en Sardis, y en Filadelfia y en Laodicea.

Notas sobre el texto griego.

Crítica textual.

Las palabras: *"Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último"*, no están atestiguadas en ningún mss confiable y en los que aparecen debe haber sido una interpolación de algún copista, tomadas, bien del v. 4 o del v. 8 en los mss en que aparecen.

La voz poderosa como de trompeta λεγούσης, caso genitivo femenino singular con el participio presente en voz activa del verbo λέγω, *decir*, aquí como *que decía*; ὃ, caso acusativo neutro singular del pronombre relativo ὅς, aquí como *lo que*; βλέπεις, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo βλέπω, *mirar, percibir, discernir,* aquí como *ves*, o para darle estado de continuidad *estás viendo* en cada momento de las visiones; γράψον, segunda persona singular del aoristo de imperativo en voz activa del verbo γράφω, *escribir*, aquí como *escribe*; εἰς, preposición de acusativo que equivale a *en*; βιβλίον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *libro, escrito, documento*, es un diminutivo de βίβλος, *libro*, y que se refiere especialmente al material que sirve para soporte de la escritura, de ahí que designe un *rollo*, o un *libro*, generalmente pergamino; y πέμψον, segunda persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo πέμπω, *enviar*, aquí como *envía*; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado equivalente aquí a *a las*; ἑπτὰ, caso dativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal, *siete*; ἐκκλησίαις, caso dativo femenino plural del sustantivo que denota *iglesias*; εἰς, preposición que rige acusativo y que establece lugar, *en*; Ἔφεσον, nombre propio de lugar, *Éfeso*; sigue luego una serie de nombre separados por los mismos elementos, la conjunción καὶ, *y*, seguido de la preposición εἰς, *en*, con los nombres propios de lugares Σμύρναν, *Esmirna*, Πέργαμον, *Pérgamo*, Θυάτειρα, *Tiatira*; Σάρδεις, *Sardis*; Φιλαδέλφειαν, *Filadelfia*, y Λαοδίκειαν, *Laodicea.*

La voz que hablaba con Juan era la voz del Señor. Es identificable con el Alfa y la Omega, el primero y el último, aunque esta expresión no este atestiguada en los mejores mss, sin embargo, aparece anteriormente (vv. 4, 8). Quien habla con Juan es el Soberano que tiene autoridad suprema y que establece un mandato para su siervo y apóstol Juan. Es interesante apreciar que los verbos están en imperativo y en aoristo, dentro del imperativo, lo que quiere decir un mandato para cumplir la acción totalmente hasta agotarla.

Λεγούσης· ὃ βλέπεις γράψον εἰς βιβλίον. El Señor ordena al profeta la misión de escribir las revelaciones que iba a recibir. Es interesante apreciar

que muchas de las revelaciones que Dios dio a los hombres por medio de profetas, no recibieron instrucciones para escribirlas, pero lo hicieron cuando el Señor lo mandó así. Tal es el caso de Jeremías que habló durante un período de diez años transmitiendo las palabras del Señor en forma oral, hasta que recibió mandato de ponerlas por escrito (comp. Jer. 1:1-2, con 36:1-2). Aquí el mandamiento a Juan es desde el principio, de manera que había de trasladar a *un libro*, un material de escritura, algunos traducen como *un rollo*, forma habitual en los escritos de entonces. El mandato es enfático: γράψον, *"escribe"*. Por tanto debía pasar al escrito todo aquello que estaba viendo, literalmente ὃ βλέπεις, *lo que ves*, ya que el verbo está en presente de indicativo. Esto requiere entenderlo no sólo en relación a lo que estaba viendo en el momento de oír la voz, sino a todo cuanto viese en el futuro hasta concluir las revelaciones que el Señor le iba a comunicar, pudiera traducirse en ese sentido como *lo que estás viendo*.

Καὶ πέμψον ταῖς ἑπτὰ ἐκκλησίαις. Junto con la instrucción de escribir está también la relación de destinatarios primeros del escrito. Debía ser enviado a las siete iglesias que se mencionan por orden en el versículo. De ellas se hizo mención antes en los destinatarios y se completará luego en el estudio de las cartas particulares a cada una de ellas (cps. 2 y 3). Ya se ha dicho antes que las siete iglesias son expresión extensiva de la Iglesia de Jesucristo en la tierra, en cualquier tiempo y en cualquier lugar. No quiere decir, que en alguna medida, pudieran representar una perspectiva histórica desde el comienzo de la iglesia en tiempos apostólicos hasta el final en el traslado a la presencia del Señor. Es indudable, como también se dijo antes, que había en la región otras iglesias, algunas posiblemente más importantes que la mayoría de las siete mencionadas, como era el caso de la iglesia en Colosas, o las de Tiatira y Filadelfia. Es probable que estas iglesias estuviesen bajo el cuidado pastoral de Juan. En ese sentido es interesante el párrafo del Profesor Bartina:

"La provincia romana de Asia estaba dividida en siete distritos postales, cada uno de los cuales tenía por centro una de estas siete ciudades, y todas ellas formaban un círculo alrededor de la provincia. Éfeso dominaba el Caístro, los valles bajos del Meandro y las costas adyacentes. El portador de la carta partiría de Éfeso hacia el norte y llegaría a Esmirna, centro del bajo Hermo y de las costas jónicas, y a Pérgamo. Esta última ciudad era punto de irradiación hacia Tróade, Adrumeto, Císico y ciudades costeras. De Pérgamo, siguiendo la vía romana del interior, llegaría a Tiatira, que era cabeza de un distrito natural con influencia hacia el nordeste y el este. De Tiatira, siguiendo la misma vía llegaría a Sardes, que cubría perfectamente el amplio valle medio del Hermo. La cercana Filadelfia era la puerta de la Lidia superior. Por caminos secundarios alcanzaría Laodicea, que fue más tarde metrópoli del valle del Lico y de la Frigia central, sus comarcas naturales. Por Laodicea

pasaba la gran vía romana, que ganando el valle del Meandro, desembocaba en Siria. De Siria, la comunicación radial con Palestina, Egipto y las regiones del Éufrates era constante por rutas tradicionales. En cada centro se habrían hecho copias del libro y se habrían difundido en cadena por todas partes"[50].

Con todo, debe tenerse en cuenta el número siete, que como simbólico expresa perfección y, por tanto, debe aplicarse aquí a la totalidad de la Iglesia.

Contenido de la visión (1:12-16).

Juan describe en el párrafo siguiente lo que había visto en la primera de las visiones.

12. Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro.

Καὶ ἐπέστρεψα βλέπειν τὴν φωνὴν ἥτις ἐλάλει μετ᾽ ἐμοῦ, καὶ
Y me volví para ver la voz la que hablaba conmigo; y
ἐπιστρέψας εἶδον ἑπτὰ λυχνίας χρυσᾶς
vuelto vi siete candelabros de oro.

Notas sobre el texto griego.

Mediante la conjunción καὶ, *y*, Juan da continuidad al relato, seguido de ἐπέστρεψα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo, *volver*, aquí como *volví*; βλέπειν, infinitivo presente del verbo βλέπω, *ver*, aquí en la misma forma, suplido el pronombre implícito me, para dar sentido al verbo; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado que aquí equivale a *la*; φωνὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *voz*; se entiende que aquí se usa la figura del lenguaje llamada mentonia del efecto, cuando se pone la acción por el agente, ya que Juan no se volvió para ver *la voz*, sino *a quien* la producía, ἥτις, caso nominativo femenino singular, del pronombre relativo ὅστις, aquí como *que*, *el que*; ἐλάλει, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo λαλέω, *hablar*, aquí como *hablaba*; seguido de la preposición de genitivo μετ᾽ en la forma que toma la preposición μετά delante de vocal y que significa *con*, seguido de ἐμου, caso genitivo singular del pronombre personal que equivale a *mi*, ambas se unen en castellano para formar el pronombre personal *conmigo*. La segunda cláusula, vinculada con la anterior mediante la conjunción καὶ, *y*; sigue con ἐπιστρέψας, caso nominativo masculino singular con el participio aoristo en voz activa del verbo ἐπιστρέφω, *volver*, aquí como *vuelto*; εἶδον, primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* aquí como *vi*; ἑπτὰ, adjetivo numeral cardinal, *siete*; λυχνίας, caso

[50] Sebastián Bartina. o.c., pág. 627.

acusativo femenino plural del sustantivo que equivale a *candelabros*; χρυσᾶς, caso acusativo femenino plural del adjetivo κρύσεος, que denota *dorado*, forrado de oro, o hecho de oro.

La potente voz que sonó a las espaldas de Juan hizo que éste se volviera hacia el lugar de donde procedía. Utilizando una figura de lenguaje Juan dice que ἐπέστρεψα βλέπειν τὴν φωνὴν ἥτις ἐλάλει μετ᾽ ἐμοῦ, se volvió para *ver la voz que hablaba conmigo*, lo que equivale a volverse para ver de quien procedía aquella voz, o para ver quien hablaba de aquella manera a sus espaldas. Aquí expresa un cambio de orientación y de posición, dirigiendo su atención en otra dirección y cambiando el mismo de orientación al volverse sobre sí mismo.

Καὶ ἐπιστρέψας εἶδον ἑπτὰ λυχνίας χρυσᾶς. Al cambiar de posición dándose la vuelta, Juan no descubrió una persona sino siete candelabros de oro. La diferencia entre candelero y candelabro es sencilla: el candelero es un utensilio que sirve para mantener derecha la vela o candela, y consiste en un cilindro hueco unido a un pie por una barreta o columnilla; el candelabro, es un candelero de dos o más brazos, que se sustenta sobre su pie o sujeto en la pared. Aquí ante Juan aparecieron siete candelabros. En el Antiguo Testamento había en el templo un candelabro de oro con siete brazos (Ex. 25:31-37; 37:17-24; He. 9:2). De la misma manera en el templo de Salomón había diez candelabros de oro puro situados cinco a la derecha y otros cinco a la izquierda, frente al Lugar Santísimo (1 R. 7:49). En la visión Juan descubre siete candelabros, de los que no se dice la forma que tenían. Estos siete candelabros simbolizaban a las siete iglesias a quienes se dirigía el escrito (1:20). Los candelabros son de oro, símbolo y figura de la deidad, o perteneciente a ella. No quiere decir que las iglesias sean divinas, pero son propiedad de Dios. Aquí la diversidad de candeleros en número igual que el de iglesias, está representando a la iglesia local, como expresión de la Iglesia en un determinado lugar geográfico y tiempo. En general las iglesias locales son comparadas aquí con candelabros que sustentan la luz. Las figuras que se pueden apreciar con los candelabros son sencillas de detectar: a) el candelabro no tiene luz propia, sino que ilumina en razón de la luz que recibe y sustenta en las luminarias, generalmente velas, puestas sobre sus copas o palmatorias; de esa misma manera la iglesia local brilla en el mundo, no con luz propia, sino con la luz que recibe del Señor que brilla en las vidas de cada creyente y que como luz del mundo la comunica a quienes son suyos (Jn. 8:12), de ahí que Cristo llame a los creyentes *"la luz del mundo"* (Mt. 5:14). Esa es la razón por la cual el Señor demanda a cada creyente una conducta luminosa a fin de que *"así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos"* (Mt. 5:16). El apóstol Pablo añade: *"Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que*

seáis irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo" (Fil. 2:14-15). Es preciso apreciar que el testimonio al que se refiere el Nuevo Testamento en relación con la vida del creyente y, por tanto, con el de la iglesia, implica la totalidad de la vida y de las acciones que en ella se producen: *"haced todo"*. Nada del obrar cristiano queda excluido por pequeño e insignificante que sea. La *luminosidad* del testimonio está relacionada con una forma de vida sin *murmuraciones*, literalmente sin hacer las cosas *refunfuñando*, es decir, quejándose de lo que se está haciendo, que era la actitud de los creyentes griegos contra los hebreos en la iglesia en Jerusalén (Hch. 6:1). Es una situación semejante a la de Israel en el desierto (Ex. 17:3; Nm. 14:1-3). La murmuración apaga el Espíritu. La obediencia no es un asunto externo sino una actitud del corazón. El creyente que pierde la realidad experimental de la gracia, adquiere la tendencia a la queja, que es síntoma de estar alejados del poder de Dios. Otro aspecto del comportamiento luminoso en el testimonio de la iglesia tiene que ver con la ausencia de *contiendas* en su seno. Una vida sin estos problemas espirituales es irreprensible, esto es, nadie puede acusar y desprestigiar el testimonio cristiano. Sin duda, lo más importante no es ser irreprensibles ante los hombres sino ante Dios (1 Ts. 3:13). La forma de vivir una vida luminosa en el testimonio ante el mundo es dudando de las propias fuerzas y dependiendo enteramente de la conducción del Espíritu (Gá. 5:16). Este problema se apreciará más adelante en las amonestaciones que el Señor hace mediante las cartas a las siete iglesias. El testimonio luminoso tiene que ver también con la *sencillez* de los cristianos, esto es, vidas sin mezcla ni adulteración, desprovistas de hipocresía. Simples en el sentido de que no hay maldad ni en acciones, ni en pensamientos (Mt. 10:16; Ro. 16:19). Una condición indispensable para ser luminoso es que no haya mancha que entorpezca la transmisión de la luz. El pecado no forma parte de la vida cristiana. El creyente está libre de su poder (Ro. 6:17-18). La limpieza de mancha es la forma natural de la santificación. La santidad no es una opción sino el estilo natural y propio de la vida cristiana (1 P. 1:15-16). La sociedad que rodea a la iglesia es maligna y perversa. Siempre han sido así quienes rodean a los creyentes (Dt. 32:5: Mt. 12:39; Hch. 2:40). En medio de esa sociedad, rodeada de impíos, la iglesia, que está en el mundo pero no es del mundo (Jn. 17:16), brilla alumbrando las tinieblas de su entorno. Cada creyente como luz en el candelabro que es la iglesia brilla en medio de un mundo en tinieblas. La responsabilidad de cada cristiano es resplandecer con la luz de Cristo en Él. La condición para resplandecer es la de ser luminares (Ef. 5:8). Los creyentes brillan porque son hijos de luz (1 Ts. 5:5). No es su luz propia, sino la producida en ellos por quien es la luz del mundo (Jn. 8:12). Es la consecuencia natural de vivir a Cristo (Fil. 1:21). Este resplandecer producirá igual rechazo que tuvo Jesús por parte del mundo (Jn. 3:19; 1 P. 4:3-4). Juan vio a las iglesias locales representadas en los candelabros, que son figura de unidad

en la diversidad: un candelabro con varios brazos luminosos que alumbran en un lugar oscuro. Así también cada iglesia local es una unidad espiritual como cuerpo, pero formada por diversidad de creyentes unidos todos ellos en Cristo Jesús.

13. Y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro.

καὶ ἐν μέσῳ τῶν λυχνιῶν ὅμοιον υἱὸν ἀνθρώπου ἐνδεδυμένον
Y en medio de los candelabros tal como hijo de hombre vestido
ποδήρη καὶ περιεζωσμένον πρὸς τοῖς μαστοῖς ζώνην χρυσᾶν.
de túnica talar y ceñido delante de los pechos cinto de oro.

Notas sobre el texto griego.

Juan sigue con la descripción de la visión con καὶ, la conjunción que equivale a *y*; seguido de la preposición que rige dativo ἐν, *en*; μέσῳ, caso dativo neutro singular del adjetivo μέσος, que denota *situado en medio*; τῶν, caso genitivo femenino plural del artículo determinado que equivale a *de las*, ya que el sustantivo que sigue es femenino en griego, en castellano el artículo tiene que ser masculino plural *de los*; λυχνιῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo que denota *candelabros*, masculino en castellano; ὅμοιον, caso acusativo masculino singular del adjetivo ὅμοιος, *semejante, parecido, tal como*; υἱὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *hijo*; ἀνθρώπου, caso genitivo masculino singular del sustantivo genérico *hombre*; ἐνδεδυμένον, caso acusativo masculino singular con el participio perfecto en voz pasiva del verbo ἐνδύω, *vestir*, *poner*, aquí como *vestido*, ποδήρη, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *túnica talar*, es decir, *túnica hasta los tobillos*, dando idea de una túnica larga; y περιεζωσμένον, caso acusativo masculino singular con el participio perfecto en voz media del verbo περιζώννυμαι, que en voz media equivale a *ceñirse*, aquí como *ceñido*; πρὸς, preposición de dativo que equivale a *delante*, en sentido de *por delante*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado que equivale a *de los*; μαστοῖς, caso dativo masculino plural del sustantivo que denota *pechos*; ζώνην, caso acusativo femenino singular del sustantivo que expresa la idea de *cinto, fajín*; χρυσᾶν, caso acusativo femenino singular del adjetivo que denota *dorado* o *de oro*.

Καὶ ἐν μέσῳ τῶν λυχνιῶν ὅμοιον υἱὸν ἀνθρώπου En la descripción de la visión Juan había visto los siete candelabros de oro, ve también a uno semejante a hijo de hombre. El verbo implícito aquí es el mismo verbo *ver*, del versículo anterior ya que no hay solución de continuidad en el relato de la visión. Juan pone de manifiesto la posición que ocupaba en relación con los siete candelabros, dice que ἐν μέσῳ, *"estaba en medio"* de ellos. Se trata de alguien que es ὅμοιον, *semejante* υἱὸν ἀνθρώπου, *a hijo de hombre*. El adjetivo que usa Juan en el texto griego está en acusativo, cuando

ordinariamente rige dativo, dando a entender en esta forma que debe considerarse como un nombre. El título tiene origen profético: *"Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre"* (Dn. 7:13). Hijo del Hombre, es el título que mayoritariamente utilizó el Señor para referirse a sí mismo, durante su ministerio (cf. Mt. 16:13, 15; 17:9; Mr. 9:8 9). El título no corresponde a humillación, sino a gloria. Especialmente el título adquirió una relevancia especial en la pregunta que Jesús hizo a los suyos sobre la opinión que ellos tenían de quien era el Hijo del Hombre *"¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?"* (Mt. 16:13). La pregunta, según Mateo, se hace mientras caminaban juntos, Lucas añade el complemento de haberla hecho después de un tiempo de oración (Lc. 9:18). Estaban cerca de la ciudad de Cesarea de Filipos y luego de la oración el Señor hizo la pregunta a sus discípulos. Especialmente Lucas presenta a Jesús orando antes de los momentos principales en su ministerio. Lo había hecho antes de elegir a los doce y lo hace ahora antes de hablar con ellos sobre su condición personal. La pregunta sirve al Señor para introducir a una conversación que concluya con la reafirmación de la fe de los Doce sobre su dignidad mesiánica y su Deidad y anunciarles el programa de Dios para el establecimiento de su nuevo reino, la Iglesia, hasta que llegue el tiempo del reino de Dios sobre la tierra en el milenio. Es notable que Jesús no utiliza el pronombre personal *yo* en la pregunta que formuló a los discípulos, sino el título que habitualmente usaba para sí mismo, Hijo del Hombre. Al usarlo estaba ayudando a los discípulos a reafirmar en ellos que Él era el Mesías prometido anunciado ya por los profetas, vinculando en el título la deidad y la humanidad concurrentes en Él. Las afirmaciones hechas por el Señor usando ese título ponían de manifiesto su deidad: El Hijo del Hombre tenía autoridad para perdonar pecados (Mt. 9:6); es el Señor del sábado (Mt. 12:8); y el Señor de los ángeles (Mt. 13:41). Con frecuencia había llamado a Dios su Padre (Mt. 7:21; 10:32; 11:27; 15:13), expresando con ello una relación personal y única con Dios. Preguntaba Jesús sobre el conocimiento que el pueblo tenía de Él. No estaba buscando la respuesta de los líderes religiosos ni políticos de la nación, sino del pueblo llano. Probablemente las gentes hablaban mucho con los discípulos de Jesús, sin duda mucho más que con Él. Las gentes no habían oído decir al Señor que era el Mesías esperado, sus obras y palabras habían generado en las mentes de las personas una respuesta personal a la pregunta sobre la identificación de Cristo, sacando cada uno la conclusión personal que discernía (Jn. 10:24-25). El mismo Señor dijo directamente a los Doce: *"Y vosotros ¿quién decís que soy yo?"* Después del testimonio la pregunta directa de Jesús a los discípulos. Es interesante apreciar el énfasis que el texto griego pone sobre *vosotros*, al situarlo al comienzo de la oración. Es también interesante notar que la estructura gramatical de la formulación de la pregunta se hace con una partícula que puede traducirse tanto por *y,* como por *pero.* En este sentido se produciría un contraste: *Las gentes dicen que yo soy Juan, Elías, Jeremias, alguno de los*

profetas, ***pero vosotros****, ¿quién decís que soy yo?* No se trata de un grupo más, sino de *vosotros*, los discípulos, a quienes se reclama el testimonio del concepto que tenían sobre quien era Jesús. Ciertamente ya habían expresado un testimonio anteriormente: *"Verdaderamente eres Hijo de Dios"* (Mt. 14:33). La confesión se había producido bajo la acción impactante del milagro sobre la tempestad. Los discípulos eran dados a olvidar los milagros del Señor. ¿Mantendrían ahora en la calma del lugar tranquilo el mismo concepto que habían expresado antes? Era necesario conocer directamente de ellos sus convicciones sobre la Persona del Señor, determinar en la respuesta si para ellos era un profeta o el Mesías prometido. La respuesta de Pedro es evidente: *"Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente"* (Mt. 16:16). La primera manifestación de Pedro tiene que ver con la mesianidad de Jesucristo: *"Tú eres el Cristo"*. El título establece la relación de Jesús con la promesa de Dios y la esperanza del pueblo. En Cristo, el Mesías, Dios cumplía la promesa de redención hecha a los padres, enviando a Jesús, su siervo (Hch. 13:23, 32). La novedad del cristianismo, la Iglesia iba a ser nombrada por Jesús un poco después de la confesión de Pedro, radica en que el título *Cristo* queda vinculado a Jesús, el nombre humano del Redentor como un título nominal y personal, y precisamente la ciencia que estudia la Persona y obra de Jesucristo se conocería como *Cristología*, el cuerpo de seguidores del Mesías se llama *cristianos,* y a la práctica comunitaria de la fe *cristianismo*. Cuando Pedro declara que Jesús es el Cristo, quiere decir que es el Mesías largamente esperado, quien fue anunciado como el Mediador dispuesto por el Padre, ungido por el Espíritu y determinado para ser el profeta de su pueblo (Dt. 18:15, 18; Is. 55:4; Lc. 24:19; Hch. 3:22; 7:37); el único Sumo Sacerdote (Sal. 110:4; Ro. 8:34; Hb. 6:20; 7:24; 9:24); el Rey esperado y determinado para el reino eterno de Dios (Sal. 2:6; Zac. 9:9; Mt. 21:5; 28:18; Lc. 1:33; Ef. 1:20-23; Ap. 11:15; 12:10, 11; 17:14; 19:6).

El concepto que comprende el título *Cristo*, es de una enorme dimensión, especialmente en el componente soteriológico de la misión redentora del Mesías. No es posible tratar aquí en un comentario al texto bíblico con la necesaria extensión, la teología del significado del título que Pedro dio a Jesús en su confesión personal y colectiva. Con todo, debe escribirse algo sobre el título en forma sucinta. El título traslada la idea del plano referencia más extenso *Hijo del Hombre*, al confesional que expresa la fe y la profesión cristiana. La confesión de Pedro va a ser interpretada pascualmente por Jesús conduciéndola a la obra redentora del Cristo de Dios en su muerte de Cruz, de modo que el crucificado Jesús es Cristo, como cumplimiento de las profecías y ejecución de las promesas. El título trasladado fuera del ámbito que expresa la esperanza de Israel en cuanto a reino literal, pertenece a la realidad íntima de la fe cristiana, abierta a la renovación no de un sistema de gobierno, aunque sea divino, sobre la tierra, sino a la renovación por regeneración de lo humano. El título debe ser interpretado no desde la perspectiva de una esperanza nacional

para un pueblo, el judío, sino desde la propia situación del cristiano como esperanza personal de vida (Col. 1:27b). Pero, también ha de considerarse el título relacionado con el ungido Rey Salvador que Dios enviará sobre la tierra para liberar a los oprimidos y establecer un reinado de paz duradera. Esta perspectiva se establece en el principio de la historia de Israel con la esperanza de un futuro para el pueblo, que pasa a conocerse como el *pueblo de la promesa* y se concreta en las manifestaciones proféticas que proclaman la llegada del Rey para establecer el reino. La esperanza mesiánica está ligada al pacto davídico: el Mesías será el ungido de Dios, de su misma dinastía. La manifestación del Mesías está ligada también a la aparición de un profeta (antiguo o nuevo) que le precederá para abrir el camino al Señor y su reino. El Mesías desde la concepción israelita sería un triunfador. Pero en el fondo bíblico el Cristo supera la visión de un triunfo nacional jerárquico para trascender a una presentación humana, desde la condición de sacerdote, profeta y rey. El cambio transformador que haría Cristo tiene que ver con una renovación integral del hombre que lo acepta como tal y lo recibe como lo que es, esperanza soteriológica, en su condición de único y suficiente Salvador. La dimensión del título Cristo, Mesías, adquiere una extensa dimensión. Jesús preguntó y Pedro confesó que Él era el Cristo. No negó el Señor esa confesión, sino que la interpreta a partir del sufrimiento del Siervo de Jehová que debe dar su vida por otros. Ser Cristo significa entregarse en servicio pleno a la tarea salvadora. Mas adelante el sumo sacerdote preguntará a Jesús si Él es el Cristo, el hijo del Bendito (Mr. 14:61-62) y responderá afirmando que lo era y presentándose nuevamente como el Hijo del Hombre, dando a entender que ser el Mesías no era alzarse en armas contra Roma sino anunciar y preparar la llegada de un reino cuyo orden estará por encima de cualquier institución humana, política o religiosa. Pilato, el representante del orden político del mundo en aquel tiempo, también preguntaría si era el Cristo, lo haría simplemente preguntándole si Él era rey (Mr. 15:2), para recibir también una respuesta afirmativa, pero cuyo cometido no estaba en luchar contra el poder establecido entonces para implantar su reino, porque no es un reino de este mundo. La resurrección de Cristo suscita un verdadero entusiasmo mesiánico en los mismos apóstoles que preguntan si iba a restaurar el reino a Israel en aquellos días (Hch. 1:6), pero su dimensión es otra en esta dispensación, más allá de la instauración del reino de los cielos en la tierra, su misión es salvífica habiendo ofrecido su vida por el pecado del mundo, para que todo aquel que crea sea salvo por Él (Jn. 3:14-17). El tipo de la serpiente de bronce que Moisés levantó en el desierto, se cumple en al antitipo que es Cristo, de modo que siendo levantado para salvación llama a todos los hombres a Él mismo (Jn. 12:32). La confesión de Pedro está seguida al recuerdo de lo antiguo en boca de los hombres: Los profetas, el Bautista, entroncado todo ello con el recuerdo de la esperanza de Israel, que sigue en la confesión del apóstol: *El Cristo el Hijo del Dios viviente.* La interpretación se efectúa a la sombra de la cruz. No se

trataba de la ejecución justa de los juicios de Dios revelados en su Palabra que el Cristo ejecutará cuando venga a implantar el reino literal, es entonces y aún ahora la revelación de la gracia en ejecución de salvación. Al testificar que Jesús es el Cristo están anunciando el futuro del Crucificado, que el mismo Cristo revelará a ellos en palabras concretas y se ejecutará un poco más adelante en el tiempo histórico determinado por Dios (Gá. 4:4). Al profesar la fe que Jesús es el Cristo se adhiere a los dos elementos que juntos conforman su realidad: por un lado la obra de salvación y por otro la esperanza futura de un reino que Él establecerá en el nombre de Dios en la tierra, pero que tiene proyección eterna (Lc. 1:33). El gozo cristiano surge en el disfrute del traslado que Dios hace de quien cree en Cristo, liberándolo de la situación esclavizante del pecado en las tinieblas y trasladándolo al reino del Hijo Amado (Col. 1:13). La proyección escatológica en unidad con Cristo hace que las tribulaciones momentáneas sean cambiadas en la solidez esperanzada de un eterno peso de gloria, dejar de ver en perspectiva terrena para hacerlo en la dimensión celestial propia de una vida escondida con Cristo en Dios (2 Co. 4:17-18). En medio de las lágrimas, experiencia propia de quien atraviesa por el *"valle de lágrimas"*, el gozo se manifiesta para el creyente en Cristo porque sabe que el Resucitado tiene el nombre de autoridad suprema como Señor absoluto en todo el alcance celestial y cósmico de la palabra (Fil. 2:9-11); el Cordero inmolado tiene el poder, la riqueza, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la alabanza (Ap. 5:12), y sabe también que *"Dios secará toda lágrima de los ojos de ellos"* (Ap. 21: 4).

El título Hijo del Hombre está vinculado directamente también con la obra redentora (Mt. 17:22; 20:18, 29, 28; 27:22; Jn. 3:14). Ese título tiene connotación de la preexistencia de Cristo (Jn. 3:13; 6:62). Expresa también la condición humana del Señor (Mt. 11:19). En un solo título se recoge deidad y humanidad, es el título que corresponde por concreción a quien es Dios-hombre, esto es, Dios que se hace hombre por la encarnación y entra el mundo de los hombres para realizar la obra de salvación que Dios sólo podía llevar a cabo (Jn. 1:14). Aunque Juan dice que vio a uno semejante a hijo de hombre, lo que estaba viendo realmente era la visión del Hijo del Hombre, que siendo Dios es también semejante a los hombres (cf. He. 2:14). Juan está contemplando al glorioso Señor resucitado.

᾿Ενδεδυμένον ποδήρη. La descripción del vestido que Juan vio, corresponde al traje propio del Sumo Sacerdote. Ya en la anterior dispensación era la vestimenta habitual para el ejercicio de las labores sacerdotales en el santuario (Ex. 28:4, 31-32). El vestido que Juan vio era una túnica talar, es decir, un vestido que llegaba hasta los tobillos, al borde de los pies. Jesucristo es el Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec (He. 4:14). Es el Sumo Sacerdote grande, por cuanto traspasó los cielos, es decir, subió hasta lo más

encumbrado de los cielos colocándose sobre y por encima de ellos, tanto en lugar de honor como en acción de soberanía, al situarse en la Majestad de las alturas (He. 1:13; 2:9). Este Sumo Sacerdote glorioso subió por encima de los cielos para llenarlo todo (Ef. 4:10). El privilegio de los sumos sacerdotes antiguos era entrar una vez al año al Lugar Santísimo, donde se manifestaba de forma especial la presencia del Señor, este Sumo Sacerdote, no sólo entró al lugar de la presencia y gloria de Dios una vez, sino que permanece en ella como su lugar de residencia natural. Este es el Hijo de Dios, que es también el Hijo del Hombre, en donde humanidad y deidad permanecen perpetuamente juntas en la Persona Divina del Verbo encarnado. El que es hombre perfecto es también Dios verdadero. Este hombre perfecto es representante de los hombres, y adorable por ellos, siendo además objeto excelso de la fe. Es el Sacerdote que intercede siempre por los salvos y presenta para ellos en la presencia de Dios la obra consumada de la Cruz. Jesús está presente como Sumo Sacerdote, proveyendo de bienes venideros, espirituales y sobrenaturales (He. 9:11). En lugar de las figuras están ya presentes los bienes venideros. Los bienes que están vinculados al nuevo pacto y a los tiempos del Mesías, a quién se le denomina proféticamente *"Padre del siglo futuro"* (Is. 9:6). El sacerdocio de Cristo provee de bienes eternos que son ya realidad en el tiempo actual.

Καὶ περιεζωσμένον πρὸς τοῖς μαστοῖς ζώνην χρυσᾶν. Junto con el ministerio sacerdotal está también la dignidad real que le corresponde a quien es Rey de reyes. La cinta de oro puesta como un fajín a la altura de su pecho, pone de manifiesto la condición real del Señor. Quien es Rey es también Juez. Nadie más que Él ha recibido la capacidad judicial que Dios ha puesto en su mano (Jn. 5:22). Lo que corresponde al Padre le ha sido comunicado al Hijo. El poder de comunicar vida, no sólo biológica sino también eterna es potestativo de Dios, por tanto, Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos (Mr. 12:27). La voluntad del Padre, desde la creación es una voluntad salvífica y no condenatoria, para lo cual, y como evidencia de ello, envió a su Hijo al mundo, no para que condenase al mundo, sino para que el mundo fuese salvo por medio de Él (Jn. 3:16-17). La comunión divina por la que la muerte es vencida y da paso al disfrute de la vida eterna, exige creer en el Hijo único que ha venido a anunciarla y a hacerla posible por parte de Dios (Jn. 3:16). Pero, el Dios salvador es también el Juez supremo, y su juicio es justo, que se hace terrible en la perspectiva del *Día del Señor*. Dios intervino en juicio a lo largo de la historia y ahora, se manifiesta delante de Juan como el que está dispuesto para una nueva etapa de juicio sobre el mundo. Si la obra salvífica consiste en comunicar vida eterna al creyente, el juicio tiene expresión contraria y coincide con la negativa del hombre a reconocer al Hijo como Salvador personal. El juicio se ha entregado definitivamente al Hijo que actuará en relación con el tiempo y luego con la eternidad. Esta característica de Juez supremo, universal e inapelable debiera ser un llamado a la cordura de los hombres, de manera que acudiesen a

Él mientras hay tiempo de salvación y no luego en un encuentro inevitable para condenación. El Salmista advierte de esto a los hombres y a los líderes de los hombres en la tierra: *"Honrad al Hijo, para que no se enoje, y perezcáis en el camino; pues se inflama de pronto su ira"* (Sal 2:12). Para quienes resistan su voluntad y no le glorifiquen aceptándolo como Señor y Salvador, no les queda otra cosa que la acción judicial de quien juzgará justamente a los hombres por su rebeldía. En contra, Juan, como todos los creyentes pueden confiar y ser felices en Él como Salvador y benefactor (Sal. 2:12b).

14. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego.

ἡ δὲ κεφαλὴ αὐτοῦ καὶ αἱ τρίχες λευκαὶ ὡς ἔριον λευκόν ὡς χιὼν
Y la cabeza de Él y los cabellos blancos como lana blanca, como nieve
καὶ οἱ ὀφθαλμοὶ αὐτοῦ ὡς φλὸξ πυρὸς
y los ojos de Él como llama de fuego.

> Notas sobre el texto griego.
>
> En una continuidad del relato Juan prosigue con ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado, *la*; seguido de la partícula conjuntiva δὲ, en este caso como *y*; κεφαλὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *cabeza*; seguido de αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal, *de Él*; seguido de la conjunción καὶ, *y*; αἱ, caso nominativo femenino plural, *las*, en castellano *los,* al ser masculino lo que sigue; τρίχες caso nominativo femenino plural del sustantivo θρίξ que denota *pelo, cabello*, aquí en plural; λευκαὶ, caso nominativo plural del adjetivo que designa aquello que es *blanco*; ὡς, adverbio de modo *como*; ἔριον, caso nominativo singular neutro del sustantivo que denota *lana*; λευκόν, nuevamente el mismo adjetivo anterior aquí en caso nominativo neutro singular, *blanca*; seguido nuevamente del adverbio de modo ὡς, *como*; χιὼν, caso nominativo femenino singular del sustantivo que expresa *nieve*; y los ὀφθαλμοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo ὀφταλμός, *ojos*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal, *de Él*, como φλὸξ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *llama*; πυρὸς, caso genitivo neutro del sustantivo *fuego*.

Los ojos de Juan reposan sobre el rostro del Hijo del Hombre. Observa en la visión la cabeza: ἡ δὲ κεφαλὴ αὐτοῦ, *y la cabeza de Él*, probablemente aquí en sentido figurado αἱ τρίχες, *los cabellos de la cabeza*, y luego en esa misma forma del lenguaje *la barba*, aquí como *cabellos*. Indudablemente es una visión semejante a la que el profeta Daniel hace de aquel que llama *Anciano de Días* (Dn. 7:9). Una referencia alusiva a la eternidad del Hijo de Dios (Jn. 1:1; He. 13:8). No está refiriéndose la visión a expresar la idea de santidad del Hijo, sino más bien la gloria eterna que comparte con el Padre, como se aprecia en la profecía de Daniel antes citada. Sin duda también está presente la santidad en la manifestación de la blancura inmaculada. No encontrando otras formas para que

el lector entienda lo inmaculado del blanco que Juan vio, establece una comparativa doble, por un lado λευκαὶ ὡς ἔριον λευκόν, *blancos como lana blanca*, por otro ὡς χιὼν, *como nieve*. La ausencia de pecado se expresa en la profecía de Isaías comparándola con la nieve y la lana (Is. 1:18). Quien es eterno, es también santo. A este Señor adoraron los serafines proclamando su santidad (Is. 6:1-3).

Καὶ οἱ ὀφθαλμοὶ αὐτοῦ ὡς φλὸξ πυρὸς. Observa también Juan los ojos del Señor y los describe como *llama de fuego*. Los ojos emitían destellos como llama flameante. Esa figura trata de poner de relieve la penetración de la mirada escudriñadora del Señor. Están haciendo referencia a una vista clara y penetrante. Es una mirada que no se conforma con las apariencias, como tenemos que hacer los hombres juzgando por lo que vemos, sino que penetra al interior de las personas descubriendo todo cuanto traten de ocultar y poniendo al descubierto, no las acciones, sino las intenciones que las motivaron. Esa es también la misma enseñanza de Pablo: *"Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios"* (1 Co. 4:5). Cristo pondrá de manifiesto el modo de actuar de los hombres, y las intenciones ocultas en su interior. Es cierto que el texto de Pablo se refiere a los creyentes, pero, la realidad alcanza a cualquier dimensión en donde el Señor actúe para juzgar las obras de los hombres. Los ojos como de fuego penetrarán en el interior y traerán a la luz el móvil de las acciones y las causas que las produjeron. Las consecuencias serán el resultado de la aplicación al caso de la perfecta justicia divina. Esa llama de fuego se alcanzará a consumir, no sólo las obras injustas de los hombres, sino a los injustos mismos. Son una referencia en visión a los ojos escudriñadores del Señor, porque nuestro Dios es fuego consumidor (He. 12:29). Los ojos del Señor arderán también en ira, en un tiempo futuro, examinando a los impíos y arderán como llama de fuego (6:16, 17).

15. Y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno; y su voz como estruendo de muchas aguas.

καὶ οἱ πόδες αὐτοῦ ὅμοιοι χαλκολιβάνῳ ὡς ἐν καμίνῳ πεπυρωμένης
Y los pies de Él semejantes a bronce bruñido como en horno ardiente
καὶ ἡ φωνὴ αὐτοῦ ὡς φωνὴ ὑδάτων πολλῶν,
y la voz de Él como voz de aguas muchas.

Notas sobre el texto griego.

Continua ininterrumpido el relato de Juan con la conjunción ilativa καὶ, *y*; seguida de οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado, *los*; πόδες, en consonancia con caso, género y número, el sustantivo que denota *pies*; αὐτοῦ, caso

genitivo masculino singular del pronombre personal, *de Él*; ὅμοιλλο, caso nominativo masculino plural del adjetivo que expresa *semejanza*, aquí como *semejantes*; χαλκολιβάνῳ, caso dativo masculino singular, o también dativo neutro singular, del sustantivo, tan extraño que no se ha encontrado en ningún otro sitio, tratándose de un metal desconocido, tal vez aurífero por el color, que debe tener la condición de ser especialmente brillante. Suidas lo asocia con el ἤλεκτρον, tal vez una aleación de oro y plata; ὡς, de nuevo el adverbio de modo que establece comparación, *como*; ἐν, preposición que rige dativo, *en*; καμίνῳ, caso dativo femenino singular del sustantivo utilizado para referirse a un *horno*; πεπυρωμένης, caso genitivo femenino singular con el participio presente en voz pasiva del verbo πυρόομαι, que denota *arder, estar inflamado, arder al rojo vivo*, aquí como *ardiente*; καὶ ἡ φωνὴ αὐτοῦ literalmente *y la voz de Él*; seguido del adverbio de modo ὡς, *como*, y también otra vez del sustantivo φωνὴ, *voz*; ὑδάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *aguas*; seguido de πολλῶν, genitivo neutro plural del adjetivo que expresa *abundancia*, aquí como *muchas.*

Καὶ οἱ πόδες αὐτου. El apóstol describe ahora la visión que tuvo de los pies del Señor. Dice que tenían un aspecto ὅμοιοι χαλκολιβάνῳ, *semejante al bronce bruñido*. Realmente la palabra[51] que Juan usa aquí no se encuentra en ningún otro sitio, tan solo aparecerá más adelante en este mismo libro (2:18). La idea de esa palabra tiene que ver especialmente con el aspecto brillante, de ahí que se traduzca como *bronce bruñido*, material propio para confeccionar espejos, que cuando se ponía al sol brillaba deslumbrantemente. La traducción en ese sentido se alcanza porque χαλκός, que significa, *cobre o latón*, y ὁ λίβανος, en alusión a goma resinosa, incienso. El color que Juan describe aquí, referente a los pies del Señor podría ser comparable al de la *resina cobriza*, o al *cobre resinoso*. Incluso algunos consideran que podría compararse al color de la resina petrificada que es considerada como piedra preciosa. Esos pies además eran *refulgentes*. Juan utiliza aquí una forma verbal que equivaldría a *fulgurar por fuego*. Es decir algo semejante a lo que significa *al rojo vivo*, en que se pone un horno caliente al máximo, de ahí la expresión: ὡς ἐν καμίνῳ πεπυρωμένης, *como en horno ardiente.*

La visión tiene por objeto manifestar otro aspecto glorioso del Señor. Es una visión de disposición para ejecutar juicio, que presenta la omnipotencia de Aquel que va a pisar el lagar de la ira de Dios sobre el mundo (Ap. 19:15). El bronce es símbolo de juicio y el fuego de ira divina. Es toda ella una visión de lo que será la acción judicial de Dios derramando su ira sobre el mundo no arrepentido. Los malvados serán aplastados y reducidos a ceniza cuando el Hijo de Dios intervenga sobre el mundo (Mal. 4:3). Está simbolizando el poder actuante del omnipotente Dios que se hará insoportable para los impíos y que ninguno, ni en cielos ni en tierra, podrá impedir. Quien vino en su primera

[51] Griego: χαλκολιβάνῳ.

ocasión como Salvador, caminando manso y humilde por la tierra, volverá en su segunda venida como el Juez supremo que nadie resistirá a su autoridad y poder.

Καὶ ἡ φωνὴ αὐτοῦ ὡς φωνὴ ὑδάτων πολλῶν. Junto con la descripción de los pies, está la voz del Señor. Juan la compara con el φωνὴ ὑδάτων πολλῶν, *estruendo de muchas aguas*. Aquí está equiparada al ruido impresionante que produce la caída de una gran catarata de agua. Juan, estaba en una isla, rodeada de mar y que, seguramente oyó en algún momento el batir de las olas encrespadas del mar contra las rocas de la costa. De la misma manera que las muchas aguas no pueden ser contenidas y que un mar embravecido supera en todo las posibilidades del hombre, así también la intervención judicial de Dios está por encima de cualquier oposición del hombre. La visión está procurando despertar el entendimiento hacia la voz poderosa del Juez que dictará sentencia inapelable contra los impíos: *"Apartaos de mi, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles"* (Mt. 25:41). La sentencia será inapelable: *"E irán estos al castigo eterno"* (Mt. 25:46). La voz poderosa de Dios despertará también en el tiempo final de la historia humana a todos los que murieron sin salvación para su eterno destino de condenación (Jn. 5:28-29). Los muertos físicos resucitados por el Señor durante su ministerio ponen de manifiesto su omnipotencia ante la que la misma muerte y el sepulcro no tienen capacidad de resistencia. Aunque comprende el aspecto del juicio final, que también se menciona en el libro (20:11-15), la visión comprende el tiempo del gran juicio de Dios en el *Día del Señor*, donde la ira de Dios descenderá sobre los moradores de la tierra que sufrirán las consecuencias de su rebeldía contra Dios.

16. Tenía en su diestra siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza.

καὶ ἔχων ἐν τῇ δεξιᾷ χειρὶ αὐτοῦ ἀστέρας ἑπτὰ καὶ ἐκ τοῦ στόματος
Y teniendo en la derecha mano de él estrellas siete y en la boca
αὐτοῦ ῥομφαία δίστομος ὀξεῖα ἐκπορευομένη καὶ ἡ ὄψις αὐτοῦ ὡς
de Él espada de dos filos aguda que salía y el aspecto de Él como
ὁ ἥλιος φαίνει ἐν τῇ δυνάμει αὐτοῦ.
el sol brilla en el poder de él.

Notas sobre el texto griego.

Para seguir la descripción de la visión Juan usa como ilativa la conjunción καὶ, *y*; con ἔχων, forma del nominativo singular masculino con el participio presente en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí como *teniendo*; ἐν, preposición que rige dativo equivalente a *en*; τῇ, caso dativo del artículo determinado femenino singular, *la*; δεξιᾷ, caso dativo femenino singular del adjetivo que denota *derecha*; χειρὶ, caso dativo femenino

singular del sustantivo, *mano*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal en tercera persona, *de Él*; ἀστέρας, caso acusativo masculino plural del sustantivo que se usa para referirse a *estrellas*; con el adjetivo numeral cardinal ἑπτὰ., *siete*, que expresa el número de las estrellas; seguido de la conjunción καὶ, *y*, que introduce una nueva cláusula; ἐκ, preposición, *en*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado, *lo*, en español en este caso femenino, *la*; στόματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo que se usa para *boca*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal en tercera persona, *de Él*; ῥομφαία, caso nominativo femenino singular del sustantivo *espada*, referido a una espada grande de combate; δίστομος, caso nominativo femenino singular del adjetivo que expresa la idea de *dos filos*, literalmente *dos bocas*; ὀξεῖα, caso nominativo femenino singular del adjetivo que expresa la idea de *aguda*, *afilada*; ἐκπορευομένη, caso nominativo femenino singular con el participio presente en voz media del verbo ἐκτορεύομαι, que expresa la idea de *salir hacia fuera*; καὶ ἡ, *y el*; ὄψις, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *aspecto*, masculino en español; αὐτοῦ, *de él*; ὡς ὁ, ambas palabras consideradas antes ampliamente, *como el*; ἥλιος, caso nominativo masculino singular del nombre, *sol*; φαίνει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo φαίνω, *brillar, lucir*, aquí como *brilla*; ἐν τῇ, *en la*; δυνάμει, caso dativo femenino singular del sustantivo que hace referencia a *poder, fuerza, potencia*; αὐτοῦ, *de él.*

Καὶ ἔχων ἐν τῇ δεξιᾷ χειρὶ αὐτοῦ ἀστέρας ἑπτὰ. Juan detalla otros aspectos que percibió en la visión del Señor. Presta atención a su mano derecha, en la Biblia la mano del poder, símbolo de quien tiene honor, autoridad y gloria. En esa mano ἔχων, *"tenía"*, literalmente debe traducirse como *"teniendo"*. La visión es más bien de una mano que se cierra que de la palma de una mano. En ella, bien sujetas, estaban siete estrellas. El significado de las estrellas vendrá más adelante (1:20). La visión presenta la idea de una mano inconmovible que sustenta firmemente las siete estrellas. Estando en la posición de la mano del poder, quiere decir que no sólo están sustentadas por Él, sino que es el quien como Señor, determina el destino de ellas. Estando en su mano derecha indica también que gozan de su favor y protección.

Καὶ ἐκ τοῦ στόματος αὐτοῦ ῥομφαία δίστομος ὀξεῖα ἐκπορευομένη. Junto con la mano la espada que salía de su boca. El verbo que utiliza Juan en participio de presente en voz media, expresa la idea de algo que está en curso, como si dijese que la espada *estaba saliendo* de su boca. El arma no era defensiva sino ofensiva. No se trataba de una espada corta, sino de la espada de combate, utilizada para el ataque en una ofensiva militar. La espada es el emblema de quien tiene autoridad para juzgar y ejecutar la sentencia judicial (Ro. 13:4). Esa espada se cataloga como δίστομος, de *dos filos*, literalmente en griego de *dos bocas*, de manera que actúa en todas las direcciones. No importa hacia donde dirija la espada el que la maneje, tiene filo cortante para herir al contrario. Es el arma propia del juez, que juzga a los

enemigos (2:12). Además, Juan al detallar la visión señala también que era *aguda*, es decir, estaba bien afilada para que cumpliese la misión prevista para ella. El apóstol Pablo escribe sobre el *magistrado* que lleva espada para actuar contra los malvados (Ro. 13:4). Dios actuará en juicio contra quienes no se arrepientan, con la espada, es decir, con el juicio y castigo que corresponda a cada uno según su estricta y recta justicia, que da tiempo para la rectificación y el arrepentimiento (2:16). El aspecto judicial determinado en la figura de la espada alcanza a los individuos y a los colectivos, las naciones (19:15). La victoria final de Dios sobre sus enemigos queda representada también por la acción de esta espada que sale de la boca del Señor (19:21). La visión que Juan presenta aquí es, sin duda, una visión de juicio. El Señor dispuesto a actuar judicialmente sobre el mundo a causa del pecado de los hombres. Esa espada que sale de la boca equivale también a su palabra de autoridad. Esa palabra del Señor es irresistible. Quien creó los mundos y los sustenta con la palabra de su poder (He. 1:3), cuya determinación por omnipotencia se cumple siempre, actuará también con ese mismo poder de su palabra contra los que se oponen impíamente a Dios. La Palabra escrita, vinculada a la boca de Dios, porque es su Palabra, es comparada también con una espada de dos filos que entra hasta lo profundo de la intimidad del hombre para poner al descubierto las intenciones del corazón (He. 4:12). Esa palabra del Señor juzgará y castigará a los perversos (Jn. 12:48).

Será necesario que cada uno se pregunte ahora cual es la relación personal que, como creyentes, tenemos con la Palabra de Dios. No siempre es nuestra *delicia*, como decía el salmista y no siempre nuestros pensamientos discurren por las sendas marcadas por ella, siendo nuestra meditación en ella de noche y de día (Sal. 1:1-2). La Biblia no está marcadamente en el púlpito de las iglesias y ha desaparecido de la reunión familiar de los creyentes en las casas. Hay incluso quienes usan la Biblia solamente los domingos en la iglesia, dejándola en algún lugar del templo durante toda la semana. La ignorancia de la Palabra trae como consecuencia vidas alejadas de la voluntad de Dios. Ese olvido voluntario de la Biblia trae consecuencias lamentables en las vidas de muchos creyentes que dejan de ser bienaventurados para pasar a la experiencia de ser infelices.

De la boca en donde sale la espada aguda, pasa ahora al describir καὶ ἡ ὄψις αὐτοῦ, el aspecto general del Señor, diciendo que tenía la apariencia como ὡς ὁ ἥλιος φαίνει ἐν τῇ δυνάμει αὐτοῦ, *"el sol cuando resplandece en su fuerza"*. Juan no se refiere sólo a la *cara*, sino en general a la persona, usando aquí de nuevo una figura del lenguaje que expresa el todo por la parte. Rostro aquí equivale a la persona. Dice Juan que el aspecto del Señor era glorioso, luminoso, resplandeciente, brillante, semejante a lo que produce cuando se ve el sol del verano al mediodía en toda su intensidad. Al Señor se le

llama en el Antiguo Testamento el *“sol de justicia”* (Mal. 4:2). Tal vez en la mente de Juan surgiera el recuerdo de la visión gloriosa del Señor en el monte de la transfiguración, donde la luminosidad propia de la gloria de la deidad, se hizo visible en Jesús, delante de los tres discípulos que estaban allí presentes (Mt. 17:2).

En aquella ocasión Juan tuvo un anticipo de lo que ahora veía en Patmos, sobre el monte también Jesús se hizo resplandeciente, es decir, brilló con luz propia de tal manera que superaba el brillo del sol en el momento de mayor intensidad. Los vestidos del Señor se hicieron brillantes como luminosos. Todo el aspecto del Señor desprendía majestad y gloria. Los discípulos acostumbrados a las descripciones de la *Sheqinah*, la gloria de Dios, podían entender que la luminosidad y aspecto majestuoso de Jesús correspondía al de Dios y estaba lejos de ser el de un hombre prodigioso o de un gran profeta. La confesión de Pedro sobre que Él era el Cristo el Hijo de Dios viviente, adquiría aquí la dimensión real que contenía. La idea mesiánica en el judaísmo era la de un Rey, el *ungido de Dios* prometido, el Hijo de David, que se levantaría y heriría la tierra con la palabra de su boca, la purificaría de pecado, aplastaría a todas las naciones paganas y liberaría a Jerusalén, y después de reunir a sí mismo todas las tribus de Israel, reinaría para siempre como Rey. Consideraban que de alguna manera tendría una vinculación especial con Dios e incluso una cierta condición divina, pero que no definían plenamente. Este Rey, de la casa de David recibiría dones sobrenaturales dominando sobre las naciones y reinando con justicia y rigiendo las naciones con vara de hierro, no por el poder de las armas sino por el poder de Dios. A la confesión de Pedro *“Tu eres el Cristo”*, Jesús respondió con profecía sobre su muerte y sufrimiento. Se discute sobre lo que Pedro quiso decir con su confesión mesiánica. Algunos piensan que Pedro estaba expresando la esperanza genérica del judaísmo como la manifestación de un rey de la casa de David, que destruiría las estructuras políticas de poder y reuniría a Israel bajo un reino. ¿Es esto lo que Pedro pensaba o incluso lo que pensaban los discípulos? No cabe duda que algunos de ellos estaban esperando la manifestación de un reino literal, ya que la solicitud de Santiago y Juan de ocupar puestos de honor en el reino lo evidencian. No cabe duda que aunque estuvieran considerando algún otro aspecto del reino de los cielos que se desprendía de las enseñanzas de Jesús, el reino escatológico, podría llamársele en cierto modo apocalíptico de Jesucristo estaba en la mente esperanzada de estos dos discípulos, sino de todos ellos. En el comportamiento de Jesús no había nada que pudiera sugerir la presencia de un rey conquistador de la casa de David. Para Pedro el Mesías era quien había de cumplir la esperanza del Antiguo Testamento aunque no fuera como un rey conquistador. Sin embargo no puede dudarse que Pedro tenía un concepto más alto, por revelación divina, de Cristo que el que cumpliría la esperanza de Israel conforme a los pactos y las promesas. Jesús era el Hijo del Dios viviente. La

respuesta que Jesús dio a Pedro tiene que ver más con la filiación con el Padre que con el mesianismo. La comprensión de la filiación divina de Jesús exigía que se produjese una transfiguración que la manifestase visiblemente. Jesús es Hijo de Dios porque es Dios y comparte la naturaleza divina del Padre. Ese es el interés de Juan en su evangelio: demostrar que Jesús de Nazaret, el hombre, es también el Verbo de Dios, el Logos preexistente que se encarnó con el propósito de revelar a Dios ante los hombres. Es decir, hacer visible al Invisible (Jn. 1:14, 18). Por esa causa Dios mismo envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado para hacer por los hombres la obra que el hombre no podía hacer (Gá. 4:4; Ro. 8:3). Jesús pensó siempre de sí mismo que era el Hijo de Dios, por lo que llamaba su Padre, en sentido personal y de relación única, al Padre Eterno. Esa es, la razón inspirada en la mente de Pedro, tocante a su confesión de Mesías, Hijo de Dios. La transfiguración hará posible para aquellos confesantes apreciar la realidad de una vinculación divina entre Jesús y el Padre, que no podía resultar en otra cosa que en la aceptación de la deidad de Jesucristo. Aquel que se manifestó glorioso en el monte, moriría luego en la cruz y resucitaría al tercer día. Se mostró a los discípulos con el cuerpo de resurrección, pero no con el esplendor glorioso que le correspondía a su deidad. Juan entendería aquí la realidad de la condición única de Dios-hombre que sólo se da en Jesús, de ahí que en esta ocasión de la visión de su gloria, antes se mostró con el nombre Hijo del Hombre, que vincula nuevamente su deidad y humanidad, inseparables en su Persona. La glorificación del Salvador no deshacía la realidad de la unión hipostática. Sus dos naturalezas subsisten para siempre en la Persona Divina del Verbo encarnado. La humanidad del Hijo de Dios es el resultado de la operación del Espíritu en María por la cual concibió virginalmente (Lc. 1:35) e hizo posible la encarnación del Verbo de Dios (Jn. 1:14). En esa obra sobrenatural la segunda Persona Divina quedó revestida de humanidad (Ro. 1:3; Gá. 4:4; Fil. 2:7). Las condiciones que hacen que un hombre sea hombre se dan en Jesús, tanto corporales como anímicas y espirituales. El Señor era un hombre perfecto, distanciado de los hombres en su impecabilidad y en su relación con la Deidad. Relacionado con los hombres como hombre, se comunicaba con ellos desde una perfecta y verdadera humanidad. No es una mera apariencia humana, sino una realidad absoluta como hombre nacido de mujer y sujeto a la ley (Gá. 4:4). Es necesario entender claramente que Cristo es el Hijo de Dios, que ha tomado carne y, naciendo de María, ha sido hombre. La Escritura le llama hombre en varios lugares (cf. Mt. 4:4; 11:19; Jn. 1:14; 8:40; Hch. 2:22; Ro. 5:15; 1 Co. 15:21; 1 Ti. 2:5; 3:16; 1 Jn. 4:2). Jesús, como hombre fue tocado por los hombres y visto por ellos (1 Jn. 1:1; Mt. 26:12). En su cuerpo humano revestido de inmortalidad se manifiesta incluso después de su resurrección (Mt. 28:9; Jn. 20:17, 27). Pero, juntamente con la naturaleza humana de Jesús está también su naturaleza divina. Jesús, que es hombre, es también Dios entre los hombres, Emanuel, Dios que se hace en Él compañero del hombre. Jesús es Dios identificado con el Verbo preexistente (Jn. 1:1) y reconocido como Dios

por cuanto preexiste en *forma de Dios* (Fil. 2:6). Pablo, el fariseo convertido, monoteísta absoluto en el judaísmo, reconoce y llama Dios a Jesucristo (Ro. 9:5; Tit. 2:13). El Señor tenía conciencia de su deidad especialmente en la relación paterno filial única que afirmaba tener con el Padre (Cf. Mt. 7:21; 10:32, 33; 11:27; 12:50; 15:13; 16:17; 18:10, 19, 35; 20:23; 25:34; Lc. 10:22; 22:29; 24:49; Jn. 2:16; 3:35; 5:17, 43; 6:32, 37, 39, 44-46, 57, 65; 8:16-19, 28, 29, 38, 54; 10:15, 17, 18, 25, 29, 30, 36-38; 12:26-28, 50; 14:2, 6, 7, 9-13, 20, 21, 23; 15:1, 8. 10, 15, 23, 24, 26; 16:3, 15, 16, 28, 32; 17:1, 5, 11, 21; 20:17). Jesucristo poseía todos los atributos y prerrogativas divinas, como conocimiento sobre natural propio de Dios (Mt. 11:27), conociendo los pensamientos de las gentes (Mr. 2:8; Lc. 9:47; Jn. 2:24); omnipresencia ya que el Hijo del Hombre estando en la tierra, estaba también en el cielo (Jn. 3:13), pudiendo estar donde estén los creyentes (Mt. 18:20; 28:20); eternidad como preexistente (Jn. 8:58); el Señor estaba en igualdad con las otras dos Personas Divinas, así con el Padre (Jn. 10:30; 14:23) y con el Padre y el Espíritu (Mt. 28:19; 2 Co. 13:14). Debe llegarse a la conclusión de que Jesús es una Persona Divino-humana. Por tanto, en Jesucristo hay un sujeto de ejecución y atribución (*persona*) y una única existencia (*esse*). La Persona Divina es el principio unificador en Cristo. La unión de la naturaleza humana con la divina no es accidental sino personal. Por ello, no le adviene a aquella una nueva existencia personal, sino solamente una nueva *habitud*, o relación de la existencia personal presente del Verbo a la naturaleza humana; de forma que la persona del Hijo de Dios subsiste no sólo según la naturaleza divina sino también según la humana. La Persona del Hijo de Dios, el Verbo eterno otorga subsistencia a su naturaleza humana creada. Esta unión es *hipostática* porque no sólo es personal, sino que se realiza en el núcleo mismo de la Persona que ya existía. Es necesario entender claramente que María no dio a luz simplemente a la naturaleza humana de Jesucristo sino al Hijo de Dios revestido de humanidad inseparablemente presente en la vinculación de las dos naturalezas desde el mismo instante de la concepción virginal, siendo por ello quien santifica a la humanidad del Hijo de Dios, engendrado como hombre en María por el Espíritu Santo y lo hace absolutamente impecable e incontaminable, ya que el que nace de María es el Santo (Lc. 1:35). Esto nada tiene que ver con la naturaleza divina existente eternamente, sin principio ni fin, y que no puede ser originada ni concebida en criatura alguna, sino que la criatura, incluida María la madre del Señor, es creación del Verbo eterno, ya que sin Él nada viene a la existencia (Jn. 1:3). Los discípulos habían visto la naturaleza humana e intuido la divina. La transfiguración por necesidad inmediata manifiesta visiblemente la gloria de la deidad presente en Jesús como Hijo de Dios. Pero en Patmos, Juan descubre la gloria de la Persona Divino-humana del Señor Jesucristo, glorioso e impactante a los ojos asombrados de su siervo, apóstol y profeta. El Resucitado que es Luz de luz resplandecía glorioso como corresponde a la admirable luz de Dios que alumbra a todo hombre (Jn. 1:9).

Consecuencias de la visión (1:17-20).

La visión produjo una serie de consecuencias que Juan relata en el siguiente párrafo.

17. Cuando le vi, caí como muerto a sus pies. Y Él puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas; yo soy el primero y el último;

Καὶ ὅτε εἶδον αὐτόν, ἔπεσα πρὸς τοὺς πόδας αὐτοῦ ὡς νεκρός, καὶ
Y cuando vi le caí delante de los pies de Él como muerto y
ἔθηκεν τὴν δεξιὰν αὐτοῦ ἐπ᾽ ἐμὲ λέγων· μὴ φοβοῦ· ἐγώ εἰμι ὁ πρῶτος
puso la diestra de Él sobre mi diciendo: no temas; Yo soy el primero
καὶ ὁ ἔσχατος
y el último.

Notas sobre el texto griego.

Juan detalla: καὶ, conjunción., *y*; ὅτε, conjunción temporal *cuando*; εἶδον*,* primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* aquí como *vi*; ἔπεσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πίπτω, *caer, caerse, precipitarse, postrarse de rodillas*, aquí como *caí*; πρὸς, preposición que rige acusativo, significando *hacia, en dirección a, cerca de, junto a, delante de*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado, *los*; πόδας, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota, *pies*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal, *de Él*; ὡς, adverbio de modo, *como*; νεκρός, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *muerto*. La segunda cláusula contiene la reacción del Señor con καὶ, *y*, ilativa; ἔθηκεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo τίθημι, *guardar, poner, meter, colocar*, aquí como *puso*; seguido de τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado, *la*; δεξιὰν, caso acusativo femenino singular del adjetivo que denota *diestra, derecha*; αὐτου, caso genitivo masculino singular del pronombre personal, *de Él*; sigue luego la preposición de acusativo ἐπί, con el grafismo ἐπ', forma que adopta por elisión de la ι final ante vocal o diptongo sin aspiración, que equivale a *por, sobre*; ἐμὲ, caso acusativo singular del pronombre personal, *mi*; λέγων, participio presente en voz activa del verbo λέγω, equivalente a *decir.* El verbo denota el propósito íntimo de lo que se dice, no tanto a las palabras que son el vehículo de lo expresado. μὴ, adverbio de negación no condicional, *no*; φοβοῦ, segunda persona singular del presente de imperativo en voz media del verbo φοβέομαι, *temer, tener miedo, asustarse*, aquí como *temas*; seguido de ἐγω, caso nominativo singular de la primera persona del pronombre personal, *yo*; εἰμι, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *soy*; con ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; πρῶτος, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral ordinal, *primero*, en sentido de *antecedente a todo*; y el ἔσχατος, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa la idea de *último*, *termino definitivo*.

Καὶ ὅτε εἶδον αὐτόν, ἔπεσα πρὸς τοὺς πόδας αὐτοῦ ὡς νεκρός. La visión de la gloria del Señor impactó a Juan. No había otra opción para el apóstol que se derribó a los pies de Aquel que se manifestaba rodeado de majestad y gloria. No fue un simple saludo ceremonial al estilo oriental de inclinarse ante alguien haciendo una reverencia; fue el derribarse a tierra ante la impronta de la gloria de Dios manifestada en el Señor. La expresión ἔπεσα, *caí*, a la que añade πρὸς τοὺς πόδας αὐτοῦ, establece la idea de derribarse a tierra sobre sus rodillas. Solo esa es la posición propia de quien está delante de Dios. Añade que estaba ὡς νεκρός, *como muerto*. Los israelitas habían sido enseñados a sentir miedo, tal vez más que temor, en sentido de respeto, ante la presencia de Dios, considerando que moriría quien viese a Dios (Gn. 3:8; 17:3; Ex. 3:6; Nm. 22:31; Jos. 5:14; Is. 6:5; Dn. 7:15; 10:9; Ez. 1:28). Como ocurrió con Saulo en el camino a Damasco, la gloria de la presencia de Dios derribó a Juan a tierra impregnando su ánimo en el miedo profundo de quien sabe lo que él es y lo que es Dios. Juan había tenido mucha intimidad con Jesús durante el tiempo de su ministerio terrenal. Lo había visto resucitado y había podido seguir con sus ojos la ascensión del Señor hasta que la nube lo retiró de su vista. Pero, todo aquello, no tenía comparación con la gloria que estaba contemplando. Con ocasión de la visión de la gloria del Señor en el monte de la transfiguración, sobre todo cuando fueron sobrecogidos por la voz divina que daba testimonio de quien era Jesús (Mt. 17:5-6). Cada creyente hoy debiera tener una conciencia clara de que este mismo glorioso Señor que Juan vio, es el mismo que está presente en nosotros y en la iglesia. La vida del cristiano y de la iglesia se desarrolla en su presencia. Tal convicción debe producir un profundo respeto ante quien siendo nuestro Salvador y el que se complace en mantener comunión con nosotros, no deja de ser también Dios glorioso y soberano. El respeto, que no es miedo, debiera acompañar nuestras relaciones con Él. No es uno de nosotros, ni un ser excelso como pudiera ser un querubín o un serafín, es el Todopoderoso Dios revestido de gloria y majestad. Esto produciría un profundo respeto en el comportamiento cotidiano y en la reunión de los creyentes.

Και ἔθηκεν τὴν δεξιὰν αὐτοῦ ἐπ᾽ ἐμὲ. Ante la reacción de Juan, la acción del Señor. La mano del poder y de la autoridad, *la diestra* del Señor, descansa sobre el apóstol temeroso y postrado en tierra. La mano de la soberanía y de la omnipotencia se hace mano de amor, aliento y cuidado para con su siervo. Siglos antes de este acontecimiento en la isla de Patmos, otro profeta que quedó impactado ante la gloria de Dios, recibió del Señor el aliento que necesitaba para fortalecerse personalmente (Hab. 3:2-5, 16, 19). La mano que sostiene el universo, que fue crucificada, que sustenta a las siete estrellas descansó llena de amor sobre el inclinado discípulo. Y junto con la mano, las palabras de aliento que Juan necesitaba oír. No solo hay el contacto de la mano sino el mensaje de ánimo. La forma verbal que Juan utiliza determina un sentido

a las palabras del Señor semejante a esto: *"deja de tener miedo"*. Juan estaba entendiendo que si bien es necesario el temor respetuoso ante la presencia del Señor, no hay razón para el miedo, por la relación fraterna con él.

La primera razón que el Señor da a Juan para que dejase de estar atemorizado es que quien estaba viendo era ἐγώ εἰμι ὁ πρῶτος καὶ ὁ ἔσχατος, *"el primero y el último"*. Es la frase que se consideró antes y que expresa la deidad en el atributo incomunicable de su eternidad. Dios es eterno, antecede a todo y es después de todo. Eternidad no es ausencia de tiempo, sino *atemporalidad*. El tiempo sale de la eternidad en el *salir* de Dios fuera de su entorno intratrinitario, y en el darse a sí mismo hacia otros en el acto de creación y, sobre todo, en el de salvación. El que hablaba con Juan es Dios mismo. La expresión sonaría conocida al apóstol, por cuanto era una fórmula para referirse a Dios en el Antiguo Testamento *"Así dice Jehová Rey de Israel, y su Redentor, Jehová de los ejércitos: Yo soy el primero, y soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios"* (Is. 44:6; 48:12). El Señor dice a Juan que es el primero, no como la primera creación de Dios, sino como la causa y origen de ella. Antes de toda obra de Dios, Él estaba en Dios y con el Padre (Pr. 8:22). El mismo Juan escribiría en su evangelio que todas las cosas por Él fueron hechas (Jn. 1:3). El apóstol Pablo escribe en referencia a su eterna existencia, antecedente a todo cuanto existe y causa originante de todas las cosas: *"El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en Él subsisten"* (Col. 1:15-17). Se trata, en síntesis, de la supremacía que Jesucristo posee sobre todas las criaturas en su cualidad de Creador de ellas. Cristo está fuera de la serie de los seres creados y es el punto de unión vinculante como Mediador entre todo el universo y Dios. Por tanto, se expresa la centralidad omnímoda en la dependencia de toda la creación respecto de Jesucristo. Toda la creación procede, se sustenta y discurre hacia Él. Cristo es la causalidad de todo cuanto ha sido creado y su subsistencia. Todas las cosas fueron creadas en Cristo como su centro de unidad y cohesión que les confiere orden, vida y realidad. En Él está subsistente ontológicamente la creación entera, ya que en Él fueron hechas todas las cosas como punto de cita y de encuentro. Todos los seres, incluidos los ángeles, deben su existencia al Señor, que como Creador tiene dominio y supremacía absoluta sobre todos ellos. Esta creación que comprende a los hombres tiene un objetivo final y es Cristo mismo. La creación entera es una expresión del amor de Dios y en ese amor subsiste. Juan es un elemento de la creación de Dios, por tanto, objeto de su amor. Pero todavía más, el Dios glorioso que se manifestó al apóstol es también el que lo había llamado al ministerio y el que había dado su vida por Él. En ese sentido, aunque glorioso, no debía ser temido, en sentido de mostrar terror ante

su presencia, sino un respetuoso sentido ante quien es Dios, para sentirse objeto del amor de quien es más excelso que los cielos. Cristo dice a Juan: *"deja de tener miedo, porque soy el Creador en diálogo de amor con la criatura, manifestado en mí como Salvador misericordioso"*.

18. Y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades.

καὶ ὁ ζῶν, καὶ ἐγενόμην νεκρὸς καὶ ἰδοὺ ζῶν εἰμι εἰς τοὺς
Y el que vivo y llegue a estar muerto y mira que vivo estoy por los
αἰῶ ναςτῶν αἰώνων καὶ ἔχω τὰς κλεῖς τοῦ θανάτου καὶ τοῦ ᾅδου.
siglos de los siglos y tengo las llaves de la muerte y del Hades.

Notas sobre el texto griego.

Sin solución de continuidad prosigue: καὶ, *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; ζῶν, caso nominativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo ζάω, *vivir*, aquí como *vive*; es decir, *el que vive*; y ἐγενόμην, primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, originarse,* aquí con significado de *llegue a estar*; νεκρὸς, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa un estado de muerte, *muerto*; seguido de ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ve, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia, *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabes?*; ζῶν, caso nominativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo ζάω, *vivir*, aquí como *vivo;* εἰμι, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *estoy*; εἰς, preposición que rige acusativo, *por*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado, *los*; αἰῶνας τῶν αἰώνων, expresión para indicar perpetuidad, literalmente *siglos de los siglos*; y ἔχω, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tengo*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado, *las*; κλεῖς, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *llaves*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado, *del*, que en español debe ser masculino; θανάτου, caso genitivo masculino singular del sustantivo, *muerte*, femenino en español; y del ᾅδου, literalmente *Hades*.

La segunda razón que Juan recibe para dejar de temer es que quien está delante de él es el Salvador. Se le presenta como ὁ ζῶν, *el que vive*, literalmente *el vivo*. El que tiene vida en sí mismo y es esencialmente vida. En su evangelio Juan apela a esta verdad: *"En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres"* (Jn. 1:4). El Padre tiene vida en sí mismo y esta misma potestad la ha dado también al Hijo (Jn. 5:26). Este que es vida y tiene vida en sí mismo, ha descendido del cielo, como *pan de vida*, para dar vida y alimento espiritual a todo aquel que cree (Jn. 6:51). El que es vida y desciende para vida,

garantiza también la vida después de la muerte, porque es resurrección en sí mismo: *"Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente"* (Jn. 11:25-26). Jesús es el Dios vivo y el Dios de vivos. En Él Dios abrió camino de retorno de la muerte espiritual en que se encuentra el pecador, a la vida eterna que Dios le comunica en Cristo y por Él. Jesús se hace camino al Padre, por tanto camino de encuentro entre Dios, que desciende al encuentro del hombre en su Hijo, y de encuentro para el hombre, que por medio, de Él llega a Dios (Jn. 14:6).

Este admirable dador de la vida, quien es el Autor de la vida dice a Juan: καὶ ἐγενόμην νεκρὸς, *"estuve muerto"*. Era quien había gustado la muerte por todos (He. 2:9). Juan había sido testigo de su crucifixión y del sepulcro, donde el cuerpo sin vida del Redentor, había sido puesto. El verbo aoristo que Juan utiliza para transmitir las palabras del Señor, expresa la idea de una acción consumada; había estado muerto, pero ya no lo estaba. El sepulcro no podía retener al Autor de la vida (Hch. 2:24, 31). No puede haber miedo cuando la presencia del glorioso Salvador tiene que ver, no con la muerte, sino con la vida. Había muerto para que resucitado fuese razón y causa de nuestra justificación (Ro. 4:25). Quien dialogaba con Juan, quien le tocaba con su mano, es el mismo Dios que está, no solo a favor, sino *por* los suyos (Ro. 8:31). El que dialogaba con Juan era el que primeramente se había entregado voluntariamente a la muerte por él y por todo los que como él creyeron en Jesús (Gá. 2:20b). El que ama infinitamente hasta dar su vida para comunicar vida a quienes están muertos en sus delitos y pecados, no puede ser objeto de miedo, sino de gratitud y amor. Jesús está diciendo a Juan: *"Deja de tener miedo a quien te ama hasta dar la vida por ti"*. El que estaba distante de los hombres a causa del pecado del hombre, se hizo próximo mediante la obra de la Cruz (Jn. 1:14; Ef. 2:6; He. 10:19-22).

Juan utiliza una expresión enfática, establecida mediante una advertencia clara para prestar atención a un hecho: καὶ ἰδοὺ ζῶν καὶ ἰδοὺ ζῶν εἰμι, *"he aquí que vivo"*. Es como una exclamación: *"¡mira vivo para siempre!"*. Juan debía sentir gozo y tranquilidad porque el que había muerto, dando su vida en rescate por los perdidos (1 P. 1:18-20), había resucitado para interceder eternamente por ellos (He. 7:25). Jesús llama la atención a Juan, como si le dijese: *"deja de prestar atención al miedo y considérame a mi"*. Esta es una razón más en las que está dando a su amedrentado apóstol para que deje de temer. Nunca más volverá a la experiencia de la muerte, εἰς τοὺς αἰῶ ναςτῶν αἰώνων, ahora vive eternamente. Quien ha sido identificado con Cristo, ha sido sepultado con Él y resucitado a nueva vida, que es la vida eterna de Dios en la participación de la divina naturaleza (2 P. 1:4). Dios ha dado vida a quienes están en Jesucristo (Ro. 6:3 ss.; Ef. 2:5-6). Hay plena esperanza de la

resurrección para quienes duermen en Él (Jn. 6:40, 44, 54; 11:25; Ro. 8:11; 1 Co. 15:20 ss.). Este Dios, Salvador, está al lado de los suyos para siempre (Mt. 28:20).

Una tercera razón es su soberanía: ἔχω τὰς κλεῖς τοῦ θανάτου καὶ τοῦ ᾅδου, *"Tengo las llaves de la muerte y del Hades"*. Las llaves son símbolo de poder, autoridad y dominio. El Señor resucitado tiene autoridad universal en cielos y tierra (Mt. 28:19-20). En la resurrección recibió el nombre de suprema autoridad (Fil. 2:9-11). El nombre le fue dado, concedido, como el nombre vinculado a la obra de gracia. Pablo enfatiza que es un nombre sobre todo nombre, por tanto, tiene que relacionarse con la deidad del Resucitado. Es el nombre del Salvador en su humanidad: Jesús; el nombre humano del Verbo de Dios encarnado, dado por Dios mismo. Ese nombre significa *Yahwe salva*, y como Salvador, salvará a su pueblo de sus pecados (Mt. 1:21). Con todo, el nombre Jesús fue considerado como el de alguien sin atractivo, esto es, un hombre sin importancia ni estimable (Is. 53:2). Fue el nombre de la burla en la crucifixión (Mt. 27:37, 39). Sin embargo Jesús es Dios bendito (Jn. 1:1; Ro. 9:5). Ante este nombre se doblará toda rodilla en reconocimiento universal de su soberanía, reconociéndole como Dios infinito y glorioso. La muerte está bajo su control, por cuanto ha sido vencida por el que murió, resucitó y vive para siempre (Jn. 10:18). Con su muerte y resurrección hace inoperante la muerte y el poder de Satanás que actuaba en ella (He. 2:14-15). Junto con las llaves sobre la muerte, las tiene también sobre el sepulcro, consecuencia de aquella. El sepulcro no es el fin del creyente, ya que está garantizada para él la resurrección para vida (Jn. 11:25, 26; 1 Co. 15:42-44, 53-54). Por tanto, el creyente debe sentir gozo porque la muerte ya no tiene aguijón, ni el sepulcro victoria (1 Co. 15:55-57).

19. Escribe las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de estas.

γράψον οὖν ἃ εἶδες καὶ ἃ εἰσὶν καὶ ἃ μέλλει
Escribe, pues, lo que viste y lo que es y lo que está a punto de
γενέσθαι μετὰ ταῦτα.
suceder después de esto.

Notas sobre el texto griego.

Luego de la amonestación y aliento, el mandato, con γράψον, segunda persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo γράφω, *escribir*, aquí como *escribe*; seguido de οὖν, conjunción que enfatiza y da valor continuativo, *pues*; ἃ, caso acusativo neutro plural del pronombre relativo οζ, *lo que*; εἶδες, segunda persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁραω, *ver,* aquí como *viste*; καὶ ἃ, *y lo que*; μέλλει, tercera persona singular del presente de

indicativo en voz activa del verbo μέλλω, *estar a punto de*, aquí como *está a punto de*; γενέσθαι, aoristo segundo de infinitivo en voz media del verbo γίνομαι, *suceder*; μετὰ, preposición que rige acusativo, *después*; ταῦτα, acusativo neutro plural del pronombre demostrativo, *esto*.

Γράψον οὖν. Juan recibe del Señor el mandato de escribir la revelación que le era comunicada. Todos los profetas escribieron cuando recibieron el mandamiento de hacerlo. Juan no podía ser una excepción. Lo que escribe en primer lugar son las divisiones naturales del libro establecidas por el mismo Señor. Es interesante notar que luego del verbo, en el texto griego, está la conjunción que puede traducirse como *pues, por tanto,* que no aparece en RV y que vincula lo que antecede formando un todo; es decir, el Señor que se revela glorioso es también el que le instruye para que escriba. Quien había estado como muerto y temeroso, que recibe la visión del glorioso Señor resucitado, en razón de esa autoridad, *por tanto*, debía escribir las visiones que ya había comenzado a percibir y lo que vendría después.

Debía comenzar a hacerlo por ἃ εἶδες, *"las cosas que has visto"*, literalmente *lo que viste*. Tiene que ver con la visión que acaba de describirse sobre la gloriosa manifestación del Señor. Luego debía pasar a detallar ἃ εἰσὶν, *"las cosas que son"*, es decir, *lo que es.* El verbo en plural indica que debe detallar individualizadamente todas las cosas que le serán manifestadas luego. En el texto griego se lee: *"lo que es"*, es decir, lo que está sucediendo en el tiempo de la confección del escrito y aun en el momento actual. Esas cosas del presente, que aun *son*, tienen que ver con la iglesia y se desarrollan en el contenido de los mensajes a las siete iglesias que se recogen en los siguientes capítulos (2 y 3). Son las cosas que pertenecen al presente histórico. Luego debía trasladar al escrito ἃ μέλλει γενέσθαι μετὰ ταῦτα, *"las que han de ser después de estas"*, como literalmente se lee: *lo que está a punto de suceder después de esto*. Juan utiliza un verbo[52] que expresa la idea de algo que se va a producir pronto o que está a punto de comenzar. Son asuntos que pertenecen al futuro y que son revelados a Juan. Sin embargo, la profecía no se proyecta a un tiempo indefinido, sino a un futuro inminente. Son cosas que, designadas y determinadas por Dios, tendrán un cumplimiento definitivo en un tiempo cercano, que seguirá al de la Iglesia. Este es el gran cuerpo del libro, que se escribe para desarrollar un solo versículo de la profecía de Daniel (Dn. 9:27). Son acontecimientos que ocuparán un tiempo histórico de siete años y que preceden al tiempo de la segunda venida del Señor.

---

[52] Griego: μέλλω.

20. El misterio de las siete estrellas que has visto en mi diestra, y de los siete candeleros de oro: las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candeleros que has visto, son las siete iglesias.

τὸ μυστήριον τῶν ἑπτὰ ἀστέρων οὓς εἶδες ἐπὶ τῆς δεξιᾶς μου καὶ τὰς
El misterio de las siete estrellas las que viste en la derecha de mi y los
ἑπτὰ λυχνίας τὰς χρυσᾶς· οἱ ἑπτὰ ἀστέρες ἄγγελοι τῶν ἑπτὰ
siete candelabros los de oro: las siete estrellas ángeles de las siete
ἐκκλησιῶν εἰσιν καὶ αἱ λυχνίαι αἱ ἑπτὰ ἑπτὰ ἐκκλησίαι εἰσίν.
iglesias son y los candelabros los siete, siete iglesias son.

Notas sobre el texto griego.

En la conclusión del párrafo de la manifestación del Hijo de Dios, hay un mandato, en el versículo anterior y la revelación del *"misterio"*, hecha por el mismo Señor, que Juan detalla con τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado, *lo*, en griego *el* en español; μυστήριον, caso nominativo neutro singular del sustantivo, *misterio*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado, *de los*, en español femenino, *de las*; ἑπτὰ, caso genitivo masculino plural del adjetivo numeral cardinal, *siete*; ἀστέρων, genitivo masculino plural del genitivo que usado para *estrellas;* οὓς, caso acusativo masculino plural del pronombre relativo, *las que*, en español *que*; εἶδες, segunda persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁραω, *ver,* aquí como *viste*; ἐπὶ, preposición de genitivo, *sobre, en*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado, *la*; δεξιᾶς, caso genitivo femenino singular del adjetivo que expresa la idea de *derecha*; unido a μου, caso genitivo singular de la primera persona del pronombre personal, *de mí*; y los ἑπτα, nuevamente el adjetivo numeral cardinal que equivale a *siete*; λυχνίας, considerado antes, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *candelabros*; seguido del artículo τὰς, que no se usa en la estructura gramatical del español; χρυσᾶς, caso acusativo femenino plural del adjetivo, *dorado, o de oro*. La siguiente cláusula interpretativa comienza con οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado, *los*; ἑπτα, adjetivo, *siete*; ἀστέρες, *estrellas*; todas estas palabras están analizadas ya en este mismo versículo; ἄγγελοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *ángeles*; τῶν, caso genitivo femenino plural del artículo determinado, *las*; ἑπτὰ, *siete*; ἐκκλησιῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo *iglesias*; εἰσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *son*; y αἱ, caso nominativo femenino plural del artículo determinado *las,* en español masculino *los*; ἑπτὰ, *siete*; ἐκκλησίαι, caso nominativo femenino plural del sustantivo *iglesias*; εἰσίν, *son*.

Τὸ μυστήριον τῶν ἑπτὰ ἀστέρων οὓς εἶδες. La presencia de los dos acusativos absolutos destaca el énfasis en la oración. Deben suplirse con un verbo, como sería entonces: *"entiende el misterio de los siete candeleros... conoce el de las siete estrellas"*, que podría complementarse con el verbo *escribe*. Es decir, una vez que conoces el misterio entonces escribe el significado que se revela. El Señor llama μυστήριον, *misterio* a lo que revela a Juan. Misterio no significa algo de significado oculto que pocos pueden acceder

a él, sino algo que se conoce cuando es revelado por Dios. Lo que era conocimiento de Dios, Éste lo traslada al conocimiento de los hombres. Es el mismo Señor quien daba a Juan el significado de la visión.

Οἱ ἑπτὰ ἀστέρες ἄγγελοι τῶν ἑπτὰ ἐκκλησιῶν εἰσιν. Jesús dice que las estrellas en su mano derecha son *ángeles* de las iglesias. Sin duda tiene una cierta dificultad determinar que tipo de ángeles son estos. Esas estrellas, *ángeles*, están en la mano del Señor, no tanto sobre ella, sino protegidos y dirigidos por ella, enfatizando una relación de seguridad. El sustantivo *ángel*, significa *mensajero*. Mensajeros en las iglesias para recibir la revelación de Dios por medio de la revelación hecha a Juan. Hay dos posiciones destacables en la interpretación de quienes son estos ángeles.

Escribe de este modo el Dr. Carballosa:

"El vocablo ángeles significa mensajeros y contiene dos ideas (1) Representar a otro; y (2) ejecutar autoridad delegada por otro. Probablemente por eso se usa la figura de estrellas, puesto que como tales: (1) Brillan por Dios; y (2) han sido designados para ministrar en una esfera de servicio concreto. Los mensajeros o ángeles parecen ser personas designadas por la iglesia local para recibir comunicaciones, aunque no se sabe con exactitud la identidad o el oficio de dichas personas"[53]

De otro modo escribe el Dr. Lacueva:

"Mi opinión personal, que es la de otros autores procedentes de muy diversos campos, es que se trata, no de ángeles de la guarda en el sentido de Mt. 18:10; Hch. 12:15; He. 1:14, sino, de acuerdo con Dan. 9:21; 10:13; 12:1, de celestiales contraparte de las respectivas iglesias, como ángeles tutelares de las mismas. Dice Salguero (pag. 338): 'Según las concepciones judías, entonces vigentes, no sólo el mundo material estaba regido por ángeles (Ap. 7:1; 14:18; 16:5), sino también las personas (v. Mt. 18:10; Hch. 12:15) y las comunidades. De ahí que san Juan considere cada iglesia regida por un ángel, que era el responsable de su buena conducta"[54].

Hay más apoyo bíblico para la primera interpretación. En cuanto a la segunda podría sustentarse también sobre los *ángeles* que están presentes en las reuniones de la iglesia local (1 Co. 11:10). Pudiera más bien referirse a los *enviados*, en sentido de los que *van delante* es decir, el liderazgo de la iglesia, representado en los *obispos o pastores.* Sin embargo la dificultad persiste al

---

[53] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 55.
[54] F. Lacueva. o.c., pág. 326.

llamar ángeles a personas. Sin embargo, debe entenderse que el significado puede designar la acción propia del oficio del liderazgo de conducción.

Αἱ λυχνίαι αἱ ἑπτὰ ἑπτὰ ἐκκλησίαι εἰσίν. Si la interpretación de los ángeles resulta compleja, no así la de los candelabros. El énfasis en el número de ellos, *siete*, es notable, al aparecer dos veces en el texto griego. Los candelabros no producen luz pero la sustentan y ponen en alto. Esa es una de las funciones del creyente y de la iglesia (Fil. 2:15). Las iglesias están llamadas a poner en alto la luz del evangelio de Cristo (Jn. 8:12). El mundo debe ver brillar a Cristo en cada creyente.

¡Que admirable bendición! Las iglesias, con sus problemas, dificultades, miserias espirituales, están sustentadas por la mano omnipotente del Señor. No habrá dificultad insuperable, ni problema que no tenga solución, ni misión que no pueda llevase a cabo bajo la dirección y poder del Señor. La iglesia local, expresión de la Iglesia de Jesucristo, y todos sus ministerios, están bajo la protección y dirección del Resucitado Señor. Su compromiso es definitivo con ella: *"Yo edificaré mi iglesia"* (Mt. 16:18). Jesús contrae el compromiso de edificar; lo hará Él y no otro; lo harán otros por delegación de Él; lo seguirán haciendo en el tiempo mediante el uso y ejercicio de los dones que el Espíritu repartirá a cada uno conforme a su soberanía (1 Co. 12:11). El verbo edificar está en futuro lo que sugiere una acción que se realizaría en el tiempo posterior al momento del diálogo con Pedro. Esta acción de *edificar* será algo continuado en el tiempo y que demanda una cierta lentitud. El edificio vivo que es la Iglesia va en continuo crecimiento para ser un templo santo en el Señor (Ef. 2:21). Quien edifica es Cristo mismo; Él es la piedra angular; los apóstoles son los que establecen la estructura del edificio; cada creyente es una piedra viva (1 Co. 3:9-11; Ef. 2:20; 1 P. 2:6-7; Ap. 21:14). Esta edificación que Cristo está llevando a cabo, actúa en cada uno de los creyentes que como piedras han sido sacados de la cantera del mundo y colocados en el edificio para ser individual y colectivamente el templo de Dios en Espíritu, avanzando hacia su meta de crecimiento, siendo también colaborador de Dios en esa tarea (Ef. 4:16). Mediante el uso de los dones contribuye a la edificación mutua del cuerpo (1 P. 4:10). De ahí la admirable maravilla de la construcción de Dios que hace de la Iglesia un edificio que cobija a todas las ovejas del Buen Pastor que, sintiéndose protegidas por Él, viven una vida de libertad con Cristo, entrando y saliendo y encontrando pastos (Jn. 10:9). La iglesia, al ser un edificio vivo, es también un templo vivo en que se rinde culto a Dios, en espíritu y en verdad (Jn. 4:24), en donde se adora, alaba e intercede (cf. 1 Co. 3:16-17; 2 Co. 6:16; Ef. 2:21; 1 Ti. 3:15, comp. con Mr. 11:17 y Jn. 2:16). Finalmente la Iglesia es un cuerpo *de propiedad divina*. El Señor enfáticamente dice que es *mi* Iglesia, esto es, de su propiedad. Es un pueblo de formación divina, integrada por todos aquellos a quienes Dios llama a salvación y la reciben de Él (Hch. 15:14). Este

cuerpo esta formado por gentes sin limitación de raza o condición, habiendo abolido Dios en Cristo las separaciones históricas entre judíos y gentiles para hacer de todos los salvos un solo y nuevo hombre que experimente la paz (Ef. 2:14-16). Si la iglesia es de Cristo y el Señor es de condición celestial, así también su cuerpo, cuya ciudadanía está en los cielos (Fil. 3:20). Este cuerpo es un don del Padre a su Hijo (Jn. 6:37, 39; 17:6, 9, 11, 12). Y un cuerpo cuya vida procede de la Roca sustentante que es Cristo mismo, en quien, al estar la vida, la comunica por identificación comunicativa a cada uno de los miembros. Éstos, como piedras muertas, reciben la vida sólo cuando entran en contacto con la Roca que tiene vida en sí misma (1 P. 2:4). Podemos descansar confiadamente en que el Señor cuida y edifica conforme a su promesa.

CAPÍTULO II

CARTAS A ÉFESO, ESMIRNA, PÉRGAMO Y TIATIRA.

Introducción.

Los capítulos 2 y 3 del libro corresponden a la división sobre *"Las cosas que son"* (1:19). En ella se recogen los mensajes que el Señor dirige a siete iglesias de Asia Menor. Es un asunto actual y no tanto profético. Son temas actuales y problemas que tienen que ver con la Iglesia en cualquier tiempo. Los siete mensajes forman un todo enlazado entre sí por un marcado carácter pastoral. El Gran Pastor de las Ovejas (He. 13:20), pastoreando su rebaño terrenal observa y descubre cosas encomiables y reprobables, que las hace ver a quienes están incursos en ellas. No hay en ninguno de los mensajes otra cosa que el amor del Buen Pastor que conoce a sus ovejas. Un admirable equilibrio se aprecia en los elogios medidos en la justa dimensión en que Dios sólo puede hacerlo, y en el descubrimiento de las faltas, con el remedio de una disciplina acorde con la necesidad. El tono de las palabras del Señor es sereno, como corresponde a la dimensión de quien es el Juez Justo. Sin embargo, cada una de las siete cartas forman también unidades independientes, estando unidas todas ellas entre sí por elementos comunes y semejantes. Hay un molde o esquema prácticamente idéntico para cada una de ellas, mediante ocho constantes comunes en cada carta. Primero, *un mandato.* Al principio de cada carta aparece el mandamiento que el Señor da a Juan para escribir lo que sigue inmediatamente dirigido al *ángel* de cada iglesia. Segundo, *la presentación del Señor.* Mediante distintos títulos se presenta a cada iglesia. Esta presentación va siempre al principio de cada carta, siguiendo al mandato de escribirla. Estos títulos con que se presenta el Señor tienen que ver con el mensaje que envía a la iglesia correspondiente. Tercero, *elogios.* Manifestando algunas cosas que son dignas de encomio, propias de cada una de las iglesias. Estas alabanzas están establecidas en sentido cualitativo. Tal vez sólo haya una excepción con la iglesia en Laodicea, donde no se descubren motivos de alabanza. Cuarto, *reprensión.* Mediante la exposición de defectos que el Señor descubre en cada congregación. Esto es tal vez lo más importante del mensaje, porque sirve de amonestación y advertencia para la iglesia en cualquier tiempo de la historia. La reprensión, con la manifestación de los asuntos reprensibles, no se da con ánimo de desprestigiar, sino de restaurar, con el propósito de que la iglesia rectifique su situación y entre en el modo de vida que el Señor desea para los suyos. Quinto, *exhortación.* Mediante dos aspectos: la rectificación de lo incorrecto, y la apropiación de recursos que el Señor ofrece para mantenerse en la línea demandada por Él. Sexto, *advertencia solemne.* La reprensión establecida a la luz de los defectos exige una rectificación consecuente. El Señor advierte de las consecuencias que acarrea una conducta que persiste en lo que es impropio.

Algunas de las advertencias son de una gran dimensión, ya que tienen que ver incluso con la desaparición de la propia iglesia. Como excepciones están las iglesias de Esmirna y Filadelfia, en cuyas cartas no se leen ni reproches ni amonestaciones solemnes. Las advertencias que el Señor formula en cada caso son para el tiempo presente y no tienen que ver con juicio escatológico. Séptimo, *llamamiento personal.* El Señor llama a cada miembro de la iglesia para que proceda a ajustar su conducta al deseo de Cristo. La responsabilidad recae individualmente en quienes oigan el mensaje dirigido a la iglesia. Octavo, *promesas.* Al final de todas las cartas hay promesas de bendiciones, algunas para el tiempo presente y otras escatológicas.

Es interesante recordar también, a modo de introducción, las diferentes posiciones interpretativas en relación con las siete cartas. Por un lado está una interpretación *literalista*, que considera cada carta destinada a una determinada iglesia y que tiene que ver sólo con ella. Es una forma de interpretación no consecuente con la aplicación bíblica del mensaje para el tiempo presente. Una segunda forma es la llamada *histórica* y que consiste en identificar cada una de las iglesias con un determinado período de tiempo en la historia de la iglesia. En este sentido la iglesia en Éfeso, representaría el período apostólico; la de Esmirna simbolizaría el período de las grandes persecuciones; la de Pérgamo, correspondería al tiempo de la instauración oficial del cristianismo como religión del imperio; la iglesia en Tiatira, representaría el tiempo de oscuridad de la Edad Media; luego la de Sardis, sería la iglesia de la Reforma; la de Filadelfia, tendría como fondo la época de la expansión del evangelio y los grandes avivamientos; y, finalmente la iglesia en Laodicea, correspondería al período final de la iglesia en la tierra. Una dificultad de este método interpretativo, como ya se ha considerado en la introducción, está en determinar cual es el período actual de la iglesia, sí el de los grandes avivamientos y extensión del evangelio, o el de la iglesia en declive del último tiempo de su presencia en el mundo. Sin duda el método interpretativo correcto es el histórico-gramatical, o método de interpretación literal, con la aplicación correspondiente de cada mensaje al tiempo presente de la iglesia.

En el estudio de las cartas se aprecian tres niveles de aplicación de los mensajes contenidos en ellas. El primero es el directo, es decir, cada carta contiene un mensaje dirigido a una determinada iglesia y tiene que ver con ella y con sus circunstancias, cuando fueron escritos. El segundo nivel es universal, quiere decir que cada carta tiene un mensaje aplicativo a todas las iglesias en todos los tiempos. El tercer nivel es personal, ya que los mensajes de cada carta concluyen con un llamamiento al lector individual de esos mensajes, para que reaccione ante los problemas y asuma las demandas que el Señor establece en ellas. Debe tenerse en cuenta que el llamamiento final es una acción directa del Espíritu Santo que se dirige a los creyentes demandando una respuesta personal.

La división natural del capítulo para su estudio es simple, bosquejándolo de la siguiente manera:

1. El mensaje a la iglesia en Éfeso (2:1-7).
    1.1. Presentación del Señor (2:1).
    1.2. Elogios (2:2-3).
    1.3. Amonestación (2:4).
    1.4. Exhortación (2:5-6).
    1.5. Apelación y promesas (2:7).
2. El mensaje a la iglesia en Esmirna (2:8-11).
    2.1. Presentación del Señor (2:8).
    2.2. Elogios (2:9).
    2.3. Exhortación (2:10).
    2.4. Apelación y promesas (2:11).
3. El mensaje a la iglesia en Pérgamo (2:12-17).
    3.1. Presentación del Señor (2:12).
    3.2. Elogios (2:13).
    3.3. Amonestación (2:14-15).
    3.4. Exhortación (2:16).
    3.5. Apelación y promesas (2:17).
4. El mensaje a la iglesia en Tiatira (2:18-29).
    4.1. Presentación del Señor (2:18).
    4.2. Elogios (2:19).
    4.3. Amonestación (2:20-23).
    4.4. Exhortación (2:24-25).
    4.5. Apelación y promesas (2:26-29).

Las cosas que son (2:1-3:22).

Mensaje a la iglesia en Éfeso (2:1-7).

Presentación del Señor (2:1).

1. Escribe al ángel de la iglesia en Éfeso: El que tiene las siete estrellas en su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro, dice esto:

Τῷ ἀγγέλῳ τῆς ἐν ᾿Εφέσῳ ἐκκλησίας γράψον· Τάδε λέγει ὁ κρατῶν
Al ángel de la en Éfeso iglesia escribe: Esto dice el que sujeta
τοὺς ἑπτὰ ἀστέρας ἐν τῇ δεξιᾷ αὐτοῦ, ὁ περιπατῶν ἐν μέσῳ ῶν
las siete estrellas en la diestra de Él, el que anda en medio de los
ἑπτὰ λυχνιῶν τῶν χρυσῶν
siete candelabros los de oro.

Notas sobre el texto griego.

El mensaje a la iglesia en Éfeso comienza con τῶ, caso dativo masculino singular del artículo determinado, *al*; ἀγγέλῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo que se usa para referirse a *ángel*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado*, de la*; seguido de ἐν, preposición que rige dativo, *en*; Περγάμῳ nombre propio de ciudad, *Pérgamo,* ἐκκλησίας, caso nominativo femenino singular del sustantivo, *iglesia*; γράψον, segunda persona singular del aoristo de imperativo en voz activa del verbo γράφω, *escribir*, aquí como *escribe*. Una segunda cláusula contiene el mensaje con τάδε, caso acusativo neutro plural del pronombre demostrativo, *esto*; λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, equivalente a *decir, hablar, responder, ordenar, etc.*, aquí con significado de *dice*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; κρατῶν, caso nominativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo κρατέω, *asir, aferrar, retener, mantener,* aquí como *sujeta*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado, *los*, en español referido a estrellas debe ser femenino, *las*; ἑπτὰ, caso acusativo plural del adjetivo numeral cardinal, *siete*; ἀστέρας, caso acusativo masculino plural del sustantivo*, estrellas*, femenino en castellano; con la preposición ἐν, *en*; y el artículo determinado τῇ, *la*; δεξιᾷ, caso dativo femenino singular del adjetivo, *diestra, derecha*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal, *de Él*; seguido del artículo determinado ὁ, *el*; περιπατῶν, caso nominativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo περιπατέω, *andando, que anda*; en μέσῳ, caso dativo neutro singular del adjetivo μέσος, que denota *situado en medio*; τῶν, caso genitivo femenino plural del artículo determinado, *de las*, referido a candelabros, debe ser masculino en español, *los*; ἑπτὰ, adjetivo numeral cardinal, *siete*; λυχνιῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo, *candelabros*, masculino en castellano; seguido del artículo que no se usa aquí en castellano; χρυσῶν, caso genitivo femenino plural del adjetivo que expresa*, dorado, de oro*.

Τῷ ἀγγέλῳ τῆς ἐν ᾿Εφέσῳ ἐκκλησίας γράψον. Juan recibe la instrucción de escribir un mensaje dirigido a la primera de las siete iglesias. No se trata de una invitación para hacerlo, sino de un mandamiento expreso para que lo haga. El verbo que utiliza Juan, en aoristo de imperativo, expresa la idea de un mandato que debe realizarse hasta alcanzar un final definitivo. Juan es conminado a escribir totalmente hasta acabarlo, el mensaje que el Señor le confía, destinado a la iglesia en Éfeso. La carta se envía a la iglesia por medio del ángel. Ya se ha considerado en el final del capítulo anterior, la dificultad en determinar quien es el ángel por medio del que se escribe a la iglesia. Además de las interpretaciones generales antes reseñadas, pudiera ser que las cartas a las iglesias fuesen entregadas por Juan, una vez confeccionado el escrito en Éfeso, y convocados allí a algún líder de cada una de las iglesias a quienes están dirigidas las cartas. En ese sentido, los *ángeles*, serían los *mensajeros*, que es el significado de la palabra ángel, que las iglesias enviaron para recoger las cartas que les serían entregadas por Juan. Con todo, es una hipótesis, pero sigue sin ser

conclusiva en el sentido de entender el significado de la palabra *ángel*, en el contexto de las cartas a las siete iglesias. Es necesario recordar que esta palabra se usa en dos sentidos en el Nuevo Testamento: por un lado, en el más natural y propio, en relación con los espíritus celestiales (cf. Mt. 1:20; Lc. 1:11, 26, 28, etc.); por otro relativo a hombres enviados como mensajeros donde aparece la palabra en el texto griego (cf. Mt. 11:10; Lc. 9:52; Stg. 2:25). Probablemente la expresión *"ángel de la iglesia"* deba entenderse referida a los pastores que representan las congregaciones respectivas. En ese sentido escribe Walvoord:

"Es debidamente entendido aquí como una referencia a mensajeros humanos a esas siete iglesias. Esos mensajeros eran probablemente los pastores de dichas iglesias o profetas a través de quienes el mensaje se entregó a la congregación"[1].

Es muy probable que se trate del mensajero que Juan utilizó para enviar cada uno de los mensajes a las respectivas iglesias, y concretamente en este caso a la de Éfeso. Es interesante apreciar el uso de la preposición ἐν, *en*, en la identificación de la iglesia, es decir, se trata de la iglesia ἐν ᾿Εφέσω, *en Éfeso*, y no de la iglesia *de* Éfeso. Quiere decir esto que la iglesia es una y que esa única iglesia se localiza *en* Éfeso, pero no pertenece a Éfeso. La iglesia del Señor es una sola, pero se manifiesta, congrega, se hace visible en distintos lugares donde están los creyentes.

Éfeso era una de las ciudades más importantes del Asia Menor. Estaba situada al occidente de esa área geográfica, entre Mileto y Esmirna, en el valle del río Caistro, a 5 Kms. del Mar Egeo, entre los montes Koresos. Debido a su fácil acceso al mar, la convirtió en el puerto de Asia, durante la dominación romana. Junto con Alejandría y Antioquia, era la tercera ciudad representativa en el Mediterráneo oriental, llegando a ser la más importante debido a su privilegiada posición geográfica y a su actividad industrial. La fundación de la ciudad tuvo lugar en el s. XII a.C. cuando los griegos, colonizadores de la región, se mezclaron con los habitantes de aquel área geográfica, mayoritariamente descendientes de los pueblos de Anatolia en el Asia Menor. En el año 560 a.C., Creso, rey de Lidia, conquistó la ciudad, restaurando el templo de Artemisa o Diana, que luego sería el símbolo de la ciudad. Esta conquista sólo retuvo la ciudad durante tres años en sujeción a Lidia, siendo capturada por los persas, quedando muy deteriorada y con grandes destrucciones. Años más tarde Lisímaco, uno de los sucesores de Alejandro Magno, la volvió a reconstruir, sobre el año 322 a.C. En esa reconstrucción se procuró embellecer la ciudad al más alto nivel y, junto con el ornato se incorporó decididamente a la cultura griega. En el año 133 a.C., Atalo III, el rey

---

[1] John F. Walvoord. o.c., pág. 53.

de Pérgamo entregó la ciudad a Roma, manteniéndose bajo la dominación romana hasta el año 262 d.C. cuando los godos destruyeron la ciudad y su famoso templo a Diana. Cuando Juan escribió el Apocalipsis, la ciudad de Éfeso era el centro administrativo y religioso de la provincia romana de Asia. A las autoridades romanas establecidas para distintos cometidos se les conocía como *asiarcas*, forma que aparece en Hechos (19:31). La ciudad tenía una importancia en el mundo religioso debido a ser la principal en el culto a la diosa Diana, llamada Artemisa por los griegos, que en su mitología la identificaban con una hermosa cazadora virgen, una deidad lunar que se consideraba como la protectora de las mujeres que iban a casarse y, también, de las parturientas. En sus orígenes asiáticos, era una de las distintas manifestaciones de la diosa de la fertilidad, en cuyo culto existía la prostitución sagrada. Los romanos como sincretistas de las múltiples religiones, habían hecho de Diana una fusión de varias diosas de la antigüedad. Diana de Éfeso tenía un marcado parecido con Astarot o Astoret, diosa principal de la fertilidad y del amor sexual, y una de las principales deidades de los pueblos cananeos, que se presentaba como el complemento a Baal, cuyo culto tenía como actividad principal la prostitución. Está comprobado históricamente que los efesios veneraban a Diana con un culto en el que se manifestaban ritos inmorales y prácticas mágicas. Los de Éfeso creían que la imagen de Diana, venerada en su templo, había venido o caído del cielo (Hch. 19:35). Algunos consideran que es posible que la imagen fuese hecha con el material de un meteorito. Era una imagen en forma cónica de la cintura a los pies, con muchos pechos, la cabeza coronada por torrecillas y las manos sosteniendo un báculo. El templo de Diana era uno de los monumentos más notables de la antigüedad con una longitud de 115 m. y una anchura de 55 m. Los arqueólogos no empezaron a desenterrar seriamente las ruinas de la ciudad hasta 1863, llegando a las ruinas del templo el 31 de diciembre de 1863, trabajando durante cinco años más en el sitio del templo. El arqueólogo D. G. Horarth excavó allí en 1904 y 1905, encontrando que el templo había pasado a través de cinco fases de construcción. La primera tuvo lugar sobre el año 600 a.C. y la del que Juan debió conocer se procedía de una construcción del año 350 a.C. que fue la destruida por los godos. El techo estaba sostenido por una columnata de 117 columnas de 18 m. cada una, y 2 m. de diámetro. De esas, 36 fueron esculpidas en sus bases con figuras de tamaño natural. El templo se edificó sobre una plataforma de 127 m. de largo por 73 m. de ancho. El lugar santo de la diosa, parece que estaba abierto al cielo y en él había un altar con un volumen de 38 m^2, detrás del cual estaba la imagen de la diosa. Cuando se estaba buscando el templo, el arqueólogo Word, desenterró el teatro de Éfeso, que es citado en Hechos y vinculado con el ministerio de Pablo (Hch. 19:31). Estaba ubicado en la falda occidental del monte Pión, con un diámetro de aproximadamente 151 m. y con un aforo para 25.000 espectadores, que se agrupaban en tres secciones de asientos con 24 hileras cada una. De los trabajos arqueológicos se sabe que la ciudad, en tiempos de Juan, tenía una calle de 529

m. de largo que conducía directamente del teatro al puerto. A la derecha de esta calle estaba el ágora romana. Durante el tiempo de Juan, el emperador Domiciano construyó baños y gimnasios en el mismo lugar. El ágora griega estaba situada hacia la esquina sur-occidental del teatro, centro principal de la ciudad en tiempos de Juan. La mayoría de las ruinas que se han escavado ponen de manifiesto una impresionante grandeza, especialmente las que datan del s. II d.C. cuando la ciudad estaba en su momento de mayor esplendor. Junto con las edificaciones, una industria religiosa había florecido en la ciudad, asentada en platerías que reproducían a diferentes escalas el templo de la diosa Diana, produciendo notables ganancias a los plateros (Hch. 19:24). Durante el mes de mayo cientos de peregrinos acudían a las festividades en honor de la diosa Diana.

La iglesia en Éfeso surge en un contesto de paganismo, magia e inmoralidad. Las sacerdotisas de la diosa, en ocasiones practicaban la prostitución sagrada, culminando sus actos en orgías inmorales. Dios concedió a Pablo hacer milagros reales en un lugar donde se hacían falsos milagros. Había un interés enorme por la magia y el ocultismo que se manifestaba en la gran colección de libros que había en casa de los paganos convertidos al cristianismo (Hch. 19:11-20). Pablo había recorrido parte del territorio de Asia Menor en su segundo viaje misionero. Al final del mismo dejó en la ciudad de Éfeso a sus amigos Priscila y Aquila (Hch. 18:18, 19). En el tercer viaje misionero, se detuvo en Éfeso por un tiempo (Hch. 19:8-20:1). En el relato de Lucas se dice que el apóstol comenzó, como era su sistema, predicando en la sinagoga (Hch. 19:8). Sin embargo, debido a los conflictos que siempre se producían con los judíos, tres meses después tuvo que pasarse a la escuela de Tirano, posiblemente una asociación gimnástica de las muchas que había en la ciudad, con actividades sociales y culturales. La estrategia misionera es interesante, ya que Pablo alquiló un lugar para reunirse con los interesados y de esa actividad se formó la iglesia con los convertidos de ellos. En dos años el testimonio se extendió por toda Asia Menor (Hch. 19:10). El éxito de este proceso no quita el costo que supuso para Pablo (Hch. 20:26, 27, 31). La iglesia en Éfeso estuvo vinculada a grandes maestros de la Palabra. Además de Pablo, Juan trabajó, según la tradición histórica, mucho tiempo en Asia Menor, residiendo en Éfeso. También Timoteo estuvo en la iglesia (1 Ti. 1:3) y, con toda probabilidad, también Juan Marcos (2 Ti. 4:11).

El Señor hace su presentación a la iglesia, como ὁ κρατῶν τοὺς ἑπτὰ ἀστέρας ἐν τῇ δεξιᾷ αὐτοῦ, *"el que tiene las siete estrellas en su diestra"*. El verbo que utiliza Juan, en participio presente articular en voz activa, expresa la idea de tener algo firmemente asido o sujeto. En la mano del poder, que es la diestra, el Señor tiene asidas fuerte y firmemente a las siete estrellas. Por extensión, si las iglesias, representadas por las siete estrellas, están firmemente

en la mano del Señor, también lo están los mensajeros de las iglesias. El Señor sostiene con firmeza a los ministros que hablan en su nombre en las iglesias, quien como Señor ejerce autoridad sobre ellos. Cuando una iglesia desprecia a un ministro puesto por el Señor y levantado por su Espíritu, no está despreciando al hombre, sino oponiéndose al Señor. Esto debiera despertar sumo respeto en relación con el comportamiento con los pastores en la congregación. En ocasiones hacen su trabajo en medio de las lágrimas y el sufrimiento y esto no es bueno, no tanto para ellos, sino especialmente para la iglesia que consiente e incluso motiva ese sufrimiento (He. 13:17).

Entendiendo que los *ángeles* de las iglesias son los pastores o líderes de las congregaciones, escribe Iván Barchuk:

"Debe destacarse además que estas siete cartas no fueron dirigidas a la congregación, ni al comité de la iglesia, sino a los ancianos. Esto muestra que el anciano en la iglesia ocupa tal cargo con el cual tiene que ver el mismo Señor. Por eso está claro que nadie en el mundo tiene derecho de impedir al anciano en el cumplimiento de sus deberes, para no entorpecer los negocios de Dios. El que ignora al anciano, ignora la institución de Dios. Desafortunadamente hoy abundan estos miembros que deshonran a los ancianos de las iglesias, considerándose, sin embargo, creyentes, seguidores de Cristo. No cabe duda de que tales creyentes están todavía lejos del conocimiento de la verdad.

Pero debemos destacar lo siguiente: Que una incorrecta interpretación de esta enseñanza por los ancianos, los condujo a complicados malos usos, engendrando castas espirituales... esto ha llevado a muchos creyentes a subestimar a los ancianos constituidos por Dios.

La posición del anciano no tiene en sí ningún elemento de poder de gobierno ni señorío sobre los demás miembros de la congregación. El anciano tiene la obligación de servir a la iglesia, obligación que no le fue impuesta por los hombres, sino por Dios. El Siervo-Sacerdote es el dirigente, pastor y guarda de Su rebaño. Pero el anciano debe primeramente recibir en su corazón la palabra del Señor. Luego transmitirla concienzudamente a la congregación, velando que la misma sea observada. He aquí la causa por qué el Señor se dirige mediante estas cartas a las congregaciones cristianas posteriores"[2].

Siendo portavoces del Señor serán también los primeros en ser atacados por Satanás, quien tiene sus agentes en la misma iglesia, procurando no sólo levantar sospechas contra la vida de los mensajeros del Señor, sino haciéndoles caer para que obren inconsecuentemente con su ministerio. Sin embargo, a

[2] Ivan Barchuk. *Explicación del libro de Apocalipsis*. Editorial Clie. Terrassa, 1975. Pág. 46.

pesar de todos los intentos del maligno, es reconfortante observar que están en la mano de Señor, gozan de su protección, tienen los recursos de su poder y el consuelo benéfico de su gracia. Están en un lugar seguro al que ninguna fuerza maligna podrá alcanzar: Su misma mano.

El Señor está presente en su iglesia: ὁ περιπατῶν ἐν μέσῳ ὧν ἑπτὰ λυχνιῶν τῶν χρυσῶν, *"el que anda en medio de los siete candeleros de oro"*. La expresión verbal indica una acción continuada en la que el Señor se mueve en la centralidad de las iglesias. Este andar en medio, moverse en medio, pasarse en medio, enfatiza la condición pastoral del Gran Pastor de las ovejas (He. 13:20), en la labor propia de vigilancia y supervisión propias del Pastor. Ese fue uno de los títulos simbólicos que Jesús se dio a sí mismo (Jn. 10:10-16). Ya en el Antiguo Testamento, el Mesías había sido profetizado como el Pastor de su pueblo (Ez. 37:24; Zac. 11:4). El apóstol Pedro, a quien el Señor encomendó el cuidado pastoral de su rebaño, le designa como el *"principal o príncipe de los pastores"* (1 P. 5:4). Este pastor, a diferencia de los pastores en el rebaño de las iglesias locales que son débiles, por cuanto son hombres, es el *Gran Pastor* de las ovejas. En la visión que Juan recibió, nadie más glorioso y encumbrado que Él, quien tiene el nombre de autoridad y soberanía supremas (Fil. 2:9-11). El *Pastor de Israel*, está también entre los querubines, porque es Dios (Sal. 80:1). Este Pastor divino hace aptos a los creyentes y también a los líderes que pastorean las congregaciones, a fin de que puedan llevar a cabo una vida y ministerio conformes a su voluntad. El hecho de que se presente el Señor como andando en medio de los candelabros, habla de compañía permanente. Él mismo prometió estar con los suyos todos los días hasta el fin (Mt. 28:20). Cristo está siempre presente en la iglesia, a pesar de que algunas iglesias parezcan ignorar esa verdad. A pesar de las dificultades espirituales por las que puedan atravesar, de los conflictos e incluso de la apatía en la fe, el Señor está presente en medio de su pueblo. Andar indica una actividad constante en el ejercicio de su autoridad y señorío.

El Soberano y supremo Señor, va a formular un mensaje para la iglesia en Éfeso y por extensión para su iglesia en cualquier tiempo, que Juan advierte con la expresión: τάδε λέγει, *"dice esto"*. El que conoce la intimidad y realidad de la iglesia le envía un mensaje. Siendo del Señor debe prestársele profunda atención y descubrir en él lo que desea que conozcan los suyos.

Elogios (2:2-3).

2. Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos.

οἶδα τὰ ἔργα σου καὶ τὸν κόπον καὶ τὴν ὑπομονήν σου καὶ ὅτι οὐ
Sé las obras de ti y el trabajo duro y la paciencia de ti y que no
δύνῃ βαστάσαι κακούς, καὶ ἐπείρασας τοὺς λέγοντας ἑαυτοὺς
puedes soportar a malos y probaste a los que llaman a sí mismos
ἀποστόλους καὶ οὐκ εἰσὶν καὶ εὗρες αὐτοὺς ψευδεῖς,
apóstoles y no son y hallaste les mentirosos.

Notas sobre el texto griego.

El Señor testifica: οἶδα, primera persona singular del perfecto segundo de indicativo en voz activa del verbo εἴδω, en su forma οἶδα, que hace las veces de presente, remplazando al inusitado εἴδω, *saber, entender, conocer*, aquí como *se*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado, *los*, en español en femenino, *las*; ἔργα, caso acusativo neutro plural del sustantivo, *obras*, *trabajo, ejecución*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal, *de ti*; y τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado, *el*; κόπον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *trabajo duro, arduo, difícil*, que deja sumido en cansancio al que trabaja; junto con el trabajo la ὑπομονήν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que expresa *paciencia*, en sentido de soportar en medio de una prueba, soportar valerosamente bajo sufrimiento; σου, caso genitivo singular del pronombre personal, *de ti*; sigue la conjunción ὅτι, y que significa *que*; con el adverbio de negación οὐ, *no*, que negativiza a δύνῃ, segunda persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo δύναμαι, *poder, ser capaz*, aquí como *puedes*, *eres capaz*; βαστάσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo βαστάζω, *levantar, llevar, soportar*, la idea del verbo es, primariamente, la de *llevar*, tanto cosas livianas como pesadas, de ahí el carácter metafórico de *soportar*, κακούς, caso acusativo masculino plural del adjetivo que expresa la condición del malo, *malos, malignos, malvados*; y ἐπείρασας, segunda persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πειράζω, *poner a prueba*, aquí *probaste*; τοὺς, caso acusativo masculino de la segunda persona plural del artículo determinado, *a los*; λέγοντας, acusativo masculino plural con el participio presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir*, aquí como *que dicen, que llaman*; ἑαυτοὺς, caso acusativo masculino plural del pronombre reflexivo, *a sí mismos*; ἀποστόλους, caso acusativo masculino plural del sustantivo, *apóstoles*; y con el adverbio de negación enfática οὐκ *no,* con la escritura propia ante vocal no aspirada, que negativiza a εἰσὶν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *son*, y εὗρες, segunda persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo εὑρίσκω, *encontrar, hallar, obtener*, aquí como *hallaste*; αὐτοὺς, caso acusativo masculino plural de la tercera persona del artículo determinado, *les*; ψευδεῖς, caso acusativo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de *mentirosos.*

Οἶδα τὰ ἔργα σου. El Señor conocía las obras de la iglesia. No sólo en el aspecto externo de sus manifestaciones, sino en la realidad espiritual de cada una de ellas. El verbo expresa la idea de un conocimiento, mas que intelectual, por percepción y observación. El Señor no solo *sabe,* sino que *conoce*, las obras de la iglesia. Jesucristo sabe lo que hay en el interior de cada hombre y de cada

creyente (Jn. 2:24-25). La experiencia de los discípulos al final del tiempo en que estuvieron con el Señor durante su ministerio terrenal, era esto mismo: *"Ahora entendemos que sabes todas las cosas"* (Jn. 16:30). El que se manifestó antes como el Dios glorioso tiene el conocimiento propio de la deidad, que excede a cualquier conocimiento de ser alguno, no solo en conocimiento acerca de los hombres, sino también acerca de Dios mismo (Jn. 7:28, 29; 8:55).

Cristo conocía τὰ ἔργα, *las obras*, de aquella iglesia, que equivale a conocer su modo de vida, es decir, el proceso visible de la vida y de la conducta de la iglesia. Indudablemente la iglesia expresa una forma de vida y conducta propia de los miembros que la forman. Aquella iglesia hacía obras, por tanto, los cristianos en Éfeso no eran creyentes inactivos, sino dinámicos. Sin embargo, no se trata tanto de una operatividad externa, sino de la que se manifiesta como consecuencia de un dinamismo espiritual interior que impulsa las acciones. Muchas de aquellas obras, del comportamiento, de la forma de proceder de la iglesia, merecían elogios por parte del Señor.

Aquellas obras se llevaban a cabo en un ambiente de dureza, que Juan describe como τὸν κόπον, *arduo trabajo*. El calificativo que usa tiene que ver con sufrimiento, dificultad intensa, algo que produce agotamiento al que lleva a cabo una labor en esas circunstancias. Hay otra ocasión en el Nuevo Testamento en que aparecen juntas esas mismas palabras (1 Ts. 1:3). La verdadera fe se mide por la acción. Santiago afirma que la fe que no produce obras es muerta en sí misma (Stg. 2:17). Las obras que surgen al impulso de la vida de fe, son obras conforme a la voluntad de Dios, *"porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas"* (Ef. 2:10). Entre otras obras arduas, que la iglesia estaba realizando, era el compromiso por la evangelización. Ese arduo trabajo era un trabajo de amor. Es arduo porque requiere entrega plena. El verdadero amor se expresa entregándose a otros en la búsqueda de su beneficio. Cuando el amor de Cristo constriñe al creyente, es impulsado a no vivir para sí, sino para el Señor, en la misma dinámica de amor suyo que lo condujo a la entrega de su propia vida.

El trabajo arduo, con dificultades, hasta el agotamiento, es el requisito para que pueda mostrarse τὴν ὑπομονήν, *la paciencia*. El concepto de paciencia aquí es la capacidad de soportar sin desmayo en circunstancias adversas. Aquí no es la paciencia de esperar algún acontecimiento o de soportar alguna persona, sino de estar activo en un propósito cuando todo conduciría a dejarlo. La paciencia es la provisión de la gracia para llevar a cabo valerosamente la obra de Dios en medio de las tribulaciones (Ro. 5:3). La tribulación es una concesión divina para beneficio del cristiano (Fil. 1:29). Cristo es ejemplo en el trabajo arduo y en la paciencia que determinó llevar a

cabo su obra. El trabajo para la gloria de Dios en medio de dificultades debe ser esperado en la vida del creyente (Mt. 13:21; Jn. 16:33; 1 Ts. 3:3-4; 2 Ts. 1:4). La tribulación que produce el cansancio en la obra y activa la paciencia está vinculada también con la esperanza (Hch. 14:22). El trabajo en medio de situaciones difíciles y conflictivas son una participación en los padecimientos de Cristo (Col. 1:24; 2 Co. 1:5; Fil. 3:10; 1 P. 4:13), e instrumentos para conformar al cristiano a la semejanza del Señor. La tribulación produce paciencia de modo que quien posee la paciencia es fiel hasta la muerte (Ap. 2:10). El trabajo difícil en medio del conflicto produce desde la perspectiva humana la impaciencia, pero, al amparo de la gracia produce paciencia. La paciencia produce un carácter probado en el que se puede confiar (Ro. 5:4). Es el entrenamiento para el combate de la fe. El peso de la tribulación se cambia por la acción de la gracia en peso de gloria (2 Co. 4:7). El cristiano no tendría sus ojos puestos en el cielo, si no fuese por las tribulaciones que experimenta en la tierra.

Aquellos fieles creyentes que trabajaban arduamente y eran pacientes, también repudiaban a los falsos maestros, ya καὶ ὅτι οὐ δύνῃ βαστάσαι κακούς, *"que no podían soportar a los malos"*. El verbo soportar indica, en el griego, la capacidad de *sobrellevar, cargar,* con algo. Aquellos cristianos que podían cargar con las adversidades y sobrellevar los conflictos, no podían cargar con los malos. Los falsos maestros se infiltraban en las iglesias para destruir la obra. Esta fue una de las causas por las que se establecieron en tiempos de los apóstoles las cartas de recomendación, que llevaban consigo los maestros itinerantes para que no despertasen sospechas en las congregaciones que visitaban (2 Co. 3:1). En algunas ocasiones incluso se falsificaban las cartas de recomendación y entraban en las iglesias quienes se decía maestros recomendados por los apóstoles. Estos eran introducidos en las congregaciones por Satanás para confundir a los cristianos. Algunos predicaban doctrinas que desviaban a algunos de la fe enseñada por los apóstoles, especialmente a quienes eran *niños en Cristo*, llevándolos a la confusión, arrastrados de un lado a otro al impulso de extraños vientos de doctrina (Ef. 4:14). En otras ocasiones entraban en las iglesias para poner cargas y reducir a esclavitud a quienes Cristo había hecho libres al creer al evangelio, como el caso de los judaizantes en las iglesias en Galacia (Gá. 3:1-3). Otras veces introducían enseñanzas sobre piedad aparente consistente en formas religiosas que tenían apariencia de piedad pero eran ineficaces contra la carne, porque ellas mismas eran también carne (Col. 2:20-23). No sabemos que tipo de falsos maestros eran los que habían procurado entrar en Éfeso, tal vez, algunos gnósticos, como se aprecia por las cartas de Juan. No importa cual fuese la condición de los tales, pero la iglesia no podía soportar a tales personas.

Además de eso habían *probado*, a quienes se titulaba a sí mismos como *apóstoles*, en el sentido de *enviados*, como se lee: καὶ ἐπείρασας τοὺς

λέγοντας ἑαυτοὺς ἀποστόλους, *y probaste a los que se llaman apóstoles a sí mismos*. Algunos llegaban a las iglesias como comisionados por los apóstoles, especialmente por los que estaban en Jerusalén. En algunas ocasiones traían cartas falsificadas como si fuesen auténticas. Pablo escribía a los tesalonicenses en aquel tiempo y les decía: *"no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra"* (2 Ts. 2:2). La enseñanza errónea de los falsos maestros producía alarma y conturbaba las iglesias. El verbo *conturbar*, expresa la idea de un estado de agitación. Algunos de los falsos maestros se presentaban como si fuesen profetas que tenían revelación por el Espíritu. Otras veces hacían referencia a conversaciones con los apóstoles que nunca habían tenido lugar, incluso podían venir como enviados de ellos. Pero la mayor osadía y falsedad era presentar una carta pseudoepígrafa, como si fuese un escrito dado por algún apóstol. El verbo que utiliza Juan en el versículo para expresar *prueba, probar*, tiene, por lo menos, seis matices: a) expresa la idea de *examinar, poner a prueba, con buenas intenciones*; b) *someter a prueba críticamente, con intenciones no serias*; c) *amenazar, imponer una carga, tentar*; c) *seducir, descarriar*; d) *desafiar, poner en duda, mostrar desconfianza;* e) *disponer o planear algo*. En base a esto puede entenderse aquí de dos maneras: En primer lugar que aquellos falsarios entrados encubiertamente entre ellos fueron una prueba, es decir, una dificultad entre ellos. En ese sentido *probaste*, equivaldría a la experiencia de una prueba, en este caso amarga producida por la acción de los falsos apóstoles. En segundo lugar, el modo más general de entender la expresión, es la de *poner a prueba*, *examinar*, para determinar algo. Es cierto que generalmente para esta acción de probar, sopesar, se utiliza otro verbo en el griego que establece la idea de comparar, sopesar algo y determinar con ello la autenticidad[3]. En segundo lugar, *probar*, a los falsos maestros equivaldría a contrastar su enseñanza para determinar que no eran verdaderos.

Οὐκ εἰσὶν καὶ εὗρες αὐτοὺς ψευδεῖς. Es muy posible que comenzasen por el primer caso, es decir, los falsos maestros con sus enseñanzas produjeron una prueba, generaron inquietud, conmocionaron la iglesia y, como consecuencia, los pusieron a prueba para determinar si eran verdaderos maestros o no. Aquella prueba demostró que no eran apóstoles, enviados, sino lobos infiltrados en la iglesia. Los líderes de la iglesia en Éfeso ya habían sido advertidos antes de este peligro por Pablo en la despedida de ellos en la playa de Mileto: *"Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual Él gano por su propia sangre. Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño"* (Hch. 20:28-

---

[3] El verbo δοκιμάζω, es un verbo demostrativo que expresa la ida de *examinar, aprobar y aceptar como acreditado.*

29). Pedro advirtió también que como había ocurrido en la antigua dispensación por medio de falsos profetas, así también otros falsos maestros entrarían en medio del pueblo de Dios en el tiempo de la Iglesia produciendo graves daños entre los creyentes (2 P. 2:1-2). Algunos de esos falsos maestros introducían un mensaje de libertinaje conduciendo a los creyentes a la práctica del pecado, como enseña Judas: *"Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo"* (Jud. 4). La iglesia en Éfeso conocía la Palabra, por tanto, podía discernir por ella quiénes tenían el Espíritu de Dios y quiénes trabajaban en su propio espíritu carnal. Posiblemente observaban su vida junto con su enseñanza y descubrían que predicaban piedad, pero negaban la eficacia de ella (2 Ti. 3:5). Por tanto, los hallaron mentirosos. Aquellos que se manifestaban como maestros y defensores de la verdad eran mentirosos. No significa que hubiesen dicho alguna mentira, sino que su condición era de mentirosos porque vivían la mentira y no practicaban la verdad. Ni sus enseñanzas ni sus vidas eran verdaderas. La iglesia en Éfeso no los soportó, es decir, no cometió la insensatez de cargar con ellos, sino que una vez hallados mentirosos los puso fuera de su entorno, no los soportó más.

Sólo una congregación que conoce la Palabra y que tiene discernimiento espiritual, tanto en los líderes como en los creyentes, puede detectar a quienes traen enseñanzas contrarias a la doctrina. Esa es la razón por la que el Señor estableció en la Iglesia el don de maestro, para hacer salir a los creyentes del infantilismo espiritual y llevarlos a la madurez en la estabilidad de personas formadas y establecidas sólidamente en la fe (Ef. 4:11-14). Los tiempos actuales son de mucha inquietud en relación con las verdades bíblicas. En las iglesias se introducen defectos de doctrina, cuando no verdaderas herejías, porque las congregaciones no están siendo formadas en la Palabra. La enseñanza sistemática de la Escritura es rara en nuestros tiempos. Muchos pasajes de la Escritura son absolutamente desconocidos para los creyentes. No se está enfatizando en el repaso bíblico de las doctrinas fundamentales de la fe. En los hogares tampoco suele dedicarse tiempo como familia al estudio y meditación de la Palabra de Dios. Los creyentes individualmente tampoco tienen hábito, mayoritariamente, en un estudio personal y sistemático de la Biblia. Ante esta situación, los líderes de las iglesias, consideran que es suficiente con un sermón semanal, de poca extensión y menos profundidad. Los mensajes que se escuchan en las iglesias, salvo honrosas excepciones, tienen cada vez menos referencias a la Escritura. En un ambiente semejante es sumamente fácil que Satanás introduzca a quienes vienen como maestros y son mentirosos al servicio de quien es padre de mentira.

3. Y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado.

καὶ ὑπομονὴν ἔχεις καὶ ἐβάστασας διὰ τὸ ὄνομα μου καὶ οὐ
Y paciencia tienes y aguantaste por el nombre de mí y no
κεκοπίακες
has desmayado.

Notas sobre el texto griego.

La traducción del texto en RV es una traducción bastante libre, sobre todo en la primera expresión *"has sufrido"*. La traducción más literal del texto es: *"y tienes perseverancia, y soportaste por causa de mi nombre, y no has desmayado,* o incluso mejor *rendido"*.

Sigue ligado con lo que antecede mediante la conjunción καὶ, *y*; ὑπομονὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo, *paciencia*, *aguante*; ἔχεις, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *tener,* aquí como *tienes*; y ἐβάστασας, segunda persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo, βαστάζω, *sufrir, soportar, aguantar*, aquí como *aguantaste*; διὰ, preposición de acusativo, *por*, *a causa*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado, *lo*, en este caso y en castellano, en masculino, *el*; ὄνομα, caso acusativo neutro singular del sustantivo, *nombre*; seguido de μου, caso dativo masculino singular del pronombre determinado, primera persona, *de mí*; καὶ, *y*; οὐ, adverbio de negación, *no*; κεκοπίακες, segunda persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo κοπιάω, *cansarse, afanarse, atormentarse*, aquí en la primera acepción, como *fatigarse,* de ahí la idea de *desmayar de cansancio abandonando la tarea.*

El Señor reconoce otras virtudes en la iglesia y recalca aun más aquellas que ya mencionó antes. En algunas versiones como RV, comienza con la expresión *"has sufrido"*, que no está atestiguada en los mss. más seguros, y tal vez proceda de una transliteración del versículo anterior. Sin duda alguna, aunque no aparezca, el sufrimiento formaba parte de la experiencia de la iglesia. La misma sociedad inmoral en que estaba testificando, ya suponía para ellos un sufrimiento, al igual que ocurría con Lot en el mundo perverso de su tiempo en el que se sentía abrumado (2 P. 2:7). El sufrimiento también lo produjeron quienes habían pretendido entrar en la iglesia para enseñar falsamente. Las persecuciones desencadenadas en todo el mundo romano, habían incrementado los sufrimientos de muchos, prueba de ello era el destierro del apóstol Juan en la isla de Patmos. A la iglesia le espera el sufrimiento por parte de un mundo al que es contrario, por principio de vida (Jn. 16:33).

La paciencia de la iglesia era notable por cuanto el Señor recuerda nuevamente esa condición: καὶ ὑπομονὴν ἔχεις, *"y has tenido paciencia"*. No sólo había tenido paciencia en el pasado sino que seguía teniéndola en el momento en que el Señor les enviaba la carta por medio de Juan. En la

referencia anterior la paciencia de la iglesia (v. 2), se expresa esta como una condición natural: *"conozco…tu paciencia"*. Esa paciencia en medio del conflicto persiste y es destacada, no por Juan, sino por el mismo Señor que no se conforma con apariencias, sino que testifica de realidades. La paciencia era un estado continuado en la congregación en Éfeso, soportando siempre en medio de las dificultades. Un marcado contraste se aprecia entre la *impaciencia* que no permitía soportar a los malos, y la *paciencia* que permitía sufrir con perseverancia en la obra de Dios.

Además el Señor vuelve a recordar la perseverancia: καὶ ἐβάστασας *"has trabajado arduamente"*, literalmente *has aguantado*. Lo da como una experiencia demostrada, al utilizar un verbo en aoristo, que indica algo consumado, como si el Señor dijese: *"está demostrado definitivamente que tienes aguante"*. Un trabajo arduo realizado en el tiempo histórico anterior a la carta evidencia esta realidad. Habían sido capaces de soportar bajo una carga en la realización de un trabajo fatigoso.

La razón de todo ello era el amor que tenían al Señor: διὰ τὸ ὄνομα μου, *por mi nombre*. El sufrimiento, el trabajo arduo, la paciencia, todo ello eran expresiones reales de que amaban al Señor. La entrega personal está siempre impulsada por el amor: *"Hermanos os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo"* (Ro. 12:1). El amor de entrega es un amor de correspondencia. Las misericordias de Dios, es decir, lo que Dios hizo por los suyos, la justificación, el perdón de pecados, la vida eterna, todas las bendiciones en el campo de la salvación implican la muerte sustitutoria del Salvador. La posición y seguridad eternas son el resultado de la Cruz (Ro. 4:25). Dios manifestó su amor entregando a su Hijo, y el Hijo manifestó su amor hacia nosotros muriendo mientras nosotros estábamos pecando contra Dios (Ro. 5:6-8). Dios es ejemplo de entrega y compromiso, por tanto, ante la admirable dimensión de ese amor, motivados por un amor perfecto derramado en el creyente por el Espíritu Santo (Ro. 5:5), éste se entrega hasta la muerte, como respuesta agradecida a quien le amó hasta la muerte y muerte de Cruz (Fil. 2:8). El cuerpo expresa con sus actividades la realidad de ese amor y se entrega al Señor como una *ofrenda viviente*. Además, el impulso motivador procede de la consideración del amor de Cristo, *"que nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos"* (2 Co. 5:14-15). El amor de Cristo impele apremiando al creyente a la acción. La obra de sustitución que llevó a cabo en la Cruz por cada uno de los suyos, impulsa en respuesta de entrega a ese amor incomprensible. El cambio operado al impulso del amor en las acciones de los creyentes es tal que ya no son apariencias, sino entrega real. Como quiera que murió por todos,

todos los que viven por su muerte, asumen la entrega incondicional a su servicio como un privilegio y expresión de amor.

Además el Señor destaca también la constancia en la acción: καὶ οὐ κεκοπίακες, *"y no has desmayado"*. Esta formula es necesaria para traducir el verbo griego que Juan usa aquí. De otra manera, como algunos traducen, *"no te rendiste"*. Eran situaciones extremas de dificultades que hacían el trabajo arduo y fatigoso pero persistieron en él. Los efesios estaban firmes en el Señor y firmes en el trabajo para el Señor. No abandonaron la lucha a pesar de las circunstancias adversas. En esto debe incluirse también la adversa prueba que habían tenido que pasar en relación con los falsos maestros que habían pretendido entrar en la congregación. Cristo testifica que aquellos creyentes no se habían cansado de trabajar. La fatiga no los había vencido, era una iglesia *infatigable*.

El impulso motivador de una iglesia que conduce al compromiso de los creyentes, es el amor de Cristo. Muchos líderes actualmente se lamentan de la falta de compromiso de los miembros de la congregación. Sin duda hay un retroceso en esta área de la vida cristiana, pero, mucho de ello obedece también a que la Cruz de Cristo, la gracia de Dios manifestada en la entrega del Salvador, ha desaparecido del púlpito de la iglesia. Algunos predicadores consideran que lo que se debe predicar hoy son temas sociales y de actualidad pero, ¿hay algo más actual que profundizar en el amor inconmensurable del Señor? Si los creyentes fuesen llevados más a la consideración de la Cruz, habría una respuesta de compromiso personal mucho mayor. Hablar de compromiso, exhortar al compromiso, demandar compromiso, será estéril sin la motivación que mueve al compromiso: el amor de Cristo (2 Co. 5:14-15).

Amonestación (2:4).

4. Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor.

ἀλλὰ ἔχω κατὰ σοῦ ὅτι τὴν ἀγάπην σου τὴν πρώτην ἀφῆκες.
Pero tengo contra ti que el amor de ti el primero dejaste.

Notas sobre el texto griego.

El texto establece un contraste con lo que antecede mediante el uso de ἀλλὰ, conjunción adversativa, *pero*; ἔχω, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔξω, *tener*, aquí como *tengo*; sigue luego la preposición κατὰ, que aquí equivale a *contra*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal en segunda persona, *ti*; ὅτι, conjunción, *que*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado, *la*, en castellano en masculino, *el*; ἀγάπην, caso acusativo femenino singular del sustantivo, *amor*, masculino en castellano; σου, caso genitivo

singular del pronombre personal, *de ti*; sigue luego el artículo que, por la construcción de la frase no debe traducirse en castellano; πρώτην, caso acusativo femenino singular del adjetivo numeral cardinal, *primera*, en español masculino por razón de concordancia; ἀφῆκες, segunda persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀφίημι, *hacer ir, dejar ir, permitir, soltar*, aquí como *dejaste*.

᾿Αλλὰ ἔχω κατὰ σοῦ. El Señor reconoce las virtudes de la iglesia, paciencia, capacidad de aguante, fidelidad, perseverancia, pero también detecta aquello que debe ser corregido. La conjunción adversativa ἀλλὰ, *pero*, hace un llamado de atención a un contraste entre lo que antecede y aquello que sigue. El Señor se opone abiertamente a un determinado defecto que conoce, al igual que las virtudes, dentro de la iglesia. Él está en contra de algo y afirma ἔχω κατὰ σοῦ, *"tengo contra ti"*. La estructura gramatical en el texto griego supone a algo como *"me opongo a ti en algo que tienes"*.

῞Οτι τὴν ἀγάπην σου τὴν πρώτην ἀφῆκες. El defecto de la iglesia consistía en ἀφῆκες, *haber dejado* τὴν ἀγάπην σου τὴν πρώτην, *su primer amor*. El verbo[4] que usa Juan equivale a *haber puesto a un lado* el primer amor. De otro modo, aquello había dejado de ser importante y había sido dejado en la experiencia de la iglesia. Cuando el amor se deja a un lado, todo cuanto se haga será hecho fuera de la esfera del amor. El problema que se genera es evidente, porque obras hechas sin amor dejan de tener valor delante de Dios. La importancia del amor es evidente, ya que toda actuación de Dios está siempre rodeada de amor, porque Dios es amor (1 Jn. 4:8). Toda actividad fuera del amor no puede agradar a Dios porque es contraria a su misma naturaleza. El amor de Dios produce una respuesta en el creyente respondiendo con amor a su amor (1 Jn. 4:19). La ética cristiana descansa en el amor de Dios, de donde toma su significado (1 Jn. 4:7). El amor está por encima de la fe y de la esperanza (1 Co. 13:13). La relación entre el Padre y el Hijo es amor (Jn. 14:31), y en esta relación de amor son introducidos los creyentes en razón de la identificación con Cristo, que equivale a *estar en el Hijo* (Jn. 14:21 ss; 15:9; 17:26). Dios demanda del creyente esa calidad de amor en todas sus relaciones. En relación con el Padre y el Hijo (Jn. 8:42; 14:21 ss.). Del mismo modo en la relación entre hermanos en Cristo, ya que Dios nos amó en Cristo, y Cristo amó a la Iglesia, así se exige el amor fraterno entre los creyentes (Jn. 13:34; 1 Jn. 4:21). El amor se convierte en prueba y signo de fe (1 Jn. 3:10; 4:7 ss.). El amor al hermano procede del amor divino y sin amor no existe relación con Dios. De la misma forma toda actividad en el ministerio eclesial, que supone el ejercicio de los dones del Espíritu, de manera que *"si no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe"* (1 Co. 13:1). Pablo está poniendo un ejemplo de *dejar* a un lado el amor, ya que lo que enseña es una actividad sin

[4] Griego: ἀφίημι.

que el amor se manifieste en la vida de tal persona. El don estará ejerciéndose sin el poder del Espíritu, que produce el amor de Dios en el corazón (Ro. 5:5; Gá. 5:22), de manera que el servicio cristiano se orienta hacia el que lo practica pero no a favor o en la búsqueda del bien de los demás. En lugar de ser algo provechoso se transforma en algo molesto. El ejercicio de un don sin el amor coloca al que ministra al mismo nivel de un bronce golpeado, o de un címbalo, instrumento de percusión que en lugar de ser usado para la producción de música, se arroja al suelo produciendo un sonido que retiñe, es decir, molesta al que lo escucha. El trabajo sin amor es molesto para Dios y molesto para la iglesia. Los creyentes en Éfeso habían prescindido del amor. Era una iglesia con doctrina ortodoxa y sana, que les había permitido enfrentarse a los falsos maestros y detectarlos como tales. Esa doctrina que era enseñada en la iglesia era mantenida cuidadosamente entre ellos. Era una iglesia que había sufrido con paciencia. Era una iglesia que se caracterizaba por la capacidad de mantenerse en la esfera del servicio y testimonio sin desmayar. Sin embargo, había algo que *"habían dejado"*: era el primer amor.

El énfasis del tipo de amor que había dejado está claramente expresado en el texto griego donde se lee literalmente: ὅτι τὴν ἀγάπην σου τὴν πρώτην ἀφῆκες, *"que el amor de ti, el primero, has dejado"*. Dos artículos determinan en la expresión el amor y su cualidad. Habían dejado, no un amor cualquiera, sino el primero. Sobre el significado del *amor primero*, se especula en distintas interpretaciones. Para unos se trata de un *enfriamiento espiritual*. Sin duda este componente está presente en la situación de los efesios. La rutina cotidiana y las prácticas habituales habían ido enfriando el amor. De este modo lo entiende José Grau:

"La rutina cede a la espontaneidad; los conceptos, tópicos, frases, suplanta a Cristo mismo. La obra de Dios cobra más importancia que el Dios de la obra; la Iglesia de Cristo, que el Cristo de la Iglesia. ¿Cómo es posible? A veces, el enfriamiento es apenas perceptible. Un proceso lento. Mucho trabajo, falta de tiempo; pocas atenciones, poca oración, etc. Cuando ocurre en parejas (novios o matrimonio) desemboca en una crisis, tarde o temprano. Igual sucede en el ámbito de nuestra comunión espiritual con Dios" [5].

En ese mismo sentido escribe el Dr. Lacueva:

"El versículo se abre con una conjunción adversativa fuerte que da un giro de media vuelta a lo anterior: 'Pero…' Viene una amarga queja de parte de Cristo: 'Tengo contra ti que dejaste atrás,' abandonaste (como una mala decisión, de una vez por todas), 'tu primer amor'. La rutina de cada día llega a

---

[5] José Grau. *Estudios sobre Apocalipsis.* Editorial Clie. Terrassa, 1977. Pág. 88.

dar lugar al enfriamiento del amor inicial, del fervor del noviazgo, de la luna de miel del matrimonio. Suele ser un proceso lento, pero desemboca en una crisis tremenda[6]*".*

Así se expresa Barchuk:

"¿En qué consistía esa caída? ¿Cuál era el pecado grande de esa iglesia por el cual Dios demandaba arrepentimiento? He aquí el pecado: 'Has dejado tu primer amor'.

Muchas personas asombradas pensarían que este no es un pecado tan grande, Pero el enfriamiento del amor significa traición. Cuando el amor va desapareciendo, todas las buenas obras, tales como el trabajo, la paciencia y la lucha contra el mal, podrían por algún tiempo ir llevándose a cabo aun como por inercia, o bien por hábito. Pero paulatinamente todas ellas van desapareciendo por carecer de su poderoso móvil, el amor.

Se puede distinguir claramente la verdad de la mentira, puede uno consagrarse al bien y practicar la justicia, distinguir claramente y con rapidez a los falsos apóstoles y evitar la comunión con los impíos y aun así carecer de ese limpio primer amor que se manifestaba tan poderosamente en los corazones de los verdaderos nuevo-convertidos. Bien dijo el profesor B. Marsenkovsky: 'El verdadero cristianismo no consiste en recordar el amor pasado, sino en mantener el mismo ardiente amor a Cristo, esa actitud reverente hacia Él. El pan puesto sobre la mesa de oro en el templo debía ser fresco, no pasado. Así debe ser el amor del cristiano, siempre nuevo, porque el amor es el alma del cristianismo. Cuando el cristianismo carece de amor hacia Cristo se torna sin alma, muerto"[7].

Podrían seguir citándose ejemplos sobre interpretaciones diversas en relación con la amonestación del Señor. Algunos suponen que las discusiones con los falsos maestros, pudieron haber traído divisiones y fricciones internas, que manifiestan oposición al amor (Mt. 24:12; Jn. 17:26; 1 Co. 13; 1 Jn. 2:5, 10, 11, 15; 5:3).Sin embargo, será necesario determinar bíblicamente a que cosa se está refiriendo Cristo. El Señor se refiere al *primer amor*. Como su significado literal indica, *primer amor* es el amor de origen, el primero en fluir y manifestarse. La Biblia enseña que Dios es amor (1 Jn. 4:8, 16). El amor al que Jesús se refiere en esta amonestación es el amor de Dios que fue dejado a un lado. El amor *ágape*, es el amor de absoluta entrega y generosidad. Es el amor que da sin esperar nada a cambio. El amor que sólo busca el bien del ser amado (1 Co. 10:24). El único Ser que tiene ese amor como elemento de su naturaleza y Él mismo es amor en esa dimensión es Dios. Por tanto, el origen del amor, la

---

[6] F. Lacueva. o.c., pág. 331.
[7] Ivan Barchuk. o.c., pág. 49 s.

expresión primaria de su esencia y existencia es Dios mismo y procede de Él. Ese amor que es de Dios y procede de Él, que solo Él tiene como perfección infinita, es comunicada a cada creyente en el nuevo nacimiento, por la presencia del Espíritu Santo, que lo *derrama* abundantemente hasta saturar el corazón regenerado el pecador convertido a Dios (Ro. 5:5). En esa vida nueva cuyo amor no puede ser ningún otro que el amor de Dios, es introducido el creyente y viene a ser, ese amor, la calidad con que está llamado a amar. El Espíritu Santo produce cada día y comunica el amor al creyente mediante el fruto que el mismo produce: *"El fruto del Espíritu es amor"* (Gá. 5:22). Por tanto, el creyente ama, no por mandamiento, sino por necesidad de vida nueva. Es decir, el amor, desinteresado y de entrega viene a ser la evidencia natural del nuevo nacimiento. Esa es la causa por la que el corazón renovado, la limpieza espiritual que se produce en la conversión hace que ese amor de entrega, que ama a Dios y ama al prójimo, produzca un ferviente deseo en el nuevo convertido por servir al Señor y buscar a los perdidos. Esa era la evidencia probatoria de la realidad de la iglesia en Tesalónica (1 Ts. 1:9-10). El amor se manifiesta por el Espíritu Santo residente en el creyente (Jn. 14:23). La provisión de amor no es pobre sino abundantísima para satisfacer sobradamente lo necesario para la vida cristiana. La característica de ser hijos del Padre es manifestar su amor. Es cierto que no podremos llegar a amar nunca con la *dimensión* de amor con que fuimos amados, pero podemos y debemos hacerlo con la *calidad* de amor con que Dios nos ama. No existe disculpa alguna para vivir en amor por cuanto la comunicación de ese amor no obedece al esfuerzo del creyente sino a la operación del Espíritu Santo en él. El amor y el resto de las nueve virtudes que conforman el fruto del Espíritu no son perfecciones humanas, sino divinas, hechas por Dios en el creyente. Es parte de las obras preparadas de antemano para que *"anduviésemos en ellas"* (Ef. 2:10). Las nueve manifestaciones del Espíritu son cualidades sobrehumanas del carácter. Ninguna de ellas puede ser producida por habilidad o recursos del hombre natural. El amor demandado al cristiano no se alcanza por esfuerzo tenaz del creyente, sino por dependencia absoluta y entrega incondicional al Espíritu de Dios. El amor cristiano es un producto divino y no ha de realizarse parcialmente como resultado de un penoso esfuerzo propio, como lo es en el caso de los métodos usuales en el mundo, sino que es un producto que llega a ser total e instantáneamente asequible cuando la relación correcta con el Espíritu Santo no es estorbada. El propósito de Dios para el creyente es que sea conformado a la imagen del Hijo (Ro. 8:29). Esa misión corresponde hacerla realidad al Espíritu Santo. Tal acción divina permite la realidad de *"vivir a Cristo"* (Gá. 2:20; Fil. 1:21). Por tanto *el primer amor*, no es el amor humano, en cualquiera de sus manifestaciones, sino el amor divino en el creyente. El amor en la expresión de la vida cristiana es el cumplimiento de toda demanda moral para el hombre, el cumplimiento de la ley (Gá. 5:14; Ro. 13:10). El mandato de Cristo a los cristianos es la práctica de ese amor en una corriente de mutua comunión (Jn.

13:34, 35). La ética del reino de los cielos es ese amor primero (Mt. 5:43-46). Las características de ese amor han sido desarrolladas por Pablo (1 Co. 13:4-7).

¿Cuál es el problema que detecta y denuncia Jesucristo en relación con la iglesia en Éfeso? Sencillamente ὅτι τὴν ἀγάπην σου τὴν πρώτην ἀφῆκες, *"has dejado tu primer amor"*. Quiere decir que no estaban siendo conducidos por el Espíritu. Que el Espíritu Santo estaba entristecido y resistido, en alguna medida, en aquella congregación y había dejado de actuar en plenitud, por tanto, el *primer amor*, había sido puesto a un lado. Todo lo que se lleva a cabo en la iglesia y en la vida de cada creyente sin ser impulsado por el Espíritu y en comunión con Él es contrario a Dios mismo y le desagrada. La obra de Dios, cuando eso ocurre, se hace al impulso del hombre y desde la intelectualidad humana, sustituyendo capacidades humanas por capacitación divina, y fuerza del hombre por el poder de Dios. La obra deja de ser en el poder del Espíritu para hacerse en la fuerza del hombre, lo que es contrario a la voluntad y propósito de Dios (Zac. 4:6). En esas condiciones, la doctrina de Dios alcanza mayor valor que el Dios de la doctrina, y el Espíritu Santo se convierte en una doctrina teológica en lugar de la Persona Divina que debe gobernar la iglesia. El esfuerzo y valor intelectual del hombre sustituye y se revaloriza en la medida en que pierde valor el poder de Dios. Cuando el Espíritu deja de operar en la Iglesia, la ortodoxia fría procura sustituir la ausencia del poder de Dios. Normas, tradiciones, sistema religioso ocupan la gloriosa libertad que el Espíritu produce en la congregación del pueblo de Dios. Poco a poco las formas, las tradiciones y la liturgia apagan y ahogan la obra del Espíritu produciendo en los creyentes y, por tanto, en la iglesia formas de piedad que niegan la eficacia de ella. Nótese que el texto no dice *"has perdido"*, sino *"has dejado"* tu primer amor. El salvo podrá entristecer y apagar el Espíritu, pero nunca puede *perder* el Espíritu, porque ello sería semejante a perder la salvación. Lamentablemente el salvo, aún siendo salvo, puede dejar a un lado la acción y dependencia del Espíritu en su vida. Dejar el primer amor, podría expresarse de otro modo: *"tengo contra ti que ya no andas en el Espíritu"* (Gá. 5:16). Aquellos cristianos habían dejado de ser conducidos por el Espíritu, al menos en la proporción en que antes lo habían sido. Era una iglesia que se iba *haciendo vieja*, que no antigua y el paso del tiempo había ido cambiando las condiciones de los cristianos. Eran cada vez más conocedores de la doctrina, más ortodoxos, pero habían dejado de vivir bajo el poder de Dios. Por ello el cambio es evidente. Treinta años antes, aproximadamente, Pablo se despedía de los cristianos en Éfeso deseándoles bendiciones para todos los que amaban a Jesucristo con amor inalterable (Ef. 6:24). Treinta años después Jesucristo les llama la atención sobre la ausencia entre ellos del primer amor. Con todo, el Señor sigue amando a la iglesia. El cristiano podrá dejar a un lado el primer amor y, por tanto, también el amor al Señor. Pero Él sigue amando con un amor permanente en cualquier circunstancia (Ro. 8:35-39). El Señor ama a su iglesia

no por lo que es, sino a pesar de cómo es. El amor con que Dios nos ama admiró a Juan, como lo expresa en su primera carta (1 Jn. 3:1).

La exhortación (2:5-6).

5. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido.

νημόνευε οὖν πόθεν πέπτωκας καὶ μετανόησον καὶ τὰ πρῶτα ἔργα
Recuerda pues, de donde has caído y arrepiéntete y las primeras obras
ποίησον· εἰ δὲ μή, ἔρχομαί σοι καὶ κινήσω τὴν λυχνίαν σου ἐκ τοῦ
haz; pues si no vengo a ti y removeré el candelabro de ti del
τόπου αὐτῆς, ἐὰν μὴ μετανοήσῃς.
lugar de él si no hubieses arrepentido.

Notas sobre el texto griego.

La advertencia del Señor se expresa con νημόνευε, segunda persona singular del presente de imperativo en voz activa del verbo μνημονέυω, *recordar*, aquí como *recuerda*; seguido de οὖν, conjunción que enfatiza y da valor continuativo, *pues*; πόθεν, adverbio que equivale a *de donde*, en ocasiones es interrogativo; πέπτωκας, segunda persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo πίπτω, *caer, derrumbar, postrarse*, aquí como *has caído*; y μετανόησον, segunda persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo μετανοέω, *volverse, cambiar de actitud, arrepentirse*, vinculado con un cambio en la forma de pensamiento, *cambio de mentalidad*, aquí como *arrepiéntete*; y τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado, *los*, en castellano femenino, *las*; πρῶτα, caso acusativo neutro plural del adjetivo numeral cardinal, *primeras*; ἔργα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota, *obras*; ποίησον, segunda persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo ποιέω, *hacer*, aquí como *haz*; εἰ, conjunción condicional que equivale a *si*; seguida de la partícula conjuntiva δὲ, que va pospuesta a una palabra y que detrás de una proposición condicional adquiere el significado de *pues, pues bien, sin embargo;* μή, adverbio de negación, *no*; ἔρχομαι, primera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo ἔρχομαι, *venir*, aquí como *vengo*; σοι, caso dativo singular del pronombre personal, *a ti*; y κινήσω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo κινέω, *mover, alejar, incitar, remover*; aquí como *removeré*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado, *la*, en español masculino, *el*; λυχνίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *candelabro*, masculino en español; σου, caso genitivo singular del pronombre personal, segunda persona, *de ti*; seguido de la preposición ἐκ, genitivo, *de*; του, caso genitivo masculino singular del artículo determinado, *el*; τόπου, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota, *lugar*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal, *de ella,* en español *de él*; ἐὰν, conjunción condicional, *si*; μὴ, adverbio de negación, *no*;

μετανοήσῃς, segunda persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo μετανοέω, *arrepentir*, aquí como *hubieses arrepentido.*

El Señor llama a la iglesia para que reflexione: νημόνευε οὖν, *recuerda, pues*. No es un ruego que solicita de los creyentes, sino un mandato que el Señor establece para la iglesia. El verbo[8] *recuerda*, está en modo imperativo y etimológicamente es un *llamar a la mente*, de ahí, *recordar*. El presente del verbo indica una acción continua como si dijese *recuerda y sigue recordando continuamente*. Es un mandamiento que establece un *volver en sí* y reflexionar sobre la situación en que se encontraba y el peligro que se cernía sobre ella. Es muy posible que la iglesia entera tuviese su mente ocupada con la doctrina y su pensamiento se centrara en la defensa de lo que habían recibido como enseñanza sobre la fe. Es probable que otras cosas de tipo espiritual llenaran el contenido de su pensamiento, pero, con aquello estaban olvidando de la situación en donde estaban espiritualmente hablando. Aquella iglesia tenía que volver en sí, como ocurrió con el pródigo en la provincia apartada, para darse cuenta de la situación a que había llegado (Lc. 15:17). El Señor los llamaba a reflexionar πόθεν πέπτωκας, *de donde habían caído*. En alguna medida se les manda mirar al pasado para que se diesen cuenta de donde estaban antes y a donde habían llegado. Se les llama a considerar la altura espiritual de antes y la situación espiritual de ahora. Posiblemente las reuniones de la iglesia eran muy numerosas y los maestros de la congregación capaces y conocedores de la Palabra. Muy probablemente la congregación vivía un tiempo de esplendorosa realidad, pero, todo aquello era una manifestación que tapaba la realidad espiritual de su caída. Tenían muchas cosas, eran muy ortodoxos, se gozaban de una congregación muy capacitada, pero habían dejado a un lado el primer amor, y caminaban bajo su control, pero lejos de ser conducidos por el Espíritu de Dios. Habían dejado el poder del Espíritu para volverse a la ortodoxia doctrinal. El calor de Dios, que hace ferviente el servicio, había sido sustituido por el énfasis humano del mantenimiento de un sistema religioso.

Καὶ μετανόησον. Examinada la situación debían proceder a la restauración espiritual que demandaba el lugar en que se encontraban, espiritualmente hablando. Dios los llama a un arrepentimiento. El verbo que expresa el mandato tiene dos componentes, por un lado es un aoristo, que indica una acción definitivamente hecha; por otro es un imperativo que expresa la condición de mandamiento urgente. El Señor los estaba llamando a un arrepentimiento total y debían hacerlo de forma inmediata. El arrepentimiento es realmente *un cambio de mentalidad*, dejar de pensar de una manera para proceder a un cambio de mentalidad que oriente la acción en una dirección opuesta. Jesús demanda de ellos una drástica rotura con el mal en que se

---

[8] Griego: μνημονέυω.

encontraban. No cabe duda que requería, junto con el reconocimiento de la situación la confesión del mal en que se encontraban.

El arrepentimiento debía reconducir la congregación para καὶ τὰ πρῶτα ἔργα ποίησον, *"hacer las primeras obras"* que se habían interrumpido, por lo menos en cuanto a razón y motivo para hacerlas. Tenían que volver al primer amor, al amor ferviente que habían dejado. No se trataba de un cambio en la *cantidad* de obras, sino en la *calidad* de ellas. Son llamados a operar bajo el control del Espíritu en la esfera del amor. El ejemplo del pródigo es elocuente, al *volver en sí*, dejó el modo de vida que llevaba y regresó al Padre (Lc. 15:17-20). El arrepentimiento es mucho más que un *propósito de enmienda*, es la disposición interna que impulsa a una rectificación inmediata del mal proceder. Las únicas obras válidas delante de Dios son las que se obran bajo el poder e impulso del Espíritu (Zac. 4:6). La iglesia estaba siendo llamada a dejar el camino que llevaba y ponerse incondicionalmente bajo el control del Espíritu. Incluso las obras religiosas y de piedad, sin la comunión y el impulso de Dios, son consideradas como acciones de *obreros de iniquidad* (Mt. 7:23). Una actividad sin el impulso del amor obrado por el Espíritu, se convierte en mero *activismo.*

La situación se hacía insostenible para ellos. El Señor estaba decidido y dispuesto para actuar enérgicamente en caso de no producirse el arrepentimiento demandado: εἰ δὲ μή, *"pues si no"*. Esta expresión es enfática. De seguir en la dirección que llevaban, se produciría la intervención de Dios determinada para aquella situación espiritual en que se encontraban. La acción divina no se iba a demorar, el Señor dice a la iglesia: ἔρχομαι σοι *"vendré pronto a ti"*, literalmente *vengo a ti*. En el texto griego el verbo está en presente, *vengo*, en un presente con carácter de futuro inmediato, que significa en esta forma *venir pronto*. La perspectiva no es escatológica aquí, de la venida del Señor en relación con toda la iglesia, sino presente, actual, en relación con una iglesia cuyo comportamiento es incorrecto. Debe tenerse en cuenta que el escrito está en la sección del libro que trata de cosas presentes: *Las cosas que son* (1:19). Algunos teólogos, tal vez condicionados por el tema general de la sección mayor del libro, consideran que este *"vendré a ti"* tiene que ver con la segunda venida de Cristo. Así escribe el Dr. Carballosa:

"Si se tiene en cuenta el contexto general del Apocalipsis, es sensato tomar la frase 'vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar' como una referencia a la venida escatológica de Cristo. Después de todo, ese es el tema central del libro. Robert L. Thomas, en su cuidadoso estudio del Apocalipsis, observa que Juan utiliza un modelo semita de expresión. Por ejemplo, la expresión literal de Mateo 18:21b es: 'Señor, ¿Cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mi?' El sentido del versículo, sin embargo, es:

'¿Cuantas veces, cuando mi hermano peque contra mi, lo perdonaré?' Ese modelo semita, al parecer, es el que Juan usa en la frase bajo estudio. La expresión literal es: 'Pero si no te arrepientes, vendré a ti y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido'. El sentido natural de la frase es; 'Si no te arrepientes, cuando venga, quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieses arrepentido antes de la venida (cuando quiera que esto ocurra).

La remoción del candelero pudiera referirse al hecho de que, en su venida, el Señor ha de librar al remanente creyente de la iglesia de Éfeso de los juicios de la tribulación, mientras que el remanente inconverso de dicha iglesia tendrá que pasar por la hora de la prueba que vendrá sobre el mundo entero (Ap. 3.10). La iglesia de Éfeso había sido bien enseñada por una pléyade de maestros de la Palabra de Dios. Muchos de los miembros de la congregación habían sido fieles evangelistas y misioneros del Señor. Con el decursar de los años, sin embargo, la congregación había dejado su primer amor. El Señor les advierte del peligro que corrían si no se arrepentían cuanto antes. Concretamente, aquellos que sólo profesaban haber creído, pero que no habían nacido de nuevo y por lo tanto, no tenían ninguna relación espiritual con Cristo, no formarían parte de la Esposa del Cordero y se quedarían en la tierra. Esos no tendrían testimonio que dar al mundo y por lo tanto, no tendrían candelero"[9].

La expresión *vendré pronto a ti*, es una frase que denota inmediatez. Cierto es que en el original la expresión *"pronto a ti"* no está. En cambio el verbo venir no está en futuro *"vendré"*, sino en presente ἔρχομαι, *"vengo"*, de ahí que el traductor para dar un mayor énfasis al hecho de cercanía entre la reprensión y la acción, lo complemente con el adverbio *pronto,* que expresa la idea de *veloz, acelerado, ligero*. La expresión puede traducirse también como: *"sino voy a ti"*. Aplicar esto a un venir escatológico, no parece que tenga mucha razón aquí. Primeramente el contexto no es de futuro, sino de presente. No se trata de la sección que se relaciona con las *"cosas que vendrán",* sino con las *"cosas que son"*.

En segundo lugar la acción judicial del Señor sobre la iglesia se iba a producir si persistía en la situación en que se encontraba: καὶ κινήσω τὴν λυχνίαν σου ἐκ του τόπου αὐτῆς, ἐὰν μὴ μετανοήσῃς· *"y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido"*. Por otro lado, Cristo no escribe a una iglesia nominal, ni a lo que pudiera ocurrir con los congregantes no salvos en aquella iglesia cuando Él viniese a buscar a su Iglesia, ya que no sólo Éfeso quedaría en ese sentido sin candelero, sino cualquier congregación local en cualquier lugar del mundo queda extinguida como presencia de la

[9] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 62 s.

iglesia en la tierra porque habrá sido trasladada para estar con el Señor. La advertencia de Cristo es la de hacer una visitación de juicio, de la misma manera que advierte también a la iglesia en Pérgamo (v. 16). El Señor actuará en relación con la iglesia que habiendo dejado el amor, ya no era referente de testimonio entre las naciones. A los cristianos, discípulos de Jesús, se les identifica en el mundo, no por la doctrina que creen, ni por la forma de culto que celebra, ni por el gobierno eclesial que adoptan, sino por la relación de amor los unos para con los otros (Jn. 13:35). El amor a los hermanos es evidencia del amor al Señor (1 Jn. 4:7, 8, 12, 20, 21). Cuando el testimonio de la iglesia se ve debilitado y, por ausencia de amor, se convierte en una iglesia que tiene apariencia de vida, pero que está lejos de ella, el Señor puede intervenir y remover el candelabro del lugar que antes tenía, es decir, permitir y aún cortar la congregación del lugar donde ya no puede testificar conforme a la voluntad y determinación divinas. A pesar de la perfección aparente la iglesia que no se mantiene en el amor está incapacitada para dar testimonio de Cristo ante el mundo. No se trata de obras abundantes, ni de valerosa disposición a morir por Jesús lo que hace apta una iglesia para seguir brillando en las tinieblas del mundo. A menos que haya amor verdadero, el primer amor, el candelabro tiene que ser retirado porque ya no alumbra.

Permita el Señor que podamos entender bien esto. No es una amenaza que no se cumple, sino una advertencia sobre algo inevitable. Cuando el mundo pueda ver como los creyentes se aman entre sí, y como sienten compasión por la sociedad que se pierde, entenderán que es el amor de Cristo, y se sentirán atraídos hacia la fuente de donde mana el amor. Cuando en la sociedad actual los impíos puedan ver hogares en los que el esposo ame a la esposa como Cristo amó a la iglesia; en donde los padres se vuelquen en buscar el bien de los hijos; en donde la vida discurra rodeada de amor, tendrán el estímulo para buscar aquello que ha convertido a los cristianos en gente que se ama como fueron amados. Lo contrario es mera apariencia que no presta ningún beneficio y no tiene razón de ser. Muchas iglesias tienen una inmaculada pureza de costumbres y una alta ortodoxia en la fe, pero no dan luz en un mundo en tinieblas porque están carentes de amor. No son los actos correctos de los cristianos, ni el ceremonial impecable de sus cultos, ni el énfasis con que se defiende la verdad, lo que ilumina al mundo, sino el amor. Donde no hay amor no está presente el Espíritu que lo promueve. Sólo es posible una iglesia victoriosa cumpliendo su misión en el mundo cuando ama, no por mandamiento, sino por comunión con Cristo. El amor en la iglesia y en los creyentes no es una opción de vida, sino la disposición natural de quien vive a Cristo. El secreto victorioso de una iglesia no consiste en predicar a Cristo desde el púlpito, ni definirlo en la teología que expresa la fe, sino en hacer de Él vida en cada creyente y en la iglesia como pueblo de creyentes. No consiste en hablar de Cristo, sino en vivir a Cristo (Fil. 1:21). La historia pone de manifiesto que aquella congregación en Éfeso, tan

rica espiritualmente y con tanto conocimiento bíblico dejó de existir, tal vez no hizo caso de la amonestación del Señor, mientras que en Esmirna todavía se mantiene hoy una congregación.

6. Pero tienes esto, que aborreces las obras de los nicolaítas, las cuales yo también aborrezco.

ἀλλὰ τοῦτο ἔχεις, ὅτι μισεῖς τὰ ἔργα τῶν Νικολαϊτῶν ἃ καγὼ
Pero esto tienes, que aborreces las obras de los nicolaítas las cuales yo también
μισῶ.
aborrezco.

Notas sobre el texto griego.

Después de la advertencia solemne un reconocimiento: ἀλλὰ, partícula adversativa equivalente a la conjunción adversativa *pero*; τοῦτο, acusativo neutro singular del pronombre demostrativo, *esto*; ἔχεις, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber* o *tener*, aquí como *tienes*; ὅτι, conjunción, *que*; μισεῖς, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo μισέω, *odiar, despreciar, menospreciar*, abarca un amplio campo de significados, desde *amar menos* hasta *detestar y odiar*, aquí como *odias, aborreces, detestas*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado, *los*, en español femenino en este caso, *las*; ἔργα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que expresa, *obras*, femenino en español; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado, *de los*; Νικολαϊτῶν, caso genitivo masculino del nombre propio, *nicolaítas*; ἃ, caso acusativo neutro plural del pronombre relativo, *las cuales*; καγὼ, palabra formada por crasis[10]del adverbio καὶ, y el pronombre personal ἐγώ, y que equivale a *también yo*; μισῶ, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo μισέω, *odiar*, aquí como *odio, aborrezco, detesto.*

᾽Αλλὰ τοῦτο ἔχεις, ὅτι μισεῖς τὰ ἔργα τῶν Νικολαϊτῶν ἃ καγὼ μισῶ. En medio de las dificultades espirituales el Señor descubre aun algo positivo en la iglesia. Aquella congregación *aborrecía* un determinado sistema de comportamiento o de obrar. El verbo que Juan utiliza es muy fuerte, con una amplia gama de significados que van desde *amar menos* hasta *detestar y odiar*. Los cristianos efesios aborrecían las obras de aquellos que se conocían como *nicolaítas*, pero no a los nicolaítas mismos. Es decir, aborrecían las obras pero no las personas. El creyente está llamado a aborrecer el pecado, de ahí la exhortación del salmista: *"los que amáis a Jehová aborreced el mal"* (Sal. 97:10). El Señor los estaba desafiando a un arrepentimiento que retornara la iglesia al amor y el verdadero amor no puede sino aborrecer el pecado. Amar el mal más que el bien es una perversión (Sal. 52:3, 4). El amor es bueno, pero el

[10] *Crasis*, palabra griega que equivale a *unión de fuerzas*, en general *unión de elementos*.

amor al pecado no es ninguna virtud, sino una manifestación de comunión con el mal, inconcebible en la vida de un verdadero creyente. Así se expresa Barchuk en relación con la actitud de los efesios:

"De manera que la iglesia de Éfeso no toleraba el mal, no se había comprometido con el mal, lo aborrecía y esa era su virtud. Esa actitud descomprometida de la iglesia con el mal, era del agrado del Señor. Digo 'al mal' porque está escrito de los nicolaítas, no a ellos. Con frecuencia, la gente no distingue los hechos de las personas y se ofende contra los creyentes fieles por aborrecer éstos sus hechos; como creyentes aman a los demás y les desean lo mejor de todo, especialmente la salvación de sus almas. Pero con sus hechos los creyentes permanecerán en desacuerdo, aborreciendo los malos actos"[11].

Necesariamente surge la pregunta: ¿Quiénes eran los nicolaítas? Múltiples respuestas se han presentado ante un nombre que no tiene explicación histórica comprobable y mucho menos bíblica. Algunos creen que podría tratarse de seguidores del diácono Nicolás (Hch. 6:5), uno de los siete elegidos en Jerusalén. Se supone que apostató de la fe y fundó una secta en la iglesia primitiva. Pero, no hay ninguna prueba que permita suponer cosa semejante. Otros hablan de un grupo sectario que procuraba justificar el libertinaje. Así escribe León Morris:

"Victorino de Pettau, el primer comentarista del Apocalipsis, se refiere a los nicolaítas como 'hombres falsos y revoltosos que, como ministros bajo el nombre de Nicolás, habían originado por sí mismos una herejía con el propósito de que pudiera exorcizarse y comerse todo lo ofrecido a los ídolos, y que cualquiera que hubiere cometido fornicación pudiera recibir paz al octavo día. Pero también esto suena como especulación"[12].

La interpretación más fiable a este nombre debe basarse en la *etimológica*, el significado de las palabras que forman el nombre. Es razonable aplicar aquí este tipo de interpretación porque más adelante va a utilizarse un nuevo nombre con este tipo de significado cuando se hable de los baalamitas (2:14) y, con toda probabilidad de Jezabel (2:20). El término procede de dos voces griegas: Νικάω, que significa *vencer*, y λαός, *pueblo*, lo que equivaldría a *vencer al pueblo, vencedor del pueblo, vencedor sobre el pueblo*, que guardaría una estrecha relación con el significado de Balaam, que equivale a *dueño del pueblo*. Podría expresar la conducta de un grupo que pretendía adueñarse o ejercer dominio sobre la iglesia. Juan conocía bien este tipo de actividad porque había escrito sobre Diótrefes que deseaba tener el primado y

[11] Iván Barchuk. o.c., pág. 49.
[12] León Morris. *El Apocalipsis*. Ediciones Certeza. Buenos Aires, 1977. Pág. 70.

ejercía un dominio despótico en la iglesia donde estaba (3 Jn. 9). Es posible que se tratase del inicio de establecer una jerarquía en la iglesia, exaltando a una casta sacerdotal sobre los laicos de la congregación. Pero, también podría tratarse de otro de los peligros que acechaba en la iglesia de los tiempos de Juan y que eran los gnósticos, quienes dividían a las personas en dos grupos, *los iniciados* y los *no iniciados*. Los primeros eran considerados superiores a los segundos. Se aprecia que la iglesia tenía peligros en dos frentes: por fuera los perseguidores de los creyentes que hacían arduo y duro el testimonio; por dentro quienes enseñaban doctrinas erróneas y tal vez querían adueñarse de las congregaciones ejerciendo dominio sobre ellas, similar a nuestros días. No importa precisar quienes eran los nicolaitas, pero sus obras eran aborrecidas por el Señor y, por tanto, también por los creyentes fieles a Él.

Apelación y promesa (2:7).

7. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios.

Ὁ ἔχων οὖς ἀκουσάτω τί τὸ Πνεῦμα λέγει ταῖς ἐκκλησίαις. Τῷ
El que tiene oídos oiga que el Espiritu dice a las iglesias: Al
νικῶντι δώσω αὐτῷ φαγεῖν ἐκ τοῦ ξύλου τῆς ζωῆς, ὅ ἐστιν ἐν
que venza daré le comer del árbol de la vida él que está en
τῷ παραδείσῳ τοῦ Θεοῦ[1].
el paraíso - de Dios.

Notas sobre el texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

1. Θεοῦ, atestiguada en א, A, C, P, 205, 109, 1854, 2329, syr[ph], arm, Andrés.

Θεοῦ μου, lectura en 1006, 1611, 1841, 2050, 2344, 2351, *Byz* [046], it[ar, gig, t], vg, syr[h], cop[sa, bo], et, Orígenes[lat], Ciprinao, Gregorio-Elvira, Chromatius, Varimadum, Apringius, Primasio, Beato.

La primera cláusula de apelación comienza con ὁ, caso nominativo de la segunda persona masculino singular del artículo determinado, *el*; ἔχων, caso nominativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tenga*; οὖς, caso acusativo neutro singular del sustantivo, *oídos*; ἀκουσάτω, tercera persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo ἀκούω, *oiga*; τί, pronombre neutro singular, *que*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado, *lo*, en castellano, masculino, *el*; Πνεῦμα, caso nominativo neutro singular del nombre propio, *Espíritu*; λέγει tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, equivalente a *decir, hablar,*

responder, ordenar, etc., aquí con significado de *dice*; ταῖς, caso dativo de la tercera persona femenino plural del artículo determinado, *las*; ἐκκλησίαις, caso dativo femenino plural del sustantivo, *iglesias*. La segunda cláusula de promesa, se inicia con τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado, *al*; νικῶντι, caso dativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo νικάω, *vencer*, aquí como *que venza*; δώσω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar,* aquí equivalente a *daré*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular de la tercera persona del pronombre personal, *le*; φαγεῖν, aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo φάγω, *comer*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τῷ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado, *lo*, en castellano *el*; ξύλου, caso genitivo neutro singular del sustantivo usado para referirse a *árbol*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado, *de la*; ζωῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo, *vida*; ὅ, caso nominativo neutro singular del pronombre relativo, *lo que*, masculino en castellano y sin artículo, *que*; ἐστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser* o *estar*, aquí como *está*; ἐν, preposición que rige dativo, *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado, *el*; παραδείσῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo, *paraíso*, seguido del artículo que no se usa en castellano, con Θεοῦ, *Dios.*

῾Ο ἔχων οὖς ἀκουσάτω. El Señor hace una apelación al creyente aunque la advertencia general es para toda la iglesia. Es una advertencia expresada como era habitual del Señor durante su ministerio (cf. Mt. 11:15; 13:9, 43; Mr. 4:9, 23; Lc. 8:8; 14:35). El Señor coloca al auditorio que habían oído sus palabras, ante la disyuntiva de *oír*, esto es, atender y aceptar el mensaje recibido. El Señor había revelado una situación insostenible para la iglesia y no aceptar eso suponía indefectiblemente no estar en el propósito y pensamiento de Dios para la iglesia, con las graves consecuencias de las que había advertido. Cristo demandaba no sólo atención a sus palabras, sino reflexión sobre ellas. Con esa expresión inducía a las gentes a buscar el alcance de la amonestación del mensaje remitido a la iglesia. Todos aquellos que tuviesen capacidad espiritual debían meditar en ella y encontrar la lección que el Señor procuraba darles. Dentro de la iglesia hay siempre creyentes con sensibilidad para oír, esto es, prestar atención a las advertencias del Señor. La advertencia individual tiene que ver con un mensaje general, no sólo a la iglesia en Éfeso, sino a todas las otras: τί τὸ Πνεῦμα λέγει ταῖς ἐκκλησίαις, *"lo que el Espíritu dice a las iglesias"*. La advertencia del Señor se hace por el Espíritu, el Vicario de Cristo en la tierra (Jn. 14:16), el que vino para tomar de lo suyo y hacerlo saber (Jn 16:13, 14). No atender a la amonestación y advertencia del Señor es depreciar también al Espíritu Santo y mostrar rebeldía contra Él. Al pecado generalizado en la iglesia se añadiría el de desobediencia individual a los creyentes que no presten atención a la demanda del Señor.

El mensaje concluye con una promesa, que tiene unos destinatarios: Τῷ νικῶντι, *"al que venciere"*, o también *"al que sea vencedor"*. El vencedor es

el que muestra fidelidad al Señor y con ello pone de manifiesto su condición de salvo. El vencedor es aquel que vive la victoria a la que Cristo le lleva en su vida espiritual (Ro. 8:37). Los vencedores son aquellos que se visten de toda la armadura de Dios y con ello capaces de apagar los dardos de fuego del maligno y permanecer firmes en medio del conflicto que el enemigo desata contra los fieles (Ef. 6:11 ss.). Vencedor es el que pelea la buena batalla y se mantiene en la fidelidad (2 Ti. 4:7). Estos son aquellos que tienen experiencia de victoria venciendo al maligno (1 Jn. 2:13, 14). No son vencedores por ellos mismos, sino por la fe que los vincula con Aquel que es más que vencedor (1 Jn. 5:4, 5). Los vencedores son, potencialmente, todos los creyentes, los que han nacido de nuevo. Por estar en Cristo son llevados en triunfo continuamente (2 Co. 2:14). La victoria no está en el creyente sino en el poder victorioso, consistente en haber nacido de Dios. El nuevo nacimiento introduce al creyente en una experiencia de libertad y victoria (Col. 1:13). Esa esfera de victoria vence sobre el mundo, donde el amor no está presente. El mundo ha sido vencido por Jesús (Jn. 16:33), y esa victoria de Cristo es el triunfo del cristiano (Ro. 8:37; Ap. 12:11). La victoria tiene que ver contra todo aquello que arrastra a la apatía, la frialdad y el pecado. El creyente en Cristo es llamado a victoria, puesto en un terreno de victoria y debe ser vencedor. Esa victoria se hace realidad en la experiencia del cristiano por medio de la fe. La victoria de la fe, puntual o continua, debiera ser la realidad experimental en la vida cristiana. La fe es el instrumento de victoria que hace al creyente un vencedor, porque lo vincula en dependencia absoluta con Cristo y su poder, descansando plenamente en Él, en una entrega sin reserva.

La promesa alcanza a todo aquel que oiga, esto es, comprenda y acepte la demanda del Señor, lo que el Espíritu dice a las iglesias. Es una promesa concreta: δώσω αὐτῷ, *"le daré"*, en sentido de conceder. Es un acto de decisión propia del Señor y, por tanto, una manifestación de la gracia. El vencedor no tiene derecho a reclamar nada porque Dios ha provisto todos los recursos para que lo sea, sin embargo, la gracia otorga bendiciones especiales a los vencedores. El Señor promete que δώσω αὐτῷ φαγεῖν, *"le daré a comer"*. Este verbo expresa una relación de comunión íntima con Él. Así lo enseñó en su ministerio (Jn. 6:51-59). Le dará a comer ἐκ τοῦ ξύλου τῆς ζωῆς, *"del árbol de la vida"*. El pecado había interrumpido la posibilidad de acceso del pecador al árbol de la vida que Dios había puesto en Edén (Gn. 3:22). La palabra árbol es la misma que se usa para referirse al *árbol de la Cruz*, es decir, para designar la Cruz. En la Cruz el Señor llevó la maldición del pecador, para que el pecador creyente pueda acceder a la bendición de Dios, que lleva aparejada el perdón de pecados, la vida eterna y la comunión con Dios (Hch. 5:30; 10:39; 13:29; Gá. 3:13; 1 P. 2:24; 1 Jn. 1:3). Figuradamente tiene que ver con abundancia de vida. El Señor dice que el árbol de vida ὅ ἐστιν ἐν τῷ παραδείσῳ τοῦ Θεοῦ, *está en el paraíso de Dios*, expresión simbólica que se refiere al lugar donde se

manifiesta la presencia de Dios. Expresa la plena relación en comunión entre el Señor y los suyos. Está refiriéndose, por tanto, al pleno disfrute de la vida eterna. ¿Es una promesa escatológica o actual? Ambas cosas. Es actual porque el disfrute de la vida plena en el tiempo histórico de los hombres consiste en la relación sin obstáculos con el Señor. En Él todo es posible (Ef. 4:13); sin Él no hay capacidad para obrar conforme a Dios y llevar fruto según su propósito (Jn. 15:5). Pero, junto con la promesa para el presente, está también para la eternidad. El creyente disfrutará eternamente de la comunión con Dios, en una vida plena y abundante, en Su presencia.

El mensaje a la iglesia en Esmirna (2:8-11).

La presentación del Señor (2:8).

8. Y escribe al ángel de la iglesia en Esmirna: El primero y el postrero, el que estuvo muerto y vivió, dice esto:

Καὶ τῷ ἀγγέλῳ τῆς ἐν Σμύρνῃ ἐκκλησίας γράψον·
Y al ángel la en Esmirna iglesia, escribe:
Τάδε λέγει ὁ πρῶτος καὶ ὁ ἔσχατος, ὃς ἐγένετο νεκρὸς καὶ ἔζησεν·
Esto dice el primero y el último, el que vino a estar muerto y vivió.

Notas sobre el texto griego.

El mensaje a la iglesia en Esmirna comienza con la conjunción καὶ, *y*, que establece una relación con el mensaje que antecede, seguida de τῶ, caso dativo masculino singular del artículo determinado, *al*; ἀγγέλῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo que se usa para referirse a *ángel*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado*, de la*; seguido de ἐν, preposición que rige dativo, *en*; Εμύρεῃ nombre propio de ciudad, *Esmirna*; ἐκκλησίας, caso nominativo femenino singular del sustantivo, *iglesia*; γράψον, segunda persona singular del aoristo de imperativo en voz activa del verbo γράφω, *escribir*, aquí como *escribe*. Una segunda cláusula que inicia el mensaje con τάδε, caso acusativo neutro plural del pronombre demostrativo, *esto*; λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, equivalente a *decir, hablar, responder, ordenar, etc.*, aquí con significado de *dice*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; πρῶτος, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral ordinal, *primero*; seguido de καὶ, conjunción, *y*; que precede a ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; ἔσχατος, caso nominativo masculino singular del adjetivo, *último*; ὃς, caso nominativo masculino singular del pronombre relativo, *el que*; ἐγένετο, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, con amplio significado aquí en sentido de *acontecer, llegar a ser*, aquí como *vino a estar*; νεκρὸς, caso nominativo masculino singular del adjetivo, *muerto*; καὶ, *y*; ἔζησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ζάω, *vivir*, aquí como *vivió.*

Καὶ τῷ ἀγγέλῳ τῆς ἐν Σμύρνῃ ἐκκλησίας γράψον. Juan recibe instrucciones del Señor para escribir la carta que Él enviaba a su iglesia en Esmirna. La carta se envía por mediación del *ángel*, el mensajero de la iglesia. Sobre el significado de la palabra *ángel*, se consideró ya antes en relación con la primera carta a la iglesia en Éfeso[13]. La ciudad de Esmirna era una de las grandes ciudades del Asia Menor. La primera ubicación de la ciudad se encontraba en el extremo noreste del golfo de Esmirna, que fue destruida por los lidios en el s. VI a.C. Los habitantes de la ciudad huyeron a las poblaciones cercanas quedando la ciudad en ruinas hasta el s. IV a.C. cuando Alejandro el Grande la reconstruyó, haciéndolo en el extremo sureste del golfo. Está situada a unos 68 Km. de Éfeso en dirección norte sobre la vía romana. La ciudad tenía un magnífico puerto doble; el exterior situado en el golfo donde anclaban las naves que venía a Esmirna; el interior, al que se accedía por una entrada angosta que podía cerrarse mediante una cadena. La ciudad se extendía desde la bahía hasta el monte Pagus donde estaba edificada la magnífica acrópolis. La ciudad estaba dotada de amplias calles que se cruzaban unas con otras en ángulo recto. Un buen número de plazas, muchas de ellas porticadas, se asentaban en distintos lugares de la ciudad. Un gran acueducto llevaba agua a la ciudad que pudieron haber alcanzado fácilmente los doscientos mil habitantes, número muy importante para los tiempos de Juan. Las investigaciones arqueológicas sobre la ciudad primitiva, son prácticamente imposibles, por cuanto la ciudad actual se ha edificado sobre las ruinas de la antigua. La ciudad primitiva fue destruida, casi por completo, por un terremoto ocurrido en el 178 d.C. El emperador Marco Aurelio reconstruyó grandes partes de la ciudad. En donde son posibles las excavaciones, han puesto al descubierto restos de la ciudad reconstruida por los romanos, por tanto, no tiene relación con la de los tiempos de Juan. La ciudad alcanzó una importancia geoestratégica muy grande rivalizando con las otras dos grandes metrópolis del área: Éfeso y Pérgamo. La ciudad tenía una escuela de medicina e imprimía su propia moneda. El nombre Esmirna significa *mirra*, de ahí que los que consideran las iglesias como figuras de un determinado período de la iglesia, sitúen a esta como tipo de la iglesia en las persecuciones, tanto del período apostólico como del subsiguiente.

La evangelización de Esmirna debió ocurrir desde Éfeso y por el trabajo de los creyentes que formaban la iglesia en esta ciudad, que con la presencia de Pablo en ella, alcanzaron toda el área geográfica (Hch 19:10). Por la Historia de la Iglesia se sabe que fue una congregación fiel, a pesar de las persecuciones y conflictos que tuvo que soportar, lo que da a entender que asumieron el desafío que Cristo les planteó en la carta que les envió por medio de Juan (2:10). La iglesia se mantuvo firme en la fe, de modo que cuando Ignacio de Antioquia iba preso a Roma para el martirio *ca.* 115 d.C., escribió en Esmirna cuatro de sus

[13] Ver comentario sobre 2:1.

siete cartas. Dos se dirigieron a esta congregación y a su obispo Policarpo, discípulo del apóstol Juan. Según la tradición histórica Policarpo fue quemado vivo a los 86 años de edad, *ca.* 156, porque se negó a blasfemar de Cristo.

El Señor se presenta con un título que repite, la presentación de la gloria del Señor (1:17). La presentación aquí está relacionada con la perfección incomunicable de la eternidad de Dios. Τάδε λέγει ὁ πρῶτος καὶ ὁ ἔσχατος, *"esto dice el primero y el postrero"* es una expresión semítica del lenguaje que expresa la idea de *atemporalidad*. El escritor a los Hebreos utiliza una expresión semejante cuando dice que *"Jesucristo es el mismo, ayer, y hoy, y por los siglos"* (He. 13:8). En alguna manera es la traslación de la revelación de Dios a Moisés como *"Yo soy el que soy"* (Ex. 3:14). El Señor es también el primero destinado desde la eternidad a una muerte violenta (1 P. 1:18-20), y es también el último que permanecerá eternamente cuando todos sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies (Sal. 110:1; 1 Co. 15:25-28).

Un segundo título tiene relación con la obra de Cristo y su gloriosa posición. El es ὃς ἐγένετο νεκρὸς καὶ ἔζησεν, *"el que estuvo muerto y vivió"*. El verbo que Juan utiliza indica un *llegar a ser*, *venir a ser*, como algo que se produce. Jesús no murió, sino que *fue muerto*. Manos humanas condujeron al Señor a la muerte y ejecutaron la acción de crucificarle para darle muerte. Pedro afirma que los hombres *"mataron al Autor de la vida"* (Hch. 3:15). Es cierto que nadie podía quitarle la vida, y que sólo Él tenía poder para ponerla y para volverla a tomar, sin embargo, su muerte fue llevada a cabo por manos de hombres, pero siempre *"por determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios"* (Hch. 2:23). Jesús *estuvo muerto*, y lo estuvo por mano ajena. Después de su muerte la resurrección le introduce nuevamente, en cuanto a humanidad, en la esfera de la vida de inmortalidad. El que estuvo muerto, volvió a la vida. Éste que padeció una situación de confrontación hasta la muerte, puede alentar y servir de ejemplo a quienes están en un camino semejante a causa de la fidelidad al Señor. Por someterse a la voluntad del Padre, puso su vida hasta morir (Jn. 10:28). Esta entrega voluntaria expresa la realidad de un amor sin medida y sin reserva. Murió en entrega de fidelidad al Padre y en entrega de salvación al mundo. La fidelidad se expresa en la afirmación que, en medio de la agonía, hizo en oración con gran clamor y lágrimas: *"no se haga mi voluntad sino la tuya"* (Lc. 22:42). Por cuanto Él había pasado por esta experiencia, era poderoso para socorrer a los suyos en una situación de prueba y persecución intensa (He. 2:18). Pero, además de ejemplo en la confrontación, la lucha y aún la muerte por fidelidad, es también ejemplo de gloria a la que accede luego de la fidelidad hasta la muerte y muerte de Cruz (Fil. 2:9-11). El que pasó por la agonía de Getsemaní, el sufrimiento de la cruz y la experiencia del sepulcro, fue levantado de entre los muertos y coronado de gloria, habiendo recibido un nombre de autoridad y honor supremos. De este

estado habló a los suyos luego de la resurrección, diciéndoles que había recibido toda autoridad en cielos y tierra (Mt. 28:18). Posiblemente algunos de los creyentes en Esmirna tendrían que dar su vida por el testimonio del evangelio, pero el Señor que murió y vive para siempre, tiene poder sobre el sepulcro y la muerte, por tanto, su presentación debe infundir el aliento y ánimo necesarios para la fidelidad a cualquier precio (1:18). La presentación del Señor es alentadora para quienes están expuestos a morir por la fe (Jn. 14:19). Una fuente de supremo consuelo en las horas de la adversidad consiste en acordarse de Jesús y su obra. Ese era el consejo que Pablo daba a su *hijo* en la fe, Timoteo: *“Acuérdate de Jesucristo, del linaje de David, resucitado de los muertos conforme a mi evangelio”* (2 Ti. 2:8).

Elogios (2:9).

9. Yo conozco tus obras, y tu tribulación, y tu pobreza (pero tú eres rico), y la blasfemia de los que se dicen ser judíos, y no lo son, sino sinagoga de Satanás.

οἶδα σου τὴν θλῖψιν καὶ τὴν πτωχείαν, ἀλλὰ πλούσιος εἶ, καὶ τὴν
Se de ti la tribulación y la pobreza pero rico eres, y la
βλασφημίαν ἐκ τῶν λεγόντων ’Ιουδαίους εἶναι ἑαυτοὺς καὶ οὐκ
blasfemia de los que dicen Judíos ser ellos mismos y no
εἰσὶν ἀλλὰ συναγωγὴ τοῦ Σατανᾶ.
son sino sinagoga - de Satanás.

Notas sobre el texto griego.

La revelación del Señor sobre la iglesia comienza con οἶδα, primera persona singular del perfecto segundo de indicativo en voz activa del verbo εἴδω, en su forma οἶδα, que hace las veces de presente, remplazando al inusitado εἴδω, *saber, entender, conocer*, aquí como *se*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal, *de ti*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado, *la*; θλῖψιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo, *tribulación, aflicción, estrechez, angustia*; καὶ, conjunción, *y*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado, *la*; πτωχείαν, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *pobreza*; con la conjunción adversativa ἀλλὰ, *pero*; πλούσιος, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *rico*; εἶ, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *eres*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado, *la*; βλασφημίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *blasfemia, maledicencia, murmuración*; ἐκ, preposición de genitivo, *de*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado, *los*; λεγόντων, caso genitivo masculino plural con el participio presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir,* aquí como *que dicen*; ’Ιουδαίους, caso acusativo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de perteneciente al pueblo hebreo, o perteneciente a la religión, *judíos*; εἶναι,

presente de infinitivo en voz activa del verbo, εἰμί, *ser*; ἑαυτοὺς, caso acusativo masculino singular del pronombre reflexivo, *ellos mismos*; καὶ, conjunción *y*; οὐκ, adverbio de negación, *no*; εἰσὶν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *son*; seguido nuevamente de la conjunción adversativa ἀλλὰ, *sino*; συναγωγὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota, *congregación, reunión, sinagoga*; Σατανᾶ, caso acusativo masculino singular del nombre propio, *de Satanás*.

El Señor conoce perfecta y totalmente cuanto ocurre en la iglesia. La expresión *"tus obras"*, en sentido de conocer no está atestiguado en los mss seguros. Posiblemente sea una interpolación de un copista. La lectura debe ser οἶδα σου τὴν θλῖψιν καὶ τὴν πτωχείαν, *"yo conozco tu tribulación y pobreza"*. El verbo conocer revela aquí la comprensión total de cuanto está ocurriendo en la iglesia en Esmirna. El Señor conocía que estaba pasando por un tiempo de tribulación. La palabra griega θλῖψιν, traducida por *tribulación*, es un término muy intenso para referirse a sufrimiento; no era una situación transitoria de incomprensión o de hostilidad, sino de intensas dificultades y persecuciones. La acepción de esta palabra tiene que ver con *oprimir, aplastar, apretar*, lo que en sentido figurado se convierte en *afligir*. Es una palabra que se relaciona con sufrimiento intenso, así se usa para referirse al sufrimiento de los pobres, principalmente de las viudas y los huérfanos (2 Co. 8:13; 1 Ti. 5:10; Stg. 1:27); se aplica también a una gran calamidad producida por el hambre (Hch. 7:11); e incluso se usa para los dolores de parto (Jn. 16:21). En el caso de la iglesia en Esmirna, el Señor conocía los sufrimientos y aflicciones intensas por los que pasaban, probablemente por la persecución y opresión de los enemigos del cristianismo.

Además de la aflicción conocía también τὴν πτωχείαν, *"su pobreza"*. Esta palabra que puede tomarse en ocasiones como referencia a pobreza en espíritu, en este caso debe considerarse como pobreza literal, es decir, carencia de bienes. La palabra que utiliza Juan no se refiere a quien tiene lo imprescindible, sino a quien no tiene absolutamente nada. Es muy posible que ambas cosas estén estrechamente ligadas, la persecución por la que atravesaban degeneró en extremada pobreza. Las persecuciones contra los cristianos, cuya religión no era autorizada en el imperio romano en los días de Juan, conducían muchas veces al expolio de los bienes. Algunos creyentes perdían sus propiedades por el testimonio de Jesucristo, como recuerda en escritor a los Hebreos: *el despojo de vuestros bienes sufristeis con gozo"* (He. 10:34). Algunos pasaban por la confiscación de sus bienes. Sin embargo, aunque no hay alegría en la pérdida de los bienes, como en el caso de los hebreos, los cristianos no pierden el gozo en la adversidad, ya que es el resultado de la obra del Espíritu en el corazón regenerado (Gá. 5:22). El sufrimiento por Cristo es gozoso al ser tenidos por dignos de padecer por el que padeció por nosotros

hasta la muerte (Hch. 5:41). La pérdida de los bienes se acepta con paz espiritual teniendo en cuenta el ejemplo del Señor que se hizo pobre siendo rico para enriquecer al creyente (2 Co. 8:9).

Ἀλλὰ πλούσιος εἶ. Sin embargo, en medio de la pobreza extrema de los bienes temporales, esta iglesia era rica. Al lado de la opresión que es rechazada por el mundo y de la pobreza que el mundo no desea, está la riqueza que Cristo conoce. Los cristianos que por la acción opresora de los enemigos del evangelio, pueden llegar a no tener nada, a los ojos de los hombres, lo poseen todo a los ojos de Dios. De ahí, que el apóstol Pablo diga *"como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo"* (2 Co. 6:10). Como Cristo mismo, los cristianos en Esmirna eran verdaderamente pobres, pero esa pobreza suya servía para enriquecer espiritualmente a muchos, que eran por ellos alcanzados para Dios y salvos para vida eterna. Eso es lo que Cristo mismo hizo por los creyentes (2 Co. 8:9). Los hombres podían considerar a los cristianos en Esmirna como carentes de todo, pero eran poseedores de todo como herederos de Dios y coherederos con Cristo (Ro. 8:17, 32). Por ser hijos son herederos de todas las riquezas del Padre. Dios mismo es la herencia de los suyos (Sal. 16:5, 6). Estos pobres para el mundo son *coherederos con Cristo*. La herencia de Dios no se divide, es compartida por igual por todos los herederos. Es la herencia de los santos en luz (Col. 1:12). Cristo es el Unigénito del Padre (Jn. 1:14). La herencia total es suya por esa condición y, por estar en Él, es también del creyente. Los que estaban padeciendo pobreza estaban *"padeciendo juntamente con Cristo"*. Ese *"co-padecer"* con Él es un privilegio dado a los creyentes (Fil. 1:29). El camino del Señor hacia la gloria fue el camino de la cruz y del sufrimiento (Lc. 24:26). El creyente que está en Cristo sigue ese mismo camino (1 P. 1:21). Las aflicciones temporales producen en el cristiano un más excelente y eterno peso de gloria (2 Co. 4:17). Por tanto estos *pobres*, para el mundo *eran ricos* para el Señor. Por eso dice también Pablo: *"Porque todo es vuestro: sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir, todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios"* (1 Co. 3:21-23). A aquellos *pobres* de Esmirna les correspondía todo, por cuanto son herederos de Dios en Cristo. Los líderes y maestros en la iglesia son de los creyentes por cuanto son dados para su servicio (Ef. 4:11-12); el mundo que es de Cristo como heredero (Col. 1:15) lo es también de los creyentes como coherederos con Él. Estos *pobres* del mundo juzgarán un día el sistema que los oprimió (1 Co. 6:2). La verdadera vida es posesión del creyente (Jn. 10:28) y en el momento actual la plenitud de vida no son bienes pasajeros sino la vivencia de Cristo (Fil. 1:21). La vida en plenitud es vivir en la plenitud de Cristo (Col. 2:9-10). La muerte, que amenazaba la vida de los cristianos en Esmirna era de ellos, por cuanto había sido vencida por Cristo (1 Co. 15:21, 55). El creyente sabe que su resurrección será un hecho y la muerte quedará absorbida en victoria por la vida (1 Co. 15:54). La muerte

inquieta a los opresores de los creyentes en el mundo, pero para el creyente es una nueva experiencia en Cristo, siempre segura, por cuanto es *"dormir en el Señor"* (1 Ts. 4:14). Lo que es ruina para muchos es ganancia para el cristiano (Fil. 1:21), porque la muerte no puede separar al creyente de Cristo (Ro. 8:38). La muerte física que segaba la vida de algunos en Esmirna, era simplemente el modo de acceder a la presencia del Señor (2 Co. 5:8; Fil. 1:23). Incluso el presente, rodeado de dificultades, persecuciones y miserias, es también de los creyentes, porque Jesucristo tiene toda autoridad sobre el presente, tanto en cielos como en tierra (Mt. 28:18). Él está sentado en la majestad de las alturas como supremo soberano (Hch. 5:31). El es el Rey de reyes y Señor de señores (Ap. 19:16). El presente es del creyente por vinculación con Cristo. El presente, aparentemente adverso y doloroso para los cristianos de la iglesia en Esmirna, es de continua bendición para el creyente porque goza en todo momento de la compañía de su Dios (Sal. 23:4); porque el presente está en la mano de Dios y es conducido por Él para su bien (Ro. 8:28). Mientras el mundo se inquieta, aunque de la impresión que ha vencido sobre el creyente, éste confía plenamente porque sabe cual es la provisión de Dios para Él (Ro. 8:32). Y el futuro, que desde la perspectiva humana de los cristianos en Esmirna no tenía nada de halagüeño, está también subordinado al Señor de gloria (Fil. 2:9-11). El futuro no tiene que ver con la persecución y la muerte, sino con el triunfo de Dios y la glorificación de su Iglesia. Los creyentes, por fe, disfrutan ya de lo que el futuro les depara como suyo (1 P. 1:4-5). La iglesia reinará con Cristo a pesar del sufrimiento que tenga que afrontar durante su peregrinación (Ap. 2:26-28; 3:21). Los pobres del mundo son herederos del reino (Stg. 2:5). Los opresores tenían los tesoros de los cristianos, pero eran pobres para Dios (Lc. 12:21).

Todavía añade una situación más de conflicto, que el Señor conocía perfectamente: τὴν βλασφημίαν ἐκ τῶν λεγόντων Ἰουδαίους εἶναι ἑαυτοὺς, *"la blasfemia de los que se dicen ser judíos"*. El sustantivo *blasfemia*[14], así como el verbo[15] *blasfemar*, expresan la idea de decir mal de otro. Los creyentes eran injuriados, desprestigiados y calumniados. La maledicencia procedía de religiosos fanáticos de la literalidad de la Ley, pero ajenos al espíritu de la misma. Para los fanáticos judíos de los tiempos de Juan, Cristo y su libertad eran piedra de tropiezo (1 P. 2:7-8). La maledicencia es un pecado grave porque afecta la vida de la persona contra la que se habla. Lamentablemente es uno de los grandes males extendidos en la sociedad de cualquier tiempo y, aún más grave, cuando si la murmuración procede de un creyente. Los enemigos del cristianismo acusaban a los creyentes de ser *"malhechores"* (1 P. 2:12), porque seguían a quien los judíos consideraban

---

[14] Griego: βλασφημία.
[15] Griego: βλασφημέω.

como malhechor por rebeldía contra el Cesar, y blasfemo por hacerse Dios. Los judíos solían acusar a los cristianos de seguir a Uno que había sido muerto por sedicioso, contrario al poder establecido. Calumniar a un cristiano es hacerlo contra Cristo mismo, objeto de su fe. Perseguir a un creyente por su fe es perseguir a Jesús (Hch. 9:4). Los calumniadores decían de ellos mismos que eran judíos. Sin embargo los verdaderos judíos no son los descendientes biológicos de Abraham, sino los que son hijos de él, según la fe (Ro. 2:28-29). Aquellos fanáticos calumniadores y perseguidores de los cristianos que se llamaban a ellos mismos judíos, se reunían en la sinagoga judía de la ciudad. La sinagoga era la reunión de los creyentes hebreos para el culto, la lectura de la ley y la adoración a Dios. Se entendía que en un lugar donde se reunían para adorar a Dios, la congregación, la sinagoga, estaba presidida por Dios mismo. Sin embargo, Jesús dice que aquellos no se congregaban en el nombre del Señor, καὶ οὐκ εἰσὶν, *y no son*, es decir, no eran lo que decían ser, sino que ellos eran ἀλλὰ συναγωγὴ τοῦ Σατανᾶ, *sinagoga de Satanás,* congregación presidida por el demonio. El que es malediciente es instrumento en mano de Satanás e impulsado por él, un servidor de sus propósitos (Stg. 3:6; 4:11). Cristo llamó a los líderes religiosos y a los judíos fanáticos de su tiempo *"hijos del diablo"* (Jn. 8:44). Satanás es el adversario y opositor de los que aman y sirven al Señor (1 P. 5:8).

Exhortación (2:10).

10. No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Se fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida.

μηδὲν[1] φοβοῦ ἃ μέλλεις πάσχειν. ἰδοὺ μέλλει βάλλειν ὁ διάβολος ἐξ
Nada temas lo que vas a padecer; Mira va a echar el diablo de
ὑμῶν εἰς φυλακὴν ἵνα πειρασθῆτε καὶ ἕξετε[2] θλῖψιν ἡμερῶν
vosotros en cárcel para que seais puestos a prueba y tendréis tribulación días
δέκα. γίνου πιστὸς ἄχρι θανάτου, καὶ δώσω σοι τὸν στέφανον τῆς
diez. Se fiel hasta muerte y daré te la corona de la
ζωῆς.
vida.

Notas sobre el texto griego.

Crítica textual.

[1] Dos variantes principales se aprecian en el texto. La primera relativa al uso del adverbio: un grupo de mss usa μηδὲν, *nada,* que aparece en א, P, 1, 94, 1006, 1611, 1828, 1854, 1859, 2942, 2053, 2065, 2073, 2981, 2138, 2344, 2432, it[ar, c, dem, div, gig, haf, t, z], vg, syr[ph, h], cop[sa], Cipriano, Primasio, Andrés[a, bav, c], Aretas.

En otra alternativa se lee μή, *no*, atestiguado en A, C, 046, 2020, cop[bo], arm, ath, Andrés[p]. En base a la evidencia mayoritaria y la calidad de los mss. se sigue la lectura del primer grupo.

[2] La segunda variante está relacionada con καὶ ἕξετε, que aparece atestiguada en א, 046, 94, 1006, 1611, 1828, 1859, 2020, 2042, 2138, it[ar, c, dem, div, haf, t, z], vg, syr[ph, h], cop[bo], arm, Ticonius, Andres[a, c, p], Haymo, Aretas.

En otro grupo se lee καὶ ἕξητε, lectura atestiguada en 88, 110, 627, 2048, 2074.

Otra lectura contiene καὶ ἔχετε, como ocurre en C, 1, 2053, 2073, 2081, cop[sa], Andres[mss]

Un cuarto grupo tiene καὶ ἔχητε, como aparece en A, P, 1854, 2065, 2344, 2432, cop[bo], Primasius, Andres[bav]; aparece omitido καὶ ἕξετε θλῖψιν, en it[gig]. Dado la mayor fiabilidad del primer grupo, se sigue esta lectura que es también la del Receptus.

La exhortación del Señor comienza con el adverbio de negación μηδὲν, que equivale a *en nada, de modo alguno, de ningún modo*; φοβοῦ, segunda persona singular del presente de imperativo en voz pasiva del verbo φοβέω, *temer, tener miedo,* aquí como *temas*; ἃ, caso acusativo neutro plural del pronombre relativo, *lo que*; μέλλεις, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo μέλλω, *estar a punto, venir, comenzar*, aquí como *vas, estás a punto de comenzar*; πάσχειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo πάσχω, *sufrir, padecer*, aquí como *sufrir.* Una segunda cláusula se introduce aquí con una advertencia enfática con ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia, *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; μέλλει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo μέλλω, *comenzar, estar a punto, venir,* aquí como *está a punto, va*; βάλλειν, infinitivo presente en voz activa del verbo βάλλω, *arrojar, echar, lanzar, meter*, aquí como *echar*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; διάβολος, caso nominativo masculino singular del sustativo que denota *diablo*; seguido ἐξ, forma que adopta la preposición ἐκ, delante de vocal y que significa *de*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal, *vosotros*; εἰς, preposición que rige acusativo, *en*; φυλακὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que se usa para designar *prisión, cárcel, guardia, vigilia*; seguido de la conjunción ἵνα, *que, para que*; πειρασθῆτε, segunda persona plural del aoristo primero de subjuntivo en voz pasiva del verbo πειράζω, *probar, tentar,* aquí como *seáis puestos a prueba*; y ἕξετε, segunda persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tendréis*; θλῖψιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *tribulación, aflicción, angustia*; ἡμερῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo, *días*; δέκα, caso genitivo

femenino plural del adjetivo numeral cardinal, *diez*. Una tercera cláusula de promesa, se inicia con γίνου, segunda persona singular del presente de imperativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, originarse*, aquí como *se*; πιστὸς, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa condición de *fiel*; seguido de la preposición de genitivo ἄχρι, *hasta*; θανάτου, caso genitivo femenino singular del sustantivo, *muerte*; y δώσω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar*, aquí como *daré*; σοι, caso dativo singular del pronombre personal, *te*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *la*; στέφανον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *corona*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado, *de la*; ζωῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo, *vida*.

Las palabras de Jesús representaban una absoluta seguridad en la prueba o conflicto. Jesús dice a la iglesia en Esmirna: μηδὲν φοβοῦ ἃ μέλλεις πάσχειν *"no temas en nada lo que vas a padecer",* literalmente *"nada temas"*. El verbo está en imperativo, por tanto, debe tomarse como un mandamiento mucho más que como consejo. El verbo en presente indica también una acción continuada, como si el Señor dijese a la iglesia: *"deja de tener miedo"*. El Dios de la gracia advierte a sus hijos que tendrían que pasar por cosas peores que la pobreza y la maledicencia, anunciándoles aflicciones más intensas. Esos nuevos conflictos, dificultades y angustias estaban a punto de llegar.

Ἰδοὺ μέλλει βάλλειν ὁ διάβολος ἐξ ὑμῶν εἰς φυλακὴν ἵνα πειρασθῆτε. Las aflicciones anteriores habían sido producidas por hombres, sin duda instrumentos en manos de Satanás, pero las que iban a venir procederían de Satanás mismo: ἰδοὺ… ὁ διάβολος, *"He aquí el diablo"*. Ese título correspondiente a Satanás, significa *acusador* y *calumniador.* Eso fue lo que sus hijos, los que se llamaban judíos y no lo eran, hicieron contra los cristianos. Sin embargo, al no conseguir apartarlos de la fe, sino que los fortalecía en ella, es el diablo mismo quien toma sobre sí la responsabilidad de generar una nueva situación de pruebas y persecuciones. Ambas cosas, acusaciones y calumnias, que fueron usadas por sus seguidores, serían más intensas y refinadas al ser producidas por Satanás mismo. El Señor les advierte que la persecución era inminente: μέλλει βάλλειν, *va a echar.* El verbo βάλλειν, traducido como *echará*, indica una acción inmediata o próxima, equivalente a *está a punto de echar*. Algunos de los creyentes serían conducidos a prisión en ese tiempo de tribulación que estaba a punto de empezar: μέλλει βάλλειν… ἐξ ὑμῶν εἰς φυλακὴν, *"está a punto de echar a algunos de vosotros en la cárcel"*. El verbo echar es sumamente ilustrativo ya que expresa la idea de arrojar, y en las cárceles, sobre todo a las celdas de máxima seguridad se accedía por un brocal practicado en el techo, de modo que Satanás iba a arrojar a algunos de los creyentes *por la abertura* a la celda.

El propósito de toda aquella acción que desembocaría en dura persecución, tenía el propósito de que los creyentes ἵνα πειρασθῆτε, *fuesen probados*. La acción sería completa. El verbo en aoristo establece algo realizado totalmente. La prueba, aunque suponía aflicción y dificultades, tenía que ver con dar solidez a la fe del probado. El propósito de Satanás es avieso, para que el creyente caiga y flaquee en su fidelidad. Eso lo intentó siempre, como ocurrió con Job en la antigüedad. En tiempos apostólicos, los judíos, como hizo Saulo de Tarso, procuraban acosar a los cristianos intentando que maldijesen el nombre del Señor Jesucristo (Hch. 26:11). La fe cristiana sale fortalecida en medio de las pruebas. Es el crisol espiritual que robustece y mejora la calidad de la fe. El apóstol Pedro enseña esta verdad cuando escribe: *"En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo"* (1 P. 1:6-7). Las pruebas y aflicciones vienen a la experiencia del creyente por permisión divina. Las pruebas tienen el propósito de aquilatar la fe, siendo piedras de toque que manifiestan la calidad de fe del creyente. La vida de fe es comparada con un metal precioso y se demuestra que es más valiosa que el oro que *perece*, es decir, se desgasta. El segundo objetivo de la prueba es *purificar la fe*, que siendo *"mucho más preciosa que el oro"* ha de ser purificada por medio del fuego de las pruebas. El resultado final de la prueba de la fe es que *"sea hallada en alabanza, gloria y honra"*. La misma verdad fue enseñada también por el Señor (Mt. 5:11-12). La alabanza gloria y honra será, primeramente para Dios mismo, pero también para el creyente que recibirá coronas.

El tiempo de aflicción para los cristianos en Esmirna se iba a producir, ya que el Señor les anuncia: ἕξετε θλῖψιν *"tendréis tribulación"*, sin embargo sería por un tiempo determinado: ἡμερῶν δέκα, *"por diez días"*. No debe utilizarse aquí una interpretación literal en el sentido de ser diez días de veinticuatro horas, sino que se trata de una expresión que se refiere a un tiempo completo pero corto. Sin embargo, hay exegetas que entienden ese tiempo en forma literal; de esa manera escribe el Dr. Carballosa:

"Hay quienes alegorizan la expresión 'diez días' y afirman que significa diez diferentes persecuciones imperiales. Debe observarse, sin embargo, que el texto no habla de diez persecuciones, sino de una sola. Además, el sustantivo 'dias' debe tomarse en el sentido literal. Por supuesto, la frase tampoco se refiere a la tribulación escatológica que ha de preceder a la venida de Cristo en gloria. La interpretación más sensata es la que da a la expresión 'diez días' su sentido más normal. Dicha frase está en el caso genitivo de tiempo, indicando no que la persecución duraría diez días, sino que ocurriría dentro de

ese espacio de tiempo. La duración no es lo importante, sino los acontecimientos que tendrían lugar dentro de ese espacio de tiempo"[16].

El principal problema de esta interpretación literal consiste en determinar cuando ocurrió históricamente. El Señor advierte que sería por ἡμερῶν δέκα, *"diez días"*, si lo que determina la expresión temporal es que ocurriría en un período de diez días, necesariamente habría que establecerlo históricamente en relación con las persecuciones que sufrieron los cristianos en el área de Esmirna. Esto establece una base para entender que se trata de un período de tiempo completo pero corto, como indica el simbolismo del número diez. A modo de mera curiosidad, de las diez grandes persecuciones que los emperadores romanos desencadenaron contra los cristianos, la última, promovida por Diocleciano, que fue la más intensa de todas ellas, duró diez años. Históricamente la iglesia en Esmirna sufrió dos grandes persecuciones; en la primera murieron no menos de mil quinientos cristianos y en la segunda se cuentan alrededor de ochocientos. Como en los días de Isaías, el Señor envía el anuncio de prueba a su pueblo por un tiempo breve para alentarle en medio del conflicto (Is. 26:20). Esas aflicciones producen en el creyente un excelente y eterno peso de gloria (2 Co. 4:17). De la misma manera en la referencia anteriormente citada del apóstol Pedro, advierte que la tribulación dura por *"poco tiempo"* (1 P. 1:6). Aunque desde la perspectiva humana parezca largo, como siempre lo es el tiempo de prueba, la duración de la dificultad es *poco*, comparado con las glorias eternas que están reservadas para el creyente. Las pruebas vienen a la experiencia del cristiano sólo cuando *son necesarias*. Esta *necesidad* está determinada por la sabiduría infinita de Dios, que conoce lo que es bueno para sus hijos en cada momento. La prueba es un recurso de la disciplina o instrucción divina. No es para algunos sino para todos los que son hijos de Dios (He. 12:6-7). Dios permite las pruebas para fortalecer y conducir a sus hijos a la madurez espiritual.

Γίνου πιστὸς ἄχρι θανάτου. Ahora bien, junto con el anuncio de la aflicción que vendría sobre ellos, está la gloriosa promesa de una recompensa final. El Señor les conmina a ser πιστὸς ἄχρι θανάτου, *"fieles hasta la muerte"*. No se trata de un ruego, sino de una demanda, no es una súplica a la fidelidad, sino un mandamiento a ser fieles. El verbo en presente de imperativo implica un sentido de continuidad durante la tribulación, como si el Señor les dijese: *"persistid en venir a ser fieles"*. La fidelidad es una entrega incondicional y absoluta, puntualizada en la expresión ἄχρι θανάτου, *"hasta la muerte"*, en sentido de disposición a entregarse a la fidelidad aunque ello suponga tener que dar la vida. El escritor de la carta a los Hebreos utiliza otra forma para expresar lo mismo: *"resistir hasta la sangre"* (He. 12:4). La idea no

[16] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 67.

es tanto la de ser *fiel hasta que se muera*, sino más bien la de ser *fiel aunque se tenga que morir.* No cabe duda que la vida del cristiano se conforma en todo a la imagen de Jesucristo (Ro. 8:29). Durante su ministerio el Señor anunció repetidas veces a los suyos que subiría a Jerusalén y allí sería entregado en manos de los pecadores y sería muerto. En ningún momento el Señor, que pudo evitarlo puesto que lo conocía de antemano, hizo otra cosa sino afirmar su rostro, es decir, tomar la determinación de asumir aquello para lo que había venido al mundo. El Salvador se hizo hombre para poder morir por los hombres (He. 2:14). La fidelidad manifestada al Padre que le había enviado para hacer la obra, fue expresada por Jesús con aquella enfática afirmación: *"mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra"* (Jn. 4:34). La expresión de la fidelidad consistió en hacerse obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Fil. 2:8). Puesto que el padeció en su vida a causa de la fidelidad a la obra que el Padre le había encomendado, así también los creyentes debemos estar en la misma disposición de perder la vida en la expresión natural de la fe. La fe cotidiana vincula al creyente con Cristo y le permite vivir experimentalmente su vida (Gá. 2:20). Un creyente fiel no estima su vida preciosa para él mismo, sino que su objetivo es cumplir lo que el Señor determinó para él en la esfera del testimonio (Hch. 20:24).

La fidelidad que puede llegar a la muerte, recibirá una recompensa. Dice el Señor δώσω σοι τὸν στέφανον τῆς ζωῆς, *"yo te daré la corona de la vida"*. No se trata de alcanzar la vida por medio del martirio, porque la vida eterna es un don de Dios (Ef. 2:8-9). La vida eterna se recibe por medio de la fe en Cristo (Jn. 3:16; Ro. 6:23; 1 Jn. 5:12). Corona de vida es el galardón que el Señor dará a los creyentes fieles. El término *corona* está referido en el griego a la corona que el vencedor ganaba en una prueba. Los creyentes en Esmirna estaban acostumbrados a ver coronados de laurel los vencedores en las pruebas atléticas que se corrían en el estadio. Cristo tiene determinada una corona para el vencedor en el estadio de la vida y en la carrera del testimonio. Algunos de aquellos tendrían que morir por la fe, pero el Señor les alienta en el trance de la muerte dándoles la seguridad de una recompensa en la vida perdurable, después de la muerte. Algunos comentaristas entienden que la promesa se refiere especialmente al disfrute de la vida eterna después de la muerte, como escribe el Dr. Lacueva:

"El versículo diez termina con esta promesa: 'Y yo te daré la corona de la vida'. Este genitivo es, probablemente, el que técnicamente se llama epexegético, porque en realidad determina la cualidad de la corona; como si dijese: 'Yo te daré una corona que es la misma vida eterna'; es una corona viva y, por tanto, algo exterior a la persona. Lo mismo que en 1 Co. 9:25, 27, se alude aquí a la corona de laurel que se colocaba en la cabeza del vencedor, símbolo de victoria festiva para el ganador de los juegos olímpicos (Esmirna

tenía juegos famosos); no se trata aquí de la diadema real. Es la misma herencia reservada en los cielos, de la que Pedro dice (1 P. 1:4) que es 'incorruptible, incontaminada e inmarcesible'. Ya hemos indicado que esta frase 'corona de vida' tendría un eco especial en los oídos de los creyentes de Esmirna, acostumbrados a contemplar el precioso conjunto de edificios construidos en la cima del monte Pagos y llamado la corona de Esmirna"[17].

Si se trata aquí de la promesa del disfrute definitivo y completo de la vida eterna en la presencia de Dios, la promesa alcanzará a todo creyente, ya que la herencia está reservada para *"nosotros"* sin limitaciones, en la presencia de Dios (1 P. 1:4-5). La Biblia enseña diferentes grados de condenación que hace más soportable la condenación de unos en relación con otros (Mt. 11:22). No quiere decir que no experimenten la amargura de la condenación eterna todos, pero habría distinta intensidad en el sufrimiento de la condenación. De la misma manera habrá distintos grados de gloria para los creyentes en razón de las recompensas expresadas en figuras de coronas conforme a la labor llevada a cabo por cada uno. Así también todos los creyentes disfrutaremos de la herencia de Dios en Cristo, porque en nuestra condición de hijos de Dios en el Hijo, somos *"herederos de Dios y coherederos con Cristo"* (Ro. 8:17). La herencia que está reservada en los cielos está preparada para quienes son *guardados* por Dios para disfrutarla (1 P. 1:5), sin embargo, unos recibirán coronas de vida y otros recibirán otras coronas (siempre entendido esto como un simbolismo que expresa recompensa) conforme a lo que han hecho en su vida como resultado de vivir la experiencia de fe, que capacita para llevar a cabo acciones sobrenaturales o sobrehumanas, como es aceptar la tribulación y la muerte con gozo. Cuando Cristo sea manifestado, esto es, en el tribunal de Cristo, el Señor será entonces galardonador de los suyos (1 Co. 4:5), como Él mismo prometió (Ap. 22:12). Los que hayan muerto por el testimonio de la fe, recibirán una corona de vida. La recompensa gloriosa será aliciente y estímulo para aquellos que en medio de la persecución tendrían que sellar el testimonio con su propia vida. Con todo, sobre la idea limitada de una recompensa por la fidelidad, está la realidad absoluta de que después de la muerte, aunque sea violenta, el creyente recibirá un trofeo de victoria que es la misma *vida*. El que pierde la vida por causa de Jesús, gana la vida, en sentido de que la obra tiene réditos eternos y no temporales.

Apelación y promesa (2:11).

11. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte.

[17] F. Lacueva. o.c., pág. 340 s.

῾Ο ἔχων οὖς ἀκουσάτω τί τὸ Πνεῦμα λέγει ταῖς ἐκκλησίαις. ῾Ο νικῶν
El tenga oído oiga que el Espíritu dice a las iglesias. El que venza
οὐ μὴ ἀδικηθῇ ἐκ τοῦ θανάτου τοῦ δευτέρου.
de ningún modo sufrirá daño de la muerte - segunda.

Notas sobre el texto griego.

La apelación es idéntica a la de la carta anterior, con ὁ, caso nominativo de la segunda persona masculino singular del artículo determinado, *el*; ἔχων, caso nominativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tenga*; οὖς, caso acusativo neutro singular del sustantivo, *oídos*; ἀκουσάτω, tercera persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo ἀκούω, *oiga*; τί, pronombre neutro singular, *que*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado, *lo*, en castellano, masculino, *el*; Πνεῦμα, caso nominativo neutro singular del nombre propio, *Espíritu*; λέγει tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, equivalente a *decir, hablar, responder, ordenar, etc.*, aquí con significado de *dice*; ταῖς, caso dativo de la tercera persona femenino plural del artículo determinado, *las*; ἐκκλησίαις, caso dativo femenino plural del sustantivo, *iglesias*. La segunda cláusula contiene una promesa expresada con ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; νικῶν, caso nominativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo νίκαω, *vencer,* aquí como *venza*; sigue la negación enfática con los dos adverbios de negación unidos οὐ μὴ, que se traduce como *de ningún modo, jamás, en ninguna manera*; ἀδικηθῇ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz pasiva del verbo ἀδικέω, *cometer injusticia*, puede alcanzar el sentido de *perjudicar a alguien*, de ahí que aquí se deba entender como *sufrir un daño*; seguido de la preposición ἐκ, *de*; seguido de τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado*, el*, en castellano *la*; θανάτου, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *muerte*; seguido del artículo τοῦ, que no se traduce en español, relativo a δευτέρου, caso genitivo masculino singular del adjetivo numeral ordinal, *segundo*.

῾Ο ἔχων οὖς ἀκουσάτω τί τὸ Πνεῦμα λέγει ταῖς ἐκκλησίαις. El Señor llama a la iglesia pero pide la respuesta del individuo. El mensaje se dirige a la iglesia pero la apelación debe ser resuelta por cada creyente. El Señor coloca a cada uno de los que oigan el mensaje dirigido a la iglesia en Esmirna y a la de Éfeso, y a las restantes, ya que en el texto *iglesia* está en plural. La apelación es idéntica que la hecha antes en la carta a la iglesia en Éfeso, remitiendo al lector a las consideraciones hechas en aquel lugar[18].

Junto con la apelación una nueva promesa: ῾Ο νικῶν οὐ μὴ ἀδικηθῇ ἐκ τοῦ θανάτου τοῦ δευτέρου. *"El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte"*. Los vencedores son los verdaderos creyentes, como se

[18] Ver comentario a 2:7.

ha considerado ya en relación con la carta a Éfeso. Sólo el creyente es vencedor porque está en Cristo (Ro. 8:37). Sólo en Cristo se puede alcanzar victoria y sólo Dios nos lleva en triunfo siempre en Él (2 Co. 2:14). En Jesucristo están todos los recursos para alcanzar la victoria, produciendo Dios en cada creyente los elementos de voluntad y poder para llevar a cabo sus demandas (Fil. 2:13). Los cristianos todos somos llamados a ser vencedores, por tanto, la promesa tiene relación con cualquier creyente que viva en la esfera de la fe, en dependencia del Señor. El que venza, *"no sufrirá daño"*. El verbo que usa Juan, está en aoristo, lo que indica una acción resuelta definitivamente y expresa la idea de *hacer agravio, recibir injusticia*. Se usa el verbo para referirse a una acción dañina. El verbo está condicionado negativamente mediante el uso de un adverbio de negación y una partícula negativa, que establecen una expresión enfáticamente negativa, equivalente a *de ningún modo, jamás, de ninguna manera*, o semejantes. La promesa al que es fiel, es decir, al verdadero creyente tiene que ver con la seguridad absoluta de no sufrir ningún daño de la *"muerte segunda"*. En el texto griego ambas cosas, el sustantivo muerte y el adjetivo segunda, van precedidos de artículo: τοῦ θανάτου τοῦ δευτέρου, *la muerte, la segunda*. En la Biblia el concepto muerte no es una situación de término, sino un estado de separación. La muerte física es el estado que se produce con la separación entre la parte espiritual y la material en la persona humana. La muerte espiritual es el estado de separación entre el hombre y Dios a causa del pecado. Esta situación de muerte espiritual se resuelve mediante la resurrección del pecador por unión vital con Cristo (Ef. 2:6). Esa muerte espiritual es sustituida por la dotación en gracia de la vida eterna, que siendo privativa y potestativa de Dios, es comunicada al pecador creyente por el único Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre (1 Ti. 2:5). Dotado de vida eterna por unión con Cristo, nunca puede perder este estado de vida al cual fue introducido por gracia mediante la fe (Ef. 2:8-9). La realidad de la vida eterna se expresa por medio de las obras que autentifican la fe, ya que una fe que no produce obras es muerta en sí misma (Stg. 2:17). La vida eterna no se alcanza por obras, pero se manifiesta por ella. De manera que una de las formas de expresar la realidad de la vida eterna que tenían los creyentes de la iglesia en Esmirna, era dar su vida por fidelidad al Señor. Ellos tienen vida eterna que no se pierde jamás. La muerte segunda, literalmente *la muerte, la segunda*, es un estado de separación perpetuo y definitivo, sin posibilidad de restauración al que entra todo pecador que muere físicamente sin haber creído. Esa muerte se pudiera llamar también *muerte eterna*, siempre que se entienda la expresión eterna como *atemporal*. La muerte nunca puede ser eterna porque ha tenido comienzo con el pecado del hombre, en razón a la ejecución de la sentencia divina establecida como responsabilidad penal por el pecado (Gn. 2:17). Pero, aunque con principio, no tiene fin, por tanto, suele decirse que es eterna en el sentido de no concluir jamás porque el tiempo histórico del hombre deja de contar en el estado eterno. Esta muerte segunda se desarrolla en un determinado

lugar llamado *“lago de fuego”* (20:14, 15). Ninguno de los salvos por gracia estará en ese lugar, sino en la presencia de Dios para siempre. Cristo habla de vencedores y debe entenderse como una expresión que comprende a todos los salvos. Pudiera ser que alguno claudicara en su fidelidad y en el testimonio consecuente en la tierra, pero aún así, si realmente es salvo nunca se verá afectado del daño que producirá en los perdidos la segunda muerte.

Esto resuelve definitivamente el problema de la vida en la que sufre injusticia el justo y prospera el impío. Los ojos de la fe penetran en el futuro definitivo de la historia perpetua de cada hombre luego de esta vida, siempre corta. El creyente verá el final de los impíos que fueron instrumentos en manos del maligno para causar dificultades y angustias a los santos, y observará que su lugar no queda y que definitivamente están en el tormento eterno, mientras los justos gozan en la vida eterna. Dios nos llama a correr con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús (He. 12:2). La perspectiva de los dos destinos establecidos por Dios, la condenación eterna en la experiencia de la muerte segunda, viviendo en una muerte perpetua para los incrédulos, y la contrapuesta vida eterna en la presencia de Dios para los salvos debiera ser suficiente para mantener nuestra fidelidad y no perder la confianza, como dice el escritor a los Hebreos: *“No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. Porque aún un poquito y el que ha de venir vendrá y no tardará. Mas el justo por la fe vivirá”* (He. 10:35-38). Lo que deleita al creyente eso mismo lo dirige. Si la delicia nuestra es Dios, esa razón de vida orientará la nuestra hacia Él mismo en una entrega incondicional y sin reservas, incluso hasta la muerte.

El mensaje a la iglesia en Pérgamo (2:12-17).

Una nueva carta estructurada en la forma de las dos anteriores.

Presentación del Señor (2:12).

12. Y escribe al ángel de la iglesia en Pérgamo. El que tiene la espada aguda de dos filos dice esto:

Καὶ τῷ ἀγγέλῳ τῆς ἐν Περγάμῳ ἐκκλησίας γράψον· Τάδε λέγει ὁ
Y al ángel de la en Pérgamo iglesia escribe: Esto dice el
ἔχων τὴν ῥομφαίαν τὴν δίστομον τὴν ὀξεῖαν
que tiene la espada la de dos filos la aguda.

Notas sobre el texto griego.

La primera cláusula de mandato comienza con la conjunción καὶ, *y*, que establece una relación con el mensaje que antecede, seguida de τῶ, caso dativo masculino singular del artículo determinado, *al*; ἀγγέλῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo que se usa para referirse a *ángel*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado*, de la*; seguido de ἐν, preposición que rige dativo, *en*; ᾿Εφέσῳ, nombre propio de ciudad, *Éfeso*; ἐκκλησίας, caso nominativo femenino singular del sustantivo, *iglesia*; γράψον, segunda persona singular del aoristo de imperativo en voz activa del verbo γράφω, *escribir*, aquí como *escribe*. La segunda cláusula recoge la presentación del Señor con mensaje con τάδε, caso acusativo neutro plural del pronombre demostrativo, *esto*; λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, equivalente a *decir, hablar, responder, ordenar, etc.*, aquí con significado de *dice*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; con ἔχων, caso nominativo singular masculino con el participio presente en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí como *tiene,* o *que tiene*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado, *la*; ῥομφαίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que se refiere a *espada*; sigue el artículo determinado que no se traduce en español en este caso, seguido de δίστομον, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *dos filos,* o literalmente *dos bocas*; seguido del artículo determinado no traducible en español en este caso, vinculado a ὀξεῖαν, caso acusativo femenino singular del adjetivo relacionado con algo *afilado*, aquí como *aguda.*

Καὶ τῷ ἀγγέλῳ τῆς ἐν Περγάμῳ ἐκκλησίας γράψον. El Señor comisiona a Juan y le ordena escribir una nueva carta, en esta ocasión dirigida a la iglesia en Pérgamo. La ciudad estaba situada a unos 100 Kms. al norte de Esmirna en la vía romana que unía los territorios de la provincia romana de Asia. Estaba levantada sobre una montaña de 305 m. de altitud. Distaba unos 29 Kms. del Mar Egeo, con el que se comunicaba a través del río Caicus, navegable por embarcaciones de poco calado. Esta ciudad, aunque menos importante que Éfeso y Esmirna, dominaba el camino al interior de Asia Menor y también el acceso a la costa occidental. Era un centro comercial, con una importante agricultura y ganadería. En ella se asentaban industrias importantes de tejidos de lana y de elaboración de pergaminos que se habían hecho famosos por la calidad que los distinguía de los fabricados en otros lugares. La ciudad alcanzó la cima de su grandeza en tiempos de los reyes de la dinastía atalita, durante los s. III y II a.C. La expansión se sostuvo por la colaboración entre los reyes átalos y Roma. El último rey, Atalo III, murió sin descendencia y legó su reino a Roma en el año 133 a.C. Este reino era conocido dentro del imperio romano como la provincia de Asia. Pérgamo fue la capital política de la provincia romana, aunque con el tiempo fue cediendo su posición a Éfeso, a donde los gobernadores romanos podían llegar más cómodamente por mar, sin tener que hacer luego un difícil camino por tierra. Durante el s. II a.C. la ciudad se extendió por el terreno próximo a la montaña, quedando la edificación de la ciudad antigua, sobre el monte, como la acrópolis de Pérgamo. Las excavaciones fueron muchas e intensas en el asentamiento de la antigua ciudad,

dando comienzo por las obras del alemán Carl Humann en 1868, a las que siguieron otros muchos trabajos arqueológicos. Uno de los mayores logros de los escavadores fue el descubrimiento de un impresionante altar dedicado a Zeus, construido posiblemente por el rey Eumenes (197-159 a.C.). La planta donde estaba colocado el altar medía 39 por 35 m. Estaba colocado sobre una superficie en forma de herradura de 9 m. de alto, al que se accedía por medio de una escalinata de piedra formada por 28 escalones de 18 m. cada uno. Estos escalones conducían atravesando un patio porticado en forma cuadrangular soportado por columnas jónicas, hasta un patio interior donde estaba propiamente el altar. En los lados exteriores se labraron sobre la piedra bajorrelieves que representaban escenas de batallas entre dioses y gigantes, ilustrando la derrota de los galos a manos de Eumenes. En los lados interiores del patio y de la misma naturaleza los bajorrelieves representaban acontecimientos de la vida de Telefus, hijo de Hércules y antepasado mitológico de la dinastía de los átalos. Algunos consideran que a ese altar se refiere el Señor cuando dice que en Pérgamo está el trono de Satanás. Al pie de la acrópolis, se encontró un ágora que se supone edificada por Eumenes, provista de un patio enlosado de 63 por 33 m. rodeado también de pórticos dóricos que dan acceso a los negocios establecidos en el ágora. Los escavadores encontraron también los restos de un templo dedicado a Atenea, rodeado en sus tres lados por la impresionante biblioteca de tres pisos que en tiempos fue la segunda del mundo antiguo con unos doscientos mil volúmenes. En los días de Juan la biblioteca había sido expoliada en provecho de la de Alejandría a la que Marco Antonio, por compromiso con Cleopatra, había trasladado la mayor parte de la colección de libros de la biblioteca de Pérgamo. Junto al templo estaba un teatro que debió haberse edificado sobre el año 170 a.C. y que tenía capacidad para 15.000 espectadores. Las excavaciones pusieron de manifiesto la presencia de otros cuatro teatros en la ciudad. De la misma manera las excavaciones más recientes se han centrado y desenterrado el centro de medicina dedicado al dios Esculapio. Este centro médico de Pérgamo era famoso en la antigüedad, hasta el punto de que los emperadores Adriano, Marco Aurelio y Caracalla visitaron el centro para consultas personales. El centro alcanzó los máximos niveles en el s. II d.C. Era, por tanto, un centro médico sumamente importante en tiempos de Juan. De las excavaciones se determina que había, junto con un templo a Esculapio, un dormitorio destinado a los pacientes que necesitaban asistencia sanitaria en el complejo médico de entonces. Pérgamo fue la primera ciudad en la provincia de Asia que apoyó abiertamente el culto al emperador. En el año 29 a.C. se levanto en Pérgamo un altar al *divino Augusto y a la diosa Roma*, transformándose de ese modo en la sede principal en Asia del culto al emperador.

Es difícil encontrar la etimología del nombre Pérgamo. Para algunos es un compuesto de las voces griegas de γάμος, que significa *boda* o *matrimonio*, con

περ, *per*, que es difícil de precisar. Pudiera significar *matrimonio mixto*. Basándose en esto los *historicistas*, asignan a la iglesia en Pérgamo la representación del período histórico de la unión entre el estado y la iglesia iniciado por el emperador Constantino. Ese período correspondería desde finales del s. IV, año 313 hasta finales del s. V. Sin embargo, es necesario entender que el mensaje a la iglesia en Pérgamo es actual y aplicativo a la iglesia en el tiempo actual. No se sabe como se estableció la iglesia en Pérgamo, aunque se supone que pudo haber sido el resultado de la actividad evangelística llevada a cabo en Éfeso y desde ella.

Τάδε λέγει ὁ ἔχων τὴν ῥομφαίαν τὴν δίστομον τὴν ὀξεῖαν. El Señor se presenta en una forma semejante a la que Juan vio en la visión de Su gloria (1:16). El arma no era defensiva sino ofensiva. No se trataba de una espada corta, sino de la espada de combate, utilizada para el ataque en una ofensiva militar. La espada es el emblema de quien tiene autoridad para juzgar y ejecutar la sentencia judicial (Ro. 13:4). Esa espada se cataloga como de *dos filos*, literalmente en griego de *dos bocas*, de manera que actúa en todas las direcciones. No importa hacia donde dirija la espada el que la maneje, tiene filo cortante para herir al contrario. El Señor se presenta como dispuesto a luchar contra algo impropio que hay en el interior de la iglesia. El énfasis sobre la espada en el texto griego es muy intenso donde aparece tres veces el artículo determinado, leyéndose literalmente: τάδε λέγει ὁ ἔχων τὴν ῥομφαίαν τὴν δίστομον τὴν ὀξεῖαν *"Esto dice el que tiene* ***la*** *espada,* ***la*** *de dos filos,* ***la*** *aguda"*. Siendo la espada de la visión la propia para combate y no tanto para defensa, indica que el Señor va a luchar abiertamente contra aquello que ha descubierto en la iglesia y que es contrario a su propósito. Como expresa el Dr. Carballosa:

"Cuando la iglesia no hace uso de la espada del Espíritu –la Palabra de Dios- en auto juicio, entonces Cristo vendrá y la usará por sí mismo en juicio divino contra la iglesia"[19].

Elogios (2:13).

13. Yo conozco tus obras, y dónde moras, donde está el trono de Satanás; pero retienes mi nombre, y no has negado mi fe, ni aun en los días en que Antipas mi testigo fiel fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás.

οἶδα ποῦ κατοικεῖς, ὅπου ὁ θρόνος τοῦ Σατανᾶ, καὶ κρατεῖς τὸ
Se dónde moras, dónde el trono - de Satanás; y retienes el

[19] Evis. L. Carballosa. o.c., pág. 69.

ὄνομα μου καὶ οὐκ ἠρνήσω τὴν πίστιν[1] μου καὶ ἐν ταῖς ἡμέραις
nombre de mí, y no has negado la fe de mi, y en los días
Ἀντιπᾶς ὁ μάρτυς μου ὁ πιστός μου, ὃς ἀπεκτάνθη παρ᾽ ὑμῖν, ὅπου
de Antipas el testigo de mí el fiel de mí, el que fue matado entre vosotros, donde
ὁ Σατανᾶς κατοικεῖ
- Satanás habita.

Notas sobre el texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] πίστιν μου καὶ, aparece atestiguada en A, C, 1854, 2053, 2344, it$^{ar, c, div, haf, z}$, vg, syr^{ph}, cop$^{sa, bo}$, Bede, Haymo.

Otra variante contiene πίστιν μου, como aparece en א, P, 046, 1, 1006, 1611, 1828, 1859, 2929, 2952, 2965, 2973, 2081, 2138, 2432, it$^{dem, gig, t}$, syr^{h}, arm, eth, Ambrosiaster, Primasius, Andrés, Aretas.

La revelación del Señor sobre la iglesia comienza con οἶδα, primera persona singular del perfecto segundo de indicativo en voz activa del verbo εἴδω, en su forma οἶδα, que hace las veces de presente, remplazando al inusitado εἴδω, *saber, entender, conocer*, aquí como *se*; ποῦ, adverbio relativo de lugar, *dónde*; κατοικεῖς, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo κατοικέω, *vivir, habitar, morar*, aquí como *moras*; ὅπου, seguido del adverbio relativo ὅπου, *donde*; seguido de ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; θρόνος, caso nominativo masculino singular del sustantivo, *trono*; seguido del artículo determinado que no se usa en castellano delante de nombre propio, Σατανᾶ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Satanás*; seguido de la conjunción καὶ, *y*; κρατεῖς, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo κρταέω, *aferrar, asir, guardar, prender, retener*, aquí como *retienes*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado, *lo*, en castellano *el*; ὄνομα, caso acusativo neutro singular del sustantivo, *nombre*; μου, caso genitivo singular del pronombre personal, *de mí*; seguido de la conjunción καὶ, *y*; unida con el adverbio de negación οὐκ, forma que adopta οὐ ante vocal con espíritu suave, y que equivale a *no*, sirviendo para negativizar a ἠρνήσω, segunda persona singular del aoristo primero de indicativo en voz media del verbo ἀρνέομαι, *rechazar,* aquí como *has negado, has rechazado*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado, *la*; πίστιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo, *fe*; μου, caso genitivo masculino singular del pronombre personal, *de mí*; y ἐν, preposición que rige dativo, *en*; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado, *las*, en castellano *los*; ἡμέραις, caso dativo femenino plural del sustantivo, *días*, masculino en castellano; Ἀντιπᾶς, caso nominativo masculino singular del nombre propio, *Antipas*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; μάρτυς, caso nominativo masculino singular del sustantivo, *testigo*, literalmente *mártir*; μου, caso genitivo masculino singular del pronombre personal, *de mí*; ὃς, caso nominativo masculino singular del pronombre relativo, *el que*; ἀπεκτάνθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo ἀπότεινω, *matar*, aquí como *fue matado,*

generalmente *fue muerto*; seguido de παρ', forma que adopta la preposición de dativo παρά, por elisión de la α final cuando precede a una palabra que comienza con vocal, equivale a *entre*; ὑμῖν, caso dativo plural del pronombre pesonal, *vosotros*; seguido del adverbio relativo ὅπου, *donde*; que precede al artículo determinado que no se usa en español delante de nombre propio; Σατανᾶς, caso nominativo del nombre propio, *Satanás*; κατοικεῖ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo κατοικέω, *habitar, morar*, aquí como *habita, mora, reside.*

Οἶδα ποῦ κατοικεῖς. El Señor tiene conocimiento pleno de la situación de cada una de las iglesias. La expresión *"conozco tus obras"*, no está atestiguada en los mejores mss. Y probablemente se introduce en el texto por interpolación de algún copista tomada de la carta a Éfeso. El conocimiento del Señor discernía el lugar donde *moraba*, la iglesia en Pérgamo. El verbo utilizado por Juan hace referencia al lugar donde habita o reside una persona de forma permanente. ¿Qué alcance tiene esto en relación con la iglesia? Algunos consideran que este *morar* tiene que ver con relación espiritual que se acomodaba a un sistema humano, así escribe el Dr. Carballosa:

"El verbo 'moras' significa tener una residencia permanente. Dicho verbo se usa en el Apocalipsis en un sentido moral. En repetidas ocasiones se usa para describir a quienes tienen su mente y corazón arraigados en la tierra y no demuestran interés alguno en las cosas de Dios (véase Ap. 3:10; 6:10; 8:13; 11:10; 12:12; 14:6). Es cuestionable y censurable que la iglesia estuviera firmemente enraizada en el lugar donde estaba el 'trono de Satanás'. La característica de la iglesia es, más bien, la de ser peregrina en este mundo (véase 1 P. 1:1, 17; 2:11; He. 11:9). La ciudadanía o morada permanente del creyente está en el reino del Señor (véanse Fil. 3:20; Col. 1:13)"[20].

Aunque el verbo morar expresa la idea de una residencia permanente, y aunque en algunos lugares se utiliza para referirse a contenidos espirituales de vinculación con una determinada esfera, mas bien parece aquí que la referencia de *morar*, tiene que ver con *vivir* en el lugar donde está asentada. No cabe duda que la iglesia es esencialmente un cuerpo de peregrinos que transita por la tierra en dirección al lugar donde está su ciudadanía, que son los cielos. Sin embargo, la iglesia local recibe ese calificativo en razón a que está presente en un determinado lugar de la tierra, para testimonio a las gentes.

El Señor sabía que el lugar donde estaba asentada la iglesia en Pérgamo no era fácil para el testimonio porque allí se había situado también el ὅπου ὁ θρόνος τοῦ Σατανᾶ, *"trono de Satanás"*. En Pérgamo estaba el asiento de poder y gobierno de Satanás sobre el mundo, como gobernador y dios de este

---

[20] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 69 s.

siglo (Mt. 4:8, 9; Lc. 4:6; 2 Co. 4:4). Desde el principio el diablo buscó un trono para llevar a cabo su propósito de oposición a Dios, en rebeldía contra Él, primeramente en los cielos junto al de Dios (Is. 14:13-14), pero, a consecuencia de la intervención divina que actuó conforme a su pecado, destituyéndolo de su ministerio celestial (Ez. 28:16-18), Satanás buscó en la creación de Dios un lugar donde estaba situado un trono de gobierno delegado de Dios. Este lugar era Edén, a donde había sido puesto el hombre para que *gobernase* la tierra. Por tentación el hombre cayó derrotado y entregó en esa derrota el cetro de autoridad para el gobierno de la tierra, en manos del tentador. De ahí que Satanás dijese al Señor: *"A ti daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy"* (Lc. 4:6). Los reinos del mundo y su gloria, que pertenecen al Señor, fueron restaurados a su pleno control en la Cruz, donde derrotó a los principados y a las potestades, gobernadores de las tinieblas (Col. 2:15). Este gobierno actual, bajo control de ángeles, no será así en el futuro, sino que los reinos del mundo vienen a ser del Señor (He. 2:5; Ap. 11:15). El reino de Satanás, reino de tinieblas, en oposición continua a la verdad y a la luz, se estableció en el mundo y en él estableció su propia religión. Es interesante notar que el culto contrario a Dios alcanzó un alto rango en la religión babilónica, como desarrollo del establecido en los tiempos antiguos en Babel. La historia de Babel está vinculada a un perverso de los tiempos siguientes al diluvio que se llamó Nimrod, que estableció un reino en Babel. De ahí surgió la religión babilónica, cuyo culto se caracterizaba por el boato de las vestiduras sacerdotales de color púrpura, usando sobre sus cabezas gorros sagrados en forma de mitra puntiaguda que representaba la forma de la cabeza de un pez; en el culto babilónico se quemaba incienso como parte del ceremonial religioso. Este sistema, debido al declive del imperio babilónico trasladó su sede hacia el reino de Lidia y se estableció en Pérgamo su capital. El último rey de Lidia Atalo III, murió sin descendencia y legó el reino de Lidia a Roma, y trasladó el título de *Pontífice Maximus*, el principal puente entre los hombres y los dioses, al emperador romano. De manera que en Pérgamo estaba el trono de Satanás. Algunos consideran que simbólicamente podía estar representado por el gran altar a Júpiter que coronaba la cumbre de la colina de Pérgamo.

Sin embargo, en el lugar donde Satanás había puesto su trono, Dios había establecido el testimonio fiel de su presencia por medio de la iglesia. La dificultad de residir, en el terreno temporal de la peregrinación, en un lugar donde estaba el ὁ θρόνος τοῦ Σατανᾶ, *"trono de Satanás"*, es evidente. La oposición diabólica contra el reino de Dios tenía que producirse. La forma en que el enemigo de Dios actuó contra la iglesia, en tiempos apostólicos, fue la persecución y la muerte de muchos cristianos. Tal vez pensaba que eso debilitaría la fe y que el sepulcro cancelaría para siempre la presencia de la iglesia en el mundo. No tenía en cuenta la solemne determinación del Señor:

"Yo edificaré mi iglesia y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella" (Mt. 16:18). A pesar de las dificultades y persecuciones que rodeaban la iglesia, ésta mantenía su identificación con el Señor. El Señor dice que κρατεῖς τὸ ὄνομα μου, *retenía su nombre*. El verbo griego es intenso y expreso la idea de *aferrarse, sujetarse firmemente a algo*. Los creyentes en Pérgamo y la iglesia como cuerpo de creyentes, se había aferrado al nombre del Señor. El concepto del nombre es equivalente a *persona*, en el entorno semítico. Aquella iglesia estaba firmemente asida al Señor. Eran cristianos que en un mundo hostil confesaban que Jesús era el Señor. El Espíritu Santo conducía a los cristianos a proclamar el nombre del Jesús llamándole y reconociéndole como Señor (1 Co. 12:3). Aquellos reconocían y proclamaban en un mundo contrario y opositor que el único Señor, con nombre supremo de soberanía y reino era Jesucristo (Fil. 2:9-11). En Pérgamo se intensificaba el culto al emperador romano reconociéndole como dios, y por tanto, como Señor. Frente a esta perversidad promovida por Satanás, los cristianos proclamaban que solamente Jesús era Señor. Eso los convertía en enemigos del Cesar de Roma, con las consecuencias que tal situación traía aparejada.

Junto con el reconocimiento de firmeza en Cristo, estaba también el testimonio de la fe. El Señor dice: οὐκ ἠρνήσω τὴν πίστιν μου, *"no has negado mi fe"*. Esto era una experiencia concreta que había ocurrido en la iglesia en tiempos recientes. El verbo que utiliza Juan está en aoristo, lo que indica una acción concluida. De manera, que el Señor testifica que en aquellos días, frente al desafío de negar la fe, ellos se mantuvieron firmes en ella. Se mantenía firmes en la fe, porque estaban firmemente aferrados a quien es el autor y consumador de la fe (He. 12:2). Los peligros eran ciertos, la persecución real y el testimonio de la fe llevaba consigo, en algunas ocasiones, la muerte del creyente. Sin embargo, a pesar de todo, los cristianos en Pérgamo estaban firmes en la fe. No había vacilaciones ni retrocesos, sino firmeza y seguridad en Cristo. A pesar de los intentos del enemigo por acallar el testimonio cristiano, los creyentes en Pérgamo confesaban que creían en Jesús como Hijo de Dios, Salvador y Señor. Que ningún otro ser en las esferas celestiales o terrenales podía compararse y disfrutar el nombre de Señor que sólo correspondía a Jesús.

Καὶ ἐν ταῖς ἡμέραις Ἀντιπᾶς ὁ μάρτυς μου ὁ πιστός μου, ὃς ἀπεκτάνθη παρ' ὑμῖν. Esta situación de fidelidad había traído como consecuencia la muerte de uno de los miembros de la iglesia, llamado Antipas. Nada se sabe de la vida de este mártir cristiano. No se puede determinar si ocupaba un lugar de liderazgo en la iglesia o era un creyente sencillo. Fuese lo que fuese, Antipas había puesto de manifiesto que estaba firmemente en Cristo y que no negaba la fe. Muy probablemente este hermano fue muerto por negarse a rendir culto al emperador, por lo que sería uno de los primeros mártires a manos de Roma. El Señor hace referencia no sólo a Antipas, sino a ταῖς

ἡμέραις Ἀντιπᾶς, *"los días de Antipas"*, quiere decir que estaba recordando a la iglesia un momento de intensa persecución, que había costado la muerte de aquel a quienes todos conocían bien en la iglesia. A este mártir el Señor califica como ὁ μάρτυς μου ὁ πιστός μου, *"mi testigo fiel"*. El pronombre personal enfatiza una relación entre el testigo y el Señor. No era uno más en la sociedad, sino uno de Jesucristo. Le pertenecía al Señor por redención y el Señor le pertenecía a Él por comunión. Podía decir como la esposa en el Cantar de los Cantares: *"Mi amado es mío, y yo suya"* (Cnt. 2:16). Siendo del Señor no se había perdido con la muerte, simplemente había sido recogido a Su presencia, mientras los otros creyentes seguían la senda del testimonio en la tierra. La muerte para un cristiano no es más que el admirable paso que le otorga la entrada a la presencia del Señor (Fil. 1:23). Aquel que había hecho de Cristo su vida, el morir era ganancia (Fil. 1:21). Además de pertenencerle era también su *testigo*. Estaba llevando a cabo la misión para la que Jesús dejó a los creyentes en la tierra: *"Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra"* (Hch. 1:8). El testimonio cristiano tiene como objetivo manifestar a Cristo entre los hombres. No se trata sólo de predicar el evangelio, sino de *"vivir a Cristo"* (Fil. 1:21). Un testigo es el que da testimonio de un hecho. Los cristianos testifican de Cristo y su obra mediante la proclamación del evangelio, y ponen su vida como testimonio evidente de lo que anuncian con sus palabras. Cuando un cristiano tiene una vida contraria a lo que predica no es un buen testigo de Cristo, sino un mal testimonio para el evangelio de la gracia. Antipas era un buen testigo porque era *fiel*. La fidelidad acompañó a este creyente hasta el punto de asumir el desafío que el Señor puso delante de la iglesia en Esmirna: *"Se fiel hasta la muerte"* (2:10). La historia no registra nada de la vida ni del testimonio de este hombre, pero el Señor se encargó de honrar su fidelidad registrando su nombre en la Palabra y atestiguando de él, que era fiel.

Con todo, ese testigo fiel ὃς ἀπεκτάνθη, *"fue muerto"*. El verbo en aoristo expresa la idea de un hecho consumado. Aquel creyente fue muerto por su fidelidad al Señor. La muerte tuvo lugar παρ' ὑμῖν, *"entre vosotros"*, el sentido de la expresión indica algo que ocurrió *"a vuestro lado"*, esto es, en la ciudad donde estaba presente la iglesia. El lugar de la muerte del fiel Antipas ocurrió ὅπου ὁ Σατανᾶς κατοικεῖ, *donde mora Satanás* y, por tanto, donde tiene su esfera más directa de influencia. Satanás no es omnipresente, porque ninguna de las perfecciones incomunicables de Dios es transmisible a ninguna criatura. De manera que Satanás solo puede estar en un determinado lugar. Pudiera ser que el hecho de *morar* en Pérgamo, indique que, en alguna medida, estaba presente de forma más permanente en aquella ciudad, que en ningún otro lugar de la tierra. Es posible que desde ese espacio geográfico donde el Espíritu afirma que estaba su trono, administrara los malignos espíritus que lo siguieron

en la caída. No tiene mayor importancia definir algo semejante, pero el hecho revelado es que la muerte de Antipas ocurrió en donde Satanás gobierna. ¿Murió Antipas en el templo de Zeus? Nadie lo sabe. Sin embargo, el hecho cierto es que *fue muerto*. No se trató de una muerte natural, sino producida por instigación de quien es homicida desde el principio (Jn. 8:44).

La muerte de Antipas y el entorno de testimonio conducen a una sencilla reflexión sobre esta demanda en la vida cristiana. El creyente ha sido llamado para ser testigo de Cristo, expresión visible de Dios mediante su obra hecha en el creyente. Dios llama a los perdidos a salvación (Ro. 8:30). Dios salva al que cree (Ef. 2:8-9). Dios regenera a los pecadores creyentes (Tit. 3:5) y los santifica, esto es, los separa para esta misión de testimonio como su pueblo (1 P. 1:2). Poniendo el Espíritu como Persona residente, le capacita para llevar a cabo la misión de testimonio (Ro. 8:9). El compromiso de testimonio alcanza a todos los creyentes, y constituye la forma natural de vida cristiana a causa de la identificación con Cristo. Por tanto, donde hay un cristiano debe haber un testigo. La capacitación para hacerlo está enseñada en la Palabra, comenzando por la conversión porque *"el que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo* (1 Jn. 5:10). El testimonio esta íntimamente vinculado con la expresión visible de la realidad de la vida eterna: *"Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida"* (1 Jn. 5:11-12). El testimonio sólo es posible cuando la vida del cristiano está bajo el control del Espíritu, por esa razón dijo Jesús: *"Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, Él dará testimonio de mí"* (Jn. 15:26). Por tanto el Espíritu ejerce una labor de capacitación y preservación para que el testimonio sea eficaz y verdadero: *"Pero cuando venga el Espíritu de verdad, Él os guiará a toda verdad; porque no hablará por su propia cuenta sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber todas las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío y os lo hará saber"* (Jn. 16:13-14). El testimonio es el resultado conjunto entre Dios y el instrumento testificante, que es el creyente (Hch. 5:32). El testimonio se manifiesta visiblemente cuando el Espíritu produce sin restricciones su fruto en cada creyente, por cuyas manifestaciones se expresa visiblemente al Señor delante del mundo (Gá. 5:22-23). El testimonio proclama que Cristo murió y resucitó y vive en cada creyente que lo expresa manifestando Su poder transformador en la vida cristiana y llevando a cada uno de los creyentes a la manifestación, no de verdades teológicas, sino de vida nueva en el poder de Dios (Fil. 3:10). El testimonio que el mundo necesita es la manifestación visible del cambio operado por Dios en el nuevo nacimiento. Ese testimonio fue lo que el Señor encargó al endemoniado gadareno luego de su liberación (Mr. 5:19). Un testimonio semejante afecta al mundo de tal manera

que se volverá contra quien por su vida luminosa, hace resaltar la ruina de vida en las tinieblas propia del mundo.

Amonestación (2:14-15).

14. Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación.

ἀλλ᾽ ἔχω κατὰ σοῦ ὀλίγα ὅτι ἔχεις ἐκεῖ κρατοῦντας τὴν διδαχὴν
Pero tengo contra ti pocas cosas que tienes ahí quienes retienen la doctrina
Βαλαάμ, ὃς ἐδίδασκεν τῷ Βαλὰκ βαλεῖν σκάνδαλον ἐνώπιον τῶν
de Balaam el que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los
υἱῶν Ἰσραὴλ φαγεῖν εἰδωλόθυτα καὶ πορνεῦσαι.
hijos de Israel comer sacrificado a ídolos y fornicar.

Notas y análisis del texto griego.

Comienza el texto con la conjunción ἀλλά en su forma escrita ante vocal ἀλλ', que significa *pero*; ἔχω, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tengo*; Κατὰ, preposición que rige genitivo, *contra*; σοῦ, caso genitivo singular del pronombre personal, *ti*; ὀλίγα, caso acusativo neutro plural del adjetivo que expresa algo *breve, pequeño, poco en cantidad*, aquí como *pocas cosas*; ὅτι, conjunción equivalente a *que*; ἔχεις, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tienes*; ἐκεῖ, adverbio de lugar, *ahí*; κρατοῦντας, caso acusativo masculino plural con el participio presente en voz activa del verbo κρατέω, *asir, aferrarse, mantener, retener,* aquí como *quienes retienen, los que retienen*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado, *la*; διδαχὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota, *enseñanza, doctrina*; Βαλαάμ, caso genitivo masculino singular del nombre propio, *de Balaam*; seguido de ὃς, caso nominativo masculino singular del pronombre relativo, *el que*; ἐδίδασκεν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo διδάσκω, equivalente a *enseñar, instruir*, aquí como *enseñaba*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado, *al*, que al no usarse en castellano delante de nombre propio, se limita a conservar la preposición del caso, *a*; Βαλὰκ, caso dativo masculino singular del nombre propio, *Balac*; βαλεῖν, aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo βάλλω, *arrojar, derribar, poner,* aquí como *a poner*; σκάνδαλον, caso acusativo singular neutro del sustantivo, *escándalo, tropiezo, modo de caída*; ἐνώπιον, preposición que rige genitivo, *ante*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado, *los*; υἱῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo, *hijos*; Ἰσραὴλ, caso genitivo masculino singular del nombre propio, *Israel*; φαγεῖν, aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo φάγω, *comer*; εἰδωλόθυτα, caso acusativo neutro plural del adjetivo que se refiere a lo *sacrificado a ídolos,* generalmente carnes ofrecidas a los ídolos; y πορνεῦσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo πορνέυω, *fornicar*.

El mismo Señor que expresó perfecciones espirituales de la iglesia es el que también denuncia las imperfecciones que se manifestaban en ella. Los cristianos en Pérgamo se habían mantenido fieles al Señor y habían mantenido su fe, a pesar de las circunstancias adversas, con todo, permitían que costumbres paganas estuviesen produciendo contrariedades espirituales en el seno de la iglesia. No son muchas las acusaciones que el Señor tenía contra ellos, pero si las suficientes para ser objetos de Su reprensión. Jesús les dice: ἀλλ᾽ ἔχω κατὰ σοῦ ὀλίγα, *"tengo unas pocas cosas contra ti"*. No es necesario un gran cúmulo de cosas, una sola es suficiente para ser infiel al Señor, si es contraria a su voluntad.

῞Οτι ἔχεις ἐκεῖ κρατοῦντας τὴν διδαχὴν Βαλαάμ. La primera amonestación tiene que ver con un grupo dentro de la iglesia que *"retenían"* una falsa enseñanza. Estos estaban entre los miembros de la congregación y, sin duda, se contaban como creyentes en plena comunión dentro de la iglesia. El verbo usado para *retener*, indica que sujetaban fuertemente aquella doctrina. Eran, conforme a la acusación del Señor, seguidores de Balaam, aquel profeta que se vendió a los reyes de Madián y Moab, en los días de la peregrinación de Israel por el desierto camino de Canaán, procurando la destrucción del pueblo de Dios. El mismo Señor da testimonio de cual era el pecado de aquella doctrina: ὃς ἐδίδασκεν τῷ Βαλὰκ βαλεῖν σκάνδαλον ἐνώπιον τῶν υἱῶν ᾿Ισραὴλ, *"el que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel"*. Este era el primer punto de su perversa doctrina. Aquel profeta vendido a los enemigos de Israel, no pudo llevar a cabo su tarea de maldecir al pueblo de Dios porque el Señor lo impidió; en lugar de ello tuvo que *bendecirlos* para disgusto de quienes lo habían alquilado para el fin impío (Nm. 22:24). Pero su trabajo con Balac, el rey moabita fue aprovechado por éste para poner tropiezos, tentaciones, sutilezas espirituales que encerraban actos pecaminosos contra Dios, para traer destrucción sobre Israel. Es decir, le enseñó el modo de poner un tropiezo que hiciese caer en el pecado al pueblo de Dios e impidiese que fuese bendecido. Posiblemente la fuerza de su enseñanza en relación con Israel consistió en transmitirles la idea de que su modo de andar no tenía importancia alguna con tal de que mantuviesen la doctrina sin alteraciones. De otro modo, no importaba lo que hiciesen con tal de que retuviesen la Palabra sin alteraciones. La vida de piedad descansa en la obediencia incondicional a Dios y cualquier desviación de la obediencia a sus mandamientos introducirá al creyente a una situación de oposición a Dios. Nadie debe predicar doctrina si su vida no está en consonancia con lo que predica. Ocurre esto también hoy, cuando hay quienes son *adoradores* de la doctrina, pero no adoran *al Dios de la doctrina*. Pueden definir el amor, pero no aman; pueden sostener las verdades fundamentales de la fe, pero viven lejos de su influencia; pueden establecer las normas para un culto ortodoxo, pero Dios no está presente allí porque sus corazones no lo honran, ya que sus hechos lo deshonran. Como decía Dios a

Israel por medio del profeta: *"Este pueblo se acerca a mi con su boca y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mi, y su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado"* (Is. 29:13).

La perversa doctrina de Balaam, era en sí misma una trampa contra los creyentes. Ellos enseñaban que no había problema alguno con φαγεῖν εἰδωλόθυτα, *"comer cosas sacrificadas a los ídolos"*. Es decir, que era lícito participar de las fiestas sociales que se hacían en honor de algún ídolo y comer con los idólatras de la carne ofrecida en honor del ídolo. Este fue uno de los pecados que trajo castigo sobre Israel en Baal-peor. La participación voluntaria de los israelitas con los moabitas en comer con ellos lo ofrecido a sus dioses fue un acto de acatamiento al dios (Nm. 25:2). Un problema semejante ocurría en el entorno de la congregación en Corinto. ¿Qué importancia tiene un ídolo si no es nada? ¿Acaso no saben los cristianos y lo creen firmemente que solo hay un Dios verdadero? ¿Qué mal hay en la participación de una comida que los paganos ofrecen a los dioses, si son nada? Además ¿dónde queda la libertad cristiana? La conclusión a que se llega en el estudio de este amplio tema en la Escritura, es determinante: quien se une a los paganos en una fiesta en honor de un ídolo, se une a ellos en el culto al ídolo, con la tremenda agravante que lo que los paganos sacrifican a un ídolo lo están sacrificando realmente a los demonios que se ocultan tras el ídolo (1 Co. 10:20). La realidad es muy distinta a lo que aparenta, si ciertamente un ídolo en sí no es nada, tiene en él la unión vital con los demonios que los instrumentalizan para recibir culto a través de ellos. Los paganos, sin saberlo, estaban adorando a los demonios, de ahí que quien enseñe que eso no tiene importancia, está sosteniendo la doctrina de Balaam y poniendo el primer obstáculo en la vida espiritual del creyente, ya que nadie puede estar en comunión con los demonios y con el Señor. Cuando el creyente participa en un acto idolátrico, forma una unidad con los que participan en él y caen en el mismo pecado. Comer lo sacrificado a ídolos sabiendo cual era la razón de esa comida, es ponerse bajo la influencia y el poder de los demonios ocultos tras ellos. Esto es rebeldía contra la adoración única que Dios establece para Él mismo (Ex. 20:3-6). Con la idolatría, la participación en festividades en honor de los ídolos provoca la ira de Dios (Dt. 32:21; Sal. 78:58). Ningún creyente está libre del juicio divino –no para condenación eterna- para disciplina si peca voluntariamente. Tal persona sólo debe esperar un juicio equiparable al hervor de fuego que Dios envía contra sus adversarios en acción judicial (He. 10:27). El creyente no es un ermitaño que se aísla de la sociedad, sino una persona social. Puede acudir a una invitación de incrédulos y participar en sus actividades sociales. Jesús mismo aceptó invitaciones en ese sentido como la fiesta de las bodas en Caná de Galilea (Jn. 2:1-2); compartía la mesa en casa de publicanos y pecadores (Lc. 15:2); aceptaba invitaciones de los fariseos (Lc. 7:36). Por ese comportamiento se le llamó malévolamente *"comilón y bebedor"* (Mt. 11:19). Sin embargo, cuando la invitación tiene que

ver con homenaje a un ídolo, y la comida es en honor del dios, el cristiano no debe participar de la comida. Los *liberales* de la iglesia en Pérgamo, procuraban obviar los límites establecidos por Dios y hacer tabla rasa de toda la enseñanza de separación manifestada en la Palabra, para dar lugar, no a la libertad, sino al libertinaje. Esa enseñanza tenía suficiente con la asistencia a las reuniones, la lectura de la Palabra, la oración, el cumplimiento de las ordenanzas establecidas por el Señor, sin que lo demás tuviese importancia. Habían establecido una dicotomía en la vida cristiana, consistente en un estilo de vida eclesial y otro distinto en el mundo. Todo ello era ocasión de tropiezo a los creyentes.

Otro problema era el de permisividad moral. El Señor denuncia a los tales porque el segundo elemento de tropiezo era que enseñaban a καὶ πορνεῦσαι *"cometer fornicación",* literalmente *y fornicar*. ¿Debe entenderse como *espiritual*, unida a comer lo sacrificado a los ídolos que era unirse espiritualmente con quien era enemigo del esposo de la Iglesia que es Cristo? ¿Es una enseñanza literal sobre el pecado de inmoralidad sexual? El hecho de que Jesús diga que aquellos *"retenían"*, quiere decir que la doctrina que enseñaban y las prácticas que defendían pertenecían a algo anteriormente relacionado con ellos. Todos habían salido de un contexto idolátrico y de moral relajada, con prácticas perversas. La denuncia de Cristo pudiera ser relativa a la fornicación espiritual, puesto que la idolatría es prostituirse ante un extraño (Is. 1:21; Ez. 23:37). Con todo debe entenderse esto literalmente, en sentido de que la enseñanza de aquellos transigía con la práctica de pecados condenados por la Palabra, de relaciones ilícitas fuera del matrimonio (He. 13:4). En las iglesias del mundo gentil las prácticas de este tipo eran normales en la sociedad y, de alguna manera, en ocasiones, afectaban al testimonio de la iglesia, introduciéndose en ella por la práctica de algún creyente (1 Co. 5:1). La referencia a Balaam en el pasaje conduce inexorablemente a entender que junto con la comida idolátrica estaba también la práctica de la inmoralidad de relaciones íntimas (Nm. 25:1). Los gentiles ligados a la permisividad moral despreciaban a los cristianos que no les acompañaban en sus desenfrenos (1 P. 1:14). Una forma de evitar una situación semejante era justificar las prácticas pecaminosas. Es posible que hubiese ya un contenido gnóstico por lo que las prácticas con el cuerpo no tenían importancia con tal de que se mantuviese sano el espíritu. Ese grupo escandaloso en la iglesia enseñaba que no era problema alguno tales prácticas. Una conducta licenciosa afecta a toda la congregación (1 Co. 5:1, 11). El cristiano debe tener bien presente que la ortodoxia sin el respaldo de la vida es un problema grave. No sirve de nada que se sostenga la doctrina si no produce consecuencias en la vida personal conduciéndola en consonancia con la totalidad de las disposiciones bíblicas. No debe olvidarse que los demonios tienen un amplio conocimiento de las verdades de fe, en cambio su vida es contraria a ella (Stg. 2:19).

15. Y también tienes a los que retienen la doctrina de los nicolaítas, la que yo aborrezco.

οὕτως ἔχεις καὶ σὺ κρατοῦντας τὴν διδαχὴν τῶν Νικολαϊτῶν
Así tienes también tú los que retienen la doctrina de los nicolaítas
ὁμοίως.
igualmente.

Notas sobre el texto griego.

El versículo se inicia con el adverbio οὕτως, con sentido de *así, de esta manera, de tal modo*; ἔχεις, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *tener,* aquí como *tienes*, seguido del adverbio de modo καὶ, *también*; σὺ, caso nominativo singular del pronombre personal, *tú*; κρατοῦντας, caso acusativo masculino plural con el participio presente en voz activa del verbo κρατέω, *asir, aferrarse, mantener, retener,* aquí como *quienes retienen, los que retienen*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado, *la*; διδαχὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo, *doctrina, enseñanza*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; Νικολαϊτῶν, caso genitivo masculino plural del nombre propio, *nicolaitas*; ὁμοίως, adverbio de modo, *igualmente.* La expresión: *"la que yo aborrezco"*, no está en el texto griego y debió incluirse desde (2:6).

Οὕτως ἔχεις καὶ σὺ κρατοῦντας τὴν διδαχὴν τῶν Νικολαϊτῶν ὁμοίως. La doctrina de los nicolaítas se iba extendiendo. En la carta a Éfeso, el Señor les alaba porque aborrecían la doctrina de ese grupo, pero en Pérgamo los que extendía la doctrina estaban en la iglesia que *los tenía* en ella. Otra diferencia notable es que en Éfeso se habla de las *obras* de ese grupo, mientras que en Pérgamo se habla de su doctrina. Es decir, no sólo obraban incorrectamente, sino que extendían la enseñanza sobre ese modo de obrar. Es muy probable que la doctrina de Balaam y la de los nicolaítas se complementasen entre ellas. Mientras que los efesios no podían soportar tal doctrina, en Pérgamo se les permitía que estuviesen en la congregación con lo que también estarían enseñando, sino pública, por lo menos privadamente la doctrina que sustentaban. La iglesia en Pérgamo no estaba tomando en cuenta la disciplina que requería establecerse sobre quienes sostenían falsas doctrinas, ya que no los *echaba de entre ellos como perversos* (1 Co. 5:2). Tal vez por un amor mal entendido no se establecía la disciplina en la congregación. La contaminación de la iglesia es evidente cuando se permite en su seno tales actividades. La corrupción moral y la mundanalidad estaban entrando en la congregación en Pérgamo con lo que estaba expuesta a la corrección divina que actuaría contra ella, de la misma manera que Dios enfrentó la corrección sobre el pueblo de Israel en el caso de las prácticas idolátricas y la corrupción moral en Baal-peor, donde murieron veinticuatro mil personas (Nm. 25:9).

Exhortación (2:16).

16. Por tanto, arrepiéntete; pues si no, vendré a ti pronto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca.

μετανόησον οὖν· εἰ δὲ μή, ἔρχομαί σοι ταχὺ καὶ πολεμήσω μετ’
Arrepiéntete pues; y si no vengo a ti pronto y pelearé con
αὐτῶν ἐν τῇ ῥομφαίᾳ τοῦ στόματος μου.
ellos con la espada de la boca de mí.

Notas sobre el texto griego.

El versículo comienza con μετανόησον, segunda persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo μετανοέω, *arrepentirse,* aquí como *arrepiéntete*; enfatizando la acción con la conjunción οὖν, *pues*; seguido de la conjunción εἰ, *si*; acompañada de la partícula conjuntiva δὲ, *y*, que en castellano tendría que preceder a la palabra anterior y que establecen una proposición condicional al ir unidas al adverbio de negación μή, *no*; ἔρχομαι, primera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo ἔρχομαι, *venir*, aquí como *vengo*; σοι, caso dativo singular del pronombre personal, *a ti*; seguida de ταχύ, adverbio de tiempo, que es la forma del neutro singular del adjetivo ταχύς, *rápido, pronto*, de ahí que equivale a *prontamente*, *con rapidez*, de ahí la traducción *pronto*; y πολεμήσω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo πολεμέω, *hacer la guerra, pelear, batallar,* de la misma raíz que πόλεμος, *guerra, batalla, contienda*, aquí como *pelearé, batallaré*; seguido de μετ’ en la forma que toma la preposición μετά delante de vocal y que significa *con*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal, *ellos*; ἐν, preposición que rige dativo, *con*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado, *la*; ῥομφαίᾳ, caso dativo femenino singular del sustantivo, *espada*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado, *de lo*, en castellano femenino *de la*; στόματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota , *boca*, femenino en castellano; μου, caso genitivo singular del pronombre personal, *de mí.*

Μετανόησον οὖν. El Señor hace un llamamiento al arrepentimiento como consecuencia de cuanto puso antes de manifiesto en el comportamiento de la iglesia. *“Por tanto arrepiéntete”*, es decir, como única salida al estado espiritual que debía ser corregido urgentemente, se llama al arrepentimiento. Los creyentes tenían que dar un giro a su forma de pensar en relación con las falsas enseñanzas que había en su medio. Este cambio de pensamiento produciría un cambio de actitud manifestada en un verdadero arrepentimiento, que deja un camino y toma otro; abandona el camino de la permisividad en relación con el pecado y toma el del compromiso en santidad como corresponde a salvos. El arrepentimiento no podía ser parcial sino pleno. El verbo que establece el mandamiento está en aoristo de imperativo, que expresa la idea de mandamiento y de cumplimiento pleno. Juan introduce en el texto, junto al

verbo μετανόησον, la partícula inferencial, οὖν, *pues*, que enfatiza el apremio del mandamiento. El arrepentimiento demandado es urgente para remediar la situación de la iglesia. Porque en caso contrario, el Señor actuaría en juicio contra los falsos maestros, balaamitas y nicolaitas: εἰ δὲ μή, ἔρχομαι σοι ταχὺ, *y si no vengo a ti pronto*. La advertencia es de acción inminente. El modo verbal que Juan usa y que se traduce en el versículo como *"vendré"* indica una acción inminente, equivalente a *estoy viniendo*. Por tanto, el Señor está dando un tiempo breve en su gracia para que los desordenados en la iglesia se arrepientan.

Algunos intérpretes consideran que este ἔρχομαι σοι ταχὺ, *vengo a ti pronto*, tiene que ver con la segunda venida del Señor, cuando los creyentes tendrán acceso al árbol de vida (v. 7) y recibirán la corona de vida (v. 10). Esa es la opinión, entre otros del Dr. Carballosa, que escribe:

"El verbo 'vendré' está en el presente de indicativo, pero es correcto traducirlo como futuro, pues un presente profético (véase Jn. 14:3). Esta frase ha dado lugar a una discusión respecto a si se trata de una venida especial de Cristo con el fin de juzgar a la iglesia de Pérgamo o si, por el contrario, la referencia es a la venida escatológica del Señor. La postura más congruente es la que asume que la referencia es a la segunda venida en gloria de Cristo. Recuerde que ese es el tema central del Apocalipsis (véase Ap. 1:4, 7, 8; 16:15; 22:7, 12, 20). Además, la frase 'vengo pronto' se usa frecuentemente en el Apocalipsis con referencia a la segunda venida de Cristo (véase Ap. 3:11; 22:7, 12, 20). También la expresión: 'Pelearé contra ellos con la espada de mi boca' sugiere que el texto habla de la venida del Señor a juzgar a los malvados, no a una venida especial sólo para la iglesia de Pérgamo"[21].

Sin dejar de entender el razonamiento bíblico sobre una referencia escatológica, no puede, tampoco, dejar de apreciarse que las cartas a las iglesias son una referencia, en la segunda sección del libro, a lo que está ocurriendo en el tiempo presente. Las iglesias son la actualidad del reino de Dios en la presente dispensación y la acción de Cristo, tiene que ver con las dificultades y problemas espirituales que corresponden a la iglesia en el tiempo presente. La acción judicial del Señor contra los que estaban causando dificultades y enseñando doctrinas erróneas, se refiere al tiempo presente: καὶ πολεμήσω μετ᾽ αὐτῶν ἐν τῇ ῥομφαίᾳ τοῦ στόματος μου, *pelearé con ellos con la espada de mi boca*. El Señor está anunciando una visitación para juicio sobre la iglesia. Esto no es una *novedad* interpretativa para el pasaje, sino una postura consecuente con la revelación del Nuevo Testamento. Cristo intervino judicialmente contra quienes alteraban el orden y afectaban el testimonio en la

---

[21] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 71.

iglesia en Corinto. Los divisionarios en la congregación y los que alteraban el buen orden en la iglesia, fueron confrontados en juicio por el Señor, de modo que algunos de ellos habían sido postrados en cama, otros debilitados de tal forma que no podían asistir a las reuniones, y algunos, tal vez los más recalcitrantes, habían muerto (1 Co. 11:30). El juicio del Señor había comenzado a afectar a muchos en la iglesia. Esa acción era una manifestación de disciplina sobre quienes se mantenían en una posición de pecado. El Señor, que examina las intenciones del corazón, a modo de padre amoroso aplica la corrección a sus hijos (He. 12:7, 8), con un propósito benéfico y de gracia: *"para que no sean condenados con el mundo"* (1 Co. 11:32). Por tanto, es consecuente con la interpretación literal del pasaje, entender que se refiere a una acción judicial del Señor sobre los que producían aquella situación en la iglesia. ¿Eran creyentes? Supuestamente debe entenderse así, ya que estaban entre la congregación y da la impresión que participaban en ella como los demás. Es cierto que en la iglesia de Jesucristo se introducen también algunos que no han nacido de nuevo. Estos pueden producir conflictos, pero, en muchas ocasiones, como en el caso de los corintios, son creyentes carnales que viven bajo su propio criterio personal que no corresponde al pensamiento de Dios. Con todo, más bien pudiera tratarse de congregantes y meros profesantes, toda vez que la acción judicial del Señor se llevaría a cabo con la *"espada que sale de su boca"* que se refiere a una acción directa contra los malvados que se oponen a su voluntad (cf. 19:15). Es preciso recordar que aunque los creyentes son salvos por gracia mediante la fe, el pecado voluntario que consiste, entre otras formas, en perseverar en el mal en contra de la advertencia de Dios, atrae el juicio de Dios para la limpieza de la congregación.

Apelación y promesa (2:17).

17. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, daré a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe.

῾Ο ἔχων οὖς ἀκουσάτω τί τὸ Πνεῦμα λέγει ταῖς ἐκκλησίαις.
El que tenga oído, oiga que el Espíritu dice a las iglesias.
Τῷ νικῶντι δώσω αὐτῷ τοῦ μάννα τοῦ κεκρυμμένου καὶ δώσω
Al que venza daré le del maná - que ha sido escondido y daré
αὐτῷ ψῆφον λευκήν, καὶ ἐπὶ τὴν ψῆφον ὄνομα καινὸν γεγραμμένον
le piedrecita blanca y sobre la piedrecita nombre nuevo escrito
ὃ οὐδεὶς οἶδεν εἰ μὴ ὁ λαμβάνων
el que nadie sabe sino el que recibe.

Notas y análisis sobre el texto griego.

El versículo comienza con ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; con ἔχων, caso nominativo singular masculino con el participio presente en voz activa del verbo ἔχω, *tener,* aquí como *tiene,* o *que tiene*; οὖς, caso acusativo neutro singular del sustantivo, *oídos*; ἀκουσάτω, tercera persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo ἀκούω, *oiga*; τί, pronombre neutro singular, *que*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado, *lo*, en castellano, masculino, *el*; Πνεῦμα, caso nominativo neutro singular del nombre propio, *Espíritu*; λέγει tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, equivalente a *decir, hablar, responder, ordenar, etc.*, aquí con significado de *dice*; ταῖς, caso dativo de la tercera persona femenino plural del artículo determinado, *las*; ἐκκλησίαις, caso dativo femenino plural del sustantivo, *iglesias*. La segunda cláusula expresa las promesas, construída con ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; νικῶν, caso nominativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo νίκαω, *vencer,* aquí como *venza*; δώσω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar*, aquí equivalente a *daré*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal, *le*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado, *de lo*, en español *del*; μάννα, caso genitivo neutro singular del sustantivo, *maná*; seguido del artículo que no se traduce en castellano, κεκρυμμένου, caso genitivo neutro singular con el participio presente en voz activa del verbo κρύπτω, *ocultar, enterrar, mezclar con*, aquí como *escondido*; y δώσω αὐτῷ, la misma expresión anterior, *daré le*; ψῆφον, caso acusativo femenino singular del sustantivo, *piedrecilla*; unido a λευκήν, caso acusativo femenino singular del adjetivo que expresa la condición de *blanca*; y ἐπὶ, preposición de acusativo, *sobre*; τὴν ψῆφον, *la piedrecilla*; ὄνομα, caso acusativo neutro singular del sustantivo, *nombre*; καινὸν, caso acusativo neutro singular del adjetivo, *nuevo*; γεγραμμένον, caso acusativo neutro singular con el participio perfecto en voz activa del verbo γράφω, *escribir*, aquí como *escrito*; ὃ, caso acusativo neutro singular del pronombre relativo, *el que*; οὐδεὶς, caso nominativo neutro singular del pronombre indefinido, *nadie*; οἶδεν, tercera persona singular del perfecto segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁραω, con la forma ειδον, que sirve como tiempo aoristo, aquí como *sabe*; εἰ, conjunción, *si*; μὴ, adverbio de negación, *no*; en castellano forman la conjunción adversativa *sino*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; λαμβάνων, caso nominativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo λαμβάνω, *recibir,* aquí como *que recibe.*

Ὁ ἔχων οὖς ἀκουσάτω τί τὸ Πνεῦμα λέγει ταῖς ἐκκλησίαις. A la exhortación sigue la apelación. El Señor ha denunciado el problema existente en la iglesia y seguidamente llama a una respuesta a su denuncia y advertencia. Cristo llamó al arrepentimiento, por tanto, son los creyentes individualmente quienes deben responder al llamado del Señor. Esta respuesta traerá como consecuencia un cambio de mentalidad sobre los problemas denunciados por Jesús, por tanto, habría un rechazo de aquellas prácticas y un cambio en la orientación personal de cada creyente y, por tanto, colectiva de la iglesia local. Como en todas las veces anteriores el llamamiento es general con responsabilidad individual. Esto mismo se repite en el final de cada una de las

siete cartas. No se trata de corregir un determinado problema de los denunciados por el Señor, sino de prestar atención a todos ellos por si alguno se está reproduciendo en el contexto de alguna iglesia local hoy. Es interesante observar que el Señor llama a cada creyente a prestar atención, *no al mensaje de una iglesia*, sino a lo que el Espíritu dice *a las iglesias*.

En el contexto de esta carta, el Señor hace un llamamiento a retornar a Él desde un ambiente de mundanalidad. La palabra *mundo*, tiene diversas acepciones en la Escritura, y especialmente en el Nuevo Testamento. Se usa para referirse a la tierra como morada del hombre (Mt. 4:8; Mr. 8:36; Lc. 4:5). Se entiende que esto no tiene que ver con el llamamiento del Señor. Se usa también para referirse a la humanidad, esto es, el mundo de las personas; tampoco este es el ámbito que el creyente es llamado a dejar. En tercer lugar comprende la organización propia del mundo (Jn. 3:19; 2 Co. 5:19), un sistema espiritual organizado, de oposición a Dios. El alcance espiritual del concepto *mundo,* viene determinado por el hombre que, por la caída, permitió la entrada de la muerte en el mundo y su dominio (Ro. 5:12-21). El mundo, como sistema espiritual, está bajo el juicio de Dios a consecuencia del pecado (Ro. 3:6). Esta organización contraria a Dios tiene su propia sabiduría, que es necedad, porque se opone a Dios (1 Co. 3:19). El mundo ha establecido su ordenamiento en un sistema moralmente corrupto. Esta forma permite prácticas corruptas y es la moral propia de quienes *son* del mundo (1 Co. 5:10). Todo el sistema llamado *mundo* obedece a Satanás y sigue sus dictados (Ef. 2:2-3). En relación con las personas que viven en el sistema llamado *mundo*, están espiritualmente ciegas y no reconocen por ellos mismos a Dios (Jn. 1:10), oponiéndose abiertamente a Él (Jn. 7:7; 15:18). Cristo llamó al diablo, en tres ocasiones, *príncipe de este mundo* (Jn. 12:31; 14:30; 16:11). Quiere decir esto que el sistema del mundo ha sido ordenado por Satanás para llevar a cabo su propósito, que tiene que ver con el desarrollo de una esfera de mentira y muerte (Jn. 8:44), en oposición a la vida y verdad de Dios. El sistema del mundo comprende y administra, ejerciendo control sobre ellos, a los gobiernos humanos. Estos están bajo Satanás, su control, influencia y poder (Dn. 10:13-20; Mt. 4:8-9; Lc. 4:5-6). Mediante las leyes de los hombres, Satanás realiza acciones de rebeldía contra la voluntad de Dios. Los gobiernos permiten la inmoralidad, legaliza el pecado en múltiples formas, son codiciosos, etc. El programa satánico para el gobierno del mundo tiene como objetivo final colocar a un hombre en el lugar que corresponde sólo a Dios (2 Ts. 2:3-4). El mundo tiene sus propios pasatiempos (1 Jn. 2:15). Las *cosas del mundo* son utilizadas por Satanás para realizar acciones pecaminosas (1 Jn. 2:16). Las gentes no regeneradas y los *cristianos mundanos*, acuden a las cosas del mundo para usarlas como un anestésico que amortigüe las penas de una vida vacía y carente del poder de Dios. Es necesario entender que las *cosas del mundo*, conforme a la enseñanza del apóstol Juan, no son asuntos físicos, costumbres, espectáculos, etc. sino tres grandes áreas espirituales que afecta la

orientación y conducta del hombre: *"los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida"*. El mundo tiene su propia espiritualidad (2 Ti. 3:5). Comprende esto, entre otras cosas, un culto formalista pero carente de espiritualidad promovido por personas cuyos corazones viven al margen de Dios (Is. 29:13). Satanás introduce falsas doctrinas mediante sus propios predicadores, que proclaman la religión de los demonios (1 Ti. 4:1). La religión del mundo es una *apostasía*, alejándose de la obediencia a la doctrina de Dios. Este tipo de religión procura, en ocasiones, un trato riguroso para dar la apariencia de piedad (Col. 2:20-23). Esa religión se establece sobre normas que deben cumplirse y hace descansar la vida en el poder de la persona y en sus actividades, pero no en el poder y las acciones de Dios (Fil. 2:13). El mundo sirve y se asienta en Satanás y en su control (1 Jn. 5:19). La idea de la figura usada por Juan es como si Satanás tuviera el mundo en su regazo, adormecido, para utilizarlo según su conveniencia. Las manifestaciones del mundo pueden ser muy diferentes, pero todas van encaminadas hacia el mismo propósito de oposición a Dios. En los días en que Juan escribía, se trataba de prácticas idolátricas y de disculpar la inmoralidad en sus muchos aspectos. En el tiempo actual pueden variar las expresiones pero el propósito es el mismo. El creyente tiene que tener una posición de separación respecto al mundo (Jn. 17:15-18). El cristiano ha sido libertado de la posición de esclavo que tenía en el mundo, para ser trasladado a una nueva esfera de libertad en Cristo (Col. 1:13), que trae aparejado un estilo de vida santa (1 P. 1:15). La santidad no es una opción de vida, sino el modo natural de la vida nueva en Cristo. Esa vida de santidad se desarrolla en la esfera de la obediencia a Dios (1 P. 1:2). El mundo vive en desobediencia continua al Señor como resultado de la acción diabólica (Ef. 2:2-3). El cristiano nace de nuevo en un acto de obediencia (Hch. 17:30) y continúa luego en la esfera de la obediencia a la que fue trasladado en el nuevo nacimiento (1 P. 1:2). Por tanto, cada cristiano está llamado a vivir en obediencia como condición natural de su vida nueva (1 P. 1:14). Ese estilo de vida es de piedad en medio de un mundo impío (2 P. 3:11). Debe esperar la oposición, sufrimiento e incomprensión por esa causa (2 Ti. 3:12). La forma de vida en la piedad está claramente expresada en la Escritura (1 P. 4:3-4). Cuando un creyente escucha el llamamiento del Espíritu a las iglesias y retorna en arrepentimiento y compromiso al Señor, entra de lleno en la esfera de la experiencia personal de la victoria sobre el mundo (1 Jn. 5:4-5), es decir, la experiencia de victoria sobre el sistema y sobre el maligno que lo dirige (1 Jn. 2:13, 14; 4:4). Cada creyente ha sido puesto en el terreno de victoria al estar puesto en Cristo, pero la experiencia de victoria se alcanza en un retorno incondicional al Señor en dependencia. El creyente goza de la posición privilegiada ya que el mundo ha sido vencido por Cristo (Jn. 16:33), de modo que no se exhorta a *luchar* para vencer al mundo, sino a *confiar*, esto es, a depender en fe del Señor que ya lo ha vencido. La victoria de Cristo es el triunfo del cristiano (Ro. 8:37; 1 Jn. 4:4; 5:4; Ap. 12:11). Por medio de la cruz

el poder del mundo quedó anulado para el que cree (Gá. 6:14). Cristo derrotó completamente al diablo y al mundo (Ef. 4:8; Col. 2:15). Todo aquel que está en él es vencedor sobre el mundo. Cristo llamó a los creyentes al arrepentimiento, consistente en el contexto de la carta, a dejar el mundo y retornar a Él. Ese es el único camino a la victoria, como afirma Juan: *"Y esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe"* (1 Jn. 5:4). La victoria sobre el mundo, que es de Cristo, se hacen realidad en el creyente por la fe. La victoria está vinculada a la fe. Puntual o continua, la victoria de la fe es una realidad para el creyente sobre el mundo y sus cosas. La fe es el instrumento de victoria que hace al creyente un vencedor, porque lo vincula con Cristo y su poder, haciéndole descansar plenamente en Él, en una entrega sin reservas. La condición completa podría expresarse, parafraseando a Juan: *"¿Quién es el que vence al mundo? Todo aquel que cree que Jesús es el Hijo de Dios"*. La fe sola no vence al mundo, pero la fe en Jesús, el Hijo de Dios, sí; porque permite estar en su triunfo. Sólo vence quien está en Cristo, y sólo esta en Cristo el que cree que Él es el Hijo de Dios. Esta fe victoriosa no está en todos, sino sólo en los creyentes.

El siguiente resultado de victoria para quienes oigan el llamado que el Espíritu hace a las iglesias, se manifiesta en el área de la carne. En sentido espiritual, es la expresión y elemento dinamizante de la naturaleza caída del hombre y está presente tanto en el creyente como en el no creyente (Ro. 7:5, 14, 15). La carne está plenamente identificada con la condición pecaminosa del hombre (Ro. 7:5; 8:6, 7; Gá. 5:19 ss.; 6:8; Ef. 2:3). La carne es la parte del hombre que, por causa de la caída, se opone a Dios y a su santidad, generando obras reprobables delante de Dios (Gá. 5:19-21). La carne no sólo se opone a Dios, sino que combate contra el Espíritu en el creyente (Gá. 5:17), tratando de impedir que el creyente lleve a cabo las obras de Dios (Gá. 5:22-23). La carne tiene una intención antidivina, con una sabiduría opuesta a la sabiduría de Dios (1 Co. 1:18-21, 26-29; 2:5). Las tendencias pecaminosas de la carne se expresan por medio del cuerpo y de la mente humana (Ro. 7:18; 2 Co. 7:1; Ef. 2:3;). La carne afecta todas las áreas del ser humano (Gá. 5:19-21). Las cuatro primeras obras de la carne controlan y deterioran el área de la moral relacional: *"adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia"*; las dos siguientes, el área religiosa: *"idolatría, hechicerías"*; las ocho siguientes tienen que ver con las relaciones interpersonales: *"enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias"*; y, finalmente las restantes deterioran y contaminan el área individual de la persona: *"homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas"*. Con toda seguridad las del primero y segundo grupo, estaban afectando a una parte de la congregación en Esmirna. La victoria sobre la carne consiste en una dependencia plena del Espíritu Santo: *"Si andáis en el Espíritu no satisfaréis los deseos de la carne"* (Gá. 5:16). El hombre no puede nada de sí mismo contra la carne, puesto que forma parte de su propia naturaleza. Cualquier acción hecha en el poder del hombre es carne (Jn. 3:6).

Sólo en una acción de arrepentimiento y retorno en dependencia a Dios es posible vivir una vida victoriosa sobre la carne.

Todavía algo más. El Señor dice que en Pérgamo estaba *"el trono de Satanás"* (2:13). El arrepentimiento conduciría a los creyentes en aquella iglesia, lo mismo que a nosotros hoy, a una experiencia victoriosa sobre Satanás. Este querubín caído es el *adversario* del creyente y esa es una de sus perversas actividades (Ap. 12:10). Este ángel pecaminoso ronda al cristiano para hacerle caer, de tal manera que pierda su firmeza y no alcance la victoria en Cristo. La acción cristiana sobre el enemigo es una tarea de resistencia (1 P. 5:9). El Señor no llama a los cristianos a derrotar a Satanás, sino a *resistirle.* La derrota de Satanás tuvo ya lugar en la cruz (Col. 2:15), por tanto, cada creyente ocupa terreno de victoria en el que debe mantenerse. La fe que descansa en el Vencedor, es el único medio de alcanzar la victoria sobre Satanás. Generalmente el tentador no viene a la vida de los cristianos con propuestas abiertamente escandalosas, sino que se disfraza sutilmente como un ángel de luz (2 Co. 11:14). Procura alterar la base de fe con su propia doctrina (1 Ti. 4:1). Intentará que el cristiano deje de depender del poder de Dios para hacerlo en sus propias fuerzas. Dios a dotado al cristiano de armas poderosas que le permiten mantenerse en un terreno de victoria (Ef. 5:10-13, 17). Es preciso entender que la lucha es contra ángeles caídos que sirven a los propósitos de Satanás. Estos enemigos utilizan sus poderes para el mal y no para el bien. Sólo es posible alcanzar victoria mediante la identificación real y experimental con Cristo, usando toda la armadura de Dios y fortaleciéndose en el Señor (Ef. 6:10). De ahí la importancia que el texto tiene como amonestación y llamamiento a cada uno de nosotros: *"El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias".*

Τῷ νικῶντι δώσω αὐτῷ τοῦ μάννα τοῦ κεκρυμμένου. Luego de la apelación la primera promesa dirigida a los vencedores. Ya se ha considerando antes que el vencedor es la expresión para referirse a cada uno de los creyentes verdaderos, que como tales, están dispuestos a asumir el compromiso con el Señor en una vida consecuente con sus demandas. La primera promesa para el que siga fielmente a Cristo tiene que ver con el maná: δώσω αὐτῷ τοῦ μάννα τοῦ κεκρυμμένου, *"le daré a comer del maná escondido".* Esta expresión ha supuesto una dificultad interpretativa, toda vez que se trata de una figura de lenguaje y no puede entenderse literalmente. El maná fue el alimento que Dios dio a Israel durante el tiempo de la peregrinación por el desierto. Cada día había una porción de ese alimento sobrenaturalmente enviado por Dios que era recogido por cada familia en cada jornada, salvo el viernes que debía aprovisionarse de doble porción para el sábado, en que como día de reposo no debía haber actividad de trabajo. Una porción del maná fue puesto en una urna de oro e introducido en la presencia de Jehová (Ex. 16:33-34). Por la carta a los Hebreos (9:4) algunos entienden que esa muestra del

maná se había introducido dentro del arca. Sin embargo, el mandamiento establece que se pusiera *delante* de Jehová, en el lugar donde estaba el arca, que era el Lugar Santísimo. En tiempos de Salomón sólo había en el interior del arca las tablas de la ley (1 R. 8:9). La tradición rabínica enseñaba que la vasija del maná y la vara de Aarón no estaban en el arca sino a su lado, junto con el cofre de joyas de oro que los filisteos habían enviado cuando devolvieron el arca a Israel (1 S. 6:4, 8, 11, 15). Según parece una tradición judía enseñaba que cuando el templo fue destruido, Jeremías sacó de él el arca y la llevó a un lugar en el monte Nebo, donde encontró una casa en forma de cueva en la que introdujo el arca siendo luego cerrada por Dios que ocultó también el camino. Según esa tradición, cuando el Mesías vuelva mostrará estos objetos y se manifestará nuevamente la gloria del Señor (2 Mac. 2:4ss.) Esa misma tradición se recoge en el apócrifo *Apocalipsis de Baruc (6:5-10)*. Según esta tradición la urna de oro con la muestra del maná está escondida hasta el reino mesiánico, en que volverá a ser alimento para el pueblo de Dios. Estas tradiciones judías, no podían ser las que estuviesen en el pensamiento de Juan cuando escribió este mensaje del Señor, puesto que aquí es palabra de Dios mismo y no la validación del testimonio de los hombres. La Biblia enseña que al Lugar Santísimo, donde se encontraba la muestra del maná, nadie podía acceder, salvo el sumo sacerdote en el día de la expiación (He. 9:7). Había, sin embargo, una expectación general entre los judíos que cuando se manifestase el Mesías, descendería pan del cielo. Al maná se le llama literalmente *trigo del cielo* (Sal. 78:24) y también *pan de nobles*, o *pan de fuertes* en alusión a los ángeles (Sal. 78:25). El maná era figura del verdadero *pan del cielo* que descendió a los hombres en la Persona del Hijo de Dios, nuestro Señor (Jn. 6:33, 38). Por su ascensión el Señor está en la majestad de las alturas, a la diestra de Dios, el verdadero Lugar Santísimo (He. 9:24-28; Col. 3:3). A ese lugar sólo tiene acceso y debe acercarse el creyente (He. 10:22). Sin embargo, debe hacerlo santamente (He. 10:22). Ese *maná escondido*, que simboliza la comunión e identidad de vida con Jesucristo, el Señor resucitado, no sólo es un alimento espiritual para el tiempo presente, sino que se extiende a toda la eternidad, en donde el mismo Señor les servirá en un banquete eterno de comunión. La primera promesa para los vencedores expresa esto mismo, ya que el Señor dice que Él mismo les dará, es decir, pondrá delante de ellos, hará posible la participación, del maná escondido a cada uno de los vencedores.

Junto con el maná escondido, les promete también darles δώσω αὐτῷ ψῆφον λευκήν, καὶ ἐπὶ τὴν ψῆφον ὄνομα καινὸν γεγραμμένον, *"una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo"*. Como ocurre con el maná las interpretaciones sobre el significado de esta *piedrecilla blanca*, son diferentes. Algunos piensan que se trata del ejercicio llamado *suertes*, con una piedra blanca y una negra, por el que se condenaba o absolvía a pena capital

a un delincuente, uso habitual entre los romanos, como dice Ovidio[22]. Otros consideran que se trata del ejercicio de suertes con el Urim y Tumin del sumo sacerdote. En este sentido y siguiendo esa línea interpretativa, se llega a la conclusión de que se trata de la capacidad que los creyentes reciben para juzgar al mundo y a los ángeles (1 Co. 6:2, 3). Más bien debiera considerarse como el modo que había en los tiempos de Juan, para acceder a un convite o a una recepción con entrada limitada. Los invitados recibían una *piedrecilla blanca*, que los romanos llamaban *"téssera hospitales"*, literalmente *señal para huésped* y que permitía al portador el acceso al lugar. Esclavos controlaban la entrada, permitiéndola sólo a quienes eran portadores de la señal.

Ὄνομα καινὸν γεγραμμένον ὃ οὐδεὶς οἶδεν εἰ μὴ ὁ λαμβάνων. En la piedrecilla blanca que se entrega al creyente vencedor, está registrado un nombre nuevo, conocido sólo por aquel que lo recibe. ¿De que nombre se trata? Pudiera ser que fuese el nombre que es sobre todo nombre (Fil. 2:10) que nadie *sabe*, en sentido de *conocer*, por experiencia vital sino sólo el creyente (Gá. 2:20). En el libro hay una referencia al nombre de Cristo en este sentido de *nombre nuevo* (Ap. 3:12). No cabe duda que la identidad espiritual del creyente es Cristo mismo, formando una unidad espiritual con Él. La iglesia, como cuerpo de creyentes, es también *un cuerpo en Cristo*, de cuyo cuerpo el Señor es la cabeza (Ef. 1:22-23). La salvación no es tanto que el pecador conozca a Cristo, sino que sea también conocido por Él (2 Ti. 2:19). A la nueva naturaleza del creyente, creado en Cristo Jesús, corresponde también un nombre nuevo, que sólo es conocido por el que lo recibe, y que le da acceso a la comunión plena con el Señor, garantizando para él los recursos de la gracia en el tiempo presente (Fil. 4:13) y la eternidad de comunión en la presencia del Señor, según su promesa (Jn. 14:1-4). El nombre nuevo es propio de quien comparte la divina naturaleza (2 P. 1:4). El identificativo de la nueva creación es Cristo mismo, a cuya imagen va siendo conformado el cristiano (Ro. 8:29). Al lugar de residencia eterna en comunión con Dios, sólo accederán los *vencedores*, es decir, quienes lo son porque están en Cristo. Los otros, que no tienen un nombre nuevo, no podrán acceder al disfrute eterno (Ap. 20:15; 21:8). La bendición comprende también el acceso al banquete terrenal de las cenas de las bodas del Cordero (Ap. 19:7-8), que tendrán expresión durante el reino milenial de Jesucristo. Sin embargo, no es necesario extenderse tanto al futuro de las bendiciones, sino al presente. Cristo promete acceso al continuo banquete de la comunión con Él, a la provisión de los recursos de la gracia, ya para el tiempo presente. Cada creyente, en comunión con Cristo dispone de todo cuanto necesita para su vida cotidiana, tanto en el terreno material como en el

---

[22] *"Mos erat antiquis, niveis atrisque lapillis/ His damnare reos, illis absolvere culpa". "Los antiguos tenían por costumbre usar piedras blancas y negras, éstas para condenar a los reos; aquéllas, para absolverles de culpa"*

espiritual. El *nombre nuevo*, está inscrito, es decir, registrado. El nombre nuevo sustituye al antiguo y le vincula a la condición de hijo e invitado (Ro. 8:16). Estos nombres nuevos están inscritos en el registro celestial y deben ser causa de gozo para el discípulo de Cristo (Lc. 10:20). Las promesas tienen que ver con una comunión amplia y renovada que sólo es posible para quienes viven en la fidelidad al Señor.

El mensaje a la iglesia en Tiatira (2:18-29).

Presentación del Señor (2:18).

18. Y escribe al ángel de la iglesia en Tiatira: El Hijo de Dios, el que tiene ojos como llama de fuego, y pies semejantes al bronce bruñido, dice esto.

Καὶ τῷ ἀγγέλῳ τῆς ἐν Θυατείροις ἐκκλησίας γράψον· Τάδε λέγει ὁ
Y al ángel de la en Tiatira iglesia, escribe: Esto dice el
Υἱὸς τοῦ Θεοῦ, ὁ ἔχων τοὺς ὀφθαλμοὺς αὐτοῦ ὡς φλόγα πυρὸς
Hijo - de Dios, el que tiene los ojos de él como llama de fuego
καὶ οἱ πόδες αὐτοῦ ὅμοιοι χαλκολιβάνῳ·
y los pies de Él semejantes al bronce refulgente.

Notas sobre el texto griego.

El mensaje a Tiatira comienza con la conjunción καὶ, *y*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado, *al*; ἀγγέλῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo que se usa para referirse a *ángel*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado*, de la*; seguido de ἐν, preposición que rige dativo, *en*; Θυατείροις, nombre propio de ciudad, *Tiatira*; ἐκκλησίας, caso nominativo femenino singular del sustantivo, *iglesia*; γράψον, segunda persona singular del aoristo de imperativo en voz activa del verbo γράφω, *escribir*, aquí como *escribe*. Una segunda cláusula que inicia el mensaje con τάδε, caso acusativo neutro plural del pronombre demostrativo, *esto*; λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, equivalente a *decir, hablar, responder, ordenar, etc.*, aquí con significado de *dice*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; Υἱὸς τοῦ Θεου, expresión del nombre propio, *Hijo de Dios*; seguido de ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el,* ἔχων, caso nominativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tiene*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado, *los*; ὀφθαλμοὺς, caso acusativo masculino plural, del sustantivo, *ojos*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal, *de Él*; seguido de ὡς, adverbio de cómo, *como*; φλόγα, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *llama*; πυρὸς, caso genitivo neutro singular del sustantivo, *fuego*; καὶ, conjunción, *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural de sustantivo, *pies*; seguido de αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal, *de Él*; ὅμοιοι, caso nominativo masculino plural del adjetivo, *semejante*; χαλκολιβάνῳ, caso dativo masculino singular, o también dativo neutro singular, del sustantivo, tan extraño que no

se ha encontrado en ningún otro sitio, tratándose de un metal desconocido, tal vez aurífero por el color, que debe tener la condición de ser especialmente brillante.

Καὶ τῷ ἀγγέλῳ τῆς ἐν Θυατείροις ἐκκλησίας γράψον. El Señor ordena a Juan que escriba una nueva carta, en esta ocasión, destinada a la iglesia en Tiatira. Poco se puede decir sobre la ciudad de Tiatira. Está situada a unos 70 Km. al sudeste de Pérgamo, entre los valles del Caico y del Hermo. Actualmente es la población de Akhisar, abierta a una llanura muy fértil. No se ha desenterrado nada importante en la ciudad. Posiblemente la población actual y alguna otra anterior se edificó sobre las ruinas antiguas e incluso con materiales procedentes de ellas. Fue fundada en el s. IV a.C. por Seleuco I de Siria, con soldados de Alejandro Magno y sus familias. Era una ciudad situada en la frontera misia. En la ciudad había una guarnición militar fronteriza antes de pasar al Imperio Romano, conquistada por los romanos en el año 190 a.C. Tenía una importante sinagoga en la ciudad. La fabricación de tejidos de lana teñidos en color púrpura era una de las actividades más destacadas en Tiatira. De ahí procedía Lidia, la primera convertida al evangelio en Europa (Hch. 16:14). Era difícil poder introducirse en la industria si no se pertenecía a alguna corporación obrera o a alguna avocación gremial. Además de los tintoreros, había gremios de alfareros y de obreros del bronce. Los tiatirenses fueron considerados en la antigüedad como gente deshonrada, de ahí que Plinio el Viejo llamase a Tiatira *"ciudad sin honor"*. En la ciudad había un templo dedicado a Apolo y otro a Artemisa, además estaba allí el famoso recinto o *peribolé del caldeo*, de origen persa, que era la residencia de la sibila oriental Sambata. Parece que en ella no había templos dedicados a los emperadores. Como en la mayoría de las ciudades de los tiempos de Juan, la vida religiosa se centraba en cultos y banquetes idolátricos. No cabe duda que los cristianos se verían en dificultades para mantener el equilibrio que demandaba su fe y la pertenencia a gremios y organizaciones paganas con sus festividades en honor de los dioses. Parece ser que la iglesia cristiana dejó de existir en el s. II d.C. En la ciudad había una notable presencia judía con una importante sinagoga, esa era, con toda seguridad, la causa por la que Lidia adoraba a Dios y se juntaba, en Filipos, con otras mujeres a la orilla del río para la oración (Hch. 16:13-14), posiblemente prosélito hebrea. No se sabe como se originó allí la iglesia y parece ser que la comunidad cristiana no debió de haber sido muy numerosa en Tiatira, porque en el s. III. Gaius, jefe de los *"álogos"*[23], pretendiendo negar el carácter inspirado del Apocalipsis, aducía la inexistencia de cristianos en esa ciudad. Igualmente Epifanio afirma que a finales del s. II no había iglesia en Tiatira. Es muy posible que el núcleo principal del movimiento *montanista*, estuviera en esa ciudad.

---

[23] Se llaman así a los heresiarcas que negaban la realidad el Logos en Jesucristo.

Quien τάδε λέγει, dice esto que Juan debe escribir, se presenta aquí como ὁ Υἱὸς τοῦ Θεοῦ, *"el Hijo de Dios"*, designándose a sí mismo con el título que lo vincula como Persona Divina, en el seno Trinitario. Esa era su filiación natural. Es la vinculación máxima que apela a una forma suprema de relación de Jesús con Dios. Es tal la dimensión de este título y el contenido que expresa que se abre desde él la verdad sobre la identidad e igualdad en el Seno Trinitario , hasta el punto que el Señor Jesús pudo decir: *"Yo y el Padre somos uno"* (Jn. 10:30). Por esa misma razón *"a Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo Unigénito que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer"* (Jn. 1:18). Se trata de una presentación del Señor desde el plano de la deidad. El nombre *Hijo* se aplica a la Segunda Persona Divina. En un sentido propiamente *metafísico*, no se trata de un mero hombre a quien se eleva a la condición divina por decisión de Dios mismo, ni es, por tanto, un título honorífico que se le confiere. Es evidente que la verdad revelada presenta a Cristo como Dios, al margen de su oficio salvador y mediador. El es Hijo de Dios desde siempre y, por tanto, desde antes de su encarnación (Jn. 1:14, 18). La encarnación es la necesidad del envío en misión (Gá. 4:4). Por otro lado, se le da también el calificativo de Unigénito del Padre, que no podría aplicársele si fuera sólo Hijo de Dios en sentido ético (Jn. 1:14, 18; 3:16, 18; 1 Jn. 4:9). El título *Hijo* es indicativo de la deidad de Jesús (Jn. 5:18-25). La relación que tenía con el Padre, durante su ministerio terrenal, era única. Para los discípulos el Padre era: *"nuestro Padre"*, para Jesús era *"mi Padre"* (Mt. 6:9; 7:21; Jn. 20:17). Los judíos entendieron claramente que el calificativo Hijo de Dios y el modo de dirigirse a Dios llamándole *mi* Padre, suponían un carácter de filiación divina, que consideraban blasfema (Mt. 26:63; Jn. 5:18; 10:36). Pero, también, en un sentido *mesiánico*, el nombre de Hijo de Dios se le reconoce en su función salvífica y mediadora. Los mismos demonios saben que su final está en la mano judicial de Dios y, por eso, increpaban a Jesús como si había venido para destruirlos antes de tiempo (Mt. 8:29). En su envío al mundo (Gá. 4:4), como Mesías exige que exista una relación en el Seno Divino, de modo que al Mesías debía llamársele Hijo de Dios. Incluso desde el plano de la encarnación, se da también a Jesús el título de Hijo de Dios, a causa de que su nacimiento se debe a la paternidad de Dios, siendo engendrado, en lo que se refiere a su naturaleza humana, por la operación sobrenatural del Espíritu Santo y es, en ese sentido, el único hombre al que puede llamársele Hijo de Dios (Lc. 1:32, 35). El Hijo de Dios es tan personal como el Padre y la Escritura lo presenta en unión, identificación y comunión el Uno con el Otro. El uso de los términos *unigénito y primogénito*, indican generación y nacimiento, pero nunca origen. El ser *Primogénito* (Col. 1:15; He. 1:6), enfatiza en la eterna generación del Hijo, indicando que Él era antes de toda creación. Ese término no expresa tanto la relación de Dios con el mundo y en el mundo, sino la íntima relación que guarda con el Padre. Por esa causa, siendo Hijo, es también la imagen misma de Dios (2 Co. 4:4; Col. 1:15: He. 1:3). Es necesario entender que Dios creó al hombre a su imagen, pero sólo

Cristo es *la imagen*, de Dios. La presentación de Jesús como el Hijo de Dios, expresa también la generación eterna del Hijo en el Seno Trinitario, lo que se llama *filiación*, participando junto con el Padre en la espiración del Espíritu. La doctrina de la *generación* del Hijo se determina por la eterna relación entre la primera y la segunda Personas Divinas, de Padre a Hijo. Esta relación se complementa también porque el Hijo recibe el nombre de *Unigénito* (Jn. 1:14, 18; 3:16, 18; He. 11:17; 1 Jn. 4:9). La generación del Hijo es un *acto necesario* de Dios, en sentido de que la condición de Padre, obedece a la presencia del Hijo. Pero al mismo tiempo este acto necesario, es también un *acto eterno*, ya que la existencia de la Segunda Persona no es originada, sino eterna. El acto de generación del Hijo participa de la eternidad del Padre. Debe entenderse que cuando se habla teológicamente de *eternidad*, no se está haciendo referencia a un tiempo infinito, sino al *no tiempo*, por tanto la *generación eterna*, significa un acto siempre continuo y siempre completo. Es necesario entender con toda claridad que se trata de una *generación de subsistencia personal*, y no de *esencia de la deidad* y debe entenderse desde la perspectiva de que el Ser Divino tiene una *sola naturaleza* y *tres Personas*. El Padre *genera la subsistencia personal del Hijo*, y por esa razón posee la esencia divina en plenitud al igual que el Padre y el Espíritu. Es muy necesario entender que la *generación* de la Persona Divina del Hijo no antecede a la comunicación de la esencia divina, porque si así no fuese el Hijo no sería generado sino creado. En virtud de esa comunicación de esencia divina, el Hijo tienen vida en sí mismo (Jn. 5:26). La generación del Hijo es el acto necesario y eterno de la Primera Persona Divina, mediante el cual, dentro del Ser divino está la base para una segunda subsistencia personal semejante en todo a la misma del Padre, y pone a esta Segunda Persona en posesión absoluta de la esencia divina desde toda la eternidad, sin origen ni creación. Esta existencia en la Trinidad ontológica o esencial, se traslada también a la Trinidad económica, en la que el Hijo ocupa el segundo lugar en las operaciones *ad extra*, siendo todas *por* el Padre, y todas *por medio* del Hijo (1 Co. 8:6). El Padre se presenta como la causa absoluta de todas las cosas, y el Hijo como la causa mediante de todas las cosas. De ahí que todo sea creado y mantenido por medio del Hijo (Jn. 1:3, 10; He. 1:2, 3). De igual manera en el orden de salvación, el Hijo, como Mediador, asumió la ejecución del plan de redención hecho por el Padre.

El Hijo de Dios tiene, en la presentación, ἔχων τοὺς ὀφθαλμοὺς αὐτοῦ ὡς φλόγα πυρὸς, *"sus ojos como llama de fuego"*. Esta misma presentación apareció anteriormente cuando Juan vio la gloria del Hijo de Dios (1:14). Es figura de la mirada escudriñadora de Dios que penetra profundamente en el interior de aquel a quien dirige su mirada y pone al descubierto las intimidades más profundas y secretas de cada uno. Ningún pecado, por oculto que sea, puede escapar de su conocimiento. De ahí que, según se desprende luego, conoce el proceder vergonzoso de algunos en la iglesia en Tiatira.

Καὶ οἱ πόδες αὐτοῦ ὅμοιοι χαλκολιβάνῳ. Los pies del Señor son semejantes al bronce bruñido. Igual que la anterior, la comparación se estableció también antes (1:15). Son pies apercibidos para entrar en juicio y pisotear, en figura bien gráfica, a sus adversarios (Sal. 2:9; Is. 63:3). Esta figura pone de relieve la intención judicial de la acción del Señor contra quienes mantienen una conducta contraria a Él y a su voluntad. La presentación es ya una advertencia sobre lo que sigue en el mensaje a la iglesia.

Elogios (2:19).

19. Yo conozco tus obras, y amor, y fe, y servicio, y tu paciencia, y que tus obras postreras son más que las primeras.

οἶδα σου τὰ ἔργα καὶ τὴν ἀγάπην καὶ τὴν πίστιν καὶ τὴν διακονίαν
Se de ti las obras y el amor y la fe y el servicio
καὶ τὴν ὑπομονήν σου, καὶ τὰ ἔργα σου τὰ ἔσχατα πλείονα τῶν
y la paciencia de ti, y las obras de ti las últimas más que las
πρώτων.
primeras.

Notas sobre el texto griego.

El Señor testifica: οἶδα, primera persona singular del perfecto segundo de indicativo en voz activa del verbo εἴδω, en su forma οἶδα, que hace las veces de presente, remplazando al inusitado εἴδω, *saber, entender, conocer*, aquí como *se*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado, *los*, en español en femenino*, las*; ἔργα, caso acusativo neutro plural del sustantivo, *obras*, *trabajo, ejecución*; καὶ, conjunción, *y*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado, *la*, en castellano masculino *el*; ἀγάπην, caso acusativo femenino singular del sustantivo, *amor*, masculino en español; seguido de la conjunción καὶ, *y*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado, *la*; πίστιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota, *fe*, *fidelidad*; y el, διακονίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota, *servicio*, masculino en castellano; y la ὑπομονήν, caso acusativo femenino singular del sustantivo, *paciencia*, *capacidad para soportar*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal, *de ti*; y τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado, *los*, en español femenino, *las*; ἔργα, caso acusativo neutro plural del sustantivo, *obras*, *trabajo, ejecución*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal, *de ti*; las ἔσχατα, caso acusativo neutro plural del adjetivo, *últimas*; πλείονα, caso acusativo neutro plural del adjetivo, que es el grado comparativo de πολύς, *mucho*, aquí como *más que*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado, *los*, en castellano femenino, *las*; πρώτων, caso genitivo neutro plural del adjetivo numeral ordinal, *primeras*.

El conocimiento supremo del Señor conoce, no sólo lo que se aprecia, sino también lo que está oculto al conocimiento humano: οἶδα σου τὰ ἔργα,

conozco tus obras. Estas estaban reflejando la condición de los creyentes. El Señor pone de manifiesto condiciones personales de los creyentes. Juan utiliza una construcción gramatical ilativa, en la que cada una de las virtudes expresada con un sustantivo, se separa de la siguiente mediante la conjunción y que las vincula entres sí, a la vez que establece una distinción entre cada una que debe ser atendida individualmente. Cada uno de los sustantivos va precedido también del correspondiente artículo determinado que hace destacar la identidad de cada uno. Esas obras no son el resultado del esfuerzo personal del creyente, sino la acción de Dios en él. Corresponden a expresiones del fruto del Espíritu, por tanto, las virtudes señaladas no son perfecciones humanas sino divinas, hechas por Dios en el creyente. Son las obras preparadas de antemano para que el creyente *ande* en ellas (Ef. 2:10).

Καὶ τὴν ἀγάπην. La primera virtud que el Señor destaca es la del amor, que es el distintivo del verdadero cristiano (Jn. 13:35). La advertencia a los creyentes en Éfeso tenía que ver con el debilitamiento del amor (2:4), aquí el mismo Señor que llamó la atención al problema del dejar a un lado el amor, testifica que era una de las características personales de los creyentes en Tiatira. El Señor, al establecer el mandamiento del amor fraterno, en forma semejante al amor manifestado por Él hacia los suyos, mantiene vivo entre los cristianos y presente en el mundo la perfección del Señor resucitado y ascendido a los cielos. El amor es algo más que un mandamiento, es un don que Dios ha derramado en cada cristiano por el Espíritu (Ro. 5:5). El amor que el Espíritu reproduce en cada creyente por medio de su fruto (Gá. 5:22), es el amor de Cristo mismo que es, por tanto, la fuente de amor mutuo entre los cristianos. El amor no solo es algo *afectivo*, sino también *efectivo*, es decir, es afecto y es entrega. De la misma manera que Él dio su vida por nosotros, así también nosotros debemos darla por los hermanos, dirá el apóstol Juan (1 Jn. 3:16). El verdadero amor, el amor *ágape*, tiene la característica de ser espontáneo e inmotivado, por cuanto está dirigido a quienes por ser pecadores son indignos de ser amados. En ese sentido, la generosidad del amor de Dios no pudo conocerse plenamente hasta que dio a su propio Hijo, por tanto, el amor que alaba el Señor en la iglesia en Tiatira, es un amor que tiene su origen en Dios mismo. Los mismos enemigos de Dios y de su iglesia tendrán que apreciar el distintivo que marca una diferencia clara entre el amor del mundo, aún el más perfecto, y el amor de los creyentes. Este amor supone un desafío al mundo y viene a ser un haz luminoso de Dios mismo, brillando en la noche oscura de la humanidad por medio de sus hijos que, por ser hijos suyos, son también hijos de la luz (1 Ts. 5:5), y tienen el deber de andar en la luz (Ef. 5:8). En eso se manifiestan los creyentes como hijos de Dios, no tanto en el conocimiento de la fe, sino en el amor (1 Jn. 3:10). El amor es, además, el cumplimiento de las demandas morales de Dios establecidas en su ley (Gá. 5:14; Ro. 13:10). La

plenitud de la ley, en cuanto a llenar toda exigencia, es el amor. Es la base de la ética del reino de los cielos (Mt. 5:43-46).

Καὶ τὴν πίστιν. Una segunda virtud cristiana que el Señor pone de manifiesto como característica de los creyentes en Tiatira, es la fe. Al estar relacionada con el modo de obrar, tiene que ver con la expresión visible de la fe en la *fidelidad*. El mismo Espíritu que producía en ellos el amor, producía también la fe (Gá. 5:22). Una de las perfecciones divinas es la fidelidad (Lm. 3:22-23; Sal. 36:5; 89:1, 2, 5, 24, 33; 92:1-2). A Dios se le reconoce como el Dios fiel, es decir, el Dios de la fidelidad (Dt. 7:9). La fidelidad de Dios es inalterable, a pesar de cualquier circunstancia (2 Ti. 2:13). El creyente descansa con seguridad en las promesas de Dios, porque quien ha prometido es fiel y hace honor al compromiso empeñado en su Palabra (He. 10:23). La fidelidad fue una de las características destacables en la conducta del Señor Jesús. El Espíritu Santo, que reproduce a Cristo en el cristiano, reproduce con Él la fidelidad. La fidelidad es un principio de vida cristiana, no sólo en relación con Dios, sino también en relación con sus semejantes en todos sus actos (Col. 3:9). Todas las esferas de la vida cristiana han de corresponderse con la fidelidad propia del nacido de nuevo. La fidelidad es la lealtad constante al Señor como resultado de una correcta comunión con Él.

Καὶ τὴν διακονίαν. Una virtud más es puesta de manifiesto por el Señor. Los creyentes en Tiatira eran siervos. Jesús afirma: *"conozco…tu servicio"*. No pude hablarse de salvación si no se habla también de servicio. La evidencia de la conversión producida en los tesalonicenses, era que se habían vuelto de los ídolos a Dios, para servirle (1 Ts. 1:9). Es la condición que no la opción de la vida que vive vinculada a Jesús (Fil. 1:21). Cuando el Siervo de los siervos se hace vida en el creyente, al mayor honor para este será servir. El creyente fue librado de la esclavitud del pecado para que pueda servir a Dios (Ro. 6:6, 13, 17, 18, 22). Lo que el creyente es debe presentarse a Dios para ser instrumentos que operan justicia. Comprados por Dios y hechos sus santos, tienen en el cuerpo el modo de ser instrumentos santos al servicio de Dios. La santidad no es una mera demanda sino el estilo de vida irrenunciable para cada cristiano (1 P. 1:14-17). En la salvación se produce un cambio radical por el que de una esfera de desobediencia, propia de la condición caída y pecaminosa de la vieja naturaleza que controla al no salvo, se pasa a la esfera de obediencia que es posible a causa de la liberación del pecado esclavizante. La libertad es el modo para servir a Dios. El creyente no puede servir a dos señores (Mt. 6:24). Liberado de la opresión del primero puede dedicarse al servicio del segundo. Antes era esclavo del pecado, ocupado en sus concupiscencias, ahora su servicio está en el área de la justicia, es decir, de las acciones concordantes con la voluntad de Dios. El servicio es la forma natural de la vida cristiana ya que cada uno de los salvos es hecho *siervo de Dios*. Esa es la más alta posición a

que el hombre puede aspirar. El creyente al ser hecho *siervo* de Dios le debe lealtad y obediencia. Ese servicio produce un resultado visible: *"la santificación"*, y se proyecta al final de un disfrute definitivo de la vida eterna. El servicio hecho en amor y fidelidad es siempre dificultoso (2 Ti. 3:12), pero tiene un don admirable la vida eterna en Cristo Jesús. El servicio no alcanza la vida eterna. La salvación no se alcanza por obras sino por gracia mediante fe (Ef. 2:8-9), pero, no se puede hablar de salvación sin hablar de obras, propias de esa salvación. La fe que no obra es muerta en sí misma (Stg. 2:17). El verdadero título de honor de un cristiano es el de siervo (1 Co. 4:1). La iglesia de Cristo está sobrada de *grandes* y necesitada de *siervos.* Escribe el Dr. Lacueva, citando a Campbell Morgan:

"Hacer mucho sin amor no es servicio, sino vanagloria; hacer lo que nos gusta, no lo que necesita el prójimo, no es servicio, sino vanidad; estar dispuesto a dar un banquete, pero no un vaso de agua fresca, no es servicio, sino soberbia"[24]

Καὶ τὴν ὑπομονήν σου. Una cuarta virtud es apreciada y expresada por el Señor. Aquellos creyentes mostraban *paciencia*. Es lo que permite a un creyente soportar el peso de la prueba, resistir la carga puesta sobre él y perseverar sin vacilaciones. No se trata solamente de una constancia paciente, sino de la capacidad de aguantar bajo circunstancias adversas con un corazón gozoso. Es una de las consecuencias de la provisión del amor, que permite sufrirlas con entereza, ya que el amor *"todo lo soporta"* (1 Co. 13:7). La paciencia es la capacidad que un creyente tiene para estar tranquilo cuando todo se estremece a su alrededor y está rodeado de conflictos.

Estas virtudes cristianas que adornaban a los creyentes se complementan con un perfecto desarrollo espiritual: τὰ ἔργα σου τὰ ἔσχατα πλείονα τῶν πρώτων, *"tus obras postreras son más que las primeras"*. La iglesia en Éfeso había sido reprendida por retroceder en el modo de obrar, la iglesia en Tiatira es alabada por avanzar a un mayor nivel de eficacia y compromiso en la vida cristiana. El obrar de ellos al principio era menor que después de un tiempo de seguimiento al Señor.

Amonestación (2:20-23).

20. Pero tengo una pocas cosas contra ti; que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos.

---

[24] F. Lacueva. o.c., pág. 349.

ἀλλὰ ἔχω κατὰ σοῦ ὅτι ἀφεῖς τὴν γυναῖκα[1] ᾿Ιεζάβελ, ἡ λέγουσα
Pero tengo contra ti que permites a la mujer Jezabel la se dice
ἑαυτὴν προφῆτιν καὶ διδάσκει καὶ πλανᾷ τοὺς ἐμοὺς δούλους
a sí misma profetisa y enseña y extravía - a mis siervos
πορνεῦσαι καὶ φαγεῖν εἰδωλόθυτα
a fornicar y a comer de lo sacrificado a ídolos.

Notas sobre el texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] γυναῖκα, *mujer,* está atestiguada en א, C, P, 1, 1611, 2020, 2053, 2081, 2344, it[ar, c, dem, div, gig, haf, t, z]. vg, cop[sa, bo], arm, eth, Tertuliano, Ambrosio, Epifanio, Andres[bav].

Otra lectura γυναῖκά σου, *mujer suya,* aparece en 046, 94, 1996, 1828, 2854, 1859, 2042, 2065, 2073, 2138, 2432, syr[ph, h], Cipriano, Primasio, Andrés[a, c, p], Aretas.

El texto establece un contraste con lo que antecede mediante el uso de ἀλλὰ, conjunción adversativa, *pero*; ἔχω, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔξω, *tener*, aquí como *tengo*; sigue luego la preposición κατὰ, que aquí equivale a *contra*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal en segunda persona, *ti*; ὅτι, conjunción, *que*; ἀφεῖς, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἀφίημι, *permitir*, aquí como *permites*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado, *a la*; γυναῖκα, caso acusativo femenino singular del sustantivo, *mujer*; ᾿Ιεζάβελ, nombre propio de persona, *Jezabel*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado, *la*; λέγουσα, caso nominativo femenino singular con el participio presente en voz activa del verbo λέγω, *decir, llamar*, aquí como *dice*, debiendo complementarse en español con el pronombre personal *se*; ἑαυτὴν, caso acusativo femenino singular del pronombre reflexivo, *a sí misma*; προφῆτιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *profetisa*; seguido de la conjunción καὶ, *y*; διδάσκει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo διδάσκω, *enseñar,* aquí como *enseña*; y πλανᾷ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo πλανάω, *extraviar, seducir*, aquí como *extravía o seduce*; el verbo es usado en la LXX en sentido literal de *extraviar, hacer vacilar* y en voz media y pasiva para referirse a *andar errante, tambalearse*; Pablo usa e verbo para referirse a una vida al servicio de los vicios, típica de la existencia de paganos y a las acciones de otros que son *embaucadores*, Juan usa el verbo para referirse a la acción de *seducir* para mal; ἐμοὺς, caso acusativo masculino singular del adjetivo posesivo, *a mis*; δούλους, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *siervos*, término usado también para referirse al oficio de *diácono*, que no es esta acepción aquí; πορνεῦσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo πορνεύω, *fornicar*; y φαγεῖν, aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo ἐσθίω, en la forma φάγω, φάγομαι, como tiempos del épico ἔδω y aoristo segundo, aquí como *comer*; εἰδωλόθυτα, caso acusativo neutro plural del adjetivo que expresa *lo sacrificado a ídolos.*

Los ojos escudriñadores del Señor descubren *unas pocas* cosas que exigen reprensión y advertencia, si bien la expresión no está en el texto griego. El Señor dice: ἀλλὰ ἔχω κατὰ σου, *tengo contra ti.* El que tiene ojos como llama de fuego, cuya mirada profundiza en el interior de cada creyente y conoce profundamente las cosas, determina la existencia de dificultades espirituales que va a denunciar. La alabanza de las virtudes se eclipsa frente a la realidad de los problemas que había en la iglesia.

El primer problema es ὅτι ἀφεῖς, *que consientes.* La congregación, especialmente el liderazgo había caído en la permisividad de acciones pecaminosas. El verbo[25] que usa Juan lo indica claramente: *toleras*, *consientes, permites*. El presente además aporta la idea de una acción permanente, habían comenzado a consentir y seguían haciéndolo. El consentimiento o la tolerancia tenían que ver con la presencia de un foco de corrupción moral en la congregación. El fracaso espiritual de Tiatira era mayor que el de Pérgamo; ésta tenía algunos malos *entre* ellos, pero aquí *consentía* en ello sin ninguna acción correctora.

El problema esta siendo originado por una enseñanza impía, que impartía τὴν γυναῖκα, una mujer,᾽Ιεζάβελ, ἡ λέγουσα ἑαυτὴν προφῆτιν *"Jezabel que se dice profetisa"*. La identificación de esa mujer es el problema principal del versículo. Los intérpretes se han dividido en tres grupos principales: unos consideran que se trata de un nombre simbólico o alegórico para designar a un grupo; otros entienden que se refiere literalmente a una mujer y que según la lectura alternativa en algunos mss pudiera ser la esposa de un líder de la iglesia; otros entienden que es una mujer literal, pero no la esposa del pastor o líder de la iglesia, que tendría notoria influencia hasta el punto de extraviar a algunos. Lo más seguro es considerar el nombre Jezabel como simbólico, vinculado con un contexto de pecado para todos los conocedores de la historia de Israel. Es suficiente recordar la forma de actuación de la impía esposa de Acab el rey de Israel, fenicia de origen, que se propuso conducir al pueblo de Israel a la idolatría eliminando el culto a Yahwe. Ella fue la que potenció el culto a Baal y Asera en Samaria, la capital del reino del norte (1 R. 16:31-33). Era una mujer dominadora y sumamente terca, unida a una personalidad muy fuerte. Entre el séquito de Jezabel se encontraban 450 profetas de Baal y otros 400 de Asera (1 R. 18:19). Aquello trajo la acción de Elías y la confrontación en el Carmelo con el triunfo de Dios sobre los ídolos. (1 R. 18:17–40). Fue capaz de condenar a muerte a un inocente por alcanzar para su esposo la viña que tenía Nabot cerca del palacio real (1 R. 21:8ss). Luego de la muerte de Acab continuó reinando otros diez años, a través del reinado de Ocozías y luego en la vida de Joram. No cabe duda que la inmoralidad formaba parte del culto a la diosa Asera y que sin

---

[25] Griego: ἀφίημι.

duda había sido aquella reina Jezabel quien introdujo las prácticas de fornicación espiritual y literal entre el pueblo de Israel. En la iglesia en Tiatira había una mujer que se hacía pasar por profetisa, sin serlo. Si el nombre de ella era Jezabel o no, no tiene gran importancia, pero probablemente es, como se dice antes, un nombre alegórico. En la iglesia primitiva había mujeres que ejercían el don de profecía (cf. Hch. 21:9; 1 Co. 11:5), incluso alguna *"mas privadamente"* colaboró en la enseñanza de grandes hombres como el caso de Priscila, junto con su esposo Aquila, en relación con Apolos (Hch. 18:26). El ejercicio profético en la congregación dio lugar a abusos generando dificultades en la iglesia en Corinto (1 Co. 14:29-33), que Pablo tuvo que corregir. En la autoproclamación de Jezabel como *profetisa*, llevaba aparejado la comunicación del mensaje de Dios para la congregación, base para su falsa enseñanzas. Por su ministerio, esto es, la enseñanza en base a revelación profética, ponía de manifiesto que no tenía tal don como ella pretendía.

Καὶ διδάσκει καὶ πλανᾷ. Juan define la acción de aquella mujer mediante dos verbos: *enseñar y seducir*. Era, pues, una enseñanza que inducía al extravío espiritual. La vinculación de dicha enseñanza no podía estar en otro que en Satanás mismo, el gran seductor en la historia de la humanidad, que con sus artimañas sedujo a Eva al pecado de desobediencia (1 Ti. 2:14). Siempre hubo en la iglesia falsos maestros que condujeron a otros al error (Ef. 4:14). Juan tuvo que advertir a las iglesias sobre este peligro (1 Jn. 2:26). Generalmente son instrumentos para seducir, arrastrando al pecado a creyentes *inconstantes* (2 P. 2:14). El engaño a que llevó a algunos la falsa profetisa Jezabel, era un peligro generalizado en la iglesia en tiempos apostólicos (2 P. 2:18). Posiblemente alcanzaba a varios tipos de creyentes, no sólo a los menos capacitados, a quienes llama ἐμοὺς δούλους, *mis siervos.*

La enseñanza de aquella mujer en la iglesia en Tiatira tenía que ver primeramente con hacer lícita la práctica de la fornicación, en el texto griego se lee πορνεῦσαι, *a fornicar.* Era una enseñanza que pretendía establecer la permisividad moral, probablemente en sentido gnóstico, como que los pecados cometidos con el cuerpo no tenían importancia, ya que el cuerpo en sí mismo era impuro y no podía contaminarse más. No puede establecerse con absoluta base bíblica si el pecado calificado como *fornicación*, era de rango espiritual, como muy bien podría ser en razón de la segunda parte de la enseñanza, de comer lo sacrificado a ídolos. Pero también podría ser en el aspecto literal o físico del pecado de una relación ilícita fuera del matrimonio, tal vez relacionada con la práctica de la prostitución sagrada llevada a cabo en honor de un ídolo. Ambas cosas están siempre unidas, tanto el aspecto espiritual de vinculación a los ídolos como el material de las prácticas pecaminosas que traía como consecuencia.

Καὶ φαγεῖν εἰδωλόθυτα, *y a comer de lo sacrificado a ídolos.* La segunda parte de la enseñanza tenía que ver con la participación de los creyentes en festividades en honor de los ídolos, con comidas que se celebraban en los templos paganos. La pretendida justificación de que como el ídolo no es nada (1 Co. 8:4), nada malo se hace en participar en las festividades en su honor, cae por su peso cuando se considera que tras un ídolo está un demonio (1 Co. 10:20). Teniendo que limitarse la interpretación del versículo al contenido del texto bíblico, no se puede llegar a hacer afirmaciones concretas sobre en que consistía la enseñanza de aquella pretendida profetisa, pero, no hay duda que estaba en el entorno de la moral pagana y de la permisividad con el pecado en la congregación, fomentándolo como lícito en la vida de los cristianos.

21. Y le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación.

καὶ ἔδωκα αὐτῇ χρόνον ἵνα μετανοήσῃ, καὶ οὐ θέλει μετανοῆσαι
Y di le tiempo para que se arrepintiese y no quiere arrepentirse
ἐκ τῆς πορνείας αὐτῆς.
de la fornicación de ella.

Notas sobre el texto griego.

Mediante la conjunción καὶ, *y*, ilativa, sigue el mensaje de amonestación; ἔδωκα, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar, dejar, conceder*, aquí como *di*; αὐτῇ, caso dativo femenino singular del pronombre personal, *le*; χρόνον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *tiempo*, en sentido de *tiempo medible*, es decir, un tiempo limitado que se mide cronométricamente; seguido de la conjunción ἵνα, *que*, *para que*; μετανοήσῃ, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo μετανοέω, *arrepentirse*; y οὐ, adverbio de negación enfática no condicional; θέλει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo θέλω *desear, querer*, aquí como *quiere*; μετανοῆσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo μετανοέω, *arrepentir*, aquí como *arrepentirse*; ἐκ, preposición de genitivo, *de*; seguida de τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado, *la*; πορνείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota, *fornicación*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal, *de ella*.

Καὶ ἔδωκα αὐτῇ χρόνον ἵνα μετανοήσῃ. La asombrosa y admirable gracia de Dios se manifiesta también aquí dando oportunidad al pecador para que proceda al arrepentimiento. No merecía ninguna compasión por su enseñanza seductora, pecaminosa e inmoral, pero ἔδωκα αὐτῇ, *"le di"*, expresión de concesión y otorgamiento de algo. La gracia de Dios se manifiesta en longanimidad para con aquella pecaminosa mujer, dándole tiempo suficiente para que se arrepintiese. Dios actúa siempre en gracia con el pecador dándole oportunidad para que rectifique en su camino de extravío (Ro. 2:4, 5). ¿Era

creyente esa mujer? Posiblemente no, ya que mentía afirmando tener el don de profecía cuando ella sabía que no era así, además practicaba el pecado abiertamente, lo que pone de manifiesto una condición propia de un no regenerado (1 Jn. 3:9). Pudiera entenderse también que el tiempo de gracia se había extinguido, es decir, que Dios le había dado un tiempo para arrepentimiento, que en alguna manera se le había comunicado a ella, tal vez el mismo apóstol Juan había ministrado en la iglesia de Tiatira y había reprendido a aquella mujer por su conducta.

Καὶ οὐ θέλει μετανοῆσαι ἐκ τῆς πορνείας αὐτῆς. Sin embargo, pese a toda la provisión de gracia, era rebelde a Dios y no quería arrepentirse de su fornicación. La Jezabel de la iglesia en Tiatira se muestra incorregible, pese a la oportunidad que el Señor le había dado. Es, sin duda, un reflejo de la Jezabel de los tiempos del profeta Elías, que también había tenido oportunidades, en los mensajes del profeta y en las señales hechas por Dios, pero continuó rebelde, persistiendo en su pecado. El Señor afirma por medio de Juan, en una apreciación absolutamente verdadera: οὐ θέλει, *"no quiere"*. El verbo pone de manifiesto una expresión volitiva de la persona. Es un *no querer* resultante del deseo personal e íntimo de aquella mujer. No quería consciente y voluntariamente cambiar de la posición en que estaba.

22. He aquí, yo la arrojo en cama, y en gran tribulación a los que con ella adulteran, sino se arrepienten de las obras de ella.

ἰδοὺ βάλλω αὐτὴν εἰς κλίνην[1] καὶ τοὺς μοιχεύοντας μετ᾽ αὐτῆς εἰς
He aquí arrojo la en cama y a los que adulteran con ella en
θλῖψιν μεγάλην, ἐὰν μὴ μετανοήσωσιν ἐκ τῶν ἔργων[2] αὐτῆς,
tribulación grande sino se arrepienten de las obras de ella.

Notas sobre el texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas:

[1] κλίνην, atestiguada en א, C, P, 046, 1, 94, 1006, 1611, 1828, 1854, 1859, 2929, 2952, 2053, 2065, 2073, 2981, 2138, 2344, 2432, it$^{ar, c, dem, div, gig, haf, t, z}$, vg, syr$^{ph, h}$, cop^{bo}.

φυλακήν, *prisión,* atestiguada en A.

κλίβανον, *horno*, aparece en 2071 arm;

ἀσθένειαν, *debilidad,* atestiguada en 1597 cop^{sa}.

[2] ἔργων αὐτῆς, *obras de ella*, atestiguada en א, C, P, 046, 94, 1006, 1611, 1828, 1859, 2929, 2042, 2053, 2138, it$^{gig, z}$, vg^{ww}, syr^{h}, cop$^{sa, bo}$, Tertuliano, Cipriano, Primasius, Andrés^{c}, Aretas.

ἔργων αὐτῶν, *obras de ellos*, atestiguada en A, 1, 1854, 2065, 2073, 2081, 2344, it[ar, c, dem, div, haf, t], vg[cl], syr[ph], arm, eth, Cipriano, Ambrosio, Primasius, Andrés[a, bav, p].

ἔργου αὐτοῦ, *obras de él*, en 2432.

El versículo comienza con una llamada de atención mediante el uso de *"he aquí",* ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia, *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; βάλλω, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo *arrojar, tirar,* aquí como *arrojo*; αὐτὴν, caso acusativo femenino singular del pronombre personal, *a*; εἰς, preposición que rige acusativo, *en*; κλίνην, caso acusativo femenino singular del sustantivo, *cama*, en sentido de *lecho, camilla, catre*, se usa para referirse al lugar para descansar, o para reposo del enfermo, también se usa para referirse a una camilla para transportar enfermos, en el sentido figurado de la expresión equivale a *hacer sufrir una enfermedad*; y τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado, *a los*; μοιχεύοντας, caso acusativo masculino plural con el participio presente en voz activa del verbo μοιχεύω, *adulterar*, aquí como *que adulteran*; seguido de μετ' en la forma que toma la preposición μετά delante de vocal y que significa *con*, αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal, *ella*; εἰς, preposición de acusativo, *en*; θλῖψιν, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *tribulación*; μεγάλην, caso acusativo femenino singular del adjetivo que expresa la condición de *grande*; ἐὰν, conjunción que vinculada al aoristo de subjuntivo se refiere de ordinario a supuesto que se dan en condiciones singulares o que tienen un carácter especial aquí equivaldría a *si*; con el adverbio de negación μὴ, que marca esta de un modo condicional, equivalente a *no*; μετανοήσωσιν, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo μετανοέω, *arrepentirse*; ἐκ, preposición de genitivo, *de*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado, *los*, en castellano femenino, *las*; ἔργων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *obras*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal, *de ella.*

Ἰδου βάλλω αὐτὴν εἰς κλίνην καὶ τοὺς μοιχεύοντας μετ' αὐτῆς. El Señor se dispone a actuar en disciplina contra ella y sus seguidores, teniendo en cuenta que el tiempo de gracia para el arrepentimiento fue despreciado. El Señor se dispone a βάλλω αὐτὴν, *arrojarla*, una expresión fuerte que tiene que ver con tirar algo. Es una acción que va a producirse en forma inminente, ya que se usa el tiempo presente a modo de futuro, lo que indica una acción que está a punto de realizarse, como si dijese *"estoy a punto de arrojarla"*. Esa mujer iba a ser arrojada εἰς κλίνην, *en cama*. El término atestiguado mayoritariamente en los mejores mss se refiere a un camastro de enfermo, e incluso se utiliza para aludir a una camilla para transportarlo. Debe entenderse que el Señor está advirtiendo sobre una grave enfermedad que caería sobre aquella mujer. Quien incitó a los creyentes a tenderse en lechos de idolatría e

incluso de fornicación, será puesta ella en un lecho de enfermedad. Añade también que sería en θλῖψιν μεγάλην, *"gran tribulación"*, posiblemente para referirse a una enfermedad que iría acompañada de intenso sufrimiento. Es la retribución natural a la persistencia voluntaria en el pecado.

Καὶ τοὺς μοιχεύοντας μετ᾽ αὐτῆς. En esa misma situación estarían también los que siguieron su enseñanza y practicaron los pecados a que ella los inducía. Es interesante que Juan no usa el verbo *fornicar*, o el sustantivo *fornicación*, sino *adulterio*, μοιχεύοντας, *que adulteran.* Es un término mucho más preciso y limitado, que se usa sólo para referirse a pecados sexuales en que incurre una persona casada. Podría tratarse, como se dijo antes, de una expresión alegórica para referirse a pecados espirituales de idolatría, pero el cambio de verbo aquí induce a pensar que se trata también de pecados literales que tiene que ver con la expresión de los apetitos perversos de la carne. La puntuación del texto griego permitiría dos lecturas diferentes: una tal como está en RV, de modo que la enfermedad grave sería de la mujer y la tribulación de los que adulteraban con ella; una segunda sería la enfermedad grave sólo de la mujer y la aflicción de los seguidores. Más bien debe entenderse que tanto la enfermedad con la aflicción están vinculadas tanto con la mujer como con quienes secundaron su enseñanza y practicaron los pecados a que ella los incitaba. Una reflexión más: ¿Debe entenderse literalmente la expresión καὶ τοὺς μοιχεύοντας μετ᾽ αὐτῆς, *"los que con ella adulteraban"*? Sería posible que la mujer que inducía a los siervos del Señor a la práctica del pecado, también ella misma se involucrara con ellos en tales perversidades.

Nuevamente la gracia hace su aparición como concesión divina que da tiempo para el arrepentimiento: ἐὰν μὴ μετανοήσωσιν ἐκ τῶν ἔργων αὐτῆς, *"si no se arrepienten de las obras de ella"*. El juicio de Dios sobre los que seguían la enseñanza perversa de aquella mujer, puede detenerse si se produce el arrepentimiento. Este cambio de mentalidad y retorno a Dios dejando a un lado el pecado, tiene que apreciarse visiblemente. El arrepentimiento no es en relación con la enseñanza sino con las obras, es decir, al dejar a un lado la enseñanza que conducía a un libertinaje moral, las obras consecuentes con ella también cesan, para dar paso a obras propias del arrepentimiento (Mt. 3:8). He aquí la clave del arrepentimiento genuino. No se trataba de un arrepentimiento aparente sino de uno total que produce un cambio en la vida de las personas. No es cuestión de asuntos ceremoniales o religiosos, sino del regreso incondicional a Dios confesando el pecado y apartándose de él. El arrepentimiento verdadero va siempre acompañado de frutos que lo manifiestan. Es semejante a la fe que salva y que, por ello, conduce a la experiencia no sólo de justificación, sino también de santificación, en un obrar propio de la verdadera fe que informa e impulsa la vida del convertido a Dios (Stg. 2:17). No cabe duda que a la luz de la verdad revelada, el hombre no se salva por obras, sino por gracia mediante la

fe; pero, no es menos cierto que aunque nadie se salva por obras, todo salvo lo es para *obras*, es decir, la verdadera conversión se manifiesta en una nueva forma de vida. El verdadero arrepentimiento era expresión de aceptar el llamamiento del Señor y asumirlo sin limitación alguna, debía producir evidencias que había sido una realidad en el corazón, ya que tanto la fe como el arrepentimiento se conciben en el corazón por la acción del Espíritu de Dios. No están verdaderamente arrepentidos aquellos que manifiestan pesar por el pecado, pero continúan cometiéndolo. Es necesario entender que hay quienes sienten remordimiento pero nunca llegan al arrepentimiento. La fe y el arrepentimiento no son actos puntuales sino actitudes continuadas que informan y condicionan la vida. Con la conversión a Cristo el que cree recibe, por la acción del Espíritu, la regeneración espiritual, el nuevo nacimiento. Una nueva naturaleza es implantada en el nuevo corazón, creación de Dios para el creyente. Esa nueva naturaleza cancela la experiencia anterior y abre una nueva perspectiva espiritual, de ahí que para el salvo *"las cosas viejas pasaron y todas son hechas nuevas"* (2 Co. 5:17). Las obras que la carne operaba e inducía a practicar dan paso al fruto que el Espíritu produce en el creyente (Gá. 5:22-23). Es cierto que en muchas ocasiones se producen caídas o fallos espirituales que necesitan confesión e implica en sí un verdadero arrepentimiento, para restaurar la comunión y seguir en la acción de llevar a cabo obras que Dios preparó de antemano para el creyente (Ef. 2:10). No se puede hablar de salvación sin hablar de cambio visible de vida, porque no consiste en una fe intelectual sobre Cristo, sino en la fe viva que vincula con Cristo. De otro modo, no consiste en hablar de Cristo, sino en vivir a Cristo (Fil. 1:21). De modo que quien está en Cristo ha crucificado la carne con sus pasiones y deseos (Gá. 5:24).

23. Y a sus hijos heriré de muerte, y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras.

καὶ τὰ τέκνα αὐτῆς ἀποκτενῶ ἐν θανάτῳ. καὶ γνώσονται πᾶσαι αἱ
Y a los hijos de ella mataré con muerte; y conocerán todas las
ἐκκλησίαι ὅτι ἐγώ εἰμι ὁ ἐραυνῶν νεφροὺς καὶ καρδίας, καὶ δώσω
iglesias que yo soy el que escudriña riñones y corazón y daré
ὑμῖν ἑκάστῳ κατὰ τὰ ἔργα ὑμῶν.
os a cada uno conforme las obras de vosotros.

Notas sobre el texto griego.

Continua el mensaje enlazando el texto con el anterior mediante la conjunción καὶ, *y*; seguido de τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado, *a los*; τέκνα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota, *hijos*; el sustantivo está etimológicamente relacionado con τίκτω, *dar a luz, producir*, por tanto, designa al niño en cuanto hijo de sus progenitores. La transición del sustantivo a un sentido figurado

está plenamente atestiguado en el Nuevo Testamento, especialmente en el caso de filiación espiritual de una persona con su maestro; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal, *de ella*; ἀποκτενῶ, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ἀποκτείνω, *matar*, aquí como *mataré*; ἐν, preposición de dativo, *con*; θανάτω, caso dativo masculino singular del sustantivo, *muerte*; se trata de una expresión tautológica figurativa que se usa para referirse a una muerte producida por pestilencia o enfermedad incurable; y γνώσονται, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz media del verbo γινώσκω, *saber, conocer por experiencia,* aquí como *conocerán*; πᾶσαι, caso nominativo femenino plural del adjetivo que denota radicalmente *todo*, en este caso *todas*; αἱ, caso nominativo femenino plural del artículo determinado, *las*; ἐκκλησίαι, caso nominativo femenino plural del sustantivo que denota *iglesias*; ὅτι, conjunción que equivale a *que*; ἐγώ, caso nominativo singular del pronombre personal, *yo*; εἰμι, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *soy*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; ἐραυνῶν, caso nominativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo ἐραυνάω, *escudriñar, investigar, hallar el rastro de*, aquí como *que escudriña*; νεφροὺς, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota *riñones*, aquí en sentido figurado para expresar lo más recóndito en la intimidad de la persona, traducido en ocasiones por *conciencia*, y otras veces como *pensamientos íntimos*; y καρδίας, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *corazón*; usado también figuradamente como asiento de la personalidad y voluntad; y δώσω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo δίδωμι, aquí como *daré*; ὑμῖν, caso dativo plural del pronombre personal, *os*; ἑκάστῳ, caso dativo masculino singular del adjetivo indeterminado, *a cada uno*; κατὰ, preposición que rige acusativo, *conforme*, *por lo que hace*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado, *los*, en castellano femenino, *las*; ἔργα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *obras*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal, *de vosotros.*

Καὶ τὰ τέκνα αὐτῆς ἀποκτενῶ ἐν θανάτῳ. El Señor establece juicio sobre *sus hijos*, esto es, los hijos de la mujer llamada Jezabel. Es el tercer grupo en la relación judicial: el primero la misma mujer; el segundo, sus seguidores; el tercero, sus hijos. Cabe preguntarse si se trata de hijos naturales de ella. El término que Juan usa se aplica generalmente a niños nacidos por concepción en el matrimonio. Sin embargo el término aparece también en el Nuevo Testamento, para referirse a hijos espirituales. El castigo para los hijos es el más intenso: ἀποκτενῶ ἐν θανάτῳ,*"heriré de muerte"*. En el texto griego hay una fórmula muy enfática en la que literalmente se lee: *"mataré con muerte"*, usada muchas veces para referirse a una muerte producida por elementos que la hacen insalvable, como puede ser pestes (Ez. 33:27), mordedura de serpientes, etc. La certeza del texto es enfática, los hijos de aquella mujer morirán indefectiblemente. De la misma manera que los hijos de la impía Jezabel esposa de Acab murieron y no pudieron librarse (1 R. 21:21; 2 R. 10:7), así también ocurrirá con estos. El problema de determinar que tipo de *hijos* son a los que se refiere el Señor, persiste. Pudieran ser hijos naturales de esta mujer, en cuyo

caso ¿se trataría de hijos habidos como consecuencia de relaciones pecaminosas? Hay el ejemplo de la muerte del hijo de David y Betsabé (2 S. 12:18). Más probablemente deberá considerarse aquí como *hijos espirituales*, engendrados en el adulterio espiritual de una enseñanza perniciosa y pecaminosa. Aquella mujer como una gran madre había engendrado hijos conforme a sus perversidades. La muerte es una de las disciplinas que Dios utiliza en ocasiones con pecados graves. El apóstol Juan recuerda que hay algunos pecados *"a muerte"*, por los cuales ni siquiera se debe orar (1 Jn. 5:16). El pasaje clave que permite una posición bíblica sobre el *"pecado a muerte"* es Hebreos 10:26-31. Todo el pasaje, lo mismo que la epístola, está dirigido a verdaderos creyentes, ya que el mismo autor se incluye con ellos: *"pecáremos"* (He. 10:26). A los tales llama también *conocedores de la verdad* y afirma que les fue aplicada la sangre santificadora y redentora del pacto (He. 10:29); se les califica también como *Su pueblo*, en relación con Dios (He. 10:30). El pecado que cometían aquellos a quienes se refiere el escritor de la carta a los Hebreos, cometen un tipo de pecado llamado *voluntario*, que se define y sanciona ya en la Ley (Nm. 15:24-31). En el orden de los sacrificios del Antiguo Testamento, se hacía provisión para pecados de ignorancia (Nm. 24:24); había provisión para los de yerro (Nm. 24:28); pero no había ninguna provisión para el pecado voluntario, cuya gravedad consistía en desafiar arrogantemente a Dios mismo (Nm. 24:30). Las consecuencias que acarreaba era la muerte (Nm. 24:30). La aplicación solemnísima de la carta a los Hebreos aclara: el creyente ha llegado al conocimiento pleno de la verdad; la revelación de la Escritura provee de conocimiento total sobre el modo de proceder. El pecado del cristiano puede ser por ignorancia o por error, pero, también existe el pecado voluntario que constituye el mismo desafío a Dios que en el Antiguo Testamento. En ese caso el creyente queda expuesto al juicio de Dios, no para condenación ya que no existe para el salvo (Ro. 8:1), pero sí para disciplina y limpieza del testimonio. Los creyentes de la antigua alianza debían ser cortados de en medio del pueblo de Dios (Nm. 15:30b), lo mismo debe esperar el cristiano que peca voluntariamente (He. 10:27). Dios puede actuar sobre el cristiano que peca voluntariamente cortándolo (Jn. 15:2-6), como se pone de manifiesto en la historia de la iglesia (1 Co. 11:30). El pecado voluntario es un desprecio manifiesto a Dios. Desprecio al Hijo manifestado hacia Su sacrificio que equivale a *"pisotearlo"* (He. 10:29); desprecio al Padre, ofendiendo la condición de santo que cada creyente debe ser delante de Él y del mundo, como separado para Dios (1 P. 1:2); desprecio hacia el Espíritu de gracia que santifica al creyente para ser templo de Dios, y cuya obra consiste en hacerle semejante a Cristo (2 Co. 3:18). Lo que debe esperar todo aquel que peca voluntariamente es el juicio de Dios sobre él (He. 10:26-27), con una drástica acción disciplinaria (He. 10:31). Dios intervendría en la iglesia en Tiatira, contra aquellos cuya conducta servía de tropiezo a la iglesia y era una mancha al testimonio en el mundo, en forma semejante a como hizo con Ananías y Safira (Hch. 5).

Ninguna oración de intercesión podrá cambiar el propósito de Dios contra quienes pecan voluntariamente. El mismo Señor prohibió a Jeremías rogar por el pueblo de Israel que había sido juzgado y sentenciado por Dios a causa del pecado (Jer. 7:16; 11:14; 14:11).

Καὶ γνώσονται πᾶσαι αἱ ἐκκλησίαι ὅτι ἐγώ εἰμι ὁ ἐραυνῶν νεφροὺς καὶ καρδίας. El juicio de Dios sobre los perversos en Tiatira tenía un carácter admonitorio para todas las iglesias, que *conocerán*, es decir, vendrán a saber lo que es el Señor y tendrán una advertencia sobre el resultado de pecar contra Él. La omnisciencia del Señor se pone de manifiesto. Él conoce la intimidad del hombre y escudriña los lugares más recónditos de su parte espiritual, descubriendo los secretos mejor guardados de la persona. El texto griego habla de escudriñar *los riñones*, traducido como *la mente*, en RV. En el simbolismo hebreo era la sede personal de las emociones, sentimientos profundos y afectos ocultos. De la misma manera el *corazón*, es la sede de los pensamientos volitivos que rigen la conducta, los actos deliberados y las acciones voluntarias. Toda la intimidad de los hombres está oculta a los hombres, pero no así al Señor que teniendo *"ojos como llama de fuego"*, penetra hasta lo más recóndito del hombre iluminando sus secretos más ocultos y poniéndolos, como a plena luz, delante de Él.

La consecuencia de un conocimiento pleno es la retribución justa a las acciones. El Señor afirma que καὶ δώσω ὑμῖν ἑκάστῳ κατὰ τὰ ἔργα ὑμῶν, *"dará a cada uno según vuestras obras"*. La advertencia tiene un notable eco profético: *"Yo Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino, según el fruto de sus obras"* (Jer. 17:10). El Señor no solo conoce las obras, sino la intencionalidad de cada una de ellas. Las obras del inconverso tienen relación con el grado de condenación que ha de recibir (Ro. 2:6). Los rebeldes serán juzgados conforme a sus obras pecaminosas (Ap. 20:11-14). Puede ser que el juicio más radical en el pasaje tenga que ver con meros profesantes, hijos espirituales de enseñanzas pecaminosas. Pero pudiera ser también que se tratase de creyentes que estaban, como se dijo antes, practicando el pecado voluntariamente. En cualquier caso, cada persona deberá comparecer delante del Señor, bien sea en el juicio para condenación del trono blanco, en caso de inconversos, o bien en el tribunal de Cristo en caso de creyentes. Pero, aun así, el juicio no debe entenderse como algo que ocurrirá en un tiempo futuro, sino como la intervención divina en el tiempo presente. La justicia retributiva de Dios es una realidad dentro del ámbito infinito de su justicia. Esa es la razón por la que el apóstol Pablo advierte solemnemente: *"No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna"* (Gá. 6:7-8). Pablo advierte solemnemente que de

Dios nadie se mofa, sin recibir las consecuencias a su acto impío, porque nadie puede burlarse impunemente de Dios. Además, Su gracia y misericordia no evita el justo castigo contra la impiedad. Dios tiene su tiempo para manifestar su justicia y cuanto el hombre siembra así de ese fruto recogerá. Los hombres pretenden conseguir evadir el juicio de Dios como consecuencia del quebrantamiento de Su voluntad, pero no podrán evitarlo. La ley de la siega y la siembra está en el pensamiento del hombre desde los tiempos más remotos de la antigüedad (Job. 4:8). Hay sólo dos actitudes y dos resultados: sembrar para la carne, equivale a recoger corrupción; sembrar para el Espíritu, es recoger vida. Carne y Espíritu son dos principios de acción contrarios en la enseñanza bíblica, que se subjetivizan como beneficiarios de la acción del hombre. Sembrar para la carne es dejar actuar libremente y conducirse bajo el impulso de la vieja naturaleza, con todas sus pasiones y pecaminosidad. Sembrar para la carne es cosechar *corrupción* que equivale a descomposición o podredumbre moral, e incluso física, que sigue al pecado. La siega para la carne en el no regenerado trae consecuencias perpetuas: Serán levantados para confusión y condenación eterna (Dn. 12:2); Se dice que su gusano no morirá, ni se apagará su fuego (Mr. 9:48); su morada estará en las tinieblas de afuera (Mt. 8:11, 12; 22:13; 25:10-13). En el creyente carnal, su obra en la carne no tendrá valor alguno y representará una pérdida definitiva (1 Co. 3:12-15). La acción judicial de Cristo sobre los perversos de la congregación, sería una advertencia solemne al resto de las iglesias sobre la importancia y consecuencias que acarrea el pecado.

Exhortación (2:24-25).

24. Pero a vosotros y a los demás que están en Tiatira, a cuantos no tienen esa doctrina, y no han conocido lo que ellos llaman las profundidades de Satanás, yo os digo: No os impondré otra carga;

ὑμῖν δὲ λέγω τοῖς λοιποῖς τοῖς ἐν Θυατείροις, ὅσοι οὐκ ἔχουσιν
Mas a vosotros digo a los demás a los en Tiatira cuantos no tienen
τὴν διδαχὴν ταύτην, οἵτινες οὐκ ἔγνωσαν τὰ βαθέα τοῦ Σατανᾶ
la doctrina esta, los cuales no conocieron las profundidades - de Satanás
ὡς λέγουσιν· οὐ βάλλω ἐφ᾽ ὑμᾶς ἄλλο βάρος,
como dicen; no echo sobre vosotros otra carga.

Notas sobre el texto griego.

El versículo comienza con ὑμῖν, caso dativo plural del pronombre personal, *a vosotros*; seguido de la partícula δὲ, que hace funciones de conjunción coordinativa, *mas*; λέγω, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo con la misma forma, *decir*, aquí como *digo*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado, *a los*; λοιποῖς, caso dativo masculino plural del adjetivo, *demás*; nuevamente con el artículo *a los*; seguido de ἐν, preposición de dativo, *en*; Θυατείροις,

forma del nombre propio de ciudad, *Tiatira*; ὅσοι, caso nominativo plural del pronombre relativo, *cuantos*; οὐκ forma que adopta el adverbio de negación enfática οὐ *no,* con la escritura propia ante vocal no aspirada y que negativiza a ἔχουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber* o *tener*, aquí como *tienen*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado, *la*; διδαχὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *enseñanza, doctrina*; ταύτην, caso acusativo femenino singular del pronombre demostrativo, *esta*; οἵτινες, caso nominativo masculino singular del pronombre relativo, *los cuales*; οὐκ, adverbio de negación, *no*; ἔγνωσαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo γινώσκω, *conocer, saber por experiencia, alcanzar conocimiento*, aquí como *conocieron*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado, *los*, femenino en castellano, *las*; βαθέα, caso acusativo neutro plural del adjetivo que denota, *profundidad*; Σατανᾶ, caso genitivo masculino singular del nombre propio, *de Satanás*; ὡς, adverbio de modo *como*; λέγουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir, llamar*, aquí como *dicen*; seguido del adverbio de negación οὐ, *no*; βάλλω, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo de la misma forma, aquí como *echo, pongo, arrojo*; sigue luego ἐφ', forma que adopta la preposición ἐπί por elisión de la ι final y asimilación de la π ante vocal o diptongo con aspiración, y que significa, *sobre*; ὑμᾶς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal, *vosotros*; ἄλλο, caso acusativo neutro singular del adjetivo indefinido, *otro,* en castellano femenino, *otra*; βάρος, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *carga, peso*.

Ὑμῖν δὲ λέγω τοῖς λοιποῖς τοῖς ἐν Θυατείροις. El Señor se dirige a los cristianos que no estaban contaminados con el pecado al que inducía la mujer mencionada en el pasaje. Es un mensaje aplicativo a todas las iglesias, a ὅσοι οὐκ ἔχουσιν τὴν διδαχὴν ταύτην, *"cuantos no tienen esa doctrina"*. En el texto griego la construcción gramátical es muy enfática, refiriéndose a la doctrina *esa*, considerada por el Señor como pecaminosa, y que causaba un grave daño dentro de la congregación. Tal enseñanza está vinculada con los que se dice aquí: οἵτινες οὐκ ἔγνωσαν τὰ βαθέα τοῦ Σατανᾶ ὡς λέγουσιν, *los que no conocieron lo que llaman las profundidades de Satanás*. Es, sin duda, otra expresión compleja para determinar su significado real. Muy probablemente tenga que ver con alguna manifestación gnóstica establecida en los *misterios*, sólo dados a conocer a los que llamaban *iniciados*. Eran graves propuestas morales que confrontaban abiertamente la ética y moral cristiana. Los gnósticos postulaban que *"todo era lícito a los perfectos"*, es decir, a quienes habían sido introducidos en los *misterios* de la *gnosis.* Tales enseñanzas no procedían de Dios, sino de Satanás. Quienes estaban en esas enseñanzas y prácticas habían entrado en las *profundidades de Satanás.* Esto es, estaban en la doctrina propia de los demonios y se habían introducido en aspectos del satanismo. Aquella mujer estaba enseñando cosas ocultas que, probablemente, relacionaba con un mayor conocimiento de Dios, *lo profundo* de Dios (Ro. 11:33; 1 Co. 2:10), pero realmente no era lo profundo de Dios, sino las

profundidades de Satanás. Disfrazado como ángel de luz al igual que sus mensajeros estaba desviando a los creyentes de Dios y orientándolos al mal. Sobre esta situación espiritual escribe el Dr. Carballosa citando a Mouce:

"Las profundidades de Satanás, pudiera ser una referencia a la creencia de que para apreciar plenamente la gracia de Dios uno primero tiene que zambullirse en las profanidades del mal. El gnosticismo posterior se vanagloriaba de que era precisamente mediante la entrada en los dominios de Satanás que los creyentes pueden aprender los límites de su poder y salir victoriosos"[26].

En los escritos de Juan se aprecian las enseñanzas y advertencias contra el espíritu gnóstico que se estaba introduciendo en el entorno más próximo a las iglesias cristianas. Tal vez este grupo en la iglesia en Tiatira perteneciese a alguna corriente del pregnosticismo, que extendían la falsa doctrina del conocimiento del sistema oculto de Satanás y la práctica del pecado en altos niveles de degradación moral como manifestación de un conocimiento superior propio de iniciados. La doctrina gnóstica era conocida en tiempos de Juan e inmediatamente posteriores, según la tradición de la iglesia antigua, como *"las profundidades"*[27]. De nuevo, la puntuación del texto griego permite dos posiciones en relación con la expresión que antecede ὡς λέγουσιν, *"lo que ellos llaman"*, que puede entenderse como aplicables a las τὰ βαθέα τοῦ Σατανᾶ, *"profundidades de Satanás"*, o tal vez mejor a lo que sigue, referido a las prohibiciones que se establecen sobre la práctica y aceptación de esa enseñanza por parte de los cristianos. Probablemente el grupo de partidarios de la doctrina que Jezabel enseñaba, señalaban las prohibiciones cristianas como limitaciones a la libertad.

El Señor οὐ βάλλω ἐφ᾽ ὑμᾶς ἄλλο βάρος, *no establece otra carga*, sino lo que ya tenían ellos, que como mandatos divinos no son carga, sino privilegio. Esta es otra de las expresiones de difícil interpretación toda vez que Juan no aclara de que *carga* se trata. Algunos ven aquí la prohibición que se había establecido para la armonía en las iglesias entre gentiles y judíos, por el concilio de Jerusalén (Hch. 15:28-29). Con mayor seguridad el Señor está recalcando lo dicho durante su ministerio: *"mi yugo es fácil y ligera mi carga"* (Mt. 11:30). El yugo es un instrumento que reparte la carga entre dos que la llevan. Sin embargo si la carga es pesada, el yugo también lastima. Aquí es todo lo contrario. La carga que Jesús coloca es ligera, sobre todo en comparación con las cargas de opresión que tenían que soportar entonces. La única obligación que ha de soportar quien sigue a Jesús es la de una permanente deuda de amor,

---

[26] Evis. L. Carballosa. o.c., pág. 76.
[27] En griego τὰ βάθη.

tanto hacia Él como hacia los hermanos (Ro. 13:8). La vida de quien viene a Jesús y lo sigue tomando voluntariamente su yugo, es una vida placentera. Él mismo dijo que había venido para que tuviesen vida y la tuviesen en abundancia (Jn. 10:10). El trabajo hecho bajo el peso del amor impulsa la vida del compromiso y la hace grata (2 Co. 5:14-15). Por otro lado el deseo de santificación por medio de sumisión a reglas y costumbres, produce un cansancio y fatiga espiritual que hace angustiosa la vida del creyente (Col. 2:20-23). La santificación no se alcanza por esfuerzo propio sino por la acción divina en el cristiano (Fil. 2:12-13). En esto consiste la carga ligera y el yugo fácil de Jesús. En la medida en que el creyente se someta al yugo de Jesús encontrará que sus mandamientos no son penosos (1 Jn. 5:3). El gran fracaso de vidas frustradas y trabajadas entre el pueblo de Dios está en quienes tratan de alcanzar una vida recta, santa y piadosa por medio de la observancia diligente de aspectos religiosos, con los que pretende conseguir una vida exterior alabada por los hombres y aceptable para Dios, mientras en su interior permanece anclada la contaminación del poder de la carne en cualquiera de sus muchas expresiones (Gá. 5:19-21). La conciencia culpable no permite hallar ningún descanso ni alivio verdadero. Jesús y sólo Él puede dar descanso para el alma cansada y trabajada. El Señor se está refiriendo, con toda probabilidad, a las enseñanzas evangélicas que condicionan la forma de vida santa de los creyentes y que se oponen abiertamente a enseñanzas permisivas de un libertinaje esclavizante que no es libertad.

25. Pero lo que tenéis, retenedlo hasta que yo venga.

πλὴν	ὃ	ἔχετε	κρατήσατε	ἄχρις	οὗ	ἂν ἥξω.
Pero	lo que	tenéis	retened	hasta	que	venga.

Notas sobre el texto griego.

Sin solución de continuidad sigue con πλὴν, conjunción adversativa equivalente a *pero*; ὃ, caso acusativo neutro singular del pronombre relativo, *lo que*; ἔχετε, segunda persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber* o *tener*, aquí como *tenéis*; κρατήσατε, segunda persona plural del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo κρατέω, *asir, aferrarse, mantener, retener*, aquí como *retened*; ἄχρις, preposición de genitivo, *hasta*; οὗ, caso genitivo masculino singular del pronombre relativo, *que yo*; ἂν, partícula que no empieza nunca frase y que da a ésta carácter condicional o dubitativo, o expresa una idea de repetición. Se construye con todos los modos menos el imperativo y acompaña a los pronombres relativos para darles un sentido general; en algunas ocasiones no tiene traducción; ἥξω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ἥκω, *haber venido, estar presente,* aquí como *venga.*

Πλὴν ὃ ἔχετε κρατήσατε ἄχρις οὗ ἂν ἥξω. Los creyentes deberían retener lo que ya tenían. No hay que agregar ninguna otra cosa a lo que ya conocían como expresión evangélica de la vida, por tanto, el Señor los exhorta a continuar en la fidelidad que habían demostrado a su profesión cristiana. Esto traería la separación, que los fieles mantenían, de la participación en fiestas idolátricas y de la contaminación moral que el mundo de entonces proponía como forma de vida. El verbo κρατήσατε, que exhorta a retener lo que tenían está en imperativo, lo que da significado de mandamiento y no de opción. El Señor manda a los creyentes que permanezcan firmemente asidos a lo que habían recibido como enseñanza para la vida cristiana. Esta perseverancia tenía un término; debían permanecer fieles hasta el día de la venida del Señor. El desconocimiento del día de la segunda venida, debiera ser un acicate al creyente para perseverar firmemente en la fe expresada en la conducta santa de la vida cristiana. Como quiera que el Señor viene el cristiano debe estar apercibido para ese día (2 P. 3:12). La segunda venida del Señor adquiere en la Escritura sentido de inminencia. No hay que esperar cumplimiento alguno de señales, sino que el Señor puede venir en cualquier momento para recoger a su Iglesia, por tanto, cada uno debe estar preparado en santidad para el encuentro con el Señor.

Apelación y promesa (2:26-29).

26. Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones.

Καὶ ὁ νικῶν καὶ ὁ τηρῶν ἄχρι τέλους τὰ ἔργα μου,
Y el que venza y el que guarde hasta fin las obras de mí
δώσω αὐτῷ ἐξουσίαν ἐπὶ τῶν ἐθνῶν
daré le autoridad sobre las naciones.

Notas sobre el texto griego.

La conjunción καὶ, *y*, da seguimiento a lo que antecede y lo enlaza con lo que sigue; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; νικῶν, caso nominativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo νίκαω, *que venza*; y el τηρῶν, caso nominativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo τηρέω, *observar, obedecer, guardar,* aquí como *que guarde*; ἄχρι, preposición de genitivo, *hasta*; τέλους, caso genitivo neutro singular del sustantivo, *conclusión, meta, fin*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado, *los*, en castellano, femenino, *las*; ἔργα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *obras*; μου, caso genitivo singular del pronombre personal, *de mí*; δώσω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar, entregar,* aquí como *daré*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal, *le*; ἐξουσίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *autoridad*; ἐπὶ, preposición de genitivo, *sobre*; τῶν, caso genitivo neutro plural del

artículo determinado, *los*, femenino en castellano, *las*; ἐθνῶν, caso genitivo neutro plural, *naciones*.

Καὶ ὁ νικῶν. Las promesas son también en este caso para los vencedores. Ya se ha dicho antes que el término reconoce a cada creyente, vencedor no por Él, sino en Cristo (Ro. 8:37). Es interesante apreciar que la promesa está en singular *al que venciere*, y no en plural. Como en las cartas anteriores y en las siguientes, el llamamiento del Señor es al individuo. Cada creyente recibe la demanda y debe responder personalmente ante ella. El vencedor es también obediente: καὶ ὁ τηρῶν *"y guardare"*; o, si se prefiere mejor, el vencedor demuestra que lo es porque obedece. El verbo guardar en el original tiene que ver con *atesorar*, *custodiar celosamente*, lo que indica que el vencedor pone firmemente en su corazón las demandas del Señor que se convierten en obras conforme a su propósito y voluntad. Conservar la doctrina y la fidelidad es mantenerse en las obras del Señor. No se trata de guardarla por un tiempo, sino ἄχρι τέλους, *hasta el fin,* τὰ ἔργα μου, *mis obras.* Es la conducta propia del creyente en un obrar preparado de antemano por Dios mismo para él (Ef. 2:10). La recompensa que se promete está íntimamente ligada a guardar las obras del Señor hasta el fin. El amor al Señor lleva aparejado la obediencia a sus mandamientos (Jn. 14:15, 21,23), por contraste quien no ama al Señor no guarda sus mandamientos (Jn. 14:24). La obediencia es la expresión natural de la vida cristiana, ya que el creyente ha sido trasladado de una esfera de desobediencia a otra de obediencia, en la conversión (1 P. 1:2).

La primera bendición para la fidelidad consiste en recibir, δώσω αὐτω, *le daré*, ἐξουσίαν ἐπὶ τῶν ἐθνῶν, *autoridad sobre las naciones*. La promesa se expresa prácticamente con las palabras del Salmo mesiánico que las refiere al Mesías (Sal. 2:8). El derecho de gobierno que Dios da a su Hijo resucitado, el Señor Jesucristo, lo da Éste a cada creyente. Quiere decir que los cristianos compartirán el reinado del Señor en el futuro escatológico. Cristo había prometido a los creyentes que heredarían la tierra (Mt. 5:5); prometió también a los Doce que se sentarían en el reino sobre doce tronos para juzgar, es decir, ejercer funciones de gobierno, sobre las doce tribus de Israel (Mt. 19:28). Esta es la aseveración del apóstol Pablo cuando escribiendo a los corintios les dice que los santos han de juzgar al mundo (1 Co. 6:2). Entre el tiempo de la segunda venida del Señor y el reino eterno habrá tronos y quienes se sienten en ellos para ejercer autoridad (Ap. 20:4). La identificación del creyente con Cristo, que en la dispensación de la Iglesia hace de los creyentes un cuerpo con el Señor (Ef. 1:22-23), hace que puedan ser hechos partícipes cada uno de los miembros de los privilegios de la Cabeza. La dimensión espiritual de los creyentes de la iglesia es sumamente grande, hasta el punto que no puede ser comprendida en el tiempo presente por nuestras limitaciones humanas; tal es el aspecto de haber sido hechos participantes de la divina naturaleza (2 P. 1:4). La

promesa que el Padre hace para su Hijo en las futuras manifestaciones del reino, se hacen, por Cristo y en Él, extensibles a los creyentes. Debe entenderse que las promesas de ejercicio de autoridad sobre las naciones, los pueblos en la tierra, no se limitan al reino mesiánico milenial, que es una expresión más del reino de los cielos, sino al ejercicio de autoridad que el Rey tiene sobre el reino en cualquier momento y que se proyectará al estado eterno donde no habrá fin. La autoridad del Señor es suprema, sobre todo (Fil. 2:9-11). Es el que ya ha vencido sobre todos los enemigos y espera sólo el tiempo para su manifestación gloriosa como Rey (Dn. 7:14, 18; Mt. 19:28). Su autoridad se delegará en aquellos que están vitalmente unidos a Él ¿en que medida? Hay cosas secretas para Dios, que no aparecen manifestadas en la Palabra y que no corresponden al conocimiento humano, al menos en este tiempo, por tanto, es suficiente con detenerse en el contenido de la promesa y glorificar a Dios por su admirable bondad.

27. Y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso de alfarero; como yo también la he recibido de mi Padre.

καὶ ποιμανεῖ αὐτοὺς ἐν ῥάβδῳ σιδηρᾷ
Y pastoreará las con vara de hierro,
ὡς τὰ σκεύη τὰ κεραμικὰ συντρίβεται,
como los vasos - de alfarería son desmenuzados.
ὡς καγὼ εἴληφα παρὰ τοῦ Πατρός μου,
como también yo he recibido del - Padre de mí.

Notas sobre el texto griego.

El versículo contiene la segunda parte de la promesa que comenzó en el versículo anterior, de ahí el uso de la conjunción καὶ, *y*; ποιμανεῖ, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ποιμαίνω, *apacentar, pastorear, cuidar*, aquí como *pastoreará*; αὐτοὺς, acusativo masculino singular del pronombre personal, *les*; seguido de la preposición ἐν, *con*; ῥάβδῳ, caso dativo femenino singular del sustantivo, *vara*; σιδηρᾷ, caso dativo femenino singular del adjetivo que expresa la condición de ser hecho de *hierro*; ὡς, adverbio relativo, *como*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado, *los*; σκεύη, caso nominativo neutro plural del sustantivo, *vasos*, masculino en castellano; seguido del artículo determinado que no se usa en español en esta construcción; κεραμικὰ, caso neutro plural del adjetivo que expresa la condición de ser de barro, literalmente *de alfarería*; συντρίβεται, tercera persona plural del presente de indicativo en voz pasiva del verbo συντρίβω, *triturar, destruir, hacer pedazos*, aquí como *son desmenuzados*. La última cláusula aparece vinculada al siguiente versículo en muchas versiones, sin embargo se considera aquí ya

que los versículos están establecidos con cierta arbitrariedad en un contexto continuado de promesas; ὡς, adverbio de modo, *como*; καγὼ, palabra formada por crasis[28]de la conjunción καὶ, y el pronombre personal ἐγώ, y que equivale a *y yo*, *también yo*; εἴληφα, primera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo λαμβάνω, *recibir*, aquí como *he recibido*; seguido de παρὰ, preposición de genitivo, *del*; Πατρός, caso genitivo masculino singular del sustantivo *padre,* aquí como nombre propio de la Primera Persona Divina; μου, caso genitivo singular del pronombre personal, *de mí*.

Καὶ ποιμανεῖ αὐτοὺς ἐν ῥάβδῳ σιδηρᾷ. La segunda parte de la promesa vuelve a recoger la profecía sobre el Mesías: *"Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás"* (Sal. 2:9). En la lectura comparativa del texto griego se aprecia la diferencia entre el *"quebrantarás"* del Salmo y el *"regirá"* de la promesa en Apocalipsis. La LXX utiliza el mismo verbo que tiene primariamente el sentido de *pastorear*, *cuidar un rebaño*. Algunas versiones traducen el verbo como *regir*. En Apocalipsis el verbo tiene dos significados, por un lado el de *apacentar* y por otro el de *destruir* (19:15); pero, también expresa la idea de *regir* con autoridad soberana (cf. 12:5). En hebreo el verbo *apacentar* (*r^ch*) significa también en ocasiones *destruir* (cf. Jer. 6:3; 22:22, donde aparece la figura de destrucción pastoreados por el viento; Sal. 81:14; Miq. 5:6). Es posible que los LXX leyesen en el Salmo 2 *r^ch*, *pastorerar*, en lugar de *r^{cc}*, *quebrar*. En ese sentido, la palabra *pastorear*, aquí en el versículo de Apocalipsis, podría entenderse como *destruir*. Sin embargo, no se enseña en ningún lugar que las naciones que se oponen a Dios sean destruidas por los creyentes, sino que es Cristo mismo el que lo hace con el resplandor de su venida (Ap. 19:11, 15; 2 Ts. 2:8). La idea general de ese verbo en el contexto del libro, tiene que ver con *regir, gobernar*. Los creyentes en unión con Cristo gobernarán sobre las naciones. Con todo, las naciones que estén en la tierra para disfrutar del reino de Cristo tendrán como condición el ser salvas. Nadie que no haya nacido de nuevo podrá ver el reino de los cielos, tanto en el sentido espiritual del presente, como en el material y literal del milenio (Jn. 3: 3, 5). Todo aquel que cree recibe la potestad de ser hecho hijo de Dios (Jn. 1:12), por tanto, si los que componen las naciones son salvos, lo que necesitan es la autoridad de gobierno ejercida con el cuidado y cariño propio de un pastor. El Señor que es Rey de reyes, es también el Buen Pastor, que da su vida por las ovejas, por tanto, quienes viven su vida, tienen el corazón suyo para amar pastoralmente a quienes Él ponga bajo su cuidado gubernativo. Lamentablemente hay pastores en el presente que quieren ejercer el pastorado en la iglesia con un corazón de rey, cuando los creyentes en unión con Cristo reinarán en la tierra con el corazón de un pastor.

---

[28] *Crasis*, palabra griega que equivale a *unión de fuerzas*, en general *unión de elementos*.

La autoridad en el ejercicio del reino será ἐν ῥάβδῳ σιδηρᾷ, *con vara de hierro*. En el Salmo del pastor, hace notar que las ovejas están seguras y alentadas porque ven al pastor con la *vara y el cayado* (Sal. 23:4). La vara es usada para proteger el rebaño de los lobos y las fieras que procuran atacarlo; el cayado es el instrumento de recuperación para la oveja extraviada. Sin duda el que vino a la tierra por vez primera lo hizo desde la posición del Buen Pastor que da su vida por las ovejas (Jn. 10:11). En el tiempo actual, el Gran Pastor de las ovejas cuida y alienta a su rebaño, conduciéndolo por sendas de justicia por amor de su nombre (Sal. 23:3). En el futuro será el Príncipe de los pastores, que vendrá para reinar en la tierra con poder y gloria. Ese reino será de justicia y de autoridad suprema, por tanto la identificación es con una vara de hierro, que es instrumento propio de juez, que con la potencia de su Persona destruirá a quienes se opongan a Dios. De ahí que la iglesia, unida a Él en ese ejercicio de autoridad, regirá con vara de hierro, un pastoreo llevado a cabo con firmeza.

Ὡς τὰ σκεύη τὰ κεραμικὰ συντρίβεται. Además las naciones serán *quebrantadas* como un objeto de cerámica en manos del alfarero. Los rebeldes en la tierra se comparan con un objeto de barro que el alfarero arroja violentamente al suelo y se quebranta. El establecimiento efectivo del reino de Dios solo será posible en la medida en que se destruyan a los poderes hostiles contra él. El reino milenial primero y luego el reino eterno solo podrá establecerse cuando la sociedad caída y rebelde contra Dios sea desplazada, en unidad con las huestes de maldad que las impulsaban en su rechazo contra Dios. Será luego del séptimo toque de trompeta que sonará el himno de alabanza y proclamación victoriosa desde el cielo afirmando que *"los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo"* (11:15). Los grandes imperios del mundo, las estructuras más aparentemente firmes, los reyes más poderosos, serán destruidos como un cacharro de barro que se fragmenta en multitud de trozos tras ser golpeado contra el suelo. En aquel momento todos proclamarán que Jesús es el Señor para gloria del Padre (Fil. 2:11).

Ὡς καγὼ εἴληφα παρὰ τοῦ Πατρός μου. La autoridad que Jesús comunica o delega a los vencedores, la ha recibido primeramente de su Padre. Cuando el apóstol Pablo considera la autoridad suprema de Jesús, recibida del Padre, parte, necesariamente, de la resurrección, hecho con el que se cierra la obra salvífica y el ministerio de Dios desde la humanidad de Jesús, en el mundo de los hombres, como parte de su misma historia. La glorificación del Resucitado comprendía la asunción de la gloria divina en su humanidad, que le había exhibido como un hombre entre los hombres, y fue el vehículo de su humillación. Esa suprema autoridad que reviste e inviste su humanidad glorificada tiene que ver con la respuesta a la petición de recibir la gloria que eternamente le corresponde en la unidad del Padre y del Espíritu (Jn. 17:4-5). Es también la realización suprema de la enseñanza del Señor cuando dijo que el

que se humilla será ensalzado (Mt. 23:12). Ese traslado de humillación a exaltación corresponde en concordancia con la enseñanza general del Nuevo Testamento (cf. Lc. 1:52; 14:11; 18:11; Stg. 4:10; 1 P. 5:6). Fue a causa del padecimiento de muerte que el Señor recibió la exaltación (He. 2:9 con 1:3; 12:2). La exaltación de Jesucristo supera cualquier otra ya que no sólo fue promovido a la gloria como lo serán los creyentes, sino que como Mediador traspasó los cielos (He. 4:14), siendo hecho más sublime que ellos (He. 7:26). La suprema autoridad de que fue revestido exigía un asiento en el trono de soberanía del Altísimo, por tanto el glorioso Señor se sentó a la diestra del trono de Dios (Mr. 16:19; Hch. 2:33; 5:31; Ro. 8:34; He. 1:3; 12:2). El es definitiva y eternamente Rey de reyes y Señor de señores, ejerciendo su dominio sobre toda autoridad, ahora y para siempre (Ef. 1:20-22). La exaltación y la designación como autoridad suprema tiene como sujeto al Verbo de Dios en su naturaleza humana. A este Señor Jesús, el Padre le dio el nombre, o tal vez mejor, lo proclamó con el nombre que está por encima y es sobre todo nombre y que necesariamente se relaciona con la deidad de Jesucristo. Este es, por tanto, el nombre humano del Verbo de Dios encarnado, dado por Dios mismo (Fil. 2:9). El propósito de Dios es que en el nombre de Jesús, se ejerza la suprema autoridad de Dios sin limitación alguna. Jesús fue el nombre que Dios dio para su Hijo aun antes de ser concebido que, como hombre, nacería en Belén (Mt. 1:21; Lc. 1:31). Jesús significa *"Yahwe salva"*, es, por tanto, un nombre divino, ya que la salvación es de Dios (Sal. 3:8; Jon. 2:9). Ante Jesús se doblará toda rodilla en todo el universo creado y todos proclamarán la autoridad que Jesús recibió del Padre. La autoridad del Señor le es comunicada al creyente por el mismo Señor que le extiende por comunión e identificación con Él, la participación en ella. En la encarnación el Señor se hizo siervo, en la glorificación el Siervo es reconocido y proclamado como Señor. De la misma manera que Adán arrastró a toda la raza al pecado, por comunión vital con él, así también Cristo arrastra en una gracia mayor, al pecador convertido a la participación de una nueva vida y el disfrute de una nueva autoridad. La debilidad vino por medio de Adán, el poder victorioso se alcanza en la unidad con Cristo. De manera que como hemos llevado la imagen del Adán terrestre, llevaremos también la del Adán celestial que es Jesús (1 Co. 15:49). Cristo es la imagen de Dios (2 Co. 4:4) y los creyentes mirando a cara descubierta, contemplamos la gloria del Señor como en un espejo y nos transformamos en su misma imagen, de gloria en gloria, a medida que el Espíritu del Señor opera en poder en nosotros (2 Co. 3:18). Cristo es, por tanto, la fuerza poderosa que hace capaz a cada creyente en cualquier asunto que requiera ejercicio de autoridad (Fil. 4:13).

28. Y le daré la estrella de la mañana.

καὶ δώσω αὐτῷ τὸν ἀστέρα τὸν πρωϊνόν.
Y daré le la estrella - de la mañana.

Notas sobre el texto griego.

La cláusula final de las promesas comienza con καὶ, *y*; δώσω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar*, aquí como *daré*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal, *le*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado, *la*; ἀστέρα, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *astro, estrella*; seguido del mismo artículo determinado anterior que no se traduce en castellano en este caso; πρωϊνόν, caso acusativo masculino singular del adjetivo que expresa aquello que pertenece a *la mañana, matutino*.

Καὶ δώσω αὐτῷ τὸν ἀστέρα τὸν πρωϊνόν. La promesa se establece mediante una expresión oscura. Algunos piensan que se refiere a Cristo mismo que en alguna manera se dará al creyente en una participación de intensa comunión con Él. Se apoya esta idea en que al Señor se le da en el libro el título de τὸν ἀστέρα τὸν πρωϊνόν *"la estrella de la mañana"* (22:16). Más bien debe entenderse como una participación en la gloria del Señor. De la misma manera que los creyentes serán hechos partícipes de su autoridad, también lo serán de su gloria. La profecía apunta en esta dirección cuando dice: *"los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad"* (Dn. 12:3). El Señor mismo dijo que *"los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre"* (Mt. 13:43). Exaltados a la gloria por la gracia de Dios vivirán eternamente brillando para la gloria del Padre. Habrán cumplido el propósito de Dios, que es su glorificación por medio de su vida tanto durante el tiempo en la tierra, como después en los cielos (Mt. 5:48). Los justos han sido llamados a la gloria eterna en Cristo (1 P. 5:10). Dios que los llamó los mantuvo en la gracia para que eternamente sean instrumentos para gloria de su gracia (Ef. 1:6, 12, 14). La esperanza de gloria es la porción de todos los salvos (Dn. 12:1-3; Hch. 14:22; 2 Ti. 2:12). La perspectiva de esa manifestación gloriosa tiene que ver con la consumación de los tiempos en donde Cristo entregará el reino al Padre, sujetando y eliminando a todos los enemigos, que incluye la muerte como el último derrotado (1 Co. 15:24-28; Ap. 20:2). En aquel día se cumplirá en los redimidos de la Iglesia el propósito del Padre, que sean conformados a la imagen de su Hijo (Ro. 8:29). Esta promesa tiene proyección escatológica en relación con el reino eterno de Dios que surgirá como la mañana tras la noche del mundo (Ro. 13:12). Los que fueron despreciados por el mundo gobernarán el mundo y brillarán en él.

Sin duda todo esto tiene un notorio carácter escatológico. El creyente reinará, el creyente brillará, el creyente será bendecido y con ello será también

de bendición. Sin embargo, la enseñanza futura tiene una aplicación presente. El cristiano debe sentirse seguro en las manos omnipotentes del Señor. Hay acontecimientos y circunstancias adversas en la vida cristiana pero todas ellas, son reconducidas por el Señor, para su gloria y para la bendición de quienes las experimentan (Ro. 8:28). Es interesante notar que no son *algunas* sino *todas* las cosas que obran o cooperan juntamente para el bien. El que tiene autoridad suprema pone todas las cosas a Su servicio (Sal. 119:91), y todas ellas las orienta para bendición de los suyos. También las pruebas y el sufrimiento son para bien de los creyentes (Ro. 8:18; Stg. 1:3-5). Las cosas que parecen ser más adversas son conducidas para bien al generar una más intensa esperanza de gloria (2 Co. 4:17). Dios conduce todas las cosas en una operación de Su providencia, para bien de los suyos. Las intenciones de los malos son resueltas por su soberanía en bien de los suyos (Gn. 50:20; Neh. 4:15). Los ángeles creados para servir a Dios, son puestos también al servicio de los herederos de salvación (He. 1:14). Las intenciones satánicas están también bajo el control del Soberano (Job. 1:12; 2:6). Las fuerzas naturales pueden ser siervos del creyente conforme a la voluntad del Señor (1 S. 12:18-20). Los mismos astros están puestos al servicio del pueblo de Dios, cuando es necesario (Jue. 5:20). No hay nada en cielos o en tierra que no sea conducido por Dios para el bien de los suyos, ya que el Padre sólo da buenas dádivas a sus hijos (Stg. 1:17). El destino final de los salvos que es el de llevar perpetuamente la imagen del Hijo (Ro. 8:29), es ya una experiencia en el presente en la medida en que el Espíritu reproduzca a Jesús en la vida del creyente, sin que éste interponga obstáculos en esa obra de gracia.

29. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

Ὁ	ἔχων	οὖς	ἀκουσάτω	τί	τὸ	Πνεῦμα	λέγει	ταῖς	ἐκκλησίαις.
El	que tiene	oido	oiga	que	el	Espíritu	dice	a las	iglesias.

Notas sobre el texto griego.

La carta concluye con el llamamiento a la obediencia mediante ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; con ἔχων, caso nominativo singular masculino con el participio presente en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí como *tiene,* o *que tiene*; οὖς, caso acusativo neutro singular del sustantivo, *oídos*; ἀκουσάτω, tercera persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo ἀκούω, *oiga*; τί, pronombre neutro singular, *que*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado, *lo*, en castellano, masculino, *el*; Πνεῦμα, caso nominativo neutro singular del nombre propio, *Espíritu*; λέγει tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, equivalente a *decir, hablar, responder, ordenar, etc.*, aquí con significado de *dice*; ταῖς, caso dativo de la tercera persona femenino plural del artículo determinado, *las*; ἐκκλησίαις, caso dativo femenino plural del sustantivo, *iglesias*.

Ὁ ἔχων οὖς ἀκουσάτω τί τὸ Πνεῦμα λέγει ταῖς ἐκκλησίαις. La demanda de respuesta al creyente en relación con el mensaje que el Espíritu envía a las iglesias, aparece aquí al final de la carta, como ocurrirá en las tres siguientes. Es la apelación personal a cada creyente ante el mensaje dirigido a la colectividad de la iglesia. Como se dijo antes, el llamado es general, la responsabilidad de la respuesta es individual. Con todo debe entenderse que tanto el mensaje como el llamado es *atemporal*, es decir, para cada iglesia y para cada creyente en cualquier tiempo.

Dios nos ha estado llamando a un retorno incondicional al control del Espíritu Santo que producirá el amor que en la iglesia en Éfeso había sido puesto a un lado. La vida en el Espíritu es la única vida válida delante de Dios. Necesariamente debemos preguntarnos cual es el lugar que el Espíritu de Dios ocupa en nuestra vida. También el Señor llamó nuestra atención a la vida de fidelidad. No debe entenderse la fidelidad en asuntos que requieran un testimonio de tal dimensión que se selle con la muerte, sino la experiencia cotidiana de un morir con Cristo a las pasiones desordenadas de la vida en la carne. Se trata de asumir el reto de negarse cotidianamente asumiendo la cruz y caminando tras el Crucificado. El Señor hizo también un llamamiento sobre la relación con cosas del mundo, advirtiéndonos de nuestra condición de santos. Por último lo hizo para que entendamos el problema que surge cuando se escuchan voces que enseñan algo nuevo, diferente a lo que la Escritura enseña. Es ser leales a Cristo y a su Palabra. Nadie debe entender que la lealtad consiste en vivir el sistema tradicional heredado de los antiguos, sino en profundizar en la Palabra para descubrir lo que el Señor quiere de nosotros. Tanto problema es cometer un grave pecado moral, como afirmar con la Palabra, valiéndose de ella, lo que nunca el Señor ha dicho por medio de ella. Los sistemas y las tradiciones humanas enseñadas como doctrina de Dios, en un pecado tan violento como la enseñanza de Jezabel en la iglesia en Tiatira. Cristo llama a salir de todo aquello que suponga confrontación con sus demandas. Pero, también el otro extremo, en aquellos que buscan disculpas para practicar el pecado en alguna de sus muchas manifestaciones. Tal vez, el mejor desafío personal, para cada uno pueda establecerse aquí con las palabras del apóstol Pablo: *"salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso"* (2 Co. 6:17-18). En un tiempo en que las múltiples manifestaciones de pecado están presentes en una sociedad humanista, los cristianos tenemos el peligro de considerar tales acciones o pensamientos como algo natural en el mundo presente y vamos dejando de sentir la repugnancia que tal sistema debiera producir en el cristiano. La voz de Jezabel sigue seduciendo a los siervos de Dios en nuestros días. El Espíritu está llamándonos a mantener una línea de separación clara y plena con todo sistema

mundano. Toda enseñanza que pretenda minimizar el pecado y excusarlo como algo propio de esta sociedad debe ser entendida como una enseñanza procedente de Satanás.

CAPÍTULO III

CARTAS A SARDIS, FILADELFIA Y LAODICEA

Introducción.

El capítulo tres contiene las cartas que el Señor dirige a otras tres iglesias de las siete establecidas en Asia Menor. Se trata de las congregaciones locales establecidas en Sardis, Filadelfia y Laodicea. La introducción para este capítulo es la misma que para el capítulo anterior, por cuanto no hay rotura ni cambio de tema en los dos capítulos. Realmente la división aquí es absolutamente aleatoria y podrían haberse puesto todas las cartas en un solo capítulo, sin embargo, ya que está establecida de ese modo la división el libro, debe considerarse como una unidad por tanto lo dicho en la introducción del capítulo anterior cubre también el presente.

El capítulo está en la segunda división del libro, *las cosas que son*, por tanto, debe considerarse como algo actual, esto es, para todos los tiempos mientras la Iglesia esté presente en el mundo. Con todo es interesante volver a recordar también, a modo de introducción, las diferentes posiciones interpretativas en relación con las siete cartas. Por un lado está una interpretación *literalista*, que considera cada carta destinada a una determinada iglesia y que tiene que ver sólo con ella. Es una forma de interpretación no consecuente con la aplicación bíblica del mensaje para el tiempo presente. Una segunda forma es la llamada *histórica* y que consiste en identificar cada una de las iglesias con un determinado período de tiempo en la historia de la iglesia. En este sentido la iglesia en Éfeso, representaría el período apostólico; la de Esmirna simbolizaría el período de las grandes persecuciones; la de Pérgamo, correspondería al tiempo de la instauración oficial del cristianismo como religión del imperio; la iglesia en Tiatira, representaría el tiempo de oscuridad de la Edad Media; luego la de Sardis, sería la iglesia de la Reforma; la de Filadelfia, tendría como fondo la época de la expansión del evangelio y los grandes avivamientos; y, finalmente la iglesia en Laodicea, correspondería al período final de la iglesia en la tierra. Una dificultad de este método interpretativo, como ya se ha considerado en la introducción, está en determinar cual es el período actual de la iglesia, sí el de los grandes avivamientos y extensión del evangelio, o el de la iglesia en declive del último tiempo de su presencia en el mundo. Sin duda el método interpretativo correcto es el histórico-gramatical, o método de interpretación literal, con la aplicación correspondiente de cada mensaje al tiempo presente de la iglesia.

Como se indica en la introducción del capítulo anterior, en el estudio de las cartas se aprecian tres niveles de aplicación de los mensajes contenidos en

ellas. El primero es el directo, es decir, cada carta contiene un mensaje dirigido a una determinada iglesia y tiene que ver con ella y con sus circunstancias, cuando fueron escritos. El segundo nivel es universal, quiere decir que cada carta tiene un mensaje aplicativo a todas las iglesias en todos los tiempos. El tercer nivel es personal, ya que los mensajes de cada carta concluyen con un llamamiento al lector individual de esos mensajes, para que reaccione ante los problemas y asuma las demandas que el Señor establece en ellas. Debe tenerse en cuenta que el llamamiento final es una acción directa del Espíritu Santo que se dirige a los creyentes demandando una respuesta personal.

La división natural del capítulo para su estudio es simple, bosquejándolo de la siguiente manera:

1. El mensaje a la iglesia en Sardis (3:1-6).
    1.1. Presentación del Señor (3:1a).
    1.2. Amonestación (3:1b).
    1.3. Exhortación (3:2-3).
    1.4. Elogios (3:4).
    1.5. Apelación y promesas (3:5-6).
2. El mensaje a la iglesia en Filadelfia (3:7-13).
    2.1. Presentación del Señor (3:7).
    2.2. Elogios (3:8-10).
    2.3. Exhortación (3:11).
    2.4. Apelación y promesas (3:12-13).
3. El mensaje a la iglesia en Laodicea (3:14-22).
    3.1. Presentación del Señor (3:14).
    3.2. Amonestación (3:15-19).
    3.3. Exhortación (3:20).
    3.4. Apelación y promesas (3:21-22).

El mensaje a la iglesia en Sardis (3:1-6).

Como en todas las cartas la presentación del Señor ocupa el primer lugar. En la división de los versículos se incluye en uno solo tanto la presentación del Señor como las primeras palabras de amonestación, por tanto debe ser tratado como un solo texto pero en dos epígrafes.

Presentación del Señor (3:1a).

1. Escribe al ángel de la iglesia en Sardis: El que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas, dice esto: Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto.

Καὶ τῷ ἀγγέλῳ τῆς ἐν Σάρδεσιν ἐκκλησίας γράψον· Τάδε λέγει ὁ
Y al ángel de la en Sardis iglesia escribe: Esto dice el
ἔχων τὰ ἑπτὰ πνεύματα τοῦ Θεοῦ καὶ τοὺς ἑπτὰ ἀστέρας·
que tiene los siete espíritus - de Dios y las siete estrellas:
οἶδα σου τὰ ἔργα ὅτι ὄνομα ἔχεις ὅτι ζῇς, καὶ νεκρὸς εἶ.
Se de ti las obras que nombre tienes que vives y muerto estás.

Notas sobre el texto griego.

El mensaje a Tiatira comienza con la conjunción καὶ, *y*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado, *al*; ἀγγέλῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo que se usa para referirse a *ángel*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado*, de la*; seguido de ἐν, preposición que rige dativo, *en*; Σάρδεσιν, nombre propio de ciudad, *Sardis*; ἐκκλησίας, caso nominativo femenino singular del sustantivo, *iglesia*; γράψον, segunda persona singular del aoristo de imperativo en voz activa del verbo γράφω, *escribir*, aquí como *escribe*. La segunda cláusula contiene la presentación del Señor con τάδε, caso acusativo neutro plural del pronombre demostrativo, *esto*; λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, equivalente a *decir, hablar, responder, ordenar, etc.*, aquí con significado de *dice*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el,* ἔχων, caso nominativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tiene*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado, *los*; ἑπτα, caso acusativo neutro plural del adjetivo numeral cardinal, *siete*; πνεύματα, caso acusativo neutro plural del sustantivo, *espíritus*; seguido del artículo que no se usa en castellano en este caso; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *Dios*; καὶ, conjunción *y*; τοὺς, caso acusativo masculino singular del artículo determinado, *los*, en español, femenino, *las*; ἑπτὰ, caso acusativo masculino plural ἀστέρας, caso acusativo masculino plural del sustantivo, *estrellas*, femenino en español. La tercera cláusula es de amonestación en la que el Señor testifica: οἶδα, primera persona singular del perfecto segundo de indicativo en voz activa del verbo εἴδω, en su forma οἶδα, que hace las veces de presente, remplazando al inusitado εἴδω, *saber, entender, conocer*, aquí como *se*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado, *los*, en español en femenino*, las*; ἔργα, caso acusativo neutro plural del sustantivo, *obras*, *trabajo, ejecución*; ὅτι, conjunción *que*; ὄνομα, caso acusativo neutro singular del sustantivo, *nombre*; ἔχεις, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo, ἔχω, *haber* o *tener*, aquí como *tienes*; ὅτι, conjunción *que*; ζῇς, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ζάω, *vivir*, aquí como *vives*; y νεκρὸς, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *muerto*; εἶ, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser* o *estar*, aquí como *estás.*

Καὶ τῷ ἀγγέλῳ τῆς ἐν Σάρδεσιν ἐκκλησίας γράψον. El Señor manda a Juan escribir una carta a la iglesia en Sardis. Esta ciudad estaba situada a unos 55 Km. al sudeste de Tiatira. Era la antigua capital de Lidia en el Asia Menor occidental. La ciudad estaba situada al pie del monte Tmolus, sobre el

que se levantaba la acrópolis a unos 244 m. de altitud sobre la ciudad propiamente dicha. La acrópolis estaba rodeada por una triple pared que permanece hasta el día de hoy. Estaba situada a unos 4 Km. del río Hermes, y atravesada por el Pactolo, afluente del Hermes. Una vía de comunicación moderna atraviesa las ruinas de la ciudad de noroeste a sudeste. Sardis se la conoce como la residencia del rey Creso, un rico rey de la antigüedad y en donde se ha encontrado la más antigua evidencia del uso de monedas. La gran riqueza del rey Creso la atribuyen algunos a la posibilidad de haber encontrado oro en el río Pactolo, pero no hay evidencias históricamente atestiguadas. El nombre antiguo de Sardis era Hyde, la primitiva capital del valle del Hermus según identificación de Homero. Si esta identificación es correcta los orígenes de Sardis deben situarse al comienzo del reino de Lidia, sobre 1200 a.C. La reseña más antigua de la importancia de Sardis está relacionada con el rey Creso. Este rey había contraído una fortaleza sobre la Acrópolis que consideraba inexpugnable, pero que, sin embargo, cayó en manos de los persas bajo el liderazgo de Ciro el Grande. La conquista y caída de la ciudad se describe en un lenguaje tal vez un tanto hiperbólico por Herodoto en su libro I. Después de este acontecimiento la ciudad estuvo en los límites entre oriente y occidente. Por Sardis pasaron los ejércitos de Darío y de Jerjes, los reyes persas, en sus intentos por conquistar a los griegos, a principios del s. V a.C. Cuando la ciudad se rindió, sobre el año 334 a.C. Alejandro el Grande le concedió la independencia, que fue muy breve, ya que en el año 322 a.C. Antígono conquistó nuevamente la ciudad. Durante este período la inscripción en las monedas hacen referencia al concepto que los habitantes de Sardis tenían de la ciudad, leyéndose en alguna de las inscripciones de las monedas: *"Sardis, la primera metrópoli de Asia y de Lidia y del helenismo"*. Los seléucidas iniciaron el control de la ciudad en el 301 a.C. y siguió bajo su dominio hasta el s. III a.C. La ciudad vino a ser parte del imperio de Pérgamo en el 190 a.C. La dominación romana puso a Sardis como una ciudad de la provincia de Asia. Un terremoto en el año 17 d.C. asoló la ciudad. Para ayudar en la reconstrucción, el emperador Tiberio dispuso la exención de impuestos durante cinco años y les entregó una ayuda monetaria a modo de ofrenda por la suma de diez millones de sestercios. La ciudad alcanzó una posición notoria después del 295 d.C. como la capital de la provincia de Lidia. En la iglesia oriental, Sardis alcanzó una posición de liderazgo, porque su obispo era el Arzobispo Metropolitano de Lidia, que ocupaba el sexto puesto en importancia entre todos los obispos orientales y occidentales que estaban sujetos al Patriarca de Constantinopla. Un líder notable de la iglesia en Sardis, en el s. II, fue el obispo Melitón. La ciudad fue totalmente destruida en el 1402 d.C. a causa de la invasión de Tamerlán sobre el Asia Menor. La ciudad fue excavada en varios períodos. Los primeros trabajos bien ordenados tuvieron lugar desde 1910 hasta 1914. Uno de los trabajos más notables en esos años fue dejar al descubierto un templo de Artemisa, cuando sólo eran visibles al exterior dos grandes columnas de este

templo. La excavación demostró que el templo ocupaba una superficie de 100 por 50 m. poniendo de manifiesto la grandiosidad de esas edificaciones durante el tiempo de los romanos. La diosa Cibeles se la consideraba nativa de Sardis, identificada luego con Artemisa. Durante el periodo cristiano, se construyó otro templo en la parte sudeste del templo de Artemisa. En las excavaciones se encontraron también más de mil tumbas. En el año 1958 el Museo de Arte Fogg de la Universidad de Harvard y de la Univesidad Cornell, iniciaron otro período de excavaciones en Sardis durante los veranos. En 1960 se hicieron algunos trabajos de restauración del templo de Artemisa. Ese templo griego debió haberse reconstruido después del terremoto del año 17 d. C. Otro descubrimiento de los excavadores fue una sinagoga judía, en donde se encontraros varios fragmentos de inscripciones hebreas, pisos de mosaico y símbolos judíos que incluyen una *menorah*. En 1963 se pusieron al descubierto la grandiosidad de esa sinagoga, con pilares de mármol y puertas de gran tamaño. Algunos expertos consideran que la sinagoga fue construida durante la primera mitad del s. III d.C. abandonándose, luego de sucesivas ampliaciones, sobre el s. IV. La sinagoga estaba rodeada de negocios bizantinos. Las excavaciones de los años 1960 a 1962 en la acrópolis, sacaron a la luz restos bizantinos y lidios, así como un nivel helénico al lado norte del montículo. Otras excavaciones al sur de la carretera que atraviesa la ciudad, descubrieron restos de ocupaciones de lidios, persas, griegos, romanos y bizantinos. Todo esto indica que Sardis fue una ciudad importante hasta el s. VII d.C. No puede considerarse, a la luz de los descubrimientos arqueológicos, que la acusación del Señor sobre que tienes nombre que vives y estás muerta, pudiera referirse, en alguna medida, a las condiciones físico-políticas de la ciudad y deben entenderse enteramente como asunto espiritual de la congregación cristiana.

De la misma manera que ocurre con otras de las iglesias a quienes se dirigen las cartas, no se sabe como se inició la evangelización de la ciudad ni como se estableció la iglesia allí. Es muy posible que se haya producido por el testimonio extendido desde Éfeso, lugar donde Pablo estuvo durante tiempo. Sin embargo, fuese cual fuese el origen, el hecho evidente es que la iglesia en la ciudad estaba establecida en los tiempos de Juan y tuvo luego una gran importancia en las iglesias orientales.

El Señor se presenta con una introducción de advertencia llamando la atención a los lectores sobre lo que va a decir. En el texto griego la expresión τάδε λέγει, *"dice esto"*, que está al final de muchas traducciones, aparece al principio de la frase lo que indica el interés de destacarlo en relación a cuanto sigue, es decir, los lectores debían prestar mucha atención a cuanto sigue porque el Señor *"dice esto"*. La presentación del Señor está relacionada con los τὰ ἑπτὰ πνεύματα, *"siete espíritus"*, de lo que ya se ha considerado antes (1:4). Se presenta como τὰ ἑπτὰ πνεύματα τοῦ Θεοῦ, *"el que tiene los siete*

espíritus de Dios", alusión a la plenitud del Espíritu Santo. El verbo que utiliza Juan está en participio presente indicando una acción continuada y la idea que expresa es la de *tener*, *poseer*, algo que siendo posesión plena puede distribuirse a voluntad del poseedor. Cristo es el que insufla el Espíritu Santo y lo envía a su iglesia como el soplo de su boca (Jn. 20:22). Jesucristo prometió a los suyos enviarles el Espíritu Santo después de su glorificación (Jn. 15:26; 16:7). El Espíritu Santo es el Agente vitalizador y vivificador de la iglesia, y ejecutor del nuevo nacimiento. Estos ἑπτὰ πνεύματα, *siete espíritus*, son τοῦ Θεοῦ, *de Dios*, debiendo considerarse la expresión como un hebraísmo de superlativo, que se usa para expresar potencialidad (cf. Sal. 80:10; 2 Co. 11:2). En ese sentido al Espíritu de Dios nada se le escapa y nada es imposible para Él. La victoria espiritual sólo es posible en Él y por Él (Zac. 4:6). Por otro lado el genitivo *de Dios*, expresa también la relación intratrinitaria del Espíritu Santo y su eterna procesión del Padre y del Hijo. La presentación está relacionada con el ejercicio de poder divino que Cristo puede hacer por medio del Espíritu en la iglesia, pudiendo vivificarla y reanimar, avivando aquello que aún tiene vida, pero puede también derribarla, ya que el Espíritu se manifestó como un viento huracanado (Hch. 2:2).

El segundo aspecto de la presentación del Señor está relacionado con las τοὺς ἑπτὰ ἀστέρας, *"siete estrellas"*, que conforme a la interpretación que Juan recibió, se trata de los siete ángeles de las iglesias (1:20). Esas estrellas luminosas pueden sustituir en esplendor y gloria aquella luz mortecina que está a punto de extinguirse en una iglesia debilitada espiritualmente, como, tal vez, ninguna otra de las siete a quienes escribe el Señor por medio de Juan. La iglesia que atravesaba una profunda crisis espiritual puede apreciar en el Señor la capacidad restauradora para hacerla brillar nuevamente con la intensidad del poder del Espíritu, levantándola de su postración espiritual. Las siete estrellas en su mano pueden sustituir los pábilos que están a punto de extinguirse, dándoles una mayor dimensión de luminosidad. El Señor ha establecido la misión de luminosidad en un mundo en tinieblas para cada creyente (Mt. 5:14; Ef. 5:8) y quien no brilla con la luz del Espíritu que reproduce en cada cristiano a luz de Cristo, no está cumpliendo la misión encomendada.

Amonestación (3:1b).

Οἶδα σου τὰ ἔργα. Luego de la presentación sigue la amonestación. A diferencia de otras iglesias a quienes también denuncia defectos y problemas, pero tiene palabras de elogio para algunas de sus obras, no hay ninguna alabanza digna de ser mencionada por el Señor. El *"conoce"* las obras de aquella iglesia. La omnisciencia de Cristo pone de manifiesto la realidad espiritual que estaba ocultándose por una superficialidad de apariencia piadosa. Es la misma expresión que se consideró antes para las otras iglesias (2:2, 9, 13,

19). No puede ocultarse nada al conocimiento de quien tiene ojos como llama de fuego, mirada penetrante para descubrir lo más secreto del corazón (1: 14). El hombre puede *ver* las obras de la iglesia, pero Jesús conoce las *intenciones*, que las motivan. Quienes observasen la iglesia en Sardis, podrían creer que se trataba de un modelo de espiritualidad, contando además con esa reputación. Pero, el Señor conocía la realidad de aquellos creyentes y sabía que todo aquello era mera apariencia.

El primer descubrimiento que pone delante de los lectores de la carta es enfático: ὅτι ὄνομα ἔχεις ὅτι ζῇς, καὶ νεκρὸς εἶ, *"que tienes nombre de que vives, y estás muerto"*. El nombre era opuesto a la realidad. Los comentarios del campo católico, al entender que el *ángel*, es el obispo de la iglesia, suponen que los reproches van dirigidos directamente a Él, de ahí que propongan que la expresión *"que vives"*, sea el nombre propio del obispo de la iglesia, como escribe el profesor Ballesteros:

"La reprensión encierra una más severa condenación que las otras cartas. Las obras del ángel de Sardis no son buenas. Lleva nombre que indica que vive, con lo cual se ofrece probablemente con un juego de palabras, el nombre real del obispo, que podría ser Zósimo, 'el que vive', pero que en realidad está muerto con la muerte del pecado"[1].

Siguiendo la línea de interpretación que se presentó en la introducción, consideramos que la denuncia del pecado, aunque se haga por medio de quien o quienes estén en el liderazgo de la iglesia, es una acusación a situaciones que se dan dentro de la congregación. La iglesia estaba viviendo de las glorias del pasado, con un nombre opuesto a la realidad espiritual. Posiblemente se trataba de una congregación que había tenido una gran importancia en la zona, con capacidades y dones entre ellos, pero que podría estar sustentando la rutina de unas formas religiosas y eclesiales, con unas estructuras carentes de vida. Su poder era el recuerdo de triunfos del pasado. Su forma era la forma del pasado. Su doctrina era simplemente el eco del pasado. Su vida era la vida propia que ya había pasado. No cabe duda que la iglesia debía ser una iglesia con una ortodoxia notable, pero espiritualmente estaba muerta. Tal vez habían procurado sostener el pensamiento teológico correcto, pero sin la conducción, dirección y poder del Espíritu Santo. Sabían mucho de Biblia, pero desconocían al Dios de la Biblia. La paradoja es profunda: He ahí una iglesia muerta bajo un nombre de vida. El Señor les advierte, como sólo Él puede hacerlo: ὅτι ὄνομα ἔχεις ὅτι ζῇς, καὶ νεκρὸς εἶ, *"tienes nombre de que vives, y estás muerto"*. No se trata de muerte en el sentido de *perdición*, sino de falta de poder espiritual. La iglesia vivía sólo en apariencia y gozaba de una reputación que era falsa.

---

[1] S. Bartina. o.c., pág. 659.

En la iglesia no había falta de obras, sino todo lo contrario, las tenía en exceso, pero eran suyas y no de Dios. Esas obras, eran un activismo religioso que les daba una apariencia de vida. Muy probablemente tenía una organización eclesial bien establecida, con un gobierno conforme a las demandas apostólicas establecidas. Con toda seguridad cumplían las ordenanzas establecidas por el Señor del bautismo y del partimiento del pan. Es muy posible que esta última ordenanza la cumplieran cada primer día de la semana. Seguramente que la exposición de la palabra estaba en manos de quienes conocían profundamente la Palabra y tenía la capacidad para enseñarla a otros. En el ministerio de la enseñanza no habría nadie que pudiese acusarlos de desviaciones en doctrina. Incluso cabe suponer que la iglesia ofrendaba y contribuía decididamente para las necesidades de la obra. Desde el punto de vista externo eran una iglesia apostólica que *"perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones"* (Hch. 2:42). Extraña, pues, la amonestación del Señor. Nada faltaba en aquella iglesia y, sin embargo, Jesús dice que su nombre es pura apariencia, creían que tenían vida pero estaban muertos. La cuestión es sencilla, todo cuanto aquella iglesia tenía eran manifestaciones externas de religiosidad, pero, el Señor, busca la realidad interior. Lo externo obedece siempre a lo interno, como Jesús enseño: *"De la abundancia del corazón habla la boca"* (Lc. 6:45). Cristo no desea una iglesia con mucho conocimiento intelectual de la doctrina y con un sistema cúltico aparentemente ortodoxo, sino una iglesia conducida por el poder del Espíritu que manifieste al exterior la realidad espiritual interna. La iglesia que deja de vivir en el poder del Espíritu, transfiere su defecto a la práctica religiosa convirtiendo comunión en religión. Esa ortodoxia fría sirve de narcótico espiritual que impide ver la realidad de la muerte espiritual a que conduce la falta de comunión real con el Señor, ya que sólo hay victoria con Él y en Él (Fil. 1:21). Poco a poco la ortodoxia fría y el ritualismo histórico dan paso a la muerte espiritual de la congregación, que Cristo descubre y denuncia en esta carta. Sobre esto escribe el Dr. Campbell Morgan:

"No faltaba nada en la manifestación externa, con todo Cristo dice: 'Y estás muerto'. El que busca primero la vida internar, no encuentra nada para satisfacer su corazón en esta iglesia. Un andamio no tiene valor para Él si el edificio que hay detrás no hace progreso alguno. La blancura de un sepulcro no le atrae, si dentro no hay nada más que huesos secos. Busca siempre lo interior, y sólo busca lo exterior en cuanto continúa la expresión de lo interior. El partimiento del pan no es nada excepto en cuanto hay el alimento espiritual de Él. La reunión para el culto carece de valor a menos que por medio de lo externo el alma pase a la comunión con Él. Los dones no son aceptados cuando no son más que la mera observancia de su deber, y no la expresión de la adoración del corazón. La vida que se expresa en amor estaba ausente, y así la iglesia carecía de cuanto podía ser aceptable a Cristo, y satisfacerle por todo

lo que él había sufrido para ganarles. ‘Estás muerto’. Puede que haya flores, pero son de cera, imitación de las de verdad. Puede haber el ser humano, los vestidos, incluso hermosos y elegantes, pero el cuerpo es desagradable para Cristo pues en el corazón todavía reina la corrupción”[2].

El problema de la iglesia en Sardis se extiende a lo largo del tiempo y llega a nosotros. Es la típica condición de iglesias tradicionales, apegadas a su historia y a su sistema. No importa para los líderes de esas congregaciones que la iglesia no progrese espiritualmente, que el amor real haya dejado de manifestarse; lo importante es afirmar una dogmática fría y ajustar el culto a las formas tradicionalmente establecidas. El gozo de estos está en creer que con el nombre histórico es suficiente. Este tipo de líderes y de iglesias consideran que es suficiente con *“el nombre de que vives”*, su historia demuestra que han sido un testimonio eficaz y eficiente durante años en su sociedad, que sus antepasados han sido modelos a imitar, pero, llegan a más, no solo son modelos a imitar en cuanto a fe, sino que son modelos a seguir en sus pisadas, cuando Cristo sólo permite y demanda un seguimiento a su Persona (Lc. 14:27). Este tipo de iglesia vive de los recuerdos del pasado, pero carecen del poder del Espíritu en el presente. Languidecen y se extinguen, pero buscan una explicación al problema que mitigue el grito que la situación lanza a sus conciencias, como que siempre el rebaño del Señor fue pequeño; que los que buscan la verdad y la siguen son despreciados, y cosas semejantes negándose a entender que Jesús, quien conoce la realidad dice: ὅτι ὄνομα ἔχεις ὅτι ζῇς, καὶ νεκρὸς εἶ, *“tienes nombre de que vives, y estás muerto”*.

Exhortación (2:2-3).

2. Se vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios.

γίνου γρηγορῶν καὶ στήρισον τὰ λοιπὰ ἃ ἔμελλον ἀποθανεῖν,
Hazte vigilante y consolida lo restante lo que estaba a punto de morir,
οὐ γὰρ εὕρηκα σου τὰ ἔργα πεπληρωμένα ἐνώπιον τοῦ Θεοῦ μου.
porque no he hallado de ti las obras bien cumplidas delante del Dios de mí.

Notas sobre el texto griego.

La exhortación del Señor se expresa mediante γίνου, segunda persona singular del presente de imperativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, originarse, surgir, producirse*, aquí puede traducirse como *hazte*, o *llega a ser*; γρηγορῶν, caso nominativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo

[2] G. Campbell Morgan. *“El mensaje de Apocalipsis a las iglesias del S. XX”*. Editorial Clie. Terrasa, 1984. Pág. 82.

γρηγορέω, *estar despierto, estar vigilante*, aquí como *vigilante*; y στήρισον, segunda persona singular del aoristo primero de imperativo el voz activa del verbo στηρίζω, *fijar firmemente, fortalecer*, conlleva la idea de una firme e inmutable intención para hacer algo, aquí como *consolida*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado*, lo*; λοιπα, caso acusativo neutro plural del adjetivo, *restante*; ἃ, caso nominativo neutro plural del pronombre reflexivo, *lo que*; ἔμελλον, tercera persona plural del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo μέλλω, *estar a punto de, disponerse a* (como verbo auxiliar para la formación del futuro)*, tener que, reflexionar, vacilar* , aquí como, *estaba a punto*; ἀποθανεῖν, aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo ἀποθνῄκω, *morir*, aquí como *de morir*; seguido de οὐ, adverbio de negación, *no*; unido a γὰρ, conjunción causal, *porque*; en castellano debe ir antes la conjunción que el adverbio; εὕρηκα, primera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo εὑρίσκω, *encontrar, hallar*, aquí como *he hallado*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal, *de ti*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado, *los*, en castellano, femenino, *las*; ἔργα, caso acusativo neutro plural del sustantivo, *obras*, femenino en castellano; πεπληρωμένα, caso acusativo neutro plural con el participio perfecto en voz pasiva del verbo πληρόω, *cumplir, llevar a término, realizar*, aquí como *completas, bien cumplidas*; ἐνώπιον, adverbio de lugar, *delante*; realmente la expresión es una locución preposicional, ya que equivale a *en presencia de, a la vista de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado, *del*; θεοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *Dios*; μου, caso genitivo singular del pronombre personal, *de mí*.

El Señor llama a la iglesia a una renovación que comienza por una acción de vigilancia: γίνου γρηγορῶν, *"se vigilante"* o también *hazte vigilante*. No se trata de una advertencia o de un ruego, sino de un mandamiento, como se aprecia por el uso del verbo en modo imperativo perifrástico[3], que expresa la idea de *venir a ser vigilante*; esto es, antes había descuidado la vigilancia y debía comenzar a serlo inmediatamente. El mandamiento establece el permanecer despierto en actitud vigilante de alerta espiritual. Los de Sardis sabían por la historia que la ciudad había sido conquistada en dos ocasiones por falta de vigilancia; los de la ciudad se confiaron en la situación inexpugnable que tenía y dejaron de vigilar un solo y pequeño lugar que era el único acceso a la ciudad, por lo que el enemigo lo utilizó para conquistarla. En una situación semejante estaba aquella iglesia; el enemigo había conseguido descubrir el lugar por donde podía acceder y derrotarla totalmente, de ahí que el Señor llame a una vigilancia sobre aquello que todavía estaba vivo en la congregación. La exhortación no puede ser otra que la de dejar la apariencia para caminar firmemente hacia la renovación espiritual necesaria. El gran enemigo de la iglesia es la pasividad que descansa sobre un sistema religioso. El Señor llama a despertar del letargo espiritual y establecer una vigilancia sobre la situación de modo que conduzca y produzca un cambio.

[3] Unidad verbal constituida por un verbo en forma personal y otro en forma no personal.

Καὶ στήρισον τὰ λοιπὰ ἃ ἔμελλον ἀποθανεῖν La iglesia debía *afirmar* lo que estaba a punto de sucumbir, lo poco que aún tenía algo de vida entre ellos, *"las otras cosas",* lo que aun sobrevivía mortecinamente en la congregación. Como escribe el Dr. Lacueva:

"Lo que quedaba, las formas y las estructuras, las personas y las instituciones organizadas, la ortodoxia misma, estaban a punto de morir por falta de espíritu interior. El Señor expresa el motivo: 'porque no he hallado tus obras cumplidas a los ojos de mi Dios'. Había allí obras, sí, pero estaba vacías de contenido interior (fe, amor, servicio, esperanza, etc.); estaban, en una palabra, faltas de peso y necesitadas de refuerzo. El rabino D. Kimchi, comentando el Salmo 1:2, dice: 'Si alguien se aparta del mal camino, pero no obra el bien, no hace su obra perfecta y no es declarado como bendecido. Las obras han de estar perfectas o completas, no sólo delante de los hombres, sino especialmente a los ojos de mi Dios, a quien nada se le oculta"[4].

La iglesia debía actuar rápidamente para recuperarse de una situación delicada. La iglesia era alabada por los hombres, al ser notoria por sus buenas obras, pero, delante de Dios eran imperfectas, incompletas e inadecuadas. Aquella congregación no estaba, aparentemente, afectada por la persecución, como otras de sus hermanas en Asia. Era una congregación que no tenía abiertamente problemas de herejías en su interior. Parecía una iglesia cristiana bien constituida y establecida. Sin embargo, Dios la veía como fracasada espiritualmente porque sus obras eran sólo formales y externas y no surgían al impulso del Espíritu Santo, que es el que da vida y contenido a las obras del creyente y, por tanto, de la iglesia. Es un notable ejemplo de una iglesia que descansa en su historia, en sus formas y en la doctrina fría y teórica, pero que delante de Dios es un fracaso espiritual completo. Toda obra que no este fundamentada sobre una fe sincera que opera por el amor, no tiene valor alguno delante de Dios (Gá. 5:6).

La iglesia que descansa en sus valores de ortodoxia sin vivir en el Espíritu, necesita con urgencia una renovación espiritual. Mencionar entre algunos *renovación*, o *renovar*, es poco menos que expresar una abierta proposición herética. *Renovar*, no es *revolucionar*, sino volver algo a su primer estado; es restablecer o reanudar una relación que se había interrumpido; es dar energía a algo, transformarlo. En la iglesia el cambio por el cambio no conduce a nada, pero la renovación, es decir, quitar aquello que impide una verdadera comunión con Dios y dejar que el Espíritu transforme en vida poderosa lo que está a punto de morir, no solo es necesario, sino que es un mandamiento del Señor. Los líderes de las iglesias que se niegan a una *renovación espiritual*,

---

[4] F. Lacueva. o.c., pág. 358 s.

están quebrantando un mandamiento del Señor de la iglesia. La renovación personal es un mandato para todo creyente, no sólo del Señor, sino también del apóstol Pablo: *"No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta"* (Ro. 12:2). Las costumbres religiosas y la ortodoxia muerta son cosas de *este siglo*. Sólo la vida en el Espíritu es asunto de Dios. El Señor llama a un despertar y establecer una vigilancia sobre la situación que conduzca a un cambio. La iglesia de Sardis es un ejemplo para el tipo de iglesia donde hay muchas promesas de compromiso externo con el Señor, pero ninguna o poca dependencia del Espíritu. Las oraciones de una congregación que vive del pasado y se niega a una renovación en el presente, son muchas veces meras palabras ritualmente aprendidas que nunca llegan al cielo. Como escribe el Dr. Campbell:

"La esencia del culto de adoración es que aunque empieza en la iglesia, alcanza el cielo. Si los himnos son simplemente una expresión musical de sentimiento placentero, en ellos no hay adoración. Pero si son alas en las que nuestros espíritus hallan su camino al Lugar Santísimo, entonces el himno es perfecto delante de Dios. Si la oración que pronunciamos es una compilación de frases, dichas para el cumplimiento de un deber, no es oración. Pero si la oración expresando un sentimiento de necesidad, halla su camino por encima de las nieblas y misterios de la vida hacia el trono, es perfecta delante de Dios. Si nuestras ofrendas son concedidas para cumplir un deber, son rechazadas en el cielo. Pero si expresan un sacrificio y afecto, aunque la cantidad sea pequeña según la aritmética de los hombres, son consideradas de gran valor en aquel templo donde los dones son valorados según los dadores"[5].

La alabanza, bien estructurada, soportada en música muy tradicional, llenan el templo terrenal, pero no alcanzan el celestial porque no es movida por el Espíritu, sino por el hombre. Las actividades de iglesias así quedan sólo en el templo interior, pero no son del agrado del quien llena el templo celestial. Su organización interna puede ser ejemplar, con todos los comités necesarios para determinar, establecer y dirigir los proyectos eclesiales, no sirven para nada si no dan fruto delante de Dios, porque no responden a Su propósito, sino al de los hombres. Son iglesias donde los creyentes no se asemejan cada vez más a Cristo y donde no hay compasión por las almas que conduce a una evangelización fuera del área donde se congrega. Sobre todo son congregaciones donde el *nosotros*, distingue a *los otros*, en un falso entendimiento de lo que suponen que es la fe bíblica, olvidándose de que cualquier distinción conduce a la confrontación en la unidad del cuerpo de Cristo. Son congregaciones que viven más delante de los hombres que delante de Dios, con más interés de guardar su

---

[5] G. Campbell Morgan. o.c., pág. 83.

reputación en la tierra que en el cielo. Son aquellas que buscan ser consideradas ejemplo y alabadas por los hombres, pero no buscan lo mismo en relación con la Cabeza que es Cristo. *"Tienen nombre de que viven"*, es decir, lo que satisface su reputación delante de los hombres, pero nada que satisfaga el corazón de Dios porque *"están muertas"*. Es urgente un planteamiento sobre la situación espiritual de cada iglesia, delante del Señor, para proceder a una urgente y necesaria renovación espiritual. La iglesia no debe quedar satisfecha con lo externo, por eso el Señor advierte en afirmar las cosas que están a punto de morir. Es el gran mensaje para el formalismo religioso. Jesús no determina que se abandonen las formas, sino que se establezcan y consoliden en el Espíritu. El sistema externo no puede sobrevivir mucho tiempo. Cuando la iglesia vive de organización formalista está a punto de perecer.

3. Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepiéntete. Pues si no velas, vendré a ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti.

μνημόνευε οὖν πῶς εἴληφας καὶ ἤκουσας καὶ τήρει καὶ μετανόησον.
Recuerda, pues, como has recibido y oíste y observa y arrepiéntete
ἐὰν οὖν μὴ γρηγορήσῃς, ἥξω ὡς κλέπτης, καὶ οὐ μὴ γνῷς ποίαν
Si pues no velas vendré como ladrón y jamás conoces a que
ὥραν ἥξω ἐπὶ σέ.
hora vendré sobre ti.

Notas sobre el texto griego.

La exhortación del Señor sigue con μνημόνευε, segunda persona singular del presente de imperativo en voz activa del verbo μνημονεύω, *recordar*, aquí como *recuerda*; οὖν, conjunción, *pues*; πῶς, adverbio interrogativo, *como*; εἴληφας, segunda persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo λαμβάνω, *tomar, coger, alcanzar, recibir*, aquí como *has recibido*; y ἤκουσας, segunda persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκούω, *oír,* aquí como *oíste*; la expresión anterior adquiere una forma interrogativa equivalente a: *Recuerda, pues, ¿Cómo has recibido y oíste?*; y τήρει, segunda persona singular del presente de imperativo en voz activa del verbo τηρέω, *observar, prestar atención*, aquí como *observa*; y μετανόησον, segunda persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo μετανοέω, *arrepentirse*, aquí como *arrepiéntete*. La siguiente cláusula se inicia con una condicional de tercera clase mediante ἐὰν, conjunción que vinculada al aoristo de subjuntivo se refiere de ordinario a supuesto que se dan en condiciones singulares o que tienen un carácter especial aquí equivaldría a *si*; οὖν, conjunción, *pues*; seguido de μὴ, adverbio de negación que marca esta de modo hipotético o condicional, *no*; γρηγορήσῃς, segunda persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo γρηγορέω, *estar despierto, estar vigilante*, aquí como, *velas*; ἥξω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ἥκω, *haber venido, estar presente*, aquí como *vendré*; ὡς,

adverbio de modo, *como*; κλέπτης, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *ladrón*; καὶ, conjunción copulativa, *y*; οὐ μὴ, expresión negativa enfática con los dos adverbios de negación absoluto y condicional unidos, que equivale a *de ningún modo, jamás*; γνῷς, segunda persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo γινώσκω, *saber, conocer,* aquí como *sabrás*; ποίαν, caso acusativo femenino singular del pronombre interrogativo *¿qué?, ¿cuál?, ¿qué clase de?*, que aparece en interrogativas directas y siempre en combinación con sustantivos, asociado, como aquí, a un momento de tiempo; ὥραν, caso acusativo femenino singular del sustantivo, *hora*; ἥξω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ἥκω, *haber venido, estar presente*, aquí como *vendré*; ἐπὶ, preposición de acusativo, *sobre*; σέ, caso acusativo singular del pronombre personal, *a ti.*

El Señor establece un nuevo mandamiento para la iglesia: μνημόνευε οὖν, *"Acuérdate, pues"*. El verbo está en presente de imperativo, por tanto, no es una opción sino algo que se le ordena hacer. Ese verbo significa literalmente *llamar a la mente*, de ahí, *recordar*. Los creyentes en Sardis debían traer a la mente lo que estaban olvidando: πῶς εἴληφας καὶ ἤκουσας, *como has recibido y oíste*. Una forma interrogativa en el texto griego da un mayor énfasis a la demanda, como si el Señor les dijese: *Recuerda, pues ¿cómo has recibido y oíste?* Debían traer a la mente no sólo lo que les habían entregado, sino de la forma en que les habían instruido. Aquellos habían *recibido* la enseñanza, esto es, le habían dado entrada en su mente y en su corazón. De la misma manera habían *oído*, que siempre se relaciona con la disposición a poner en práctica lo que estaban escuchado. El Señor les llama a recordar el evangelio que les había sido enseñado y que ellos habían recibido, no sólo como mensaje de salvación, sino como forma de vida cristiana. Debían recordar, no sólo el contenido del mensaje, sino la historia personal de cada uno en un compromiso con él, es decir, recordar con qué fervor habían recibido el evangelio y como lo habían llevado a la práctica. El evangelio de salvación tenía promesas pero también exigencias de vida, en el verdadero discipulado. No se trataba de llevar a cabo obras religiosas, sino obras como resultado de la comunión con Cristo que obra en el creyente, produciendo el *"querer y el hacer por su buena voluntad"* (Fil. 2:13). La verdadera vida cristiana consiste en vivir la vida de Cristo y *caminar*, por el poder del Espíritu, en un obrar bueno, consecuente con el obrar de Jesús que anduvo haciendo bienes (Hch. 10:38). El Señor está trayendo a la memoria de la iglesia la etapa de un amor correcto hacia Él que se manifestaba en obediencia a su Palabra, haciéndoles un llamamiento para que se mantengan firmes en su devoción primera.

El segundo énfasis de la advertencia solemne del Señor es un llamamiento a la obediencia. No sólo debían recordar lo primero, sino *guardarlo,* literalmente τήρει, *observa, guarda, practica*. El verbo está en presente de imperativo, es, pues, un mandamiento. Guardar tiene que ver con atesorar en el

corazón, de tal manera, que asentado sobre la parte volitiva del creyente, saldrá al exterior en acciones de compromiso con el Señor. Demanda una interiorización de la vida cristiana. Aquellos estaban contentos con manifestaciones externas pero habían olvidado el corazón, la intimidad, que es lo válido delante de Dios. Es una nueva demanda a la renovación espiritual que retorna a los principios de vida que motivaron las acciones en los primeros tiempos después de su conversión. La iglesia en Sardis había dejado de servir al Señor para servirse a ella misma. Cuando Pablo escribe la carta a los tesalonicenses da testimonio de la realidad de la conversión de aquellos cristianos, al afirmar que todos testificaban de cómo se habían apartado de los ídolos a Dios *"para servir al Dios vivo y verdadero"* (1 Ts. 1:9). No hay vida cristiana firme sin servicio decidido para el Señor. El verbo en presente sugiere una acción continuada no algo puntual.

La tercera demanda es al arrepentimiento: καὶ μετανόησον, *"y arrepiéntete"*, en el sentido de cambiar de propósito. El verbo en aoristo indica una acción definitivamente concluida y da a entender aquí que debía producirse un arrepentimiento definitivo, de una vez por todas. Ese arrepentimiento tenía que ver con lo que era natural y habitual al principio, en aquella iglesia, lo que demandaba un cambio definitivo de proceder. Los creyentes en la iglesia en Sardis tenían necesidad de un arrepentimiento que pasara de reconocer simplemente una situación espiritualmente mala, para entrar en un cambio radical del modo de obrar que los acercase nuevamente al poder espiritual en Cristo Jesús. El arrepentimiento genuino traería como consecuencia un obrar consecuente con él.

Nuestro Señor advierte a la iglesia sobre las consecuencias de persistir en su estado de espiritualidad mortecina, anunciándole una venida no a ella, sino *sobre* ella. Es una advertencia de juicio en relación con la actitud espiritual de vida que llevaban delante del Señor. Es, pues, una advertencia a toda la iglesia para que los creyentes reaccionasen, despertasen y se pusieran en vela. La condición que motivaría la acción del Señor está claramente establecida: ἐὰν οὖν μὴ γρηγορήσῃς, *"pues si no velas"*. En caso de desobediencia a su demanda, entonces el Señor se haría manifiesto y presente, no para bendición, sino para juicio. Él anuncia su venida a la iglesia si continúa en la condición en que se encuentra: *"Pues si no... vendré"*. La manifestación del Señor sería sorpresiva, cuando menos lo esperasen, ἥξω ὡς κλέπτης, *vendré como ladrón.* La figura es muy elocuente ya que el ladrón sorprende a los moradores de una casa, cuando menos lo esperan. Junto con la acción de sorpresa, está también la inminencia de la venida, que no se demoraría y que sólo podría detenerse por medio del arrepentimiento. La figura fue usada por el Señor durante su ministerio (Mt. 24:43; Lc. 12:39). El apóstol Pablo también la utilizó

(1 Ts. 5:2), y de la misma manera el apóstol Pedro (2 P. 3:10). En todos los caso se trata de presentar algo que sorprende y que se desconoce.

Los de Sardis conocían bien el resultado de una acción sorpresiva, como ocurrió con la toma de la ciudad en tiempos de Creso (549 a.C.) y más tarde en tiempo de Antíoco III el Grande (218 a.C.), en que la ciudad fue tomada por sorpresa. El desconocimiento de la acción de Cristo se recalca aún más con la expresión: καὶ οὐ μὴ γνῷς ποίαν ὥραν ἥξω ἐπὶ σέ, *y de ningún modo sabrás a qué hora vendré sobre ti*. Es muy interesante notar que no dice *vendré a ti*, sino *vendré sobre ti.* No era una visitación para comunión, sino para juicio. El desconocimiento de ese momento sería absoluto. En el texto griego se utiliza una expresión de negación intensa[6], equivalente a *de ningún modo, jamás*, es decir, nadie llegaría a saber anticipadamente el momento de la aparición del Señor. Hay un tiempo de gracia para rectificar, antes de que el Señor intervenga en disciplina sobre la iglesia para corregir la situación.

Cabe preguntarse: ¿a qué venida se refiere el Señor? El lenguaje es usado generalmente para referirse a la segunda venida del Señor o incluso a los tiempos finales de la historia humana (cf. Mt. 24:43; Lc. 12:39; 1 Ts. 5:2; 2 P. 3:10; Ap. 16:15). Ese es el énfasis que Pablo quiso poner cuando escribió: *"Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón"* (1 Ts. 5:4). Sin embargo, en el contexto del libro, se refiere a *"las cosas que son"*, por tanto no es lo que vendrá luego, sino la realidad presente de la iglesia en la tierra. Con todo, algunos exegetas consideran que el Señor se está refiriendo aquí a su segunda venida. De este modo se expresa el Dr. Carballosa:

"La frase pudiera expresarse así: 'Vendré como ladrón y jamás sabrás qué clase de hora será'. Quienes están desprovistos de vida espiritual por no haber confiado en Jesucristo serán rotundamente sorprendidos por la segunda venida judicial y gloriosa de Jesucristo. Esta tomará por sorpresa a los inicuos que han rechazado a Cristo como Salvador, ya sea o no que estén dentro de una congregación local como la de Sardis"[7].

La posición interpretativa de juicio, hace necesario identificarla con la acción judicial contra los impíos, que estén en la iglesia. Sin embargo, es interesante apreciar que el Señor no se dirige a *impíos en la iglesia*, sino a la *iglesia misma*, a quien llama al arrepentimiento.

La misma posición es la que expresa el Dr. Campbell:

---

[6] Griego: οὐ μὴ.
[7] Evis. L. Carballosa. o.c., pág. 85.

"En la Escritura, el advenimiento de Jesús es descrito de modo constante bajo dos aspectos. La última profecía pronunciada antes de su primer advenimiento reconoce esta significación doble: 'Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama'. ¡Qué anuncio más terrible! Pero escuchemos un poco más, porque el profeta prosigue a continuación: 'Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada' ¡Que contraste! Por un lado incendio y destrucción. Por otro el sol de la aurora que viene con salvación y luz. ¿Son dos advenimientos distintos? No, la diferencia la crea la condición de la gente para la cual tiene lugar.

Para los obradores de maldad, el día será como un horno ardiente y destructor. Para los que temen su nombre el día será de salvación, una aurora, un amanecer de luz. El sol tiene dos efectos. Quema el suelo y lo seca hasta transformarlo en ceniza. Una planta en un suelo así, sin agua, tiene que morir; pero si un árbol está plantado junto a ríos de agua, sus raíces profundizan y sacan vida del agua, en tanto que el sol es un mensajero de salud, crecimiento y belleza.

Así también con respecto al segundo advenimiento. La actitud de la iglesia respecto a las doctrinas es siempre una revelación de la condición espiritual de la iglesia; y la actitud del alma individual hacia la idea del retorno del Señor es siempre una revelación de la condición de esta alma delante de Dios. Si tengo nombre de que vivo y estoy muerto, entonces el anuncio de su venida es de una idea aterradora. Pero si tengo vida, amor y lealtad, la promesa de su venida es como un amanecer después de la noche.

Al referirse al segundo advenimiento el apóstol del amor escribe: 'Y ahora, hijitos, permaneced en Él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, y en su venida no seamos avergonzados de parte de Él'. Aquí se revelan dos actitudes hacia su venida: Por un lado confianza, por el otro ser avergonzados de parte de Él. La diferencia la crea la condición de aquellos que esperan. Si permanecemos en Él, entonces su venida la veremos con confianza. Si no habitamos en Él, quedaremos avergonzados delante de Él"[8].

Sin duda la interpretación relacionada con la segunda venida tiene una buena base bíblica, sin embargo, la primera gran dificultad estriba en una mezcla de creyentes e incrédulos en la segunda venida del Señor, cuando realmente la segunda venida encontrará salvos e incrédulos, pero no de la iglesia, puesto que esta habrá sido trasladada antes de ese acontecimiento. Los salvos de entonces nada tendrán que ver con la iglesia actual, de ahí la seria dificultad de esta interpretación. Por otro lado, si la situación de pecado en la

[8] G. Campbell Morgan. o.c., pág. 87.

congregación, sea cual sea esta y se sitúe en el tiempo que se sitúe, queda sin limpieza y restauración, la corrupción espiritual de la iglesia avanzará de tal manera que dejará de cumplir su misión en la tierra. Es más, sería un verdadero contratestimonio para la proclamación del evangelio. Un tercer argumento en vías de otra interpretación es que el Señor llama al arrepentimiento *a la iglesia*. Cuando el Espíritu coloca el calificativo *iglesia*, no está refiriéndose en ningún caso a una *iglesia nominal*, o lo que es igual, a una iglesia que se llama así pero no es iglesia. La Escritura no contiene palabras equívocas, cuando Dios llama iglesia es verdaderamente una iglesia y cuando llama al arrepentimiento a creyentes son verdaderamente creyentes. No cabe duda alguna que en toda iglesia hay también, en su medio, personas que se hacen pasar por creyentes, pero que nunca han creído verdaderamente. Esos incrédulos recibirán su recompensa, si mueren en su incredulidad, al final de los tiempos ante el tribunal de la justicia divina (20:11-15), pero en ese *encuentro* con el Juez supremo, no estará ninguno de los creyentes. Un último argumento que surge de la interpretación literal del texto, es que la visitación anunciada por el Señor depende del fracaso de la iglesia en arrepentirse, condición que nada tiene que ver con el regreso del Señor. La segunda venida de Cristo no tiene relación alguna con el arrepentimiento o no de la iglesia, sino que corresponde al programa eterno de Dios. El Señor vendrá ocurra lo que ocurra con la condición espiritual de la Iglesia. Por tanto, debe entenderse esta *visitación* del Señor como una acción correctora y de limpieza de la congregación. Antes de que se produzca una muerte definitiva de los valores morales que debe sustentar la iglesia ante el mundo, el Señor intervendría en juicio para preservar el testimonio encomendado a los apóstoles y por extensión a la Iglesia (Hch. 1:8). Ya se ha considerado antes intervenciones judiciales del Señor con personas dentro de las iglesias en el período apostólico. De la misma manera se debe entender la remoción del candelero en la advertencia a la iglesia en Éfeso (2:5). La gran enseñanza de estas lecciones tiene que ver con la atención que la iglesia y, por consiguiente, cada uno de los creyentes deben tener sobre la santidad, fidelidad y compromiso con Cristo, para no caer en una contradicción entre lo que se predica y lo que practica, entre la ortodoxia y la práctica de la vida cristiana.

Elogios (3:4).

4. Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignos.

ἀλλὰ ἔχεις ὀλίγα ὀνόματα ἐν Σάρδεσιν ἃ οὐκ ἐμόλυναν τὰ
Pero tienes unos pocos nombres en Sardis los que no ensuciaron las
ἱμάτια αὐτῶν, καὶ περιπατήσουσιν μετ᾽ ἐμοῦ ἐν λευκοῖς, ὅτι ἄξιοι
vestiduras de ellos y andarán conmigo en blancas pues dignos

εἰσιν.
son.

Notas sobre el texto griego.

Un versículo con elogios que comienza con ἀλλα, conjunción adversativa, *pero*; ἔχεις, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber* o *tener*, aquí como *tienes*; ὀλίγα, caso nominativo neutro plural del adjetivo, *pocos*, que debe complementarse en sentido de *unos pocos*; ὀνόματα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *nombre*, aquí en sentido de *personas*; ἐν, preposición de dativo, *en*; Σάρδεσιν, caso dativo femenino plural del nombre propio de ciudad, *Sardis*; ἃ, caso nominativo neutro plural del pronombre relativo *los que*; οὐκ, el adverbio de negación οὐ, en la forma que adopta ante vocal con espíritu suave, y que equivale a *no*, sirviendo para negativizar a ἐμόλυναν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo μολύνω, *manchar, ensuciar, contaminar*, aquí como *ensuciaron*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado, *los*; ἱμάτια, caso acusativo neutro plural del sustantivo, *vestidos,* en sentido de *vestiduras*; αὐτῶν, caso genitivo del pronombre personal, *de ellos*; y περιπατήσουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo περιπατέω, *andar, caminar*, aquí como *andarán*; siguiendo con la preposición μετ' en la forma que toma la preposición μετά delante de vocal y que significa *con*, seguido del pronombre personal en caso genitivo singular ἐμοῦ, *mi*, que unidos forman el castellano *conmigo*; ἐν, preposición de dativo, *en*; λευκοῖς, caso dativo neutro plural del sustantivo que expresa la condición de *blanco*, y que debe vincularse con el sustantivo *vestiduras*; ὅτι, conjunción, *pues*; ἄξιοι, caso nominativo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de *dignos*, como merecedores de algo; εἰσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser* o *estar*, aquí como *son*.

Ἀλλὰ ἔχεις ὀλίγα ὀνόματα ἐν Σάρδεσιν. Dios tiene siempre un remanente fiel en su pueblo que mantiene su fidelidad aun en las circunstancias más adversas. No eran muchos en Sardis, tan solo ὀλίγα ὀνόματα, *"unas pocas personas"*, en el texto griego se lee *"unos pocos nombres"*; en el sentido bíblico, *nombre*, equivale a persona (cf. Hch. 1:15). El Señor conoce personalmente y ha puesto nombre a quienes son suyos (2 Ti. 2:19). Tal vez pasaran desapercibidos para los otros creyentes en la iglesia en Sardis en relación con su fidelidad, pero eran bien conocidos para el Señor. Sin duda también eran conocidos como miembros de aquella congregación para sus hermanos en la fe. Estas personas fieles al Señor, ἃ οὐκ ἐμόλυναν τὰ ἱμάτια αὐτῶν *"los que no ensuciaron sus vestiduras"*. El verbo que se usa para referirse a ensuciar, tiene el sentido de *contaminar* o de *manchar*. Se usa, en lenguaje figurado, para referirse a una conciencia contaminada por el pecado (1 Co. 8:7). La alusión es a creyentes que no se habían contaminado con las influencias pecaminosas de la sociedad idólatra de su entorno. En medio de una iglesia formalista y permisiva, cuyo objetivo estaba en presentar exteriormente un sistema religioso que no evitaba la contaminación espiritual, había algunos

que caminaban en correcta relación con el Señor. La santidad formaba parte de su forma natural de vida y sus vestidos blancos, símbolo de la santidad en el nuevo nacimiento, se manifestaban incontaminados en medio de la suciedad del mundo. El creyente ha sido vestido con ropas limpias en la conversión (Jn. 15:3; 1 Co. 6:11; Ap. 7:14). Una inscripción de las ruinas de la ciudad contiene una frase que dice: *"Las vestiduras manchadas descalifican al adorador y deshonran al dios"*. Aquellos pocos creyentes se mantenían puros delante del Señor, tanto interior como exteriormente. La santidad de vida para el cristiano no es una opción sino la forma natural de existencia. Cada cristiano, en la conversión, es revestido de Cristo y no puede, en esa vida nueva, hacer provisión para los deseos de la carne (Ro. 13:14). Cristo se manifiesta al exterior en la vida de los cristianos, en manera semejante al vestido que se hace visible cuando se ve a una persona (Gá. 3:27). Siendo blanco y luminoso todos pueden verlo. Es la manifestación visible de una verdadera identificación con Cristo, y no sólo de un buen propósito en las manifestaciones de piedad propias de la religión (Gá. 2:20). Por tanto, quien está revestido de Cristo no experimenta la acción pecaminosa de la carne, en las múltiples manifestaciones de sus obras (Gá. 5:19-21). Quien realmente cree en Cristo y espera la venida del Señor, se purifica y vive en santidad, pendiente de su regreso (2 P. 3:10-12). El mundo debe ver en el cristiano el vestido que corresponde a su condición de escogido de Dios (Col. 3:12). Escatológicamente la iglesia será vestida de vestidos limpios y gloriosos, que indica una ausencia del pecado (Ef. 5:27; Ap. 19:8). Cualquier desviación en la vida de santidad es pecado. La vida cristiana demanda santidad personal (1 P. 1:14-16). Tal vez la iglesia en Sardis había tenido como propósito principal la popularidad y el conocimiento externo como una gran iglesia, alcanzando un nombre aparentemente de vitalidad. Sin embargo unos pocos en ella habían preferido la aprobación de Dios que la popularidad del mundo. El gran peligro que se detecta en el contexto es el de buscar una ortodoxia correcta, aunque sea muerta. Todo ello va rodeado de un sistema religioso bien establecido, con un nombre *"de que vives"*, pero una realidad muy diferente *"y estás muerto"*.

La gran lección de estas palabras del Señor está en el concepto de limpieza espiritual y de santidad personal. Dios llama a la santidad y, por tanto, a la santificación. Será bueno que cada uno recordemos los principios bíblicos sobre la santificación. La voluntad de Dios es la santificación de todo creyente (1 Ts. 4:3). Esta santificación se desarrolla en tres niveles: a) La santificación posicional. El estado en el cual Dios coloca al creyente en virtud de la obra de Cristo (1 Co. 1:30); b) La santificación experimental o práctica, que tiene que ver con la manifestación cotidiana de la vida santa del creyente (Ro. 12:1); c) La santificación final. El estado perfecto que el creyente alcanzará en la glorificación (Ef. 5:26-27). Dios ha santificado a cada uno de los que han creído. El Padre santifica (1 Ts. 5:23); el Hijo santifica (Ef. 5:26; He. 2:11;

10:10; 13:12); el Espíritu santifica (Ro. 15:16; 2 Ts. 2:13; 1 P. 1:2). El proceso de la santificación comienza por la elección divina de los salvos que son santificados para obediencia por la acción del Espíritu Santo (1 P. 1:2). Dios en su gracia ha escogido eternamente a los creyentes en Cristo (Ef. 1:4). La elección divina tiene como propósito santificar, esto es, separar a un pueblo para Sí. A la elección sigue el llamamiento divino (Ro. 8:29-30). Los creyentes son llamados conforme al propósito de Dios. Los llamados por Dios son capacitados por el Espíritu para salvación. Los llamados por Dios están predestinados para ser hechos conformes a la imagen de su Hijo. La unión vital con Cristo hace posible la santificación como experiencia de vida (1 Co. 1:2, 30). El Espíritu vincula vitalmente al creyente con Cristo (1 Co. 12:13), de tal modo que cada uno de los salvos pueden *vivir* a Cristo (Fil. 1:21). La Palabra de Dios hace posible una vida de santificación conduciendo a los creyentes en los caminos de Dios (Jn. 17:17; 1 Ti. 4:5). La obra de Dios en salvación tienen como propósito que los salvos vivan santamente (1 P. 1:15-16), no como opción sino como forma propia de vida. La vida santa exige limpieza y separación de cualquier situación pecaminosa (2 Ti. 2:21). Dios demanda que su pueblo salga de en medio del mundo y se aparte de él, en sentido de corrupción y contaminación por el pecado (2 Co. 6:17); y Su deseo es que la vida de santificación se perfeccione continuamente (2 Co. 7:1). La santificación posicional, que se alcanza en el nuevo nacimiento, es un hecho absolutamente consumado, como enseña la Biblia (1 Co. 1:30). Los creyentes han sido purificados con la sangre de Cristo (1 P. 1:18-19) y llegan a ser considerados justos por posición *en* Cristo (1 Co. 1:30). Este estado de separación para Dios no puede ser revocado (Jn. 10:27.30; Ro. 8:1, 28, 39). Tal estado es una manifestación de la gracia, fuera de todo mérito humano, y el creyente es aceptado por Dios en su Hijo, el Amado (Ef. 1:4-6). La santificación posicional es tan completa que tanto el más carnal, como el más espiritual de los creyentes son santos para Dios (1 Co. 5:1-2; 6:1-8 comp. 1 Co. 1:2; 6:11). La santidad posicional da paso a la experiencia de la santidad en la vida cotidiana, lo que se llama *santificación experimental* o *práctica*. Esta es una demanda para el cristiano que corresponde con su nueva posición en Cristo. Al creyente se le demanda una entrega incondicional a Dios (Ro. 12:1); un modo de conducta consonante con la vocación a la que fue llamado (Ef. 4:1); y una orientación celestial (Col. 3:1). La vida de santificación práctica está directamente vinculada con el grado de entrega del creyente a Dios. El cristiano se pone voluntariamente al servicio de Dios y asume el compromiso con todas las consecuencias (Lc. 14:26, 27, 33; Fil. 3:4-8). La vida de santificación exige una separación del pecado (1 P. 4:3-4; 2 Co. 6:17-18), y un *ver* cada momento a Cristo, en la lectura de la Palabra y en la oración personal (2 Co. 3:18). La expresión de la vida santa comprende toda actividad del creyente; su relación familiar (Ef. 5:22-6:4; Col. 3:18-21); su relación laboral (Ef. 5:5-9; Col. 3:22-25); su relación eclesial (Ef. 4:17-32; Col. 3:5-17); su ética general (Ef. 5:3-18). La santificación final será el triunfo definitivo del

propósito de Dios en la santificación de los suyos, cumpliendo su determinación de que cada creyente sea hecho conforme a la imagen de su Hijo (Ro. 8:29). En la glorificación el creyente será como Él es, en el sentido de haber sido conformado a Él (1 Jn. 3:2). Este proceso sigue su curso durante el tiempo de la vida del creyente, en una acción poderosa, sustentadora y orientadora del Espíritu Santo (1 Ts. 5:22-23). La santificación posicional es obra del Espíritu que santifica al creyente para Dios. La salvación es posible en razón de la santificación del Espíritu (2 Ts. 2:13; 1 P. 1:2). La obra de Dios mediante la santificación por el Espíritu capacita al hombre para el ejercicio de la fe salvífica, no disminuyendo en nada la responsabilidad del hombre en el ejercicio de la fe. Es necesario recordar que la fe, que es, como todo en la salvación, un don de Dios, se convierte en una actividad del hombre cuando éste la utiliza para depositar su confianza en el Salvador. Los creyentes son ofrenda agradable a Dios, por la obra santificadora del Espíritu (Ro. 15:16); y los sacrificios espirituales de cada creyente, convertido en sacerdote para Dios, son aceptables por estar santificados por el Espíritu Santo (1 P. 2:5). La santificación experimental requiere la ayuda del Espíritu para llevarla a cabo. Es imposible una victoria sobre los enemigos del cristiano sin Su recurso (Gá. 5:16). El poder capacitador para ser santo mora en cada creyente (Ro. 8:4; Gá. 5:16). La vida de santificación consiste en manifestar un carácter divino, que sólo es posible para quién esta sujeto al Espíritu Santo (Gá. 5:22-23). La santificación final será posible por la acción del Espíritu. Quien resucitó a Cristo de entre los muertos, actuará en el mismo sentido para la resurrección y glorificación de quienes son suyos (Ro. 8:11). La resurrección de Cristo es una obra de la omnipotencia del Ser Divino en las tres Personas: El Padre, sujeto de la oración en Rom. 8:11, levantó a su Hijo (Ro. 6:4; Gá. 1:1; Ef. 1:20), haciéndolo mediante el poder del Espíritu; por tanto, las tres Pesonas intervinieron en la resurrección de la humanidad del Salvador, levantando a Jesús, ya que el Hijo tenía poder y actuaría también en ello (Jn. 10:17, 18). El Espíritu Santo reside en el creyente (Ro. 8:11) capacitando a cada salvo para ser también santo en un mundo corrupto y pecaminoso. Por tanto, no es posible una vida santa sin el poder del Espíritu. Los esfuerzos del cristiano en procurar la santidad por sus propios medios será un fracaso (Zac. 4:6). La plenitud del Espíritu Santo es necesaria y sólo se consigue con una vida rendida a Él (Gá. 5:16). La limpieza en santidad y comunión se alcanza mediante la confesión, cada vez que se produce una caída espiritual (1 Jn. 1:9).

A la vista de esto se entiende la situación de la iglesia en Sardis, sólo unas pocas personas estaban en una correcta relación con el Espíritu y andaban en santidad. La plenitud del Espíritu demanda tres condiciones por parte del creyente: *"no contristarlo"* (Ef. 4:30) que se produce cuando hay pecado oculto sin confesar; *"no apagarlo"* (1 Ts. 5:19), que se produce cuando se resiste a su dirección y voluntad; *"andar en el Espíritu"* (Gá. 5:16), que se consigue en una

rendición plena a su control. Sólo algunos en Sardis estaban en esta dimensión espiritual y por tanto la santidad práctica, cotidiana, en el poder del Espíritu los había preservado de la contaminación del mundo. El Señor dice de ellos περιπατήσουσιν μετ᾽ ἐμοῦ ἐν λευκοῖς, ὅτι ἄξιοι εἰσιν, *"que andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas"*. Esta promesa debe ser considerada tanto para el presente como para la eternidad. Cristo advierte de juicio sobre la iglesia a causa de su pecado, esto tiene que ver con quienes se habían contaminado, pero hace una promesa de comunión plena con quienes no han contaminado sus vestiduras. No es posible una relación de comunión con el Santo, sino es en santidad (1 P. 1:16). Otra advertencia solemne en la Palabra sobre la santidad en la vida cristiana la expresa el escritor de la Epístola a los Hebreos: *"Seguid la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor"* (He. 12:14). La vida de fe discurre por sendas santas. El creyente debe persistir en la santificación haciendo de ella un objetivo prioritario (Fil. 2:12). El carácter santo es una posesión individual en la que debe progresarse día a día, como resultado de la obediencia a la Palabra y del seguimiento fiel a Cristo (Mt. 11:29; Jn. 13:15; Ef. 4:20; Fil. 2:5). La consecuencia de no vivir santamente: *"no verá al Señor"*, ya que sólo el limpio de corazón *verá* al Señor (Mt. 5:8). Nada tiene que ver con una hipotética posición en la gloria que impida al creyente *ver*, en el sentido literal de la palabra, al Señor. En la gloria la iglesia forma una unidad corporativa, como esposa del Cordero, y todos los redimidos estarán delante de Él. Juan afirma que *"le veremos"* (1 Jn. 3:2). *Ver al Señor*, debe entenderse como sinónimo de comunión íntima y personal con Dios. Quien no vive una vida de separación del pecado, no puede gozar del favor y del trato íntimo con Dios. Quien ha recibido vida nueva tiene una disposición inherente a esa vida, en contra del pecado. Quien practica el pecado, lo contrario a la santidad, manifiesta no haber conocido a Dios, ni haberle *visto* con mirada de fe para salvación (1 Jn. 1:6; 3:6-9). La comunión cotidiana de los creyentes con el Señor puede llevarse a cabo en el camino de la santidad, representado aquí por los *vestidos blancos*, símbolo de pureza moral. Los que anden con Cristo en comunión aquí en la tierra, durante su peregrinación serán proyectados a una perfecta comunión en la eternidad con Él. La vida santa que estaba llevando el remanente fiel de la iglesia en Sardis, seguiría en el futuro próximo y escatológico.

La razón de una comunión y compañerismo del Señor está en que ἄξιοι εἰσιν, *"son dignos"*. Debe entenderse bien que no se trata de dignidad absoluta que corresponde sólo a Dios y Cristo (4:11; 5:9); nadie más que Dios es digno, los hombres, aún los creyentes somos indignos de caminar en la compañía y gozar de la comunión con Él. Se trata de la dignidad relativa que corresponde a todo aquel que es santo en Cristo (cf. Lc. 20:35; Ef. 4:1; Fil. 1:27; Col. 1:10; 1 Ts. 2:12; 2 Ts. 1:5). El creyente es digno de andar con Cristo porque Cristo

mismo lo ha hecho digno en Él. Es en Cristo que cada cristiano es acepto para con Dios (Ef. 1:6).

Apelación y promesas (3:5-6).

5. El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles.

Ὁ νικῶν οὕτως[1] περιβαλεῖται ἐν ἱματίοις λευκοῖς καὶ οὐ μὴ
El que venza, así será vestido con vestidos blancos; y de ningún modo
ἐξαλείψω τὸ ὄνομα αὐτοῦ ἐκ τῆς βίβλου τῆς ζωῆς καὶ ὁμολογήσω τὸ
borraré el nombre de él del libro de la vida y confesaré el
ὄνομα αὐτοῦ ἐνώπιον τοῦ Πατρός μου καὶ ἐνώπιον τῶν ἀγγέλων
nombre de él delante del Padre de mí y delante de los ángeles
αὐτοῦ.
de Él.

Notas sobre el texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

1 οὕτως, *así*, atestiguada en ℵ*, A, C, 1006, 2329, 2344, 2351, it$^{qr, gig, t}$, vg^{ph,h}, cop$^{sa, bo}$, arm, eth, Primasio.

οὗτος, como se lee en ℵ^{2}, 205, 209, 1611, 1841, 1854, 2053, *Byz* [P, 046], Andrés.

αὐτός, *él*, lectura en 2050.

Las promesas se introducen como en los casos anteriores con ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; νικῶν, caso nominativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo νίκαω, *que venza*; οὕτως, adverbio de modo, *así*, περιβαλεῖται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo περιβάλλω, *echar alrededor, poner*, en voz media *vestirse*, aquí como será vestido, ἐν, preposición de dativo, *con*; ἱματίοις, caso dativo neutro plural del sustantivo que denota, *vestidos*; λευκοῖς, caso dativo neutro plural del adjetivo, *blancos*; καὶ, conjunción *y*; οὐ μὴ, negación enfática con los dos adverbios de negación que equivale a *de ningún modo, jamás*; ἐξαλείψω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ἐξαλείφω, *borrar, quitar, secar*, aquí como *borraré*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado, *el*; ὄνομα, caso acusativo neutro singular del sustantivo, *nombre*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal, *de él*; ἐκ, preposición de genitivo, *de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo, *la*, en castellano masculino al ser artículo de un nombre masculino, *el*; por tanto en español, *del*; βίβλου, caso genitivo femenino singular del sustantivo, *libro*, también *rollo*, en atención al formato habitual; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado, *de la*; ζωῆς, caso genitivo

femenino singular del sustantivo, *vida*; καὶ, conjunción, *y*; ὁμολογήσω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ὁμολογέω, *confesar,* aquí como *confesaré*, literalmente tiene la raíz de la palabra española *homologar*, la idea, por tanto, es considerar como que cumple las normas establecidas; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado, *lo*, en castellano, *el*; ὄνομα, de nuevo el sustantivo *nombre*; seguido de αὐτοῦ, caso genitivo masculino plural, del pronombre personal, *de él*; ἐνώπιον, adverbio de lugar, *delante*; realmente la expresión es una locución preposicional, ya que equivale a *en presencia de, a la vista de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado, *de él;* que corresponde a Πατρός, caso genitivo masculino singular del nombre *padre*, en este caso nombre de Dios, primera Persona de la Trinidad; μου, caso genitivo singular del pronombre personal, *de mí*; καὶ, conjunción, *y*; ἐνώπιον, nuevamente el mismo adverbio, *delante*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado, *los*; ἀγγέλων, caso genitivo masculino plural del sustantivo, *ángeles*.

Ὁ νικῶν οὕτως. El Señor hace una promesa triple o tres promesas, a los vencedores. Ya se ha considerado reiteradamente que el término *vencedor*, es un calificativo que designa al creyente que alcanza la victoria por la fe en Cristo (1 Jn. 5:4). Los que son perseverantes en el Señor, que los conduce triunfalmente en victoria en Él (2 Co. 2:14), son aquellos que tienen poder en su vida para llevar a cabo la misión del testimonio y la experiencia de la santidad, cuyo poder está en Jesús (Fil. 4:13). Los vencedores son los victoriosos que se han fortalecido en el poder de Dios y se han vestido con las armas que Él da al cristiano para poder resistir las asechanzas del maligno (Ef. 6:10-11). Son los que no han contristado ni resistido al Espíritu y que, andando en Él, es decir, bajo su dirección y conducción alcanzan la victoria sobre la carne y el mundo y viven la experiencia de la santidad con el Señor (Gá. 5:16).

La primera promesa consiste en otorgarle el ser περιβαλεῖται ἐν ἱματίοις λευκοῖς, *"vestido de vestiduras blancas"*. El verbo indica poner sobre alguien un vestido, o vestirle de una ropa, dando a entender que lo cubre plenamente y que lo que se ve de él es mayoritariamente el vestido que lleva. Se refiere al vestido glorioso que corresponde al mundo venidero. Es interesante notar el cambio de sentido en el mensaje de la carta. Primeramente el Señor advierte de la presencia de unos pocos que no han ensuciado sus vestidos blancos, y que andarán con Él, porque son dignos (v. 4). Ahora dirige la atención a un vestido definitivo con que serán vestidos los vencedores. Es el vestido glorioso que la iglesia recibirá cuando esté en la presencia del Señor (19:8). De esto habló el apóstol Pablo: *"Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha"* (Ef. 5:25-27). En la glorificación la santidad definitiva que nunca será contaminada con el pecado porque éste habrá sido separado definitivamente del

creyente. La exhortación a la santidad y el llamamiento al compromiso de no contaminarse ya no será necesario porque no habrá presencia de pecado entonces. Las vestiduras blancas hablan también de ropaje de fiesta (Ec. 9:8). Los vestidos blancos son el ropaje de victoria que los creyentes tendrán perpetuamente (7:14; 19:14). Pero, además, el blanco es también el color del vestido sacerdotal. Los sacerdotes en el Antiguo Testamento se vestían de lino blanco para el ejercicio de las labores en el santuario. El Dr. Lacueva incluye en su comentario a Apocalipsis una cita del judío Maimónides sobre los sacerdotes en la que se lee:

"Examinaban a los sacerdotes respecto a sus genealogías y defectos de cualquier clase; cualquier sacerdote en cuya genealogía se hallase algo defectuoso era vestido y cubierto de negro, y echado del tribunal; pero todo el que era hallado perfecto y recto era vestido de blanco, y entraba a tomar parte en el ministerio con sus hermanos los sacerdotes"[9].

La promesa tiene que ver con una vida gloriosa en absoluta santidad y en plena comunión con el Señor en el glorioso reino eterno de Dios. Sobre esto se considerará más detenidamente en el comentario a los dos últimos capítulos del libro.

La segunda promesa o la segunda parte de la promesa expresa la absoluta seguridad en cuanto a salvación eterna: καὶ οὐ μὴ ἐξαλείψω τὸ ὄνομα αὐτοῦ ἐκ τῆς βίβλου τῆς ζωῆς *"y no borraré su nombre del libro de la vida"*. La afirmación es muy enfática, ya que en el texto griego la negación se establece mediante la presencia del adverbio de negación οὐ, y la partícula negativa μὴ, que equivale a *de ningún modo, nunca jamás*, *en absoluto*, es decir, el Señor jamás borrará su nombre del libro de la vida. La expresión βίβλου τῆς ζωῆς, *libro de la vida*, aparece varias veces en el Antiguo Testamento, refiriéndose al censo que correspondía al pueblo de Israel, titular de las bendiciones de Dios (Ex. 32:32). También aparece en el mismo entorno, para referirse en forma metafórica a un libro, que está en la presencia de Dios, en el cual están escritos los nombres de los justos (Sal. 69:28). Era el registro que daba opción para participar en las bendiciones mesiánicas para el pueblo de Dios (Is. 4:3). En el Nuevo Testamento el concepto de βίβλου τῆς ζωῆς, *libro de la vida,* tiene que ver, simbólicamente con el registro de quienes, habiendo creído en Cristo son eternamente salvos (Fil. 4:3; Ap. 3:5; 13:8; 17:8; 20:15; 21:27). Por tanto, en el contexto del pasaje se trata de quienes eran realmente salvos, y no de quienes tenían una mera apariencia de piedad; no es el registro de los profesantes, sino de los regenerados; no es el padrón de los convencidos, sino de los convertidos a Cristo. El Señor afirma aquí que en ningún modo el

[9] F. Lacueva. o.c., pág. 360 s

que es verdaderamente salvo perderá esa condición. Es una confirmación enfática no de la posibilidad de perder la salvación, sino de la certeza definitiva de la misma.

Algunas veces, sin considerar el resto de la verdad bíblica sobre la seguridad de salvación, se toma el texto para expresar la posibilidad de la pérdida de salvación. Es necesario recordar que la Biblia enseña la seguridad de salvación que se alcanza por gracia, mediante la fe (Ef. 2:8-9). Hay una gran cantidad de pasajes bíblicos que enseñan la seguridad de salvación (cf. Jn. 3:16; 5:24; 6:39; 10:27, 28; 2 Ti. 1:12; He. 6:4-6; 7:25; 1 P. 1:3-5; etc.). La salvación de Dios es segura, perfecta y definitiva para quienes han aceptado a Cristo como Salvador único, suficiente y personal. En el momento de creer fueron sellados con el Espíritu Santo hasta el momento de la redención de esa posesión adquirida (Ef. 1:13), es decir, el Espíritu Santo ha impreso su sello en cada creyente como posesión adquirida de Dios, que nadie puede tocar jamás. La acción continuada del Espíritu Santo permite al creyente perseverar en la vida nueva, separado de la corrupción del mundo que no puede afectarla (1 Jn. 3:6). Por otro lado, la sangre aplicada de Jesucristo, limpia al cristiano de todo pecado (1 P. 1:2; 1 Jn. 1:7; 2:1). El ministerio de abogado de Jesucristo delante del Padre, hace realidad la garantía de la eterna salvación para los suyos. La determinación de Dios es que ninguno de los salvos se pierda jamás (Jn. 6:39), y, para ello, el Padre actúa garantizando que ninguno de los salvos caiga de la gracia y se pierda, como enseña Judas: *"Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría"* (Jud. 24). A todo salvo le han sido perdonados sus pecados, tanto pasados, como presentes y futuros (Col. 1:13), de tal manera que la responsabilidad penal por el pecado le ha sido cancelada en razón de la obra expiatoria y sustitutoria de Jesús (Ro. 8:1). La justificación introduce a cada salvo en una espera de paz perfecta con Dios (Ro. 5:1). De ahí que los creyentes que pidieron a Dios que, si era posible fuesen ellos quitados del libro de la vida, les fue negado; tal es el caso de Moisés (Ex. 32:32) y también el de Pablo (Ro. 9:3). La salvación, como el nacimiento físico, es un hecho irreversible. En el libro de la vida permanecerán eternamente los nombres de quienes han sido salvos por gracia mediante la fe. La promesa de Jesús: *"no borraré su nombre del libro de la vida"*, es una evidencia más de la seguridad de salvación, ya que Dios mismo se compromete a que jamás borrará el nombre de un salvo del registro de la vida.

El Señor promete una tercera bendición: καὶ ὁμολογήσω τὸ ὄνομα αὐτοῦ ἐνώπιον τοῦ Πατρός μου καὶ ἐνώπιον τῶν ἀγγέλων αὐτοῦ, *"y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles"*.

Etimológicamente confesar equivale a *decir la misma cosa*[10]. Ellos le proclaman Señor y Él los reconoce como suyos. Ellos llaman a Dios, su Padre y Él los reconoce como sus hijos. Es la realidad de la salvación, que consiste, no sólo en que el hombre *conozca* a Dios, sino en que Dios *conozca* al hombre (2 Ti. 2:19). El Señor había hecho esa misma promesa a sus discípulos: *"A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos"* (Mt. 10:32). Jesús habla de *confesar*, verbo que indica etimológicamente *decir lo mismo*, puede considerarse como *estar de acuerdo*. Se trata de manifestar un testimonio evidente de plena identificación con Cristo delante de los hombres. La evangelización no consiste en proclamar un mensaje sobre Cristo y su obra, sino mucho más, confesarle como su Señor y Salvador ante quienes son destinatarios del mensaje. Es estar plenamente de acuerdo con Él en sentido de identificación plena, no sólo con su enseñanza, sino con Él mismo (Fil. 1:21). Confesar a Jesús delante de los hombres en identificación plena con Él puede resultar comprometido hasta la misma vida. Pero, Jesús promete confesar a quien le confiese a Él delante de su Padre celestial, es decir, reconocerle como suyo delante de Él. En el día del triunfo final en su presencia, Jesús reconocerá como suyos a los que le han confesado en el día de la prueba. Nadie podrá pasar desapercibido para el Señor de todos los que le hayan confesado como su Señor delante de las gentes. El Señor conoce a todos los que son suyos (Jn. 10:14), pero desconoce a quienes sólo le confiesan con palabras pero están lejos de Él en cuanto a vida (Mt. 7:23). La confianza que Pablo tenía para llevar a cabo un ministerio de evangelización rodeado de dificultades y conflictos continuos era esta misma. Su esperanza descansaba en el hecho de ser bien conocido por Dios (2 Ti. 4:8). Los que habían mantenido una confesión de fe consecuente, confesando a Cristo delante de los hombres, serían confesados por Él delante del Padre. Pero, también delante de los ángeles. Los ángeles santos se gozaron viendo la salvación de los que ahora son reconocidos como hijos de Dios por Cristo mismo (Lc. 15:10). Delante de los ángeles santos, estos que fueron pecadores, son declarados y reconocidos como aptos para participar de la gloria eterna (Col. 1:12).

Este reconocimiento está en profundo contraste con lo que ocurrirá con los *creyentes aparentes*, o con los mero-profesantes, que dicen conocer a Dios, pero su destino será de eterna condenación al no ser *reconocidos* por nuestro Señor como suyos (Mt. 7:21-23). El nombre de los tales nunca figuró en el libro de la vida. Un encuentro ineludible se producirá para todos los que meramente usaron el nombre del Señor. No son pocos los que estarán presentes en el encuentro, sino muchos. Es un grupo numeroso en un momento preciso. Los

---

[10] De de ὁμος, *mismo,* y λέγω, *hablar.*

muchos aquí son los mismos muchos del camino ancho (Mt. 7:13). El encuentro se producirá en *"aquel día"*. Sin duda se trata de una referencia implícita al día del juicio final, en donde los perdidos comparecerán ante el Juez supremo. Pudiera también referirse al día en que Jesús juzgará a Israel y a las naciones para determinar quienes son los que entrarán al reino de Dios en la tierra (Mt. 25:31-46). En esa ocasión algunos pondrán excusas a su forma de vida pero tendrán como respuesta la sentencia de condenación eterna (Mt. 25:41). Sin embargo, más bien debiera entenderse aquí como una referencia al juicio ante el trono blanco de Dios. Dios estableció para todos los hombres la muerte y después de ella el juicio (He. 9:27). A los hombres no les queda otra opción que después de la muerte comparecer ante el juicio como Dios estableció. En aquel día en el libro de la vida, que será abierto como testimonio a todos, no aparecerán inscritos los nombres de meros profesantes ni de religiosos, sino sólo el de aquellos que han sido salvos por gracia mediante la fe (Ef. 2:8-9). No habrá oportunidad para rectificación entonces. Siempre el pecador incrédulo procurará buscar una disculpa a su pecado que le permita escapar el resultado del juicio de Dios. Así también será entonces con quienes usaron el nombre del Señor con su boca, pero nunca lo tuvieron en su corazón. Llaman entonces como era su costumbre religiosa en la tierra: *"Señor, Señor"*. No hay duda que todos confesarán en absoluto reconocimiento entonces que Jesús es el Señor para gloria de Dios (Fil. 2:11). Ellos claman en la pretensión de ser oídos y que el Señor preste atención a sus argumentos. Para los tales no pueden ser condenados eternamente quienes hicieron tantos actos piadosos en la tierra. Habían hecho muchas cosas usando el nombre del Señor. Habían sido predicadores sanos, enseñando doctrina correcta: *"Profetizamos en tu nombre"*. Probablemente se refiere aquí al nivel profético de aliento, consolación y exhortación, del ministerio en la congregación de creyentes (1 Co. 14:3). Ser predicadores elocuentes no es sinónimo de salvación. No debe olvidarse que Balaan profetizó en el nombre del Señor, pero nunca fue salvo, incluyéndolo la Palabra entre los réprobos (Jud. 11). Simplemente se había alquilado como profeta, pero es la expresión del engaño y de la codicia (Nm. Caps. 22-24; 2 P. 2:15; Ap. 2:14). Caifás también profetizó y no fue salvo. Probablemente estos son los que utilizan el nombre del Señor para dar credibilidad al mensaje, pero nunca fueron enviados por Él para hablar en su nombre. Una segunda apelación tiene que ver con actuaciones contra Satanás: *"En tu nombre echamos fuera demonios"*. Esta es una evidencia mayor de relación con Dios. Sin embargo, estas manifestaciones de autoridad sobre Satanás y sus demonios, surten efecto no por quien los expulsa, sino por el nombre que utiliza para ello. Jesús tiene la suprema autoridad de Dios, y es obedecido sin remedio por los mismos demonios. Con todo, tampoco es evidencia absoluta de salvación. Judas durante el tiempo de ministerio en que fue enviado por Jesús, junto con los otros once, a predicar el evangelio, practicó con éxito esa actividad. Jesús les había dado autoridad para sanar enfermos y echar fuera demonios (Lc. 9:1-2). Mas adelante

hizo lo mismo con setenta, que regresaron gozosos diciendo al Señor: *"Aún los demonios se nos sujetan en tu nombre"* (Lc. 10:20). Sin embargo Judas nunca fue salvo, ya que era el hijo de perdición (Jn. 17:12). Igualmente en el comienzo de la Iglesia un grupo de judíos exorcistas, usaban el nombre de Jesús para expulsar demonios (Hch. 19:13 ss), sin embargo no se sabe que hayan sido salvos. Nuestro Señor hizo una solemne advertencia sobre la base del verdadero gozo y la segura esperanza: *"No os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos"* (Lc. 17:20). Todavía quedaba para aquellos una apelación mas: *"en tu nombre hicimos muchos milagros"*. En el texto griego se lee literalmente *"muchos poderes"*, es decir, obras poderosas, sin duda alguna milagros. El excelente comentario sobre esta parte del Dr. Lacueva, merece ser trasladado aquí:

"Los dones de lenguas y de sanidades recomiendan a una persona ante el mundo, pero es la genuina santidad la que es aceptada por Dios. La gracia y el amor son un camino más excelente que el trasladar montañas o hablar en lenguas humanas y angélicas (1 Co. 13:1-2). La gracia puede conducir al Cielo a una persona sin que obre milagros, pero el hacer milagros nunca llevará al Cielo a una persona sin gracia. No tenían muchas buenas obras a las que apelar; no habían hecho obras de piedad ni amor, pues una sola de ellas les habría servido mejor que los muchos milagros. El don de hacer milagros, como otros dones, han cesado ahora casi del todo, y ya no apelan a ellos hoy los hombres, pero, ¿no se empeñan todavía los corazones carnales en buscar otros pretextos igualmente débiles, con los que nutrir sus infundadas esperanzas? Guardémonos de descansar en privilegios y realizaciones exteriores, no sea que nos engañemos a nosotros mismos"[11].

Una referencia semejante debiera conducir a una sincera reflexión. No cabe duda que en la Iglesia hay entre creyentes genuinos, muchos que son meros profesantes. Personas que conocen la doctrina, incluso predican la Palabra, son asiduos asistentes a las reuniones, participan en la alabanza y la oración, pueden definir la doctrina del Señor, pero nunca le han dado su vida. Tal vez algunos sean descendientes de fieles creyentes, pero no por eso son salvos, ya que Dios no tiene nietos, sino hijos por fe en el Hijo (Jn. 1:12). Tan sólo aquellos que creen con el corazón en Cristo, son los que han recibido el perdón de pecados y la vida eterna. Algunos pasarán entre el pueblo de Dios como parte del mismo, pero si no han conocido a Jesús como su Salvador personal, están en una situación de condenación eterna. El veredicto del Juez será pronunciado después de las alegaciones de los acusados. No es una petición del fiscal, sino la sentencia judicial. La autoridad de Jesús está claramente expresada en el verbo que utiliza: *"les declararé"*, literalmente *"les profesaré"*,

---

[11] F. Lacueva. *Matthew Henry.* Mateo. Editorial Clie. Terrasa, 1983. Pág. 128.

dirá acerca de ellos. Aquellos acudían ante el Juez apelando a su profesión y sobre la misma base reciben la sentencia. El Juez no juzga por apariencias, sino constatando la realidad espiritual de aquellos. El Señor manifiesta contundentemente que nunca los había conocido. Conocer tiene que ver no tanto con un aspecto intelectual, sino con una relación íntima de vida. Aquellos afirmaban conocer al Señor, llamándole Señor, Señor, sin embargo, Jesús nunca los conoció vitalmente a ellos. Son gentes que estuvieron *cerca del Señor*, pero nunca estuvieron *en el Señor.* Nunca experimentaron una relación de íntima comunión con Jesús en la que se recibe la vida eterna (Jn. 17: 3). Aquellos conocían intelectualmente a Jesús, pero nunca lo habían recibido como su Salvador personal. El sello de la seguridad y firmeza de salvación se establece en el conocimiento muto que el creyente tiene del Señor y que el Señor tiene de él, por eso enseña el apóstol Pablo: *"Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo"* (2 Ti. 2:19). Ambas cosas, conocimiento de Dios y separación de la iniquidad estaban ausentes en la vida de aquellos que acudían al Señor cuando ya no era posible rectificar. El conocimiento de Dios, que confirma y asegura la salvación lleva aparejado el amor que elige, ama, acepta y entra en comunión con el salvo (Am. 3:2; Mal. 1:1, 2; Jn. 10:14; 1 Co. 8:3; Gá. 4:9; 2 Ti. 2:19). La afirmación de Cristo sobre su relación con aquellos es precisa y enfática: *"ni por un momento os conocí"*. Nunca se había producido entre ellos relación espiritual alguna. Usaban su nombre, pero vivían sin Él. La sentencia es tan firme y precisa como el testimonio del Señor sobre ellos: *"Apartaos de mí, hacedores de maldad"*. El fundamento de salvación consiste, por un lado en el conocimiento que Dios tiene del salvo y por otro en la separación de éste de la iniquidad. Sin vinculación espiritual con Dios, no hay nuevo nacimiento, por tanto, la condición pecaminosa del no regenerado persiste. Sólo son obreros de justicia quienes viven la justicia de Dios que es Cristo. El apóstol Pablo da testimonio de su relación personal en este aspecto cuando dice: *"Para mí el vivir es Cristo"* (Fil. 1:21), y también *"ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí"* (Gá. 2:20). Las personas de *buen obrar*, son aquellas que viviendo a Cristo, *andan* en las buenas obras que Dios dispuso de antemano para ellos (Ef. 2:10). Cualquier otra actividad hecha en el poder del hombre, y sobre todo cuando está revestida de hipocresía que oculta la verdadera situación, no es acepta para Dios. Siguen siendo obras de iniquidad porque son impulsadas por una naturaleza caída y no regenerada. Quien no es movido por el Espíritu de Dios es movido por la iniquidad de la carne (Gá. 5:16). El texto griego es muy expresivo: *"apartaos de mí los que estáis obrando iniquidad"*, es decir, nunca dejaron de obrar en iniquidad porque nunca dejaron de ser inicuos. Es la iniquidad quien mueve las obras y orienta la vida de quienes no conocen al Señor, no importa cual sea el tipo de acción que ejecuten. Las obras pueden revestir el aspecto de honestidad, pero son movidas por la *iniquidad* propia y consuetudinaria del no regenerado.

La mera profesión de fe no aparta de la iniquidad, por tanto no salva. Es sorprendente que los hombres llamen grandes milagros a lo que Dios llama simplemente iniquidad. Lo único aceptable a Dios es la justicia resultante de la fe, sin la cual nadie verá ni entrará en el reino de los cielos (Jn. 3:3, 5).

La gloria de Dios resplandecerá entonces con la manifestación visible delante de todos de la obra de la gracia. Allí estarán quienes en el tiempo de la decadencia y de la muerte espiritual mantuvieron firme su fe en el Señor y vivieron en compromiso para Él.

6. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

Ὁ ἔχων	οὖς	ἀκουσάτω	τί	τὸ	Πνεῦμα	λέγει	ταῖς	ἐκκλησίαις.
El que tiene	oido	oiga	que	el	Espíritu	dice	a las	iglesias.

Notas sobre el texto griego.

La carta concluye con el llamamiento a la obediencia mediante ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; con ἔχων, caso nominativo singular masculino con el participio presente en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí como *tiene,* o *que tiene*; οὖς, caso acusativo neutro singular del sustantivo, *oídos*; ἀκουσάτω, tercera persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo ἀκούω, *oiga*; τί, pronombre neutro singular, *que*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado, *lo*, en castellano, masculino, *el*; Πνεῦμα, caso nominativo neutro singular del nombre propio, *Espíritu*; λέγει tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, equivalente a *decir, hablar, responder, ordenar, etc.*, aquí con significado de *dice*; ταῖς, caso dativo de la tercera persona femenino plural del artículo determinado, *las*; ἐκκλησίαις, caso dativo femenino plural del sustantivo, *iglesias*.

Ὁ ἔχων οὖς ἀκουσάτω τί τὸ Πνεῦμα λέγει ταῖς ἐκκλησίαις. La carta concluye con un llamamiento personal a cada creyente que oiga las advertencias que el Espíritu hace a las iglesias. Como se ha dicho en las anteriores cartas, el Espíritu llama en forma general a la iglesia pero espera la respuesta individual de cada creyente que asume su responsabilidad ante las advertencias y demandas que Dios hace.

Mensaje a la iglesia en Filadelfia (3:7-13).

Presentación del Señor (3:7).

7. Escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia: Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre.

Καὶ τῷ ἀγγέλῳ τῆς ἐν Φιλαδελφείᾳ ἐκκλησίας γράψον·Τάδε λέγει ὁ
Y al ángel de la en Filadelfia iglesia escribe: Esto dice el
῞Αγιος, ὁ ᾿Αληθινός, ὁ ἔχων τὴν κλεῖν Δαυίδ, ὁ ἀνοίγων καὶ οὐδεὶς
Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno
κλείσει καὶ κλείων καὶ οὐδεὶς ἀνοίγει·
cerrará y cierra y ninguno abrirá.

Notas sobre el texto griego.

El mensaje a Filadelfia comienza con la conjunción καὶ, *y*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado, *al*; ἀγγέλῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo que se usa para referirse a *ángel*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado, *de la*; seguido de ἐν, preposición que rige dativo, *en*; Φιλαδελφεία, nombre propio de ciudad, *Filadelfia,* ἐκκλησίας, caso nominativo femenino singular del sustantivo, *iglesia*; γράψον, segunda persona singular del aoristo de imperativo en voz activa del verbo γράφω, *escribir*, aquí como *escribe*. La segunda cláusula contiene la presentación del Señor con τάδε, caso acusativo neutro plural del pronombre demostrativo, *esto*; λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, equivalente a *decir, hablar, responder, ordenar, etc.*, aquí con significado de *dice*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el,* que se repetirá delante de cada uno de los calificativos; ῞Αγιος, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *santo*; ᾿Αληθινός, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *verdadero*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el,* ἔχων, caso nominativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tiene*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado, *la*; κλεῖν, caso acusativo femenino singular del sustantivo, *llave*; Δαυίδ, caso genitivo masculino singular del nombre propio, *de David*; ὁ caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; ἀνοίγων, caso nominativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo ἀνοίγω, *abrir*, aquí como *que abre*; καὶ, conjunción *y*; οὐδεὶς, caso nominativo masculino singular del adjetivo οὐδεὶς, *ninguno*, *nadie*; κλείσει, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo κλείω, *cerrar*, aquí como *cerrar,* en otros mss se lee κλείει, en este caso sería presente; καὶ, conjunción *y*; κλείων, caso nominativo masculino singular con el participio presente del verbo κλείω, *cerrar*, aquí como *cierra* καὶ, conjunción, *y*; οὐδεὶς, *ninguno*; ἀνοίγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἀνοίγω, *abrir*, aquí como *abre.*

Καὶ τῷ ἀγγέλῳ τῆς ἐν Φιλαδελφείᾳ ἐκκλησίας γράψον. El mensaje a la iglesia en Filadelfia comienza con la instrucción que Juan recibe de parte del Señor para escribir la carta. Es idéntico el mandamiento al que inicia cada una de las anteriores. Cristo da instrucciones a su apóstol Juan para que escriba lo que Él va a decir a la iglesia local en Filadelfia.

El nombre *Filadelfia*, significa *amor fraterno*. Era una ciudad que no tenía la importancia de las grandes ciudades de Asia Menor. Estaba situada a unos 45 Km. al sudeste de Sardis, en una región volcánica muy fértil. No se sabe, con toda certeza, quien fue el fundador de la ciudad. Algunos se inclinan por Eumenes, rey de Pérgamo, en el s. II a.C., que llamaría Filadelfia a la ciudad en honor de su hermano Atalo II, quien por lealtad le había sido dado el título de Filadelfo. Otros consideran que fue este mismo Atalo Filadelfo II quien fundó la ciudad, y la destinó para ser un centro de expansión del helenismo en la región de Lidia y Frigia, De ahí que fuese una ciudad muy apta para la obra misionera, con una *"puerta abierta"* (v. 8). Estaba edificada sobre un montículo que tenía tres elevaciones, en el extremo superior de un amplio valle y en la entrada de una meseta de gran fertilidad, regada por el río Cógamo, que era la causa de la prosperidad comercial de Filadelfia. A través de la meseta se proseguía a través de Sardis al mar de Esmirna. El emperador Caracalla le concedió el neocorato. La ciudad estaba situada en una zona sísmica por lo que los temblores de tierra de poca intensidad eran frecuentes. En el año 17 d.C. un fuerte terremoto destruyó la ciudad, continuando los movimientos sísmicos en forma intermitente, lo que hizo que gran parte de la población optase por vivir fuera de ella. El emperador Tiberio acudió en su ayuda con una subvención que la ayudó a reconstruirse, adoptando el nuevo nombre de Neocesarea. Como manifestación de gratitud, los filadelfos construyeron un templo en honor de Germánico, hijo adoptivo del emperador. Más adelante, ya en tiempos del emperador Vespasiano, cambió el nombre por el de Flavia. La ciudad era conocida por el gran número de templos que tenia, dedicados a las divinidades paganas, lo que traía como consecuencia muchos días festivos en honor de los dioses, llevando a conocer a la ciudad como *Atenitas*. Uno de los templos famosos en la ciudad y en el mundo antiguo estaba edificado en honor a Dionisio, llamado Baco por los romanos, dios del vino. De ahí el concepto de *bacanales*, a las fiestas donde había profusión de borracheras. Como en la mayoría de las ciudades de Asia Menor, había una comunidad judía de cierta importancia con su correspondiente sinagoga. La iglesia debió haberse fundado como consecuencia del trabajo de Pablo desde Éfeso, desde donde, según Hechos, el evangelio alcanzó a todos los que habitaban en Asia (Hch. 19:10). La iglesia tuvo siempre reputación de fiel, como reconoce Ignacio de Antioquia, martirizado en el s. II, en una epístola dirigida a los cristianos en Filadelfia. En la gran persecución del emperador Trajano (111-112 d.C.), unos veinte años después de haberse escrito el Apocalipsis, todas las iglesias de Asia Menor fueron perseguidas, menos Filadelfia. Igualmente permaneció en los tiempos de las persecuciones de los otomanos, en la que fueron exterminados los cristianos y desaparecieron la mayor parte de las iglesias en esa zona. Durante las invasiones de Tamerlán (s. XIV), nuevamente fue protegida mientras desaparecían todas las iglesias en Asia Menor.

De nuevo la llamada de atención: Τάδε λέγει, *esto dice*, para presentar seguidamente al Señor que envía el mensaje. Aquí se presenta con tres títulos personales que lo identifican con el mensaje que va a enviar a la iglesia. Primeramente como ὁ Ἅγιος, *El Santo*. Este título corresponde y se aplica a Yahwe, a quien se proclama por los serafines en la gloria de su trono como Santo (Is. 6:3). El título va precedido por el artículo determinado *el*, que lo identifica como el único de esa condición. Sólo Dios Dios recibe y le corresponde ese calificativo en la suprema expresión de la palabra (Is. 43:15; 43:14). La Biblia llama a Dios, *"el Santo"* (Is. 40:25). En la anunciación, el ángel dijo a María que lo que nacería de ella sería *"lo santo"* (Lc. 1:35), enfatizando la condición única de santidad que correspondía a Jesús, como el Hijo de Dios y Persona divina. Los mismos demonios reconocieron durante el ministerio de Cristo que Él era el Santo de Dios (Mr. 1:24; Lc. 4:34). Cuando el apóstol Pedro predicó el evangelio en Pentecostés, refiriéndose a Jesús hizo mención del Salmo Salmo 16:10, en donde se dice que *"no permitirás que tu Santo vea corrupción"* (Hch. 2:27). La declaración del Santo sobre las virtudes de la iglesia, hace entender que se realizan en el plano de la santidad de Dios que no puede transigir con el pecado.

El segundo título que el Señor se aplica a sí mismo es el de ὁ Ἀληθινός, *El Verdadero*. De la misma manera que el de Santo, también va precedido de artículo determinado que le da la exclusividad de ser el único de esa condición. El adjetivo debe considerarse aquí como sustantivo, o un adjetivo sustantivado, ya que se utiliza como nombre y no como calificativo de un nombre. Quiere decir que Jesús es el único Verdadero absoluto, porque no sólo es poseedor de la verdad, sino que es la Verdad encarnada en Él mismo (Jn. 14:6). *Verdadero* equivale a genuino, auténtico. Es el título que corresponde a Dios frente a los ídolos. Mientras que los ídolos son nada en el mundo (1 Co. 8:4), Dios es el único verdadero. Los ídolos no pueden dar vida, pero Dios da vida eterna cuando se le conoce, es decir, cuando se entra en contacto vital con Él por medio de la fe (Jn. 17: 3). Jesús es el *Verdadero*. La verdadera luz de Dios vino con Él cuando se hizo hombre y entró en el mundo de los hombres (Jn. 1:9). El es Verdadero, porque es también el *verdadero* pan de vida (Jn. 6:32). Puede llamarse Verdadero porque es la vid que sustenta el fruto correcto para Dios (Jn. 15:1). Jesús no solo es la Verdad, sino que también es el *Verdadero Dios*, y la vida eterna (1 Jn. 5:20). En este mismo sentido escribe el Dr. Carballosa:

"Cristo es la perfecta realización del ideal divino en contraste con el falso sustituto de los legalistas. Cuando somos confrontados por Cristo, nos

enfrentamos no a la sombra de un bosquejo de la verdad, sino con la verdad misma"[12].

Jesús se presenta también como ὁ ἔχων τὴν κλεῖν Δαυίδ, *"el que tiene la llave de David"*, esto es, el Soberano, Rey de reyes y Señor de señores. Se presenta aquí como el Mesías, heredero del trono de David (Lc. 1:32). Jesús es de la descendencia de David, según la carne (Mt. 1:1; 21:9; Ro. 1:3; 2 Ti. 2:8; Ap. 5:5; 22:16). El es el Rey determinado por Dios para reinar, no en un reino temporal, sino eterno (Lc. 1:33). Siendo el Mesías-Rey, tiene autoridad y dominio sobre el reino de los cielos, de modo que puede abrir y cerrar conforme a su determinación, como ya había anunciado el profeta: *"Y pondré la llave de la casa de David sobre su hombro; y abrirá, y nadie cerrará; cerrará, y nadie abrirá"* (Is. 22:22). Los judíos se sentían herederos del reino en el que un rey de la descendencia de David gobernaría. El Mesías, ese Rey determinado por Dios, había venido y había sido rechazado por el pueblo de Israel, de modo que ya ninguno de ellos ni de su descendencia tendría la llave del reino. Habían dejado de ser el pueblo de Dios, en la presente dispensación, hasta que sea restaurado el remanente fiel. Mientras tanto, el pueblo de Dios es la Iglesia de Jesucristo en donde están tanto judíos como gentiles salvos por gracia mediante la fe en este tiempo (Gá. 3:23-28). Es sólo Cristo y no ya Israel en su descendencia quien puede dar entrada a los hombres al reino mesiánico. Por tanto, como ya había anunciado el profeta, es el único que ἀνοίγων καὶ οὐδεὶς κλείσει καὶ κλείων καὶ οὐδεὶς ἀνοίγει, *"abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre"*, el que tiene el supremo poder y la absoluta autoridad en el reino de Dios, por tanto, sólo Él puede dar acceso al reino o cerrar la puerta al mismo. Debe recordarse aquí que el concepto *reino de Dios* o *reino de los cielos*, no se limita a un futuro reinado de Cristo en la tierra, que será una de las expresiones del reino de Dios, sino a todo el amplio sentido de reino que aparece en las Escrituras. Jesús, el Rey con autoridad suprema para abrir o cerrar el acceso al reino, lo ha abierto en el tiempo presente mediante el ejercicio de la proclamación del evangelio a todo aquel que lo acepte con fe. El apóstol Pablo afirma que cada creyente en este tiempo de la Iglesia, es trasladado al reino del Hijo Amado (Col. 1:13). Nuestro Señor entregó las llaves del reino al apóstol Pedro (Mt. 16:19), para que las usara abriendo la entrada a la esfera del reino en esta dispensación a los judíos en Pentecostés (Hch. 2) y a los gentiles en casa de Cornelio (Hch. 10). De ahí en adelante el ejercicio de la evangelización que señala la puerta de acceso que es Jesús mismo (Jn. 10:9), es trasladado por la autoridad del Resucitado a los creyentes en la misión evangelizadora a todas las naciones (Mt. 28:18-20). Jesús tiene poder absoluto en cielos y tierra (Mt. 28:19; Ro. 14:9; Fil. 2:9-11; Ap. 1:18). Frente a la autoridad del Soberano nadie puede contrarrestar sus disposiciones o hacer nulos sus propósitos.

---

[12] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 89.

Elogios (3:8-10).

8. Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar; porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre.

οἶδα σου τὰ ἔργα, ἰδοὺ δέδωκα ἐνώπιον σου θύραν ἠνεῳγμένην, ἣν
Se de ti las obras; he aquí he puesto delante de ti puerta abierta la cual
οὐδεὶς δύναται κλεῖσαι αὐτήν, ὅτι μικρὰν ἔχεις δύναμιν καὶ
nadie puede cerrar la; pues pequeño tienes poder y
ἐτήρησας μου τὸν λόγον καὶ οὐκ ἠρνήσω τὸ ὄνομα μου.
guardaste de mí la palabra y no renegaste el nombre de mi.

Notas sobre el texto griego.

Comienza el párrafo de los elogios con οἶδα, primera persona singular del perfecto segundo de indicativo en voz activa del verbo εἴδω, en su forma οἶδα, que hace las veces de presente, remplazando al inusitado εἴδω, *saber, entender, conocer*, aquí como *se*, *conozco*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal, *de ti*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado, *los*, en castellano femenino, *las*; ἔργα, caso acusativo neutro plural del sustantivo, *obras*. La segunda cláusula se inicia con una advertencia enfática con ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia, *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; δέδωκα, primera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo δίδωμι, *conceder, dar, entregar, poner*, aquí como *he puesto*; ἐνώπιον, adverbio de lugar, *delante*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal, *de ti*; θύραν, caso acusativo femenino singular del sustantivo, *puerta*; ἠνεῳγμένην, caso acusativo femenino singular con el participio perfecto en voz pasiva del verbo ἀνοίγω, *abrir*, aquí como *abierta*; ἣν, caso acusativo femenino singular del pronombre relativo, *la cual*; οὐδεὶς, caso nominativo femenino singular del pronombre indefinido, *nadie*; δύναται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo δύναμαι, *ser capaz, tener capacidad operativa,* aquí como *puede*; κλεῖσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo κλείω, *cerrar*, aquí con el mismo significado; αὐτήν, caso acusativo femenino singular del pronombre personal, *la*; ὅτι, conjunción que equivale a *que*, *pues*; μικρὰν, caso acusativo femenino singular del adjetivo que expresa la condición de *pequeño*; ἔχεις, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber* o *tener*, aquí como *tienes*; δύναμιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota, *poder, capacidad operativa*; seguido de la conjunción καὶ, *y*; ἐτήρησας, segunda persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo τηρέω, *custodiar, guardar, reservar,* aquí como *guardaste*; μου, caso genitivo singular del

pronombre personal, *de mi*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado, *el*, al referirse a discurso, pero femenino en castellano al referirse a palabra; y, οὐκ, el adverbio de negación enfática no condicional οὐ, en la forma que adopta ante vocal con espíritu suave, y que equivale a *no*, sirviendo para negativizar a ἠρνήσω, segunda persona singular del aoristo primero de indicativo en voz media del verbo ἀρνέομαι, *negar, rechazar, rehusar, renunciar*, aquí como *negaste*, o tal vez mejor en voz media, *renegaste*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado, *lo*, en castellano en masculino, *el*; ὄνομα, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *nombre*; μου, caso genitivo singular del pronombre personal, *de mi*.

Οἶδα σου τὰ ἔργα. El Señor afirma *conocer* las obras de la iglesia en Filadelfia. Es una manifestación semejante a las que abren las cartas anteriores. Nada pasa desapercibido para el Señor, que no solo conoce las obras a la vista, sino las intenciones que las motivan. El que es Santo, no puede sino conocer las obras desde la perspectiva de la santidad de vida en que se hacen. El que es Verdadero, no puede extralimitarse en nada, ni en más ni en menos, de la absoluta verdad. Las palabras que siguen y que salen de su boca para que Juan las traslade a la carta a la iglesia en Filadelfia, son fieles y verdaderas, por tanto, dignas de crédito.

Cristo formula una llamada de atención a la iglesia con ἰδοὺ, el acostumbrado uso del verbo *mirar*, literalmente dice a la iglesia, *atiende, mira,* en sentido de poner sumo interés en lo que sigue, porque lo que viene es altamente excelente. El Señor les advierte que Él mismo δέδωκα, *ha puesto*, usando para ello una forma verbal que expresa la idea de colocar algo o dar algo, es, por tanto, un regalo de la gracia que Cristo otorga a los suyos en Filadelfia. Lo que les da, lo que pone ἐνώπιον σου, delante de ellos, es θύραν ἠνεῳγμένην, *"una puerta abierta"*. Es difícil determinar el significado de la figura de esa puerta abierta. Sin duda, es algo que el Señor abre y que ninguno puede cerrar. Para algunos, a la luz del contexto de que Cristo es quien tiene autoridad absoluta para abrir la puerta de admisión en el reino de Dios, se trataría de hacerles entender que la iglesia tiene una segura entrada en el reino escatológico[13]. Otros muchos se inclinan por una referencia a la puerta abierta para la evangelización del mundo, como escribe el Dr. Carballosa:

"El regalo del Señor a los de Filadelfia consistía en: 'Una puerta que ha sido abierta y que permanece abierta'. La puerta abierta tiene que ver con la oportunidad de predicar el evangelio a pesar de la oposición de los enemigos de la fe cristiana o quizá con la amplia entrada en el reino del Mesías. La puerta tenía que ser abierta sobrenaturalmente por Cristo, debido a que la

[13] Entre otros Ladd. o.c., pág. 54.

oposición satánica intentaba cerrarla de inmediato. Satanás usa agentes inicuos (1 Co. 16:9); la prisión (Col. 4:3); maquinaciones (2:2, 11, 12); y a los mismos demonios para intentar apagar la llama del testimonio cristiano (Ef. 6:12, 13). Los cristianos de Filadelfia podían aprovechar la puerta abierta llevando el evangelio a las regiones de Misia, Lidia y Frigia. La iglesia cristiana hoy día puede llevar el mensaje a todos los rincones de la tierra haciendo uso adecuado de las oportunidades y los medios modernos que Dios ha provisto"[14].

La puerta abierta indica una acción que Cristo hace de apertura de algo hacia la iglesia que debe ser utilizada por ella. No cabe duda que, en primer lugar, la evangelización es un mandato del Señor (Mt. 28:18-20; Mr. 16:15, 16). Si Él ha establecido la comisión de llevar el evangelio a todo el mundo tiene que comprometerse a hacerlo posible, como así ocurre en el simbolismo de una puerta abierta que, a pesar de los intentos de Satanás por cerrarla, permanece abierta mientras la iglesia esté en la tierra. El apóstol Pablo y Bernabé, al dar cuenta a la iglesia en Antioquia de los acontecimientos de su primer viaje misionero, vinculaban las oportunidades de la evangelización que el Señor les había concedido, con una θύραν ἠνεῳγμένην, *"puerta abierta"* (Hch. 14:27). En un sentido más amplio la *apertura de la puerta*, era tanto la oportunidad de predicar el evangelio como la respuesta que se producía en muchos de los que oían el mensaje, a quienes el Señor abría el corazón para recibirlo, como fue el caso de Lidia (Hch. 16:14). Lo mismo ocurrió en Troas donde el Señor abrió la puerta para que Pablo pudiese predicar el evangelio de la gracia (2 Co. 2:12). De ahí que cuando el apóstol pedía oraciones para que Dios diese éxito a la proclamación del evangelio, pida a los creyentes que oren *"para que el Señor nos abra puerta para la palabra, a fin de dar a conocer el misterio de Cristo"* (Col. 4:3). La puerta de la evangelización lleva consigo la del testimonio eficaz de los creyentes para que puedan respaldar con sus vidas el mensaje que están entregando a los inconversos, de modo que en ellos mismos se puedan ver *"las virtudes"*, es decir, el trabajo de poder que Dios operó transformando sus vidas (1 P. 2:9). Esa puerta abierta trae también la apertura del corazón de cada creyente a la capacidad de sentir y vivir el amor del Padre en forma semejante, por los perdidos (Jn. 3:16). La evangelización se lleva a cabo con gozo cuando el Espíritu derrama abundantemente su provisión de amor en el corazón cristiano, de modo que la evangelización se convierte en una expresión de amor, en una entrega a cuenta de la deuda que todo creyente tiene de amar a los perdidos.

Pero, también la puerta abierta es la del testimonio. El Señor abrió esta puerta para que cada creyente pueda llevar a cabo el propósito establecido por

[14] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 89 s.

Él para los suyos, primero para los apóstoles y luego para todos los cristianos en todos los tiempos, expresado en sus mismas palabras: *"recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra"* (Hch. 1:8). La puerta del testimonio nadie la podrá cerrar, porque Jesús mismo asume la responsabilidad de mantenerla abierta. No es una puerta difícil de usar, porque consiste en predicar el mensaje silencioso del evangelio de la gracia. Fue la puerta que aquella mujer, casada con un infiel, usó por medio de su conducta, de tal forma que su marido fue llevado, sin palabras, a Cristo (1 P. 3:1). El testimonio personal de una vida transformada es el elemento imprescindible en la evangelización eficaz. Nadie puede hablar de amor, sin mostrarlo en todas sus acciones y hacia todas las personas, en el medio en que se encuentre. Ningunos padres tendrán eficacia al hablar a sus hijos del amor de Dios, si no ven en ellos una manifestación continua de amor personal en las relaciones del hogar. Dios llama a ser sus testigos, en palabra y en vida, por tanto, ha de mantener abierta la puerta del testimonio que lo haga posible.

También esa puerta abierta es la del poder victorioso. La consecuencia de la identificación con Cristo lleva al cristiano a una experiencia de poder en su vida personal y en la de la iglesia (Fil. 3:10). Es cierto que el poder se comunica hoy por la acción del Espíritu Santo, pero no es menos cierto que el Espíritu, enviado por Cristo, es Su Vicario en la tierra, por tanto lo que el Espíritu hace en la dotación de cualquiera de las perfecciones o de los recursos en la vida cristiana, proceden de aplicar a Cristo mismo, reproduciéndolo en la vida de los creyentes, de modo que se hace razón y forma de vida (Fil. 1:21). La promesa de poder está empeñada en las palabras del Señor: *"Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra…y he aquí yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo"* (Mt. 28:18, 20). El apóstol Pablo escribió sobre esta manifestación de la soberanía relacionada con el Resucitado enseñando que como consecuencia de la muerte del Salvador, *"Dios también le exaltó hasta lo sumo"* (Fil. 2:9). La Cruz era el punto de partida para la exaltación suprema; literalmente *"le superexaltó"*. Es la respuesta al deseo de quien se había humillado hasta lo sumo: *"Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. Ahora, pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese"* (Jn. 17:4-5). Es también el cumplimiento de la enseñanza de Jesús: *"Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido"* (Mt. 23:12). La exaltación después de la humillación es concordante con la enseñanza bíblica en general (Lc. 1:52; 14:11; 18:14; Stg. 4:10; 1 P. 5:6). A causa del padecimiento de muerte el Señor recibió la exaltación hasta lo sumo (He. 2:9; con 1:3; 12:2). La exaltación de Jesucristo supera cualquier otra ya que no sólo fue promovido a la gloria como lo serán los creyentes, sino que el Mediador traspasó los cielos (He. 4:14). Este Salvador resucitado fue hecho más sublime que los cielos (He.

7:26). Todavía más, su exaltación se ha puesto sobre los cielos, subiendo por encima de ellos (Ef. 4:10). La exaltación suprema de Jesús le ha hecho sentar a la diestra del trono de Dios, lugar de suprema autoridad y de suprema dignidad (Mr. 16:19; Hch. 2:33; 5:31; Ro. 8:34; He. 1:3; 12:2). Aquel que se había manifestado como un hombre entre los hombres, es entronizado como Rey de reyes y Señor de señores, sobre toda autoridad, ahora y por siempre (Ef. 1:20-22). La exaltación pasa por tres etapas: primero por la resurrección de entre los muertos (Jn. 10:18; Ro. 8:11; 10:9); en segundo lugar por la ascensión a los cielos (Lc. 24:26); y finalmente por la sesión a la diestra de Dios (Mr. 16:19). El sujeto de la exaltación es el Verbo de Dios en su naturaleza humana. A ese hombre perfecto, el Padre *"le dio el nombre que es sobre todo nombre"*. No se trata de *un* nombre, sino del *único* nombre. El nombre le fue dado, concedido, como el hombre vinculado a la obra de gracia. La raíz de gracia está en el verbo que Pablo utiliza: *"dio"*, del texto. Pablo aclara de qué nombre se trata, pero antes afirma que es el *"nombre sobre todo nombre"*, que se relaciona necesariamente con la deidad de Jesucristo. Éste es, por tanto, el nombre humano del Verbo de Dios encarnado, dado por Dios mismo. Cuando María, su madre, y José su padre adoptivo, pusieron nombre al recién nacido, le dieron aquel que el ángel les había indicado: *"llamarás su nombre Jesús"*(Lc. 1:31). Jesús significa *"Yahweh salva"*, es, por tanto, un nombre divino, ya que la salvación corresponde absoluta, exclusiva y excluyentemente a Dios (Sal. 3:8; Jon. 2:9). Por esa razón de Jesús se dice que *"el salvará a su pueblo de sus pecados"* (Mt. 1:21). Sin embargo, el nombre *Jesús*, fue considerado como el nombre de alguien sin atractivo, esto es, el nombre de un hombre sin importancia e inestimable (Is. 53:2). Jesús no tuvo atractivo como Rey y mucho menos como Salvador entre los hombres y, especialmente, entre los de su pueblo. Ellos esperaban un Rey-Mesías conquistador, victorioso que establecería el reino que ellos esperaban conforme a su entendimiento teológico y a la interpretación que hacían de los pasajes proféticos y, ese Jesús, que se llamaba a Él mismo *Hijo de Dios*, había muerto en una cruz. Si de poca estima era en cuanto a reino, menos lo era en cuanto a Salvador. Los judíos estaban enseñados a alcanzar la justificación por descendencia natural de Abraham y por cumplimiento de las demandas legales, especialmente las ceremoniales. De forma especial los principales entre los judíos, los sacerdotes, escribas y fariseos, no sentían ninguna necesidad de la sustitución personal, ni de la justicia imputada para salvación. Cuando Jesús declaró su deidad fue amenazado de muerte por los hombres (Jn. 10:33). Fue el nombre de burla establecido como causa escrita sobre su cruz, que provocaba las burlas de los que presenciaban su martirio (Mt. 27:37, 39). Sin embargo, pese a las burlas de las gentes y a la ignorancia voluntaria de quienes le negaban como Mesías, es Dios bendito manifestado en carne (Jn. 1:1; Ro. 9:5). Dios levantó de entre los muertos a la humanidad del Verbo eterno y a ese hombre Jesús, resucitado y revestido de inmortalidad se le nombra cósmicamente como la autoridad

suprema en igualdad divina, hasta el punto que bajo su nombre de autoridad *"se doble toda rodilla"*. Pablo enseña que hay un reconocimiento universal de su deidad y, por tanto, de su señorío. Quienes se inclinaron en burla ante Jesús de Nazaret crucificado, habrán de hacerlo ante el mismo Jesús glorificado, reconociéndole como Dios. Es algo que ya estaba profetizado en el Antiguo Testamento, y una impresionante evidencia de la Deidad de Jesús: *"Mirad a mí, y sed salvos, todos lo términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay mas. Por mí mismo hice juramento, de mi boca salió palabra en justicia, y no será revocada: Que a mí se doblará toda rodilla, y jurará toda lengua. Y se dirá de mí: Ciertamente en Jehová está la justicia y la fuerza; a Él vendrán, y todos los que contra Él se enardecen serán avergonzados"* (Is. 45:22-24). Jesús no es un hombre divinizado o un dios rebajado, sino el infinito y eterno Dios manifestado en carne (Jn. 1:14). La autoridad de ese nombre quedó evidenciada en los milagros hechos por Él en su ministerio, y por medio de Él, es decir, bajo su autoridad después de su ascensión (Hch. 3.6; 9:34; 16:18). Nada, ni hombres ni demonios, ni la muerte ni las circunstancias pudieron impedir que después de su resurrección y glorificación, los testigos suyos, y de forma muy destacada los apóstoles, hiciesen las mismas señales de poder que Él hizo durante su vida. Este nombre de suprema autoridad, que corresponde a una Persona Divino-humana, sujeta a toda la creación bajo su soberanía y voluntad, *"los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra"*. Los tres grupos de seres mencionados en tres esferas distintas. Por un lado *"los que están en los cielos"* es una alusión a los órdenes de los ángeles, los querubines, serafines, ángeles y arcángeles, que sirven a Dios en vidas de absoluta santidad. En la misma esfera celestial los millones de salvos por gracia mediante la fe que están en la presencia de Dios (Fil. 1:21; 1 P. 3:22; Ap. 4:8-11; 5:8-12). Luego quienes están sobre la tierra, en clara alusión a los hombres que vivan en el planeta, tanto en esta parte de la historia humana, como en la nueva creación de Dios (1 Co. 15:40). La autoridad suprema alcanza también a los que estén *"debajo"* de la tierra, en alusión a los muertos sin salvación y también a los ángeles caídos eternamente condenados por su pecado (Mt. 16:18; Jud. 6). Quienes no hayan querido doblar voluntariamente sus rodillas en adoración, reconociendo la realidad de quien es Jesús, tendrán que hacerlo en el futuro en un reconocimiento universal de su Deidad. El señorío universal de Jesús será confesado en el futuro (Fil. 2:11). La universalidad de la confesión es cierta: *"Y toda lengua confiese"*, dice el apóstol Pablo. Se trata de las lenguas que corresponden a *"todas las rodillas"* del texto anterior. No sólo es un acto de sumisión, sino de reconocimiento. Esas lenguas *confesarán*, y confesar implica un reconocimiento desde la convicción. El reconocimiento y confesión de Jesús como Salvador, produce ahora la salvación de quienes creen en su corazón y confiesan con su boca (Ro. 10:9-10). No se trata, por tanto, de una *segunda oportunidad* para los rebeldes en un tiempo futuro, ni mucho menos un *universalismo salvífico*, será una confesión universal sobre Jesucristo que no

alterará la situación de quienes confiesen entonces. La confesión es una proclamación reconocida *"que Jesucristo es el Señor"*. Todo el universo confesará proclamando que Jesús de Nazaret es el Señor. Equivale al reconocimiento universal de Jesús como Dios. *Señor* es la traducción griega del nombre inefable de Dios. Así lo declara Pedro en su mensaje de Pentecostés (Hch. 2:36). Hay sin embargo un grupo de seres que confiesan ya esta verdad, y reconocen y exaltan a Jesús de este modo, por un lado los ángeles y salvos en los cielos (Ap. 5:11-14); y por otro los creyentes en la tierra, que por el Espíritu confiesan a Jesús como Señor (1 Co. 12:3). Jesús será proclamado Señor supremo, culminando así el reconocimiento del nombre recibido, en pleno sentido soteriológico y escatológico (Ap. 5:13; 17:14; 19:16). La meta suprema de la exaltación es la gloria de Dios: *"Para gloria de Dios Padre"*. La gloria de Dios es la meta suprema de todo (1 Co. 15:28). En la proclamación universal del señorío de Cristo, el Padre que le exaltó a lo sumo será glorificado (Jn. 13:31, 32; 14:13; 17:1).

La potestad que Jesús dice de sí mismo a los discípulos, es un modo expresivo de lo que se produciría un poco después, su exaltación a la derecha del Padre (Hch. 2:25; Fil. 2:9). Estas afirmaciones apostólicas contrastan la acción exaltadora de Dios sobre Jesús, contrastada con la pasión y muerte en donde llevó a cabo su obra en la condición de servidor, que pacientemente descendió a las partes más bajas de la tierra y gustó la muerte por todos. Quien descendió hasta morir la muerte de los esclavos en una cruz, Dios lo eleva a su propia gloria, glorificando su humanidad al unísono de su deidad, con la gloria que eternamente le corresponde en el seno de la Trinidad, de manera que a ese Jesús despreciado, varón de dolores, sin atractivo, todos le tributen el homenaje de adoración que corresponde a Dios. Todos estos muchos elementos expresivos de una misma verdad bajo distintas perspectivas, tales como resurrección, glorificación, exaltación, otorgamiento del nombre de Señor, proclamación de ser Hijo, etc. prevalece la de *resurrección*, por ser en esto la esperanza de quienes nacen en muerte para morir y encuentran en Cristo la vida que supera en todo a la muerte que por condición natural en pecado tendrían que experimentar. Finalmente el evangelio concluye con la admirable promesa del Señor: *"Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo"*. Esto que se llama promesa es ya en sí misma una gloriosa realidad. La introducción de este compromiso es muy enfático, la expresión traducida por *he aquí,* expresa una llamada de atención intensa, como si Jesús dijese *"¡Mirad! yo estoy con vosotros siempre"*. Debemos tomar buena nota de esto, prestar atención a este compromiso de Jesús. El mismo Señor que se ha manifestado como revestido de poder y autoridad suprema en cielos y tierra, está con cada uno de los suyos siempre. No sólo en cuanto a extensión de tiempo, sino a continuidad; no solo por siempre, sino en cada instante. En medio de las pruebas, del sufrimiento, de la tristeza y del dolor, está Él ¿al lado? no,

ciertamente, sino *en nosotros*. No está próximo, que ya sería una gran bendición, está presencialmente en cada uno en todo momento y en cada circunstancia. En todo momento Aquel en quien descendió la gracia (Jn. 1:17), dará la provisión de gracia suficiente para cualquier necesidad, conduciendo en Él a todos los suyos en continua victoria. Por eso la Escritura recoge la promesa: *"pero Él da mayor gracia"* (Stg. 4:6). El Señor iba a ascender al cielo, sin embargo su presencia está continuamente con cada uno de los suyos porque como Dios, es omnipresente. Su presencia había estado limitada en vida a los momentos con los discípulos. Como hombre, en su dimensión humana, no podía estar en todos los lugares al mismo tiempo, sin embargo en su condición divina acompañaría a los suyos continuamente. Además, la provisión que daba mediante el envío del Espíritu, haría, como Vicario suyo, realidad la promesa de su presencia en el interior de cada uno de los creyentes (Jn. 14:17-23). La promesa de nuestro Señor de estar con los suyos hace posible el respaldo del ministerio en la realización de la Gran Comisión; la provisión de poder para los recursos necesarios (Fil. 4:13); la posibilidad de llevar mucho fruto en Él, por la acción de su Espíritu, para Dios (Jn. 15:16). El Señor Jesús es Jehová, el Dios que puede *encubrirse,* pero nunca *ausentarse* de los suyos. Este admirable y eterno Dios, Jehová de los Ejércitos, está con nosotros para ser nuestro refugio (Sal. 46:11). Puede ser que la oscuridad del camino parezca ocultar su presencia de nosotros, pero nunca está lejos, porque vive en cada uno de los suyos. La certeza de su presencia es, conforme a su promesa, *"hasta el fin del mundo"*, literalmente *"hasta la consumación del siglo"*, es decir, hasta el final de la andadura en el mundo de su Iglesia peregrina, para luego, en el recogimiento a sí mismo, gozar eternamente de su presencia y comunión (Jn. 14:1-4; 1 Ts. 4:16-17). La promesa de su presencia alienta también a cada discípulo en cualquier circunstancia, es la confirmación de la promesa de Dios: *"No te dejaré ni te desampararé"* (He. 13:5). De ahí que podamos estar contentos con lo que tenemos en el presente. El contentamiento con lo que se tiene hoy está en la seguridad de provisión para lo que sea necesario mañana (Mt. 6:25-34). Pudiera ser que en su soberanía, alguno de los suyos tenga que pasar por grandes persecuciones e incluso algunos hayan de sellar el testimonio de su discipulado con su propia vida. Sin embargo, aún en esa dificultad suprema el cristiano goza de la presencia y compañía del Señor y sabe que es una concesión suya, que responde a un propósito en la gracia. La promesa de no dejar ni desamparar tiene como sujeto a Jesús mismo. Es la reiteración de la promesa antigua de Dios para los suyos en otras dispensaciones, expresada por medio de Moisés (Dt. 31:6), confirmada a Josué (Jos. 1:5). Una promesa semejante fue dicha a Jacob cuando huía delante de su hermano (Gn. 28:15). En esa seguridad podemos hacer nuestras las palabras del escritor a los Hebreos: *"De manera que podemos decir confiadamente: El Señor es mi ayudador, no temeré lo que me pueda hacer el hombre"* (He. 13:6). La confianza del discípulo es firme porque descansa en la promesa del Maestro que es *Verdad* en sí mismo. La promesa del

Señor se apropia por medio de la fe y se convierte en expresión de propia confianza. El discípulo acepta confiadamente la promesa porque es palabra de Dios. De esta manera confiaba el salmista: *"Jehová está conmigo; no temeré lo que me pueda hacer el hombre. Jehová está conmigo entre los que me ayudan; por tanto, yo veré mi deseo en los que me aborrecen"* (Sal. 118:6-7). No puede haber temor para quien tiene la certeza de la presencia y compañía de Dios en su vida. De otro modo en las palabras de Pablo: *"¿Que, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros ¿quien contra nosotros?"* (Ro. 8:31). Dios está *de parte* del creyente, por tanto nadie puede infundir temor porque ningún enemigo es más poderoso que Dios. Porque Dios está a favor del creyente, nadie es poderoso para derrotarlo. Dios lleva al discípulo continuamente en triunfo en Cristo Jesús (2 Co. 2:14). Aun cuando entre en el valle de sombra de muerte, no debe producir temor al que sigue a Cristo, porque Él está también ahí con él (Sal. 23:4). Aun los mayores enemigos no podrán impedir una abundante mesa de bendición y provisión (Sal. 23:5). Incluso en la esfera del fracaso espiritual tenemos al Intercesor sentado a la diestra de Dios intercediendo siempre por nosotros (Ro. 8:34). En la promesa de Jesús está la inseparable seguridad de estar siempre en la esfera del amor de Dios. Nadie podrá separarnos de Él; nadie podrá poner una distancia entre el amor de Dios y el creyente. Ninguna circunstancia menguará el amor de Cristo hacia los suyos. Ni la aflicción en las dificultades externas de toda índole disminuirá esa seguridad, porque las aflicciones son por causa de la fe en el seguimiento a Jesús (Mt. 13:21; Jn. 16:33; 1 Ts. 1:6). En la aflicción el Señor está presente y al lado de los suyos. Pudiera ser también que la senda del discipulado pase por la *angustia*, que tiene que ver con el aspecto interno de la tribulación. El discípulo se encuentra en *estrechez, apuros, aprietos.* También en esas circunstancias personales e íntimas el Señor está presente con el discípulo y en el discípulo (Sal. 91:15). Tal vez el seguidor de Jesús esté soportando la *persecución*, a causa de su fe en el Señor (Mt. 5:11). En razón de la unidad con Cristo, el Señor está con los suyos que son perseguidos (Hch. 9:5). Cuando el discípulo esté pasando por *hambre*, es decir, por necesidades de sostenimiento, debe saber que en ocasiones viene a su experiencia pero no es, en modo alguno, una manifestación de que Jesús ha dejado de amarle o está lejos de Él. Cristo, el Amado del Padre, pasó por la experiencia del hambre (Mt. 4:2). Acaso la escasez del alimento puede alcanzar también al vestido y el discípulo pase por *desnudez*, necesitado de ropas. El Señor ya anunció esto como la experiencia para algunos de los suyos, especialmente referido al tiempo de tribulación (Mt. 25:36). La experiencia de sus siervos, como ocurrió con Pablo, aún en medio de la fidelidad, puede ser también esta (1 Co. 4:11); pero, aun ahí, el Señor acompaña a los suyos dándoles el aliento necesario y las fuerzas precisas para sobrellevar la prueba. El *peligro* puede ser experiencia del discípulo, pero ni eso lo podrá separar del Señor (2 Co. 11:26). Incluso pudiera ser que la senda del seguimiento discurriese por el estrecho y difícil paso de la muerte violenta y que el creyente

tenga que pasar por *la espada*, el instrumento que ejecuta la sentencia de muerte. Si esto llega, debe entenderse que fue también la de alguno de aquellos de quienes el evangelio afirma que fueron objetos del amor de Jesús hasta el fin (Jn. 13:1), como ocurrió con Santiago (Hch. 12:2); y como otros muchos (He. 11:37). Pero, *"en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó"* (Ro. 8:37). En medio de las mayores dificultades, Dios da provisión para vencer. Dios no retira el problema pero da la gracia necesaria para superarlo (1 Co. 10:13). El Señor amó a la iglesia entregándose por ella (Ef. 5:25). Dios lleva a cada discípulo de Jesús en Cristo de triunfo en triunfo (2 Co. 2:14). El poder para sufrir y vencer está en Jesús mismo (Jn. 15:5; Fil. 4:13). Estando en Jesús, quien tiene todo poder, el discípulo es ya un vencedor. La enorme seguridad produce un definitivo descanso, como Pablo escribe: *"Estoy seguro que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada, nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro"* (Ro. 8:38-39). La promesa del Señor es suficiente para hacernos estar seguros, literalmente estar *persuadidos*. La muerte ya no puede separar al discípulo del Señor porque descansa seguro en Él y de la muerte ya no tiene terror (He. 2:15). Descansa confiadamente en la promesa del Señor (Jn. 11:25-26). La vida con todas sus circunstancias, dificultades y aflicciones no tienen fuerza para separar al cristiano del Señor. Los ángeles, principados y potestades, sean los santos ángeles de Dios, sean los caídos demonios del infierno con todas sus manifestaciones contra el discípulo (Ef. 6:12), podrán hacer nada, porque Satanás es un enemigo vencido y derrotado para el creyente. Tampoco el presente con sus situaciones y el futuro con lo que depare, es otra cosa que tiempos diferentes en los que se manifiesta y mantiene inalterable el amor de Dios. Nada habrá en *lo alto*, los cielos, en donde está Cristo mismo, ni en lo más bajo, a donde el mismo Señor descendió (Ro. 10:7; Ef. 4:9), podrá atemorizar al discípulo porque el Señor tiene las llaves del sepulcro y de la muerte (Ap. 1:18). Ninguna cosa creada podrá separarnos del amor de Dios. Ese amor admirable manifestado en la salvación (1 Jn. 4:10). Ese amor de Dios que es en Cristo, por lo que el Padre ama al discípulo porque está en *El Amado*. Unidos a Cristo quedan vinculados al afecto eterno de Dios. Todo esto está garantizado en todo momento; en días de fuerzas y de debilidad; en el éxito y en la derrota; en la alegría y en la tristeza; en los días de la niñez, como en la juventud y aun en la vejez; en la vida y en la muerte; todos los días podemos gozar de la admirable dimensión de la promesa de Jesús. Y esto hasta *"el fin de la época"*, esto es, esa época que comenzó con la primera venida del Hijo de Dios al mundo y terminará con su segunda manifestación gloriosa. Será entonces cuando la presencia espiritual de Jesús se convierte en la gloriosa presencia visible, aunque no menos espiritual. En ese momento en que las lágrimas, el dolor y las penas concluyan, podremos alabar eternamente en la presencia suya a Aquel que ha hecho posible con su muerte y con su vida la

realidad de la salvación en Él. Será entonces cuando haciéndose visible le adoraremos a quien sin verle con los ojos del cuerpo le conocemos y amamos. Entonces nosotros, pobres y pequeños, conoceremos como somos conocidos. Será entonces cuando rendidos a los pies de Aquel que nos amó, entenderemos la dimensión admirable de una obra que excede a cualquier comprensión y conocimiento limitado de cualquier criatura de Dios. Será en la visión de sus manos taladradas que entenderemos hasta donde fuimos amados por Él y entonces, en una entrega perfecta, le adoraremos en gratitud a perpetuidad, mientras disfrutamos de todas las riquezas de la herencia de Dios en Cristo. Allí, entonces, en una explosión de gratitud desde la más gloriosa dimensión espiritual, todos los discípulos, reunidos ante el trono diremos: *"Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos"* (Ap. 5:13).

Bien pudiéramos preguntarnos cada uno si el poder de Cristo se manifiesta en nuestras vidas y en la vida de la iglesia. Hay quienes tienen verdadero miedo a las manifestaciones de poder del Espíritu en la congregación y huyen de ellas. Otros, en cambio, subjetivamente buscan aparatosas manifestaciones de poder condicionando la realidad de la salvación y de la vida eclesial a que ocurran en las vidas individuales y en la congregacional. Unos y otros no están dispuestos a dejarse conducir por el Espíritu y, por tanto, el poder de Dios es una teoría espiritual para muchos en el tiempo presente. La puerta del poder victorioso que Cristo abrió para la iglesia debe ser usada conforme a sus propósitos en gracia.

Otra puerta abierta es la del servicio. Ningún creyente puede dejar de servir a Dios desde su condición de siervo de la justicia. Pablo enseña enfáticamente un cambio en el creyente desde una posición de esclavitud al pecado, a otra de compromiso con el servicio al Dios vivo y verdadero (1 Ts. 1:9). En otro lugar, el mismo apóstol, afirma que el cristiano, antes de su conversión a Dios, era, como todos los hombres, esclavo del pecado (Ro. 6:17; Ef. 2:2-3). El cambio que se produce trae como resultado la liberación del estado de esclavitud bajo el pecado, entrando en una vida que sirve a la justicia (Ro. 6:18). La libertad de la esclavitud del pecado abre la puerta al servicio a Dios, ya que el hombre no puede servir a dos señores con principios absolutamente antagónicos (Mt. 6:24). La liberación de la opresión esclavizante del pecado le permite dedicarse al servicio de Dios, practicando la justicia. Antes era esclavo del pecado, ocupado en sus concupiscencias, después su servicio está en el área de la justicia, es decir, de las acciones concordantes con la voluntad de Dios. Por eso Pablo resume la vida cristiana de esta manera: *"Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin la vida eterna"* (Ro. 6:22). Cristo abrió para nosotros la puerta de la redención, al pasar por ella, al esclavo

se le rompen las cadenas para que pueda experimentar la realidad de la libertad en Cristo. La esclavitud del pecado concluye definitivamente y nadie podrá impedir para el salvo la experiencia de libertad, porque Jesucristo abrió para él una puerta que nadie puede cerrar. Esa puerta del servicio introduce al cristiano a la más alta posición que hombre alguno puede aspirar, ser siervo de Dios. El creyente al ser hecho siervo del Señor le debe lealtad y obediencia, resultado también de la identificación con Él, que fue siervo perfecto (Lc. 22:42b). El resultado de usar la puerta del servicio que Cristo mantiene abierta es alcanzar las metas de la santificación, que consiste en llevar fruto para Dios (Jn. 15:8). El fruto lo genera en el cristiano el Espíritu Santo (Gá. 5:22-23), y sólo es posible en comunión con Cristo (Jn. 15:5). Ese fruto glorifica a Dios (Mt. 5:16). El final de quien usa la puerta abierta del servicio es *la vida eterna*, en referencia a la glorificación del creyente donde se disfrutará en plenitud la vida eterna ya recibida en la salvación. Es la gloriosa dádiva de la gracia para quien sirve a Dios. El servicio traerá dificultades, cuanto mayor sea la fidelidad en que se lleve a cabo (2 Ti. 3:12). Pero, mientras tanto, las aflicciones producen en el creyente un excelente y eterno peso de gloria (2 Co. 4:17). La herencia reservada para el siervo llena de gozo cualquier incidencia en el servicio (1 P. 1:4-5).

El Señor afirma que la puerta que ha puesto abierta delante de la iglesia, ἣν οὐδεὶς δύναται κλεῖσαι αὐτήν, *"la cual nadie la puede cerrar"*. Este *nadie*, comprende a todos, tanto ángeles como a hombres. Puede que los inicuos intenten cerrar esa puerta, pero fracasarán. Pablo decía: *"Se me ha abierto puerta grande y eficaz, y muchos son los adversarios"* (1 Co. 16:9). La puerta que Dios abre es grande y es eficaz, por tanto debe ser aprovechada. Es eficaz en el sentido de poder eficiente. Dios abre la puerta para llevar a cabo su propósito y dota a la iglesia con el poder para hacer su voluntad. Los adversarios del cristiano son siempre muchos y grandes porque proceden del príncipe del poder del aire, nuestro adversario el diablo (Ef. 6:12), pero todas las acciones del infierno y su furia desencadenada no podrá cerrar la puerta que el Señor abrió para la iglesia. Puede ser que la prisión encierra al mensajero de la gracia, pero no podrán jamás encerrar el mensaje (Col. 4:3; 2 Ti. 2:9).

El Señor que hace la promesa pone tres condiciones para la experiencia de la vida victoriosa en la iglesia que haga uso de la puerta que Él abre. En primer lugar reconocer y experimentar que la fuerza de la iglesia no es suya sino del Señor por medio de su Espíritu (Zac. 4:6). Así dice a la iglesia: ὅτι μικρὰν ἔχεις δύναμιν, *pues tienes poco poder.* Tal vez el Señor estuviese recordando a su iglesia en Filadelfia que su *poco poder* tenía que ver con la poca influencia que la iglesia tendría en una ciudad idolátrica como aquella. Sin embargo, la generalidad supera asuntos puntuales para extenderse a la necesidad de no confiar en las fuerzas personales, sino en las del Señor (Fil. 4:13). La lógica de

Dios no es la de los hombres, de ahí que Pablo diga: *“Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte”* (2 Co. 12:10). Cuando el apóstol pidió a Dios que sacara de su experiencia algo que le era un obstáculo, en cierta medida su *debilidad en la carne*, Dios lo remitió a su gracia (2 Co. 12:9). No hay victoria posible sino en la dependencia del Señor. Es siempre necesario entender la *aritmética divina*, en la que Dios multiplica las fuerzas *“al que no tiene ningunas”* (Is. 40:29). No hay verdad mayor que esta, que nuestras fuerzas con las de Dios son siempre menos que las de Dios sólo. De ahí la necesidad de sentir esta realidad, nunca tendremos fuerzas para hacer nosotros por nuestros recursos la obra de Dios que, por ser de Él, es sobrenatural y sobrehumana. Los fracasos están en las fuerzas de los hombres y el secreto de la victoria está en la fuerza de Dios.

Una segunda condición que el Señor pone en el terreno de la victoria en la vida eclesial la establece con estas palabras: ἐτήρησας μου τὸν λόγον, *“has guardado mi palabra”*. El verbo que se utiliza aquí expresa la idea de atesorar algo, custodiarlo, amarlo, volcarse sobre él. El tiempo de ese verbo expresa la realidad histórica de un hecho cierto; aquella iglesia había guardado la Palabra. Los creyentes en Filadelfia habían demostrado lealtad a la Palabra de Dios. Las circunstancias del tiempo en que vivían no les habían hecho alterar el contenido del mensaje. En un tiempo difícil como el actual donde el humanismo y el liberalismo procuran rebajar el absoluto de la inspiración plenaria y de la inerrancia bíblica, los cristianos de hoy, lo mismo que nuestros hermanos en la iglesia en Filadelfia, debemos reafirmar lo que es la Palabra y decir como el apóstol: *“Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia”* (2 Ti. 3:16). Quien entiende bien y cree firmemente que la Escritura ha recibido el soplo del Espíritu y es el único instrumento eficaz para penetrar el corazón del hombre desentrañando sus pensamientos más recónditos y poniendo de manifiesto en su entendimiento cuales son las verdaderas intenciones de sus hechos (He. 4:12), ama la Palabra, obedece la Palabra, predica la Palabra y honra la Palabra.

Dos graves problemas de igual intensidad perniciosa afectan la relación de los creyentes con la Palabra. Por un lado está la acción de quienes, al sentirse redargüidos por la Palabra, pretenden retirar esa acción *quitando*, o *disminuyendo* lo que está escrito en la Palabra. Tal era la posición de los saduceos en tiempos de Jesús, que eliminaban de la Escritura aquello que, según ellos no era inspirado o procedente de Dios, para acallar sus propias conciencias y seguir viviendo en el libertinaje moral y espiritual que les era propio. Aquellos habían retirado de la Escritura todo lo que era sobrenatural, como la verdad del mundo de los espíritus, la resurrección de los muertos y la vida eterna. Este mismo fenómeno dañino está también presente en este tiempo y manifestado

por los que suelen conocerse como *liberales*. Para éstos, la Palabra no es plenamente inspirada y contiene contradicciones. Es más pueden avanzar hasta negar la historicidad de los evangelios; y, en general, despreciar como *mito bíblico*, todo cuanto no pueda razonarse y demostrarse por medio del pensamiento del hombre. Los milagros, para estos, son simplemente relatos mitológicos para sustentar la fe de la iglesia. La advertencia de Dios en su Palabra es enfático sobre este problema: *"No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella, para que guardéis los mandamientos del Señor vuestro Dios que yo os ordeno"* (Dt. 4:2). Cuanta afrenta a la Palabra se lleva a cabo en una mal entendida *contextualización social* del mensaje bíblico. Un segundo problema, no menos grave que el primero pero en sentido opuesto, consiste en *añadir* a la Palabra. El mismo Dios advierte sobre esto: *"No añadas a sus palabras, para que no te reprenda, y seas hallado mentiroso"* (Pr. 30:6). Tiene que ver esto, especialmente en el mundo cristiano, con añadir a la Palabra tradiciones, normas y formas de hombres dándole la categoría de doctrina y enseñándolos como tales. Esto motivó la reprensión de Jesús a los fariseos cuando les dijo: *"Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres"* (Mt. 15:9). La consecuencia de tal acción es sumamente grave porque se *"invalida el mandamiento de Dios, por vuestra tradición"* (Mt. 15:6). El apóstol Pablo escribía a su colaborador Tito, de esta manera: *"Repréndelos duramente, para que sean sanos en la fe, no atendiendo a fábulas judaicas, ni a mandamientos de hombres que se apartan de la verdad"* (Tit. 1:13-14). El peligro consiste en complementar con tradiciones que tienen ciertas apariencias piadosas lo que la Palabra demanda para la vida cristiana (Col. 2:20-23). Muchas veces se han puesto lastres sobre los creyentes que los han privado del gozo de la libertad en Cristo. Multitud de tradiciones, formas de culto, asuntos de expresión de alabanza, formas en el vestido y otras muchas cosas por el estilo se han enseñado y se enseñan como cosas que deben ser obedecidas por los creyentes como si fuesen mandamientos bíblicos cuando tan sólo descansan en el pensamiento de los hombres. Es necesario retornar a la Biblia sin condiciones para seguir el ejemplo de la iglesia en Filadelfia, poder oír del Señor las mismas palabras: *"has guardado mi palabra"*.

Cristo señala un tercer motivo de elogio para aquella iglesia: οὐκ ἠρνήσω τὸ ὄνομα μου *"no has negado mi nombre"*. El verbo que usa Juan al referirse a *negar*, expresa la idea de *decir no*, en el sentido de rechazar algo. Posiblemente los cristianos en Filadelfia fueron conminados, como muchos de sus hermanos en otros lugares en tiempos de persecución, a negar a Cristo como Señor. Nuestros hermanos en Filadelfia se mantuvieron firmes en su fidelidad. La iglesia victoriosa es la que permanece firme reconociendo, no sólo como materia de fe, sino como una realidad personal el señorío de Jesús. No negar a Cristo significa aceptar lo que Él permita para la vida del creyente sin vacilaciones, aun cuando esto suponga no entender la razón, desde el punto de

vista humano y personal siempre con limitaciones. La prueba forma parte de la vida del cristiano y los sufrimientos por Cristo son también una concesión de la gracia (Fil. 1:29). El Señor anunció a los suyos que en el mundo tendría aflicción (Jn. 16:33). Sin embargo, la aflicción que puede incluso conducir a la muerte, no es una derrota para quien, reconociendo el señorío de Cristo, vive en la fe del Hijo de Dios. La aparente derrota a ojos del mundo, es victoria a los de Dios, como enseña Juan: *"Y esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe"* (1 Jn. 5:4). El creyente es vencedor por estar en Cristo, al ser llevado continuamente en triunfo en Él (2 Co. 2:14). La victoria no está en el creyente sino en el poder victorioso, consistente en haber nacido de Dios. El nuevo nacimiento introduce al cristiano en una experiencia de libertad y victoria (Col. 1:13). La experiencia victoriosa sobre el mundo, su sistema y sobre el maligno que lo dirige está en relación con la unión vital del creyente con Cristo y, con ello, en la aceptación de su señorío, que equivale a *no negar su nombre*. El mundo ha sido vencido por Jesús (Jn. 16:33), quien ha recibido el nombre de suprema autoridad y señorío (Fil. 2:9-11). La victoria de Cristo es el triunfo del cristiano (Ro. 8:37; 1 Jn. 4:4; 5:4). Cristo derrotó completamente al diablo y al mundo, trasladando su victoria a la experiencia del creyente que se mantenga vinculado a Él por la fe y acepte su señorío (Ef. 4:8; Col. 2:15). La fe es el instrumento que conduce al creyente a la victoria. Esa fe descansa en el reconocimiento de Jesús, como Señor, Cristo, Hijo de Dios, Salvador del mundo (1 Jn. 4:14-15). La fe es el instrumento de victoria que hace del creyente un vencedor, porque lo vincula con Cristo y Su poder, descansando plenamente en Él, en una entrega sin reserva. De ahí que mantener la fe en el Señor, no negar su nombre, permite el disfrute de la armadura espiritual de protección contra el maligno, que es el escudo de la fe (Ef. 6:16). El vencedor es aquel que cree que Jesús es el Hijo de Dios (1 Jn. 5:5). Creer es lo opuesto a rechazar, equivalente, por tanto, a no negar su nombre. La fe sola no vence al mundo, pero la fe en Jesús, el Hijo de Dios, permite gozar de Su triunfo y vivir en el poder de su señorío.

9. He aquí, yo entrego de la sinagoga de Satanás a los que se dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten; he aquí, yo haré que vengan y se postren a tus pies, y reconozcan que yo te he amado.

ἰδοὺ διδῶ ἐκ τῆς συναγωγῆς τοῦ Σατανᾶ τῶν λεγόντων ἑαυτοὺς
He aquí entrego de la sinagoga de Satanás los que dicen a ellos mismos
᾿Ιουδαίους εἶναι, καὶ οὐκ εἰσὶν ἀλλὰ ψεύδονται. ἰδοὺ ποιήσω αὐτοὺς
judíos son y no son sino mienten; he aquí haré les
ἵνα ἥξουσιν καὶ προσκυνήσουσιν ἐνώπιον τῶν ποδῶν σου καὶ
que vengan y se postren delante de los pies de ti y
γνῶσιν ὅτι ἐγὼ ἠγάπησα σε
conozcan que yo amé te.

Notas sobre el texto griego.

Juan continúa usando la expresión de advertencia enfática con ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia, *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; διδῶ, primera persona singular del presente de subjuntivo en voz activa del verbo δίδω, forma tardía de terminación en ω, de δίδωμι, *conceder, dar, entregar,* aquí como *entrego*; ἐκ, preposición de genitivo, *de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado, *la*; συναγωγῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo, *sinagoga*; Σατανᾶ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *de Satanás*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado, *los*; λεγόντων, caso genitivo masculino plural con el participio presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir, llamar,* aquí como *que dicen*; ἑαυτοὺς, caso acusativo masculino plural del pronombre reflexivo, *a ellos mismos*, *a sí mismos*; ᾿Ιουδαίους, caso acusativo del adjetivo, *judíos*; εἶναι, infinitivo presente en voz activa del verbo εἰμί, *ser* o *estar*, aquí como *ser*; καὶ, conjunción *y*; οὐκ adverbio de negación enfática no condicional οὐ, en la forma que adopta ante vocal con espíritu suave, y que equivale a *no*, sirviendo para negativizar a εἰσὶν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *son*; ἀλλὰ, conjunción adversativa que equivale a *sino*; ψεύδονται, tercera persona plural del presente de indicativo en voz media del verbo ψεύδομαι, *mentir,* aquí como *mienten*. La segunda cláusula comienza también con εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia, *¡Mira!*, habitualmente *he aquí*; ποιήσω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ποιέω, con un amplio significado, aquí como *haré*; αὐτοὺς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal, *les*; ἵνα, conjunción, *que*; ἥξουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo ἥκω, *venir*, aquí como *vendrán*, en castellano mejor *vengan*; καὶ, conjunción *y*; προσκυνήσουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo proskunevw, *postrarse, prosternarse, inclinarse delante*, aquí como *prosternarán*, en castellano mejor *prosternen*; ἐνώπιον, adverbio de lugar, *delante*, que forma una locución preposicional con lo que sigue; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado, *de los*; ποδῶν, caso genitivo masculino singular del sustantivo, *pies*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal, *de ti*; y γνῶσιν, tercera persona plural del aoristo segundo de subjuntivo en voz activa del verbo γινώσκω significa *llegar al conocimiento, reconocer, entender,* aquí como *conozcan*; ὅτι, conjución, *que*; ἐγω, caso nominativo singular del pronombre personal, *yo*; ἠγάπησα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀγαπάω, *amar*, aquí como *amé*; se, caso acusativo singular del pronombre personal, *te*.

Junto con los elogios el Señor promete una actuación personal contra quienes afrenten y persigan a los creyentes, llamando la atención de los lectores

de la carta, con la conocida expresión de advertencia que se traduce generalmente por ἰδου, *he aquí*, y que se establece con mayor énfasis si se traduce como *mira*, como si dijese: *"mira lo que voy a hacer con ellos"*. La acción del Señor comprende una *entrega*: διδῶ, *entrego,* que implica un acto de concesión equivalente a *dar*, en este sentido entregar a quienes persiguieron y acosaron a los cristianos a una determinada situación. Los que van a recibir la acción del Señor son miembros de la ἐκ τῆς συναγωγῆς τοῦ Σατανᾶ, *"sinagoga de Satanás"*, expresión que ya fue usada anteriormente (2:9). Está refiriéndose, como también antes, a los que se reunían en la sinagoga de los judíos. La congregación de los hebreos se llamaba *"sinagoga de Yahwe"* (Nm. 20:4), pero a causa de su condición manifestada en acciones contra los cristianos, no eran *hijos de Dios*, sino *hijos* y seguidores de Satanás. En realidad aquellos eran una congregación satánica por su oposición al Señor. Ellos τῶν λεγόντων ἑαυτοὺς 'Ιουδαίους εἶναι, καὶ οὐκ εἰσὶν, *"se dicen ser judíos y no lo son"*, es decir, se llamaban judíos y se tenían por tales, pero no lo eran realmente. En lugar de judíos eran *mentirosos*: ἀλλὰ ψεύδονται, *sino que mienten.* No cabe duda que muchos o tal vez todos fuesen, históricamente hablando, del pueblo de Israel y procedentes de aquella tierra; incluso podrían presentar credenciales que los vinculaban con alguna familia hebrea y les permitía llegar, en el árbol genealógico hasta Jacob, Israel, por tanto hasta el mismo Abraham. Sin embargo, los verdaderos judíos no son los descendientes biológicos de Abraham, sino los que son de la fe de Él, como se dijo anteriormente (Ro. 2:28-29). Aquellos fanáticos calumniadores y perseguidores de los cristianos que se llamaban a ellos mismos judíos, se reunían en la sinagoga judía de la ciudad. La sinagoga era la reunión de los creyentes hebreos para el culto, la lectura de la ley y la adoración a Dios. Se entendía que en un lugar donde se reunían para adorar a Dios, la congregación, la sinagoga, estaba presidida por Dios mismo. Sin embargo, Jesús dice que aquellos no se congregaban en el nombre del Señor, sino que ellos eran *sinagoga de Satanás,* congregación presidida por el demonio. El que es malediciente es instrumento en mano de Satanás e impulsado por él, un servidor de sus propósitos (Stg. 3:6; 4:1). Cristo llamó a los líderes religiosos y a los judíos fanáticos de su tiempo *"hijos del diablo"* (Jn. 8:44). Satanás es el adversario y opositor de los que aman y sirven al Señor (1 P. 5:8). Esos judíos, que se tenían por tales y se llamaban de esa manera, eran simplemente judíos de raza, pero no merecían ese nombre, puesto que *Judá* significa *alabanza agradecida a Yahwe*, mientras que aquellos eran perseguidores de *Yahwe*, persiguiendo a Cristo y oponiéndose a Él (cf. Jn. 5:23; 12:44; 14:1; 15:23), al perseguir a los cristianos (Hch. 9:5). Por esa razón el Señor les llama *mentirosos*, por afirmar que eran judíos cuando realmente no lo eran. Aquellos eran embusteros, engañadores, falsos testigos de ellos mismos.

Ἰδοὺ ποιήσω αὐτοὺς ἵνα ἥξουσιν καὶ προσκυνήσουσιν ἐνώπιον τῶν ποδῶν σου. Por esa razón, la actuación de Cristo iría directamente para producir en ellos un cambio radical. Quienes perseguían, vienen y se postran reconociendo la realidad de que los cristianos son amados por Dios y no enemigos de Él, como habitualmente consideraban los judíos. Una lectura rápida y sin detenimiento llevaría a pensar en una humillación histórica que Cristo disponía para los judíos de la sinagoga de Filadelfia, que tendrían que inclinarse ante los cristianos. Tal acción no se contempla en la Escritura en ningún lugar, y tan sólo ante Cristo, como Señor, se doblarán las rodillas de todos en reconocimiento de su señorío (Fil. 2:11). Quiere decir que el Señor disponía de una acción que conduciría a los judíos en arrepentimiento a aceptar a quienes los cristianos reconocían como Señor y Salvador. Es muy interesante un párrafo de L. Ladd:

"Encontramos un amplio antecedente para esta idea en el Antiguo Testamento, con la diferencia de que allí está descrita en términos del triunfo de Israel sobre sus enemigos y la salvación de los gentiles por la fe en el verdadero Dios de Israel: 'Y vendrán a ti humillados los hijos de los que te afligieron, y a las pisadas de tus pies se encorvarán todos los que te escarnecían, y te llamarán Ciudad de Jehová, Sión del Santo de Israel' (Is. 60:14). 'Así dice Jehová: El trabajo de Egipto, las mercaderías de Etiopía, y los sabeos, hombres de elevada estatura, se pasarán a ti y serán tuyos; irán en pos de ti, pasarán con grillos; te harán reverencia y te suplicarán diciendo: Ciertamente en ti está Dios, y no hay otro fuera de Dios' (Is. 45:14). 'Reyes serán tus ayos, y sus reinas tus nodrizas; con el rostro inclinado a tierra se postrarán ante ti, y lamerán el polvo de tus pies; y conocerás que yo soy Jehová, que no se avergonzarán los que esperan en mi' (Is. 49:23).[15] *'Y sabrán las naciones que yo Jehová santifico a Israel, estando mi santuario en medio de ellos para siempre' (Ez. 37:28). 'Santificaré mi grande nombre, profanado entre las naciones, el cual profanasteis vosotros en medio de ellas; y sabrán las naciones que yo soy Jehová, dice Jehová el Señor, cuando sea santificado en vosotros delante de sus ojos' (Ez. 36:23). Estos y muchos otros pasajes miran hacia un día de triunfo en término de la humillación de los gentiles delante de Israel, a veces por la conversión de los gentiles a la fe de Israel.*

Juan invierte la figura. Los judíos han terminado con su papel de pueblo de Dios, porque han rechazado a su Mesías. En su lugar, la iglesia, primordialmente gentil, ha llegado a ser el verdadero judaísmo, el nuevo pueblo de Dios. Sin embargo, los judíos odian a la iglesia y han sido a menudo los instrumentos para producir persecución contra ella. Juan mira hacia delante, a un día cuando esta situación será cambiada, cuando los judíos

[15] Tomada de la versión Cantera-Iglesias.

reconocerán que la iglesia es realmente el verdadero pueblo de Dios y ***reconozcan que yo te he amado****”*[16].

Καὶ γνῶσιν ὅτι ἐγὼ ἠγάπησα σε. Sin entrar en ciertos matices teológicos sobre el pueblo de Dios que serán considerados más adelante, la idea subyacente en las palabras del Señor por medio de Juan, es semejante a las de los profetas en relación con un cambio en los gentiles hacia Dios. Quiere decir que el Señor actuaría entre los judíos, hasta entonces opositores, falsos judíos, para conducirlos a la salvación. La figura que usa el Señor es muy gráfica, como la de un opositor que está postrado delante de los pies de los creyentes, reconociendo que son verdaderamente hijos de Dios. Esta figura ha sido usada también por el apóstol Pablo cuando escribiendo sobre las consecuencias que el mensaje de la Palabra produce en un incrédulo que entra en la congregación de los cristianos, dice: *“lo oculto de su corazón se hace manifiesto; y así, postrándose sobre el rostro, adorará a Dios, declarando que verdaderamente Dios está entre vosotros”* (1 Co. 14:25). De la misma manera en la promesa del Señor; los que antes eran blasfemos (2:9), quedan doblegados por la gracia (3:9). ¿A qué tiempo se estaba refiriendo el Señor? ¿Tiene que ver con el futuro de la conversión nacional de Israel, en el remanente escogido por gracia (Ro. 11:26)? Teniendo en cuenta que esta sección del libro corresponde a *“las cosas que son*, necesariamente el contexto exige que se considere como algo que debe corresponder al tiempo de la dispensación de la Iglesia. La Biblia enseña que del árbol del olivo fueron desgajadas las ramas naturales que representan a los judíos, y en su lugar injertadas las silvestres, figura de los gentiles, en contra de la naturaleza (Ro. 11:17-20). Cuando las ramas quebradas por incredulidad pasen a creer, serán nuevamente injertadas porque Dios es poderoso para hacerlo (Ro. 11:23). Ocurrirá luego la conversión del remanente fiel (Ro. 11:26). Pero, mientras tanto, todo aquel judío que crea en Cristo como su Salvador personal, es implantado en Él, recibe la condición de hijo de Dios (Jn. 1:12), y pasa a ser un miembro más, junto con el resto de los salvos, del cuerpo en Cristo que es la Iglesia. De manera que cuando el Señor promete que vendrán y se postrarán *delante* de los cristianos, que no *ante* ellos, quiere decir que estos que eran opositores de Cristo y perseguidores de su pueblo, pasan a ser salvos por gracia mediante la fe, y adoradores del verdadero Dios, a quien conocerán personalmente y con quien se relacionarán de Padre a hijos. La promesa del Señor tiene que ver con un tiempo de gozo y victoria cuando muchos de los judíos serán alcanzados por el evangelio y pasarán a formar parte de la Iglesia, el pueblo de Dios en esta dispensación (1 P. 2:9). En ese momento, hijos en Cristo y hermanos unos de los otros, los judíos conversos entenderán que el pueblo de Dios, mayoritariamente gentil, es tan amado por Dios como lo

---

[16] G. Eldon Ladd. o.c., pág. 55 s.

fue el pueblo de Israel (1 P. 2:10), de ahí las palabras del Señor: Καὶ γνῶσιν ὅτι ἐγὼ ἠγάπησα σε, *"y reconozcan que yo te he amado"*.

10. Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra.

ὅτι ἐτήρησας τὸν λόγον τῆς ὑπομονῆς μου, καγώ σε τηρήσω ἐκ
Porque guardaste la palabra de la paciencia de mi también yo te guardaré de
τῆς ὥρας τοῦ πειρασμοῦ τῆς μελλούσης ἔρχεσθαι ἐπὶ τῆς οἰκουμένης
la hora de la prueba - que está para venir sobre el mundo habitado
ὅλης πειράσαι τοὺς κατοικοῦντας ἐπὶ τῆς γῆς.
entero para poner a prueba a los que moran sobre la tierra.

Notas sobre el texto griego.

El versículo comienza con ὅτι, conjunción que equivale a *puesto que, por cuanto*; ἐτήρησας, segunda persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo τηρέω, *custodiar, guardar, reservar, conservar,* aquí como *guardaste*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado, *el,* femenino en castellano, *la*; λόγον, caso acusativo masculino singular del sustantivo, *palabra*, femenino en castellano, pero masculino como *discurso*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado, *de la*; ὑπομονῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo, *paciencia*, en sentido de capacidad para permanecer bajo algo, formado con ὑπό, *bajo* y μένω, *permanecer*; μου, caso genitivo masculino singular del pronombre personal, *de mí*; καγὼ, palabra formada por crasis[17] del adverbio de modo καὶ, *también*; y el pronombre personal ἐγώ, y que equivale a *también, yo*; σε, caso acusativo singular del pronombre personal, *te*; τηρήσω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo τηρέω, *custodiar, guardar, reservar, conservar,* aquí como *guardaré*; ἐκ, preposición que rige genitivo, *de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado, *la*; ὥρας, caso genitivo femenino singular del sustantivo, *hora, momento, instante, ocasión, un período de tiempo indefinido*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado, *de la*; πειρασμοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo, *prueba, aflicción, conflicto, dificultad*; τῆς, genitivo femenino singular del artículo determinado, *de la*, que no se usa en español en este caso; μελλούσης, caso genitivo femenino singular con el participio presente en voz activa del verbo μέλλω, *que está a punto de*, *está para*; ἔρχεσθαι, infinitivo presente en voz media del verbo ἔρχομαι, *venir*; ἐπὶ, preposición de genitivo, *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado, *la*, en castellano como masculino a causa del sustantivo que sigue; οἰκουμένης, caso genitivo femenino singular del sustantivo, *mundo,* literalmente *mundo habitado, humanidad*; ὅλης, caso genitivo femenino singular del adjetivo, *entero, todo*; πειράσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo πειράζω, *probar*, *poner a prueba*; τοὺς, caso acusativo masculino

[17] *Crasis*, palabra griega que equivale a *unión de fuerzas*, en general *unión de elementos*.

plural del artículo determinado, *a los*; κατοικοῦντας, caso acusativo masculino plural con el participio presente en voz activa del verbo, κατοικέω, *vivir, habitar, morar*, aquí como *que moran*; ἐπὶ, preposición de genitivo, *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado, *la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo, *tierra*.

La iglesia en Filadelfia había sido fiel al Señor aun en medio de las pruebas. No se dice cuales fueron, pero, sin duda, debieron haber sido intensas como eran las persecuciones desencadenadas sobre los cristianos. A pesar de la intensidad de la prueba ellos persistieron en reconocer a Jesús como el Señor y vivir en consecuencia con esa fe. El Señor reconoce que aquellos cristianos habían ἐτήρησας τὸν λόγον τῆς ὑπομονῆς μου, *"guardado la palabra de mi paciencia"*. Esta expresión puede entenderse de distintas maneras, una sería la actitud obediente ante el mandato de Cristo de aguantar pacientemente por su causa. Otra podría ser mantener la fidelidad al único evangelio donde se muestra la paciencia del Señor, soportando todo hasta la muerte y muerte de cruz (Fil. 2:8). Podría también ser una referencia a la defensa del evangelio de Cristo guardando la doctrina celosamente a pesar de las dificultades y aflicciones que comportaba.

La palabra traducida como *paciencia*, indica la capacidad, no tanto de esperar algo, sino de soportar pacientemente sin claudicar a pesar de las dificultades que ello comporte. En griego, el sustantivo –como se indica en las notas arriba- está compuesto de una preposición que equivale a *bajo*, y un verbo que significa *permanecer*, de ahí la idea de permanecer bajo algo, en este caso, permanecer bajo una prueba. Este término se traduce siempre como *paciencia*. Esta es la paciencia que se manifiesta, se establece y crece bajo las pruebas (Stg. 1:3). Puede ser una paciencia pasiva, en sentido de estar bajo una carga manteniéndose firme, como es el caso de la paciencia en medio de la prueba (Lc. 21:19), por eso el Señor dice que *"el que persevere hasta el fin, éste será salvo"* (Mt. 24:13). Esta paciencia hace que el creyente sea *"sufrido en la tribulación"* (Ro. 12:12). A ella se refiere Santiago en su epístola: *"Bienaventurado el varón que soporta la tentación, porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman"* (Stg. 1:12). La misma paciencia pasiva es lo que permite al cristiano mantenerse fiel en el servicio del evangelio, como recuerda el apóstol Pablo en su comportamiento: *"antes bien, nos recomendamos en todo como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos en ayunos"* (2 Co. 6:4-5). Las señales de apóstol llevaban aparejadas también este tipo de paciencia (2 Co. 12:12). También es la paciencia que capacita al creyente para estar firme soportando cuando la disciplina de Dios viene sobre su vida para bendición (He. 12:7). Incluso esta paciencia se manifiesta bajo las aflicciones

no merecidas, o no procedentes de la disciplina de Dios, sino del conflicto que el cristiano experimenta en el mundo (1 P. 2:20). La paciencia también puede ser activa, en sentido de perseverancia, constancia, como ocurre en la expresión *"perseverando en bien hacer"* (Ro. 2:7), donde se lee literalmente, *"con la paciencia del bien obrar"*. Igualmente es activa cuando se *persevera*, pacientemente en dar fruto (Lc. 8:15). De la misma manera en el *"correr con paciencia la carrera"* (He. 12:1). La paciencia, bien sea activa o pasiva perfecciona el carácter cristiano (Stg. 1:4). En esa paciencia que permite soportar las aflicciones, el creyente es admitido a reinar con Cristo (2 Ti. 2:12; Ap. 1:9). La fuerza espiritual necesaria para la práctica de la paciencia, procede del mismo Señor, que es ejemplo de ella (Col. 1:11), por la acción sobrenatural del Espíritu Santo (Ef. 3:16). Pablo enseña que el creyente es encaminado a la paciencia de Cristo (2 Ts. 3:5), que puede entenderse como la paciente espera hasta la venida de Cristo, o también que sean capaces de sufrir con paciencia los sufrimientos como Cristo la experimentó también en los suyos (He. 12:2). El completo de esta paciencia consiste en mantenerla a lo largo de la carrera cristiana, de forma que como Cristo espera hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies (He. 10:13), así también los cristianos mantienen la paciencia esperando su triunfo que es el triunfo definitivo del Señor y con el la liberación perpetua del sufrimiento de los suyos. De otro modo, los creyentes en Filadelfia habían sido capacitados por el Espíritu para ser pacientes como lo fue el Señor, mientras esperan en Él en todo tiempo, con los ojos puestos en su venida. La λόγον τῆς ὑπομονῆς μου, *"palabra de mi paciencia"* debe entenderse aquí como la consecuencia obediente al mandato de Cristo de mantenerse a pesar de las tribulaciones en un seguimiento fiel. Es la palabra que enseña en la Escritura los sufrimientos de Cristo, que estimulan y son ejemplo para soportar los sufrimientos propios en la vida cristiana, de todos aquellos que *"guardan su palabra y no niegan su nombre"* (v. 8). Debe considerarse esto como el mandato del discipulado, que comporta el privilegio de compartir los sufrimientos de Cristo (Jn. 16:33; Lc. 14:26). Tal es el ejemplo de Pablo en la razón que impulsaba su ministerio (2 Ti. 2:10). Debe recordarse que el sufrimiento del creyente es, junto con la salvación, una concesión de la gracia (Fil. 1:29). El sufrimiento por Cristo identifica al cristiano con el sufrimiento de Cristo (Col. 1:24). En la vida cristiana abundan las aflicciones por Cristo (2 Co. 1:5).

Καγώ σε τηρήσω ἐκ τῆς ὥρας τοῦ πειρασμου. Una bendición es consecuencia de la fidelidad pacientemente llevada a cabo. El Señor promete que los creyentes serían guardados de un tiempo de prueba que vendrá sobre el mundo entero. Sus palabras son concretas y claras: σε τηρήσω, *"te guardaré"*. El verbo en futuro indica una acción que se realizará más adelante, pero siempre, en el tiempo histórico de la iglesia. En esa acción de Cristo, quien guarda es Él, y quienes son guardados son los creyentes. La acción tiene que ver

con un *salir*, de un período histórico llamado aquí τῆς ὥρας τοῦ πειρασμου, *"tiempo de prueba"*, es decir, el Señor promete *sacar* a los suyos de ese tiempo. La preposición griega que Juan utiliza aquí indica un *salir de*, y, por tanto, expresa la idea de sacar a los creyentes fuera del tiempo de la prueba. Será, por tanto, necesario entender el significado de la expresión, *"hora de la prueba"*, o su equivalente *"tiempo de prueba"*, o *"período de prueba"*. El contexto exige entender que es un tiempo de prueba especialmente duro que Dios envía sobre todo el mundo. Esta *hora de prueba*, corresponde a los acontecimientos propios del *"día de Dios",* el *"día de Yahwe"*, tantas veces mencionado en el Antiguo Testamento y cuyo desarrollo de los acontecimientos ocupa la tercera parte del Apocalipsis a partir del capítulo 4. Según lo que se desprende del estudio del *"día de Yahwe"* en el Antiguo Testamento, se aprecia que ese tiempo tendrá una serie de características que expresan angustia por la acción judicial de Dios, de modo que será: a) un tiempo de angustia (cf. Jer. 30:7; Dn. 12:1; Sof. 1:14-15); b) un tiempo en que la ira de Dios a causa del pecado descenderá sobre los moradores de la tierra (Sof. 1:15, 18); complementado también por la revelación del Nuevo Testamento (1 Ts. 1:10; 5:9; Ap. 6:16-17; 11:18; 14:10, 19; 15:1, 7; 16:1, 9); c) será también un tiempo de juicio e indignación divinos, ya que Dios intervendrá judicialmente para castigar a los hombres en justicia por sus maldades, pero orientado a que reconozcan donde están y retornen a Dios (Is. 26:20-21; 34:1-3), complementado especialmente en el desarrollo del Apocalipsis (Ap. 14:7; 15:4; 16:5, 7; 19:2); d) según las palabras del Señor a la iglesia en Filadelfia, será un tiempo de prueba; e) *"la hora de la prueba"*, será un período de angustia a causa de los juicios de Dios (Jer. 30:7; Dn. 12:1; Sof. 1:14-15); f) la Revelación enseña que también será un tiempo de destrucción (Jl. 1:15; 1 Ts. 5:3); g) dada la intensidad de la acción de Dios, se dice que esa época en la historia humana será de tinieblas y desolación (Dn. 9:27; Jl. 2:2; Am. 5:18; Sof. 1:14-18); h) por tanto será también un tiempo de trastorno y castigo (Is. 24:1-4, 19-21). La hora de la prueba es una acción divina que hace descender sobre el mundo la ira de Dios sobre los rebeldes y transgresores (Is. 24:1; 26:21; Jl. 1:5; Sof. 1:18; Ap. 6:16-17; 11:18; 14:7, 10, 19; 15:4, 7; 16:1, 7, 19; 19:1, 2).

El Señor advierte del alcance o de la extensión de la prueba: τῆς μελλούσης ἔρχεσθαι ἐπὶ τῆς οἰκουμένης ὅλης , *"la que ha de venir sobre el mundo entero"*, literalmente: *la que está para venir sobre todo el mundo habitado.* La expresión *mundo*, es literalmente *tierra habitada*, entendiéndolo como la humanidad que vive en la tierra, las gentes que moran en la tierra durante el tiempo en que se produzca la intervención divina. El sustantivo *mundo, tierra habitada*[18], tiene carácter de universalidad en las quince veces

[18] La palabra griega οἰκουμένης, considerada en las notas sobre el texto griego de este versículo.

que aparece en el Nuevo Testamento (Mt. 24:14; Lc. 2:1; 4:5; 21:26; Hch. 11:28; 17:6, 31; 19:27; 24:5; Ro. 10:18; He. 1:6; 2:5; Ap. 3:10; 12:9; 16:14). Ese tiempo *"habrá de venir"*, literalmente *"está a punto de venir"* o también *"está preparado para venir"*. El Día del Señor se presenta en toda la profecía con carácter inminente para estimular a la vigilancia del creyente sobre su modo de vida. Quiere decir el Señor que Dios intervendrá en el futuro sobre el mundo y los hombres que vivan en él.

El objetivo que Dios tiene en ese tiempo es claro: πειράσαι τοὺς κατοικοῦντας ἐπὶ τῆς γῆς, *"probar a los que moran sobre la tierra"*, es decir, poner a prueba a los hombres. La acción judicial de Dios se descargará sobre los impíos pero no sobre los creyentes de la iglesia. Es necesario apreciar ya esta distinción en el mismo pasaje antes de recurrir a otros que lo confirman. Cristo dice a los suyos que el juicio será sobre todos los *moradores*, en sentido de los hombres en general sobre la tierra, estableciendo una distinción entre los suyos que serán guardados y los otros que recibirán la prueba de Dios. La ira de Dios se descargará sobre los *terrenales*, los que son de este mundo, mientras que no alcanzará a los que son *celestiales*, por condición y ciudadanía (Fil. 3:20). Esta idea y expresión aparece varias veces en el Apocalipsis y siempre con este mismo alcance (cf. 6:10; 8:13; 11:10; 12:12; 14:6). El Señor afirma en promesa que la iglesia, representada aquí por la de Filadelfia pero en extensión general a toda ella, será protegida por Él mismo. Aquí las diferencias interpretativas son evidentes. Para algunos la iglesia estará en ese tiempo de tribulación y recibirá una protección especial de Dios en ese tiempo, de este modo escribe Ladd:

"Aquí hay una clara referencia escatológica a los 'ayes mesiánicos' que han de preceder al regreso del Señor. Juan vio las tribulaciones que la iglesia sufrirá en el futuro cercano ante este fondo de consumación del mal y el tiempo de terrible tribulación al fin. Este período aparece otras veces en la Biblia en Daniel 12:2; Marcos 13:14 y paralelos; 2 Tesalonicenses 2:1-12. Este tiempo de gran tribulación (Mt. 24:21) envolverá dos aspectos: la persecución de la iglesia por el Anticristo (Ap. 13:7, 8) y el derramamiento de juicios divinos sobre una civilización rebelde y apóstata. El peligro de martirio no es algo que la iglesia debe temer. Jesús dijo que cuando sus discípulos sean odiados y llevados a la muerte, 'ni un cabello de vuestra cabeza perecerá' (Lc. 21:18). La muerte física, aun el martirio, no tiene significado eterno; ciertamente, en el tiempo del Anticristo, el martirio de los santos probará su salvación. En el mismo acto del martirio, ellos conquistarán a la bestia (Ap. 15:2)"[19].

---

[19] G. Eldon Ladd. o.c., pág. 56.

En este sentido, quienes interpretan de este modo, entienden que lo que el Señor promete es *proteger* a través del tiempo de prueba o mientras dure el mismo. Es bastante complejo entender como los creyentes estarán presentes en un tiempo en que la ira de Dios descenderá sobre todos los moradores de la tierra. ¿En qué consistiría esa protección? Cuando se considera la interpretación de este versículo a la luz de todo el contexto del libro, se echa de ver que los creyentes en aquel tiempo sufrirán martirio, muchos serán muertos por causa del testimonio de Cristo, como respuesta a la predicación del mensaje del evangelio por un grupo de ciento cuarenta y cuatro mil seleccionados de entre las tribus de Israel. Si la Iglesia estuviera presente tendría que ser ella a la que le correspondería extender el evangelio tal y como recibió la comisión del Señor (Mt. 28:16-20; Mr. 16:15-16; Hch. 1:8). Además debe notarse que el Señor no promete guardar a los suyos *en la prueba*, sino *de la hora*, es decir, del período de la prueba. En ese sentido los creyentes serán *sacados fuera*, de aquel tiempo para que no pasen por él.

Otros entienden que la Iglesia estará presente hasta la mitad del tiempo de la tribulación. Hasta que el Señor tome directamente una acción judicial sobre el mundo, derramando Él mismo su ira sobre toda la tierra. Esta interpretación exige que se produzca una remoción de la Iglesia en ese tiempo que pase a la presencia del Señor saliendo del mundo. El texto enseña que la iglesia no será librada en medio de la prueba, sino de la misma hora de ella, es decir, no estará durante la prueba que Dios enviará sobre el mundo.

Debe llegarse a la conclusión que mejor se ajuste a la enseñanza general de la Palabra. Jesús pidió al Padre que los creyentes fuesen librados por Su poder, no de la prueba, sino del maligno (Jn. 17:15). De la misma manera advirtió a los cristianos que durante el tiempo de la presencia de la Iglesia en el mundo, sufriría tribulación, aflicciones, persecuciones, etc. (Jn. 16:33). Nunca la Iglesia estuvo ausente de la tribulación, pero ésta siempre se lleva a cabo en el tiempo presente de la historia de la Iglesia, es decir, en cualquier tiempo en que la Iglesia esté en el mundo. Sin embargo, el apóstol Pablo hace una afirmación en su escrito a los tesalonicenses: *"Y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera"* (1 Ts. 1:10). La venida del Hijo de Dios, nuestro Señor y Salvador Jesús, trae como consecuencia la *liberación* de la ira venidera. ¿Se tratará aquí de la ira venidera en sentido del juicio final y de la eterna condenación de los perdidos? El mismo apóstol define su pensamiento cuando más adelante, en la misma carta, dice: *"Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo"* (1 Ts. 5:9). El creyente está llamado a esperar a Jesucristo que viene de los cielos (Jn. 14:1-4) y esa venida del Señor para recoger a los suyos traerá liberación de la ira venidera. Cristo ha librado al creyente de la ira eterna de Dios, al extinguir para Él toda

responsabilidad penal por el pecado, en el momento de la salvación (Ef. 2:2, 3; Ro. 8:1). En su venida a recoger a la Iglesia, la librará de una ira específica, temporal, determinada, sujeta a un tiempo concreto, el *"día de Jehová", "día del Señor"*, que está determinada sobre el mundo entero (Mt. 24:30; Ap. 19:11-15). Por tanto la liberación consistirá en el arrebatamiento de la Iglesia antes del período de la tribulación. El cristiano no está puesto en el mundo para la ira de Dios, sino que será removido del mundo en que se producirá el impacto de la ira divina, antes de que esta llegue (1 Ts. 4:17). La salvación en el texto de Pablo (1 Ts. 5:9) no se refiere al perdón de pecados y recepción de vida eterna que ya posee desde la conversión (Ef. 2:8), sino a la salvación final y futura, la redención y glorificación del cuerpo. El Señor está prometiendo aquí a los creyentes en Filadelfia el gozo de saber que en la gran prueba que vendrá sobre el mundo entero, no estarán presentes, sino que serán preservados de ella por una *salida* fuera del mundo en que tendrá lugar.

Exhortación (3:11).

11. He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona.

ἔρχομαι ταχύ· κράτει ὃ ἔχεις, ἵνα μηδεὶς λάβῃ τὸν στέφανον
Vengo pronto. Retén lo que tienes para que ninguno tome la corona
σου.
de ti.

Notas sobre el texto griego.

El versículo comienza con la advertencia del Señor, ἔρχομαι, primera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo con la misma forma, *venir*, aquí como *vengo*; ταχύ, adverbio, *pronto*, *presto*. La segunda cláusula comienza con κράτει, segunda persona singular del presente de imperativo en voz activa del verbo κρατέω, *retener, asir, mantener, guardar, tomar,* aquí como *retén*; ὃ, caso acusativo neutro singular del pronombre relativo, *lo que*; ἔχεις, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *tener, retener, contener*, aquí como *tienes*; seguido de la conjunción ἵνα, *que, para que*; μηδεὶς, caso nominativo masculino singular del pronombre indefinido, *ninguno*, *nadie*; λάβῃ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo λαμβάνω, *aceptar, dar, cobrar, entrar, obtener, quitar, tomar,* aquí como *tome*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado, *el,* en castellano femenino, *la*; στέφανον, caso acusativo masculino singular del sustantivo, *corona*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal, *de ti*.

Ἔρχομαι ταχύ. El Señor promete venir pronto. En el texto griego no está la expresión que se traduce habitualmente por *he aquí*. Simplemente Jesús

hace la afirmación de su venida como algo próximo. El verbo en presente unido al adverbio *pronto, enseguida,* indica una acción inminente y repentina, esto es, puede venir en cualquier momento. Es un llamado de atención a cada cristiano sobre el descenso de Jesús para recoger a la iglesia en un encuentro en el aire y trasladarla a Su presencia para que esté para siempre con Él, conforme a su promesa (Jn. 14:1-4). El apóstol Pablo lo enseñó también cuando escribiendo a los tesalonicenses les dice: *"Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor"* (1 Ts. 4:17). Aquellos de los tiempos de Pablo esperaban el regreso del Señor en sus días, de la misma manera, los creyentes de hoy debemos estar esperando el encuentro con Él en cualquier momento. No hay nada que deba cumplirse para que el traslado de la Iglesia se produzca. La idea de esperar el cumplimiento de señales es aplicar a la Iglesia lo que esta establecido como referente para Israel y las naciones de la tierra, en relación con la segunda venida del Señor. La Iglesia no está llamada a esperar señales, sino a esperar al Señor (1 P. 1:13). Esta venida del Señor tiene que ver con quienes le esperan (He. 9:28). En medio de los conflictos propios de la vida cristiana, la promesa del Señor suena como un canto de regocijo, que disminuye el efecto del conflicto y mitiga las consecuencias de las pruebas. Si Él viene en cualquier momento, quiere decir que cada vez está más cercano el momento del descanso a su lado y de la perfecta paz a su diestra, como dice el Salmo: *"en tu presencia hay plenitud de gozo, delicias a tu diestra para siempre"* (Sal. 16:11). Según la promesa del Señor el acontecimiento de su regreso a buscar a la Iglesia es inminente, quiere decir que puede suceder en cualquier momento. A Israel se le han dado señales que han de cumplirse antes de la venida del Mesías. Cristo dijo que cuando vean las señales sabrán que el tiempo está cercano (Mt. 24:29-35). A la iglesia no se le han dado señales, simplemente se le manda que viva a la luz de la inminente venida del Señor para trasladarla a su presencia (Jn. 14:2-3; Hch. 1:11; 1 Co. 15:51-52; Fil. 3:20; Col. 3:4; 1 Ts. 1:10; 1 Ti. 6:14; Tit. 2:11; Stg. 5:8; 2 P. 3:13-14). De ahí los pasajes que advierten al creyente para que esté esperando al Señor mismo y no a las señales (1 Ts. 5:4-6; Tit. 2:13). La Iglesia, por tanto, no está llamada a esperar señales, sino a esperar al Señor (1 P. 1:13). Esta venida del Señor tiene que ver con quienes le esperan (He. 9:28). En medio de los conflictos propios de la vida cristiana, la promesa del Señor suena como un canto de regocijo, que disminuye el efecto del conflicto y mitiga las consecuencias de las pruebas. Si Él viene en cualquier momento, quiere decir que cada vez está más cercano el momento del descanso a su lado y de la perfecta paz a su diestra, como dice el Salmo: *"en tu presencia hay plenitud de gozo, delicias a tu diestra para siempre"* (Sal. 16:11).

Junto con la promesa la exhortación a mantenerse en un modo de vida que conduzca a la victoria, de ahí las palabras del Señor: κράτει ὃ ἔχεις, ἵνα

μηδεὶς λάβῃ τὸν στέφανον σου, *"retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona"*. El verbo[20] *retener*, apareció antes en la carta a Tiatira (2:25), expresa la idea de aferrarse a algo de modo que nadie pueda arrebatarlo; además, el presente hace referencia a una acción continuada, esto es, estar siempre sujetando, agarrando, aquello que se posee. En este caso, los creyentes en Filadelfia, y todos los creyentes en el decurso de la historia de la Iglesia, han de estar vigilantes reteniendo las virtudes que el Señor puso de manifiesto como perfecciones de los cristianos en Filadelfia. Hay otros lugares en donde se exhorta también a asirse firmemente de algo vital, como es el caso de estar firmemente sujetos a la Cabeza que es Cristo (Col. 2:19); de las enseñanzas (2 Ts. 2:5); de la profesión de fe (He. 4:14); de la esperanza que está puesta delante del creyente (He. 6:18). Todo esto debe ser retenido, sin embargo, el contexto determina entender que se trata de retener la fidelidad al Señor que aquella iglesia había mostrado, con lo que comprende también todas esas otras cosas y aun más.

La razón por la que debe *retenerse* aquello que se tiene es para que μηδεὶς λάβῃ τὸν στέφανον σου, *"nadie tome tu corona"*. El mismo Señor prometió corona de vida a quienes se mantuviesen en la fidelidad aun a costa de su misma vida (2:10). La advertencia que el Señor hace aquí procura prevenir a cada cristiano a fin de que no pierda su recompensa. Hay otros que pueden *tomar* la corona de un creyente. El verbo *tomar*, expresa aquí la idea de hacerse o llevar lo que otro tiene. La corona habla de la recompensa que el Señor da a los suyos que vivan una vida de fidelidad continua delante de Él (1 Co. 9:25). En el Nuevo Testamento se enseña que habrá distintas coronas de recompensa según el trabajo de cada creyente. Así habrá corona de justicia para quienes aman la venida del Señor (2 Ti. 4:8); corona de vida para quien salga victorioso en la prueba (Stg. 1:12); corona incorruptible de gloria para los pastores (1 P. 5:4); corona de vida para quien sea fiel hasta la muerte (Ap. 2:10). El peligro no está en que no haya corona para todos los que corran legítimamente la carrera de la fe, sino en perderla, siéndole retirada para darla a otro que corre bien. Es el gran ejemplo que Pablo pone de un atleta que es descalificado en una competición por haber quebrantado alguna norma de la carrera. La corona que esperaba y que podía haber ganado no la alcanza y es dada a otro que, aunque no hubiera corrido tan veloz, lo hizo según las reglas de la carrera sujetándose a ella (1 Co. 9:24-27). Un creyente puede perder la corona de recompensa por fracaso personal en la carrera de la fe, en cuyo caso, irá a otro que corra conforme a las demandas del Señor. Una solemne enseñanza se desprende de esta advertencia del Señor. Es posible que algún creyente corra por años la carrera de la fe, pero que a causa de un dejar de asirse al Señor y a su Palabra, claudiquen al final de su vida cristiana y queden descalificados. La lealtad no se

---

[20] Griego: κρατέω.

mide por la apariencia de ésta ante los hombres, sino por la realidad de vida delante del Señor.

Promesas y apelación (3:12-13).

12. Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual desciende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo.

Ὁ νικῶν ποιήσω αὐτὸν στῦλον ἐν τῷ ναῷ τοῦ Θεοῦ μου καὶ ἔξω
El que vence haré le columna en el templo del Dios de mí y fuera
οὐ μὴ ἐξέλθῃ ἔτι καὶ γράψω ἐπ᾽ αὐτὸν τὸ ὄνομα τοῦ Θεοῦ μου
de ningún modo saldrá ya y escribiré sobre él el nombre del Dios de mí
καὶ τὸ ὄνομα τῆς πόλεως τοῦ Θεοῦ μου, τῆς καινῆς Ἰερουσαλὴμ ἡ
y el nombre de la ciudad del Dios de mí, la nueva Jerusalén -
καταβαίνουσα ἐκ τοῦ οὐρανοῦ ἀπὸ τοῦ Θεοῦ μου, καὶ τὸ ὄνομα μου
que baja del cielo del Dios de mí y el nombre de mí
τὸ καινόν.
el nuevo.

Notas sobre el texto griego.

Una larga cláusula se desarrolla en el versículo, comenzando con ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; νικῶν, caso nominativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo νίκαω, *que venza*; ποιήσω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ποιέω, *hacer,* aquí como *haré*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal, *le*; στῦλον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *columna*; seguido de ἐν, preposición de dativo, *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado, *el*; ναῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo, *santuario*, lugar donde se manifiesta la presencia de Dios, más que los edificios que son el templo; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado, *del*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo, *Dios*; μου, caso genitivo singular del pronombre personal, *de mí*; unido a la conjunción καὶ, *y*; ἔξω, adverbio de lugar, *fuera*; seguido de los dos adverbios de negación οὐ μὴ, que adquieren en esta forma el significado de negación absoluta, como *de ningún modo, jamás, de forma alguna*; ἐξέλθῃ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo ἐξέρχομαι, *salir, escapar, apartar,* aquí como *saldrá*; reforzado todavía más con el adverbio de tiempo ἔτι, *ya*; y γράψω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo γράφω, *escribir*, aquí como *escribiré*; seguido de la preposición επ’, forma que adopta ἐπί por elisión de la ι final ante vocal, que como preposición de acusativo tiene varios significados, entre otros *en, sobre, a, hacia, entre, contra, junto a*, aquí como *sobre*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal, *él*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado, *lo,* masculino en castellano, *el*; ὄνομα, caso acusativo neutro singular del sustantivo, *nombre*; τοῦ, caso genitivo

masculino singular del artículo determinado, *del*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo, *Dios*; μου, caso genitivo singular del pronombre personal, *de mí*; καὶ, conjunción, *y*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado, *lo*, masculino en castellano, *el*; ὄνομα, caso acusativo neutro singular del sustantivo, *nombre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado, *de la*; πόλεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo, *ciudad*; τοῦ Θεοῦ μου, nuevamente la expresión considerada antes, *del Dios de mí*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado, *la*; καινῆς, caso genitivo femenino singular del adjetivo, *nueva*; Ἰερουσαλὴμ, caso genitivo singular del nombre propio de ciudad, *Jerusalén*; seguido de ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado, *la*; καταβαίνουσα, caso nominativo femenino singular con el participio presente en voz activa, del verbo καταβαίνω, *bajar, descender, venir, sobrevenir,* aquí como *que desciende*; seguido de la preposición de genitivo ἐκ, *de* y del artículo de artículo determinado masculino singular en caso genitivo τοῦ, *el*, en castellano unidos como *del*; Θεοῦ μου, nuevamente la misma expresión anterior, *Dios de mí*; seguido de καὶ, conjunción *y*; τὸ ὄνομα μου, expresión considerada entes en este mismo versículo, *el nombre de mí*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado, *lo*, en castellano, *el*; καινόν, caso acusativo neutro singular del adjetivo, *nuevo.*

Ὁ νικῶν. Como en las cartas anteriores, también en esta hay promesas que el Señor otorga al *"que venciere"*, o al que venza. El que venza es aquel creyente que permanezca en el terreno de victoria, cumpliendo las demandas que el Señor establece para los suyos. No hay limitación en los dones de la gracia, son para todos los que venzan, los que van siendo ya en esta vida *"mas que vencedores"*, por medio de Jesucristo, en total dependencia de Él por la fe (Ro. 8:37). Sólo puede ser vencedor el que ha nacido de nuevo por fe en Cristo.

La primera promesa hará del vencedor ποιήσω αὐτὸν στῦλον ἐν τῷ ναῷ τοῦ Θεοῦ μου καὶ ἔξω οὐ μὴ ἐξέλθῃ ἔτι *"columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí"*. Los creyentes son piedras en el nuevo *santuario* de Dios, que es la Iglesia, y que por ser el templo del Dios vivo, está formado por piedras vivas puestas en él por el Espíritu Santo (1 P. 2:4-7; Ef. 2:20-21). El fundamento estable que comunica vida a cada una de las piedras vivas del santuario es Cristo mismo. En la identidad con Él, expresada por el apóstol como *"acercándoos a Él"*, que se alcanza por medio de la fe depositada en Cristo al creer en Él, se allega para quedar, esto es, para comunión personal y para vida eterna. Ningún creyente puesto en Cristo, dejará de estar en Él. Ningún salvo podrá perder su salvación. En contacto con la Piedra viva que es Cristo, en unión vital con Él, tiene la vida comunicada desde la Piedra viva, y por razón de la vida eterna en cada uno de los creyentes, puede ser edificado sobre Cristo (Ef. 2:20-22). Como el creyente crece, así también la Iglesia. Es un edificio santo que crece en santidad para ser templo de Dios, su casa espiritual. Es un templo espiritual porque Dios no mora en casas hechas por hombres (Hch. 17:24), sino en templos espirituales como corresponde a quien es Espíritu

(Jn. 4:24). La iglesia es presentada como el templo de Dios (1 Co. 3:16; 2 Co. 6:16). La Iglesia es columna y valuarte de la verdad (1 Ti. 3:15). Sin embargo, el Señor establece una promesa relacionada con el templo en forma individual que afecta sólo a los vencedores. En un lenguaje figurado, el Señor expresa la idea de una absoluta estabilidad y solidez en el templo de Dios. Los creyentes que son piedras en el santuario, pueden ser también *columnas*, lo que da solidez y habla de estabilidad eterna. Un candelero puede ser removido, pero una columna no puede ser quitada de su lugar, sopena de derribar el edificio. El templo de Salomón sustentaba su pórtico sobre columnas (1 R. 7:15, 21); Una de ellas se le denominó *Jaquim,* que significa *Yahwe ha dado estabilidad,* la otra se le llamó *Boaz*, que significa *En la fuerza de Yahwe*. En la antigüedad, cuando se quería honrar a una persona se levantaba una columna en su honor, e incluso se hacía también en edificios en los que, mediante una columna, se perpetuaba el recuerdo de la persona que había merecido, por sus acciones o comportamiento, tal distinción. Esta columna que será el vencedor, está en el *santuario*, que expresa la idea más del interior que del exterior del edificio; es el lugar donde la presencia de Dios se manifiesta y en ese sentido, el vencedor estará siempre delante de Dios, a quien ha sido fiel y ha honrado con su vida. La promesa va acompañada de garantía perpetua: καὶ ἔξω οὐ μὴ ἐξέλθῃ ἔτι *"y nunca más saldrá de allí"*. El énfasis en la expresión es muy intenso, con una doble negativa en el texto griego, equivalente a *de ningún modo, jamás, de ninguna manera*, es decir, es imposible que salga de esa posición en que fue colocado. El sujeto de la oración es *el que vence*. La columna, un pilar, en un edificio permanece todo el tiempo que el edificio dure. El santuario de Dios es tan eterno como Dios mismo, y la columna colocada en él permanecerá perpetuamente. El creyente no saldrá jamás de la presencia de Dios en donde ha sido puesto. Esta promesa expresada en lenguaje simbólico garantiza el lugar asegurado para el vencedor en el reino eterno de Dios.

Una segunda promesa está relacionada con la inscripción puesta sobre la columna: καὶ γράψω ἐπ᾽ αὐτὸν *"y escribiré sobre él"*. Una triple inscripción será puesta sobre quien sea columna en el templo de Dios. En primer lugar será labrado el τὸ ὄνομα τοῦ Θεοῦ μου, *"el nombre de mi Dios"*. Cada creyente es, además, sacerdote de Dios (1 P. 2:9). Juan en la introducción del Apocalipsis hizo mención a esta posición espiritual que cada cristiano ocupa delante de Dios, haciéndonos *reino* y *sacerdocio* (1:6). El sumo sacerdote en el antiguo orden, llevaba sobre la mitra en su cabeza, una placa de oro con el título: *"Santidad a Jehová"* (Ex. 28:36-38), indicando que pertenecía a Dios para un servicio santo. ¿Qué nombre de Dios llevará impreso el vencedor? El Señor se refiere al título general que se refiere a Dios. Poner el nombre sobre algo, en la antigüedad, era expresión visible de propiedad, es decir, aquello que tenía el nombre pertenecía al nombrado sobre ello. El pueblo de Israel llevaba sobre sí el nombre de Dios, indicando que era de propiedad divina (Is. 43:1). La gran

bendición del pueblo de Israel se alcanzaba cuando se reconocían como pueblo de Dios, vivían conforme a esa condición y *"ponían el nombre de Dios sobre ellos"* (Nm. 6:27). El nombre de Dios sobre el vencedor será una proclamación de propiedad divina, como si Dios dijese de él: *"ese es realmente mío"*. Algunos se llaman a ellos mismos como seguidores de Dios, conocedores de Dios, pero la seguridad de salvación no depende de que el pecador *sepa* de Dios, sino en que Dios lo *reconozca*, o *conozca* como suyo (2 Ti. 2:19). En el día final algunos querrán alcanzar un lugar en el santuario de Dios como consecuencia de un conocimiento intelectual o de unas prácticas religiosas hechas incluso en el nombre de Dios, pero Dios no los reconocerá como suyos, por tanto serán excluidos perpetuamente de Su presencia (Mt. 7:23). En la consumación del tiempo todos los creyentes, sin excepción estaremos en la presencia de Dios; todos somos sus hijos, y todos su santuario, pero algunos, además serán columnas llevando sobre ellos el nombre de Dios. Durante su vida terrenal vivieron en Dios y vivieron para Dios. Estos hicieron suyo el estilo de vida que el apóstol Juan define de este modo: *"cómo Él es, así somos nosotros en este mundo"* (1 Jn. 4:17). En la eternidad Dios los reconocerá como suyos, haciéndolos columnas en su templo y grabando sobre ellos Su nombre, de manera que las *obras* de testimonio que llevaron a cabo con fidelidad en la tierra se proyectan a un testimonio eterno que proclamará en sus personas a perpetuidad el nombre de Dios, al que honraron y fueron fieles. Es una afirmación más de las recompensas que el creyente recibirá como resultado de su estilo de vida y su forma de obrar en la tierra.

En la misma columna además del nombre de Dios, aparecerá también καὶ τὸ ὄνομα τῆς πόλεως τοῦ Θεοῦ μου, τῆς καινῆς Ἰερουσαλὴμ, *"el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén"*. Esta es otra figura retórica para expresar la pertenencia a una ciudadanía celestial (Fil. 3:20). El adjetivo *"nueva"* que se relaciona con el nombre de la ciudad, no expresa la idea de *poco tiempo*, sino de *novedosa*. En el griego el adjetivo hace referencia a lo que no es acostumbrado, lo desusado, no lo que es nuevo en el tiempo sino en la forma, en cualidad, en diferencia de naturaleza a lo habitual, diferente a lo antiguo. La nueva Jerusalén es el calificativo dado al lugar donde Dios morará con su pueblo (Ap. 21:2, 3)[21]. Si tener el nombre de Dios equivale a ser de Dios, tener el nombre de la ciudad significa ser ciudadano de ella. El apóstol Pablo afirma que *"nuestra ciudadanía está en los cielos"* (Fil. 3:20). Los romanos estaban orgullosos de su ciudadanía. Pablo era ciudadano romano y otros muchos creyentes, como los filipenses, también. Sin embargo, la patria del cristiano y por la que suspira no es terrenal, sino celestial. Los nombres de cada uno están inscritos en el registro de aquella ciudad que es el libro de la vida (Ap. 3:5; 13:8; 20:12; 21:27). Posicionalmente ya están en los lugares

[21] Sobre la ciudad en sí misma se considerará más adelante.

celestiales con Cristo (Ef. 2:6). Su misma vida, que es eterna y, por tanto, de Dios, está escondida con Cristo en Dios (Col. 3:3). Son conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios (Ef. 2:19). En la tierra son simplemente extranjeros y peregrinos (He. 11:13; 1 P. 2:11). Durante su transito por el mundo han sido vituperados, despreciados, perseguidos, afrentados, algunos incluso muertos; pero, su hálito es celestial, su esperanza Cristo mismo (Col. 1:13), y su suspirar en esperanza es el lugar que Cristo prepara para ellos (Jn. 14:1-4). Las aflicciones son el medio por el cual esa ciudad celestial gana peso en la estimación de cada cristiano (2 Co. 4:17). Aquellos que vivieron esperando el encuentro con Cristo; los que anhelaban una ciudad que tiene fundamentos cuyo constructor y arquitecto es Dios (He. 11:14-16); vivieron también a la luz de esa esperanza y son recompensados con el nombre de su esperanza grabado sobre ellos para siempre.

La ciudad, que lleva como nombre τῆς καινῆς ᾿Ιερουσαλὴμ *"la nueva Jerusalén"*, en contraste con la Jerusalén terrenal desgastada por el tiempo, *desciende* del cielo. El verbo que Juan usa en el texto griego indica literalmente *ir abajo*. Esa ciudad tiene un constructor y arquitecto que es Dios mismo (He. 11:10), por esa razón καταβαίνουσα ἐκ τοῦ οὐρανοῦ *desciende* del cielo, para aposentarse sobre la nueva tierra en la futura y definitiva creación de Dios, (2 P. 3:13), donde Dios morará para siempre con los hombres en un tiempo en donde el pecado habrá concluido su acción contaminante para los hombres y perversa en contra de Dios. Esta ciudad es un *don* por cuanto *desciende*, de Dios mismo, de quien procede todo don perfecto y toda buena dádiva (Stg. 1:17), como se lee: καταβαίνουσα ἐκ τοῦ οὐρανοῦ ἀπὸ τοῦ Θεοῦ μου, *que desciende del cielo, de mi Dios.* Todos los privilegios que comporta la ciudadanía celestial son otorgados en la experiencia de quienes son ciudadanos del cielo.

Una tercera inscripción será puesta sobre los vencedores, que serán columnas en el templo de Dios: καὶ τὸ ὄνομα μου τὸ καινόν *"y mi nombre nuevo"*. ¿Qué nombre es este? Pudiera referirse al nombre de suprema autoridad y gloria que el Señor tiene como consecuencia de su muerte y resurrección (Fil. 2:11). Cuando el Señor se manifiesta como conquistador supremo y vencedor absoluto, se dice que tiene un nombre que nadie conoce sino Él mismo (19:12). La gloria majestuosa de su manifestación será compartida por aquellos que son sus seguidores fieles. El nombre de Cristo inscrito en el creyente que ha llegado a ser, conforme a lo predestinado por el Padre, semejante a Él, es decir, ha adoptado su forma, ha sido conformado a su semejanza (Ro. 8:29). Como sugiere el Dr. Carballosa:

"Una nueva comunión con Cristo en su venida consumadora: 'y mi nombre nuevo' que aún no ha sido revelado. El nombre nuevo de Cristo

simboliza la plena revelación de su carácter prometido al vencedor en la segunda venida de Cristo. Como vencedores, todos los frutos de victoria representados por la triunfante venida de Cristo serán manifestados como nuestros (Col. 3:4; 1 Jn. 3:2)”[22].

Nadie puede imaginar todo aquello que Dios tiene reservado para los suyos (1 Jn. 3:2). Sabemos que realmente somos hijos de Dios; hijos por la vida eterna que mora en cada uno (Jn. 3:36; 6:53; 1 Jn. 3:24; 4:13). Además de hijos somos también *amados*, porque el amor de Dios alcanza y se expresa para cada uno de quienes son hijos suyos por adopción en el Amado (Gá. 4:5). Como hijos hay privilegios reales ahora, pero aún está velada la realidad del futuro en los cielos. La Escritura revela mucho sobre el estado futuro, pero no todo. Sin embargo, la aparición del Señor que esperan todos los cristianos desde su conversión (Fil. 3:20; 1 Ts. 1:9-10), dará paso a las glorias que desconocemos en el presente. La transformación de los cristianos, ahora progresiva y paulatina que aproxima a cada uno a la realidad de la imagen de Cristo (2 Co. 3:18); en una transformación visible y cotidiana (1 Jn. 2:6), dará paso a la gloria del un creyente conformado a la misma imagen del Señor (Col. 3:10). Esa identidad futura con Jesucristo será manifestada en su venida. El carácter moral idéntico, por separación definitiva del pecado, los cuerpos semejantes al suyo (1 Co. 15:49; Fil. 3:21), pondrá de manifiesto lo que Dios ha determinado en su gracia para el estado eterno de los suyos. El creyente verá al Señor y se cumplirá en toda la dimensión el propósito del Padre de que cada uno de los miembros de su familia lleven la imagen de su Hijo (Ro. 8:29). Entonces, también los mismos creyentes se darán cuenta que llevan la imagen del Señor, como su nombre grabado sobre ellos. Esto debe estimular ya en el tiempo presente para una *purificación en cada uno*, manteniéndonos sin mancha moral. El proceso de purificación es de Dios que produce en cada uno el querer y el hacer por su buena voluntad (Fil. 2:13), sin embargo la responsabilidad de llevarlo a cabo sin impedimentos, es del creyente. El Agente purificador es el Espíritu que reproduce en el cristiano el carácter santo del Señor (Gá. 5:22-23). La única forma de conseguir es *andar en el Espíritu* (Gá. 5:16). Dios otorga los recursos necesarios para vivir santamente, conservándose puro (1 Ti. 5:22b).

13. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

Ὁ	ἔχων	οὖς	ἀκουσάτω	τί	τὸ	Πνεῦμα	λέγει	ταῖς	ἐκκλησίαις.
El	que tenga	oído	oiga	que	el	Espíritu	dice	a las	iglesias.

Notas sobre el texto griego.

[22] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 95.

La carta concluye con el llamamiento a la obediencia mediante ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; con ἔχων, caso nominativo singular masculino con el participio presente en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí como *tiene,* o *que tiene*; οὖς, caso acusativo neutro singular del sustantivo, *oídos*; ἀκουσάτω, tercera persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo ἀκούω, *oiga*; τί, pronombre neutro singular, *que*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado, *lo*, en castellano, masculino, *el*; Πνεῦμα, caso nominativo neutro singular del nombre propio, *Espíritu*; λέγει tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, equivalente a *decir, hablar, responder, ordenar, etc.*, aquí con significado de *dice*; ταῖς, caso dativo de la tercera persona femenino plural del artículo determinado, *las*; ἐκκλησίαις, caso dativo femenino plural del sustantivo, *iglesias*.

Ὁ ἔχων οὖς ἀκουσάτω τί τὸ Πνεῦμα λέγει ταῖς ἐκκλησίαις. La carta concluye con un llamamiento personal a cada creyente que oiga las advertencias que el Espíritu hace a las iglesias. Como se ha dicho en las anteriores cartas, el Espíritu llama en forma general a la iglesia pero espera la respuesta individual de cada creyente que asume su responsabilidad ante las advertencias y demandas que Dios hace. Las advertencias hechas por el Espíritu a todas las iglesias en las cartas anteriores y a la de Filadelfia en esta, es una advertencia universal para toda la iglesia y una demanda personal para cada uno de los creyentes. Nadie podrá evitar la responsabilidad que como individuo tiene, delante del Señor, de prestar atención en obediencia a sus demandas, o de rehusar obedecer en caso contrario. En la primera posición recibirá las bendiciones prometidas, en la segunda no perderá su salvación pero sí la recompensa que el Señor otorgará en justicia a los vencedores.

Mensaje a la iglesia en Laodicea (3:14-22).

Presentación del Señor (3:14).

14. Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto:

Καὶ τῷ ἀγγέλῳ τῆς ἐν Λαοδικείᾳ ἐκκλησίας γράψον· Τάδε λέγει ὁ
Y al ángel de la en Laodicea iglesia escribe: Esto dice el
ἀμήν, ὁ μάρτυς ὁ πιστὸς καὶ ἀληθινός, ἡ ἀρχὴ τῆς κτίσεως
Amén, el testigo el fiel y verdadero, el principio de la creación
τοῦ Θεοῦ·
- de Dios.

Notas sobre el texto griego.

El mensaje a Laodicea, séptimo y último, comienza con la conjunción καὶ, *y*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado, *al*; ἀγγέλῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo que se usa para referirse a *ángel*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado*, de la*; seguido de ἐν, preposición que rige dativo, *en*; Λαοδικείᾳ, nombre propio de ciudad, *Laodicea,* ἐκκλησίας, caso nominativo femenino singular del sustantivo, *iglesia*; γράψον, segunda persona singular del aoristo de imperativo en voz activa del verbo γράφω, *escribir*, aquí como *escribe*. La segunda cláusula de presentación del Señor se establece mediante τάδε, caso acusativo neutro singular del pronombre demostrativo, *esto*; λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir*, aquí como *dice*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; ἀμὴν, transliteración de la palabra hebrea *verdad, certeza*, en ese sentido se traduce por *de cierto* en muchas ocasiones, aquí como nombre propio, precedido del artículo determinado, indica que es el único *Amén*, absoluta verdad y certeza plena; seguido también del mismo artículo determinado *el*; μάρτυς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *testigo*; nuevamente aparece el artículo determinado ὁ, que da exclusividad absoluta al título que sigue y que debe considerarse más que como un calificativo, como un nombre personal; πιστὸς, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *fiel*; seguido de la conjunción copulativa καὶ, *y*, que da ilación a los dos adjetivos considerándolos como adjetivos sustantivados en un solo nombre; ἀληθινός, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *verdadero*; seguido de ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado, *la*, en castellano masculino, *el*; ἀρχὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo, *principio*, femenino en castellano; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado, *la*; κτίσεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *principio*, *causa originante*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado, *el*, que no se usa en castellano al preceder a un nombre; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *de Dios*.

Καὶ τῷ ἀγγέλῳ τῆς ἐν Λαοδικείᾳ ἐκκλησίας γράψον. Como en todas las cartas anteriores, esta séptima y última de las que el Señor mandó a las siete iglesias en Asia Menor, comienza también con el mandato a Juan de escribirla. El destinatario primario de la carta es la iglesia en Laodicea, esto es, la iglesia local que estaba en la ciudad de Laodicea.

Laodicea es una de las siete ciudades a quienes se dirigen las cartas, y un importante centro en el Asia Menor. La ciudad fue fundada por Antíoco II, (261-246 a.C) hijo de Antíoco I uno de los reyes seléucidas, dinastía fundada por Seleuco I Nicátor, lugarteniente de Alejandro Magno, hijo de Antícolo I. Bajo su reinado se hicieron independientes la Partia y la Bactriana. El nombre de Laodicea le fue dado a la ciudad en honor de su esposa Laodicea. El nombre es un compuesto de dos voces griegas[23]que pudieran significar, *justicia del pueblo*. En la historia aquella mujer Laodicea en cuyo honor su esposo edificó

[23] Laodicea compuesto con λαός, *ciudad*, *pueblo*, y δίκη, castigo, justicia.

la ciudad y le dio el nombre de ella, envenenaría a su marido. Estaba situada a unos 65 Km. al sureste de Filadelfia, en el valle del río Lico, en su confluencia con el río Meandro. Sus ruinas están próximas a la actual *Denizli*, cercanas a *Honaz*, la antigua Colosas. Era un excelente nudo de comunicaciones, por lo que en tiempos del Imperio Romano fue un gran centro comercial y administrativo en la provincia romana de Asia. Durante los años 60 y 61 d.C. fuertes movimientos sísmicos destruyeron la ciudad. Como había hecho con otras de las ciudades en la zona, Roma envió recursos financieros para reconstruir la ciudad, sin embargo, el carácter orgulloso de los laodicenses, les llevó a renunciar a la ayuda de Roma, respondiendo a los emisarios romanos con la frase: *"soy rica, me he enriquecido y no tengo necesidad"*. La ciudad tenía tres grandes recursos: Por un lado las operaciones bancarias que habían hecho de la ciudad un centro financiero de primer orden y que le reportaba grandes beneficios; en segundo lugar la industria de tejidos, especialmente notables por los hilados de lana fina y negra, y también por la industria de confección de alfombras, notables en la antigüedad; en tercer lugar como sede de la escuela de medicina, especialmente destacada por la oftalmología, donde se elaboraba un notable colirio para afecciones oculares, especialmente usado por los viajeros procedentes del desierto. No se sabe quien fundó la iglesia, pero la tradición histórica la vincula con el ministerio de Epafras, cristiano de Colosas (Col. 1:7; 4:12; Flm. 23), uno de los amigos y colaboradores de Pablo, llamado por él su *consiervo* y *compañero de prisiones*. El nombre es la forma abreviada de Epafrodito, pero no hay razón para entender que sea la misma persona citada en otro lugar (Fil. 2:25; 4:18). Según la tradición Epafras evangelizó las ciudades del valle del Lico, en Frigia, bajo la dirección de Pablo, durante el tiempo del ministerio del apóstol en Éfeso, atribuyéndose la fundación de las iglesias en Colosas, Hierápolis y Laodicea. Visitó luego a Pablo durante su primera prisión, llevándole noticias sobre las iglesias del valle del Lico, lo que motivó al apóstol para escribir la Epístola a los Colosenses. La ciudad de Laodicea condicionaba su posición a la situación geográfica que la hacía nudo de comunicaciones, por lo que una de sus necesidades era el suministro de agua a la ciudad. En las proximidades de la ciudad había manantiales termales cuya agua se llevaba a la ciudad por medio de un acueducto. El agua llegaba tibia a la Laodicea, que unido al sabor típico de las sales producían un efecto desagradable y hasta repulsivo a quienes la bebía, produciendo efectos vomitivos. La temperatura del agua y sus condiciones la hacían apta sólo en cierto tiempo para el baño en algunos de los que se habían levantado en la ciudad. La arqueología puso al descubierto una ciudad grande, con varios templos a los dioses, baños termales, un estadio, y un gran gimnasio. Laodicea fue destruida totalmente por el guerrero asiático Temur, en el año 1042.

La carta a Laodicea tiene peculiaridades que la hacen única entre las otras siete. El Dr. Lacueva escribe sobre ella:

"La severidad de la carta, en la que todos son reproches, sin alabanza alguna ni honrosas excepciones, va, sin embargo, mezclada con fina ironía y delicada ternura. De entre las siete cartas, es la única que se asemeja en fraseología y argumentación al estilo de Pablo; quizá se debe esto a resonancias de la epístola del apóstol a esta ciudad, epístola de la que se nos informa en Colosenses 4:16"[24].

Con la autoridad que le corresponde y como en las cartas anteriores τάδε λέγει, *dice esto.* El Señor se presenta con títulos descriptivos, de singularidades divinas que concurren en Él. El primer calificativo tiene que ver con la fidelidad, el segundo con la verdad, el tercero con la omnipotencia. En primer lugar Jesús se califica a Él mismo como ὁ ἀμήν, *"el Amén"*. Éste, como los restantes títulos, va precedido del artículo determinado, por tanto, indica dos aspectos: primeramente la unicidad, nadie es así, sólo Dios y, por tanto, solo Jesús como Dios-hombre; en segundo lugar la sustantividad, ya que se trata de nombres que Jesucristo se asigna a Él mismo. El primer título, precedido de artículo es ὁ ἀμήν, *"el Amén"*. En el Antiguo Testamento hay una referencia al *"Dios del amén"*, que la LXX traduce como *"el Dios de la verdad"*, el Dios verdadero, o el único que es verdad (Is. 65:16). Sobre el vocablo hebreo *amén*, escribe el Dr. Lacueva:

"El vocablo hebreo 'amén' se deriva del verbo 'amán', sustentar (como soporte que da firmeza y seguridad), y de ese verbo se forman muchos vocablos bíblicos que viene a constituir una interesante familia de términos de la misma raíz 'amán'. Los principales son: 'amón', arquitecto (v. Pr.8:2, 30); 'emunah', fe fidelidad; 'emet', verdad, seguridad; 'omna', columna; 'amná', decreto, pacto confirmado"[25].

El Señor se presenta aquí como Aquel en quien la revelación de Dios con todas sus promesas, advertencias y decretos tienen perfecto desarrollo y cumplimiento (2 Co. 1:19-21). La palabra *amén*, significa, por tanto, firme, fiel y como adverbio, *ciertamente, así es, así sea*. Cristo es, pues, la garantía absoluta de la verdad divina en su condición de Mediador único entre Dios y los hombres (1 Ti. 2:5). Frente a la inseguridad de los hombres y a su firmeza, el *Amén*, de Dios, que es Cristo mismo, garantiza todos los compromisos divinos. Laodicea era una iglesia cuya condición –como se considerará luego- era de fracaso espiritual, por eso el que es Amén de Dios, puede restaurar y afirmar lo

[24] F. Lacueva. o.c., pág. 373.
[25] F. Lacueva. o.c., pág. 374.

que estaba extinguiéndose, conforme a sus recursos en gloria y al compromiso firme de edificar la iglesia (Mt. 16:18). La idea del título que Jesús se atribuye a Él mismo no es la veracidad de Dios frente a los ídolos, sino la confiabilidad de Dios, que le hace digno de ser creído y de quien se debe y puede estar seguro que guardará su pacto con su pueblo. De ahí que cuanto va a decir el Señor en esta carta es seguro y firme.

El segundo calificativo de ὁ μάρτυς ὁ πιστὸς καὶ ἀληθινός, *"el testigo fiel y verdadero"*. Vinculado también con el *amén*, como se ha dicho, enfatiza la idea de alguien que no se puede equivocar en lo que dice, porque dice todo aquello que verdaderamente conoce. Es un calificativo necesario en contraste con lo que la iglesia en Laodicea dirá de ella misma, sin ser verdad. ¿Se trata de un solo título o de dos? Lo mejor es considerarlo como dos, puesto que ambos aparecen con el artículo antepuesto, al leer literalmente: ὁ μάρτυς ὁ πιστὸς καὶ ἀληθινός, *"el testigo, el fiel"*. Quien habla es el *Amén*, definitivo y supremo de Dios, por tanto, todo cuanto habla corresponde a la fidelidad y a la verdad absolutamente. Jesús es el testigo de Dios, porque ha venido para revelar al Padre (Jn. 1:18), y es verdadero porque es la Verdad en sí mismo (Jn. 14:6). Ante Pilato, el Señor afirmó que había venido para dar testimonio de la verdad (Jn. 18:37). Cristo había venido al mundo para destruir el reino del diablo, que es el reino de la mentira (Jn. 8:44; He. 2:14-15). Él es la verdad y había venido a dar testimonio exhaustivo de la verdad. Toda la revelación de Dios se expresa en el Verbo que es Jesucristo (He. 1:2). Nadie habría conocido a Dios en la dimensión en que Cristo lo reveló, de ahí que el discurso definitivo que expresa infinitamente lo que Dios es se llama Hijo. En el Hijo, Dios expresa lo absoluto de su pensamiento. Como *Logos* encarnado conoce todo cuanto tiene que ver con Dios y puede expresarlo en toda la dimensión de Dios, adaptada a la comprensión siempre limitada de su criatura. El verbo *expresar*, es frecuentativo de *exprimir*, quiere decir esto que cuando una persona expresa su pensamiento exprime su mente para producir la idea que quiere revelar. Dios ha exprimido su pensamiento pronunciando un discurso absoluto sobre Él, mediante el *Logos*, que es su Hijo, quien en forma humana, vierte al lenguaje de los hombres el pensamiento de Dios. De otra manera, Dios expresa en palabras de hombre, con garganta de hombre, la suprema revelación de Él mismo por medio del Hijo. De tal manera que, si Jesús es la expresión testimonial de absoluta verdad acerca de Dios, también lo es, con mayor motivo, acerca del creyente y de la iglesia. Él es el *testigo fiel y verdadero*, tanto en cuanto al contenido de la declaración como a la ejecución de las palabras de su testimonio. Todo cuanto diga en la carta a Laodicea es la verdad y sólo la verdad.

El tercer título tiene que ver con su posición como Soberano y, por tanto, como omnipotente, al darse el calificativo de ἡ ἀρχὴ τῆς κτίσεως τοῦ

Θεοῦ, *"principio de la creación de Dios"*. Es una afirmación semejante a la que hizo el apóstol Pablo: *"El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de Él y para Él"* (Col. 1:15-16). Nada tiene que ver el título con *origen* de existencia como la herejía arriana y la de otros unitarios afirma. Es el *principio* como *causa originante*, principio vital y razón de ser de toda la creación. El apóstol Juan, en el prólogo de su Evangelio afirma que toda la creación obedece a Jesús como Creador y que nada ha venido a la existencia sin su poder (Jn. 1:3). Jesucristo es como *imagen* de Dios, la suficiencia reveladora de la Deidad, es Aquel que hace visible al Invisible. Algunos que quieren negar la deidad de Jesús, se afanan en relacionar el concepto *imagen* en Cristo, a la semejanza de *imagen*, en el hombre en relación con Dios. La gran diferencia consiste en que el hombre lleva, en cierta medida la *imagen* de Dios por creación, pero no es Dios, mientras que Jesús es *imagen* absoluta de Dios porque es Dios. El Dios invisible se revela al hombre en una forma elemental mediante la creación que testifica de su existencia y de su poder (Ro. 1:20), pero nunca se aplica el término *imagen,* a la creación. La imagen en Cristo incluye el resplandor de su gloria y la marca de su sustancia (He. 1:3). Cristo es la imagen de Dios porque en Él mora corporalmente toda la plenitud de la deidad (Col. 2:9). Es en la corporeidad de Jesús en donde se puede contemplar al Invisible Dios (Jn. 1:18; 6:46; 2 Co. 4:4-6; 1 Ti. 6:16; He. 11:27). Tal es la identidad de Cristo con el Eterno Dios, que en esa relación, única por cuanto es también Dios, en unidad con el Padre y el Espíritu, puede decir *"el que me ha visto a mí ha visto al Padre"* (Jn. 14:9). En relación con su deidad, Jesús se presenta a sí mismo como *"el principio de toda creación"*. Al ser un predicado relativo al Hijo, no puede entenderse como primera criatura, sino como causa de la creación. Es una referencia a antecesión temporal a todo cuando ha sido creado, es decir, antes de la creación o cuando ésta vino a la existencia, el Creador, Jesucristo existía. La expresión *"principio de toda creación"* coloca al Creador en relación con la creación, antecediéndola en todo. El glorioso y eterno Dios, *sale* de sí mismo en un acto de amor y crea, en cuya acción nace el tiempo ya que cuanto Dios crea es limitado mientras que el Creador es infinito. El es Eterno, es decir, no en una vida de infinita sucesión de tiempo, sino en una vida *atemporal*, donde el tiempo no existe porque el tiempo es consecuencia del acto creador del Eterno y no una forma para medir Su existencia. De otro modo, Dios no puede medirse por el tiempo por cuanto el tiempo, al ser una medida limitada, no puede comprender al Infinito. Este infinito Dios se hizo por la encarnación un hombre del tiempo y del espacio, entrando el Creador en su condición humana al tiempo histórico y medible de la criatura, para llevar a la criatura limitada y temporal a la experiencia de la vida eterna que solo Él tiene como Dios. El Hijo eterno es *engendrado*, pero nunca *generado* por el Padre por toda la eternidad, por tanto,

como Dios es anterior a la creación que vino a la existencia por su determinación y omnipotencia. El que habla aquí se presenta como la razón de la creación, la causa que la origina y el poder que la sustenta. Jesús quiere, desde la presentación, hacer un contraste marcado entre lo que los laodicenses pensaban de ellos mismos y la realidad de una iglesia sin contenido al no contar con el Señor. Las aparentes riquezas con que se vanagloriaban en Laodicea no son comparables con los tesoros de Dios manifestados en Cristo Jesús (Col. 2:3). Es necesario entender claramente que Jesús no utiliza para sí mismo el término que se refiere a *primero*[26], sino el que corresponde a *principio*[27]. Fue en Cristo y por Cristo que se hizo posible la creación (He. 1:1-2). Juan afirma que nada pudo haberse hecho sino fuese por Él (Jn. 1:3).

Este que es firmeza absoluta como el *Amén* de Dios, por tanto, sus palabras y decisiones son firmes; quien es también el testigo que es *fiel y verdadero*, de modo que no hay sino verdad y equidad en sus palabras porque conoce todo cuanto es; el que es el principio de la creación de Dios, por cuya causa existen todas las cosas y a quien nadie puede resistir a causa de su poder, envía el mensaje que sigue a su iglesia.

Amonestación (3:15-19).

15. Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente.

οἶδα σου τὰ ἔργα ὅτι οὔτε ψυχρὸς εἶ οὔτε ζεστός. ὄφελον ψυχρὸς
Se de ti las obras que ni frío eres ni caliente. Ojalá frío
ἦς ἢ ζεστός.
fueses o caliente.

Notas sobre el texto griego.

La primera cláusula comienza con οἶδα, primera persona singular del perfecto segundo de indicativo en voz activa del verbo εἴδω, en su forma οἶδα, que hace las veces de presente, remplazando al inusitado εἴδω, *saber, entender, conocer*, aquí como *se*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado, *los*, en español en femenino*, las*; ἔργα, caso acusativo neutro plural del sustantivo, *obras*, *trabajo, ejecución*; ὅτι, conjunción *que*; οὔτε, conjunción copulativa que denota negación, equivalente a *ni*; ψυχρὸς, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *frío*; εἶ, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *eres*; seguido nuevamente de la conjunción οὔτε, *ni*; ζεστός, caso nominativo masculino singular del adjetivo que denota la condición de lo que es

[26] En griego πρῶτος.
[27] En griego ἀρκὴ.

caliente. La segunda cláusula comienza con ὄφελον, primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo épico ὄφελον, *deber*, expresa deseo, en este sentido equivalente a *quisiera que*, de ahí *ojalá*, que se usa habitualmente como partícula interjectiva; ψυχρὸς, de nuevo el mismo adjetivo *frío*; seguido de ἦς, segunda persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *fueses*; ἤ, conjunción comparativa, *o*; ζεστός, adjetivo considerado antes en este mismo versículo, *caliente*.

Οἶδα σου τὰ ἔργα. Dios mismo hace las afirmaciones que siguen desde su condición omnisciente, mediante cuya perfección conoce las obras y las causas que las motivan. Dios no juzga por apariencias ni afirma sin base absoluta que sustente esa afirmación. Antes se presentó como el *Testigo fiel y verdadero*, por tanto, el testimonio que dará es totalmente cierto y firme. Cuanto va a decir es la realidad espiritual en que la iglesia se encontraba.

El testimonio de Jesús va directamente luego de la presentación, sin que haya una sola palabra de reconocimiento sobre algo que estuviese en orden espiritual en la iglesia en Laodicea. Simplemente hay un testimonio que parte del conocimiento real de una situación espiritual: ὅτι οὔτε ψυχρὸς εἶ οὔτε ζεστός *"que no eres ni frío ni caliente"*. Jesús está poniendo de manifiesto la tibieza espiritual de los creyentes en Laodicea. Juan utiliza una palabra que tiene la raíz del verbo *enfriar*. Como adjetivo expresa el hecho de algo que es de esa manera, es decir, algo que no es absolutamente frío. Para establecer la conclusión final del testimonio, el Señor usa una comparación. Primero testifica que la iglesia no es absolutamente fría, y luego dice que tampoco es *caliente*. Para transmitir el conocimiento del Señor, Juan utiliza aquí otro adjetivo que tiene la misma raíz del verbo *hervir*. Quiere decir que no eran tampoco creyentes fervorosos. La característica propia de un creyente que vive en el Espíritu, es el *fervor* espiritual. Esa era la situación de Apolos (Hch. 18:25); esa es la forma de vida que Pablo requiere para los cristianos (Ro. 12:11). Los laodicenses no eran, ni una cosa, ni otra. No estaban en el frío espiritual de quien no tiene a Dios, ni tampoco en el fervor de quienes viven en comunión con Dios, bajo la dirección y control del Espíritu Santo.

Una situación semejante lleva al Señor a expresar un deseo vehemente: ὄφελον ψυχρὸς ἦς ἢ ζεστός,*"¡Ojalá fueses frío o caliente!* La palabra ὄφελον, traducida como *ojalá*, procede de un viejo verbo del griego épico, que expresa la idea de necesidad y deseo. Jesús expresa un deseo como consecuencia de una situación que hace necesario un cambio. Cualquier condición es mejor que la que aquellos tenían. Eran fríos pero no helados, de modo que no reconocían su necesidad de restauración espiritual; tampoco eran fervientes, de modo que su vida se ajustase al criterio del Señor. Fuese preferible un estado concreto, bien frío o bien ferviente. En el primer caso para

que sintiendo necesidad de restauración dejasen su apatía y volviesen al Señor; en el segundo para que experimentasen victoria en el poder del Señor.

Al término *frío*, suele dársele el sentido de *muerte espiritual*, en cuyo caso, el Señor estaría deseando que los laodicenses fuesen incrédulos aún para *resucitarlos*, espiritualmente y comunicarles el *calor* del Espíritu. Pudiera ser así. Sin embargo, es difícil pensar que Jesús desease que los suyos fuesen incrédulos. La figura del agua fría expresa también aquello que es útil para refrescar y saciar la sed. Los cristianos en Laodicea no eran útiles en el sentido de ser elementos en la satisfacción de la sed espiritual del mundo, mediante la proclamación de Jesús, como quien tiene agua viva que satisface la sed (Jn. 4:13, 14; 6:35); pero, tampoco eran útiles para dar consuelo al alma afligida de los hermanos, convirtiéndose en fuente de riego y manantiales cuyas aguas no faltan nunca (Is. 58:11).

16. Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca.

οὕτως ὅτι χλιαρὸς εἶ καὶ οὔτε ζεστὸς οὔτε ψυχρός, μέλλω σε
Así que tibio eres y ni caliente ni frío estoy a punto de te
ἐμέσαι ἐκ τοῦ στόματος μου.
vomitar de la boca de mí.

Notas sobre el texto griego.

La conclusión se establece mediante una doble cláusula; la primera testimonial que comienza con el adverbio οὕτως, con sentido de *así, de esta manera, de tal modo*; seguido de la conjunción ὅτι, y que significa *que*; χλιαρὸς, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *templado, tibio*; εἶ, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *eres*; que precede a la conjunción copulativa καὶ, *y*; con οὔτε, conjunción copulativa que denota negación, equivalente a *ni*; ζεστὸς, caso nominativo masculino singular del adjetivo, *caliente*; seguido nuevamente de la conjunción οὔτε, *ni*; ψυχρός, caso nominativo masculino singular del adjetivo *frío*. La segunda cláusula conclusiva determinante, con μέλλω, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo de la misma forma, *estar a punto, querer, ir*, aquí como *estoy a punto de*; σε, caso acusativo singular del pronombre personal *te*; ἐμέσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo ἐμέω, *vomitar*, única vez que aparece en todo el N. T.; seguido de ἐκ, preposición de genitivo, *de*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado, *lo*, en castellano femenino, *la*; στόματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo, *boca*, femenino en castellano; concluyendo con μου, caso genitivo singular del pronombre personal, *de mí*.

Οὕτως ὅτι χλιαρὸς εἶ καὶ οὔτε ζεστὸς οὔτε ψυχρός. La tibieza manifiesta una condición mala en la iglesia. El Señor califica la situación de ella como *tibia*. La evidencia es que no era ni fría ni caliente. El adjetivo χλιαρὸς,

tibio, expresa una condición consecuente de algo que estando caliente en un tiempo se había ido enfriando. Los habitantes de Laodicea recibían aguas procedentes de las termas de Hierápolis y de Colosas. Debido al recorrido que tenían que hacer, las aguas, muy calientes en origen, llegaban tibias a la ciudad de Laodicea. En esa condición el agua no era útil para un baño, porque no tenía la temperatura que la hacía agradable, ni tampoco para beber. La tibieza, usada en lenguaje figurado por el Señor, sugiere algo inadecuado para ser usado para el servicio y, por tanto, algo ineficaz.

Ante esta situación espiritual Jesús hace una solemne advertencia: μέλλω σε ἐμέσαι ἐκ τοῦ στόματος μου, *"te vomitaré de mi boca"*. El verbo que Juan usa expresa la idea de algo que está a punto de producirse, algo que es inminente: *estoy a punto de vomitarte de mi boca*. La gracia del Señor advierte que algo grave está próximo a ocurrir, pero hay tiempo aún para rectificar la situación y evitar el efecto que produciría de persistir en ella. El Señor está sintiendo un rechazo extremo hacia aquella iglesia de *tibios*. De la misma manera que el agua tibia es desagradable y se escupe de la boca, así también la tibieza espiritual es repugnante para el Señor. ¿Qué significa que el Señor advierta que μέλλω σε ἐμέσαι ἐκ τοῦ στόματος μου *está a punto de vomitarla de su boca*? No se trata de una advertencia que no tiene ya remedio, de un rechazo definitivo de la congregación de creyentes, de la remoción del candelero, sino de una llamada al arrepentimiento de modo que evite la situación y restaure el fervor del Espíritu entre ellos. Hay un tiempo de gracia porque el Señor está aun a punto de vomitarla de su boca, pero no lo está haciendo todavía. La iglesia en Laodicea no estaba más allá de toda esperanza, sino en tiempo de restauración. Sobre la tibieza espiritual escribe el Dr. Campbell Morgan:

"Tibieza es la condición en que la convicción no afecta la conciencia, el corazón o la voluntad. La Cruz no es negada, pero no es algo vital. La Cruz puede ser llevada como un adorno, como por desgracia se lleva hoy con demasiada frecuencia, pero estos santos de cruces nunca se han dejado clavar a la verdadera Cruz. La cruz de plata o de oro es un adorno sobre el pecho y da una sensación agradable. Una cruz de madera con clavos es algo distinto. Cuando la Cruz es un adorno no hay muerte en ella, pero tampoco hay vida. Cuando la Cruz deja de ser un adorno y pasa a ser instrumento de muerte, entonces hay una pasión que acaba siendo una vida contagiosa. ¿El pecado? Oh, sin duda, se admite el hecho del pecado, pero no se le aborrece. Se habla del pecador como alguien digno de lástima, pero no se levanta un dedo para salvarle. El pecado es algo a lo que hay que objetar, quizás un defecto moral, o una visión deformada, pero nunca un veneno, podredumbre y catástrofe. Son

tibios en su creo y en su conducta. ¿Hay que asombrarse si Cristo suspira y dice: 'Preferiría que fueseis fríos o calientes'?"[28].

La advertencia solemne que Jesús dirige a Laodicea debe servir de advertencia para la iglesia en el tiempo presente. La tibieza espiritual es aborrecida por Dios. La falta de compromiso en su obra es evidencia de falta de seguimiento al Señor. Cualquier condición es mejor que la tibieza nauseabunda. Una situación de tibieza tanto en relación con los hermanos como con Cristo mismo, produce desagrado al Señor que puede derivar en juicio. Desde una interpretación histórico temporal de las cartas, escribe Barchuk:

"Deberían meditar sobre estas palabras los cristianos de nuestros días, porque estas palabras del Señor corresponden a nuestro período. Pensáis de vosotros mismos que no sois ateos, pero es que resulta difícil también llamaros hijos de Dios. Parecéis como no estar en el mundo, pero miráis siempre al mundo al igual que la mujer de Lot. Vuestras almas están como divididas en dos; en el templo sois santos, pero fuera de él, mundanos. Debido a que no se puede servir a Dios y a Mamón, las almas así divididas se han enfriado para Dios, mientras que se inclinan cada vez más a Mamón. Tales creyentes no pueden ser agradables a Dios".[29]

17. Porque tu dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo.

ὅτι λέγεις ὅτι πλούσιος εἰμι καὶ πεπλούτηκα καὶ οὐδὲν χρείαν ἔχω,
Que dices que rico soy y me he enriquecido y de nada necesidad tengo
καὶ οὐκ οἶδας ὅτι σὺ εἶ ὁ ταλαίπωρος καὶ ἐλεεινὸς καὶ πτωχὸς καὶ
y no sabes que tu eres el desventurado y miserable y menesteroso y
τυφλὸς καὶ γυμνός,
ciego y desnudo.

Notas sobre el texto griego.

La primera cláusula expresa lo que la iglesia sentía de ella misma, comenzando con la conjunción ὅτι, *que*; λέγεις, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir, expresar,* aquí como *dices*; seguido nuevamente de la conjunción ὅτι, *que*; πλούσιος, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *rico*; εἰμι, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser,* aquí como *soy*; seguido de καὶ, conjunción *y*; πεπλούτηκα, primera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del

[28] G. Campbell Morgan. o.c., pág. 115.
[29] Ivan Barchuk. o.c., pág. 92.

verbo πλουτέω, *ser rico, enriquecerse,* aquí como *me he enriquecido*; καὶ, conjunción, *y*; οὐδὲν, caso acusativo neutro singular del pronombre indefinido, que en esta forma se traduce *de nada*; χρείαν caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *necesidad*; ἔχω, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí como *tengo.* La segunda cláusula revela el conocimiento de Jesús sobre la iglesia vinculándola con la primera mediante la conjunción καὶ, *y*; que precede al adverbio de negación enfática οὐκ *no,* con la escritura propia ante vocal no aspirada, que negativiza a segunda persona singular del perfecto segundo de indicativo en voz activa del verbo εἴδω, forma de οἶδα, *saber*, *conocer mediante percepción*, aquí como *sabes*; ὅτι, conjunción usada antes en el versículo que equivale a *que*; συ, caso nominativo singular del pronombre personal *tú*; εἶ, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *eres*; seguido de una construcción con cinco adjetivos calificativos separados por la conjunción copulativa καὶ, y que expresan singularidad mediante el uso de ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; ταλαίπωρος, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *miserable, desventurado, angustiado,* aquí como *desventurado*; y ἐλεεινὸς, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *digno de conmiseración, miserable*; y πτωχὸς, caso nominativo masculino singular del adjetivo que denota *menesteroso*, el adjetivo está vinculado con *ruina, caer, agacharse,* en sentido de esconderse por vergüenza de algo, de ahí *hacerse pobre*, en este caso expresa la idea de *algo cargado de pobreza, incapaz de enriquecerse y salir de esa condición*; y τυφλὸς, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *ciego*; y γυμνός, caso nominativo masculino singular del adjetivo que denota el estado de *desvestido, escasa o pobremente vestido,* incluso *con vestidos rotos* (Stg. 2:15).

El Señor pone al descubierto la arrogancia espiritual que había en la iglesia en Laodicea, ὅτι λέγεις, que decía de sí misma ὅτι πλούσιος εἰμι καὶ πεπλούτηκα καὶ οὐδὲν χρείαν ἔχω, *"soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad"*. El adjetivo πλούσιος, *rico*, expresa aquel que está en posesión de riquezas. La frase era conocida por los laodicenses ya que fue utilizada para responder a los embajadores de Roma y rechazar la ayuda que le ofrecía el emperador para la reconstrucción de la ciudad, destruida por un seísmo. Varios aspectos de esa arrogancia en la que estaban imbuidos se aprecian en la lectura del versículo. Primeramente en la afirmación de su aparente riqueza. Pudiera ser que las riquezas materiales de los laodicenses fueran también comunes entre los creyentes de aquella iglesia. La ciudad había prosperado y gozaba de un nivel de vida envidiable para muchos de aquellos tiempos. Esas riquezas materiales pudieran afectar también al pensamiento de los creyentes y considerarse, como ricos, sin necesidad alguna que tuviera que ser satisfecha. Aquellos no tendrían necesidad de pedir como había enseñado Jesús a orar: *"el pan nuestro de cada día dánoslo hoy"* (Mt. 6:11). La autosatisfacción material coloca a Dios al margen de la vida del autosatisfecho porque no tiene necesidad de nada. Sin duda esta es una de las causas de la tibieza espiritual de las iglesias establecidas en lo que se llama hoy *el primer*

mundo. Los bienes materiales han saturado la vida de las sociedades ricas y se sienten satisfechas de la posición alcanzada, de modo que no tienen manos vacías que se extiendan al cielo esperando ser llenas por Dios. Los creyentes de estas sociedades ricas ya no miran al cielo, ni tan siquiera a su entorno, se ven a ellos mismos y se sienten satisfechos de lo que tienen, por tanto, no necesitan nada. Pudiera tratarse también de un concepto falso de riquezas espirituales. Es muy probable que en la congregación hubiese un gran número de personas capaces, tanto desde el punto de vista social, con conocimientos seculares, técnicos, filosóficos, etc., como desde el punto de vista eclesial. La congregación, a la semejanza de la iglesia en Corinto, podría jactarse de estar enriquecidos *"en toda palabra y en toda ciencia…de tal manera que nada os falta en ningún don"* (1 Co. 1:5, 7). Sería, tal vez, una iglesia bien organizada, con un liderazgo eficiente, con programas eclesiales elaborados, con presencia social en la ciudad, etc. Todo ello era suficiente para sentirse satisfechos y sin necesidad alguna, por tanto, siendo autosuficientes, no tenían necesidad de recibir más dones perfectos y más provisión de buena gracia (Stg. 1:17). Es posible que estuviesen también llenos de orgullo por su historia. En el recuerdo de la congregación estarían los triunfos alcanzados en la extensión del evangelio, la sólida defensa de la fe, la ortodoxia de la doctrina; comparada con otras iglesias ella era superior en todo, por tanto, se consideraban ricos. Había en esto una tremenda confusión, porque consideraban la ruina espiritual como riqueza. Ese es también el error de iglesias aparentemente bien establecidas, que tienen una buena organización interna, que tienen una sana doctrina y que se consideran herederas de la ortodoxia en todos los aspectos. La verdad es su patrimonio. Adoran la doctrina y se sienten satisfechos con ella, pero desconocen al Dios de la doctrina. Guardan celosamente las tradiciones que han recibido, pero no tienen en cuenta en cada momento la renovación necesaria en el poder del Espíritu. Son los mismos siempre y siempre iguales, pero se sienten ricos y satisfechos. Miran a otros con aire de superioridad y sienten desprecio por quienes no han llegado a su nivel de conocimiento y a la comprensión de la fe. Los demás son equivocados, sólo ellos tienen la exclusividad de la verdad. Esta situación de aparente riqueza les hace orgullosos, por tanto no tienen otra esperanza que ser resistidos por Dios (Stg. 4:6). Duermen seguros y confiados en sus perfecciones, ignorando que el Señor está tan asqueado de ellos que se dispone a vomitarlos de su boca.

Una segunda manifestación de arrogancia pasa de la simple consideración de ser ricos, a la determinación del modo de llegar a aquella riqueza: πεπλούτηκα, *"me he enriquecido"*. No era Dios quien les había enriquecido, sino ellos mismos quienes habían alcanzado las riquezas. Nada hay en contra de tener riquezas. Grandes hombres de Dios, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, fueron ricos, sin embargo no miraban a sus riquezas para sentirse autosatisfechos, y entendían además que los bienes materiales que habían

alcanzado eran procedentes y como resultado de las bendiciones de Dios. Aquel rico hombre en la antigüedad, de quien el Espíritu Santo da testimonio de ser *"perfecto, y recto, temeroso de Dios y apartado del mal"* (Job 1:1), cuya hacienda era más grande que la de todos los otros hombres (Job 1:3), no se sentía orgulloso de sus bienes como si hubieran sido alcanzados por él sin ayuda alguna, sino que reconocía: *"Jehová dio"* (Job 1:21). Los cristianos de la iglesia en Laodicea, eran parecidos al fariseo de la parábola que, considerándose perfecto delante de Dios, tenía las riquezas de sus posesiones como consecuencia de lo que él era, es decir, Dios le bendecía porque era digno de ser bendecido (Lc. 18:11-12). Los fariseos se jactaban de dar a Dios más de lo que Él había demandado en su Ley, por tanto, tenían que ser justamente bendecidos más que el resto de sus hermanos. La arrogancia de alcanzar una posición de riqueza espiritual por esfuerzo propio es un grave pecado que Dios no puede tolerar. Quienes entienden que han sido ellos, con su dedicación, con sus esfuerzos, con su fidelidad, los que alcanzan las riquezas, sin importar de que clase, están tomando para sí mismos la gloria que corresponde a Dios, porque todo don perfecto y toda buena dádiva proceden de lo alto del Padre de las lumbreras (Stg. 1:17). Todos los que llegan a esta conclusión se olvidan de lo que Cristo les ha otorgado mediante su humillación y entrega (2 Co. 8:9). De este modo y sobre este punto escribe Barchuk:

"De las palabras "yo soy rico", vemos que esa iglesia estaba completamente enceguecida con la autosuficiencia. Hay personas en las iglesias que suelen estar completamente satisfechas de sí mismas, por eso nunca están satisfechas de los demás. Este es el peor elemento entre la humanidad. Ellos mismos con frecuencia se pregunta: ¿Por qué es que todos se alejan de ellos y no quieren tener con ellos nada en común? Y esto sucede porque estos suficientes de sí mismos, pero desconformes con los demás, son amadores de sí mismos, y fuera de sí ni aun distinguen el mundo de Dios. Ellos, o bien se alaban a sí mismos, o bien deshonran a los demás. Por eso resultan despectivos a todos"[30].

La culminación de la soberbia y arrogancia se manifiesta en la última expresión procedente de la autosuficiencia de aquella iglesia: καὶ οὐδὲν χρείαν ἔχω, *"de ninguna cosa tengo necesidad"*. Ellos tenían todo, por tanto carecían de esperanza. La gloria para ellos ya la poseían en la tierra. Laodicea era una pobre iglesia con autosugestión de rica. Quien afirma no tener necesidad de nada es un muerto espiritual. El apóstol Pablo afirmaba que aún no había llegado a la perfección, por tanto, seguía necesitando algo más. Con cuanto énfasis escribía: *"No que lo haya alcanzado ya, ni que sea perfecto, sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fue también asido por Cristo*

[30] Ivan Barchuk. o.c., pág. 92 s.

Jesús" (Fil. 3:12). La perfección para Pablo no llegaría sino en la resurrección, por tanto no lo había alcanzado aún, seguía teniendo necesidad. Los creyentes en Laodicea entendían que ya no necesitaban nada porque lo tenían todo. Nuevamente las palabras del apóstol establecen una marcada diferencia: *"Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado"* (Fil. 3:13). Pablo no se sentía satisfecho con los logros espirituales, podría estar satisfecho con lo mucho o poco de provisiones materiales (Fil. 4:11), pero nunca se consideraban rico en relación con los bienes espirituales. Para ello, se proponía no acordarse de lo que ya tenía, ni gloriarse en el pasado de lo que había alcanzado por la gracia, sino que proseguía en la carrera cristiana avanzando hacia la meta celestial, que culminará cuando alcancemos la conformación a la imagen de Jesús (Ro. 8:29). Los laodicenses se jactaban de sus riquezas, pero, sobre todo, del modo en que las habían conseguido, por su esfuerzo personal al margen de la gracia de Dios. La complacencia espiritual es una manifestación de orgullo personal, que entenebrece la visión y desorienta la perspectiva, generando la incapacidad de distinguir las necesidades reales confundiéndolas con la miseria espiritual que no se acepta como tal. La confusión de valores es la causa de la decadencia espiritual de la iglesia. Satisfechos de los logros alcanzados, se adormecen en los laureles de sus éxitos y decaen en el compromiso con el Señor. No tienen necesidad de nada, por tanto, nada hacen para progresar. Son iglesias que se mueren, pero cantan himnos de victoria y elevan oraciones de gratitud por lo que son, mientras están a punto de desaparecer. Ninguna iglesia en esta condición puede esperar nada de Dios, sino reprensión.

El Señor pone de relieve la verdadera situación de quienes que se consideraban ricos. El *Testigo Fiel y Verdadero*, expresa la verdad de la condición de aquellos engreídos. El Señor revela la ignorancia que manifestaban, con falsas apreciaciones sin fundamento real. Es interesante advertir que el Señor les acusa de ignorar la situación en que se encontraban: καὶ οὐδὲν χρείαν ἔχω, *"y no sabes que tú eres"*. Eran ignorantes por cuanto se consideraban sin necesidad alguna; lo eran también al desconocer el verdadero estado en que se encontraban. Esta ignorancia sugiere que los laodicenses no tenían percepción ni discernimiento espiritual. El peor grado de ignorancia es el voluntario, que se niega a ver la verdad, cubriéndola con apariencias que distorsionan la realidad. Es el Señor quien pone de manifiesto la realidad de lo que verdaderamente eran, en profundo contraste con lo que ellos creían ser.

Primeramente el Señor los califica de ὁ ταλαίπωρος, *"desventurados"*, enfática y literalmente *el desventurado*. Aquellos se creían felices y, por tanto, bienaventurados, pero, para Dios eran todo lo contrario. El adjetivo va precedido en el texto griego de un artículo determinado, lo que indica que eran *desventurados* por antonomasia. Es decir, los más desventurados que pudieran

encontrarse. Es posible que considerasen que su riqueza, tanto material como espiritual, era expresión de la bendición de Dios sobre ellos por lo que eran, es decir, siendo merecedores de esas bendiciones por su condición espiritual, ellos mismo se habían enriquecido al abrir el canal por el que a Dios no le quedaba otra opción que bendecirlos. Merecían ser bendecidos y Dios lo hacía. El Señor afirma todo lo contrario de lo que ellos entendían. No eran bendecidos, eran *desventurados*. El adjetivo que Juan usa aparece también en la carta a los Romanos, traducido como una expresión interjectiva: *"¡Miserable de mí!"* (Ro. 7:24). La bienaventuranza perfecta solo se alcanza en la dependencia de Dios, y la iglesia en Laodicea estaba muy lejos de esa posición espiritual.

A quienes se consideraban οὐδὲν χρείαν*, sin ninguna necesidad*, el Señor les advierte de su equivocación al calificarlos de ἐλεεινὸς, *miserables*. El adjetivo expresa la idea de aquel que por su estado es digno de lástima. Estos eran dignos de lástima por cuanto, como sigue luego, eran καὶ πτωχὸς καὶ τυφλὸς καὶ γυμνός, *y pobres, y ciegos y sin vestidos*. La riqueza de Dios está en Cristo (Col. 2:3), quien no depende de Cristo y quien no vive en relación con Él carece de riqueza y es un miserable, digno de lástima.

Los que se creían *ricos*, eran, según el testimonio de Dios, *pobres*. El adjetivo πτωχὸς, está relacionado con quien es absolutamente *menesteroso*, el que está en la condición de un mendigo, sin nada propio y dependiendo de la caridad ajena. Una situación semejante a la de Lázaro, el mendigo, que se sentaba enfermo y con aspecto repugnante, esperando alimentarse de las migajas que caían de la mesa del rico Epulón (Lc. 16:20-22). El menesteroso es mucho menos que el pobre que carece de bienes, es aquel que tiene que mendigar para sostenerse en vida. No tenía nada a la vista de Dios, aunque ignorando esta situación se consideraban ricos según su pensamiento. Era una iglesia que estaba en absoluta ruina espiritual, como un mendigo que no tiene nada. Es notable el contraste con la iglesia en Esmirna, que siendo pobres según el mundo y reconociéndolo así, era una iglesia rica porque estaban en comunión y dependencia del Señor (2:9).

Además de pobres el Señor afirma que son también τυφλὸς, *ciegos*. No tenían visión para distinguir la situación en que se encontraban. Laodicea era una ciudad famosa por su centro médico donde florecía la oftalmología y donde se fabricaba un colirio muy apreciado para medicina de los ojos. Allí, donde la ciencia relacionada con la visión había tomado un alto nivel, se encuentra una iglesia que es ciega. Era una iglesia que estaba en una situación que le incapacitaba para ver su situación espiritual. Ser ciego es una delicada situación, pero la mayor tragedia es la que vive aquel que se niega a ver su condición espiritual. El Señor aprovechó la sanidad de un ciego, durante su ministerio, para enseñar la consecuencia de rechazar a quien es la luz del mundo (Jn. 8:12).

Un estado de rebeldía contra Dios y de autosuficiencia conduce a una reprobación del Señor, como había ocurrido con los fariseos en tiempos de Jesús (Jn. 9:39). Cuando alguien dice que tiene visión espiritual y rechaza el señorío de Cristo, considerándose suficiente sin Él, debe aplicársele las palabras de nuestro Señor: *“Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; mas ahora, porque decís: Vemos, vuestro pecado permanece”* (Jn. 9:41).

La última triste realidad que el Señor declara es que considerándose sin ninguna necesidad, estaban γυμνός, *desnudos*. Laodicea era famosa por su industria de hilatura de lana. Las telas de lana producidas allí eran apreciadas en todo el mundo antiguo. En aquella ciudad era relativamente fácil conseguir ropas para vestirse y de buena calidad. En contraste con ello, la iglesia se presentaba *desnuda*, tal vez mal vestida, o vestida de harapos espiritualmente hablando. Pero, lo más delicado es que no tenían nada para remediar la vergüenza de esa situación porque eran, espiritualmente pobres mendigos. Más adelante el Señor declara una bienaventuranza para quienes guarden sus ropas y no se vea la vergüenza de su desnudez (16:15). Aquellos que se consideraban como creyentes envidiables, no tenían nada de vestidura verdaderamente espiritual para cubrir su situación. Cuando se habla de *vestidura*, para el creyente, debe relacionarse con la realidad de Cristo en la vida del cristiano. El creyente por la acción del Espíritu, en la regeneración queda sumergido en Cristo y *revestido* de Él (1 Co. 12:13; Gá. 3:27). La gloria de Jesús, cubre de vestidos espirituales al creyente y el mundo ve a Cristo en la vida de los cristianos. Además, la Biblia enseña que el vestido del cristiano son sus acciones justas, es decir, la expresión de justicia procedente de la operación del Espíritu que reproduce las virtudes de Jesús en la vida de los creyentes (Ap. 19:8). Se consideraban ricos, estaban llenos de arrogancia, pero desnudos a los ojos de Dios.

18. Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas.

συμβουλεύω σοι ἀγοράσαι παρ’ ἐμοῦ χρυσίον πεπυρωμένον ἐκ
Aconsejo te compres de mí oro refinado en
πυρὸς ἵνα πλουτήσης, καὶ ἱμάτια λευκὰ ἵνα περιβάλη καὶ μὴ
fuego para que seas rico y vestiduras blancas para cubrirte y no
φανερωθῇ ἡ αἰσχύνη τῆς γυμνότητος σου, καὶ κολλούριον ἐγχρῖσαι
se manifieste la vergüenza de la desnudez de ti, y colirio para ungir
τοὺς ὀφθαλμούς σου ἵνα βλέπης.
los ojos de ti para que veas.

Notas sobre el texto griego.

El consejo de Jesús se expresa mediante συμβουλεύω, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo συμβουλέυω, *aconsejar, dar consejo, resolver,* aquí como *aconsejo*; seguido de σοι, caso dativo singular del pronombre personal, *te*; ἀγοράσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo ἀγοράζω, *redimir, rescatar, comprar,* aquí como *compres*; seguido de παρ', preposición de genitivo en la forma que adopta la preposición παρά, por elisión de la α final cuando precede a una palabra que comienza con vocal, equivale a *de*; ἐμοῦ, caso genitivo singular del pronombre personal *de mí*; χρυσίον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *oro*; πεπυρωμένον, caso acusativo neutro singular con el participio perfecto en voz pasiva del verbo πυρόω, *encender, quemar, refulgir, refinar*, aquí como *refinado o que ha sido refinado*; ἐκ, preposición que rige genitivo, *en*; πυρὸς, caso genitivo neutro singular del sustantivo, *fuego*, masculino en castellano; ἵνα, conjunción *para*; πλουτήσῃς, segunda persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo πλουτέω, *ser rico*, que en aoristo equivale a *enriquecer,* aquí como *enriquecerte,* o *que seas rico*; καὶ, conjunción *y*; ἱμάτια, caso acusativo neutro plural del sustantivo *vestidos, vestiduras*; λευκὰ, caso acusativo neutro plural del adjetivo que expresa la condición de *blancas*; seguido de la conjunción ἵνα, *para*; περιβάλῃ, segunda persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz media del verbo περιβάλλω, *cubrir, envolver, rodear, vestir,* aquí como *cubrirte,* o también *vestirte*; καὶ, conjunción *y*; μὴ, adverbio de negación condicional, *no*, modernamente considerada como partícula negativa; φανερωθῇ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz pasiva, del verbo φανερόω, *aparecer, comparecer, descubrir, manifestarse*, aquí como *se manifieste*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado, *la*; αἰσχύνη, caso nominativo femenino singular del sustantivo, *vergüenza*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado, *de la*; γυμνότητος, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *desnudez*, en sentido de *carecer de vestido suficiente*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal, *de ti*; καὶ, conjunción, *y*; κολλούριον, caso acusativo neutro singular del sustantivo, *colirio*; ἐγχρῖσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo ἐγχρίω, *ungir,* aquí como *para ungir*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado, *los*; ὀφθαλμούς, caso acusativo masculino plural del sustantivo, *ojos*; σου, caso genitivo plural del pronombre personal, *de ti*; seguido de la conjunción ἵνα, *para*; βλέπῃς, segunda persona singular del presente de subjuntivo en voz activa del verbo βλέπω, *mirar, ver,* aquí como *que veas.*

Ante la situación en que se encontraba la iglesia, falta de visión y de comprensión espiritual de su estado real, expuesta, por tanto, a una acción correctora del Señor, su gracia les concede un tiempo para reaccionar, mediante la recomendación que les hace: συμβουλεύω σοι, *te aconsejo.* Les descubrió antes la realidad de su condición, no como ellos la veían, ricos y poderosos, sino como eran en realidad, miserables, pobres, ciegos y desnudos. Ahora orienta sus pensamientos y visión hacia Él, que tiene los recursos y medios para suplir lo que necesitan. Son pobres, pero pueden ser ricos; son ciegos, pero pueden alcanzar la vista; son desnudos pero pueden alcanzar vestidos para cubrirse. El Señor está enseñándoles que la verdadera riqueza, la visión genuina y la gloria

personal, está en Él, y que fuera de Él no hay nada consistente, sino mera apariencia. Sólo en Él y por Él pueden ser más que vencedores (Ro. 8:37); solamente Él tiene recursos para llevarlos en triunfo siempre (2 Co. 2:14). El Señor como el Admirable Consejero (Is. 9:6), aconseja a los suyos, sin ningún reproche, simplemente descubriéndoles su necesidad y haciéndoles ver que *"separados de Él nada pueden hacer"* (Jn. 15:5). No se establece el consejo a modo de mandamiento, sino como oferta de gracia. El consejo viene de quien es el verdadero autor, comunicador y sustentador de la vida (Hch. 3:15), y quien también es el ejemplo, adalid, el que va delante, el líder de la vida de fe (He. 12:2), por tanto, sólo en Él están los recursos necesarios y sólo se pueden alcanzar en Él.

El primer consejo tiene que ver con la resolución de la pobreza en que se encontraban: συμβουλεύω σοι ἀγοράσαι παρ' ἐμοῦ χρυσίον πεπυρωμένον ἐκ πυρὸς, *"te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego"*. Aparentemente hay una situación insuperable que hace imposible realizar el consejo. ¿Cómo puede un mendigo comprar algo? No se trata aquí del sentido literal de la palabra *comprar*, que significa adquirir algo mediante el pago de un precio, sino de una forma del lenguaje figurado que debe ser entendido como acceder a aquello que se necesita mediante el reconocimiento de la incapacidad para alcanzarlo y la confianza en que le será otorgado por gracia. Ninguna de las riquezas de Dios están al alcance del hombre, pero todas están a su disposición simplemente con extender una mano vacía para recibirlas como don. Esa es la razón por la que el profeta, en el nombre del Señor, dice: *"A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche. ¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia? Oídme atentamente, y comed del bien, y se deleitará vuestra alma con grosura"* (Is. 55:1-2). La compra de lo necesario espiritualmente es sin dinero, simplemente se exige acudir a Dios en obediencia a sus demandas y Él proveerá de todo lo necesario de modo que *se deleitará el alma con grosura*. No es una dádiva mezquina y pequeña que no alcanza a satisfacer, sino la abundancia de gracia que supera cualquier circunstancia y resuelve cualquier situación. Todos los recursos de la gracia están y proceden de Cristo, por eso les indica la dirección a la que debe acudir para ser verdaderamente ricos: συμβουλεύω σοι ἀγοράσαι παρ' ἐμοῦ, *"te aconsejo que de mí compres"*. No hay otra dirección ni hay otra fuente de recursos más que Cristo mismo. Lo habían puesto a un lado, considerándose ricos con sus propios recursos, ahora deben regresar a Él para encontrar la riqueza que no tienen. Es algo semejante a la situación del pródigo en la provincia apartada, que sintiendo la miseria de su situación decide volver al Padre para alcanzar en ese encuentro los recursos más abundantes de lo que él mismo esperaba que podría recibir en gracia (Lc. 15:17-

19, 22-24). Si los recursos estaban en Cristo, luego, sólo Cristo era la única esperanza para aquella iglesia y para toda la iglesia en cualquier tiempo y lugar.

Aquellos debían acudir a Cristo para obtener oro que los haría ricos. No era un oro de baja calidad, sino χρυσίον πεπυρωμένον ἐκ πυρὸς, *"oro refinado en fuego"*, es decir, oro puro, sin aleaciones ni escoria que lo contaminase. El Señor les recuerda que cuando acudan a Él y *compren* el oro que les ofrece, entonces serán ricos: ἵνα πλουτήσῃς, *para que seas rico.* ¿Qué clase de riqueza sugiere aquí la figura del oro? Con mucha probabilidad debe entenderse como una figura de la pureza y santidad de vida cristiana, que va siendo refinada en el fuego de las pruebas, que va dando contenido verdadero y enriquecedor a la fe (1 P. 1:7). Dios eligió a los pobres de este mundo para que sean ricos en fe (Stg. 2:5). Sin duda los creyentes laodicenses habían abandonado la vida de fe en el sentido de dependencia del Señor. Se consideraban ricos y capaces, por tanto, no necesitaban depender de Él. El oro que enriquece es la dependencia de Dios, porque hace participante de sus riquezas en gracia a todo el que se acerca a Él por medio de la fe. Los tesoros de la riqueza verdadera proceden del cielo y se acumulan en Él para todo aquel que cree. Los creyentes en Laodicea tenían tesoros terrenales que se extinguen, por tanto, Jesús les conmina a adquirir los celestiales que permanecen para siempre. El Señor había enseñando esta orientación en el Sermón del Monte: *"No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón"* (Mt. 6:19-21). El lugar de los tesoros sobre los que Cristo prohíbe está en la tierra. No importa cual sea el tipo de riquezas en que se confíe; pueden ser materiales o aparentemente espirituales, pero todas ellas son *terrenales* cuando se alcanzan por el esfuerzo humano al margen de Dios. Ese era el sentido de riquezas que tenían los laodicenses; según ellos eran ricos, según Dios mendigos, porque sus riquezas eran terrenales. El concepto *tierra* indica limitación y temporalidad (2 Co. 4:18). A causa de la caída del hombre, la tierra está bajo maldición (Gn. 3:17), destinada a destrucción y con ella cuanto en ella hay (2 P. 3:7-10). Las cosas terrenales no tienen ningún valor al lado de las celestiales, que son eternas (2 Co. 4:18). El verdadero creyente está llamado a no poner su confianza en las cosas terrenales, mutables y destructibles. Job reconoce que poner el interés supremo en las riquezas equivale a negar a Dios (Job 31:24, 25, 28). Pero, junto con la prohibición de no atesorar cosas terrenales, están las razones que la motivan. La primera de ellas es que los tesoros terrenales son vulnerables porque se deterioran. Cristo afirma que la polilla y la herrumbre los hacen desaparecer. La polilla deposita los huevos de donde nacen sus larvas en los tejidos de las mejores telas, de tal suerte que cuando nacen las larvas se alimentan de la tela, destruyéndola o deteriorándola de tal modo que se hace

inservible, tal como recuerda Isaías (Is. 51:8). El orín o la herrumbre deteriora y corrompe los metales. Probablemente Jesús utilizó estas figuras en forma genérica para aludir a todo aquello que se deteriora con el tiempo o está sujeto a alguna forma de destrucción. Al cabo del tiempo el que puso su ilusión en las riquezas tiene sólo unas manos vacías para Dios. Aun cuando no se deterioren, sino que incluso aumenten, todas ellas como temporales quedan limitadas a esta vida y son estériles o inútiles para la venidera. En cambio las obras buenas, expresión de la piedad real, son fundamento para las riquezas eternas (Ap. 14:13). El objetivo del cristiano debe ser celestial, por cuanto es allí donde le está reservada una herencia gloriosa, incontaminada e inmarcesible (1 P. 1:4). Dios ha capacitado al cristiano para que pueda disfrutar de la herencia de los santos en luz (Col. 1:12). El creyente, hijo de Dios por adopción en el Hijo, liberado del poder de las tinieblas y trasladado ya al reino del Hijo, tiene como posesión firme la herencia plena de Dios en Cristo. Todo cuando Dios ha hecho lo hizo en Cristo, por Cristo y para Cristo (Col. 1:16), de ahí que en unidad plena con el Hijo, formando un cuerpo espiritual en Él, siendo además la esposa del Cordero, los creyentes de la Iglesia somos herederos de todo, coherederos de Dios y herederos con Cristo (Ro. 8:17). Esa extraña idea propuesta por algunos de que Dios dará a cada creyente una parcela para administrar en la nueva creación, conforme a la capacidad demostrada durante su vida en la tierra, es algo sugerente pero que no tiene base bíblica alguna. La herencia de Dios, plena, total y absoluta es de su Hijo y de todos aquellos que están en Él. El creyente que dedica su vida al servicio de Dios y trabaja conforme a su propósito buscando en obediencia hacer su voluntad, acumula tesoros celestiales en la recompensa que Dios le dará al trabajo hecho bajo el impulso y control del Espíritu (Fil. 2:13). Ninguna comparación posible hay entre los tesoros terrenales y los celestiales. El Señor dijo a sus oyentes que las riquezas terrenales son perecederas. Frente a esto está la permanencia de los *tesoros* celestiales (1 P. 1:3-4). El apóstol Pedro afirma que los tesoros celestiales, que constituyen la herencia eterna del creyente, son incorruptibles, es decir, la corrupción que deteriora los bienes terrenales, cualquiera que sea su forma, nada tiene que ver con los celestiales. Son también *incontaminables*, esto es no se deterioran con el paso del tiempo; el orín no los deshace, ni la polilla puede destruirlos; son tesoros al margen de la contaminación. Son también *inmarcesibles*, es decir, no menguan ni se marchita. Además están reservados en los cielos, a donde ningún ladrón alcanza. La reserva de los tales está en la mano de Dios que los otorga, quien los da también los custodia definitivamente. Están reservados en los cielos, el lugar más extraordinario fuera de toda esfera de influencia del sistema actual que se destruirá con el tiempo. La reserva de los tesoros produce absoluta seguridad, porque Dios que los custodia los destina también a *vosotros*, afirma Pedro. Pero, todavía hay una mayor dimensión de la seguridad: la herencia está reservada por Dios, los destinatarios de ella son los hijos de Dios, ciudadanos del reino de Cristo, a quienes Dios custodia también

para que tengan la seguridad y certeza de alcanzarlos, como enfatiza el apóstol: *"que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe"* (1 P. 1:5). Estas son razones más que poderosas para que la vida del creyente tenga una marcada orientación celestial. Confiar en riquezas terrenales, es una autoconfianza que conduce al fracaso porque impide al hombre ser *pobre en espíritu*. El corazón orienta toda la vida, por eso el Señor afirma que donde está el tesoro está también el afecto y el interés de la persona. El corazón es atraído a lo que constituye el objetivo supremo, y la persona es atraída hacia lo que constituye el máximo interés del corazón. Si el tesoro es terrenal, el corazón está orientado hacia él, y la vida se convertirá en terrenal. Para que el corazón sienta afecto por las cosas celestiales, el tesoro debe ser también celestial y estar con Dios. No se trata de asuntos externos sino de vivencias íntimas y personales. La vida no está formada por expresiones teóricas, sino por acciones concretas. El tesoro del creyente está en las cosas de arriba porque su vida es también una vida celestial (Col. 3:2). El Señor dijo que *"de la abundancia del corazón habla la boca"* (Lc. 6:45), en modo genérico, lo que satisfaga el corazón satisface y orienta la vida. No es cuestión de propósitos sino de razón de ser. Nadie que no sea verdaderamente un hijo de Dios, dotado de una nueva naturaleza por el nuevo nacimiento, podrá tener interés alguno, aunque lo exprese con palabras, por las cosas celestiales. El Señor exhorta a considerar el punto de ambición personal, si sus intereses y esperanzas están centrados en asuntos terrenales o en los celestiales. No sólo en relación con riquezas medibles en recursos económicos o financieros, sino también por otros que aparentemente son legítimos, como la casa, la familia, el trabajo, etc. que constituyen el todo de algunas personas. No importa lo que sea, o la dimensión que tenga, si algo es todo para alguno, eso es también su tesoro. Los creyentes laodicenses se sentían ricos en el plano espiritual y religioso que eran sus riquezas, por tanto, su corazón apegado a ellas los mantenía lejos del Señor. De otro modo, lo interesante no es la forma en que se manifieste, sino el principio que orienta la ambición. La verdadera riqueza es *ganar a Cristo* (Fil. 3:7-8).

La segunda provisión que el Señor tiene para ellos eran ἱμάτια λευδα, *"vestiduras blancas"*. Vestidos de harapos se consideraban satisfechos cuando, realmente, era expresión vergonzosa de miseria absoluta. Las vestiduras blancas son alusión simbólica a la justicia imputada que produce un estilo de vida santa en la práctica de esa justicia de Dios. De esto se ha considerado ya antes en este mismo capítulo (cf. vv. 4, 5). A lo largo del Apocalipsis hay referencias a los vestidos blancos propios de los santos. Así se contemplan vestidos los veinticuatro ancianos (4:4); así también los que dieron su vida por el testimonio de Cristo (6:11); de igual manera la gran multitud que sale de la tribulación y están en la presencia del Señor (7:9, 13, 14). Son los vestidos propios del cristiano que no son suyos, sino que les son otorgados por la gracia, como manifestación de santidad de vida (19:8, 14). Los creyentes en Laodicea vestían

harapos, espiritualmente hablando, porque se jactaban de lograr su posición por su propio esfuerzo personal al margen del Señor. Las prácticas religiosas, las limosnas, las expresiones de vida piadosa, sin Cristo, son mera apariencia de piedad, puesto que las justicias humanas son inmundicia delante de Dios (Is. 64:6). Los vestidos que el Señor ofrece son ἵνα περιβάλῃ, *para cubrirse*. El verbo que utiliza Juan expresa la idea de envolverse en el vestido, de modo que no se vea nada más que la ropa. Esa es la idea sobre la vida cristiana conforme a Dios. El creyente acude a Cristo por fe y el Espíritu lo sumerge en Él, para que revestido de Cristo no se vean las obras de la carne, propias de la acción del hombre al margen de Dios (Gá. 3:27): καὶ μὴ φανερωθῇ ἡ αἰσχύνη τῆς γυμνότητος σου, *y no se manifieste la vergüenza de tu desnudez.* En el bautismo del Espíritu se despoja al creyente de su ropaje pecaminoso y se le reviste de Cristo. Muertos, sepultados y resucitados con Él quedan de Él revestidos (Ro. 6:3; 13:14; Col. 2:12, 13). En Cristo son ya nuevas criaturas (2 Co. 5:17). Cristo se hace visible en el creyente, como expresión natural de nueva vida (Fil. 1:21; Gá. 2:20). Ante el mundo muestran *las virtudes*, esto es, el poder transformador de Dios en ellos (1 P. 2:9; 1 Jn. 1:6). Ante Dios muestran la perfecta justicia que es en Cristo como base de justificación (2 Co. 5:21). Los designios de la carne son enemistad contra Dios (Ro. 8:7). Cualquier expresión de piedad que se sustenten en esfuerzos humanos y en manifestaciones espirituales al margen de Cristo, son carne y por tanto harapos que cubren al hombre en una aparente piedad, que puede ser considerada como modélica delante de los hombres, pero es vergüenza y desnudez delante de Dios. Ese era también el problema que ocurría en Colosas entre quienes se esforzaban por establecer pautas externas de religiosidad que, al proceder del pensamiento humano, eran carne y no servían para nada (Col. 2:20-23).

Καὶ κολλούριον ἐγχρῖσαι τοὺς ὀφθαλμούς σου ἵνα βλέπῃς. La tercera oferta de Cristo en su consejo a la iglesia, tiene que ver con la provisión de *colirio*, con que ungir los ojos para alcanzar visión. En la escuela de medicina de Laodicea se fabricaban colirios para afecciones oftálmicas, usando para ello el famoso *polvo frigio*. En contraste con los remedios para las enfermedades de los ojos físicos, Cristo les ofrece el colirio celestial que renovaría la visión espiritual del corazón de los creyentes. Los hombres podían ayudar a otros en sus afecciones físicas, pero, sólo Cristo puede proveer el remedio para la ceguera espiritual. Cristo está ofreciendo a la iglesia en Laodicea y, por extensión, a cualquier iglesia en cualquier tiempo y lugar, una renovación del discernimiento espiritual que permita una visión clara conforme a Dios, mediante la unción del Espíritu Santo (1 Jn. 2:20-27). La visión renovada permite entender y apreciar las cosas conforme a como Dios mismo las ve. Esa era la necesidad acuciante de quienes consideraban que veían, pero estaban espiritualmente ciegos. El recurso para la renovación de la visión procede de Dios: *"Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de*

gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento para que sepáis cuál es la esperanza a que Él os ha llamado, y cuales las riquezas de la gloria de su herencia en los santos" (Ef. 1:17-18). El don de la visión espiritual correcta procede, como todos los dones perfectos, del Padre (Stg. 1:17). Este es el Padre de Gloria, de quien procede toda la gloria (Hch. 7:2). De Él procede también el *espíritu de sabiduría*, que no es el Espíritu Santo, que cada creyente tiene desde la conversión, sino los dones de sabiduría y conocimiento para las verdades reveladas (1Co. 12:8), que permite un verdadero conocimiento de Dios y, por tanto, la realidad del hombre delante de Él. El conocimiento pleno requiere una operación de iluminación espiritual. La iluminación espiritual fue necesaria para que el pecador *vea* la verdad de Dios cuando estaba aún ciego a ella (1 Co. 2:14). La iluminación es necesaria para salvación (He. 6:4). La iluminación del Espíritu Santo es necesaria para entender las cosas profundas de Dios (1 Co. 2:10). Los ojos iluminados son los del entendimiento. No se trata de un conocimiento intelectual sino experimental e íntimo que afecta a toda la vida del creyente. La primera manifestación de verdadera visión espiritual tiene que ver con el llamamiento a la esperanza (Ef. 1:17). El creyente debe conocer la esperanza que abre el llamamiento de Dios. El que no es creyente no tiene esperanza. La esperanza cierta es el resultado del llamado del Padre (Ro. 8:30). El llamado tiene una proyección futura llena de esperanza (1 Ts. 2:12). El creyente que tiene una verdadera visión espiritual, tiene su orientación hacia las cosas celestiales y no a las apariencias terrenales. El segundo aspecto de una visión clara está relacionado con las riquezas de gloria. Las verdaderas riquezas del creyente son celestiales y están reservadas en los cielos. Una correcta visión aparta la atención de las cosas temporales y las centra en las cosas eternas. El tercer aspecto de una visión clara está relacionado con la capacidad de apreciar la grandeza del poder de Dios (Ef. 1:19). Ese poder supremo de Dios tiene como beneficiaros a los creyentes. Fuera del poder de Dios no hay verdadero poder para el cristiano. Los creyentes en Laodicea, en una visión deteriorada estaban confiados y contentos con su poder, por el que habían alcanzado sus riquezas y, por tanto, no tenían necesidad de nada más. Cristo les llama a acudir a Él para recibir por gracia el colirio espiritual que restaurase su correcta visión.

19. Yo reprendo y castigo a los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete.

ἐγὼ ὅσους ἐὰν φιλῶ ἐλέγχω καὶ παιδεύω· ζήλευε οὖν καὶ
Yo a cuantos amo reprendo y disciplino; se ferviente, pues, y
μετανόησον.
arrepiéntete.

Notas sobre el texto griego.

El versículo está formado por dos cláusulas, la primera de advertencia que comienza con ἐγὼ, caso nominativo singular del pronombre personal *yo*; ὅσους, caso acusativo masculino plural del pronombre relativo, ὅσους, adverbio que equivale a *cuantos, tanto como*, correlativo del demostrativo τόσος seguido de la conjunción ἐάν que denota idea de condición o hipótesis, *si, tanto si, como si, suponiendo que, sea que, si no, lo mismo que*; φιλῶ, primera persona singular del presente de subjuntivo en voz activa del verbo φιλέω, *amar*, aquí como *amo*; se distingue del verbo más común en el N. T. para amar αγαπάω, en que φιλέω expresa la idea de un amor entrañable, que valora al objeto de amor por encima de todo; ἐλέγχω, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἐλέγχω, *reconvenir, redargüir, convencer, acusar, reprender*, aquí como *reprendo*; seguido de καὶ, la conjunción *y*; παιδεύω, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo παιδεύω, *instruir, disciplinar, corregir,* aquí como *disciplino*, vinculado con la *instrucción de niños*, no es un castigo penal, sino una acción correctora. La segunda cláusula es de exhortación, con ζήλευε, segunda persona singular del presente de imperativo en voz activa del verbo ζηλόω, vinculado con la misma raíz de ζήω, *hervir*, adquiere el sentido de *ser ferviente, tener celo,* en el sentido de *desear intensamente, buscar celosamente,* aquí como *se ferviente,* o *se celoso*; seguido de οὖν, conjunción, *pues*; καὶ, *y*; μετανόησον, segunda persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo μετανοέω, *arrepentirse,* aquí como *arrepiéntete.*

El Señor advirtió a estos tibios creyentes de la iglesia en Laodicea que, por serles nauseabundos, los iba a vomitar de su boca. Ya se consideró allí que la advertencia enfatiza la inminencia de la acción; el Señor estaba *a punto* de hacerlo, pero, había, por tanto, un tiempo para rectificar y evitar esa acción. Aquí se pone de manifiesto lo mismo, es decir, había tiempo aun para la esperanza.

᾿Εγὼ ὅσους ἐὰν φιλῶ ἐλέγχω καὶ παιδεύω. Mientras tanto, para reconducir a los creyentes al buen camino, el Señor actúa como lo haría un padre que ama a sus hijos, mediante la reprensión. El padre que ama a su hijo lo reprende por su propio bien (Pr. 3:12). No se ama convenientemente a quien no se reprende para recuperarlo de una situación incorrecta y peligrosa en que se encuentre. El Señor amaba a la iglesia en Laodicea, por tanto, la reprendía. En segundo lugar con la reprensión está también la disciplina. Es el sistema para enseñar al niño. No se trata de un castigo que corresponde a una responsabilidad penal, sino de una acción restauradora para que el creyente se asemeje más a Dios (He. 12:6). El verbo παιδεύω, traducido como *castigo*, es de la misma raíz que *pedagogía* y *pedagogo*, y tiene que ver con instrucción de niños. El creyente es disciplinado en un acto de amor de Dios. Debe ser la primera valoración del cristiano frente a la acción correctora del Señor. Quien establece la acción para corrección o fortalecimiento, es el Señor mismo, que dio su vida en un acto de infinito desprendimiento en gracia por cada uno de los creyentes. Pablo podía decir que *"el Señor me amó y se entregó a sí mismo por mí"* (Gá.

2:20). Todo cuanto ocurre en la vida de un creyente es conducido por Dios para su bendición personal (Ro. 8:28). Cuando Jesús dice: παιδεύω, *"yo castigo"*, no es jamás un acto injusto, sino la acción paternal que reconduce al buen camino al hijo que es verdaderamente amado. El amor racional nunca está reñido con la corrección. Por esa razón el Señor añade que no sólo reprende, sino que también *castiga* a sus hijos. Es una manifestación más que afirma la certeza de ser verdaderamente hijo de Dios, como enseña el escritor a los Hebreos: *"Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos"* (He. 12:7). El creyente que experimenta la disciplina tiene la certeza de ser hijo de Dios. La acción correctora que Dios hace venir sobre el creyente tiene que ver con la formación del hijo, en un intento de educar, conducir a quienes ama entrañablemente. La falta de disciplina es una evidencia de aborrecimiento en lugar de amor (Pr. 13:24). Esa disciplina de Dios debe ser *soportada*, mucho más que *sufrida*, por el creyente. Es decir, el cristiano que sabe que Dios está actuando en su beneficio es capaz de soportar aquello que el Señor envía o permite con la seguridad de estar recibiendo un beneficio de Su mano. Dios tiene como objetivo en la disciplina que sus hijos participen *"en su santidad"* (He. 12:10). La disciplina corrige al creyente para identificarlo más con la santidad de Dios. De la misma manera que Dios está absolutamente separado del pecado, así también el creyente progresa hacia la separación real por la acción de la disciplina de Dios. La vida del creyente separada del mundo por Dios y para Él. La disciplina se establece para que el creyente sea cada vez más parecido al Padre (1 P. 1:14-17). Sin duda la acción de disciplina y reprensión de parte de Dios no es aparentemente grata para quienes la reciben. De esa manera lo expresa el escritor a los Hebreos: *"Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza"* (He. 12:11). La corrección es más dolorosa si va acompañada de acciones que afectan algo propio y personal. Ese era el caso de los laodicenses a quienes el Señor procura retirarles de su orgullo quitándoles lo que consideraban riquezas para que las adquieran verdaderamente en dependencia de Él. En los designios de Dios la corrección es buena, pero desde la perspectiva humana *no lo parece.* Pero, el resultado final es de admirable bendición: *"Pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados"* (He. 12:11). Pablo habla de la bendición de la tristeza que es según Dios (2 Co. 7:10). El resultado final de la disciplina es producir fruto *apacible* de justicia. Un alma que está turbada e inquieta por seguir un camino incorrecto se acalla, delante de Dios, como un niño dependiente de su padre (Sal. 131:2). La tristeza que produce arrepentimiento, genera paz interior. El fruto *apacible* es el propio y limpio del creyente, para ello Dios actúa para ello limpiando a cada sarmiento (Jn. 15:2). El fruto de justicia es apacible porque va colmado de paz y produce paz, lo que equivale al disfrute de toda bendición. La siembra de la disciplina produce luego fruto apacible de justicia.

᾿Εγὼ ὅσους ἐὰν φιλῶ ἐλέγχω καὶ παιδεύω. El Señor afirma su amor hacia los creyentes porque corrige y disciplina a todos los que ama. Es muy interesante notar que aquí se usa un verbo distinto al que es habitual para referirse al amor desinteresado, tanto de Dios como de los hombres, en el Nuevo Testamento. El verbo aquí expresa un amor de afecto personal que está en consonancia con la acción correctora que envía. Es un amor más entrañable y, si se quiere, más humano en el sentido de ser el que expresa la relación entre un padre y su niño. Aquí se usa para poner de manifiesto que a pesar de la situación de la iglesia, Dios sigue amando a los creyentes entrañablemente y buscando solo su beneficio y bendición. En este sentido escribe el profesor Bartina:

"Se emplea deliberadamente un verbo que entraña contenido emocional. Ese amor no es cruel en la educación, corrección o castigo, sino severo para bien del educado"[31].

Si el Señor no hubiese amado a la iglesia en Laodicea, no la hubiera corregido, pero la amaba, a pesar de su fracaso y ese amor no podía permitirle que continuase en su senda de extravío espiritual, por tanto la reprende y castiga.

Esa es también la causa de la amonestación que sigue: ζήλευε οὖν καὶ μετανόησον, *"se, pues, celoso, y arrepiéntete"*. El primer verbo está en presente, lo que indica una acción continua, esto es, el Señor demanda un espíritu fervoroso y una acción decidida en el compromiso de vida cristiana. Además el presente lo es de imperativo, lo que constituye un mandato que se establece para los creyentes de Laodicea y por extensión a todos los creyentes en cualquier tiempo y lugar. La reprensión tenía que ver con la tibieza espiritual, por tanto, el Señor les manda regresar al fervor del Espíritu. La vida cristiana victoriosa sólo es posible andando en el Espíritu (Gá. 5:16). Andar significa caminar por todas partes, por tanto, se trata de un modo concreto de forma de vida, en el sentido de todo el conjunto de actividades de la vida individual del cristiano. El creyente debe andar en novedad de vida (Ro. 6:4), bajo la conducción del Espíritu que le comunica poder y fervor espiritual. Esa vida bajo la dirección del Espíritu es además de ferviente, conforme a Su voluntad (Ef. 6:6); honradamente (Ro. 13:13); en dependencia de fe, entregada al Señor (2 Co. 5:7); una vida en verdad (2 Jn. 4); en conformidad con los mandamientos del Señor (2 Jn. 6). Tal forma de vida sólo es posible por el poder de Dios que actúa en el creyente. El mandamiento exige que el creyente *"ande en el Espíritu"*, o tal vez mejor *"por el Espíritu"*[32] en el sentido de

---

[31] S. Bartina. o.c., pág. 666 s.
[32] Dativo instrumental.

dependencia. El mandamiento establece que el creyente se deje controlar, sometiéndose incondicionalmente al Espíritu Santo.

Examinada la situación debían proceder a la restauración espiritual que demandaba la situación en que se encontraban. Dios los llama a un arrepentimiento: μετανόησον, *arrepiéntete*. El verbo que expresa el mandato tiene dos componentes, por un lado es un aoristo, que indica una acción definitivamente hecha; por otro es un imperativo que expresa la condición de mandamiento urgente. El Señor los estaba llamando a un arrepentimiento total y debían hacerlo de forma inmediata. El arrepentimiento es realmente *un cambio de mentalidad*, dejar de pensar de una manera para proceder a un cambio de mentalidad que oriente la acción en una dirección opuesta. Jesús demanda de ellos una drástica rotura con el mal en que se encontraban. No cabe duda que requería, junto con el reconocimiento de la situación la confesión del mal en que se encontraban. El arrepentimiento debía reconducir la congregación para un retorno a Cristo, dejando su arrogancia y presunción sobre ellos mismos. Son llamados a operar bajo el control del Espíritu en la esfera de la dependencia del Señor, en una vida de fe. El ejemplo del pródigo es elocuente, al *volver en sí*, dejó el modo de vida que llevaba y regresó al Padre (Lc. 15:17-20). El arrepentimiento es mucho más que un *propósito de enmienda*, es la disposición interna que impulsa a una rectificación inmediata del mal proceder. Las únicas obras válidas delante de Dios son las que se obran bajo el poder e impulso del Espíritu (Zac. 4:6). La iglesia estaba siendo llamada a dejar el camino que llevaba y ponerse incondicionalmente bajo el control del Espíritu. Incluso las obras religiosas y de piedad, sin la comunión y el impulso de Dios, son consideradas como acciones de *obreros de iniquidad* (Mt. 7:23). Una actividad sin el impulso del amor obrado por el Espíritu, se convierte en mero *activismo.*

Exhortación (3:20).

20. He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.

᾿Ιδοὺ ἕστηκα ἐπὶ τὴν θύραν καὶ κρούω· ἐάν τις ἀκούσῃ τῆς φωνῆς
Mira estoy ante a la puerta y llamo. Si alguno oye la voz
μου καὶ ἀνοίξῃ τὴν θύραν, καὶ εἰσελεύσομαι πρὸς αὐτὸν καὶ
de mí y abre la puerta, y entraré adonde él y
δειπνήσω μετ᾿ αὐτοῦ καὶ αὐτὸς μετ᾿ ἐμοῦ.
cenaré con él y el conmigo.

Notas sobre el texto griego.

El versículo comienza con una llamada de atención mediante el uso de ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la

forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia, *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; ἕστηκα, primera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo ἵστημι, *ser* o *estar*, aquí como *estoy*, expresa la idea de *perseverar*, por lo que podría traducirse como *persevero*; ἐπὶ, preposición de acusativo, *ante, delante de*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado, *a la*; θύραν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *puerta*; καὶ, conjunción copulativa, *y*; κρούω, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo κρούω, *golpear*, de ahí el uso para *llamar a una puerta*, golpeándola con la mano, aquí como *llamo*. La siguiente cláusula se establece como condicional, comenzando con una condicional de tercera clase mediante ἐὰν, conjunción que vinculada al aoristo de subjuntivo se refiere de ordinario a supuesto que se dan en condiciones singulares o que tienen un carácter especial aquí equivaldría a *si*; seguida de τις, caso nominativo masculino singular del pronombre indefinido *alguno*; ἀκούσῃ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo ἀκούω, *entender, obedecer, escuchar, oír*, aquí como *oye*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; φωνῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo, *estruendo, ruido, sonido, voz*; μου, caso genitivo singular del pronombre personal, *de mí*; seguido nuevamente de la conjunción καὶ, *y*; ἀνοίξῃ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo ἀνοίγω, *abrir*, aquí como *abre*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado, *la*; θύραν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *puerta*; seguido de la conjunción καὶ, *y*, que se omite en algunos mss. εἰσελεύσομαι, primera persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo εἰσέρχομαι, *llegar, entrar, penetrar, pasar*, aquí como *entraré*; πρὸς, preposición que rige acusativo, *a, adonde*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal, *él*; nuevamente acompañado de la conjunción καὶ, *y*; δειπνήσω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo δειπνέω, *cenar*, aquí como *cenaré*, denotando la comida principal del día, que puede ser tanto comida como cena, que se tomaba al atardecer, de ahí el sentido de *cena*; seguido de μετ' en la forma que toma la preposición μετά delante de vocal y que significa *con* y el pronombre personal en caso genitivo masculino singular αὐτοῦ, *él*; καὶ, *y*; αὐτὸς, pronombre, *él mismo*; seguido nuevamente de μετ' en la forma que toma la preposición μετά delante de vocal y que significa *con* y el pronombre personal en caso genitivo masculino singular ἐμου, *mi,* que unidos forman el castellano *conmigo*.

Esta es la invitación más emotiva que puede encontrarse en la Escritura. El amor admirable del Señor ante una iglesia que está en franca crisis espiritual se muestra en el golpear amoroso a la puerta de cada uno de los creyentes procurando la restauración espiritual. El versículo se introduce con ἰδοὺ *"he aquí"*, la forma acostumbrada para llamar la atención del lector, como si dijese *"¡Mira!, presta atención a lo que sigue"*. Ἕστηκα ἐπὶ τὴν θύραν καὶ κρούω, *estoy ante la puerta y llamo.* El Señor se ha colocado delante de la puerta y persiste en llamar, como dice el Dr. Carballosa: *"¡Un Rey aguarda en*

espera de un mendigo!"[33]. Antes el Señor llamó la atención a la realidad de la iglesia en Laodicea, presentándola como un mendigo sin ropas y sin nada de verdadero valor, además de incapaz de salir de aquella situación. Mientras tanto, en lugar de solicitar al mendigo espiritual que venga humillado en obediencia a la disposición del Rey, es el Rey quien, detenido delante de la puerta del mendigo, solicita de él que abra la puerta y le permita el paso.

Debe hacerse una precisión en relación con el texto y los destinatarios del llamado del Señor. El versículo se ha usado continuamente en la evangelización, para enseñar que quien llama es el Señor, la puerta es el corazón del pecador no arrepentido y quien tiene que abrirla, siempre desde el interior, es el que está perdido. El encuentro, pues, sería para salvación. Incluso algunos consideran que el llamamiento del Señor no es al individuo sino a la colectividad de la iglesia y, a su vez, la iglesia no era una verdadera iglesia, sino una iglesia nominal integrada por personas que serían meros profesantes pero no convertidos, como escribe el Dr. John MacArthur:

"En lugar de permitir la interpretación común de que Cristo llama aquí al corazón de una persona, el contexto demanda que Cristo procuraba entrar a esta iglesia porque llevaba su nombre pero no había un solo creyente verdadero en su interior. Esta carta disciplinaria y correctiva era su forma de tocar la puerta. Si uno de los miembros reconocía su perdición espiritual y respondía con fe salvadora, Cristo entraría en la iglesia y tomaría la iniciativa para mantener comunión con los nuevos creyentes"[34].

Esta interpretación es difícilmente aceptable desde el punto de vista exegético. En primer lugar en cuanto al llamamiento a salvación, que siempre procede del Padre (Ro. 8:28-30), quien abre el entendimiento espiritual para que el pecador responda con fe salvífica al llamamiento del Evangelio, es el Espíritu Santo (Hch. 16:14), quien capacita para salvación (1 P. 1:2). A todo esto debe unirse también que la fe que salva, ejercida por el creyente y depositada en el objeto único de fe que es el Salvador, nace por la obra de Dios y nunca al impulso del hombre (Ef. 2:8-9). Capacitado para responder, la respuesta es del hombre en el ejercicio voluntario de lo que ha recibido de Dios, lo que le hace responsable al aceptar o rechazar. Debe notarse que el llamado, en una aplicación de invitación a salvación, en el contexto de la iglesia en Laodicea, es de Jesús, detenido ante la puerta ¿de la iglesia o de cada pecador? Esta es otra dificultad añadida, porque aunque, como en todas las cartas, el llamamiento es a la iglesia, la invitación es al individuo para que responda.

---

[33] Evis. L. Carballosa. o.c., pág. 100
[34] John MacArthur. *La Biblia de Estudio.* Edit. Portavoz. Grand Rapids, 2004. pág. 1850.

Otra observación necesaria está en relación con la misma iglesia. ¿Se trata de una iglesia en peligro espiritual o se trata de un grupo meramente nominal que se llaman iglesia pero que no lo son? Algunos insinúan, como se ha dicho antes, que esta iglesia no es tal iglesia, sino una congregación nominal que se tiene por iglesia. Es sumamente difícil mantener también esta interpretación por varias razones: a) La misma condición de los miembros a quienes se califica de *"tibios"*. Lamentablemente sólo el creyente que ha perdido el control y la vivencia en el Espíritu puede ser tibio. Los no creyentes, son fríos, porque están espiritualmente muertos (Ef. 2:1); los creyentes en el Espíritu son fervientes (Ro. 12:11); el tibio es un creyente que se ha desvinculado de la conducción del Espíritu o que depende muy poco de Él. b) El Espíritu no utiliza en la Escritura términos equívocos, llamando *"iglesia"* y dirigiéndose a ella de la misma manera que hizo con las anteriores, de las que no hay duda que se trata de iglesias verdaderas, con sus victorias y fracasos. En el texto se usa la misma palabra para referirse también a Laodicea. c) El Señor no está llamando a salvación, sino a la restauración de una comunión interrumpida.

Tal es el pensamiento del Dr. Ladd, cuando escribe:

"He aquí, yo estoy a la puerta y llamo. El significado de estas palabras es sumamente debatido. Muchos intérpretes sienten que son escatológicas y señalan a la promesa del inminente retorno del Señor. Es cierto que la metáfora de Cristo de pie en la puerta es un concepto escatológico familiar (Mr. 13:29; Mt. 24:33; Lc. 12:36; Stg. 5:9). También es verdad que la idea del banquete mesiánico es usado con frecuencia como símbolo de la comunión en el reino de Dios (Lc. 14:15; 22:29ss; Mt. 8:11; 22:1-4; 26:29; Ap. 19:9). Sin embargo, el contexto aquí es diferente. En los pasajes antes citados, Cristo reúne a su pueblo para la bendición del reino mesiánico; aquí el contexto es de llamado al arrepentimiento. Por lo tanto, es preferible la interpretación que ve a Cristo llamando a los miembros de una iglesia sin vida y complaciente a la vida espiritual. Cristo aún está en pie en la puerta del corazón de cada individuo, esperando ser admitido. El arrepentimiento del versículo 19 es logrado por la admisión de Cristo en la vida"[35].

Igualmente escribe el Dr. Lacueva:

"¿A qué puerta llama Jesús? Ya hemos advertido que Cristo se está dirigiendo a una iglesia; primero, a la iglesia como congregación; pero también a los individuos que son miembros de dicha iglesia: Ante todo, la puerta es la de la iglesia, de la que está, en la práctica, excluido como Señor y Salvador, puesto que sus miembros son tibios y se sienten engreídos de su

[35] George Eldon Ladd. o.c., pág. 60.

posición, sin necesidad de nada (v. 17); siendo autosuficientes, no se percatan de la necesidad de depender, en todo y por todo, del Señor Jesucristo”[36]

La misma interpretación es la del Dr. Ryrie:

“¡Cuán increíble que Cristo pueda ser retenido fuera de Su propia Iglesia! ¡Y cuanta misericordia la Suya en continuar pidiendo entrada!”[37]

En contexto, tanto inmediato como próximo, demanda entender que el Señor se está dirigiendo a una verdadera iglesia, que por considerarse a sí misma como autosuficiente, no tenía necesidad del Señor y, por tanto, al no depender de Él, lo había marginado hasta situarlo a la puerta de la congregación. Mientras los hombres tomaban el control de la iglesia, el Señor de la Iglesia, estaba fuera del lugar que le correspondía. La gracia admirable de Cristo no deja a la arrogante iglesia de Laodicea a su desvarío en el camino que conduce al fracaso espiritual y a la remoción del candelabro (2:5). Emotivamente se ha situado, como se aprecia en el texto griego, delante de la puerta del corazón de cada uno de los creyentes de la iglesia, llamándolos al arrepentimiento. La imagen en el texto griego es muy elocuente, ya que el verbo que Juan utiliza expresa la idea de *estar a la puerta, estar delante de la puerta, estar en pie y permanecer así delante de la puerta.* Quiere decir que el Señor no se cansa en su acción restauradora. Él, que como Señor debía ocupar el centro de la iglesia, había sido marginado de ella. La iglesia estaba ciega creyéndose rica, cuando el que tiene toda la riqueza y el poder estaba excluido de ella. El Señor había advertido en su ministerio que *“separados de mí nada podéis hacer”* (Jn. 15:5), y desde este conocimiento se ha detenido llamando a los creyentes a un nuevo encuentro restaurador en arrepentimiento, de modo que la ilusión de fortaleza espiritual en que se encontraban, fuese cambiada realmente por el verdadero poder de Dios en Cristo. Los laodicenses tenían todo, pero no tenían al Señor en comunión con ellos. Cuando la iglesia excluye a Cristo, el Señor se queda fuera y comienza a llamar para rectificación de esa peligrosa situación. El que es Señor está a la puerta como huésped que pretende entrar. El verbo que Juan usa para referirse al llamado, es propio de quien golpea la puerta con una mano. Es la mano taladrada que muestra en las señales de los clavos, el amor que le llevó a morir por gentes tan ingratas y engreídas. Todo aquel que vive cerca de la cruz y que descubre en ella el amor insondable de Dios para con él, deja a un lado cualquier deseo de preeminencia personal, para volcarse en una entrega incondicional al Salvador, entronizándolo, al reconocer su señorío, como dueño supremo y absoluto de su vida. Sólo desde la cercanía de la cruz, se traslada toda gloria al único que tiene derecho a recibirla que es Jesús (Gá. 6:14).

---

[36] F. Lacueva. o.c., pág. 374.
[37] C. C. Ryrie. o.c., pág. 1786.

La situación de Laodicea es una situación común en muchas iglesias. Cuando las glorias personales de su historia, de su organización, de su ortodoxia, alcanzan tales niveles que llenan el corazón de los creyentes y, especialmente, de los líderes, Jesús no tiene ya nada que hacer en la iglesia y es preferible mantenerlo al margen de ella. Estorba a todo proyecto que busque gloria humana. ¿No se enfrentó en su tiempo con los religiosos que basaban toda su justicia en lo que ellos eran y habían alcanzado? Muchas iglesias son capaces de definir y expresar de la más ortodoxa forma la doctrina sobre Jesucristo, pero desconocen absolutamente el control del Señor sobre ellas. Sin la gloria de la Cruz y sin el pleno reconocimiento de Cristo, no hay medida espiritual para demostrar el raquitismo espiritual en que se encuentran y van derivando de una vida de comunión con Cristo a una vida de religión. Es la consecuencia natural de mirarse a sí mismos y dejar de mirar a Jesús (He. 12:2). La grandeza de los cultos, la suntuosidad de los templos, la impactante dimensión de la liturgia, la elocuencia de sus predicadores, la tradición histórica de su grupo, sustituye a Cristo y su gloria, por tanto, también al único poder que procede de Aquel que tiene el nombre que es sobre todo nombre (Fil. 2:9-11). La decadencia espiritual se justifica como consecuencia de los tiempos en que viven, pero, aun los mayores fracasos tendrán una explicación para sosegar las conciencias, sin aceptar que el Señor no está presente con su poder y con su gloria en medio de la congregación. Son tibios, enfermos espirituales, desertores del Señor pero llenos de sí mismos y de sus efímeras y aparentes glorias.

El Señor se ha parado delante de la puerta de la iglesia y espera llamando. ¿Cuál es su propósito? Él mismo lo dice ἕστηκα ἐπὶ τὴν θύραν καὶ κρούω μου, *"si alguno oye mi voz"*. Podría parafrasearse el llamamiento de Jesús de esta manera: *"¡Mira, aquí me tienes! Estoy de pie delante de tu puerta, llamando. ¿No habrá nadie que escuche mi llamado y abra la puerta?"*. La iglesia es el resultado de los creyentes, por tanto, la inclusión de Cristo nuevamente al verdadero señorío en la iglesia, pasaba por la aceptación, en ese sentido, de cada uno de los miembros de ella. Si *"alguno oye mi voz"*, es una expresión tan impactante que asombra, porque en la práctica es como si dijese: *"¿No habrá nadie ahí que desee realmente tener comunión conmigo?"*. ¡Oh, a donde puede llegar la inconsecuencia de los creyentes, sentirse bien marginando al Señor! Parado a la puerta de cada creyente insiste en llamar, para ver si alguien, en toda la congregación, está dispuesto a la obediencia y al arrepentimiento.

La respuesta del individuo al llamado del Señor es, figuradamente hablando, la apertura de la puerta y la aceptación en su intimidad y comunión: καὶ ἀνοίξῃ τὴν θύραν, *y abre la puerta*. Es realmente el arrepentimiento que restaura lo que no estaba en orden y que regresa al camino de Dios dejando el

suyo propio. Al que escuche el llamado y abra la puerta, el Señor promete *"entrar a él"*: εἰσελεύσομαι πρὸς αὐτὸν, *entraré adonde él*. Esta expresión habla claramente de comunión de vida. Una acción de soberanía divina y de responsabilidad humana se aprecia en esta frase. La acción divina en el hecho de llamar, la responsabilidad humana en el de abrir. El mejor comentario a esto está en la propia Biblia, en las palabras del apóstol Pablo: *"Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo"* (1 Co. 15:10). Si no fuera por el llamado de Jesús, no habría despertar para el creyente; pero, si no fuese por el *oír* del creyente que comprende obediencia al llamamiento del Señor, no habría restauración de la comunión perdida. De una situación marginal en que el Señor se encontraba en la vida de la iglesia, porque estaba marginado de la vida de los creyentes, se pasaría a una situación de comunión y dependencia que restauraría a cada uno a la experiencia del verdadero poder de Dios. La idea del verbo es, literalmente, *venir adentro*. La segunda promesa para quien abra la puerta, es de desarrollo de la comunión: δειπνήσω μετ᾽ αὐτοῦ καὶ αὐτὸς μετ᾽ ἐμοῦ, *"cenaré con él y él conmigo"*. En este caso la idea de compañerismo con el que estaba a la puerta es evidente. En la Biblia, *cenar* es figura de comunión. No se trata de una restauración para salvación, sino para restablecer la comunión ininterrumpida, como escribe el Dr. Ladd:

"Cristo dio la promesa: 'El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él; y haremos morada con él' (Jn. 14:23). Una comida compartida en el mundo judío antiguo tenía mucho más significado que hoy. Era un símbolo de afecto, de confianza, de intimidad. Jesús fue criticado por los fariseos no sólo por relacionarse con los publicanos y pecadores, sino también por comer con ellos (Lc. 15:2). Pedro fue criticado por los cristianos de Jerusalén, no por predicar el evangelio a un gentil, sino por comer con él (Hch. 11:3). De modo que este versículo contiene una promesa de la comunión más íntima posible"[38].

La comunión restaurada es para el tiempo y para la eternidad. No sólo se manifestaría en los días de la iglesia y en el transcurso del tiempo actual hasta la remoción a la presencia del Señor en el glorioso encuentro con Él (1 Ts. 4:16-17), sino también en el futuro reino mesiánico y posteriormente a la situación en los cielos nuevos y en la tierra nueva. Esto traería como consecuencia un absoluto cambio en la situación de la iglesia. La tibieza se transformaría en fervor, al contacto vitalizador del Cristo vivo, espíritu vivificante (1 Co. 15:45), de ahí procede el compromiso cristiano (Ro. 8:11); quienes están en comunión con Cristo ya no viven para sí, sino para Él (Gá. 2:20). La apariencia se

---

[38] George Eldon Ladd. o.c., pág. 61.

transformaría en realidad espiritual, porque de Cristo y en Cristo están todos los tesoros de Dios que hacen verdaderamente rico al que los posee. La mortandad espiritual se transforma en la poderosa vida divina en el cristiano que le lleva a manifestar a Cristo en el mundo (Fil. 1:21). El único remedio contra la tibieza espiritual y la apariencia de piedad es la readmisión plena de Cristo a la comunión íntima con el creyente. La proyección futura de esta comunión con el Señor, se manifestará en el reino mesiánico, como el mismo Señor prometió: *"Para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos juzgando a las doce tribus de Israel"* (Lc. 22:30). La oferta de comunión expresada en ese *"cenaré con él y él conmigo"*, es una nueva manifestación de la gracia divina, ya que nadie tiene derecho ni méritos para alcanzar una posición semejante, sentarse a la mesa de la comunión con Dios mismo. Es interesante apreciar que el Señor entra primero como huésped y luego se manifiesta como Señor, ya que realmente la *cena* es una invitación de Cristo para quien abra la puerta: *"Entraré, cenaré… él conmigo"*. Es algo semejante a lo ocurrido con los discípulos de Emaús; primero entró para quedarse con ellos (Lc. 24:29); después, sentado a la mesa actuó como el Señor, partiendo el pan y dándoselo a cada uno de ellos (Lc. 24:30). Así escribe el Dr. Lacueva citando al Dr. Walvoord:

"El único remedio contra la tibieza es la readmisión del Cristo excluido. La apostasía ha de ser confrontada con la fidelidad de Él, la laxitud con la convicción nacida de la autoridad de Él, la pobreza con el hecho de la riqueza de Él, el frío con el poderoso fuego del entusiasmo de Él, y la muerte con la vida divina que hay en Su don"[39].

La respuesta del individuo a la comunión personal con el Señor traería como consecuencia el distanciamiento personal del resto de la iglesia que no abriera la puerta al llamamiento de Jesús. De otro modo, la restauración de la comunión con Cristo trae como consecuencia la puesta fuera de comunión de quienes se mantienen lejos del Señor. La comunión entre hermanos es asunto vertical que se extiende a un plano horizontal, es decir, tenemos comunión unos con otros si la tenemos verdaderamente con el Padre y con su Hijo Jesucristo (1 Jn. 1:3). Cuando un creyente está en comunión con Cristo lo está también con todos aquellos que están en esa misma condición, cuando un creyente deja de estar en comunión con Cristo, deja de estarlo también con todos los hermanos que sí lo están. En el caso concreto de la iglesia en Laodicea, todo aquel que restaurase la comunión con Cristo, se distanciaría en la comunión con los que permaneciesen lejos del Señor. Indudablemente esto supone la disposición a sufrir por Cristo, en caso de que el resto de la congregación desoyera el llamado del Señor y permaneciesen marginándolo de sus vidas. De otro modo,

[39] F. Lacueva. o.c, pág. 374.

positivamente, el único modo de establecer una nueva relación de comunión y poder, sería acudiendo al Señor y recibiéndolo sin reservas a la comunión de vida personal e individual, con lo que la iglesia sería restaurada en riqueza espiritual. Sin el regreso a la comunión con el Señor de todos los creyentes, quienes lo hicieran serían automáticamente excluidos de la comunión de quienes persistieran marginando al Señor de sus vidas. A modo de ilustración, esto sería semejante a lo que ocurrió con aquel ciego de nacimiento que fue curado por el Señor y que por testificar de Él fue expulsado de la sinagoga (Jn. 9:34). Había sido arrojado fuera del lugar en que teóricamente se adoraba a Dios, pero fue cuando estuvo fuera de la sinagoga, centro con sólo apariencia de piedad, donde encontró al Señor y en comunión con Él, pudo adorarle verdaderamente (Jn. 9:35-38). El compromiso con Cristo es incompatible al compromiso con los hombres que no cuentan con Cristo. Es posible y, lamentablemente, se produce que la iglesia que vive en sus fuerzas personales que todo aquel que quiera un verdadero compromiso con el Señor en obediencia incondicional a Él, sea marginado de la congregación. Si eso se produce por mantener fidelidad y comunión con el Señor, no debe preocupar a nadie. Pero, todavía más, si para mantener comunión con Cristo es preciso salir de la iglesia y dejar a quienes viven para sí y su sistema religioso, debe hacerse cuanto antes. Así lo enseña Pablo, citando al profeta: *"salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso"* (2 Co. 6:17-18). No se trata de salir de la corrupción moral propia de quienes no conocen a Dios, pero sí de otra tan peligrosa como ella, que es la de la piedad aparente, del culto sólo de las formas, de la adoración a la doctrina mientras desconoce al Dios de la doctrina, de las tradiciones de los hombres que conculcan la Palabra de Dios, de la organización que devora al organismo, del diotrefismo que esclaviza al pueblo de Dios, de apariencias externas y de manifestaciones aparentes que contradicen al Cristo vivo y verdadero. Es el momento de confrontarse con la demanda del Señor y de oír el llamado de su gracia a una renovación espiritual en el plano de la comunión personal con Él. Mirémoslo llamando a la puerta de nuestras vidas, esperando de cada uno, un solo hombre le abra, y con el que pueda mantener comunión real una vez que haya entrado. ¿Dónde está Jesús en nuestra vida?

Apelación y promesas (3:21-22).

21. Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono.

Ὁ	νικῶν	δώσω	αὐτῷ	καθίσαι	μετ᾽ ἐμοῦ	ἐν	τῷ	θρόνῳ	μου,	ὡς
El	que vence	daré	le	que se siente	conmigo	en	el	trono	de mí,	como

καγὼ ἐνίκησα καὶ ἐκάθισα μετὰ τοῦ Πατρός μου ἐν τῷ θρόνῳ
también yo vencí y senté con el Padre de mí en el trono
αὐτοῦ.
de Él.

Notas sobre el texto griego.

La promesa a los vencedores comienza con; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; νικῶν, caso nominativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo νίκαω, *que venza*; δώσω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar*, es el verbo más general para designar el proceso por el cual un sujeto transmite voluntariamente algo a alguien, o transfiere de tal manera algo que ello quede a disposición del receptor, aquí como *daré*; caso dativo masculino singular del pronombre personal *le*; καθίσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo καθίζω, *hacer sentar, sentarse, tomar asiento*, aquí como *que se siente*; seguido de la preposición de genitivo μετ' en la forma que toma la preposición μετά delante de vocal y que significa *con*, seguido de ἐμου, caso genitivo singular del pronombre personal que equivale a *mi*, ambas se unen en castellano para formar el pronombre personal *conmigo*; ἐν, preposición que rige dativo, *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado, *el*; θρόνῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota *trono*; μου, caso genitivo singular del pronombre personal *de mí*; seguido de ὡς, adverbio de modo, *como*; καγὼ, palabra formada por crasis[40]del adverbio καὶ, y el pronombre personal ἐγώ, y que equivale a *también yo*; ἐνίκησα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo νικάω, *vencer*, aquí como *vencí*; καὶ, conjunción *y*; ἐκάθισα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo καθίζω, *sentarse*, aquí como *senté*; μετὰ, preposición de genitivo, *con*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; θρόνῳ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *trono*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal, *de él*.

Ὁ νικῶν. La promesa del Señor es para el vencedor. Ya se ha considerado esto anteriormente. El creyente es el único que es vencedor en Cristo (Ro. 8:37). En el contexto los vencedores son aquellos que se mantengan en comunión con Cristo y lo reciban en sus vidas como Señor, además de tenerlo como Salvador. El vencedor es el que muestra fidelidad al Señor y con ello pone de manifiesto su condición de salvo. Como se dijo antes los vencedores son aquellos que se visten de toda la armadura de Dios y con ello capaces de apagar los dardos de fuego del maligno y permanecer firmes en medio del conflicto que el enemigo desata contra los fieles (Ef. 6:11 ss.). Vencedor es el que pelea la buena batalla y se mantiene en la fidelidad (2 Ti. 4:7). Estos son aquellos que tienen experiencia de victoria venciendo al maligno

[40] *Crasis*, palabra griega que equivale a *unión de fuerzas*, en general *unión de elementos*.

(1 Jn. 2:13, 14). No son vencedores por ellos mismos, sino por la fe que los vincula con Aquel que es más que vencedor (1 Jn. 5:4, 5). Los vencedores son, potencialmente, todos los creyentes, los que han nacido de nuevo. Por estar en Cristo son llevados en triunfo continuamente (2 Co. 2:14). La victoria no está en el creyente sino en el poder victorioso, consistente en haber nacido de Dios. El nuevo nacimiento introduce al creyente en una experiencia de libertad y victoria (Col. 1:13). Esa esfera de victoria vence sobre el mundo, donde el amor no está presente. El mundo ha sido vencido por Jesús (Jn. 16:33), y esa victoria de Cristo es el triunfo del cristiano (Ro. 8:37; Ap. 12:11). La victoria tiene que ver contra todo aquello que arrastra a la apatía, la frialdad y el pecado. El creyente en Cristo es llamado a victoria, puesto en un terreno de victoria y debe ser vencedor. Esa victoria se hace realidad en la experiencia del cristiano por medio de la fe. La victoria de la fe, puntual o continua, debiera ser la realidad experimental en la vida cristiana. La fe es el instrumento de victoria que hace al creyente un vencedor, porque lo vincula en dependencia absoluta con Cristo y su poder, descansando plenamente en Él, en una entrega sin reserva.

La promesa que Cristo hace a los vencedores es singular, al afirmar que δώσω αὐτῷ καθίσαι μετ' ἐμοῦ ἐν τῷ θρόνῳ μου, *"le daré que se siente conmigo en mi trono"*. La expresión *"le daré"* es equivalente a *"le otorgo el derecho"*. ¿A qué trono se refiere Jesús? No hay duda que el trono de Cristo es el trono de Dios y del Cordero (22:1). Pero, sin duda, el trono de Dios, donde también está sentado Cristo a su derecha, tiene un amplio aspecto, entre ellos están los que corresponden a Dios en el plano de la deidad y que sólo Él puede ostentar. Nadie podrá recibir adoración aunque esté vinculado íntimamente con Jesús y sea vencedor, espiritualmente hablando, con Él y en Él. La salvación permite al pecador pasar al disfrute de la *divina naturaleza* (2 P. 1:4), pero en ningún modo se trata de la deificación del hombre, elevándolo al plano de la suprema Deidad que corresponde solo a Dios. En la expresión de la promesa Juan recurre a un paralelismo muy propio del pensamiento semita: ὡς καγὼ ἐνίκησα καὶ ἐκάθισα μετὰ τοῦ Πατρός μου ἐν τῷ θρόνω αὐτοῦ, *"así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono"*, de manera que la victoria de Jesús le proyecta hacia un lugar en el trono de Dios, de la misma manera que la victoria de los creyentes en Él, los proyecta a una posición en relación con el trono Suyo. En el próximo capítulo Jesús, en la figura del Cordero se manifiesta como *en pie* delante del trono de Dios (5:6), expresando la disposición para actuar judicialmente. Sin embargo, la posición de victoria que Cristo alcanzó se pone de manifiesto mediante el entronizamiento con su Padre sobre el trono del Padre. No cabe duda que el hombre Jesús se manifiesta como lo que realmente es, la naturaleza humana de la que quedó revestida, por la encarnación, la segunda Persona Divina, el Logos. Ese *Hombre*, cuestionado tan duramente durante su ministerio es exhibido cósmicamente por el Padre mediante la resurrección de entre los muertos, como lo que realmente es

Emmanuel, Dios con nosotros, por tanto con derecho de sentarse en el trono de la Deidad y recibir, como Dios, la adoración, la gloria, la honra y el poder. La victoria de Cristo sobre la muerte se expresa en la realidad del Dios resucitado que es el Cristo de la resurrección y de la vida que ya no muere jamás. En Cristo, Dios gustó nuestra muerte y en Él, resucitado, nosotros recibimos la vida de Dios. Por su obediencia hasta la muerte, Dios ha dado a Jesús el nombre de suprema autoridad, que es sobre todo nombre (Fil. 2:9-11) y con la entronización en el trono de Dios, pone de manifiesto que Jesús, no es un mero hombre controlado por la Deidad, sino Dios mismo manifestado en carne, con derecho supremo, absoluto y único que ningún otro hombre tiene de sentarse en el trono de Dios, no solo vinculado a Dios, sino como miembro de la Trina Deidad. Generalmente ese entronizamiento de Jesucristo se expresa en el Nuevo Testamento como la sesión a la diestra del Padre (cf. Hch. 2:34; Ro. 8:34; Ef. 1:20; Col. 3:1; He. 1:3; 8:1; 10:12; 12:2; 1 P. 3:22). La diestra es la posición de mayor honra, por tanto, en relación con Jesús, no hay que hacer distinción alguna entre el entronizamiento a la diestra de Dios y el compartir el mismo trono de Dios, ya que las dos cosas están comprendidas en el mismo pensamiento y verdad teológica. Desde ese trono recibe adoración y ejerce también la acción de Soberano sobre toda la creación y de Rey supremo sobre todo lo que tiene que ver con el Reino de Dios o Reino de los Cielos. La acción de gobierno de Cristo no será algo escatológico y futuro, ya se manifiesta en el presente en donde los redimidos que forman la iglesia han sido llevados en la acción salvadora (Col. 1:13). El es Rey, ahora y siempre. Esa es la verdad que Pedro expresó luego de la resurrección de Jesucristo: *"A este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo"* (Hch. 2:36). Señor como Soberano Dios sobre cielos y tierra y Cristo, como el Mesías y, por tanto, el Rey establecido para el Reino Mesiánico (Sal. 2:6). Este Jesús, por su obra y resurrección, tiene la potestad de ejercer el dominio en el Reino de Dios, como el Cristo de Dios, Rey de reyes y Señor de señores, *"porque no sujetó a los ángeles el mundo venidero"* (He. 2:5), sino que *"le sujetó todas las cosas y nada dejó que no sea sujeto a Él"* (He. 2:8). Es cierto que todavía hemos de entender esto y aceptarlo por fe; el mundo no reconoce su señorío; los poderes satánicos actúan en el gobierno del mundo por medio de los gobernantes, que en ocasiones afligen al pueblo de Dios, vencedores en Cristo; sin embargo, Jesucristo es Rey. Este es el tiempo de espera que los profetas anunciaron al decir del Señor la determinación del Padre: *"Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies"* (Sal. 110:1; Mt. 22:44; He. 1:13). Jesucristo ya está entronizado como Señor y Rey, y su gobierno real será pronto una realidad, poniendo verdaderamente a todos sus enemigos debajo de sus pies (1 Co. 15:25), pero, como dice el apóstol *"es preciso que Él reine"*. El reino del Señor tendrá distintos aspectos en el futuro (1 Co. 15:24-28). Habrá un reino futuro durante el milenio, en que Jesús tiene derecho al trono y reinará como hijo de David (cf. Sal. 122:5; Ez. 43:7; Lc. 1:32); el trono de este reino,

que procede del trono de Dios, será ocupado por el Señor en su segunda venida (Dn. 7:13, 14; Mt. 25:31; Hch. 2:30; He. 2:5-8; Ap. 20:4), pero no se limita en absoluto a esa etapa la manifestación visible del reino del Señor, sino que se extiende al nuevo orden que Dios llevará a cabo y que ha de venir en la consumación de la historia de esta creación, en donde Jesucristo reinará por los siglos de los siglos. A los aspectos del reino en cuanto a gobierno, relativos al ejercicio de autoridad, los creyentes en unidad de vida y en comunión con el Rey, también se les concederá que reinen con Él. Esta relación la expresó Jesús a sus discípulos (Mt. 19:28; Lc. 22:29-30). El futuro es glorioso para el creyente, vencedor en Cristo. Nada mejor que las palabras del mismo apóstol Juan para apreciar la dimensión de esta esperanza, segura y cierta en la promesa del Señor: *"Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es"* (1 Jn. 3:2). Porque *"cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en el corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman"* (1 Co. 2:9). Por tanto, quien tiene esta esperanza, se purifica a sí mismo (1 Jn. 3:3).

El llamado del Señor a abrir la puerta de la comunión debiera ser oído y atendido ahora mismo por cada uno. Nunca alcanzaremos aquí niveles de comunión insuperables, en el progreso vamos acercándonos cada vez más al Señor y haciéndonos en experiencia de vida uno con Él. Las glorias venideras que esperamos son suficiente estímulo y aliciente para pagar el precio que signifique vivir conforme a sus demandas y depender en fe sólo de Él. Sin duda cualquier compromiso de seguimiento fiel reportará dificultades, persecuciones, incomprensiones y sufrimiento, pero todo ello da un contenido mayor a lo que esperamos cuando estemos para siempre con el Señor (2 Co. 4:17).

22. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

Ὁ	ἔχων	οὖς	ἀκουσάτω	τί	τὸ	Πνεῦμα	λέγει	ταῖς	ἐκκλησίαις.
El	que tiene	oido	oiga	que	el	Espíritu	dice	a las	iglesias.

Notas sobre el texto griego.

La carta concluye con el llamamiento a la obediencia mediante ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; con ἔχων, caso nominativo singular masculino con el participio presente en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí como *tiene,* o *que tiene*; οὖς, caso acusativo neutro singular del sustantivo, *oídos*; ἀκουσάτω, tercera persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo ἀκούω, *oiga*; τί, pronombre neutro singular, *que*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado, *lo*, en castellano, masculino, *el*; Πνεῦμα, caso nominativo neutro singular del nombre propio, *Espíritu*; λέγει tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, equivalente a *decir, hablar,*

responder, ordenar, etc., aquí con significado de *dice*; ταῖς, caso dativo de la tercera persona femenino plural del artículo determinado, *las*; ἐκκλησίαις, caso dativo femenino plural del sustantivo, *iglesias*.

Ὁ ἔχων οὖς ἀκουσάτω τί τὸ Πνεῦμα λέγει ταῖς ἐκκλησίαις. La carta concluye con un llamamiento personal a cada creyente que oiga las advertencias que el Espíritu hace a las iglesias. Como se ha dicho en las anteriores cartas, el Espíritu llama en forma general a la iglesia pero espera la respuesta individual de cada creyente que asume su responsabilidad ante las advertencias y demandas que Dios hace.

Al finalizar el comentario de las siete cartas que el Señor dirigió a las siete iglesias en Asia Menor, es preciso que cada uno de nosotros hagamos un algo para reflexionar sobre lo que el Espíritu nos ha mostrado por medio de la Palabra.

Cualquiera que sea la posición que el lector tenga sobre el modo correcto de interpretación de las siete cartas, no cabe duda alguna que las condiciones que el Señor ha detectado para cada una de ellas, se dan también en el día de hoy. Virtudes y fracasos conforman el relato histórico de la Iglesia a lo largo de los siglos desde Pentecostés. Las siete cartas a las siete iglesias son el elemento que el Señor tiene hoy para confrontarnos con la realidad de la fidelidad de cada iglesia y determinar en que medida las congregaciones están cumpliendo el propósito para el que han sido puestas en la sociedad de un mundo en tinieblas. Es necesario que en una sincera reflexión con la ayuda del Espíritu, podamos determinar si son luminares en el mundo, o si, por el contrario han alcanzado límites tales que el Señor esté a punto de *"vomitarla de su boca"*. La decisión de seguir a Cristo sin condiciones, debe llevar aparejado el superar el miedo a la persecución y a la contradicción abiertamente manifiesta, tanto desde el mundo como desde los elementos recalcitrantes dentro de la propia iglesia. Cuando no se toma la determinación de volver a Cristo con todas las consecuencias, se está en el camino de Laodicea. Pudiera ser que aparentemente dentro de los muros de la iglesia todo esté en orden, pero el asunto no es tanto la iglesia en sí, sino el lugar que Cristo ocupa en ella. Cuando el Señor está al margen de la iglesia se pierde la convicción de pecado y no se aprecia la necesidad de un verdadero arrepentimiento que marque un rumbo decididamente nuevo al lado del Señor, siguiéndole en el camino con los ojos puestos en Él (He. 12:2). Es necesario que entendamos claramente que todo cuanto no surja de la verdadera identidad y comunión con Cristo es mera apariencia de piedad, que no es otra cosa que una situación de desventura, miseria, ceguera y desnudez espiritual. Una mirada a la mano taladrada de Jesús que llama insistentemente será el mejor revulsivo a una situación de tibieza y conformismo espiritual. Tal vez sirva de ayuda las palabras del soneto de Lope de Vega:

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía:
«Alma, asómate ahora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía»!

¡Y cuántas, hermosura soberana,
«Mañana le abriremos», respondía,
para lo mismo responder mañana!

No permita el Señor que mantengamos a Cristo fuera de la comunión en nuestras vidas.

CAPÍTULO IV

EL TRONO EN EL CIELO

Introducción.

El presente capítulo introduce el estudio a la tercera división del libro. Primeramente se consideraron *"las cosas que Juan había visto"* (cap. 1); luego *"las cosas que son"* (cap. 2 y 3), representadas en la panorámica de la iglesia, mediante las siete cartas a siete iglesias locales del Asia Menor; ahora se trata de *"las cosas que han de ser después de estas"*. Quiere decir que son las que tienen que ver con el tiempo siguiente al de la *dispensación de la iglesia.* Esta tercera sección es la de mayor contenido profético-escatológico. Realmente es el desarrollo de lo que llenaba el pensamiento de Juan, cuando dijo que *"estaba en el Espíritu en el día del Señor"* (1:10). Desde aquí parte la revelación profética que Juan recibió sobre el futuro del mundo hasta el tiempo en que Dios cree cielos nuevos y tierra nueva y, sobre todo, resuelva el problema del pecado en forma definitiva separándolo perpetuamente de la nueva creación y de quienes moren en ella. Tanto este como el capítulo siguiente comprenden un gran paréntesis, o mejor, una necesaria preparación para cuanto sigue, ya que no es posible alcanzar la razón de los juicios sobre el mundo, sin considerar primero la soberanía de Dios establecida en su trono de autoridad suprema (cap. 4), y sin entender que en esa misma soberanía ha establecido los juicios que descenderán sobre el mundo entero, recogidos en ese libro escrito por dentro y por fuera que nadie, salvo el Cordero podía abrir (cap. 5). Las dos grandes escenas que se manifiestan en estos dos capítulos son el desarrollo de las revelaciones que Daniel recoge en su profecía (Dn. 7:9-14, 22-27).

El presente capítulo sirve de introducción desde la soberanía de Dios a la panorámica profética del libro que tiene que ver con ese tiempo en el que Dios actuará directamente en juicio sobre el mundo, y que seguirá a la traslación de la iglesia (1 Ts. 4:16 ss.). Los capítulos siguientes revelarán los acontecimientos que se desarrollarán primero en un tiempo breve de la historia humana, concretamente durante un espacio de siete años. Este tiempo desarrolla la *última semana* de la profecía de Daniel (Dn. 9:27). Un período de la historia de la humanidad que está por cumplirse, y cuyo cómputo de tiempo espera el cierre del paréntesis actual en el cual Dios está llevando a cabo su propósito en la fundación de un cuerpo en Cristo, que es la iglesia. La intervención divina en el tiempo final de la historia de los gentiles, está establecida (Is. 46:9-10). El *tiempo de los gentiles* (Lc. 21:24), es el espacio de la historia humana en el que Jerusalén está bajo el dominio de los gentiles. Este tiempo se extiende desde la caída de Jerusalén en tiempos de Nabucodonosor (590 a.C.), hasta los días del retorno de Cristo a la tierra (19:17-19). El desarrollo de este tiempo se

contempla en la profecía de Daniel como un período de *setenta semanas de años.* Cada una de estas dura siete años, por tanto, el tiempo corresponde a un espacio de 490 años. El comienzo de ese cómputo se inició con *"la salida de la orden para restaurar y edificar Jerusalén"* (Dn. 9:25) y que corresponde al decreto de Artajerjes (Neh. 2:1-8). Las primeras sesenta y nueve semanas tuvieron cumplimiento con la entrada de Jesús en Jerusalén, en lo que se conoce como *la entrada triunfal,* en la que el Señor entra como *Mesías Príncipe.* El cómputo matemático desde el decreto de Artajerjes hasta la entrada de Jesús en Jerusalén para ser crucificado, coincide plenamente con los datos proféticos. Entre la semana 69 y la 70 se intercala el tiempo de la *Dispensación de la Iglesia.* La última semana será también de años, es decir, siete años de tiempo actual. Esta última semana se iniciará con la firma de un pacto entre el líder del imperio romano reconstruido e Israel (Dn. 9:27). Aquel tiempo de siete años corresponderá a lo que estaba en la mente de Juan, como *el día del Señor.* Características y condiciones de ese tiempo se anunciaron por Jesús en el *sermón del Olivete* (Mt. 24 y 25). Como modo de introducción a ese tiempo están los dos capítulos del Apocalipsis (4 y 5), que dirigen la vista del lector de acontecimientos que tienen lugar en la tierra, a otros que procederán directamente de la acción de Dios, desde su trono de soberanía y gloria. El hombre ha rechazado a Dios, pero no puede olvidar que Él es el Soberano, que anuncia que intervendrá en juicio en la historia humana (Is. 13:11). Los hombres niegan a Dios su derecho a ejercer la soberanía cuestionándolo como Soberano, sin embargo, la pregunta de si Dios es o no el Soberano, queda respondida en el contenido de este capítulo y del siguiente.

El bosquejo para el análisis del capítulo es el siguiente:

1. El trono en el cielo (4:1-11).
   1.1. El trono (4:1-3).
   1.2. El entorno (4:4-8).
   1.3. La alabanza (4:9-11).

Las cosas que serán después de estas (4:1-22:5).

El trono en el cielo (4:1-11).

El trono (4:1-3).

1. Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo; y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando conmigo, dijo: Sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas.

Μετὰ ταῦτα εἶδον, καὶ ἰδοὺ θύρα ἠνεῳγμένη ἐν τῷ οὐρανῷ,
Después de esto miré, y he aquí puerta que ha sido abierta en el cielo;
καὶ ἡ φωνὴ ἡ πρώτη ἣν ἤκουσα ὡς σάλπιγγος λαλούσης μετ᾽ ἐμοῦ
y la voz la primera la que oí como trompeta que hablaba conmigo
λέγων· ἀνάβα ὧδε, καὶ δείξω σοι ἃ δεῖ γενέσθαι μετὰ ταῦτα.
diciendo: Sube acá y mostraré te lo que debe suceder después de esto.

Notas sobre el texto griego.

Las dos primeras cláusulas son descriptivas, introduciendo un cambio de panorama de la tierra al cielo. La primera comienza con la preposición de acusativo μετὰ, equivalente a *después de*; ταῦτα, caso acusativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*; εἶδον, primera persona singular del aoristo primero de indicativo (ingresivo) en voz activa del verbo ὁράω, *ver,* aquí como *vi, miré*; del verbo se hallan atestiguados únicamente el presente, el imperfecto y el perfecto. El aoristo, como en este caso está formado de la raíz ἰδ, como οἶδα; seguido, el verbo, de la conjunción copulativa o ilativa καὶ, *y*; seguida de una advertencia enfática con ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia, *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; θύρα, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *puerta*, en este caso debe complementarse con el artículo indeterminado implícito *una*; ἠνεῳγμένη, caso nominativo femenino singular con el participio perfecto en voz pasiva del verbo ἀνοίγω, *abrir*, aquí como *que ha sido abierta*; ἐν, proposición que rige dativo, *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; οὐρανῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo *cielo*. La segunda cláusula es descriptiva, introducida mediante la conjunción copulativa καὶ, *y*, que vincula con lo que antecede y da continuidad; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado, *la*; φωνὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo que expresa *voz, sonido, ruido*; seguido también del mismo artículo *la*, que no suele traducirse en castellano al ir seguido de un complemento como es πρώτη, caso nominativo femenino singular del adjetivo numeral ordinal *primera*; ἣν, caso acusativo femenino singular del pronombre relativo *la que*; ἤκουσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκούω, *oír*, aquí como *oí*; ὡς, adverbio de modo en sentido comparativo *como*; σάλπιγγος, caso genitivo femenino singular del sustantivo *trompeta*; λαλούσης, caso genitivo femenino singular con el participio presente en voz activa del verbo λαλέω, *hablar*, aquí como *que hablaba*; siguiendo con la preposición μετ᾽ en la forma que toma la preposición μετά delante de vocal y que significa *con*, seguido del pronombre personal en caso genitivo singular ἐμοῦ, *mi*, que unidos forman el castellano *conmigo*; λέγων, caso nominativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo λέγω, *decir, llamar, enumerar, narrar,* y sólo en época post-homérica *hablar*, aquí como *diciendo*. La tercera cláusula comienza con ἀνάβα, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz activa del verbo ἀναβαίνω, *subir, ascender*, aquí como *sube*; ὧδε, adverbio de lugar, *acá*; seguido de la conjunción καὶ, *y*; δείξω,

primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo δείκνυμι, *mostrar*, en el cuarto evangelio y Apocalipsis adquiere el sentido de *revelar, desvelar*, aquí como *mostraré*; σοι, caso dativo singular del pronombre personal, *te*; ἃ, caso acusativo neutro singular del pronombre relativo, *lo que*; δεῖ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo, impersonal δεῖ, *es necesario*, designa una necesidad absoluta, por tanto los enunciados que se forman con este verbo tienen por naturaleza carácter absoluto, no cuestionable y determinístico, por lo que está vinculado con determinaciones de Dios, como en este caso, aquí como *debe*; γενέσθαι, aoristo segundo de infinitivo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, originarse,* aquí como *suceder*; μετὰ, preposición de acusativo, *después*; ταῦτα, caso acusativo neutro plural del pronombre demostrativo, *de esto*.

Con las palabras μετὰ ταῦτα *"después de esto"* da comienzo la tercera parte del libro que, conforme a la división establecida en el mismo corresponde a *"las cosas que serán después de estas"*. Tiene que ver, por tanto, con los acontecimientos que seguirán a la dispensación de la Iglesia. El cambio de panorama es evidente. El desarrollo de las dos primeras partes del libro y especialmente la segunda, tienen lugar en la tierra. La historia de la Iglesia, aunque pueblo celestial (Jn. 17:14, 16; Fil. 3:20), se desarrolla en la tierra por donde discurre como pueblo de Dios, hasta el momento en que sea recogida, conforme a la promesa del Señor (Jn. 14:3), a Su presencia para estar definitivamente con Él (1 Ts. 4:16-17). Los acontecimientos futuros que el libro detalla se producen μετὰ ταῦτα, *"después de esto"*, es decir, después de las cartas que el Señor dirige a las siete iglesias en Asia Menor y, por extensión, a toda la Iglesia en cualquier tiempo, como ya se ha considerado. Ambas cosas, la expresión μετὰ ταῦτα, *"después de esto"* y el cambio de orientación de la tierra al cielo, ponen de manifiesto acontecimientos posteriores a la dispensación actual y que siguen en el tiempo a la remoción de la Iglesia. Las cosas que Juan había visto y los mensajes recibidos tienen una dimensión terrenal; la visión del Señor se produjo en la isla de Patmos (1:9); los mensajes a las iglesias se relacionan con congregaciones establecidas en la tierra (caps. 2-3). Quiere decir que lo que viene a continuación ocurrirá en un tiempo *"después de esto"*. La historia de la Iglesia ya no se medirá en tiempo humano sino en dimensión de eternidad, mientas sigue el decurso de la historia humana perfectamente medible en dimensiones terrenales y temporales. Es muy interesante apreciar que la palabra *iglesia*, no volverá a aparecer en el libro hasta los tramos finales (22:16). Esto también enfatiza el cambio de dispensación. Por lo menos, el enlace temporal entre la dispensación de la Iglesia y la del Reino.

Juan afirma que *"después de esto"*, *vio* algo especial y diferente. El escritor utiliza una forma verbal que expresa una acción puntual o consumada descrita aquí como εἶδον, *"miré"*. Fue, por tanto una visión completa y total que se le comunicó por revelación. Junto con la acción completa, no fue una

visión parcial o poco clara, el verbo expresa también la idea de la realidad del acontecimiento. Las visiones se sucederán ininterrumpidamente, pero, la introducción de esta parte del libro se hace mediante una advertencia al lector que requiere de él una expresa atención, mediante el uso del acostumbrado καὶ ἰδοὺ, *"y he aquí"*. Esa expresión equivale a *"¡mira!", "presta atención"*, o incluso podría equivaler a un interrogante de atención como *"¿sabes?"*. Cualquiera que sea la traducción que se de el sentido principal tiene que ver con una enfática llamada de atención. Juan estuvo trasladando al escrito cosas que tienen que ver y que suceden en el plano terrenal y en adelante va a referirse a asuntos celestiales aunque afecte a los moradores de la tierra y a la tierra misma. Por tanto, al tratarse de cuestiones procedentes directamente de Dios, el lector debe estar atento a ellas prestando una atención especial.

Lo que Juan veía era θύρα ἠνεῳγμένη ἐν τῷ οὐρανω *"una puerta abierta en el cielo"*. El verbo que describe el estado de la puerta es un participio perfecto que expresa la idea de una acción realizada y con resultados permanentes. La puerta que se había abierto permanecía de esa manera. Juan ve la puerta abierta en el cielo desde la posición en que se encontraba en la tierra. No fue transportado, sino que contemplaba la puerta abierta en la visión que estaba recibiendo. En ese sentido, la visión de Juan es semejante a la del profeta Ezequiel: *"Aconteció en el año treinta, en el mes cuarto, a los cinco días del mes, que estando yo en medio de los cautivos junto al río Quebar, los cielos se abrieron, y vi visiones de Dios"* (Ez. 1:1); de la misma manera estaba ocurriendo a Juan, quien desde Patmos ve como los cielos se abren a modo de una puerta que le va a permitir contemplar asuntos que tienen que ver con el cielo mismo. Nada tiene que ver esta puerta con otras dos a las que Juan antes hizo referencia: la primera era la puerta de la oportunidad y las bendiciones (3:8); la segunda era la puerta del corazón a la que Cristo llamaba (3:20); esta es la puerta de la revelación por la que Juan accederá a las visiones que, procedentes del cielo, le serán mostradas.

Nuevamente a la visión acompaña la voz de alguien. Juan se refiere a ella como καὶ ἡ φωνὴ ἡ πρώτη ἣν ἤκουσα, *"la primera voz que oí"*. La voz es reconocida inmediatamente como aquella primera voz que le habló en la visión relatada antes (1:10). En este caso la voz sería la procedente del Señor mismo, ya que únicamente Él es el Alfa y la Omega, principio y fin (1:11). Esa voz se dirigía a Juan y hablaba con él. Como en la primera ocasión era una voz recia, clara y sonora, equiparable a sonido de trompeta, que fuertemente sonó en diálogo con él. La voz es de una persona, pero el sonido es ὡς σάλπιγγος, *como de trompeta*. Aquella voz potente, dice: λαλούσης μετ᾽ ἐμοῦ λέγων, *hablaba conmigo diciendo.* Al relacionarla comparativamente con un sonido de trompeta, está refiriéndose a una voz clara y a la vez brillante, que es la comparativa bíblica explicada en otro lugar (1 Co. 14:8). Indica esto que Juan

iba a recibir una revelación de parte de Dios clara y precisa. En cierta medida esa voz como de trompeta suena, como muchas veces en el uso del instrumento, para convocar gentes. La convocatoria de Dios está en relación con las revelaciones que tienen que ver con el día de Su ira. Esa es también la convocatoria profética en relación con ese tiempo (Jl. 2:1). Pero, a su vez, es también una convocatoria al arrepentimiento ante la actuación judicial de Dios (Jl. 2:15-17), que advierte, por medio de su siervo, profeta y apóstol, Juan, de la intervención suya en la historia humana. Dios irrumpirá en la historia de los hombres para castigarlos por su maldad (Is. 13:9-11). La voz que hablaba con Juan haría, con toda certeza, que el apóstol prestase la máxima atención a cuanto le decía.

La voz que oyó Juan expresaba un mandato: ἀνάβα ὧδε *"sube acá"*. No se trataba meramente de una invitación hecha al apóstol, sino de un mandato formulado para él, ya que el verbo está en imperativo, lo que connota un mandamiento; pero, además, el tiempo aoristo imprime carácter de urgente. Juan debía subir y hacerlo inmediatamente. ¿Cómo subió Juan al cielo? ¿Fue una traslación personal? Se trata de una forma del lenguaje figurado para dar a entender dos cosas: primero un cambio de posición, de la tierra al cielo. Es notable observar que estos cambios se producen habitualmente a lo largo del libro, de modo que las visiones que Juan va a recibir le llevan a estar, figuradamente hablando, en el cielo hasta la revelación contenida en el capítulo 10, donde aparece el apóstol mirando los acontecimientos desde la tierra (10:1), donde las visiones se aprecian desde este lugar hasta que nuevamente cambia la perspectiva de visión al cielo cuando el ángel hace sonar la séptima trompeta (11:15); es evidente que la revelación recogida en el capítulo 12 es desde la tierra, para retornar nuevamente al cielo (14:18-20). No es posible seguir continuamente estos movimientos del profeta, que en cierta medida pudieran estar condicionados subjetivamente, pero, con todo, hay una continua traslación de planos de revelación desde la tierra al cielo y viceversa. En el caso presente Juan es llamado a *subir* al lugar de donde procedía la voz, lo que implica un cambio de posición en cuanto a la visión, pasando a una perspectiva celestial. Juan debía *entrar* por la puerta abierta de la revelación. ¿Pudiera compararse este *subir* del profeta con la traslación de Pablo (2 Co. 12:2)? Hay dos diferencias notables entre ambos: a) Pablo afirma que fue *arrebatado* al tercer cielo, es decir al lugar donde Dios manifiesta de un modo especial su presencia, aunque no podía precisar si fue una traslación corporal o fue simplemente en su espíritu; b) La visión que Pablo tuvo no le fue permitido darla a conocer, porque eran palabras *"inefables que no le es dado al hombre expresar"*; por el contrario, Juan recibirá una visión celestial que debe ser manifestada a los hombres. Más adelante Juan mismo dirá en que consistió realmente este *subir* al cielo.

La intención es precisa y concreta: καὶ δείξω σοι ἃ δεῖ γενέσθαι μετὰ ταῦτα, *"y yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas"*. El propósito de Dios era revelar a Juan por medio de Jesucristo (1:1), una panorámica escatológica de acontecimientos para un tiempo posterior al de la presencia de la Iglesia en la tierra. ¿Puede afirmarse taxativamente que esta es la correcta interpretación de la frase? Debe admitirse que hay distintos posicionamientos en cuanto a tiempos y sucesos, pero, lo que está absolutamente claro es que la revelación tiene que ver con las cosas que suceden *"después de estas"*, que anteriormente se precisó como las cosas futuras a unas presentes vinculadas con las cartas dirigidas a las siete iglesias. La dispensación actual es la *Dispensación de la Iglesia*. Algunos la llaman *Dispensación de la Gracia*, pero esa no sería la forma especial con la que Dios trata al hombre en el tiempo actual, ya que la gracia se manifestó en y para salvación desde que el hombre pecó. La gran *novedad* de este tiempo es la formación de un cuerpo en Cristo que es la Iglesia (Ef. 1:22-23), al que se incorporan todos aquellos que son salvos por gracia mediante la fe (Ef. 2:8-9). Esa dispensación comenzó con Pentecostés y concluirá con la traslación de la Iglesia a la presencia del Señor. Quiere, pues, decir que el Apocalipsis describirá lo que tendrá lugar en el mundo luego del tiempo de *estas cosas*, referido a la Iglesia, en la manifestación de su presencia en la tierra en las iglesias locales. Todo esto le sería mostrado a Juan y su expresión comenzará en el capítulo 6. Siendo determinación del Soberano Dios, las cosas sucederán inevitablemente, tal y como han sido decretadas.

2. Y al instante yo estaba en el Espíritu; y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado.

Εὐθέως ἐγενόμην ἐν πνεύματι, καὶ ἰδοὺ θρόνος ἔκειτο ἐν τῷ
Al instante vine a estar en espíritu, y he aquí trono estaba situado en el
οὐρανῷ, καὶ ἐπὶ τὸν θρόνον καθήμενος,
cielo y sobre el trono uno sentado.

Notas sobre el texto griego.

La primera cláusula comienza con εὐθέως, adverbio de tiempo, *inmediatamente, al instante, al momento*; ἐγενόμην, primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, originarse*, aquí como *vine a estar*; ἐν, preoposición que rige dativo, *en*; πνεύματι, caso dativo neutro singular del sustantivo que denota *espíritu*. La segunda cláusula se introduce mediante el uso de la conjunción copulativa καὶ, *y*; seguido con una llamada de atención mediante el uso de ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia, *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica

como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; θρόνος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *trono*, al que debe suplirse el artículo indeterminado *un*; ἔκειτο, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz pasiva del verbo κεῖμαι, *estar echado, encontrarse, estar destinado,* en sentido genérico *estar situado*, aquí como *estaba situado*; ἐν, conjunción *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado, *el*; οὐρανῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo *cielo*; seguido nuevamente de la conjunción καὶ, *y*; ἐπὶ, preposición que rige acusativo, *sobre*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado, *el*; θρόνον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *trono*; καθήμενος, caso nominativo masculino singular con el participio presente en voz media del verbo κάθεμαι, *sentar,* aquí como *sentado*, lo que supone suplir el pronombre indeterminado implícito *uno*.

Inmediatamente al mandato dado a Juan, Dios le capacita para llevarlo a cabo. La situación se produjo εὐθέως, *al instante*, esto es, de inmediato a la expresión del mandamiento *"sube acá"*. Juan dice como se llevó a cabo esa capacitación: ἐγενόμην ἐν πνεύματι, *"yo estaba en el espíritu"*. Esta misma expresión ocurrió antes relativa al modo como se produjo la visión del Hijo de Dios (1:10). Como se dijo entonces el texto griego denota un estado al que Juan llegó, que se podría expresar como *"vine a estar en el espíritu"*. Sin duda puede aplicarse a estar en el Espíritu Santo, ya que toda la profecía procede del Espíritu (2 P. 1:20-21). Sin embargo el entorno textual favorece una referencia al espíritu personal del profeta, o mejor tal vez, a la acción del Espíritu Santo capacitando el espíritu de Juan para recibir las visiones que se le manifestarán. Esa era la forma en que Isaías pudo recibir la visión del Señor (Is. 6:1); de la misma manera también Ezequiel (Ez. 1:4). El Espíritu Santo actúa sobre el espíritu del profeta para que pueda percibir las cosas de Dios, es decir, el Espíritu puso a Juan en una situación espiritual en la que pudo ver las revelaciones celestiales que luego escribió en el libro. ¿Se trataba de un éxtasis en el cual recibió las revelaciones? ¿Fue una traslación en el Espíritu? Pudiera entenderse que la expresión *"estar en el espíritu"*, se refiere a un éxtasis en el que desde el cuerpo, pero fuera de él en cuanto al espíritu la comprensión, recibió la revelación de Dios. No es posible afirmar más allá, puesto que la revelación no lo permite. Lo que sí es evidente es que las visiones le llegaron a Juan en ese estado espiritual fuera de lo normal, al que lo condujo la acción del Espíritu Santo. Ese era un modo habitual en muchas revelaciones del Señor a los suyos (Hch. 10:10; 11:5; 22:17; 2 Co. 12:2-3), de manera que cuando cesaba la acción de la revelación, el profeta *volvía en sí mismo* (Hch. 12:11). El éxtasis espiritual es un estado de la parte espiritual del hombre en plenitud, en virtud del cual queda dispuesto para la recepción de revelaciones divinas. De ese modo el espíritu de Juan alcanzó un estado de receptividad especial para la revelación que Dios le iba a comunicar. Esa disposición de ánimo vino *inmediatamente, al*

instante, por lo que Juan es trasladado en éxtasis al cielo para recibir la visión que le debía ser mostrada.

Una interpretación dentro del *dispensacionalismo*, identifica el *"sube acá"* dado a Juan como una expresión genérica que tiene que ver con el arrebatamiento o traslación de la Iglesia. En ese sentido Juan representaría a todos los cristianos y la voz de trompeta sería una referencia velada a la que Pablo se refiere en el detalle del arrebatamiento o traslación de la Iglesia (1 Ts. 4:16-17). El Dr. Scofield escribe:

"Esta invitación parece indicar claramente el cumplimiento de 1 Ts. 4:14-17. La palabra 'iglesia' no vuelve a ocurrir en el libro de Apocalipsis"[1]

En la misma línea el Dr. H. A. Ironside:

"El primer verso comienza con la gran tercera división de este libro – 'Las cosas que serán después de estas' – el emocionante panorama de maravillas, tanto en el cielo como en la tierra que deben tener lugar después que la historia de la Iglesia haya terminado. Desde el fin del capítulo 3, nunca vemos la Iglesia en la tierra nuevamente en el resto de este solemne libro. Leemos de 'santos', pero distintos enteramente de la Iglesia de la presente dispensación. Aparece Israel y una gran multitud de gentiles, salvados de entre la gran tribulación; pero la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, la esposa del Cordero, no está más sobre la tierra.

El hecho es bastante patente al cuidadoso lector. ¿Cuál es la explicación? Creemos que es sencillamente esta: debemos entender que la traslación de la Iglesia tiene lugar entre los capítulos 3 y 4. La traslación del apóstol es un símbolo de esto"[2]

Se podrían seguir citando algunos ejemplos más sobre la línea, que esencialmente descansa en dos elementos: a) El hecho de que la palabra *iglesia* no aparece más en el libro hasta los últimos versículos (22:16); b) La supuesta representatividad simbólica de Juan en relación con toda la Iglesia. La literatura dispensacional más antigua se expresa con cierto dogmatismo sobre la identificación del arrebatamiento de la Iglesia en este punto del Apocalipsis y, aunque la mayoría de los comentaristas admiten que no se trata de una verdad explícitamente revelada, debe entenderse de esta manera[3]. No hay referencia alguna explícita al arrebatamiento de la Iglesia en este versículo y el lenguaje está dirigido exclusivamente a Juan, expresando figuradamente la decisión

---

[1] C. I. Scofield. o.c., pág. 1290.
[2] H. A. Ironside. *Apocalipsis.* Librería e Imprenta Centroamericana. Guatemala. Pág. 51.
[3] John F. Walvoord. o.c., pág. 103.

divina de comunicarle la revelación desde un plano celestial. Esto no es una referencia velada al arrebatamiento de la iglesia, sino un mandato expreso para que Juan sea capacitado en el espíritu y trasladado a esferas celestiales a fin de recibir la revelación sobre los acontecimientos futuros.

Lo que Juan describe como correspondiente al comienzo de esa revelación celestial, requiere mucha atención por parte del lector, por tanto, recurre una vez más a la expresión ἰδοὺ, que se traduce por *"he aquí"*, que como se ha dicho en ocasiones anteriores es una llamada de atención enfática, como si dijese: ἰδοὺ θρόνος, *"¡Mira!, un trono"*. La importancia del trono es notable en el Apocalipsis. El libro comienza con una referencia al trono (1:10), y el trono aparece también dos veces al final de los mensajes a las siete iglesias (3:21). Sorprendentemente aparece diecisiete veces en estos dos capítulos y cuarenta y cinco en todo el libro.

La posición del trono era en el cielo, como se lee: ἔκειτο ἐν τῷ οὐρανῷ, *estaba situado en el cielo*. En el sentido propio de la expresión, se trata de un trono que aparece en el lugar donde Dios se manifiesta de forma especial en relación con su dominio y soberanía. El trono es, por tanto, aquí figura de soberanía y autoridad suprema que sólo corresponde a Dios. Esta idea de *trono* en relación con Dios, parte especialmente de la profecía de Daniel (Dn. 7:9), como expresión simbólica de gobierno y poder. En este sentido el trono que Juan ve, está dispuesto, o preparado, o establecido en el cielo. El verbo que utiliza el profeta permite diversas acepciones, pero la idea principal es que estaba puesto en el cielo y sobre él Alguien sentado, lo que hace alusión al concepto de lugar desde donde se ejerce toda autoridad. Los parecidos con las revelaciones del Antiguo Testamento, son evidentes: En algo semejante se manifiesta la presencia de Dios cuando hablaba con Moisés (Ex. 19:19-20); ocurre también en la de Isaías (Is. 6:5); más próxima en cuanto a detalles concretos es la de Ezequiel (Ez. 1:26-28). Lo que quiere enfatizarse aquí es el trono de gloria en donde la *shekinah*, la gloria de Dios, ocupa el lugar supremo y manifiesta Su omnipotencia y soberanía, símbolo del poder absoluto con que gobierna todo el universo y determina y establece la historia, dándola a conocer proféticamente y conduciéndola al cumplimiento conforme a su determinación (Is. 46:8-13).

Se trata de enfatizar la soberanía de Dios como preparación a cuanto seguirá luego. La soberanía de Dios es la perfección divina por la que Dios es el Ser Supremo con autoridad absoluta sobre todos los seres, sobre todas las cosas y sobre todas las acciones en el universo. Los atributos de Dios están estrechamente vinculados, de modo que es soberano porque también es omnipotente; es soberano porque es libre; es soberano porque es fiel; o, si se prefiere, a la inversa. Dios ejerce su soberanía conforme a sus atributos, de

manera que cualquier manifestación de soberanía está también rodeada de amor, porque Él es amor (1 Jn. 4:8). Dios actúa como Soberano con misericordia porque es misericordioso; de la misma manera actúa también con justicia, porque es justo. La Biblia enseña la soberanía de Dios como quien ejerce suprema autoridad y que no puede ser resistido por nadie en la ejecución de sus designios (Sal. 135:5-6). La Escritura enseña también esta verdad por medio de los títulos que da a Dios, a quien llama Rey de reyes y Señor de señores (1 Ti. 6:15). La soberanía de Dios se manifiesta desde el origen porque Él es el Creador (Gn. 1:1). De manera que si todo cuanto es hecho procede de la omnipotencia de Dios, es también consecuencia de su soberanía porque nadie había a Su lado que le condujese a crear, sino que fue resultado de Su propia determinación personal en el ejercicio de Su soberanía (He. 11:3). Los astros, los hombres y los ángeles son creación suya, por cuya causa es alabado en los cielos, como se pone de manifiesto en este capítulo (4:11). La soberanía en creación lo es también en salvación. La planificación del plan de redención no se produjo en el tiempo de la historia humana, sino en la eternidad (2 Ti. 1:9). La ejecución de esa determinación soberana tuvo lugar según su designio y voluntad, en el tiempo que había determinado para que se produjera (Gá. 4:4). La aplicación de la salvación se realiza según Su propósito (Ef. 1:3-6). Tal soberanía se manifiesta en los más sencillos detalles de la salvación, como es la capacitación para alcanzarla (1 P. 1:2). De la misma manera la seguridad de salvación para el creyente está ligada a la soberanía (Jud. 24-25). El Dios soberano conduce también todas las cosas ordenándolas para bien de aquellos que son suyos conforme a su propósito (Ro. 8:28). Sin embargo, esa soberanía en la creación se manifiesta también en la historia, de ahí que el salmista diga que el trono de Dios está en los cielos y domina sobre todo (Sal. 103:19). Ese admirable Dios está en el control de la historia estableciéndola determinativamente, anunciándola por medio de los profetas y conduciéndola a la ejecución conforme a su soberanía: *"Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá y haré todo lo que quiero; que llamo desde el oriente al ave, y de tierra lejana al varón de mi consejo. Yo hablé, y lo haré venir; lo he pensado, y también lo haré"* (Is. 46:9-11). Por esta causa Dios estableció ya el futuro de la historia humana y determinó que, a pesar de la oposición de los hombres, su Rey sea establecido para gobernar en la tierra (Sal. 2:6). Esa es la razón por la que esta tercera parte del libro se abre con una referencia al trono y a la soberanía de Dios, por la que se determina la historia que será motivo de la revelación. No habrá nada de cuanto se anuncie por medio de Juan que no tenga fiel cumplimiento conforme a lo determinado por Dios. El trono aquí es un trono de juicio, de la misma manera que lo contemplo el salmista: *"Pero Jehová permanecerá para siempre; ha dispuesto su trono para juicio"* (Sal. 9:7). Lo que va a seguir en el libro tiene

que ver con el juicio que Dios enviará sobre el mundo para probar a los moradores de la tierra y, venciendo a todos los enemigos, establecer el reino del Señor entre los hombres. El Soberano Dios va a manifestar, por medio de su acción judicial, su soberanía sobre la tierra (Dn. 2:44).

Καὶ ἐπὶ τὸν θρόνον καθήμενος. Sobre el trono, dice Juan, estaba *"uno sentado"*. No debe extrañar esta singular forma en Juan, que literalmente escribe: καὶ ἐπὶ τὸν θρόνον καθήμενος, *"sobre el trono, sentado"*, en alguna medida es la manera de evitar escribir el nombre de Dios, como era habitual entre los judíos, y se distingue del Hijo (6:16; 7:10). La posición *sentado* no expresa la idea de descanso, sino de ejercicio de soberanía, como es propio de la figura de un rey sobre un trono. Todo ello dirige la atención del lector hacia el hecho de que Dios va a comenzar los juicios anunciados y lo hace como el Juez supremo que toma el sitio en el trono para iniciar el proceso judicial y ejecutar lo establecido.

3. Y el aspecto del que estaba sentado era semejante a piedra de jaspe y de cornalina; y había alrededor del trono un arco iris, semejante en aspecto a la esmeralda.

καὶ ὁ καθήμενος ὅμοιος ὁράσει λίθῳ ἰάσπιδι καὶ σαρδίῳ, καὶ
Y el sentado semejante en aspecto a piedra de jaspe y de sardio y
ἶρις κυκλόθεν τοῦ θρόνου ὅμοιος ὁράσει σμαραγδίνῳ.
arco iris en derredor del trono semejante en aspecto a esmeralda.

Notas sobre el texto griego.

El detalle de la visión comienza con la conjunción καὶ, *y*; seguida de ὁ, caso nominativo masculino singular, *el*; καθήμενος, caso nominativo masculino singular con el participio presente en voz media del verbo κάθημαι, *sentarse*, aquí como *sentado*; ὅμοιος, caso nominativo masculino singular del adjetivo *semejante*; ὁράσει, caso dativo femenino singular del sustantivo *en aspecto*; λίθῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo, *piedra*, nombre usado para referirse a cualquier clase de piedra, especialmente las sueltas, incluso de molino, en este caso una piedra semi-preciosa; ἰάσπιδι, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota una piedra *de jaspe*; καὶ, conjunción *y*; σαρδίῳ, caso dativo neutro singular del sustantivo *de sardio*; καὶ, *y*; ἶρις, caso nominativo femenino singular del sustantivo, *arco iris*, puede suplirse aquí el artículo indeterminado *un*, implícito con el nombre; seguido de κυκλόθεν, adverbio de lugar *alrededor, todo alrededor, por todas partes*, *en torno a*; vinculado con el verbo κυκλεύω, *describir un círculo*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado, *de el*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *trono*; ὅμοιος, caso nominativo masculino singular del adjetivo, *semejante*; ὁράσει, caso dativo femenino singular del sustantivo *apariencia, visión, aspecto*; σμαραγδίνῳ, caso dativo masculino singular del adjetivo, *esmeraldino, de esmeralda*, referido al color propio que ofrece como aspecto la esmeralda.

Καὶ ὁ καθήμενος ὅμοιος ὁράσει λίθῳ ἰάσπιδι καὶ σαρδίῳ, καὶ ἶρις κυκλόθεν τοῦ θρόνου ὅμοιος ὁράσει σμαραγδίνῳ. Quien estaba sentado en el trono no podía ser otro sino Dios mismo, por tanto, para describir la visión ha de recurrirse a comparaciones de aspectos propios de la tierra y, entre ellos, de piedras preciosas. Sin duda se trata de la primera Persona Divina, invisible a los ojos de los hombres (Jn. 1:18). Esa es también la razón por la que Pablo le llama *"invisible"* (1 Ti. 1:17) y usa un lenguaje figurado para referirse a la presencia del Padre *"que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver"* (1 Ti. 6:16). Lo que Juan está describiendo aquí no es el aspecto del Padre, sino el fulgor de su gloria y la impronta de su majestad. Cuando Juan miró al trono pudo contemplar la gloria de quien estaba sentado en él, haciendo una comparación con el fulgor luminoso de algunas piedras preciosas. Esas piedras representan figurativamente la gloria del que estaba sentado en el trono.

La primera piedra con que compara la gloria de Dios es el ἰάσπιδι, *jaspe*. Hay muchas variantes de esta piedra que, en realidad, es un tipo de piedra silícea de grano fino, textura homogénea, de colores variados según contenga porciones de alúmina, hierro oxidado o carbono. En la antigüedad el término *jaspe*, no se utilizaba sólo para referirse a este tipo de cuarzo, sino que podía designar a cualquier tipo de piedra preciosa, especialmente las piedras opacas, realmente traslúcidas. Algunos creen que podría tratarse de un diamante, sin embargo no hay evidencias que lo atestigüen y podría ser el aspecto que ofrece una piedra semejante al cristal de roca, que pulida refleja intensamente la luz. Esta era la última de las piedras engarzadas en el pectoral del sumo sacerdote (Ex. 28:17). El simbolismo de esta piedra expresa la santidad de Dios, transparente y brillante, por cuya santidad es aclamado y adorado (Is. 6:1-3). Esta piedra de jaspe está unida también al aspecto de la *cornalina*, un ágata de color sangre o rojiza. Juan utiliza literalmente la palabra σαρδίῳ, *sardio*, por lo que pudiera tratarse también de una piedra de *sardónice*, que es un ágata de color dorado con vetas oscuras, sin embargo mejor será considerarla como lo que habitualmente se hacía en el entorno histórico-textual, para referirse a una cornalina, que sería también la primera de las doce piedras en el pectoral del sumo sacerdote (Ex. 28:20). El color rojizo simboliza la justicia de Dios en su propósito redentor ¿Vio Juan el aspecto como de las dos piedras unidas? Probablemente con estas semejanzas Juan está describiendo un aspecto glorioso como el resultante de la conjunción de estas dos piedras preciosas, ya que aparece un solo sustantivo *piedra* para referirse a las dos. Lo importante no es si son dos aspectos conjuntos o separados, simplemente Juan utiliza el fulgor que despiden estas dos piedras ante la luz para describir la gloria que salía del que estaba sentado en el trono.

Καὶ ἶρις κυκλόθεν τοῦ θρόνου ὅμοιος ὁράσει σμαραγδίνῳ. La gloria de Dios no se manifiesta sólo en el mismo trono, sino también en su entorno. Juan vio alrededor del trono como un halo semejante en aspecto al arco iris. Una distinción muy interesante es que el arco iris está formado por siete colores, mientras que el arco que rodeaba el trono era de un solo color. El arco iris suele mostrarse a modo de una media circunferencia, mientras que lo que Juan vio era una circunferencia que rodeaba totalmente el trono. El color verde es símbolo de esperanza, de modo que aún en medio de los juicios que Dios se dispone a enviar sobre el mundo, hay esperanza de salvación para todo aquel que crea. El arco iris es señal del pacto de Dios con la humanidad en la garantía de la limitación de un juicio que alcance a todos (Gn. 9:13-16). En medio de la ira, Dios se acuerda de la misericordia, como pedía el profeta: *"En la ira acuérdate de la misericordia"* (Hab. 3:2). El arco iris en los días de Noé apareció después del juicio, en la visión de Juan se muestra antes, como garantía de que no habrá una destrucción total de los hombres. Siempre la gracia de Dios se ha mostrado como provisión salvadora frente a la ruina del hombre a causa del pecado, de modo que cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia (Ro. 5:20). Dios, el Juez justo, no puede dejar de manifestar su ira sobre el pecado del hombre, pero, aun en medio de ella abre oportunidad en una expresión admirable de su gracia. Siempre hay esperaza para el pecador que arrepentido vuelva a Él. La responsabilidad de perdición es, como siempre, del hombre que desprecia la provisión de la misericordia divina.

El entorno (4:4-8).

4. Y alrededor del trono había veinticuatro tronos; y vi sentados en los tronos a veinticuatro ancianos, vestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas.

Καὶ κυκλόθεν τοῦ θρόνου θρόνους εἴκοσι τέσσαρες, καὶ ἐπὶ τοὺς
Y alrededor del trono tronos veinticuatro y sobre los
θρόνους εἴκοσι τέσσαρας πρεσβυτέρους καθημένους περιβεβλημένους
tronos veinticuatro ancianos sentados vestidos
ἐν ἱματίοις λευκοῖς καὶ ἐπὶ τὰς κεφαλὰς αὐτῶν στεφάνους χρυσοῦς.
de vestiduras blancas y sobre las cabezas de ellos coronas de oro.

Notas sobre el texto griego.

De la visión del trono pasa al entorno de trono describiendo lo que vio comenzando con la conjunción copulativa καὶ, *y*; seguido de κυκλόθεν, adverbio de lugar *alrededor, todo alrededor, por todas partes, en torno a*; vinculado con el verbo κυκλεύω, *describir un círculo*; τοῦ caso genitivo masculino singular del artículo determinado, *del*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo, *trono*; θρόνους, caso acusativo masculino plural del mismo sustantivo *tronos*; εἴκοσι, caso acusativo

masculino plural del adjetivo numeral cardinal, *veinte*; τέσσαρες, caso acusativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal, *cuatro*, en castellano formando un solo adjetivo numeral cardinal *veinticuatro*; seguido de la conjunción καὶ, *y*; acompañada de ἐπὶ, preposición de acusativo, *sobre*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; θρόνους, caso acusativo masculino plural del sustantivo *tronos*; εἴκοσι τέσσαρας, nuevamente los dos adjetivos numerales cardinales que equivalen en español a *veinticuatro*; πρεσβυτέρους, caso acusativo masculino plural del adjetivo *presbíteros*, aunque *presbítero* en castellano es un sustantivo, la traducción *anciano* es adjetivo como referido a personas de *edad*, que es el significado en español; καθημένους, caso acusativo masculino plural con el participio presente en voz media del verbo κάθημαι*, sentarse,* aquí como *sentados*; περιβεβλημένους, caso acusativo masculino plural con el participio perfecto en voz media del verbo περιβάλλω, literalmente *envolverse,* aplicado a la cobertura de ropa como *vestidos*; ἐν, preposición de dativo*, de*; ἱματίοις caso dativo neutro plural del sustantivo que denota *vestidos, vestiduras*, masculino o femenino en castellano, según acepción; λευκοῖς, caso dativo neutro plural del adjetivo *blancos* o *blancas*, según califique a *vestidos o vestiduras*; καὶ, conjunción *y*; seguida de ἐπὶ, preposición que rige acusativo, *sobre*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; κεφαλὰς, caso acusativo femenino plural del sustantivo *cabezas*; αὐτῶν caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; στεφάνους caso acusativo masculino plural del sustantivo *coronas,* referido especialmente a la corona de un vencedor generalmente en forma de laureada, χρυσοῦς, caso acusativo masculino plural del adjetivo *de oro, doradas*.

Καὶ κυκλόθεν τοῦ θρόνου θρόνους εἴκοσι τέσσαρες. Alrededor del trono glorioso de Dios, Juan observa la presencia de otros tronos, concretamente veinticuatro. Probablemente estaban situados en un círculo más allá de la aureola esmerada que rodeaba el trono de Dios. Es posible que en la visión pudieran apreciarse varios círculos concéntricos en torno al trono. El primero sería el que tenía un aspecto semejante al jaspe, símbolo de la pureza absoluta de Dios. El segundo sería el de color rojo como de cornalina, símbolo de la justicia misericordiosa de Dios El tercero tendría que ser el que se describe como semejante a la esmeralda, símbolo de esperanza. Un cuarto círculo sería el formado por los seres vivientes que se mencionan más adelante (v. 6). El quinto estaría establecido por los καὶ ἐπὶ τοὺς θρόνους εἴκοσι τέσσαρας veinticuatro tronos donde estaban καθημένους, sentados los εἴκοσι τέσσαρας πρεσβυτέρους, veinticuatro *presbíteros* o *ancianos*. En una sexta posición aparecería la multitud angélica que rodeaba el trono (5:11) y, finalmente, todo lo creado (5:13). Debe apreciarse que estos veinticuatro ancianos sentados en otros tantos tronos se establecían como un círculo alrededor del trono. Siempre el trono de Dios sobresale por encima de estos veinticuatro tronos, lo cuales estaban ocupados por veinticuatro ancianos sentados sobre ellos. El modo verbal utilizado aquí en voz media enfatiza una forma descriptiva y el presente indica una acción continuada. Juan ve a los ancianos en el momento de sentarse y de ese modo continuaban.

Es necesario determinar quienes son esos veinticuatro ancianos. Algunos intérpretes ven en ellos una representación angélica, o de un orden angélico sobre el resto de los ángeles. En ese sentido escribe el Dr. Carballosa, sin identificarse con esta interpretación:

"Sugerencia en cuanto a quiénes podrían ser los ancianos mencionados en 4:4.

1. Los veinticuatro ancianos mencionados en Apocalipsis 4:4 son los mismos mencionados en 4:10; 5:8; 11:16 y 19:4.

2. Son veinticuatro individuos o seres que habitan en los cielos (7:11).

3. Probablemente sean seres celestiales que, por su posición reciben la clasificación de ancianos. Como ya se ha observado, el vocablo 'anciano' (presbíteros) es un término que denota un oficio de gobierno, es decir, se refiere a uno que gobierna (véanse 1 Ti. 5:17; Éx. 3:16; 18:13-26; 24:9; 1 S. 8:4). Los ancianos celestiales están muy por encima de los ángeles comunes. Estos están sentados mientras que los otros ángeles permanecen de pie. Son gobernadores sobre el resto de la creación, porque la anteceden en tiempo y sobre los ángeles debido a su madurez espiritual.

4. Su responsabilidad es el ejercicio de supervisión en el ámbito celestial bajo la autoridad del Señor Dios Todopoderoso. Están sentados en tronos como demostración de su posición (véase Col. 1:16; también Dn. 4:13, 17, 23; 10:13). La Biblia da a entender la existencia de rangos dentro de las huestes celestiales.

5. El contexto presenta un cuadro de la organización de la autoridad celestial. Allí están todos los poderos o autoridades para la ejecución de juicio quienes, al echar sus coronas a los pies del León de la tribu de Judá, reconocen su derecho supremo para juzgar (Jn. 5:22, 27). Los ancianos gobiernan sobre los ángeles y a través de ellos gobiernan la tierra. Los capítulos 4 y 5 del Apocalipsis presentan la crisis final: Los reinos del sistema mundial están a punto de llegar a ser los reinos de Dios y de su Mesías, parcialmente mediante la intervención angelical (Ap. 11:15) y dirigidos por los ancianos y los cuatro seres vivientes quienes están sujetos a la autoridad de Cristo"[4]

En una línea semejante escribe el Dr. Ladd:

"No hay dificultad para entender a los veinticuatro ancianos como un cuerpo de ángeles que ayudan a ejecutar el gobierno divino en el universo. Las ropas blancas son la vestidura de los ángeles (Jn. 20:12; Mt. 28:3; Hch. 1:10; Mr. 16:5). Pablo se refiere a ciertos órdenes de ángeles como tronos, principados, gobernadores (Col. 1:16; Ro. 8:38; Ef. 3:10). En el Antiguo Testamento, Dios aparece a veces rodeado por un concilio de seres celestiales.

---

[4] Evis. L. Carballosa. o.c., pág. 109.

'Dios temible en la gran congregación de los santos, y formidable sobre todos cuantos están alrededor de Él' (Sal. 89:7). Dios reinará en el monte Sión 'y delante de sus ancianos será glorioso' (Is. 24:23). Micazas vio a 'Jehová sentado en su trono, y todo el ejército de los cielos estaba junto a Él, a su derecha y a su izquierda' (1 R. 22:19). Así es que llegamos a la conclusión de que los veinticuatro ancianos son una compañía de ángeles que sirven como una especie de contraparte celestial de los ancianos de Israel (Ex. 24:11), que son retratados como ayudadores del gobierno divino. Adoran a Dios porque ha de llevar a la historia a su fin, juzgar a los muertos y recompensar a 'sus siervos los profetas y los santos' (11:18). Posiblemente el número de veinticuatro se deriva del hecho de que había veinticuatro órdenes sacerdotales en el Antiguo Testamento. Sin embargo, los ancianos no parecen tener ninguna función sacerdotal distintiva. Sus canciones de alabanza a Dios son tanto por la creación (4:11) como por la redención de los hombres (5:9). El número veinticuatro no es usado en el Apocalipsis bajo ninguna otra relación"[5].

Frente a esta interpretación está otra línea que considera que los veinticuatro ancianos no son ángeles de órdenes especiales. De este modo escribe el Dr. Walvoord:

"La identificación de los veinticuatro ancianos no debería sostenerse de una manera dogmática, pero la evidencia que aquí tenemos es tal que apunta hacia la conclusión de que pueden representar a la iglesia como cuerpo de Cristo"[6].

En esa misma línea escribe el Dr. Pentecost:

"Puesto que, de acuerdo con Ap. 5:8, estos veinticuatro ancianos están asociados en un acto sacerdotal, lo cual nunca se dice de los ángeles, deben ser creyentes sacerdotes asociados con el Gran Sumo Sacerdote. Considerando que Israel no es resucitado hasta el fin de la septuagésima semana, ni juzgado ni recompensado hasta la venida del Señor, conforme a Is. 26:19-21 y Dn. 12:1-2, éstos deben ser representantes de los santos de la época actual. Visto que aparecen resucitados, en el cielo, juzgados, recompensados y entronizados al comienzo de la septuagésima semana, la conclusión es que la iglesia ha debido ser arrebatada antes de que comience la septuagésima semana. Si la iglesia no está aquí resucitada y trasladada, como sostienen algunos, y no lo está hasta Ap. 20:4, ¿cómo podría la iglesia estar en el cielo en Ap. 19:7-11)?"[7].

---

[5] George Eldon Ladd. o.c., pág. 67.
[6] Walvoord. o.c. pág. 107.
[7] J. Dwight Pentecost. *Eventos del Porvenir*. Editorial Libertador. Maracaibo 1977. pág. 203.

El término πρεσβυτέρους, *presbíteros o ancianos*, se usa en la Escritura para referirse a personas de edad avanzada (cf. Hch. 2:17; 1 Ti. 5:1), pero, también para quienes están en un oficio que requiere capacidad, madurez y experiencia (Mt. 16:21; Hch. 4:5, 23; 14:23; 1 Ti. 5:17). Ambas cosas no son propias de ángeles. La primera, en cuanto a edad, no les afecta por cuanto son espíritus que no están incluidos en las variaciones propias de los hombres a efectos del tiempo. En cuanto a la segunda, sería la única vez que se llamaría *ancianos* a los ángeles. Un poco más adelante aparecerán los veinticuatro ancianos *cantando* (5:9, 10). Esto sería también una *novedad* en relación con los ángeles, por cuanto, en ninguna otra parte de la Escritura se dice que los ángeles cantan. Cada vez que les muestra en actividad de alabanza nunca se usa el verbo *cantar*, sino el verbo *decir*. En el mismo cántico se advierten expresiones que serían absolutamente impropias para los ángeles como *"con tu sangre nos has redimido... y nos has hecho reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra"*. Sin embargo, este argumento dependerá mucho del texto crítico del Nuevo Testamento, que se lea *los* en lugar de *nos*, los veinticuatro ancianos conjuntamente con los cuatro seres vivientes alaban al Cordero por lo que hizo en relación con *otros* y no con ellos. Aunque los ángeles aparecen vestidos de *ropas blancas* en muchos lugares, no es menos cierto que las ropas blancas, tanto en Apocalipsis como en otros lugares se refieren a los vestidos que tendrá la Iglesia en la presencia de Dios (Ef. 5:27; Ap. 19:8), prometiendo el Señor este vestido para los *vencedores* (3:5). La misma figura de *vestidos blancos* se usa para referirse a la gran compañía de salvos que salen de la tribulación (Ap. 6:11; 7:9, 13). Los veinticuatro ancianos están coronados y la palabra que se usa para referirse al tipo de corona, no es la de un rey, sino la de un vencedor. El argumento de que esas coronas simbolizan el derecho a ejecutar juicio, que suelen usar quienes entienden que los veinticuatro ancianos son ángeles, sería también difícil de entender en una correcta exégesis bíblica, toda vez que quienes han de juzgar al mundo y a los ángeles, no son los ángeles sino los santos de la Iglesia (1 Co. 6:2, 3). Se argumenta que si los veinticuatro ancianos no son ángeles y, por tanto, debe entenderse simbólicamente, también debiera entenderse así los cuatro seres vivientes. Sin embargo, en la Escritura hay lenguaje figurado que debe entenderse así y en su entorno inmediato hay lenguaje literal que debe entenderse de otra manera. Tal es, a modo de ejemplo, las expresiones de Jesús como *"yo soy la puerta", "yo soy el camino", "yo soy el pan de vida"*, que no demandan que se entienda alegóricamente o figuradamente cualquier otra afirmación del Señor en relación consigo mismo. Otro argumento contrario a la posición de considerar a los veinticuatro ancianos como ángeles y no como la iglesia es la individualidad de modo que más adelante se aprecia a un anciano actuando de manera individual (5:5; 7:13). Nada tiene que ver la individualidad requerida en algún momento con la representatividad de la iglesia en general, de modo que en alguna ocasión, uno de estos habla individualmente y el conjunto en sí es figura representativa. A la

iglesia se le ha prometido tronos (Mt. 19:28; Ap. 3:21; 20:4), cosa que no se ha prometido a los ángeles. A la iglesia se le ha prometido coronas (1 P. 5:4; Ap. 2:10; 3:11), que en ningún lugar se enseña como algo dado a los ángeles, y se enseña que ningún creyente será coronado hasta que la Iglesia sea trasladada a la presencia del Señor, como testifica el apóstol Pablo: *"por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día, y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida"* (2 Ti. 4:8), donde la expresión *"en aquel día"*, debe entenderse como referencia al *día de Cristo*, cuando venga a buscar a los suyos. El mismo Señor dice: *"He aquí, yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según fuere su obra"* (22:12). Los calificativos de *reyes y sacerdotes*, también son para la iglesia (1 P. 2:5, 9; Ap. 1:4-6; 20:6). Incluso el número veinticuatro apunta al orden sacerdotal. Ese era el número de las clases sacerdotales en el Antiguo Testamento que se dividía en veinticuatro turnos (1 Cr. 24:1-19). No debe olvidarse la procedencia semítica del escritor y que muchos de sus lectores más inmediatos procedían del campo judío. Las veinticuatro órdenes sacerdotales representaban por entero la totalidad del sacerdocio levítico. Los sacerdotes sumaban varios cientos, no podían juntarse todos a la vez en el templo, pero al reunirse los veinticuatro en el templo de Jerusalén, todo el sacerdocio estaba representado. Los ancianos en el cielo representan a todo el sacerdocio celestial, es decir, a los redimidos que han pasado a la presencia del Señor, que en la visión no se aprecian como una enorme hueste de adoradores, sino como veinticuatro ancianos que los simbolizan. ¿Podemos afirmar dogmáticamente que son representación de la Iglesia o que son ángeles? Nada dogmático debe expresarse en profecía, sobre todo cuando hay argumentos en uno y otro sentido. Simplemente debe considerarse mejor que es una representación de la iglesia glorificada, por lo que se ha dicho antes que considerarlo como un grupo de ángeles especiales, por los mismos argumentos. Pero esto, no debe servir para establecer divisiones entre los intérpretes y mucho menos para enseñarlo como *regla de fe* a los creyentes. Las contiendas sobre lo que no es doctrina fundamental, sino general, afectan directamente al comportamiento que corresponde a quienes deben mostrar solicitud en mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz (Ef. 4:3), cuyo mandamiento no admite interpretaciones divergentes y es, sin duda, doctrina fundamental.

5. Y del trono salían relámpagos y truenos y voces; y delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios.

Καὶ ἐκ τοῦ θρόνου ἐκπορεύονται ἀστραπαὶ καὶ φωναὶ καὶ βρονταί,
Y del trono salen relámpagos y voces y truenos
καὶ ἑπτὰ λαμπάδες πυρὸς καιόμεναι ἐνώπιον τοῦ θρόνου, ἅ εἰσιν
y siete lámparas de fuego ardiendo delante del trono, los que son
τὰ ἑπτὰ πνεύματα τοῦ Θεοῦ,
los siete espíritus - de Dios.

Notas sobre el texto griego.

La descripción de la visión sigue uniéndose con lo que antecede mediante el uso de la conjunción καὶ, *y*; ἐκ, preposición que rige genitivo, *de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; en español se unen ambas palabras para convertirse en la contracción *del*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *trono*; ἐκπορεύονται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo ἐκπορεύομαι, *irse, salir, llegar a*, en su acepción más propia *salir de un lugar*, en este caso y en voz media expresa la idea de *salir, brotar del trono*, literalmente aquí como *salen*, o mejor *salían*; ἀστραπαὶ, caso nominativo femenino plural del sustantivo que denota *relámpagos*, masculino en español; καὶ, *y*; φωναὶ, caso nominativo femenino plural del sustantivo *voces*; καὶ, conjunción *y*; βρονταί, caso nominativo femenino plural del sustantivo *truenos*. Juan ve también ἑπτὰ, adjetivo numeral cardinal *siete*; λαμπάδες, caso nominativo femenino plural del sustantivo *lámparas*; πυρὸς, caso genitivo neutro singular del sustantivo *fuego*, masculino en español; καιόμεναι, caso nominativo femenino plural con el participio presente del verbo καίω, *encender, hacer que arda, quemar*, aquí como *ardiendo* o *que ardían*; ἐνώπιον, preposición impropia de genitivo *ante*, que es también adverbio de lugar *delante*; realmente ἐνώπιον, (compuesto de ἐν y la raíz ὀπ– vinculada con *ver/ojo*) es el acusativo neutro singular del adjetivo ἐνώπιος, *el que está a la vista, ante el rostro de, el que está en presencia de, etc.* y que en griego se construye con genitivo y se empleaba como preposición impropia y que se ha convertido en adverbio. τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *trono*; ἅ, caso nominativo neutro plural del pronombre relativo *lo que*, en este caso traducido como *que*; εἰσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *son*; τα, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*; ἑπτὰ, caso nominativo neutro plural del adjetivo numeral cardinal *siete*; πνεύματα, caso nominativo neutro plural del sustantivo *espíritus*; seguido de τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se traduce en castellano por estar vinculado al un nombre propio declinado en griego; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *Dios*.

Καὶ ἐκ τοῦ θρόνου ἐκπορεύονται ἀστραπαὶ καὶ φωναὶ καὶ βρονταί. Juan describió la gloria que se manifestaba alrededor del trono, ahora detalla lo que procede del mismo trono, lugar donde se sienta el Juez supremo en disposición de ejecutar el juicio sobre el mundo. La proposición que Juan utiliza en el texto griego indica algo que procede del trono y sale hacia fuera de él, unida al verbo[8] que completa la idea y que se traduce como *salían*. El presente del verbo indica una acción continuada, que puede expresarse como *salen* o *proceden*. Del trono salían continuamente ἀστραπαὶ, *relámpagos*, que son lo que causa temor en medio de una tormenta al advertir, con su luminosidad, el peligro que sigue a su luz fulgurante. En este caso, la

[8] Griego: ἐκπορεύομαι.

manifestación de los relámpagos procedentes del trono sirve de aviso y advertencia a lo que Dios estaba a punto de comenzar a hacer. Una manifestación semejante de poder y gloria ocurrió en el monte Sinaí cuando Dios se manifestó a su pueblo (Ex. 19:16). Aquella presencia impactó al pueblo que quedó espantado en el campamento. La visión de la gloria de Dios que tuvo Ezequiel, ocurrió de una manera semejante, saliendo relámpagos del fuego que manifestaba la gloriosa presencia de Dios (Ez. 1:13). Es notable observar que las visiones de Juan son una reproducción fiel de muchos aspectos de las profecías del Antiguo Testamento, en cierta medida, el Señor *actualizaba* las revelaciones de los antiguos profetas, dando a Juan una renovada visión de las mismas verdades anunciadas en los escritos del Antiguo Testamento. El apóstol ve que del trono procedían, además de los relámpagos, καὶ φωναὶ καὶ βρονταί, *"y voces y truenos"*. Los dos términos deben considerarse conjuntamente como una unidad de figura, ya que las voces aquí se refieren al sonido que producen los truenos. Éstos son figura de juicio, como había ocurrido cuando Moisés levantó su vara hacia el cielo e hizo tronar sobre la tierra de Egipto, precediendo a la séptima plaga, la del granizo (Ex. 9:23, 28). De la misma manera los truenos produjeron espanto en los filisteos dispuestos a pelear contra Israel en días de Samuel (1 S. 7:10). Así también se manifestó el Señor en respuesta a la oración de Samuel, como expresión de desagrado por la maldad del pueblo (1 S. 12:17, 18). El salmista expresa la presencia omnipotente del Dios de gloria mediante truenos (Sal. 29:3). *Las* φωναὶ, *voces*, como se dijo antes, con los sonidos que producen los truenos. El hebreo distingue entre el trueno en sí (*r`mym*) y el retumbar del trueno, las voces (*qwlwt*). El aspecto de las manifestaciones desde el trono, evidencian que es un trono de juicio.

Aun para los más queridos de Dios, como hijos suyos adoptados en Cristo, el trono de gracia es también un trono de examen sobre la obra hecha por cada uno (2 Co. 5:10). Si bien hay una notable diferencia entre el trono dispuesto a juzgar al mundo y el juicio para los creyentes, no es menos cierto que todos los hombres comparecerán ente el Juez único para dar cuenta de sus actos. Una extraña idea de que Dios es un Dios de gracia que no entrará en juicio disciplinario con sus hijos, conduce a una laxitud moral de la vida cristiana. Es cierto que el cristianismo no se manifiesta en un esfuerzo sobrehumano y agotador de alguna práctica de conducta que reproduzca por imitación la conducta de Jesús, pero, no es menos cierto que cada cristiano está llamado a vivir una vida santa como consecuencia de *ser* y de *vivir* a Cristo. La santidad no es una opción, sino el estilo de vida propio del creyente (1 P. 1:14-16). No existe justificación alguna para una vida carente de santidad, puesto que Dios actúa activando el deseo y capacitando para llevarla a cabo (Fil. 2:13). Aunque la disciplina de Dios sobre el pecado del cristiano no acarrea la condenación de éste, lo que sería igual a la pérdida de salvación, puede alcanzar

cotas muy elevadas que incluyen la muerte física del que vive en pecado (He. 10:26, 27; 1 Jn. 5:16), de cuya verdad hay evidencias históricas en la iglesia de tiempos apostólicos (cf. 1 Co. 11:30). La panorámica de juicio que Apocalipsis describirá y que sale del trono de Dios hacia el mundo rebelde, debiera servir de acicate a cada uno de nosotros para vivir santamente conforme a la voluntad de Dios (2 P. 3:14).

Juan vio la gloria que rodeaba el trono, pero también la gloria que procedía del mismo trono y de lo que estaba delante de él: καὶ ἑπτὰ λαμπάδες πυρὸς καιόμεναι ἐνώπιον τοῦ θρόνου, *"Y delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios"*. Delante o ante el trono el profeta vio siete lámparas de fuego. Se trata, conforme al texto griego, de siete antorchas. No son las luminarias de un candelabro, como las que Juan había visto en su primera visión (1:12, 20); tampoco se trata de una lámpara de aceite, como las utilizadas para alumbrar en una casa (Mt. 5:15). Son grandes antorchas que emiten luz y fuego. Estas antorchas están καιόμεναι ἐνώπιον τοῦ θρόνου, *delante del trono*. El adverbio que se traduce como *delante*, indica algo más que presencia, señala cercanía y expresa vinculación. Las antorchas están delante, cercanas y vinculadas con el trono. Su luz y gloria no disminuía. Se aprecia esto en la forma verbal καιόμεναι, que traducida como *ardían*, corresponde en español al gerundio del verbo, *ardiendo,* expresan la idea de algo que arde continuamente. El verbo griego tiene también la equivalencia de *encender*, es decir, como si se tratase de una antorcha recientemente encendida, y que se mantiene en esa misma intensidad, ardiendo continuamente.

῞Α εἰσιν τὰ ἑπτὰ πνεύματα τοῦ Θεοῦ. Juan dice que las siete lámparas de fuego son *los siete espíritus de Dios.* El número siete es el número prefecto, por tanto debe entenderse como una referencia al Espíritu Santo de Dios como ocurrió antes (1:4). El aspecto trinitario del pasaje es evidente: Sobre el trono la presencia del Padre, delante del trono la del Espíritu y en medio del trono la del Cordero, el Hijo de Dios (5:6). No cabe duda que la proyección del Apocalipsis tiene que ver con el juicio que Dios hará descender sobre el mundo (3:10), en cuya determinación están las tres Personas Divinas. En ese tribunal de juicio está la santísima Trinidad dispuesta a actuar conforme a su santidad y justicia. Sin embargo, en medio de toda acción de juicio, está también manifestada la acción de gracia por la que Dios no desea la muerte del impío, sino que todos procedan al arrepentimiento y vivan (Ez. 18:23). El Espíritu Santo, presente en la manifestación del juicio de Dios, no está aquí en funciones de regeneración, pero sí respecto a su obra de preservación de la creación del mundo natural (Gn. 1:2; 2:7; Sal. 104:29ss) que sufrirá profundos impactos a causa del juicio de Dios. A pesar de la ira propia a causa del pecado, la misericordia se manifiesta en el cuidado preservador de Dios sobre sus

criaturas. En relación con el juicio, el Espíritu está delante del trono en un *respirar* de la ira justa de Dios sobre la impiedad de los hombres. El Espíritu cuya misión es la de convencer al mundo de pecado (Jn.16:8), está asociado con la ira de Dios por el pecado del hombre a causa del rechazo de la gracia para salvación. La visión que Juan está recibiendo es como puente de transición entre *las cosas que son* y *las que van a ser después de estas*. El trono de Dios, como manifestación de la soberanía y omnipotencia divinas, se presenta como dispuesto a juzgar al mundo. No podría entenderse lo que sigue en el libro, a no ser que se contemple la disposición divina para juicio, manifestada en los aspectos que rodean, están y proceden del trono de Dios.

6. Y delante del trono había como un mar de vidrio semejante al cristal; y junto al trono, y alrededor del trono, cuatro seres vivientes llenos de ojos delante y detrás.

καὶ ἐνώπιον τοῦ θρόνου ὡς θάλασσα ὑαλίνη ὁμοία κρυστάλλῳ.
Y delante del trono como un mar hialino semejante a cristal.
Καὶ ἐν μέσῳ τοῦ θρόνου καὶ κύκλῳ τοῦ θρόνου τέσσαρα ζῷα
Y en medio del trono y en torno al trono cuatro seres vivientes
γέμοντα ὀφθαλμῶν ἔμπροσθεν καὶ ὄπισθεν.
llenos de ojos por delante y por detrás.

Notas sobre el texto griego.

La primera cláusula, sin solución de continuidad se enlaza con lo que precede mediante la conjunción copulativa καὶ, *y*; seguido de ἐνώπιον, adverbio de lugar *delante*; seguido de τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado, *del*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *trono*; que precede a ὡς, adverbio de modo *como*; θάλασσα, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *mar*; ὑαλίνη, caso femenino singular del adjetivo que expresa la condición de ser hecho de vidrio *vidrioso, hialino*, que significa diáfano como el vidrio o parecido a él; ὁμοία, caso genitivo femenino singular del adjetivo *semejante*, de ahí las palabras castellanas *homólogo, homónimo, homologar*; κρυστάλλῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo que se usa para designar el *cristal de roca*. La segunda cláusula ilativa comienza también con la conjunción καὶ, *y*; ἐν, preposición que rige dativo, *en*; μέσῳ, caso dativo neutro singular del adjetivo *medio, en el medio, en medio*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado, *del*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *trono*; καὶ, conjunción *y*; κύκλῳ, es un antiguo dativo de lugar que se convirtió en adverbio de lugar, el significado es probablemente *en círculo*, *en torno*, vinculado a la misma raíz del verbo κυκλόω, *rodear, cercar, marchar alrededor*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *trono*; τέσσαρα, caso nominativo neutro plural del adjetivo numeral cardinal, *cuatro*; ζῷα, caso nominativo neutro plural del sustantivo que denota *seres vivos*, incluso *animales*, *vida creada*; γέμοντα, caso nominativo neutro plural con el participio presente en voz activa del verbo γεμώ, *estar lleno*, aquí como *llenos*; ὀφθαλμῶν, caso genitivo masculino plural

del sustantivo, *de ojos*; ἔμπροσθεν, adverbio de lugar *dentro*, o *por dentro*; καὶ, conjunción *y*; ὄπισθεν, adverbio de lugar *fuera, por fuera*.

Juan expresa ahora la visión desde la perspectiva de lo que estaba situado delante y en torno al trono. Las palabras del apóstol son precisas en el detalle de lo que había visto: καὶ ἐνώπιον τοῦ θρόνου ὡς θάλασσα ὑαλίνη ὁμοία κρυστάλλῳ, *"Y delante del trono había como un mar de vidrio semejante al cristal"*. La descripción se hace por medio de comparativos, por lo que es frecuente el adverbio de modo ὡς, *como*. Comienza por lo que está ἐνώπιον, *delante* del trono, es decir, en la extensión inmediata al lugar donde estaba colocado el trono. Juan tiene dificultades para trasladar en lenguaje terrenal la visión celestial. Compara lo que vio delante del trono como algo semejante a un mar de vidrio, usando para ello ὑαλίνη, un adjetivo que equivale a *hialino*, lo que es de vidrio o semejante a él; se trataría de algo parecido a un embaldosado de zafiro blanco o cristal de roca, como el que vio Moisés junto con los setenta ancianos de Israel y los sacerdotes (Ex. 24:10). Dos aspectos se destacan en la comparación: por un lado el sentido de quietud, el mar estaba en perfecta calma, en contraposición con el mar de las naciones siempre inquieto; en segundo lugar la transparencia, correspondiente al cristal puro y limpio, símbolo de santidad. La paz y la santidad describen con precisión el entorno al trono de Dios. El Señor es el Príncipe de paz, quien es el único que puede darla a diferencia del mundo incapaz de encontrarla (Jn. 14:27). A Dios se le califica como el *"Dios de paz"* (Ro. 15:33; 1 Co. 14:33). En el entorno de Dios solo hay verdadera paz, de ahí que los creyentes sientan paz en la medida en que perseveran en Dios, confiando y dependiendo de él (Is. 26:3). La paz rodea e impacta en el entorno del trono de Dios.

Rodeando al trono Juan aprecia la presencia de cuatro *seres vivientes*. Estos estaban próximos al trono: Καὶ ἐν μέσῳ τοῦ θρόνου καὶ κύκλῳ τοῦ θρόνου τέσσαρα ζῷα γέμοντα ὀφθαλμῶν ἔμπροσθεν καὶ ὄπισθεν. *"Y junto al trono, y alrededor del trono, cuatro seres vivientes llenos de ojos delante y detrás"*. Un nuevo círculo se describe en torno al trono. Los seres vivientes estaban próximos al trono. En el texto griego se lee claramente ἐν μέσῳ τοῦ θρόνου, *"en medio del trono"*. No quiere decir que estuviesen sentados en el trono, sino rodeándolo en proximidad. La expresión ἐν μέσῳ, *en medio*, quiere decir que desde el punto de vista del que recibe la visión, los aprecia en un círculo en el que uno de los cuatro seres vivientes coincida con la parte central del trono, pero fuera de él. Se ha discutido mucho sobre el significado de los cuatro seres vivientes, con toda probabilidad, al lado de las visiones semejantes en el Antiguo Testamento (Is. 6:2; Ez. 1:4-6), se trate de ángeles especiales, bien sean del orden de los serafines, como en la visión de Isaías, o bien de los querubines, como en el caso de Ezequiel (Ez. 10:20-22). Tanto los primeros como los segundos tienen en su actividad la defensa de la

adoración y de la santidad de Dios, de modo que nada impuro puede acceder a su trono y nada imperfecto puede ser aceptado. Sin embargo hay diferencias notables entre las visiones del Antiguo y del Nuevo Testamento, ya que los querubines vistos por Ezequiel tenían cuatro alas cada uno y los seres vivientes que vio Juan, seis (4:8). Los querubines de la visión de Ezequiel transportaban el trono de Dios, estando *"debajo del Dios de Israel"* (Ez. 10:20), mientras que los que Juan vio estaban alrededor del trono. Los de la visión de Ezequiel tenían seis rostros, éstos solamente uno. Sin llegar a una definición concreta sobre la identidad de esto *seres vivientes*, no cabe duda que por su proximidad al trono son seres creados para un ministerio de servicio a Dios directamente en relación con el trono y los más elevados de los seres creados por Él. La misión de estos seres tiene estrecha relación con la alabanza constante a Dios (4:8; 5:8, 14; 7:11; 19:4). Al mismo tiempo están relacionados con el derramamiento de la ira de Dios (6:1-7; 15:7).

La grandiosidad de estos seres vivientes se describe con palabras que superan la comprensión natural del hombre, como γέμοντα ὀφθαλμῶν ἔμπροσθεν καὶ ὄπισθεν,*"llenos de ojos delante y detrás"*. No debe perderse de vista que se está describiendo una visión celestial con palabras humanas y, por tanto, no hay que buscar un significado específico y único en cada cosa descrita. Posiblemente el hecho de estar llenos de ojos por delante y por detrás quiera describir la alta capacidad de discernimiento y comprensión de que están dotados. Es interesante notar que son *cuatro* los seres vivientes; el cuatro es el número de la tierra. Esto completa el cuadro celestial que Juan estaba viendo. Dios sobre su trono dispuesto a juzgar y el juicio tiene una dirección, la tierra y sus moradores (3:10). Los cuatro seres vivientes están incluidos en esta visión de juicio que va a caer sobre los rebeldes pecadores en el mundo. El ministerio de los cuatro seres vivientes les permite estar en la proximidad de quien es el Dios vivo y verdadero, y a quien sirven en misiones especiales bajo su autoridad y control. La multitud de ojos que Juan vio, relacionados con el mundo y con el juicio que Dios determinó sobre él, expresan el sentido de una vigilancia permanente sobre todo cuanto ocurre en la tierra. No cabe duda que el conocimiento supremo de Dios es absoluto y que no *necesita* ningún ser creado, por elevado que sea, para llevar a cabo lo que es suyo natural a causa del atributo de la omnisciencia y la omnipresencia. Con todo, en razón de su soberanía absoluta, Él determina y hace como mejor le parece tanto en la tierra como en el cielo. Los cuatro seres vivientes, en servicio al Creador, están atentos a lo que se les encomienda en relación con la tierra y vigilantes para llevarlo a cabo conforme a lo encomendado por Dios.

Teniendo en cuenta la notoria referencia que a lo largo del Apocalipsis se hace sobre los ángeles, será preciso recordar algunos aspectos de la *Angelología.* Los ángeles son una creación de Dios (Col. 1:16, 17).

Posiblemente fueron todos creados al mismo tiempo en el mismo acto creador de Dios. La creación de los ángeles tuvo lugar antes de la del mundo (Job 38:6-7). Como todo lo creado por Dios, la creación angélica también fue buena en gran manera (Gn. 1:31), saliendo en estado de santidad de la mano del Creador (Jud. 6). Como seres personales tienen personalidad propia, de ahí que son inteligentes (1 P. 1:12); tienen emociones (Lc. 2:13); poseen voluntad (Jud. 6). Los ángeles no caídos son humildes y reverentes delante de Dios, manifestándolo en la figura de cubrir el rostro y los pies delante de quien está sentado en el trono (Is. 6:2). Como seres personales tienen nombres propios, algunos de los cuales han sido revelados como es *Lucero, hijo de la mañana* (Is. 14:12); *Miguel*, que significa *¿Quién como Dios?* (Dn. 12:1); *Gabriel*, que equivale a *Dios se ha mostrado fuerte* (Dn. 8:16). Todos los ángeles están sujetos a Dios, como Soberano, rindiéndole cuenta de sus actos y necesitando de Él autorización para ciertas actividades (Job. 1:6-7; 2:1-2). Cada uno tiene moradas asignadas por el Padre en los cielos (Jn. 14:2; Jud. 6). Pablo enseña esa misma verdad al referirse a ángeles del cielo (Gá. 1:8). En la cosmología bíblica, se hace referencia a tres cielos; el primero, el atmosférico que envuelve la tierra; el segundo, el estelar, con la inmensidad de todo el universo, de distancias astronómicas, donde Dios asignó las moradas de los ángeles; luego el *tercer cielo*, en donde Dios manifiesta su gloriosa presencia (2 Co. 12:2). Los ángeles son espíritus (He. 1:14), pero, aunque su existencia es incorpórea, en el sentido de que no tienen un organismo físico y mortal, son espíritus personales y limitados. Su número no aumenta ni disminuye (Mr. 12:25), por cuanto ni se reproducen ni mueren. La dimensión de la creación angélica en cuanto a número es enorme, expresándola en hipérboles de cantidad (Sal. 68:17; Dn. 7:10; He. 12:22). Los ángeles tienen su propia organización en huestes, como un ejército (Lc. 2:13), en cuya organización primaria los arcángeles son los *jefes de ángeles* (1 Ts. 4:16). Aunque se nombra sólo a uno en la Escritura, Miguel (Dn. 10:13, 21; Jd. 9; Ap. 12:7), a quien Daniel llama el *principal príncipe*, hace suponer que debe haber más de un arcángel. Hay diferentes clases de ángeles que reciben distintos calificativos; ángeles en general (Ef. 3:10); arcángeles, como jefes de ángeles; gobernantes (Col. 1:16), en el que se puede apreciar un orden de dignidad en diferentes grados, como *tronos*, los que se sientan en ellos; *dominios*, los que ejercen señorío; *principados,* los que ejercen funciones de gobierno; *potestades,* quienes ejercen algún grado de supremacía. La Biblia habla de *ángeles escogidos*, que pudiera aplicarse a los ángeles que no han caído y que fueron confirmados en santidad definitivamente, lo que podría abrir un campo de investigación teológica en relación con la doctrina de la elección entre los ángeles. En un segundo orden de ángeles, no en importancia sino en servicio, están aquellos cuyo ministerio tiene que ver especialmente en relación con el trono de Dios y que son los serafines (Is. 6:1-3), que son ángeles de alto rango cuyo ministerio tiene que ver con la *custodia de la adoración a Dios*; próximos al trono de Dios cuidan que la adoración sea recibida sólo en

base a una posición sin pecado. La única adoración acepta es la que se hace *"en el Amado"* (Ef. 1:6). El otro grupo son los querubines (Gn. 3:24), con una amplia referencia a ellos en la Escritura (Ex. 25:18; 37; 7; 1 S. 4:4; 2 S. 22:11; 2 Cr. 3:10; Sal. 18:10; Ez. 10:3; 28:16; He. 9:5). Su servicio tiene que ver con la custodia de la santidad de Dios, en sentido de que nada impuro puede entrar en su presencia (Sal. 24:3-4). Quien se acerca a Dios ha de hacerlo en santidad, de ahí que Dios pusiera querubines en el acceso al árbol de la vida después de la caída (Gn. 3:24), de ahí que se diga que Dios está entre querubines (Sal. 80:1; 99:1); por esa misma razón se colocan querubines sobre el propiciatorio en el arca de la alianza. Los ángeles fueron creados para servir a Dios en diversos modos, adorándole permanentemente (4:8; 7:15); obedecerle y ejecutar su palabra (Sal. 103:20; Jl. 2:11); alabarle (Job. 38:7; Sal. 103; 20; 148:1, 2; Ap. 5:11-12). Tuvieron un gran ministerio en relación con Cristo y también en relación con los creyentes. Especialmente interesante en relación con el Apocalipsis, la Biblia enseña que los ángeles son anunciadores de los juicios divinos (14:6-7).

7. El primer ser viviente era semejante a un león; el segundo era semejante a un becerro; el tercero tenía rostro como de hombre; y el cuarto era semejante a un águila volando.

καὶ τὸ ζῷον τὸ πρῶτον ὅμοιον λέοντι καὶ τὸ δεύτερον ζῷον
Y el ser viviente el primero semejante a león y el segundo ser viviente
ὅμοιον μόσχῳ καὶ τὸ τρίτον ζῷον ἔχων τὸ πρόσωπον ὡς ἀνθρώπου
semejante a becerro y el tercer ser viviente tenía el rostro como hombre
καὶ τὸ τέταρτον ζῷον ὅμοιον ἀετῷ πετομένῳ.
y el cuarto ser viviente semejante a águila volando.

Notas sobre el texto griego.

Juan da continuidad al relato mediante el uso continuo de la conjunción καὶ, *y*; seguido de τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado, *lo*, masculino en castellano, *el*; ζῷον, caso nominativo neutro singular del sustantivo *ser viviente*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado, *lo*, masculino en castellano, *el*; πρῶτον, caso nominativo neutro singular del adjetivo numeral ordinal, *primero*; ὅμοιον, caso nominativo neutro singular del adjetivo *semejante*; λέοντι, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota *león*, pudiendo suplirse el artículo indeterminado *un*, como implícito; καὶ, conjunción *y*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*, masculino en castellano, *el*; δεύτερον, caso nominativo neutro singular del adjetivo numeral ordinal, *segundo*; ζῷον, caso nominativo neutro plural del sustantivo *ser viviente*; ὅμοιον, caso nominativo neutro singular del adjetivo *semejante*; μόσχῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota *becerro*, pudiendo suplirse también el artículo indeterminado *un*; καὶ, nuevamente la conjunción *y*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado, *lo*, en castellano masculino *el*; τρίτον, caso nominativo neutro singular

del adjetivo numeral ordinal, *tercero*; ζῷον, caso nominativo neutro singular del sustantivo, *ser viviente*; ἔχων, caso nominativo masculino singular con el participio presente del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tenía*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado, *lo*, masculino en castellano, *el*; πρόσωπον, caso acusativo neutro singular del sustantivo usado para referirse a *rostro*; ὡς, adverbio de modo, *como*; ἀνθρώπου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *hombre*; καὶ, conjunción *y*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*, en castellano masculino, *el*; τέταρτον, caso nominativo neutro singular del adjetivo numeral cardinal, *cuarto*; ζῷον, caso nominativo neutro singular del sustantivo *ser viviente*; ὅμοιον, caso nominativo neutro singular del adjetivo, *semejante*; ἀετῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo, *águila*, más bien *buitre*, de ahí el masculino; πετομένῳ, caso dativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo πέτομαι, *volar*, aquí como *volando*.

De una panorámica de los cuatro seres viviente, Juan pasa al detalle específico de cada uno de ellos. Se aprecia una diferencia entre la visión de Ezequiel, mencionada ya antes, y la de Juan. En aquella, cada ser viviente tenía cuatro rostros, aquí sólo uno.

Καὶ τὸ ζῷον τὸ πρῶτον ὅμοιον λέοντι. El primero tenía el aspecto de un león. La semejanza del primer ser viviente, aunque pudiera tener otros significados, es esencialmente una manifestación que expresa fuerza. Así dice Agur del león: *"El león, fuerte entre todos los animales, que no vuelve atrás por nada"* (Pr. 30:30). Junto con el símbolo de fuerza está también el de ira. En el libro de Proverbios se compara la ira del rey con el rugido del cachorro de león (Pr. 19:12). Además, el león es símbolo de majestad, de ahí que hubiese dos leones junto a los brazos del trono de Salomón y doce sobre las seis gradas de acceso al trono (2 Cr. 9:18-19).

Καὶ τὸ δεύτερον ζῷον. El segundo ser viviente ὅμοιον μόσχῳ, *"era semejante a un becerro"*. Este animal es símbolo de la obediencia, figura de vitalidad, sacrificio y disposición para el trabajo. Expresa en la figura, la actitud al servicio y la obediencia propia de los querubines, quienes sirven continuamente en sumisión y dependencia de Dios, obedeciendo a la voz de su precepto (Sal. 103:20).

Καὶ τὸ τρίτον ζῷον. El tercer ser viviente ἔχων τὸ πρόσωπον ὡς ἀνθρώπου, *"tenía rostro como de hombre"*. Juan ve su aspecto como apariencia de hombre. El hombre es, en este caso, símbolo de inteligencia, como ser inteligente. Es también figura de capacidad, sensibilidad y voluntad para el ejercicio de la autoridad delegada. Los querubines han sido dotados de extraordinaria inteligencia. La sabiduría e inteligencia se compara con los ángeles (2 S. 14:20). Aunque se trate de un querubín caído, *Lucero*, ahora Satanás, estaba lleno de sabiduría (Ez. 28:12).

Καὶ τὸ τέταρτον ζῷον. El cuarto ser viviente es descrito como ὅμοιον ἀετῷ πετομένῳ, *"semejante a un águila volando"*. El águila representa, en primer lugar, rapidez y elevación en el vuelo. El profeta Isaías afirma que *"los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán y no se cansarán; caminarán y no se fatigarán"* (Is. 40:31). A la luz del entorno de juicio que se descubre en el conjunto de la visión, simbolizan el juicio inminente, poderoso y rápido que Dios ha dispuesto para enviar sobre el mundo. Bajo esta figura se advertía a Israel de la consecuencia que traería un alejamiento de Él: *"Jehová traerá contra ti una nación de lejos, del extremo de la tierra, que vuele como águila…"* (Dt. 28:49). De modo semejante la advertencia hecha por medio de Oseas: *"Pon a tu boca trompeta. Como águila viene contra la casa de Jehová, porque traspasaron mi pacto, y se revelaron contra mi ley"* (Os. 8:1). Así también el anuncio de juicio por medio de Habacuc: *"Sus caballos serán más ligeros que leopardos, y más feroces que lobos nocturnos, y sus jinetes se multiplicarán; vendrán de lejos sus jinetes, y volarán como águilas que se apresuran a devorar"* (Hab. 1:8). Los querubines están prestos para ejecutar los mandatos de Dios, con lealtad, firmeza, decisión y celeridad (Dn. 9:21), aquí en misión de juicio contra el mundo.

Algunos tratan de ver en las figuras de los cuatro seres vivientes los símbolos que se suelen dar a cada uno de los cuatro evangelios, como escribe el profesor Bartina:

"La tradición ha visto en esos cuatro vivientes que llevan el trono de la Divinidad símbolos de los cuatro evangelistas que forman la cuadriga de la gloria de Jesucristo, Dios y hombre verdadero. Al hombre en Mateo, porque empieza su evangelio con la genealogía humana de Cristo. Al león en Marcos, porque tiene al principio, refiriéndose a Juan el Bautista: 'Voz del que clama en el desierto' (Mr. 1:3), y el que ruge en el desierto es el león. Al toro en Lucas, cuyo evangelio empieza con la historia del sacerdote (sacrificador en el templo) Zacarías, padre de Juan el Bautista (Lc. 1:5). Al águila en Juan, porque desde el principio de su evangelio se remonta con el vuelo del espíritu a las alturas y llega a las profundidades del Verbo en el seno de Dios.

El primero en acomodar bellamente estas imágenes parece que fue Ireneo (Adv. haer. 3, 11, 8). Sin embargo no hay concordancia entre los primeros escritores eclesiásticos en las aplicaciones respectivas de símbolos y evangelistas. Véanse algunos ejemplos:

	IRENEO	*VICTORINO*	*AGUSTÍN*
Hombre	*Mateo*	*Mateo*	*Marcos*
Águila	*Marcos*	*Juan*	*Juan*
Ternero	*Lucas*	*Lucas*	*Lucas*
León	*Juan*	*Marcos*	*Mateo*

La idea general tomando los cuatro seres vivientes como mensajeros de juicio y servidores de Dios es la de un juicio drástico, fuerte, con una acción inteligente superior a cualquier inteligencia humana, por lo que será inevitable por los hombres y será ejecutado con rapidez y brevedad en cuanto a tiempo.

8. Y los cuatro seres vivientes tenían cada uno seis alas, y alrededor y por dentro estaban llenos de ojos; y no cesaban día y noche de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir.

καὶ τὰ τέσσαρα ζῷα, ἓν καθ᾽ ἓν αὐτῶν ἔχων ἀνὰ πτέρυγας ἕξ,
Y los cuatro seres vivientes uno por uno de ellos tenían con alas seis,
κυκλόθεν καὶ ἔσωθεν γέμουσιν ὀφθαλμῶν, καὶ ἀνάπαυσιν οὐκ
alrededor y por dentro están llenos de ojos y pausa no
ἔχουσιν ἡμέρας καὶ νυκτὸς λέγοντες·
tienen día y noche diciendo:
ἅγιος ἅγιος ἅγιος
Santo, santo, santo,
Κύριος ὁ Θεὸς ὁ Παντοκράτωρ,
Señor - Dios - Todopoderoso
ὁ ἦν καὶ ὁ ὢν
el era y el que es
καὶ ὁ ἐρχόμενος.
y el que viene.

Notas sobre el texto griego.

El detalle sobre los seres vivientes se completa, vinculándolo a lo que antecede mediante la conjunción καὶ, *y*; seguida de τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*; τέσσαρα, caso nominativo neutro plural del adjetivo numeral cardinal *cuatro*; ζῷα, caso nominativo neutro plural del sustantivo que denota *seres vivientes*; ἓν, caso nominativo neutro singular del adjetivo numeral cardinal, *uno*; seguido de καθ᾽ forma de la preposición de acusativo κατά, por elisión y asimilación ante vocal con espíritu áspero, que equivale a *por*; ἓν, caso nominativo neutro singular del adjetivo numeral cardinal, *uno*; αὐτῶν, caso genitivo neutro plural del pronombre personal, *de ellos*; ἔχων, caso nominativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tenía*; ἀνὰ, preposición de acusativo, *con*; πτέρυγας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *alas*; ἕξ, adjetivo numeral cardinal, *seis*; κυκλόθεν, adverbio de lugar, *alrededor*; καὶ, conjunción *y*; ἔσωθεν, adverbio *desde adentro; dentro*; γέμουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo γέμω, *estar lleno*, aquí como *están llenos*; ὀφθαλμῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *ojos*; καὶ, conjunción *y*; ἀνάπαυσιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *acción de cesar, descanso*, *pausa*, vinculado con el verbo ἀνάπαύω, *dar descanso*; con el adverbio de negación enfática οὐκ *no,* con la escritura propia ante vocal no aspirada, que negativiza a ἔχουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz

activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tienen*; ἡμέρας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *día*, en castellano masculino; καὶ, conjunción *y*; νυκτὸς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *noche*; λέγοντες, caso nominativo masculino plural con el participio presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir*, aquí como *diciendo*. La aclamación de los seres vivientes comienza con la triple repetición de ἅγιος, caso nominativo masculino singular del adjetivo *santo*, lo que constituye un superlativo hebreo; Κύριος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *señor*; seguido de Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*; y de Παντοκράτωρ, caso nominativo masculino singular del sustantivo *pantocrátor*, que se traduce como adjetivo *Todopoderoso*; los tres sustantivos van precedidos del artículo determinado, por lo que toman condición de nombres propios; seguido de ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; ἦν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *era*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; con ὢν, que es el participio presente en voz activa del verbo εἰμι, que equivale a *como era, que era, que es, el cual era,* etc.; y ὁ, nuevamente el artículo determinado *el*; y ἐρχόμενος, participio presente en voz media del verbo ἔρχομαι, *venir, llegar, regresar, aparecer*, aquí como *está viniendo*, *viene*.
En relación con la expresión *"el que era y que es y que ha de venir*, ὁ ἦν καὶ ὁ ὢν καὶ ὁ ἐρχόμενος, se ha considerado antes (1:8). Cláusula establecida mediante la sucesión de tres nominativos que la convierten en un nombre propio. Con la diferencia de formulación entre esta y la anterior, en donde aparece primero *"el que es"* antes de *"el que era"*. Debe considerarse que Juan estructura de esta forma la frase para construir la expresión *"el que era y que es y que ha de venir"*, como un nombre propio. Como se indicó antes la forma *"el que era"* exige la consideración de un nombre personal, ya que aparece con una forma verbal finita con artículo, *el era,* lo que evidencia que Juan está utilizando *el que era* como si se tratase de un sustantivo. La forma verbal griega εἰμὶ, no tiene participio de pasado. Suelo suplirlo con otras formas como γεγονὼς, γεγόμενος, que significa *hecho*. El escritor no aplica en ninguna manera *hecho* al sujeto a que se está refiriendo. Además de esto, en griego, el imperfecto *era* equivale al pasado *fue.* La cláusula se cierra con la expresión *"y que ha de venir"*. Es también un verbo suplente. El participio de futuro ἐσσόμενος, no es del griego koiné y en el Apocalipsis no se emplea nunca el participio de futuro. Para referirse a ese tiempo se usa el verbo auxiliar μέλλων γίνεσθαι, que equivale a *el que será hecho, o el que se formará* (1:19).

Καὶ τὰ τέσσαρα ζῷα, ἓν καθ᾽ ἓν αὐτῶν ἔχων ἀνὰ πτέρυγας ἕξ. Nuevamente aparece la visión de seres angélicos, en este caso pudieran ser querubines que se presentan como provistos de seis alas. En la visión de Ezequiel, tenían sólo cuatro alas (Ez. 1:6). Se identifican mejor, en este caso, con la visión de los serafines, de Isaías, en la que los seres celestiales tenían también tres pares de alas (Is. 6:2). Sin embargo, los que vio Isaías correspondían al orden de *serafines*. Una diferencia entre los seres celestiales, que vio Ezequiel y los que vio Juan está en los rostros. Aquellos tenían cuatro rostros, estos solamente uno. Las visiones son distintas, como distintos son también los momentos en que fueron reveladas, por tanto, no se debe procurar

enfatizar en las distinciones marcadas entre unos seres y otros para afirmar si son los mismos o son diferentes, teniendo en cuenta que se trata de panorámicas proféticas en las que no se atiende a aspectos puntuales de cada cosa, sino a una visión general de un todo que se está revelando. Todas las visiones mencionadas tienen en común presentar un orden especial de ángeles que están al servicio directo del trono de Dios. Los serafines de Isaías cubrían sus rostros y sus pies con dos pares de alas, indicando con ello que aunque santos, no lo son en la dimensión infinita que lo es el que está sentado en el trono.

Κυκλόθεν καὶ ἔσωθεν γέμουσιν ὀφθαλμῶν. Una nota interesante tiene que ver con los *ojos* de que estaban llenos los seres vivientes que Juan contempló junto al trono de Dios. El aspecto de ellos era como *llenos de ojos*, el término, podría usarse para referirse al aspecto que produce una piedra preciosa destellando al sol. Los seres celestiales, si se considera la interpretación simbólica de la palabra, se manifestarían a Juan como cubiertos de *lentejuelas* que brillan. Esto coincidiría también con la visión de Ezequiel que dice que las llantas de las ruedas en la manifestación de los seres vivientes, estaban llenas de *ojos* (Ez. 1:18; 10:12), mientras que Daniel afirma que las ruedas del trono eran como *fuego ardiente*, lanzando destellos luminosos como chispas (Dn. 7:9). La visión ofrece la perspectiva de la gloria de seres angélicos en el entorno del trono de Dios.

Un servicio de proclamación era ejecutado por los seres vivientes, en un continuo afirmar y proclamar la santidad de Dios. Juan utiliza una figura de lenguaje para expresar algo continuo al decir que καὶ ἀνάπαυσιν οὐκ ἔχουσιν ἡμέρας καὶ νυκτὸς λέγοντες, *"no cesaban día y noche de decir"*. Es un típico hebraísmo de continuidad, ya que en la presencia de Dios no hay día ni noche, es luz perpetua en sí mismo y en su entorno. Juan describe así la incesante manifestación de adoración y alabanza al que está sentado en el trono. La proclamación consistía en un incesante *decir*, ἅγιος ἅγιος ἅγιος, *Santo, Santo, Santo*. Al igual que los serafines de la visión de Isaías, estos seres vivientes repiten incesantemente el *trisagio*[9]. Es interesante apreciar que una vez mas para expresar la acción de alabanza de los ángeles vuelve a usarse el verbo *decir*, en lugar de *cantar*. No se puede afirmar con base bíblica textual que los ángeles canten. Los seres vivientes proclaman que quien está en el trono es *santísimo*. La triple repetición del adjetivo *santo*, debe considerarse como un superlativo absoluto, ya que el superlativo normal hebreo se obtiene mediante la repetición dos veces de la palabra. Por tanto las tres repeticiones del adjetivo *santo* equivaldrían al *súper santísimo*, es decir, el infinitamente santo. El

---

[9] *Trisagio* es un término que quiere decir la repetición tres veces de ἅγγιος, que significa *santo*.

adjetivo santo expresa la trascendencia divina, substraída del todo a los efectos de cualquier mancha de pecado y mutabilidad, propias de los hombres.

Junto con la santidad se proclama también la soberanía de Dios. Los seres vivientes llaman literalmente al que está en el trono Κύριος ὁ Θεὸς ὁ Παντοκράτωρ, *el Señor, el Dios, el Todopoderoso,* los tres calificativos van precedidos de un artículo determinado que lo hace único de esa condición. Es también una típica expresión hebrea. Los dos primeros *El Señor Dios*, traducen la forma hebrea *'dny YHWH* (Ez. 6:3, 11; 7:2, 5; 8:1). El segundo, *El Todopoderoso*, es la expresión propia del título hebreo *Yahweh Sebaot*, *el Señor de los Ejércitos*, que pone de manifiesto el absoluto dominio de quien es omnipotente, en otras palabras, el Señor de los acontecimientos históricos. El título final *Todopoderoso*, es una de las palabras típicas de Juan en este libro, como ya se consideró antes (1:8; 4:8; 11:17; 15:3; 16:7, 14; 19:6, 15; 21:22). En el Nuevo Testamento el título se aplica invariablemente al Padre, tanto en las ocasiones que aparece en el Apocalipsis como en la otra única usada por Pablo (2 Co. 6:18). *Todopoderoso* es Aquel que tiene soberanía e imperio absolutos. Él es quien intervendrá en juicio sobre el mundo a causa del pecado, como se desarrolla en la panorámica profética de este libro y como se encuentra ya en otros pasajes del Antiguo Testamento (Is. 13:6; Jl. 1:15).

Ὁ ἦν καὶ ὁ ὢν καὶ ὁ ἐρχόμενος.Además de la proclamación de la santidad y soberanía, también se afirma que Dios es eterno, en la traslación al griego del *Yo soy el que soy*, del Antiguo Testamento (Ex. 3:14). La visión de Juan es una admirable alabanza a la Deidad, desde la contemplación de su señorío, dominio y eternidad. Es sobre esa naturaleza esencia de Dios que está el triunfo definitivo de sus planes y justicia.

El creyente debe tomar ejemplo de la adoración angélica. Las tres perfecciones por las que Dios es proclamado tienen que ver, primeramente con su santidad, la perfección divina por la que está absolutamente apartado del mal. Ese aspecto del carácter de Dios debe reflejarse necesariamente en quienes son hijos suyos por adopción (Gá. 4:4-5). La santidad del creyente no es algo opcional sino determinante de su nueva naturaleza en Cristo. El apóstol Pedro enseña que cada creyente debe ser santo porque Dios es santo. Esto no tiene que ver con un mandamiento que se obedece por imposición, sino con la consecuencia que dimana de la comunión con Cristo. En la medida en que un cristiano viva a Cristo en el poder del Espíritu, su vida revestirá el carácter santo que procede de esa nueva posición en el Santo Hijo de Dios. El apóstol Juan establece una estrecha relación entre la conversión y el carácter renovado de quien ha sido constituido hijo de Dios por adopción, al afirmar: *"como Él es, así somos nosotros en este mundo"* (1 Jn. 4:17). Quien proclama la santidad de Dios, debe estar dispuesto a vivirla en la dimensión comunicable de esa

perfección divina, por identificación con Cristo. No puede alabar la santidad de Dios y proclamar esa perfección natural suya, quien no este dispuesto a vivir en santidad. La santidad de vida se relaciona con la ausencia de cuanta contaminación de pecado pueda experimentarse. No sólo tiene que ver con las degradaciones más viles, sino con la incapacidad de amar al prójimo y perdonar las ofensas recibidas. Cuando un creyente hace distinciones entre hermanos, cuando se proclama defensor de la doctrina y evita la relación con aquellos por quienes murió Cristo, está siendo hipócrita y, por tanto, contaminándose con las obras de la carne (Gá. 5:20-21). Es imposible alabar a Dios y desprestigiar a los hermanos (Stg. 3:9). Cuando alguien habla mal de su hermano con ánimo de desacreditarle, se constituye en juez pecando abiertamente contra lo establecido por Dios en su Palabra (Stg. 4:11). La santidad de vida es condición necesaria para alabar y adorar a Dios. La segunda perfección divina que los ángeles proclaman en su adoración tiene que ver con la soberanía de Dios. Sólo Él es el Todopoderoso. Quien reconoce esa perfección vive una vida de dependencia y confianza. Nada ni nadie podrá inquietar a quien se sabe protegido por Dios mismo. No sólo en la certeza de que Dios está a favor de los suyos, sino todavía más, que Él está por los suyos (Ro. 8:31). El creyente que vive a la luz de la realidad de la soberanía de Dios es un creyente lleno de paz. La paz que brota en la intimidad del corazón que entiende que nada podrá hacerle daño sin la permisión divina. Es la paz de quien siente la experiencia de comunión íntima con quien es el Príncipe de Paz, a la vez que Rey de reyes y Señor de señores. Nada más bendito que afirmarse en la gloriosa verdad de la soberanía de Dios. La salvación obedece a su soberanía, la santificación con victoria final sobre el pecado obedece a la acción de su soberanía y protección (Jud. 24). El cristiano vive la realidad de aquel cuyo poder es absoluto sobre cielos y tierra (Fil. 2:9-11). Ante cualquier circunstancia adversa, con pruebas y aflicciones, sabe que nada redundará en perjuicio porque Dios conduce todas las cosas para su bien (Ro. 8:28). Otras dos perfecciones divinas proclamadas por los querubines son la eternidad e inmutabilidad de Dios. El tiempo no le afecta, por tanto, sus promesas son siempre un presente continuado en la provisión de su gracia. El paso de los siglos no mengua su capacidad de actuar; el transcurso de los días no hace disminuir su fuerza. Dios es eterno, en contraste con el mundo temporal. Un día los cielos actuales y la tierra, la creación toda concluirá, para dar paso a una nueva creación y ahí, en el momento glorioso de un futuro sin fin, el mismo Creador de los primeros cielos y tierra, será también el Creador del nuevo universo. La eternidad es la esfera natural de su existencia, esto es, un continuo presente sin pasado ni futuro, en la ausencia total de tiempo para Dios. Cuan admirable descanso produce la eternidad y la inmutabilidad de Dios. Es el mismo ayer, y hoy, y para siempre. Esta es la grandeza del Dios personal de cada creyente. De ahí que esas perfecciones de Dios produzcan en cada uno de sus hijos el anhelo del glorioso futuro eterno con Él en la gloria. Son esas perfecciones las que cancelan las apetencias temporales para fijar la atención en

lo que es eterno (Col. 3:1-2). Es por eso que el cristiano puede establecer valores y prioridades en su vida. La vista del creyente está puesta en los cielos donde la vida personal de cada uno está escondida con Cristo en Dios (Col. 3:3). Las aflicciones se mitigan al considerar el eterno peso de gloria que produce la esperanza, no sólo porque Dios es fiel, sino porque es eterno e inmutable (2 Co. 4:17). Bueno será que, siguiendo el ejemplo de los ángeles, cada redimido proclame las gloriosas perfecciones del Señor, ajustando el modo de vida a cada una de ellas.

La alabanza (4:9-11).

9. Y siempre que aquellos seres vivientes dan gloria y honra y acción de gracias al que está sentado en el trono, al que vive por los siglos de los siglos,

Καὶ ὅταν δώσουσιν τὰ ζῷα δόξαν καὶ τιμὴν καὶ εὐχαριστίαν
Y cuando darán los seres vivientes gloria y honor y acción de gracias
τῷ καθημένῳ ἐπὶ τῷ θρονῷ τῷ ζῶντι εἰς τοὺς αἰῶνας τῶν αἰώνων,
al sentado sobre el trono al que vive por los siglos de los siglos.

Notas sobre el texto griego.

El desarrollo de la visión es continuado, vinculándose con lo que antecede mediante la conjunción καὶ, *y*; seguida de ὅταν, conjunción temporal, *cuando*, *siempre que, tantas veces como*; δώσουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar*, aquí como *darán*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado, *los*; ζῷα, caso nominativo neutro plural del sustantivo *seres vivientes*; δόξαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *reputación, honra, esplendor de poder, gloria*, etc.; καὶ, conjunción *y*; τιμὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que expresa, *honor, respeto, reconocimiento*; καὶ, conjunción *y*; εὐχαριστίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *acción de gracias, eucaristía*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado, *al*; καθημένῳ, caso dativo masculino singular con el participio presente en voz media del verbo κάθημαι, *sentarse*, aquí como *sentado*; ἐπὶ, preposición de dativo, *sobre*; τῷ, caso dativo masculino singular, *el*; θρονῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota *trono*; τῷ, nuevamente el artículo determinado en dativo masculino singular, *al*; ζῶντι, caso dativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo ζάω, *vivir*, aquí como *que vive*, *viviendo*; εἰς, preposición de acusativo, *por*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado, *los*; αἰῶνας, caso acusativo masculino plural del sustantivo *siglos, edades*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado, *los*; αἰώνων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *siglos*.

Καὶ ὅταν δώσουσιν τὰ ζῷα δόξαν. La actividad angélica se manifiesta como una acción continuada de *dar gloria*. Con todo, la construcción de la primera cláusula del texto expresa esta idea mediante el uso de la

conjución καὶ, que sirve de nexo vinculante con el relato que antecede y de la conjunción temporal ὅταν, *cuando*, en sentido de algo continuado que se realiza en determinados momentos: *“y siempre que”*, es decir, ve que lo hacen continuamente, pero en diversos tiempos. De ahí que el verbo esté en futuro, para expresar una forma temporal indefinida de continuidad. La adoración se aprecia como una manifestación permanente y pronta, καὶ ὅταν δώσουσιν τὰ ζῷα δόξαν καὶ τιμὴν καὶ εὐχαριστίαν, que podría traducirse por *“tan pronto como aquellos seres vivientes dan gloria, honra y acción de gracias”*. La adoración y proclamación de los seres vivientes es un acto continuo (4:8).

La adoración se tributa al que está en el trono: τῷ καθημένῳ ἐπὶ τῷ θρονῷ τῷ ζῶντι εἰς τοὺς αἰῶνας τῶν αἰώνων, enfatizando la eternidad divina de quien *vive por los siglos de los siglos.* Los seres vivientes están en una actitud de adoración permanente y la expresan en actos puntuales en cada momento en que deben hacerlo. Se aprecia un triple aspecto de la adoración de los seres vivientes. Primeramente *dan gloria*, lo que se tributa a Dios por quien es en Sí mismo. Es equivalente a *bendecir,* expresar las maravillas de Dios, hablando bien de Él. En segundo lugar *dan honra*, esto es, manifiestan el profundo respeto reverencial delante de Su gloriosa majestad. Corresponde al acto en sí de glorificar. En tercer lugar expresan *acción de gracias*, como proclamación de lo que Dios hace, sus obras y providencia. Los dones dados benéficamente cada día, y la omnipotencia que actúa en justicia. Esto equivale a *ensalzar* a Dios. El objeto de adoración es el Eterno, sentado en el trono de gloria. Las palabras *gloria, honra y acción de gracias,* corresponden al tríptico frecuente en el Antiguo Testamento. Lo que distingue cada una de estas tres palabras es que la gloria corresponde a la esencia divina; la honra o el honor, a la soberanía y dominio del Todopoderoso; la acción de gracias, a los beneficios y favores con que Dios colma a los suyos y, en general, a su creación.

10. Los veinticuatro ancianos se postran delante del que está sentado en el trono, y adoran al que vive por los siglos de los siglos, y echan sus coronas delante del trono, diciendo:

πεσοῦνται οἱ εἴκοσι τέσσαρες πρεσβύτεροι ἐνώπιον τοῦ καθημένου
Caerán los veinticuatro ancianos delante del sentado

ἐπὶ τοῦ θρόνου καὶ προσκυνήσουσιν τῷ ζῶντι εἰς τοὺς αἰῶνας τῶν
sobre el trono y adoran al que vive por los siglos de los

αἰώνων καὶ βαλοῦσιν τοὺς στεφάνους αὐτῶν ἐνώπιον τοῦ θρόνου
siglos y arrojan las coronas de ellos delante del trono

λέγοντες·
diciendo:

Notas sobre el texto griego.

El detalle sigue con πεσοῦνται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo πίπτω, *caer, precipitarse*, aquí como *caerán*; el verbo en conexión con adoración, como es el caso, expresa la idea de caer de rodillas, postrarse sobre el rostro; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; εἴκοσι, caso nominativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal, *veinte*; τέσσαρες, caso nominativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal, *cuatro*; en español como *veinticuatro*; πρεσβύτεροι, caso nominativo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de *anciano*; ἐνώπιον, preposición impropia de genitivo *ante*, que es también adverbio de lugar *delante*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado, *del*; καθημένου, caso genitivo masculino singular con el participio presente en voz media del verbo κάθημαι, *sentarse, tomar asiento,* aquí como *sentado*; ἐπὶ, preposición de genitivo, *sobre*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado, *el*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *trono*; καὶ, conjunción *y*; προσκυνήσουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo προσκυνέω, que se usa continuamente para *adorar*, aquí como *adorarán*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *al*; ζῶντι, caso dativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo ζάω, *vivir*, aquí como *viviendo, que vive*; εἰς, preposición de acusativo, *por*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado, *los*; αἰῶνας, caso acusativo masculino plural del sustantivo *siglos, edades*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado, *los*; αἰώνων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *siglos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; βαλοῦσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo βάλλω, *arrojar, lanzar,* aquí como *arrojarán*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*, femenino en castellano *las*; στεφάνους, caso acusativo masculino plural del sustantivo *coronas*, femenino en español; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; ἐνώπιον, adverbio de lugar, *delante*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado*, del*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *trono*; λέγοντες, caso nominativo masculino plural con el participio presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir,* aquí como *diciendo*.

A la acción de alabanza y adoración de los seres vivientes, se unen los veinticuatro ancianos, que tienen coronas de victoria cada uno de ellos. Estos y su simbolismo se ha considerado antes (v. 4). La interpretación más consonante sobre a quienes son estos ancianos, debe vincularse con la Iglesia glorificada. Debe recordarse que no hay ninguna referencia bíblica sobre un ángel coronado como vencedor. Tan sólo los creyentes reciben coronas de victoria y la Iglesia es más que vencedora, por medio de Cristo (Ro. 8:37).

Πεσοῦνται οἱ εἴκοσι τέσσαρες πρεσβύτεροι ἐνώπιον τοῦ καθημένου ἐπὶ τοῦ θρόνου. Los veinticuatro ancianos dejan los tronos en que estaban sentados para postrarse delante del que está en el trono. La acción de adoración la expresa Juan por medio de futuros que tienen carácter de presentes, en una manifestación puntual de adoración en acciones parciales en un todo continuo. Los veinticuatro ancianos no se postran delante de los seres

vivientes que promueven la adoración, sino ἐνώπιον τοῦ καθημένου ἐπὶ τοῦ θρόνου, *delante del que está sentado sobre el trono*. El verbo[10] que Juan usa para referirse a la adoración es el más común en el Nuevo Testamento para expresar la acción de adorar, literalmente *se postraban de rodillas*, con la determinación de adorar.

Καὶ βαλοῦσιν τοὺς στεφάνους αὐτῶν ἐνώπιον τοῦ θρόνου. Como expresión de sumisión plena, ponían delante del trono, despojándose de ellas, las coronas con que estaban coronados, deponiéndolas en señal de acatamiento pleno. A los pies del que está sentado en el trono colocan los signos de victoria con que fueron recompensados. Los creyentes serán coronados, pero sólo es Señor el que está sentado en el trono. Las recompensas de los santos glorifican al que ha hecho posible que fuesen vencedores. La vida victoriosa del creyente está íntimamente vinculada con Cristo, por la fe, como afirma el apóstol Juan: *"Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe"* (1 Jn. 5:4). La firmeza del cristiano es el resultado de la acción protectora que el Padre ejerce en su vida, como el único que es poderoso para guardarlo sin caída (Jud. 24). La santificación del creyente es posible sobre la base de la operación divina que obra en él, dándole el deseo de santidad y los recursos necesarios para llevarla a cabo (Fil. 2:12-13). Si alguno no alcanza o pierde su corona, no tendrá ocasión para ponerla como tributo de adoración ante quien está sentado en el trono. Estarán en la presencia del Señor, pero, serán creyentes con manos vacías. De ahí la advertencia solemne que Cristo hace a los creyentes: *"retén lo que tienes para que ninguno tome tu corona"* (3:11). Es muy posible que algunos estén corriendo la carrera cristiana hasta un determinado momento en que dejan las reglas de esa carrera y son descalificados, no alcanzando la victoria y, por tanto, perdiendo su corona (1 Co. 9:27). No se trata de un sistema de vida impuesto por el mismo creyente, sino del único modo de vida que es vivir a Cristo en el poder del Espíritu (Fil. 1:21). No será recompensada la vida de ortodoxia fría, sino la vida victoriosa de la fe en Cristo.

11. Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas.

ἄξιος εἶ, ὁ Κύριος καὶ ὁ Θεὸς ἡμῶν,
Digno eres el Señor y el Dios de nosotros
λαβεῖν τὴν δόξαν καὶ τὴν τιμὴν καὶ τὴν δύναμιν,
de recibir la gloria y el honor y el poder
ὅτι σὺ ἔκτισας τὰ πάντα
porque tú creaste las todas cosas

[10] Griego: προσκυνέω.

καὶ διὰ τὸ θέλημα σου ἦσαν καὶ ἐκτίσθησαν.
y por la voluntad de ti eran y fueron creadas.

Notas sobre el texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] ἦσαν, la forma más segura, atestiguada la lectura en א, A, 205, 209, 1006, 1611, 1841, 2053, 2341, *Biz* it[ar. gig, t], vg, Apringio mss[según Primasio], Beato.

εἰσιν, *existen*, lectura en P, 1854, 2050, 2344, cop[sa], eth, Andrés.
ἐγένοντο, *se hicieron*, como se lee en 2329, arm.

οὐκ ἦσαν, *no eran,* lectura en 046.

Se omite ἦσαν καὶ, en Varimadum, Fulgencio, Primasio.

La adoración de los veinticuatro ancianos se recoge aquí con ἄξιος, caso nominativo masculino singular del adjetivo *digno*; εἶ, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *eres*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*; ἡμῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de nosotros*; λαβεῖν, aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo λαμβάνω, *recibir*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; δόξαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *gloria*; καὶ, conjunción copulativa, *y*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la,* masculino en español *el*; τιμὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *honor*, masculino en castellano; καὶ, conjunción *y*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado, *la*, también masculino en español en este caso; δύναμιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota, *poder, fuerza, capacidad de actuar*; ὅτι, conjunción causal *porque*; σὺ, caso nominativo masculino singular del pronombre personal *tú*; ἔκτισας, segunda persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo κτίζω, *crear*, aquí como *creaste*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; πάντα, caso acusativo neutro plural del adjetivo que expresa radicalmente *todo,* y que precedido de artículo expresa la totalidad, de ahí la traducción *todas las cosas*; καὶ, conjunción copulativo *y*; διὰ, preposición que rige acusativo, *por*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; θέλημα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *voluntad*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal *de ti*; ἦσαν, tercera persona plural del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *eran*; καὶ, *y*; ἐκτίσθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo κτίζω, *crear*, aquí como *fueron creadas.*

Ἄξιος εἶ, ὁ Κύριος καὶ ὁ Θεὸς ἡμῶν. La adoración de los veinticuatro ancianos es una expresión de reconocimiento pleno a quien está sentado en el trono. Sólo es digno aquel que está entronizado. El adjetivo ἄξιος,

digno, califica aquí a quien es merecedor de algo por ser adecuado. El Señor es el único digno de λαβεῖν τὴν δόξαν, *recibir la gloria*, porque sólo Él tiene el esplendor propio de la deidad, manifestada en toda la gloriosa maravilla de Su creación; Juan pone el artículo determinado delante del sustantivo *gloria*, para referirse a la plenitud o totalidad de ella, como si dijese *toda gloria*; el esplendor que corresponde únicamente a la esencia divina de Dios, el Creador de todo. Pero también debe recibir καὶ τὴν τιμὴν καὶ τὴν δύναμιν, *el honor*, como expresión del reconocimiento y de la estima que deben todas las criaturas al Creador; unido a ello está también *el poder*, realmente *el dominio*, que es la potestad absoluta que Dios tiene sobre todo lo creado, ya que todas las cosas están bajo su autoridad y control.

El que es digno es ὁ Κύριος καὶ ὁ Θεὸς ἡμῶν, *"nuestro Señor y Dios"*, dicen los ancianos, porque posee aquello que los seres creados le reconocen en base a la obra creadora que sólo Él pudo haber llevado a cabo. El Señor Dios es ὅτι σὺ ἔκτισας τὰ πάντα, el Creador de *todas* las cosas; la totalidad absoluta de todo cuanto vino a la existencia obedece a la acción creadora de quien está sentado en el trono, por esta causa es el único digno de recibir la gloria. Pero, también es el único digno de recibir la honra, en razón a su soberanía. El Creador hizo todo *por su voluntad*: καὶ διὰ τὸ θέλημά σου ἦσαν καὶ ἐκτίσθησαν, *y por tu voluntad existe y fueron creadas.* Sin duda alguna, nadie ni nada pudo influenciar en Dios para que ejecutase la creación, por cuanto nada ni nadie había con Él antes de que crease todas las cosas. Toda la creación en su totalidad y las individualidades que la forman, desde las gigantescas estrellas, hasta los microorganismos más pequeños, vinieron a la existencia por el único motivo de la voluntad divina y de su omnipotencia creadora (He. 2:10). Todas las acciones de Dios se producen en base a su sola voluntad. La majestad infinita del Creador exige de la criatura un tributo de reconocimiento expresado en honra. Por esa razón es también el único digno de recibir el poder, a causa de la supremacía absoluta e infinita del poder con que ejerce su dominio. El poder creador es la manifestación que hace visible a los ojos de la criatura la Persona del Todopoderoso Señor y Dios, contemplada desde la dimensión histórica del acontecimiento creacional. Esa es la causa de la adoración. Los ancianos, que se unen a los seres vivientes, proclaman la soberanía de Dios, que trajo a la existencia todo cuanto nunca la había tenido antes, como resultado de su propósito y determinación creadora. El Señor, que es Dios, es el Verbo creador de todo cuanto ha sido creado. Nada de cuanto ha venido a la existencia pudo hacerlo sin la acción del Verbo eterno de Dios (Jn. 1:1-3). Porque en él, y por Él y para Él fueron creadas todas las cosas (Col. 1:16). El Verbo creador es también el sustentador de todas las cosas creadas (He. 1:3).

Dios es adorado por lo que es y proclamado por sus perfecciones. La puerta abierta delante de Juan le permite acceder a escenas de adoración como las que han sido descritas en el capítulo, permitiéndole vislumbrar el entorno celestial a donde la Iglesia será trasladada para estar para siempre con nuestro Señor (1 Ts. 4:16-17). La ciudadanía de los cristianos es una ciudadanía celestial (Fil. 3:20). No necesita cada cristiano hacer un esfuerzo especial para *entrar* a la presencia de Dios; primeramente porque posicionalmente ya está sentado con Cristo en lugares celestiales (Ef. 2:6); y también porque es exhortado para entrar con toda libertad al Lugar Santísimo en la presencia de Dios (He. 10:19-22). Ahora bien, si la condición del creyente es celestial, también debe ser el propósito e interés que mueva su vida espiritual, buscando las cosas de arriba (Col. 3:1-4). Cada creyente está puesto, conforme al propósito de Dios, para ser adorador y cada acto de su vida debiera ser una expresión visible y real de adoración (Jn. 4:23-24). La adoración no es una actividad, sino una actitud, es decir, la expresión natural de toda la vida que se entrega en total rendimiento ante Dios (Ro. 12:1). Si la adoración es entrega, la alabanza es conducta que glorifica el nombre de Dios (Mt. 5:16). Tanto una como otra son actitudes que se expresan en actividades. Debe recordarse que a Dios se le adora por lo que Él es (4:11). Para eso es necesario tener una clara visión de la majestuosa grandeza de nuestro Señor y Dios.

CAPÍTULO V

EL ROLLO EN EL CIELO

Introducción.

El capítulo anterior tenía como centro la adoración a Dios como Creador. En éste, el centro también es Dios, pero como Redentor. Jesús es el gran vencedor, quien mediante su muerte, sepultura, resurrección y ascensión, es declarado como Hijo de Dios con poder, y tiene el nombre de suprema autoridad en cielos y tierra (Fil. 2:8-11). Dios ha delegado a Cristo todo lo relacionado con la acción divina sobre la historia humana. Los acontecimientos futuros, especialmente todo aquello que tiene que ver con el juicio sobre las naciones de la tierra (Ap. 3:10), están en la mano del Hijo. Esta actuación será también la preparación previa al establecimiento del gobierno literal de Dios sobre la tierra. Jesucristo, como Dios y Vencedor entronizado, aparece en la dimensión del Cordero-Jesús y tiene en su mano los destinos del mundo. Los planes de Dios para el futuro serán ejecutados por Cristo mismo. Estos acontecimientos están plenamente determinados por Dios y escritos en un rollo sellado. Las huestes celestiales y los redimidos prorrumpen en alabanzas cuando el Cordero toma la suprema investidura. La alabanza a Dios del capítulo anterior, está dirigida en este pasaje al Cordero. La proclamación de Su majestad y gloria alcanza y se extiende a toda la creación (v. 13). Se aprecia una progresión en la magnificencia del pasaje que va en aumento hasta culminar incluyendo en ella a todo lo que ha sido creado, tanto ángeles, como hombres, como la creación en sí misma. El tema de la alabanza es la investidura del dominio cósmico y universal de Cristo en la historia. En una misma expresión de adoración y acatamiento se funden el Padre y el Cordero. Todos los seres creados rubrican el himno universal en un glorioso Amén, y todos ellos caen en adoración ante el trono donde se manifiesta la deidad del Padre y del Cordero. Estos dos capítulos son esenciales para comprender el mensaje del libro. La incapacidad del hombre contrasta con la capacidad del Cordero de Dios. La victoria que el hombre no puede alcanzar se obtiene por medio y a través del Cordero. Él es el único que puede desatar los sellos y cumplir en plenitud el propósito de Dios. Los sellos desatarán las primeras manifestaciones de la ira judicial de Dios sobre el mundo y la victoria definitiva del Señor sobre el que había usurpado el control y dominio sobre esta parcela de su creación. Cuando Dios creó al hombre lo hizo propietario de toda la tierra, como delegado suyo en el ejercicio de autoridad sobre ella, concediéndole el derecho a gobernarla y enseñorearse de ella (Gn. 1.26-28). Al caer en el pecado, perdió el control y derecho al ejercicio de aquella autoridad, trasfiriéndola por derrota a Satanás, quien vino a ser el príncipe de este mundo, implantando en él su sistema (Jn. 12:31; 16:11). Con su arrogancia y perversa maldad vino a

constituirse como el dios de este siglo 2 Co. 4:4; Ap. 13:2-4). Sin embargo, el usurpador y sus huestes fueron derrotados en la Cruz (Col. 2:15). El cetro de autoridad que detentaba por derrota del hombre, le fue arrebatado por quien es Vencedor. Es cierto que aparentemente no ejerce ese derecho, pero, Él es el único digno de abrir los sellos y tomar a su cargo el juicio sobre un mundo bajo el control del maligno. El capítulo abre la puerta que introduce a la panorámica de actuación en esa dimensión.

El bosquejo para el estudio del capítulo se establece así:

1. El rollo en el cielo (5:1-14).
    1.1. El rollo (5:1).
    1.2. La búsqueda (5:2-5).
    1.3. El Cordero inmolado (5:6-7).
    1.4. El cántico celestial (5:8-14).

El rollo en el cielo (5:1-14).

El rollo (5:1).

1. Y vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos.

Καὶ εἶδον ἐπὶ τὴν δεξιὰν τοῦ καθημένου ἐπὶ τοῦ θρόνου βιβλίον
Y vi sobre la diestra del sentado sobre el trono libro
γεγραμμένον ἔσωθεν καὶ ὄπισθεν κατεσφραγισμένον σφραγῖσιν ἑπτά.
escrito dentro y fuera totalmente sellado con sellos siete.

Notas y análisis del texto griego.

Aunque el versículo introduce al lector en un nuevo capítulo, sigue siendo la misma visión de ahí el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de εἶδον*,* primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* aquí como *vi*; ἐπὶ, preposición de acusativo, *sobre*, *en*, expresando la idea de algo *puesto encima*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; δεξιὰν, caso acusativo femenino singular del adjetivo que expresa lo que está a la *derecha*; en este caso se debe introducir el sustantivo mano que está implícito; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; καθημένου, caso genitivo masculino singular del participio presente de indicativo en voz media del verbo καθημένου, *sentar*, aquí como *sentado*; ἐπὶ, nuevamente la preposición de genitivo *sobre*; τοῦ, caso genitivo masculino singular con el artículo determinado *el*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *trono*; βιβλίον, caso acusativo neutro singular del sustantivo *libro*, que en este caso debe entenderse como *un rollo*; γεγραμμένον, caso acusativo neutro singular del participio perfecto en voz pasiva del verbo γράφω, *escribir*, aquí como *escrito*; ἔσωθεν, adverbio

de lugar que significa *dentro*, entendiendo como escrito *por dentro*; seguido de la conjunción καὶ, *y*; ὄπισθεν, adverbio de lugar *fuera*, entendiendo también como escrito *por fuera*; κατεσφραγισμένον, caso acusativo neutro singular del participio perfecto en voz pasiva del verbo κατασφραγίζω, intensificado con κατά, y el verbo σφραγίζω, *sellar*, que expresa la idea de *seguridad y firmeza*, *sellar, asegurar, confirmar*, con la preposición modificativa intensificativa, añade al verbo la idea de algo *completamente sellado*; σφραγῖσιν, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota *sellos* y que designa no solo el instrumento con el que se sella, sino también la marca del sello como signo acreditativo; ἑπτά, caso dativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal, *siete.*

La división de los capítulos es meramente aleatoria en este, como en algunos otros casos. El hecho de que se haya establecido un nuevo capítulo no supone interrupción de lo que antecede, como lo prueba el hecho del uso de la conjunción copulativa *y*, que vincula lo que sigue con lo que antecede en el capítulo anterior, estableciendo un nexo de unión entre lo que Juan va a describir de lo que ha visto en este párrafo y que es continuidad de todo lo anterior. No son asuntos aislados y diferentes, es la continuación de la visión sobre aspectos de la adoración celestial cuyas primeras expresiones quedaron reseñadas antes.

Καὶ εἶδον ἐπὶ τὴν δεξιὰν τοῦ καθημένου ἐπὶ τοῦ θρόνου. La visión se establece y el apóstol sigue describiendo lo que ve como se lee en el texto: Καὶ εἶδον, *"y vi"*. Los ojos de Juan se dirigieron nuevamente hacia el trono y observó ἐπὶ τὴν δεξιὰν τοῦ καθημένου ἐπὶ τοῦ θρόνου, la mano derecha abierta del que estaba sentado. Siendo continuidad de la visión determina que se trata del Creador que fue proclamado por los querubines y los veinticuatro ancianos, mencionado en el capítulo anterior. La mano derecha es símbolo de poder, autoridad y honor (comp. con 1:16, 17, 20; 2:21). Sorprende que el lenguaje aquí es prácticamente idéntico al de la profecía de Ezequiel, lo que confirma la idea de que Juan estaba en posesión de esa profecía en la isla de Patmos y la estaba leyendo y meditando; en Ezequiel se lee: *"y miré, y he aquí una mano extendida hacia mi, y en ella había un rollo de libro"* (Ez. 2:9). Sobre ella -que es el sentido que confiere a la expresión el uso de la preposición ἐπὶ, *en, sobre*, que Juan usa aquí- en una posición de mostrar algo y extenderlo hacia alguien, el apóstol ve βιβλίον, *un libro*. Aunque el término griego que aparece en el texto es un diminutivo, aquí no tiene ese sentido. Probablemente Juan vio el típico modo de escrito antiguo formado por una tira de papiro o pergamino enrollada en torno a una varilla vertical, escrito en columnas, que para su lectura se iba desenrollando por un lado y enrollándose por el otro a medida que se avanzaba; se trata de un rollo y no de un códice. Generalmente los rollos escritos lo estaban por una sola cara, pero este lo estaba *por dentro y por fuera*: γεγραμμένον ἔσωθεν καὶ ὄπισθεν, literalmente, *escrito dentro y fuera*, es decir, por anverso y reverso, por ambos lados. Juan puede ver la parte

posterior del rollo que estaba escrito, se trataba de un *opistógrafo*[1]. La identidad con la profecía de Ezequiel continúa también en esto (Ez. 2:10). El libro estaba *totalmente escrito*, el verbo[2] que utiliza Juan aplicado a ambos lados del rollo da sentido de plenitud, o totalidad; por esa razón, nadie podía añadir nada más porque no había lugar para ello.

Determinar el contenido del escrito es pura especulación, ya que el texto bíblico guarda silencio sobre ello y Juan no dice nada en particular. Es cierto que el desarrollo de lo establecido en el libro se aprecia cuando van abriéndose los sellos y se pone de manifiesto en las acciones de su contenido. En ese sentido puede entenderse que se trata del proceso histórico que Dios tiene ya determinado para el mundo. Sobre esto escribe el Dr. Lacueva:

"El rollo de que habla aquí Juan representa el plan eterno de Dios, el decreto de Dios, que incluye todo el plan de la historia; muy especial, de lo que ha de suceder en el final de los tiempos, y está completamente escrito por ambos lados, para dar a entender que nadie puede añadirle nada[3]*".*

En ese mismo sentido escribe también el Dr. Carballosa:

"Se han hecho varias sugerencias con el fin de explicar el contenido del rollo. Hay quienes creen que representa el libro del nuevo pacto y lo relacionan con la inauguración del reino que será establecido en Apocalipsis 20. Otros creen que el rollo es un testamento o última voluntad que garantiza que Dios ha reservado la herencia para los santos. También hay quienes sugieren que el rollo representa al libro de la vida del Cordero, tan señalado a través del Apocalipsis. Otros opinan que el libro o rollo representa el plan divino de la redención profetizado en el Antiguo Testamento y cumplido en el Nuevo Testamento. Otra sugerencia es la que entiende que el rollo representa el título de propiedad o escritura que certifica el derecho de Cristo sobre el universo[4]*".*

Podrían seguir añadiéndose distintas posiciones sobre el significado y contenido del libro. Sin embargo una identificación sencilla y consecuente con el contexto general del libro es entender que el rollo sellado contiene la profecía sobre la historia de la humanidad luego del traslado de la iglesia, hasta el final definitivo de esta creación. De forma especial destacarían en el principio del libro el contenido de los juicios que Dios hará descender sobre el mundo en el

---

[1] *Opistógrafo*. Dícese de una hoja, pergamino, etc. escritos por ambas caras.
[2] Griego: γράφω.
[3] F. Lacueva. o.c., pág. 386.
[4] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 115.

corto período de los siete años, todavía sin cumplir, correspondientes a la última semana de Daniel (Dn. 9:27). Es, en resumen, el plan histórico determinado soberanamente por Dios para establecer su gobierno eterno sobre un pueblo reunido y salvo a lo largo de la historia que estará perpetuamente con Él como su pueblo y Él con ellos como su Dios. La apertura de los sellos permite la lectura del decreto, simbólicamente hablando, que como tal se ejecuta conforme a lo establecido por Dios, de forma inexorable y que concluye, en el final del libro, con la admirable dimensión de cielos nuevos y tierra nueva en una creación perfecta, libre del pecado y de eterna vinculación de los hombres con el Creador. Los sellos que se abren van permitiendo un desarrollo histórico que conduce y desemboca en el fin. Todos los hechos que se producen en la apertura de los sellos son judiciales y redentores. Por un lado Dios entra en juicio y lo envía sobre el mundo a causa del pecado de los hombres (3:10), pero, en cada ocasión hay una advertencia, un llamamiento y un periodo de gracia que se abre para salvación.

Κατεσφραγισμένον σφραγῖσιν ἑπτά. Además de totalmente escrito, el libro estaba también sellado. Para describir lo que Juan vio en relación con los sellos del libro, utiliza un verbo intensificado[5] cuyo significado equivale a *totalmente sellado*. El contenido del libro que tiene que ver con lo que Dios ha establecido para el futuro de la historia conforme a su plan, debe comenzar a desarrollarse en el tiempo que Él ha establecido. Todo lo que ha determinado se cumple, no sólo en la dimensión de su determinación, sino en el tiempo prefijado para ello. Mientras tanto, los aspectos correspondientes de su decreto están sellados hasta que sea tiempo. El libro que vio Juan estaba sellado con siete sellos, lo que indica que el plan de Dios no ha sido revelado en toda la dimensión, ni cumplido aún. Siendo siete el número de sellos expresa la plenitud del misterio no revelado aún (com. con Is. 29:11; Dn. 8:26; 12:4-9). En ese sentido se expresa también Isaías cuando escribe: *"Y os será toda visión como palabras de libro sellado, el cual si dieren al que sabe leer, y le dijeren: Lee ahora esto; él dirá: No puedo, porque está sellado"* (Is. 29:11). Dios dijo también a Daniel que guardase la visión que había recibido porque no era para aquel tiempo (Dn. 8:26). De la misma manera otra parte de su profecía debía sellarla hasta el tiempo del fin, es decir, hasta el momento determinado en que tendría que cumplirse. Quiere decir que abrir el rollo no significa solo revelar su contenido, sino ejecutarlo.

Es difícil saber como había sido sellado el libro. Juan escribe el sellado del libro se había hecho con σφραγῖσιν ἑπτά, *siete sellos*. Siendo siete el número perfecto, indica que el libro estaba perfecta y absolutamente sellado. ¿Cómo estaban puestos los siete sellos? Podría tratarse de sellos puestos sobre

[5] Griego: κατασφραγίζω.

el cierre, en la cabeza del rollo, de modo que no podían ni siquiera desenrollarse hasta que se rompiesen los sellos que lo impedía. Otras veces se cerraban los documentos mediante un sistema de hilos que retenían cada sección del rollo y que se fijaban en el exterior con sellos. Tal vez el sellado consistía en cerrar cada sección del documento y mediante una perforación se podían distinguir los siete sellos colocados sucesivamente sobre las vueltas del rollo, de manera que para ir leyendo cada una de las secciones establecidas en el rollo debían ir rompiéndose los sellos que sujetaba sus ataduras. Posiblemente era esta la forma en que Juan vio el libro sellado. A medida que los sellos fuesen retirados quedaría al alcance del lector los acontecimientos determinados que se irán produciendo conforme a lo establecido en el escrito.

La búsqueda (5:2-5).

2. Y vi un ángel fuerte que pregonaba a gran voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y de desatar sus sellos?

καὶ εἶδον ἄγγελον ἰσχυρὸν κηρύσσοντα ἐν φωνῇ μεγάλῃ· τίς ἄξιος
Y vi ángel fuerte que proclama con voz grande: ¿Quién digno
ἀνοῖξαι τὸ βιβλίον καὶ λῦσαι τὰς σφραγῖδας αὐτοῦ
de abrir el libro y desatar los sellos de él?

Notas y análisis del texto griego.

El relato de la visión continua ininterrumpidamente, vinculando las partes mediante el uso de la conjunción καὶ, *y*; seguida de εἶδον*,* primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* aquí como *vi*; ἄγγελον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *ángel*, debiendo suplir el artículo implícito *un*; ἰσχυρὸν, caso acusativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *fuerte, poderoso, capaz*; κηρύσσοντα, caso acusativo masculino singular del participio presente en voz activa del verbo κηρύσσω, *proclamar, anunciar, pregonar*, aquí como *que proclama*, podría incluso traducirse como *proclamando* y para dar un mayor énfasis de concordancia temporal como *que proclamaba*; ἐν, preposición de dativo *con*; φωνῇ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *voz, ruido, expresión*; μεγάλῃ, caso dativo femenino singular del adjetivo *grande*. La segunda cláusula es interrogativa iniciándose con τίς, caso nominativo masculino singular del pronombre interrogativo *quién*; ἄξιος, caso nominativo masculino singular del adjetivo *digno*; ἀνοῖξαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo ἀνοίγω, *abrir*, aquí como *de abrir*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*, en castellano masculino *el*; βιβλίον, caso acusativo neutro singular del sustantivo *libro*, *rollo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; λῦσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo λύω, con significado de *desatar, derribar, quebrantar, quitar, soltar,* etc.; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*, en castellano *los*; σφραγῖδας, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *sellos*, masculino en español.

Καὶ εἶδον ἄγγελον ἰσχυρὸν. La atención de Juan pasa de la mano derecha del que estaba sentado en el trono, quien sostenía el libro, a un ángel que proclamaba un mensaje. Se trataba de ἄγγελον ἰσχυρὸν, un *ángel fuerte*, *poderoso*. Dos veces más aparecerá el mismo adjetivo calificativo en el libro en relación con ángeles (10:1; 18:21). El sentido de la expresión equivale a un ángel *robustísimo*. La voz atronadora del ángel es consonante con la dimensión del poder con que estaba dotado. Es un ángel fuerte, esto es, de los de mayor rango. Estaba capacitado para llevar a cabo una misión de alta responsabilidad.

Κηρύσσοντα ἐν φωνῇ μεγάλῃ. El ángel poderoso proclamaba un mensaje que había recibido de Dios mismo *con voz potente*. Lo hacía de modo que pudiese alcanzar cualquier lugar del universo de Dios. Su voz se extiende hasta llegar a los cielos, la tierra y aun las potencias del hades. No queda un solo lugar a donde no alcanzase el mensaje proclamado con voz potente. El pregón tenía que ver con la búsqueda de alguien con dignidad suficiente, esto es, con derecho reconocido, para abrir los sellos del libro que estaba en la mano de Dios. El mensaje se pronunciaba a modo de pregunta τίς ἄξιος ἀνοῖξαι τὸ βιβλίον καὶ λῦσαι τὰς σφραγῖδας αὐτου, *"¿Quién es digno de abrir el libro y de desatar sus sellos?"*. De otro modo, *¿quién tiene dignidad suficiente para tomar el libro y abrir sus sellos?* Digno aquí tiene el sentido de *capaz, cualificado* para hacer algo. Se trata de alguien capaz, tanto en carácter como en potencialidad, para llevarlo a cabo. Quien fuese digno debía *abrir y desatar* los sellos que mantenían el libro cerrado. El romper los precintos significaría ejecutar todo lo que estaba escrito en el libro, iniciando lo que Dios había dispuesto para el momento establecido en su actuación sobre el mundo. Así escribe el profesor Bartina:

"En otras palabras, sólo puede concederse que abra los sellos del rollo quien presente un curriculum vitae *que le haga apto para presidir los destinos futuros del mundo, determinados según la bondad de los planes de Dios*[6]*".*

Lo que determinaba el mensaje del ángel era encontrar alguien con la *dignidad*, no tanto con la fuerza, para llevar a cabo la toma del libro y la apertura de sus sellos, activando el plan de Dios para los tiempos siguientes en la historia de la humanidad. Se trata realmente de encontrar un *Mediador* universal que actuando como Dios, pueda ejecutar sus designios, pero, sólo quien sea *Redentor* universal, puede ser también *Mediador* universal (1 Ti. 2:5, 6).

---

[6] Sebastián Bartina. o.c., pág. 676.

3. Y ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro, ni aun mirarlo.

καὶ οὐδεὶς ἐδύνατο ἐν τῷ οὐρανῷ οὐδὲ ἐπὶ τῆς γῆς οὐδὲ ὑποκάτω
Y ninguno podía en el cielo ni sobre la tierra ni debajo
τῆς γῆς ἀνοῖξαι τὸ βιβλίον οὔτε βλέπειν αὐτό.
de la tierra abrir el libro ni mirar lo.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo el relato de la visión Juan utiliza nuevamente la conjunción copulativa καὶ, *y*, ilativa; seguida de οὐδεὶς, caso nominativo masculino singular del pronombre indefinido *ninguno*; ἐδύνατο, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz media del verbo δύναμαι, *ser capaz, tener poder,* especialmente, como en este caso, la capacidad y recursos propios que permiten ser operativo; ἐν, preposición de dativo, *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado*, el*; οὐρανῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota *cielo*; οὐδὲ, la cláusula se enfatiza y complementa con la conjunción negativa οὐδὲ, *ni*; ἐπὶ, preposición de genitivo, *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado, *la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo, *tierra*; seguido nuevamente de la conjunción negativa οὐδὲ, *ni*; ὑποκάτω, preposición de genitivo que equivale a *bajo*, en el mismo sentido que el adverbio de lugar *debajo*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado*, la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tierra*; ἀνοῖξαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo ἀνοίγω, *abrir*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado, *lo*, en castellano masculino, *el*; βιβλίον, caso acusativo neutro singular del sustantivo *libro*, *rollo escrito*; οὔτε, conjunción negativa, *ni*; βλέπειν, infinitivo presente en voz activa del verbo βλέπω, *mirar*; concluyendo con αὐτο, caso acusativo neutro singular del pronombre personal, *lo*.

Καὶ οὐδεὶς ἐδύνατο ἐν τῷ οὐρανῷ οὐδὲ ἐπὶ τῆς γῆς οὐδὲ ὑποκάτω τῆς γῆς ἀνοῖξαι τὸ βιβλίον οὔτε βλέπειν αὐτό. El mensajero proclamó un mensaje universal que expresaba una pregunta en la búsqueda de alguien que tuviera dignidad suficiente para abrir el libro y desatar sus sellos. Un silencio universal siguió a la indagación del ángel fuerte que había proclamado con voz poderosa el mensaje. La pregunta del ángel alcanzó todos los lugares, hasta los confines de la creación de Dios. Nadie en el cielo era digno: καὶ οὐδεὶς ἐδύνατο ἐν τῷ οὐρανω, *y ninguno podía en el cielo*; tampoco había nadie digno sobre la tierra: οὐδὲ ἐπὶ τῆς γῆς, *ni sobre la tierra*, es decir, de los habitantes de la tierra no fue hallado ninguno de esa condición. Ni en el ámbito de los ángeles, ni en el de los hombres, ni en el de los muertos: οὐδὲ ὑποκάτω τῆς γῆς, *ni debajo de la tierra,* había nadie digno, según la proclama del ángel. Nadie dentro del rango de seres creados por Dios tenía dignidad suficiente para ἀνοῖξαι τὸ βιβλίον, *abrir el libro* y ejecutar el contenido del mismo. A ninguno de los gloriosos ángeles en el cielo les correspondía tal honor. Sobre la tierra, de todos los hombres, incluidos los

que pudieran reunir las mejores condiciones y perfecciones humanas, tanto físicas como morales, ninguno tenía esa capacidad. Mucho menos en las profundidades de la tierra, donde se sitúa el mundo de los muertos sin esperanza, conforme al pensamiento figurativo semítico, y en que también se podían incluir a los demonios, a pesar de que el mundo entero está bajo el maligno (1 Jn. 5:19), no tienen capacidad, con todo su poder malévolo, para actuar en el proyecto o contra el proyecto de Dios. En ninguno de los estamentos del Universo, el cielo, la tierra y bajo la tierra, (com. Fil. 2:10), había nadie capacitado para hacer lo que se demandaba.

En un énfasis aún mayor, Juan afirma que no había nadie capacitado para tomar el libro, οὔτε βλέπειν αὐτό, *ni aun para mirarlo*. ¿En que sentido debe entenderse esto de *mirarlo*? No cabe duda que el mismo Juan estaba *mirando* el libro en la visión que se le estaba ofreciendo; no puede, pues, significar que nadie pudiese levantar sus ojos para contemplar el libro. La expresión está en todo vinculada a la acción de abrir los sellos para mirar en el interior del libro lo que había escrito y ejecutar las determinaciones establecidas en él. Nadie podía mirar el libro, en sentido de leer su contenido y ejecutar todo cuanto Dios había reservado para los tiempos finales del sistema humano actual. Nadie en todo el universo tenía dignidad suficiente para desatar los sellos del libro e iniciar la ejecución de las acciones determinadas sobre el mundo. La historia del futuro está escrita y determinada por Dios mismo que la controla, ejecutando su programa conforme al propósito establecido en su decreto. Nadie tiene capacidad de desarrollar ese programa sino Aquel que lo ha diseñado, establecido y determinado. Dios había anunciado de antemano por medio del profeta que intervendría en la historia del mundo: *"Y castigaré al mundo por su maldad, y a los impíos por su iniquidad"* (Is. 13:11). A esta manifestación solemne de Dios se opone con todo el potencial de que disponen las huestes de maldad. Nadie hay con poder suficiente entre ellas para impedir que se lleve a cabo la determinación divina. Tan sólo Dios mismo que anuncia lo que viene por medio de sus siervos los profetas, hará llegar a cumplimiento definitivo lo que ha establecido: *"... porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mi que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero"* (Is. 46:9-10). Nadie tiene capacidad par ejecutar el programa de Dios sino Él mismo. El progreso del capítulo conduce a fijar el pensamiento en Aquel que es soberano y está sentado sobre el trono. Frente a los sistemas humanistas que consideran la historia como el proceso lógico del hombre y sus actuaciones, la Biblia enseña enfáticamente que la historia no escapa al control de Dios y que su propósito eterno para una nueva forma de vida de los hombres redimidos, en comunión con Él, se ejecutará según su determinación soberana. Así escribe el Dr. Ladd:

"El rollo está completamente sellado y su contenido escondido de todo ojo humano. Ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro, ni aun mirarlo. Aquí hay una verdad bíblica, simple y profunda, sobre la cual el énfasis que pongamos nunca será demasiado: fuera de la persona y la obra redentora de Jesucristo, la historia es un enigma. Durante siglos, desde Agustín y su Ciudad de Dios, ha caracterizado el pensamiento occidental un criterio cristiano de la historia, como algo que tiene una meta divinamente ordenada, que es inseparable de la obra redentora de Jesucristo. Desde el iluminismo, muchos filósofos han rechazado el criterio cristiano de la vida y para ellos la historia se ha transformado en un problema. El criterio evolucionista del progreso inevitable es hoy poco popular. Algunas de nuestras grandes mentalidades han sido profetas del desastre, que en el futuro sólo ven oscuridad. El problema del significado, propósito y meta de la historia ha llegado a ser una de las cuestiones más perturbadoras y difíciles de nuestro tiempo. Las actitudes secularistas y pesimistas aún penetran el pensamiento de los teólogos cristianos y uno de ellos ha escrito: 'No podemos declarar que conocemos el fin y la meta de la historia. Por tanto, la cuestión del significado de la historia ha llegado a ser algo sin sentido'.

A la luz de este dilema moderno, el hecho de que el rollo esté tan fuertemente sellado que ningún ojo humano pueda leer su contenido es de mucha importancia. Cristo, y solo Cristo, tiene la llave del significado de la historia humana. Por tanto, no es sorprendente que los pensadores modernos sean pesimistas; fuera del victorioso retorno de Cristo la historia va hacia la nada.

Tiene importancia también, que el rollo estuviera 'en la mano derecha del que está sentado en el trono' (v. 1). Toda la historia de la humanidad descansa en la mano de Dios. ¿Qué cuadro más sencillo o más sublime que enseñara la soberanía definitiva de Dios sobre toda la historia podría encontrarse que este del rollo descansando en su mano? Por poderoso que llegue a ser el mal, por fieros que sean los males satánicos que asalten al pueblo de Dios en la tierra, la historia sigue descansando en la mano de Dios"[7].

Tan sólo Jesucristo tiene la autoridad suprema y el poder absoluto para llevar cabo el plan divino de las edades (Mt. 28:18; Fil. 2:8-11). Sólo a Él se le ha dado la autoridad para juzgar (Jn. 5:22, 27). El creyente encuentra un profundo estímulo y definitivo aliento por medio de la visión de Juan. Dios es soberano y nada habrá de sus promesas que no tengan cumplimiento fiel. El futuro esperanzador para el creyente será una realidad admirable porque Dios así lo ha determinado.

---

[7] George Eldon Ladd. o.c., pág. 73s.

4. Y lloraba yo mucho, porque no se había hallado a ninguno digno de abrir el libro ni de leerlo, ni de mirarlo.

καὶ ἔκλαιον πολύ, ὅτι οὐδεὶς ἄξιος εὑρέθη ἀνοῖξαι τὸ βιβλίον οὔτε
Y lloraba mucho; pues nadie digno fue hallado de abrir el libro ni
βλέπειν αὐτό.
de mirar lo.

Notas y análisis del texto griego.

La vinculación con lo que antecede se efectúa nuevamente mediante la conjunción καὶ, *y*; seguida de ἔκλαιον, primera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo κλαίω, que expresa la acción de *lamentar*, bien sea con lágrimas o con cualquier otra expresión de tristeza o dolor, aquí como *lloraba*, en sentido de *lamentar profundamente*; πολύ, caso acusativo neutro singular del adverbio o del adjetivo *mucho*; en caso de considerarse como adjetivo equivaldría a *abundante, numeroso, que excede a lo ordinario*; caso de entenderse como adverbio, equivaldría a *con abundancia, en alto grado, en gran cantidad, más de lo regular*; empleado con verbos expresivos de acción denota intensidad; ὅτι, conjunción causal, *pues*; οὐδεὶς, caso nominativo masculino singular del pronombre indeterminado, *ninguno*, *nadie*; ἄξιος, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *digno*, *con derecho a*; εὑρέθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo εὑρίσκω, *hallar*, aquí *se halló, fue hallado, se encontró*; ἀνοῖξαι, aoristo de infinitivo del verbo ἀνοίγω, abrir, *de abrir*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado, *lo*, masculino en castellano, *el*; βιβλίον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *libro, rollo escrito*; nuevamente la conjunción οὔτε, *ni*, negando el verbo, βλέπειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo βλέπω, *mirar*, aquí como *de mirar*; concluyendo con αὐτό, caso acusativo neutro singular del pronombre personal, *lo*.

Καὶ ἔκλαιον πολύ. Ante el silencio universal como respuesta a la pregunta del ángel, que ponía de manifiesto la indignidad de todos los seres creados para tomar el libro, abrir sus sellos, leer su contenido y ejecutarlo, Juan prorrumpe en un profundo lamento, seguramente acompañado de abundante llanto. No era un llorar silencioso, sino un llanto hecho con clamor. El apóstol sollozaba y seguía haciéndolo, como expresa el modo del verbo en el texto griego.

Ὅτι οὐδεὶς ἄξιος εὑρέθη ἀνοῖξαι τὸ βιβλίον οὔτε βλέπειν αὐτό. La causa del llanto era precisamente el hecho de no haberse encontrado nadie digno, de modo que el programa de Dios quedaría en suspenso hasta que no apareciese quien pudiera ejecutarlo conforme a su propósito soberano. Así escribe el Dr. Lacueva.

"Ante esta impotencia e incapacidad universal, Juan rompe a llorar amargamente, porque sabe que, si el rollo no se abre, no se llevará a cabo el

plan de Dios a favor de la humanidad: no habrá protección sobre el pueblo de Dios; no habrá juicio contra el mundo malvado; no habrá triunfo final de Dios y de su Ungido; no habrá nuevos cielos y nueva tierra; no habrá, en fin, una herencia eterna, reservada en los cielos”[8].

Nadie digno en todo el universo implica no sólo una cuestión de soberanía, de la que sólo Dios es poseedor, sino también demostración del estado caído del hombre. Quien había sido creado por Dios para ser señor sobre la tierra es incapaz, a causa del pecado, de ejercer el dominio que le había sido concedido. La caída inhabilita al hombre a causa de su condicionante en la herencia espiritual caída. Pero, de la misma manera, se pone en evidencia que ni siquiera entre los ángeles hay quien sea capaz de conducir la historia hacia el fin determinado, juzgar al mundo por su pecado, establecer el reino de Dios en la tierra, recompensar a los salvos y glorificar a los creyentes conforme a la promesa de Jesús. Sólo Dios, en la persona de su Hijo es capaz de todo cuanto ningún otro puede realizar.

5. Y uno de los ancianos me dijo: No llores. He aquí el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos.

καὶ εἷς ἐκ τῶν πρεσβυτέρων λέγει μοι· μὴ κλαῖε, ἰδοὺ ἐνίκησεν ὁ
Y uno de los ancianos dice me: No llores, he aquí venció el
λέων ὁ ἐκ τῆς φυλῆς Ἰούδα, ἡ ῥίζα Δαυίδ, ἀνοῖξαι τὸ βιβλίον καὶ
león el de la tribu de Judá la raíz de David, para abrir el libro y
τὰς ἑπτὰ σφραγῖδας αὐτοῦ.
los siete sellos de él.

Notas y análisis del texto griego.

En la primera cláusula Juan da continuidad al relato mediante la conjunción καὶ, *y*; εἷς, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral cardinal, *uno*; ἐκ, conjunción que rige genitivo, *de*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; πρεσβυτέρων, caso genitivo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de *anciano*, *presbítero, de edad*; la expresión también puede considerarse como ablativo, en este caso, la preposición ἐκ, con ablativo aparece ocho veces en el Apocalipsis; doce en el cuarto evangelio; y diez en el resto del N. T. lo que pone de manifiesto su uso habitual por Juan; en este sentido refuerza la idea de ser *uno* de entre *los ancianos*, lo que se podría traducir como *y uno de entre los ancianos*; λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir, expresar, declarar*, aquí como *dice*; μοι, caso dativo singular del pronombre personal, *me, a mí*. La segunda cláusula se establece iniciándose con μὴ, adverbio de negación condicional, o partícula negativa, *no*, negando el verbo κλαῖε, segunda persona singular del presente

[8] F. Lacueva. o.c., pág. 388.

de imperativo en voz activa del verbo κλαίω, *llorar, lamentar*, aquí como *llores*; seguido de una advertencia enfática con ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia, *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; ἐνίκησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo νικάω, *vencer*, aquí como *venció*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; λέων, caso nominativo masculino singular del sustantivo *león*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*, aunque no se usa habitualmente en castellano en esta construcción; ἐκ, preposición de genitivo, *de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; φυλῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo, *tribu*; Ἰούδα, caso genitivo femenino singular del nombre propio *de Judá*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; ῥίζα, caso nominativo femenino singular del sustantivo *raíz*; Δαυίδ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *de David*; ἀνοῖξαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo ἀνοίγω, *abrir*, aquí como *abrir,* en sentido de *para abrir*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*, masculino en español, *el*; βιβλίον, caso acusativo neutro singular del sustantivo, *libro, rollo escrito*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado, *los*; seguido de ἑπτα, adjetivo numeral cardinal *siete*; σφραγῖδας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *sellos*; αὐτου, caso genitivo neutro singular del pronombre personal *de él*.

Dios provee de consuelo a su siervo Juan que lloraba desconsoladamente porque no se había encontrado a nadie digno de tomar el libro y de desatar sus sellos. El consuelo viene en las palabras καὶ εἷς ἐκ τῶν πρεσβυτέρων, de uno de entre los veinticuatro ancianos[9] (4:4, 10). Es uno de los que representan la iglesia triunfante en el cielo, quien habla con Juan. Mediante una expresión enfática, con autoridad, como expresa el presente de imperativo del verbo, demanda de Juan que deje de llorar: λέγει μοι· μὴ κλαῖε, *me dice: no llores*, como si dijese *"deja ya de llorar o de lamentar"*.

Seguido al mandamiento hay una llamada de atención, traducida generalmente como ἰδοὺ, *he aquí*, que equivale a *mira*, *presta atención*. La mente de Juan debía orientar su pensamiento en otra dirección, había de prestar atención a la realidad de Dios y no a la comprensión del pensamiento y discernimiento humano. Desde el plano de los hombres, el silencio universal a la pregunta del ángel manifestaba un fracaso en el propósito de Dios con relación a la historia humana, porque no había nadie capaz de llevarla a cabo; pero, no era así desde la dimensión de la omnipotencia y soberanía divinas.

---

[9] Sobre el significado de los veinticuatro ancianos, ver notas en el capítulo anterior a los vv. 4, 10.

Juan debía dejar sus lamentos y centrar su atención en Aquel a quien se califica como ὁ λέων ὁ ἐκ τῆς φυλῆς Ἰούδα, *"el León de la tribu de Judá"*. Si en la dimensión de los seres creados no había nadie calificado para tomar el libro y abrir sus sellos, la había en la divina; allí estaba el *León de la tribu de Judá*, calificativo dado al Señor. El título procede de la bendición que Jacob dio a su hijo Judá, a quien dio supremacía sobre el resto de las tribus de Israel y del que proféticamente habló Jacob con estas palabras: *"Cachorro de león es Judá; de la presa subiste, hijo mío. Se encorvó y se echó como león, así como león viejo: ¿quién lo despertará? No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos"* (Gn. 49:9-10). En la promesa a Jacob se dice que sería una tribu victoriosa, con autoridad, superior a las restantes tribus de la tierra, no sólo por su número y renombre, sino por su dominio sobre ellas. De Judá sería el cetro de autoridad real, como legislador (Sal. 60:7). Se le llama, en la bendición de Jacob, *cachorro de león*, figura muy ilustrativa, ya que el león es el rey de las fieras; cuando atrapa una presa es difícil que pueda escapársele con vida, lo que predice que su descendencia sería victoriosa y que disfrutaría de lo conseguido con sus triunfos. A Jacob se le compara con un león agachado, disfrutando de sus éxitos y satisfecho con su poder. De esta tribu vendría el cetro real que no sería quitado de ella. Fue de la tribu de Judá de donde procedió el primer rey de Israel conforme al corazón de Dios, que fue David. Bien es cierto que el primer rey de Israel fue Saúl, benjaminita, pero fue un rey conforme al deseo del pueblo. De la descendencia de David, vendría el Mesías Rey, a quien se le califica en la bendición como Siloh. El cetro, en sentido de descendencia real, persistió en la tribu de Judá, aun en la deportación a Babilonia y en el retorno a la tierra, hasta el nacimiento de Jesús. Los judíos confesarían delante de Pilato que no tenían otro rey sino a Cesar, pero el ángel había anunciado a la Virgen que el niño que nacería de ella reinaría sobre la casa de Jacob para siempre y que su reino no tendría fin (Lc. 1:33). En la literatura judía –no la inspirada- se utiliza el símbolo del león para referirse al Mesías Rey conquistador (4 Esd. 11:37; 12:31). La referencia profética no es al Mesías-siervo, humilde, cuyo aspecto no encajaba con el del poderoso Señor, Rey de reyes. El mensaje profético enfatiza ahora el poder y gloria de quien tiene el cetro de suprema autoridad como gobernante establecido por Dios, Jesús, el Señor, procedía según la ascendencia humana de la tribu de Judá (Mt. 1:2, 3, 16; Lc. 3:23, 33; He. 7:14). En su gloriosa manifestación futura asumirá el ejercicio del poder, la gloria y la suprema autoridad, que ya tiene al ser vencedor en la Cruz (Fil. 2:9-11). La profecía expresada por Jacob habla de la llegada de Siloh, referencia incuestionable al Mesías que había de venir.

No sólo debía contemplar Juan a quien es digno como *León de la tribu de Juda*, sino también como quien es digno por ser ἡ ῥίζα Δαυίδ, *"la raíz de*

David". El sustantivo raíz es un hebraísmo para expresar vinculación de origen, algo equivalente a *vástago*, lo que señala a Jesucristo como el sucesor y descendiente de David, por tanto, quien tiene derecho al trono conforme a la promesa del pacto que Dios estableció con el rey de Israel. Este título tiene también una marcada vinculación profética: *"Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces"* (Is. 11:1). Nuestro Señor Jesús es descendiente de David tanto por línea materna, a través de Natán, como por la paterna desde Salomón. La genealogía según Mateo corresponde a la descendencia real por medio de Salomón (Mt. 1:1, 15), mientras que la genealogía según Lucas corresponde a la descendencia de David por medio de Natán (Lc. 3:23, 32). Aparentemente el árbol de la línea de David se ha secado, es decir, ninguno de sus descendientes ocupó el trono, pero la profecía anunció la aparición de un nuevo vástago, una nueva vara de ese tronco, que se sentará en el trono y gobernará la tierra. La profecía continúa anunciando la gloriosa manifestación de su reino (Is. 11:2-9), en donde *"juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra; y herirá la tierra con la vara de su boca y con el espíritu de sus labios matará al impío"* (Is. 11:4). Sobre esto escribe el Dr. Ladd:

"…es una promesa veterotestamentaria de un Rey mesiánico divinamente ungido que destruirá todo mal, librará al pueblo de Dios de su aflicción bajo los poderes malignos, tanto espirituales como políticos, y establecerá un nuevo orden sobre la tierra, en el cual reinarán la paz, la justicia y la bendición. Lo que es importante enfatizar es que la esperanza bíblica no es sólo de salvación espiritual, de salvación del individuo de su culpa y su pecado. En tanto que la salvación individual está incluida, el énfasis principal está en la salvación del pueblo de Dios como una sociedad que mora en la tierra y cuya liberación de todos los males, espirituales, sociales, políticos y físicos. 'No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte: Porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová como las aguas cubren el mar. Acontecerá en aquel tiempo que la raíz de Isaí, la cual estará puesta por pendón a los pueblos, será buscada por las gentes; y su habitación será gloriosa' (Is. 11:9, 10)[10]*"*.

El título ἡ ῥίζα Δαυίδ, *"la raíz de David"* también tiene el mismo simbolismo en el Nuevo Testamento. El apóstol Pablo escribe sobre la cita de Isaías una relación del Mesías con los gentiles en el tiempo futuro: *"Y otra vez dice Isaías: Estará la raíz de Isaí, y el que se levantará a regir los gentiles; los gentiles esperarán en Él"* (Ro. 15:12). En donde se aprecia una referencia al reino de Cristo. En el momento actual Jesús, por su resurrección, se levantó para ser Señor. En el futuro ese señorío se acreditará en el ejercicio de autoridad en el reino terrenal cuando gobierne sobre las naciones. El Señor vino a ser la

---

[10] George Eldon Ladd. o.c., pág. 74s.

esperaza para todos los creyentes (Col. 1:13). El mismo Señor aplica a sí mismo el título para que no haya dificultad en determinar la relación: *"Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana"* (Ap. 22:16). Dios estableció con David un pacto sobre uno de su descendencia que se sentará en el trono para siempre (2 S. 7:12-13). La promesa de este Rey perpetuo sobre el trono de David fue anunciada a María por el ángel (Lc. 1:32-33). Este que es el *León de la tribu de Judá*, y que es también *la raíz de David*, no es otro que Jesús, el Señor. Él es *raíz*, también en el sentido de ser el Señor de David (Mt. 22:41-45), quien sustentó en el pasado la descendencia del rey y quien, como *retoño*, es también sucesor definitivo de él.

Juan oye como el anciano le dice que aquel que es *León de Judá y raíz de David*, ἐνίκησεν… ἀνοῖξαι τὸ βιβλίον καὶ τὰς ἑπτὰ σφραγῖδας αὐτοῦ, *"ha vencido para abrir el libro y desatar sus sellos"*. Jesús es el Vencedor supremo. Es interesante apreciar como el anciano hace mención a su victoria definitiva refiriéndose a ella en tiempo pasado: ἐνίκησεν, *"ha vencido"*, por tanto, puede actuar con derecho conforme a lo que significa y representa esa victoria. El Vencedor obtuvo la victoria sobre la Cruz donde venció al diablo y sus ángeles, como Pablo enseña: *"y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz"* (Col. 2:15). En esa victoria arrebató al diablo la presa que espiritualmente retenía. Compartió la naturaleza humana para *"destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre"* (He. 2:14-15). El señorío de Cristo se proclama como consecuencia de su humillación. La Biblia enseña que el Verbo eterno de Dios, tomó por encarnación una naturaleza humana subsistente en su Persona Divina (Jn. 1:14), en tal medida que sin dejar de ser Dios, vino a ser semejante a los hombres, en una vinculación tal entre deidad y humanidad que, sin mezcla alguna ni confusión en las naturalezas, es Dios-hombre, el Emmanuel, Dios con nosotros. Requirió que el Verbo se despojase para anonadarse desde la existencia en *forma* de Dios, hasta la experiencia en la *forma* de siervo (Fil. 2:7). La vía para llegar al estado de humillación fue la humanidad. Quien es Dios omnipotente, nació como hombre en Belén, mostrando los componentes absolutos de toda humanidad. Sin duda la suya es sin par e irrepetible, por vinculación única en esa dimensión con la Deidad, al ser la naturaleza humana del Hijo de Dios, y distinto también del resto de los hombres en cuanto a impecabilidad. Ese admirable Dios se vació de su gloria para llegar a la *forma* de siervo y a la semejanza de hombre (Jn 17: 5), y también de su infinita riqueza (2 Co. 8:9). La obediencia vino a ser la forma natural de su existencia humana, alcanzando los límites máximos cuando, en el ejercicio de la obediencia en entrega suprema a la misión recibida del Padre, puso voluntariamente su vida hasta la muerte y

muerte de Cruz (Fil. 2:8). Este Dios Salvador, en su experiencia en la cruz, murió nuestra muerte y descendió al estado más miserable del hombre, anonadándose para descender hasta las partes más bajas de la tierra (Ef. 4:9). Fue en ese campo de la Cruz donde venció sobre Satanás y sus huestes. La base de la victoria consiste en que Cristo venció en la Cruz al pecado no solo como *culpa*, sino como *poder*, ya que el pecado es un poder operante en el hombre (Ro. 6:6). En esa victoria los principados y potestades, referidos a las huestes de maldad (1 Co. 15:24; Ef. 3:10; Col. 1:16; 2:10), utilizaban la ley contraria al pecador para acusarlo delante de Dios. La Ley es acusadora impersonal, los demonios son acusadores personales. Las demandas de la Ley fueron satisfechas por Cristo en la Cruz (Ro. 8:1-4), por tanto, ya no hay acusación posible para el creyente en sentido de responsabilidad penal por el pecado (Ro. 8:33). El resultado de la Cruz fue la exhibición, mostrando cósmicamente a los demonios como agentes sin poder. Ese *exhibir*, equivale a exponerlos a irrisión universal, como un Vencedor que pone a los vencidos a la vista de todos para que los vean como derrotados, quedando como espectáculo ante sus ojos. El triunfador es Cristo y el lugar del triunfo la Cruz, manifestándose como dominador sobre sus enemigos (Col. 2:10). Para los vencidos el desfile triunfal es *"olor de muerte para muerte"* (2 Co. 2:16). En el descenso Dios en Cristo compartió la misma naturaleza de los hombres rodeada de debilidad. Como los hombres Jesús participó también de *carne y sangre*, identificativos de vida y naturaleza humana. El Señor vino en *"semejanza de carne de pecado"* que manifiesta la debilidad propia del hombre (Ro. 8:3). El propósito de la encarnación es *"destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte"* (He. 2:14). Tal propósito lo consigue, primero haciéndose solidario con los hombres para poder morir por ellos; luego ofreciéndose en sacrificio expiatorio por el pecado de los hombres. El efecto de su muerte fue el de *destruir*, reducir a la impotencia, al que tenía el dominio de la muerte, dejando ineficaz el poder del diablo. Por la unión con Cristo, los salvos son librados del poder que los retenía y trasladados al reino del Hijo (Col. 1:13), participando todos ellos en la victoria del Señor (1 Co. 14:54-57; 1 Ts. 4:13-18). Sin embargo, esa victoria que comprende aspectos salvíficos y personales, tiene también una connotación con el *reino venidero*, que será establecido como consecuencia de la apertura de los sellos y la lectura del libro, ya que el escritor a los Hebreos enseña que Dios: *"no sujetó a los ángeles el mundo venidero"* (He. 2:5). El mundo actual está, por tanto, sujeto o sometido a ángeles. El proyecto de Satanás en relación con el establecimiento de su reino al margen de Dios, comprendía la posesión de un trono donde ejerciese su gobierno para ser semejante al Altísimo (Is. 14:13-14). Por la tentación Satanás derrotó al hombre, en cuyas manos Dios había puesto el cetro de autoridad para que gobernase en la tierra (Gn. 1:28), pasando el control de los reinos del mundo a manos del tentador (Lc. 4:6), viniendo a ser el usurpador del gobierno de Dios, ejerciendo el control en la presente época mala, como dios de este siglo (2 Co.

4:4). En el ejercicio maligno de su autoridad conseguida en la derrota del hombre, ejerce su dominio controlando los gobiernos del mundo por medio de sus ángeles, como fue el caso del reino de Persia y Grecia (Dn. 10:20). Satanás estableció sus huestes para oponerse a la voluntad y al reino de Dios, haciendo todo lo que sus facultades y poder le permiten, gobernando desde la esfera de las tinieblas (Ef. 6:12). Dios ha puesto sus ángeles en misiones concretas al servicio de su programa en el decurso de la historia, como el de la protección de su pueblo (Dn. 10:21; 12:1), o influenciando benéficamente en los gobernantes para disponerlos a la ejecución de los designios divinos (Dn. 10:13). El proyecto diabólico para el reino es colocar un hombre bajo su control que ocupe el trono de Dios en la tierra y se haga adorar como dios (2 Ts. 2:3-4). Sin embargo, el reino ha sido determinado para el Hijo de Dios, a quien el Padre lo ha entregado. El Vencedor supremo recibió tras la muerte en la Cruz y la resurrección el nombre de honor supremo para el ejercicio de autoridad hasta el límite de que toda la creación, tanto ángeles como hombres, doblarán sus rodillas delante de Él (Fil. 2:8-11). La victoria sobre Satanás se alcanzó luego de la encarnación y fue anunciada ya en los evangelios (Mt. 12:29; Lc. 10:18; Jn. 12:31; 16:11). Pero, también llevó en su victoria cautiva la cautividad, como el desarrollo progresivo en el tiempo de la obra de salvación de todos los hijos de Dios por fe en Él, que potencialmente está realizada en Cristo (Ef. 4:8). La victoria del Señor es también sobre la muerte, el segundo gran enemigo del creyente, en una conquista sobre el poder de ella, ya que *"quitó la muerte y sacó a la luz la vida y la inmortalidad por el evangelio"* (2 Ti. 1:10). Por la victoria alcanzada en la Cruz, tiene derecho a ser Juez y Señor, ya que *"habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de Sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas"* (He. 1:3). La resurrección y exaltación de Cristo es, conforme a la enseñanza del apóstol Pedro, una manifestación de su victoria y el cumplimiento potencial de la promesa a David: *"dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies"* (Hch. 2:34, 35). Los acontecimientos del reino en el futuro dependen absolutamente de la situación actual de quien ya es Rey de reyes y Señor de señores. El reino futuro en sus aspectos, tanto el milenial como el del estado eterno, no son más que una extensión y manifestación visibles del gobierno que tiene en sus manos en virtud de su poder y victoria obtenida en la Cruz.

Aquella voz del ángel resonó en los cielos, en la tierra y bajo ella, sin encontrar respuesta de alguien digno, capaz, para llevar a cabo el programa de Dios, pero se alcanza plenamente en Cristo, quien está revestido de suprema autoridad para ejecutar todo el programa divino establecido para el futuro de la historia humana, porque *"ha recibido el nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que*

Jesucristo es el Señor para gloria de Dios Padre” (Fil. 2:10-11). La victoria obtenida le da derecho a tomar el libro, abrir sus sellos y ejecutar lo establecido en él.

Es necesario recobrar la visión de Cristo glorioso para sentir el gozo y la seguridad en la vida cristiana. Hay esperanza porque a pesar de las situaciones extremas en que pareciera que la esperanza no es posible, Jesús nuestro Señor reina. Hay momentos en que el desaliento pudiera llenar el alma creyente y la colectividad de la iglesia, pero, aun en esas circunstancias, el Espíritu, por la Palabra, llama a mirar a Cristo. Sus promesas son fieles porque Él es fiel. Su gracia abundante para cada ocasión (Stg. 4:6). La certeza de un futuro glorioso es algo cierto, sin lugar a dudas. Nuestro Señor es el Soberano en cielos y tierra, y quien es absolutamente digno para desarrollar el programa establecido por Dios para el futuro de la tierra y de su Iglesia. La carrera cristiana solo es gozosa en la medida en que los ojos creyentes estén puestos en Jesús (He. 12:2).

El Cordero inmolado (5:6-7).

6. Y miré, y vi que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba en pie un cordero como inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra.

Καὶ εἶδον ἐν μέσῳ τοῦ θρόνου καὶ τῶν τεσσάρων ζῴων καὶ ἐν
Y vi en medio del trono y de los cuatro seres vivientes y en
μέσῳ τῶν πρεσβυτέρων ἀρνίον ἑστηκὸς ὡς ἐσφαγμένον ἔχων κέρατα
medio de los ancianos un Cordero en pie como inmolado que tiene cuernos
ἑπτὰ καὶ ὀφθαλμοὺς ἑπτὰ οἵ εἰσιν τὰ ἑπτὰ[1] πνεύματα τοῦ Θεοῦ
siete y ojos siete los que son los siete espíritus - de Dios.
ἀπεσταλμένοι εἰς πᾶσαν τὴν γῆν.
que han sido enviados a toda la tierra.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] τὰ ἑπτὰ, *los siete*, lectura menos probable, atestiguada en **p**^{24}, א, 1854, 2053, 2329, 2351, *Biz* [046], it^{gig}, vg^{cl}, syr$^{ph, h}$, cop$^{sa, bo}$, arm, Ireneo^{lat}, Clemente^{vid}, Hipólito, Cipriano, Materno, Ticonio, Gregorio de Elvira, Fulgencio, Primasio, Beato.

τὰ, *los*, lectura en A, P^{vid}, 205, 209, 1006, 1611, 1841, 2050, it^{ar}, vg$^{ww, st}$, Ireneo^{arm}, Andrés, Apringio.

Un nuevo aspecto de la visión se relaciona con lo que antecede mediante la conjunción copulativa καὶ, *y*; seguida de εἶδον, primera persona singular del aoristo segundo de

indicativo en voz activa del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* aquí como *vi*; ἐν, preposición de dativo, *en*; μέσῳ, caso dativo neutro singular del adjetivo que expresa *medio, en medio*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado, *del*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *trono*; καὶ, conjunción *y*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado, *de los*; ζῴων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *seres vivientes*; καὶ, conjunción *y*; ἐν, preposición de dativo, *en*; μέσῳ, caso dativo neutro singular del adjetivo que expresa *medio, en medio*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo definido *de los*; πρεσβυτέρων, caso genitivo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de *anciano*; ἀρνίον, caso nominativo neutro singular del sustantivo que expresa *cordero*, y que originalmente tiene connotación de diminutivo, aunque perdió luego esa característica. El sustantivo más común para referirse a un cordero es ἀμνός. La diferencia principal entre ambas palabras radica en la condición diminutiva original de la primera. El sustantivo ἀρνίον, aparece sólo en el Apocalipsis, unas 29 veces y enfatiza el carácter sacrificial del Cordero, pero sin dejar de estar revestido de poder, majestad y honor que le ha conferido su condición y obra. El sustantivo ἀμνός, expresa fundamentalmente la idea sacrificial de quien es el Cordero que quita el pecado del mundo. Sigue luego ἑστηκὸς, caso nominativo neutro singular del participio perfecto en voz activa del verbo ἵστεμι, *establecer, estar en pie, poner en pie*, aquí como *en pie,* o *puesto en pie*; ὡς, adverbio de modo equivalente a *como*; ἐσφαγμένον, caso nominativo neutro singular del participio perfecto en voz pasiva del verbo σφάζω, con amplio significado como *herir, matar, degollar, inmolar,* usado para referirse especialmente a víctimas para el sacrificio, aquí como *inmolado*; ἔχων, caso nominativo masculino singular del participio presente en voz activa del verbo ἔχω, *tener, poseer, recibir,* aquí como *que tiene*; κέρατα, caso acusativo neutro del sustantivo, *cuernos*; ἑπτὰ, adjetivo numeral cardinal, *siete*; seguido de la conjunción καὶ, *y*; ὀφθαλμοὺς, caso acusativo masculino plural del sustantivo *ojos*; ἑπτα, adjetivo numeral cardinal, *siete*; οἵ, caso nominativo masculino plural del pronombre relativo *el que*; εἰσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *son*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado, *los*; ἑπτὰ, adjetivo numeral cardinal, *siete*; en algunos mss. no consta; πνεύματα, caso nominativo neutro plural del sustantivo *espíritus*; seguido de τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *los*, que no se usa en español al traducir la cláusula; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *de Dios*; ἀπεσταλμένοι, caso nominativo masculino plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo ἀποστέλλω, *enviar*, aquí como *enviados*; εἰς, preposición que rige acusativo, *a*; πᾶσαν, caso acusativo femenino singular del adjetivo que expresa radicalmente *toda*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *tierra.*

Καὶ εἶδον ἐν μέσῳ τοῦ θρόνου καὶ τῶν τεσσάρων ζῴων καὶ ἐν μέσῳ τῶν πρεσβυτέρων ἀρνίον ἑστηκὸς ὡς ἐσφαγμένον. Ante la indicación del anciano y su llamado de atención Juan dirigió nuevamente sus ojos al trono. Tal vez esperaba ver al *León de la tribu de Judá*, y lo que realmente descubrió fue el Cordero Salvador. La humildad, mansedumbre y pureza que representa la figura de un cordero, es la más apropiada para la

persona del Señor que aparece ante los ojos del apóstol. No hay descripción para el trono porque ya se hizo antes, ocupando la centralidad del capítulo anterior. El Cordero que estaba en medio del trono estaba rodeado de los cuatro ángeles especiales, de los que se ha considerando antes, llamados como en las otras ocasiones *seres vivientes.* Cuando Juan fijó su atención en el Cordero descubrió que llevaba sobre sí las huellas del sacrificio, ya que era un ἀρνίον, Cordero ὡς ἐσφαγμένον,*"como inmolado"*. Normalmente sólo se puede hablar de un cordero que lleva las huellas del sacrificio como de un cordero muerto, pero el apóstol observa que está *vivo*, aunque hay evidencias visibles de *haber estado muerto*. Era, sin duda, el mismo que vio en la primera visión celestial (1:18), manifestado en otro aspecto. En la primera ocasión la gloria de su impronta divina se hacía manifiesta rodeándolo de tal modo que el mismo Señor tuvo que presentarse como el que había estado muerto y que vivía para siempre por la resurrección.

Un notable contraste se ofrece en esta visión, que junto con lo que antecede y sigue, preparan el terreno para introducir las manifestaciones de juicio que anuncian en los siguientes capítulos, ya que quien va a ejercer la acción judicial, al abrir los sellos, leer y ejecutar lo establecido en él, se presenta como un Cordero inmolado, figura y expresión suprema de gracia y redención. El Redentor que murió para perdón de pecados a todo el que cree, será el Juez universal que ejecutará juicio sobre todos lo incrédulos. El primero en calificar a Jesús como Cordero de Dios fue Juan el Bautista (Jn. 1:29). Algunos consideran sorpresiva tal declaración a causa de un concepto extraño en relación con el ministerio del Bautista que, aparentemente llamaba a una forma de méritos en el cumplimiento de la ley. En modo alguno esto es posible, puesto que la misma Ley ponía de manifiesto que la justificación no podía alcanzarse por sus obras, aun en el mayor de los esfuerzos del hombre que nunca alcanzaría lo suficiente para que Dios lo declarase justificado por su propia justicia. Juan llamaba al arrepentimiento en la confesión del pecado y aceptación de la condición personal, en un retorno incondicional a Dios que ya había justificado a Abraham no por sus obras sino por su fe (Gá. 3:6; Stg. 2:3). Cuando Juan presentó a Jesús como el Cordero de Dios, añadió que era el que *"quitaba el pecado del mundo"*. El profeta había llamado al pueblo al arrepentimiento a fin de recibir la remisión de sus pecados. Luego les mostró como sería posible aquello y por quién había de esperarse el perdón. Mediante su muerte en la cruz, el Cordero de Dios *quita* el pecado de sobre todo aquel que lo recibe por fe, sometiéndose por esa misma fe a la gracia y perdón de Dios. Esa acción es continuada como indica el verbo en participio de presente, esto es, quita continuamente el pecado, separando al pecador de la responsabilidad penal del pecado. Es necesario entender también que *el pecado* con artículo expresa más que nuestras rebeliones, el fracaso o fallo del hombre respeto a su destino eterno. Esa misma singularización relativa al pecado está

en el pensamiento del apóstol Pablo cuando habla sobre la sustitución personal expiatoria de Jesucristo (2 Co. 5:21). De la misma manera el *mundo*, tiene un sentido universal como ocurre en otros lugares (Jn. 3:16; 2 Co. 5:14-21; 1 Ti. 2:4-6; 1 Jn. 2:2). Cristo murió por todos los hombres, para hacer *potencialmente* salvables a todos, aunque sólo hay eficacia salvífica para quienes creen. No hay, conforme a la verdad bíblica, un universalismo salvífico del que se separan quienes consciente y en rebeldía deciden separarse de la salvación. La salvación es de alcance universal en cuanto a posibilidad de salvación para quienes creen, pero no hay salvación universal para todos los hombres por el hecho de la expiación en la Cruz. La condición establecida por Dios para la salvación es la de *creer*, en sentido de ejercer como acción personal la fe con que Dios mismo dota al hombre para salvación (Ef. 2:8-9). El Cordero de Dios que *quita* el pecado, lo aleja definitivamente del pecador creyente, de modo que la responsabilidad penal nunca volverá a afectarlo. Pero, ese Cordero de Dios que *quita,* también *lleva* el pecado al cargarlo sobre sí mismo en la Cruz (Is. 53:5-7). De la misma manera que el macho cabrío vivo del día de la expiación llevaba al desierto –simbólicamente hablando- *"todas las iniquidades de los hijos de Israel, todas sus rebeliones y todos sus pecados"* (Lv. 16:21), así también Dios cancela el pecado separando al pecador de la responsabilidad penal como consecuencia del mismo, al hacer al Cordero de Dios *"pecado por nosotros"*, es decir, sacrificio expiatorio por nuestros pecados (2 Co. 5:21). En la gracia salvífica de Dios, el Cordero, que Juan contempla en medio del trono, sufrió las angustias y dolores consecuencia del pecado, y fue llevado al matadero, en silencio sufriente y entrega de gracia (Is. 53:7). Esa es la razón por la que el apóstol Pablo exhorta a los cristianos a una vida de santidad, en contraste con el mundo incrédulo, en una limpieza simbolizada en el retirar toda la levadura de maldad, porque el Cordero de Dios, ha sido definitivamente sacrificado (1 Co. 5:7). Esa vida del Cordero de Dios, de infinito valor por cuanto es Dios manifestado en carne, fue el precio pagado para la redención del pecador (1 P. 1:18-20). El creyente fue rescatado en un alcance de liberación total, mediante el pago de un precio como rescate. La liberación de quien cree es total, sacándolo de la condición de esclavitud a causa del pecado (Ro. 6:16-17), en una operación de poder salvador realizada definitivamente, como el apóstol dice:*"fuisteis rescatados"*. El rescate liberó de una forma *vana* de vida, es decir, un sistema de vida *vacío o inútil*, consecuencia de la corrupción heredada, transmitida desde *nuestros padres*. Las consecuencias del pecado, que incluye esencialmente la rebeldía contra Dios, la desobediencia a sus planes y la negación a adorarle como sólo a Él corresponde, son transmitidas de padres a hijos (Sal. 51:5). El precio del rescate fue la sangre del Cordero de Dios que hace expiación por el pecado (Hch. 20:28; Ro. 3:24; 5:9; Col. 1:20; Ef. 1:7; 2:13; He. 13:12; 1 Jn. 1:7; Ap. 1:5). La obra de redención había sido establecida de antemano, habiendo sido *destinado* el Cordero desde *"antes de la fundación del mundo"*. El plan de redención tuvo lugar antes de la creación (Ro. 16:25; 1

Co. 2:7; Ef. 1:4; 3:9-11; Col. 1:26; 2 Ti. 1:9), y su ejecución en el cumplimiento del tiempo determinado por Dios (Gá. 4:4), en cuyo momento Cristo dio su vida voluntariamente por los pecados (Jn. 10:11, 15, 17, 18), en un sacrificio en rescate por muchos (Mt. 20:28; Mr. 10:45). La razón de ese sacrificio fue una expresión de amor infinito e incompresible para el hombre; de parte del Padre (Jn. 3:16); de parte del Hijo (Ro. 5:8; Gá. 2:20b); hecho realidad por el Espíritu en la regeneración del pecador creyente. De este modo se entiende que la visión de Juan sea la de un Cordero como inmolado. Dios hizo todo cuanto estaba en su compromiso de salvación. El Señor Jesucristo dio su vida para dar salvación y libertad a todos los que crean, por tanto, quienes siguen en incredulidad y se oponen voluntaria y conscientemente al plan de Dios, recibirán los juicios que Dios envía al mundo para *"probar a los que moran sobre la tierra"* (3:10). Quien no acepta al Salvador, inexcusablemente se encuentra con el Juez.

Además un contraste se producirá en el mismo libro; aquí el Cordero, más adelante la bestia (13:1). Mientras que el Cordero expresa la gracia de Dios en salvación y la entrega por amor, la bestia pone de manifiesto la fuerza diabólica con que Satanás se opone al propósito de Dios. El Cordero expresa la potencia salvadora de Dios, que en su muerte derrotó a Satanás y en su resurrección y glorificación detecta el poder absoluto de quien es Señor en cielos y tierra. Una vez más debe destacarse que el Cordero que Juan vio era ὡς ἐσφαγμένον, *"como inmolado"*, en un nuevo y aparente contraste, ya que quien se manifiesta como el *degollado*, está en pie, lleno de vida, llevando en su cuerpo las señales de la Cruz. Así se manifestó a los discípulos después de la resurrección (Jn. 20:27). Las marcas apuntan también hacia una función de intercesión permanente (He. 9:14; 7:25). La figura del Cordero como inmolado expresa también el cumplimiento del tipo del cordero pascual del Antiguo Testamento (Ex. 12:51; Is. 53:7). Todo esto se cumplió en Jesús de Nazaret, el Cordero de Dios.

El Cordero estaba ἑστηκὸς, *en pie,* ἐν μέσῳ τοῦ θρόνου, *en medio del trono*. Es difícil determinar el verdadero sentido de esta expresión. Pudiera tratarse de alguien que pie *delante* del mismo trono. Lo más probable es que tuviera el trono como fondo y estuviera entre los ancianos, o tal vez mejor, entre estos y el trono, es decir, en pie delante del trono y en la mayor proximidad al mismo de todos los que estaban en la visión que Juan tuvo. En esa forma la revelación se entiende mejor, puesto que el Cordero iba a aproximarse para tomar el libro de la mano de quien estaba sentado en el trono.

En medio de las *aparentes* contradicciones, una más se aprecia en la visión ya que quien es *Cordero*, es también *León*. En la cruz fue el león que venció al diablo y lo despojó, llevando cautiva la cautividad (Ef. 4:8, 9), con todo, también es el Cordero manso y humilde que fue a la muerte en silencio,

dando su vida voluntariamente por amor (Is. 53:7; Jn. 1:29; Hch. 8:32; 1 P. 1:19). Este Cordero estaba en pie. La posición *en pie* indica la disposición para actuar. No está sentado como expresión de una obra cumplida, sino en pie, para realizar la misión que le corresponde conforme a lo establecido en el libro. Sin duda estos dos capítulos introducen el aspecto judicial del Apocalipsis en el desarrollo siguiente. En cuanto a obra redentora concluida definitivamente el Señor está sentado a la diestra de la majestad en las alturas (He. 1:3). No hay ya nada que añadir a lo que está perfecta y perpetuamente hecho. En cuanto a su obra judicial el Señor está en pie, en disposición de actuar.

El Cordero que vio Juan ἔχων κέρατα ἑπτὰ *tenía siete cuernos*. Siete es el número perfecto y el cuerno en la Escritura es símbolo de poder y autoridad (Nm. 23:22; Dt. 33:17; 1 S. 2:1, 10; 2 S. 22:3; Sal. 75:5, 10; 89:17, 24; 92:10; 112:9). Estos siete cuernos representan la omnipotencia del Cordero-Jesús. Cuando el Señor resucitó y se manifestó a los discípulos les dijo: *"toda autoridad me es dada en el cielo y en la tierra"* (Mt. 28:18). La primera manifestación del Señor estaba relacionada con la autoridad que tenía. Él era realmente Rey y tenía que manifestar su autoridad como soberano. De esto es de lo que habló Jesús a los once. No les habló en la distancia, sino que se acercó a ellos para darles el mensaje que nunca antes les había dado sobre la autoridad suprema, universal y cósmica que le era propia, porque la había recibido del Padre en la resurrección de entre los muertos. Jesús afirma ante los once su dominio universal. El es realmente el Rey de reyes y el Señor de señores. No podía vincularse y limitarse el reino, sobre el que tenía autoridad, a Israel, sino a todo el universo comprendiendo en ello la plenitud absoluta de toda la creación, tanto de los ángeles en los cielos, como de los hombres en la tierra y, en general, el señorío absoluto sobre todo sin limitación alguna. Nada ni nadie escapaba al ejercicio de su soberanía. El apóstol Pablo escribió sobre esta manifestación de absoluta autoridad relacionada con el Resucitado enseñando que como consecuencia de la muerte del Salvador, *"Dios también le exaltó hasta lo sumo"* (Fil. 2:6). La Cruz era el punto de partida para la exaltación suprema; como se lee literalmente *"le superexaltó"*. Es la respuesta al deseo de quien se había humillado hasta lo sumo: *"Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. Ahora, pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese"* (Jn. 17:4-5). Es también el cumplimiento de la enseñanza de Jesús: *"Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido"* (Mt. 23:12). La exaltación después de la humillación es concordante con la enseñanza bíblica en general (Lc. 1:52; 14:11; 18:14; Stg. 4:10; 1 P. 5:6). A causa del padecimiento de muerte el Señor recibió la exaltación hasta lo sumo (He. 2:9; con 1:3; 12:2). La exaltación de Jesucristo supera cualquier otra ya que no sólo fue promovido a la gloria como lo serán los creyentes, sino que el Mediador traspasó los cielos (He. 4:14). Este Salvador resucitado fue hecho más sublime

que los cielos (He. 7:26). Todavía más, su exaltación se ha puesto sobre los cielos, subiendo por encima de ellos (Ef. 4:10). La exaltación suprema de Jesús le ha hecho sentar a la diestra del trono de Dios, lugar de suprema autoridad y de suprema dignidad (Mr. 16:19; Hch. 2:33; 5:31; Ro. 8:34; He. 1:3; 12:2). Aquel que se había manifestado como un hombre entre los hombres, es entronizado como Rey de reyes y Señor de señores, sobre toda autoridad, ahora y por siempre (Ef. 1:20-22). La exaltación pasa por tres etapas: primero por la resurrección de entre los muertos (Jn. 10:18; Ro. 8:11; 10:9); en segundo lugar por la ascensión a los cielos (Lc. 24:26); y finalmente por la sesión a la diestra de Dios (Mr. 16:19). El sujeto de la exaltación es el Verbo de Dios en su naturaleza humana. A ese hombre perfecto, el Padre *"le dio el nombre que es sobre todo nombre"*. No se trata de *un* nombre, sino del *único* nombre. El nombre le fue dado, concedido, como el hombre vinculado a la obra de gracia. La raíz de gracia está en el verbo *"dio"* que Pablo utiliza en el texto. El apóstol aclara de qué nombre se trata, pero antes afirma que es el *"nombre sobre todo nombre"*, que se relaciona necesariamente con la deidad de Jesucristo. Éste es, por tanto, el nombre humano del Verbo de Dios encarnado, dado por Dios mismo. Cuando María, su madre, y José su padre adoptivo, pusieron nombre al recién nacido le dieron aquel que el ángel les había indicado: *"llamarás su nombre Jesús"*(Lc. 1:31). Jesús significa *"Yahweh salva"*, es, por tanto, un nombre divino, ya que la salvación corresponde absoluta, exclusiva y excluyentemente a Dios (Sal. 3:8; Jon. 2:9). Por esa razón de Jesús se dice que *"el salvará a su pueblo de sus pecados"* (Mt. 1:21). Sin embargo, el nombre *Jesús*, fue considerado como el nombre de alguien sin atractivo, esto es, el nombre de un hombre sin importancia y sin estima (Is. 53:2). Jesús no tuvo atractivo como Rey y mucho menos como Salvador entre los hombres y, especialmente, entre los de su pueblo. Ellos esperaban un Rey-Mesías conquistador, victorioso que establecería el reino que ellos aguardaban conforme a su entendimiento teológico y a la interpretación que hacían de los pasajes proféticos y ese Jesús, que se llamaba a Él mismo *Hijo de Dios*, había muerto en una cruz. Si de poca estima era en cuanto a reino, menos lo era en cuanto a Salvador. Los judíos estaban enseñados a alcanzar la justificación por descendencia natural de Abraham y por cumplimiento de las demandas legales, especialmente las ceremoniales. De forma especial los principales entre los judíos, los sacerdotes, escribas y fariseos, no sentían ninguna necesidad de la sustitución personal, ni de la justicia imputada para salvación. Cuando Jesús declaró su deidad fue amenazado de muerte por los hombres (Jn. 10:33). Fue el nombre de desprecio establecido como causa escrita sobre su cruz, que provocaba las burlas de los que presenciaban su martirio (Mt. 27:37, 39). Sin embargo, pese a los desprecios de las gentes y a la ignorancia voluntaria de quienes le negaban como Mesías, es Dios bendito manifestado en carne (Jn. 1:1; Ro. 9:5). Dios levantó de entre los muertos a la humanidad del Verbo eterno y a ese hombre Jesús, resucitado y revestido de inmortalidad se le

nombra cósmicamente como la autoridad suprema en igualdad divina, hasta el punto que bajo su nombre *"se doble toda rodilla"*. Pablo enseña que hay un reconocimiento universal de su deidad y, por tanto, de su señorío. Quienes se inclinaron en burla ante Jesús de Nazaret crucificado, habrán de hacerlo ante el mismo Jesús glorificado, reconociéndole como Dios. Es algo que ya estaba profetizado en el Antiguo Testamento y una impresionante evidencia de la Deidad de Jesús: *"Mirad a mí, y sed salvos, todos lo términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay mas. Por mí mismo hice juramento, de mi boca salió palabra en justicia, y no será revocada: Que a mí se doblará toda rodilla, y jurará toda lengua. Y se dirá de mí: Ciertamente en Jehová está la justicia y la fuerza; a Él vendrán, y todos los que contra Él se enardecen serán avergonzados"* (Is. 45:22-24). Jesús no es un hombre divinizado o un dios rebajado, sino el infinito y eterno Dios manifestado en carne (Jn. 1:14). La autoridad de su Persona quedó evidenciada en los milagros hechos por Él en su ministerio, y por medio de Él, es decir, bajo su autoridad después de su ascensión (Hch. 3:6; 9:34; 16:18). Nada, ni hombres ni demonios, ni la muerte ni las circunstancias, pudieron impedir que después de su resurrección y glorificación los testigos suyos, y de forma muy destacada los apóstoles, hiciesen las mismas señales de poder que Él hizo durante su vida. Este nombre de suprema autoridad que corresponde a una Persona Divino-humana, sujeta a toda la creación bajo su soberanía y voluntad, *"los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra"*. Los tres grupos de seres mencionados en tres esferas distintas. Por un lado *"los que están en los cielos"* es una alusión a los órdenes de los ángeles, los querubines, serafines, ángeles y arcángeles, que sirven a Dios en vidas de absoluta santidad. En la misma esfera celestial los millones de salvos por gracia mediante la fe que están en la presencia de Dios (Ef. 1.21; 3:10; 1 P. 3:22; Ap. 4:8-11; 5:8-12). Luego quienes están sobre la tierra, en clara alusión a los hombres que vivan en el planeta, tanto en esta parte de la historia humana como en la nueva creación de Dios (1 Co. 15:40). La autoridad suprema alcanza también a los que estén *"debajo"* de la tierra, en alusión a los muertos sin salvación y también a los ángeles caídos eternamente condenados por su pecado (Mt. 16:18; Jud. 6). Quienes no hayan querido doblar voluntariamente sus rodillas en adoración, reconociendo la realidad de quien es Jesús, tendrán que hacerlo en el futuro en reconocimiento universal de su Deidad. El señorío absoluto de Jesús será confesando en el futuro (Fil. 2:11). La universalidad de la confesión es cierta: *"Y toda lengua confiese"*, dice el apóstol Pablo. Se trata de las lenguas que corresponden a *"todas las rodillas"* del texto anterior. No sólo es un acto de sumisión, sino de reconocimiento. Esas lenguas *confesarán*, y confesar implica un reconocimiento desde la convicción. El reconocimiento y confesión de Jesús como Salvador, produce ahora la salvación de quienes creen en su corazón y confiesan con su boca (Ro. 10:9-10). No se trata, por tanto, de una *segunda oportunidad* para los rebeldes en un tiempo futuro, ni mucho menos un *universalismo salvífico*, será una confesión

plenaria sobre Jesucristo que no alterará la situación de quienes confiesen entonces. La confesión es una proclamación reconocida *"que Jesucristo es el Señor"*. Todo el universo confesará proclamando que Jesús de Nazaret es el Señor. Equivale al reconocimiento universal de Jesús como Dios. *Señor* es la traducción griega del nombre inefable de Dios. Así lo declara Pedro en su mensaje de Pentecostés (Hch. 2:8). Hay sin embargo un grupo de seres que confiesan ya esta verdad, y reconocen y exaltan a Jesús de este modo, por un lado los ángeles y salvos en los cielos (Ap. 5:11-14); y por otro los creyentes en la tierra, que por el Espíritu confiesan a Jesús como Señor (1 Co. 12:3). Jesús será proclamado Señor supremo, culminando así el reconocimiento del nombre recibido, en pleno sentido soteriológico y escatológico (Ap. 5:13; 17:14; 19:16). La meta suprema de la exaltación es la gloria de Dios: *"Para gloria de Dios Padre"*. La gloria de Dios es el término supremo de todo (1 Co. 15:28). En la proclamación universal del señorío de Cristo el Padre que le exaltó a lo sumo será glorificado (Jn. 13:31, 32; 14:13; 17:1). Las perfecciones de Dios corresponden a Jesús como Dios que es, en la unidad del Padre y del Espíritu. Por tanto, aquel Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, inmolado y sepultado, el que gustó la muerte por todos, es también el que resucitó y está entronizado a la diestra de Dios. Desde su posición omnipotente se manifiesta en pie, dispuesto a intervenir en la historia humana, conforme al propósito determinado para el futuro. El es digno porque puede actuar y está dispuesto a hacerlo.

Unido a los siete cuernos, señal de autoridad y poder, Juan vio también ὀφθαλμοὺς ἑπτὰ, *siete ojos*. Como en el caso anterior el siete es el numero de perfección, lo que unido al simbolismo de los ojos expresa omnisciencia, sabiduría y plenitud de inteligencia. El glorioso Señor conoce todo cuanto ocurre en cada instante en todo el universo y en cada uno de los seres creados por Él. La identidad de la visión de Juan con la profecía del Antiguo Testamento es notoria: *"Porque he aquí aquella piedra que puse delante de Josué; sobre esta única piedra hay siete ojos; he aquí yo grabaré su escultura, dice Jehová de los ejércitos, y quitaré el pecado de la tierra en un día"* (Ez. 3:9). Aun una identificación mayor: *"Porque los que menospreciaron el día de las pequeñeces se alegrarán, y verá la plomada en la mano de Zorobabel. Estos siete son los ojos de Jehová, que recorren la tierra"* (Ez. 3:10). Esta es una evidencia más que permite intuir que Juan estaba reflexionando en Patmos sobre las profecías que anuncian el Día de Jehová, o Día de Dios, en el juicio que Él enviará sobre la tierra. Las dificultades proféticas del Antiguo Testamento son aclaradas a Juan y por medio de él a nosotros, en los detalles de las visiones del Apocalipsis. Anteriormente, en la primera visión que Juan tuvo del Señor resucitado, pudo contemplar sus ojos como llama de fuego (1:14). También el apóstol enseñó que los siete espíritus brillan delante del trono de Dios (4:5). En esta ocasión los siete espíritus son enviados con una misión,

recorrer la tierra: οἵ εἰσιν τὰ ἑπτὰ πνεύματα τοῦ Θεου ἀπεσταλμένοι εἰς πᾶσαν τὴν γῆν, *los que son los siete espíritus de Dios que han sido enviados a toda la tierra*. Sin duda se trata aquí de una referencia al Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo y ha sido enviado a la tierra con una misión relacionada en este tiempo, con la fundación y formación de la Iglesia. En razón de la procedencia, el Espíritu es tanto del Padre como del Hijo (Ro. 8:9). El Espíritu tuvo distintos ministerios a lo largo del tiempo. Aquí no se especifica en que consistirá. El poder de Dios expresado por el Espíritu que actuó en la creación, será enviado por toda la tierra para la ejecución del programa establecido por Dios, entre cuyas acciones tendrá lugar la ejecución omnipotente de la ira divina sobre los hombres a causa de su pecado. El ministerio del Espíritu tendrá que ver también en los últimos tiempos con la salvación de miles que serán alcanzados por el evangelio, como manifestación continuada de la gracia de Dios para salvación. Además, el Espíritu, como *Paracleto*, tendrá a su cargo la provisión de aliento para los atribulados creyentes que serán salvos durante el tiempo de la tribulación.

7. Y vino, y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono.

καὶ ἦλθεν καὶ εἴληφεν ἐκ τῆς δεξιᾶς τοῦ καθημένου ἐπὶ τοῦ θρόνου
y vino y tomó de la diestra del sentado sobre el trono.

Notas y análisis del texto griego.

Dando ilación al relato Juan introduce nuevamente la conjunción καὶ, *y*; seguida de ἦλθεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἔρχομαι, *venir*, aquí como *vino*; καὶ, conjunción, *y*; εἴληφεν, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo λαμβάνω, *alcanzar, tomar, obtener, recibir, recoger, tomar*, aquí como *tomó*; debe tenerse en cuenta el significado *receptivo* de *aceptar*, *serle entregado algo a alguien*, que probablemente sea la idea que Juan desea expresar aquí, más que *tomar algo por fuerza,* lo toma *recibiéndolo*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado*, la*; δεξιᾶς, caso genitivo femenino singular del adjetivo *derecha*, referido y equivalente a la *mano derecha*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; καθημένου, caso genitivo masculino singular del participio presente en voz activa del verbo κάθημαι, *sentarse,* aquí como *sentado*; ἐπι, preposición de genitivo, *sobre*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado, *el*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo, *trono*.

Καὶ ἦλθεν καὶ εἴληφεν ἐκ τῆς δεξιᾶς τοῦ καθημένου ἐπὶ τοῦ θρόνου. Juan describe la actuación del Cordero. La mirada del apóstol se fijó en el Señor viendo como se acercaba al que estaba sentado en el trono. La acción descrita por Juan es concreta y precisa, como se lee literalmente en el

texto griego mediante la conjunción de dos verbos que expresan acción: ἦλθεν καὶ εἴληφεν, *vino* y *tomó*. Este último verbo[11] se usa mayoritariamente en el Nuevo Testamento, especialmente en los escritos tardíos como es el Apocalipsis, en sentido de *recibir*, expresando la idea de tomar algo que le es entregado por otro. En este caso, el Cordero se acercó al que estaba sentado en el trono y recibió de Él, que le entregó por ser el único digno, el libro escrito por dentro y por fuera atado con siete sellos. De esta forma tan simple se pone de relieve el tremendo dramatismo de la escena en la que se produce el traspaso del libro de la mano del Padre a la de su Hijo, Jesucristo. La pregunta del ángel fuerte quedó definitivamente respondida: *"¿Quién es digno?"*. Solo Jesús, el Señor, es el único digno. El Cordero que fue inmolado y resucitó es el único digno de tomar el libro y actuar conforme a lo dispuesto en él. No lo *tomó* como el *León* que arrebata por la fuerza, sino que lo *recibió* como el Cordero que tiene todo el derecho porque es digno. La visión que Juan tuvo y que describe al principio del libro alcanza aquí el cenit pleno de que aquello que escribió ya: *"La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto"* (Ap. 1:1). El Padre es quien da la revelación de las últimas cosas al Hijo, quien a su vez las transmite a los creyentes por medio de Juan. Debe entenderse bien que el sentido de *dar* la revelación de las cosas futuras al Hijo, no supone, en modo alguno, que el Hijo desconozca algo del contenido absoluto en la mente de Dios. El Verbo eterno conoce en plenitud absoluta todo el pensamiento de Dios y los arcanos divinos le son plenamente conocidos. Sin embargo, de aquello que está sólo en el conocimiento de Dios, va a comunicarlo al conocimiento de los hombres, por tanto, tiene que pasar por medio del Hijo, como agente comunicador, puesto que es el único *Mediador* entre Dios y los hombres (1 Ti. 2:5); es decir, el conocimiento divino se hace extensible al hombre por medio de Jesucristo, quien como Hijo recibe del Padre el contenido y extensión de lo que del pensamiento de Dios se debe revelar al hombre. Esta revelación no es ya un contenido profético que se presenta aquí, sino la realidad de un presente que se cumplirá en el futuro en el que las cosas anunciadas serán ejecutadas en su plenitud. El que recibe el libro de la mano fe Dios, es el que lo va a abrir y leer, en el sentido de poner por obra aquello que ha sido determinado. El decreto de los juicios que estaban en la mano del Padre, pasan a la del Cordero-Hijo, que los toma en el sentido de quedarse con ellos y llevarlos a cabo. Lo que Jesús dijo en su ministerio tiene ya cumplimiento pleno, *"porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio lo dio al Hijo"* (Jn. 5:22). Su muerte y resurrección lo exhibe y proclama cósmicamente como quien tiene derecho para reinar y reina.

Los creyentes necesitamos ver a Cristo en esta dimensión gloriosa. Muchas veces la imagen del Señor no pasa de ser la del Siervo sufriente, el

---

[11] Griego: λαμβάνω.

Varón de dolores experimentado en quebranto, como si aún sobre Él estuviese la corona de espinas y los clavos lo tuviesen aún retenido sobre la Cruz. O tal vez, como si la tumba contuviese aún su cuerpo. No es esta la realidad del Resucitado, el glorioso Señor. El recuerdo de su obra y el sacrificio llevado a cabo en la Cruz, deben estar siempre presentes en la mente cristiana para gratitud y compromiso de vida, como expresión de reconocimiento ante las misericordias de Dios (Ro. 12:1). Pero, no puede sustituirse por la visión de quien conserva las señales de la Cruz como Cordero inmolado, que vive glorioso y reina con poder absoluto. Esa es una de las mayores necesidades de discernimiento que los cristianos deben tener, sobre todo, cuando parten el Pan. Esa ordenanza no está para recordar la muerte, sino para *proclamar* la muerte del Señor (1 Co. 11:26). Indudablemente la proclamación conlleva el recuerdo de esa muerte voluntaria y sustitutoria por el pecado del mundo. No cabe duda que el creyente sincero y afectivo, siente la profunda emoción hasta el punto de que las lágrimas brotan de sus ojos, y el corazón no encuentra palabras para expresar la gratitud que siente cuando alcanza a comprender que *"el Señor me amó y se entregó a sí mismo por mí"* (Gá. 2:20). Pero, en ningún caso queda con la angustia de un muerto, sino que pasa a un exultante gozo porque quien había estado muerto, ahora vive y vive para siempre. Por tanto el encuentro en recordatorio es un momento de alabanza y gozo porque el Señor vive. No hay peor testimonio para la proclamación de la muerte del Señor, que un culto lúgubre, con cánticos mortuorios y recogimiento angustioso de quienes lloran la muerte de alguien. No hay testimonio más bíblico sobre la muerte del Señor que proclamarla con el gozo de saber que por su resurrección hay vida eterna, perdón de pecados y justificación para todo aquel que crea (Ro. 4:25). El cristiano va a cumplir la ordenanza del partimiento del pan, no con la tristeza propia de un tanatorio, sino con el gozo glorioso de una tumba vacía, porque el Señor ha resucitado y así lo proclama al mundo. El Señor que en su resurrección conserva en su cuerpo glorioso las señales de su muerte que lo acreditan como el Cordero inmolado, vive glorioso y reina en poder absoluto. Este es el Señor que tomó por derecho la administración de los juicios sobre el mundo impío y rebelde y los ejecutará en su tiempo. Su mano es la mano omnipotente de Dios. Jesús, el Señor, es quien ha recibido todo el poder en cielos y tierra (Fil. 2:9-11). Este poderoso Dios, entronizado a la diestra del Padre, tiene un compromiso personal con quienes son suyos; compromiso de compañía y ayuda continuada conforme a su promesa: *"Yo estoy con vosotros todos los días"* (Mt. 28:20). El que venció y reina está comprometido con los suyos comunicándoles poder para la vida victoriosa. Nada hay que Dios haya retenido para sus hijos porque primero les ha dado a su propio Hijo y con Él todas las cosas (Ro. 8:32). En este proceso de seguridad, el cristiano más sencillo, el que está rodeado de conflictos y miserias, el que suspira bajo cualquier pesada carga, bajo la presión de la prueba, o bajo el sufrimiento por el testimonio de su fe, puede levantar sus ojos al trono y decir: *"Si Dios es por*

nosotros, ¿quién contra nosotros?" (Ro. 8:31). El camino de la vida cristiana resulta muchas veces sumamente dificultoso, pero en esos lugares donde las nieblas apenas permiten distinguir el paso para transitar, allí está también el Señor. En la soledad más grande, el amor de Dios rodea al cristiano, sin que nada ni nadie pueda estorbar su fluir e impedir su experiencia. Es así que cada uno puede en firmeza de fe decir también: *"¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?"* (Ro. 8:35). El ministro cristiano, el pastor, el maestro en la iglesia debe orientar a los creyentes hacia la contemplación y consideración del glorioso Señor resucitado y entronizado. Nada más alentador para el que necesita aliento, nada más esperanzador para quien pueda estar debilitado en su esperanza, nada más ilusionante para considerar el futuro admirable del pueblo de Dios, que la admirable dimensión del glorioso Señor, que garantiza ese futuro para Su pueblo. Esta es una de las mayores necesidades y retos para el ministro cristiano. El creyente amargado es aquel que ha perdido de vista la gloriosa dimensión del Señor.

El cántico (5:8-14).

8. Y cuando hubo tomado el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero; todos tenían arpas, y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos;

Καὶ ὅτε ἔλαβεν τὸ βιβλίον, τὰ τέσσαρα ζῷα καὶ οἱ
Y cuando tomó el libro los cuatro seres vivientes y los
εἴκοσι τέσσαρες πρεσβύτεροι ἔπεσαν ἐνώπιον τοῦ ἀρνίου ἔχοντες
veinticuatro ancianos cayeron delante del Cordero que tienen
ἕκαστος κιθάραν καὶ φιάλας χρυσᾶς γεμούσας θυμιαμάτων, αἵ εἰσιν
cada uno cítaras y copas de oro llenas de incienso las que son
αἱ προσευχαὶ τῶν ἁγίων
las oraciones de los santos.

Notas y análisis del texto griego.

El versículo comienza con una cláusula temporal indefinida vinculante como exige al ser introducida mediante la conjunción καὶ, *y*, que enlaza con lo que antecede y abre una nueva dimensión de la visión que se describe; seguida de ὅτε, conjunción temporal, que equivale a *cuando, al tiempo que, después que*; como conjunción (con indicativo) designa el momento en que sucede algo, y va seguida principalmente del aoristo; en ocasiones puede sustituir al pronombre relativo o incluso hacer las funciones de adverbio de tiempo; ἔλαβεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo λαμβάνω, considerado antes que equivale a *tomar, recibir*, aquí como *tomó*, o *recibió*, por la estructura de la oración puede traducirse mejor por el pretérito indefinido *hubo tomado*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo

determinado, *lo*, masculino en castellano, *el*; βιβλίον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota, *libro*, *rollo de escritura*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado, *los*; εἴκοσι τέσσαρες, caso nominativo masculino plural de los adjetivos numerales cardinales *veinte, cuatro*, en español *veinticuatro*; πρεσβύτεροι, caso nominativo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de *avanzado en edad, anciano*; ἔπεσαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πίπτω, *caer, derrumbar, postrar*, aquí como *se postraron*, o *se prosternaron*; ἐνώπιον, preposición de genitivo, que se usa también como adverbio y denota *delante de*, *en la presencia de*, *en frente de*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *del*; ἀρνίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *cordero*; ἔχοντες, caso nominativo masculino plural del participio presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tienen*; ἕκαστος, caso nominativo masculino singular del adjetivo indefinido *cada uno, cada, cada cual*; κιθάραν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *cítaras*, instrumento musical antiguo semejante a la lira, pero con caja de resonancia de madera, modernamente la caja tiene forma trapezoidal y el número de sus cuerdas varía entre 20 y 30, tocándose con púa; καὶ, conjunción *y*; φιάλας, caso acusativo femenino singular del sustantivo *copas*, realmente se refiere a un recipiente en forma de plato o copa de boca ancha y poco fondo, en castellano *pátera*; χρυσᾶς, caso acusativo femenino plural del adjetivo que expresa algo *dorado* o *de oro*; γεμούσας, caso acusativo femenino plural del participio de presente en voz activa del verbo γέμω, *estar lleno*, aquí como *llenas*; de las once veces que el término aparece en el Nuevo Testamento, siete corresponde al Apocalipsis (4:6, 8; 5:8; 15:7; 17:3, 4; 21:9). El verbo, por regla general, no se usa más que en presente y en imperfecto y en el Nuevo Testamento únicamente en indicativo y en participio de presente. Sigue luego θυμιαμάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *de incienso*; αἵ, caso nominativo femenino plural del pronombre relativo, *que*; εἰσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *son*; αἱ, caso nominativo femenino plural del artículo determinado, *las*; προσευχαὶ, caso nominativo femenino plural del sustantivo que expresa *oraciones, plegarias, peticiones*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado, *de los*; ἁγίων, caso genitivo masculino plural del adjetivo *santos*.

Καὶ ὅτε ἔλαβεν τὸ βιβλίον. La transferencia de la autoridad judicial del Padre al Hijo se produce al tomar el libro. Juan ve ya la acción como algo consumado y la expresa mediante un modo verbal que indica algo realizado plenamente.

Τὰ τέσσαρα ζῷα καὶ οἱ εἴκοσι τέσσαρες πρεσβύτεροι ἔπεσαν ἐνώπιον τοῦ ἀρνίου. En ese instante en que el Cordero tomó el libro, el cielo estalla en una alabanza en la que participan tanto los cuatro seres vivientes como los veinticuatro ancianos. El Señor había recibido solemnemente del Padre su investidura, y como único digno de abrir el libro y desatar sus sellos, lo es también de recibir la alabanza. En los cielos todos proclaman su gloria mediante una impresionante alabanza. Su gloriosa posición impulsa la adoración celestial. Los seres vivientes, cuatro ángeles con una actividad

especial de ministerio en torno al trono, considerados antes (4:8, 10), le alaban. Junto con ellos, como adoradores, estaban también los veinticuatro ancianos sobre quienes se ha reflexionado antes para definir quienes son, y que representan a la Iglesia glorificada en la presencia de Dios.

La adoración se produce mediante una respetuosa actitud de cada uno de los adoradores. Todos ellos ἔπεσαν ἐνώπιον, *se postraron*, literalmente en el texto griego se aprecia la acción de *caer hacia delante*, que implica sumisión y reconocimiento de quien es Señor. No hay duda alguna que la adoración se dirige al Cordero. Sólo Dios puede ser adorado, por tanto, si el Cordero es adorado, es también Dios. Los ángeles más elevados y los santos glorificados se postran en adoración. Para quienes niegan la deidad de Cristo, aquí está la evidencia expresada en un acto de adoración. ἔχοντες ἕκαστος κιθάραν καὶ φιάλας χρυσᾶς γεμούσας θυμιαμάτων, *"todos tenían arpas, y copas de oro llenas de incienso"*. En el texto griego se lee literalmente ἕκαστος, *cada uno*. Cabe preguntarse si las arpas, mejor las cítaras, y las copas las tenían tanto los ángeles como los ancianos o sólo uno de los dos grupos y, en este caso, cuál de ellos. Pudiera tratarse de la totalidad de los seres vivientes y de los ancianos. Debe recordarse que más adelante aparecerá un ángel en relación con el altar del incienso vinculado también con la figura de las oraciones de los santos (8:3). Sin embargo, en razón del contexto inmediato siguiente, cabe pensar que mejor se refiere sólo a los veinticuatro ancianos. En este caso, cada uno de ellos tenía una cítara y una copa.

Los veinticuatro ancianos tenían en sus manos cítaras, el instrumento tradicional para cantar los Salmos (Sal. 33:2; 98:5; etc.). En la mayoría de las versiones se traduce κιθάραν, *cítara* por *arpa*. Se trata de un instrumento parecido a la lira, más afín con la guitarra que con el arpa. El instrumento era propio para interpretar con él música de regocijo y victoria, como ocurre en varias referencias del Antiguo Testamento (cf. 1 Cr. 25:1, 6; 2 Cr. 29:25; Sal. 71:22; 92:3; 149:3). El mismo instrumento se relaciona también con actividades de los profetas, como ocurre con la señal que dio Samuel a Saúl (1 S. 10:5). Incluso parece ser que algunos profetas profetizaban cantando o acompañándose con una cítara (1 Cr. 25:3), tal vez a eso mismo se refiere el Salmo de los hijos de Coré, cuando dice: *"Inclinará al proverbio mi oído; declararé con el arpa mi enigma"* (Sal. 49:4).

Junto con los instrumentos musicales tenían también φιάλας χρυσᾶς, *páteras de oro*, traducido generalmente como *copas*, tratándose en realidad de recipientes de boca ancha y poca profundidad, hechos de oro. Estos mismos recipientes son los mencionados en la profecía de Zacarías (14:20). Estas páteras estaban γεμούσας θυμιαμάτων, *llenas de incienso*. Lo más probable es que se refiere más que al incienso en sí, al olor del incienso que había sido

depositado en ellas. El incienso quemado en la presencia del Señor es símbolo de αἵ εἰσιν αἱ προσευχαὶ τῶν ἁγίων, *las oraciones de los santos,* especialmente en el ejercicio de la oración intercesora de los creyentes, como se lee en el Salmo: *"Suba mi oración delante de ti como el incienso, el don de mis manos como la ofrenda de la tarde"* (Sal. 141:2):

Cabe también preguntarse a quienes se refiere Juan con el adjetivo ἁγίων, *santos.* Algunos intérpretes de hermenéutica dispensacional, entienden que estos santos sólo pueden ser los salvos durante el período de la tribulación, aquellos que serán perseguidos por el Anticristo (13:7, 10) y sufrirán martirio por su fe, perdiendo la vida por el testimonio de Jesucristo (17:6). La oración de los tales sería la imprecatoria de sus almas situadas debajo del altar (6:10). Aludiendo a esta interpretación escribe el Dr. Carballosa:

"Los santos referidos aquí no parecen ser los santos en general, sino más bien el conjunto de aquellos que sufren martirio durante las persecuciones de la gran tribulación. Los llamados Salmos imprecatorios son particularmente apropiados para el uso de ellos, puesto que oran por su propia liberación y por la destrucción de sus enemigos. Los santos tanto del Antiguo Testamento como de la iglesia ya están en la presencia de Dios en el cielo. Aquellas cuyas oraciones son simbolizadas por el humo del incienso son los que han sufrido las persecuciones del Anticristo y han sido muertos por dar testimonio de su fe en el Mesías (véase Ap. 6:9-11; 12:17; 13:7-19). Evidentemente, los veinticuatro ancianos son quienes ofrecen el perfume del incienso que simboliza las oraciones de los santos como una demostración de simpatía e identificación con las aspiraciones de los santos, quienes sufren los embates de la tribulación en la tierra"[12].

Sin dejar de entender que se trata de una forma de interpretación, surgen algunas dificultades sobre ella. La primera tiene que ver con la estructura misma de la visión y del entorno textual en que se encuentra. Está situada en el largo espacio preparatorio e introductorio al detalle de los juicios de Dios sobre el mundo. Si se trata de los santos mártires que perderán su vida durante el tiempo de ese juicio, a manos de los enemigos de Dios ¿por qué se introducen sus oraciones tan anticipadamente en esta adoración celestial, a modo de incienso que es presentado delante de Dios, cuando esto tendrá lugar tiempo después? Sin duda el término santos es el más comúnmente usado por Juan para designar el pueblo de Dios durante el tiempo de la tribulación (8:3, 4; 11:18; 13:7, 10; 14:12; 16:6; 17:6; 18:20, 24); pero, no es menos cierto que Juan lo usa también para referirse a los salvos de la Iglesia (19:8), aunque sólo ocurra una vez en el Apocalipsis. Un texto dudoso en cuanto a aplicación sería la

[12] Evis L. Carballosa. o.c, pág. 121.

referencia a la compañía de *santos, apóstoles y profetas* (18:20) en el que los *apóstoles*, no parece que puedan estar vinculados con el pueblo de Israel, a no ser que se use figuradamente en sentido de *enviados* o *in extremis* como los *once* todos ellos israelitas. El Señor Jesús enseñó a orar a los creyentes en intercesión por la venida del reino. Esto lleva aparejado el tiempo de la tribulación y de juicios divinos que antecederá a ese acontecimiento. Las oraciones de los santos en todo tiempo recibirán respuesta de Dios actuando para establecer su reino. Lo más probable es que en la visión de lo que están llenas las copas no es tanto del incienso en sí como del olor del incienso. Es decir, las oraciones de los santos, como incienso han subido a la presencia de Dios y en ella se mantiene delante del trono el olor del incienso como símbolo de las oraciones vertidas en intercesión a lo largo del tiempo. Si se desea extremar la interpretación, cosa harto problemática en profecía bíblica, a una definición más precisa y literal, tendría que aplicarse a las oraciones de la Iglesia a lo largo de su historia, cuyo olor, como incienso, permanece en la presencia del Señor. Por tanto, aquí el término *santos*, debe entenderse como designando a todo el pueblo de Dios en la tierra, que ha orado por la venida del reino de Dios y que, sin duda, la mayoría de ellos son los creyentes que constituyen la Iglesia.

El versículo contiene una importante dimensión de aliento para cada creyente. En la tierra los *santos*, esto es, los salvos por gracia y, por tanto, hijos de Dios, son tenidos en poca importancia. Sus acciones rechazadas, sus vidas cuestionadas y ellos mismos perseguidos y despreciados por su fe. Sin embargo, la visión de Juan presenta a los mismos desde la perspectiva celestial, donde en los cielos sus oraciones son consideradas como algo precioso y trasladadas a la presencia de Dios en recipientes de oro, permaneciendo su olor agradable constantemente delante del trono de gracia. Tal situación debiera conducirnos a la práctica intensa de la oración sabiendo que ninguna oración de un creyente será desatendida o pasada por alto en la presencia del Padre.

9. Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación.

καὶ ᾄδουσιν ᾠδὴν καινὴν λέγοντες·
Y cantan cántico nuevo diciendo:
ἄξιος εἶ λαβεῖν τὸ βιβλίον
Digno eres de tomar el libro
καὶ ἀνοῖξαι τὰς σφραγῖδας αὐτοῦ, ὅτι ἐσφάγης
y abrir los sellos de él, porque fuiste inmolado
καὶ ἠγόρασας τῷ Θεῷ[1] ἐν τῷ αἵματί σου
y redimiste - para Dios con la sangre de ti
ἐκ πάσης φυλῆς καὶ γλώσσης καὶ λαοῦ καὶ ἔθνους

de toda tribu y lengua y pueblo y nación.

Notas y análisis del texto griego.
Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] Aparece la lectura τῷ Θεῷ ἡμᾶς, *para Dios nos*, en ℵ, 046, 1006, 1611, 1859, 2020, 2042, 2053, 2065[c], 2081, 2138, 2432, cop[bo?], Andrés[a,p], Aretas.

Otra alternativa, ἡμᾶς τῷ Θεῷ, *nos para Dios*, en 94, 1828, 2973, 2344, it[ar, c, dem, div, gig, haf] vg syr[ph, h], cop[bo?], arm, Hipólito, Cipriano, Agustin, Primasius, Andrés[bac, c]. Una última alternativa escribe ἡμᾶς τῷ Θεῷ ἡμῶν *nos para Dios de nosotros*, y que aparece en cop[bo?]

La expresión *para Dios*, τῷ Θεῷ, solo está atestiguada en A y eth.

Mediante el uso de la conjunción καὶ, *y*, se establece el vínculo de unión con lo que antecede y da continuidad al relato, seguido de ᾄδουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ᾄδω, *cantar*, aquí como *cantan*, que suele traducirse como pasado para una mejor expresión gramatical de la cláusula, como *cantaban*, ajustándola al pasado de la visión de Juan; ᾠδὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *canción, cántico*; καινὴν, caso acusativo femenino singular del adjetivo *nuevo*, en el sentido de *novedoso*, lo que no es acostumbrado, no nuevo en cuanto a tiempo, sino nuevo en forma o cualidad; λέγοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente del verbo λέγω, *hablar, decir, expresar*, aquí como *diciendo*. La segunda cláusula registra las palabras del cántico comenzando con ἄξιος, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *digno*; εἶ, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *eres*; λαβεῖν, aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo λαμβάνω, *alcanzar, tomar, obtener, recibir, recoger, etc.*, aquí como *de tomar*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado, *lo*, en castellano masculino, *el*; βιβλίον, caso acusativo neutro singular del sustantivo *libro*, *rollo de escritura*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀνοῖξαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo ἀνοίγω, *abrir,* en sentido de desatar, romper; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*, masculino en español, *los*; σφραγῖδας, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *sellos*; αὐτου, caso genitivo neutro singular del pronombre personal *de él*; ὅτι, conjunción, equivalente a *en tanto que, mientras que*, o simplemente *que*, después de los verbos *decir, saber, aprender, etc.* en este caso equivale a *porque*; ἐσφάγης, segundo aoristo de indicativo en voz pasiva del verbo σφάζω, con sentido de *muerto,* incluso con acepción de *degollado*, como muerte en sacrificio; καὶ, conjunción *y*; ἠγόρασας, segunda persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀγοράζω, *redimir, comprar,* aquí como *redimiste*, que expresa la idea de pagar en el ágora, lugar del mercado de esclavos, el precio correspondiente; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*, sin traducción en español delante de nombre; Θεῷ, caso dativo masculino singular del nombre que designa a *Dios*, aquí como *para Dios*; ἐν, preposición de dativo, *en, con*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *lo,* femenino en español, *la*; αἵματι, caso dativo neutro singular del sustantivo *sangre*,

femenino en español; σου, caso genitivo singular del pronombre personal *de ti*; ἐκ, preposición de genitivo, *de*; πάσης, caso genitivo femenino singular del adjetivo indefinido que expresa radicalmente *toda*; sigue una estructura de oración establecida mediante sustantivos separados entre sí por la conjunción καὶ, *y*; φυλῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tribu*; γλώσσης, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *idioma, lengua hablada*; λαοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *pueblo*; ἔθνους, caso genitivo neutro singular del sustantivo *nación, etnia*.

Καὶ ᾄδουσιν ᾠδὴν καινὴν λέγοντες. Juan describe la alabanza al Cordero que se expresaba mediante el cántico. La alabanza es una actitud, el cántico una actividad propia y expresiva de la alabanza. El apóstol utiliza un verbo[13] que se usa en todo el Nuevo Testamento para referirse al cántico de alabanza a Dios, bien sea en forma transitiva (Ap. 5:9; 14:3; 15:3), bien en intransitiva (Ef. 5:19; Col. 3:16). ¿Quiénes son los que cantan? Algunos consideran que se trata de los seres vivientes y de los veinticuatro ancianos. Sin embargo, sería esta la única vez en toda la Escritura que se diga que los ángeles cantan. Mayor dificultad reviste si además se entiende -como algunos piensan- que los veinticuatro ancianos son también ángeles especiales. En ningún lugar de la Biblia se dice que los ángeles cantan y cuando se habla de la alabanza y adoración angelical se utiliza siempre el verbo *decir* pero nunca el verbo *cantar* (cf. Is. 6:3; Lc. 1:13-14). El cántico debe proceder sólo de los veinticuatro ancianos, que son también quienes tienen las cítaras en sus manos. Estos veinticuatro ancianos representan, como se ha dicho antes, a la congregación de los redimidos en la presencia del Señor (Ro. 8:23).

Es interesante notar que hasta este momento Juan no hizo referencia en las revelaciones a alguien cantando, sólo hubo voces pero no cántico. Lo que cantaban era ᾠδὴν καινὴν, *"un cántico nuevo"*. El sentido del adjetivo *nuevo* no es tanto el de algo reciente en el tiempo, sino el de *novedoso*. Sin duda se puede apreciar aquí el eco del canto en el Antiguo Testamento en donde los creyentes eran invitados a cantar a Dios un cántico nuevo (Sal. 33:3; 98:1; 144:9; 149:1). La idea de *novedoso* expresa la condición de un cántico preparado para una ocasión solemne y especial. El profeta Isaías habla de un *cántico nuevo* como consecuencia del cumplimiento de las *"cosas primeras"* y el anuncio de *"cosas nuevas"*; así dice el profeta: *"He aquí se cumplieron las cosas primeras, y yo anuncio cosas nuevas; antes que salgan a la luz, yo os las haré notorias. Cantad a Jehová un nuevo cántico…"* (Is. 42:9-10). El profeta exhorta a cantar un cántico nuevo debido a las cosas que iban a comenzar en un nuevo tiempo, con bendiciones especiales y definitivas para el pueblo de Dios. Cada acción poderosa de Dios en el tiempo antiguo daba lugar a un cántico que

[13] Griego: ᾄδω.

proclamaba la gracia y poder divinos (Ex. 15:1-21; Jue. 5; etc.). Los veinticuatro ancianos cantaban un cántico nuevo motivado por la inmediata intervención de Dios en la historia humana, al abrir los sellos del libro.

El tema del cántico se establece en tres razones que lo motiva. Primeramente la dignidad del Cordero, ya que se introduce con la proclamación de esa condición: ἄξιος εἶ, *"digno eres"*. El adjetivo, considerado antes, expresa la condición de quien es merecedor de algo por su propia posición y obra. En segundo lugar por la *capacidad* que en razón de la dignidad tiene el Cordero que le permite λαβεῖν τὸ βιβλίον καὶ ἀνοῖξαι τὰς σφραγῖδας αὐτου, *tomar el libro y abrir sus sellos.* Él es el único digno para tomar el libro. Además, su capacidad no es sólo para tomarlo, sino para *abrir* sus sellos, dando con ello comienzo al programa de Dios y poniéndolo en ejecución.En tercer lugar es digno, no sólo por dignidad esencial, sino por la obra realizada: ὅτι ἐσφάγης καὶ ἠγόρασας, *porque fuiste inmolado y redimiste*. La más extensa razón la motiva la obra redentora del Cordero. El cántico proclama la acción redentora mediante la muerte del Salvador. El Señor *fue inmolado*. El Cordero había sido establecido para dar su vida desde la determinación divina del plan de redención: *"El cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se da testimonio a su debido tiempo"* (1 Ti. 2:6; Gá. 4:4). En la Cruz, Cristo pagó el precio de la redención conforme a lo establecido por Dios y determinado desde antes de la fundación del mundo (1 P. 1:18-20). El cántico celestial de alabanza al Cordero afirma que Su muerte redentora ocurrió definitivamente. Nada más que añadir al hecho redentor; excluye cualquier acción complementaria y, mucho menos, la repetición del hecho mismo (He. 7:27). La ofrenda de su vida, la entrega efectuada en su cuerpo, fue realizada definitiva y perpetuamente (He. 10:10). Después de la ofrenda del sacrificio de su vida en la Cruz, se sentó para siempre a la diestra de Dios (He. 10:12). El acto por el que alaban al Cordero es presentado como una *redención* o compra: καὶ ἠγόρασας, *y redimiste*. El verbo[14] indica inicialmente el acto por el que un comprador va al *ágora*, el mercado, y compra algo pagando un precio. Podría tratarse incluso de la compra de un esclavo. Esta es una de las verdades mejor definidas en la enseñanza paulina (cf. 1 Co. 6:20; 7:33; Gá. 3:13; 4:5). En la contextualización histórica de un acto de compra de esclavos, el mismo esclavo podía comprar su libertad por cierta suma de dinero. Habitualmente se depositaba la cantidad requerida por el dueño en algún templo, de modo que el dios del templo compraba al esclavo, que pasaba a ser de su propiedad. El dueño del esclavo recibía del templo el dinero de la venta y el esclavo la carta de libertad, aunque formalmente seguía siendo propiedad del dios. Cristo ha pagado el precio de la redención de los hombres y puede hacer libre a todo aquel que crea, sacándolo del poder de las tinieblas y trasladándolo a su propio reino de libertad (Col. 1:13). La obra de redención exigió el pago de un precio

[14] Griego: ἀγοράζω.

de infinito valor, la sangre del Hijo de Dios, expresión de Su vida entregada (1 P. 1:18-20). Esto conllevó también el descenso del Hijo al lugar de los esclavos, lo cual se produjo mediante la encarnación del Verbo eterno (Jn. 1:14). Tal circunstancia le introdujo primero en un estado de limitación y luego, mediante la misma humanidad, al estado de humillación, en el cual se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz (Fil. 2:6-8). El Redentor tuvo que descender a las partes más bajas de la tierra (Ef. 4:9), para hacer posible la salvación del más caído de los mortales. Por esto es alabado en los cielos.

Un problema surge con dos expresiones en la traducción del texto griego. El primero tiene que ver con el pronombre que se suple antes del verbo redimir. En el griego se lee simplemente καὶ ἠγόρασας, *"y redimiste"*. Los traductores, conforme a su propio criterio suplieron lo que aparentemente faltaba mediante el pronombre *nos* en algunos casos, o el pronombre *los* en otros. Los mss. en los que aparece el pronombre *nos*, se ha debido, con toda probabilidad, al deseo de proveer con un objeto más exacto que el que sigue en la expresión *"toda tribu"*, incorporando al texto de Juan τῷ Θεῷ *"para Dios",* expresión poco atestiguada y carente en los mss. mas seguros. Una vez incorporada la expresión τῷ Θεῷ, *"para Dios"*, se abrió la puerta para que, si es una *redención para Dios*, un copista añadiera el pronombre personal *nos*. Sin embargo, los que hicieron esta corrección en el texto griego, no tuvieron en cuenta la imposibilidad que supone el pronombre *les*, en el versículo siguiente. Algunos otros siguen la lectura de los mss. en los que el pronombre aparece como *les*, en consonancia con el del versículo siguiente. Tal lectura permite utilizarla como argumento en relación con quienes son o que representan los veinticuatro ancianos. En este caso apoya la interpretación de algunos para afirmar que son ángeles que alaban a Dios porque *los* redimiste, en clara referencia a los salvos, para lo que deben buscar apoyo también en el verbo reinar del versículo siguiente, literalmente *reinarán*. Sin embargo, los argumentos expuestos antes son lo suficientemente contundentes como para entender que el significado más consonante con la enseñanza general de la Biblia es que los veinticuatro ancianos son la representación de la Iglesia glorificada y no de ángeles cantando. La solución al problema que se produce no tanto por la interpretación del texto en sí, sino por la influencia del pensamiento del teólogo que interpreta, es que los seres vivientes con su *decir,* y los veinticuatro ancianos con su canto, proclaman la misma verdad: El Señor es digno de ser alabado por la redención efectuada por Él en la Cruz. La redención con extensión de potencialidad universal y alcance ilimitado es una verdad bíblicamente enseñada. La muerte de Cristo se produjo *potencialmente* por todos y *virtualmente* por algunos, esto es, por los que creen. Es verdad que el Señor vino a dar su vida en rescate por muchos (Mr. 10:45), pero, no es menos cierto que el alcance de la obra es pleno, debiendo admitir que *"Cristo murió por todos"* (2 Co. 5:14, 15), dándose *"a sí mismo en rescate por todos"*

(1 Ti. 2:6). La obra redentora no estuvo *limitada* para algunos, sino que es *ilimitada* porque alcanza *potencialmente* a todos. De esta manera puede Dios *mandar* ahora a todos los hombres en todo lugar que se arrepientan (Hch. 17:30). La verdad de los dos aspectos de la redención está conjuntada por el apóstol Pablo cuando escribe que Cristo *"es el Salvador de todos los hombres, mayormente de los fieles"* (1 Ti. 4:10). La redención potencialmente *ilimitada*, se hace *virtualmente* limitada para los que creen. Los cánticos y proclamas celestiales alaban al Cordero porque es el Redentor provisto para todos los hombres. El precio pagado para la redención tiene que ver con la inmolación del Cordero, ya que fue ἐν τῷ αἵματι σου, *con tu sangre.*

No cabe duda que el propósito redentor tenía como objetivo Dios mismo, de ahí que algunos mss incluya la expresión τῷ Θεῷ, *"para Dios"*, poco atestiguada en los más seguros. Sin embargo, no deja de ser una verdad bíblicamente expresada que el propósito redentor fue el de alcanzar un pueblo orientado hacia Dios y propiedad de Él (1 P. 3:18). Fue el propósito de Aquel que como Cordero es también el único camino que conduce a Dios (Jn. 14:6).

Ἐκ πάσης φυλῆς καὶ γλώσσης καὶ λαοῦ καὶ ἔθνους. El alcance de la redención, que es ilimitado, se extiende a toda la humanidad. No hay distinción alguna en el orden de salvación. Todo aquel que crea en el Salvador, esté donde esté, pertenezca a cualquier raza o nación, es salvo. No hay distinciones étnicas, ni de nacionalidades, ni de condiciones sociales, en cuanto a salvación (Ro. 10:12; Gá. 3:28; Col. 3:11). No se trata de un *universalismo* que suponga la salvación de todos los hombres sin excepción, sino de la expresión real del alcance de la misma. El sentido de ἐκ πάσης φυλῆς καὶ γλώσσης καὶ λαοῦ καὶ ἔθνους, *"todo linaje, lengua, pueblo y nación"* es el de una expresión *partitiva*, que indica que entre todos los salvos los hay de todos los lugares y situaciones sociales. Sin embargo, en medio de la nota gratificante de una salvación provista para todos, está la triste de que tan sólo una parte de toda la humanidad disfruta de los beneficios de la redención, por fe en Cristo.

10. Y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra.

καὶ ἐποίησας αὐτοὺς[1] τῷ Θεῷ ἡμῶν βασιλείαν καὶ ἱερεῖς,
E hiciste les - para Dios de nosotros reino y sacerdotes
καὶ βασιλεύσουσιν[2] ἐπὶ τῆς γῆς.
y reinarán sobre la tierra.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] αὐτοὺς, la lectura más segura, atestiguada en א, A, 205, 209, 1006, 1611, 1841, 2050, 2053, 2344, 2351, *Biz* [046], vg$^{ww, wt}$, syr$^{ph, h}$, cop^{bo}, arm, Andrés, Cipriano.
ἡμᾶς, *nos,* como se lee en it$^{ar, gig}$, vg^{cl}, cop^{sa}, Varimadum, Fulgencio, Primasio, Beato.

[2] βασιλεύσουσιν, *reinarán*, atestiguada en א, P, T, W, S, V, M, N, K, G^{c}, 1, 94, 1828, 1854, 2042, 2053, 2073, 2081, 2344, it$^{c, div, gig, haf, z}$, vg^{w}, syr^{ph}, cop$^{sa, bo}$, arm, eth, Primasius, Cassiodorus, Andrés$^{bav, c, p}$, Aretas^{comm}.

βασιλεύουσιν, *reinan*, aparece atestiguada en A, B, *f*1841, 61, 69, 254, 1611, 2329, *f*2080, *f*104, 172, 325-517, *f*2081^{c}, 2059, 1894, 2056, 2043, 2015, 1876, 2982, 2029, 432, it^{ar}, syr^{h}, Andrés^{a}.

βασιλεύσομεν, *reinaremos*, atestiguada en 2432, it^{dem}, vg^{cl}, Maternus, Ticonius, Primasious, Bede, Haymo, Arethas^{txt}.

Sin solución de continuidad se vincula con lo antecedente mediante la conjunción καὶ, *y*; seguida de ἐποίησας, segunda persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ποιέω, *hacer, constituir, establecer*, aquí como *hiciste*; αὐτοὺς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal *les*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*, no traducible en castellano delante de nombre; Θεῷ, caso dativo masculino singular del nombre *Dios*, aquí *para Dios*; la traducción de la expresión es, literalmente *para el Dios*; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal *de nosotros*; βασιλείαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *reino*, masculino en castellano; καὶ, conjunción ilativa *y*; ἱερεῖς, caso acusativo masculino plural del sustantivo *sacerdotes*; καὶ, conjunción *y*; βασιλεύσουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo βασιλεύω, *reinar*, aquí como *reinarán*; ἐπὶ, preposición de genitivo, *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tierra*.

Καὶ ἐποίησας αὐτοὺς τῷ Θεῷ ἡμῶν βασιλείαν καὶ ἱερεῖς. El resultado de la redención es un pueblo al que Dios hace *reino y sacerdotes*. La misma posición es la que el apóstol Pedro señala en relación con la Iglesia (1 P. 2:9). Esta realidad posicional del pueblo de Dios ha sido expresada antes (Ap. 1:6) y se recalca ahora en el cántico, proyectándose dentro del contexto del libro al futuro reino de Dios con Jesucristo (Ap. 20:6). Todo creyente redimido es hecho sacerdote de Dios y pertenece a su reino (Col. 3:13; 1 P. 2:9).

Καὶ βασιλεύσουσιν ἐπὶ τῆς γῆς. Estos *reinarán* sobre la tierra. La forma de lectura *reinaremos* que aparece en algunos mss no está suficientemente atestiguada y debió haberse introducido por algún copista que pensó que sería lo más adecuado para quienes aparecen ya como sacerdotes. Los redimidos no sólo son el pueblo sobre el que Dios reina, sino que tendrán el

privilegio de compartir el reino con el Señor. El apóstol Pablo enseña que un día los santos reinarán con Cristo (1 Co. 4:8). Determinar si el verbo es más correcto en futuro o en presente con sentido futurista es asunto difícil a la luz del aparato crítico textual de que se dispone. Muchos eruditos en crítica textual se inclinan por mantener el presente *reinan*; otros, en cambio, consideran correcto el futuro *reinarán*. En caso de sostener el presente parece que estaría indicando una posición espiritual de la Iglesia en Cristo, más que una realidad plena. Es decir, posicionalmente la Iglesia está ya sentada con Cristo en lugares celestiales (Ef. 2:6), singularmente su estado de vida corresponde a la natural y propia del *reino* del Hijo (Col. 1:13). Sin embargo, no parece que este sea el énfasis natural de la alabanza en el canto que Juan escuchó en el cielo. Los creyentes en el tiempo presente deben asumir más bien el aspecto del sufrimiento en el mundo (Jn. 16:33). Es cierto que la obra de Cristo provee para la iglesia una esfera de victoria sobre el pecado y la muerte, pero no tanto la de un reino glorioso. A la luz de lo que Juan escribirá más adelante (20:6), debiera aceptarse como mejor la lectura *reinarán*, en futuro, entendiendo que esa será la experiencia de vida de los creyentes en la consumación del reino de Dios, incluyendo tanto el milenial como el definitivo en los cielos nuevos y en la tierra nueva (Ap. 22:5). El *reinaremos*, cuya lectura está atestiguada en el *Textus Receptus*, es una variante introducida como consecuencia de buscar la concordancia con el pronombre *nos* del versículo anterior. Vinculados al Mesías, en plena identificación vital con Él, los creyentes participarán en su reinado, que será eterno (Dn. 2:44; 7:13, 14; Ap. 11:15). El reino milenial es simplemente una manifestación más, en la historia de los hombres, del reino de Dios, que se extenderá perpetuamente y en el que Cristo será reconocido como Rey de reyes y Señor de señores. Con todo, no podemos dejar de entender que el Señor es Rey, tanto ahora como en el futuro, dueño y poseedor de un reino eterno.

11. Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones.

Καὶ εἶδον, καὶ ἤκουσα φωνὴν ἀγγέλων πολλῶν κύκλῳ τοῦ θρόνου
Y vi y oí voz de ángeles muchos en torno al trono
καὶ τῶν ζῴων καὶ τῶν πρεσβυτέρων, καὶ ἦν ὁ ἀριθμὸς αὐτῶν
y de los seres vivientes y de los ancianos y era el número de ellos
μυριάδες μυριάδων καὶ χιλιάδες χιλιάδων
miríadas de miríadas y millares de millares.

Notas y análisis del texto griego.

El relato descriptivo se enlaza mediante la conjunción καὶ, *y*, que da continuidad, seguido de εἶδον, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, *mirar*, aquí como *miré* o *vi*; καὶ, *y*; ἤκουσα, primera persona

singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκούω, *oír, escuchar*, aquí como *oí*; φωνὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo, *voz, grito, sonido*, sin artículo, suplido aquí por el determinado o definido *la*, pero que también puede suplirse por el indeterminado o indefinido *una*; ἀγγέλων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *ángeles*; πολλῶν, caso genitivo masculino singular del adjetivo *muchos*; κύκλῳ, es un antiguo dativo de lugar que se convirtió en adverbio de lugar, el significado es probablemente *en círculo*, *en torno*, vinculado a la misma raíz del verbo κυκλόω, *rodear, cercar, marchar alrededor*; seguido de la conjunción καὶ, *y*; τῶν, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *trono*; καὶ, conjunción *y*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *de los*; ζῴων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que se traduce habitualmente como *seres vivientes*; καὶ, conjunción *y*; τῶν, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *los*; πρεσβυτέρων, caso genitivo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *anciano, de edad avanzada*; καὶ, conjunción *y*; ἦν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *era*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἀριθμὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo *número*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; μυριάδες, caso nominativo femenino plural del sustantivo *miríadas*; μυριάδων, caso genitivo femenino plural del sustantivo numérico *de miríadas*; καὶ, *y*; χιλιάδες, caso nominativo femenino plural del sustantivo *millares*; χιλιάδων, caso genitivo femenino plural del mismo sustantivo. La expresión se traduce por *millones de millones*, como hipérbole numérica que se usa para referirse a un número elevadísimo, incontable para el observador.

Καὶ εἶδον, καὶ ἤκουσα φωνὴν ἀγγέλων πολλῶν κύκλῳ τοῦ θρόνου. A la expresión de adoración de los seres vivientes y de los ancianos se une un grandísimo número de ángeles. Juan vio a las huestes celestiales rodeando el trono en disposición de alabanza. La escena descrita es un aspecto complementario de lo que refirió antes, un elemento nuevo que introduce en el detalle de la visión y para lo cual utiliza la conocida expresión εἶδον, *"miré"*, se trata, por tanto, de una nueva visión enlazada íntimamente con las anteriores.

Unidos a los ángeles, el profeta observa también a τῶν ζῴων, *los seres vivientes*, de los que se ha considerado antes. En unidad con ellos, formando un conjunto celestial con la multitud de los ángeles, estaban τῶν πρεσβυτέρων, *los ancianos*, cuya presencia celestial sobre los veinticuatro tronos vio antes Juan.

Mediante un lenguaje hiperbólico el apóstol se refiere al número de ángeles que rodeaban el trono como *millones de millones*. En el texto griego se lee una forma de aun mayor indefinición, literalmente μυριάδες μυριάδων καὶ χιλιάδες χιλιάδων, *"miríadas de miríadas y miles de miles"* en sentido de una multitud incontable de los ejércitos celestiales. Da la impresión como si toda la creación angélica, contagiada por la alabanza de los seres vivientes y de

los veinticuatro ancianos, prorrumpiese en un estallido atronador de alabanza, mediante sus poderosas voces.

La alabanza de los ángeles tiene relación con el proceso de salvación, mediante el cual Dios se presenta un reino, integrado por sacerdotes redimidos. La presencia de la Iglesia es en sí misma un servicio de enseñanza con proyección celestial. El apóstol Pablo escribe: *"para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales"* (Ef. 3:10). Los ángeles son superiores a los hombres en cuanto a naturaleza (Sal. 8:5; He. 2:6) pero, son seres inteligentes, por tanto, pueden adquirir conocimientos, ya que no son omniscientes como Dios. Los ángeles son inferiores a los hombres en cuanto a gracia, ya que Dios otorgó su gracia a los hombres para salvación, pero no a los ángeles (He. 2:16). Estos seres poderosos son puestos por Dios al servicio de quienes son herederos de la salvación (He. 1:14). El misterio de Cristo no es una revelación a los ángeles sino a los hombres, pero los ángeles están interesados en ver como Dios es capaz de hacer esa admirable obra de gracia. El apóstol Pedro los presenta en atenta observación a los aspectos y resultados de la obra salvífica (1 P. 1:12). Ellos observan el modo como Dios salva a los perdidos en una operación de su gracia (Ef. 2:8-9); como hace cercano a Él a los pecadores salvados, cuando por condición y justicia tendrían que estar perpetuamente apartados de Él a causa del pecado (Ef. 2:13); consideran admirados como cada pecador salvo por gracia es incorporado a Cristo para formar un cuerpo en Él, que es la Iglesia (Ef. 2:16); aprecian también que todo ese cuerpo de salvos ocupa posicionalmente un lugar con Cristo en los cielos (Ef. 2:6); todas esas, y otras bendiciones más, son el resultado de la gracia, cuya dimensión es enseñada por Dios a los ángeles por medio de la Iglesia. Una apreciación semejante no puede por menos que producir la manifestación de alabanza que Juan describe en el versículo.

Si los ángeles alaban a Dios por lo que Él hizo a favor de los hombres, mucho mayor motivo tendremos los creyentes, beneficiarios directos e inmerecidos de esa obra, para glorificar y alabar a Dios. Dios está involucrado directamente en nuestra salvación, dándonos su propia vida y haciéndonos con ello participantes de la divina naturaleza (2 P. 1:4). Los creyentes tenemos una mayor obligación moral que los ángeles ya que Dios es para nosotros, no solo el autor de la salvación, sino el Salvador personal de cada uno (Jn. 3:16; 10:11, 15, 18; 2 Co. 5:21; 8:9; Gá. 2:20; 3:12-14; 1 P. 1:18-19; 1 Jn. 4:10). Las visiones del Apocalipsis debieran motivar nuestro pensamiento y conducir nuestra voluntad para adorar al que está sentado en el trono y al Cordero, no ocasionalmente, sino continuamente por medio de nuestras vidas. Una vez más es necesario recordar que la adoración no es una actividad, sino una actitud.

12. Que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza.

λέγοντες φωνῇ μεγάλῃ·
Que dicen con voz grande:
ἄξιον ἐστιν τὸ ἀρνίον τὸ ἐσφαγμένον λαβεῖν
Digno es el Cordero el inmolado de recibir
τὴν δύναμιν καὶ πλοῦτον καὶ σοφίαν καὶ ἰσχὺν
el poder y riqueza y sabiduría y fuerza
καὶ τιμὴν καὶ δόξαν καὶ εὐλογίαν.
y honra y gloria y bendición.

Notas y análisis del texto griego.

La descripción de la visión celestial comienza con λέγοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *decir, hablar, expresar,* aquí como *que dicen,* o también *diciendo*; φωνῇ, caso dativo femenino singular del sustantivo *voz*; μεγάλῃ, caso dativo femenino singular del adjetivo *grande*. La expresión adquiere carácter superlativo con el uso del adjetivo que equivale a *grande, enorme*. La segunda cláusula contiene la expresión de la alabanza de los ángeles, con ἄξιον, caso nominativo neutro singular del adjetivo *digno*; ἐστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *es*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; ἀρνίον, caso nominativo neutro singular del sustantivo *cordero*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo *el*, que no suele traducirse en español si se considera el siguiente sustantivo verbal, como un adjetivo calificativo de Cordero; ἐσφαγμένον, caso nominativo neutro singular del participio perfecto en voz activa del verbo σφάζω, *inmolar, degollar* en sentido de víctima del sacrificio; al ir precedido de artículo determinado limita al único en ese sentido que es el Cordero, pudiendo también considerarlo como un título del mismo; λαβεῖν, aoristo segundo de infinitivo, en voz activa del verbo λαμβάνω, *alcanzar, obtener, recibir*, aquí como *de recibir*. Sigue luego una estructura gramatical con siete sustantivos separados entre sí por medio de la conjunción καὶ, que los vincula y distingue individualmente haciendo de varios un todo, precedidos de τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; el primero δύναμιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *poder*; luego πλοῦτον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *riqueza*, *abundancia*; σοφίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *inteligencia, conocimiento, sabiduría*; ἰσχὺν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *fortaleza, poder*, vinculado con la capacidad de actuar sin límites; τιμὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que se refiere a *precio, valor, honor, honra*; δόξαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *reputación, honor, esplendor de poder, gloria*; εὐλογίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *alabanza, loor, bendición*.

Una apreciación salta a la vista con la simple lectura del versículo: Son millones los ángeles que están alabando al Cordero, pero Juan oyó una sola voz:

λέγοντες, *que dicen*, dando a entender la armonía y conjunción de la alabanza tributada por todos ellos. Otra nota interesante se distingue en que cuando los ángeles se asocian con la alabanza, o cuando alaban los ángeles, el verbo que se utiliza no es el *cantar*, sino el *decir*. La multitud angelical que el apóstol vio, expresaba su alabanza φωνῆ μεγάλῃ, *a gran voz*, esto es, *con voz potente*. Esta alabanza proclama la plenitud personal del Redentor y sus derechos: ἄξιον ἐστιν τὸ ἀρνίον τὸ ἐσφαγμένον, *digno es el Cordero inmolado*. Procediendo del cielo, la alabanza se establece mediante siete sustantivos que definen aquello de que es digno el Cordero. El número siete es el número de la perfección y expresa simbólicamente la absoluta perfección de Jesucristo. De estas siete cosas, que es ἄξιον, *digno*, λαβεῖν, *de recibir*, cuatro le corresponden y posee por derecho divino propio que son *poder, riquezas, sabiduría y fortaleza*; otras tres le corresponden y deben ser tributadas por los seres creados, tanto ángeles como hombres, en reconocimiento de lo que Él es e hizo, y son: *honor, gloria y alabanza.*

Es digno de recibir τὴν δύναμιν, *el poder*, que expresa la capacidad infinita de Dios para llevar a cabo sus propósitos. Es una de las perfecciones divinas vinculadas con la omnipotencia o incluso sinónimo de ella. Cristo, el Cordero de Dios, es también *poder de Dios* (1 Co. 1:24). Él tiene todo poder y autoridad en cielos y tierra (Fil. 2:9-11). Es digno de recibir el poder porque ya lo tiene al ser inherente en Él. Sin embargo, aquí se esta disponiendo para abrir el libro y ejecutar su contenido, por tanto debe *tomar* o *asumir* ese poder para ejecutar la determinación divina que se manifestará en el escrito hasta entonces sellado y que va a ser abierto y ejecutado.

Es digno de καὶ πλοῦτον *riqueza*, que comprende todas *las riquezas*, es decir, todo lo que corresponde y está a disposición de Dios. Jesucristo se vació de sus riquezas cuando vino para hacer la redención (2 Co. 8:9). El Cordero tiene a su disposición y en posesión todos los recursos de las riquezas inagotables, no sólo de Dios, sino como Dios, en el orden espiritual y material.

También es digno de la σοφίαν, *sabiduría*. La Biblia enseña que Cristo es la *"sabiduría de Dios"* (1 Co. 1:24). El infinito conocimiento y la suprema comprensión de todo cuanto es preciso para planificar y llevar a cabo el programa divino en los destinos del universo y del hombre. Esta sabiduría le es propia en su condición de Dios manifestado en carne (Jn. 1:14).

Con la sabiduría también la ἰσχὺν *fortaleza*, literalmente *fuerza*. Cristo posee la fortaleza inherente a su Persona Divina. Esto permite superar cualquier obstáculo que se oponga al programa de Dios. Ningún enemigo podrá prevalecer ante el poder de su fuerza. El apóstol Pablo se sostenía en ese poder

para todo cuanto le era necesario, de modo que podía decir: *"todo lo puedo, en Cristo que me fortalece"* (Fil. 4:13).

De igual manera le corresponde la τιμὴν, *honra*. En ese sentido se trata de la valoración que es connatural con el respeto y funciones que desempeña una persona. El Señor Jesucristo debe ser honrado igual que el Padre (Jn. 5:22, 23). La honra es propia de Cristo, por cuanto es Dios, en la unidad con el Padre y el Espíritu. Los juicios que seguirán y que están detallados en el libro, tienen por objeto preparar el terreno para que todos honren al Hijo, incluso aquellos que le niegan ese reconocimiento. En un tiempo venidero *"toda rodilla se doblará"* delante de Él, y todos confesarán que es Señor, para gloria de Dios (Fil. 2:9-11).

También le debe ser suya la δόξαν, *gloria*, como reconocimiento de lo que Díos es manifestado en sus perfecciones. Jesucristo es la imagen, la expresión absoluta de la gloria de Dios (He. 1:3). Aunque voluntariamente veló su gloria divina mediante la encarnación, esa gloria fue vista por los hombres (Mt. 17:5, 6). A ella se refirió el apóstol Pedro cuando recordó la transfiguración en la que estuvo presente (2 P. 1:16-17). Como Dios, el Cordero es digno de recibir la gloria.

Finalmente del mismo modo es digno de εὐλογίαν, *alabanza*, tal vez mejor sentido es el de *bendición*, como escribe el Dr. Lacueva:

"Es, por parte del hombre, la expresión digna y laudatoria de la plenitud de los atributos divinos en los que se basa la salvación del hombre, mientras que, de parte de Dios, es la concesión de toda buena dádiva y de todo don perfecto (Stg. 1:17)"[15].

El Cordero es digno de recibir la alabanza por todas las bendiciones que alcanzó para los hombres, especialmente la salvación.

13. Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos.

καὶ πᾶν κτίσμα ὃ ἐν τῷ οὐρανῷ καὶ ἐπὶ τῆς γῆς καὶ ὑποκάτω τῆς
Y a toda criatura la que en el cielo y sobre la tierra y debajo de la
γῆς καὶ ἐπὶ τῆς θαλάσσης καὶ[1] τὰ ἐν αὐτοῖς πάντα ἤκουσα λέγοντας·
tierra y sobre el mar y lo en ellos todas oí que dicen:
τῷ καθημένῳ ἐπὶ τῷ θρονῷ καὶ τῷ ἀρνίῳ

---

[15] F. Lacueva. o.c., pág. 393.

Al sentado sobre el trono y al Cordero
ἡ εὐλογία καὶ ἡ τιμὴ καὶ ἡ δόξα καὶ τὸ κράτος
la alabanza y el honor y la gloria y el dominio
εἰς τοὺς αἰῶνας τῶν αἰώνων.
por los siglos de los siglos.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] καὶ, *y*, lectura de mediana probabilidad, atestiguada en ℵ, 1611*, it^{gig}, syr^{h}, $cop^{sa, bo/pt}$, arm, eth, Primasio, Casiodoro, Beato.

ἐστίν, καὶ, *es, y*, que se encuentra en A, 1006, 1611^{c}, 1841, 1854, 2329, 2344, *Biz* syr^{pe}, $comp^{bo/pt}$.

ἅ ἐστίν, καὶ *que son*, *y,* como se lee en P, 046, 205, 209, 2050, vg, Andrés, Fulgencio.

ὅσα ἐστίν, καὶ, *cuanto es, y*, lectura en 2053, 2351, $Fulgencio^{1/2}$.

Se omite la lectura en it^{ar}.

El relato continúa vinculado con lo que antecede mediante la conjunción καὶ, *y*; que precede a πᾶν, caso acusativo neutro singular del adjetivo que expresa radicalmente *todo*, aquí como *a toda*; κτίσμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *criatura*; ὅ, caso acusativo neutro singular del pronombre relativo *lo que*, aquí traducido como *que*; ἐν, preposición que rige dativo, *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; οὐρανῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo *cielo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐπὶ, preposición de genitivo, *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del nombre *tierra*; καὶ, conjunción *y*; ὑποκάτω, preposición de genitivo *bajo*, equivalente al adverbio de lugar *debajo*, realmente es una locución preposicional para referirse a un lugar inferior; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tierra*; καὶ, *y*; ἐπὶ, preposición de genitivo, *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; θαλάσσης, caso genitivo femenino singular del sustantivo *mar*; καὶ, *y*; τὰ caso acusativo neutro plural del artículo determinado *lo*, debiendo entenderse como *las cosas que hay en*; ἐν, preposición de dativo, *en*; αὐτοῖς, caso dativo neutro plural del pronombre personal *ellos*; πάντα caso acusativo neutro plural del adjetivo que expresa radicalmente *todo*; ἤκουσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκούω, *oír*, aquí como *oí*; λέγοντας, caso acusativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *decir,* aquí como *que dicen*, traducido como *que decía,* o *diciendo,* para una mejor concordancia con el tiempo. La segunda cláusula comienza con τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *al*; καθημένῳ, caso dativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo κάθημαι, *sentar*, aquí como *sentado*; ἐπὶ, preposición

de dativo *sobre*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; θρονῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo *trono*; καὶ, *y*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *al*; ἀρνίῳ, caso dativo neutro singular del sustantivo *cordero*; sigue luego una cláusula con cuatro sustantivos separados por la conjunción καὶ, *y*; y precedidos de los correspondientes artículos determinados; ἡ, εὐλογία, caso nominativo femenino singular del sustantivo *alabanza*; τιμὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *honor*; δόξα, caso nominativo femenino singular del nombre común *gloria*; κράτος, caso nominativo neutro singular del sustantivo *dominio*; εἰς, preposición de acusativo *por*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; αἰῶνας, caso acusativo masculino plural del sustantivo *siglos*, *edades*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *de los*; αἰώνων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *siglos, edades.* La expresión es un hebraísmo que indica perpetuidad.

En una progresión de alabanza se une, a los ángeles, seres vivientes y ancianos, toda la creación. Todos los seres del universo, literalmente *todas las criaturas*, καὶ πᾶν κτίσμα ὃ ἐν τῷ οὐρανῷ καὶ ἐπὶ τῆς γῆς καὶ ὑποκάτω τῆς γῆς καὶ ἐπὶ τῆς θαλάσσης καὶ[1] τὰ ἐν αὐτοῖς πάντα ἤκουσα λέγοντας, literalmente *y a toda criatura en el cielo y sobre la tierra y debajo de la tierra, y sobre el mar y todo lo que en ellos*, se adhieren para alabar a Dios el Padre y al Cordero. Es interesante apreciar como la universalidad de lo creado, expresado aquí por las cuatro partes del universo, cielo, tierra, bajo tierra y mar, con todo lo que contienen, se rinden ante el Cordero en una expresión cósmica de reconocimiento. Se unen para glorificar tanto al padre como al Hijo. No quiere decir esto que todos los seres hayan sido redimidos y, por consiguiente, sean eternamente salvos. Esto implicaría que los muertos en condenación o los ángeles caídos, representados aquí por quienes están *debajo de la tierra*, habrían alcanzado las bendiciones de la salvación en Cristo. Lo que Juan esta expresando aquí, recogiendo la visión celestial, es la realidad del reconocimiento futuro que todos harán del Hijo de Dios. En ese momento, en el *"nombre de Jesús se doblará toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor, para la gloria de Dios Padre"* (Fil. 2:10, 11). Reconocimiento de quien es el Señor no implica necesariamente *acatamiento voluntario* o entrega incondicional propia de los salvos, es la inexcusable aceptación de una realidad absoluta: que Jesús es el Señor. Jesús es el nombre dado por Dios para su Hijo en carne humana, aun antes de ser concebido como hombre, y que nacería en Belén (Mt. 1:21; Lc. 1:31). Jesús significa *"Yahwe salva"*, es, por tanto, un nombre divino, ya que la salvación es de Dios (Sal. 3:8; Jon. 2:9). De Jesús se dice que *"Él salvará a su pueblo de sus pecados"* (Mt. 1:21). Con todo, el nombre Jesús fue considerado como el de alguien sin atractivo, esto es, un hombre sin importancia ni estimable (Is. 53:2). Cuando Jesús declaró su deidad fue amenazado de muerte por los hombres (Jn. 10:33). Fue el nombre de burla en la crucifixión (Mt. 27:37, 39). Sin embargo Jesús es

Dios bendito (Jn. 1:1; Ro. 9:5). Bajo la autoridad suprema de ese nombre se *"doblará toda rodilla"*, en sentido de reconocimiento universal de su deidad y, por tanto, de su señorío. Quienes se inclinaron burlescamente ante Jesús de Nazaret crucificado, habrán de hacerlo ante el mismo Jesús glorificado, reconociéndole como Dios. Es algo que ha sido profetizado ya en el Antiguo Testamento (Is. 45:23, 24). Jesús no es un hombre elevado a la divinidad o Dios rebajado, sino el infinito y eterno Dios hecho hombre (Jn. 1:14). La autoridad de ese nombre queda ya evidenciada en los milagros hechos usando su Nombre (Hch. 3:6; 9:34; 16:18). Todos los seres creados, en los tres grupos mencionados antes, los ángeles y arcángeles santos en los cielos; los millones de salvos en la presencia de Dios (Ef. 1:21; 3:10; 1 P. 3:22; Ap. 4:8-11; 5:8-12); los que están sobre la tierra, quienes vivan en el planeta (1 Co. 15:40); y los que estén debajo de la tierra, tanto los muertos sin salvación como los ángeles caídos (Mt. 16:18; Jud. 6), que no han querido reconocer la deidad de Jesús y doblar sus rodillas voluntariamente, tendrán que hacerlo en reconocimiento universal de su Deidad. En ese momento se producirá una confesión también universal de *toda lengua*, es decir, las lenguas que corresponden a *toda rodilla*. No sólo se trata de un acto de sumisión, sino de reconocimiento y proclamación. Confesar implica un reconocimiento convencido. El reconocimiento y confesión de Jesús como Salvador, trae como resultado en el tiempo presente la salvación de quienes creen en su corazón y confiesan con su boca que Jesús es el Señor (Ro. 10:9-10). No se trata aquí de una *segunda oportunidad* para los no salvos, ni mucho menos un universalismo salvífico. La confesión universal sobre Jesucristo no alterará la situación de quienes confiesen entonces. Esa confesión de todos los seres en el universo proclamará que Jesús de Nazaret, el Cordero inmolado, es el Señor. Equivale al reconocimiento universal de Jesús como Dios. *Señor* es la traducción griega del nombre inefable de Dios. Así lo declara el apóstol Pedro en su mensaje (Hch. 2:34). Ahora aun no se ve este reconocimiento del señorío y deidad de Jesucristo (He. 2:8), pero Juan ya la contempló en la revelación celestial. El acatamiento cósmico de Jesús como Señor supremo, culminará la exaltación del nombre recibido, en pleno sentido soteriológico y escatológico. La alabanza celestial tiene como objetivo supremo la exaltación de Dios (1 Co. 15:28). En la proclamación universal del señorío de Cristo, el Padre que le exaltó a lo sumo será glorificado (Jn. 13:31, 32; 14:13; 17:1).

La creación entera proclama la realidad de una obra realizada en la cual la salvación de muchos será la expresión eterna de la gracia y poder de Dios. Dios es alabado por cuanto la acción divina conduce a la restauración eterna del orden y de la paz en un universo, afectado por el problema del pecado. La adoración y la alabanza se tributan conjuntamente τῷ καθημένῳ ἐπὶ τῷ θρονῷ καὶ τῷ ἀρνίῳ, *al que está sobre en el trono y al Cordero*. A Éste, Juan contempla no sentado, sino en pie, dispuesto a actuar. La alabanza brota ante la

grandeza de la obra que está proyectada por quien está sentado en el trono y que será ejecutada por el Cordero. A ambos se tributa ἡ εὐλογία, *la alabanza*. Este sustantivo, considerado ya antes, tiene que ver con *decir bien*, lo que corresponde al reconocimiento por lo que Dios ha realizado en la redención y por lo que hará en el futuro. Además de la alabanza tributan también ἡ τιμὴ *la honra*, o tal vez mejor *el honor*. Palabra considerada en los versículos que anteceden. Es el honor que corresponde a quien es Rey sobre cielos y tierra, es la manifestación de toda la creación ante la gloria y majestad de Dios. A la alabanza y la honra se añade también ἡ δόξα, *la gloria*, expresión de reconocimiento por la redención operada sobre los hombres, que hizo descender al Cordero a las partes más bajas de la tierra, y al Padre a enviarlo con esa misión al mundo (Gá. 4:4). Además se le tributa del mismo modo τὸ κράτος, *el poder*, mejor *el dominio*, que como se dijo antes, expresa la soberanía que corresponde a Dios y con la que actúa. La soberanía que ejerce sobre todo en cualquier circunstancia, incluyendo la oposición a Su plan. Es el poder activo que permite a Dios llevar a cabo sus propósitos de forma absoluta y plena. La alabanza expresa el deseo de que todas las glorias de Dios se perpetúen, εἰς τοὺς αἰῶνας τῶν αἰώνων, *por los siglos de los siglos*. El deseo expresado en la adoración será la gloriosa realidad en el futuro perpetuo (Fil. 2:11).

14. Los cuatro seres vivientes decían: Amén; y los veinticuatro ancianos se postraron sobre sus rostros y adoraron al que vive por los siglos de los siglos.

καὶ τὰ τέσσαρα ζῷα ἔλεγον· ἀμήν. καὶ οἱ πρεσβύτεροι ἔπεσαν
y los cuatro seres vivientes decían: Amén. Y los ancianos cayeron y
καὶ προσεκύνησαν.
y adoraron.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual.

La última parte del texto *"al que vive por los siglos de los siglos"*, no está debidamente atestiguado, tan sólo aparece en S.

Juan concluye el relato de la visión de la adoración celestial vinculando con lo que antecede mediante el uso nuevamente de la conjunción καὶ, *y*; seguido de τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*; τέσσαρα, caso nominativo neutro plural del adjetivo numeral cardinal *cuatro*; ζῷα, caso nominativo neutro plural del sustantivo *seres vivientes*; ἔλεγον, tercera persona plural del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir, expresar*, aquí como *decían*. La segunda cláusula se inicia con ἀμὴν, transliteración de la palabra hebrea *verdad, certeza*, en este caso con sentido de *así sea*, en español para manifestar aquiescencia o vivo deseo de que tenga efecto lo que se dice; seguido de καὶ, conjunción *y*; οἱ, caso

nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; πρεσβύτεροι, caso nominativo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de *mayor de edad, anciano*; ἔπεσαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πίπτω, *caer, derrumbar, postrar*, aquí como *se postraron*, o *se prosternaron* aquí como *cayeron*; καὶ, conjunción *y*; προσεκύνησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo προσκυνέω, literalmente *arrodillarse, rendir homenaje, hacer reverencia*, es el verbo que se traduce continuamente por *adorar* en el Nuevo Testamento, aquí como *adoraron.*

Καὶ τὰ τέσσαρα ζῷα ἔλεγον· ἀμήν. El final de la escena de la adoración universal al que está sentado en el trono y al Cordero, se manifiesta en una reiterada acción de los cuatro seres vivientes, en un continuo *Amén*, voz que significa *así sea*. En cada expresión cósmica de alabanza y adoración a Dios, los seres vivientes expresan su identificación con ella mediante un amén de sintonía, que manifiesta su deseo de que todas las glorias de Dios se perpetúen por los siglos de los siglos, es decir, perpetuamente, en una adoración incesante. La adoración y el amén a ella se repetían una y otra vez, como expresa el modo verbal.

Καὶ οἱ πρεσβύτεροι ἔπεσαν καὶ προσεκύνησαν. Junto con el amén de los seres vivientes, los veinticuatro ancianos –aunque el número de ellos no aparece en el texto griego, se incorpora por el traductor- se postraban en un acto de expresión visible de adoración ante el que está sentado en el trono y ante el Cordero. Cada vez que se pronunciaba el Amén, por los seres vivientes, los ancianos adoraban. Lo hacían con el rostro postrado a tierra, en actitud de respetuoso reconocimiento del que sólo Dios es merecedor y digno.

La frase final *"al que vive por los siglos de los siglos"*, entró en el *Textus Receptus*, procedente de una traducción latina, como ha ocurrido en algunos otros lugares. Los ancianos que adoran lo hacen silenciosamente, tan sólo se postran delante del que está sentado en el trono y del Cordero. Es una adoración intensa, completa, plena, que no puede expresarse con palabras y que se hace en una manifestación de reconocimiento y entrega incondicional a Dios, en modo semejante a lo que el apóstol Pablo demanda en su carta a los Romanos (Ro. 12:1). La adoración se unifica aquí en un todo glorioso, ángeles, hombres y creación entera son una sola unidad en la alabanza y reconocimiento, tributados en gloriosa pleitesía, tanto al Padre como al Hijo. No hay mente humana, salvo por revelación divina, que pueda expresar una visión tan sobrenatural, absolutamente al margen de cualquier manifestación literaria normal o incluso excepcional.

Los dos capítulos que sirven como elementos preparatorios para cuanto viene luego, describen de forma sublime la gloria y adoración que Dios merece

continuamente y que se le tributa por ángeles y hombres. Toda la creación glorifica a Dios. Su voluntad es ejecutada y acatada en todo el universo. Su programa para el final de la historia de la humanidad, se llevará a cabo conforme a su propósito soberano. Cada uno de los creyentes estamos llamados también a una adoración semejante y continua. El cristiano ha sido buscado y puesto por Dios como adorador, cuya adoración debe llevar a cabo en espíritu y en verdad (Jn. 4:24). La adoración y reconocimiento de gratitud, expresado en alabanza, se motiva cuando la obra redentora, la Cruz de Cristo, es una realidad en la vida cristiana. Sólo así, ante ella, las glorias personales declinan para dejar brillar en todo su esplendor, la admirable dimensión de la gracia de Dios. De ese modo escribía el apóstol Pablo: *"Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo"* (Gá. 6:14). Cuando el amor de Cristo y su gloriosa obra redentora impacta al alma cristiana, se produce la entrega incondicional, sin reservas a Dios, que es una manifestación de adoración y entrega (Ro. 12:1). Sólo cuando la dimensión del amor redentor es una realidad en la vida cristiana hay compromiso de entrega, como también dice el apóstol: *"Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos"* (2 Co. 5:14-15). La gloriosa dimensión de Aquel que está sentado en el trono y del Cordero, conduce también al creyente a una vivencia de seguridad plena, porque la vida está en la mano del Creador y sustentador, quien además es el Salvador. Ningún resumen mejor para una aplicación personal, que trasladar aquí las palabras del apóstol Pablo: *"¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro"* (Ro. 8:31-39).

CAPÍTULO VI

LOS SEIS PRIMEROS SELLOS

Introducción.

La tercera división del Apocalipsis tiene que ver, como ya se dijo antes, con la consumación del Plan de Dios. El Soberano ha determinado intervenir en la historia humana conduciéndola hacia el cumplimiento de su propósito. Es algo que ya lo anunció proféticamente mucho antes del nacimiento de Jesucristo, nuestro Señor: *"He aquí el día de Jehová viene, terrible, y de indignación y ardor de ira, para convertir la tierra en soledad, y raer de ella a sus pecadores. Por lo cual las estrellas de los cielos y sus luceros no darán su luz; y el sol se oscurecerá al nacer, y la luna no dará su resplandor. Y castigaré al mundo por su maldad, y a los impíos por su iniquidad; y haré que cese la arrogancia de los soberbios, y abatiré la altivez de los fuertes"* (Is. 13:9-11). La acción divinamente anunciada se concreta en relación con la forma de llevarse a cabo en lo que sigue del libro del Apocalipsis. El juicio divino sobre la tierra y sus moradores será también el camino preparatorio para el regreso de Cristo y la instauración del reino de Dios en forma literal sobre la tierra. Este regreso, conforme a la profecía y al mensaje escatológico de Jesucristo, será un tiempo de gran tribulación (Mt. 24:21-29) en el que Dios mismo intervendrá preparando el mundo para el retorno del Señor Jesús y el establecimiento de su reino en una manifestación concreta y futura del mismo. Los acontecimientos más relevantes de la historia venidera de la humanidad, en este sentido, comprenden un período breve de tiempo, que en la profecía de Daniel se determina como la última semana de las setenta anunciadas (Dn. 9:24). De todas ellas, sesenta y nueve ya se cumplieron. Quiere decir que el tiempo de la tribulación, que el Apocalipsis desarrolla a partir del capítulo 6, es de sólo siete años. Ese período de la historia humana se caracteriza por un tiempo de aflicción para todo el mundo, pero especialmente para Israel. Isaías lo describe así: *"¡Ah, cuan grande es aquel día! Tanto, que no hay otro semejante a él; tiempo de angustia para Jacob; pero de ella será librado"* (Jer. 30:7). Las otras naciones sufrirán la acción judicial de Dios, que derramará su ira para probar a los que moran en la tierra (Ap. 3:10; 6:12-17; Zac. 14:3). El Apocalipsis describe en los capítulos que van desde el 6 al 19 los acontecimientos de ese tiempo y su alcance. El propósito de la tribulación es la preparación del mundo para la venida del Rey de reyes y Señor de señores. Las naciones han permanecido rebeldes a Dios a lo largo de toda la historia humana. En ese tiempo se incrementará esa rebeldía, de modo que la intervención de Dios se manifestará como la consecuencia justa a la iniquidad del hombre. Todo el mundo se verá afectado por los juicios de Dios, cuya acción tiene que ver con todos los que moran sobre la tierra (Ap. 3:10). Luego del cumplimiento del

tiempo de la última semana profetizada por Daniel, Dios cumplirá las promesas en relación con Israel a causa de los pactos establecidos (Dn. 9:24). Aunque ese pueblo tendrá que sufrir intensamente durante el tiempo de la tribulación, Dios salvará al remanente en el que se cumplirán las promesas hechas a sus padres. Durante el período de la tribulación, Satanás hará el último intento para establecer su reino y dominio sobre este mundo, delegando su poder en un hombre llamado en la Escritura el Anticristo. En toda la revelación del Apocalipsis sobre ese tiempo no aparece la Iglesia, que habrá sido librada de la ira venidera mediante el traslado a la presencia de Dios (Ro. 5:9; 1 Ts. 4:16-18). Juan describe el período del juicio de Dios sobre el mundo mediante elementos simbólicos que representan acciones y períodos de tiempo. Primeramente los juicios que quedan representados en la apertura de los sellos que mantenían cerrado el libro que contiene escrito el propósito judicial de Dios sobre el mundo. Luego, en el tiempo del séptimo sello, se manifiestan los juicios divinos por medio de siete trompetas. En la séptima se abre otro período intensificado de juicio, expresado por medio de siete copas. El juicio divino no es tanto lineal, es decir, al finalizar totalmente los sellos siguen las trompetas y al concluir estas se producen las copas, sino que en el tiempo final de cada uno de los períodos de juicio descritos, se suman los siguientes hasta llegar a la culminación absoluta y final.

El bosquejo analítico para el capítulo se establece de este modo:

1. El comienzo del juicio: Los sellos (6:1-17).
    1.1. El primer sello (6:1-2).
    1.2. El segundo sello (6:3-4).
    1.3. El tercer sello (6:5-6).
    1.4. El cuarto sello (6:7-8).
    1.5. El quinto sello (6:9-11).
    1.6. El sexto sello (6:12-17).

Comienzo del juicio: Los sellos (6:1-17)

El primer sello (6:1-2).

1. Vi cuando el Cordero abrió uno de los sellos, y oí a uno de los cuatro seres vivientes decir como con voz de trueno: Ven y mira.

Καὶ εἶδον ὅτε ἤνοιξεν τὸ ἀρνίον μίαν ἐκ τῶν ἑπτὰ σφραγίδων, καὶ
Y vi cuando abrió el Cordero uno de los siete sellos y
ἤκουσα ἑνὸς ἐκ τῶν τεσσάρων ζῴων λέγοντος ὡς φωνὴ βροντῆς·
oí a uno de los cuatro seres vivientes que decía con voz de trueno.
ἔρχου[1].
Ven.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] *Ven,* ἔρχου, atestiguada en los mejores mss A, C, P, 1, 94, 1006, 1611, 1854, 2020, 2053, 2053, 2073, 2081, 2432, vg[ww], cop[sa, bo], Victorinus-Pettau, Primasius, Andrés[, bav], Aretas.

ἔρχου καὶ ἴδε, *ven y mira*, atestiguado en א, 046, 1828, 1859, 2042, 2138, 3244, it[c, dem, div, gig, haf, z], vg[cl], syr[ph, h], eth, Primasius, Andrés[c, p].

ἔρχου καὶ βλὲπε, *ven y mira*, en sentido de mandato, ya que el verbo mirar está en imperativo, atestiguada en 296, 2049.

ὅτι ἔρχομαι, *que venga*, aparece en arm. Por los testimonios escritos la lectura más consecuente es la que se traslada en este texto.

La nueva descripción de la revelación es introducida por Juan con la habitual καὶ, conjunción copulativa *y*; seguido de εἶδον, primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, *ver, mirar*, aquí como *vi*; ὅτε, conjunción temporal *cuando*, con sentido de *en el tiempo, en el punto, en la ocasión en que*; ἤνοιξεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀνοίγω, *abrir*, aquí como *abrió*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*, en castellano masculino, *el*; ἀρνίον, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *cordero*; μίαν, caso acusativo femenino singular del adjetivo numeral cardinal, *uno*; ἐκ, conjunción de genitivo*, de*; τῶν, caso genitivo femenino plural del artículo determinado *las*, en español masculino *los*; ἑπτὰ, caso genitivo femenino plural del adjetivo cardinal *siete*; σφραγίδων, caso genitivo femenino plural del sustantivo *sello*, masculino en español; καὶ, conjunción *y*; ἤκουσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκόυω, *oír*, aquí como *oí*; ἑνὸς, caso genitivo neutro singular del adjetivo cardinal *a uno*; ἐκ, preposición de genitivo, *de*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*; τεσσάρων, caso genitivo neutro plural del adjetivo numeral cardinal, *cuatro*; ζῴων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *seres vivientes*; λέγοντος, caso genitivo neutro singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir,* aquí como *que decía*; ὡς, conjunción usada como adverbio de modo en sentido comparativo, *como, con*; φωνὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *voz*; βροντῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *trueno*. La cláusula final se expresa mediante una voz autoritativa, ἔρχου, segunda persona singular del presente de imperativo en voz media del verbo ἔρχομαι, *venir, llegar,* aquí como *ven.*

Καὶ εἶδον ὅτε ἤνοιξεν τὸ ἀρνίον μίαν ἐκ τῶν ἑπτὰ σφραγίδων. Una nueva visión es transcrita por Juan al afirmar que veía algo distinto a lo que le había sido revelado antes. Luego de la alabanza y adoración celestiales, el Cordero se dispone para iniciar el proceso de la apertura de los sellos que impedían la lectura y, por tanto, la ejecución de lo que Dios había establecido y

que estaba escrito en el rollo sustentado en la mano del que estaba sentado en el trono (5:1). El único digno para abrir los sellos que mantenían cerrado el libro era el Cordero, que lo tomó de la mano que lo sostenía y se dispone a abrirlo. Juan ve ahora como se produce la apertura del primero de los siete sellos. Esa apertura traerá una consecuencia que se detallará luego. El Cristo glorificado va a tomar en su mano la ejecución de aquello que Dios había reservado para el tiempo final del período de la historia humana actual. Esta visión ocurre o tiene que ver con acciones en el cielo, aunque el resultado de cada una de ellas tiene consecuencias en la tierra. El cordero ἤνοιξεν, *abrió*, μίαν ἐκ τῶν ἑπτὰ σφραγίδων, *uno de los siete sellos*. El modo verbal en el griego expresa una acción totalmente efectuada. El adjetivo numeral cardinal referido al sello, *uno*, puede tomarse también en sentido ordinal, porque aunque abrió uno de los sellos es también el primero de los siete.

Καὶ ἤκουσα ἑνὸς ἐκ τῶν τεσσάρων ζῴων λέγοντος. Aunque Jesucristo es el que abre el sello, la acción correspondiente a dicho sello se establece mediante la voz de *uno* de los cuatro seres vivientes. Estos son los ángeles especiales, de los que se ha considerado antes, que rodean el trono de Dios y están dispuestos a servicios especiales que Dios les establezca. Pudiera tratarse del primero en orden o de uno indistintamente de los cuatro que se presentan en la visión de Juan. En este caso es preferible entender que se trata del *primero* de los cuatro seres vivientes. Se ha dicho antes que el aspecto de este primer ser viviente es como de un león (4:7).

Su voz es potente, como corresponde también a su grandeza, pero, especialmente esa grandeza está aplicada para establecer un mandato de modo que sea perfectamente audible y se ejecute conforme a lo establecido por Dios. La potencia de la voz de este primer ser viviente se compara a la explosión sónica producida por un trueno: ὡς φωνὴ βροντῆς, *con voz de trueno*. Esa voz potente es símbolo de firmeza y autoridad. Actúa en cumplimiento de la misión que le ha sido encomendada por Dios mismo y que corresponde a lo establecido para la primera manifestación del juicio determinado sobre el mundo. El ser viviente no tiene autoridad en sí mismo, pero su voz es autoritativa por cuanto actúa en poder delegado por quien tiene todo el poder en su palabra al ser el Creador.

El primer ser viviente expresa con poder y autoridad un mandamiento establecido en un simple pero absoluto ἔρχου, *ven*. El verbo está en presente de imperativo, por tanto es un mandato que no puede ser desatendido porque procede de Dios mismo. ¿A quien se dirige el ser viviente? La lectura de algún mss no debidamente seguro da la impresión de dirigirse a Juan, al leer: *"Ven y mira"*. Con toda seguridad se trata de una interpolación consecuente de la acción de Juan descrita en el versículo siguiente, por eso algún copista

entendiendo que era una orden a Juan para ir y ver la ruptura del sello, agregaron la palabra *mira*. Aunque Juan ve la visión la voz no se dirige a él.

2. Y miré, y he aquí un caballo blanco; y el que lo montaba tenía un arco; y le fue dada una corona, y salió venciendo, y para vencer.

καὶ εἶδον[1], καὶ ἰδοὺ ἵππος λευκός, καὶ ὁ καθήμενος ἐπ᾽ αὐτὸν ἔχων
Y miré, y he aquí un caballo blanco y el sentado sobre él tenía
τόξον καὶ ἐδόθη αὐτῷ στέφανος καὶ ἐξῆλθεν νικῶν καὶ ἵνα νικήσῃ.
arco y fue dada le corona y salió venciendo y para que venza

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] καὶ εἶδον, *y miré*, está atestiguada en א, P, 1, 94, 1006, 1611, 2053, 2065, 2073, 2081, 2344, 2432, it[c, gig, haf], vf, syr[h], cop[bo], arm, Andrés[a, p].

εἶδον, *miré*, aparece en cop[sa]. Otra variante tiene καὶ ἤκουσα καὶ εἶδον, *y oí y vi*, atestiguada en syr[ph.] Se omite plenamente en 046, 1828, 1854, 1859, 2020, 2042, 2138, it[dem, div, z], Victorinus-Pettau, Ticonius, Primasius, Andrés[c], Ps-Ambrosio, Beatus, Haymo, Aretas.

En base a la seguridad de los manuscritos se adopta la primera lectura.

Sigue el relato de la apertura del primer sello con la conjunción καὶ, *y*; seguida de εἶδον, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, *mirar, ver*, aquí como *miré*; καὶ, *y*; seguido de una advertencia enfática con ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia, *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; ἵππος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *caballo*, que puede añadirse antepuesto el artículo implícito *un*; λευκός, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de lo que es *blanco*; καὶ, conjunción *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; καθήμενος, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo κάθημαι, *sentar*, aquí como *sentado*; sigue luego la preposición de acusativo ἐπί, con el grafismo ἐπ', forma que adopta por elisión de la ι final ante vocal o diptongo sin aspiración, que equivale a *por, sobre*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *él*; ἔχων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tenía*; τόξον, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *arco*, pudiendo complementarse con el artículo indeterminado, implícito, precedente, *un*; καὶ, conjunción *y*; ἐδόθη, tercera persona singular del aoristo

primero de indicativo en voz pasiva del verbo δίδωμι, *dar, entregar,* aquí como *fue dada*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *le*; στέφανος, caso dativo masculino singular del sustantivo *corona*, femenino en español, que se refiere a una laureada de victoria; καὶ, conjunción *y*; ἐξῆλθεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἐξέρχομαι, *salir,* aquí como *salió*; νικῶν, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo νίκαω, *vencer*, aquí como *venciendo*; καὶ, conjunción *y*; ἵνα, conjunción final *a fin de que, para que*; νικήσῃ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo νικάω, *vencer*, aquí como *venza.*

Καὶ εἶδον, καὶ ἰδοὺ ἵππος λευκός. Juan sigue con el relato de la visión, manifestando su interés por lo que ocurría, de modo que al oír la voz del primer ser viviente, levantó su mirada y prestó atención a lo que se estaba produciendo. Ante los ojos del apóstol aparece un caballo, que acude a la voz autoritativa del ser viviente que lo conmina a presentarse con un fuerte: *"¡Ven!"*. El caballo en la Biblia es símbolo de fuerza, poder, conquista y aún de guerra de ahí que el proverbio diga que *"el caballo se alista para el día de la batalla"* (Pr. 21:31); Dios hizo notar a Job la fortaleza del caballo (Job 39:19-25); también se utiliza su figura para referirse a velocidad (Is. 30:16); así como para expresar confianza en el poder personal (Is. 31:1). En el Apocalipsis aparecerá el caballo varias veces (9:7; 14:20; 19:11). Junto con el simbolismo del caballo está también el color, en este caso blanco. El blanco es figura de pureza y santidad, pero también de majestuosidad, de ahí que los grandes conquistadores o los emperadores solían utilizar un caballo blanco para sus solemnidades, aunque en el imperio romano en una procesión triunfal solía usarse un carro tirado por cuatro caballos blancos.

Καὶ ὁ καθήμενος ἐπ᾽ αὐτὸν ἔχων τόξον. Junto al caballo Juan se detiene en observar el jinete, viendo a un hombre con un arco. ¿A quien simboliza? Los intérpretes se sitúan en diversas posiciones. Para unos se trata de Cristo, ya que aparece más adelante montando un caballo blanco (19:11). Sin embargo una representación victoriosa de la venida de Cristo en este punto del libro está fuera de lugar por el contexto inmediato. Por otro lado no es posible entender que Cristo actúe en base a la palabra de autoridad de uno de los seres vivientes. Otra línea interpretativa trata de reconciliar el color blanco como algo vinculado con Cristo y relacionado con la santidad como escribe el Dr. Ladd:

"El color blanco puede ser tomando, sin embargo, como clave de la identidad del primer jinete, porque en el Apocalipsis, el blanco es siempre un símbolo de Cristo o de algo asociado con Cristo, o de victoria espiritual. De ese modo, el Cristo exaltado tiene cabello blanco como lana (1:14); los fieles recibirán una piedrecita blanca con su nombre escrito en ella (2:17); usarán vestiduras blancas (3:4, 5, 18); los veinticuatro ancianos están vestidos de

blanco (4:4); los mártires reciben ropas blancas (6:11) como también la gran multitud incontable (7:9, 13); el Hijo del Hombre es visto en una nube blanca (14:14); vuelve sobre un caballo blanco acompañado por los ejércitos celestiales que están vestidos de blanco y cabalgan sobre caballos blancos (20:11). En vista de esta extensa evidencia, podemos buscar alguna interpretación del caballo blanco que lo conecte con algo asociado con Cristo y la vida espiritual. Esto es apoyado además por el hecho de que, a diferencia de los sellos segundo y cuarto, el primero no tiene ayes relacionados con él"[1].

Una segunda argumentación en la línea interpretativa del texto tiene que ver con la relación que se hace de los primeros versículos del pasaje profético del Monte de los Olivos, entendiendo que la primera parte del discurso (Mt. 24:4-8) corresponde a un preludio anterior a la tribulación, ya que se le llama *"principio de dolores"*. Así trata este tema el Dr. Ladd:

"Otra clave para el significado de los sellos puede encontrarse fuera del Apocalipsis. Muchos comentaristas han señalado que hay una similitud entre la estructura de los siete sellos y el discurso del Monte de los Olivos en Marcos 13 y Mateo 24. Marcos 13:5-13 describe lo que es llamado 'principio de dolores' o mejor 'principio de ayes'. El reino de Dios no será establecido de repente, pero el futuro será un período de guerras y rumores de guerras, conflictos, terremotos y persecuciones, aun al extremo de la muerte. Mateo agrega que también habrá hambres (Mt. 24:7). Estos males preliminares, que caracterizan el 'principio de ayes' serán seguidos por un breve tiempo de gran tribulación (Mr. 13:19) tal como el mundo nunca ha visto, cuando la 'abominación desoladora' –el Anticristo- afligirá terriblemente al pueblo de Dios. Después de esto, acontecerá la venida de Cristo y la reunión de los santos en el reino de Dios"[2].

Siguiendo esta línea de pensamiento deben llegar a una conclusión en algo relacionado con Cristo, pero que no sea Cristo mismo, razonando de este modo:

"La misma estructura básica de pensamiento aparece en el discurso de los Olivos y en el Apocalipsis: un tiempo de tribulaciones preliminares marcados por males en la sociedad humana y en la naturaleza (los siete sellos), seguidos por un corto pero terrible tiempo de gran tribulación (las siete trompetas y las copias y la bestia). Sin embargo, en el período malo preliminar hay una nota positiva, algo diferente señalado por Marcos y Mateo: 'Y es necesario que el evangelio sea predicado antes a todas las naciones' (Mr.

[1] George Eldon Ladd. o.c., pág. 87.
[2] George Eldon Ladd. o.c., pág. 88.

13:10); 'y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones' (Mt. 24:14). El desarrollo de los acontecimientos no será el de un mal sin alivio en que el pueblo de Dios será entregado desvalido y pasivamente en las manos de los poderes hostiles. Si bien el reino de Dios no será establecido hasta el retorno del Hijo del Hombre, la época será de tensión: tensión entre los males que caracterizan la historia y afligen particularmente a los seguidores de Jesús y la activa y agresiva proclamación del evangelio del reino por parte de los mismos discípulos.

Esta verdad es bien descrita por Juan en la visión del caballo blanco. El jinete no es Cristo mismo pero simboliza la proclamación del evangelio de Cristo en todo el mundo. Los detalles con los que es descrito el primer jinete no debilitan esta conclusión. Un arco es usado a menudo en la Escritura como símbolo de victorias divinas. 'Tú desnudas tu arco, sacias tu cuerda de saetas… Con furia atraviesas la tierra, con cólera pisoteas las naciones. Tú sales a salvar a tu pueblo, a salvar a tu ungido' (Hab. 3:9, 12, 13, BJ; véase también Is. 41:2; 49:2, 3; Zac. 9:13; Sal. 45:4, 5). La corona es un símbolo cuyo significado es expresado en las palabras 'salió venciendo y para vencer'. Esto no quiere decir una conquista total, más bien significa que la proclamación del evangelio obtendrá victorias. Será predicado eficazmente en todo el mundo y, a pesar de un ambiente malo y hostil, caracterizado por el odio humano, la lucha y la oposición, el evangelio se abrirá paso victoriosamente en todo el mundo"[3].

Un problema de exégesis a resolver vinculado plenamente con la interpretación de este capítulo del Apocalipsis está relacionado con la definición relativa al comienzo del sermón profético de Cristo en el Monte de los Olivos. A parte de otras posiciones teológicas, especialmente las interpretaciones preteristas, quienes se identifican con la posición escatológica del mensaje se dividen también. Hay algunos que sustentan que la primera parte del mensaje de Jesús, recogido especialmente por Mateo es parcialmente para la Iglesia y para un tiempo posterior a ella, en lo que se llama la tribulación o la gran tribulación. Para algunos, como es el caso de L. S. Chafer, los versículos 4 al 8 deben entenderse como aplicados al preludio de tiempo que antecede a la tribulación en sí misma, es decir, a los siete años de la última semana de Daniel. Sin embargo, ¿a qué pueblo se dirigen las palabras? Según Chafer, se trata de un tiempo de *"angustia para Jacob"*, que debe preceder al de la tribulación. La cuestión es determinar, a la luz de la Escritura, si la Iglesia está presente en ese tiempo o no, asunto dificultoso de establecer en una correcta exégesis bíblica. De este modo se expresa Chafer:

"El Discurso del Olivete, pronunciado por Cristo en el Monte de los Olivos sólo unos pocos días antes de Su muerte, concierne primordialmente a

---

[3] Geroge Eldon Ladd. o.c., pág. 88.

Israel y asume el estilo de un mensaje de despedida a esta nación. Como el Sermón del Monte, también este discurso aparece parcialmente relatado en Marcos y Lucas, mientras que está extensamente registrado en Mateo. Los temas dominantes de este discurso son la gran tribulación y las advertencias hechas a Israel a tal respecto (Mt. 24:9-28); la gloriosa aparición del Mesías con relación a Israel (24:29-25:30), incluyendo las exhortaciones a velar (24:36-25:13), los juicios sobre Israel (24:25-25:30), y los juicios sobre las naciones a causa del trato dado por ellas a Israel (25:31-46). En este discurso no se hace referencia alguna a la Iglesia, a sus comienzos, el decurso de su existencia, sus ministerios, su marcha de este mundo o cosmos ni a la salvación por pura gracia o a la seguridad de los así salvos (comp. 24:50-51; 25:30). Tampoco se hace referencia a la Persona ni a la obra del Espíritu Santo"[4]

Se aprecia que los primeros ocho versículos están excluidos, según este autor, del discurso relativo a la tribulación para Israel. Más adelante escribe:

"Antes de entrar a contestar la pregunta con respecto a la señal del fin del siglo, Cristo ofrece un comentario general sobre el tiempo que intermedia antes que la era judía llegue a su fin definitivo. En este punto era necesario que los discípulos y todos los demás pusieran especial atención a las palabras de Cristo, a fin de evitar el surgimiento de engaños. A pesar de los falsos cristos y de las muchas guerras, los santos instruidos en la Palabra de Dios no pueden engañarse. Estos eventos –falsos cristos, guerras, hambres, pestilencias y terremotos- no constituyen una señal del fin de la era judía. Este es el significado de las palabras de Cristo: "pero aún no es el fin", o más literalmente, "no es todavía el fin". Las naciones se levantan contra las naciones, y los reinos contra los reinos. Como siempre, después de eso surgen las hambres y las pestilencias. Ninguna de estas constituye nunca una señal del fin de la era judía, aunque pueden tener, y realmente tienen significado con respecto a esta era en que ocurren. Son características de la edad imprevista, intercalar. Las características de esta era las llama Cristo "principio de dolores". La palabra dolores se puede traducir angustias, que es un mejor significado, y se refiere a las angustias del parto o la desesperación. Estas condiciones, entonces, son las que corresponden a esta era, y, aunque pueden crecer en intensidad, son los dolores preliminares del parto, y deben distinguirse de los atroces dolores del verdadero momento de dar a luz. El dolor del acto del alumbramiento es el que se refiere a la verdadera tribulación, y las características que apresuran esta era son el principio de dolores. La verdad importante que revela Cristo es que "el principio de dolores" no es el dolor en su plenitud, el cual corresponde a la experiencia de

[4] L. S. Chafer. o.c., Vol. I. pág. 835.

Israel y a su antigua era, en la cual aparece la abominación desoladora o el desolador”

Y añade luego al comentar Mt. 24:9-28:

“Esta extensa porción de la Escritura presenta el propio mensaje de Cristo a Israel con respecto a la Gran Tribulación. Así como el versículo 8, con su referencia a los dolores, termina su breve cuadro de esta presente edad intermedia, el versículo 9 comienza con la palabra entonces, que marca el tiempo de la agonía y de la angustia del alumbramiento. Este adverbio de tiempo ocurre varias veces a través del contexto y sirve para fijar el tiempo de cumplimiento de todo lo que está predicho para que suceda dentro de los límites de esta tribulación sin precedentes que habrá sobre la tierra. Es el mismo tiempo al cual se refiere el versículo 21: “Porque habrá entonces gran tribulación”. Vemos que a este contexto le sigue otra expresión de tiempo en el versículo 29: “E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días”. Así se determinan los límites de este contexto. El estudiante debe tener en mente la verdad de que la tribulación se describe en varios pasajes de ambos Testamentos. Se pueden descubrir tres distintos propósitos divinos en este tiempo de tribulación. Los pasajes a los cuales nos vamos a referir son de gran importancia, pero no podemos copiarlos por entero. Primeramente, es el tiempo de “angustia para Jacob”. Habrá juicios especiales y finales que caerán sobre el pueblo escogido, los cuales han sido predichos hace mucho tiempo, y con los cuales terminarán las prolongadas aflicciones de este pueblo (Jer. 25:29-38; 30:4-7; Ez. 30:3; Dn. 12:1; Am. 5:18-20; Abd. 1:15-21; Sof. 1:7-18; Zac. 12:1-14; 14:1-3; Mal. 4:1-4; Mt. 24:9-31; Ap. 7:13, 14). En segundo lugar este período será un tiempo cuando el juicio caerá sobre las naciones gentiles y sobre los pecadores de toda la tierra (Job. 21:30; Sal. 2:5; Is. 2:10-22; 13:9-16; 24:21-23; 26:20, 21; 34:1-9; 63:1-6; 66:15-24; Jer. 25:29-38; Ez. 30:3; Jl. 3:9-21; Zac. 12:1-14; Mt. 25:31-46; 2 Ts. 2:3-12; Ap. 3:10; 11:1-18, 24). En tercer lugar, este tiempo también se caracteriza por la aparición y el dominio del hombre de pecado cuya obra, y el tiempo en el cual aparece, no pueden comenzar hasta que sea removido “lo que detiene” (2 Ts. 2:6-10). Este tiempo terminará con el regreso de Cristo, que es su venida con “poder y gran gloria” (2 Ts. 2:8). Este hombre de pecado que dominará al mundo es la manifestación de los últimos esfuerzos de Satanás, según la presente libertad que tiene de oponerse a Dios y de intentar su propia exaltación sobre el Altísimo. Lo que Dios se ha complacido en revelarnos con respecto a este tiempo de tribulación está comprendido en estas y en otras Escrituras similares, y debe estudiarse con suma atención”[5]

---

[5] L. S. Chafer. o.c., pág. 570 ss.

Se aprecia, pues, una diferenciación clara entre los primeros ocho versículos del pasaje y el resto del texto bíblico. No cabe duda que, a la luz de la profecía bíblica, habrá un incremento en la intensidad de los juicios divinos sobre el mundo a medida que transcurre el tiempo de los últimos siete años anteriores a la segunda venida de Jesucristo, pero resulta difícil establecer una variante de tribulación previa relacionada con Jacob y la restante aflicción sobre todo el mundo.

Otros difieren parcialmente de esta interpretación, como es el caso de Sofield que afirma:

"Mateo 24 y Lucas 21:20-24 contestan la triple pregunta. El orden es como sigue: "¿Cuándo serán estas cosas?" Es decir la destrucción del templo y la ciudad. Respuesta: Lc. 21:20-24. Segunda y tercera preguntas: "¿Qué señal habrá de tu venida y del fin del siglo?" Respuesta: Mt. 24:4-33. Los versículos 4-14 tienen una doble interpretación. En ellos se revela (1) El carácter de la época: guerras, conflictos internacionales, hambres, pestilencias, persecuciones y falsos cristos (comp. Dn. 9:26)- Esta no es la descripción de un mundo convertido a Cristo. (2) La misma respuesta (vv. 4-14) se aplica de una manera específica al fin de la edad, esto es, la semana setenta de Daniel (Dn. 9:24-27). Todo lo que ha caracterizado a la edad se reúne y alcanza un espantoso clímax cuando el fin viene. El v. 14 se refiere a la proclamación, por el remanente fiel de los judíos, de las buenas nuevas de que el reino "se ha acercado" de nuevo (Is. 1:9; Ap. 14:6, 7; Ro. 11:5). El v. 15 trata de la señal de la abominación (Dn. 9:27): el "hombre de pecado" o "la Bestia" (2 Ts. 2:3-8; Dn. 9:27; 12:11; Ap. 13:4-7).

Esto introduce la gran tribulación (Sal. 2:5; Ap. 7:14), la cual sigue su terrible curso de tres años y medio, y culmina en la batalla mencionada en Ap. 19:12-21, cuando Cristo se manifiesta como la Piedra destructora, según la predicción del profeta (Dn. 2:34). Los detalles de este período (vv. 15-28) son como sigue: (1) La abominación en el Lugar Santo (v. 15); (2) la advertencia (vv.16-20) a los judíos creyentes que estarán viviendo en aquel entonces en Jerusalén; (3) la gran tribulación y la advertencia reiterada en cuanto a los falsos cristos (vv. 21-26); (4) la repentina destrucción del poder mundial de los gentiles (vv. 27, 28); (5) la gloriosa manifestación del Señor, visible a todas las naciones y la reunión de Israel de todas partes del mundo (vv. 29-31); (6) la señal de la higuera (vv. 32, 33); (7) advertencias aplicables a la presente edad, en la que estos acontecimientos son siempre inminentes (vv. 34-51; Fil. 4:5)"[6]

Estos dos ejemplos demandan que se establezca bíblicamente el período de tiempo a que se debe concretar el discurso del Olivete en el sentido de

---

[6] C. I. Scofield. Biblia Anotada.

determinar si se trata de algo que corresponda parcial o totalmente al período de la tribulación. Dependerá esta posición de lo que se entienda en relación con el Apocalipsis; una posición preterísta entenderá todo como cumplido, mientras que la posición futurista, no importa cual sea, tanto dispensacional como del pacto, entenderán como algo a cumplirse en el futuro. No es lugar aquí para entrar a dilucidar cual de las dos posiciones tiene una mayor identificación con el contexto general de la Escritura, baste con considerar el Apocalipsis como una revelación profética absoluta a partir del capítulo cinco. Si se puede establecer un paralelismo entre los primeros versículos del capítulo 24 de Mateo y los primeros capítulos del Apocalipsis, será suficiente como elemento bíblico para determinar una interpretación totalmente futura o parcialmente futura. Será necesario aquí establecer una sencilla comparación entre ambos textos que permita establecer una posición bíblica interpretativa consonante con el contexto general de la Escritura. Las razones fundamentales para sostener la interpretación futurista plena del pasaje se establecen fácilmente mediante el siguiente cuadro comparativo:

Acontecimiento	**Mt. 24.**	**Ap. 6**
1. Falso Cristo.	v. 5	v. 2.
2. Guerra.	vv. 6-7a.	vv. 3-4.
3. Hambre.	v. 7b.	vv. 5-6.
4. Muerte.	v. 7b.	vv. 7-8.
5. Muerte de los santos.	v. 9.	vv. 9-11.

Resulta evidente que, si el Apocalipsis se interpreta como manifestación de acontecimientos futuros, las palabras proféticas de Jesús, recogidas por Mateo en el capítulo 24, concuerdan con el desarrollo de los acontecimientos referidos en el capítulo 6 del Apocalipsis. Por tanto la línea interpretativa a seguir en este comentario, conforme a la evidencia bíblica será también futurista, es decir, los acontecimientos a los que el Señor se refiere en el discurso del Olivete, son todos relativos a un tiempo posterior a la Iglesia y corresponden al período anterior a la segunda venida del Hijo de Dios.

Retornando a establecer la identidad del jinete, debe abandonarse la idea de que se trate de Cristo mismo por varias razones: a) el jinete recibe órdenes del primer ser viviente, lo que es improcedente tratándose del Soberano de toda la creación incluidos los ángeles, aún los más excelsos; b) recibe una corona, mientras que Cristo posee muchas coronas y diademas propias de su dignidad (19:12); c) el contexto histórico del mismo libro no permite identificarlo aquí con el tiempo de la venida victoriosa de Jesucristo, que se detallará más adelante (19:11). De igual manera no debe referirse al evangelio, por cuanto será predicado en todo el mundo durante la tribulación (Mt. 24:14). Además, no

se aprecia correspondencia entre el jinete y el evangelio de la gracia, porque está íntimamente relacionado con los siguientes jinetes que están vinculados con juicio y muerte. Por otro lado, ya se ha demostrado que el capítulo 24 de Mateo, en el que se basa la identidad del jinete con el evangelio, corresponde en su totalidad al tiempo de la tribulación y no al inmediatamente anterior.

El color blanco es símbolo de una paz fingida, de modo que la posición más concordante con la Escritura es que se esté refiriendo a un falso Cristo o un falso Mesías. El Señor vinculó el tiempo del comienzo de la tribulación con la presencia engañosa de falsos cristos (Mt. 24:5). El tiempo del primer sello, marca el inicio del tiempo de la tribulación y concuerda con el comienzo de la última semana de Daniel, que se iniciará con la firma de un pacto entre el Anticristo y el Israel apóstata (Dn. 9:27). A este tiempo primero de la tribulación llamó Cristo *"principio de dolores"* (Mt. 24:8). El jinete del primer sello tiene aspecto de santidad y pureza, lo que le permitirá engañar a muchos. No debe olvidarse que Satanás mismo para llevar a cabo su engaño se viste como *"ángel de luz"* (2 Co. 11:14). Esa presencia del jinete y del caballo confundirá y engañará a muchos con su apariencia. Lo primero que destaca en la indumentaria del que monta el caballo blanco es el arco que portaba. Se trata de un arco de gran tamaño, forma propia para uno de combate, sin embargo aunque llevaba arco no aparece por ningún lado referencia a la aljaba en donde se alojaban las flechas, de modo que se trata de un arco sin flechas. Quiere decir que las conquistas de este jinete no serán por fuerza, sino por inteligencia. Es una victoria que obtiene seguramente anunciando una paz que no podrá dar. El apóstol Pablo hizo alusión a esta situación cuando escribe: *"cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina"* (1 Ts. 5:3). La profecía del Antiguo Testamento habla de una paz ficticia, anunciada por falsos profetas que curan con liviandad la herida espiritual del pueblo de Dios anunciando que habría paz cuando no era cierto (Jer. 6:14; 8:11; Ez. 13:10). De esa misma manera en el futuro, representado por la figura del jinete con arco sin flechas, se prometerá paz al mundo, alcanzado con ello a muchos crédulos que entenderán que la paz se puede alcanzar al margen de Dios, olvidando que Él advierte que no hay paz para el impío (Is. 48:22; 57:21). El mundo no puede conocer la paz sino en Cristo y por medio de Él (Jn. 14:27).

Καὶ ἐδόθη αὐτῷ στέφανος. Otro aspecto interesante de la visión de Juan es que el jinete sobre el caballo blanco es poseedor de una corona. La misma palabra traducida como corona apareció antes (4:4). Se trata de una laureada que adornaba la cabeza del vencedor en los juegos olímpicos y del guerrero victorioso la corona propia del triunfador. Nótese que ἐδόθη,*"le fue dada"*, por tanto, esa corona le es conferida sobrenaturalmente. Es indudable que el jinete sobre el caballo blanco tiene facultades y poder para ejercer gobierno y autoridad sobre gentes y naciones.

El propósito de su aparición está expresado como que ἐξῆλθεν νικῶν καὶ ἵνα νικήσῃ, *"salió venciendo, y para vencer"*, o mejor *salió venciendo y para que venza*. El verbo salir, en el texto griego, está en un modo que indica una acción definitivamente realizada. El carácter del personaje está vinculado estrechamente con la acción continuada expresada por el participio de presente del verbo *vencer*, aquí con sentido de *venciendo*, literalmente *que vence*, lo que determina una disposición continuada de victoria. A esta manifestación ligada con el carácter del personaje, sigue una conjunción final en el texto griego que suele traducirse por la preposición española *para*, pero que es más enfática al significar *a fin de que, para que*, seguido otra vez por el verbo vencer. Es decir, se le ha dado capacidad de ser un vencedor, porque está establecido para él que venza, por un breve tiempo. El jinete entra en la historia con el propósito de vencer y poner en práctica su plan.

El primer caballo coincide plenamente con el sermón profético de Cristo y alcanza su plena identidad con la persona del Anticristo, que aparecerá en la historia humana con un programa de paz y seguridad y que alcanzará grandes logros que le llevará al ejercicio de autoridad suprema en el mundo sobre las naciones de la tierra. Su diadema de victoria le será entregada por Satanás, que lo proyectará al gobierno mundial en base a la autoridad que tiene sobre los reinos del mundo y su gloria (Lc. 4:6). El propósito satánico es sentar en el trono de Dios a un hombre haciéndolo adorar como si fuese Dios (2 Ts. 2:8). Sobre el Anticristo se volverá a considerar con mayor detalle en el capítulo 13.

El segundo sello (6:3-4).

3. Y cuando abrió el segundo sello, oí al segundo ser viviente, que decía: Ven y mira.

Καὶ ὅτε ἤνοιξεν τὴν σφραγῖδα τὴν δευτέραν, ἤκουσα τοῦ δευτέρου
Y cuando abrió el sello el segundo oí al segundo
ζῴου λέγοντος· ἔρχου[1].
ser viviente que decía: Ven.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] ἔρχου, atestiguada en los mejores mss A, C, P, 046, 1, 94, 1006, 1611, 1854, 2020, 2042, 2053, 2065, 2081, 2138, 2432, vg[ww], syr[ph, h], cop[sa, bo], Andrés[bav] Aretas.

ἔρχου καὶ ἴδε, *ven y mira*, atestiguado en א, 1828, 2073, 2344 it[c, dem, div, gig, haf, z], vg[cl], Victorinus-Pettau, Primasius Andrés[c, p].

ἔρχου καὶ βλὲπε, *ven y mira*, en sentido de mandato, ya que el verbo mirar está en imperativo, atestiguada en 296, 2049, Arethas.

Por los testimonios escritos la lectura más consecuente es la que se traslada en este texto.

Juan enlaza el relato con la conjunción καὶ, *y*; que precede a ὅτε, conjunción temporal *cuando*, con sentido de *en el tiempo, en el punto, en la ocasión en que*; ἤνοιξεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀνοίγω, *abrir*, aquí como *abrió*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado, *la*, masculino en castellano, *el*; σφραγῖδα, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *sello*, masculino en español; τὴν caso acusativo femenino singular del artículo determinado, *la*, masculino en castellano, *el*; no se traduce en esta construcción gramatical en castellano; δευτέραν, caso acusativo femenino singular del adjetivo numeral ordinal, *segundo*; ἤκουσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκόυω, *oír*, aquí como *oí*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *al*; δευτέρου, caso genitivo neutro singular del adjetivo numeral ordinal, *segundo*; ζῴου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *ser viviente*; λέγοντος, caso genitivo neutro singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir,* aquí como *que decía*; ἔρχου, segunda persona singular del presente de imperativo en voz media del verbo ἔρχομαι, *venir, llegar,* aquí como *ven.*

Καὶ ὅτε ἤνοιξεν τὴν σφραγῖδα τὴν δευτέραν. Una acción reiterada que comenzó con la apertura del primer sello, sigue con el segundo. El mismo que abrió el primero es también quien abre el segundo. El Cordero que fue inmolado y que es digno sigue en el proceso de apertura de los sellos, dando paso con ello a la ejecución progresiva de lo que Dios había determinado para el futuro de la historia humana.

Ἤκουσα τοῦ δευτέρου ζῴου λέγοντος· ἔρχου. De la misma forma que en el primer sello también en el segundo se formula un mandato por medio del segundo de los cuatro seres vivientes (4:6). Este segundo ser viviente tiene el aspecto como de un becerro (4:7) y pronuncia un mandato semejante al primero en la misma forma autoritativa y con la misma palabra: ἔρχου, *"¡Ven!"*, utilizando para ello el presente de imperativo del verbo venir. Como se indicó para el primer mandato la expresión *"y mira"* no aparece en los mss más seguros, recordando que la voz no está dirigida a Juan sino al segundo caballo con su correspondiente jinete.

4. Y salió otro caballo, bermejo; y al que lo montaba le fue dado poder de quitar de la tierra la paz, y que se matasen unos a otros; y se le dio una gran espada.

καὶ ἐξῆλθεν ἄλλος ἵππος πυρρός, καὶ τῷ καθημένῳ ἐπ᾽ αὐτὸν ἐδόθη
Y salió otro caballo rojo y el sentado sobre él fue dado
αὐτῷ λαβεῖν τὴν εἰρήνην ἐκ[1] τῆς γῆς καὶ ἵνα ἀλλήλους σφάξουσιν
le tomar la paz de la tierra y que unos a otros matasen
καὶ ἐδόθη αὐτῷ μάχαιρα μεγάλη
y fue dada le espada grande.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] ἐκ τῆς γῆς, *de la tierra,* está atestiguada en א, C, P, 046, 94, 1006, 1611, 1854, 1859, 2020, 2042, 2065, 2073, 2138, 2432, it[ar, c, dem, div, gig, haf, z], vg, syr[ph], cop[sa], arm, Primasius, Andrés[a, c, p], Aretas.

ἀπὸ τῆς γῆς, *fuera de la tierra*, aparece en 1, 1828, 2053, syr[ph], cop[sa].

ἐπὶ τῆς γῆς, *sobre la tierra,* se encuentra en 2344.

τῆς γῆς, *la tierra*, está atestiguada en A, 2081, Andrés[bav]. La expresión completa está omitida en א[c].

La ilación en el relato se produce por medio de la habitual conjunción καὶ, *y*; ἐξῆλθεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἐξέρχομαι, *salir,* aquí como *salió*; ἄλλος, caso nominativo masculino singular del adjetivo indefinido *otro*; ἵππος, caso nominativo masculino singular del sustantivo, *caballo*; πυρρός, caso nominativo masculino singular del adjetivo *rojo*; καὶ, conjunción *y*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *al*; καθήμενος, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo κάθημαι, *sentar*, aquí como *sentado*; sigue luego la preposición de acusativo ἐπί, con el grafismo ἐπ', forma que adopta por elisión de la ι final ante vocal o diptongo sin aspiración, que equivale a *por, sobre*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *él*; ἐδόθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo δίδωμι, *dar, entregar,* aquí como *fue dada*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *le*; λαβεῖν, aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo λαμβάνω, *tomar,* aquí con el mismo significado; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; εἰρήνην, caso acusativo femenino singular del sustantivo *paz*; ἐκ, preposición que rige genitivo, *de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tierra*; καὶ, conjunción *y*; ἵνα, conjunción *que*; ἀλλήλους, caso acusativo masculino plural del pronombre recíproco, *unos a otros*; σφάξουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo σφάζω, *matar, inmolar, degollar,* aquí como *matarán*, aunque es preferible la traducción como *se mataran, o se matasen*; καὶ, *y*; ἐδόθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo δίδωμι, *dar, entregar,* aquí como *fue dada*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *le*; μάχαιρα,

caso nominativo femenino singular del sustantivo *espada*, referida a la espada de defensa; μεγάλη, caso nominativo femenino singular del adjetivo *grande*.

Καὶ ἐξῆλθεν ἄλλος ἵππος πυρρός. A la voz autoritativa del segundo ser viviente acudió un segundo caballo. El anterior había ya pasado y se presenta otro diferente. El color de este nuevo caballo es rojo, bermejo, color de sangre. Este color representa la sangre vertida, por tanto es símbolo de guerra que conduce a la muerte de muchos.

Καὶ τῷ καθημένῳ ἐπ᾽ αὐτὸν ἐδόθη αὐτῷ λαβεῖν τὴν εἰρήνην ἐκ τῆς γῆς. El jinete que montaba este segundo caballo bermejo le fue dado el poder para quitar la paz. El verbo[7] que Juan utiliza tiene un amplio significado y puede traducirse como *quitar, llevar, tomar*, etc. la idea es expresar la capacidad para retirar la paz del mundo. Es la consecuencia natural de la acción de Dios sobre la falsa propuesta de paz con que el Anticristo convencerá a muchos en la tierra. Esa oferta de paz atraerá especialmente al pueblo de Israel apóstata que, incrédulos a la realidad de la primera venida de Cristo, siguen esperando el libertador que les de lo que ellos esperaban recibir del Mesías. Cuando Jesús vino, a pesar de las señales que hizo delante de ellos que lo acreditaban como el enviado de Dios, el Cristo prometido, no fue recibido como tal, sino despreciado y entregado a muerte, en una manifestación de incredulidad consciente y voluntaria que condujo a una acción judicial de Dios sobre ellos dejándolos en tinieblas espirituales para que no creyesen (Jn. 12:37-41). En su aparición el falso Cristo les prometerá las tres cosas que ellos esperan del Mesías: reino en sentido de territorio seguro, paz y protección para el ejercicio de su religión. Tales incrédulos aceptarán al Anticristo como el Mesías esperado y firmarán con él un pacto de paz (Dn. 9:27). Las naciones del mundo comenzarán a pensar en una paz estable y duradera que siempre anhelaron pero que nunca alcanzaron por buscarla por sí mismas y no en el único que puede darla que es Dios. Lejos de Dios sólo hay inquietud, de modo que cuando ellos afirmen y proclamen la paz, Dios permitirá el espectro de la guerra cayendo sobre todos destrucción repentina (1 Ts. 5:2-3). Los judíos incrédulos habrán firmado un pacto no con el Mesías, sino con la muerte como expresó antes el profeta (Is. 28:15). En aquel tiempo muchos habrán aceptado al Anticristo como el gobernante que proveerá de paz, pero el Señor hizo una advertencia solemne sobre la paz cuando dijo: *"La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da"* (Jn. 14:27), indicando con ello que el mundo nunca podrá proveer de paz duradera. La paz ficticia que ofrece Satanás no puede mantenerse. Dios permitirá entonces la acción del jinete que *quitará* la paz del mundo, induciendo a la guerra. Esa revelación dada a Juan coincide plenamente con la segunda señal que Cristo dio en su sermón profético: *"y oiréis de guerras*

[7] Griego: λαμβάνω.

y rumores de guerras; mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca; pero aún no es el fin. Porque se levantará nación contra nación y reino contra reino" (Mt. 24:6-7). La finalidad de la acción del jinete es que en la tierra ἵνα ἀλλήλους σφάξουσιν, *se matasen unos a otros*. El verbo[8] que Juan utiliza es muy enfático y alcanza incluso el sentido de *degollar*, esto es una referencia a la intensidad de muerte que se producirá en la tierra en forma violenta, asesinándose unos a otros.

Καὶ ἐδόθη αὐτῷ μάχαιρα μεγάλη. Al mismo jinete se le dota de una espada grande. La palabra en el texto griego hace referencia a la espada de defensa, no tanto a la de ataque, propia del ejército. Podría ser una daga grande o tal vez un alfanje curvo, usado especialmente por los ejércitos de la antigüedad. Sobre esto escribe el Dr. Carballosa:

"El acto de quitar la paz produce un descontrol total entre los seres humanos que se masacran unos a otros. Esta expresión sugiere una pérdida absoluta de la compasión hacia el prójimo. La tensión constante entre las naciones y las ambiciones de los hombres tienen su clímax en este período antes de la venida de Cristo"[9].

Esta manifestación de conflictos y muerte se ha producido continuamente a lo largo del tiempo en la historia humana. Las guerras y rumores de guerras, la violencia desatada, la falta de afectos entrañables, es la consecuencia natural de una humanidad que no tiene en cuenta a Dios. No cabe duda que la Biblia anuncia un incremento de esta situación a lo largo del tiempo (2 Ti. 3:1-5). Sin embargo, el creyente no debe estar viendo los conflictos actuales como si se tratase de esta señal previa a la segunda venida de Cristo. Es cierto que el incremento de la inestabilidad mundial entre las naciones, de las guerras que se extienden por todo el mundo, de la violencia de unos contra otros, advierte del tiempo en que esta situación alcanzará cotas elevadas, pero no se producirá sino hasta el comienzo de la última semana de años profetizada por Daniel, que se iniciará con la firma de un pacto entre el Antricristo e Israel (Dn. 9:27). A los cristianos no se nos manda esperar señales, sino esperar al Señor (1 Ts. 1:9-10; 1 P. 1:13). En la búsqueda de señales, en lo que algunos están empeñados, los errores se producen continuamente y la decepción se hace notoria, por tanto, la profecía está dada para que el cristiano tenga una panorámica de lo que Dios hará en el tiempo futuro cuando llegue el momento determinado por Él. Mientras tanto la ocupación del creyente es llevar fruto para la gloria de Dios (Jn. 15:8).

---

[8] Griego: σφάζω.
[9] Evis. L. Carballosa. o.c., pág. 135.

El tercer sello (6:5-6).

5. Cuando abrió el tercer sello, oí al tercer ser viviente, que decía: Ven y mira. Y miré, y he aquí un caballo negro; y el que lo montaba tenía una balanza en la mano.

Καὶ ὅτε ἤνοιξεν τὴν σφραγῖδα τὴν τρίτην, ἤκουσα τοῦ τρίτου ζῴου
Y cuando abrió el sello el tercero, oí al tercer ser viviente
λέγοντος· ἔρχου. καὶ εἶδον, καὶ ἰδοὺ ἵππος μέλας, καὶ ὁ καθήμενος
que dice: Ven. Y vi y he aquí caballo negro y el sentado
ἐπ᾽ αὐτὸν ἔχων ζυγὸν ἐν τῇ χειρὶ αὐτοῦ.
sobre él que tiene balanza en la mano de él.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Se encuentran las mismas lecturas alternativas que las indicadas en los versículos anteriores por lo que ya no se trasladan aquí al ser prácticamente idénticas las variantes.

Juan enlaza el relato con la conjunción καὶ, *y*; que precede a ὅτε, conjunción temporal *cuando*, con sentido de *en el tiempo, en el punto, en la ocasión en que*; ἤνοιξεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀνοίγω, *abrir*, aquí como *abrió*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado, *la*, masculino en castellano, *el*; σφραγῖδα, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *sello*, masculino en español; τὴν caso acusativo femenino singular del artículo determinado, *la*, masculino en castellano, *el*; no se traduce en esta construcción gramatical en castellano; τρίτην, caso acusativo femenino singular del adjetivo numeral ordinal, *tercero*; ἤκουσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκόυω, *oír*, aquí como *oí*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *al*; τρίτου, caso genitivo neutro singular del adjetivo numeral ordinal, *tercero;* ζῴου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *ser viviente*; λέγοντος, caso genitivo neutro singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir,* aquí como *que decía*; ἔρχου, segunda persona singular del presente de imperativo en voz media del verbo ἔρχομαι, *venir, llegar,* aquí como *ven.* La visión de Juan se dirigió hacia donde procedía la voz. La ilación en el relato se produce por medio de la habitual conjunción καὶ, *y*; εἶδον, primera persona singular del aoristo de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, *mirar, prestar atención*, aquí como *vi*; sigue luego καὶ, conjunción *y*; seguido de una advertencia enfática con ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia, *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; ἵππος, caso nominativo masculino singular del sustantivo, *caballo*; μέλας, caso nominativo masculino singular del adjetivo *negro*; καὶ, conjunción *y*; ὁ,

caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; καθήμενος, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo κάθημαι, *sentar*, aquí como *sentado*; sigue luego la preposición de acusativo ἐπί, con el grafismo ἐπ', forma que adopta por elisión de la ι final ante vocal o diptongo sin aspiración, que equivale a *por, sobre*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *él*; ἔχων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber* o *tener*, aquí como *que tiene*; ζυγὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *balanza*, debe suplementarse el artículo indeterminado implícito, *una*; ἐν, preposición que rige dativo *en*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; χειρὶ, caso dativo femenino singular del sustantivo *mano*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él.*

Καὶ ὅτε ἤνοιξεν τὴν σφραγῖδα τὴν τρίτην. Mediante una acción semejante a las anteriores, el Cordero, que tiene en su mano el rollo escrito, va abriendo o rompiendo los sellos para dar lectura y ejecutar su contenido. La lectura es silenciosa, esto es, no se dice el contenido en palabras, pero se lleva a cabo el propósito describiéndolo mediante la figura de un caballo y un jinete cuyo simbolismo expresa un aspecto de la acción judicial de Dios sobre el mundo.

῞Ηκουσα τοῦ τρίτου ζῴου λέγοντος· ἔρχου. Como en las anteriores ocasiones, la determinación divina se expresa por medio de la voz del tercer ser viviente. La ejecución del juicio que Dios envía y, por tanto, permite, se establece con la misma autoridad que en casos anteriores. Juan escuchó como el tercero de los cuatro seres vivientes que se mostraron antes (4:7), cuyo aspecto era semejante al rostro de un hombre, que con voz potente, como en los casos anteriores, establece el mandato: *"!Ven!"*.

Καὶ εἶδον, καὶ ἰδοὺ ἵππος μέλας. Inmediatamente se aprecia la presencia de un caballo con su correspondiente jinete que acude al llamado con autoridad del ser viviente. En este caso el color del caballo que Juan vio era μέλας, *negro*. El color negro es señal de luto, miseria, hambre y escasez.

Καὶ ὁ καθήμενος ἐπ' αὐτὸν ἔχων ζυγὸν ἐν τῇ χειρὶ αὐτοῦ. Para enfatizar el simbolismo, el apóstol descubrió que en la mano del jinete que montaba el caballo negro, había una balanza. En el texto griego se lee, literalmente, ζυγὸν, *yugo*, palabra que se usa para referirse al yugo de esclavitud (Hch. 15:10; Gá. 5:1), al de enseñanza (Mt. 11:29) y aquí una balanza que tiene dos platillos equilibrados en el centro y colocados en los extremos de un yugo de metal. Indudablemente el control de la balanza y, por tanto, de todo cuanto se colocaba en ella, estaba en el jinete. La idea que se expresa aquí es la de escasez de alimentos que se produce por la acción de quien puede controlarlos y distribuirlos, porque tiene en sus manos la balanza para

distribuirlos por peso. La visión presenta un juicio en el que el hambre será el elemento que afecte a los moradores de la tierra. En esto coincide también con el desarrollo del sermón profético de Cristo, que anunció que *"habrá hambre"* (Mt. 24:7), y que el hambre no solo producirá angustia, sino también muerte.

6. Y oí una voz de en medio de los cuatro seres vivientes, que decía: Dos libras de trigo por un denario, y seis libras de cebada por un denario; pero no dañes el aceite ni el vino.

καὶ ἤκουσα ὡς φωνὴν ἐν μέσῳ τῶν τεσσάρων ζῴων λέγουσαν·
Y oí como voz en medio de los cuatro seres vivientes que dice.
χοῖνιξ σίτου δηναρίου καὶ τρεῖς χοίνικες κριθῶν δηναρίου, καὶ τὸ
cuartillo de trigo por denario y tres cuartillos de cebada por denario y al
ἔλαιον καὶ τὸν οἶνον μὴ ἀδικήσῃς.
aceite y al vino no dañes.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad sigue el relato de la visión mediante la ilativa καὶ, conjunción copulativa *y*; ἤκουσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκόυω, *oír*, aquí como *oí*; ὡς, conjunción usada como adverbio de modo en sentido comparativo, *como, con*; φωνὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *voz, grito, sonido*; ἐν, preposición de dativo, *en*; μέσῳ, caso dativo neutro singular del adjetivo *medio*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *de los*; τεσσάρων, caso genitivo neutro plural del adjetivo numeral cardinal, *cuatro*; ζῴων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *seres vivientes*; λέγουσαν, caso acusativo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir, expresar*, aquí como *que dice*. Sigue una segunda cláusula que recoge la voz que se oyó construida con χοῖνιξ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *cuartillo*, medida para áridos de aproximadamente tres cuartos de litro; puede complementarse con el artículo indeterminado, implícito, *un*; σίτου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *trigo*; δηναρίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *denario,* moneda romana utilizada en los tiempos de Juan, equivalente al salario de un obrero al día; καὶ, conjunción copulativa *y*; τρεῖς, caso nominativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal *tres*; χοίνικες, caso nominativo femenino plural del sustantivo *cuartillo*; κριθῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo *cebada*; δηναρίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *denario*; καὶ, conjunción *y*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *al*; ἔλαιον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *aceite*; καὶ, conjunción *y*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *al*; οἶνον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *vino*; μὴ, adverbio de negación que marca esta de modo hipotético o condicional, *no*; ἀδικήσῃς, segunda persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo ἀδικέω, literalmente *cometer injusticia*, que como injusticia es causar daño, es la traducción que se usa en este caso como *dañes*.

Καὶ ἤκουσα ὡς φωνὴν ἐν μέσῳ τῶν τεσσάρων ζῴων λέγουσαν. Un período de hambre que asolará el mundo en el juicio de Dios sobre los moradores de la tierra por su pecado, es el contenido del mensaje que Juan oyó. El aspecto indefinido del escrito de Juan vuelve a reflejarse aquí, cuando dice simplemente que ἤκουσα ὡς φωνὴν *"oí como una voz"*. Esa voz procedía de ἐν μέσῳ τῶν τεσσάρων ζῴων *en medio de los cuatro seres vivientes*. Debe recordarse que los seres vivientes se presentaron antes rodeando el trono, por tanto, da la impresión de que la voz procedía del trono mismo.

Χοῖνιξ σίτου δηναρίου καὶ τρεῖς χοίνικες κριθῶν δηναρίου. Esta impresión se ve respaldada por la autoridad del mensaje que Juan oyó de esa indefinida voz que establecía el valor de un denario que alcanzarían dos libras de trigo y seis libras de cebada, respectivamente. La libra era una antigua medida para áridos que equivalía aproximadamente a un litro. La libra panificada era el alimento que necesitaba una persona al día. Un denario era el salario que percibía un trabajador cada jornada de trabajo (Mt. 20:2), por tanto, se pone de manifiesto una situación en la que los ingresos no alcanzaban para el sostenimiento de una familia. Podría alcanzarse algo más para la alimentación familiar si en lugar de utilizar trigo se usaba cebada. Sin embargo, la cebada era el alimento propio de los animales que solían consumir también quienes eran muy pobres. Se necesitaba mayor cantidad de cebada que de trigo para alimentar convenientemente a una persona, de modo que aunque la cantidad que podía comprarse por el mismo dinero era mayor en cebada que en trigo, al necesitarse mayor cantidad de la primera para una buena alimentación, resultaba en lo mismo, no era suficiente lo que se ganaba para lo que se necesitaba. La indicación figurativa de la visión de Juan da a entender un tiempo en que la carestía de los elementos básicos, los productos de primera necesidad, generará una gran aflicción en el mundo.

Καὶ τὸ ἔλαιον καὶ τὸν οἶνον μὴ ἀδικήσῃς. En contraste con la escasez y carestía de los productos de primera necesidad, habrá abundancia de aceite y vino. La prohibición al jinete que representa el hambre, preserva toda acción contra los dos productos. El vino y el aceite son complementos alimenticios pero no pueden sustituir a los alimentos de primera necesidad como el pan. La gran paradoja está en que el mundo tendrá abundancia de lo que no pueden comer sin la base del pan como alimento representativo de lo que es esencial. La carestía que les impedirá comprar lo que es básico, les permitirá adquirir lo que es secundario o complementario. Una persona que está hambrienta pide pan, pero no busca vino o aceite, y lo más trágico es que no tendrá recursos suficientes para comprar lo que le es imprescindible. Es posible considerar también que la aflicción se manifestará más en las clases pobres que en las pudientes, de este modo escribe el Dr. Carballosa:

"El aceite y el vino eran artículos pertenecientes a la clase pudiente. De manera que el texto sugiere que, aunque habrá abundancia de aceite y vino, habrá una gran escasez del alimento más necesario para el hombre tal como el pan"[10].

Aunque es cierto que el vino fino y el aceite refinado es propio de personas pudientes, no cabe duda que la Biblia presenta los tres elementos pan, aceite y vino como expresión general de la alimentación del hombre, haciendo con ello referencia a las necesidades habituales de la vida (Dt. 7:13; 11:14; 28:51; 2 Cr. 32:28; Neh. 5:11; Os. 2:8, 22; Jl. 2:19; Hag. 1:11). Estos tres alimentos representan las comidas corrientes en las tierras bíblicas, esenciales para la vida y no tanto como manifestación de opulencia.

Es necesario entender que la hambruna a que se refiere la visión de Juan, no debe confundirse con las muchas manifestaciones de hambre que se producen continuamente en la tierra. La panorámica profética está dada para enseñarnos que en el futuro, cuando Dios intervengan en la historia de la humanidad con juicio, una de las aflicciones se producirán por la falta de alimentos básicos en el mundo. No debe especularse en como se producirá esto. Cualquier propuesta en este sentido es mera especulación. Baste con saber que el hambre será un elemento que Dios usará para juzgar a los hombres.

El cuarto sello (6:7-8).

7. Cuando abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto ser viviente, que decía: Ven y mira.

Καὶ ὅτε ἤνοιξεν τὴν σφραγῖδα τὴν τετάρτην, ἤκουσα φωνὴν τοῦ
Y cuando abrió el sello el cuarto, oí voz del
τετάρτου ζῴου λέγοντος· ἔρχου[1].
cuarto ser viviente que decía: Ven.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] ἔρχου, (ver notas en los vv. 1, 2, 3, 5) lectura atestiguada a A[vid], C, P, 1006, 1611, 1841, 1854, 2053, 2329, 2351, vg[www, st], syr[ph], cop[sa, bo,] arm, Andrés.

ἔρχου καὶ ἴδε, que se lee en א, 205, 209, 2344, *Biz* [046], it[ar, gig], vg[cl], syr[h, with], Primasio, Beato.

[10] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 138.

La visión de la apertura del cuarto sello se enlaza con las descripciones anteriores mediante el uso de καὶ, conjunción *y*; ὅτε, conjunción de tiempo *cuando*, *en determinada ocasión*, expresa una indefinición temporal; ἤνοιξεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀνοίγω, *abrir*, aquí como *abrió*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado, *la*, masculino en castellano, *el*; σφραγῖδα, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *sello*, masculino en español; τὴν caso acusativo femenino singular del artículo determinado, *la*, masculino en castellano, *el*; no se traduce en esta construcción gramatical en castellano; τετάρτην, caso acusativo femenino singular del adjetivo numeral ordinal, *cuarto*; ἤκουσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκόυω, *oír*, aquí como *oí*; φωνὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *ruido, estruendo, sonido, idioma, voz*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *al*; τετάρτου, caso genitivo neutro singular del adjetivo numeral ordinal, *cuarto;* ζῴου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *ser viviente*; λέγοντος, caso genitivo neutro singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir,* aquí como *que decía*; ἔρχου, segunda persona singular del presente de imperativo en voz media del verbo ἔρχομαι, *venir, llegar,* aquí como *ven.*

Καὶ ὅτε ἤνοιξεν τὴν σφραγῖδα τὴν τετάρτην. De idéntica forma que en los sellos anteriores, el Cordero abrió el cuarto sello que cerraba el rollo, que había recibido de la mano del que estaba en el trono. La apertura de los sellos anteriores no solo permitió conocer el propósito de Dios para las etapas temporales del tiempo final de la historia actual, sino la ejecución de lo que había determinado que sucediera.

῞Ηκουσα φωνὴν του τετάρτου ζῴου λέγοντος· ἔρχου. Nuevamente, al abrir el cuarto sello, la voz autoritativa del cuarto ser viviente hizo oír poderosamente el mandato, expresado con un solo vocablo: *"¡Ven!"*. El aspecto de este cuarto ser viviente era, como se puso de manifiesto antes, como un águila volando (4:7). Es necesario recordar también aquí que la expresión que aparece en el *Receptus* y que se traduce como *"ven y mira"*, no está de esta manera en los mejores mss. Tomada de esta forma da la impresión de que el ser viviente está llamando a Juan para que cambie de posición, cuando lo que realmente hace es llamar al caballo y al correspondiente jinete para que comparezcan y se lleve a cabo el propósito divino en esta nueva etapa de su acción judicial.

8. Miré, y he aquí un caballo amarillo, y el que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades le seguía; y le fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad, y con las fieras de la tierra.

καὶ εἶδον[1], καὶ ἰδοὺ ἵππος χλωρός, καὶ ὁ καθήμενος ἐπάνω αὐτοῦ
Y miré, y he aquí caballo verdoso y el sentado encima de él
ὄνομα αὐτῷ ὁ θάνατος, καὶ ὁ ᾅδης ἠκολούθει μετ' αὐτοῦ καὶ
nombre para él la muerte y el Hades seguía con él y
ἐδόθη αὐτοῖς ἐξουσία ἐπὶ τὸ τέταρτον τῆς γῆς ἀποκτεῖναι ἐν
fue dada le autoridad sobre la cuarta parte de la tierra para matar con
ῥομφαίᾳ καὶ ἐν λιμῷ καὶ ἐν θανάτῳ καὶ ὑπὸ τῶν θηρίων
espada y con hambre y con muerte y por las fieras
τῆς γῆς.
de la tierra.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] καὶ εἶδον, atestiguada en א, A, P, 205, 209, 1006, 1611, 1841, it[ar], vg[ww, st], syr[ph, h], cop[sa/ms, bo], arm, Andrés.

Se omite en 1854, 2329, 2344, 2351, *Biz* [046] it[gig], vg[cl], eth, Primasio, Beato.

Sigue el relato de la visión con καὶ, conjunción copulativa *y*; εἶδον, primera persona singular del aoristo de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, *mirar, prestar atención*, aquí como *vi*; sigue luego καὶ, conjunción *y*; seguido de una advertencia enfática con ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia, *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; ἵππος, caso nominativo masculino singular del sustantivo, *caballo*; χλωρός, caso nominativo masculino singular del adjetivo *verdoso, amarillento, terroso*; καὶ, conjunción *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; καθήμενος, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo κάθημαι, *sentar*, aquí como *sentado*; ἐπάνω, es un adverbio equivalente a *arriba; antes, anteriormente;* pero en ocasiones, como esta, hace oficio de preposición de genitivo, *sobre*, *más arriba, encima de*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *él*; ὄνομα, caso nominativo neutro singular del sustantivo *nombre*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *para él*; sigue ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*, femenino en castellano, *la*; θάνατος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *muerte,* femenino en castellano; καὶ, conjunción *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; ᾅδης, caso nominativo masculino singular del sustantivo *Hades*, transliteración de la palabra griega que traduce la hebrea *Seol*, referida a la morada de los muertos; ἠκολούθει, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo ἀκολουθέω, *seguir, ir en seguimiento*, *ir detrás de alguien*, aquí como *seguía*; luego aparece la preposición μετ' en la forma que toma la preposición μετά delante de vocal y que significa *con*, y αὐτου, caso genitivo

masculino singular del pronombre personal *él*; καὶ, conjunción ilativa *y*; ἐδόθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo δίδωμι, *dar, otorgar, conceder,* aquí como *fue dada*; ἐξουσία, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *autoridad*; ἐπὶ, preposición que rige acusativo, *sobre*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*, femenino en español, *la*; τέταρτον, caso acusativo neutro singular del adjetivo numeral ordinal, *cuarto*, aquí como relativo a tierra, *cuarta parte*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tierra*; ἀποκτεῖναι, aoristo de infinitivo en voz activa del verbo ἀποτείνω, *matar*; ἐν, preposición de dativo *con*; ῥομφαίᾳ, caso dativo femenino singular del sustantivo *espada*, referida a la espada de combate; καὶ, conjunción *y*; ἐν, preposición de dativo *con*; λιμῷ, caso dativo femenino singular del sustantivo *hambre*; καὶ, conjunción *y*; ἐν, preposición de dativo *con*; θανάτῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo *muerte*; καὶ, conjunción *y*; ὑπὸ, preposición de genitivo, *por*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*, en español femenino, *las*; θηρίων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *fieras*, *animales, bestias*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tierra*.

καὶ εἶδον, καὶ ἰδοὺ ἵππος χλωρός. Al oír la voz de autoridad del cuarto ser viviente, Juan miró en la dirección de la voz y vio aparecer un *"caballo amarillo"*. El adjetivo χλωρός, que usa el apóstol no es tanto amarillo, sino *verdoso*, *pálido*, *terroso*, el color propio de los moribundos o incluso de los muertos. Es, según los expertos, el color natural de quienes están presos de una enfermedad infecciosa y mortal. Es el contraste entre el color de una persona sana y la de un enfermo moribundo. El color pálido, terroso, verdoso, amarillento, es figura de muerte, por tanto, el cuarto juicio de Dios tiene enfáticamente una manifestación de muerte en el mundo de los hombres.

Sobre el color del caballo, escribe el profesor Bartina:

"La mano de Cristo rompe el sello. La voz de imperio del cuarto viviente, el semejante a águila, hace salir al cuarto jinete del Apocalipsis. Viene montado en un trotón verde. Lo desusado del color causa maravilla. La palabra griega puede indicar infinitos matices del mismo color fundamental. Creo más justo que se trate del color verde mareante, casi oliva, casi ceniza, como el de un cadáver. Sería un error representarse la muerte como un esqueleto descarnado. Esta figura macabra era poco conocida como representación cuando se escribía el Apocalipsis. Más bien recordaría el personaje que salía simbólicamente antes de los juegos de los gladiadores en Roma"[11].

[11] Sebastián Bartina. o.c., pág. 686.

Καὶ ὁ καθήμενος ἐπάνω αὐτοῦ ὄνομα αὐτῷ ὁ θάνατος. El jinete que cabalgaba el cuarto caballo tenía como nombre *muerte*. El artículo determinado que aparece en algunos mss no está bien atestiguado, lo que exigiría leer *la muerte*. No se trata aquí de *la muerte* en general, sino representa a la muerte que se produce por condicionantes especiales que se mencionan más adelante en el versículo.

Καὶ ὁ ᾅδης ἠκολούθει μετ᾽ αὐτοῦ. Juntamente con el jinete que tenía como nombre *muerte*, o *la muerte*, aparece otro símbolo relacionado con ella, ya que con él cabalga también el *Hades*, o *Seol*, compañero inseparable de la muerte, como el lugar a donde van los muertos. El Hades o Seol está, como en la mayoría de las ocasiones, personificado y aquí aparece dispuesto a recoger el botín de los despojos que su compañera *la muerte* va produciendo. El Hades es la morada de los muertos, cuyas llaves tiene también Cristo (1:18). La idea de la visión de Juan es que el Hades iba al paso de la muerte. No se indica como iba, si en el mismo caballo o simplemente seguía tras el caballo y el jinete. Como ya se ha hecho notar en la apertura de los otros sellos, también en este coincide con el orden que Cristo usó en el sermón profético (Mt. 24:7) y es una prueba más de que el discurso del Monte de los Olivos es en su totalidad una referencia al tiempo de la tribulación y no al de la Iglesia.

᾽Εδόθη αὐτοῖς ἐξουσία ἐπὶ τὸ τέταρτον τῆς γῆς ἀποκτεῖναι. Al jinete se le concede *autoridad para matar.* Recibió la capacidad de matar en el ejercicio de su funesto oficio homicida. No cabe duda que esto concuerda especialmente con las inclinaciones homicidas de los demonios o, por lo menos, de alguno de ellos. (Jn. 8:44). Pero, los mismos ángeles caídos necesitan autorización de Dios para llevar a cabo sus malévolos deseos sobre la tierra. Dios les establece una limitación en el ejercicio de su acción homicida, no en cuanto a personas, que pueden ser cualesquiera, sino en cuanto a extensión, ya que la mortandad que generaría no podría pasar más allá de la cuarta parte de las personas que vivan en la tierra. La autorización dada era para *matar*, es decir, *dar muerte*.

᾽Εν ῥομφαίᾳ καὶ ἐν λιμῷ καὶ ἐν θανάτῳ καὶ ὑπὸ τῶν θηρίων τῆς γῆς. Los medios de muerte que Juan describe en el texto son, cuatro: *espada, hambre, mortandad y fieras de la tierra*. No se dice que al jinete se le provee de una *espada,* pero se afirma que tenía autoridad para matar *a espada*. El sustantivo utilizado aquí es el habitual para referirse a una espada de combate. Algunos eruditos consideran que podría tratarse de un alfanje, espada curvada, muy apropiada para degollar. Sin embargo, el verbo que se usa para *matar*, es genérico y no específicamente el que se refiere a degollar o decapitar una persona. La espada aquí es grande y de doble filo que solían usar los ejércitos en combate. Juan hace mención a la autoridad que le fue conferida al

que cabalgaba sobre el cuarto caballo. En alguna medida es la reproducción del mensaje de Dios contra el pueblo idólatra de Israel: *"Por lo cual así ha dicho Jehová el Señor: ¿Cuánto más cuando yo enviaré contra Jerusalén mis cuatro juicios terribles, espada, hambre, fieras y pestilencia, para cortar de ella hombres y bestias?"* (Ez, 14:21). ¿Se trata aquí de una referencia genérica a la guerra y sus consecuencias? ¿Estamos ante la reiteración de la guerra que ya apareció en el segundo sello (v. 4)? ¿Será una interpolación? No es necesario entender que esto sea una reiteración, sino que la Muerte y el Hades recogen el fruto de una acción más directa y drástica sobre los moradores de la tierra. La acción se produce por medio de la espada, instrumento que permite quitar la vida. Tampoco debe limitarse esta mortandad a la consecuencia de la guerra, sino que en general la violencia desatada en el mundo es la que siega vidas entre los hombres, por esa causa se usa el verbo genérico *matar* y no el específico *degollar.*

Además de la muerte violenta surgirá de una forma intensa *el* λιμῷ, *hambre*, que ya hizo su aparición de un modo más limitado durante el tercer sello (vv. 5-6). Probablemente la escasez descrita antes se incrementará notablemente y generalizará en la tierra. Baste tan sólo esta sugerencia, ya que entrar a una determinación mayor sería simplemente una propuesta sin bases bíblicas firmes. Juntamente con el hambre aparece la θανάτῳ, *mortandad*. La construcción de la frase es un hebraísmo, leyéndose ἀποκτεῖναι ἐν θανάτῳ, *matar con muerte*, utilizada para referirse a la muerte por pestilencia (Jer. 21:6-9; Lc. 21:11). De alguna manera el profeta ve una gran mortandad sobre las gentes de la tierra a causa de enfermedades pestilenciales (cf. Jer. 21:6-9; Lc. 21:11). Durante la historia humana se han mostrado situaciones semejantes donde enfermedades infecciosas trajeron como consecuencia la muerte de miles de personas. La cuarta forma de producir los efectos mortíferos por quien simbólicamente lleva el nombre de *muerte*, es ὑπὸ τῶν θηρίων τῆς γῆς, *por medio de las fieras de la tierra*. El sustantivo que utiliza Juan es un término que designa a un *animal,* una *bestia*, una *fiera*. Esta palabra es la que usa Marcos cuando relata que después de las tentaciones, Jesús estaba entre las *fieras* (Mr. 1:13); igualmente la usa Lucas al describir la experiencia de Pedro en relación con el lienzo que, conteniendo animales diversos, descendía del cielo donde había también *fieras salvajes* (Hch. 11:6). Los hebreos solían llamar de este modo incluso a las víboras y serpientes venenosas (Hch. 28:4). Puede considerarse aquí como la acción de animales salvajes que en alguna ocasión Dios usó para juicio sobre los hombres. De esa manera se produjo la devastación de Egipto por la octava plaga, la de las langostas (Ex. 10:12-20); de igual modo Dios usó también serpientes venenosas del desierto para la disciplina sobre su pueblo (Nm. 21:6); las avispas fueron sus aliados al desposeer al cananeo y al heteo (Ex. 23:28), recordando Josué al pueblo, en su discurso de despedida, que el Señor enviaría delante de los ejércitos de Israel

tábanos para arrojar a los enemigos delante de ellos (Jos. 24:12); en tiempos de la repoblación del norte de Israel por Asirios, los leones, enviados por Dios, mataron a muchos de ellos (2 R. 17:25); grupos de insectos fueron usados como instrumentos en la disciplina divina sobre el pueblo rebelde, como orugas, saltones y revoltones (Jl. 1:4). Pudiera, pues, tratarse de acciones de animales que matarían a muchas gentes. Sin embargo, queda por resolver una dificultad, ya que en todo el contexto bíblico de la acción de animales contra hombres, fue siempre Dios quien los controlaba y enviaba, mientras que en esta ocasión el uso es un instrumento en manos de aquel que monta el caballo pálido.

Una vía interpretativa diferente puede establecerse en otra dirección. En Apocalipsis con excepción de este pasaje, el término *bestia* designa al Anticristo (13:1ss), subiendo del mundo para llevar a cabo su propósito de oposición a Dios. Unido a él, aparece también una segunda *bestia* encarnación del profeta mentiroso al servicio del Anticristo. Los gobernantes del mundo se describen en la visión de Daniel como *bestias* espantosas (Dn. 7:3). Si se tiene en cuenta que en la primera visión consecuente con la apertura del primer sello, el caballo blanco y su jinete son símbolos del Anticristo desde el inicio de su carrera en el mundo, pudieran considerarse aquí las *bestias de la tierra*, como referencia a los gobernantes del mundo que se establecen en torno al Anticristo y que por conflictos, persecuciones político-religiosas, etc, causan la muerte a muchas gentes en la tierra. Es interesante notar el cambio de preposición en el escrito de Juan, ya que la preposición que introduce a los elementos de destrucción anteriores tiene el sentido de *con*[12], mientras que la que precede a las *bestias de la tierra* es diferente y significa la acción de un agente personal y responsable.[13] El Dr. Lacueva, después de contrastar la interpretación literal relativa a animales de la tierra, escribe:

"Para comprender dicha frase, la mayoría de los autores recurren, con razón a 2 R. 17:25, donde tenemos el trágico cuadro de unos animales salvajes, que en los grandes trastornos sociales, al quedar despoblado el campo, infestan toda la región. Con todo, no renunciamos a la opinión personal de que aquí se halla una alusión al primer jinete, con lo que se completaría el resumen de la mortífera labor que, como azotes enviados por Dios, llevan a cabo el gran perseguidor, aunque solapado, la guerra, el hambre y la muerte. Esta opinión mía se halla reforzada por la interpretación que el Tárgum da a Jer. 12:9, donde las fieras del campo son interpretadas como los reyes de las naciones. Podría, pues, aquí aludirse al Anticristo y a los poderes de este mundo que han de militar a sus órdenes"[14].

---

[12] La preposición griega ἐν.
[13] La preposición giega ὑπὸ
[14] F. Lacueva. o.c., pág. 401.

Surge siempre la dificultad de *alegorizar* el texto bíblico, sin embargo, esta línea de interpretación no deja de ser interesante y, en cierta medida, la más consecuente con el contexto general del libro en donde, salvo en esta cita, el término *bestias, animales, fieras,* se usa como referencia a poderes terrenales directamente vinculados con el Anticristo y su gobierno. Por otro lado, no se entiende como pueden las bestias de la tierra, en sentido literal, causar tal mortandad entre gentes que disponen de tecnología suficiente para la defensa. Volviendo a destacar que la dogmática en profecía es muy compleja, puesto que la profecía es panorámica de un conjunto de historia de mayor o menor extensión y, salvo cuando expresamente se indica, no puede asegurarse más que lo que enseña esa perspectiva que, en este caso, es una situación de mortandad que alcanzará, por permisión divina, a la cuarta parte de los moradores de la tierra, entre los que pueden contarse también aquellos creyentes de quienes se hace referencia en el versículo siguiente.

El quinto sello (6:9-11).

9. Cuando abrió el quinto sello, vi bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían.

Καὶ ὅτε ἤνοιξεν τὴν πέμπτην σφραγῖδα, εἶδον ὑποκάτω τοῦ
Y cuando abrió el quinto sello, vi bajo del
θυσιαστηρίου τὰς ψυχὰς τῶν ἐσφαγμένων διὰ τὸν λόγον τοῦ Θεοῦ
altar las almas de los degollados a causa de la Palabra - de Dios
καὶ διὰ τὴν μαρτυρίαν ἣν εἶχον.
y a causa del testimonio que tenían.

Notas y análisis del texto griego.

Juan relata la apertura del quinto sello vinculando como un todo con lo que antecede mediante el reiterado uso de la conjunción καὶ, *y*; ὅτε, conjunción de tiempo *cuando*, *en determinada ocasión*, expresa una indefinición temporal; ἤνοιξεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀνοίγω, *abrir*, aquí como *abrió*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado, *la*, masculino en castellano, *el*; πέμτην, caso acusativo femenino singular del adjetivo numeral ordinal, *quinto*; σφραγῖδα, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *sello*, masculino en español; εἶδον, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, *ver*, aquí como *vi*, también en sentido de *observar, percibir, mirar*; ὑποκάτω, preposición de genitivo, *bajo*, siendo realmente un adverbio *debajo, por debajo*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *del*; θυσιαστηρίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *altar*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; ψυχὰς, caso acusativo femenino plural del sustantivo *almas*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *de los*; ἐσφαγμένων, caso genitivo masculino plural del sustantivo

que denota *muertos violentamente, asesinados, degollados*; διὰ, preposición de acusativo con sentido de *a causa*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *del,* femenino en castellano *de la*; λόγον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *palabra, discurso, doctrina, enseñanza*; sigue luego τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en castellano al preceder y determinar a un nombre; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *de Dios*; καὶ, *y*; διὰ, preposición de acusativo, *por, a causa*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *de la*, masculino en español, *del* ; μαρτυρίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *testimonio*, masculino en castellano; ἣν, caso acusativo femenino singular del pronombre relativo *la que*, en español traducido simplemente como *que*; εἶχον, tercera persona plural del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tenían.*

Καὶ ὅτε ἤνοιξεν τὴν πέμπτην σφραγῖδα. En su acción celestial, el Cordero que había abierto los cuatro sellos anteriores, abre ahora el quinto. La apertura de este sello, no va a producir acciones inmediatas en la tierra, como ocurrió con los precedentes. En esta ocasión establece una relación vinculada directamente con el cielo. El cambio es notable ya que de un aspecto de sala del Rey donde está el trono, pasa a convertirse en un santuario donde aparece un altar. Es posible que ya estuviese a la vista del vidente antes, pero no se hizo mención de él por cuanto no había razón para ello al no estar vinculado con los sellos anteriores.

Εἶδον ὑποκάτω τοῦ θυσιαστηρίου. En su observación Juan contempla un altar en el cielo. La pregunta surge habitualmente: ¿Qué altar es este? En el santuario terrenal, figura en cierta medida del celestial, había dos altares: uno estaba situado en el atrio exterior y se llamaba el *altar de bronce*, lugar donde se quemaban los sacrificios (Ex. 27:18); el otro estaba en el interior del santuario en el Lugar Santo, delante del velo que separaba el Santo del Santísimo. Este era de oro y sobre él se quemaba el incienso (Ex. 30:1-10). Tratando de ver el cumplimiento celestial de las figuras terrenales, los intérpretes difieren en la identificación del altar. Para algunos se trata del altar de oro, o altar del incienso. De esta manera escribe el Dr. Robert Thomas:

"La identificación de éste con el altar de oro del incienso es más probable. A través del libro el altar celestial está relacionado con la ejecución de juicio por la que los santos oran, y las oraciones de los santos pidiendo juicio son simbolizadas por el incienso (cf. 5:8; 8:3-4). El desarrollo del contexto del Apocalipsis es una consideración"[15].

En un sentido semejante escribe el Dr. Lacueva:

[15] Robert Thomas, *Revelation, An Exegetical Commetary.* Moody Press. Chicago, 1992. pág. 442s

"Es cierto que en el cielo no hay propiamente altares, ni de holocaustos ni de perfumes, puesto que Cristo se ofreció, de una vez por todas, en el Calvario, pero también es verdad que, dentro del simbolismo que asimismo hallamos en He. 13:10 (…tenemos un altar), cerca del trono y del lugar en que aparece aquí el Cordero como degollado (5:6), vio Juan un altar (siempre en visión simbólica) bajo el cual, esto es, en su base, estaban (en unión con Cristo) los que habían sido inmolados por causa de Él. Este mismo altar (uno solo) aparece también (8:3, 4) como altar de los perfumes, donde a la intercesión del Cordero se unen las oraciones de los suyos. Y de la misma manera que estas oraciones no tendrían valor ni eficacia de ninguna clase si no se echase incienso del cielo, es decir, el poder intercesor de Cristo, tampoco el sacrificio de los suyos será posible si no hubiésemos sido redimidos y hechos sacerdotes al precio del sacrificio del Calvario"[16].

El Dr. Ladd escribe en otra forma interpretativa:

"Algunos intérpretes insisten en que el altar debe ser el del incienso, porque desde el sacrificio de Cristo en la cruz, no hay más lugar para los sacrificios. Tal pensamiento no toma en cuenta adecuadamente la naturaleza simbólica del lenguaje apocalíptico. El cielo es tanto el trono de Dios como su templo y el altar es el altar del sacrificio, aun cuando la muerte de Cristo haya puesto fin a todo sacrificio. Isaías vio al Señor sentado sobre un trono alto y sublime y sus faldas llenaban el templo (Is. 6:1). El altar también es descrito como algo que está en el templo (Is. 6:6). El Salmo 11:4 dice 'Jehová está en su santo templo; Jehová tiene en el cielo su trono'. No hay problema en mezclar los símbolos y concebir al cielo como el templo de Dios donde está su trono, aun cuando no haya equivalente terrenal para la mezcla de los dos aspectos (el cielo es concebido como el templo de Dios en pasajes como Sal. 18:6; 29:9; Hab. 2:20; Mi. 1:2). Por lo tanto, no necesitamos ir muy lejos en cuanto a la ubicación del altar o la relación con el trono de Dios.

El altar es mencionado en 8:3, 5; 9:13; 11:1; 14:18 y 16:7. En 8:3, 5, el altar está delante del trono y parece ser el del incienso que representa las oraciones de los santos. En 11:1 parece ser el del sacrificio que estaba en el patio de los sacerdotes. En este caso, el altar es claramente el de los sacrificios donde se derramaba la sangre sacrificada. El hecho de que Juan vio las almas de los mártires bajo el altar no tiene nada que ver con el estado de los muertos o su situación en el estado intermedio; es meramente una forma de describir el hecho de que han sido martirizados en el nombre de su Dios. En el ritual del Antiguo Testamento, la sangre de las víctimas de los sacrificios era derramada en la base del altar (Lv. 4:7). Las almas de los mártires son vistas como si hubieran sido sacrificados sobre el altar y su sangre derramada en su base. El

[16] F. Lacueva. o.c., pág. 403.

pensamiento cristiano a menudo emplea el lenguaje de la muerte sacrificial. Enfrentando la muerte, el apóstol Pablo escribió: 'Porque yo ya estoy para ser sacrificado' (2 Ti. 4:6). En una fecha anterior, también enfrentando una posible muerte, había escrito 'Y aunque sea derramado en libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, me gozo' (Fil. 2:17). Así es que los mártires cristianos aparecen como sacrificios ofrecidos a Dios. De hecho, fueron muertos sobre la tierra y su sangre mojó el suelo, pero en la fe cristiana, el sacrificio era realmente hecho en el cielo donde sus almas eran ofrecidas en el altar celestial"[17].

¿Cuál es la posición adecuada? De nuevo es preciso insistir en la cautela de establecer valores para las visiones celestiales y sobre todo para las proféticas. Dios no está tan interesado en detalles sino en aspectos generales. Siendo una visión celestial no se trata de determinar si en el cielo hay un altar o más de uno, y si son reales o figurativos. No se trata de enseñar que en el cielo haya, como ocurría en el santuario terrenal, un altar del sacrificio y otro del incienso. Los valores celestiales y la revelación de cosas correspondientes al cielo deben interpretarse y valorarse como asuntos que son de una dimensión espiritual y que se describen con palabras propias de una dimensión material, terrenal o temporal. Lo único importante es que se aprecia un altar que vincula el *"Salón del Trono"* con el *"Templo del Altísimo"*. Si la figura es del Santuario celestial porque a ello se vincula y relaciona la enseñanza y la revelación, es necesario entender que lo que Dios pretende que se conozca es que, lo mismo que la figura del trono habla de la presencia en el ejercicio de soberanía de Dios que reina sobre cielos y tierra, ahora la visión tiene que ver con el santuario en que se adora al Dios de santidad y justicia, y este aspecto tiene unas consecuencias determinadas. Establecer valores absolutos a revelaciones generales conducirá inevitablemente a dos males: a) confrontación, con quienes sostengan una opinión diferente; b) error, al afirmar como únicos valores que pueden ser diferentes en su tiempo y cumplimiento.

Juan ve bajo el altar τὰς ψυχὰς τῶν ἐσφαγμένων, *"las almas de los que habían sido muertos",* literalmente *de los degollados*. Se trata de una muerte violenta producida por la acción del que monta el caballo y al que se le llama *muerte.* ¿Quiénes son estos mártires? No parece probable que Juan se esté refiriendo a cualquier martirio ocurrido durante la historia de la Iglesia. Es más, debiera entenderse que la panorámica histórica del libro comprende el tiempo de la tribulación en el que, como se ha considerado antes, la Iglesia no debe estar presente en la tierra (3:10; 1 Ts. 1:10). Tratemos el asunto por partes.

[17] George Eldon Ladd. o.c., 91s

Primeramente Juan habla de τὰς ψυχὰς, *las almas*, ¿Cuál es el significado de esta palabra en el contexto? Sabido es que en ocasiones la palabra alma, especialmente en el hebreo *nepes*, se usa para designar hombres o animales individuales en su esencia total (Gn. 1:20; Ex. 1:5), de ahí que cuando el hálito divino es insuflado se crea una *nepes* viviente (Gn. 2:7). De este modo para la teología antropológica hebrea el hombre es, en este sentido, no un *cuerpo y un alma*, sino un *cuerpo-alma*, es decir, una unidad de vida. En ocasiones el alma se vincula a la persona o incluso al cuerpo humano, de manera que se dice que el alma puede tener hambre y sed (Sal. 107:5), o algo que puede ser entristecido (Gn. 42:21), en esa manera denota el *yo* mismo (Job 16:4; Sal. 124:7). Siguiendo el desarrollo del concepto, *alma* puede usarse para referirse al principio de vida en el hombre o en el animal (Gn. 37:21) e incluso para referirse al cuerpo muerto (Nm. 19:11). El alma, *nepes,* es una referencia al individuo en su totalidad. En el Nuevo Testamento la progresión de revelación conduce a entender el alma[18] como principio de vida (Hch. 20:10) el cual se expresa personificado (Hch. 2:43), y siempre con la idea de una entidad espiritual que se perpetúa después de la muerte. Este es el sentido en que debe entenderse aquí la visión de τὰς ψυχὰς τῶν ἐσφαγμένων *"las almas de aquellos que habían sido muertos"*. Son personas a las que se les había privado de la vida física, por esa razón Juan dice, en una visión que transciende al tiempo de aquellos, que había visto *"las almas"* y no *los muertos*. Esa es la verdad que Jesús expresa cuando dijo: *"No temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno"* (Mt. 10:28).

En segundo lugar Juan ve *las almas* ὑποκάτω τοῦ θυσιαστηρίου, *bajo el altar*. Está utilizando una figura que corresponde a los sacrificios del Antiguo Testamento. Dios enseñó que la vida está en la sangre (Lv. 17:11) y esta se vertía alrededor del altar del sacrificio donde se quemaba la víctima, cuya sangre, figura de su vida, discurría por debajo del altar. Los muertos que habían sido asesinados se los ve como si se tratase de un sacrificio. De la misma manera se contempla al Cordero como *inmolado*. El sustantivo[19] que Juan usa es de amplio sentido y comprende la idea del que fue *degollado*, modo habitual para quitar la vida de una víctima destinada al sacrificio. A los santos se les representa aquí como inmolados en sacrificio.

En tercer lugar, Juan da las razones de la muerte de estos creyentes. La primera causa fue por διὰ τὸν λόγον τοῦ Θεοῦ, *"la palabra de Dios"*, eran gentes obedientes y leales a la Palabra. La Palabra se usa también para referirse al evangelio que Dios ha dado a los hombres, al que Pablo llama *"la palabra de*

---

[18] Griego: ψυχή.
[19] Griego: ἐσφαγμένων.

la cruz" (1 Co. 1:18). Este evangelio de la gracia comprende tanto la muerte como la resurrección y glorificación de Jesucristo. El que acepta la *palabra* del evangelio acepta incuestionablemente el señorío de Cristo. Para el cristiano sólo hay un Señor, y es Jesús. La lealtad a la Palabra los pone en conflicto con el mundo y su sistema introduciéndolos en la experiencia de morir por Cristo, en una expresión de fidelidad consecuente con su fe (2:10). La segunda razón de su muerte fue διὰ τὴν μαρτυρίαν ἣν εἶχον *"a causa del testimonio que tenían"*. Debe apreciarse aquí que no es por el testimonio *que daban*, sino por el testimonio *que tenían*. Era el testimonio que había sido dado por Jesús, el testigo fiel y verdadero (3:14) y que ellos habían aceptado y asumido plenamente, no sólo por convicción mental, sino por principio vital de vida (Fil. 1:21). De la misma manera que Jesús fue llevado a la muerte –siempre desde la perspectiva humana- por haber dado testimonio a la verdad, así también estos serán muertos por la misma razón. Cristo habló de la vinculación con los creyentes y sus consecuencias, idénticas para ambos, salvo en el aspecto redentivo o salvífico (Jn. 15:20). Debemos llegar, pues, a una conclusión: estos muertos por el testimonio que tenían y por fidelidad a la Palabra, no son los mártires de la Iglesia, sino los primeros muertos en el tiempo de la tribulación, cuya dimensión se apreciará más adelante (7:9). Estos han sido objeto de la persecución del Anticristo y han sellado con su vida la fidelidad que corresponde a quienes son verdaderamente creyentes en Cristo. ¿Cómo llegaron al conocimiento de Cristo? El evangelio de la gracia será predicado –como se verá más adelante- a todas las naciones de la tierra, cumpliendo así lo que Jesús había anunciado en el discurso del Monte de los Olivos (Mt. 24:14), y producirá una abundantísima cosecha de salvos en todas las naciones del mundo, muchos de los cuales morirán por su fe.

10. Y clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuando, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra?

καὶ ἔκραξαν φωνῇ μεγάλῃ λέγοντες· ἕως πότε, ὁ δεσπότης ὁ ἅγιος
Y clamaron con voz grande diciendo: ¿Hasta cuando, el Soberano el Santo
καὶ ἀληθινός, οὐ κρίνεις καὶ ἐκδικεῖς τὸ αἷμα ἡμῶν ἐκ τῶν
y verdadero no juzgas y vindicas la sangre de nosotros en los
κατοικούντων ἐπὶ τῆς γῆς
que habitan sobre la tierra?

Notas y análisis del texto griego.

El relato se vincula con lo que antecede mediante καὶ, conjunción *y*; ἔκραξαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo κράζω, *gritar, clamar, dar voces*, aquí como *clamaron*; φωνῇ, caso dativo femenino singular del sustantivo, *voz*, *sonido*, *ruido*; μεγάλῃ, caso dativo femenino singular del adjetivo

indeclinable, *grande*; λέγοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *decir, hablar*, aquí como *diciendo*. La segunda cláusula que recoge el clamor de los que estaban bajo el altar comienza con ἕως, conjunción *hasta que; mientras que; a fin de que*, en ocasiones, como en este caso, hace las veces de preposición con idea de lugar o de tiempo, *hasta*; πότε, adverbio de tiempo, en sentido interrogativo *cuando*; sigue luego una apelación a Dios con calificativos que van precedidos de artículo determinado y que no suelen traducirse en castellano; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; δεσπότης, caso nominativo masculino singular del sustantivo que suele traducirse por *soberano*, en sentido de *señor, dueño*, especialmente cuando se refiere a Dios; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἅγιος, caso nominativo masculino singular del adjetivo *santo*, aquí sustantivado al ir precedido de artículo determinado; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀληθινός, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *verdadero, genuino, auténtico*; οὐ, adverbio de negación absoluta *no*, que negativiza al verbo κρίνεις, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo κρίνω, *juzgar, emitir juicio, ejecutar el juicio*, aquí como *juzgas*; καὶ, *y*; ἐκδικεῖς, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἐκδικέω, *vengar, vindicar, hacer justicia*, aquí como *vindicas* o *vengas*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*, femenino en castellano *la*; αἷμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *sangre*, femenino en español; ἡμῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de nosotros*; ἐκ, preposición que rige genitivo *en*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; κατοικούντων, caso genitivo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo κατοικέω, *vivir, habitar*, aquí como *que habitan*; ἐπὶ, preposición de genitivo *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del nombre *tierra*.

Καὶ ἔκραξαν φωνῇ μεγάλῃ λέγοντες. Sin más revelación sobre quienes son *"las almas"* bajo el altar, Juan recoge y traslada la oración de ese grupo de mártires. Es una oración imprecatoria, como muchas de las que aparecen en los Salmos. La primera observación que surge de la lectura del texto, es que estos que claman están conscientes delante de Dios. La enseñanza de que el alma de los que mueren, entre ellos los salvos, permanece inconsciente en el sepulcro juntamente con el cuerpo en un descanso hasta la resurrección, carece de base bíblica. Los mártires están conscientes en la presencia del Señor puesto que oran, y son conscientes también de la compañía de todos los restantes, puesto que se dirigen al Señor usando el plural *"nuestra sangre"*. Se manifiestan también con emociones, expresadas en deseos personales. Esta verdad concuerda plenamente con el deseo del apóstol Pablo: *"partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor"* (Fil. 1:23). El partir del creyente es para estar con Cristo disfrutando de su presencia. Pablo sabe que al partir de esta vida inmediatamente se está con Cristo. Es la enseñanza general de la Biblia (cf. Sal. 16:11; 17:15; Mt. 8:11; Lc. 16:25; Jn. 17:24; 1 Co. 13:12; He. 12:23).

Los muertos por el testimonio de Jesús claman: ἔκραξαν φωνῇ μεγάλῃ, *clamaron a gran voz*, es decir, oran enfáticamente. Juan expresa la idea utilizando un verbo que significa *clamar*, en sentido de orar a grandes voces, dice el texto φωνῇ μεγάλῃ, *"a gran voz"*. Los mártires dejaban oír un fuerte clamor en la presencia del Señor.

Esta oración contiene una pregunta muy intensa: ἕως πότε, *"¿Hasta cuando?"*. Ellos estaban seguros de que Dios actuaría en justicia y que el tiempo para concluir con la situación de injusticia en la tierra que causó la muerte de todos ellos, tendría un final. Es la pregunta que espera la respuesta concreta del tiempo de Dios que ellos no conocen. No es tanto una pregunta reivindicativa sino de necesidad. Aquellos esperaban el tiempo de Dios y deseaban conocer el alcance temporal de la persecución de los creyentes sobre la tierra.

La oración se dirige a Dios a quien le dan tres títulos. El primero es el de ὁ δεσπότης, *Soberano*, referido al que ejerce autoridad como dueño absoluto, amo supremo. Como tecnicismo sociológico el nombre aparece para referirse al *amo* en contraposición con el esclavo. En este caso el sentido no es social sino teológico, empleado para dirigirse a Dios como el controlador de todo, incluyendo la vida de los creyentes. Así le llamaba Simeón por haberle dejado llegar a ver con sus ojos lo que era un misterio reservado para el conocimiento del tiempo en Dios, cuando el Mesías había de venir al mundo (Lc. 2:29). Es el sentido que se da a la oración de la iglesia cristiana cuando rogaban capacidad para predicar el evangelio con denuedo aún en medio de la persecución (Hch. 4:24). Es, por tanto, la forma que la humildad exige de los siervos de Dios ante el Soberano que es Dios mismo. El título es parte de la negación que hacen los falsos maestros, de Dios y de su Hijo (Jud. 4). Los mártires claman al que siendo Dueño y Soberano, puede actuar sin ningún condicionante en respuesta a su oración, que hacen confiando en su justicia y no como resultado meritorio en los que oran.

El segundo título que dan en su oración es el de ὁ ἅγιος *Santo*, realmente en el texto griego aparece como un adjetivo que califica al sujeto de la oración que es Dios. Sin embargo, al ser un adjetivo articular, al ir precedido de un artículo determinado –en el texto griego- adquiere un valor sustantival y el adjetivo puede entenderse como un nombre propio que corresponde únicamente a Dios. Santo expresa la idea de separado de toda imperfección, por esa causa deberá actuar en justicia contra los que inicuamente trataron a los suyos causándoles la muerte.

En tercer lugar le llaman ἀληθινός, *verdadero*. En esto ocurre lo mismo que con el calificativo anterior, es también un adjetivo, pero precedido de

artículo determinado, puede tomarse como un nombre de Aquel a quienes claman. Verdadero implica la exigencia de actuar con fidelidad. Dios había registrado promesas de ayuda y justicia para quienes le aman y, con toda certeza, las cumple por cuanto es fiel. Es Aquel que dice de sí mismo: *"una vez he jurado por mi santidad y no mentiré"* (Sal. 89:35), por tanto, en base a esa certeza, claman esperando la respuesta que la santidad y justicia de Dios demandan y que la Soberanía le permitirá llevar a cabo.

La petición resulta un tanto extraña a nuestra mentalidad: οὐ κρίνεις καὶ ἐκδικεῖς τὸ αἷμα ἡμῶν ἐκ τῶν κατοικούντων ἐπὶ τῆς γῆς, *"no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra"*. Algunos, a la vista de esta expresión consideran que es propia de los salvos que no pertenecen al grupo de la Iglesia. Basan esta argumentación en que generalmente los cristianos no pedían venganza o, tal vez mejor, vindicación de sus enemigos, sino perdón para sus crímenes. Aparentemente encuentran una contradicción entre el clamor de estos mártires y la oración de Esteban (Hch. 7:60). Sin embargo, hay que entender que la oración de los mártires bajo el altar, es perfecta, por cuanto ya no están en las limitaciones de los hombres al realizar la oración no desde el plano de la humanidad limitada, sino de la comparecencia perfecta en la presencia de Dios. Pablo enseña que los creyentes no sabemos como orar conforme a la voluntad de Dios y que el Espíritu traslada con *gemidos indecibles*, esto es, en palabras que corresponden solamente a Dios, la oración de los creyentes, haciéndola aceptable conforme al propósito divino (Ro. 8:26-27). La Biblia enseña que los creyentes que reciben mal sin causa, no deben procurar venganza por ellos mismos, sino encomendar su causa al que juzga justamente, entregándole la defensa de sus personas, seguros de la vindicación divina que juzga rectamente (Ro. 12:19).Sin embargo, aquí, no es una petición que sale de un corazón vengativo, sino una oración que concuerda y está en plena sintonía con el programa de Dios para juzgar a los hombres de la tierra que son enemigos de Dios en malas obras. Los enemigos de los creyentes que les ocasionaron la muerte, no son los enemigos de los mártires, sino los enemigos de Dios. La sangre de estos mártires es consecuencia de la perversidad de los hombres que se oponen al programa de Dios para la historia de la humanidad. Los perseguidores llegan en su ofensa a extender las manos contra la propiedad personal de Dios que es santo y verdadero, por tanto, la justicia divina debe actuar contra la rebeldía de los hombres juzgando sus acciones. No podía ser de otro modo que recibiendo en ellos mismos lo que conviene a su extravío, ya que todo lo que el hombre sembrare eso también segará (Gá. 6:7). El juicio de Dios será justo por cuanto lo realiza sobre la base de su santidad y verdad. Los mártires preguntan al Señor cuando se iba a producir la manifestación de su justicia.

Escribe el Dr. Ladd:

"La oración de estas almas puede ser interpretada como una oración de venganza o como una oración de reivindicación. Ciertamente hay casos en la historia del martirio de los primeros cristianos cuando los mártires no mostraron el Espíritu de Jesús y de Esteban, pidiendo perdón por los que los perseguían. Por el contrario, a veces los mártires amenazaban a sus atormentadores con el juicio de la ira venidera. La Escritura advierte contra tal espíritu de venganza, prohibiendo la revancha personal, y amonestando a los cristianos afligidos a dar alimento a los enemigos hambrientos y de beber a los que estuvieren sedientos. Deben mostrar amor a los que los atormentan y dejar toda venganza a Dios, quien juzga rectamente (Ro. 12:19). A la luz de esto, algunos intérpretes han entendido que la oración de los mártires es una oración judía, pidiendo venganza, más que una verdadera oración cristiana. Por el otro lado, hay una reiterada nota de vindicación en las Escrituras. Dios dijo a Caín después que éste asesinó a Abel: 'La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra' (Gn. 4:10). Nuestro Señor mismo contó una parábola sobre personas justas que sufrieron a manos de los malvados y cuya única indicación es Dios: '¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a Él día y noche? ¿Se tardará en responderles? Os digo que pronto les hará justicia' (Lc. 18:7, 8). El hecho de que la oración viene desde debajo del altar donde ha sido derramada la sangre de los mártires sugiriese que es la sangre de los mártires la que clama por venganza y no los mártires mismos que piden una venganza personal. Oran que la vindicación divina que es segura porque Dios es santo y verdadero, se apresure sobre los hombres malos que han muerto a los justos"[20].

Toda esta forma de pensamiento exegético frente a la dificultad de una oración imprecatoria, obedece a no distinguir la posición desde la que se formula la oración. No se trata de santos en la tierra que siendo perseguidos oran pidiendo la reivindicación contra sus enemigos, sino de creyentes en la presencia de Dios. La oración de los tales, tiene que ver con el tiempo que Dios ha establecido para juzgar al mundo y establecer en la tierra una manifestación del reino de los cielos en justicia, paz y santidad. Ellos claman a Dios para que ese tiempo se cumpla cuanto antes. Coincide con un aspecto de la oración que el mismo Señor enseñó como modelo para los suyos: *"Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra"* (Mt. 6:10). El deseo de los santos que dieron su vida por el testimonio, tiene que ver con el ansia lógica del creyente de que el reino de Dios se establezca en la tierra. Ello llevaría consigo el juicio de los malos y la limpieza de la tierra. El juicio de Dios sobre los impíos se está llevando a cabo, y una de las manifestaciones de la rebeldía de los tales contra Dios es la muerte de estos mártires. El juicio de Dios sobre los impíos es seguro (Hch. 17:30, 31; Ro. 2:16). Juzgar requiere una acción

[20] George Eldon Ladd. o.c., pág. 93s

investigadora y justa, que comprende la vindicación de la injusticia hecha contra los creyentes, dando al malo la retribución que merece, pero, sobre todo, esta acción de la justicia divina traerá como resultado la manifestación en la tierra del reino de Dios, en donde la justicia será la forma natural del gobierno de Dios y donde los impíos serán alejados. La muerte de los santos es una manifestación visible de la actitud hostil de los hombres contra Dios. El juicio de Dios sería manifestado contra *"los que moran en la tierra"*. Esa acción judicial de Dios ya se estaba llevando a cabo (3:10) y se incrementaría hasta la culminación en el tiempo del retorno de Jesucristo al final del período de tribulación. Por tanto, la oración de los mártires pidiendo la intervención de la justicia de Dios, no era tanto para proveer vindicación por el crimen cometido contra ellos, sino como expresión de que la acción judicial de Dios tuviese rápido cumplimiento para que se produjese el tiempo de la presencia del Señor en la tierra.

Debiéramos entender aquí una sencilla pero importante lección personal. Las oraciones de los creyentes deben coincidir con el propósito de Dios. El primer propósito de quien ora debiera estar relacionado con el cumplimiento de lo determinado por Dios (Mt. 6:10). La manifestación del reino de Dios debe ser el ferviente deseo del creyente. Como ya se ha considerado anteriormente, el reino de Dios es el lugar donde Él ejerce su soberanía, manifiesta su presencia y es obedecido voluntariamente por quienes le aceptan como Señor. El reino ha tenido diversas manifestaciones a lo largo de la historia de la humanidad. En el tiempo presente el reino de Dios es una esfera espiritual en los salvos y, por tanto, en la Iglesia. Cada creyente que es salvo por gracia mediante la fe, es sacado por el poder omnipotente de Dios de una esfera de esclavitud en donde se sirve al pecado, a otra de libertad en Cristo (Col. 1:13). Indudablemente el reino de Dios, o reino de los cielos, comprende también un programa escatológico cuya manifestación más próxima tendrá lugar en el reino milenial de Cristo en la tierra, alcanzando luego la posición definitiva en los cielos nuevos y tierra nueva, cuando el universo sea removido para dar lugar a otro nuevo (2 P. 3:10-13; Ap. 21:1-6). En la esfera del reino de Dios se manifiesta la justicia de Dios. La petición al Padre es concordante con la predicación de Cristo: *"Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado"* (Mt. 4:17). En cierta medida es una petición intercesora pidiendo la salvación de quienes no conocen a Dios. Es un ruego por la efectividad de la predicación del evangelio que Cristo ha encomendado a los suyos, invitando a entrar a los hombres al reino, en sumisión voluntaria, *"que entre vosotros está"* (Lc. 17:2). La petición concuerda plenamente con el deseo de Dios, que ninguno se pierda, sino que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad (1 Ti. 2:4). El reino de Dios en su manifestación futura afirmará el dominio de Dios, como Rey de reyes y Señor de señores, sobre el mundo, donde Cristo regirá las naciones, y sujetará a sí mismo toda la autoridad sobre la tierra (Sal. 2:9; Ap. 2:27; 19:15). La petición expresa el ferviente deseo de que la venida del Señor

con esplendor y gloria para reinar, se produzca cuanto antes; que la promesa de su regreso se cumpla (Jn. 14:1-4). Es una petición semejante a la respuesta de la Iglesia a la promesa del Señor sobre su pronta venida (22:20). Luego del reconocimiento de Dios santificándolo; después de la petición de que su reino se manifieste; el Señor enseñó a pedir por que la obediencia a Dios sea una realidad. *"Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra"*. Es el deseo natural en el creyente de que todo se sujete a la voluntad de Dios sin resistencia. Este fue el modo de la oración del Señor Jesús en la angustia de Getsemaní (Mt. 26:42; Lc. 22:42). Es la expresión que pone de manifiesto el deseo de que se produzca una obediencia total y no sólo parcial a los deseos de Dios. La petición pone de manifiesto la misma disposición de obediencia por parte de quien ora. Es el ruego también para quienes son hermanos en la fe, de modo que todos los creyentes, hijos de Dios por adopción en Cristo, se dejen gobernar por Dios sin reserva alguna. De otro modo, la petición tiene que ver con el deseo de que la tierra se parezca cada vez más al cielo, donde Dios es obedecido sin ninguna resistencia, ni reserva, en modo gozoso y voluntario. Pedir por obediencia compromete al que ora. El creyente es hijo de obediencia. Cuando pide para que la voluntad de Dios se haga en la tierra del mismo modo que en el cielo, está aceptando voluntariamente una posición de completa obediencia. Lo que pide a Dios que haga en todos, lo hará primeramente él mismo. Quien no está dispuesto a obedecer a Dios, no puede, salvo una hipócrita manifestación de piedad, ser desobediente. Una petición continuada para que Dios sea obedecido en el mundo como lo es en el cielo, haría vidas más obedientes en aquellos que presentan ante Él esa oración. Es, sin duda, una de las peticiones menos escuchadas en las oraciones de los creyentes y, posiblemente sea esa una de las razones por las que no se manifiesta obediencia en cada momento de la vida cristiana. Es necesario recordar que la obediencia no es una opción en la vida del creyente, sino la forma natural de desarrollo de la misma.

11. Y se les dieron vestiduras blancas, y se les dijo que descansasen todavía un poco de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos.

καὶ ἐδόθη αὐτοῖς ἑκάστῳ στολὴ λευκὴ καὶ ἐρρέθη αὐτοῖς ἵνα
Y fue dado les a cada uno vestido blanco y fue dicho les que
ἀναπαύσονται ἔτι χρόνον μικρόν, ἕως πληρωθῶσιν καὶ οἱ σύνδουλοι
descansasen aun tiempo pequeño, hasta completasen también los consiervos
αὐτῶν καὶ οἱ ἀδελφοὶ αὐτῶν οἱ μέλλοντες ἀποκτέννεσθαι ὡς
de ellos y los hermanos de ellos los que iban a ser muertos como
καὶ αὐτοί.
también ellos.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad Juan sigue el relato con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐδόθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo δίδωμι, *dar, conceder, entregar,* aquí como *fue dado*; αὐτοῖς, caso dativo masculino plural del pronombre personal, *les*; ἑκάστῳ, caso dativo masculino singular del adjetivo indefinido, *cada uno*; στολὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *vestido*, literalmente *estola,* vestidura amplia y larga que los griegos y romanos llevaban sobre la camisa y se diferenciaba de la túnica por ir adornada con una franja que ceñía la cintura y caía por detrás hasta el suelo, vestidura propia de los ángeles cuando se hacían visibles o de los santos glorificados como en este caso; λευκὴ, caso nominativo femenino singular del adjetivo que expresa la condición de *blanco*; καὶ, conjunción *y*; ἐρρέθη, tercera persona singular de aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo ἐρῶ, que se toma del futuro de indicativo en voz activa de εἴρω, verbo arcaico vinculado a su vez de λέγω, cuyo aoristo se traduce como *fue dicho*; αὐτοῖς, caso dativo masculino plural del pronombre personal *les*; ἵνα, conjunción, *que*; ἀναπαύσονται, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz media del verbo ἀναπαύω, *dar descanso*, aquí como *descansasen*; ἔτι, adverbio de tiempo, *aun, todavía*; χρόνον, caso acusativo masculino singular del nombre común *tiempo*, aquí como un tiempo medido y determinado; μικρόν, caso acusativo masculino singular del adjetivo *pequeño*; ἕως, conjunción, *hasta que, mientras que, en tanto que*; πληρωθῶσιν, tercera persona plural del aoristo primero de subjuntivo en voz pasiva del verbo πληρόω, *cumplir, llevar a término, completar, realizar,* aquí como *completasen*; καὶ, adverbio de modo, *también,* para indicar la igualdad, semejanza, conformidad o relación de una cosa con otra ya nombrada; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; σύνδουλοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo *consiervos*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; καὶ, conjunción *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἀδελφοὶ, caso nominativo masculino plural del sustantivo *hermanos*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado, *los*; μέλλοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo μέλλω, *estar a punto de, disponerse a,* aquí como *que estaban a punto*; ἀποκτέννεσθαι, infinitivo de presente en voz pasiva del verbo ἀποκτείνω, *matar*, aquí como *de ser muertos*; ὡς, adverbio de modo, *como*; καὶ, adverbio de modo, *también*; αὐτοι, caso nominativo masculino plural del pronombre personal *ellos*.

Καὶ ἐδόθη αὐτοῖς ἑκάστῳ στολὴ λευκὴ. Los mártires reciben un adorno de gracia, vestiduras blancas, que son símbolo de santidad y de victoria. Aparentemente habían sido derrotados por cuanto estaban muertos, pero esto es a la vista o desde la perspectiva de los hombres. Muertos por los hombres viven para Dios y son más que vencedores por la fe en Cristo. Las ropas blancas que recibieron son *estolas*, vestidos propios de los santos y de los ángeles cuando se manifestaron personalmente en alguna ocasión. Las vestiduras blancas son símbolo de bendición y descanso, mientras esperan el momento de la manifestación final y perfecta en el retorno de Cristo cuando se produciría para ellos también la resurrección del cuerpo. Son como las arras de la primera

resurrección (20:4-6), pudiendo gustar ya de la gloria final del triunfo del Señor en el cual son partícipes.

Καὶ ἐρρέθη αὐτοῖς ἵνα ἀναπαύσονται ἔτι χρόνον μικρόν. Junto con las vestiduras blancas se les aporta provisión de descanso. El verbo que utiliza Juan lleva aparejada la idea de un descanso confortable. Es experiencia bienaventurada que conlleva estar en la presencia de Dios. Es el reposo en la espera definitiva de la acción vindicativa y justa de Dios sobre sus enemigos que les causaron la muerte. La tribulación y aflicción es siempre larga en el plano de los hombres, pero todo es corto en el tiempo de Dios. Es un tiempo mensurable, como expresa el sustantivo que utiliza Juan. Una medida de tiempo que es, además, corta. Las aflicciones del tiempo presente son cortas, como el apóstol afirma: *"Porque esta leve tribulación momentánea"* (2 Co. 4:17). No debemos olvidar que Dios permite las dificultades y las pruebas para acrisolar nuestra fe y eso sólo cuando es necesario y por el tiempo preciso (1 P. 1:6).

Ἕως πληρωθῶσιν καὶ οἱ σύνδουλοι αὐτῶν καὶ οἱ ἀδελφοὶ αὐτῶν οἱ μέλλοντες ἀποκτέννεσθαι ὡς καὶ αὐτοί. A los mártires en la presencia del Señor, junto con las ropas blancas se les recuerda que el sufrimiento y la experiencia de muerte por la que pasaron a la presencia del Señor, no es algo exclusivo de ellos, sino que será experiencia de otros muchos que todavía estaban en la tierra. El número de los mártires debía completarse, es decir, hasta que se llene totalmente el número de los otros que darían su vida también por el testimonio de Jesucristo y la Palabra de Dios. La cláusula que Juan escribe es una expresión futura y temporal indefinida, que manifiesta también inminencia, ya que el verbo que se utiliza expresa una acción que está a punto de producirse. La espera sería corta por cuanto la muerte de los otros creyentes estaba a punto de llevarse a cabo. Esos que sellarían su fe con la muerte, eran *consiervos* de los que habían sido muertos y a quienes se dirigían las palabras que Juan oyó, creyentes que también servían al Señor. No se puede hablar de conversión sin hablar al mismo tiempo de entrega al servicio. El creyente que recibe a Cristo por fe, vive también a Cristo en la fe (Gá. 2:20; Fil. 1:21). Si Jesús fue siervo, quienes siguen sus pisadas (1 P. 2:21), no tienen otra opción que servir, como es el testimonio que se da de los creyentes en Tesalónica (1 Ts. 1:9-10). Además de consiervos eran también *sus hermanos*, esto es, miembros de la misma familia de la fe. Las dos palabras expresan una idea de comunión: οἱ σύνδουλοι, *los consiervos*, habla de la relación vertical entre cada creyente y el Señor; οἱ ἀδελφοὶ, *los hermanos*, expresa la relación horizontal entre los miembros de la casa de Dios. A los muertos ya en la presencia de Dios se les dice que esperasen hasta que πληρωθῶσιν, *se complete el número*, de los que habían de ser muertos. Quiere decir que Dios tenía el conocimiento y había consentido en que un determinado número de creyentes diesen su vida, en la tribulación, y estaba establecido, por lo que debía

completarse. Nada tiene esto que ver con los que habían de ser salvos. Aquí no se habla del número de los redimidos, sino del de los mártires.

Una cuestión difícil de determinar es si estos mártires tienen un cuerpo intermedio con el que están en la presencia del Señor. Para algunos eruditos, hay un cuerpo intermedio para que los espíritus no estén desencarnados. Así escribe Walvoord:

"En este versículo se contribuye a contestar a esa pregunta. Los mártires muertos, aquí descritos, no han sido resucitados de entre los muertos y no han recibido sus cuerpos de resurrección. Con todo, se declara que se les dan vestidos. El hecho de que se les den vestiduras casi habría de requerir que tuviesen un cuerpo de alguna clase. Una vestidura no puede colgar de un alma o espíritu inmaterial. No es la misma clase de cuerpo que los cristianos tienen ahora, esto es, el cuerpo de tierra; ni es el cuerpo de resurrección, con carne y huesos, del que Cristo habló después de Su propia resurrección. Es un cuerpo temporal, adecuado para su presencia en el cielo, pero reemplazado a su vez por su perpetuo cuerpo de la resurrección, que se les da al tiempo de regreso de Cristo"[21].

Sin embargo, es difícil, a la luz general de la doctrina bíblica, admitir un cuerpo intermedio de resurrección. La Biblia no lo menciona específica y claramente en ningún lugar. La referencia del apóstol Pablo interpretada en ese sentido es una mera hipótesis del intérprete (2 Co. 5:1-4). La esperanza del creyente está en el momento de la resurrección en donde recibirá el cuerpo de resurrección revestido de inmortalidad para nunca más experimentar la separación entre su parte material del cuerpo espiritual de resurrección y la parte espiritual de su propia naturaleza humana. La conclusión a que debe llegarse como la más consecuente con la enseñanza bíblica general es que no existe un cuerpo intermedio entre la muerte y la resurrección sobre el que pueda ponerse vestiduras blancas. Los vestidos blancos en este versículo son simbólicos, lo mismo que el altar. Es una enseñanza simbólica de la condición de los santos mártires en el tiempo en que, esperando el día de la resurrección, estén en la misma presencia del Señor. Mientras tanto *descansan*, no en un sueño insensible, sino en el disfrute de las bendiciones que se manifiestan en la presencia de Dios. Por otro lado, el tiempo a que se refiere está medido desde la perspectiva humana, pero la experiencia de los mártires está fuera de esta temporalidad, vinculada ya a una nueva dimensión de vida totalmente diferente de la humana actual.

El sexto sello (6:12-17).

---

[21] John F. Walvoord. o.c., pág. 134.

12. Miré cuando abrió el sexto sello, y he aquí hubo un gran terremoto; y el sol se puso negro como tela de cilicio, y la luna se volvió toda como sangre.

Καὶ εἶδον ὅτε ἤνοιξεν τὴν σφραγῖδα τὴν ἕκτην, καὶ[1] σεισμὸς μέγας
Y vi cuando abrió el sello el sexto, y terremoto grande
ἐγένετο καὶ ὁ ἥλιος ἐγένετο μέλας ὡς σάκκος τρίχινος καὶ ἡ σελήνη
ocurrió y el sol se volvió negro como saco de crin y la luna
ὅλη ἐγένετο ὡς αἷμα
entera se volvió como sangre.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] καὶ σεισμὸς, *y terremoto,* o también *y seísmo*, atestiguada en א, C, P, 046, 1, 94, 1006, 1611, 1828, 1854, 1859, 2020, 2042, 2053, 2065, 2073, 2081, 2138, 2344, 2432, it[ar, div, gig, z,] vg[ww,] syr[ph, h,] eth, Primasius, Andrés[a, bav, c], Aretas.

καὶ ἰδοὺ σεισμός, *y he aquí un seísmo*, atestiguada en A, 296, 2066, it[e, haf], vg[cl,] Primasius.

σεισμός, *un seísmo, un terremoto*, como aparece en 743, 1849, 2051, 2055, 2064, 2070, 2256, it[dem,] cop[sa, bo], arm, Ticonius.

La omisión plena de la expresión καὶ σεισμὸς μέγας ἐγένετο, aparece en cop[sa ms].

Juan sigue el relato con καὶ, conjunción copulativa *y*; εἶδον, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, *ver*, aquí como *vi*, también en sentido de *observar, percibir, mirar*; ὅτε, conjunción de tiempo *cuando*, *en determinada ocasión*, expresa una indefinición temporal; ἤνοιξεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀνοίγω, *abrir*, aquí como *abrió*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado, *la*, masculino en castellano, *el*; σφραγῖδα, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *sello*, masculino en español; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado, *la*, masculino en castellano, *el*; ἕκτην, caso acusativo femenino singular del adjetivo numeral ordinal, *sexto*; καὶ, *y*; σεισμὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo *terremoto, seísmo*, al que debe suplementarse el artículo indeterminado implícito, *un*; μέγας, caso nominativo masculino singular del adjetivo *grande*; ἐγένετο, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, con amplio significado aquí en sentido de *acontecer, llegar a ser, ocurrir,* aquí como *ocurrió*; καὶ, conjunción *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἥλιος, caso nominativo masculino singular del nombre *sol*; ἐγένετο, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, con amplio significado aquí en sentido de *acontecer, llegar a ser, ocurrir,* aquí como *llegó a ser, se volvió*; μέλας, caso nominativo masculino singular del adjetivo *negro*; ὡς, adverbio de modo, *como*; σάκκος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *saco*; τρίχινος, caso

nominativo masculino singular del adjetivo que denota lo que es de *crin o pelo*; καὶ, *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; σελήνη, caso nominativo femenino singular del sustantivo *luna*; ὅλη, caso nominativo femenino singular del adjetivo *completa, entera, toda*; ἐγένετο, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, con amplio significado aquí en sentido de *acontecer, llegar a ser, ocurrir,* aquí como *llegó a ser, se volvió*; ὡς, adverbio de modo, *como*; αἷμα, caso nominativo neutro singular del sustantivo *sangre*.

Καὶ εἶδον ὅτε ἤνοιξεν τὴν σφραγῖδα τὴν ἕκτην. En su observación Juan prestó atención al momento en que el Cordero abrió el sexto sello. Lo hizo del mismo modo que con los cinco anteriores. El apóstol estaba atento a los acontecimientos que seguían a cada apertura de sellos para detallarlos. El sexto sello abre una panorámica de cataclismos cósmicos aterradores. El orden en el firmamento se conmueve. La conmoción de los astros se había anunciado ya como uno de los acontecimientos propios del día de la ira de Dios, el *día de Jehová*: *"Por lo cual las estrellas de los cielos y sus luceros no darán su luz; y el sol se oscurecerá al nacer, y la luna no dará su resplandor. Y castigaré al mundo por su maldad, y a los impíos por su iniquidad"* (Is. 13:10-11). Vuelve a apreciarse como el Apocalipsis es el entronque ordenado de las profecías que Dios había dado por los profetas de la antigua dispensación, complementadas para su comprensión plena.

Καὶ σεισμὸς μέγας ἐγένετο. La primera conmoción cósmica es una *gran terremoto.* Los acontecimientos que se describen aquí tendrán lugar a la mitad de la última semana de las anunciadas por Daniel (Dn. 9:25ss). Por el desarrollo del libro se estima que este terremoto corresponde al final del primer período de tribulación y habrá otro inmediatamente antes del retorno de Jesucristo. Son acontecimientos que deben entenderse literalmente, salvo cuando sea absolutamente necesario tomarlos como lenguaje simbólico. Estos sucesos anteceden a la segunda venida de Jesucristo (Jl. 2:30; Mt. 24:29, 30; Mr. 13:24-26; Lc. 21:25-28). Nuestro Señor señaló acontecimientos semejantes en el discurso del Monte de los Olivos, lo que hace coincidir plenamente todo el desarrollo del Apocalipsis con el mensaje de Jesús (Mt. 24:29). De la angustia en la tierra a la conmoción cósmica, ambas cosas se manifestarán en el tiempo inmediatamente anterior a la segunda venida del Señor. Las dificultades irán en aumento y a las guerras, hambres, pestilencias, persecuciones y huidas, se añadirán las convulsiones de la naturaleza que, al servicio del Soberano, serán instrumentos de juicio contra los pecadores impenitentes. En aquellos días se producirán grandes cambios en la creación.

Juan observó como se produjo el gran terremoto. No era uno de los acostumbrados en Asia Menor, sino uno de enorme magnitud. De terremotos,

como manifestación de intervención divina sobre el mundo en el tiempo de la ira de Dios, hay muchas referencias, entre otras las citadas anteriormente (Mt. 24:7, 8; Lc. 21:11; Ez. 38:19; Jl. 2:10; Am. 8:8). La magnitud del terremoto no se había producido antes y sólo es comparable con un segundo seísmo que se producirá antes de la inmediata aparición de Jesucristo (16:18).

Καὶ ὁ ἥλιος ἐγένετο μέλας ὡς σάκκος τρίχινος. Una segunda manifestación de la convulsión cósmica tiene que ver con el oscurecimiento del sol. Es muy interesante notar que cuando el pueblo de Israel fue liberado de la esclavitud en Egipto, en los tiempos inmediatamente anteriores se manifestaron en forma de plagas, lo que el Señor, y más tarde Juan en Apocalipsis, anunciaron proféticamente como sucesos que precederán a su segunda venida, en la que también su pueblo en la tierra será liberado de la opresión. Una de las manifestaciones que tuvieron lugar como evidencia para los egipcios de la acción divina fue la plaga de las tinieblas, novena en el orden de aquellos acontecimientos. En el relato del Éxodo se afirma que *"hubo densas tinieblas sobre toda la tierra de Egipto, por tres días"* (Ex. 10:22). Aquella manifestación de la acción de Dios era una señal de advertencia, como todas las anteriores, para los egipcios en el sentido de que el Soberano estaba actuando y que sus palabras debían ser atendidas. De la misma manera en el tiempo final, Dios estará dando oportunidad a los hombres llamándolos al arrepentimiento, acompañando el mensaje con su propia acción judicial cuyos acontecimientos, a medida que pasa el tiempo, hacen más evidente que no son producto de la casualidad sino acción directa de Dios. Como en días de Moisés, la liberación del pueblo de Dios será una realidad inminente.

Observa Juan como el sol se oscureció en forma semejante a lo que ocurriría si se le estuviese viendo a través de un saco oscuro de crin. El saco que Juan menciona era hecho habitualmente de pelo negro de cabra. El oscurecimiento del sol se había anunciado proféticamente en el Antiguo Testamento (cf. Is. 50:3). En los momentos intensos del juicio de Dios sobre su inocente Hijo Jesús en la Cruz, se dice que el sol se oscureció durante tres horas sobre el Calvario (Mt. 27:45). Mateo describe aquel acontecimiento sobrenatural con palabras sencillas que corresponden a la realidad de un hecho histórico y que contrasta con la posición genérica que el evangelista da a otros asuntos temporales, concretando para el tiempo de tinieblas sobre el Gólgota la hora de comienzo y de término de la oscuridad. La luz se retiró a la *"sexta hora"*, que en el cómputo del tiempo actual correspondería al medio día. Mateo afirma que *"hubo tinieblas"*; el sustantivo que utiliza expresa la idea de oscuridad, desde una oscuridad intensa carente totalmente de luz, hasta una oscuridad relativa, pero siempre en contraste con el sol brillante. No se trataba de una nube de niebla que cubriese la luz del sol, sino de sombras que cayeron sobre la tierra. El evangelista afirma que esas tinieblas cubrieron *"toda la*

tierra", esa expresión puede referirse, como posiblemente sea así, a Israel y de forma muy especial a Jerusalén y probablemente extensiva también a Judea. En la Escritura el término *"tierra"*, tiene que ver, sobre todo en profecía, con Israel. Los humanistas liberales en su afán de *desmitificar* la Biblia, procuraron buscar una explicación a este, para ellos, *fenómeno*. No podía tratarse de un eclipse de sol, primero por la extensión, *tres horas*, y sobre todo, porque en luna llena no puede producirse eclipse de sol. Retirado el principal elemento que puede producir oscuridad intensa, como es el eclipse, buscan otros fenómenos naturales que la hubieran podido oscurecer la luz. Algunos proponen el llamado *siroco negro*, grandes nubarrones de alta densidad que producen una notable disminución de la luz del sol. Otros buscan encontrar explicación en un repentino viento procedente del desierto portador de polvo de arena que oscureciese la luz del sol. Pero, en ninguna de estas propuestas cabría el intenso término de Mateo que habla de *tinieblas* durante tres horas. No cabe otra explicación que la acción sobrenatural de Dios que cubrió con un velo de oscuridad el momento cumbre de la Cruz. De esa manera se velaba a los ojos de los hombres la gran *"hora de las tinieblas"*, en donde el Hijo sufría el desamparo del Padre a causa del pecado del ser humano. Cuando la luz del mundo, Jesús mismo, entró en la historia de los hombres, una estrella brillante anunció su nacimiento (Mt. 2:2); cuando gustaba la muerte por todos, es natural que el sol brillante diese paso a las tinieblas. Esta repentina aparición de las tinieblas sobre el Gólgota sirvió de manifestación divina a los denuestos de quienes le injuriaban. Dios respondía mediante el milagro de las tinieblas a la afirmación sarcástica de aquellos infames e impíos, confirmando delante de todos que verdaderamente quien estaba en la Cruz era su Hijo amado. La oscuridad significaba juicio (cf. Is. 5:30; 60:2; Jl. 2:30, 31; Am. 5_18-20; Sof. 1:14-18; Mt. 24:29, 30; Hch. 2:20; 2 P. 2:17; Ap. 6:12-17). En el tiempo del Éxodo vino como señal de juicio sobre la tierra de Egipto (Ex. 10:21-22). En el momento de la Cruz, el juicio de Dios estaba descendiendo sobre el Salvador a causa de nuestros pecados. El sustituto estaba sufriendo el desamparo y recibiendo sobre Él lo que correspondía a la maldición por el pecado. El Hijo de Dios estaba descendiendo *a los infiernos*, en el sentido de experimentar sobre Él la angustia propia de una situación de alejamiento de Dios, no por sus pecados, sino por los nuestros. En su posición en la Cruz hay una figura admirable de la situación que espiritualmente estaba soportando: Levantado entre la tierra y el cielo, como rechazado por los hombres y desamparado por Dios. Tan difícil es entrar en una dimensión espiritual de tal magnitud que, como si Dios mismo quisiera hacer una advertencia de cautela, respeto y limitación, rodeó con tinieblas el momento cumbre de la redención del hombre, en donde se estaba resolviendo la situación penal del pecado y abriendo en Cristo y por Él la puerta de entrada a la dimensión del perdón pleno del pecado y de la vida eterna. Los sufrimientos del Crucificado no eran sólo del cuerpo, sino también del alma y

del espíritu; pero no sólo en el plano de lo humano, sino también de lo divino, pues no puede dejar de ser Dios manifestado en carne ni un solo instante.

¿Será una situación semejante la que Juan vio en los acontecimientos del sexto sello? ¿Se oscureció el sol como efecto del terremoto o es algo independiente? Aunque el sol podría quedar oculto por el polvo producido como consecuencia de un gran terremoto, no es base suficiente para considerarlo como explicación aquí. Dios interviene con su poder para anunciar a los hombres que es Él quien está derramando su ira sobre ellos. El sol no se apagará en aquellos días, la vida sería imposible en la tierra, simplemente *se oscurecerá*, es decir, disminuirá la intensidad de la luz. De la misma manera la luna se verá ensombrecida y no dará su resplandor habitual. Dios cubrirá de alguna manera el cielo para que disminuya la luz de los astros que llega a la tierra. Algo semejante fue anunciado mucho antes por Isaías en relación con el tiempo en que Dios intervendría en la historia humana con juicio, lo que el profeta llama *"el día de Jehová"*, cuando escribe: *"He aquí el día de Jehová viene, terrible, y de indignación y ardor de ira, para convertir la tierra en soledad, y raer de ella a sus pecadores. Por lo cual las estrellas de los cielos y sus luceros no darán su luz; y el sol se oscurecerá al nacer, y la luna no dará su resplandor. Y castigaré al mundo por su maldad, y a los impíos por su iniquidad; y haré que cese la arrogancia de los soberbios, y abatiré la altivez de los fuertes"* (Is. 13:9-11). El profeta Joel habla en el mismo sentido: *"El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de Jehová"* (Jl. 2:31). Un poco más adelante profetizó que *"el sol y la luna se oscurecerán, y las estrellas retraerán su resplandor"* (Jl. 3:15). Entrar a determinar como será posible esto es introducirse en el campo de la mera especulación. Es suficiente saber que ocurrió algo semejante en tiempos de Moisés, y de la misma manera el sol se oscureció en pleno día cuando Jesús moría en la Cruz, manteniendo las tinieblas por un espacio de tres horas (Mt. 27:45). Junto con las tinieblas, la convulsión cósmica descrita como que *"las estrellas caerán del cielo"*. Sin duda no puede referirse a las estrellas de la galaxia, pero sí pudiera tratarse de meteoros que cruzando la atmósfera terrestre se encienden. Sin duda cuando los procesos regulares del firmamento y de nuestro mundo sean convulsionados de este modo, el hombre estará dispuesto a ver en ello el fin del mundo. El trastorno del orden cósmico será una advertencia de que el fin del sistema está cercano. Mateo escribe literalmente en el texto griego que *"los poderes de los cielos serán sacudidos"*, es decir, el orden de funcionamiento cósmico será sacudido. La convulsión cósmica está plenamente profetizada en el Antiguo Testamento (cf. Is. 13:9-10; Ez. 32:7; Jl. 2:31).

Καὶ ἡ σελήνη ὅλη ἐγένετο ὡς αἷμα. Los efectos sobre el sol alcanzan también a la luna. En la visión de Juan se aprecia que la luz del astro

adquiere una tonalidad rojiza. Joel lo había anunciado ya en su profecía: *"El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre"* (Jl. 2:31). Otros profetas hicieron mención a que la luna dejaría de dar su resplandor (Is. 13:10b; Ez. 32:7).

Como se dijo antes, los acontecimientos de la conmoción cósmica deben entenderse literalmente, aunque algunos consideran esto como expresión de lenguaje apocalíptico en una descripción propia del fin del mundo. Así escribe del Dr. Ladd:

"Con la apertura del sexto sello, Juan observó una serie de fenómenos que en lenguaje profético y apocalíptico, eran la forma usual de describir el fin del mundo. En vista del hecho de que muchos intérpretes entienden que estas palabras designan simbólicamente levantamientos sociales, económicos y políticos, es necesario enfatizar el trasfondo profético veterotestamentario. En el día del Señor, cuando Dios finalmente visite la tierra tanto en juicio como en redención, todo el orden terrenal será sacudido. Joel profetizaba: 'El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes de que venga el día grande y espantoso de Jehová' (Jl. 2:31). Y luego: 'El sol y la luna se oscurecerán; y las estrellas retraerán su resplandor' (Jl. 3:15). Hageo escribió: 'Porque así dice Jehová de los ejércitos: De aquí a poco yo haré temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca (Hag. 2:6). Isaías ve el día del Señor como un tiempo cuando 'las estrellas de los cielos, y sus luceros no darán su luz' (Is. 13:10). En otra parte, escribió: 'Todo el ejército del cielo se disolverá, y se enrollarán los cielos como un libro; y caerá todo su ejército, como se cae la hoja de la parra, y como se cae la de la higuera' (Is. 34:4). Jeremías describe el mismo hecho: 'Miré a la tierra, y he aquí que estaba asolada y vacía; y a los cielos, y no había en ellos luz. Miré a los montes, y he aquí que temblaban, y todos los collados fueron destruidos… Porque así dijo Jehová: Toda la tierra será asolada; pero no la destruiré del todo. Por esto se enlutará la tierra, y los cielos arriba se oscurecerán, porque hablé, lo pensé, y no me arrepentí, ni desistiré de ello' (Jer. 4:23-28).

El mismo lenguaje cósmico catastrófico se encuentra en el discurso de nuestro Señor en el Monte de los Olivos. Inmediatamente después del corto período de la gran tribulación, 'el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas' (Mt. 24:29). Inmediatamente después de esta conmoción cósmica, aparecerá el Hijo del hombre en las nubes del cielo para reunir a los elegidos en el reino de Dios. El lenguaje usado por Juan es tan similar a la profecía de Mateo 24 que es difícil creer que Juan no estaba familiarizado con ella"[22].

---

[22] George Eldon Ladd. o.c., pág. 94s

Es necesario entender que la creación está vinculada al hombre, y que el pecado del hombre ha dejado secuelas y huellas profundas en la creación. El apóstol la presenta en un estado de angustiosa espera, gimiendo en anhelo de que los hijos de Dios sean manifestados (Ro. 8:19-22), esperando el momento en que el Señor venga para restaurarla a una dimensión para la que había sido creada pero de la que se desvió a causa del pecado que entró en el mundo por el hombre (Ro. 5:12). En todas estas acciones se pone de manifiesto la acción soberana de Dios y la dependencia que toda la creación tiene del Creador. La presencia de Dios en juicio que conmociona el cosmos, también lo pone a su servicio para aquello que Él había determinado. La descripción de los efectos de la acción divina sobre la creación se describe con palabras y lenguaje de los hombres, conforme a lo que el profeta aprecia en la revelación que recibe en la visión. Tras todo esto subyace la realidad espiritual de una acción divina contra el pecado y, por inclusión, contra los hombres pecadores y rebeldes contra Él. Pero es también, en todo caso, una manifestación de la gracia, puesto que estos cataclismos producen efecto en las personas: *"Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas"* (Lc. 21:25-26). El desfallecimiento de las gentes no es señal de arrepentimiento y retorno a Dios. Simplemente serán conscientes de que tales acontecimientos no son naturales, sino que se producen por la intervención divina. Dios se manifestará a ellos en su corazón y mente entenebrecidos, no tanto como el Salvador que busca que ninguno perezca, sino como su enemigo que busca su destrucción.

13. Y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento.

καὶ οἱ ἀστέρες τοῦ οὐρανοῦ ἔπεσαν εἰς τὴν γῆν, ὡς συκῆ βάλλει
Y las estrellas del cielo cayeron a la tierra, como una higuera arroja
τοὺς ὀλύνθους αὐτῆς ὑπὸ ἀνέμου μεγάλου σειομένη.
los higos de ella por viento grande sacudida.

Notas y análisis del texto griego.

Para dar continuidad al relato Juan usa otra vez la conjunción καὶ, *y*; οἱ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *los*; ἀστέρες, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *estrellas, astros*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; οὐρανοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *cielo*, *espacio donde están los astros*; ἔπεσαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πίπτω, *caer, precipitarse*, aquí como *cayeron*; εἰς, preposición de acusativo *a*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆν, caso acusativo femenino

singular del nombre *tierra*; ὡς, adverbio de modo *como*; συκῆ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *higuera*, que debe suplementarse con el artículo indeterminado implícito *una*; βάλλει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo βάλλω, *arrojar, lanzar, echar, depositar*, aquí como *arroja*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; ὀλύνθους, caso acusativo masculino plural del sustantivo *higos*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de ella*; ὑπὸ, preposición de genitivo, *por*; ἀνέμου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *viento*, haciéndose necesario complementarlo con el artículo indeterminado implícito *un*; μεγάλου, caso genitivo masculino singular del adjetivo, *grande*; σειομένη, caso nominativo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo σείω, que significa *agitar, sacudir, estremecer*, en voz pasiva *temblar*, aquí como *sacudida.*

Καὶ οἱ ἀστέρες τοῦ οὐρανοῦ ἔπεσαν εἰς τὴν γῆν. La acción de Dios sobre el sol y la luna se extiende también a las estrellas, que Juan ve caer del cielo a la tierra. Un cataclismo relacionado con las estrellas había sido anunciado proféticamente mucho tiempo antes (Is. 13:9, 10). Es indudable que no puede tratarse de las estrellas o soles que están en el universo y que son mucho mayores que la misma tierra. El término que Juan usa y que se traduce como estrellas puede hacer referencia a las estrellas-soles en las galaxias, pero también se usa para referirse a cuerpos celestes más pequeños. El término se utiliza para referirse también a los cometas y asteroides. Probablemente lo que Juan vio fue lo que se llama una *lluvia de estrellas*, que se produce cuando la tierra atraviesa la cola de cometas o entra en el campo de pequeños cuerpos siderales.

Ὡς συκῆ βάλλει τοὺς ὀλύνθους αὐτῆς ὑπὸ ἀνέμου μεγάλου σειομένη. La abundancia de *estrellas*, en el sentido que se apunta, era de tal magnitud que Juan la compara con la caída de los higos de una higuera sacudida por un viento violento. Siempre un fenómeno cósmico intenso, sobre todo si va acompañado de otros inexplicables como la disminución de la luz del sol y de la luna, produce un impacto notable entre las personas que se sienten lo que realmente son: insignificantes ante la grandeza de la creación. Sin embargo, ni siquiera esto les conduce a reverenciar al Creador que está sobre todo esto y lo controla.

14. Y el cielo se desvaneció como un pergamino que se enrolla; y todo monte y toda isla se removió de su lugar.

καὶ ὁ οὐρανὸς ἀπεχωρίσθη ὡς βιβλίον ἑλισσόμενον καὶ πᾶν ὄρος
y el cielo se desvaneció como libro que se enrolla y todo monte
καὶ νῆσος ἐκ τῶν τόπων αὐτῶν ἐκινήθησαν.
e isla de los lugares de ellos fueron removidos.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad Juan sigue el relato con καὶ, conjunción *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; οὐρανὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo *cielo*; ἀπεχωρίσθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo ἀποχωρίζομαι, verbo compuesto con ἀπό, *de* (partitivo), y χωρέω, *separar*, enfatizado como *separarse, desvanecerse, marcharse, desparecer*, tal vez en sentido de dejar de verse; ὡς, adverbio de modo, *como*; βιβλίον, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *libro, rollo escrito*; ἑλισσόμενον, caso nominativo neutro singular del participio de presente en voz pasiva del verbo ἑλίσσω, *enrollar*, aquí como *que se enrolla*; καὶ, conjunción *y*; πᾶν, caso nominativo neutro singular del adjetivo indefinido que expresa radicalmente *todo*; ὄρος, caso nominativo neutro singular del nombre común *monte*; καὶ, conjunción *y*; νῆσος, caso nominativo femenino singular del sustantivo *isla*; ἐκ, preposición de genitivo, *de*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; τόπων, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *lugar, región, país, extensión geográfica definida*; αὐτῶν, caso genitivo neutro plural del pronombre personal *de ellos*; ἐκινήθησαν, tercera persona plural del aoristo de indicativo en voz pasiva del verbo κινέω, *mover, alejar,* en voz pasiva *moverse*, aquí como *fueron movidos.*

Καὶ ὁ οὐρανὸς ἀπεχωρίσθη ὡς βιβλίον ἑλισσόμενον. Juan observa la conmoción cósmica que se produjo, unida al gran terremoto en la tierra y a los efectos que ocasionaba una notable disminución de la luz en el sol y en la luna. Gráficamente describe la visión de los acontecimientos que afectan al universo como un cielo que se *desvanece* y como un pergamino que se enrolla. El verbo[23] que utiliza tiene también el sentido de *apartarse*. Para los judíos el cielo es como una cúpula extendida por Dios sobre la tierra en donde están los astros. El vio como las estrellas o asteroides, según se comentó antes, caían sobre la tierra, por tanto, es como si el cielo se escindiese y desdoblase en dos partes, lo que originaría la caída de los astros suspendidos en la bóveda. No es posible determinar con certeza el alcance de la visión de Juan y reducirla a palabras que la expresen en lenguaje humano. El fenómeno cósmico hace que el cielo se abra y se enrolle como si fuese un pergamino que se rompe por la mitad. La visión de Juan certifica la omnipotencia del Creador, que es capaz de actuar sobre el universo, de modo que el vidente observa su acción como si se tratase de alguien que con fuerza rompe un pergamino. La realidad será muy superior a lo que podemos entender con la descripción de Juan. Todos estos sucesos serán terribles y producirán un tremendo impacto en la humanidad.

Καὶ πᾶν ὄρος καὶ νῆσος ἐκ τῶν τόπων αὐτῶν ἐκινήθησαν. Los montes y las islas, dice Juan, *se removieron* de su lugar. Es necesario entender también esto en dos sentidos: primeramente en el lenguaje hiperbólico que describe una conmoción cósmica de esa naturaleza; en segundo lugar en sentido

[23] Griego: ἀποχωρίζομαι.

de que el terremoto afectó la totalidad del planeta. Ningún monte por grande e imponente que fuese dejo de sentir el impacto que lo hizo temblar; ninguna isla por lejana que fuese dejó de estremecerse por el temblor de la tierra. No significa que todos los montes y todas las islas dejaran el lugar y se trasladase a otro sitio, sino que todo cuanto existía en la tierra y en el mar sintieron el impacto del terremoto. Sin duda un cataclismo semejante dejará profundas huellas en la tierra. Es muy probable que una sacudida sísmica de esa naturaleza, haga desaparecer alguna isla y destruyese algún monte, sin embargo, se aprecia que la vida sigue en la tierra, a pesar de que recibió el impacto de algo tan formidable que nadie puede negar la procedencia sobrenatural del mismo. Juan ve como todo el cosmos es afectado por la acción del Todopoderoso que está en el trono y del Cordero que actúa como juez universal. Dios se manifiesta interviniendo en los asuntos de los hombres y mostrándose como el omnipotente, cuya acción alcanza al universo, en una solemne manifestación de su gloriosa autoridad.

15. Y los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, lo poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes.

Καὶ οἱ βασιλεῖς τῆς γῆς καὶ οἱ μεγιστᾶνες καὶ οἱ χιλίαρχοι καὶ οἱ
Y los reyes de la tierra y los magnates y los tribunos y los
πλούσιοι καὶ οἱ ἰσχυροὶ καὶ πᾶς δοῦλος καὶ ἐλεύθερος ἔκρυψαν
ricos y los poderosos y todo siervo y libre se escondieron
ἑαυτοὺς εἰς τὰ σπήλαια καὶ εἰς τὰς πέτρας τῶν ὀρέων
a sí mismos en las cuevas y en las rocas de los montes.

Notas y análisis del texto griego.

Juan sigue el relato con καὶ, conjunción copulativa *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; βασιλεῖς, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *reyes*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; γῆς, caso femenino singular del sustantivo *tierra*; καὶ, conjunción *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; μεγιστᾶνες, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *persona noble, distinguida,* se usa para referirse a los miembros de la corte de Herodes (Mr. 6:21) y a los mercaderes de Babilonia (Ap. 18:23) pudiendo traducirse por *magnates*; καὶ, conjunción *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; χιλίαρχοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota un *jefe militar con mando sobre mil hombres, jefe de cohorte, comandante, tribuno*, en general aplicable a jerarquías militares; καὶ, *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; πλούσιοι, caso nominativo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de *rico*; καὶ, *y*; οὶ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *los*; ἰσχυροὶ, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *fuerte, poderoso*; καὶ, conjunción *y*; πᾶς, adjetivo indefinido que expresa radicalmente

totalidad, aquí como *todo*; δοῦλος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *siervo*, en general, aunque puede referirse también a *esclavos*; καὶ, *y*; ἐλεύθερος, adjetivo que expresa la condición de quien es *libre*, en contraposición con la condición de siervo, que depende de un dueño o de un señor; ἔκρυψαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo κρύπτω, *esconder, ocultar, enterrar, mezclar con*, aquí como *se escondieron*, *se ocultaron*; ἑαυτοὺς, caso acusativo masculino plural del pronombre reflexivo de tercera persona *ellos mismos, sí mismos*; εἰς, preposición de acusativo *en*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los,* femenino en castellano, *las*; σπήλαια, caso acusativo neutro plural del sustantivo *cuevas*, femenino en español; καὶ, *y*; εἰς, preposición de acusativo *en*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; πέτρας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *rocas*, en sentido de *terreno rocoso*, *bloque rocoso*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*; ὀρέων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *montes.*

Καὶ οἱ βασιλεῖς τῆς γῆς καὶ οἱ μεγιστᾶνες καὶ οἱ χιλίαρχοι καὶ οἱ πλούσιοι καὶ οἱ ἰσχυροὶ καὶ πᾶς δοῦλος καὶ ἐλεύθερος Juan describe en pocas palabras una escena de pánico colectivo. Un miedo intenso alcanza a todos los que moran en la tierra. Se hace referencia a las personas de toda la escala social, desde οἱ βασιλεῖς, *los reyes*, es decir, aquellos que están en el ejercicio de gobierno sobre las naciones; pasando por οἱ βασιλεῖς, *los magnates*, los que son poderosos y tienen un alto rango en la escala social; luego se refiere a οἱ χιλίαρχοι, *los tribunos*, alusión genérica a los que están en posiciones de rango militar; οἱ πλούσιοι, *los ricos*, quienes ocupan la escala más elevada dentro de las clases sociales; también οἱ ἰσχυροὶ, *los poderosos*, aquellos que están dotados de autoridad para ejercerla entre las gentes; junto con ellos πᾶς δοῦλος *todo siervo*, que en general alcanzan a quienes tienen que prestar un servicio personal para vivir, que, en tiempos de Juan, comprendía también y de forma especial, a los esclavos; finalmente se hace referencia a la generalidad de las personas mencionando a ἐλεύθερος, *los libres*, en contraposición a quienes están en dependencia, bien de esclavitud o bien de servicio. Estas siete clases de grupos de personas que son la expresión plena de la sociedad sobre la tierra, son objeto de la ira de Dios que envía sobre el mundo.

Todos ellos son presas del pánico, por cuanto la grandiosidad e insistencia de las acciones que se producen sobre el mundo, apuntan a una acción sobrenatural que escapa absolutamente al control humano y que les hace sentir que Alguien superior a los hombres está actuando de esa manera. Aterrorizados ἔκρυψαν ἑαυτοὺς εἰς τὰ σπήλαια καὶ εἰς τὰς πέτρας τῶν ὀρέων, *se escondieron todos ellos en las cuevas y en las rocas de los montes.* Sin embargo, a pesar de ser conscientes de ello, no retornan a Dios, sino que procuran alcanzar un lugar donde refugiarse, descrito por Juan como tratando de introducirse en cuevas y buscar protección debajo de las peñas de los montes. Es una tremenda visión de

la actuación ilógica e inconsecuente del hombre que trata de refugiarse escondiéndose bajo las piedras, cuando el universo entero se estremece por el poder omnipotente del soberano Dios. El profeta Isaías hablando en nombre del Señor a Su pueblo les advierte de lo inconsecuente de una acción semejante: *"Métete en la peña, escóndete en el polvo, de la presencia temible de Jehová, y del resplandor de su majestad"* (Is. 2:10), en sentido de no haber nada en la tierra que pueda librar a los hombres de la ira de Dios cuando es enviada sobre ellos. Las palabras de la revelación profética transmitida, ponen de manifiesto que los malvados que no pueden escapar del juicio de Dios escondiéndose entre rocas o bajo tierra, expresando irónicamente lo inútil de tal subterfugio para escapar de la ira de Dios. El profeta dice también que: *"La altivez de los ojos del hombre será abatida, y la soberbia de los hombres será humillada; y Jehová sólo será exaltado en aquel día"* (Is. 2:11).

Es sorprendente apreciar, una vez más, como el Apocalipsis es el gran engarce de las profecías del Antiguo Testamento relativas al día de la ira de Dios. Lo que Isaías escribió en su profecía lo ve cumplido Juan en la visión que transcribe en el Apocalipsis, confirmando el cumplimiento de la profecía de Isaías, al ver como los grandes de la tierra, unidos a los más miserables buscan juntos un refugio que no encuentran, demostrando lo inútil de sus riquezas y lo estéril de sus privilegios sociales cuando Dios interviene en juicio. El único exaltado es Dios que desde el trono controla todo el universo y actúa conforme a su designio sobre los hombres en la tierra que no pueden evitar lo que el Señor hace conforme a su propósito. ¡Oh, tremenda necedad humana, que pretende huir por sus medios de la acción omnipotente de Dios!

16. Y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero.

καὶ λέγουσιν τοῖς ὄρεσιν καὶ ταῖς πέτραις· πέσετε ἐφ᾽ ἡμᾶς καὶ
Y dicen a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros y
κρύψατε ἡμᾶς ἀπὸ προσώπου τοῦ καθημένου ἐπὶ τοῦ θρόνου καὶ
esconded nos de rostro del sentado sobre el trono y
ἀπὸ τῆς ὀργῆς τοῦ ἀρνίου,
de la ira del Cordero.

Notas y análisis del texto griego.

Juan vincula la narración mediante el uso de la conjunción copulativa καὶ, *y*; refiriéndose luego a los que procuraban esconderse de la ira de Dios que λέγουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *decir, hablar*, aquí como *dicen*; τοῖς, caso dativo neutro plural del artículo determinado *a los*; ὄρεσιν, caso dativo neutro plural del sustantivo *montes*; καὶ, conjunción *y*; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado declinado *a las*; πέτραις, caso dativo

femenino plural del sustantivo *peñas*: Una segunda cláusula contiene la petición de los huidos, con πέσετε, segunda persona plural del aoristo segundo de imperativo en voz activa del verbo πίπτω, *caer*, aquí como *caed*, en una acción consumada definitivamente, como si dijesen *caed de una vez*; sigue luego ἐφ', forma que adopta la preposición ἐπί por elisión de la ι final y asimilación de la π ante vocal o diptongo con aspiración, y que significa, *sobre*; ἡμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal *nosotros*; καὶ, *y*; κρύψατε, tercera persona plural del aoristo de imperativo en voz activa del verbo κρύπτω, *esconder, tapar, ocultar*, aquí como *esconded*; ἡμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal *nosotros*; ἀπὸ, preposición de genitivo *de*; προσώπου, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *rostro*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; καθημένου, caso genitivo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo κάθημαι, *sentarse*, aquí como *sentado*; ἐπὶ, preposición de genitivo *sobre*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *trono*; καὶ, *y*; ἀπὸ, preposición de genitivo *de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; ὀργῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *ira*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *del*; ἀρνίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *cordero*.

Καὶ λέγουσιν τοῖς ὄρεσιν καὶ ταῖς πέτραις· πέσετε ἐφ' ἡμᾶς. Junto con la acción de buscar refugio de la acción judicial de Dios en las cuevas y bajo las peñas, se aprecia el clamor insensato de los hombres que no se claman a Dios en un acto de arrepentimiento, sino que piden a los elementos en los que buscan refugio como son los montes y las peñas. En una absurda locura espiritual los hombres tratan de liberarse de la ira de Dios, ordenando a los montes y a las rocas que caigan sobre ellos en una provisión protección que los oculte de la ira de Dios: καὶ κρύψατε ἡμᾶς ἀπὸ προσώπου τοῦ καθημένου ἐπὶ τοῦ θρόνου καὶ ἀπὸ τῆς ὀργῆς τοῦ ἀρνίου, *y escondednos del rostro del que está sentado sobre el trono y de la ira del Cordero.*

Nuevamente la profecía del Antiguo Testamento se traslada a la visión de Juan, en una manifestación idéntica a la que describe Oseas: *"Y los lugares altos de Avén serán destruidos, el pecado de Israel; crecerá sobre sus altares espino y cardo. Y dirán a los montes: Cubridnos; y a los collados: Caed sobre nosotros"* (Os. 10:8). Es la oración propia del rebelde incrédulo y rebelde contra Dios. Jesús dijo que se necesitaba poca fe para hacer trasladar un monte de lugar (Mt. 17:20), pero estos pretenderán que los montes les obedezcan y les sirvan de escondedero. Intentan hacer mover a los montes y las rocas en una demanda pronunciada por quienes no tienen ninguna fe conforme a Dios. Las gentes saben que todo cuando se producía, todo lo que ocurría se debía a la acción divina. Ellos entienden claramente que es una manifestación de la ira divina, es más, conocen incluso que el ejecutor de la ira de Dios es el Cordero.

Es necesario entender que la ira es una pasión del alma que mueve a indignación y enojo. Es, por tanto, una disposición anímica que conduce a acciones. En el griego se diferenciaban ambas partes de este proceso psíquico, la intimidad en que se producía una cólera instantánea se denominaba θυμός, (*thumos)*; cuando el ánimo encolerizado se manifestaba al exterior recibía el nombre de ὀργη (*orgë*). La ira ὀργη (*orgë*) incorpora una determinada orientación que canaliza la cólera íntima y la orienta hacia algo o hacia alguien. Este es el caso aquí en el que Dios exterioriza su cólera a causa del pecado y de la rebeldía del hombre, orientando sus acciones hacia quienes son responsables de esa situación. La raíz de la palabra la vincula también con otra[24] que expresa la idea de llenar hasta rebosar, o desear algo con vehemencia. En ese sentido la primera acepción puede aplicarse a un determinado sentimiento o a un impulso íntimo y personal. El segundo sentido expresaría una profunda emoción pasional, por lo que equivale a *enfurecimiento, irritación, indignación, ira*, etc.

La ira aquí está vinculada a quien es el Salvador, ya que los hombres se dan cuenta de estar bajo la ira del que τοῦ καθημένου ἐπὶ τοῦ θρόνου καὶ ἀπὸ τῆς ὀργῆς τοῦ ἀρνίου, *"está sentado en el trono y del Cordero"*, esa es la consecuencia natural de un proceso de rechazo de Dios y su obra consciente y voluntariamente por los hombres que no tienen en cuenta el único camino para librarse de la ira de Dios manifestada a causa del pecado, ya que habiendo sido descargada esa ira sobre Cristo en la cruz (Gá. 3:13), es posible la salvación para todo aquel que cree (Jn. 3:16). Por tanto, la ira de Dios se manifiesta en expresiones puntuales sobre actitudes abiertamente contrarias a Él mismo. Sin embargo, el tiempo de gracia es también tiempo de advertencia, ya que el hombre está en un mundo bajo la ira de Dios, que aparece como suspendida sobre él y dispuesta para ser ejecutada a causa del pecado (Ro. 1:18-3:20; Ef. 2:3). La ira de Dios por el pecado queda definitivamente detenida para aquél que en un acto de fe se refugia en Cristo y se apropia creyente de la obra sustitutoria del Crucificado. Para él ya no existe ninguna condenación (Ro. 8:1). De ahí que el evangelio sea un llamado de Dios a la fe que salva, librando de la ira (Hch. 16:31). Por tanto, quien se condena, permaneciendo bajo la ira, es aquel que rehúsa obedecer al mensaje del evangelio (Jn. 3:36). Todo el que rechaza el mensaje de salvación, entra de lleno en la esfera de la ira, haciéndose a sí mismo objeto de reprobación, como vaso de ira (Ro. 9:22). El que no se acoge a la gracia presente, se verá envuelto en la ira futura. Debe hacerse también una distinción relativa a la ira de Dios en la escatología bíblica, diferenciando la condenación eterna de la ira que será desatada sobre el mundo en preparación de Israel y las naciones para el retorno de Jesucristo. El creyente, incorporado en un cuerpo en Cristo por la acción del Espíritu (1 Co. 12:13),

---

[24] Griego ὀργάω.

queda introducido y vinculado a una dimensión de salvación que teniendo una proyección eterna la tiene también en el tiempo futuro de la historia humana cuando la ira de Dios se derrame en juicio sobre las naciones del mundo (Ap. 3:10), de cuyo tiempo será librada la iglesia (1 Ts. 1:10). Un párrafo de Bultmann, puede resumir con precisión el sentido de la ira sobre el pecador desobediente, en el ámbito del N. T.

"Dios es juez siempre, y la fe cristiana en la gracia de Dios no consiste en la convicción de que la cólera de Dios no existe y de que no tenemos ante nosotros, amenazante, su juicio (2 Co. 5:10), sino que consiste en la convicción de que podemos salvarnos de la ira de Dios" [37].

El Salvador se establece también como Juez único, por tanto la ira de Dios está vinculada con Cristo que es el Juez establecido para juzgar con justicia y equidad a quienes, por condición personal de rebeldía, se alejaron de la salvación de Dios, única manera de evitar la ira y la condenación por el pecado (Ro. 8:1).

La pretensión de los impíos es vana, al pretender que los elementos naturales los escondiesen del *rostro*, esto es, de la presencia de Dios. Es una acción propia del pecador no arrepentido, que en lugar de buscar a Dios y su perdón pretende esconderse de Él, como si hubiese algún lugar a donde el Omnipresente no llegase. Tal fue así desde el principio, cuando se produjo el primer acto de pecado (Gn. 3:8). La pretensión de los rebeldes es que algo natural los ocultase de la ira del Cordero. Es un intento vano y una pretensión necia la que lleva a una acción semejante y a un propósito absurdo. La ceguera espiritual y la rebeldía conducen a una situación semejante. Como ya se dijo antes, aquel que como Cordero murió por los perdidos, es el que juzga la rebeldía del hombre, como escribe el profesor Grau:

"¿Quién ha pensado que era posible hablar de la ira del Cordero? ¿No es el cordero el más manso de los animales? Es la ira del amor, de amor despreciado, pisoteado una y mil veces, a pesar de haber llegado hasta lo sumo del sacrificio por nosotros"[25].

La ira del Cordero se manifestará en plenitud de poder contra todos los impíos, que no podrán encontrar manera alguna de evitarla, porque es un intento vano procurar ocultarse de quien es el Creador de cielos y tierra. Una exclente

---

[37] R. Bultmann, Theología. Pág.288.

[25] José Grau. o.c., pág. 165.

frase del Dr. Carballosa sirve aquí como resumen de una acción semejante descrita por Juan:

"La dureza del corazón humano se pone de manifiesto una vez más. En lugar de esconderse en el Cordero, intentan esconderse de Él"[26]

17. Porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?

ὅτι ἦλθεν ἡ ἡμέρα ἡ μεγάλη τῆς ὀργῆς αὐτῶν[1], καὶ τίς δύναται
Pues llegó el día el grande de la ira de Ellos ¿y quien podrá
σταθῆναι
sostenerse en pie?

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

αὐτῶν, *ellos*, aparece atestiguada en א, C, 94, 1611, 1828, 1854, 2020, 2053, 2344, it[ar, c, dem, div, gig, haf, z], vg, syr[ph, h], de Promissionibus Oecumenios Fulgentius Haymo.

αὐτοῦ, *él*, atestiguada en A, P, 046, 1, 1006, 1859, 2042, 2065, 2073, 2081, 2138, 3243, cop[sa, bo], arm, eth Primasious, Andrés, Aretas.

La primera lectura está defendida por los mejores críticos del texto griego y es la que se sigue.

La cláusula establece la razón del clamor de las gentes, con ὅτι, conjunción causal, *porque, puesto que, que*; ἦλθεν, tercera persona singular del aoristo de indicativo en voz activa del verbo ἔρχομαι, *venir, ir, llegar, arribar*, aquí como *vino, llegó*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la,* en español masculino, *el*; ἡμέρα, caso nominativo femenino singular del sustantivo *día*, masculino en castellano; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado, *la*, que en español no se utiliza en esta estructura gramatical; μεγάλη, caso nominativo femenino singular del adjetivo *grande*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; ὀργῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *ira*, en sentido de manifestación externa de la pasión interna; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *ellos*. La segunda cláusula es interrogativa constituyendo una pregunta retórica, con καὶ, *y*; τίς, caso nominativo masculino singular del pronombre interrogativo *quien*; δύναται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo δύναμαι, *ser capaz, tener poder para hacer algo,* aquí como *puede*, que adquiere sentido de futuro de capacidad, como *podrá*, *será capaz*; σταθῆναι, aoristo de infinitivo en voz pasiva del verbo ἵστημι, *estar en pie, poner en pie, hallarse*, aquí como *sostenerse en pie*.

[26] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 142.

Ὅτι ἦλθεν ἡ ἡμέρα ἡ μεγάλη τῆς ὀργῆς αὐτῶν. Los acontecimientos y la conmoción cósmica hacen entender a los hombres que Dios es el que está interviniendo. ¿Cómo saben ellos que se trata de la ira de Dios? y, sobre todo ¿cómo saben que es el *gran día de su ira*? Los hombres han hablado, a lo largo de la historia, muchas veces del fin del mundo. Ahora comprenden que esta situación no puede entenderse sino como algo semejante a lo que ellos habían considerado como de ese tiempo final. Las evidencias del entorno histórico de aquel tiempo les harán reflexionar orientándolos en esa dirección. La muerte de la población (6:7, 8), el hambre y la carestía (6:5, 6) y las guerras que asolan la tierra (6:3, 4), unidos al terremoto y a las convulsiones en el sistema de los astros, les confirma que sólo la actuación de la ira de Dios puede alcanzar tales formas.

A la reflexión sigue una pregunta: καὶ τίς δύναται σταθῆναι, *¿quién podrá sostenerse en pie?* La pregunta retórica de los que claman a los montes y a las piedras para que los cubra de la ira del que está en el trono y del Cordero, exige una respuesta negativa: *"¿Quién podrá mantenerse en pie?*, ***nadie***. La pregunta está relacionada con la capacidad personal de mantenerse delante de un tribunal y salir absuelto o también ser capaz de evitar el cumplimiento de una sentencia judicial. Solamente podría ocurrir esto en aquellos que estén dentro de las palabras de Jesucristo: *"Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre"* (Lc. 21:36). Nadie podrá sostenerse por méritos propios delante del Juez, porque nadie es digno. El único que pude sostenerse en pie ante la justicia de Dios y todas sus demandas es Cristo, y al otorgar su justicia a todo el que cree (Ro. 5:1), sólo el creyente podrá mantenerse en pie, porque no le alcanza ya la ira de Dios a causa del pecado (Ro. 8:1). En este caso, ninguno de aquellos que procuran esconderse de la situación de la ira derramada sobre el mundo, podrá sostenerse en pie. Dios ha manifestado su gracia en salvación para todo aquel que cree (Ef. 2:8-9), quien no se acoge por la fe a la gracia salvadora de Dios es un rebelde al llamamiento celestial y sólo puede esperar sobre él la ira de Dios para condenación (Jn. 3:36).

La panorámica de la ira divina sobre el mundo pecador y rebelde descrita por Juan en las distintas visiones del capítulo, pone de manifiesto un incremento constante de la acción judicial de Dios. Lo que en un principio aparece como si fuese un tiempo de bonanza, con la presencia del primer caballo y su jinete (v. 2), da paso a una sucesión de dificultades que se agravan sobre el mundo trayendo conflictos entre los hombres que hacen desaparecer la paz; un incremento de dificultades en la provisión de los elementos más esenciales para la vida humana (vv. 5-6); una enorme mortandad sobre el planeta que elimina a la cuarta parte de las gentes (vv. 7-8); y, finalmente, la tremenda conmoción

cósmica que afecta a los astros y a la tierra, producirán una impactante e inquietante manifestación de la omnipotencia de Dios y de la expresión de su ira.

El Apocalipsis induce a algunos a contextualizar los mensajes con la tecnología actual y con los descubrimientos astronómicos que se han alcanzado, uniendo todo ello con una elevada dosis de suposiciones personales que convierten el comentario en un tratado de ciencia ficción. Basándose en la guerra y en las acciones que producirán la muerte de una cuarta parte de la humanidad, unidas al enorme terremoto que conmocionará el planeta, junto con el oscurecimiento del sol y de la luna y la visión de un cielo como cortado y abierto, intentan vincular todo esto con una guerra nuclear que pudiera, según los futurólogos, producir estas consecuencias. Es, por tanto, necesario recalcar que la Biblia no es un libro de especulación, sino de interpretación. No está puesto para que la imaginación se sustancie en ella y describa sueños posibles y acciones futuribles, sino que se da para que, en una interpretación literal, el hombre descubra la panorámica que Dios da sobre el futuro y su intervención en el orden de la humanidad y del universo. La Biblia está escrita para responder a la pregunta: *"¿Quién es el Soberano?"* y el Espíritu pone de manifiesto que el único Soberano es el que está sentado en el trono y el Cordero. Lo hace así para que sintamos una profunda reverencia hacia quien es el Todopoderoso y entendamos que aún en medio de la expresión de su ira a causa del pecado, hay un mensaje de gracia llamando al pecador al arrepentimiento. Dios manifiesta su profunda compasión hacia todo aquel que arrepentido vuelve a Él y confesando su pecado, extiende la mano de fe para recibir el don de la salvación y la vida eterna. El creyente debe tener en consideración que el pecado trae siempre graves consecuencias; que aún cuando no hay condenación para quien está en Cristo (Ro. 8:1), Dios no deja sin disciplina a quien no confiesa su pecado y se aparta de él. En un mundo permisivo como el nuestro, los pasajes de Apocalipsis debiera hacernos reflexionar sobre la separación y repulsión que el cristiano debiera demostrar por el pecado. No es tan solo apartarse de él, sino denunciar su perversidad en la medida en que sea posible. Las consecuencias del pecado en la vida del cristiano no serán jamás de condenación, pero pueden ocasionar serios trastornos en la iglesia y contundentes formas de disciplina que pueden llegar incluso a la pérdida de la vida física del creyente no arrepentido que no confiesa su pecado (He. 10:26-31). La solución para el cristiano en relación con el pecado personal es la confesión (1 Jn. 1:9). Confesar es reconocer en identificación lo que Dios determina y apartarse de contravenir aquello que establece tomándolo como propio. *"El que encubre su pecado no prosperará, mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia"* (Pr. 28:13).

EXCURSUS

LA IRA

Dado el interés que tiene una percepción clara de este tema, no sólo en el Apocalipsis, sino en la escritura, se incorpora una síntesis teológica del concepto bíblico de *ira*.

La ira es una pasión del alma, que mueve a indignación y enojo. Es, por tanto, una disposición anímica que conduce a acciones, aunque estas no lleguen a realizarse. En el griego se diferenciaban ambas partes de este proceso psíquico, la intimidad en que se producía una cólera instantánea se denominaba θυμός (*thumos*), cuando el animo encolerizado se manifestaba al exterior recibía el nombre de ὀργή (*orgë*). La ira ὀργή (*orgë*) incorpora una determinada orientación que canaliza la cólera íntima y la orienta hacia algo o hacia alguien. En el texto del Nuevo Testamento, ambas palabras se utilizan de modo sinónimo, haciendo difícil encontrar siempre las matizaciones que existían en el griego clásico.

En la LXX no se hace distinción entre θυμός (*thumos*) como expresión de un proceso íntimo de apasionamiento y ὀργή (*orgë*) que manifestaría la intimidad al exterior en acciones de ira. Ambos vocablos de utilizan indistintamente para trasladar los varios del hebreo que se utilizan para expresar aspectos de la ira y sus manifestaciones.

Los diferentes términos que expresan ira, se usan tanto en relación con el hombre, como con Dios. En el primero de los casos, se hace diferenciación entre una expresión correcta o incorrecta de la ira. En el segundo, relacionado con Dios, sólo es posible entenderlo en la infinita perfección de Dios y de sus manifestaciones.

1. Ira (θυμός). Aparece 18 veces en el Nuevo Testamento, siendo Juan quien más la utiliza, usándola 10 veces en Apocalipsis, seguido de Pablo que la usa 5 veces

1.1. En relación con el hombre.

Normalmente se utiliza el término para referirse a aspectos íntimos de cólera, que pueden manifestarse externamente. Como antes se ha dicho, en el uso bíblico de la palabra no se hace una distinción marcada entre θυμός y ὀργή, por lo que en ocasiones una y otra expresan accesos de cólera, bien interna o externa (p. ej. Ef. 4:31). En ocasiones aparece vinculada a otras manifestaciones pecaminosas, tales como *contienda* (ἔρις), *celos* (ζῆλος), *rivalidades* (ἐριθεῖαι) (2 Co. 12:20; Gá. 5:20). En otros lugares se utiliza para expresar aspectos de cólera interna que saturan a la persona y se manifiestan luego en arrebatos de ira (Lc. 4:28; Hch. 19:28). Las manifestaciones de ira humana tiene asiento en la naturaleza adámica no regenerada que se denomina *carne,* y una de cuyas obras es la ira (Gá. 5:20). La acción del Espíritu es la única fuerza sobrenatural que puede sujetar las *manifesaciones* propias de la carne (Gá. 5:16), debiendo estar ausente de la vida cristiana asentada sobre el nuevo hombre (Ef. 4:24).

1.2. En relación con Dios.

La ira de Dios, como manifestación contra el pecado, aparece ampliamente en el Nuevo Testamento, en ocasiones se utiliza el término indistintamente en lugar de ὀργή y, en otras aparecen juntos, traducido como *enojo* (Ro. 2:8). El enojo de Dios, como actividad de la actitud justa de Su ira ha tenido diversas expresiones a lo largo de la historia humana, y se manifestará definitiva y totalmente en lo que la Biblia llama *el día de la ira* (ἡμέρᾳ ὀργῆς), en el que se verán involucrados todos aquellos que han sido desobedientes a la verdad y persistieron en la práctica pecaminosa contraria a la voluntad de Dios (Ro. 2:5). Es el Apocalipsis donde la manifestación del θυμός*, furor* de la ira de Dios se revela con mayor dimensión. La ira de Dios descargada sobre quienes practican el pecado, se describe gráficamente en la profecía de Jeremías, como un dar a beber o derramar el *"vino del furor de Dios"* (Jer. 25:15ss). Tal sentido se aplica a expresiones semejantes en el Apocalipsis, en las que se alude al vaciarse íntimo de la indignación divina sobre la humanidad corrupta (Ap. 14:10; 16:19; 19:15). Previo a ese *derramarse* de Su furor, aparece la figura de la disposición interna de ira, como si se tratase de las uvas puestas en el lagar que producen el vino de la ira (Ap. 14:19). Una vez elaborado ese *vino de ira* -siempre en el simbolismo del Apocalipsis- se ofrece a la humanidad impía en la *copa del furor* (θυμός) *de Dios* (Ap. 16:1). La manifestación escatológica de la ira de Dios sobre el mundo llegará a su expresión definitiva con el retorno de Cristo, que en el lenguaje parabólico del libro se presenta como *"pisando el lagar del vino del furor de la ira de Dios",* (πατεῖ τὴν ληνὸν τοῦ οἴνουυ τοῦ θυμοῦ τῆς ὀργῆς τοῦ θεοῦ) en una victoria radical y definitiva contra los enemigos que se oponían en lucha contra Dios y su Ungido (Ap.19:15).

2. Ira (ὀργή). La raíz de la palabra la vincula también con *orgaö* (ὀργάω), que expresa la idea de llenar hasta rebosar, o desear algo con vehemencia. En ese sentido la primera acepción puede aplicarse a un determinado sentimiento, o a un impulso íntimo y personal. El segundo sentido expresaría una profunda emoción pasional, por lo que equivale a *enfurecimiento, irritación, indignación, ira*, etc. El vocablo se utilizaba en el griego clásico para referirse a la ira de las divinidades orientada hacia otros dioses, o hacia los hombres.

En el Antiguo Testamento aparecen varias palabras que se traducen indistintamente en la LXX, por ὀργή o por θυμός, por lo que las consideraciones sobre el uso de los términos hebreos que se hacen en relación con ὀργή, son aplicables también a ὀργή. La voz traducida como *ira,* se usa en el Antiguo Testamento tanto para referirse a Dios como a los hombres, por ello es conveniente marcar tal diferencia en el estudio de la palabra.

2.1. Ira, relacionada con Dios en el Antiguo Testamento.

Por el número de veces que aparece en el texto bíblico, la primera palabra hebrea es *aph* que figura doscientas diez veces y que tiene que ver con *la nariz* (Gn. 2:7; 7:22, 24:47; Nm. 11:20; Sal. 18:8; Is. 2:22; Am. 4:10; etc. etc.). Se usa también una vez para

referirse al rostro (Sal. 10:4). El vocablo vino a designar la ira como el *resoplar* de la furia interna (Job. 4:9), por ello significa también las *ventanas de la nariz,* y una vez se utiliza para referirse al hocico de un animal (Pr. 11:22). Esta palabra se usa mayormente en el A. T. vinculada y relacionada con la ira. En este sentido aparece ciento setenta y una veces traducida por *ira* (cf. Gn. 27:45; Ex. 4:14; Nm. 24:10; Sal. 27:9; Lam. 1:12). Otras cuarenta y dos veces designa *rabia, cólera, furor* (cf. Nm. 25:11; Dt. 29:23; Est. 7:7; Jer. 18:20).

Una segunda voz traducida como ira es *hëmäh*, que aparece unas ciento quince veces en el Antiguo Testamento. La palabra se usa para referirse a *veneno* o algo *venenoso* (cf. Dt. 32:24, 33; Job. 6:4; Sal. 58:4; 140:3).También designa un recipiente, que puede ser una botella o incluso una copa (Os. 7:5). Sin embargo, las acepciones relacionadas con sentimientos íntimos vinculados con la ira son las más abundantes, apareciendo una vez como *indignación* (Ez. 3:14); sesenta y cuatro veces como *furia, enojo, hostilidad* y sinónimas (cf. Gn.27:44; Lv. 26:28; Is. 27:4; 34:2; 63:15; Jer. 7:20; Lam. 2:4; Ez. 13:13; Dn. 8:6; Mi. 5:15; Nah. 1:6; Zac. 8:2); tres veces como *furor* (Dt. 9:19; Sal. 6:1; 38:1); una vez como *ira* en el sentido de indignación (Est. 5:9); dos veces para referirse a *enojo, enfado personal profundo* (2 R. 5:12; Pr. 6:34); treinta y tres veces aparece como *furor, rabia, cólera, ira* (cf. Nm. 25:11; Dt. 29:28; 2 S. 11:20; 2 R. 22:13; 2 Cr. 34:21; Est. 3:5; Job. 21:20; Sal. 76:10; Pr. 16:14; Jer. 18:20; Ez. 13:15).

Una tercera palabra hebrea *härön* que significa *hervor*, aparece treinta y tres veces en el A.T. y sirve, unas veces asociada con *aph* y otras independientemente, para expresar el furor de la ira a modo de un *hervor* de juicio, siendo Jeremías quien la utiliza vinculada con *aph* más que ningún otro escritor del A. T. (cf. Nm. 32:14; Jer. 4:8, 26; 12:13; 25:37, 38; 30:24; 49:37; 51:45; Lam. 1:12; 4:11; Jon. 3:9; Sof. 2:2; 3:8). Una vez se usa para expresar furor (Job. 20:23). Nueve veces aparece sola para referirse a la ira ardiente de Dios (Dt. 13:17; Jos. 7:26; 2 R. 23:26; 2 Cr. 30:8; Sal. 78:49; 85:3; Jer. 25:38; Os. 11:9; Nah. 1:6). Una vez se usa para referirse al juicio de Dios sobre los rebeldes (Sal. 2:5). Otras cinco veces se utiliza para referirse al furor desatado de Dios que se manifiesta en juicio y ruina, y se opone directamente al pecador (Ex. 15:9; Neh. 13:18; Sal. 58:9; 69:24; 88:16; Ez. 7:12, 14).

La cuarta palabra hebrea *ebräh* aparece treinta y cuatro veces en el A. T. y sirve para designar tanto a la ira, como al acaloramiento o furia. De ellas treinta y tres veces se refiere a *ira* (cf. Gn. 49:7; Job. 21:30; Sal. 90:9; Pr. 14:35; Jer. 48:30; Ez. 7:9). Dos veces se relaciona directamente con *furor* (Job. 40:11; Sal. 7:6). Una vez con la ira del hombre (Pr. 22:8).

Una quinta voz hebrea *queseph* se encuentra veintisiete veces en el A. T. y se usa para referirse a la ira producida por un disgusto, un desengaño, a causa de una acción improcedente. Así aparece veintitrés veces, traducida por *ira* la mayoría de ellas (cf. Nm. 1:53; Jos. 9:20; 1 Cr. 27:24; 2 Cr. 19:10; Est. 1:18; Sal. 102:10; Ec. 5:17; Is. 54:8; Jer. 21:5; Zac. 7:12). Tres veces figura con el sentido de indignación (Dt. 29:28; 2 R. 3:27; Is. 34:2). Una vez, se utiliza con el significado de *espuma* en sentido de algo pasajero, que desaparece pronto bajo la ira de Dios (Os. 10:7).

La sexta palabra hebrea es *zaam* que aparece veintidós veces en el A. T. para referirse a la ira de Dios. Realmente la palabra tiene que ver más directamente con indignación, aunque se traduzca por *ira*; en este sentido se encuentra veinte veces de las veintidós en que aparece la palabra (cf. Sal. 69:24; 78:49; Is. 10:5,25; Jer. 10:10; 50:25; Lam. 2:6; Ez. 22:24; Dn. 8:19; Nah. 1:6; Hab. 3:12; Sof. 3:8).

Finalmente una séptima voz hebrea, *rögez* , cierra la serie de vocablos que, en uno u otro sentido, expresan el concepto de ira. Esta palabra aparece una sola vez en el A. T. traducida como *ira* (Hab. 3:2).

Relacionado con los conceptos semánticos de las distintas voces que expresan conceptos de ira, aparecen en el Antiguo Testamento las distintas manifestaciones de la ira de Dios. La Escritura revela a Dios, en muchas ocasiones, como airado, utilizándose descripciones sumamente elocuentes de la manifestación del sentimiento íntimo de Dios en la expresión de Su ira, como con rostro encendido, lengua como llamas de fuego consumidor, y aliento como un raudal de inundación (Is. 30:27-28). En otras ocasiones el énfasis de la expresión de la ira de Dios está en la efectividad de una decisión divina que ni se detiene ni puede detenerse hasta que se ejecute el cumplimiento de Su propósito (Jer. 30:23-24). El diálogo de Dios en ira es turbador para los que se rebelan contra Su voluntad (Sal. 2:5). La ira como expresión de desagrado frente al pecado del hombre, debe producir en el creyente un reverente respeto ante la presencia de Dios, rodeada siempre de santidad y justicia (Is. 6:5). Sin embargo, no puede considerarse como la descripción modelo de Dios en el A. T., la de un Dios permanentemente airado contra el hombre, descargando continuamente las diversas manifestaciones de Su ira, ya que el nombre que lo define como el Dios del pacto, es también el que expresa la vinculación afectuosa con el hombre, a pesar de su pecado, hasta el extremo de hacerse solidario con él en gracia. La relación de Dios con el hombre descansa esencialmente en la manifestación de su misericordia y el ejercicio del perdón (Ex. 34:6-7). Nunca debe olvidarse que la gracia es la corona de la manifestación de Dios hacia el hombre. La Persona Divino-humana de Jesucristo, no vino para expresar la ira de Dios por el pecado del hombre, sino el ejercicio libre de su misericordia, ya que vino *"lleno de gracia y de verdad"* (Jn. 1:14). La ira de Dios en las relaciones con Israel, se producen como respuesta a la conducta pecaminosa de la nación, en quebrantamiento voluntario de lo establecido por Él (Nm. 25:3; 32:10; Dt. 29:24-25; Jos. 7:1; Jue. 2:14, 20). Los profetas hablan en muchos lugares de la ira de Dios como consecuencia natural del pecado del pueblo y de conductas socialmente reprobables. Tales actuaciones condujeron finalmente al cautiverio de toda la nación. Como escribe Plath:

"La ira de Dios es siempre una reacción proporcionada a la infracción del mandamiento o a la resistencia ofrecida a su acción que determina la historia; con su ira Dios no quiere sólo castigar la infracción o la resistencia, sino que quiere al propio tiempo restablecer y mantener el orden establecido entre Él mismo y los hombres"[27].

---

[27] S. Plath. Furch Gottes. Pag. 105. *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento.* Salamanca 1980. pág. 358.

Es en esta dimensión, en la que la ira de Dios aparece como reacción natural al rechazo, desprecio y ofensa contra Su amor. En respuesta al afecto entrañable manifestado en tantas actuaciones que lo evidencian, los objetos de Su amor, responden con menosprecio y aún con negación hacia la afirmación de amor procedente de Dios (Mal. 1:2). Tal actuación provoca la ira en el afecto íntimo de Dios (Mal. 2:2). Al no haber en Dios acepción de personas, las naciones que pudieron ser utilizadas como instrumentos en la manifestación de Su ira hacia el pueblo rebelde, pueden ser también consumidas por la misma ira en razón de su propio pecado, como es el caso de Egipto, de Babilonia, y otras (Jer. 50:13-15; Ez. 30:15; Mi. 5:15). La ira que con derecho pudiera caer instantáneamente sobre el trasgresor, se detiene temporalmente a causa de la gracia. Dios airado por el pecado, advierte siempre al pecador de las consecuencias de su pecado (Jer. 7:3-7), de modo que el castigo se produce por no oír la advertencia de la voz de Dios (Lam. 3:42, 43). Esta ira puede destruir (Hab. 3:12), extinguir (Jer. 25:37), asolar (Jer. 50:13) y, en general se expresa como hiriendo los pueblos y haciéndoles beber el cáliz de su enojo (Is. 51:17; Jer. 25:15). Sin embargo, mientras que el amor de Dios es eterno, la ira suele manifestarse temporal y ocasionalmente. La Biblia habla continuamente de la ira de Dios como *"de un momento"* (Sal. 30:5), y de un momento breve (Is. 26:20), para volver a brillar el sol de gracia que descubre un horizonte de esperanza (Os. 14:4). El arrepentimiento genuino abre la entrada a la experiencia de la restauración y del perdón, de ahí que el profeta, en medio de torrente de la ira de Dios vertida sobre el pueblo a causa del pecado, pida a Dios mismo que genere en el pueblo el espíritu de una conversión verdadera (Lam. 5:21-22).

2.2. Ira relacionada con Dios en el Nuevo Testamento.

Habiendo sido descargada la ira de Dios por el pecado sobre Cristo en la cruz (Gá. 3:13), el énfasis del mensaje novotestamentario es de salvación para todo aquel que cree (Jn. 3:16). Por tanto, la ira de Dios se manifiesta en expresiones puntuales sobre actitudes abiertamente contrarias a Él mismo. Sin embargo, el tiempo de gracia es también tiempo de advertencia, ya que el hombre está en un mundo bajo la ira de Dios, que aparece como suspendida sobre él y dispuesta para ser ejecutada a causa del pecado (Ro. 1:18-3:20; Ef. 2:3). La ira de Dios por el pecado queda definitivamente detenida para aquél que en un acto de fe se refugia en Cristo y se apropia creyente de la obra sustitutoria del Crucificado. Para él ya no existe posibilidad de condenación (Ro. 8:1). De ahí que el evangelio sea un llamado de Dios a la fe que salva, librando de la ira (Hch. 16:31). Por tanto, quien se condena, quedando bajo la ira, es aquel que rehúsa obedecer al mensaje del evangelio (Jn. 3:36). Quien rechaza el mensaje de salvación, entra de lleno en la esfera de la ira, haciéndose a sí mismo objeto de reprobación, como vaso de ira (Ro. 9:22). El que no se acoge a la gracia presente, se verá envuelto en la ira futura. Debe hacerse también una distinción relativa a la ira de Dios en la escatología bíblica, diferenciando la condenación eterna con la ira que será desatada sobre el mundo en preparación de Israel y las naciones para el retorno de Jesucristo. El creyente, incorporado en un cuerpo en Cristo por la acción del Espíritu (1 Co. 12:13), queda introducido y vinculado a una dimensión de salvación que teniendo una proyección eterna, la tiene también en el tiempo futuro de la historia humana cuando la ira de Dios se derrame sobre las naciones del mundo en juicio (Ap. 3:10), de cuyo tiempo será

librada la iglesia (1 Ts. 1:10). Un párrafo de Bultmann, puede resumir con precisión el sentido de la ira sobre el pecador desobediente, en el ámbito del Nuevo Testamento:

"Dios es juez siempre, y la fe cristiana en la gracia de Dios no consiste en la convicción de que la cólera de Dios no existe y de que no tenemos ante nosotros, amenazante, su juicio (2 Co. 5:10), sino que consiste en la convicción de que podemos salvarnos de la ira de Dios"[28].

El N.T, al estilo de los profetas del A.T., advierte al hombre de una ira escatológica y futura que descenderá sobre los pueblos y las gentes y que tendrá una expresión definitiva en la condenación eterna de los pecadores impenitente (Ap.11:18). Sorprendentemente la ira está vinculada al que ahora es Salvador de todo aquel que cree, de ahí que se le denomine como *la ira del Cordero* (Ap.6:16). Al estilo veterotestamentario, la ilustración de la ira de Dios se expresa como el *pisar el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso* (Ap.14:19-20; 19:15).

2.3. La ira relacionada con el hombre.

La voz ὀργή define también la ira de los hombres. Es, como se ha dicho antes, sinónimo de θυμός. Si en el sentido divino sólo puede hablarse de ira santa, en el humano puede relacionarse con la expresión de una *ira correcta*, en la medida que sintoniza y se manifiesta en razón de identidad moral con Dios, y otra *incorrecta o pecaminosa* que surge de las pasiones activadas por la *carne*. Cristo enseñó la pecaminosidad de toda ira que se oriente hacia el prójimo (Mt. 5:22), y que comprende también aquella que genera exasperación en el hijo a quién el padre no trata correctamente según el Señor (Ef. 6:4). La ira humana, carnal, adámica, no es conforme a la justicia de Dios (Stg. 1:19). La ira aparece siempre entre los pecados que figuran en las listas del Nuevo Testamento (Ef. 4:31; Col. 3:8; Tit. 1:7), así como entre las obras de la carne (Gá. 5:20), aunque en esa ocasión se usa el término θυμός, en lugar de ὀργή . La ira impide que la oración sea oída y, por tanto, respondida (1 Ti. 2:8).

Sin embargo, existe una *ira correcta* en la experiencia humana, que no es generada por el hombre natural como algo propio, sino que resulta de la participación del creyente en la ira de Dios. De esa manera se entiende la ira del Señor Jesús ante el acecho de que era objeto por los fariseos cuando sanaba a alguien en sábado (Mr. 3:5). Esta ira divina, expresada en el plano humano, se expresa en palabras duras contra la conducta de aquellos al final del ministerio de Jesús (Mt. 23). Esa expresión de ira ocurría cuando el pecado de los hombres les llevaba a apropiarse para sus fines de lo que correspondía y era propiedad de Dios, como en el caso de la limpieza del templo (Jn. 2:13-17), indicando el texto bíblico que aquella actuación se producía como resultado del íntimo *consumidor del celo de Dios*. Sin embargo, como quiera que la ira de Dios *"es por un momento"*, así también la de aquel que está en sintonía con ella, como consecuencia de la comunión con Dios como instruye su Palabra: *"no se ponga el sol sobre vuestro enojo"* (Ef. 4:26). Extender más allá lo que Dios limita, es entrar dentro del campo de los propósitos satánicos.

---

[28] R. Bultman. *Teología*, pág. 288.

El creyente debe tener en cuenta esta advertencia para vivir una vida de paz con todos, en cuanto sea posible o dependa de él, como enseña el apóstol Pablo: *"Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres"* (Ro. 12:18). Esa es la consecuencia natural de quien conoce a Dios y sabe que la ira es algo reservado sólo a Él, en quien no hay acepción de personas y juzga justamente según la conducta de cada uno.

CAPÍTULO VII

SALVACIÓN Y GOZO

Introducción.

Muchos eruditos bíblicos entienden que este capítulo es un paréntesis en el desarrollo del libro, introducido en el espacio de tiempo profético que va entre el sexto y el séptimo sello. En una simple lectura pudiera parecer así, ya que los temas tratados en él no están relacionados directamente con la ira de Dios sobre el mundo, y pareciera más bien un detalle marginal al tiempo de la tribulación. De esta manera escribe el Dr. Ladd:

"Antes de que Juan comience la historia del fin, se detiene a emplear una técnica que usa varias veces para interrumpir el flujo de la narración. Abre un paréntesis, pintando un cuadro que es el fondo esencial para seguir el hilo de la narración"[1] .

¿Se trata realmente de un paréntesis introducido por Juan para hacer un alto en el relato? ¿Es, utilizando lenguaje musical, un interludio en la sinfonía de Dios sobre el último tiempo? Aunque aparentemente pudiera ser así, sin embargo, debiera buscarse una solución al aparente problema encontrando un hilo conductor que explique el contenido que Juan escribió, en este punto del libro.

El capítulo anterior concluye preguntado, ante la expresión más intensa de la ira de Dios sobre el mundo: *"¿Quién podrá sostenerse en pie?"*. En este capítulo se da la respuesta: Nadie podrá sostenerse a no ser los que han sido redimidos por Dios. Este es el hilo conductor que liga el capítulo con lo que antecede. No podía quedar sin respuesta desde la perspectiva divina una pregunta de tamaña naturaleza. Esta es la razón de lo que parece un paréntesis que, en todo caso, no sería temático sino aclaratorio. Los acontecimientos simultáneos exigen establecer estos cambios para considerar asuntos que acontecen al mismo tiempo y que son diferentes entre sí. No cabe duda que las visiones se detienen para incluir un aspecto de la salvación, pero, todo ello está dentro del tema general en esa sección del libro que revela lo que ocurrirá durante el tiempo de la tribulación. No sólo se vierte la ira de Dios sobre el mundo, sino también la gracia en salvación para todo aquel que cree. No ha habido tiempo en que Dios no salve al hombre. Desde el mismo instante de la caída se ha producido la salvación por gracia del pecador que la acepta por fe. No hay razón alguna para que se detenga durante los siete años de la

---

[1] George Eldon Ladd. o.c., pág. 97.

tribulación. El hecho del traslado de la iglesia a la presencia del Señor antes de la tribulación, no supone la interrupción en el mundo de la proclamación del evangelio y, mucho menos, la interrupción de salvación que es el propósito y la voluntad de Dios. A lo largo de la historia del hombre hubo siempre la proclamación del evangelio de la gracia, en la dimensión del mensaje para cada tiempo. Pedro afirma que Noé fue pregonero de justicia, anunciando la salvación por gracia al mundo antediluviano (2 P. 2:5). Por esa misma causa fue enviado Jonás a Nínive llamando a los hombres al arrepentimiento. Ese fue el mensaje de Juan el Bautista que anunció el reino de los cielos, y el mismo fue también el de Jesús. Ese es el ministerio de la iglesia y su responsabilidad en este tiempo (Mt. 28:18-20). Ese será el cometido de algunos escogidos para evangelizar en el mundo durante la tribulación. Ese también será el ministerio hasta el final de la historia de la humanidad. Dios hará que se proclame la salvación por gracia mediante la fe mientras exista un pecador que pueda ser salvo en la sociedad humana. Es más, se hace necesaria la evangelización a todo el mundo en ese período de tiempo por cuanto fue anunciado de este modo en el sermón profético del Olivete, donde el Señor dijo: *"será predicado el evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones"* (Mt. 24:14), así que deberá cumplirse lo anunciado por Jesús en el tiempo de la tribulación, ya que sus palabras se refieren a esa época y no a l anterior ni a la posterior. Una idea equivocada en relación con el *traslado de la iglesia*, enseña *la salida* del Espíritu Santo del mundo junto con ella. Esta es la consecuencia de una incorrecta interpretación de las palabras del apóstol Pablo relativas a la instauración del Anticristo y su gobierno en el mundo, detenido hasta el presente por el Espíritu Santo, en las que el apóstol afirma que: *"Ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo que hay quien al presente lo detiene, hasta que Él a su vez sea quitado de en medio"* (2 Ts. 2:7). Si el Espíritu Santo es retirado de la tierra en el traslado de la iglesia, no es posible la salvación. Juan enseña, por medio de la visión recibida, que habrá un tiempo de gran salvación durante el período de la tribulación, cuando ya la Iglesia no esté en la tierra, lo que confirma la enseñanza general de que el Espíritu Santo estará operando activamente para salvación después del traslado de la Iglesia. El presente capítulo enseña como Dios hará posible esa obra de gracia.

El bosquejo del pasaje para el estudio, puede establecerse de la siguiente manera:

1. Salvación en medio de la ira (7:1-17).
    - 1.1. Los 144.000 sellados (7:1-8).
    - 1.2. La multitud de los gentiles salvos (7:9-17).
        - 1.2.1. La multitud (7:9-12).
        - 1.2.2. Su procedencia (7:13-17).

Salvación en medio de la ira (7:1-17).

Los 144.000 sellados (7:1-8).

1. Después de esto vi a cuatro ángeles en pie sobre los cuatro ángulos de la tierra, que detenían los cuatro vientos de la tierra, para que no soplase viento alguno sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre ningún árbol.

Μετά τοῦτο εἶδον τέσσαρας ἀγγέλους ἑστῶτας ἐπί τάς τέσσαρας
Después de esto vi cuatro ángeles en pie sobre los cuatro
γωνίας τῆς γῆς, κρατοῦντας τούς τέσσαρας ἀνέμους τῆς γῆς ἵνα
ángulos de la tierra sujetando los cuatro vientos de la tierra para que
μή πνέῃ ἄνεμος ἐπί τῆς γῆς μήτε ἐπί τῆς θαλάσσης μήτε ἐπί πᾶν
no sople viento sobre la tierra ni sobre el mar ni sobre todo
δένδρον.
árbol.

Notas y análisis del texto griego.

Con la forma profética propia de indefinición en cuanto a tiempo, Juan prosigue el relato con μετά, preposición de acusativo que equivale a *después de*; τοῦτο, caso acusativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*; εἶδον, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, *ver*, aquí como *vi*, también en sentido de *observar, percibir, mirar*; τέσσαρας, caso acusativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *cuatro*; ἀγγέλους, caso acusativo masculino plural del sustantivo *ángeles*; ἑστῶτας, caso acusativo masculino plural con el participio perfecto en voz activa del verbo ἵστημι, *estar en pie, poner en pie, hallarse*, aquí como *en pie*; ἐπί, preposición de acusativo, *sobre*; τάς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*, en castellano masculino, *los*; τέσσαρας, caso acusativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal, *cuatro*; γωνίας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *ángulos*, masculino en español; en griego es femenino por cuanto equivale también a *esquina*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del nombre *tierra*; κρατοῦντας, caso acusativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo κρατέω, *asir, aferrarse, retener, mantener*, aquí como *sujetando, asiendo*, el verbo expresa idea de una acción hecha mediante fuerza pero sin violencia alguna, es de la misma raíz que κράτος, *poder, fuerza, dominio*; τούς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; τέσσαρας, caso acusativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *cuatro*; ἀνέμους, caso acusativo masculino plural del sustantivo *vientos*, mayoritariamente la palabra está relacionada con destrucción, vientos huracanados y con vientos contrarios; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del nombre *tierra*; ἵνα, conjunción, *que, para que*; μή, adverbio de negación condicional *no*; πνέῃ, tercera persona singular del presente de subjuntivo en voz activa del verbo πνέω, *soplar*, aquí como *sople*; ἄνεμος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *viento*; ἐπί, preposición de genitivo, *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo

determinado *de la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del nombre *tierra*; μήτε, conjunción copulativa que expresa sentido de negación como *ni*; ἐπί, preposición de genitivo, *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; θαλάσσης, caso genitivo femenino singular del sustantivo *mar*; μήτε, conjunción copulativa que expresa sentido de negación como *ni*; ἐπί, preposición de genitivo, *sobre*; πᾶν, caso acusativo neutro singular del adjetivo indefinido que denota radicalmente *todo*; δένδρον, caso acusativo neutro singular del sustantivo *árbol.*

Mediante la forma indefinida μετά, *después*, Juan introduce una nueva visión: μετά τοῦτο εἶδον *"después de esto vi"*. Esta visión lleva la mirada del profeta hacia la tierra. En cierta forma Juan adapta el léxico descriptivo a la forma de entender la tierra para los antiguos, especialmente para los romanos y griegos, como un plano extendido con cuatro ángulos o esquinas, relativos también a los cuatro puntos cardinales. Sin embargo, debe huirse de buscar este sentido en la Escritura, ya que la tierra se presenta en ella, contra todo pensamiento del tiempo de los escritos bíblicos, como un círculo o una esfera (Is. 40:22). El apóstol εἶδον τέσσαρας ἀγγέλου*, ve a cuatro ángeles*, sin duda otros diferentes a los que vio antes. El número cuatro es el número de la tierra, por tanto se reitera en este versículo que la visión tiene que ver directamente con la tierra. Estos ángeles estaban ἑστῶτας ἐπί τάς τέσσαρας γωνίας τῆς γῆς, *en pie sobre los cuatro puntos cardinales de la tierra*. Los ángeles, seres al servicio de Dios, pueden actuar como instrumentos de su justicia en juicio contra los perversos o pueden hacerlo a favor de los hombres. La figura de dicción trata de enseñar que el ministerio de los ángeles abarca la totalidad de la tierra, sinónimo aquí a los cuatro puntos cardinales.

Ἵνα μή πνέῃ ἄνεμος. Los cuatro ángeles son vistos ἑστῶτας, *en pie*, lo que expresa la idea de disposición para acción o actividad. La primera de ella era la de detener los vientos. Estos ángeles actúan aquí a favor de los hombres produciendo una gran bonanza en la tierra. Es notable el profundo contraste entre lo que antecede y esta nueva visión de Juan. Hasta ahora el apóstol había visto conflictos, destrucción, muerte, hambre, hasta culminar en el tremendo cataclismo de un terremoto de alcance universal en la tierra y una conmoción cósmica en el firmamento. Todo aquello que habla de conflicto se ve repentinamente trasladado a la experiencia de la calma absoluta sobre la tierra. El término viento se usa, generalmente en el Nuevo Testamento, para referirse algo que genera dificultades y produce inquietud[2]. Se menciona como un poder destructor utilizando también el plural *vientos* (Mr. 7;25, 27). Por eso es que al Señor se le presenta como quien tiene poder para controlar los vientos huracanados cuando calmó la tempestad (Mt. 8:26, 27; Mr. 4:37, 39; Lc. 8:23,

[2] El término ἄνεμος, aparece 31 veces en el Nuevo Testamento. De ellas, 25 veces en los evangelios y Hechos y 3 en Apocalipsis.

24, 25). En ocasiones se acentúa el poder devastador del viento hablando de una *violenta tempestad* (Mr. 4:37; cf. Lc. 8:25). En Hechos el vocablo se usa también en conexión con el viaje de Pablo a Roma, donde se desató una imponente tempestad a causa de vientos huracanados (Hch. 27:4, 7, 14, 15). Aparece también en imágenes y comparaciones como una caña agitada por el viento (Mt. 11:7; Lc. 7:24). Por tanto, la intervención de los cuatro ángeles implica una acción benéfica para el mundo. Los ángeles son instrumentos delegados por Dios para actuar sobre la naturaleza. Estos cuatro ángeles *detenían* los vientos ἐπί τῆς γῆς μήτε ἐπί τῆς θαλάσσης μήτε ἐπί πᾶν δένδρον, para que no soplaran sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre los árboles. Tal acción requiere ser no solamente poderoso, sino tener capacidades sobrenaturales para llevarlo a cabo, dando a entender con esa figura retórica la potencialidad de aquellos cuatro espíritus enviados por Dios en misión benéfica para el mundo. En tal sentido, los ángeles con su fortaleza prevalecían sobre los vientos y los detenían. El participio de presente en que está el verbo usado por Juan, expresa la idea de una acción continuada, es decir, detenían continuamente los vientos.

El propósito de esa acción es, como se viene diciendo, para que no soplase viento alguno en la tierra. La fuerza desatada de los cuatro vientos se asocia en la Escritura con la acción judicial de Dios (Is. 40:22-24; Jer. 49:36-38; Os. 13:15; Dn. 7:2). En tal sentido, los cuatro ángeles enviados por Dios para detener los vientos, son manifestación de la apertura de un paréntesis en los juicios del Señor sobre la tierra, que quedarían detenidos para permitir la selección y el sello de un grupo de personas escogidas para llevar a cabo la misión de proclamación del evangelio en el mundo. La naturaleza conmocionada con terremotos y convulsiones cósmicas, entra en un breve tiempo de bonanza. Los vientos, en sentido de juicio e inquietud se detienen para que no afecten a *la tierra, el mar y los árboles*, comprendiendo con estos tres sustantivos la totalidad de la naturaleza. La tierra había sido conmocionada, tanto externamente por guerras, como internamente por el terremoto que la sacudió (6:12); el mar sintió los efectos al ser movidas las islas que estaban en él (6:14); los árboles expresan la naturaleza vegetal que había dejado de producir su fruto en la tierra (6:6). Durante un breve período de tiempo la bonanza viene sobre el plantea por la acción de los cuatro ángeles enviados por Dios.

2. Vi también a otro ángel que subía de donde sale el sol, y tenía el sello del Dios vivo; y clamó a gran voz a los cuatro ángeles, a quienes se les había dado el poder de hacer daño a la tierra y al mar.

Καί	εἶδον	ἄλλον	ἄγγελον	ἀναβαίνοντα	ἀπό	ἀνατολῆς	ἡλίου	ἔχοντα
Y	vi	otro	ángel	que subía	de	salida	del sol	que tenía

σφραγῖδα Θεοῦ ζῶντος, καί ἔκραξεν φωνῇ μεγάλῃ τοῖς τέσσαρσιν
[el] sello de Dios viviente y clamó con voz grande a los cuatro
ἀγγέλοις οἷς ἐδόθη αὐτοῖς ἀδικῆσαι τήν γῆν καί τήν θάλασσαν
ángeles a quienes fue dado les hacer daño a la tierra y al mar.

Notas y análisis del texto griego.

Dando continuidad al relato Juan utiliza la conjunción καὶ, *y*, continuativa, seguida de εἶδον, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, *ver*, aquí como *vi*, también en sentido de *observar, percibir, mirar*; ἄλλον, caso acusativo masculino singular del adjetivo indefinido *otro*; ἄγγελον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *ángel*; ἀναβαίνοντα, caso acusativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἀναβαίνω, subir, aquí como *que subía*; ἀπό, preposición de genitivo, *de*; ἀνατολῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *salida*; ἡλίου, caso genitivo masculino singular del nombre *sol*; ἔχοντα, caso genitivo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber, tener,* aquí como *que tenía*; σφραγῖδα, caso acusativo femenino singular del sustantivo *sello,* masculino en español; Θεοῦ, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*; ζῶντος, caso genitivo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ζάω, *vivir*, aquí como *que vive*, en sentido de *viviente*; καί, conjunción copulativa *y*; ἔκραξεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo κράζω, *gritar, clamar, alzar la voz,* en sentido de *hablar fuertemente*, aquí como *clamó*; φωνῇ, caso dativo femenino singular del término *voz*; μεγάλῃ, caso dativo femenino singular del adjetivo que expresa la condición de *grande*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *los*; τέσσαρσιν, caso dativo masculino plural del adjetivo cardinal, *cuatro*; ἀγγέλοις, caso dativo masculino plural del sustantivo *ángeles*; οἷς, caso dativo masculino plural del pronombre relativo *quienes*; ἐδόθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo δίδωμι, *dar,* en sentido de conceder algo, aquí como *fue dado*; αὐτοῖς, caso dativo masculino plural del pronombre personal *les*; ἀδικῆσαι, aoristo de infinitivo en voz activa del verbo ἀδικέω, *hacer daño*; τήν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *a la*; γῆν, caso acusativo femenino singular del nombre *tierra*; καί, conjunción *y*; τήν caso acusativo femenino singular del artículo determinado *al*; θάλασσαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *mar.*

Καί εἶδον ἄλλον ἄγγελον ἀναβαίνοντα ἀπό ἀνατολῆς ἡλίου. En la visión de Juan aparece otro ángel, distinto de los cuatro que sujetaban los vientos. Este ángel *subía*, en sentido de verlo ascender elevándose hacia arriba, para lo que utiliza un verbo que expresa movimiento y acción. Este ángel ascendía desde el lugar donde sale el sol, expresión idiomática que equivale al *este*. En ese sentido hay una notable figura de salvación, porque a Jesús se le anuncia proféticamente esperanza de salvación: *"Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación"* (Mal. 4:2). Con el sol viene la luz, relacionada también con la venida del Salvador que como luz de Dios alumbraba a todo hombre que estaba en el mundo cuando

vino en encuentro de salvación (Jn. 1:9). La salvación se compara con el resplandor de la luz de Dios que ilumina a un mundo en tinieblas: *"El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos"* (Is. 9:2). Fue la luz de Dios que en Cristo descendió una vez al mundo en misión salvífica mediante la visita de la aurora desde lo alto (Lc. 1:78), para dar luz a los que vivían en tinieblas, y encaminar a los hombres en la experiencia de paz (Lc. 1:79; Ro. 5:1). La manifestación de este ángel tiene que ver, como todo el contexto próximo, con salvación.

Juan observa que en la mano del ángel está ἔχοντα σφραγῖδα Θεοῦ ζῶντος, *el sello del Dios viviente*. Este sello era el empleado por los emperadores y reyes para firmar documentos o manifestar la propiedad personal sobre algo. A todo aquel que le es impuesto ese sello lo establece como propiedad adquirida de Dios (9:4; 14;1; 22:4), a quien se le da el calificativo de *viviente*, esto es, el que tiene vida en sí mismo, tanto para comunicarla como para actuar. Es el término que contrasta al Dios verdadero con los ídolos, que no tienen vida ni pueden operar. El Soberano del universo que está actuando en juicio, lo hará también en salvación. Ya en el Antiguo Testamento se alude al sello de Dios puesto sobre algunos que trae garantía de salvación, mientras que quienes no tenían el sello serían quebrantados (Ez. 9:1-11). El profeta Isaías habla de los que llevarán el nombre como de ser propiedad de Jehová (Is. 44:5). El sumo sacerdote en el antiguo orden debía llevar una placa de oro sobre la mitra con la inscripción *"Santidad a Jehová"*, en sentido de *"propiedad de Dios"*.

Καί ἔκραξεν φωνῇ μεγάλη τοῖς τέσσαρσιν ἀγγέλοις. Probablemente el ángel ascendió hasta situarse en medio de la bóveda del cielo a fin de que su mandato alcanzase claramente cualquier punto de la tierra. Subiendo desde el oriente, donde sale el sol, *clamó*, esto es, expresó un mandato con voz poderosa y de autoridad dirigida a otros cuatro ángeles.

Οἷς ἐδόθη αὐτοῖς ἀδικῆσαι τήν γῆν καί τήν θάλασσαν. Parece que estos cuatro ángeles tenían como misión causar algún daño en la tierra y en el mar. Se trata de ángeles de destrucción. ¿A qué ángeles se refiere? Algunos piensan que se trata de los cuatro ángeles encadenados que serán desatados al concluir la acción del sellado de los escogidos de Dios, como consecuencia del toque de la sexta trompeta (9:14). Sin embargo no es fácil introducir aquí un contexto tan distante. Más bien debe entenderse en relación con los cuatro ángeles que controlan los vientos para que no soplen, en el sentido de que extremen su atención para que ningún mal se produzca durante ese tiempo. La creación angélica está al servicio del Creador, para ejecutar su voluntad, como ministros suyos (Sal. 103:21; 104:4).

3. Diciendo: No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios.

λέγων· μή ἀδικήσητε τήν γῆν μήτε τήν θάλασσαν μήτε τά δένδρα,
Diciendo: no hagáis daño a la tierra ni al mar ni a los árboles
ἄχρι σφραγίσωμεν τούς δούλους τοῦ Θεοῦ ἡμῶν ἐπί τῶν
hasta que hayamos sellado a los siervos del Dios de nosotros sobre las
μετώπων αὐτῶν.
frentes de ellos.

Notas y análisis del texto griego.

El ángel con voz poderosa proclamó el mensaje λέγων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir,* aquí como *diciendo*. Sigue la cláusula con el mensaje que se inicia con μή, adverbio de negación condicional *no*, que negativiza a ἀδικήσητε, segunda persona plural del aoristo primero de subjuntivo en voz activa, ingresivo, del verbo ἀδικέω, *maltratar, dañar*, aquí como *hagáis daño*; τήν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *a la*; γῆν, caso acusativo femenino singular del nombre *tierra*; μήτε, conjunción copulativa con sentido negativo *ni*; τήν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *al*; θάλασσαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *mar*; μήτε, conjunción copulativa con sentido negativo *ni*; τά, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; δένδρα, caso acusativo neutro plural del sustantivo *árboles*; ἄχρι, preposición, *hasta*; σφραγίσωμεν, primera persona plural del aoristo de subjuntivo en voz activa del verbo σφραγίζω, *sellar,* aquí como *hallamos sellado*, o *sellemos*; τούς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *a los*; δούλους, caso acusativo masculino plural del sustantivo *siervos*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *Dios*; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal *de nosotros*; ἐπί, preposición de genitivo *sobre*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado*, los*, femenino en español, *las*; μετώπων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *frentes*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos.*

Λέγων· μή ἀδικήσητε τήν γῆν μήτε τήν θάλασσαν μήτε τά δένδρα. El ángel que subía desde el este, donde nace el sol, da instrucciones a los cuatro ángeles dispuestos para que mantengan la bonanza que se les encomendó generar en el mundo. No cabe duda que todos los ángeles están en disposición de ejecutar el juicio cuando Dios lo establezca, pero, en este caso, deben mantener un estado de tranquilidad en el mundo debido a la tarea que se ha emprendido entre los hombres. El modo verbal indica la acción temporal de una actividad que se retarda momentáneamente, como si se les dijese: *"no comencéis a dañar"*. El daño se produciría en otro momento, quedando por un tiempo detenido. Los cuatro ángeles estaban dispuestos a dañar la tierra, el mar

y los árboles. Pero, la acción se demoraba hasta que se hubiese llevado a cabo una tarea que se indica seguidamente.

῎Αχρι σφραγίσωμεν τούς δούλους τοῦ Θεοῦ ἡμῶν ἐπί τῶν μετώπων αὐτῶν. La labor que se iba a llevar a cabo era la de sellar a personas. Juan describe la visión mediante una cláusula indefinida, ya que se usa aquí una proposición temporal indefinida que equivale a *hasta*, seguido de un verbo en aoristo de subjuntivo que expresa una acción totalmente concluida. El mandamiento a los cuatro ángeles permanecería mientras dure el tiempo del sellado, hasta concluirlo plenamente. La acción se realizaría sin lugar a duda, por eso se utiliza un pasado junto con una construcción de futuro, para establecer algo que se producirá durante un tiempo y concluirá conforme a lo determinado por Dios. ¿Quién llevará a cabo el sellado? La misma estructura gramatical da la respuesta, el ángel dice: *"hasta que hayamos"*, por tanto, son los ángeles los comisionados para llevar a cabo esta labor. No se dice cuantos intervendrán en esa tarea, simplemente aparece el plural *hayamos sellado*.

El sellado se haría ἐπί τῶν μετώπων αὐτῶν, *en las frentes de ellos*, indicativo de propiedad. Por consiguiente los sellados se manifestarán ante todos como propiedad de Dios. Indudablemente se trata aquí de una expresión del lenguaje figurado. No es un sello visible impreso con alguna tinta en la frente, sino la manifestación de un reconocimiento por parte de Dios de un grupo de personas que son tomados para Él y le pertenecen. Siendo de Dios nadie podrá tocarlos sin su consentimiento, pero la protección alcanza también a los juicios que Dios mismo enviará sobre el mundo. Además del cuidado protector tienen también la garantía de ser verdaderamente siervos de Dios. En un tiempo de engaño, donde el Anticristo se presentará como Dios para engañar a muchos, estos son sellados como los verdaderos siervos de Dios. ¿Se hará visible al mundo esa condición? No cabe duda que el ministerio que van a llevar a cabo es una manifestación clara del sello que Dios puso –simbólicamente hablando- en sus frentes. Dios actúa con este grupo en una acción semejante a lo que hace con su Iglesia en el tiempo presente, en donde sella a los creyentes por medio del Espíritu Santo de la promesa (Ef. 1:13). Este sello garantiza también la protección eterna sobre el que cree, ya que *"no perecerán jamás"* (Jn. 10:28-30). Si los sellados son de Dios, lo son no sólo como sus ministros, sino también como sus salvos. La diferencia con la Iglesia tiene que ver con el propósito del reino de Dios en este tiempo que es el de la formación de un cuerpo en Cristo (Ef. 1:23), mientras que en el de la tribulación es el de tener un grupo en el mundo que le sirvan y adoren. Pero ambos, tanto la iglesia, como los sellados en el tiempo de la tribulación son un pueblo salvo por gracia mediante la fe.

La condición de los sellados se declara como τούς δούλους τοῦ Θεοῦ ἡμῶν, *"siervos de nuestro Dios"*. No es posible entender salvación sin servicio. Cuando el apóstol Pablo testifica de la realidad de los cristianos en Tesalónica afirma que lo son por cuanto salieron de los ídolos para Dios, y servían al Dios vivo y verdadero, mientras esperaban a su Hijo de los cielos (1 Ts. 1:9-10). Este grupo sellado manifestará la condición de ser de Dios en un servicio fiel a la determinación divina. Quien es alcanzado por la gracia en salvación, se transforma en siervo de Dios, al servicio de su justicia, como ocurre ya en la presente dispensación (Ro. 6:17-18). Mientras el mundo durante la tribulación estará al servicio del Anticristo y de otros muchos intereses humanistas, pero no al servicio de Dios, los que Él seleccionará y llamará de ese mundo en aquel tiempo, servirán solo al Dios vivo y verdadero. Una vez más se pone de manifiesto la soberanía de Dios cuyo designio en expresión de su voluntad no puede ser contradicho, operando conjuntamente con su omnipotencia para llevarlo a cabo.

4. Y oí el número de los sellados: ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de los hijos de Israel.

Καί ἤκουσα τόν ἀριθμόν τῶν ἐσφραγισμένων, ἑκατόν τεσσεράκοντα
Y oí el número de los que habían sido sellados: ciento cuarenta
τέσσαρες χιλιάδες, ἐσφραγισμένοι ἐκ πάσης φυλῆς υἱῶν Ἰσραήλ·
cuatro millares sellados de toda tribu de hijos de Israel.

Notas y análisis del texto griego.

Juan continúa el relato vinculando con lo que antecede mediante la conjunción continuativa καὶ, *y*; ἤκουσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκούω, *oír*, aquí como *oí*; τόν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἀριθμόν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *número*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; ἐσφραγισμένων, caso genitivo masculino plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo σφραγίζω, *sellar*, aquí como *que habían sido sellados*. Sigue el número de los sellados mediante la serie de adjetivos numerales cardinales que siguen: ἑκατόν, *ciento*; τεσσεράκοντα, *cuarenta*; τέσσαρες, *cuatro*, χιλιάδες, caso nominativo femenino plural del sustantivo *millares, miles*; ἐσφραγισμένοι, caso nominativo masculino plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo σφραγίζω, *sellar*, aquí como *sellados*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; πάσης, caso genitivo femenino singular del adjetivo indefinido que indica radicalmente *toda*; φυλῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tribu*; υἱῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo *hijos*; Ἰσραήλ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Israel.*

Καί ἤκουσα τόν ἀριθμόν τῶν ἐσφραγισμένων, ἑκατόν τεσσεράκοντα τέσσαρες χιλιάδες, ἐσφραγισμένοι. Juan oyó el número de los sellados que era un grupo de ciento cuarenta y cuatro mil personas. Dos

cuestiones deben resolverse en el texto: a) ¿Es un número real o simbólico?; b) ¿quienes son los ciento cuarenta y cuatro mil sellados? En cuanto al número en sí no hay problema alguno en entenderlo como tal, pero la dificultad parece estar en si se trata de un número literal o es un número simbólico. Algunos entienden que el número relacionado con Israel, debe interpretarse como algo simbólico entendiendo que Israel es una referencia a la Iglesia. Para algunos intérpretes estos ciento cuarenta y cuatro mil son una expresión figurativa para referirse a los cristianos de todos los tiempos que gozan de una especial protección de Dios, en ese sentido escribe el profesor Grau:

"Esta cifra se consigue multiplicando 12 (el número de Israel, el de la Iglesia, el del ministerio -doce patriarcas, doce apóstoles- por 12 y por el cubo de 10:100 veces 10), lo que da una combinación del pueblo de Dios –en sus ministerios- y lo completo: 10 = completo; 100 = máximo. Así 144.000 enciera esta idea básica doble… La interpretación simbólica es de obligada hermenéutica. Por el estilo mismo del libro. Por la combinación de 12 x 12 x 10 x 100 (ministerio, Iglesia, completo). Por el número redondo de salvos de cada tribu (12.000), ¡qué casualidad! ¿Igual número de redimidos de cada tribu? No puede ser literal, tiene que tratarse de una cifra convencional. Falta la tribu de Dan (¿ni uno salvo de Dan?). Se logra el número 12 de tribus incluyendo a Manasés tanto como a José. Es evidente el arreglo en aras del simbolismo"[3].

Con una sorprendente contundencia escribe Archibal Thomas Robertson:

"Ciento cuarenta y cuatro mil. Simbólico, naturalmente, y sin la intención de que se tratara de una cantidad total de los sellados (o salvos) siquiera en aquella generación, menos aún para todo el tiempo. El número connota perfección 12 x 12 x 1000 = 144.000... Hay dos puntos de vista opuestos, uno que toma a los sellados como sólo judíos (bien judíos reales como remanente, o bien sólo judíos cristianos), y otro que incluye a los gentiles así como a los judíos cristianos, esto es, el verdadero Israel como en 2:9; 3:9ss y como Pablo en Gálatas y Romanos. Ésta es la postura más probablemente cierta y toma a las doce tribus en un sentido espiritual"[4].

Nos encontramos, pues, con una posición alegorista o simbólica que considera que ciento cuarenta y cuatro mil es una cifra que sugiere una cantidad grande de sellados o salvos, no limitada a un determinado momento. Representa para este sistema interpretativo, simbólicamente a todos los cristianos que durante toda la historia de la iglesia gozan de la protección especial de Dios. De este modo escribe Robert H. Mounce:

---

[3] José Grau. o.c., pág. 168.
[4] Archival Thomas Robertson. o.c., pág. 373.

"Se refiere a esa generación de creyentes fieles que está a punto de entrar en el período turbulento final que indica el término de la historia humana"[5].

En un intento de justificar esa posición Mounce intenta demostrar que la Iglesia es el nuevo Israel de Dios. Para ello acude a pasajes como Mt. 19:28; Lc. 22:30; Ro. 2:29; Gá. 6:16; St. 1:1; 1 P. 2:9. Para llegar a la conclusión que la enseñanza de Pablo en Ro. 2:29, es que todo verdadero cristiano es el auténtico israelita. Con todo, la interpretación que da a ese texto no es concordante con una sana exégesis, ya que Pablo afirma que un israelita que no tenga a Cristo como Salvador personal y lo acepte como el Mesías enviado por Dios no es un verdadero judío conforme a la fe de Abraham, pero en ningún modo el apóstol afirma que un gentil se transforma en un israelita verdadero cuando cree en el Salvador.

En una forma análoga escribe el Dr. Laad:

"El Nuevo Testamento concibe claramente a la iglesia como el Israel espiritual y verdadero. Con seguridad, la palabra Israel nunca es usada para la iglesia, a menos que lo sea en Gálatas 6:16, pero la exégesis de este versículo es discutida. Sin embargo, está más allá de discusión que 'si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa' (Gá. 3:29). En otro lugar, Abraham es 'padre de todos los creyentes' (Ro. 4:11), ya sea circuncidados o incircuncisos. 'Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres sino de Dios' (Ro. 2:28.29). 'Porque nosotros somos los que en espíritu servimos a Dios, y nos gloriamos en Cristo Jesús' (Fil. 3:3). Si los creyentes son los verdaderos hijos de Abraham la verdadera circuncisión, entonces debemos llegar a la conclusión de que la Iglesia es el verdadero Israel espiritual, aun cuando la palabra misma no se haya usado en relación con la Iglesia. Creemos que esto es confirmado por la expresión 'el Israel de Dios', en Gáltas 6:16).

Resulta claro, a partir de dos referencias anteriores, que Juan comparte esta distinción entre el Israel exterior y literal y el Israel interior y espiritual. En Esmirna, estaban 'los que se dicen ser judíos y no lo son, sino sinagoga de Satanás' (2:9; 3:9). O sea que hay hombres que real y exteriormente son judíos (el Israel literal) pero que en realidad no son verdadero judíos (el Israel espiritual) sino que siguen los caminos de Satanás más que los de Dios.

---

[5] Robert H. Mounce. *The Book of Revelation. Te New International Commetary on the New Testament.* Eerdmans Publishing Co. Grand Rapids, 1979, pág. 168.

Así, pues, si Juan distingue entre el Israel espiritual y literal, le sería posible hablar de las doce tribus de Israel y al hacerlo, quisiera designar a aquellos que son verdaderos judíos: la Iglesia. Y él indica la intención al hacer la lista de las doce tribus en una forma que no es idéntica al Israel histórico"[6]

En otro lugar escribe:

"Hay buenas razones para creer que, con los 144.000, Juan quiere identificar al Israel espiritual, la Iglesia. Este criterio es sugerido por ciertas irregularidades en la lista de las doce tribus de Israel. De hecho, la lista de Juan no concuerda con ninguna lista de las doce tribus de Israel. Muchos intérpretes insisten en que estas doce tribus deben ser interpretadas literalmente y que por lo tanto designan literalmente a Israel. Sin embargo, cuando se la interpreta literalmente, estas doce tribus no representan a Israel"[7].

Será bueno detenerse aquí un momento para analizar esta cuestión. Sin duda el orden de las tribus que siguen en el pasaje es distinto al inicial del Génesis, como se aprecia en el siguiente cuadro:

Génesis 49	**Ezequiel 41**	**Apocalipsis 7**
Rubén	Dan	Judá
Simeón	Aser	Rubén
Leví	Neptalí	Gad
Judá	Manasés	Aser
Zabulón	Efraín	Neftalí
Isacar	Rubén	Manasés
Dan	Judá	Simeón
Gad	Benjamín	Leví
Aser	Simeón	Isacar
Neptalí	Isacar	Zabulón
José	Zabulón	José
Benjamín	Gad	Benjamín.

No cabe duda que el orden en que aparecen las tribus en Apocalipsis es distinto al que figura en Génesis, sin embargo eso no es razón para entender que no se trata de las mismas tribus de Israel, toda vez que el orden en que se encuentran en la profecía de Ezequiel, tampoco corresponde al de Génesis,

[6] George Eldon Ladd. o.c., pág. 101s
[7] George Eldon Ladd. o.c., pág. 100s

como se aprecia en el cuadro anterior. Otra diferencia, tal vez la más notoria, es la ausencia de las tribus de Dan y Efraín.

Las diferencias pueden resolverse con cierta facilidad. Juda aparece en la lista de Juan en primer lugar, por habérsele pasado a él la primogenitura del cetro (Gn. 49:3-10). Leví aparece nuevamente como una tribu más entre las otras once, porque la función sacerdotal levítica quedó cancelada y en el orden futuro todos tendrán acceso al santuario de Dios (Is. 66:23; Zac. 14:20, 21). En cuanto a la ausencia de las dos tribus, la de Dan se identificó con la idolatría y, por tanto, con la rebelión voluntaria contra Dios, en la historia de Israel en el Antiguo Testamento (Jue. 18:1-31; 1 R. 12:28-30), por tanto es razón para que no haya entre ellos nadie seleccionado para salvación en esta primera etapa, pero que, sin duda habrá salvos en esa tribu, por cuanto se les concede en la gracia de Dios que participen en el reparto de la tierra (Ez. 48:1, 32). En cuanto a la tribu de Efraín, existe la misma cuestión de idolatría voluntaria y consciente (Jue. 17:13; 1 R. 12:25-29; Os. 4:17; 5:3-5, por lo que el nombre es reemplazado por el de José, que había dado lugar a las dos tribus en las personas de sus hijos.

᾿Εκ πάσης φυλῆς υἱῶν ᾿Ισραήλ. Los sellados están vinculados con *todas las tribus de Israel.* Determinar la literalidad o no del número dependerá de entender quienes son los sellados. Es necesario apreciar que Israel como nación es un elemento esencial en los tiempos finales del período de la historia actual antes de la segunda venida de Jesucristo. La profecía de Daniel presenta un programa establecido por Dios para Israel durante un tiempo de setenta semanas: *"Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos"* (Dn. 9:24). No cabe duda que una interpretación desprejuiciada del texto afirma que hay un programa temporal relacionado con *el pueblo de Israel*. En la ejecución del programa se han cumplido ya las sesenta y nueve semanas determinadas por cuanto el final de la semana sesenta y nueve (siete y sesenta y dos, Dn. 9:25), se quitará la vida al Mesías (Dn. 9:26). El cumplimiento de esta parte del tiempo se produjo con la muerte del Mesías, quedando, por tanto, una semana de años que debe cumplirse. El acontecimiento histórico que dio comienzo al cómputo de la primera semana fue *"la orden para restaurar y edificar a Jerusalén"* (Dn. 9:25); y el acontecimiento histórico para el inicio del tiempo de la última semana se especifica también con precisión en el texto de Daniel: *"Y por otra semana confirmará el pacto con muchos"* (Dn. 9:27), pacto que será firmado por un príncipe que vendrá vinculado con el mismo imperio que destruirá el santuario, cumplido en la acción de los ejércitos de Tito sobre Jerusalén en el año 70 (Dn. 9:26), acontecimiento contemporáneo a la muerte del Mesías. Se verá más adelante, cuando se estudie el capítulo 13

de Apocalipsis, algunos datos personales de quien está siendo anunciado tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, como el hombre de pecado y el hijo de perdición, que en el Nuevo Testamento recibe el nombre del Anticristo, en contraste con el espíritu Anticristo que siempre estuvo en el mundo desde la fundación de la Iglesia. Este personaje que surgirá del mismo ámbito de donde procedía el gobernante de los tiempos de la muerte del Mesías, establecerá un pacto con Israel, nación real entre las naciones que según la profecía de Daniel será quebrantado a la mitad de la semana, es decir, en la mitad de la última las semanas profetizadas, o lo que es igual, a los tres años y medio del comienzo de ese período de siete años. El pacto del Anticristo será aceptado por el Israel apóstata, pero no por el *remanente* que Dios guarda en gracia de ese pueblo. Los judíos apóstatas esperan un Mesías libertador para la nación (Mi. 5:2; Mt. 2:4). El Israel incrédulo será engañado por las promesas que el falso Cristo, el Anticristo, el falso Mesías, les formulará. Necesariamente debe entenderse también lo que tiene que ver con el *remanente* en Israel. Se trata de la preservación que soberanamente hace Dios de personas originarias de Israel a lo largo de la historia en dos sentidos: a) Para cumplimiento de los pactos nacionales, que son pactos incondicionales y su naturaleza demanda la existencia de un remanente. Así el pacto con Abraham (Gn. 12:1-3; 13:14-17; 15:4-21; 17:1-8; 22:17-18), establece una promesa de *"tierra, descendencia y bendición"*; la promesa de tierra no ha tenido cumplimiento en ningún tiempo de la historia de Israel, ni en la patriarcal, ni en la monárquica, pero deberá cumplirse por cuanto es promesa de Dios. De la misma manera el pacto palestínico (Dt. 30:1-9; Jer. 32:26-44; Ez. 11:16-21; 36:21-38), expresa el compromiso de la posesión de un territorio determinado por el remanente fiel. El pacto davídico (2 S. 7:10-16; Sal. 89:19-37; Jer. 33:20-21) entraña el compromiso divino relacionado con un rey, un reino, un trono y una dinastía, el linaje de David. Finalmente el nuevo pacto (Is. 59:20-21; Jer. 31:31-34; Ez. 16:60; Os. 2:14-23), expresa una promesa relativa a la restauración y regeneración espiritual de Israel, en un compromiso divino de purificar el corazón de piedra y darles un corazón de carne, con dotación del Espíritu y perdón de pecados. Aunque el nuevo pacto se cumple en el reino de Dios en el aspecto espiritual de la Iglesia, tiene un componente de promesa relativa a Israel que habrá de cumplirse en el futuro. A lo largo de la historia nacional de Israel, Dios trató con un remanente de creyentes escogidos por gracia que mantuvo en medio de la deserción y apostasía de la nación. Tal es el caso de Caleb y Josué (Nm. 13-14); de Débora y Barac (Jue. 4); de Gedeón (Jue. 7); de Sansón (Jue. 13-17); de Samuel (1 S. 2); de los levitas en tiempos de Jeroboam (2 Cr. 11:14-16); del Asa (2 Cr. 15:9); de los siete mil fieles en tiempos de Elías (1 R. 19:18). Todo el remanente es el resultado de una operación de gracia soberana por parte de Dios: *"Yo haré"* (1 R. 19:18). En la profecía, el remanente es el núcleo principal de todo el mensaje profético (cf. Is. 1:9; 4:3-4; 6:12-13; 10:21; 49:6; 51:1; capítulos enteros de esta profecía aluden al remanente como el 26,

33, 35, 65; Jer. 33:25-26; todos los capítulos del 30 al 33; Ez. 14:22; 20:34-38; 37:21-22; Os. 3:5; Am. 9:11.15; Zac. 13:8.9; Mal. 3:16-17). Ocurre lo mismo en el tránsito al Nuevo Testamento, ya que antes del nacimiento de Jesús, algunos esperaban su venida, como Zacarías y Elisabet (Lc. 1:6); Juan el Bautista (Lc. 3); María y José (Lc. 1; Mt. 1 y 2); Simeón (Lc. 2:25). La presencia de Cristo en la tierra es una verdadera piedra de toque para Israel. Los milagros hechos por Jesús eran señales evidentes de que Él era el Mesías esperado. Los líderes de la nación lo reconocieron de ese modo, como es el caso de Nicodemo (Jn. 3:2). Sin embargo, la repulsa contra Cristo se manifestó a causa de su ministerio y, a pesar de la evidencia de las señales que lo acreditaban, recibió el rechazo de gran parte del pueblo instigados por los líderes religiosos de la nación. Hasta tal punto llegó la situación, que Jesús dio cumplimiento a la profecía de Isaías estableciendo una reprobación judicial sobre los israelitas incrédulos de sus días (Jn. 12:37-40). Esa reprobación se levanta para algunos que en la dispensación actual creen en Jesucristo y son incorporados en este tiempo al único pueblo de Dios que es la Iglesia de Jesucristo, expresión espiritual del reino de Dios en el mundo (Mt. 13). Estos que son israelitas por descendencia de los patriarcas, son una unidad con los creyentes gentiles en esta dispensación (Ef. 2:14-16). Sin embargo el endurecimiento judicial ocurre en parte, por cuanto hay un remanente fiel que Dios elige a lo largo de la historia y, por tanto del tiempo actual. A ese remanente hace referencia el apóstol Pablo cuando escribe: *"Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos; que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles"* (Ro. 11:25). El remanente escogido por gracia se está salvado y esta situación se resolverá cuando se conviertan al Señor (2 Co. 3:16). El endurecimiento se mantendrá hasta que se alcance *la plenitud de los gentiles*, tiempo de bendición en salvación que Dios concede a los gentiles en esta dispensación de la Iglesia. Ese tiempo culminará en el período de la tribulación que antecede inmediatamente a la segunda venida del Señor para reinar en la tierra. En ese tiempo se producirá la *remoción* del endurecimiento actual de Israel y el apóstol afirma que entonces *"todo Israel será salvo"* (Ro. 11:26). Ese *"todo Israel"*, no se refiere a la totalidad de quienes son descendientes biológicos de Abraham y, por tanto nacionales de Israel, sino a quienes son *descendientes espirituales de Abraham* (Ro. 9:6-7). Pablo afirma que no todos los descendientes de Abraham son *israelitas*, sino que la descendencia que alcanza las promesas es la espiritual y no la natural. Las promesas se cumplirán en el grupo fiel de la nación que es el remanente. Las promesas nacionales tendrán cumplimiento cuando en la nación haya solo *israelitas*, en el sentido bíblico, esto es, quienes son de la fe de Abraham (Gn. 15:6). No todos los israelitas pueden ser considerados destinatarios de las promesas y de los pactos, que alcanzan sólo a quienes son de la fe de Abraham (Gá. 3:7-9). Los hijos de Abraham son de la descendencia de Isaac, que fue hijo de la fe de Abraham, recibido de Dios mismo, al margen

de toda obra humana, cuando era imposible alcanzarlo. Los descendientes de Abraham son, para Dios, quienes siguen sus caminos y actúan conforme a Su voluntad, como había hecho Abraham (Dt. 30:2, 3, 9, 10; Jer. 18:5-10). La salvación del remanente fiel comienza aquí por la elección y conversión de los ciento cuarenta y cuatro mil que son sellados por Dios, para encomendarles, bajo protección divina un ministerio de evangelización en el mundo.

Este será el mayor equipo misionero enviado jamás a todo el mundo con el mensaje de gracia para salvación. A ellos y a su ministerio se refiere Jesús en su mensaje profético (Mt. 24:14). En medio de toda la persecución, la proclamación del evangelio del reino se llevará a cabo alcanzando a todas las naciones. Hablar de evangelio del reino equivale a hablar del *evangelio eterno*. Era el mensaje que proclamaba Juan el Bautista, y que, esencialmente, es el mismo evangelio de la gracia que proclama a Jesús como el Mesías y como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn. 1:29). Pretender que el *evangelio del reino*, sea distinto al *evangelio de la gracia*, no resiste una correcta interpretación. La base de salvación en toda dispensación es la gracia y el instrumento para recibirla es la fe (Ef. 2:8). Durante la tribulación miles de gentiles serán salvos (Is. 2:1-2; 60:3, 5; 62:2). ¿Quienes serán los mensajeros que lleven el evangelio a las naciones? ¿No acaba de afirmar Jesús que el amor de los muchos se enfriará a causa de la falta de fe? ¿Quienes asumirán una responsabilidad semejante en medio de la oposición frontal contra Dios y Cristo? La respuesta la aporta Juan en el Apocalipsis. Los mensajeros comisionados, elegidos y enviados para el ministerio evangelístico a las naciones serán ciento cuarenta y cuatro mil procedentes de Israel (Ap. 7:1-8). Será el primer contingente de salvos pertenecientes al pueblo que judicialmente estará hasta entonces en reprobación, a causa del rechazo al Mesías, y que, por esa razón, permanecían incrédulos (Jn. 12:37-41). No se dice como serán salvos, pero, sin duda, obedecerá a una acción poderosa del Espíritu Santo operando en ellos en aquellos días. La condición de salvos de los ciento cuarenta y cuatro mil, es evidente: En primer lugar son *sellados* por Dios (Ap. 7:2). En segundo lugar *salen* de la tribulación, es decir, del tiempo posterior al arrebatamiento de la Iglesia, por tanto, no forman parte de ella en el sentido de la actual dispensación (Ap. 7:3). Juan afirma también que son *"redimidos de entre los hombres"* (Ap. 14:1-4), evidencia clara de su condición de salvos. Este grupo abrirá el camino hacia la *conversión* nacional del Israel escogido, siendo el *primero* de todos ellos, por lo que se dice que son *"primicias para Dios y el Cordero"* (Ap. 14:4). Están asociados en la adoración celestial con los veinticuatro ancianos (Ap. 14:3). Con la protección directa de Dios, nadie podrá impedir que lleven a cabo el ministerio para el que fueron seleccionados, de llevar el evangelio del reino a todas las naciones. Una acción evangelística de esta naturaleza es, sin duda, una manifestación de la gracia salvadora, dando oportunidad a todos los hombres para que reciban, por gracia mediante la fe, el

perdón de sus pecados y la vida eterna (Jn. 3:16). La obra del Espíritu conducirá a la conversión de miles de personas de entre todas las naciones.

El número de los sellados corresponde a doce mil de cada una de las doce tribus de Israel, cuya relación sigue.

5. De la tribu de Judá, doce mil sellados. De la tribu de Rubén, doce mil sellados. De la tribu de Gad, doce mil sellados.

ἐκ φυλῆς Ἰούδα δώδεκα χιλιάδες ἐσφραγισμένοι,
De tribu de Judá doce millares sellados.
ἐκ φυλῆς Ῥουβὴν δώδεκα χιλιάδες,
De tribu de Rubén doce millares.
ἐκ φυλῆς Γάδ δώδεκα χιλιάδες,
De tribu de Gad doce millares.

Notas y análisis del texto griego.

La primera cláusula se establece con ἐκ, preposición de genitivo *de*; φυλῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tribu*; Ἰούδα, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Judá*; δώδεκα, caso nominativo femenino plural del adjetivo cardinal *doce*; χιλιάδες, caso nominativo femenino plural del sustantivo *millares*; ἐσφραγισμένοι, caso nominativo masculino plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo σφραγίζω, *sellar*, aquí como *sellados*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; φυλῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tribu*; Ῥουβήν, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Rubén*; δώδεκα, caso nominativo femenino plural del adjetivo cardinal *doce*; χιλιάδες, caso nominativo femenino plural del sustantivo *millares*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; φυλῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tribu*; Γάδ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Gad*; δώδεκα, caso nominativo femenino plural del adjetivo cardinal *doce*; χιλιάδες, caso nominativo femenino plural del sustantivo *millares*.

Juan describe aquí el número de los sellados de las tribus de Judá, Rubén y Gad, doce mil de cada una de ellas.

6. De la tribu de Aser, doce mil sellados. De la tribu de Neptalí, doce mil sellados. De la tribu de Manasés, doce mil sellados.

ἐκ φυλῆς Ἀσὴρ δώδεκα χιλιάδες,
De tribu de Aser doce millares.
ἐκ φυλῆς Νεφθαλὶμ δώδεκα χιλιάδες,
De tribu de Neftalí doce millares.
ἐκ φυλῆς Μανασσῆ δώδεκα χιλιάδες,
De tribu de Manasés doce millares.

Notas y análisis del texto griego..

La estructura gramatical sigue idéntica forma que las anteriores variando tan sólo en nombre de la tribu; ἐκ, preposición de genitivo *de*; φυλῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tribu*; Ἀσήρ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Aser*; δώδεκα, caso nominativo femenino plural del adjetivo cardinal *doce*; χιλιάδες, caso nominativo femenino plural del sustantivo *millares*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; φυλῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tribu*; Νεφθαλίμ caso genitivo masculino singular del nombre propio *Neftalí*; δώδεκα, caso nominativo femenino plural del adjetivo cardinal *doce*; χιλιάδες, caso nominativo femenino plural del sustantivo *millares*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; φυλῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tribu*; Μανασσῆ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Manasés*; δώδεκα, caso nominativo femenino plural del adjetivo cardinal *doce*; χιλιάδες, caso nominativo femenino plural del sustantivo *millares*.

Juan hace referencia aquí a los sellados de las tribus de Aser, Neftalí y Manasés, doce mil de cada una de ellas.

7. De la tribu de Simeón, doce mil sellados. De la tribu de Leví, doce mil sellados. De la tribu de Isacar, doce mil sellados.

ἐκ φυλῆς Συμεών δώδεκα χιλιάδες,
De tribu de Simeón doce millares.
ἐκ φυλῆς Λευί δώδεκα χιλιάδες,
De tribu de Leví doce millares.
ἐκ φυλῆς Ἰσσαχάρ δώδεκα χιλιάδες,
De tribu de Isacar doce millares.

Notas y análisis del texto griego.

En idéntica forma que el versículo anterior con ἐκ, preposición de genitivo *de*; φυλῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tribu*; Συμεών, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Simeón*; δώδεκα, caso nominativo femenino plural del adjetivo cardinal *doce*; χιλιάδες, caso nominativo femenino plural del sustantivo *millares*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; φυλῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tribu*; Λευί, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Leví*; δώδεκα, caso nominativo femenino plural del adjetivo cardinal *doce*; χιλιάδες, caso nominativo femenino plural del sustantivo *millares*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; φυλῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tribu*; Ἰσσαχάρ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Isacar;* δώδεκα, caso nominativo femenino plural del adjetivo cardinal *doce*; χιλιάδες, caso nominativo femenino plural del sustantivo *millares*.

Doce mil de cada una de las tribus de Simeón, Leví e Isacar. Se debe notar que Leví aparece aquí al mismo nivel que el resto de las tribus, a pesar de haber sido la tribu sacerdotal, con un trato especial y diferenciado. Sin embargo,

el viejo orden levítico dejó paso al posterior de la Iglesia y al nuevo que se establezca en el futuro del reino de Dios.

8 De la tribu de Zabulón, doce mil sellados. De la tribu de José, doce mil sellados. De la tribu de Benjamín, doce mil sellados.

ἐκ φυλῆς Ζαβουλὼν δώδεκα χιλιάδες,
De tribu de Zabulón doce millares.
ἐκ φυλῆς Ἰωσὴφ δώδεκα χιλιάδες,
De tribu de José doce millares.
ἐκ φυλῆς Βενιαμὶν δώδεκα χιλιάδες ἐσφραγισμένοι.
De tribu de Benjamín doce millares sellados.

Notas y análisis del texto griego.

En idéntica forma que el versículo anterior con ἐκ, preposición de genitivo *de*; φυλῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tribu*; Ζαβουλών, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Zabulón*; δώδεκα, caso nominativo femenino plural del adjetivo cardinal *doce*; χιλιάδες, caso nominativo femenino plural del sustantivo *millares*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; φυλῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tribu*; Ἰωσὴφ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *José*; δώδεκα, caso nominativo femenino plural del adjetivo cardinal *doce*; χιλιάδες, caso nominativo femenino plural del sustantivo *millares*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; φυλῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tribu*; Βενιαμὶν, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Benjamín;* δώδεκα, caso nominativo femenino plural del adjetivo cardinal *doce*; χιλιάδες, caso nominativo femenino plural del sustantivo *millares*; ἐσφραγισμένοι, caso nominativo masculino plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo σφραγίζω, *sellar*, aquí como *sellados*.

El resumen de los sellados de cada tribu, doce mil de cada una, dan la cifra de los ciento cuarenta y cuatro mil separados por Dios para sí y el ministerio que les será encomendado. El texto griego utiliza el verbo[8] *sellar*, en este caso como *sellados*, solo en la primera y en la última referencia a las tribus, como es típico en el griego cuando quiere enfatizar algo. La atención debe estar centrada no tanto en las tribus ni en el número, sino en el hecho de que Dios los ha sellado como su propiedad personal. Todos estos redimidos durante la primera parte de la tribulación, constituyen una avanzada de los que serán salvos de todo Israel, comenzando así la salvación en relación, no sólo con los individuos, sino con la nación. A todos ellos se les califica como *"siervos de nuestro Dios"* (v. 3). Los sellados, como propiedad divina atestiguada en el simbolismo del sello, y siervos de Dios, son enviados por Él a realizar una acción misionera en el mundo.

[8] Griego: σφραγίζω.

La multitud de los gentiles salvos (7:9-17).

La multitud (7:9-12).

9. Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas y con palmas en las manos.

Μετά ταῦτα εἶδον, καί ἰδού ὄχλος πολύς, ὃν ἀριθμῆσαι αὐτόν
Después de esto vi: y he aquí multitud grande la que contar la
οὐδείς ἐδύνατο, ἐκ παντός ἔθνους καί φυλῶν καί λαῶν καί γλωσσῶν
nadie podía; de toda nación y tribu y pueblos y lenguas
ἑστῶτες ἐνώπιον τοῦ θρόνου καί ἐνώπιον τοῦ ἀρνίου
de pie delante del trono y delante del Cordero
περιβεβλημένους στολάς λευκάς καί φοίνικες ἐν ταῖς χερσίν αὐτῶν.
vestidos de estolas blancas y palmas en las manos de ellos.

Notas y análisis del texto griego.

Una nueva visión se introduce con la forma profética propia de indefinición en cuanto a tiempo, mediante el uso de μετά, preposición de acusativo que equivale a *después de*; ταῦτα, caso acusativo neutro plural del pronombre demostrativo *estos*; εἶδον, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, *ver*, aquí como *vi*, también en sentido de *observar, percibir, mirar*; καὶ, conjunción copulativa *y*; seguido de una advertencia enfática con ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia, *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; ὄχλος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *multitud*, *gentío*; πολύς, caso nominativo masculino singular del adjetivo *grande*; ὃν, caso acusativo masculino singular del pronombre relativo *a la que*; ἀριθμῆσαι, aoristo de infinitivo en voz activa del verbo ἀριθμέω, *contar*; αὐτόν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *lo*, en castellano femenino como correspondería a *multitud*; οὐδείς, caso nominativo masculino singular del pronombre indefinido *nadie*; ἐδύνατο, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz media del verbo δύναμαι*, poder*, en el sentido de *ser capaz*, aquí como *podía*. La multitud estaba formada por gentes ἐκ, preposición de genitivo, *de*; παντός, caso genitivo neutro singular del adjetivo indefinido *todo*; ἔθνους, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *nación*; καί, conjunción copulativa *y*; φυλῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo *tribu*; καί, conjunción copulativa *y*; λαῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo *pueblos*; καί, conjunción copulativa *y*; γλωσσῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo que denota *lenguas, idiomas*; ἑστῶτες, caso nominativo masculino plural del participio perfecto en

voz activa del verbo ἵστημι, *ponerse en pie, establecer,* aquí como *en pie*; ἐνώπιον, preposición de genitivo, que se usa también como adverbio y denota *delante de*, *en la presencia de*, *en frente de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *trono*; καί, conjunción copulativa *y*; ἐνώπιον, preposición de genitivo, que se usa también como adverbio y denota *delante de*, *en la presencia de*, *en frente de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; ἀρνίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *cordero*; περιβεβλημένους, caso acusativo masculino plural del participio perfecto en voz media del verbo περιβάλλω, *envolverse, vestirse,* aquí como *cubiertos de*, *vestidos de*, *envueltos en*; στολάς, caso acusativo femenino plural del sustantivo *estolas, vestidos talares, vestiduras*; λευκάς, caso acusativo femenino plural del adjetivo *blancas*; καὶ, conjunción *y*; φοίνικες, caso nominativo masculino plural del sustantivo *palmas*; ἐν, preposición de dativo, *en*; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado *las*; χερσίν, caso dativo femenino plural del sustantivo *manos*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos.*

Μετά ταῦτα εἶδον. Con la forma habitual en el libro, se pone de manifiesto una nueva visión, que sigue a la descrita antes. Tiene que ver también con un número grande de personas. La visión anterior comprendía un número determinado de escogidos y sellados, pertenecientes a las doce tribus de Israel. Aquí el número no se determina, refiriéndose a ella como una gran multitud, en una notoria expresión de indefinición numérica. La multitud que Juan ve en esta segunda visión es distinta a la anteriormente sellada. La expresión μετά ταῦτα, *"después de esto"* exige un cambio de relación, por tanto, los dos grupos son distintos y se encuentran también en lugares diferentes. La gran multitud causa un profundo impacto en Juan, que utiliza una forma habitual admirativa para llamar la atención del lector cuando dice καί ἰδού, *"y he aquí"*, reclamando, como corresponde en el idioma griego la atención del lector hacia lo que sigue en la descripción de la visión.

῞Οχλος πολύς, ὃν ἀριθμῆσαι αὐτόν οὐδείς ἐδύνατο. El apóstol está impactado con el espectáculo impresionante de lo que ve. La multitud era tan grande que, en un giro hiperbólico del lenguaje, dice: *"la cual nadie podía contar"*. El verbo[9] que utiliza Juan para *"podía"* expresa capacidad de acción, lo que quiere decir que nadie tenía la capacidad para contar aquella gran multitud. El verbo[10] *contar* equivale a *enumerar*, de modo que nadie podía poner número definido a aquella multitud que estaba viendo. Era un número incontable de personas las que se presentaba a su vista.

᾿Εκ παντός ἔθνους καί φυλῶν καί λαῶν καί γλωσσῶν. Junto con el número Juan aprecia la composición de la multitud, que procedía de todos los

[9] Griego: δύναμαι.
[10] Griego: ἀριθμέω.

lugares de la tierra. Esa es ya una importante distinción con el grupo de los ciento cuarenta y cuatro mil que eran todos ellos de Israel, por tanto, era de una sola nación, y tomados en número igual de las diferentes tribus que la formaban, de modo que siendo de un mismo pueblo eran también de una misma lengua. La multitud que Juan ve ahora es multiétnica, es decir, procedente de un gran mosaico de naciones, de un gran número de tribus y de muy distintos pueblos, así que entre ellos había gentes de diferentes *lenguas,* esto es, de los diferentes idiomas que se hablaban en cada una de aquellas naciones. Se trata, pues, de gentiles los que formaban aquella multitud.

῾Εστῶτες ἐνώπιον τοῦ θρόνου καί ἐνώπιον τοῦ ἀρνίου. La visión tiene una orientación celestial. Primeramente observa que la multitud estaba *en pie*, posición que se relaciona con la disposición para realizar una actividad. El verbo expresa la idea de un acto importante por el cual estaban en pie. Este detalle que Juan aprecia y hace notar, tiene una gran importancia ya que desde la tierra, los hombres habían formulado una pregunta retórica que, desde su óptica, exigía una respuesta negativa: *"¿Quién podrá sostenerse en pie, delante del que está sentado en el trono y del Cordero?"* (6:16-17). La respuesta siempre negativa desde los hombres es positiva desde la perspectiva divina. Delante del Trono y del Cordero había una incontable multitud que estaba *en pie*, lo que indica que estaban en plena y constante comunión con Dios en su presencia.

Περιβεβλημένους στολάς λευκάς. Todos ellos estaban vestidos con ropas blancas, literalmente en el texto griego se lee *"con estolas blancas"*, los vestidos propios de los santos y de los ángeles en alguna de sus manifestaciones visibles. Estas vestiduras son representativas de santidad y de gloria. Cuando se describe a la Iglesia en la presencia de Dios se la ve vestida de blanco (Ap. 19:8). De la misma manera se hace referencia a lo inmaculado de sus vestidos que no tenían mancha ni arruga (Ef. 5:27). Las vestiduras blancas de esa multitud expresan santidad plena. Es necesario entender que en la presencia de Dios solo pueden estar aquellos que son verdaderamente santos e incontaminados con el pecado (Sal. 24:3-6). Ningún ser humano es santo por si mismo, pero lo son aquellos que como dice el Salmo: *"buscan el rostro de Dios"*, es decir, quienes están en correcta relación con Él por medio de la fe y son santificados y, con ello, considerados como justos, en sentido de haber sido cancelado para ellos la responsabilidad penal del pecado al aplicárseles la justicia de Cristo. Quiere decir, por tanto, que esta es una multitud de salvos que están en la presencia de Dios.

Καί φοίνικες ἐν ταῖς χερσίν αὐτῶν. El apóstol observa además que en sus manos sostienen palmas, como figura y símbolo de una celebración festiva, gozosa y de victoria. Es la perspectiva de una multitud que entra

jubilosa en la presencia de Dios al estilo de lo que ocurría en la fiesta de los tabernáculos en Israel (Lv. 23:40). Esta visión recuerda también los acontecimientos de la entrada de Jesús en Jerusalén, donde las gentes mecían ramas de olivo y palmas delante de Él (Mr. 11:8; Jn. 12:13). Pero, las palmas son también figura de martirio. Esa gran multitud entra en la presencia del Señor como consecuencia de la muerte por el testimonio de Cristo. Anteriormente un número de mártires que estaban bajo el altar clamaban por el tiempo en que se resolvería la situación que había motivado su muerte en la tierra, y habían recibido como respuesta la demanda de un poco más de paciencia hasta que se cumpliese el número de los que habían de ser muertos como ellos. Esta multitud es la respuesta a la oración de los primeros mártires de la tribulación (6:9).

En la visión de la multitud que describe Juan, los creyentes de la Iglesia en esta dispensación podemos entender con claridad que las aflicciones por las que sea necesario pasar, no son comparables con las glorias venideras que esperamos en la presencia del Señor, como escribe el apóstol Pablo: *"Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse"* (Ro. 8:18). No importa que la multitud de Juan no sea la Iglesia glorificada, la lección que podemos aprender es la misma. Las aflicciones, dificultades y aún la muerte que pueda producirse en el tiempo presente, es un acicate que potencia en nosotros y da peso a la esperanza de gloria (2 Co. 4:17). Las cosas que se ven son pasajeras, efímeras y transitorias. La muerte contemplada desde esta perspectiva temporal puede causar cierta inquietud, pero no es lo mismo cuando se considera como la apertura de la puerta a la presencia de Dios. De ahí que la visión cristiana deba establecerse sobre las cosas que no se ven, porque son eternas (2 Co. 4:18).

10. Y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero.

καί κράζουσιν φωνῇ μεγάλῃ λέγοντες· ἡ σωτηρία τῷ Θεῷ ἡμῶν τῷ
Y claman [con] voz grande diciendo: La salvación al Dios de nosotros al
καθημένῳ ἐπί τῷ θρόνῳ καί τῷ ἀρνίῳ.
sentado sobre el trono y al Cordero.

Notas y análisis del texto griego.

Juan describe la acción de la multitud con καὶ, conjunción copulativa *y*; κράζουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo κράζω, *gritar, clamar, dar voces*, aquí como *claman*, φωνῇ, caso dativo, femenino singular del sustantivo, *voz*; μεγάλῃ, caso dativo femenino singular del adjetivo que expresa la condición de *grande*; λέγοντες, caso nominativo masculino singular del participio de

presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir,* aquí como *diciendo*. La segunda cláusula comienza con ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; σωτηρία, caso nominativo femenino singular del sustantivo *salvación*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *al*; Θεῷ, caso dativo masculino singular del nombre de *Dios*; ἡμῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de nosotros*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *al*; καθημένῳ, caso dativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo κάθημαι, *sentarse*, aquí como *sentado*; ἐπί, preposición de dativo, *sobre*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; θρόνῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo *trono*; καί, conjunción *y*; τῷ caso dativo neutro singular del artículo determinado *al*; ἀρνίῳ, caso dativo neutro singular del sustantivo *cordero*.

Καί κράζουσιν φωνῇ μεγάλῃ λέγοντες· En la construcción de la primera cláusula se aprecia un dramático presente en el verbo clamar literalmente *claman*, que enfatiza una acción continuada. La idea de una multitud clamando, conlleva necesariamente la unanimidad y, también, la uniformidad del clamor que elevan. Es como un gran coro que a una sola voz con todo el impactante sonido de una multitud incontable, se eleva ante la atónita mirada del apóstol que contempla la escena.

῾Η σωτηρία τῷ Θεῷ ἡμῶν τῷ καθημένῳ ἐπί τῷ θρόνῳ καί τῷ ἀρνίῳ. La segunda cláusula se introduce mediante un nominativo absoluto, que hace entender la salvación como algo realizado. En la alabanza debe complementarse la frase introduciendo el verbo implícito *pertenece, sea, corresponde*, o cualquier otro que oriente la acción eucarística hacia Dios y el Cordero. De ambos procede la salvación conforme a la estructura gramatical del texto griego.

Aquella gran multitud que por dimensión se considera como *incontable*, testifican delante de Dios, clamando con júbilo sobre el modo de su salvación. Aquellos todos no estaban en la presencia de Dios por méritos propios, sino por la gracia divina y la acción misericordiosa de Dios que salva al pecador, perdona su pecado y lo hace apto para llegar a Él. Ese es el gran contraste que se manifiesta en la enseñanza general de la Biblia como, a modo de ejemplo, se encuentra en Isaías, que afirma la condición natural de los hombres al decir: *"todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia, y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento"* (Is. 66:6); pero, también dice: *"Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta; si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos, si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana"* (Is. 1:18). Los salvos en la visión de Juan reconocen que la salvación pertenece, es decir, se produce y corresponde sólo a la acción de Dios,

como enseña la Biblia (Sal. 3:8; Jon. 2:9). Esa salvación se otorga únicamente por gracia mediante la fe (Ef. 2:8-9).

Los salvos de la gran multitud testifican también que sólo Dios es el que salva al pecador, dándole el calificativo de *Salvador*. Ese título corresponde, conforme a la construcción del texto griego, tanto al que está sentado en el trono, es decir, al Padre, como al Cordero, esto es al Hijo. El nombre *Salvador* se da al Padre en varios lugares del Nuevo Testamento (cf. 1 Ti. 1:1; 2:3; Tit. 1:3; 3:4). Es evidente que la salvación es obra del Padre; El programa de salvación se le vincula: *"Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él"* (Ef. 1:3-4); fue el Padre quien entrega a su Hijo para la salvación del mundo (Jn. 3:16; Ro. 8:32; Gá. 4:4); fue Dios el Padre quien puso a su Hijo como propiciación por nuestros pecados (Ro. 3:25; 1 Jn. 4:10); además, el llamamiento, la justificación, la predestinación y la glorificación se atribuyen al Padre (Ro. 8:29-30); por esa razón puede y debe dársele el calificativo de Salvador. Pero, también corresponde ese título, con todo derecho, al Cordero que con su obra hace posible la salvación del mundo, como estaba determinado desde antes de la creación (1 P. 1:18-20); Jesús fue enviado al mundo en misión salvífica como ya se indicó en la anunciación (Mt. 1:21); no hay otro nombre, en el sentido de Persona, en que los hombres puedan encontrar salvación más que en Jesucristo (Hch. 4:12). El Cordero es considerado en igualdad con el Padre en salvación, por tanto, es también considerado en la misma igualdad en cuanto a alabanza y adoración.

11. Y todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono, y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes; y se postraron sobre sus rostros delante del trono, y adoraron a Dios.

Καί πάντες οἱ ἄγγελοι εἱστήκεισαν κύκλῳ τοῦ θρόνου καί τῶν
Y todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono y los
πρεσβυτέρων καί τῶν τεσσάρων ζῴων καί ἔπεσαν ἐνώπιον τοῦ
ancianos y los cuatro seres vivientes y cayeron delante del
θρόνου ἐπί τά πρόσωπα αὐτῶν καί προσεκύνησαν τῷ Θεῷ
trono sobre los rostros de ellos y adoraron - a Dios.

Notas y análisis del texto griego.

Como ocurre permanentemente, Juan utiliza de nuevo para la introducción del versículo καὶ, conjunción copulativa *y*, que le da continuidad y vinculación; seguido de πάντες, caso nominativo masculino plural, del adjetivo indefinido *todos*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἄγγελοι, caso nominativo masculino

plural del sustantivo *ángeles*; εἱστήκεισαν, tercera persona plural del pluscuamperfecto de indicativo en voz activa del verbo ἵστημι, *estar en pie*, aquí como *estaban en pie*; κύκλῳ, es realmente un antiguo dativo de lugar que se ha convertido con el uso en adverbio, sin embargo en este caso concreto es una preposición de genitivo equivalente a *alrededor*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el,* aquí como *del*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *trono*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; πρεσβυτέρων, caso genitivo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de *viejo, anciano*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*; τεσσάρων, caso genitivo neutro plural, del adjetivo numeral cardinal *cuatro*; ζῴων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *seres vivientes*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔπεσαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πίπτω, *caer, precipitarse*, aquí como *cayeron*; ἐνώπιον, preposición de genitivo, que se usa también como adverbio y denota *delante de*, *en la presencia de*, *en frente de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el,* declinado *del*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *trono*; ἐπί, preposición de acusativo, *sobre*; τά, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; πρόσωπα, caso acusativo neutro plural del sustantivo *rostros*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; προσεκύνησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo προσκυνέω, literalmente *arrodillarse, rendir homenaje, hacer reverencia*, es el verbo que se traduce continuamente por *adorar* en el Nuevo Testamento, aquí como *adoraron*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*, no utilizado en español al preceder a nombre; Θεῷ, caso dativo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios*.

En el relato de la visión celestial Juan se refiere a los ángeles y textualmente dice καί πάντες οἱ ἄγγελοι *"y todos los ángeles"* ¿a qué ángeles alude? Debe referirse a la multitud de ángeles entorno al trono que describió antes (5:11). La creación angélica se une a la multitud que proclama al glorioso Dios como Salvador. A todos estos ángeles los contempla εἱστήκεισαν κύκλῳ τοῦ θρόνου, *puestos en pie rodeando el trono*, en un antropomorfismo descriptivo. Los ángeles son espíritus, por tanto, no pueden verse por los hombres salvo que se materialicen o que se hagan visibles por permisión divina de manera que puedan ser vistos por el ojo material humano.

La visión que el apóstol contempla es impactante. El lugar central está ocupado por el trono, delante del cual está también el Cordero. Cerca del trono, rodeándolo, están τῶν τεσσάρων ζῴων, *los cuatro seres vivientes* y, formando un círculo concéntrico los veinticuatro tronos, sobre los que están τῶν πρεσβυτέρων, los veinticuatro ancianos. En una posición más alejada, la multitud de los ángeles que forman un enorme círculo alrededor del trono en todas las direcciones como una enorme bóveda angelical. Delante del trono, más allá de los veinticuatro tronos, estaba en pie la multitud que proclamaba al

Dios Salvador. En perfecta unidad con toda la adoración de los demás seres y hombres, los ángeles responden al clamor de los redimidos καί ἔπεσαν ἐνώπιον του θρόνου ἐπί τά πρόσωπα αὐτῶν καί προσεκύνησαν τῷ Θεῷ, postrándose sobre sus rostros en manifestación de reverencia, adorando a a Dios. Los ángeles se gozan y alaban a Dios por la salvación de los hombres (Lc. 15:7, 10) y desde esa posición gozosa se inclinan reverentes para adorar a Dios.

12. Diciendo: Amén. La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén.

λέγοντες·
Diciendo:

ἀμήν, ἡ εὐλογία καί ἡ δόξα καί ἡ σοφία καί
Amén. La bendición y la gloria y la sabiduría y
ἡ εὐχαριστία καί ἡ τιμή καί ἡ δύναμις καί ἡ
la acción de gracias y el honor y el poder y la
ἰσχύς τῷ Θεῷ ἡμῶν εἰς τούς αἰῶνας τῶν αἰώνων·
fortaleza al Dios de nosotros por los siglos de los siglos.
ἀμήν.
Amén.

Notas y análisis del texto griego.

Los ángeles adoraban λέγοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir*, aquí como *diciendo*. Sigue luego la expresión angélica que comienza con ἀμὴν, transliteración de la palabra hebrea *verdad, certeza*, en este caso con sentido de *así sea*, en español para manifestar aquiescencia o vivo deseo de que tenga efecto lo que se dice; seguido de ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; εὐλογία, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *bendición*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; δόξα, caso nominativo femenino singular del sustantivo *gloria*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; σοφία, caso nominativo femenino singular del sustantivo *sabiduría*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; εὐχαριστία, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *acción de gracias*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*, en este caso masculino en castellano, *el*; τιμή, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *honor*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; δύναμις, caso nominativo femenino singular del sustantivo *fuerza, poder*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἰσχύς, caso nominativo femenino singular del sustantivo *fortaleza*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *al*; Θεῷ, caso dativo masculino singular del nombre *Dios*; ἡμῶν, caso

genitivo plural del pronombre persona *de nosotros*; εἰς, preposición de acusativo, *por*; τούς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; αἰῶνας, caso acusativo masculino plural del sustantivo *siglos*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *de los*; αἰώνων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *siglos*; concluyendo con ἀμὴν, transliteración de la palabra hebrea *verdad, certeza*, en este caso con sentido de *así sea*.

Λέγοντες· ἀμήν. Un enfático amén ratifica por los ángeles la alabanza de los santos en la presencia del Cordero; ellos también se identifican con las palabras de la gran multitud, asintiendo a ellas y haciéndolas suyas. La multitud de los ángeles responden a la multitud de los redimidos con un *así sea* de identificación espiritual con la verdad expresada.

Ellos a su vez toman parte activa en la adoración celestial proclamando las perfecciones de Dios. Es notable que otra vez aparecen siete elementos que se reconocen para Dios, como corresponde a la adoración desde el cielo. Siete es el número perfecto, por tanto, la adoración celestial expresa siete elementos, mientras que cuando procede de la tierra, aparecen cuatro (comp. 5:12, 13). Las miríadas de ángeles subsumen la alabanza de los salvos, proclamando a Dios con el septenario de la plenitud suprema que sólo a Él corresponde y tiene. Los siete elementos están precedidos todos ellos del artículo determinado, con lo que se hacen únicos en relación con Dios. Sólo Él posee y le corresponden en el grado infinito que se le reconocen por los ángeles.

Lo primero que aceptan y dan es ἡ εὐλογία, *la bendición, gloria, loor,* que corresponde a Dios por lo que es y por lo que hace. Dios es digno de ser alabado por su obra de creación, pero también –y especialmente en este contexto- se le alaba por su obra de salvación (Sal. 103:1-5). Los ángeles tributan también ἡ δόξα, *la gloria*, un término que tiene un amplio significado, y que expresa primeramente la gloria innata y propia de Dios, de la que el hombre se distanció por el pecado (Ro. 3:23); pero, también está relacionada con el *prestigio y el honor* que corresponden a la majestad suprema de Dios, con el absoluto despliegue de su magnificencia infinita, de la que se rodea en las teofanías especialmente del Antiguo Testamento y que fue vista en Cristo, cuando plantó su tienda entre los hombres revestido de humanidad (Jn. 1:14). Los ángeles reconocen que sólo a Dios le corresponde, ἡ σοφία, *la sabiduría*. El conocimiento infinito que mueve el pensamiento divino y que llevó a Dios a planificar, realizar y comunicar la obra de salvación al pecador, por cuya sabiduría la gran multitud puede estar en su presencia. La sabiduría de Dios está en abierta oposición a la del mundo, ya que mientras para éste la cruz es locura, para Dios es poder y expresión suprema de su sabiduría (1 Co. 1:18-23). Cristo es hecho para el creyente, ἡ σοφία, *sabiduría* de Dios (1 Co. 1:30). Le reconocen también como el único digno de recibir εὐχαριστία, *acción de*

gracias, literalmente *eucaristía,* en expresión de reconocimiento de parte de sus criaturas por las bendiciones que Dios envía desde su trono de gracia (Stg. 1:17). De forma especial en relación con las bendiciones que derrama sobre los creyentes. Los ángeles tributan también ἡ τιμή, *la honra*, como el honor que merece por su dignidad. La mayor dignidad de Dios se expresa en su gran misericordia. La misericordia en salvación produce alabanza que tributa honor a Dios (Ef. 2:4-5). Ciertamente el gran grupo que está delante del trono, aunque no pertenezca a la Iglesia, tienen la misma salvación y la recibieron del mismo modo, por gracia mediante la fe; Dios merece todo el honor por esa obra de gracia. En la adoración también le reconocen ἡ δύναμις, *el poder*, adorándole por la infinita capacidad para llevar a cabo sus propósitos eternos. Vinculada con la salvación está la planificación, ejecución y aplicación de la misma (2 Ti. 1:9). La salvación solo fue posible en razón del *poder* divino. Este fue el poder que derrotó a Satanás y sus huestes en la cruz (Col. 2:15); fue el poder que levantó a Cristo de entre los muertos; es el poder de Dios que llama y capacita a salvación (1 P. 1:2); es el poder de Dios que regenera al pecador creyente; es el poder de Dios que levantará de entre los muertos a los creyentes y transformará a los vivos para trasladarlos al lugar que Jesús prepara para ellos (Jn. 14:1-4). Por ese poder salvador, merece ser adorado. Junto con el poder está también ἡ ἰσχύς la *fortaleza*, que es la capacidad operativa del poder de Dios con el que ejecuta todos sus propósitos.

La adoración a Dios es perpetua. Los ángeles tributan su adoración postrándose ante sus rostros y afirmando que debe serle dada εἰς τούς αἰῶνας τῶν αἰώνων, *"por los siglos de los siglos"*. Esa adoración se ha de elevar, dicen los ángeles, a τῷ Θεῷ ἡμῶν, *"nuestro Dios"*. El Dios de los ángeles es el Salvador de los hombres. Para ellos es el Creador, para nosotros el que nos salvó de nuestros pecados. Dios será eternamente alabado y adorado por la obra de salvación (Ef. 1:6, 12, 14). A pesar de que los hombres en la tierra le niegan el reconocimiento debido, Dios será adorado eternamente y nadie ni nada podrá impedir que se le reconozca y proclame porque *"es bueno y para siempre es su misericordia"*.

La procedencia de la multitud (7:13-17).

13. Entonces uno de los ancianos habló, diciéndome: Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿Quiénes son, y de donde han venido?

Καί ἀπεκρίθη εἷς ἐκ τῶν πρεσβυτέρων λέγων μοι· οὗτοι οἱ
Y respondió uno de los ancianos diciendo me: Estos los
περιβεβλημένοι τάς στολάς τάς λευκάς τίνες εἰσίν καί πόθεν ἦλθον
vestidos de las ropas las blancas ¿Quiénes son y de donde vinieron?

Notas y análisis del texto griego.

De la visión celestial Juan desciende a la conversación con uno de los ancianos, descrita con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀπεκρίθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo ἀποκρίνομαι, *contestar, responder, comenzar a hablar, seguir hablando,* aquí como *respondió*, en sentido de hacer uso de la palabra; εἷς, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral cardinal, *uno*; ἐκ, preposición que rige genitivo, *de*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; πρεσβυτέρων, caso genitivo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de persona de edad, *anciano*; λέγων, caso acusativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir*; μοι, caso dativo masculino singular del pronombre personal *me*. La segunda cláusula corresponde a las palabras que el anciano dirigió a Juan con οὗτοι, caso nominativo masculino plural *estos*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; περιβεβλημένοι, caso nominativo masculino plural del participio perfecto en voz media del verbo περιβάλλω, *vestir,* aquí como *vestidos*; τάς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; στολάς, caso acusativo femenino plural del sustantivo *estolas, vestiduras*; sigue luego el artículo que no se traduce en castellano que precede a λευκάς, caso acusativo femenino plural del adjetivo *blancas*; la cláusula adquiere carácter interrogativo mediante el uso de τίνες, caso nominativo masculino plural del pronombre interrogativo *quienes*; εἰσίν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *son*; καί, conjunción copulativa *y*; πόθεν, adverbio interrogativo *de donde*; ἦλθον, tercera persona plural del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἔρχομαι, *venir*, aquí como *vinieron*.

Καί ἀπεκρίθη εἷς ἐκ τῶν πρεσβυτέρων λέγων μοι. Siguiendo con el detalle de la visión celestial, describe como uno de los ancianos que rodeaban el trono sobre veinticuatro tronos inició un diálogo con él El verbo[11] que usa para referirse al comienzo del diálogo es literalmente *responder*, aquí sería traducido literalmente *"y respondió"*, que adquiere el sentido de iniciar una conversación, tomar la palabra, siempre que se usa esta forma verbal va seguida de *diciendo*.

Οὗτοι οἱ περιβεβλημένοι τάς στολάς τάς λευκάς τίνες εἰσίν καί πόθεν ἦλθον. La pregunta que formula el anciano tiene que ver con la identificación de la gran multitud que Juan contempló en pie delante del trono y del Cordero: *"Estos que están vestidos de ropas blancas ¿Quiénes son, y de donde han venido?"*. La pregunta que formula al apóstol es doble o, si se prefiere mejor, son dos preguntas vinculadas entre sí. La primera tiene que ver con quienes son aquellos y la segunda con el lugar de procedencia. Juan conoce sólo aquello que está viendo y lo que le es revelado. La multitud le es desconocida, tanto en identidad como en procedencia.

[11] Griego: ἀποκρίνομαι.

El mismo problema de Juan es el de muchos teólogos, que pretenden identificar la multitud con unos u otros grupos de salvos, a pesar de que más adelante se le concreta a Juan la identidad y procedencia. Para algunos se trata de la segunda visión de la Iglesia. La primera tiene que ver con los ciento cuarenta y cuatro mil y se refiere a los salvos de antes de la tribulación y la segunda, como una gran multitud es figura de la iglesia después de la tribulación. Así escribe el Dr. Ladd:

"Las dos multitudes representan la iglesia bajo dos aspectos de la gran tribulación: la ira de Dios y la persecución de la bestia. La iglesia es sellada para que pueda ser protegida de las plagas que expresan la ira de Dios sobre el Anticristo y sus seguidores, pero en la gran tribulación la iglesia sufrirá persecución y muerte como ha sido durante toda la historia".

Mas adelante dice:

"La iglesia es descrita una segunda vez desde una perspectiva totalmente distinta. La primera multitud se encuentra en el umbral de la tribulación; la segunda es vista después que la tribulación ha pasado, salva en el reino de Dios. La cuestión más difícil es si son presentados o no como habiendo sido martirizados. Han pasado por grande tribulación (v. 14) y han lavado sus ropas y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. No hay indicación positiva en el pasaje de que sean mártires. Sin embargo, se les ve de pie delante del trono o sea que han sufrido la muerte y ahora están en la presencia de Dios y delante del Cordero. Si han muerto en la gran tribulación, la presunción es que han sido martirizados, porque la gran tribulación será una época de intenso martirio"[12].

La respuesta a estos dos aspectos de la multitud será dada a Juan por el mismo anciano, por tanto, en el pasaje está la solución a lo que resulta problemático para algunos.

14. Yo le dije: Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las ha emblanquecido en la sangre del Cordero.

καί εἴρηκα αὐτῷ· κύριε μου, σύ οἶδας. καί εἶπεν μοι· οὗτοι εἰσιν οἱ
Y dije le: Señor de mí, tu sabes. Y dijo me: Estos son los
ἐρχόμενοι ἐκ τῆς θλίψεως τῆς μεγάλης καί ἔπλυναν τάς στολάς
que vienen de la tribulación la grande y lavaron las ropas
αὐτῶν καί ἐλεύκαναν αὐτάς ἐν τῷ αἵματι τοῦ ἀρνίου.
de ellos y blanquearon las en la sangre del Cordero.

[12] George Eldon Ladd. o.c., pág. 102s

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad sigue con καί, conjunción *y*; εἴρηκα, primera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa (griego Ático) del verbo λέγω, en su forma ἐρέω, forma del griego jónico y épico usado por ἐρῶ, en sentido de *decir,* aquí como *dije,* realmente el perfecto de indicativo debería traducirse como *he dicho*, en ese caso adquiere la dimensión de algo tan vívido para Juan que es como si estuviese ocurriendo en el momento en que escribe; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *le*. Sigue una segunda cláusula con la respuesta de Juan: κύριε, caso vocativo masculino singular del sustantivo *señor*; μου, caso genitivo singular del pronombre personal *de mí*; σύ, caso nominativo masculino singular del pronombre personal *tú*; οἶδας, segunda persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo οἶδα, que procede del perfecto no reduplicado de εἶδον, *ver*, con sentido de presente, equivalente *saber, entender, conocer,* aquí como *sabes*; el verbo sustituye a γινώσκω, *conocer, reconocer, entender, saber, etc.*. La tercera cláusula recoge la respuesta del anciano, con la introductoria ilativa de καὶ, conjunción *y*; εἶπεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo εἶπων, aoristo de λέγω, *decir,* aquí como *dijo*, μοι, caso dativo masculino singular del pronombre personal *me*. La respuesta se traslada con οὗτοι, caso nominativo masculino plural del pronombre demostrativo en su forma *estos*; εἰσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *son*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἐρχόμενοι, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz media del verbo ἔρχομαι, *venir, salir,* aquí como *que vienen*; ἐκ, preposición de genitivo, *de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; θλίψεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tribulación, aflicción, conflicto*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*, aunque no se usa en castellano por preceder a un adjetivo que califica al sustantivo anterior; μεγάλης, caso genitivo femenino singular del adjetivo *grande*; καί, conjunción copulativa *y*; ἔπλυναν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πλύνω, *lavar*, aquí como *han lavado*; τάς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; στολάς, caso acusativo femenino plural del sustantivo *estolas, ropas, vestiduras*; καί, conjunción *y*; ἐλεύκαναν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo λευκαίνω, *blanquear, emblanquecer*, aquí como *blanquearon, emblanquecieron,* o también *han blanqueado*; αὐτάς, caso acusativo femenino plural del pronombre personal *las*; ἐν, preposición de dativo, *en*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *lo*; αἵματι, caso dativo neutro singular del sustantivo *sangre*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el*; ἀρνίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *cordero.*

Καί εἴρηκα αὐτῷ· κύριε μου, σύ οἶδας. La pregunta que el anciano hizo a Juan le hizo notar el desconocimiento que tenía relativo a quienes eran los componentes de la gran multitud. La respuesta del apóstol va acompañada de un profundo respeto, llamándole κύριε μου, *señor mío*. No se trata, en modo alguno, de un acto de acatamiento como si se tratase de nuestro Señor, es

simplemente una expresión respetuosa. El apóstol reconoce su desconocimiento sobre quienes eran los componentes de la multitud. La respuesta σύ οἶδας, *"tú lo sabes"*, equivale a decir: *"no se la respuesta"* y, al mismo tiempo, descubre el deseo de conocerla, como si dijese *"no se quienes son, pero quisiera saberlo, como tú lo sabes"*.

Οὗτοι εἰσιν οἱ ἐρχόμενοι ἐκ τῆς θλίψεως τῆς μεγάλης. El anciano responde a Juan que aquella multitud eran los ἐρχόμενοι, *"que vienen"* de la τῆς θλίψεως τῆς μεγάλης *"gran tribulación"*. La referencia a la tribulación es muy enfática construida en una cláusula articular con un sustantivo y un adjetivo, literalmente: *la tribulación, la grande.* La forma verbal que utiliza expresa una acción continuada que equivaldría a *"los que están viniendo".* Aquellos habían salido de la *tribulación*, a la que por su intensidad se la califica de *grande*. Como ya se ha dicho antes, se trata del período de tiempo en el que Dios envía juicios sobre el mundo (3:10). A este tiempo de tribulación se le califica de *grande* porque nunca antes hubo otra semejante (Mt. 24:21). Por otro lado, los acontecimientos que se están produciendo en la tierra tienen lugar a la mitad de la semana de la tribulación, que como se ha indicado varias veces corresponde a la última de las setenta semanas profetizadas por Daniel. Desde el comienzo de la tribulación hasta el momento de esta visión han transcurrido tres años y medio, como se confirma en los pasajes sucesivos (11:2, 3; 12:14; 13:15). Estos están saliendo o han salido en sentido de procedencia, ya que Juan utiliza una preposición que expresa la acción de salir de algo. No es, pues, una custodia en medio de la tribulación, sino la partida a la presencia de Dios desde el ámbito donde se desarrolla.

Καί ἔπλυναν τάς στολάς αὐτῶν καί ἐλεύκαναν αὐτάς ἐν τῷ αἵματι τοῦ ἀρνίου. El anciano hace notar al apóstol la condición de los que forman la gran multitud como gente salva, ya que, usando un lenguaje simbólico, afirma que sus ropas han sido lavadas con lo que expresa un sentido de limpieza y pureza por la aplicación del resultado de la obra expiatoria de Cristo (1 P. 1:2). Los vestidos, espiritualmente hablando, del no regenerado están sucios por contaminación con el pecado, pero, por la regeneración el creyente ha sido dotado de vestidos blancos, ya que está revestido de Cristo (Ro. 13:14). Por esa causa los vestidos están emblanquecidos al haber desaparecido ya las manchas de la corrupción por la acción limpiadora de la obra de la Cruz. La limpieza se alcanza en ἐν τῷ αἵματι τοῦ ἀρνίου *"la sangre del Cordero"*. Aunque la preposición griega *en* sería mejor usarla en el sentido de *por*, es decir, no los emblanquecieron por el hecho de lavarlos en la sangre, sino por la acción limpiadora de ella. La expresión del lenguaje figurado describe el acto de fe por el que se aplica la sangre de Cristo y se describe la regeneración del que cree. El lavamiento de los vestidos como señal de purificación aparece ya en el Antiguo Testamento: *"Y Jehová dijo a Moisés: Ve*

al pueblo, y santifícalos hoy y mañana; y laven sus vestidos" (Ex. 19:10, 14). Es la misma enseñanza del Nuevo Testamento, como enseña el apóstol Juan: *"Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad"*. De la misma manera enseña el escritor a los Hebreos: *"¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?"* (He. 2:14). De forma directamente referida a la salvación enseña el apóstol Pedro: *"Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sean multiplicadas"* (1 P. 1:2). La sangre de Cristo es aplicada al que cree para limpieza, purificación y redención. El perdón de pecados se alcanza por la fe en aquel que murió en la Cruz. Es un contingente de redimidos por la sangre de Jesucristo, por tanto, una multitud de creyentes que están en la presencia de Dios, procedentes de la *gran tribulación*.

Siendo gentiles *de todas las naciones* los que Juan ve y, si se considera que la iglesia –como se ha dicho antes- ha sido trasladada ya a la presencia del Señor (1 Ts. 4:16-17) y está representada por los veinticuatro ancianos sentados en tronos delante del trono de Dios, quiere decir que estos salvos lo han sido en un tiempo posterior al de la Iglesia en la tierra. Juan vio primeramente un grupo de ciento cuarenta y cuatro mil sellados para Dios de las doce tribus de Israel. En su lugar se consideró la salvación de este primer grupo del remanente fiel de Israel, cuyo ministerio está vinculado a la evangelización del mundo en el tiempo de la tribulación. Esta gran multitud en la presencia del Señor salida de la gran tribulación es el resultado visible de la predicación del evangelio en la tierra. La base de la salvación durante la tribulación es la misma que a lo largo de toda la historia humana, por gracia mediante la fe. Así fueron salvos los hombres que figuran en lo que se llama la lista de héroes de la fe (He. 11:1-40). Además, sin fe es imposible agradar a Dios (He. 11:6). La fe de Abraham es una referencia histórica del modo en que el hombre debe acercase a Dios (Ro. 4:2). La base salvífica es la sangre de Cristo, es decir, la vida del Salvador entregada sustitutoriamente en la Cruz, por esa razón los gentiles salvos en la tribulación ἔπλυναν τάς στολάς αὐτῶν καί ἐλεύκαναν αὐτάς ἐν τῷ αἵματι τοῦ ἀρνίου,*"han lavado sus ropas y las han emblanquecido en la sangre del Cordero"*. La operatividad salvífica del Espíritu Santo durante el tiempo de la tribulación hace posible la salvación de toda aquella multitud. Cristo enseñó claramente que la salvación que da acceso al reino de Dios es el resultado de una operación del Espíritu Santo (Jn. 3:5-6). Sólo por el nuevo nacimiento se puede *ver* el reino (Jn. 3:2); sólo por el nuevo nacimiento se puede *entrar* en el reino (Jn. 3:5). En el tiempo de la tribulación el Espíritu Santo hará la obra de regeneración. Los ciento cuarenta y cuatro mil, enviados a todas las naciones proclaman el evangelio eterno de Dios (14:6). Es el evangelio del reino que

predicó Juan el bautista y el mismo que predicó el Señor. El evangelio hace el anuncio del reino de Dios (Mt. 3:2), y el acceso al mismo por fe en el Cordero (Jn. 1:29). El evangelio será predicado durante la tribulación a todas las naciones (Mt. 24:14). Es necesario entender que el pasaje de Mateo 24 tiene que ver, como mensaje profético, con los tiempos finales anteriormente inmediatos a la segunda venida del Señor. Estos no habían oído antes el evangelio de la gracia y cuando lo oyeron lo recibieron en sus corazones aceptando por fe al Salvador.

Hay una advertencia solemne para aquellos que habiendo estado entre los creyentes de la iglesia y no habiendo aceptado al Salvador, queden en la tierra cuando se produzca el traslado de la Iglesia, porque no habiendo nacido de nuevo y siendo, en el mejor de los casos meros profesantes, no son de Cristo y, por tanto, no pertenecen a la Iglesia. A estos, pecadores voluntarios y rebeldes conscientes al llamamiento de Dios para salvación, se les confirmará su endurecimiento espiritual para condenación, como enseña el apóstol Pablo, que refiriéndose a ellos dice: *"con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean a la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia"* (2 Ts. 2:10-12). En el mismo tiempo de la tribulación una gran multitud creerá en el evangelio y serán salvos, y otros muchos serán endurecidos judicialmente por Dios confirmando la rebeldía de su corazón que antes rechazó el mensaje del evangelio, y mientras los que no habían oído serán salvos, los otros no creerán y serán condenados.

La idea de que la salvación en la tierra se producirá sólo durante la presencia de la Iglesia, es contraria a la verdad bíblica enseñada. Afirmar que el Espíritu Santo saldrá de la tierra con el traslado de la Iglesia, es otra confusión que no se sustenta a la luz de la Biblia. El Santo Espíritu permanecerá en la tierra haciendo una de sus misiones salvadoras, convicción de pecado y regeneración del pecador.

15. Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos.

διά τοῦτο εἰσιν ἐνώπιον τοῦ θρόνου τοῦ Θεοῦ καί λατρεύουσιν αὐτῷ
Por esto están delante del trono - de Dios y sirven le
ἡμέρας καί νυκτός ἐν τῷ ναῷ αὐτοῦ, καί ὁ καθήμενος ἐπί τοῦ
día y noche en el santuario de Él, y el sentado sobre el
θρόνου σκηνώσει ἐπ' αὐτούς.
trono extenderá su tabernáculo sobre ellos.

Notas y análisis del texto griego.

El anciano sigue revelando a Juan pormenores sobre la gran multitud que el apóstol traslada con διά, preposición de acusativo, *por*; τοῦτο, caso acusativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*; εἰσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *están*; ἐνώπιον, que puede considerarse como preposición de genitivo *ante*, es realmente un compuesto de ἐν más la raíz ὀπ, *ver/ojo*, y es el acusativo neutro singular del adjetivo ἐνώπιος (*el que está a la vista / ante el rostro de, el que está en presencia de, etc.)* que con el tiempo se convierte en adverbio; en el griego clásico se construye con genitivo y se emplea como preposición impropia, por tanto debe considerarse como adverbio de lugar *delante, enfrente*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *trono*; seguido de τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*, que no se traduce en castellano en esta construcción gramatical; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre de Dios, declinado *de Dios*; καί, conjunción copulativa *y*; λατρεύουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo λατρεύω, *servir,* especialmente vinculado con el servicio a Dios, de ahí *rendir culto, adorar*, aquí como *sirven*, *rinden culto*, téngase en cuenta que el verbo se usa siempre para referirse al servicio divino; αὐτω, caso dativo masculino singular del pronombre personal *le*; al faltar el objeto de la acción verbal en dativo, el verbo adquiere el sentido de una vida dedicada totalmente al servicio de Dios; ἡμέρας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *día*; καὶ, conjunción *y*; νυκτός, caso genitivo femenino singular del sustantivo *noche*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; ναῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota *santuario*, en sentido no tanto de edificio, sino del lugar en donde Dios manifiesta su presencia; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de Él*; καί, conjunción *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; καθήμενος, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo κάθημαι, *sentar,* aquí como *sentado*; ἐπί, preposición de genitivo, *sobre*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *trono*; σκηνώσει, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo σκηνόω, un extraño verbo usado sólo en los escritos de Juan, que expresa la idea de *morar en una tiende, hallarse presente cultualmente*, se usa para referirse a la encarnación del Logos (Jn. 1:14), aquí toma el sentido de hacer partícipe del tabernáculo en donde Dios se manifiesta, lo que supone el *morar cultual de Dios*, para una traducción precisa requeriría un verbo que no existe en español y que sería *tabernaculear*, de ahí que se traduzca generalmente como *extender el tabernáculo, extender su tienda*, etc.; sigue luego la preposición de acusativo ἐπί, con el grafismo ἐπ', forma que adopta por elisión de la ι final ante vocal o diptongo sin aspiración, que equivale a *sobre*; αὐτούς, caso acusativo masculino singular del pronombre personal en su forma *ellos*.

Διά τοῦτο εἰσιν ἐνώπιον τοῦ θρόνου τοῦ Θεοῦ. Por esa razón, por la salvación que les fue otorgada y con ella la purificación de sus pecados, pueden estar delante del trono de Dios y en la presencia del Cordero. Sólo los

que han sido justificados, absueltos de la deuda del pecado y liberados de su responsabilidad penal, pueden acceder a la presencia de Dios (Sal. 24:3-4). En razón de su limpieza personal por la aplicación de la obra de la Cruz, pueden estar delante del trono. Todos ellos han sido justificados gratuitamente (Ro. 3:24-25).

Καί λατρεύουσιν αὐτῷ ἡμέρας καί νυκτός Los que están en la presencia de Dios, le sirven continuamente. El verbo[13] que Juan utiliza es un viejo verbo del griego clásico que originalmente expresaba la idea de servir por salario, luego se utilizó para referirse a servicio en general, y finalmente a un servicio religioso, en particular al culto de los sacerdotes (He. 8:5). Los salvos de la tribulación tendrán la bendición de prestar un servicio cultual permanente en la presencia de Dios. La vida misma de cada uno de los creyentes debe ser en la tierra primero y luego perpetuamente en la gloria y acto de culto en una entrega personal a Dios, como respuesta a su misericordia (Ro. 12:1). El anciano dice a Juan que aquella enorme multitud sirven *día y noche*. ¿Hay acaso noche en el cielo? Se entiende que es una forma del lenguaje figurado para expresar actividad constante, permanencia y perpetuidad. Aquellos estarán siempre en servicio para Dios. El servicio se llevará a cabo en ἐν τῷ ναῷ αὐτοῦ, el *santuario* de Dios. La palabra que usa Juan expresa la idea del lugar donde Dios se manifiesta, mucho más que de los edificios que conforman el templo de Dios –hablando en lenguaje terrenal- para lo que existe otra palabra en griego[14]. Sirven a Dios en el lugar de su gloria y en su misma presencia.

Καί ὁ καθήμενος ἐπί τοῦ θρόνου σκηνώσει ἐπ᾽ αὐτούς. Todos ellos gozarán de una comunión plena con el que está sentado en el trono y con el Cordero, es decir, estarán en plena y continua comunión con Dios. El anciano dijo a Juan que Dios extendería su tabernáculo sobre ellos. El verbo que usa aquí es típico del apóstol y sólo él lo utiliza en el Nuevo Testamento. La idea del verbo es extender una tienda de campaña, un tabernáculo y morar en él. Lo usa para referirse a la encarnación del verbo que *habitó* entre los hombres (Jn. 1:14), es decir, puso una tienda de campaña que era su propia humanidad y en ella residía la plenitud de la deidad entre los hombres (Col. 2:9), como Emmanuel, Dios con nosotros. El verbo no tiene traducción literal y directa en español, se necesitaría disponer de un verbo *tabernaculear*, que pudiera expresar más completamente la idea del verbo griego. Dos cosas representan ese *extender* del tabernáculo de Dios sobre ellos: primeramente *comunión*, como se verá mas adelante cuando se anuncie el acto de morar de Dios con los hombres (21:3, 22); del mismo modo que la presencia de Dios se manifestó llenando el tabernáculo y luego el templo (Ex. 40:34; 2 Cr. 5:13-14), así la presencia de

[13] Griego: λατρεύω.
[14] Para edificios del santuario está el sustantivo ἱερόν.

Dios será una manifestación continuada en comunión con los salvos. En segundo lugar *protección*, ya que la figura del santuario se usa en otros lugares de la Escritura para referirse a la protección que Dios da a su pueblo (Lv. 26:11-12).

16. Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno.

οὐ πεινάσουσιν ἔτι οὐδέ διψήσουσιν ἔτι οὐδέ μή πέσῃ ἐπ᾽ αὐτούς ὁ
No tendrán hambre ya ni tendrán sed ya ni no caerá sobre ellos el
ἥλιος οὐδέ πᾶν καῦμα.
sol ni todo calor sofocante.

Notas y análisis del texto griego.

En una total continuidad con lo que antecede sigue el detalle de lo que Juan oyó con οὐ, adverbio de negación absoluta *no*, que negativiza a πεινάσουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo πείναω, *tener hambre, sentir hambre*, aquí como *tendrán hambre*; ἔτι, adverbio de tiempo *ya*; la cláusula se enfatiza y complementa con la conjunción negativa οὐδὲ, *ni*; διψήσουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo διψάω, *tener sed,* aquí como *tendrán sed*; ἔτι, adverbio de tiempo *ya*; οὐδε, conjunción negativa *ni*, que seguida del adverbio de negación condicional μή, *no*, se traduce como *ni jamás*; πέσῃ, tercera persona singular del aoristo segundo de subjuntivo en voz activa del verbo πίπτω, *caer, precipitar*, aquí como *caerá*; sigue luego la preposición de acusativo ἐπί, con el grafismo ἐπ', forma que adopta por elisión de la ι final ante vocal o diptongo sin aspiración, que equivale a *sobre*; αὐτούς, caso acusativo masculino singular del pronombre personal en su forma *ellos*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἥλιος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *sol*; οὐδε, conjunción negativa *ni*; πᾶν, caso nominativo neutro singular del adjetivo indefinido que expresa radicalmente *todo*; καῦμα, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *quemadura, ardor, calor sofocante.*

Οὐ πεινάσουσιν ἔτι οὐδέ διψήσουσιν ἔτι οὐδέ μή πέσῃ ἐπ᾽ αὐτούς ὁ ἥλιος οὐδέ πᾶν καῦμα. A la bendición de estar en la presencia de Dios y servirle, se unen otras de las que son objeto. Estos ya nunca tendrán hambre, ni sed, ni sufrirán el calor sofocante del sol. Como se dijo antes, en el Apocalipsis se pone de manifiesto el encaje de las profecías del Antiguo Testamento, que con mucha probabilidad Juan estaba leyendo en la isla de Patmos. El eco de la profecía aparece aquí, extendiéndose a este y al siguiente versículo: *"No tendrán hambre ni sed, ni el calor ni el sol los afligirá, porque el*

que tiene de ellos misericordia los guiará, y los conducirá a manantiales de aguas” (Is. 49-10). Tener hambre y sed es figura bíblica de aflicción e inquietud. Especialmente notable es no tener sed, sobre todo en sentido espiritual. La figura es sencilla y admirable; las necesidades temporales habrán concluido para ellos por toda la eternidad. Sin duda muchos de los que estaban presentes allí habrán pasado por experiencias muy difíciles en la tierra durante la gran tribulación. Algunos habrán tenido que huir, mientras eran perseguidos y finalmente muertos por el testimonio del evangelio, sin haber podido llevar consigo recurso alguno de alimento y agua (Mt. 24:16). El calor intenso del sol sin refugio para su calor sofocante habrá terminado también para ellos. El sol abrasador en el verano palestino hace que la sombra que lo cubre sea una bendición.

17. Porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de agua de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos.

ὅτι τό ἀρνίον τό ἀνά μέσον τοῦ θρόνου ποιμανεῖ αὐτούς καὶ
Porque el Cordero el en medio del trono pastoreará los y
ὁδηγήσει αὐτούς ἐπί ζωῆς πηγάς ὑδάτων, καὶ ἐξαλείψει ὁ Θεός πᾶν
guiará los a de vida fuentes de aguas y enjugará - Dios toda
δάκρυον ἐκ τῶν ὀφθαλμῶν αὐτῶν.
lágrima de los ojos de ellos.

Notas y análisis del texto griego.

Juan concluye con ὅτι, conjunción causal, *porque*; τό, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; ἀρνίον, caso nominativo neutro singular del sustantivo *cordero*; τό, caso nominativo neutro singular del artículo determinado, *el*; ἀνά, preposición de acusativo *en*; μέσον, caso acusativo neutro singular del adjetivo equivalente a *medio*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *trono*; ποιμανεῖ, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ποιμαίνω, *pastorear,* aquí como *pastoreará*; αὐτούς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal *los*; καί, conjunción *y*; ὁδηγήσει, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ὁδηγέω, *conducir, guiar, liderar,* aquí como *guiará*; αὐτούς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal *los*; ἐπί, preposición de acusativo, *sobre, a*; ζωῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *de vida*; πηγάς caso acusativo femenino plural del sustantivo *fuentes, manantial, pozo*; ὑδάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo declinado *de aguas*; καὶ, conjunción *y*; ἐξαλείψει, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ἐξαλείφω, *borrar, quitar, secar, enjugar*, aquí como *enjugará*; seguido de ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se traduce en castellano al preceder y determinar a un nombre propio o que hace las veces; Θεός, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*; πᾶν, caso acusativo neutro singular

del adjetivo que expresa totalidad, *todo*; δάκρυον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *lágrima*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; ὀφθαλμῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo *ojos*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*.

Ὅτι τό ἀρνίον τό ἀνά μέσον τοῦ θρόνου ποιμανεῖ αὐτούς. Cristo asumirá todo lo necesario para producir una experiencia perpetua de paz en ellos. La puntualización de la frase es completa: El Cordero, es también el que está en medio del trono, y quien actuará en relación con la multitud salvada. El contraste es admirable porque el Cordero es también Pastor. El Señor los *pastoreará*, por tanto, no habrá ninguna necesidad en ningún momento que no sea provista para ellos por quien es, no sólo el Buen Pastor, sino también el Gran Pastor de las ovejas (He. 13:20). El eco del Salmo 23 se hace patente ahora. La experiencia plena del Salmo se hace aquí una realidad. No les faltará provisión alguna porque el Pastor los conduce, espiritualmente hablando, a provisión plena de pastos y descanso (Sal. 23:1). Además de la provisión la dirección segura, *"los guiará"*. El Cordero-Pastor los conduce yendo delante de ellos y marcando el camino. Implica todo esto una ternura admirable, como expresa también el Salmo: *"confortará mi alma; me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre"* (Sal. 23:3).

Καὶ ὁδηγήσει αὐτούς ἐπί ζωῆς πηγάς ὑδάτων. En este guiarlos los conducirá a *fuentes de agua viva*. En el texto griego aparece más remarcado en donde se lee literalmente ἐπί ζωῆς πηγάς ὑδάτων, *"a de vida fuentes de agua"*. El Señor prometió esto a la samaritana (Jn. 4:10). Es la bendición suprema para quienes creen en Él: *"El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva"* (Jn. 7:38), por esa causa los creyentes no tendrán sed jamás: *"Jesús dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás"* (Jn. 6:35). El Cordero-Pastor se hace alimento y bebida de vida para todo el que cree.

Καὶ ἐξαλείψει ὁ Θεός πᾶν δάκρυον ἐκ τῶν ὀφθαλμῶν αὐτῶν. Y junto con todo esto, está el consuelo personal de Dios que *enjugará* las lágrimas de sus ojos. Muchos de los que están delante del trono y del Cordero, habrán llorado intensamente por las aflicciones de la tribulación. Dios mismo toma ahora el cuidado personal de ellos *enjugando*, que equivale a mucho más que un simple secar las lágrimas, consiste en eliminar para siempre todo aquello que pudiera producirlas. Dios retira a sus santos de la tribulación y los traslada a su presencia, para que nunca más puedan ser atribulados. La expresión pone de manifiesto totalidad, no son simplemente *las lágrimas,* o *algunas lágrimas,* sino *toda lágrima*; una a una serán enjugadas, y con ello eliminado también

todo, cuanto pudiera producirlas en el futuro. La perspectiva de gozo, consuelo, provisión, comunión y aliento, será la forma natural de la vida de todos los santos en la presencia del Señor. Todos ellos pasaron antes por la experiencia de la tribulación y de la muerte, ahora están ya en la casa del Padre para perpetuo gozo y comunión con Él.

El eco de la profecía vuelve a manifestarse aquí, haciendo realidad las palabras del profeta: *"Destruirá la muerte para siempre, y enjugará Jehová el Señor toda lágrima de todos los rostros; y quitará la afrenta de su pueblo de toda la tierra; porque Jehová lo ha dicho"* (Is. 25:8). De alguna manera la conclusión del versículo es también la misma del Salmo: *"Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa de Jehová moraré por largos días"* (Sal. 23:6). La tristeza de la tribulación queda atrás y delante se extiende una eternidad de gozo en la presencia del Señor gozando de la compañía y comunión del Cordero.

Una sencilla aplicación personal requiere el estudio de este pasaje. Las aflicciones son naturales en la vida del creyente. Jesucristo advirtió de eso a los suyos: *"En el mundo tendréis aflicción"* (Jn. 16:33). No podemos esperar otra cosa de un mundo que ha rechazado a Dios y afligió a su Hijo enviado. No debe sorprendernos el fuego de prueba que puede desencadenarse sobre nosotros en cualquier momento, si el mundo escarneció al Cordero de Dios, convirtiéndolo en *"varón de dolores experimentado en quebranto"* (Is. 53:3). Pero, aún así tenemos ya una bendición admirable, porque a nuestro lado, en todo momento, en cualquier circunstancia, está el Gran Pastor de las ovejas. Él estuvo sólo en la angustia de Getsemaní, en la soledad de las tinieblas sobre la Cruz, para que nosotros tengamos su compañía en los momentos de dificultad y cuando la prueba se convierta en angustia intensa (Sal. 91:15). Los enemigos rodearon al Señor y no hubo quien ayudara, nosotros tenemos su promesa personal: *"Aderezas mesa delante de mí, en presencia de mis angustiadores"* (Sal. 23:5). La provisión de aliento que parte de ese versículo es plena. Los angustiadores rodean al creyente, la misión de esos angustiadores es angustiar al hijo de Dios, sin embargo el Buen Pastor con sus manos poderosas aparta a los angustiadores distanciándolos un poco del angustiado creyente y, en el espacio provisto por su gracia, coloca una mesa de comunión, descanso, consuelo y provisión, dialogando en gracia con el oprimido cristiano sin permitir que los angustiadores lleguen a Él mientras sea necesaria el ministerio del consuelo divino. La conducción segura está garantizada para nosotros también, puesto que el Buen Pastor es también el camino (Jn. 14:6), además la luz de Dios que es Cristo ilumina plenamente cada tramo de la senda, porque quien está cerca de Él no anda en tinieblas, ya que el Pastor es también la luz del mundo (Jn. 8:12). Y al final del camino se abre para nosotros la admirable dimensión de la vida proyectada a perpetuo gozo en su presencia. Jesús nuestro Pastor, camino, luz y

vida, es también nuestra esperanza (Col. 1:27). Las aflicciones del tiempo presente no representan una angustia insoportable, sino que son la provisión de gracia que producen en nosotros un eterno peso de gloria (2 Co. 4:17). Las lágrimas que hoy vertemos en el camino serán enjugadas en la presencia de Dios, por tanto en medio de ellas, en las tribulaciones por las que tengamos que pasar, el cristiano mira por fe aquello que espera (2 Co. 4:18), mientras sigue el sendero tras la huellas dejadas por el Buen Pastor (1 P. 2:21).

CAPÍTULO VIII

EL SÉPTIMO SELLO Y LAS TROMPETAS

Introducción.

En el pasaje se reanuda la secuencia de la apertura de los sellos que quedó detenida por la visión sobre los ciento cuarenta y cuatro mil sellados y la multitud de los santos de la tribulación en la presencia de Dios. El Cordero que había tomado el rollo de la mano del que estaba en el trono, sigue adelante con el proceso de abrir los sellos. Cada uno de ellos produjo una manifestación del juicio de Dios sobre los hombres en el mundo. La intensidad de esa acción judicial por el pecado y rebeldía se fue incrementando hasta alcanzar niveles muy elevados. No sólo los hombres, sino también la naturaleza sufrieron la acción de Dios. El pasaje del sexto sello se cerró con una conmoción cósmica de notable intensidad. Un terremoto sacudía el planeta de tal manera que no hubo nada, ni islas ni montes, que no fuesen conmovidos. Los astros también se vieron involucrados, observando la acción de Dios sobre la luna y los asteroides (6:12-17). A esta intervención siguió la preparación de los mensajeros evangelizadores, para lo cual Dios detuvo los juicios y selló a sus escogidos. El escritor retoma la apertura de los sellos llegando al séptimo. Este sello abierto da paso a una sucesión de juicios expresados en el sonar de siete trompetas. Cada una de ellas abre una acción que incrementa en intensidad los juicios de Dios sobre el mundo. El séptimo sello comprende la segunda mitad de la última semana, de las setenta determinadas por Dios y profetizadas por Daniel (Dn. 9:24). Debe observarse que la apertura del séptimo sello no trae plagas o juicios directamente, sino la presencia de los ángeles con las trompetas. De hecho debe considerarse que las siete trompetas son el contenido del séptimo sello. Los seis sellos anteriores relatan los acontecimientos que llevan al fin, mientas que en el séptimo sello las siete trompetas expresan el comienzo del fin mismo, particularmente en lo que suele llamarse la *Gran Tribulación.*

Sorprende que la apertura del séptimo sello produzca un gran silencio en el cielo. No se trata, como se aprecia en la lectura del texto, de un silencio que signifique el final de los juicios, sino todo lo contrario, es el silencio de tensa calma semejante al que se produce cuando la tormenta está preparándose para descargar. De la misma manera los ángeles que tienen las trompetas están dispuestos para hacerlas sonar. Cada sonar de cada una de las siete trompetas, traerá una manifestación más intensa del juicio de Dios. Por esa razón suele llamarse a esta segunda parte de la última semana de Daniel, los últimos tres años y medio, la *Gran Tribulación* a causa de la intensidad de los juicios de Dios sobre el mundo. El silencio en el cielo es sorprendente, tenso, dramático,

impactante y sólo puede ser comprendido en las palabras del profeta: *"Mas Jehová está en su santo templo; calle delante de Él toda la tierra"* (Hab. 2:20).

El bosquejo analítico para el capítulo puede establecerse así:

1. El séptimo sello (8:1-6).
2. Las seis trompetas (8:7-9:21).
   2.1. La primera trompeta: juicio sobre la tierra (8:7).
   2.2. La segunda trompeta: juicio sobre el mar (8:8-9).
   2.3. La tercera trompeta: juicio sobre las aguas (8:10-11).
   2.4. La cuarta trompeta: juicio sobre el universo (8:12-13).

El séptimo sello (8:1-6).

1. Cuando abrió el séptimo sello, se hizo silencio en el cielo como por media hora.

Καὶ ὅταν ἤνοιξεν τὴν σφραγῖδα τὴν ἑβδόμην, ἐγένετο σιγὴ ἐν τῷ
Y cuando abrió el sello el séptimo se hizo silencio en el
οὐρανῷ ὡς ἡμιώριον.
cielo como media hora.

Notas y análisis del texto griego.

La visión de la apertura del séptimo sello se enlaza con lo que antecede mediante la conjunción copulativa καὶ, *y*; seguida de ὅταν, conjunción temporal, *cuando*, *siempre que, tantas veces como*; ἤνοιξεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀνοίγω, *abrir*, aquí como *abrió*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *el*; σφραγῖδα, caso acusativo femenino singular del sustantivo *sello*; τὴν caso acusativo femenino singular del artículo determinado *el*; ἑβδόμην, caso acusativo femenino singular del adjetivo numeral ordinal, *séptimo*; ἐγένετο, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, originarse,* aquí como *se originó, se hizo*; σιγὴ caso nominativo femenino singular del sustantivo *silencio*, masculino en español; ἐν, preposición de dativo; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; οὐρανῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo *cielo*; ὡς, adverbio de modo *como*, que en sentido comparativo adquiere el significado de *equivalente a*; ἡμιώριον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *media hora*.

Καὶ ὅταν ἤνοιξεν τὴν σφραγῖδα τὴν ἑβδόμην. El relato de Juan introduce un nuevo cambio de observación, que deja la contemplación de los ciento cuarenta y cuatro mil sellados y de la multitud en la presencia de Dios, para recibir una nueva visión reveladora. El Cordero abría el séptimo y último sello de los que cerraban el libro que recibió de la mano del que estaba sentado

en el trono. El espacio temporal preparativo para la apertura de este sello y lo que su contenido desencadena había concluido. La calma que fue ordenada a los ángeles que se produjese en la tierra (7:3) va a dar paso a la más intensa acción judicial de Dios sobre el mundo. La apertura de este séptimo sello se producirá en la mitad de la última semana profetizada por Daniel (Dn. 9:27). Es el momento en que va a producirse la invalidación del pacto firmado entre el Anticristo e Israel que traerá consecuencias aterradoras sobre la tierra. La conjunción temporal ὅταν, *cuando*, no expresa aquí indefinición de tiempo, sino concreción absoluta, equivalente a *"en el momento"*. La acción realizada de la apertura del séptimo sello se produce en un momento del tiempo preciso y concreto de la historia humana. La apertura del último sello indica que todo lo determinado por Dios para el tiempo anteriormente inmediato a la segunda venida de Jesucristo, viene a su cumplimiento.

Ἐγένετο σιγὴ ἐν τῷ οὐρανῷ ὡς ἡμιώριον. La consecuencia inmediata de la apertura del séptimo sello no fue una conmoción mayor que la producida cuando abrió el sexto (6:12). Juan observa que ἐγένετο σιγὴ, *"se hizo silencio"*. El verbo[1] que Juan utiliza tiene un amplio campo de acepciones, pero, en el entorno textual en que se encuentra expresa la idea de algo que se origina, equivalente a *se hizo*, *se produjo* silencio. El contraste es muy notable con todo cuanto antecede, como ya hizo notar Henry Barclay: Antes hubo explicaciones (5:5; 7:13); hubo alabanza y adoración (4:8, 11; 5:9ss; 7:10, 12); hubo truenos (4:5); ahora solo hay silencio. Igualmente hay un marcado contraste con la apertura de los otros sellos. Cuando abrió el quinto sello se oyó la voz de los mártires (6:9-10); a abrirse el sexto sello Dios habló por medio de un terremoto (6:12); en el séptimo sólo hay silencio, un absoluto y total silencio. Un dramático silencio que no se rompe por ancianos ni ángeles, ni por coros de alabanza, ni por clamor universal que proclama la gloria de Dios.

Juan dice que ese silencio duró ὡς ἡμιώριον, *"como por media hora"*. Es un espacio corto de tiempo que en profecía anticipa una acción extraordinaria de Dios, como escribe el profeta: *"Mas Jehová está en su santo templo; calle delante de él toda la tierra"* (Hab. 2:20). Es el silencio que anticipa el juicio de Dios en el anuncio de Sofonías (Sof. 1:7-10). El silencio se hace expectante en la presencia de Dios cuando Él se dispone para actuar (Zac. 2:13). El silencio anuncia algo sorprendente que va a producirse. Es el preludio que indica el incremento de juicio que Dios va a enviar al mundo, que asombra y hace callar a todos en su presencia. Como escribe el Dr. Ladd:

"Es posible que este silencio sea en sí mismo el contenido del séptimo sello y quiera significar el comienzo del descanso eterno de los santos. Sin

[1] Griego: γίνομαι.

embargo, esto es improbable porque está completamente fuera de tono con los primeros seis sellos. Otros han sugerido que el silencio prevaleció a fin de que las oraciones de los santos pudieran ser oídas (v. 3). La mejor deducción es que el silencio representa una actitud de tembloroso suspenso de parte de las huestes celestiales delante de los juicios de Dios que ha de caer sobre el mundo. Es el silencio de la temible anticipación de los hechos que están a punto de ocurrir, ahora que el tiempo del fin ha llegado"[2].

El súbito silencio es el presagio de los grandes juicios que Dios va a enviar sobre el mundo, una pausa dramática producida por la aterradora percepción de la intensidad de juicios que vendrán sobre el mundo. Es interesante tener en cuenta que las acciones divinas sobre el mundo son muy semejantes a las plagas que vinieron sobre Egipto, de modo que como entonces se suceden castigos divinos que procuran hacer recapacitar a los hombres y volverlos a Dios, pero, como en tiempos de Faraón, no doblegan la resistencia pecaminosa de los hombres, conduciéndolos a una acción definitiva y total de Dios sobre ellos.

2. Y vi a los siete ángeles que estaban en pie ante Dios; y se les dieron siete trompetas.

Καὶ εἶδον τοὺς ἑπτὰ ἀγγέλους οἳ ἐνώπιον τοῦ Θεοῦ ἑστήκασιν, καὶ
Y vi a los siete ángeles los que delante - de Dios están en pie y
ἐδόθησαν αὐτοῖς ἑπτὰ σάλπιγγες.
fueron dadas les siete trompetas.

Notas y análisis del texto griego.

Luego de la referencia al impactante silencio celestial, Juan sigue con καὶ, conjunción *y*, ilativa; seguida de ; εἶδον, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, *ver*, aquí como *vi*, también en sentido de *observar, percibir, mirar*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado en su forma *a los*; ἑπτὰ, caso acusativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal, *siete*; ἀγγέλους, caso acusativo masculino plural del sustantivo *ángeles*; οἳ, caso nominativo masculino plural del pronombre relativo *los que*; ἐνώπιον, que puede considerarse como preposición de genitivo *ante*, es realmente un compuesto de ἐν más la raíz ὀπ, *ver/ojo*, y es el acusativo neutro singular del adjetivo ἐνώπιος (*el que está a la vista / ante el rostro de, el que está en presencia de, etc.)* que con el tiempo se convierte en adverbio; en el griego clásico se construye con genitivo y se emplea como preposición impropia, por tanto debe considerarse como adverbio de lugar *delante, enfrente*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, no traducible en castellano en esta estructura gramatical; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *de Dios*; ἑστήκασιν, tercera persona plural del perfecto de indicativo en voz activa del

[2] George Eldon Ladd. o.c., pág. 108

verbo ἵστημι, *estar en pie, ponerse en pie, hallarse,* aquí como *están en pie*; καὶ, conjunción *y*; ἐδόθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo δίδωμι, *dar, entregar,* aquí como *fueron dadas*; αὐτοῖς, caso dativo masculino plural del pronombre personal *les*; ἑπτὰ, caso nominativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal, *siete*; σάλπιγγες, caso nominativo femenino plural del sustantivo *trompetas.*

Καὶ εἶδον τοὺς ἑπτὰ ἀγγέλους οἳ ἐνώπιον τοῦ Θεοῦ ἑστήκασιν Mediante la expresión καὶ εἶδον *"y vi"*, Juan introduce una nueva escena en el relato de la visión celestial. Después del tiempo de silencio, el apóstol vio siete ángeles. El sustantivo plural *ángeles* va precedido del correspondiente artículo determinado, por tanto Juan dice: Καὶ εἶδον τοὺς ἑπτὰ ἀγγέλους, *"y vi a los siete ángeles"*. Se trata de seres del orden de los ángeles designados por Dios para servir en su presencia y a los que les encomienda misiones especiales. Aquellos siete ángeles estaban en pie, indicativo de acción, por tanto, οἳ ἐνώπιον τοῦ Θεοῦ ἑστήκασιν, *estaban en pie,* dispuestos para actuar y estaban también *ante Dios*.

Los ángeles están continuamente al servicio del Señor. En ocasiones Dios los usa en la defensa de su pueblo (Ex. 23:20, 23; 33:2; Dn. 6:22). Son ministros al servicio de Dios que ejecutan juicio conforme al designio divino (Gn. 19:1-29; 2 S. 24:16; Ap. 16:1-21). Los ángeles que están delante de Dios, también le adoran (Ap. 5:11, 12). Vinculados con la persona y ministerio de Jesucristo, acompañarán al Señor en su regreso a la tierra (Mt. 25:31). En el tiempo presente los ángeles están puestos por Dios al servicio de quienes son herederos de salvación (He. 1:14). El apóstol vio a un grupo de siete ángeles que estaban delante de Dios, dispuestos a actuar conforme a Su mandato.

Καὶ ἐδόθησαν αὐτοῖς ἑπτὰ σάλπιγγες. Estos siete ángeles recibieron siete trompetas, una cada uno. El toque de trompeta es símbolo de inicio de algo solemne y trascendental. Cuando Dios manifestó su presencia en el monte Sinaí, se oyó sonido de trompeta (Ex. 19:16, 19). Se tocaba también la trompeta cuando se convocaba al pueblo. Cuando Israel había de moverse y cada familia debía disponerse para una nueva etapa de marcha, se tocaban las dos trompetas de plata para convocar a todo el pueblo, y se tocaba una sola para reunir los príncipes y los jefes de millares del pueblo (Nm. 10:3-4). Especialmente la trompeta tenía importancia en relación con las batallas, de ahí que Jeremías sienta angustia ante el sonido de trompeta que era para él pregón de guerra (Jer. 4:19). Simbólicamente, el sonido de trompeta, será la señal que anuncia la convocatoria para los hijos de Israel esparcidos (Is. 27:13). Todavía más, la trompeta anunciaba el comienzo del año jubilar, que se repetía cada cincuenta años en Israel y que era tiempo de liberación, paso de la servidumbre a la libertad (Lv. 25:8-10). En cierta medida todo esto, relacionado profética e

históricamente con Israel, tendrá una aplicación especial para los creyentes y para Israel en el tiempo de la tribulación. Los toques de trompeta estarán anunciando la ejecución de los últimos juicios de Dios que precederán al regreso de su Hijo. Esa es la visión del profeta cuando escribe: *"Tocad trompeta en Sion, y dad alarma en mi santo monte, tiemblen los moradores de la tierra, porque viene el día de Jehová, porque está cercano"* (Jl. 2:1). Jesucristo se refirió al sonido de trompeta en la acción de recoger a su pueblo de entre las naciones: *"Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro"* (Mt. 25:31). El sonido de trompeta está vinculado, conforme a la enseñanza del apóstol Pablo, con el recogimiento de la Iglesia: *"He aquí os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados; en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados"* (1 Co. 15:51-52). De la misma manera enseña también en su carta a Tesalonicenses: *"Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en cristo resucitarán primero"* (1 Ts. 4:16). La trompeta está vinculada en toda la Escritura con manifestaciones extraordinarias de Dios, y en muchas de ellas relacionadas con los tiempos futuros de la historia humana.

En la visión de Juan las trompetas se relacionan con la ira de Dios. Los juicios que habían comenzado a descender anteriormente sobre la tierra, tomarán entonces un incremento notable y las acciones de Dios pasan a manifestaciones cada vez más contundentes sobre los hombres rebeldes a su llamado al arrepentimiento. Los juicios preceden a la implantación del gobierno de Dios sobre la tierra.

3. Otro ángel vino entonces y se paró ante el altar, con un incensario de oro; y se le dio mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos, sobre el altar de oro que estaba delante del trono.

Καὶ ἄλλος ἄγγελος ἦλθεν καὶ ἐστάθη ἐπὶ τοῦ θυσιαστηρίου ἔχων
Y otro ángel vino y se paró sobre el altar teniendo
λιβανωτὸν χρυσοῦν, καὶ ἐδόθη αὐτῷ θυμιάματα πολλά, ἵνα δώσει
[un] incensario de oro y fue dado le incienso mucho para añadir
ταῖς προσευχαῖς τῶν ἁγίων πάντων ἐπὶ τὸ θυσιαστήριον τὸ χρυσοῦν
a las oraciones de los santos todos sobre el altar el de oro
τὸ ἐνώπιον τοῦ θρόνου.
el delante del trono

Notas y análisis del texto griego.

En el desarrollo descriptivo de los distintos cuadros de la visión, Juan prosigue con καὶ, conjunción *y*; ἄλλος,caso nominativo masculino singular del adjetivo indefinido *otro*; ἄγγελος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *ángel*; ἦλθεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἔρχομαι, *venir, llegar,* aquí como *vino*; καὶ, conjunción *y*; ἐστάθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo ἵτημι, *asignar, comparecer, establecer, estar en pie, parar, detener,* aquí como *se paró*; ἐπὶ, preposición de genitivo, *sobre*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el*; θυσιαστηρίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *altar*; ἔχων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *teniendo*; λιβανωτὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *incensario*, complementado con el artículo indeterminado, implícito, *un*; χρυσοῦν, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa lo que es *de oro*; καὶ, conjunción *y*; ἐδόθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo δίδωμι, *conceder, otorgar, dar, entregar,* aquí como *fue dado*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *le*; θυμιάματα, caso nominativo neutro plural del sustantivo *incienso* literalmente en el texto griego *inciensos*; πολλά, caso nominativo neutro plural del adjetivo *muchos*; ἵνα, conjunción *que, para que, de tal modo que*; δώσει, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo δίδωμι, *añadir, dar, entregar*, aquí como *añadir,* aunque como futuro sería *añadirá*, en una acción complementaria posterior al de las oraciones; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado *a las*; προσευχαῖς, caso dativo femenino plural del sustantivo *oraciones*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *de los*; ἁγίων, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *santos*; πάντων, caso genitivo masculino plural del adjetivo *todos*; ἐπὶ, preposición de acusativo, *sobre*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; θυσιαστήριον, caso acusativo neutro singular del sustantivo *altar*; sigue luego el artículo determinado τὸ, *el*, no traducido en castellano por determinar a un adjetivo que expresa la condición del sustantivo también con artículo; χρυσοῦν, caso acusativo neutro singular del adjetivo que expresa la condición de lo que es *de oro*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; ἐνώπιον, preposición de genitivo, que se usa también como adverbio y denota *delante de*, *en la presencia de*, *en frente de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *trono.*

Καὶ ἄλλος ἄγγελος ἦλθεν καὶ ἐστάθη ἐπὶ τοῦ θυσιαστηρίου. Un nuevo ángel aparece en la escena celestial. Se trata de un ángel distinto a los que se mencionaron antes, especialmente distinto de los siete que estaban en pie delante del trono, dispuestos con las siete trompetas que les fueron entregadas (v. 2). En la expresión ἦλθεν, *"vino"* se marca el hecho de la presencia de un ángel que antes no estaba. Este nuevo ángel ἐστάθη, *"se paró"*, es decir, *se detuvo* ante el altar. La preposición[3] que Juan utiliza tiene el sentido de *sobre*, lo que introduce una dificultad en determinar donde estaba ese ángel, ya que no

[3] Griego: ἐπὶ.

es posible entender que se pusieran en pie encima del altar de oro. La idea más probable es que el ángel se detuvo en el aire *sobre* el altar, es decir, en algún punto por encima del altar, pero sin tocarlo. El altar estaba situado en el santuario celestial (6:9). En esta ocasión vinculado con las figuras de adoración que estaban representadas en el antiguo altar de oro, puesto delante del velo que separaba el Lugar Santo del Lugar Santísimo en el tabernáculo y en el templo de la antigua dispensación. Sin embargo, como se dijo antes, este altar celestial no puede identificarse con uno de los dos del santuario terrenal, sino que hace la función –en el aspecto simbólico- de ambos, unas veces en un sentido y otras en otro. El altar en el santuario celestial ocupa en lugar, como el del santuario terrenal, delante del Lugar Santísimo, en este caso, manifestado por la presencia del trono y del Uno que estaba sentado sobre él. En los símbolos de la estructura del santuario terrenal, sobre el propiciatorio del arca de la alianza estaban puestos dos querubines cuyos rostros miraban hacia la plancha de oro llamada el propiciatorio y sus alas extendidas cubrían la cubierta del arca. Era una representación simbólica, dentro del Lugar Santísimo, de los ángeles como ministros al servicio de Dios. Aquí, en la visión de Juan, los ángeles rodean el trono, están en pie delante de él dispuestos a tocar las trompetas y uno, el que apareció en la visión, está situado en una posición adecuada para el servicio especial que le va a ser encomendado.

Ἔχων λιβανωτὸν χρυσοῦν. Este ángel tenía un incensario de oro, instrumento propio del ministerio sacerdotal en el santuario terrenal. La figura presenta aquí un ángel en funciones sacerdotales. Es necesario entender que todo lo que se ocurre, tanto en el cielo como en la tierra, procede y se ejecuta por determinación divina; todo es iniciativa de Dios, el ángel en este caso, como el resto de los ángeles, es un mero ministro al servicio del Señor. Algunos eruditos encuentras dificultad en este sentido e incluso consideran a este ángel como una representación o incluso como Cristo mismo, ya que es el único Mediador entre Dios y los hombres (1 Ti. 2:5). Sin embargo, no es necesario entender aquí una acción mediadora, sino una acción complementaria en relación con las oraciones de los santos.

Καὶ ἐδόθη αὐτῷ θυμιάματα πολλά. A este ángel ἐδόθη αὐτῷ, *"se le dio"*, esto es, le fue entregado, no lo tomó él, una importante cantidad de incienso: θυμιάματα πολλά, *mucho incienso*. El incienso, en el antiguo santuario, era de una composición única, destinado a la adoración de Dios. Nadie podía usar uno semejante. Cuando el sumo sacerdote entraba una vez al año al Lugar Santísimo, llevaba un incensario con incienso que se encendía con el fuego procedente del altar del sacrifico (Lv. 16:12-13). Cuando en la visión de Juan, se le entrega al ángel *mucho incienso*, junto con él se le entrega también el fuego que quemaba ese incienso. El incienso era colocado sobre las brasas y ascendía en olor grato ante la presencia de Dios.

Ἵνα δώσει ταῖς προσευχαῖς τῶν ἁγίων πάντων ἐπὶ τὸ θυσιαστήριον τὸ χρυσοῦν τὸ ἐνώπιον τοῦ θρόνου. El incienso era para añadirlo a las oraciones de los santos. Es interesante apreciar el futuro del verbo *añadir*, en el texto griego, literalmente se lee para δώσει, *añadirá* a las oraciones de los santos. El apóstol contempla una visión que se desarrolla en un tiempo posterior, de ahí la utilización del futuro; el ángel *añadiría* a las oraciones de los santos el incienso que se le había entregado, y ese mismo futuro indica una acción que continuaría indefinidamente en el tiempo. Las oraciones de los santos con comparadas con el incienso de la adoración que sube a la presencia del Señor (Sal. 104:2). Tan pronto como el ángel añade el incienso en combustión, las oraciones de los santos mezcladas con el incienso, suben ante el acatamiento del Señor. En la acción descrita las oraciones de los santos son unidas al incienso, al fuego y puestas ἐπὶ τὸ θυσιαστήριον, *sobre el altar*. No cabe duda que Jesucristo es el gran Sumo Sacerdote (He. 4:14-15). Este Sumo Sacerdote vive en continua intercesión por los suyos (He. 7:24-25). La oraciones de los santos son aceptas ante Dios porque los santos están en Cristo y las oraciones son hechas en Su nombre. Como realidad absoluta de la figura del altar de oro, Jesucristo sustenta las oraciones del pueblo de Dios en la presencia de Dios haciéndolas aceptas en Él (He. 4:16). Estas oraciones de los santos hechas en Cristo mismo están rodeadas también del continuo ministerio de Jesucristo como abogado delante del trono de Dios (1 Jn. 2:1, 2). Las oraciones de los santos hechas eficaces en Cristo, estarán relacionadas con los juicios venideros que Dios envía sobre el mundo de los hombres impíos. Esas oraciones *no producen* o *no ocasionan* los juicios, que ya han sido determinados por Dios, pero actúan en la presencia de Dios clamando para que el Señor complete cuanto antes lo que resta para establecer su reino.

4. Y de la mano del ángel subió a la presencia de Dios el humo del incienso con las oraciones de los santos.

καὶ ἀνέβη ὁ καπνὸς τῶν θυμιαμάτων ταῖς προσευχαῖς τῶν ἁγίων ἐκ
Y subió el humo del incienso con las oraciones de los santos de
χειρὸς τοῦ ἀγγέλου ἐνώπιον τοῦ Θεοῦ.
mano del ángel delante - de Dios.

Notas y análisis del texto griego.

El relato prosigue con la vinculante καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀνέβη, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἀναβαίνω, *subir, ascender*, aquí como *subió*; es necesario tener siempre en cuenta el sujeto, el contexto y el lugar en que se halla el hablante, en las traducciones de este verbo. Si hay un movimiento que se aleja del hablante, entonces se traducirá por *subir, ascender,* como es este caso; si hay un movimiento hacia el hablante, entonces de traducirá como *salir, emerger, subir*. ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado

el; καπνὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo *humo*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *de los*; θυμιαμάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *inciensos*; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado *con las*; προσευχαῖς, caso dativo femenino plural del sustantivo *oraciones*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *de los*; ἁγίων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *santos*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; χειρὸς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *mano*, complementada con el artículo determinado implícito *la*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; ἀγγέλου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *angel*; ἐνώπιον, preposición de genitivo, que se usa también como adverbio y denota *delante de*, *en la presencia de*, *en frente de*; seguido del artículo determinado τοῦ, *el*, no traducible en español en esta construcción gramatical; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *Dios*.

Καὶ ἀνέβη ὁ καπνὸς τῶν θυμιαμάτων ταῖς προσευχαῖς τῶν ἁγίων ἐκ χειρὸς τοῦ ἀγγέλου ἐνώπιον τοῦ Θεοῦ. Cuando el ángel puso el incienso con las oraciones de los santos subió el humo de la oración a la presencia de Dios. No es el humo del incienso lo que permite que las oraciones de los santos suban a la presencia de Dios, sino el elemento que las hace fragantes delante de Él. Son agradables a Dios porque están en Cristo. Son aceptas delante de Él porque coinciden plenamente con Su voluntad. El Señor enseñó un modelo de oración en el que se pide la obediencia de los hombres a la voluntad divina y el establecimiento del reino de Dios en la tierra. Los juicios de Dios sobre la tierra tienen que ver con la ejecución del programa previo para establecer el gobierno de Dios sobre el mundo. Los juicios de Dios preparan la irrupción del reino de los cielos entre los hombres. Los santos, que habían dado sus vidas por el testimonio de su fe, y que Juan vio bajo el altar (6:10), clamaban al Señor: *“¿Hasta cuando?”*. Los santos claman también para que Dios complete el número de sus elegidos de modo que se produzca la venida de Su reino (6:11). Debe entenderse con toda claridad que el ángel no es un mediador entre Dios y las oraciones de los santos. Como ya se dijo antes, el único Mediador, es Jesucristo (1 Ti. 2:5). La gloriosa seguridad de la aceptación de las oraciones en la presencia de Dios es que Jesucristo vive perpetuamente para interceder por los suyos (He. 7:25).

5. Y el ángel tomó el incensario, y lo llenó del fuego del altar, y lo arrojó a la tierra; y hubo truenos, y voces, y relámpagos, y un terremoto

καὶ εἴληφεν ὁ ἄγγελος τὸν λιβανωτὸν καὶ ἐγέμισεν αὐτὸν ἐκ τοῦ
Y ha tomado el ángel el incensario y llenó lo de el
πυρὸς τοῦ θυσιαστηρίου καὶ ἔβαλεν εἰς τὴν γῆν, καὶ ἐγένοντο
fuego del altar y arrojó a la tierra y hubo
βρονταὶ καὶ φωναὶ καὶ ἀστραπαὶ καὶ σεισμός.
truenos y voces y relámpagos y seísmo.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad sigue con καὶ, conjunción *y*, seguida de εἴληφεν, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo λαμβάνω, *aceptar, alcanzar, dar, llevar, recibir, tomar*, aquí como *ha tomado*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἄγγελος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *ángel*; τὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *incensario*; καὶ, conjunción *y*; ἐγέμισεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo γενίζω, *llenar*, aquí como *llenó*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *lo*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *lo*; πυρὸς, caso genitivo neutro singular del sustantivo *fuego*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *lo*; θυσιαστηρίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *altar*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔβαλεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo βάλλω, *echar, arrojar*, aquí como *arrojó*; εἰς, preposición de acusativo *a*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆν, caso acusativo femenino singular del nombre *tierra*; καὶ, conjunción *y*; ἐγένοντο, tercera persona plural del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *efectuar, hacer, hecho, producir,* aquí como *hubo, se produjeron*; βρονταὶ, caso nominativo femenino plural del sustantivo *truenos*, masculino en castellano; καὶ, conjunción *y*; φωναὶ, caso nominativo femenino plural del sustantivo, *voces, sonidos, ruidos,* aquí como el sonido que produce el trueno; καὶ, conjunción *y*; ἀστραπαὶ, caso nominativo femenino plural del sustantivo *relámpago, fugor*; καὶ, conjunción *y*; σεισμός, caso nominativo masculino singular del sustantivo *terremoto, seísmo*.

Καὶ εἴληφεν ὁ ἄγγελος τὸν λιβανωτὸν καὶ ἐγέμισεν αὐτὸν ἐκ τοῦ πυρὸς τοῦ θυσιαστηρίου. El ángel cumplió la primera misión encomendada que era la de añadir incienso a las oraciones de los santos. Luego le fue encargada una segunda que cumple conforme a lo establecido en el mandato. Tomó nuevamente el incensario, lo que hace suponer que lo había dejado cuando terminó la primera misión. No se trata de otro incensario, sino del mismo. El verbo, conforme aparece en el texto griego, expresa una acción completada plenamente. Juan dice que lo ἐγέμισεν αὐτὸν ἐκ τοῦ πυρὸς τοῦ θυσιαστηρίου, *"lleno del fuego del altar"*, quiere decir que después de haber recibido una nueva provisión de incienso –el anterior fue añadido a las oraciones de los santos- el ángel lo encendió con el fuego procedente del altar. Se está reproduciendo lo que era natural en el antiguo orden ministerial en el santuario terrenal. No se podía encender el incienso con fuego extraño, sino con el que se tomaba del altar del sacrificio, que originalmente procedía de Dios (Lv. 9:24). El fuego que ardía en el altar del incienso, en el santuario, se encendía con el fuego del altar del sacrificio, que no se apagaba nunca (Lv. 6:12, 13).

Καὶ ἔβαλεν εἰς τὴν γῆν. El ángel lo arrojó hacia la tierra. ¿Qué arrojó, el fuego que ardía en el incensario, los tizones que lo encendieron, el incensario en sí? Un complemento aclaratorio está en la profecía: *"Y habló al varón vestido de lino, y le dijo: Entra en medio de las ruedas debajo de los querubines, y llena tus manos de carbones encendidos de entre los querubines, y espárcelos sobre la ciudad"* (Ez. 10:2). La acción judicial de Dios se describe como arrojando los carbones encendidos, en cierta manera el fuego mismo, que indica una acción judicial de Dios sobre la tierra. De la misma manera ocurrió, no en figura sino en realidad, con el juicio divino sobre Sodoma y Gomorra, donde descendió fuego del cielo y consumió las ciudades perversas (Gn. 19:24). La acción judicial de Dios aparece aquí como respuesta a las oraciones de los santos. Estos, no sólo los que se mostraron antes debajo del altar, sino todos los santos en cualquier tiempo, han pedido a Dios que venga su reino y el Señor responde a sus oraciones iniciando los juicios más drásticos que prepararán el retorno de Jesucristo y el establecimiento de la nueva expresión del reino de los cielos en la tierra.

Καὶ ἐγένοντο βρονταὶ καὶ φωναὶ καὶ ἀστραπαὶ καὶ σεισμός. La acción del ángel produjo consecuencias inmediatas, en truenos, voces, relámpagos y un terremoto. La presencia de Dios se manifestó en el Sinaí por medio de truenos y relámpagos (Ex. 19:16). La reacción cósmica en la tierra que produce la acción del ángel, anuncia también la presencia de Dios que interviene en juicio sobre el mundo. Todo cuanto sucederá en el futuro del tiempo de tribulación que aún resta, es el resultado de la acción directa de Dios. Los hombres deberían entender claramente que todo esto procede de Dios, quien como preludio de advertencia, se manifiesta en la tormenta y en el terremoto. La presencia de Dios produce profundo respeto y temor reverente en los creyentes, por esa causa, cuando se manifestó en el Sinaí, Moisés estaba *temblando* (He. 12:21). Las *voces*, que Juan menciona son el sonar de los truenos, pero, aunque aparentemente son el resultado del fenómeno natural de una tormenta, son realmente *voces* que Dios envía al mundo advirtiendo a los hombres de su intervención judicial. Este debe ser el sentido interpretativo para *voces*, ya que seguidamente se habla, en el mismo entorno, de *relámpagos*. La idea es de una tormenta intensa que no puede pasar desapercibida. Los relámpagos preceden al trueno, ya que la luz recorre en el mismo tiempo más distancia que el sonido, aquí Juan los sitúa detrás de los truenos y de los estampidos sónicos de la tormenta, como un orden narrativo. Los tiempos finales que anteceden a la segunda venida de Jesucristo están cumpliéndose. Su venida es comparada con un relámpago que cruzará los cielos de este a oeste (Mt. 24:37, 30). Sin embargo, no debe considerarse estos relámpagos como esa señal. Lo que es evidente es que todo se orienta hacia la consumación del propósito de Dios en relación con la instauración del reino terrenal de su Hijo. Finalmente, la tierra fue sacudida por otro seísmo, un terremoto cuya intensidad

no se describe, como en el caso del sexto sello (6:12-13). Todo el entorno textual del párrafo orienta el pensamiento del lector hacia la respuesta que Dios da a las oraciones de los santos.

6. Y los siete ángeles que tenían las siete trompetas se dispusieron a tocarlas.

Καὶ οἱ ἑπτὰ ἄγγελοι οἱ ἔχοντες τὰς ἑπτὰ σάλπιγγας ἡτοίμασαν
Y los siete ángeles los que tienen las siete trompetas prepararon
αὐτοὺς ἵνα σαλπίσωσιν.
se para tocar las trompetas.

Notas y análisis del texto griego.

Juan prosigue el relato de la visión con καὶ, conjunción copulativa, vinculante, *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἑπτὰ, caso nominativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal, *siete*; ἄγγελοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo *ángeles*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἔχοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tienen*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; ἑπτὰ, caso acusativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal, *siete*; σάλπιγγας, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *trompetas*; ἡτοίμασαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἑτοιμάζω, *preparar*, vinculado con el adjetivo ἕτοιμος, *dispuesto, preparado*, y con el sustantivo ἑτοιμασία, *preparación, disposición, presteza*, el verbo expresa la idea de *estar dispuesto, estar preparado*, aquí como *prepararon*; αὐτοὺς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal *se*; ἵνα, conjunción *que, para que, de tal modo que*, aquí equivalente a *para*; σαλπίσωσιν, tercera persona plural del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo σαλπίζω, *trompetear, tocar trompeta*, aquí como *tocar las trompetas, trompetear.*

Καὶ οἱ ἑπτὰ ἄγγελοι οἱ ἔχοντες τὰς ἑπτὰ σάλπιγγας ἡτοίμασαν αὐτοὺς ἵνα σαλπίσωσιν. La preparación para los toques de las siete trompetas concluye retomando la visión de los siete ángeles a los que les habían sido dadas siete trompetas, una a cada uno (v. 2). Estos ángeles se dispusieron a tocar las trompetas. Posiblemente Juan vio como cada uno de ellos llevaba a su boca el instrumento en disposición de hacerlas sonar. El verbo[4] que usa Juan equivale al español *trompetear*.

El lanzamiento a la tierra del incensario era la señal establecida en el cielo y en el entorno de los ángeles, para iniciar los toques de las trompetas. El séptimo sello se manifiesta en el toque de las siete trompetas que anuncian la culminación del *Día de Dios*. Los juicios de Dios estuvieron detenidos el

[4] Griego: σαλπίζω.

tiempo necesario para sellar a los ciento cuarenta y cuatro mil seleccionados por Dios, que en su soberanía había determinado (7:1-3). En este momento los juicios de Dios vuelven a reanudarse.

Los toques de cada una de las trompetas traerán sobre la tierra una serie de eventos que se pudieran comparar con las plagas que Dios envió sobre Egipto en el tiempo inmediatamente anterior a la liberación de su pueblo. El tiempo final de la historia humana puede entenderse mejor a la luz de la *salida*, como si se tratase de un *segundo Éxodo*. Como ocurrió en Egipto, cada una de las manifestaciones del juicio de Dios endurece más a los hombres. Las plagas son principalmente expresión de un castigo divino contra los idólatras. Los cuatro primeros juicios tocan directamente la naturaleza, como consecuencia de la sentencia divina dictada al principio de la historia humana, como consecuencia del pecado (Gn. 3:17-19). El primer juicio afecta a los árboles y la hierba; el segundo al mar y su actividad; el tercero a las aguas; el cuarto tiene efectos cósmicos que alcanzan en universo creado.

Las seis trompetas (8:7-9:21).

La primera trompeta (8:7).

7. El primer ángel tocó la trompeta, y hubo granizo y fuego mezclados con sangre, que fueron lanzados sobre la tierra; y la tercera parte de los árboles se quemó, y se quemó toda la hierba verde.

Καὶ ὁ πρῶτος ἐσάλπισεν· καὶ ἐγένετο χάλαζα καὶ πῦρ μεμιγμένα ἐν
Y el primero tocó la trompeta, y se originó granizo y fuego mezclados con
αἵματι καὶ ἐβλήθη εἰς τὴν γῆν, καὶ τὸ τρίτον τῆς γῆς κατεκάη
sangre y fueron lanzados a la tierra, y la tercera parte de la tierra se quemó
καὶ τὸ τρίτον τῶν δένδρων κατεκάη καὶ πᾶς χόρτος χλωρὸς κατεκάη.
y la tercera parte de los árboles se quemó y toda hierba verde se quemó.

Notas y análisis del texto griego.

Una nueva escena se describe vinculada con lo que antecede mediante καὶ, conjunción copulativa *y*, en funciones ilativas; seguida de ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; πρῶτος, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral ordinal, *primero*; ἐσάλπισεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo σαλπίζω, *trompetear, tocar trompeta*, aquí como *tocó la trompeta*; καὶ, conjunción *y*; ἐγένετο, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, originarse*, aquí como *se originó*; χάλαζα, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *granizo*, masculino en español; καὶ, conjunción *y*; πῦρ, caso nominativo neutro singular del sustantivo *fuego*; μεμιγμένα, caso nominativo neutro plural del participio perfecto en voz activa del verbo μίγνυμι, forma alternativa de μείγνυμι, μειγνύω,

mezclar, aquí como *mezclados*; ἐν, preposición de dativo *con*; αἵματι, caso dativo neutro singular del sustantivo *sangre*; καὶ, conjunción *y*; ἐβλήθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo βλέπω, *lanzar, arrojar,* aquí como *fueron arrojados, o fueron lanzados*; εἰς, preposición de acusativo *a*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆν, caso acusativo femenino singular del nombre *tierra*; καὶ, nuevamente la conjunción *y*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo,* femenino en castellano *la*; τρίτον, caso nominativo neutro singular del adjetivo numeral ordinal *tercero*, en sentido de *tercera parte*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del nombre *tierra*; κατεκάη, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo κατακαίω, *quemar*, aquí como *se quemó*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo,* femenino en castellano *la*; τρίτον, caso nominativo neutro singular del adjetivo numeral ordinal *tercero*, en sentido de *tercera parte*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado declinado *de los*; δένδρων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *árboles*; κατεκάη, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo κατακαίω, *quemar*, aquí como *se quemó*; καὶ, conjunción *y*; πᾶς, caso nominativo singular del adjetivo que expresa radicalmente *toda*; χόρτος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *hierba*, *pasto*; χλωρὸς, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de lo que es *verde*; κατεκάη, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo κατακαίω, *quemar*, aquí como *se quemó.*

Καὶ ὁ πρῶτος ἐσάλπισεν. La acción del primer ángel fue la de hacer sonar la trompeta que le había sido entregada. Los ángeles que estaban dispuestos para esa tarea la iniciaron, tocando por orden cada uno la trompeta que tenían. Uno de ellos, el primero, tocó la primera de las trompetas. El verbo expresa una acción concluida plenamente, en sentido de que comenzó y terminó el primer toque de la primera trompeta.

Καὶ ἐγένετο χάλαζα καὶ πῦρ μεμιγμένα ἐν αἵματι. El resultado fue una plaga sobre la tierra, semejante a la séptima ocurrida en Egipto en los días de Moisés: *"Y Moisés extendió su vara hacia el cielo, y Jehová hizo tronar y granizar, y el fuego se descargó sobre la tierra; y Jehová hizo llover granizo sobre la tierra de Egipto. Hubo, pues, granizo, tan grande, cual nunca hubo en toda la tierra de Egipto desde que fue habitada"* (Ex. 9:23-26). Los profetas anunciaron que en el tiempo final de la historia anterior a la venida del Mesías a la tierra, se producirían milagros semejantes a los que sucedieron cuando Israel salió de Egipto, haciendo referencia el profeta a un tiempo cuando *"la tierra será asolada a causa de sus moradores, por el fruto de sus obras"* (Mi. 7:13), añadiendo: *"Yo les mostraré maravillas como el día que saliste de Egipto"* (Mi. 7:15).

Como mensaje profético que enfatiza una intensa panorámica de juicio, no permite generar una explicación de los acontecimientos que se convierta en

algo como de *ciencia ficción*, pero, tampoco faculta para alegorizar el pasaje, como escribe el Dr. Ladd:

"No hay razón para seguir a los intérpretes que piensan que esta plaga es un cuadro de desorden civil y anarquía como fruto del rechazo de Dios por parte del hombre. Los árboles no significan hombres de alto valor ni el pasto hombres de baja categoría. Esto describe una catástrofe concreta que cae sobre el mundo físico. Posiblemente el fuego significa un despliegue de una gran tormenta"[5].

Siempre que el lenguaje lo permita debe interpretarse el texto literalmente. Dios manifiesta su presencia en juicio sobre la tierra, usando una vez más, como hizo a lo largo de la historia, los elementos naturales de su creación poniéndolos a su servicio. Unas veces lo hace benévolamente, enviando su sol y su lluvia sobre justos e injustos y sobre buenos y malos (Mt. 5:45); otras, como en este caso, los usa como instrumentos judiciales sobre los hombres impíos. Los elementos descritos por Juan corresponden plenamente a una impresionante tormenta, rodeada de un intenso aparato eléctrico, unida a fuertes truenos, donde los rayos de la tormenta incendian los árboles y la hierba, y el granizo que sigue completa la destrucción. El fuego y el granizo siembran una estela de muerte representada en la visión de Juan como μεμιγμένα ἐν αἵματι, *"mezclados con sangre"*.

Καὶ ἐβλήθη εἰς τὴν γῆν, καὶ τὸ τρίτον τῆς γῆς κατεκάη. El granizo y el fuego descargaron sobre la tierra. Las dimensiones de esa tormenta son colosales y alcanzaron la tercera parte de la tierra. El fuego que se produce por la tormenta a causa de los rayos, destruye los árboles que están en esa tercera parte de la tierra, que quedan consumidos. De la misma manera la hierba verde que había en ese territorio, también queda destruida al quemarse totalmente. La acción de Dios está orientada más que a la destrucción en sí, a la advertencia.

De nuevo es necesario apreciar el traslado del mensaje profético del Antiguo Testamento a lo que Juan está describiendo de sus visiones. Es interesante apreciar que en la profecía hay un pasaje muy semejante, referido a la invasión de Israel por Gog y Magog, el reino del norte: *"Yo litigaré contra él con pestilencia y con sangre; y haré llover sobre él, sobre sus tropas y sobre los muchos pueblos que están con él, impetuosa lluvia, y piedras de granizo, fuego y azufre. Y seré engrandecido y santificado, y seré conocido ante los ojos de muchas naciones; y sabrán que yo soy Jehová"* (Ez. 38:22-23). A la vista del

---

[5] George Eldon Ladd. o.c., pág. 111.

texto de Ezequiel y de la visión de Juan cabe preguntarse: ¿se trata del mismo acontecimiento? Es muy probable que ambos estén vinculados.

El panorama histórico de la segunda mitad de la última semana de Daniel presenta cuatro grandes grupos político-militares en el mundo. Por un lado el llamado reino del Norte formado por una federación de naciones situadas al norte de Israel (Ez. 38:1-39:24); luego el reino de Sur, liderado por Egipto y sus aliados (Dn. 11:40); los reinos del oriente, que son aquellos que estén establecidos más allá de la frontera natural del Éufrates; y el reino occidental, considerado por algunos como el imperio romano reconstruido, y que bíblicamente es el reino del Anticristo. El reino del Norte se menciona repetidamente en la profecía (Is. 10:12; 30:31-33; Ez. 38:1-39:25; Dn. 11:40; Jl. 2:1-27). El pasaje profético clave es el de Ezequiel (Ez. 38:2-6). El problema interpretativo consiste en identificar a *"Goz y Magog"*. *Gog* es el nombre de un príncipe y se dice que gobierna sobre *Mesec y Tubal*. *Magog, Mesec y Tubal*, fueron hijos de Jafet (Gn. 10:2). La tierra de *Magog* fue el Cáucaso y limítrofes. Una interpretación moderna especialmente de la mano de teólogos americanos, identificaron a Rusia como el Reino del Norte por estar en ella las tierras de Mesc y Tubal, llegando incluso algunos a identificar a *Meses* como *Moscú*, y a *Tubal*, como *Toblosck*, la capital del Asia Central Rusa. Sin embargo, a la luz de la Biblia, que es lo único que permite hacer afirmaciones interpretativamente hablando, el reino del Norte aparece en la profecía como enemigo de Israel, presentándolo como una federación de reinos de la que ninguno de ellos puede identificarse con Rusia, sino más bien con los países norteños a Israel, que tradicionalmente han sido siempre sus enemigos (Ez, 38:15). Esos *"muchos reinos"* son conducidos por el rey del norte (Ez. 38:7), entre los que se menciona a Persia (Ez. 38:5), el Irán actual; Cus (Ez. 38:5), territorio que tiene el nombre de un hijo de Cam (Gn. 10:6) y cuya tierra se sitúa al norte de Israel (Gn. 2:13), que bien pudiera ser la zona sur de ese grupo de naciones; Fut (Ez. 38:5), difícil de identificar ya que debiera referirse, según algunos a Libia, en cuyo caso se trataría de una nación al sur, pero que, por concordancia textual, debe tratarse de algún lugar situado al norte, sin que pueda precisarse ahora; Gomer (Ez. 38:6), nombre del hijo mayor de Jafet, padre de Togarma (Gn. 10:2-3) y que algunos eruditos, en base a un talmud judío, pretenden identificar con Alemania, pero cuyo territorio debe relacionárselo con el de los antiguos *gimirrai* o *cimerios*, situado al norte de Siria y el Líbano; Togarma (Ez. 38:6), territorio situado al norte de Israel, en lo que hoy es Turquía y se extiende hasta los límites considerados más al norte y al este, comprendiendo lo que es actualmente Irak. Como resumen del reino del norte puede afirmarse que se trata de un conjunto de naciones situadas al norte de Israel, incluyendo lo que hoy son los territorios de Irán, Irak y Turquía. El reino occidental regido por el Anticristo, cuya expansión de dominio va aumentado desde su presentación como el que promete paz al mundo (Ap. 6:2). Éste firmará un pacto con Israel

en el que garantizará su territorio, la práctica religiosa y la paz, de lo que ya se ha considerado antes. Tal situación determinará que Israel esté en su territorio en plena prosperidad. Ezequiel hace referencia a ese tiempo como algo que se produce *"a muchos días"* y *"al cabo de años"*, una expresión muy parecida a *dos años y medio* y también a *tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo*, cómputo idéntico expresado en otra forma, pero que traducido a un modo más comprensible para nuestra forma de contar el tiempo equivaldría a *dos años y medio*. Quiere decir, pues, que los acontecimientos en relación con el reino de Norte de los que profetiza Ezequiel, tendrán lugar a la mitad de la última semana de Daniel. Ezequiel profetiza que el reino del norte subirá sobre Israel al cabo de los días (Ez. 38:16), por tanto, el cómputo del tiempo de la profecía de Ezequiel coincide con el cómputo del tiempo de la tribulación revelado a Juan. La invasión de Israel por el reino del Norte, tendrá lugar en la mitad de la septuagésima semana profetizada por Daniel. Hay elementos bíblicos –que no es posible considerar plenamente aquí- que indican que la invasión del reino del Note sobre Israel sucederá en la mitad de la semana y que, en alguna manera, será el desencadenante para una acción más intensa del Anticristo siguiendo el programa de Satanás. La invasión tendrá lugar cuando Israel está en su propia tierra (Ez. 38:8), como consecuencia del pacto establecido con *"el príncipe que ha de venir"* (Dn. 9:27). La invasión vendrá un tiempo después de que ese pacto haya sido confirmado. En este sentido se producirá el primer movimiento militar de la guerra del Armagedón, producida por la invasión de Israel por el reino del norte y del sur (Dn. 11:40). En razón del pacto, cualquier ataque contra Israel será un ataque contra el reino occidental, o imperio romano reconstruido, la federación de reinos procedentes del antiguo imperio romano. La movilización general y las razones para la invasión por parte del reino del Norte, se manifiestan en la profecía (Ez. 38:1-39:24). El combinado de naciones que forman esa coalición político-militar (Ez. 38:2, 5, 6) invadirán Israel. Lo hacen al considerar que esa nación es una presa fácil (Ez. 38:11; Is. 10:12; 30:31.33; 31:8-9; Jl. 2:1-21). Israel estará enriquecida en aquel tiempo (Ez. 38:12) con un territorio repoblado forestalmente (Ez. 39:10). Su territorio será considerado como un territorio estratégicamente deseable (Ez. 38:12). La profecía presenta una auténtica protesta diplomática contra el reino del norte a causa de la invasión, o al comienzo de la misma (Ez. 38:13), advirtiendo por la concentración de tropas y los preparativos bélicos. La nota de advertencia será prestada por *Tarsis*, nombre que deriva de la tierra de los *Tartesos*, situada en España; para historiadores antiguos como Plinio y Estrabón, se encontraba situada en el valle del río Guadalquivir. La invasión de los ejércitos del reino de Norte será detenida por Dios mismo utilizando la naturaleza puesta a su servicio (Ez. 38:19-23). El invasor será destruido sobre los montes de Israel (Ez. 39:2-4) y ese acontecimiento será como una señal para las naciones (Ez. 38:23).

Καὶ τὸ τρίτον τῶν δένδρων κατεκάη. La acción divina produce efectos devastadores en la tierra, al quemarse la tercera parte de los árboles a consecuencia de la intervención divina. ¿Qué tercera parte es la que se quema? Pudiera entenderse que el término *tierra* se usa aquí referirse a la tierra de Israel, en donde se produce conforme a lo que se consideró antes, la confrontación en la que Dios mismo interviene para destruir los ejércitos invasores sobre Israel. Pero, no hay razón para considerar que se trata aquí de *la tierra de Israel* solamente, sino de toda la tierra en general, es decir, la tierra habitada, el mundo entero. Aunque la profecía permite vincular los acontecimientos generales en razón de lo revelado, la acción judicial de Dios no es sobre un determinado lugar, sino sobre todos los moradores de la tierra, a causa de su condición de rebeldía y pecaminosidad. Por tanto, debe entenderse que, aunque el juicio de Dios se manifiesta puntual o concretamente sobre los invasores de Israel, la acción general alcanza a toda la tierra habitada. Dios consume por fuego la tercera parte de los árboles de toda la tierra. El verbo[6] que Juan utiliza para referirse a la acción del fuego, es muy enfático, compuesto por καίω la radical del verbo y κατά una preposición intensificativa, que da a entender que se quemaron totalmente. Será una acción ejecutada en plenitud. Las dimensiones de la tormenta descrita son colosales y alcanzan a la tercera parte de la tierra. El fuego probablemente se produce como consecuencia del aparato eléctrico de la tormenta provocando el incendio del arbolado que consume la tercera parte de los árboles de la tierra.

Καὶ πᾶς χόρτος χλωρὸς κατεκάη. Es fácil entender que también la hierba verde del territorio donde se produjo la quema de los árboles, se consume por el fuego. Sin duda, el relato de la visión profética es algo dantesco y de dimensiones gigantescas. Las consecuencias están fácilmente al alcance de cualquier mente reflexiva. Junto al humo de los incendios, la desaparición de una masa forestal de tales dimensiones producirá consecuencias graves en todos los órdenes, especialmente en el ecosistema biológico del planeta. La situación climática será también conmocionada por un suceso semejante. Dejamos aquí cualquier otra consideración porque la profecía, como se insiste continuamente, no es asunto especulativo sino panorámico. Dios revela una acción que traerá consecuencias notorias y se hará notar entre las gentes de aquel tiempo.

Sorprendentemente la descripción de la acción divina en el momento del sonido de la primera trompeta, concuerda admirablemente con la síntesis profética sobre lo relacionado con la acción del reino de Norte, y que servirá como un llamado de la gracia orientada hacia los hombres para que se vuelvan a Dios.

---

[6] Griego: κατακαίω.

La segunda trompeta (8:8-9).

8. El segundo ángel tocó la trompeta, y como una gran montaña ardiendo en fuego fue precipitada en el mar; y la tercera parte del mar se convirtió en sangre.

Καὶ ὁ δεύτερος ἄγγελος ἐσάλπισεν· καὶ ὡς ὄρος μέγα πυρὶ
Y el segundo ángel tocó la trompeta y como monte grande con fuego
καιόμενον ἐβλήθη εἰς τὴν θάλασσαν, καὶ ἐγένετο τὸ τρίτον τῆς
que ardía fue arrojado en el mar y vino a ser la tercera parte del
θαλάσσης αἷμα
mar sangre.

Notas y análisis del texto griego.

La ilación narrativa se produce, como es ya habitual, mediante el uso de la conjunción copulativa καὶ, *y*, con que se introduce la primera cláusula introductoria; seguida de ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; δεύτερος, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral ordinal *segundo*; ἄγγελος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *ángel*; ἐσάλπισεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo σαλπίζω, *trompetear, tocar trompeta*, aquí como *tocó la trompeta*. La segunda cláusula se introduce también con καὶ, *y*; ὡς, adverbio de modo equivalente a *como*; ὄρος, caso nominativo neutro singular del sustantivo *monte*, que debe complementarse con el artículo indeterminado *un* que está implícito; μέγα, caso nominativo neutro singular del adjetivo *grande*; πυρὶ, caso dativo neutro singular del sustantivo declinado *con fuego*; καιόμενον, caso nominativo neutro singular del participio de presente en voz activa del verbo καίω, *arder*, aquí como *ardiendo,* o tal vez mejor *que ardía*; ἐβλήθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo βλέπω, *lanzar, arrojar,* aquí como *fue arrojado, o fue lanzado*; εἰς, preposición de acusativo *en*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *el*; θάλασσαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *mar*; καὶ, conjunción copulativa en función ilativa *y*; ἐγένετο, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, originarse, empezar a existir, hacerse, ser hecho, convertirse en*, aquí como *se convirtió*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; τρίτον, caso nominativo neutro singular del adjetivo numeral ordinal *tercero*, femenino en español, *tercera*, que debe entenderse como *tercera parte*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; θαλάσσης, caso genitivo femenino singular del sustantivo *mar*; αἷμα, caso nominativo neutro singular del sustantivo *sangre.*

Καὶ ὁ δεύτερος ἄγγελος ἐσάλπισεν· Si el primer juicio de las trompetas tuvo como objetivo la tierra, este segundo está dirigido al mar. Como ocurrió en el caso anterior, el segundo de los ángeles a los que se les había dado trompetas, hizo sonar la segunda de ellas. Juan utiliza al mismo modo continuo para introducir cada uno de los toques de las trompetas.

Καὶ ὡς ὄρος μέγα πυρὶ καιόμενον ἐβλήθη εἰς τὴν θάλασσαν. El resultado del segundo sonar de trompeta trajo delante del apóstol la visión de algo como una montaña ardiendo. No era un monte desgajado de la tierra, sino una masa grande con aspecto como de una gran montaña, envuelta en fuego. Una nueva figura de conmoción y angustia es la que ofrece el relato de la visión. En la Escritura la remoción de un monte se relaciona con juicio y angustia, consecuencia de la intervención divina: *"Él arranca los montes con su furor y no saben quien los trastornó"* (Job 9:5); sólo quien está en correcta relación con Dios no tiene temor de la acción divina: *"Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida, y se traspasen los montes al corazón del mar"* (Sal. 46:2). Incluso la Escritura se refiere a los montes para enfatizar hiperbólicamente las consecuencias de una gran mortandad: *"Y los muertos de ellas serán arrojados, y de sus cadáveres se levantará hedor; y los montes se disolverán por la sangre de ellos"* (Is. 34:3). Dios mismo advierte por el profeta, con la referencia a los montes, que actuará en intensidad de juicio, pero teniendo misericordia para quienes son suyos: *"Porque los montes se moverán, y los collados temblarán, pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti"* (Is. 54:10; cf. Mi. 1:4; Nah. 1:5).

El objeto que Juan vio ὡς ὄρος μέγα *como un monte grande,* estaba, como se lee textualmente, πυρὶ καιόμενον, *"ardiendo en fuego"*, literalmente *"estaba encendido en fuego"*, la figura es como la de una gran masa que despedía fuego. No se trata de una casualidad cósmica, o de un acontecimiento producido en forma natural; la acción divina está claramente manifestada: ἐβλήθη, *"fue lanzada"*, es decir, Dios mismo la precipitó por su poder. El objeto que Juan describe ἐβλήθη εἰς τὴν θάλασσαν, *fue lanzado al mar*. ¿Qué es este objeto *como* una montaña ardiendo? No hay posibilidad de determinarlo a la luz del texto bíblico, que exige, en este caso concreto una interpretación no literal, puesto que Juan describe lo que vio *como* una montaña, es decir, vio algo que podría compararse a un monte ardiendo, tal vez por su forma, pero que no era realmente un monte desgajado de la tierra y arrojado al mar. Es necesario apreciar que cuando el sentido interpretativo deja de ser literal, se advierte claramente. Debe recordarse continuamente el problema que surge cuando se pretende dar interpretación, sobre todo dogmática, a panoramas históricos o actuaciones futuras que no se determinan puntualmente y que tan sólo expresan acontecimientos sobrenaturales, como es este caso. Algunos consideran esto como un meteoro que penetra la atmósfera y cae al mar; pudiera ser así, pero tampoco hay razón alguna para afirmarlo. Tan solo es necesario entender aquí que Juan describe algo *parecido* a una montaña que fue precipitado al mar.

Καὶ ἐγένετο τὸ τρίτον τῆς θαλάσσης αἷμα. La consecuencia primaria de la acción divina produjo la conversión en sangre de la tercera parte del mar. Nuevamente aquí surge la pregunta de si *el mar* debe referirse al Mediterráneo, como mar que baña Palestina o al mar en general. Nuevamente la indefinición profética impide una precisión interpretativa, por tanto cualquier afirmación categórica sobre esto carece de base bíblica. Pero, como quiera que los juicios de Dios se están produciendo sobre los *moradores de la tierra* (3:10), tal vez deba entenderse como una extensión total, es decir, afectó a la tercera parte de todos los mares, por lo menos a una gran parte de los mares del planeta. Al estar interconectados los mares entre sí, una acción de esta dimensión alcanzaría fácilmente a la tercera parte de las aguas marinas del planeta, como mínimo a los grandes océanos. Es interesante notar que el juicio de la segunda trompeta tiene una similitud grande con la primera plaga de Egipto, en donde el río Nilo, dios para los egipcios, fue convertido en sangre, produciéndose una gran mortandad de los seres vivos que había en él (Ex. 7:19-25). La contaminación del mar hace que se ἐγένετο αἷμα, *"convierta en sangre"*, posiblemente como consecuencia de la mortandad que se expresa en el siguiente versículo, o también, como coloración del propio mar. Lo más probable es que la conversión en *sangre* sea una referencia a la mortandad producida en el contexto marítimo.

Es interesante apreciar que un pasaje profético vincula este acontecimiento con la acción de Dios sobre el reino del Norte, en la profecía sobre Gog, en donde se lee: *"En aquel tiempo, cuando venga Gog contra la tierra de Israel, dijo Jehová el Señor, subirá mi ira y mi enojo. Porque ha hablado en mi celo, y en el fuego de mi ira; Que en aquel tiempo habrá gran temblor sobre la tierra de Israel; que los peces del mar, las aves del cielo, las bestias del campo y toda serpiente que se arrastra sobre la tierra, y todos los hombres que están sobre la faz de la tierra, temblarán ante mi presencia; y se desmoronarán los montes, y los vallados caerán, y todo muro caerá a tierra"* (Ez. 38:20). La acción divina que el profeta anuncia tendrá incidencia directa sobre *"los peces del mar"*, concordando en gran medida con la visión descrita por Juan. Esto supondría una nueva confirmación de que los acontecimientos descritos aquí tendrán lugar en el comienzo de la segunda parte de la última semana de Daniel y que corresponderá con la acción divina sobre el reino del Norte cuando invada la tierra de Israel. Es evidente, de nuevo, que la profecía del Antiguo Testamento está presente en el Apocalipsis.

9. Y murió la tercera parte de los seres vivientes que estaban en el mar, y la tercera parte de las naves fue destruida.

καὶ ἀπέθανεν τὸ τρίτον τῶν κτισμάτων τῶν ἐν τῇ θαλάσσῃ τὰ
Y murió la tercera parte de las criaturas los en el mar las

ἔχοντα ψυχὰς καὶ τὸ τρίτον τῶν πλοίων διεφθάρησαν.
que tenían alma y la tercera parte de los navíos fueron destruidos.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad sigue con καὶ, conjunción *y*; ἀπέθανεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἀποθνήσκω, enfatizado con ἀπο*, afuera*, del verbo θνήσκω, *morir*; literalmente aquí como *morir afuera*, usado para referirse a la separación definitiva del alma y el cuerpo muerto; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*, femenino en castellano en este caso; τρίτον, caso nominativo neutro singular del adjetivo numeral ordinal *tercero*, aquí referido a la *tercera parte* de un todo; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *de los*; κτισμάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *criaturas, seres vivos creados, vivientes*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*; ἐν, preposición de dativo, *en*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; θαλάσσῃ, caso dativo femenino singular del sustantivo *mar*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*; ἔχοντα, caso nominativo neutro plural del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, en este caso *que tenían*; ψυχὰς, caso acusativo femenino plural del sustantivo *alma*; καὶ, conjunción *y*; τὸ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *lo,* femenino en castellano en este caso; τρίτον, caso nominativo neutro singular del adjetivo numeral ordinal *tercero*, aquí referido a la *tercera parte* de un todo; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*; πλοίων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *navíos*, *naves*, referido a todo tipo de barco, vinculado con πλοῦς, *navegación*; διεφθάρησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo διαφθείρω, única vez que aparece este verbo de esta manera en el N. T. y que significa, *corromper, dañar, destruir,* aquí como *fueron destruidos.*

Καὶ ἀπέθανεν τὸ τρίτον τῶν κτισμάτων τῶν ἐν τῇ θαλάσσῃ. De nuevo la tercera parte de un todo queda destruida. La acción divina sobre el mar trae como consecuencia una enorme mortandad de todos los seres que tienen vida y cuya habitación es el mar. Con toda seguridad comprende también a los hombres que navegaban en buques sobre la tercera parte del mar que se verá afectada por el juicio de Dios. Es interesante notar que en relación con los seres vivos que morirán, se especifica que son seres τὰ ἔχοντα ψυχὰς, *que tenían alma*, para enfatizar la condición de seres vivientes. No se trata de vincular la palabra *alma* en el sentido espiritual que corresponde a la estructura vital de los hombres, sino en general para referirse a seres que tienen *alma viviente*, como son los animales que pueblan el mar.

Καὶ τὸ τρίτον τῶν πλοίων διεφθάρησαν. De igual forma las naves que estén sobre el lugar afectado correrán la misma suerte siendo destruidas, por tanto, con ellas perecerán las gentes que vayan abordo. El modo verbal διεφθάρησαν, usado por Juan para referirse a este cataclismo contra las naves

expresa la idea de *destruir, corromper, dañar*, dando a entender una destrucción completa que las hará inservibles. ¿Cuál fue la causa de la destrucción de las naves? Debe recordarse que Juan vio como una gran montaña ardiendo que fue arrojada al mar, por tanto, se trata de una acción judicial divina que quebranta las naves y que destruye la tercera parte de los seres vivos. Con todo, el área de juicio no comprende la totalidad de los mares, sino la tercera parte de los mismos. Al tiempo de manifestar la ira de Dios a causa de la rebeldía del hombre, se evidencia también su misericordia sobre el resto de las gentes y de los seres vivos. Algunos se preguntan si esto no es una injusticia al castigar por causa del hombre y sus perversidades a una creación que no tiene responsabilidad alguna en ello. Aunque los animales que pueblan la tierra, en cualquiera de sus tres elementos, aire, tierra y agua, son en sí mismos inocentes de la pecaminosidad del hombre, el pecado del ser humano como cabeza de la creación en la tierra, afecta a toda la creación, trayendo consecuencias penosas sobre ella, que a causa del pecado del hombre fue sujeta a vanidad en esperanza redentiva (Ro. 8:19). Dios creó al mundo para habitación del hombre (Gn. 1:28-30). Dios vinculó la tierra al hombre, poniéndola bajo su dominio (Gn. 1:28). La tierra preparada por Dios, recibió al hombre en ella (Gn. 2:8). El Creador sujetó la creación por el pecado del hombre a *vanidad* (Ro. 8:20), esto es, algo vacío, incapaz de alcanzar la meta establecida, no por su propia voluntad, es decir, no por su propia culpa, sino que vinculada al hombre y sujeta a él quedó afectada a causa de la caída. Esa sujeción se debe a un acto de la soberanía de Dios. Una expresión de esa vanidad se evidencia en las espinas y cardos que produce, en lugar de la bondad de los frutos y de las plantas (Gn. 3:19). Las grandes catástrofes naturales manifiestan el desequilibrio en el orden divinamente establecido, todo ello como consecuencia del pecado. Sin embargo, la creación *"aguarda"*, que implica una espera continua de algo hasta que llegue, y que tiene que ver con la manifestación de los creyentes en el reino venidero de Jesucristo (1 Co. 15:51-53). Quien la sujetó a vanidad, también la sujetó en esperanza. Dios estableció para su creación un plan de perfección y orden. Este plan comprende una próxima *renovación* en el futuro del reino de Dios y una definitiva *recreación* para una gloriosa y perpetua dimensión (2 P. 3:13). Mientras tanto, en los momentos cruciales de la acción divina sobre el mundo, la creación sufrirá también las consecuencias propias de la perversidad humana que la afecta a causa del pecado.

El cataclismo sobre el mar revestirá una dimensión impresionante. Del mar proceden una gran parte de los recursos alimenticios del planeta. Por otro lado es una vía de comunicación comercial de primer orden. Dios está tocando aquello sobre lo que los hombres se apoyan para endiosarse haciéndoles ver que el Soberano está por encima de todos valores y poderes humanos. No cabe duda que el Anticristo tendrá que buscar una explicación a todos estos acontecimientos, y con su espíritu mentiroso logrará engañar a muchos.

Nuevamente la acción divina sobre la tercera parte de los seres vivos en el mar, recuerda a la novena plaga que Dios envió sobre Egipto en el tiempo previo a la liberación de su pueblo, como relata Moisés: *"Asimismo los peces que había en el río murieron; y el río se corrompió, tanto que los egipcios no podían beber de él. Y hubo sangre por toda la tierra de Egipto"* (Ex. 7:21).

La tercera trompeta (8:10-11).

10. El tercer ángel tocó la trompeta, y cayó del cielo una gran estrella, ardiendo como una antorcha, y cayó sobre la tercera parte de los ríos, y sobre las fuentes de las aguas.

Καὶ ὁ τρίτος ἄγγελος ἐσάλπισεν· καὶ ἔπεσεν ἐκ τοῦ οὐρανοῦ ἀστὴρ
Y el tercer ángel tocó la trompeta, y cayó del cielo estrella
μέγας καιόμενος ὡς λαμπὰς καὶ ἔπεσεν ἐπὶ τὸ τρίτον τῶν ποταμῶν
grande ardiendo como antorcha y cayó sobre la tercera parte de los ríos
καὶ ἐπὶ τὰς πηγὰς τῶν ὑδάτων,
y sobre las fuentes de las aguas.

Notas y análisis del texto griego.

La introducción al relato de la visión se realiza, como es habitual, mediante la conjunción copulativa καὶ, *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; τρίτος, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral ordinal *tercero*; ἄγγελος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *ángel*; ἐσάλπισεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo σαλπίζω, *trompetear, tocar trompeta*, aquí como *tocó la trompeta*; καὶ, conjunción ilativa *y*; ἔπεσεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πίπτω, que expresa la idea de descenso, de ahí *caer*, aquí como *cayó*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; οὐρανοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *cielo*; ἀστὴρ, caso nominativo masculino singular del sustantivo *estrella, astro*, que debe complementarse con el artículo indeterminado *una*, implícito; μέγας, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *grande*; καιόμενον, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz pasiva del verbo καίω, *arder*, aquí como *ardiendo*; ὡς, adverbio de modo equivalente a *como*; λαμπὰς, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *antorcha, lámpara, tea*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔπεσεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πίπτω, que expresa la idea de descenso, de ahí *caer*, aquí como *cayó*; ἐπὶ, preposición de acusativo, *sobre*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el;* τρίτον, caso nominativo neutro singular del adjetivo numeral ordinal *tercero*, femenino en español, *tercera*, que debe entenderse como *tercera parte*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; ποταμῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo *ríos*; seguido de la conjunción καὶ, *y*; ἐπὶ, preposición de acusativo, *sobre*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado, declinado *de las*; πηγὰς, caso acusativo femenino plural del

sustantivo *fuentes*, *manantiales*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *de los*, femenino en castellano por vinculación con el sustantivo; ὑδάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *aguas*.

Καὶ ὁ τρίτος ἄγγελος ἐσάλπισεν. καὶ ἔπεσεν ἐκ τοῦ οὐρανοῦ ἀστὴρ μέγας καιόμενος ὡς λαμπὰς. Lo mismo que en los dos casos anteriores, el tercero de los ángeles tocó la trompeta y como resultado Juan vio caer del cielo una estrella ardiendo a modo de inmensa antorcha. Al proceder del cielo, no dependía de ninguna acción propia de los hombres, sino que era sobrenatural y ajena a cualquier actividad de la tierra, por tanto, sólo podía ser enviada por quien estaba sentado en el trono y por el Cordero. ¿Qué tipo de estrella es esta que vio el profeta? Juan no utiliza un lenguaje comparativo; no dice que vio *como* una estrella, sino que vio *una* estrella. Indudablemente no puede tratarse de una estrella como las que se ven lucir en el cielo; ninguna de ellas podría ser arrojada a la tierra sin que produjese la extinción del planeta. Podría tratarse de un meteoro, o algún tipo de asteroide de pequeña dimensión. Con todo no se busca determinar aquí el tipo de cuerpo celeste de que se trata, sino de entender que Dios lo envió como elemento de juicio sobre la tierra. La mente humana busca responder a curiosidades y muchas veces acude a la profecía, como en este caso, para establecer interpretaciones hipotéticas conforme a su propio pensamiento llegando a conclusiones que son mera ciencia-ficción. Algunos ven aquí un meteorito, otros incluso un pequeño cometa y no falta quien entienda que podría tratarse de la caída de una astronave o un satélite artificial con carga contaminante. Cualquier proposición en este sentido no deja de ser una mera sugerencia sin base bíblica. Debe tenerse en cuenta que no es posible establecer, sino simplemente sugerir *un parecido* o una *semejanza*, con algo conocido en este momento para dar una *interpretación lógica* a la visión de Juan. A medida que el tiempo transcurra y la tecnología provea de nuevos elementos, surgirán nuevos parecidos a la descripción de Juan. Lo único cierto es que Dios desea, por medio del profeta, dar a conocer la acción judicial que afectará el mundo en los tiempos anteriormente inmediatos a la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo.

No faltan intérpretes que alegorizando el pasaje entienden que el sustantivo *estrella*, equivale a *ángel*. En algunas ocasiones la palabra se usa en el libro para referirse a seres angelicales (Ap. 1:20; 9:1; 12:4). Sin embargo, en todos los casos queda determinado el significado por el contexto inmediato. Por tanto, si no lo exige, como es en este caso, no debe alegorizarse el texto sino darle la interpretación gramático-literal-histórica que el término expresa.

Καιόμενος ὡς λαμπὰς καὶ ἔπεσεν ἐπὶ τὸ τρίτον τῶν ποταμῶν καὶ ἔπεσεν ἐπὶ τὸ τρίτον τῶν ποταμῶν. La estrella venía ardiendo como si fuese *una gran antorcha* y se precipitó sobre *la tercera parte de los ríos* y, por

consiguiente, también sobre la tercera parte de las *fuentes de aguas*, en alusión a los manantiales de agua dulce apta para beber. La acción sobrenatural de Dios produce dos resultados: el primero consistente en el hecho de la caída del cuerpo celeste; el segundo la acción judicial concretada sobre un determinado elemento de la tierra que son las aguas dulces. El mar había sido afectado con la acción divina anterior; en este caso Dios toca las aguas y manantiales de la tierra.

No deja de ser notable la semejanza con las plagas de Egipto, en este caso con la primera de ellas (Ex. 7:21), en la que el río quedó contaminado de modo que tuvieron que cavar nuevos pozos para poder suministrarse de agua potable. Como entonces, también en el futuro Dios es Soberano y su capacidad de actuación no puede ser impedida por ningún ser ni por ninguna circunstancia. El determinó juzgar al mundo con justicia y lo hará conforme a su propósito y de acuerdo con su voluntad.

11. Y el nombre de la estrella es Ajenjo. Y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo; y muchos hombres murieron a casa de esas aguas, porque se hicieron amargas.

καὶ τὸ ὄνομα τοῦ ἀστέρος λέγεται ὁ Ἄψινθος, καὶ ἐγένετο τὸ
Y el nombre de la estrella se dice - Ajenjo y convirtió la
τρίτον τῶν ὑδάτων εἰς ἄψινθον καὶ πολλοὶ τῶν ἀνθρώπων
tercera parte de las aguas en ajenjo y muchos de los hombres
ἀπέθανον ἐκ τῶν ὑδάτων ὅτι ἐπικράνθησαν.
murieron por las aguas que se hicieron amargas.

Notas y análisis del texto griego.

En un relato continuo Juan usa nuevamente la conjunción καὶ, *y*; seguida de τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; ὄνομα, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *nombre*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*, femenino en este caso en castellano *de la*; ἀστέρος, caso genitivo masculino singular del sustantivo *astro, estrella*; λέγεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz pasiva del verbo λέγω, *hablar, decir, declarar,* aquí como *se dice*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se traduce en español por preceder a un nombre propio; Ἄψινθος, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Ajenjo*; καὶ, conjunción *y*; ἐγένετο, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, originarse, empezar a existir, hacerse, ser hecho, convertirse en*, *nacer, suceder, venir, quedar, pertenecer, ser, estar*, verbo que aparece 669 veces en el N. T. aquí como *se convirtió*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; τρίτον, caso nominativo neutro singular del adjetivo numeral ordinal *tercero*, femenino en español, *tercera*, que debe entenderse como *tercera parte*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *de los*, femenino en

castellano; ὑδάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *aguas*; εἰς, preposición que rige acusativo, *en*; ἄψινθον, caso acusativo femenino singular del sustantivo *ajenjo*; καὶ, conjunción *y*; πολλοὶ, caso nominativo masculino plural del adjetivo que equivale a *muchos, gran cantidad*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *de los*; ἀνθρώπων, caso genitivo masculino plural del sustantivo genérico *hombres*, referido a *personas, humanos*; ἀπέθανον, primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἀποθνήσκω, *morir,* aquí como *perecieron*, *murieron*; ἐκ, preposición de genitivo, *en, por*, con sentido de *a causa de*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*, femenino en castellano; ὑδάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *aguas*; ὅτι, conjunción causal, *pues*; ἐπικράνθησαν, tercera persona plural del aoristo de indicativo en voz pasiva del verbo πικραίνω, *amargar*, aquí como *se hicieron amargas*.

Καὶ τὸ ὄνομα τοῦ ἀστέρος λέγεται ὁ ῎Αψινθος. El astro arrojado a la tierra tenía como nombre Ajenjo. Dios puso nombre a todas los astros, por tanto, no es de extrañar que este tuviese también un nombre propio. El nombre *Ajenjo*, aparece por primera vez en el texto griego. El ajenjo, como sustantivo común, expresaba para los antiguos lo más amargo. Es usado simbólicamente para referirse el juicio de Dios y las consecuencias que produce, como ocurre en la profecía de Jeremías cuando se lee: *"Por tanto, así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: He aquí que a este pueblo yo les daré a comer ajenjo, y les daré a beber agua de hiel"* (Jer. 9:15). Se usa también para expresar las consecuencias que acarrea el apartarse de Dios para seguir a los ídolos, como advierte Moisés: *"No sea que haya entre vosotros varón o mujer, o familia o tribu, cuyo corazón se aparte hoy de Jehová nuestro Dios, para ir a servir a los dioses de esas naciones; no sea que haya en medio de vosotros raíz que produzca hiel y ajenjo"* (Dt. 29:18). En el mismo sentido figurado habla Dios por medio de Oseas, refiriéndose al falso compromiso de Su pueblo: *"Han hablado palabras jurando en vano al hacer pacto; por tanto, el juicio florecerá como ajenjo en los surcos del campo"* (Os. 10:4). También se utiliza el simbolismo del ajenjo para referirse a la práctica de la injusticia: *"Los que convertís en ajenjo el juicio, y la justicia la echáis por tierra"* (Am. 5:7). Otra figura del ajenjo se usa para expresar la amargura del corazón, como recuerda el creyente en su oración: *"Me llenó de amarguras, me embriagó de ajenjos"... "Acuérdate de mi aflicción y de mi abatimiento, del ajenjo y de la hiel"* (Lam. 3:14, 19). A la vista de los ejemplos anteriores, y otros muchos que podrían citarse, la figura que Juan describe es sinónimo de juicio divino que amarga al hombre y lo juzga por su pecado y rebeldía.

Καὶ ἐγένετο τὸ τρίτον τῶν ὑδάτων εἰς ἄψινθον El ajenjo tiene la propiedad de comunicar un sabor amargo al agua, cuando se mezcla con ella, de ahí que Juan diga: *y convirtió en ajenjo la tercera parte de las aguas*. Muchos de los hombres se verán entonces imposibilitados de beber el agua contaminada. Juan afirma que καὶ πολλοὶ τῶν ἀνθρώπων ἀπέθανον ἐκ τῶν ὑδάτων

ὅτι ἐπικράνθησαν, *"muchos hombres murieron a causa de esas aguas, porque se hicieron amargas"*. Cabe suponer que además de amargas, tenían algún componente que las hacía nocivas para el consumo humano, ya que en sí mismo el ajenjo, componente en las plantas de la clase llamada *artemisia*, no es venenoso hasta el punto de ser mortal, aunque si puede ser en concentraciones elevadas, nocivo para la salud. Sin embargo el amargor que produce el ajenjo mezclado con el agua, puede impedir su consumo al hacerse insoportable.

La acción divina dañó la tercera parte de las aguas dulces, que se convirtieron en amargas, insalubres, no aptas para el consumo humano. Las aguas no se podían beber a causa de su insoportable sabor. Algo semejante había ocurrido en la experiencia histórica de Israel cuando llegaron al manantial de Mara, cuyas aguas eran amargas (Ex. 15:23). La reminiscencia de las plagas de Egipto sigue presente aquí. Los egipcios cavaron pozos alrededor del río porque las aguas que usaban para el consumo humano se habían contaminado (Ex. 7:24). Sin dejar volar la imaginación puede suponerse a los hombres buscando afanosamente aguas para satisfacer las necesidades de la población. El resultado final de este juicio divino fue la muerte de muchos hombres a causa del juicio sobre las aguas.

La cuarta trompeta (8:12-13).

12. El cuarto ángel tocó la trompeta, y fue herida la tercera parte del sol, y la tercera parte de la luna, y la tercera parte de las estrellas, para que se oscureciese la tercera parte de ellos, y no hubiese luz en la tercera parte del día, y asimismo de la noche.

Καὶ ὁ τέταρτος ἄγγελος ἐσάλπισεν· καὶ ἐπλήγη τὸ τρίτον τοῦ
Y el cuarto ángel tocó la trompeta y fue afectada la tercera parte del
ἡλίου καὶ τὸ τρίτον τῆς σελήνης καὶ τὸ τρίτον τῶν ἀστέρων,
sol y la tercera parte de la luna y la tercera parte de las estrellas
ἵνα σκοτισθῇ τὸ τρίτον αὐτῶν καὶ ἡ ἡμέρα μὴ φάνῃ τὸ
paa que fuese oscurecida la tercera parte de ellas y el día no brillase la
τρίτον αὐτῆς καὶ ἡ νὺξ ὁμοίως.
tercera parte de él y la noche del mismo modo

Notas y análisis del texto griego.

Relatando el cuarto toque de trompeta introduce la narración con la conjunción καὶ, *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; τέταρτος, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral ordinal *cuarto*; ἐσάλπισεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo σαλπίζω, *trompetear, tocar trompeta*, aquí como *tocó la trompeta*; καὶ, conjunción ilativa *y*; ἐπλήγη, tercera persona singular del aoristo de indicativo en voz pasiva del verbo πλήσσω, *golpear, afectar, herir*, aquí como *fue afectada*; τὸ, caso acusativo neutro

singular del artículo determinado *el;* τρίτον, caso nominativo neutro singular del adjetivo numeral ordinal *tercero*, femenino en español, *tercera*, que debe entenderse como *tercera parte*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; ἡλίου, caso genitivo masculino singular del nombre *sol*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el;* τρίτον, caso nominativo neutro singular del adjetivo numeral ordinal *tercero*, femenino en español, *tercera*, que debe entenderse como *tercera parte*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; σελήνης, caso genitivo femenino singular del nombre *luna*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el;* τρίτον, caso nominativo neutro singular del adjetivo numeral ordinal *tercero*, femenino en español, *tercera*, que debe entenderse como *tercera parte*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *de los*, femenino caso de traducir el sustantivo como *estrellas*; ἀστέρων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *estrellas, astros*; ἵνα, conjunción *que, para que, de tal modo que*; σκοτισθῇ, tercera persona singular del aoristo de subjuntivo en voz pasiva del verbo σκοτίζω, *oscurecer, introducir en tinieblas*, aquí como *fuese oscurecida*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el;* τρίτον, caso nominativo neutro singular del adjetivo numeral ordinal *tercero*, femenino en español, *tercera*, que debe entenderse como *tercera parte*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ella*; καὶ, conjunción *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*, masculino en castellano con el sustantivo que sigue; ἡμέρα, caso nominativo femenino singular del sustantivo *día*; μὴ, adverbio de negación condicional, *no*; φάνῃ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo φάινω, *lucir, brillar,* aquí como *brillase*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el;* τρίτον, caso nominativo neutro singular del adjetivo numeral ordinal *tercero*, femenino en español, *tercera*, que debe entenderse como *tercera parte*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal *de la*, en castellano masculino *de él*; καὶ, conjunción *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado, *la*; νὺξ, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *noche*; ὅμοιος, caso nominativo masculino singular del adjetivo *semejante,* aquí como *de igual modo*.

Καὶ ὁ τέταρτος ἄγγελος ἐσάλπισεν. De la misma forma que en las anteriores ocasiones se llama la atención al toque de la cuarta trompeta. En una acción idéntica, el cuarto ángel hizo sonar la trompeta que le había sido dada anteriormente (v. 2).

Καὶ ἐπλήγη τὸ τρίτον τοῦ ἡλίου καὶ τὸ τρίτον τῆς σελήνης καὶ τὸ τρίτον τῶν ἀστέρων. En ese momento la mano de Dios tocó la tercera parte del firmamento. Juan usa un verbo[7] para expresar la acción divina que manifiesta la idea de *golpear, afectar, herir*, y es muy apropiado para referirse una plaga, como sentido figurado de una herida producida por un azote. La luz es elemento vital para el hombre y por el juicio divino sufre una notable

---

[7] Griego: πλήσσω.

disminución: ἵνα σκοτισθῇ τὸ τρίτον αὐτῶν καὶ ἡ ἡμέρα μὴ φάνῃ τὸ τρίτον αὐτῆς καὶ ἡ νὺξ ὁμοίως, *y no hubiese luz la tercera parte del día y del mismo modo de la noche.* Dios creó los astros y los puso al servicio del hombre para señalar los tiempos de día y noche, y alumbrar el período de tinieblas por la ausencia de la luz solar (Gn. 1:14-18). Estos acontecimientos de disminución de la luz fueron anticipados por el Señor en el discurso escatológico: *"E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas"* (Mt. 24:29). De la angustia en la tierra a la conmoción cósmica; ambas cosas se manifestarán en el tiempo que anteceda a la segunda venida del Señor. Las dificultades irán en aumento y a las guerras, hambres, pestilencias, persecuciones y huidas, se añadirán las convulsiones de la naturaleza que, al servicio del Soberano, serán instrumentos de juicio contra los pecadores no arrepentidos. En aquellos días se producirán grandes cambios en la creación. La precisión de cuando ocurrirán estas cosas es evidente: *"inmediatamente después de la tribulación"*, es decir, cuando el tiempo de la tribulación esté llegando a su fin, como se ha considerado antes, superada la mitad de la última semana profetizada por Daniel. Tiene que ver, por tanto, con los días finales de los siete años correspondientes a la última semana de aquella profecía, que se ha considerando antes. Es el tiempo inmediatamente anterior a la manifestación del Señor viniendo en gloria (Mt. 24: 30).

De nuevo la manifestación de las plagas sobre Egipto tiene eco aquí. Una de las evidencias que tuvieron lugar para los egipcios de la acción divina, fue la plaga de las tinieblas, novena en el orden de aquellos acontecimientos. En el relato del Éxodo se afirma que *"hubo densas tinieblas sobre toda la tierra de Egipto, por tres días"* (Ex. 10:22). Aquella manifestación de la acción de Dios era una señal de advertencia, como todas las anteriores, para los egipcios en el sentido de que el Soberano estaba actuando y que sus palabras debían ser atendidas. De la misma manera en el tiempo final, Dios estará dando oportunidad a los hombres llamándolos al arrepentimiento, acompañando el mensaje con su propia acción judicial cuyos acontecimientos, a medida que pasa el tiempo, hacen más evidente que no son producto de la casualidad, sino acción directa de Dios. Como en días de Moisés, la liberación del pueblo de Dios será una realidad inminente.

El sol no se apagará en aquellos días, la vida sería imposible en la tierra, simplemente *se oscurecerá*, σκοτισθη, *fuese oscurecida* -escribe Juan- es decir, disminuirá la intensidad de la luz. De la misma manera la luna se verá ensombrecida y no dará su resplandor habitual. Dios cubrirá de alguna manera el cielo para que disminuya la luz de los astros que llega a la tierra. La luz queda reducida en una tercera parte, tanto durante el día como durante la noche. Algo

semejante fue anunciado mucho antes por Isaías en relación con el tiempo en que Dios intervendría en la historia humana con juicio, lo que el profeta llama *"el día de Jehová"*, cuando escribe: *"He aquí el día de Jehová viene, terrible, y de indignación y ardor de ira, para convertir la tierra en soledad, y raer de ella a sus pecadores. Por lo cual las estrellas de los cielos y sus luceros no darán su luz; y el sol se oscurecerá al nacer, y la luna no dará su resplandor. Y castigaré al mundo por su maldad, y a los impíos por su iniquidad; y haré que cese la arrogancia de los soberbios, y abatiré la altivez de los fuertes"* (Is. 13:9-11). El profeta Joel habla en el mismo sentido: *"El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de Jehová"* (Jl. 2:31). Un poco más adelante profetizó que *"el sol y la luna se oscurecerán, y las estrellas retraerán su resplandor"* (Jl. 3:15). Entrar a determinar como será posible esto es introducirse en el campo de la mera especulación. Es suficiente saber que ocurrió algo semejante en tiempos de Moisés, y de la misma manera el sol se oscureció en pleno día cuando Jesús moría en la Cruz, manteniendo las tinieblas por un espacio de tres horas (Mt. 27:45). Junto con las tinieblas, la convulsión cósmica descrita como que *"las estrellas caerán del cielo"*. Sin duda no puede referirse a las estrellas de la galaxia, pero sí pudiera tratarse de meteoros que cruzando la atmósfera terrestre se encienden. De algo semejante habla también Juan en Apocalipsis: *"Miré cuando abrió el sexto sello, y se produjo un gran terremoto; y el sol se puso negro como un saco hecho de crin, y la luna se volvió toda como sangre; y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un viento fuerte"* (Ap. 6:12-13). Sin duda cuando los procesos regulares del firmamento y de nuestro mundo sean convulsionados de este modo, el hombre estará dispuesto a ver en ello el fin del mundo. El trastorno del orden cósmico será una advertencia de que el fin del sistema está cercano. Mateo escribe literalmente en el texto griego que *"los poderes de los cielos serán sacudidos"*, es decir, el orden del funcionamiento del universo será sacudido. La convulsión cósmica está plenamente profetizada en el Antiguo Testamento (cf. Is. 13:9-10; Ez. 32:7; Jl. 2:31). Debe tenerse en cuenta en el estudio profético que un mismo pasaje profético puede tener cumplimiento en diferentes tiempos, tal es el caso de la profecía que Jesús leyó en la sinagoga de Nazaret, dejando la lectura en lo que tenía cumplimiento entonces. Sin embargo en el mismo pasaje se hace alusión al tiempo de la venganza de nuestro Dios que tendrá cumplimiento en otro momento posterior al tiempo del ministerio de Jesús (Is. 61:1-2). Claramente se aprecia en ese pasaje profético dos momentos diferentes: el primero que tiene que ver con el día de la buena noticia, cumplido en la primera venida del Señor, y un tiempo de ira que ocurrirá en el final de la dispensación. De este mismo modo debe entenderse la profecía de Jesús, en la que se hace referencia a convulsiones cósmicas que darán paso a su venida, pero no deben confundirse con los acontecimientos finales de esta creación para dar paso al reino eterno de Dios en cielos nuevos y tierra nueva (2 P. 3:10-14).

Es interesante el excelente resumen del Dr. Lacueva:

"A lo largo de la literatura profética de la Biblia, se halla una superposición de planos, en los que reaparece este sacudimiento cósmico, el cual tendrá su final, totalmente literal, cumplimiento al tiempo del gran juicio ante el Trono Blanco (2 P. 3.7-12; Ap. 20:11; 21:1). Será entonces, cuando los dichosos habitantes de la nueva Jerusalén, en un Universo transformado a fin de ser el hábitat conveniente para los redimidos hijos de Dios (Ro. 8:19.22), no necesitará del sol, ni de la luna, ni de las estrellas, porque tendrán luz perpetua con la gloria de Dios reverberando en el Cordero (Ap. 21:23; 22:5). Cuando el Señor murió, el sol eclipsó sobrenaturalmente (es imposible tal eclipse en luna llena), para dar a entender que el juicio del mundo pesaba sobre Jesús (2 Co. 5:19-21), pero, al final, el sol cesará en su luz, no para producir oscuridad, sino para dar paso al eterno Sol de justicia, que alumbrará a los hijos de Dios por los siglos de los siglos, mientras caerán las tinieblas eternas sobre los hijos de la noche (1 Ts. 5:5; Ap. 20:10; 21:8), sufriendo así sobre sí mismo el juicio de Dios, por no haber querido aceptar el juicio que Dios llevó a cabo en la Cruz (Jn. 3:17-21; 8:24: He. 10:26-31; 2 P. 3:7, Ap. 22:15, y especialmente Jn. 5:24, donde taxativamente se dice que el que cree, no viene a juicio"[8].

Los hombres debieran reconocer que los acontecimientos no son el resultado de causas fortuitas y naturales, sino de la acción divina. En la tierra se estará predicando el evangelio que contiene también el mensaje profético. La Palabra de Dios estará presente proclamando a los hombres que el juicio anunciado se estará produciendo en aquellos días. Las gentes o tendrán excusa alguna para reconocer que las acciones judiciales de Dios se están llevando a cabo como cumplimiento del juicio anunciado, en una acción de su soberanía y omnipotencia. El Señor dijo que estos acontecimientos producirán pavor entre las gentes: *"Desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas"* (Lc. 21:25). Sin embargo, el miedo no significa *temor* que conduce al arrepentimiento. Los hombres estarán amedrentados pero no arrepentidos. La dureza del corazón humano buscará una explicación a las cosas y cuando no pueda encontrarla, echara la culpa a Dios, acusándolo de justiciero, en lugar de detectar su gracia y misericordia que con los sucesos estará advirtiendo a las gentes de las consecuencias de su alejamiento de Él.

13. Y miré, y oí a un ángel volar por en medio del cielo, diciendo a gran voz: ¡Ay, ay, ay, de los que moran en la tierra, a causa de los otros toques de trompeta que están para sonar los tres ángeles!

---

[8] F. Lacueva. o.c., pág. 464.

Καὶ εἶδον, καὶ ἤκουσα ἑνὸς ἀετοῦ πετομένου ἐν μεσουρανήματι
Y miré, y oí un águila que volaba en medio del cielo
λέγοντος φωνῇ μεγάλῃ· οὐαὶ οὐαὶ οὐαὶ τοὺς κατοικοῦντας ἐπὶ τῆς
que dice con voz grande: ¡Ay, ay, ay, de los moradores sobre la
γῆς ἐκ τῶν λοιπῶν φωνῶν τῆς σάλπιγγος τῶν τριῶν ἀγγέλων τῶν
tierra por las restantes voces de las trompetas de los tres ángeles de los
μελλόντων σαλπίζειν.
que están a punto de trompetear.

Notas y análisis del texto griego.

Luego de la descripción de la última acción judicial, se introduce una nueva escena mediante la conjunción καὶ, *y*, que sigue ejerciendo función ilativa; seguida de εἶδον, primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* aquí como *vi*, *miré*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἤκουσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκούω, *oír*, aquí como *oí*; ἑνὸς, caso genitivo masculino singular del adjetivo numeral cardinal, *uno, un*; ἀετοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *águila*; πετομένου, caso genitivo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo πέτομαι, *volar*, aquí como *que volaba*; ἐν, preposición de dativo, *en*; μεσουρανήματι, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota *en medio del cielo*, voz compuesta por el adjetivo μέσος, *medio, en el medio, entre,* y el sustantivo οὐρανός, *cielo*; λέγοντος, caso genitivo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *decir, referirse, hablar, preguntar, responder, ordenar, afirmar, asegurar, contar, llamar, proponer*, aquí como *que decía*; φωνῇ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *voz, grito, sonido, ruido, lenguaje*; μεγάλῃ, caso dativo femenino singular del adjetivo *grande*: οὐαὶ οὐαὶ οὐαὶ, voz de creación expresiva, interjección *ay*, con la que se expresan sentimientos especialmente de tristeza y dolor, reiterada tres veces, que constituye un superlativo hebreo; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *de los*; κατοικοῦντας, caso acusativo masculino plural del participio de presente articular en voz activa del verbo κατοικέω, *morar*, *habitar, vivir, establecerse*, aquí como *moradores*; ἐπὶ, preposición de genitivo, *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del nombre *tierra*; ἐκ, preposición de genitivo, *por*, en sentido de *a causa*; τῶν, caso genitivo femenino plural del artículo determinado *las*; λοιπῶν, caso genitivo femenino plural del adjetivo *restante*, *el resto, las demás*, *remanente*; φωνῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo, *voces, sonido,* aquí como *sonidos*; τῆς, caso genitivo femenino plural del artículo determinado *de las*; σάλπιγγος, caso genitivo femenino plural del sustantivo que denota *trompetas*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *de los*; τριῶν, caso genitivo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *tres*; ἀγγέλων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *ángeles*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *de los*, que no se traduce en castellano por reiteración del artículo; μελλόντων, caso genitivo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo μέλλω, *estar a punto*, aquí como *que están a punto*; σαλπίζειν, infinitivo de presente en voz activa del verbo σαλπίζω*, tocar la trompeta, trompetear.*

Καὶ εἶδον, καὶ ἤκουσα ἑνὸς ἀετοῦ πετομένου ἐν μεσουρανήματι. Una nueva visión se produce delante de Juan que pasa a describir tal como la vio. En esta ocasión no sólo observa sino que también oye algo. Lo que vio es un águila volando. Algunas versiones, utilizando mss poco seguros traducen ángel, como es el caso de RV60, pero el testimonio mss más firme presenta la lectura de *águila*[9] en lugar de ángel[10]. Dependiendo del testimonio crítico que se acepte se trataría de un águila o de un ángel que estaba volando en medio del cielo. Juan utiliza para este término un sustantivo compuesto por el adjetivo, μέσος, que equivale a *en medio de*, unido al sustantivo οὐρανός, *cielo*, produciendo un nuevo nombre común que equivale a *en medio del cielo*. Quiere decir que el *águila*, o el *ángel*, volaba en el cenit, el punto más alto del cielo, lugar desde donde todos podrían verlo claramente. Está en una posición en donde sus palabras pueden llegar a todos los moradores de la tierra que están debajo del cielo.

Λέγοντος φωνῇ μεγάλῃ. El mensaje que transmite procede de Dios mismo y reviste, por tanto, una notoria importancia, debido a ello lo comunica *a gran voz*. En una interesante frase, el Dr. Archibald Thomas Robertson dice: *"Esta águila vuela donde todos la pueden ver, y clamando de modo que todos puedan oír"*[11]. Se trata de un águila para dar a entender que por su vuelo potente tienen una amplia perspectiva. Más adelante aparecerá nuevamente la figura del águila volando (12:14). No debe olvidarse que el águila es también un ave de presa y especialmente si en lugar de un águila es un buitre, está dispuesto siempre a comer animales muertos. Jesús mismo se refirió a esto en su sermón profético (Mt. 24:28). Es muy probable que lo que Juan vio fuese un buitre oriental, mejor que un águila ya que el sustantivo comprende a los dos.

Οὐαὶ οὐαὶ οὐαὶ τοὺς κατοικοῦντας ἐπὶ τῆς γῆς. Sin embargo, lo importante de la visión no es si se trata de un águila o de un ángel, y si es un águila de que clase es; lo que tiene importancia es el mensaje que proclama a todos *los moradores de la tierra*. Tres grandes y potentes *ayes* inician la proclamación, que expresados con voz poderosa o grande, llegan a todos los hombres. Estos tres ayes repetidos forman en el contexto hebreo, una expresión del superlativo absoluto, lo que da idea de un lamento intenso o, si se prefiere mejor, de una advertencia de calamidad grande y cercana que se cierne sobre los que viven sobre la tierra. El triple número de ayes corresponden a las tres trompetas que aun están por tocar. Es el lamento profundo correspondiente a los tres juicios que vienen como consecuencia del toque de las trompetas que aun faltan. Los *ayes* en la Biblia es lo contrario a los *macarismos*, o

[9] ἀετός, *águila, buitre.*
[10] ἄγγελος, *ángel.*
[11] Archibald Thomas Robertson. o.c., pág. 383.

bienaventuranzas (Cf. Lc. 6:20-26). Los lamentos tienen que ver con los moradores, los que viven en la tierra. El mensaje está destinado a quienes están siguiendo el sistema mundial establecido y promovido por Satanás, por medio del Anticristo, en oposición a Dios. Sobre esto escribe el Dr. Carballosa, citando a J. Massyngberde Ford:

"En el versículo 13, el vidente relata su visión de un águila solitaria o un buitre proyectada contra el cielo, ya sea en el meridiano o en el cenit donde está el sol al mediodía (cf. 14:6; 19:17). El curso del águila puede verse por todos. El grito del águila es una triple repetición de ¡ay!, dando a entender las tres últimas plagas que serán anunciadas por las trompetas. Debe tenerse presente el chirrido penetrante de un águila. Los tres restantes ayes, a diferencia de aquellos proclamados por las cuatro primeras trompetas, que parecen golpear directamente a la naturaleza inanimada, van dirigidas a la humanidad, los que moran en la tierra"[12].

Τοὺς κατοικοῦντας ἐπὶ τῆς γῆς, *"los que moran en la tierra"* o tal vez mejor, *los que están sobre la tierra*, es una expresión repetida en Apocalipsis para referirse al mundo de las gentes en abierta hostilidad contra Dios (3:10; 6:10; 11:10; 13:8; 17:2). Los juicios anteriores afectaron a la tierra, en sus distintos elementos, y al universo, por lo menos al próximo, como la luna o al más cercano en cuanto a estrellas como es el sol. Ahora Dios dirige su justo juicio sobre las personas que moran en la tierra, entendiendo que es concretamente contra quienes son *mundanos*, es decir, los que siguen el sistema que regirá en el mundo, establecido por Satanás. Son personas rebeldes a la voluntad de Dios, incapaces de someterse a Él reconociéndolo como el Creador soberano, no tanto por incapacidad espiritual, sino más bien por voluntad propia contraria a Dios. Otros en la tierra entonces habrán recibido en el mensaje del evangelio el camino de salvación y habrán creído en Cristo, sometiéndose a Dios. No será un número muy elevado ya que la mayoría de ellos habrán muerto a causa del testimonio de Cristo, formando la gran multitud que estaba en pie delante del trono de Dios y del Cordero (7:9-17). También en el mundo estarán ministrando los ciento cuarenta y cuatro mil, que fueron sellados por Dios (7:1-8). A estos, que son creyentes, no se dirigen los juicios de Dios, sino a los pecadores no arrepentidos, a quienes se califican como *"los que moran en la tierra"*, cuya ciudadanía es terrenal, en contraste con la celestial de los creyentes. Esto había sido anunciado a Juan anteriormente (3:10). Nuevamente el Dr. Carballosa escribe citando a G. B. Cair:

"Lo que Juan quiere decir es que, a diferencia de los cristianos, cuya ciudadanía está en el cielo (Fil. 3:20), y quienes han reconocido que aquí no

[12] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 170.

tienen ciudad permanente, sino que son extranjeros en un peregrinaje a través de la tierra (He. 11:13; 13:14), sus oponentes están en casa en el presente orden mundial, hombres de visión terrenal, confiados en la seguridad terrenal, incapaces de mirar más allá de las cosas que se ven y que son temporales"[13].

Ἐκ τῶν λοιπῶν φωνῶν τῆς σάλπιγγος τῶν τριῶν ἀγγέλων τῶν μελλόντων σαλπίζειν. De manera que cuando Juan se refiere a los que moran en la tierra está definiendo, además de la morada terrenal de esos hombres, la orientación espiritual que motiva sus corazones, para quienes la tierra es también el hogar espiritual de los tales. Contra estos que son corruptos en cuando a naturaleza, rebeldes en cuanto a voluntad y desobedientes en cuanto a condición de vida, Dios envía los siguientes juicios que los *tocarán* directamente a ellos mismos más que a la naturaleza que los rodea. Los *ayes* del águila, advierten de un incremento en el juicio de Dios contra los hombres rebeldes. El Anticristo buscará una explicación a todo esto, de modo que persuada a los hombres que Dios no es el que está actuando y los mantenga ciegos a Su voz de advertencia. Incluso cuando ya no tenga posibilidad de seguir manteniendo el engaño por las evidencias de los juicios, dispondrá a los mundanos para luchar contra Dios, presentándolo como el causante de todos los males que caerán sobre los hombres que ignoran voluntariamente que todos esos juicios están llamando al arrepentimiento, para entender las acciones divinas como la intervención inmisericorde de un Dios vengativo. Sin embargo, aún en las tinieblas más profundas de la historia espiritual del hombre, brillará la admirable luz de la gracia que ofrece salvación a todo el que crea.

Dos aspectos aplicativos pueden resaltarse en el estudio del pasaje. El primero es relativo a la oración de los creyentes, que sube a la presencia de Dios (v. 3). En respuesta a la oración Dios desencadena los juicios que descienden sobre el mundo. No es que las oraciones de los santos pidan esos juicios en la forma en que se producen, ya que todos ellos estaban determinados de antemano por Dios, pero oran para que se lleven a cabo de modo que el reino de Dios se establezca sobre el mundo. La venida del Señor está determinada en cuanto a tiempo y hora, pero la iglesia pide que se produzca uniéndose en sus oraciones a la determinación de Dios, expresando el deseo que está en plena sintonía con Su voluntad (Ap. 22:17, 20). Dios responderá a las oraciones de la iglesia en su momento oportuno y el Hijo de Dios, descenderá al aire para tomar a su Iglesia (1 Ts. 4:16-17), y posteriormente a la tierra para reinar. La traslación de la Iglesia dará paso, en su tiempo, a los juicios que antecederán a la segunda venida del Señor. La gran lección general enseña la necesidad de llevar a cabo el mandato de *"orar sin cesar"* (1 Ts. 5:17), seguros de que Dios responderá a las oraciones de su pueblo. El cristiano debe orar, entre otras

---

[13] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 170.

cosas, por las autoridades que gobiernan sobre las naciones, para que la legislación permita una vida quieta y reposada que se desenvuelva en la ética concordante con la voluntad de Dios (1 Ti. 2:1-2). En lugar de los continuos lamentos por lo mal gobernado que está el mundo, debiera producirse una permanente oración de intercesión por los gobernantes para conseguir una mejoría en las formas, no tanto de gobierno, sino de legislación. El cristiano debe orar continuamente por la salvación de los perdidos, oración en consonancia con la voluntad de Dios: *"El cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad"* (1 Ti. 2:4). Se trata del deseo benevolente de Dios, aunque no tanto de un deseo soberano en cuyo caso se ejecutaría sin remisión. Podría expresarse el versículo como *"Dios quisiera que todos los hombres sean salvos"*. No es un deseo decretivo, sino un deseo afectivo. Dios no desea que los hombres, creados por Él, se pierdan eternamente, no los hizo para eso, ni para eso los escogió. El Creador desea que en lugar de perderse se salven todos los hombres sin excepción. En ningún lugar de la Escritura se enseña que Dios haya excluido a alguien de la salvación predestinándolo inexorablemente a la condenación eterna. La exclusión del beneficio salvífico es responsabilidad personal del hombre y no deseo soberano de Dios (Jn. 3:36). Con todo, Dios ha confirmado la determinación rebelde de algunos hombres, como el caso de Faraón o la ceguera judicial sobre Israel (Jn. 12:37-41), por lo que no podían ser salvos, al haber sido confirmada su determinación personal de no creer. Dios desea que los perdidos lleguen al conocimiento experimental de la verdad y sean salvos. Es cierto que Dios ha de capacitar para salvación al hombre natural (1 P. 1:2), y no es menos cierta la doctrina de la elección para salvación, asuntos que no corresponden a esta reflexión aplicativa consecuente del pasaje que se ha estudiado. Sin embargo, debe entenderse claramente a la luz de la Biblia que Dios ha dado el mensaje del evangelio como poder para salvación a todo el que cree (Ro. 1:16-17). El pecador se salva cuando acepta por fe el mensaje del evangelio creyendo con el corazón, en una entrega sin reserva al Salvador (Ro. 10:9). El creyente debe orar por la salvación de los perdidos porque también fue motivo de la oración intercesora de Jesús (Jn. 17:3). Ciertamente no se está haciendo el énfasis suficiente en la oración, tanto a nivel eclesial como individual. El pasaje sirve de exhortación a la oración. Cada uno de nosotros debiéramos tomar la determinación de dedicar más tiempo cada día a la oración.

Otra aplicación que se desprende del estudio tiene que ver con la seguridad del cumplimiento profético. El mensaje profético de Cristo tiene un pleno desarrollo en los acontecimientos del Apocalipsis, que además concentra muchas referencias proféticas del Antiguo Testamento. Los pasajes que se estudiaron ya y los que vienen todavía, ponen de manifiesto la fidelidad de Dios a lo anunciado desde tiempos antiguos por los profetas. Dios es fiel en el cumplimiento de todo cuanto ha dicho. Esto demanda de cada uno una atención

especial a lo que ha establecido para la vida cristiana a fin de que se entienda el modo de alcanzar las bendiciones y se tenga presente la acción disciplinaria de Dios sobre la trasgresión de su voluntad (Gá. 6:7-8). Ningún creyente, por el hecho de serlo, está exento de la disciplina de Dios sobre el pecado, especialmente intensa cuando se trata de un pecado voluntario, es decir, del cometido conscientemente. Es verdad que la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado (1 Jn. 1:9) y, por tanto, *"no hay condenación"* para quienes están en Cristo, esto es, en posición de salvación (Ro. 8:1). Pero, Dios puede actuar en juicio sobre el creyente que no confiesa su pecado, hasta el punto de su muerte física (cf. He. 10:26-31; 1 Jn. 5:16). Los acontecimientos futuros deben despertar en nosotros un reverente respeto por Dios, evitando la contaminación con el pecado, tanto de *comisión* como de *consentimiento*, ya que el cristiano puede llegar a considerar el pecado en el mundo como algo natural, cuando realmente todo pecado es antinatural porque es trasgresión contra la voluntad de Dios. La exhortación del apóstol Pedro, es un excelente resumen para esta reflexión: *"Puesto que todas estas cosas han de ser desechas, ¡cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios…!* (2 P. 3:11).

CAPÍTULO IX

QUINTA Y SEXTA TROMPETAS

Introducción.

La división de la Biblia en capítulos y versículos es esencial para la localización de pasajes, sin embargo, en muchas ocasiones, como es el presente caso, esa división no corresponde a la división natural del texto bíblico. El capítulo 9 corresponde absolutamente al contexto inmediato del capítulo 8, continuando con el mismo tema, de ahí que sea suficiente la introducción hecha para el capítulo anterior. Tan sólo cabe recordar que el capítulo 8 ofreció la panorámica de las consecuencias de los juicios que se produjeron tras el toque de cada una de las cuatro primeras trompetas. Se ha observado que estos juicios afectaron directamente a la naturaleza. La primera trompeta incidió sobre la vegetación, la segunda afectó al mar y su entorno, la tercera produjo la contaminación de las aguas, y la cuarta alcanzó al universo manifestado en la disminución de la luz de los astros. El sonido de la cuarta trompeta fue enfatizado también por los tres ayes que fueron pronunciados desde el centro del cielo, de modo que pudieran ser oídos en toda la tierra, anunciado juicios más intensos sobre la tierra y sus moradores. El presente capítulo contiene el relato de las visiones correspondientes a los toques de otras dos trompetas, la quinta y la sexta. Los juicios de Dios aumentan al toque de cada una de ellas, tanto en intensidad como en extensión. En los toques de la quinta y sexta trompetas, se incorporan además la presencia de seres malignos, demonios, que actúan directamente sobre la tierra y sus moradores, describiendo horribles acontecimientos propios de su actuación. Los hombres fueron llamados al arrepentimiento por medio de los juicios precedentes, pero, se endurecieron de tal manera que rechazaron la gracia de Dios para salvación. Por eso, al sonido de la quinta trompeta son entregados al señorío de fuerzas espirituales de las tinieblas. La intensidad del juicio es de tal dimensión que los hombres desearán y buscarán la muerte, pero sin lograrlo. Estos seres diabólicos que aparecen en el panorama de la historia futura, tienen un propósito destructivo propio de su condición. Se podría decir que son *especialistas en destrucción.* El pasaje enseña además, que hay ángeles caídos cuya perversidad es tal que su inclinación es la de matar, son ángeles homicidas por propia condición, con intenciones de destrucción, como es el caso de los cuatro que están atados en el Éufrates. La liberación de ellos y su consecuente actuación producirá una enorme mortandad en la tierra. Estos juicios que debieran hacer reflexionar a los hombres, traerán un resultado totalmente opuesto. Las gentes incrementan su odio y rebeldía contra Dios y contra sus propios semejantes, provocando también ellos graves daños con su conducta. Todo el entorno judicial de este tiempo tiene un propósito de gracia: llamar a los hombres al arrepentimiento y

retorno a Dios. Es necesario entender claramente que Dios que juzga, es también amor esencial y que los juicios enviados sobre los hombres son la consecuencia de haber despreciado el juicio que por el pecado trajo Dios sobre Jesucristo en la cruz, por tanto, quienes rechazan la salvación y permanecen en la comisión del pecado despreciando la gracia de Dios, se encontrarán inexorablemente con el juicio propio de su pecado que Dios debe aplicar en razón de su justicia, dando en cada una de sus acciones judiciales oportunidad al hombre para el arrepentimiento.

La división del capítulo para su estudio puede establecerse de la siguiente manera:

1. La quinta trompeta: juicio sobre los hombres (9:1-12).
    1.1. El pozo del abismo abierto (9:1-2).
    1.2. Las langostas y su acción (9:3-6).
    1.3. La descripción de las langostas (9:7-12).
2. La sexta trompeta: los hombres atormentados (9:13-21).
    2.1. Los cuatro ángeles desatados (9:13-19).
    2.2. La rebeldía de los hombres (9:20-21).

La quinta trompeta (9:1-12).

El pozo del abismo abierto (9:1-3).

1. El quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que cayó del cielo a la tierra; y se le dio la llave del pozo del abismo.

Καὶ ὁ πέμπτος ἄγγελος ἐσάλπισεν· καὶ εἶδον ἀστέρα ἐκ τοῦ οὐρανοῦ
Y el quinto ángel tocó la trompeta, y vi estrella del cielo
πεπτωκότα εἰς τὴν γῆν, καὶ ἐδόθη αὐτῷ ἡ κλεὶς τοῦ φρέατος τῆς
que había caído a la tierra, y fue dada le la llave del pozo del
ἀβύσσου
abismo.

Notas y análisis del texto griego.

Continuamente utiliza Juan la conjunción copulativa καὶ, *y*, para separar e introducir cada una de las visiones o de las escenas de una visión; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; πέμπτος, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral ordinal *quinto*; ἄγγελος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *ángel*; ἐσάλπισεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo σαλπίζω, *trompetear, tocar trompeta*, aquí como *tocó la trompeta*; καὶ, conjunción ilativa *y*; seguida de εἶδον, primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar,*

mostrar, ver, aquí como *vi*, *miré*; ἀστέρα, caso acusativo masculino singular del sustantivo *astro, estrella*, que debe complementarse con el artículo indeterminado implícito *una*; ἐκ, preposición de genitivo, *de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; en castellano *del*, por contracción de la preposición y el artículo; οὐρανοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *cielo*; πεπτωκότα, caso acusativo masculino singular del participio perfecto en voz activa del verbo πίπτω, *caer, derrumbarse, frustrar, pasar, postrarse*, aquí como *había caído*; εἰς, preposición de acusativo, *a*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆν, caso acusativo femenino singular del nombre *tierra*; καὶ, conjunción *y*; ἐδόθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo δίδωμι, *dar, entregar,* aquí como *fue dada*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *le*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; κλεὶς, caso nominativo femenino singular del sustantivo *llave*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el*; φρέατος, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *pozo*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*, en español masculino *del*; ἀβύσσου, caso genitivo femenino singular del sustantivo *abismo*, de donde procede la palabra *abisal*, para referirse a grandes profundidades.

Καὶ ὁ πέμπτος ἄγγελος ἐσάλπισεν. Como en ocasiones anteriores Juan ve al quinto ángel en el momento de hacer sonar la trompeta que le había sido dada. Lo hace en el tiempo determinado y obedeciendo al que estaba sentado en el trono que establecía el momento para esta acción.

Καὶ εἶδον ἀστέρα ἐκ τοῦ οὐρανου πεπτωκότα εἰς τὴν γῆν. La consecuencia del toque de trompeta hace ver al apóstol *una estrella*. Sin duda alguna el contexto no permite identificarla con un astro de algún tipo, sino con un ángel, ya que a la estrella se le darán las llaves del abismo. Ya se usó antes el mismo sentido para la palabra estrella (1:20), que ocurre también en el Antiguo Testamento (Job 38:7). Este ángel, llamado aquí *estrella*, era un ángel caído. ¿Cómo debe entenderse esto? ¿Vio Juan el momento de la caída? ¿Era un ángel que había caído antes? ¿Se trata del descenso de un ángel del cielo a la tierra? El modo verbal πεπτωκότα, que Juan utiliza para referirse a la acción de caer, es un participio perfecto que indica una acción totalmente ejecutada en el pasado, por tanto, no debe aplicarse al simple descenso de un ángel, ni tampoco al momento de la caída, sino que el ángel a que se refiere Juan en la visión *había caído* anteriormente. Se trata, pues, de un ángel caído, un demonio. Algunos intérpretes, casi todos ellos amilenaristas, entienden que es un ángel que Dios envía a la tierra en misión de juicio y no un demonio. Sin embargo, si éste ángel *había caído*, tiene necesariamente que relacionarse con todos los que siguiendo a Satanás en su caída se alejaron de Dios. ¿De qué *cielo* había caído? Pudiera muy bien tratarse del cielo de Dios en donde servía al Señor en un ministerio especial hasta que se descubrió pecado en él y fue arrojado de ese lugar. Los

demonios han establecido en el cielo atmosférico su cuartel general, desde donde actúan maléficamente (Ef. 6:12).

¿De qué ángel se trata? Como en otros muchos detalles que son mera curiosidad humana la Biblia no da la respuesta. Algunos entienden que se trata de Satanás, de quien se dice concretamente que *"cayó del cielo"* (Is. 14:12). El Señor también dijo a los suyos que veía a Satanás *"caer del cielo como un rayo"* (Lc. 10:18). Muy probablemente se pueda referir al diablo, sobre todo por el contexto próximo (v. 11), como se verá más adelante. El desconocimiento que se tiene entre los cristianos de la doctrina de los ángeles es asombroso. Todavía más grave si ese desconocimiento comprende también a los demonios, lo que impide detectar su modo de actuación y facilita la caída. Satanás, es el gran personaje maligno en el libro de Apocalipsis en oposición al Soberano Dios. Será bueno sintetizar aquí algunos aspectos de la doctrina sobre Satanás. La Escritura afirma continuamente su existencia; así ocurre en el Antiguo Testamento (1 Cr. 21:1; Job 1:6, 7, 12; 2:1, 3, 4, 6, 7; Sal. 109:6; Zac. 3:1-2); el Señor afirmó su existencia y lo mencionó en varias ocasiones (Mt. 4:10; 12:26; 13:39; 16:23; Lc. 10:18); El Nuevo Testamento menciona a Satanás en varios lugares y los apóstoles establecieron las bases de un amplio cuerpo de doctrina sobre él y su actuación (Lc. 22:3, 31; Jn 13:27; Hch. 5:3; 26:18; Ro. 16:20; 1 Co. 5:5; 7:5; 2 Co. 11:14; 12:7; 1 Ts. 2:18; 2 Ts. 2:9; 1 Ti. 1:20; 5:15; Ap. 2:9, 13, 24; 3:9; 12:9; 20:2, 7). Como todos los ángeles fue creado por Dios (Col. 1:16) y, como todos ellos, fue creado antes que el hombre (Ez. 28:13; Job 38:6-7). La Biblia hace referencia al momento de su creación (Ez. 28:13, 15). Satanás pertenece al orden angélico de los querubines (Ez. 28:14). Fue el ser más perfecto salido de la mano de Dios (Ez. 28:14); el más hermoso creado por Él (Ez. 28:14). Fue dotado –esto debe entenderse en la dimensión de un lenguaje antropológico- de una vestidura espléndida como corresponde a un ser de su condición y al ministerio que ejercía, que el profeta compara con un vestido de doce piedras preciosas (Ez. 28:13). Como todas las criaturas creadas por Dios recibió un nombre (Is. 14:12). En la creación Satanás fue un querubín santo (Ez. 28:15), dispuesto para un ministerio de excepcional relevancia en las esferas celestiales, que le permitía el acceso al lugar donde Dios manifestaba su presencia por medio de su gloria (Ez. 28:14). Era, según la enseñanza bíblica, el querubín más grande. La Biblia enseña también sobre el pecado y caída de Satanás, haciendo afirmación de la existencia de su pecado, pero no da *las razones* de ese fracaso espiritual. Debe recordarse siempre que la Biblia no está escrita para satisfacer la curiosidad del hombre, sino para revelar a Dios. Según la enseñanza de la Escritura, Satanás fue perfecto hasta un momento en su existencia en que pecó (Ez. 28:15); es interesante notar el contraste de la profecía: *"perfecto eras… hasta"*. El pecado no es asunto de poca importancia, ya que anula toda posibilidad de servir a Dios. El pecado oculto en el corazón de Satanás, fue descubierto por Dios. La omnisciencia del Creador no puede ser

engañada por la criatura, y todo pecado, por secreto y reservado que sea es conocido por Él y, como dice la Escritura en una interesante figura del lenguaje, *"está delante de su rostro"* (Sal. 90:8). El pecado afectó en plenitud a Satanás, llenándolo de él (Ez. 28:16). La palabra *contrataciones* no tiene tanto que ver con comercio, sino con actividad, pudiendo relacionarla con la actividad satánica de *dar rodeos* buscando la caída de otros. Esto ocurrió en las esferas celestiales arrastrando tras él la tercera parte de los ángeles (Ap. 12:4). Este parece ser el *lamentable* oficio de Satanás, rodeando la tierra para acusar a los santos delante de Dios (Job 1:7), y a los creyentes para hacerlos caer (1 P. 5:8). Satanás manifestó un grave pecado de orgullo (Ez. 28:17-18). El corazón de Satanás se enalteció, corrompiéndose. El pecado profanó a Satanás (Ez. 28:19ss), que de un ser santo se convierte en instrumento profano, no apto para los usos divinos. Por esa causa llegó a ser un pecador que se opone a Dios. Se hace notar en la Escritura que Satanás usó su *libre albedrío* en sentido negativo o pecaminoso. El proceso de la caída espiritual de Satanás se describe también en la profecía (Is. 14:13-14). El primer deseo impío fue *"subir al cielo"*, referencia probable al *tercer cielo*, donde Dios se manifiesta como en Su morada y donde reside con los redimidos (2 Co. 12:1-4). Esta posición de Dios es superior a la de cualquier ángel como pone de manifiesto Jesucristo en su ascensión (Ef. 1:20, 21); Satanás consideró insuficiente *la morada* que Dios le había asignado, era poco para él, y consideró impíamente que le correspondía algo mejor, como era propio a un ser de su condición y posición. El segundo deseo impío queda expresado así: *"En lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono"* (Is. 14:13). Estrellas, como se ha dicho antes, equivale en ese contexto a ángeles (Job. 38:7; Ap. 12:3-4: 22:16). *En lo alto*, es una expresión que se usa para referirse a un lugar de autoridad. Satanás deseaba gobernar, sentándose en un trono de autoridad. Ese trono debía estar rodeado de ángeles a su servicio. Cuando eso ocurriese, Dios ya no sería el Soberano absoluto. Satanás alcanzaría un aspecto de ese propósito en la caída del hombre, por cuya causa se le reconoce en la Biblia como ejerciendo autoridad en lugares celestiales (Ef. 2:2) y también en lugares terrenales (Lc. 4:5, 6; 2 Co. 4:4; Ap. 2:13). El tercer deseo impío en la caída de Satanás fue su intención de *"en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte"* (Is. 14:13). La aclaración de esa expresión final se encuentra en uno de los Salmos *mesiánicos* (Sal. 48:1-2). Esa referencia tiene que ver con el asiento del gobierno de Dios en la tierra (Is. 2:1-4). La referencia al *testimonio*, es una alusión al antiguo pacto y a las promesas que se cumplirán en el reino del Mesías. El lugar destinado al ejercicio de autoridad por el Mesías fue codiciado por Satanás, que quería recibir la alabanza y obediencia de las naciones y reinar sobre ellas. Era un propósito para anular el programa divino para quien Dios había designado como Rey en su decreto eterno (Sal. 2:6-9). Un cuarto deseo impío se aprecia en relación con Satanás cuando el profeta dice: *"Sobre las alturas de las nubes subiré"* (Is. 14:14). La nube en la Escritura es figura de la gloria y majestad de

Dios (Ex. 40:34-38; Nm. 9:15-23; 1 R. 8:10-11). El salmista y el profeta dicen que las nubes son la *carroza* de Dios (Sal. 104:3; Is. 19:1). Las nubes se vinculan también con la aparición gloriosa del Señor Jesús en su venida (Mt. 24:39; Hch. 1:9, 11; 1 Ts. 4:17; Ap. 1:7). La idea del pensamiento diabólico era la de alcanzar mayor gloria que la que Dios le había dado. No era bastante el honor que Dios le había conferido, quería mucho más. La expresión de ese propósito enquistado en el alma de Satanás, alcanzará su expresión visible en el Anticristo, que surge por su poder y se exaltará *"sobre todo lo que se llama Dios, o es objeto de culto"* (2 Ts. 2:4). El quinto deseo impío que el profeta apunta es el deseo de Satanás de *"ser semejante al Altísimo"* (Is. 14:14). En ningún lugar de la Escritura se dice que Satanás quiso ser *como* Dios. El conocía sus limitaciones y la imposibilidad de alcanzar la participación en la esencia divina. La idea bíblica de *imagen* está en relación con Dios y tiene que ver con la condición moral del Ser divino. La idea de *semejanza* está vinculada con la de autoridad. Cuando Dios creó al hombre a su *imagen y semejanza*, lo hizo un ser moral y le confirió el derecho y la capacidad de ejercer autoridad en la parcela de la creación asignada para él (Gn. 1:28). La aspiración de Satanás era la de tener una parcela de autoridad con lo que sería *semejante al Altísimo*. En dicha parcela ejercería su gobierno, al margen de Dios. En el futuro, el Anticristo, procurará realizar en plenitud el propósito diabólico, sentándose en el lugar que corresponde a Dios (2 Ts. 2:4). Las consecuencias de la caída de Satanás están claramente señaladas en la profecía (Ez. 28:16-19). Fue destituido de la presencia de Dios, de igual manera que cualquier pecador (Ro. 3:23) y derribado a tierra, destinado a juicio de eterna condenación. La Biblia destaca la pecaminosidad de Satanás refiriéndose a una larga serie de acciones que ejerce a causa de su condición: Repudió a Dios desde el principio (Is. 14:12-14); arrastró al pecado a la tercera parte de los ángeles (Ap. 12:4); peca continuamente desde el principio (1 Jn. 3:8); es mentiroso por condición natural (Jn. 8:44); en Edén menospreció a Dios y aconsejó a nuestros primeros padres a repudiarlo (Gn. 3:1-5); acusó a Job delante de Dios de un amor interesado por los beneficios recibidos y no por ser Dios (Job 1:9); hizo que cinco calamidades cayeran sobre Job (Job 1:13-2:7); se levantó contra Israel (1 Cr. 21:1; Sal. 109;6; Zac. 3:1-2); debilitó las naciones (Is. 14:12); hizo temblar la tierra (Is. 14:16); puso el mundo como un desierto (Is. 14:17); nunca abrió la cárcel a sus presos (Is. 14:17); ha causado las guerras en la tierra, pues cuando sea atado por mil años éstas cesarán (Ap. 20:2, 7, 8); tentó al Hijo de Dios por cuarenta días y lo dejó por un poco de tiempo, proponiéndole que abandonara su misión, que desconfiara de la bondad de su Padre, y que le rindiera obediencia, con lo que le estaría adorando (Lc. 4:1-13); ató a una hija de Abraham por 18 años a una grave dolencia (Lc. 13:16; comp. Hch. 10:38); entró en Judas y le impulsó a traicionar el Hijo de Dios (Jn. 13:2); ciega el entendimiento de los perdidos (2 Co. 4:3, 4); quita la Palabra del corazón de los hombres a fin de que no la crean para salvación (Lc. 8:12); Con los santos usa asechanzas y lazos (Ef. 6:11; 2 Ti.

2:26); ha tenido el imperio de la muerte del que ha abusado (He. 2:14; comp. Ap. 1:18): como adversario anda cual león rugiente buscando a quien devorar (1 P. 5:8); se opone a Dios, persigue a los santos y es padre de mentira, guiando a los hombres al rechazo de Dios y, por tanto, a la perdición. De este o de un ser semejante vio Juan en la visión a esta estrella, que había caído del cielo.

Καὶ ἐδόθη αὐτῷ ἡ κλεὶς τοῦ φρέατος τῆς ἀβύσσου. A este ángel se le *dio* la *llave del pozo del abismo*. Se destaca una autoridad superior a la de este ángel que le entrega lo que antes no tenía y que le permite actuar en una parcela que le estaba vedada anteriormente. Esto es otra evidencia que la *estrella* es un *ángel* y no un astro. La llave es un instrumento para abrir o cerrar algo y que, por tanto, expresa un ejercicio de autoridad. El Señor se presentó a Juan como quien tiene la llave de la muerte y del Hades, para actuar sobre ellos con autoridad soberana (Ap. 1:18). La llave permite abrir el *pozo del abismo*. Es preciso entender qué es el *abismo*. El término es un término griego compuesto por un adjetivo[1], precedido por un privativo[2], que intensifica el significado para expresar algo sin fondo. *Abismo* es un término para referirse al lugar donde están sujetos los malos espíritus. En la cosmología bíblica aparece a menudo el concepto de tres niveles: el cielo, arriba; la tierra, morada del hombre; abajo, el mundo subterráneo. En el Antiguo Testamento se usa el término *abismo* para referirse a la profundidad abisal del mar (Gn. 1:2; Sal. 33:7; 107:26). En el Nuevo Testamento este sustantivo se usa para referirse a varias cosas: a) el lugar o la habitación de los muertos sin Cristo (Ro. 10:7); b) el lugar donde están sujetos algunos demonios en espera del juicio (Lc. 8:31); c) el lugar donde Satanás será retenido en el reino de los mil años (Ap. 20:3); d) simbólicamente el lugar de donde procede el gobierno y la autoridad del Anticristo (Ap. 11:7). Algunos demonios extremadamente perversos y pecaminosos, fueron confinados en *"prisiones de oscuridad"*, que bien puede ser un modo de referirse al abismo (Jud. 6). El *abismo* debe distinguirse del *Hades*, lugar de los muertos, y del *lago de fuego* o infierno propiamente dicho, que es el lugar que arde continuamente con fuego y azufre (Ap. 14:10; 19:20; 20:10, 14, 14; 21:8); lugar de tormento eterno (Ap. 14:10, 11; 19:3).

Es interesante el resumen que sobre esto hace el profesor Salvador Bartina:

"El abismo es el lugar donde moran los malos espíritus. Es como un calabozo o prisión que está bajo tierra (cf. Is. 24:21, 22). Tiene fuego sulfúreo, símbolo de lo diabólico. Un pozo conduce a él desde la superficie de la tierra. Está generalmente cerrado. La llave la tiene Dios, que pone límites a la acción

---

[1] βαθύς, profundo.
[2] α, privativa.

diabólica. La legión de diablos[3] *que Jesús sacó al endemoniado de Gerasa, no quería volver al abismo (Lc. 8:31). Está en el abismo Satanás, durante el reino de los mil años (20:1-3), y también la bestia (11:7-17:8). Hay que distinguir cuidadosamente el abismo del orco o Hades y del lago de fuego. El Hades era el lugar de los muertos (es decir, de las almas)… El lago de fuego, o infierno propiamente dicho, es un sitio donde arde continuamente el azufre (Ap. 14:10; 19:20; 20:10, 14, 15; 21:18) y cuyos tormentos son eternos (14:10, 11; 19:3). Tampoco se ha de confundir el abismo demoníaco con el abismo de las aguas o de los mares, que es el océano primitivo o temo (Gn. 1:2). El abismo de los espíritus está bajo tierra"*[4].

Algunos liberales ven el concepto *abismo* como vinculado a la mitología babilónica, en refutación a ese concepto se traslada un párrafo del Dr. Carballosa, que estudia este aspecto:

"Hay quienes ven en la expresión 'pozo del abismo' cierta conexión con las mitologías babilónicas de la creación. Aunque hay algunos puntos de coincidencia entre los relatos de la mitología babilónica y el que aparece en el libro del Génesis, las diferencias son abismales. La mitología babilónica es politeísta y grotesca, mientras que el relato del Génesis es estrictamente monoteísta, sensato y congruente. Las historias babilónicas de la creación están impregnadas de un crudo politeísmo. Hablan no sólo de generaciones sucesivas de dioses y diosas procedentes de Apsû y Tiâmat, todos ellos necesitados de nutrición física, puesto que todos consistían tanto de materia como de espíritu, sino que también hablan de diferentes creadores. El relato mitológico babilónico de la creación se llama Enuma Elish ('cuando en lo alto'). Este poema épico presenta, en su primera parte, un relato de cómo era el universo antes de los acontecimientos que culminaron con su creación por el dios Marduk. Según el relato, no había cielo ni tierra. Sólo existía un caso acuoso compuesto de la mezcla de las aguas de Apsu o abismo de agua dulce; Tiamat, o el océano de agua salada; y Mummu, quien podría representar un conglomerado de nubes y rocío.

El relato bíblico en Génesis 1:1-2:3 presenta un cuadro distinto. En primer lugar, recalca la realidad de un Dios creador y soberano. No existen personajes míticos en el relato del Génesis. Sólo Dios existe antes de la creación. En Génesis 1:2 dice: 'Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo [tehôm], y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas'.

---

[3] La Biblia habla de un solo diablo pero de muchos demonios, el profesor Bartina utiliza aquí el primero por el segundo término generalizándolo.
[4] S. Bartina. o.c., pág. 701.

Hay quienes creen que el vocablo bíblico 'abismo' (tehôm) se corresponde con Tiamat del relato babilónico. Tiamat, sin embargo, designa a una persona mientras que tehôm nunca se usa en el Antiguo Testamento con esa función. En el Antiguo Testamento, tehôm sólo se usa para designar el abismo, el mar, el océano, o cualquier otra masa grande de agua. En el Antiguo Testamento el vocablo tehôm se traduce 'abismo' en Génesis 1:2; Salmo 33:7 y 107:26, Es necesario, sin embargo, aclarar que el vocablo 'abismo' (abyssos) aparece 25 veces en el texto griego del Antiguo Testamento conocido como la Septuaginta. La mayoría de las veces es la traducción del vocablo hebreo tehôm. En Génesis 1:2, 'abismo' significa 'el mar original', mientras que en el Salmo 47:7, adquiere el significado de 'aguas profundas' o 'mar insondable'; en el Salmo 71:20, sin embargo, significa 'el mundo o esfera de los muertos'. En la tradición hebrea, particularmente la que surge en el período intertestamentario, se le asocia con el diluvio original y con el interior de la tierra, donde se encuentran cuerpos que causan inmundicia. El abismo también adquirió el significado de la prisión de los espíritus caídos"[5].

No debe olvidarse que la religión babilónica fue la primera religión organizada en oposición a Dios, como se considerará más adelante cuando se trate de los aspectos de la Babilonia comercial y la religiosa. No es de extrañar que la mitología babilónica haga alusiones a verdades bíblicas que Moisés registra en el Génesis. No se trata de que la Biblia *tome* la mitología babilónica como base para sus relatos de la creación, sino que al revés, ya que los relatos bíblicos son de comunicación divina al impulso del Espíritu Santo (2 P. 1:21).

Concluyendo estas breves consideraciones sobre el significado del término *abismo*, se puede establecer que en el Nuevo Testamento la palabra se usa para referirse: a) al lugar de los muertos sin Cristo (Ro. 10:7); b) el lugar de prisión donde algunos demonios son retenidos (Lc. 8:31); c) el lugar de prisión donde Satanás será sujeto por mil años (Ap. 20:3); d) la procedencia del poder de la primera bestia (Ap. 11:7; 17:8); e) el lugar donde Abadón reina (Ap. 9:11). Todas estas referencias tienen en común la vinculación con la esfera de perdición y con el lugar bajo el control espiritual de los demonios. Puede concluirse que la referencia al *abismo* en este pasaje denota el lugar de detención de demonios eminentemente perversos. Debe tenerse en cuenta el sentido de temporalidad del abismo como lugar de retención provisional de los demonios cuyo destino eterno será la confinación, junto con Satanás, el Anticristo y el falso profeta, en el lago de fuego (Mt. 25:41; Ap. 20:10).

2. Y abrió el pozo del abismo, y subió humo del pozo como humo de un gran horno; y se oscureció el sol y el aire por el humo del pozo.

---

[5] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 174s

καὶ ἤνοιξεν τὸ φρέαρ τῆς ἀβύσσου, καὶ ἀνέβη καπνὸς ἐκ τοῦ
Y abrió el pozo del abismo, y subió humo del
φρέατος ὡς καπνὸς καμίνου μεγάλης, καὶ ἐσκοτώθη ὁ ἥλιος καὶ
pozo como humo de horno grande y fue oscurecido el sol y
ὁ ἀὴρ ἐκ τοῦ καπνοῦ τοῦ φρέατος.
el aire por el humo del pozo.

Notas y análisis del texto griego.

Nuevamente se da continuidad al relato mediante la conjunción καὶ, *y*; seguida de ἤνοιξεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀνοίγω, *abrir*, aquí como *abrió*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el, lo*; φρέαρ, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *pozo*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *del*; ἀβύσσου, caso genitivo femenino singular del sustantivo *abismo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀνέβη, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἀναβαίνω, *subir*, aquí con significado de *subió*; καπνὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo *humo*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el*; en español *del,* por unión de la preposición *de* y el artículo *el*; φρέατος, caso genitivo neutro singular del sustantivo *pozo*; ὡς, adverbio de modo *como*, que en sentido comparativo adquiere el significado de *equivalente a*; καπνὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo *humo*; καμίνου, caso genitivo femenino singular del sustantivo *de horno*; μεγάλης, caso genitivo femenino singular del adjetivo *grande*; καὶ, conjunción *y*; ἐσκοτώθη, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz pasiva del verbo εσκοτίζω, *oscurecer, entenebrecer,* aquí como *fue oscurecido*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἥλιος, caso nominativo masculino singular del nombre *sol*; καὶ, conjunción *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἀὴρ, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *aire*; ἐκ, preposición que rige genitivo *por*, en sentido de *a causa de*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *del*; φρέατος, caso genitivo neutro singular del sustantivo *pozo*.

Καὶ ἤνοιξεν τὸ φρέαρ τῆς ἀβύσσου. Al ángel que había caído del cielo se le entregaron las llaves que abrían el pozo del abismo, con lo que se le dio autoridad para abrirlo. La acción del ángel fue precisamente esa, sin demora, *abrió el acceso al pozo del abismo*. Debe entenderse claramente la utilización del lenguaje simbólico, o tal vez mejor, las expresiones antropomórficas que se utilizan aquí para describir asuntos espirituales, relativos con demonios y su prisión, en formas materiales propias de los hombres, a fin de dar comprensión a lo que de otro modo no sería posible. El ángel abrió la puerta de acceso al pozo del abismo. El verbo expresa una acción *consumada*, hecha definitivamente. Esto permite apreciar en la visión la apertura de algo que antes estaba totalmente cerrado. En el interior del abismo, prisión de espíritus inmundos, se encontraba un gran número de demonios

encarcelados a quienes, con la apertura del lugar de prisión, se les faculta para salir a exterior y reanudar sus actividades diabólicas.

Καὶ ἀνέβη καπνὸς ἐκ τοῦ φρέατος ὡς καπνὸς καμίνου μεγάλης. Dice Juan que del abismo salió una enorme humareda, comparable a la que produce un horno. ¿Es real el humo descrito por Juan o es algo del lenguaje simbólico? En todo caso debe procurar aplicarse una interpretación literal salvo cuando no hay más remedio que entender, por imposibilidad, que se trata de lenguaje simbólico o figurado. Quienes entienden que el humo es expresión figurada lo interpretan como Hendriksen:

"Cuando leemos que Satanás abre el pozo del abismo quiere decir que él incita al mal, llena el mundo de demonios y de malvadas influencias y operaciones… Es el humo del engaño y de la decepción, del pecado y del pesar, de las tinieblas morales y de la degradación que está constantemente saliendo del infierno"[6].

Cuando se espiritualiza un término se abre el camino para espiritualizar otros. En la Biblia lo relacionado con las fuerzas diabólicas se vincula, muchas veces, con fuego de azufre y humo. Probablemente la apertura del lugar de encierro de los demonios, se ponga de manifiesto a la vista de los hombres mediante una gran humareda que advierte en la tierra que la contaminación espiritual mediante demonios que han sido sueltos, será aún más intensa que la contaminación atmosférica que se produjo en el momento de la liberación de los que estaban encerados en el abismo.

Καὶ ἐσκοτώθη ὁ ἥλιος καὶ ὁ ἀὴρ ἐκ τοῦ καπνοῦ τοῦ φρέατος. Juan describe lo que sucedía a causa del humo que salía del pozo del abismo, apreciando como el aire y el sol se oscurecieron por esa razón. No se trata de un oscurecimiento producido por la acción de Dios que limita la luz del sol, como ocurrió antes (8:12), sino que el oscurecimiento de la luz y del aire se produce por la contaminación propia de la intensa humareda. Es algo semejante a lo que ocurre cuando explosiona un volcán, que el humo despedido por el cráter oscurece la luz del sol. El mismo humo que impide la luz, contamina también el aire que se hace irrespirable.

Todo el entorno expresa una situación contraria a la luz, que es símbolo de Dios que ilumina. Jesús mismo dijo de sí mismo que Él es la luz del mundo (Jn. 8:12). Por tanto, Juan presenta en la visión un proceso de oscuridad propio de una acción diabólica cuya misión perversa ha sido siempre la de ocultar la luz de Dios a las gentes. La acción física del humo que nubla la luz del sol y que

---

[6] G. Hendriksen. o.c., pág. 120.

hace irrespirable el aire, es una elocuente ilustración de las consecuencias que producirán en el mundo la liberación de demonios que, por su perversidad, estaban sujetos en la prisión del abismo. Lo importante de la revelación, en este caso, es hacer notar la caótica situación que se va a producir en el mundo por la acción desatada de las fuerzas del mal.

Las langostas y su acción (9:3-12).

3. Y del humo salieron langostas sobre la tierra; y se les dio poder, como tienen poder los escorpiones de la tierra.

καὶ ἐκ τοῦ καπνοῦ ἐξῆλθον ἀκρίδες εἰς τὴν γῆν, καὶ ἐδόθη αὐταῖς
Y del humo salieron langostas a la tierra, y fue dado les
ἐξουσία ὡς ἔχουσιν ἐξουσίαν οἱ σκορπίοι τῆς γῆς.
poder como tienen poder los escorpiones de la tierra.

Notas y análisis del texto griego.

En la descripción de la visión como una unidad temática con lo que antecede, se utiliza nuevamente καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; en español contracción *del,* por unión de la preposición *de* y el artículo *el*; καπνοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *humo*; ἐξῆλθον, tercera persona plural del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἐξέρχομαι, *salir*, aquí como *salieron*; ἀκρίδες, caso nominativo femenino plural del sustantivo que denota *langostas*; εἰς, preposición de acusativo *a*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *tierra*; καὶ, conjunción *y*; ἐδόθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo δίδωμι, *dar, entregar,* aquí como *fue dada*; αὐταῖς, caso dativo femenino plural del pronombre personal *les*; ἐξουσία, caso dativo femenino plural del nombre común *poder, autoridad para ejercicio, permiso, derecho, jurisdicción, libertad*; ὡς, adverbio de modo *como*, que en sentido comparativo adquiere el significado de *equivalente a*; ἔχουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tienen*; ἐξουσίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo considerado antes como *poder, capacidad de acción, etc.*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; σκορπίοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo *escorpiones*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del nombre común *tierra*.

Καὶ ἐκ τοῦ καπνοῦ ἐξῆλθον ἀκρίδες εἰς τὴν γῆν. Junto con el humo que salió al abrir la boca del pozo, Juan observa *como* langostas que salen del abismo y se esparcen sobre la tierra. El apóstol utiliza un verbo[7] que expresa la idea de *venir fuera, ir fuera de*, traducido por *salir*, quiere decir que la

[7] Griego: ἐξέρχομαι.

apertura del lugar en que estaban encerradas permitió su fluir hacia fuera y esparcirse por la tierra.

Es notable observar que los juicios del Apocalipsis tiene una lejana correspondencia con las plagas de Egipto donde el Señor envió langostas en la octava plaga (Ex. 10:12). La plaga de las langostas en Egipto revistió una intensidad tal que obligó a Faraón a pedir perdón (Ex. 10:16, 17). Las langostas son insectos comunes en el próximo oriente, que se reproducen grandemente y constituyen una de las plagas más notorias en la agricultura, apareciendo en grandes bandadas y devorando todo lo vegetal que encuentran, especialmente las cosechas de cereales, frutas, etc. En ese sentido escribe el profesor Sebastián Bartina:

"Para entender la imagen puente de la plaga que suscita el sonar de la quinta trompeta, hay que advertir el alcance físico y moral que tienen en el Próximo Oriente las invasiones de langostas con todo su mecanismo. Los acrídidos son un azote de los cultivos y de los pueblos cuando se presentan en grandes bandadas. Son frecuentes en Egipto, Arabia y Palestina, y no imposibles en el sur de España y en las islas Canarias, procedentes de África. Suelen haber varios tipos. Cada cápsula tiene unos cuarenta huevos, de los cuales salen en primavera pequeñas larvas, que se transforman en fases intermedias, cada vez más voraces, llamadas sucesivamente mosquitos, moscas y saltones, hasta alcanzar la forma adulta. Se reúnen por millones. Son tan voraces que no dejan nada verde, e incluso comen hierbas que son venenosas para otros animales; y cuando desaparece, la región ofrece la sensación de haber sido destruida por imponentes incendios. Cuando emprenden el vuelo para devastar otras regiones, llegan a formar columnas o nubes de algunos kilómetros que oscurecen el sol. Producen un ruido intenso con sus alas cuando se desplazan por el aire"[8].

Sin duda se trata aquí de una expresión del lenguaje figurado y no tanto de insectos ortópteros voraces y destructores. La figura de las langostas saliendo y extendiéndose hacia toda la tierra, es una expresión bíblica de castigo por el pecado. No puede tratarse de las langostas, cualquiera que sea el tipo de insecto a que se pudiese referir, ya que tienen *autoridad*, esto es, poder conferido para actuar contra los hombres, comportándose no como langostas sino como escorpiones. Las langostas aquí no son los insectos, sino seres, ya que están revestidos de poder. En razón de su procedencia, el *abismo*, deben considerarse como demonios que surgen de sus prisiones para extenderse sobre la tierra. En ese sentido se aprecia un notable incremento de la acción diabólica que alcanza

[8] S. Bartina. o.c., pág. 700.

en forma como nunca antes había ocurrido, a toda la tierra, dispuestos en acción contra los hombres.

Καὶ ἐδόθη αὐταῖς ἐξουσία. Se trata de seres inteligentes, por cuanto les fue otorgado *poder*, facultad de actuación. En algunos lugares se compara a las fuerzas del mal con los escorpiones o las serpientes (Lc. 10:19). Incluso también como referencia a enemigos del creyente (Ez. 2:6). El poder que iban a ejercer, esto es, la capacidad operativa, era una concesión, ya que Juan dice que ἐδόθη αὐταῖς, *"les fue dado"*. Esta capacidad para actuar malignamente es una *permisión* divina, que de la misma manera que antes los había retenido en prisiones de oscuridad luego les permite actuar libremente durante un tiempo según sus malignos deseos y orientaciones.

Ὡς ἔχουσιν ἐξουσίαν οἱ σκορπίοι τῆς γῆς. A estas *langostas*, se les concede que actúen como los escorpiones, es decir, hay un comportamiento que no es propio de la especie de las langostas con las que se les identifica, sino al de los escorpiones, confiriéndoles la capacidad de atormentar, al estilo en que el hombre es atormentado por la picadura de un escorpión. El veneno del escorpión no es siempre necesariamente mortal, pero en todos los casos es sumamente doloroso. Debe llegarse a la conclusión de que las langostas que Juan vio salir del pozo del abismo y extenderse hacia toda la tierra, son ángeles caídos, preservados en el pozo del abismo y liberados para atormentar a los hombres en la culminación de la tribulación. Los demonios han demostrado en muchas ocasiones, según el registro bíblico la capacidad de atormentar a personas, aquí lo harán en una gran extensión con los moradores de la tierra.

Si en el versículo anterior la persona de Satanás está presente, en este, están presentes los demonios, por tanto, será bueno sintetizar algunos aspectos de la doctrina acerca de los ángeles caidos que permita una mejor identificación de quienes son y como actúan. El propósito de Satanás fue el de *"ser semejante al Altísimo"* (Is. 14:14). Para llevarlo a cabo debería dominar en el cielo sobre los ángeles y también en la tierra sobre los hombres. El apóstol Pablo hace referencia a las huestes satánicas en las regiones celestes (Ef. 6:12), para referirse al gran número de demonios que siguen a Satanás y forman su estructura angélica en el entorno de la tierra y de los hombres. Satanás consiguió arrastrar con él en su caída a la tercera parte de los ángeles (Ap. 12:4). La Escritura no da detalles de cómo ocurrió esta caída de un número tan elevado de ángeles. Estos ángeles son ahora *"los ángeles de Satanás"* (Ap. 12:7). La Biblia les llama *"espíritus inmundos"* (Mr. 9:25). Siendo ángeles, son espíritus (Ef. 6:12) y seres inteligentes; conocen a Jesús (Mr. 1:24) y saben que su destino final es en los tormentos (Mt. 8:29). A diferencia de los hombres pecadores, no pueden ser salvos por cuanto no han tenido sustituto para su pecado ni poseen fe salvadora (Stg. 2:19). Tienen una religión y doctrinas

propias (1 Ti. 4:1-3). La apostasía general de los últimos días, procede de atender a la doctrina de los demonios. Entre ellos hay distintos comportamientos y, por tanto, diferentes grados de iniquidad (Mt. 12:43-45). Imitando la organización angélica, se establece también a modo de *huestes* (Ef. 6:12). En razón de sus ministerios malignos se les relaciona con *principados, potestades y gobernadores*. Esta organización diabólica es imitación de la de los ángeles santos (Col. 1:16). En cuanto a la actividad de los demonios pueden señalarse las siguientes manifestaciones: a) se oponen a los propósitos de Dios (Dn. 10:10-14; Ap. 16:13-16); b) extienden la autoridad satánica, obedeciendo sus mandatos (Ef. 6:11-12); c) afligen a los hombres (Mt. 9:33; Lc. 13:11, 16), pueden causar mudez (Mt. 9:32-33), producir desequilibrios mentales e incluso locura (Mr. 1:1-15), producir enfermedad y agotamiento (Mr. 9:18), en ocasiones procuran la muerte de la persona (Mr. 9:22), influyen una extremada fortaleza física sobrenatural a quienes poseen (Lc. 8:29), afligen con enfermedades físicas (Lc. 13:11-16); d) difunden doctrinas falsas (1 Ti. 4:1); e) procuran la caída de los creyentes (Ef. 6:12; 1 P. 5:8). Los demonios se distribuyen en la tierra conforme al propósito de Satanás, habiendo demonios situados en regiones geográficas concretas, en donde ejercen su actividad y que desean permanecer en ellas (Mr. 5:10). Los demonios pueden posesionarse de las gentes no creyentes, debiendo distinguir claramente entre *posesión,* como obra diabólica en la que los demonios entran en una persona y la controlan desde el interior, y el *control*, que es la obra diabólica hecha desde el exterior influenciando en la persona y procurando utilizarla en sus propósitos. Los demonios se mimetizan para presentarse en formas atractivas, especialmente ante los creyentes disfrazándose, como también lo hace Satanás, como ángeles de luz (2 Co. 11:14). Un aspecto aparentemente benigno sustituye hoy a las manifestaciones violentas descritas especialmente en los evangelios, en cuanto a posesión diabólica, que corresponden con su condición de *león rugiente* (1 P. 5:8), mediante asuntos como espiritismo, brujería, ocultismo, etc. que son manifestaciones diabólicas del tiempo actual. La Biblia enseña un incremento de la actividad diabólica en los tiempos finales, antecedentes al regreso de Jesucristo, comenzando ya con los tiempos últimos de la *dispensación de la Iglesia* (1 Ti. 4:1-3). La mayor manifestación de esta actividad coincidirá con los días de la tribulación especialmente a partir de la mitad de la semana, que se considerará más adelante en el comentario al capítulo 12. Todos los demonios, junto con Satanás, serán arrojados para siempre al lago de fuego (Ap. 20:10).

Concretando la enseñanza del versículo, Juan vio, en la figura de las langostas, a los ángeles caídos que estaban prisioneros en el pozo del abismo, salir de ese lugar, por permisión divina, para atormentar a los hombres durante el tiempo de la culminación de los juicios de la *tribulación*.

4. Y se les mandó que no dañasen a la hierba de la tierra, ni a cosa verde alguna, ni a ningún árbol, sino solamente a los hombres.

καὶ ἐρρέθη αὐταῖς ἵνα μὴ ἀδικήσουσιν τὸν χόρτον τῆς γῆς οὐδὲ πᾶν
Y fue dicho les que no dañarían la hierba de la tierra ni a toda
χλωρὸν οὐδὲ πᾶν δένδρον, εἰ μὴ τοὺς ἀνθρώπους οἵτινες οὐκ ἔχουσι
cosa verde ni a todo árbol sino a los hombres los que no tienen
τὴν σφραγῖδα τοῦ θεοῦ ἐπὶ τῶν μετώπων.
el sello - de Dios sobre las frentes.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue el relato de la visión con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐρρέθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo εἴρω, equivalente a *decir*, aquí como *fue dicho*; αὐταῖς, caso dativo femenino plural del pronombre personal *les*; ἵνα conjunción *que, para que, de tal modo que*; μὴ, partícula negativa que hace las veces de adverbio de negación condicional *no*; ἀδικήσουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo ἀδικέω, *hacer injusticia, dañar, causar perjuicio*, aquí como *dañarían*, mejor *hiciesen daño*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; χόρτον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *pasto, hierba*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tierra*; οὐδε, conjunción negativa equivalente a *ni*; πᾶν, caso acusativo neutro singular del adjetivo indefinido *toda*; χλωρὸν, caso acusativo neutro singular del adjetivo *verde*, debiendo entenderse aquí como *cosa verde*, en relación con el reino vegetal; οὐδε, conjunción negativa equivalente a *ni*; πᾶν, caso acusativo neutro singular del adjetivo indefinido *todo*; δένδρον, caso acusativo neutro singular del sustantivo *árbol*; εἰ, conjunción, *si*; μὴ, partícula negativa que hace las veces de adverbio de negación, *no*; en castellano forman la conjunción adversativa *sino*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *a los*; ἀνθρώπους, caso acusativo masculino plural del sustantivo *hombres,* genérico de *personas*; οἵτινες, caso nominativo masculino plural del pronombre relativo *los que*; οὐκ, adverbio de negación plena *no*; ἔχουσι, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tienen*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; σφραγῖδα, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *sello*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, no traducible en castellano en esta construcción gramatical delante del nombre Dios; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *de Dios*; ἐπὶ, preposición de genitivo *sobre*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*, femenino en español, *las*; μετώπων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *frente*, es un sustantivo que usa tan sólo Juan y aparece solamente en el Apocalipsis y que tiene el sentido del lugar donde se pone un signo que se lleva, en este caso ἐπί, *sobre*, la frente. La imagen de marcar con un sello está muy vinculada al marcado de los esclavos que llevaban, en algunos casos, el signo de propiedad en sus frentes.

Καὶ ἐρρέθη αὐταῖς ἵνα μὴ ἀδικήσουσιν τὸν χόρτον τῆς γῆς οὐδὲ πᾶν χλωρὸν οὐδὲ πᾶν δένδρον. Aunque quienes salen del abismo son seres infernales y maléficos, dispuestos a acciones dañinas, no están fuera del control de Dios. Aquel que entregó al ángel caído la llave del pozo del abismo para que abriese y dejase en libertad a los demonios presos en él, es el que limita la actuación de esos ángeles caídos. Dios establece un mandato sobre ellos que Juan enfatiza: ἐρρέθη *"se les mandó"*. El verbo[9] usado para expresar esta idea implica aquí el sentido de *expresar un mandamiento, establecer una orden*. Este mandato negativo les impedía dañar al reino vegetal. A las langostas diabólicas se les manda hacer lo que es contrario a las langostas animales; éstas dañan la vegetación como forma natural de su vida, en cambio a aquellas se les manda que la preserven. La soberanía de Dios se hace notoria a cada paso en el libro, estableciendo el control sobre todo disponiendo todo conforme a su propósito.

Εἰ μὴ τοὺς ἀνθρώπους οἵτινες οὐκ ἔχουσι τὴν σφραγῖδα τοῦ θεοῦ ἐπὶ τῶν μετώπων. Estos demonios podían dañar a todos los hombres. Ningún lugar de la tierra les quedaba vedado; donde hubiese seres humanos, allí podían llegar ellos para dañar. Sin embargo, en este alcance universal, quedan también preservadas un grupo de personas cuya identificación consistía en tener el sello de Dios sobre sus frentes. Se ha considerado suficientemente el aspecto del *sello de Dios*, en el comentario al párrafo de 7:1-8, remitiendo al lector a dicha porción.

Esto sellados por Dios son también propiedad suya. De forma especial se hizo referencia a ciento cuarenta y cuatro mil que fueron sellados de las doce tribus de Israel, y comisionados a un ministerio especial en el mundo durante la parte más intensa de la tribulación (7:1-8). La proclamación del evangelio entre los hombres durante la tribulación trajo como consecuencia la salvación de miles de personas, que fueron muertos a causa del testimonio de Dios, y que Juan contemplo delante del trono de Dios y del Cordero, como quienes habían salido de la tribulación (7:13-17). Los seguidores del Anticristo habían perseguido a los creyentes causando entre ellos una gran mortandad (6:11; 7:13-17). Los salvos en la tierra son preservados absolutamente en este período final de la tribulación. Pudiera ser que la mayoría de estos salvos, sean ya del pueblo de Israel y pertenezcan al *remanente* al que el apóstol Pablo alude en la carta a los Romanos (11:25-26), de ahí la protección de que serán objeto como parte del programa de Dios para el establecimiento del reino mesiánico.

Se aprecia también el cumplimiento de la ley de la siega y la siembra. Muchos de los hombres de la tierra afligieron, angustiaron y aun dieron muerte

[9] Griego: εἴρω.

a los creyentes. Entonces les llegará el tiempo a ellos de ser también atormentados, ya que Dios no puede ser burlado y cuanto el hombre siembre eso también segará (Gá. 6:7). Las personas incrédulas del mundo serán entregadas a merced de los demonios que han salido en libertad al abrirse el pozo del abismo.

5. Y les fue dado, no que los matasen, sino que los atormentasen cinco meses.

καὶ ἐδόθη αὐτοῖς ἵνα μὴ ἀποκτείνωσιν αὐτούς, ἀλλ᾽ ἵνα
Y fue dado les que no matasen los sino que
βασανισθήσονται μῆνας πέντε, καὶ ὁ βασανισμὸς αὐτῶν ὡς
atormentasen meses cinco, y el tormento de ellos como
βασανισμὸς σκορπίου ὅταν παίσῃ ἄνθρωπον.
tormento de escorpión cuando hiere a hombre.

Notas y análisis del texto griego.

La narración de Juan se enlaza con lo que antecede mediante la conjunción καὶ, *y*; ἐδόθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo δίδωμι, *dar, entregar,* aquí como *fue dada*; αὐτοῖς, caso dativo masculino plural del pronombre personal *les*; ἵνα conjunción *que, para que, de tal modo que*; μὴ, partícula negativa que hace las veces de adverbio de negación condicional *no*; ἀποκτείνωσιν, tercera persona plural del presente de subjuntivo en voz activa del verbo ἀποκτείνω, *matar*, aquí como *matasen*; αὐτούς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal *los*; seguido de la conjunción ἀλλά en su forma escrita ante vocal ἀλλ᾽, que significa *pero*, *sino*; y nuevamente ἵνα conjunción *que, para que, de tal modo que*; βασανισθήσονται, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz pasiva del verbo βασανίζω, *afligir, atormentar, azotar*, aquí como *atormentasen*; μῆνας, caso acusativo masculino plural del sustantivo *meses*; πέντε, caso acusativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal, *cinco*; καὶ, conjunción *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; βασανισμὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *tormento, tortura, aflicción intensa*; αὐτῶν, caso genitivo femenino plural del pronombre personal *de las*, en castellano masculino *de ellos*; ὡς, adverbio de modo *como*, que en sentido comparativo adquiere el significado de *equivalente a*; βασανισμὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *tormento, tortura, aflicción intensa*; σκορπίου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *de escorpión*; ὅταν, conjunción temporal, *cuando*, *siempre que, tantas veces como*; παίσῃ, tercera persona singular del aoristo de subjuntivo en voz activa del verbo παίω, *golpear, herir*, aquí como *hiere*; ἄνθρωπον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *hombre,* en sentido genérico de *persona.*

Καὶ ἐδόθη αὐτοῖς ἵνα μὴ ἀποκτείνωσιν αὐτούς. Una vez más la soberanía de Dios se destaca sobre cualquier otro aspecto dentro del texto. Dios facultó a los demonios para que *atormentasen*, a los hombres, pero les prohibió que les causaran la muerte. El mandato es enfático, y Juan lo expresa mediante

el uso del verbo *matar*, estructurando un adjetivo con el verbo, modificado mediante una conjunción y un adverbio de negación que enfatizan la prohibición plena de matar en cualquier circunstancia. Sin embargo se les faculta para que atormenten a las personas de la tierra. La vida de los hombres queda preservada, pero no así los hombres que son entregados para ser atormentados por los demonios. Juan utiliza el verbo *atormentar, afligir,* en futuro, lo que expresa una acción que se desarrollaría en el tiempo venidero desde el momento en que se les permite realizarla.

El tiempo que duraría el tormento se establece en μῆνας πέντε, *cinco meses*. La construcción gramatical es interesente mediante el uso de un acusativo de extensión temporal. ¿Debe considerarse estos cinco meses como tiempo literal o simbólico? Sobre esto hay discrepancia entre los intérpretes, tal como señala el Dr. Ladd:

"El significado del período de cinco meses de tortura no es claro. Puede designar meramente un período relativamente corto en el cual los hombres sufrirán esta carga, o puede derivarse de las plagas reales de langostas que pueden atacar árboles y cosechas en cualquier momento durante los cinco meses de la estación cálida en Palestina. Sin embargo, los ataques concretos de langostas pueden ocurrir en cualquier momento durante los cinco meses; aquí atacan a los hombres continuamente, mientras dura el período de cinco meses"[10].

No hay ninguna razón teológica o idiomática para no tomar este tiempo en forma literal. Cinco meses es el tiempo de la longevidad media de la vida de una langosta, que alcanza habitualmente primavera y verano, de ahí la cifra de cinco meses de tormento.

Καὶ ὁ βασανισμὸς αὐτῶν ὡς βασανισμὸς σκορπίου ὅταν παίσῃ ἄνθρωπον. El tormento se manifestará en un dolor intenso como el que produce un escorpión cuando hiere al hombre. Cuando un escorpión logra inyectar su veneno en el cuerpo de una persona, produce intensos dolores, que algunos describen en propia experiencia como sentir una angustia sin alivio, unida a un dolor indescriptible. ¿En que sentido debe entenderse? ¿También el dolor durará cinco meses? En una sociedad mucho más tecnificada que la actual, es difícil pensar que un dolor físico no tenga remedio. Muy probablemente deba entenderse esto no como un dolor continuo durante cinco meses, sino que durante esos cinco meses se produce la experiencia de ese tormento sobre los hombres. Juan enfatiza la actividad de los demonios utilizando una cláusula temporal indefinida, mediante la expresión: ὅταν

[10] George Eldon Ladd. o.c., pág. 117.

παίσῃ, *"cuando hiere"*. El dramatismo de la visión es notable, poniendo de manifiesto un ambiente de tensa expectación al no saber cuando afligirán y a quien lo harán. La sociedad estará en una tensión de dimensiones incalculables. Tanto los dolores reales como la posibilidad de ser afectado por ellos, producirá un estado anímico difícilmente descriptible hoy.

6. Y en aquellos días los hombres buscarán la muerte, pero no la hallarán; y ansiarán morir, pero la muerte huirá de ellos.

καὶ ἐν ταῖς ἡμέραις ἐκείναις ζητήσουσιν οἱ ἄνθρωποι τὸν θάνατον
Y en los días aquellos buscarán los hombres la muerte
καὶ οὐ μὴ εὑρήσουσιν αὐτόν, καὶ ἐπιθυμήσουσιν ἀποθανεῖν καὶ
y de ningún modo hallarán la; y anhelarán morir y
φεύγει ὁ θάνατος ἀπ᾽ αὐτῶν.
huye la muerte de ellos.

Notas y análisis del texto griego.

Las consecuencias de la acción de las *langostas* producirá un deseo entre los hombres que Juan describe con καὶ, conjunción *y*; ἐν, preposición que rige dativo, *en*; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado *las*, masculino en español, *los*; ἡμέραις, caso dativo femenino plural del sustantivo *días*; ἐκείναις, caso dativo femenino plural del pronombre demostrativo *aquellos*; ζητήσουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo ζητέω, *buscar, intentar, querer, pedir*, aquí como *buscarán*, o *pedirán*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἄνθρωποι, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *hombres*, como genérico de *personas*, *gentes*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*, femenino en castellano, *la*; θάνατον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *muerte*; καὶ, conjunción *y*; sigue luego una expresión de negación absoluta mediante la unión de dos adverbios de negación: οὐ, adverbio de negación plena, *no*; μὴ, partícula negativa que hace las veces de adverbio de negación condicional *no*, que unidas se traducen como *de ningún modo, en ningún caso, de ninguna manera, etc.*; εὑρήσουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo εὑρίσκω, *hallar*, aquí como *hallarán*; αὐτόν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *le*, femenino en castellano *la*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐπιθυμήσουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo ἐπιθυμέω, verbo compuesto con ἐπί, *sobre*, intensificativa, y θυμός, *pasión, deseo, furia,* de ahí *anhelar*, aquí como *anhelarán*; ἀποθανεῖν, aoristo de infinitivo en voz activa del verbo *morir*; καὶ, conjunción *y*; φεύγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo φεύγω, *huir, escapar, desaparecer*, aquí como *huye*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, femenino en español, *la*; θάνατος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *muerte,* femenino en castellano; que precede a la preposición ἀπό, de procedencia, en su grafía ἀπ᾽ al anteceder a palabra con vocal y espíritu suave, que significa *desde*, *de*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*.

Καὶ ἐν ταῖς ἡμέραις ἐκείναις ζητήσουσιν οἱ ἄνθρωποι τὸν θάνατον. La dimensión del conflicto es tan grande, la ansiedad tan profunda y los dolores tan intensos, que la población preferirá la muerte a fin de ser aliviados de la situación, pero, la acción diabólica no producirá la muerte, sino un intenso sufrimiento. Esa situación ocurrirá ἐν ταῖς ἡμέραις,*"en aquellos días"*, es decir, en el tiempo concretado de los cinco meses de angustia producida por la acción de los seres que saldrán del abismo. Juan dice que los hombres ζητήσουσιν, *"buscarán"*, utilizando un verbo[11] que expresa la idea de *ir en pos de algo, procurar intensamente*, y el tiempo futuro indica una acción continua. Los hombres buscarán quitarse la vida por cualquier medio pero no lo conseguirán. Nuevamente el verbo utilizado expresa la idea de encontrar algo mediante una búsqueda previa.

Καὶ οὐ μὴ εὑρήσουσιν αὐτόν Sin embargo, a pesar de los esfuerzos humanos buscando la muerte, no *la hallarán*, es decir, no conseguirán su propósito de morir antes de soportar el sufrimiento. La construcción gramatical en el texto griego es enfática ya que precediendo al verbo aparece en el texto griego una negación absoluta οὐ μὴ, que equivale a *de ningún modo, jamás*, por tanto, lo que Juan describe es que los hombres buscarán intensamente la muerte, pero de ningún modo la hallarán. Es difícil entender como el intento de suicidio fracasará siempre, pero la muerte está bajo el control de Dios, que la detiene para que los hombres sufran el tormento producido por la acción de los seres diabólicos salidos del abismo. La descripción es sumamente gráfica, presentando a los hombres como buscando afanosamente la muerte, y esta huyendo de ellos, de modo que por más que procuren alcanzarla siempre estará más allá de su alcance.

Algunos espiritualizan esto considerándolo como un ejemplo de la explosión de maldad espiritual en el mundo que agravará la situación hasta tal pnto que será preferible morir a seguir viviendo de esa manera. Tal situación permitirá –según estos intérpretes- que los hombres entiendan la amargura de la esclavitud de Satanás y su sistema, en contraste con la gloriosa libertad que Dios ofrece en Cristo (Jn. 8:36). En esta línea de pensamiento escribe Hendriksen:

"¿Se puede concebir algo más terrorífico y horrible que este cuadro descriptivo de la operación de los poderes de las tinieblas en las almas de los malvados durante la época presente? Aquí tenemos a los demonios robándoles a los hombres toda luz, esto es, toda justicia y santidad, gozo y paz, sabiduría y entendimiento"[12].

---

[11] Griego: ζητέω.
[12] G. Hendriksen. o.c., pág. 122.

Refiriéndose a este sistema interpretativo, escribe el Dr. Lacueva:

"Según, pues, los referidos autores, dicha picadura, y el dolor consiguiente, indican más bien el remordimiento, el despecho, la rabia y la furia que acompañan al pecador convicto, pero no confeso; acorralado por la justicia de Dios, pero no arrepentido, En todo caso, la desesperación que aquí se nos describe llega a unos límites que no podemos imaginarnos. Ahora bien, cierto que todos estos efectos espirituales podrán darse en los hombres atormentados por dichas picaduras, pero eso no quiere decir que se haya de descartar el sentido literal"[13].

Sin duda ambas cosas, el tormento físico y la situación espiritual convergen en el tiempo al que Juan se refiere en el versículo. Ninguna postura dogmática excluyente debe mantenerse en profecía. Tratar de asignar esto sólo a dolores físicos como demanda la interpretación literal es olvidar la situación espiritual de aquellos que serán atormentados físicamente. Espiritualizar el texto buscando una interpretación alegórica, es olvidar la base fundamental de la hermenéutica que es asignar a cada palabra el sentido que tiene en el entorno que fue escrita. Ambas cosas, pues, la angustia física y la espiritual deben conjugarse en la descripción de Juan.

La descripción de las langostas (9:7-12).

7. El aspecto de las langostas era semejante a caballos preparados para la guerra; en las cabezas tenían como coronas de oro; sus caras eran como caras humanas.

Καὶ τὰ ὁμοιώματα τῶν ἀκρίδων ὅμοια ἵπποις ἡτοιμασμένοις εἰς
Y el aspecto de las langostas semejantes a caballos preparados para
πόλεμον, καὶ ἐπὶ τὰς κεφαλὰς αὐτῶν ὡς στέφανοι ὅμοιοι χρυσῷ, καὶ
batalla, y sobre las cabezas de ellos como coronas semejantes a oro y
τὰ πρόσωπα αὐτῶν ὡς πρόσωπα ἀνθρώπων,
los rostros de ellos como rostros de hombres.

Notas y análisis del texto griego.

En una clásica espiral descriptiva, Juan pasa de la situación de los hombres, al detalle de las langostas, vinculando todo ello mediante la conjunción καὶ, ilativa, *y*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*, ὁμοιώματα, caso nominativo neutro plural del sustantivo que denota, *aspecto, semejanza, parecido, figura,* etc.; τῶν, caso genitivo femenino plural del artículo determinado *de las*; ἀκρίδων, caso genitivo

[13] F. Lacueva. o.c., pág. 431.

femenino plural del sustantivo que denota *langostas*; ὅμοια, caso nominativo neutro plural del adjetivo *semejantes*; ἵπποις, caso dativo masculino plural del sustantivo *a caballos*; ἡτοιμασμένοις, caso dativo masculino singular del participio perfecto en voz pasiva del verbo ἑτοιμάζω, *preparar, disponer*, aquí como *dispuestos o preparados*; εἰς, preposición de acusativo, *para*; πόλεμον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota, *combate, batalla, guerra*; καὶ, conjunción *y*; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; κεφαλὰς, caso acusativo femenino plural del sustantivo *cabezas*; αὐτῶν, caso genitivo femenino plural del pronombre personal *de ellas*; ὡς, adverbio de modo *como*, que en sentido comparativo adquiere el significado de *equivalente a*; στέφανοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo *coronas*; ὅμοιοι, caso nominativo masculino plural del adjetivo *semejante, parecido*; χρυσῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo *a oro*; καὶ, conjunción *y*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*; πρόσωπα, caso nominativo neutro plural del sustantivo que denota *rostros*; αὐτῶν, caso genitivo femenino plural del pronombre personal *de ellas*; ὡς, adverbio de modo *como*, que en sentido comparativo adquiere el significado de *equivalente a*; πρόσωπα, caso nominativo neutro plural del sustantivo que denota *rostros*; ἀνθρώπων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *de hombres*, en sentido genérico de *personas*.

Καὶ τὰ ὁμοιώματα τῶν ἀκρίδων ὅμοια ἵπποις ἡτοιμασμένοις εἰς πόλεμον. De los sufrientes pasa nuevamente a los causantes del sufrimiento, para dar detalles comparativos que permitan al lector tener una panorámica de los seres que, como langostas, salieron del pozo del abismo, se extendieron por la tierra y afligían a los seres humanos no creyentes. Es preciso entender que Juan está utilizando un lenguaje antropomórfico para describir asuntos espirituales, de ahí que continuamente establezca elementos de comparación tales como ὅμοια, *semejante, parecido, como*, que permite describir aquello que vio en términos conocibles para el hombre. Observó que las langostas eran parecidas a caballos ἡτοιμασμένοις εἰς πόλεμον, *dispuestos para la guerra*. El verbo[14] que usa significa *dispuestos para algo*. Juan aprecia el orden que existía en aquellos seres semejantes o parecidos a langostas, como si se tratase de un ejército perfectamente equipado y dispuesto para entrar en combate. La figura establece una referencia, además del orden, a la acción punitiva, propia de un ejército desplegado para combatir. La disciplina es una nota claramente manifestada en todos aquellos seres, coordinados para llevar a cabo su cruel función. Sin duda el detalle que Juan vio es notoriamente igual a la descripción del profeta Joel: *"Su aspecto, como aspecto de caballos, y como gente de a caballo correrán"* (2:4).

[14] Griego: ἑτοιμάζω.

Καὶ ἐπὶ τὰς κεφαλὰς αὐτῶν ὡς στέφανοι ὅμοιοι χρυσῷ. En las cabezas lucían *como* coronas de oro. El sustantivo[15] utilizado para *coronas* es el propio de la laureada de un vencedor. La idea que subyace en el detalle de la visión es la de vencedores en la realización de la tarea de torturar a los hombres. Nadie podrá oponerse a la acción permitida, de la que solo salen indemnes los sellados por Dios. Las coronas eran de un material ὅμοιοι χρυσῷ, *semejante* o *parecido* al oro, es decir, tenían laureadas doradas sobre sus cabezas, son vencedores en el sentido de que nadie podrá impedir que lleven a cabo la acción maléfica de atormentar a las personas, ya que ni la muerte, que desaparece en la acción entre los hombres que la buscan, podrá impedir que lleven a cabo lo que es propio de ellos. Son vencedores a quienes nadie puede derrotar.

Καὶ τὰ πρόσωπα αὐτῶν ὡς πρόσωπα ἀνθρώπων. Los rostros de aquellos seres eran *"como caras humanas"*, quiere decir que tenían aspecto humano. Los ángeles son seres inteligentes comparables sólo con los hombres en el sentido de la inteligencia, en el plano de la creación. Tener rostro como de un hombre es expresión para indicar que son seres inteligentes. Cada uno de estos detalles ponen de manifiesto que no se trata de seres irracionales, sino de seres inteligentes, confirmando una vez más que son ángeles caídos, demonios que estaban sujetos en prisiones y que fueron desatados de sus prisiones para permitirles un tiempo de actuación en el mundo. Este trabajo diabólico de atormentar a los hombres, se llevará a cabo inteligentemente, de modo que aplicando el conocimiento intelectual que poseen, actuarán con la mayor sabiduría para ejecutar eficazmente la acción atormentadora sobre los hombres de la tierra.

8. Tenían cabello como cabello de mujer; sus dientes como de leones;

καὶ εἶχον τρίχας ὡς τρίχας γυναικῶν, καὶ οἱ ὀδόντες αὐτῶν ὡς
Y tenían cabello como cabello de mujeres, y los dientes de ellas como
λεόντων ἦσαν,
de leones eran.

Notas y análisis del texto griego.

El relato sigue con la conjunción καὶ, *y*; τρίχας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *pelo, cabellos*, masculino en español; ὡς, adverbio de modo *como*, que en sentido comparativo adquiere el significado de *equivalente a*; τρίχας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *pelo, cabellos*, masculino en español; γυναικῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo que denota *mujeres*; καὶ, conjunción *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ὀδόντες, caso nominativo masculino plural del sustantivo *dientes*; αὐτῶν, caso genitivo femenino plural del

[15] Griego: στέφανοι.

pronombre personal *de ellas*; ὡς, adverbio de modo *como*, que en sentido comparativo adquiere el significado de *equivalente a*; λεόντων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *leones*; ἦσαν, tercera persona plural del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *eran.*

Καὶ εἶχον τρίχας ὡς τρίχας γυναικῶν. La apariencia del cabello era como de mujer, esto es, largo, como era propio en el tiempo del escritor. Podría suponer una identificación con las antenas de las langostas que son largas y sobresalen de sus cabezas. Tal vez lo que Juan vio era un cabello con aspecto del que utilizaban los ejércitos partos, de los límites del imperio romano, que suponían una continua inquietud para los romanos y que usaban el cabello largo. Un proverbio árabe antiguo definía a las langostas como insectos con cabeza de caballo, pecho de león, pies de camello, cuerpo de serpiente y antenas como cabello de muchacha. A la vista de esta antigua comparación, posiblemente Juan vio las largas antenas de las langostas semejantes en longitud al cabello de una mujer. Algunos intérpretes antiguos consideraban el cabello de mujer como ilustración de sensualidad. Sin embargo, no debe pretenderse buscar tal sentido en una descripción que da detalles de la apariencia de estos seres, para no caer en la alegorización que permite dar un significado diferente según el pensamiento del intérprete.

Καὶ οἱ ὀδόντες αὐτῶν ὡς λεόντων ἦσαν. Los dientes eran comparables con los de los leones. La voracidad de las langostas es proverbial. Nada verde escapa a sus mandíbulas, quedando el lugar a donde llega, totalmente asolado. Los dientes de león son figura también de la ferocidad de estos seres diabólicos. En la Escritura se compara a Satanás con un león rugiente que está dispuesto a devorar (1 P. 5:8). El aspecto de los dientes como de león destaca en el símil su condición implacable y destructora. Son seres malignos que se gozan en afligir y destruir al hombre, no llegando, en este caso, a mayores por la limitación que Dios estableció a su acción.

9. Tenían corazas como corazas de hierro; el ruido de sus alas era como el estruendo de muchos carros de caballos corriendo a la batalla.

καὶ εἶχον θώρακας ὡς θώρακας σιδηροῦς, καὶ ἡ φωνὴ τῶν πτερύγων
Y tenían corazas como corazas de hierro y el ruido de las alas
αὐτῶν ὡς φωνὴ ἁρμάτων ἵππων πολλῶν τρεχόντων εἰς πόλεμον,
de ellas como ruido de carros de caballos muchos que corren a batalla.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad prosigue con καὶ, conjunción copulativa, *y*; seguida de εἶχον, tercera persona plural del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tenían*; θώρακας, caso acusativo masculino plural del

sustantivo que denota *corazas*; ὡς, adverbio de modo *como*, que en sentido comparativo adquiere el significado de *equivalente a*; θώρακας, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota *corazas*; σιδηροῦς, caso acusativo masculino plural del adjetivo *de hierro*; καὶ, conjunción *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; φωνὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *voz, ruido,* en este caso como *ruido*; τῶν, caso genitivo femenino plural del artículo determinado *de las*; πτερύγων, caso genitivo femenino plural del sustantivo *alas*; αὐτῶν, caso genitivo femenino plural del pronombre personal *de ellas*; ὡς, adverbio de modo *como*, que en sentido comparativo adquiere el significado de *equivalente a*; φωνὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *voz, ruido,* en este caso como *ruido*; ἁρμάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *de carros*; ἵππων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *caballos*; πολλῶν, caso genitivo masculino plural del adjetivo *muchos*; τρεχόντων, caso genitivo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo τρέχω, *correr*, aquí como *que corren*; εἰς, preposición de acusativo, *a*; πόλεμον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *combate, conflicto bélico, batalla.*

Καὶ εἶχον θώρακας ὡς θώρακας σιδηροῦς. Las langostas estaban protegidas por *corazas como de hierro*, con lo que se establece una figura de protección plena. La idea que expresa la figura de la coraza es la de imposibilidad para hacerles daño e incluso para defenderse de ellos. La descripción encaja con las láminas, que a modo de escamas, recubren el cuerpo de la langosta. La idea general es que todos los recursos humanos para la defensa de la población son inútiles contra la fortaleza de estos seres. Los demonios son vistos en la perspectiva de la visión profética como un ejército perfectamente entrenado y absolutamente invencible.

Καὶ ἡ φωνὴ τῶν πτερύγων αὐτῶν ὡς φωνὴ ἁρμάτων ἵππων πολλῶν τρεχόντων εἰς πόλεμον. La marcha de la formación diabólica estremece también por el sonido que producen y que Juan compara como el que resulta de un gran número de carros de combate tirados por caballos, corriendo a la batalla. El ruido de una formación de estos carros herrados, auténticos blindados en tiempos de Juan, producía pánico en quienes contemplaban la marcha, sobre todo, si eran enviados contra ellos. Todo cuanto envuelve la descripción habla de conflicto, dolor e incluso miedo. La visión que Juan describe es propia del tiempo en que Dios intervendrá en juicio sobre la tierra a causa del pecado de los hombres.

10. Tenían colas como de escorpiones, y también aguijones; y en sus colas tenían poder para dañar a los hombres durante cinco meses.

καὶ ἔχουσιν οὐρὰς ὁμοίας σκορπίοις καὶ κέντρα, καὶ ἐν ταῖς οὐραῖς
Y tienen colas semejantes a escorpiones y aguijones y en las colas
αὐτῶν ἡ ἐξουσία αὐτῶν ἀδικῆσαι τοὺς ἀνθρώπους μῆνας πέντε,
de ellas el poder de ellas para dañar a los hombre meses cinco.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue la descripción de las langostas ligando todo mediante la conjunción καὶ, *y*; ἔχουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tienen*; οὐρὰς, caso acusativo femenino plural del sustantivo *colas*; ὁμοίας, caso acusativo femenino plural del adjetivo *semejantes,* de la misma raíz que *homologable*; σκορπίοις, caso dativo masculino plural del sustantivo *escorpiones*; καὶ, conjunción *y*; κέντρα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *aguijones*; καὶ, conjunción *y*; ἐν, preposición que rige dativo, *en*; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado *las*; οὐραῖς, caso dativo femenino plural del sustantivo *colas*; αὐτῶν, caso genitivo femenino plural del pronombre personal *de ellas*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐξουσία, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *autoridad, capacidad de acción, poder*; αὐτῶν, caso genitivo femenino plural del pronombre personal *de ellas*; ἀδικῆσαι, aoristo de infinitivo en voz activa del verbo ἀδικέω, *dañar, herir, causar mal*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἀνθρώπους, caso acusativo masculino plural del sustantivo *hombres,* sentido genérico de *personas*; μῆνας, caso acusativo masculino plural del sustantivo *meses*; πέντε, caso acusativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *cinco*.

Καὶ ἔχουσιν οὐρὰς ὁμοίας σκορπίοις. Juan describe el aspecto de la parte posterior de esos seres como semejantes a escorpiones. La cola de los escorpiones es larga y habitualmente la levantan a modo de un semicírculo sobre la espalda. En la visión observa que al final de la cola estaba también el aguijón: καὶ κέντρα, καὶ ἐν ταῖς οὐραῖς αὐτῶν, *y aguijones en las colas de ellas*, propio de todos los escorpiones, que clavan en la víctima y les sirve para inyectarle el veneno que producen en las glándulas próximas al aguijón. Este veneno es el que, una vez inyectado, causa el daño, en ocasiones mortal, y siempre unido a un dolor importante.

Ἡ ἐξουσία αὐτῶν ἀδικῆσαι τοὺς ἀνθρώπους μῆνας πέντε. Los demonios como hijos espirituales del maligno, que es por condición pecaminosa *homicida* (Jn. 8:44; 1 Jn. 3:12), tienen la disposición natural para matar y destruir. Sin embargo, no pueden llevar a cabo su propósito final, porque tiene limitado el poder tan solo para dañar, pero no para destruir o a matar a los hombres (v. 5). En los aguijones de las colas es donde reside el poder o la capacidad para dañar. El daño se infligía a los hombres. La actuación de los seres malignos fue establecida por un período corto de tiempo, cuya duración determinó Dios en cinco meses. Es difícil encontrar palabras que describan una visión más aterradora de un ser dañino como la que relata Juan. Las langostas, visión materializada de los espíritus malignos, es la de una perfecta adaptación para llevar a cabo con éxito la misión de producir mal y afligir a los hombres. Los juicios de Dios se incrementan en modo asombroso, con todo, estos juicios no tienen por objeto el castigo simplemente, sino que son advertencia y

amonestación divina que llama a los hombres al retorno a Dios en un auténtico y genuino arrepentimiento.

11. Y tienen por rey sobre ellos al ángel del abismo, cuyo nombre en hebreo es Abadón, y en griego, Apolión.

ἔχουσιν ἐπ᾽ αὐτῶν βασιλέα τὸν ἄγγελον τῆς ἀβύσσου, ὄνομα αὐτῷ
Tienen sobre ellas rey al ángel del abismo nombre para él
Ἑβραϊστὶ Ἀβαδδών, καὶ ἐν τῇ Ἑλληνικῇ ὄνομα ἔχει Ἀπολλύων.
en hebreo Abadón y en el griego nombre tiene Apolión.

Notas y análisis del texto griego.

El relato de la visión continúa con ἔχουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tienen*; sigue luego la preposición de acusativo ἐπί, con el grafismo ἐπ', forma que adopta por elisión de la ι final ante vocal o diptongo sin aspiración, que equivale a *sobre*; αὐτῶν, caso genitivo femenino plural del pronombre personal *ellas*; βασιλέα, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *rey*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *al*; ἄγγελον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *ángel*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *del*; ἀβύσσου, caso genitivo femenino singular del sustantivo *abismo*; ὄνομα, caso nominativo neutro singular del sustantivo *nombre*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *para él*; Ἑβραϊστι, caso dativo masculino singular del adverbio que denota *hebreo*, en relación al idioma, es decir en *lengua hebrea*; Αβαδδών, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Abadón*; καὶ, conjunción *y*; ἐν, preposición de dativo, *en*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*, masculino en castellano *el*; Ἑλληνικῇ, caso dativo femenino singular del adverbio que denota *griego*, en relación al idioma, es decir en *lengua griega*; ὄνομα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *nombre*; ἔχει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tiene*; Ἀπολλύων, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Apolión*.

῎Εχουσιν ἐπ᾽ αὐτῶν βασιλέα τὸν ἄγγελον τῆς ἀβύσσου. Un nuevo contraste con las langostas del reino animal es que estas no tienen rey (Pr. 30:27), mientras que las de la visión sí lo tienen. Rey aquí toma el sentido de quien ejerce autoridad absoluta sobre los seres representados por las langostas. Estos ángeles caídos que salen del abismo tienen por rey a quien se califica de ἄγγελον τῆς ἀβύσσου, *ángel del abismo*, detalle que no aparece en ningún otro lugar de la Biblia, ni tampoco en la literatura judía. Surge aquí una dificultad en la determinación de si el *ángel del abismo* surgió también de ese lugar con los demonios que fueron liberados en la apertura del pozo, o por el contrario gobierna a los que salieron de ese lugar. Ambas cosas pudieran ser. En el segundo caso, quien ejercería la supremacía de autoridad sobre los demonios liberados sería el mismo ángel que abrió el pozo, que en este supuesto sería

Satanás. En el segundo se trataría de un ángel de mayor dignidad que estaría prisionero en el pozo del abismo con el resto de los demonios y que los dirige en la actuación de estos sobre los hombres de la tierra. En cualquier caso, el verdadero gobernante del mundo de los demonios, bien sea directamente o en forma delegada es Satanás, de modo que puede asignársele la tremenda responsabilidad de dirigir este impío trabajo de aflicción en el mundo.

Ὄνομα αὐτῷ Ἑβραϊστὶ Ἀβαδδών, καὶ ἐν τῇ Ἑλληνικῇ ὄνομα ἔχει Ἀπολλύων. Juan da el nombre hebreo de este ángel, a quien llama *Abadón*, que aparece en al Antiguo Testamento. En una ocasión está relacionado con el lugar de los muertos: *"El Seol está descubierto delante de él, y el Abadón no tiene cobertura"* (Job 26:6); más adelante, en el mismo libro se lee: *"El Abadón y la muerte dijeron: Su fama hemos oído con nuestros oídos"* (Job. 28:22). También aparece el nombre en uno de los Salmos para los hijos de Coré: *"¿Será contada en el sepulcro tu misericordia, o tu verdad en el Abadón?"* (Sal. 88:11). Salomón es otro de los escritores bíblicos que menciona el nombre: *"El Seol y el Abadón están delante de Jehová; ¡Cuánto más los corazones de los hombres!"* (Pr. 15:11). El término en hebreo equivale a *destrucción*, o también a *perdición.* Posiblemente por si alguno de los lectores no conociese en hebreo, Juan traslada el nombre del rey de los demonios semejantes a langostas, al griego como *Apolion*. Realmente el término griego[16] es el caso nominativo masculino singular del nombre propio tomado del participio de presente en voz activa del verbo[17] *destruir*, alcanzando, por ello, el sentido de *destructor*, o el que *destruye continuamente*. Podría denominarse el *rey de la destrucción*, en un notable contraste con el Rey de la gloria que vino a buscar y salvar lo que estaba perdido (Lc. 19:10). Por esa razón puede referirse perfectamente a Satanás, o como se dice antes, a uno de sus ángeles principales. En cualquier caso se trata de un ángel caído que lidera a los hijos de destrucción.

Es interesante notar que el Nuevo Testamento hace mención de dos de sus hijos espirituales, a quienes llama *hijos de perdición*. Uno de ellos fue Judas, el que traicionó al Señor (Jn. 17:12); el otro el Anticristo (2 Ts. 2:3). Ambos nombres, tanto en hebreo como en griego, conducen el pensamiento del lector hacia la acción destructora que ejecutan los demonios bajo el control de su líder.

12. El primer ay pasó; he aquí, vienen aún dos ayes después de esto.

Ἡ οὐαὶ ἡ μία ἀπῆλθεν· ἰδοὺ ἔρχεται ἔτι δύο οὐαὶ μετὰ ταῦτα.
El ay el primero pasó; he aquí viene aún dos ayes después de esto.

[16] Griego Ἀπολλύων.
[17] Griego: ἀπολλύω

Notas y análisis del texto griego.

Entre los dos párrafos, el que concluye en el versículo anterior y el que comienza en el siguiente, hay una advertencia que se expresa con ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *el*; οὐαι, interjección *ay*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *el*; este segundo artículo no suele traducirse, por vinculación del adjetivo con la interjección; μία, caso nominativo femenino singular del adjetivo numeral ordinal, *primero*; ἀπῆλθεν tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἀπέρχομαι, literalmente *venir, irse aparte, desaparecer, marcharse,* aquí como *pasó*; sigue luego con una advertencia enfática con ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia, *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; ἔρχεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo ἔρχομαι, *venir*, aquí como *viene*; reforzado todavía más con el adverbio de tiempo ἔτι, *ya*, *aún, todavía, más*; δύο, caso nominativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal, *dos*; οὐαι, interjección plural *ayes*; μετὰ, preposición de acusativo, aquí con significado de *después de*; ταῦτα, caso acusativo neutro plural del pronombre demostrativo *esto.*

Ἡ οὐαὶ ἡ μία ἀπῆλθεν. ἰδοὺ ἔρχεται ἔτι δύο οὐαὶ μετὰ ταῦτα. La angustiosa situación experimentada por la acción de los demonios salidos del abismo, no es el final, sino el principio de dolores. Tan sólo se cumplió el primero de los tres ayes que pronunció el ángel (8:13), pero quedan pendientes aún dos más. Si el primero de ellos produjo una conmoción y angustia de una dimensión tan grande entre los hombres, mucho más ocurrirá con los dos que están por cumplirse. El primer ay corresponde a los juicios de la quinta trompeta, los otros dos a las dos restantes, que están aún por sonar. La severidad de los juicios pasados debiera servir de advertencia a los moradores de la tierra, que están impasibles ante la acción de Dios y que sólo procuran aliviar sus dificultades buscando salir de la situación con la muerte. La advertencia divina del primer ay debiera ser suficiente para que la humanidad volviese en arrepentimiento a Dios para no tener que enfrentarse con los efectos de los otros dos juicios que están a punto de comenzar.

Esta situación de indiferencia ante las advertencias divinas ya la había anunciado el Señor: *"Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre"* (Mt. 24:37-39). Un estado de ignorancia espiritual semejante a lo ocurrido en el tiempo inmediatamente

anterior al diluvio, será la forma natural de aquellos que vivan entonces. A pesar de los juicios y de las manifestaciones de poder divino, los hombres seguirán en su rebeldía contra Dios, ciegos al llamado de su gracia, a pesar de las aflicciones que estén recibiendo como consecuencia de la intervención judicial de Dios.

La sexta trompeta: los hombres atormentados (9:13-21).

Los cuatro ángeles desatados (9:13-19).

13. El sexto ángel tocó la trompeta, y oí una voz de entre los cuatro cuernos del altar de oro que estaba delante de Dios.

Καὶ ὁ ἕκτος ἄγγελος ἐσάλπισεν· καὶ ἤκουσα φωνὴν μίαν ἐκ[1] τῶν
Y el sexto ángel tocó la trompeta, y oí voz una de los
τεσσάρων κεράτων τοῦ θυσιαστηρίου τοῦ χρυσοῦ τοῦ ἐνώπιον τοῦ
cuatro cuernos del altar del de oro del delante -
Θεοῦ,
de Dios.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] ἐκ τῶν τεσσάρων κεράτων, *de los cuatro cuernos*, esta lectura está atestiguada en P, 046, 1, 1006, 1828, 1854, 1359, 2020, 2042, 2965, 2073, 2081, 2138, 2432, it^{dem}, vg^{cl}, syr^{ph}, Cripriano, Primasius, Andrés, Arethas.

ἐκ τῶν κεράτων, *de los cuernos*, se encuentra en p^{47}, Aleph, A, 0207 94, 1611, 2053, 2344, $it^{ar, c, div, gig, hag, z}$, vg^{ww}, syr^{h}, cop^{sams}.

En base a los testimonios de los textos griegos se sigue la primera lectura.

El párrafo que se inicia con este versículo y concluye en el 19, forma parte del mismo relato de las visiones, por lo que Juan establece el vínculo de continuidad, como ocurre permanentemente, mediante la conjunción copulativa καὶ, *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἕκτος, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral ordinal *sexto*; ἄγγελος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *ángel*; ἐσάλπισεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo σαλπίζω, *trompetear, tocar trompeta*, aquí como *tocó la trompeta*; καὶ, conjunción ilativa *y*; ἤκουσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκόυω, *oír*, aquí como *oí*; φωνὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo*, ruido, sonido, voz*; μίαν, caso acusativo femenino singular del adjetivo numeral cardinal *una*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*; τεσσάρων, caso genitivo neutro plural del adjetivo numeral cardinal *cuatro*; κεράτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *cuernos*; τοῦ, caso

genitivo neutro singular del artículo determinado *del*; θυσιαστηρίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *altar*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *del*, que no suele traducirse en castellano en esta estructura gramatical; χρυσοῦ, caso genitivo neutro singular del adjetivo articular que expresa la condición de lo que es *de oro*, *dorado*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *del*, que no suele traducirse en castellano en esta estructura gramatical; ἐνώπιον, preposición de genitivo, que se usa también como adverbio y denota *delante de*, *en la presencia de*, *en frente de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*, que no se traduce en castellano al estar relacionado con nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *Dios*.

Καὶ ὁ ἕκτος ἄγγελος ἐσάλπισεν. La sucesión de los toques de las trompetas continúa. Juan introduce la sexta del mismo modo que hizo con las anteriores. El sexto ángel que tenía la trompeta preparada para hacerla sonar, lo hizo conforme a lo que Dios había establecido.

Καὶ ἤκουσα φωνὴν μίαν ἐκ τῶν τεσσάρων κεράτων τοῦ θυσιαστηρίου τοῦ χρυσοῦ τοῦ ἐνώπιον του Θεοῦ. Inmediatamente al sonido de la trompeta oyó una voz que procedía de entre los cuatro cuernos del altar de oro. El escritor tiene interés en precisar el lugar de donde salía la voz que oyó, por lo que construye una larga frase en la que aparecen cinco artículos determinados, uno para cada elemento de la oración. Especialmente significativo es el uso tres veces del artículo en genitivo, literalmente τοῦ θυσιαστηρίου, *del* altar, τοῦ χρυσοῦ, *del* de oro, τοῦ ἐνώπιον, *del* delante, τοῦ Θεοῦ, *del* trono de Dios. La precisión del lugar de donde surge la voz que oyó es minuciosa. Este altar ya fue mencionado antes (8:3) donde se hicieron las consideraciones sobre el mismo. Es el altar que Juan vio delante de trono, desde donde se eleva el humo del incienso con las oraciones de los santos que claman pidiendo liberación e intervención divina (6:10). El juicio de la sexta trompeta es también la respuesta divina a las oraciones de los santos. Esta oración no es un clamor de venganza, sino la petición para que Dios actúe llevando a cabo sus propósitos y determinaciones establecidas para el tiempo anterior a la venida del Señor y que se establezca su reino en la tierra. Tal modo de orar fue enseñado ya por Jesús en la oración conocida como *"el Padre nuestro"* (Mt. 6:10).

14. Diciendo al sexto ángel que tenía la trompeta: Desata a los cuatro ángeles que están atados junto al gran río Éufrates.

λέγοντα τῷ ἕκτῳ ἀγγέλῳ, ὁ ἔχων τὴν σάλπιγγα· λῦσον τοὺς τέσσαρας
Que decía al sexto ángel el que tenía la trompeta: Desata a los cuatro
ἀγγέλους τοὺς δεδεμένους ἐπὶ τῷ ποταμῷ τῷ μεγάλῳ Εὐφράτῃ.
ángeles los que están atados junto al río el grande Éufrates.

Notas y análisis del texto griego.

Juan oyó una voz saliendo de entre las cuatro esquinas (cuernos) del altar de oro λέγοντα, caso acusativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir, expresar*, aquí como *decía*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *al*; ἕκτῳ, caso dativo masculino singular del adjetivo numeral ordinal *sexto*; ἀγγέλῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo *ángel*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἔχων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tenía*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; σάλπιγγα, caso acusativo femenino singular del sustantivo *trompeta*. Sigue la segunda cláusula con el mandato al ángel: λῦσον, segunda persona singular del aoristo de imperativo en voz activa del verbo λύω, con un amplio significado entre otros *soltar, liberar, abrir, desatar,* aquí como *desata*, o *libera*, o *suelta*; τέσσαρας, caso acusativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *cuatro*; ἀγγέλους, caso acusativo masculino plural del sustantivo *ángeles*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *a los*; δεδεμένους, caso acusativo masculino plural del participio de presente en voz pasiva del verbo δέω, *atar, ligar, amarrar,* aquí como *que están atados*; ἐπὶ, preposición de dativo, *sobre, a, en, junto a, ante, con base en, referente a, durante, además de, de, para, por, contra,* aquí como *junto a*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; ποταμῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo *río*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se traduce en castellano en esta estructura gramatical; μεγάλῳ, caso dativo masculino singular del adjetivo *grande*; Εὐφράτῃ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Éufrates.*

Λέγοντα τῷ ἕκτῳ ἀγγέλῳ, ὁ ἔχων τὴν σάλπιγγα. El destinatario de la voz que Juan oyó era el mismo ángel que había hecho sonar la sexta trompeta. La voz era entendible por lo que el apóstol podía trasladar el mensaje que se expresaba con ella, de ahí que escriba: λέγοντα, *"diciendo"*, como personificación de la voz que había oído. Gramaticalmente se observa una concordancia en caso, pero no en género.

Λῦσον τοὺς τέσσαρας ἀγγέλους τοὺς δεδεμένους ἐπὶ τῷ ποταμῷ τῷ μεγάλῳ Εὐφράτῃ. La voz contiene un mandato, ya que el verbo está en aoristo de imperativo ingresivo, lo que implica tanto el mandato para el comienzo de la acción como para que quede totalmente completada. El ángel debía *desatar*, *soltar*, totalmente, sin que quedase ninguna restricción, equivaldría a *"suelta de inmediato y totalmente"*. En esta ocasión el mandato de Dios se dirige a un ángel santo, en contraste con el mandato de liberación de los demonios con la apertura del pozo del abismo, que se dio a un ángel caído (vv. 1-2). La soberanía de Dios se pone de manifiesto una vez más al utilizar a los seres creados, conforme a sus propósitos, en el ejercicio de su voluntad. Los demonios no pueden actuar como y cuando quieren y en la forma que lo desean, al margen de la soberanía de Dios que, como se ha considerado antes, limita sus acciones o las establece según su voluntad. Aquí un ángel santo al servicio de

Dios debe desatar a cuatro ángeles encadenados o sujetos. Tal es la respuesta del Señor al clamor de los mártires y a las oraciones de los santos (6:9; 8:4-5). ¿Qué tipo de ángeles son estos cuatro atados? No debe confundirse a estos ángeles con los otros cuatro mencionados antes (7:1). Necesariamente han de ser demonios por su condición de *atados*, lo que nunca se dice de los ángeles santos de Dios (Jud. 6). Los ángeles atados son siempre ángeles caídos (2 P. 2:4; Lc. 8:31). Escribe el profesor Grau:

"Seguramente se trata de demonios que, debido a su peligrosidad especial, se hallaban encadenados, restringidos en su poder de hacer el mal. No obstante, son soltados para que lo hagan ahora y sirvan a los propósitos divinos de juicio. El río Éufrates formaba la frontera con el pueblo de Dios, y representaba la perpetua amenaza; del Éufrates solían venir las continuas invasiones que sufría el pueblo de Dios (Gn. 15:18; Dt. 1:7; Jos. 1:4)"[18]

No se dan detalles que permitan identificar a estos cuatro demonios; lo único que se revela es que estaban atados, sujetos, ἐπὶ τῷ ποταμῷ τῷ μεγάλῳ Εὐφράτῃ, *junto al gran río Éufrates*. No hay tampoco razones para alegorizar nada aquí. La Biblia enseña la actividad de los demonios que es invisible a los ojos de los hombres, pero que se percibe por las consecuencias que produce. El mundo de los espíritus caídos es revelado en la Biblia según lo que Dios ha entendido como necesario para el hombre, sin embargo, muchas cosas de este ámbito están reservadas al conocimiento de Dios. Anteriormente se habló de demonios que estaban sujetos, retenidos, en el pozo del abismo y que salieron al exterior para llevar a cabo sus intenciones maléficas, aunque limitadas por el poder de Dios a afligir a las personas incrédulas en la tierra. De nuevo aquí el velo de lo oculto se abre para nosotros, en la revelación inspirada que enseña sobre la presencia en el entorno del Éufrates de cuatro demonios atados, que serán liberados para que puedan actuar. La peligrosidad de ellos y sus pasiones pecaminosas hacen necesario que estén sujetos a inactividad bajo el control de Dios en el tiempo presente. Este grupo de cuatro ángeles no se conoce en la literatura profética, ni tampoco en la apocalíptica judía. Con todo, debe entenderse, que al estar atados significa que no pueden cumplir sus propósitos hasta que sean liberados.

¿Por qué razón están atados *junto* al Éufrates? Esta es también una pregunta sin respuesta bíblica. El Éufrates era el límite oriental de la tierra prometida por Dios a Abraham (Gn. 15:18). En el Antiguo Testamento recibe el nombre de *"gran río"* (Gn. 15:18; Dt. 1:7; Jos. 1:4). Al otro lado del río Éufrates estaban los ejércitos de los imperios que sucesivamente fueron enemigos del pueblo de Israel, especialmente Asiria y Babilonia, por esa razón

---

[18] J. Grau. o.c., pág. 179.

el río llegó a ser un símbolo de la separación entre el pueblo de Dios y sus enemigos (Is. 7:20; 8:20; Jer. 46:10). Por otro lado, la frontera del imperio romano hacia el oriente era el Éufrates. Todo el entorno profético destaca la importancia que el río tendrá en el tiempo final de la historia humana inmediatamente antes del regreso de Jesucristo. Será desde el entorno del Éufrates desde donde se preparará la acción militar de los reyes de oriente que traerá como consecuencia la última gran batalla de la guerra del Armagedón. La liberación de estos cuatro demonios señala la rapidez del cumplimiento del tiempo profético que Dios estableció para preparar la venida del Señor.

15. Y fueron desatados los cuatro ángeles que estaban preparados para la hora, día, mes y año, a fin de matar a la tercera parte de los hombres.

καὶ ἐλύθησαν οἱ τέσσαρες ἄγγελοι οἱ ἡτοιμασμένοι εἰς τὴν
Y fueron desatados los cuatro ángeles los que habían sido preparados para la
ὥραν καὶ ἡμέραν καὶ μῆνα καὶ ἐνιαυτόν, ἵνα ἀποκτείνωσιν τὸ
hora y día y mes y año, para que matasen a la
τρίτον τῶν ἀνθρώπων.
tercera parte de los hombres.

Notas y análisis del texto griego.

Se da continuidad mediante la conjunción καὶ, *y*; ἐλύθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo λύω, *soltar, desatar, liberar*, aquí como *fueron desatados*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; τέσσαρες, caso nominativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *cuatro*; ἄγγελοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *ángeles*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἡτοιμασμένοι, caso nominativo masculino plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo ἡτοιμάζω, *preparar, disponer,* aquí como *que habían sido preparados*; εἰς, preposición de acusativo *para*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ὥραν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *hora*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡμέραν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *día*; καὶ, conjunción copulativa *y*; μῆνα, caso acusativo masculino singular del sustantivo *mes*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐνιαυτόν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *año*; ἵνα, conjunción, *para que, a fin de que, de modo que, que*; ἀποκτείνωσιν, tercera persona plural del presente de subjuntivo en voz activa del verbo ἀποκτείνω, *matar*, pudiendo ser también aoristo de subjuntivo en voz activa, aquí como *matasen*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*, femenino en castellano, *la*; τρίτον, caso acusativo neutro singular del adjetivo numeral ordinal *tercero*, literalmente sería *lo tercero*, relacionado con un tercio del total de algo, aquí como *tercera parte*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; ἀνθρώπων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *hombres,* en sentido genérico de *personas.*

Καὶ ἐλύθησαν οἱ τέσσαρες ἄγγελοι. El sexto ángel cumplió el mandato establecido por Dios y desató a los cuatro ángeles que estaban sujetos, liberándolos totalmente para que pudiesen actuar sin restricción alguna. La soberanía de Dios se vuelve a enfatizar puesto que estos ángeles estaban sujetos hasta que llegó el tiempo que Dios había establecido, de modo que Juan se refiere a una precisión temporal extremada de hora, día, mes y año: καὶ ἐλύθησαν οἱ τέσσαρες ἄγγελοι ὥραν καὶ ἡμέραν καὶ μῆνα καὶ ἐνιαυτόν: *los que habían sido preparados para la hora, y día, y mes, y año.* Nada se produce fuera del tiempo de Dios, nada se adelanta ni nada se atrasa a su programa. En el instante que estaba determinado los cuatro ángeles fueron liberados. La gran verdad que se pone de manifiesto es que los demonios no escapan al control soberano de Dios y no tienen libertad para actuar sino en la hora que Dios designa para ello. De esta manera se convierten en instrumentos del juicio divino que es llevado a cabo conforme al plan establecido soberanamente por Él. Así ocurre en todas las actuaciones divinas que pueden apreciarse desde la historia humana, como ocurrió con la venida del Redentor, producida *"cuando vino el cumplimiento el tiempo"* (Gá. 4:4). El Dios de la historia está sobre ella. La historia humana para Dios no es más que profecía cumplida, y la profecía es sólo historia por cumplir.

῞Ινα ἀποκτείνωσιν τὸ τρίτον τῶν ἀνθρώπων. Una visión globalizada de la soberanía de Dios se entiende no solo referida al tiempo sino también al propósito para el que aquellos cuatro demonios estaban atados, pudiendo expresar la idea de este modo: *"Fueron liberados los cuatro ángeles, es decir, los preparados para la hora y día y mes y año, para que matasen a la tercera parte de los hombres"*. Todo cuanto sucede en tiempo y acción está bajo la supervisión y control del que está sentado en el trono.

No se entiende bien, en ocasiones, como es posible que Dios, que es perfección infinita y absoluta en amor, justicia, rectitud, gracia, misericordia, bondad, etc. pueda οἱ ἡτοιμασμένοι, *"tener preparados"*, literalmente *los preparados,* demonios para que actúen en muerte sobre seres de su creación. No es que Dios los haya preparado así para eso, sino que el Soberano conduce todas las cosas, incluso las acciones perversas de los seres caídos, hacia el cumplimiento de sus propósitos, en cuyo cumplimiento se opera y conduce al bien de los suyos (Ro. 8:28). En ningún modo puede aceptarse que Dios haya creado seres malvados como los demonios en su condición pecaminosa y que haya determinado acciones de muerte como razón de su existencia. Lo que sí es cierto es que el pecado en que cayeron los demonios y que por su consecuencia los hizo pecaminosos en extremo, unos más que otros, generó en algunos pasiones de muerte como el caso de estos cuatro, esos seres con sus naturalezas orientadas al mal y a la muerte, son puestos bajo el control de Dios que los hace instrumentos suyos en el momento oportuno conforme a sus propósitos. Si tales

demonios hubieran estado sin el control de Dios, hubiesen actuado en muerte sobre los hombres continuamente. Aun en el momento en que son liberados Dios establece un control de acción de modo que solo podrán alcanzar una parte de los hombres y no la totalidad de los que vivan en la tierra. El permiso que se les concede es sobre la tercera parte de ellos. Aunque será, sin duda, una gran cantidad de personas, no es ni tan siquiera la mayoría de la humanidad.

Con todo, debe notarse que se produce durante el tiempo transcurrido de la tribulación una mortandad sorprendentemente grande. Los primeros juicios de los sellos se producen un número indeterminado de muertes por hambre, pestes y guerras. Luego la muerte de la cuarta parte de los habitantes de la tierra como consecuencia del cuarto sello, que supondrá una enorme cantidad de personas (6:7-8). Después los que mueren por causa de la persecución contra los creyentes (7:9). Más adelante los muertos por el juicio sobre el mar (8:9). A continuación la gran mortandad producida por la contaminación de las aguas dulces (8:11). En estos momentos de la profecía, se abre el permiso para que estos cuatro demonios destructores maten a la tercera parte de los habitantes que aún queden en el mundo. La población habrá disminuido sensiblemente durante el tiempo de los últimos siete años de los anunciados por Daniel en su profecía.

16. Y el número de los ejércitos de los jinetes eran doscientos millones. Yo oí su número.

καὶ ὁ ἀριθμὸς τῶν στρατευμάτων τοῦ ἱππικοῦ δισμυριάδες μυριάδων,
Y el número de los ejércitos los de a caballo dos miríadas de miríadas
ἤκουσα τὸν ἀριθμὸν αὐτῶν.
oí el número de ellos.

Notas y análisis del texto griego.

Una cláusula un tanto ambigua se introduce en el relato mediante καὶ, conjunción *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἀριθμὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo *número*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *de los*; στρατευμάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *ejércitos*; τοῦ, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*; ἱππικοῦ, caso genitivo neutro plural del adjetivo que expresa la condición de quien *cabalga*, aquí como *de a caballo*; δισμυριάδες, caso nominativo femenino plural del nombre *dos miríadas*; μυριάδων, caso genitivo femenino plural del nombre *de miríadas*, lo que equivaldría a *doscientos millones* en el uso habitual en español. Una segunda cláusula enfatiza Juan: ἤκουσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκούω, *oír*, aquí como *oí*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἀριθμὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *número*; αὐτῶν, caso genitivo neutro plural del pronombre personal *de ellos.*

Καὶ ὁ ἀριθμὸς τῶν στρατευμάτων τοῦ ἱππικοῦ δισμυριάδες μυριάδων. Con un salto difícilmente comprensible, Juan se centra en un ejército numerosísimo. Dejando los detalles sobre los cuatro ángeles, el apóstol introduce a los lectores a la consideración de un gran ejército. La primera pregunta surge inmediatamente de la lectura del versículo: ¿Quiénes son estos que forman el ejército al que se refiere Juan? Da la impresión y así es, que existe una relación directa entre los cuatro ángeles que fueron liberados del área del Éufrates y esta multitud tan grande de jinetes que se describen. Juan dice que oyó el número de ellos y que eran *doscientos millones*.

Algunos expositores identifican este ejército con un ejército humano, procedente de naciones situadas al oriente del Éufrates. Sin embargo, al contrastar la descripción detallada que se hará de ellos en el siguiente versículo, se entiende que es difícil considerarlos como ejércitos de naciones. Sin duda se trata de seres infernales, demonios perfectamente organizados para una acción determinada de muerte y destrucción. Dada la vinculación del versículo con lo que antecede en relación con los cuatro ángeles liberados (vv. 14-15), debe entenderse que los cuatro ángeles desatados son quienes lideran y conducen las huestes de este impresionante número de demonios, esto es, un ejército de demonios comandados por cada uno de los cuatro ángeles que fueron desatados.

Una segunda cuestión está en la literalidad del número, esto es, ¿es un número real o simbólico? Los eruditos se dividen, como muchas otras veces, entre quienes entienden que se trata de un número simbólico y los que consideran que es un número real. Entre los primeros escribe el Dr. Ladd:

"El tamaño de las huestes demoníacas es impresionante: 200.000.000. No podían ser contados. Juan oyó su número o sea que tuvo que ser informado. Este gran número se basa en el Salmo 68:18: 'Los carros de Dios se cuentan por veintenas de millares de millares; el Señor viene del Sinaí a su santuario'. Aquí no son carros sino caballos; caballería. Los cuatro ángeles destructores ya no están y los caballos demoníacos llenan la escena. Es difícil creer en un número literal; las fuerzas demoníacas son simplemente innumerables"[19].

Incluso el Dr. Lacueva, que sigue en todas sus interpretaciones el sistema gramático-literal, dice que *"200.000.000 es el símbolo bíblico de una gran muchedumbre (cf. Sal. 68:17; Ap. 5:11)"*[20].

Con todo, aunque la expresión ocurre en los dos lugares citados antes, como una cita numérica hiperbólica, debe tomarse el número en sentido literal,

---

[19] George Eldon Ladd. o.c., pág.122.
[20] F Lacueva. o.c., pág. 434.

básicamente por dos razones: a) se trata de un ejército de ángeles caídos, demonios, por tanto el número de esos espíritus es enormemente grande; b) porque Juan afirma haber oído el número de ellos, por tanto, es parte de la revelación divina sobre esto y debe entenderse como ha sido recibida, es decir, como un número literal. Es necesario tener presente que Juan dice que ἤκουσα τὸν ἀριθμὸν αὐτῶν, *oí el número de ellos.* No se trata, pues, de una expresión hiperbólica, para hablar de una multitud; tampoco el apóstol pudo contar el número de ellos; afirma que *lo oyó*, quiere decir que lo supo por revelación.

17. Así vi en visión los caballos y a sus jinetes, los cuales tenían corazas de fuego, de zafiro y de azufre. Y las cabezas de los caballos eran como cabezas de leones; y de su boca salía fuego, humo y azufre.

Καὶ οὕτως εἶδον τοὺς ἵππους ἐν τῇ ὁράσει καὶ τοὺς καθημένους ἐπ᾽
Y así vi los caballos en la visión y a los sentados sobre
αὐτῶν, ἔχοντας θώρακας πυρίνους καὶ ὑακινθίνους καὶ θειώδεις, καὶ
ellos que tenían corazas de fuego y de jacinto y de azufre y
αἱ κεφαλαὶ τῶν ἵππων ὡς κεφαλαὶ λεόντων, καὶ ἐκ τῶν στομάτων
las cabezas de los caballos como cabezas de leones y de las bocas
αὐτῶν ἐκπορεύεται πῦρ καὶ καπνὸς καὶ θεῖον.
de ellos sale fuego y humo y azufre.

Notas y análisis del texto griego.

Juan prosigue el relato de la visión utilizando la habitual forma con la conjunción copulativa καὶ, *y*; οὕτως, adverbio con sentido de *así, de esta manera, de tal modo*; εἶδον, primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* aquí como *vi*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἵππους, caso acusativo masculino plural del sustantivo *caballos*; ἐν, preposición de dativo, *en*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; ὁράσει, caso dativo femenino singular del sustantivo *visión*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; καθημένους, caso acusativo masculino plural del participio de presente en voz media del verbo κάθημαι, *sentarse*, aquí como *sentados*; sigue luego la preposición de acusativo ἐπί, con el grafismo ἐπ᾽, forma que adopta por elisión de la ι final ante vocal o diptongo sin aspiración, que equivale a *por, sobre*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *ellos*; ἔχοντας, caso acusativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tenían;* θώρακας, caso acusativo masculino plural del sustantivo *corazas*; πυρίνους, caso acusativo masculino plural del adjetivo *de fuego*, pudiendo ser tanto *color de fuego*, como *que son de fuego*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὑακινθίνους, caso acusativo masculino plural del adjetivo *de jacinto*, nuevamente, como en el caso anterior, bien de color jacinto o bien de lo relacionado con el jacinto; καὶ, conjunción copulativa *y*; θειώδεις, caso acusativo masculino plural del adjetivo

azufroso, de azufre, en las misma situación que los dos casos anteriores; καὶ, conjunción copulativa *y*; αἱ, caso nominativo femenino plural del artículo determinado *las*; κεφαλαὶ, caso nominativo femenino plural del sustantivo *cabezas*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *de los*; ἵππων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *caballos*; ὡς, adverbio de modo en sentido comparativo *como*; κεφαλαὶ, caso nominativo femenino plural del sustantivo *cabezas*; λεόντων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *de leones*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *de los*, femenino en castellano; στομάτων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *bocas*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *ellos*; ἐκπορεύεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo ἐκπορεύομαι, *salir*, aquí como *sale*; πῦρ, caso nominativo neutro singular del sustantivo *fuego*; καὶ, conjunción copulativa *y*; καπνὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo *humo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; θεῖον, caso nominativo neutro singular del sustantivo *azufre.*

Καὶ οὕτως εἶδον τοὺς ἵππους ἐν τῇ ὁράσει καὶ τοὺς καθημένους ἐπ᾽ αὐτῶν. Los caballos y los jinetes en la visión de Juan tenían un aspecto que el apóstol pasa a describir, mientras afirma que aquello fue lo que vio y como lo vio. Es la única vez en todo el libro en que el escritor alude a su visión personal, esto es, lo que describe es sólo lo que vio. Este testimonio personal es muy común en Daniel (cf. Dn. 7:2; 8:2, 15; 9:21). Lo que Juan vio fue un ejército, podría decirse en lenguaje militar, de caballería, con sus caballos y jinetes sobre ellos. La descripción que hace de la visión confirma que no se trata de un ejército humano. Los caballos y los jinetes no son naturales, sino que han de vincularse con seres demoníacos, espíritus caídos.

Ἔχοντας θώρακας πυρίνους καὶ ὑακινθίνους καὶ θειώδεις. Lo primero que detalla son las corazas, posiblemente de los jinetes, aunque pudieran incluir también a las protecciones de los caballos. Juan utiliza adjetivos que expresan la relación con un determinado material. Con toda probabilidad lo que está describiendo no es tanto el material en sí, sino su color, es decir, se está refiriendo al color de las corazas y no al material de que estaban hechas. Era un ejército acorazado, cuyos elementos defensivos personales, tanto para jinetes como para caballos, tenían un color concreto. El color de unas era πυρίνους, *"de fuego"*, esto es, color rojizo; otras eran ὑακινθίνους, azuladas, color correspondiente al zafiro, o tal vez mejor como se traduce, color violeta azulado propio del jacinto, que es el término griego. Los colores y las definiciones de las piedras semipreciosas resulta, en ocasiones difícil de establecer con absoluta certeza, dado que muchas especies de piedras se encuentran en una variedad de diferentes colores, y debido a que no se había elaborado una terminología científica, no siempre resulta fácil identificar las diferentes piedras que menciona la Biblia, y en algunos casos sólo podemos conjeturar el significado de los términos empleados. La etimología no ayuda

mucho ya que muchas de las raíces simplemente significan *centellear, destellar,* o cosas similares. Este es el caso del *jacinto*, que en el Antiguo Testamento (heb. *Lesem*, Ex. 28:19; 39:12) era una piedra amarilla, aunque expertos prefieren una piedra azul como la turquesa, mientras que en el Nuevo Testamento es más bien el *aguamarina*, o la variedad de tonos azules del berilo, el zafiro de un azul más intenso, o la turquesa; la palabra se empleaba para indicar, en general, un color azul, de ahí que algunas versiones traducen *zafiro* y otras *jacinto*. Otras de las corazas eran ὑακινθίνους, de color amarillo semejante al del azufre. No se puede determinar si las corazas eran tricolores, teniendo cada una de ellas los colores descritos, o tal vez mejor, eran tres grupos de ejércitos cada uno con un color diferente. El hecho de que se hable del color del azufre, es una evidencia más, dentro del contexto, de que se trata de un ejército de demonios, ya que el azufre se relaciona con el infierno o el lago de fuego. Cuando arde produce un humo acre, asfixiante, por lo que se usa como ejemplo del humo del infierno (14:10, 11). Juan no describe las armas de guerra de los jinetes, sino sólo sus corazas protectoras.

Καὶ αἱ κεφαλαὶ τῶν ἵππων ὡς κεφαλαὶ λεόντων. Un segundo aspecto destacable en la descripción del ejército que Juan vio, está en las cabezas de los caballos, poniendo de manifiesto el carácter agresivo y feroz de esos ejércitos, comparándolos con cabezas como de león y con bocas que arrojan destrucción equiparable a fuego, humo y azufre. A la vista de estos detalles, algunos han querido hacer comparaciones con armamentos modernos de ejércitos contemporáneos, sin embargo, cualquier interpretación en este sentido no deja de ser mera especulación sin base bíblica alguna. Es interesante destacar que en la visión la mortandad sale de las bocas de los caballos, por tanto, los jinetes pareciera ser que sólo conducen a los caballos en misión de muerte. La visión de Juan ofrece la ferocidad de los ejércitos infernales. El símil de la cabeza del león expresa poder; manifiestan ferocidad en sus dientes (9:8); producen terror con su rugido (10:3); tienen capacidad de destrucción con su boca (13:2).

Καὶ ἐκ τῶν στομάτων αὐτῶν ἐκπορεύεται πῦρ καὶ καπνὸς καὶ θεῖον. Junto con capacidades para actuar en el plano físico de la humanidad, también subyace el poder intelectual con gran capacidad de engaño. Sus bocas arrojan fuego, humo y azufre, figura de bocas infernales. La Biblia enseña que la boca del hombre es inflamada en ocasiones por el infierno (Stg. 3:6). En la visión, de la boca de los caballos sobre los que cabalgan los jinetes, sale todo lo que es propio del infierno: fuego, humo y azufre. El énfasis de la visión de Juan está más en el poder destructor de que es capaz ese ejército demoníaco, que en las corazas protectoras de que está dotado. El fuego y el azufre indican su naturaleza infernal (14:10; 19:20; 21:8). Todo el entorno de la visión tiene como objeto presentar un ejército de demonios capitaneado por cuatro ángeles con

ansias homicidas que se disponen a actuar de manera violenta contra los habitantes de la tierra. Sólo el control divino en una acción limitativa impedirá que causen una destrucción mayor que la que les ha sido concedida, la tercera parte de la población de la tierra.

18. Por estas tres plagas fue muerta la tercera parte de los hombres: por el fuego, el humo y el azufre que salían de su boca.

ἀπὸ τῶν τριῶν πληγῶν τούτων ἀπεκτάνθησαν τὸ τρίτον τῶν
A causa de las tres plagas estas fueron muertos la tercera parte de los
ἀνθρώπων, ἐκ τοῦ πυρὸς καὶ τοῦ καπνοῦ καὶ τοῦ θείου τοῦ
hombres, por el fuego y el humo y el azufre el
ἐκπορευομένου ἐκ τῶν στομάτων αὐτῶν.
que salía de la boca de ellos.

Notas y análisis del texto griego.

El relato continúa con ἀπὸ, preposición de genitivo, *de, desde, lejos de, procedente de, a causa de*; τῶν, caso genitivo femenino plural del artículo determinado *las*; τριῶν, caso genitivo femenino plural del adjetivo numeral cardinal *tres*; πληγῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo *plagas*; τούτων, caso genitivo femenino plural del pronombre demostrativo *estas*; ἀπεκτάνθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo ἀποκτείνω, *matar,* aquí como *fue muerta*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*, femenino en castellano, *la*; τρίτον, caso nominativo neutro singular del adjetivo numeral ordinal, *tercera,* como expresión de la *tercera parte* de un todo; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *de los*; ἀνθρώπων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *hombres*, en sentido genérico de *personas*; ἐκ, preposición de genitivo *por*, expresando el sentido de *a causa de*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el*; πυρὸς, caso genitivo neutro singular del sustantivo *fuego*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; καπνοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *humo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el*; θείου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *azufre*; sigue luego τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el,* no traducible en esta estructura en castellano; ἐκπορευομένου, caso genitivo neutro singular del participio de presente en voz media del verbo ἐπορεύομαι, *salir,* aquí como *que salía*; ἐκ, preposición que rige genitivo *de*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *de los*, femenino en castellano *de las*; στομάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *bocas*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*.

ἀπὸ τῶν τριῶν πληγῶν τούτων ἀπεκτάνθησαν τὸ τρίτον τῶν ἀνθρώπων. La muerte de la tercera parte de los hombres se produce por medio de lo que Juan llama *plagas*. El sustantivo tiene el significado de algo que hiere y produce calamidades; está vinculado con la razón de *herir* o *herida*. Lucas lo usa en ese sentido, para referirse a las heridas causadas por los salteadores de

aquel hombre que iba de Jerusalén a Jericó (Lc. 10:30). Es una palabra muy común en el Apocalipsis (cf. 9:18, 20; 11:6; 13:3; 15:1, 6, 8; 16:19, 21; 18:4, 8; 21:9; 22:18). La LXX usa la palabra para referirse a las plagas de Egipto (Ex. 11:1ss).

ἐκ τοῦ πυρὸς καὶ τοῦ καπνοῦ καὶ τοῦ θείου του ἐκπορευομένου ἐκ τῶν στομάτων αὐτῶν. Las tres plagas en la acción del ejército que Juan vio tienen relación con el fuego, el humo y el azufre que sale de las bocas de los caballos. El énfasis no está tanto en el modo de causar la muerte de las gentes, sino más bien en la acción demoníaca que la produce. Estos demonios son absolutamente inmisericordes, de tal manera que la palabra genérica *hombres* equivalente a personas, denota cualquier habitante de la tierra, tanto mayores como niños, tanto hombres como mujeres; no hay distinción, simplemente la humanidad es objeto de la acción mortífera de estos ejércitos infernales que causarán la muerte a la tercera parte de los moradores del mundo. Algunos alegorizan esto para buscar una aplicación a muerte espiritual, encontrando en el fuego el engaño de una boca que habla mentiras, en el humo la acción que impide la visión clara para salvación y en el azufre el veneno mortal que el pecado supone para condenación eterna de los no creyentes. Esto pudiera ser una *aplicación* de la acción diabólica sobre los hombres, pero no es la interpretación que exige el versículo. Juan afirma contundentemente que la tercera parte de la población de la tierra *fue muerta*, es decir, no murieron de muerte natural, ni se trata de una muerte espiritual, sino que fueron llevados a la muerte por la acción de los demonios. La mortandad por medio de las plagas pudiera comprender epidemias, catástrofes y conflictos de cualquier género, de ahí el uso del término *plagas* para describir la acción de ese ejército.

19. Pues el poder de los caballos estaba en su boca y en sus colas; porque sus colas, semejantes a serpientes, tenían cabezas, y con ellas dañaban.

ἡ γὰρ ἐξουσία τῶν ἵππων ἐν τῷ στόματι αὐτῶν ἐστιν καὶ ἐν ταῖς
Porque el poder de los caballos en la boca de ellos está y en las
οὐραῖς αὐτῶν, αἱ γὰρ οὐραὶ αὐτῶν ὅμοιαι ὄφεσιν, ἔχουσαι κεφαλὰς
colas de ellos porque las colas de ellos semejantes a serpientes tienen cabezas
καὶ ἐν αὐταῖς ἀδικοῦσιν.
y con ellas dañan.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa el relato de la visión de los caballos con ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; con la conjunción causal γὰρ, *porque*; en castellano se invierten ambas palabras en la traducción *porque el*; ἐξουσία, caso nominativo femenino singular del sustantivo, *poder, autoridad, capacidad operativa*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *de los*; ἵππων, caso

genitivo masculino plural del sustantivo *caballos*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῷ, caso dativo neutro singular del sustantivo *boca*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; ἐστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *está*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐν, preposición de dativo *en*; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado *las*; οὐραῖς, caso dativo femenino plural del sustantivo *colas*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; αἱ, caso nominativo femenino plural del artículo determinado *las*; con la conjunción causal γὰρ, *porque*; en castellano se invierten ambas palabras en la traducción *porque las*; οὐραὶ, caso nominativo femenino plural del sustantivo *colas*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; ὅμοιαι, caso nominativo femenino plural del adjetivo *semejantes*; ὄφεσιν, caso dativo masculino plural del sustantivo *ofidios, serpientes*; ἔχουσαι, caso nominativo femenino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tienen*; κεφαλὰς, caso acusativo femenino plural de sustantivo *cabezas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐν, preposición de dativo *con*; αὐταῖς, caso dativo femenino plural del pronombre personal *ellas*; ἀδικοῦσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἀδικέω, *hacer injusticia, dañar, causar perjuicio,* aquí como dañan.

Ἡ γὰρ ἐξουσία τῶν ἵππων ἐν τῷ στόματι αὐτῶν ἐστιν καὶ ἐν ταῖς οὐραῖς αὐτῶν. El relato concluye con el detalle de la acción de los caballos que se presentan como verdaderas máquinas o instrumentos de muerte. Además de la boca que ocasionan las plagas de muerte, están también las colas, que se representan como αἱ γὰρ οὐραὶ αὐτῶν ὅμοιαι ὄφεσιν, *semejantes a cabezas de serpientes*. Juan afirma que en las colas ἔχουσαι κεφαλὰς, *tienen cabezas* y que de sus bocas situadas en las cabezas salen las plagas, las cabezas que tienen en sus colas son instrumentos para dañar: καὶ ἐν αὐταῖς ἀδικοῦσιν, *y con ellas dañan,* escribe, y es con ellas que causan perjuicio a las gentes. El verbo[21] que Juan usa lo utilizó antes para referirse a los efectos de las colas de las langostas (v.10). Dos elementos se concentran en los caballos: por un lado la consecuencia mortífera producida por la acción de las bocas; por otro la consecuencia de sufrimiento producida por la acción de las colas.

Un aspecto más a tener en cuenta es que Juan habla del ἐξουσία, *poder* de los caballos, utilizando para ello un término que implica la dotación de autoridad para llevar a cabo las acciones malignas contra los hombres. No cabe duda que las condiciones perversas son propias de los demonios que Juan vio; no quiere decir que Dios les haya dado esta capacidad o haya generado en ellos tal naturaleza, sino que permite, limitándolo, el ejercicio de esa maldad. El Soberano actúa en gracia preservando parte de los hombres del poder de los demonios, ya que en caso contrario, toda la humanidad sería exterminada por ellos.

[21] Griego, ἀδικέω.

El incremento del juicio se pone de manifiesto. En el anterior toque, la plaga producía dolor o tormentos, en esta ya produce tormentos y muerte. Los juicios divinos se intensifican en una advertencia solemne a los hombres llamándolos al arrepentimiento.

La rebeldía de los hombres (9:20-21).

20. Y los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos, ni dejaron de adorar a los demonios, y a las imágenes de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, las cuales no pueden ver, ni oír, ni andar.

Καὶ οἱ λοιποὶ τῶν ἀνθρώπων, οἳ οὐκ ἀπεκτάνθησαν ἐν ταῖς πληγαῖς
Y los demás de los hombres, los que no fueron muertos por las plagas
ταύταις, οὐδὲ μετενόησαν ἐκ τῶν ἔργων τῶν χειρῶν αὐτῶν, ἵνα μὴ
estas ni se arrepintieron de las obras de las manos de ellos para no
προσκυνήσουσιν τὰ δαιμόνια καὶ τὰ εἴδωλα τὰ χρυσᾶ καὶ τὰ
adorar a los demonios y a los ídolos los de oro y los
ἀργυρᾶ καὶ τὰ χαλκᾶ καὶ τὰ λίθινα καὶ τὰ ξύλινα, ἃ οὔτε
de plata y los de bronce y los de piedra y los de madera los que ni
βλέπειν δύνανται οὔτε ἀκούειν οὔτε περιπατεῖν,
ver pueden ni oír ni andar.

Notas y análisis del texto griego.

La visión pasa de los caballos a las personas que quedaron vivas, vinculando la narración con lo que antecede mediante la conjunción copulativa καὶ, *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; seguido de λοιποὶ, caso nominativo masculino plural del adjetivo *demás, restante, otro*; τῶν, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *de los*; ἀνθρώπων, caso genitivo masculino singular del sustantivo *hombres*, en sentido genérico de *personas*; οἳ, caso nominativo masculino singular del pronombre relativo *los que*; οὐκ, el adverbio de negación οὐ, en la forma que adopta ante vocal con espíritu suave, y que equivale a *no*, sirviendo para negativizar a ἀπεκτάνθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo ἀποκτείνω, *matar,* aquí como *fueron muertos*; ἐν, preposición de dativo *por*; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado *las*; πληγαῖς, caso dativo femenino plural del sustantivo *plagas*; ταύταις, caso dativo femenino plural del pronombre demostrativo *estas*; la cláusula se enfatiza y complementa con la conjunción negativa οὐδὲ, *ni*; μετενόησαν tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo μετανοέω, *arrepentirse*, aquí como *se arrepintieron*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*, femenino en castellano; ἔργων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *obras, acciones*; τῶν, caso genitivo femenino plural del artículo determinado *de las*; χειρῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo *manos*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; ἵνα, conjunción final *a fin de que, para que*; μὴ, adverbio de negación condicional *no*;

προσκυνήσουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo προσκυνέω, *adorar*, aquí como *adorarán*, futuro que expresa *no dejar de adorar en ningún momento*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *a los*; δαιμόνια, caso acusativo neutro plural del nombre común *demonios*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *a los*; εἴδωλα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *ídolos*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; seguido de χρυσᾶ, caso acusativo neutro plural del adjetivo *de oro*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *a los*; ἀργυρα, caso acusativo neutro plural del adjetivo *de plata*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *a los*; χαλκᾶ, caso acusativo neutro plural del adjetivo que expresa lo que es *de bronce*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *a los*; λίθινα caso acusativo neutro plural del adjetivo que expresa lo que es *de piedra*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *a los*; ξύλινα caso acusativo neutro plural del adjetivo que expresa lo que es *de madera*; ἃ, caso nominativo neutro plural del pronombre relativo *los que*; οὔτε, conjunción negativa, *ni*; βλέπειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo βλέπω, *ver*; δύνανται, tercera persona plural del presente de indicativo en voz media del verbo δύναμαι, *poder, tener poder*, aquí como *pueden*; οὔτε, conjunción negativa, *ni*; ἀκούειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo ἀκούω*, oír*; οὔτε, conjunción negativa, *ni*; περιπατεῖν, presente de infinitivo en voz activa del verbo περιπατέω, *andar, caminar.*

Καὶ οἱ λοιποὶ τῶν ἀνθρώπων, οἳ οὐκ ἀπεκτάνθησαν ἐν ταῖς πληγαῖς οὐδὲ μετενόησαν. Los hombres que sobrevivieron a las plagas que causaron la muerte a la tercera parte de la población mundial, persistieron en su rebeldía contra Dios. Estos son los que sobrevivieron a la acción de los ejércitos diabólicos que se organizaron para causar la mortandad. La población debiera estar concienciada de la situación a que se había llegado a causa del pecado. Sin embargo Juan hace notar que no se produjo ningún cambio de mentalidad o de opinión, que es el sentido de arrepentimiento, con el propósito de corregir lo que no estaba en orden. Es interesante el énfasis que Juan quiere dar a este estado de las gentes al utilizar una enfática conjunción negativa que equivale a οὐδε, *"ni aún"*. Es decir, ni aún viendo las plagas, sintieron la necesidad de volverse a Dios. Los acontecimientos terroríficos pasados por la humanidad, no sirvieron para hacer reflexionar a las personas sobre su estado espiritual. Las plagas habían sido, y seguirán siendo un llamamiento a la conversión a Dios.

La situación se repite en el tiempo y es semejante a la que ocurría en Israel en los días del profeta Amós: *"Os hice estar a diente limpio en todas vuestras ciudades, y hubo falta de pan en todos vuestros pueblos; más no os volvisteis a mí, dice Jehová"* (Am. 4:6). La condición natural del pecador le lleva a preferir morir en sus pecados que volverse a Dios confesándolos, de ahí la gran verdad bíblica sobre el estado de incapacidad espiritual de todo hombre y la absoluta negativa del hombre natural en buscar y volverse a Dios, como

enseña claramente el apóstol Pablo, citando el Antiguo Testamento: *"Como está escrito: No hay justo, ni aún uno; no hay quien entienda; no hay quien busque a Dios"* (Ro. 3:10-11). La Biblia afirma el carácter injusto de todo hombre (Sal. 14:1; 53:1; Job, 9:2; Ec. 7:20), de modo que, siendo el hombre injusto por naturaleza, no *hay ningún justo* en la tierra, nadie que posea una conducta aceptable delante de Dios (Is. 64:6); nadie puede estar en la presencia de Dios por méritos propios (Sal. 24:3-4). La Biblia enseña la ignorancia espiritual del no regenerado, que no entiende, sin la ayuda del Espíritu, las cosas de Dios, al faltarle capacidad para discernirlas (1 Co. 2:14); el no regenerado ni comprende ni acepta el plan de Dios, teniendo la mente entenebrecida que le impide percibir las demandas de la voluntad divina para acatarlas (Ro. 1:21); por ello, la doctrina del evangelio de la gracia para salvación, *"la palabra de la cruz"* les es locura (1 Co. 1:18-19). El hombre no regenerado está alejado de Dios como afirma la Escritura (Sal. 14:2); por esa causa desde el principio del pecado en la humanidad, los hombres huyeron de Dios en lugar de acercarse a Él (Gn. 3:10); la misma verdad es expresada por Isaías (53:6); la condición natural del hombre a causa del pecado le lleva a repudiar a Dios (Jn. 3:19-20) y, su espíritu religioso le conduce a adorar a otros dioses, que en realidad son demonios (1 Co. 10:20). Cuando el hombre busca a Dios es por influencia operativa de la gracia de Dios en él. El hombre tomó al principio de su rebeldía un camino de alejamiento que lo va separando de Dios y que se manifiesta claramente en la reacción que tiene a pesar de las advertencias que se le da en los juicios enviados sobre la tierra. Dice Juan que no se arrepintieron de su conducta, ni de sus obras: ἐκ τῶν ἔργων τῶν χειρῶν αὐτῶν, *de las obras de sus manos*. Mantuvieron una actitud desafiante frente al llamamiento divino.

Ἵνα μὴ προσκυνήσουσιν τὰ δαιμόνια καὶ τὰ εἴδωλα τὰ χρυσᾶ καὶ τὰ ἀργυρᾶ καὶ τὰ χαλκᾶ καὶ τὰ λίθινα καὶ τὰ ξύλινα. La prueba notoria es que persistieron en la adoración a ídolos. Lo hacían de todas las formas posibles, en metales costosos como oro, plata o bronce, o en otros materiales más sencillos como madera o piedra. La idolatría no equivale siempre a una representación de Dios bajo figuras. Todo aquello a que el hombre rinde pleitesía y ocupa el lugar de Dios, es un ídolo. En los días de la tribulación un humanismo desbordante lleva a los hombres a adorar al hombre, en lugar de adorar a Dios. Especialmente visible se hará en la adoración al Anticristo (13:12). Ciertamente, un ídolo no es nada en sí mismo. Juan afirma esta verdad lo mismo que el resto de la Escritura. Su inutilidad se hace manifiesta en la incapacidad de actuación, no pudiendo ver, ni oír, ni moverse. Así también enseñan los pasajes del Antiguo Testamento (cf. Sal. 115:4-8; 135:15-18; Dn. 5:23). La misma verdad es enseñada en otros lugares del Nuevo Testamento (1 Co. 8:4). Sin embargo, el grave problema de la idolatría, en cualquier caso, es que tras los ídolos, no importa la forma que revistan, se esconden los demonios (1 Co. 10:19, 20).

῞Α οὔτε βλέπειν δύνανται οὔτε ἀκούειν οὔτε περιπατεῖν. Lo más absurdo de la idolatría, es que los hombres rinden culto a cosas que no tienen ni el más mínimo elemento vital, es decir, son *ídolos muertos*. Esos no pueden *ver, ni oír, ni andar*. Es lo propio, no solo de un culto muerto, sino de un culto en la esfera de la muerte. Todo cuanto no procede de Dios en el poder de su Espíritu es muerto. Es posible que el final del tiempo de mortandad consentido a los demonios que salieron con ese propósito y recibieron autoridad para ello, pudiera ser atribuido al culto idolátrico de las gentes. Sea lo que fuere, el texto advierte de la rebeldía humana y de la inconsistencia de su actividad. Dejando al Dios verdadero adoran a quienes no son dioses y tras de los cuales se ocultan los demonios.

21. Y no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus hurtos.

καὶ οὐ μετενόησαν ἐκ τῶν φόνων αὐτῶν οὔτε ἐκ τῶν φαρμάκων
Y no se arrepintieron de los homicidios de ellos ni de las hechicerías
αὐτῶν οὔτε ἐκ τῆς πορνείας αὐτῶν οὔτε ἐκ τῶν κλεμμάτων αὐτῶν.
de ellos ni de las fornicaciones de ellos ni de los hurtos de ellos.

Notas y análisis del texto griego.

La vinculación con lo antecedente se produce usando la conjunción καὶ; seguida de οὐ adverbio de negación *no*; μετενόησαν tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo μετανοέω, *arrepentirse*, aquí como *se arrepintieron*; ἐκ, preposición de genitivo, *de*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; φόνων, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *homicidios*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; continuando con la forma negativa mediante οὔτε, conjunción copulativa que denota negación, equivalente a *ni*; ἐκ, preposición de genitivo, *de*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*; φαρμάκων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *hechicerías*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; continuando con la forma negativa mediante οὔτε, conjunción copulativa que denota negación, equivalente a *ni*; ἐκ, preposición de genitivo, *de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *las*; πορνείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *fornicaciones*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; οὔτε, conjunción copulativa con carácter negativo *ni*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*; κλεμμάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *hurtos*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*.

Καὶ οὐ μετενόησαν ἐκ τῶν φόνων αὐτῶν οὔτε ἐκ τῶν φαρμάκων αὐτῶν οὔτε ἐκ τῆς πορνείας αὐτῶν οὔτε ἐκ τῶν κλεμμάτων αὐτῶν. La impiedad conduce a una conducta moral injusta que se

manifiesta contra el prójimo (Ro. 1:18ss). El hombre se presenta en todo el pasaje como un ser rebelde reacio al arrepentimiento, que implica un cambio de conducta. El texto está vinculado estrechamente con el anterior, formando un todo unido, por tanto, es necesario apreciar que el versículo anterior trata de la adoración a los ídolos, de modo que la consecuencia del alejamiento de Dios, que es amor, lleva a situaciones de mala relación con los demás. Como se ha dicho antes, la adoración a los ídolos es adoración a los demonios que se esconden tras ellos; esta comunión con las fuerzas de maldad produce un estilo de vida propio de esa relación, que se manifiesta en el trato entre las personas. La forma natural de quien sigue a Dios se sustenta, entre otras cosas, en el amor, el gozo, la paz, la paciencia y la benignidad (Gá. 5:22-23). Por el contrario, la condición de vida de quienes siguen a los demonios se expresa en una existencia donde no hay amor, ni respeto, ni paz, ni misericordia. Es la conducta propia de la carne y de las tinieblas (Gá. 5:19-21). En esto debe haber una absoluta claridad de comprensión: no sólo es la conducta propia de quienes no tienen a Cristo y, por tanto, no han nacido de nuevo, sino la de aquellos que habiendo creído dejan de vivir bajo el control del Espíritu y siguen las pasiones carnales. Las muchas divisiones, conflictos personales, pecados morales, opresión, etc. se llevan a cabo por quienes se llaman cristianos, lo que supone un verdadero contratestimonio para el evangelio que proclama la transformación integral del hombre por medio del nuevo nacimiento y la regeneración del Espíritu.

Entre los pecados notorios que se manifestarán entre los hombres no creyentes, estarán τῶν φόνων. los *homicidios*, un pecado contra el prójimo y contra Dios. Es una de las prohibiciones más concretas en el decálogo: *"No matarás"* (Ex. 20:13), que se refiere al hecho de quitar la vida a un semejante con premeditación, por tanto, es más preciso *"no cometerás homicidio"*. Los hombres de los tiempos de la tribulación, que no tienen a Dios en sus vidas, ponen de manifiesto la vinculación que hay entre ellos y su *padre espiritual*, el diablo, que desde el principio de su pecado se convirtió en *homicida* (Jn. 8:44).

Otro de los males que se pondrán de manifiesto en aquella sociedad serán τῶν φόνων, *las hechicerías*. Tiene que ver con acciones de apariencia sobrenatural con la que fácilmente se engaña a los demás; son milagros mentirosos, relacionándose también con encantamientos y lo que se suele llamar brujería, que incluye también el *espiritismo*. En el tiempo inmediatamente anterior al retorno de Jesucristo, el engaño diabólico circulará como algo natural en la sociedad. Los que siguen al diablo, son también seguidores de la mentira, por cuanto él, no sólo es homicida, sino también mentiroso, apartado de la verdad y contrario a ella (Jn. 8:44). Este aspecto de *hechicería*, comprende todo lo relativo a lo que pudiéramos llamar *magia*. La hechicería estaba absolutamente condenada por la ley de Dios y los hechiceros no debían vivir

entre el pueblo de Dios (Ex. 22:18). Los seguidores de los demonios no pueden manifestar otro estilo de vida que el propio de ellos siguiendo la *hechicería*. La palabra griega de donde procede el término en español, está vinculada con *farmacia*, como lugar donde se usan drogas. En el campo de la hechicería de los tiempos de Juan, solían usarse alucinógenos con fines esotéricos, de modo que los seguidores de ciertas manifestaciones espirituales idolátricas, ingerían drogas para *entrar en trance*. En una extensión mayor la hechicería comprende también las *drogas religiosas*, propias de las enseñanzas de las sectas, que consiguen cambiar la visión correcta de las cosas espirituales por otras deformadas, como ocurría entre los gálatas, debido a las enseñanzas de los que se habían introducido entre ellos (Gá. 3:1).

Juan cita también el pecado de la *fornicación,* τῶν φόνων, literalmente en plural, *las fornicaciones*. Las prácticas inmorales de pecados relacionados con la sexualidad. La palabra tiene un alcance muy amplio en el Nuevo Testamento y comprende tanto las relaciones ilícitas entre solteros, como el adulterio, el incesto (1 Co. 5:1), y otras muchas aberraciones de relación íntima. En general, se presenta una sociedad en donde la laxitud moral permite afrontar con desprecio aquello que está directamente bajo el juicio de Dios (He. 13:4). Algunos alegoristas consideran que todos estos pecados tienen una expresión espiritual y no se trata tanto de hechos concretos, de modo que en este caso la *fornicación*, serían las prácticas idolátricas que unen al hombre a otros dioses alejándolo del Dios verdadero. No cabe duda que todo pecado expresado en acciones nace espiritualmente en el corazón, pero no hay razón para alegorizar el pasaje. Juan está presentando una visión panorámica de una sociedad rebelde y degradada, propio de quienes no quieren tener a Dios en cuenta, a pesar de las manifestaciones que lo ponen de manifiesto (Ro. 1:21-23).

Finalmente el apóstol se refiere a τῶν φόνων, los *hurtos*. Tiene que ver con apropiarse ilegítimamente de lo que pertenece al prójimo. El hurto nace de un corazón codicioso por lo ajeno. Existe en todas las sociedades y a todos los niveles, sin embargo, el hecho de mencionarlo como uno de los males que aflora en aquella sociedad, indica que será notoriamente importante. El robo estará al orden del día. La impiedad produce todo tipo de injusticia y de maldad.

Llegado ya el final del capítulo será bueno reflexionar sobre las grandes aplicaciones para el momento actual. La primera enseñanza que surge del texto bíblico es la actuación divina contra el pecado, que obliga a actuar a Dios a causa de su justicia. Sin embargo, la gracia se manifiesta aún en los momentos de mayor pecaminosidad, concediendo siempre tiempo para el arrepentimiento, *“no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento”* (2 P. 3:9). Los creyentes debemos entender que el principio de la acción divina contra el pecado, nos alcanza también en relación con la

disciplina. En ningún caso el pecado que el creyente cometa podrá hacer que pierda su salvación, si realmente ha sido salvo, pero no impedirá que sea disciplinado (He. 10:26-31). Cualquier pecado, no importa cual sea el alcance y la intensidad, es una ofensa contra Dios y cualquiera de ellos ha costado la sangre de su Hijo Jesucristo. El pecado no es cosa de poca importancia, sino de importancia capital. Cuando hay pecado sin confesar en la vida cristiana, se produce la interrupción de la comunión con Dios, que se restaura por confesión (1 Jn. 1:9).

Se aprecia también en el estudio del pasaje que las manifestaciones pecaminosas no han variado en el tiempo. Los pecados citados en el texto son tan actuales hoy como lo eran entonces. Sin duda pueden adoptar diferentes expresiones pero la base y el alcance de ellos es el mismo. La idolatría persiste en el día de hoy, manifestándose en todo aquello que impide un compromiso pleno y único con Dios (Lc. 14:26, 33). Los homicidios entran de lleno dentro del odio o el desprecio profundo al hermano (Mt. 5:21-22). Las críticas y murmuraciones son expresión de aborrecimiento contra el hermano (Stg. 4:11). Estos pecados de la lengua, quitan algo tan importante como la conducta, por tanto, es semejante a quitar la vida. Las hechicerías comprenden todo aquello que busca engañar o sugestionar a otro. Estos elementos se diluyen en apariencias inocentes, tales como los asuntos llamados de *magia blanca*, los horóscopos, las cartas astrales, etc. Por otro lado, la fornicación se manifiesta en cualquier relación ilícita entre personas. Comprende los pecados de comisión como la fornicación, el adulterio, y cualquier otra práctica sexual ilícita. El pecado de la homosexualidad, tanto entre hombres como entre mujeres, no sólo está condenado por la Biblia, sino que su práctica pone en evidencia que no se ha producido el nuevo nacimiento, por tanto, quienes practican este pecado, no heredaran el reino de Dios (1 Co. 6:9). El pecado alcanza tanto la comisión como la intención (Mt. 5:27-30), lo que exige una acción cuidadosa para mantener limpieza mental. El hurto tiene que ver con la apropiación de aquello que es de otro, sin importar la dimensión de lo hurtado. Cualquier apropiación, de cosas materiales o incluso de tiempo, en el caso de una persona que utilice el tiempo retribuido de su trabajo para hacer otras cosas que no son su función laboral, entra dentro del ámbito del hurto. No pagar los impuestos está también comprendido dentro de este pecado.

Finalmente, Dios llama a su pueblo a un retorno incondicional a Él. Todos necesitamos restauración espiritual. Ninguno de nosotros, incluso los creyentes más perfectos, estamos excluidos de la comisión por acción, omisión o deseo, de algún pecado, por tanto, se hace necesaria la práctica de la confesión (1 Jn. 1:9). Confesar no es decir a Dios el pecado cometido, cosa que está en el pleno conocimiento suyo, sino afirmar lo que Él afirma que cualquier acción contra Su voluntad es pecado y, por tanto, exige apartarse de ella. Será bueno

para cada uno recordar la verdad bíblica: *"El que encubre sus pecados no prosperara; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia"* (Pr. 28:13).

CAPÍTULO X

EL LIBRO PEQUEÑO

Introducción.

El progreso natural del libro debiera seguir con el sonido de la séptima trompeta, sin embargo, como ya ocurrió con los sellos, entre la sexta y la séptima trompeta se introduce una especie de paréntesis que enlaza con lo que antecede y prepara el camino para lo que sigue. Dios ha estado interviniendo en juicio sobre el mundo, en un incremento constante que resulta en una advertencia a los hombres sobre el cumplimiento profético anunciado para el tiempo anterior al regreso de Jesucristo a la tierra. El Dr. Lacueva entiende así el espacio entre las trompetas:

“Tras de lo narrado en el capítulo anterior, cualquiera esperaría el toque de la séptima trompeta, pero esto no sucede hasta 11:15. En el intervalo, tenemos cuatro secuencias: dos partes en el capítulo actual, las cuales forman un todo: un mensaje de consuelo y un encargo a Juan para que profetice; otras dos secuencias en el cap. 11: la medición del templo y la aparición de los dos testigos. Ya vimos una interrupción similar después del sexto sello al final del cap. 6, pues todo el cap. 7 está dedicado a presentarnos dos secuencias diferentes: el sellado de los 144.000 de las tribus de Israel, y la presencia en el cielo de una multitud incontable de extracción universal, procedente de la Gran Tribulación. Ahora tenemos un brusco salto de perspectiva”[1].

De una forma semejante escribe el Dr. Ladd:

“Juan acaba de llegar al fin del relato del sonido de seis de las siete trompetas, junto con las plagas o ayes que las acompañan. Ahora podríamos esperar que nos relate el sonido de la séptima trompeta, pero en vez de hacerlo, Juan inserta el relato de la visión de un gran ángel que desciende del cielo con un librito en su mano, el cual se le exige que coma (10:1-11). A esto agrega el relato de la medición del templo y el ministerio, muerte y ascensión de dos testigos. Después del intérvalo, Juan continúa la narración interrumpida y registra el sonido de la séptima trompeta en 11:14-19.

Esto es coherente con el estilo de Juan y es un factor esencial en la estructura artística del libro. Entre el sexto y séptimo sellos, Juan inserta el relato de las dos multitudes (7:1-17). Entre las siete trompetas y las siete copas, Juan habla del dragón y la mujer (12:1-17), la visión de las dos grandes bestias (13:1-18) y la visión del Cordero en el monte de Sión (14:1-20).

---

[1] F. Lacueva. o.c., pág. 437

Sin embargo no deja de reconocer la necesidad preparatoria de esto:

"En este caso, el paréntesis es una preparación directa para la continuación de las visiones de las trompetas, porque uno de los propósitos de los interludios es anunciar que 'en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio de Dios se consumará, como Él lo anunció a sus siervos los profetas' (10:7). Luego Juan el profeta es preparado por un nombramiento renovado para su misión de comunicar a los hombres la consumación del propósito redentor de Dios"[2].

La visión sobre el libro pequeño es el prólogo a la acción definitiva del juicio de Dios sobre el mundo, que pondrá fin a la rebeldía contra Él y dará paso al establecimiento literal de una manifestación del reino de Dios o reino de los cielos sobre la tierra. El toque de la séptima trompeta aparece en el siguiente capítulo (11:15), y es el final, la consumación del misterio de Dios anunciado por los profetas (10:7), esto es, la consumación del propósito redentor y el establecimiento del reino mesiánico terrenal. Esta es la manifestación de Dios en su actividad ya anunciada en relación con el mundo. Quiere decir esto que no sería posible entender bien lo que viene desde el toque de la séptima trompeta, sin la revelación introducida tanto en este como en el siguiente capítulo.

La intervención divina en su forma final sobre el sistema actual proféticamente anunciada, pondrá de manifiesto ante todos que él es el Soberano. El primer gran rollo fue abierto por el Cordero. En este pequeño rollo están los detalles más específicos de los acontecimientos que se producirán en los días finales, los tres años y medio de la última semana profetizada por Daniel. Ese período será el más difícil, tanto para Israel como para el mundo. La acción del Anticristo, que alcanzará la preeminencia en esta parte final de la semana, se manifestará en persecuciones contra los creyentes y en la ejecución del proyecto diabólico de eliminar a Dios como Señor, para imponerse él mismo como dueño supremo del orden mundial. En este tiempo de confusión, el testimonio de Dios permanecerá en el mundo. Nunca el Soberano ha quedado sin testimonio personal entre las gentes, como ocurrirá también en los momentos álgidos de la tribulación. Los hombres en la tierra no habrán querido entender que los grandes juicios descritos en lo que antecede del libro, han tenido lugar por acción directa de Dios. Estos seguirán rebeldes, a pesar de las evidencias, sin ningún interés en volverse a Dios (9:21). Como los insensatos descritos por Pedro, se preguntarán donde está Dios y sus promesas (2 P. 3:3-4). Ellos ignorarán, bajo la influencia de entorno de sus días y la actividad diabólica, que el Señor envía juicio para llamar a las gentes al arrepentimiento. No obstante, la acción judicial y definitiva de Dios se producirá, por lo que en

---

[2] George Eldon Ladd. o.c., pág. 124.

su gracia, envía un mensaje de advertencia para recordar a todos lo que, anunciado por los profetas, no tendrá dilación y se cumplirá de inmediato.

La división del pasaje para su estudio es sencilla, siguiendo el bosquejo del libro:

1. El rollo pequeño (10:1-11).
   1.1. La aparición del ángel (10:1-4).
   1.2. La acción del ángel (10:5-11).

El rollo pequeño (10:1-11).

La aparición del ángel (10:1-4).

1. Vi descender del cielo a otro ángel fuerte, envuelto en una nube, con el arco iris sobre su cabeza; y su rostro era como el sol, y sus pies como columnas de fuego.

Καὶ εἶδον ἄλλον ἄγγελον ἰσχυρὸν καταβαίνοντα ἐκ τοῦ οὐρανοῦ
Y vi otro ángel fuerte que descendía del cielo
περιβεβλημένον νεφέλην, καὶ ἡ ἶρις ἐπὶ τῆς κεφαλῆς αὐτοῦ καὶ τὸ
que estaba envuelto en [una] nube y el arco iris sobre la cabeza de él y el
πρόσωπον αὐτοῦ ὡς ὁ ἥλιος καὶ οἱ πόδες αὐτοῦ ὡς στῦλοι πυρός,
rostro de él como el sol y los pies de él como columnas de fuego.

Notas y análisis del texto griego.

La introducción de una nueva visión, se vincula con todo cuanto antecede dándole continuidad mediante el uso de la conjunción copulativa καὶ, *y*; εἶδον, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, *ver*, aquí como *vi*, también en sentido de *observar, percibir, mirar*; ἄλλον, caso acusativo masculino singular del adjetivo indefinido *otro*; ἄγγελον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *ángel*; ἰσχυρὸν, caso acusativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *fuerte, poderoso, capaz*; καταβαίνοντα, caso acusativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo καταβαίνω, *bajar, descender,* aquí como *que descendía*; ἐκ, preposición de genitivo, *de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; ambos unidos en la contracción *del*; οὐρανοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *cielo*; περιβεβλημένον, caso acusativo masculino singular del participio perfecto en voz media del verbo περιβάλλω, *echar alrededor, poner,* en voz media *vestirse,* aquí como *vestido, o envuelto*, tal vez mejor *que estaba envuelto*; νεφέλην, caso acusativo femenino singular del sustantivo *en nube,* que debe complementarse con el artículo indeterminado *una*, implícito; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἶρις, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *arco iris*, masculino en castellano; ἐπὶ, preposición de genitivo *sobre*; τῆς, caso

genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; κεφαλῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *cabeza*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*; καὶ, conjunción *y*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; πρόσωπον, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *rostro*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*; ὡς, adverbio de modo en sentido comparativo *como*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἥλιος, caso nominativo masculino singular del nombre *sol*; καὶ, conjunción *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; πόδες, caso nominativo masculino plural del sustantivo *pies*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*; ὡς, adverbio de modo en sentido comparativo *como*; στῦλοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *pilar, columnas*; πυρός, caso genitivo neutro singular del sustantivo *de fuego*.

Καὶ εἶδον ἄλλον ἄγγελον ἰσχυρὸν καταβαίνοντα ἐκ τοῦ οὐρανοῦ. Juan observa en esta nueva visión la presencia de un *ángel fuerte que descendía del cielo*. El verbo[3] utilizado expresa una función de gerundio que permite traducirlo como *descendiendo*, o incluso, si se prefiere mejor más literalmente como *que descendía*, es decir, en el acto de descender desde donde estaba antes. El ángel no era ninguno de los que había visto y descrito anteriormente, se trata de *otro*, para distinguirlo de todos los anteriores. Este ángel era *fuerte*, *poderoso*. El adjetivo calificativo ἰσχυρὸν ya apareció antes (5:2) y el sentido de la expresión equivale a un ángel *robustísimo*, podría traducirse en un lenguaje más coloquial como *forzudo*, especialmente apropiado para quien está involucrado en el anuncio de juicio como un guerrero valiente. La idea tiene que ver con el aspecto de un cuerpo atlético, lo que aquí denota la visión de un coloso dentro del mundo de los ángeles. No se dice quien es el ángel. Algunos creen que podría tratarse de Gabriel, cuyo nombre significa *"Dios es mi fuerza"*. Éste fue enviado a Daniel con un mensaje de consolación (Dn. 8:16; 9:21). A Zacarías se le apareció presentándose como el ángel que está delante de Dios (Lc. 1:19). Es también el ángel enviado por Dios a María, la Virgen, para anunciar el nacimiento de Jesús (Lc. 1:26). En todas las veces que aparece su nombre está vinculado con la revelación de la esperanza mesiánica. Otros consideran que este ángel fuerte debe ser el arcángel Miguel (Dn. 12:1). Incluso hay quienes entienden que puede tratase del mismo Señor, basándose en el aspecto de majestad que refleja, sin embargo, debe apreciarse que en ningún lugar del Nuevo Testamento se llama *ángel* a Jesucristo, aunque sí ocurre en el Antiguo Testamento (Mal. 3:1) y, por otro lado, el juramento que hace el ángel no corresponde en modo alguno a expresión del Señor (v. 6). Pretender establecer a que ángel se refiere es entrar en el terreno de la mera suposición sin evidencias bíblicas definitivas. Ἄλλον ἄγγελον, *otro ángel*, significa otro ser de la misma condición.

[3] Griego: καταβαίνω.

El ángel καταβαίνοντα ἐκ τοῦ οὐρανου *descendía del cielo*, literalmente *que descendía*, o incluso *descendiendo*, esto es, sobrevenía desde el cielo por lo que Juan lo percibió en su visión, en el proceso de descender. No se trata de un ángel que *cae*, o que *ha caído* como el descrito antes (9:1). Simplemente es un ángel santo al servicio de Dios, que desciende desde una posición en el cielo hacia la tierra.

Περιβεβλημένον νεφέλην, El ángel que Juan vio estaba *envuelto*, equivalente aquí a *vestido*, de una nube. La nube le rodeaba a modo de vestidura. Los seres celestiales aparecen a menudo rodeados de nubes y éstas son símbolo de algo relacionado con el cielo y con la gloria de Dios (Sal. 104:3). Las nubes del cielo marcan la presencia de Dios (Dn. 7:9), por tanto, en este caso, expresan la misión que Dios mismo había encomendado al ángel, relacionándolo así la misma vestidura de que estaba envuelto. A Dios se le describe como cabalgando sobre una nube (Is. 19:1). Fue también una nube la que recibió a Jesús en su ascensión ocultándole de los ojos de los que presenciaba su partida de la tierra a la gloria (Hch. 1:9). El apóstol Pablo presenta el encuentro de la Iglesia con el Señor en las nubes (1 Ts. 4:17; Ap. 1:7). Dos aspectos se ponen de manifiesto en el ángel vestido de una nube: primeramente que es un ángel enviado de Dios mismo, ya que las nubes se relacionan con Dios; en segundo lugar que es un ángel santo, por cuanto la nube insinúa la blancura de su vestido, comparable al de una nube, blanquísima que lo cubría rodeando su cuerpo. Pero, también, por otro lado, la nube se relaciona con juicio divino, como será la manifestación del Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo con gran poder y gloria (Mt. 24:30; Mr. 13:26). Cristo advirtió a quienes le juzgaban que todos le verían sentado a la diestra del poder de Dios y viniendo en las nubes del cielo (Mr. 14.62). Las gentes verán, después de la tribulación, el descenso del Señor en una nube con poder y gloria (Lc. 21:25-27). El ángel fuerte descendía para anunciar juicio.

Καὶ ἡ ἶρις ἐπὶ τῆς κεφαλῆς αὐτοῦ. Otro aspecto de la visión relativa al ángel es que sobre su cabeza había un halo irisado, semejante al arco iris. El arco iris es señal del pacto de paz y de misericordia que Dios estableció con los hombres después del diluvio, que fue una manifestación del juicio divino sobre el pecado (Gn. 9:13). En esta ocasión el ángel fuerte desciende para anunciar juicio, pero, aún así, lleva sobre él en forma bien visible, la nota de gracia y misericordia a modo de un arco iris, que rodea siempre todos los actos de Dios. No cabe duda de que Dios había iniciado una intervención en juicio sobre los hombres; no es menos cierto que el juicio iba a incrementarse considerablemente en el tiempo sucesivo, pero aún así, la gracia de Dios se manifiesta en salvación para todos los hombres. La santidad que exige el juicio sobre el pecado, está rodeada también de la gracia misericordiosa para salvación a todo aquel que cree.

Καὶ τὸ πρόσωπον αὐτοῦ ὡς ὁ ἥλιος. De los vestidos y de la aureola irisada, Juan centra su mirada en el rostro del ángel, que lo describe comparándolo con el sol. El énfasis está en la gloria y luminosidad que se manifestaban en el ángel fuerte. No puede, la gloria del ángel, alcanzar ni ser equiparable a la del Señor (Ap. 1:15), pero, era lo suficientemente intensa para llamar la atención de Juan.

Καὶ οἱ πόδες αὐτοῦ ὡς στῦλοι πυρός. Los pies del ángel, que en el sustantivo incluyen también las piernas, aparecen como columnas brillantes, como fuego. La gloria de aquel ángel debía ser majestuosa e impactante. No es de extrañar que la presencia de los ángeles conmocionase a los guardias que custodiaban la tumba, y llenasen de temor a las mujeres que habían acudido al sepulcro de Jesús (Mt. 28:3-4; Lc. 24:4-5). Una majestuosidad semejante llevó a Juan a inclinarse ante uno de ellos (Ap. 22:8). Sin embargo, aunque rodeados de fortaleza y gloria, no dejan de ser sino servidores de Dios, en un plano de servicio equiparable al de los creyentes, cada uno en su dimensión y llamado (Ap. 19:10).

2. Tenía en su mano un librito abierto, y puso su pie derecho sobre el mar, y el izquierdo sobre la tierra.

καὶ ἔχων ἐν τῇ χειρὶ αὐτοῦ βιβλαρίδιον ἠνεῳγμένον. καὶ ἔθηκεν
Y tenía en la mano de él [un] rollo pequeño que había sido abierto; y puso
τὸν πόδα αὐτοῦ τὸν δεξιὸν ἐπὶ τῆς θαλάσσης, τὸν δὲ εὐώνυμον ἐπὶ
el pie de él el derecho sobre el mar, y el izquierdo sobre
τῆς γῆς,
la tierra.

Notas y análisis del texto griego.

Prosigue el relato de la visión mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔχων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tiene,* mejor *tenía*, como un pasado descriptivo; ἐν, preposición que rige dativo *en*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *en la*; χειρὶ, caso dativo femenino singular del sustantivo *mano*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*; βιβλαρίδιον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *rollo escrito, libro,* en este caso expresado en diminutivo, a su vez de otro diminutivo βιβλάριον, *librito*, que lo es también de otro, βιβλίον, diminutivo de βιβλος, *libro*, referido a un documento, o rollo de material de escritura que servía de soporte, generalmente hojas de planta de papiro, la idea es de un *libro muy pequeño*; ἠνεῳγμένον, caso acusativo neutro singular del participio perfecto en voz activa del verbo ἀνοίγω, *abrir*, aquí como *que había sido abierto*, o también *que estaba abierto*; καὶ, conjunción *y*; ἔθηκεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo τίθημι, *guardar, poner, meter, colocar*, aquí como *puso*; τὸν, caso acusativo masculino singular del

artículo determinado *el*; πόδα, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *pie*; αὐτου, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; δεξιὸν, caso acusativo masculino singular del adjetivo *derecho*, en contraste con *izquierdo*; ἐπὶ, preposición de genitivo *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; θαλάσσης, caso genitivo femenino singular del sustantivo *mar*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; seguido de la partícula conjuntiva δὲ, aquí con sentido y significado de *y*; εὐώνυμον, caso acusativo masculino singular del adjetivo *izquierdo*, en oposición a *derecho*; ἐπὶ, preposición de genitivo *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del nombre *tierra.*

Καὶ ἔχων ἐν τῇ χειρὶ αὐτοῦ βιβλαρίδιον ἠνεῳγμένον. En la mano del ángel descrito antes, había un pequeño libro. La construcción gramatical utilizando el participio de pretérito es muy propia de la expresión semita. El libro era muy pequeño, como lo sugiere el hecho de ser un diminutivo de otro diminutivo en el texto griego, lo que quiere decir que tenía un pequeñísimo rollo escrito. Este libro estaba abierto, por tanto, su significado no era oculto, como ocurría con aquel que tomó el Cordero de la mano del que estaba sentado en el trono (5:1). El libro estaba, con toda seguridad, en la mano izquierda del ángel, por cuanto levantó su mano derecha para jurar (v. 5, texto griego). El contenido del libro, al ser pequeño, implica un texto poco extenso y fácil de entender. A pesar de estar abierto, por tanto, sin limitación a la lectura y conocimiento, no se dice el contenido de lo que había escrito en él. No cabe duda que tiene relación con los acontecimientos inmediatos que iban a producirse y, con toda probabilidad, era una extensión o una reiteración de lo que había escrito en el rollo sellado con siete sellos. Sin embargo, al no estar identificado el mensaje escrito, cualquier precisión que pretenda hacerse no dejará de ser una mera conjetura. Es muy posible que el contenido sea una revelación que Dios da a Juan de los puntos concretos sobre los juicios inmediatos que vendrían sobre la tierra, en la consumación de su plan eterno.

Καὶ ἔθηκεν τὸν πόδα αὐτοῦ τὸν δεξιὸν ἐπὶ τῆς θαλάσσης, τὸν δὲ εὐώνυμον ἐπὶ τῆς γῆς. Juan ve firmemente establecido el ángel, con un pie, el derecho, puesto sobre el mar y el izquierdo apoyado en la tierra. Sugiere esta figura el control completo que Dios ejerce sobre la tierra en toda su extensión, tanto en el mar con en la tierra firme, de tal manera que nada hay que pueda ocultarse a la acción de Él, ni nadie puede quedar ignorante del mensaje del que era portador. El mensaje está relacionado con lo que Dios iba a llevar a cabo de forma inmediata en la consumación de su plan sobre el mundo (v. 6). El ángel está situado de modo que el mensaje que va a transmitir alcanzaría a todos los hombres en cualquier lugar.

3. Y clamó a gran voz, como ruge un león; y cuando hubo clamado, siete truenos emitieron sus voces.

καὶ ἔκραξεν φωνῇ μεγάλῃ ὥσπερ λέων μυκᾶται. καὶ ὅτε ἔκραξεν,
Y clamó con voz grande como un león ruge. Y cuando clamó
ἐλάλησαν αἱ ἑπτὰ βρονταὶ τὰς ἑαυτῶν φωνάς.
hablaron los siete truenos las de ellos mismos voces.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue el relato con καὶ, conjunción copulativa, *y*; ἔκραξεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo κράζω, *gritar, clamar, alzar la voz,* en sentido de *hablar fuertemente*, aquí como *clamó*; φωνῇ, caso dativo femenino singular del término *voz*; μεγάλῃ, caso dativo femenino singular del adjetivo que expresa la condición de *grande*; seguida de ὥσπερ, adverbio equivalente a *como, así como, lo mismo que, del mismo modo que*, aquí *como*; λέων, caso nominativo masculino singular del sustantivo *león*; μυκᾶται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo μυκάομαι, *rugir,* aquí como *ruge*. La segunda cláusula se inicia también con καὶ, conjunción copulativa, *y*; seguida de ὅτε, conjunción temporal *cuando*, con sentido de *en el tiempo, en el punto, en la ocasión en que*; ἔκραξεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo κράζω, *gritar, clamar, alzar la voz,* en sentido de *hablar fuertemente*, aquí como *clamó*; ἐλάλησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo λαλέω, *hablar, emitir voz, decir, conversar, resonar*, aquí como *hablaron*, ya que realmente el sonido contiene un mensaje; αἱ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *las*; ἑπτὰ, caso nominativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal *siete*; βρονταὶ, caso nominativo femenino plural del sustantivo *truenos*; ἑαυτῶν, caso genitivo femenino plural del pronombre personal, *de ellos mismos*; φωνάς, caso acusativo femenino plural del sustantivo *voces, sonidos.*

Καὶ ἔκραξεν φωνῇ μεγάλῃ ὥσπερ λέων μυκᾶται. El ángel proclamó el mensaje con voz fuerte, como corresponde a un ser de la dimensión que Juan describe. La expresión ἔκραξεν φωνῇ μεγάλῃ, *"clamó a gran voz"*, es frecuente en Apocalipsis (cf. 1:10; 5:2, 12; 6:10; 8:13; 14:7, 9, 15; 18:2) y establece un énfasis notorio bien en quien dice el mensaje, bien en el mensaje o en ambas cosas, como es el caso aquí. El verbo clamar[4] tiene, entre otros, el sentido de emitir la palabra con intensidad y vehemencia o de manera grave y solemne. El ángel grande pronuncia un mensaje *grande* en importancia, haciéndolo con voz grande, comparable al ὥσπερ λέων μυκᾶται, rugido de un león. Una de las características del rugido del león es que se escucha a mucha distancia. El mensaje dado de este modo permite apreciar en él, intensidad, potencia y majestad. Es un mensaje de urgencia por cuanto tiene que ver con que la paciencia de Dios ha llegado a su fin y el Eterno se dispone a las

[4] Griego: κράζω.

últimas intervenciones en la historia humana anterior al regreso de Jesucristo. Corresponde perfectamente la comparación sobre el sonido de la voz, con el rugido de un león, porque así se presenta también en la profecía del Antiguo Testamento la voz de Dios, comparada con el rugido de un león (Am. 3:8; Os. 11:10).

Al clamor del ángel: καὶ ὅτε ἔκραξεν, *"y cuando hubo clamado"*, ἐλάλησαν αἱ ἑπτὰ βρονταὶ τὰς ἑαυτῶν φωνάς, responden o se añaden las voces de siete truenos. Como ya se indicó antes *voces*, en relación con los truenos, equivale al sonido que se produce en la tormenta. Las voces de los truenos que se emitieron después de que el ángel fuerte habló, están relacionadas con la expresión de la voz de Dios, ya que los truenos se asocian muchas veces al *hablar* del Señor, como dice el salmista: *"Voz de Jehová sobre las aguas, truena el Dios de la gloria"* (Sal. 29:3). En el ministerio de Jesucristo, el testimonio sobre Él desde el cielo en respuesta a su petición sobre que Dios fuese glorificado, se produjo en modo semejante a un trueno de manera que los que estaban presentes decían que había sido un trueno, pero, otros relacionaban el testimonio con la voz de un ángel (Jn. 12:28-29). Siete en la Biblia es el número perfecto, por tanto, hay un eco que sigue al mensaje del ángel y que se extiende por todo el mundo en una perfecta manifestación de la voz de Dios. Es notable el paralelismo entre este mensaje y el Salmo 29, en donde también se asocia siete veces el trueno a la voz de Dios (Sal. 29:3-9). El mensaje de los truenos fue claramente entendido por Juan. Era un mensaje distinto al del ángel y, sin duda, complementario.

4. Cuando los siete truenos hubieron emitido sus voces, yo iba a escribir; pero oí una voz del cielo que me decía: Sella las cosas que los siete truenos han dicho, y no las escribas.

καὶ[1] ὅτε ἐλάλησαν αἱ ἑπτὰ βρονταί, ἤμελλον γράφειν, καὶ ἤκουσα
Y cuando hablaron los siete truenos, estaba a punto de escribir, y oí
φωνὴν ἐκ τοῦ οὐρανοῦ λέγουσαν· σφράγισον ἃ ἐλάλησαν αἱ ἑπτὰ
[una] voz del cielo que decía: Sella lo que hablaron los siete
βρονταί, καὶ μὴ αὐτὰ γράψῃς.
truenos y no lo escribas.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] καὶ ὅτε ἐλάλησαν αἱ ἑπτὰ βρονταί, ἤμελλον γράφειν, la lectura más segura, atestiguada en A, C, 205, 209, 1006, 1611, 1841, 2953, 2329, 2351, *Biz* [P, 046], vg$^{ww, st}$, syr$^{ph, h}$, arm, Andrés.

καὶ ὅτε ἐλάλησαν αἱ ἑπτὰ βρονταί, καὶ ἔμελλον γράφειν αὐτά, *y cuando hablaron los siete truenos, e iban a escribirla*, según se lee en 1854.

καὶ ὅτε ἐλάλησαν αἱ ἑπτὰ βρονταί, καὶ ἤμελλον γράφειν, *y cuando hablaron los siete truenos, y estaba a punto de escribir*, lectura en 2344.

ὅσα ἐλάλησαν αἱ ἑπτὰ βρονταί, καὶ ἤμελλον γράφειν, *cuanto hablaron los siete truenos y estaba a punto de escribir,* según א, it^{gig}, cop^{sa}, Orígenes^{dub}, Ticonio, Primasio, Beato.

ἤκουσα, ὅσα ἐλάλησαν αἱ βρονταί, καὶ ἤμελλον αὐτα γράφειν, *oí cuando hablaron los truenos y estaba a punto de escribirla,* como se lee en **p**^{47}.

Juan sigue el relato sin solución de continuidad con la conjunción καὶ, *y*, que no traduce en esta ocasión RV; seguida de ὅτε, conjunción temporal, que equivale a *cuando, al tiempo que, después que*; ἐλάλησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo λαλέω, *hablar, emitir voz, decir, conversar, resonar*, aquí como *hablaron*, ya que realmente el sonido contienen un mensaje; αἱ, caso nominativo femenino plural del artículo determinado *las*; ἑπτα, caso nominativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal *siete*; βρονταί, caso nominativo femenino plural del sustantivo *truenos*; ἤμελλον, primera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo μέλλω, *estar a punto de, deber, haber de, tener intenciones de, ser futuro, demorarse*, aquí como *estaba a punto de;* γράφειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo γράφω, *escribir*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἤκουσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκούω, *oír*, aquí como *oí*; φωνὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *voz*, que se debe complementar con el artículo indeterminado *una*, implícito; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *el*, en castellano forman la contracción *del*; οὐρανου, caso genitivo masculino plural del sustantivo *cielo*; λέγουσαν, caso acusativo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir, expresar*, aquí como *que decía*: σφράγισον, primera persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo σφραγίζω, *sellar*, aquí como *sella*; ἃ. caso acusativo neutro plural del pronombre relativo *lo que*; ἐλάλησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo λαλέω, *hablar, emitir voz, decir, conversar, resonar*, aquí como *hablaron*, ya que realmente el sonido contiene un mensaje; αἱ, caso nominativo femenino plural del artículo determinado *las*, masculino en castellano *los*; ἑπτα, caso nominativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal *siete*; βρονταί, caso nominativo femenino plural del nombre común *truenos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; μὴ, partícula negativa que hace las veces de adverbio de negación que marca esta de modo hipotético o condicional *no*; αὐτὰ, caso acusativo neutro plural del pronombre personal *lo*; γράψῃς, segunda persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo γράφω, *escribir,* aquí como *escribas.*

Καὶ ὅτε ἐλάλησαν αἱ ἑπτὰ βρονταί, ἤμελλον γράφειν. El mensaje de los siete truenos era perfectamente entendible, por ese motivo Juan iba a escribirlo como relator de las visiones celestiales, trasladando las palabras que percibió y entendió en ellos. El verbo[5] que utiliza indica una acción a punto de realizarse, quiere decir esto que estaba a punto de comenzar a escribir los mensajes que oyó por medio de los truenos cuando se le instruyó para que no lo hiciese. Esta referencia a la acción determina la forma de elaboración del escrito. No se trata de paréntesis posteriores que el autor introduce a modo de cortes en el relato, sino el desarrollo de transición temporal tal y como lo recibió.

Καὶ ἤκουσα φωνὴν ἐκ τοῦ οὐρανοῦ λέγουσαν· σφράγισον ἃ ἐλάλησαν αἱ ἑπτὰ βρονταί, καὶ μὴ αὐτὰ γράψῃς. La escritura del mensaje de los siete truenos no se llevó a cabo debido al mandato que recibió directamente desde el cielo. Era la misma voz que tenía que ver con la comisión que le había sido dada por Dios mismo, como indica al principio del libro (1:19). La voz tenía que ser del Señor. La disposición impidió que Juan trasladase al escrito el mensaje de los truenos, interrumpiendo la acción que estaba a punto de iniciar. El mandato es concreto: σφράγισον, *"Sella"*. El mensaje oído debía quedar en el secreto de Juan, no era, por tanto, transmisible a la iglesia. El verbo con que expresa Juan el mandato de no escribir, está en una forma que indica, no sólo mandamiento, sino que establece la urgencia de la acción, como si dijese: *"Sella ahora mismo"*. Juan había recibido la indicación de escribir todo lo que viese para el conocimiento de la Iglesia, pero hay algo que Dios reserva que no debe ser comunicado. El apóstol y profeta conocía el mensaje de los truenos, pero tenía que quedar para su sólo conocimiento. Es una de las acciones de la soberanía de Dios. Hay cosas reveladas que son para todos y otras que no se revelan y que son sólo para Dios (Dt. 29:29). Sobre esto escribe el Dr. Walvoord:

"Si bien el propósito principal de la visión dada a Juan era capacitarlo para escribir el libro del Apocalipsis, pasando la revelación divina a la Iglesia, en este caso la revelación es para los oídos y los ojos de Juan y no se le permite revelar lo que había oído. Esto enseña que aunque Dios revela muchas cosas, mantiene en secreto otras muchas que no revela al hombre en este tiempo"[6].

No debemos insistir en pretender establecer lo relativo al mensaje de los siete truenos. Simplemente lo único que se aprecia en el desarrollo del libro del Apocalipsis es que en todas las veces en que aparecen truenos son advertencias o están relacionados con los juicios de la ira divina sobre el mundo (8:5; 11:19;

---

[5] Griego: μέλλω.
[6] John F. Walvoord. o.c., pág. 171.

16:18). Esto pudiera ocurrir también en el contexto presente, en el que se anuncia por medio del ángel, que la consumación de los juicios divinos está a punto de comenzar.

Hay otros ejemplos en el Antiguo y en el Nuevo Testamento de prohibiciones semejantes a la que Juan recibió, impidiendo la transmisión de una visión que debe quedar en el contexto personal. Tal fue el caso de Daniel: *"Pero tú, Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin"* (Dn. 12:4). Del mismo modo ocurrió con el apóstol Pablo, que en testimonio personal dice: *"Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años, (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo… que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar"* (2 Co. 12:2, 4). La manifestación de la soberanía de Dios se hace notoria en toda la Escritura. Él controla el tiempo, lleva a cabo sus propósitos conduciendo la historia al cumplimiento de sus designios, revela o guarda secreto de aquello que Él desea, porque en todo y por todo es Soberano, que actúa conforme a su voluntad.

La acción del ángel (10:5-11).

5. Y el ángel que vi en pie sobre el mar y sobre la tierra, levantó su mano al cielo.

Καὶ ὁ ἄγγελος, ὃν εἶδον ἑστῶτα ἐπὶ τῆς θαλάσσης καὶ ἐπὶ τῆς γῆς,
Y el ángel el que vi en pie sobre la mar y sobre la tierra
ἦρεν τὴν χεῖρα αὐτοῦ τὴν δεξιὰν εἰς τὸν οὐρανὸν
alzó la mano de él la derecha hacia el cielo.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue el relato al que se da continuidad mediante el reiterado uso de la conjunción copulativa καὶ, *y*; seguida de ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἄγγελος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *ángel*; ὃν, caso acusativo masculino singular del pronombre relativo *el que*; εἶδον, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, *ver*, aquí como *vi*, también en sentido de *observar, percibir, mirar*; caso acusativo masculino singular del participio perfecto en voz activa del verbo ἵστημι, con un amplio significado, *colocar, poner, presentar, determinar, sostener en pie, pagar; (intrans.) estar de pie, quedarse (quieto), presentarse, oponerse, mantenerse firme,* aquí como *en pie*; ἐπὶ, preposición de genitivo, *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; θαλάσσης, caso genitivo femenino singular del sustantivo *mar*; καὶ, conjunción *y*; ἐπὶ, preposición de genitivo, *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tierra*; ἦρεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en

voz activa del verbo αἴρω, *levantar, tomar, quitar*, en este caso en sentido de *llevarse*, *quitar de en medio*, aquí como *levantó, alzó*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; χεῖρα, caso acusativo femenino singular del sustantivo *mano*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; δεξιὰν, caso acusativo femenino singular del adjetivo *derecha*, en contraste con *izquierda*; εἰς, preposición de acusativo, *hacia*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; οὐρανὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *cielo*.

Καὶ ὁ ἄγγελος, ὃν εἶδον ἑστῶτα ἐπὶ τῆς θαλάσσης καὶ ἐπὶ τῆς γῆς. Ante la prohibición de escribir lo que oyó en las voces tronantes, retrocede a un punto anterior en la visión que describe, llamando la atención del lector al ángel que estaba asentado sobre el mar y la tierra, descrito antes (v. 1). Prosiguiendo el relato dice que ἦρεν τὴν χεῖρα αὐτοῦ τὴν δεξιὰν εἰς τὸν οὐρανὸν, *levantó su mano derecha al cielo*, literalmente *levantó su brazo derecho hacia el cielo*.

Ese era el gesto habitual para formular un juramento solemne, como se dice de Abraham (Gn. 14:22); incluso se usa para referirse a la fidelidad de Dios (Dt. 32:40); de ese modo vio Daniel al varón vestido de lino en la formulación del juramento (Dn. 12:7). El levantar la mano para jurar es reconocer la grandeza y soberanía de Dios, bajo quien se establece el juramento, lo que constituye un notorio contraste entre el reconocimiento que el ángel tiene de Dios, y el desprecio que de Él hacen los hombres en la tierra, en permanente desafío a Su voluntad y en rebeldía constante a sus demandas. Levantar la mano es símbolo de identificación con Dios, bajo cuyo nombre se pronuncia el juramento.

6. Y juró por el que vive por los siglos de los siglos, que creó el cielo y las cosas que están en él, y la tierra y las cosas que están en ella, y el mar y las cosas que están en él.

καὶ ὤμοσεν ἐν τῷ ζῶντι εἰς τοὺς αἰῶνας τῶν αἰώνων, ὃς ἔκτισεν τὸν
Y juró por el que vive por los siglos de los siglos, el que creó el
οὐρανὸν καὶ τὰ ἐν αὐτῷ καὶ τὴν γῆν καὶ τὰ ἐν αὐτῇ καὶ τὴν
cielo y lo en él y la tierra y lo en ella y el
θάλασσαν καὶ τὰ ἐν αὐτῇ, ὅτι χρόνος οὐκέτι ἔσται,
mar y lo en ella que el tiempo ya no habrá.

Notas y análisis del texto griego.

El ángel que había levantado el brazo derecho hacia el cielo iba a pronunciar un juramento que Juan describe con καὶ, conjunción copulativa *y*; ὤμοσεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὀμνύω, *jurar, afirmar con juramento, prometer, hacer un juramento,* aquí como *juró*; ἐν,

preposición de dativo, *por*; ζῶντι, caso dativo masculino singular del participio de presente del verbo ζάω, *vivir,* aquí como *que vive*, o también *viviente*; εἰς, preposición de acusativo *por*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; αἰῶνας, caso acusativo masculino plural del sustantivo *siglos, edades, tiempo sin límite*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *de los*; αἰῶνας, caso genitivo masculino plural del sustantivo *siglos, edades, tiempo sin límite;* ambos unidos son una expresión semítica que equivale a *eternidad*; ὃς, caso nominativo masculino singular del pronombre relativo *el que*; ἔκτισεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo κτίζω, *crear*, aquí como *creó*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; οὐρανὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *cielo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *lo*; ἐν, preposición de dativo, *en*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *él*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆν, caso acusativo femenino singular del nombre *tierra*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *lo*; ἐν, preposición de dativo, *en*; αὐτῇ, caso dativo femenino singular del pronombre personal *ella*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; θάλασσαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *mar*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *lo*; ἐν, preposición de dativo, *en*; αὐτῇ, caso dativo femenino singular del pronombre personal *ella*; ὅτι, conjunción causal, *de modo que, porque, puesto que, que*, aquí *que*; χρόνος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *tiempo*, especialmente referido a un *tiempo medible o determinable*, *un período de tiempo concreto*; y la conclusión enfática mediante el adverbio negativo de tiempo οὐκέτι, que significa *no más, nunca más, jamás*.

Καὶ ὤμοσεν ἐν τῷ ζῶντι εἰς τοὺς αἰῶνας τῶν αἰώνων, El ángel que había visto en pie y que alzó su brazo derecho al cielo, expresó un juramento. En la posición del ángel y conforme al concepto del universo judío, estaba tocando las tres partes del universo, la tierra, el mar y el cielo. El ángel hizo el juramento en el nombre de Dios, jurando por quien es Creador y dueño de todo lo creado. Juan, como un buen judío, acostumbrado a no usar el nombre de Dios, lo oculta bajo la expresión τῷ ζῶντι εἰς τοὺς αἰῶνας τῶν αἰώνων, *"el que vive por los siglos de los siglos"*, jurando por el Eterno. Éste es también ὃς ἔκτισεν τὸν οὐρανὸν καὶ τὰ ἐν αὐτῷ καὶ τὴν γῆν καὶ τὰ ἐν αὐτῇ καὶ τὴν θάλασσαν καὶ τὰ ἐν αὐτῇ, el Creador del cielo, el mar y la tierra y de cuanto en ellos existe (Ex. 20:11). El ángel reconoce y proclama una verdad fundamental en relación con el Eterno, que es el único Creador de todo cuanto existe (Gn. 1:1; Sal. 21:2; 33:6; 146:6; Is. 45:12, 18; Jn. 1:1-3; Hch. 14:15; He. 11:3; Ap. 4:11).

Algunos entran en un serio conflicto, más de conciencia que teológico, sobre la formulación de un juramento. Suelen evocar el juramento como algo que corresponde a la antigua dispensación pero que está terminantemente

prohibido en la nueva. ¿Es esto así? Aparentemente así lo enseñó nuestro Señor (Mt. 5:33-37). Sin embargo, Jesucristo no podía contradecir lo que Dios mismo había establecido: *"A Jehová tu Dios temerás, y a Él solo servirás, y por su nombre jurarás"* (Dt. 6:13). Será bueno recordar aquí, sólo en modo aclaratorio la enseñanza del Señor sobre los juramentos. La práctica de pronunciar un juramento tiene profundas raíces en el Antiguo Testamento. Abraham el *amigo de Dios*, exigió de su siervo un juramento que lo comprometiese en el cumplimiento de buscar la esposa para su hijo Isaac (Gn. 24:1-3, 8-9). El mismo Abraham también juró a Abimelec que cumpliría su compromiso (Gn. 21:22-24). Jacob el nieto de Abraham exigió juramento de José su hijo de que llevaría sus restos a Canaán (Gn. 47:30-31). De la misma manera hizo José con sus hermanos (Gn. 50:25). Más adelante Jonatan, el hijo de Saúl, hizo lo mismo con su amigo y cuñado David (1 S. 20:17). Dios reguló en la ley la práctica del juramento. Atendiendo al problema de quienes mentían y no hacían honor a lo prometido, estableció que el juramento fuese hecho siempre en Su nombre: *"A Jehová tu Dios temerás, y a Él solo servirás, y por su nombre jurarás"* (Dt. 6:13; 10:20). Quien quebrantaba un juramento hecho en el nombre del Señor era, como perjuro, un profano contra el nombre de Dios, quebrantando directamente el tercer mandamiento del decálogo: *"No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano"* (Ex. 20:7). La prohibición de jurar falsamente aparece también en Levítico: *"No juraréis falsamente por mi nombre, profanando así el nombre de tu Dios. Yo Jehová"* (Lv. 19:12). El juramento quebrantado se convertía en maldición contra el perjuro. El que juraba por Dios se ponía bajo maldición en caso de incumplir la palabra dada bajo el juramento. Un interesante ejemplo de esta actuación ocurre en la negación de Pedro (Mt. 26). Primero mintió al negar conocer al Señor delante de la criada portera (Mt. 26:70). Una segunda mentira la expresa ante la criada en la puerta (Mt. 26:72). En la tercera negación, Mateo dice que comenzó a *maldecir*, lo que equivale a ponerse bajo juramento de maldición si aquello que afirmaba no era verdad (Mt. 26:74). Cristo aceptó la disposición bíblica sobre el juramento, y Él mismo la cumplió, guardando silencio delante del sumo sacerdote hasta el momento en que fue puesto bajo juramento (Mt. 26:63-64). Los apóstoles siguieron también la enseñanza bíblica. Pablo usó expresiones de juramento para confirmar verdades que expresaba (cf. Ro. 1:9; 9:1; 2 Co. 1:23; Gá. 1:20). La evidencia más notable sobre el juramento es que Dios mismo confirmó su promesa con juramento por Él mismo (He. 6:16-18). Jesús afirmaba delante de todos que Dios había establecido el juramento sólo por Su nombre y quien juraba en el nombre del Señor debía cumplir la palabra dada. La prohibición de Cristo obedece al contexto del sistema farisaico. Aquellos buscaban una fórmula que permitiera incumplir la palabra dada, la promesa hecha, o la afirmación expresada, sin incurrir en perjurio. Ellos enseñaban que no se producía perjurio si no se mencionaba expresamente el nombre de Dios, basándose en el

literalismo con que interpretaban y entendían la Palabra de Dios, aplicándola según ese criterio (Lv. 19:12; Nm. 30:2; Dt. 23:21). Por tanto, cualquier juramento en que no estuviese implicado el nombre del Señor, se consideraba como una promesa de menor entidad y no era preciso un cumplimiento tan meticuloso como para la hecha bajo juramento en el nombre de Dios. Las gentes habían aprendido el sistema farisaico y juraban, para apoyar sus afirmaciones y confirmar sus compromisos, por el cielo, por la tierra, por Jerusalén e incluso por su propia cabeza en sentido de su propia vida. Si la promesa se hacía sin intención de cumplirla o si la afirmación no era cierta, no incurría, según su criterio en el pecado de perjurio, porque no se había hecho en el nombre de Dios. El Señor quiere detener esa práctica, por tanto dice: *"no juréis en ninguna manera"* (Mt. 5:34). No estaba prohibiendo lo que Dios establecía en su ley, es decir, jurar por Su nombre, pero lo hacía en relación con juramentos inválidos que generaban una práctica pecaminosa. Ante lo que las gentes entendían sobre juramentos que no mencionaban expresamente el nombre del Señor, va a demostrar lo errado de ese modo de pensar dando su verdadero alcance. Algunos hacían el juramento por el cielo, esa fórmula convertía el incumplimiento de lo jurado en perjurio, condenando al incumplidor como si hubiese jurado por el nombre de Dios. Lo que da contenido al cielo es la presencia de Dios y el lugar de su trono. De manera que jurar por el cielo equivalía a jurar por Dios. ¿Prohíbe el Señor jurar absolutamente? No lo hace. Él mismo dijo que había venido para cumplir la ley y no para abrogarla. En la ley Dios estableció el juramento por su nombre, por tanto, si a un creyente se le pide la confirmación de lo que dice, por ejemplo en un juicio, jurando por Dios, no comete ningún pecado si lo hace. Lo que realmente importa es que el mundo no dude de la palabra de un cristiano porque la experiencia que tiene con ellos les confirma como gente que no miente.

El ángel enviado por Dios, jura por Dios mismo, como Él había establecido. El juramento es una seguridad dada en forma solemne en sentido de que la afirmación o negación hecha corresponde a la verdad, o también, de que la promesa hecha tendrá un firme cumplimiento. El prestar juramento es expresión de una promesa solemne que se hace directamente a Dios, en la que se pone a Él por fiador y testigo de la verdad. El juramento es una manifestación de voluntad irrevocable y vinculante. Nadie podía jurar por otro que no fuese Dios, y no habiendo otro mayor para dar énfasis absoluto a una determinación divina, Dios jura por sí mismo (He. 6:13), dando a las palabras del ángel una dimensión de absoluta precisión y seguridad. Dios se compromete en aquello que el ángel iba a decir.

῞Οτι χρόνος οὐκέτι ἔσται, El juramento tenía que ver con el tiempo: *"que no sería más"*. El tiempo está ligado al propósito divino para todas las cosas. La eternidad se hizo tiempo en el momento en que el Eterno, atemporal,

sale de sí mismo extendiéndose hacia otros y creando cuanto existe. Las cosas creadas no son eternas, por tanto, la acción de proyección divina en extensión que produce y trae como consecuencia la creación, hace surgir el tiempo para medir las cosas temporales y diferenciarlas de lo único eterno que es Dios mismo.

El Creador tiene un propósito con la creación, todo cuanto existe fue hecho *en* Cristo, *por* Cristo y *para* Cristo (Col.1:16). La creación tiene por objetivo y propósito, en relación con el hombre, revelar a Dios (Ro. 1:19, 20). El tiempo del hombre mide el propósito de Dios en relación con él, de ahí que Dios haya determinado en su soberanía el tiempo, conforme a su propósito, para la ejecución o cumplimiento de su determinación. Así el Hijo de Dios entró en el mundo de los hombres, en el cumplimiento del tiempo de Dios para este evento salvífico (Gá. 4:4). El límite temporal al mensaje de salvación en los días de Noé fue establecido por Dios mismo en ciento ochenta años (Gn. 6:3, 13), pasados los cuales juzgaría al mundo por su pecado destruyéndolo mediante el diluvio. Ahora, en la visión de Juan, Dios establece la conclusión del tiempo, mediante un futuro que reviste el dramatismo de la inmediatez: οὐκέτι ἔσται *"no será más"*, es decir: *"no habrá más tiempo"*, o si se prefiere mejor: *"el tiempo ha terminado"*. En los clásicos la palabra griega utilizada aquí por Juan para referirse al tiempo[7], tiene también el sentido de *dilación* o de *retraso*. El ángel no estaba anunciado el fin del tiempo actual y el comienzo del estado eterno, mejor el *estado perpetuo*. Ver el futuro definitivo que Dios tiene en su mente, subsiguiente a la creación de cielos nuevos y tierra nueva, no significa que el tiempo, medible para el hombre deje de ser, sino que se introduce a la humanidad a una nueva dimensión, pero siempre será la criatura medible, por cuanto es finita, el único eterno que escapa a la medida del tiempo es Dios, creador del tiempo. Ser eterno no significa una existencia de tiempo hasta el infinito, eso es perpetuidad, eterno es *atemporalidad*, es decir, vida sin tiempo. Equiparar futuro sin límites en absoluta perpetuidad contrastando el tiempo con algún tipo de eternidad intemporal es una mera especulación filosófica que no encuentra apoyo en la teología bíblica. La dimensión de extensa temporalidad es expresada en la Biblia en dos maneras: la referida al tiempo actual se llama *"este presente siglo"*, el tiempo que tiene que ver con el futuro se le llama *"el siglo venidero"* (Mt. 10:30; Lc. 20:34, 35; Ef. 1:21). El llamado *estado eterno*, se considera en la Biblia como un tiempo sin fin, un estado a perpetuidad. Lo que el ángel está afirmando con juramento es que no habrá más tiempo antes de la venida del fin. El Dr. Carballosa, citando a León Morris comenta:

"El contenido del juramente es que el tiempo no sería más. Esta traducción se ha hecho sobre la base de un punto de vista que asume que en la

---

[7] χρόνος

vida venidera no existirá tal cosa como el tiempo. La humanidad vivirá en un gran presente eterno. El tiempo dará paso a la eternidad. Cualquier verdad que entrañe ese punto de vista, eso no es lo que el ángel está diciendo en este contexto. El significado es, como aparece en la mayoría de las traducciones modernas, que no habrá más dilación. El ángel solemnemente jura que los acontecimientos de los que habla tendrán lugar con certeza y premura cuando el séptimo ángel toque la trompeta”[8]

.

Los santos oraron preguntando a Dios hasta cuando se mantendría esta situación de rebeldía y pecado, y cuando vendría el reino de los cielos (6:10). Dios responde a la oración afirmando que ya ha llegado el tiempo para que la esperanza de los mártires y de los creyentes se haga realidad. El reino de Dios va a irrumpir en la historia de la humanidad en forma inmediata. Es una solemne advertencia que no puede limitarse a la historia del gobierno de Dios literalmente sobre la tierra en un determinado momento con el establecimiento de su reino, sino al reino de Dios o reino de los cielos indistintamente, al que los hombres acceden por gracia mediante la fe (Col. 1:13). Los juicios que Dios había enviado sobre los moradores de la tierra, tenían como propósito una amonestación para arrepentimiento y conversión. Los hombres rebeldes a Dios continúan en su pecaminoso camino hacia la perdición. El juramento del ángel es un desgarrador grito del mismo corazón amoroso de Dios que anuncia que el tiempo de salvación para la humanidad de entonces se acaba. De la misma manera que cuando Noé concluyó el tiempo de la proclamación del mensaje que Dios le había dado, el Señor lo mandó entrar en el arca, manteniendo abierta la puerta del elemento de salvación por siete días, así también el Señor está a punto de concluir el propósito para el tiempo anterior a la venida de su Hijo y a la instauración de su reino en la tierra. La provisión de salvación en gracia, seguirá mientras haya hombres que necesiten ser salvos sobre la tierra, pero para la generación de aquellos días, el tiempo de la oportunidad estaba terminado como advierte el ángel en el juramento hecho en el nombre de Dios.

7. Sino que en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio de Dios se consumará, como él lo anunció a sus siervos los profetas.

ἀλλ’ ἐν ταῖς ἡμέραις τῆς φωνῆς τοῦ ἑβδόμου ἀγγέλου, ὅταν
Sino [que] en los días de la voz del séptimo ángel cuando
μέλλῃ σαλπίζειν, καὶ ἐτελέσθη τὸ μυστήριον τοῦ
esté a punto de tocar la trompeta, también habrá sido consumado el misterio -
Θεοῦ, ὡς εὐηγγέλισεν τοὺς[1] ἑαυτοῦ δούλους τοὺς προφήτας
de Dios como anunció a los de Él mismo siervos los profetas.

[8] Evis L. Carballosa, citando a Leon Morris, o.c., pág. 195s.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] τοὺς ἑαυτοῦ δούλους τοὺς προφήτας, *a los siervos de Él mismo, los profetas*, está atestiguada en A, C, P, 1611, 1854,2020, 2053, 2065, 2073, 2081, 2432.

τοὺς ἑαυτοῦ δούλους τοῖς προφήτας, *a los de Él mismo, a los siervos, los profetas*, como aparece en 1, 743, 2051, 2055, 2064, 2067, it^{gig}, syr^{h}.

τοὺς ἑαυτοῦ δούλους καὶ τοὺς προφήτας, *a los de Él mismo siervos, y a los profetas*, como está en **p**^{47}, א, 2329, 2344, cop^{sa}.

Sin solución de continuidad prosigue con la conjunción adversativa ἀλλά en su forma escrita ante vocal ἀλλ', que significa *pero*, *sino*; ἐν, preposición de dativo *en*, que puede complementarse con *que*, para darle un mejor sentido a la traducción; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado *las*, masculino en castellano *los*; ἡμέραις, caso dativo femenino plural del sustantivo *días*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; φωνῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *voz, palabra, sonido*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; ἑβδόμου, caso genitivo masculino singular del adjetivo numeral ordinal *séptimo*; ἀγγέλου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *ángel*; seguido de ὅταν, conjunción temporal, *cuando*, *siempre que, tantas veces como*; μέλλῃ, tercera persona singular del presente de subjuntivo en voz activa del verbo μέλλω, *deber, haber de, tener intenciones de, ser futuro, demorarse, estar a punto de*, aquí como *vaya,* en sentido de *estar a punto de*; σαλπίζειν, infinitivo de presente en voz activa del verbo σαλπίζω*, tocar la trompeta, trompetear*; καὶ, en este caso no es conjunción copulativa, sino adverbio de modo *también*; ἐτελέσθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo τελέω, *acabar, completar, cumplir,* verbo que apenas se diferencia de τελειόω, *acabarse, finalizar*, la voz pasiva puede significar *terminarse, consumarse,* el verbo puede ser prácticamente sinónimo de πληρόω, en voz activa *cumplir*, en voz pasiva *cumplirse*, en general la idea podría expresarse como *alcanzar un objetivo*, aquí como *habrá sido consumado*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; μυστήριον, caso nominativo neutro singular del sustantivo *misterio*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el,* que no se traduce en castellano en esta construcción gramatical, en razón del elemento determinado que no requiere artículo; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre de *Dios*; ὡς, adverbio de modo *como*; εὐηγγέλισεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo εὐαγγελίζω, *proclamar, anunciar una buena nueva, evangelizar, anunciar*, aquí como *anunció, proclamó*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *a los*; ἑαυτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal reflexivo, *de Él mismo*; δούλους, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *siervos*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *a los*; προφήτας, caso acusativo masculino plural del sustantivo *profetas.*

᾿Αλλ᾿ ἐν ταῖς ἡμέραις τῆς φωνῆς τοῦ ἑβδόμου ἀγγέλου, ὅταν μέλλῃ σαλπίζειν. El ángel juró que el tiempo no se dilataría más allá del toque de la séptima trompeta. La expresión adquiere en griego un énfasis notorio al comenzar con la conjunción adversativa ἀλλά, *sino que*; es decir, no habrá más tiempo, *sino que* se ejecutará lo que Dios ha determinado. Esto ocurrirá en los días que siguen al sonido correspondiente al toque de la séptima trompeta.

Καὶ ἐτελέσθη τὸ μυστήριον τοῦ Θεοῦ, ὡς εὐηγγέλισεν τοὺς ἑαυτοῦ δούλους τοὺς προφήτας. El tiempo final al que se refiere el ángel comenzará con el toque de la trompeta, que se expresará en el juicio intenso de las siete copas, completando hasta la consumación los juicios que Dios no había anunciado y que mantenía en secreto. El verbo que Juan utiliza, traducido como *consumará*, tiene que ver con una acción totalmente realizada. No quedará nada de lo que Dios ha determinado sin que se produzca conforme a Su voluntad y en razón de Su propósito. La indeterminación del tiempo expresado aquí como *"en los días"*, indica un espacio de tiempo muy breve, que puede medirse y que cronométricamente ha sido establecido por Dios.

Lo que se consumará, es decir, lo que se llevará a cabo es τὸ μυστήριον τοῦ Θεοῦ, *"el misterio de Dios"*. Misterio es algo que siendo sólo conocido por Dios, es conocido también por el hombre mediante revelación divina. En el contexto del Apocalipsis, el misterio es aquello que Dios había determinado en relación con la historia humana inmediatamente anterior al regreso a la tierra del Señor Jesucristo. Este misterio ha sido revelado ya por medio de los siervos de Dios que son los profetas y que anticipadamente hablaron sobre distintos aspectos del propósito de Dios y la acción judicial que había sido establecida para el mundo. Sin embargo, aunque en el Apocalipsis hay un ensamble de todo el contenido profético, el misterio revelado del tiempo en que se cumplirán todas estas cosas se vincula con el sonar de la séptima trompeta. Sigue en el secreto de Dios el *momento* histórico-temporal cuando se produzca. Esto, que tiene que ver con la venida en gloria de Jesucristo es asunto reservado para el conocimiento de Dios: *"Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre"* (Mr. 13:32). Una expresión semejante se lee también en el primer evangelio (Mt. 24:36). El tiempo de la segunda venida del Señor está reservado al sólo conocimiento divino. Cuando los discípulos pretendieron conocer el momento en que se produciría esto, cuando el reino fuese restaurado nuevamente a Israel, Jesús les hizo una advertencia semejante: *"No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad"* (Hch. 1:7). Hay cosas secretas que pertenece sólo a Dios y que no es dado conocer al hombre. El momento del cumplimiento del tiempo para la segunda venida de Jesús depende de la voluntad soberana del Padre, que conoce el instante en que se producirá, por

cuanto Él mismo lo determinó así. La segunda venida de nuestro Señor se producirá como ocurrió con la primera, cuando *"llegue el cumplimiento del tiempo"* (Gá. 4:4). Ningún ser creado, ni siquiera los santos ángeles que sirven continuamente a Dios y acceden para servicio a su presencia, conocen el día ni la hora establecida para ese acontecimiento. Es suficiente con que conozcamos que el tiempo está tan firmemente establecido y que no sólo será en un determinado día, sino que también será en una determinada hora. Quiere decir que todo el futuro está en el conocimiento y soberanía de Dios. Un problema aparente tiene que ver con la expresión *"ni el Hijo"*, absolutamente atestiguada en Marcos, donde aparece (Mr. 13:32). Esa locución que algunos tuercen, tiene que ver con el *desconocimiento* que el Hijo tenía del momento, según las palabras de Jesús. Dos herejías se vierten en base a dicha expresión. Por un lado la arriana que les vale para sustentar que el Hijo no es igual al Padre, sino que es un dios rebajado, por tanto, no tenía la omnisciencia propia de la deidad. Una segunda corriente herética tiene relación con el *monofisismo*, que afirma que el Hijo al encarnarse dejó sus atributos divinos, entre ellos, la omnisciencia. No hay duda que Jesús limitó el uso de los atributos divinos según convino a la obra que tenía que realizar, pero en ningún modo limitó la presencia de tales atributos sino que los poseyó absoluta e ilimitadamente, como corresponde a quien es una Persona Divina con dos naturalezas. Otras dos interpretaciones del texto son correctamente válidas conforme al conjunto de la revelación bíblica sobre Jesucristo y su Persona. Una de ellas entiende que esa expresión *"ni el Hijo"* es una referencia al Hijo en cuanto hombre, es decir, desde el plano de su humanidad; ya que Lucas presenta a Jesús *progresando en sabiduría* a la vez que *en estatura* (Lc. 2:52). En varios lugares de los Evangelios aparece claramente que la mente humana de Jesús *no* sabía todo; por eso, preguntaba y se admiraba. Sin duda el conocimiento sobrenatural desde el plano de su humanidad le era comunicado, conforme convenía por la Persona Divina en quien subsistía esa humanidad, en plena vinculación con la Deidad, pero sin mezcla ni confusión. Jesucristo es una Persona Divino-humana, es decir, la Persona Divina del Verbo de Dios encarnado (Jn. 1:14). En ese sentido, la naturaleza divina posee un conocimiento ilimitado como corresponde a la deidad, y la humana se manifiesta con conocimiento limitado como corresponde al hombre. Bajo este pensamiento el Señor estaría refiriéndose al conocimiento limitado que Jesús el hombre, tenía como tal. Una dificultad para aceptar plenamente esta posición radica en el término que en el texto se da el Señor a Sí mismo: *"El Hijo"*, que no califica necesariamente a la humanidad, sino a la Persona, ya que no dice: *"Jesús"*, o *"El Hijo del Hombre"*. Según las reglas correctas de locución que hace necesaria la unión hipostática (una sola Persona en dos naturalezas), una frase negativa no puede aplicarse a Cristo, si es cierta en una de las dos naturalezas, como ocurre aquí, ya que no es posible afirmar que el Verbo como Dios, desconoce algo relativo a Dios, en su naturaleza divina. Una segunda interpretación supera el inconveniente de la anterior y se

ajusta también plenamente a la revelación bíblica sobre la Persona de Jesucristo. El Señor vino a la tierra como *revelador* del Padre (Jn. 1:18). En ese sentido hay cosas que Dios reserva en su sola potestad y, por tanto, desde la condición de *revelador* de Dios, el Hijo no las *sabe* para comunicar. Eso explica convenientemente las palabras de Jesús, sobre el *desconocimiento* que el Hijo tenía sobre el tiempo de su segunda venida, como algo no revelable a los hombres. Por tanto la expresión *"ni el Hijo"*, debe entenderse como no perteneciente a la esencia de la Deidad del Hijo, como Segunda Persona en la Trinidad Santísima, sino que está expresada en relación con su misión especial de Revelador Divino. Ya Agustín de Hipona dijo: *"Se dice en los Evangelios que ni el Hijo sabe la hora que el Padre se reserva, no porque absolutamente la ignore, sino que no la sabe para comunicarla a los hombres"*. El secreto del *momento* sigue en la reserva de Dios, que da a conocer, no el instante del tiempo en que se produzca, pero sí cuando tendrá lugar, vinculándolo con el sonar de la séptima trompeta.

Ὡς εὐηγγέλισεν τοὺς ἑαυτοῦ δούλους τοὺς προφήτας. La revelación divina había sido dada antes por medio de los siervos de Dios que son los profetas. El verbo que Juan usa aquí tiene que ver con *evangelizar*, proclamar una buena noticia, dar un mensaje solemne procedente de Dios. Este es el ministerio principal de los profetas que comunican el *misterio* a los hombres por revelación divina. Los profetas son simplemente siervos transmisores del misterio, que hablaron y escribieron bajo el impulso y control del Espíritu Santo (2 P. 1:21). Ninguno de ellos tuvo que ver con la revelación en sí, que no procede de ellos y es ajena a su propio pensamiento, sólo actuaron bajo el impulso del Espíritu que les comunicó el mensaje a revelar, mandó escribirlo y custodió el escrito para que, con el lenguaje propio del profeta y su estilo personal, expresase sin error alguno lo que Dios quería comunicar. La palabra que se traduce en el texto del apóstol Pedro como *inspirados*, tiene que ver con *impulsar, impeler*, del modo como el viento empuja las velas de un navío, así el Espíritu impulsaba al profeta para profetizar. Esto muestra la dualidad del autor de la Escritura: El Espíritu Santo que revela, guía, conduce y preserva en la redacción y confección del Escrito bíblico y los autores seleccionados por Dios mismo, que son su siervos y son sus profetas. El cumplimiento de la profecía transmitida por los profetas, obedece a la acción soberana de Dios que la comunica y la ejecuta conforme a su propósito (Is. 46:10). Dios que anuncia lo por venir, ejecuta lo anunciado porque es Soberano.

El mensaje profético será anunciado con mayor vehemencia por los evangelistas de los tiempos de la tribulación. Sin duda se tratará de una advertencia solemne que complementará el llamado del evangelio y conducirá insistentemente a los hombres a un encuentro personal con Dios en fe y arrepentimiento. La advertencia del pronto regreso de Jesucristo, tiene que ver

también con la manifestación del reino de Dios en la tierra, al que sólo se accede, tanto entonces como ahora por el nuevo nacimiento (Jn. 3:3, 5).

8. La voz que oí del cielo habló otra vez conmigo, y dijo: Ve y toma el librito que está abierto en la mano del ángel que está en pie sobre el mar y sobre la tierra.

Καὶ ἡ φωνὴ ἣν ἤκουσα ἐκ τοῦ οὐρανοῦ πάλιν λαλοῦσαν μετ᾽ ἐμοῦ
Y la voz la que oí del cielo de nuevo hablaba conmigo
καὶ λέγουσαν· ὕπαγε λάβε τὸ βιβλίον τὸ ἠνεῳγμένον ἐν τῇ χειρὶ τοῦ
y decía: Ve toma el librito el que está abierto en la mano del
ἀγγέλου τοῦ ἑστῶτος ἐπὶ τῆς θαλάσσης καὶ ἐπὶ τῆς γῆς.
ángel el en pie sobre la mar y sobre la tierra.

Notas y análisis del texto griego.

Para dar continuidad al relato, Juan vuelve al uso de la conjunción copulativa καὶ, *y*; seguida de ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; φωνὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *voz*; ἣν, caso acusativo femenino singular del pronombre personal relativo *la que*; ἤκουσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκούω, *oír*, aquí como *oí*; ἐκ, preposición de genitivo, *de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, ambas forman en español por contracción *del*; οὐρανοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *cielo*; seguido del adverbio πάλιν, *además, de nuevo*, la primera acepción si se considera que se establece algo que no se dijo antes, la segunda si es reiteración de lo anterior; λαλοῦσαν, caso acusativo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo λαλέω, *hablar*, *conversar, decir,* aquí como *hablaba*; siguiendo con la preposición μετ᾽ en la forma que toma la preposición μετά delante de vocal y que significa *con*, seguido del pronombre personal en caso genitivo singular ἐμοῦ, *mi*, que unidos forman el castellano *conmigo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; λέγουσαν, caso acusativo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir, expresar*, aquí como *que decía*. Sigue la cláusula que recoge lo que Juan oyó de la voz que hablaba con él, con ὕπαγε segunda persona singular del presente de imperativo en voz activa del verbo ὑπαγω, con sentido de *apartarse, salir, ir*, aquí como *ve*; λάβε, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz activa del verbo λαμβάνω, *tomar, coger, agarrar, recibir, aceptar, tomar posesión,* aquí como *toma*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; βιβλίον, caso acusativo neutro singular diminutivo del sustantivo *librito*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; ἠνεῳγμένον, caso acusativo neutro singular del participio perfecto en voz activa del verbo ἀνοίγω, *abrir,* aquí como *está abierto*; ἐν, preposición que rige dativo, *en*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; χειρὶ, caso dativo femenino singular del sustantivo *mano*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; ἀγγέλου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *ángel*; seguido nuevamente de τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; ἑστῶτος, caso genitivo masculino singular del participio perfecto en voz activa del

verbo ἵστημι, con un extenso significado, tal como *colocar, poner, presentar, determinar, sostener en pie, pagar; (intrans.) estar de pie, quedarse (quieto), presentarse, oponerse, mantenerse firme*, aquí como *que estaba en pie*; ἐπὶ, preposición de genitivo *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; θαλάσσης, caso genitivo femenino singular del sustantivo *mar*; καὶ, conjunción *y*; ἐπὶ, preposición de genitivo *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del nombre *tierra.*

Καὶ ἡ φωνὴ ἣν ἤκουσα ἐκ τοῦ οὐρανοῦ πάλιν λαλοῦσαν μετ᾽ ἐμοῦ. La misma voz que había hablado antes con Juan (v. 4) vuelve a hacerlo de nuevo. La voz que escucha es la del que está sentado en el trono o del Cordero. Posiblemente sea del Señor Jesucristo como fuente de la revelación que está recibiendo (1:1). Es muy probable que sea la misma voz que anteriormente prohibió escribir las palabras de los siete truenos. En esta ocasión le insta a ir hacia el ángel que estaba en pie sobre la tierra y el mar, y que había emitido el juramento, y tomar de su mano el pequeño rollo que tenía, escrito y abierto.

Ὕπαγε λάβε τὸ βιβλίον τὸ ἠνεῳγμένον ἐν τῇ χειρὶ τοῦ ἀγγέλου τοῦ ἑστῶτος ἐπὶ τῆς θαλάσσης καὶ ἐπὶ τῆς γῆς. Las palabras dirigidas a Juan constituyen un mandato concreto y urgente. El modo verbal usado así lo determina, al tratarse de un presente de imperativo que enfáticamente expresa un mandamiento y, al mismo tiempo, un aoristo que implica una acción definitivamente hecha. Juan debía acercarse al ángel y tomar de su mano el librito que tenía. Es notable observar que de nuevo y por tercera vez se menciona la posición del ángel, sobre la tierra y el mar. Quiere decir que con esta reiteración se desea llamar la atención sobre este elemento de la visión. El mensaje que se está dando al apóstol es un mensaje de alcance universal, para todo el mundo.

9. Y fui al ángel, diciéndolo que me diese el librito. Y él me dijo: Toma, y cómelo; y te amargará el vientre, pero en tu boca será dulce como la miel.

καὶ ἀπῆλθα πρὸς τὸν ἄγγελον λέγων αὐτῷ δοῦναι μοι τὸ
Y fui hacia el ángel diciendo le: que diese me el
βιβλαρίδιον. καὶ λέγει μοι· λάβε καὶ κατάφαγε αὐτό, καὶ πικρανεῖ
librito. Y dice me: Toma y come lo y amargará
σου τὴν κοιλίαν, ἀλλ᾽ ἐν τῷ στόματι σου ἔσται γλυκὺ ὡς μέλι.
de ti el vientre pero en boca de ti será dulce como miel.

Notas y análisis del texto griego.

Recibida el mandato Juan procede al cumplimiento comenzando la descripción de la acción con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀπῆλθα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀπέρχομαι, *ir,* aquí como *fui*; πρὸς,

preposición de acusativo, *por, con, con el fin de, para, contra, con relación a, según, a, hacia*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἄγγελον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *ángel*; λέγων, caso nominativo masculino singular del participio presente en voz activa del verbo λέγω, *decir, llamar, enumerar, narrar,* y sólo en época post-homérica *hablar*, aquí como *diciendo*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *le*; δοῦναι, aoristo de infinitivo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar, conceder, permitir, entregar, confiar, devolver, producir, colocar, señalar,* aquí como *diese*; μοι, caso dativo masculino singular del pronombre personal *me*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; βιβλαρίδιον, caso acusativo neutro singular del sustantivo en diminutivo *librito*. Sigue el relato con καὶ, conjunción copulativa *y*; λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir, expresar, declarar*, aquí como *dice*; μοι, caso dativo singular del pronombre personal, *me, a mí*: λάβε, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz activa del verbo λαμβάνω, *tomar, coger, agarrar, recibir, aceptar, tomar posesión,* aquí como *toma*; καὶ, conjunción *y*; κατάφαγε, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz activa del verbo καταφάγω, verbo compuesto e intensificado con la preposición κατα, *abajo* y el verbo ἐσθίω, *comer*, que a su vez genera la forma καταφάγω, tomándola de φάγω, forma del aoristo segundo de este verbo, adquiriendo el sentido de *comer del todo,* de ahí que algunas versiones traduzcan *devorar*, aquí como *come*; αὐτό, caso acusativo neutro singular del pronombre personal *lo*; καὶ, conjunción *y*; πικρανεῖ, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo πίκραίνω, *amargar,* aquí como *amargará*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal *de ti*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*, masculino en español, *el*; κοιλίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *vientre*; seguido de la conjunción ἀλλά en su forma escrita ante vocal ἀλλ’, que significa *pero*; ἐν, preposición de dativo, *en, dentro de*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *el, lo,* femenino en castellano, *la*; στόματι, caso dativo neutro singular del sustantivo *boca*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal, *de ti*; ἔσται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *será*; γλυκὺ, caso nominativo neutro singular del adjetivo *dulce*; ὡς, adverbio de modo *como*; μέλι, caso nominativo neutro singular del sustantivo *miel.*

Καὶ ἀπῆλθα πρὸς τὸν ἄγγελον λέγων αὐτῷ δοῦναι μοι τὸ βιβλαρίδιον. Juan obedeció de forma inmediata conforme al mandato recibido. El verbo[9] que utiliza tiene el sentido de alejarse del lugar donde estaba, para ir hacia donde estaba el ángel, requiriéndole para que le diese el librito que tenía en su mano.

Καὶ λέγει μοι· λάβε καὶ κατάφαγε αὐτό, El ángel atendió la demanda del apóstol, pero, junto con el librito le da instrucciones acerca de lo que debía hacer con él. Mediante el uso del modo verbal aoristo de imperativo, el ángel le manda que lo coma totalmente, con determinación, de tal manera que

[9] Griego: ἀπέρχομαι.

podría traducirse como *"devóralo"*. Juan contraía la responsabilidad, en obediencia al mandato del ángel, de comer el libro, lo que da a entender una completa asimilación de su contenido, que es el sentido de la figura de lenguaje expresada aquí.

Καὶ πικρανεῖ σου τὴν κοιλίαν, ἀλλ' ἐν τῷ στόματι σου ἔσται γλυκὺ ὡς μέλι. Esta acción traería consecuencias como resultado de la ingestión del librito; de tal manera que sería dulce a su paladar pero amargo a su vientre. La amargura representa aquí la dureza del mensaje profético que se le encomienda. Es un mensaje de juicio definitivo y total sobre las gentes del mundo lo que hace que el profeta sienta la amargura que produce un conocimiento semejante, repitiéndose aquí la misma experiencia de Ezequiel (Ez. 3:3). El profeta no es un autómata en manos de Dios, sino un heraldo que anuncia un mensaje de juicio y destrucción, y que sintiendo en él, por comunión con Dios, el amor supremo del Creador que no quiere la destrucción de la criatura, siente en su intimidad la amargura de aquello que se ve impulsado a proclamar.

Cualquier mensaje de juicio sobre los impíos, aunque esté revestido de justicia, debe producir amargura en el creyente y, sobre todo, en el que lo proclama, como escribe Ryrie:

"La revelación del juicio de Dios, cuando se reflexiona con atención sobre ella, debería siempre producir en el corazón del hijo de Dios un peso y pesadumbre por los millones de almas que se obstinan en rechazar el mensaje de las buenas nuevas"[10].

La amargura de Juan era doble: por un lado al conocer lo que Dios había determinado judicialmente sobre el mundo en general; por otro en relación con las circunstancias penosas por las que tendría que atravesar el remanente del pueblo de Israel durante los últimos días de la tribulación. Será bueno recordar las lágrimas de Jesús vertidas sobre Jerusalén como consecuencia del juicio que vendría sobre ella (Mt. 23:37, 38; Lc. 19:41). Todos los creyentes y de manera especial los predicadores del evangelio debían manifestar el tremendo pesar por quienes se pierden, vertiendo también lágrimas en la presencia del Señor, mientras interceden por ellos. La evangelización no es simplemente la proclamación de un mensaje de buenas noticias, sino la toma de conciencia de que el evangelio es olor de vida para unos y olor de muerte para otros. Dios nos de más lágrimas por los perdidos, ya que el lloro tiene promesa de bienaventuranza y respuesta (Mt. 5:4).

[10] C. Ryrie. *Biblia Anotada.* Pág. 1793.

Pero, mientras era amargo a su vientre, el mismo librito era dulce a su boca ya que contenía también el término del tiempo dispuesto por Dios para establecer el reino mesiánico. La misma Palabra de Dios es dulce al paladar espiritual del creyente (Sal. 119:103). Sobre esto escribe el Dr. Ladd, que desde su punto de vista teológico entiende que el pueblo de Dios perseguido en la tribulación es la Iglesia:

"La dulzura y la amargura no se refieren a partes diferentes del rollo o a diferentes aspectos del mensaje del profeta que, para la iglesia, es parcialmente un mensaje de salvación y parcialmente un mensaje de persecución, sufrimiento y martirio. Más bien, la dulzura y amargura se refiere a la doble reacción de parte del profeta cuando digiere su mensaje y lo entiende. Es algo dulce estar cerca de Dios como receptor de su palabra. Esto es cierto para todos los creyentes. La palabra de Dios es 'dulce más que la miel y que la que destila del panal' (Sal. 19:10). Todo cristiano puede decir: '¡Cuan dulce son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca' (Sal. 119:103). Esto es particularmente cierto de la comisión profética. El rollo comido por Ezequiel era dulce como la miel a su boca (Ez. 3:3) aun cuando tenía que predicar el mensaje dado por Dios a un pueblo que no respondía, testarudo y rebelde (Ez. 3:7-9) y la palabra de Dios era un deleite al corazón de Jeremías, aun cuando su mensaje era de condenación (Jer. 15:16). De la misma manera, Juan descubrió que la palabra de Dios era dulce como la miel a su boca. Pero al digerir el mensaje y sopesar sus implicaciones, se hizo amargo a su estómago"[11].

La Palabra revela la soberanía divina en la ejecución de sus propósitos. El camino al reino de los cielos en la tierra lleva aparejada la intervención divina sobre quienes, soberbios y altivos, rechazan su condición de Rey de reyes y Señor de señores. Estos son los que se oponen para que Dios no reine y quienes, conforme a la profecía, serán destruidos por Dios mismo a causa de la abierta oposición al programa divino (Sal. 2:2-5). Ese furor de Dios, que amarga la sensibilidad espiritual del creyente que sabe que la acción de Dios acarreará condenación y perdición para muchos, es también motivo de gozo puesto que Dios ha determinado y puesto ya, potencialmente hasta el cumplimiento del tiempo, a su Rey sobre Sión el monte santo (Sal. 2:6). Todo esto produce gozo y satisfacción íntima al considerar que la historia es simplemente profecía cumplida y que la profecía es historia por cumplir. Nada ni nadie podrá oponerse a la determinación soberana de Dios en el establecimiento de su reino, bajo la autoridad suprema del Rey de reyes y Señor de señores, Jesucristo, el Hijo de Dios.

---

[11] George Eldon Ladd. o.c., pág. 130s.

10. Entonces tomé el librito de la mano del ángel, y lo comí; y era dulce en mi boca como la miel, pero cuando lo hube comido, amargó mi vientre.

Καὶ ἔλαβον τὸ βιβλαρίδιον ἐκ τῆς χειρὸς τοῦ ἀγγέλου καὶ κατέφαγον
Y tomé el librito de la mano del ángel y comí
αὐτό, καὶ ἦν ἐν τῷ στόματι μου ὡς μέλι γλυκὺ καὶ ὅτε ἔφαγον αὐτό,
lo y era en la boca de mí como miel dulce y cuando comí lo
ἐπικράνθη ἡ κοιλία μου.
fue amargado el vientre de mí.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad el relato sigue con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔλαβον, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo λαμβάνω, *tomar, recibir, llevar*, aquí como *tomé*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; βιβλαρίδιον, caso acusativo neutro singular en forma diminutiva del sustantivo *librito*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; χειρὸς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *mano*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; ἀγγέλου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *ángel*; seguido de καὶ, conjunción copulativa *y*; κατέφαγον, primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo καταφάγω, considerado antes y que expresa la idea de *comer totalmente*, de ahí la traducción *devorar,* aquí como *devoré, comí*; αὐτό, caso acusativo neutro singular del pronombre personal *lo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἦν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *era*; ἐν, preposición de dativo, *en*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *lo,* femenino en castellano, *la*; στόματι, caso dativo neutro singular del sustantivo *boca*; μου, caso genitivo singular del pronombre personal *de mí*; ὡς, adverbio de modo en sentido comparativo *como*; μέλι, caso nominativo neutro singular del sustantivo *miel*; γλυκὺ, caso nominativo neutro singular del adjetivo *dulce*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὅτε, conjunción temporal *cuando*, con sentido de *en el tiempo, en el punto, en la ocasión en que*; ἔφαγον, primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo φάγω, *comer*, aquí como *comí*; αὐτό, caso acusativo neutro singular del pronombre personal *lo*; ἐπικράνθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo πικραίνω, *amargar*, aquí como *fue amargado*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; κοιλία, caso nominativo femenino singular del sustantivo *vientre*; μου, caso genitivo singular del pronombre personal *de mí*.

Καὶ ἔλαβον τὸ βιβλαρίδιον ἐκ τῆς χειρὸς τοῦ ἀγγέλου καὶ κατέφαγον αὐτό. Siguiendo las instrucciones del ángel, Juan tomó el libro y lo comió. Como se ha comentado antes, lo *comió totalmente* o, como se traduce para trasladar el énfasis del verbo griego, *lo devoró*.

Καὶ ἦν ἐν τῷ στόματι μου ὡς μέλι γλυκὺ καὶ ὅτε ἔφαγον αὐτό, ἐπικράνθη ἡ κοιλία μου. Lo anticipado a Juan tiene también un fiel

cumplimiento. Mientras el sabor se hizo dulce a su boca, fue amargo a su vientre. El mensaje profético es gozoso porque se relaciona con el futuro glorioso del reino de Dios, al que nadie podrá oponerse en el cumplimiento pleno del designio de Su voluntad. Juan asimilando el contenido del libro se goza al ver que, a pesar de la oposición de Satanás y de los hombres impíos, Dios llevará a cabo su propósito para establecer en la tierra un reino de paz y justicia, como nunca antes hubo. Sin embargo, la acción judicial que precede al establecimiento del reino produce amargura en el alma de Juan, como consecuencia del conocimiento de los resultados de esos juicios.

11. Y el me dijo: Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes.

καὶ λέγουσιν μοι· δεῖ σε πάλιν προφητεῦσαι ἐπὶ λαοῖς καὶ ἔθνεσιν
Y dicen me: Debes tú de nuevo profetizar sobre pueblos y naciones
καὶ γλώσσαις καὶ βασιλεῦσιν πολλοῖς.
y lenguas y reyes muchos.

Notas y análisis del texto griego.

La conclusión de la visión sobre el libro pequeño se cierra con καὶ, conjunción copulativa *y*; λέγουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *decir*, aquí como *dicen*; μοι, caso dativo singular del pronombre personal *me*. La cláusula que contiene las palabras dadas a Juan comienza con δεῖ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo impersonal δεῖ, que designa una necesidad absoluta; los enunciados que se forman con este verbo tienen por naturaleza carácter absoluto, muy difícilmente cuestionable y, a menudo, anónimo y determinístico, que equivale *es necesario*, *debe*; σε, caso acusativo de la segunda persona singular del pronombre personal, *tú*, que no se traduce en castellano en esta construcción y seguido de un verbo impersonal; πάλιν, adverbio de modo que equivale a *otra vez, nuevamente*; προφητεῦσαι, aoristo de infinitivo en voz activa del verbo προφετηύω, *profetizar*; ἐπὶ, preposición de dativo, *sobre*; λαοῖς, caso dativo masculino plural del sustantivo que denota *pueblos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔθνεσιν, caso dativo neutro plural del sustantivo *naciones*; καὶ, conjunción copulativa *y*; γλώσσαις, caso dativo femenino plural del sustantivo que denota *lenguas, idiomas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; βασιλεῦσιν, caso dativo masculino plural del sustantivo *reyes*; cerrando la frase con πολλοῖς, caso dativo masculino plural del adjetivo que expresa aquello que supera lo normal, *muchos*.

Καὶ λέγουσιν μοι. En la conclusión del párrafo sobre la visión que acaba de detallar, el apóstol alude al último mensaje recibido en este contexto. Es interesante apreciar que en lugar de *"y él me dijo"*, como traduce RV, en el texto griego se lee: *"y me dijeron"*, en plural, en lugar de singular. ¿Quiénes hablaron con Juan? Pudiera tratarse de la voz del ángel y la celestial que

hablaron antes. Sin embargo el plural puede considerarse como una expresión indefinida, incluso una forma de pasivo indefinido equivalente a *"se me dijo"*.

Δεῖ σε πάλιν προφητεῦσαι. Lo que Juan escuchó expresa una necesidad absoluta: *"es necesario"*. El verbo utilizado aquí tiene por naturaleza carácter absoluto, muy difícilmente cuestionable y, a menudo, anónimo y determinístico, que equivale *es necesario*, *debe.* Por tanto, el apóstol profeta es comisionado a seguir con la profecía, para lo que había sido comisionado al principio (1:19). El mensaje profético debía ser mantenido mientras los acontecimientos anunciados en él no se cumplan. Esto es una continua advertencia de Dios llamando a los hombres al arrepentimiento, no sólo en los tiempos a que se refiere la profecía, sino en todos los tiempos, apoyándose en las predicciones proféticas hechas para el futuro. Dios es justo y actúa y actuará contra el pecado, por tanto, si lo hará así en un tiempo futuro para unas circunstancias determinadas, lo hará también, tal vez en otra intensidad, en el tiempo presente. La profecía es una advertencia sobre la acción judicial de Dios y sobre su gracia y misericordia para salvación. Quien no acepte al Hijo como Salvador, se encontrará inexorablemente con Él como juez. El ministerio profético relacionado con Juan está orientado a la confección del libro, y en él tendrá que anunciar lo que sigue en lo que falta del mismo, comenzando ya con el contenido del capítulo siguiente.

᾿Επὶ λαοῖς καὶ ἔθνεσιν καὶ γλώσσαις καὶ βασιλεῦσιν πολλοῖς. El mensaje profético está relacionado con *"pueblos, naciones, lenguas y reyes"*. Una cierta dificultad interpretativa tiene que ver con la preposición que Juan usa aquí[12], con un amplio significado, según sea el caso que rija. Puede traducirse por *ante*, en el sentido de anunciar el mensaje profético delante de muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes, sin embargo esa acepción requeriría que el objeto del texto estuviese en genitivo, pero está en dativo. Otra acepción sería *contra*, lo que supondría entender que la profecía está dirigida para anunciar acciones divinas en contra de muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes. Esta es una opción válida y concuerda con el contexto del mensaje profético general del libro. La tercera posibilidad consiste en traducirla como se ha hecho más arriba, en sentido de *sobre*, en sentido de *acerca de*, que posiblemente sea el que más convenga al contexto general; primero porque no limita la profecía a acciones *contra*, ya que también hay bendiciones, pero si expresa una orientación de ella en relación con muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes.

Juan ya profetizó sobre los juicios de los sellos y de las trompetas, pero debía hacerlo aún sobre los que se manifestarán como resultado del toque de la

---

[12] La preposición griega ἐπὶ, que aparece unas 890 veces, puede traducirse por *sobre, a, en, junto a, ante, con base en, referente a, durante, además de, de, para, por, contra.*

séptima trompeta. El alcance profético es universal, con unos destinatarios tan variados y distintos como son las distintas naciones, los diferentes pueblos, el gran número de grupos lingüísticos y la gran variedad de líderes que habrá entonces y que hay en cada tiempo en la tierra. Una demanda semejante no puede ser llevada a cabo por un hombre, requiriendo el poder sobrenatural de Dios que hará conocible su mensaje a toda la tierra por medio de la Palabra escrita. La realidad de la gracia de Dios se pone de manifiesto en este compromiso de alcanzar con el mensaje profético a todo el mundo, aún en los tiempos en que, aparentemente se manifiesta como objetivo principal de Dios su operación de juicio sobre el mundo. Aún ahí, en el clímax de la rebeldía del hombre, el Salvador de los hombres advierte sobre las consecuencias de permanecer rebeldes a su voz.

Una sencilla aplicación personal se desprende del contexto principal del capítulo, y es el resultado que el mensaje profético debe producir sobre el corazón del creyente. Por un lado el gozo exultante de saber que Dios está en el control de la historia y que conduce todo al cumplimiento de su designio en relación con la manifestación de su reino sobre la tierra. La historia futura, en la percepción bíblica para el creyente, es el resultado de la ejecución del programa de Dios que, habiéndolo determinado, expresado y establecido, lo ejecuta conforme a su soberanía y omnipotencia (Is. 46:9-10). Por otro lado está la amargura de ánimo que el corazón cristiano, sensible por la presencia y acción del Espíritu Santo, siente al conocer que muchos serán condenados por su rebeldía contra Dios. Este sentimiento, al impulso del amor divino, debiera sentirse en cada momento, sirviendo como estímulo a la evangelización intensa y continua en todos los tiempos. El cristiano no puede sentir angustia frente a los juicios venideros de Dios en el tiempo de la tribulación y olvidarse que a nuestro alrededor hay miles que parten de esta vida sin haber resuelto el problema de su pecado, muriendo sin Cristo y, por tanto, sin Dios y sin esperanza (Ef. 2:12). Por estos debiéramos sentir profunda angustia de modo que buscásemos la forma de alcanzarlos con el mensaje del evangelio, llamándolos a la fe en Jesucristo para salvación. Sentimos, al leer el último versículo que hemos considerado, la gran responsabilidad de Juan a quien se le conmina para seguir adelante con la transmisión del mensaje profético, pero olvidamos que la misma intensidad de mandamiento se establece para cada uno de nosotros: *"Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, balizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo"* (Mt. 28:19). Jesús ordena a los suyos la evangelización del mundo como consecuencia de la suprema autoridad que le ha sido conferida. Se trata de un mandato establecido para un propósito singular que nunca antes había sido dado de esta manera. Los discípulos que habían estado con Él y habían aprendido a su lado, son enviados para hacer lo mismo con todos los hombres en todas las naciones que acepten el mensaje del evangelio. No es una comisión limitada

sino extensiva. No cabe duda que así lo entendieron los creyentes del primer contingente de salvos en la dispensación de la iglesia, que *"iban por todas partes anunciando el evangelio"* (Hch. 8:4). Aquel mandamiento no era para llevar a cabo inmediatamente, sino que debían esperar en Jerusalén hasta ser investidos de poder de lo alto para llevar a cabo la misión (Lc. 24:47-49). Seguramente que aún después del descenso del Espíritu Santo y la constitución de la Iglesia, los cristianos tardaron algún tiempo en llevar a cabo la Gran Comisión establecida por el Señor. Probablemente el descenso del Espíritu debió haber ocurrido en el año 33 d.C. y el martirio de Esteban que trajo la primera persecución a la iglesia jerosolimitana, con la huida de algunos a causa de la situación, tuvo lugar sobre el 36 o 37 d.C. La persecución sirvió, en la mano del Señor, como instrumento impulsor de los cristianos hacia la evangelización del mundo. En aquel tiempo, por donde iba un cristiano, iba también un evangelista llevando el mensaje de salvación a todas las naciones. El cambio en el propósito de Jesús es notable; durante su ministerio no debían ir por el camino de gentiles (10:5), pero ahora habían de hacerlo a todas las naciones sin excepción. La obra de salvación se había llevado a cabo en la Cruz y el mensaje de buenas nuevas, el evangelio de la gracia debía ser anunciado a todos para que todos los que recibieran el mensaje pudiesen creer en el Salvador y recibir, con Él y en Él, el perdón de pecados y la vida eterna (Jn. 3:16). El orden que Dios había establecido en la evangelización del mundo fue *"al judío primeramente, y también al griego"* (Ro. 1:16). Es interesante apreciar que Jesús no estableció una evangelización llamando a los perdidos a escuchar el mensaje en la iglesia, sino todo lo contrario, era la iglesia, expresada en los creyentes quienes debían *ir* a donde los perdidos estaban y conducirlos a Jesús por medio de la evangelización. De la misma forma que el Hijo de Dios había venido al mundo para *"buscar y salvar lo que estaba perdido"* (Lc. 19:10), así también los creyentes son enviados al mundo de la misma manera y con la misma misión (Jn. 17:18). ¿Qué estamos haciendo nosotros hoy para llevar a todos el mensaje del evangelio de la gracia? No podremos sentir sino emoción ante el conflicto interno del corazón de Juan, si no sentimos un sentimiento de angustia por las almas que se pierden en nuestro mundo actual. La evangelización no es asunto de pocos, sino privilegio y responsabilidad de todos.

CAPÍTULO XI

LOS DOS TESTIGOS Y LA SÉPTIMA TROMPETA

Introducción.

En la introducción del capítulo anterior se han considerado las razones por las que se inserta una aparente interrupción, a modo de paréntesis, en el relato del toque de las trompetas. Se hacía necesaria la preparación del lector para entendiese lo que viene a continuación en el libro. La división de los capítulos y versículos separa, en esta como en otras ocasiones, artificialmente el hilo conductor del libro, ya que la primera parte del presente capítulo pertenece al anterior, en la preparación al lector para lo que sigue. Por tanto, el capítulo anterior debiera concluir en el versículo 14 de este, para seguir luego con el toque de la séptima trompeta. A la presentación del rollo pequeño que el ángel tenía en la mano derecha (10:1), sigue luego una segunda parte del párrafo necesario para introducir los acontecimientos finales de la tribulación. En este interludio de la gran sinfonía de revelación del Apocalipsis, se manifiesta la presencia de dos testigos que Dios enviará al pueblo de Israel, con un ministerio profético muy especial. La aparición de estos testigos tiene lugar entre el sonido de la sexta y la séptima trompeta. Otro interesante aspecto en el pasaje es la medición del templo. Es una medición material y espiritual. Por un lado se mide el edificio en sí, quedando excluidos los patios exteriores que serán hollados por las naciones durante cuarenta y dos meses; por otro lado se mide también el altar y los adoradores. Se aprecia que esta medición de tiempo aparecerá varias veces en los capítulos siguientes del libro y corresponde a la mitad de tiempo de la última semana profetizada por Daniel. Es sencillo observar que en las distintas formas que se usan para expresar ese tiempo, el cómputo es tres años y medio, por tanto, la mitad de los siete correspondientes a la semana setenta de las profetizadas por Daniel. Esta precisión hace entender claramente que los acontecimientos que se presentan en esta parte del libro, tienen lugar en la segunda parte del tiempo conocido como *tribulación*.

Un aspecto necesario para una correcta interpretación del pasaje será determinar a que templo se está refiriendo Juan. En todo ello debe tenerse en cuenta que el principio general para una hermenéutica correcta es el de la interpretación literal en todo cuanto sea posible. Sin embargo, tampoco debe perderse de vista y debe tenerse muy en cuenta, los elementos simbólicos interrelacionados con los literales que son necesarios separar. Otra importante observación que debe tenerse en cuenta es lo concerniente a Israel. La profecía va a dar respuesta a una pregunta formulada a lo largo del tiempo en relación con el pueblo de Israel y que Pablo trata en su Epístola a los Romanos: *"¿Ha desechado Dios a su pueblo?"* (Ro. 11:26). A medida que se desarrolla el

contenido del mensaje profético, se entiende claramente el propósito que Dios tiene con Israel, para el futuro de la historia humana. Un tercer aspecto tiene que ver con la preparación para entender las acciones de los hombres en aquel tiempo. Los juicios descritos afectan a personas que siguen fielmente al Anticristo, puesto en el gobierno de las naciones por el poder de Satanás. Las personas ciegas a la verdad de Dios, siguen las propuestas diabólicas y con ello acarrean juicio divino a causa de su perversidad. Este capítulo prepara el terreno para comprender el desarrollo y la causa de los juicios finales de Dios sobre el mundo.

La división para el estudio de este capítulo puede establecerse siguiendo el bosquejo propuesto en el primer capítulo:

1. Los dos testigos (11:1-14).
    1.1. El templo (11:1-2).
    1.2. El tiempo (11:3).
    1.3. Las características de los dos testigos (11:4-6).
    1.4. La muerte de los dos testigos (11:7-10).
    1.5. La traslación de los dos testigos (11:11-14).
2. La séptima trompeta (11:15-19).

Los dos testigos (11:1-14).

El templo (11:1-2).

1. Entonces me fue dada una caña semejante a una vara de medir, y se me dijo: Levántate y mide el templo de Dios, y el altar, y a los que adoran en él.

Καὶ ἐδόθη μοι κάλαμος ὅμοιος ῥάβδῳ[1], λέγων· ἔγειρε καὶ μέτρησον
Y fue dada me [una] caña semejante a [una] vara diciendo: Levántate y mide
τὸν ναὸν τοῦ Θεοῦ καὶ τὸ θυσιαστήριον καὶ τοὺς προσκυνοῦντας ἐν
el templo - de Dios y el altar y a los que adoran en
αὐτῷ.
el.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] ῥάβδῳ, *vara*, atestiguada en **p**[47], א*, A, 205, 209, 1006, 1611, 1841, 2053, 2344, *Biz* [P] it[gig, t], vg, cop[sa, bo], eth, Andrés, Primasio.

ῥάβδῳ, καὶ εἱστήκει ὁ ἄγγελος, *vara, y estaba el angel*, según א[2], 046, 1854, 2329, 2351, it[ar], syr[ph, h, with*], arm, Ticonio, Beato.

El relato continúa del capítulo anterior por lo que Juan utiliza de nuevo como nexo de unión la conjunción copulativa καὶ, *y*; seguida de ἐδόθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo δίδωμι, *dar, entregar,* aquí como *fue dada*; μοι, caso dativo singular del pronombre personal *me*; κάλαμος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *caña*; ὅμοιος, caso nominativo masculino singular del adjetivo *semejante*; ῥάβδῳ, caso dativo femenino singular del sustantivo *vara*, *palo, bastón, cetro*; λέγων, caso nominativo masculino singular del participio presente en voz activa del verbo λέγω, *decir, llamar, enumerar, narrar,* y sólo en época post-homérica *hablar*, aquí como *diciendo*. La segunda cláusula que contiene las indicaciones comienza con ἔγειρε, segunda persona singular del presente de imperativo en voz activa del verbo ἐγειρω, *levantarse*, aquí como *levántate*; καὶ, conjunción *y*; μέτρησον, segunda persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo μετρέω, *medir*, aquí como *mide*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; ναὸν, caso acusativo masculino singlar del sustantivo que denota *templo*, especialmente referido al *santuario*, propiamente dicho y no tanto a los edificios generales del templo; seguido de τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que no suele traducirse en castellano en esta construcción gramatical al preceder a un genitivo; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *Dios*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; θυσιαστήριον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *altar*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *a los*; προσκυνοῦντας, caso acusativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo προσκυνέω, *adorar*, aquí como *que adoran*; ἐν, preposición de dativo *en*; αὐτῷ caso dativo masculino singular del pronombre personal *él*.

Καὶ ἐδόθη μοι κάλαμος ὅμοιος ῥάβδῳ. Luego de recibir de la mano del ángel el librito escrito abierto y de haberlo comido, Juan recibe una caña con aspecto de una vara de medir. La caña de una determinada longitud, se usaba para realizar medidas de superficies; esos instrumentos de medición se les daba el nombre genérico de *vara de medir*. En ocasiones tenían la forma de un bastón y se usaban, además de cómo medida, como instrumento de apoyo para caminar. Era un término usado en profecía, tanto para referirse a medidas físicas como a espirituales (Ez. 20:37).

No se identifica quien dio a Juan la vara de medir. Es posible que fuese el mismo ángel que le entregó el librito. Junto con la vara de medir se le instruye para que realice una actividad. No se trata tanto de una visión como de un oráculo. No cabe duda que la entrega de la vara de medir ocurre en forma de visión y no de una acción real y material, pero no es tanto una visión que el profeta debe comunicar, sino un oráculo que recibe para transmitir, ya que de simple espectador de visiones, se convierte en un agente actuante en la misma

visión. De la misma manera que no se identifica quien dio la vara, tampoco se identifica al que habla.

El mandamiento se establece en una forma enfática y definida: ἔγειρε καὶ μέτρησον, *"Levántate y mide"*. El primer verbo aparece en presente de imperativo, aunque en algunos caso la lectura está en aoristo de imperativo, ambos modos verbales expresan un mandato que debe ser llevado a cabo; el segundo verbo está en aoristo de imperativo, que conlleva, junto con la inminencia de ejecución de la acción demandada, el cumplimiento pleno de la misma; como si dijese: *"Levántate inmediatamente y mide hasta terminar"*.

Lo primero que Juan debía medir era el santuario: τὸν ναὸν τοῦ Θεοῦ, *"El templo de Dios"*. ¿Qué templo es este? La respuesta a la pregunta tiene una notable importancia. Algunos intérpretes alegorizan el pasaje considerando que hablar de templo es una forma simbólica de referirse a preservación en relación con sufrimientos y muerte para los creyentes. En ese sentido escribe el profesor Bartina:

"El templo que midió Juan no pudo ser el celestial, inaccesible a los hombres para profanarlo, ni el de Jerusalén, que entonces estaba en ruinas. Tuvo que ser la Iglesia, medida para su preservación simbólicamente. Muchos comentaristas ven en esta acción un equivalente del sellado preservativo de los 144.000 (7:1-8). Los gentiles perseguirán a la Iglesia, pero no podrán con un grupo escogido"[1].

De nuevo se enfrenta la disyuntiva de establecer la interpretación correcta del pasaje, bien siguiendo el sistema alegórico o bien el literal. Sin duda, la profecía contiene figuras que han de ser aceptadas como tales, como ocurre cuando se habla de las coyundas y yugos que se enviaron a reyes de naciones para simbolizar la opresión de que sería objeto por los babilonios (Jer. 27:1ss). Isaías recibió instrucciones del Señor para que anduviese descalzo como figura del cautiverio de Egipto y Asiria (Is. 20:2-5). En todos estos casos es evidente que no cabe otra interpretación que la alegórica. Sin embargo, en la lectura del pasaje de Apocalipsis, no se ve necesidad alguna de alegorizar o espiritualizar el significado del templo que le fue mandado medir a Juan con la vara que se le dio. En este sentido escribe el Dr. Carballosa:

"La tendencia de muchos expositores es espiritualizar el significado de 'el templo de Dios', haciéndolo significar la iglesia. Jerusalén equivale a la sociedad humana organizada sin Dios y opuesta a Él. Los que adoran son

---

[1] Sebastián Bartina. o.c., pág. 713.

considerados como el pueblo de Dios en su capacidad como una comunidad adoradora.

Esa hermenéutica alegórica pierde de vista el entorno general del Apocalipsis y el contexto particular de los capítulos 10 y 11. Debe tenerse presente que el tema central del Apocalipsis es la revelación en gloria de Jesucristo con miras a establecer su reino de paz, justicia y santidad. El Apocalipsis revela cómo Dios se propone establecer su soberanía en la tierra. El contenido de este libro tiene que ver, pues, con los acontecimientos que preceden inmediatamente a la venida en gloria de Cristo, los que son simultáneos con dicha venida y los que siguen al regreso del Señor Jesucristo. Si se pierde de vista esa realidad o si no se le da prioridad en la exposición de este libro, el expositor se ha alejado de la intención del autor original del Apocalipsis"[2].

Un problema fundamental está en determinar a que templo se estaba refiriendo el que daba instrucción a Juan para que midiese el santuario. Es necesario entender también que ese templo no puede estar en otro lugar que en Jerusalén, como lo exige el contexto de la profecía. En esa ciudad hubo tres templos: Primero el de Salomón, un gran santuario, majestuoso e impresionante para su época, que fue destruido cuando el último reducto de Juda fue llevado al exilio por los babilonios. El templo de Salomón constaba fundamentalmente de dos patios además del santuario (1 R. 6:36). El templo fue reconstruido por los retornados del cautiverio, en días de Esdras. Ese era un edificio muy inferior al antiguo templo de Salomón, que causó tristeza en aquellos que recordaban la grandeza del anterior (Hag, 2:3, 4). El tercer templo, que algunos consideran como el segundo, toda vez que el anterior fue simplemente una reconstrucción muy simple y humilde del primero, fue el templo de Herodes, que Juan conoció personalmente. Este templo era más modesto, en cierto sentido, que el de Salomón, pero con todo, la grandiosidad era notable. La gran importancia espiritual del templo de Herodes fue la presencia en él, en algunas ocasiones del Señor Jesús, el Mesías prometido y cuya manifestación en el templo había sido anunciada proféticamente. El templo de Herodes tenía cuatro atrios o patios porticados: el primero, mas próximo al santuario era llamado de los *sacerdotes*; el siguiente hacia el exterior, tenían acceso los israelitas; el tercero era el de las mujeres israelitas; y el exterior se llamaba el patio de *los gentiles*, a donde podían acudir los prosélitos y adoradores de otras naciones del verdadero Dios, los cuales no podían entrar, so pena de muerte en otros patios (Hch. 21:28-29). Este templo había sido destruido ya por los ejércitos de Tito cuando Juan escribía en Apocalipsis en su destierro en la isla de Patmos. Por tanto, no podía tratarse de ninguno de estos tres templos. La profecía de Ezequiel (40-41) habla de un templo que será construido y que no puede corresponder al que edificaron

[2] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 199.

los retornados de Babilonia. Pudiera referirse al templo que se edificará en los tiempos anteriores a la segunda venida de Jesucristo, en cuyo caso podría ser el que se mandó mediar a Juan. El apóstol Pablo, aludiendo al Anticristo, menciona un templo en el que se sentará el impío del futuro, ocupando el lugar de Dios y recibiendo la adoración de los hombres (2 Ts. 2:4). La Biblia anuncia proféticamente la construcción de un templo por el Renuevo que lo edificará (Zac. 6:12-13), y cuya construcción se producirá después del regreso de Cristo a la tierra. Por tanto, a la luz de los pasajes proféticos y de la enseñanza de Pablo, debe entenderse que en el tiempo de la tribulación habrá un santuario en Jerusalén donde se adorará al verdadero Dios. Es cierto que existen problemas, en relación con tal santuario, sobre todo para reiniciar las actividades del culto por sacerdotales del antiguo orden levítico, formado por los descendientes de Leví y especialmente de la casa y familia de Aarón. Sin embargo, no puede dejar de entenderse, a la luz de la Biblia, de la existencia de un lugar edificado en Jerusalén desde donde se rinda culto a Dios. Esta verdad revelada no autoriza para suposiciones sobre construcción de ese templo, que, como muchas veces ocurre, traspasa los límites de la *posibilidad* o *probabilidad* con apoyo bíblico, para entrar de lleno en lo que pudiera llamarse especulaciones de ficción. Muchos han escrito sobre la *inmediata construcción del templo*, después de la guerra de los seis días en la que Israel puso bajo su dominio la ciudad de Jerusalén. Algunos han afirmado, sin demostración firme, que las piedras para la construcción del templo habían sido talladas y estaban disponibles para ser trasladadas al lugar en que fuese edificado. El gran problema está en la ubicación del santuario en Jerusalén, teniendo en cuenta que en el área del templo antiguo están hoy construidas las mezquitas más importantes del islamismo en la ciudad.

Juan recibe indicaciones de *medir el santuario*. Cuando en la Biblia se habla de medir algo, se está excluyendo todo lo que no esté dentro de la medida. Lo medido puede ser símbolo de preservación o de exclusión, según el ejemplo que se consideró antes en relación con Edom que sería medido para ser reducido a la nada (Is. 34:11), por tanto, lo medido por Juan sería preservado y el resto será profanado por los gentiles (cf. Sal. 79:1; Is. 63:18; Lc. 21:24). Un tiempo semejante de ocupación del santuario se produjo en tiempos de Antíoco Epífanes contra los judíos que duró 2300 días, desde la rotura de las relaciones pacíficas con los judíos, hasta la restauración por Judas Macabeo, anunciado antes por Daniel (Dn. 8:13). En alguna manera la historia vuelve a reproducirse porque el espíritu contrario a Dios ha estado siempre presente en el mundo.

Καὶ τὸ θυσιαστήριον. Junto con el santuario debía medirse también el altar. ¿Cuál de ellos? En el santuario terrenal había dos altares, uno situado en el atrio y otro en el Lugar Santo. El primero era de bronce para los sacrificios y el segundo de oro para quemar incienso. Al primero podía acceder los sacerdotes y

quienes traían un sacrificio, pero al segundo, en el interior del santuario, sólo los sacerdotes ¿Cuál era el que Juan debía medir? La pregunta no tiene respuesta bíblica, simplemente debía medirse el altar. En general podría entenderse aquí como el lugar del santuario en que se rinde adoración a Dios mediante sacrificios.

Καὶ τοὺς προσκυνοῦντας ἐν αὐτῷ. Además del altar, Juan recibe instrucciones para *medir* a los que adoraban en él. ¿Quiénes son estos? Los espiritualizantes o alegoristas defienden que se trata de creyentes de la Iglesia. Ya se ha insistido lo suficiente en el comentario que antecede que la Iglesia no estará presente en el tiempo de la tribulación, sino que habrá sido trasladada a la presencia del Señor. Queda, pues, la opción de que se trate de los verdaderos israelitas que vienen al nuevo santuario que habrá sido construido, para adorar a Dios. Si lo que se mide, es decir, lo que queda dentro del área delimitada por la medida, será preservado por Dios (Zac. 2:1-5; Ez. 40-43) es un elemento de suficiente peso como para determinar que los medidos en el santuario son los verdaderos creyentes de Israel, preservados por Dios y que forman el remanente fiel, salvo entonces. Los días difíciles en que el Anticristo se situará en el templo para hacerse adorar como Dios (2 Ts. 2:4), están a punto de manifestarse, por tanto, Dios selecciona a los auténticos creyentes de Israel para una acción protectora sobre ellos que será considerada más adelante. Otro aspecto en relación con la *medida* de los adoradores, es que se trata de una selección entre los genuinos adoradores y quienes no lo son, por tanto, determinar el significado de la *medida* de los adoradores es fácil. Sin embargo es necesario prestar también atención a la *medida* espiritual de la vara de medir que Juan debía utilizar y que determinaría quienes estaban en la *medida* de Dios y quienes estaban fuera de ella. El profeta alude a una *medida espiritual* que será aplicada a los israelitas para determinar quienes están en las demandas del pacto y quienes no, antes de establecer el reino mesiánico en la tierra al que sólo accederán los que den la *medida* espiritual, esto es quienes hayan nacido de nuevo (Ez. 20:37-38). Este era el acuciante problema que preocupaba a Nicodemo, saber si alcanzaba las *medidas* para entrar en el reino, reconociendo que Jesús era el Mesías, el enviado de Dios (Jn. 3:1), recibiendo como respuesta que la medida nunca la alcanzará el hombre por sí mismo, sino es mediante el nuevo nacimiento, fuera del cual nadie *ve* ni *entra* en el reino (Jn. 3:3, 5).

2. Pero el patio que está fuera del templo déjalo aparte, y no lo midas, porque ha sido entregado a los gentiles, y ellos hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses.

καὶ τὴν αὐλὴν τὴν ἔξωθεν[1] τοῦ ναοῦ ἔκβαλε ἔξωθεν καὶ μὴ αὐτὴν
Y el patio el de afuera del santuario déjalo fuera y no lo

μετρήσῃς, ὅτι ἐδόθη τοῖς ἔθνεσιν, καὶ τὴν πόλιν τὴν ἁγίαν
midas puesto que fue dado a los gentiles y la ciudad la santa
πατήσουσιν μῆνας τεσσεράκοντα καὶ δύο.
hollarán por meses cuarenta y dos.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] ἔξωθεν, *fuera*, como ocurre en p[47], A, P, 046, 94, 1006, 1611, 1854, 1859, 2020, 2042, 2053, 2065, 2073, 2081, 2138, 2432, it[ar, c, dem, div, haf, z], vg, syr[h], cop[sa, bo], arm, Ticonius, Primasius, Andrés[p], Arethas.

ἔσωθεν, *por dentro*, como ocurre en א, 1, 1828, syr[ph], Victorino de Pettau, Andrés[a, bav, c].

La continuidad se da mediante el uso de la conjunción copulativa καὶ, *y*; seguida de τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*, masculino en castellano, *el*; αὐλὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *patio, recinto cercado, atrio exterior del templo*, la palabra se usa también para referirse a la *mansión* de un príncipe o de su *palacio* (Mt. 26:3; Mr. 15:16), aquí en sentido de *atrio*; enfatizándolo mediante el uso de τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*, masculino en castellano, *el*, que no se traduce en castellano; ἔξωθεν, adverbio de lugar *de afuera, fuera*, en este caso como adverbio sustantivado antecedido del artículo determinado, que seguido de genitivo adquiere el significado de *afuera,* aquí como *déjalo fuera*, con sentido de *déjalo aparte*; καὶ, conjunción copulativa *y*; seguido de μὴ, partícula negativa que hace las veces del adverbio de negación, *no,* y que marca esta de modo hipotético o condicional; αὐτὴν, caso acusativo femenino singular del pronombre personal *la*, masculino en castellano; μετρήσῃς, segunda persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo μετρέω, *medir*, aquí como *midas*; sigue la conjunción ὅτι, y que significa *que, puesto que, de modo que*; ἐδόθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo δίδωμι, *dar, entregar,* aquí como *fue dado*; τοῖς, caso dativo neutro plural del artículo determinado *los*; ἔθνεσιν, caso dativo neutro plural del sustantivo que denota *gentiles*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; πόλιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *ciudad*; reforzada en cuanto a precisión mediante el uso de τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἁγίαν, caso acusativo femenino singular del adjetivo *santa*, aquí como sustantivado, al ir precedido del artículo determinado, expresa la condición de una ciudad que es la única con el calificativo de *santa*; πατήσουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo πατέω, *pisotear, pasar sobre, aplastar con el pie*, aquí como *hollarán*; μῆνας, caso acusativo masculino plural del sustantivo *meses*; τεσσεράκοντα, caso acusativo masculino plural del adjetivo numeral ordinal *cuarenta*; seguido de la conjunción καὶ, *y*; que precede a δύο, caso acusativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *dos*, por tanto el número *cuarenta y dos*.

Καὶ τὴν αὐλὴν τὴν ἔξωθεν τοῦ ναοῦ ἔκβαλε ἔξωθεν καὶ μὴ αὐτὴν μετρήσῃς. El patio exterior que rodeaba el santuario debía quedar fuera de la medición. Eso es lo que se desprende en la lectura más consolidada de este versículo. Hay otros códices en los que se lee *"déjalo por dentro"*, lo que equivaldría a mantenerlo en las medidas del santuario. Sin embargo esta expresión no está bien atestiguada e incluso no se corresponde con el contexto. En el templo de Herodes del atrio exterior estaba separado del resto del santuario por una barrera que no debía ser traspasada por los gentiles. A Juan se le instruye para que el atrio sea dejado fuera, que equivale a *desechar,* o a *excluir*, por esa razón no lo debía medir, como se le indica μὴ αὐτὴν μὴ αὐτὴν, *"no lo midas"*.

Junto con la instrucción de no medir el atrio exterior, está también la razón que lo determina, ya que aquella parte del santuario ὅτι ἐδόθη τοῖς ἔθνεσιν, *"ha sido entregado a los gentiles"*. De nuevo vuelve a surgir aquí la necesidad, considerada antes, de determinar a que santuario se estaba refiriendo Juan. Se trata, con toda seguridad, del templo que será construido antes del regreso de Cristo bien sea un santuario al estilo del de la antigua dispensación o, tal vez mejor, un gran templo o sinagoga destinada al culto a Dios. Algunos eruditos consideran que en ese templo será restaurado el sistema mosaico de sacrificios, como es el caso del Dr. Walvoord:

"El Templo aquí es evidentemente el que existirá durante la gran tribulación. Construido originalmente para el culto de los judíos y la renovación de sus antiguos sacrificios, es profanado durante la gran tribulación y se convierte en residencia de un ídolo del gobernador del mundo (cf. 2 Ts. 2:4; Ap. 13:14, 15; Dan. 9:27; 12:11). Por esta razón, es muy significativo el que a Juan se le ordene medir no sólo el Templo y el altar, sino también a los adoradores. Está diciendo, en efecto, que Dios es el juez del culto del hombre y del carácter del hombre, y que todos tienen que rendirle cuentas. También implica, por cuanto la caña tiene diez pies de largura, que el hombre no llega, ni con mucho, al nivel que Dios exige. Incluso una persona muy alta quedaría por debajo del nivel de los diez pies de la caña de medir. Por consiguiente, Dios no sólo está reclamando, con esta medición, que es dueño del Templo y del altar, sino que está también demostrando las deficiencias de los adoradores que no llegan a la medida del nivel que Él exige"[3].

Sobre esto gravita el problema del sacerdocio que se consideró antes, imprescindible para el culto y el santuario. Más bien debe tratarse de una construcción dedicada al culto a Dios. El atrio exterior del templo no gozará de la protección de Dios, por cuanto fue *entregado* a los gentiles. El verbo va

---

[3] John F. Walvoord. o.c., pág. 176s.

precedido de la conjunción causal *porque, puesto que* y expresa la idea de algo que fue arrebatado a sus legítimos dueños o entregado por estos a sus enemigos a causa de una derrota. Es el mismo verbo que usa Satanás en la tentación al Señor cuando afirma que los reinos del mundo son su posesión porque a él le fueron *entregados*[4], enfatizado en el caso de la expresión del tentador con una preposición intensificativa, pero que, en síntesis, es el mismo verbo. El atrio ha sido *entregado*, como algo que no tiene otra solución, a los gentiles. El Señor anunció que en los tiempos finales antecedentes a su segunda venida, Jerusalén sería *hollada*, por los gentiles (Lc. 21:24).

Juan se refiere al lugar donde estará situado el templo como καὶ τὴν πόλιν τὴν ἁγίαν, *"la ciudad, la santa"*, que debe entenderse como la Jerusalén terrenal, si bien más adelante en el mismo libro la ciudad santa es una referencia a la Jerusalén celestial (21:2; 22:19). El Señor anunció que en los tiempos finales antecedentes a su segunda venida, Jerusalén sería *hollada*, por los gentiles (Lc. 21:24). De esta manera también la revelación dada a Juan: πατήσουσιν μῆνας τεσσεράκοντα καὶ δύο, *hollarán por cuarenta y dos meses*. El verbo[5] usado para referirse a esta situación expresa la idea de *pisotear, pasar sobre, pisar con el pie*, de otro modo, los gentiles no sólo caminaran por la ciudad, sino que la estarán aplastando bajo sus pies, lo que destaca un aspecto de opresión y conquista. Muchas veces se toma el contenido por el continente, o al revés, en la figura de lenguaje que se conoce como metonimia en ese sentido la ciudad hollada equivale a los habitantes de la ciudad santa y especialmente a quienes son verdaderos creyentes en aquel tiempo. ¿A qué gentiles se refiere? El término indica literalmente aquellos que no son por naturaleza judíos. Cualquier persona de cualquier nación fuera de Israel tiene la condición de *gentil*. En este caso, conforme al contexto de la profecía, el Anticristo y sus ejércitos tomando como disculpa el intento de invasión del reino del norte y la del reino del sur sobre Israel, habrá invadido el territorio de Palestina y se habrá establecido entre el monte santo y el mar, esto es, ocupando militarmente el territorio de Israel. La gran opresión referida aquí producida por los gentiles, tiene que ver especialmente con las fuerzas del Anticristo y, genéricamente, con el imperio que lidera, que es el Imperio Romano reconstruido, lo que pudiéramos llamar técnicamente el mundo occidental.

A Juan se le dice que los gentiles *hollarán* la ciudad santa durante un período de *cuarenta y dos meses*. Por primera vez en el libro aparece un cómputo temporal que se repetirá en otras ocasiones (11:3; 12:6; 13:5). No cabe

---

[4] Lucas usa el modo verbal παραδέδοται, que es la tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz pasiva del verbo παραδίδωμι.
[5] Griego: πατέω.

duda alguna del eco aquí de lo profetizado por Daniel que refiriéndose al tiempo de opresión del *cuerno pequeño*, el Anticristo, sobre Israel dice que será por *"tiempo y tiempos y la mitad de un tiempo"* (Dn. 7:25), equivalente a tres años y medio o cuarenta y dos meses. La profecía del Antiguo Testamento ensambla absolutamente con la del Nuevo dada a Juan en las visiones en Patmos. Ese es el tiempo anunciado para la opresión en la ciudad santa (Ap. 11:2); para la misión de los dos testigos (11:3); para el cuidado del remante de Israel en el desierto (12:6, 14); coincidente también con el tiempo en que se permite al Anticristo ejercer el dominio sobre las naciones llegando a un liderazgo universal en la tierra (13:5).

Algunos alegorizan el número en una interpretación espiritualista, refiriéndolo a un tiempo genérico de aflicción. En ese sentido escribe el Dr. Ladd:

"El número cuarenta y dos meses nos hace volver a la profecía de Daniel 9, donde se dice que la predicción del tiempo hasta la confirmación del pacto hay setenta semanas de años (Dn. 9:24). Esto no puede interpretarse basándose en el cálculo de cualquiera como un pronóstico exacto del tiempo". Más adelante sigue: *"Debemos llegar a la conclusión de que los cuarenta y dos meses (1260 días) representan el período de poder satánico en el mundo, con particular referencia a los días finales del Anticristo. Todo lo que ha de sufrir el pueblo de Dios a manos del mal satánico en el transcurso del tiempo no es sino una visión previa de las opresiones convulsivas finales por parte del Anticristo en el tiempo del fin. En este sentido, todo el curso de los tiempos pueden ser vistos como el fin del fin"*[6]

Es interesante el resumen que el profesor Salvador Bartina registra en su comentario al Apocalipsis, siguiendo una línea de pensamiento semejante:

"Los enemigos de Dios pisotearán parte de lo sagrado durante cuarenta y dos meses. ¿Qué sentido tiene esta cifra? Ante todo, es un número que se repite constantemente. Los dos testigos ejercerán su ministerio mil doscientos sesenta días (11:3), y el mismo tiempo se ocultará la Mujer en el desierto (12:6). La Bestia blasfemará contra Dios y sus santos cuarenta y dos meses (13:5), durante el mismo tiempo los gentiles profanarán la Ciudad Santa (11:2). La Mujer estará protegida por Dios en la soledad 'un tiempo, dos tiempos y medio tiempo, es decir, tres años y medio (12:14). Teniendo en cuenta que los meses son de treinta días y los años de trescientos sesenta, se obtiene la siguiente ecuación: un tiempo, dos tiempos, medio tiempo = 3 y 1/2 años = 42 meses = 1260 días.

---

[6] George Eldon Ladd. o.c., pág. 136.

La clave la da un pasaje de Daniel. El cuernecillo que salió, distinto de los diez, era un poder político que actuó contra Dios y contra sus santos precisamente 'un tiempo, dos tiempos y medio tiempo' o sea, tres años y medio (Dn. 7:25; 12:7; cF. Dn. 9:27). Según algunos, fue el tiempo que corrió entre junio del año 168 a diciembre de 65, antes de Jesucristo, en que el pueblo de Israel pasó angustiosos días de aprieto bajo el rey seleucida Antíoco IV Epifames, que quería destruir enteramente la religión judía. En todo caso, por el pasaje de Daniel puede afirmarse que este tiempo simboliza todo el período de persecución y prueba contra la verdadera religión, dure lo que dure. De ahí que indique todo tiempo de sufrimiento y desolación de la Iglesia. Tres y medio es un número imperfecto, mitad de siete, el cual es símbolo de perfección en el Apocalipsis. De ahí que tres y medio y sus equivalentes numéricos sean símbolo de lo que no madura, de lo que no llega al fin pretendido. Así, toda persecución contra la Iglesia nunca llegará a lo que se proponen los perseguidores. No se ha de interpretar el número en sentido matemático. Juan lo repite para inculcar la importancia del contenido desechada la cubierta del simbolismo"[7].

El sentido literal del tiempo en la profecía de Daniel en la parte relativa al cumplimiento de las sesenta y nueve semanas es evidente, ya que fueron cumplidas matemáticamente desde la salida del edicto de Artajerjes para reconstruir la ciudad y el muro (Dn. 9:25; Neh. 2:7) hasta la entrada de Jesús en Jerusalén, lo que exige que sea también literal el cumplimiento del tiempo de la última semana, que comenzará con la firma del pacto entre el Anticristo e Israel (Dn. 9:27) y que durará, como las anteriores siete años. En ese sentido Dios comunica al profeta Juan que habrá un tiempo de tres años y medio, la mitad de la hebdómada final, en que los gentiles hollarán la ciudad santa y el atrio del santuario, quedando bajo la protección de Dios, no sólo el santuario en sí sino aquellos que realmente le adoraban. Por tanto, el tiempo que los gentiles hollarán Jerusalén es de cuarenta y dos meses, equivalente a dos años y medio. Es la medida del tiempo de la segunda mitad de la última semana y que corresponde a los 1260 días (11:3; 12:6). Es la misma medición expresada de otro modo de la profecía de Daniel, correspondiente a *tiempo y tiempos y la mitad de un tiempo* (Dn. 7:25; 12:7); el período temporal en que el Anticristo ejercerá su máximo poder sobre la tierra (Ap. 13:5). Ese será una época de extrema angustia para Israel (Jer. 30:7), un tiempo de intensa aflicción, como Jesús dijo: *"Porque habrá entonces gran tribulación, la cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá"* (Mt. 24:21). Ese tiempo será sin parangón en la historia humana. El Señor habla de una tribulación *grande*, como no hubo otra en la historia antecedente de la humanidad, ni la habrá tampoco después que esta tribulación se produzca. La tribulación de que Jesús habló, no puede darse por cumplida en la destrucción de Jerusalén por los

---

[7] S. Bartina. o.c., pág. 713s.

ejércitos de Tito, porque aunque en esa ocasión cataclismo y la angustia fueron grandes, hubo otras muchas manifestaciones superiores en dramatismo y destrucción a lo largo de la historia siguiente hasta nuestros días. Jesús afirma que la tribulación de aquel tiempo al que se estaba refiriendo no puede compararse con nada de cuanto ha ocurrido en el mundo y debe entenderse como el cumplimiento profético del Antiguo Testamento (Dn. 12:1-2), que desarrolla luego Juan (Ap. 7:14; 12:12-17; 13:7; etc.). Será la culminación del *día de Dios*, anunciado tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento (Is. 2:12; 13:6, 9; Ez. 13:5; 30:3; Jl. 1:15; 2:1, 11, 31; 3:14; Am. 5:18, 20; Abd. 15; Sof. 1:7, 14; Zac. 14:1; Mal. 4:5; Hch. 20:20; 1 Ts. 5:2; 2 Ts. 2:2; 2 P. 3:10). Corresponde este tiempo al período de la última semana de Daniel y se manifiesta en la intervención judicial de Dios sobre el mundo entero (Ap. 3:10), donde Dios hará manifiesta su ira a todos los moradores de la tierra (Ap. 6:15-17). Será un tiempo de ira intensa (Sof. 1:15, 18; 1 Ts. 1:10; 5:9; Ap. 6:16-17; 11:18; 14:10, 19; 15:1, 7; 16:1, 19); de juicio divino (Ap. 14:7; 15:4; 16:5, 7; 19:2); de indignación de Dios a causa del pecado de los hombres (Is. 26:20-21; 34:1-3); de intensa prueba (Ap. 3:10); de angustia intensa (Jer. 30:7; Sof. 1:14-15; Dn. 12:1); de destrucción como nunca antes (Jl. 1:15; 1 Ts. 5:3); tiempo de tinieblas (Jl. 2:2; Am. 5:18; Sof. 1:14-18); de trastorno (Is. 24:1-4, 19-21); de castigo (Is. 24:20-21). El tiempo que anuncia Jesús será de angustia porque la ira que desciende sobre el mundo procede de Dios (Is. 24:1; 26:21; Jl. 1:5; Sof. 1:18; Ap. 6:16-17; 11:8; 14:7, 10, 19; 15:4, 7; 16:1, 7, 19; 19:1, 2). La gran tribulación será para probar a los moradores de la tierra, cuya intensidad se describe en Apocalipsis, mediante los juicios de los sellos, las trompetas y las copas. La Biblia le llama *gran tribulación* (Ap. 7:14). Especialmente grave será para aquellos que habiendo reconocido al Señor como el Mesías sean objeto de persecución por el Anticristo, que se hace pasar falsamente como el verdadero Mesías y se asentará en el templo de Dios para hacerse adorar como Dios. Esto producirá una verdadera angustia tanto material, por la persecución, como espiritual, por la abominación desoladora que Satanás habrá establecido en la persona del Anticristo. Los creyentes habrán tenido que huir, como se consideró antes, para ser sustentados y cuidados por Dios durante este tiempo final de los tres años y medio últimos, correspondientes a la semana setenta de las profetizadas por Daniel.

La protección sobre la ciudad santa y los adoradores, tiene que entenderse como la protección que Dios extiende al verdadero *Israel de Dios*. En algunos lugares se identifica Jerusalén como referente a todo el pueblo (Is. 40:1, 2: Mt. 23:37). Se trata, pues, de remanente que no firmará el pacto con el Anticristo. No todos los descendientes biológicos de Abraham, son israelitas, sino los que como él son de la misma fe (Ro. 9:6-7). Estos gozarán de una protección especial de Dios, como se considerará más adelante. La tribulación que comenzará con la firma del pacto entre el Israel apóstata y el Anticristo (Dn.

9:27), alcanzará su clímax con la rotura de ese pacto, a la mitad de la semana, donde con el pretexto de defensa de la ciudad santa, el Anticristo invadirá Israel y se asentará en Jerusalén (Dn. 11:40-41). Durante la segunda mitad de la última semana, los gentiles tendrán el control de la ciudad santa, y el Anticristo exigirá ser adorado en ella.

El tiempo (11:3).

3. Y daré a mis dos testigos que profeticen por mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio.

Καὶ δώσω τοῖς δυσὶν μάρτυσιν μου καὶ προφητεύσουσιν ἡμέρας
Y daré a los dos testigos de mí y profetizarán por días
χιλίας διακοσίας ἑξήκοντα περιβεβλημένοι σάκκους.
mil doscientos sesenta vestidos de sacos.

Notas y análisis del texto griego.

De nuevo el escritor utiliza la conjunción copulativa καὶ, *y*; como nexo de unión; seguida de δώσω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar*, aquí como *daré*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *a los*; δυσὶν, caso dativo masculino plural del adjetivo numeral ordinal *dos*; μάρτυσιν, caso dativo masculino plural del sustantivo que denota *testigos*; del que los da como expresa μου, caso genitivo singular del pronombre personal *de mí*; καὶ, conjunción *y*; προφητεύσουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo προφητέυω, *profetizar, proclamar un mensaje de Dios*; ἡμέρας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *días*; χιλίας, caso acusativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal, *mil*; διακοσίας, caso acusativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal, *doscientos*; ἑξήκοντα, caso acusativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal, *sesenta*; que en conjunto expresan la cifra *mil doscientos sesenta*; περιβεβλημένοι, caso nominativo masculino plural del participio perfecto en voz media del verbo, περιβάλλω*, envolver alrededor,* en sentido de *vestirse*, aquí como *vestidos*; σάκκους, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *saco, vestido de duelo*, que designa una tela burda de cerda, que en el mundo antiguo y especialmente en el Antiguo Testamento se usaba como vestido de luto.

Καὶ δώσω τοῖς δυσὶν μάρτυσιν μου. Durante el tiempo en que Jerusalén será hollada por los gentiles, Dios dará a dos mensajeros suyos. El verbo expresa la acción de la soberanía divina. ¿Quién los dará? El sujeto de la oración implícito puede ser tanto el Padre como el Señor Jesucristo. Tal vez la expresión de la profecía siga siendo hecha por el ángel fuerte que habló antes con Juan, pero, no es el ángel quien da a los testigos, sino el portavoz del único que puede hacerlo que es Dios mismo. En la acción soberana de Dios se implica el amor personal que tiene por el pueblo de Israel, no dejándolo sin testimonio directo suyo. Durante el tiempo de la dispensación de la Iglesia, fueron los

cristianos quienes testificaron en el mundo y proclamaron a todos los pueblos, incluido Israel, el mensaje de salvación. En el tiempo final de la historia de este sistema, Dios enviará a dos testigos para un ministerio especial en relación con el remanente de Israel que estará pasando por momentos de gran dificultad en la tribulación. El hecho de que el sustantivo *testigos* va acompañado y precedido de un artículo determinado es evidencia suficiente para entender que se trata de dos personas reales y, por tanto, como personas y mensajeros divinos, únicos en ese sentido y ministerio. De nuevo vuelve a producirse entre los exegetas dos posiciones generales, una la que pretende alegorizando el pasaje dar a entender que los dos testigos no son personas reales sino representativos del ministerio de la Iglesia hacia Israel, y otros, que siguiendo la interpretación literal entendemos que se trata de personas concretas.

Καὶ προφητεύσουσιν ἡμέρας καὶ προφητεύσουσιν ἡμέρας. El ministerio que se les encomienda es profético. Juan utilizando un modo típico de la expresión semita dice *"y profetizarán"*, es decir, los daría para que profetizasen o proclamasen un mensaje en Su nombre. El ministerio profético tiene que ver primariamente con revelación de misterios que son comunicados por Dios y transmitidos para el conocimiento de los hombres. Pero, también la profecía está vinculada a un mensaje destinado a la *"edificación, exhortación y consolación"* (1 Co. 14:3), de gran importancia en medio de la situación de angustia y aflicción por la que los creyentes estarán atravesando en aquellos días. Dios mismo anunció un ministerio de atracción y consolación hablando al corazón de su pueblo necesitado (Os. 2:14). El mensaje de los profetas alentaba a los verdaderos creyentes en medio de las circunstancias difíciles por las que atravesaban: *"Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén; decidle a voces que su tiempo es ya cumplido que su pecado es perdonado"* (Is. 40:1-2). El ministerio profético tenía que ver, también con el fortalecimiento espiritual del pueblo de Dios: *"Decid a los de corazón apocado: Esforzaos, no temáis; he aquí que vuestro Dios viene con retribución, con pago; Dios mismo vendrá, y os salvará"* (Is. 35:4).

¿Puede determinarse quienes serán esos dos testigos? Nuevamente la división entre los intérpretes está servida. Para algunos los dos testigos son símbolos de la Iglesia. Uno de los argumentos que utilizan es que se les llama *"dos candeleros"* figura utilizada anteriormente para la Iglesia (1:20). Además se dice que el Anticristo hará guerra contra ellos, lo que supone una enorme desproporción de una lucha de todo un poder espiritual de las tinieblas y su organización, contra dos hombres; aparentemente encajaría mejor la lucha en contra de toda la Iglesia con miles de creyentes (11:7). Además quienes sostienen esta interpretación alegórica, entienden que hay un tercer argumento que la potencia en el hecho de que los cadáveres de los dos serán vistos por todas las naciones, por lo que –según este sistema interpretativo- sólo puede

producirse si en un número grande que muere y que está en todos los lugares de la tierra, lo que corresponde a la presencia de la Iglesia en el mundo.

En la línea de interpretación literal, se entiende que estos son dos hombres enviados por Dios y también aquí se dan distintas identificaciones. Sin embargo, en la determinación de quienes sean hay distintas opiniones. Para algunos uno de los testigos debe ser Enoc. El argumento que les lleva a esta conclusión es que Enoc fue llevado por Dios sin ver muerte (Gn. 5:24). La interpretación se afianza si se une el final de la vida de Enoc con la determinación divina de que todos los hombres pasen por la experiencia de la muerte como está establecido (He. 9:27). Sigue la argumentación teniendo en cuenta que Enoc, que no vio muerte vendrá para cumplir la experiencia común a todos los hombres que Dios ha determinado. Pero el libro del Génesis no afirma que Enoc no murió, sino simplemente que *desapareció* de la vista de los hombres porque lo llevó Dios. Además la muerte establecida para todos los hombres ¿es un decreto incondicional? ¿No hay posibilidad alguna de que alguno o algunos hombres no pasen por la experiencia de la muerte física? Ciertamente no es una determinación absoluta por cuanto muchos cristianos no verán muerte, sino que serán transformados en el momento del traslado de la Iglesia a la presencia del Señor (1 Co. 15:51; 1 Ts. 4:17).

Otros intérpretes entienden que uno de los dos testigos tiene que ser el profeta Elías. El principal argumento tiene que ver con la profecía de que Elías vendrá antes que venga el Señor (Mal. 3:1), profetizándose también que Elías vendría antes *"de que venga el día de Jehová, grande y terrible. El hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición"* (Mal. 4:5-6). Sin embargo, el Señor afirmó que ya había sido enviado Elías, refiriéndose a Juan el Bautista (Mt. 17:12; Mr. 9:13). Por tanto, no tiene necesariamente que ser Elías de la historia de los profetas de Israel uno de los dos testigos.

Otros entienden que se trata de Elías y Moisés, ya que hay citas que permiten suponer la presencia de los dos profetas por las características tan similares de sus actuaciones en su tiempo histórico y las de los dos testigos que Juan anuncia (Ex. 7:20, 21; 9:23, 24; Nm. 16:35; 1 R. 17:1; 2 R. 1:9-15). Ambos profetas aparecen juntos en el monte de la transfiguración (Mt. 17:3), que fue un anticipo visible dado a tres de los discípulos sobre la manifestación del reino de Dios viniendo con poder. Un argumento más que sustenta esta identificación tiene que ver también con la determinación divina de la muerte de todos los hombres. Quienes sostienen la identificación con Moisés y Elías entienden que tanto el primero como el segundo no murieron como los demás hombres. Moisés no fue sepultado de la forma habitual para un muerto, sino que Dios lo hizo reservadamente y nadie sabe de su sepultura (Dt. 34:6). Elías fue

trasladado al cielo en un carro de fuego, por tanto, aparentemente, tampoco murió como está establecido a los demás hombres (2 R. 2:11). Opinan estos intérpretes que no sería cosa ilógica que Dios enviase a estos dos hombres de la antigua dispensación, para que, además de un ministerio testimonial en el mundo, fuesen resucitados provisionalmente para que muriesen en la tribulación. Tal es el pensamiento de Ivan Barchuk:

"Hay una condición más que habla en este caso a favor de Moisés, y son los sucesos en torno a su cuerpo. En general, la muerte de Moisés ha sido escondida y secreta (Dt. 34:5, 6), lo que despierta muchos interrogantes. En primer lugar, ¿por qué Dios mismo sepultó a Moisés? ¿Dónde y como? ¿Por qué Dios ocultó el sepulcro de Moisés de tal manera que nunca nadie supo en qué lugar fue sepultado? ¿Por qué el diablo se interesaba en el cuerpo de Moisés, deseaba él convertir ese cuerpo en un ídolo de los hebreos, o tal vez destruirlo, presintiendo que en él, tendría Satanás una vez más a un gran enemigo? ¿Por qué el arcángel Miguel defendía el cuerpo de Moisés del diablo? ¿Acaso valía la pena defender un cadáver, el cual se desintegra, si es que el mismo no ha sido señalado para ninguna otra cosa? ¿Cómo sucedió que en el monte de la transfiguración, el muerto Moisés, y arrebatado vivo al cielo Elías, estaban en cuerpo iguales? Todas estas preguntas automáticamente traen a la mente el hecho de que la muerte de Moisés no fue un hecho común, al igual que la preservación de su cuerpo. Sin duda, el Señor previó desde la eternidad que Moisés y Elías estuviesen en los asuntos de Cristo en los tiempos más difíciles de la historia del reinado de Cristo. Probablemente para esta meta es que el Señor guardó el cuerpo de Moisés de la destrucción. Es probable, además, que la muerte de Moisés haya sido tan agradable, que ni podía ser considerada como muerte y luego él pudo resucitar en un cuerpo igual al de Elías, y así, juntos ellos se están preparando para el gran testimonio y una lucha pesada con el mismo Satanás en la persona del Anticristo"[8].

Finalmente, en este orden de interpretaciones identificativas, algunos sostienen que es necesario que Elías venga antes del reino (Mal. 4:5; Mt. 17:10-13). El evangelio identifica a Juan el bautista como uno con el espíritu de Elías, pero no con Elías mismo (Lc. 1:17). Juan mismo negó que fuese *el profeta*, es decir, Elías (Jn. 1:21). Se habla de una restauración futura y antes de la venida de Elías (Mt. 17:11). Con todo Cristo manifestó que Juan vino *"con el espíritu y poder de Elías"* (Lc. 1:17), por tanto Jesús dio su venida como ocurrida (Mt. 11:14; 17:12). Los mismos discípulos entendieron que el cumplimiento de la profecía tuvo lugar en Juan (Mt. 17:13). La interpretación más acorde con la Escritura sería que en los tiempos finales del sistema actual, antes del regreso del Señor, vendrá uno con el espíritu y poder como los de Elías, para dar

[8] Ivan Barchuk. o.c., pág. 186s.

cumplimiento a la totalidad de la profecía. Juan preparó, como si fuese Elías, el camino para la primera venida del Señor y otro lo hará en relación con su segunda venida.

Debe entenderse que cualquier identificación de los dos testigos, no deja de ser sino una inferencia del intérprete. La Escritura guarda silencio sobre quienes serán esos dos personajes, por tanto, no debe establecerse aquello que es simplemente deducción más o menos afianzada en posibilidades bíblicas. La realidad del texto de Juan es que habrá dos personas, humanas, literales, que serán puestas por Dios en el tiempo de la tribulación, en la segunda mitad de la última semana, con un ministerio profético durante todo el transcurso de ese tiempo. Estos dos desarrollaran su servicio en momentos tanto o más difíciles que los que concurrían en las vidas de Moisés y Elías. El hecho de que realicen prodigios semejantes a los que hicieron Moisés y Elías, no supone otra cosa que el mismo Dios de aquellos dos es también el de los enviados que Juan anuncia.

El tiempo de su actividad profética es de *"mil doscientos sesenta días"*, que como ya se ha indicado insistentemente, corresponde al tiempo de la mitad de la última semana profetizada por Daniel. Ambos testigos estarán vestidos de *saco*, que RV traduce como *cilicio*, traje de luto y aflicción (Is. 22:12; Jer. 4:8). Ese era el vestido habitual de los profetas, como el de Isaías (Is. 20:2). El vestido es propio de duelo, natural para un ministerio en tiempos en que el juicio de Dios descenderá en forma radical sobre los impíos que no procedan al arrepentimiento. El corazón angustiado del profeta se pone de manifiesto, no sólo en el mensaje, sino también en el vestido de luto que lo acompaña, expresando visiblemente el dolor.

Las características de los dos testigos (11:4-6).

4. Estos testigos son los dos olivos, y los dos candeleros que están en pie delante del Dios de la tierra.

οὗτοι εἰσιν αἱ δύο ἐλαῖαι καὶ αἱ δύο λυχνίαι αἱ ἐνώπιον τοῦ Κυρίου
Estos son los dos olivos y los dos candelabros los delante del Señor
τῆς γῆς ἑστῶτες.
de la tierra que están en pie.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad, Juan prosigue con οὗτοι, caso nominativo del pronombre demostrativo masculino plural, *estos*; εἰσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *son*; αἱ, caso nominativo femenino plural del artículo determinado *los*; δύο, caso nominativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal *dos*; ἐλαῖαι, caso nominativo femenino plural del sustantivo

olivos; καὶ, conjunción copulativa, *y*; αἱ, caso nominativo femenino plural del artículo determinado *las*, masculino en castellano; δύο, caso nominativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal *dos*; λυχνίαι, caso nominativo femenino plural del sustantivo *candelabros*; αἱ caso nominativo femenino plural del artículo determinado *las*, que no se traduce en castellano en esta construcción de la oración; ; ἐνώπιον, preposición de genitivo, que se usa también como adverbio y denota *delante de*, *en la presencia de*, *en frente de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; Κυρίου, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *señor*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tierra*; ἑστῶτες, caso nominativo masculino plural del participio perfecto en voz activa del verbo ἵστημι, *colocar, poner, presentar, determinar, sostener en pie, pagar,* intransitivo *estar de pie, quedarse quieto, presentarse, oponerse, mantenerse firme*, aquí como *están en pie.*

Οὗτοι εἰσιν αἱ δύο ἐλαῖαι. A los dos testigos se los identifica con los *dos olivos*. El profeta Zacarías vio en visión un candelero de oro con siete lámparas flanqueado por dos olivos (Zac. 4:1-3). El candelabro recibía el aceite de los dos olivos (Zac. 4:12). En la profecía de Zacarías, estos dos representan a los dos ungidos que están delante del Señor de toda la tierra (Zac. 4:14). Los dos testigos en la profecía de Zacarías eran Josué el sumo sacerdote (Zac. 3:1), y Zorobabel el gobernante sobre el pueblo (Zac. 4:6, 7). Los dos referentes de la profecía de Zacarías, vivieron en los tiempos del retorno de Israel del cautiverio de Babilonia; ambos tenían como misión principal en su ministerio el cuidado espiritual del pueblo de Dios y la conducción conforme a su Palabra, de aquel conjunto que había retornado del lugar a donde habían sido llevados a causa de la maldad del pueblo de Israel. Ese ministerio tenía como objetivo que el pueblo de Dios sirviese de referente y testimonio en medio de las naciones paganas, idólatras y perversas que lo rodeaban. La misión de los dos testigos del Apocalipsis será semejante en relación con el remanente fiel del pueblo de Dios. En la figura de los dos olivos se aprecia la presencia en plenitud del Espíritu Santo de Dios, representado en la Escritura por el aceite.

Καὶ αἱ δύο λυχνίαι. Vinculado a los dos olivos se los compara también con dos candeleros, o tal vez mejor candelabros. En la visión de Zacarías, los dos olivos vertían aceite por medio de dos tubos de oro en el candelabro, de modo que podía alumbrar continuamente. Los creyentes, no importa en que dispensación, son también luz en un mundo en tinieblas. Jesús enseñó esto en el Sermón del Monte, cuando dijo: *"Vosotros sois la luz del mundo"* (Mt. 5:14). Él mismo se calificó como *"la luz del mundo"* (Jn. 8:12). El Evangelio según Juan presenta a Jesús como la luz de Dios que hacía irrupción en el mundo en tinieblas, brillando para todos los hombres (Jn. 1:9). En la Biblia la luz equivale al verdadero conocimiento de Dios, de tal modo que el salmista dice: *"contigo está el manantial de la vida; en tu luz veremos la luz"* (Sal. 36:9). La luz o la vida en la luz está relacionada con la bondad, justicia y verdad (Ef. 5:8-9). El

camino del justo está rodeado de luz; la luz ilumina continuamente su senda produciendo con ello alegría y gozo, por eso la Biblia dice: *"luz está sembrada para el justo, y alegría para los rectos de corazón"* (Sal. 97:11). La presencia del Mesías en la tierra hizo que el pueblo que andaba en tinieblas viese gran luz (Is. 9:2). La metáfora de la luz puede ampliarse hasta comprender todas las bendiciones que proceden de la salvación (Lc. 1:77-79). La verdadera luz es Dios y está en Él, de ahí que se afirme que Dios es luz (1 Jn. 1:5). En ese sentido, quien está en Dios y Dios en él por Cristo, se convierte en un luminar al resplandecer en él la luz de Dios (Fil. 2:15). Cuando se habla de *brillar*, de lucir como un luminar, una lumbrera, en un mundo en tinieblas se está diciendo lo mismo que *vivir a Cristo* (Gá. 2:20; Fil. 1:21). Solo es luminosa la vida del que Dios se hace vida y luz en el mismo por su presencia vivencial. El creyente no es luz por sí mismo, sino que la luz de Dios le es comunicada por la presencia de Cristo en él. El Señor es la única y verdadera luz. Por eso el salmista dice que *"el Señor es mi luz y mi salvación"* (Sal. 27:1); y por tanto solo en él *"veremos luz"* (Sal. 36:9). La luz necesaria para el camino santo y sin tropiezo del creyente procede de Dios, a quién se dirige la súplica: *"Envía tu luz y tu verdad; estás me guiarán; me conducirán a tu santo monte, y a tus moradas"* (Sal. 43:3). Mientras que el mundo desorientado es conducido por sendas que concluyen en muerte, el creyente alumbrado por Dios es conducido a Dios mismo, su alegría y su gozo (Sal. 43:4). Dios ha dado a Cristo por luz de salvación a todas las naciones (Is. 49:6). De ahí que el profeta diga al pueblo que estaba en la esperanza del Mesías, que su llegada traería consigo la luz y la gloria de Dios (Is. 60:1). La irrupción del Verbo de Dios hecho carne, en el mundo de los hombres, hizo resplandecer la luz de Dios como la aurora naciente del día de salvación, para dar luz a los que estaban en tinieblas y alumbrar el camino de la paz (Lc. 1:78-79). La luz de Dios para los gentiles se manifestó también en Cristo (Lc. 2:32). Por eso nadie más que Jesús podía decir de sí mismo: *"Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida"* (Jn. 8:12); y afirmar que *"entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo"* (Jn. 9:5). Cuando el Señor llamó a la fe lo hizo también en relación con la luz, proclamando un cambio de las tinieblas a su luz admirable: *"Aún por un poco está la luz entre vosotros; andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas; porque el que anda en tinieblas, no sabe a dónde va. Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz. Yo, la luz, he venido a este mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas"* (Jn. 12:35-36). El creyente no es luz en sí mismo, pero es luz en el Señor. La acción salvadora de Dios hace posible esta transformación, *"porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo"* (2 Co. 4:6). Por esa razón dice Pablo, al referirse a los cristianos: *"porque en otro tiempo erais tinieblas, más ahora sois luz en el Señor"* (Ef. 5:8). Quien

permanece en comunión con Cristo, quien vive la luz de Dios en Cristo en su propia vida, es luz a los demás (Jn. 15:4, 5). Andar en luz, brillar, ser luz, es poder señalar el rumbo al que vive en tinieblas, lo que es el cumplimiento fiel de la comisión que Cristo dio a los creyentes (Hch. 1:8). Estos dos testigos brillarán con la luz de Dios en un mundo en tinieblas y de gente entenebrecida.

Αἱ ἐνώπιον τοῦ Κυρίου τῆς γῆς ἑστῶτες. Una tercera característica de estos dos testigos es su posición delante del *Señor de la tierra*: ambos estaban *en pie*. Juan utiliza un verbo en participio perfecto que expresa la idea de mantenerse firmes en una posición, estar en pie. Dos cosas se aprecian en el detalle. En primer lugar la posición victoriosa del ministerio y testimonio de los dos testigos. Satanás procura que el creyente caiga de la posición de victoria en que Dios le asentó, de ahí la exhortación del apóstol Pedro: *"al cual resistid firmes en la fe"* (1 P. 5:9). Esa condición de firmeza no es el resultado del poder personal del creyente, sino de la provisión de Dios para la victoria sobre Satanás: *"tomad toda la armadura de Dios para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo"* (Ef. 6:11). *"Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes"* (Ef. 6:13). Estos dos, enviados por Dios, está *"en pie"* delante del Señor. La firmeza de ellos no es asunto aparente a ojos de los hombres, sino conocida por Dios que la atestigua. En segundo lugar la posición *en pie*, enfatiza la constancia o perseverancia en el ejercicio del ministerio encomendado. No están sentados como misión acabada, sino en pie para proseguir la actividad hasta el fin.

Finalmente la referencia que se hace al *"Señor de toda la tierra"*, es el traslado desde la antigua profecía a los tiempos de Juan. Así se lee en el profeta: *"Estos son los dos ungidos que están delante del Señor de toda la tierra"* (Zac. 5:3). De la misma manera que en relación con Josué y Zorobabel su ministerio se llevaba a cabo delante del Señor, soberano sobre toda la tierra, así también en relación con los dos testigos de los días de la tribulación. El título *"Señor de toda la tierra"* expresa la condición que el Mesías tiene como Rey de reyes y Señor de señores. Satanás ha cuestionado desde el principio de la humanidad la condición de Soberano que Dios tiene. Los hombres influenciados por Satanás han rechazado a Cristo y lo harán más enfáticamente en los tiempos futuros, no reconociéndole como lo que es: El Señor. Estos son, los reyes de la tierra, los gobernantes del mundo y las gentes en general quienes gritan su repudio con las palabras del salmista: *"Rompamos sus ligaduras y echemos de nosotros su cuerdas"* (Sal. 2:3). Sin embargo el decreto divino tiene que ver con el señorío de Cristo, quien ha sido puesto por Rey sobre Sion el monte santo de Dios (Sal. 2:6). Dios levantó a su Hijo de entre los muertos proclamándolo cósmicamente como Señor. Esa es la verdad que enseña el apóstol Pablo: *"Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre,*

para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para la gloria de Dios" (Fil. 3:9-11). La cruz fue el punto de partida para la exaltación suprema, como se lee literalmente en el texto paulino, *"le superexaltó"*. Es la respuesta al deseo de quien se había humillado hasta lo sumo (Jn. 17:4-5). Es el cumplimiento de la enseñanza de Jesús sobre la exaltación de quien se humilla (Mt. 23:12), concordante con la enseñanza bíblica en general (Lc. 1:52; 14:11; 18:14; Stg. 4:10; 1 P. 5:6). Fue a causa del padecimiento de muerte, en una absoluta y plena humillación que recibió la exaltación (He. 2:9 con 1:3; 12:2). Esa exaltación de nuestro Señor, supera cualquier otra ya que no sólo fue promovido a la gloria, como lo serán los creyentes, sino que el Mediador traspasó los cielos (He. 4:14), siendo hecho más sublime que ellos (He. 7:26). Jesús en su exaltación subió por encima de los cielos (Ef. 4:10), para sentarse a la diestra del trono de Dios (Mr. 16:19; Hch. 2:33; 5:31; Ro. 8: 34; He. 1:3; 12:2). Por esa causa es Rey sobre toda autoridad, ahora y por siempre (Ef. 1:20-22). La exaltación a la posición de *Señor de toda la tierra* pasa necesariamente por tres etapas: Resurrección de entre los muertos (Jn. 10:18; Ro. 8:11; 10:9); ascensión (Lc. 24:26); sesión a la diestra de Dios (Mr. 16:19). El sujeto de la exaltación es el Verbo de Dios en su naturaleza humana. Este resucitado Salvador, Mediador, Verbo eterno encarnado, recibió el nombre admirable, que le fue dado, concedido, como el nombre vinculado a la obra de gracia. La raíz de gracia, está en el *dio* del texto de Pablo: *"le dio el nombre"*. Ese nombre sobre todo nombre tiene que relacionarse necesariamente con la deidad de Jesucristo. Este es, por tanto, el nombre humano del Verbo de Dios encarnado, dado por Dios mismo. Bajo ese nombre ejerce la autoridad suprema. El nombre revelado es el nombre de *Jesús*. Ese fue el nombre dado por Dios para su Hijo aun antes de ser concebido que, como hombre, nacería en Belén (Mt. 1:21; Lc. 1:31) y que significa *"Yahwe salva"* es, por tanto, un nombre divino, ya que la salvación es de Jehová (Sal. 3:8; Jon. 2:9); de Él se dice que *"salvará a su pueblo de sus pecados"* (Mt. 1:21). Con todo, el nombre Jesús fue considerado como el de alguien sin atractivo, esto es un hombre sin importancia ni estimable (Is. 53:2). Cuando Jesús declaró su deidad fue amenazado de muerte por los hombres (Jn.10:33). Fue el nombre de burla en la crucifixión (Mt. 27:37,39); sin embargo Jesús es Dios bendito (Jn. 1:1; Ro. 9:5). La autoridad suprema bajo ese nombre se manifiesta en el hecho de que ante él se doblará toda rodilla, en el reconocimiento universal de su deidad y, por tanto, de su señorío. Quienes se inclinaron en burla ante Jesús de Nazaret crucificado, tendrán que hacerlo ante el mismo Jesús glorificado, reconociéndole como Dios. Es algo profetizado ya en el Antiguo Testamento (Is. 45:23, 24). Jesús no es un hombre elevado o un dios rebajado, sino el infinito y eterno Dios hecho hombre (Jn. 1:14). La autoridad de ese nombre queda ya evidenciada en el Apocalipsis en la intervención judicial que está llevando a cabo con la apertura de los sellos el

libro, que conducirá inexorablemente a la sujeción universal bajo el nombre de Jesús de *"los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra"*. Primero los ángeles en los cielos, querubines y serafines, ángeles y arcángeles santos. También en los cielos los miles de salvos en la presencia de Dios (Ef. 1:21; 3:10; 1 P.3:22; Ap. 4:8-11; 5:8-12). De la misma manera los que estén *"sobre"* la tierra, quienes vivan en el planeta (1 Co. 15:40). Así también los que están *"debajo"* de la tierra, los muertos sin salvación y los ángeles caídos (Mt. 16:18; Jud. 6). Quienes no hayan querido reconocer la deidad de Jesús y doblar sus rodillas voluntariamente, tendrán que hacerlo en el futuro en reconocimiento universal de su Deidad. Esa es la gran confesión universal del señorío de Jesucristo (2:11). Nadie quedará sin confesar que Él es Señor. No sólo es un acto de sumisión, sino de reconocimiento y proclamación. Confesar implica un reconocimiento convencido. El reconocimiento y confesión de Jesús como Salvador, produce ahora la salvación de quienes creen en su corazón y confiesan con su boca (Ro. 10:9-10). No se trata aquí de una *segunda oportunidad,* ni mucho menos de un universalismo salvífico. La confesión universal sobre Jesucristo no alterará la situación de quienes confiesen entonces. La confesión es concreta, "*Jesucristo es el Señor"*. Todo el universo confesará proclamando que Jesús de Nazaret es el Señor. Equivale al reconocimiento universal de Jesús como Dios, ya que *Señor*, es la traducción griega del nombre inefable de Dios. Así lo declara el apóstol Pedro en su mensaje (Hch. 2:34). Ahora aun no se ve este reconocimiento del señorío y deidad de Jesucristo (He. 2:8). Hay sin embargo un grupo de seres que confiesan ya esta verdad, y reconocen y exalta a Jesús de este modo; los ángeles y salvos en los cielos (Ap. 5:11-14); los creyentes en la tierra, que por el Espíritu confiesan a Jesús como Señor (1 Co. 12:3). Jesús será proclamado Señor supremo, culminando así el reconocimiento del nombre recibido, en pleno sentido soteriológico y escatológico (Ap. 5:13; 17:14; 19:16). Esa exaltación suprema tiene como meta la gloria del Padre. La gloria de Dios es la meta suprema. En la proclamación universal del señorío de Cristo, el Padre que le exaltó a lo sumo será glorificado (Jn. 13:31,32; 14:13; 17:1). Los dos testigos están bajo la mirada y ejercen su ministerio delante del *Señor de toda la tierra,* que con ese ministerio está preparando lo que falta para su retorno y establecimiento de su reino conforme a lo determinado por Dios.

5. Si alguno quiere dañarlos, sale fuego de la boca de ellos, y devora a sus enemigos; y si alguno quiere hacerles daño, debe morir él de la misma manera.

καὶ εἴ τις αὐτοὺς θέλει ἀδικῆσαι πῦρ ἐκπορεύεται ἐκ τοῦ στόματος
Y si alguien les quiere dañar, fuego sale de la boca
αὐτῶν καὶ κατεσθίει τοὺς ἐχθροὺς αὐτῶν· καὶ εἴ τις θελήσῃ αὐτοὺς
de ellos y devora a los enemigos de ellos. Y si alguien quiere les

ἀδικῆσαι, οὕτως δεῖ αὐτὸν ἀποκτανθῆναι.
dañar así es menester que él sea matado.

Notas y análisis del texto griego.

Juan continúa el relato sobre los dos testigos ligándolo con lo que antecede mediante la conjunción copulativa καὶ, *y*; a la que sigue εἴ, conjunción condicional que equivale a *si*, con la forma escrita propia delante de una enclítica; τις, caso nominativo masculino singular del pronombre indeterminado *alguien, alguno*; αὐτοὺς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal *les*; θέλει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo θέλω, *desear, querer*, aquí como *quiere*; ἀδικῆσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo ἀδικέω, *hacer injusticia, causar perjuicio, dañar*, aquí como *dañar*; πῦρ, caso nominativo neutro singular del sustantivo *fuego*; ἐκπορεύεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo ἐκπορεύομαι, *irse, salir, llegar a*, aquí como *sale*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el, lo,* en castellano femenino *la*; στόματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo *boca*; αὐτῶν, caso genitivo neutro plural del pronombre personal *de ellos*; καὶ, conjunción *y*; κατεσθίει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo κατεσθίω, *devorar, comer*, aquí como *devora*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *a los*; ἐχθροὺς, caso acusativo masculino plural del sustantivo *enemigo*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*. Sigue luego una cláusula de condición de tercera clase con καὶ, conjunción *y*; εἴ, conjunción condicional que equivale a *si*; τις, caso nominativo masculino singular del pronombre indeterminado *alguien, alguno*; y θελήσῃ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo θέλω, *desear, querer*, aquí como *quiere*; αὐτοὺς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal *les*; ἀδικῆσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo ἀδικέω, *hacer injusticia, causar perjuicio, dañar*, aquí como *dañar*; οὕτως, adverbio, con sentido de *así, de esta manera, de tal modo*; δεῖ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo δεῖ, *ser necesario, deber*, el verbo designa una necesidad absoluta, por tanto, los enunciados que se forman con él, tienen carácter absoluto, difícilmente cuestionable y generalmente con determinístico, aquí como *es necesario, es absolutamente necesario, es menester*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *que él*; ἀποκτανθῆναι, aoristo primero de infinitivo en voz pasiva del verbo ἀποκτείνω, *matar,* aquí como *sea matado*.

Καὶ εἴ τις αὐτοὺς θέλει ἀδικῆσαι πῦρ ἐκπορεύεται ἐκ τοῦ στόματος αὐτῶν καὶ κατεσθίει τοὺς ἐχθροὺς αὐτῶν. Cualquier esfuerzo por destruir a los dos testigos lleva a la autodestrucción. Juan utiliza una oración de condición, compuesta con el presente de indicativo del verbo *querer*, en el sentido de desear hacer algo, y el aoristo de infinitivo del verbo *dañar*, que expresa la idea de una acción consumada plenamente, como si dijese *si alguno tuviese la intención o el deseo de dañarles totalmente*, en tal caso saldría αὐτῶν καὶ κατεσθίει τοὺς ἐχθροὺς αὐτῶν αὐτῶν, *"fuego de la boca de ellos"*. Se trata aquí de un lenguaje figurado que enfatiza, no sólo los poderes

sobrenaturales de que los dos testigos estarán dotados, sino también la protección absoluta que Dios ha establecido para ellos mientras dure el tiempo determinado para su ministerio. No quiere, por tanto, decir que de la boca de ellos sale literalmente fuego, pero sí que tienen poder para demandar la intervención divina sobre sus enemigos que serán irremediablemente destruidos sin lograr hacerles daño, como sería su propósito. La figura de *salir fuego de su boca*, indica el poder que tienen sus palabras, que en alguna medida puede ser comparado con la acción poderosa que se produjo en el ministerio de Elías cuando mandó que el fuego de Dios descendiera sobre el capitán de cincuenta, enviado por Ocozías, que lo consumió (1 R. 1:10). De igual manera que el caso de Elías las palabras de los dos testigos tendrán el poder de actuar contra quienes pretendan su mal. Sin duda, muchos procurarán acallar el ministerio de los dos testigos, que molestará las conciencias de muchos impíos, pero mientras dure el tiempo de su misión, nadie podrá hacerles daño.

Καὶ εἴ τις θελήσῃ αὐτοὺς ἀδικῆσαι, οὕτως δεῖ αὐτὸν ἀποκτανθῆναι. Junto con el poder que se manifiesta en los dos testigos, está también la acción retributiva sobre sus enemigos. El versículo en el texto griego expresa una condición menos probable, que manifiesta una posible vacilación en los enemigos que quieren hacerles daño. Es probable que algunos viesen las consecuencias de la acción sobre los que murieron en el empeño de dañar a los dos testigos y vacilan sobre si intentar dañarles o no. Posiblemente algunos de los vacilantes se atrevan a una acción directa, pero Juan afirma que quienes se atrevan a intentar dañarles, deben morir inexorablemente, es decir, la muerte para ellos será inevitable. Todavía más concreto: δεῖ αὐτὸν ἀποκτανθῆναι, *"debe ser matado"*, lo que implica que debe dársele muerte. No cabe duda que la muerte de los tales será consecuencia de una acción sobrenatural de Dios mismo, en la protección hacia los dos testigos. De otro modo, el juicio de Dios con consecuencia de muerte, caerá sobre todo aquel que intente dañar a los dos siervos suyos.

6. Estos tienen poder para cerrar el cielo, a fin de que no llueva en los días de su profecía; y tienen poder sobre las aguas para convertirlas en sangre, y para herir la tierra con toda plaga, cuantas veces quieran.

οὗτοι ἔχουσιν τὴν ἐξουσίαν κλεῖσαι τὸν οὐρανόν, ἵνα μὴ ὑετὸς
Estos tienen la potestad de cerrar el cielo para que no lluvia
βρέχῃ τὰς ἡμέρας τῆς προφητείας αὐτῶν, καὶ ἐξουσίαν ἔχουσιν ἐπὶ
llueva en los días de la profecía de ellos; y potestad tienen sobre
τῶν ὑδάτων στρέφειν αὐτὰ εἰς αἷμα καὶ πατάξαι τὴν γῆν ἐν πάσῃ
las aguas de convertir las en sangre y herir la tierra con toda
πληγῇ ὁσάκις ἐὰν θελήσωσιν.
plaga siempre que si quieran.

Notas y análisis del texto griego.

En total continuidad sigue con οὗτοι, caso nominativo masculino singular del pronombre demostrativo *estos*; ἔχουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tienen*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐξουσίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *potestad, capacidad de actuación, poder para obrar*; κλεῖσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo κλείω, *cerrar*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; οὐρανόν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *cielo*; seguido de la conjunción ἵνα, *que, para que*; μὴ, partícula negativa que hace las funciones de adverbio de negación condicional *no*; ὑετὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo *lluvia*; βρέχῃ, tercera persona singular del presente de subjuntivo en voz activa del verbo βρέχω, *llover, hacer llover, mojar*, aquí como *llueva;* la expresión literalmente sería *para que no lluvia llueva*, de ahí la traducción, para que *no caiga lluvia,* o mejor, *para que no llueva*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *en las*, masculino en español, *en los*; ἡμέρας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *días*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; προφητείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *profecía*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*. Una segunda cláusula utiliza como introducción la ilativa καὶ, *y*; ἐξουσίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *autoridad, potestad, capacidad para actuar*; ἔχουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí como *tienen*; ἐπὶ, preposición de genitivo, *sobre*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*, femenino en español *las*; ὑδάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *aguas*; στρέφειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo στρέφω, *convertir, devolver, volver la espalda, volver*, aquí como *convertir*; αὐτὰ, caso acusativo neutro plural del pronombre *los*, femenino en castellano, *las*; εἰς, preposición de acusativo *en*; αἷμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *sangre*; καὶ, conjunción *y*; πατάξαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo πατάσσω, *golpear, pegar, matar a golpes*, aquí como *golpear*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆν, caso acusativo femenino singular del nombre *tierra*; ἐν, preposición de dativo *con*; πάσῃ, caso dativo femenino singular del adjetivo indefinido que expresa la condición absoluta de *toda*; πληγῇ, caso dativo femenino singular del nombre común *plaga*; ὁσάκις, adverbio que expresa *siempre que, cada vez que, tan frecuentemente como*; ἐὰν, conjunción condicional *si*, en este caso ocasionalmente va acompañando al subjuntivo y detrás de una expresión relativa, usándose aquí para enfatizar una condición potencial que se concibe como posible, de ahí que no tenga traducción en la construcción castellana; θελήσωσιν, tercera persona plural del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo θέλω, *querer, desear, encontrar satisfacción en,* aquí como *quieran, deseen.* La traducción de la última expresión sería *cuantas veces ellos quieran*, o *cuantas veces lo deseen,* o *cuantas veces, si quieren.*

Οὗτοι ἔχουσιν τὴν ἐξουσίαν κλεῖσαι τὸν οὐρανόν, ἵνα μὴ ὑετὸς βρέχῃ. En el poder sobrenatural que se concederá a los dos testigos

estará la capacidad de actuar sobre la lluvia. El eco del ministerio de Elías está presente en el versículo, de ahí que algunos entiendan que uno de los dos testigos será aquel mismo profeta. Durante el tiempo de su ministerio, es decir, durante los tres años y medio podrán actuar poderosamente de modo que deje de llover sobre el área geográfica que determinen. La expresión ἔχουσιν τὴν ἐξουσίαν κλεῖσαι τὸν οὐρανόν, *"tienen poder para cerrar el cielo"*, significa lo mismo que *impedir que llueva*. Esa fue una de las acciones más señaladas del ministerio de Elías (1 R. 17:1), que fue recordada por el Señor Jesús (Lc. 4:25), y más tarde por Santiago en su epístola (Stg. 5:17), coincidiendo también en el tiempo en que cesó la lluvia en días de Elías, que fue tres años y medio. El poder para impedir la lluvia se extiende a τὰς ἡμέρας τῆς προφητείας αὐτῶν, *los días de su profecía*, es decir, durante el tiempo en que estén profetizando.

Καὶ ἐξουσίαν ἔχουσιν ἐπὶ τῶν ὑδάτων στρέφειν αὐτὰ εἰς αἷμα. Junto con el poder sobre la lluvia, también tendrán poder sobre las aguas, dice Juan, στρέφειν αὐτὰ εἰς αἷμα, *"para convertirlas en sangre"*. Si la primera manifestación sobre la lluvia, correspondía a una de las más señaladas características de Elías, la acción sobre las aguas para convertirlas en sangre recuerda una de las operaciones de poder realizadas por Moisés, a quien Dios había dado autoridad para llevarla a cabo (Ex. 7:17-21). Esta también es otra razón por la que algunos intérpretes entienden que uno de los dos testigos será Moisés. Ya se ha considerado esto antes, por lo que es suficiente recordar que los dos profetas enviados por Dios lo harán en el espíritu de Elías y Moisés, que no es otro que la actuación bajo el poder del Espíritu de Dios.

Καὶ πατάξαι τὴν γῆν ἐν πάσῃ πληγῇ ὁσάκις ἐὰν θελήσωσιν. Unido al poder sobre la lluvia y sobre las aguas, recibirán también poder para desencadenar plagas, hiriendo la tierra cuantas veces quieran. El eco del ministerio de Moisés es manifiesto también aquí. Dios permitió y determinó que su siervo Moisés desencadenase plagas sobre Egipto. Sin embargo, fueron plagas limitadas en número, por cuanto se produjeron sólo diez, mientras que a estos dos testigos se les da poder sin límite para el enviar *cuantas plagas quieran*, sobre la tierra.

La muerte de los dos testigos (11:7-10).

7. Cuando hayan acabado su testimonio, la bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, y los vencerá y los matará.

Καὶ ὅταν τελέσωσιν τὴν μαρτυρίαν αὐτῶν, τὸ θηρίον τὸ ἀναβαῖνον
Y cuando hayan acabado el testimonio de ellos, la bestia la que sube
ἐκ τῆς ἀβύσσου ποιήσει μετ᾽ αὐτῶν πόλεμον καὶ νικήσει αὐτοὺς καὶ
del abismo hará con ellos guerra y vencerá los y

ἀποκτενεῖ αὐτούς.
matará los.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad prosigue con καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de ὅταν, conjunción temporal, *cuando*, *siempre que, tantas veces como*; τελέσωσιν, tercera persona plural del aoristo primero de subjuntivo en voz pasiva del verbo τελέω, *acabar, completar, cumplir, satisfacer,* aquí como *hayan acabado*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; μαρτυρίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *testimonio*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el,* femenino en castellano, *la*; θηρίον, caso nominativo neutro singular del sustantivo *animal, bestia*; de las 46 veces que aparece el término en el N. T., treinta y nueve corresponden al Apocalipsis, donde tiene una acepción determinante en relación con el Anticristo, en el resto de las ocasiones alude a un animal salvaje, indómito y peligroso; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el,* femenino en castellano *la*; ἀναβαῖνον, caso nominativo neutro singular del participio de presente en voz activa del verbo ἀναβαίνω, *subir, salir*, aquí como *que sube*, o también *que sale*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*, en castellano masculino *el* y que unidos forman la contracción *del*; ἀβύσσου, caso genitivo femenino singular del sustantivo *abismo*; ποιήσει, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ποιέω, *fabricar, crear, realizar, producir, cometer, suponer, pasar, trabajar, hacer,* aquí como *hará*; seguido de la preposición de genitivo μετ' en la forma que toma la preposición μετά delante de vocal y que significa *con*; αὐτῶν, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *ellos*; πόλεμον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *guerra, batalla, lucha*; καὶ, conjunción copulativa *y*; νικήσει, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo νικάω, *vencer,* aquí como *vencerá*; αὐτοὺς, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *los*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀποκτενεῖ, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ἀποκτείνω, *matar, dar muerte, quitar la vida*, aquí como *matará*; αὐτούς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal *los*.

Καὶ ὅταν τελέσωσιν τὴν μαρτυρίαν αὐτῶν. La protección de Dios sobre sus dos testigos duró todo el tiempo de su ministerio. Hasta que su misión se complete las personas de aquellos dos son inviolables; nadie podrá actuar contra ellos mientras tengan que cumplir el ministerio que Dios les encomiende. Sin embargo, en un determinado momento, su misión profética concluirá, entonces la protección de Dios sobre sus personas ya no será necesaria.

Juan introduce aquí por primera vez en el libro un vocablo que va a repetirse en lo sucesivo cuando dice: τὸ θηρίον τὸ ἀναβαῖνον ἐκ τῆς ἀβύσσου, *la bestia que sube del abismo*. En un deseo de identificación, aparecen dos artículos determinados en el texto griego, literalmente *"la bestia,*

la que sube del abismo”. No se trata por tanto de una *bestia* cualquiera sino de la única que habrá de esa manera y procedencia. Esta bestia será considerada con mayor detalle en el capítulo 13, por tanto, en este momento sólo debe precisarse que es una referencia al Anticristo. Esta bestia dice Juan que *sube del abismo*. Ya se ha considerado el significado de ese término cuando se trató de la apertura del acceso al pozo del abismo, de donde salieron miles de demonios comparados con langostas (cap. 9). No significa que esta *bestia*, salga ella misma de ese lugar, pero, el poder de que dispondrá procede del mismo infierno, esto es, de Satanás. El artículo determinado que se antepone al sustantivo *bestia* la hace única y personal, es decir, no se trata de una manifestación espiritual que se ha ido produciendo en distintos momentos de la historia humana como expresión de rechazo y oposición a Dios, sino de un personaje individual que surgirá en el final del tiempo de este sistema, antecedente a la segunda venida de Jesucristo.

Dos aspectos deben distinguirse en relación con el Anticristo: por un lado lo que se llama *espíritu anticristo*, que siempre estuvo presente en el mundo, y que se pone de manifiesto en el hecho de negar al Padre y al Hijo (1 Jn. 2:18, 22), debido a ello hay muchos anticristos a lo largo de la historia de la iglesia; en segundo lugar está *el* anticristo, venidero (Ap. 13:1-10), que reúne el espíritu anticristo junto con la condición personal de ser el hombre de pecado que el apóstol Pablo anuncia y que se manifestará en la última semana de la profecía de Daniel (2 Ts. 2:3). Pretender conjugar ambas cosas, el espíritu anticristo y el anticristo como una manifestación espiritual a lo largo del tiempo resulta sumamente problemática. De este modo escribe el Dr. Ladd:

“Esta es la primera mención a la bestia, a la que se hace referencia casi casualmente, como si fuera una figura familiar. Algunos comentaristas ven aquí una referencia anticipada de la bestia del capítulo 13 y obviamente esto en parte es cierto. Sin embargo, la bestia o Anticristo era un concepto familiar en el pensamiento judeocristiano y no requería una descripción detallada. La idea nos lleva a Daniel 7, donde una sucesión de grandes imperios mundiales es simbolizada por la aparición de cuatro bestias feroces. La cuarta bestia tenía diez cuernos, de los cuales creció otro que era mayor que los demás (Dn. 7:20) y que ‘hacía guerra contra los santos y los vencía’. Este ‘cuerno pequeño’ (Dn. 7:8) ‘hablará palabras contra el Altísimo y a los santos del Altísimo quebrantará… y serán entregados en su mano hasta tiempo, y tiempos, y medio tiempo’ (Dn. 7:25). El cuerno pequeño tuvo un cumplimiento inicial en Antíoco Epífanes, el rey seléucida que trató de desviar a toda la nación judía de la adoración de su Dios (véase relato en 1 Macabeos), pero se refiere en última instancia al Anticristo escatológico.

En su discurso del Monte de los Olivos, Cristo predijo la venida de una figura escatológica llamada ‘la abominación desoladora’ (Mt. 13:14; Mt.

24:15), que castigará al pueblo de Dios con el más temible tiempo de tribulación y persecución que haya conocido. Tan devastador será que 'si el Señor no hubiese acortado aquellos días, nadie será salvo' (Mr. 13:20). Este temible personaje fue prefigurado en los terribles hechos de los años 66-70 d.C., cuando Jerusalén fue rodeada por los ejércitos y el templo desolado por las huestes romanas bajo Tito (Lc. 21:20). Aquí hay una clave fundamental para la comprensión de la profecía bíblica: los hechos escatológicos son prefigurados en hechos históricos.

Más adelante añade:

"La bestia (o Anticristo) es una figura central en el Apocalipsis. Es primordialmente una figura escatológica en la cual estarán concentradas la hostilidad secular contra Dios manifestada en la historia de las naciones impías; pero esta hostilidad también es prefigurada en Roma y su emperador como lo fue en Antíoco Epífanes. En este pasaje, la bestia representa tanto a cualquier poder hostil que oprime y persigue al pueblo de Dios, pero primordialmente a la figura escatológica del fin de los tiempos"[9].

Se trata aquí, sin lugar a duda alguna, de un hombre real cuya realidad está proféticamente anunciada y de quien el apóstol Pablo habla, al que llama *"el hombre de pecado"*, porque desafiará a Dios y a los hombres, reclamando para sí la soberanía y trato que sólo corresponde a Dios (2 Ts. 2:3, 4). Se opondrá a todo cuando se llama Dios y al culto que le corresponde, procurando destronar a Dios para exaltarse a sí mismo, de modo que él pueda ser soberano absoluto sobre el mundo. El mismo apóstol Pablo, tiempo antes de que el apóstol Juan escribiese el Apocalipsis, concuerda en que tal hombre será impulsado por el poder de Satanás y tendrá como propósito que los hombres se alejen de Dios a fin de que se condenen para siempre (2 Ts. 2:9, 10).

Tal personaje lanzará una campaña de exterminio total contra los dos profetas, a la que Juan se refiere como una guerra: ποιήσει μετ' αὐτῶν πόλεμον, *"hará guerra contra ellos"*. Los alegoristas encuentran aquí un argumento para considerar a los dos testigos como figuras simbólicas de la Iglesia en su testimonio a Israel. ¿No resulta sorprendente que el Anticristo lance toda una campaña militar contra dos personas? Aparentemente sí, pero, no puede olvidarse que muchos han intentado destruirlos durante su ministerio y no pudieron. En ese sentido, si al Anticristo alcanza el objetivo de matarlos sería considerado como invencible y casi omnipotente entre las gentes. Eso sustentaría, en cierta medida, el rango divino que pretenderá en el mundo.

---

[9] George Eldon Ladd. o.c., pág. 138s.

Καὶ νικήσει αὐτοὺς καὶ ἀποκτενεῖ αὐτούς. Dios revela a su siervo Juan que los *vencerá* y los *matará*, es decir, la victoria tendrá como resultado la muerte de los dos testigos, siendo un acontecimiento real y no algo simbólico o alegórico. Ambos verbos están en futuro de indicativo lo que expresa la idea de realidad y culminación plena del acontecimiento. El Anticristo lanzará un ataque mortal contra los dos testigos. No debe olvidarse que ambos, los dos testigos y el Anticristo, estarán en el mismo lugar: Jerusalén. Los dos testigos serán enemigos públicos de la humanidad, por tanto, su muerte a manos del Anticristo, hará que se le reconozca como el amigo de los hombres, que los ha librado de la angustia del ministerio de los dos testigos.

La acción de la *bestia*, el Anticristo, contra los dos testigos trae como consecuencia la muerte de ellos. Se aprecia continuamente la soberanía de Dios en todo el conjunto del libro. Durante el tiempo determinado para el ministerio de estos dos testigos, nadie pudo tocarles porque la protección especial y personal que Dios estableció entorno a ellos, lo impedía. Concluido el ministerio Dios permite que el Anticristo pueda quitarles la vida. Todo está bajo el control y la permisión divina, expresado en la pregunta retórica del apóstol Pablo: *"Si Dios es por nosotros ¿quién contra nosotros?"* (Ro. 8:31). Esa es la enseñanza de Jesús: *"¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre. Pues aun vuestros cabellos están todos contados"* (Mt. 10:29-30). Jesús puso ejemplos que permitían una comprensión clara para sus discípulos sobre la confianza que debían sentir en el cumplimiento de la misión encomendada al estar bajo la protección divina. En sus tiempos había la costumbre de cazar aves pequeñas, concretamente gorriones, muy abundantes en Palestina, que se preparaban y comían, considerándolos como un bocado apetitoso. El precio de estas aves era muy pequeño; Mateo cita *un as*, traducido como *un cuarto*, moneda romana de muy poco valor, la decimosexta parte de un denario. En ocasiones, cuando la abundancia de aves era grande o cuando había mayor necesidad de conseguir algunas monedas, se llegaban a vender cinco por el doble importe, con lo que uno era de regalo (Lc. 12:6). Sin embargo, ninguno de estos insignificantes pajarillos era cazado, muerto y vendido sin el conocimiento y consentimiento de Dios, que los había creado. Este admirable Creador de los pájaros y sustentador de todos ellos dándoles la provisión de comida cada día (Mt. 6:26), tiene una relación con los creyentes que Jesús hace resaltar: *"vuestro Padre"*. Los discípulos debían tener en cuenta que ellos eran mucho más importantes para Dios que los pajarillos del campo (Mt. 6:26).

Es ilustrativo el comentario que hace sobre esto el Dr. Lacueva:

"Los hombres podían cazarlos, pero ya sea que murieran de muerte violenta o de muerte natural, no caían sin el permiso de Dios. Su muerte es

"noticia" en el diario divino. ¡Cuanto más la muerte de uno de los hijos de Dios!"[10].

Cristo les había anunciado dificultades, conflictos, incluso muerte, sin embargo el temor debía desaparecer porque estaban permanentemente bajo la atenta mirada del Creador que es su Padre. De las aves a los cabellos de la cabeza. Si de poca importancia son las aves en relación con los hombres, de menor importancia es *un cabello* en la cabeza de una persona. El Señor afirma que todos los cabellos están contados. Dios conoce los detalles más mínimos de la vida de una persona y mucho más de la vida de uno de sus hijos. Nada pasa desapercibido para Él. Las aves son criaturas, los creyentes son hijos. Las aves no caen a tierra sin el consentimiento de Dios, quién tiene también cuidado de lo más intrascendente para la vida de un hijo suyo como es un cabello de su cabeza. Los creyentes podemos encontrar en la Escritura multitud de promesas sobre protección y cuidado. En el día de dificultad y conflicto podemos sentir la calma que brota del compromiso divino: *"Por cuanto en mí ha puesto su amor, yo también lo libraré; le pondré en alto, por cuanto ha conocido mi nombre. Me invocará, y yo le responderé; con él estaré yo en la angustia; lo libraré y le glorificaré. Lo saciaré de larga vida, y le mostraré mi salvación"* (Sal. 91:14-16). Podrá ser un creyente insignificante a ojos de los hombres y aun de sus mismos hermanos, pero no pasará desapercibido para Dios, porque su compromiso es fiel: *"yo nunca me olvidaré de ti"* (Is. 49:15b). Ninguna acción de los enemigos, ningún conflicto personal, ninguna adversidad en la experiencia podrá separar al creyente del amor de Dios (Ro. 8:39). Es más, las adversidades más grandes y los conflictos más intensos serán orientados por Dios, que ama infinitamente, para llevarlos al mejor resultado para los suyos (Ro. 8:28). Los enemigos podrán tramar las acciones más perversas; los adversarios levantarse contra los testigos de Jesús y conducirlos al suplicio y aun a la muerte, pero el que descansa sólidamente anclado en la fe puede sentir una profunda calma y afirmar como el salmista: *"No temeré a diez millares de gentes que pusieren cerco contra mí"* (Sal. 3:6). Incluso en la hora de mayor ansiedad puede repetir con absoluta seguridad las palabras de David: *"Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque Tú estarás conmigo"* (Sal. 23:4). La confianza del creyente no está en sus fuerzas sino en Dios mismo, por tanto, puede decir: *"En Dios he confiando; no temeré ¿qué me puede hacer el hombre?"* (Sal. 56:11). No cabe el temor en la vida de quien se sabe amparado y protegido por Dios mismo.

8. Y sus cadáveres estarán en la plaza de la grande ciudad que en sentido espiritual se llama Sodoma y Egipto, donde también nuestro Señor fue crucificado.

---

[10] F. Lacueva. o.c., pág. 192.

καὶ τὸ πτῶμα αὐτῶν ἐπὶ τῆς πλατείας τῆς πόλεως τῆς μεγάλης, ἥτις
Y el cadáver de ellos sobre la plaza de la ciudad la grande la cual
καλεῖται πνευματικῶς Σόδομα καὶ Αἴγυπτος, ὅπου καὶ ὁ Κύριος
se llama espiritualmente Sodoma y Egipto, donde también el Señor
αὐτῶν ἐσταυρώθη.
de ellos fue crucificado.

Notas y análisis del texto griego.

Continuación de lo que antecede vinculada con καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; πτῶμα, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *caída, lo que ha caído, cadáver*; αὐτῶν, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de ellos*; ἐπὶ, preposición de genitivo *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; πλατείας, gramaticalmente es el caso genitivo femenino singular del adjetivo πλατύς, *ancho*, que se usa como un sustantivo para expresar *camino ancho*, *calle*, en algunas ocasiones se ha traducido como *plaza*, posiblemente en sentido de donde termina o se ensancha una calle principal, como es este caso; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; πόλεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo *ciudad*; enfatizando la expresión mediante el uso de τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; μεγάλης, caso genitivo femenino singular del adjetivo *grande*; ἥτις, caso nominativo femenino singular del pronombre relativo *la que, la cual*; καλεῖται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz pasiva del verbo καλέω, *se llama*; πνευματικῶς, adverbio *espiritualmente*; Σόδομα, caso nominativo neutro plural del nombre propio *Sodoma*; καὶ, conjunción copulativa *y*; Αἴγυπτος, caso nominativo femenino singular del nombre propio *Egipto*; seguido del adverbio relativo ὅπου, *donde*; καὶ, en este caso adverbio, originalmente un adverbio aditivo, casi siempre con función reforzadora o intensificadora, parecido a lo que queremos decir con *incluso, hasta*, aquí como *también, igualmente*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Κύριος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *señor*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; ἐσταυρώθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo σταυρόω, *crucificar*, aquí como *fue crucificado*.

Καὶ τὸ πτῶμα αὐτῶν ἐπὶ τῆς πλατείας τῆς πόλεως καὶ τὸ πτῶμα αὐτῶν ἐπὶ τῆς πλατείας τῆς πόλεως τῆς μεγάλης. Permitida por Dios la muerte de aquellos dos testigos, le conviene al Anticristo que los cadáveres de ellos estén a la vista de todos en la *plaza,* o tal vez mejor, *en la calle principal* de la ciudad. La *bestia* desea que todos conozcan la victoria obtenida sobre los dos testigos. No cabe duda que la victoria es una victoria tardía. El ministerio para el que habían sido enviados se cumplió plenamente, por tanto, el efecto que Dios determinó por medio de él había tenido lugar. Satanás no pudo impedir que se llevara a cabo conforme a la voluntad y propósito de Dios; no teniendo ya más que realizar el Señor permite que concluya el ministerio y su vida terrenal al mismo tiempo. La exhibición de los dos cadáveres es una afrenta contra los muertos, descrita en el contexto social de los tiempos de Juan, que

exigía que un cadáver fuese enterrado al final del día. La peor ofensa era dejar insepulto a un muerto (1 R. 21:24; Jer. 8:1, 2; 14:16). La saña diabólica contra los enviados de Dios se manifiesta también de esta manera, en la ofensa inferida contra los dos dejando insepultos sus cadáveres y poniéndolos a la vista de todos sobre la *plaza*, o tal vez mejor, *sobre la calle principal* de la ciudad.

Juan pasa a usar un lenguaje espiritual para determinar la ciudad en donde ocurrieron los hechos, diciendo que ἥτις καλεῖται πνευματικῶς Σόδομα καὶ Αἴγυπτος, *"en sentido espiritual se llama Sodoma y Egipto"*. Estos dos nombres en sentido figurado determinan, más que el título de la ciudad, la condición de ella. Sodoma es sinónimo de degradación moral, hasta el extremo que requirió la acción judicial de Dios destruyéndola por fuego y exterminado a todos los moradores de ella (Gn. 18:20), de ahí que se compare con Sodoma a los pueblos de Canaán (Dt. 32:32-33), y a la situación pecaminosa de Israel en días de Isaías (Is. 1:9, 10) y en los de Ezequiel (Ez. 16:46, 53). Egipto es una figura de esclavitud, como lugar donde el pueblo de Israel había estado esclavo durante cuatrocientos años. Es también símbolo de mundanalidad.

Ὅπου καὶ ὁ Κύριος αὐτῶν ἐσταυρώθη. Sin duda muchas ciudades podrían estar representadas en esta expresión *espiritual* o *simbólica*, pero la concreción que sigue delimita sólo a una, ya que Juan dice enfáticamente: *"donde el Señor de ellos fue crucificado"*. El hecho histórico de la crucifixión del Señor tuvo lugar en Jerusalén. En esa misma ciudad estará presente el templo dedicado al culto de los días antecedentes al retorno de Jesucristo, considerado ya antes. El versículo ofrece un profundo contraste ya que la *Ciudad Santa*, será un centro de corrupción moral y espiritual como Sodoma y de opresión esclavizante como Egipto. La interpretación alegorista insiste en buscar otro sentido al texto más allá del que realmente contiene en una interpretación literal histórico-gramatical. Así escribe el profesor Bartina:

"La gran ciudad era Roma. En cambio, otros rasgos parecen llevar a Jerusalén, porque allí fue crucificado Jesús, que es el Señor de los dos testigos. Pero no es tan clara esta referencia. Se dice manifiestamente que en la gran ciudad ***también*** *fue crucificado Jesús. Lo cual puede entenderse de una crucifixión moral de Jesús en sus siervos (Hch. 22:7-8). Por prevalecer el tiente pagano en el ambiente de esta gran ciudad, parece mejor identificarla con Roma, aunque fuera representada por el tipo de la Jerusalén corrompida"*[11].

De la misma manera León Morris, citado por el Dr. Carballosa:

[11] S. Bartina. o.c., pág.716.

"La 'gran ciudad' es toda ciudad y ninguna ciudad. Es el hombre civilizado en una comunidad organizada"[12].

Por el contrario escribe el Dr. Ladd:

"Es evidente que la ciudad de Jerusalén es tenida en vista. En el versículo 2 hemos encontrado razón para creer que la santa ciudad se relaciona con el patio exterior del templo en contraste con el edificio del templo y los patios interiores y exigía una interpretación simbólica. La interpretación simbólica es más difícil en este pasaje. El hecho de que la ciudad sea el lugar donde el Señor fue crucificado parece indicar la ciudad literal. En el capítulo 13, la esfera del poder de la bestia es Roma, tanto histórica como escatológica. Aquí debemos llegar a la conclusión de que Juan tenía en vista el gobierno de la bestia como si se extendiera hasta Jerusalén. Esta profecía podría no tener importancia para el día mismo de Juan, ya que en la guerra del año 66-70 d.C., la ciudad había sido totalmente arrasada, el templo destruido y Jerusalén había dejado de ser centro judío. Podemos concordar con Hanns Lilje cuando dice: 'Por lo tanto, aquí Jerusalén no es mencionada meramente como una metáfora teórica vacía. De una u otra manera, la Jerusalén terrenal, geográfica, tendrá su lugar en la historia de los últimos días. La bestia ha establecido su soberanía en la ciudad capital de su imperio y se extiende aun a Jerusalén, que aquí es descrita como reconstruida y habitada por judíos"[13]

En ningún modo debe entenderse la referencia a la ciudad como algo simbólico o alegórico, sino como expresión precisa bajo dos nombres simbólicos que trasladan al lector el carácter perverso y opresor del entorno social y político de la ciudad, pero que se concreta en el lugar donde el Señor fue crucificado. Ninguna otra puede ser sino Jerusalén. El Anticristo, con el pretexto de la invasión de Israel por los ejércitos del Reino del Norte y del Reino de Sur, habrá invadido la tierra santa y se habrá establecido en el territorio que corresponderá entonces a Israel. Desde esa posición se levantará contra los enviados de Dios hasta matarlos. Por tanto, el suceso ocurrirá en Jerusalén en los tiempos inmediatamente anteriores al retorno de Jesucristo.

Otro argumento que lo confirma es que estos dos profetas, lo mismo que otros muchos enviados por Dios a Israel, fueron perseguidos en su ministerio en Israel y más concretamente en Jerusalén, como había ocurrido con la mayoría de los profetas enviados por Dios, tal como recordó el Señor en el Sermón del Monte: *Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros"* (Mt.

---

[12] Evis L. Carballosa, citando a León Morris. o.c., pág. 207.
[13] George Eldon Ladd. o.c., pág. 137s.

5:12). Hay una gran compañía de creyentes que a lo largo de la historia humana pasaron por tribulaciones y angustias a causa de su fidelidad al Señor. El Señor hacía notar a su auditorio que todos los profetas que fueron antes que ellos en la historia de Israel, pasaron también por persecución y dificultades. Es suficiente con la lectura de la lista de héroes de la fe para darse cuenta de ello. Muerte, angustia, dificultades sin número, persecuciones, sufrimientos, fue la experiencia de los profetas, que servían al Señor (He. 11:35-37). El mundo los consideraba indignos de vivir y los perseguía, pero realmente el mundo no era digno de tales personas (He. 11:38). Como ejemplos más próximos al tiempo actual, los apóstoles sufrieron también conflictos continuados. Es altamente impactante el ejemplo de sus experiencias, *"en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos;… como engañadores, pero veraces; como desconocidos, pero bien conocidos; como moribundos, más he aquí vivimos; como castigados, más no muertos; como entristecidos mas siempre gozosos; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo"* (2 Co. 6:5-10). Pero, por si aún fuese poco, el ejemplo supremo del Señor sirve de estímulo para quienes viven su vida en ellos. Fue maldecido, amenazado, maltratado, juzgado injustamente y finalmente muerto (1 P. 2:21-24), cuando su único delito fue el de pasar por el mundo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos (Hch. 10:38). Además también se enseña en el versículo que estos dos profetas siguieron el camino de otros muchos que fueron muertos y en Jerusalén, de ahí que Jesús se lamente sobre la ciudad diciendo: *"¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados!"* (Mt. 23:37). Quienes habían sido promotores y ejecutores de la muerte de los profetas eran los que habitando en Jerusalén estaban cerca del templo en donde el Dios de amor y misericordia manifestaba su presencia y además conocedores de la ley que establecía el amor al Señor y, por tanto, a todos cuantos Él había enviado en su nombre con un mensaje de arrepentimiento. Es significativo que los verbos *apedrear* y *matar,* aparecen en el texto griego en participio de presente que expresa una acción continuada. No es algo que ocurrió sólo en el pasado; son acciones continuadas en el tiempo. El Señor al lamentarse sobre Jerusalén como capital de la nación, está haciendo una apelación solemne a todos los que moran en ella, destacando la malicia de quienes atentan contra la vida de los enviados de Dios. El mismo Señor advirtió antes, en su ministerio, que no era posible que un profeta muriese fuera de Jerusalén (Lc. 13:33). La certeza de la afirmación de Jesús, se pondría de manifiesto en el tiempo inmediatamente siguiente, primero con su propia muerte y luego con la primera persecución desatada contra los cristianos, enviados por Jesús con un mensaje de salvación para el pueblo de Israel (Hch. 8:1), y finalmente en la culminación del tiempo de los gentiles con la muerte de los dos testigos enviados por Dios.

9. Y los de los pueblos, tribus, lenguas y naciones verán sus cadáveres por tres días y medio, y no permitirán que sean sepultados.

καὶ βλέπουσιν ἐκ τῶν λαῶν καὶ φυλῶν καὶ γλωσσῶν καὶ ἐθνῶν τὸ
Y ven de los pueblos y tribus y lenguas y naciones el
πτῶμα αὐτῶν ἡμέρας τρεῖς καὶ ἥμισυ καὶ τὰ πτώματα αὐτῶν οὐκ
cadáver de ellos días tres y medio y los cadáveres de ellos no
ἀφίουσιν τεθῆναι εἰς μνῆμα.
permiten se coloquen en sepulcro.

Notas y análisis del texto griego.

Nuevamente la continuidad del relato se establece mediante el uso de la conjunción copulativa καὶ, *y*; que precede a βλέπουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo βλέπω, *ver, mirar, observar*, aquí como *ven;* se trata de un presente futurista profético, por eso algunos entienden que sería mejor βλέψουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa, *verán*; el presente da aquí un gran dramatismo al relato, como si fuese una expresión admirativa; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; λαῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo *pueblos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; φυλῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo *tribus*; καὶ, conjunción copulativa *y*; γλωσσῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo *lenguas*, *idiomas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐθνῶν, caso genitivo neutro plural del sustantivo *naciones*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; πτῶμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *cadáver, cuerpo muerto*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; ἡμέρας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *días*; τρεῖς, caso acusativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal *tres*; καὶ, conjunción *y*; ἥμισυ, caso acusativo neutro singular del adjetivo *medio*; καὶ, conjunción *y*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; πτώματα, caso acusativo neutro plural del sustantivo *cadáveres*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; οὐκ, el adverbio de negación οὐ, en la forma que adopta ante vocal con espíritu suave, y que equivale a *no*, sirviendo para negativizar a ἀφίουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἀφίημι, con un múltiple significado tal como *despedir, despachar, exhalar; dejar, permitir, abandonar; perdonar, remitir, permitir,* aquí en la última acepción como *permiten*; τεθῆναι, aoristo primero de infinitivo en voz pasiva del verbo τίθημι, *poner, colocar, depositar, entregar, asignar, destinar, poner aparte, meter,* aquí como *se coloquen, se depositen*; εἰς, preposición de acusativo *en*; μνῆμα, caso acusativo neutro plural del sustantivo *sepulcro.*

Καὶ βλέπουσιν ἐκ τῶν λαῶν καὶ φυλῶν καὶ γλωσσῶν καὶ ἐθνῶν τὸ πτῶμα αὐτῶν. Las naciones y pueblos de la tierra contemplarán el espectáculo de los cuerpos muertos de los dos testigos, en el suelo de la plaza o de la calle principal de Jerusalén. La alusión al mundo gentil es evidente, pueblos de distintos lugares, naciones, lenguas, expresa las diferencias propias del mundo gentil. No puede afirmarse si se trata sólo de los pueblos en donde

gobierna el Anticristo o es una referencia universal a todos los pueblos de la tierra. Sin embargo, la alusión es más directa a los gentiles que ejercen dominio sobre la ciudad en el tiempo de la segunda mitad de la tribulación, por tanto, debe pensarse mejor en las naciones que forman el Imperio Romano reconstruido sobre quien ejerce autoridad suprema el Anticristo. Estas naciones estarán presentes, en alguna medida, en la ciudad de Jerusalén y en el territorio de Israel. No cabe duda que el ministerio de los dos testigos habrá resultado contrario a los intereses y disposición de las gentes opuestas a Dios, que seguirán al Anticristo y su sistema, por tanto, la muerte de los dos testigos servirá de motivo para regocijo, y también para mostrar su desprecio y, en alguna manera su venganza personal. Esa es la causa por la que no permitirán que reciban sepultura para que todos puedan gozarse viendo muertos a sus enemigos. El verbo que Juan utiliza expresa la idea de contemplar un espectáculo. Ya no se piensa hoy en día, con la tecnología de que se dispone, que haya ninguna dificultad para que en el corto espacio de tres días y medio, todo el mundo, especialmente las naciones pertenecientes a la confederación del mundo occidental, puedan ver los cadáveres de estos dos testigos de Dios.

Καὶ τὰ πτώματα αὐτῶν οὐκ ἀφίουσιν τεθῆναι εἰς μνῆμα. Las naciones impedirán que se de sepultura a los cadáveres de los dos testigos, para que siga el espectáculo de la contemplación, aparentemente victoriosa del hombre sobre Dios. Ese era el máximo grado de humillación en el contexto socio-cultural de entonces (cf. Jer. 8:2; Job 1:20), incluso también en los escritos apócrifos (2 Mac. 5:10). No sólo dejan sin sepultura a los muertos, sino que impiden que sus amigos los sepulten. Uniéndose a las naciones, los habitantes de Jerusalén no creyentes, que han establecido al principio de la semana un pacto con el Anticristo, sentirán también el gozo de haber acabado con quienes estuvieron por tres años y medio llamándoles al arrepentimiento y acusándoles de rebeldía para con Dios.

La duración de esa situación se extenderá por ἡμέρας τρεῖς καὶ ἥμισυ, *tres días y medio*. El número, que debe entenderse literalmente, tiene también un importante simbolismo al ser la mitad del siete. Éste representa el número perfecto, por tanto dividido a la mitad, o partido por el medio, expresa una condición de imperfección. Además ese tiempo es exactamente trescientas sesenta veces menor que la duración del ministerio, poniendo de manifiesto lo efímero de la aparente victoria de los malos sobre los ministros de Dios. La perversidad de las gentes se pone de manifiesto en esta acción.

10. Y los moradores de la tierra se regocijarán sobre ellos y se alegrarán, y se enviarán regalos unos a otros; porque estos dos profetas habían atormentado a los moradores de la tierra.

καὶ οἱ κατοικοῦντες ἐπὶ τῆς γῆς χαίρουσιν ἐπ᾽ αὐτοῖς καὶ
Y los moradores sobre la tierra se regocijan sobre ellos y
εὐφραίνονται καὶ δῶρα πέμψουσιν ἀλλήλοις, ὅτι οὗτοι οἱ δύο
festejan y regalos enviarán unos a otros; pues estos los dos
προφῆται ἐβασάνισαν τοὺς κατοικοῦντας ἐπὶ τῆς γῆς.
profetas atormentaron a los moradores sobre la tierra.

Notas y análisis del texto griego.

En forma ilativa aparece la conjunción copulativa καὶ, *y*; seguida de οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; κατοικοῦντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo κατοικέω, *vivir, habitar, morar*, aquí como *habitantes*, *moradores*; el verbo se usa en sentido transitivo *habitar algo*, o intransitivo *vivir,* principalmente como un adverbio para determinar el lugar, aparece con mucha frecuencia en plural como participio de presente de la voz activa como *habitantes, moradores*, en general se refiere al hecho de los seres humanos que moran o habitan en un determinado lugar o en toda la tierra; ἐπὶ, preposición de genitivo *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tierra*; χαίρουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo χαίρω, *alegrarse, regocijarse,* aquí como *se regocijan*; sigue luego la preposición de acusativo ἐπί, con el grafismo ἐπ', forma que adopta por elisión de la ι final ante vocal o diptongo sin aspiración, que equivale a *por, sobre*; αὐτοῖς, caso dativo masculino plural del pronombre personal *ellos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; εὐφραίνονται, tercera persona plural del presente de indicativo en voz pasiva del verbo εὐφραίνω, *gozarse,* aquí como *se gozan,* de ahí la traducción *festejan*; estructuralmente el verbo pertenece a contextos de relación, no es tanto un gozo individual sino compartido con otros, que se hace fiesta jubilosa; καὶ, conjunción *y*; δῶρα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *regalos, dádivas, ofrendas*; πέμψουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo πέμπω, *enviar, mandar,* aquí como *enviarán*; ἀλλήλοις, caso dativo masculino plural del pronombre recíproco *unos a otros*, formado por la duplicación del tema ἀλλο – αλλος, y significa originalmente *el uno al otro, o los unos a los otros*, correspondiendo a *recíprocamente, mutuamente*; ὅτι, conjunción causal *porque, pues*; οὗτοι, caso nominativo masculino plural del pronombre demostrativo *estos*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; δύο, caso nominativo masculino plural del adjetivo numeral ordinal *dos*; προφῆται, caso nominativo masculino plural del nombre común *profetas*; ἐβασάνισαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo βασανίζω, *atormentar*, *torturar,* aquí como *atormentaron*; τοὺς, acusativo masculino plural del artículo determinado *a los*; κατοικοῦντας, caso acusativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo κατοικέω, *vivir, habitar, morar*, aquí como *moradores*; ἐπὶ, preposición de genitivo *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tierra*.

Καὶ οἱ κατοικοῦντες ἐπὶ τῆς γῆς χαίρουσιν ἐπ᾽ αὐτοῖς καὶ εὐφραίνονται. Una celebración festiva se produce entre los *moradores* de la

tierra. La expresión idiomática es frecuente en Apocalipsis para designar los habitantes del mundo, en contraste con los judíos, o también para designar a los que viven en Palestina pero fuera de Jerusalén (3:10; 6:10; 8:13; 13:8, 14; 17:8). En el contexto del versículo *los moradores de la tierra*, es una referencia a los habitantes en la tierra de Israel, tanto los de la ciudad de Jerusalén como los de todo el país. Ahora bien, podría extenderse más allá del ámbito de Israel, lo que supondría una festividad mundial. Los dos profetas habían ministrado durante tres años y medio en Jerusalén. Su ministerio tendría dos aspectos: por un lado el mensaje para el pueblo de Dios y por otro el de denuncia del pecado al mundo, tanto al Israel apóstata como al resto de las naciones, llamándolos al arrepentimiento. Un ministerio semejante producirá una repulsa absoluta y generará un odio intenso contra ellos, sobre todo cuando los denunciados por el ministerio profético fueron incapaces de acabar con los mensajeros por la protección que Dios había establecido contra ellos. En un lenguaje figurado, el mundo había *crujido los dientes*, por impotencia y por la acusación directa del mensaje profético. Era, pues, el momento de *regocijarse*, porque el *tormento* producido por el ministerio de los dos testigos, había terminado y nadie se sentiría ya apelado o aludido por él.

Dos verbos[14] utiliza Juan para expresar la situación anímica del mundo, a causa de la muerte de los dos profetas. Primeramente habla de *regocijo*, que en el presente en que se encuentra el verbo indica una acción continua, que expresa un regocijo seguido durante los tres días y medio que están expuestos sus cadáveres en la calle o en la plaza de la ciudad. El segundo verbo *se alegrarán*, también en presente, expresa, etimológicamente, *tener una mente gozosa*, lo que indica que el gozo íntimo será continuado.

Καὶ δῶρα πέμψουσιν ἀλλήλοις. La manifestación exterior de esa alegría se expresa en el envío de obsequios unos a otros a causa del júbilo que sienten. La causa de la celebración es porque ὅτι οὗτοι οἱ δύο προφῆται ἐβασάνισαν τοὺς κατοικοῦντας ἐπὶ τῆς γῆς, *"estos dos profetas habían atormentado a los moradores de la tierra"*. El gozo está motivado por la muerte y con ello el cese del ministerio de los dos profetas. El mensaje de ellos había inquietado a las gentes, hasta el punto de representar para los moradores de la tierra un *tormento*, esto es, una causa de aflicción intensa. Los mensajes de los profetas denunciaban la actitud pecaminosa de las gentes, con las advertencias solemnes del juicio definitivo de Dios sobre ellos. Los profetas de Dios son odiados en cualquier dispensación porque son un tormento para una generación impía. Los perversos de aquellos días se regocijarán extraordinariamente por el triunfo conseguido sobre quienes les acusaban y causaban inquietud. El mensaje de los profetas les atormentaba con la denuncia de sus vicios y las demandas de

[14] Griego: χαίρω, *regocijarse*; εὐφραίνω, *gozarse.*

una moral concordante con las disposiciones y la voluntad de Dios, llamándoles al arrepentimiento. En la historia del retorno de Israel a la tierra, se produjo un momento de suma alegría en los días de Nehemías, por el efecto que la lectura de la Palabra de Dios hizo en el pueblo, conduciéndolo a una confesión de su pecado, por lo que manifestaron el gozo íntimo enviándose porciones unos a otros (Neh. 8:12). En tiempos de Esther se estableció la festividad de Purim para conmemorar la liberación del pueblo contra los malvados designios de Amán contra ellos (Est. 9:18-19). Especialmente en relación con el regocijo de las gentes que habitarán la tierra en el tiempo de la muerte de los dos profetas, se establece un *Purim*, que conmemora, no la liberación de Dios sobre los enemigos del pueblo, sino la liberación del pueblo de los enviados de Dios. Es una aterradora manifestación de impiedad, que pone de manifiesto la culminación de un tiempo de perversidad y rechazo de Dios.

La traslación de los dos testigos (11:11-14).

11. Pero después de tres días y medio entró en ellos el espíritu de vida enviado por Dios, y se levantaron sobre sus pies, y cayó gran temor sobre los que los vieron.

Καὶ μετὰ τὰς τρεῖς ἡμέρας καὶ ἥμισυ πνεῦμα ζωῆς ἐκ τοῦ Θεοῦ
Y después de los tres días y medio espíritu de vida de - Dios
εἰσῆλθεν ἐν αὐτοῖς, καὶ ἔστησαν ἐπὶ τοὺς πόδας αὐτῶν, καὶ φόβος
entró en ellos, y se pusieron sobre los pies de ellos, y miedo
μέγας ἐπέπεσεν ἐπὶ τοὺς θεωροῦντας αὐτούς.
grande cayó sobre los que contemplaban los.

Notas y análisis del texto griego.

Prosigue en relato de los acontecimientos relacionados con los dos testigos mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; μετὰ, preposición de acusativo *después, detrás*, esta preposición con acusativo tiene generalmente sentido temporal y designa: o bien el momento *después* del cual algo sucede, o el tiempo que transcurre *desde* un determinado momento hasta que algo sucede, en este caso en el primer sentido; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *de las*, masculino en castellano, *de los*; τρεῖς caso acusativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal, *tres*; ἡμέρας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *días*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἥμισυ, caso acusativo neutro singular del adjetivo *medio*; πνεῦμα, caso nominativo neutro singular del nombre común *espíritu*, pudiera suplementarse con *un*, sin embargo, no es preciso ni la oración lo requiere; ζωῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *de vida*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; seguido de τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, no utilizable en castellano al preceder a un nombre; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *de Dios*; εἰσῆλθεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἔρχομαι, *entrar*, aquí como *entró*; ἐν, preposición de dativo, *en*; αὐτοῖς, caso dativo

masculino plural del pronombre personal *ellos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔστησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἵστημι, cuyo significado es tan amplio que debe concretarse por el contexto, aquí el sentido del verbo tiene que ver con *poner*, aquí como *se pusieron*; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; πόδας, caso acusativo masculino singular del sustantivo *pies*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; φόβος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *miedo, temor, terror*; μέγας, caso nominativo masculino singular del adjetivo *grande*; ἐπέπεσεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἐπιπίπτω, *caer sobre, venir, apoderarse de*, el sentido propio del verbo es el de *caer sobre, arrojarse sobre, precipitarse sobre,* aquí como *cayó*; ἐπὶ, preposición de acusativo, *sobre*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; θεωροῦντας, caso acusativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo θεωρέω, *mirar, ver, observar, contemplar,* aquí como *contemplaban, miraban*; αὐτούς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal *los*.

Καὶ μετὰ τὰς τρεῖς ἡμέρας καὶ ἥμισυ πνεῦμα ζωῆς ἐκ τοῦ Θεοῦ εἰσῆλθεν ἐν αὐτοῖς, καὶ ἔστησαν ἐπὶ τοὺς πόδας αὐτῶν. El gozo de tres días y medio se vio interrumpido por la acción de Dios. Fue un tiempo breve e imperfecto, como siempre ocurre, del gozo humano. Más que gozo era felicidad temporal y perecedera. El acontecimiento conduce a una profecía semejante del Antiguo Testamento: *"Y profeticé como me había mandado, y entró espíritu en ellos y vivieron, y estuvieron sobre sus pies; un ejército grande en extremo"* (Ez. 37:10). La acción del soplo de Dios, en la profecía de Ezequiel, comunica vida a lo que antes sólo era una gran cantidad de huesos secos. Así, de la misma manera, el espíritu vivificante de Dios soplará sobre los dos testigos muertos comunicándoles otra vez vida. Juan dice que el espíritu de vida *entró* en ellos. El modo verbal expresa, como aoristo, una acción efectuada totalmente, y como indicativo del verbo manifiesta la realidad del hecho. De manera que el espíritu de vida enviado por Dios entró en ellos y surtió el efecto propio de esa acción divina. Algunas versiones introducen el artículo indeterminado *un*, leyéndose *un espíritu de vida*, sin embargo, tal incorporación no sólo es innecesaria gramaticalmente, sino que también es improcedente por cuanto puede prestarse a equívoco, considerando que un espíritu de Dios, tal vez un ángel, fue enviado para producir la resurrección de los dos testigos. Realmente, de la misma manera que en el origen de la vida del hombre, Dios alentó aliento de vida y fue un ser vivo, así también el mismo acto divino resucita a quienes llevaban muertos tres días y medio. La evidencia de la resurrección es que aquellos que eran cadáveres tirados en el suelo de la calle principal de la ciudad, se pusieron en pie.

Καὶ φόβος μέγας ἐπέπεσεν ἐπὶ τοὺς θεωροῦντας αὐτούς. Tal acontecimiento produjo entre las gentes una reacción contraria a lo que estaba

sucediendo antes. Los moradores de la tierra que mostraban mediante el envío de regalos unos a otros una festividad innoble e inhumana, ven truncado su gozo, que es gozo del hombre, por la acción omnipotente de Dios. Aquel contra quien se habían levantado matando a sus dos mensajeros; Aquel que con sus mensajes había producido inquietud y por ello fue despreciado en la acción llevada a cabo contra sus enviados, trastorna la felicidad de los hombres mediante la resurrección de los dos testigos. El contraste es grande: los que estaban contemplando los cadáveres, de pronto vieron la resurrección de ellos. La resurrección es un hecho público destinado a producir un *gran miedo* entre los que antes estaban jubilosos. El miedo grande, dice Juan, cayó sobre ellos. Nótese que el miedo no viene del interior de las personas sino de afuera, *cae sobre ellos*. En todo esto se aprecia la acción soberana de Dios, que llena de gran miedo a quienes estaban disfrutando de lo que consideraban la suprema felicidad por haber cesado el ministerio de los dos testigos y con él se había silenciado la voz de Dios. Los profetas habían sido muertos para silenciarlos, pero ahora no había recurso alguno contra la resurrección de ellos.

12. Y oyeron una gran voz del cielo, que les decía: Subid acá. Y subieron al cielo en una nube; y sus enemigos los vieron.

καὶ ἤκουσαν[1] φωνῆς μεγάλης ἐκ τοῦ οὐρανοῦ λεγούσης αὐτοῖς·
Y oyeron voz grande del cielo que decía les:
ἀνάβατε ὧδε. καὶ ἀνέβησαν εἰς τὸν οὐρανὸν ἐν τῇ νεφέλῃ, καὶ
Subid acá. Y subieron al cielo en la nube, y
ἐθεώρησαν αὐτοὺς οἱ ἐχθροὶ αὐτῶν.
contemplaron los, los enemigos de ellos.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] ἤκουσαν, *oyeron*, lectura de mediana certeza, atestiguada en א*, A, C, P, 2053, vg, syr$^{ph, h}$.

ἤκουσα, *oí*, lectura de mayor firmeza, que se encuentra en **p**^{47}, א^{c}, 205, 209, 1006, 1611, 1841, 1854, 2351, *Biz* [046] it$^{ar, gig}$, syr$^{h/mg}$, cop$^{sa, bo}$, arm, eth^{mss}, Andrés, Ticonio, Beato.

Ἀκούσονται, *oirán*, lectura menos probable, que figura en 2329.

Sin solución de continuidad Juan usa nuevamente la conjunción copulativa καὶ, *y*, como vínculo de relación con lo que antecede, seguida de ἤκουσαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del mismo verbo, aquí como *oyeron*; φωνῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *voz*; μεγάλης, caso genitivo femenino singular, del adjetivo que expresa la condición de *grande*; ἐκ, preposición de

genitivo, *de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, juntos forman la contracción *del*; οὐρανοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre común *cielo*; λεγούσης, caso genitivo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *decir,* aquí como *que decía*; αὐτοῖς, caso dativo masculino plural del pronombre personal *les*. La siguiente cláusula comienza con ἀνάβατε, segunda persona plural del aoristo segundo de imperativo en voz activa del verbo ἀναβαίνω, *subir,* aquí como *subid*; seguido de ὧδε, adverbio de lugar, *acá*. Una cláusula final se inicia con la conjunción copulativa καὶ, *y*; que antecede a ἀνέβησαν, tercera persona plural del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἀναβαίνω, literalmente *subir*, aquí como *subieron*; εἰς, preposición de acusativo *a*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; juntos forma la contracción *al*; οὐρανὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *cielo*; ἐν, preposición que rige dativo, *en*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; νεφέλῃ, caso dativo femenino singular del sustantivo *nube*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐθεώρησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo θεωρέω, *contemplar*, aquí como *contemplaron*; αὐτοὺς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal *los*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἐχθροι, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *enemigos*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos.*

Καὶ ἤκουσαν φωνῆς μεγάλης ἐκ τοῦ οὐρανοῦ λεγούσης αὐτοῖς· Los testigos resucitados oyeron una gran voz que disponía su traslado de la tierra al cielo. Se iba a producir una traslación de los dos resucitados. Una voz semejante se dirigió a Juan anteriormente (4:1), pero en un sentido totalmente diferente. La voz a Juan significaba el comienzo de las visiones, la voz a los dos testigos es la que producirá el traslado de ellos a la presencia de Dios. En el caso de Juan fue trasladado en éxtasis, en espíritu, o en disposición del Espíritu, mientras que los dos testigos lo serán corporalmente. Una voz de autoridad sonará también en el traslado de la Iglesia (1 Ts. 4:16). En todas las ocasiones, no importa la circunstancia en que se produzca o los resultados que conlleve, se aprecia la acción de la soberanía de Dios. La voz de autoridad del Soberano, no puede ser contradicha. La voz expresa un mensaje de autoridad a modo de mandamiento: καὶ ἤκουσαν φωνῆς μεγάλης ἐκ τοῦ οὐρανοῦ λεγούσης αὐτοῖς, *"Subid acá"*, escrito mediante el uso del verbo en imperativo que instrumenta un mandato. Siendo mandato de Dios es irresistible.

Καὶ ἀνέβησαν εἰς τὸν οὐρανὸν ἐν τῇ νεφέλῃ. La determinación divina se cumple y los dos discípulos, dejando la tierra, suben al cielo en una nube. El espectáculo cambia por completo; primeramente era la contemplación de dos cadáveres insepultos que eran motivo de regocijo para todos, luego es la contemplación de dos resucitados que ascienden al cielo. La resurrección y ascensión de los dos testigos supone una manifestación de que tanto ellos como el ministerio que habían llevado a cabo procedía de Dios, que los había enviado

y les había comisionado para el servicio que habían realizado. Quienes los habían resistido y luego disfrutaron con su muerte, se dan cuenta que tenían en todo el sello de la aprobación divina.

La traslación a personas a la gloria no es una novedad de este pasaje, sino que tanto histórica como proféticamente, se detalla en varios lugares de la Escritura. La historia bíblica hace referencia a Enoc que fue llevado por Dios (Gn. 5:24), y a Elías, trasladado al cielo en un carro de fuego ante la atónita mirada de Eliseo (2 R. 2:11). Proféticamente la Biblia enseña que la Iglesia entera será trasladada de la tierra a la presencia del Señor (1 Ts. 4:17). Por otro lado, se hace referencia a una nube en la ascensión del Señor, que le oculta de los ojos de aquellos que estaban presentes en el acontecimiento (Hch. 1:9); y de la misma manera se hace mención a ellas en el arrebatamiento de la Iglesia (1 Ts. 4:17). El relato de Juan enfatiza el hecho plenamente consumado de la ascensión de los testigos resucitados. La voz de autoridad se produjo ordenándoles que subieran y Juan escribe *"subieron al cielo en una nube"*; fueron llamados a subir y subieron.

Καὶ ἐθεώρησαν αὐτοὺς οἱ ἐχθροὶ αὐτῶν. Una gran cantidad de testigos presenciaron el acontecimiento. No eran amigos de los resucitados, ni hermanos suyos en la fe, sino que se trataba de sus enemigos, quienes se gozaron antes en la muerte de ellos. Aquellos que con júbilo los contemplaron muertos, son los testigos de su resurrección y ascensión. Lo mismo que la resurrección de Cristo significó la gran derrota de Satanás, así también aquí se manifiesta otra evidencia de su impotencia frente al programa de Dios.

13. En aquella hora hubo un gran terremoto, y la décima parte de la ciudad se derrumbó, y por el terremoto murieron en número de siete mil hombres; y los demás se aterrorizaron, y dieron gloria al Dios del cielo.

Καὶ ἐν ἐκείνῃ τῇ ὥρᾳ ἐγένετο σεισμὸς μέγας καὶ τὸ δέκατον τῆς
Y en aquella - hora ocurrió terremoto grande y la décima parte de la
πόλεως ἔπεσεν καὶ ἀπεκτάνθησαν ἐν τῷ σεισμῷ ὀνόματα ἀνθρώπων
ciudad cayó y fueron matados en el terremoto de personas humanas
χιλιάδες ἑπτὰ καὶ οἱ λοιποὶ ἔμφοβοι ἐγένοντο καὶ ἔδωκαν δόξαν τῷ
miles siete y los demás aterrorizados quedaron y dieron gloria al
Θεῷ τοῦ οὐρανοῦ.
Dios del cielo.

Notas y análisis del texto griego.

El relato sigue con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐν, preposición de dativo *en*; ἐκείνῃ, caso dativo femenino singular del pronombre demostrativo *aquella*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*, no traducible en castellano; ὥρᾳ, caso

dativo femenino singular del sustantivo *hora*; ἐγένετο, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, con amplio significado aquí en sentido de *acontecer, llegar a ser*, aquí como *ocurrió, se produjo, aconteció*; σεισμὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *seísmo, terremoto*; la dimensión del terremoto fue μέγας, caso nominativo masculino singular del adjetivo *grande*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo,* femenino en castellano, *la*; δέκατον, caso nominativo neutro singular del adjetivo numeral ordinal, *décima*, que relativo a la tierra equivale a *décima parte*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; πόλεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo *ciudad*; ἔπεσεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πίπτω, que expresa la idea de descenso, de ahí *caer*, aquí como *cayó*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀπεκτάνθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo ἀποκτείνω, *matar,* aquí como *fueron muertos*, literalmente *fueron matados*; ἐν, preposición que rige dativo *en, por*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; σεισμῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo *terremoto, seísmo, sismo*; ὀνόματα, caso nominativo neutro plural del sustantivo *nombre, título, persona*, aquí en sentido de *personas*; ἀνθρώπων, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *hombres*, en el sentido genérico de *humanos*, de modo que Juan escribe *personas humanas*; χιλιάδες, caso nominativo femenino plural del nombre común *miríadas*, *miles*, *un millares*; ἑπτα, caso nominativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal *siete*; καὶ, conjunción *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; λοιποὶ, caso nominativo masculino plural del adjetivo que expresa lo *restante, lo que queda*, de ahí la traducción *demás*; ἔμφοβοι, caso nominativo masculino plural del adjetivo*, llenos de miedo, llenos de terror*; ἐγένοντο, tercera persona plural del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, suceder, venir, ser, estar,* aquí como *quedaron*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔδωκαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar, entregar*, aquí como *dieron*; δόξαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *gloria, alabanza*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *al*; Θεῷ, caso dativo masculino singular del nombre *Dios*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; οὐρανοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *cielo.*

Καὶ ἐν ἐκείνῃ τῇ ὥρᾳ ἐγένετο σεισμὸς μέγας. En el momento de la resurrección y ascensión de los dos testigos se produjo un terremoto, complementado toda la intervención omnipotente de Dios. Un seísmo había refrendado ante todos los habitantes de Jerusalén el triunfo victorioso de la cruz, produciéndose después de que Jesús proclamase la victoria mediante el *“consumado es”* y la muerte del Redentor (Mt. 27:50-54). De la misma manera cuando Jesucristo regrese a la tierra y ponga sus pies sobre el Monte de los Olivos se producirá también un gran terremoto, cuya intensidad servirá para escindir la ciudad y provocar la aparición de un gran valle (Ez. 38:19, 20; Zac. 14:4, 5).

Καὶ τὸ δέκατον τῆς πόλεως ἔπεσεν. El terremoto que se producirá en el momento de la resurrección y ascensión de los dos testigos derrumbará la décima parte de la ciudad de Jerusalén. Un seísmo de esa magnitud deja siempre un rastro de muerte, como será en esa ocasión en la que Juan afirma que καὶ ἀπεκτάνθησαν ἐν τῷ σεισμῷ ὀνόματα ἀνθρώπων χιλιάδες ἑπτὰ, *murieron siete mil seres humanos*. Pudiera tratarse de un número simbólico que indica perfección, en ese sentido, sería una referencia a un número completo de muertos, pero, no existe razón alguna para alegorizarlo, por lo que debe entenderse en la literalidad; el terremoto mató siete mil personas. Es interesante apreciar que el texto griego determina la lectura de ὀνόματα χιλιάδες ἑπτὰ *siete mil nombres*, es decir personas concretas. Algunos piensan que podría tratarse de una selección divina que produce la muerte sobre un número selectivo de gente, tal vez por su comportamiento contra los dos testigos, afrentándolos abiertamente más que otros. Pero, todo esto es mera especulación con más o menos posibilidades, pero siempre sin base bíblica.

Καὶ οἱ λοιποὶ ἔμφοβοι ἐγένοντο. El resto de la población, que ya estaba llena de miedo por la resurrección de los dos testigos, se aterrorizó aún más por el terremoto. Literalmente Juan dice que *quedaron rodeados de terror*. En esto también hay una semejanza con lo ocurrido en la resurrección de Jesucristo, en donde las mujeres se sintieron amedrentadas por la presencia de los ángeles (Lc. 24:5).

Καὶ ἔδωκαν δόξαν τῷ Θεῷ τοῦ οὐρανοῦ. Una situación semejante hará que los habitantes de la ciudad reconozcan la intervención divina en todo. Es verdad que muchos de ellos son seguidores del Anticristo, que pactaron o estuvieron de acuerdo con el pacto en el principio de la semana de la tribulación, pero no dejan de conocer intelectualmente la existencia de Dios y su omnipotencia confirmada delante de ellos por los acontecimientos sobrenaturales que se producirán. Esto les llevará a *dar gloria*, al Dios del cielo. El nombre Dios, seguido del sustantivo con artículo *del cielo*, puede considerarse aquí como un nombre propio de Dios. En contraste con el Anticristo que es el *dios de la tierra* y que no puede actuar contra los dos testigos más allá de lo que hizo, está el *Dios del cielo*, que actúa sobrenaturalmente en el ejercicio de su soberanía y voluntad. Ante todos se manifestará como el Dios verdadero, en contraste con los otros dioses. Lo que los hombres hicieron entonces, en medio de su terror, fue reconocer la intervención sobrenatural de Dios en todo aquello. Pudiera sugerir un arrepentimiento de los hombres que estaban aterrorizados como ocurre en otras ocasiones (cf. Jos. 7:19; Jer. 13:19; 1 P. 2:12; Ap. 14:7, etc.), sin embargo no se dice que ocurriese tal cosa. El arrepentimiento de todos los aterrorizados supondría la práctica renuncia a la rebeldía contra Dios en el mundo. Más bien debe entenderse como un miedo que no conduce al arrepentimiento pero que

asusta y conmociona a los hombres. Tal fue el reconocimiento que hizo el emperador Nabucodonosor, cuando glorificó al Dios del cielo (Dn. 2:47; 3:28). Esa acción no significa la conversión de las gentes, sino un mero reconocimiento de la omnipotencia de Dios.

14. El segundo ay pasó; he aquí, el tercer ay viene pronto.

Ἡ οὐαὶ ἡ δευτέρα ἀπῆλθεν· ἰδοὺ ἡ οὐαὶ ἡ τρίτη ἔρχεται ταχύ.
El ay el segundo pasó; he aquí el ay el tercero viene pronto.

Notas y análisis del texto griego.

El párrafo concluye con una advertencia que comienza con ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la,* masculino en español, *el*; οὐαι, interjección que expresa dolor, angustia, dificultad, equivalente en castellano a *ay*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la,* masculino en español, *el*; δευτέρα, caso nominativo femenino singular del adjetivo numeral ordinal, *segundo*; ἀπῆλθεν tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἀπέρχομαι, literalmente *venir, irse aparte, desaparecer, marcharse,* aquí como *pasó*; sigue luego con una advertencia enfática con ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia, *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la,* masculino en español, *el*; οὐαι, interjección que expresa dolor, angustia, dificultad, equivalente en castellano a *ay*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la,* masculino en español, *el*; τρίτη, caso nominativo femenino singular del adjetivo numeral ordinal, *tercero*; ἔρχεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo ἔρχομαι, *venir*, aquí como *viene*; ταχύ, adverbio que equivale a *pronto, rápido, de prisa, sin demora.*

Ἡ οὐαὶ ἡ δευτέρα ἀπῆλθεν· ἰδοὺ ἡ οὐαὶ ἡ τρίτη ἔρχεται ταχύ. El ángel había anunciado tres ayes sobre los hombres (8:13). El primero tuvo lugar en los acontecimientos de la quinta trompeta (9:1-11). El segundo se produjo como consecuencia del toque de la sexta trompeta (9:13-21). El tercero de los anunciados está próximo a producirse. Juan dice que este tercer ay *viene*, en un presente de indicativo con funciones de futuro inmediato o inminente. Los toques de trompeta anuncian juicios divinos sobre los moradores de la tierra de una gran intensidad. El ángel anuncia, no sólo el tercer ay sino que con él se producirá el sonido de la séptima y última trompeta, que traerá como expresión y consecuencia el derramarse sobre la tierra de las siete copas de la ira de Dios. Por tal motivo, el tercer ay es de una intensidad superior a todo cuanto ocurrió antes. Con esos juicios se consumará el tiempo de espera que precederá a la

segunda venida de Jesucristo a la tierra y, en ese tiempo, se alcanzará también la manifestación de la ira de Dios sobre los impíos en la tierra.

La séptima trompeta (11:15-19).

15. El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y Él reinará por los siglos de los siglos.

Καὶ ὁ ἕβδομος ἄγγελος ἐσάλπισεν· καὶ ἐγένοντο φωναὶ μεγάλαι ἐν τῷ
Y el séptimo ángel tocó la trompeta y hubo voces grandes en el
οὐρανῷ λέγοντες· ἐγένετο ἡ βασιλεία τοῦ κόσμου τοῦ Κυρίου
cielo diciendo: Ha venido a ser el reino del mundo del Señor
ἡμῶν καὶ τοῦ Ξριστοῦ αὐτοῦ, καὶ βασιλεύσει εἰς τοὺς αἰῶνας τῶν
de nosotros y del Cristo de Él y reinará por los siglos de los
αἰώνων.
siglos.

Notas y análisis del texto griego.

La acción del séptimo ángel se introduce mediante la conjunción καὶ, *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἕβδομος, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral ordinal *séptimo*; ἄγγελος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *ángel*; ἐσάλπισεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo σαλπίζω, *trompetear, tocar trompeta*, aquí como *tocó la trompeta*; καὶ, conjunción ilativa *y*; ἐγένοντο, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, con amplio significado aquí en sentido de *acontecer, llegar a ser*, aquí como *ocurrió, se produjo, aconteció*, tal vez mejor *hubo*; φωναὶ, caso nominativo femenino plural del sustantivo *voces, sonidos*, *palabras*; seguido de μεγάλαι, caso nominativo femenino plural del adjetivo *grandes*; ἐν, preposición de dativo*, en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; οὐρανῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo *cielo*; λέγοντες, caso dativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *decir*, aquí como *que decía,* incluso puede traducirse como *diciendo*. La siguiente cláusula contiene el mensaje de las voces con ἐγένετο, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, con amplio significado aquí en sentido de *acontecer, llegar a ser*, aquí como *ha venido a ser*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*, masculino en castellano, *el*; βασιλεία, caso nominativo femenino singular del sustantivo *reino*; τοῦ, caso genitivo masculino plural *del*; κόσμου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *mundo*; τοῦ, caso genitivo masculino plural *del*; Κυρίου, caso genitivo masculino singular del nombre *Señor*; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal *de nosotros*; καὶ, conjunción copulativa, *y*; τοῦ, caso genitivo masculino plural *del*; Ξριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Cristo*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de Él*; καὶ, conjunción copulativa, *y*; βασιλεύσει, tercera persona singular del futuro de indicativo

en voz activa del verbo βασιλεύω, *reinar*, aquí como *reinará*; εἰς, preposición de acusativo *por*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; αἰῶνας, caso acusativo masculino plural de sustantivo *siglos*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *de los*; αἰώνων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *siglos.*

Καὶ ὁ ἕβδομος ἄγγελος ἐσάλπισεν. De la misma forma que los anteriores toques de las seis trompetas, Juan introduce el momento en que el ángel hizo sonar la séptima trompeta. Esta trompeta estaba dispuesta desde el principio, al igual que las anteriores, en manos del ángel que esperaba la instrucción para hacerla sonar (8:2). El momento de hacer sonar la séptima y última trompeta había llegado, de manera que el ángel que la había recibido la hizo sonar.

Καὶ ἐγένοντο φωναὶ μεγάλαι ἐν τω οὐρανῷ. El resultado que trajo tiene que ver con el cielo y la escena que describe el apóstol es eminentemente celestial. Juan ve el cielo y escucha grandes voces en él. El momento final, tanto de los juicios de Dios, como del retorno de Jesucristo para establecer el reino milenial, está próximo. El mismo Señor lo advirtió cuando dijo a los discípulos: *"Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca"* (Lc. 21:28). La séptima trompeta es la última de las que Dios había dispuesto, sin embargo, no debe confundirse esta trompeta con la última que el apóstol Pablo menciona en la carta a Corintios (1 Co. 15:52). La *"final trompeta"* de Pablo tiene que ver con la resurrección de los muertos en Cristo y el traslado de la iglesia a la presencia del Señor para estar para siempre con Él (1 Ts. 4:16-17). La trompeta que menciona Pablo es una trompeta de gloria, mientras que la séptima trompeta del Apocalipsis es de juicio. Esta séptima trompeta que Juan oyó sonar en manos del ángel, establece el comienzo de los últimos días de la semana de tribulación, como preludio necesario al establecimiento del reino del Mesías en la tierra.

Es interesante apreciar que al sonido de la séptima trompeta no siguió la consecuencia del ay sobre los hombres. Todo cuanto está involucrado en él, sucederá a los juicios procedentes del derramarse de cada una de las siete copas. La interpretación correcta de este proceso es, como se ha dicho antes, una progresión incrementada de los juicios, de modo que el séptimo sello trae los juicios de las trompetas y en la séptima el de las copas. En lugar de un ay, lo que Juan detectó fueron las fuertes o grandes voces desde el cielo. Pudieran proceder de los seres vivientes, o de los miles de ángeles, incluso de todos los ángeles unidos también a los veinticuatro ancianos sentados en los tronos entorno al trono de Dios y del Cordero. Las grandes voces contrastan con el silencio ocurrido cuando se abrió el séptimo sello (8:1). Son voces que proclaman victoria y cumplimiento del establecimiento del reino de Dios sobre

el reino del mundo. El júbilo celestial se produce porque el reino de Dios se ha realizado. Las voces celestiales son un anticipo en el cielo de lo que va a ocurrir en la tierra y que fue anunciado antes. Según el mensajero del cielo cuando suene la séptima trompeta, *"el misterio de Dios se consumará, como Él lo anunció a sus siervos los profetas"* (10:7). Lo que había sido esperado por siglos estaba a punto de cumplirse, Dios iba a establecer su reino entre las gentes en la tierra, visible y literal. Los ángeles que rodean al trono de Dios y le sirven en las misiones que les son encomendadas, también le adoran y alaban (12:10; 19:1-10). Un notable contraste se pone de manifiesto: en ocasiones anteriores se escucha una solitaria voz desde el cielo que anuncia lo que Dios desea revelar, aquí es una sinfonía celestial de una multitud que proclama el triunfo del Señor y el establecimiento de su reino sobre el reino del mundo.

La voz del cielo proclama que ἐγένετο ἡ βασιλεία τοῦ κόσμου τοῦ Κυρίου ἡμῶν καὶ τοῦ Ξριστοῦ αὐτοῦ, *"el reino del mundo ha venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo"*. El sustantivo *reino* va precedido de artículo determinado que establece su condición única y de una posición de pertencia *del mundo*. Aunque en el mundo hay muchos reinos, aquí se refiere a uno que los comprende a todos. El versículo se refiere al tiempo final de la última semana de Daniel en que el reino del Anticristo irá avanzando hasta agrupar en él a todos los reinos del mundo. Anteriormente se hizo una síntesis de la panorámica mundial de los grupos político-militares en la tierra, en la semana de la Tribulación. De los cuatro reinos proféticamente anunciados sólo quedarán al final de semana el reino del Anticristo, el sistema activado procedente del Imperio Romano, y los reyes de oriente. El conflicto entre ambos grupos estará a punto de producirse, como se estudiará más adelante, pero terminará no en un encuentro bélico entre ambos, sino en la unión mundial bajo un solo líder, el Anticristo. El reino del mundo es el reino de Satanás y de su sistema diabólico. La Biblia enseña que, aunque aparentemente están divididos entre sí y en continuo conflicto, el mundo entero está bajo el maligno (1 Jn. 5:19). El tentador afirmó delante del Señor, en la tentación, que él podía dar los reinos del mundo a quien quisiera porque eran suyos, ya que se le habían entregado (Lc. 4:6). El gobierno de la tierra había sido dado por Dios al hombre en la creación (Gn. 1:28), pero a causa de la tentación y caída, le fue *entregado* a Satanás que se convierte en el príncipe de los reinos de este mundo, por tanto, estaba en su derecho al hacer la oferta de entregar los reinos del mundo a Cristo. La Cruz es la solución divina a la recuperación para el hombre, en el Hombre perfecto, Jesús, lo que estaba en manos del usurpador, que es *"echado fuera"*, al ser vencido en la Cruz (Jn. 12:31). El reino del mundo, en singular, expresa la dimensión en cuanto a gobierno del sistema llamado *mundo*, organizado por Satanás y que rechaza a Dios, oponiéndose al Soberano en todo. La voz celestial proclama el final de este sistema que gobierna en el mundo. El reino del mundo, en manos de Satanás pasa a ser el reino de Dios y de su Cristo. La expresión

ἐγένετο, *"ha venido a ser"*, indica que el reino, antes de otro, se convierte en el reino de Dios.

Es necesario también, tener un concepto bíblico del significado de *"reino de Dios o reino de los cielos" ,* de ahí que sea necesaria hacer unas consideraciones amplias sobre este aspecto que condicionará muchas de las interpretaciones que puedan darse a este tema en el estudio del Apocalipsis. Algunas posiciones teológicas, tal vez, demasiado enfáticas o extremas, hacen una distinción entre *reino de los cielos*, expresión habitual en Mateo, y *reino de Dios*, como lo llaman los otros evangelistas. Para quienes hacen esta distinción, *reino de los cielos* es el gobierno mesiánico de Jesús, el Hijo de David, sobre el mundo. Ese calificativo se toma de la profecía de Daniel (Dn. 2:24-36, 44; 7:23-27). Lo entienden como el reino que el Dios del cielo establecerá en la tierra después de la destrucción del poder gentil que gobierna actualmente. Se trataría exclusivamente del reino pactado con David (2 S. 7:7-10), luego confirmado por los profetas (Zac. 12:8) y vuelto a confirmar a María en la anunciación (Lc. 1:32-33). Consideran que hay una distinción entre *reino de Dios y reino de los cielos*, y que, por tanto, no son sinónimos. Aparentemente hay cinco diferencias: 1) Universalidad y limitación. El reino de Dios es universal y comprende a todos los seres que se sujetan voluntariamente a la autoridad de Dios en cualquier dispensación (Lc. 13:28, 29; He. 12:22, 23). El reino de los cielos es mesiánico y tiene por objeto establecer el reino de Dios en la tierra (Mt. 3:2; 1 Co. 15:24, 25). 2) Acceso. Al reino de Dios se entra sólo por el nuevo nacimiento (Jn. 3:3. 5-7). El reino de los cielos en el presente es la esfera de la profesión de fe cristiana, que puede ser falsa o genuina (Mt. 13:3; 25:1, 11, 12). 3) Cosas comunes. Como el reino de los cielos es la esfera terrenal del reino de Dios, tienen ambos casi todas las cosas en común. Por esta razón muchas enseñanzas sobre *el reino de los cielos* en Mateo, se repiten para el *reino de Dios* en Lucas. La distinción se establece por omisión de asuntos que por su naturaleza no pueden aplicarse al reino de los cielos. 4) Dos formas de manifestarse. El *reino de Dios*, no viene con manifestaciones externas (Lc. 17:20), es más bien interior (Ro. 14:17). El *reino de los cielos* ha de manifestarse glorioso en este mundo (Lc. 1:31-33; 1 Co. 15:24; Mt. 17:2). 5) Concordancia futura. Ambos, *el reino de Dios y el reino de los cielos*, ha de converger y coincidir en el futuro, siendo una sola cosa cuando Cristo entregue todo al Padre (1 Co. 15:24-28). Esta posición diferenciada extrema, presenta serias dificultades y se establece en la hermenéutica distintiva del sistema dispensacional extremo. Tal posición exige distinguir tres aspectos en el concepto de *reino de los cielos* que aparecen en el evangelio según Mateo. 1) *Reino en proximidad* (Mt. 3:2). Se acerca en la persona del Rey, pero que no se realiza por haberlo rechazado (Mt. 12:46-50). 2) *Reino en misterio* (Mt. 13:1-52). Se trata del reino de los cielos en el tiempo actual, como una esfera de la profesión de fe cristiana. 3) *Reino milenial* (Mt. 24:29-25:46). Se establecerá en

la segunda venida de Jesucristo en gloria (Lc. 19:12-19; Hch. 14:14-17). Un estudio desprejuiciado descubre ciertas diferencias entre los evangelistas, que son simplemente matices más que diferencias reales. La división de los aspectos, que el dispensacionalismo extremo pretende hacer ver, exige un juego hermenéutico que no siempre se ajusta a las reglas correctas de esa ciencia. La idea de que el *reino* en el presente es una esfera de profesión dificulta notoriamente la enseñanza de Jesús a Nicodemo, sobre el modo de entrar en el reino que exige un nuevo nacimiento, mucho más allá de una profesión. A la luz de la enseñanza general y de una hermenéutica correcta, se llega a la conclusión de que los términos *reino de Dios* y *reino de los cielos*, son expresiones sinónimas. Los distintivos sobre aspectos concretos y determinados se establecen en la interpretación y entorno textual del pasaje. Es evidente que pasajes paralelos utilizan indistintamente *reino de Dios y reino de los cielos*. A modo de ejemplo en el llamamiento al arrepentimiento (Mt. 4:17; comp. con Mr. 1:15). En las parábolas del reino, como la de la mostaza (Mt. 13:31; comp. Mr. 4:30,31; Lc. 13:18, 19); la levadura (Mt. 13:33; comp. Lc. 13:20:21). Ocurre también en referencia a las enseñanzas de Jesús, como es el caso de los misterios del reino (Mt. 13:11; comp. Mr. 4:11), sobre la entrada al reino (Mt. 18:13; comp. Mr. 10:15; Lc. 18:7); sobre el problema de la entrada de quienes confían en las riquezas (Mt. 19:23; comp. Mr. 10:23; Lc. 18:24). Igualmente se aprecia en las referencias al reino en el Sermón del Monte, en donde Mateo utiliza la expresión *reino de los cielos,* mientras Lucas usa siempre *reino de Dios*. Los antecedentes sobre la doctrina del reino deben buscarse en el Antiguo Testamento. La Biblia revela a Dios como soberano sobre toda la creación (Sl. 47:2; 103:19). En razón de ser el Creador y de Su soberanía, domina sobre todo, incluyendo todos los aspectos de este mundo (Sal. 24:1, 2). En tal sentido, Dios no sólo es el Señor para los judíos, sino también para las otras naciones de la tierra. Las profecías contienen muchos mensajes para otras naciones (cf. Is. 13:1; 15:1; 17:1; 18:1; 19:1). Algunos profetas fueron enviados a naciones gentiles como el caso de Jonás, es más, algún profeta profetizó para naciones gentiles como fue Nahúm (Nah. 1:1). Dios usa hombres de las naciones para ejecutar sus planes, como Faraón (Ro. 9:17), o Ciro (Is. 45:1). La nación de Israel fue escogida para ser un pueblo especial para Dios, entre las otras naciones de la tierra (Ex. 20:2; Dt. 5:6; 6:12; 7:6; etc.). Por esa razón fue reprendida por querer tener su propio rey al estilo y semejanza de las demás naciones, lo que equivalía a rechazar la teocracia de su gobierno (1 S. 8:4ss). Este reino nacional es un ejemplo para un reino superior que vendrá más tarde. Tal es uno de los aspectos del pacto davídico (2 S. 7:12), que no se cumplieron en el reinado de Salomón y que se encuentran renovados como promesa en la profecía (Is. 9:7; 11:1-5; 32:1; Jer. 33:14-22; etc.). Es necesario llegar a la comprensión del concepto de *reino de Dios*, o *reino de los cielos*. Puede definirse como la esfera de gobierno en el que Dios reina como Soberano y es obedecido voluntariamente (Dn. 4:34-35). El reino de Dios ha sido desafiado

por Satanás en el pasado, conduciendo a los hombres a la desobediencia y rebeldía contra el Creador (Gn. 3). Sin embargo el control de Dios como Soberano que ejerce el control y autoridad suprema sobre el universo, no ha sido afectada por el pecado (Dn. 5:21). Las Escrituras dan testimonio de un gobierno espiritual de Dios en hombres regenerados, definiendo el reino de Dios como algo espiritual en el tiempo presente (Ro. 14:17). El *reino de Dios* no puede considerarse como una *esfera de profesión*, sino como una *esfera de posición*. Al reino de Dios o de los cielos se accede por nuevo nacimiento (Jn. 3:5). En la actualidad, el reino tiene que ver con un asunto interno y espiritual; está en el interior (Lc. 17:20, 21); por esta causa es preciso el nuevo nacimiento (Jn. 3:3). Por esta causa la justicia del reino no es externa y ceremonial, sino interna, del corazón. Tal modo de expresar la justicia debía exceder absolutamente de la ritual y aparente, propia de los religiosos de los tiempos de Cristo (Mt. 5:20). El reino tiene un aspecto espiritual en la realidad presente. Jesús vino predicando la *proximidad* del reino (Mr. 1:15; Mt. 10:7; Lc. 10:1, 9, 11). Esta entrada al reino es obstaculizada por el legalismo de las gentes que tratan de sustituir la esfera de comunión, propia del reino, por la de religión, propia de los hombres (Mt. 23:13). Los creyentes están ahora en el reino de Dios (Col. 1:13), por tanto, la ética del reino ha de cumplirse ahora en quienes, por nuevo nacimiento, están en esa esfera. El futuro escatológico del reino se anuncia en la Escritura. *El reino de Dios* o *reino de los cielos*, tendrá expresión futura en el reino milenial (Ap. 20:3, 4, 5, 6). Las profecías sobre un futuro reinado de Cristo en la tierra, no dejan lugar a dudas (cf. Sal. 2:8, 9). No se trata de un gobierno espiritual sobre los hombres, sino de un reinado literal sobre ellos. Isaías enfatiza el carácter terrenal del reino escatológico (Is. 11). Otras muchas referencias proféticas lo confirman (cf. Is. 42:4; Jer. 23:3-6; Dn. 2:35-45; Zac. 14:1-9). Hay muchos pasajes que afirman que Jesús se sentará sobre el trono de David para gobernar la tierra (2 S. 7:16; Sal. 89:20-37; Is. 11; Jer. 33:19-21). Así fue anunciado por el ángel a María (Lc. 1:32-33). Hay referencias sumamente claras sobre el reinando de Cristo en la tierra (Is. 2:1-4; 9:6-7; 11:1-10; 16:5; 24:23; 32:1; 40:1-11; 42:1-4; 52:7-15; 55:4; Dn. 2:44; 7:27; Mi. 4:1-8; 5:2-5; Zac. 9:9; 14:16-17). El milenial culminará en la expresión definitiva del reino de los cielos en la tierra nueva y cielos nuevos que Dios creará al final de los tiempos (2 P. 3: 10:13).

Juan hace referencia a la voz del cielo que proclama que el *reino del mundo* vino a ser el *reino de Dios*. Como se ha considerado ya, Dios siempre ha reinado sobre grupos de personas que le acatan como Señor (Sal. 93:1; 97:1; 99:1). Él reina sobre quienes le obedecen voluntariamente y le reconocen como Rey. Siempre tuvo reino en la tierra en ese sentido (Dn. 4:3). Los creyentes de la iglesia, hijos de obediencia, están en el reino de Dios (Col. 1:13). En el futuro Dios gobernará reinando sobre la tierra, cuyo Rey será Jesucristo. Ese reino está anunciado reiteradamente en la profecía (Is. 32:1-7; 33:17:33; Ez. 21:26-27; Dn.

2:35, 44; 7:14, 26, 27; Miq. 4:1-5; Zac. 14:8, 9; Lc. 1:32-33). El reino en el futuro no estará sujeto a ángeles, sino a Cristo (He. 2:5). Potencialmente el Señor es el rey que reinará, pero espera el tiempo previsto por Dios para poner a sus enemigos bajo sus pies, en absoluta victoria (Sal. 110:1; He. 10:23). El Rey ha sido determinado en la soberanía divina, expresado en un futuro profético mediante un pasado: *"Yo he puesto mi Rey sobre Sión mi monte santo"* (Sal. 2:6). El enunciado en tiempo pasado: *"el reino del mundo ha venido a ser el reino de nuestro Señor y de su Cristo"*, es un futuro profético usado para determinar una acción futura en el propósito soberano de Dios, que por decisión divina tendrá un cumplimiento cierto. Aquí todavía más, al proclamar que llegó el momento para que lo anunciado proféticamente tenga cumplimiento y el reino de Dios se establezca en la tierra.

Καὶ βασιλεύσει εἰς τοὺς αἰῶνας τῶν αἰώνων. Junto con la seguridad del reino la extensión temporal de ese reino, que será eterno. El futuro de indicativo *"reinará"*, en voz activa en el texto griego, expresa una acción que se producirá sin límite de tiempo, es decir, reinará sobre la tierra y definitivamente sobre la nueva creación de Dios, en un reino eterno. Los reyes de la tierra, que se oponen al reino de Dios, no podrán impedir que asuma el reino y lo establezca (Sal. 2:2). Así escribe el Dr. Ladd:

"Este es el tema central del libro del Apocalipsis: el establecimiento del reino de Dios en la tierra. Esto implica la lucha por la autoridad contra todos los poderos hostiles, incluyendo las naciones impías de la tierra y el ejercicio de la autoridad del Señor y de su Cristo. Generalmente en el Nuevo Testamento, Señor es un nombre para el Cristo exaltado; aquí designa al Señor Dios. Cristo es la palabra griega para Mesías, el rey ungido de Dios"[15].

La soberanía de Dios cuestionada por influencia diabólica en el mundo y afirmada por Dios, se resolverá definitivamente en el hecho trascendental de la instauración del reino de Dios en la tierra, gobernado por su Cristo, designado para ser el Rey. El cuestionamiento que se hizo negando la soberanía de Dios, queda definitivamente cancelado, puesto que quien afirma ser el Soberano, viene a establecer su soberanía en el reino terrenal, tomándolo de quien se opuso a su soberanía desde la caída del hombre. Tal acontecimiento será un motivo de exultante gozo en las regiones celestiales con la proclamación jubilosa de que el reino opositor a la soberanía de Dios ha sido disuelto para pasar a la posesión del Soberano que reinará en la tierra, donde se había asentado el reino del mundo. El gobierno será de Dios y de su Cristo en una unidad inseparable (1 Co. 15:27). Este gobierno trasciende al tiempo y se proyecta ya a la eternidad, estableciéndose sobre la nueva creación o *recreación*

[15] George Eldon Ladd. o.c., pág. 142s.

de Dios en donde se perpetuará para siempre (2 P. 3:11-13). La proclamación celestial no distingue sobre el establecimiento del reino milenial de Cristo y el reino eterno de Dios. Pablo distingue dos períodos, uno entre la resurrección y exaltación, con el regreso a la tierra y el establecimiento del reino milenial, y otro cuando entregue el reino a Dios el Padre en plena sujeción de todos a Él (1 Co. 15:24-28). Aquí Juan escucha la voz desde el cielo que afirma que el Mesías, el Cristo de Dios, reinará *"por los siglos de los siglos"*. El reino mesiánico o milenial introduce el período del reino de Dios en proyección perpetua en mano del Rey de reyes y Señor de señores, designado para ser Rey por Dios mismo y anunciado de esa manera antes de su nacimiento: *"Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin"* (Lc. 1:31-33). Ambas cosas, reino milenial como el Hijo de David sobre la casa de Jacob, y reino eterno sobre toda la creación de Dios.

16. Y los veinticuatro ancianos que estaban sentados delante de Dios en sus tronos, se postraron sobre sus rostros, y adoraron a Dios.

Καὶ οἱ εἴκοσι τέσσαρες πρεσβύτεροι [οἱ] ἐνώπιον τοῦ Θεοῦ
Y los veinticuatro ancianos los delante - de Dios
καθήμενοι ἐπὶ τοὺς θρόνους αὐτῶν ἔπεσαν ἐπὶ τὰ πρόσωπα
que estaban sentados sobre los tronos de ellos cayeron sobre los rostros
αὐτῶν καὶ προσεκύνησαν τῷ Θεῷ
de ellos y adoraron - a Dios.

Notas y análisis del texto griego.

La continuidad del relato se produce mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; εἴκοσι, caso nominativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal, *veinte*; τέσσαρες, caso nominativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *cuatro*; ambos forman el castellano *veinticuatro*; πρεσβύτεροι, caso nominativo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de quienes son de edad avanzada, *ancianos*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἐνώπιον, preposición de genitivo, que se usa también como adverbio y denota *delante de*, *en la presencia de*, *en frente de*; sigue luego τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, no traducible en español al relacionarse con un nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *de Dios*; καθήμενοι, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz media del verbo κάθημαι, *sentarse*, aquí como *que estaban sentados*; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; θρόνους, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota *tronos*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*; ἔπεσαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πίπτω, *caer, precipitarse*, aquí como *cayeron*; ἐπὶ,

preposición de acusativo *sobre*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; πρόσωπα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *rostros*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; προσεκύνησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo προσκυνέω, literalmente *arrodillarse, rendir homenaje, hacer reverencia*, es el verbo que se traduce continuamente por *adorar* en el Nuevo Testamento, aquí como *adoraron*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en español en esta construcción gramatical; Θεῷ, caso dativo masculino singular del nombre *a Dios*.

Καὶ οἱ εἴκοσι τέσσαρες πρεσβύτεροι [οἱ] ἐνώπιον τοῦ Θεοῦ καθήμενοι ἐπὶ τοὺς θρόνους αὐτῶν. Con una extraordinaria precisión se hace referencia a los veinticuatro ancianos aparecieron por primera vez en la visión celestial descrita al principio de la revelación de las cosas futuras (4:10-11). Ya se ha hecho notar que representan a la iglesia glorificada. Participan de la adoración celestial en otras ocasiones (5:8-10, 14; 7:11-12; 19:4).

Ἔπεσαν ἐπὶ τὰ πρόσωπα αὐτῶν καὶ προσεκύνησαν τῷ Θεῷ. Ante la proclamación desde el cielo afirmando que Dios reina, los ancianos adoran a Dios. La actitud reverente en la adoración se manifiesta también aquí, al describirlos como prosternados, inclinados sobre sus rostros para adorar.

17. Diciendo: Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que eres y que eras y que has de venir, porque has tomado tu gran poder, y has reinado.

λέγοντες·
Diciendo:
Εὐχαριστοῦμεν σοι, Κύριε ὁ Θεὸς ὁ Παντοκράτωρ,
Damos gracias a ti Señor el Dios el Todopoderoso
ὁ ὢν καὶ ὁ ἦν,
el que eres y el que eras,
ὅτι[1] εἴληφας τὴν δύναμιν σου τὴν μεγάλην
porque has tomado el poder de ti el grande
καὶ ἐβασίλευσας.
y has reinado.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] ὅτι, *porque*, lectura de seguridad media, atestiguada en א², A, 205, 209, 1611, 1854, 2953, 2329, 2351, *Biz* [P, 046] it^gig, h^, bg^ww, st^, syr^ph, h^, cop^sa^, eth, Andrés, Cipriano, Primasio.

καὶ ὅτι, *porque también*, como se lee en **p**⁴⁷, א*, C, 2344, vg^mss^.

καὶ ὁ ἐρχόμενος, *y el que está viniendo*, lectura en 051, 1006, 1841, vg^{cl}, Ticonio.

Los veinticuatro ancianos adoraban λέγοντες, caso nominativo masculino plural del participio presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir*, aquí como *diciendo*; εὐχαριστοῦμεν, primera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εὐχαριστέω, *dar gracias, agradecer*, aquí como *damos gracias*; σοι, caso dativo singular del pronombre personal *a ti*; siguen luego tres títulos dados a Dios precedidos del correspondiente artículo determinado, que no se traducen en español: Κύριε, caso vocativo masculino singular del nombre *Señor*, común en todos los casos menos en este que, referido a Dios como título debe ser considerado como *propio*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Παντοκράτωρ, caso nominativo masculino singular del nombre *Todopoderoso*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ὢν, que es el participio presente en voz activa del verbo εἰμι, que equivale a *como era, que era, que es, el cual era,* etc.; y ὁ, nuevamente el artículo determinado *el*; ἦν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *eras*; ὅτι, conjunción causal, *que, porque, pues*; εἴληφας, segunda persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo λαμβάνω, *tomar, coger, alcanzar, recibir*, aquí como *has tomado*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *el*; δύναμιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *poder, autoridad*; σου, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de ti*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *el*; μεγάλην, caso acusativo femenino singular del adjetivo *grande*; καὶ, conjunción *y*; ἐβασίλευσας, segunda persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo βασιλεύω, *reinar,* aquí como *has reinado.*

Εὐχαριστοῦμεν σοι. La adoración toma la forma de *eucaristía*, esto es, una acción de gracias. Es una expresión de gratitud porque, cumpliendo la promesa dada en las profecías, Dios toma el reino del mundo y establece el suyo. Tres títulos se dan a Dios en la adoración de los veinticuatro ancianos: Κύριε, *Señor*, que expresa la condición de Aquel que ejerce el dominio universal y que es Soberano; ὁ Θεὸς, *Dios*, como el Creador y Hacedor de cielos y tierra; ὁ Παντοκράτωρ, Todopoderoso, literalmente *Pantocrátor*, el que tiene todo poder en todo, tanto en cielos como en tierra y en todo el universo creado de seres inteligentes, como de otros tipos de vida y de lo que es inanimado; el Eterno, mediante la expresión ὁ ὢν καὶ ὁ ἦν, *El que era y El que es*, literalmente *"el era y el es"*, para quien el tiempo no cuenta ni es, es decir, El que es *atemporal*, en Él mismo. Con los tres vocativos arameizantes se ensalza y reconoce la Deidad como *Yahwe* (Señor), como *Dios* (Elohim); como *Soberano* (Pantocrátor), seguido del título divino *"El que es y El que era"*. Falta en el texto griego que se sigue, el tercer elemento *"El que ha de venir"*, o tal vez mejor, *"El que viene"*[16]. Algunos entienden que este elemento está

[16] ὁ ἐρχόμενος.

ausente en el título porque la adoración celestial proclama que ya ha venido el reino de Dios, pero, como se ha considerando en otros lugares, más que una referencia al tiempo venidero, es una expresión completa de eternidad. Dios es el mismo en el pasado, en el presente y en el futuro. Alguna variante contiene el término, pero, esté presente en el original o no, es suficiente con enfatizar el participio de presente en el anterior (*el que es),* para entender allí, aunque carezca de futuro, una existencia eterna en un presente continuo.

La razón o motivo de la adoración es ὅτι εἴληφας τὴν δύναμιν σου τὴν μεγάλην καὶ ἐβασίλευσας, *"porque has tomado tu gran poder y has reinado"*. El verbo[17] *tomar,* aparece en el texto griego como un perfecto de indicativo, que le confiere el carácter de *tomar* o *posesionarse de algo*. En este caso, Dios se posesiona del reino mediante el ejercicio de su omnipotencia. El poder de Dios se ha manifestado ya en todos los juicios correspondientes a la tribulación y finalmente en el posesionarse del reino. La alabanza anticipa la realidad del reinado de Cristo, con un futuro profético establecido con un pasado (*aoristo*) de acción consumada, pero que enfatiza el comienzo de la acción, más que sobre el tiempo de hecho mismo. La certeza absoluta del establecimiento de Dios es tan evidente y cierta, conforme al propósito de Dios, que se da por hecho lo que aún tendrá lugar, temporalmente hablando, en el futuro inmediato.

18. Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra.

καὶ τὰ ἔθνη ὠργίσθησαν,
Y las naciones se airaron,
καὶ ἦλθεν ἡ ὀργή σου
y vino la ira de ti
καὶ ὁ καιρὸς τῶν νεκρῶν κριθῆναι
y el tiempo de los muertos de ser juzgados
καὶ δοῦναι τὸν μισθὸν τοῖς δούλοις σου τοῖς προφήταις
y de dar el galardón a los siervos de ti los profetas
καὶ τοῖς ἁγίοις καὶ τοῖς φοβουμένοις τὸ ὄνομα σου,
y a los santos y a los que temen el nombre de ti
τοὺς μικροὺς καὶ τοὺς μεγάλους,
a los pequeños y a los grandes
καὶ διαφθεῖραι τοὺς διαφθείροντας τὴν γῆν.
y de destruir a los que destruyen la tierra.

Notas y análisis del texto griego.

[17] Griego: λαμβάνω.

El relato de la adoración de los veinticuatro ancianos prosigue con καὶ, conjunción copulativa *y*; seguido de τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*, femenino en castellano, *las*; ἔθνη, caso nominativo neutro plural del sustantivo *naciones*; ὠργίσθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo ὀργίζω, *airarse, enfurecerse, llenarse de ira*, aquí como *se airaron*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἦλθεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἔρχομαι, *venir*, aquí como *vino*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; ὀργή, caso nominativo femenino singular del sustantivo *ira*; σου, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de ti*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; καιρὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo *tiempo*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *de los*; νεκρῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo *muertos*; κριθῆναι, aoristo de infinitivo en voz pasiva del verbo κρίνω, *juzgar*, aquí como *ser juzgados*; καὶ, conjunción copulativa *y*; δοῦναι, aoristo de infinitivo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar, conceder, permitir, entregar, confiar, devolver, producir, colocar, señalar,* aquí como *de dar*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; μισθὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *galardón, salario, paga, recompensa*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *a los*; δούλοις, caso dativo masculino plural del sustantivo *siervos*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal *de ti*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *a los*; προφήταις, caso dativo masculino plural del sustantivo *profetas*; καὶ, conjunción *y*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *a los*; ἁγίοις, caso dativo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de *santos*; καὶ, conjunción *y*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *a los*; φοβουμένοις, caso dativo masculino plural del participio de presente en voz media del verbo φοβέομαι, *temer, tener miedo, tener temor reverente*, aquí como *que temen*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; ὄνομα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *nombre*, en este caso con sentido de *persona*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal *de ti*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *a los*; μικροὺς, caso acusativo masculino plural del adjetivo *pequeños*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *a los*; μεγάλους, caso acusativo masculino plural del adjetivo *grandes*; καὶ, conjunción copulativa *y*; διαφθεῖραι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo διαφθείρω, *corromper, dañar, destruir,* aquí como *que destruyen*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *tierra*.

Καὶ τὰ ἔθνη ὠργίσθησαν. La reacción de las naciones es sorprendente. A pesar de las manifestaciones inequívocas de la acción judicial de Dios sobre ellas, no sólo siguen en la dureza manifestada por la falta de arrepentimiento, sino que se *airaron* contra Dios. El verbo usado por Juan expresa una acción consumada, es decir, las naciones se llenaron de ira contra Dios y contra su Cristo. La ira de las naciones se manifestará en la unidad de sus líderes contra Dios, profetizada ya por el salmista: *"Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungido, diciendo:*

Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas" (Sal. 2:2-3). Las naciones llenas de ira procurarán expulsar a Dios del control de mundo e iniciar una andadura al margen de Él. Los hombres en su locura manifestada en ira clavaron en la cruz al Hijo de Dios, y continúan su rebelión que llegará a la culminación en el tiempo que Juan describe, durante el reino del Anticristo. Sin embargo, nada podrá cambiar el decreto divino (Sal. 2:6). El Crucificado reinará (1 Co. 15:25). El trono del Cristo de Dios es firme y definitivamente establecido. Los príncipes del mundo se reunieron en consejo para matarle, inconscientes de una lucha perdida, porque luchaban contra Dios. Nada podría hacer fracasar lo que Dios había determinado que sucediese (Hch. 4:25). En el Salmo mesiánico citado antes, al griterío de las naciones, responderá Dios, sentado en su trono de gloria, fuera del alcance de los intereses y deseos humanos, riéndose de los hombres que violentamente se levantan contra Él. El Salmo es elocuente en afirmaciones relativas a la actitud de Dios: *"se reirá"*, *"se burlará"*, *"los turbará"*. Es difícil encontrar en la Biblia una expresión sobre la risa de Dios, pero aparece en tres de los Salmos (2:4; 37:13; 59:8). La risa de Dios es la expresión visible del desprecio que el Eterno experimenta en relación con la oposición de los hombres violentos. Dios no se gloría en los sufrimientos del pecador, pero se ríe de sus jactancias y de la pretendida oposición a Su voluntad. Los hombres no podrán impedir lo que Dios ha determinado y hay también un límite a la paciencia divina. Las naciones consultan unidas para impedir que Dios haga su voluntad, pero, frente a esto Él afirma *"he puesto mi Rey sobre Sión, mi santo monte"*. De la misma manera en el tiempo final, anterior al retorno de Jesucristo, la rebelión de antes será más notoria en un vano y loco empeño de frustrar el propósito determinado por Dios. Los reyes de la tierra no aceptan tener sobre el mundo un gobierno establecido por quien es Rey de reyes y Señor de señores. Todos los imperios habidos en el mundo tuvieron la misma pretensión de frustrar los propósitos divinos, sin darse cuenta, que la historia humana está puesta al servicio de quien la ha determinado: Dios mismo. El Cristo de Dios vencerá toda la organizada oposición de las naciones y, en medio de las alabanzas del cielo, tomará su gran poder y reinará. La respuesta de Dios será Su trono puesto en la tierra en el sentido de gobernar por medio de Jesucristo, su Hijo. Las naciones le son dadas y las regirá como Soberano puesto por Dios mismo. La confederación de naciones será destruida por su venida y nunca más volverá a reunirse como tal contra Dios. Tan sólo un atisbo de desobediente rebeldía se producirá al término de la historia de este universo para dar paso, como consecuencia de una intervención divina definitiva, a una nueva historia con nuevos cielos y nueva tierra.

Frente a la acción de las naciones que se *airaron*, está la acción de Dios expresada con toda firmeza: καὶ τὰ ἔθνη ὠργίσθησαν, *"tu ira ha venido"*. Nuevamente el verbo da idea de una acción consumada. Es un ejemplo más de

futuro profético establecido mediante un pasado cumplido. Los hombres han negado permanentemente la capacidad de Dios para intervenir en su ira. Algunos lo han hecho desafiante y burlonamente, refiriéndose al largo tiempo desde que fue profetizada la acción de Dios sin que aparentemente se lleve a cabo, ignorando la benignidad de Dios que se autocontrola para ejercer su paciencia en vistas a la salvación (2 P. 3:3-4). Dios no intervino antes porque estaba dando tiempo a su misericordia (2 P. 3:8-9). La intervención de la ira de Dios pondrá fin a la rebelión de los hombres contra Él.

La segunda acción de respuesta divina al desafío humano se manifiesta en el καὶ ὁ καιρὸς τῶν νεκρῶν κριθῆναι, *"tiempo de juzgar a los muertos"*. La segunda venida de Cristo abrirá un tiempo de juicio en el que comparecerán las naciones de la tierra e Israel (Hch. 17:30-31). Será también el tiempo de resucitar a los muertos de la antigua dispensación antes de instaurar el reino milenial de Jesucristo. Aunque escatológicamente hay una progresión de juicios, la profecía los da por hechos ya que corresponde al plan de Dios. El juicio final de los muertos ocurrirá al concluirse el tiempo actual para introducir el reino eterno de Dios en los cielos nuevos y tierra nueva, compareciendo todos los muertos no salvos delante del trono blanco de Dios para sentencia de condenación, al no haber sido salvos (Ap. 20:11-15).

Una tercera acción divina se expresa como καὶ δοῦναι τὸν μισθὸν, *"el tiempo de recompensar"*. En primer lugar καὶ δοῦναι τὸν μισθὸν προφήταις, *a tus siervos los profetas*, quienes servirán al Señor en la época más difícil de la historia humana. Posiblemente también a los profetas que lo hicieron en el tiempo antiguo y que serán resucitados para entrar en el reino de Dios en la tierra. Junto con ellos serán recompensados τοῖς ἁγίοις, *los santos*, es decir, τοῖς φοβουμένοις τὸ ὄνομα σου, *los que temen el nombre de Dios*. Esto es la consecuencia natural al ser Dios galardonador de los que le buscan (He. 11:6). Esta acción divina no tiene limitaciones y comprenderá a τοὺς τοὺς *a los pequeños y a los grandes*. Ningún siervo fiel, aunque sea muy pequeño a los ojos de los hombres y haya pasado desapercibido de otros, será ignorado por el Señor.

Καὶ διαφθεῖραι τοὺς διαφθείροντας τὴν γῆν. Además será un tiempo de limpieza en cuya acción Dios destruirá a quienes han destruido la tierra. Especialmente está relacionado con Satanás y su sistema de gobierno. El término *destrucción*, no tiene el sentido de aniquilación o de eliminación definitiva, sino de impedimento funcional. Así Satanás será confinado para que no pueda actuar (Ap. 20:1-3); el Anticristo y el falso profeta serán lanzados al lago de fuego (20:10); los ejércitos que lucharán contra Dios serán destruidos (19:21). Por tanto, los que *destruían la tierra*, serán destruidos, recibiendo en

ello la recompensa a su acción. Nadie debe olvidar que Dios no puede ser burlado y que cuanto el hombre siembre, eso mismo segará (Gá. 6:7).

19. Y el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se veía en el templo. Y hubo relámpagos, voces, truenos, un terremoto y grande granizo.

Καὶ ἠνοίγη ὁ ναὸς τοῦ Θεοῦ ὁ ἐν τῷ οὐρανῷ καὶ ὤφθη ἡ κιβωτὸς
Y fue abierto el templo - de Dios el en el cielo y fue vista el arca
τῆς διαθήκης αὐτοῦ ἐν τῷ ναῷ αὐτοῦ, καὶ ἐγένοντο ἀστραπαὶ καὶ
del pacto de Él en el santuario de él y ocurrieron relámpagos y
φωναὶ καὶ βρονταὶ καὶ σεισμὸς καὶ χάλαζα μεγάλη.
voces y truenos y terremoto y granizo grande.

Notas y análisis del texto griego.

La conclusión de la visión se liga a lo que antecede mediante el uso de la conjunción καὶ, *y*; seguida de ἠνοίγη, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἀνοίγω, *abrir,* aquí como *fue abierto*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ναὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *santuario*; seguido de τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que refuerza en el texto griego la condición del santuario, pero no que se traduce en castellano en esta construcción gramatical; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *de Dios*; seguido nuevamente de ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, propio en la construcción gramatical del texto griego, pero no traducible en castellano; ἐν, preposición de dativo *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; οὐρανῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo *cielo*; καὶ, conjunción *y*; ὤφθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo ὄπτομαι, *ver*, aquí como *hacerse vista, aparecer*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; κιβωτὸς, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *arca*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la del*; διαθήκης, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *pacto, convenio*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; ναῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo *santuario*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*; καὶ, conjunción *y*; ; ἐγένοντο, tercera persona plural del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, suceder, venir, ser, estar,* aquí como *ocurrieron, se produjeron*; ἀστραπαι, caso nominativo femenino plural del sustantivo *relámpagos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; φωναὶ, caso nominativo femenino plural del sustantivo *voces, sonidos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; βρονται, caso nominativo femenino plural del sustantivo *truenos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; σεισμὸς, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota *terremoto, seísmo, sismo* (forma de la palabra más común en Hispanoamérica); καὶ, conjunción copulativa *y*; χάλαζα,

caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *granizo*; acompañado de μεγάλη, caso nominativo femenino singular del adjetivo *grande.*

Καὶ ἠνοίγη ὁ ναὸς τοῦ Θεοῦ ὁ ἐν τῷ οὐρανῷ. La descripción de la visión celestial concluye con la manifestación visible del templo de Dios en el cielo y el arca del pacto, que se veía en el santuario. Dos detalles de importancia: el santuario y el arca del pacto. Ambas están vinculadas con Dios mismo. El santuario era el lugar donde Dios manifestaba su presencia en medio de su pueblo. Era el lugar de esperanza, donde el Señor cumplía sus promesas y daba bendición a su pueblo. Es cierto que la presencia de Dios no se puede vincular a un determinado lugar, pero era en el santuario, especialmente en el Lugar Santo, donde se hacía realidad visible para los hombres y, especialmente, para su pueblo. En cierta medida Dios se hizo siempre santuario, lugar de refugio y de gracia, para su pueblo en circunstancias adversas. Ese es el sentido que adquiere cuando el profeta transmite el mensaje de Dios: *"Por tanto, di: Así ha dicho Jehová el Señor. Aunque les he arrojado lejos entre las naciones, con todo eso les seré por un pequeño santuario en las tierras adonde lleguen"* (Ez. 11:16).

Καὶ ὤφθη ἡ κιβωτὸς τῆς διαθήκης αὐτοῦ ἐν τῷ ναῷ αὐτου. El segundo elemento de importancia en la visión es el *"arca del pacto"*. Se trataba, en la antigua dispensación y en el santuario terrenal, de un mueble de madera forrado de oro sobre cuya tapa estaba una lámina también de oro llamada el propiciatorio, sobre la que se extendía parte de la sangre del sacrificio de expiación. El propiciatorio estaba bajo las alas extendidas de dos querubines de oro. En el interior del arca se habían colocado las dos tablas de la Ley. Simbólicamente, Dios podía mostrarse propicio al pueblo pecador a causa del sacrificio de expiación, en cuyo simbolismo, el animal inocente moría por el pecado del pueblo. Ningún sacrificio de animal podía quitar los pecados, pero era la figura y símbolo del gran sacrificio de expiación que el Cordero de Dios efectuaría en el tiempo histórico determinado por Dios, al morir por todos en la Cruz. El arca era también símbolo de la alianza, del pacto, que el Señor había hecho para su pueblo, en razón de cuyo compromiso, se establecía la protección de Dios en relación con los enemigos de su pueblo. De este modo, el arca marcaba el camino por donde debían ir (Jos. 3:3-4), y de esa misma manera derribó los muros de la ciudad de Jericó (Jos. 6:3-4).

Juan vio el tempo de Dios abierto, lo que supone un contraste notable con el pozo de abismo que se abrió y del que salieron demonios que produjeron conflictos y dificultades entre las gentes del mundo (9:2). Ahora se ve la visión del templo abierto como figura de esperanza para quienes se llama proféticamente *"prisioneros de esperanza"* (Zac. 9:12). El Santuario de Dios *fue abierto*, lo que significa que el Señor va a actuar en cumplimiento de todas

sus promesas. El santuario abierto puso de manifiesto la presencia del *arca del pacto*. Un velo impedía la visión del arca en la antigua dispensación a causa del pecado (Is. 59:2), al no haberse llevado a cabo la muerte del Salvador, cuya obra abrió paso al creyente a la misma presencia de Dios (He, 10:19-20). La muerte redentora de Jesucristo permitió a Dios –simbólicamente en el santuario y realmente en la experiencia de salvación- rasgar el velo en dos, de arriba abajo, quedando libre el acceso al trono de Dios, que es ya un trono de gracia para el creyente (He. 4:16; 10:19-22). El arca del pacto había sido dada a Israel como señal del cumplimiento de las promesas de Dios, cuyos dones son irrevocables (Ro. 11:29). Las promesas dadas a Israel, como pueblo de Dios, tendrán cumplimiento cierto en el reino literal de Jesucristo en la tierra. Una tradición judía enseña que el arca del pacto aparecerá cuando se establezca el reino mesiánico y se construya el nuevo templo (2 Mac. 2:4-8). Una gloriosa esperanza mesiánica cierra el pasaje de los juicios como provisión de aliento ante lo que se aproxima aún en la manifestación de lo que Dios ha determinado antes del retorno de Jesucristo.

Τῆς διαθήκης αὐτοῦ ἐν τῷ ναῷ αὐτου φωναὶ καὶ βρονταὶ καὶ σεισμὸς καὶ χάλαζα μεγάλη. Con intenso dramatismo se producen otras manifestaciones, que Juan describe, como son los relámpagos, efectos luminosos que anuncian la descarga eléctrica de la tormenta. Posiblemente se trate de referirse a una tormenta con todos los elementos propios de ella. Hay relámpagos, que preceden al trueno; los mismos truenos que siguen a los relámpagos; las voces, en sentido del bramido del viento y de la tempestad desatada como consecuencia de la intensidad de la tormenta. A todo esto se une un terremoto, finalizando esa violenta tempestad con una granizada intensamente grande. La tierra y los elementos que la forman se hacen eco de la acción que Dios va a emprender inmediatamente. La misma naturaleza gime esperando el momento de la manifestación de Dios, que resultará también para ella en liberación (Ro. 8:22). Mientras los hombres se rebelan contra Dios, la naturaleza le sirve como portavoz de su determinación, reconociéndole y proclamándole a todos como el Soberano.

Ante todo cuanto se ha considerado en el capítulo, posiblemente será lo mejor recordar aquí las palabras de exhortación del apóstol Pedro: *"Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche… ¡cómo debéis andar vosotros en santa y piadosa manera de vivir!"* (2 P. 3:10-11). El creyente espera anhelante el momento en que la intervención de Dios se produzca y la transformación definitiva de todo este estado de rebeldía remita para sujetarse en todo a Dios (1 Co. 15:27-28). Previamente todo se sujetara a Cristo como consecuencia del decreto divino que así lo estableció (Sal. 8:6). En el momento presente parece que el programa de Dios para sujetar las cosas a sí mismo no se está cumpliendo (He. 2:8), pero la soberanía de Dios hará realidad el decreto divino. Nuestro

Señor Jesucristo está efectuando la obra de restituir todo bajo la autoridad divina. El Hijo sujeto en todo a la condición de hombre perfecto, hace posible que sea el único Mediador entre Dios y los hombres (1 Ti. 2:5). La función mediadora para salvación y restauración cumplirá el objetivo previsto por Dios, que es el de sujetar todas las cosas a Dios mismo. No quiere decir que el Hijo deje de reinar, ya que su reino es eterno (Lc. 1:33), lo que sería además contrario al propósito divino (Is. 9:6-7; Dn. 7:14). En la nueva creación y reino eterno, el Hijo reinará eternamente (Ap. 22:3). Pablo enseña que el Hijo entregará el reino en sujeción perfecta al Padre, restaurando todo en plenitud, con lo que todo el uiniverso, en el más absoluto sentido de creación completa, quedará sujeto a Dios. Hasta entonces el acceso a Dios se hace por medio del Hijo, en razón de ser el único Salvador y Mediador (1 Ti. 2:5). Pero, en el futuro perpetuo, todos habrán llegado a Dios y como salvos, todos tendrán plena comunión con él en una convivencia plena, más perfecta que en Edén (Ap. 21:3). El santuario de Dios ya fue abierto para el creyente que tiene acceso, no a un trono de juicio, sino de gracia, en razón de la obra del Señor (He. 10:19-22). Esto debiera llevarnos a desear y acceder al trono de gracia continuamente para encontrar provisión y socorro oportuno en medio de las dificultades propias de la peregrinación (He. 10:22). Mientras tanto el Señor no nos llame para estar para siempre con Él, vivamos en esperanza que comporta una vida conforme a la esperanza que profesamos (2 P. 3:14).

CAPÍTULO XII

LA MUJER Y EL DRAGÓN

Introducción.

El libro del Apocalipsis pone de manifiesto el gran conflicto culminante de la historia humana en una abierta confrontación entre los hombres y Dios. Este conflicto adquiere la suprema dimensión con la acción de Satanás dando autoridad para gobernar los reinos del mundo a un hombre que él colocará en el lugar que corresponde a Dios. La mayor intensidad de esta situación de confrontación se alcanza en el tiempo de los siete últimos años correspondientes a la última de las setenta semanas de Daniel, conocido como *la tribulación*. Los capítulos que anteceden del libro, 6 al 11, describen aspectos escatológicos correspondientes a la mitad del tiempo de la tribulación. Desde el 12 al 19 aparece una visión panorámica de los acontecimientos que tendrán lugar en la segunda mitad de ese período de tiempo. Dentro del ambiente de conflicto, la profecía pone de manifiesto las razones por las que el Israel de Dios, será perseguido intensamente en aquel tiempo. Necesariamente debe haber una disposición de la revelación que permita entender las causas que originan esa situación, por tanto, la primera parte del capítulo establece mediante una figura simbólica, las causas por las que a lo largo de la historia humana dan lugar a la persecución de la mujer, una de las figuras principales en el capítulo. Israel será uno de los ejes centrales de los acontecimientos en la segunda mitad de la tribulación y el lugar, territorialmente hablando, donde se producirán los hechos más destacables en ese tiempo. Por otro lado, los personajes del Anticristo y del falso profeta, capitalizarán la acción político-religiosa de aquellos días. Entender el sentido histórico de ese tiempo futuro requiere que el Apocalipsis presente ambos aspectos, el de Israel y el del Anticristo y su sistema. Los dos se detallan en los capítulos 12 y 13. En el capítulo presente, la revelación profética se establece mediante *figuras*, que deben interpretarse a la luz de toda la Escritura, haciéndolas concordar con el contexto general de la Biblia. Aparecen aquí dos grandes *señales*, una relacionada con *la mujer*, y la otra con el *dragón escarlata*. Las figuras exigen una identificación. Quiere decir que tanto *la mujer* como *el dragón* representan algo que el intérprete debe encontrar, actuando objetivamente para determinarlo a la luz del contexto general de la Escritura. Las figuras del lenguaje bíblico deben analizarse en la literalidad de su contenido. Las que aparecen en el texto del pasaje tienen un significado habitual, al que debe atenerse la interpretación, especialmente en la determinación de la figura representada por la mujer. Es interesante notar que el *dragón* está empeñado en una lucha contra ella, de la que saldrá derrotado. No es difícil la identificación del *dragón*, símbolo de Satanás, la serpiente antigua. Otro asunto destacable en el pasaje es el hijo de la mujer, fácilmente

reconocible como Jesucristo, que regirá con plena autoridad las naciones. La mayor dificultad aparentemente consiste es determinar a quien representa la figura de la mujer. Sin embargo, no debe perderse de vista que los acontecimientos están relacionados con el aspecto del reino que Dios se propone establecer en la tierra, a pesar de todo el vano e inútil intento de Satanás y sus seguidores para impedirlo. Ese reino de Dios vendrá con poder y se establecerá en base a la soberanía de Dios. Durante todo el tiempo de la tribulación Dios está poniendo de manifiesto esa soberanía, conduciendo todo hacia la victoria final conforme a su programa para el término del tiempo actual. Los días finales de ese período estarán marcados por continuos conflictos, en una sucesión de batallas dentro de una gran guerra general que durará tres años y medio.

El capítulo puede dividirse para su estudio, según el bosquejo del libro, de la siguiente manera:

1. La guerra (12:1-17).
    1.1. Guerra en la tierra (12:1-6).
    1.2. Guerra en el cielo (12:7-12).
    1.3. La acción del dragón (12:13-17).

La guerra (12:1-17).

Guerra en la tierra (12:1-6).

1. Apareció en el cielo una gran señal: una mujer vestida de sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas.

Καὶ σημεῖον μέγα ὤφθη ἐν τῷ οὐρανῷ, γυνὴ περιβεβλημένη τὸν,
Y señal grande fue vista en el cielo; una mujer vestida del
ἥλιον καὶ ἡ σελήνη ὑποκάτω τῶν ποδῶν αὐτῆς καὶ ἐπὶ τῆς κεφαλῆς
sol y la luna debajo de los pies de ella y sobre la cabeza
αὐτῆς στέφανος ἀστέρων δώδεκα
de ella [una] corona de estrellas doce.

Notas y análisis del texto griego.

La relación vinculante de todo el libro es evidente por el continuado uso que Juan hace de la conjunción copulativa καὶ, *y*, que establece la progresión del relato dependiente de lo que antecede; σημεῖον, caso nominativo neutro singular del sustantivo *señal*; μέγα, caso nominativo neutro singular del adjetivo *grande*; ὤφθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo ὅπτομαι, *ver*, aquí como *hacerse vista, aparecer, fue vista*; ἐν, preposición de dativo, *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; οὐρανῷ, caso dativo masculino

singular del sustantivo *cielo*; γυνὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *mujer*, que debe complementarse con el artículo indeterminado *una*; περιβεβλημένη, caso nominativo femenino singular del participio perfecto en voz media del verbo περιβάλλω, *vestir*, aquí como *vestida*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *del*; ἥλιον, caso acusativo masculino singular del nombre *sol*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; σελήνη, caso nominativo femenino singular del sustantivo *luna*; ὑποκάτω, preposición de genitivo que equivale a *bajo*, en el mismo sentido que el adverbio de lugar *debajo*, téngase en cuenta que en el N. T. el adverbio se usa como preposición impropia; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *de los*; ποδῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *pies*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal *de ella*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐπὶ, preposición de genitivo *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; κεφαλῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *cabeza*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal *de ella*; στέφανος, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *corona*, debiendo complementarse con el artículo indeterminado *una*; ἀστέρων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *estrellas, astros*; δώδεκα, caso genitivo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *doce*.

Καὶ σημεῖον μέγα ὤφθη ἐν τῷ οὐρανω. El escritor aparece aquí como observador de lo que ve en el cielo. Ante los ojos del apóstol *"apareció"*, en sentido de mostrarse, presentarse, hacerse visible una *"gran señal"*. Es la primera vez que aparece este sustantivo en el Apocalipsis. En muchos lugares tiene el significado de *signo*, o de *evidencia*. Esa es la razón por la que los judíos pedían a Cristo *señales* que manifestasen que realmente era el Mesías. Aquí tiene el significado de algo grande y portentoso, si bien no se usa aquí la palabra[1] que habitualmente significa *maravilla o prodigio*. La señal que Juan vio la califica de μέγα, *grande*, en sentido de ser importante, por tanto, no debe dejar de prestársele una gran atención. En la Biblia las *señales* tienen que ver en muchos lugares con Israel, y son manifestaciones dadas para la enseñanza y advertencia de ese pueblo. Por esa causa los milagros de Jesús son considerados siempre por Juan como *señales,* que testificaban ante todos que era verdaderamente el Mesías. Se aprecia los muchos pasajes en que, como se dice más arriba, las *señales* tienen que ver con la nación de Israel (cf. Gn. 17:11; 35:14; Ex. 3:12; 13:16; 31:13; Is. 7:11; Jer. 44:29; Mt. 12:38, 39; Lc. 21:24, 25; Jn. 6:30; 1 Co. 1:22). Si Juan utiliza el término *señal* en el Evangelio para referirse al testimonio visible a Israel de que Jesús era el Mesías, debe prestarse atención también aquí para determinar el significado de la figura que viene, como algo relacionado con Israel.

[1] En griego τέρας.

La *señal* en el cielo era la de γυνὴ περιβεβλημένη τὸν ἥλιον καὶ ἡ σελήνη ὑποκάτω τῶν ποδῶν αὐτῆς καὶ ἐπὶ τῆς κεφαλῆς αὐτῆς στέφανος ἀστέρων δώδεκα,*"una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas"*. La dificultad principal reside en determinar lo que representa la mujer como señal. La identificación de la mujer ha sido tema de discusión entre los exegetas.

Ante el texto toman posición los *liberales* para atribuir al pasaje un trasfondo pagano, afirmando que Juan estaba familiarizado con la mitología de los pueblos del entorno geográfico y trasladó o adaptó la mitología pagana al cristianismo, creando un mito cristiano tomado del paganismo. Pero, como es habitual entre los críticos liberales, no se ponen de acuerdo sobre cual mitología utilizó Juan aquí. Muchos de ellos la circunscriben a la mitología greco-romana, relacionándola con el nacimiento del dios Apolo, según cuyo relato Leto, la madre de Apolo, tuvo que huir del dragón Pitón que quería dar muerte a su hijo que había sido engendrado por el dios Zeus, refugiándose en la isla de Delos. Con el tiempo Apolo escapó a la persecución del dragón y regresó a Delos para matarlo. Otros se inclinan por la mitología babilónica, según la cual la diosa Tiamat, representada por un monstruo acuático de siete cabezas, fue vencida por Marduk, el dios de la luz y de la sabiduría. Por esa victoria fue elevado al mayor rango de entre todos los dioses del panteón babilónico, para recibir honra de todos, incluyendo a sus mismos padres. Ante la continua oposición y argumentación contra estos planteamientos, algunos de los liberales propusieron que Juan estaba adaptando un hecho histórico que conocía –sin determinar las fuentes de ese conocimiento- relativo a la muerte a los diez años de un hijo del emperador Domiciano, forjándose una leyenda según la cual este hijo del emperador fue arrebatado para el Olimpo, por lo que el mismo emperador proclamó que su hijo era un dios e hizo imprimir monedas para honrarlo como tal. Estas proposiciones liberales carecen de todo fundamento serio. Olvidan estos que el apóstol era un buen conocedor de la Escritura que prohibía la aceptación de otros dioses que no fuese el único y verdadero Dios. No es posible admitir que Juan hubiese recurrido a la mitología pagana para generar un evento mitológico relacionado con el verdadero Dios y su Hijo Jesucristo. El libro del Apocalipsis pone de manifiesto continuamente la soberanía de Dios sobre todo el universo, el mundo de los hombres, los hombres mismos, los ángeles y aún los demonios, que orienta la historia e interviene en ella para actuar contra los valores pecaminosos generados por las mentes pecaminosas de los hombres que crearon, con su imaginación torcida, dioses en sustitución del único verdadero (Ro. 1:21-23).

Quienes siguen una línea de interpretación espiritualizada o incluso alegórica se dividen a su vez en dos grandes grupos: los que consideran que esta mujer representa a María, la madre de nuestro Señor, especialmente en el campo

católico-romano; y quienes entienden que se trata de la Iglesia. En ambos casos, tanto para identificarla con María como con la Iglesia, se requiere una preparación previa consistente en la espiritualización de casi todo el pasaje, tal como escribe el profesor Bartina:

"Ante todo, hay que tener presente un hecho singular. En el capítulo entero se habla de personajes concretos, individualmente bien definidos. 1º De Dios el Padre que llena el fondo de la narración y está cuidadosamente definido, como en otros pasajes del libro. Se presenta aquí a Dios, sentado en el trono glorioso de su Divinidad (v. 5), como señor y juez de todo lo creado (v. 10), cuya salvación potencia y reino perpetuos en la Iglesia cobran nuevo realce al desaparecer el dragón. 2º Jesús (v. 17), el Cristo (v. 5), verdadero hombre y verdadero Dios (v. 5), que con la predicación de su evangelio (v. 17), su muerte ejemplar (v. 17) y su sangre redentora (v. 11) ha salvado a los hombres del poder de Satanás (v. 11), tiene sobre la Iglesia el mismo poder que Dios el Padre (v. 10), con el cual es equiparado, alabado y glorificado (vv. 5, 10, 17). 3º Miguel, el arcángel servidor de Dios. Sus referencias, por entroncar con otros datos de VT, lo hacen un ser individual preciso (v. 7). 4º Los ejércitos angélicos, que obedecen a Miguel, poderosos y concretos (v. 7). 5º Los santos de la Iglesia triunfante, claramente definidos como individuos y como entidad moral (vv. 10-12). 6º La Iglesia militante en la tierra, perspicuamente precisada como entidad moral y en sus individuos (v. 17 con los capítulos siguientes; cf. 4. 11). 7º Sobre todo, el dragón con su personalidad concreta y maligna y sus rasgos simbólicos, que llevan a su ser y obrar. 8º Las mesnadas del mal, los ángeles caídos seguidores de Satanás, muy concretos y precisos (vv. 4, 7-9). 9º Queda por determinar la mujer. ¿Será puramente un símbolo?".

Es notable apreciar como entre aspectos tomados literalmente, es decir, con el sentido y significado que tienen las palabras, hay otros que se espiritualizan e incluso, podría decirse, que se alegorizan. Sobre esta argumentación sustentante, es difícil llegar a una precisión en el significado de la *señal* de la mujer. Sobre estas bases y algunas otras que pueden encontrarse como argumentos en otros autores, se alcanzan dos soluciones para determinar quien es la mujer.

Una de ellas es considerarla como María, la madre de Jesús. La argumentación complementaria que conduce a esta posición es simple. Consideran que quien dio a luz al verdadero Mesías no fue otra sino María, la Virgen (v. 5). Sin embargo, a la luz de la tradición católico-romana, hay dificultades que deben superarse ya que el texto de Apocalipsis habla de que la mujer tuvo *dolores de parto* (v. 2), cosa que la tradición eclesiástica católico-romana niega en relación con el alumbramiento de Jesús por María. Otra dificultad añadida es que se dice que la mujer tuvo otros hijos (v. 17), lo que

también la tradición católico-romana niega al aplicar a María el concepto de *siempre virgen*. Si se analiza la propuesta mariológica se aprecia una notoria inconsistencia en relación con la enseñanza general de las Escrituras. Sin embargo, la argumentación católico-romana busca soluciones al problema como se aprecia en el escrito del profesor Bartina:

"Ante todo, se ha de dar por supuesto que, explíquese de la manera que se quiera el misterio de la Mujer enemigo del dragón, ha de entrar necesariamente de algún modo en la explicación María, porque es, en resumidas cuentas, la única madre verdadera del Mesías. No se oponen a esta identificación los dolores que al dar a luz sintió la Mujer (v. 2). En toda la corriente expresiva del VT y del judaísmo esta frase equivale a indicar de modo seguro que se trataba de un nacimiento verdaderamente humano, y no ficticio o de otro orden. Además, los dos verbos con que se expresa esta realidad (v. 2) tienen el valor de una frase hecha. Tampoco se opone a la identificación indicada el que se hable de descendientes de la Mujer (v. 17). Ya se dijo que la palabra simiente puede equivaler a estirpe o raza. Por otro aparte, los partidarios de la interpretación individual ve aquí significada la maternidad espiritual de María, en cuanto engendra ella también a los que creen en Jesús (Jn. 19:25-27). Tratándose en este capítulo de seres concretos e individuales, la Mujer no puede ser una colectividad, si no se dice claramente, y mucho menos una ficción. Si se tiene, además, presente que Juan comenta trascendentemente la profecía mesiánica de la mujer genesíaca (Gn. 3:15), siendo aquí el descendiente de la Mujer enemiga del dragón Cristo concreto, su madre no puede ser una colectividad. Así como el Dragón es la Serpiente antigua del Paraíso y allí actuó contra Eva, mujer individual concreta, se narra ahora en la Escritura el reverso del Paraíso, según la profecía (Gn. 3.15) como sucedida. La Mujer, por consiguiente, tiene que ser individual concreta. Un enfoque, pues, de todo el capítulo podría ser que después de la muerte de Cristo el odio de sus enemigos no encontró a María, cuya veneración en la Iglesia creció más tarde indefectiblemente"[2].

Sostener la identificación de la mujer como María, requiere una argumentación sumamente difícil de sustentarse como la expuesta antes. Debe tenerse en cuenta que, hablando de *individualidad* de la mujer, se mezclan argumentos de colectividad, y procurando una interpretación literal se mezcla con pretendidas expresiones figuradas como es interpretar los dolores de parto no como literales sino como una expresión para referirse a un nacimiento humano, y la de *descendientes* de la mujer, como relativa a *estirpe o raza.* La única semejanza que puede haber entre la mujer y María, la madre de nuestro Señor, es que ambas son madres. La identificación con María se basa en el uso

[2] Salvador Bartina. o.c., pág 732.

de la profecía sobre la concepción virginal (Is. 7:10, 11, 14) y también en el relato de Mateo sobre el nacimiento del Salvador (Mt. 1:18, 12). La mayor dificultad para sustentar la identificación de María consiste en la mujer en Apocalipsis es una *señal*, lo que exige la consideración de una mujer simbólica y no natural, como sería el caso de María.

Otra propuesta para identificar a la mujer sería considerarla como *figura* de la iglesia. Es la interpretación general de la teología reformada, especialmente de los amilenaristas, aunque se encuentra también en escritos de reformados milenaristas. La interpretación de la mujer como figura de la iglesia exige entenderla como colectividad y no como individualidad. Varias razones se aportan para sustentar esta interpretación. Una de ellas es que el apóstol Pablo se refiere a la Jerusalén celestial como *"nuestra madre"* (Gá. 4:26) y a Cristo como el esposo de la Iglesia (Ef. 5:31-32). La enseñanza de Cristo como el esposo se recoge en el Evangelio (Mr. 2:19). En el mismo Apocalipsis, la nueva Jerusalén, esposa del Cordero, tiene existencia celestial (Ap. 21:2-10). Otra razón para apoyar la interpretación de la mujer como figura de la Iglesia es el contraste con la gran ramera, otra mujer que aparecerá más adelante en el capítulo 17 del libro. Esa condición celestial de la mujer presentada en la visión que Juan describe, colocándola en el cielo supone la imagen ejemplar, abstracta y eterna, de la Iglesia en el mundo. Además el tiempo que la mujer está en el desierto corresponde al tiempo de la persecución de Roma sobre la Iglesia. Además, el pasaje adquiere un sentido muy consolador si se aplica a la Iglesia.

En relación con esta interpretación escribe el Dr. Ladd:

"Pablo da la clave del significado de la mujer celestial cuando habla de la Jerusalén de arriba, la cual es madre del pueblo de Dios en la tierra (Gá. 4:26). Era la madre del verdadero Israel en el Antiguo Testamento y del pueblo del Mesías en el Nuevo. La mujer es la Iglesia ideal en los cielos; sus hijos son el pueblo histórico de Dios sobre la tierra. Tenemos que llevar el simbolismo más allá y aplicarlo a lo que se dice sobre el Mesías. No es del todo claro que el nacimiento del Mesías (v. 2) tenga el sentido de representar el nacimiento del Jesús histórico o que su ascensión al cielo represente su ascensión histórica. El cuadro parece ser un símbolo de una gran lucha en el cielo que a su vez tiene consecuencias en la experiencia terrena de la Iglesia"[3].

Es muy difícil entender que la mujer representa a la Iglesia, entre otras razones porque la Iglesia cristiana fue inaugurada en Pentecostés, y surge a causa de la muerte y resurrección de Cristo y del derramamiento del Espíritu

---

[3] George Eldon Ladd. o.c., pág. 149.

Santo. Como el Dr. Carballosa afirma *“podría decirse que Cristo dio a luz a la Iglesia y no que la Iglesia dio a luz a Cristo”*[4].

Queda como opción más concordante con la interpretación general de la Escritura, considerar a la mujer como figura de Israel. Las evidencias bíblicas que permiten esta identificación son varias. Primeramente en el Antiguo Testamento hay referencias suficientes para establecer la identificación de la mujer con Israel (cf. Is. 49:2-9; 50:1; 54:3-6; 66:7, 8; Jer. 3:1-10; 4:31; 31:32; Ez. 16:32; Os. 2:14-16; 3:1; Mi. 4:9, 10; 5:3). En segundo lugar el contexto próximo del Apocalipsis apunta a Israel ya que la escena se centra en Jerusalén (11:8) y en el cielo se ve el santuario abierto el arca del pacto que señala la gracia de Dios sobre Israel (11:19). No cabe duda que los aspectos que rodean la descripción de la mujer concuerdan mayoritariamente con el sueño de José (Gn. 37:9-10). El versículo hace referencia a la *“mujer vestida del sol”*, literalmente *envuelta, rodeada* del sol. Generalmente se acepta que el sol es la representación de Jacob en el sueño de José. El símbolo alcanza aquí una dimensión mayor que la que se satisface en Jacob, ya que Dios es presentado para Israel como *sol y escudo* (Sal. 84:11), es decir, aquello que rodea como un vestido de protección a su pueblo. El sol es símbolo de gloria, justicia, salvación y victoria, de manera que Israel está *arropado* por la acción protectora de Dios en ese tiempo difícil de la historia, que se describe en el Apocalipsis. La mujer también tenía *“la luna bajo sus pies”*. El significado alcanza una mayor dimensión que simplemente la referencia a Rebeca, la mujer de Jacob, como se interpreta en el sueño de José (Gn. 37:9, 10). La luna bajo los pies da idea de superación sobre las vicisitudes humanas en sus diferentes y cambiantes fases, como ocurre también con la luna. En este sentido, Dios también hará superar las dificultades a Israel, en tiempo de angustia y de cambios continuados. Sobre la cabeza de la mujer se aprecia una corona con doce estrellas, símbolos de las doce tribus de Israel, descendientes de los doce patriarcas. Por otro lado, a la luz del contexto general de la Escritura, los cuerpos celestes están asociados muchas veces a la historia de Israel (Jos. 10:12-14; Jue. 5:20; Sal. 89:35-37; Jer. 31:35-36). Debe concluirse que el simbolismo más consecuente con la interpretación general de la Escritura, sin forzar ni espiritualizar el texto bíblico es que la mujer representa a Israel, interpretación que se verá reforzada por los versículos que siguen.

2. Y estando encinta, clamaba con dolores de parto, en la angustia del alumbramiento.

καὶ ἐν γαστρὶ ἔχουσα, καὶ κράζει ὠδίνουσα καὶ βασανιζομένη
Y encinta estando y grita con los dolores y tormentos

[4] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 228.

τεκεῖν.
de parto.

Notas y análisis del texto griego.

La vinculación con lo que antecede se hace recurriendo una vez más a καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐν preposición de dativo *en*; γαστρὶ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *vientre, estómago, seno materno*, utilizado en la estructura gramatical que aparece en el texto para referirse a *estar embarazada,* de ahí la traducción *encinta*; ἔχουσα, caso nominativo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *ser o estar*, aquí como *estando*; καὶ, conjunción copulativa *y*; κράζει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo κράζω, *gritar, clamar, dar voces*, aquí como *grita* o *da voces*; ὠδίνουσα, caso nominativo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo ὠδίνω, *sufrir dolores de parto*, aquí como *con los dolores de parto*, y también *parir con dolores*; καὶ, conjunción copulativa *y*; βασανιζομένη, caso nominativo femenino singular del participio de presente en voz pasiva del verbo βασανίζω, *atormentar,* aquí como *tormentos*, o también *angustias*; τεκεῖν, aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo τίκτω, *dar a luz,* aquí como *del alumbramiento*, o *del parto.*

Καὶ ἐν γαστρὶ ἔχουσα, καὶ κράζει ὠδίνουσα καὶ βασανιζομένη τεκεῖν. Un argumento más para identificar a la mujer con Israel es que se presenta varias veces a Israel como una mujer que está con dolores de parto (cf. Is. 13:8; 21:3; 26:17, 18; Os. 13:13; Mi. 4:10). Juan describe la experiencia por la que la mujer pasaba, mediante verbos enfáticos que manifiestan un profundo y angustioso dolor. El escritor utiliza el verbo[5] que equivale a *clamar*, *dar grandes voces*, *gritar*, para enfatizar la expresión de dolor que la mujer exteriorizaba a grandes gritos. A este verbo debe añadirse también la construcción del participio de presente del verbo que expresa la idea de *angustiarse*, es decir, los gritos de la mujer procedían de la *angustia*, o los *tormentos*, propios del alumbramiento (Is. 26:17). La expresión de Juan podría traducirse como *"estando angustiada para dar a luz, gritaba"*.

3. También apareció otra señal en el cielo; he aquí un gran dragón escarlata, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas.

καὶ ὤφθη ἄλλο σημεῖον ἐν τῷ οὐρανῷ, καὶ ἰδοὺ δράκων μέγας
Y fue vista otra señal en el cielo: Y he aquí un dragón grande
πυρρὸς ἔχων κεφαλὰς ἑπτὰ καὶ κέρατα δέκα καὶ ἐπὶ τὰς κεφαλὰς
rojo que tenia cabezas siete y cuernos diez y sobre las cabezas
αὐτοῦ ἑπτὰ διαδήματα,
de él siete diademas.

[5] Griego: κράζω.

Notas y análisis del texto griego.

La vinculación con lo que antecede dando continuidad al relato se hace mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; ὤφθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo ὄπτομαι, *ver*, aquí como *hacerse vista, aparecer, fue vista*; σημεῖον, caso nominativo neutro singular del sustantivo *señal*; ἄλλο, caso acusativo neutro singular del adjetivo indefinido, *otro,* en castellano femenino, *otra*; σημεῖον, caso nominativo neutro singular del sustantivo *señal*; ἐν, preposición de dativo, *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; οὐρανῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo *cielo*. La segunda cláusula del versículo se introduce mediante la conjunción copulativa καὶ, *y*; seguida de una advertencia enfática con ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia, *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; δράκων, caso nominativo masculino singular del nombre común *dragón*, que debe complementarse con el artículo indefinido *un*, implícito; μέγας, caso nominativo masculino singular del adjetivo *grande*; πυρρὸς, caso nominativo masculino singular del adjetivo calificativo *rojo*; ἔχων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, en ese caso *que tiene, o que tenía*; κεφαλὰς, caso acusativo femenino plural del nombre común *cabezas*; ἑπτα, adjetivo numeral cardinal *siete*; καὶ, conjunción copulativa *y*; κέρατα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *cuernos*; δέκα, adjetivo numeral cardinal *diez*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐπὶ, preposición de acusativo, *sobre*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; κεφαλὰς, caso acusativo femenino plural del sustantivo *cabezas*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*; ἑπτα, adjetivo numeral cardinal *siete*; διαδήματα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *diademas*.

Καὶ ὤφθη ἄλλο σημεῖον ἐν τῷ οὐρανῷ. A Juan se le muestra una nueva *señal.* La primera tenía que ver con *la mujer*, esta cambia totalmente de aspecto y se relaciona con un dragón. El nuevo cuadro, como el anterior, se mostró al profeta desde el cielo. Siendo una *señal*, tiene que relacionarse con algo simbólico que es preciso determinar, como siempre, en concordancia con el contexto bíblico.

Καὶ ἰδοὺ δράκων μέγας. En la construcción gramatical griega se utiliza una expresión de advertencia, incluso de asombro, traducida en español como *"he aquí"*, en este caso RV traduce como *también*, aunque no expresa de este modo el énfasis que Juan quiere darle. Es como si señalando con el dedo al cielo dijese: *"¡Mirad, un dragón escarlata!",* mostrando con ello todo el asombro que pudiera causarle la nueva visión.

La figura del dragón como encarnación del mal asoma en la mitología oriental, donde aparece representado por los asirios, heteos, cananeos, babilonios y egipcios, con características semejantes a la figura que Juan vio del dragón. Incluso los babilonios hacen referencia en su mitología a la hidra de siete cabezas. En la Escritura, *dragón*, puede referirse desde una simple serpiente, a un monstruo fluvial o marino como Leviatán. El Dr. Carballosa, citando al profesor Robert H. Mounce señala lo siguiente:

"La mitología antigua está repleta de referencias a dragones. En el folklore cananeo el gran monstruo del abismo se conocía como Leviatán. Estrechamente asociada estaba Rahab (¿alias Tiamat?), el monstruo femenino del caos Alusiones a esos dragones no son extrañas en el Antiguo Testamento. Con bastante frecuencia se refieren metafóricamente a los enemigos de Israel. En el Salmo 74:14, Leviatán es Egipto. En Isaías 27:1 es Asiria y Babilonia. En otro sitio leemos de Faraón como '...el gran dragón que yace en medio de sus ríos...' (Ez. 29:3) y de Behemot, una gran bestia cuyos 'miembros [son] como barras de hierro' (Job. 40:18). Contra ese trasfondo, el dragón de la visión de Juan sería inmediatamente reconocido como el gran enemigo del pueblo de Dios"[6].

Más adelante se interpreta la imagen como *"la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás"* (v. 9). De este modo, es una figura metafórica de un ser espiritual representado como un dragón, un monstruo del mar o del abismo, como personificación del mal. De este modo aparece en muchas referencias del Antiguo Testamento, como Leviatán, Rahab o Behemot (Sal. 74:14; 89:10; Is. 27:1; 51:9; Job 40:15) y también como un terrible monstruo marino (Job 7:12; Ez. 32:2). En otras ocasiones se le llama *serpiente* (Am. 9:3; Is. 27:1). Este dragón, que representa a Satanás, se le da el calificativo de *grande*, como corresponde al ser creado por Dios de mayor nivel, belleza, capacidad y sabiduría (Ez. 28:12), perteneciente al orden angélico de los querubines (Ez. 28:14). El mismo Espíritu le da el calificativo de *"querubín grande"*. De la posición de gloria y honor en un ministerio próximo a Dios, se convierte, como consecuencia de su caída, en su enemigo declarado y, por consiguiente, enemigo también del pueblo de Dios.

El dragón era de color πυρρὸς, *rojo*, *bermejo*, color de sangre, como corresponde al carácter homicida de Satanás (Jn. 8:44). La imagen es intensa, Juan vio a un dragón cubierto de sangre, lo que señala la violencia destructora que mueve su conducta. Un monstruo sediento de sangre.

[6] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 230.

Ἔχων κεφαλὰς ἑπτὰ. Otro aspecto que se declara relativo a la figura del dragón es que tenía *"siete cabezas"*. Siete es el número de la perfección. Cabeza es el símbolo del conocimiento, de la sabiduría y de la nobleza racional. Al manifestarse en la visión con siete cabezas, da a entender la inteligencia y astucia de Satanás, que lo hace capaz de realizar las más perversas y maléficas de las acciones. Satanás tiene una enorme sabiduría. Dios lo creó dotándolo de esta admirable perfección, y, sin duda, fue el ser más sabio salido de la mano del Creador (Ez. 28:12, 17), pero es una sabiduría corrompida por el pecado y puesta al servicio de sus perversas intenciones.

Καὶ κέρατα δέκα. Además de esto el *dragón* tenía diez cuernos. Diez es el número matemático completo. Cuerno es el símbolo de autoridad y poder, por tanto, la imagen sugiere la idea de un gran poder para ejecutar y administrar sus propósitos. El imperio sobre el que se asentará el Anticristo tendrá diez esferas de poder, representado por un reino con diez reyes (Dn. 7:24). La confusión que se ha generado al considerar *reinos* como sinónimo de *naciones*, ha producido serias dificultades en la interpretación de la escatología bíblica. Algunos han considerado que el nuevo imperio mundial, surgido del antiguo Imperio Romano reconstruido, estaría formado por diez reinos, es decir, diez naciones, de manera que se ha perdido mucho tiempo tratando de identificar que naciones de las europeas serían la base de este futuro reino, al interpretar como un hecho escatológico relativo al reino del Anticristo, la constitución de la Unión Europea. Esto trajo verdaderas especulaciones sobre que naciones tendrían que salir de esta unión y cuales serían las que quedarían, ya que no podría haber, conforme a esta forma interpretativa, más que diez reinos. La solución a esto está en entender claramente que en el futuro habrá *un reino*, el del Anticristo, en cuyo orden habrá *diez reyes*, como referencia a diez áreas de poder, de las que el mismo Anticristo asumirá tres, lo que lo convertirá en un verdadero dictador del futuro. El poder absoluto del reino futuro estará en manos de Satanás, delegándolo sobre su gobernante el Anticristo. Una interesante cuestión es la disparidad de los cueros en relación con las cabezas. Se describe al dragón como con *siete cabezas y diez cuernos*. Esto exigiría que hubiese distinto número de cuernos en las cabezas. Así hubiera podido ser que en una de las cabezas hubiese cuatro cuernos y uno en cada una de las restantes; o que en cuatro de ellas hubiese dos y uno en cada una de las otras tres. Todo esto son meras especulaciones que distorsionan lo que la *señal* quiere dar a entender, describiendo simbólicamente a Satanás, el *"dios de este siglo"* (2 Co. 4:4) y que prepara al lector para entender a la bestia que se describe en el siguiente capítulo con *siete cabezas y diez cuernos* (13:1; 17:3).

καὶ ἐπὶ τὰς κεφαλὰς αὐτοῦ ἑπτὰ διαδήματα. El dragón tenía también *"siete diademas"*. La diadema es símbolo de dominio. Satanás tiene, hasta el momento en que sea sujeto durante el milenio, el dominio sobre los

reinos del mundo (1 Jn. 5:19). Aunque ha sido definitivamente derrotado en la Cruz, se le permite actuar sobre este *cosmos* suyo. La descripción que se hace del dragón rojo, es semejante a la que se hará luego del Anticristo, lo que evidencia que éste actuará con el poder delegado de Satanás.

4. Y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra. Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese.

καὶ ἡ οὐρὰ αὐτοῦ σύρει τὸ τρίτον τῶν ἀστέρων τοῦ οὐρανοῦ καὶ
Y la cola de él arrastra el tercio de las estrellas del cielo y
ἔβαλεν αὐτοὺς εἰς τὴν γῆν. Καὶ ὁ δράκων ἕστηκεν ἐνώπιον τῆς
arrojó las a la tierra. Y el dragón se paró delante de la
γυναικὸς τῆς μελλούσης τεκεῖν, ἵνα ὅταν τέκῃ τὸ τέκνον
mujer la que estaba a punto de dar a luz para que cuando de a luz al hijo
αὐτῆς καταφάγῃ.
de ella devore.

Notas y análisis del texto griego.

La conjunción copulativa καὶ, *y*, se usa como elemento de vinculación, seguida de ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; οὐρα, caso nominativo femenino singular del sustantivo *cola*; αὐτου, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*; σύρει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo σύρω, *tirar, arrastrar, sacar a rastras*, lo que implica cierta acción violenta, aquí como *arrastra*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; τρίτον, caso acusativo neutro singular del adjetivo numeral ordinal *tercero*, en sentido de *un tercio* de algo, o *la tercera parte* de un todo, como en este caso; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; ἀστέρων, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *astros, estrellas*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; οὐρανου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *cielo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔβαλεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo βάλλω, *echar, arrojar*, aquí como *arrojó*; αὐτοὺς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal *los,* femenino en castellano al referirse a *estrellas*; εἰς, preposición de acusativo *a*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *tierra*. Sigue una nueva cláusula que se inicia también con καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; δράκων, caso nominativo masculino singular del nombre común *dragón*; ἕστηκεν, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo ἵστημι, *colocar, poner, sostener en pie, estar de pie, quedarse quieto, mantenerse firme*, aquí como *se paró*, *se puso en pie*; ἐνώπιον, preposición impropia de genitivo *ante*, que es también adverbio de lugar *delante*; realmente ἐνώπιον, (compuesto de ἐν y la raíz ὀπ– vinculada con *ver/ojo*) es el acusativo neutro singular del adjetivo ἐνώπιος, *el que está a la vista, ante el rostro de, el que está en presencia de, etc.* y que en griego se construye con genitivo y se empleaba como preposición

impropia y que se ha convertido en adverbio; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; γυναικὸς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *mujer*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*, habitualmente no traducible en castellano en una estructura gramatical como esta; μελλούσης, caso genitivo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo μέλλω, *estar a punto de*, aquí como *estaba a punto de*; τεκεῖν, tercera persona singular del aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo τίκτω, *dar a luz*; ἵνα, conjunción que equivale a *para que, a fin de que; de modo que;* ὅταν, conjunción temporal, *cuando*, *siempre que, tantas veces como*; τέκῃ, tercera persona singular del aoristo segundo de subjuntivo en voz activa del verbo τίκτω, *dar a luz,* aquí como *de a luz*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; τέκνον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *hijo*, vinculado etimológicamente con τίκτω, *dar a luz*, designa al nacido, tanto hombre como mujer, en cuanto a hijo o hija de sus progenitores; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal delinado *de ella*; καταφάγῃ, tercera persona singular del aoristo segundo de subjuntivo en voz activa del verbo καταφάγω verbo compuesto e intensificado con la preposición κατα, *abajo* y el verbo ἐσθίω, *comer*, que a su vez genera la forma καταφάγω, tomándola de φάγω, forma del aoristo segundo de este verbo, adquiriendo el sentido de *comer del todo,* de ahí el sentido de *devorar*, aquí como *devore.*

καὶ ἡ οὐρὰ αὐτοῦ σύρει τὸ τρίτον τῶν ἀστέρων τοῦ οὐρανου. En los detalles de la visión Juan hace notar el poder del dragón al referirse a que su cola *"arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo"*. El término traducido por *cola*, se refiere tanto al rabo de un animal, como a la retaguardia, dando a entender con ello un número de *estrellas* que siguen al dragón. Juan dice que el dragón *arrastraba* o llevaba tras sí a la tercera parte de las estrellas. El término *estrellas del cielo*, es una referencia a los ángeles que siguen a Satanás. El profeta Daniel en una visión similar el *cuerno pequeño* llegó al cielo y echo algunas estrellas a tierra, llamadas en la profecía *el ejército del cielo*, pisoteándolas, es decir, poniéndolas bajo sus pies y ejerciendo sobre ellas una autoridad despótica (Dn. 8:10). En su rebelión contra Dios, Satanás sedujo a un gran número de ángeles arrastrándolos con él en su pecado y haciéndolos *sus ángeles*, constituyendo el mundo de los demonios, seguidores suyos, que Pablo llama *"las huestes espirituales de maldad en las regiones celestes"* (Ef. 6:12). La *tercera parte*, pudiera considerarse como un número redondo, pero que, comparado con el enorme número de ángeles expresa una dimensión asombrosa de ángeles caídos, seguidores suyos.

Καὶ ἔβαλεν αὐτοὺς εἰς τὴν γῆν. El dragón en una acción personal *"las arrojó sobre la tierra"*. El verbo utilizado en aoristo, indica una acción llevada a cabo en su totalidad, y el significado del verbo[7] tiene que ver con

[7] Griego: βάλλω.

derramar, hacer caer, lanzar. Es interesante apreciar que mientras el verbo *arrastrar* está en presente e indica una acción continuada, de manera que Satanás arrastró, arrastra y arrastrará tras sí a los ángeles caídos, el verbo *arrojar* establece una acción concluida. ¿Por qué causa arrojó o lanzó a sus seguidores a la tierra? La Biblia enseña que el reino del Mesías tendrá que ver con la tierra. Dios había determinado en su propósito creador que el hombre gobernara la tierra y la rigiera en Su nombre, en obediencia a Él y bajo su dirección. Debido a la caída, el hombre entregó en manos de Satanás el derecho de gobierno de los reinos de la tierra, como consecuencia de la derrota, y estos pasaron a estar bajo el control de Satanás y sus demonios. Sin embargo, el propósito de Dios se cumplirá y la Escritura enseña que el reino futuro no estará sujeto a ángeles (He. 2:5). Satanás conoce el propósito de Dios de establecer su reino sobre la tierra, bajo el gobierno de su Hijo, a quien a establecido por su decreto como Rey (Sal. 2:6). La visión de Juan ofrece la última acción de Satanás para luchar contra el programa y propósito de Dios, enviando a sus huestes a la tierra en tal sentido.

Καὶ ὁ δράκων ἕστηκεν ἐνώπιον τῆς γυναικὸς τῆς μελλούσης τεκεῖν. Junto con la acción de arrojar a la tierra a sus seguidores, el mismo dragón se *"paró"* delante de la mujer que estaba en la angustia del alumbramiento. El verbo[8] expresa la idea de *estar en pie firme, pararse*, con propósito de actuar.

Ἵνα ὅταν τέκῃ τὸ τέκνον αὐτῆς καταφάγῃ. La determinación de este tiempo paciente de espera era la preparación para *devorar* al hijo que naciera. La construcción gramatical en el texto griego es muy intensa y precisa, con el uso de una preposición que expresa la razón de la acción: *"a fin de"* devorar. El verbo intensificado adquiere la idea de *eliminar, destruir completamente*, de otro modo, hacer desaparecer al que iba a nacer. La acción se produciría, conforme al propósito del dragón parado delante de la mujer, sin ninguna demora: ὅταν τέκῃ τὸ τέκνον, *cuando de a luz al hijo*, es decir, *"tan pronto naciese"*.

Ya desde el principio y a causa de la advertencia que Dios hizo a Satanás en Edén, él sabe que un descendiente de la mujer pisaría su cabeza, esto es, lo reduciría a la impotencia y causaría su destrucción final. Satanás dispuso desde entonces una acción contra quien pudiera ser el Mesías o contra quienes pudieran ser sus progenitores, desde la condición de hombre que el Mesías tendría conforme al anuncio divino (Gn. 3:15). La enseñanza bíblica pone de manifiesto que Satanás estuvo y está dispuesto a impedir la manifestación del Mesías. Satanás no es omnisciente, por tanto *no conoció* quien sería el Mesías

[8] Griego: ἵστημι.

enviado, simplemente sabía en Edén que vendría de la descendencia de la mujer. En este sentido, a lo largo de toda la historia actuó para impedir que prosperase el plan de Dios, haciendo esfuerzos continuos para destruir al que pudiera ser el Mesías. Estos intentos de Satanás a lo largo de la historia quedan de manifiesto en la Biblia. La muerte de Abel surgió del maligno (1 Jn. 3:12). El propósito de corromper totalmente la humanidad mediante el acceso de los demonios materializados a las hijas de los hombres para levantar de ellas una descendencia que se opusiera a Dios (Gn. 6:1-3). Los intentos de Faraón y Abimelec para tomar a Sara, la esposa de Abraham, a quien Dios había dado promesa de bendición para todas las naciones de su descendencia, fue otro de los intentos de Satanás para impedir la venida del Mesías (Gn. 12:10-20; 20:1-8). Asimismo el intento de Abimelec para tomar a Rebeca, la esposa de Isaac, para sí, lo que cortaría la línea de la promesa y de la descendencia del Mesías (Gn. 26:1-11). Más tarde influyó en el corazón de Faraón para que matase a todos los varones de Israel que nacían en la esclavitud (Ex. 1:15-22). Luego la acción de Saúl para matar a David (1 S. 18:10, 11), primero en la línea real conforme al corazón de Dios, de quien vendría el Mesías (Mt. 1:1). En el mismo sentido se produjo la acción malvada de Atalía para destruir la descendencia real de Judá (2 R. 11:1). Posteriormente la coalición de Siria e Israel contra Judá, donde Isaías profetiza sobre *"Inmmanu-El"*, Dios con nosotros (Is. 7:1, 14). Otro intento diabólico se produjo con la orden de Aman para destruir a los hebreos (Est. 3-9). Y ya, cuando el Mesías había nacido, Satanás indujo a Herodes para que matase a los niños a fin de que entre ellos fuese muerto el Mesías (Mt. 2.16). ¿Qué más podría añadirse? Getsemaní con el conflicto de la agonía del Señor, la muerte en la Cruz, donde pensaba retenerle, y la sepultura sellada en donde el cuerpo muerto del Mesías quedaría bajo el poder de la muerte y no se llevaría a cabo el programa de Dios. Satanás no estuvo atento sólo al nacimiento literal de Jesucristo, sino que llevó a cabo intentos continuados a lo largo de la historia en su determinación contra Dios.

5. Y ella dio a luz un hijo varón, que regirá con vara de hierro a todas las naciones; y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono.

καὶ ἔτεκεν υἱὸν ἄρσεν, ὃς μέλλει ποιμαίνειν πάντα τὰ ἔθνη
Y dio a luz un hijo varón el que está a punto de pastorear todas las naciones
ἐν ῥάβδῳ σιδηρᾷ. καὶ ἡρπάσθη τὸ τέκνον αὐτῆς πρὸς τὸν Θεὸν καὶ
con vara de hierro. Y fue arrebatado el hijo de ella hacia - Dios y
πρὸς τὸν θρόνον αὐτοῦ.
hacia el trono de él.

Notas y análisis del texto griego.

El versículo comienza como es habitual con καὶ, conjunción copulativa *y*; con ἔτεκεν, tercera persona de singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo

τίκτω, *parir, dar a luz*, aquí como *dio a luz*; υἱὸν, caso acusativo masculino singular del nombre común *hijo*; ἄρσεν, caso acusativo neutro singular del adjetivo *masculino, varón, macho*; ὃς, caso nominativo masculino singular del pronombre relativo *el que*; μέλλει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo μέλλω, *estar a punto de, disponerse a, tener que*, aquí como *está a punto de*; ποιμαίνειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo ποιμαίνω, *pastorear*; πάντα, caso acusativo neutro plural del adjetivo indefinido *todas*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *lo*, femenino en castellano en este caso, *las*; ἔθνη, caso acusativo neutro plural del sustantivo *naciones*; ἐν, preposición de dativo *con*; ῥάβδῳ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *vara*; σιδηρᾷ, caso dativo femenino singular del adjetivo que expresa la condición de lo que es *de hierro*. La cláusula final comienza con la conjunción καὶ, *y*; seguida de ἡρπάσθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo ἁρπάζω, *robar, arrebatar, arrastrar algo con codicia por la fuerza*, verbo muy enfático que frecuentemente se usa para expresar la acción del robo y saqueo, la acción de secuestrar, prender y especialmente *arrebatar* o *ser arrebatado*, el significado de *robar* se usa con acusativo para expresar el objeto de la acción verbal, en el N.T. *arrebatar por la fuerza*, se usa únicamente en relación con personas, como el caso de Jesús para proclamarlo rey (Jn. 6:15), o para referirse a las ovejas del Señor que nadie podrá *arrebatarlas* (Jn. 10:28, 29), en el versículo que se considera el verbo expresa la idea de una acción que retira como raptándolo al hijo que el dragón quería devorar, sustrayéndolo de esa acción, de ahí la traducción *fue arrebatado*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; τέκνον, caso nominativo neutro singular del sustantivo *hijo*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal *de ella*; seguido de πρὸς, preposición de acusativo, *hacia*; que antecede a τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se traduce en castellano por determinar a nombre propio; Θεὸν, caso acusativo masculino singular del nombre propio *Dios*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πρὸς, preposición de acusativo, *hacia*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; θρόνον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *trono*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*.

Καὶ ἔτεκεν υἱὸν ἄρσεν. El alumbramiento de la mujer que gemía con los dolores de parto se produjo, dando a luz un hijo varón. ¿Quién es el que nace en este alumbramiento? Sin duda la respuesta es el Mesías, que regirá las naciones: ὃς μέλλει ποιμαίνειν πάντα τὰ ἔθνη ἐν ῥάβδῳ σιδηρᾷ, literalmente, *el que está a punto de pastorear todas las naciones con vara de hierro*. El verbo[9] traducido por *regir*, es *pastorear* en el texto griego. Tal vez por el énfasis de la *vara de hierro*, se traduce como *regir*. No cabe duda alguna que el que *pastoreará* también *regirá*, es decir, gobernará las naciones como un pastor hace con sus ovejas. No debe olvidarse que el Rey de reyes y Señor de señores es también el *Gran Pastor de las ovejas* (He. 13:20). Dios ha determinado que su Hijo rija y reine sobre las naciones de la tierra. El Salmo

[9] Griego: ποιμαίνω.

mesiánico lo anuncia enfáticamente: *"Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy. Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra. Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás"* (Sal. 2:7-9). El Hijo, alumbrado por la mujer, vendrá con poder y gloria para tomar el reino y gobernar las naciones de la tierra. Este gobierno tendrá una connotación pastoral grande, puesto que quienes entren al disfrute terrenal del reino mesiánico, serán necesariamente salvos, condición necesaria para *ver* y *entrar* en el reino (Jn. 3:3, 5). El hecho de *regir con vara de hierro*, es una expresión que equivale al ejercicio de máxima autoridad posible. Nadie podrá oponerse al gobierno de Dios por medio de su Hijo Jesucristo, el Mesías prometido. La más absoluta y perfecta justicia será la manifestación continua de Su reinado. En su regreso triunfante el Señor destruirá las naciones que se oponen al plan de Dios, derrotando a los ejércitos que habían congregado para luchar contra él. Satanás se opone al reinado de Jesucristo, por cuanto él tiene su proyecto para el Anticristo, el hombre que gobernará durante el tiempo de la tribulación en el trono delegado por el poder y la autoridad de Satanás.

Καὶ ἡρπάσθη τὸ τέκνον αὐτῆς. Un segundo aspecto en el texto exige una consideración complementaria a lo que antes se dijo sobre la identificación de *la mujer*. Determinado que es figura de Israel, debiera establecerse también en que sentido es *madre* del Mesías. Pablo enseña que Jesús, según la carne procede de los patriarcas, por tanto de Israel (Ro. 9:5). María, la madre del Señor era también de Israel, pero, ¿se refiere aquí el texto bíblico al nacimiento de Jesús en Belén o adquiere un alcance mayor? Sin duda el nacimiento histórico del Mesías, es el modo en el que Dios introdujo a su Hijo, segunda Persona de la Deidad, en el mundo de los hombres, mediante la encarnación del Verbo en el seno de María, haciéndose perfectamente hombre, sin dejar de ser absolutamente Dios (Jn. 1:14). El proceso del nacimiento es incuestionablemente necesario en relación con el reino, como se anunció a María: *"Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin"* (Lc. 1:32-33). Pero no es menos importante el hecho de la Cruz, en la cual Cristo derrota a Satanás y toma de nuevo, en su condición de Hombre perfecto, los derechos que el hombre tiene, otorgados por Dios, para gobernar el mundo (Gn. 1:26-28; y Col. 2:15). Por esa causa, el mundo venidero no estará sujeto a ángeles, sino al hombre (He. 2:5). Pero, todo ello resultaría estéril sin la resurrección y entronización del Hijo. La idea del pasaje es el alumbramiento del Mesías por la Mujer-Israel. No se trata de una *novedad* porque ya en el Antiguo Testamento se considera esta figura, al comparar a Israel con una mujer con dolores de parto: *"Ahora, ¿por qué gritas tanto? ¿No hay rey en ti? ¿Pereció tu consejero, que te ha tomado dolor como mujer de parto? Duélete y gime, hija de Sión, como mujer de parto; porque*

ahora saldrás de la ciudad y morarás en el campo" (Mi. 4:9-10). Volviendo al texto de Apocalipsis, el *alumbramiento* del Hijo varón, no alude puntual y definitivamente al nacimiento de Jesús en Belén, sino que alcanza hasta su entronización en el cielo. De tal manera se entiende el aparente salto que hay entre el v. 2 y el v. 5, en donde el Hijo es arrebatado para Dios, de ahí las palabras del Salmo mesiánico: *"Yo publique el decreto: Jehová ha dicho: Mi hijo eres tú; Yo te engendré hoy"* (Sal. 2:7), donde no se alude a la generación eterna del Hijo –aunque esta es una realidad incuestionable, en ningún modo como *origen*, en sentido de *principio*, sino como comunicación de vida- sino a la entronización como Rey, ya que el Salmo se refiere a la entronización del Mesías en el monte de Sión, dándole la autoridad de regir a las naciones con vara de hierro, que es, precisamente la referencia que Juan escribe en el texto del Apocalipsis. El alumbramiento de un hombre es el día de su nacimiento, el alumbramiento de un rey es el día de su acceso al trono, donde su reinado será de mar a mar, esto es, alcanzará a toda la tierra (Zac. 9:10).

Καὶ ἡρπάσθη τὸ τέκνον αὐτῆς πρὸς τὸν Θεὸν καὶ πρὸς τὸν θρόνον αὐτοῦ. A pesar de los intentos diabólicos no se ejecuta el proyecto de Satanás porque Dios interviene, de modo que el Hijo-Mesías, alumbrado por la Mujer-Israel, *"fue arrebatado"* para Dios. El verbo[10] que Juan utiliza expresa una idea muy intensa, y es usado en el griego para acciones de robo y rapto. Juan afirma que delante del dragón que intentaba devorarlo, Dios se *apoderó de Él y lo arrebató*. En ese sentido Juan, pasa por alto el ministerio terrenal de Cristo para recordar la ascensión y entronización del Mesías. Es el triunfo definitivo y completo del plan de Dios sobre el propósito de Satanás. Sobre esto escribe el Dr. Lacueva:

"Bueno será recordar que Satanás y sus huestes de maldad tienen, al presente, su residencia en el primer cielo, esto es, el cielo atmosférico, desde donde 'el príncipe de este mundo' (v. Jn. 12:31; 14:30; 16:11; Ef. 2:2) o 'dios de este siglo' (2 Co. 4:4) reina y controla los reinos y poderes de la tierra.

En ese cielo atmosférico, morada de Satanás, sitúa Ef. 4:8 la victoria definitiva de Cristo sobre el diablo. Si tenemos en cuenta que, durante las tres primeras horas de la crucifixión de Cristo, las tinieblas se extendieron por la faz de la tierra, y que a las huestes diabólicas las llama la Palabra de Dios 'el poder de las tinieblas' (por ej. Lc. 22:53; Ef. 6:12; Col. 1:13, comp. Con Mt. 27:45; Mr. 15:33 Lc. 23:44), comprenderemos también toda la fuerza de Col. 2:14, 15, pues en el mismo lugar y a la misma hora que marcaba el triunfo de Cristo en la Cruz sobre el pecado, la ley y la muerte, estaba empeñado en la

[10] Griego: ἁρπάζω.

más dura lucha con el diablo, redimiéndonos como sustituto, mientras pesaba sobre Él el desamparo de Dios”[11].

Los demonios no pudieron evitar el proyecto de Dios en relación con el Mesías, su Hijo. Cristo venció sobre ellos en la Cruz (Col. 2:15) y fue arrebatado, literalmente *hacia* Dios y *hacia* su trono. En este tiempo el Rey espera hasta que se cumpla el tiempo designado soberanamente para establecer el reino, que simbólicamente se expresa como el tiempo en que todos sus enemigos sean puestos como estrado de sus pies (Sal. 110:1; He. 10:13). Pablo vincula el Salmo mesiánico con la resurrección de Cristo de entre los muertos (Hch. 13:33-34), en cuya resurrección Dios coloca a su Hijo, ante toda la creación como el Heredero y Rey, situándolo en el lugar de gloria al que nadie puede acceder. La resurrección y ascensión del Vencedor pone delante de todos el derecho que el Mesías tiene para reinar. El *arrebatamiento* del Hijo alumbrado no tiene que ver con un acto de protección contra los intentos diabólicos del dragón, sino como manifestación de la incapacidad del diablo para impedir el programa que Dios ha establecido para su reino. El Hijo es *arrebatado* para ocupar el sitio que le corresponde, conforme al nombre que le ha sido dado de máxima autoridad en cielos y tierra (Fil. 2:9-11).

6. Y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días.

καὶ ἡ γυνὴ ἔφυγεν εἰς τὴν ἔρημον, ὅπου ἔχει ἐκεῖ τόπον
Y la mujer huyó al desierto donde tiene allí lugar
ἡτοιμασμένον ἀπὸ τοῦ Θεοῦ, ἵνα ἐκεῖ τρέφωσιν αὐτὴν ἡμέρας
preparado por - Dios para que allí sustenten la días
χιλίας διακοσίας ἑξήκοντα.
mil doscientos sesenta.

Notas y análisis del texto griego.

De nuevo aparece el uso vinculante de καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; γυνὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *mujer*; ἔφυγεν, aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo φεύγω, *escapar, huir,* aquí como *huyó*; εἰς, preposición de acusativo, *a*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado, *el*, que juntos forman en castellano la contracción *al*; ἔρημον, caso acusativo femenino singular del sustantivo *desierto*, *lugar poco poblado*, masculino en español, lo mismo que el artículo que le precede; seguido del adverbio relativo ὅπου, *donde*; ἔχει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tiene*; ἐκεῖ, adverbio de lugar*, allí*; τόπον, caso acusativo masculino singular del

[11] F. Lacueva. o.c., pág. 456s.

sustantivo *lugar, territorio*; ἡτοιμασμένον, caso acusativo masculino singular del participio perfecto en voz pasiva del verbo ἑτοίμαζω, *preparar, disponer*, aquí como *preparado*; ἀπὸ, preposición de genitivo, *por*; seguido de τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el,* que no se usa en español por vinculación con nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Dios*; ἵνα, conjunción que equivale a *para que, a fin de que; de modo que;* ἐκεῖ, adverbio de lugar*, allí*; τρέφωσιν, tercera persona plural del presente de subjuntivo en voz activa del verbo τρέφω, *alimentar, criar, engordar,* aquí como *alimenten*, de ahí la traducción *sustenten*; αὐτὴν, caso acusativo femenino singular del pronombre persona *la*; ἡμέρας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *días*, que al referirse a un período de tiempo determinado debe complementarse añadiendo en la traducción castellana la preposición *durante*; χιλίας, caso acusativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal *mil*; διακοσίας, caso acusativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal *doscientos*; ἑξήκοντα, caso acusativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal *sesenta*.

Καὶ ἡ γυνὴ ἔφυγεν εἰς τὴν ἔρημον. La mujer que dio a luz al hijo varón *"huyó"* al desierto. El modo verbal en el texto griego (*aoristo*) indica una acción consumada, de manera que la mujer escapó, huyó del lugar donde estaba al desierto, cuyo término no significa un arenal como es habitual en la comprensión occidental, sino un lugar poco poblado.

Algunas precisiones son necesarias aquí: En primer lugar la mujer no huyó inmediatamente a la ascensión del Hijo varón. La profecía proyecta el acontecimiento al futuro que es el tema del Apocalipsis, esto es, al tiempo de la mitad de la última semana de Daniel. Quiere decir esto que después de la ascensión del Señor a los cielos, se produce un largo paréntesis antes del tiempo de la huida de Israel. Esta enseñanza panorámica se completará con lo que sigue más adelante (vv. 13-17). El acontecimiento tendrá lugar en la segunda parte de la tribulación. No cabe duda que a lo largo de todos los tiempos Dios preservó un remanente de su pueblo, lo que hizo fracasar los intentos de Satanás por destruirlo, pero este es un caso muy específico en la historia futura. En segundo lugar debe entenderse nuevamente que la *mujer* que huye al desierto no es otra que el Israel elegido por gracia, el remanente fiel de los tiempos de la tribulación. En tercer lugar luego del tiempo y de la persona que huye es necesario reparar en el lugar de la huida. Juan dice que *"huyó al desierto"*. El sustantivo tiene, en ocasiones, la connotación de *caos y maldición*, donde residen los animales salvajes y los espíritus inmundos (cf. Is. 13:20-22; 34:13-15; Mr. 1:13; Lc. 11:24). En otras ocasiones se usa para referirse a un lugar de refugio y comunión con Dios (Os. 2:14). Este es el modo de interpretación que exige aquí el texto. Más adelante volverá a hacerse referencia a este acontecimiento por lo que se reserva para ese lugar alguna otra precisión sobre el lugar de la huida (v. 12).

Ὅπου ἔχει ἐκεῖ τόπον ἡτοιμασμένον ἀπὸ τοῦ Θεοῦ. El lugar *desierto* a donde la mujer huye había sido anteriormente *preparado*. Era algo que estaba dispuesto para que ella pudiera refugiarse allí La providencia divina preparará un lugar para recibir a esa porción de Israel, el verdadero y genuino Israel conforme a la fe y no a la descendencia natural, en su huida al desierto.

Ἵνα ἐκεῖ τρέφωσιν αὐτὴν. Junto con la provisión del lugar, está también la del sustento. En un lugar desierto, poco poblado, no hay provisiones ni sitios donde adquirirlas. Ese había sido el problema que Jesús consideró cuando se encontró delante de una gran multitud de cuatro mil personas que habían acudido a donde Él estaba enseñando y para la que los discípulos se dieron cuenta que no había lugar donde comprar el alimento que necesitaban (Mr. 8:4). En una situación tan problemática como la que se producirá en los últimos días de este período de la humanidad, con la acción diabólica desatada procurando aniquilar al pueblo de Dios, sería, humanamente hablando, imposible de sustentar con lo necesario a quienes habían huido al desierto. ¿Cuál será el número? No lo revela la Escritura, pero tampoco tiene importancia, cuando lo que realmente constituye aquí la enseñanza del pasaje es la provisión y el cuidado de Dios para quienes son su pueblo. ¿Cuáles serán los medios que Dios usará para esto? Es otro de los secretos que la Escritura reserva. Sin embargo, teniendo en cuenta que uno de los aspectos del juicio de las naciones está relacionado con quienes hayan cuidado a uno de sus pequeños (Mt. 25:40), podría pensarse que el Señor usará a hombres para llevar a cabo esta labor. Sin embargo, todo esto, es mera especulación sin fundamento bíblico.

Ἡμέρας χιλίας διακοσίας ἑξήκοντα. El tiempo que durará esa situación se precisa con un número concreto *"mil doscientos sesenta días"*, un tiempo equivalente a los cuarenta y dos meses que se mencionaron antes (11:2) y que corresponden a los tres años y medio que durará la segunda parte de la última semana de Daniel, el período álgido de la tribulación. Ese será el tiempo en que el reinado del Anticristo alcance los niveles más elevados y, con ellos, la persecución y los conflictos que rodearán de angustia a todos los hombres, en especial al pueblo de Israel y a los creyentes en las naciones (Dn. 7:25; 12:7; Ap. 11:2; 12:14). Coincide también con el tiempo que durará el ministerio de los dos testigos en Jerusalén (11:3). La providencia de Dios expresa el amor y trato propios de un Padre, que anticipa la necesidad de sus hijos proveyendo de lugar y sustento para ellos.

Esta panorámica de amor y gracia fortalece a cada creyente en cualquier tiempo de esta dispensación. Creemos que la Iglesia no estará en la tierra durante el tiempo de la tribulación, pero no se puede dejar de considerar que a lo largo de la historia de los creyentes, persecuciones, conflictos, aflicciones e

incluso muerte, fueron la experiencia de muchos de nuestros hermanos. En todo se cumple así la advertencia del Señor: *"En el mundo tendréis aflicción"* (Jn. 16:33). Sin embargo, en medio del conflicto, la gracia de Dios se hace realidad y la experiencia de las pruebas y aflicciones se ve rodeada de los brazos amorosos de la misericordia. Dios provee de todo cuanto sus hijos necesitan y los conduce siempre en triunfo en Cristo Jesús. De nuevo será bueno recordar la provisión divina que David, un creyente de otra dispensación, experimento en el cuidado personal del Señor. Quien vive en comunión con el Padre del cielo, y es pastoreado y cuidado por Él, tiene siempre cuanto precisa en cada momento. Así lo recuerda y enseña David en el Salmo 23. Con el Pastor celestial nunca faltará provisión, porque *"nada me faltará"* (v. 1); nunca faltará reposo, aun en medio de las circunstancias más conflictivas y de la conmoción más grande porque habrá provisión para descanso ya que *"en lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará"* (v. 2); nunca faltará provisión de aliento ya que Él *"confortará mi alma"* (v. 3a); aunque la senda esté rodeada de dificultades y las tinieblas la cerquen, no habrá extravío porque *"me guará por sendas de justicia por amor de su nombre"* (v. 3b); tal vez la angustia de la aflicción pueda introducirnos en un valle tenebroso, donde, a la luz del pensamiento humano solo cabe el miedo, pero *"aunque ande en valle de sombra de muerte no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo"* (v.4), la gran maravilla es que podremos atravesar el valle no en la soledad, sino disfrutando de la compañía del Señor; es muy posible que las lágrimas fluyan y que la tristeza invada el alma, sin embargo hay provisión de consuelo: *"Tu vara y tu cayado me infundirán aliento"*; no estaremos solos porque el amigo celestial estará siempre a nuestro lado; y cuando los angustiadores se aproximen para rodearnos de angustia, la provisión de la mano poderosa de Dios los apartará a un lado, extendiendo en su gracia la mesa de la comunión incluso en la presencia de los angustiadores: *"aderezas mesa delante de mi en presencia de mis angustiadores"* (v. 5); en todo momento y circunstancia habrá provisión de misericordia y de bien: *"ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida"* (v. 6a); y, por último, al término de la andadura, cuando la vida concluya y con ella la angustia propia de la experiencia terrenal, Aquel que ha hecho provisión temporal la hará perpetua: *"y en la casa de Jehová moraré por largos días"* (v. 6). Esta es la maravillosa acción de la gracia en la vida del creyente.

La guerra en el cielo (12:7-12).

7. Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaba el dragón y sus ángeles.

Καὶ ἐγένετο πόλεμος ἐν τῷ οὐρανῷ, ὁ Μιχαὴλ καὶ οἱ ἄγγελοι αὐτοῦ
Y hubo batalla en el cielo: - Miguel y los ángeles de él

τοῦ πολεμῆσαι μετὰ τοῦ δράκοντος. καὶ ὁ δράκων ἐπολέμησεν καὶ οἱ
para luchar con el dragón y el dragón lucho y los
ἄγγελοι αὐτοῦ,
ángeles de él.

Notas y análisis del texto griego.

La vinculación general de las visiones se establece de nuevo con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐγένετο, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, con amplio significado aquí en sentido de *acontecer, llegar a ser*, aquí como *ocurrió, se produjo, aconteció*; πόλεμος, caso nominativo masculino plural del sustantivo *batalla*, *conflicto bélico*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; οὐρανῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo *cielo*. La segunda cláusula detalla el evento: ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se traduce en castellano por vinculación con nombre propio; Μιχαὴλ, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Miguel*; καὶ, conjunción copulativa, *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἄγγελοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *ángeles*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *lo*; πολεμῆσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo πολεμέω, *luchar, combatir*; μετὰ, preposición de genitivo *con*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; δράκοντος, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *dragón*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; δράκων, caso nominativo masculino singular del sustantivo *dragón*; ἐπολέμησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πολεμέω, *luchar, combatir*, aquí como *luchó*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἄγγελοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo *ángeles*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*.

Καὶ ἐγένετο πόλεμος ἐν τῷ οὐρανῷ. Una nueva visión surge delante de Juan. En este caso corresponde a una gran batalla. La traducción *"después de esto"* o *"después"* sustituye a la conjunción copulativa *y*, que aparece en el texto griego, generando una tensión de temporalidad que puede llevar al lector a entender que la batalla en el cielo siguió a la huida de la mujer al desierto. Pudiera ser así, pero en el texto griego la conjunción hace simplemente oficio de separación y vinculación con una nueva visión, en este caso de un conflicto angélico. La batalla ocurre, dice Juan, ἐν τῷ οὐρανῷ, *"en el cielo"*.

Es necesario recordar aquí que la cosmogonía hebrea hace mención a tres cielos. El primero es el atmosférico, el segundo el estelar, y el tercero el lugar donde Dios manifiesta su presencia, gobierna desde su trono y es adorado. En este sentido la posición de los demonios y de Satanás está limitada al aire atmosférico de la tierra, donde la Biblia los sitúa (Ef. 6:10-12), de ahí que se le

llame *"el príncipe de la potestad del aire"* (Ef. 2:2). Satanás tiene acceso al cielo para comparecencia ante Dios cuando le llama a rendir cuentas (Job 1:6) y también para el ejercicio malvado de acusar a los santos delante de Dios (Ap. 12:10). ¿En qué lugar se produjo el conflicto entre ángeles? Algunos consideran que este conflicto tuvo que haber tenido lugar en el cielo estelar, pensando también que el intento de Satanás era luchar contra el Mesías en el mismo lugar donde se encuentra entronizado y desde donde descenderá a la tierra para reinar, por lo que las huestes de Dios se enfrentaron a él y a sus ángeles. No hay consistencia bíblica que sustente ese pensamiento, por lo que no debe ser considerado sino como una propuesta ante un aspecto desconocido o no revelado en el texto bíblico. Es preferible considerar que este conflicto tendrá lugar en el cielo atmosférico donde la Biblia sitúa a las potestades infernales y desde donde Satanás será arrojado a la tierra. Esto representaría un descenso progresivo de Satanás, desde el lugar de su ministerio en la presencia de Dios, al cielo atmosférico de la tierra, a la tierra misma, al abismo donde será atado en el milenio (20:3) y finalmente al lago de fuego en eterna condenación (20:10).

Ὁ Μιχαὴλ καὶ οἱ ἄγγελοι αὐτου τοῦ πολεμῆσαι μετὰ τοῦ δράκοντος. Los ejércitos de Dios estarán conducidos en esa batalla por el arcángel Miguel, cuyo nombre significa *"Quien como Dios"*. Este es el único designado como arcángel en la Biblia. Fue el que *contendió* en la historia de Israel con el diablo por el cuerpo de Moisés (Jud. 9). Daniel lo presenta en el mensaje profético como *"uno de los principales príncipes"* (Dn. 10:13), lo que permite pensar que es uno de los arcángeles, o el principal entre los arcángeles, aun cuando la Biblia no hace más revelación sobre esto. El ministerio encomendado a Miguel muchas veces es el de la defensa de los hijos de Israel, como Daniel pone de manifiesto: *"el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo"* (Dn. 10:13). Es sumamente interesante notar que de nuevo aparece en la escena celestial cuando los hijos de Israel van a ser perseguidos por el dragón, que vio frustrada su acción contra el Mesías.

La batalla que se produce en el cielo es grande, como Juan afirma τοῦ πολεμῆσαι μετὰ τοῦ δράκοντος, *y hubo batalla en el cielo*. Se trata de una auténtica batalla cósmica, un conflicto entre fuerzas angélicas. Por un lado Juan ve las fuerzas de Satanás, a quienes define como καὶ ὁ δράκων ἐπολέμησεν καὶ οι ἄγγελοι αὐτοῦ, *"lucho el dragón y sus ángeles"*, por otro las huestes celestiales de ángeles de Dios que por ser dirigidas por el arcángel Miguel se mencionan como ὁ Μιχαὴλ καὶ οἱ ἄγγελοι αὐτοῦ, *"Miguel y sus ángeles"*. Es destacable que la conjunción de las fuerzas angelicales tiene un propósito *"el luchar"*, conforme a la literalidad del texto griego, en donde se utiliza un infinitivo articular genitivo, que debe considerarse como infinitivo con propósito. La lucha se produjo según Juan vio y traslada cuando escribe: καὶ ὁ δράκων ἐπολέμησεν καὶ οἱ καὶ ὁ δράκων ἐπολέμησεν καὶ οἱ, *"y*

luchaban el dragón y sus ángeles”. Algunos intérpretes alegorizan el pasaje considerándolo como una referencia a la caída original de Satanás. Otros procuran identificarlo con el conflicto en la Cruz en el cual Cristo derrotó al Diablo y sus huestes (Col. 2:15). La interpretación literal exige entender que será una confrontación escatológica que se producirá en la segunda mitad de la última semana de Daniel, en un tiempo inmediatamente anterior al regreso de Jesucristo para reinar.

8. Pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo.

καὶ οὐκ ἴσχυσεν οὐδὲ τόπος εὑρέθη αὐτῶν ἔτι ἐν τῷ οὐρανῷ.
Y no prevaleció ni lugar fue hallado de ellos ya en el cielo.

Notas y análisis del texto griego.

Utilizando καὶ, conjunción copulativa *y*, Juan da continuidad y vinculación al relato, equivalente aquí a *sin embargo, empero,* seguida del adverbio de negación enfática οὐκ *no,* con la escritura propia ante vocal no aspirada, que negativiza a ἴσχυσεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἰσχύω, *ser poderoso, ser capaz, tener poder para algo*, de ahí la traducción *prevaleció*, en sentido de no ser capaz de alcanzar la victoria; la cláusula se enfatiza y complementa con la conjunción negativa οὐδὲ, *ni*; τόπος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *lugar, sitio, puesto, región, oportunidad*; εὑρέθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo εὑρίσκω, *hallar*, aquí *se halló, fue hallado, se encontró*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; reforzado todavía más con el adverbio de tiempo ἔτι, *ya*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; οὐρανῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota *cielo.*

Καὶ οὐκ ἴσχυσεν οὐδὲ τόπος εὑρέθη αὐτῶν ἔτι ἐν τῷ οὐρανῷ. El combate entre las fuerzas de Satanás y los ángeles de Dios concluye con la derrota de las huestes de maldad. El verbo[12] que se utiliza en el texto griego y que se traduce como *prevalecieron*, expresa la idea de incapacidad, falta de poder, es decir, no fueron capaces de vencer. Es interesante apreciar que el verbo está en singular, lo que posiblemente se produce como referencia a Satanás, ya que las huestes suyas están vinculadas estrechamente con él. La realidad es que las fuerzas que luchaban en oposición a Dios fueron derrotadas. La derrota de Satanás y sus demonios fue completa. Los ángeles caídos no fueron lo suficientemente fuertes como para sustentarse en la batalla.

---

[12] Griego: ἰσχύω,

La conclusión que Juan destaca es que οὐδὲ τόπος εὑρέθη αὐτῶν ἔτι ἐν τῷ οὐρανῷ, *"no se halló lugar para ellos en el cielo"*, es decir, ya no tuvieron acceso al cielo y, por tanto, ninguno de ellos se halló en ese lugar. Surge de nuevo aquí el problema de determinar a que *cielo*, se está refiriendo Juan. Algunos eruditos consideran que se trata del acceso al cielo de Dios con el ministerio acusador para los hermanos (v. 9), de ahí el uso del singular en el verbo *prevalecer* en el texto griego. Sin embargo, no se dice que sean los demonios quienes acusan a los santos delante de Dios, sino que es un ministerio diabólico propio de Satanás. En esta línea interpretativa escribe el Dr. Carballosa:

"Estos dos versículos sintetizan la exclusión de Satanás del cielo. Por voluntad soberana de Dios se le había permitido acceso hasta donde podía proferir acusaciones contra los redimidos, pero después de su derrota frente a Miguel ese privilegio le queda vedado para siempre"[13].

Otros, en una interpretación más literalista del texto entienden que Satanás fue expulsado del cielo atmosférico y arrojado a la tierra como cualquier otro ser terrenal. Así escribe el Dr. Lacueva:

"Ahora (v. 8) Miguel, el arcángel protector de Israel (V. Dan. 10:13; 12:1; Jud. 9), dirige la batalla y vence a Satanás y a sus ángeles, siendo éstos arrojados a la tierra. Desde el cielo atmosférico (puesto de mando y base de operaciones del diablo), Satanás es arrojado a la tierra, antes que el Anticristo asuma su reino temporal, terrible. Sólo al final de la Gran Tribulación, y antes de inaugurarse el Milenio, es cuando Satanás es arrojado al abismo (20:3)".[14]

Debe tenerse en cuenta que la Escritura está haciendo una revelación tocante a seres espíritus, cuya dimensión, comportamiento y modo de vida, no corresponde en absoluto con la de los hombres. Su modo de actuar, sus condiciones de desplazamiento, su esfera de residencia, es diferente a lo que pudieran significar las mimas cosas para los hombres y, por tanto, para su comprensión. Se advierte en el pasaje que la verdad revelada tiene que ver con una restricción hecha a Satanás y sus ángeles de cierta esfera en la que estaban a otra a la que se les arroja. Los medios que se ocupan para lanzar fuera a Satanás y sus huestes son el poder superior de los santos ángeles de Dios, liderados por el arcángel Miguel. Siendo totalmente vencidos los ángeles caídos, se les limita a esferas de la tierra, expulsados de los lugares de acceso habituales a ellos. Pretender establecer un modo de actividad limitada a *desplazarse* como caminantes por la tierra física, o entender que se les limitó el acceso a lugares

[13] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 235.
[14] F. Lacueva. o.c., pág. 459.

estelares o a la presencia de Dios, no es lo que la Palabra enseña en este lugar. Satanás y sus huestes habían establecido su lugar de gobierno en el aire atmosférico de la tierra, desde cuyo lugar Satanás accedía a la presencia de Dios para acusar a los hermanos. En la derrota que se produce se les despoja del lugar habitual de gobierno, lo que supone que desde donde ejercían autoridad sobre los reinos del mundo, en oposición a Dios, se les reduce a una actividad meramente terrenal, entre los hombres, que se intensificará grandemente bajo la ira diabólica por esta causa.

9. Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él.

καὶ ἐβλήθη ὁ δράκων ὁ μέγας, ὁ ὄφις ὁ ἀρχαῖος, ὁ καλούμενος
Y fue arrojado el dragón el grande la serpiente la antigua el llamado
Διάβολος καὶ ὁ Σατανᾶς, ὁ πλανῶν τὴν οἰκουμένην ὅλην, ἐβλήθη
Diablo y - Satanás, el que engaña a la tierra habitada entera, fue arrojado
εἰς τὴν γῆν, καὶ οἱ ἄγγελοι αὐτοῦ μετ᾽ αὐτοῦ ἐβλήθησαν.
a la tierra y los ángeles de él con él fueron arrojados.

Notas y análisis del texto griego.

La descripción continúa mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐβλήθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo βλέπω, *lanzar, arrojar,* aquí como *fue arrojado, o fue lanzado*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; δράκων, caso nominativo masculino singular del sustantivo *dragón*; seguido de ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, que refuerza al adjetivo siguiente y que no se traduce en castellano; μέγας, caso nominativo masculino singular del adjetivo *grande*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ὄφις, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *ofidio, serpiente*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, que enfatiza el calificativo ἀρχαῖος, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *viejo, antiguo*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, artículo que no se usa en la traducción del castellano en esta estructura gramatical; καλούμενος, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo καλέω, *llamar, nombrar,* aquí como *llamado*; Διάβολος, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Diablo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se traduce en español por vinculación con nombre propio; Σατανᾶς, caso nominativo masculino singular del nombre propio Satanás; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; πλανῶν, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo πλανάω, *extraviar, seducir, engañar*, aquí como *que engaña*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *a la*; οἰκουμένην, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *la tierra habitada, el orbe, la humanidad*; ὅλην, adjetivo que expresa la idea de *totalidad*, *todo*, de ahí la traducción

entero; ἐβλήθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo βλέπω, *lanzar, arrojar,* aquí como *fue arrojado, o fue lanzado*; εἰς, preposición de acusativo *a*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *tierra*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἄγγελοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo *ángeles*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*; siguiendo con la preposición de genitivo μετ' en la forma que toma la preposición μετά delante de vocal y que significa *con*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *él*; ἐβλήθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo βάλλω, *lanzar, arrojar,* aquí como *fueron arrojados, o fueron lanzados.*

Καὶ ἐβλήθη ὁ δράκων ὁ μέγας, ὁ ὄφις ὁ ἀρχαῖος, ὁ καλούμενος Διάβολος καὶ ὁ Σατανᾶς. Satanás fue arrojado del cielo en una forma drástica y radical que se enfatiza en el uso por dos veces del verbo[15] *lanzar, arrojar*. El modo del verbo (*aoristo*) expresa una acción definitivamente concluida. El que fue arrojado del cielo a la tierra recibe cuatro calificativos que lo identifican. Se le llama ὁ δράκων ὁ μέγας, *el gran dragón*, tipificando a un ser monstruoso que busca la destrucción y perdición de los hombres. Este calificativo destaca el carácter terrorífico del enemigo y opositor de Dios. El segundo calificativo es el de ὁ ὄφις ὁ ἀρχαῖος, *"serpiente antigua"*. En el texto griego el adjetivo que califica a serpiente es articular, con lo que la cláusula enfatiza tanto el sustantivo *la serpiente*, como la condición *la antigua*, única en ese sentido. Este título identifica con aquel que en el principio de la historia humana sedujo a Eva y con ello indujo a nuestros primeros padres a la comisión del pecado que traería la condición caída de todos los hombres (Gn. 3:1). La serpiente engañó con astucia para conseguir su propósito (2 Co. 11:3). Se le califica de *antigua*, en relación a su manifestación ya en el principio de la historia humana. El título expresa la idea de astucia y peligrosidad. El tercer calificativo es el de Διάβολος *Diablo*, cuyo significado literal es el de *acusador, calumniador, difamador,* nombre compuesto en el griego[16] que sugiere el ataque verbal; título muy extendido en el Nuevo Testamento (Mt. 4:1, 5, 8, 11; 13:39; 24:41; Lc. 4:2, 3, 5, 6, 13; 8:12; Jn. 8:44; 13:2; Hch. 10:38; 13:10; Ef. 4:27; 6:11; 1 Ti. 3:6, 7; 2 Ti. 2:26; He. 2:14; Stg. 4:7; 1 P. 5:8; 1 Jn. 3:8, 10; Jud. 9; Ap. 2:10; 12:9, 12; 20:2, 10). El calificativo expresa la condición de quien vive para desprestigiar y acusar a los creyentes delante de Dios. Es el fiscal perverso dispuesto a hablar mal, que no significa siempre calumniar, sino decir lo que es incorrecto del proceder de otro, buscando la condenación del acusado. El cuarto título es el de ὁ Σατανᾶς, *Satanás*, cuyo significado es el de *adversario*. Expresa la condición de quien lucha contra el creyente con el afán de subvertir el reino de Dios. Siembra la duda en la mente

[15] Griego: βλέπω.
[16] Formado por διὰ, *a través*, y βαλλει, *arrojar.*

del hombre con relación a Dios y a sus promesas (2 Co. 11:3). Es uno de los nombres más usados en toda la Escritura para referirse al maligno (1 Cr. 21:1; Job 1:6, 7, 8, 9, 12; 2;1, 2, 3, 4, 6, 7; Sal. 109:6; Zac. 3:1, 2; Mt. 4:10; 12:26; 16:23; Mr. 1:13; 3:23, 26; 4:15; 8:33; Lc. 4:8; 10:18; 13:16; 22:3, 31; Jn. 13:27; Hch. 5:3; 26:18; Ro.16:20; 1 Co. 5:5; 7:5; 2 Co. 2:11; 11;14; 12:7; 1 Ts. 2:18; 2 Ts. 2:9; 1 Ti. 1:20; 5:15; Ap. 2:9, 13; 2:24; 3:9; 12:9; 20:2, 7). Se aprecia la enemistad de quien es adversario tanto de Dios como de los hombres. Su reino es un reino de tinieblas en contra del reino de luz de Jesucristo, al que el cristiano es trasladado sacado del de las tinieblas cuando cree en el Salvador (Col. 1:13).

El versículo expresa el ministerio malvado de Satanás: ὁ πλανῶν τὴν οἰκουμένην ὅλην, *"el cual engaña al mundo entero"*. Dos aspectos merecen ser destacados aquí: Primeramente que Satanás es el ὁ πλανῶν, *engañador* por excelencia. Es mentiroso y padre de mentira (Jn. 8:44), con sus engaños busca la caída y el fracaso de los hombres y en especial de los creyentes (1 P. 5:8). El texto afirma que *engaña*, estableciendo una acción continuada en el tiempo. En segundo lugar el engaño satánico se extiende universalmente τὴν οἰκουμένην ὅλην, *"al mundo entero"*. Para que no queden dudas sobre la afirmación Juan utiliza dos términos muy claros y precisos: *mundo*, literalmente *tierra habitada* (2 Co. 1:11; 11:3, 14; 2 Ti. 2:24; Ap. 18:23; 20:10). Este malvado oficio le resulta fácil por cuanto todos los no regenerados están bajo su influencia (1 Jn. 5:19).

᾿Εβλήθη εἰς τὴν γῆν, καὶ οἱ ἄγγελοι αὐτοῦ μετ᾿ αὐτοῦ ἐβλήθησαν. Las huestes diabólicas con Satanás al frente fueron *arrojadas*, *lanzadas*, a tierra. Este acontecimiento tendrá lugar al principio de la segunda mitad de última semana de Daniel, en el momento en que impulsará al gobierno pleno del Anticristo, cuya persona se detalla en el capítulo siguiente. Esta es una de las evidencias bíblicas que permite afirma que la actividad satánica será muy intensa, tal vez en la forma más intensa de toda la historia humana, en la segunda parte de la tribulación. Como ya se ha dicho antes, puede suponer que se confina a Satanás y sus demonios en el terreno mismo de la tierra, ni siquiera en las regiones aéreas; es mejor entender, como también se consideró antes, que fueron arrojados del cielo en donde ministraban maléficamente contra los hombres. Limitado su ministerio y actividad a la esfera terrenal, Satanás se dispondrá a establecer en la tierra al Anticristo que surgirá bajo su poder (13:1).

10. Entonces oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche.

καὶ ἤκουσα φωνὴν μεγάλην ἐν τῷ οὐρανῷ λέγουσαν·
Y oí una voz grande en el cielo que decía:
ἄρτι ἐγένετο ἡ σωτηρία καὶ ἡ δύναμις
Ahora ha llegado la salvación y el poder
καὶ ἡ βασιλεία τοῦ Θεοῦ ἡμῶν
y el reino del Dios de nosotros
καὶ ἡ ἐξουσία τοῦ Χριστοῦ αὐτοῦ,
y la autoridad del Cristo de Él.
ὅτι ἐβλήθη ὁ κατήγωρ τῶν ἀδελφῶν ἡμῶν,
Pues ha sido arrojado el acusador de los hermanos de nosotros.
ὁ κατηγορῶν αὐτοὺς ἐνώπιον τοῦ Θεοῦ
el que acusaba los delante del Dios
ἡμῶν ἡμέρας καὶ νυκτός.
de nosotros día y noche.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad Juan usa nuevamente καὶ, la conjunción copulativa *y*, que precede a ἤκουσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκόυω, *oír*, aquí como *oí*; φωνὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *voz, ruido, grito, sonido, lenguaje*, aquí como *una voz*; que era μεγάλην, caso acusativo femenino singular del adjetivo que expresa la condición de *grande*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; οὐρανῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo *cielo*; λέγουσαν, caso acusativo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *decir,* aquí como *que decía*. Sigue la declaración de la voz con ἄρτι, adverbio generalmente de tiempo, *precisamente, justamente, ahora, en este momento, en seguida*, aquí como *ahora*; ἐγένετο, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, originarse,* aquí como *ha llegado*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; σωτηρία, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *salvación*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; δύναμις, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota*, fortaleza, fuerza, poder*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*, en español masculino *el*; βασιλεία, caso nominativo femenino singular del sustantivo *reino*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Dios*; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal *de nosotros*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐξουσία, caso nominativo femenino singular del sustantivo *autoridad, poder, derecho, jurisdicción, gobierno, potestad*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; Χριστου, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Cristo*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de Él*. La razón de esa exclamación es ὅτι, conjunción, *pues*; ἐβλήθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo βλέπω, *lanzar, arrojar,* aquí como *fue arrojado, o fue lanzado*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; κατήγωρ, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *acusador*; τῶν, caso genitivo

masculino plural del artículo determinado *de los*; ἀδελφῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *hermanos*; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal *de nosotros*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; κατηγορῶν, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo κατηγορέω, aquí como *que acusaba*; αὐτοὺς, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *los*; ἐνώπιον, preposición de genitivo, que se usa también como adverbio y denota *delante de*, *en la presencia de*, *en frente de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *Dios*; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal *de nosotros*; ἡμέρας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *día*; καὶ, conjunción copulativa *y*; νυκτός, caso genitivo femenino singular del sustantivo *noche.*

Καὶ ἤκουσα φωνὴν μεγάλην ἐν τῷ οὐρανῷ λέγουσαν. Concluida la batalla entre los ángeles y con la derrota de Satanás y sus huestes que son arrojados a la tierra, Juan escucha la voz celestial que proclama la victoria. La voz es grande y procede del cielo. No se dice de donde salía la voz, pudiera ser de los ángeles en la presencia de Dios. La voz celestial proclama la victoria de Dios, anunciando que ἄρτι ἐγένετο ἡ σωτηρία, *"ha venido la salvación"*, en el sentido de que Dios desalojó definitivamente a Satanás, en un paso que hace inmediato la instauración de Su reino en la tierra. El adverbio que Juan utiliza y que se traduce por *ahora*, expresa la inmediatez del acontecimiento y equivale a *ahora mismo*. La realidad del acontecimiento se establece en el uso del verbo que expresa una acción plenamente concluida: ἐγένετο, *"ha venido"*. La seguridad de la acción, aunque futura, se establece como algo consumado ya.

Los derechos que Satanás tenía por usurpación sobre los reinos del mundo habían sido cancelados en la Cruz (Jn. 12:31; Col. 1:13, 14; 2:15). En la acción descrita, que es proclamada con voz fuerte, Dios hace efectiva la derrota de hecho sobre Satanás, ejerciendo la autoridad sobre los reinos que le corresponde, no sólo por derecho divino, sino por recuperación en la Cruz. Dios toma el poder en relación con su propósito sobre el reino. Esta acción divina representa una verdadera *salvación*, porque consiste en la manifestación real de la liberación del poder que Satanás venía ejerciendo sobre la tierra y sus habitantes, y de la acción impía de engaño que los apartaba de Dios. Esta acción salvífica se produjo ya experimentalmente en cada creyente en el tiempo actual (Col. 1:13).

Junto con la salvación, y necesariamente incluido en ella está ἡ δύναμις, *el poder.* Se trata del reconocimiento del poder inherente en Dios. Él es poderoso para salvar, es poderoso para derrotar las fuerzas diabólicas y es poderoso para crear el entorno histórico propicio para la implantación de Su reino en la tierra. Este poder se manifestó en la obra redentora, levantando a

Cristo de entre los muertos, y se evidencia nuevamente en la derrota infringida a Satanás, descrita antes por Juan

Καὶ ἡ βασιλεία τοῦ Θεοῦ ἡμῶν. La proclamación celestial anuncia la venida del *reino de Dios*. Es evidente, como se ha dicho antes, que el concepto *reino de Dios*, abarca distintos aspectos y se hace manifiesto en cada tiempo de la historia humana. Dios es Rey y siempre ha tenido súbditos que le reconocen y sobre los que gobernó en el transcurso de la historia humana. Sin duda Dios tuvo siempre un reino y ha reinado porque es Soberano. Sin embargo, aquí se anuncia un aspecto escatológico del reino, consistente en la instauración del reino literal y mesiánico de Cristo, anunciado proféticamente. Es interesante apreciar el calificativo que se da a este reino: *"reino de Dios"*. Algunos eruditos tratan de diferenciar *reino de Dios*, como algo genérico que expresa el gobierno de Dios y la aceptación que recibe de personas que lo reconocen, y *reino de los cielos*, como referencia exclusiva al reino milenial de Jesucristo. Ambos términos son sinónimos y en este caso, al reino milenial de Cristo se le llama aquí *reino de Dios*. El reino milenial será una manifestación visible histórico-temporal del reino de Dios o del reino de los cielos.

Καὶ ἡ ἐξουσία τοῦ Χριστοῦ αὐτου. El reino venidero está asociado a la *autoridad* de Cristo. El Señor tiene la autoridad recibida de su Padre (Mt. 28:18), proclamada cósmicamente con la resurrección de Jesús de entre los muertos (Hch. 13:33-34). Bajo esa autoridad suprema, universal y soberana, se doblará toda rodilla en cielos y tierra en acatamiento voluntario para unos, o en reconocimiento sin limitación para otros, de que Jesús es el Señor (Fil. 2:8-11). A lo largo del tiempo Satanás cuestionó el reino de Dios y el derecho a reinar de su Cristo, pero, en el momento que Juan describe, la derrota de Satanás y sus huestes es una realidad, de modo que se habrá acabado la oposición directa que ejercía contra Dios y el engaño que causaba en el mundo de los hombres. Dios está adecuando todo para el regreso de su Hijo y poniendo realmente a sus enemigos bajo sus pies. El decreto eterno está establecido y el Cristo de Dios, su Hijo, será el Rey de reyes y el Señor de señores (Sal. 2:2). Jesús es el Rey que Dios ha dispuesto para reinar sobre toda la tierra (Sal. 2:6).

Ὅτι ἐβλήθη ὁ κατήγωρ τῶν ἀδελφῶν ἡμῶν. La evidencia de que el reino de Dios y su Cristo va a establecerse es que *"ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos"*. Satanás tiene permisión divina, acceso a un determinado lugar celestial desde donde ejerce el diabólico ministerio de acusar a los hermanos. Esta enseñanza es tan antigua como el más antiguo de los libros de la Escritura donde manifiestamente se enseña como el acusador de los hermanos, Satanás ejerció este ministerio infame con relación a un hombre del que el Espíritu testifica que era *"justo, recto, temeroso de Dios y apartado del mal"* (Job 1:1), contra quien Satanás presento acusaciones ante Dios (Job 1:6ss;

2:1ss). Así también se enseña en relación con otros *hermanos* en la misma esfera de la fe, aunque en dispensaciones distintas, como con el sumo sacerdote Josué (Zac. 3:1), y en forma general como Pedro enseña (1 P. 5:8). La expresión τῶν ἀδελφῶν ἡμῶν, *"nuestros hermanos"*, tiene el sentido amplio de todo creyente en cualquier tiempo. Pudiera plantearse aquí una pregunta: ¿Cuál es la causa por la que Satanás ejerce ese ministerio acusador de los hermanos? Es posible que en el corazón de los ángeles y caídos y de Satanás entre ellos, haya un gran resentimiento contra Dios por no haber extendido la obra de redención a los ángeles caídos. El plan de redención permite a Dios *justificar*, es decir, declarar como justo a los pecadores en base a los méritos que Cristo proveyó mediante su obra en la Cruz. Satanás procura impedir esa justificación, cegando el entendimiento de las gentes para que no les resplandezca la luz del evangelio que proclama el mensaje de salvación por fe (2 Co. 4:3, 4). Satanás que procura que los hombre sigan su propia justicia, está en contra, y procura con toda su capacidad impedir que prospere la comprensión y aceptación del concepto de justicia imputada para todo aquel que cree, y que se alcanza por gracia mediante fe (Ef. 2:8-9). Las acusaciones de Satanás contra los *hermanos*, tienen que ver con los pecados cometidos personalmente por ellos. No son tanto acusaciones calumniosas o de medias verdades que no sirven delante de Dios, que conoce el interior de los corazones y sabe la verdad íntima de cada uno, sino las acusaciones realmente fundadas en razón al pecado personal del creyente. La justificación por fe alcanza cotas tan altas que Dios mismo dice a Balaam en relación con el pueblo de Israel que el profeta comprado pretendía maldecir: *"Yo no he notado iniquidad en Jacob, ni perversidad en Israel"* (Nm. 23: 21). No cabe duda que era un pueblo con mucha iniquidad y perversidad, sin embargo, Dios lo declaraba justificado ante el ataque y la acusación de sus enemigos, no por lo que eran en sí mismos, ni por la justicia que hubieran podido alcanzar, sino en base a la sangre de la expiación que *cubría* los pecados del pueblo. Esto no significa que Dios transija o no aprecie el pecado del creyente. Continuamente llama a cada uno a una vida de santidad puesto que siendo su pueblo deben ser santos como Dios es santo. Sin embargo, la obra de la Cruz, cancela la responsabilidad penal del creyente, habiendo sido trasladados a Jesús, su sustituto vicario, el pecado tanto pasado como presente y futuro, declarándolos justificados mediante la fe (Ro. 5:1) y, por tanto, exentos de toda responsabilidad penal por el pecado (Ro. 8:1). Satanás acusa a los *hermanos*, lo hace con pleno derecho legal, ya que *"la paga del pecado es la muerte"* (Ro. 6:23), pero el creyente tiene un Abogado permanente ante las acusaciones del adversario (Ro. 8:33, 34; He. 7:25, 26; 1 Jn. 2:1, 2). Ya en el Antiguo Testamento, al Ángel de Jehová, se colocó al lado del sumo sacerdote Josué como abogado (Zac. 3:1-10).

Ὁ κατηγορῶν αὐτοὺς ἐνώπιον τοῦ Θεοῦ ἡμῶν. El acusador actuaba continuamente en el ejercicio de este impío ministerio, acusando a los

hermanos delante de Dios ἡμέρας καὶ νυκτός, *"día y noche"*. La expresión es un hebraísmo que indica absoluta continuidad de tiempo sin interrupciones. La acusación continua queda cortada definitivamente por la acción de Dios que expulsa a Satanás del lugar donde actuaba contra los hermanos, limitando ya su actividad a la tierra.

11. Y ellos le han vencido por medio de la sangre del cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte.

καὶ αὐτοὶ ἐνίκησαν αὐτὸν διὰ τὸ αἷμα τοῦ ἀρνίου
Y ellos vencieron le por la sangre del Cordero
καὶ διὰ τὸν λόγον τῆς μαρτυρίας αὐτῶν
y por la Palabra del testimonio de ellos.
καὶ οὐκ ἠγάπησαν τὴν ψυχὴν αὐτῶν ἄχρι θανάτου.
Y no amaron la vida de ellos hasta muerte.

Notas y análisis del texto griego.

Siguen las palabras oídas desde el cielo con voz fuerte; καὶ, conjunción copulativa *y*; αὐτοὶ, caso nominativo masculino plural del pronombre personal *ellos*; ἐνίκησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo νικάω, *vencer*, aquí como *han vencido,* o *vencieron*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *le*; διὰ, preposición de acusativo *por causa de, por*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo,* femenino en castellano *la*; αἷμα caso acusativo neutro singular del sustantivo *sangre*; caso genitivo neutro singular del artículo determinado *del*; ἀρνίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *cordero*; καὶ, conjunción copulativa *y*; διὰ, preposición de acusativo *por causa de, por*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*, femenino en español; λόγον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *palabra, mensaje, discurso*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la,* masculino en castellano; μαρτυρίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *testimonio*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*. La cláusula final del versículo se inicia con καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida del adverbio de negación enfática οὐκ *no,* con la escritura propia ante vocal no aspirada, que negativiza a ἠγάπησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀγαπάω, *amar,* aquí como *amaron*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ψυχὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *alma, vida, persona, ser viviente, sí mismo*, de ahí que se traduzca aquí como *vida*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; ἄχρι, preposición de genitivo, *hasta*; θανάτου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *muerte*.

La voz celestial proclama, junto con la victoria de Dios y su Cristo, la de los creyentes, al decir: καὶ αὐτοὶ ἐνίκησαν αὐτὸν, *"ellos le han vencido"*, en clara referencia a *los hermanos*, que hasta entonces habían sido acusados

delante de Dios por Satanás. El verbo expresa una acción definitivamente realizada, no es una victoria ocasional o temporal, sino plena y llevada a cabo en su totalidad.

Διὰ τὸ αἷμα τοῦ ἀρνίου. El modo de la victoria descansa en *virtud* de la sangre del Cordero, que tiene aquí el sentido genérico de la obra realizada por Cristo en la Cruz con su muerte. Fue por ella que el diablo y sus huestes fueron derrotados (Col. 2:15). A causa de esa victoria en la Cruz, pudieron ser derrotados y expulsados en el tiempo que Juan describe en la visión, de lugar que ocupaban y arrojados a la tierra. La victoria tiene que ver también con la acción acusadora del enemigo, al que vencen los creyentes porque el sacrificio de Cristo los limpia o purifica de todo pecado (He. 1:3). El acta de los decretos que nos era contraria fue quitada de en medio, por Dios mismo, clavándola con Cristo en la Cruz (Col. 2:14). Cristo venció y a causa de la identificación con Cristo (Fil. 1:21; Gá. 2:20), el creyente es vencedor en Él y por Él. Aquellos que eran acusados por Satanás son *"mas que vencedores por medio de Aquel que nos amó"* (Ro. 8:37). La victoria que hace vencedor al cristiano es la fe, que depositada en Cristo, permite al creyente experimentar y disponer de los recursos de poder que hay en Jesús (Fil. 4:13). En base a la obra de Cristo ya no hay condenación para quienes están en Él (Ro. 8:1). La fuerza de Dios en Cristo sólo es posible experimentarla en la esfera de la comunión con Él (Jn. 15:5).

El elemento de victoria está relacionado con τὸν λόγον τῆς μαρτυρίας αὐτῶν, *"la palabra del testimonio de ellos"*. Pudiera referirse especialmente al testimonio de judíos convertidos que afirman su fe en Jesús como el Mesías, pero sería limitar el ámbito de la victoria sólo para los salvos de Israel, cuando realmente el Apocalipsis da testimonio de la salvación de miles de personas de las naciones (7:9). El testimonio de los creyentes descansa sobre la Palabra. Este es un medio de victoria sobre Satanás (1 Jn. 2:14). Los que viven en dependencia de Dios y en obediencia a su palabra, se opusieron al maligno con la Palabra que moraba en ellos, la que Santiago llama *"la Palabra implantada"* (Stg. 1:21), no tanto citando la Palabra, sino viviendo la Palabra o mejor, haciéndola vida en ellos. El secreto de una vida victoriosa, que no peca, y quita elementos de acusación a Satanás, descansa en la sujeción a la Palabra (Sal. 119:8; 11).

Καὶ οὐκ ἠγάπησαν τὴν ψυχὴν αὐτῶν ἄχρι θανάτου. Un tercer elemento victorioso es la perseverancia de los fieles. Estos vencedores cumplieron la demanda del Señor: *"Se fiel hasta la muerte"* (Ap. 2.10). El creyente no estima su vida como preciosa para él mismo (Hch. 20:24). Impulsados por el amor de Cristo, ya no viven sus vidas para ellos mismos, sino para Aquel que los amó a ellos y dio su vida por ellos (2 Co. 5:14-15). Es la

entrega en sacrificio de la persona para la gloria de Dios, en compromiso fiel de adoración (Ro. 12:1).

La victoria se estableció sobre tres grandes pilares: la sangre de Cristo; el testimonio del creyente en sujeción a la Palabra; la disposición a morir por Cristo. Estos no pusieron sus vidas por delante en lealtad a Cristo, sino que permanecieron fieles porque el Señor los sostuvo. Eran seguidores de Cristo que fue fiel hasta la muerte, y muerte de Cruz (Fil. 2:8). Quien vive a Cristo y sigue a Cristo no tiene otra opción de vida que la que fue propia del Señor. Perseveraron en la fidelidad, no para ser salvos, sino porque ya lo eran. La perseverancia en la fe es obra de Dios en el creyente y no esfuerzo personal del hombre.

12. Por lo cual alegraos, cielos, y los que moráis en ellos. ¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! Porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo.

διὰ τοῦτο εὐφραίνεσθε, [οἱ] οὐρανοὶ
Por esto alegraos los cielos

καὶ οἱ ἐν αὐτοῖς σκηνοῦντες.
y los en ellos acampáis.

οὐαὶ τὴν γῆν καὶ τὴν θάλασσαν,
¡Ay de la tierra y del mar

ὅτι κατέβη ὁ διάβολος πρὸς ὑμᾶς
pues descendió el diablo a vosotros

ἔχων θυμὸν μέγαν,
teniendo ira grande

εἰδὼς ὅτι ὀλίγον καιρὸν ἔχει.
sabiendo que poco tiempo tiene.

Notas y análisis del texto griego.

La conclusión de las palabras que Juan oyó desde el cielo con voz grande, alcanzan una conclusión que se expresa mediante διὰ, preposición de acusativo con sentido de *por causa de, por*; τοῦτο, caso acusativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*; εὐφραίνεσθε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz pasiva del verbo εὐφραίνω, *gozarse,* aquí como *gozaos*; el verbo pertenece a contextos de relación, ya que el gozo jubiloso tiene como presupuesto una experiencia que lo permite o motiva; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*, que no figura en mss y que probablemente no exista para dar una expresión indefinida en referencia a οὐρανοὶ, caso nominativo masculino plural del sustantivo *cielos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἐν, preposición de dativo, *en*; αὐτοῖς, caso dativo del pronombre personal *ellos*; σκηνοῦντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo σκηνόω, *habitar, establecerse, vivir,* literalmente *morar en tienda*, de ahí la traducción *acampáis*. Sigue luego una cláusula admirativa de lamento que comienza con

οὐαι, interjección *ay*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *de la*; γῆν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *tierra*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *de la*; θάλασσαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *mar*. La razón del lamento se indica con ὅτι, conjunción, *pues*; κατέβη, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo καταβαίνω, literalmente *ir abajo*, de ahí descender, tal vez más concreto *bajó*, aquí como *descendió*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; διάβολος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *diablo*; πρὸς, preposición de acusativo *a, hacia*; ὑμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal *vosotros*; ἔχων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, en este caso *teniendo*; θυμὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *ira, furor, rabia*; μέγαν, caso acusativo masculino singular del adjetivo *grande*; εἰδὼς, caso nominativo singular masculino del participio perfecto en voz activa del verbo εἴδον, forma aorista que se usa como este tiempo de ὁράω, de igual modo οἶδα, es un tiempo perfecto con significado de presente, aquí como *conociendo*, *sabiendo*; ὅτι, conjunción, *puesto que*; ὀλίγον, caso acusativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *poco*; καιρὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *tiempo*; ἔχει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tiene*.

Διὰ τοῦτο εὐφραίνεσθε, [οἱ] οὐρανοὶ. La voz celestial pronuncia una exhortación muy al estilo semita. El diablo ya no tiene ningún poder porque ha sido derrotado, por tanto pueden gozarse *los cielos* y los que están seguros a la sombra protectora de Dios. La expresión tiene que ver con quienes tienen una residencia, usando Juan un verbo que tiene que ver con poner una tienda de campaña. Anteriormente el Apocalipsis hizo referencia a quienes están cobijados bajo la tienda que Dios extendió sobre ellos (7:15), es, pues, una referencia a los santos de Dios.

Καὶ οἱ ἐν αὐτοῖς σκηνοῦντες. El llamado al regocijo se establece a modo de mandamiento, ya que el presente de imperativo del verbo como aparece en el texto griego, expresa la idea de mandato y de continuidad. Es decir, se establece el regocijo como mandato y se establece indefinidamente. Debían alegrarse *los cielos*, en sentido del orden celestial completo que tiene que ver con ellos. Debían gozarse también quienes *moran* en ellos. Los moradores del cielo tienen una causa firme para regocijarse.

Οὐαὶ τὴν γῆν καὶ τὴν θάλασσαν Por el contrario hay un profundo lamento para los que moran en la tierra. No sólo para quienes están *sobre* la tierra firme, sino también para quienes están *en el mar.* Es un ay que no está relacionado con los tres ayes de las copas. Es un lamento ante la situación que va a producirse en la tierra. La razón es que Satanás ὅτι κατέβη ὁ διάβολος πρὸς ὑμᾶς *"ha descendido"*, en un amplio sentido que equivale a *bajar, caer,*

sobrevenir, a la tierra. Arrojado del cielo sólo le queda la tierra para su acción. Su descenso va acompañado de un furor manifiesto que Juan expresa como ὅτι κατέβη ὁ διάβολος πρὸς ὑμᾶς *" teniendo gran ira"*, que indica una explosión interior que le hace arder en furor y actuar bajo ese condicionante.

Εἰδὼς ὅτι ὀλίγον καιρὸν ἔχει. La razón para esta intensa ira es el conocimiento que tiene del poco tiempo que le queda para actuar. Satanás conoce las profecías y sabe que desde ese momento le quedan sólo tres años y medio en libertad de acción sobre el mundo.

La guerra en la tierra (12:13-17).

13. Y cuando vio el dragón que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón.

Καὶ ὅτε εἶδεν ὁ δράκων ὅτι ἐβλήθη εἰς τὴν γῆν, ἐδίωξεν τὴν
Y cuando vio el dragón que fue arrojado a la tierra, persiguió a la
γυναῖκα ἥτις ἔτεκεν τὸν ἄρσενα.
mujer que dio a luz al hijo varón.

Notas y análisis del texto griego.

Una nueva visión se describe cambiando la posición del cielo a la tierra, que comienza con la conjunción καὶ, *y*; seguida de ὅτε, conjunción temporal *cuando*; εἶδεν tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo εἴδω, *mirar, ver*, aquí significa *vio*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; δράκων, caso nominativo masculino singular del sustantivo *dragón*; ὅτι, conjunción, *que*; ἐβλήθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo βλέπω, *lanzar, arrojar,* aquí como *fue arrojado, o fue lanzado*; εἰς, preposición propia de acusativo *a*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *tierra*; ἐδίωξεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo διώκω, *apresurarse, correr, correr en pos, andar detrás de algo, perseguir*, aquí como *persiguió*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *a la*; γυναῖκα, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *mujer*; ἥτις, caso nominativo femenino singular del pronombre relativo *la que*; ἔτεκεν, tercera persona de singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo τίκτω*, parir, dar a luz*, aquí como *dio a luz*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *al*; ἄρσενα, caso acusativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *varón,* pero que en este caso debe considerarse como sustantivo *varón*.

Καὶ ὅτε εἶδεν ὁ δράκων ὅτι ἐβλήθη εἰς τὴν γῆν. El dragón arrojado a la tierra no consigue victoria sobre el Hijo, el Mesías, nacido de la mujer, proveniente de ella según la carne (Ro. 9:5). Ya se ha determinado antes que la mujer representa a Israel, por tanto la persecución se desencadena por el

dragón lleno de ira (v. 12) contra los fieles de esa nación que hayan creído durante el tiempo de la tribulación.

Ἐδίωξεν τὴν γυναῖκα ἥτις ἔτεκεν τὸν ἄρσενα. El dragón, dice Juan, *"persiguió"*, esto es, generó o produjo una persecución llevada a cabo en toda la intensidad, contra el remanente fiel de Israel, el verdadero Israel de Dios. Es necesario recordar que no todos los israelitas, llamados así por ser descendientes de Abraham, son verdaderos israelitas delante de Dios (Ro. 9:6-7). El apóstol Pablo enfáticamente enseña que *"no todos los descendientes de Israel son israelitas"*, ya que la descendencia a la que alcanzan las promesas son los descendientes espirituales y no los naturales. Las promesas se cumplirán en el grupo fiel de la nación. La descendencia de Dios a la que se destinan las promesas y los pactos son a la descendencia espiritual de Abraham, esto es, la que está vinculada con él en la misma esfera de la misma fe (Gá. 3:7-9). Los hijos de Abraham son de la descendencia de Isaac, que fue el hijo de la fe de Abraham recibido de Dios mismo, al margen de toda obra humana, cuando era imposible alcanzarlo. Los hijos de Dios, el verdadero Israel de Dios, es el nacido del Espíritu (Jn. 3:5). Las promesas del reino tienen que ver sólo con quienes han nacido de nuevo (Jn. 3:3, 5). Quienes siguen la fe de Abraham son los *"hijos según la promesa"*. Estos no han aceptado el pacto que el Anticristo establecerá con Israel al principio de la última semana de Daniel (Dn. 9:27). Ese pacto garantizaba la paz a Israel y permitía al engañador presentarse ante ellos como el libertador de la nación, el Mesías esperado (Mi. 5:2; Mt. 2:4). El Israel incrédulo será engañado por el falso mesías, no así el *remanente fiel*, escogido por gracia, que no caerá en el engaño de aquel que se presentará como salvador de la nación.

La invasión de los ejércitos del reino del norte sobre Israel (Ez. 38:1-39:24), será justificación suficiente para que el Anticristo con sus ejércitos invada la tierra de Israel y rompa el pacto establecido al principio de la semana, iniciando una acción contra el verdadero pueblo de Dios (Dn. 11:40-41). La destrucción por Dios de los ejércitos del reino del norte sobre los montes de Israel, será una señal para Israel que influirá en la conversión del remanente fiel (Ez. 39:20-22). La ira diabólica se manifestará contundentemente con aquellos que son creyentes fieles en el Mesías, cuya acción contra Él, se vio desbaratada por la intervención de Dios (v. 5). El tiempo de la persecución será sumamente difícil para el remanente salvo por gracia de Israel, aquellos de quienes Pablo dice que entonces *"todo Israel será salvo"* (Ro. 11:26). El panorama profético describe una situación impactante. El Anticristo asentado en Jerusalén, la ciudad santa, haciéndose adorar como el Mesías (Mt. 24:15); el falso profeta haciendo milagros mentirosos y engañando a los que no creen (Ap. 13:11-14). La persecución contra los creyentes será en extremo intensa (Ap. 13:15-17). Israel, será obligado, por estas circunstancias a huir de Jerusalén. Es obligado aquí

hacer una referencia al sermón profético de Jesucristo que expresa estas circunstancias y complementa la interpretación del texto que consideramos y que recoge Mateo en su Evangelio (Mt. 24:15-22).

Dice el Señor: *"Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda)"*. El tiempo de angustia al que se estaba refiriendo el Señor, tiene un punto culminante con la manifestación de la *abominación desoladora*. Esta enseñanza se desprende como consecuencia de cuanto estuvo manifestando antes. Las dificultades y tribulaciones se inician y siguen en un incremento que alcanzará un punto culminante. La expresión en sí misma, tal como aparece en la construcción griega, da el sentido de una abominación caracterizada por el asolamiento, que podría ser tanto una señal como la misma causa del asolamiento. Sin embargo, la explicación queda vinculada a la referencia que nuestro Señor hace en relación con la profecía *"dicha por Daniel"*, esto es, el mensaje de Dios escrito y pronunciado en su nombre por el profeta. Se dice en Daniel (9:27): *"Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador"*. Como segunda referencia interpretativa, el Señor remite al lector al pasaje de Daniel para que *entienda* el significado de la *abominación desoladora*, que será un hecho que se produzca en el futuro. El contexto general hace necesario entender este acontecimiento al tiempo correspondiente a la última semana de las setenta establecidas en la profecía de Daniel, cuya última tendrá lugar en un futuro posterior a la muerte del Mesías en la que se formalizará un pacto con Israel por alguien que surgirá en la historia humana relacionado con el último gobernante del sistema gentil (Dn. 9:27). Por tanto, la referencia de Cristo debe situarse en la última semana de Daniel, en el tiempo de la tribulación y concretamente cuando se rompa el pacto establecido con Israel, momento en que comenzará una situación de aflicción generalizada y sumamente intensa. El resumen de ese tiempo, en sintonía con la revelación profética general, presenta la siguiente progresión histórica: El pacto será firmado por el Anticristo con el Israel incrédulo. En dicho pacto se garantizará la paz territorial y la práctica religiosa, expresada en *"la ofrenda y el sacrificio"* (Dn. 9:27). A la mitad de la semana, esto es, cuando lleven transcurridos tres años y medio de los siete de la semana final, se producirá la ruptura del pacto con Israel, que en Apocalipsis se presenta como el ataque de Satanás contra el pueblo de Dios (Ap. 11:19-12:15). La ruptura del pacto tendrá lugar cuando Satanás sea arrojado del lugar que ocupa en el aire a la tierra (Ap. 12:9). Tal acontecimiento coincide plenamente con el tiempo profético ya que Daniel se refiere a él como *"tiempo y tiempos y la mitad de un tiempo"* (Dn.7:25; 12:7), equivalente a los *"cuarenta y dos meses"* que Juan utiliza como cómputo de tiempo (Ap. 11:2; 13:5). Otra expresión equivalente

usada también por el apóstol Juan habla de mil doscientos sesenta días (Ap. 12:6). El Señor hace referencia a la *abominación desoladora*, en el *Lugar Santo*. La revelación bíblica predice que Israel contará en el futuro de un lugar destinado al culto como santuario nacional. El apóstol Pablo refiriéndose al lugar donde el Anticristo, el hijo de perdición se sentará dice: *"que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios"* (2 Ts. 2:4). El Anticristo se establece a sí mismo como Dios, exigiendo para él la adoración que corresponde a Dios y haciéndose sentar en el santuario de Dios. Tal acontecimiento de suprema impiedad ya ha sido profetizado por Daniel (Dn. 11:36, 37). El Anticristo tendrá la característica del peor de los blasfemos al asumir en sí mismo el culto idolátrico (Dn. 7:25; Ap. 13:1, 5, 6).

Dice luego el Señor en su mensaje profético: *"Entonces los que estén en Judea, huyan a los montes"* (v. 16). Las dificultades se incrementarán de tal manera que hará necesaria la huida de algunos. La instrucción se establece a modo de mandamiento ya que el verbo huir está en modo imperativo. Aunque Mateo utiliza aquí el adverbio temporal indefinido *entonces*, la referencia al tiempo de la huida es muy preciso. Será necesaria cuando la *abominación desoladora* esté en el templo de Dios. Tiene que ver con el comienzo de la segunda mitad de la última semana de Daniel cuando, como se ha considerado en el versículo anterior, la rotura del pacto con Israel propicie una nueva situación de oposición, rechazo y persecución contra el remanente fiel de la nación en aquellos días. Los creyentes se verán obligados a escapar por su vida. La huida será hacia los montes. Cabe preguntarse ¿cuales montes? Parece ser una frase general que no se refiere a ningunos montes en particular. La idea es de salir de la ciudad o de las ciudades de Judea donde estarán residiendo los creyentes y escapar hacia las montañas. No constituye esto una novedad en la historia de Israel, ya que las montañas fueron también refugio para muchos cuando escapaban del acoso de los enemigos, como ocurría en tiempos de Gedeón (Jue. 6:2). La imagen es de una situación tan delicada y peligrosa que sólo una huida a tiempo permitirá salvar la vida. Todos los creyentes saldrán precipitadamente hacia un lugar más seguro, como serían las montañas, alejándose de las ciudades donde podían ser denunciados y capturados por los adversarios. Y añade el Señor: *"El que esté en la azotea, no descienda para tomar algo de su casa"* (v. 17). La situación es de tal gravedad y la urgencia tan notoria que nadie debe preocuparse por las cosas que pudiera recoger en su casa para llevar consigo. Sólo la huida es lo necesario. Saldrán, pues, los huidos tal y como están sin nada más que lo puesto en el momento de la partida hacia los montes. *"Y el que esté en el campo, no vulva atrás para tomar su capa"* (v. 18). Los acontecimientos anunciados podrán sorprender a alguien en el campo, tal vez en las labores cotidianas a las que acudiría desprovisto de ropas de abrigo que, sin embargo, son necesarias para el frío de las montañas. Nada más importante que salvar la vida, por tanto, la instrucción establecida también a

modo de mandato, como indica el imperativo del verbo, es dejar todo para huir por la vida. Los creyentes no llevarán nada consigo, solo escaparan para salvar la vida, confiados en la provisión misericordiosa de Dios y en su cuidado paternal.

La situación será especialmente penosa para algunos: *"Mas ¡ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días!"* (v. 19). La huida será dificultosa para todos, pero especialmente conflictiva para las mujeres que estén gestando y para aquellas que tengan que llevar consigo a niños recién nacidos. Una doble aflicción rodeará a esas mujeres en su huida, primeramente por el esfuerzo físico que supone una huida en tales condiciones y, en segundo lugar, por la angustia de ser alcanzadas por los perseguidores y que pudieran con ello sufrir también sus niños.

Por esa razón el Señor dice: *"Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni en día de reposo"* (v. 20), exhortando a la oración para que la huida no se produzca en momentos que dificulten aún más la situación y la hagan más penosa. Mediante la oración los creyentes debían pedir que la huida no se produjese en invierno. La razón es obvia, ya que el Señor hizo referencia a algunos que estarán trabajando en el campo y no tendrán oportunidad de buscar ropa de abrigo. Otros saldrán precipitadamente de sus casas y podrán recoger vestidos más adecuados. Aún todavía más penoso sería la huida para las madres y las mujeres encintas, añadiendo a su situación el rigor del frío invernal. Es fácil conformarse con un lugar cubierto para el calor del verano, pero no es tan sencillo hacerlo para soportar el frío del invierno. De igual manera debían pedir a Dios que la huida no se produjese en día de reposo. La tradición de los ancianos había establecido un límite para caminar en día de reposo que no debía exceder de dos mil codos. Ningún religioso estaría dispuesto a ayudar a nadie para caminar un espacio mayor. Algunos consideraban que la disposición podía quebrantarse cuando de no hacerlo podía peligrar la vida. Sin embargo para cualquier judío estricto sería algo penoso en relación con su conciencia. Es más, se enseñaba –y la enseñanza tradicional judía será norma en los tiempos finales- como pecaminoso ayudar a alguien a caminar una distancia mayor en día de reposo; incluso se ponían obstáculos en el camino de los fugitivos en el sábado, por más lícita que fuese la razón de la huida. En base a este contexto cultural de los tiempos de Jesús, el Señor insta a los creyentes a pedir a Dios que una situación como la anunciada proféticamente, no se produjese ni en invierno y en sábado. La aplicación del pasaje permite hacerlo en relación con la necesidad de orar intensamente en tiempos de conflicto y tribulación, de manera que Dios, que permite que la angustia llegue a la vida del creyente, conceda en su providencia circunstancias favorables que mitiguen la intensidad del sufrimiento o, por lo menos, no lo incrementen. La oración será el elemento que permita la experiencia de ver como la angustia del momento se sobrelleva con la

disposición y coraje que sólo la gracia puede comunicar. En las circunstancias más adversas, la respuesta a la oración, permitirá sentir mejor la presencia del Señor en los momentos más difíciles y saber que su promesa se cumple, estando con el que está pasando por la angustia (Sal. 91:15). Los fríos del invierno, espiritualmente hablando, como circunstancias que acompañan a situaciones de sufrimiento, como problemas espirituales o depresiones anímicas, podrán ser superados mediante los recursos de la oración. De ahí que Santiago diga: *"¿Está alguno afligido? Haga oración"* (Stg. 5:13). Otras muchas circunstancias podrán quitar el reposo del alma, en tales momentos, la oración alcanzará los recursos necesarios en el trono de la gracia, para superar las circunstancias llenando de paz el alma, mientras el turbión violento de la prueba discurre en el exterior. La oración es el aliento vital para el alma cristiana, y el Señor exhorta a la práctica intensa de ella en cada momento, pero, sobre todo, cuando la angustia llena los días de la experiencia cristiana.

Continúa Jesús: *"Porque habrá entonces gran tribulación, la cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá"* (v. 21). Mediante una solmene afirmación Jesús se refiere a un tiempo venidero de angustia. Ese tiempo será sin parangón en la historia humana. El Señor habla de una tribulación *grande*, como no hubo otra en la historia antecedente de la humanidad, ni la habrá tampoco después que esta tribulación se produzca. La tribulación de que Jesús habla aquí, no puede darse por cumplida en la destrucción de Jerusalén por los ejércitos de Tito, porque aunque en esa ocasión la destrucción y la angustia fueron grandes, hubo otras muchas manifestaciones superiores en dramatismo y destrucción a lo largo de la historia siguiente hasta nuestros días. Jesús afirma que la tribulación de aquel tiempo al que se estaba refiriendo no puede compararse con nada de cuanto ha ocurrido en el mundo y debe entenderse como el cumplimiento profético del Antiguo Testamento (Dn. 12:1-2), que desarrolla luego Juan (Ap. 7:14; 12:12-17; 13:7; etc.). Será la culminación del *día de Dios*, anunciado tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento (Is. 2:12; 13:6, 9; Ez. 13:5; 30:3; Jl. 1:15; 2:1, 11, 31; 3:14; Am. 5:18, 20; Abd. 15; Sof. 1:7, 14; Zac. 14:1; Mal. 4:5; Hch. 20:20; 1 Ts. 5:2; 2 Ts. 2:2; 2 P. 3:10). Especialmente grave será para aquellos que habiendo reconocido al Señor como el Mesías, sean objeto de persecución por el Anticristo, que se hace pasar como el verdadero Mesías y se asienta en el templo de Dios para hacerse adorar como Dios. Esto producirá una verdadera angustia tanto material, por la persecución, como espiritual, por la abominación desoladora que Satanás habrá establecido en la persona del Anticristo. Los creyentes habrán tenido que huir, como se consideró antes, para ser sustentados y cuidados por Dios durante este tiempo final de los tres años y medio últimos, correspondientes a la semana setenta de las profetizadas por Daniel. Por tanto, dice el Señor: *"Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados"* (v. 22). El tiempo

de angustia y aflicción anunciado por Jesús, tendrá una duración limitada. La tribulación será tan grande y la situación se hará de tal forma insoportable que si aquellos días no se vieran acortados por la segunda venida del Hijo del Hombre, no se salvaría nadie. No quiere decir esto que el período de los siete años determinados proféticamente será reducido en tiempo, sino más bien, que Dios ha determinado una duración corta, que será de siete años en conjunto y de tres años y medio la parte más intensa de la tribulación, a fin de que no perezca toda la humanidad. La brevedad establecida para aquel tiempo está relacionada con *los escogidos*. Este término, relacionado en muchos otros lugares para designar a los salvos, tiene que ver con el remanente fiel que habrá sido escogido por Dios en su gracia, de la nación de Israel (Is. 65:9).

Una palabra aplicativa antes de dejar el versículo. Los creyentes en ocasiones sufrirán también, como ocurrirá en el final de los tiempos, persecuciones en las que la huída será la única posibilidad de escapar con vida. El hecho de que un cristiano huya cuando es perseguido, no es ninguna contradicción con su fe, sino una sabia medida para continuar con vida y seguir sirviendo al Señor en su obra en la tierra. Tal era el pensamiento de Pablo (Fil. 1:22-26). En la huída podrán quedar sin nada personal. En esa situación quedará todo cuanto de valor tenían en este mundo. Sin embargo, aunque el mundo pueda hacerles perder todo, tienen la riqueza suprema de Cristo en su vida. Nadie podrá separarles del amor de Dios que es en Cristo (Ro. 8:38-39). Es posible que el Señor demande su propia vida en el altar del testimonio, pero sólo Él es quien puede demandarla porque también la ha dado y le pertenece. Buscar el martirio como manifestación de piedad no es consecuente con la fe. La disposición al martirio, si el Señor así lo permite, es consecuencia de la fe. La persecución podrá quitar a un creyente todo, incluso la vida, pero nunca podrá hacerle perder su salvación y la gloriosa presencia del Señor en Él. En los momentos de dificultades es necesario orar intensamente, de manera que Dios, que permite que la angustia llegue a la vida del creyente, conceda en su providencia circunstancias favorables que mitiguen la intensidad del sufrimiento o, por lo menos, no lo incrementen. La oración será el elemento que permita la experiencia de ver como la angustia del momento se sobrelleva con la disposición y coraje que sólo la gracia puede comunicar. En las circunstancias más adversas, la respuesta a la oración, permitirá sentir mejor la presencia del Señor en los momentos más difíciles y saber que su promesa se cumple, estando con el que está pasando por la angustia (Sal. 91:15). Los fríos del invierno, espiritualmente hablando, como circunstancias que acompañan a situaciones de sufrimiento, como problemas espirituales o depresiones anímicas, podrán ser superados mediante los recursos de la oración. De ahí que Santiago diga: *"¿Está alguno afligido? Haga oración"* (Stg. 5:13). Otras muchas circunstancias podrán quitar el reposo del alma, en tales momentos, la oración alcanzará los recursos necesarios en el trono de la gracia, para superar las

circunstancias llenando de paz el alma, mientras el turbión violento de la prueba discurre en el exterior. La oración es el aliento vital para el alma cristiana, y el Señor exhorta a la práctica intensa de ella en cada momento, pero, sobre todo, cuando la angustia llena los días de la experiencia cristiana.

14. Y se le dieron a la mujer las dos alas de la gran águila, para que volase de delante de la serpiente al desierto, a su lugar, donde es sustentada por un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo.

καὶ ἐδόθησαν τῇ γυναικὶ αἱ δύο πτέρυγες τοῦ ἀετοῦ τοῦ μεγάλου,
Y fueron dadas a la mujer las dos alas del águila la grande
ἵνα πέτηται εἰς τὴν ἔρημον εἰς τὸν τόπον αὐτῆς, ὅπου τρέφεται
para que volase al desierto al lugar de ella, donde es sustentada
ἐκεῖ καιρὸν καὶ καιροὺς καὶ ἥμισυ καιροῦ ἀπὸ προσώπου τοῦ
por tiempo y tiempos y medio tiempo lejos de la presencia de la
ὄφεως.
serpiente.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad sigue la narración usando nuevamente καὶ, la conjunción copulativa *y*; ἐδόθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo δίδωμι, *dar, entregar,* aquí como *fueron dadas*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *a la*; γυναικὶ, caso dativo femenino singular del sustantivo *mujer*; αἱ, caso nominativo femenino plural del artículo determinado *las*; δύο, caso nominativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal *dos*; πτέρυγες, caso nominativo femenino plural del sustantivo *alas*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; ἀετου, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *águila*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*, que no se traduce en castellano en esta construcción; μεγάλου, caso genitivo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *grande*; ἵνα, conjunción que equivale a *para que, a fin de que; de modo que;* πέτηται, tercera persona singular del presente de subjuntivo en voz media del verbo πέτομαι, *volar*, aquí como *volase*; εἰς, preposición de acusativo *a*; τὴν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; juntos forman la contracción *al*; τόπον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *lugar, sitio*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal *de ella*; seguido del adverbio relativo ὅπου, *donde*; τρέφεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz pasiva del verbo τρέφω, *alimentar, dar de comer, sustentar*, aquí como *es sustentada*; ἐκεῖ, adverbio de lugar*, allí*; καιρὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *tiempo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; καιροὺς, caso acusativo masculino plural del sustantivo *tiempos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἥμισυ, caso acusativo neutro singular del adjetivo *medio*; καιροῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *tiempo*; ἀπο, preposición de genitivo *de, desde, lejos de*; προσώπου, caso genitivo neutro singular declinado del sustantivo que denota, *de presencia, de rostro*; τοῦ, caso

genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; ὄφεως, caso genitivo masculino singular declinado del sustantivo, *de ofidio, de serpiente.*

Καὶ ἐδόθησαν τῇ γυναικὶ αἱ δύο πτέρυγες τοῦ ἀετοῦ τοῦ μεγάλου. La protección de Israel se realizará mediante un acto sobrenatural. La figura de las alas del águila indica un proceso de ayuda divina a favor del pueblo. Con esta misma figura se hace referencia a la liberación de Israel de Egipto (Ex. 19:4). De igual manera, mediante el mismo simbolismo, se habla de la protección divina sobre ese pueblo en el tiempo pasado en el desierto (Dt. 32:11). La provisión de fuerzas para la vida del creyente está simbolizada también por las fuerzas del águila (Sal. 103:5). El profeta, en nombre del Señor, promete un fortalecimiento espiritual comparándolo con las alas del águila (Is. 40:31). Dios actuará para efectuar, como en tiempos de Faraón, un acto de liberación sobre el remanente fiel.

Ἵνα πέτηται εἰς τὴν ἔρημον εἰς τὸν τόπον αὐτῆς. Las alas de la gran águila le permitirán *volar* (siempre en forma figurada) a un lugar preparado de antemano por la providencia divina. La figura del vuelo expresa la idea de pasar por encima de los peligros que suponen los propósitos diabólicos. Satanás se presentó antes como *arrojado* a la tierra, el pueblo de Dios sobrenaturalmente protegido por Él, vuela sobre el dragón que está en la tierra y que no puede impedir que pase sobre cuantos obstáculos preparó para detener y poder eliminar al pueblo de Dios. El lugar de provisión se le llama aquí *el desierto*. Dios pone al servicio de su pueblo la naturaleza que Él gobierna. Como se ha dicho varias veces, *desierto* es un vocablo que designa un lugar poco poblado, en este caso hace referencia a cualquier lugar a donde el Anticristo no podrá alcanzar a Israel. La Biblia enseña que habrá dos lugares que escaparán a la mano del Anticristo y que son Edom y Moab (Dn. 11:41). Territorios situados en Transjordania al sur de Palestina al otro lado del Mar Muerto. Esto ha permitido establecer especulaciones sobre el lugar a donde Israel será sustentado. Algunos incluso se atreven a hablar de la ciudad de Petra, situada al sur del Mar muerto, como escribe Barchuk:

“En ese mismo desierto rocoso, hay una ciudad también desierta actualmente, llamada Petra, esto es, roca. La ciudad permanece aplastada como en un cráter volcánico y está rodeada de rocas altas y filosas. Allí se han descubierto muchos lugares de alojamiento, grandes salas. El único paso a ese lugar entre rocas altas, mide de 3 a 12 m. de ancho, tiene 300 m. de alto y 2 Km. De longitud. Esa ‘ciudad’ se cierra desde arriba” [17] .

[17] Ivan Barchuk, o.c., pág. 218.

Cualquier identificación geográfica del lugar donde Israel será llevado para escapar a la acción satánica contra él, es mera especulación sin base bíblica concluyente. Tan sólo debe considerarse esto como ilustración en el sentido de que Dios tendrá un lugar preparado para su pueblo, en el desierto.

Ὅπου τρέφεται ἐκεῖ καιρὸν καὶ καιροὺς καὶ ἥμισυ καιρου. Junto con el lugar, estará también la provisión para el pueblo de Dios. Quien hace provisión del lugar hace también provisión del sostenimiento necesario para los suyos. Así hizo antaño con el profeta Elías, cuando huía de la persecución de Jezabel, proveyendo para él lugar en la cueva a la orilla del arroyo y haciéndole llegar cada día el alimento por medio de los cuervos (1 R. 17:3-6). El tiempo de provisión para Israel durará justamente la mitad del de la tribulación, expresado aquí en la forma *tiempo* (un año), *tiempos* (dos años) y *medio tiempo* (medio año), que hacen los tres años y medio de la segunda mitad de la última semana de Daniel. En ese lugar desierto, donde Dios hará provisión y cuidará de los suyos, se cumplirá lo que el profeta anunció de un diálogo de amor y de gracia de Dios y su pueblo: *"Pero he aquí que yo la atraeré y la llevaré al desierto, y hablaré a su corazón"* (Os. 2:14). Un tiempo de quietud a solas con el Señor al que se habrán vuelto en arrepentimiento y fe. De la misma manera que cuando salió de Egipto, el desierto será un lugar de purificación y de enseñanza.

Ἀπὸ προσώπου του ὄφεως. El texto griego es muy enfático en la conclusión del versículo que queda muy diluido en la traducción de RV60. donde se lee: *"lejos de la presencia o del rostro de la serpiente"*. Posiblemente en la traducción de RV esté comprendido en la expresión: *"de delante de la serpiente"*. Sin embargo lo que el texto enseña es que Dios llevó a su pueblo a un lugar a donde Satanás no podía alcanzarlo. No quiere decir esto que no tuviese fuerza material para llegar a los perseguidos, pero Dios había levantado un muro protector entorno a ellos que impedía el acceso de su mortal perseguidor.

15. Y la serpiente arrojó de su boca, tras la mujer, agua como un río, para que fuese arrastrada por el río.

καὶ ἔβαλεν ὁ ὄφις ἐκ τοῦ στόματος αὐτοῦ ὀπίσω τῆς γυναικὸς
Y arrojó la serpiente de la boca de ella detrás de la mujer
ὕδωρ ὡς ποταμόν, ἵνα αὐτὴν ποταμοφόρητον ποιήσῃ.
agua como río para que a ella arrastrada por el río haga.

Notas y análisis del texto griego.

De nuevo utiliza el escritor como elemento de continuidad καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔβαλεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo βάλλω, *echar, arrojar*, aquí como *arrojó*; ὁ, caso nominativo masculino singular

del artículo determinado *el* femenino en castellano si se relaciona con la acepción serpiente; ὄφις, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *ofidio, serpiente*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *lo*, femenino en castellano, *la*; στόματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo *boca*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*, femenino en español *de ella*; ὀπίσω, preposición impropia de genitivo *tras, después de, detrás de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; γυναικὸς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *mujer*; ὕδωρ, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *agua*; ὡς, adverbio de modo *como*; ποταμόν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *río*; ἵνα, conjunción *para que*; αὐτὴν, caso acusativo femenino singular del pronombre personal *a ella*; ποταμοφόρητον, caso acusativo femenino singular del adjetivo *arrastrado por el río*; ποιήσῃ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo ποιέω, *actuar, cumplir, efectuar, ejecutar*, aquí como *haga*.

Καὶ ἔβαλεν ὁ ὄφις ἐκ τοῦ στόματος αὐτοῦ ὀπίσω τῆς γυναικὸς ὕδωρ ὡς ποταμόν. Frustrados todos los intentos de la serpiente contra Dios, derrotada junto con sus huestes, arrojada a tierra, impedida de alcanzar también a la mujer, la reacción final o el intento último de Satanás para impedir que la mujer-nación, Israel, fuese libertada de su propósito fue lanzar contra ella agua como un río. La serpiente no podía detener a la mujer, pero intentó desesperadamente eliminarla.

El agua salió ἐκ τοῦ στόματος, de la boca de la serpiente, indicando con ello el efecto que se produce por un mandato salido de Satanás. El agua de un río es símbolo de una acción militar, especialmente referida a una invasión armada, figura usada en profecía para referirse a la invasión preparada por Egipto (Jer. 46:7). De la misma manera, el salmista compara el movimiento de las naciones en oposición a Dios, como el efecto de un río (Sal. 93:3). Quiere decir aquí que Satanás y su agente el Anticristo perseguirán al Israel que huye, por medio de sus ejércitos que lanza contra los que huyen. El propósito que tiene se expresa con precisión: ἵνα αὐτὴν ποταμοφόρητον ποιήσῃ, *"para que fuese arrastrada por el río"*. En el mismo sentido figurado, que los ejércitos lanzados contra quienes habían conseguido huir, trajese como resultado la eliminación total de los fugitivos, como cuando las aguas torrenciales de un río arrastran lo que encuentran a su paso y lo hacen desaparecer.

16. Pero la tierra ayudó a la mujer, pues la tierra abrió su boca y tragó el río que el dragón había echado de su boca.

καὶ ἐβοήθησεν ἡ γῆ τῇ γυναικὶ καὶ ἤνοιξεν ἡ γῆ τὸ στόμα αὐτῆς
Y ayudó la tierra a la mujer y abrió la tierra la boca de ella
καὶ κατέπιεν τὸν ποταμὸν ὃν ἔβαλεν ὁ δράκων ἐκ τοῦ στόματος
y tragó el río el que arrojó el dragón de la boca

αὐτοῦ
de él.

Notas y análisis del texto griego.

El relato prosigue con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐβοήθησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo βοηθέω, *venir en ayuda, ayudar*, vinculado con βοηθός, *ayudador*, y con βοήθεια, *ayuda, socorro,* aquí como *ayudó*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆ, caso nominativo femenino singular del nombre *tierra*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *a la*; γυναικὶ, caso dativo femenino singular del sustantivo *mujer*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἤνοιξεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀνοίγω, *abrir*, aquí como *abrió*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆ, caso nominativo femenino singular del nombre *tierra*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*, femenino en castellano *la*; στόμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *boca*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal *de ella*; καὶ, conjunción copulativa *y*; κατέπιεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo καταπίνω, *tragar, devorar, absorber*, aquí como *tragó*, o *absorbió*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; ποταμὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *río*; ὃν, caso acusativo masculino singular del pronombre relativo *el que*; ἔβαλεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo βάλλω, *echar, arrojar*, aquí como *arrojó*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; δράκων, caso nominativo masculino singular del sustantivo *dragón*; ἐκ, preposición que rige genitivo, *de*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *lo,* femenino en castellano, *la*; στόματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo *boca*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él.*

Καὶ ἐβοήθησεν ἡ γῆ τῇ γυναικὶ καὶ ἤνοιξεν ἡ γῆ τὸ στόμα αὐτῆς καὶ κατέπιεν τὸν ποταμὸν ὃν ἔβαλεν ὁ δράκων ἐκ τοῦ στόματος αὐτοῦ. Dios determina salvar a su pueblo y su determinación en soberanía es inmutable. Satanás actuará por todos los medios para eliminar, debido a su ira, a la mujer-nación, que Dios protege enviándola al desierto y estableciendo la provisión para su sustento durante la segunda parte de la tribulación. Dios pone, una vez más, la naturaleza a su servicio y al servicio de los suyos. En la antigüedad fue el mar que tragó a los ejércitos enemigos de Israel que habían salido contra ellos desde Egipto (Ex. 14:5-9, 27-28), en esta circunstancia será la propia tierra. Frente al río lanzado por el dragón está el poder de Dios (Sal. 93:3-4). Dios es poderoso para convertir el río en sequedal (Sal. 107:33). En esta última parte de las acciones contra el verdadero Israel de Dios, la naturaleza le servirá en la destrucción del ejercito invasor del Reino del Norte (Ez. 38:19-23). La Biblia se hace eco de ocasiones en que la tierra se abrió para tragar a los transgresores contra Dios (Nm. 16:28-33; 26:10; Dt.

11:6; Sal. 106:17). La tierra será instrumento en mano de Dios para *ayudar* a la mujer. El río lanzado contra la mujer por el dragón fue *tragado*, o *absorbido,* que también es el significado del verbo. Quiere decir esto que todo el gran ejército lanzado tras los israelitas que huían al desierto, fue aniquilado y desapareció completamente, poniendo de manifiesto, una vez más, que el Soberano gobierna y controla cualquier situación desde su condición omnipotente.

17. Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo.

καὶ ὠργίσθη ὁ δράκων ἐπὶ τῇ γυναικὶ καὶ ἀπῆλθεν ποιῆσαι πόλεμον
y se enfureció el dragón sobre la mujer y fue a hacer guerra
μετὰ τῶν λοιπῶν τοῦ σπέρματος αὐτῆς τῶν τηρούντων τὰς ἐντολὰς
con los restantes de la descendencia de ella los que guardan los mandamientos
τοῦ Θεοῦ καὶ ἐχόντων τὴν μαρτυρίαν Ἰησοῦ.
- de Dios y tienen el testimonio de Jesús.

Notas y análisis del texto griego.

Prosiguiendo el relato Juan utiliza otra vez καὶ, la conjunción copulativa *y*; ὠργίσθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo ὀργίζω, *encolerizarse*, *llenarse de ira* que se manifiesta en acciones consecuentes, aquí como *se enfureció,* o *se encolerizó*, ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; δράκων, caso nominativo masculino singular del sustantivo *dragón*; ἐπι, preposición de dativo *sobre*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; γυναικὶ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *mujer*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀπῆλθεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἀπέρχομαι, *partir, marcharse, salir,* aquí como *fue*; ποιῆσαι, aoristo de infinitivo en voz activa del verbo ποιέω, *producir, hacer*, aquí como *hacer*; πόλεμον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *conflicto, pelea, guerra*; μετὰ, preposición de genitivo *con*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; λοιπῶν, caso genitivo femenino plural del adjetivo *restante*, *el resto, las demás*, *remanente*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *de lo*, en español femenino *de la*; σπέρματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo *descendencia*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal *de ella*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; τηρούντων, caso genitivo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo τηρέω, *observar, prestar atención, obedecer, guardar*, aquí como *guardan*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; ἐντολὰς, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *mandato, precepto, orden, encargo*, aquí como *mandamientos*; seguido de τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, no traducible en español en esta construcción; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Dios*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐχόντων, caso genitivo masculino plural del participio de presente en voz

activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tienen*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la,* masculino en español *el*; μαρτυρίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *testimonio*; ᾿Ιησου, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Jesús*.

Καὶ ὠργίσθη ὁ δράκων ἐπὶ τῇ γυναικὶ καὶ ἀπῆλθεν ποιῆσαι πόλεμον μετὰ τῶν λοιπῶν τοῦ σπέρματος αὐτῆς. El dragón encolerizado desencadena la persecución, especialmente orientada hacia τῶν λοιπῶν, *los restantes*, literalmente *el remanente*, de Israel que no fueron llevados al desierto. Es muy posible que se refiera a los ciento cuarenta y cuatro mil israelitas que estarán esparcidos por toda la tierra en la misión de evangelizar al mundo y proclamar a todos el mensaje de salvación por fe en Cristo. Son personas selladas para Dios (Ap. 7:1-8) y se identifican como siervos de Dios (Ap. 7:3).

Τῶν τηρούντων τὰς ἐντολὰς τοῦ Θεοῦ. Estos que son verdaderamente salvos lo ponen de manifiesto en la esfera de vida que es propia al regenerado, la obediencia. Se les califica como *obedientes a los mandamientos de Dios*. Pudiera referirse a la ética establecida por Dios en la Ley moral, los mandamientos de la antigua alianza; no los ceremoniales, abolidos en el cumplimiento de las figuras en Cristo y su obra, sino en toda la ética del reino que Jesús presentó en el Sermón del Monte. Esta ética, es la forma de vida propia del creyente en cualquier dispensación, pero especialmente aplicable a los que están en el reino de Dios. Quiere decir que comprende tanto a los creyentes en los días de la tribulación, como a los de la actual dispensación en el cuerpo de la Iglesia. Lo que determina visiblemente la condición de creyente es la obediencia a lo que Dios establece.

Καὶ ἐχόντων τὴν μαρτυρίαν ᾿Ιησοῦ. Los que serán perseguidos en el furor del dragón son los que tienen el testimonio de Jesús. Es interesante apreciar que el texto griego tiene la lectura *Jesús* y no *Jesucristo* como aparece en RV. Estos son los que además de obediencia a Dios, proclaman el testimonio de la verdad que Jesús enseñó a los suyos y que la Iglesia sostuvo durante el tiempo de su permanencia en la tierra.

18. Y se paró sobre la arena del mar.

Καὶ ἐστάθη[1] ἐπὶ τὴν ἄμμον τῆς θαλάσσης.
Y se paró sobre la arena del mar.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] ἐστάθη, *se paró*, atestiguada en p[47], Aleph, A, C, 1828, 1854, 2065, 2344, 2432, it[ar, c, dem, div, gig, haf, z], vg, syr[h], arm eth, Ticonius, Primasius, Beatus, Haymo.

ἐστάθην, *me paré*, que aparece en P, 046, 051, 1, 94, 1006, 1611, 1859, 2020, 2042, 2053, 2073, 2081, 2138, syr[ph], cop[sa, bo], Andrés, Arethas.

La crítica textual favorece la primera lectura, que se adopta aquí.

Juan concluye con καὶ, la conjunción copulativa *y*, que le sirve de nexo de unión entre las distintas escenas del relato, seguida de ἐστάθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo ἵστημι, *asignar, comparecer, establecer, estar en pie, parar, detener,* aquí como *se paró*; ἐπὶ, preposición de dativo *sobre*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἄμμον, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *arena*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; θαλάσσης, caso genitivo femenino singular del sustantivo *mar*,

Καὶ ἐστάθη ἐπὶ τὴν ἄμμον τῆς θαλάσσης. Algunos consideran que quien se paró sobre la arena era Juan, en cuyo caso leen *y me paré sobre la arena*, como es el caso de RV, que pone esta frase al principio del versículo primero del siguiente capítulo. Los mss más seguros leen aquí de la forma en que aparece en el versículo más arriba, por lo que debe haber un versículo más en este capítulo.

No es Juan el que se para en la arena, porque él no se mueve del lugar en que recibe las visiones, sino el dragón que no consiguió su objetivo contra la mujer. El verbo que utiliza Juan equivale a *detenerse, pararse, estar en pie*, presentando al dragón detenido sobre la arena del mar. Como ya se dijo anteriormente *mar* tiene que ver con las naciones de la tierra, de modo que el dragón se detuvo sobre las naciones en que ejerce su autoridad y dominio. En esa posición figurada, está al límite de su máxima acción sobre el mundo. Detenido sobre la arena del mar, esto es, sobre las naciones de la tierra, prepara el último acto de rebeldía contra Dios, dando su poder al Anticristo, que subirá del mar de las naciones como se revela en el capítulo siguiente al presentar a la bestia que sube del mar. Este versículo prepara, pues, la transición al relato sobre el Anticristo y el falso profeta, con quienes Satanás establece la impía trinidad de maldad en oposición abierta contra la Santa Trinidad celestial.

En todo el contenido del capítulo se recalca nuevamente y, tal vez, con mayor intensidad la verdad de la soberanía de Dios. El Señor controla todos los movimientos de sus enemigos para lograr la consumación de Su propósito y de Su plan. Esa soberanía que afectará la historia humana y que se expresará en juicios sobre la maldad de los hombres, adquiere en el capítulo una sensibilidad especial para el creyente, al apreciar la actuación de Dios en el cuidado personal

de su pueblo. El pasaje es la mejor explicación a las palabras de Pablo: *"Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados"* (Ro. 8:28). Las circunstancias más adversas, los momentos más tensos, los conflictos más enconados, sirven siempre para descubrir que Dios tiene cuidado de los suyos. Nada separa al creyente de Dios, pero, todavía más, nada separa al creyente del amor de Dios. He aquí la gloriosa verdad, si en amor Dios nos dio a su Hijo, no habrá nada que necesitemos que no nos conceda (Ro. 8:31). Pero, sobre todo podemos descansar confiadamente porque *"¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?"* (Ro. 8:35). No hay barrera que pueda interponerse entre el creyente y el amor de Jesús. Las adversidades y sufrimientos no son caminos dolorosos, sino la senda de la experiencia del verdadero triunfo en Cristo: *"Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó"* (Ro. 8:37). Puede ser que estemos ahora mismo sintiendo a Satanás rugir contra nosotros y buscando nuestra destrucción, es posible que las huestes de maldad se hallen empeñadas en una acción directa contra alguno de nosotros, pero, en cualquier caso, siempre estaremos rodeados del amor de Dios, que proveerá de lo necesario para darnos una salida victoriosa. Es posible, tal vez, que no veamos con claridad la razón de las circunstancias adversas, ni seamos capaces de atisbar el final del conflicto, pero podemos aferrarnos en fe a la certeza de que *"ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna cosa creada nos podrá separar del amor de Dios que es en Cristo Jesús Señor nuestro"* (Ro. 8:39).

CAPÍTULO XIII

LAS DOS BESTIAS

Introducción.

El capítulo anterior ofrece la panorámica de la expulsión de Satanás del cielo y el cese de su ministerio como acusador de los creyentes. Este acontecimiento que causa júbilo en el cielo, será un incremento de tribulación para los moradores de la tierra. La acción diabólica tendrá como objetivo la implantación definitiva de un reino sin Dios. Esto frustraría los planes del Altísimo que en su soberanía determinó que su Hijo reine sobre su reino, tanto terrenal como cósmico y celestial. Satanás procurará activar su programa y hacer funcionar en la tierra lo que es su propósito en relación con el reino. De alguna manera y en alguna medida se hará visible en un hombre, llamado el Anticristo y, en el capítulo, la *primera bestia.* En el desarrollo de los acontecimientos que tendrá lugar en la tierra durante la *última semana* de las setenta profetizadas por Daniel, y de forma especial en la segunda parte de esa semana final, debe prestarse atención al sistema de gobierno mundial de aquellos días. Este sistema obedecerá al proyecto satánico para la tierra, consistente es establecer un reino paralelo y al margen de Dios. Satanás es un imitador impío, hasta el punto de manifestarse con la apariencia de un ángel de luz (2 Co. 11:14), de tal manera que pueda engañar más fácilmente a las gentes. En su programa perverso, implantará en el mundo una imitación inicua de Dios mismo. Tres personajes administraran el gobierno satánico en la tierra. *El dragón* como *anti-Padre*, la primera bestia como *Anticristo*, y el falso profeta como *anti-Espíritu*. Esos tres formarán una auténtica trinidad de maldad que conducirá al mundo en ese corto período de tiempo, antes de la venida del Señor. El capítulo que se estudia es complejo, como todos los del libro, y contiene una panorámica de las actividades de estos dos personajes que Satanás levantará, respaldándolos con su poder, y colocándolos en la posición suprema dentro de las naciones de la tierra, el Anticristo y el falso profeta. Será interesante trasladar aquí, a modo de introducción, las notas que el Dr. Francisco Lacueva usa en el comentario de este capítulo donde cita al Dr. Pentecost y dice:

"Comienza Pentecost su estudio afirmando que ninguna cuestión que enfrente al estudiante de escatología es más importante que la del método que debe ser empleado en la interpretación de las Escrituras proféticas. Después de describir los dos métodos de interpretación que han prevalecido a lo largo de la Historia de la Iglesia, y antes de describir al por menor las vicisitudes históricas de dichos métodos, arguye en defensa del sentido literal con las siguientes razones: (a) Que el significado literal de las oraciones es la forma

normal de todos los idiomas. (b) Que todos los significados secundarios de documentos, parábolas, tipos, alegorías y símbolos dependen, para su propia existencia, del significado literal previo de los términos. (c) Que la mayor parte de la Biblia tiene sentido adecuado cuando se interpreta literalmente. (d) Que el enfoque literal no descarta ciegamente las figuras de dicción, símbolos, alegorías y tipos; sino que, si la naturaleza de la oración así lo requiere, fácilmente acepta el segundo sentido. (e) Que este método es el único obstáculo cuerdo y seguro contra las imaginaciones del hombre. (f) Que este método es el único cónsono con la naturaleza de la inspiración. La inspiración plenaria de la Biblia enseña que el Espíritu Santo guió a los hombres a la verdad y los apartó del error. En este proceso, el Espíritu Santo usó el lenguaje y las unidades del lenguaje (como significado, no como sonido) que son las palabras y los pensamientos. El pensamiento es el hilo que hilvana las palabras unas con otras. Por tanto, nuestra exégesis misma debe comenzar con un estudio de las palabras y la gramática, los dos fundamentos de todo discurso significativo"[1].

El bosquejo para el estudio del capítulo es el siguiente:

1. Las dos bestias (13:1-18).
    1.1. La primera bestia (13:1-10).
    1.2. La segunda bestia (13:11-18).

Las dos bestias (13:1-18).

La primera bestia (13:1-10).

1. Y vi subir del mar una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos; y en sus cuernos diez diademas; y sobre sus cabezas, un nombre blasfemo.

Καὶ εἶδον ἐκ τῆς θαλάσσης θηρίον ἀναβαῖνον, ἔχον κέρατα δέκα καὶ
Y vi del mar una bestia que subía que tenía cuernos diez y
κεφαλὰς ἑπτὰ καὶ ἐπὶ τῶν κεράτων αὐτοῦ δέκα διαδήματα καὶ ἐπὶ
cabezas siete y sobre los cuernos de ella diez diademas y sobre
τὰς κεφαλὰς αὐτοῦ ὀνόματα[1] βλασφημίας.
las cabezas de ella nombre blasfemo.

Notas sobre el texto griego.
Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] F. Lacueva. o.c., pág. 466 s.

[1] ὀνόματα, *nombres*, que aparece en A 046, 051, 94, 1611, 1828, 1854, 1859, 2020, 2053, 2073, 2138, 2344, 2432, it[ar, c, div, gig, haf],vg, syr[h], Tyconius, Andrés[c], Ps-Ambrosio, Arethas.

ὄνομα, *nombre,* que se encuentra en **p**[17], א, C, P, 1, 1006, 2042, 2065, 2081, it[dem, z], syr[ph], cop[sa, bo], arm, eth, Tyconius, Primasius, Andrés[a, bav, p], Beatus, Haymo.

Con su habitual estilo Juan usa nuevamente la conjunción copulativa καὶ, *y*, para dar secuencia continuativa al relato, seguida de εἶδον, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, *ver*, aquí como *vi*, también en sentido de *observar, percibir, mirar*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; θαλάσσης, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *mar*; θηρίον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *bestia, animal salvaje, fiera*; ἀναβαῖνον, caso acusativo neutro singular con el participio de presente en voz activa del verbo ἀναβαίνω, *subir, ascender, salir,* aquí como *que salía o que subía*; ἔχον, caso acusativo neutro singular con el participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener,* aquí como *que tenía*; κέρατα, caso acusativo neutro plural del sustantivo *cuernos*; δέκα, caso acusativo neutro plural del adjetivo numeral cardinal *diez*; καὶ, conjunción copulativa *y*; κεφαλὰς, caso acusativo femenino plural del sustantivo *cabezas*; ἑπτα, caso acusativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal *siete*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐπὶ, preposición de genitivo, *sobre*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*; κεράτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *cuernos*; αὐτοῦ, caso genitivo neutro singular del pronombre personal *de él*; δέκα, caso acusativo neutro plural del adjetivo numeral cardinal *diez*; διαδήματα, caso acusativo neutro plural del sustantivo *diademas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐπὶ, preposición de acusativo, *sobre*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; κεφαλὰς, caso acusativo femenino plural del sustantivo *cabezas*; αὐτοῦ, caso genitivo neutro singular del pronombre personal *de él*; ὀνόματα, caso acusativo neutro plural del sustantivo *nombres*; βλασφημίας, caso genitivo singular del sustantivo *blasfemia.*

Καὶ εἶδον ἐκ τῆς θαλάσσης θηρίον ἀναβαῖνον. La primera frase del versículo en RV60, se ha considerado ya como último versículo del capítulo anterior. Juan no se mueve de lugar para *pararse* o *detenerse* sobre la arena del mar. En el mismo lugar donde está recibiendo la visión, allí permanece. Quien se detuvo sobre la arena del mar no fue el profeta sino el dragón cuya visión estaba recibiendo el profeta. Juan observa como una bestia sube del mar, o tal vez mejor, *sale* del mar hacia fuera. El sustantivo *bestia*, se ha considerado ya antes (11:7), baste, pues, recordar que de las 46 veces que aparece el término en el N. T., treinta y nueve corresponden al Apocalipsis, donde tiene una acepción determinante en relación con el Anticristo, en el resto de las ocasiones alude a un animal salvaje, indómito y peligroso. En la referencia anterior a *la bestia*, el nombre iba precedido del artículo determinado que enfatiza la condición única de esa bestia. Hay un contraste entre la referencia anterior a la bestia y la de este versículo. Antes se trataba de una *bestia* que salía del abismo, ahora es una

bestia que sale del mar. En la primera cita (11:7) y en un deseo de identificación, aparecen dos artículos determinados en el texto griego, literalmente *"la bestia, la que sube del abismo"*. No se trata por tanto de una *bestia* cualquiera, sino de la única que habrá de esa manera y procedencia. Esta bestia *sube*, dice Juan, del *abismo*. Ya se ha considerado el significado de ese término cuando se trató de la apertura del acceso al pozo del abismo, de donde salieron miles de demonios, comparados con langostas (cap. 9). No significa que esta *bestia*, salga ella misma de ese lugar, pero, el poder de que dispondrá procede del mismo infierno, esto es, de Satanás. El artículo determinado que se antepone al sustantivo *bestia*, la hace única y personal, es decir, no se trata de una manifestación espiritual que se ha ido produciendo en distintos momentos de la historia humana, como expresión de rechazo y oposición a Dios, sino de un personaje individual que surgirá en el final del tiempo de este sistema, antecedente a la segunda venida de Jesucristo. Otro aspecto que contrasta es que en la primera referencia a la *bestia*, aparece empeñada en pelear contra los dos testigos, mientras que ahora la *bestia*, se dispone a pelear contra Dios, liderando las naciones contra Él.

El profeta Daniel, siglos antes de Juan, recibió una visión en la que aparecían cuatro bestias que subían del mar (Dn. 7:3). Estas bestias correspondían, conforme a lo que la misma profecía especifica, a cada uno de los cuatro grandes imperios que hubo en el mundo desde los días de Daniel: El imperio Babilónico, el Medo-persa, el Greco-macedónico y el Romano (Dn. 7:17). En aquella misma revelación dada a Daniel se anuncia que del cuarto reino, esto es, del Imperio Romano, se levantaría un personaje de entre los diez reyes, es decir, los que detentan diez áreas de poder dentro del mismo reino, que asumirá el control total del reino (Dn. 7:23-25). Quiere decir que la profecía anuncia la aparición en el tiempo final de un verdadero *dictador* o, usando la figura que correspondería a un imperio, un *emperador* con poderes absolutos.

Juan dice que esta bestia, ἐκ τῆς θαλάσσης θηρίον ἀναβαῖνον, *subía del mar*. El término *mar* se usa en la Biblia, en lenguaje figurado, para referirse a confusión: *"Los impíos son como el mar en tempestad, que no puede estarse quieto, y sus aguas arrojan cieno y lodo. No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos"* (Is. 57:20-21). Dos aspectos merecen ser destacados en el texto de la profecía: en primer lugar la inquietud que rodea a las naciones formadas y gobernadas por los impíos, donde se manifiesta el pecado en toda la dimensión y expresión posible, y donde la contaminación espiritual se expresa como un mar mezclado con cieno y lodo; en segundo lugar la falta de paz. Debe tenerse en cuenta que el Anticristo comenzó su ascensión en el gobierno del mundo ofreciendo paz y seguridad. Aquello que las naciones no habían conseguido nunca por buscarlo fuera de Dios. La paz siempre anhelada pero nunca alcanzada es el resultado de procurarla por los propios medios humanos, cuando

sólo en Dios puede ser encontrada y fuera de Él no la habrá jamás (Jn. 14:27). Cualquier promesa de paz sin Dios, es imposible y es, por tanto, mentirosa. El mar de donde Juan ve subir esta bestia, es equivalente al *abismo*, de donde surge en la visión anterior (Ap. 11:7). Por el contexto profético general, debe considerarse la figura del mar como las naciones que forman el último imperio profetizado por Daniel (Dn. 7:7). A la luz del contexto inmediato y de los contextos próximos dentro del Apocalipsis, se trata de un seudo-Cristo, o del Anticristo (11:7; 13:8; 18:8, 12, 13).

῎Εχον κέρατα δέκα καὶ κεφαλὰς ἑπτὰ, en la descripción de la visión, dice que tenía *siete cabezas y diez cuernos.* Es conveniente aquí establecer algunos aspectos generales que caracterizan al Anticristo, conforme a la enseñanza bíblica. Daniel enseña que en el final del tiempo habrá un reino procedente del último imperio sobre la tierra que fue el Imperio Romano, en cuya administración habrá *diez reyes* (Dn. 7:24). Este versículo establece la interpretación sobre el último imperio cuya composición no será de *diez reinos*, como algunos han interpretado, perdiéndose en la búsqueda de las diez naciones que formarán la última manifestación del reino reconstruido, sino de un solo reino que tendrá *diez reyes*, en sentido de personas que detentan un área de poder en ese reino. A este sistema de gobierno y sus distintas áreas se las compara con cuernos, que en la Biblia son símbolo de autoridad y capacidad de gobernar. El mismo profeta traslada la visión en la que dice: *"Mientras yo contemplaba los cuernos, he aquí que otro cuerno pequeño salía de entre ellos, y delante de él fueron arrancados tres cuernos de los primeros; y he aquí que este cuerno tenía ojos como de hombre, y una boca que hablaba grandes cosas"* (Dn. 7:8). La identificación del personaje de la profecía de Daniel es la bestia que Juan dice haber visto subir del mar. Los diez reyes, es decir, el gobierno total de la manifestación del último imperio sobre el mundo, tienen el mismo propósito del Anticristo y, en un determinado momento entregarán todo el poder, depositándolo en sus manos (Ap. 17:13). El Anticristo se presentará como alguien admirable, tal como se considerará más adelante (13:3) y ejercerá el poder absoluto en el gobierno mundial (17:13). Se distingue de los demás reyes, a los que se alude en la profecía, en que se le llama el *"octavo rey"* (Ap. 17:10-11). Usando una expresión metonímica[2] al tomar rey por reino, siguiendo el esquema de Juan, los cinco pasados todos ellos relacionados con el pueblo de Dios fueron el Egipcio, el Asirio, el Babilónico, el Medo-persa y el Greco-macedónico. El actual, correspondiente a los tiempos de Juan, era el Romano, por tanto, el octavo sería el que tenía que venir en el tiempo futuro, que será el

[2] Tropo que consiste en designar algo con el nombre de otra cosa tomando el efecto por la causa o viceversa, el autor por sus obras, el signo por la cosa significada, etc.; p. ej., *las canas* por *la vejez; leer a Virgilio,* por *leer las obras de Virgilio; el laurel* por *la gloria,* etc.

reino del Anticristo. La Biblia enseña sobre las características de ese gobernante. Una de ellas será su capacidad de *"hablar grandes cosas"* (Dn. 7:8), quiere decir que tendrá facilidad de proponer grandezas a los hombres, será elocuente, brillante y cautivador. Tendrá una personalidad fuerte que lo hará aparentemente mayor que cualquier otro gobernante (Dn.7:20). Se presentará rodeado de grandeza personal y de sabiduría (Dn. 8:23). Este personaje recibirá un poder que no procede de él mismo (Dn. 8:24a). Su actuación causará grande males, gobernará arbitrariamente con el estilo propio de un dictador y se dedicará a la persecución de los santos (Dn. 8:24b). Una de las actividades que lo harán destacable es el establecimiento de un pacto con Israel que quebrantará a la mitad de la última semana, es decir, tres años y medio después de haberlo establecido (Dn. 9:26, 27). Su arrogancia y orgullo personal le encumbrará sobre todos los dioses de los hombres (Dn. 11:36-38), de tal modo llegará su impiedad que se asentará en el templo de Dios haciéndose adorar como si fuese Dios (2 Ts. 2:4). El Anticristo aparecerá en la escena al final de la historia de los gentiles, antes de la venida de Jesucristo (Dn. 8:23). No aparecerá hasta que comience el *"día del Señor"*, por tanto, no se manifestará hasta después del traslado de la Iglesia (2 Ts. 2:2-4). Este hombre impío está en el propósito y pensamiento de Satanás, sin embargo, no pudo haberlo establecido antes porque, como el apóstol Pablo enseña, hay algo *"que lo detiene"* (2 Ts. 2:6-7). Pablo enseña que el *misterio de iniquidad*, ya estaba operando cuando él escribía, tratándose del sistema satánico que culminará con la presencia del Anticristo. Alguien está impidiendo, antes y ahora, que ejecute ese programa diabólico. El impedimento está en la esfera espiritual del control diabólico y sus propósitos, por tanto sólo el poder de Dios es capaz de operar como impedimento de lo que Satanás se ha propuesto. Sólo el Espíritu Santo de Dios puede impedir el mal y su ministerio, en ese sentido forma parte de la enseñanza bíblica (Jn. 16:7-11; 1 Jn. 4:4). El apóstol Pablo habla de una acción limitadora del Espíritu Santo, que concuerda también con la enseñanza profética (Is. 59:19). La aparición del Anticristo estará precedida por una manifiesta *apostasía* (2 Ts. 2:3), que se trata de una *separación o salida* de la fe. Algunos entienden que se trata de la *salida* o *partida* de los creyentes aplicándola al traslado de la Iglesia (2 Ts. 2:1), sin embargo, en sentido general tanto de la enseñanza bíblica sobre la apostasía, como de la del arrebatamiento de la Iglesia, determinan que se trate más bien de un apartarse absolutamente de la fe. El Anticristo será un gentil, por cuanto sube *del mar* que, como se dijo antes, es una referencia a las naciones de la tierra. Es gentil porque sale también de la expresión final del Imperio Romano, y se le identifica como gobernante de un pueblo que destruyó Jerusalén (Dn. 9:26). Si la referencia en la profecía de Daniel es a un tiempo posterior al imperio de entonces, sólo Roma destruyó Jerusalén después de la destrucción producida por el Imperio Babilónico. El Anticristo será la cabeza de la forma final del dominio gentil. Simbólicamente reúne las características de todos los gobiernos anteriores, ocupando la cabeza

del poder confederado mundial (Ap. 13:1; 17:12), ya que su influencia y control alcanzará a todas las naciones (13:8), proveniente de una alianza con ellas (Dn. 8:24; Ap. 17:12-13). El Anticristo recibe diversos nombres en la Escritura, dados todos ellos al gobernante del futuro: Anticristo, que aparece sólo en los escritos de Juan (1 Jn. 2:18; 4:3; 2 Jn. 7); Devastador (Is. 16:4); Cuerno pequeño (Dn. 7:8); El príncipe que ha de venir (Dn. 9:26); El hombre despreciable (Dn. 11:21); el Rey voluntarioso (Dn. 11:36); Pastor inicuo (Zac. 11:16); Hombre de pecado (2 Ts. 2:3); Hijo de perdición (2 Ts. 2:3); Inicuo (2 Ts. 2:8); y la primera bestia (Ap. 11:7; 13:1). El Anticristo es la abominación desoladora a la que hace referencia el profeta Daniel y el mismo Señor Jesús (Dn. 11:31; 12:11; Mt. 24:15).

Volviendo a la visión, Juan hace referencia ἔχον κέρατα δέκα καὶ κεφαλὰς ἑπτὰ, *a las siete cabezas y los diez cuernos* que tiene la bestia que sube del mar. Es interesante apreciar que el aspecto de esta bestia es semejante al del dragón que el apóstol vio en otra visión anterior (12:3). En todo hay una notoria identificación entre Satanás, el dragón, y la primera bestia. La visión sobre la bestia que sube del mar, tiene relación con autoridad y gobierno, señalando la expresión del poder en el tiempo final. Siete es el número que simboliza perfección y cabeza es el símbolo de la capacidad para el liderazgo y la sabiduría. Los diez cuernos son expresión de autoridad completa, ya que diez es el número completo. Por Daniel sabemos que se trata de áreas de gobierno y autoridad establecidas en la organización del último reino de los gentiles en el mundo (Dn. 7:24). Debe enfatizarse que no se trata tanto de diez reinos, en el sentido de naciones, sino de diez áreas de autoridad, simbolizadas en el lenguaje propio del tiempo de Juan como diez reyes en un mismo reino. Representan, por tanto, el modo completo que alcanza y desde el que se manifiesta el poder gentil, que tomará esa forma en los días finales del tiempo de la tribulación. En las cabezas Juan ve diez cuernos. El cuerno es figura y símbolo de poder y ejercicio de autoridad. Es interesante apreciar una discordancia entre el número de cabezas, siete, y el número de cuernos, diez. No debe perderse tiempo alguno en intentar determinar cuantos cuernos había en cada cabeza, o cosas semejantes, la idea se expresa por medio de las figuras numéricas: hay un poder completo representado por siete cabezas, y hay una capacidad de ejercicio de autoridad pleno, representado en el número diez de los cuernos.

Καὶ ἐπὶ τῶν κεράτων αὐτοῦ δέκα διαδήματα Además sobre los cuernos diez diademas, que simbolizan el dominio ejercido en forma completa. Es necesario recordar que el Dragón, Satanás, mostraba las diademas sobre sus cabezas, mientras que *la bestia*, las exhibe sobre sus cuernos. En este sentido, Satanás le confiere *su poder*, que *la bestia* ejerce con la autoridad recibida.

Observa Juan también que ἐπὶ τῶν κεράτων αὐτοῦ δέκα διαδήματα τὰς κεφαλὰς αὐτοῦ ὀνόματα βλασφημίας,*"sobre sus cabezas, un nombre blasfemo"*. Las lecturas alternativas sobre si se trata de *nombres*, en plural, *o un nombre*, en singular, no altera la interpretación. En las lecturas de los originales que tienen *nombres*, se produce posiblemente, como consecuencia de ser *siete* cabezas, de modo que en cada una de ellas estaría el nombre, de ahí el plural *nombres*, de blasfemia, que sería el resultado de un mismo nombre en cada una de las siete cabezas. En las lecturas que favorecen el singular *cabeza*, el nombre blasfemo estaría también individualmente en cada una de ellas. El sustantivo *blasfemia*, en el texto de este versículo en plural *blasfemias*, se usa tanto para referirse al hablar mal de Dios como de los hombres. El contexto exige que se refiera a algo que tiene que ver con hablar mal de Dios o sobre Él. El Anticristo, *cuerno pequeño* en la profecía, hablará palabras contra el Altísimo (Dn. 7:25). La máxima expresión de blasfemia consiste en llamarse a sí mismo Dios y ocupar el lugar de adoración que solo al Altísimo corresponde en Su santuario (Mt. 24:15; 2 Ts. 2:4). Más adelante se confirmará que realmente habla mal contra Dios (13:6). Los nombres blasfemos están *sobre* sus cabezas, indicando que el pensamiento que genera la mente es blasfemo, es decir opuesto impíamente a Dios. La mayor blasfemia es que siendo un hombre pretenda recibir adoración de los hombres como si fuese Dios.

2. Y la bestia que vi era semejante a un leopardo, y sus pies como de oso, y su boca como boca de león. Y el dragón le dio su poder y su trono, y grande autoridad.

καὶ τὸ θηρίον ὃ εἶδον ἦν ὅμοιον παρδάλει καὶ οἱ πόδες αὐτοῦ ὡς
Y la bestia la que vi era semejante a leopardo y los pies de él como
ἄρκου καὶ τὸ στόμα αὐτοῦ ὡς στόμα λέοντος. καὶ ἔδωκεν αὐτῷ ὁ
de oso y la boca de él como boca de león. Y dio le el
δράκων τὴν δύναμιν αὐτοῦ καὶ τὸν θρόνον αὐτοῦ καὶ ἐξουσίαν
dragón el poder de él y el trono de él y autoridad
μεγάλην.
grande.

Notas sobre el texto griego.

Sin solución de continuidad Juan prosigue usando καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo, el,* en español femenino *la*, al vincularse a *bestia*; θηρίον, caso nominativo neutro singular del sustantivo *bestia, fiera, animal salvaje*; ὃ, caso acusativo neutro singular del pronombre relativo *lo que*, en castellano femenino *la que*; εἶδον, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, *ver*, aquí como *vi*, también en sentido de *observar, percibir, mirar*; ἦν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *era*; ὅμοιον, caso nominativo neutro singular del sustantivo *semejante*; παρδάλει, caso dativo femenino

singular del sustantivo *leopardo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; πόδες, caso nominativo masculino plural del sustantivo *pies*; αὐτοῦ, caso genitivo neutro singular del pronombre personal *de él*; ὡς, conjunción usada como adverbio de modo en sentido comparativo, *como*; ἄρκου, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *oso*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*, femenino en castellano, *la*; στόμα, caso nominativo neutro singular del sustantivo *boca*; αὐτοῦ, caso genitivo neutro singular del pronombre personal *de él*; ὡς, conjunción usada como adverbio de modo en sentido comparativo, *como*; στόμα, caso nominativo neutro singular del sustantivo *boca*; λέοντος, caso genitivo masculino singular del sustantivo *león*. Una segunda cláusula comienza con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔδωκεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar, entregar, conceder*, aquí como *dio*; αὐτῷ, caso dativo neutro singular del pronombre personal *le*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; δράκων, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *dragón*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*, masculino en castellano si se refiere a *poder*; δύναμιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *fuerza, poder, potencia, capacidad*; αὐτοῦ, caso genitivo neutro singular del pronombre personal *de él*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐξουσίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *autoridad, poder, derecho, jurisdicción, gobierno, privilegio, potestad*; μεγάλην, caso acusativo femenino singular del adjetivo *grande*.

Καὶ τὸ θηρίον ὃ εἶδον ἦν ὅμοιον παρδάλει καὶ οἱ πόδες αὐτοῦ ὡς ἄρκου καὶ τὸ στόμα αὐτοῦ ὡς στόμα λέοντος. La visión del aspecto exterior de la bestia que subía del mar, era una combinación del aspecto de tres fieras, que en conjunto presentaba la semejanza de un leopardo, con pies de oso y boca de león. Es una visión muy semejante a la de la cuarta bestia que fue mostrada a Daniel (7:7). Aquella cuarta bestia, que representaba al imperio Romano, era una combinación de las otras tres anteriores. El león representaba, en la visión de Daniel, al Imperio Babilónico; el oso era representación del Imperio Medo-Persa; el leopardo era figura del imperio Greco-macedónico. El cuarto imperio estaba figurado en una bestia imposible de describir (Dn. 7:7, 19), en la que convergían los elementos más negativos de todas las anteriores bestias. Juan ve aquí una representación en la que aparece la brutalidad y fortaleza de todos los imperios anteriores. Se manifestará por la velocidad y astucia del leopardo, por el poder aplastante del oso y por la ferocidad del león.

Καὶ ἔδωκεν αὐτῷ ὁ δράκων τὴν δύναμιν αὐτοῦ. Luego de la descripción figurativa de la bestia, se establece el poder que tenía procedente del dragón. En ese sentido comienza a manifestase la imitación diabólica de Dios, que Satanás promueve. La Biblia enseña que El padre dio a su Hijo las mismas cosas que el dragón da a la primera bestia, que es el Anticristo. Jesucristo recibió de su Padre el poder (Hch. 10:38). Sin duda, el poder que Satanás da al Anticristo es limitado, mientras que el poder que el Resucitado

recibió del Padre es infinito: *"todo poder me es dado en el cielo y en la tierra"* (Mt. 28:18). Jesucristo recibió también del Padre, el trono para que gobierne sobre todos como Rey de reyes y Señor de señores (Ap. 3:21). El reino ha sido preestablecido y el rey ordenado eternamente y puesto, en una acción potencial expresada proféticamente, sobre Sión el monte santo de Dios (Sal. 2:6). El reino del Anticristo será muy efímero, con una duración de siete años desde su primera manifestación y de menos de tres y medio en su plenitud, mientras que el reino del Hijo de Dios será perpetuo (Lc. 1:32-33). Nuestro Señor recibió autoridad suprema (Jn. 17:2). El Padre le dio el nombre que es sobre todo nombre, para que ejerza autoridad suprema universal, sobre todo y sobre todos (Fil. 2:9-11). De la misma manera, la autoridad que recibe la primera bestia procedente del dragón, será limitada. Como mucho le permitirá controlar en un momento muy breve todos los reinos del mundo, sin embargo, la autoridad que el Padre dio a Cristo excede a cualquier nivel humanamente posible, para alcanzar la supremacía universal. Juan afirma que el dragón *dio* estas cosas a la primera bestia, expresando la acción mediante un verbo que equivale a *conceder, dar, constituir,* etc. Quiere decir, pues, que el dragón comienza a operar y actuar por medio y a través de la persona del Anticristo.

Καὶ τὸν θρόνον αὐτοῦ καὶ ἐξουσίαν μεγάλην. Cuando Satanás tentó a Jesús, le ofreció los reinos del mundo, porque eran suyos, a cambio de que le adorase (Mt. 4:8). En el tiempo futuro, puesto de manifiesto en la visión de Juan, le concede su *poder*, esto es, la capacidad dinámica de obrar que es propia de Satanás; su *trono*, que le capacita para ejercer el dominio que Satanás puede ejercer, constituyéndole como *su rey*, para ejercer el gobierno en el mundo; y *autoridad grande*, que lo convierte en el agente de Satanás. La acción diabólica es más que la imitación maligna que hace de Dios, es el desafío abierto al Omnipotente. Daniel enseña que *"el Altísimo gobierna el reino de los hombres, y a quien Él quiere lo da, y constituye sobre él al mas bajo de los hombres"* (Dn. 4:17). El Soberano estableció, al principio de la creación, que el hombre gobernaría la tierra en Su nombre, capacitándolo para ello y estableciéndolo en un trono de autoridad sobre el mundo (Gn. 1:27-28). Luego de la caída del hombre en la tentación diabólica, el control de los reinos del mundo pasó a manos de Satanás que ejerció ese señorío en la tierra, salvo en las ocasiones en que Dios determinó el curso de la historia conforme a su determinación, estableciendo o quitando reyes. El problema que produjo esto es la acción de los ángeles en el ámbito del gobierno del mundo, que quedó sujeto a ellos, bien sea a los caídos que Satanás controla, bien sea a los ángeles de Dios que Él utiliza para sus propósitos en la tierra. Sin embargo, Dios no desiste de su determinación, y el reino futuro no estará sujeto a ángeles, sino al hombre, en la Persona de su Hijo Jesucristo (He. 2:5). Satanás propuso a Jesús que ese reino fuese recibido de Él, en lugar de serle dado por Dios, con lo que el proyecto satánico de establecer un hombre en el trono de la tierra, de distinto modo al que

Dios había determinado, se llevara a cabo. Imposibilitado en su propósito, se opone abierta y totalmente al decreto divino, procurando por todos los medios a su alcance que no sea el Hombre que Dios determinó quien reine, sino que sea *su hombre*, es decir, el hombre de pecado que el proyecta al reino y gobierno sobre la tierra. En el tiempo final de historia de la plenitud de los gentiles, Satanás pondrá sobre el trono de la tierra, al Anticristo, actuando como dios de este siglo y príncipe de este mundo (2 Co. 4:4; Jn. 12:31).

3. Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada; y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia.

καὶ μίαν ἐκ τῶν κεφαλῶν αὐτοῦ ὡς ἐσφαγμένην εἰς θάνατον, καὶ ἡ
Y una de las cabezas de ella como muerta de muerte, y la
πληγὴ τοῦ θανάτου αὐτοῦ ἐθεραπεύθη. Καὶ ἐθαυμάσθη ὅλη ἡ γῆ
herida de la muerte de ella fue sanada Y se maravilló toda la tierra
ὀπίσω τοῦ θηρίου
en pos de la bestia.

Notas sobre el texto griego.

La sentencia primera del versículo es complementaria y va unida a los dos versículos anteriores, por tanto el verbo que da sentido a la primera sentencia es el primer verbo del versículo primero, donde se lee: *"y vi"*, que debe ser suplementado aquí como verbo implícito, inmediatamente después de καὶ, conjunción copulativa *y*; μίαν, caso acusativo femenino singular del adjetivo numeral cardinal *uno*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τῶν, caso genitivo femenino plural del artículo determinado *las*; κεφαλῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo *cabezas*; αὐτοῦ, caso genitivo neutro plural del pronombre personal *de él*, en castellano femenino al ir vinculado a *bestia*; ὡς, conjunción usada como adverbio de modo en sentido comparativo, *como*; ἐσφαγμένην, caso acusativo femenino plural con el participio perfecto en voz pasiva del verbo σφάζω, *matar, sacrificar, degollar*, aquí suele traducirse como *herida*, en sentido de *degollada*, aunque la lectura determina también que se considere como *muerta*; εἰς, preposición de acusativo *de*; θάνατον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *muerte*; la expresión literalmente traducida es *muerta de muerte,* expresando la situación irreversible en que se encuentra el sujeto; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; πληγὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *herida*, también *plaga, azote, golpe*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del,* femenino en castellano *de la*; θανάτου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *muerte*; αὐτοῦ, caso genitivo neutro plural del pronombre personal *de él*, en castellano femenino al ir vinculado a *bestia*; y ἐθεραπεύθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo θεραπεύω, *sanar, curar,* aquí como *fue sanado*. Una segunda cláusula se inicia con καὶ, conjunción copulativa *y*; que antecede a ἐθαυμάσθη, tercera persona singular del aoristo de indicativo en voz pasiva del verbo θαυμάζω, *admirarse, maravillarse, asombrarse*, aquí como *se maravilló*; ὅλη, caso nominativo femenino singular del adjetivo *completa, entera, toda*; ἡ, caso

nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *tierra*; ὀπίσω, preposición impropia de genitivo *tras, después de, detrás de*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *lo,* femenino en español, *la*; θηρίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *bestia.*

Καὶ μίαν ἐκ τῶν κεφαλῶν αὐτοῦ ὡς ἐσφαγμένην εἰς θάνατον. La visión conduce a Juan a la observación de una de las cabezas de la bestia que aparece como herida de muerte. La lectura literal del texto griego es ὡς ἐσφαγμένην εἰς θάνατον, *"como muerta de muerte"*, de ahí la traducción *"como herida de muerte"*. La palabra traducida por *herida*, se usa muchas veces para referirse a degollar las víctimas para un sacrificio.

Καὶ ἡ πληγὴ τοῦ θανάτου αὐτοῦ ἐθεραπεύθη. Aquella situación que, aparentemente no podría resolverse sino en muerte, se transforma en una supuesta victoria sobre la muerte, cuando Juan escribe: *"pero su herida moral fue sanada"*. Surge aquí la pregunta propia de una lectura superficial del texto: ¿Será el Anticristo un hombre resucitado? Al leer el texto dentro de su contexto se aprecia que, en primer lugar, el Anticristo llegará al poder mediante la actividad satánica (13:2); en segundo lugar que tiene una herida mortal y que fue sanada; en tercer lugar se afirma que, aunque surge del mar de las naciones, realmente procede del abismo (11:7). Las interpretaciones dadas a este aparente milagro se pueden agrupar fundamentalmente en dos: a) que uniendo la revelación de Juan a los tres datos anteriores, indican que ese hombre muere realmente y es resucitado por el poder de Satanás, haciendo con ello una imitación a la resurrección de Jesucristo, el Hombre perfecto. b) que no se trata de la *resurrección* de un hombre, sino de un sistema que estaba ya muerto, como es el caso de la reconstrucción del poder despótico único, semejante al que existía en el gobierno del Imperio Romano.

Para poder tomar una posición respecto a si se trata o no de la resurrección de un hombre, debe tenerse en cuenta que en Apocalipsis se explica la primera bestia como el líder de un reino integrado por la unión de varios reinos, que existirán históricamente en el tiempo de la tribulación, y que constituyen unidos el ámbito político del Imperio Romano reconstruido. Se enseña que Satanás es el *ángel del abismo* (9:11) y que el reino es impulsado y surge desde el abismo por obra de él (17:8). La Biblia enseña que los hombres solo resucitan por el poder del Hijo de Dios: *"Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo; y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre. No os maravilléis de esto porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo a resurrección de condenación"* (Jn. 5:26-

29). Si quien puede comunicar vida es únicamente Dios y lo hace por medio de su Hijo, ningún otro puede llevar a cabo esto. Satanás no tiene poder para dar vida. Por otro lado, al Anticristo se le llama el *"hijo de perdición"*, quiere decir esto que su muerte, caso de ser real, lo situaría en el grupo de muertos que están perdidos y la Biblia enseña que no habrá más que una resurrección final de todos estos para comparecer ante el tribunal divino, el Trono Blanco (Ap. 20:11-15). Cualquier resurrección de un perdido antes de ese tiempo, alteraría el programa de resurrecciones que Dios ha establecido (1 Co. 15:23-24).

El texto de Juan dice claramente: καὶ μίαν ἐκ τῶν κεφαλῶν αὐτοῦ ὡς ἐσφαγμένην εἰς θάνατον, καὶ ἡ πληγὴ τοῦ θανάτου αὐτοῦ ἐθεραπεύθη, *"y una de sus cabezas como herida de muerte y la herida mortal fue sanada"*. Quiere decir que una de las cabezas de la primera bestia, había recibido una herida que era mortal de necesidad y que fue sanada, es decir, Satanás operó una sanidad de esa herida mortal de modo que no produjo el efecto de muerte que se hubiera producido de no haber sido sanada. Que Satanás haga un milagro de sanidad, sería posible, pero en ningún caso podrá resucitar a un muerto. Teniendo en cuenta que una de las cabezas tenía como una herida mortal, no es impropio en el entorno mentiroso en que se desenvuelve Satanás que se trate de una aparente herida mortal y que el milagro sea, como muchos de los que él hace, un milagro mentiroso, uno de los prodigios que Satanás operará con intención de engañar a las gentes y, si fuese posible, aun a los mismos escogidos (Mr. 13:22). En cualquier caso, no puede desvincularse al Anticristo de su reino, es decir, no existirá el reino futuro establecido por Satanás sin la presencia del Anticristo. En ese sentido, el reino adoptará la forma de algo que se considera como *"herido de muerte"*. Nadie piensa en la reconstrucción, no tanto de un imperio en sí, sino del estilo de gobierno imperial de entonces. Esto será establecido otra vez en el tiempo en que gobierne el Anticristo en el mundo.

Καὶ ἐθαυμάσθη ὅλη ἡ γῆ. El aparentemente prodigio que operará Satanás producirá el resultado que él procuraba. Juan afirma que *"se maravillo toda la tierra"*. El verbo usado en el texto griego tiene un amplio significado como *admirarse, asombrarse, extrañarse, sorprenderse,* etc. La tierra entera se admirará de ese hecho. La sanidad de la herida mortal producirá una admiración universal por lo que aparentemente es un hecho sobrenatural. Si se entiende que se trata de una herida mortal, real o aparente, en la persona del Anticristo, se parecerá aún más en forma de imitación impía al Cordero como inmolado. El Anticristo, bien sea en él mismo, bien en su sistema llevará ante todos la marca de una herida mortal sanada. Satanás desea establecer una imitación a semejanza de Jesús, para su hijo de pecado el Anticristo (v. 8). Esta admiración abre el camino para que las gentes de la tierra vayan ὀπίσω τοῦ θηρίου, *"en pos de la bestia"*, es decir, sigan al Anticristo. Las personas asumirán que el

Anticristo es el líder que buscaban y el que necesitaban. En esa situación el rechazo y alejamiento de Dios toma un mayor incremento. Los hombres que aceptan al Anticristo, aceptan a Satanás y desprecian al Hijo de Dios. En alguna medida se estará cumpliendo la profecía: *"Rompamos sus ligaduras y echemos de nosotros sus cuerdas"* (Sal. 2:3). En ese tiempo se hará visible la realidad de la *apostasía* que precederá al regreso a la tierra del Rey de reyes. Todo el panorama histórico de entonces se estará ajustando, conforme a lo previsto y determinado por Dios, para dar la respuesta definitiva a la oración que por siglos ha estado levantando el pueblo de Dios, y que de forma más intensa será la oración de los santos en el tiempo de la tribulación: *"Venga tu reino"* (Mt. 6:10); *"¿Hasta cuando, Señor, santo y verdadero?"* (Ap. 6:10).

4. Y adoraron al dragón que había dado autoridad a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar contra ella?

καὶ προσεκύνησαν τῷ δράκοντι, ὅτι ἔδωκεν τὴν ἐξουσίαν τῷ θηρίῳ,
Y adoraron al dragón que había dado la autoridad a la bestia,
καὶ προσεκύνησαν τῷ θηρίῳ λέγοντες· τίς ὅμοιος τῷ θηρίῳ καὶ τίς
y adoraron a la bestia diciendo: ¿Quién semejante a la bestia y quién
δύναται πολεμῆσαι μετ᾽ αὐτοῦ
puede luchar contra ella?

Notas sobre el texto griego.

La reacción de las gentes sigue siendo descrita mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; προσεκύνησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo προσκυνέω, literalmente *arrodillarse, rendir homenaje, hacer reverencia*, es el verbo que se traduce continuamente por *adorar* en el Nuevo Testamento, aquí como *adoraron*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *al*; δράκοντι, caso dativo masculino singular del sustantivo *dragón*; ὅτι, conjunción, *que*; ἔδωκεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar, entregar, conceder*, aquí como *dio*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐξουσίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *autoridad*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *al*; θηρίῳ, caso dativo neutro singular del sustantivo *bestia*; καὶ, conjunción copulativa *y*; προσεκύνησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo προσκυνέω, literalmente *arrodillarse, rendir homenaje, hacer reverencia*, es el verbo que se traduce continuamente por *adorar* en el Nuevo Testamento, aquí como *adoraron*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *al*; θηρίῳ, caso dativo neutro singular del sustantivo *bestia*; λέγοντες, caso nominativo masculino plural con el participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *decir, hablar,* aquí como *diciendo*. La expresión de las gentes se traslada mediante una cláusula interrogativa con τίς, pronombre interrogativo equivalente a *quien*; ὅμοιος, caso nominativo singular masculino del adjetivo *semejante*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *al*; θηρίῳ, caso

dativo neutro singular del sustantivo *bestia*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τίς, pronombre interrogativo equivalente a *quien*; δύναται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo δύναμαι, *ser capaz, tener fuerza, tener poder,* aquí como *puede*; πολεμῆσαι, aoristo de infinitivo en voz activa del verbo πολεμέω, *luchar, batallar, combatir*, aquí como *luchar*; seguido de la preposición de genitivo μετ' en la forma que toma la preposición μετά delante de vocal y que significa *con*; αὐτοῦ, caso genitivo neutro singular del pronombre personal *él*, femenino en castellano, *ella*, al referirse a *bestia*.

Καὶ προσεκύνησαν τῷ δράκοντι. La consecuencia final del impacto producido, por la sanidad de la herida mortal, sobre los habitantes de la tierra es que *"adoraron al dragón"*. La adoración tiene que ver con el hecho de haber sido quien dio poder y autoridad al Anticristo, la primera bestia: ὅτι ἔδωκεν τὴν ἐξουσίαν τῷ θηρίῳ, *que había dado la autoridad a la bestia*. Este hombre impío ha sido puesto por Satanás en el lugar que corresponde a Dios, como si realmente fuese Dios (2 Ts. 2:4). La bestia es la manifestación visible de Satanás en la tierra. De la misma manera que Jesús hace visible a los hombres al Invisible (Jn. 1:18), así también este impío hará visible a Satanás, manifestándole por medio de él. Las gentes adorarán a la bestia, pero, por medio de ella estarán adorando al dragón. El apóstol Pablo enseña que cuando los gentiles rinden adoración a un dios, realmente están adorando a los demonios que se ocultan tras los ídolos (1 Co. 10:20). El Anticristo será verdaderamente un ídolo en los tiempos finales a quienes los hombres rendirán culto y adorarán, por tanto, como Satanás está en él y lo ha encumbrado a esa posición perversa, quien recibe adoración por medio de él es Satanás mismo. La maldad humana alcanzará límites insospechados, rindiendo culto, ya no a las criaturas antes que al Creador (Ro. 1:25), sino al demonio en lugar de Dios. El ministerio impío del Anticristo será conducir a los habitantes de la tierra en la adoración a Satanás. De la misma manera que se adora al Padre por medio del Hijo, así el *hijo de perdición*, conducirá a los hombres en la adoración a Satanás, su padre de maldad. Las gentes seguirán la corriente conforme al príncipe del poder del aire (Ef. 2:2), en una flagrante desobediencia y absoluto desafío a Dios. Es interesante observar como las acciones tanto de Satanás como del Anticristo unidas a las de las gentes toman, cada vez más, un sentido de sabiduría *terrenal, animal y diabólica* (Stg. 3:15), consecuencia natural de la acción de Satanás que destituido del cielo se le ha confinado en la tierra (12:9, 12).

Καὶ προσεκύνησαν τῷ θηρίῳ. La consecuencia inmediata en la progresión de la impiedad es que quienes adoran al dragón lo hacen también con la bestia. La expresión de adoración al Anticristo se recoge en una forma interrogativa, que exige, para los adoradores que la formulan, una respuesta negativa: τίς ὅμοιος τῷ θηρίῳ καὶ τίς δύναται πολεμῆσαι μετ' αὐτοῦ *"¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar con ella?"*. Es la manifestación

idolátrica utilizando palabras que sólo corresponden a Dios. Esas palabras de alabanza y reconocimiento dirigidas al Anticristo fueron antes dirigidas a Dios por Moisés: *"¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios?"* (Ex. 15:11). Son el uso impío de las palabras de alabanza a Dios en los Salmos: *"Todos mis huesos dirán: ¿Quién como tú?"* (Sal. 35:10); *"Tú has hecho grandes cosas; oh Dios, ¿quién como tú?"* (Sal. 71:19); *"Oh, Jehová, Dios de los ejércitos, ¿quién como tú? Poderoso eres, Jehová"* (Sal. 89:8). La mayor blasfemia se combina aquí al adorar a la bestia como si fuese Dios y al usar la santa Palabra de Dios para referirse a él. Es un perverso remedo de la adoración a Dios. Una imitación impía que da al Diablo lo que corresponde a Dios. Satanás consigue presentar al Anticristo a los hombres en dos aspectos: a) como una persona inigualable; b) como una persona invencible. La gente pensará que el Anticristo no podrá ser derrotado y, en contraposición, será capaz de vencer sobre todos y destruir a cualquiera de sus enemigos. Sin embargo el propósito de Dios se establecerá sobre los planes de Satanás y el pensamiento de los hombres, destruyendo totalmente el sistema establecido y colocando sobre Su reino en el mundo a Jesús.

5. También se le dio boca que habla grandes cosas y blasfemias; y se le dio autoridad para actuar cuarenta y dos meses.

Καὶ ἐδόθη αὐτῷ στόμα λαλοῦν μεγάλα καὶ βλασφημίας καὶ ἐδόθη
Y fue dada le boca que habla grandezas y blasfemias y fue dada
αὐτῷ ἐξουσία ποιῆσαι μῆνας τεσσεράκοντα καὶ δύο.
le autoridad para actuar meses cuarenta y dos.

Notas sobre el texto griego.

Sigue el detalle de la visión con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐδόθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo δίδωμι, *dar, entregar,* aquí como *fue dada*; αὐτῷ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*, femenino en castellano, *la*; στόμα, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *boca*; λαλοῦν, caso nominativo neutro singular con el participio de presente en voz activa del verbo λαλέω, *hablar*, aquí como *que habla*; μεγάλα, caso acusativo neutro plural del adjetivo que se refiere a lo que es *grande*, aquí como *grandezas,* o también *grandes cosas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; βλασφημίας, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *blasfemias, hablar mal de alguien*, con especial significado cuando se trata de Dios; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐδόθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo δίδωμι, *dar, entregar,* aquí como *fue dada*; αὐτῷ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*, femenino en castellano, *la*; ἐξουσία, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *autoridad, jurisdicción, derecho, gobierno, potestad*; ποιῆσαι, aoristo de infinitivo en voz activa del verbo ποιέω, *hacer, crear, realizar, cometer,* aquí como *actuar*; μῆνας, caso acusativo masculino plural del sustantivo

meses; τεσσεράκοντα, caso acusativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *cuarenta*; καὶ, conjunción copulativa *y*; δύο, caso acusativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *dos*.

Καὶ ἐδόθη αὐτῷ στόμα λαλοῦν μεγάλα καὶ βλασφημίας. Al Anticristo, encumbrado a la posición de gobernante absoluto por obra de Satanás, se le dan las capacidades para llevar a cabo su misión impía. Juan dice que *"se le dio"*. El modo verbal indica que se le *conceden,* o se le *entregan* poderes que no le son propios, sino los recibe de alguien, en este caso son poderes diabólicos de actuación. Pero, aunque la procedencia es de Satanás, la permisión para actuar en ese sentido es de Dios mismo. Dios permite que el hombre de pecado, el representante de Satanás en el mundo, reciba la capacidad intelectual para su ministerio perverso. Eso no exime de responsabilidad al hombre de pecado, porque aunque la permisividad divina consiente en su actuación, esta se produce voluntariamente por el corazón perverso del Anticristo y por la acción diabólica en él.

La primera bestia, como se consideró antes, tendrá una notable elocuencia, lo que en lenguaje más coloquial suele llamarse *facilidad de palabra*. La boca del Anticristo está, como todo él, controlada por Satanás que pone en ella sus propias palabras, por lo que sus discursos son expresiones de grandeza. Juan dice que hablará λαλοῦν μεγάλα *"grandes cosas"*, literalmente *grandezas,* tanto en sentido de propuestas grandes, como de palabras impactantes. Debe tenerse presente que Satanás salió de la mano de Dios en la creación como *"lleno de sabiduría"* (Ez. 28:12). En la Escritura al comparársele con una serpiente se establece también la *sutileza*, que le es propia. Sutiles, arrogantes y elocuentes son tres buenos calificativos para referirse a las palabras del Anticristo. Junto con ellas y mezcladas en ellas están también las βλασφημίας, *blasfemias*, posiblemente en este caso como sinónimo de *insolencias*. La boca del Anticristo, de donde salen sus palabras, es atrevida y dañina, porque es boca como de león (v.2). Sus palabras revestirán un notorio poder de persuasión, que cautivará, convencerá y arrastrará tras él las gentes.

Es interesante no perder de vista que Juan hace continua referencia en sus visiones, a hechos ya profetizados antes, de modo que cuando se refiere a la boca que *"habla grandes cosas"*, está trasladando literalmente las palabras de Daniel (Dn. 7:8, 20, 25). Dios está dando a Juan la capacidad, por medio de las revelaciones, para ajustar en el tiempo y aplicar puntualmente muchas de las profecías del Antiguo Testamento que de otro modo no sería posible encontrarles un encaje definitivo para el futuro. Las grandes cosas que son el discurso del Anticristo, contienen blasfemias o tal vez, todas esas grandes cosas no son otra cosa que blasfemias. El discurso de la primera bestia tiene como

objeto principal apropiarse de lo que corresponde solo a Dios para potenciarse a sí mismo. Las palabras del impío que estará asentado en el trono temporal sobre la tierra que le fue dado por Satanás, tendrán como objetivo principal convencer, cautivar y conducir a los hombres en la gran rebelión contra Dios. El Altísimo será despreciado, e incluso calumniado delante de los hombres, produciendo en ellos, bajo la insistencia de un discurso persuasivo y elocuente, un sentimiento de repulsa y condena hacia el Señor. Su lengua estará alimentada por el fuego del infierno que la satura de maldad, y hace que inflame perversamente el corazón de los hombres (Stg. 3:5-6).

Καὶ ἐδόθη αὐτῷ ἐξουσία ποιῆσαι μῆνας τεσσεράκοντα καὶ δύο. El tiempo que ejercerá esta autoridad es sumamente breve, que Juan concreta en *"cuarenta y dos meses"*. De nuevo la cita que hace referencia a *tres años y medio*, lo que quiere decir que el dominio máximo y la autoridad suprema que el Anticristo ejercerá, tendrá lugar en la segunda mitad de la última semana de las setenta anunciadas por Daniel, esto es, en la semana sesenta y nueve. ¿Quién le da autoridad para actuar? La respuesta es que la autoridad con que actúa el hombre de pecado procede de Satanás. Pero, de nuevo se destaca la acción de la soberanía de Dios que permite que esta impiedad se manifieste por un tiempo absolutamente limitado, matemáticamente medible. Del mismo modo que Dios permite actuar a Satanás, así también al Anticristo, por él levantado. Mientras que el propósito de Satanás será el de colocar en el trono de este mundo a un hombre de forma indefinida que ejerza un gobierno sobre la tierra al margen de Dios, el propósito de Dios en permitir que esto ocurra por un tiempo sumamente breve, que dará paso al reino milenial de Jesús sobre la tierra.

6. Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar de su nombre, de su tabernáculo, y de los que moran en el cielo.

καὶ ἤνοιξεν τὸ στόμα αὐτοῦ εἰς βλασφημίας πρὸς τὸν Θεὸν
Y abrió la boca de él en blasfemias contra - Dios
βλασφημῆσαι τὸ ὄνομα αὐτοῦ καὶ τὴν σκηνὴν αὐτοῦ, τοὺς[1] ἐν
para blasfemar el nombre de Él y del tabernáculo de Él, de los en
τῷ οὐρανῷ σκηνοῦντας.
el cielo que habitan.

Notas sobre el texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] τοὺς ἐν τῷ οὐρανῷ σκηνοῦντας, *de los que habitan en el cielo*, lectura de certeza media, atestiguada en A, C, 051[c], 1611, 1841, 2329, 2344, 2351, *Biz* [046[c]]. vg[ms], syr[h].

καὶ τοὺς ἐν τῷ οὐρανῷ σκηνοῦντας, *y de los que habitan en el cielo*, como aparece en P, 046*, 051*, 205, 209, 2053, it[ar], vg, cop[sa, bo],eth[mss], Ireneo[lat], Andrés, Beato.

ἐν τῷ οὐρανῷ, que se lee en **p**[47], it[gig], eth, Primasio.

Sin solución de continuidad Juan usa nuevamente para dar ligazón al relato, la conjunción copulativa καὶ, *y*; ἤνοιξεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀνοίγω, *abrir*, aquí como *abrió*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*, femenino en español, *la*; στόμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *boca*; αὐτοῦ, caso genitivo neutro singular del pronombre personal *de él*; εἰς, preposición de acusativo *en, hacia, para, en relación con*; βλασφημίας, caso acusativo femenino singular del sustantivo *blasfemias, maldecir, maledicencia*; πρὸς, preposición de acusativo *a, hacia, por, con, con el fin de, para, con relación a, según contra*; como es propio en griego sigue τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se utiliza en español por determinar a un nombre propio; Θεὸν, caso acusativo masculino singular del nombre propio *Dios*; βλασφημῆσαι, aoristo de infinitivo en voz activa del verbo βλασφημέω, *blasfemar, hablar en contra, expresar maledicencia*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*, masculino en español *el*; ὄνομα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *nombre*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de Él*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *de la*, masculino en español *del*; σκηνὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *tienda (de campaña), habitación, choza, enramada, tabernáculo*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de Él*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἐν, preposición que rige dativo *en*; τῷ, caso dativo masculino plural del artículo determinado *los*; οὐρανῷ, caso dativo masculino plural de sustantivo *cielos*; σκηνοῦντας, caso acusativo masculino plural con el participio de presente en voz activa del verbo σκηνόω, *habitar, morar en tienda de campaña, habitar en un tabernáculo*.

Καὶ ἤνοιξεν τὸ στόμα αὐτοῦ εἰς βλασφημίας πρὸς τὸν Θεὸν. Al Anticristo *se le dio boca* y en razón de esa capacidad comienza a hablar, acción expresada en la figura de *abrir la boca*, equivalente a *hablar*. Lo que sale de su boca es un discurso blasfemo, dicho con palabras que son blasfemias. La maledicencia está dirigida, no hacia los hombres, sino hacia Dios mismo. La expresión de Juan en el texto griego es idéntica a la que usa en el Evangelio para referirse a la posición del Verbo en el seno trinitario, *"era con Dios"* (Jn. 1:1). El discurso impío del Anticristo es contra Dios, enfrentándose a Él y afrentándole. Mientras que el Verbo estaba directamente *frente* al Padre en un diálogo eterno de comunión, el Anticristo estará en *oposición*, no *enfrente* para comunión, sino *enfrentado*, para deshonrarle. La blasfemia, esto es, el hablar mal se pronuncia contra *"el nombre"* de Dios: βλασφημῆσαι τὸ ὄνομα αὐτοῦ, *para blasfemar el nombre de Él*. Nombre es una extensión expresiva de

la persona y equivalente a ella. El Anticristo maldice lo que Dios es en sí mismo y expresa por medio de sus nombres. Es un verdadero desafío al cielo. La impiedad del hombre de pecado se levanta arrogante contra el Omnipotente, desafiando su poderío y su capacidad de actuación. Un discurso desafiante contra Dios, dejando en evidencia lo que Él es, y despreciando sus perfecciones y atributos, le hará crecer a ojos de los hombres, pero su arrogancia durará tan solo los cuarenta y dos meses que se le han concedido para su actuación.

Καὶ τὴν σκηνὴν αὐτοῦ. La maledicencia alcanza luego al tabernáculo de Dios. Esto tiene que ver con el santuario celestial donde Dios se manifiesta en gloria y soberanía. No podrá alcanzar personalmente ese lugar, pero irrumpirá, en su arrogancia impía, en el santuario terrenal edificado para glorificar a Dios y rendirle culto, para profanarlo, colocándose él en el lugar que corresponde al Señor (2 Ts. 2:4). Juan vio el santuario celestial abierto y en él el arca del pacto (11:19). Ya se comentó antes que el santuario tiene un contenido simbólico de lugar desde donde Dios envía protección para su pueblo. Esa acción protectora impide que el Anticristo alcance al remanente de Israel, salvo por gracia, proveyendo para ellos un lugar de refugio en el desierto y derrotando a los ejércitos que el Anticristo mandará contra los que huyen de su persecución. De alguna manera el discurso de la primera bestia, en una boca que habla blasfemias contra el santuario de Dios, es la reacción al fracaso y frustración de los planes malvados de Satanás. No puede impedir que Dios proteja a su pueblo, pero puede hablar mal del santuario de Dios, desde donde se envía esa protección.

Τοὺς ἐν τῷ οὐρανῷ σκηνοῦντας. Finalmente la blasfemia alcanza también a los santos que están en el cielo. Anteriormente Juan vio la extensión del tabernáculo de Dios sobre los santos que han sellado con su vida la fidelidad al Señor (7:15). La muerte de muchos de los santos no ha sido suficiente para eliminar a los seguidores de Jesús, porque esa muerte física ha sido la puerta que abrió para ellos un estado definitivo de comunión en la presencia de Dios. Las fuerzas de maldad levantaron contra ellos a los hombres en la tierra y segaron sus vidas físicas, pero la proyección de vida es para los santos a perpetuidad con Dios. Al lugar celestial donde están, en espera de venir a la tierra para reinar con Cristo, no puede llegar ya su enemigo mortal Satanás, ni su expresión humana el Anticristo. Lo único que, en despecho e impotencia hará, será blasfemar, es decir, hablar mal de ellos.

La expresión τοὺς ἐν τῷ οὐρανῷ σκηνοῦντας, suplementada en RV para traducir *"los que moran en el cielo"*, tiene que ver también con los ángeles. Juan ofreció la visión del gran combate en regiones celestes, entre Satanás y sus huestes y Miguel y los ángeles de Dios, de cuyo combate los ángeles de Dios obtuvieron victoria plena sobre las huestes de Satanás. Este

acontecimiento será también un elemento de furiosa rabia en el corazón del Diablo y en el de su hijo el Anticristo. Las palabras de éste van dirigidas en contra de Dios, de los santos y de los ángeles, criaturas que están en el cielo. El tercer grupo que entra en las palabras blasfemas será la Iglesia, ya glorificada y representada en el principio del libro por los veinticuatro ancianos sobre los veinticuatro tronos. Son los herederos de Dios y coherederos con Cristo (Ro. 8:17), porque son sus hijos por adopción (Gá. 4:5). Han sido librados del poder diabólico establecido en las tinieblas y llevados al reino de Jesucristo (Col. 1:13). Justificados por la fe (Ro. 5:1), no tienen ya ninguna posibilidad de condenación (Ro. 8:1). Pero, sobre todo, han vencido sobre Satanás por la fe en Cristo. Son los que esperan el momento en que Dios coloque a Satanás bajo sus pies en victoria experimental y definitiva (Ro. 16:20), por tanto, estos son objetos de la ira de la primera bestia y de sus palabras denigrantes y despectivas. Sin embargo, esa ira no tiene valor alguno contra quienes están al amparo de Dios y viven a la sombra del Omnipotente (Sal. 91:1). Los dardos de fuego del maligno no los alcanzan porque no pueden alcanzar el lugar seguro que es su morada.

7. Y se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos, También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación.

καὶ[1] ἐδόθη αὐτῷ ποιῆσαι πόλεμον μετὰ τῶν ἁγίων καὶ νικῆσαι
Y fue dado le hacer guerra contra los santos y vencer
αὐτούς, καὶ ἐδόθη αὐτῷ ἐξουσία ἐπὶ πᾶσαν φυλὴν καὶ λαὸν καὶ
los y fue dado le autoridad sobre toda tribu y pueblo y
γλῶσσαν καὶ ἔθνος.
lengua y nación

Notas sobre el texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] καὶ[1] ἐδόθη αὐτῷ ποιῆσαι πόλεμον μετὰ τῶν ἁγίων καὶ νικῆσαι αὐτούς, es la lectura más segura, atestiguada en א, 051, 205, 209, 1006, 1841, 2329, 2344, 2351, *Biz* [046] it^{gig}, syr^{ph}, cop^{bo}, eth, Beato.

καὶ[1] ἐδόθη αὐτῷ ἐξουσία ποιῆσαι πόλεμον μετὰ τῶν ἁγίων καὶ νικῆσαι αὐτούς, *y le fue dado autoridad hacer guerra contra los santos y vencerlos,* según lectura en 1859, arm^{mss}, Primasio.

Se omite totalmente en **p**^{47}, A, C, P, 2053, cop^{sa}, arm^{mss}, Ireneo^{lat}, Andrés.

Juan añade otros aspectos de la revelación que estaba recibiendo, ligándolos a lo que antecede mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐδόθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo δίδωμι, *dar, entregar,* aquí como

fue dada; αὐτῷ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *le*; ποιῆσαι, aoristo de infinitivo en voz activa del verbo ποιέω, *producir, hacer*, aquí como *hacer*; πόλεμον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *conflicto, pelea, guerra*; μετὰ, preposición de genitivo *con, contra*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; ἁγίων, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *santos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; νικῆσαι, aoristo de infinitivo en voz activa del verbo νικάω, *vencer*; αὐτούς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal *los*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐδόθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo δίδωμι, *dar, entregar,* aquí como *fue dada*; αὐτῷ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *le*; ἐξουσία, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *autoridad, jurisdicción, derecho, gobierno, potestad*; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; πᾶσαν, caso acusativo femenino singular del adjetivo que expresa radicalmente *toda*; φυλὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *tribu*; καὶ, conjunción copulativa *y*; λαὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *pueblo, ciudad, comarca*; καὶ, conjunción copulativa *y*; γλῶσσαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *lengua, idioma*, en figura de grupos de personas con una misma lengua; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔθνος, caso acusativo femenino singular del sustantivo *nación.*

Un nuevo permiso de acción llega al conocimiento de Juan. Al Anticristo se le καὶ ἐδόθη αὐτῷ ποιῆσαι πόλεμον μετὰ τῶν ἁγίων, *"permitió hacer guerra contra los santos"*. La acción se establece como plenamente consumada por el uso de un verbo en aoristo, en el texto griego, con lo que se expresa la idea de una guerra llevada a cabo totalmente. La guerra va dirigida contra los *santos*. ¿Quiénes serán estos santos? Debe tenerse en cuenta que los del remanente de Israel han sido llevados al desierto y custodiados por Dios; también los otros que tenían el testimonio de Jesucristo están en Su presencia. La respuesta debe tomarse desde la perspectiva profética dada por Daniel: *"Y veía yo que este cuerno hacía guerra contra los santos, y los vencía, hasta que vino el Anciano de días, y se dio el juicio a los santos del Altísimo"* (Dn. 7:22). Los santos aquí tienen que ser aquellos que fueron antes comisionados por Dios para un ministerio temporal y que fueron sellados para ese propósito, los ciento cuarenta y cuatro mil que Dios envió como mensajeros a las naciones (7:1-8). Antes fue revelado que *"cuando hayan acabado su testimonio, la bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos"* (Ap. 11:7), referente a la acción llevada a cabo con los dos testigos que Dios envió para que ministrasen en Jerusalén. Se trata de quienes son *santos del Altísimo*, esto es, quienes son separados por Dios para aquello que Él quiere encomendarles. En este caso la bestia hará guerra contra quienes han creído por la predicación del evangelio que aquellos, tanto los dos testigos como los ciento cuarenta y cuatro mil, hayan predicado.

Καὶ νικῆσαι αὐτούς. El Anticristo no solo hará guerra contra ellos, sino que recibirá el permiso para *vencerlos*. El permiso divino alcanza dos aspectos, primero el de hacer la guerra, y también vencer a los santos. Vencer equivale a *matarlos*. Esa es una de las razones por las que el tiempo de la tribulación será breve, como dijo el Señor: *"Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo, mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados"* (Mt. 24:22). La tribulación será tan grande y la situación se hará de tal forma insoportable que si aquellos días no se vieran acortados por la segunda venida del Hijo del Hombre, no se salvaría nadie.

La visión de Juan pone de manifiesto el ámbito del poder que ejercerá el Anticristo en la tierra. Un sentido de universalidad se generaliza en la expresión: καὶ ἐδόθη αὐτῷ ἐξουσία ἐπὶ πᾶσαν φυλὴν καὶ λαὸν καὶ γλῶσσαν καὶ ἔθνος, *"también se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación"*. El gobierno de la primera bestia alcanzará a toda la tierra. Será un poder totalitario sobre todo el mundo. Nadie habrá tenido jamás un poder semejante. Gobernará sobre todos los grupos sociales, sobre cada uno de los lugares donde haya personas establecidas, sobre quienes estén unidos entre sí por idiomas propios de cada grupo y sobre todas las naciones establecidas en la tierra. Nada ni nadie escapará al control férreo del dictador del futuro. Satanás le entrega su trono y su dominio y, con él ejercerá poder absoluto sobre todos.

Una sencilla reflexión aplicativa surge del entorno comentado. No es largo el tiempo de tribulación para un creyente en cualquier dispensación. Cada uno puede estar atravesando una circunstancia personalmente difícil. Las pruebas y las dificultades son naturales y propias en la vida del creyente. La prueba de la fe cristiana se obtiene mediante el fuego de la prueba (1 P. 1:7). Sin embargo, esas circunstancias se producen sólo *"si es necesario"* (1 P. 1:6). En medio de las pruebas el cristiano no debe perder el gozo, como exhorta Santiago (Stg. 1:4), sabiendo que son una concesión divina para el perfeccionamiento del cristiano (Stg. 1:3-4). En medio de las pruebas, cuando se producen preguntas sin respuestas sobre la razón de las mismas; Santiago exhorta al creyente a interrogar, desde el respeto, la reverencia y la sumisión, a Dios, como Padre, demandando sabiduría para entender las razones de las mismas (Stg. 1:5). Especialmente cuando el sufrimiento se produce a causa de la fidelidad, cada uno debe estar equipado con el pensamiento semejante al de Cristo, entendiendo que como él ha padecido por nosotros, sin razón humana alguna, sino sólo por amor en entrega, cada uno debe asumir también el sufrimiento desde la pureza de vida y la sumisión a la voluntad del Señor. Los sufrimientos del cristiano producen gozo al entender que es participante de los padecimientos de Cristo (1 P. 4:13). Cuando el sufrimiento y las dificultades acosen al creyente, produciéndose según la voluntad de Dios, el cristiano encomienda su alma al

fiel Creador y continua haciendo el bien (1 P. 4:19). Toda la aflicción terrenal produce en el cristiano y cada vez más excelente y eterno peso de gloria (2 Co. 4:17).

8. Y la adoraron todos los moradores de la tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo.

καὶ προσκυνήσουσιν αὐτὸν πάντες οἱ κατοικοῦντες ἐπὶ τῆς γῆς, οὗ
Y adoraran le todos los moradores sobre la tierra, los que
οὐ γέγραπται τὸ ὄνομα αὐτοῦ ἐν τῷ βιβλίῳ τῆς ζωῆς τοῦ ἀρνίου τοῦ
no está escrito el nombre de ellos en el libro de la vida del Cordero el
ἐσφαγμένου ἀπὸ καταβολῆς κόσμου.
que ha sido inmolado desde fundación de mundo.

Notas sobre el texto griego.

Sigue la declaración con καὶ, conjunción copulativa *y*; προσκυνήσουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo προσκυνέω, *adorar*, aquí como *adoraran*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *le*; πάντες, caso nominativo masculino plural del adjetivo que expresa radicalmente *todos*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; κατοικοῦντες, caso nominativo masculino plural con el participio de presente en voz activa del verbo κατοικέω, compuesto por κατά, *abajo*, y οἰκέω, *habitar*, por lo que significa *establecer una morada, habitar en un lugar*, aquí como *moradores*; ἐπὶ, preposición de genitivo, *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆς caso genitivo femenino singular del sustantivo *tierra*; οὗ, caso genitivo masculino plural del pronombre relativo *los que*; seguido de οὐ, adverbio de negación absoluta *no* y que negativiza a γέγραπται, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz pasiva del verbo γράφω, *escribir*, aquí como *está escrito*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; ὄνομα, caso nominativo neutro singular del sustantivo *nombre*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *lo,* masculino en español, *el*; βιβλίῳ, caso dativo neutro singular del sustantivo *libro*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; ζωῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *vida*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *lo*, masculino en español *el*; ἀρνίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *cordero*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *lo*, en español *el*; ἐσφαγμένου, caso genitivo neutro singular con el participio perfecto en voz pasiva del verbo σφάζω, con sentido de *degollar, inmolar*, especialmente referido a víctimas de un sacrificio, aquí como *ha sido inmolado*; ἀπὸ, preposición de genitivo *desde*; καταβολῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *fundación*; κόσμου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *mundo*.

Καὶ προσκυνήσουσιν αὐτὸν πάντες οἱ κατοικοῦντες ἐπὶ τῆς γῆς. La bestia que se levanta por el poder de Satanás será adorada. Esa es la culminación del propósito de Satanás. Como Dios ha establecido que su Hijo sea adorado (He. 1:6), para lo que le ha dado el nombre de suprema dignidad y autoridad sobre cielos y tierra, bajo cuyo nombre todos los seres doblarán sus rodillas, porque él es el Señor (Fil. 2:9-11), así también Satanás, en imitación diabólica de la Deidad, hará que las naciones adoren a su hijo de perdición, el hombre de pecado, el Anticristo. Sentado sobre el trono de autoridad en el gobierno de las naciones y pueblos de la tierra, será una imitación diabólica de lo que Dios ha determinado para su Hijo (Sal. 2:6-8). El verbo que Juan utiliza para referirse a la adoración del Anticristo aparece en futuro en el texto griego, literalmente *"adorarán"*, sin embargo son válidas las traducciones que lo trasladan en pasado, estableciendo un *pasado profético*, en sentido de que una acción futura ocurrirá indefectiblemente y puede expresarse como un hecho ocurrido definitivamente. La adoración será una manifestación de acatamiento y pleitesía de *"todos los moradores de la tierra"*, es decir, quienes tienen su residencia establecida en la tierra y que pertenecen al mundo organizado por Satanás. Son los que por naturaleza están vinculados al mundo y a sus cosas.

Οὗ οὐ γέγραπται τὸ ὄνομα αὐτοῦ ἐν τῷ βιβλίῳ τῆς ζωῆς τοῦ ἀρνίου. Estas personas son inconversos ya que sus nombres no aparecen registrados en *"el libro de la vida del Cordero"*. Este término se usa para referirse a lo que pudiera llamarse el *registro celestial* de quienes son verdaderamente hijos de Dios por la fe. Ya se ha considerado antes que la expresión *libro de la vida* aparece varias veces en el Antiguo Testamento, refiriéndose al censo que correspondía al pueblo de Israel, titular de las bendiciones de Dios (Ex. 32:32). También aparece en el mismo entorno, para referirse en forma metafórica a un libro, que está en la presencia de Dios, en el cual están escritos los nombres de los justos (Sal. 69:28). Era el registro que daba opción para participar en las bendiciones mesiánicas para el pueblo de Dios (Is. 4:3). En el Nuevo Testamento el concepto de *libro de la vida,* tiene que ver, simbólicamente con el registro de quienes, habiendo creído en Cristo son eternamente salvos (Fil. 4:3; Ap. 3:5; 13:8; 17:8; 20:15; 21:27). Por tanto, en el contexto del pasaje se trata de quienes eran realmente salvos, y no de quienes tenían una mera apariencia de piedad; no es el registro de los profesantes, sino de los regenerados; no es el padrón de los convencidos, sino de los convertidos a Cristo. Se vincula aquí el *libro de la vida* con el Cordero, por cuanto la salvación es el resultado de la gracia que se manifestó en la obra redentora de Cristo y en la que se participa por medio de la fe (Ef. 2:8-9). Por esa razón Juan dice que el Cordero τοῦ ἐσφαγμένου *"fue inmolado"*, ya que sólo por su sacrificio sustitutorio el pecador puede ser salvo y quedar libre de toda condenación (Ro. 8:1).

Una observación se hace necesaria en la construcción de este versículo, en el que se lee: ἐσφαγμένου ἀπὸ καταβολῆς κόσμου *"Que fue inmolado desde la fundación o desde el principio, del mundo"*. Realmente el Cordero *no fue inmolado* desde el principio del mundo, sino en un momento determinado de la historia del mundo. Es cierto que el sacrificio redentor estaba asumido en el plan de redención que antecede al mundo (2 Ti. 1:9). Es también verdad que el modo de llevar a cabo la redención había sido establecido en la eternidad (1 P. 1:20). Sin embargo lo que estaba establecido antes de la creación tuvo cumplimiento en el tiempo histórico de la tierra determinado y establecido conforme al propósito soberano de Dios (Gá. 4:4). Lo que estaba registrado en el libro de la vida desde antes de la fundación del mundo eran los nombres de quienes serían salvos a lo largo del tiempo. Estos son los que Pablo enseña que fueron escogidos desde antes de la fundación del mundo (Ef. 1:4). La traslación del texto griego exigiría una puntuación más precisa que no vinculase necesariamente el hecho del sacrificio del Cordero con el principio del mundo; incluso podría traducirse de este modo, conforme a todo el contexto en que aparece la expresión en Apocalipsis: *"Cuyos nombres no estaban escritos desde el principio del mundo en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado"*, así aparece literalmente más adelante (17:8).

Se ha especulado tanto entorno al Anticristo que se ha levantado mucho de ciencia ficción, pretendiendo buscar la presencia de este inicuo entre los líderes de la tierra. A lo largo del tiempo se ha propuesto como el Anticristo, personajes famosos que van desde papas, a quienes se ha buscado en la conversión matemática de las letras de sus nombres la señal que los identificase, pasando por líderes de gobiernos en la tierra, de ese modo, en base a la persecución de que fueron objeto los judíos, se pretendió identificar a Hitler como el Anticristo, siguiendo luego por otros muchos líderes de gobierno, economía, finanzas, etc. etc. ¿Estará ya el Anticristo viviendo en el mundo? La pregunta se produce por mera curiosidad y Dios no ha enviado su Palabra para responder a curiosidades humanas, sino para revelarse Él mismo a los hombres. Debe tenerse en cuenta que el problema no está en si el Anticristo del futuro está ya viviendo entre los hombres de la tierra, sino en que momento Satanás podrá acceder a su propósito y llevar a cabo el programa diabólico de colocar un hombre en el lugar que corresponde a Dios. Este proyecto se ha mantenido desde el principio de la historia humana siendo impedido por Dios mismo hasta que llegue el tiempo que Él ha determinado (2 Ts. 2:6-9). Satanás controla, como príncipe de este mundo y dios de este siglo, lo que hay en él, incluyendo los hombres no regenerados. Por tanto, cuando sea posible, esto es, cuando el impedimento divinamente establecido sea retirado, y quede abierto el camino para que lleve a cabo su impía determinación, no tendrá necesidad sino de tomar al hombre de este mundo que él quiera y promoverlo para la realización de su programa malvado. El creyente no debe perder ni un instante de su tiempo en la

búsqueda de supuestos anticristos, cuyo espíritu opera hoy en los hijos de desobediencia. Ese tiempo perdido en una búsqueda inútil producto de la curiosidad humana debe dedicarse a conocer más a Dios en el estudio de su Palabra, servirle con mayor dedicación en su obra y proclamar el evangelio de la gracia para salvación a todo aquel que crea.

9. Si alguno tiene oído, oiga.

Εἴ τις ἔχει οὖς ἀκουσάτω.
Si alguno tiene oído oiga.

Notas sobre el texto griego.

Al final de la visión se introduce una exhortación solemne establecida sobre una condición de primera clase con εἰ, conjunción condicional que equivale a *si*; que precede a τις, caso nominativo masculino singular del pronombre indefinido *alguno*; ἔχει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tienen*; οὖς, caso acusativo neutro singular del sustantivo *oído*; ἀκουσάτω, tercera persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo ἀκούω, *oiga*.

Εἴ τις ἔχει οὖς ἀκουσάτω. El Señor introduce aquí una repetición de las exhortaciones hechas al final de los mensajes a las siete iglesias (2:7, 11, 17, 29; 36, 13, 22). El Señor hace una apelación al creyente que lee las palabras de la profecía. Es una advertencia expresada como era habitual del Señor durante su ministerio (cf. Mt. 11:15; 13:9, 43; Mr. 4:9, 23; Lc. 8:8; 14:35). El Señor coloca al auditorio que habían oído sus palabras, ante la disyuntiva de *oír*, esto es, atender y aceptar el mensaje recibido. El Señor había revelado una situación insostenible para la iglesia y no aceptar eso suponía indefectiblemente no estar en el propósito y pensamiento de Dios para la iglesia, con las graves consecuencias de las que había advertido. Cristo demandaba no sólo atención a sus palabras, sino reflexión sobre ellas. Con esa expresión inducía a las gentes a buscar el alcance de la amonestación del mensaje remitido a la iglesia. Todos aquellos que tuviesen capacidad espiritual debían meditar en ella y encontrar la lección que el Señor procuraba darles. Dentro de la iglesia hay siempre creyentes con sensibilidad para oír, esto es, prestar atención a las advertencias del Señor. Es un solemne llamado de advertencia a prestar atención y reflexionar sobre el mensaje que Dios está dando por medio de su siervo Juan y que sigue luego.

10. Si alguno lleva en cautividad, va en cautividad; si alguno mata a espada, a espada debe ser muerto. Aquí está la paciencia y la fe de los santos.

εἴ τις εἰς[1] αἰχμαλωσίαν,
Si alguno a cautividad
εἰς αἰχμαλωσίαν ὑπάγει·
a cautividad va.
εἴ τις ἐν μαχαίρῃ ἀποκτανθῆναι
si alguno con espada ser matado
αὐτὸν ἐν μαχαίρῃ ἀποκτανθῆναι.
él con espada ser matado.
Ὧδε ἐστιν ἡ ὑπομονὴ καὶ ἡ πίστις τῶν ἁγίων.
Aquí está la paciencia y la fe de los santos.

Notas sobre el texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] εἰς αἰχμαλωσίαν εἰς αἰχμαλωσίαν ὑπάγει, *cautividad a cautividad va*, lectura de mediana seguridad, atestiguada en A, vg[ww, st].

εἰς αἰχμαλωσίαν ἀπάγει εἰς αἰχμαλωσίαν ὑπάγει, según se lee 2351, it[gig], vg[cl], syr[ph, h], Ireneo[lat], Beato.

εἰς αἰχμαλωσίαν ἀπάγει, lectura en **p**[47], א, C, P, 046, 051[v, r], 205, 209, 1006, 1611, 1841, 2053, 2329, cop[bo], Ireneo[arm], Andrés.

εἰς αἰχμαλωσίαν, ὑπάγει, como aparece en 051[txt], *Biz.*

ἔχει αἰχμαλωσίαν, ὑπάγει, lectura en 104 y posible en cop[sa] y Primasio.

La exhortación se expresa en un lenguaje poético un tanto difícil, en una condicional de primera clase con εἰ, conjunción condicional que equivale a *si*; que precede a τις, caso nominativo masculino singular del pronombre indefinido *alguno*; εἰς, preposición de acusativo *a*; αἰχμαλωσίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo abstracto *cautividad,* en contraposición con el concreto *cautivos*; puede traducirse como *“si alguno cautivo”*; εἰς, preposición de acusativo *a*; αἰχμαλωσίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo abstracto *cautividad*; ὑπάγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ὑπάγω, *ir, marcharse, andar*, aquí como *va*. Una nueva condicional se introduce como la anterior con εἰ, conjunción condicional que equivale a *si*; que precede a τις, caso nominativo masculino singular del pronombre indefinido *alguno*; ἐν, preposición de dativo *con*; μαχαίρῃ, caso dativo femenino singular del sustantivo *espada*, generalmente una espada pequeña a diferencia de ῥομφαία, la espada grande de combate; ἀποκτανθῆναι, aoristo de infinitivo en voz pasiva del verbo ἀποκτείνω, *matar, quitar la vida, dar muerte*, aquí como *matara*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *él*; ἐν, preposición de dativo *con*; μαχαίρῃ, caso dativo femenino singular del sustantivo *espada*; ἀποκτανθῆναι, aoristo de infinitivo en voz pasiva del verbo ἀποκτείνω, *matar, quitar la vida, dar muerte*, aquí como *ser matado*. Finaliza la exhortación con ὧδε, adverbio de lugar, *acá*, *aquí*; ἐστιν, tercera persona singular del presente de indicativo

en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *está*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; ὑπομονὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *paciencia*, en la condición de *ser capaces de soportar algo*, *permanecer bajo una carga*; και, conjunción copulativa *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; πίστις, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *fe*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *de los*; ἁγίων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *santos.*

Εἴ τις εἰς αἰχμαλωσίαν εἰς αἰχμαλωσίαν ὑπάγει. El versículo reviste cierta dificultad interpretativa por la construcción de sus frases. Son expresiones cortadas y, en cierta medida, un tanto oscuras. No se trata aquí de una advertencia en relación con la siega y la siembra, ni tampoco tiene nada que ver con la llamada *ley del talión*, establecida para los jueces de Israel a fin de preservar la equidad en las sentencias legales. El versículo es una advertencia solemne a fin de que los creyentes presten atención a algo concreto. Las palabras introductorias así lo establecen ya que son prácticamente idénticas a las que preceden a cada una de las advertencias solemnes en las cartas a las siete iglesias. Se trata, pues, de advertir a los creyentes sobre la situación en que se encontrarán en el tiempo final del gobierno del Anticristo. Algunos irán en cautiverio, por tanto, no deben resistirse a los perseguidores que los apresen, porque eso será lo que Dios permita que ocurra en aquellos días. No todos sufrirán esta situación, como claramente establece la cláusula, una expresión de condición de primera clase en el texto griego.

Εἰς αἰχμαλωσίαν ὑπάγει αὐτὸν ἐν μαχαίρῃ ἀποκτανθῆναι. Otros testificarán de su fe con su propia vida, de ahí que se advierta que, como se lee en el texto griego, *"si alguno con espada ser matado, debe él con espada ser matado"*. La espada, figura de instrumento para quitar la vida, será usada en aquellos días de gran persecución contra los creyentes. De la misma manera que los que sean hechos prisioneros deben aceptarlo como permisión divina, así también quienes sean condenados a muerte y ejecutados deben considerarlo como un elemento testimonial y expresión de fidelidad. No se trata que quien mate a un creyente debe morir él del mismo modo, como se dijo antes, sino que el creyente morirá inevitablemente por la acción del que tiene espada y la usa para matar. El versículo advierte sobre la acción del Anticristo y sus servidores contra quienes tengan el testimonio de Jesucristo. Las acciones del Anticristo están profetizadas y a él le *fue dado*, hacer guerra contra los santos y vencerlos (v. 7).

En medio de todo este panorama de violencia y persecución se manifiesta gloriosa la *perseverancia de los fieles*. Juan afirma que ὧδε ἐστιν ἡ ὑπομονὴ καὶ ἡ πίστις τῶν ἁγίων, *"aquí está la paciencia"*. Por medio de una entrega sin resistencia a la voluntad de Dios, los creyentes mostrarán la perseverancia

en la paciencia y en la fe. El término que Juan utiliza aquí para referirse a la *paciencia*, es el que destaca la permanencia firme, constante e incluso entusiasta de aguantar bajo el peso adverso de las circunstancias y de las pruebas. La paciencia es una bendición que nace de la concesión divina de las pruebas, de ahí que Santiago escriba: *"Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia"* (Stg. 1:2-3). Las aflicciones y las pruebas son el crisol en que Dios pone a prueba y enriquece la fe del creyente (1 P. 1:6-7). De manera que compartir la paciencia con los otros hermanos, significa dos cosas: en primer lugar que la aflicción es algo común y generalizado en la experiencia de los creyentes, por eso, Pedro dice que no debe ser considerado sorprendente cuando aparezca el fuego de la prueba, como si se tratase de algo extraño, sino que debe entenderse como la bendición de compartir los mismos padecimientos con nuestros hermanos en todo el mundo (1 P. 5:12-13). Las aflicciones compartidas con los creyentes son también una concesión de la gracia, que da la bendición de la salvación y concede el sufrimiento por Cristo (Fil. 1:29). La paciencia con que se soportan las aflicciones es *"la paciencia de Jesucristo"*, es decir, la capacidad para soportar proviene de la comunión vital con Jesucristo, que tiene, además el ejemplo supremo en Jesús (Jn. 13:15; He. 12:2; 1 P. 2:21). Pero, la paciencia del creyente tiene también como elemento sustentante el poder de Jesús (Jn. 15:5; Fil. 4:13). El creyente puede soportarlo todo cuando Cristo que le comunica su poder.

Un segundo aspecto de la perseverancia de los fieles es la *fe*, llamada aquí ἡ πίστις τῶν ἁγίων, *"la fe de los santos"*. En este caso es más bien fidelidad, es decir, la manifestación de la fe en la esfera de la permanencia constante de la firmeza en el testimonio y compromiso con Cristo, a pesar de las dificultades y persecuciones. Una de las características de Dios es su fidelidad (Lm. 3:22-23; Sal. 36:5; 89:1, 2, 5, 24, 33; 92:1-2). Dios debe ser reconocido por su fidelidad (Dt. 7:9). La fidelidad de Dios es inalterable, a pesar de cualquier circunstancia (2 Ti. 2:13). El creyente descansa con seguridad en las promesas de Dios, porque Él hace honor siempre a Su palabra (He. 10:23). Esa característica era propia de la conducta del Señor Jesús. La fidelidad es el principio de vida propio del creyente, que se manifiesta no sólo en relación con Dios, sino también en relación con sus semejantes en todos sus actos (Col. 3:9). Todos los aspectos de la vida del creyente han de corresponderse con la fidelidad propia de quien reconociendo a Dios por Padre, sigue su conducta. El creyente es fiel por ser creyente. La fe, junto con la paciencia, se manifiesta como una realidad en la perseverancia, dependiendo y obedeciendo a Dios, aun en los momentos de mayor persecución y dificultad. El Señor exhorta a los fieles del tiempo de la tribulación a resistir pacientemente la persecución y mantener la fidelidad.

Una demanda divina establecida para ser aplicada en todos los tiempos. Habrá momentos de mayor dificultad y otros de aparente bonanza, pero la paciencia y la fidelidad son elementos propios de la vida cristiana que han de expresarse visiblemente en la forma de vida de cada cristiano. Al principio del libro el Señor hace un llamamiento a la fidelidad que será bueno recordar aquí también. Satanás que actuará de una forma intensa y destructiva contra los santos en los tiempos finales de la historia actual, lo hace, tal vez con menor intensidad pero con la misma firmeza, en el tiempo actual. Como se dijo anteriormente, el propósito de Satanás es avieso, para que el creyente caiga y flaquee en su fidelidad. Eso lo intentó siempre, como ocurrió con Job en la antigüedad. En tiempos apostólicos, los judíos, como hizo Saulo de Tarso, procuraban acosar a los cristianos intentando que maldijesen el nombre del Señor Jesucristo (Hch. 26:11). La fe cristiana sale fortalecida en medio de las pruebas. Es el crisol espiritual que robustece y mejora la calidad de la fe. El apóstol Pedro enseña esta verdad cuando escribe: *"En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo"* (1 P. 1:6-7). Las pruebas y aflicciones vienen a la experiencia del creyente por permisión divina. Las pruebas tienen el propósito de aquilatar la fe, siendo piedras de toque que manifiestan la calidad de fe del creyente. La vida de fe es comparada con un metal precioso y se demuestra que es más valiosa que el oro que *perece*, es decir, se desgasta. El segundo objetivo de la prueba es *purificar la fe*, que siendo *"mucho más preciosa que el oro"* ha de ser purificada por medio del fuego de las pruebas. El resultado final de la prueba de la fe es que *"sea hallada en alabanza, gloria y honra"*. La misma verdad fue enseñada también por el Señor (Mt. 5:11-12). La alabanza gloria y honra será, primeramente para Dios mismo, pero también para el creyente que recibirá coronas. El Señor les conmina a ser *"fieles hasta la muerte"*. No se trata de un ruego, sino de una demanda, no es una súplica a la fidelidad, sino un mandamiento a ser fieles. El verbo en presente de imperativo implica un sentido de continuidad durante la tribulación, como si el Señor les dijese: *"persistid en venir a ser fieles"*. La fidelidad es una entrega incondicional y absoluta, puntualizada en la expresión *"hasta la muerte"*, en sentido de disposición a entregarse a la fidelidad aunque ello suponga tener que dar la vida. En todo ello tenemos el ejemplo supremo de Jesús que se mantuvo firme bajo la aplastante carga de nuestro pecado y dio su vida voluntariamente en la Cruz (Fil. 2:6-8).

La segunda bestia (13:11-18).

11. Después vi otra bestia que subía de la tierra; y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como dragón.

Καὶ εἶδον ἄλλο θηρίον ἀναβαῖνον ἐκ τῆς γῆς, καὶ εἶχεν κέρατα δύο
Y vi otra bestia que subía de la tierra, y tenía cuernos dos
ὅμοια ἀρνίῳ καὶ ἐλάλει ὡς δράκων.
semejantes a cordero y hablaba como dragón.

Notas sobre el texto griego.

Una nueva visión se introduce con la habitual forma del uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; εἶδον, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, *ver*, aquí como *vi*; ἄλλο, caso acusativo neutro singular del adjetivo indefinido, *otro,* en castellano femenino, *otra*; θηρίον, caso acusativo neutro singular del sustantivo *bestia*, *animal salvaje, fiera*; ἀναβαῖνον, caso acusativo neutro singular con el participio de presente en voz activa del verbo ἀναβαίνω, *subir, ascender, salir,* aquí como *que salía o que subía*; ἐκ, preposición de genitivo, *de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tierra*; καὶ, conjunción copulativa *y*; εἶχεν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tenía*; κέρατα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *cuernos*; δύο, caso acusativo neutro plural del adjetivo numeral cardinal *dos*; ὅμοια, caso acusativo neutro plural del adjetivo *semejantes*; ἀρνίω, caso dativo neutro singular del sustantivo que denota *cordero*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐλάλει, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo λαλέω, *hablar*, aquí como *hablaba*; ὡς, conjunción usada como adverbio de modo en sentido comparativo, *como*; δράκων, caso nominativo masculino singular del sustantivo *dragón.*

Καὶ εἶδον ἄλλο θηρίον ἀναβαῖνον ἐκ τῆς γῆς. En la visión Juan ve aparecer subiendo o saliendo de la tierra una segunda bestia. Quiere decir que después del Anticristo, aparecerá una segunda persona vinculada con él y su ministerio impío. La primera bestia salía del mar, que como se ha considerado equivale a las naciones de la tierra, manifestando su condición de gentil. Esta segunda bestia surge de *la tierra*, mostrando una diferencia con la primera no en cuanto a clase, ya que las dos se las denomina *bestias*, sino en cuanto a procedencia. Si el mar simboliza a las naciones, *la tierra*, en profecía tiene que ver con Israel. Es la tierra de la promesa, la tierra por excelencia entre los lugares de las demás naciones, porque es la herencia que Dios dio al pueblo de la fe. En ese sentido la segunda bestia será un judío, o procedente de la tierra de Israel. Por otro lado, si la primera bestia es un individuo, esta segunda ha de serlo también. Es, como se dijo ya, alguien ligado y asociado con el Anticristo.

Καὶ εἶχεν κέρατα δύο ὅμοια ἀρνίῳ. En la visión se aprecia que tenía *dos cuernos* que, como ya se ha dicho reiteradamente, son símbolo de poder. Se diferencia de la primera bestia, el Anticristo, en que éste tenía diez cuernos, mientras que la segunda bestia sólo tiene dos. Supone esto que el poder pleno está en la primera y un poder delegado en menor grado o intensidad es para esta

segunda bestia. El aspecto con que se presenta es muy diferente al de la primera, ya que no aparece revestida de la ferocidad descrita para la primera, sino con un aspecto bonancible, manso, humilde y puro, comparado con el de un cordero. Quiere decir que esta segunda bestia asumirá funciones que requieren una apariencia de mansedumbre, afecto y piedad. Son las funciones y aspectos propios de un sacerdote o de un profeta.

Sin embargo, bajo la apariencia piadosa, de mansedumbre y humildad, se esconde una realidad espiritual propia de los demonios, ya que ἐλάλει ὡς δράκων, *"hablaba como dragón"*. Oculto tras la piel de un cordero estará la ferocidad y peligro propios de lo que representa un dragón. Si la primera bestia recibió su poder del dragón, esta que ἐλάλει ὡς δράκων, *"habla como dragón"*, tiene también un ministerio controlado por Satanás. La figura ilustra un peligro mayor que el de los lobos cubiertos con piel de cordero (Mt. 7:15). La actividad de este segundo hombre está relacionada con religión, por lo que se le identifica más adelante por el título de *"falso profeta"* (19:20). La boca de los profetas de Dios, entregada a Dios, hablaba con sus propias palabras las palabras de Dios. En este caso, la segunda bestia, el *falso profeta*, hablará por su boca el mensaje de Satanás, constituyéndose en su pregonero en la tierra.

12. Y ejerce toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella, y hace que la tierra y los moradores de ella adoren a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada.

καὶ τὴν ἐξουσίαν τοῦ πρώτου θηρίου πᾶσαν ποιεῖ ἐνώπιον αὐτοῦ,
Y la autoridad de la primera bestia toda hace delante de ella,
καὶ ποιεῖ τὴν γῆν καὶ τοὺς ἐν αὐτῇ κατοικοῦντας ἵνα
y hace la tierra y los en ella moran que
προσκυνήσουσιν τὸ θηρίον τὸ πρῶτον, οὗ ἐθεραπεύθη ἡ πληγὴ τοῦ
adoren a la bestia la primera la que fue sanada la herida la
θανάτου αὐτοῦ.
de muerte de ella.

Notas sobre el texto griego.

Juan prosigue el relato dándole cohesión mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐξουσίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *autoridad*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *del*, femenino en castellano, *de la*, al relacionarse con *bestia*; πρώτου, caso genitivo neutro singular del adjetivo numeral ordinal *primero*; θηρίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *bestia*; πᾶσαν, caso acusativo femenino singular del adjetivo indefinido que expresa radicalmente *todo*; ποιεῖ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ποιέω, *realizar, producir, llevar a cabo, hacer*, aquí como *hace*; ἐνώπιον, preposición de genitivo, que se usa también como adverbio y denota *delante*

de, *en la presencia de*, *en frente de*; αὐτοῦ, caso genitivo neutro singular del pronombre personal *de él*, femenino en castellano, *de ella*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ποιεῖ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ποιέω, *realizar, producir, llevar a cabo, hacer*, aquí como *hace*; τὴν, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *la*; γῆν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *tierra*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἐν, preposición de dativo *en*; αὐτῇ, caso dativo femenino singular del pronombre personal *ella*; κατοικοῦντας, caso acusativo masculino plural con el participio de presente en voz activa del verbo κατοικέω, *morar, habitar, residir,* aquí como *moran*; ἵνα, conjunción, *que, para que*; προσκυνήσουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo προσκυνέω, *adorar*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo,* femenino en castellano, *a la*; θηρίον, caso acusativo neutro singular del sustantivo *bestia*; τὸ caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo,* femenino en castellano, *la*; πρώτου, caso genitivo neutro singular del adjetivo numeral ordinal *primero*, femenino en español, *primera*; οὗ, caso genitivo neutro singular del pronombre relativo *lo que*, femenino en español, *la que*; ἐθεραπεύθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo θεραπεύω, *sanar, curar,* aquí como *fue sanado*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; πληγη, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *herida*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; θανάτου, caso genitivo masculino singular del sustantivo declinado *de muerte*; αὐτοῦ, caso genitivo neutro singular del pronombre personal declinado *de él,* femenino en español *de ella*.

Καὶ τὴν ἐξουσίαν τοῦ πρώτου θηρίου πᾶσαν ποιεῖ ἐνώπιον αὐτου. La primera bestia, el Anticristo, ejerce toda la autoridad que Satanás le delegó para gobernar en su nombre sobre la tierra (v. 2). La segunda bestia, *el falso profeta*, actuará con la autoridad con que le inviste el Anticristo. ¿Se trata de la plenitud de autoridad en todas las áreas del gobierno del Anticristo? No, se trata de un ejercicio de autoridad plena y total sobre las áreas de responsabilidad en que será puesto. Esa autoridad le permitirá actuar, cumplir y ejercer sus funciones en el seno de la impía trinidad de maldad que, en imitación de la Santísima Trinidad, Satanás establecerá en la tierra. Satanás delegará en el *falso profeta* lo que tenga que ver con algunos de los objetivos para aquel tiempo. El ejercicio de autoridad lo ejercerá *en presencia de la primera bestia*, es decir delante del Anticristo, lo que supone la plena identidad de ambos impíos en las funciones de engaño diabólico que ejercerán sobre la tierra.

Καὶ ποιεῖ τὴν γῆν καὶ τοὺς ἐν αὐτῇ κατοικοῦντας ἵνα προσκυνήσουσιν τὸ θηρίον τὸ πρῶτον οὗ ἐθεραπεύθη ἡ πληγὴ τοῦ οὗ ἐθεραπεύθη ἡ πληγὴ τοῦ. La autoridad que recibirá será utilizada para inducir a los moradores de la tierra a una adoración idolátrica dirigida al Anticristo. Es interesante recordar que los emperadores romanos en tiempos de Juan, exigían para ellos mismos carácter divino y, por tanto, debían ser honrados como dioses. Este gobernante final surge en el restablecimiento del

Imperio Romano restaurado, por tanto, la identidad con los antecesores que gobernaron sobre él, se manifestará incluso en este acto de iniquidad. Realmente la adoración al Anticristo, inducida y conducida por el *falso profeta*, será, en última instancia, una adoración a Satanás mismo que respalda, organiza y promueve el sistema de iniquidad que establecerá en el mundo futuro (v. 4).

Como ya se ha considerado, el Anticristo estará ocupando en la tierra, y especialmente en el territorio de Israel, el lugar de adoración que corresponde a Dios (2 Ts. 2:4). La primera bestia, el Anticristo, ejercerá el poder civil en el gobierno dictatorial del último imperio; la segunda, *el falso profeta*, ejercerá el poder religioso sobre la tierra. La misión de la segunda bestia tiene que ver con orientar e impulsar la adoración al Anticristo, por los moradores de la tierra. El milagro de la sanidad de la herida mortal, le servirá para llevar a cabo su diabólico propósito. El desafío a Dios, antes generalizado y manifestado entre los hombres, será institucionalizado como objetivo del gobierno establecido en la tierra, puesto por Satanás en manos del Anticristo. Dios había establecido en su Ley que: *"A Jehová tu Dios temerás, y a él solo servirás, y por su nombre jurarás"* (Dt. 6:3), en el reinado del Anticristo, las leyes políticas y religiosas establecerán el temor, servicio y adoración que corresponden a Dios, para el Anticristo. Satanás procurará resarcirse entonces de la derrota en la tentación del Señor: *"Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu dios adorarás, y a Él solo servirás"* (Mt. 4:10). La tercera tentación estuvo rodeada de una dimensión de ofensa a Dios que exige la reprensión del tentador. El rechazo es total y contundente. Cristo ordena al diablo que se retire, mediante una cláusula de mandato con el verbo en presente de imperativo: *"vete, Satanás"*. Jesús apeló a la Escritura fundamentando el mandato que establece para el tentador. La insinuación diabólica no podía ser aceptada bajo ningún concepto porque sólo Dios merece y debe ser obedecido. Quien tiene derecho a ser obedecido tiene derecho a ser adorado. El Señor volvió a apelar a la Palabra para ordenar a Satanás que abandonase el campo de la tentación. Sus palabras pueden ser otra vez las que Moisés dejó en Deuteronomio (Dt. 6:13; 10:20). Servir es un acto de adoración, por tanto sólo puede servirse acatando sin reservas la voluntad de Dios, si verdaderamente quiere prestarle adoración. Jesús afirmó delante del tentador que es inútil que persista en el camino de la tentación porque él como hombre está dispuesto a hacer sólo lo que su Padre quería que hiciese (Jn. 5:30: 6:38). No habría oferta alguna que le hiciese cambiar de pensamiento. Nada podría haber de importancia que sustituyese su lealtad y obediencia al Padre. Cualquier intento diabólico en esta dirección estaba destinado al fracaso. Con voz de autoridad Jesús alejó de sí al tentador llamándole por su propio nombre, Satanás, descubriendo también su perversidad al pretender ser obedecido y adorado como Dios. Sólo el Señor Dios, Creador y hacedor de todas las cosas debe ser adorado y servido como expresamente Él mismo estableció en su Palabra. Satanás considerará en los

días del Anticristo llegado el momento de recibir lo que antes le había sido negado, que las personas de la tierra dejasen de adorar al verdadero Dios para adorar al Anticristo y con ello al mismo Diablo.

13. También hace grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres.

καὶ ποιεῖ σημεῖα μεγάλα, ἵνα καὶ πῦρ ποιῇ ἐκ τοῦ οὐρανοῦ
Y hace señales grandes, por que también fuego hace del cielo
καταβαίνειν εἰς τὴν γῆν ἐνώπιον τῶν ἀνθρώπων,
descender a la tierra delante de los hombres.

Notas sobre el texto griego.

Continúa el relato de las acciones de la segunda bestia con καὶ, conjunción copulativa *y*; ποιεῖ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ποιέω, *hacer, realizar, llevar a cabo*, aquí como *hace*; σημεῖα, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *señales*, *signo, milagro*, *acción sobrenatural con un fin testimonial*; μεγάλα, caso acusativo neutro plural del adjetivo *grande*; ἵνα, conjunción, *que, para que*, *por que, a fin de que, de modo que*; καὶ, en este caso adverbio, *también*; πῦρ, caso acusativo neutro singular del sustantivo *fuego*; ποιῇ, tercera persona singular del presente de subjuntivo en voz activa del verbo ποιέω, *hacer, realizar, llevar a cabo*, aquí como *hace*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; ambas palabras forman en español la contracción *del*; οὐρανοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *cielo*; καταβαίνειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo καταβαίνω, *descender, bajar, caer*, aquí como *descender*; εἰς, preposición de acusativo *a*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *tierra*; ἐνώπιον, preposición de genitivo, que se usa también como adverbio y denota *delante de*, *en la presencia de*, *en frente de*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; ἀνθρώπων, caso genitivo masculino singular del sustantivo genérico que denota *hombres,* en sentido de *personas.*

Καὶ ποιεῖ σημεῖα μεγάλα. El *falso profeta* tendrá capacidad para hacer *"grandes señales"*. Esas señales servirán para poner de manifiesto un aparente poder que captará la atención y admiración de la gente. Satanás opera milagros mentirosos con el propósito de engañar a multitudes, por medio del Anticristo, y en este caso del *falso profeta*. El apóstol Pablo enseña que: *"Entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos"* (2 Ts. 2:8-9). Pablo utiliza tres calificativos para la operación de engaño diabólico en el mundo: *poder, señales, prodigios*. Los tres mismos calificativos se usan para referirse a los milagros del Señor Jesús (He. 2:4). El poder como procedente de Dios mismo actuando en los milagros del Señor; las señales como

manifestaciones o evidencias de que Él era el Mesías prometido; los prodigios como llamada de atención a las gentes hacia su Persona y ministerio. A un notable contraste debe prestársele atención: los milagros de Jesús eran realidades divinas, los producidos por el *falso profeta*, serán señales mentirosas. No quiere decir que no sean hechos reales, sino que su propósito es engañar y conducir a las personas a la mentira, separándolas de Dios y alejándolas de Su verdad. Aquellos milagros del Anticristo son mentirosos porque parten del reino de la mentira.

Ἵνα καὶ πῦρ ποιῇ ἐκ τοῦ οὐρανοῦ καταβαίνειν εἰς τὴν γῆν ἐνώπιον τῶν ἀνθρώπων. Los hechos sobrenaturales que se produjeron a lo largo de la historia delante de los hombres, han sido atribuidos generalmente a Dios. Los hechiceros de Egipto hicieron también ciertos milagros o hechos portentosos, tales como convertir sus varas en culebras (Ex. 7:11); convertir el agua del río en sangre (Ex. 7:22); o hacer aparecer ranas (Ex. 8:7). Todos esos milagros, no es que no fuesen reales, pero sí eran mentirosos, porque procuraban apartar de la mente del Faraón la realidad de Dios y que no obedeciese a su palabra dejando salir al pueblo de Israel de la esclavitud en que estaba sujeto. Una señal especial que hará el falso profeta consistirá en hacer πῦρ ποιῇ ἐκ τοῦ οὐρανοῦ καταβαίνειν, *descender fuego del cielo*. Sin duda esa señal recordará a muchos el ministerio del profeta Elías, quien hizo descender fuego del cielo en el Carmelo delante de los profetas de Baal y de todo el pueblo (1 R. 18:38); y más adelante, cuando aniquiló a los enemigos de Dios (2 R. 1:10, 12). Esta señal será especialmente importante para afirmar el engaño a que había conducido al pueblo de Israel que no pertenecerá al remanente fiel. Los judíos fueron enseñados que Elías vendría a la tierra para preparar el camino del reino al Mesías (Mal. 4:5). En ese tiempo final, *el falso profeta*, hará acciones semejantes a las operadas por el profeta Elías, que consolidará entre las gentes de la tierra la idea de que el Anticristo es realmente el Mesías anunciado y que el mundo necesita como gobernante puesto por Dios. Además, en una gran medida recordará a todos los hombres de aquel tiempo, el ministerio de los dos testigos que habían ministrado durante dos años y medio en Jerusalén y que también hacían descender fuego del cielo (11:5). El engaño prosperará de tal manera que confundirá a todos, si es que alguno aún no estuviese firmemente convencido.

14. Y engañará a los moradores de la tierra con las señales que se le ha permitido hacer en presencia de la bestia, mandando a los moradores de la tierra que le hagan imagen a la bestia que tiene la herida de espada, y vivió.

καὶ πλανᾷ τοὺς κατοικοῦντας ἐπὶ τῆς γῆς διὰ τὰ σημεῖα ἃ ἐδόθη
Y engaña a los moradores sobre la tierra por las señales las que fue dado
αὐτῷ ποιῆσαι ἐνώπιον τοῦ θηρίου, λέγων τοῖς κατοικοῦσιν ἐπὶ τῆς
le hacer delante de la bestia diciendo a los moradores sobre la

γῆς ποιῆσαι εἰκόνα τῷ θηρίῳ, ὃς ἔχει τὴν πληγὴν τῆς μαχαίρης καὶ
tierra que hagan imagen de la bestia la que tiene la herida de la espada y
ἔζησεν.
vivió.

Notas sobre el texto griego.

Juan establece la vinculación con lo que antecede mediante el uso, una vez más, de καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de πλανᾷ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo πλανάω, *engañar,* aquí como *engaña*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *a los*; κατοικοῦντας, caso acusativo masculino plural con el participio de presente en voz activa del verbo καοίκεω, *habitar, morar, residir*, aquí como *moradores*; ἐπὶ, preposición de genitivo, *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tierra*; διὰ, preposición de acusativo, *por causa de, por amor a, por,* en este caso equivale a *mediante*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado, *los,* femenino en castellano al referirse a señales, *las*; σημεῖα, caso acusativo neutro plural del sustantivo *señales*; ἃ, caso nominativo neutro plural del pronombre relativo *los que*; ἐδόθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo δίδωμι, *dar, entregar,* aquí como *fue dada*; αὐτῷ, caso dativo neutro singular del pronombre personal *le*; ποιῆσαι, aoristo de infinitivo en voz activa del verbo ποιέω, *realizar, producir, llevar a cabo, hacer*, aquí como *hace*; ἐνώπιον, preposición de genitivo, que se usa también como adverbio y denota *delante de*, *en la presencia de*, *en frente de*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *de lo*, femenino en castellano, *de la*; θηρίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *bestia*; λέγων, caso nominativo masculino singular con el participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *decir*, aquí como *diciendo*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *a los*; κατοικοῦσιν, caso dativo masculino plural con el participio de presente en voz activa del verbo κατοικέω, *habitar, morar, residir*, aquí como *moradores*; ἐπὶ, preposición de genitivo, *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tierra*; ποιῆσαι, aoristo de infinitivo en voz activa del verbo ποιέω, *realizar, producir, llevar a cabo, hacer*, aquí como *que hagan*; εἰκόνα, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *imagen*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *lo,* femenino en castellano en este caso, *la*; θηρίῳ, caso dativo neutro singular del sustantivo *bestia*; ὃς, caso nominativo masculino singular del pronombre relativo *el que*, femenino en castellano *la que*; ἔχει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tiene*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; πληγὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota, *azote, herida*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; μαχαίρης, caso genitivo femenino singular del sustantivo *espada*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔζησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ζάω, *vivir*, aquí como *vivió.*

Καὶ πλανᾷ τοὺς κατοικοῦντας ἐπὶ τῆς γῆς. La trinidad de maldad constituida en la tierra por Satanás en oposición al Padre, el Anticristo en oposición al Hijo, se completa con el *falso profeta*, opositor al Espíritu Santo. La Santísima Trinidad es verdad absoluta. Jesús mismo afirmó que Él es la verdad (Jn. 14:6). En contraste está la trinidad de maldad que es *mentirosa*, practicando la mentira y produciendo engaño para confundir a las gentes, separándolas de Dios. El *falso profeta* lleva a cabo ese ministerio perverso de engaño mediante la seducción, perversidad que ya había anunciado el Señor refiriéndose a falsos profetas que engañarán a muchos en los tiempos finales (Mt. 24:24). El engaño no es puntual, sino continuo, como expresa el modo verbal que Juan utiliza. Tanto los falsos profetas como el *falso profeta*, tendrán un ministerio que hará que muchos se extravíen de la verdad.

Διὰ τὰ σημεῖα ἃ ἐδόθη αὐτῷ. El *falso profeta* es la persona que se opondrá, por sus hechos, al Espíritu Santo, como *anti-Espíritu.* El Espíritu Santo conduce a todos a la verdad y a glorificar a Dios (Jn. 15:13-15). El *anti-Espíritu*, que es el falso profeta, guía a la mentira y al engaño, que se hace más fácil porque va acompañado de grandes señales o portentos, que *"le fue dado hacer"*. Satanás con su poder lo capacita para obrar las señales mentirosas y Dios permite esa actuación durante un cierto tiempo. Es notable observar que en el pasaje de mayor oposición a Dios, la soberanía, que ejerce control sobre todo, es una continua evidencia. El *falso profeta* hace milagros y engaña a las gentes porque le es permitido durante un tiempo. Las señales hechas por el poder diabólico, están orientadas a ensalzar a la primera bestia, el Anticristo, de ahí que ποιῆσαι ἐνώπιον τοῦ θηρίου, *las hace delante de ella.* Esa permisión divina afectará especialmente a quienes se hayan negado a creer la verdad del evangelio del amor de Dios y, por su decisión de rechazo, confirmada por Dios, serán conducidos a la perdición (2 Ts. 2:9, 10). De forma muy especial, esa situación afectará a quienes hayan convivido con cristianos y hayan oído por medio de ellos el mensaje del evangelio de la gracia.

El *falso profeta*, no es tanto un líder de un sistema religioso, de los muchos que han surgido en el mundo, sino algo más grave: la expresión del poder diabólico en actividad. A lo largo del tiempo la magia diabólica, actuó por medio de hechiceros en las religiones paganas para engañar a los incrédulos. Esto se puso de manifiesto también en tiempos apostólicos, como ocurrió con el falso profeta llamado Barjesús, que con sus artimañas y magia procuraba apartar de la fe que predicaba Pablo y Bernabé, al procónsul de Chipre (Hch. 13:6-8); de igual manera la adivina poseída por el demonio, en la ciudad de Filipos (Hch. 16:16); así también los exorcistas judíos, usando el nombre de Jesús (Hch. 19:13). En contraste con estos falsos profetas, el Señor *"hacía milagros extraordinarios por mano de Pablo"* (Hch. 19:11).

Λέγων τοῖς κατοικοῦσιν ἐπὶ τῆς γῆς ποιῆσαι εἰκόνα τῷ θηρίῳ, ὃς ἔχει τὴν πληγὴν τῆς μαχαίρης καὶ ἔζησεν. El discurso perverso del *falso profeta* es marcadamente idolátrico, en el sentido de enseñar, orientando por medio de palabras a los *"moradores de la tierra"*, como referencia continua a los hombres del mundo incrédulos al mensaje de Dios, a la adoración idolátrica del Anticristo. La primera influencia de su enseñanza orientará a los hombres para que hagan imagen de la primera bestia. La estructura idiomática en el texto griego no utilizando el imperativo, conduce, sin embargo, a la misma conclusión, lo que expresa la sutileza en el mensaje del *falso profeta* que induce a las personas a construir una imagen de la bestia, que tiene le herida de muerte y vivió. La idea, una vez más, confirma que la *herida era de muerte*, pero *vino a la vida*, es decir, se operó una alteración sorprendente que evitó la muerte de algo que estaba a punto de morir. El ministerio mentiroso del falso profeta proclama un mensaje de perdición, imitando el contenido del evangelio de la gracia que anuncia la resurrección de Cristo, el Salvador de los pecadores. La imagen que induce a hacer, no es meramente un monumento al líder político de entonces, sino que conlleva un marcado acento de adoración idolátrica, prohibida por Dios (Ex. 20:4-5).

15. Y se le permitió infundir aliento a la imagen de la bestia, para que la imagen hablase e hiciese matar a todo el que no la adorase.

Καὶ ἐδόθη αὐτῷ δοῦναι πνεῦμα τῇ εἰκόνι τοῦ θηρίου, ἵνα καὶ
Y fue dado le dar aliento a la imagen de la bestia para que también
λαλήσῃ ἡ εἰκὼν τοῦ θηρίου καὶ ποιήσῃ[1] ἵνα ὅσοι ἐὰν μὴ
hablase la imagen de la bestia y haga que cuantos si no
προσκυνήσωσιν τῇ εἰκόνι τοῦ θηρίου ἀποκτανθῶσιν.
adorasen la imagen de la bestia fuesen matados.

Notas sobre el texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] ποιήσῃ ἵνα ὅσοι, *haga que cuantos*, la lectura menos segura, atestiguada en A, P, 1006, 1841, it$^{ar, gig}$, vg$^{cl, ww}$, cop^{sa}.

ποιήσῃ ὅσοι*, haga cuantos*, como se lee en 205, 209, 1611, 2377, *Biz* [046], vgst, Hipólito, Andrés.

ποιήσῃ ὅσοι ... ἵνα ἀποκτανθῶσιν, *haga cuantos… que fuesen matados*, lectura en 051, 1854.

En la narración Juan apela una vez más a καὶ, conjunción copulativa *y*, para dar continuidad al relato, seguida de ἐδόθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo δίδωμι, *dar, entregar,* aquí como *fue dada*; αὐτῷ, caso dativo neutro singular del pronombre personal *le*; δοῦναι, aoristo de infinitivo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar, conceder, permitir, entregar, confiar, devolver, producir, colocar, señalar,* aquí como *diese, dar*; πνεῦμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *aliento, respiración*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *a la*; εἰκόνι, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *imagen, representación, figura*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *del*, femenino en castellano, *de la*; θηρίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *bestia*; ἵνα, conjunción, *que, para que*, *por que, a fin de que, de modo que*; καὶ, en este caso adverbio, *también*; λαλήσῃ, tercera persona singular del aoristo de subjuntivo en voz activa del verbo λαλέω, *hablar, expresarse, decir,* aquí como *hablase*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; εἰκὼν, caso nominativo femenino singular del sustantivo *imagen*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *del,* femenino en castellano, *de la*; θηρίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *bestia*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ποιήσῃ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo ποιέω, *actuar, cumplir, efectuar, ejecutar*, aquí como *haga*; ἵνα, conjunción, *que, para que*, *por que, a fin de que, de modo que*; ὅσοι, caso nominativo masculino plural del pronombre relativo de cantidad, *cuantos*; seguido de ἐὰν, conjunción condicional *si*, en este caso ocasionalmente va acompañando al subjuntivo y detrás de una expresión relativa, usándose aquí para enfatizar una condición potencial que se concibe como posible, de ahí que no tenga traducción en la construcción castellana; μὴ, partícula negativa que hace las veces de adverbio de negación condicional, *no*; προσκυνήσωσιν, tercera persona plural del aoristo de subjuntivo en voz activa del verbo προσκυνέω, traducido generalmente como *adorar*, aquí como *adorasen*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado, *la*; εἰκόνι, caso dativo femenino singular del sustantivo *imagen*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *del,* femenino en castellano, *de la*; θηρίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *bestia*; ἀποκτανθῶσιν, tercera persona plural del aoristo de subjuntivo en voz pasiva del verbo ἀποκτείνω, *matar, quitar la vida,* aquí como *fuesen matados.*

Καὶ ἐδόθη αὐτῷ δοῦναι πνεῦμα τῇ εἰκόνι τοῦ θηρίου. De nuevo se pone de manifiesto la intervención divina sobre las circunstancias de la historia humana. Al falso profeta se le *permitió* llevar a cabo otra acción engañosa. La actuación del impío se llevará a cabo porque Dios lo permite. Para algunos esta permisión divina será incompresible. ¿No podía haber detenido Dios el engaño del inicuo? Sin duda podría hacerlo, pero no está en sus propósitos, sino consentirlo. La gente en el mundo, especialmente la gran mayoría que estarán asombrados ante las acciones del Anticristo y del falso profeta, estarán en una situación de rebeldía tal que Dios confirma su decisión permitiendo que el espíritu engañoso procedente de Satanás los condicionen para exclusión de la salvación, como el apóstol Pablo enseña. En esa

manifestación del inicuo será *"con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia"* (2 Ts. 2:10-12). En esa permisividad el falso profeta hará señales mentirosas para engañar al mundo. El engañador no podría operar ningún milagro de este tipo sin que el Soberano lo consintiera. ¿Por qué razón lo hace? La única respuesta consonante con la Escritura es que lo hace porque es Soberano, cuyo pensamiento supera en todo a la comprensión humana y cuya permisividad está orientada al cumplimiento del programa que ha establecido para aquel momento histórico. Dios actúa siempre con la plenitud de sus perfecciones, sin que ninguna de ellas decline a favor de otra, por tanto, lo hace en justicia, misericordia, benevolencia, amor y fidelidad. El perfecto equilibrio moral está presente en todas sus acciones incluida la que permite al falso profeta hacer milagros mentirosos, como hijo de Satanás (Mr. 13:32). Todo cuanto ocurre no se escapa al control de Dios, incluso las actuaciones impías del falso profeta, consintiendo que se produzcan.

El milagro corresponde al reino de la mentira: Καὶ ἐδόθη αὐτῷ δοῦναι πνεῦμα τῇ εἰκόνι τοῦ θηρίου, infundir aliento que tiene que ver con un prodigio producido por el falso profeta bajo la dirección, poder e influencia de Satanás. Debe entenderse aquí como algo real.

῞Ινα καὶ λαλήσῃ ἡ εἰκὼν τοῦ θηρίου. El falso profeta, con el poder diabólico hace que la estatua levantada en honor del Anticristo hable. Es necesario recalcar que esta acción prodigiosa se produce por permisión divina ya que *"le fue dado"*, es decir, *se le concedió*, que la estatua hablase. La acción es algo consumado verdaderamente como indica el aoristo en el modo verbal, tanto del verbo *hablar*, como del verbo *hacer*, en el texto griego. ¿En que consistirá ese prodigio? Es posible que se trate de una manifestación de *ventriloquia*, tan propia de la acción de magos y hechiceros. Sobre esto escribe el profesor Bartina:

"Le fue posible al sacerdocio defensor del imperio pagano hacer hablar a la estatua divinizada, de suerte que pareciese dotada de vida. Los antiguos gentiles de Grecia y Roma tenían gran fe en las estatuas parlantes. Alrededor del año 180 había en Triade una de Nerilino que, a petición de los interesados, daba oráculos y curaba, según se decía. Se han hallado, en el área del mundo clásico, santuarios cuyos edículos[3] *principales tenían una disposición de ingeniosos tubos que llegaban a cámaras contiguas desde donde hablaban los*

---

3 Edículo, santuario pequeño, cámaras del santuario.

sacerdotes paganos y producían la sensación de que eran voces de la estatua y de la divinidad"[4].

La acción del falso profeta confirma su condición de *opositor*, *anti-Espíritu*, ya que en imitación diabólica al ministerio del Santo Espíritu, no busca su propia gloria sino la del Anticristo, contrastando con la actuación trinitaria de la tercera Persona Divina, quien toma de lo de Cristo y lo glorifica (Jn. 16:14). Esa imitación impía se pondrá de manifiesto, en alguna manera, dando vida a lo que se considera muerto o es un objeto inanimado, asemejándose al Espíritu de vida y engañando a los moradores de la tierra.

Καὶ ποιήσῃ ἵνα ὅσοι ἐὰν μη προσκυνήσωσιν τῇ εἰκόνι τοῦ θηρίου ἀποκτανθῶσιν. La consecuencia de esa acción, vinculada con Satanás, no puede ser de vida, sino de muerte, por tanto, hará matar a quienes no adoran a la imagen del Anticristo. El alcance es global como se aprecia en la expresión *"que todos"*, o *"que cuantos"*. Si alguno se resiste a adorar la imagen de la bestia, sentenciaría sobre él la pena capital. Esto es para todos *"cuantos no adorasen"*. El verbo que Juan utiliza es muy preciso y alcanza el sentido de *postrarse, inclinarse ante algo, adorar*. La consecuencia de la oposición al falso profeta traía aparejada la muerte. Se aprecia claramente que no se trata de un conflicto entre religiones, sino entre el Anticristo contra Cristo, que específicamente es el conflicto permanente de Satanás contra Dios. Es la permanente manifestación de rebeldía de la criatura contra el Creador, en un afán de ocupar el lugar que no le corresponde y negarse a rendirle el homenaje de reconocimiento que se debe al que nos ha creado.

16. Y hacía que todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca en la mano derecha o en la frente.

καὶ ποιεῖ πάντας, τοὺς μικροὺς καὶ τοὺς μεγάλους, καὶ τοὺς
Y hace que a todos los pequeños y a los grandes y a los
πλουσίους καὶ τοὺς πτωχούς, καὶ τοὺς ἐλευθέρους καὶ τοὺς δούλους,
ricos y a los pobres y a los libres y a los siervos
ἵνα δῶσιν αὐτοῖς χάραγμα ἐπὶ τῆς χειρὸς αὐτῶν τῆς δεξιᾶς ἢ ἐπὶ
que den les marca sobre la mano de ellos la derecha o sobre
τὸ μέτωπον αὐτῶν
la frente de ellos.

Notas sobre el texto griego.

La vinculación con lo que antecede se establece mediante el uso de la conjunción καὶ, *y*, que precede a ποιεῖ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa

[4] Salvador Bartina. o.c. pág. 742.

del verbo ποιέω, *realizar, producir, llevar a cabo, hacer*, aquí como *hace*, mejor como expresión idiomática mejor construida introduciendo *que*; πάντας, caso acusativo masculino plural del adjetivo indefinido *a todos*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *a los*; μικροὺς, caso acusativo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de *pequeños*; seguido de καὶ, conjunción copulativa *y*, con efecto vinculante en la oración; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *a los*; μεγάλους, caso acusativo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de *grandes*; seguido nuevamente por καὶ, conjunción copulativa *y*, precediendo a τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *a los*; πλουσίους caso acusativo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de *ricos*; enlazando el siguiente elemento con καὶ, conjunción copulativa *y*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *a los*; πτωχούς, caso acusativo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de quien es *pobre*, en contraste con quien es *rico*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *a los*; ἐλευθέρους, caso acusativo masculino plural del adjetivo *libres*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *a los*; δούλους, caso acusativo masculino plural del sustantivo *siervos*, que expresa más que una condición un estado, contrastando enfáticamente con los que son libres; ἵνα, conjunción, *que, para que*, *por que, a fin de que, de modo que*; δῶσιν, tercera persona plural del aoristo de subjuntivo en voz activa del verbo δίδωμι, con múltiple significado como permitir, entregar, confiar, devolver, producir, colocar, señalar, conceder, dar, aquí como *den*; αὐτοῖς, caso dativo masculino plural del pronombre personal *les*; χάραγμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *marca*, *impresión*; ἐπὶ preposición de genitivo, *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; χειρὸς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *mano*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*, que no se usa en español en esta construcción; δεξιᾶς, adjetivo que expresa lo que está a la *derecha*, en contraste con *izquierda*; ἢ, conjunción disyuntiva *o*; ἐπὶ preposición de genitivo, *sobre*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*, femenino en castellano, *la*; μέτωπον, caso acusativo neutro singular del sustantivo *frente*, término que aparece sólo en Apocalipsis en esta forma; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*.

καὶ ποιεῖ πάντας, τοὺς μικροὺς καὶ τοὺς μεγάλους, καὶ τοὺς πλουσίους καὶ τοὺς πτωχούς, καὶ τοὺς ἐλευθέρους καὶ τοὺς δούλους. La acción universal del Anticristo y del falso profeta, establece la obligación de una marca identificativa para toda la población, de modo que pueda ser colocada bajo el control de las dos bestias. La expresión de Juan es muy precisa, construida con un verbo que denota acción, *hacía*, con el adjetivo que se refiere a totalidad y que define el alcance de la acción. El control se establece sobre todas las personas, especialmente sobre los lugares donde el Anticristo gobierna abiertamente. La sociedad en su totalidad queda sometida al control que el falso profeta establece, sin distinción de clases, sociales, expresado por los adjetivos *"pequeños y grandes"*, en sentido de quienes tienen posiciones destacables en la sociedad y quienes las tienen en menor grado o incluso quienes ni tan siquiera

sean apreciables en la sociedad. De igual manera no existirán distinciones por posiciones económicas, ya que comprende a ricos y pobres. Lo mismo ocurre con las distinciones sociales que no impide la acción, alcanzando a quienes son *libres*, pero, también comprende a los *siervos*. La palabra que Juan utiliza indica la condición de quien está bajo otro, bien sea por servicio remunerado o incluso por la condición de esclavo.

῞Ινα δῶσιν αὐτοῖς χάραγμα. El falso profeta establece que a todas las personas *"se les ponga una marca"*. Es interesante notar que el verbo que Juan utiliza tiene el sentido de *dar*, es decir, se impone una marca para cada persona que, a su vez, es aceptada voluntariamente por todos, pudiendo traducirse como *"se den a sí mismos una marca"*. El sustantivo está vinculado con la raíz que expresa el sentido de *grabar*, por tanto, la idea es de algo que lleven *indeleblemente* puesto sobre cada uno.

᾿Επὶ τῆς χειρὸς αὐτῶν τῆς δεξιᾶς ἢ ἐπὶ τὸ μέτωπον αὐτῶν. Juan dice que esa marca se registraba en la mano derecha o en la frente. Algunos sugieren que podría tratarse de una identificación política como la antigua contraseña o imagen del emperador romano. Esta contraseña permitiría ejercer el comercio y cualquier relación comercial. La marca y el modo de establecerla invitan a especulaciones. Muchas veces las propuestas sobre el sentido real de lo que Juan expresa en la visión, alcanzan límites que van más allá de lo conveniente y razonable, entrando de lleno en un área de *ciencia-ficción*, impropia de la hermenéutica. Nadie debe ir más allá de lo que el texto bíblico indica, entendiendo que la profecía se centra en una panorámica de hechos que ocurrirán sin mayor precisión que la necesaria para entenderla. Es, sin embargo, evidente que se trata de una *credencial* personal que todos deben poseer.

Se aprecia que en la imitación impía de Dios, la segunda bestia, el falso profeta, en su oposición al Espíritu Santo, imita la acción de la tercera Persona Divina que sella a quienes son hijos de Dios (Ef. 1:13, 14; 4:30; 2 Ti. 2:19). Con ese sello se pone de manifiesto que son *propiedad* de Dios e hijos suyos. La marca de la bestia expresa una condición contraria a Dios, sellando a quienes son hijos de Satanás y seguidores de su representante en el gobierno del mundo, el Anticristo. En ese sentido escribe el Dr. Carballosa:

"Mientras que el sello de Dios en el creyente es la señal de que ha sido redimido del pecado, la marca o señal de la bestia en la mano derecha o en la frente de sus seguidores es un indicativo de esclavitud y sometimiento a la voluntad del Anticristo"[5].

---

[5] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 267.

17. Y que ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca, o el nombre de la bestia, o el número de su nombre.

καὶ ἵνα μή τις δύνηται ἀγοράσαι ἢ πωλῆσαι εἰ μὴ ὁ ἔχων τὸ
Y que nadie pueda comprar o vender si no el que tenga la
χάραγμα τὸ ὄνομα τοῦ θηρίου ἢ τὸν ἀριθμὸν τοῦ ὀνόματος αὐτοῦ.
marca el nombre de la bestia o el número del nombre de ella.

Notas sobre el texto griego.

Sin solución de continuidad Juan establece, como es su norma, el enlace entre lo que antecede y lo que sigue mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; que precede a ἵνα, conjunción, *que, para que*, *por que, a fin de que, de modo que*; μή, el adverbio de negación condicional μὴ, *no*, que antecede al pronombre indefinido τις, *alguien*, ambas voces se unen para traducirlas por el pronombre indefinido *nadie*; δύνηται, tercera persona singular del presente de subjuntivo en voz media del verbo δύναμαι, *poder, tener poder*, aquí como *pueda*; ἀγοράσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo ἀγοράζω, *comprar*, aquí como *a comprar*; seguido de ἢ, conjunción disyuntiva *o*; πωλῆσαι, aoristo de infinitivo en voz activa del verbo πωλέω, *vender*; εἰ, conjunción *si*; μὴ, adverbio de negación condicional *no*, traducible por la conjunción adversativa *sino*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἔχων, caso nominativo masculino singular con el participio de presente en voz activa del verbo ἐχω, *haber o tener*, aquí como *que tenga*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo,* femenino en español, *la*; χάραγμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *marca*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo,* masculino en español, *el*; ὄνομα, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *nombre*; τοῦ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *del*, femenino en español, *de la*; θηρίου, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *bestia*; seguido de ἢ, conjunción disyuntiva *o*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἀριθμὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *número*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *del*; ὀνόματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo *nombre*; αὐτοῦ, caso genitivo neutro singular del pronombre personal *de él*, femenino en castellano *de ella.*

Καὶ ἵνα μή τις δύνηται ἀγοράσαι ἢ πωλῆσαι εἰ μὴ ὁ ἔχων τὸ χάραγμα τὸ ὄνομα τοῦ θηρίου. La marca dada a las personas les permitirá operar comercialmente. Nadie que no la tenga podrá *comprar*. Esa actividad alcanza a todo lo que tenga que ver con la acción de comprar algo, no solo para las grandes transacciones comerciales, sino para algo tan sencillo como comprar en el mercado, que es el sentido general del verbo que utiliza Juan en esta ocasión. Estas operaciones de compra-venta son tanto para los *grandes*, como para los *siervos*. En el texto griego se enfatiza considerablemente la acción al usar dos verbos en aoristo que expresan una acción totalmente concluida, referidos tanto al *poder* como al *comprar*. Como resultado del gobierno

dictatorial del Anticristo y su sistema regido por el falso profeta, la economía mundial estará sujeta a la aceptación del sistema diabólico establecido, sin el cual no habrá opción para acciones comerciales.

Τὸ ὄνομα τοῦ θηρίου ἢ τὸν ἀριθμὸν τοῦ ὀνόματος αὐτου. Se reitera que la marca tiene que ver con el nombre de la bestia o el número de su nombre. Todas las transacciones comerciales deben estar autorizadas por el sistema de gobierno del Anticristo mediante una marca propia. Es muy posible que este sistema dictatorial férreo produzca hambre en la tierra como anunció el Señor (Mt. 24:7). Con todo, esto no puede afirmarse con absoluta seguridad. Lo que sí es evidente es la situación de control absoluto que el Anticristo y su sistema ejercerá sobre la población de su reino. El reino de los cielos, conforme a la promesa del Señor es de libertad. Él dijo que sus ovejas *"entrarán y saldrán y hallarán pastos"* (Jn. 10:9). En contraste con la acción opresora del Anticristo y su sistema, el Rey de reyes dice que había venido para establecer un reino de libertad: *"yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia"* (Jn. 10:10). La libertad verdadera está unida a Cristo y su obra, como el Señor enseñó en la sinagoga de Nazaret, al hacer alusión a la profecía mesiánica que la anunciaba: *"El Espíritu del Señor está sobre mí por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos"* (Lc. 4:18). Mientras que el Hijo de Dios liberta, el Anticristo esclaviza.

18. Aquí hay sabiduría. El que tiene entendimiento, cuente el número de la bestia, pues es número de hombre. Y su número es seiscientos sesenta y seis.

Ὧδε ἡ σοφία ἐστίν. ὁ ἔχων νοῦν ψηφισάτω τὸν ἀριθμὸν τοῦ
Aquí la sabiduría está. El que tiene entendimiento calcule el número de la
θηρίου, ἀριθμὸς γὰρ ἀνθρώπου ἐστίν, καὶ ὁ ἀριθμὸς αὐτοῦ
bestia porque número de hombre es, y el número de ella
ἑξακόσιοι ἑξήκοντα[1] ἕξ.
seiscientos sesenta seis.

Notas sobre el texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] ἑξήκοντα ἕξ, *sesenta y seis*, la lectura mas segura, atestiguada en **p**^{47}, א, A, 051, 205, 209, 1006, 1611, 1841, 1854, 2053, 2329, 2351, 2377, *Biz* [P, 046], it^{gig}, vg, syr$^{ph, h}$, cop$^{sa, bo}$, arm, eth, Ireneo, Hipólito, Andrés, Victorino de Pettau, Gregorio de Elvira, Primasio, Beato.

ἑξήκοντα πέντε, *sesenta y cinco*, lectura en 2344.

τεσσαράκοντα ἕξ, *cuatrocientos seis*, en it^{ar}.

δέκα ἕξ, *dieciséis,* que aparece en **p**^{115}, C, vg^{ms}, mss$^{\text{según Ireneo}}$, Cesario.

Un párrafo nuevo se establece como conclusión a lo que antecede comenzando con ὧδε, adverbio de lugar, *acá*, *aquí*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; σοφία, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *sabiduría*; ἐστίν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *está*. Sigue una nueva cláusula que se inicia con ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἔχων, caso nominativo masculino singular con el participio de presente en voz activa del verbo ἐχω, *haber o tener*, aquí como *que tiene o que tenga*; νοῦν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *mente, inteligencia, discernimiento, opinión, entendimiento*; ψηφισάτω, tercera persona singular del aoristo de imperativo en voz activa del verbo ψηφίζω, *calcular*, aquí como *calcule*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἀριθμὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *número*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *del*, femenino en español, *de la*; θηρίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *bestia*; sigue ἀριθμὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *número*, y que precede a la conjunción causal γὰρ, *porque*; en castellano se invierten ambas palabras en la traducción *porque número*; ἀνθρώπου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *hombre*, término genérico equivalente a *persona*; ἐστίν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *es*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἀριθμὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo *número*; αὐτοῦ, caso genitivo neutro singular del pronombre personal *del,* femenino en español, *de ella*; ἑξακόσιοι, caso nominativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal, *seiscientos*; ἑξήκοντα, caso nominativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *sesenta*; ἕξ, caso nominativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *seis*.

Ὧδε ἡ σοφία ἐστίν. ὁ ἔχων νοῦν ψηφισάτω τὸν ἀριθμὸν του θηρίου. En la conclusión de la visión Juan va a referirse al número de la bestia, introduciéndolo mediante una advertencia: *"Aquí hay sabiduría"*. Quiere decir que el número expresa un enigma que requiere sabiduría para descifrarlo. Si se requiere sabiduría para entender el significado de ese número, quiere decir que quien tenga esa sabiduría puede descifrarlo. No se trata de una adivinanza al estilo tradicional de los hombres, puesto que la sabiduría debe interpretar y entender algo que está en la revelación de Dios. La Escritura no contiene asuntos misteriosos que sólo los iniciados pueden entenderlos, como ocurría con algunas religiones paganas en los tiempos de Juan. Dios ha dado su Palabra para revelarlo a Él, de modo que debe ser inteligible para el hombre. No cabe duda que hay cosas difíciles en ella, pero todo cuanto está revelado es para *"nosotros y para nuestros hijos"*, tan sólo lo *secreto*, es decir, lo que Dios no revela está en el sólo conocimiento de Él (Dt. 29:29). Los creyentes no sólo tienen más o menos sabiduría humana, como personas, sino que tienen *"espíritu de sabiduría*

y de revelación" (Ef. 1:17), con lo que pueden alcanzar al conocimiento y comprensión de lo que Dios revela en su Palabra. El enigma no es irresoluble, sino que está al alcance de quien tenga entendimiento. Juan dice que quien tenga entendimiento ψηφισάτω, *calcule*, o *cuente* el número de la bestia. Esa tarea se establece como mandamiento. Juan utiliza el presente de imperativo del verbo *contar* o *calcular*, instando al lector a descubrir el significado del número.

Descifrar el enigma ha llevado a gastar centenares de horas y ha producido un sin número de especulaciones a lo largo de la historia. En ese sentido, o no ha habido inteligencia o sabiduría humana lo suficientemente despierta para entender el significado, o es tan sencillo que se pierden en la determinación quienes buscan una mayor complejidad. Hay diversas posiciones interpretativas que pueden resumirse apelando al escrito del Dr. Lacueva:

"Mucha tinta se ha vertido en la investigación del significado de la última frase del versículo, en la que se nos dice que el número de la bestia, del Anticristo, esto es, la cifra que representa, es 666. Se ofrecen dos métodos distintos de interpretación: (a) el simbólico y (b) el gemátrico.

(a) Hay autores como W. Hendriksen que tienen por segura la interpretación simbólica, según la cual, puesto que el 6 es en la Biblia el número del hombre (sin llegar al 7 que representa perfección), el 666 sólo significaría fracaso más fracaso más fracaso, de modo que las tres bestias mencionadas hasta ahora, incluyendo al dragón, estarían abocadas a la derrota, por cuanto no pueden llegar al número de la perfección divina. Este método es demasiado simplista por dos razones: Primera, porque el versículo habla solamente del número de una Bestia que, por el contexto anterior, es ciertamente el Anticristo. Segunda, porque el texto no dice que se trate del número del hombre, ya que eso no encerraría ningún misterio como para necesitar una especial sabiduría; el texto dice que es número de hombre.

(b) Entramos, pues a examinar el otro método, el de gematría, que consiste en sumar el valor numérico de las letras de un nombre determinado y dar el número resultante. Este método aparece, con alguna frecuencia en inscripciones arqueológicas. Por ejemplo en una de las inscripciones halladas en las ruinas de Pompeya se puede leer: Amo a una cuyo nombre es 345. Igualmente encontramos este método en la cábala hebrea, así como en los oráculos sibilinos, hasta el punto de que en el vol. I, pág. 324 y ss. se hace una minuciosa investigación sobre el nombre de Jesús, sacando la conclusión de que, en griego (Iesoús), suma 888.

Asimismo, las letras que, en hebreo o arameo, forman las dos palabras Nrwn Qsr (Nerón Kaisar, pero sin vocales), suman 666. Pero, ¿de qué serviría

la referencia a un emperador ya desaparecido en el momento en que Juan escribía el Apocalipsis? ¿Una especie de tipo del futuro anticristo?"[6].

¿Cuál de las dos alternativas es la correcta? Sin duda, quien se inclina por la gematría, encontrará muchos nombres que pueden dar, sumando sus letras, el número 666. No sólo de hombre sino también de imperio. Tal es el caso de *Lateinos,* imperio latino, propuesta como solución por Irneo que da también 666.

Otra alternativa es que se trate de representar imperfección total, de modo que si Cristo, Mesías ΙΗΣΟΥΣ, equivale a 888, que es 7 + 1 en cada número, que sería *más que perfecto*, el 666 es 7 menos 1 en cada número, lo que expresaría la imperfección absoluta.

Saliendo de las propuestas de gematría se entra ya en el campo de la ciencia-ficción, de modo que algunos ven el 666 incluso dentro de los códigos de barras de artículos comerciales en la Unión Europea, otros se refieren incluso a matrículas de automóviles de Israel, algunos apuntan a tarjetas de crédito, y un sin número de asuntos meramente especulativos.

᾿Αριθμὸς γὰρ ἀνθρώπου ἐστίν. καὶ ὁ ἀριθμὸς αὐτου ἑξακόσιοι ἑξήκοντα ἕξ. El texto bíblico dice que ese es *"número de hombre"*. No el número de *un* hombre, sino el número *de* hombre. No cabe duda que el propósito y proyecto de Satanás en relación con el Anticristo es elevar el hombre a la categoría de Dios, haciendo que se le adore como Dios (2 Ts. 2:4; Ap. 13:15). Probablemente Juan escribió el seiscientos sesenta y seis en número y no en letras, es decir, escribió 666 y no seiscientos sesenta y seis. Algún copista posteriormente trasladó los números a texto escrito. La repetición tres veces de una misma palabra es un modo de expresar el superlativo absoluto para un hebreo, de ahí que se diga que Dios es *tres veces santo*, porque los querubines proclaman la infinita santidad de Dios repitiendo *santo, santo, santo* (Is. 6:3). En este caso se repetiría tres veces el número 6, que es el número del hombre, por tanto, sería como decir *hombre, hombre, hombre*, lo expresa *humanismo al más alto e intenso nivel*, sin duda la realidad del tiempo del Anticristo donde el hombre pretenderá desplazar a Dios, ocupando el lugar que corresponde sólo a Él y haciéndose adorar como si fuese Dios. Es la expresión suprema de la impiedad del hombre en oposición abierta al derecho de Dios. La bestia, el Anticristo, lleva proféticamente el nombre de hombre, ya que se le llama *"el hombre de pecado"* (2 Ts. 2:3). Este enigma del número 666 bien puede simbolizar un humanismo elevado a la máxima expresión, representado

---

[6] F. Lacueva. o.c., pág 480.

en el Anticristo, quien tendrá un nombre humano que podrá coincidir o no con la suma de sus letras.

Llegado a este punto será bueno hacer un resumen general en cuanto al falso profeta como el que se hizo en relación con el Anticristo. Las principales características personales son:

1. Será un judío, puesto que sale de la tierra (v.11).
2. Ejerce la dirección de los asuntos religiosos en el imperio del Anticristo.
3. Será promovido y motivado por Satanás, como también lo será la primera bestia (v. 11).
4. Su autoridad provendrá de la que le sea delegada por el Anticristo (v. 12).
5. Promoverá el culto a la primera bestia y obligará a los hombres a que la adoren (v. 12).
6. Su actividad impía será autentificada por milagros y señales que hará, que le permitirá proclamarse como el profeta Elías, que había de venir antes de la venida de Cristo (vv. 13-14).
7. Logrará engañar, con sus acciones, al mundo incrédulo (v. 14).
8. Promoverá un culto idolátrico conducente a la adoración al Anticristo. En alguna medida se estará repitiendo la misma idolatría que hubo en el antiguo Imperio Romano, cuando se rendía culto al emperador, considerándolo como divino (vv. 14-15).
9. Hará matar a quienes no adoren a la primera bestia (v. 15).
10. Tendrá poder para controlar el comercio (vv. 16-17).
11. Tendrá poder para establecer una identificación a todos los que vivan entonces (v. 18).

Satanás como imitador de Dios establecerá una oposición al Altísimo con su sistema impío, en el cual el Dragón se constituirá como opositor al Padre, el Anticristo, la primera bestia, como opositor al Hijo y el falso profeta, la segunda bestia, como opositor al Espíritu Santo, que actuará delante de la primera bestia y conducirá a los hombres para que la adoren, haciendo milagros y señales mentirosas con el poder procedente de Satanás. En el mundo se manifestará, pues, una trinidad satánica, del infierno: el Dragón, la bestia y el falso profeta.

Será un tiempo de enormes dificultades. Los santos serán perseguidos, y las maquinaciones de impiedad se mostrarán en forma explícita entre las naciones de la tierra, usando para ello palabras con apariencia de piedad, como si fuesen de cordero, pero que en realidad serán de dragón. Sin embargo, nada escapa al control del Soberano que conduce todo para el cumplimiento de sus designios. El creyente, conocedor de la situación final del presente sistema por la revelación profética, debe tener en cuenta que el espíritu anticristo está ya operativo en el mundo (1 Jn. 2:18-23). Si bien Satanás no puede establecer su

sistema y colocar al Anticristo en el trono del mundo, no deja de procurar que su sistema contrario a Dios se muestre operativo, en la medida que le es posible, en el mundo de hoy. El secreto victorioso tiene que ver con la permanencia en la fe: *"El que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él"* (1 Jn. 3:24). Una vinculación con el Señor, como enseñó por medio de la vid y los pámpanos (Jn. 15:1ss), es una vinculación con el Dios Trino. Los creyentes son uno en Dios (Jn. 17:21), por tanto las tres Personas Divinas están en unión con el creyente (Jn. 14:23), en tal manera que Dios, que es trascendente, se hace también inmanente en cada creyente. Esa realidad conduce a *"guardar sus mandamientos"*, de lo contrario la experiencia de comunión no es posible. El término *mandamientos*, en plural, comprende todos los aspectos de la vida cristiana regulados en la Palabra. Juan añade también: *"Y en esto sabemos que Él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado"* (1 Jn. 3:24b). La presencia del Espíritu es prueba de tener y estar en Cristo (Ro. 8:9), certificando también la presencia de Dios en su templo espiritual que es el creyente (Ef. 2:22). El Espíritu reproduce el carácter de Cristo y el fruto de Dios en el cristiano (Gá. 5:22-23), manteniendo e impulsando la profesión de fe cristiana de que el Hijo de Dios ha venido en carne (1 Jn. 4:2). En ese sentido, el espíritu anticristo que orienta a las personas hacia quien no es el Cristo de Dios manifestado en carne, queda impedido en todo aquel que por la fe está vinculado a Cristo y conducido por el Espíritu Santo.

Es posible que alguno entienda que las cosas que se enseñan en este capítulo no le afectará ni a él ni a la iglesia, porque considere que ya habrá sido trasladada a la presencia de Dios. Sin embargo, la profecía está escrita para hacernos reflexionar sobre la realidad de la vida en la fe. Habrá algunos que estén viviendo en una apariencia de piedad, en una mera profesión de fe, que no ha posibilitado la salvación. El pasaje debiera enfrentarnos a cada uno con la necesidad de asegurarnos en la realidad de la salvación personal. Un interesante párrafo del Dr. Lacueva, merece, por su importancia, ser incluido aquí:

"Seguramente, habrá entre mis lectores de opinión fuertemente premilenialista y pretibulacionista muchos que dirán: '¡Eso no cuenta para mi ni para los míos!'. A este respecto, quiero hacer dos importantes observaciones:

a) No se olvide que estamos hablando de 'opiniones', por muy respetables que sean y por muy respaldadas que las creamos por la Palabra de Dios. Que habrá un reino mesiánico milenario es, en mi opinión cosa segura, pues está respaldada, no sólo por lo que vemos en el Apocalipsis, sino también por lo que vemos en todos los escritos proféticos del A. T. Que la Iglesia habrá sido arrebatada antes del Milenio, parece también cosa segura, aunque no se puede afirmar con la misma seguridad que el hecho del futuro reino milenario. Que la Iglesia será arrebatada antes de la Gran Tribulación y, por tanto, sin

pasar por ella, es algo que sostengo como lo más probable, pero no lo puedo afirmar con la misma seguridad que las dos proposiciones anteriores. Si lo hiciere, me tendría a mí mismo por 'fanático', algo que no cuadra con mi carácter personal.

b) Segunda observación, y todavía más importante que la primera: Es sumamente necesario que cada lector se examine seriamente a sí mismo ('por sus frutos los conoceréis' –dijo el Maestro en Mt. 7:16, 20) para ver si es o no un verdadero creyente, nacido de nuevo. Es cierto que todo cristiano sincero puede disfrutar de paz, alegría y consuelo al leer u oír aquellas palabras del Señor Jesús en Lc. 21:28: 'Cuando empiecen a ocurrir estas cosas, erguíos y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra redención' (NVI. comp. con Ro. 8:23). Pero la urgente y quemante pregunta es: ¿Puedo decir sinceramente con los frutos a la vista, que soy un nacido de nuevo? ¿Muestro en mi conducta el horror al pecado y el verdadero amor a Dios y a mis hermanos? ¿Soy un cristiano carnal, con motivos suficientes para dudar de mi salvación por falta de dedicación al Señor o por sobra de amor a las cosas terrenales? ¡Lector amigo! Estamos ante un asunto muy solemne"[7].

---

[7] F. Lacueva. o.c. pág. 480.

CAPÍTULO XIV

INDICACIONES CELESTIALES

Introducción.

El presente capítulo se debe incluir en el grupo de escritos preparatorios que, a modo de paréntesis temporales, aclaran al lector situaciones de modo que pueda vincular y entender lo que antecede en unión con lo que sigue. En este caso se establece un intervalo entre las siete trompetas y las siete copas de la ira de Dios. Debe recordarse que la séptima trompeta introduce el momento del fin de todo el sistema del llamado *tiempo de los gentiles*. En el tiempo del sonido de la última trompeta el *"misterio de Dios se consumará, como Él lo anunció a sus siervos los profetas"* (10:7). Juan recibió visiones que se trasladan al escrito como si se tratasen de paréntesis en el relato, pero que en realidad se introducen para permitir conocer las circunstancias que anteceden y son causa de los acontecimientos finales. Es una preparación para que el lector comprenda el final de la larga lucha que se desarrolla entre el sistema de oposición a Dios, liderado por Satanás, y Dios mismo. Esta lucha histórica que será llevada a cabo por el Anticristo, intentará pervertir a los hombres y oponerlos a Dios. En el presente capítulo se anticipa ya la victoria del Cordero. Mediante cuatro escenas, Juan describe aspectos que ponen de manifiesto el control absoluto de Dios sobre todas las cosas. La ejecución del programa divino para los últimos tiempos será llevado a cabo indefectiblemente. La soberanía de Dios es una constante en el libro, como lo es también en toda la Escritura. Dios es el Señor de la historia por cuanto la planificó, la comunicó y la ejecuta en su momento (Is. 46:10). El primer cuadro que se contempla es de dimensión celestial, con la revelación del Cordero rodeado de los ciento cuarenta y cuatro mil que fueron sellados anteriormente y enviados para un ministerio en la tierra. Aunque aparentemente el Anticristo los venció y mató (13:7), están victoriosos en la presencia del Cordero. El segundo cuadro ofrece una perspectiva de gracia. En medio de los conflictos producidos por la rebeldía de los hombres y el juicio de Dios sobre el mundo, el evangelio se proclama a todos los hombres, dando a los perdidos una nueva ocasión de salvación. El tercer cuadro establece un contraste entre el destino de los impíos y el de los santos. Una solemne advertencia sobre el estado eterno debiera servir de acicate para el lector no creyente en cualquier tiempo. El cuarto cuadro expresa la dramática siega y la vendimia judicial de la tierra. La visión global tiene que ver con el Cordero en el *monte de Sión,* lugar establecido como trono de gobierno para el futuro reino de Dios en la tierra. Esto se convierte en un canto de triunfo. Satanás logra establecer su reino sobre la tierra durante un corto tiempo, pero el futuro está en las manos del Cordero de Dios. Todo el pasaje presenta la victoria de Dios derrotando a quienes se opusieron a Él y su voluntad. Ese paréntesis es una

revelación anticipada del triunfo de Cristo. En él se aprecia también lo que ocurrirá con quienes sean muertos por no recibir la marca de la bestia, y el fin del Anticristo y sus seguidores.

El bosquejo para el análisis del capítulo se establece de la siguiente manera:

1. Advertencias celestiales (14:1-20).
    1.1. Sobre los 144.000 (14:1-5).
    1.2. Sobre el evangelio eterno (14:6-8).
    1.3. Sobre los adoradores de la bestia (14:9-13).
    1.4. Sobre la cosecha de la tierra (14:14-20).

Advertencias celestiales (14:1-20).

Sobre los ciento cuarenta y cuatro mil (14:1-5).

1. Después de esto miré, y he aquí el Cordero estaba en pie sobre el monte de Sión, y con él cuento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de él y el de su Padre escrito en la frente.

Καὶ εἶδον, καὶ ἰδοὺ τὸ ἀρνίον ἑστὸς ἐπὶ τὸ ὄρος Σιὼν καὶ μετ᾽ αὐτοῦ
Y vi, y he aquí el Cordero en pie sobre el monte de Sión y con Él

ἑκατὸν τεσσεράκοντα τέσσαρες χιλιάδες ἔχουσαι τὸ ὄνομα αὐτοῦ
ciento cuarenta cuatro millares que tenían el nombre de Él

καὶ τὸ ὄνομα τοῦ Πατρὸς αὐτοῦ γεγραμμένον ἐπὶ τῶν μετώπων
y el nombre del Padre de Él escrito sobre las frentes

αὐτῶν.
de ellos.

Notas y análisis del texto griego.

Juan introduce el nuevo párrafo de la revelación mediante καὶ, conjunción copulativa equivalente a *y*, que le sirve de nexo vinculante con lo que antecede, seguido de εἶδον, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, *ver*, aquí como *vi*; que precede a καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de una advertencia enfática con ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia, *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; ἀρνίον, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *cordero*; ἑστὸς, caso nominativo neutro singular del participio de presente en voz activa del verbo

ἵστημι, aquí en sentido de *estar en pie*; seguido de la preposición de acusativo ἐπὶ, *sobre*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; ὄρος, caso acusativo neutro singular del sustantivo *monte*; Σιὼν, caso genitivo femenino singular del nombre propio *Sión*; seguido de καὶ, conjunción copulativa *y*; seguido de la preposición de genitivo μετ' en la forma que toma la preposición μετά delante de vocal y que significa *con*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *él*; ἑκατὸν, caso nominativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal, *cien,* o *ciento*; τεσσεράκοντα, caso nominativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal *cuarenta*; τέσσαρες, caso nominativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal *cuatro*; χιλιάδες, caso nominativo femenino plural del sustantivo que denota *millares*; ἔχουσαι, caso nominativo femenino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener,* aquí como *que tenían*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; ὄνομα, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *nombre*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; ὄνομα, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *nombre*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; Πατρὸς, caso genitivo masculino singular del sustantivo *padre*, que siendo aplicable a Dios, adquiere condición de nombre propio; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*; γεγραμμένον, caso acusativo neutro singular del participio perfecto en voz pasiva del verbo γράφω, *escribir,* aquí como *escrito*; seguido nuevamente de la preposición de acusativo ἐπὶ, *sobre*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*, femenino en castellano, *las*; μετώπων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *frentes*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*.

Καὶ εἶδον. Con una sencilla indicación, *y vi*, Juan introduce otra revelación que recibe del Señor. Lo que sigue es una nueva visión o hipotiposis[1] que detalla en los versículos que siguen. La visión se centra primeramente en *el Cordero*, que aparece con artículo, a diferencia o en contraste con *Cordero* sin artículo en el capítulo anterior (13:11), y que aquí estaba en pie. El modo verbal que Juan utiliza enfatiza una acción realizada cuyos resultados son permanentes. Como se ha dicho antes, estar en pie indica actividad o disposición para actuar, todo lo contrario a estar sentado. Cuando se observa con detenimiento el relato profético más próximo, aparece también un contraste entre el Cordero, que está firmemente establecido, y las dos bestias que *estaban subiendo*. Aquellas se manifiestan en una acción que se desarrolla y que no está acabada, mientras que la visión actual del Cordero está definitivamente consumada.

Τὸ ἀρνίον ἑστὸς ἐπὶ τὸ ὄρος Σιὼν. El Cordero está en pie sobre *el monte de Sión.* La identificación del monte o el significado que tiene, ha sido tema de discusión entre los exegetas. Para unos se trata de una expresión simbólica equivalente a *cielo, lugar de gloria.* En este caso *Sión* sería el lugar

[1] Hipotiposis es una descripción vívida por medio de palabras de una persona o cosa.

de la majestad celestial donde fue exaltado el Cordero de Dios, victorioso. Tendría que ver con la gloriosa dimensión a que fue encumbrado luego de su resurrección y de haberle sido dado el nombre supremo (Fil. 2:9). Para quienes entienden como simbólico el nombre de *Sión*, equivaldría a la nueva Jerusalén que desciende del cielo (Ap. 21:2), el lugar que Jesús prometió preparar para los suyos (Jn. 14:1-4). Desde esta perspectiva se trataría de la Sión celestial (He. 12:22), la Jerusalén de arriba (Gá. 4:26). Es la consecuencia de la interpretación alegórica, por la que Sión es figura del cielo (He. 12:22). Para otros se trata de la Jerusalén terrenal. Esta debe ser la interpretación más natural, dándole al *"monte de Sión"* el uso bíblico habitual y general (Sal. 48:1, 2; Is. 24:23; Jl. 2:32). El Salmo afirma que el Mesías reinará sobre Sión, el monte santo de Dios. La visión profética no siempre es lineal, sino que en ocasiones avanza y retrocede en el tiempo. Al usar el sistema de interpretación histórico-literal, es preferible entender esta posición del Cordero sobre el monte de Sión, como el terrenal, no sólo por lo que antecede sino por lo que sigue luego.

Καὶ μετ᾽ αὐτοῦ ἑκατὸν τεσσεράκοντα τέσσαρες χιλιάδες. ἔχουσαι τὸ ὄνομα αὐτοῦ καὶ τὸ ὄνομα τοῦ Πατρὸς αὐτοῦ γεγραμμένον ἐπὶ τῶν μετώπων αὐτῶν. El Cordero estaba acompañado por ciento cuarenta y cuatro mil. Todos ellos tenían el nombre del Cordero y de su Padre celestial, escrito en las frentes. Esto indica que todos habían sido *sellados* antes. Por tanto, la identificación de este grupo es sencilla. El mismo número de personas fue sellado anteriormente, antes de iniciarse el tiempo de la tribulación (7:1-8). Muchos de aquellos que habían sido sellados, sufrirán la persecución y la muerte por la acción del Anticristo. Sin embargo, todos estarán presentes en el monte de Sión, la Jerusalén terrenal, cuando Cristo, el Mesías, venga para establecer sobre la tierra el reino anunciado proféticamente.

2. Y oí una voz del cielo como estruendo de muchas aguas, y como sonido de un gran trueno; y la voz que oí era como de arpistas que tocaban sus arpas.

καὶ ἤκουσα φωνὴν ἐκ τοῦ οὐρανοῦ ὡς φωνὴν ὑδάτων πολλῶν καὶ
Y oí voz del cielo como voz de aguas muchas y
ὡς φωνὴν βροντῆς μεγάλης, καὶ ἡ φωνὴ ἣν ἤκουσα ὡς κιθαρῳδῶν
como voz de trueno grande y la voz la que oí como de citaristas
κιθαριζόντων ἐν ταῖς κιθάραις αὐτῶν.
que tocan cítaras con las cítaras de ellos.

Notas y análisis del texto griego.

La continuidad del relato se establece mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; a la que sigue ἤκουσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκόυω, *oír*, aquí como *oí*; φωνὴν, caso acusativo femenino

singular del sustantivo *voz, ruido, grito, sonido, lenguaje*, aquí como *una voz*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; ambos se unen en español para formar la contracción *del*; οὐρανοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *cielo*; ὡς, conjunción usada como adverbio de modo en sentido comparativo, *como, con*; φωνὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *voz*, *sonido*; ὑδάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *de aguas*; πολλῶν, caso genitivo neutro plural del adjetivo que expresa la condición de *mucho*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὡς, conjunción usada como adverbio de modo en sentido comparativo, *como, con*; φωνὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *voz, ruido, grito, sonido, lenguaje*, aquí como *una voz*; βροντῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *trueno*, masculino en castellano; μεγάλης, caso genitivo femenino singular del adjetivo que expresa la condición de *grande*, *gigantesco*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; φωνὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *voz, ruido, grito, sonido, lenguaje*, aquí traducido por *voz*; ἣν, caso acusativo femenino singular del pronombre relativo *la que*; ἤκουσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκούω, *oír*, aquí como *oí*; ὡς, conjunción usada como adverbio de modo en sentido comparativo, *como, con*; κιθαρῳδῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo *citaristas,* o como se suele traducir *arpistas*; κιθαριζόντων, caso genitivo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo κιθαρίζω, *tocar la cítara*, aquí como *toca cítaras*; ἐν, preposición de dativo *en*; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado *las*; κιθάραις, caso dativo femenino plural del sustantivo *cítaras*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*.

Καὶ ἤκουσα φωνὴν ἐκ τοῦ οὐρανοῦ ὡς φωνὴν ὑδάτων πολλῶν καὶ ὡς φωνὴν βροντῆς μεγάλης. En medio de la visión celestial resonó una poderosa voz procedente del cielo. La palabra *voz* aparece cuatro veces en el texto griego de este versículo, la que los traductores fueron trasladando en distintas formas según el caso y el contexto en que aparecen. La insistencia del uso de ese sustantivo indica que Juan desea recalcar y destacar el impacto que le produjo el sonido que oyó desde el cielo. Es interesante también notar que Juan compara el sonido fuerte a la *"voz de muchas aguas"*. Posiblemente el apóstol, en la isla de Patmos, había oído frecuentemente el batir de las olas, sobre todo en momentos de mar intensa, contra las rompientes, produciendo un sonido que se destacaba entre cualquier otro. Anteriormente comparó la voz poderosa del Señor glorificado al ruido que producen el impacto de las aguas (1:15). De la misma manera, la voz poderosa y penetrante de los seres vivientes fue comparada también al ruido de *"muchas aguas"* (6:1). Todo el entorno del versículo pretende que el lector preste atención al impactante sonido que Juan oyó, procedente del cielo.

Καὶ ἡ φωνὴ ἣν ἤκουσα ὡς κιθαρῳδῶν. A la intensidad del sonido sigue el timbre del mismo, que se compara como el procedente de cítaras. Aunque muchas versiones traducen el sustantivo por *arpas*, en el texto griego se

lee claramente *cítaras*. Este era un instrumento de cuerdas, más parecido a un instrumento de percusión o incluso a una guitarra, que a un arpa. La cítara se usaba habitualmente en el culto en el templo para acompañar los Salmos que se cantaban y, generalmente para la mayor parte de las expresiones musicales en la alabanza, traducida generalmente por *arpa* (Sal. 33:2; 43:4; 71:22; 81:2; 92:3; 98:5; 147:7; 150:3). Este instrumento aparece varias veces en Apocalipsis (5:8; 15:2; 18:22), siempre relacionado con la alabanza a Dios y la adoración celestial.

Cabe introducir aquí una brevísima reflexión sobre la música en la alabanza. No cabe duda que continuamente en la Biblia aparecen los instrumentos, diferentes en las ocasiones, acompañando el canto de alabanza a Dios. Aunque los instrumentos se usaron también para música profana y aparecen en el tiempo de máxima expresión de pecaminosidad como fue el antediluviano (Gn. 4:21), no significa que la música producida al tocar algún instrumento sea contraria a la alabanza a Dios. No hay instrumentos *espirituales* o *mundanos*, todos ellos son *neutros*, en ese sentido, sólo hay músicos *espirituales* o *carnales*, y la música hecha por ellos será de una u otra condición. La música instrumental acompañó el cántico de los Salmos en el templo y en las celebraciones religiosas de Israel. No era obligatorio el uso del instrumento siempre que se cantase, pero en muchas ocasiones acompañaba al canto. En los Salmos hay continuas exhortaciones al uso de diversos instrumentos en la alabanza, especialmente de instrumentos de percusión (Sal. 149:3; 150:3-5), e incluso batiendo las palmas (Sal. 98:4). En el Nuevo Testamento pudiera dar la impresión de que no aparece el uso de ningún instrumento en el culto cristiano. Sin embargo, no es así, ya que cuando Pablo exhorta al canto de *himnos, salmos y cánticos espirituales* (Ef. 5:19), al referirse al canto de Salmos usa el verbo *salmodiar*, que equivale a cantar el Salmo con la tonada establecida y los instrumentos correspondientes. La adoración con apoyo instrumental, en lo que de figurativo tiene, se manifiesta continuamente en el Apocalipsis y en otros pasajes proféticos al referirse a la alabanza en la presencia de Dios. No hay, pues, ninguna indicación bíblica, sino todo lo contrario, para el uso de instrumentos en el culto cristiano, siempre que se haga todo *"decentemente y con orden"*. Ciertas corrientes de pietismo extrabíblico y trasnochado hay pretendido enseñar con autoridad que en la iglesia el cántico debe ser sólo vocal y nunca instrumental. Estos énfasis trajeron en muchas ocasiones problemas internos en las congregaciones e incluso generaron divisiones por considerar que la música era símbolo de mundanalidad. Tales piadosos por fuera en un litaralismo extremo consintieron en dividir la obra de Dios, en una supuesta defensa de la *sana doctrina*, como suele llamarla, mientras quebrantaban sin ningún cargo de conciencia el mandato que llama a la solicitud del mantenimiento de la unidad (Ef. 4:3). Son quienes condenan cualquier expresión corporal que no sea la rígida postura de un cuerpo que no puede alzar

las manos ni batir las palmas, aunque ambas cosas están recomendadas en la Escritura. Son quienes usan el texto bíblico para justificar sus posturas extremas de santidad aparente, pero se olvidan de verdades fundamentales que pasan por alto buscando el mantenimiento de una estructura religiosa esclavizante para los creyentes, mientras sea buena para su provecho personal.

Κιθαριζόντων ἐν ταῖς κιθάραις αὐτῶν. Juan observa en la visión celestial que aquel gran grupo *tocaba* los instrumentos, concretamente las *cítaras*. Esos instrumentos eran propios de ellos, como se aprecia en la lectura del texto griego. ¿Quiénes son los que tocaban las cítaras? El número era muy grande por cuanto producían un sonido tan intenso que Juan lo compara al que produce el estruendo de las muchas aguas o el intenso fragor del trueno. Hay diferentes opiniones al determinar quienes son los citaristas o arpistas en la visión de Juan. Algunos eruditos consideran que se trata de un coro angelical, como escribe el Dr. Carballosa:

"La voz que Juan escucha, henchida de fortaleza y firmeza, no proviene de los redimidos, sino de las gargantas de un coro angelical. La existencia de un coro angelical y su cántico de alabanza se muestran en Apocalipsis 5:8-14. La ocasión del cántico angelical es el momento en que el Cordero toma el rollo de los juicios de la mano del Padre. También allí (5:9) se dice que 'cantaban un nuevo cántico'. Dicho cántico está relacionado con el Cordero y su dignidad de ejecutar juicios sobre la humanidad. También se exalta la dignidad del Cordero por su obra redentora y se reconoce su autoridad para reinar como Rey Soberano del universo. El nuevo cántico de Apocalipsis 14:3 no sólo es pleno y potente, sino que también va acompañado de una dulce melodía comparada con la producida por arpistas cuando tocan sus arpas"[2].

Sobre la interpretación de los veinticuatro ancianos y del cántico al que Juan se refiere en el capítulo 5, se remite al lector a las consideraciones hechas entonces.

Para otros este grupo debe corresponder al representado por los veinticuatro ancianos, que tenían arpas en sus manos (5:8). En ese sentido escribe el Dr. Lacueva:

"En mi opinión, los que tocan el arpa y cantan el cántico nuevo son los representados por los veinticuatro ancianos (comp. con 5:9); en otras palabras, la Iglesia arrebatada antes de la Gran Tribulación. Sería, pues, la Iglesia la que, formando una orquesta y un coro de magnitud colosal, cantaría el nuevo cántico, y el tema de este cantar de alabanza contendría muy probablemente,

---

[2] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 278.

referidas a Dios como fuente de todo bien, las peculiaridades que caracterizaban a los ciento cuarenta y cuatro mil"[3].

Otro problema consiste en determinar si quienes cantaban eran los mismos que tocaban las cítaras. En caso de serlo no podría tratarse de los veinticuatro ancianos porque el canto es *delante* de ellos. Por otro lado, aunque los veinticuatro ancianos representan, como se ha considerado antes, a la Iglesia glorificada, sería difícil que veinticuatro arpistas produjeran semejante sonido, ya que la representación se establece en veinticuatro personas. Al tratarse de una gran multitud en la presencia de Dios, sólo queda la opción de que el cántico procedía de aquel gran número salido de la tribulación (Ap. 7:9ss). Esos, como se estudió antes, era una multitud redimida de entre las personas de la tierra (Ap. 7:10), como también lo son los ciento cuarenta y cuatro mil que Juan cita en el pasaje. Esta interpretación es más concordante con los detalles de la visión: una intensidad sonora grande y un cántico nuevo que sólo es posible para quienes lo cantan.

3. Y cantaban un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro seres vivientes, y de los ancianos; y nadie podía aprender el cántico sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de entre los de la tierra.

καὶ ᾄδουσιν ὡς ᾠδὴν καινὴν ἐνώπιον τοῦ θρόνου καὶ ἐνώπιον τῶν
Y cantan con cántico nuevo delante del trono y delante de los
τεσσάρων ζῴων καὶ τῶν πρεσβυτέρων, καὶ οὐδεὶς ἐδύνατο μαθεῖν
cuatro seres vivientes y de los ancianos y nadie podía aprender
τὴν ᾠδὴν εἰ μὴ αἱ ἑκατὸν τεσσεράκοντα τέσσαρες χιλιάδες, οἱ
el cántico sino los ciento cuarenta cuatro millares los que
ἠγορασμένοι ἀπὸ τῆς γῆς.
fueron redimidos de la tierra.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad Juan prosigue el relato con la vinculante καὶ, conjunción copulativa *y*; ᾄδουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ᾄδω, *cantar*, aquí como *cantan*, que suele traducirse como pasado para una mejor expresión gramatical de la cláusula, como *cantaban*, ajustándola al pasado de la visión de Juan; ὡς, conjunción usada como adverbio de modo en sentido comparativo, *como, con*; ᾠδὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *canción, cántico*; καινὴν, caso acusativo femenino singular del adjetivo *nuevo*, en el sentido de *novedoso*, lo que no es acostumbrado, no nuevo en cuanto a tiempo, sino nuevo en forma o cualidad; ἐνώπιον, preposición de genitivo, que se usa también como adverbio y denota *delante de*, *en la presencia de*, *en frente de*; τοῦ, caso genitivo masculino

[3] F. Lacueva. o.c. pág. 484.

singular del artículo determinado *del*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *trono*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐνώπιον, preposición de genitivo, que se usa también como adverbio y denota *delante de*, *en la presencia de*, *en frente de*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *de los*; τεσσάρων, caso genitivo neutro plural del adjetivo numeral cardinal *cuatro*; ζῴων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *seres vivientes*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *de los*; πρεσβυτέρων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *persona de edad avanzada, anciano*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οὐδείς, caso nominativo masculino singular del pronombre indefinido *nadie*; ἐδύνατο, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz media del verbo δύναμαι, *ser capaz, tener poder*, aquí como *podía* o *tenía capacidad*; μαθεῖν, segundo aoristo de infinitivo en voz activa del verbo μανθάνω, *aprender, enterarse*, aquí como *aprender*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ᾠδὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *canción, cántico*; εἰ, conjunción *si*; μὴ, adverbio de negación condicional *no*, traducible por la conjunción adversativa *sino*; αἱ, caso nominativo femenino plural del artículo determinado *las*; ἑκατὸν, caso nominativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal *cien, ciento*; τεσσεράκοντα, caso nominativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal *cuarenta*; τέσσαρες, caso nominativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal *cuatro*; χιλιάδες, caso nominativo femenino plural del sustantivo que denota *millares*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἠγορασμένοι, caso nominativo masculino plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo ἀγοράζω, *comprar, rescatar, redimir,* aquí generalmente como *que fueron redimidos*; ἀπὸ, preposición de genitivo, *de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del nombre *tierra*.

Καὶ ᾄδουσιν ὡς ᾠδὴν καινὴν ἐνώπιον. Esa gran multitud cantaba un cántico o una canción nueva. El verbo cantar está en presente de indicativo lo que expresa una acción continua, como si dijese estaban cantando continuamente. Lo que cantaban era un ᾠδὴν καινὴν, *"cántico nuevo"*, en el sentido de *novedoso*, lo que no es acostumbrado, no nuevo en cuanto a tiempo, sino nuevo en forma o cualidad. Es *nuevo* porque lo entona un nuevo grupo de seres y porque tiene un contenido o un tema nuevo. Los ancianos cantaban también un nuevo cántico (5:9). Sin duda se puede apreciar aquí el eco del canto en el Antiguo Testamento, en donde los creyentes eran invitados a cantar a Dios un cántico nuevo (Sal. 33:3; 98:1; 144:9; 149:1). La idea de *novedoso* expresa la condición de un cántico preparado para una ocasión solemne y especial.

El profeta Isaías habla de un *cántico nuevo* como consecuencia del cumplimiento de las *"cosas primeras"* y el anuncio de *"cosas nuevas"*; así dice el profeta: *"He aquí se cumplieron las cosas primeras, y yo anuncio cosas nuevas; antes que salgan a la luz, yo os las haré notorias. Cantad a Jehová un nuevo cántico…"* (Is. 42:9-10). El profeta exhorta a cantar un cántico nuevo debido a las cosas que iban a comenzar en un nuevo tiempo, con bendiciones

especiales y definitivas para el pueblo de Dios. Cada acción poderosa de Dios en el tiempo antiguo daba lugar a un cántico que proclamaba la bendición y poder divinos (Ex. 15:1-21; Jue. 5; etc.). El cántico de los ancianos era nuevo porque era propio de la Iglesia y que sólo ella puede cantar. En este sentido, si quienes cantan es la gran multitud en la presencia del Cordero, es nuevo porque le es propio o corresponde a ellos.

ἐνώπιον τοῦ θρόνου καὶ ἐνώπιον τῶν τεσσάρων ζῴων καὶ τῶν πρεσβυτέρων. Ese cántico de alabanza se eleva *delante del trono,* por tanto, es dirigido al que está en él. De un cántico semejante están excluidos quienes no lo *pueden* cantar porque no les corresponde como grupo, entre ellos *los seres viviente y los ancianos*, ya que el cántico nuevo se elevaba *delante* de ellos.

Una peculiaridad es destacada por Juan: καὶ οὐδεὶς ἐδύνατο μαθεῖν τὴν ᾠδὴν, *"nadie podía aprender el cántico"*. Es interesante la forma de la expresión en el texto griego, compuesta por el imperfecto de un verbo[4] que expresa la *capacidad para hacer algo*, unido a otro[5] en un aoristo de infinitivo que expresa una acción consumada y que presenta además la condición de ingresivo. La expresión da la idea de la incapacidad para quienes no cantaban el cántico nuevo de poder aprenderlo para utilizarlo.

Εἰ μὴ αἱ ἑκατὸν τεσσεράκοντα τέσσαρες χιλιάδες, οἱ ἠγορασμένοι ἀπὸ τῆς γῆς. El cántico sólo lo podían cantar los componentes del grupo que lo hacía y los ciento cuarenta y cuatro mil que rodeaban al Cordero. Esto es una confirmación más que permite establecer consecuentemente con la revelación de todo el libro y de este pasaje la vinculación con el grupo que forma la gran multitud salida de la tribulación y que está en la presencia del Cordero (7:9ss). Sólo ellos podían refrendar plenamente lo que de ellos se decía en el cántico. Los ciento cuarenta y cuatro mil *"habían sido comprados"* o *redimidos*, en una acción definitivamente concluida como expresa el modo del verbo usado por Juan. Quiere decir que estos todos eran salvos por la obra redentora de Jesucristo, ya que todo salvo ha sido *comprando* o *redimido* al precio de la sangre del Salvador (1 P. 1:18-20), sin importar cuando o a que dispensación pertenezcan. El fundamento de la redención de estos es la sangre del Cordero (5:9).

4. Estos son los que no se contaminaron con mujeres, pues son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero.

---

[4] Griego: δύναμαι.
[5] Griego: μανθάνω.

οὗτοι εἰσιν οἳ μετὰ γυναικῶν οὐκ ἐμολύνθησαν, παρθένοι γάρ
Estos son los que con mujeres no fueron contaminados porque vírgenes
εἰσιν, οὗτοι οἱ ἀκολουθοῦντες τῷ ἀρνίῳ ὅπου ἂν ὑπάγῃ. οὗτοι
son. Estos los que siguen al Cordero dondequiera que va. Estos
ἠγοράσθησαν ἀπὸ τῶν ἀνθρώπων ἀπαρχὴ τῷ Θεῷ καὶ τῷ ἀρνίῳ
fueron redimidos de los hombres primicias - para Dios y el Cordero.

Notas y análisis del texto griego.

Refiriéndose al grupo de los ciento cuarenta y cuatro mil, Juan dice que οὗτοι, caso nominativo masculino plural del pronombre demostrativo *estos*; εἰσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser* o *estar*, en este caso *son*; οἳ, caso nominativo masculino plural del pronombre relativo *los que*; μετὰ, preposición de genitivo equivalente a *con*; γυναικῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo *mujeres*; οὐκ, adverbio de negación plena, *no*; ἐμολύνθησαν, tercera persona plural del aoristo de indicativo en voz pasiva del verbo μολύνω, que denota primariamente la acción de *ensuciar, embadurnar,* con algún contaminante, aquí como *fueron contaminados*; seguido de παρθένοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *virgen, no casada, soltera, muchacha*, generalmente aplicable en femenino, aunque aquí debe considerarse como una expresión metafórica, referida a este grupo de personas; seguido de la conjunción causal γάρ, *porque*, que en español precede al sustantivo; εἰσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser* o *estar*, aquí como *son*. La siguiente cláusula comienza de la misma forma que la primera con οὗτοι, caso nominativo masculino plural del pronombre demostrativo *estos*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἀκολουθοῦντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἀκολουθέω, *seguir, acompañar*, aquí como *que siguen*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *al*; ἀρνίῳ, caso dativo neutro singular del sustantivo *cordero*; seguido del adverbio relativo ὅπου, *donde*; ἂν, partícula que no empieza nunca frase y que da a ésta carácter condicional o dubitativo, o expresa una idea de repetición. Se construye con todos los modos menos el imperativo y acompaña a los pronombres relativos para darles un sentido general; en algunas ocasiones no tiene traducción, en esta ocasión se presta para enfatizar el sentido del adverbio, como *dondequiera*, es decir, por todo lugar; ὑπάγῃ, tercera persona singular del presente de subjuntivo en voz activa del verbo ὑπάγω, *ir, salir,* aquí como *que va*. La tercera cláusula del versículo se introduce también con οὗτοι, caso nominativo masculino plural del pronombre demostrativo *estos*; ἠγοράσθησαν, tercera persona plural del aoristo de indicativo en voz pasiva del verbo ἀγοράζω, *comprar, adquirir, pagar un precio, redimir,* aquí en este último sentido como *fueron redimidos*; ἀπὸ, preposición de genitivo *de*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; ἀνθρώπων, caso genitivo masculino singular del sustantivo genérico *hombres*, *personas*; ἀπαρχὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *primicias, primeros frutos de una cosecha o de un rebaño, anticipo*, aquí traducido como *primicias*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el,* no traducible en castellano al corresponder a un nombre propio; Θεῷ, caso dativo masculino singular del nombre propio *para Dios*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τῷ,

caso dativo neutro singular del artículo determinado *el*; ἀρνίῳ, caso dativo neutro singular del sustantivo *cordero.*

Οὗτοι εἰσιν οἳ μετὰ γυναικῶν οὐκ ἐμολύνθησαν. Luego de la visión del grupo en el cielo, se dan tres características propias de ellos. La primera tiene que ver con limpieza espiritual. Juan dice que *"no se contaminaron"*. El verbo[6] utilizado expresa la idea de mancharse con algo, embadurnarse, por ejemplo, con lodo, barro o suciedad. Se usa metafóricamente para referirse a la situación de una conciencia contaminada por el pecado (1 Co. 8:7). En sentido contrario es usado para referirse a creyentes que han guardado limpias de contaminación sus vestiduras, como se usa anteriormente en este libro (Ap. 3:4). La contaminación, conforme al texto, tiene que ver con *mujeres* y añada, a modo de precisión: παρθένοι γάρ εἰσιν, *porque vírgenes son.*

Esto da lugar a importantes controversias y a diferentes interpretaciones. Algunos consideran que se trata de hombres célibes, lo que supondría que el texto afirma la virtud del celibato sobre el matrimonio. Podría usarse también, siguiendo esta línea, para referirse a quienes sirven al Señor a pleno tiempo en su ministerio, lo que supondría el respaldo al celibato sacerdotal o ministerial requerido en algunas religiones. Sin embargo, supone, de alguna manera, una contradicción abierta sobre la perfección del estado del matrimonio y, en cierta medida contradice abiertamente la santidad del estado matrimonial (He. 13:4). Las relaciones sexuales en el matrimonio son una parte esencial del mismo, y en ningún modo, suponen una contaminación espiritual para ninguno de los cónyuges (1 Co. 7:4ss). Es cierto que en momentos de dificultades, como ocurría en el tiempo en que el apóstol Pablo escribía la primera carta a los creyentes en Corinto, hacía conveniente para quienes estaban sirviendo al Señor o tenían alguna responsabilidad especial en el ministerio de la iglesia, que permaneciesen sin casarse, a fin de que pudieran servir con mayor eficacia y sin las preocupaciones que serían propias a los casados (1 Co. 7:32-34). Sin embargo, la carta a Corintios reviste serias dificultades interpretativas en algunas ocasiones, como es la de determinar que quiso decir Pablo con la expresión *"a causa de la necesidad que apremia"* (1 Co. 7:26) que condiciona los consejos apostólicos que siguen. En relación con el texto de Apocalipsis escribe el Dr. Carballosa:

"Evidentemente, los ciento cuarenta y cuatro mil sufrirán las peores persecuciones y los ataques más crueles decretados por el Anticristo. Es por eso que Dios escoge a hombres para dicha tarea y, al mismo tiempo, dichos siervos permanecen solteros. El motivo de esa decisión no es para exaltar el

---

[6] Griego: μολύνω.

celibato por encima del matrimonio, sino a causa de las críticas circunstancias que tendrán lugar durante la gran tribulación"[7].

El gran problema en esta posición tiene que ver en como explicar convenientemente lo que significa la *contaminación* con mujeres.

Probablemente será mejor considerar esta condición de *vírgenes*, en sentido de lealtad a Dios. Pablo utiliza la misma figura en su escrito a los Corintios: *"Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo"* (2 Co. 11:2). En el texto de Pablo se usa la misma palabra que la que Juan escribe en este versículo[8]. El entorno textual del Apocalipsis a esta altura ya hizo referencia a la adoración idolátrica de la bestia, que en varios lugares del libro se presenta como una *fornicación* espiritual (14:8; 17:2, 4; 18:3, 9; 19:2). Puede llegarse a la conclusión que los ciento cuarenta y cuatro mil no se contaminaron en el sentido de haber rechazado la adoración idolátrica al Anticristo. Esta misma enseñanza mediante la figura de la fornicación se usa en el Antiguo Testamento para referirse a la misma acción idolátrica dejando a Dios para seguir otros dioses y otras propuestas de adoración (cf. 2 R. 19:21; Is. 37:22; Jer. 18:12; 31:4; Lm. 2:13; Am. 5:2). Con todo la dificultad sigue siendo la interpretación de la expresión *"contaminados con mujeres"*.

La segunda característica de este grupo de personas es que οὗτοι οἱ ἀκολουθοῦντες τῷ ἀρνίῳ ὅπου ἂν ὑπάγῃ. *"son los que siguen al Cordero por dondequiera que va"*. Junto con la santidad queda puesto de manifiesto el seguimiento fiel. No es un seguimiento ocasional o puntual, sino continuo, como expresa el verbo en presente de indicativo y en voz activa en el griego, que expresa una acción continuada. El verbo, compuesto, va precedido por una *alfa* privativa, que se incorpora al mismo y que establece la idea de dejar el camino personal para seguir el de otro. De ahí que la idea aquí equivalga a uno que va por el mismo camino que otro lleva o traza. Es una expresión de lealtad absoluta al Cordero.

El Señor estableció principios concretos para el discipulado: *"Y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí"* (Mt.10:38). El compromiso del discipulado alcanza aquí la mayor expresión. No sólo debe renunciarse al amor que supere al amor hacia Cristo, en lo personal y familiar, sino que aquí se demanda la cancelación del propio *yo*. Jesús dice a los discípulos que sólo es digno de él quien *tome* su cruz y le siga. Tomar la cruz ha sido confundido en muchas ocasiones con el sufrimiento e incluso el martirio.

---

[7] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 281.
[8] La palabra griega es παρθένον.

Dios podría permitir la muerte de sus mensajeros y de hecho lo hizo en muchas ocasiones, pero no es esta la demanda que se concreta en la figura de tomar la cruz. Las penalidades en la vida cotidiana del creyente *vienen*, siempre por permisión divina, pero no *se toman*, es decir, no se buscan para asumirlas. La cruz es la mayor expresión de negación, el propio signo establece una figura de cancelación de algo. Tomar la cruz es negarse a uno mismo. Pablo enseñará más tarde que la vida cristiana es una identificación con el crucificado hasta el punto de poder decir: *"Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí"* (Gá. 2:20). Esto trae aparejada la abierta oposición del mundo contra el seguidor de Jesús (Jn. 15:20; 16:33). El que no renuncia incluso a su propia vida no puede ser digno de Jesús ni tampoco podrá seguirle como discípulo. El Señor mismo abrió la senda del seguimiento dejando impresa en ella las huellas de sus pisadas para que el discípulo le siga en el mismo camino (1 P. 2:21). Indudablemente la renuncia personal es el núcleo central de la obra de Jesús. El apóstol Pablo enseña en que consistió la renuncia suprema de Jesucristo en un proceso de descenso desde el cielo hasta la muerte en la cruz. Pablo enfatiza la condición divina de que se humilló al afirmar: *"El cual siendo en forma de Dios"* (Fil. 2:5). La *forma* no indica una mera apariencia, sino la exteriorización de la esencia real del ser. La forma está relacionada y deriva de la naturaleza pero no se identifica con ella, pudiendo despojarse de su forma pero no de su naturaleza; de hecho, Cristo se vació de una forma para manifestarse en otra. Jesús existe eternamente en su *forma de Dios*, que quiere decir que su eterna preexistencia fue divina, o sea, Jesús el hombre es también eternamente Dios. Desde esta condición divina, *"no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse"* (Fil. 2:6), es decir, el sentir de Cristo no le llevó a retener en su beneficio su condición divina. Jesús era igual a Dios, equivalente a ser lo que Dios es. Todo lo que hay en Dios y es Dios está también en Jesús (Col. 2:9). Por el contrario tampoco hay nada en Dios que no esté en Cristo, es decir, no existe en Dios ninguna cualidad *"no-Crística"*. En esa forma de Dios estuvo dispuesto a vaciarse para llegar al estado de humillación en la forma de siervo. Cristo no consideró la manifestación exterior de su deidad como algo irrenunciable y que debía retener a toda costa. La decisión de no mantener a cualquier precio la expresión de su deidad, tuvo que haberse tomado en la eternidad cuando se estableció el plan de redención (2 Ti. 1:9). El Hijo de Dios *"se despojó a sí mismo"* (Fil. 2:6). El *despojarse*, no consistió en desprenderse de su naturaleza divina que eternamente tiene por cuanto es Dios. Tampoco pudo despojarse de sus *atributos divinos*, tanto comunicables como incomunicables, si bien *limitó* en su condición humana, el uso de los mismos a lo que era preciso. Sin embargo, la Biblia enseña que se despojó de su gloria, la impronta divina propia de la *forma* de Dios, ya que tenía que mostrarse a los hombres desde su humanidad semejante a la nuestra. Por la recuperación de esta gloria, al final de su tiempo en la tierra, pidió al Padre (Jn. 17:4). También enseña la Escritura que se despojó de sus riquezas (2 Co. 8:9).

Renunció a todo, incluyendo su propia vida (Mt. 20:28; Mr. 10:45; Jn. 10:11). Nuca tuvo nada propio (Mt. 8:20). Aun sin nada asumió solidariamente la deuda infinita del pecado del mundo haciéndose deudor sustituto (Is. 53:6). El Señor se despojó de su gloria encubriéndola bajo el traje de trabajo del *Siervo de Yahwe*, que era su humanidad (Is. 42:1: 52:13). La culminación del ejemplo del Señor es que *tomó forma de siervo* (Fil. 2:7). El estado de humillación no consistió en hacerse hombre, sino en hacerse siervo, manifestándose como tal, quien antes era sólo Dios y Señor. No implica esto tanto llegar a un estado social de esclavitud, sino a la entrega voluntaria en un servicio de obediencia incondicional al Padre en la ejecución del Plan de Redención, desde la realidad de su humanidad. Esa forma manifiesta el estado de humillación que fue tomado en un determinado momento del tiempo histórico de los hombres, como cumplimiento de una decisión eterna antecedente. Vino a la existencia en *forma de siervo*, porque era la expresión visible de una realidad esencial, sólo posible desde su humanidad. De otro modo, quien existía en forma de Dios *fue hecho* semejante a los hombres (Jn. 1:14). Si fue *hecho*, quiere decir que antes no tenía la naturaleza humana. El Verbo de Dios entró en la humanidad en un momento determinado por Dios para la historia humana (Gá. 4:4). Concebido en María por obra del Espíritu Santo (Lc. 1:35), gestado y alumbrado como los hombres (Lc. 1:38; 2:7), vino a ser Hijo de Dios e Hijo de María, no en el sentido de su deidad, sino de su humanidad perfecta. En esa *forma* de siervo mediante la *condición de hombre*, *"se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz"* (Fil. 2:8). La obediencia manifiesta la condición de siervo. La entrega a la muerte era el acto supremo de renuncia en una entrega sin reservas a la voluntad del Padre (Jn. 17:17-18). Aquella renuncia culmina en la *"muerte de cruz"*, modo reservado a sediciosos, rebeldes y esclavos. Era una muerte infamante. La muerte de cruz fue la suprema expresión de su entrega voluntaria en renuncia suprema por amor, asumiendo la muerte que correspondía al *maldito de Dios* (Dt. 21:23), para abrir al hombre la puerta de la bendición de Dios (Gá. 3:13). El Señor no pudo humillarse en un mayor abatimiento, llegando así a *"las partes más bajas de la tierra"* (Ef. 4:9). Las huellas de su humillación quedaron marcadas indeleblemente en el mundo de los hombres, estableciendo los límites, siempre estrechos, del camino que debe seguir quien sea su discípulo. Cualquier otra cosa que no sea la renuncia absoluta y perfecta, lo que el Señor expresa cuando dice: *"el que no toma su cruz"*, impide, incapacita, cierra el camino del discipulado porque se aparta de la senda marcada por el Señor. No hay otro camino para el cristiano más que este, ninguna otra entrega sirve a no ser la absoluta renuncia personal, por eso dice también Pablo: *"Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional"* (Ro. 12:1). Por esta misma razón enfatiza el Señor, más adelante: *"Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz, y sígame"* (Mt. 16:24).

Según Lucas, estas palabras las dijo a toda una multitud que se había congregado (Lc. 9:18). El Señor había dicho a los discípulos que iba al sufrimiento y a la muerte, sin que nada ni nadie pudiese interrumpir su propósito y aceptación; de la misma manera todo aquel que quiera ser su discípulo debe asumir la misma disposición. Es algo voluntario pero ineludible para quien quiera ser verdaderamente discípulo de Jesús. Los discípulos de Jesús no son obligados sino de buena voluntad. Esta buena voluntad para el seguimiento fiel al Señor es también obra de Dios en el creyente que produce el *querer* y da poder para el *hacer* (Fil. 2:13). El Señor está diciendo algo sumamente solemne y enfático: todo aquel que quiera ser su discípulo ha de asumir decididamente la senda del sufrimiento, del dolor y de la renuncia personal. No puede olvidar nadie que se está en el seguimiento de un crucificado, por tanto es una persona que al estilo de quienes iban a ser crucificados, llevaban sobre ellos la cruz.

Es necesario entender bien que quiere decir *"negarse a sí mismo"*. No se trata de negar una afirmación o negar una súplica, sino *negar una persona*, un sentido que se encuentra sólo en el Nuevo Testamento, que es negar con él las relaciones supuestas por otros o que las circunstancias parecen indicar. Esa es la razón por la que el Señor habló de aquellos que *le nieguen* delante de los hombres (Mt. 10:33). Negar a una persona, es negar lo que pretende ser y, por tanto se desecha; uso que dio Pedro a esa palabra cuando dijo: *"más vosotros negasteis al Santo y al Justo, y pedisteis que se os diese un homicida"* (Hch. 3:14). Aquellos habían negado lo que Jesús era y lo rechazaron desechándolo. La misma cosa hicieron los israelitas con Moisés, negando que fuese el que Dios había enviado para liberarlos y lo rechazaron (Hch. 7:35). Negar un objeto o alguna forma de actividad en la vida es desechar, rehusar, abandonar. Ese es el sentido que da Pablo cuando escribe: *"renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos"* (Tit. 2:12 comp. 2 Ti. 3:5). Algunos entienden que *negarse a uno mismo*, equivale a negar una suplica de la persona en sus propios intereses, de este modo escribe Broadus:

"Negarse a sí mismo, frase no encontrada en el griego clásico, pero característica del cristianismo podría parecer relacionada con su significación de negar una súplica; así como un hombre niega a un limosnero, así se niega a sí mismo, esto es, rehúsa conceder sus propias peticiones. Este es el sentido, pero muy debilitado, en que la expresión se usa mucho en la actualidad. Pero, como se halla usada aquí por nuestro Señor, ¿no se relaciona antes bien con negar una persona, significando que un hombre se niega a sí mismo? Así como los judíos negaron a Cristo (Hch. 3:14), así su discípulo se niega a sí mismo, no se tendrá a sí mismo como dueño ni fin. Se resuelve a no vivir conforme a sus inclinaciones, sino a hacer y soportar cuanto sea necesario en el curso que ha emprendido. Debe resolverse a vivir no para el placer, sino para la utilidad; no

para obedecer la inclinación, sino el deber; no para sí mismo, sino para Dios (comp. Ro. 14:7-9; 15:2s)"[9].

No cabe duda que todo esto comprende el *negarse a sí mismo*, pero hay una dimensión mayor que debe superarse para alcanzar la dimensión que esto conlleva. No se trata de abnegación, aunque está implícita, sino de *renuncia* personal. Negarse a sí mismo es cancelar absolutamente en sujeción el *yo* personal, que pretende controlar la vida y que se opone a cualquier interés que no sea el propio. Es anular el poder del yo para sustituirlo por el gran Tú de Dios que es Cristo. Pablo expresa esa verdad en una forma única: *"Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí"* (Gá. 2:20). Se trata de una identificación tal con Cristo que su vida y sentimiento personal vienen a ser la experiencia vital del creyente. Como Él renunció a cuanto le era propio anonadándose y vaciándose hasta hacerse obediente en la suprema obediencia de la renuncia personal absoluta para sujetarse a otro Tú, como dice al Padre: *"No sea como yo quiero, sino como Tú"* (26:39). De esa manera cuando su *sentir* se hace el sentir del cristiano, se produce la renuncia a sí mismo, que Jesús demanda y enfatiza en esta enseñanza. Esta verdad será complementada con el *tomar la cruz*, que viene luego, pero antes es bueno trasladar aquí un párrafo del Dr. Lacueva:

"¿Qué significa, en realidad, negarse a sí mismo? ¿Negar que uno existe, o que es lo que es? ¡No! Negarse a sí mismo es decirle a ese 'YO' (con mayúscula) que hay dentro de nosotros, y que nos inclina a ser egocéntricos, autónomos y autosuficientes, que no, que no queremos seguir nuestros propios planes ni servir a nuestros propios intereses, sino depender en todo de Dios y hacer y sufrir a todo cuanto Él tenga programado para nosotros. Ésta es la tarea más difícil para cualquier creyente, y la más penosa de las tres crucifixiones que Pablo menciona para el cristiano (Gá. 2:20; 5:24; 6:14). Si uno no crucifica ese 'yo' en aras del amor de Dios y del prójimo, de nada le sirve repartir todos sus bienes, ni siquiera entregar su cuerpo a las llamas (1 Co. 13:3). ¡Y que difícil es negar a ese 'Yo'! Es una tarea constante, porque ese 'Yo' es capaz de revivir y levantar la cabeza aun detrás de las mas santas intenciones. 'Cuidado con la gloria, Javier' –viene a decir Iñigo de Loyola, en El Divino Impaciente*, de Pemán- 'porque hasta a la gloria de Dios le tengo miedo'. Efectivamente, ¡cuántas veces, detrás de una pretendida 'gloria de Dios', se esconde la gloria del 'Yo'! Verdaderamente, ésta es la puerta estrecha (7:13, 14), pero es la que lleva a la vida, porque Cristo, nuestra vida (Col. 3:4) entró el primero por ella, se despojó a sí mismo (Fil. 2:6; lit. se vació a sí*

[9] J. A. Broadus. *Comentario expositivo sobre el Nuevo Testamento.* Casa Bautista, 1959, pág. 466 s.

mismo; es decir, del esplendor y de la majestad que le correspondían, como Dios que era, igual al Padre)"[10].

El Señor añade un segundo compromiso en el seguimiento: *"tome su cruz"*. Aquí también hay una cierta imprecisión cuando no engaño sobre el significado de la expresión. La cruz era un modo de ejecución que se utilizaba con reos de graves delitos en los tiempos de Jesús. Los discípulos sabían muy bien que quería decir literalmente la expresión *"tome su cruz"*. El reo cuando era llevado al lugar de la crucifixión debía cargar con la cruz, bien sea viga horizontal, llamada *patibulum* que luego se ponía sobre el poste vertical, denominado *simples,* o bien la cruz completa, formada por la viga horizontal y el poste vertical, es decir, los dos palos. Jesús usa la ilustración para afirmar que cualquiera que quiera ir en pos de Él, debe asumir la disposición para la misma experiencia. Sin embargo, la idea de que tomar la cruz significa aceptar el sufrimiento es algo muy impreciso a la luz de la enseñanza general, si bien los sufrimientos pueden y de hecho se producen en la experiencia del cristiano. Nuevamente un párrafo de Broadus:

"Entenderían (refiriéndose a los discípulos) *que era como persona que iba a ser crucificada, y ellos también debían estar listos para sufrir y morir. Dice también hasta qué punto debería uno renunciar a sí mismo, esto es, hasta la muerte, y aun una muerte vergonzosa. Jesús se valió de esta misma impresiva imagen en otras dos ocasiones (10:38; Lc. 14:27; en Mr. 10:21 es espurio). Era suficientemente clara cuando la empleó, y después de ser crucificado Él mismo llegó a ser aun más viva y solemne, como sucedió con otras muchas partes de sus enseñanzas. Lucas 9:23 agrega 'cada día'. Cada día debe un discípulo consentir de nuevo, y aun determinar seguir adelante a través de aflicciones y aun la misma muerte. Crisóstomo: Llevar consigo esta muerte de continuo, y de día en día estar listo para ser muerto"*[11].

Sin embargo *tomar la cruz* es la disposición a que la obra de la cruz efectúe cada día el milagro de la crucifixión del *Yo* personal. La renuncia personal en la dimensión que Jesús demanda es absolutamente irrealizable por el hombre natural, e incluso por el creyente que no está bajo el control del Espíritu. El Señor está pidiendo una renuncia sobrenatural, que equivale a *negarse a uno mismo*. La cruz es de donde procede el poder que crucifica al yo. Sin duda alguna esa cruz personal comprende sufrimientos y dificultades cuanto más identificación haya con el crucificado Señor, pero no es el sufrimiento la razón de la cruz cotidiana, sino la expresión suprema de renuncia personal para ser instrumento válido para Dios que glorifique su nombre. La cruz que el

---

[10] F. Lacueva. o.c., pág. 318.
[11] J. A. Broadus. o.c., pág. 467.

cristiano ha de tomar no es la de Cristo, imposible para el hombre, sino la suya personal que nada tiene que ver tampoco con la de su hermano. Es *su cruz*, es decir, la que le corresponde conforme al propósito de Dios para su vida. Jesús, el *carpintero*, habla de cruz que no la hace el creyente, sino que le es entregada por Dios. No es el orgullo de martirio voluntario, sino la determinación silenciosa a seguir a Cristo llevando la cruz. En esa cruz de renuncia se completa también la experiencia del sufrimiento por Cristo, que completa a su vez los padecimientos de Cristo en su cuerpo que es la Iglesia (Col. 1:24).

La tercera demanda en el discipulado es seguir a Jesús. No sólo la disposición a la renuncia personal y asumir la carga de la cruz cotidiana, sino también a un seguimiento fiel. El Señor trazó una senda que conduce las pisadas de todos sus seguidores, y que comprende el sufrimiento, la humillación e incluso la muerte. Así enseña el apóstol Pedro: *"Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas"* (1 P. 2:21). La demanda es grande y a los ojos humanos imposible de soportar. Seguramente que ese compromiso radical que Jesús demanda a sus seguidores es la causa por la que la gran multitud que le seguía al comienzo de su ministerio, fue dejándole poco a poco hasta renunciar abiertamente de Él. Escribe sobre esto el pastor Raul Caballero Yoccou:

"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame" (Mt. 16:24). Para comprender bien lo que Cristo dice deberíamos comparar el pasaje con (Mr. 8:34), donde leemos que él llamó a la gente y a sus discípulos. Los que estuvieran listos a prestar oído a estas palabras deberían también estarlo a tres cosas: 1. Debían rehusar a hacer su propia satisfacción como la meta de su vida. 2. Debían cargar la cruz de distinción, menosprecio, reproche, censura; la cruz pesada de la burla, persecución, acosamiento, mortificación. 3. Debían aprender a practicar la obediencia, la sumisión, la sujeción. La metáfora de tomar la cruz ya mencionada en 10:38 tenía que completarse con una entrega completa. El Maestro no solamente buscaba discípulos que estuvieran dispuestos a cargar, buscaba también a los que prontos estuvieran a seguir. El discípulo no era a medias ni estático, era completo y dinámico. Cristo no buscaba ilusos que estuvieran dispuestos a aplaudirle, sino seguidores que anhelaran obedecerle. ¿Acaso no descubrimos una diferencia entre los dos tipos de seguidores de Mateo 4? Los primeros oyeron la voz seductora: 'Venid en pos de mí' y 'ellos dejando al instante las redes, le siguieron" (v. 20). Luego; 'Y ellos, dejando al instante la barca y a su padre le siguieron' (v. 22). Dejaron todo por seguir al Señor y mostraron tal valor en su proceder que el Maestro se transformó en la figura vital de sus experiencias"[12].

---

[12] Raul Caballero Yoccou. *Tengo un Gran Maestro*. E. G. 1982.

Seguir a Jesús es caminar con Él. Es el compromiso de personas que están dispuestas a un compromiso personal con Jesús. Es necesario entender que la renuncia es precisa para poder entender el alcance de lo que eran las multitudes para Jesús. Es preciso entender que para evangelizar es necesario antes amar. El seguimiento fiel a Jesús está lejos de la religión de las cargas sobre los fieles, de las demandas incomprendidas. Para Jesús las almas de las gentes, por las que había renunciado y estaba dispuesto a dar su vida, no eran bueyes para ser cargados, sino ovejas para amarlas. Esto conlleva lucha, desprecios, persecución e incluso muerte, pero es el único camino en el seguimiento fiel a Jesús.

Juan afirma que los ciento cuarenta y cuatro mil siguen al Cordero ὅπου ἂν ὑπάγῃ *"por dondequiera que va"*, lo que unido al presente del verbo expresa la idea de un seguimiento continuado. Tiene validez para un seguimiento fiel en los días de la tribulación que preceden al regreso de Cristo para establecer su reino sobre la tierra. Si la presencia del Señor sobre el monte de Sión tiene que ver con la presencia terrenal del Mesías, el seguimiento se extiende hasta el tiempo del reino milenial de Jesucristo. En todo momento la característica del discípulo es seguir al Maestro tomando su cruz cada día como se ha considerado.

Una tercera característica se aprecia en la frase: ὅπου ἂν ὑπάγῃ ἠγοράσθησαν ἀπὸ τῶν ἀνθρώπων ἀπαρχὴ τῷ Θεῷ καὶ τῷ ἀρνίῳ, *"estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero"*. La condición más destacable es la de *redimidos*. El término es un verbo en forma de aoristo de indicativo y en voz pasiva, lo que da idea de una acción consumada en plenitud, cuyos efectos persiste en el tiempo. El grupo de los ciento cuarenta y cuatro mil han sido *redimidos*, es decir, separados de entre los hombres en el sentido de *comprados* y sacados fuera de su ámbito de influencia. En la medida en que Jesús dijo, hablando de los salvos, que *"están en el mundo, pero no son del mundo"* (Jn. 17:14-17). Sin embargo, la extracción de entre los hombres los convierte en *primicias*, por tanto, los ciento cuarenta y cuatro mil representa un anticipo de la gran cosecha venidera en el reino de Dios. El término se utiliza en otros lugares del Nuevo Testamento para referirse a los primeros convertidos de un determinado entorno (Ro. 16:5; 1 Co. 16:15). Estos son los primeros salvos de un grupo mayor que es Israel y que son *redimidos*, *comprados*, *"para Dios y para el Cordero"*. Las primicias eran la donación de los primeros frutos de las cosechas anuales, dados a los sacerdotes como ofrenda para el Señor (Ex. 25:2-9; Dt. 12:11, 17; 2 Cr. 31:10, 12, 14). Estos son, pues, un grupo especialmente santificado y consagrado plenamente a Dios. En ese sentido, las *primicias* no sólo son un anticipo de algo que viene, sino un grupo señalado para un servicio especial y un compromiso claro para Dios y el Cordero (Ro. 12:1; He. 13:15; 1 P. 2:5).

5. Y en sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha delante del trono de Dios.

καὶ ἐν τῷ στόματι αὐτῶν οὐχ εὑρέθη ψεῦδος, ἄμωμοι εἰσιν.
Y en la boca de ellos no fue hallada mentira, sin mancha son.

Notas y análisis del texto griego.

En enlace con lo que antecede se efectúa mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de ἐν, preposición de dativo *en*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *lo,* femenino en castellano *la*, que determina a στόματι, caso dativo neutro singular del sustantivo *boca*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; seguido del adverbio de negación οὐ, terminado en χ, al seguirle una vocal con espíritu áspero, que equivale a *no* y que negativiza a εὑρέθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo εὑρίσκω, *hallar*, aquí *se halló, fue hallado, se encontró*; ψεῦδος, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *mentira, engaño*; ἄμωμοι, caso nominativo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de *exento de macha, sin contaminación*; εἰσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser* o *estar*, aquí como *son.*

Καὶ ἐν τῷ στόματι αὐτῶν οὐχ εὑρέθη ψεῦδος, ἄμωμοι εἰσιν. La evidencia de quienes son separados para Dios es que presentan una vida sin contaminación, viviendo en la limpieza propia de quienes son de Dios y viven para Él. El texto griego afirma que *no fue hallada en ellos mentira*, un modo verbal que expresa una acción totalmente consumada o una situación definitivamente establecida. Lo que no fue hallado era *mentira*. El término es muy típico y habitual en Juan. De las diez veces que aparece e el Nuevo Testamento, seis están en sus escritos (Jn. 8:44; 1 Jn. 2:21, 27; Ap. 14:5; 21:27; 22:15). La mentira es la expresión de una vida opuesta a la verdad.

Una de las características de los redimidos de Israel tiene que ver con la ausencia de mentira en ellos, así está profetizado: *"El remanente de Israel no hará injusticia ni dirá mentira, ni en boca de ellos se hallará lengua engañosa; porque ellos serán apacentados y dormirán, y no habrá quien los atemorice"* (Sof. 3:13). Es sorprendente la vinculación entre la profecía del Antiguo Testamento y las revelaciones del Apocalipsis. La mentira tiene que ver con una vida de piedad aparente. El pueblo de Israel fue un pueblo que mantuvo muchas veces una forma de vida hipócrita, acercándose a Dios con su boca para alabarle, pero manteniendo su corazón, es decir, la realidad de la vida, lejos de Él (Is. 29:13). Hablar con honestidad, tanto en expresiones como en vida, es una de las características del Siervo de Dios (Is. 53:9), por tanto, lo es también de quienes le siguen *"a dondequiera que va"*. Los redimidos son *sin mancha*, término que se usa para referirse a los animales para los sacrificios que habían

de ser sin defecto (Lv. 1:3, 10). No quiere decir que los redimidos son personas impecables o sin pecado, pero, han de ser *irreprensibles*. Ningún hombre es perfecto a causa de su naturaleza adámica, pero el creyente que sigue a Jesús manifiesta en su vida lo que es propio del Señor, siendo, por tanto, sinceros y sin mancha (1 P. 2:21-22). La verdadera conversión produce un nuevo estilo de vida, que se manifiesta *"delante del trono de Dios"*. Se trata de vidas sinceras e irreprensibles en la presencia de Dios, además de ser vidas de testimonio honesto delante de los hombres. Lo más alejado de la condición mentirosa de la hipocresía espiritual, que aparentan piedad pero con sus vidas niegan la eficacia de ella (2 Ti. 3:5).

Sobre el evangelio eterno (14:6-8).

6. Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo.

Καὶ εἶδον ἄλλον[1] ἄγγελον πετόμενον ἐν μεσουρανήματι, ἔχοντα
Y vi otro ángel que volaba en medio del cielo que tenía
εὐαγγέλιον αἰώνιον εὐαγγελίσαι ἐπὶ τοὺς καθημένους ἐπὶ τῆς γῆς καὶ
[el] evangelio eterno para evangelizar a los sentados sobre la tierra y
ἐπὶ πᾶν ἔθνος καὶ φυλὴν καὶ γλῶσσαν καὶ λαόν,
en toda nación y tribu y lengua y pueblo.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] ἄλλον ἄγγελον, *otro ángel*, lectura de seguridad media, atestiguada en **p**[115 vid], ℵ[2]. A, C, P, 051, 1006, 1611, 1841, 2953, 2329, it[ar, gig, t], vg, syr[ph, h], cop[bo], arm, Cipriano, Materno, Varimadum, Primasio, Casiodoro, Beato.

ἦλθεν ἄλλοσ ἄγγελος, *vino otro ángel*, como se lee en eth.

ἄγγελον, *un ángel*, que aparece en **p**[47], ℵ*, 205, 209, 1854, *Biz* [046] cop[sa], Orígenes, Andrés, Victorino de Pettau, Ambrosio.

Una nueva escena se introduce con este versículo, buscando Juan la continuidad del relato en la forma habitual, mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de εἶδον, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, *ver*, aquí como *vi*; ἄλλον, caso acusativo masculino singular del adjetivo indefinido *otro*; ἄγγελον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *ángel*; πετόμενον, caso acusativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo πετόμαι, *volar*, aquí como *que volaba*; ἐν, preposición de dativo *en*; μεσουρανήματι, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota *en medio*

del cielo, voz compuesta por el adjetivo μέσος, *medio, en el medio, entre,* y el sustantivo οὐρανός, *cielo*; ἔχοντα, caso genitivo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber, tener,* aquí como *que tenía*; εὐαγγέλιον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *evangelio, buena nueva*, sin artículo pero que debe ser complementado por el determinado *el*; αἰώνιον, caso acusativo neutro singular del adjetivo que expresa la condición de *eterno*; εὐαγγελίσαι, aoristo de infinitivo en voz activa del verbo εὐαγγέλιζω, *evangelizar, proclamar las buenas nuevas*; ἐπὶ, preposición de genitivo, aquí con sentido de *a*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; καθημένους, caso acusativo masculino plural del participio de presente en voz media del verbo κάθημαι, *sentarse*, aquí como *sentados*; ἐπὶ, preposición de genitivo, aquí con sentido de *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tierra*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐπὶ, preposición de dativo, aquí con sentido de *en*; πᾶν, caso acusativo neutro singular del adjetivo indefinido que se refiere radicalmente a *todo*; ἔθνος, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *nación*; καὶ, conjunción copulativa *y*; φυλὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *tribu*; καὶ, conjunción copulativa *y*; γλῶσσαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *idioma, lengua*; καὶ, conjunción copulativa *y*; λαόν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *pueblo*.

Καὶ εἶδον ἄλλον ἄγγελον πετόμενον ἐν μεσουρανήματι, Inmediatamente Juan describe una nueva visión, en la que aparece un ángel volando. El ministerio de los ángeles es muy amplio y de forma muy intensa aparece en el Apocalipsis. Juan vio a muchos ángeles en visiones anteriores, pero aquí se trata de *otro*, que no es ninguno de los que había visto antes. Este ángel volaba por ἐν μεσουρανήματι *"en medio del cielo"*. La idea expresa posición, como si dijese que se mantenía volando en medio del cielo, lugar destacable a la vista de todos de manera que le permitía un ministerio de alcance pleno o total sobre los moradores de la tierra, de forma que pueda ser oído sin excepción.

Observa el apóstol que ese ángel ἔχοντα εὐαγγέλιον αἰώνιον, *"tenía el evangelio eterno"*. El modo verbal en el texto griego equivale a un gerundio en castellano, por lo que podría traducirse también como *"teniendo el evangelio eterno"*. Algunos consideran que este evangelio que tiene el ángel, no puede tratarse del evangelio que proclama el mensaje de salvación por gracia mediante la fe. Sin embargo, esto es precisamente lo que exige el contexto próximo. El evangelio, como mensaje de buena noticia para salvación, es un evangelio eterno. Primeramente porque comunica o proclama a los hombres el plan de salvación establecido en la eternidad (2 Ti. 1:9). El Dios de gracia y misericordia determinó salvar a los hombres, no por lo que serían como consecuencia del pecado, sino por soberanía y determinación propia, haciéndolo antes de la creación del hombre. Dios no actúa por condicionantes externos, sino por determinación soberana que antecede a todo hecho. No salva

por *causa* del pecado, sino por que antes de crear al hombre y antes de que cayese en el pecado determinó salvar al pecador, haciéndolo sin motivo existente alguno, sólo en base a su soberanía. El mensaje de salvación llama a todos los hombres a un retorno y entrega incondicional a Dios. Es también eterno porque es un mensaje con consecuencias eternas, bien para vida eterna (Jn. 3:16), con eterna seguridad de salvación (Jn. 10:28) y con alcance universal para todo el que crea (Ro. 1:16-17); o bien para condenación perpetua, advirtiendo en el mismo mensaje las consecuencias para quienes lo rechacen (Jn. 3:36; 2 Co. 2:16). El contexto exige entender que es un mensaje de salvación frente a los acontecimientos inmediatos de juicio que van a culminar con el término de este sistema y el regreso de Señor. La buena noticia tiene que ver también con el esperanzador momento en que Dios intervenga definitivamente en juicio para acabar con la situación producida por Satanás en la tierra. Es el mensaje que proclama y que Juan sintetiza en el versículo siguiente (v. 7). La buena noticia anuncia a todos los hombres que Dios está a punto de tratar al mundo con justicia y establecer su soberanía sobre la tierra.

Εὐαγγελίσαι ἐπὶ τοὺς καθημένους ἐπὶ τῆς γῆς καὶ ἐπὶ πᾶν ἔθνος καὶ φυλὴν καὶ γλῶσσαν καὶ λαόν. Los destinatarios del mensaje son todos los hombres, por tanto, el evangelio aquí, como en todas las referencias bíblicas es un mensaje de alcance universal. El ángel tenía el evangelio eterno para *predicarlo* en plenitud y cumplidamente, como expresa al aoristo de infinitivo en voz activa epexegético que equivale a *predicar, anunciar, evangelizar.* El ángel va a proclamar a todos los hombres sobre la tierra, sobrevivientes a los trágicos sucesos de la tribulación, un mensaje relativo a la soberanía de Dios. El gran conflicto de los siglos es que Satanás niega ante los hombres con un ministerio mentiroso que Dios es soberano en todo. El mensaje está orientado a *todos los moradores* de la tierra, expresión indicativa de lugar. En el texto griego se lee ἐπὶ τοὺς καθημένους ἐπὶ τῆς γῆς, *"los que están sentados sobre la tierra"*. Son aquellos que moran en el lugar donde se manifiestan las tinieblas y sombra de muerte (Lc. 1:79). Lucas utiliza en el pasaje el mismo verbo que Juan usa aquí. Estos que están sentados sobre la tierra es una expresión que tiene que enfatiza, no tanto el sentido de rebeldía, sino de desconocimiento de la verdad, ignorando lo relativo al plan salvífico de Dios. Para expresar la plenitud de totalidad del alcance del mensaje, Juan afirma que está dirigido a ἐπὶ πᾶν ἔθνος καὶ φυλὴν καὶ γλῶσσαν καὶ λαόν, *"toda nación, tribu, lengua y pueblo"*, esta expresión epexegética, amplia el alcance de la anterior y complementa a la de *"todos los moradores de la tierra"*. Quiere decir Juan que el mensaje alcanza en plenitud a la totalidad de los hombres en la tierra. Nadie quedará sin oír la proclamación del evangelio de gracia que se ha encomendado al ángel.

7. Diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas.

λέγων ἐν φωνῇ μεγάλῃ· φοβήθητε τὸν Θεὸν καὶ δότε αὐτῷ δόξαν,
Que dice en voz grande: Temed - a Dios y dad le gloria
ὅτι ἦλθεν ἡ ὥρα τῆς κρίσεως αὐτοῦ, καὶ προσκυνήσατε τῷ
porque llegó la hora del juicio de Él y adorad al
ποιήσαντι τὸν οὐρανὸν καὶ τὴν γῆν καὶ θάλασσαν καὶ πηγὰς
que hizo el cielo y la tierra y mar y fuentes
ὑδάτων.
de aguas.

Notas y análisis del texto griego.

El relato de la visión del ángel con el evangelio eterno continúa con λέγων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *decir*, aquí como *diciendo* o *que decía*; ἐν, preposición de dativo *en*; φωνῇ, caso dativo femenino singular del sustantivo *sonido, ruido, voz*; μεγάλῃ, caso dativo femenino singular del adjetivo que expresa la condición de *grande*. El mensaje dado con voz fuerte o grande se traslada comenzando con φοβήθητε, segunda persona plural del aoristo primero de imperativo en voz pasiva del verbo φοβέω, *amedrentar, atemorizar, tener miedo, respetar*, aquí como *temed* o también *reverenciad*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*, no traducible en castellano por determinar a un nombre propio, aquí adquiriría la forma contracta *al*; Θεὸν, caso acusativo masculino singular del nombre propio *Dios*; καὶ, conjunción copulativa *y*; δότε, segunda persona plural del aoristo segundo de imperativo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar*, aquí como *dad*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *le*; δόξαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *gloria, honor*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; ἦλθεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἔρχομαι, *venir*, aquí como *vino*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; ὥρα, caso nominativo femenino singular del sustantivo *hora, tiempo, momento*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*, masculino en castellano, *del*; κρίσεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo *juicio, condenación, castigo, justicia*, denota el acto de juicio, que investiga y establece una sentencia judicial; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de Él*; καὶ, conjunción copulativa *y*; προσκυνήσατε, segunda persona plural del aoristo de imperativo en voz activa del verbo προσκυνέω, *adorar*, aquí como *adorad*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *a Él*; ποιήσαντι, caso dativo masculino singular del participio aoristo en voz activa del verbo ποιέω, *hacer, construir, crear, producir, cometer,* aquí como *que hizo*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; οὐρανὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *cielo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆν, caso acusativo femenino singular del nombre *tierra*; καὶ, conjunción copulativa *y*; θάλασσαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *mar*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πηγάς caso acusativo

femenino plural del sustantivo *fuentes, manantial, pozo*; ὑδάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo declinado *de aguas*.

Λέγων ἐν φωνῇ μεγάλῃ. El mensaje del ángel es proclamado con voz poderosa, como corresponde, tanto al mensaje como al mensajero. El mensaje debía ser oído por todos, de ahí que se proclame con voz fuerte, literalmente *grande*. El mensajero, ángel en este caso, situado en el centro del cielo, utiliza voz poderosa para proclamar la buena nueva de Dios, de modo que todos, en la tierra, puedan oírlo. El mensaje tiene que ver con el juicio de Dios, establecido como algo definitivo sobre el mundo y que está a punto de comenzar. Sin embargo, como en todas las otras ocasiones, la inminencia del juicio permite todavía un mensaje de gracia, que aporta una nueva oportunidad para los hombres.

El mensaje se inicia mediante un mandato enfático: φοβήθητε τὸν Θεὸν, *"temed a Dios"*. El verbo utilizado aparece como un aoristo de imperativo que expresa una acción ejecutada plenamente, es decir, un respeto definitivamente manifestado hacia Dios y de un imperativo que expresa la idea de mandato. Como si el ángel dijese: *"Temed plena y definitivamente a Dios"*. Como en todo mensaje del evangelio de Dios, la invitación a los hombres no se establece como un ruego de Dios o una súplica divina, sino como un mandato que el Soberano y único Salvador determina sobre los oyentes del mensaje. Es necesario entender también aquí el énfasis que la Palabra pone de manifiesto en relación con la soberanía de Dios, que como Soberano no ruega por nada, sino que ordena a los hombres el modo y camino de salvación. Junto con el *temor*, es decir, el respeto reverente que los hombres deben a quien es el único y verdadero Dios, está también la demanda de καὶ δότε αὐτῷ δόξαν, *"darle gloria"*. Nuevamente el verbo aparece en aoristo, que indica una acción plenamente llevada a cabo. Los que temen a Dios, también le glorifican. Glorificar a Dios es la primera y principal obligación moral de la criatura.

῞Οτι ἦλθεν ἡ ὥρα τῆς κρίσεως αὐτου. Los hombres sobre la tierra no han glorificado a Dios, sino que por el contrario se oponen a Él, le ignoran y rechazan. Por esta causa el juicio de Dios vendrá sobre ellos. Estas dos demandas se establecen porque *"la hora"*, el momento, el tiempo del juicio *"ha llegado"*. Nuevamente Juan utiliza el verbo en modo aoristo, advirtiendo con ello que el acto mismo de llevar a cabo el juicio ha llegado. La advertencia es solemne anunciando la inminente acción judicial de Dios, que se realizará plena y definitivamente. Se trata de un futuro profético, que se expresa por medio de un pasado, remarcando todavía más el hecho de que lo que se anuncia se ejecutará sin ningún tipo de alteración en lo que está establecido. Dios estableció juicio sobre los hombres y lo ejecutará inminente y plenamente.

Καὶ προσκυνήσατε τῷ ποιήσαντι τὸν οὐρανὸν καὶ τὴν γῆν καὶ θάλασσαν καὶ πηγὰς ὑδάτων. La demanda va acompañada de una expresión de manifestación plena, por parte de los hombres, del reconocimiento y retorno a Dios. El evangelio eterno llama a los moradores de la tierra a adorar a Dios. Como todo el contenido del mensaje que el ángel proclama está expresado por medio de un imperativo, lo que establece un mandamiento que, procediendo de Dios, debe ser cumplido sin excusa alguna. Es un llamamiento solemne para que todo el mundo reconozca la condición de Dios como Creador y le adoren. La verdadera conversión va acompañada de un acto de adoración incondicional, ya que se trata de la entrega de la vida a Dios reconociéndole como lo que es y aceptándole como único salvador, acogiéndose a su gracia y recibiendo la salvación mediante la fe, que no es otra cosa que la expresión de dependencia en entrega a Dios. Así ocurrió con el ciego de nacimiento, quien cuando supo quien era el Señor, además de la confesión de fe *"creo Señor"*, también *"le adoró"* (Jn. 9:38). Este es el último aviso que Dios da a los hombres. Todo aquel que desoiga el llamamiento que procede del trono de gracia, se encontrará con el juicio de Dios.

El anuncio del evangelio eterno por medio del ángel, completa la proclamación del evangelio a todo el mundo, acción profetizada por Jesús en el sermón del Monte de los Olivos: *"Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin"* (Mt. 24:14). En medio de toda la persecución, la proclamación del evangelio del reino se llevará a cabo alcanzando a todas las naciones. Hablar de evangelio del reino equivale a hablar del *evangelio eterno*. Era el mensaje que proclamaba Juan el Bautista, y que, esencialmente, es el mismo evangelio de la gracia que proclama a Jesús como el Mesías y como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn. 1:29). Pretender que el *evangelio del reino*, sea distinto al *evangelio de la gracia*, no resiste una correcta interpretación. La base de salvación en toda dispensación es la gracia y el instrumento para recibirla, la fe (Ef. 2:8). Durante la tribulación miles de gentiles serán salvos (Is. 2:1-2; 60:3, 5; 62:2). ¿Quienes serán los mensajeros que lleven el evangelio a las naciones? ¿No acaba de afirmar Jesús que el amor de los muchos se enfriará a causa de la falta de fe? ¿Quienes asumirán una responsabilidad semejante en medio de la oposición frontal contra Dios y Cristo? La respuesta la aporta Juan en el Apocalipsis. Los mensajeros comisionados, elegidos y enviados para el ministerio evangelístico a las naciones serán ciento cuarenta y cuatro mil procedentes de Israel (Ap. 7:1-8). Será el primer contingente de salvos pertenecientes al pueblo que judicialmente estará hasta entonces en reprobación, a causa del rechazo al Mesías, y que, por esa razón, permanecían incrédulos (Jn. 12:37-41). No se dice como son salvos, pero, sin duda, obedecerá a una acción poderosa del Espíritu Santo operando en ellos en aquellos días. La condición de salvos de los ciento cuarenta y cuatro mil, es evidente: En primer lugar son

sellados por Dios (Ap. 7:2). En segundo lugar *salen* de la tribulación, es decir, del tiempo posterior al arrebatamiento de la Iglesia, por tanto, no forman parte de ella, en el sentido de la actual dispensación (Ap. 7:3). Juan afirma también que son *"redimidos de entre los hombres"* (Ap. 14:1-4), evidencia clara de su condición de salvos. Este grupo abrirá el camino hacia la *conversión* nacional del Israel escogido, siendo el *primero* de todos ellos, por lo que se dice de ellos que son *"primicias para Dios y el Cordero"* (Ap. 14:4). Están asociados en la adoración celestial con los veinticuatro ancianos (Ap. 14:3). Con la protección directa de Dios, nadie podrá impedir que lleven a cabo el ministerio para el que fueron seleccionados, de llevar el evangelio del reino a todas las naciones, como ya se ha considerado. Una acción evangelística de esta naturaleza es, sin duda, una manifestación de la gracia salvadora, dando oportunidad a todos los hombres para que reciban por gracia mediante la fe, el perdón de sus pecados y la vida eterna (Jn. 3:16). La obra del Espíritu conducirá a la conversión de miles de personas de entre todas las naciones. Juan ve esa gran multitud como salvos procedentes de la tribulación: (Ap. 7:9, 14). Quiere decir que son los que han creído durante el período de la tribulación, es decir, durante los siete últimos años anteriores a la segunda venida de Cristo. No se trata de la Iglesia que habrá sido arrebatada antes de la tribulación, en una acción liberadora de Dios que impide su presencia en la tierra durante el *día de la ira venidera* (1 Ts. 1:10), momento en que la ira de Dios será descargada sobre los hombres rebeldes en toda la tierra, y de cuya acción será librada la Iglesia (Ap. 3:10). Es evidente que la gran multitud alcanzada por la predicación durante el tiempo de la tribulación, son verdaderamente salvos por cuanto sus ropas han sido lavadas en la sangre del Cordero (Ap. 7:14), modo de expresar el hecho de la salvación (He. 10:29). Los salvos durante la tribulación, muchos de los cuales pagarán con su vida el testimonio de Cristo, aparecen delante del trono del Cordero para servirle en su templo (Ap. 7:15), mientras que la Iglesia se le promete que se sentará en el trono con el Cordero (Ap. 3:21). ¿Cuál será la base de la salvación durante el tiempo de la tribulación? La misma base que operó la salvación desde el comienzo de la historia humana: por gracia, mediante fe. Así se produjo en todas las dispensaciones (He. 11:1-40). Sin fe es imposible agradar a Dios (He. 11:6). De ese modo el ejemplo de Abraham es revelador, ya que por fe fue justificado (Ro. 4:3). La salvación es posible en base a la sangre del Cordero, modo de referirse a su vida de infinito valor dada en precio del rescate por todos (1 P. 1:18-20). La gran manifestación de salvación vincula a todos los hombres en sus diferentes nacionalidades, ya que los judíos primeros en la salvación durante el tiempo de la tribulación, que forman un primer grupo de evangelistas de ciento cuarenta y cuatro mil, serán *redimidos de entre los hombres* (Ap. 14:4); y los gentiles salvos en ese mismo tiempo habrán *lavado sus ropas en la sangre del Cordero* (Ap. 7:14). Ninguna nación quedará sin el testimonio del evangelio. Una nueva y gran oportunidad será provista por la gracia para que ninguna persona quede sin el testimonio del evangelio. Los *preteristas*

entienden que esto se cumplió hiperbólicamente con el ministerio apostólico, ya que Pablo habla *"del evangelio que habéis oído, el cual es predicado a toda criatura que está debajo del cielo"* (Col. 1:23). Sin embargo, el contexto exige aplicar todo el mensaje a un tiempo futuro, antecedente inmediato a la segunda venida de Jesucristo. Solo después del tiempo de tribulación *"vendrá el fin"*. Jesús quiso enfatizar a los discípulos que no se producirá el fin de la época y Su venida gloriosa sin que transcurra un tiempo de tribulación, cuyo detalle sigue en el resto del sermón profético. Finalmente, el ángel proclama a todos el evangelio de la gracia salvadora que advierte de la inminencia del juicio de Dios, de modo que todos los hombres se vuelvan a Dios.

8. Otro ángel le siguió, diciendo: Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación.

Καὶ ἄλλος ἄγγελος[1] δεύτερος ἠκολούθησεν λέγων· ἔπεσεν ἔπεσεν
Y otro ángel segundo siguió diciendo: Cayó, cayó
Βαβυλὼν ἡ μεγάλη ἣ ἐκ τοῦ οἴνου τοῦ θυμοῦ τῆς πορνείας αὐτῆς
Babilonia la grande la que del vino del furor de la fornicación de ella
πεπότικεν πάντα τὰ ἔθνη.
ha dado a beber a todas las naciones.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] ἄγγελος δεύτερος, *ángel segundo*, lectura con mediana seguridad, atestiguada en ℵ^{2}, P, 051, 205, 209, 1611, 2953, 2344, sy$^{h, with, *}$, cop$^{sa, bo}$, arm, Andrés.

δεύτερος ἄγγελος, *segundo ángel*, que aparece en A, 2329, *Biz* [046] Primasio, Casiodoro.

δεύτερος, *segundo*, lectura en **p**^{47}, ℵ*, 1006, 1841, 1854, syr^{ph}.

ἄγγελος, *ángel*, que se lee en 61, 69, it^{ar}, vg, eth, Victorio de Pettau.

El relato continúa con la vinculante καὶ, conjunción copulativa *y*; ἄλλος, caso nominativo masculino singular del adjetivo indefinido *otro*; ἄγγελος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *ángel*; δεύτερος, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral ordinal *segundo*; ἠκολούθησεν, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκολουθέω, habitualmente como *seguir,* expresa la idea de ser *compañero de viaje*; λέγων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir,* aquí como *diciendo* o *que decía*: ἔπεσεν tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πίπτω, que expresa la idea de descenso, de ahí *caer*, aquí como *cayó*; la repetición dos veces de la palabra entraña una expresión superlativa,

que indica un caer definitivo y total; Βαβυλὼν, caso nominativo femenino singular del nombre propio de ciudad, *Babilonia*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; μεγάλη, caso nominativo femenino singular del adjetivo que expresa la condición de *grande*; ἣ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐκ, preposición que rige genitivo, aquí con sentido de *que*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; οἴνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *vino*; seguido nuevamente de τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; θυμοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *furor, expresión de ira*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; πορνείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *fornicación*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal *de ella*; πεπότικεν, tercera persona singular del participio perfecto de indicativo en voz activa del verbo ποτίζω, *beber*, aquí como *ha dado a beber*; πάντα, caso acusativo neutro plural del adjetivo indefinido que expresa radicalmente *todas*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *lo,* femenino en castellano *las*; ἔθνη, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *naciones.*

Καὶ ἄλλος ἄγγελος δεύτερος ἠκολούθησεν λέγων. A la visión del primer ángel que proclamaba el evangelio eterno, sigue la de otro ángel que también proclama un mensaje. Para que no se confunda con el primero y su mensaje, se incluye la distinción en el texto griego que expresa que este era un *segundo* ángel. Es un segundo que seguía al que tenía el evangelio eterno. Siguió al primero, no tanto en el sentido de aparecer después de él, sino de seguir con un segundo mensaje, que era una extensión del primero. A lo que proclamó el primero sucedió lo que anunciaba el segundo. Es de suponer que este segundo ángel estaría volando también sobre el cenit del cielo, de la misma forma que el primero.

῎Επεσεν ἔπεσεν Βαβυλὼν ἡ μεγάλη. El mensaje del segundo ángel anunciaba enfáticamente la caída de Babilonia. El modo verbal y el verbo utilizado expresa la idea de caer o ser derribada. Aunque la expresión del mensaje está en tiempo pasado, es expresión, una vez más, de un futuro profético establecido de esta manera. No se había producido aún literalmente la caída de la ciudad, pero se anuncia como algo definitivamente consumado, por cuanto es determinación y designio de Dios.

Βαβυλὼν ἡ μεγάλη. Quien cayó o fue derribada es Babilonia, literalmente *Babilonia la grande*. Es necesario determinar si se trata de una ciudad real, literal, o es la expresión simbólica de un estado espiritual. Más adelante (cap. 17 y 18) se definirá este sentido. Baste por ahora hacer una breve referencia a Babilonia, como una ciudad fundada por Nimrod (Gn. 10:9, 10). La referencia bíblica a este personaje es muy escueta haciendo referencia Cus como su padre y afirmando que Nimrod fue el primero que se hizo *"poderoso en la tierra"*. Sin duda fue el primero de aquellos ambiciosos que fundaron para

sí reinos, sujetando y robando a tribus y naciones para engrandecimiento propio. La fama de Nimrod se extendió largamente creando leyendas no bíblicas en muchos lugares. La Biblia dice que Asiria fue la *"tierra de Nimrod"* (Mi. 5:6); lo que quiere decir que fue Nimrod quien fundó también la ciudad de Nínive. En ruinas próximas a Nínive apareció un lugar que lleva el nombre de Nimrod. Se dice en la Biblia que era *"poderoso cazador delante de Jehová"* (Gn. 10:9). Es interesante que el nombre de Jehová se usara ya antes de Moisés. La frase parece indicar que tenía un atrevimiento impío para atropellar cuanto hubiera de derecho y justicia, enfrentándose directamente contra Dios. El principio de su reino fue Babilonia, sobre el río Eufrates, con otras ciudades de la tierra de Sinar, que Nimrod, al parecer, conquistara. No hay duda que dejó las huellas de su carácter hondamente impresas en esa ciudad de Babilonia. La acción de sus seguidores, el rey de Sinar, en días de Abraham corrió una distancia de casi dos mil kilómetros para robar los pueblos (Gn. 14:1). No hay razón para entender que Babel, la ciudad de Nimrod, no sea Babilonia, ya que salvo en las referencias de Génesis (10:10; 11:9), en donde se mantiene la forma hebrea, se escribe Babilonia en el resto. La traducción griega de los LXX tiene Babilonia en 10:10, y *"confusión"*, en 11:9. La ciudad de Babilonia dio nombre al imperio en el cual estaba situada, a unos 87 kms. de la actual Bagadad, en el lado oriental del río. Por su ubicación estaba llamada a ser una ciudad importante comercialmente. Las rutas de acceso al norte y al oeste seguían el curo del río Tigres y el Eufrates. La historia primitiva de la ciudad es desconocida. Hay un relato mítico de su fundación que la describe como la primera ciudad que llegó a existir, llamando a sus altares como las habitaciones de los dioses. La antigüedad de la ciudad alcanza más allá del tercer milenio antes de Jesucristo, aunque debido al alto nivel del agua es difícil alcanzar esos planos para excavaciones. Durante el segundo milenio bajo el gobierno de los semitas vino a ser la capital de un pequeño reino acadio dedicado al dios Marduk, gobernado por una dinastía fundada por Sumu-abum. En días de Nabucodonosor I la ciudad alcanzó un alto nivel. Nabucodonosor II, el hijo de Nabopolasar, coronado en 605 a.C. hizo de Babilonia una de las ciudades más bellas del mundo. Ciro el persa conquistó la ciudad en el 539 a.C. Más adelante Alejando Magno, después de derrotar a Persia, quiso reconstruir Babilonia restaurándola a su grandeza; pero después de su muerte en 323 d.C. Babilonia fue descuidada y finalmente abandonada.

Babilonia está vinculada con la religión pagana, rodeada de leyendas para justificar su sistema. Parece que el término *poderoso* en el hebreo antiguo procede de *gibor*, que significa *tirano*, mientras que el nombre Nimrod puede significar *rebeldía.* Es muy posible que los hebreos asociasen ese nombre con la repleción, ya que Nimrod hizo honor a su nombre si es que su significado es en realidad *rebelión.*Todo esto produce un entorno de rebelión contra Dios. Parece ser que Nimrod se estableció como sacerdote de la idolatría que daría paso a la

religión babilónica, siendo el sacerdote-rey que murió finalmente en aquella ciudad. Según las leyendas su muerte fue muy sentida, pero ya había dejado encauzada la religión que fue desarrollándose posteriormente. Pero también el nombre puede derivar de la *Ninurta* mesopotámica, que se aplicó luego al Dios de la guerra al que también se le llamaba el *poderoso*, con un culto establecido y muy difundido a final del segundo milenio a.C.

Nimrod se volvió el hombre más temido del país. Su poder y riqueza crecieron como Babilonia creció. En el dictado de las leyes que regían su reino estableció que sus súbditos no debían considerar al Dios de Noé como quien tenía derecho a gobernar en el mundo, sino que debían ser dirigidos por hombres que estableciesen los gobiernos en la tierra. Nimrod también les enseño que Satanás debía ser honrado, adorando objetos que podían ser vistos, tales como el sol, serpientes y toda otra suerte de cosas (Rom. 1:21-23). El nombre del Dios de Babilonia era Bel, lo cual es una forma de Ba`al, que significa *señor* o *dueño*. Otro nombre era Merodac, el dios babilónico de la guerra (Jer. 50:2). Que en el lenguaje de los hebreos era Baal. Este era el dios-sol, el esposo de la diosa Astarte, diosa de la fertilidad. Nimrod aumentó su poder sobre sus súbditos estableciéndose como el sumo sacerdote de Baal y de Merodac. En el transcurso del tiempo, Nimrod construyó otras ciudades, como ya se dijo antes, extendiendo su reino a Asiria. En todos los lugares bajo su influencia se estableció la religión babilónica con su culto al diablo que se adoraba en la forma de una serpiente como el dios sol. La religión sostenía que Satanás, el diablo, tenía conocimientos secretos que comunicaba a quienes se introducían en los secretos de su culto.

Nadie sabe con certeza como murió Nimrod, pero no hay duda que fue una sorpresa tremenda para sus seguidores, que no alcanzaban a entender como había podido suceder que el sacerdote del dios-sol muriese. Algunos perdieron la fe en él, por lo que el sistema religioso que había establecido y desarrollado, comenzó a presentar fallos a los ojos de sus más adictos fieles. Sin embargo, Satanás de quien parte en última instancia la religión idolátrica en oposición a Dios, estableció un recurso para sustentarla y extenderla más. Este eslabón nuevo tenía que ver con la esposa de Nimrod, conocida como Istar, uno de los nombres de la diosa Asterté. Muchos la llamaban Semiramis. El culto estaba rodeado de prácticas lujuriosas y de prostitución sagrada. Cuando su esposo murió se convirtió en la regenta sobre el reino. Ante la duda de muchos de los súbditos sobre la deidad de Nimrod, ella planeó algo que pareciese un milagro y que demostrarse que su esposo era realmente un dios. De tal modo que tiempo después de la muerte de Nimrod, su esposa dio a luz a un varón. Ella trasladó a las gentes del reino que aquel hijo no tenía un padre humano, sino que se había concebido por medio de un mágico haz de luz del gran dios sol, quien había introducido a quien sería el salvador del mundo y de su reino. Esa mentira fue

suficiente para que muchos viesen a ella como la madre de dios y fuese también adorada por esta razón. Esto fue el comienzo de muchas religiones paganas que se extendieron desde hace más de cuatro mil años.

No corresponde aquí seguir más extensamente este importante tema, pero será suficiente para alcanzar alguna conclusión ¿Debe entenderse el versículo como la caída de una ciudad o la de un sistema? Algunos intérpretes consideran que Babilonia es una ciudad real, así escribe el Dr. Carballosa:

"Mas congruente con el ambiente del Apocalipsis, sin embargo, es entender el significado de Babilonia en su sentido normal o natural. Es decir, la referencia es a la ciudad de Babilonia situada junto al Eufrates. Allí nació y se desarrolló un sistema político, económico y religioso totalmente contrario a Dios y por esa causa Dios derramará su ira contra Babilonia. El apóstol Juan anticipa en 14:8 la caída de Babilonia. Posteriormente, en los capítulos 17 y 18, describe con lujo de detalles la manera como Dios juzgará todo lo que Babilonia representa"[13].

Otros entienden que es una referencia a Roma, en ese sentido escribe el profesor Sebastián Bartina:

"El segundo ángel da un segundo aviso en orden a la conversión antes de que empiecen las plagas graduales. El castigo proclamado es mayor socialmente que el anterior. Se anuncia con acento profético de seguridad absoluta la caída de Roma pagana, causa de los males religiosos de toda la tierra y de la persecución contra la Iglesia; pero todavía condicionadamente, si no se convierte. Las amenazas contra Babilonia abundan en los profetas (Is. 21:9). Es llamada grande por su magnitud material, por su cultura materialista espléndida y por su influencia universal (Dn. 4:27). Babilonia es símbolo del centro residencial de los sin Dios y foco de blasfemias. Aquí es la capital de la primera bestia, del Imperio Romano, Roma (17:1ss). Así se la llama también en documentos coetáneos (1 P. 5:13), Jeremías presenta la antigua Babilonia, enemiga acérrima de Jerusalén, que es la capital del pueblo de Dios, como la ciudad del becerro de oro que beberá el cáliz de la ira divina (Jer. 51:7, 8). En el Apocalipsis, Roma personificada lleva en la mano la copa embriagante de los ritos paganos y de las monstruosidades morales con que ha emborrachado a los pueblos sus vasallos (17:4)"[14].

En forma semejante lo entiende también del Dr. Lacueva, cuando escribe:

---

[13] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 283
[14] Sebastián Bartina. o.c., pag. 754.

"Especifica después del ángel que 'Babilonia la Grande' tenía tratos con todas las naciones. Hay quienes opinan que, en este período, habrá sido reedificada la Babilonia literal que existió hace muchos siglos a orillas del Éufrates. Sin embargo, el texto sagrado de los caps. 17 y 18 no deja lugar a dudas de que se trata de Roma, de la actual ciudad de Roma, no de ninguna otra ciudad. No se pierda de vista que Roma es: (a) El centro religioso del mayor poder, sobre las conciencias y los bolsillos, que existe en el mundo… (b) El centro del nuevo Imperio Europeo, desde donde el Anticristo va a dominar al mundo durante la Gran Tribulación"[15].

Por otro lado está la interpretación de que se trata de un sistema, representado en el nombre de una ciudad que tiene que ver con la idolatría y el pecado. Así escribe el Dr. Pentecost:

"Apocalipsis 17 reseña el juicio de la gran ramera, el sistema religioso apóstata, que existirá en el período de la tribulación. La iglesia profesante incrédula llegará hasta el período de la tribulación (Ap. 2:22; 3:10) y surgirá un gran sistema religioso, con el nombre de 'la gran ramera'.

Juan dio muchos detalles que proporcionan una descripción de este sistema (1) El sistema tiene las características de una ramera (Ap. 17:1-2, 15-16). Pretende ser la esposa de Cristo, pero ha caído de su posición pura y se ha convertido en una ramera. (2) El sistema es prominente en asuntos eclesiásticos (Ap. 17:2, 5). La fornicación espiritual, en la Escritura, significa la adherencia a un sistema falso. (3) El sistema es prominente en asuntos políticos (Ap. 17:3). Se ve que controla a la bestia sobre la cual se asienta. (4) El sistema llega a ser muy rico e influyente (Ap. 17:4). (5) Este sistema representa una fase del desarrollo de la cristiandad que jamás había sido revelada (Ap. 17:5), por cuanto su nombre es un 'misterio'. (6) Dicho sistema ha sido el gran perseguidor de los santos (Ap. 17:6). (7) El sistema es de alcance mundial (Ap. 17:15). (8) Tal sistema será destruido por la bestia, que será la cabeza de la coalición romana, para que su supremacía no sea amenazada (Ap. 17:16-17)"[16].

En ese sentido también escribe el Dr. Ladd:

"Babilonia era el gran enemigo de Israel en los tiempos del Antiguo Testamento (Is. 2:9; Jer. 50:2; 51:8) y aquí se presenta como ciudad capital de la civilización apóstata final, símbolo de la sociedad humana organizada política y religiosamente en oposición y desafío a Dios. Babilonia era una

---

[15] Francisco Lacueva. o.c, pág. 487

[16] Dwight Pentecost. o.c., pág. 277s.

expresión visible en la Roma del siglo I (1 P. 5:13) y en los Apocalipsis judeocristianos, Babilonia llegó a ser un nombre simbólico de Roma"[17].

Una observación imparcial elimina el literalismo de entender que se trata de la antigua Babilonia reconstruida, ya que nada tiene que ver con el sistema de gobierno del Anticristo. Más acertadamente sería considerarla como Jerusalén, lugar donde el Anticristo habrá asentado su gobierno en la invasión sobre Palestina. No deja de ser comprensible que se considere también como la ciudad de Roma, mucho más que la de Babilonia, por las referencias bíblicas que se hacen con este nombre pero que se refieren a Roma. El imperio del futuro es el Imperio Romano reconstruido por tanto, se podría considerar mejor, en caso de entenderlo como una ciudad, a la de Roma, más que a la de Jerusalén y mucho más que a la hipotética ciudad de Babilonia reconstruida. En cualquier caso, lo que la ciudad representa es un sistema tanto económico como religioso que se manifestará en el tiempo del gobierno del Anticristo. No debe olvidarse que al falso profeta se le asigna tanto el control del sistema religioso como el económico (13:11, 12, 16, 17). Por tanto, debe entenderse esta referencia a Babilonia como la expresión temporal del sistema propio del gobierno del Anticristo que se desarrollará en los pasos que se considerarán más adelante en relación con la caída de la Babilonia religiosa (cap. 17) y la Babilonia económica (cap. 18).

El ángel anuncia la caída de Βαβυλὼν ἡ μεγάλη, *"Babilonia la grande"*, como respuesta en justicia a la iniquidad que la había caracterizado, ἣ ἐκ τοῦ οἴνου τοῦ θυμοῦ τῆς πορνείας αὐτῆς πεπότικεν πάντα τὰ ἔθνη, haciendo beber a todas las naciones del *"vino del furor de su fornicación"*, es decir, las naciones bebieron de la fornicación promovida por Babilonia, lo que da a entender la influencia seductora y pecaminosa que el sistema babilónico representó entre las naciones. Todo el contexto es el cumplimiento profético anunciado siglos antes: *"Porque así me dijo Jehová Dios de Israel: Toma de mi mano la copa del vino de este furor, y da a beber de él a todas las naciones a las cuales yo te envío. Y beberán, y temblarán y enloquecerán, a causa de la espada que yo envío entre ellas"* (Jer. 25:15-16). Dios va a poner fin al sistema que impulsó el Anticristo. Ese sistema que se presentará como la panacea universal será destruido por Dios mismo en su acción judicial. El contraste que se ofrece en el versículo es interesante: Babilonia había dado a las naciones *"el vino del furor de su fornicación"*, Dios en justicia le da a ella *"el vino de Su ira"* (v. 10). Quien había engañado a todas las naciones con una propuesta seductora pero idolátrica, recibe la copa de ira que corresponde a sus desvaríos.

---

[17] George Eldon Ladd. o.c., pág. 172.

Sobre los adoradores de la bestia (14:9-13).

9. Y el tercer ángel los siguió, diciendo a gran voz: Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano,

Καὶ ἄλλος ἄγγελος τρίτος ἠκολούθησεν αὐτοῖς λέγων ἐν φωνῇ
Y otro ángel tercero siguió les que decía en voz
μεγάλῃ· εἴ τις προσκυνεῖ τὸ θηρίον καὶ τὴν εἰκόνα αὐτοῦ καὶ
grande: Si alguien adora a la bestia y a la imagen de ella y
λαμβάνει χάραγμα ἐπὶ τοῦ μετώπου αὐτοῦ ἢ ἐπὶ τὴν χεῖρα αὐτοῦ,
recibe marca sobre la frente de él o sobre la mano de él.

Notas y análisis del texto griego.

La continuidad al relato se establece mediante el uso reiterado de καὶ, conjunción copulativa *y*; ἄλλος, caso nominativo masculino singular del adjetivo indefinido *otro*; ἄγγελος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *ángel*; τρίτος, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral ordinal *segundo*; ἠκολούθησεν, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκολουθέω, habitualmente como *seguir,* expresa la idea de ser *compañero de viaje*; λέγων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir,* aquí como *diciendo* o *que decía*, ἐν, preposición de dativo *en*; φωνῇ, caso dativo femenino singular del sustantivo *sonido, ruido, voz*; μεγάλῃ, caso dativo femenino singular del adjetivo que expresa la condición de *grande*: La siguiente cláusula recoge el mensaje del ángel tercero comenzando con εἰ, conjunción *si*; que antecede al pronombre indefinido τις, *alguien*, dándole carácter condicional, estableciendo una condición de primera clase; προσκυνεῖ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo προσκυνέω, *adorar*, aquí como *adora*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*, femenino en español, *la*; θηρίον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *animal salvaje, bestia*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *a la*; εἰκόνα, caso acusativo femenino singular del sustantivo *imagen*; αὐτοῦ, caso genitivo neutro singular del pronombre personal *de el,* femenino en castellano, *de ella*; καὶ, conjunción copulativa *y*; λαμβάνει tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λαμβάνω, *recibir, aceptar,* aquí como *recibe*, de ahí *toma*, en una acción continuada equivalente a *está aceptando, o está recibiendo*; χάραγμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *marca*; ἐπὶ, preposición de genitivo *sobre*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el*, femenino en español al referirse a frente; μετώπου, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *frente*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*; ἢ, conjunción disyuntiva *o*; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; χεῖρα, caso acusativo femenino singular del sustantivo *mano*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*.

Καὶ ἄλλος ἄγγελος τρίτος ἠκολούθησεν αὐτοῖς λέγων ἐν φωνη μεγάλῃ. La escena se vincula con la anterior con la presencia de un tercer ángel. El primero proclamó el evangelio eterno, el segundo anunció la caída de Babilonia y a este tercero se le encomienda un mensaje de advertencia. De otra manera, el primer ángel dio un mensaje que fue confirmado por el segundo y que ahora se completa con el del tercero. La proclamación del ángel se dirige a todos los habitantes de la tierra, como los dos anteriores. Es un anuncio de alcance universal. Esa es la razón por la que se proclame a *gran voz*, para que alcance a todos y nadie quede sin conocer el mensaje que Dios envía.

Εἴ τις προσκυνεῖ τὸ θηρίον καὶ τὴν εἰκόνα αὐτοῦ. El tema del mensaje es una advertencia expresada condicionalmente: εἴ τις, *"si alguno"* y que alcaza a todo aquel que se encuentre incurso en lo que sigue. La advertencia está dirigida a cualquiera que adore a la bestia o a su imagen, es decir, bien sea directa y literalmente rindiéndole adoración en el templo donde se hace pasar por Dios (2 Ts. 2:4); bien sea sujetándose y aceptando el sistema impuesto por el Anticristo. La práctica religiosa impía, sobre la que se advierte, tiene que ver con adorar la imagen a la que fue infundida vitalidad (13:15).

Καὶ λαμβάνει χάραγμα ἐπὶ τοῦ μετώπου αὐτοῦ ἢ ἐπὶ τὴν χεῖρα αὐτοῦ. La evidencia de la sumisión a la religión y control del Anticristo es la marca en sus manos o en su frente, que fue establecida por la segunda bestia, el falso profeta (13:16). Sin embargo, es notable apreciar que esa marca impuesta por el sistema del Anticristo, fue aceptada voluntariamente por los hombres que *"reciben"*, la marca gustosamente, como expresa el verbo que Juan utiliza aquí. La situación en la tierra está rodeada de conflicto ya que las personas que no adoren al Anticristo y acepten su sistema tendrán que soportar sufrimientos físicos, el rechazo social y la incapacidad incluso para acopiar los recursos necesarios para la subsistencia. Hay una alternativa a la gente, adorar a Dios y oponerse al Anticristo y su sistema o adorar al Anticristo y oponerse a Dios.

En la proclama de juicio se abre un paréntesis de gracia y misericordia, ya que el mensaje del ángel es un llamamiento a todos los hombres para un cambio de dirección, dejando a Satanás y su gobierno para volverse a Dios. Continuamente en el libro se aprecian los dos atributos divinos en justo equilibrio, por un lado la justicia que no puede pasar por alto el pecado, y por otro la misericordia que amando al pecador busca su conversión que le librará de la ira de Dios.

10. Él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero.

καὶ αὐτὸς πίεται ἐκ τοῦ οἴνου τοῦ θυμοῦ τοῦ Θεοῦ τοῦ
También él mismo beberá del vino del furor - de Dios el
κεκερασμένου ἀκράτου ἐν τῷ ποτηρίῳ τῆς ὀργῆς αὐτοῦ καὶ
que ha sido mezclado puro en la pátera de la ira de Él y
βασανισθήσεται ἐν πυρὶ καὶ θείῳ ἐνώπιον ἀγγέλων ἁγίων καὶ
será atormentado en fuego y azufre delante de ángeles santos y
ἐνώπιον τοῦ ἀρνίου.
delante del Cordero.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad se enlaza con lo que antecede en el versículo anterior mediante καὶ, en este caso adverbio de modo que indica igualdad o semejanza con algo ya nombrado; αὐτὸς, caso nominativo masculino singular del pronombre intensificado, por plenonasmo del adjetivo *mismo* añadido al pronombre personal, que equivale a *él mismo*; πίεται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo πίνω, *beber,* aquí como *beberá*; seguido de ἐκ, preposición de genitivo *de*; y de τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; ambos se unen en español para formar la contracción *del*; οἴνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *vino*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; θυμοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *furor*; seguido de τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*, no traducible en castellano al preceder a nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *de Dios*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; κεκερασμένου, caso genitivo masculino singular del participio perfecto en voz pasiva del verbo κεράννυμι, *mezclar, llenar el vaso con vino mezclado*; ἀκράτου, caso genitivo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *puro*, *no mezclado*, produciéndose aquí un *oxímoron*, combinación en una misma estructura sintáctica de dos palabras o expresiones de significado opuesto, que originan un nuevo sentido, una mixtura sin mezclar; ἐν, preposición de dativo *en*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *el,* femenino en español *la*; ποτηρίῳ caso dativo neutro singular del sustantivo que denota *pátera, copa*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; ὀργῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *ira*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de Él*; καὶ, conjunción copulativa *y*; βασανισθήσεται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz pasiva del verbo βασανίζω, *atormentar,* aquí como *será atormentado*; ἐν, preposición de dativo *en*; πυρὶ, caso dativo neutro singular del sustantivo *fuego*; καὶ, conjunción copulativa *y*; θείῳ, caso dativo neutro singular del sustantivo *azufre*; ἐνώπιον, preposición de genitivo, que se usa también como adverbio y denota *delante de*, *en la presencia de*, *en frente de*; ἀγγέλων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *ángeles*; ἁγίων, caso genitivo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de *santo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐνώπιον, preposición de genitivo, que se usa también como adverbio y denota *delante de*, *en la presencia de*, *en frente de*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *del*; ἀρνίου caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *cordero*.

Καὶ αὐτὸς πίεται ἐκ τοῦ οἴνου τοῦ θυμοῦ τοῦ Θεοῦ του. La ley de la siega y la siembra, expresión de la justicia retributiva de Dios, se repite aquí. Antes se hizo referencia a la bebida inmunda dada por Babilonia (v. 8), ahora se anuncia la bebida que Dios dará a quienes participaron de la de Babilonia, como manifestación propia de su ira contra los impíos. Quienes bebieron el vino estupefaciente de la fornicación espiritual de Babilonia, recibirán el vino de la ira de Dios. La advertencia es solemne al marcar una inminencia en el juicio que se avecina, y que tendrá lugar en el tiempo del retorno de Jesús a la tierra para reinar. El futuro indica que es una realidad ineludible. Este juicio de Dios alcanzará la máxima expresión en las copas que están a punto de derramarse. El tercer ángel proclama que quienes se hayan colocado en oposición y hostilidad contra Dios, serán los objetos de la ira divina que está a punto de descender sobre los rebeldes. Será una acción inevitable, porque ninguno puede beber de la copa de Babilonia y no beber de la copa de la ira de Dios.

Κεκερασμένου ἀκράτου ἐν τῷ ποτηρίῳ τῆς ὀργῆς αὐτοῦ. La ira divina será intensa, porque se trata del vino del furor de Dios vertido en estado puro. Es muy interesante la figura de lenguaje que aparece en el versículo produciéndose aquí un *oxímoron*, combinación en una misma estructura sintáctica de dos palabras o expresiones de significado opuesto, que originan un nuevo sentido: una mixtura sin mezclar. El vino de la ira de Dios está en estado puro, sin mezcla que pudiese disminuir algo sus efectos. La figura de un cáliz de vino para representar la ira de Dios aparece varias veces en la Escritura (cf. Job 21:20; Sal. 75:9; Is. 51:17; Jer. 25:15). Juan utiliza una palabra muy descriptiva para referirse a la intensidad de la ira divina. Significa literalmente *furor*, y expresa la ira que surge de una forma apasionada, lo que intensifica la manifestación de la ira de Dios. Esa explosión de ira no es una emoción como la de los hombres, sino la reacción definida de su santidad ante la pecaminosidad y rebeldía del hombre. Esa ira de Dios se manifiesta desde el cielo como consecuencia de impiedad e injusticia de los hombres (Ro. 1:18; 3:5; 12:19; Col. 3:6). El Apocalipsis menciona, como ningún otro libro del Nuevo Testamento, la ira de Dios (12:12; 14:8, 10, 19; 15:1, 7; 16:1, 19; 18:3; 19:15).

La consecuencia del derramarse de la ira de Dios tendrá una acción inmediata, eliminando toda oposición para establecer el reino de los cielos sobre la tierra, y una definitiva, que ocurrirá al final de los tiempos luego del reino milenial y de la rebelión final de las naciones cuando Satanás sea suelto de nuevo. Antes de establecer el estado eterno de cielos nuevos y tierra nueva, tendrá lugar el juicio final sobre todos los perdidos, que comparecerán delante del trono blanco de Dios (Ap. 20:11-15). Sobre quienes caiga la ira de Dios serán βασανισθήσεται ἐν πυρὶ καὶ θείῳ ἐνώπιον ἀγγέλων ἁγίων καὶ ἐνώπιον τοῦ ἀρνίου, *"atormentados con fuego y azufre delante de los santos*

ángeles y del Cordero”. El verbo en futuro indica una acción que se producirá más adelante. El primer resultado es la experiencia de una aflicción perpetua. El verbo expresa la idea de algo tan intenso que se hace insoportable. Cristo habló de la experiencia del sufrimiento en las tinieblas de afuera, como lloro y crujir de dientes (Mt. 8:12; 13:42, 50; 22:13; 24:51; 25:30; Lc. 13:28). Excluidos de la presencia de Dios, no quedará para ellos ni la menor posibilidad de esperanza. Tal vez pueda describirse esa situación con las palabras que Dante escribió en su *infierno*: *Lasciate ogni speranza voi ch'entrate*, esto es, *dejad toda esperanza los que entráis.* La situación entonces para esos es descrita por Cristo como de *“lloro y crujir de dientes”*. Pudiera suponerse que el lloro de los tales es efecto del remordimiento por los pecados cometidos y la imposibilidad de arrepentimiento, pero, sería contrario a la propia condición de quienes están en esa situación por deseo personal, ya que amaron más las tinieblas que la luz. La idea de que en el infierno las gentes estarían deseando regresar a Dios, es contraria a toda la enseñanza bíblica. El llanto tampoco es producido por la calamidad que supone una vida en las tinieblas. El llanto es la esfera propia de vida en las tinieblas, en contraste con la de los hijos de Dios cuyas lágrimas serán enjugadas por Dios mismo para entrar al disfrute del gozo eterno (Is. 65:19; Ap. 7:17; 21:4). El llanto de que habla Jesús es la forma natural de vida en las tinieblas, la inconsolable expresión del alma que experimenta la infelicidad perpetua y sin esperanza que se convierte en desesperación para los tales. Junto con el llanto también el crujir de dientes. La expresión en el texto griego es muy elocuente, descrita como una boca que se cierra con fuerza y aprieta los dientes de modo que crujen entre ellos, denotando una angustia intensísima y una ira frenética al no poder superar esa situación. Ese modo de vida no tendrá fin jamás (Dn. 12:2). La vida de angustia en la segunda muerte –aunque parezca un contraste imposible- no se extinguirá jamás (Mt. 3:12). El tormento es eterno (Mt. 18:8).

El tormento se refleja equiparándolo a la combustión de fuego y azufre. Esto es en la Biblia expresión de la acción judicial de Dios. De esa manera exterminó las ciudades de Sodoma y Gomorra (Gn. 19:24, 28). El uso de este símil en Apocalipsis tiene que ver con el infierno perpetuo (Ap. 19:20; 20:10, 14; 21:8). El lago de fuego y azufre es el lugar preparado para el diablo y sus ángeles. Por seguimiento será también a donde también será lanzado la bestia y el falso profeta, junto con todos aquellos que les han seguido y cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del Cordero (Ap. 20:10, 15). El lenguaje es figurado para expresar la realidad terrible y final que no es posible describir con palabras del lenguaje humano. El Señor describió de esta forma el destino final de los perdidos, como separación perpetua de Dios y de Cristo (Mt. 7:23; 25:12).

Ἐνώπιον ἀγγέλων ἁγίων καὶ ἐνώπιον τοῦ ἀρνίου. Esta situación se producirá delante de los ángeles de Dios y del Cordero. No es posible entrar a dimensionar el alcance de este hecho. Jesús mismo dijo que quienes le nieguen delante de los hombres serían negados por él delante de la presencia de Dios y de los ángeles (Mr. 8:38; Lc. 12:9). No cabe duda que los ángeles de Dios tendrán una actividad futura en relación con el castigo de los impíos (Mt. 13:41; 16:27). Los ángeles santos serán una referencia de la bendición que hubiera sido para quienes recibirán tormento eterno si se hubiesen adherido al Salvador, contrastando con las bendiciones que disfrutarán aquellos que sirvieron y obedecieron a Dios. El Cordero hablará con su presencia de la oportunidad de salvación perdida para siempre. Aquel que pudo haber sido su Salvador como Cordero que quita el pecado del mundo (Jn. 1:29), será entonces el Juez que juzga con justicia y condena con rectitud, ejecutando sobre ellos la sentencia divina a causa de su pecado. La visión del Cordero, triunfante eternamente, será la referencia más dolorosa para quienes se levantaron un día contra Él, siguiendo a Satanás y su sistema. Los que habían sido adoradores del Anticristo, le siguen para siempre en su experiencia de condenación, como manifestación definitiva de la derrota que Dios ha infringido sobre el sistema perverso de maldad. La soberanía divina se manifestará definitivamente triunfando sobre toda oposición. El Mesías gobernará en la tierra conforme a lo determinado por Dios, sin que cualquier resistencia diabólica o humana pueda afectar el proyecto divino.

11. Y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre.

καὶ ὁ καπνὸς τοῦ βασανισμοῦ αὐτῶν εἰς αἰῶνας αἰώνων ἀναβαίνει,
Y el humo del tormento de ellos por siglos de siglos sube.
καὶ οὐκ ἔχουσιν ἀνάπαυσιν ἡμέρας καὶ νυκτὸς οἱ προσκυνοῦντες τὸ
y no tienen pausa día y noche los que adoran a la
θηρίον καὶ τὴν εἰκόνα αὐτοῦ καὶ εἴ τις λαμβάνει τὸ χάραγμα τοῦ
bestia y a la imagen de ella y si alguien recibe la marca del
ὀνόματος αὐτοῦ.
nombre de ella.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa el relato con el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; καπνὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *humo*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; βασανισμοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *tormento*, que puede referirse al dolor físico o a dolores espirituales, el sustantivo expresa una intensidad especial de tormento; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; εἰς, preposición de acusativo

por; αἰῶνας, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota *siglos*; αἰώνων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *de siglos*; ἀναβαίνει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἀναβαίνω, *subir, ascender, elevarse,* aquí como *sube*. Una nueva cláusula se establece vinculándola con lo que antecede mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida del adverbio de negación enfática οὐκ *no,* con la escritura propia ante vocal no aspirada, que negativiza a ἔχουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tienen*; ἀνάπαυσιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *acción de cesar, descanso, reposo*; ἡμέρας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *día*; καὶ, conjunción copulativa *y*; νυκτὸς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *noche*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; προσκυνοῦντες, caso nominativo masculino plural con el participio de presente en voz activa del verbo προσκυνέω, *adorar*, aquí como *que adoran*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *al*, siendo femenino en castellano, *a la*; θηρίον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *bestia*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *a la*; εἰκόνα, caso acusativo femenino singular del sustantivo *imagen*; αὐτοῦ, caso genitivo neutro singular del pronombre personal *del*, femenino en español, *de ella*; καὶ, conjunción copulativa *y*; seguido de εἰ, conjunción *si*; que antecede al pronombre indefinido τις, *alguien*, dándole carácter condicional, estableciendo una condición de primera clase; λαμβάνει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λαμβάνω, *tomar, coger, agarrar, recibir, aceptar*, aquí como *recibe* o *acepta*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*, femenino en castellano, *la*; χάραγμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *marca*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *del;* ὀνόματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo *nombre*; αὐτοῦ, caso genitivo neutro singular del pronombre personal *de él*, femenino en castellano *de ella*, al referirse a bestia.

Καὶ ὁ καπνὸς τοῦ βασανισμοῦ αὐτῶν εἰς αἰῶνας αἰώνων ἀναβαίνει. El versículo enfatiza la dimensión y extensión del tormento que sufrirán los seguidores del Anticristo. No es un hecho puntual o momentáneo, sino definitivo y continuo. El humo manifiesta la realidad del tormento, del que Juan dice que sube para siempre, es decir, mientras el humo esté presente, estará presente también el tormento. Es un tormento a perpetuidad. Los rebeldes a Dios entrarán en una nueva dimensión de vida que se extenderá para siempre, en donde los tormentos son la forma natural de existencia. Hay un marcado contraste en este versículo: Anteriormente Juan escribió sobre la alabanza perpetua de los veinticuatro ancianos que no cesaban día y noche de expresar sus alabanzas y adoración a Dios (4:8); en este lugar no es alabanza y gozo sino dolor y tormento continuo. No se trata de algo figurado sino real, como escribe el Dr. Carballosa:

"Aunque el apóstol Juan utiliza un lenguaje evidentemente metafórico para describir los juicios divinos sobre los inicuos, dichos juicios deben

entenderse como sucesos reales. El apóstol no se refiere a sucesos ficticios ni a meras cuestiones poéticas. La Biblia advierte con mucha frecuencia que Dios ha de juzgar a los rebeldes e inicuos entre los hombres (Hch. 17:30-31; Ro. 2:16; 2:16s. 1:6-10). Quienes rechazan el amor y la gracia de Dios manifestados a través de Jesucristo tendrán que soportar los tormentos del juicio del Soberano Señor de la Creación. Sólo aquellos que se acogen a la misericordia de Dios y se refugian en Jesucristo serán librados de la condenación eterna (Ro. 8:1). ¡La diferencia entre la vida y la muerte es Jesucristo!"[18].

La condición de los atormentados es de inquietud permanente ya que καὶ οὐκ ἔχουσιν ἀνάπαυσιν ἡμέρας καὶ νυκτὸς, *"no tienen reposo de día ni de noche"*. La situación se genera a causa de un remordimiento y angustia vital interna y eterna que no se supera en ninguna manera ni por ningún medio. Jesús la comparó con el gusano que no muere y el fuego que nunca se apaga (Mr. 9:48). Estos que no tienen reposo ni descanso alguno son οἱ προσκυνοῦντες τὸ θηρίον καὶ τὴν εἰκόνα αὐτου, *"los que adoraron a la bestia y a su imagen"*, es decir, quienes rechazaron a Cristo como Mesías y como Salvador, para seguir a Satanás y al Anticristo. Alcanza a todos εἴ τις λαμβάνει τὸ χάραγμα τοῦ ὀνόματος αὐτοῦ, *los que reciban la marca del nombre de ella.* Habían aceptado una falsa promesa de paz y seguridad y entraron en la experiencia de una inquietud perpetua. La conciencia remorderá perpetuamente en una acusación constante de la definitiva ausencia de toda esperanza. No es tanto el deseo de salvación para estar con Cristo, sino la incapacidad de salir de la situación a donde llegaron a causa de su incredulidad. Es el resultado de una elección en la vida de los atormentados. Prefirieron adherirse al Anticristo y recibir su marca, por lo que siguen perpetuamente la experiencia que corresponde también al que ellos eligieron. El tormento eterno está muy relacionado con la ausencia de paz. Es la consecuencia de haber rechazado al Príncipe de paz y seguir al príncipe de las tinieblas. Cristo advirtió que la paz sólo podía comunicarla Él (Jn. 14:27). La descripción de Juan en el versículo es una advertencia a todo lector del Apocalipsis en sentido de que sólo quienes se refugian en Cristo serán librados de la condenación eterna (Ro. 8:1). La relación e identificación con Cristo es vida eterna, cualquier otra relación es condenación perpetua (Jn. 10:28). El apóstol Pablo enseña que el que no tiene a Cristo, tampoco tiene a Dios y, por tanto, no tiene esperanza (Ef. 2:12).

12. Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús.

[18] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 285.

Ὧδε ἡ ὑπομονὴ τῶν ἁγίων ἐστίν, οἱ τηροῦντες τὰς ἐντολὰς τοῦ
Aquí la paciencia de los santos está, los que guardan los mandamientos -
Θεοῦ καὶ τὴν πίστιν Ἰησοῦ.
de Dios y la fe de Jesús.

Notas y análisis del texto griego.

Juan abre un paréntesis comenzando con ὧδε, adverbio de lugar, *aquí*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; ὑπομονὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *paciencia*, en sentido de *soportar bajo un peso, permanecer bajo dificultad*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *de los*; ἁγίων, caso genitivo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de *santo*; ἐστίν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμὶ, *ser* o *estar*, aquí como *está*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; τηροῦντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo τηρέω, *guardar, cumplir, conservar, observar*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*, femenino si se refiere a *normas*, masculino en castellano por referirse a *mandamientos*; ἐντολὰς, caso acusativo femenino plural del sustantivo *ordenes, instrucciones, mandamientos*; seguido de τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en castellano al preceder a un nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *de Dios*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; πίστιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *fe*; Ἰησοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Jesús*.

Ὧδε ἡ ὑπομονὴ τῶν ἁγίων ἐστίν. En medio de los anuncios de juicio para el mundo, hay palabras de aliento para los creyentes. Es un llamamiento a mantenerse firmes en medio de las persecuciones y de los padecimientos a causa del Anticristo y su gobierno. Sin duda se trata aquí de los creyentes del tiempo de la tribulación y especialmente los del tiempo final de la tribulación, cuando la intensidad de las persecuciones se haga más notoria. La exhortación es a *la paciencia*. Juan utiliza aquí una palabra que expresa la idea de mantenerse firme debajo de un peso, en este caso del peso de la aflicción, es decir, mantenerse firmes con capacidad para aguantar bajo el peso de la prueba.

La exhortación se dirige a quienes se llaman ἁγίων, *santos*, calificativo propio de los que han sido salvos por gracia y pasan a ser santos, como *apartados* del mundo para Dios. Son aquellos que estando en el mundo no son del mundo (Jn. 17:14, 16), a causa de estar vinculados con Cristo que tampoco es del mundo. Las aflicciones de estos *santos*, son la consecuencia y evidencia de no ser del mundo, sino de Dios. Jesús enseño que el *santo* debe esperar aflicciones y persecuciones en el mundo (Jn. 16:33). Estos manifiestan su condición de *santos*, primero porque perseveran pacientemente bajo la prueba; en segundo lugar por su obediencia. Son οἱ τηροῦντες τὰς ἐντολὰς τοῦ

Θεοῦ, *"los que guardan los mandamientos de Dios"*, lo hacen por condición de nueva vida. Cuando una persona es llamada por Dios a salvación, es capacitada por el Espíritu para *obediencia* (1 P. 1:2). No se puede hablar de creyentes sin hablar de obediencia (1 Ts. 1:9-10). De este modo se entiende mejor el alcance de la expresión de Juan: los santos son pacientes porque obedecen a Dios guardando su Palabra, lo que supone un rechazo a lo mandamientos del Anticristo y a las pretensiones del falso profeta. Por esa causa, en oposición al sistema de la bestia, sólo puede esperar tribulación y angustia. El apóstol Pablo advirtió de una situación semejante cuando escribió: *"Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución"* (2 Ti. 3:12). La persecución es una situación permanente en relación con la experiencia de los fieles en el tiempo de la tribulación, como lo es también la obediencia incondicional a los mandamientos de Dios.

Pero, además de la paciencia y la obediencia, está la fidelidad: καὶ τὴν πίστιν Ἰησοῦ. *"y la fe de Jesús"*. En este caso la construcción en el texto griego usa un genitivo objetivo, lo que debe entenderse como la *fe en Jesús*, es decir, la fidelidad al Señor. El estímulo para ser perseverante está en la seguridad de la acción de Dios que cortará el mal que aflige al creyente. Las aflicciones producen un eterno peso de gloria (2 Co. 4:17-18). Las tres características propias de un verdadero creyente son la paciencia, la obediencia y la fidelidad.

13. Oí una voz que desde el cielo me decía: Escribe: Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen.

Καὶ ἤκουσα φωνῆς ἐκ τοῦ οὐρανοῦ λεγούσης· γράψον· μακάριοι οἱ
Y oí voz del cielo que decía: Escribe. Bienaventurados los
νεκροὶ οἱ ἐν Κυρίῳ ἀποθνῄσκοντες ἀπ᾽ ἄρτι. ναί[1], λέγει τὸ Πνεῦμα,
muertos los en Señor van muriendo desde ahora. Sí, dice el Espíritu,
ἵνα ἀναπαήσονται ἐκ τῶν κόπων αὐτῶν, τὰ γὰρ ἔργα αὐτῶν
por que descansarán de los trabajos de ellos, porque las obras de ellos
ἀκολουθεῖ μετ᾽ αὐτῶν.
siguen con ellos.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

1 ναί, λέγει, *sí, dice*, lectura más firme, atestiguada en $\aleph^2$, A, C, P, 051, 209, 1006, 1611, 1854, 2344, it^{ar}, vg, syr$^{ph, h}$, cop^{sa}, Andrés, Agustín, Speculum, Primasio, Beato.

λέγει ναὶ, *dice, sí*, lectura en 2329, *Biz* [046]

καὶ λέγει, *y dice*, como se lee en 205, 2053.

λέγει, *dice*, que figura en **p**[47], ℵ*, cop[bo], Varimadum.

Una nueva comunicación celestial es trasladada al escrito por Juan con καὶ, conjunción copulativa *y*; a la que sigue ἤκουσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκόυω, *oír*, aquí como *oí*; φωνῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *voz, ruido, grito, sonido, lenguaje*, aquí como *una voz*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; ambos se unen en español para formar la contracción *del*; οὐρανοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *cielo*; λεγούσης, caso genitivo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *decir,* aquí como *que decía*; dándole una instrucción concreta γράψον, segunda persona singular del aoristo de imperativo en voz activa del verbo γράφω, *escribir*, aquí como *escribe*. Sigue luego lo que oyó, que registra con μακάριοι, caso nominativo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de *feliz, dichoso, bienaventurado*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; νεκροὶ, caso nominativo masculino plural del adjetivo que denota la condición de *muerto*, aunque en el idioma moderno adquiere la condición de sustantivo, con artículo determinado en este caso, se trata, sin embargo, de un adjetivo sustantivado o articular habitual en el uso del mundo antiguo, usando el término *muerto* como *no viviente ya*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; seguido de ἐν, preposición de dativo *en*; Κυρίῳ, caso dativo masculino singular del nombre *Señor*, en este caso propio al referirse a Cristo; ἀποθνήσκοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἀποθνήσκω, *morir*, aquí como *mueren, o van muriendo*; que precede a la preposición ἀπό, de procedencia, en su grafía ἀπ’ al anteceder a palabra con vocal y espíritu suave, que significa *desde*, *de*; ἄρτι, adverbio de tiempo *ahora*. Sigue una nueva cláusula que comienza con ναί, partícula, que equivale a *si*; λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir,* aquí como *dice*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el, lo*, masculino en castellano; Πνεῦμα, caso nominativo neutro singular del sustantivo *Espíritu*; que precede a ἵνα, conjunción, *que, para que*, *por que, a fin de que, de modo que*; ἀναπαήσονται, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz pasiva del verbo ἀναπαύω, *descansar*, aquí como *descansarán*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; κόπων, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *trabajo, fatiga*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; seguido de τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*, femenino en castellano *las*; seguido de la conjunción causal γάρ, *porque*, que en español precede al artículo; ἔργα, caso nominativo neutro plural del sustantivo que denota *obra, tarea*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; ἀκολουθεῖ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἀκολουθέω, *seguir, ir en seguimiento*, aquí como *siguen*; que precede a la preposición de genitivo μετ’ en la forma que toma la preposición μετά delante de vocal y que significa *con*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *ellos*.

Καὶ ἤκουσα φωνῆς ἐκ τοῦ οὐρανοῦ λεγούσης. En medio del relato de visiones, Juan oyó una voz que procedía del cielo. Esta expresión aparece varias veces en el Apocalisis (cf. 10:4, 8; 11:12; 18:4; 21:3). ¿De quién procede esa voz? No se especifica pero pudiera ser que viniese directamente de Dios mismo sin intermediario, o pudiera proceder de algún ángel. Más bien debe entenderse como una comunicación directa de parte de Dios, en contraste con la que habitualmente se hace en el contexto general del libro, por medio de ángeles. Posiblemente sea el Espíritu, en esta ocasión de quien procede la voz, ya que se menciona al Señor en tercera persona (*en el Señor*) y se menciona explícitamente al Espíritu: *"sí, dice el Espíritu"*.

La voz comunica un mandato escuetamente expresado con un firme imperativo: γράψον, *"escribe"*, que además al ser en modo aoristo lleva aparejado el sentido de una acción que se realiza completamente. El apóstol es llamado a recoger por escrito una declaración directa de Dios, que es una de las siete bienaventuranzas mencionadas en el Apocalipsis (1:1; 16:15; 19:9; 20:6; 22:7, 14).

Μακάριοι οἱ νεκροὶ οἱ ἐν Κυρίῳ ἀποθνῄσκοντες ἀπ᾽ ἄρτι. Dios declara que son felices o bienaventurados quienes mueran en el Señor. La expresión corresponde a quienes parten de esta vida en comunión con Cristo como Salvador. De esa misma forma se refiere el apóstol Pablo a la muerte de los cristianos (1 Co. 15:18; 1 Ts. 4:14). Bienaventurado equivale a ser sumamente feliz, o dichoso. La bienaventuranza tiene que ver con unas determinadas personas que mueren. Sin embargo, la sintaxis del texto griego no es demasiado precisa, ya que no es claro si la expresión adverbial ἀπ᾽ ἄρτι, *desde ahora* se refiere a los muertos o al descanso a que entran. De igual forma es necesario precisar si ese mismo adverbio hace aplicable la bienaventuranza a un determinado grupo de personas que son los que *de ahí en adelante* mueren en el Señor. En contexto próximo parece indicar que se trata de los santos que mueren en el tiempo de la tribulación, por lo que la estructura del versículo sería: *"Bienaventurados los muertos que en el Señor van muriendo desde ahora"*. Esta bendición se referiría a los creyentes que morirán a causa de la persecución del Anticristo, que descansan de sus aflicciones en este mundo para entrar en el descanso de la presencia del Señor. Esta es la opinión, entre otros del Dr. Lacueva:

"La voz declara dichosos a los que mueren cristianamente ('en el Señor') desde ahora, de aquí en adelante. 'La referencia dice Walvoord en el mismo lugar, no es, en general, a todos los santos que mueren, sino, específicamente, a los que mueren en este período, esto es, como mártires de la fe'. En efecto, además de ese 'desde ahora', tenemos que el verbo 'los que mueren' (lit.) está

en participio de presente, lo cual fija claramente el tiempo como desde ahora en adelante"[19].

En el mismo sentido el Dr. Carballosa:

"Los muertos que mueren en el Señor es una referencia a los mártires de la segunda mitad de la tribulación. Su muerte se debe a que se niegan a someterse a la autoridad del Anticristo. Mueren en la fe, su lealtad al Señor es la causa de su muerte. No amaron sus vidas, sino que la menospreciaron hasta la muerte (Ap. 12:11). Con su promoción a una vida superior, el número de los mártires aludidos en 6:11 es completado... La referencia es, sin duda, a los que muren debido a la persecución decretada por el Anticristo. Es decir, tiene que ver con los acontecimientos escatológicos que tienen lugar en la segunda mitad de la tribulación"[20].

No cabe duda que en el contexto del versículo la referencia primaria es a los santos que morirán durante el tiempo de persecución intensa que se producirá en la segunda mitad de la tribulación. Sin embargo, no debe interpretarse la bienaventuranza como algo exclusivo para aquellos que den su vida en precio por el testimonio de Jesucristo, como expresión de fidelidad personal, sino como una bendición que es la experiencia de todos los cristianos en todos los tiempos. La evidencia que permite esta interpretación es consecuente con el mismo libro, ya que si sólo serán felices los que mueran de *"ahí en adelante"*, refiriéndose a los mártires de la segunda mitad de la tribulación, debe explicarse que la misma bendición se dio a los muertos en la gran persecución anterior, a quienes se dijo que *descansasen* hasta el cumplimiento del número de sus hermanos que habían de morir como ellos (6.11). El hecho de que se diga *"de aquí en adelante"* es el aliento que necesitaban aquellos que iban a morir en los últimos momentos del gobierno del Anticristo, que se detallarán en los siguientes capítulos. Además, *"morir en el Señor"* es el estado que corresponde a todos los creyentes, y no designa específicamente a un determinado grupo de creyentes. Esta verdad es concluyente y la bienaventuranza cierta, porque ναί, λέγει τὸ Πνεῦμα, es el Espíritu que lo afirma: *Sí, dice el Espíritu.*

La razón de la bienaventuranza es clara: ἵνα ἀναπαήσονται ἐκ τῶν κόπων αὐτῶν, *"porque descansarán de sus trabajos"*. El Espíritu de Dios confirma la bienaventuranza o directamente la pronuncia, dando las razones que la hacen evidente ante todos. Los bienaventurados mueren para *descansar* de sus trabajos. En el texto griego se aprecia la construcción gramatical como una

---

[19] F. Lacueva. o.c., pág. 490.
[20] Evis. L. Carballosa. o.c., pág. 287.

cláusula de propósito con la conjunción ἵνα, *para*, seguida de un futuro en voz pasiva que expresa la idea de *descanso, reposo, recreo, confortación,* etc. La muerte libera a estos de sus trabajos aflictivos, como expresa el sustantivo que equivale a *fatigas, agobios, opresiones*, para entrar en el reposo en la presencia de Dios. Los trabajos aquí no son las actividades normales, sino las dificultades que les sobrevienen como consecuencia de su fidelidad. La palabra griega traducida como *trabajos* expresa un trabajo arduo, duro, hecho con gran esfuerzo y fatiga. Esa situación se suspende para entrar en el reposo con el Señor, en su presencia. Aquellos que vivan en el tiempo final de la tribulación serán perseguidos con saña por el Anticristo y resistirán firmes en su fe hasta la muerte. Esa situación queda suspendida por la muerte física, para disfrutar ya del descanso gozoso en la presencia del Señor. Estos, para ser bienaventurados, felices, no necesitarán esperar al regreso del Señor, ni a la resurrección, ya disfrutan plenamente. No es un reposo inactivo, sino el glorioso disfrute en la presencia del Señor, esperando el momento en que resucitados puedan disfrutar perpetuamente de ese estado, revestidos de inmortalidad con el cuerpo de resurrección. Esta experiencia que será más gratificante para los mártires, es la experiencia bienaventurada de cada creyente a lo largo del tiempo. En el mundo, a causa del nuevo nacimiento que los separa de su entorno de muerte para Dios, al trasladarlos al reino de Cristo (Col. 1:13), los hace extraños al mundo, dejando de ser de él. Esto producirá aflicciones como reacción natural de vida en un elemento nuevo, contrario a la propia de quienes *son* del mundo (Jn. 17:16), y esa es la consecuencia: *"En el mundo tendréis aflicción"* (Jn. 16:33). La gran bendición es cuando cesa la presencia física en el mundo en donde es afligido para *"partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor"* (Fil. 1:23). El cristiano afligido vive con la vista puesta en el cielo, donde es su ciudadanía, soportando las aflicciones que despiertan en él el anhelo de la patria celestial, produciendo un eterno peso de gloria (2 Co. 4:17).

Τὰ γὰρ ἔργα αὐτῶν ἀκολουθεῖ μετ᾽ αὐτῶν. Un segundo elemento de bendición es que descansan del conflicto pero *"sus obras marchan a su lado o siguen tras ellos".* La construcción griega utiliza una preposición de compañía que da el sentido de que las obras y los cristianos son ya inseparables. El descanso que reciben es una recompensa a las obras con que manifestaron su fidelidad, ya que como enseña el apóstol Pablo: *"somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas"* (Ef. 2:10). Nótese que no se trata tanto de acciones puntuales, sino de un vivir en el buen obrar que fue propio de Jesús y que es propio del creyente en la medida que el Espíritu reproduzca al Señor en su vida. Estas obras hechas en el poder del Espíritu, *siguen* al creyente y son elementos que glorifican a Dios (Mt. 5:16). Es el evangelio silencioso que se expresa con acciones y no con palabras. La vida en luz del creyente no alumbra para que el mundo vea al creyente y lo alabe a él por sus buenas acciones, sino que sea un

elemento para glorificar a Dios. Las buenas obras son evidencia visible de la fe salvífica. Es cierto que el creyente no se salva por obras, pero se salva para obras. De modo que la fe que no obra, es decir, que no opera en una manifestación de vida transformada, no es verdadera fe, sino mera credulidad (Stg. 2.17, 26). Las buenas obras no se hacen para ser santos, sino porque se es santo. Es decir, no se hacen para santificación, sino como expresión visible de ella. No es suficiente que los hombres oigan el evangelio predicado por los creyentes con buenas palabras, es preciso que lo vean expresado en las buenas obras de quienes lo predican. Las buenas obras no son el resultado del esfuerzo personal del cristiano, sino el estilo propio de vida de quien ha sido salvo. Es un obrar en consonancia con la voluntad de Dios, que determinó de antemano el buen obrar para que el creyente ande en Él (Ef. 2:10). Es necesario entender bien que Dios no estableció esas buenas obras para que el creyente *las practique*, sino para que *ande* en ellas, es decir para que el buen obrar, el pasar *haciendo bienes*, sea el modo natural de su vida. Este buen obrar conforme a la voluntad de Dios fue manifestado por Cristo, quien anduvo *haciendo bienes* (Hch. 10:38), por tanto, sólo es posible vivir en la dimensión que Dios demanda en la medida en que se viva a Cristo, y esto depende de la entrega y sujeción a la dirección y control del Espíritu (Gá. 5:16). Las buenas obras no son el resultado del esfuerzo religioso, sino el estilo de vida del salvo, operado en su intimidad por el poder de Dios (Fil. 2:12-13). El objetivo final tiene que ver con la gloria de Dios. Que Dios sea glorificado por la conducta y testimonio de sus hijos. Es necesario entender claramente que cuando Dios salva a alguien lo hace con un propósito principal, que sea glorificado en él. Por tres veces enfatiza el apóstol Pablo esta verdad, que Dios salva para alabanza de su gloria (Ef. 2:6, 12, 14). El creyente está puesto para glorificar a Dios. Ese debe ser el objetivo principal que motive toda acción: *"Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios"* (1 Co. 10:31). Una buena forma de entender lo que es correcto o no en la vida cristiana es preguntarse si se puede dar gracias a Dios por lo que se está haciendo, o si aquello está glorificando a Dios. En el pasaje se menciona por primera vez en el Nuevo Testamento la relación paterno filial de Dios con el creyente. Dios es para el creyente *el Padre que está en los cielos*. Por tanto, quien tiene a Dios por Padre debe reflejar su carácter, *"pues como Él es, así somos nosotros en este mundo"* (1 Jn. 4:17). El mandamiento del Señor se traslada a la Iglesia en los escritos apostólicos, cuando se dice: *"manteniendo buena vuestra manera de vivir entre los gentiles; para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al considerar vuestras buenas obras"* (1 P. 2:12). El proceso es sencillo y claro: El creyente practica y sigue una vida de buen obrar. El mundo le observa. Dios es glorificado por el estilo de vida del que se llama su hijo. Esta enseñanza del *Sermón del Monte*, sirve para entender que la alabanza no es una *actividad*, sino una *actitud*, que no se alaba con

ciertas formas, como el cántico y la oración, sino con cada momento de la vida cristiana. De otro modo, el creyente alaba o desprestigia a Dios con su vida.

Una frase del Dr. Lacueva sirve para resumir esta consideración:

"Por eso, el texto no dice que sus obras 'van por delante', como exigiendo una recompensa al mérito, ni tampoco que 'les siguen por detrás', como si tuviesen que esperar a que Dios les juzgue, sino que 'les acompañan' como una buena escolta. Ciertamente, lo único que nos acompaña hasta la otra vida es aquello con que hemos enriquecido nuestro carácter espiritual: oro, plata, piedras preciosas (1 Co. 3:12)"[21].

Sobre la cosecha de la tierra (14:14-20).

14. Miré, y he aquí una nube blanca; y sobre la nube uno sentado semejante al Hijo del Hombre, que tenía en la cabeza una corona de oro, y en la mano una hoz aguda.

Καὶ εἶδον, καὶ ἰδοὺ νεφέλη λευκή, καὶ ἐπὶ τὴν νεφέλην καθήμενον
Y vi, y he aquí una nube blanca y sobre la nube sentado
ὅμοιον Υἱὸν ᾿Ανθρώπου, ἔχων ἐπὶ τῆς κεφαλῆς αὐτοῦ στέφανον
semejante a Hijo de Hombre que tenía sobre la cabeza de Él corona
χρυσοῦν καὶ ἐν τῇ χειρὶ αὐτοῦ δρέπανον ὀξύ.
de oro y en la mano de Él hoz afilada.

Notas y análisis del texto griego.

Una nueva visión se introduce vinculándola con cuanto antecede mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de εἶδον, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, *ver*, aquí como *vi*; que precede de nuevo a καὶ, conjunción copulativa *y*, que sirve en este caso para introducir una llamada de atención mediante una advertencia enfática con ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia, *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; νεφέλη, caso nominativo femenino singular del sustantivo *nube*, que debe complementarse con el artículo indeterminado *una*, implícito en el texto; λευκή, caso nominativo femenino singular del adjetivo *blanca*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τῆς, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; νεφέλην, caso acusativo femenino singular del sustantivo *nube*; καθήμενον, caso acusativo masculino singular del

[21] F. Lacueva. o.c., pág. 490s

participio de presente en voz activa del verbo κάθημαι, *sentarse*, aquí como *sentado*; ὅμοιον, caso acusativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *semejanza*, *parecido*, debiendo complementarse con el artículo indeterminado *uno*, implícito; Υἱὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *hijo*; ᾿Ανθρώπου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *de hombre*, que en este entorno equivale a nombre propio; ἔχων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener,* aquí como *que tiene,* si bien debe traducirse como pasado *tenía* para acomodarlo al momento de la visión; ἐπὶ, preposición de genitivo *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; κεφαλῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *cabeza*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de Él*; στέφανον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *corona, guirnalda,* generalmente referido a corona de vencedor; χρυσοῦν, caso acusativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *dorado, de oro*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; χειρὶ, caso dativo femenino singular del sustantivo *mano*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de Él*; δρέπανον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *hoz*; ὀξύ, caso acusativo neutro singular del adjetivo *afilado.*

Καὶ εἶδον, καὶ ἰδοὺ νεφέλη λευκή. Juan describe una nueva visión, introduciéndola con la fórmula acostumbrada de καὶ εἶδον, *"y miré"*, seguida de la también habitual expresión para reclamar la atención del lector: καὶ ἰδοὺ, *"y he aquí"*. Lo que vio fue una nube blanca, que sin duda refleja la gloria de Dios, en ese sentido más que blanca es una nube resplandeciente, luminosa, a la semejanza de la que se manifestó en la transfiguración del Señor (Mt. 17:5). Generalmente las nubes son grises, oscuras o también blancas, pero esta es una nube luminosa. Dios solía manifestar su presencia por medio de una nube luminosa (cf. Ex. 16:10; 19:9-16; 24:15; 33:9; 40:32; Lv. 16:2; Nm. 11:25; 1 R. 8:10; Neh. 9:19, Sal. 78:14; Ez. 1:4; Ap. 14:14-16), que Juan compara con algo blanco, inmaculado. Es la única vez que se habla en la Biblia de una nube blanca.

Καὶ ἐπὶ τὴν νεφέλην καθήμενον ὅμοιον Υἱὸν ᾿Ανθρώπου, Sobre la nube, Juan escribe *sentado*, aunque en el contexto semita del escritor indica más bien *colocado*, o *situado* sobre ella, uno semejante en aspecto, dice textualmente a *"hijo de hombre"*. Sin duda la visión presenta a un hombre glorioso. Las muchas referencias a la nube de gloria y al Hijo del Hombre, exigen que se identifique con el Señor (Ex. 16:10; 24:16; Dn. 7:13; Mt. 17:5; Ap. 1:13). Esta escena es reflejo de la profecía de Daniel: *"Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruído"* (Dn. 7:13-14). El profeta describe el retorno

del Mesías para reinar, por tanto, la visión de Juan detalla el momento en que el Señor se dispone a regresar a la tierra en su segunda venida. Él mismo anunció su regreso en término similares: *"Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria"* (Mt. 24:30).

El título Hijo del Hombre, es una clara referencia al Mesías; Jesús lo utilizaba habitualmente para referirse a él mismo (Mt. 8:20; 9:6; 10:23; 11:19). Daniel ve al Mesías en forma humana, como corresponde a quien, siendo Dios se hizo hombre. El personaje de la profecía era presentado ante el Anciano de días, referencia clara a la Persona del Padre. El profeta afirma que Dios otorga a su Hijo un reino de dominio eterno, con poder que no puede disminuir, porque no es un reino de hombres, sino el reino de Dios. No podían ser palabras más claras y referencias más precisas. Jesús que afirma que es el Mesías, pone de manifiesto que en lo sucesivo le verían de la manera en que los profetas anunciaron su glorioso reino y majestad. Ya se habló anteriormente sobre este titulo, baste, por tanto recordar que el título no corresponde a humillación, sino a gloria. Especialmente el título adquirió una relevancia especial en la pregunta que Jesús hizo a los suyos sobre la opinión que ellos tenían de quien era el Hijo del Hombre *"¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?"* (Mt. 16:13). La pregunta, según Mateo, se hace mientras caminaban juntos, Lucas añade el complemento de haberla hecho después de un tiempo de oración (Lc. 9:18). Estaban cerca de la ciudad de Cesarea de Filipos y luego de la oración el Señor hizo la pregunta a sus discípulos. Especialmente Lucas presenta a Jesús orando antes de los momentos principales en su ministerio. Lo había hecho antes de elegir a los doce y lo hace ahora antes de hablar con ellos sobre su condición personal. La pregunta sirve al Señor para introducir a una conversación que concluya con la reafirmación de la fe de los Doce sobre su dignidad mesiánica y su Deidad y anunciarles el programa de Dios para el establecimiento de su nuevo reino, la Iglesia, hasta que llegue el tiempo del reino de Dios sobre la tierra en el milenio. Es notable que Jesús no utilizara el pronombre personal *yo* en la pregunta que formuló a los discípulos, sino el título que habitualmente usaba para sí mismo, Hijo del Hombre. Al usarlo estaba ayudando a los discípulos a reafirmar en ellos que Él era el Mesías prometido anunciado ya por los profetas, vinculando en el título la deidad y la humanidad concurrentes en Él. Las afirmaciones hechas por el Señor usando ese título ponían de manifiesto su deidad: El Hijo del Hombre tenía autoridad para perdonar pecados (9:6); es el Señor del sábado (12:8); y el Señor de los ángeles (13:41). Con frecuencia había llamado a Dios su Padre (7:21; 10:32; 11:27; 15:13), expresando con ello una relación personal y única con Dios. Preguntaba Jesús sobre el conocimiento que el pueblo tenía de Él. No estaba buscando la respuesta de los líderes religiosos ni políticos de la nación, sino del pueblo

llano. Probablemente las gentes hablaban mucho con los discípulos de Jesús, sin duda mucho más que con Él. Las gentes no habían oído decir al Señor que era el Mesías esperado, sus obras y palabras habían generado en las mentes de las personas una respuesta personal a la pregunta sobre la identificación de Cristo, sacando cada uno la conclusión personal que discernía (Jn. 10:24-25). El mismo Señor dijo directamente a los Doce: *"Y vosotros ¿quién decís que soy yo?"* Después del testimonio la pregunta directa de Jesús a los discípulos. Es interesante apreciar el énfasis que el texto griego pone sobre *vosotros*, al situarlo al comienzo de la oración. Es también interesante notar que la estructura gramatical de la formulación de la pregunta se hace con una partícula que puede traducirse tanto por *y,* como por *pero.* En este sentido se produciría un contraste: *Las gentes dicen que yo soy Juan, Elías, Jeremías, alguno de los profetas,* ***pero vosotros****, ¿quién decís que soy yo?* No se trata de un grupo más, sino de *vosotros*, los discípulos, a quienes se reclama el testimonio del concepto que tenían sobre quien era Jesús. Ciertamente ya habían expresado un testimonio anteriormente: *"Verdaderamente eres Hijo de Dios"* (14:33). La confesión se había producido bajo la acción impactante del milagro sobre la tempestad. Los discípulos eran dados a olvidar los milagros del Señor. ¿Mantendrían ahora en la calma del lugar tranquilo el mismo concepto que habían expresado antes? Era necesario conocer directamente de ellos sus convicciones sobre la Persona del Señor, determinar en la respuesta si para ellos era un profeta o el Mesías prometido. La respuesta de Pedro es evidente: *"Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente"* (Mt. 16:16). La primera manifestación de Pedro tiene que ver con la mesianidad de Jesucristo: *"Tú eres el Cristo"*. El título establece la relación de Jesús con la promesa de Dios y la esperanza del pueblo. En Cristo, el Mesías, Dios cumplía la promesa de redención hecha a los padres, enviando a Jesús, su siervo (Hch. 13:23, 32). La novedad del cristianismo, la Iglesia iba a ser nombrada por Jesús un poco después de la confesión de Pedro, radica en que el título *Cristo* queda vinculado a Jesús, en nombre humano del Redentor como un título nominal y personal, y precisamente la ciencia que estudia la Persona y obra de Jesucristo se conocería como *Cristología*, el cuerpo de seguidores del Mesías se llama *cristianos,* y a la práctica comunitaria de la fe *cristianismo*. Cuando Pedro declara que Jesús es el Cristo, quiere decir que es el Mesías largamente esperado, quien fue anunciado como el Mediador dispuesto por el Padre, ungido por el Espíritu y determinado para ser el profeta de su pueblo (Dt. 18:15, 18; Is. 55:4; Lc. 24:19; Hch. 3:22; 7:37); el único Sumo Sacerdote (Sal. 110:4; Ro. 8:34; Hb. 6:20; 7:24; 9:24); el Rey esperado y determinado para el reino eterno de Dios (Sal. 2:6; Zac. 9:9; Mt. 21:5; 28:18; Lc. 1:33; Jn. 10:28; Ef. 1:20-23; Ap. 11:15; 12:10, 11; 17:14; 19:6).

῎Εχων ἐπὶ τῆς κεφαλῆς αὐτοῦ στέφανον χρυσοῦν. La cabeza del que estaba sentado en la nube de gloria sostenía una *corona*. Juan usa una

palabra que es la propia para referirse a corona de vencedor. El Hijo del Hombre está coronado como el Vencedor, que tiene autoridad suprema sobre cielos y tierra (Fil. 2:8-11). Es también el Juez supremo, el único que ha recibido del Padre autoridad para hacer juicio y ejecutar sentencia (Jn. 5:27). El mismo Señor manifestó ante Caifás que su regreso a la tierra sería en majestad y gloria (Mt. 26:64). Al considerar que el título *Hijo del Hombre*, es usado varias veces en un contexto escatológico sobre Jesucristo, y el hecho de que en el Nuevo Testamento nunca es aplicado a ángeles, debe llegarse a la conclusión de que esta es la visión preparatoria del regreso de Cristo a la tierra.

Καὶ ἐν τῇ χειρὶ αὐτοῦ δρέπανον ὀξύ. La visión se completa al describir que su mano sostenía una *"hoz afilada"*, que destaca la acción judicial del Señor. Cristo regresa dispuesto a juzgar. Esta acción y la Persona designada para llevarla a cabo estuvo en la consideración del apóstol Pablo en su discurso a los atenienses a quienes dijo que: *"ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos"* (Hch. 17:31). La hoz afilada indica que posee instrumentalizad precisa para efectuar la siega, dispuesto a juzgar a todos los que se negaron, a pesar de las advertencias divinas, a acudir a Él como Salvador, en arrepentimiento y fe. Hubo un momento en la historia humana de Jesús que los hombres lo juzgaron, sentenciaron y mataron, pero, Dios lo ha levantado de los muertos y ha proclamado universal y cósmicamente que aquel juzgado y muerto, vive para ser Juez y Rey.

15. Y del templo salió otro ángel, clamando a gran voz al que estaba sentado sobre la nube: Mete tu hoz, y siega; porque la hora de segar ha llegado, pues la mies de la tierra está madura.

καὶ ἄλλος ἄγγελος ἐξῆλθεν ἐκ τοῦ ναοῦ κράζων ἐν φωνῇ μεγάλῃ τῷ
Y otro ángel salió del santuario clamando con voz grande al
καθημένῳ ἐπὶ τῆς νεφέλης· πέμψον τὸ δρέπανον σου καὶ θέρισον,
que estaba sentado sobre la nube: mete la hoz de ti y siega,
ὅτι ἦλθεν ἡ ὥρα θερίσαι, ὅτι ἐξηράνθη ὁ θερισμὸς τῆς γῆς.
porque vino la hora de segar porque fue secada la cosecha de la tierra.

Notas y análisis del texto griego.

En el relato de la visión Juan usa otra vez καὶ, conjunción copulativa *y*; ἄλλος, caso nominativo masculino singular del adjetivo indefinido *otro*; ἄγγελος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *ángel*; ἐξῆλθεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἐξέρχομαι, *salir,* aquí como *salió*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que juntos forman la contracción en castellano *del*; ναοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *santuario, templo,* en sentido del lugar donde Dios se manifiesta, más que de los edificios en sí mismos; κράζων, caso

nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo κράζω, *clamar, gritar,* aquí como *clamando*; ἐν, preposición de dativo con sentido de *con*; φωνῇ, caso dativo femenino singular del sustantivo que indica *sonido*, *voz*; μεγάλῃ, caso dativo femenino singular del adjetivo que expresa la condición de *grande*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *al*; καθημένῳ, caso dativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo κάθημαι, *sentarse, estar sentado,* aquí como *que estaba sentado*; ἐπὶ, preposición de genitivo *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; νεφέλης, caso genitivo femenino singular del sustantivo *nube*. La siguiente cláusula recoge lo que el ángel dice, comenzado con πέμψον, segunda persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo πέμπω, *enviar*, aquí como *envía*, *mandar*, que al referirse a la acción de *enviar* la hoz, se traduce como *mete*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el, lo*; δρέπανον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *hoz*; σου, caso genitivo del pronombre personal *de ti*; καὶ, conjunción copulativa *y*; θέρισον, segunda persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo θερίζω, *cosechar, recoger, segar*, aquí como *siega*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; ἦλθεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἔρχομαι, *venir*, aquí como *vino*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; ὥρα, caso nominativo femenino singular del sustantivo *hora*; θερίσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo θερίζω, *segar*, aquí como *de segar*; seguida nuevamente de ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; ἐξηράνθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo ξηραίνω, *secar*, en voz pasiva *secarse, marchitarse*, *agostarse* en relación con la cosecha; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, femenino en español *la*; θερισμὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *cosecha*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *la tierra.*

Καὶ ἄλλος ἄγγελος ἐξῆλθεν ἐκ τοῦ ναοῦ κράζων ἐν φωνῇ μεγάλῃ τῷ καθημένῳ ἐπὶ τῆς νεφέλης. Un nuevo ángel aparece en escena, saliendo del santuario, el que se vio antes en el cielo (11:9; 15:6-8). La actividad de los ángeles es intensa en Apocalipsis, actuando conforme a lo que Dios determina para ello. Este ángel aparece clamando, es decir, pronunciando un mensaje con voz potente que, sin duda, ha recibido directamente de Dios. El mensaje está dirigido al que está en la nube blanca, coronado, que, como se ha considerado, no puede ser otro que el Hijo del Hombre, el Señor Jesús.

Para algunos reviste una dificultad el hecho de que un ángel de instrucciones que serán aceptadas por quien está en la nube, en cuyo caso, si se trata del Señor ¿cómo puede un ángel ordenarle algo a quien es superior a él? Tal dificultad es expresada por Sebastián Bartina:

"No pocos comentaristas identifican al segador con Jesucristo. Ven dificultad en que reciba órdenes de un ángel, lo cual significaría que le es

inferior en esencia y dignidad. Pero la solventan diciendo que sólo Dios el Padre sabe la hora del juicio final (Mt. 24:36; Mr. 13:32; Hch. 1:7) y comunica a su Hijo por medio de un ángel. Esto supuesto, los demás rasgos los acomodan a Jesucristo. Sin embargo, en esta explicación hay serias incongruencias. El segador es más un alguacil que un juez. Jesucristo no siega la mies de la tierra; la juzga. Este personaje está entre ángeles, que actúan de manera parecida en este capítulo. Sobre todo, el próximo pasaje paralelo, el de la vendimia, lo lleva a cabo un ángel. Parece más congruo considerar en este segador a un hombre celeste, como sería uno de los veinticuatro ancianos, o a un ángel en forma distinta de los demás"[22].

Es erróneo confundir el conocimiento humano que Jesús tenía y que era limitado en muchos aspectos en lo que se refiere al pleno conocimiento de Dios, ya que cuanto tiene que ver con conocimiento sobrenatural reservado a la deidad, se le comunicaba, en la medida de lo que era necesario, a la naturaleza humana del Verbo de Dios por medio de la Persona Divina en quien subsiste. Tal es la afirmación del Señor: *"Pero del día y la hora nadie sabe, ni aún los ángeles de los cielos, sino solo mi padre"* (Mt. 24:36), siendo más enfática la expresión en la lectura según Marcos: *"Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aún los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre"* (Mr. 13:32). El tiempo de la segunda venida del Señor está reservado al sólo conocimiento divino. Cuando los discípulos pretendieron conocer los tiempos en que se produciría esto, cuando el reino fuese restaurado nuevamente a Israel, Jesús les hizo una advertencia semejante: *"No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad"* (Hch. 1:7). Hay cosas secretas que pertenece sólo a Dios y que no es dado conocer al hombre. El momento del cumplimiento del tiempo para la segunda venida de Jesús depende de la voluntad soberana del Padre, que conoce el momento en que se producirá, por cuanto Él mismo lo determinó así. La segunda venida de nuestro Señor se producirá como ocurrió con la primera, cuando *"llegue el cumplimiento del tiempo"* (Gá. 4:4). Ningún ser creado, ni siquiera los santos ángeles que sirven continuamente a Dios y acceden para servicio a su presencia, conocen el día ni la hora establecida para ese acontecimiento. Es suficiente con que conozcamos que el tiempo está tan firmemente establecido que no sólo será en un determinado día, sino que también será en una determinada hora. Quiere decir que todo el futuro está en el conocimiento y soberanía de Dios. Un problema textual tiene que ver con la expresión *ni el Hijo,* plenamente atestiguada en la lectura según Marcos. La expresión que algunos tuercen, tiene que ver con el *desconocimiento* que el Hijo tenía del momento, según las palabras de Jesús. Dos herejías se vierten en base a dicha expresión. Por un lado la arriana que les vale para sustentar que el Hijo no es igual al Padre, sino que es un dios

---

[22] Sebastián Bartina. o.c., pág. 757.

rebajado, por tanto, no tenía la omnisciencia propia de la deidad. Una segunda corriente herética tiene relación con el *monofisismo*, que afirma que el Hijo al encarnarse dejó sus atributos divinos, entre ellos, la omnisciencia. No hay duda que Jesús limitó el uso de los atributos divinos según convino a la obra que tenía que realizar, pero en ningún modo limitó la presencia de tales atributos, sino que los poseyó absoluta e ilimitadamente, como corresponde a quien es una Persona Divina con dos naturalezas. Otras dos interpretaciones del texto son correctamente válidas conforme al conjunto de la revelación bíblica sobre Jesucristo y su Persona. Una de ellas entiende que esa expresión *"ni el Hijo"* es una referencia al Hijo en cuanto hombre, es decir, desde el plano de su humanidad; ya que Lucas presenta a Jesús *progresando en sabiduría* a la vez que *en estatura* (Lc. 2:52). En varios lugares de los Evangelios aparece claramente que la mente humana de Jesús *no* sabía todo; por eso, preguntaba y se admiraba. Sin duda el conocimiento sobrenatural desde el plano de su humanidad le era comunicado, conforme convenía por la Persona Divina en quien subsistía esa humanidad, en plena vinculación con la Deidad, pero sin mezcla ni confusión. Jesucristo es una Persona Divino-humana, es decir, la Persona Divina del Verbo de Dios encarnado (Jn. 1:14). En ese sentido, la naturaleza divina, posee un conocimiento ilimitado como corresponde a la deidad, y la humana se manifiesta con conocimiento limitado, como corresponde al hombre. Bajo este pensamiento el Señor estaría refiriéndose al conocimiento limitado que Jesús, el hombre, tenía como tal. Una dificultad para aceptar plenamente esta posición radica en el calificativo que en el texto se da el Señor a Sí mismo: *"El Hijo"*, que no califica necesariamente a la humanidad, sino a la Persona, ya que no dice: *"Jesús"*, o *"El Hijo del Hombre"*. Según las reglas correctas de locución que hace necesaria la unión hipostática (una sola Persona en dos naturalezas), una frase negativa no puede aplicarse a Cristo, si es cierta en una de las dos naturalezas como ocurre aquí, ya que no es posible afirmar que el Verbo como Dios, desconoce algo relativo a Dios, en su naturaleza divina. Una segunda interpretación supera el inconveniente de la anterior y se ajusta también plenamente a la revelación bíblica sobre la Persona de Jesucristo. El Señor vino a la tierra como *revelador* del Padre (Jn. 1:18). En ese sentido hay cosas que Dios reserva en su sola potestad y, por tanto, desde la condición de *revelador* de Dios, el Hijo no las *sabe* para comunicar. Eso explica convenientemente las palabras de Jesús, sobre el *desconocimiento* que el Hijo tenía sobre el tiempo de su segunda venida, como algo no revelable a los hombres. Por tanto la expresión *"ni el Hijo"*, debe entenderse como no perteneciente a la esencia de la Deidad del Hijo, como Segunda Persona en la Trinidad Santísima, sino que está expresada en relación con su misión especial de Revelador Divino. Ya Agustín de Hipona dijo: *"Se dice en los Evangelios que ni el Hijo sabe la hora que el Padre se reserva, no porque absolutamente la ignore, sino que no la sabe para comunicarla a los hombres"*.

Πέμψον τὸ δρέπανον σου καὶ θέρισον ὅτι ἦλθεν ἡ ὥρα θερίσαι. El ángel que proclama a voz fuerte el mensaje dirigido al que está sentado en la nube que es Jesucristo, no significa un mandato autoritativo que parte del ángel y que es obedecido por el Señor. Es cierto que el verbo está en aoristo de imperativo lo que expresa un mandato que debe ser ejecutado en plenitud. El ángel dice: *"Mete la hoz y siega"*, utilizando un verbo que significa *enviar*, literalmente *"envía tu hoz y siega"*, adoptando el verbo *meter*, como traducción por equivalencia con enviar el instrumento para la misión de segar. Lo que aparentemente es un mandamiento expresado en imperativo: *mete… siega*, no es sino una comunicación del Padre al Hijo, a modo de proclamación divina sobre la llegada del tiempo determinado para llevar a cabo esa acción. Es algo semejante a lo que ocurre cuando un siervo, reconociendo el campo y viendo madura la mies, dice a su dueño *"comienza a segar porque es tiempo"*. En la expresión el ángel anuncia que se va a producir la siega porque ha llegado la hora que estaba sólo en el conocimiento de Dios. Como en el caso de la primera venida del Señor, el tiempo se había cumplido (Gá. 4:4). La confirmación del momento consistía en que la mies estaba *madura*, literalmente *agostada, seca*, como es cuando el trigo sembrado está en condiciones para ser segado: ὅτι ἐξηράνθη ὁ θερισμὸς τῆς γῆς, *porque la cosecha de la tierra está seca*.

La mies en la tierra es un símbolo bíblico frecuente para referirse al juicio de Dios sobre los hombres, como usa Jeremías para referirse al juicio sobre Babilonia: *"Porque así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: La hija de Babilonia es como una era cuando está de trillar; de aquí a poco le vendrá el tiempo de la siega"* (Jer. 51:33); o la advertencia de Oseas sobre Judá: *"Para ti también, oh Judá, está preparada una siega, cuando yo haga volver el cautiverio de mi pueblo"* (Os. 6:11). El mismo Señor usó el símil en su enseñanza (Mt. 13:30; Mr. 4:29). El tiempo de Dios había llegado para concluir la acción judicial sobre los hombres. Es posible que al conocimiento humano el tiempo pasara desapercibido, pero el mismo señor dijo a los discípulos: *"¿No decís vosotros: Aún faltan cuatro meses para que llegue la siega? He aquí os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega"* (Jn. 4:35). Con todo, debe tenerse en cuenta dos aspectos que se dan en la Palabra sobre la siega. El que aparece en el versículo anteriormente citado es la cosecha para el Reino de Dios. El segundo aspecto es el que se usa en Apocalipsis, en relación a la cosecha del reino de las tinieblas que va en aumento hasta que debe ser segada. Sin duda las apariencias humanas no concuerdan con el plan soberano de Dios. La historia discurre conforme a Su propósito y los tiempos de los hombres no se producen por una casualidad circunstancial sino que son conducidos por Dios mismo quien está actuando sobre la historia, de modo que llegará el momento en que la humanidad esté madura para el juicio. La figura de la mies madura expresa la idea que el tiempo de la siega había llegado y no puede ser retardado.

16. Y el que estaba sentado sobre la nube metió su hoz en la tierra, y la tierra fue segada.

καὶ ἔβαλεν ὁ καθήμενος ἐπὶ τῆς νεφέλης τὸ δρέπανον αὐτοῦ ἐπὶ
Y echó el que estaba sentado sobre la nube la hoz de él sobre
τὴν γῆν καὶ ἐθερίσθη ἡ γῆ.
la tierra y fue segada la tierra.

Notas y análisis del texto griego.

Nuevamente Juan utiliza καὶ, conjunción copulativa *y*, para dar continuidad al relato; siguiendo luego con ἔβαλεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo βάλλω, *echar, arrojar, lanzar, meter,* aquí como *metió*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; καθήμενος, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo κάθημαι, *sentarse*, aquí como *que estaba sentado*; sigue ἐπὶ, preposición de genitivo *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; νεφέλης, caso genitivo femenino singular del sustantivo *nube*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el, lo*, femenino en castellano al corresponder con *hoz*; δρέπανον caso acusativo neutro singular del sustantivo *hoz*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *tierra*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐθερίσθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo θερίζω, *segar*, aquí como *fue segada*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *tierra.*

Καὶ ἔβαλεν ὁ καθήμενος ἐπὶ τῆς νεφέλης τὸ δρέπανον αὐτοῦ ἐπὶ τὴν γῆν καὶ ἐθερίσθη ἡ γῆ. La acción se lleva a cabo. El que estaba dispuesto a segar *metió* la hoz y la tierra fue segada. Esto corresponde al cumplimiento profético como se lee en el Antiguo Testamento: *"Echaz la hoz, porque la mies está ya madura. Venid, descended, porque el lagar está lleno, rebosan las cubas, porque mucha es la maldad de ellos"* (Jl. 3:13). Las dos figuras que Juan describe en Apocalipsis, la primera sobre la siega de la mies y la siguiente que viene luego sobre la vendimia, están unidas en el versículo de la profecía de Joel. Jesucristo actuará en juicio sobre la tierra conforme a la potestad que recibió para ello (Jn. 5:27). La acción se expresa mediante un modo verbal que establece una acción definitivamente concluida: metió la hoz y consumó la siega. Lo que Dios había determinado se llevó a cabo totalmente. Esta cosecha completa será descrita con mayor detalle en los capítulos siguientes, sobre todo en el 19 y 20.

17. Salió otro ángel del templo que está en el cielo, teniendo también una hoz aguda.

Καὶ ἄλλος ἄγγελος ἐξῆλθεν ἐκ τοῦ ναοῦ τοῦ ἐν τῷ οὐρανῷ ἔχων
Y otro ángel salió del santuario que en el cielo que tenía
καὶ αὐτὸς δρέπανον ὀξύ.
también él mismo una hoz afilada.

Notas y análisis del texto griego.

En el relato de la visión Juan usa otra vez καὶ, conjunción copulativa *y*; ἄλλος, caso nominativo masculino singular del adjetivo indefinido *otro*; ἄγγελος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *ángel*; ἐξῆλθεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἐξέρχομαι, *salir,* aquí como *salió*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que juntos forman la contracción en castellano *del*; ναοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *santuario, templo,* en sentido del lugar donde Dios se manifiesta, más que de los edificios en sí mismos; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que debe suplementarse con *que estaba*, implícito; ἐν, preposición de dativo *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; οὐρανῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota *cielo*; ἔχων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tenía*; καὶ, en este caso adverbio de modo *también*; αὐτὸς, caso nominativo masculino singular del pronombre intensificado, por plenonasmo del adjetivo *mismo* añadido al pronombre personal, que equivale a *él mismo*; δρέπανον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *hoz*; ὀξύ, caso acusativo neutro singular del adjetivo *afilado.*

Καὶ ἄλλος ἄγγελος ἐξῆλθεν ἐκ τοῦ ναοῦ τοῦ ἐν τῷ οὐρανω. Un nuevo ángel, otro distinto a los anteriores, salió del santuario celestial, apareciendo ante los ojos de Juan. A semejanza del Hijo del Hombre, ἔχων καὶ αὐτὸς δρέπανον ὀξύ, *tenía también el mismo una hoz afilada*. Este ángel obedece un mandato divino, porque sale de la presencia de Dios, su santuario. La hoz aguda es símbolo de la severidad del juicio que ejecutará por encomienda divina. Debe tenerse en cuenta que la intensidad de juicio no pierde en ningún momento la estricta justicia de Dios que lo promueve y establece.

18. Y salió del altar otro ángel, que tenía poder sobre el fuego, y llamó a gran voz al que tenía la hoz aguda, diciendo: Mete tu hoz aguda, y vendimia los racimos de la tierra, porque sus uvas están maduras.

καὶ[1] ἄλλος ἄγγελος ἐξῆλθεν ἐκ τοῦ θυσιαστηρίου ὁ ἔχων ἐξουσίαν
Y otro ángel salió del altar el que tenía autoridad
ἐπὶ τοῦ πυρός, καὶ ἐφώνησεν φωνῇ μεγάλῃ τῷ ἔχοντι τὸ δρέπανον τὸ
sobre el fuego, y dio voces con voz grande al que tenía la hoz la
ὀξὺ λέγων· πέμψον σου τὸ δρέπανον τὸ ὀξὺ καὶ τρύγησον τοὺς
afilada diciendo: Mete de ti la hoz la afilada y vendimia los
βότρυας τῆς ἀμπέλου τῆς γῆς, ὅτι ἤκμασαν αἱ σταφυλαὶ αὐτῆς.
racimos de la vid de la tierra porque maduraron las uvas de ella.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

καὶ ἄλλος ἄγγελος ἐξῆλθεν ἐκ τοῦ θυσιαστηρίου, *y otro ángel salió del altar*, atestiguada en ℵ, C, P, 046, 1, 94, 1006, 1828, 1859, 2020, 2065,2081,2138. 2432, it[dem, div, h, haf], vg[cl], syr[ph, h], cop[sa, bo], arm, Andrés[a, c, p], Haymo, Aretas.

καὶ ἄλλος ἄγγελος ἐκ τοῦ θυσιαστηρίου ἐξῆλθεν, *y otro ángel del altar, salió*, atestiguada en 051, 1854, 2073.

καὶ ἄλλος ἄγγελος ἐκ τοῦ θυσιαστηρίου, *y otro ángel, el del altar*, como aparece en p[47], A, 1611, 2053, it[ar, c, gig], vg[ww], Tyconius, Oecumenius, Primasius, Andrés[bav.]

En el relato de la visión Juan usa otra vez καὶ, conjunción copulativa *y*; ἄλλος, caso nominativo masculino singular del adjetivo indefinido *otro*; ἄγγελος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *ángel*; ἐξῆλθεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἐξέρχομαι, *salir,* aquí como *salió*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que juntos forman la contracción en castellano *del*; θυσιαστηρίου, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *altar*; ὁ caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, dudoso en los mss. más seguros; ἔχων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tenía*; ἐξουσίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *autoridad*; ἐπὶ, preposición de genitivo *sobre*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el, lo*; πυρός, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *fuego*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐφώνησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo φωνέω, *dar voces*, aquí como *dio voces*; φωνῇ, caso dativo femenino singular del sustantivo *voz, con voz*; μεγάλῃ caso dativo femenino singular del adjetivo que expresa la condición de *grande*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *al*; ἔχοντι, caso dativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tiene*, usando el pasado *tenía*, para adecuarlo a la visión que Juan había visto; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el, lo*; δρέπανον, caso acusativo neutro singular del sustantivo *hoz*; τὸ caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el, lo*; que precede a ὀξὺ, caso acusativo neutro singular del adjetivo *afilado*; λέγων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir*, aquí como *diciendo*: La cláusula que recoge las palabras del ángel comienza con πέμψον, segunda persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo πέμπω, *enviar,* aquí en razón del instrumento a utilizar, *mete*; σου, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de ti*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el, lo*; δρέπανον, caso acusativo neutro singular del sustantivo *hoz*; τὸ caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el, lo*; que precede a ὀξὺ, caso acusativo neutro singular del adjetivo *afilado*; καὶ, conjunción copulativa, *y*; τρύγησον, segunda persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa

del verbo τρυγάω, *vendimiar*, aquí como *vendimia*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; βότρυας, caso acusativo masculino plural del sustantivo *racimos*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; ἀμπέλου, caso genitivo femenino singular del sustantivo *vid*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del nombre *tierra*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; ἤκμασαν, tercera persona plural del aoristo de indicativo en voz activa del verbo ἀκμαζω, *madurar*, aquí como *maduraron*; αἱ, caso nominativo femenino plural del artículo determinado *las*; σταφυλαὶ, caso nominativo femenino plural del sustantivo *uvas*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal *de ella.*

Καὶ ἄλλος ἄγγελος ἐξῆλθεν ἐκ τοῦ θυσιαστηρίου. Un nuevo ángel entra en la escena celestial. Se dice que salía del altar del santuario. En algunos mss. no está el verbo salir y simplemente se lee que era el ángel del altar. En ese sentido podría entenderse que era el ángel encargado de un ministerio en el altar que se vio antes en el cielo (8:3, 4), bajo el cual Juan vio las almas de los que habían muerto por el testimonio de Jesús (6:9).

῾Ο ἔχων ἐξουσίαν ἐπὶ τοῦ πυρός. También dice Juan que tenía poder o autoridad sobre el fuego. ¿Qué alcance tiene esto en relación con el contexto inmediato del libro? Pudiera entenderse que este ángel que ministraba en el altar del santuario tenía como misión mantener el fuego encendido en el altar, a la semejanza de lo que ocurría en el santuario terrenal donde había de cuidarse que el fuego del altar no se apagase. Sin embargo, el contexto es de juicio y de acción judicial. Dios va a intervenir en la manifestación decisiva sobre los hombres en la tierra para eliminar toda oposición, que se producirá con la segunda venida de Jesucristo, para luego establecer su reino en la tierra.

El altar, que ha sido mencionado antes, está relacionado con las oraciones de los santos que, bajo él, claman pidiendo la intervención de Dios (6:10). Se les había dicho que descansasen un poco más hasta que se completase el número de quienes debían ser muertos por el testimonio de Dios, a manos del Anticristo (6:11). Esa oración de ellos, que no era tanto una oración de vindicación pidiendo venganza por las acciones cometidas contra ellos, sino la que pedía por el cumplimiento del tiempo en que se establecería el reino de Dios en la tierra, va a ser contestada ya. El tiempo había llegado y Dios apuraba los últimos momentos de la situación mundial, que era también, la respuesta a la petición de los mártires.

Καὶ ἐφώνησεν φωνῇ μεγάλῃ τῷ ἔχοντι τὸ δρέπανον τὸ ὀξὺ λέγων. El ángel que sale del altar tiene *potestad* sobre el fuego. En ese sentido, debe entenderse que le han sido dadas facultades para ejercer algún aspecto del juicio divino sobre los hombres. El fuego es símbolo del juicio que está a punto de ser ejecutado. Este ángel comunica un mandato al que tenía la hoz aguda,

que se hace a gran voz. Es notable que los ángeles pronuncian los mensajes y expresan los mandatos divinos con voz poderosa, simbolizando que nadie quedará ajeno o dejará de oír las palabras que pronuncia. El mandamiento al ángel que tiene la hoz afilada en su mano es semejante al que fue dado para la siega por medio del Hijo del Hombre: πέμψον σου τὸ δρέπανον τὸ ὀξὺ καὶ τρύγησον τοὺς βότρυας τῆς ἀμπέλου τῆς γῆς, ὅτι ἤκμασαν αἱ σταφυλαὶ αὐτῆς, *mete tu hoz afilada, y vendimia los racimos de la tierra, porque sus uvas están maduras*. El ángel con la hoz afilada debe meterla sobre la vid de la tierra, porque las uvas están maduras. El término usado en el texto griego expresa la idea no sólo de maduras, sino de completas, es decir, no pueden estar mas maduras. Las uvas representan a la humanidad que actúa manifiestamente en rebeldía contra Dios (Jl. 3:13).

19. Y el ángel arrojó su hoz en la tierra, y vendimió la viña de la tierra, y echó las uvas en el gran lagar de la ira de Dios.

καὶ ἔβαλεν ὁ ἄγγελος τὸ δρέπανον αὐτοῦ εἰς τὴν γῆν καὶ ἐτρύγησεν
Y arrojó el ángel la hoz de él a la tierra y vendimió
τὴν ἄμπελον τῆς γῆς καὶ ἔβαλεν εἰς τὴν ληνὸν τοῦ θυμοῦ τοῦ
la vid de la tierra y arrojó en el lagar del furor -
Θεοῦ τὸν μέγαν.
de Dios el grande.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo el curso de la descripción Juan vincula con lo que antecede mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; siguiendo luego con ἔβαλεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo βάλλω, *echar, arrojar, lanzar, meter,* aquí como *metió*, *arrojó*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἄγγελος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *ángel*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el, lo*, femenino en castellano, *la*; δρέπανον, caso acusativo neutro singular del sustantivo *hoz*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*; εἰς, preposición de acusativo *a*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *tierra*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐτρύγησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo τρυγάω, *recolectar frutos, vendimiar,* aquí como *vendimió*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἄμπελον, caso acusativo femenino singular del sustantivo *vid*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tierra*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔβαλεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo βάλλω, *echar, arrojar, lanzar, meter,* aquí como *metió*, *arrojó*; εἰς, preposición de acusativo *en*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*, masculino en castellano al referirse a *lagar*; ληνὸν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *prensa del vino, lagar*; τοῦ, caso

genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; θυμοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *furor*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*, que no se usa en español al relacionarse con nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *de Dios*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; μέγαν, caso acusativo masculino singular del adjetivo *grande*.

La acción del ángel en la visión de Juan anticipa la operación final de Dios en victoria sobre los ejércitos del Anticristo, que se desarrollará más adelante (19:1-21). Al mandato divino responde la obediencia del ángel que *arrojó* o *metió* la hoz de que estaba provisto, en la tierra para segar los racimos ya maduros. La acción tendrá lugar en el futuro, no tanto en el mismo momento en que Juan lo ve en la visión, sin embargo, ese futuro profético se expresa, como muchas veces sucede, por medio de un pasado, ya que la profecía no es otra cosa que historia por cumplir y la historia no es más que profecía cumplida. Dios actuará conforme a lo establecido en su soberanía, por tanto, puede darse como consumado aunque ocurra todavía un tiempo después de haberlo rebelado por medio de los profetas.

Las uvas representan, como se dijo antes, a los opositores a Dios, a quienes Dios recoge –en este caso representado por una acción de un ángel- tomándolos de su lugar de rebeldía para pasarlos al de la ira divina. Los rebeldes serán arrojados, en figura profética, al lugar en donde el Mesías pisará el lagar de la ira de Dios, como anunció Isaías: *“He pisado yo solo el lagar, y de los pueblos nadie había conmigo; los pisé con mi ira, y los hollé con mi furor”* (Is. 63:3). Dios *vendimió* la tierra, por cuanto ya había llegado al colmo la acción diabólica contra Él, recolectando a sus enemigos y arrojándolos en la cuba o lagar para ser estrujados por el *furor* de Dios. Esta visión anticipa los acontecimientos que tendrán lugar al final de la última semana, es decir, al término de la tribulación (19:15). Serán entonces el cumplimiento de lo anunciado por Joel: *“Echad la hoz, porque la mies está ya madura. Venid, descended, porque el lagar está lleno, rebosan las cubas; porque mucha es la maldad de ellos”* (Jl. 3:13).

20. Y fue pisado el lagar fuera de la ciudad, y del lagar salió sangre hasta los frenos de los caballos, por mil seiscientos estadios.

καὶ ἐπατήθη ἡ ληνὸς ἔξωθεν τῆς πόλεως καὶ ἐξῆλθεν αἷμα ἐκ τῆς
Y fue pisado el lagar fuera de la ciudad y salió sangre del
ληνοῦ ἄχρι τῶν χαλινῶν τῶν ἵππων ἀπὸ σταδίων χιλίων ἑξακοσίων.
lagar hasta los frenos de los caballos por estadios mil seiscientos.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad Juan insiste en el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐπατήθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πατέω, *pisotear, pisar sobre, aplastar con el pie*, aquí como *fue pisado*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*, masculino en español al referirse a *lagar*; ληνὸς, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *prensa de uvas, lagar*; ἔξωθεν, adverbio de lugar *de afuera, fuera*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; πόλεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo *ciudad*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐξῆλθεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἐξέρχομαι, *salir,* aquí como *salió*; αἷμα, caso nominativo neutro singular del sustantivo *sangre*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*, masculino en castellano al referirse a lagar, por lo que se transformarían la preposición y el artículo en la contracción *del*; ληνοῦ, caso genitivo femenino singular del sustantivo *lagar*; ἄχρι, preposición de genitivo *hasta*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; χαλινῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo *frenos*, *bocados de dirección de los caballos*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; ἵππων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *caballos*; ἀπὸ, preposición de genitivo que equivale a *de, desde, lejos de, procedente de, por causa de, por medio de, con, por*; σταδίων, caso genitivo masculino plural del sustantivo de medida *estadios*; χιλίων, caso genitivo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *mil*; ἑξακοσίων, caso genitivo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *seiscientos.*

Καὶ ἐπατήθη ἡ ληνὸς ἔξωθεν τῆς πόλεως. Las uvas vendimiadas en la tierra que fueron colocadas en el lagar, fueron pisadas bajo la acción del furor divino, expresión simbólica de la ira de Dios manifestada sobre los impíos. El término griego[23] para *pisar*, es muy expresivo e intenso y equivale a *hollar*. Este acontecimiento anticipado en la visión de Juan está ampliamente profetizado en el Antiguo Testamento (cf. Is. 34:1-7; 63:1-6; Jl. 3:9-14; Ap. 19:13-20). Sobre este acontecimiento se volverá más adelante, especialmente en el capítulo 19, por lo que será suficiente aquí con una breve referencia.

La acción divina contra los enemigos se producirá *"fuera de la ciudad"*, en referencia a Jerusalén. Tendrá lugar en el Valle de Josafat, situado en las afueras de Jerusalé, como profetizó Joel: *"Reuniré a todas las naciones, y las haré descender al valle de Josafat, y allí entraré en juicio con ellas a causa de mi pueblo, y de Israel mi heredad, a quien ellas esparcieron entre las naciones, y repartieron mi tierra"* (Jl. 3:2). Más adelante el profeta confirma: *"Despiértense las naciones, y suban al valle de Josafat; porque allí me sentaré para juzgar a todas las naciones de alrededor"* (Jl. 3:12). La visión de Juan anticipa lo que será la última batalla de la guerra del Armagedón, donde serán reunidos todos los ejércitos de las naciones que se dispondrá a luchar contra el

---

[23] Griego: πατέω.

Verbo de Dios, nuestro Señor: *"Y los reunió en el lugar que en hebreo se llama Armagedón"* (Ap. 16:16). Este lugar está situado al oeste del Jordán en la Palestina central del norte, a unos dieciséis kilómetros de Nazaret y a veinticuatro de la costa mediterránea. Fuera de la ciudad, cuando Cristo murió, hubo petición de perdón para el pecador, pero, en la ocasión del tiempo de la visión de Juan, por la dureza del corazón de las personas sólo habrá ira (Ro. 2:5).

Καὶ ἐξῆλθεν αἷμα ἐκ τῆς ληνοῦ ἄχρι τῶν χαλινῶν τῶν ἵππων ἀπὸ σταδίων χιλίων ἑξακοσίων. La dimensión y alcance de la batalla se mide por la referencia que Juan hace a la sangre, vertida de los contendientes contra Dios, que el apóstol dice que alcanzó a los frenos de los caballos, es decir, a la altura de la boca de ellos, en una extensión de mil seiscientos estadios. La medida del estadio es aproximadamente de unos ciento ochenta centímetros, por tanto supone aquí unos trescientos kilómetros. ¿Debe entenderse en sentido literal o simbólico estas medidas? Mil seiscientos estados es la longitud total de Palestina, lo que indica que la última gran batalla alcanza de lleno toda la tierra. Posiblemente la referencia a τῶν χαλινῶν τῶν ἵππων, *"los frenos de los caballos"* no indica tanto la altura que alcanzará la sangre, sino que las salpicaduras de ella llegan hasta los frenos de los caballos, indicando con la figura una acción de tremenda mortandad y de sangriento conflicto. Realmente lo que la visión de Juan está poniendo de manifiesto la acción de un juicio radical y definitivo en el que Dios aplastará todo vestigio del mal y eliminará toda hostilidad contra Él, a fin de abrir el tiempo de su reino en la tierra.

En la conclusión de la exégesis del capítulo deben destacarse algunos aspectos aplicativos. Primeramente fluye del sentido general del texto la fidelidad a Dios como una manifestación primordial en la vida del creyente. La primera escena enseña esto en la ilustración futura de los ciento cuarenta y cuatro mil fieles. La demanda de fidelidad en cualquier circunstancia afecta a cada cristiano en cualquier tiempo. Jesús dijo a la Iglesia por medio de Juan: *"Se fiel hasta la muerte"* (Ap. 2:10). La fidelidad no es asunto religioso, ni doctrinal, sino que tiene que ver con una vivencia comprometida con el Señor. Es el resultado del compromiso de seguimiento fiel a Cristo en el que se ve involucrado todo aquel que es su discípulo (v. 4). Ese es el llamamiento al cristiano de hoy: *"Venid en pos de mí"* (Mt. 4:19), esto es, seguid mis pisadas, poned los pies donde yo dejo marcadas las huellas. Pedro aprendió bien la lección y la razón para el éxito en la vida cristiana, extendiéndola a todos los creyentes cuando escribe: *"Pues para esto fuisteis llamados, porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigáis sus pisadas"* (1 P. 2:21). La fidelidad es posible en la medida en que el Espíritu actúe en el creyente (Gá. 5:22). Es necesario entender con claridad que *seguir* a Jesús no es

defender la doctrina, practicar algún sistema de expresión religiosa, vivir en la angustia de una absurda separación de lo que algunos entienden como el mundo y sus cosas. No es una vida de tristeza sin disfrute de las cosas lícitas que Dios nos ha dado. Se trata, simple y sencillamente de poner nuestros pies en las marcas que espiritualmente dejó el Señor en su vida. Vivir en santidad no es vivir en angustia, y sujeción a legalismos, tradiciones y costumbres, sino gozar de la abundante vida en libertad que Cristo nos dio, mientras le seguimos gozosamente tomando cada día nuestra cruz.

Una segunda aplicación está relacionada con el *evangelio eterno*. La referencia del pasaje tiene una aplicación primaria, como se ha considerado, hacia la proclamación del triunfo final de Dios. El evangelio es el mensaje de la buena noticia que el mundo necesita hoy. Cada creyente tiene la responsabilidad de hacerlo conocer a cuantos pueda (Mr. 16:15-16). Es necesario entender que el evangelio es un mensaje procedente del cielo, por tanto, no puede modificarse a criterio humano. El evangelio anunciado por los apóstoles no es *un* evangelio, sino *el* evangelio, es único de esa condición y procedencia (Gá. 1:11). Ese evangelio, por procedencia divina, no es según el hombre. Cualquier alteración lo hace inservible para lo que Dios lo ha dado. El apóstol Pablo afirma que si alguno de los apóstoles o incluso un ángel del cielo anunciasen otro evangelio que el predicado inicialmente a los creyentes por los apóstoles, fuese considerado como anatema. Pablo advertía continuamente de estos peligros (Hch. 20:29ss; 2 Ti. 3:15; 4:1-5). El mensaje del evangelio es un mensaje abiertamente doctrinal al que Pablo llama *"la palabra* o *la doctrina de la cruz"* (1 Co. 1:18), por ser un mensaje de procedencia divina. Es necesario reflexionar sobre el evangelio que se predica actualmente y contrastarlo con el mensaje que proclamaban los apóstoles para determinar si se está anunciando al mundo correctamente el mensaje de salvación.

La idolatría se manifiesta abiertamente en el pasaje de Apocalipsis, expresamente en la adoración que los hombres tributan al Anticristo, y que constituye una expresión idolátrica por cuanto cambian al hombre por Dios, adorando a una criatura en lugar de hacerlo al Creador. La advertencia del escrito bíblico tiene que despertar la reflexión personal de cada uno de nosotros. Todo aquello que ocupe el lugar de Dios en la vida del creyente es una expresión de idolatría. Una solemne advertencia en este sentido es lo que Jesús dijo: *"Ninguno puede servir a dos señores, porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menos preciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas"* (Mt. 6:24). la presentación de una imposibilidad. Nadie puede servir a dos señores con intereses contrapuestos. Uno de los dos será el que deba ser elegido y el otro rechazado, porque es imposible agradar a quienes están en esferas, no sólo diferentes, sino contrapuestas. El contraste ha sido puesto antes, *los tesoros celestiales* y *los tesoros terrenales*. Tratar de servir ambos intereses

a la vez es como tener el corazón dividido. Debe tenerse en cuenta que Jesús habla de *servir*, lo que implica la voluntad personal, que conduce a una determinada manera de obrar. El desarrollo de la vida está condicionada al pensamiento y a los afectos íntimos, que Jesús citó como el corazón que se orienta hacia el tesoro y los ojos que condicionan un pensamiento bueno o malo. Las esferas antagónicas son Dios y el mundo, por tanto la imposibilidad de estar en ambas al mismo tiempo es totalmente imposible. No se puede tener el corazón al mismo tiempo en Dios y en el mundo. El Señor da la razón de esta imposibilidad ya que a intereses opuestos está la exigencia de decidir a cual adherirse. El mundo y Dios son incompatibles, por tanto, sólo puede servirse con entrega a uno de ellos. La entrega al servicio se decide en razón del interés y de los objetivos personales. Pablo habla de cómo el mundo, lugar de desarrollo de vida del no regenerado, controla a la persona y la somete a la esclavitud del pecado, es decir, no puede dejar de poner su cuerpo al servicio esclavizante del pecado (Ro. 6:17). En el salvo, se ha producido un cambio liberador que le permite entrar voluntariamente al servicio de Dios (Ro. 6:18). La salvación produce un cambio de posición y capacita para un cambio de orientación en la vida, al sacar Dios al creyente del dominio del pecado y trasladarlo al reino de la libertad en Cristo Jesús (Col. 1:13). La santificación del cristiano libertado del pecado lo conduce hacia un fin celestial, en todos los aspectos y modos de su vida (Ro. 6:22). Jesús cerró la enseñanza con una afirmación que es un desafío personal: *"No podéis servir a Dios y a las riquezas"*, en el texto griego se lee literalmente *Mamón*, modo de expresar la riqueza idolatrada. Era un título que se usaba para personificar la riqueza temporal. Es probable que la palabra sea de origen arameo con una raíz vinculada con el verbo sustentar. En ese sentido podría tratarse de un servicio a todo aquello que sustenta, es decir, que vale de apoyo al hombre terrenal, pero que es absolutamente vano delante de Dios. Es ponerse al servicio de los valores en los que el hombre no regenerado confía y hace de ellos su confianza y seguridad. En ese sentido son cosas que se convierten en un dios para quién las sirve. Servir a Dios exige una absoluta renuncia a cualquier otro valor que incluye la propia vida, es decir, el estilo de vida o el objetivo de vida (Lc. 14:26, 33). Dios no se conforma con *algo* de la vida del creyente, exige la totalidad de la misma, a causa del antagonismo de valores entre el mundo y Él. Por eso Jesús dijo: *"El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí: y el que ama a su hijo o hija más que a mí no es digno de mí"* (Mt. 10:37). El seguimiento a Cristo exige absoluta renuncia personal: *"El que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí"* Mt. 10:38). Cristo apuntó hacia un materialismo sutil, el que se reviste con carácter religioso. Este se presenta como *luz*, pero en realidad es *tinieblas*. Está al servicio de ideales religiosos que son tan idolátricos como las riquezas materiales o las pasiones de una vida impía. Hay algunos materialistas que utilizan expresiones religiosas y modo de hablar piadoso, por tanto el Señor enseña que este tipo de materialismo

revestido de espiritualidad es peligroso, de modo que si lo que consideran ser luz en ellos, es tinieblas, cual no será la dimensión de lo que ellos reconocerían como tinieblas. ¡Que grandes tinieblas hay en la vida de aquel que piensa que es piadoso porque habla de Dios y afirma creer en Él, pero vive para servir intereses terrenales! Es tremendamente trágica la situación de los tales. Estos son los que dicen al Señor, *"¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?"*, pero a los tales responderá: *"Nunca os conocí"* (Mt. 7:22). La enseñanza solemne de Jesús se expresa aquí en modo sencillo y la situación real puede valorarse con sólo una pregunta: ¿A quién servimos? La respuesta sólo tiene dos alternativas, servimos al Señor o a las riquezas. Cuando se sirve a las riquezas se ofende a Dios por cuanto sirviendo a los intereses personales se cubre con la apariencia de un servicio a Dios, tomando Su nombre en vano. La actitud en relación al compromiso personal con Dios, en una entrega personal a su servicio y para su gloria es lo único válido con proyección eterna. Asegurarse de estar sirviendo a Dios y no a las riquezas conlleva necesariamente la práctica de la demanda apostólica: *"Hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios que es vuestro culto racional"* (Ro. 12:1). El creyente ha de tomar una posición mediante una decisión: *"Escogeos hoy a quien sirváis"* (Jos. 24:15).

Finalmente hay una advertencia divina sobre la siega y la siembra. La cuarta escena pone de manifiesto como los que se oponen a Dios recibirán el pago a su extravío. Aunque no habrá juicio de perdición para el creyente, debe tenerse en cuenta la enseñanza de la justicia retributiva a la que Pablo apela escribiendo a los Gálatas (Gá. 6:7-8). La acción disciplinaria de Dios para el pecado voluntario del creyente, puede alcanzar cotas tan elevadas como la muerte física (He. 10:26-27). Una advertencia solemne debe alcanzarnos a cada uno de nosotros en este tiempo: *"Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!"* (He. 10:30-31). Que Él nos de la gracia para andar avisadamente como hijos de luz, esperando el momento del encuentro con Aquel que ha prometido recoger a su Iglesia para que estemos para siempre con Él (Jn. 14:1-4; 1 Ts. 4:17).

CAPÍTULO XV

PRELUDIO DE JUICIO

Introducción.

El capítulo actual y el precedente son, como se ha dicho antes, una especie de paréntesis explicativo que introducen a una mejor comprensión de los juicios finales y definitivos que Dios verterá sobre el mundo, a causa del pecado de los hombres. Este espacio introductorio se extiende desde el sonido de la séptima trompeta hasta el derramamiento de la primera de las siete copas. El sonido de la séptima trompeta anunció el período del fin (10:7). Sin embargo, a su sonido no siguió ninguna acción judicial de Dios, sino un intenso ay, el tercero anunciado antes de la séptima trompeta, por lo que debe entenderse que la manifestación corresponde a las siete copas que van a ser derramadas sobre la tierra, y que expresan las consecuencias que corresponden al tercer ay. Con las siete copas se alcanza la consumación de la ira de Dios (15:1). Las plagas de las siete copas afecta directamente a quienes tienen la marca de la bestia y adoran a su imagen (16:2). Toda esta acción judicial de Dios, no tiene que ver sólo con manifestar su justa ira a causa del pecado, sino que, como en todo cuanto antecede, es un elemento de gracia con un propósito salvífico, siendo un medio que Dios usa para llamar a los hombres al arrepentimiento y reconducirlos a Él. Como se aprecia en el estudio del libro, los juicios se manifiestan en tres grupos. El primero está formado por los siete sellos. El segundo se desarrolla en los juicios de las trompetas, contenidas todas ellas dentro del séptimo sello (Ap. 8:9; 11:15-19). El tercer grupo tiene que ver con los juicios relacionados con las copas, que anteceden inmediatamente a la segunda venida del Señor. El breve capítulo que se estudia, el más corto del libro, es el final de esa especie de paréntesis preparatorio para que el lector entienda mejor lo que viene luego. Habiendo hecho ya una introducción bastante amplia y explicativa en el capítulo anterior, es suficiente para la introducción del capítulo que se considerará seguidamente.

La división para el estudio se establece, como se ha indicado antes en el bosquejo de la siguiente manera:

1. Introducción a los juicios de las copas (15:1-8).
    1.1. Dos visiones (15:1-2).
    1.2. El cántico de Moisés y del Cordero (15:3-4).
    1.3. La preparación para la consumación de la ira de Dios (15:5-8).

Introducción a los juicios de las copas (15:1-8)

Dos visiones (15:1-2).

1. Vi en el cielo otra señal grande y admirable: siete ángeles que tenían las siete plagas postreras; porque en ellas se consumaba la ira de Dios.

Καὶ εἶδον ἄλλο σημεῖον ἐν τῷ οὐρανῷ μέγα καὶ θαυμαστόν,
Y vi otra señal en el cielo grande y admirable,
ἀγγέλους ἑπτὰ ἔχοντας πληγὰς ἑπτὰ τὰς ἐσχάτας, ὅτι ἐν αὐταῖς
ángeles siete que tenían plagas siete las últimas pues en ellas
ἐτελέσθη ὁ θυμὸς τοῦ Θεοῦ.
se consuma el furor - de Dios.

Notas y análisis del texto griego.

Juan introduce el nuevo párrafo de la revelación mediante καὶ, conjunción copulativa equivalente a *y*, que le sirve de nexo vinculante con lo que antecede, seguido de εἶδον, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, *ver*, aquí como *vi*; ἄλλο, caso acusativo neutro singular del adjetivo indefinido, *otro*, femenino en castellano al referirse a *señal*; σημεῖον, caso nominativo neutro singular del sustantivo *señal*; ἐν, preposición de dativo, *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; οὐρανῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo *cielo*; μέγα caso dativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de lo que es *grande*; καὶ, conjunción copulativa *y*; θαυμαστόν, caso acusativo neutro singular del adjetivo *admirable, maravilloso, extraño*; ἀγγέλους, caso acusativo masculino plural del sustantivo *ángeles*; ἑπτὰ, adjetivo numeral cardinal *siete*; ἔχοντας, caso acusativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tiene*, se traduce habitualmente en forma pasada *que tenían* para dar concordancia a la visión que se relata que ya es para el relator asunto pasado; πληγὰς, caso acusativo femenino plural del sustantivo *plagas, heridas, golpes, azotes*; ἑπτὰ, adjetivo numeral cardinal *siete*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; ἐσχάτας caso acusativo femenino plural del adjetivo *últimas*, que aplica en su línea a lo que ya no tiene sucesión después de sí; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; ἐν, preposición de dativo *en*; αὐταῖς, caso dativo femenino plural del pronombre personal *ellas*; ἐτελέσθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo τελέω, *acabar, completar, cumplir,* verbo que apenas se diferencia de τελειόω, *acabarse, finalizar*, la voz pasiva puede significar *terminarse, consumarse,* el verbo puede ser prácticamente sinónimo de πληρόω, en voz activa *cumplir*, en voz pasiva *cumplirse*, en general la idea podría expresarse como *alcanzar un objetivo*, aquí como *habrá sido consumado*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; θυμὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *furor*, expresión externa de la ira; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se utiliza en castellano en esta construcción gramatical; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *de Dios*.

Καὶ εἶδον ἄλλο σημεῖον ἐν τῷ οὐρανῷ μέγα καὶ θαυμαστόν. Una nueva señal se hace visible para Juan en el cielo, que introduce con una expresión prácticamente igual a la descripción de la señal de la mujer (12:1). La palabra *señal* equivale a *maravilla* o algo *asombroso*. La señal ocurre en el cielo, aunque esta expresión no está traducida en algunas versiones como es el caso de RV60. Esa señal además de maravillosa o admirable es también *grande*. La construcción con los dos adjetivo *admirable* y *grande*, expresa la idea de algo que produce asombro y admiración, como signo de lo que va a venir. La palabra *señal* se encuentra varias veces en el Apocalipsis (cf. 12:1, 3: 13:13, 14; 15:1; 16:14; 19:20). En muchos lugares tiene el significado de *signo*, o de *evidencia*. Esa es la razón por la que los judíos pedían a Cristo *señales* que manifestasen que realmente era el Mesías. Aquí tiene el significado de algo grande y portentoso, si bien no se usa aquí la palabra[1] que habitualmente significa *maravilla o prodigio*. La señal que Juan vio la califica de *grande*, en sentido de ser importante a la que no debe dejar de prestársele una gran atención, tanto es así que produce asombro y admiración en Juan.

᾿Αγγέλους ἑπτὰ ἔχοντας πληγὰς ἑπτὰ τὰς ἐσχάτας. En el relato de la visión se hace referencia en primer lugar a un grupo de ángeles, concretamente *siete*. Este conjunto angélico es diferente o distinto a todos los que Juan vio antes. Los siete ángeles tienen las siete últimas plagas, correspondientes al juicio de Dios sobre el mundo, de ahí que diga al relatar la visión que eran las *"siete plagas postreras"*, es decir las últimas. El adjetivo que utiliza expresa la idea de aquello que ya no tiene sucesión después de sí. Otras plagas se habían producido antes (9:8-20; 11:6), pero, después de estas ya no habrá más, puesto que ponen término al *juicio de Dios*.

ὅτι ἐν αὐταῖς ἐτελέσθη ὁ θυμὸς τοῦ Θεοῦ. La ira divina alcanza la consumación en ese período de tiempo de la humanidad con las siete plagas. El verbo que usa Juan es muy enfático, no sólo en su significado literal, sino en el modo en que figura. En sentido literal expresa la idea de algo que *acaba, o termina*, y el modo verbal enfatiza una acción totalmente realizada. El verbo está en pasado, aunque la referencia es futura ya que la ira de Dios se derramará en un futuro siguiente a la visión que está refiriendo, lo que constituye una vez más el uso de un pasado profético, como expresión de un futuro pleno. Con la intervención de este ciclo de juicio, se consumará o cumplirá el propósito judicial de Dios que tendrá lugar en la última semana de las profetizadas por Daniel, en un tiempo inmediatamente anterior al regreso de Jesucristo para establecer su reino milenial.

[1] En griego τέρας.

Lo que se completará hasta el extremo será ὁ θυμὸς τοῦ Θεοῦ, *"la ira de Dios"*. El apóstol utiliza una vez más, literalmente, el sustantivo *furor*, más bien que *ira*, y se distingue de esta en que denota una explosión de ira debido a una indignación interna, como manifestación externa y definitiva de la ira; en este caso santa, porque se trata del enojo justo de Dios. En este caso el uso de la palabra enfatiza el hecho de que no se trata del *deseo* divino de manifestar su ira, sino de la acción misma de manifestarla. Con los juicios que se anuncian se *consuma*, alcanza el punto máximo, se completa definitivamente, la ira de Dios. No quiere decir que no habrá más manifestaciones de la ira divina en el futuro, sino que es la expresión final en el tiempo de la tribulación, que durará siete años.

2. Vi también como un mar de vidrio mezclado con fuego; y a los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre, en pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios.

Καὶ εἶδον ὡς θάλασσαν ὑαλίνην μεμιγμένην πυρὶ καὶ τοὺς νικῶντας
Y vi como [un] mar de vidrio mezclado con fuego y a los que vencieron
ἐκ τοῦ θηρίου καὶ ἐκ τῆς εἰκόνος αὐτοῦ καὶ ἐκ τοῦ ἀριθμοῦ τοῦ
a la bestia y a la imagen de ella y al número del
ὀνόματος αὐτοῦ ἑστῶτας ἐπὶ τὴν θάλασσαν τὴν ὑαλίνην ἔχοντας
nombre de ella en pie sobre el mar el de vidrio que tienen
κιθάρας τοῦ Θεοῦ.
cítaras - de Dios.

Notas y análisis del texto griego.

Dando continuidad aparece nuevamente καὶ, conjunción copulativa *y*; εἶδον, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, *ver*, aquí como *vi*; ὡς, conjunción usada como adverbio de modo en sentido comparativo, *como, con*; θάλασσαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *mar*, aquí complementado con el artículo indeterminado *un*, implícito; ὑαλίνην, caso acusativo femenino singular del adjetivo que expresa lo que está hecho de *vidrio*; μεμιγμένην, caso acusativo femenino singular del participio perfecto en voz pasiva del verbo μίγνυμι, *mezclar*, aquí como *mezclado*; πυρὶ, caso dativo neutro singular del sustantivo *con fuego*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τοὺς, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *a los*; νικῶντας, caso acusativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo νικάω, *vencer*, aquí como *que vencen*, traducido en pasado para adecuarlo al tiempo de la visión; ἐκ, preposición de genitivo *a*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el, lo*, femenino en castellano al referirse a *bestia*; θηρίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *bestia*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐκ, preposición de genitivo *a*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; εἰκόνος, caso genitivo femenino singular del sustantivo *imagen*; αὐτοῦ, caso genitivo neutro singular del pronombre personal *de él,* femenino en castellano; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐκ, preposición de genitivo, *a*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el*, que en

español forman la contracción *del*; ὀνόματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo *nombre*; αὐτοῦ, caso genitivo neutro singular del pronombre personal *de él*, femenino en español al referirse a *bestia*; ἑστῶτας, caso acusativo masculino plural con el participio perfecto en voz activa del verbo ἵστημι, *estar en pie, poner en pie, hallarse*, aquí como *en pie*; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τὴν, caso acusativo femenino singular *la*, habitualmente usado en forma masculina en castellano; θάλασσαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *mar*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*, que no se usa en español en esta construcción, ante adjetivo; ὑαλίνην, caso acusativo femenino singular del adjetivo que expresa lo que está hecho de *vidrio*; ἔχοντας, caso acusativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *teniendo*; κιθάρας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *cítaras,* traducido en algunas ocasiones como *arpas*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se utiliza en castellano al determinar a un nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *de Dios.*

Καὶ εἶδον ὡς θάλασσαν ὑαλίνην. Una nueva visión sitúa al lector frente a un mar de vidrio. El apóstol ve el cielo como un mar centelleante, que es el sentido del símil utilizado en esta visión. La figura del *mar de vidrio*, expresa la serenidad que existe en el cielo, en la presencia de Dios y ante su trono, donde no hay lo que embravece el mar en la tierra y lo convierte en figura de la inquietud propia de las naciones. No hay ninguna razón para entender que este mar no sea el mismo que fue descrito anteriormente (4:6). Se trata, sin duda, de la misma forma figurativa para referirse a la extensión inmediata al lugar donde está colocado el trono de Dios. Es evidente la dificultad para trasladar en lenguaje terrenal la visión celestial, de ahí que el hagiógrafo compare lo que vio delante del trono como algo semejante a un mar de vidrio, usando para ello un adjetivo que califica lo que es de vidrio o semejante a él; se trataría de algo parecido a un embaldosado de zafiro blanco o cristal de roca, como el que vio Moisés junto con los setenta ancianos de Israel y los sacerdotes (Ex. 24:10). Dos aspectos destacan en la comparación: por un lado el sentido de quietud, el mar estaba en perfecta calma, en contraposición con el mar de las naciones siempre inquieto; en segundo lugar la transparencia, correspondiente al cristal puro y limpio, símbolo de santidad. La paz y la santidad describen con precisión el entorno al trono de Dios. El Señor es el Príncipe de paz, quien es el único que puede darla a diferencia del mundo incapaz de encontrarla (Jn. 14:27). A Dios se le califica como el *"Dios de paz"* (Ro. 15:33; 1 Co. 14:33). En el entorno de Dios solo hay verdadera paz, de ahí que los creyentes sientan paz en la medida en que perseveran en Dios, confiando y dependiendo de él (Is. 26:3). La paz rodea e impacta en el entorno del trono de Dios.

El mar de vidrio se presenta como μεμιγμένην πυρὶ, *mezclado* con fuego, que es una forma de expresar lo que es *centelleante*. Posiblemente, como el contexto inmediato demanda, sea una alusión al juicio de Dios, próximo a

derramarse en plenitud sobre la tierra, que hace *arder* el mar delante de su trono. Ese fuego centelleante de Dios es señal de juicio para los que moran en la tierra. Dios hará llover sobre el reino del norte granizo mezclado con fuego (Ez. 38:22) y también enviará sobre la tierra granizo y fuego (8:7). El resultado será una plaga sobre la tierra, semejante a la séptima ocurrida en Egipto en los días de Moisés: *"Y Moisés extendió su vara hacia el cielo, y Jehová hizo tronar y granizar, y el fuego se descargó sobre la tierra; y Jehová hizo llover granizo sobre la tierra de Egipto. Hubo, pues, granizo, tan grande, cual nunca hubo en toda la tierra de Egipto desde que fue habitada"* (Ex. 9:23-26). Los profetas anunciaron que en el tiempo final de la historia anterior a la venida del Mesías a la tierra, se producirían milagros semejantes a los que sucedieron cuando Israel salió de Egipto, haciendo referencia el profeta a un tiempo cuando *"la tierra será asolada a causa de sus moradores, por el fruto de sus obras"* (Mi. 7:13), añadiendo: *"Yo les mostraré maravillas como el día que saliste de Egipto"* (Mi. 7:15). ¿Será algo literal? No hay razón alguna para alegorizar ningún pasaje de la Escritura, siendo una expresión de la catástrofe completa que la ira de Dios ocasionará sobre el mundo. Siempre que el lenguaje lo permita debe interpretarse el texto literalmente. Dios manifiesta su presencia en juicio sobre la tierra, usando una vez más, como hizo a lo largo de la historia, los elementos naturales de su creación que pone a su servicio. Unas veces lo hace benévolamente, enviando su sol y su lluvia sobre justos e injustos y sobre buenos y malos (Mt. 5:45); otras los usa como instrumentos judiciales sobre los hombres impíos, como es este caso. Los elementos descritos por Juan corresponden plenamente a una impresionante tormenta, rodeada de un intenso aparato eléctrico, unida a fuertes truenos, donde los rayos de la tormenta incendian los árboles y la hierba y el granizo que sigue completa la destrucción. El fuego y el granizo sembrarán una estela de muerte.

Καὶ τοὺς νικῶντας ἐκ τοῦ θηρίου καὶ ἐκ τῆς εἰκόνος αὐτοῦ καὶ ἐκ τοῦ ἀριθμοῦ τοῦ ὀνόματος αὐτοῦ. En contraste aparecen en la visión los vencedores que alcanzaron la victoria sobre la bestia, el Anticristo, y su sistema, que están en pie delante de la presencia de Dios. Juan afirma que νικῶντας, *"habían alcanzado la victoria"*, por tanto, es una referencia a quienes habían salido victoriosos en la persecución desencadenada contra los creyentes. El número de los vencedores será grande, pero, sobre todo, lo que se destaca en la victoria de ellos. La visión los presenta victoriosos: ἑστῶτας ἐπὶ τὴν θάλασσαν τὴν ὑαλίνην, *en pie sobre el mar de vidrio.* Mientras que el Anticristo y el falso profeta establecerán en la tierra un sistema que obligará a los hombres a aceptar su forma de gobierno y rendir culto a la primera bestia, los creyentes darán su vida a causa del testimonio de su fe. Esta es la consecuencia de la permisión divina que concede al Anticristo hacer guerra contra los santos, y vencerlos (13:7). Los santos perderán su vida a ojos de los hombres, pero la ganarán para la gloria de Dios. Rehusaron obedecer al

Anticristo y su sistema porque no podían hacerlo al mismo tiempo con Dios, es decir, no podía obedecer a Dios y al Anticristo juntamente, por tanto, escogieron morir antes de ser infieles a Dios. Sellaron su fe con sus vidas (Mt. 16:25).

La situación en la eternidad depende de la resolución de seguir o no seguir a Jesús. La palabra que Mateo utiliza para referirse a *vida*, es la misma que denota *alma*, y que equivale a *persona integral*, es decir, todo el ser humano. La enseñanza afirma que hay alguno que tiene como prioridad actual *salvar* su vida, en sentido de vida temporal, vida en el tiempo de su historia terrenal. La vida del hombre sobre la tierra, *"debajo del sol"*, en expresión del Eclesiastés, es corta y efímera. Muchos ejemplos de esto aparecen en la Escritura al compararla con un correo o naves veloces que pasan de largo (Job 9:25-26); a una flor de primavera que nace y en el mismo día es cortada (Job. 14:2); a la niebla del principio del día que se desvanece pronto con el sol de la mañana; al rocío de la madrugada que sigue el mismo curso; a una mota de hierba que el viento arrojó sobre una era; al humo que sale de la chimenea y desaparece en el aire (Os. 13:3). Sin duda la vida presente del ser humano es corta y termina. Todo cuanto se alcance en ella deja de ser válido a la muerte de la persona. Jesús establece un contraste entre la vida temporal y la vida eterna. La vida temporal es como un punto en el arranque de una línea que llega al infinito que es la vida eterna. Algunos centran todo su interés en la vida temporal, pasajera y efímera, procurando *salvarla* ellos mismos, es decir, darle un valor y dimensión temporal cómoda y provechosa para el *yo* de la persona. El único modo de *salvar* la vida de este modo es renunciar a seguir a Jesús. Estos perderán la verdadera vida que es la eterna. No han querido estar en el seguimiento y la comunión con el único que puede dar vida y vida eterna (Jn. 3:16), y son lanzados a la muerte definitiva, la segunda, en un perpetuo vivir en muerte o morir viviendo, desalojados de la presencia de Dios y lanzados para siempre al infierno perpetuo. Estos son los *cobardes*, que por egoísmo propio renuncian al sufrimiento y conflicto que ocasiona el seguir a Jesús. A los cobardes les será negada la entrada a la vida eterna (Ap. 20:10; 21:8). La enseñanza de Jesús constituye un tremendo llamado a la reflexión. Algunos han salvado la vida que dura un momento, han renunciado al seguimiento de Jesús por temor a la muerte, por tanto, pierden la vida que dura para siempre y se introducen en la experiencia de una muerte eterna. Por el contrario hay algunos que están decididos al seguimiento del crucificado Señor y pierden la vida temporal, para recuperarla de nuevo en una dimensión gloriosa y disfrutarla con Cristo por toda la eternidad. En estos que renuncian a su vida por seguir a Jesús viven en el espíritu de Jesucristo mismo (2 Co. 8:9)

Ἔχοντας κιθάρας τοῦ Θεοῦ. Los vencedores tenían además *"arpas de Dios"*. La construcción de la expresión está en forma de genitivo objetivo,

queriendo dar a entender que las arpas son para usar en el culto a Dios. Las arpas o cítaras aparecen en Apocalipsis vinculadas a la adoración (5:8; 14:2). Quienes se negaron a rendir culto al Anticristo, a su imagen y no se sometieron al número de su nombre, están en la presencia de Dios dispuestos a rendir culto al verdadero y soberano Dios. Las arpas son también una expresión de victoria ya que ellos vencieron, no por sus fuerzas, sino por las de Dios en ellos, por tanto, están dispuestos a alabar y adorar al Señor que les ha dado la victoria.

El cántico de Moisés y del Cordero (15:3-4).

3. Y cantan el cántico de Moisés siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos.

καὶ ᾄδουσιν τὴν ᾠδὴν Μωϋσέως τοῦ δούλου τοῦ Θεοῦ καὶ τὴν ᾠδὴν
Y cantan el cántico de Moisés el siervo - de Dios y el cántico
τοῦ ἀρνίου λέγοντες·
del Cordero diciendo:
μεγάλα καὶ θαυμαστὰ τὰ ἔργα σου,
Grandes y admirables las obras de ti,
Κύριε ὁ Θεὸς ὁ Παντοκράτωρ·
Señor el Dios el Todopoderoso
δίκαιαι καὶ ἀληθιναὶ αἱ ὁδοί σου,
justos y verdaderos los caminos de ti,
ὁ Βασιλεὺς τῶν ἐθνῶν[1]·
el Rey de las naciones.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] ἐθνῶ, naciones, atestiguada en ℵ^{a}, A, P, 046, 061, 1, 1828, 1854, 1859, 2020, 2042, 2053, 2073^{txt}, 2081, 2138, it^{gig}, cop^{bo}, Cipriano, Ambrosio, Andrés, Beatus, Aretas.

πάντων τῶν ἐθνῶν, *de todas las naciones*, atestiguada en it^{h}, arm, eth, Primasius.

αἰωνων, *de los siglos, de las edades,* según figura en p^{47}, ℵ^{e}, C, 94, 469, 911, 1006, 1611, 1841, 2065, 2073^{mg}, 2076, 2254, 2258, 2344^{vid}, 2432, it$^{ar, e, dem, div, haf}$, vg, syr$^{ph, h}$,cop^{sa}, Bede, Ps-Ambrosio, Haymo.

ἁγίων, *santos*, que aparece en 296, 2049, Victorinus-Pettau, Ticonius, Aprigius, Casiodoro.

Se decanta la lectura por τῶν ἐθνῶν, por mejor identificación contextual.

La primera cláusula continuativa del relato general, comienza con καὶ, conjunción copulativa *y*; seguido de ᾄδουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ᾄδω, *cantar*, aquí como *cantan*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *el*; ᾠδὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *canción, cántico, himno, canción de alabanza*; Μωϋσέως, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Moisés*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; δούλου, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *siervo, criado,* originalmente el término más bajo en la escala de la servidumbre, se usa en ocasiones para designar a un *esclavo*, pero, el término no exige necesariamente ese sentido; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en español al preceder a un nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *de Dios*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *el*; ᾠδὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *canción, cántico, himno, canción de alabanza*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado, *del*; ἀρνίου, caso genitivo neutro singular del nombre propio *Cordero*; λέγοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir*, aquí como *diciendo*. La segunda cláusula se escribe en forma de poema, que comienza con μεγάλα caso nominativo neutro plural del adjetivo *grandes*; καὶ, conjunción copulativa *y*; θαυμαστὰ, caso nominativo neutro plural del adjetivo *admirables, maravillosas*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado, *el, lo*; ἔργα, caso nominativo neutro plural del sustantivo *obra, acción, trabajo, ocupación, actividad*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal *de ti*; Κύριε, caso vocativo masculino singular del sustantivo *señor,* que en este caso, como con los títulos siguientes, adquiere la condición de nombre propio al ser un nombre de Dios; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Παντοκράτωρ, caso nominativo masculino singular del nombre *Pantocrátor, omnipotente, dominador universal, Todopoderoso*; δίκαιαι, caso nominativo femenino plural del adjetivo *justas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀληθιναὶ, caso nominativo femenino plural del adjetivo, *real, genuino, auténtico, verdadero, fiel*; αἱ, caso nominativo femenino plural del artículo determinado *las*; ὁδοί, caso nominativo femenino plural del sustantivo que denota *sendas, caminos,* figuradamente *conducta*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal *de ti*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Βασιλεὺς, caso nominativo masculino singular del sustantivo *rey*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*; ἐθνῶν, caso genitivo neutro plural del sustantivo *pueblos, naciones*.

καὶ ᾄδουσιν τὴν ᾠδὴν Μωϋσέως τοῦ δούλου τοῦ Θεοῦ καὶ τὴν ᾠδὴν τοῦ ἀρνίου λέγοντες. Los santos en la presencia de Dios sobre el mar de vidrio, cantaban alabando a Dios. El cántico de alabanza es común en el contexto general del Apocalipsis (5:9; 14:13). Juan dice que ᾄδουσιν τὴν ᾠδὴν Μωϋσέως τοῦ δούλου τοῦ Θεοῦ καὶ τὴν ᾠδὴν τοῦ ἀρνίου, *cantan el canto de Moisés, el siervo de Dios, y el canto del Cordero.* El versículo plantea una dificultad: determinar si se trata de un cántico o de dos. La

construcción gramatical con dos genitivos precedidos ambos de un artículo determinado, sugiere que se trate de dos cánticos mejor que uno solo. En ese sentido sería uno el de Moisés y otro el del Cordero. Algunos, sin embargo, consideran que es un solo cántico y otros, incluso que son tres: uno el de Moisés, otro el del Cordero, y otro el de los mismos vencedores expresado a partir de *diciendo*.

Así lo entiende el profesor Bartina cuando escribe:

"Se trata, pues, de tres cantares en apariencia distintos.

1º Cántico de Moisés. Se llama a Moisés siervo de Dios, que es el apuesto que le aplica el VT (^{e}bd Yhwh Ex. 14,31). Moisés fue el primer libertador del pueblo. Su cántico es el que entonó con todos los israelitas cuando el mar Rojo engulló a los egipcios, y ha quedado fundamentalmente entero en el Éxodo (Ex. 14:1-19). Analizándolo cuidadosamente, se ve que contiene cuatro ideas fundamentales: 1ª Yahvé ha actuado irresistible y sobrecogedoramente. 2ª Yahvé ha quebrantado de modo definitivo la fuerza de Egipto a favor de su pueblo. 3ª las naciones gentiles (Filistea, Edom, Moab, Canaán) han quedado mudas de espanto ante las obras de Yahvé y, siguiendo en su maldad, temen al pueblo de Dios. 4ª Yahvé plantó a su pueblo por siempre jamás en la tierra de promisión y reinará en él definitivamente.

2º Cántico del Cordero. No quiere decirse, como en el anterior, que se trata de un cántico que compuso el Cordero, sino que se trata del que se cantó en honor del Cordero. Según la ley de las categorías históricas, Jesús es el segundo libertador del Pueblo de Dios, un Supermoisés, y como la sangre del cordero pascual puesta en los dinteles de las puertas en la huida de Egipto fue causa de la liberación del pueblo de Dios, de modo superante la sangre del Cordero Jesús libertó trascendentalmente al nuevo pueblo de Dios. El cántico en honor del Cordero no puede ser otro, fundamentalmente, que el que todos los seres de la creación cantaron en la solemne entronización de Jesucristo en el cielo (5:9-13). Quitando los elementos circunstanciales, se entresacan de él dos ideas básicas: 1ª El Cordero redimió con su sangre a los hombres y formó un pueblo espléndido, que es la Iglesia (5:9). 2ª Se dan honores divinos al Cordero en la misma gloria de Dios el Padre (5:12-13). Bajo el primer aspecto completa las circunstancias del cántico de Moisés; bajo el segundo, añade un elemento nuevo.

3º Cántico de los triunfadores de la bestia. Ante todo se advierte al leerlo que es un cántico cuajado de reminiscencias bíblicas. Analizado en su estructura, tiene dos partes totalmente distintas. Suponiendo y aceptando las afirmaciones de los otros dos cánticos precedentes, imposta su sentido y completa su contenido. La primera parte es un himno latréutico a Dios omnipotente, que obra maravillas a favor de su Iglesia. Sus obras son admirables como cuando actuó contra Egipto. Va dirigido al Padre en una

serie de vocativos arameos. Los caminos de Dios son las maneras con que procede en la historia, que son justísimas, dando a cada uno lo que se merece, y en mal nunca más de lo que se merece, y además verdaderas, es decir, fieles, en cuanto observa inquebrantablemente sus promesas en el tiempo, pase lo que pase, saliendo en ayuda de los suyos que en último término vencerán. Porque Yahvé es rey absoluto de todos los reinos, de toda la historia, de todos los siglos. Consecuencia de ese ser y actuar de Dios, es la resolución de todo hombre sensato: ha de temer a Dios, es decir, en sentido bíblico ha de observar cuidadosamente sus mandamientos… y además ha de glorificar su nombre, clarificar la esencia divina, manifestada brillantemente en su actuación potente, y eso no sólo por medio de palabras de alabanza, sino con obras, temiendo a Yahvé. Porque Él solo es el que da la ley religiosa justa, santa y acomodada a la naturaleza humana, en oposición a los desequilibrios de religiosidad esencial del dragón y las bestias. La segunda parte de este cántico pone un colofón inédito a los dos anteriores básicos. Siguiendo las corrientes de universalismo viejotestamentarias (Sal. 65:3, 6, 9; 72:11, 19; Ez.2:2; 11:10; 25:6; Dan. 7:14) y utilizando casi las mismas palabras del Salmo 86, celebra, no ya el pasmo religioso de los pueblos paganos como Moab y Canaán, sino su conversión a la Iglesia por la actuación justísimo de Dios en los castigos contra el mundo y en la destrucción de la bestia. En su humillación terrena aparente, los vencedores de la bestia cantan el triunfo final y sus saludables consecuencias”[2].

El lector debe tener en cuenta que la posición teológica del profesor Bartina, le lleva a considerar cualquier aspecto de pueblo de Dios en el futuro como perteneciente a la Iglesia, en sentido de que la Iglesia ha sustituido definitivamente a Israel como pueblo de Dios, que no concuerda con la posición interpretativa distintiva que se sigue en este comentario.

Siguiendo más directamente la construcción gramatical, el primero de los dos cánticos se titula como τὴν ᾠδὴν Μωϋσέως τοῦ δούλου τοῦ Θεοῦ, *“el cántico de Moisés, siervo de Dios”*. Significa esto que fue un cántico escrito por Moisés, introduciendo en otro problema consistente en determinar cual de los cánticos de Moisés es este. Hay dos poemas hímnicos que pueden considerarse: el primero el cántico de la liberación (Ex. 15:1-18); el segundo el cántico de alabanza (Dt. 32:3-4). El Apocalipsis tiene un paralelismo notable con los acontecimientos que tuvieron lugar en Egipto antes de la salida de Israel, liberado por Dios. Se ha hecho alusión a esto en varios lugares del comentario. Dios es alabado en este contexto por la acción suya en juicio sobre las naciones, los santos cantan un himno de triunfo que proclama la obra liberadora de Dios y la victoria sobre el Anticristo. De ahí que el cántico de

[2] Sebastián Bartina. o.c., pág.761 s.

Moisés recogido en el Éxodo, sea el más concordante con este contexto. El himno de Moisés es un poema épico que describe la acción de Dios liberando al pueblo de sus enemigos, abriendo las aguas del Mar Rojo para que pasaran en seco y exterminando a los enemigos que intentaron seguir al pueblo por el mismo camino que había abierto Dios para ellos, cerrando las aguas del mar al paso de los ejércitos de Faraón y dejándolos sepultados bajo las aguas. El cántico de Moisés concluye una referencia a Dios como Rey: *"Jehová reinará eternamente y para siempre"* (Ex. 15:18), con lo que la concordancia del paralelismo es muy grande. A Moisés se le da aquí el título de *"siervo de Dios"*, no como un calificativo nuevo, sino como referencia al que el Señor mismo le había otorgado (Nm. 12:7; Jos. 1:1).

El segundo cántico se le llama καὶ τὴν ᾠδὴν τοῦ ἀρνίου λέγοντες, *"cántico del Cordero"*. No quiere decir que sea un himno compuesto por el Cordero, sino en honor suyo. Tampoco se dice que sea un *cántico nuevo*, por lo que seguramente habrá, como en el caso del de Moisés, una referencia en algún lugar. En este mismo libro aparece un cántico entonado en honor del Cordero (5:9-14), que debe ser el que se cita aquí como el segundo cántico entonado por los vencedores. En el cántico anterior al Cordero se le aclama como Redentor, por medio de su sangre (5:9), recibiendo también en el himno honores divinos (5:12-13). Con todo, no sería difícil entender que se trata de un cántico nuevo que este grupo de santos eleva en honor del Cordero, diferente, sobre todo teniendo en cuenta que quienes cantan este cántico no pertenecen directamente al grupo del capítulo 5.

Ambos cánticos, el de Moisés y el del Cordero, corresponde que sean entonados juntos en un contexto semejante. El primero proclama a acción liberadora de Dios sobre Faraón, que se negaba a dejar libre al pueblo en esclavitud. En este caso se proclama también la acción liberadora de Dios que actuará sobre el sistema opresivo del Anticristo para liberar a quienes procurará destruir por ser fieles a Dios. La acción liberadora corresponderá a una obra del Hijo, el Señor Jesucristo, que debe ser adorado como corresponde a Dios.

El cántico alude a algunas perfecciones divinas. Es posible distinguir en el cántico dos partes, la primera proclama perfecciones aplicadas al Padre y la segunda perfecciones aplicadas al Señor Jesucristo. Sin embargo, siendo Dios tanto el Padre como el Hijo, corresponden indistintamente a cada una de las Personas Divinas. Más bien corresponde entender que las perfecciones de la primera parte son una declaración de la omnipotencia de Dios, mientras que las de la segunda expresan la rectitud judicial de Dios.

Dios es aclamado por sus obras que son μεγάλα καὶ θαυμαστὰ τὰ ἔργα σου, *grandes y admirables*. La frase concuerda con pasajes del Antiguo

Testamento muy semejantes (cf. Sal. 80:8-10; 139:14; Am. 4:13). El salmista recuerda la grandeza de las obras de Dios en otro Salmo: *"¡Cuan admirables son tus obras, oh Jehová! Muy profundos son tus pensamientos"* (Sal. 92:5). Esta perfección divina es razón suficiente para alabarle: *"Cantad a Jehová cántico nuevo, porque ha hecho maravillas"* (Sal. 98:1). No cabe duda que en esta expresión del cántico entonado en la presencia de Dios por los santos, hay un notorio eco del salterio, donde el salmista alaba a Dios por *"sus poderoso hechos"*, por sus *"hechos admirables"*, por sus *"hechos estupendos"*, por su *"inmensa bondad y justicia"* (Sal. 145:4, 5, 6, 7).

Esta admiración que despierta en los santos las perfecciones y acciones de Dios, llevan a los santos a llamarle: Κύριε, *Señor,* ὁ Θεὸς, *Dios,* ὁ Παντοκράτωρ *Todopoderoso*, literalmente *Pantocrátor*, título exclusivo de Dios en la Escritura. Tal calificativo aparece nueve veces en Apocalipsis (1:8; 4:8; 11:17; 15:3; 16:7, 14; 19:6, 15; 21:22). Sobre el sentido de este título ya se ha considerado antes, por lo que es suficiente recordar que el título de *Todopoderoso*, es garantía del cumplimiento en el tiempo histórico de los hombres, de lo que Él ha determinado llevar a cabo en la historia humana y comunicado por medio de sus siervos los profetas. Nada puede haber en las voluntades humanas o angélicas, que puedan alterar o variar un ápice el contenido de la revelación sobre el decurso de la historia que Dios manifiesta en el Apocalipsis. El último y absoluto señorío vinculado a la omnipotencia que hace de Dios el Todopoderoso, está involucrado con la revelación contenida en el texto bíblico. El apóstol puede estar confiado y los lectores seguros de que el porvenir será conforme a lo que Dios establece y revela. Dios determina y conduce con su poder la historia del mundo como el Todopoderoso que ejecuta lo establecido por Él desde la A a la Z, de la Alfa a la Omega. Nada habrá escrito por su voluntad y de conformidad con su mandato que no tenga exacto, preciso y total cumplimiento. La idea de Todopoderoso, aunque comprende la omnipotencia por la que Dios ejecuta su voluntad sin resistencia eficaz alguna, tiene que ver especialmente no tanto con el ejercicio del poder, sino con la absoluta soberanía que Dios ejerce. *Todopoderoso* es Aquel que tiene soberanía e imperio absolutos. Él es quien intervendrá en juicio sobre el mundo a causa del pecado, como se desarrolla en la panorámica profética de este libro y como se encuentra ya en otros pasajes del Antiguo Testamento (Is. 13:6; Jl. 1:15). En cada ocasión en que aparece el título de *Todopoderoso*, se trata de una manifestación concreta descriptiva de la grandeza de Dios sobre las cosas y las criaturas. Nada hay que escape a su control y voluntad. Los poderes del Anticristo son limitados mientras que los de Dios son infinitos.

Dios es también *"justo y verdadero"*. La frase es muy interesante por cuanto se trata de una expresión nominal, es decir, no hay verbo explícito, leyéndose literalmente: δίκαιαι καὶ ἀληθιναὶ αἱ ὁδοί σου, *"justos y*

verdaderos tus caminos". Aun en medio de las dificultades que permite para sus santos, concediendo al Anticristo que pueda matarlos, no solo aquí sino también anteriormente (13:7), sus obras son siempre justas y están rodeadas de fidelidad. Se hace aquí una referencia más que a obras puntuales al comportamiento ético de Dios. Las acciones de Dios, individuales y totales son los *caminos* de Dios en que se manifiesta y expresa la justicia de su perfección divina y la fidelidad de su modo de obrar. Dios es *verdadero*, por tanto, sus *caminos* son también *verdaderos*. Esta palabra determina la perfección de Su fidelidad y el compromiso del cumplimiento absoluto de todas sus promesas y determinaciones. El salmista dice: *"Los juicios de Jehová son verdad, todos justos"* (Sal. 19:9b). El amor no entra en conflicto con las otras perfecciones de la Deidad. Dios ama intensamente al mundo de los hombres que se pierden (Jn. 3:16), pero esto no evita que la justicia de Dios se manifieste por necesidad existencial de Dios, que juzgará al mundo con justicia (Hch. 17:30, 31; Ro. 2:3, 6). El Todopoderoso advirtió al hombre de las consecuencias de su pecado (Gn. 2:17; Ro. 1:32; 5:12; 6:16, 21, 23; 8:6, 13), por tanto, la acción de Dios en gracia provee de Salvador, pero la fidelidad de Dios exige que juzgue con justicia al pecado que rebelde no se acoja a la gracia salvadora provista en la Persona y obra del Redentor.

Dios que es Todopoderso, justo y verdadero, es también el *Rey de los santos*. Mayoritariamente la lectura de los mss. más seguros dice: ὁ Βασιλεὺς τῶν ἐθνῶν· *"Rey de las naciones"*, otro grupo tiene la alternativa de la lectura: *"Rey de los siglos"*. El aparato crítico textual orienta como más segura la lectura: *"Rey de las naciones"*, que concuerda además mejor que ninguna otra con el contexto próximo de una acción divina preparatoria para el establecimiento del Reino de los cielos en la tierra, en la que el Señor gobernará a las naciones, rigiéndolas con autoridad (Sal. 2:7-9; Ap. 11:15). El contexto inmediato también favorece la lectura *"Rey de las naciones"* en la referencia a Jeremías que aparece en el siguiente versículo (Jer. 10:7), donde el profeta usa también allí el título *"Rey de las naciones"*.

4. ¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? pues sólo Tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado.

τίς οὐ μὴ φοβηθῇ, Κύριε,
¿Quién - no temiera Señor
καὶ δοξάσει τὸ ὄνομα σου
y glorificará el nombre de ti?
ὅτι μόνος ὅσιος,
pues sólo santo.
ὅτι πάντα τὰ ἔθνη ἥξουσιν
Pues todas las naciones vendrán

καὶ προσκυνήσουσιν ἐνώπιον σου,
y adorarán delante de ti,
ὅτι τὰ δικαιώματα σου ἐφανερώθησαν.
pues los actos justos de ti fueron manifestados.

Notas y análisis del texto griego.

La primera cláusula interrogativa retórica comienza con τίς, caso nominativo masculino singular del pronombre interrogativo *quién*; οὐ, adverbio de negación absoluta *no*; seguido de μὴ, partícula negativa que hace las veces de adverbio de negación condicional *no*, utilizada para negar hechos hipotéticos, en este caso es un refuerzo absoluto que expresa imposibilidad de que haya alguno en una situación contraria a la propuesta interrogativa; φοβηθῇ, tercera persona singular del primer aoristo de subjuntivo en voz pasiva del verbo φοβέω, *tener miedo, temer, expresar un intenso respeto, reverenciar*, aquí como *temiera*; Κύριε, caso vocativo masculino singular del título *Señor*; καὶ, conjunción copulativa *y*; δοξάσει, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo *glorificar, dar gloria*, aquí como *glorificará*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el, lo*; ὄνομα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *nombre*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal *de ti*. La siguiente cláusula es aclarativa, dando las razones a la pregunta retórica anterior, con ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; πάνταcaso nominativo neutro plural del adjetivo indefinido, *todos*, femenino en castellano al referirse a naciones; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado, *los,* femenino en castellano; ἔθνη, caso nominativo neutro plural del sustantivo *pueblos, naciones*; ἥξουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo ἥκω, *venir*, destacando este verbo la idea de la *llegada misma*, en contraste con ἔρχομαι, que se refiere al acto mismo de *ir o venir*, aquí como *vendrán*; καὶ, conjunción copulativa *y*; προσκυνήσουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo προσκυνέω, *adorar*, aquí como *adorarán*; ἐνώπιον, preposición de genitivo, que se usa también como adverbio y denota *delante de*, *en la presencia de*, *en frente de*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal *de ti*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*; δικαιώματα, caso nominativo neutro plural del sustantivo que denota *actos justos*, *expresión concreta de justicia*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal *de ti*; ἐφανερώθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo φανερόω, *mostrarse, manifestarse*, aquí como *fueron manifestados.*

Τίς οὐ μὴ φοβηθῇ, Κύριε καὶ δοξάσει τὸ ὄνομα σου. La pregunta retórica con que se inicia el versículo requiere una respuesta por parte del lector. La construcción de la frase interrogativa es sumamente enfática con el uso de dos pronombres negativos, o un pronombre de negación absoluta y una partícula de negación condicional. Por tanto, la respuesta a la pregunta es que no habrá nadie que no *tema* a Dios. ¿Se trata de una salvación universal en donde todos, por fin, temen a Dios? En modo alguno. Una gran cantidad de personas sufrirán el juicio definitivo de Dios sobre ellos en el retorno de

Jesucristo, siendo *triturados* en el lagar de la ira de Dios, por su condición de rebeldía manifiesta contra Él (14:20). ¿Se trata esta afirmación de algo relativo al futuro final en donde todos, santos o perdidos reconocerán de grado o forzosamente que Jesús es el Señor? ¿Tiene que ver esto con la enseñanza del apóstol Pablo cuando dice: *"Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesús es el Señor para gloria de Dios Padre?* (Fil. 2:11). El contexto determina que este reconocimiento será como consecuencia de la manifestación de los juicios de Dios, que conducirá a que sea reconocido en miedo por las gentes de la tierra (Ap. 11:13), pero, a la postre, será el trato que recibirá de todos los salvos que entren al disfrute del reino que el Señor establecerá en la tierra. La interrogativa del versículo evidencia que durante el tiempo de la tribulación hay muchos que no reconocen a Dios, ni le reverencian, pero, indudablemente llegará el tiempo en que será reverenciado por lo que Él es y por lo que hace.

La pregunta del cántico de los santos es la misma que formuló Jeremías: *"¿Quién no te temerá, oh Rey de las naciones?"* (Jer. 10:5), dando a entender que el Señor será reverenciado. El Mesías será reconocido por las naciones que sean gobernadas por Él en el reino milenial (Sal. 2:8). Además Dios será *glorificado*, en sentido de *exaltado, magnificado*, por todos durante el tiempo de su reino en la tierra, como ya fue anunciado por el salmista (Sal. 24:1-10). De la misma manera en otro de los Salmos se anuncia que toda la tierra adorará y cantará al nombre de Dios (Sal. 66:1-4). Eso ocurrirá en el tiempo en que Dios *"dominará de mar a mar"* en donde todos sus enemigos habrán sido derribados al polvo (Sal. 72:8-11), en ese tiempo *"todas las naciones que hiciste vendrán y adorarán delante de ti, Señor, y glorificarán tu nombre"* (Sal. 86:9). La gloria del reino futuro tendrá esta consecuencia entre los hombres que accedan a él en la tierra, conforme a lo profetizado: *"Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones. Y vendrán muchos pueblos y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová"* (Is. 2:2-3). Ese reino será confirmado en justicia y juicio (Is. 9:7). En aquel tiempo todas las naciones verán la gloria de Dios (Is. 66:18). Las naciones servirán al Señor que ejercerá su dominio sobre ellas (Dn. 7:14). Cuando la acción divina actúe contra los malvados e impíos y destruya su sistema, todas las naciones se inclinarán a Él (Sof. 2:11). En ese tiempo el Señor será el Rey sobre toda la tierra (Zac. 14:9). Entonces, desde donde nace el sol hasta donde se pone, será grande el nombre de Dios entre las naciones (Mal. 1:11).

ὅτι μόνος ὅσιος. Una razón definitiva para que Dios sea glorificado es que Él es *"solo santo"*. La expresión formada por dos adjetivos, ambos predicados, definen lo que es exclusivamente propio de Dios, a quien los serafines proclaman por su santidad (Is. 6:3). Solo Él es santo porque es incontaminable. En razón del carácter sagrado de Dios y su santidad esencial es digno de ser alabado. Ese calificativo de *santo* se da a Cristo para explicar la razón de su resurrección (Hch. 2:27; 13:35). El cántico de los santos no está dedicado a proclamar su fe, ni siquiera su victoria en razón de ella, sobre el Anticristo, sino a glorificar a Dios, el único digno de ser alabado.

ὅτι πάντα τὰ ἔθνη ἥξουσιν καὶ προσκυνήσουσιν ἐνώπιον σου. El cántico en el cielo afirma que Dios será alabado por todas las naciones, que vendrán con el propósito de rendirle adoración. Ese será el cumplimiento de lo anunciado por el salmista: *"Todas las naciones que hiciste vendrán y adorarán delante de ti, Señor, y glorificarán tu nombre. Porque tú eres grande, y hacedor de maravillas, sólo tú eres Dios"* (Sal. 86:9-10). La adoración será plena, literalmente tiene que ver con *postrarse y arrodillarse* delante de Dios.

Ὅτι τὰ δικαιώματα σου ἐφανερώθησαν. La causa de esa adoración es la justicia de sus acciones que en sus juicios *"se han manifestado"*. Una vez más se aprecia el futuro profético construido en el griego con un aoristo que expresa una acción pasada y concluida plenamente. Dios ha manifestado su justicia en los juicios sobre los transgresores. Tal actuación conduce a engrandecer Su nombre entre las naciones (Mal. 1:11). Las acciones divinas, tanto en juicio como en misericordia, serán notorias entre todas las naciones, porque entonces, en el tiempo del reino del Mesías habrá un pleno conocimiento de Dios en la tierra (Is. 11:9; Hab. 2:14). Las naciones adorarán a Dios en aquel tiempo (Is. 2:2-4; Zac. 14:9, 16, 17). La justicia divina expresada en actos concretos será notoriamente manifiesta en la derrota final de los enemigos, que dará paso al tiempo de paz plena en el Reino de Dios que se establecerá en la tierra.

La preparación para la consumación de la ira de Dios (15:5-8).

5. Después de estas cosas miré, y he aquí fue abierto en el cielo el templo del tabernáculo del testimonio.

Καὶ μετὰ ταῦτα εἶδον, καὶ ἠνοίγη ὁ ναὸς τῆς σκηνῆς τοῦ
Y después de esto vi, y fue abierto el santuario del tabernáculo del
μαρτυρίου ἐν τῷ οὐρανῷ,
testimonio en el cielo.

Notas y análisis del texto griego.

Juan inicia la descripción de esta nueva visión vinculándola con lo que antecede mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de μετὰ, preposición de acusativo que equivale a *después de, detrás de*; ταῦτα, caso acusativo neutro plural del pronombre demostrativo *estos*; εἶδον, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, *ver*, aquí como *vi*, también en sentido de *observar, percibir, mirar*; seguido de καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de ἠνοίγη, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἀνοίγω, *abrir,* aquí como *fue abierto*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ναὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *santuario*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*, masculino en castellano *del*; σκηνῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo*, tienda de campaña, enramada, tabernáculo*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *del*; μαρτυρίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *testimonio*; ἐν, preposición de dativo, *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; οὐρανῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo *cielo.*

Καὶ μετὰ ταῦτα εἶδον, καὶ ἠνοίγη ὁ ναὸς. Juan describe una nueva visión, que siguió a la de los siete ángeles y a la del cántico de los redimidos. Todas las visiones son celestiales, es decir, se presentan desde la óptica divina y ocurren en los lugares celestiales; esto no es óbice para que los acontecimientos no tengan repercusión en la tierra. En la visión aparece nuevamente el templo de Dios, como ocurrió antes (11:19). La descripción de la visión celestial concluye con la manifestación visible del templo de Dios en el cielo y el arca del pacto, que se veía en el santuario, que era el lugar donde Dios manifestaba su presencia en medio de su pueblo. Era el lugar de esperanza, donde el Señor cumplía sus promesas y daba bendición a su pueblo. Es cierto que la presencia de Dios no se puede vincular a un determinado lugar, pero era en el santuario, especialmente en el Lugar Santo, donde se hacía realidad visible para los hombres y, especialmente, para su pueblo. En cierta medida Dios se hizo siempre santuario, lugar de refugio y de gracia, para su pueblo en circunstancias adversas. Ese es el sentido que adquiere cuando el profeta transmite el mensaje de Dios: *"Por tanto, di: Así ha dicho Jehová el Señor. Aunque les he arrojado lejos entre las naciones, con todo eso les seré por un pequeño santuario en las tierras adonde lleguen"* (Ez. 11:16). La palabra para *santuario*, se usa siempre para referirse al santuario como lugar santo donde Dios se manifiesta y es objeto de culto[3]. Muchas veces se usaba por los judíos como referencia principal al Lugar Santísimo, donde estaba el arca del pacto, y en donde se manifestaba la presencia gloriosa de Dios.

Al santuario de la visión se le llama τῆς σκηνῆς τοῦ μαρτυρίου, *"del tabernáculo del testimonio"*, en alusión directa al primer santuario mandado

[3] La otra palabra traducida como *templo* o *santuario*, es ἱερόν, que tiene que ver con los edificios en sí mismos.

levantar a Moisés, donde, en su Lugar Santísimo se guardaba el arca, en la cual estaba las dos tablas de la Ley, que recibían también el nombre de *"tablas del testimonio"* (Ex. 32:15). Al tabernáculo del desierto se le llamó *"tabernáculo del testimonio"* (Ex. 38:21; Nm. 10:11; 17:7; Hch. 7:44). El calificativo obedecía no sólo a la presencia en él de las *"tablas del testimonio"*, sino también a que su sola presencia era testimonio visible del amor y la comunión de Dios con el pueblo, manifestando su presencia entre ellos, a pesar de la condición de aquellos, en una expresión de testimonio de su gracia. Jesucristo haría realidad en toda la dimensión ese tipo del Antiguo Testamento, cuando *acampó* entre los hombres mediante su humanidad, haciendo visible en él mismo la *gracia* y la *fidelidad* de Dios (Jn. 1:14). La visión anterior del templo de Dios (Ap. 11:19) estaba vinculada al *arca del pacto*(Ap. 11:19) que se trataba, en la antigua dispensación y en el santuario terrenal, de un mueble de madera forrado de oro, sobre cuya tapa estaba una lámina de oro llamada el propiciatorio, que recibía parte de la sangre del sacrificio de expiación, sobre la que extendían sus alas dos querubines de oro. En el interior del arca se habían colocado las dos tablas de la Ley. Simbólicamente, Dios podía mostrarse propicio al pueblo pecador a causa del sacrificio de expiación, en cuyo simbolismo, el animal inocente moría por el pecado del pueblo. Ningún sacrificio de animal podía quitar los pecados, pero era la figura y símbolo del gran sacrificio de expiación que el Cordero de Dios efectuaría en el tiempo histórico determinado por Dios, al morir por todos en la Cruz. El arca era también símbolo de la alianza, del pacto, que el Señor había hecho para su pueblo, en razón de cuyo compromiso, se establecía la protección de Dios en relación con los enemigos de su pueblo. De este modo, el arca marcaba el camino por donde debían ir (Jos. 3:3-4), y de esa misma manera derribó los muros de la ciudad de Jericó (Jos. 6:3-4). Aquí la vinculación no es tanto al arca del pacto, sino a la ley de Dios y a su presencia justa y santa que anuncia juicio sobre los impíos en la tierra.

6. Y del templo salieron los siete ángeles, que tenían las siete plagas, vestidos de lino limpio y resplandeciente, y ceñidos alrededor del pecho con cintos de oro.

καὶ ἐξῆλθον οἱ ἑπτὰ ἄγγελοι οἱ ἔχοντες τὰς ἑπτὰ πληγὰς ἐκ τοῦ
Y salieron los siete ángeles los que tenían las siete plagas del
ναοῦ ἐνδεδυμένοι λίνον καθαρὸν λαμπρὸν καὶ περιεζωσμένοι περὶ
santuario vestidos de lino limpio resplandeciente y ceñidos alrededor con
τὰ στήθη ζώνας χρυσᾶς.
el pecho cintos de oro.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue el relato de la visión usando una vez más καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de ἐξῆλθον, tercera persona plural del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἐξέρχομαι, *salir*, aquí como *salieron*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἑπτὰ caso nominativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *siete*; ἄγγελοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo *ángeles*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἔχοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tienen*, si bien para ajustarlo al tiempo de la visión se suele traducir en pasado como *que tenían*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; ἑπτὰ, caso acusativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal *siete*; πληγὰς, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota, *plaga, herida, golpe, azote*, aquí en sentido de *plagas*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que en castellano forman la contracción *del*; ναοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *santuario, lugar santo*; ἐνδεδυμένοι, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz media del verbo ἐνδύω, literalmente en voz media *poner sobre*, de ahí *vestir,* aquí como *vestidos*; λίνον, caso acusativo neutro singular del sustantivo *lino*; καθαρὸν, caso acusativo neutro singular del adjetivo que expresa la condición de *limpio*, *libre de mezclas impuras, sin tacha*; λαμπρὸν, caso acusativo neutro singular del adjetivo que expresa la condición de *resplandeciente, luminoso, brillante, espléndido*; καὶ, conjunción copulativa *y*; περιεζωσμένοι, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz media del verbo περιζώννυμι, literalmente *ceñirse alrededor*; περὶ, preposición de acusativo, *con*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *el, lo*; στήθη, caso acusativo neutro plural del sustantivo *pecho*, relacionado con ἵστημι, *estar en pie*, en sentido de aquello que sobresale; ζώνας, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *cinturón, faja, cinta*; χρυσᾶς caso acusativo femenino plural del adjetivo que expresa la condición de lo que es *de oro*, *dorado*.

Καὶ ἐξῆλθον οἱ ἑπτὰ ἄγγελοι οἱ ἔχοντες τὰς ἑπτὰ πληγὰς. El tabernáculo de Dios en el cielo fue abierto para ver la salida de los siete ángeles. Estos proceden del santuario de Dios, el lugar de Su presencia. Tenían las siete plagas, en el sentido de que sus acciones llevarán aparejadas los juicios previstos por Dios para el mundo. Estos ángeles son instrumentos al servicio del Soberano en la ejecución de Sus propósitos, que en el contexto están relacionados con la expresión final del juicio de Dios sobre el mundo, en preparación para el establecimiento del reino mesiánico. Estos ángeles salieron ἐκ τοῦ ναοῦ, *del santuario.*

᾿Ενδεδυμένοι λίνον καθαρὸν λαμπρὸν. Los ángeles estaban vestidos de lino blanco, como expresión de rectitud y santidad. Es interesante apreciar que los ángeles salen del santuario de Dios, es decir, del lugar de su presencia, lo que supone necesariamente la santidad de ellos mismos, puesto que nada que no sea santo tiene acceso al santuario de Dios, donde nada inmundo puede estar delante de Él (Sal. 24:3-4). Los vestidos de los ángeles, además de limpios, eran

también *resplandecientes*, usando Juan un adjetivo que está vinculado con la raíz de *lámpara*. Son vestidos que reflejan la gloria de Dios, o el ministerio glorioso que estos ángeles tienen encomendado por el Señor. Los vestidos de lino en este caso expresan figurativamente la rectitud de conducta propia de los ángeles santos. No son vestidos blanqueados en la sangre del Cordero, como los propios de los salvos, ya que los ángeles santos no tienen necesidad alguna de redención y tampoco la hay para los caídos (He. 2:16), simplemente es una figura de la santidad de los servidores de Dios en los cielos. El hecho de estar ministrando en la presencia de Dios hace que sus vestidos sean *brillantes, resplandecientes, luminosos*, de la misma forma que el rostro de Moisés resplandecía cada vez que estaba en la presencia de Dios (Ex. 34:29). La vestidura de los ángeles se describe en otros lugares como *resplandeciente* (cf. Lc. 24:4).

Καὶ περιεζωσμένοι περὶ τὰ στήθη ζώνας χρυσᾶς. Junto con las ropas se describe también los *fajines* de oro que, a modo de bandas o cinturones, sujetaban sus vestidos a la altura del pecho, expresando aquí una figura de nobleza, y de pureza en un ministerio ordenado por Dios mismo, como oficiales al servicio del Rey de reyes y Señor y de señores. Juan dice antes que vio que los siete ángeles *salieron* del santuario, lo que indica que su tarea, encomendada y procedente de Dios, se va a ejecutar inmediatamente. El tiempo del juicio que culminará el período de la tribulación está a punto de producirse.

7. Y uno de los cuatro seres vivientes dio a los siete ángeles siete copas de oro, llenas de la ira de Dios, que vive por los siglos de los siglos.

καὶ ἓν ἐκ τῶν τεσσάρων ζῴων ἔδωκεν τοῖς ἑπτὰ ἀγγέλοις ἑπτὰ
Y uno de los cuatro seres vivientes dio a los siete ángeles siete
φιάλας χρυσᾶς γεμούσας τοῦ θυμοῦ τοῦ Θεοῦ τοῦ ζῶντος εἰς τοὺς
páteras de oro llenas del furor - de Dios el que vive por los
αἰῶνας τῶν αἰώνων.
siglos de los siglos.

Notas y análisis del texto griego.

En la prosecución del relato vuelve a usarse como vinculante καὶ, conjunción copulativa *y*; ἓν, caso neutro singular del adjetivo numeral cardinal *uno*; ἐκ, preposición de genitivo, *de*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*; τεσσάρων, caso genitivo neutro plural del adjetivo numeral cardinal *cuatro*; ζῴων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *seres vivientes*; ἔδωκεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar, entregar, conceder*, aquí como *dio*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *a los*; ἑπτὰ, caso dativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *siete*; ἀγγέλοις, caso dativo masculino plural del sustantivo *ángeles*; ἑπτὰ, adjetivo numeral cardinal *siete*; φιάλας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *páteras,*

copas; χρυσᾶς, caso acusativo femenino plural del adjetivo que expresa lo que es *de oro*; γεμούσας, caso acusativo femenino plural del participio de presente en voz activa del verbo γέμω, *estar lleno*, aquí como *llenas*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; θυμοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *furor*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el,* que no se usa en castellano al preceder a nombre; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *de Dios*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; ζῶντος, caso genitivo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ζάω, *vivir*, aquí como *que vive*, en sentido de *viviente*; εἰς, preposición de acusativo *por*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; αἰῶνας, caso acusativo masculino plural de sustantivo *siglos*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *de los*; αἰώνων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *siglos.*

Καὶ ἓν ἐκ τῶν τεσσάρων ζῴων ἔδωκεν τοῖς ἑπτὰ ἀγγέλοις ἑπτὰ φιάλας χρυσᾶς. Los siete ángeles reciben siete copas que les fueron entregadas por uno de los cuatro seres vivientes, que como se ha visto antes están junto al trono, rodeándolo. Será bueno recordar aquí que se ha discutido mucho sobre el significado de los cuatro seres vivientes, con toda probabilidad, al lado de las visiones semejantes en el Antiguo Testamento (Is. 6:2; Ez. 1:4-6), se trate de ángeles especiales, bien sean del orden de los serafines como en la visión de Isaías, o bien de los querubines como en el caso de Ezequiel (10:20-22). Tanto los primeros como los segundos tienen en su actividad la defensa de la adoración y de la santidad de Dios, de modo que nada impuro puede acceder a su trono y nada imperfecto puede ser aceptado. Sin embargo hay diferencias notables entre las visiones del Antiguo y del Nuevo Testamento, ya que los querubines vistos por Ezequiel tenían cuatro alas cada uno y los seres vivientes que vio Juan, seis (4:8). Los querubines de la visión de Ezequiel transportaban el trono de Dios, estando *"debajo del Dios de Israel"* (Ez. 1:20), mientras que los que Juan vio estaban alrededor del trono. Los de la visión de Ezequiel tenían seis rostros, éstos solamente uno. Sin llegar a una definición concreta sobre la identidad de estos *seres vivientes*, no cabe duda que por su proximidad al trono son seres creados para un ministerio de servicio a Dios directamente en relación con el trono y los más elevados de los seres creados por Él. La misión de estos seres tiene estrecha relación con la alabanza constante a Dios (4:8; 5:8, 14; 7:11; 19:4). Al mismo tiempo están relacionados con el derramamiento de la ira de Dios (6:1-7; 15:7). La grandiosidad de estos seres vivientes se describe con palabras que superan la comprensión natural del hombre, como *"llenos de ojos delante y detrás"* (4:6). No debe perderse de vista que se está describiendo una visión celestial con palabras humanas y, por tanto, no hay que buscar un significado específico y único en cada cosa descrita. Posiblemente el hecho de estar llenos de ojos por delante y por detrás quiera describir la alta capacidad de discernimiento y comprensión de que están dotados. Es interesante notar que son *cuatro* los seres vivientes; el cuatro es el número de la tierra. Esto completa

el cuadro celestial que Juan estaba viendo. Dios sobre su trono dispuesto a juzgar y el juicio tiene una dirección, la tierra y sus moradores (3:10). Los cuatro seres vivientes están incluidos en esta visión de juicio que va a caer sobre los rebeldes pecadores en el mundo. El ministerio de los cuatro seres vivientes les permite estar en la proximidad de quien es el Dios vivo y verdadero, y a quien sirven en misiones especiales bajo su autoridad y control. La multitud de ojos que Juan vio, relacionados con el mundo y con el juicio que Dios determinó sobre él, expresan el sentido de una vigilancia permanente sobre todo cuanto ocurre en la tierra. No cabe duda que el conocimiento supremo de Dios es absoluto y que no *necesita* ningún ser creado, por elevado que sea, para llevar a cabo lo que es suyo natural a causa del atributo de la omnisciencia y la omnipresencia. Con todo, en razón de su soberanía absoluta, Él determina y hace como mejor le parece tanto en la tierra como en el cielo. Los cuatro seres vivientes, en servicio al Creador, están atentos a lo que se les encomienda en relación con la tierra y vigilantes para llevarlo a cabo conforme a lo encomendado por Dios.

Γεμούσας τοῦ θυμοῦ τοῦ Θεοῦ. Estos mismos cuatro seres vivientes aparecieron en relación con las voces de autoridad que hacen aparecer en el escenario de la historia, a los jinetes que cabalgaban los caballos en el comienzo del tiempo de tribulación sobre la tierra (6:1-8). Nuevamente aquí hacen acto de presencia para entregar las copas llenas de ira de Dios que serán derramadas sobre la tierra. La palabra que se traduce por *copa*, es más precisamente *pátera*, especie de tazones de boca ancha para contener porciones de algún líquido. Las copas o páteras están llenas en sentido de colmadas hasta su total capacidad, con el *furor* de la ira de Dios. La entrega de las copas simboliza la autorización que se otorga a los siete ángeles para que las usen conforme al tiempo y propósito de Dios, que en este caso concreto es de juicio, por cuanto están llenas del furor de Su ira. El hecho de estar *colmadas* o *llenas*, expresa la dimensión de las acciones judiciales que Dios está a punto de enviar sobre el mundo. Como ya se ha dicho varias veces, el uso de la palabra *furor* indica la explosión operativa de la ira divina, más que la misma ira, es decir, la manifestación con todas sus consecuencias de la ira divina, ya que el furor es a la ira lo que la pasión es al sentimiento.

La visión añade el dramatismo de advertir que la ira que se va a derramar sobre la tierra es o procede de Dios, el Eterno, τοῦ ζῶντος εἰς τοὺς αἰῶνας τῶν αἰώνων, *"el que vive por los siglos de los siglos"*. El énfasis marcado en la eternidad de Dios es una clara alusión por contraste con el resultado final sobre la humanidad, en donde, aunque parezca que el mal es definitivo y dominante sobre la historia humana, los propósitos de Dios son eternos y no pueden ser frustrados. El alcance de la ira para quienes son objeto de ella, produce también una consecuencia perpetua, ya que alcanzará y está destinada a

quienes serán condenados a muerte perpetua, es decir, producirá una consecuencia por *"los siglos de los siglos"* sobre los que perezcan.

8. Y el templo se llenó del humo por la gloria de Dios y por su poder; y nadie podía entrar en el templo hasta que se hubiesen cumplido las siete plagas de los siete ángeles.

καὶ ἐγεμίσθη ὁ ναὸς καπνοῦ ἐκ τῆς δόξης τοῦ Θεοῦ καὶ ἐκ τῆς
Y fue llenado el santuario de humo de la gloria - de Dios y del
δυνάμεως αὐτοῦ, καὶ οὐδεὶς ἐδύνατο εἰσελθεῖν εἰς τὸν ναὸν ἄχρι
poder de Él y nadie podía entrar en el santuario hasta que
τελεσθῶσιν αἱ ἑπτὰ πληγαὶ τῶν ἑπτὰ ἀγγέλων.
fuesen consumadas las siete páteras de los siete ángeles.

Notas y análisis del texto griego.

La conclusión de la visión se vincula con lo que antecede mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐγεμίσθη, tercera persona singular del aoristo de indicativo en voz pasiva del verbo γεμίζω, *llenar*, aquí como *fue llenado*, o *se llenó*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ναὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo *santuario*; καπνοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *humo*; ἐκ, preposición de genitivo, *de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *gloria*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en castellano al preceder a nombre; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *de Dios*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*, masculino en castellano al referirse a *poder*; δυνάμεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *capacidad operativa, poder*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de Él*; καὶ, conjunción copulativa *y*; por tanto, οὐδείς, caso nominativo masculino singular del pronombre indefinido *nadie*; ἐδύνατο, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz media del verbo δύναμαι, *poder, tener poder*, aquí como *podía*; εἰσελθεῖν, aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo εἰσέρχομαι, *entrar, pasar, penetrar, ir*, aquí como *entrar*; por tanto εἰς, preposición de acusativo *en*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; ναὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *santuario*; la limitación era ἄχρι, preposición de genitivo *hasta*; τελεσθῶσιν, tercera persona plural del aoristo de subjuntivo en voz pasiva del verbo τελέω, *terminar, cumplir, realizar, consumar*, aquí como *fuesen consumadas*; αἱ, caso nominativo femenino plural del artículo determinado *las*; ἑπτὰ caso nominativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal *siete*; πληγαὶ, caso nominativo femenino plural del sustantivo *páteras, copas*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; ἑπτὰ, caso genitivo masculino plural del artículo numeral cardinal *siete*; ἀγγέλων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *ángeles*.

Καὶ ἐγεμίσθη ὁ ναὸς καπνοῦ ἐκ τῆς δόξης τοῦ Θεοῦ. La presencia de Dios en el templo celestial se manifiesta por el humo que satura

totalmente el santuario celestial. Muchas veces en el Antiguo Testamento la gloria de Dios llenó el santuario de manera que los hombres no podían entrar en él, ni tan siquiera Moisés a quien Dios había llamado para el liderazgo del pueblo pudo hacerlo en esas ocasiones (Ex. 40:35). Los sacerdotes no podían acceder al santuario en el día de la dedicación, luego de la oración del rey Salomón, porque la presencia del Señor lo impedía (1 R. 8:10). Isaías contempló una visión de la gloria de Dios, rodeado de serafines que proclamaban su santidad, apreciando que el santuario se llenó de humo (Is. 6:4). Lo mismo ocurrió con la visión de Ezequiel a quien se le mostró el templo lleno de la gloria de Dios (Ez. 44:4). La presencia del Señor iba acompañada de gloria, lo que los hebreos llamaban la *shekinah*, es decir, la gloria de la presencia de Dios. En la visión de Juan, nadie podía entrar en el santuario de Dios. Juan ve también en la visión que junto con la gloria de Dios se manifestaba también καὶ ἐκ τῆς δυνάμεως αὐτοῦ, *su poder*, que forma parte de la expresión de Su gloria. El Todopoderoso va a actuar en juicio, y se manifiesta revestido de gloria y poder.

Καὶ οὐδεὶς ἐδύνατο εἰσελθεῖν εἰς τὸν ναὸν. En ese sentido todo se detiene para que tenga lugar la ira de Dios sobre el mundo. Nadie podía acceder a Su presencia durante el tiempo final de su ira. El humo que llenaba el santuario ponía de manifiesto, no sólo la presencia de Dios, sino la acción divina obrando en el furor de su ira. ¿Es algo semejante a lo que Jeremías dice en Lamentaciones: *"te cubriste de nube para que no pasase la oración nuestra"* (Lm. 3:44)? Algunos consideran que esto tiene que ver con que las oraciones de intercesión que pudieran elevarse a Dios en relación con los moradores de la tierra, estarán impedidas durante ese tiempo, a causa de que la gracia había cesado para dar paso al juicio.

Tal situación sería temporal: ἄχρι τελεσθῶσιν αἱ ἑπτὰ πληγαὶ τῶν ἑπτὰ ἀγγέλων *"Hasta que se hubiesen cumplido las siete plagas de los siete ángeles"*. Las copas expresan la culminación del juicio divino sobre el mundo, antes de la segunda venida de Jesucristo, Dios las había puesto en manos de los siete ángeles, el juicio divino deberá llevarse a cabo hasta la consumación de Su ira, por tanto, hasta que la séptima copa se derrame, no habrá otra cosa que no sea la manifestación del furor de Dios sobre los transgresores, que habían tenido tiempo suficiente para arrepentirse y no lo hicieron. En ese sentido escribe el Dr. Carballosa:

"Los acontecimientos relacionados con la consumación de la ira de Dios y, por lo tanto, con el cumplimiento de las siete plagas de los siete ángeles abarcan los sucesos mencionados en los capítulos 16 a 20. Es importante destacar que los juicios de la consumación de la ira de Dios son reivindicativos y no vindicativos. Dios no ha de actuar en venganza, sino que ha de reclamar lo

que justamente le pertenece, es decir, el derecho de gobernar y reinar sobre su creación"[4].

Una sencilla aplicación sobre el contenido del capítulo pone de manifiesto que la justicia de Dios exige su acción sobre el pecado. Durante tiempo Dios soportó pacientemente a los vasos que se preparaban para ira. Sin embargo, esto no cierra definitivamente la puerta a la gracia. El Señor seguirá manifestándola en el futuro. La gracia de Dios tiene como objetivo la salvación de los pecadores (2 P. 3:9). Pero, la gracia no impedirá el ejercicio de su justicia, por tanto, Dios advierte a los hombres por su Palabra de las consecuencias que acarreará su persistencia en el pecado, su rebeldía al negarse a regresar a Dios, y su obstinación que rechaza la única vía de salvación en Jesucristo (Ef. 2:8-9). El juicio divino caerá inexorablemente sobre una humanidad rebelde. Esa expresión tremenda de la ira divina es la necesaria preparación para el establecimiento de un largo tiempo de paz y gozo, mediante el reinado del Señor Jesús. Los cristianos debemos ver los acontecimientos futuros como un llamamiento en el presente a una vida santa (2 P. 1:14), sin olvidar que Dios no transige con el pecado, incluso de quienes somos sus hijos en Cristo Jesús.

[4] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 301.

CAPÍTULO XVI

LAS SIETE COPAS

Introducción.

En los dos capítulos anteriores se hizo una introducción preparatoria para conducir el pensamiento del lector hacia los últimos juicios, o juicios finales, del período de la tribulación. Dios determina la consumación de su ira sobre el mundo rebelde y transgresor, dispuesta a destruir toda la oposición contra Él y asumir el reino que le corresponde como Creador y sustentador de su creación. En el capítulo anterior, Juan presentó las visiones que preparan el terreno para la última acción del juicio divino. En el presente pasaje se revela al apóstol la consumación del propósito determinado con el derramamiento de las siete copas que contienen las siete últimas plagas sobre el mundo. Las copas de la ira de Dios fueron entregadas a los ángeles, que actuarán como instrumentos del juicio de Dios (15:1, 7). En el presente capítulo se describe como van siendo derramadas sobre el mundo y las consecuencias que cada una de ellas produce. El relato, dentro de este capítulo, está compuesto por la descripción de la actuación sucesiva de los siete ángeles. Los juicios de las copas son calificados como *"las siete plagas postreras"*. Este calificativo y los resultados muy semejantes, permiten comparar la última manifestación del juicio de Dios con las plagas de Egipto. Ya se dijo antes que un buen estudio comparativo entre el Éxodo y el Apocalipsis es enriquecedor, de ahí que algunos llamen a este libro *El segundo Éxodo*. La estructura del capítulo es sencilla. A cada voz de mando que procede de Dios, se produce la acción de uno de los ángeles. Las cuatro primeras copas derramadas sobre el mundo, producen una sucesión de juicios que afectan a toda la tierra, tanto a los continentes como al mar y a las aguas, dulces y marinas. La quinta copa hiere la capital donde se asienta el sistema gubernamental de la primera bestia, el Anticristo. La sexta prepara el camino para la unión de los ejércitos de las naciones de la tierra, dispuestos a luchar contra Cristo. En ese momento el mismo Señor anuncia, por medio de su siervo Juan, la victoria final, unida a su segunda venida. Con la séptima copa viene la destrucción de Babilonia por determinación soberana de Dios. El final del pasaje describe las convulsiones cósmicas que preparan el terreno para los dos siguientes pasajes y que describen proféticamente el final del reino del Anticristo. Con esta séptima copa vertida concluye la visión de los juicios de Dios sobre el mundo. Los siguientes capítulos narrarán con todo detalle los pormenores de la última actuación de Dios para instaurar su reino en el mundo. Hay un notable paralelismo que aumenta la intensidad, entre el primer septenario de los sellos, el segundo de las trompetas y este tercero de las copas. En este último grupo de juicios, la intensidad de ellos es notable y supera totalmente las dimensiones de los precedentes. En todo ello se distingue

también la acción de la gracia que busca, con esas acciones, el arrepentimiento del hombre y, al mismo tiempo, se insiste por tres veces en el rechazo impío de la humanidad que blasfema de sus decisiones y de su esencia (vv. 9, 11, 21).

El bosquejo para el estudio del pasaje se establece de la siguiente manera:

1. Los juicios de las copas (16:1-21).
    1.1. La primera copa: úlceras (16:1-2).
    1.2. La segunda copa: juicio sobre el mar (16:3).
    1.3. La tercera copa: juicio sobre los ríos (16:4).
        1.3.1. Doxología celestial (16:5-7).
    1.4. La cuarta copa: calor abrasador (16:8-9).
    1.5. La quinta copa: tinieblas (16:10-11).
    1.6. La sexta copa: acción sobre el Éufrates (16:12-16).
    1.7. La séptima copa: consumación de los juicios (16:17-21).

Los juicios de las copas (16:1-21).

La primera copa: úlceras (16:1-2).

1. Oí una gran voz que decía desde el templo a los siete ángeles: Id y derramad sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios.

Καὶ ἤκουσα μεγάλης φωνῆς ἐκ τοῦ ναοῦ λεγούσης τοῖς ἑπτὰ
Y oí gran voz del santuario que dice a los siete
ἀγγέλοις· ὑπάγετε καὶ ἐκχέετε τὰς ἑπτὰ φιάλας τοῦ θυμοῦ τοῦ Θεοῦ
ángeles: Id y derramad las siete páteras del furor - de Dios
εἰς τὴν γῆν.
en la tierra.

Notas y análisis del texto griego.

El relato de las siete copas se introduce nuevamente con καὶ, conjunción copulativa *y*; muchas versiones no la traducen por no ser necesaria; ἤκουσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκούω, *oír*, aquí como *oí*; μεγάλης, caso genitivo femenino singular del adjetivo que expresa la condición de *grande*, *gigantesco*; φωνῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *voz, ruido, grito, sonido, lenguaje*, aquí como *una voz*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; ambos se unen en español para formar la contracción *del*; ναοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *santuario*; λεγούσης, caso genitivo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *decir, hablar*, aquí como *que decía*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *a los*; ἑπτὰ caso dativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *siete*; ἀγγέλοις, caso dativo masculino plural del sustantivo *ángeles*. El mandato dirigido a los siete ángeles se expresa con

ὑπάγετε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo ὑπάγω, *andar, marchar, ir*, aquí como *id*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐκχέετε, segundaa persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo ἐχέω, *derramar*, aquí como *derramad*; τὰς, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *las*; ἑπτα, adjetivo numeral cardinal *siete*; φιάλας, caso acusativo femenino singular del sustantivo *páteras, copas*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; θυμοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *furor*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, no traducible por preceder a nombre; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *de Dios*; εἰς, preposición de acusativo *en*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *tierra.*

Καὶ ἤκουσα μεγάλης φωνῆς ἐκ τοῦ ναοῦ λεγούσης τοῖς ἑπτὰ ἀγγέλοις. En el capítulo preparatorio anterior fue mostrada la visión celestial en la que aparecían siete ángeles a quienes se dieron las siete copas colmadas con el furor de la ira de Dios que debían ser derramadas sobre el mundo (15:1). La visión actual comienza con el mandato a esos siete ángeles para que cumplan lo determinado por Dios. ¿De quién es la voz que Juan oye, y de donde procede? Debe proceder de Dios mismo, ya que anteriormente se dice que nadie podía entrar en el santuario celestial (15:8), por lo que todas las demás voces de ángeles o de seres vivientes, quedan excluidas hasta que se consumen los juicios de Dios sobre el sistema del Anticristo y sus seguidores en la tierra. Además la preposición griega que acompaña en la frase expresa la idea de salir del interior, lo que supone que saldría del mismo trono de Dios. La voz debe entenderse como procedente del Padre según evidencia la expresión *"Hecho está"* que se vierte en el siguiente versículo. En el texto griego, ligado al sustantivo *voz*, está el adjetivo calificativo *grande*. La idea es de grandeza en todo el sentido posible de la palabra. Es *poderosa*, es *intensa* y es *autoritativa*. Debe, pues, considerarse que la voz procede de Dios mismo. Sin duda todos los mandatos anteriores expresados en voces de ángeles, son también mandatos de Dios; los ángeles son simplemente ministros a Su servicio que transmiten el mensaje de Dios y sus mandamientos. Este adjetivo *grande* sugiere la autoridad soberana de Dios en acción. El mandato expresado con voz poderosa, grande, potente, autoritativa, se dirige a los siete ángeles a quienes se han entregado las siete copas de la ira de Dios.

A estos se les manda: ὑπάγετε καὶ ἐκχέετε τὰς ἑπτὰ φιάλας τοῦ θυμοῦ τοῦ Θεου εἰς τὴν γῆν. *"Id y derramad sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios"*. Los dos verbos, *id y derramad*, aparecen en el texto griego en presente de imperativo en voz activa, lo que indica una acción presente, continuada y definitiva. Aquellos seres celestiales debían *ir*, en sentido de comenzar su actuación sin dilación alguna y, además, debían *derramar*, esto es, *verter* totalmente sobre la tierra el contenido de cada una de las páteras que

habían recibido. Este segundo verbo[1] expresa la idea de una acción definitiva e inmediata. La idea expresada en el mandato es la de vaciar total y completamente la ira de Dios contenida en cada una de las copas. Dios establece con este mandamiento una acción judicial que alcanza a toda la tierra. No se trata, como los preteristas pretenden establecer, que son juicios ya pasados, ocurridos en algún momento de la historia humana, especialmente del entorno del pueblo de Dios o de la Iglesia. Nada hay en la experiencia del hombre parecido a los juicios que se describen en el resto del pasaje. Sin duda hay en el mundo y en su historia, huellas de acciones judiciales de Dios en distintos lugares y momentos, pero, la amplitud y alcance de los juicios que siguen no se ha manifestado en ningún lugar ni en ningún tiempo anterior. Esta actuación judicial de Dios, sin precedente en la historia humana, ocurrirá en los tiempos finales del período de la tribulación, que corresponde al tiempo del cumplimiento de la última de las setenta semanas profetizadas por Daniel y, más concretamente, al tiempo final de esa última semana, en el espacio temporal inmediatamente anterior a la segunda venida del Señor.

En relación con la comparativa entre los juicios de las trompetas y las plagas de Egipto, mencionada anteriormente, es interesante trasladar aquí un párrafo del Dr. Carballosa:

"Si bien es cierto que existe una afinidad entre las siete plagas postreras de Apocalipsis 16 y las diez plagas de Egipto, no es menos cierto que hay diferencias notables entre ambos acontecimientos. Lo mismo ocurre con los juicios de las trompetas. Sin duda, hay puntos de coincidencia entre ambas series de juicios, pero al mismo tiempo los juicios de las copas tienen características propias que los diferencian de los juicios de las trompetas. La primera, sexta y novena plagas de Egipto y la segunda, tercera, quinta, sexta y séptima de las plagas de las trompetas aparecen a la vista con mayor o menor diferenciación. Pero las plagas postreras tienen características peculiares propias; la cuarta es completamente nueva, las restantes son más o menos de concepción nueva. Por otro lado, las diferencias son más profundas y expresivas. Mientras que ni las primeras cinco plagas de Egipto ni las primeras cuatro visitaciones de las trompetas causan daños personales, los juicios de las copas sí lo producen desde su mismo comienzo. Además, mientras que las primeras cuatro plagas de las trompetas afectan sólo a una tercera parte de la tierra, el mar, las fuentes de las aguas y los astros del cielo, tal limitación no aparece en el relato de las siete plagas postreras del capítulo 16. Estas no son castigos experimentales, sino retributivos y finales"[2].

---

[1] Griego: ἐχέω.
[2] Evis L. Carballosa. o.c., pág.305 s.

Es preciso destacar también la universalidad de los juicios que se producen a causa del derramamiento de las siete copas. En una gran intensidad, anteriormente relacionadas con las trompetas, se advierte el alcance limitado de estas y el rango universal que se alcanza en las siete copas. La diferencia no está tanto en la intensidad como en la extensión, ya que los juicios de las trompetas alcanzan la tercera parte de la tierra mientras que los de las copas alcanzan a toda la tierra. Las plagas de las copas son las *"postreras"*, esto es, las últimas y definitivas de ese tiempo (15:1).

2. Fue el primero, y derramó su copa sobre la tierra, y vino una úlcera maligna y pestilente sobre los hombres que tenían la marca de la bestia y que adoraban su imagen.

Καὶ ἀπῆλθεν ὁ πρῶτος καὶ ἐξέχεεν τὴν φιάλην αὐτοῦ εἰς τὴν γῆν,
Y fue el primero y derramó la pátera de él en la tierra,
καὶ ἐγένετο ἕλκος κακὸν καὶ πονηρὸν ἐπὶ τοὺς ἀνθρώπους τοὺς
y se produjo ulcera mala y dolorosa sobre los hombres los
ἔχοντας τὸ χάραγμα τοῦ θηρίου καὶ τοὺς προσκυνοῦντας τῇ
que tenían la marca de la bestia y los que adoraban la
εἰκόνι αὐτοῦ.
imagen de ella.

Notas y análisis del texto griego.

De nuevo Juan acude al uso de καὶ, conjunción copulativa *y*, para introducir el relato de la acción del primer ángel, que ἀπῆλθεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἀπέρχομαι, *partir, marcharse, salir,* aquí como *fue*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; πρῶτος, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral ordinal *primero*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐξέχεεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἐκχέω, verbo intensificado con la preposición ἐκ, que expresa la idea de *derramar, verter fuera*, incluso en ocasiones se traduce por *esparcir*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; φιάλην, caso acusativo femenino singular del sustantivo *pátera, copa*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*; εἰς, preposición de acusativo *en*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *tierra*; καὶ, conjunción copulativo *y*; ἐγένετο, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, originarse,* aquí como *se originó, se hizo, se produjo*; ἕλκος, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *tumor, úlcera, llaga*; κακὸν, caso nominativo neutro singular del adjetivo *malo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πονηρὸν, caso nominativo neutro singular del adjetivo que expresa la condición de *grave, maligno, malvado, peligroso*; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἀνθρώπους, caso acusativo masculino plural del sustantivo genérico *hombres, personas, gentes*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἔχοντας, caso acusativo masculino plural del participio de

presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tienen*, expresado en pasado por concordancia con el tiempo de la visión; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el, lo*; χάραγμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *marca, señal*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *del*, femenino en castellano al vincularse con *bestia*; θηρίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *animal salvaje, bestia*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; προσκυνοῦντας, caso acusativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo προσκυνέω, *adorar*, aquí como que *adoran*, expresado en pasado por mejor concordancia temporal como *que adoraban*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; εἰκόνι, caso dativo femenino singular del sustantivo *imagen*; αὐτοῦ, caso genitivo neutro singular del pronombre personal *de él,* femenino en castellano *de ella.*

Καὶ ἀπῆλθεν ὁ πρῶτος καὶ ἐξέχεεν τὴν φιάλην αὐτοῦ εἰς τὴν γῆν. Recibido el mandato divino, el primero de los siete ángeles sale para cumplir la misión encomendada. Este ángel *"derramó"*, es decir *volcó* la copa, vertiendo todo el contenido de la misma. La acción se ejecuta de forma absoluta y completa como indica el modo del verbo que aparece en la lectura del texto griego. En frase del Dr. Carballosa, *"la ejecución de la orden divina de parte de los ángeles es rápida como un martillo eléctrico y sus efectos devastadores como un violento tornado"*[3]. El contenido de la primera copa fue vertido íntegramente *en* la tierra o *sobre* la tierra o *hacia*, en sentido de dirección, la tierra.

Καὶ ἐγένετο ἕλκος κακὸν καὶ πονηρὸν ἐπὶ τοὺς ἀνθρώπους. La consecuencia fue inmediata, en sentido de *llegar sobre* los hombres, expresado de otro modo *sobrevino* sobre los hombres una úlcera κακὸν καὶ πονηρὸν, *"maligna y dolorosa"*, más bien, ajustándolo al sentido más literal del texto griego, *mala y peligrosa*, en general se refiere a una ulceración maligna que puede ser también *dolorosa*, como alguna versión traduce, o incluso *pestilente*. Es algo semejante al sarpullido que vino sobre los egipcios como consecuencia de la sexta plaga (Ex. 9:10, 11). El primer adjetivo usado para calificar la enfermedad, procedente de *malo*, tiene el sentido de lo que es malo en sí mismo, *maligno*. El segundo puede vincularse con *pestilente*, y tiene connotación de lo que es doloroso. Unidos al sustantivo *úlcera*, se podría entender como una herida que supura. La descripción es aterradora. Los hombres llenos de un sarpullido supurante, por todo el cuerpo, maligno, porque no hay remedio médico para la enfermedad, mientras que produce intenso dolor en el enfermo.

---

[3] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 306.

Ἐπὶ τοὺς ἀνθρώπους τοὺς ἔχοντας τὸ χάραγμα τοῦ θηρίου καὶ τοὺς προσκυνοῦντας τῇ εἰκόνι αὐτοῦ. La plaga afecta a todos los hombres que son seguidores y adoradores del Anticristo. Es evidente que el falso profeta que hizo milagros mentirosos y que con ellos engañó a muchos, es incapaz aquí de sanar a sus seguidores, enfermos con úlceras malignas. Tan sólo los seguidores del Anticristo son los que se ven afectados de esta primera plaga. No cabe duda que la humanidad en el tiempo final está absolutamente divida en dos grupos, los que siguen al Anticristo y los que siguen a Cristo. Los primeros tienen la marca de la bestia, por lo que, como dice el profesor Bartina: *"Hay un justo talión, tantas veces observado, entre el tatuaje y la úlcera corpórea"*[4]. Es una réplica de lo acontecido con los magos de Egipto, que sufrieron ellos mismos la plaga de las úlceras. Así también los seguidores del Anticristo sufrirán la acción directa de la ira de Dios. Sólo lo seguidores del Cordero serán librados de la ira que desciende del cielo contra la impiedad humana. Es necesario enfatizar la interpretación literal que no alegórica de las acciones judiciales descritas en el Apocalipsis. No se trata de un simbolismo, sino de una plaga descrita en forma claramente entendible.

La segunda copa: juicio sobre el mar (16:3).

3. El segundo ángel derramó su copa sobre el mar, y éste se convirtió en sangre como de muerto; y murió todo ser vivo que había en el mar.

Καὶ ὁ δεύτερος ἐξέχεεν τὴν φιάλην αὐτοῦ εἰς τὴν θάλασσαν, καὶ
Y el segundo derramó la pátera de él en el mar y
ἐγένετο αἷμα ὡς νεκροῦ, καὶ πᾶσα ψυχὴ ζωῆς ἀπέθανεν τὰ ἐν τῇ
se volvió sangre como de muerto, y toda alma viva murió los en el
θαλάσσῃ.
mar.

Notas y análisis del texto griego.

La referencia es ahora al segunda ángel, en un relato sin interrupción, como evidencia el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; δεύτερος, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral ordinal *segundo*; ἐξέχεεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἐκχέω, verbo intensificado con la preposición ἐκ, que expresa la idea de *derramar, verter fuera*, incluso en ocasiones se traduce por *esparcir*, aquí como *derramó*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; φιάλην, caso acusativo femenino singular del sustantivo *pátera, copa*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*; εἰς, preposición de acusativo *en*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; θάλασσαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *mar*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐγένετο,

[4] Sebastián Bartina. o.c., pág. 765.

tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, originarse,* aquí como *se originó, se hizo, se produjo*, *se volvió*, *se hizo*; αἷμα, caso nominativo neutro singular del sustantivo *sangre*; ὡς, conjunción usada como adverbio de modo en sentido comparativo, *como*; νεκροῦ, caso genitivo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *muerto*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πᾶσα, caso nominativo femenino singular del adjetivo indefinido que expresa radicalmente *toda*; ψυχὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *alma*; ζωῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *viva*; ἀπέθανεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἀποθνήσκω, enfatizado con ἀπο*,* *afuera*, del verbo θνήσκω, *morir*; literalmente aquí como *morir afuera*, usado para referirse a la separación definitiva del alma y el cuerpo muerto; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*; ἐν, preposición que rige dativo, *en*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; θαλάσσῃ, caso dativo femenino singular del sustantivo *mar*.

Καὶ ὁ δεύτερος ἐξέχεεν τὴν φιάλην αὐτοῦ εἰς τὴν θάλασσαν. La acción del segundo ángel es semejante a la del primero. La copa que le había sido entregada conteniendo la porción de la ira de Dios, fue arrojada sobre el mundo y concretamente sobre el mar. Es interesante apreciar que el mandato no es individual para cada uno de los ángeles a fin de que derramen su copa, como ocurrió con las trompetas, es un mandato inicialmente dado para todos (v. 1), que van ejecutando sucesivamente cada uno de los siete ángeles. Como la primera copa que fue derramada sobre la tierra, la segunda es derramada sobre el mar, quedando todo él afectado. A causa de la acción de la segunda trompeta, algo semejante a una montaña fue arrojada en el mar y como consecuencia entonces murieron la tercera parte de los seres vivos (8:8-10). En esta ocasión la acción judicial de Dios afecta a la totalidad de ellos. Hay, sin duda, una cierta semejanza con la primera plaga de Egipto, en la que el Nilo, se convirtió en sangre (Ex. 7:20-25), pero, sin duda, hay notables diferencias, por lo que esta plaga es tan solo comparable en cuanto al hecho de aguas que se convierten en sangre.

Καὶ ἐγένετο αἷμα ὡς νεκροῦ. El texto griego no afirma que el mar se convirtió literalmente en sangre, sino en algo *semejante*, como se aprecia por el uso del adverbio ὡς, *cómo*. El mar se transformó en un liquido contaminado parecido al color de la sangre de un muerto, es decir, como la sangre que al verterse ocasiona la muerte.

Καὶ πᾶσα ψυχὴ ζωῆς ἀπέθανεν τὰ ἐν τῇ θαλάσσῃ. Es impactante la lectura de que *"todo ser vivo"* murió. Juan utiliza un hebraísmo característico: *"toda alma de vida",* o *"toda alma viva"*, o *"toda alma viviente"*. Técnicamente esto incluye tanto a hombres como a seres vivos en el mar. ¿Debe entenderse aquí la totalidad de cuanto hay vivo en el mar, tanto de animales como de hombres? El texto permite sostener la idea de totalidad de

vida. Sin embargo, pudiera referirse a los hombres que estuviesen sobre el mar y que llevasen la marca del Anticristo, lo que concordaría con el alcance universal sobre los hombres, como ocurre con la primera plaga, consecuencia del contenido de la primera copa. Con todo, es muy posible que se refiera a la totalidad de los seres vivos. En este caso, la plaga es de dimensiones inimaginables. Debe entenderse las consecuencias que produciría en la tierra una mortandad semejante. Es necesario recordar que la vida en mayor dimensión y volumen está en el mar. La contaminación de millones de seres vivos muertos, el hedor de la descomposición de sus cuerpos y la disminución de las reservas vitales de alimento para los hombres, alcanzaría una situación apocalíptica indescriptible. Además, es necesario entender también, que se trata de la culminación de la ira de Dios sobre la impiedad de los hombres. El mar y la creación en general serán regenerados en la segunda venida del Señor Jesucristo para establecer el reino mesiánico sobre la tierra. No se trata de consecuencias de acciones humanas, como podría ser la de una gran guerra, o incluso de la contaminación producida por la mala gestión de los recursos naturales del planeta, en lo que al mar se refiere, que llegaría, supuestamente, un momento en que la vida en el mar sería imposible, se trata de una acción inmediata, fulminante y judicial procedente de Dios. No es el resultado del hombre, sino la acción sobrenatural de Dios.

La tercera copa: juicio sobre los ríos (16:4).

4. El tercer ángel derramó su copa sobre los ríos, y sobre las fuentes de aguas, y se convirtieron en sangre.

Καὶ ὁ τρίτος ἐξέχεεν τὴν φιάλην αὐτοῦ εἰς τοὺς ποταμοὺς καὶ τὰς
Y el tercero derramó la pátera de él en los ríos y las
πηγὰς τῶν ὑδάτων, καὶ ἐγένετο[1] αἷμα.
fuentes de las aguas y se volvió sangre.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] ἐγένετο, *se volvió*, lectura de mediana seguridad, atestiguada en א, C, 051, 205, 209, *Biz* [P, 046], it^{ar}, vg, arm, eth, Andrés, Beato.

ἐγένοντο, *se hicieron*, como se lee en **p**^{47}, A, 1006, 1611, 1841, 1854, 2053, 2329, it$^{gig, h}$, vg^{ms}, syr$^{ph, h}$, cop$^{sa, bo}$, eth^{mss}, Primasio.

La continuación se establece una vez más mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; seguido de τρίτος, adjetivo numeral ordinal *tercero*; ἐξέχεεν, tercera persona singular del aoristo segundo

de indicativo en voz activa del verbo ἐκχέω, verbo intensificado con la preposición ἐκ, que expresa la idea de *derramar, verter fuera*, incluso en ocasiones se traduce por *esparcir*, aquí como *derramó*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; φιάλην, caso acusativo femenino singular del sustantivo *pátera, copa*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*; εἰς, preposición de acusativo *en*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; ποταμοὺς, caso acusativo masculino plural del sustantivo *ríos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; πηγὰς, caso acusativo femenino plural del sustantivo *fuentes, manantiales*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *de los*, femenino en castellano al referirse a *aguas*; ὑδάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *aguas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; el agua ἐγένετο, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, originarse,* aquí como *se originó, se hizo, se produjo*, *se volvió*, *se hizo*; αἷμα, caso nominativo neutro singular del sustantivo *sangre.*

Καὶ ὁ τρίτος ἐξέχεεν τὴν φιάλην αὐτοῦ εἰς τοὺς ποταμοὺς καὶ τὰς Καὶ ὁ τρίτος ἐξέχεεν τὴν φιάλην αὐτοῦ εἰς τοὺς ποταμοὺς καὶ τὰς. El juicio divino alcanza a toda la tierra en el más amplió ámbito de extensión. El primer juicio alcanzó a todos los hombres, el segundo al mar y este tercero a las aguas dulces, tanto en los ríos como en los manantiales; de otro modo, el juicio alcanza el agua potable para la vida en la tierra. La plaga aumenta la situación producida por la contaminación del mar. La plaga de la tercera trompeta había sido una advertencia solemne de lo que podía ocurrir en caso de persistir los hombres en su rebeldía contra Dios. En aquella ocasión la acción judicial afectó a la tercera parte de los ríos y de las fuentes de aguas (8:10), aquí la totalidad de las aguas dulces de todo el planeta quedan afectadas por el juicio de Dios.

Καὶ ἐγένετο αἷμα. La consecuencia es semejante a la producida en el mar, convirtiéndose en sangre, aunque no dice que fue como de un muerto, sin embargo, aunque no fuesen aguas insalubres, el sólo hecho de ser como sangre, impediría usarlas para el consumo habitual. Imaginar una situación semejante bajo el juicio de Dios, sería más que suficiente motivo para que los hombres volviesen incondicionalmente a Él, sin embargo, actualmente, la lectura de los anuncios proféticos producen sonrisas incrédulas y consideraciones impías en relación con la intervención judicial de Dios. Las advertencias bíblicas aumentan la incredulidad de los corazones endurecidos por el pecado que no advierten en todo esto un mensaje de gracia llamándoles al arrepentimiento y a refugiarse en la gracia y misericordia de Dios. Es sorprendente la dureza y rebeldía humanas, insensibles a la voz de Dios que se hace notar patentemente en los juicios que golpean el mundo. Sin duda tales efectos serán percibidos por los hombres como algo sobrenatural, sin embargo permanecen insensibles y rebeldes al llamado de Dios.

Doxología celestial (16:5-7).

5. Y oí al ángel de las aguas, que decía. Justo eres tú, oh Señor, el que eres y que eras, el Santo, porque has juzgado estas cosas.

Καὶ ἤκουσα τοῦ ἀγγέλου τῶν ὑδάτων λέγοντος·
Y oí al ángel de las aguas que decía:
δίκαιος εἶ, ὁ ὢν καὶ ὁ ἦν,
Justo eres el es y el era
ὁ ὅσιος,
el Santo,
ὅτι ταῦτα ἔκρινας,
pues esto juzgaste.

Notas y análisis del texto griego.

En medio de la descripción de los juicios con el vertido de las copas, se introduce una expresión de alabanza celestial que se vincula también mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; ἤκουσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκούω, *oír*, aquí como *oí*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *al*; ἀγγέλου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *ángel*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *del*, femenino en castellano al referirse a *aguas*; ὑδάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *aguas*; λέγοντος, caso genitivo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir, expresar,* aquí como *que decía*. La cláusula siguiente inicia el traslado de las palabras de alabanza del ángel de las aguas con δίκαιος, adjetivo que expresa la condición de *justo*; εἶ, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar,* aquí como *eres*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ὢν, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo εἰμι, *ser o estar,* aquí como *que es*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἦν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *era*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ὅσιος, caso nominativo masculino singular del adjetivo calificativo *santo*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; ταῦτα, acusativo neutro plural del pronombre demostrativo, *esto*; ἔκρινας, segunda persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo κρίνω, *juzgar*, *condenar, decidir, llamar a juicio*, aquí como *juzgaste*.

Καὶ ἤκουσα τοῦ ἀγγέλου τῶν ὑδάτων λέγοντος. La justicia de Dios impacta en los ángeles alabándole por sus acciones siempre justas. Seguida a la operación del tercer ángel, Juan oye la alabanza de quien llama el ἀγγέλου τῶν ὑδάτων, *"ángel de las aguas"*. ¿Qué clase de ángel es este o cual es su ministerio? Debe tratarse de un ángel bajo cuyo control están las aguas en la tierra, conforme a lo que en la literatura judía de los tiempos de Juan se entendía, poniendo los recursos naturales bajo la supervisión de ángeles, como

también se aprecia en el Apocalipsis al hablar de los ángeles que controlaban los cuatro vientos en la tierra (7:1). Recientemente se hizo alusión al ángel con poder sobre el fuego (14:18).No debe perderse de vista que en el tiempo actual, el mundo está sujeto a ángeles (He. 2:5). Con todo, no es posible una mayor precisión a la luz del texto bíblico. Es preciso, sin embargo, entender que los ángeles como seres creados por Dios, están a su servicio, ejecutando su voluntad en todo el universo creado por Él (Sal. 104:4).

Δίκαιος εἶ. La alabanza expresada descansa primeramente en la glorificación de Dios por su justicia. Todos los juicios divinos, aunque con tanta intensidad como los descritos, son expresión de su perfecta justicia. Ninguna acción relativa con el envío de todas estas tremendas plagas está fuera de la razón justa de Dios, en una equilibrada manifestación de su ira a causa del pecado del hombre. La alabanza tiene que ver, pues, en primer término, con la justicia divina El salmista dice: *"Los juicios de Jehová son verdad, todos justos"* (Sal. 19:9b). El amor no entra en conflicto con las otras perfecciones de la Deidad. Dios ama intensamente al mundo de los hombres que se pierden (Jn. 3:16), pero esto no evita que la justicia de Dios se manifieste por necesidad existencial de Dios, que juzgará al mundo con justicia (Hch. 17:30, 31; Ro. 2:3, 6). El Todopoderoso advirtió al hombre de las consecuencias de su pecado (Gn. 2:17; Ro. 1:32; 5:12; 6:16, 21, 23; 8:6, 13), y en misericordia provee de Salvador, pero la fidelidad de Dios exige que juzgue con justicia al pecador que rebelde no se acoja a la gracia salvadora provista en la Persona y obra de Jesucristo.

El segundo motivo de alabanza tiene que ver con la eternidad divina. El ángel de las aguas alaba a Dios porque es eterno. Es notable el giro idiomático para construir la expresión ὁ ὢν καὶ ὁ ἦν, *"el que es y el que era"*. Aparece en el texto griego una construcción con un participio de presente y un imperfecto del mismo verbo, unidos, con cuya construcción se expresa una formula de continuidad absoluta en el tiempo. Precedidos los tiempos verbales de artículo dan expresión nominal, como un nombre o título de eternidad que no puede corresponder más que a Dios. Sólo Él tiene una eterna existencia, sin afectación de tiempo. Es, por tanto, una clara referencia a la esencia divina.

Un tercer motivo de alabanza lo constituye la santidad de Dios: ὁ ὅσιος, *el Santo*. De nuevo se usa en el texto griego el adjetivo que se refiere a santidad esencia, en relación con Dios. Nadie como Él y nadie más que Él en esa santidad personal. La absoluta separación de Dios de cualquier acción injusta o situación pecaminosa hace que todas sus obras, incluidas las manifestaciones judiciales, revistan absoluta justicia. Alguien pudiera considerar, subjetivamente, que las plagas son excesivas para un Dios misericordioso, sin embargo debe entender que procediendo de un Dios santo no pueden ser

expresiones de ningún tipo de imperfección como sería la injusticia. El Santo está interviniendo en santidad, por tanto, en absoluta justicia.

La razón final de la alabanza es que Dios ὅτι ταῦτα ἔκρινας, *"ha juzgado esto"*. Generalmente se traduce el pronombre demostrativo *esto* como *estas cosas*, es decir, *todo esto*. Los juicios de Dios son manifestación de su acción sobre *esto,* es decir las múltiples expresiones de impiedad que los hombres ejecutan en medio del sistema pecaminoso establecido en la tierra por el Anticristo. Mientras que la filosofía humana rechaza la idea de una actuación semejante en un Dios de gracia, la enseñanza bíblica pone en un mismo nivel, como corresponde a la perfección divina infinita y absolutamente equilibrada en todas sus perfecciones, la acción judicial de Dios que siempre juzga con justicia (Hch. 17:31). Los hombres que reciben las plagas son dignos de ello.

6. Por cuanto derramaron la sangre de los santos y de los profetas, también tú les has dado a beber sangre; pues lo merecen.

ὅτι αἷμα ἁγίων καὶ προφητῶν ἐξέχεαν
Pues sangre de santos y profetas derramaron
καὶ αἷμα αὐτοῖς δέδωκας πιεῖν,
también sangre les has dado a beber
ἄξιοι εἰσιν.
dignos son.

Notas y análisis del texto griego.

Una cláusula de condición se establece mediante el uso de ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; αἷμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *sangre*; ἁγίων, caso genitivo masculino plural del adjetivo que expresa la condición *de santos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; προφητῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo *profetas*; ἐξέχεαν, tercera persona plural del aoristo de indicativo en voz activa del verbo ἐκχέω, *derramar*, aquí como *derramaron*; καὶ, conjunción copulativa *y*; αἷμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *sangre*; αὐτοῖς, caso dativo masculino plural del pronombre personal *les*; δέδωκας, segunda persona plural del perfecto de indicativo en voz activa del verbo δίδωμι, *conceder, permitir, entregar, confiar, producir, dar*, aquí como *has dado*; πιεῖν, aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo πίνω, *beber*, aquí como *beber*; ἄξιοι, caso nominativo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de *digno*; εἰσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activo del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *son.*

Ὅτι αἷμα ἁγίων καὶ προφητῶν ἐξέχεαν. Dios es alabado por su obrar justo. La justicia retributiva se pone de manifiesto una vez más en este *talión*, donde Dios le da una justa remuneración a todo cuanto habían hecho. Estos que reciben las plagas de Dios, en la dimensión de la contaminación de las aguas convertidas en sangre, habían antes *derramado* la sangre de los *santos*

y de los profetas. Ellos derramaron la sangre de los verdaderos adoradores de Dios, muchos de los cuales fueron muertos por el testimonio de su fe y fidelidad. Este pecado se ha manifestado antes, es la reacción perversa de las naciones unidas contra Dios que se concreta en el acoso, persecución e incluso muerte de los santos (11:18).

Frente a la acción de las naciones que se *airaron*, está la acción de Dios expresada con toda firmeza: ὅτι αἷμα ἁγίων καὶ προφητῶν ἐξέχεαν, *"tú también les has dado a beber sangre"*. Nuevamente el verbo da idea de una acción consumada. Es un ejemplo más de futuro profético establecido mediante un pasado cumplido. Los hombres han negado permanentemente la capacidad de Dios para intervenir en su ira. Algunos lo han hecho desafiante y burlonamente, refiriéndose al largo tiempo desde que fue profetizada la acción de Dios sin que aparentemente se lleve a cabo, ignorando la benignidad de Dios que se autocontrola para ejercer su paciencia en vistas a la salvación (2 P. 3:3-4). Dios no intervino antes porque estaba dando tiempo a su misericordia (2 P. 3:8-9). La intervención de la ira de Dios pondrá fin a la rebelión de los hombres contra Él. La acción de respuesta divina al desafío humano se manifiesta en el ejercicio de su justicia retributiva. Aunque escatológicamente hay una progresión de juicios, la profecía los da por hechos ya que corresponde al plan de Dios.

῎Αξιοι εἰσιν. Los hombres airados contra Dios *derramaron* la sangre de los santos y de los profetas, expresión equivalente a *condenarlos a muerte*. Como corresponde a un acto injusto, Dios les da a beber a ellos sangre, dicho de otro modo, como recompensa a la sangre vertida, tienen ellos un baño de sangre. Los que vertieron la sangre de los santos, no beberán agua, sino sangre como de muerto. La expresión ἄξιοι εἰσιν, *"pues lo merecen"* pone de manifiesto que las acciones impías de los hombres serán el baremo divino para recompensarles conforme a sus impiedades. Es necesario reconocer que Dios no puede ser burlado y lo que el hombre siembra, eso mismo siega (Gá. 6:7). Por esa justicia perfecta, el ángel de las aguas alaba a Dios, como escribe el profesor Bartina:

"Dirige el ángel esos merecidísimos epítetos a la Divinidad, en alabanza cumplida, por causa del modo como ha actuado en el castigo de la segunda y tercera fiala[5]*-plaga. Es un justo talión. Los del reino de la bestia vertieron la sangre martirial de los santos, es decir, de los cristianos fieles a su fe hasta la muerte, y de los profetas, es decir, de los predicadores del Evangelio que les anunciaban el camino de verdad y salvación y el único modo de evitar esos*

[5] *Fiala*, es la traducción o transliteración de la palabra griega *pátera*, o *copa.*

castigos divinos, y, al no querer cambiar de conducta, ahora les ha llegado el momento en que Dios les haga beber sangre de punición. Son dignos de ello”[6].

7. También oí a otro, que desde el altar decía: Ciertamente, Señor Dios Todopoderoso, tus juicios son verdaderos y justos.

Καὶ ἤκουσα τοῦ θυσιαστηρίου λέγοντος·
Y oí al altar que decía:
ναὶ Κύριε ὁ Θεὸς ὁ Παντοκράτωρ,
Si, Señor, el Dios el Todopoderoso
ἀληθιναὶ καὶ δίκαιαι αἱ κρίσεις σου.
verdaderos y justos los juicios de ti.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue la doxología con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἤκουσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκούω, *oír*, aquí como *oí*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *al*; θυσιαστηρίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *altar*; λέγοντος, caso genitivo neutro singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir*, aquí como *que dice*, traducido en tiempo pasado para una mejor vinculación con la narración. La siguiente cláusula registra lo que Juan oyó del altar, comenzando con ναί, partícula, que equivale a *si*; Κύριε, caso vocativo masculino singular del nombre *Señor*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el,* que no se usa en español por determinar a nombre; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el,* que no se usa en español por determinar a nombre; Παντοκράτωρ, caso nominativo masculino singular del nombre *Pantocrátor, omnipotente, dominador universal, Todopoderoso*; ἀληθιναὶ, caso nominativo femenino plural del adjetivo *verdaderos*, masculino en español; καὶ, conjunción copulativa *y*; δίκαιαι, caso nominativo femenino plural del adjetivo *justos*, masculino en castellano; καὶ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; κρίσεις, caso nominativo femenino plural del sustantivo *juicios*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal *de ti*.

Καὶ ἤκουσα τοῦ θυσιαστηρίου λέγοντος. Una nueva voz que Juan escucha, procede del altar. Es la única vez en Apocalipsis que el altar *habla*. La expresión que aparece en RV60 *“oí a otro”* no se atestigua en ninguno de los mss. y se incorporó para una mejor comprensión. Es una voz que hace eco a la doxología del ángel de las aguas. El escritor usa una prosopopeya, que atribuye a cosas inanimadas, incorpóreas o abstractas, acciones y cualidades propias de un ser animado, en este caso se refiere de este modo a la voz como τοῦ θυσιαστηρίου, *al altar,* es decir, *“del altar”*. ¿De quien es la voz que se

[6] Sebastián Bartina. o.c., pág. 767.

atribuye al altar? Algunos la atribuyen a Jesucristo, como pudiera entenderse por algunas vinculaciones del altar con la obra redentora (He. 13:10). Sin embargo estas palabras no son propias del Hijo de Dios. Pudieran ser de un ángel, como ocurre repetidamente en el libro. Tal vez mejor la voz misma del altar personificado pudiera identificarse con las súplicas de los santos (6:9). Con todo, no debe olvidarse que el altar está vinculado mayoritariamente a lo largo del Apocalipsis con juicio (6:9; 8:3-5; 9:13; 14:18; 16:7). La voz del altar concuerda también con el juicio de Dios: *"tus juicios son verdaderos y justos"*.

Ναὶ Κύριε ὁ Θεὸς ὁ Παντοκράτωρ. La voz *del* o *desde* el altar confirma el testimonio del ángel. *Ciertamente*, equivale a una afirmación, como si dijese: *"Si, es cierto lo que dice el ángel"*. Los epítetos que ensalzan a Dios ocurren en otras doxologías. Dios es el Señor, que es también uno de sus nombres o títulos personales. Es una clara alusión a la soberanía, dominio y señorío que le corresponden. Además se le proclama como Dios, con artículo definido en el texto griego, lo que enfatiza la realidad del único y verdadero Dios. Además es también el Todopoderoso, el que tiene dominio a causa de su omnipotencia. Los juicios de Dios, es decir, la acción de Dios para ejercer y ejecutar justicia, son fieles e imparciales, por lo que son *justos*. Es el único Juez justo, porque conoce no sólo los hechos, sino las intenciones que los motivan.

᾿Αληθιναὶ καὶ δίκαιαι αἱ κρίσεις σου. La voz del altar proclama que los juicios divinos no son arbitrarios y caprichosos, sino verdaderos y justos. Todos los hechos que Dios produzca en la ejecución de sus juicios justos, tendrán plena vindicación como tales. Además, Juan oye que se le llama también a Dios, ὁ Παντοκράτωρ, *Todopoderoso*, por tanto, no solo hará honor a su palabra en todo cuanto anuncia como venidero, sino que lo llevará a cabo por cuanto tiene poder para hacerlo. Es el *Dominador* de todo y sobre todo. En el Antiguo Testamento se le llama *Yahvé Sebaot*, el Dios de los ejércitos, Señor de la historia. La voz que Juan oyó proclamaba también que los juicios del Señor *"son verdaderos y justos"*. El término *juicio*, como se ha considerado antes, es la intervención de Dios en la historia de la humanidad, en este caso concreto para derramar el furor de su ira sobre quienes voluntariamente se han aliado contra Él, siguiendo al dragón, al Anticristo y al falso profeta. Tales juicios son *justos*, dando retribución conforme a las obras de los malos, sin excederse un ápice de la medida justa. Pero, además, son *verdaderos*, que como corresponde al pensamiento semita, lleva aparejada la idea de fidelidad que acarrea una consecuencia. Dios es inmutable e inalterable, actuando consecuentemente en el momento oportuno conforme a sus designios. Ha llegado la hora del juicio sobre el mundo, que ya antes había sido anunciada, y la acción de Dios ejecuta juicio en la dimensión de su justicia perfecta. Dios es el único Juez perfecto, porque conoce no sólo los hechos, sino las intenciones que los motivan.

La cuarta copa: calor abrasador (16:8-9).

8. El cuarto ángel derramó su copa sobre el sol, al cual fue dado quemar a los hombres con fuego

Καὶ ὁ τέταρτος ἐξέχεεν τὴν φιάλην αὐτοῦ ἐπὶ τὸν ἥλιον, καὶ ἐδόθη
Y el cuarto derramó la pátera de Él sobre el sol, y fue dado
αὐτῷ καυματίσαι τοὺς ἀνθρώπους ἐν πυρί.
le abrasar a los hombres con fuego.

Notas y análisis del texto griego.

Con καὶ, conjunción copulativa *y*; Juan introduce la acción y consecuencias de la cuarta copa, ya que ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; τέταρτος caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral ordinal *cuarto*; ἐξέχεεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἐκχέω, verbo intensificado con la preposición ἐκ, que expresa la idea de *derramar, verter fuera*, incluso en ocasiones se traduce por *esparcir*, aquí como *derramó*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; φιάλην, caso acusativo femenino singular del sustantivo *pátera, copa*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*; la pátera se derramó ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἥλιον, caso acusativo masculino singular del nombre *sol*; καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de ἐδόθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo δίδωμι, *dar, entregar,* aquí como *fue dado*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *le*; καυματίσαι, aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo καυματίζω, *quemar, abrasar,* aquí como *abrasar*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *a los*; ἀνθρώπους, caso acusativo masculino plural del sustantivo genérico *hombres, personas*; ἐν, preposición de dativo *con*; πυρί, caso dativo masculino singular del sustantivo *fuego*.

Καὶ ὁ τέταρτος ἐξέχεεν τὴν φιάλην αὐτοῦ ἐπὶ τὸν ἥλιον. El cuarto ángel derramó su copa sobre el sol. Es interesante apreciar una variación en la preposición que Juan usa aquí en contraste con las tres anteriores; antes uso una preposición[7] que puede traducirse por *en* o incluso *hacia*, mientras que ahora usa una[8] que equivale literalmente a *sobre*. Esta cuarta plaga afecta a la principal fuente de energía para la vida en la tierra.

Καὶ ἐδόθη αὐτῷ καυματίσαι τοὺς ἀνθρώπους ἐν πυρί. Como anteriormente con motivo de la cuarta trompeta, el juicio divino afectó a una tercera parte del sol, ahora el juicio se intensifica para afectar al sol profundamente, incrementando el calor producido por el astro. Juan dice

---

[7] Griego: εἰς.
[8] Griego: ἐπὶ.

enfáticamente que ἐδόθη αὐτῷ, *"le fue dado"*, en sentido de *conceder* algo que antes no tenía o, por lo menos, no se manifestaba en esa intensidad. Es como si el contenido de la copa vertida sobre el sol hiciera el efecto de atizar aquello que produce su calor, de modo que al incremento de la intensidad el sol quema a los hombres. El Creador controla todos los detalles de su creación y tiene capacidad para alterar o modificar las leyes que estableció antes para el sol. En lugar de resultar benéfico para los hombres se le *permite* o se le *encomienda* que aumente su calor sobre la tierra. Como en tantos otros lugares de la Biblia, también aquí los astros están al servicio del Creador en la ejecución de su programa divinamente establecido.

La acción del sol y los resultados que produce se expresan mediante un verbo[9] que significa *quemar*, *abrasar*. La acción verbal es reforzada en el texto griego al leerse que los hombres son καυματίσαι τοὺς ἀνθρώπους ἐν πυρί, *"quemados con fuego"*. Es necesario entender que esta acción no es la inherente en el astro y sus efectos, sino que obedece a una acción sobrenatural ordenada por Dios en la ejecución de sus juicios sobre los hombres. ¿Qué hombres serán estos? ¿Se refiere a la totalidad de los hombres, es decir, de las personas en la tierra? No hay concreción en esto, pero, a causa de las otras acciones judiciales anteriores, puede suponerse que la acción del sol se determina para todos aquellos que tienen la marca del Anticristo y le adoran. La selección judicial de Dios señala a quienes deben ser objetos del juicio divinos, que son los que han seguido a la bestia y tienen su señal (14:9-11).

9. Y los hombres se quemaron con el gran calor, y blasfemaron el nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas, y no se arrepintieron para darle gloria.

καὶ ἐκαυματίσθησαν οἱ ἄνθρωποι καῦμα μέγα καὶ ἐβλασφήμησαν τὸ
Y fueron abrasados los hombres con calor grande y blasfemaron el
ὄνομα τοῦ Θεοῦ τοῦ ἔχοντος τὴν ἐξουσίαν ἐπὶ τὰς πληγὰς ταύτας
nombre - de Dios el que tenía la autoridad sobre las plagas estas
καὶ οὐ μετενόησαν δοῦναι αὐτῷ δόξαν.
y no se arrepintieron para dar le gloria.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue el relato usando como nexo de vinculación con lo que antecede καὶ, conjunción copulativa *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἄνθρωποι, caso nominativo masculino plural del sustantivo genérico *hombres, personas*; καῦμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *calor*; μέγα, caso acusativo neutro singular del adjetivo *grande*; καὶ, conjunción copulativa *y*;

[9] Griego: καυματίζω.

ἐβλασφήμησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo βλασφημέω, *hablar mal, maldecir, blasfemar*, aquí como *blasfemaron*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; ὄνομα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *nombre*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en castellano en esta construcción al preceder a nombre; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *de Dios*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; ἔχοντος, caso genitivo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, en este caso como *que tiene*; si bien el verbo está en presente, con todo, a causa de un hebraísmo, por *wau* inverso o por sucesión de tiempo finito en un participio, puede traducirse por pasado, como *que tenía*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐξουσίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *autoridad, capacidad operativa*; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; πληγὰς, caso acusativo femenino plural del sustantivo *plagas*; ταύτας, caso acusativo femenino plural del pronombre demostrativo *estas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οὐ, adverbio de negación plena *no*; μετενόησαν tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo μετανοέω, *arrepentirse*, aquí como *se arrepintieron*; δοῦναι, aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar, conceder, permitir, entregar, confiar, devolver, producir, colocar, señalar,* aquí como *para dar*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *le*; δόξαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *gloria.*

Καὶ ἐκαυματίσθησαν οἱ ἄνθρωποι καῦμα μέγα. El intenso calor producido por el sol como consecuencia del derramamiento sobre él de la cuarta copa, hizo un efecto inmediato y tremendo sobre los hombres, *quemándolos*, o *abrasándolos*, como se lee en el texto griego en forma intensificada: *fueron abrasados con calor grande*. Los efectos de esta plaga son terribles, posiblemente algo nunca experimentado antes. No cabía duda alguna que aquello era una acción sobrenatural procedente de Dios. Aquella situación era evidencia de la intervención de Dios.

Καὶ ἐβλασφήμησαν τὸ ὄνομα τοῦ Θεοῦ τοῦ ἔχοντος τὴν ἐξουσίαν ἐπὶ τὰς πληγὰς ταύτας. Sin embargo, ciegos a la acción de Dios que, por medio de ese juicio, los guiaba al arrepentimiento, blasfeman de la manifestación sobrenatural de Dios, blasfemando de Dios mismo. El término *blasfemar*, tiene que ver en su aspecto general con hablar mal, lo que en otro sinónimo equivale a *condenar, maldecir, renegar,* usando aquí un lenguaje coloquial sería *echar pestes* contra Dios. Estos impíos persisten en su maldad y no quieren cambiar de conducta en un verdadero arrepentimiento. Este estado de rebeldía conduce a los hombres a una actitud desafiante contra el Soberano, blasfemando de Él cuando es juzgado. Están culpando a Dios de responsabilidad en toda la grave situación en que se encontraban, como si el amor de Dios, que se manifestó en todo el tiempo de la historia del hombre incluyendo el tiempo de la tribulación, no fuese cierto. Están acusando a Dios

de injusto por enviar, o en cualquier caso, por permitir una situación semejante. La actitud del hombre persiste en idéntica manera en cualquier tiempo.

Καὶ οὐ μετενόησαν δοῦναι αὐτῷ δόξαν. Los hombres *"no se arrepintieron"*, en sentido de negarse voluntariamente a ello. La obstinación de ellos es de tal magnitud que, a pesar de conocer que Dios está interviniendo, siguen rebeldes y arrogantes delante de Él, negándose a *"darle gloria"*. Esta rebeldía abre la puerta a la justicia divina para persistir en sus juicios e intensificar sus justas acciones sobre ellos. Esto mismo consideró el apóstol Pablo en su Epístola a los Romanos (Ro. 2:1-6). A pesar de la revelación divina por medio de las muchas vías que Dios ha utilizado, el pecador no tiene defensa, ni justificación a su rebeldía. En su razonamiento necio ha buscado disculpas personales de su actuación que al mismo tiempo son incriminatorias contra Dios, acusándole de injusto. Sin embargo, el hombre debe saber que Dios no hace acepción de personas, por tanto no hay modo de eludir la justicia divina desde la base de la justicia humana, que es una notoria injusticia. La bondad de Dios al no intervenir inmediata y directamente sobre el pecador en juicio en cada instante, no es una manifestación de desinterés o tolerancia, sino una admirable prueba de su amor. Dios está lleno en grado infinito de *benignidad*, e igualmente de *paciencia* y *longanimidad*. Pero, la negativa del hombre al arrepentimiento supone un estado que acarrea ira, atesorándola, es decir, almacenando juicio sobre sí a causa del pecado. Todo pecador que no ha creído está bajo la ira de Dios (Jn. 3:36). La calma divina es un acto de gracia que espera el arrepentimiento del pecador. Esa ira adquiere una expresión definitiva en el tiempo en que Dios actuará en juicio sobre el mundo. En ese momento, como se está considerando *"pagará a cada uno conforme a sus obras"*. Esto debiera servir de advertencia también para los creyentes. Es seguro que ningún salvo vendrá a condenación por su pecado, pero, no es menos cierto que si lo practica no está libre del juicio de Dios sobre él (He. 10:30-31).

La quinta copa: tinieblas (16:10-11).

10. El quinto ángel derramó su copa sobre el trono de la bestia, y su reino se cubrió de tinieblas, y morían de dolor sus lenguas.

Καὶ ὁ πέμπτος ἐξέχεεν τὴν φιάλην αὐτοῦ ἐπὶ τὸν θρόνον τοῦ θηρίου,
Y el quinto derramó la pátera de él sobre el trono de la bestia
καὶ ἐγένετο ἡ βασιλεία αὐτοῦ ἐσκοτωμένη, καὶ ἐμασῶντο τὰς
y se hizo el reino de él sumido en tinieblas y se mordían las
γλώσσας αὐτῶν ἐκ τοῦ πόνου,
lenguas de ellos por el dolor.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad entra el relato de la quinta copa con καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; πέμπτος caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral ordinal *quinto*; ἐξέχεεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἐκχέω, verbo intensificado con la preposición ἐκ, que expresa la idea de *derramar, verter fuera*, incluso en ocasiones se traduce por *esparcir*, aquí como *derramó*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; φιάλην, caso acusativo femenino singular del sustantivo *pátera, copa*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*; la pátera se derramó ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; θρόνον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *trono*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *del*, femenino en castellano al referirse a *bestia*; θηρίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *animal salvaje, bestia*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐγένετο, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, originarse,* aquí como *se originó, se hizo, se produjo*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la,* en español masculino al referirse a reino; βασιλεία, caso nominativo femenino singular del sustantivo *reino*; αὐτοῦ, caso genitivo neutro singular del pronombre personal *de él*; ἐσκοτωμένη, caso nominativo femenino singular del participio de presente en voz pasiva del verbo σκοτόομαι, *oscurecerse, entenebrecerse*, de ahí la traducción *sumido en tinieblas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐμασῶντο, tercera persona plural del imperfecto de indicativo en voz media del verbo μασαόμαι, *morder, morderse,* aquí como *se mordían*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; γλώσσας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *lenguas*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; ἐκ, preposición de genitivo *por*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; πόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota, *trabajo, esfuerzo, fatiga,* de ahí *fatiga angustiosa, sufrimiento.*

Καὶ ὁ πέμπτος ἐξέχεεν τὴν φιάλην αὐτοῦ ἐπὶ τὸν θρόνον τοῦ θηρίου. En una sucesión continuada de juicio, el quinto ángel derramó la copa que había recibido llena del furor de la ira de Dios. El destino de esta copa tenía como objetivo el trono de la bestia, es decir, el lugar en donde se manifestaba la acción de gobierno y autoridad del Anticristo. De otro modo, al tener como objetivo el trono, tenía también como objetivo la primera bestia. Es un derramar juicio sobre la civilización y organización diabólica del tiempo final de la historia presente. ¿En que lugar estará el trono de la bestia? Dos posiciones son posibles, una el lugar inicial desde donde comenzó a regir el imperio reconstruido sobre el antiguo Imperio Romano. Tal vez el lugar de gobierno sea Roma, aunque siempre sin dogmatizar. Una segunda posición permite entender que ya que el Anticristo y sus ejércitos se trasladaron a Palestina, con el pretexto de defender a su aliado Israel, con quien había firmado un pacto con el que se iniciará la última semana de Daniel (Dn. 9:27), y que había sido invadido por los ejércitos del Reino del Norte y del Reino del Sur (Ez. 38:1 ss; Dn. 11:40-41); en ese caso el trono estaría situado en Jerusalén, o en algún lugar

cercano (Dn. 11:45). Sin embargo, lo interesante no es el lugar físico en que se encuentre ubicado, sino la procedencia del mismo. Al Anticristo le habrá sido dado su autoridad, poder y trono por el mismo Satanás (13:2), por tanto, el trono que queda bajo juicio es el trono de Satanás, que no podrá impedir la acción divina sobre él. Satanás ejerce autoridad sobre los reinos del mundo que están bajo su potestad (Mt. 4:8, 9; 1 Jn. 5:19). La quinta plaga va dirigida contra el centro de autoridad del gobierno del Anticristo en la tierra.

Καὶ ἐγένετο ἡ βασιλεία αὐτοῦ ἐσκοτωμένη. La consecuencia es que *"el reino se cubrió de tinieblas"*. Una oscuridad sobrenatural cubrió el reino del Anticristo. Sin duda trae a la mente la acción divina contra Egipto (Ex. 10:23). Como en aquella ocasión histórica, las tinieblas afectarán solo al *reino del Anticristo*, con lo que, probablemente, habrá luz en las moradas de los santos. ¿Qué extensión alcanzarán las tinieblas? Al referirse al reino del Anticristo, permite entender que la oscuridad cubrirá toda la extensión de su reino, que esta época es prácticamente mundial, salvo el conjunto de pueblos que se llaman *"los reyes de oriente"* (Dn. 11:44). Es una manifestación visible de la consecuencia de un mundo que rechazará abiertamente a Cristo, que siendo la *luz* verdadera (Jn. 8:12), queda sumido en tinieblas, conforme a su propia decisión. Una progresión de juicio alcanza aquí el cenit en un conjunto que plagas que produce frustración y dolor. Primero las úlceras (v. 2), luego la sed (v. 4) y, finalmente, la oscuridad.

La situación produce consecuencias en los hombres que ἐμασῶντο τὰς γλώσσας αὐτῶν ἐκ τοῦ πόνου, *"mordían de dolor sus lenguas"*. Las gentes alcanzarán una situación de desespero intensa que les lleva a morderse las lenguas, expresión del lenguaje figurado con que se expresa la idea de una manifestación de dolor y angustia intensa. Como se dice antes, las ulceras, la sed y finalmente el calor abrasador del sol conducen a una situación desesperante para todos los que se vean involucrados en los juicios de Dios. El sustantivo que utiliza Juan y que se traduce como *dolor*, expresa la idea de *angustia, aflicción,* algo insoportable.

11. Y blasfemaron contra el Dios del cielo por sus dolores y por sus úlceras, y no se arrepintieron de sus obras.

καὶ ἐβλασφήμησαν τὸν Θεὸν τοῦ οὐρανοῦ ἐκ τῶν πόνων αὐτῶν καὶ
Y blasfemaron del Dios del cielo por los dolores de ellos y
ἐκ τῶν ἑλκῶν αὐτῶν καὶ οὐ μετενόησαν ἐκ τῶν ἔργων αὐτῶν.
por las úlceras de ellos y no se arrepintieron de las obras de ellos.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue el relato con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐβλασφήμησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo βλασφημέω, *hablar mal, maldecir, blasfemar*, aquí como *blasfemaron*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεοῦ, caso acusativo masculino singular del nombre *de Dios*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; οὐρανοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *cielo*; ἐκ, preposición de genitivo *por*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; πόνων, caso genitivo masculino plural del sustantivo que en este caso denota *dolores*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐκ, preposición de genitivo *por*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*, femenino en castellano, *las*; ἑλκῶν, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *tumor, úlcera, llaga*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οὐ, adverbio de negación absoluta *no*, que negativiza a μετενόησαν tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo μετανοέω, *arrepentirse*, aquí como *se arrepintieron*; ἐκ, preposición que rige genitivo, *de*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*, femenino en castellano *las*; ἔργων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *obras, actividades, operaciones*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos.*

Καὶ ἐβλασφήμησαν τὸν Θεὸν τοῦ οὐρανοῦ. La impiedad se manifiesta insistentemente. Los seguidores del Anticristo responsabilizan a Dios de sus dolores, enfermedades y cataclismos que experimentan. La reacción de ellos consistía en *blasfemar*, hablar mal, culpar, denostar a Dios. Lo hicieron contra τὸν Θεὸν τοῦ οὐρανοῦ, *el Dios del cielo.* El título aparece por segunda vez en el libro (11:13) y sirve para expresar por contraste al único Dios verdadero con los dioses falsos de los hombres. La autoridad del Dios del cielo es evidente, por cuanto el *dios* de este mundo, Satanás, su gobernante el Anticristo y el falso profeta, no podían contener la actuación de los juicios que el Dios del cielo enviaba sobre el mundo. Este título aparece varias veces en la profecía de Daniel (Dn. 2:18, 19, 28, 37, 44). El *Dios del cielo* es el Soberano sobre el universo y la tierra.

᾿Εκ τῶν πόνων αὐτῶν καὶ ἐκ τῶν ἑλκῶν αὐτῶν. Maldecían al Señor, no sólo por las tinieblas, sino por los dolores que padecían. Los dolores deben vincularse con las *úlceras* que se habían manifestado en sus cuerpos. Todo ello es el reflejo de las plagas que cayeron sobre los egipcios antes de la salida de Israel. Los hombres reconocían que la mano de Dios enviaba todo aquello y que se trataba de un juicio divino, pero sus corazones endurecidos les conducían a despreciar, rechazar y maldecir a Dios. En lugar de arrepentimiento *"blasfemaron contra el Dios del cielo".* El corazón de ellos estaba ya judicialmente endurecido por Dios, que confirmaba la dureza personal de ellos manifestada insistentemente. Es algo parecido a lo que ocurrió con Faraón, en los días de la salida de Israel de Egipto. La Biblia repite continuamente la frase:

"Y el corazón de Faraón se endureció" (cf. Ex. 7:13, 14, 22; 8:15, 19, 32; 9:7), hasta que Dios confirma aquella dureza de Faraón leyéndose: *"Pero Jehová endureció el corazón de Faraón"* (Ex. 9:12), desde ahí en adelante no hubo esperanza alguna para el que previamente se había endurecido contra Dios. De la misma manera ocurrirá en los tiempos de la visión de Juan; los hombres endurecidos no harán otra cosa que alejarse más de Dios.

Los hombres se confirman en el pecado de rebeldía: καὶ οὐ μετενόησαν ἐκ τῶν ἔργων αὐτῶν *" y no se arrepintieron de sus obras"*. El pecado va en incremento, antes no se habían arrepentido de no glorificarle (v. 9), luego blasfeman contra Él. La verdad bíblica de la situación rebelde del no regenerado se confirma también aquí. Al pecador no salvo no le afecta para un cambio personal ni la bondad, ni la severidad de Dios (Ro. 11:22), alcanzando un punto sin retorno que les conducirá inexorablemente a la condenación eterna.

La sexta copa: acción sobre el Éufrates (16:12-16)

12. El sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Éufrates; y el agua de éste se secó, para que estuviese preparado el camino a los reyes del oriente.

Καὶ ὁ ἕκτος ἐξέχεεν τὴν φιάλην αὐτοῦ ἐπὶ τὸν ποταμὸν τὸν μέγαν
Y el sexto arrojó la pátera de él sobre el río el grande
τὸν Εὐφράτην, καὶ ἐξηράνθη τὸ ὕδωρ αὐτοῦ, ἵνα ἑτοιμασθῇ ἡ
el Éufrates y fue secada el agua de él, para que fuese preparado el
ὁδὸς τῶν βασιλέων τῶν ἀπὸ ἀνατολῆς ἡλίου.
camino a los reyes a los de salida del sol.

Notas y análisis del texto griego.

La visión sobre la sexta copa se introduce mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἕκτος, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral ordinal *sexto*; ἐξέχεεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἐκχέω, verbo intensificado con la preposición ἐκ, que expresa la idea de *derramar, verter fuera*, incluso en ocasiones se traduce por *esparcir*, aquí como *derramó*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; φιάλην, caso acusativo femenino singular del sustantivo *pátera, copa*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*; la pátera se derramó ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; ποταμὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *río*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el,* que precede a μέγαν, caso acusativo masculino singular del adjetivo no declinable *grande*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; Εὐφράτην, caso acusativo masculino singular del nombre propio *Éufrates*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐξηράνθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo ξηραίνω, *secar*, en

voz pasiva *fue secada*, en sentido de *se secó* por una acción sobrenatural; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; ὕδωρ, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *líquido, agua*; αὐτου, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él*; ἵνα, conjunción, *que, para que*, *por que, a fin de que, de modo que*; ἑτοιμασθῇ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz pasiva del verbo ἑτοιμάζω, *preparar*, el objetivo de las acciones de este verbo que se refiere generalmente a cosas y no a personas, tiene el sentido de *hacer algo*, más bien que a *preparar algo*, aquí se refiere a la *preparación mediante una acción* sobre el río, aquí como *fuese preparado,* o incluso *fuese hecho*; ἡ caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*, masculino en castellano si se refiere a camino; ὁδὸς, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *senda, camino*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado, declinado *a los*; βασιλέων, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *reyes, gobernadores*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado, declinado *a los*; ἀπὸ, preposición de genitivo, *de*; ἀνατολῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que literalmente significa *salida*, en sentido con los astros lugar desde donde *sale*, en relación con el sol, *naciente, oriente*, aquí en ese sentido; ἡλίου, caso genitivo masculino singular del sustantivo declinado *del sol.*

Καὶ ὁ ἕκτος ἐξέχεεν τὴν φιάλην αὐτοῦ ἐπὶ τὸν ποταμὸν τὸν μέγαν τὸν Εὐφράτην. El sexto ángel, portador de la sexta copa o pátera, procede, conforme al mandato inicial (v. 1), a derramar la copa de ira que le había sido entregada. El juicio divino tiene como destino una acción sobrenatural que afectará al gran río Éufrates. En el texto griego aparece en la cláusula una construcción con el sustantivo, *río*, precedido de artículo determinado, concretamente *el río*, seguido de un adjetivo precedido también de artículo determinado, *el grande*, y finalmente el nombre propio del río, *Éufrates*, precedido también de artículo determinado, leyéndose: *el río, el grande, el Éufrates.* Éste es el río mas grande de Asia occidental, debido a ser el río fuera del territorio de Israel, e incluso del mundo patriarcal más conocido, se le llama, en muchos lugares del Antiguo Testamento, simplemente *el río* (heb. *Hannähär*) (p. ej. Dt. 11:24). En las ocasiones que se lo menciona por nombre en el Antiguo Testamento, adopta la forma hebrea *esp^{e}rät* (p. ej. Gn. 2:14; 15:18), y que adopta la forma Εὐφράτης, y de ahí la española *Éufrates,* o *Eufrates*. Las fuentes del río son dos, una cerca del monte Ararat y la otra cerca de Erzerum. En su largo recorrido, el río pasa a través de Armenia, Siria e Irak. Su longitud total es de unos 2700 Km. Es una verdadera frontera que impide el paso fácil desde Palestina hacia el oriente. El Éufrates se señala como uno de los ríos que delimitaba el Huerto de Edén (Gn. 2:10, 14). Cuando Dios indicó a Moisés los límites de la tierra prometida, el Éufrates fue uno de ellos (Ex. 23:31). El río tiene distintos niveles de agua según la estación del año, de manera que en Septiembre, punto mayor de estiaje, el río tiene poco agua, subiendo su caudal hasta alcanzar la máxima dimensión de mayo. Junto con las muchas ciudades importantes que se encontraban en los márgenes del Éufrates,

una merece especial mención y es Babilonia. Al Éufrates se le une el Tigris, ya en su tramo final para desembocar como un solo río en el Golfo Pérsico, con el nombre de Shatt-el-Arab. Sobre este río se centra la acción divina en la sexta plaga.

La consecuencia que produce la acción divina es descrita con estas palabras: καὶ ἐξηράνθη τὸ ὕδωρ αὐτοῦ, *"y el agua de este se secó"*. El río se secará totalmente. El verbo está en modo aoristo que indica una acción totalmente concluida y que persiste. Dios actuó de este modo en otras ocasiones. Así lo hizo secando el Mar Rojo para que pudiese pasar su pueblo en la salida de Egipto (Ex. 14:29). Luego, más adelante, secando el Jordán para que Israel pudiera pasar a tomar posesión de la tierra prometida, en la conquista de Canaán (Jos. 3:14-17). Lo que se consigue con esta acción es suprimir la frontera natural que hace difícil el paso entre oriente y occidente, debido al curso del río. El Éufrates tiene una notable importancia en la descripción profética escatológica del tiempo anterior a la segunda venida de Jesucristo. Era en el área de este río donde estaban atados cuatro ángeles caídos que lideraron la acción de las innumerables huestes diabólica que salieron del abismo y que mataron a la tercera parte de la humanidad (9:14). En el tiempo inmediatamente anterior al regreso de Jesús el río se secará.

Dios actúa de este modo con un propósito: καὶ ἐξηράνθη τὸ ὕδωρ αὐτοῦ, ὁδὸς τῶν βασιλέων τῶν ἀπὸ ἀνατολῆς ἡλίου, *"Para que estuviese preparado el camino a los reyes del oriente"*. El texto griego escribe aquí una cláusula condicional con la conjunción ἵνα, equivalente a *que, para que*, *por que, a fin de que, de modo que*, que expresa la causa para la que el río Éufrates se secará, ya que por esta acción quedaba preparado el camino para que los reyes del oriente, literalmente *"los reyes de la salida del sol"*, pudieran pasar de su lugar hacia occidente. Cuando se habla de *reyes*, se está hablando de los ejércitos de esos reyes. ¿Quiénes son los *reyes de oriente*? Se hace referencia al cuarto grupo político militar que habrá en los tiempos finales de la última semana de Daniel, el tiempo de la tribulación. Ya se ha considerando anteriormente los otros grupos que habrá en el mundo durante aquel tiempo: el reino de norte, el del sur, el reino del Anticristo, e Israel. Los *reyes de oriente*, son los pueblos situados más allá del río Éufrates, que no estén comprendidos en ninguno de los otros tres grupos.

La situación político-militar del tiempo de la sexta copa da lugar a lo que se puede llamar *la guerra del Armagedón*, que como se dijo antes, se trata de varias acciones militares o batallas que culminará en la final de los pueblos unidos contra Dios. La misma puede sintetizarse de este modo: 1) Israel habrá establecido un pacto con el Anticristo (Dn. 9:26-27). Este pacto será una alianza de paz que garantizará la protección por parte del reino federado del Anticristo,

con la inviolabilidad de sus fronteras y la práctica de su religión. Tal situación ficticia será una imitación satánica al cumplimiento del pacto de Dios con Abraham, que garantiza la ocupación de la tierra prometida por Israel (Gn. 15:18). 2) El primer movimiento militar se producirá por la invasión de Israel por el reino del norte y el reino del sur (Dn. 11:40). En razón del pacto con el Anticristo, cualquier ataque contra Israel será un ataque contra el reino del Anticristo, el Imperio Romano reconstruido. La invasión obedece a razones que la Escritura anuncia proféticamente en los capítulos 38 y 39 de Ezequiel, especialmente en la situación de Israel que es un botín codiciado (Ez. 38:13). El combinado militar integra un conjunto de naciones aliadas que se llaman *Reino del Norte* (Ez. 38:2, 5, 6). Israel parece una presa fácil (Ez. 38:11; Is. 10:12; 30:31-33: 31:8-9; Jl. 2:1-21), además enriquecida (Ez. 38:12). El territorio de Israel se habrá convertido en una tierra rica, poblada de árboles (Ez. 39:10). Será, como lo ha sido siempre en la historia humana, un territorio estratégicamente deseable (Ez. 28:12). Antes de la invasión de este grupo de naciones sobre Israel o a lo sumo al comienzo de la misma, se presentará una *advertencia*, que podría considerarse como una *protesta diplomática*, que se produce por la concentración de tropas y los preparativos bélicos. La acción diplomática estará encomendada, especialmente, a los *mercaderes de Tarsis*, que deriva su nombre de la tierra de los *Tartessos*, situada en el sur de España, que los historiadores antiguos situaban en el valle del Guadalquivir. 3) El reino del sur, se une a la invasión (Dn. 11:40). El tiempo de este primer movimiento militar ocurrirá después de la restauración de Israel (Ez. 38:11) y del establecimiento del pacto con el Anticristo (Dn. 9:27), esto es, durante la última semana de Daniel. Los ejércitos del reino del norte serán destruidos por Dios (Ez. 38:19-23). La intervención divina pondrá a su servicio la naturaleza para esa acción y los ejércitos del *Reino del Norte*, serán destruidos sobre los montes de Israel (Ez. 39:2-4). La acción divina será tan directa y radical sobre el combinado de las necesario un tiempo de siete meses para enterrar a los muertos (Ez. 39:12). Será la consecuencia natural del resultado de un pacto firmado con el Anticristo, que la profecía llama *pacto con la muerte* (Is. 28:11). Apoyándose en la invasión de Israel, los ejércitos del Anticristo invadirán totalmente Palestina (Dn. 11:40-41), iniciando una campaña militar contra el Reino del Sur, especialmente contra Egipto. Se profetiza que conquistará totalmente Libia y Etiopía, e invadirá también una gran parte de Egipto. Sólo escaparán a la acción militar desencadenada los territorios de Edom y Moab (Dn. 11:41). El Anticristo se asentará en Jerusalén y extenderá sus tiendas, esto es, su presencia por toda Palestina (Dn. 11:45). No cabe duda que si el Reino del Norte es destruido por Dios y el Reino del Sur aniquilado por los ejércitos del Anticristo, quedarán entonces dos grandes grupos político-militares: El reino del Anticristo y los reyes de oriente. En aquel momento una acción preocupante para el Anticristo se producirá y hará detener la acción militar emprendida contra el Reino del Sur, esa acción será el movimiento militar de

los reyes de oriente, que se movilizan para desafiar el poderío del Anticristo (Dn. 11:44). El complemento que faltaría para esa inquietud es la acción divina de la sexta copa, que deja en seco el río Éufrates, que facilitaría el paso de las fuerzas militares del oriente hacia el occidente.

13. Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos a manera de ranas.

Καὶ εἶδον ἐκ τοῦ στόματος τοῦ δράκοντος καὶ ἐκ τοῦ στόματος τοῦ
Y vi de la boca del dragón y de la boca de la
θηρίου καὶ ἐκ τοῦ στόματος τοῦ ψευδοπροφήτου πνεύματα τρία
bestia y de la boca del falso profeta espíritus tres
ἀκάθαρτα ὡς βάτραχοι·
inmundos como batracios.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo el relato lo vincula con lo que antecede mediante el uso, una vez más, de καὶ, conjunción copulativa *y*; εἶδον, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, *ver*, aquí como *vi*, también en sentido de *observar, percibir, mirar*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el*, femenino en castellano al determinar a *boca*; στόματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo *boca*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; δράκοντος, caso genitivo masculino singular del sustantivo *dragón*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el*, femenino en castellano al determinar a *boca*; στόματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo *boca*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*, femenino en castellano al determinar a *bestia*; θηρίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *animal salvaje, bestia*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el*, femenino en castellano al determinar a *boca*; στόματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo *boca*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; ψευδοπροφήτου, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *falso profeta*; πνεύματα, caso acusativo neutro plural del sustantivo *espíritus*; seguido de τρία, caso acusativo neutro plural del adjetivo numeral cardinal, no declinable *tres*; ἀκάθαρτα, caso acusativo neutro plural del adjetivo no declinable que equivale a *inmundo, impuro*, compuesto por καθαρός, *limpio, puro, sin culpa*, precedido de α privativa, de ahí *inmundo, impuro*; ὡς, conjunción usada como adverbio de modo en sentido comparativo, *como*; βάτραχοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *batracios, ranas*.

Καὶ εἶδον ἐκ τοῦ στόματος τοῦ δράκοντος καὶ ἐκ τοῦ στόματος τοῦ θηρίου καὶ ἐκ τοῦ στόματος τοῦ ψευδοπροφήτου. Analizado a la luz del contexto profético general, el Anticristo recibirá una noticia que le hace reaccionar: Los reyes del oriente se disponen a una confrontación con él y sus

tropas (Dn. 11:44). El informe detiene la campaña militar que estará llevando a cabo contra el reino del sur. Los reyes del oriente entran en acción para desafiar el poder del Anticristo. La trinidad de maldad entra en acción conjunta ante esta situación. El dragón, la bestia y el falso profeta actuarán unidos para resolver el problema, enviando, dice Juan, de su boca *tres espíritus inmundos a modo de ranas*. Para Israel todo animal acuático que no tuviese escamas era un animal inmundo (Lv. 11:10-12). En el texto griego se lee claramente *batracios*, que comprende tanto a las ranas, forma de traducción en muchas versiones, como a los sapos y otros de esa especie.

La idea expresada en el texto conduce a entender esto como una acción diplomática a nivel mundial. El Anticristo actuará desde el principio usando sus dotes de convicción para establecer su gobierno en la tierra, y de la misma manera lo hará también en relación con los reyes del oriente para convencerles de lo inútil de una nueva confrontación en el mundo. Estos espíritus a modo de *ranas*, expresan la idea de movimiento en diversas direcciones, como ocurre con los saltos de los batracios. Son espíritus, sin duda encarnados en personas, que cada uno de los tres personajes que componen la trinidad impía envían como delegados suyos en esa situación. Aquí aparece un nuevo contraste del Anticristo comparado con Cristo: el Señor expulsó a los espíritus inmundos, mientras que el Anticristo y su colaborador el falso profeta, los envían comisionados por ellos. Tras todo esto está *el dragón*, Satanás, que pone a sus ángeles a disposición del sistema que él mismo estableció en el mundo, en oposición a Dios.

Toda la acción está vinculada con la trinidad de maldad, ya que Juan vio salir de las respectivas bocas del dragón, del Anticristo y del falso profeta πνεύματα τρία ἀκάθαρτα, *"tres espíritus inmundos"*, es posible que el sustantivo *boca*, se use aquí para expresar una acción vinculada con la palabra, con discursos convincentes, etc.

Escribe el Dr. Ladd:

"Los tres espíritus inmundos a manera de ranas que salen de sus bocas son el modo en que Juan describe la inspiración demoníaca de los enemigos de Dios en la última gran batalla. En la sexta trompeta, apareció una terrible plaga demoníaca del oriente para afligir a los hombres, trayendo muerte a un tercio de la humanidad. Aquí el motivo es diferente; los malos espíritus no afligen a los hombres, sino que inspiran a dar su apoyo al dragón y la bestia y el falso profeta. Juan quiere decir que esto no es un movimiento meramente militar o político, sino la manifestación, en la historia escatológica, de la prolongada batalla entre Dios y Satanás. La palabra traducida 'inmundos' es la que se usa en los evangelios para los espíritus (Mr. 1:23; 3:11; 5:2). Se dice

como ranas, probablemente para preservar la analogía con la plaga de las ranas de Egipto (Ex. 8:6)"[10].

En la visión se aprecia a los tres espíritus inmundos enviados por el dragón, la bestia y el falso profeta, son como *ranas*: πνεύματα τρία ἀκάθαρτα ὡς βάτραχοι, *los tres espíritus inmundos como ranas*, literalmente *como batracios*. ¿Se refiere al aspecto visible de ellos o más bien a su condición? Posiblemente sea mejor esto último, es decir, los espíritus eran inmundos, como también las ranas eran animales inmundos conforme a la Ley del Antiguo Testamento. Sin embargo, pudiera muy bien tratarse del aspecto que Juan vió en la escena. Estos espíritus parecen *ranas*, pero realmente son *demonios*.

En relación con la acción de la trinidad de maldad escribe también el Dr. Carballosa:

"La trinidad diabólica entra en acción con toda la astucia que su naturaleza malvada le permite. Obsérvese la repetición del sustantivo 'boca' (stómatos). Es probable que el vocablo 'boca' se use como figura de la comunicación, es decir, del habla. Como señala William Barclay: 'En el griego hay algo así como un juego de palabras. Los espíritus inmundos salen de ls bocas de fuerzas malignas. La boca es el órgano del habla y el habla es una de las fuerzas más influyentes en el mundo. Ahora bien, el término para 'espíritu' es 'pneuma', que al mismo tiempo es el vocablo que significa 'aliento'. Es decir, por lo tanto, que un espíritu malo que sale de la boca de un hombre es lo mismo que decir que un aliento maligno sale de su boca… el falso profeta exhala influencias malignas'.

Si el punto de vista de Barclay es correcto, esto lleva a pensar que la trinidad diabólica influirá satánicamente a través de los medios de comunicación para engañar a los líderes de las naciones y de ese modo usar sus ejércitos para oponerse al mismo Dios. Los tres usos del vocablo 'boca' son 'indicativos de una campaña de propaganda a través de la cual la trinidad maligna guiará a la mayoría a un compromiso incondicionall para el mal en los postreros días. Recuérdese que el falso profeta es quien induce a los moradores de la tierra a que rindan adoración a la bestia a través de sus señales engañosas"[11].

Sin extenderse a suposiciones o propuestas sobre el modo de actuación, la evidencia bíblica descrita por Juan, pone de manifiesto la acción conjunta del

---

[10] Eldon Ladd. o.c., pág. 188 s.
[11] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 312 s.

poder de maldad establecido en el mundo para la consecución de un fin, que se expresa en el versículo siguiente.

14. Pues son espíritus de demonios, que hacen señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso.

εἰσὶν γὰρ πνεύματα δαιμονίων ποιοῦντα σημεῖα, ἃ ἐκπορεύεται
Son pues espíritus de demonios que hacen señales los que salen
ἐπὶ τοὺς βασιλεῖς τῆς οἰκουμένης ὅλης συναγαγεῖν αὐτοὺς εἰς τὸν
hacia los reyes de la tierra habitada entera para reunir los a la
πόλεμον τῆς ἡμέρας τῆς μεγάλης τοῦ Θεοῦ τοῦ Παντοκράτορος.
batalla del día el grande - de Dios el Todopoderoso.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad Juan prosigue el relato con εἰσὶν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *son*; seguido de la conjunción causal γάρ, *porque*, que en español precede al verbo; πνεύματα, caso nominativo neutro plural del sustantivo *espíritus*; δαιμονίων, caso genitivo neutro plural del sustantivo declinado *de demonios*; ποιοῦντα, caso nominativo neutro plural del participio de presente en voz activa del verbo ποιέω, con un amplio significado como *fabricar, crear, realizar, producir, cometer, suponer, pasar, trabajar, hacer*, aquí como *que hacen*; σημεῖα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *señales*; ἃ, caso nominativo neutro plural del pronombre relativo *los que*; ἐκπορεύεται, tercera persona plural del presente de indicativo en voz media del verbo ἐκπορεύομαι, *pasar de un lugar a otro,* en voz media *salir de,* traducido aquí como *salen*; ἐπὶ, preposición de acusativo *hacia*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; βασιλεῖς, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota *reyes*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; οἰκουμένης, caso genitivo femenino singular del sustantivo que literalmente significa *tierra habitada*; ὅλης, caso genitivo femenino singular del adjetivo, *entero, todo*; συναγαγεῖν, aoristo de infinitivo en voz activa del verbo συνάγω, *reunir, congregar, recoger*, aquí como *para reunir*; αὐτοὺς, caso acusativo masculino plural *los*; εἰς, preposición de acusativo *a*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*, femenino en castellano si se vincula con *batalla*; πόλεμον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *combate, batalla, guerra*; τῆς, caso genitivo femenino singular declinado *de la*, masculino en español, *del*; ἡμέρας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *día*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*, masculino en castellano *el*; μεγάλης, caso genitivo femenino singular del adjetivo no declinable *grande*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, no utilizable en castellano al vincularse a nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre declinado *de Dios*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, generalmente no traducido en castellano; Παντοκράτορος, caso genitivo masculino singular del nombre *Todopoderoso.*

Εἰσὶν γὰρ πνεύματα δαιμονίων. Satanás despliega toda su actividad para la seguridad del gobierno del Anticristo establecido por él en el mundo. Los enviados a las naciones de la tierra son πνεύματα δαιμονίων, *"espíritus de demonios"*, esto es, espíritus cuyo rango es el de demonios, espíritus inmundos al servicio de Satanás, en otras palabras, son espíritus demoníacos. Indudablemente estos demonios salidos de la boca de la trinidad de maldad, necesitarán medios corporales para relacionarse y comunicarse. Es posible que se trate de personas bajo el control o la posesión diabólica, meros instrumentos al servicio del dragón y su estructura de gobierno. Podría tratarse también de demonios que se posesionarán de los líderes *"reyes del oriente"* en aquel tiempo para hacerles cambiar de pensamiento y propósito. Téngase en cuenta que los demonios son ángeles caídos que obedecen a Satanás y le sirven en su reino, llevando a cabo sus propósitos (Ef. 2:2; Mr. 3:20-26; Mt. 12:24). La caída de estos ángeles está relacionada con la rebelión y caída de Satanás. Estos ángeles caídos son las *"huestes de maldad"* que obedecen y sirven a Satanás (Ef. 6:12).

Estos demonios ποιοῦντα σημεῖα, *"hacen señales"*, es decir, llevan a cabo actos sobrenaturales que sirven para engañar a las gentes. Debe recordarse que ya el falso profeta hizo grandes señales delante de los hombres cautivándolos y conduciéndolos a la adoración al Anticristo (13:12, 15). Los magos en Egipto hicieron también señales portentosas (Ex. 7:11, 12, 22; 8:7). En los tiempos de la iglesia primitiva Simón el mago engañaba con sus artes mágicas a los hombres, que lo consideraban como quien tenía el gran poder de Dios (Hch. 8:9-11). Igualmente Elimas, el mago, procuraba apartar la fe del procónsul Sergio Paulo, resistiendo al plan y la voluntad de Dios en la proclamación del evangelio (Hch. 13:8). Los prodigios sobrenaturales que realizarán estos demonios, probablemente investidos en hombres, conducen a la unidad general de todos los reyes de la tierra con un mismo propósito. Lo que no se podría hacer por *convicción* se llevará a cabo por *posesión*.

Ἃ ἐκπορεύεται ἐπὶ τοὺς βασιλεῖς τῆς οἰκουμένης ὅλης συναγαγεῖν αὐτοὺς. La acción diabólica está orientada a *reunir* a las naciones. Juan utiliza un verbo que significa *congregar, reunir, juntar*. La reunión de los reyes de la tierra tiene que ver con τὸν πόλεμον τῆς ἡμέρας τῆς μεγάλης τοῦ Θεοῦ τοῦ Παντοκράτορος, *"la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso"*. Dos elementos se destacan en la expresión: por un lado el término *batalla*, por otro el sustantivo *día*. La *batalla*, puede ser más que un combate, una acción bélica que puede comprender distintas batallas. Este sería el combate final de una serie de acciones bélicas que se han venido desarrollando durante el tiempo de la última semana de Daniel, el tiempo de la tribulación. Se han considerado antes acciones militares de los grandes reinos de la tierra, pero ahora Juan hace mención a una acción que no tiene que ver con la

tierra, sino a una batalla entre los reyes de la tierra. La batalla tiene que ver con el *"día de Dios"*. Este término está relacionado con la culminación de la acción divina sobre los reinos del mundo, previa a establecer Su reino en la tierra con la segunda venida de Jesucristo.

La expresión de πόλεμον τῆς ἡμέρας τῆς μεγάλης τοῦ Θεοῦ τοῦ Παντοκράτορος, *"el gran día del Dios Todopoderoso"*, no es referencia a otro día distinto, sino al *"día de Dios"* o *"día del Señor"*, en donde se cumplirá y terminará el tiempo de este sistema humano y sirve para designar el día escatológico final, en que será glorificado con todos sus santos y admirado por todos los que creyeron (2 Ts. 1:10). Aunque se ha hecho alguna referencia antes al *"día del Señor"*, conviene recordar que el término *"día del Señor"* o *"día de Jehová"* o *"día de Dios"*, ocurre en los siguientes pasajes (Is. 2:12; 13:6, 9; Ez. 13:5; 30:3; Jl. 1:15; 2:11, 31; 3:14; Am. 5:18, 20; Abd. 15; Sof. 1:7, 14; Zac. 14:1; Mal. 3:10; Hch. 2:20; 1 Ts. 5:2; 2 Ts. 2:2; 2 P. 3:10). La frase *"aquel día"*, o *"el día"*, o *"el gran día"* ocurre más de setenta y cinco veces en el Antiguo Testamento. En todos los pasajes la idea de juicio está presente, y comprende el tiempo que antecede a la segunda venida de Jesucristo y a los juicios del final de la tribulación. Teniendo en cuenta las referencias de Pedro a una acción divina al final de los tiempos con la disolución del universo y la manifestación de cielos nuevos y tierra nueva, debe entenderse que la extensión del *"día del Señor" o "día de Dios"* se extiende desde el tiempo del traslado de la iglesia, pasando por la segunda venida, el reino milenial, la rebelión final de la humanidad y la creación de cielos nuevos y tierra nueva. En el presente versículo el día del Señor apunta a la gran batalla de los ejércitos de la tierra reunidos contra Dios mismo y su Cristo.

No se trata del gran día de los hombres, sino del gran día de Dios. Dios culminará su acción sobre el mundo rebelde, que incluye al diablo, sus ángeles, el Anticristo, el falso profeta y todos sus seguidores. Los reinos del mundo en lugar de seguir pensando en una contienda entre ellos, toma la decisión y disposición de luchar unidos contra Dios. Ese será el cumplimiento del mensaje profético: *"Se levantará los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungido, diciendo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas"* (Sal. 2:2-3). Nada podrán hacer los hombres en este desigual combate, por cuanto la guerra es del *"Dios Todopoderoso"*. Ya había dado pruebas más que suficientes a lo largo de la tribulación por medio de sus acciones portentosas que conmocionaron a los hombres, pero la ceguera espiritual de su propia condición pecaminosa, y la influencia diabólica, los hará tan osados como para levantarse contra el Dios del cielo. Juan está descorriendo el velo que revela la acción final del tiempo de la tribulación y anticipa ya la victoria de Dios.

15. He aquí, yo vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela, y guarda sus ropas, para que no ande desnudo, y vean su vergüenza.

Ἰδοὺ ἔρχομαι ὡς κλέπτης. μακάριος ὁ γρηγορῶν καὶ τηρῶν τὰ
He aquí vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela y guarda la
ἱμάτια αὐτοῦ, ἵνα μὴ γυμνὸς περιπατῇ καὶ βλέπωσιν τὴν
ropa de él para que no desnudo ande y vean la
ἀσχημοσύνην αὐτοῦ.
desnudez de él.

Notas y análisis del texto griego.

Una llamada de atención inicia la cláusula con ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia, *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; ἔρχομαι, primera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo con la misma forma, *venir*, aquí como *vengo*; ὡς, conjunción usada como adverbio de modo en sentido comparativo, *como*; κλέπτης, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *ladrón*. Una segunda cláusula recoge uno de los siete macarismos del Apocalipsis, μακάριος, caso nominativo masculino singular del adjetivo no declinable, que expresa la condición de *feliz, dichoso, bienaventurado*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; γρηγορῶν, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo γρηγορέω, *estar despierto, estar vigilante,* literalmente *no dormir*, de ahí, en este caso como *que vela*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τηρῶν, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo τηρέω, *custodiar, guardar, mantener firme, retener, seguir*, aquí como *guarda*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *el,* si se trata de vestido, femenino en español si se refiere a *ropa*; ἱμάτια, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota, *ropa, vestidos, vestiduras*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*; ἵνα, conjunción, *que, para que*, *por que, a fin de que, de modo que*; μὴ, partícula negativa que hace las veces de adverbio de negación condicional *no* y que negativiza la acción verbal y que va seguida de γυμνὸς, caso nominativo masculino singular del adjetivo no declinable, que expresa la condición de *desnudo*; περιπατῇ, tercera persona singular del presente de subjuntivo en voz activa del verbo περιπατέω, *andar, caminar,* aquí como *ande*; καὶ, conjunción copulativa *y*; βλέπωσιν, tercera persona plural del presente de subjuntivo en voz activa del verbo βλέπω, *ver*, aquí como *vean*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἀσχημοσύνην, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *desnudez*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*.

Ἰδοὺ ἔρχομαι ὡς κλέπτης. Un breve paréntesis confirma y contiene la promesa de Jesús en relación con su venida, a modo de reiteración de la misma (Mt. 24:43; Lc. 12:35-40; 1 Ts. 5:2-4; 2 P. 3:10; Ap. 3:3). En este lugar Juan usa el presente del verbo venir, para indicar la inminencia de su venida y, por tanto, la necesidad de estar despierto esperándola. En otras ocasiones se utiliza un futuro como *vendré*, ambas cosas son correctas, tratándose aquí de un presente futurista, propio de la expresión profética en la que Dios da por hecho aquello que se producirá después, puesto que ha determinado que suceda de esa manera y nadie podrá impedirlo. La manifestación del Señor sería sorpresiva, cuando menos lo esperasen, como elocuentemente expresa la figura del ladrón, que sorprende a los moradores de una casa cuando menos lo esperan. Dios reveló por medio de su siervo Juan la acción de los reyes de la tierra uniéndose contra Él, pero lo importante, del texto no es la batalla que se anuncia, sino la segunda venida del Señor. Ese hecho es la expectativa de los santos y la respuesta a la oración hecha a lo largo de los siglos: *"Venga tu reino"* (Mt. 6:10). Cristo anuncia su venida inmediata, en esta parte profética sobre el tiempo final del período de la tribulación.

¿A quienes se anuncia la venida de Jesús? Pudiera pensarse que son palabras para los santos del tiempo de la tribulación, sin embargo, en la forma en que aparece el texto, como un paréntesis en la descripción de las consecuencias de la sexta copa, debiera dársele un alcance atemporal para todos los creyentes que lean las palabras de la profecía. Es prácticamente idéntica a la exhortación hecha a la iglesia en Sardis (Ap. 3:3). Es semejante a la exhortación que el apóstol Pedro hace a la fidelidad y santidad de los creyentes que creen en la acción final de Dios en la historia humana, con la disolución de la creación actual y la aparición de cielos nuevos y tierra nueva (2 P. 3:10-14). La venida del Señor se compara con la de un ladrón; no tanto por el carácter de la acción, ni por lo sorpresivo, sino más bien por lo inesperado. Pablo comparó la venida de Cristo con la venida de un ladrón (1 Ts. 5:2), aplicándola a quienes no están preparados, ya que el apóstol dice: *"mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón"* (1 Ts. 5:4). Para quienes está esperándolo, el retorno del Señor no será una sorpresa, como si se tratase de un hecho inesperado, sino que será la expresión definitiva del acto final de la liberación en la experiencia de la salvación.

Μακάριος ὁ γρηγορῶν καὶ τηρῶν τὰ ἱμάτια αὐτοῦ. El versículo contiene además una de las siete bienaventuranzas que hay en el libro (1:3; 14:13; 16:15; 19:9; 20:6; 22:7, 14). La razón de la bienaventuranza, la dicha y felicidad será de aquel que *vela*, es decir, que está despierto. El participio de presente en que aparece el verbo traducido por *velar*, indica algo más que estar en continua vela, esto es, mirando atentamente hacia algo, expresa la disposición de estar despierto porque se desconoce el momento en que se

producirá aquello que se espera, esto es, el retorno de Jesús (Mt. 24:43, 44). Es dichoso porque τηρῶν τὰ ἱμάτια αὐτοῦ, *"guarda sus ropas"*, vigilando sobre ellas. Las ropas simbolizan la expresión visible de la conducta propia del creyente, es decir, aquello que todos pueden ver del individuo.

Ἵνα μὴ γυμνὸς περιπατῇ καὶ βλέπωσιν τὴν ἀσχημοσύνην αὐτοῦ. El propósito de este cuidado especial es para que *"no ande desnudo"*. La construcción gramatical en el texto griego establece aquí una cláusula de propósito *para que*, acompañada de una negativa *no*, el propósito del que vela es para que no le falte su ropa y se vea desnudo. Andar desnudo es vergonzoso, de ahí la cláusula de propósito, para que *no vean* su vergüenza. Todo el que no guarda su modo de conducta experimentará una situación de vergüenza personal. Es una exhortación semejante a la que fue dada a la iglesia en Laodicea (3:18). Quien espera la venida del Señor se mantiene vigilante en su conducta personal (2 P. 3:14). A la vista de la venida de Jesucristo y el establecimiento del reino de Dios, tanto en el tiempo del milenio como luego en la nueva creación, se avecina un mundo en el que no cabrán malvados, por tanto quienes esperan esto deben vivir ya en la forma de vida propia de su esperanza que es la santidad. Ese estilo de vida tiene que ver con *incontaminación*, sin contagiarse con la contaminación del mundo; *irreprochable*, en sentido de ausencia de todo lo que puede ser deshonroso o digno de reproche; y *pacífica*, viviendo en paz y en la paz, en armonía con los hermanos. Quienes anhelan el disfrute del Reino venidero deben vivir en ese mismo modo durante su tránsito en la tierra.

16. Y los reunió en el lugar que en hebreo se llama Armagedón.

Καὶ συνήγαγεν αὐτοὺς εἰς τὸν τόπον τὸν καλούμενον Ἑβραϊστὶ
Y reunió los en el lugar el llamado en hebreo
Ἁρμαγεδών.
Armagedón.

Notas y análisis del texto griego.

Retomando el relato Juan utiliza nuevamente καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de συνήγαγεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo συνάγω, *reunir, congregar,* aquí como *reunió*; αὐτοὺς, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *los*; εἰς, preposición de acusativo *en*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; τόπον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *lugar, espacio geográfico, sitio*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el,* que no se usa en castellano en esta construcción gramatical; καλούμενον, caso acusativo masculino singular, del participio de presente en voz pasiva del verbo καλέω, *llamar*, aquí como *llamado*; Ἑβραϊστὶ, adverbio que denota la condición de lo que pertenece al hebreo,

concretamente aquí relativo al idioma; Ἁρμαγεδών, caso acusativo neutro singular del nombre propio de lugar *Armagedón.*

Καὶ συνήγαγεν αὐτοὺς εἰς τὸν τόπον τὸν καλούμενον Ἑβραϊστὶ Ἁρμαγεδών. Juan describe las consecuencias de la acción de los espíritus inmundos que, procedentes del dragón, el Anticristo y el falso profeta; fueron enviados a los reyes del mundo para congregarlos en un mismo propósito: la batalla del Dios Todopoderoso (v. 14). El resultado fue la congregación de los ejércitos en un lugar que aquí se denomina *Armagedón.*

Existen algunas dificultades para determinar el punto geográfico de que se trata, para lo cual deben tenerse en cuenta algunos aspectos: 1) Significado del nombre propio. El lugar, dice Juan, se llama en *hebreo* Armagedón. En esta lengua el nombre es un compuesto de *har*, que significa *monte* y el siguiente es el nombre correspondiente a un lugar. Por tanto, la traducción sería *"monte-Megido"*. Los eruditos admiten de forma general que el término Μαγεδών, corresponde a la traducción del hebreo *m^egiddô*. La Septuaginta traduce el nombre en tres formas diferentes según el códice Vaticano: Μεγεδδω, que aparece en el canto de Débora (Jue. 5:19); Μαγεδδων, en la distribución de la tierra en días de Josué (Jos. 17:11); Μαγεδων, como aparece escrito en el relato de la acción militar del faraón Necao (2 Cr. 35:22). Esta última forma es la que aparece en Apocalipsis. Algunos[12] pretenden relacionar el término *Armagedón*, como derivado del hebreo *har-Mo'el*, literalmente *monte de reunión*, o *montaña del encuentro*, que RV traduce como *monte del testimonio* (Is. 14:13). Sin embargo la referencia nada tiene que ver con el lugar nombrado en Apocalipsis. 2) Localización geográfica. El lugar llamado *Megido*, está situado en la llanura de Esdraelón. Se localiza en la Palestina del norte, en Galilea. Al norte están los montes de Nazaret; un poco más abajo, aparece el monte Tabor; los límites por el oeste se determinan por el Mediterráneo y el monte Carmelo; y al este la limita el río Jordán. Es una llanura feraz y muy rica. La llanura es un campo incomparable para una batalla. En ella aparecen ciudades antiquísimas en la historia de la región, como Betsan, al este, Taanak hacia el sur, y al oeste Megido. Realmente Megido es un *Tell*, o montículo artificial que se forma por los extractos de sucesivas reconstrucciones de un lugar. En el *tell* o montículo de Megido, se han descubierto no menos de veinte estratos que ponen de manifiesto otras tantas reconstrucciones de la ciudad a lo largo de los siglos de la historia. El *tell* de Meguido domina el camino principal a través de la llanura de Esdraelón, situado en la cabecera del paso de la montaña que conduce a la llanura costera. Dada la situación del lugar, a lo largo de los siglos una sucesión de conquistadores pasó por la ciudad, arrasándola y reconstruyéndola, como fueron los egipcios, cananeos, israelitas, filisteos, asirios, persas, griegos y

[12] Como Hommel y Torrey

romanos. Desde 1903 se han llevado excavaciones en el tell, poniendo de manifiesto restos de los antiguos conquistadores en los diferentes niveles que aparecen en las excavaciones. En la primera excavación se cavó una trinchera a través de la cima del tell que permitió identificar siete niveles, siendo el quinto el correspondiente al período israelita. Entre los restos israelitas se desenterró un sello, encontrado entre los restos de una edificación, que representaba un león con la inscripción: *"Perteneciente a Sema, el siervo de Jeroboam"*. Aún pueden verse hoy desde el lado sur del promontorio, las ruinas de los establos para la caballería de Salomón. 3) Simbolismo del enclave. La situación privilegiada de Megido, desde donde se podían controlar las rutas que iban de Egipto a Siria y de Palestina hacia Mesopotamia, unido a la llanura circundante, hizo que en el entorno se produjesen batallas decisivas en la historia bíblica. Allí el general cananeo Sísara, con su ejército de carros herrados, fue aniquilado por Barac al frente de los ejércitos de Israel (Jue. 4 y 5). Ocozías, el rey de Judá, fue herido de muerte por Jehú, el rey de Israel, muriendo en Megido (2 R. 9:27). También el rey Josías, que había propiciado las reformas religiosas y la restauración del culto al Dios verdadero, fue muerto por el faraón Necao (2 R. 23:29-30). Desde entonces, la llanura de Megido fue un lugar de referencia para simbolizar el llanto nacional de Israel por alguna tragedia (Zac. 12:11), en recuerdo de la muerte de Josías (2 Cr. 35:20-24). El sitio, por tanto, presagia una gran derrota. Sin embargo, no se trata de un lugar simbólico, aunque tiene un contenido simbólico-histórico, sino un lugar geográfico y físico en donde los demonios concentrarán las fuerzas de los reyes de la tierra para el día de la batalla del Dios Todopoderoso (v. 14).

Tal vez, la única dificultad estriba en que Megido es un montículo o un pequeño monte y se hace referencia en la visión de Juan a un lugar donde puede llevarse a cabo una gran batalla. Debe tenerse en cuenta que la guerra del Armagedón no será una sola batalla, sino una sucesión de acciones bélicas, por tanto, en la última gran batalla será la llanura en donde se concentre la mayor cantidad de tropas de los ejércitos de las naciones de la tierra. Es posible que sea en Megido, donde esté el lugar de mando de ese ejército. La llanura de Esdraelón es un lugar idóneo para una gran concentración de tropas y, aunque se dice que se congregarán en Armagedón, *monte de Megido*, la profecía habla de un área de conflicto que se extenderá hasta Jerusalén. Armagedón será el lugar definitivo para la derrota de las fuerzas del Anticristo en su lucha contra Dios.

La séptima copa: consumación de los juicios (16:17-21).

17. El séptimo ángel derramó su copa por el aire; y salió una gran voz del templo del cielo, del trono, diciendo: Hecho está.

Καὶ ὁ ἕβδομος ἐξέχεεν τὴν φιάλην αὐτοῦ ἐπὶ τὸν ἀέρα, καὶ ἐξῆλθεν
Y el séptimo derramó la pátera de él sobre el aire, y salió
φωνὴ μεγάλη ἐκ τοῦ ναοῦ[1] ἀπὸ τοῦ θρόνου λέγουσα· γέγονεν.
voz grande de el santuario desde el trono que dice: Se hizo.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] ναοῦ ἀπὸ τοῦ θρόνου, *santuario desde el trono,* lectura con mayor firmeza, atestiguada en **p**[47]. A. 1611, 1841, 2053, 2062, it[ar], vg, syr[ph, h], cop[sa, bo/ms], Primasio, Beato.

οὐρανοῦ, *cielo*, lectura en it[gig].

οὐρανοῦ, ἀπὸ τοῦ θρόνου, *cielo, desde el trono*, que se lee en 1854, 2344[vid], Andrés.

ναοῦ τοῦ οὐρανοῦ ἀπὸ τοῦ θρόνου, *santuario, del cielo, desde el trono,* como aparece en 205, 209, *Biz* [046].

ναοῦ τοῦ Θεοῦ, *santuario de Dios*, lectura en א.

ναοῦ τοῦ οὐρανοῦ ἀπὸ τοῦ θρόνου τοῦ Θεοῦ, *santuario el cielo, desde el trono, el de Dios*, que aparece en 2027.

La visión sobre la séptima copa se introduce mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἕβδομος, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral ordinal *séptimo*, referente a ángel, implícito; ἐξέχεεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἐκχέω, verbo intensificado con la preposición ἐκ, que expresa la idea de *derramar, verter fuera*, incluso en ocasiones se traduce por *esparcir*, aquí como *derramó*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; φιάλην, caso acusativo femenino singular del sustantivo *pátera, copa*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de él*; la pátera se derramó ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἀέρα, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *aire*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐξῆλθεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἐξέρχομαι, *salir,* aquí como *salió*; φωνὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *voz, sonido,* que debe complementarse con el artículo indeterminado *una*; μεγάλη, caso nominativo femenino singular del adjetivo indeclinable que expresa la condición de *grande*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que juntos forman la contracción en castellano *del*; ναοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *santuario, templo,* en sentido del lugar donde Dios se manifiesta, más que de los edificios en sí mismos; ἀπὸ, preposición de

genitivo, *desde*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *trono*; λέγουσα, caso nominativo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir*, aquí como *dice*, que debe ser complementada con el pronombre relativo *que*, y que se suele traducir como pasado *que decía*, para adecuarlo gramaticalmente al sentido de la expresión. La última cláusula comprende una sola palabra: γέγονεν, tercera persona, singular, perfecto segundo de indicativo en voz activa del verbo γίνομαι, *llegar a ser, empezar a existir, suceder*, aquí como *sucedió*, *se hizo*, *se produjo*.

Καὶ ὁ ἕβδομος ἐξέχεεν τὴν φιάλην αὐτοῦ ἐπὶ τὸν ἀέρα. La acción del séptimo ángel se produce del mismo modo que los seis anteriores, derramando la pátera o copa que había recibido como lo hicieron los que fueron antes de él. La séptima copa fue vertida sobre el aire. Aparentemente este juicio afecta a todos los hombres por cuanto todos necesitan del aire para subsistir. Sin embargo, los efectos que trae consigo no parece corresponder a esta dimensión, sino que afectan a la tierra con una tormenta y un terremoto (v. 18); destruye una ciudad (v. 19); y finalmente produce una granizada intensa (v. 21). Esta copa produce la derrota final de los enemigos de Dios y la destrucción del sistema diabólico establecido sobre la tierra. Por esa razón, es preferible entender que *el aire*, sobre el que se derramó la séptima copa, se refiera más bien que a la atmósfera de la tierra, al lugar o a la región desde donde Satanás domina sobre los hombres y el mundo (Ef. 2:2; 6:12). Esta interpretación da sentido a cuanto sigue, especialmente a los relatos de la destrucción de Babilonia, que se detallan en los dos capítulos siguientes. Los juicios de Dios están siendo dirigidos directamente hacia el Anticristo y su sistema, sobre el trono de la bestia (v. 10), ahora afectan directamente al núcleo de su gobierno. Aunque Satanás fue arrojado a la tierra, no significa que no tenga acceso al cielo atmosférico desde donde controla y dirige su sistema impío de gobierno sobre el mundo.

Καὶ ἐξῆλθεν φωνὴ μεγάλη ἐκ τοῦ ναοῦ ἀπὸ τοῦ θρόνου λέγουσα· γέγονεν. El derramarse de la séptima copa coincide con una poderosa voz que sale del santuario de Dios en el cielo. Al proceder del trono, como Juan dice, se trata de la voz de Dios, como ya ocurrió antes (v. 1). Lo que Dios dice, por medio de su poderosa voz, se expresa con una sola palabra: γέγονεν, *hecho*, traducida como *hecho está*, que implica el sentido de haberse consumado algo que debía llevarse a cabo. En ese sentido, el verbo expresa la idea de que lo que había estado produciéndose por un tiempo ha llegado a la consumación final, es decir, no hay ya nada más que añadir. Esto coincide plenamente con el hecho de ser la última de las copas y, por tanto, el final de la intervención judicial de Dios que se inició con la apertura el primer sello (6:1) y que siguió luego por las trompetas y que culmina con la séptima copa. Ya no habrá, por tanto, más juicio que añadir. La voz de Dios *"hecho está"*, equivale

plenamente a *"Se acabó"*. No hay ya más dilación para la manifestación de Jesucristo y el final del reino del Anticristo. El derramamiento de la última copa abrirá el camino para la última gran batalla en la que Cristo, como *Jehová de los ejércitos,* vendrá para destruir a todos los enemigos de Dios. Esta acción ocupa varios aspectos en los siguientes capítulos. La voz del cielo, desde el trono, es sobrecogedora, porque pone de manifiesto todo lo que resta de la intervención de Dios, con las consecuencias que traerá consigo.

18. Entonces hubo relámpagos y voces y truenos, y un gran temblor de tierra, un terremoto tan grande, cual no lo hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra.

καὶ ἐγένοντο ἀστραπαὶ καὶ φωναὶ καὶ βρονταὶ καὶ σεισμὸς ἐγένετο
Y hubo relámpagos y voces y truenos y seísmo hubo
μέγας, οἷος οὐκ ἐγένετο ἀφ' οὗ ἄνθρωπος ἐγένετο ἐπὶ τῆς γῆς
grande, cual no hubo desde que hombre hubo sobre la tierra
τηλικοῦτος σεισμὸς οὕτω μέγας.
tan imponente seísmo así de grande.

Notas y análisis del texto griego.

Dando continuidad a los resultados producidos por la última copa, Juan utiliza de nuevo καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de ἐγένοντο, tercera persona plural del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, suceder, venir, ser, estar,* traducido aquí como *hubo*; ἀστραπαὶ, caso nominativo femenino plural del sustantivo que denota *relámpagos*, masculino en español; καὶ, *y*; φωναὶ, caso nominativo femenino plural del sustantivo *voces*; καὶ, conjunción copulativa *y*; βρονταί, caso nominativo femenino plural del sustantivo *truenos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; σεισμὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo *seísmo, sismo, terremoto*; ἐγένετο, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, originarse,* aquí como *se originó, se hizo, se produjo*, *se volvió*, *se hizo, hubo*; μέγας, caso nominativo masculino singular del adjetivo no declinable que expresa la condición de *grande*; οἷος, caso nominativo masculino singular del pronombre relativo *el que*, *cual;* y con el adverbio de negación enfática οὐκ *no,* con la escritura propia ante vocal no aspirada, que negativiza a ἐγένετο, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, originarse,* aquí como *se originó, se hizo, se produjo*, *se volvió*, *se hizo, hubo*; ἀφ' elisión de la preposición ἀπό, ante vocal con espíritu áspero, que equivale a *desde*; οὗ, caso genitivo masculino singular del pronombre relativo *que*; ἄνθρωπος, caso nominativo masculino singular del sustantivo genérico que denota *hombre, persona*; ἐγένετο, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, originarse,* aquí como *se originó, se hizo, se produjo*, *se volvió*, *se hizo, hubo*; ἐπὶ, preposición de genitivo, *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del nombre *tierra*; τηλικοῦτος, caso nominativo masculino singular del adjetivo demostrativo no declinable, que equivale a *tan grande, tan importante, tan imponente*;

σεισμὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo *seísmo, terremoto*; οὕτω, adverbio *así*; μέγας caso nominativo masculino singular del adjetivo no declinable *grande.*

Καὶ ἐγένοντο ἀστραπαὶ καὶ φωναὶ καὶ βρονταὶ. A la afirmación de Dios sobre el cumplimiento y final de su programa de juicios, responde la creación. Los fenómenos de la naturaleza son señales de juicio. En primer lugar se produce una imponente tormenta. Juan describe una vez más los aspectos esenciales de la tempestad desencadenada. Los relámpagos, que son los que causan temor en medio de una tormenta al advertir, con su luminosidad, el peligro que sigue a su luz fulgurante. En este caso, son expresión de lo que Dios estaba a punto de comenzar a hacer. Una manifestación semejante de poder y gloria ocurrió en el monte Sinaí cuando Dios se manifestó a su pueblo (Ex. 19:16). Aquella presencia impactó al pueblo que quedó espantado en el campamento. La visión de la gloria de Dios que tuvo Ezequiel, ocurrió de una manera semejante, saliendo relámpagos del fuego que manifestaba la gloriosa presencia de Dios (Ez. 1:13). Es notable observar que las visiones de Juan son una reproducción fiel de muchos aspectos de las profecías del Antiguo Testamento, en cierta medida, el Señor *actualizaba* las revelaciones de los antiguos profetas, dando a Juan una renovada visión de las mismas verdades anunciadas en los escritos del Antiguo Testamento. El apóstol ve que además de los relámpagos había, φωναὶ καὶ βρονταὶ, *"voces y truenos"*. Los dos términos deben considerarse conjuntamente como una unidad de figura, ya que las voces aquí se refieren al sonido que producen los truenos. Éstos son figura de juicio, como había ocurrido cuando Moisés levantó su vara hacia el cielo e hizo tronar sobre la tierra de Egipto, precediendo a la séptima plaga, la del granizo (Ex. 9:23, 28). De la misma manera los truenos produjeron espanto en los filisteos dispuestos a pelear contra Israel en días de Samuel (1 S. 7:10). Así también se manifestó el Señor en respuesta a la oración de Samuel, como expresión de desagrado por la maldad del pueblo (1 S. 12:17, 18). El salmista expresa la presencia omnipotente del Dios de gloria mediante truenos (Sal. 29:3). *Las voces*, como se dijo antes, son los sonidos que producen los truenos. El hebreo distingue entre el trueno en sí (*r`mym*) y el retumbar del trueno, las voces (*qwlwt*). El aspecto de las manifestaciones desde el trono, evidencian que es un trono de juicio.

Καὶ σεισμὸς ἐγένετο μέγας, οἷος οὐκ ἐγένετο ἀφ᾽ οὗ ἄνθρωπος ἐγένετο ἐπὶ τῆς γῆς τηλικοῦτος σεισμὸς οὕτω μέγας. Con la gran tormenta se anuncia un terremoto, de tal intensidad que nunca hubo uno semejante desde que el hombre existe sobre la tierra. Se mencionaron antes dos grandes terremotos (6:12; 11:13), pero este último anunciado supera en intensidad a cualquiera de ellos. El texto griego es muy enfático, se le llama σεισμὸς μέγας, *"terremoto grande"* y se recalca su grandiosidad utilizando un

adjetivo calificativo cuyo significado se expresa en modo superlativo: *“tan grande”*, o *“tan imponente”*. La intensidad del seísmo era de tal magnitud que el apóstol dice οἷος οὐκ ἐγένετο ἀφ’ οὗ ἄνθρωπος ἐγένετο ἐπὶ τῆς γῆς, *“cual no lo hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra”*. Los efectos de semejante seísmo tendrán notables repercusiones en la vida de los hombres, especialmente en las zonas donde el terremoto alcance la mayor intensidad.

19. Y la gran ciudad fue dividida en tres partes, y las ciudades de las naciones cayeron; y la gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino del ardor de su ira.

καὶ ἐγένετο ἡ πόλις ἡ μεγάλη εἰς τρία μέρη καὶ αἱ πόλεις τῶν ἐθνῶν
Y se hizo la ciudad la grande en tres partes y las ciudades de las naciones
ἔπεσαν. καὶ Βαβυλὼν ἡ μεγάλη ἐμνήσθη ἐνώπιον τοῦ Θεοῦ δοῦναι
cayeron y Babilonia la grande fue recordada delante - de Dios para dar
αὐτῇ τὸ ποτήριον τοῦ οἴνου τοῦ θυμοῦ τῆς ὀργῆς αὐτοῦ.
le la copa del vino del furor de la ira de Él.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue el relato usando como vínculo de relación καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐγένετο, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, originarse,* aquí como *se originó, se hizo, se produjo*, *se volvió*, *se hizo,* aquí en el sentido de dividirse; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; πόλις, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *ciudad*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*, que precede a μεγάλη, caso nominativo femenino singular del adjetivo no declinable, *grande*; εἰς, preposición de acusativo *en*; τρία, caso nominativo femenino singular del adjetivo numeral cardinal *tres*; μέρη, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *parte, porción*; καὶ, conjunción copulativa *y*; αἱ, caso nominativo femenino plural del artículo determinado *las*; πόλεις, caso nominativo femenino plural del sustantivo *ciudades*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*, femenino en castellano al referirse a naciones; ἐθνῶν, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *naciones*; ἔπεσαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πίπτω, *caer, precipitarse*, aquí como *cayeron*; καὶ, conjunción copulativa *y*; Βαβυλὼν, caso nominativo femenino singular del nombre propio de ciudad, *Babilonia*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*, que precede a μεγάλη, caso nominativo femenino singular del adjetivo no declinable, *grande*; ἐμνήσθη, primera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo μιμνήσκω, procedente del antiguo verbo μνάομαι, significa *recordar, traer a la memoria*, aquí como *fue recordada*; ἐνώπιον, preposición de genitivo, que se usa también como adverbio y denota *delante de*, *en la presencia de*, *en frente de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en castellano al vincularse a nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre declinado *de Dios*; δοῦναι, aoristo segundo de infinitivo en voz

activa del verbo δίδωμι, *dar, conceder, permitir, entregar, confiar, devolver, producir, colocar, señalar,* aquí como *para dar*; αὐτῇ, caso dativo femenino singular del pronombre personal *le*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*, femenino en castellano al referirse a copa; ποτήριον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *vaso, copa*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; οἴνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *vino*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; θυμοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *furor*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ὀργῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *ira*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él.*

Aunque la destrucción es general se hace referencia directa a dos ciudades, una identificada simplemente como ἡ πόλις ἡ μεγάλη, *"la gran ciudad"* y otra específicamente mencionada por su nombre propio Βαβυλὼν, *Babilonia.* ¿Se trata de una misma ciudad citada en dos momentos del texto? La dificultad consiste en determinar a que ciudad se refiere Juan con el calificativo de *"la gran ciudad"*. Algunos eruditos la identifican con Roma, considerándola como la *Babilonia espiritual*, así lo afirma enfáticamente el profesor Bartina: *"La Ciudad, la gran Babilonia, es Roma"*[13]. En este caso sería la capital del reino del Anticristo. Varias veces se llama a Babilonia en el libro *"gran ciudad"* (17:18; 18:10, 16, 18, 19, 21). Para otros la referencia tiene que ver con Jerusalén, considerando que los cambios en la orografía de la ciudad están profetizados (11:8; comp. Zac. 14:4). Para los alegoristas la referencia es un simbolismo que alude en general, a las ciudades de la tierra. Debe tenerse en cuenta que el texto menciona tres grupos de ciudades: *"la grande"*; *"las ciudades de la tierra"*; y *Babilonia*. Estas menciones, sobre todo en el mismo contexto inmediato, deben entenderse como tres menciones diferentes, ya que de lo contrario sería una reiteración innecesaria. La interpretación más consonante será entender que la ciudad llamada *"la grande"* aquí, es una referencia a Jerusalén, llamada así antes (11:8). Será el lugar donde el Anticristo se ha situado, luego de la invasión de Palestina con el pretexto de la acción bélica contra Israel de los reyes del norte y del sur. Es el lugar desde donde el Anticristo reclama para sí la adoración (2 Ts. 2:4). Anteriormente por la acción de otro terremoto, había caído la décima parte de la ciudad (11:13). Aquí la destrucción que se anuncia es mucho mayor. Esto no entra en conflicto con la profecía que anuncia los cambios que han de producirse en la ciudad y su entorno cuando sea la segunda venida del Señor (Zac. 14:4, 5). Es necesario entender que la expresión divina *"hecho está"* (v. 17) y los hechos que comprenderán se detalla en los capítulos venideros. El proyecto final de Dios para ese tiempo incluye la segunda venida de Jesucristo, que se detalla también más adelante (cap. 19). La escisión de la ciudad en tres partes, pudiera ser, en

[13] Sebastián Bartina. o.c., pág. 773.

cierta medida, parte de la transformación que sufrirá la ciudad y su entorno en el regreso de Cristo, pero las consecuencias del terremoto, no tienen que ver necesariamente con el acontecimiento de la segunda venida del Señor.

Καὶ αἱ πόλεις τῶν ἐθνῶν. El juicio de Dios alcanzará también al resto de las ciudades de la tierra. Juan profetiza, conforme a la visión, la destrucción total o parcial de ellas, usando el verbo *caer*, que equivale a *derrumbarse*. De nuevo se compone un futuro profético usando un modo verbal que indica una acción totalmente consumada. El *"hecho está"* de Dios, es otra muestra de cómo se expresan acontecimientos futuros mediante pasados, ya que lo que Dios determina puede aceptarse como cumplido, y tendrá lugar en el momento preciso, como el apóstol Pablo dice: *"en el cumplimiento del tiempo"* (Gá. 4:4). La manifestación del juicio de Dios, alcanza aquí rango universal, afectando a todas las ciudades de la tierra.

Καὶ Βαβυλὼν ἡ μεγάλη ἐμνήσθη ἐνώπιον τοῦ Θεοῦ. En tercer lugar el terremoto afecta abiertamente a *Babilonia*. Dios dirigirá su atención sobre la capital del sistema mundial del Anticristo. La sede mundial del gobierno de la bestia, es traída a la memoria de Dios. La referencia es vívida: ἐμνήσθη ἐνώπιον τοῦ Θεοῦ, *"vino en memoria delante de Dios"*. La expresión tiene sentido en la Biblia a una acción judicial de Dios sobre el pecado. Por eso, cuando perdona, se dice que *olvida* el pecado (Mi. 7:18) y para *olvidarlo*, es decir, *no traerlo delante*, se dice que lo *sepulta* en el profundo del mar, como figura de que nadie podrá sacarlo para ponerlo de nuevo delante de Él (Mi. 7:19). Por el contrario *recordarlo, traerlo a la memoria*, equivale a ponerlo delante para juzgarlo y sancionarlo. Dios estuvo esperando el cumplimiento del tiempo en relación con el juicio final sobre el sistema del Anticristo.

Δοῦναι αὐτῇ τὸ ποτήριον τοῦ οἴνου τοῦ θυμοῦ τῆς ὀργῆς αὐτοῦ. La progresión de los juicios de Dios en el libro es evidente. Al fin llegó el momento en el reloj divino para ocuparse de *"darle el cáliz del vino del ardor de su ira"*, expresión que pone de manifiesto una acción judicial, radical y completa sobre el sistema impío instaurado en el mundo por Satanás, el Anticristo y el falso profeta. El *furor* es la expresión de la ira contenida. El cáliz que contiene la indignación divina sobre la impiedad diabólica será vertido sobre el sistema creado por el Anticristo para destruirlo por completo. Los detalles de esta acción se tratarán en los siguientes capítulos. El castigo que Dios tiene preparado para el sistema impío no puede describirse con mayor énfasis en cuanto a severidad.

20. Y toda isla huyó, y los montes no fueron hallados.

καὶ πᾶσα νῆσος ἔφυγεν καὶ ὄρη οὐχ εὑρέθησαν.
Y toda isla huyó y montes no fueron hallados.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue el relato mediante el uso una vez más de καὶ, conjunción copulativa *y*; πᾶσα, caso nominativo femenino singular del adjetivo indefinido, que expresa radicalmente *toda*; νῆσος, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *isla*; ἔφυγεν, aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo φεύγω, *escapar, huir,* aquí como *huyó*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὄρη, caso nominativo neutro plural del sustantivo *montes*; seguido del adverbio de negación οὐ, terminado en χ, al seguirle una vocal con espíritu áspero, que equivale a *no* y que negativiza a εὑρέθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo εὑρίσκω, *encontrar, hallar*, en sentido de no poder encontrarse aunque se busquen.

Καὶ πᾶσα νῆσος ἔφυγεν καὶ ὄρη οὐχ εὑρέθησαν. Con motivo del la apertura del sexto sello (6:13) se produjo algo semejante, pero, sin duda en menor dimensión. La acción del intensísimo terremoto produjo un cambio sustancial en la tierra. Como se dijo antes con ocasión del sexto sello, los montes y las islas, *se removieron* de su lugar. Es necesario entender también esto en dos sentidos: primeramente en el lenguaje hiperbólico que describe una conmoción cósmica de esa naturaleza; en segundo lugar en sentido de que el terremoto afectó la totalidad del planeta. Ningún monte por grande e imponente que fuese dejo de sentir el impacto que lo hizo temblar; ninguna isla por lejana que fuese dejó de estremecerse por el temblor de la tierra. No significa que todos los montes y todas las islas dejaran el lugar y se trasladase a otro sitio, sino que todo cuanto existía en la tierra y en el mar sintieron el impacto del terremoto. Sin duda un cataclismo semejante dejará profundas huellas en la tierra. Es muy probable que una sacudida sísmica de esa naturaleza, hiciese desaparecer alguna isla y destruyese algún monte, sin embargo, se aprecia que la vida sigue en la tierra que recibió el impacto de algo tan formidable que nadie puede negar la procedencia sobrenatural del mismo. Todo el cosmos fue afectado por la acción del Todopoderoso que está en el trono y del Cordero que actúa como juez universal. Sin embargo aquí se hace alusión a una intensidad mucho mayor, por cuya conmoción, posiblemente muchas de las islas se hundan en el mar. Dios pude llevar a cabo una acción semejante, de ahí que el salmista diga que siendo *"nuestro amparo y fortaleza… no temeremos aunque la tierra sea removida, y se traspasen los montes al corazón del mar. Aunque bramen y se turben sus aguas, y tiemblen los montes a causa de su braveza"* (Sal. 46:1-3). La profecía utiliza la misma expresión para referirse al juicio de Dios (Ez. 26:18) y hablando de la victoria sobre Gog dice: *"que los peces del mar, las aves del cielo, las bestias del campo y toda serpiente que se arrastra sobre la tierra, y todos los hombres que están sobre la faz de la tierra, temblarán ante mi presencia; y se desmoronarán los montes, y todo muro caerá a tierra"* (Ez.

38:20). Por tanto, la acción de Dios producirá una situación en la tierra de tal dimensión que no hay palabras en el lenguaje humano para dar una descripción más precisa de aquel acontecimiento.

21. Y cayó del cielo sobre los hombres un enorme granizo como del peso de un talento; y los hombres blasfemaron contra Dios por la plaga del granizo; porque su plaga fue sobremanera grande.

καὶ χάλαζα μεγάλη ὡς ταλαντιαία καταβαίνει ἐκ τοῦ οὐρανοῦ ἐπὶ
Y granizo grande como de un talento baja del cielo sobre
τοὺς ἀνθρώπους, καὶ ἐβλασφήμησαν οἱ ἄνθρωποι τὸν Θεὸν ἐκ τῆς
los hombres y blasfemaron los hombres - de Dios por la
πληγῆς τῆς χαλάζης, ὅτι μεγάλη ἐστὶν ἡ πληγὴ αὐτῆς σφόδρα.
plaga la del granizo pues grande es la plaga de ella sobremanera.

Notas y análisis del texto griego.

Mediante καὶ, conjunción copulativa *y*, se da continuidad al relato, haciéndola seguir de χάλαζα, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *granizo*; μεγάλη, caso nominativo femenino singular del adjetivo no declinable *grande*; ὡς, adverbio de modo *como*; ταλαντιαία, caso nominativo femenino singular del adjetivo no declinable, que expresa un peso *de un talento*; aquel enorme granizo καταβαίνει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo καταβαίνω, *bajar, descender,* aquí como *baja*, *desciende,* en el sentido de *cae*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que unidos forman la contracción *del*, en castellano; οὐρανοῦ, caso genitivo masculino singular de sustantivo *cielo*; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἀνθρώπους, caso acusativo masculino plural del sustantivo genérico que denota *hombres, personas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐβλασφήμησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo βλασφημέω, *hablar mal, maldecir, blasfemar*, aquí como *blasfemaron*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἄνθρωποι, caso nominativo masculino plural del sustantivo genérico, *hombres, personas*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en castellano al ir vinculado a nombre propio; Θεὸν, caso acusativo masculino singular del nombre declinado *de Dios*; ἐκ, preposición de genitivo, *por*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; πληγῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *plaga*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; χαλάζης, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de granizo*; seguido de ὅτι conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; μεγάλη, caso nominativo femenino singular del adjetivo no declinable *grande*; ἐστὶν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *es*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; πληγὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *plaga*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella*, expresión equivalente al uso de pronombre demostrativo *esta*; σφόδρα, adverbio que

equivale a *mucho, muy, intensamente, grandemente*, aquí como *sobremanera, muchísimo, en extremo*.

Καὶ χάλαζα μεγάλη ὡς ταλαντιαία καταβαίνει ἐκ τοῦ οὐρανοῦ ἐπὶ τοὺς ἀνθρώπους. Una impresionante caída de pedrisco vino desde el cielo sobre los hombres, como culminación del cataclismo cósmico manifestado sobre la tierra. Las piedras de granizo alcanzaban el peso de un talento. El peso de un talento en tiempos de Juan era aproximadamente de unos treinta y cinco kilos. Tampoco esto es una novedad. Dios utilizó en varias ocasiones el granizo para castigar, de modo directo la maldad de los hombres. Tal fue el caso en Egipto (Ex. 9:23, 24); así también ocurrió en Bet-horon, en la conquista de la tierra en días de Josué (Jos. 10:11). Aunque algunos entienden el peso del granizo como una hipérbole del lenguaje, no hay razón alguna para considerarlo de otra forma que no sea literal. Un pedrisco de tal magnitud será evidencia incuestionable a los hombres de encontrarse frente a una acción sobrenatural que revelará la intervención de Dios. Tan impresionante granizada, unida a los males anteriores, convertirá la tierra en un verdadero caos.

La reacción de los hombres es, una vez más, sorprendente. Juan escribe: καὶ ἐβλασφήμησαν οἱ ἄνθρωποι τὸν Θεὸν ἐκ τῆς πληγῆς τῆς χαλάζης, ὅτι μεγάλη ἐστὶν ἡ πληγὴ αὐτῆς σφόδρα, *"y los hombres blasfemaron contra Dios por la plaga del granizo; porque su plaga fue sobremanera grande"*. La ceguera espiritual y el endurecimiento del corazón rebelde se evidencian aquí. Los hombres saben que aquello todo, tanto el terremoto, como el granizo exceden en todo a lo que pudiera ser propio de la naturaleza. Ellos conocen claramente que hay en todo ello una intervención sobrenatural procedente de Dios. Pero, en lugar de rendirse ante Él en confesión y arrepentimiento, *blasfeman,* bien sea maldiciendo o acusando a Dios de una acción improcedente e injusta. Los hombres seguirán odiando al Creador. Los blasfemos contra Dios tenían como castigo la muerte por lapidación (Lv. 24:16). Es notable apreciar que simbólicamente son *apedreados* por Dios mediante la tormenta de granizo, y aún así, siguen blasfemando contra Él. El último acto de Dios es una oferta de gracia, en un llamamiento al arrepentimiento, que no será aceptado por los hombres y que seguirán en su rebeldía pecaminosa sin regresar a Él.

La soberanía de Dios se manifiesta en cada uno de los actos judiciales que Juan describe en el Apocalipsis. Una vez más, a medida que nos aproximamos al fin del libro y al final de la Escritura, se confirma que la Biblia responde a la pregunta crucial formulada desde el principio de la humanidad caída: *"¿Quién es el Soberano?"*. Hablar de soberanía es hablar de una de las perfecciones esenciales de Dios. Su propia Palabra declara explícitamente: *"Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quisiere"* (Is. 46:10). La acción de Dios en el

ejercicio de su soberanía alcanza a todo, que incluye *"el ejército del cielo y los habitantes de la tierra"*, haciendo *"según su voluntad: sin que nadie estorbe su mano"* (Dn. 4:35). Todo cuanto existe, incluida la historia, discurre *"según el consejo de Su voluntad"* (Ef. 1:11). Este Dios soberano permitió la caída de Adán, conforme a su pensamiento, cuando lo colocó en Edén en un estado condicional. Esta actuación de Dios responsabiliza al hombre del pecado cometido y acreedor del castigo establecido para él. Sin embargo, en la misma dimensión de su soberanía, estableció el plan de salvación, antes de la creación del mundo (2 Ti. 1:9). Dios salva al hombre, no por algún tipo de condicionante, sino por propósito y determinación personal. La obra de redención se realizó conforme a su propósito eterno y la aplicación de la salvación sólo es posible por gracia, mediante la fe (Ef. 2:8-9). Continuamente Dios está llamando al hombre a la fe y, con ella, al arrepentimiento. El hombre es absolutamente responsable en cuanto al rechazo del llamamiento de Dios, para perderse eternamente por su incredulidad (Jn. 3:36). La salvación, para quienes creen, es firme y definitiva, por cuanto los creyentes son *"conocidos por Dios"* (2 Ti. 2:19) como suyos y la seguridad de salvación es absoluta y definitiva. Sin embargo, el creyente no está exento de la disciplina de Dios cuando persevera en una actuación contraria a su voluntad. Esta disciplina puede alcanzar niveles tan elevados como la pérdida de la vida física (1 Co. 5:5; 1 Jn. 5:16b). Los acontecimientos futuros en los que Juan describe la acción judicial de Dios contra el pecado de los hombres, debieran servir de acicate a cada uno de nosotros en una decisión de vivir santamente, conforme a su voluntad.

La perversidad de los hombres es otra de las lecciones que se desprenden del pasaje estudiado. Se hace evidente, a la luz de la disposición y acción de los hombres, descrita por Juan, que el ser humano, sin la ayuda del Espíritu Santo, no tiene interés en acercarse a Dios y buscarlo. Esa es la verdad que el apóstol Pablo enseña en su carta a los Romanos (Ro. 3:10-12). La *garganta* del hombre pecador en su estado de rebeldía contra Dios, afectada por el pecado, no alabará voluntariamente a Dios ni le glorificará, sino que hablará mal de él (Ro. 10:13-14). En contraste con esto, la boca del salvo debe ser instrumento continuo para glorificar a Dios: *"La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales"* (Col. 3:16). Esta disposición en el Espíritu alcanza todas las formas de hablar del creyente. No puede utilizarse la boca para alabar a Dios, mientras que con la misma boca se profiere maledicencia contra los hombres (Stg. 3:9-10). La maledicencia alcanza un grado de perversidad extrema, cuando se profiere contra los hermanos en Cristo. El apóstol Pablo establece que ningún creyente debe tener comunión con quien llamándose hermano sea *malediciente* (1 Co. 5:11), colocando ese pecado al mismo nivel que la práctica de la

fornicación, la avaricia, la idolatría o el robo. Pablo establece la separación de creyentes con una conducta pecaminosa. El énfasis de las instrucciones paulinas está relacionado con quienes llamándose hermanos, practican, como hábito, la maledicencia. Maledicencia es, a veces, sinónimo de *difamación*, que es la forma de hablar de quienes pretenden desprestigiar a otro hermano. Comprende también a quien es injurioso y ofensivo. El que practica el chisme y la murmuración de un hermano suyo, no tiene respeto por quien ha sido hecho a imagen y semejanza de Dios, y está formando parte de la misma familia celestial. La expresión de Pablo *"con el tal ni aún comáis"*, lo relacionan algunos con la excomunión eclesial. La idea es sentar a la mesa a un creyente estableciendo con ello un vínculo de aceptación e intimidad. Las malas compañías corrompen las buenas costumbres, por tanto la relación con un maldiciente escuchando su maledicencia corrompe la vida espiritual del oyente y lo hace copartícipe en la murmuración. La crítica, el chisme y la maledicencia, son las carcomas más deleznables y dañinas en la iglesia de Jesucristo. Generalmente el maldiciente es un egocéntrico o incluso un ególatra, que no puede admitir fácilmente que otros sean más que él. Por esta razón, se han visto apartados del ministerio eclesial muchos grandes hombres de Dios, a quienes la envidia de otros ha sido el detonante para acusaciones infundadas. El peor maldiciente es aquel que habla mal de otro hermano con aparente deseo de la defensa de la *sana doctrina,* olvidándose que el amor forma parte incuestionable de la vida cristiana y que quien no ama a su hermano debe preguntarse muy seriamente si realmente ha nacido de nuevo (1 Jn. 2:9). En la iglesia, bajo el poder el Espíritu, todos pueden, en sumisión al Padre, proporcionar consuelo, aliento y estímulo a sus hermanos. Es anticristiano un amor que relega las demandas de santidad de la Palabra en aras de una mal entendida tolerancia, pero no es menos anticristiano la rigidez dogmática falta de amor. Parece increíble que un aparente celo legalista por la verdad, haya generado en algunos, *odio teológico* hacia otros, edificando un altar de adoración a la doctrina, en el que se sacrifica el amor. Quien no ama a su hermano, tampoco puede amar a Dios.

CAPÍTULO XVII

BABILONIA RELIGIOSA

Introducción.

El Apocalipsis no es una cronología profética sucesiva, de los acontecimientos que revela. Los capítulos anteriores registran el relato de la situación general de un mundo y de un sistema que camina hacia su fin conforme al propósito establecido por Dios y que se desarrolla conforme a la determinación establecida antes. El pasaje anterior concluyó con una afirmación relacionada con el final del programa histórico establecido por Dios, precedente al regreso de Jesucristo para establecer el Reino de Dios sobre la tierra, determinante y final: *"Hecho está"* (17:17). Con el derramamiento de la séptima copa se cierra la acción judicial de Dios. Por tanto, los capítulos 17 y 18, significan un retroceso en el tiempo, para explicar con detalle la derrota del sistema religioso y comercial del Anticristo. El texto bíblico condujo el pensamiento del lector a través de la tribulación, con los terribles efectos del juicio o de los juicios divinos, y no menos terribles efectos de desarrollo del sistema que el Anticristo establecerá en el mundo, sobre todo, las distintas acciones inicuas contra los creyentes de ese tiempo. La séptima copa, con el anuncio del fin, hace referencia, en el texto bíblico, al derrumbamiento de Babilonia (14:8). La descripción detallada se pone de manifiesto en el texto de los dos capítulos, el actual y el siguiente, para introducir luego el relato de la venida triunfante de Cristo, el establecimiento de su reino victorioso y, finalmente, la descripción del nuevo orden que Dios establecerá definitivamente en los nuevos cielos y la nueva tierra. Es muy interesante apreciar que el detalle de la destrucción de Babilonia y sus consecuencias, se expresa con palabras concisas que permiten atisbar la gran tragedia del sistema del Anticristo, pero, en cambio, se extiende en detalles simbólicos sobre los personajes que controlan el sistema. De ahí la dificultad de esta sección. Juan utiliza términos y lenguaje figurado que deben ser interpretados. Este es uno de los grandes *nudos* del Apocalipsis. Como se ha dicho antes, los capítulos 17 y 18 ponen de manifiesto acontecimientos de los que alguno pudieron haber ocurrido al principio de la segunda mitad de la semana de siete años correspondiente al período de la tribulación, que es también la Septuaginta de las profetizadas por Daniel. Por otro lado los exegetas se enfrentan con la identificación de la ciudad llamada Babilonia. ¿Se trata de un nombre simbólico para referirse al centro neurálgico del sistema religioso, político y comercial, del Anticristo? ¿Debe ser tomado como algo literal, en el sentido de una ciudad real, la Babilonia reconstruida? Sobre estos dos aspectos se ha escrito lo suficiente antes, por tanto, la posición en el presente comentario se ha establecido, declinándose por entender a Babilonia como el centro de un sistema, religioso y comercial del reino del

Anticristo, según los argumentos presentados antes. Con todo, debe entenderse que todo dogmatismo en profecía y, sobre todo, en detalles puntuales que no puedan sustentarse por referencia específica de la Escritura, no debe afirmarse taxativamente. Con todo, la interpretación que hace el ángel (vv. 8-18), aporta suficientes bases para establecer la identidad de lo que el texto bíblico menciona como Babilonia.

La división del pasaje para su estudio, siguiendo el bosquejo del libro, es la siguiente:

1. La Babilonia religiosa (17:1-18).
   - 1.1. Descripción (17:1-7).
   - 1.2. Interpretación (17:8-18).
     - 1.2.1. La bestia (17:8-11).
     - 1.2.2. Los diez cuernos (17:12-14).
     - 1.2.3. Las aguas y la mujer (17:15-18).

La Babilonia religiosa (17:1-18).

Descripción (17:1-7).

1. Vino entonces uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, y habló conmigo diciéndome: Ven acá, y te mostraré la sentencia contra la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas.

Καὶ ἦλθεν εἷς ἐκ τῶν ἑπτὰ ἀγγέλων τῶν ἐχόντων τὰς ἑπτὰ φιάλας
Y vino uno de los siete ángeles los que tienen las siete páteras
καὶ ἐλάλησεν μετ᾽ ἐμοῦ λέγων· δεῦρο, δείξω σοι τὸ κρίμα τῆς
y habló conmigo diciendo: Aquí, mostraré te el juicio de la
πόρνης τῆς μεγάλης τῆς καθημένης ἐπὶ ὑδάτων πολλῶν,
ramera de la grande de la sentada sobre aguas muchas.

Notas y análisis del texto griego.

Encadenando las nuevas visiones con las anteriores en un todo, Juan comienza este párrafo con καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de ἦλθεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἔρχομαι, *venir*, aquí como *vino*; εἷς, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral cardinal *uno*; ἐκ, preposición de genitivo, *de*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; ἑπτὰ, caso genitivo masculino plural del adjetivo numeral cardinal, no declinable, *siete*; ἀγγέλων, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *ángeles*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado, *los*; ἐχόντων, caso genitivo masculino plural con el participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tienen*, complementado con el pronombre relativo *que*, implícito, y que se traduce generalmente como *que tenían*, por mejor concordancia

temporal; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; ἑπτα, adjetivo numeral cardinal *siete*; φιάλας, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *páteras, copas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐλάλησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo λαλέω, *hablar*, aquí como *habló*; seguido de la preposición de genitivo μετ' en la forma que toma la preposición μετά delante de vocal y que significa *con*, ἐμοῦ, caso genitivo singular del pronombre personal *conmigo*; λέγων, caso nominativo masculino singular con el participio presente en voz activa del verbo λέγω, equivalente a *decir*, aquí como *diciendo*. La segunda cláusula contiene las palabras del ángel, con δεῦρο, adverbio de lugar que significa *Aquí, en este lugar*, y que sugiere urgencia, de ahí la traducción *ven aquí, o ven*; δείξω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo δείκνυμι, *mostrar, presentar, hacer ver*, aquí como *mostraré*; σοι, caso dativo singular del pronombre personal *te*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; κρίμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *juicio*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; πόρνης, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *meretriz, ramera*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; μεγάλης, caso genitivo femenino singular del adjetivo no declinable, *grande*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; καθημένης, caso genitivo femenino singular con el participio de presente en voz media del verbo κάθημαι, *sentarse, estar sentado,* aquí como *sentada*; ἐπὶ, preposición de genitivo *sobre*; ὑδάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *aguas*; πολλῶν, caso genitivo neutro plural del adjetivo no declinable, *muchas*.

Καὶ ἦλθεν εἷς ἐκ τῶν ἑπτὰ ἀγγέλων τῶν ἐχόντων τὰς ἑπτὰ φιάλας καὶ ἐλάλησεν μετ' ἐμοῦ. Una nueva revelación le iba a ser mostrada a Juan. Desde la posición que ocupaba un ángel dialogó con él. Se dice que era uno de los siete ángeles a los que se les había dado las copas de la ira de Dios y que cumpliendo sus instrucciones, las habían derramado produciendo los últimos siete juicios de la ira de Dios. No se dice cual de los siete fue el que habló con el apóstol, ni tampoco se dice la razón por la que se encomendó a uno de los ángeles conducir a Juan en la nueva visión, sólo se advierte que fue enviado a él con una revelación de suma importancia, convirtiéndose en guía del siervo de Dios. Los ángeles son ministros al servicio de Dios, que los utiliza para cuanto sea necesario conforme a Sus propósitos.

Λέγων· δεῦρο, La voz del ángel llama a Juan para que preste atención a lo que viene. El verbo *"ven"* con que comienza el diálogo con el apóstol, no es un verbo en el texto griego, sino un adverbio[1], ligado normalmente a verbos que indican movimiento y que significa *aquí, en este lugar*, pero que sugiere urgencia, como si se expresara entre admiraciones: *"¡Aquí!"*, como una voz de mando, por lo que se suele traducir como *"ven"*. Sin embargo, Juan no cambia de lugar ni es trasladado a ningún otro sitio. No es un llamamiento para *seguir*

[1] Griego: δεῦρο.

físicamente al ángel, sino para que prestase desde ese momento atención a lo que iba a serle revelado.

Δείξω σοι τὸ κρίμα τῆς πόρνης τῆς μεγάλης τῆς καθημένης ἐπὶ ὑδάτων πολλῶν. El mensajero celestial iba a *mostrarle* una nueva revelación. El verbo *"mostrar"* en futuro, es sinónimo de *declarar, manifestar, hacer ver* alguna cosa. Lo que iba a ser mostrado era τὸ κρίμα, *"el juicio"*, realmente la sentencia que un tribunal dicta y que es ejecutada en quien ha sido juzgado. Se refiere, pues, tanto al veredicto del tribunal que juzga, como a la ejecución del veredicto dictado. De otro modo, se iba a presentar ante Juan, el detalle de lo que Dios había determinado hacer con quien se califica como τῆς πόρνης τῆς μεγάλης, *"la gran ramera"*. Es de apreciar que en el texto griego aparece un adjetivo articular, es decir, se remarca el adjetivo con un artículo al igual que el nombre, leyéndose: *"la ramera, la grande"*.

El término *ramera*, está relacionado con pecado sexual en alto grado, vinculado con *fornicación*. Esta palabra es el término más común para expresar una relación moralmente ilícita y tiene un alcance mayor que *adulterio*, que se usa exclusivamente para denotar la relación íntima con casados fuera del matrimonio. *Fornicación* como acción y *ramera*, como sujeto de la acción, se usa en ocasiones para expresar en forma figurada la permisividad religiosa de quienes sirven a los dioses falsos, abandonando al verdadero Dios. La metáfora del adulterio se usa frecuentemente en la profecía para referirse a Israel como esposa infiel de Dios, que abandona a su verdadero marido para unirse a los dioses falsos. De ahí que a Israel se le califica, por esa acción, como *ramera*, como dice el profeta: *"¿Cómo te has convertido en ramera, o ciudad fiel?"* (Is. 1:21). La razón para el calificativo está claramente expresado: *"Porque desde muy atrás rompiste tu yugo y tus ataduras, y dijiste: No serviré. Con todo eso, sobre todo collado alto y debajo de todo árbol frondoso te echabas como ramera"* (Jer. 2:20) y añade: *"Dicen: Si alguno dejare a su mujer, y yéndose ésta de él se juntare a otro hombre, ¿volverá a ella más? ¿No será tal tierra del todo amancillada? Tú, pues, has fornicado con muchos amigos; mas ¡vuélvete a mi! Dice Jehová"* (Jer. 3:1). El profeta Ezequiel toma también la figura y dice que Israel se había prostituido, fornicando con muchos (Ez. 16:15). En una forma mucho más directa dice Oseas: *"Porque su madre se prostituí; la que los dio a luz se deshonró, porque dijo: Iré tras mis amantes, que me dan mi pan y mi agua, mi lana y mi lino, mi aceite y mi bebida"* (Os. 2:5), concluyendo luego: *"Si fornicas tú, Israel, a lo menos no peque Judá"* (Os. 4:15). Esta misma figura aparece en el Nuevo Testamento, cuando Santiago llama a los creyentes que se hacen amigos del mundo *"almas adúlteras"* (Stg. 4:4). La metáfora es clara en relación con los creyentes, pero no lo es tanto aplicada a la gente o a las naciones del mundo. Sin embargo también se usa en relación con Tiro, de quien se dice que fornicará con todos los reinos del mundo (Is. 23:17),

donde la idea no es de fornicación espiritual, sino de ir tras una ganancia ilícita. Así también se usa en relación con Nínive descrita como una ramera (Nah. 3:4), a causa de la forma con que ha seducido a las naciones más débiles, burlándose de ellas con su poder y grandeza, esclavizándolas. La *"gran ramera"* es aplicable a Babilonia, a causa del control espiritual que ejerce sobre las gentes, desviándolas de Dios y haciéndolas adoradores de Satanás, mediante la adoración al Anticristo.

La πόρνης τῆς μεγάλης τῆς, *"gran ramera"* se dice que estaba καθημένης ἐπὶ ὑδάτων πολλῶν, *"sentada sobre muchas aguas"*. La expresión es un claro semitismo, *sentada*, expresa la idea estar asentada sobre algo, ejerciendo autoridad y sirviéndose del lugar donde está asentada para su beneficio personal. Esta afirmación es sumamente importante y aporta la clave para la identificación de la ramera. De Tiro, la ciudad pagana que vivía del comercio marítimo, se dice que estaba *"asentada"* a orillas del mar (Ez. 27:3-4) haciéndose opulenta por su comercio que llevaba a cabo desde su posición *"en medio de los mares"* (Ez. 27:25). Pero, en relación con la *"gran ramera"* debe interpretarse figuradamente la expresión *"sentada sobre muchas aguas"*.

Quienes sostienen que se trata de la ciudad de Babilonia que será reconstruida, aplican el texto de la profecía de Jeremías que al hablar de ella dice: *"Levantad bandera sobre los muros de Babilonia, reforzad la guarida, poned centinelas, disponed celadas; porque deliberó Jehová, y aun pondrá en efecto lo que ha dicho contra los moradores de Babilonia. Tú, la que moras entre muchas aguas, rica en tesoros, ha venido tu fin, la medida de tu codicia"* (Jer. 51:12). Las muchas aguas, a que se refiere el profeta, tenían que ver con el río Éufrates y las muchas desviaciones y canales establecidos en él. Juan aporta datos concretos para interpretar el sentido que tiene aquí *"las muchas aguas"*, cuando más adelante dice: *"las aguas que has visto, donde la ramera se sienta, son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas"* (v. 15).

La fuerza e inquietud de los pueblos se compara con muchas aguas (Is. 8:7). De la misma manera Jeremías utiliza la ilustración para referirse a los filisteos: *"He aquí que suben aguas del norte y se harán torrente"* (Jer. 47:2). Babilonia, como se consideró antes, llegó a ser la personificación de la maldad y en la visión de Juan adquiere también ese simbolismo. La ciudad es la sede del gobierno del Anticristo en el mundo, y se refiere a la expresión del sistema religioso que estará establecido en aquellos días y que dominará sobre *"muchos pueblos"*, por cuya razón se presenta como la *"gran ramera, sentada sobre las muchas aguas"*. Debe tenerse en cuenta también que el Anticristo, la primera bestia, sale del mar (13:1), es decir, de las naciones de la tierra, especialmente referidas a las del reino del Anticristo. La figura aquí sugiere la idea de dominio y autoridad sobre muchos pueblos y corresponde a la autoridad religiosa que

tendrá el falso profeta en el reino del Anticristo (13:12), ejerciendo el control y arrastrando a los pueblos a la adoración idolátrica. La idea principal es la de un juicio sobre el sistema religioso que condujo al mundo tras una falsa religión. Es la manifestación en el tiempo futuro de lo que comenzó en la torre de Babel (Gn. 10:9, 10; 11:1-9). Lo que Juan está recibiendo es una visión del poder malvado por excelencia, de ahí la referencia a Babilonia como ciudad impía.

2. Con la cual han fornicado los reyes de la tierra, y los moradores de la tierra se han embriaga con el vino de su fornicación.

μεθ᾽ ἧς ἐπόρνευσαν οἱ βασιλεῖς τῆς γῆς καὶ ἐμεθύσθησαν οἱ
Con la que fornicaron los reyes de la tierra y se embriagaron los
κατοικοῦντες τὴν γῆν ἐκ τοῦ οἴνου τῆς πορνείας αὐτῆς.
moradores de la tierra del vino de la fornicación de ella.

Notas y análisis del texto griego.

Por la posición que ocupaba la *gran ramera*, Juan sigue diciendo que μεθ᾽ forma que toma la preposición μετά ante vocal aspirada y que significa *con*; ἧς, caso genitivo femenino singular del pronombre relativo *la que*; ἐπόρνευσαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πορνεύω, *fornicar*, aquí como *fornicaron*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; βασιλεῖς, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *reyes, gobernantes*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del nombre *tierra*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐμεθύσθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo μεθύσκω, *emborrachar,* en voz pasiva *emborracharse*, aquí como se *embriagaron, emborracharon*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; κατοικοῦντες, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *moradores de la tierra habitada, residentes en ella*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del nombre *tierra*; seguido de ἐκ, preposición de genitivo, *de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; en castellano forman la contracción *del*; οἴνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *vino*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; πορνείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *fornicación*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal *de ella.*

Μεθ᾽ ἧς ἐπόρνευσαν οἱ βασιλεῖς τῆς γῆς καὶ ἐμεθύσθησαν οἱ κατοικοῦντες τὴν γῆν ἐκ τοῦ οἴνου τῆς πορνείας αὐτῆς. El poder y la influencia del sistema religioso del Anticristo serán muy grandes. Los seguidores de su propuesta son οἱ κατοικοῦντες τὴν γῆν, *"los moradores de la tierra"*, al frente de los cuales están οἱ βασιλεῖς τῆς γῆς, *"los reyes de la tierra",* de los que se ha hecho amplia referencia en el Apocalipsis (1:5; 6:15; 17:18; 18:3, 9; 19:19; 21:24), entre los cuales están también los que forman

parte del gobierno general del Anticristo. Todos los hombres de la *tierra habitada*, expresión literal que aparece en el texto griego, siguen voluntaria y sumisamente al Anticristo y su sistema religioso y comercial. La expresión se utiliza para referirse a los hombres impíos (3:10; 6:10; 8:13; 11:10; 13:8, 14).

Se lee que todos los reyes, ἐπόρνευσαν *"han fornicado"*, quiere decir, que han entrado en comercio íntimo con la *gran ramera*, para compartir sus perversidades. El verbo está en un modo que indica una acción pasada y totalmente consumada, como un hecho probado y cierto. Se trata de un verdadero contubernio de una religión diabólica, expresada tal vez en una iglesia apóstata, y los poderes políticos. Estos seguidores ἐμεθύσθησαν, *"se han embriagado"*, que simboliza estar controlados plenamente por las propuestas de la religión impía, de la misma manera que el vino controla al embriagado, así también los pueblos estarán bajo la acción del sistema del Anticristo. Será la culminación de la enseñanza del apóstol Pablo sobre las consecuencias que se producen en la humanidad por el abandono de Dios y por ser abandonados de Éste (Ro. 1:24-32). La corrupción y degradación moral y espiritual alcanzarán, en ese tiempo final de la actual civilización, extremos inimaginables. Todos sucumben a la propuesta impía de la *gran ramera*, y se dejarán controlar por quien ejerce también la autoridad sobre la economía mundial (13:16-17).

Τοῦ οἴνου τῆς πορνείας αὐτῆς. *"El vino de su fornicación"* es referencia al medio que el sistema utiliza como forma de seducción, es el reclamo por el que seduce a las naciones, haciéndolas compartir su sistema impío, y arrastrándolas con él. En cierta medida había sido anunciado ya por el profeta en relación con la Babilonia histórica, que es símbolo de la Babilonia escatológica: *"Copa de oro fue Babilonia en la mano de Jehová, que embriagó a toda la tierra; de su vino bebieron los pueblos; se aturdieron, por tanto las naciones"* (Jer. 51:7). Todos los hombres de la tierra y sus dirigentes despreciarán a Dios y seguirán el sistema diabólico establecido por Satanás y sus dos ejecutivos directos, el Anticristo y el falso profeta.

3. Y me llevó en el Espíritu al desierto; y vi a una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos.

καὶ ἀπήνεγκεν με εἰς ἔρημον ἐν πνεύματι. Καὶ εἶδον γυναῖκα
Y llevó me al desierto en espíritu. Y vi una mujer
καθημένην ἐπὶ θηρίον κόκκινον, γέμον ὀνόματα βλασφημίας, ἔχων
sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia que tenía
κεφαλὰς ἑπτὰ καὶ κέρατα δέκα.
cabezas siete y cuernos diez.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue el relato con καὶ, conjunción copulativa *y*, que se usa permanentemente como nexo en los relatos del libro; ἀπήνεγκεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀποφέρω, *llevarse,* aquí *llevó*, indica siempre un *llevarse por fuerza*, o por *acción sobrenatural*; με, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *me*; εἰς, preposición de acusativo *a*; ἔρημον, caso acusativo femenino singular del sustantivo *desierto*; ἐν, preposición de dativo *en*; πνεύματι, caso acusativo neutro singular del sustantivo *espíritu*. Una segunda cláusula se inicia también con καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de εἶδον*,* primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* aquí como *vi*; γυναῖκα, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *mujer*, complementándolo aquí con el artículo indeterminado *una*, para dar sentido a la construcción gramatical castellana; καθημένην, caso acusativo femenino singular con el participio de presente en voz media del verbo κάθημαι, *sentarse,* aquí como *sentada*; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; θηρίον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *animal salvaje, bestia*; κόκκινον, caso acusativo neutro singular del adjetivo no declinable *escarlata*; γέμο, caso acusativo neutro singular con el participio de presente en voz activa del verbo γέμω, *estar lleno*, aquí como *llena*; ὀνόματα, caso acusativo neutro plural del sustantivo *nombres;* la construcción del verbo seguido del acusativo ὀνόματα, es un vulgarismo, ya que el objeto de la acción verbal suele ir en genitivo, sustentado por una preposición, generalmente εκ; βλασφημίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de blasfemia*; ἔχων, caso genitivo femenino singular con el participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tiene*, traduciéndose en pasado para una mayor concordancia con el relato; κεφαλὰς, caso acusativo femenino plural del sustantivo *cabezas*; ἑπτὰ, adjetivo numeral cardinal, no declinable, *siete*; καὶ, conjunción copulativa *y*; κέρατα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *cuernos*; δέκα, caso acusativo neutro pluraldel adjetivo numeral cardinal, no declinable, *diez.*

Καὶ ἀπήνεγκεν με εἰς ἔρημον ἐν πνεύματι. Juan es trasladado espiritualmente al desierto. No significa que físicamente se hubiese movido del lugar, sino que el Espíritu Santo capacitó al espíritu del profeta para apreciar la nueva visión que se le revelaba. El agente activo aquí es el ángel, lo que indica que Juan entró en un nuevo estado de éxtasis, que es lo que significa en el Apocalipsis la expresión ἐν πνεύματι, *"en el Espíritu"* (cf. 1:10; 4:2). Como se dijo antes, el griego expresa un estado al que Juan llegó, que se podría expresar como *"vine a estar en el espíritu"*. Sin duda puede aplicarse a estar en el Espíritu Santo, ya que toda la profecía procede del Espíritu (1 P. 1:20-21). Sin embargo el entorno textual favorece una referencia al espíritu personal del profeta, o mejor tal vez, a la acción del Espíritu Santo capacitando el espíritu de Juan para recibir las visiones que se le manifestarán. Esa era la forma en que Isaías pudo recibir la visión del Señor (Is. 6:1); de la misma manera también Ezequiel (1:4). El Espíritu Santo actúa sobre el espíritu del profeta para que

pueda percibir las cosas de Dios, es decir, el Espíritu puso a Juan en una situación espiritual en la que pudo ver las revelaciones celestiales que luego escribió en el libro. ¿Se trataba de un éxtasis en el cual recibió las revelaciones? ¿Fue una traslación en el Espíritu? Pudiera entenderse que la expresión *"estar en el espíritu"*, se refiere a un éxtasis en el que desde el cuerpo, pero fuera de él en cuanto al espíritu la comprensión, recibió la revelación de Dios. No es posible afirmar más allá, puesto que la revelación no lo permite. Lo que sí es evidente es que las visiones le llegaron a Juan en ese estado espiritual fuera de lo normal, al que lo condujo la acción del Espíritu Santo. Ese era un modo habitual en muchas revelaciones del Señor a los suyos (Hch. 10:10; 11:5; 22:17; 2 Co. 12:2-3), de manera que cuando cesaba la acción de la revelación, el profeta *volvía en sí mismo* (Hch. 12:11). El éxtasis espiritual es un estado de la parte espiritual del hombre en plenitud, en virtud del cual queda dispuesto para la recepción de revelaciones divinas. De ese modo el espíritu de Juan alcanzó un estado de receptividad especial para la revelación que Dios le iba a comunicar. Juan fue llevado en este estado *"al desierto"*. Un nuevo contraste aparece en el Apocalipsis: mientras que Israel, simbolizado en la mujer, fue llevado al desierto, como lugar de protección y cuidado (12:14), aquí el desierto es el lugar donde un sistema simbolizado también por una mujer, la *gran ramera* va a ser juzgado por Dios. El desierto es lugar donde no hay habitantes, despoblado, a donde Juan es llevado para que pueda recibir la visión.

Καὶ εἶδον γυναῖκα καθημένην ἐπὶ θηρίον κόκκινον. El apóstol ve, en visión, a una mujer que aparece delante de él, *sentada*. El modo verbal utilizado aquí expresa la idea de *asentarse*, es decir, la mujer se sentó voluntariamente sobre *"una bestia escarlata"*. Es evidente que la mujer estaba ejerciendo control sobre la bestia y al estar sentada sobre ella indica también que es diferente. Una simbiosis une a la *gran ramera*, con la bestia escarlata. Ésta ha sido identificada antes (13:1), en clara alusión al Anticristo, que recibió el poder de Satanás para reinar. Es cierto que el color escarlata no se menciona en relación con la bestia del capítulo 13, pero sí relativo al dragón que le confirió su poder y su trono (12:3). Las palabras griegas son diferentes[2], pero el color es prácticamente el mismo. El aspecto religioso del sistema del Anticristo, representado aquí por la *gran ramera*, se sustenta sobre el mismo sistema y, en cierta medida, lo utiliza para sus fines. Es interesante recordar que al falso profeta, la representación del sistema religioso, se le conceden poderes y autoridad dentro del sistema general del Anticristo, de modo que llega a utilizar la economía en su servicio (13:16-17).

La bestia escarlata sobre la que se asienta la mujer, estaba γέμον ὀνόματα βλασφημίας, *"llena de nombres de blasfemia"*. En alguna variante

[2] En 12:3, el color es πυρρός, *rojo*; aquí κόκκινον, *escarlata*.

del texto griego aparece aquí en lugar de *llena*, el plural *llenas,* lo que daría a entender que tanto la mujer como la bestia estaban llenas de nombres blasfemos. Una de las características de la bestia escarlata, la primera bestia, el Anticristo, es su blasfemia. Tenía un nombre blasfemo sobre su cabeza y blasfemaba contra Dios (13:5, 6). Como se consideró antes, la boca del Anticristo está, como todo él, controlada por Satanás que pone en ella sus propias palabras, por lo que sus discursos son expresiones de grandeza. Juan dice que hablará *"grandes cosas"*, tanto en sentido de propuestas grandes, como de palabras impactantes. Debe tenerse presente que Satanás salió de la mano de Dios en la creación como *"lleno de sabiduría"* (Ez. 28:12). En la Escritura, al comparársele con una serpiente, se establece también la *sutileza*, que le es propia. Sutiles, arrogantes y elocuentes son tres buenos calificativos para referirse a las palabras del Anticristo. Junto con ellas y mezcladas en ellas están también las *blasfemias*, posiblemente en este caso como sinónimo de *insolencias*. Sus palabras revestirán un notorio poder de persuasión, que cautivará, convencerá y arrastrará tras él las gentes. Las grandes cosas que son el discurso del Anticristo, contienen blasfemias, o tal vez, todas esas grandes cosas no son otra cosa que blasfemias. El discurso de la primera bestia tiene como objeto principal apropiarse de lo que corresponde solo a Dios para potenciarse a sí mismo. Las palabras del impío que estará asentado en el trono temporal sobre la tierra que le fue dado por Satanás, tendrán como objetivo principal convencer, cautivar y conducir a los hombres en la gran rebelión contra Dios. El Altísimo será despreciado, e incluso calumniado delante de los hombres, produciendo en ellos, bajo la insistencia de un discurso persuasivo y elocuente, un sentimiento de repulsa y condena hacia el Señor. Su lengua estará alimentada por el fuego del infierno que la satura de maldad, y hace que inflame perversamente el corazón de los hombres (Stg. 3:5-6). En la progresión de maldad, de *hablar blasfemias*, pasa a tener nombres blasfemos, relacionados, sin duda, con su propia condición blasfema al hacerse adorar y pasar como si fuese Dios (2 Ts. 2:4).

La bestia, sobre la que cabalgaba la mujer, ἔχων κεφαλὰς ἑπτὰ καὶ κέρατα δέκα, *"tenía siete cabezas y diez cuernos"*. Esta es una nueva identificación con la descripción de la primera bestia, que sale del mar, también con siete cabezas y diez cuernos (13:1). Es la misma imagen de Satanás (12:3). Las siete cabezas y los diez cuernos tendrán una interpretación un poco más adelante (vv. 9-19). Posiblemente se trate de una referencia a los siete imperios mundiales consecutivos a través de la historia. La interpretación sobre los cuernos, se dará más adelante (v. 12).

4. La mujer estaba vestida de púrpura y escarlata y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación.

καὶ ἡ γυνὴ ἦν περιβεβλημένη πορφυροῦν καὶ κόκκινον καὶ
Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata y
κεχρυσωμένη χρυσίῳ καὶ λίθῳ τιμίῳ καὶ μαργαρίταις, ἔχουσα
recubierta de oro y de piedra preciosa y de perlas, teniendo
ποτήριον χρυσοῦν ἐν τῇ χειρὶ αὐτῆς γέμον βδελυγμάτων καὶ τὰ
una copa de oro en la mano de ella llena de abominaciones y de
ἀκάθαρτα τῆς πορνείας[1] αὐτῆς
inmundicias de la fornicación de ella.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] πορνείας αὐτῆς, *fornicación de ella*; atestiguada en A, 051, 1, 94, 1006, 1828, 2020, 2042, 2065, 2073, 2081, 2344, 2432, it[c, dem, div, haf], vg, syr[ph], eth, Ticonius, Andrés.

πορνείας τῆς γῆς, *fornicación de la tierra*, como se lee en 046,1611,1854,1859, 2053,2138, syr[h], Hipólito, Arethas.

πορνείας αὐτῆς καὶ τῆς γῆς, *fornicación de ella y de la tierra*, atestiguada en א, cop[sa,bo].

Continúa el relato mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; a la que sigue ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; γυνὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *mujer*; ἦν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *estaba*; περιβεβλημένη, caso nominativo femenino singular con el participio perfecto en voz media del verbo περιβάλλω, *echar alrededor, poner*, en voz media *vestirse*, aquí como *vestida*; πορφυροῦν, caso acusativo neutro singular del adjetivo que expresa la condición de lo que es *de púrpura*; καὶ, conjunción copulativa *y*; κόκκινον, caso acusativo neutro singular del adjetivo no declinable que expresa la condición de lo que es *escarlata*; καὶ, conjunción copulativa *y*; κεχρυσωμένη, caso nominativo femenino singular con el participio perfecto en voz pasiva del verbo χρύσοω, *recubrir o adornar con oro*, aquí como *recubierta*; χρυσίῳ, caso dativo neutro singular del sustantivo declinado *de oro;* καὶ conjunción copulativa *y*; λίθῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo *piedra*; τιμίῳ, caso dativo masculino singular del adjetivo no declinable que expresa aquello que es de *gran valor, precioso*; καὶ conjunción copulativa *y*; μαργαρίταις, caso dativo masculino plural del sustantivo que denota *perlas*, femenino en castellano; ἔχουσα, caso nominativo femenino singular con el participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *teniendo*, o *que tiene*; ποτήριον, caso acusativo neutro singular del sustantivo *copa*, complementado con el artículo indeterminado *una*, para dar sentido a la estructura gramatical castellana; χρυσοῦν, caso acusativo neutro singular del adjetivo no declinable, que expresa la condición de lo que es *de oro*, o *dorado*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; χειρὶ, caso dativo femenino singular del sustantivo *mano*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella*;

γέμον, caso acusativo neutro singular con el participio de presente en voz activa del verbo γέμω, *estar lleno*, aquí como *llena*; βδελυγμάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *abominaciones*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *lo*; ἀκάθαρτα, caso acusativo neutro plural del adjetivo que define lo que es *de inmundicia*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; πορνείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *fornicación*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella.*

Καὶ ἡ γυνὴ ἦν περιβεβλημένη πορφυροῦν καὶ κόκκινον. Lo que primero se aprecia en la visión son los vestidos de la mujer, cosa natural al ser el centro principal y estar sentada sobre la bestia escarlata. Es interesante apreciar la identidad de colores entre la bestia y el vestido de la mujer, ambos de tonos rojizos. Los vestidos eran de púrpura y de escarlata. Los dos son colores propios de los vestidos de reyes y grandes del mundo. La púrpura era el color de los vestidos de los reyes de Madían derrotados por Gedeón (Jue. 8:26); también era el premio que estableció Belsasar para los magos que interpretaran el significado de la escritura que apareció en la pared de su palacio (Dn. 5:7). Escarlata es el color de la magnificencia (cf. Nah. 2:3). Ambos colores en que estaban teñidas las ropas, representan el esplendor y lujo de los vestidos de la mujer que cabalgaba sobre la bestia. En el mundo antiguo sólo podían vestirse de ese modo los ricos, debido al costo de los tintes necesarios para teñir las ropas con esos colores. La púrpura era el color propio de los emperadores, color del manto con que los soldados vistieron a Jesús (Jn. 19:2), la grana simbolizaba el lujo. Otro contraste se aprecia en la comparación de los vestidos espléndidos y lujosos de la mujer en la tierra, con la sencillez de las túnicas blancas con que aparecen vestidos los santos en la presencia de Dios (4:4; 6:11; 7:9).

Καὶ κεχρυσωμένη χρυσίῳ καὶ λίθῳ τιμίῳ καὶ μαργαρίταις, Al mas puro estilo de una meretriz la mujer iba exageradamente enjoyada; en el texto griego se lee literalmente *dorada*, lo que indica que estaba absolutamente adornada con oro. Los adornos que llevaba eran costosos: cubierta de joyas de oro, y adornada ricamente con piedras preciosas. El término griego para *piedras preciosas*, indica un amplio significado que va desde las piedras preciosas en el concepto actual, hasta las semipreciosas. La descripción de lo que Juan vio se adecua a la de la mujer ramera que menciona el profeta Jeremías: *"Aunque te vistas de grana, aunque te adornes con atavíos de oro, aunque pintes con antimonio tus ojos, en vano te engalanas; te menospreciarán tus amantes, buscarán tu vida"* (Jer. 4:30).

Vestida con los colores púrpura y carmesí, adornada de oro y piedras preciosas, algunos interpretes quieren identificar a la mujer con el papado o la forma de vestir propia de los altos dignatarios de la Iglesia Romana, en general

de las iglesias *oficiales*, no solo de la Romana, sino también de la ortodoxa y aún de la iglesia Anglicana. Así se desprende de escritos como los de Barchuk, de los que se trasladan algunos párrafos:

"Entre otros, aun la Iglesia Católica reconoce que bajo esta 'gran ramera' debe interpretarse Roma, pero la pagana. Pero nosotros, analizando este capítulo 17, estamos persuadidos que el significado de 'la gran ramera' corresponde más a la Roma cristiana que a la pagana.

Ciertamente toda ciudad capital, a través de sus diplomáticos, se asocia y se compromete con otras capitales, pero por algo ellas no son calificadas de rameras. ¿Por qué, pues, el Señor nombra a esta ciudad, digamos Roma, calificándola de ramera, reprendiéndola por andar fornicando con los reyes de la tierra? Es porque la iglesia de Cristo no es de este mundo, al igual que su divino esposo (Jn. 17:14, 16; 18:36). Por eso la iglesia no debe buscar compromisos con el mundo, no debe buscar sus intereses propios políticos y económicos, comprometiéndose con los reyes de la tierra. La iglesia debe ser fiel a su llamado celestial. Mientras tanto, efectivamente, la Iglesia Romana papal, más que cualquier otra en el mundo, se hundió totalmente en la política terrenal y sus ventajas, considerándose al mismo tiempo la única iglesia verdadera de Cristo. Por eso esta Iglesia Romana es esa 'gran ramera', que dejó su llamado celestial, traicionó a Cristo y para su propia conveniencia practica la fornicación con todos los reyes de la tierra. Hoy la Iglesia Romana no es ya más iglesia, sino una organización política corriente, recibiendo ella misma a los representantes de otros gobiernos, al igual que envía a los suyos. Además de todo esto, dicha Iglesia completamente no se fija con quién se compromete. Ella está lista aun para intercambiar sus representas con el mismo diablo, con tal de que ello resulten ventajas en su propio beneficio… Consideremos ahora las vestimentas de la ramera. 'Púrpura y escarlata y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas'. Todo esto era la vestimenta específica de los emperadores romanos, los grandes y los sacerdotes. Actualmente son vestimentas exclusivas de los papas romanos, cardenales y obispos. Púrpura y escarlata son materiales de color rojo, precisamente el que caracteriza a la Iglesia Romana" [3].

La aplicación que Barchuk hace para una determinada iglesia alcanzaría plenamente también a otras. No hay ninguna base bíblica que permita establecer esa identidad y afirmarla con autoridad. En general son aspectos propios de la religión babilónica, que fue introduciéndose en los sistemas religiosos de los hombres a través de la historia. Con la caída de Babilonia, el *"trono de Satanás"* pasó a la capital del reino de Pérgamo (Ap. 2:12, 13), desde donde el culto babilónico se trasladó a Roma, formando parte del entramado de sus

[3] Ivan Barchuk. o.c., pág. 293 s.

muchas religiones autorizadas en el Imperio. Los sacerdotes babilónicos se organizaban en hermandades, las cuales eran sumisas al pontífice, líder máximo de aquel sistema religioso, cuya palabra era ley para todos. Los distintivos de la religión babilónica era el culto practicado por sacerdotes que vestían con los colores que se mencionan para la gran ramera. Por tanto, debe entenderse más bien que la visión se está refiriendo o describiendo el boato de un sistema de religión universal sustentada por el gobierno del Anticristo. Este sistema religioso vinculado a la organización política y económica, será muy atractivo para las gentes por la influencia de sus riquezas. De alguna manera las gentes buscarán beneficiarse de ellas y, sin llegar a ese extremo, no será posible la práctica económica, en un simple comprar y vender, a no ser que se esté vinculado con el sistema establecido por el Anticristo (13:17).

Ποτήριον χρυσοῦν ἐν τῇ χειρὶ αὐτῆς. Además la mujer alza en su mano un cáliz o vaso de oro, parecido a otros que se mencionan en Apocalipsis, pero que en este caso el contenido es abominable. El cáliz está lleno de impureza y pecado. La bebida que esta mujer, representativa de la religión impía ofrece a las gentes es una mezcla de religión y libertinaje unidos. Como escribe el Dr. Lacueva:

"El brebaje que esta mujer ofrece a los poderes políticos de las naciones y a sus pueblos respectivos es una mezcla de religión e idolatría, de símbolos espirituales y ritos paganos, de cátedra pontifical y de tribuna sociopolítica, de evangelio y filosofía humanista"[4].

Γέμον βδελυγμάτων καὶ τὰ ἀκάθαρτα τῆς πορνείας αὐτῆς. La copa tenía un gran atractivo, por su hermosura y el material de su composición, que era oro, sin embargo, aunque serviría para contener la bebida más deliciosa, estaba llena de repulsiva corrupción. La palabra utilizada por Juan expresa el sentido de todo cuando es necio y detestable por su inmundicia. Es el *vino* apropiado a lo que Cristo enseño en el sermón profético del Monte de los Olivos, cuando se refirió a que en el tiempo final de la tribulación se manifestaría la *abominación desoladora* (Mt. 24:15), en referencia al Anticristo y sus acciones idolátricas. Además el contenido era también *"la inmundicia de su fornicación"*. La estructura gramatical con el acusativo, equivale a un cáliz lleno de cosas inmundas propias de su fornicación. Esta palabra está vinculada con la práctica de la idolatría (2 Co. 6:16). La fornicación podía, en los días de Juan, referirse a prácticas religiosas en las que se practicaba la prostitución sagrada, propia de algunos cultos idolátricos a ciertas divinidades. Es la práctica del libertinaje permitido bajo la sombra de la religión. Los habitantes de la

---

[4] Francisco Lacueva. o.c., pág 515.

tierra, impenitentes pecadores, beben del cáliz de la mujer, deleitándose de las abominaciones de que está llena su copa.

5. Y en su frente un nombre escribo, un misterio: BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA.

καὶ ἐπὶ τὸ μέτωπον αὐτῆς ὄνομα γεγραμμένον, μυστήριον, ΒΑΒΥΛΩΝ
Y sobre la frente de ella un nombre escrito, un misterio: BABILONIA
Η ΜΕΓΑΛΗ, Η ΜΗΤΗΡ ΤΩΝ ΠΟΡΝΩΝ ΚΑΙ ΤΩΝ ΒΔΕΛΥΓΜΑΤΩΝ
LA GRANDE LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES
ΤΗΣ ΓΗΣ
DE LA TIERRA.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa la descripción de la mujer con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*, femenino en español, *la*; μέτωπον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *frente*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella*; ὄνομα, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *nombre*; γεγραμμένον, caso nominativo neutro singular con el participio perfecto en voz pasiva del verbo γράφω, *escribir*, aquí como *escrito*; μυστήριον, caso nominativo neutro singular del sustantivo *misterio*, complementado con el artículo indeterminado *un*, implícito. La descripción del título aparece en la mayoría de los mms. con mayúsculas, como se traslada aquí: ΒΑΒΥΛΩΝ, caso nominativo femenino singular del nombre propio de ciudad *Babilonia*; Η, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; ΜΕΓΑΛΗ, caso nominativo femenino singular del adjetivo no declinable, que expresa lo que es *grande*; Η, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; ΜΗΤΗΡ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *madre*; ΤΩΝ, caso genitivo femenino plural del artículo determinado declinado *de las*; ΠΟΡΝΩΝ, caso genitivo femenino plural del sustantivo *rameras*; ΚΑΙ, conjunción copulativa *y*; ΤΩΝ, caso genitivo femenino plural del artículo determinado declinado *de las*; ΒΔΕΛΥΓΜΑΤΩΝ, caso genitivo neutro plural del sustantivo *abominaciones*; ΤΗΣ, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ΓΗΣ, caso genitivo femenino singular del nombre *tierra.*

Καὶ ἐπὶ τὸ μέτωπον αὐτῆς ὄνομα γεγραμμένον. Un aspecto más de la visión individualiza a la mujer: sobre su frente aparecía un nombre escrito. Esto no es algo nuevo en el Apocalipsis; Dios selló en sus frentes a los santos (7:3; 9:4; 14:1). Los seguidores de la bestia fueron sellados en sus frentes y en sus manos con el número de su nombre (13:17). El nombre de Dios estará también en las frentes de los redimidos (3:12; 22:4). Era costumbre que las prostitutas de Roma llevasen en sus frentes su nombre escrito en una cita de oro atada a la cabeza, otros eruditos, hacen referencia a la misma costumbre en

relación con prostitutas esclavas que llevaban en la cinta de oro el nombre escrito de su dueño. Pudiera tomarse esto simplemente como una coincidencia con la mujer a la que se le da el calificativo de *la gran ramera*. El hecho de estar su nombre escrito en su frente, indica aquí una clara identificación que se hace bien visible.

Juan dice que este nombre es μυστήριον, *"un misterio"*. Algunos eruditos consideran que la expresión *"un misterio"* forma parte integrante del nombre de la mujer, en cuyo caso sería: μυστήριον ΒΑΒΥΛΩΝ Η ΜΕΓΑΛΗ, Η ΜΗΤΗΡ ΤΩΝ ΠΟΡΝΩΝ ΚΑΙ ΤΩΝ ΒΔΕΛΥΓΜ΄ΑΤΩΝ ΤΗΣ ΓΗΣ, *"un misterio, Babilonia la grande, la madre de las rameras y abominaciones de la tierra"*. El término *misterio* en el Nuevo Testamento hace referencia a lo que se conoce por revelación de Dios, ya que en caso contrario estaría oculto al conocimiento de los hombres. Un misterio es una verdad que estando sólo en el conocimiento de Dios, es conocida también por los hombres cuando Él la da a conocer (cf. Dn. 2:18, 19, 27-30, 47; 4:9). Aparece cuatro veces en el libro: la primera en relación con la revelación del significado de las siete estrellas (1:20); la segunda, para referirse a la séptima trompeta que pondría de manifiesto la consumación del misterio proféticamente anunciado (10:7); la tercera en el texto presente (17:5); y la cuarta en (17:7), relativa a la revelación del significado de la mujer. En consonancia con el contexto general del libro, es preferible entender que *misterio* no forma parte del título de la mujer.

El nombre que Juan leyó en la frente de la mujer era: ΒΑΒΥΛΩΝ Η ΜΕΓΑΛΗ, Η ΜΗΤΗΡ ΤΩΝ ΠΟΡΝΩΝ ΚΑΙ ΤΩΝ ΒΔΕΛΥΓΜ΄ΑΤΩΝ ΤΗΣ ΓΗΣ, *"Babilonia la grande, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra"*. El problema principal está en determinar a qué Babilonia se refiere el pasaje. Ya se ha considerado esto antes, con bastante extensión, cabe recordar aquí que fundamentalmente hay tres sistemas interpretativos para resolverlo: 1) Sistema literal. Afirma que se está refiriendo a una ciudad determinada llamada Babilonia y a la religión que se practicará o saldrá de ella. Estos intérpretes apelan a la referencia sobre *"las muchas aguas"* en que se asienta la ciudad (v. 1). Entienden que se relaciona bien con Babilonia a orillas del Éufrates. El fundador de la ciudad fue Nimrod, descendiente de Cam, uno de los tres hijos de Noé (Gn. 10:8). La Biblia enseña que Nimrod fue un *"poderoso cazador delante de Jehová"* (Gn. 10:9); literalmente *"un cazador contra Jehová"*. Este estableció un reino del que surgiría un imperio, cuya capital fue Babel. De ahí saldría uno de los sistemas religiosos basado en la rebelión contra Dios, centro de adoración de divinidades paganas. Su imperio se extendió a lo largo del Éufrates, alcanzando otros pueblos (Gn. 10:10). Colonizó Asiria y estableció las ciudades de Nínive, Rehoboth, Calá y Resén (Gn.10:11, 12). En su imperio estaban los ríos Éufrates y Tigris, de ahí que se pueda decir

que estaba asentado sobre muchas aguas (Jer. 51:13). La Biblia presenta a Babilonia, tanto ciudad como imperio, como manifestación de impiedad y poder pecaminoso (cf. Is. 13 y 14; Jer. 50 y 51; Hab. 1:5-11). Una de las manifestaciones consistió en el uso de los vasos sagrados del templo, dedicados al servicio de Dios, para beber en ellos y alabar a los dioses, acción realizada por Belsasar la noche en que cayó el imperio babilónico en manos de los medo-persas (Dn. 5:4). Sobre la religión babilónica escribe el Dr. Carballosa:

"El cuadro que la Biblia presenta de Babilonia, tanto la ciudad como el imperio, es el de un poder malvado por excelencia. Incluso después de su decadencia histórica sigue siendo considerada el epítome y el prototipo de una ciudad inicua y dominante. El orgullo, la crueldad, la opulencia y la idolatría de Babilonia se mencionan con frecuenta en el Antiguo Testamento…La religión babilónica era decididamente antropomófica. Los dioses babilonios poseían características y emociones humanas. Odiaban, envidiaban, peleaban entre sí y procreaban. El panteón babilonio consistía en unas 1.500 deidades diferentes. Entre ellas figuraban (1) Anu, que representaba al cielo; (2) Enlil o el dios del viento y la tormenta; y (3) Ea, quien era el dios de las aguas. El panteón babilónico, sin embargo, estaba encabezado por Marduk, el más sabio de los dioses. La mitología babilonia consideraba a Marduk hijo de Ea y Damkina. Era considerado una figura imponente, dotado de ojos deslujmbrantes y de una majestad estremecedora. Su padre le confirió una doble igualdad con los dioses que se manifestaban en los dos rostros de Marduk y en la doble dimensión de sus miembros, de modo que fue exaltado entre los dioses. La idolatría en Babilonia excede todo lo imaginable. El comportamiento de sus dioses era grotesco. La superstición junto con la hechicería, la magia y el culto a los astros eran prácticas comunes entre los babilonios. Tanto la Babilonia de los tiempos de Nimrod como la de Hamurabi y la de Nabucodonosor representaba la rebeldía y el desafío del hombre contra la autoridad de Dios"[5].

Sobre la historia religiosa de Babilonia, escribe el Dr. Lacueva:

"Su historia ha sido descifrada en miles de tablillas cuneiformes. En dichos materiales se nos dice que la mujer de Nimrod, Semiramis, fue la jefa o suma sacerdotisa de la religión histérica, llena de arcanos o secretos religiosos (por tanto, sagrados) que formaban parte del culto a los ídolos. Según la leyenda, concibió y dio a luz milagrosamente un hijo llamado Tammuz, ql que tuvieron por salvador de Babilonia, un falso mesías. Así surgieron las estatuas de Semiramis con el niño Tammuz en sus brazos. Surgió también una casta sacerdotal, agua sagrada para rociar, y una especie de órden religiosa de

[5] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 325 s.

vírgenes dedicadas a la prostitución sagrada (parecido a los ritos satánicos). Tammuz fue muerto por una fiera y resucitado, en anticipación satánica de Jesucristo (ver Ez. 8:14, donde la smujeres isreaelitas están endechando a Tammuz). En Jeremías 7:18, se habla de tortas a la reina del cielo. En Jeremías 44:17-19, dicen: ofreceremos incienso a la reina del cielo"[6]

Babilonia, en una interpretación literal, significaría, para quienes lo entienden de este modo, que la ciudad antigua habría sido reconstruida y estará en pleno funcionamiento, tanto comercial como religioso en los tiempos del Anticristo. De ese modo escribe el Dr. Carballosa:

"Babilonia no es un sistema místico, sino una ciudad. 'Llamar el nombre de la ramera un misterio no significa automáticamente [que se trata] de un sistema místico de mal en oposición a una ciudad literal o física. Su designación como un misterio significa que la visión dada a Juan no ha sido dada a conocer con anterioridad"

La Biblia presenta a Babilonia como la fuente principal de la idolatría mundial. Desde su fundación por Nimrod (Gn. 10:11), pasando pro el período de los profetas (Jer. 7:18; 44:17-19, 25; Ez. 8:14; Is. 13 y 14; Zac. 5:5-11) y concluyendo con el Apocalipsis (14:8; 16:19; 17:1-18:24). La noche cuando los medo-persas capturaron la ciudad, el rey Belsasar hizo traer los vasos de oro que Nabucodonosor sustrajo del templo de Jerusalén y de ellos 'bebieron vino, y alabaron a los dioses de oro y de plata, de bronce, de hierro, de madera y de piedra' (Dn. 5:4). Apocalipsis 17 representa a la ciudad de Babilonia mediante la figura de uan mujer ramera. La mujer es el 'misterio' o secreto que es revelado al final del capítulo y que representa a la gran ciudad descrita como 'la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra'. Como tal, Babilonia es la progenitora de todo lo que es anti-Dios y anti-cristiano"[7].

2) Sistema alegórico. Para este sistema Babilonia representa a Roma. Muchos eruditos consideran esto como cierto, especialmente en todo cuanto tiene que ver con sistema religioso independiente y contrario a Dios. Sobre la base del asentamiento de la mujer sobre siete montes (v. 9), entienden una confirmación ya que Roma es la ciudad llamada de *"las siete colinas"*. Suelen buscar también apoyo, para sustentar esta posición, en la frase del saludo del apóstol Pedro, que hace referencia a una iglesia en Babilonia, que con toda probabilidad sea una referencia a Roma (1 P. 5:13).

3) Un tercer sistema interpretativo que siguen muchos de los grandes teólogos y exegetas evangélicos, aceptan que el nombre literal debe

---

[6] Francisco Lacueva. o.c., pág. 515.
[7] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 329 s.

corresponder más bien a un sistema desarrollado a partir de la religión y corrupción propias de Babilonia. El misterio de Babilonia no tiene que ver tanto con una nación o una ciudad, sino con una organización religiosa que procedió de aquella primitiva ciudad, donde tenía su fundamento y asiento. Esta organización religiosa está vinculada también a un sistema económico determinado, en el final de los tiempos actuales. Los ritos inicuos del sistema religioso de Babilonia entraron, en alguna medida, en el cristianismo nominal y contaminaron en gran medida a la iglesia cristiana a partir del s. III/IV, en adelante. Los sacerdotes de Babilonia llevaban mitras en forma de cabeza de pez, en reconocimiento a Dagón el dios-pez; de esto deriva la mitra de muchos dignatarios de las iglesias oficiales. De igual modo llevaban sobre la mitra el título de *"Guardián del puente"*. Con el tiempo el título paso al Cesar de Roma como *"Póntifex Máximus"*, literalmente *Sumo Pontífice*, nombre que con el tiempo pasó al obispo de Roma. De este sistema se separó la iglesia en la Reforma. Quiere decir que el sistema religioso de oposición a Dios ha estado presente de forma continuada, con las variaciones correspondientes a los tiempos, en el entorno del Imperio Romano, bien antes de su desintegración, como en los distintos reinos a que dio lugar, como lo estará también en el tiempo de la tribulación. Este modo interpretativo coincide plenamente con la revelación sobre el Anticristo y su sistema religioso (13:1-17). De ahí que Babilonia se utilice como nombre del sistema surgido en ella en el principio y extendido luego a lo largo de los siglos en diferentes lugares. Si la ciudad que se cita en la revelación de Juan es literalmente la capital religiosa y económica del reino del Anticristo, no puede estar situada en el *Reino del Norte*, en donde geográficamente se encuentra la Babilonia literal. Entiendo que este es el mejor modo de interpretar el significado de Babilonia en el contexto de Apocalipsis y en la Escritura en general.

6. Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús; y cuando la vi, quedé asombrado con gran asombro.

καὶ εἶδον τὴν γυναῖκα μεθύουσαν ἐκ τοῦ αἵματος τῶν ἁγίων καὶ ἐκ
Y vi a la mujer ebria de la sangre de los santos y de
τοῦ αἵματος τῶν μαρτύρων ᾿Ιησοῦ. Καὶ ἐθαύμασα ἰδὼν αὐτὴν
la sangre de los mártires de Jesús. Y me asombré viendo la
θαῦμα μέγα.
asombro grande.

Notas y análisis del texto griego.

En el desarrollo del relato de la visión Juan usa nuevamente καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de εἶδον, primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* aquí como *vi*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; γυναῖκα, caso acusativo

femenino singular del sustantivo *mujer*; μεθύουσαν, caso acusativo femenino singular con el participio de presente en voz activa del verbo μεθύω, *estar borracho, estar embriagado*, aquí como *embriagada*; ἐκ, preposición que rige genitivo, *de*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el*, femenino en castellano, *la*; αἵματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *sangre*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; ἁγίων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *santos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐκ, preposición que rige genitivo, *de*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el*, femenino en castellano, *la*; αἵματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *sangre*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; μαρτύρων, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *testigos, mártires*; Ἰησοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Jesús.* La cláusula final se introduce también con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐθαύμασα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo θυμάζω, *admirarse, maravillarse, espantarse, asombrarse,* aquí como *asombré*; ἰδὼν participio aoristo segundo en voz activa del verbo ὁραω, *ver, mirar,* aquí como *viendo* o *al ver*; αὐτὴν, caso acusativo femenino singular del pronombre personal *la*; θαῦμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *asombro*; μέγα, caso acusativo neutro singular del adjetivo no declinable, *grande.*

Καὶ εἶδον τὴν γυναῖκα μεθύουσαν. La mujer aparece ante la vista de Juan como *ebria, embriagada, borracha*, que son las principales acepciones del verbo, dice el texto: ἐκ τοῦ αἵματος τῶν ἁγίων *"de la sangre de los santos"*. El lenguaje figurado utilizado aquí equivale a decir que se gozaba en extremo en la muerte de los santos. Sin duda es la mejor simbiosis para la bestia, que hizo guerra a los santos y los venció (13:7). Ambos, el Anticristo y su sistema, emprenderán una decidida acción contra los seguidores de Jesús. La mujer, figura del sistema religioso, se goza en extremo con las acciones emprendidas contra los santos, esto es, los creyentes en Cristo.

No quiere decir esto que se trate de la Iglesia edificada en la actual dispensación y trasladada a la presencia del Señor antes del tiempo de la tribulación. Se trata de los que creerán en Cristo a lo largo del aquel tiempo. Los preteristas entienden que Juan se está refiriendo a las persecuciones contra los cristianos desde el Imperio Romano de entonces. No cabe duda que una corta persecución se había llevado a cabo en tiempos de Nerón. El historiador Tácito la describió de este modo: *"Una gran multitud fue acusada tanto del incendio premeditado como de odio por la raza humana. No sólo fueron condenados a muerte sino que lo fueron con infamia, pues fueron envueltos en pieles de bestias para perecer devorados por los perros o puestos en cruces para ser quemados o, cuando faltaba la luz, para ser quemados como luces por la*

noche"[8]. Luego de este brote de odio no revestía básicamente aspectos religiosos, sino que eran acusados indignamente como malhechores comunes. En contraste con los datos históricos la mujer de Apocalipsis aparece en franca alianza con la bestia. Fue sólo en días de Domiciano, probablemente en tiempos de Juan, que los cristianos fueron perseguidos por razones religiosas. Posteriormente, a lo largo de la historia, muchos cristianos sufrieron la muerte a causa de su fe. Sin embargo, Juan ofrece la visión de un tiempo en que la persecución a los santos por razones religiosas alcanzará una dimensión como nunca antes se había producido. La *gran ramera* se presenta como embriagada, a causa de esa persecución. La muerte de miles de santos está descrita en el libro (6:9; 13:7).

Καὶ ἐκ τοῦ αἵματος τῶν μαρτύρων Ἰησοῦ. A los santos se les da también el calificativo de *mártires*, literalmente *testigos*. El testimonio de ellos se selló con su propia sangre, de ahí el concepto moderno de *mártir*. Son santos porque pertenecen a Dios, que los separó del mundo para sí. Son mártires de Jesús porque dieron su vida a causa de su inquebrantable fe en Él y se negaron a obedecer a otro nombre que no fuese el de su Señor (12:17; 14:12; 19:10; 20:4).

Καὶ ἐθαύμασα ἰδὼν αὐτὴν θαῦμα μέγα. Ante la visión, el asombro de Juan fue mayúsculo. La construcción gramatical es muy enfática en el texto griego: *"me asombré… con gran asombro"* Es fácilmente comprensible porque el ángel lo había llamado para mostrarle *"la sentencia contra la gran ramera"* (v. 1) y lo que está contemplando es todo lo contrario; más bien ve a la *gran ramera* ataviada con lujo y descansando sustentada por el Anticristo. Es, pues, comprensible la perplejidad de Juan. De igual manera, el asombro tendría que ver con el gozo íntimo que la mujer sentía con la muerte de los santos.

7. Y el ángel me dijo: ¿Por qué te asombras? Yo te diré el misterio de la mujer, y de la bestia que la trae, la cual tiene las siete cabezas y los diez cuernos.

Καὶ εἶπεν μοι ὁ ἄγγελος· διὰ τί ἐθαύμασας ἐγὼ ἐρῶ σοι τὸ μυστήριον
Y dijo me el ángel; ¿Por qué te asombraste? yo diré te el misterio
τῆς γυναικὸς καὶ τοῦ θηρίου τοῦ βαστάζοντος αὐτὴν τοῦ ἔχοντος
de la mujer y de la bestia de la que lleva la - que tiene
τὰς ἑπτὰ κεφαλὰς καὶ τὰ δέκα κέρατα.
las siete cabezas y los diez cuernos.

Notas y análisis del texto griego.

[8] Tácito. *Anales* 15:44.

Nuevamente καὶ, conjunción copulativa *y*, sirve como vínculo entre las partes del relato, seguida de εἶπεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo εἶπων, aoristo de λέγω, *decir,* aquí como *dijo*, μοι, caso dativo masculino singular del pronombre personal *me*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἄγγελος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *ángel*. Sigue luego una cláusula interrogativa que se inicia con διὰ, preposición de acusativo *por*; seguida de τί, caso acusativo neutro singular del pronombre interrogativo *qué*; ἐθαύμασας, segunda persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo θαυμάζω, *asombrarse, admirarse,* aquí como *asombraste*; ἐγω, caso nominativo singular del pronombre personal *yo*; ἐρῶ, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ἐρέω, modo correspondiente a la forma ἐρέω jónico de ἔρω, que es el modo futuro del verbo λέγω, *hablar, decir*, aquí como *diré*; σοι, caso dativo singular del pronombre personal *te*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; μυστήριον, caso acusativo neutro singular del sustantivo *misterio*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; γυναικὸς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *mujer*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*, femenino en castellano *de la*; θηρίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *animal salvaje, bestia*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*, femenino en castellano *de la*; βαστάζοντος, caso genitivo neutro singular con el participio de presente en voz activa del verbo βαστάζω, *cargar, llevar,* aquí como *lleva*; αὐτὴν, caso acusativo femenino singular del pronombre personal *la*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el*, femenino en castellano al referirse a bestia; ἔχοντος, caso genitivo neutro singular con el participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tiene*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; ἑπτὰ, adjetivo numeral cardinal, no declinable, *siete*; κεφαλὰς, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *cabezas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *el*; δέκα, adjetivo numeral cardinal *diez*; κέρατα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *cuernos*.

Καὶ εἶπεν μοι ὁ ἄγγελος· διὰ τί ἐθαύμασας. El asombro de Juan es apreciado por el ángel, por lo que le formula una pregunta que exigiría una respuesta del apóstol. Sin embargo, el ángel no esperaba una respuesta de Juan, porque era evidente que su asombro procedía de aquello que estaba viendo en la visión de la mujer y la bestia.

Ἐγὼ ἐρῶ σοι τὸ μυστήριον τῆς γυναικὸς καὶ τοῦ θηρίου τοῦ βαστάζοντος. El ángel va a quitar al profeta de su asombro mediante una explicación directa de la visión. La admiración de Juan era causada por la acción de la mujer, pero el ángel le recuerda que no sólo es ella, sino que está también ligada a la bestia que la trae, por tanto, el ángel va a dar la interpretación no sólo de la mujer, sino también de la bestia.

Αὐτὴν τοῦ ἔχοντος τὰς ἑπτὰ κεφαλὰς καὶ τὰ δέκα κέρατα. La observación de que se trata de la bestia que tiene las siete cabezas y diez cuernos, sirve ya para identificarla con el Anticristo (13:1). Es interesante observar que el ángel dice a Juan que le diría *"el misterio"*, en singular, es decir, no hay dos misterios en la visión, sino uno solo que comprende tanto a la mujer como a la bestia.

La interpretación (17:8-18)

La bestia (17:8-11).

8. La bestia que has visto, era, y no es; y está para subir del abismo e ir a perdición; y los moradores de la tierra, aquellos cuyos nombres no están escritos desde la fundación del mundo en el libro de la vida, se asombrarán viendo la bestia que era y no es, y será.

Τὸ θηρίον ὃ εἶδες ἦν καὶ οὐκ ἔστιν καὶ μέλλει ἀναβαίνειν ἐκ τῆς
La bestia la que viste era y no es y está para subir del
ἀβύσσου καὶ εἰς ἀπώλειαν ὑπάγει[1], καὶ θαυμασθήσονται οἱ
abismo y a destrucción va y se asombrarán los
κατοικοῦντες ἐπὶ τῆς γῆς, ὧν οὐ γέγραπται τὸ ὄνομα ἐπὶ τὸ
moradores sobre la tierra de los que no está escrito el nombre en el
βιβλίον τῆς ζωῆς ἀπὸ καταβολῆς κόσμου, βλεπόντων τὸ θηρίον ὅτι
libro de la vida desde fundación del mundo, al ver a la bestia pues
ἦν καὶ οὐκ ἔστιν καὶ παρέσται
era y no es y vendrá.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] ὑπάγει, *va*, atestiguada en A, 1611, 2053, it[ar, c, dem, div, gig, haf], vg, syr[ph], cop[sa], Ireneo[lat], Hipólito, Primasius, Andrés[a], Ps-Ambrosio, Aretas.

ὑπάγειν, *irse, iba,* como aparece en א, P, 046, 051, 1, 94, 1006, 1828, 1854, 1859, 2020, 2042, 2065, 2073, 2081, 2138, 2432, syr[h], arm, Hipólito, Ticonius, Andrés[a, bav, e], Beatus.

La primera cláusula con la que se inicia la descripción de la bestia, se introduce con τό, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*, femenino en castellano al referirse a bestia; θηρίον, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *animal salvaje, bestia*; ὃ, caso acusativo neutro singular del pronombre relativo *la que*; εἶδες, segunda persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁραω, *ver,* aquí como *viste*; ἦν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *era*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οὐκ, adverbio de negación enfática *no,* con la escritura propia ante vocal

no aspirada, que negativiza a ἔστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *es*; καὶ, conjunción copulativa *y*; μέλλει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo μέλλω, *estar a punto de, disponerse a, tener que,* es un verbo auxiliar usado para la formación del futuro, aquí como *está a punto de*, *está para*; ἀναβαίνειν, infinitivo de presente en voz activa del verbo ἀναβαίνω, *salir, subir,* aquí como *subir*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la,* masculino en castellano, por lo que la preposición y el artículo forman la contracción *del*; ἀβύσσου, caso genitivo femenino singular del sustantivo *abismo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; εἰς, preposición de acusativo *a*; ἀπώλειαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *perdición*, *destrucción*; ὑπάγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ὑπάγω, *andar, marcharse, ir,* aquí como *va*. Una segunda cláusula con otro sujeto se inicia con καὶ, conjunción copulativa *y*; θαυμασθήσονται, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz pasiva del verbo θαυμάζω, *admirarse, asombrarse,* aquí como *se asombrarán, se admirarán*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; κατοικοῦντες, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *habitantes de un lugar, moradores*; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del nombre *tierra*; ὧν, caso genitivo masculino plural del pronombre relativo declinado *de los que*; οὐ, adverbio de negación absoluta, *no*, que negativiza a γέγραπται, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz pasiva del verbo γράγω, *escribir,* aquí como *está escrito*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; ὄνομα, caso nominativo neutro singular del sustantivo *nombre*; ἐπὶ, preposición de acusativo con la acepción de *en*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; βιβλίον, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota, *rollo de escritura, libro*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ζωῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *vida*; ἀπὸ, preposición de genitivo *desde*; καταβολῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *fundamentación, fundación*; κόσμου, caso genitivo masculino singular del sustantivo declinado *del mundo*; la admiración se produce βλεπόντων, caso genitivo masculino singular con el participio de presente en voz activa del verbo βλέπω, *ver, mirar, fijarse, tener cuidado, sentir,* aquí como *al ver*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; θηρίον, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *animal salvaje, bestia*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; ἦν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *era*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οὐκ, adverbio de negación enfática *no,* con la escritura propia ante vocal no aspirada, que negativiza a ἔστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *es*; καὶ, conjunción copulativa *y*; παρέσται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo πάρειμι, *venir al lado, hacerse presente, comparecer,* aquí como *vendrá.*

Τὸ θηρίον ὃ εἶδες ἦν καὶ οὐκ ἔστιν καὶ μέλλει ἀναβαίνειν ἐκ τῆς ἀβύσσου. La interpretación del ángel comienza por la figura de la bestia. El ángel dice a Juan que *"era y no es; y está para subir del abismo"*, por tanto,

está dando a Juan una cronología sobre tres momentos de la existencia de la bestia, iniciándolo con un profundo contraste al usar en la misma oración el imperfecto y el presente del verbo ser. Está refiriéndose a un personaje que tiene un pasado, un presente y un futuro. Si la bestia *era*, quiere decir que tuvo una existencia en el tiempo pasado. Anteriormente se dijo que tenía siete cabezas (v. 3), que por lo que sigue (v. 9) y lo que se ha considerado también antes (13:3), se trata, utilizando una forma metonímica, de siete reinos sobre los que ha tenido presencia, de alguna manera. Debe tenerse en cuenta que la situación cronológica que se da a Juan está siendo situada en el tiempo de la visión, es decir, en una situación temporal del futuro de la humanidad, en el tiempo de la tribulación, en el reino del Anticristo. Por tanto, desde aquella perspectiva temporal y no desde el tiempo de Juan, los grandes imperios que hubo en la tierra, ya habían pasado, incluido el Romano, que estaba en tiempos de Juan, pero que no estará en el futuro escatológico. Por tanto, en los tiempos futuros la existencia del Imperio Romano fue en el pasado, de ahí que *era*. El Imperio Romano existió como tal hasta la segunda mitad del s. V.

La segunda referencia cronológica sobre la bestia, dice el ángel: οὐκ ἔστιν, *"no es"*. Indica que habrá un tiempo en que la bestia *no esté presente* en un determinado imperio. La solución es sencilla ya que hubo un tiempo en que el Imperio Romano dejo de existir, como *herido de muerte*. Ciertamente durante siglos el imperio romano estuvo como muerto debido a su extinción como tal.

La tercera referencia en la cronología sobre la bestia se identifica como καὶ μέλλει ἀναβαίνειν, *"está para subir"*, refiriéndose al resurgir del imperio que estaba como muerto. Lo que identifica la *"herida mortal sanada"* (Ap. 13:3, 4). Quiere decir que si las tres etapas de existencia de la bestia tienen que ser identificadas con las siete cabezas, tuvo que existir una vez en una o más de ellas, dejó de existir cuando una de ellas recibió una herida mortal, pero tendrá una existencia futura cuando la cabeza herida de muerte sea sanada. La curación de la herida mortal implicará una resurrección que excederá cualquier cosa que haya ocurrido antes.

Algunos eruditos consideran que la *herida mortal* tiene que ver con la muerte literal y la resurrección de la bestia, el Anticristo. De este modo escribe el Dr. Carballosa:

"La bestia… era, y no es; y está para subir del abismo e ir a perdición… La explicación del ángel equivale a decir que la bestia tiene un pasado, un presente y un futuro. Es importante recordar en esta coyuntura que la bestia tiene 'siete cabezas y diez cuernos' (17:3, 7). Las siete cabezas representan siete reinos consecutivos. 'Cada cabeza de la bestia es una encarnación parcial de poder satánico que gobierna por cierto período de tiempo, de modo que la

bestia puede existir en la tierra sin interrupción en la forma de siete reinos consecutivos pero también puede estar inexistente en un momento dado en la forma de uno de los reyes de un imperio'. El texto sugiere una existencia natural o mortal de los siete reinos con sus reyes, pero al mismo tiempo señala una existencia sobrenatural de la bestia en la etapa final de su carrera.

Sin duda, la bestia de Apocalipsis 17 es la misma mencionada en Apocalipsis 13:1-8. En Apocalipsis 13 la bestia surge el mar, es decir, del abismo igual que en Apocalipsis 17:8. La procedencia del abismo sugiere su regreso a la existencia de forma sobrenatural. Como sugiere E. W. Bullinger:

En el capítulo XIII, la bestia surge del abismo, y es, por lo tanto, claramente sobrehumana. Durante la primera mitad de la semana [la tribulación] está en su etapa mortal. En la segunda mitad está en su etapa sobrehumana; ya que en Apocalipsis 13:3, es vista como herida de muerte. Pero aquí, en el capítulo 17, se nos hace retroceder, y somos informados adicionalmente respecto al pasado, presente y futuro de la bestia:

1. 'Era' (estaba) en su etapa mortal.

2. 'Y no es' (no está viva) porque (en el tiempo concreto al que se refiere la visión) ha sido asesinada, es decir 'ha recibido la herida mortal', por lo cual fue 'herida de muerte' y murió (13:3).

3. 'Y será' [estará presente] porque está a punto de ascender del abismo.

El versículo ocho, por lo tanto, se refiere a la mitad de la carrera de la bestia; y el punto de la visión es el momento entre la etapa mortal y la sobrehumana, es decir, entre los capítulos 12 y 13.

De modo que la frase 'y no es' (kaì ouk éstin) se refriere a la muerte de la bestia (Ap. 13:3, 14). Después de haber recibido la herida mortal, la bestia fue sanada de manera milagrosa 'y se maravilló la tierra en pos de la bestia'. Es decir, su vuelta a la vida hace que la humanidad la aclame y la siga (Ap. 13:3). La vuelta a la vida de la bestia equivale a la aparición del octavo rey mencionado en Apocalipsis 17:11).

Resumiendo, la bestia, es decir, el Anticristo, aparecerá como un líder humano con capacidades de hombre. En el medio de la tribulación, la bestia es herida de muerte pero vuelve a vivir (Ap. 13:14). Su regreso a la vida será con poderes sobrehumanos. Regresará con capacidades demoníacas con el fin de establecer un imperio mudial. La duración de su reinado será breve, aunque logrará dominar a gran parte de la humanidad. Su fin, sin embargo, será la perdición (eis apôleian hypágei).[9]

Algunas dificultades entraña este modo interpretativo: Si las cabezas son símbolos de reinos ¿por qué dejar el simbolismo de los reinos para acudir al literalismo de la muerte real de uno de ellos, manifestada en el Anticristo o la bestia? ¿Es posible que Satanás pueda resucitar a un muerto? ¿Se dice

[9] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 331 s.

puntualmente en la Biblia que murió o simplemente que tuvo una herida mortal que fue curada? ¿La palabra abismo en el Nuevo Testamento se refiere en alguna ocasión al lugar de los muertos y, especialmente en el contexto del Apocalipsis, no es más bien el lugar donde están presos algunos de los demonios?

Es necesario recordar aquí que en la visión sobre la bestia (13:1 ss) Juan hace referencia a las siete cabezas y los diez cuernos que tiene la bestia que sube del mar. Es interesante apreciar que el aspecto de esta bestia es semejante al del dragón que el apóstol vio en otra visión anterior (12:3). En todo hay una notoria identificación entre Satanás, el dragón, y la primera bestia. La visión sobre la bestia que sube del mar, tiene relación con autoridad y gobierno, señalando la expresión del poder en el tiempo final. Siete es el número que simboliza perfección y cabeza es el símbolo de la capacidad para el liderazgo y la sabiduría. Los diez cuernos son expresión de autoridad completa, ya que diez es el número completo. Por Daniel sabemos que se trata de áreas de gobierno y autoridad establecidas en la organización del último reino de los gentiles en el mundo (Dn. 7:24). Debe enfatizarse que no se trata tanto de diez reinos, en el sentido de naciones, sino de diez áreas de autoridad, simbolizadas en el lenguaje propio del tiempo de Juan, como diez reyes en un mismo reino. Representan, por tanto, el modo completo que alcanza y desde el que se manifiesta el poder gentil, que tomará esa forma en los días finales del tiempo de la tribulación. En las cabezas Juan ve diez cuernos. El cuerno es figura y símbolo de poder y ejercicio de autoridad. Es interesante apreciar una discordancia entre el número de cabezas, siete, y el número de cuernos, diez. No debe perderse tiempo alguno en intentar determinar cuantos cuernos había en cada cabeza, o cosas semejantes, la idea se expresa por medio de las figuras numéricas: hay un poder completo representado por siete cabezas, y hay una capacidad de ejercicio de autoridad pleno, representado en el número diez de los cuernos. Además sobre los cuernos diez diademas, que simbolizan el dominio ejercido en forma completa.

No es menos importante recordar también que la visión del capítulo 13, conduce a Juan a la observación de una de las cabezas de la bestia que aparece como herida de muerte. La lectura literal del texto griego es *"como muerta de muerte"*, de ahí la traducción *"como herida de muerte"*. La palabra traducida por *herida*, se usa muchas veces para referirse a degollar las víctimas para un sacrificio. Aquella situación que, aparentemente no podría resolverse sino en muerte, se transforma en una supuesta victoria sobre la muerte, cuando Juan escribe: *"pero su herida mortal fue sanada"*. Surge aquí la pregunta propia de una lectura superficial del texto: ¿Será el Anticristo un hombre resucitado? Al leer el texto dentro de su contexto se aprecia que, en primer lugar, el Anticristo llegará al poder mediante la actividad satánica (13:2); en segundo lugar que

tiene una herida mortal y que fue sanada; en tercer lugar se afirma que, aunque surge del mar de las naciones, realmente procede del abismo (11:7). Las interpretaciones dadas a este aparente milagro se pueden agrupar fundamentalmente en dos: a) que uniendo la revelación de Juan a los tres datos anteriores, indican que ese hombre muere realmente y es resucitado por el poder de Satanás, haciendo con ello una imitación a la resurrección de Jesucristo, el Hombre perfecto. b) que no se trata de la *resurrección* de un hombre, sino de un sistema que estaba ya muerto, como es el caso de la reconstrucción del poder despótico único, semejante al que existía en el gobierno del Imperio Romano. Para poder tomar una posición respecto de si se trata o no de la resurrección de un hombre, debe tenerse en cuenta que en Apocalipsis se explica la primera bestia como el líder de un reino integrado por la unión de varios reinos, que existirán históricamente en el tiempo de la tribulación, y que constituyen unidos el ámbito político del Imperio Romano reconstruido. Se enseña que Satanás es el *ángel del abismo* (9:11) y que el reino es impulsado y surge desde el abismo por obra de él (17:8). La Biblia enseña que los hombres solo resucitan por el poder del Hijo de Dios: *"Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo; y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre. No os maravilléis de esto porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo a resurrección de condenación"* (Jn. 5:26-29). Si quien puede comunicar vida es únicamente Dios y lo hace por medio de su Hijo, ningún otro puede llevar a cabo esto. Satanás no tiene poder para dar vida. Por otro lado, al Anticristo se le llama el *"hijo de perdición"*, quiere decir esto que su muerte, caso de ser real, lo situaría en el grupo de muertos que están perdidos y la Biblia enseña que no habrá más que una resurrección final de todos estos para comparecer ante el tribunal divino, el Trono Blanco (Ap. 20:11-15). Cualquier resurrección de un perdido antes de ese tiempo, alteraría el programa de resurrecciones que Dios ha establecido (1 Co. 15:23-24). El texto de Juan dice claramente: *"Y vi una de sus cabezas como herida de muerte y la herida mortal fue sanada"*. Quiere decir que una de las cabezas de la primera bestia, había recibido una herida que era mortal de necesidad y que fue sanada, es decir, Satanás operó una sanidad de esa herida mortal de modo que no produjo el efecto de muerte que se hubiera producido de no haber sido sanada. Que Satanás haga un milagro de sanidad, sería posible, pero en ningún caso podrá resucitar a un muerto. Teniendo en cuenta que una de las cabezas tenía como una herida mortal, no es impropio en el entorno mentiroso en que se desenvuelve Satanás que se trate de una aparente herida mortal y que el milagro sea, como muchos de los que él hace, un milagro mentiroso, uno de los prodigios que Satanás operará con intención de engañar a las gentes y, si fuese posible, aun a los mismos escogidos (Mr. 13:22). En cualquier caso, no puede desvincularse al Anticristo de su reino, es decir, no existirá el reino futuro

establecido por Satanás sin la presencia del Anticristo. En ese sentido, el reino adoptará la forma de algo que se considera como *"herido de muerte"*. Nadie piensa en la reconstrucción, no tanto de un imperio en sí, sino del estilo de gobierno imperial de entonces. Esto será establecido otra vez en el tiempo en que gobierne el Anticristo en el mundo. El aparentemente prodigio que operará Satanás producirá el resultado que él procuraba. Juan afirma que *"se maravillo toda la tierra"*. El verbo usado en el texto griego tiene un amplio significado como *admirarse, asombrarse, extrañarse, sorprenderse,* etc. La tierra entera se admirará de ese hecho. La sanidad de la herida mortal producirá una admiración universal por lo que aparentemente es un hecho sobrenatural. Si se entiende que se trata de una herida mortal, real o aparente, en la persona del Anticristo, se parecerá aún más en forma de imitación impía al Cordero como inmolado. El Anticristo, bien sea en él mismo, bien en su sistema llevará ante todos la marca de una herida mortal sanada. Satanás desea establecer una imitación a semejanza de Jesús, para su hijo de pecado el Anticristo (v. 8). Esta admiración abre el camino para que las gentes de la tierra vayan *"en pos de la bestia"*, es decir, sigan al Anticristo. Las personas asumirán que el Anticristo es el líder que buscaban y el que necesitaban. En esa situación el rechazo y alejamiento de Dios toma un mayor incremento. Los hombres que aceptan al Anticristo, aceptan a Satanás y desprecian al Hijo de Dios. En alguna medida se estará cumpliendo la profecía: *"Rompamos sus ligaduras y echemos de nosotros sus cuerdas"* (Sal. 2:3). En ese tiempo se hará visible la realidad de la *apostasía* que precederá al regreso a la tierra del Rey de reyes. Todo el panorama histórico de entonces se estará ajustando, conforme a lo previsto y determinado por Dios, para dar la respuesta definitiva a la oración que por siglos ha estado levantando el pueblo de Dios, y que de forma más intensa será la oración de los santos en el tiempo de la tribulación: *"Venga tu reino"* (Mt. 6:10); *"¿Hasta cuando, Señor, santo y verdadero?"* (Ap. 6:10).

Debemos llegar a una sencilla conclusión: *"no es"*, se refiere a un imperio, una de las cabezas de la bestia, que *"como herida de muerte"* ha dejado de existir, referida al Imperio Romano, y que será sanada, esto es, puesto de nuevo en actividad en el reino del Anticristo, especialmente manifiesto en la última mitad de la tribulación.

Esa es la causa por la que el ángel dice a Juan: καὶ μέλλει ἀναβαίνειν ἐκ τῆς ἀβύσσου, *"está para subir del abismo"*. Se refiere al resurgir el imperio, mediante la sanidad de la herida mortal (Ap. 13:3, 14). La aparente discrepancia entre la expresión de Juan antes: *"subir del mar"* (13:1) y la de ahora en boca del ángel *"subir del abismo"*, se resuelve fácilmente si se tiene en cuenta que quien da todo el gobierno y la autoridad al Anticristo es el dragón, que es el rey del abismo, por tanto, todo el sistema procede de Satanás (13:4).

Una nueva enseñanza del ángel a Juan sitúa el final de la bestia: καὶ εἰς ἀπώλειαν ὑπάγει, *"va a la perdición"*. La bestia está destinada a perdición. El término se usa para describir el estado de condenación perpetua (Mt. 7:13; Fil. 1:28; 3:19; He. 10:39; 2 p. 3:7). Esa situación tendrá comienzo con la derrota del Anticristo por el Cordero (Ap. 17:11, 14).

Καὶ θαυμασθήσονται οἱ κατοικοῦντες ἐπὶ τῆς γῆς. Una segunda enseñanza del ángel tiene que ver con los seguidores de la bestia: *"Y los moradores de la tierra"*. En la construcción de la oración en el texto griego aparece en primer lugar el verbo: *"se asombrarán"*, como aquello que se enfatiza. Quienes se asombran son los *moradores de la tierra*, en referencia a las personas que viven en la tierra. Son aquellos que no son de Dios, por tanto, siendo del mundo, aman las cosas del mundo. Los que se maravillan de la bestia son *mundanos*.

Ὧν οὐ γέγραπται τὸ ὄνομα ἐπὶ τὸ βιβλίον τῆς ζωῆς ἀπὸ καταβολῆς κόσμου, Estos *moradores de la tierra,* no son salvos, ya que sus nombres no están escritos en el libro de la vida. De ellos se dijo antes que eran adoradores de la bestia (13:8). El texto aclara la construcción, un tanto oscura, del texto anterior. El libro de la vida es una expresión metafórica para referirse al conocimiento que Dios tiene del nombre de cada uno de los salvos. Este término aparece con relativa frecuencia en la Escritura (Ex. 32:32; Sal. 69:28; Lc. 10:20; Fil. 4:3; He. 12:23; Ap. 13:8; 17:8; 20:12, 15; 21:27). Los que no están en el libro de la vida, no tendrán otro destino que la eterna condenación. Estos nombres están registrados desde antes de la fundación del mundo, lo que indica un preconocimiento divino de los salvos. Un nuevo contraste se produce aquí: mientras que aquellos que tienen sus nombres en el libro de la vida, no siguen al Anticristo y muchos morirán por el testimonio de Jesucristo, los que no están escritos se gozan y admiran a la bestia y aceptan gustosos el sistema de oposición a Dios. Estos todos se asombran *viendo* a la bestia que era, y no es y será. Es el asombro de lo que era, a ojos humanos, imposible. La bestia que era reinando antes, deja de ser, y al final del tiempo el reino suyo volverá a surgir. Debe tenerse en cuenta que el *era* y *será* de la bestia está considerado desde el tiempo futuro de la profecía que está siendo revelada a Juan.

9. Esto es para la mente que tenga sabiduría: Las siete cabezas son siete montes, sobre los cuales se asienta la mujer, y son siete reyes.

ὧδε ὁ νοῦς ὁ ἔχων σοφίαν. Αἱ ἑπτὰ κεφαλαὶ ἑπτὰ ὄρη εἰσίν, ὅπου ἡ
Aquí la mente la que tiene sabiduría: Las siete cabezas siete montes son donde la
γυνὴ κάθηται ἐπ᾽ αὐτῶν. καὶ βασιλεῖς ἑπτά εἰσιν·
mujer está sentada sobre ellos. Y reyes siete son.

Notas sobre el texto griego.

Sin solución de continuidad sigue con ὧδε, adverbio de lugar, *acá*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, femenino en castellano si se traduce *mente*; νοῦς, caso nominativo masculino singular del sustantivo *entendimiento, mente,* el significado de la palabra no es uniforme, puede designar el hecho de *entender* una cosa, la *facultad* individual de *juicio*, y también las *opiniones y convicciones* humanas, de ahí la traducción *mente*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἔχων, caso nominativo masculino singular con el participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tiene*; σοφίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *sabiduría.* La siguiente cláusula informativa comienza con αἱ, caso nominativo femenino plural del artículo determinado *las*; ἑπτὰ, adjetivo numeral cardinal *siete*; κεφαλαὶ, caso nominativo femenino plural del sustantivo que denota *cabezas*; ἑπτὰ, caso nominativo neutro plural del adjetivo numeral cardinal no declinable, *siete*; ὄρη, caso nominativo neutro plural del sustantivo *montes*; εἰσίν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar,* aquí como *son*; seguido del adverbio relativo ὅπου, *donde*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; γυνὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *mujer*; κάθηται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo κάθημαι, *sentarse*, aquí como *está sentada*; sigue luego la preposición de acusativo ἐπί, con el grafismo ἐπ', forma que adopta por elisión de la ι final ante vocal o diptongo sin aspiración, que equivale a *por, sobre*; αὐτῶν, caso genitivo neutro plural del pronombre personal *ellos*. La tercer cláusula confirmativa se establece con καὶ, conjunción copulativa *y*; βασιλεῖς, caso nominativo masculino plural del sustantivo *reyes*; ἑπτα, caso nominativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal, no declinable *siete*; εἰσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *son*.

La división de los versículos sigue aquí una puntuación incorrecta al separar las últimas palabras de éste para situarlas al comienzo del siguiente. Seguimos aquí la división real del texto griego.

ὧδε ὁ νοῦς ὁ ἔχων σοφίαν. El ángel dice a Juan que para entender lo que sigue se necesita pensar o reflexionar sabiamente, como diríamos en español colonial: *"se necesita cabeza"*. No tiene que ver con una sabiduría excepcional, ya que se trata de la Palabra y Juan afirma que al creyente *"la unción hace saber todas las cosas"* (1 Jn. 2:20, 27). Se trata de un llamado a la concentración mental para entender la interpretación.

La primera interpretación está relacionada con αἱ ἑπτὰ κεφαλαὶ *"siete cabezas"* de la bestia y el ángel dice a Juan que son ἑπτὰ ὄρη εἰσίν, ὅπου ἡ γυνὴ κάθηται ἐπ' αὐτῶν *"siete montes, sobre los cuales se asienta la mujer"*. A simple vista, es un argumento favorable para quienes entienden que la ciudad a la que se alude en el pasaje bajo el nombre de Babilonia, es Roma. Esto podría ser si el texto no siguiera luego dando otros detalles complementarios. Juan dice que la mujer se asienta sobre siete montes. A Roma se le llama la ciudad de las

siete colinas[10]. El vocablo traducido como *montes*[11], se utiliza para referirse a elevación de terreno, comprendiendo tanto las montañas altas, como las colinas y hasta un pequeño cerro. La expresión puede tener dos significados: Por un lado el natural del texto, siete colinas donde está el lugar en que ejerce su poder la bestia que sustenta a la mujer; por otro lado *monte* puede representar un sistema de poder gobernante. Debe tenerse en cuenta que anteriormente se dijo que la mujer se asentaba sobre muchas aguas (v. 1). De forma especial si se considera la palabra *monte,* de modo literalista y se aplica a Roma, la ciudad de las siete colinas, como es la interpretación de William Barclay:

"El Imperio Romano comenzó con Augusto; y los cinco primeros emperadores fueron Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón. Estos pues, son los cinco que han caído… Luego Vespasiano, Tito y Domiciano"[12].

Tanto la postura de entender que los siete montes de refieren a Roma, como la más literalista, que pretende identificar emperadores romanos con los siete reyes, tienen serias dificultades, como escribe el Dr. Dyer:

"La postura de que los siete montes se refieren a Roma tiene algunos firmes defectos. El primero es la relación que se asume entre la mujer y los montes. Las siete cabezas están vinculadas con la bestia y no con la mujer. Hay una diferencia entre la mujer y la bestia, ya que es la bestia la que tiene las siete cabezas. El ángel dijo "te diré el misterio de la mujer, y de la bestia que la trae, la cual tiene las siete cabezas" (17:7). Si los siete montes son Roma, entonces lo más que se puede determinar es que el imperio del Anticristo tendrá como centro la ciudad de Roma. Ello no identifica la localización de la ramera, ya que no forma parte de la bestia"[13].

Es indiscutible que hay distintas referencias al asiento de la mujer: *"sobre las muchas aguas"* (v. 1), sinónimo de *"pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas"* (v. 17); también sobre la bestia (v. 3), expresa claramente la intención de revelar un hecho, más bien que un determinado lugar geográfico o puntual. Es natural comparar un sistema de gobierno o de poder con un monte, por la estabilidad y la grandeza que representa la figura de una montaña, de ahí que proféticamente, en relación con el reino del Mesías, se le compare a una gran

---

[10] Las siete colinas de Roma se llamaban: *Palatium, Velia, Cermalus, Oppius, Cispius, Fagutal* y *Suburra.*
[11] En griego ὄρη.
[12] William Barclay. *The Revelation of John*. Vol. II, pág. 146.
[13] Dyer, Charles H. *"The Identy of babilón in Revelation 17-18"*. Bibliotheca Sacra, octubre-diciembre, 1987.

montaña (Dn. 2:35); también se llama a Babilonia: *"monte destructor"* (Jer. 51:24); comparándose el reino de Dios con el *"monte de la casa de Jehová"* y su supremacía sobre los reinos del mundo como *"cabeza de los montes y será exaltado sobre los collados"* (Is. 2:2).

Un dato más para la identificación es que esos montes καὶ βασιλεῖς ἑπτά εἰσιν *son también siete reyes*. Quiere decir que hubo siete reinos sobre quienes estuvieron reinando siete reyes. En ese sentido, cada una de las cabezas de la bestia tenía relación con cada uno de esos siete reinos o siete imperios. La gran ramera se sentaría sucesivamente sobre cada uno de esos siete imperios que tuvieron lugar en la historia de la humanidad. El problema consiste en definir cuales fueron esos reinos y si debemos retroceder hasta el origen del sistema satánico en Babel o Babilonia. El problema es difícil de solucionar. Algunos, como hemos visto antes, se decantan por una sucesión de los emperadores romanos. El problema principal está en determinar cual gobernaba en tiempos de Juan. Otros eligen la sucesión de los principales imperios mundiales especialmente relacionados con Israel, como serían Egipto, Asiria, Babilonia, Persia, Grecia y Roma. Sin duda hay dificultades para ajustar estos datos históricos a la revelación del ángel.

10. Cinco de ellos han caído; uno es, y el otro aún no ha venido; y cuando venga, es necesario que dure breve tiempo.

οἱ πέντε ἔπεσαν, ὁ εἷς ἔστιν, ὁ ἄλλος οὔπω ἦλθεν, καὶ ὅταν ἔλθῃ
Los cinco cayeron el uno es el otro aún no vino y cuando venga
ὀλίγον αὐτὸν δεῖ μεῖναι.
poco el debe permanecer.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa el relato con οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; πέντε, caso nominativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal, no declinable, *cinco*; ἔπεσαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πίπτω, *caer, precipitarse*, aquí como *cayeron*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; εἷς, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral cardinal, no declinable, *uno*; ἔστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *es*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἄλλος, caso nominativo masculino singular del pronombre indefinido *otro*; seguido del adverbio οὔπω, que significa *aún no, todavía no*; ἦλθεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἔρχομαι, *venir*, aquí como *vino*; καὶ, conjunción copulativa *y,* que introduce una cláusula temporal indefinida con ὅταν, conjunción temporal, *cuando*, *siempre que, tantas veces como*; ἔλθῃ, tercera persona singular del aoristo segundo de subjuntivo en voz activa del verbo ἔρχομαι, *venir*, aquí como *venga*; ὀλίγον, es un adjetivo que expresa la condición *escaso, corto, limitado en*

cantidad, sin embargo en la mayoría de los pasajes en que, como este, aparece el neutro singular, su uso es propio del adverbio de cantidad que denota *corta duración*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *el*; δεῖ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo impersonal δεῖ, que designa una necesidad absoluta; los enunciados que se forman con este verbo tienen por naturaleza carácter absoluto, muy difícilmente cuestionable y, a menudo, anónimo y determinístico, que equivale *es necesario*, *debía*, aquí como *debe*; μεῖναι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo μένω, *quedarse, vivir, habitar, permanecer*, aquí en esa última acepción.

Οἱ πέντε ἔπεσαν. Un complemento a lo anterior se resume en la manifestación del ángel cuando dice que de aquellos reyes *"cinco han caído"*, lo que indica que cinco de los reyes y, por tanto, de sus respectivos reinos, han desaparecido. El verbo en aoristo indica una acción totalmente consumada, y su sentido es de *caer* o *derrumbarse.* En sentido de imperios mundiales tendríamos, especialmente aquellos relacionados con Israel, a Egipto, Asiria, Babilonia, Persia y Grecia.

῾Ο εἷς ἔστιν. El ángel dice luego a Juan que *"uno es"*, o *"uno está"*, quiere decir que un rey o un reino, estaba en activo cuando se producía la visión. Si se trata de un rey, será difícil precisar cual es en vida de Juan. Si se trata de un reino, como es lo más seguro, es una referencia al Imperio Romano.

῾Ο ἄλλος οὔπω ἦλθεν. Se aporta un nuevo dato en la visión referido a *"otro que aún no vino".* Para continuar diciendo que ὅταν ἔλθῃ, *"cuando venga"*, expresión condicional temporal, que afirma que vendrá pero no dice cuando, como es natural en revelación profética, ese rey o manifestación de reino, ὀλίγον αὐτὸν δεῖ μεῖναι, *"debe durar poco tiempo"*, como se complementa en otras profecías, ya que estará presente en la última semana de Daniel, por un tiempo corto de siete años.

El problema exegético surge cuando en lugar de entender el pasaje como reinos, sobre los que un rey ejerció autoridad y en el que se produjo una manifestación del espíritu y sistema de la bestia, se entiende como reyes históricos determinados y, sobre todo cuando se procura identificarlos con los emperadores del Imperio Romano, como escribe el Dr. Lacueva:

"En mi opinión, el comentario más sensato de este versículo procede de la pluma de F. F. Bruce: Cinco de los cuales han caído: Si contamos desde el primer emperador, éstos serían Augusto (27 a.C a 14 d.C.), Tiberio (14-37), Gayo (37-41), Claudio (41-54) y Nerón (54-68). Uno está: Probablemente, Vespasiano (69-79); los tres emperadores Galba, Otón y Vitelio, que gobernaron en rápida sucesión en Roma durante los 18 meses entre la muerte

de Nerón y la captura de Roma por las tropas de Vespasiano el 21 de diciembre del 69, difícilmente pueden entrar en la cuenta desde el punto de vista de las provincias orientales. En ellas, la autoridad de Vespasiano fue indiscutible desde su proclamación en Alejandría el 1 de julio del 69… El otro no ha llegado todavía… ha de permanecer por un poco de tiempo: Tito, el sucesor de Vespasiano, reinó solamente dos años (79-81)"[14].

Resulta difícil entender por qué se hacen distinciones en la línea de emperadores romanos, llegando a la conclusión que es la única forma posible para adecuar la serie de ellos a la interpretación del pasaje de Juan. Por otro lado se hace imposible determinar con certeza el emperador que regía el Imperio cuando Juan escribió el Apocalipsis. Esto determina la interpretación que entiendo como más consonante con la Biblia y con la historia.

11. La bestia que era, y no es, es también el octavo; y es de entre los siete, y va a la perdición.

καὶ τὸ θηρίον ὃ ἦν καὶ οὐκ ἔστιν καὶ αὐτὸς ὄγδοος ἐστιν καὶ ἐκ
Y la bestia la que era y no es también el mismo octavo es y de
τῶν ἑπτά ἐστιν, καὶ εἰς ἀπώλειαν ὑπάγει.
los siete es, y a destrucción va.

Notas y análisis del texto griego.

El relato de la enseñanza del ángel prosigue con καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; θηρίον, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *animal salvaje, bestia*; ὃ, caso nominativo neutro singular del pronombre relativo *el que*; ἦν, tercera persona singular del imperfecto de imperfecto de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *era*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οὐκ, adverbio de negación enfática *no,* con la escritura propia ante vocal no aspirada, que negativiza a ἔστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *es*; καὶ, adverbio de modo *también*; αὐτὸς, caso nominativo masculino singular del pronombre intensificado, por plenonasmo del adjetivo *mismo* añadido al pronombre personal, que equivale a *él mismo*; ὄγδοος, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral ordinal no declinable, *octavo*; ἐστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *es*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐκ, preposición de genitivo, *de*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; ἑπτα, caso genitivo masculino plural del adjetivo numeral cardinal, *siete*; tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *es*; καὶ, conjunción copulativa *y*; εἰς, preposición de acusativo, *a*; ἀπώλειαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *destrucción*; ὑπάγει,

[14] F. Lacueva. o.c., pág. 519.

tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ὑπάγω, *irse, marcharse,* aquí como *va.*

Καὶ τὸ θηρίον ὃ ἦν καὶ οὐκ ἔστιν καὶ αὐτὸς ὄγδοός ἐστιν. Las cabezas de la bestia tienen un doble significado, por un lado representan a reyes y al mismo tiempo a reinos, *"las siete cabezas son siete montes… y son siete reyes* (Ap. 17:9). Quiere decir que las cabezas son manifestaciones del espíritu del Anticristo, en los distintos períodos de la historia humana y son, por tanto, manifestaciones de reinos en continua oposición contra Dios. En los últimos tiempos se manifestará un nuevo rey, que dice el ángel a Juan que *"es el octavo".*

Según la corriente interpretativa se procurará resolver las dificultades para establecer la cronología histórica hasta llegar a la presencia real del Anticristo. Quienes entienden que el Anticristo morirá y resucitará encuentran la siguiente solución, como escribe el Dr. Carballosa:

"La séptima de las cabezas de la bestia aparecerá en los postreros días. Será la manifestación del Anticristo, podría decirse, con cuerpo natural. Esa es la cabeza que recibirá la herida de muerte que es sanada (Ap. 13:3). O sea, que en su intento de imitar al verdadero Mesías, el Anticristo sufre la muerte física y posteriormente resucita. Su resurrección hará que los habitantes de la tierra se maravillen y busquen a la bestia para adorarla. Ahora bien, esa séptima cabeza de la bestia que experimenta la herida de muerte y resucita, vuelve a la vida con poderes sobrehumanos que producen el asombro de los moradores de la tierra (Ap. 17:8). Debido a que se trata del mismo personaje representado por la séptima cabeza, él es el octavo rey, pero no es la octava cabeza ya que la bestia sólo tiene siete cabezas"[15].

Por su parte el Dr. Lacueva, escribe, citando a F. F. Bruce:

"Y, pasando de inmediato al comentario del v. 11, dice con enorme buen sentido: En cuanto a la bestia que era y no es, es un octavo: Aquí tenemos de nuevo la oscilación entre el imperio (la bestia) y el emperador (una de las cabezas) que personificó su poder en un tiempo (cf. 13:3, 12). Al final, el poder del imperio perseguidor quedará personificado por el imperial Anticristo, que pertenece a los siete, posiblemente en el sentido de ser como una reencarnación de uno de ellos. Los comentaristas desde el siglo segundo en adelante hallaron natural identificarlo con Domiciano (81-91), sucesor de su hermano Tito, y considerarlo como un segundo Nerón. Pero Juan no está pensando en Domiciano (cuya fama tradicional como perseguidor de la iglesia descansa

---

[15] Evis. L. Carballosa. o.c., pág. 335.

sobre muy modesta base histórica), sino en un potentado demoníaco, 'Nero redivivus… Va a la perdición: cf. 19:20. El Anticristo es designado 'el hijo de perdición' en 2 Ts. 2:3"[16].

Καὶ αὐτὸς ὄγδοος ἐστιν καὶ ἐκ τῶν ἑπτά ἐστιν. Después de los siete reyes con reinos, que corresponden a la sucesión de los imperios mundiales, especialmente los relacionados con Israel, llega uno que se dice que es αὐτὸς ὄγδοος ἐστιν, *"el octavo rey"*. Los que consideran que se trata de los emperadores romanos deben determinar cual es este octavo, ya que no puede referirse a uno pasado, sino a uno futuro. Por tanto, la interpretación más concordante con el entorno textual y general de la profecía es este: 1) Anteriormente se han descrito siete cabezas, que son manifestaciones del poder imperial. 2) No cabe duda que en cada imperio ha habido reyes que lideraban cada uno de esos reinos. 3) No significa que hubiese más, pero los imperios estaban sujetos a reyes. 4) El séptimo es el Imperio Romano reconstruído, el reino que sustentará y en el que gobernará el Anticristo. 5) La forma suprema de este reinado se manifestará al final de los tiempos, especialmente a partir de la mitad de la última semana profetizada por Daniel y, especialmente cuando el Anticristo tome el reino universal para liderar a todos los pueblos contra Dios (16:13-14). 6) En ese sentido se trataría, en la práctica de un octavo rey, dentro del séptimo de los reinos. Es el octavo rey dentro de los siete, esto es, un rey que tendrá una doble manifestación, como escribe el Dr. Ladd:

"Juan agrega otro detalle específico más sobre la última aparición de la bestia, el Anticristo: la bestia… es también el octavo, y es de entre los siete. Este es un lenguaje difícil. La segunda y final manifestación de la bestia es un octavo rey, pero no es el octavo rey porque hay solo siete; es un octavo rey que es uno de los siete. Esto sugiere que uno de los siete ha de experimentar dos etapas en su existencia. Aparentemente ésta es la razón por la cual Juan dice que el séptimo rey es necesario que dure breve tiempo (v. 10). Sería seguido rápidamente por un octavo, que es el séptimo, pero en su plena manifestación anticristiana. Juan quiere decir que el octavo es como el séptimo, pero que, sin embargo es distinto de ellos"[17]

El ascenso del Anticristo tiene dos períodos claramente manifestados, por un lado está el primer tiempo de su presencia, que entra en forma sutil, como queda identificado en la figura del que cabalga sobre un caballo blanco (Ap. 6:2). El nuevo reino, el Imperio Romano reconstruido, funcionará con una forma de gobierno muy distinta a la que se manifestará en la segunda mitad de la tribulación. En ese tiempo, el Anticristo tomará un poder supremo en el

---

[16] F. Lacueva. o.c., pág. 519.
[17] George Eldon Ladd. o.c., pág. 204.

gobierno de ese reino y aún del mundo, al final de los tiempos, especialmente en la cesión de poder que le entregarán los otros gobernantes dentro de aquel reino (17:12-13), que lo convertirá en un verdadero dictador, o un rey despótico, por lo que puede identificarse dos tiempos o dos partes en un mismo imperio, siendo la actuación final de ese rey, cuando tenga todo el poder conferido por Satanás en sus manos, tan diferente al que fue al principio que se le puede llamar el *octavo rey*, por diferencia con la actuación anterior que correspondería al *séptimo*, siendo el mismo uno y otro. La primera parte de su gobierno durará poco, *tres años y medio*, el resto corresponderá a la actuación como de un nuevo rey, el octavo. Este octavo rey pertenece a los otros siete, en cuanto a dominio sobre los reinos de la tierra. Es distinto de todos ellos porque asciende del abismo como plena encarnación satánica (v. 8).

Καὶ εἰς ἀπώλειαν ὑπάγει. El octavo rey *"va a la perdición"*. Dios ha establecido el final para este a quien el apóstol Pablo llama, *"el hombre de pecado y el hijo de perdición"* (2 Ts. 2:3). Más adelante se revela el destino de este inicuo que será lanzado al lago de fuego junto con el falso profeta (Ap. 19:20), a quienes acompañará, al final de los tiempos, el que fue su impulsor, Satanás (Ap. 20:10). Proféticamente el programa que Satanás determinó para el mundo, quedará reducido a la nada, ante la omnipotencia de Dios

Los diez cuernos (17:12-14).

12. Y los diez cuernos que has visto, son diez reyes, que aún no han recibido reino; pero por una hora recibirá autoridad como reyes juntamente con la bestia.

Καὶ τὰ δέκα κέρατα ἃ εἶδες δέκα βασιλεῖς εἰσιν, οἵτινες βασιλείαν
Y los diez cuernos los que viste diez reyes son, los cuales reino
οὔπω ἔλαβον, ἀλλὰ ἐξουσίαν ὡς βασιλεῖς μίαν ὥραν λαμβάνουσιν
todavía no recibieron, pero autoridad como reyes una hora reciben
μετὰ τοῦ θηρίου.
con la bestia.

Notas y análisis del texto griego.

De las cabezas pasa a los cuernos, vinculando todo mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*; δέκα, caso nominativo neutro plural del adjetivo numeral cardinal, no declinable, *diez*; κέρατα, caso nominativo neutro plural del sustantivo que denota *cuernos*; ἃ, caso acusativo neutro plural del pronombre relativo *los que*; εἶδες, segunda persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁραω, *ver,* aquí como *viste*; δέκα, caso nominativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal, no declinable, *diez*; βασιλεῖς, caso nominativo masculino plural del sustantivo *reyes*; εἰσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar,* aquí como

son; οἵτινες, caso nominativo masculino plural del pronombre relativo *los cuales*; βασιλείαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *reino*; οὔπω, adverbio que significa *aún no, todavía no*; ἔλαβον, tercera persona plural del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo λαμβάνω, *tomar, recibir, llevar*, aquí como *recibieron*; ἀλλα, conjunción adversativa, *pero*; ἐξουσίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *autoridad, ejercicio de autoridad*; ὡς, adverbio de modo *como*; βασιλεῖς, caso nominativo masculino plural del sustantivo *reyes*; μίαν, caso acusativo femenino singular del adjetivo numeral cardinal, no declinable, *una*; ὥραν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *hora*; λαμβάνουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo λαμβάνω, *tomar, coger, agarrar, tomar posesión, recibir,* aquí como *reciben*; μετὰ, preposición de genitivo *con*; τοῦ, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *el*, femenino en castellano *la*; θηρίου, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *animal salvaje, bestia.*

Καὶ τὰ δέκα κέρατα ἃ εἶδες δέκα βασιλεῖς εἰσιν. Juan recibe el significado de los diez cuernos de la bestia, que vio en la visión (v. 3). El ángel afirma categóricamente que los diez cuernos son diez reyes. En la Biblia el cuerno es, en muchas ocasiones, figura de autoridad, de dominio o de poder. El término rey, también tiene una connotación general que expresa a quien está en el ejercicio de máxima autoridad en un reino. Estos diez reyes, o diez gobernantes, no son sucesivos, sino simultáneos, ejerciendo su autoridad durante el reinado de la bestia. No se trata de diez reinos confederados cuyas cabezas de gobierno son estos diez reyes. Tal posición confunde a algunos intérpretes, que no encuentran solución al aparente conflicto de siete reyes y ahora diez. A Juan se le está diciendo que habrá un reino en el futuro, el reino del Anticristo, en el cual habrá diez reyes, o diez autoridades. Esto estaba ya profetizado por Daniel (7:24).

Οἵτινες βασιλείαν οὔπω ἔλαβον, ἀλλὰ ἐξουσίαν ὡς βασιλεῖς μίαν ὥραν λαμβάνουσιν μετὰ τοῦ θηρίου. No hay razón exegética para entender que diez, aquí es un número simbólico, no lo demanda así la interpretación, ni de Apocalipsis, ni de Daniel. Debe entenderse que es un número real y determinado de diez gobernadores. Estos diez recibirán autoridad para el ejercicio de su actuación en el reino del Anticristo, como reyes o equiparables a reyes. Debe entenderse mejor que se trata de parcelas de autoridad dentro del único reino del futuro que es el Imperio Romano reconstruido, el reino del Anticristo. El tiempo del ejercicio de esta autoridad será breve, μετὰ τοῦ θηρίου, *"una hora"*, sin duda un número simbólico que expresa lo corto de su actividad. Será un tiempo corto porque no llegarán a completar los siete años del reino del Anticristo. Debe entenderse como el ejercicio dentro del gobierno correspondiente a la segunda mitad de la tribulación. La autoridad, es decir, el ejercicio de ella coincidirá con el tiempo del gobierno del Anticristo: μετὰ τοῦ θηρίου, *"conjuntamente con la bestia"*.

13. Estos tienen un mismo propósito, y entregarán su poder y su autoridad a la bestia.

οὗτοι μίαν γνώμην ἔχουσιν καὶ τὴν δύναμιν καὶ ἐξουσίαν αὐτῶν τῷ
Estos un propósito tienen y el poder y autoridad de ellos a la
θηρίῳ διδόασιν.
bestia dan.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa con la interpretación del ángel con οὗτοι, caso nominativo masculino plural del pronombre demostrativo *estos*; μίαν, caso acusativo femenino singular del adjetivo numeral cardinal *una*; γνώμην, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *parecer, propósito, opinión*; ἔχουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener,* aquí como *tienen*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *el*; δύναμιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *poder*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐξουσίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *autoridad*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado declinado *al*, femenino en castellano, *a la*; θηρίῳ, caso dativo neutro singular del sustantivo *animal salvaje, bestia*; διδόασιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar,* aquí como *dan.*

Οὗτοι μίαν γνώμην ἔχουσιν. El propósito de estos gobernantes es idéntico al de la bestia. La oposición a Cristo es común para todos ellos. Los diez reyes καὶ τὴν δύναμιν καὶ ἐξουσίαν αὐτῶν τῷ θηρίῳ διδόασιν, *y entregarán su poder y autoridad a la bestia*, al darse cuenta que la oposición contra Cristo debe estar orientada y dirigida por uno sólo, el Anticristo. Estos entregan sus parcelas de autoridad para que haya un solo gobernante. La acción recuerda históricamente hablando, al sistema de gobierno dictatorial, semejante al de los Césares de la antigua Roma. En Daniel se profetiza que *"los diez cuernos significan que de aquel reino se levantarán diez reyes; y tras ellos se levantrá otro, el cual será diferente de los primeros, y a tres reyes derribará"* (Dn. 7:24), quiere decir que en un momento el Anticristo tomará para sí la autoridad de tres áreas del gobierno futuro.

Por la panorámica bíblica que se desprende de la profecía, el Anticristo ejercerá omnímodamente el poder económico por medio del falso profeta (Ap. 13:16); el poder militar, por cuanto dirigirá los ejércitos de su reino, y finalmente la acción militar de los reyes de la tierra contra el Cordero (Ap. 19:19); y el poder religioso, llegando a la impiedad de hacerse adorar como Dios (Ap. 13:15). Sin duda esto será la primera acción para alcanzar finalmente el poder pleno en sus manos, por la cesión voluntaria de los poderes que

ejercían antes los diez reyes. Esto completa lo que se dijo antes de la *"gran autoridad"* que recibe la bestia (13:2). De la misma manera que el Anticristo sirve al dragón que le dio todo su poder y autoridad (13:2), así también estos diez reyes sirven al Anticristo confiriéndole toda la autoridad posible. Es toda una preparación, en el cumplimiento profético, para impedir la acción de la soberanía de Dios sobre la tierra, en el establecimiento de su reino.

14. Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque él es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son llamados y elegidos y fieles.

οὗτοι μετὰ τοῦ ἀρνίου πολεμήσουσιν καὶ τὸ ἀρνίον νικήσει αὐτούς,
Éstos con el Cordero pelearán y el Cordero vencerá los
ὅτι Κύριος κυρίων ἐστὶν καὶ Βασιλεὺς βασιλέων καὶ οἱ μετ' αὐτοῦ
pues Señor de señores es y Rey de reyes y los con Él
κλητοὶ καὶ ἐκλεκτοὶ καὶ πιστοί
llamados y elegidos y fieles.

Notas y análisis del texto griego.

El relato prosigue con οὗτοι, caso nominativo masculino plural del pronombre demostrativo *éstos*; μετὰ, preposición de genitivo, *con*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el*; ἀρνίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *cordero*; πολεμήσουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo πολεμέω, *combatir, pelear,* aquí como *pelearán*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; ἀρνίον, caso nominativo neutro singular del sustantivo *cordero*; νικήσει, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo νικάω, *vencer,* aquí como *vencerá*; αὐτούς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal *los*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; Κύριος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *Señor*; κυρίων, caso genitivo masculino plural del sustantivo declinado, *de señores*; ἐστὶν, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar,* aquí como *es*; καὶ, conjunción copulativa *y*; Βασιλεὺς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *Rey*; βασιλέων, caso genitivo masculino plural del sustantivo declinado *reyes*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; seguido de la preposición de genitivo μετ' en la forma que toma la preposición μετά delante de vocal y que significa *con,* αὐτοῦ, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *él*; κλητοι, caso nominativo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de *invitados, llamados*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐκλεκτοὶ, caso nominativo masculino plural del adjetivo no declinable, *elegidos, escogidos, seleccionados*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πιστοί, caso nominativo masculino pluraldel adjetivo no declinable, que expresa la condición de quienes son *creyentes, fieles*.

Οὗτοι μετὰ τοῦ ἀρνίου πολεμήσουσιν. Los diez reyes pelearán contra el Cordero, inseparablemente unidos a la bestia, el Anticristo. Todos estos, los reyes y la bestia, tienen la misma intención: *"pelear contra el Cordero"*. El verbo[18] que Juan emplea para referirse a la *pelea*, es equivalente a *luchar, hacer guerra*, de cuya raíz procede la palabra española *polémica*. Esta revelación aquí es un anticipo de lo que se detallará más adelante (19:11-12). La disposición de los diez reyes y del Anticristo es luchar contra el Señor. Es la reacción anunciada ya en la profecía cuando los reyes de la tierra consultarán unidos contra el ungido de Dios, dispuestos a vencerlos para quedar liberados del ejercicio de Su soberanía (Sal. 2:2-3).

Καὶ τὸ ἀρνίον νικήσει αὐτούς. Sin embargo, como es natural, todo intento de los hombres contra Dios, quedará en una absoluta derrota del hombre. La presencia y aparición del Mesías, será suficiente para derrotar a todos los oponentes, dispuestos a luchar contra Él (2 Ts. 2:8). La derrota es segura porque lucharán contra quien tiene el nombre que es sobre todo nombre, bajo cuya autoridad todos doblarán sus rodillas (Fil. 2:9-11).

La razón de la derrota de las fuerzas mundanas y satánicas es que el Cordero, contra quien estarán dispuestos a pelear, ὅτι Κύριος κυρίων ἐστὶν καὶ Βασιλεὺς βασιλέων *"es Señor de señores y Rey de reyes"*. El calificativo corresponde a Cristo (19:16). Una evidencia de la deidad de Jesucristo es que el mismo calificativo aplicado a Cristo en Apocalipsis se aplica a Dios en el Antiguo Testamento: *"Porque Jehová vuestro Dios es Dios de dioses, y Señor de Señores"* (Dt. 10:17), como también en el Salmo: *"Alabaz al Señor de los señores, porque para siempre es su misericordia"*, en clara referencia Jehová Dios (Sal. 103:1-3). Una expresión que manifiesta la deidad y soberanía de Cristo. El Señor Jesús posee los mismos atributos y esencia de la Deidad. El supremo señorío del Cordero asegura plenamente su victoria. El como Rey de reyes tiene soberanía absoluta sobre los poderes terrenos por importantes que sean y grandes ejércitos que puedan estar a su servicio.

Καὶ οἱ μετ' αὐτου κλητοὶ καὶ ἐκλεκτοὶ καὶ πιστοί. En la disposición para *la pelea*, el Anticristo estará en unión con los reyes de la tierra que lo secundan, mientras que el Señor estará rodeado de los suyos, a quienes Juan califica como *"llamados, elegidos y fieles"*. Esto pone de manifiesto que el Cordero estará acompañado de sus santos. Algunos piensan que se refiere a los ejércitos celestiales, que acompañarán al Cordero en su regreso a la tierra (19:14). Los mismos ángeles son llamados también *"ángeles escogidos"* (1 Ti. 5:21) y, no cabe duda que los santos ángeles son también *fieles*. Sin embargo, no se dice en ningún lugar de la Biblia que Dios haya *llamado* a los ángeles. Esa

---

[18] Griego: πολεμέω.

operación divina está reservada para el llamamiento que Dios hace a la salvación de quienes son salvos por gracia mediante la fe. Por consiguiente, los que aquí se llaman *"llamados, elegidos y fieles"*, debe entenderse como los santos salvos.

Los creyentes son *llamados* por el Padre a salvación. En la salvación está implicada la soberanía de Dios. El propósito de Dios es para salvación de quienes Él llama. Dios no llama a los que van a responder, sino que los llama para que respondan (1 P. 1:2). El propósito de Dios implica que su llamado es algo más que una simple invitación para salvación (1 Co. 1:2). Los llamados por Dios disciernen, en razón de la obra del Espíritu, lo que es la salvación (1 Co. 1:24). El propósito de Dios subordina todo el fin que Dios mismo se propone (Ro. 9:1). El propósito de Dios es el de un llamamiento santo que salva a los que son llamados con este propósito (2 Ti. 1:9). Eso siempre sin renunciar a la responsabilidad del hombre. Es preciso reconocer las dos líneas que aparecen en la Escritura: 1) La libre gracia para todo aquel que crea (Jn. 3:16); 2) la elección para salvación desde antes de la constitución del mundo (Ef. 1:4). No procuremos reconciliar por nuestros medios las dos verdades. A los seguidores del Cordero se les llama también *elegidos*, lo que indica un acto con un propósito determinado. Dios eligió a los creyentes desde la eternidad, en Cristo (Ef. 1:4). La elección obedece a la *"presciencia"*, que no es un preconocimiento, sino que la palabra indica un movimiento afectivo del sentimiento y una determinación divina (Ro. 8:29; Ef. 1:5). Pablo llama a los creyentes *"elegidos, o escogidos"* (Ro. 8:33). La exhortación a una vida comprometida y fiel está en razón de ser *"escogidos de Dios"* (Col. 3:12). El apóstol Pedro no difiere en nada del concepto paulino, de modo que dice de los creyentes que son *"linaje escogido"* (1 P. 2:9). La elección, lo mismo que el llamamiento, no excluye la responsabilidad humana. La elección supera en todo a un conocimiento del futuro que Dios tendría sobre quienes habían de aceptar el evangelio de salvación. Dios no es un mero adivino que sabiendo quienes aceptarán el llamado los ordena a salvación, sino un Soberano que conociendo todo, actúa para llevarlos a la salvación. La elección con relación a Israel, comienza desde un principio por la elección de Abraham, llamado por Dios de entre todos los demás hombres de su entorno. Por el pacto con Abraham, Dios no rechaza a su pueblo al que *"antes conoció"* (Ro, 11:2). Como ocurrió en tiempos de Elías, hay también en el presente un remanente elegido por gracia (Ro. 11:5). De ahí que los judíos que hoy creen en Cristo, Pablo ve la elección divina (Ro. 11:7). Llegará el día en que *"todo Israel será salvo"* (Ro. 11:26), pero, como Pablo mismo aclara, se trata de los que son descendientes por la fe de Abraham, y no descendientes biológicos del patriarca. Finalmente Juan dice que esos llamados y elegidos, *son fieles*. No cabe duda que la fidelidad es el resultado de la salvación. El hombre se salva por gracia mediante la fe, para que viva en fe. La fidelidad es una operación del Espiritu en el salvo (Gal. 5:22). De

otro modo, no son fieles para ser salvos, sino que son fieles porque son salvos. Por esa razón los creyentes, no importa de que dispensación, se caracterizan por su fidelidad al Señor. ¿A qué grupo pertenecen esos creyentes? No puede precisarse con determinación a la luz de este contexto, pero sí es evidente que se trata de creyentes salvos por gracia mediante la fe en Jesús.

Las aguas y la mujer (17:15-18).

15. Me dijo también: Las aguas que has visto donde la ramera se asienta, son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas.

Καὶ λέγει μοι· τὰ ὕδατα ἃ εἶδες οὗ ἡ πόρνη κάθηται, λαοὶ καὶ
Y dice me: Las aguas las que viste donde la ramera se sienta pueblos y
ὄχλοι εἰσὶν καὶ ἔθνη καὶ γλῶσσαι.
multitudes son y naciones y lenguas.

Notas y análisis del texto griego.

El final de la enseñanza del ángel se relata en el párrafo que comienza con este versículo y, como es habitual, mediante καὶ, la conjunción copulativa *y*, que une y dinamiza el relato de los cuadros de las visiones y enseñanzas; a la que sigue λέγει, segunda persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir*, aquí como *dice*; μοι, caso dativo, masculino singular del pronombre personal *me*. La siguiente cláusula con la explicación del ángel se introduce con τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*, femenino en castellano al ir vinculado con *aguas*; ὕδατα, caso nominativo neutro plural del sustantivo *aguas*; ἃ, caso acusativo neutro plural del pronombre relativo *los que*; εἶδες, segunda persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁραω, *ver,* aquí como *viste*; οὗ, adverbio relativo de lugar *donde*; ἡ, caso nominativo femenino singular *la*; πόρνη, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *meretiz, prostituta, ramera*; κάθηται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo κάθημαι, *sentarse, estar sentado, estar entronizado*, aquí como *se sienta o está sentada*; λαοὶ, caso nominativo masculino plural del sustantivo *pueblos*; καὶ, la conjunción copulativa *y*; ὄχλοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo *multitudes*; εἰσὶν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *son*; καὶ, la conjunción copulativa *y*; ἔθνη, caso nominativo neutro plural del sustantivo *naciones*; καὶ, la conjunción copulativa *y*; γλῶσσαι, caso nominativo femenino plural del sustantivo *lenguas, idiomas.*

Καὶ λέγει μοι· τὰ ὕδατα ἃ εἶδες οὗ ἡ πόρνη κάθηται. Luego de dar el significado de la bestia, pasa el ángel a explicar a Juan el de la ramera, iniciando la explicación por el lugar en donde se asienta. Las *"muchas aguas"* no son físicas, sino simbólicas. No se refiere a un río, o al mar, que baña una determinada ciudad, sino a una figura del lenguaje que hace referencia a otra cosa. Es difícil ajustar la interpretación del nombre de la ciudad a la liberalidad,

cuando las *"muchas aguas"* requieren una interpretación simbólica. Sin embargo, algunos exegetas entienden la literalidad del nombre de la ciudad, como se dijo antes. De este modo escribe el Dr. Carballosa:

"Apocalipsis 17 y 18 enseñan con plena claridad que 'la ramera' simboliza a Babilonia, la gran ciudad que desde su fundación por Nimrod ha desafiado la soberanía de Dios. Babilonia ha sido el centro de idolatría más notorio en la historia de la humanidad. Aunque hace siglos que Babilonia parece haber desaparecido, ha de reaparecer en los postreros días. Su influencia sobre los habitantes de la tierra alcanzará enormes proporciones. Durante un tiempo, por lo menos en apariencia, tendrá el control incluso de la bestia. A la postre, sin embargo, será totalmente destruida en cumplimiento de las profecías de Jeremías 50-51. Mientras llega el día de su juicio, ejercerá una sorprendente influencia sobre las naciones de la tierra e incluso sobre la bestia"[19].

Ya se han presentado antes argumentos alternativos, para entender esto como un sistema, que sin duda estuvo y está vinculado con Babilonia, como lugar físico en donde comenzó la religión promovida por Satanás en abierta oposición a Dios. Esa *Babilonia* espiritual estuvo durante un tiempo en Pérgamo (Ap. 2:13), luego en Roma, cuyo nombre simbólico es usado por el apóstol Pedro en su epístola (1 P. 5:13). Esta situación de sistema espiritual impulsado por Satanás contra Dios, podrá tener su núcleo de influencia y presencia en diversos lugares, como lo tendrá también en tiempos del Anticristo en el lugar donde ejerza su autoridad, dominio y presencia, sin que ello requiera entender que se trate de una ciudad literal y real.

Οὗ ἡ πόρνη κάθηται, λαοὶ καὶ ὄχλοι εἰσὶν καὶ ἔθνη καὶ γλῶσσαι. El adverbio οὗ, *donde*, hace referencia al lugar en que se asienta la ramera, que unido al presente de indicativo en voz media del verbo, indica el modo en que está la *ramera*, asentada, que equivale a ejercicio de autoridad sobre algo, o a una posición determinada. Bajo ella están muchos pueblos, naciones y lenguas, lo que expresa la idea de una influencia religiosa universal. *La ramera,* controla a los pueblos de la tierra que se someten a ella. Antes se les comparó a las aguas del mar (13:1). Se está representando en la figura, una religión ecuménica que alcanzará toda la tierra. Es evidente el gran poder que ejercerá sobre el mundo, en todos los ámbitos, espiritual, moral y económico, la iglesia apóstata. Sin embargo, no tenemos referencias bíblicas suficientes para afirmar de qué tipo de religión se trata, probablemente un sincretismo religioso que convenga a los objetivos del Anticristo durante el primer tiempo de su presencia en la tierra. Siendo base y asiento para el mayor humanismo posible

---

[19] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 338.

que es el de asentar un hombre en el lugar dedicado a Dios para recibir la adoración que sólo pertenece al Señor (2 Ts. 2:4), podría tratarse de algún tipo de lo que se suele llamar *Nueva Era*, sin embargo, afirmar tal cosa no deja de ser una mera suposición. Algunos optan por un cristianismo apóstata convertido, en alguna medida a un humanismo encubierto, que se aleja realmente de la verdadera doctrina bíblica.

16. Y los diez cuernos que viste en la bestia, éstos aborrecerán a la ramera, y la dejarán desolada y desnuda; y devorarán sus carnes, y la quemarán con fuego.

καὶ τὰ δέκα κέρατα ἃ εἶδες καὶ τὸ θηρίον οὗτοι μισήσουσιν τὴν
Y los diez cuernos los que viste y la bestia éstos odiarán a la
πόρνην καὶ ἠρημωμένην ποιήσουσιν αὐτὴν καὶ γυμνὴν καὶ τὰς
ramera y desolada harán la y desnuda y las
σάρκας αὐτῆς φάγονται καὶ αὐτὴν κατακαύσουσιν ἐν πυρί.
carnes de ella devorarán y la abrasarán con fuego.

Notas y análisis del texto griego.

En un modo continuativo sigue el relato con καὶ, conjunción copulativa *y*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*; δέκα, caso nominativo neutro plural del adjetivo numeral cardinal, no declinable, *dez*; κέρατα, caso nominativo neutro plural del sustantivo que denota *cuernos*; ἃ, acusativo neutro plural del pronombre relativo *los que*; εἶδες, segunda persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁραω, *ver,* aquí como *viste*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; θηρίον, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *animal salvaje, bestia*; οὗτοι, caso nominativo neutro plural del pronombre demostrativo *éstos*; μισήσουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo μισέω, *odiar, despreciar, menospreciar*, abarca toda la gama de significados desde *amar menos, detestar* hasta *odiar*, aquí en la última acepción; τὴν, caso acusativo femenino singular *la*; πόρνην, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *ramera*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἠρημωμένην, caso acusativo femenino singular con el participio perfecto en voz pasiva del verbo ἐρημόω, *asolar, destruir, desnudar,* vinculada con ἔρημος, *desierto, yermo*, aquí como *destruida, desolada, devastada*; ποιήσουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo ποιέω, *hacer, efectuar, actuar*, aquí como *harán*; αὐτὴν, caso acusativo femenino singular del pronombre personal *la*; καὶ, conjunción copulativa *y*; γυμνὴν, caso acusativo femenino singular del adjetivo no declinable que expresa la condición de *desnuda, descubierta, mal vestida*, aquí en el primer sentido; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; σάρκας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *carnes*, en sentido de *cuerpo, persona*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella*; φάγονται, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz media del verbo, φάγω, que es el aoristo segundo de ἐσθίω, con sentido de *comer, devorar,* aquí como *devorarán*; καὶ,

conjunción copulativa *y*; αὐτὴν, caso acusativo femenino singular del pronombre personal *la*; κατακαύσουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo κατακαίω, *quemar, consumir en el fuego*, aquí como *quemarán*; ἐν, preposición de dativo, *en, con*; πυρί, caso dativo neutro singular del sustantivo *fuego*.

Καὶ τὰ δέκα κέρατα ἃ εἶδες καὶ τὸ θηρίον. La enseñanza del ángel conduce al final del sistema religioso representado por la figura de *la ramera*. El conjunto de los reyes unidos a la bestia, como se lee en el texto griego: *"y los diez cuernos y la bestia"* se levantan contra el sistema religioso establecido hasta entonces. Durante un tiempo, probablemente la primera mitad de la última semana de Daniel, el tiempo de la tribulación, o incluso durante un tiempo de la segunda parte de esa semana, la religión del reino de Anticristo se sustentaba sobre su sistema político que la apoyaba. Pero, de una relación vinculante entre el sistema religioso y político, se pasa a una abierta oposición entre ambos. Por tanto, los que apoyaban el sistema perverso de la religión apóstata, toma la determinación de destruirla. Es posible que el sistema religioso haya tomado tal supremacía e influencia en los hombres de la tierra que sea un abierto peligro para el sistema político.

Οὗτοι μισήσουσιν τὴν πόρνην. La acción contra la religión establecida antes es fulminante. El texto griego dice que los diez reyes y el Anticristo *"aborrecerán"* a *la ramera*, usando un verbo muy enfático que equivale a *odiar*. No se dice la causa del cambio, simplemente se afirma como un hecho.

Καὶ ἠρημωμένην ποιήσουσιν αὐτὴν καὶ γυμνὴν καὶ τὰς σάρκας αὐτῆς φάγονται καὶ αὐτὴν κατακαύσουσιν ἐν πυρί. Ese odio se manifiesta en una acción descrita con varias palabras que unidas dan una panorámica muy precisa. Primero ἠρημωμένην ποιήσουσιν, la *dejarán*, en sentido de *dar*, es decir, *hacer algo hasta consumarlo*, *"desolada"*, una acción descrita con un verbo[20] en participio perfecto predicado y en voz pasiva que equivale a *asolar, arrasar, destruir totalmente*. Un segundo término es γυμνὴν, *"desnuda"*, un adjetivo predicado que expresa la idea de dejarla desprovista de todo su hermoso atavío, equivalente a despojarla de todas sus riquezas. Un profundo contraste se expresa entre esta situación y la visión que Juan recibió de *la ramera*, vestida *"de púrpura y escarlata y adornada de oro, piedras preciosas y perlas"*. Toda aquella gloria y boato desparecen por la acción del poder político contra ella. Finalmente, será extinguida definitivamente, para lo que Juan dice que τὰς σάρκας αὐτῆς φάγονται, *"devorarán sus carnes"*, en una forma de lenguaje metafórico, tomada de la fiereza de los animales salvajes, y que denota la destrucción de los hombres por su prójimo (Sal. 27:2; Jer.

[20] Griego: ἐρημόω.

10:25; Mi. 3:3; Sof. 3:3). La figura es de una gran dimensión y da la impresión de producirse un saqueo total de *la ramera*, de modo que no quede de ella más que el esqueleto. Por último αὐτὴν κατακαύσουσιν ἐν πυρί, *"la quemarán con fuego"*. El verbo[21] usado para quemar es sumamente enfático en una forma intensiva que significa quemar, en sentido de consumir totalmente por medio del fuego.

¿Cuándo ocurrirá todo esto? No es posible definirlo absolutamente, pero, probablemente se trate de una acción que ocurrirá al principio de la segunda mitad de los últimos siete años, en el gobierno del Anticristo. El profeta Daniel dice que el Anticristo no tendrá respeto por ningún tipo de religión, engrandeciéndose él sobre todos los dioses (Dn. 11:37). Cualquier tipo de religión interferirá en el propósito ególatra del Anticristo, en su pretensión de ser dios y exigir para él solo la adoración personal (2 Ts. 2:4). El uso de la religión le fue necesario en la primera parte de la semana final para conducir a los hombres a un sistema religioso de apostasía, de modo que, si algún atisbo de interés pudiera haber hacia el verdadero Dios y su Palabra, fuese borrado y sustituido por los principios doctrinales de la religión impía. Sin embargo, ni esa misma religión, podría sostenerse en la implantación de una idolatría hacia el hombre en la dimensión que tendrá en la segunda parte de la semana, por lo que la religión, más que una ayuda, sería un estorbo que habrá que eliminar.

En el principio de la semana, al comienzo de la tribulación, el Anticristo salió con una hipócrita apariencia de pacificador, ofreciendo paz y pactando con el pueblo judío apóstata y con la religión también apóstata. Pero, la falsa paz del comienzo de la semana se interrumpió a la mitad de la misma con conflictos bélicos en todo el mundo. La fidelidad al pacto con el Israel apóstata también quedó roto cuando convino a los intereses del Anticristo. En ese tiempo también alcanzará la máxima perversidad al entronizarse en el lugar de Dios y hacerse adorar como si fuese el Mesías verdadero. Finalmente, en el momento preciso, promoverá también la rotura del compromiso religioso que habrá sostenido hasta entonces.

17. Porque Dios ha puesto en sus corazones el ejecutar lo que Él quiso: ponerse de acuerdo, y dar su reino a la bestia, hasta que se cumplan las palabras de Dios.

ὁ γὰρ Θεὸς ἔδωκεν εἰς τὰς καρδίας αὐτῶν ποιῆσαι τὴν γνώμην
- porque Dios dio hacia los corazones de ellos hacer el designio
αὐτοῦ καὶ ποιῆσαι μίαν γνώμην καὶ δοῦναι τὴν βασιλείαν αὐτῶν
de Él y hacer un solo designio y dar el reino de ellos

[21] Griego: κατακαίω.

τῷ θηρίῳ ἄχρι τελεσθήσονται οἱ λόγοι τοῦ Θεοῦ.
a la bestia hasta que hayan sido cumplidas las palabras - de Dios.

Notas y análisis del texto griego.

Siguen las palabras del ángel con ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, no traducible en español por vincularse a nombre propio; seguido de la conjunción causal γάρ, *porque*, que en español precede al artículo; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*; ἔδωκεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar, entregar, conceder, producir, señalar,* aquí como *dio*; εἰς, preposición de acusativo *hacia*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*, masculino en español al referirse a corazones; καρδίας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *corazones*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; ποιῆσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo ποιέω, *realizar, producir, llevar a cabo, hacer*, aquí como *que hagan*, o *hacer*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*, masculino en español, *el*; γνώμην, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *parecer, sentir, opinión, juicio,* de ahí *designio, resolución decisión, intención, plan, propósito*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *de Él*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ποιῆσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo ποιέω, *realizar, producir, llevar a cabo, hacer*, aquí como *que hagan*, o *hacer*; μίαν, caso acusativo femenino singular del adjetivo numeral cardinal, no declinable, *uno*, en sentido de *un solo*; γνώμην, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *parecer, sentir, opinión, juicio,* de ahí *designio, resolución decisión, intención, plan, propósito*; καὶ, conjunción copulativa *y*; δοῦναι, aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar, conceder, permitir, entregar, confiar, devolver, producir, colocar, señalar,* aquí como *para dar*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*, masculino en castellano, *el*; βασιλείαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *reino*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *al*, femenino en español *a la*; θηρίῳ, caso dativo neutro singular del sustantivo que denota, *animal salvaje, bestia*; ἄχρι, conjunción que significa *hasta que*; τελεσθήσονται, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz pasiva del verbo τελέω, *acabar, completar, terminar,* aquí como *hayan sido cumplidas*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*, femenino en castellano al referirse a *palabras*; λόγοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota, *palabras, dichos, expresiones*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, no traducible en castellano al referirse a nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre declinado *de Dios.*

Ὁ γὰρ Θεὸς ἔδωκεν εἰς τὰς καρδίας αὐτῶν ποιῆσαι τὴν γνώμην αὐτοῦ. De nuevo el énfasis general de la Escritura sobre la soberanía de Dios, se pone aquí de manifiesto. No hay duda que quienes destruirán a *la ramera*, serán los diez reyes en unión del Anticristo, pero ellos son meros instrumentos para ejecutar el designio de Dios. El Señor impulsó los corazones de todos ellos

orientándolos para que ejecutasen su designio. Una vez más la historia es el resultado de la ejecución del propósito de Dios (Is. 46:9-10). Él es quien ha puesto su designio en el corazón de aquellos reyes y del Anticristo, produciendo los efectos que se describen contra *la ramera*. Es sorprendente y admirable apreciar que nada escapa al control del Soberano Dios. Una de las verdades más precisas de la Escritura es la acción soberana de Dios irrumpiendo en los reinos de la tierra para que ejecuten su voluntad determinada para la historia, como dice el profeta: *"El muda los tiempos y las edades; quita reyes, y pone reyes; da la sabiduría a los sabios, y la ciencia a los entendidos"* (Dn. 2:21). Esta resolución política contra la religión impía, es determinada por Dios *"para que conozcan los vivientes que el Altísimo gobierna el reino de los hombres, y que a quién Él quiere lo da"* (Dn. 4:17). ¿Cómo es posible entender esto desde nuestro plano humano con una capacidad de comprensión limitada? Sin embargo, el versículo pone de manifiesto que los poderes del mal sirven a los propósitos de Dios, ya que de manera inconsciente para ellos, el Anticristo y los diez reyes son los instrumentos ejecutores de la determinación divina. El Soberano impulsó las acciones desde los *corazones* de ellos, que incluye también a la bestia, es decir, al Anticristo, que participa en tales hechos y que ejecutan, en sentido de hacer realidad el designio de Dios.

Καὶ ποιῆσαι μίαν γνώμην καὶ δοῦναι τὴν βασιλείαν αὐτῶν τῷ θηρίῳ. El alcance del designio divino es esencial en el desarrollo de los tiempos finales de la historia del sistema del Anticristo. Aquellos diez reyes se pusieron de acuerdo, nacido en un deseo en el interior de sus corazones, asiento de su voluntad, para δοῦναι τὴν βασιλείαν αὐτῶν τῷ θηρίῳ, *"dar su reino a la bestia"*. El acuerdo que permite entregar todo el poder al Anticristo, de modo que se convertirá en el dictador del Imperio Romano reconstruido, es una acción orientada por Dios. La decisión de los diez reyes obedece a la ejecución del proyecto de Dios.

Ἄχρι τελεσθήσονται οἱ λόγοι τοῦ Θεοῦ. Esta acción permite llevar a cabo el programa restante *"hasta que se cumplan las palabras de Dios"*. La construcción del texto griego ponen de manifiesto una cláusula temporal con el adverbio traducido por *hasta que*, unida al futuro de indicativo de un verbo que equivale a *cumplir, acabar, consumar, satisfacer*. Es decir, todo operará conforme al propósito de Dios para llevar al cumplimiento absoluto lo que Él ha determinado que debe acontecer. Como se dice más arriba, la historia es la expresión del ejercicio de la soberanía de Dios. Él da la profecía, la interpreta y hace que se ejecute, como Él la dio. La historia prueba que los hombres, por grandes que sean, no son más que instrumentos de Dios para el ejercicio de su voluntad (Esd. 1:1-2). Dios es el Señor de la historia. Para Él, la profecía es historia por cumplir, y la historia no es más que profecía cumplida. La autoridad de Dios lleva la historia al cumplimiento de sus propósitos. Esto comprende el

programa general de los tiempos de la humanidad, pero también, en este contexto próximo, el programa determinado para hacer realidad el regreso del Señor Jesús y el establecimiento de su reino en la tierra. El Señor Jesús expresó esta verdad de un modo preciso cuando dijo: *"El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán"* (Mt. 24:35).

18. Y la mujer que has visto es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra.

καὶ ἡ γυνὴ ἣν εἶδες ἔστιν ἡ πόλις ἡ μεγάλη ἡ ἔχουσα βασιλείαν
Y la mujer la que viste es la ciudad la grande la que tiene soberanía
ἐπὶ τῶν βασιλέων τῆς γῆς.
sobre los reinos de la tierra.

Notas y análisis del texto griego.

La última frase se vincula con lo que antecede mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; γυνὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *mujer*; ἣν, caso acusativo femenino singular del pronombre relativo *la que*; εἶδες, segunda persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁραω, *ver,* aquí como *viste*; ἔστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *es*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; πόλις, caso nominativo femenino singular del sustantivo *ciudad*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; μεγάλη, caso nominativo femenino singular del adjetivo no declinable *grande*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἔχουσα, caso nominativo femenino singular con el participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tiene*; βασιλείαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota, *reino, autoridad, soberanía*; ἐπὶ, preposición que rige genitivo, *sobre*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; βασιλέων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *reinos*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado, declinado *de la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del nombre *tierra.*

Καὶ ἡ γυνὴ ἣν εἶδες ἔστιν ἡ πόλις ἡ μεγάλη. Las últimas palabras del ángel reafirman la interpretación sobre *la ramera*. Nuevamente surge el conflicto interpretativo entre distintas formas de entender el significado de *ciudad.* Una línea preterista sigue el sentido alegórico de que la ciudad representa a Roma, como escribe el profesor Sebastián Bartina:

"Por fin, el ángel da a conocer sin ambages la identidad de la fatal cortesana. Es la gran ciudad que tiene el imperio sobre todos los reinos de la tierra conocida. La capital del mundo en el siglo I de nuestra era, en que vivía Juan y escribía el Apocalipsis, sólo podía ser Roma. Esta declaración, junto

con la anterior, que identificaba la perversa mujer simbólica con la ciudad de las siete colinas (v. 9), aun prescindiendo de otras razones, hace firmemente segura la interpretación fundamental de estos pasajes y de todo el libro. Es impresionante ver las ruinas de la Roma imperial, como corroídas por el fuego, vacías y desnudas, testigos mudos para siempre del hundimiento de una ideología y acción antirreligiosa, rodeadas respetuosamente por la nueva Jerusalén inmortal"[22].

Ya se han presentado argumentos que impiden aceptar esta interpretación. Primero por la identificación de la ciudad en sí, y en segundo lugar por su interpretación preterista, vinculándola a la Roma imperial, cuando la profecía apunta a un futuro y a un reino que aún no se ha manifestado.

Por otro lado está la vía interpretativa de quienes se ajustan a la literalidad del nombre de la ciudad, como escribe Robert L. Thomas:

"La única identificación viable que queda es la conclusión ya alcanzada; se trata de Babilonia en el Éufrates. Las profecías veterotestamentarias de la destrucción de Babilonia en Isaías 13 y Jeremías 51 aún no se han cumplido y aguardan el futuro Día del Señor para su cumplimiento (Jer. 13:6). Además Babilonia en el Éufrates está situada en un entorno que armoniza política y geográficamente, y en todas las cualidades de accesibilidad, facilidades comerciales, alejamiento de interferencias de iglesia y estado, pero con la centralidad respecto al comercio del mundo entero"[23].

En esta misma línea escribe el Dr. Carballosa:

"Resulta más fácil, por supuesto, alegorizar o espiritualizar el significado de la ramera. El hecho de que Babilonia como tal no ha existido por un considerable número de siglos conduce a la tentación de reemplazarla por Roma o por algún otro sistema político-religioso o místico. El intérprete de las Escrituras no debe rendirse ante esa tentación. Recuérdese que Israel, como nación estuvo ausente del concierto de los pueblos de la tierra por cerca de diecinueve siglos. Pero Dios ha prometido que esa nación existirá para siempre. Del mismo modo, Babilonia volverá a ocupar un lugar preeminente entre las ciudades del mundo, hasta que se cumplan las palabras de Dios en su totalidad"[24].

---

[22] Sebastián Bartina. o.c., pág. 787 s.
[23] Robert L. Thomas. o.c., pág. 307.
[24] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 340.

También se ha argumentado antes sobre la posición literalista, por tanto, no es preciso volver a recalcar lo dicho, simplemente hacer notar al lector que el lenguaje figurado es notable en el relato de la explicación del ángel y de las visiones de Juan. Si se trata de tomar como simbólico a la mujer, que no es otra cosa que la representación de una ciudad llamada aquí Babilonia, no hay razón para no entender también el nombre de la ciudad como un sistema religioso sustentado por el gobierno del Anticristo durante un tiempo de la gran tribulación. La idea más contraria a la interpretación de Babilonia como ciudad en lugar de hacerlo como sistema representado por la ciudad de donde parte la religión diabólica de oposición con Dios, es que la ciudad se encuentra situada en el reino del norte, que no estuvo nunca bajo el poder del Anticristo, ni integrado en su Imperio, sino que, por el contrario fue un opositor de él en relación con la invasión de Israel, aliada con el Anticristo por un pacto. De la misma manera que no se puede entender en el contexto escatológico una ciudad del Reino de Sur, Egipto y su aliados, como lugar relacionado con el gobierno del Anticristo, así tampoco la Babilonia real del pasado puede sustentarse por estar dentro del ámbito geográfico del reino del Norte. Babilonia, como ciudad nunca estuvo bajo la dominación romana, y su ubicación, aun destruida como ciudad, estaba fuera de los confines al oriente de dicho imperio.

Ἡ ἔχουσα βασιλείαν ἐπὶ τῶν βασιλέων τῆς γῆς. El texto en sí mismo, mediante interpretación literal, se hace claro en el contexto. El sistema del Anticristo que gobierna sobre todos los reinos de la tierra, se establece en una determinada ciudad, lo que podríamos llamar, la capital del imperio. Al sistema y no tanto a la ciudad en sí, es a lo que se está refiriendo la visión de Juan. El ángel designa de nuevo a *la ramera* a fin de que no haya para Juan duda alguna de lo que se trata. La ciudad, cuna del sistema religioso, sostenida por el Anticristo, será el núcleo de su religión diabólica, así debe entenderse ya que en el capítulo se le designa como *misterio*, ya que si fuese una ciudad literal conocida en la historia dejaría de ser un *misterio.* El sistema religioso del Anticristo ejercerá sus funciones durante un tiempo, controlando los reinos del mundo. Su cometido impío concluirá dando paso a una impiedad mayor, en la adoración que el mismo Anticristo exigirá para sí. Todo ello conduce al cumplimiento del programa de Dios.

Nada mejor, al concluir el estudio de este pasaje que proclamar la soberanía de Dios sobre todo y entender que nuestro Señor es Señor de señores y Rey de reyes. Él hace lo que ha determinado y nada se opone a su voluntas (Sal. 99:1-2). Esta perfección de Dios llena de confianza al creyente (Ro. 8:31). Hay también otro aspecto que debe tenerse en cuenta. El ángel recordó a Juan que la Palabra de Dios tendrá un cumplimiento preciso. Antes se han recordado las palabras del Señor cuando dijo: *"El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán"* (Mt. 24:35). En forma abreviada son las mismas palabras

que pronunció Jesús en el Sermón del Monte (5:18). Es una afirmación precisa y definitiva. Las palabras de Dios tienen firmeza absoluta porque proceden de Su boca. Jesús, como Dios hace que sus palabras tengan la segura certeza de la fidelidad e inmutabilidad divinas. Los elementos del universo serán disueltos por el fuego al que están reservados (2 P. 3: 7, 10). Entonces se producirá un cambio total en lo que parece hoy inconmovible (Ro. 8:19-22; 1 Co. 7:31; Ap. 21:1). Las palabras de Jesucristo no sufrirán jamás cambio ni alteración alguna y su cumplimiento será completo (1 P. 1:23). La advertencia de Jesús era necesaria en aquella ocasión ya que por largo tiempo habían estado esperando el cumplimiento de promesas nacionales anunciadas por los profetas y seguían siendo vasallos de otras naciones. El reino de los cielos que les había sido anunciado, no llegaba como esperaban. Por ello, Jesús hace esta enfática afirmación. Nada de cuanto está en la Escritura, promesas, juicios, bendiciones, reino y gloria quedará sin cumplimiento según lo anunciado en ella. La inquebrantabilidad de la Escritura es un hecho, por ser la Palabra de Dios. Cualquier promesa incumplida afectaría a Dios que la expresó. Sería una promesa incumplida de Dios. No puede, por tanto, separarse la Palabra de Dios mismo. El salmista, refiriéndose a Dios dice: *"Desde el principio tú fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permanecerás; y todos ellos como una vestidura se envejecerá; como un vestido los mudarás, y serán mudados; pero tú eres el mismo, y tus años no se acabarán"* (Sal. 102:25-27). La inmutabilidad de Dios alcanza y comprende también su Palabra que como Él es inmutable y atemporal, es decir, el tiempo no le afecta envejeciéndola, sino que cada cosa anunciada en ella tendrá cumplimiento fiel (Gá. 4:4a). Como palabra de Dios así también las palabras de Cristo. Jesús de Nazaret, un hombre a los ojos humanos que lo observaban, es Emanuel, Dios manifestado en carne, por tanto, la fidelidad e inmutabilidad divinas son propias de su Persona Divino-humana. La inmutabilidad de la Escritura es una verdad doctrinal que el Señor enfatizó en su enseñanza. Junto con la inmutabilidad está la importancia. La Palabra por ser de Dios, merece la atención y consideración total. No hay cosas importantes y secundarias porque toda la Escritura es inspirada por Dios (2 Ti. 3:16). Ninguno de sus escritos es el resultado del pensamiento humano, sino la comunicación que Dios hace de sí mismo, en su misericordia para que el hombre le conozca y conociéndole en fe obtenga la vida eterna (Jn. 17:3). Cristo afirmó antes que ni una *jota* ni una *tilde* pasarán de la ley, hasta que todo se haya cumplido. Tal es la importancia de la Palabra de Dios que incluso cada una de sus letras se llaman *sagradas*, por haber recibido el soplo divino de la inspiración (2 Ti. 3:15-16). Por esta causa la Escritura no puede ser quebrantada. La ley expresa el pensamiento, propósito y voluntad de Dios, y es Él mismo quien la da a los hombres por medio de los profetas. El mismo Dios que da su palabra y anuncia lo por venir es el que con su omnipotencia se ocupa del cumplimiento (Is. 46:9-10). No hay nada sin importancia, nada intrascendente, en la Palabra de Dios.

La verdad que Jesús expresó debe tenerse en mucha consideración. La Biblia, por ser Palabra de Dios y proceder de Él es, en toda su extensión *doctrina*, es decir, enseñanza que Él mismo da a los hombres para que, conformándose a ella, sean bendecidos. Ninguna cosa escrita en la Palabra de Dios deja de ser doctrina. Sin embargo, debe entenderse con claridad que hay *doctrina fundamental*, base de la fe y razón del mensaje de salvación, cuya principal característica es su claridad que condiciona la interpretación, esto es, no caben discusiones o diferencias en cuanto a sentido. Pero, hay también, *doctrina general*, nunca menos importante, pero sujeta a diferentes interpretaciones desde la honestidad y compromiso bíblico del intérprete. Es enseñanza, es doctrina, pero no lo es *fundamental*. Lo mismo una que otra debe ser respetada profundamente por ser Palabra de Dios. En cuanto a la doctrina fundamental para la que no cabe más que una interpretación desde el compromiso honesto del intérprete con la Palabra, no admite transigencia alguna. Es decir, la doctrina fundamental que sustenta la fe y la esperanza cristianas, no permite más que la aceptación incondicional, no es asunto opinable ni negociable. En cuanto a la general, la misma Palabra exige respeto para interpretaciones que no concuerden plenamente con la que cada intérprete entiende que es la correcta. En todas las cosas, como decía el famoso hombre de la iglesia antigua, *amor.*

CAPÍTULO XVIII

BABILONIA COMERCIAL

Introducción.

El capítulo anterior relató la destrucción de la *Babilonia religiosa.* En el presente se considera la destrucción de la *Babilonia comercial*. Esta distinción pudiera hacer creer que se trata de dos ciudades diferentes, bien sean literales, es decir una ciudad en sí como tal, o bien sean manifestaciones de aspectos relativos al lugar donde gobernará el Anticristo, y donde estará establecido el centro de poder de su gobierno. Cualquiera que sea la posición del intérprete, bien si se trata de una ciudad literal o bien si se considera como una referencia al sistema de gobierno del Anticristo, no cabe, a la luz del texto bíblico, hablar de dos ciudades distintas, sino de una misma ciudad o lugar de gobierno, en dos aspectos esenciales: el religioso y el político-económico. Los dos capítulos tratan del juicio y la destrucción final de Babilonia. Ambos identifican el sistema con una sola ciudad. No son dos *Babilonias* diferentes, sino dos aspectos de la misma *Babilonia.* La destrucción del sistema es el cumplimiento de la profecía que lo anuncia (Jer. 50 y 51). Aún considerando la profecía como un cumplimiento parcial en el pasado, es en este capítulo donde se describe la destrucción definitiva del sistema establecido en el mundo por el Anticristo, bajo el apoyo de Satanás. La componente religiosa de Babilonia caerá bajo la acción del gobierno del Anticristo, que la destruirá completamente porque sería un obstáculo para sus planes, la económica que sería la interesante para aquel gobierno impío, se desmoronará bajo la acción directa del juicio de Dios. La memoria de Babilonia en todos sus aspectos, como lugar del poder del gobierno humano en abierta oposición a Dios, será borrada de la historia, conforme a lo que Dios había anunciado desde siglos antes por medio de sus profetas. Se han dado algunas razones en el estudio anterior por las que se considera como más apropiada la interpretación genérica de Babilonia como el centro neurálgico del sistema propio del Imperio del Anticristo. Sin embargo, es muy respetable la idea de algunos exegetas que consideran la literalidad de la ciudad, como un enclave reconstruido de la antigua Babilonia, junto al Éufrates, donde estuvo situada la Babilonia capital del imperio en días de Nabucodonosor. El capítulo que se estudia detalla aspectos de la destrucción de Babilonia en sus aspectos políticos, sociales y económicos. La lectura conjunta del texto bíblico de los dos capítulos, presenta una progresión sucesiva, en un lapso de tiempo muy breve. Primero la abolición del sistema religioso que se sustentaba sobre la bestia (17:16, 17), e inmediatamente la destrucción de toda la estructura socio-política del reino del Anticristo.

El capítulo 18 no es sino la segunda parte de la gran sección en que el ángel muestra a Juan el *misterio* de Babilonia. Lo que se había predicho al final del capítulo anterior (17:16, 17), se manifiesta como cumplido en el que consideramos. Es interesante apreciar tres momentos temporales muy diferentes de la comprensión que tenemos nosotros de medir y relacionar el tiempo, y que corresponden a la forma propia del pensamiento semítico. En primer lugar se produce el anuncio de la caída de la ciudad, como algo ocurrido, pero que en realidad se trata de algo que se producirá en un futuro próximo o inmediato, ya que lo profetizado, por la seguridad del cumplimiento, se puede expresar como ocurrido, aunque en realidad se produzca más adelante (vv. 1-3). Luego viene una advertencia a los creyentes que estén en el entorno de la ciudad, para que salgan de ella a fin de no sufrir las consecuencias del juicio que Dios va a verter sobre la ciudad (vv.4-8). Luego, en la revelación de las consecuencias que se derivarán de la acción de Dios aparecen los lamentos de las gentes, especialmente los reyes de la tierra, los mercaderes y los transportistas marítimos, se lamentarán por la gran ruina que supone para ellos (vv. 9-19). Toda esta acción divina anunciada, conduce a invitación a himnos celestiales que se hagan eco con júbilo de los lamentos que se oyen en la tierra, porque Dios ha destruido lo que restaba en el sistema inicuo establecido por el Anticristo (v. 20). Finalmente el capítulo ofrece una perspectiva de futuro en la que se manifiesta que el sistema del Anticristo no se levantará más. Este entrelazado profético del capítulo, tan propio de la forma semita, son descritos, aún los que se expresan en pasado, para la realización futura en un tiempo indefinido, cuyo cumplimiento está sólo en el conocimiento de Dios.

La división del capítulo para su estudio es la que anteriormente se presentó en el bosquejo del libro:

1. La Babilonia comercial (18:1-24).
    1.1. Anuncio celestial (18:1-3).
    1.2. Demanda celestial (18:4-8).
    1.3. Angustia de los reyes (18:9-10).
    1.4. Angustia de los mercaderes (18:11-17a).
    1.5. Angustia de los marinos (18:17b-19).
    1.6. Aclamación celestial (18:20-24).

La Babilonia comercial (18:1-24).

Anuncio celestial (18:1-3).

1. Después de esto vi a otro ángel descender del cielo con gran poder; y la tierra fue alumbrada con su gloria.

Μετὰ ταῦτα εἶδον ἄλλον ἄγγελον καταβαίνοντα ἐκ τοῦ οὐρανοῦ
Después de esto vi otro ángel que descendía del cielo
ἔχοντα ἐξουσίαν μεγάλην, καὶ ἡ γῆ ἐφωτίσθη ἐκ τῆς δόξης αὐτοῦ.
que tenía poder grande y la tierra iluminó con la gloria de él.

Notas y análisis del texto griego.

El nuevo relato reviste carácter indefinido al iniciarse con μετὰ, preposición de acusativo, equivalente a *detrás del, después de*; ταῦτα, caso acusativo neutro plural del pronombre demostrativo *esto*; εἶδον*,* primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* aquí como *vi*; ἄλλον, caso acusativo masculino singular del adjetivo indefinido *otro*; ἄγγελον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *ángel*; καταβαίνοντα, caso acusativo masculino singular del participio de presente en voz activa, predicado, del verbo καταβαίνω, *bajar, descender*, aquí como *que descendía*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; ambas, preposición y artículo forman la contracción *del*, en español; οὐρανοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *cielo*; ἔχοντα, caso acusativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tenía*; ἐξουσίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota, *autoridad, poder, derecho, potestad*, aquí más bien *poder*; μεγάλην, caso acusativo femenino singular del adjetivo no declinable que expresa la condición de lo que es *grande*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆ, caso nominativo femenino singular del nombre *tierra*; ἐφωτίσθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo φωτίζω, *iluminar*, ἐκ, preposición de genitivo *con*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; δόξης, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota, *gloria, esplendor*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él*.

Μετὰ ταῦτα. Juan utiliza aquí una de las formas más socorridas con las que resuelve muchas introducciones y que utiliza para pasar de una escena a otra. Literalmente equivale a *"después de estas cosas"*, es decir, después de haberse producido el final de la Babilona religiosa, en un tiempo indefinido posterior, se producirán los acontecimientos que siguen, sin apenas intervalo de tiempo.

Εἶδον ἄλλον ἄγγελον καταβαίνοντα ἐκ τοῦ οὐρανοῦ ἔχοντα ἐξουσίαν μεγάλην. Un nuevo ángel aparece ante el apóstol, que ve como descendiendo desde el cielo. Es esto una nueva evidencia de que el escritor no se movió del lugar donde estaba y que las visiones que contempló en el cielo, son revelaciones de traslación del pensamiento pero no de la corporalidad. La visión deriva hacia acontecimientos terrenales, por tanto, ve descender otro ángel, esto es, uno nuevo que no tiene relación con los anteriores, ni con el que le reveló el *misterio* de la Babilonia religiosa. Este ángel tiene ἐξουσίαν

μεγάλην, *"gran poder"*, para ejercer su ministerio, de ahí que pudiera traducirse el término *poder*, por *autoridad*, en sentido de capacidad operativa para llevar a cabo el ministerio que Dios le había encomendado.

Καὶ ἡ γῆ ἐφωτίσθη ἐκ τῆς δόξης αὐτοῦ. La presencia del ángel no pasa desapercibida en la tierra, por el resplandor de su presencia. La gloria propia de ese ángel, la luminosidad que irradiaba, la gloria propia de los seres celestiales, fue un raudal luminoso para iluminar la tierra. No es una novedad la presencia gloriosa y luminosa de un ángel, ya que de ese modo se manifestaron en muchas ocasiones (Ez. 43:2), como fue en la resurrección de Cristo, donde causaron impacto por su aspecto y por las vestiduras resplandecientes con que se manifestaron (Mt. 28:3-4; Lc. 24:4-5).

2. Y clamó con voz potente, diciendo: Ha caído la gran Babilonia, y se ha hecho habitación de demonios y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y aborrecible.

καὶ ἔκραξεν ἐν ἰσχυρᾷ φωνῇ λέγων·
y clamó con fuerte voz diciendo:
ἔπεσεν ἔπεσεν Βαβυλὼν ἡ μεγάλη,
Cayó, cayó Babilonia la grande
καὶ ἐγένετο κατοικητήριον δαιμονίων
y fue hecha morada de demonios.
καὶ φυλακὴ[1] παντὸς πνεύματος ἀκαθάρτου
y guarida de todo espíritu inmundo
καὶ φυλακὴ παντὸς ὀρνέου ἀκαθάρτου
y guarida de toda ave inmunda
καὶ[2] φυλακὴ παντὸς θηρίου ἀκαθάρτου καὶ μεμισημένου,
y guarida de todo animal inmundo y aborrecible.

Notas y análisis del texto griego.

Critica textual. Lecturas alternativas.

[1] φυλακὴ[1] παντὸς ὀρνέου ἀκαθάρτου, *guarida de toda ave inmunda,* alternativa que aparece en Syr[ph], Hipolito[mss].

Omite todas las frases siguientes a φυλακη, Prisciliano.

[2] καὶ φυλακὴ παντὸς θηρίου ἀκαθάρτου, *guarida de todo animal inmundo*, es una lectura dudosa, atestiguada en 2329, it[gig], syr[h], eth.

Se omite totalmente en א, C[vid], 051, 205, 209, 1006, 1611, 1841, 1854, 2030, 2053, 2052, *Biz* [P, 046], it[ar], vg, cop[bo], eth[mss], Syr[ph], Hipólito[mss], Andrés, Beato.

El pasaje aparece alternando párrafos en prosa con otros en verso, como se escribe en muchos mss razón por la que se sigue este modo de escribir en el texto. Siguiendo el relato utiliza καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔκραξεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo κράζω, *gritar, clamar, alzar la voz,* en sentido de *hablar fuertemente*, aquí como *clamó*; ἐν, preposición de dativo, *con*; ἰσχυρᾷ, caso dativo femenino singular del adjetivo no declinable que expresa la condición de lo que es *fuerte*; φωνῇ, caso dativo femenino singular del sustantivo *voz*; λέγων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir,* aquí literalmente *que dice*, traducido como *diciendo*, para dar mejor forma a la expresión española; ἔπεσεν tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πίπτω, que expresa la idea de descenso, de ahí *caer*, aquí como *cayó*; la repetición dos veces de la palabra entraña una expresión superlativa, que indica un caer definitivo y total; Βαβυλὼν, caso nominativo femenino singular del nombre propio de ciudad, *Babilonia*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; μεγάλη, caso nominativo femenino singular del adjetivo no declinable, que expresa la condición de lo que es *grande*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐγένετο, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, originarse,* aquí como *se originó, se hizo, se produjo,* aquí mejor como *se hizo* o *fue hecha*; κατοικητήριον, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *casa, morada, guarida*; δαιμονίων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *de demonios*; καὶ, conjunción copulativa *y*; φυλακὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *prisión, cárcel,* aquí en sentido de lugar para los espíritus inmundos, de ahí la traducción *guarida*; παντὸς, caso genitivo neutro singular del adjetivo indefinido *todo;* πνεύματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo *espíritu*; ἀκαθάρτου, caso genitivo neutro singular del adjetivo no declinable, *impuro, sucio, inmundo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; φυλακὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *prisión, cárcel,* aquí en sentido de lugar para los espíritus inmundos, de ahí la traducción *guarida*; παντὸς, caso genitivo neutro singular del adjetivo indefinido *todo*; ὀρνέου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *ave*; ἀκαθάρτου, caso genitivo neutro singular del adjetivo no declinable, *impuro, sucio, inmundo*. Sigue luego una cláusula que es dudoso que estuviese en el original y que no aparece en los mss más seguros, con καὶ, conjunción copulativa *y*; φυλακὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *prisión, cárcel,* aquí en sentido de lugar para los espíritus inmundos, de ahí la traducción *guarida*; παντὸς, caso genitivo neutro singular del adjetivo indefinido *todo*; θηρίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota, *animal salvaje, bestia*; ἀκαθάρτου, caso genitivo neutro singular del adjetivo no declinable, *impuro, sucio, inmundo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; μεμισημένου, caso genitivo neutro singular del participio perfecto en voz pasiva del verbo μισέω, *aborrecer, odiar, despreciar, menospreciar*, aquí como *aborrecible.*

Ἔπεσεν ἔπεσεν Βαβυλὼν ἡ μεγάλη. La voz de un ángel descrito como *poderoso*, sólo podía ser fuerte, potente. Esa voz debe ser escuchada en todos los confines de la tierra. Los hombres deben conocer el mensaje que iba a proclamar el enviado del cielo. Las palabras concuerdan con las de otro mensajero anterior que anunció la caída de la Babilonia religiosa (14:8). Esté

ángel va a anunciar la caída del aspecto político-económico del sistema del Anticristo. El mensaje del ángel está expresado como algo definitivamente ocurrido, en reiteración en el texto griego de los aoristos del verbo[1] *caer*, en el sentido de *derribar*. Nuevamente un futuro profético se construye con un pasado perfecto, lo que indica que los designios de Dios aún no cumplidos pueden darse como efectuados en plenitud por Él los conducirá al destino predeterminado. Quien ha caído es *"Babilonia la grande"*. El mismo título que se dio a la Babilonia del capítulo anterior (17:5). Otra vez se produce la diferencia de interpretaciones en relación con la ciudad. Algunos sostienen que se trata de una ciudad literal, reconstruida en los finales de la historia humana de este sistema actual. Sin embargo, el problema persiste y, de alguna manera, se incrementa. ¿Cuándo se destruye la ciudad, en lo relatado en el capítulo anterior, o en este? ¿Son dos acontecimientos idénticos para que la ciudad sea destruida o es uno solo en dos partes? Es de observar que el título que se da aquí a la ciudad es el que sustentaba escrito en su frente *la ramera* (17:5). Debe entenderse que se trata de los dos pilares del sistema del Anticristo, el primero, el religioso, cuya destrucción se enseña en el capítulo anterior; el segundo el económico cuya caída se descubre aquí. La primera intervención fue producida por el Anticristo y los diez reyes que le dieron su poder. Esta segunda es por intervención divina. Sin embargo, no debe pasar desapercibido el hecho de que tanto en la primera como en la segunda, es Dios mismo quien dirige y conduce el hecho a su conclusión final (17:17).

El final pleno de *Babilonia* es el cumplimiento definitivo de las profecías sobre ella. El profeta Isaías se refiere al *"Día de Jehová"*, el día de la ira del Todopoderoso (Is. 13:9), y un poco más adelante dice sobre Babilonia: *"Y Babilonia, hermosura de reinos y ornamento de la grandeza de los caldeos, será como Sodoma y Gomorra, a las que trastornó Dios. Nuca más será habitada, no se morará en ella de generación en generación; ni levantará allí tienda el árabe, ni pastores tendrán allí majada; sino que dormirán allí las fieras del desierto, y sus casas se llenarán de hurones; allí habitarán avestruces, y allí saltarán las cabras salvajes. En sus palacios aullarán hienas, y chacales en sus casas de deleite; y cercano a llegar está su tiempo, y sus días no se alargarán"* (Is. 13:19-22). No cabe duda que en cierta medida, el cumplimiento de la profecía se produjo con la caída de la Babilonia histórica, en el derrumbe del imperio Babilónico, sin embargo es una profecía en dos tiempos, que tendrá su cumplimiento final en el día de la ira de Dios, del que se trata en los capítulos del Apocalipsis. De este modo escribe H. A. Ironside:

"La figura que se nos presenta aquí va más allá de la destrucción literal de Babilonia sobre el Éufrates en los días de la conquista medo-persa. Presenta

[1] Griego: πίπτω.

en forma sumamente gráfica las condiciones que prevalecerán no sólo entre las naciones del Asia central y oeste, sino de todos los poderes gentiles en el día de la indignación del Señor. En otras palabras, la destrucción que cayó sobre Babilonia en la antigüedad, fue una ilustración del terrible destino que le espera a los poderes gentiles sin Dios, quienes serán tomados 'con las manos en la masa' en rebelión contra el Señor y Su Ungido en los últimos días. Notemos que muchas de las expresiones usadas en estos versículos son prácticamente idénticas a aquellas de las otras profecías en cuanto al Día del Señor, y a los acontecimientos que siguen a la ruptura del sexto sello en el libro de Apocalipsis"[2].

Otros pasajes proféticos tendrán también cumplimiento definitivo con la caída de la Babilonia comercial en el sistema establecido por el Anticristo (cf. Is. 47:7-9; Jer. capítulos 50 y 51). Esto confirma la posición interpretativa referida al sistema y no tanto a una determinada ciudad.

El pensamiento del Anticristo fue el de destruir la religión que había sustentado para dar paso a un sistema dictatorial personal, hasta el punto de erigirse en el dios que debía ser adorado. Le quedaba intacto el sistema político-económico en el que se gloriaba, pero Dios, que había derramado su ira expresada en el contenido de la sexta copa contra el aire (16:17), el lugar central espiritual del reino del Anticristo, intervendrá directamente para destruir aquello que constituía toda la esperanza y el poder del Imperio reconstruido. Por esa razón, todo el esplendor y la riqueza del sistema económico, quedará destruido.

Καὶ ἐγένετο κατοικητήριον δαιμονίων Lo que antes era riqueza y comercio se convierte en *"habitación de demonios"*, es decir, su lugar de residencia (Mt. 12:43-45; Lc. 11:24-26). La ciudad destruida queda desierta, lugar natural y apropiado no para hombres sino para demonios. Con todo, se aprecia que posiblemente estén *desterrados o prisioneros* en el lugar dejado desierto, por cuanto el término que aparece en el texto griego tiene relación también con *prisión.* Los demonios que sustentaron el sistema han quedado presos en el.

Juan añade una nota más: καὶ φυλακὴ παντὸς πνεύματος ἀκαθάρτου, *"guarida de todo espíritu inmundo"*, el lugar donde se han refugiado los demonios, y καὶ φυλακὴ παντὸς ὀρνέου ἀκαθάρτου, *"albergue de toda ave inmunda"*, la jaula para ellas, como una referencia más a los demonios (Is. 34:11-15; Mt. 13:32). El Receptus añade aquí una frase muy dudosa: *y guarida de todo animal inmundo*. La terminación de la proclamación del ángel es: καὶ μεμισημένου, *y aborrecible*, que debe unirse como

[2] H. A. Ironside. *Isaías.* Editorial Clie. Terrassa, 1987. pág. 83.

calificativo a *toda ave inmunda*, lo que resultaría *toda ave inmunda y aborrecible.* Es el cumplimiento profético anunciado siglos antes (Is. 34:11-15). Sobre esta situación de ruina escribe el profesor Bartina:

"Lo que era bullicio de vida humana es ahora un montón de ruinas malditas. Según una creencia que aparece en época bíblica, los demonios habitan los sitios desamparados. Los espíritus impuros demoníacos veían reducida su presencia en el mundo a un círculo local más o menos estrecho (Mr. 5:1-13). Se le puede llamar muy bien cárcel, en cuanto una parte de su penar consiste en estar como encadenados en un lugar limitado. ¿Qué mortal se atrevería a ir inconsideradamente a esas ruinas? Lo mismo puede decirse por analogía de las aves rapaces y nocturnas, como si les bastara aquel lugar de desechos para su vida. Con estas expresiones quiere subrayarse el abandono total de la gran ciudad"[3].

La ciudad que había sido el centro del sistema económico del Anticristo, con todo cuanto suponía, como capital del sistema, se derrumba por la acción divina. Todo cuanto se trata de sustentar al margen de Dios, más temprano o más tarde queda reducida a ruinas.

3. Porque todas las naciones han bebido del vino del furor de su fornicación; y los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido de la potencia de sus deleites.

ὅτι ἐκ τοῦ[1] οἴνου τοῦ θυμοῦ τῆς πορνείας αὐτῆς
Pues del vino del furor de la fornicación de ella
πέπωκαν πάντα τὰ ἔθνη
bebieron todas las naciones;
καὶ οἱ βασιλεῖς τῆς γῆς μετ᾽ αὐτῆς ἐπόρνευσαν
y los reyes de la tierra con ella fornicaron
καὶ οἱ ἔμποροι τῆς γῆς ἐκ τῆς δυνάμεως τοῦ
y los mercaderes de la tierra del poder de la
στρήνους αὐτῆς ἐπλούτησαν.
fastuosidad de ella se enriquecieron.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] τοῦ οἴνου τοῦ θυμοῦ τῆς πορνείας, *del vino del furor de la fornicación*, lectura de seguridad media, atestiguada en א, 046, 94, 1006, 1859, 2020, 2138, it^{dem}, vg^{cl}, cop$^{sa, bo}$, Hipólito, Ticonius, Andrés^{c}, Aretas.

[3] Sebastián Bartina. o.c., pág. 790.

τοῦ θυμοῦ τοῦ οἴνου τῆς πορνείας, *del furor del vino de la fornicación*, atestiguada en P, 051, 1, 1828, 2042, 2065, 2073, 2081, 2432, it[gig], cop[bo], arm, eth[pp], Hipolito, Primasious, Andrés[a, bav, p].

τοῦ οἴνου τοῦ θυμου, *del vino del furor*, como aparece en syr[h], ps-Ambrosio.

τοῦ θυμοῦ τῆς πορνείας, *del furor de la fornicación*, figura en A, 1611, 2053, it[ar, c, div, haf], vg[ww], eth[ro], Prisciliano, Ansbert, Haimo.

τοῦ οἴνου τῆς πορνείας, *del vino de la fornicación*, atestiguada en792, 1854, 2070[comm], syr[ph], Ticonius, Primasius.

τῆς πορνείας τοῦ θυμοῦ, *de la fornicación del furor,* atestiguada solo en C.

Las razones de aquella situación se explican en el versículo, ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; ambas, preposición y artículo forman la contracción *del*, en español; οἴνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *vino*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo declinado *del*; θυμοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *furor*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; πορνείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *fornicación*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella*; πέπωκαν, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo πίνω, *beber,* aquí como *bebieron*; πάντα, caso nominativo neutro plural del adjetivo indefinido no declinable*, todas*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *las*; ἔθνη, caso nominativo neutro plural del sustantivo *naciones*; καὶ, conjunción copulativa, *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; βασιλεῖς, caso nominativo masculino plural del sustantivo *reyes*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del nombre *tierra*; seguido de la preposición de genitivo μετ' en la forma que toma la preposición μετά delante de vocal y que significa *con*, αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre persona *ella*; ἐπόρνευσαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πορνεύω, *fornicar*, aquí como *fornicaron*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἔμποροι, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *mercaderes*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del nombre *tierra*; ἐκ, preposición de genitivo *con*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; siendo masculino en castellano formarían la contracción *del*; δυνάμεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *capacidad operativa, poder*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; στρήνους, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota, *molicie, lujo, fastuosidad*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella*; ἐπλούτησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πλυτέω, *ser rico, enriquecerse,* aquí como *se enriquecieron.*

Ὅτι ἐκ τοῦ οἴνου τοῦ θυμοῦ τῆς πορνείας αὐτῆς πέπωκαν πάντα τὰ ἔθνη. La primera razón para el juicio que destruirá la ciudad y el sistema asentado en ella, es *"que todas las naciones han bebido del vino del furor de su fornicación"*. La construcción gramatical del texto griego donde aparecen los cuatro genitivos seguidos es, generalmente, una forma de hebraísmo, que puede resolverse adjetivando los sustantivos, de modo que se leería: *"del vino ardoroso, perturbador y embriagante de su fornicación"*. El pecado mencionado antes para la Babilonia religiosa se cita ahora para la político-económica. Es natural al haber una unidad en el sistema religioso y económico del reino del Anticristo, que los mantiene unidos durante un tiempo, en donde el falso profeta será además el regulador de la economía y comercio (13:15-17). Es la seducción que hace que todos siguen la lujuria, inmoralidad y materialismo humanista de la *gran ramera.* Sin duda el humanismo acompañado de riqueza son los principales elementos que distancian al hombre de Dios. Un claro ejemplo de ello está en la sociedad actual llamada del *primer mundo*, con un nivel de vida desorbitadamente más alto que el resto de los pueblos de la tierra, y que conduce a las gentes a no sentir necesidad de Dios, considerándose suficientes ellas a sí mismas. Las riquezas de la sociedad, su confort, sus disponibilidades financieras, impulsan a la práctica del pecado en todas las expresiones más aberrantes y, sobre todo, a un declive de la práctica religiosa, que afecta incluso a los verdaderos creyentes. Este será el modelo del mundo del Anticristo. Es interesante apreciar que la religión fue el pretexto para la ascensión de la bestia entre las naciones de la tierra, luego, cuando ya la religión era un obstáculo a su humanismo y pecaminosidad, apartó la religión, dejando sólo el humanismo desenfrenado y desafiante en extremo a Dios. La disponibilidad de riquezas sin el control de una vida de temor de Dios, conducirá a la práctica de todo tipo de pecado, que contaminará a todas las naciones de la tierra, especialmente a las que estén en el área del gobierno del Anticristo. Todas ellas beben del *"vino del furor de su fornicación"*, lo que comprende también el incremento de perversidades sexuales, que generalmente van unidas a un estado de rechazo de Dios. El vocablo *fornicación*, implica, no tanto el pecado meramente sexual en cualquier forma, sino espiritualmente alude a la apostasía o separación del hombre de Dios y sus mandatos.

Καὶ οἱ βασιλεῖς τῆς γῆς μετ' αὐτῆς ἐπόρνευσαν. La segunda causa que motiva el juicio sobre la ciudad es que *"los reyes de la tierra han fornicado con ella"*. La perversa seducción del sistema que afecta a las naciones en general, lo hace especialmente con sus dirigentes, *los reyes de la tierra.* Los medios económicos serán puestos al servicio del falso profeta para conducir a los reyes y a las gentes a la adoración de la bestia (13:15-17). *Fornicación*, como se ha dicho reiteradamente, tiene que ver en la Biblia, en muchas ocasiones, con idolatría, este será el principal caso aquí, adorar al Anticristo en lugar de adorar al Cordero. El sistema contaminará a los gobernantes que se

enriquecerán a cambio de consentir que sus súbditos sean llevados al culto idolátrico a la bestia, que el sistema inicuo de Satanás les propondrá en aquellos días. La prosperidad económica cegará los ojos de los hombres, tanto súbditos como gobernantes, para que dejen de sentir la necesidad de Dios y entronicen al hombre en un humanismo idolátrico.

Καὶ οἱ ἔμποροι τῆς γῆς ἐκ τῆς δυνάμεως τοῦ στρήνους αὐτῆς ἐπλούτησαν. La tercera causa tiene que ver directamente con el *mercantilismo* de aquellos días: *"Y los mercaderes de la tierra se han enriquecido de la potencia de sus deleites"*. La corrupción que alcanzará a las gentes, beneficiará especialmente a los comerciantes, llamados aquí *mercaderes*. Con énfasis se afirma que ellos *"se han enriquecido"*, esto es, se hicieron ricos por el comercio que generaba el sistema corrupto y pecaminoso de aquella sociedad, como describe en una excelente frase el Dr. Lacueva:

"Quienes, más que nadie, se enriquecían con esa fornicación de la Babilonia político-mercantil, eran los comerciantes de la tierra, bien agarrados a las ubres de la urbe para extraer (gr. ek) el poder de su fastuosidad"[4].

Enriquecerse con la *abundancia de su lujo*, expresa el poder de los comerciantes y la indulgencia pecaminosa de su comercio. El término *deleites*, equivale a *molicie, lujo*. Lo que quiere decir que el comercio se orientará a satisfacer los desenfrenados deseos de aquello que satisfaga la ostentación y servirán a las múltiples formas del pecado. Los mercaderes proveerán todo lo necesario para llevar a aquella sociedad sin Dios a límites insospechados de despilfarro y lujo extravagante. Ello conculcará los más elementales principios de ética social y será una manifiesta forma de desprecio y ofensa contra Dios. La prosperidad económica será el espejismo que atraiga a una sociedad sin Dios.

Demanda celestial (18:4-8).

4. Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas.

Καὶ ἤκουσα ἄλλην φωνὴν ἐκ τοῦ οὐρανοῦ λέγουσαν·
Y oí otra voz del cielo que dice:
ἐξέλθατε ὁ λαός μου ἐξ αὐτῆς
Salid el pueblo de mí de ella
ἵνα μὴ συγκοινωνήσητε ταῖς ἁμαρτίαις αὐτῆς,
para que no seáis copartícipes con los pecados de ella,

---

[4] F. Lacueva. o.c., pág. 525.

καὶ ἐκ τῶν πληγῶν αὐτῆς
y de las plagas de ella
ἵνα μὴ λάβητε,
para que no recibáis.

Notas y análisis del texto griego.

Un nuevo párrafo se introduce aquí con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἤκουσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκούω, *oír*, aquí como *oí*; ἄλλην, caso acusativo femenino singular del adjetivo indefinido *otra*; φωνὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *voz, ruido*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; ambas, preposición y artículo forman la contracción *del*, en español; οὐρανου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *cielo*; λέγουσαν, caso acusativo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo λὲγω, *hablar, decir,* aquí como *que dice*, traducido generalmente como *diciendo*, para una mejor expresión idiomática. La segunda cláusula exhortativa comienza con ἐξέλθατε, segunda persona plural del aoristo segundo de imperativo en voz activa del verbo ἐξέρχομαι, *salir*, aquí como *salid*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; λαός, caso nominativo masculino singular del sustantivo *pueblo*, realmente ὁ λαός, en un vocativo con la forma de nominativo; μου, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de mí*; ἐξ, forma que adopta la preposición ἐκ, delante de vocal y que significa *de*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal *ella*; una expresión de propósito se construye con ἵνα, conjunción, *que, para que*, *por que, a fin de que, de modo que*; μὴ, partícula negativa que hace las veces de adverbio de negación condicional *no* y que negativiza la acción verbal con συγκοινωνήσητε, segunda persona plural del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo συγκοινωνέω, *ser copartícipe, participar al mismo tiempo,* aquí como, *seáis copartícipes*; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado declinado *con las*, masculino en castellano al referirse a *pecados*; ἁμαρτίαις, caso dativo femenino plural del sustantivo que denota *pecado, fallo, falta, errar el blanco, etc.* y que es la palabra genérica más utilizada en el N. T. para *pecado*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal *de ella*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τῶν, caso genitivo femenino plural del artículo determinado *las*; πληγῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo que denota *plagas*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal *de ella*. Una nueva expresión de propósito idéntica a la anterior cierra la frase con ἵνα, conjunción, *que, para que*, *por que, a fin de que, de modo que*; μὴ, partícula negativa que hace las veces de adverbio de negación condicional *no* y que negativiza la acción verbal con λάβητε, segunda persona plural del aoristo segundo de subjuntivo en voz activa del verbo λαμβάνω, *tomar, coger, agarrar, recibir, tomar posesión, etc.*, aquí como *recibáis.*

Καὶ ἤκουσα ἄλλην φωνὴν ἐκ τοῦ οὐρανοῦ λέγουσαν. Una nueva voz del cielo es oída por Juan. No se trata de un mensaje de juicio sobre Babilonia, sino de un llamamiento de Dios a su pueblo, que vive en la ciudad,

cabeza del sistema del Anticristo. ¿De quién es la voz que sonó desde el cielo? Pudiera tratarse de un ángel al que se le encomendase que llamase al pueblo de Dios. No es posible identificar la fuente, pero sí está clara la procedencia: la voz era enviada desde el cielo. Fuese por medio de un ángel o de cualquier otra forma, la voz es de Dios mismo porque llama a personas a quienes dice: *"pueblo mío"*. La apelación no puede ser a otros que a los creyentes que hayan sobrevivido a la persecución del Anticristo. A todos ellos Dios manda que salgan de la ciudad. No es una opción sino un mandamiento lo que expresa el mensaje, como lo exige el verbo en *aoristo de imperativo*, que expresa el mandato para que se produzca la salida y sea definitivamente realizada.

El mensaje es concreto: ἐξέλθατε ὁ λαός μου ἐξ αὐτῆς. *"Salid de ella, pueblo mío"*. El verbo expresa la idea de *apartarse, partir, salir* y el modo imperativo indica un llamado urgente. Sin duda hay también aquí un eco de la profecía pronunciada siglos antes sobre Babilonia: *"Salid de Babilonia, huid de entre los caldeos; dad nuevas de esto con voz de alegría, publicadlo, llevadlo hasta lo postrero de la tierra, decid; Redimió Jehová a Jacob su siervo"* (Is. 48:20). Tal vez aún más próxima al mensaje que oía Juan: *"Apartaos, apartaos, salid de ahí, no toquéis cosa inmunda; salid de en medio de ella"* (Is. 52:11). Esa misma manera y el mismo mensaje están también en las palabras de Jeremías: *"Huid de en medio de Babilonia, y salid de la tierra de los caldeos"* (Jer. 50:8), y también *"Huid de en medio de Babilonia, y librad cada uno su vida, para que no perezcáis a causa de su maldad; porque el tiempo es de venganza de Jehová; le dará el pago"* (Jer. 51:6). La proyección de la profecía es manifiesta. Hay un mensaje próximo cumplido en la caída de Babilonia en la historia antigua, y habrá un futuro definitivo para la *Babilonia*, lugar donde se manifieste el sistema y gobierno del Anticristo en el tiempo final de la historia de los gentiles. El llamado a salir urgentemente del entorno de la ciudad y del sistema que representa, se dirige a quienes Dios llama *"pueblo mío"*. Como se dice antes, son aquellos que han creído en Cristo durante el tiempo de la tribulación. Todos ellos están en el período de la mayor tribulación jamás existida (Mt. 24:21). Todos ellos están en peligro de muerte y, si el tiempo de la tribulación no fuese corto, nadie sería salvo, como Jesús dijo: *"Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados"* (Mt. 24:22). El tiempo de angustia y aflicción tendrá una duración limitada. La tribulación será tan grande y la situación se hará de tal forma insoportable que si aquellos días no se vieran acortados por la segunda venida del Hijo del Hombre, no se salvaría nadie. No quiere decir esto que el período de los siete años determinados proféticamente será reducido en tiempo, sino más bien, que Dios ha determinado una duración corta, que será de siete años en conjunto y de tres años y medio la parte más intensa de la tribulación, a fin de que no perezca toda la humanidad. La brevedad establecida para aquel tiempo está relacionada con *los escogidos*. Este término, relacionado

en muchos otros lugares para designar a los salvos, tiene que ver con el remanente fiel que habrá sido escogido por Dios en su gracia, de la nación de Israel (Is. 65:9). Estos serán todos aquellos que habiendo creído en Cristo y aceptándole como Mesías, no estarán bajo el pacto con el Anticristo, y serán el verdadero Israel, no como descendientes biológicos de Abraham, sino como descendientes espirituales de él (Ro. 9:7, 8). A estos les será levantado el *endurecimiento en parte* que persiste desde los tiempos de Cristo (Jn. 12:37-41) y serán salvos. Desde entonces hasta la consumación de los tiempos, algunos de Israel, escogidos por gracia serán salvos, incorporándose a la Iglesia en esta dispensación (Ro. 11:5-6). Luego, en el final de los tiempos, el endurecimiento les será resuelto a los escogidos por gracia y el grupo de elegidos de Israel será salvo. Estos son aquellos de quien Pablo dice que *"entonces todo Israel será salvo"* (Ro. 11:26). El Anticristo había determinado dar muerte a todo aquel que no renuncia a su fe y le prestan lealtad a él (Ap. 13: 7, 8).

A lo largo de la historia Dios tuvo siempre un pueblo suyo en la tierra. A lo largo del tiempo y a causa del pecado y de la impiedad de los hombres, Dios tuvo que intervenir judicialmente, en cada ocasión que lo hizo, llamó a los suyos que estaban en el lugar donde iba a ser enviado su juicio para que salieran del entorno y libraran su vida del juicio que Él iba a descargar sobre los malvados. A modo de ejemplo, eso hizo con Lot, para que saliera de Sodoma antes su destrucción (Gn. 19:15-22).

Ἵνα μὴ συγκοινωνήσητε ταῖς ἁμαρτίαις αὐτῆς. La primera razón para la urgencia de la salida expresada en el mensaje que Juan oyó, era evitar ser *"copartícipe"* de los pecados de aquellos sobre los que sería enviado el juicio divino. Se trata de una separación exigida por causa de la santidad propia del pueblo de Dios. Bajo las presiones y la persecución, el pueblo de Dios estará en una situación en la que fácilmente puede declinar la fe e introducirse en algún ámbito de comunión con el pecado que le rodea. En ese sentido serían *copartícipes* en el pecado por el que el juicio de Dios será enviado. Quedarse en el entorno de la corrupción y la maldad convertiría al pueblo de Dios en cómplices con quienes practicaban el pecado.

Καὶ ἐκ τῶν πληγῶν αὐτῆς ἵνα μὴ λάβητε. La segunda razón para una salida urgente, es evitar que las plagas, es decir, las distintas manifestaciones del juicio de Dios. Dios había determinado y anunciado que derramaría su ira sobre la ciudad y el sistema del Anticristo, por tanto, alcanzará a todos los que estén en ella. Los que estén allí recibirá *parte* de las plagas-juicio, que serán enviadas de Dios. Las plagas de la séptima copa se derramarán sobre la ciudad, por tanto, se hace apremiante la necesidad de salir de ella. La condenación de Babilonia es segura, de modo que se hace necesario salir de ella para no ser copartícipe, ni en su pecado, ni en su juicio.

5. Porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades.

ὅτι ἐκολλήθησαν αὐτῆς αἱ ἁμαρτίαι ἄχρι τοῦ οὐρανοῦ
Pues han sido apilados de ella los pecados hasta el cielo
καὶ ἐμνημόνευσεν ὁ Θεὸς τὰ ἀδικήματα αὐτῆς.
y se acordó - Dios de los delitos de ella.

Notas y análisis del texto griego.

Continua la exposición de las causas que motivan la acción de Dios contra Babilonia, con ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; ἐκολλήθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva (deponente) del verbo κολλάω, literalmente *juntarse, estar adherido, pegarse*, de ahí la traducción *han sido apilados,* porque se han unido uno a otro hasta subir en altura, como una pila; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella*; αἱ, caso nominativo femenino plural del artículo determinado *las*, masculino en español, *los*; ἁμαρτίαι, caso nominativo femenino plural del sustantivo *pecados*; ἄχρι, preposición de genitivo *hasta*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; οὐρανοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *cielo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐμνημόνευσεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo μνημονεύω, *recordar, acordarse, hacer mención*, aquí como *se acordó*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en español por preceder a nombre; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Dios*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado declinado *de los*; ἀδικήματα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *injusticia, delito,* aquí como de los *delitos*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella.*

Ὅτι ἐκολλήθησαν αὐτῆς αἱ ἁμαρτίαι ἄχρι τοῦ οὐρανοῦ. La corrupción pecaminosa del sistema centrado sobre la ciudad se compara, como es propio de la profecía, con una pila que llega al mismo cielo. Es sin duda una forma propia del lenguaje para expresar en forma metafórica e hiperbólica que el pecado alcanzó un limite insuperable, de otro modo, en la figura utilizada, los pecados juntos unos a otros, aglutinados (pegados, que es también el significado del verbo) han sobrepasado todo límite. Tal altura de maldad no podía dejar de ser considerad por Dios para juicio. Como en el caso de Sodoma, el clamor del pecado de ellos se aumentó y se agravó en extremo (Gn. 18:20). La maldad en grado supremo se compara a los días de Noé. No deja de ser interesante notar que el Señor dijo que el tiempo de su venida sería semejante al de los días de Noé (Mt. 24:37). La historia del antediluviano está plenamente atestiguada en la Escritura. No es tanto al hombre de aquel tiempo, sino al tiempo de aquel hombre. Algunas referencias bíblicas permiten determinar las circunstancias en que se desenvolvían aquellos tiempos. Eran días de enorme manifestación del pecado, donde el testimonio de Dios pone de manifiesto que toda intención del

corazón era continuo y solamente el mal (Gn. 6:5). Junto con el incremento del pecado, así también las manifestaciones visibles de esa condición en días de gran inmoralidad, donde la corrupción alcanzaba niveles insostenibles (Gn. 6:12). La sociedad de entonces vivía una corrupción generalizada (Gn. 6:11a), mientras los hombres habían repudiado a Dios y le habían puesto en el olvido. No es de extrañar que una humanidad en semejante condición estuviese empeñada en maquinar maldades de tal manera que llenaba la tierra (Gn. 6:5). Además, y muy relacionado con el mensaje profético de Jesús, eran aquellos días el último tiempo antes de la intervención judicial de Dios con el diluvio, en donde el Creador, a causa de la perversidad del hombre, tomó la determinación de quitar la humanidad de sobre la tierra (Gn. 6:6-7). En aquellos días, se daban los últimos momentos para acogerse a la gracia de Dios antes de que su juicio descendiera sobre el mundo. La gracia de Dios había actuado en salvación del mismo Noé (Gn. 6:8). Nuestro Señor afirmó que el tiempo inmediatamente anterior a su venida, será comparable con el de los días de Noé. El tiempo antediluviano se concreta en las palabras del Señor: *"Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca"* (Mt. 24:38). Noé fue un predicador del evangelio de la gracia para las gentes de su generación. El apóstol Pedro le da el calificativo de *"pregonero de justicia"* (2 P. 2:5); quiere decir que anunció a los hombres la única justicia para salvación que era la provista por Dios en el arca salvadora que estuvo construyendo conforme a Su propósito y voluntad. El mensaje de gracia que predicaba contenía también una advertencia de juicio que descendería sobre ellos a no ser que aceptasen el mensaje enviado por Dios. Los hombres de aquella generación no atendieron al mensaje de Noé que reiteradamente advertía de las consecuencias de vivir al margen de Dios. La generación perversa, actuaban al estilo de los epicúreos: *"comer y beber, porque se ha de morir"*, aprovechando el presente e ignorando voluntariamente el futuro. Este mismo problema fue denunciado por Isaías: *"Por tanto, el Señor, Jehová de los ejércitos, llamó en este día a llanto y a endechas, a raparse el cabello y a vestir cilicio; y he aquí gozo y alegría, matando vacas y degollando ovejas, comiendo carne y bebiendo vino, diciendo: Comamos y bebamos, porque mañana moriremos"* (Is. 22:12-13). El tono de los hombres del tiempo de Isaías era semejante al de los tiempos de Noé; incrédulos a la advertencia divina se divertían aprovechando el presente ya que la ira de Dios la consideraban lejana e incluso como una simple amenaza sin intención de cumplimiento. El olvido de Dios, la negación de su existencia, el rechazo de su mensaje, la incredulidad a sus juicios, la negación de una vida tras la muerte, llevó al hombre, a lo largo de toda la historia, a vivir el presente sin interesarse en el futuro. La misma situación del tiempo de Noé y de los días de Isaías, se repetía en el período del ministerio del apóstol Pablo, cuando dice: *"Si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, porque mañana moriremos"* (1 Co. 15:32). Es el permanente mensaje del humanismo incrédulo y perverso.

Dios dio un largo tiempo de gracia a la humanidad, permitiendo que Noé predicara un mensaje de gracia por ciento veinte años (Gn. 6:3), y aún permitió un breve tiempo más, de siete días, en que la puerta del arca se mantuvo abierta, y en el que pudieron entrar a refugiarse en ella cuantos lo hubieran deseado (Gn. 7:4, 10). Durante todo el tiempo del ministerio evangelístico de Noé, las gentes permanecieron insensibles al llamado de Dios. Nuestro Señor dijo que la situación de la humanidad en el tiempo inmediatamente anterior a su segunda venida, sería semejante al que se produjo en los días de Noé.

Καὶ ἐμνημόνευσεν ὁ Θεὸς τὰ ἀδικήματα αὐτῆς. Dios no podía consentir por más tiempo la situación impía y pecaminosa del sistema del Anticristo y Juan, muy expresivamente dice: *"se ha acordado"*, es decir, trajo a la memoria toda aquella impiedad para juzgarla. La expresión, referida a Dios, de *acordarse* o de *olvidarse*, tiene que ver con la acción judicial que la justicia divina exige en relación con el pecado. Al pecador creyente, sus pecados, simbólicamente hablando, fueron echados en el *fondo del mar* (Mi. 7:19) como figura de lenguaje para indicar imposibilidad de recuperarlos y, por esa causa Dios *nunca más se acordará de ellos* (He. 10:17). Dios traerá a su memoria para juicio las maldades del sistema del Anticristo, literalmente *sus iniquidades*. La palabra utilizada por Juan es más intensa que *maldades*, tiene el sentido de *crímenes*, así se traduce en otros dos lugares (Hch. 18:14; 24:20). El cumplimiento de la profecía sobre Babilonia (Jer. 51:9), alcanza su culminación en la acción de Dios contra la Babilonia político-comercial del reino del Anticristo.

6. Dadle a ella como ella os ha dado, y pagadle doble según sus obras; en el cáliz en que ella preparó bebida, preparadle a ella el doble.

ἀπόδοτε αὐτῇ ὡς καὶ αὐτὴ ἀπέδωκεν
Devolved le como también ella misma dio
καὶ διπλώσατε τὰ διπλᾶ κατὰ τὰ ἔργα αὐτῆς,
y dobladle el doble conforme a las obras de ella
ἐν τῷ ποτηρίῳ ᾧ ἐκέρασεν κεράσατε αὐτῇ διπλοῦν,
en la copa la que mezcló mezclad le doble.

Notas y análisis del texto griego.

La acción judicial se describe con ἀπόδοτε, segunda persona plural del aoristo segundo de imperativo en voz activa del verbo ἀποδίδωμι, aquí como *devolved*; el compuesto de δίδωμι formado con ἀπό, significa *entregar, dar, producir,* y también *devolver, restituir,* y finalmente *retribuir,* aquí como *devolved*; αὐτῇ, caso dativo femenino singular del pronombre personal *le*; ὡς, adverbio de modo *como*; καὶ, en este caso adverbio de modo, *también*; αὐτὴ, caso nominativo femenino singular de la forma intensificada del pronombre personal *ella,* por pleonasmo con el adjetivo *mismo,* aquí

como *ella misma*; ἀπέδωκεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀποδίδωμι, *devolver, pagar, recompensar, dar, entregar,* aquí como *dio*; καὶ, conjunción copulativa *y*; διπλώσατε, segunda persona plural del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo διπλόω, *duplicar, devolver el doble*, aquí como *dobladle,* o *duplicadle*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *el*; διπλᾶ, caso acusativo neutro plural del adjetivo no declinable *doble*; κατὰ, preposición de acusativo, que forma la locución preposicional *conforme a*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*, femenino en castellano al referirse a obras; ἔργα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *acciones, obras*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella*; ἐν, preposición que rige dativo, *en*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *el*, femenino en castellano *la*; ποτηρίω, caso dativo neutro singular del sustantivo que denota *copa*; ᾧ, caso dativo neutro singular del pronombre relativo *lo que*; ἐκέρασεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo κεράννυμι, *mezclar*, aquí como *mezcló*; κεράσατε, tercera persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo κεράννυμι, *mezclar*, aquí como *mezclad*; αὐτῇ, caso dativo femenino singular del pronombre personal, *le*; διπλοῦν, caso acusativo neutro singular del adjetivo *doble.*

᾿Απόδοτε αὐτῇ ὡς καὶ αὐτὴ ἀπέδωκεν. El Juez supremo juzga y dicta sentencia sobre Babilonia. No sólo la dicta, sino que establece la ejecución de ella, con un *"dadle",* enfático, expresado no sólo como sentencia, sino como mandamiento, tal como indica el verbo en imperativo. Pero, además debe completarse hasta agotar la sentencia, como expresa también el tiempo aoristo en el verbo griego. La justicia es retributiva: *"dale a ella como ella ha dado"*. Dios ordena a los ejecutores de la sentencia que son, a su vez, agentes destructores de la ciudad, que tomen en sus manos los instrumentos necesarios para derribar y arrasar la ciudad. Esa justicia será pesada en balanza y plenamente equilibrada, ni un gramo más, ni uno menos: *"como ella ha dado"*. La traducción RV60 introduce en la oración el pronombre personal *os*, leyéndose *"dadle como ella os ha dado"*, y que crea una notoria dificultad, ya que habría que determinar a quienes se refiere ese pronombre. En el texto griego se lee simplemente: *"Dadle como ella ha dado"*.

Aparentemente se está produciendo aquí un *"talión"*, la ley de la justicia retributiva dando lo mismo que se había hecho. Es necesario recordar la llamada *"ley del talión"*, no es la legalización de la venganza, ni mucho menos la demanda de venganza. Aquella ley no fue dada al pueblo sino a los jueces, para que tuviesen en cuenta, al dictar sentencia sobre acciones condenadas por la ley, de no ir más allá de lo que justamente correspondía. Dios no es un Dios de venganzas, sino un Dios de misericordia y clemencia (Ex. 34:5-7). A pesar de lo que algunos quieren ver aquí, como un grito de venganza de los santos perseguidos, no es esa la interpretación correcta del pasaje. Sobre esto escribe el Dr. Ladd:

"Una vez más esto suena como un lenguaje de venganza pero refleja un tema que va inquebrantable a lo largo de toda la Biblia. En su experiencia terrenal, cuando los seguidores del Cordero testifican de su fe en el crucificado y son perseguidos por su fe, su actitud hacia sus enemigos siempre es de perdón. Un espíritu bondadoso y amor por los enemigos es una de las señales características de un discípulo de Jesús (Mt. 5:43 ss). El cristiano ha de bendecir a los que le persiguen y no pagar jamás mal por mal (Ro. 12:14, 17)"[5].

La acción judicial no es la respuesta a una demanda de nadie, sino al juicio que corresponde a Dios, que actuará contra los *crímenes* del sistema, y contra el pecado de los seguidores del Anticristo, cuya dimensión se apreció, en la visión de Juan, como una pila que alcanzaba dimensiones intolerables. Dios conoce el corazón y juzga rectamente. No se detienen en acciones externas, sino en la raíz que las produce, el corazón contaminado y pecaminoso de los hombres. El tema de la justa retribución en la ira divino corre a lo largo de toda la Biblia. Dios determina que el juicio justo, esto es, la acción judicial contra el pecado, lo que muchas veces se llama en la Escritura *venganza*, corresponde sólo a Él: *"Mía es la venganza y la retribución"*, dice el Señor (Dt. 32:35). Por esa misma razón, la acción contra Babilonia no es el resultado de demandas vengativas de quienes sufrieron por la acción inicua de sus dirigentes, sino por la acción judicial de Dios, que en plena justicia determina, como lo anuncia por el profeta: *"Gritad contra ella en derredor; se rindió; han caído sus cimientos, derribados son sus muros, porque es venganza de Jehová. Tomad venganza de ella, haced con ella como ella hizo"* (Jer. 50:15). Todavía más: *"Pagadle según su obra, conforme a lo que ella hizo, haced con ella"* (Jer. 50:29). La determinación de un asolamiento perpetuo fue profetizado mucho antes de la visión de Juan: *"Y nadie tomará de ti piedra para esquina, ni piedra para cimiento; porque perpetuo asolamiento serás, ha dicho Jehová"* (Jer. 51:26). En la misma profecía se enfatiza la determinación judicial divina: *"Temblará la tierra, y se afligirá; porque es confirmado contra Babilonia todo el pensamiento de Jehová, para poner la tierra de Babilonia en soledad, para que no haya morador en ella"* (Jer. 51:29). El tiempo para llevar a cabo el propósito divino había llegado, conforme a la revelación hecha a Juan. No son los hombres enemigos de los reyes y del Anticristo, no es la oración pidiendo venganza de quienes haya sufrido martirio por su fe, es la determinación del Juez supremo que juzga en justicia y sentencia con equidad. Había dado tiempo más que suficiente a los hombres para que se arrepintiesen, por tanto, no se trata de una acción que fluye de la ira momentánea, sino lo que corresponde al final de un tiempo de gracia que fue despreciado. El tiempo de recolectar lo sembrado había llegado. La acción de castigo corresponde solamente a Dios

[5] George Eldon Ladd. o.c., pág. 211.

(Ro. 12:19; 1 Ts. 4:6; He. 10:30). Sin duda el pago a Babilonia incluye también lo correspondiente a la persecución que levantó contra los santos (18:24; 19:2).

Καὶ διπλώσατε τὰ διπλᾶ κατὰ τὰ ἔργα αὐτῆς ἐν τῷ ποτηρίῳ ᾧ ἐκέρασεν κεράσατε αὐτῇ διπλοῦν. La respuesta judicial de Dios es una doble retribución por sus crímenes: *"Pagadle el doble"*. La expresión es muy enfática en el texto griego donde literalmente se lee: *"dobladle el doble"*. Los enemigos de la Escritura y, por tanto de Dios, acusan de que se produce una venganza, por cuanto se ordena darle el doble de lo que hizo, cuando en justa equidad correspondería darle como máximo lo mismo de lo que había hecho. La Ley había establecido algo semejante para el que robaba, debía restituir el doble de lo sustraído (Ex. 22:4). Igualmente establecía una doble retribución para quien, abusando de la confianza depositada en él, robaba algo de lo que habían dejado a su cuidado (Ex. 22:7). En casos de mucha gravedad, se establecía como sentencia el pago del cuádruplo de lo detraído (Así también con quien se cometía un fraude (Ex. 22:9). La profecía recoge decisiones divinas en las que Dios afirma que dará como pago el doble de la maldad hecha (Is. 40:2; Jer. 16:18; 17:18; Zac. 9:12). ¿Cómo entender esta aparente injusticia por exceso de retribución? *Doble* aquí no tiene el sentido de *doblar*, *duplicar* algo, sino de establecer un *doble*, es decir, la copia fiel de todo lo que había hecho. Esto es claro al establecerse el principio de equivalencia *"según sus obras"*. Quiere decir que todo cuanto Babilonia, como expresión del sistema diabólico, había hecho, recibiría lo mismo, en la misma medida y con la misma intensidad. La ley de la siega y de la siembra se manifiesta aquí. El cáliz, la copa, que ella había preparado para otros, en el mismo cáliz debía serle preparada *el doble,* es decir, la misma mezcla de angustia y la misma cantidad, que debía beber ella, como antes había hecho beber a otros. La sentencia divina no significa que Babilonia iba a recibir dos veces lo que había hecho, sino que recibiría el castigo justo, equiparable a los crímenes cometidos. El texto infiere una acción urgente que no admite dilación: *"preparadle en ella el doble"*, como si dijese: *"preparadle ya, inmediatamente, el doble"*.

7. Cuanto ella se ha glorificado y ha vivido en deleites, tanto dadle de tormento y llanto; porque dice en su corazón: Yo estoy sentada como reina, y no soy viuda, y no veré llanto.

ὅσα ἐδόξασεν αὐτὴν καὶ ἐστρηνίασεν,
Cuanto glorificó se y vivió en lujuria
τοσοῦτον δότε αὐτῇ βασανισμὸν καὶ πένθος.
tan grande dad le, tormento y duelo.
ὅτι ἐν τῇ καρδίᾳ αὐτῆς λέγει ὅτι
Pues en el corazón de ella dice: Por que
κάθημαι βασίλισσα
estoy sentada reina

καὶ χήρα οὐκ εἰμὶ
y viuda no soy
καὶ πένθος οὐ μὴ ἴδω.
y luto jamás vi.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue el relato con ὅσα, caso acusativo neutro singular del pronombre relativo de cantidad *cuanto*; ἐδόξασεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo δοξάζω, *honrar, alabar, glorificar*, derivado del sustantivo δόξα *gloria,* adquiere de él su significado, *mostrar honor,* en pasiva *recibir honor*, aquí como *glorificó*; αὐτὴν, caso acusativo femenino singular del pronombre personal *se*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐστρηνίασεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo στρηνιάω, *vivir en la molicie, vivir en lujuria*, aquí como *vivió en lujuria*; τοσοῦτον, caso acusativo masculino singular del adjetivo que equivale a *tan grande, tan numeroso, tan fuerte*, sin sustantivo en este caso se halla en correlación con ὅσῳ, *tanto más*, aquí como *tan grande*, que podría traducirse como *otro tanto*; δότε, segunda persona plural del aoristo segundo de imperativo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar*, aquí como *dad*; αὐτῇ, caso dativo femenino singular del pronombre personal *le*; βασανισμὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *aflicción, tormento*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πένθος, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *llanto, aflicción, duelo*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; ἐν, preposición que rige dativo, *en*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*, masculino en castellano, *el*; καρδίᾳ, caso dativo femenino singular del sustantivo *corazón*; αὐτῆς, caso dativo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella*; λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir*, aquí como *dice*. La cláusula que recoge el dicho Babilonia personificada, comienza con ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; κάθημαι, primera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo κάθημαι, *estar sentado,* aquí como *estoy sentada* o también *me siento*; βασίλισσα, caso nominativo femenino singular del sustantivo *reina*; καὶ, conjunción copulativa *y*; χήρα, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *viuda*; οὐκ, adverbio de negación enfática *no,* con la escritura propia ante vocal no aspirada, que negativiza a εἰμὶ, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμὶ, *ser o estar*, aquí como *soy*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πένθος, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *luto*; οὐ, adverbio de negación *no*; μὴ, partícula negativa que hace funciones de adverbio de negación condicional *no*; ambas palabras unidas enfatiza la negación dándole condición de pleno absoluto, traducible como *jamás, de ningún modo, en ninguna manera*; ἴδω, primera persona singular del aoristo segundo de subjuntivo en voz activa del verbo ὁράω, en su forma εἴδω, *ver, mirar,* aquí como *vi.*

Ἐν τῷ ποτηρίῳ ᾧ ἐκέρασεν κεράσατε αὐτῇ διπλοῦν. El pecado de orgullo y arrogancia que fue propio de Satanás en su caída y que condiciona todas sus acciones, se pone de manifiesto en la ciudad centro del sistema que él mismo estableció. El orgullo y la arrogancia se aprecian en varios aspectos que

el Espíritu destaca en el versículo. Primeramente *se glorificó* a sí misma. Es una manifestación, no sólo de orgullo, sino de impiedad, por cuanto la gloria de todo corresponde a Dios. Quien toma para sí mismo gloria a fin de glorificarse está robando lo que sólo corresponde a Dios. Toda criatura y todo sistema de la criatura debiera buscar la gloria del Creador. Se aprecia, pues, un sistema ocupado sólo en el egoísmo, o tal vez mejor, en la egolatría personal. Dios necesariamente intervendrá en todo esto por cuanto el afirma que *no dará su gloria a nadie* (Is. 42:8). La situación es todavía más grave por cuanto quien se glorifica a sí misma está oponiéndose abiertamente a Dios y disponiéndose a luchar contra él. El Señor no consiente el orgullo del hombre. La Escritura advierte que Él *"resiste a los soberbios y da gracia a los humildes"* (Stg. 4:6; 1 P. 5:5). La advertencia es solemne ya que *resistir* equivale a ponerse en formación de batalla contra alguien. No se trata de una resistencia pasiva, sino activa, como si Dios peleara contra el soberbio. Los soberbios son literalmente los *arrogantes*, palabra griega compuesta que literalmente significa *sobre-aparecer.* Es, por tanto, el que se coloca por encima de los demás. De ahí que el mismo Señor Jesús hiciese una solemne afirmación: *"Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido"* (Mt. 23:12). La enseñanza dirigida a los discípulos concluye con las consecuencias que acarrea la conducta del orgulloso, el que se *enaltece* a sí mismo, es decir, aquel que busca la atención y alabanzas humanas. La importancia de la humildad y las consecuencias funestas que acarrea el orgullo hace necesario que esta enseñanza se repita continuamente. Que Dios actuará en contra del pecado de engreimiento es una enseñanza reiterada en la Escritura (cf. Job 22:29; Pr. 29:23; Lc. 14:11; 18:14; Stg. 4:6; 1 P. 5:5). La caída en la vida cristiana suele ir acompañada de la arrogancia y altivez de espíritu, como dice Salomón: *"Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu"* (Pr. 16:18). La altivez está reñida con el seguimiento a Cristo, que fue humilde (Mt. 11:29). Ejemplos hay en la Escritura que ponen de manifiesto esta verdad. Por esa causa fue quebrantado Senaquerib (2 Cr. 32:14, 21); lo mismo Nabucodonosor (Dn. 4:30-33); por esa misma razón se produjo la muerte de Herodes (Hch. 12:21-23). La altanería y la arrogancia no valen delante de Dios, porque como dice el salmista: *"Porque tú salvarás al pueblo afligido, y humillarás los ojos altivos"* (Sal. 18:27). Por contraste con la acción de Dios contra el altivo, está la bendición suya sobre el humilde. El profeta Isaías lo dice de este modo: *"Pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra"* (Is. 66:2). El humilde no se enaltece a sí mismo, ni lo hace por sí mismo; es Dios quien lo lleva a cabo. Así el proceso de Jesús es ejemplo sobre el resultado de quien se humilla verdaderamente delante de Dios; luego de la humildad la exaltación que Dios mismo lleva a cabo. Quien se abajó hasta lo sumo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz, es exaltado hasta lo sumo recibiendo el nombre de autoridad suprema, bajo cuyo nombre se someten todos reconociéndole como Señor (Fil. 2:6-11). Por tanto, el

creyente debe revestirse de humildad (1 P. 5:5). Esto es, ceñirse el delantal propio de un esclavo, que se ponía sobre el vestido para poder hacer las labores propias de esa condición. Fue la actitud que llevó al Señor a ceñirse la toalla para lavar los pies de los discípulos (Jn. 13:4 ss). Ningún instrumento será válido en la mano de Dios, a no ser que esté revestido de humildad. Las bendiciones suyas están reservadas para el humilde, mientras aleja de él al altivo (Sal. 138:6). Como dice el Dr. Lacueva: *"El honor es como la sombra, que huye de los que la persiguen, y sigue a los que huyen de ella"*[6]. Cada creyente, delante de esta enseñanza debiera doblar sus rodillas en oración pidiendo a Dios que le conceda la gracia de vivir en humildad delante de Él.

Viviendo en arrogancia no podría ocurrir con Babilonia otra cosa que la administración del juicio de Dios, porque, además del orgullo se manifestaba la pecaminosidad de un sistema de vida descrito como καὶ ἐστρηνίασεν, *"has vivido en deleites"*. Los deleites aquí son pecaminosos y corruptos. Son los deleites propios de la carne y sus obras, impulsados al máximo grado por la acción de Satanás. La sociedad de la capital del sistema del Anticristo se caracteriza por gente ególatra, ocupada en sí misma, entregada a una vida licenciosa y a un lujo desbordante, con continuas manifestaciones de pasiones incontroladas. Ese sistema buscaba establecer una sociedad llena del hombre y ajena a Dios. Habían centrado en la opulencia y la corrupción sin freno la forma de ética social para ellos, pensando que ese era el camino de la paz y la felicidad, sin darse cuenta que había sido la gota que colmó el vaso de la ira divina a causa del pecado reiterado.

Τοσοῦτον δότε αὐτῇ βασανισμὸν καὶ πένθος. Por esa causa Dios juzga y determina, que conforme a lo que ha supuesto su perversidad, reciba una medida semejante de *tormento y llanto,* literalmente *de tormento y duelo*. A la glorificación personal corresponde el tormento y a los deleites impuros el llanto.

Ὅτι ἐν τῇ καρδίᾳ αὐτῆς λέγει ὅτι κάθημαι βασίλισσα. Dios que escudriña lo más profundo del corazón, pone de manifiesto la razón de sus actos judiciales, revelando ante todos lo que estaba oculto en el corazón –siempre en lenguaje figurado- de la ciudad, es decir, del sistema controlado desde la ciudad. Descubriendo un pecado de autosuficiencia: *"Porque dice en su corazón: Yo estoy sentada como reina"*. El corazón lleno de orgullo la hace sentirse como una reina sentada sobre el trono. Es, realmente, la emperatriz de todos los pueblos. Considera que la firmeza de su trono es tal que nadie podrá sacarla de ese lugar y posición. Ella, al margen de Dios o, tal vez mejor, marginando a Dios afirma su lugar de poder y autoridad ya que está sentada sobre el trono.

[6] F. Lacueva. o.c., pág. 438.

Esa autosuficiencia se describe mediante el uso del presente en el texto griego, lo que marca una acción continuada. Es decir, se considera reina para siempre, ocupando esa posición sin que nada ni nadie pudiera impedirlo ya. La arrogancia está enraizada en el corazón y la autosuficiencia expresada por medio de palabras, impulsa todas las acciones de la arrogante Babilonia. El sistema que el Anticristo estableció, pareciera ser algo definitivo; era una existencia perdurable sin que nadie en la tierra pudiese alterar. No se daba cuenta que sobre su arrogancia pendía inexorable la sentencia divina en abierta oposición al orgullo humano.

Además otra extraña afirmación: καὶ χήρα οὐκ εἰμὶ, *"no soy viuda"*. Un pecado de autoconfianza, que complementa a la autosuficiencia. Los reyes de la tierra mantenían con ella una relación adúltera. Ella los había seducido con sus riquezas y había compartido con ellos la vida licenciosa de disipación y corrupción. Las naciones de la tierra, como hijas suyas (17:5) le rendían pleitesía, por tanto, no cabía la tristeza propia de una mujer viuda, sino el gozo exultante de una seductora.

Una nueva expresión pecaminosa sitúa la dimensión de las profundidades infernales de su corazón: καὶ πένθος οὐ μὴ ἴδω, *"y no veré llanto"*. Es un pecado de vanidad. Una confiada jactancia de seguridad, como si el control del futuro estuviera en su mano y no en la de Dios. En el texto griego aparece enfáticamente una doble negativa, que debe traducirse por *jamás, en ninguna manera*, lo que equivale a decir: *"y de ninguna manera, o jamás, veré llanto"*. Se considera reina y señora de las naciones y dueña de su propio destino. La alegría es la perspectiva de su maldad. En su pensamiento no cabe otra cosa que el desarrollo de la situación en que se encontraba de prosperidad y opulencia, tal vez, incluso considerase que ese sistema progresaría para alcanzar aún mayor nivel de prosperidad y, juntamente con él, de lujuria y perversidad. Sin embargo, sobre ella está establecida la sentencia divina que en un momento cortará la existencia de lo que parecerá inquebrantable.

8. Por lo cual en un solo día vendrán sus plagas; muerte, llanto y hambre, y será quemada con fuego; porque poderoso es Dios el Señor, que la juzga.

διὰ τοῦτο ἐν μιᾷ ἡμέρᾳ ἥξουσιν αἱ πληγαὶ αὐτῆς,
Por esto en un solo día vendrán las plagas de ella.
θάνατος καὶ πένθος καὶ λιμός,
muerte y duelo y hambre
καὶ ἐν πυρὶ κατακαυθήσεται,
y con fuego será abrasada
ὅτι ἰσχυρὸς Κύριος ὁ Θεὸς ὁ κρίνας αὐτήν.
pues fuerte el Señor el Dios el que juzga la.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Alternativas de lectura. Κύριος ὁ Θεὸς, *el Señor Dios*, como aparece en א^{c}, C, P, 046, 051, 1, 94, 1611, 1828, 1854, 2065, 2073, 2081, 2138, 2432, it$^{gig, m}$, syr^{h}, arm, Hipólito, Cipriano, Ticonius, Andrés$^{bav, c, p}$, Beatus. Una segunda alternativa: ὁ Θεὸς ὁ Κύριος, *el Dios, el Señor,* que figura en א. Una tercera lectura: Κύριος ὁ Θεὸς ὁ Παντοκράτωρ, *El Señor Dios, el Todopoderoso*, atestiguado en 2042. La cuarta variante tiene solo ὁ Θεὸς, *Dios*, como se lee en A 911, 1006, 1841, 2053^{comm}, it$^{ar, e, den, div, haf}$, fg, eth. Una quinta alternativa contiene Κύριος, *Señor*, atestiguada en 1859, 2020, syr^{ph} de Promisionibus, Apringius, Primasius, Ps-Ambrosio, Haimo, Aretas.

La conclusión se expresa con διὰ, preposición de acusativo *por*; τοῦτο, caso acusativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*; ἐν, preposición de dativo *en*; μιᾷ, caso dativo femenino singular del adjetivo numeral cardinal, no declinable *uno*, aquí con sentido de unicidad, es decir, *uno sólo*; ἡμέρα, caso dativo femenino singular del sustantivo *día*; ἥξουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo ἕχω, *venir, hacerse presente,* aquí como *vendrán*; αἱ, caso nominativo femenino plural del artículo determinado *las*; πληγαὶ, caso nominativo femenino plural del sustantivo *plagas*; αὐτῆς, caso genitivo femenino plural del pronombre personal declinado, *de ella*; θάνατος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *muerte*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πένθος, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *duelo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; λιμός, caso nominativo femenino singular del sustantivo *hambre*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐν, preposición que rige dativo, *en, con*; πυρὶ, caso dativo neutro singular del sustantivo *fuego*; κατακαυθήσεται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz pasiva del verbo κατακαίω, *quemar con fuego*, de ahí *abrasar*, aquí como *será abrasada*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; ἰσχυρὸς, caso nominativo masculino singular del adjetivo no declinable, que expresa la condición de *fuerte, poderoso*; Κύριος, caso nominativo masculino singular del nombre *Señor,* propio en relación con Dios; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en español por acompañar a nombre propio; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; κρίνας, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero articular en voz activa del verbo κρίνω, *juzgar*, aquí como *que juzga*; αὐτήν, caso acusativo femenino singular del pronombre personal *la*.

La sentencia condenatoria se expresa en un *considerando* de la justicia divina: *"Por lo cual"*, esto es, a causa de las evidencias establecidas antes con toda veracidad, los pecados de la ciudad y del sistema han venido a la memoria ante el tribunal de Dios, a causa de lo cual se envían las plagas finales sobre la ciudad. Un verbo en futuro expresa la acción *"vendrán"*, que como futuro se refiere a algo que se producirá en un tiempo más adelante y con toda seguridad. La sentencia dictada y que será ejecutada se basa en la evidencia de pecado manifestado antes. Lo más destacable es que el juicio vendrá en *un día*,

literalmente en *un solo día*. Esta expresión pone de manifiesto la rapidez de la visitación judicial de Dios. Otra vez más aparece el cumplimiento definitivo de las profecías sobre Babilonia: *"Huid de en medio de Babilonia, y librad cada uno su vida, para que no perezcáis a causa de su maldad; porque el tiempo es de venganza de Jehová; le dará su pago. Copa de oro fue Babilonia en la mano de Jehová, que embriagó a toda la tierra; de su vino bebieron los pueblos; se aturdieron, por tanto, las naciones. En un momento cayó Babilonia, y se despedazó; gemid sobre ella; tomad bálsamo para su dolor, quizá sane. Curamos a Babilonia, y no ha sanado; dejadla y vámonos cada uno a su tierra; porque ha llegado hasta el cielo su juicio, y se ha alzado hasta las nubes"* (Jer. 51:6-9). El profeta advierte que a pesar de sus hechizos y encantamientos no podrá evitar la destrucción. En un día quedará destruida, recibiendo todo el impacto de las plagas que vendrán sobre ella.

Las manifestaciones del juicio de Dios se expresan en cuatro acciones. Primeramente la plaga traerá consigo *"muerte"*. De ahí la urgencia del llamamiento de Dios para que su pueblo salga de ella, a fin de que no sufran la acción que inevitablemente caerá sobre la ciudad y que ocasionará la muerte de su población. La acción del juicio de Dios será tan rápida, *en un solo día*, que no habrá posibilidad alguna para que los que estén en la ciudad puedan huir evitando la muerte. Una ciudad confiada y segura de ella misma; un sistema que aparentemente suponía desarrollo, nivel de vida, riquezas, aunque junto con ella pecaminosidad en grado sumo, quedará destruida por Dios. Ningún sistema, ni humano ni diabólico, puede impedir que el juicio de Dios y la sentencia que dicta el Soberano, pueda ser evitada.

La segunda manifestación será de *llanto*. Es la consecuencia natural de la primera acción que es la muerte. El término en el texto griego indica un llanto producido por *duelo*. La muerte ocurrida en la ciudad desencadenará un profundo lamento, como se aprecia en los versículos siguientes.

La tercera manifestación en la acción judicial de Dios es el *hambre*. Una ciudad totalmente destruida y con sobre cuyos habitantes cayó una gran mortandad, no tendrá recurso alguno para sustentar la vida. Cualquier que viviese y pudiera salvar la vida en aquellas circunstancias estaría expuesto al hambre, por la destrucción ocurrida. Además, siendo la ciudad sede del sistema económico del Anticristo, la destrucción del sistema traerá la ruina económica a todos cuantos dependieran de él. Los reyes de la tierra estaban confiados en la organización del Anticristo, que los enriquecía y en los deleites de una vida holgada que satisfacía el corazón incrédulo de ellos y de sus súbditos, ahora ven que todo se desmorona y el hambre, resultado de la quiebra del sistema será la única esperanza que les quede.

La destrucción de Babilonia será mediante fuego. El texto dice literalmente *quemada en fuego*. Quiere decir esto que el fuego abrasador de Dios caerá sobre ella, quedando arrasada y calcinada en un solo día. Hay una gran similitud con el juicio de Dios sobre las ciudades impías de Sodoma y Gomorra, las ciudades más perversas de la pentápolis. El profeta había hecho la comparación: *"Como en la destrucción que Dios hizo de Sodoma y de Gomorra y de sus ciudades vecinas, dice Jehová, así no morará allí hombre, ni hijo de hombre la habitará"* (Jer. 50:40). En la tierra quedará impresa, como en Sodoma y Gomorra, la huella de la intervención divina sobre la maldad humana. La capital y centro del sistema económico del Anticristo quedará reducida a cenizas inhabitable en el futuro.

En todo esto, como en los juicios anteriores, se destaca de forma admirable la soberanía de Dios. Cuando se ve al futuro y se considera el sistema poderoso y grande que habrá levantado el Anticristo, cabría esperar serias dificultades para desmoronar su sistema. No debe olvidarse que el impulsor es el príncipe del poder del aire, que dijo al Señor que los reinos del mundo y su gloria son suyos (Lc. 4:6). Sin embargo, sobre todo reino humano y toda potestad diabólica, el Soberano ejerce su suprema autoridad que ligada a la omnipotencia que le es propia de su condición divina, impide cualquier resistencia a sus designios y a la ejecución de su voluntad. Dios juzga justamente y ejecuta la sentencia irremisiblemente. La respuesta final al pecado de Babilonia será el decreto de Dios que la sentencia y elimina. Su altivez y orgullo quedará abatido en un solo día en que caerán sobre ella muerte, llanto, hambre y fuego. Es el final del juicio de Dios sobre el sistema corrupto que Satanás, por medio del Anticristo, habrá instalado en el mundo que gobierne. Babilonia como sistema seducirá a las naciones para que crean que el mejor modo posible de existencia es el resultado de la acción de su gobierno y que la prosperidad se produce como consecuencia de eliminar a Dios de su pensamiento y despreciar sus mandatos, no teniéndolo en cuenta en la vida. Dios demostrará entonces, como ya lo hizo en otras ocasiones de la historia, que Él es el único soberano y que la paga del pecado es la muerte.

Angustia de los reyes (18:9-10).

9. Y los reyes de la tierra que han fornicado con ella, y con ella han vivido en deleites, llorarán y harán lamentación sobre ella, cuando vean el humo de su incendio.

Καὶ κλαύσουσιν καὶ κόψονται ἐπ᾽ αὐτὴν οἱ βασιλεῖς τῆς γῆς οἱ
Y llorarán y lamentarán sobre ella los reyes de la tierra los
μετ᾽ αὐτῆς πορνεύσαντες καὶ στρηνιάσαντες, ὅταν βλέπωσιν τὸν
con ella fornicaron y vivieron en molicie cuando vean el

καπνὸν τῆς πυρώσεως αὐτῆς,
humo del incendio de ella.

Notas y análisis del texto griego.

El relato prosigue con un nuevo cuadro que se introduce mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; κλαύσουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo κλαίω, voz media de κλαύσονται, en ático, *llorar, lamentar*, usado frecuentemente para expresar el duelo humano, aquí como *llorarán*, *lamentarán*; καὶ, conjunción copulativa *y*; κόψονται, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz media del verbo κόπτω, *batir, cortar,* en voz media, como ocurre aquí expresa la idea de *golpearse el pecho, lamentarse*; sigue luego la preposición de acusativo ἐπί, con el grafismo ἐπ', forma que adopta por elisión de la ι final ante vocal o diptongo sin aspiración, que equivale a *por, sobre*; αὐτὴν, caso acusativo femenino singular del pronombre personal *ella*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; βασιλεῖς, caso nominativo masculino plural del sustantivo *reyes, gobernadores*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del nombre *tierra*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; seguido de la preposición de genitivo μετ' en la forma que toma la preposición μετά delante de vocal y que significa *con*, αὐτῆς, caso genitivo femenino plural del artículo determinado *ella*; πορνεύσαντες, caso nominativo masculino plural del participio aoristo primero en voz activa del verbo πορνεύω, *fornicar,* aquí como *fornicaron*; καὶ, conjunción copulativa *y*; στρηνιάσαντες, caso nominativo masculino plural del participio aoristo primero en voz activa del verbo στρηνιάω, *vivir en deleites, vivir en molicie,* aquí como *vivieron en molicie.* La oración adquiere forma condicional introduciendo una cláusula temporal indefinida con ὅταν, conjunción temporal, *cuando*, *siempre que, tantas veces como*; βλέπωσιν, tercera persona plural del presente de subjuntivo en voz activa del verbo βλέπω, *ver, mirar*, aquí como *vean*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; καπνὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *humo*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*, masculino en español *del*; πυρώσεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *incendio, la acción de arder, ardor de fuego*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal *de ella.*

Luego de proclamar la determinación divina de juzgar y destruir el sistema de impiedad establecido por el Anticristo y cuyo núcleo de dirección estaba en la ciudad llamada Babilonia, la visión se deriva para presentar la situación en que quedan algunos grupos en la tierra, a causa de la ejecución del juicio divino sobre la ciudad.

Καὶ κλαύσουσιν καὶ κόψονται ἐπ' αὐτὴν οἱ βασιλεῖς τῆς γῆς. Primeramente se presenta el panorama de un grupo llamado οἱ βασιλεῖς τῆς γῆς, *"los reyes de la tierra"*, que debe distinguirse de los diez reyes, más bien diez gobernantes, que formaban la estructura de gobierno con el Anticristo en su

reino y que se unen con él para pelear con el Cordero (17:12-14). Estos estaban de acuerdo con el Anticristo en sus propósitos diabólicos (17:17). Los diez gobernantes, junto con la bestia, son los que producen la destrucción del sistema religioso de Babilonia (17:16). Aquí se trata del gran círculo de reyes, gobernadores, de otros pueblos a quienes la mujer ha seducido y que *fornicaron con ella,* y con ella vivieron en deleites impíos (16:14; 17:2; 18:3). Todos estos fueron engañados por el falso brillo y el esplendor del sistema del Anticristo.

Οἱ μετ᾽ αὐτῆς πορνεύσαντες καὶ στρηνιάσαντες. Los reyes de la tierra no estarán abiertamente involucrados con los propósitos satánicos del Anticristo, pero no tendrán escrúpulos en practicar la corrupción de Babilonia, con tal de beneficiarse de los negocios con ella. Los placeres, tanto económicos del nivel de vida, como de la licenciosa forma de ética que se practicará entonces, serán asumidos y disfrutados pecaminosamente por los líderes de las naciones de la tierra.

La destrucción de la ciudad y la ruina del sistema producirán en ellos un profundo lamento. Juan dice *"llorarán"* y junto con las lágrimas los lamentos *"y lamentarán"*, verbo que en el griego expresa la idea de aflicción profunda, acompañada entonces de golpes dados en el pecho. Todo eso se producirá ὅταν βλέπωσιν τὸν ὅταν βλέπωσιν τὸν, *"cuando vean el humo del incendio"*. Esta expresión es una cláusula temporal indefinida, mediante el uso de la conjunción temporal *cuando*, que sin precisar el momento indica que se producirá más adelante. El referente visible de la destrucción de la ciudad es el humo que se verá salir de ella, como resultado del incendio que el fuego de Dios producirá. Todas las esperanzas de los reyes de la tierra, su afán de enriquecerse con el tráfico mercantil de la ciudad, los placeres y deleites que se conseguían en la relación con ella, quedarán derribadas en un momento por la acción de Dios, a quien despreciaron. Todas las promesas de paz y prosperidad que el Anticristo habrá hecho a las naciones de la tierra, se esfumarán más raudas que el fuego haga esfumar la riqueza y gloria de la ciudad capital del sistema del Anticristo. Sólo entonces se darán cuenta de cual fútil es la fortaleza del hombre sin los recursos del poder de Dios. En aquellos momentos en que el humo del incendio marca el fin de una etapa en la historia humana, se darán cuenta de lo engañados que estuvieron por las falsas promesas de paz, progreso y seguridad.

10. Parándose lejos por el temor de su tormento, diciendo: ¡Ay, ay, de la gran ciudad de Babilonia, la ciudad fuerte; porque en una hora vino tu juicio!

ἀπὸ	μακρόθεν	ἑστηκότες	διὰ	τὸν	φόβον	τοῦ	βασανισμοῦ	αὐτῆς
desde	lejos	estando en pie	a causa	del	miedo	del	tormento	de ella

λέγοντες·
diciendo:

οὐαὶ οὐαί, ἡ πόλις ἡ μεγάλη,
¡Ay, ay la ciudad la grande

Βαβυλὼν ἡ πόλις ἡ ἰσχυρά,
Babilonia la ciudad la poderosa

ὅτι μιᾷ ὥρᾳ ἦλθεν ἡ κρίσις σου.
pues en una hora vino el juicio de ti!

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad prosigue con ἀπὸ, preposición de genitivo *desde*, μακρόθεν, adverbio de lugar *lejos*; ἑστηκότες, caso nominativo masculino plural del participio perfecto en voz activa del verbo ἵστημί, *colocar, poner, presentar, sostener en pie,* aquí en esta última acepción como *estando en pie*; seguido de διὰ, preposición de acusativo *por causa*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; φόβον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *miedo, temor*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; βασανισμοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *tormento*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella*; λέγοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir,* aquí como *diciendo*, o *que dicen*. Sigue la expresión del lamento con οὐαὶ οὐαί doble utilización de la interjección *ay*, como lamento enfatizado; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; πόλις, caso nominativo femenino singular del sustantivo *ciudad*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; μεγάλη, caso nominativo femenino singular del adjetivo articular no declinable *grande*; Βαβυλὼν, caso nominativo femenino singular del nombre propio de ciudad *Babilonia*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; πόλις, caso nominativo femenino singular del sustantivo *ciudad*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἰσχυρά, caso nominativo femenino singular del adjetivo articular no declinable, que expresa la condición de lo que es *fuerte, poderoso*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; μιᾷ, caso dativo femenino singular del adjetivo numeral cardinal *una*, con sentido de *una sola*; ὥρᾳ, caso dativo femenino singular del sustantivo *hora*; ἔλθῃ, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἔρχομαι, *venir*, aquí como *vino*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; κρίσις, caso nominativo, femenino singular del sustantivo que denota *juicio, condenación, castigo, justicia*; σου, caso genitivo singular del pronombre persona declinado *de ti.*

᾿Απὸ μακρόθεν ἑστηκότες διὰ τὸν φόβον τοῦ βασανισμοῦ αὐτῆς. La pavorosa destrucción y el incendio de la ciudad hacen que los reyes de la tierra se mantengan alejados de ella, contemplando la dantesca situación a que llegó a causa del juicio de Dios. Los reyes se ἀπὸ μακρόθεν ἑστηκότες, *"pararon lejos"*. Aquellos que antes estuvieron muy cerca de ella para disfrutar

de los beneficios que le otorgaba la amistad, se quedan lejos dejándola sola en medio de su juicio. Nadie está en ella, y nadie está con ella. Quienes debían acudir en su ayuda se mantienen lejos, dejándola en su miseria y en la agonía. Los reyes se muestran como sobrecogidos al ver la destrucción de la ciudad. No pueden entender como se pudo producir una catástrofe de tal dimensión en un solo día. Sus lamentos son por la situación a que llegó la ciudad. La consideraban grande, así la llaman, y quedaba reducida a nada. La consideraban fuerte, así la llaman, pero no pudo evitar el juicio de Dios. La consideraban asentada definitivamente, pero fue removida como objeto de la ira de Dios en la manifestación de su juicio.

Οὐαὶ οὐαί, ἡ πόλις ἡ μεγάλη, Βαβυλὼν ἡ πόλις ἡ ἰσχυρά, ὅτι μιᾷ ὥρᾳ ἦλθεν ἡ κρίσις σου. Las apariencias eran engañosas. Parecía fuerte y poderosa, de tal manera que se atrevía desafiar a Dios, pero fue destruida por Él. Aquel sistema afincado en la ciudad podía dar muerte a los santos en un desafío contra Dios con impunidad (17:6), sin embargo, Dios acabó con ella. La angustia de los reyes de la tierra se expresa con el doble uso de la interjección que manifiesta dolor: *"¡ay, ay!"*. El lamento se debía no tanto al hecho de la destrucción de la ciudad en sí, sino a la pérdida de las riquezas que procedían de ella y de los deleites que generaba. Aquella ciudad había quedado arrasada en μιᾷ ὥρα, *"una hora"*, indicando un breve tiempo en que todo el juicio de Dios vino sobre ella. Los cielos antes habían anunciado que en *"un solo día"* vendría su destrucción (v. 8). La realidad fue todavía más intensa, en una sola hora Dios había destruido la ciudad, arruinando así el sistema total orgullo y sustento del Anticristo. El juicio no sólo fue rápido, sino repentino. Dios había advertido de su acción judicial. Él mismo había hecho sonar en el cielo la determinación de hacerlo plena e inmediatamente, al decir: *"Echo está"* (16:17). El último juicio consecuencia del derramamiento de la séptima copa, se había llevado a cabo.

El eco de la profecía vuelve a mostrarse en el contexto de este versículo: *"En un momento cayó Babilonia, y se despedazó; gemid sobre ella; tomad bálsamo para su dolor"* (Jer. 51:8). El lamento de los reyes es como frases entrecortadas de admiración ante aquel hecho impensable para los hombres. El resumen, en el contexto semita, equivaldría a decir: *"¡Ay, ay, mira, en una hora ha quedado un desierto!"*.

En todo Dios tiene siempre la última palabra. La soberanía se sobrepone sobre los deseos y acciones de los hombres. El que mora en los cielos se reirá de la rebeldía y desafío de los hombres. El diálogo de la gracia se interrumpirá definitivamente al *"hablarles a ellos en su furor para turbarlos con su ira"* (Sal. 2:5). El juicio divino culminará con la destrucción del sistema del

Anticristo, para dar paso, inmediatamente al regreso del Señor Jesús para establecer el reino de Dios en la tierra.

Angustia de los mercaderes (18:11-17a).

11. Y los mercaderes de la tierra lloran y hacen lamentación sobre ella, porque ninguno compra más sus mercaderías.

Καὶ οἱ ἔμποροι τῆς γῆς κλαίουσιν καὶ πενθοῦσιν ἐπ᾽ αὐτήν, ὅτι
Y los mercaderes de la tierra lloran y hacen duelo sobre ella, porque
τὸν γόμον αὐτῶν οὐδεὶς ἀγοράζει οὐκέτι
el cargamento de ellos nadie compra ya mas.

Notas y análisis del texto griego.

La continuidad al relato se establece una vez más con καὶ, conjunción copulativa *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἔμποροι, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *mercaderes, comerciantes*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del nombre *tierra*; κλαίουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo κλαίω, *llorar,* aquí como *lloran*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πενθοῦσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo πενθέω, *lamentarse, hacer duelo*, aquí como *hacen duelo*; sigue luego la preposición de acusativo ἐπί, con el grafismo ἐπ', forma que adopta por elisión de la ι final ante vocal o diptongo sin aspiración, que equivale a *por, sobre*; αὐτήν, caso acusativo femenino singular del pronombre personal *ella*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; γόμον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *cargamento, mercadería*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*; οὐδεὶς, caso nominativo masculino singular del pronombre indefinido *nadie*; ἀγοράζει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἀγοράζω, *comprar*, aquí como *compra*; y la conclusión enfática mediante el adverbio negativo de tiempo οὐκέτι, que significa *no más, nunca más, jamás*.

Καὶ οἱ ἔμποροι τῆς γῆς κλαίουσιν καὶ πενθοῦσιν ἐπ᾽ αὐτήν. Del lamento de los reyes se pasa al de los mercaderes. A éstos se les llama *"mercaderes de la tierra"*, dando a entender un comercio general que alcanza a todo el mundo y que implica a quienes practican el comercio a nivel mundial. El comercio globalizado será una realidad entonces. Debe recordarse que el falso profeta tenía el control del comercio y los comerciantes compraban y vendían en la medida que aceptaban la adoración al Anticristo y se sometían sin condiciones a su sistema (13:15-17). Los mercaderes de la tierra se enriquecían con el tráfico comercial que se sustentaba en el sistema económico de aquellos días, especialmente intenso en lo que tenía que ver con el suministro a la capital

del gobierno del Anticristo. Esa actividad comercial cesará en un momento. El sistema económico se desintegrará sin tiempo alguno para sustituirlo por algún otro alternativo; simplemente cesa toda esa actividad y el flujo comercial. No es de extrañar que los comerciantes lamenten la interrupción de todo lo que les estaba enriqueciendo y proveía para ellos de un medio de vida. Los comerciantes *"lloran"* y *"hacen duelo"*. Los verbos están en presente de indicativo lo que expresa una acción continuada. No es un lamento entrecortado como el de los reyes, sino un llorar continuo y angustioso. Es como si se tratase de la pérdida de un ser querido.

Ὅτι τὸν γόμον αὐτῶν οὐδεὶς ἀγοράζει οὐκέτι. La causa del lloro y del lamento de los mercaderes es que nadie compraba sus mercaderías. No se trataba de un dolor por la ruina de la ciudad y del sistema, sino un llanto interesado, egoísta y mercenario. Lo que les angustiaba realmente es que el *cargamento* de sus mercaderías quedaba sin comprador. Era una pérdida irreparable. Tal vez, con el espíritu propio del necio, habían hecho agrandar sus graneros, y sus almacenes estaban repletos de mercaderías que constituían el comercio habitual de ellos. Toda su riqueza quedaba sin valor alguno, por cuanto no tenían forma de venderla. La destrucción del sistema significará entonces la quiebra económica del mercado.

12. Mercaderías de oro, de plata, de piedras preciosas, de perlas, de lino fino, de púrpura, de seda, de escarlata, de toda madera olorosa, de todo objeto de marfil, de todo objeto de madera preciosa, de cobre, de hierro y de mármol.

γόμον χρυσοῦ καὶ ἀργύρου καὶ λίθου τιμίου καὶ μαργαριτῶν καὶ
mercaderías de oro y de plata y de piedras preciosas y de perlas y
βυσσίνου καὶ πορφύρας καὶ σιρικοῦ καὶ κοκκίνου, καὶ πᾶν ξύλον
de lino fino y de púrpura y de seda y de escarlata y de toda madera
θΰϊνον καὶ πᾶν σκεῦος ἐλεφάντινον καὶ πᾶν σκεῦος ἐκ ξύλου
olorosa y todo objeto de marfil y de todo objeto de madera
τιμιωτάτου καὶ χαλκοῦ καὶ σιδήρου καὶ μαρμάρου,
muy valiosa y de cobre y de hierro y de mármol.

Notas y análisis del texto griego.

Se hace un detalle de γόμον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *mercaderías*; sigue luego una larga serie de genitivos en una relación de artículos: χρυσου, caso genitivo masculino singular del sustantivo declinado *de oro*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀργύρου, caso genitivo masculino singular del sustantivo declinado *de plata*; καὶ, conjunción copulativa *y*; λίθου, caso dativo masculino singular del sustantivo declinado *de piedras*, unido a τιμίου, caso genitivo masculino singular del adjetivo no declinable que expresa la condición de lo que es *valioso, estimable, precioso*; καὶ, conjunción copulativa *y*; μαργαριτῶν, caso genitivo

masculino plural del sustantivo *perlas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; βυσσίνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota lo hecho de *lino fino*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πορφύρας, caso genitivo neutro singular del adjetivo que expresa lo relacionado con la *púrpura*, en este caso es el calificativo de ropa de ese color; καὶ, conjunción copulativa *y*; σιρικοῦ, caso genitivo neutro singular del adjetivo que expresa la condición de lo que es de *seda*; καὶ, conjunción copulativa *y*; κοκκίνου, caso genitivo neutro singular del adjetivo que expresa lo que es *escarlata*, en este caso referido a tela de ese color; καὶ, conjunción copulativa *y*; πᾶν, caso acusativo neutro singular del adjetivo indefinido *todo*; σκεῦος, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *objeto, recipiente, instrumento*; ἐλεφάντινον, caso acusativo neutro singular del adjetivo que expresa la condición de lo que es hecho de *marfil*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πᾶν, caso acusativo neutro singular del adjetivo indefinido *todo*; σκεῦος, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *objeto, recipiente, instrumento*; ἐκ, preposición de genitivo *en* o *de*; ξύλου, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *madera*, acompañado de τιμιωτάτου, caso genitivo neutro singular en superlativo del adjetivo que expresa la condición de lo que es *valiosísimo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; χαλκοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo declinado *de cobre*; καὶ, conjunción copulativa *y*; σιδήρου, caso genitivo masculino singular del sustantivo declinado *de hierro*; καὶ, conjunción copulativa *y*; μαρμάρου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *mármol.*

Juan da una lista de γόμον, mercaderías para las que ya no había compradores. No son cosas de primera necesidad, sino objetos de lujo, lo que indica el nivel de opulencia que había alcanzado la población de la capital del reino del Anticristo. Estos objetos se pueden agrupar fácilmente. Por un lado están los materiales preciosos como χρυσοῦ καὶ ἀργύρου, *oro y plata*, con los que se elaboraban objetos de uso y adorno; también γόμον, *piedras preciosas*, que en el griego se refiere a las piedras preciosas y las semi-preciosas; luego las μαργαριτῶν, *perlas*, que han sido siempre codiciadas para adornos femeninos y que exigía entonces un gran esfuerzo humano, con riesgo de la vida en muchas ocasiones, para extraer del fondo del mar los moluscos que las producen por herida interior.

En segundo lugar aparecen los materiales para vestidos lujosos, como el βυσσίνου, *lino fino*, que era muy apreciado en la antigüedad, producido en telares manuales y seleccionado entre la producción de tela confeccionada con lino de primera calidad; también había telas de lino fino teñidas de πορφύρας, *púrpura*, color de la realeza, usado para vestidos de nobles y principales; en tercer lugar estaba la σιρικοῦ, *seda*, difícil de adquirir y traída de oriente por mercaderes después de largas jornadas de viaje; y finalmente, en este grupo, telas κοκκίνου, *escarlatas*, un color rojo semejante al fuego, que se conseguía por proceso de un pequeño molusco que triturado producía el color y por cuya razón las telas teñidas de esa manera alcanzaban un alto precio en el mercado, siendo propias del vestido de emperadores.

En tercer lugar los materiales para mobiliario lujoso, como ξύλον θΰϊνον, *maderas olorosas*, especialmente las procedentes de oriente; luego están los σκεῦος ἐλεφάντινον, *objetos confeccionados con marfil*; y finalmente πᾶν σκεῦος ἐκ ξύλου τιμιωτάτου, *todos los objetos realizados con maderas preciosas*, no solo consistentes sino también de procedencias lejanas.

En cuarto lugar aparece una lista de materiales para adornos lujosos, especialmente para adornar viviendas, como el χαλκοῦ, *cobre*, el σιδήρου, *hierro* y el μαρμάρου, *mármol*.

Todo esto da idea del *tren de vida* de aquella sociedad. Son materiales utilizados por gente soberbia y arrogante. La extensión de la lista de productos supone un comercio activo y potente en el tiempo del fin. No es de extraño que tales productos, consumidos sólo por una sociedad enriquecida, hayan hecho llorar a los comerciantes que ya no encontrarían a nadie a quien vendérselos.

13. Y canela, especias aromáticas, incienso, mirra, olíbano, vino, aceite, flor de harina, trigo, bestias, ovejas, caballos y carros, y esclavos, almas de hombres.

καὶ κιννάμωμον καὶ ἄμωμον καὶ θυμιάματα καὶ μύρον καὶ
Y cinamomo y especias aromáticas e incienso y mirra y
λίβανον καὶ οἶνον καὶ ἔλαιον καὶ σεμίδαλιν καὶ σῖτον καὶ
olíbano y vino y aceite y flor de harina y trigo y
κτήνη καὶ πρόβατα, καὶ ἵππων καὶ ῥεδῶν καὶ σωμάτων, καὶ
cabezas de ganado y ovejas y de caballos y de carros y de cuerpos y
ψυχὰς ἀνθρώπων.
almas de hombres.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue sin interrupción la lista de mercaderías iniciada en el versículo anterior, con καὶ, conjunción copulativa *y*; κιννάμωμον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *cinamomo*, árbol exótico y de adorno, de la familia de las Meliáceas, que alcanza unos seis metros de altura, con hojas alternas, compuestas de hojuelas lampiñas y dentadas, flores en racimos axilares de color de violeta y de olor agradable, y cápsulas del tamaño de garbanzos, su madera es dura y aromática, suele traducirse también como *canela*, aunque en este contexto pudiera muy bien referirse a maderas olorosas; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἄμωμον, caso acusativo neutro singular del sustantivo *amomo*, que es una planta intertropical de la familia de las Cingiberáceas, con raíz articulada y rastrera, escapo ramoso y laxo, hojas membranosas y aovadas, flores en espiga y por fruto cápsulas triloculares con muchas semillas lustrosas y negruzcas, aromáticas y de sabor muy acre y estimulante, que se usan en medicina, de ahí que se traduzca, debido a la rareza del nombre, como *especies aromáticas*; καὶ, conjunción

copulativa *y*; θυμιάματα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *incienso*; καὶ, conjunción copulativa *y*; μύρον, caso acusativo neutro singular del sustantivo *mirra*; καὶ, conjunción copulativa *y*; λίβανον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *olíbano*, *incienso aromático*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οἶνον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *vino*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔλαιον, caso acusativo neutro singular del sustantivo *aceite*; καὶ, conjunción copulativa *y*; σεμίδαλιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *harina fina, flor de harina*; καὶ, conjunción copulativa *y*; σῖτον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *trigo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; κτήνη, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *animal doméstico, cabeza de ganado*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πρόβατα, caso acusativo neutro plural del sustantivo *ovejas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; la construcción pasa ahora al genitivo, en forma anómala, dejando los acusativos: ἵππων, caso genitivo masculino singular del sustantivo declinado *de caballos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ῥεδῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo declinado *de carros*; καὶ, conjunción copulativa *y*; σωμάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *cuerpos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ψυχὰς, caso acusativo femenino plural del sustantivo *almas*; ἀνθρώπων, caso genitivo masculino plural del sustantivo declinado *de hombres*.

Καὶ κιννάμωμον καὶ ἄμωμον. La lista ofrece un comercio abundante de otros artículos especialmente para perfumes, como *canela*, que literalmente es κιννάμωμον, *cinamomo*, un árbol de la familia de las meliáceas, que alcanza unos veinticinco metros de altura, procedente de Asia y que produce una sustancia aromática que se utiliza en perfumería. El precio que alcanzaba, si era de buena calidad, era de trescientos denarios por cuatrocientos gramos. Tengase en cuenta que el denario era el jornal familiar de un obrero al día. También se comerciaba con ἄμωμον, *amomo*, que es una planta intertropical de la familia de las Cingiberáceas, con raíz articulada y rastrera, escapo ramoso y laxo, hojas membranosas y aovadas, flores en espiga y por fruto cápsulas triloculares con muchas semillas lustrosas y negruzcas, aromáticas y de sabor muy acre y estimulante, que se usan en medicina, de ahí que se traduzca, debido a la rareza del nombre, como *especies aromáticas*, esta planta se usaba tanto en medicina como en perfumería.

Καὶ θυμιάματα καὶ μύρον καὶ λίβανον. Otro renglón de mercaderías consistía en la venta de *incienso*, una gomorresina en forma de lágrimas, de color amarillo blanquecino o rojizo, fractura lustrosa, sabor acre y olor aromático al arder. Proviene de árboles de la familia de las Burseráceas, originarios de Arabia, de la India y de África, y se quema en las ceremonias religiosas. En ocasiones el nombre de *incienso*, era el resultado de la mezcla de varias resinas olorosas. Además la lista menciona la μύρον, *mirra*, que es también una gomorresina en forma de lágrimas, amarga, aromática, roja, semitransparente, frágil y brillante en su estructura, que proviene de un árbol de la familia de las Burseráceas, que crece en Arabia y Abisinia. En ocasiones se

comerciaba en forma líquida, como un licor gomoso y oloroso que sale de los árboles nuevos que producen la mirra ordinaria. Los antiguos la tenían por un bálsamo muy precioso. En este mismo grupo estaba el λίβανον, *olíbano*, una planta de la que se extrae una sustancia aromática semejante al incienso.

Καὶ οἶνον καὶ ἔλαιον καὶ σεμίδαλιν καὶ σῖτον. Quedaban sin compradores otro grupo de productos consistía en alimentos de primera calidad, propio de sociedades económicamente fuertes, como *vino, aceite y flor de harina,* es decir, harina de primera calidad. Lo mejor de los cereales, del vino y del aceite será parte del consumo de aquella sociedad.

Κτήνη καὶ πρόβατα, καὶ ἵππων καὶ ῥεδῶν καὶ σωμάτων. Igualmente no había ya quienes compraran animales, bien para alimento como ovejas, bien para labores como κτήνη, *animales domésticos*, que se traduce en ocasiones como *bestias de carga*; de la misma forma se mencionan las πρόβατα, *ovejas,* así como ἵππων, *caballos*, para el arrastre y ῥεδῶν, *carros*, para el transporte.

Un comercio más perverso consistía en σωμάτων, *cuerpos*, referido a esclavos. Es difícil entender que esto pueda darse en el futuro de la sociedad del Imperio Romano reconstruido, en el reino del Anticristo, cuando la esclavitud está abolida. Sin embargo, no se trata tanto de *comprar* y vender personas como ocurría con el tráfico de esclavos en la antigüedad, será suficiente con que haya una sociedad de servidores, procedentes de otros países que trabajen para servir a las personas de aquel *primer mundo*. Los *inmigrantes*, ya que se llevan en barcos, lo que en el contexto indica que proceden del exterior, serán considerados como mercadería de servicio, que podría incluir también a quienes fuesen mercaderías en los lupanares de entonces.

Finalmente se dice que un comercio que cesa es el de ψυχὰς ἀνθρώπων, *almas de hombres*, palabra que tiene difícil sentido en la traducción literal. Indica un total sometimiento y opresión sobre algunos seres humanos. Pudiera tratarse de una referencia al comercio religioso que se practica con almas de hombres. Sea cual sea el sentido se aprecia una violación de los derechos humanos, de quienes se han enriquecido sobre los que están en una situación de pobreza. Los abismos sociales que se dan en nuestra sociedad occidental, llamado del *primer mundo*, seguirán progresando hasta alcanzar cotas de vergonzosas diferencias. Los mercaderes quedan sin compradores para todo lo que era objeto de comercio con Babilonia, ocasionando una impactante crisis comercial, por la que los mercaderes pronuncian una elegía.

14. Los frutos codiciados por tu alma se apartaron de ti, y todas las cosas exquisitas y espléndidas te han faltado, y nunca más las hallarás.

καὶ ἡ ὀπώρα σου τῆς ἐπιθυμίας τῆς ψυχῆς
y el fruto de ti de la codicia del alma
ἀπῆλθεν ἀπὸ σοῦ,
se fue de ti,
καὶ πάντα τὰ λιπαρὰ καὶ τὰ λαμπρὰ
y todas las cosas exquisitas y las espléndidas
ἀπώλετο ἀπὸ σοῦ
han perecido de ti
καὶ οὐκέτι οὐ μὴ αὐτὰ εὑρήσουσιν.
y ya no jamás las hallarás.

Notas y análisis del texto griego.

Pasando a una forma poética, siguen la endecha de los mercaderes con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; ὀπώρα, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *época de fruta, fruta, fruta deseada*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de ti*; τῆς, caso genitivo femenino singular declinado *de la*; ἐπιθυμίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *deseo, codicia, desear vivamente*; τῆς, caso genitivo femenino singular declinado *de la*; ψυχῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *alma*; ἀπῆλθεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἀπέρχομαι, *partir, marcharse, salir,* aquí como *se fue*; ἀπὸ, preposición de genitivo, *de*; σοῦ, caso genitivo singular del pronombre personal *ti*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πάντα, caso nominativo neutro plural del adjetivo indefinido no declinable, *todos*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *lo*; λιπαρὰ, caso nominativo neutro plural del adjetivo no declinable que expresa la condición de lo que es *espléndido, lujoso, las cosas lujosas, exquisitas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *lo*; λαμπρὰ, caso nominativo neutro plural del adjetivo que expresa la condición de lo que es *espléndido, suntuoso, radiante*; ἀπώλετο, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo ἀπόλλυμι, en voz media, *perderse, morir, perecer*, aquí como *han perecido*; ἀπὸ, preposición de genitivo, *de*; σοῦ, caso genitivo singular del pronombre personal *ti*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οὐκέτι, adverbio negativo de tiempo que significa *no más, nunca más, jamás*; seguido de οὐ, adverbio de negación enfática, *no*; acompañado de μὴ, partícula negativa que hace las veces de adverbio de negación condicional *no*; unidos se traduce por *jamás, nunca, etc.*; αὐτὰ, caso acusativo neutro plural del pronombre personal, *los*; εὑρήσουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo εὑρίσκω, *encontrar, hallar,* aquí como *hallarás.*

Καὶ ἡ ὀπώρα σου τῆς ἐπιθυμίας τῆς ψυχῆς ἀπῆλθεν ἀπὸ σοῦ καὶ πάντα τὰ λιπαρὰ καὶ τὰ λαμπρὰ ἀπώλετο ἀπὸ σοῦ καὶ οὐκέτι οὐ μὴ αὐτὰ εὑρήσουσιν. La aflicción de los mercaderes se debe a una situación que no es temporal, sino definitiva. Los frutos que constituían su deleite han desaparecido para siempre. La palabra traducida como *frutos*, se refiere a fruta madura, que resulta exquisita al paladar. La sociedad de entonces

estará llena de codicia de cosas ostentosas y superfluas, además de pecaminosa. La destrucción del sistema trae consigo la destrucción de la sociedad que se sustentaba en él y, por tanto, el final de los deseos codiciosos de los moradores de la ciudad. Todo aquello, dice literalmente el texto griego: ἀπώλετο, *"desaparecieron"*, que equivale a *pasar, marcharse*. Es interesante apreciar que una vez más se construye un futuro con un pasado, como es típico en profecía, al dar por hecho aquello que aún no ocurrió, pero de lo que se tiene certeza plena que acaecerá. Las cosas *exquisitas y espléndidas*, ya no se estarán más para ellos. Posiblemente las *cosas exquisitas* estén relacionadas con los alimentos de alta calidad que se consumirán por aquella sociedad, y las *cosas espléndidas*, con el boato de la vida disipada y lujosa, de vestidos opulentos y de utilización de lujos excesivos. Nada de lo que antes querían vale ya. Los delicados lujos y esplendores habrán desaparecido para siempre.

15. Los mercaderes de estas cosas, que se han enriquecido a costa de ella, se pararán lejos por el temor de su tormento, llorando y lamentando.

Οἱ ἔμποροι τούτων οἱ πλουτήσαντες ἀπ᾽ αὐτῆς ἀπὸ μακρόθεν
Los mercaderes de estas cosas los que se enriquecieron a costa de ella desde lejos
στήσονται διὰ τὸν φόβον τοῦ βασανισμοῦ αὐτῆς κλαίοντες καὶ
se pararán a causa de el miedo del tormento de ella llorando y
πενθοῦντες
haciendo duelo.

Notas y análisis del texto griego.

Continua el relato con οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἔμποροι, caso nominativo masculino plural del sustantivo *mercaderes*; τούτων, caso genitivo neutro plural del pronombre demostrativo *estos*, aplicado a las cosas a las que antes hicieron referencia, de ahí la traducción *estas cosas*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; πλουτήσαντες, caso nominativo masculino plural del participio de aoristo primero en voz activa del verbo πλυτέω, *ser rico, enriquecerse, llegar a ser rico,* aquí como *que se enriquecieron*, o *que llegaron a ser ricos*; que precede a la preposición ἀπό, de procedencia, en su grafía ἀπ᾽ al anteceder a palabra con vocal y espíritu suave, que significa *desde*, *de, por causa de, por medio de,* en sentido de *a costa de*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella*; ἀπὸ, preposición de genitivo *desde*; μακρόθεν, adverbio de lugar *lejos*; στήσονται, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz media del verbo ἵστημι, *estar en pie, quedarse quieto, mantenerse firme, pararse*, aquí como *se pararán*; διὰ, preposición de acusativo, *por causa de, por*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; φόβον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *miedo, temor*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; βασανισμοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *tormento*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella*; κλαίοντες, caso nominativo masculino

plural del participio de presente en voz activa del verbo κλαίω, *llorar,* aquí como *lloran,* traducido como *llorando* para mejor expresión en castellano; καὶ, conjunción copulativa *y*; πενθοῦντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo πενθέω, *llorar, guardar luto,* aquí como *hacen duelo*, para mejor expresión *haciendo duelo*.

Οἱ ἔμποροι τούτων οἱ πλουτήσαντες ἀπ᾽ αὐτῆς ἀπὸ μακρόθεν στήσονται. Juan detalla la angustia de los mercaderes, no tanto por lo que ocurrió a la ciudad y a sus gentes, sino por la pérdida que les supondrá. El lamento de estos comerciantes es semejante al de los reyes de la tierra (v. 10). Como ellos también los mercaderes se habían enriquecido No es de extrañar y así se entiende mejor la elegía de estos. La destrucción súbita y sobrenatural de la ciudad los llena de miedo, hasta el punto que ninguno se acerca a la ciudad, sino que se detienen parados lejos de ella, por temor a lo que está ocurriendo, a ser destruidos como la ciudad y a perecer como los habitantes de ella. Como los reyes de la tierra, llorarán y se lamentarán.

Διὰ τὸν φόβον τοῦ βασανισμοῦ αὐτῆς κλαίοντες καὶ πενθοῦντες. Quienes se habían enriquecido a costa de la ciudad, su sistema y su sociedad, ahora simplemente lloran y se lamentan lejos de ella, como petrificados, sin mover un solo dedo para ayudarla, dejándola sola y abandonada. Una destrucción tan completa y súbita llena de temor a quienes la contemplen. Los comerciantes habían centrado su esperanza en el comercio con la ciudad, de donde provenían sus riquezas, y se esfumó en un momento. Habían puesto sus ojos en las riquezas, sin tener en cuenta a Dios, confiando en el sistema que el Anticristo, siervo de Satanás, habrá levantado, y descubrirán en un momento que el único que tiene autoridad y poder es Dios.

16-17 a. Y diciendo: ¡Ay, ay, de la gran ciudad, que estaba vestida de lino fino, de púrpura y de escarlata, y estaba adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas!

λέγοντες·
diciendo:

οὐαὶ οὐαί, ἡ πόλις ἡ μεγάλη,
¡ Ay, ay, la ciudad la grande

ἡ περιβεβλημένη βύσσινον
la vestida de lino fino

καὶ πορφυροῦν καὶ κόκκινον
y de púrpura y de escarlata

καὶ κεχρυσωμένη ἐν χρυσίῳ
y enjoyada con oro

καὶ λίθῳ τιμίῳ καὶ μαργαρίτῃ,
y piedras preciosas y perlas.

ὅτι μιᾷ ὥρᾳ ἠρημώθη ὁ τοσοῦτος πλοῦτος.
Pues en una hora fue desolada - tan grande riqueza.

Notas y análisis del texto griego.

La división de los versículos no hace honor a la realidad del texto, como ocurre con la primera palabra del versículo que debería ser la última del anterior. Λέγοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *decir, hablar,* aquí como *diciendo*. La cláusula que recoge lo que los mercaderes decían, comienza con el doble uso de οὐαὶ οὐαί, interjección *ay, ay*; como lamento enfatizado; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; πόλις, caso nominativo femenino singular del sustantivo *ciudad*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; μεγάλη, caso nominativo femenino singular del adjetivo articular no declinable *grande*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; περιβεβλημένη, caso nominativo femenino singular del participio perfecto en voz media del verbo περιβάλλω, *echar alrededor, poner*, en voz media *vestirse*, aquí como *vestida*; βύσσινον, caso acusativo neutro singular del adjetivo que expresa la condición de lo que es de *lino fino*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πορφυροῦν, caso acusativo neutro singular del adjetivo no declinable que expresa lo que es de *púrpura*; καὶ, conjunción copulativa *y*; κόκκινον, caso acusativo neutro singular del adjetivo no declinable que expresa lo que es de color *escarlata*; καὶ, conjunción copulativa *y*; κεχρυσωμένη, caso nominativo femenino singular del participio de presente en voz pasiva del verbo χρυσόω, *adornar con oro*, por lo que se traduce *enjoyada*, ya que sigue luego ἐν, preposición de dativo*, con, de*; χρυσίω, caso dativo neutro singular del sustantivo declinado *de oro*; καὶ, conjunción copulativa *y*; λίθῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo declinado *de piedras*; τιμίῳ, caso dativo masculino singular del adjetivo no declinable que determina lo que es *precioso, de gran valor*; καὶ, conjunción copulativa *y*; μαργαρίτη, caso dativo masculino singular del sustantivo declinado *de perlas.* Sigue, sin ninguna interrupción en el texto griego el lamento de los mercaderes, con la frase que aparece en el versículo siguiente, pero que en realidad corresponde a este, por lo que se introduce aquí: ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; μιᾷ, caso dativo femenino singular del adjetivo numeral cardinal *una*, con sentido de *una sola*; ὥρᾳ, caso dativo femenino singular del sustantivo *hora*; ἠρημώθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo ἐρημόω, *destruir, devastar*, de la misma raíz de ἔρημος, *desierto*, expresa la idea de dejar hecho un desierto, inhabitable; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; τοσοῦτος, caso nominativo masculino singular del adjetivo demostrativo, que equivale a *tan grande, tan numeroso, tan fuerte*; πλοῦτος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *riqueza.*

οὐαὶ οὐαί, ἡ πόλις ἡ μεγάλη ἡ περιβεβλημένη βύσσινον καὶ πορφυροῦν καὶ κόκκινον καὶ κεχρυσωμένη ἐν χρυσίῳ καὶ κεχρυσωμένη ἐν χρυσίῳ. El detalle del lamento de los mercaderes es semejante al de los reyes de la tierra (v. 10). Se lamentan angustiados por la destrucción de la gran ciudad que estaba rica y hermosamente ataviada. La endecha tiene una parte común con la de los reyes de la tierra, con la reiteración

doble de los ayes de ritual, seguido de vocativos muy al estilo semítico, para seguir luego con la razón personal del lamento, que eran las riquezas de la ciudad. Aquello era lo que realmente llenaba su corazón y lo que les había hecho ricos. Se lamentan porque aquella ciudad, en sentido metonímico, es decir, los habitantes de la ciudad estaban vestidos con lujo esplendoroso. El *lino fino*, se refería a tela de alto valor, escogida de entre las mejores confeccionadas con lino. Algunas de aquellas ropas estaban teñidas de púrpura y otras de escarlata, tintes altamente valiosos en aquel tiempo y propios de vestiduras de reyes y emperadores. Además era normal la abundancia de adornos de oro, hasta el punto que al referirse a la ciudad, se lee κεχρυσωμένη ἐν χρυσίω, *"dorada con oro"*, y no sólo el oro, sino las *perlas*, sumamente valiosas, tanto por la rareza como por la dificultad de conseguirlas. Los mercaderes lloran al ver perdido totalmente el comercio que antes los habían enriquecido.

Ὅτι μιᾷ ὥρᾳ ἠρημώθη ὁ τοσοῦτος πλοῦτος. El lamento expresa también un punto de asombro, por lo rápido de la destrucción de la ciudad. La acción judicial de Dios vendrá repentinamente, sin que nadie lo espere. La ciudad enriquecida llena de lujo y poder vendrá a ser un desierto en un breve tiempo, señalado aquí como *una hora*. El fuego destruirá todas las riquezas de la ciudad. Debe recordarse que se trata de la ciudad capital del sistema del Anticristo y no necesariamente la Babilonia de la antigüedad reconstruida.

Angustia de los marinos (18:17b-19).

17b. Y todo piloto, y todos los que viajan en naves, y marineros, y todos los que trabajan en el mar, se pararon lejos.

Καὶ πᾶς κυβερνήτης καὶ πᾶς ὁ ἐπὶ τόπον πλέων καὶ ναῦται καὶ
Y todo piloto y todo el a un lugar navega y marineros y
ὅσοι τὴν θάλασσαν ἐργάζονται, ἀπὸ μακρόθεν ἔστησαν
cuantos en el mar trabajan desde lejos se pararon.

Notas y análisis del texto griego.

De los mercaderes a los que tienen actividades en la navegación, en forma continuativa para el relato, usando nuevamente καὶ, conjunción copulativa *y*; πᾶς, caso nominativo masculino singular del adjetivo indefinido, no declinable, *todo*; κυβερνήτης, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota, *piloto, capitán de un barco*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πᾶς, caso nominativo masculino singular del adjetivo indefinido, no declinable, *todo*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἐπὶ, preposición de acusativo, *a*; τόπον, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *lugar, sitio*, complementado con el artículo indeterminado *un*, que da a toda la oración un carácter indefinido; πλέων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo πλέω,

hacerse a la vela, navegar, aquí como *navega*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ναῦται, caso nominativo masculino plural del sustantivo, *nauta, marino, marinero, navegante*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὅσοι, caso nominativo masculino plural del pronombre relativo *cuantos*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado declinado *en la*; θάλασσαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *mar*; ἐργάζονται, tercera persona plural del presente de indicativo en voz media del verbo ἐργάζομαι, *trabajar*, aquí como *trabajan*; ἀπὸ, preposición de genitivo*, desde*; μακρόθεν, adverbio de lugar que equivale a *lejos*; ἔστησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἵστημι, cuyo significado es tan amplio que debe concretarse por el contexto, aquí el sentido del verbo tiene que ver con *poner*, aquí como *se pararon*.

Καὶ πᾶς κυβερνήτης καὶ πᾶς ὁ ἐπὶ τόπον πλέων καὶ ναῦται ὅσοι τὴν θάλασσαν ἐργάζονται. A los lamentos de los reyes y de los comerciantes, se unen los de los nautas, entre los que se encuentran los *pilotos*, o *capitanes*, que dirigen la navegación; luego los que viajan en naves, o tal vez los que tienen naves en el mar; junto a ellos los que trabajan en los múltiples oficios de la marinería. El lamento de estos, lo mismo que el de los mercaderes, obedece a las pérdidas materiales que supone para ellos la destrucción de Babilonia. Al no haber mercancías que transportar por el mar, se perdía la riqueza del comercio marítimo. Muchos de los puestos de trabajo quedarían sin actividad y con ello se produciría el paro para quienes trabajaban en ese sector. Los armadores, propietarios de los buques, quedarían en la ruina al no poder conseguir transportes para la flota. La gran riqueza que genera el sector del comercio marítimo se habrá acabado en un momento debido a la destrucción del sistema económico que el Anticristo habrá establecido.

Lo mismo que los reyes y los mercaderes, estos contemplan ὅσοι τὴν θάλασσαν ἐργάζονται, parados de lejos, el espectáculo dantesco de la destrucción repentina de la ciudad, desde donde el Anticristo gobernaba y tenía establecido su sistema de gobierno mundial.

18. Y viendo el humo de su incendio, dieron voces, diciendo: ¿Qué ciudad era semejante a esta gran ciudad?

καὶ ἔκραζον βλέποντες τὸν καπνὸν τῆς πυρώσεως αὐτῆς λέγοντες· τίς
Y gritaban viendo el humo del incendio de ella diciendo: ¿Qué
ὁμοία τῇ πόλει τῇ μεγάλῃ
semejante a la ciudad a la grande?

Notas y análisis del texto griego.

Sigue el relato con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔκραζον, tercera persona plural del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo κράζω, *gritar, clamar, dar voces*, aquí

como *gritaban*; βλέποντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo βλέπω, *ver*, aquí como *viendo*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; καπνὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *humo*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *del*; πυρώσεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo *incendio*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella*; λέγοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *decir, hablar*, aquí como diciendo. Sigue luego la cláusula interrogativa retórica que se inicia con τίς, caso nominativo femenino singular del pronombre interrogativo *qué*; ὁμοία, caso nominativo femenino singular del adjetivo no declinable *semejante*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado declinado *a la*; πόλει, caso dativo femenino singular del sustantivo *ciudad*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado declinado *a la*; μεγάλῃ, caso dativo femenino singular del adjetivo no declinable *grande.*

Καὶ ἔκραζον βλέποντες τὸν καπνὸν τῆς πυρώσεως αὐτῆς. Los marinos hacen lamentación por lo acaecido a la ciudad, con grandes gritos, el modo habitual de las plañideras por algún fallecido. Detenidos a lo lejos observan que de la ciudad se levanta una enorme humareda, producida por el incendio, ocasionado por la acción judicial de Dios sobre ella.

Λέγοντες· τίς ὁμοία τῇ πόλει τῇ μεγάλῃ En sus lamentos mencionan la grandiosidad de la ciudad reducida a cenizas. Juan utiliza una pregunta retórica, puesta en la boca de los marinos: *"¿Qué ciudad era semejante a esta gran ciudad?"*. En el texto griego no existe *ciudad* después de qué, leyéndose simplemente: *"¿Qué semejante a la ciudad, a la grande?"*. Nada, ni ciudades ni otros elementos de la sociedad de entonces podrían compararse a la gran ciudad de Babilonia, sede del gobierno y de la economía del reino del Anticristo.

De nuevo surge la pregunta sobre la literalidad o no de la ciudad. Quienes sostienen que se trata de la ciudad de Babilonia junto al Éufrates, se enfrentan aquí con dos serios problemas: por un lado una gran flota de naves se detiene lejos de la ciudad, pero que habitualmente llegaba a ella con sus mercaderías. Es muy difícil suponer algo semejante cuando se trataría de navegar en un río. El Éufrates, a pesar de ser navegable en parte de su curso, no puede considerarse como una vía navegable en esta dimensión. La segunda dificultad es que el río Éufrates fue secado para permitir el paso de los reyes de oriente, como efecto de la sexta copa (16:12), por tanto no es posible que las naves y los marinos se pudiesen acercar a la ciudad, ni tan siquiera acceder a ella. Una capital en el mundo occidental y en el Mediterráneo, como corresponde al Imperio Romano reconstruido, podría ajustarse mejor a esto. La flota mercante, posiblemente muchas de sus naves llenas de riquezas para comerciar con la ciudad, queda inutilizada por la destrucción de Babilonia.

Los que trabajaban en la flota quedan asombrados, al ver el humo del incendio que destruye a la ciudad incomparable: τίς ὁμοία τῇ πόλει τῇ μεγάλῃ, *"¿Qué ciudad era semejante a esta gran ciudad?"*. Sea cual sea la sede del gobierno del Anticristo, aunque como Roma se le llame la *"ciudad eterna"*, destruida en un momento, pondrá de manifiesto que nada hay eterno más que Dios, ni nada con poder suficiente para oponerse a Su voluntad.

19. Y echaron polvo sobre sus cabezas, y dieron voces, llorando y lamentando, diciendo: ¡Ay, ay de la gran ciudad, en la cual todos los que tenían naves en el mar se habían enriquecido de sus riquezas; pues en una hora ha sido desolada!

καὶ ἔβαλον χοῦν ἐπὶ τὰς κεφαλὰς αὐτῶν καὶ ἔκραζον κλαίοντες καὶ
Y echaron polvo sobre las cabezas de ellos y gritaban llorando y
πενθοῦντες λέγοντες·
lamentándose diciendo:
οὐαὶ οὐαί, ἡ πόλις ἡ μεγάλη,
¡Ay, ay la ciudad la grande
ἐν ᾗ ἐπλούτησαν πάντες οἱ ἔχοντες τὰ πλοῖα
en la que se enriquecieron todos los que tenían las naves
ἐν τῇ θαλάσσῃ ἐκ τῆς τιμιότητος αὐτῆς,
en el mar de lo valioso de ella
ὅτι μιᾷ ὥρᾳ ἠρημώθη.
pues en una hora fue desolada.

Notas y análisis del texto griego.

El relato sigue sin solución de continuidad con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔβαλον, tercera persona plural del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo βάλλω, en sentido de *echar*, aquí como *echaron*; χοῦν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *polvo*; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; κεφαλὰς, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *cabezas*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*; conjunción copulativa *y*; ἔκραζον, tercera persona plural del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo κράζω, *gritar, clamar, dar voces*, aquí como *gritaban*; κλαίοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo κλαίω, *llorar,* aquí como *llorando*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πενθοῦντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo πενθέω, *lamentarse*, aquí como *lamentándose*; λέγοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *decir, hablar*, aquí como diciendo. La cláusula que expresa el lamento final de los marinos comienza con el doble uso de οὐαὶ οὐαί, interjección *ay, ay*; como lamento enfatizado; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; πόλις, caso nominativo femenino singular del sustantivo *ciudad*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; μεγάλη, caso nominativo femenino singular del adjetivo articular no declinable *grande*; ἐν,

preposición de dativo *en* o *con*; ᾗ, caso dativo femenino singular del pronombre relativo declinado *la que*; ἐπλούτησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πλυτέω, *ser rico, enriquecerse,* aquí como *se enriquecieron*; πάντες, caso nominativo masculino plural del adjetivo indefinido, no declinable *todos*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἔχοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tienen*, generalmente traducido en pasado para adecuarlo al tiempo del relato; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*, femenino en castellano si se refiere a naves; πλοῖα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *naves, navíos, barcos*; ἐν, preposición que rige dativo, *en*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; θαλάσσῃ, caso dativo femenino singular del sustantivo *mar*; ἐκ, preposición de genitivo, *de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; τιμιότητος, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *preciosidad, riqueza, bienestar*, que es una expresión abstracta para designar la *plenitud de cosas preciosas, el bienestar* existente en la ciudad; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; μιᾷ, caso dativo femenino singular del adjetivo numeral cardinal, no declinable *una*, que expresa la condición de *una sola*; ὥρᾳ, caso dativo femenino singular del sustantivo *hora*; ἠρημώθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo ἐρημόω, *destruir, devastar*, de la misma raíz de ἔρημος, *desierto*, expresa la idea de dejar hecho un desierto, inhabitable.

Καὶ ἔβαλον χοῦν ἐπὶ τὰς κεφαλὰς αὐτῶν καὶ ἔκραζον κλαίοντες καὶ πενθοῦντες λέγοντες· Los marinos y todo lo relaciona con ellos hacen una profunda manifestación de duelo. La visión de Juan es muy semejante a la que tuvo Ezequiel sobre Tiro: *"Al estrépito de las voces de tus marineros temblarán las costas. Descenderá de sus naves todos los que toman remo; remeros y todos los pilotos del mar se quedarán en tierra, y harán oír su voz sobre ti, y gritarán amargamente, y echarán polvo sobre sus cabezas y se revolcarán en ceniza. Se raerán por ti los cabellos, se ceñirán de cilicio, y endecharán por ti endechas amargas, con amargura de alma"* (Ez. 27:28-30). Al estilo antiguo, para expresar tristeza en alto grado solían espolvorear tierra sobre la cabeza (Jos. 7:6; 1 S. 4:12; 13:19; 15:32). Echar ceniza en el aire y sobre la cabeza era señal de gran duelo entre los semitas (Job 2:12).

Οὐαὶ οὐαί, ἡ πόλις ἡ μεγάλη. Junto con la manifestación de duelo se aprecian las voces de endechas y de llantos, unidas a los lamentos de los marineros. El lamento no es tanto por la ciudad, que sin duda su destrucción causará un tremendo impacto, sino por lo mucho que ellos pierden al faltarles el comercio con ella. Con este comercio se enriquecieron ἐν ᾗ ἐπλούτησαν πάντες οἱ ἔχοντες τὰ πλοῖα, *"todos los que tenían naves"*. Naves cargadas con riquezas que no tenía ya aplicación alguna, por lo que quedaba ἐν τῇ θαλάσσῃ ἐκ τῆς τιμιότητος αὐτῆς, *en el mar lo valioso de ella.* En

aquellos momentos lo único que quedaba de esperaza para ellos es aquello en que se había convertido la ciudad: humo y cenizas.

Ὅτι μιᾷ ὥρᾳ ἠρημώθη. Lo fulminante del juicio de Dios se advierte nuevamente en la expresión de la endecha: *"en una hora ha sido desolada"*. Junto con la ciudad, toda la riqueza y el potencial económico propio de la sociedad en el reino del Anticristo, habrá terminado y perecido perpetuamente. El llanto obedecerá a que los beneficios del comercio con la ciudad habían terminado definitivamente. El tiempo del juicio fue tan breve que no les dio tiempo a orientar su comercio en otra dirección. La ruina del Imperio Romano reconstruido será total en un tiempo breve. Todo aquello sobre lo que se sustentará una sociedad al margen de Dios, se vendrá abajo en un momento. Quienes habían considerado que sólo dejando a Dios a un lado se podía obtener progreso y riquezas, se darán cuenta, aunque tarde, que despreciar la gracia y oponerse a Dios traen las consecuencias propias de la rebeldía: destrucción y ruina.

Aclamación celestial (18:20-24).

20. Alégrate sobre ella, cielo, y vosotros, santos, apóstoles y profetas; porque Dios os ha hecho justicia en ella.

Εὐφραίνου ἐπ' αὐτῇ, οὐρανὲ
Regocíjate sobre ella cielo,
καὶ οἱ ἅγιοι καὶ οἱ ἀπόστολοι καὶ οἱ προφῆται,
y los santos y los apóstoles y los profetas
ὅτι ἔκρινεν ὁ Θεὸς τὸ κρίμα ὑμῶν ἐξ αὐτῆς.
pues juzgó - Dios el juicio de vosotros en ella.

Notas y análisis del texto griego.

El párrafo con un himno de alabanza comienza con εὐφραίνου, segunda persona singular del presente de imperativo en voz activa del verbo εὐφραίνω, *gozarse,* aquí como *gózate*, o *regocíjate*, como expresión de alegría; sigue luego la preposición de acusativo ἐπί, con el grafismo ἐπ', forma que adopta por elisión de la ι final ante vocal o diptongo sin aspiración, que equivale a *por, sobre*; αὐτῇ, caso dativo femenino singular del pronombre personal *ella*; οὐρανὲ, caso vocativo masculino singular del sustantivo *cielo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἅγιοι, caso nominativo masculino plural del adjetivo articular no declinable *santos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἀπόστολοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo *apóstoles*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; προφῆται, caso nominativo masculino plural del sustantivo *profetas*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; ἔκρινεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del

verbo κρίνω, *juzgar*, aquí como *juzgó*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en español por relacionarse con nombre propio; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; κρίμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *juicio*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros*; ἐξ, forma que adopta la preposición ἐκ, delante de vocal y que significa *de*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal *ella*.

Εὐφραίνου ἐπ᾽ αὐτῇ. Un profundo contraste se produce en el relato de Juan, al introducir una voz fuerte que formula un mandato al regocijo. La invitación se establece a modo de mandamiento, al utilizar un verbo en imperativo, con significado de *regocijo, júbilo, hacer fiesta*: Antes fueron los hombres de la tierra que se alegraron con la muerte de los dos testigos que Dios había enviado para un ministerio de dos años y medio (11:10). Ahora son los cielos quienes se alegran, mientras los hombres experimentan las angustias del juicio de Dios (12:12).

No es posible determinar de quien es la voz que demanda regocijo en los cielos. Por el contexto próximo pudiera ser el mismo ángel que conduce la visión de Juan. Pero, también pudiera ser el mismo apóstol como reacción natural de un creyente al ver la justicia de Dios. Es muy probable, y así debiera entenderse, que Juan, al estilo propio de los profetas hebreos, exhorta al cielo y a los creyentes a regocijarse a causa de la acción divina. Es una forma típica del mensaje profético, muy común en el Antiguo Testamento (cf. Dt. 32:43; Is. 44:23).

El llamado al regocijo se dirige a tres grupos de personas, en donde aparecen primero los οὐρανὲ, *cielos*, es decir, los ángeles santos que ministran al servicio de Dios, en las esferas celestiales; luego se llama al regocijo a οἱ ἅγιοι, *los santos*, en general a todos los creyentes salvos por gracia mediante la fe, en cualquier dispensación, que son santos por regeneración espiritual y separación del mundo para Dios; en tercer lugar el mandato se formula a οἱ ἅγιοι, *los apóstoles*, aquellos a quien Jesús estableció para el ministerio de fundación de Su Iglesia; finalmente a οἱ προφῆται, *los profetas*, todos aquellos que tuvieron un ministerio de revelación en los primeros tiempos de la Iglesia, hasta que se cerraron los escritos del Nuevo Testamento, y luego aquellos que tuvieron un ministerio profético de *"exhortación, aliento y consolación"* (1 Co. 14:3). La mayoría de ellos están ya en la presencia de Dios, como es el caso de la Iglesia, trasladada antes del tiempo de la tribulación (1 Ts. 4:16 ss). Otros muchos, comprendidos entre los santos y los profetas, fueron muertos también durante el tiempo de la persecución del Anticristo. Las almas de los mártires del tiempo de la tribulación fueron vistas antes clamando desde

el altar pidiendo la manifestación del juicio de Dios para establecer el reino en la tierra (6:9-10).

Ὅτι ἔκρινεν ὁ Θεὸς τὸ κρίμα ὑμῶν ἐξ αὐτῆς. La razón del regocijo celestial es la manifestación de la justicia de Dios. Dios actuó en justicia sobre el sistema corrupto y perverso del Anticristo, demostrando su justo juicio (2 Ts. 1:5). La justicia de Dios se cumplió plenamente, como expresa el verbo en modo aoristo, que expresa una acción plenamente realizada. El juicio que Dios había determinado se produjo y, la mayor evidencia era la ciudad totalmente destruida. La sentencia judicial dictada contra la *gran ramera*, se había ejecutado hasta la consumación plena. Es justo que Dios retribuya con tribulación a quienes antes habían atribulado a los santos. Esa es la verdad que el apóstol Pablo enseña cuando escribe: *"Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder"* (2 Ts. 1:6). El juicio sobre Babilonia no es un acto de venganza, ni tan siquiera de reivindicación de acciones hechas contra otros; es la expresión de la justicia retributiva de Dios demostrada en un juicio justo. Las acciones llevadas a cabo contra los santos por el sistema establecido por el Anticristo, causaron angustia, lágrimas, aflicción y muerte a muchos de los santos, por tanto Babilonia recibirá una porción idéntica a la producida por ella (v.6). Dios le dará la misma medida de mal que ella dio a sus santos.

21. Y un ángel poderoso tomó una piedra, como una gran piedra de molino, y la arrojó en el mar, diciendo: Con el mismo ímpetu será derribada Babilonia, la gran ciudad, y nunca más será hallada.

Καὶ ἦρεν εἷς ἄγγελος ἰσχυρὸς λίθον ὡς μύλινον μέγαν καὶ ἔβαλεν
Y levantó un ángel fuerte una piedra como de molino grande y arrojó
εἰς τὴν θάλασσαν λέγων·
al mar, diciendo:
οὕτως ὁρμήματι βληθήσεται
Así con ímpetu será arrojada
Βαβυλὼν ἡ μεγάλη πόλις
Babilonia la grande ciudad
καὶ οὐ μὴ εὑρεθῇ ἔτι.
y jamás será hallada ya.

Notas y análisis del texto griego.

Luego del llamamiento al regocijo sigue el relato de la visión con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἦρεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo αἴρω, *levantar, tomar, quitar*, aquí como *levantó*; εἷς, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral cardinal, *uno*; ἄγγελος, caso nominativo

masculino singular del sustantivo que denota *ángel*; ἰσχυρὸς, caso nominativo masculino singular del adjetivo no declinable, *fuerte, poderoso*; λίθον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *piedra*; ὡς, adverbio de modo *como*; μύλινον, caso acusativo masculino singular del adjetivo declinado *de molino,* adjetivo tardío que aparece sólo aquí en el N. T. que expresa aquello que es *de piedra de molino*; μέγαν, caso acusativo masculino singular del adjetivo no declinable *grande*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔβαλεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo βάλλω, *echar, arrojar*, aquí como *arrojó*; εἰς, preposición de acusativo, *a*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; en castellano la preposición y el artículo se unen para formar la contracción *al*; θάλασσαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *mar*; λέγων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir,* aquí como *diciendo*. La segunda parte del versículo recoge las palabras del ángel escritas en forma poética, comenzando con οὕτως, adverbio de modo *así*; ὁρμήματι, caso dativo neutro singular del sustantivo declinado que denota *con ímpetu, con violencia*; βληθήσεται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz pasiva del verbo βάλλω, *echar, arrojar, lanzar,* aquí como *será arrojada*; Βαβυλὼν, caso nominativo femenino singular del nombre propio *Babilonia*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; μεγάλη, caso nominativo femenino singular del adjetivo articular no declinable *grande*; πόλις, caso nominativo femenino singular del sustantivo *ciudad*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οὐ, adverbio de negación plena *no*; μὴ, partícula que hace las veces de adverbio de negación condicional y se utiliza aquí para enfatizar la negación; ambas unidas equivalen a *jamás, nunca, de ningún modo*, y que negativiza a εὑρέθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo εὑρίσκω, *hallar*, aquí *se halló, fue hallado, se encontró*; ἔτι, adverbio de tiempo que se refiere a lo ocurrido en el pasado.

Καὶ ἦρεν εἷς ἄγγελος ἰσχυρὸς λίθον ὡς μύλινον μέγαν καὶ ἔβαλεν εἰς τὴν θάλασσαν λέγων. Nuevamente aparece un ángel con un ministerio especial. El ministerio de los ángeles es notorio en el proceso de la última semana, el período de la tribulación. Juan vio a un *"ángel fuerte"*, es decir, un ángel poderoso representando figurativamente el final del sistema diabólico, expresado en la figura de Babilonia, la ciudad sede del mismo. La ciudad sería eliminada y con ella el sistema de forma definitiva. El ángel poderoso ilustró lo que acontecería tomando una piedra de gran tamaño, como de molino, en este caso molino que necesitaba la fuerza de un animal para mover la piedra y la arrojó al mar, en donde desapareció bajos sus aguas. La escena es más intensa, pero semejante a la ilustración que Jeremías hizo relacionada con la profecía sobre la ruina de Babilonia, cuando envió a Seraías a Babilonia junto al Éufrates, para que leyese las palabras de la profecía, encomendándole que *"cuando acabes de leer este libro, le atarás una piedra, y lo echarás en medio del Éufrates, y dirás: Así se hundirá Babilonia, y no se levantará del mal que yo traigo sobre ella; y serán rendidos"* (Jer. 51:63-64).

Οὕτως ὁρμήματι βληθήσεται Βαβυλὼν ἡ μεγάλη πόλις καὶ οὐ μὴ εὑρεθῇ ἔτι. Con esa acción del ángel, conforme a la visión de Juan, se profetiza simbólicamente la destrucción definitiva de la ciudad, ya que de la misma manera como una piedra de molino desaparece en el mar y no deja huella ni se sabrá nunca donde está, así será también el resultado del juicio de Dios sobre el sistema representado en Babilonia. Es necesario seguir recordando que Babilonia, desde el origen en tiempos de Nimrod, y luego a lo largo de la historia, representa visiblemente la religión y el sistema satánico en oposición a Dios. La expresión final se manifestará en la capital del Reino del Anticristo, sin importar tanto donde esté ubicada, y sin necesidad de que sea literalmente la Babilonia junto al Éufrates. A lo largo del tiempo, Babilonia-sistema, se ha venido oponiendo a Dios y promoviendo una religión falsa entre los hombres, que adoptará distintas formas en el tiempo, esta ciudad-sistema, acabará definitivamente bajo el juicio de Dios, en el tiempo inmediatamente anterior a la segunda venida del Señor Jesucristo.

Además de la profecía simbólica, el ángel expresa un oráculo en las palabras que siguen y que son el colofón del proceso profetizado sobre Babilonia en los dos últimos capítulos, tanto en el anterior como en el presente. El ángel vuelve a insistir sobre el mismo acontecimiento, que fue presentado dos veces como un hecho cumplido (14:8; 18:2). Sin embargo, esas dos referencias son modos de futuro profético expresado con un pasado, ya que lo que Dios determina tendrá cumplimiento cierto y puede verse como un hecho consumado. Con todo, la destrucción de Babilonia también se profetizó como un hecho inminente (17:16). El proceso tiene una importancia tan grande que de nuevo vuelve a ser anunciado. El lenguaje profético no utiliza o se ajusta a la cronología secuencial, sino a la descripción de las realidades últimas, confirmándolas una y otra vez. Dos aspectos deben destacarse en las palabras proféticas del ángel: Primero, que Babilonia *"será derribada"*, lo que sugiere un hecho concreto y definitivamente realizado. Esa acción de Dios será impetuosa, como se aprecia en la figura de la piedra de molino arrojada al mar. La intervención divina destruirá definitivamente la ciudad-sistema cuando el poder de la justicia del Señor caiga sobre ella. En segundo lugar, una afirmación contundente concreta la perpetua desaparición del sistema: *"nunca más será hallada"*. El énfasis sobre esto es notorio al utilizar dos negaciones juntas que enfatizan la negación y que pueden traducirse como *jamás, nunca jamás*. Después de la destrucción producida por el juicio de Dios, nunca más volverá a existir.

22. Y voz de arpistas, de músicos, de flautistas y de trompeteros no se oirá más en ti; y ningún artífice de oficio alguno se hallará más en ti, ni ruido de molino se oirá más en ti.

καὶ φωνὴ κιθαρῳδῶν καὶ μουσικῶν
Y voz de citaristas y de músicos
καὶ αὐλητῶν καὶ σαλπιστῶν
y de flautistas y de trompetistas
οὐ μὴ ἀκουσθῇ ἐν σοὶ ἔτι,
jamás se oirá en ti ya
καὶ[1] πᾶς τεχνίτης πάσης τέχνης
y todo artífice de todo oficio
οὐ μὴ εὑρεθῇ ἐν σοὶ ἔτι,
jamás será hallado en ti ya
καὶ φωνὴ μύλου
y sonido de molino
οὐ μὴ ἀκουσθῇ ἐν σοὶ ἔτι,
jamás se oirá en ti ya.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] καὶ πᾶς τεχνίτης πάσης τέχνης, *y todo artífice de todo oficio*, lectura de mediana seguridad, atestiguada en C, 051, 1006. 1611, 1841, 1854, 2062, 2344, *Biz* [P, 046], it^{gig}, vg, syr$^{h, with*}$, cop^{sa}, Primasio, Beato, Andrés.

καὶ πᾶς τεχνίτης πάσης τέχνης, *y todo artífice y de todo oficio*, lectura en 2053, vg^{mss}.

καὶ πᾶς τεχνίτης, *y todo artífice*, lectura en A, cop^{bo}.

Omite καὶ πᾶς, en syr^{ph}, arm.

Sigue el traslado de las palabras del ángel con καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de φωνὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *voz, sonido, voz, grito, ruido*; κιθαρῳδῶν, caso genitivo masculino singular del sustantivo declinado *de citaristas,* mejor que de *arpistas*, porque el sustantivo es *cítara*; καὶ, conjunción copulativa *y*; μουσικῶν, caso genitivo masculino plural del adjetivo que expresa la condición del *entendido en música,* sustantivado como *músico*; καὶ, conjunción copulativa *y*; αὐλητῶν, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *flautistas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; σαλπιστῶν, caso genitivo masculino singular del sustantivo *trompetistas*; οὐ, adverbio de negación plena *no*; μὴ, partícula que hace las veces de adverbio de negación condicional y se utiliza aquí para enfatizar la negación; ambas unidas equivalen a *jamás, nunca, de ningún modo*, y que negativiza a ἀκουσθῇ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz pasiva del verbo ἀκούω, *oír*, aquí como *se oirá*; ἐν, preposición de dativo, *en*; σοὶ, caso dativo de la segunda persona singular del pronombre personal *ti*; ἔτι, adverbio de tiempo que se refiere a lo ocurrido en el pasado; καὶ, conjunción copulativa *y*; πᾶς, caso nominativo masculino singular del adjetivo indefinido no declinable, *todo*; τέχνης, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota, *arte, oficio, artesanía*; οὐ, adverbio de

negación plena *no*; μὴ, partícula que hace las veces de adverbio de negación condicional y se utiliza aquí para enfatizar la negación; ambas unidas equivalen a *jamás, nunca, de ningún modo*, y que negativiza a εὑρέθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo εὑρίσκω, *hallar*, aquí *será hallado*; ἐν, preposición de dativo, *en*; σοὶ, caso dativo de la segunda persona singular del pronombre personal *ti*; ἔτι, adverbio de tiempo que se refiere a lo ocurrido en el pasado; καὶ, conjunción copulativa *y*; φωνὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *voz*, *sonido, voz, grito, ruido*; μύλου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *molino*; οὐ, adverbio de negación plena *no*; μὴ, partícula que hace las veces de adverbio de negación condicional y se utiliza aquí para enfatizar la negación; ambas unidas equivalen a *jamás, nunca, de ningún modo*, y que negativiza a ἀκουσθῇ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz pasiva del verbo ἀκούω, *oír*, aquí como *se oirá*; ἐν, preposición de dativo, *en*; σοὶ, caso dativo de la segunda persona singular del pronombre personal *ti*; ἔτι, adverbio de tiempo que se refiere a lo ocurrido en el pasado.

Καὶ φωνὴ κιθαρῳδῶν καὶ μουσικῶν καὶ αὐλητῶν καὶ σαλπιστῶν. Al estilo de la profecía expresada en el pensamiento semita, el ángel describe la desolación que se producirá en Babilonia haciendo un repaso a las cosas de la vida cotidiana que deberían hallarse, pero que han desaparecido. La sociedad del reino del Anticristo será una sociedad avanzada. La música forma parte de las actividades culturales, especialmente de sociedades de alto nivel. Debe tenerse en cuenta que la ciudad capital del reino del Anticristo será la máxima expresión de la sociedad de su tiempo. Los instrumentistas ya no podrán dar conciertos con sus instrumentos. Con una negativa enfática y un verbo en aoristo, se describe el cese definitivo de esas actividades artísticas: οὐ μὴ ἀκουσθῇ ἐν σοὶ ἔτι *"nunca jamás s oirá en ti"* esto es, no se oirá el sonido de cítaras, ni la dulzura musical de las flautas, ni el sonido claro de las trompetas; las orquestas habrán cesado, por muerte de los músicos en la ciudad, y por falta de auditorio para los conciertos.

Καὶ πᾶς τεχνίτης πάσης τέχνης. Los oficios artísticos también cesarán. Los artesanos ya no tendrán actividad, porque la ciudad habrá sido destruida. Todas las operaciones necesarias para hacer funcionar el lujo desbordante de una sociedad arrogante, dejarán de ser necesarias, porque no existirá aquella sociedad. Las decoraciones suntuosas, el refinamiento de los útiles para el confort de vida de la sociedad, la tecnología necesaria para el funcionamiento de sus aparatos no será necesaria porque no existirán quienes puedan usar todo aquello: οὐ μὴ εὑρεθῇ ἐν σοὶ ἔτι, *nunca más se hallará en ti*.

Καὶ φωνὴ μύλου. Además cesarán también las actividades industriales, y con ello la laboral. El ángel afirma que no se oirá el ruido de los molinos moliendo el grano. Nadie necesitará ricos manjares porque nadie habrá en la

ciudad que dejará de existir, por eso reitera también: οὐ μὴ ἀκουσθῇ ἐν σοὶ ἔτι, *jamás se oirá en ti.* El ruido de los molinos del grano incluye a todas las actividades económicas propias del sostenimiento de una gran ciudad, residencia de una sociedad opulenta. La ciudad que será admiración del mundo, quedará silenciada para siempre.

23. Luz de lámpara no alumbrará más en ti, ni voz de esposo y de esposa se oirá más en ti; porque tus mercaderes eran los grandes de la tierra; pues por tus hechicerías fueron engañadas todas las naciones.

καὶ φῶς λύχνου
Y luz de lámpara
οὐ μὴ φάνῃ ἐν σοὶ ἔτι,
jamás lucirá en ti ya;
καὶ φωνὴ νυμφίου καὶ νύμφης
y voz de novio y de novia
οὐ μὴ ἀκουσθῇ ἐν σοὶ ἔτι·
jamás se oirá en ti ya.
ὅτι οἱ ἔμποροι σου ἦσαν οἱ μεγιστᾶνες τῆς γῆς,
pues los mercaderes de ti eran los magnates de la tierra.
ὅτι ἐν τῇ φαρμακείᾳ σου ἐπλανήθησαν πάντα τὰ ἔθνη,
pues por la hechicería de ti fueron seducidas todas las naciones.

Notas y análisis del texto griego.

Sin interrupción sigue el relato con καὶ, conjunción copulativa *y*; φῶς, caso nominativo neutro singular del sustantivo *luz*; λύχνου, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *lámpara, luminaria*; οὐ, adverbio de negación plena *no*; μὴ, partícula que hace las veces de adverbio de negación condicional y se utiliza aquí para enfatizar la negación; ambas unidas equivalen a *jamás, nunca, de ningún modo*, y que negativiza a φάνῃ, tercera persona singular del aoristo segundo de subjuntivo en voz pasiva del verbo φαίνω, *aparecer, verse, brillar, lucir,* aquí como *lucirá,* en sentido de que no será vista jamás luz; ἐν, preposición de dativo, *en*; σοὶ, caso dativo de la segunda persona singular del pronombre personal *ti*; ἔτι, adverbio de tiempo que se refiere a lo ocurrido en el pasado; καὶ, conjunción copulativa *y*; φωνὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *voz*, *sonido, voz, grito, ruido*; νυμφίου, caso genitivo masculino singular del sustantivo declinado *de novio*; καὶ, conjunción copulativa *y*; νύμφης, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de novia*; οὐ, adverbio de negación plena *no*; μὴ, partícula que hace las veces de adverbio de negación condicional y se utiliza aquí para enfatizar la negación; ambas unidas equivalen a *jamás, nunca, de ningún modo*, y que negativiza a ἀκουσθῇ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz pasiva del verbo ἀκούω, *oír*, aquí como *se oirá*; ἐν, preposición de dativo, *en*; σοὶ, caso dativo de la segunda persona singular del pronombre personal *ti*; ἔτι, adverbio de tiempo que se refiere a lo ocurrido en el pasado; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἔμποροι, caso

nominativo masculino plural del sustantivo *mercaderes, comerciantes*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de ti*; ἦσαν, tercera persona plural del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo εἰμὶ, *ser o estar*, aquí como *eran*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; μεγιστᾶνες, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *grandes, magnates*; τῆς, caso genitivo femenino singlar del artículo determinado declinado *de la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del nombre *tierra*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; ἐν, preposición de dativo *por*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; φαρμακείᾳ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *hechicería*, de una antigua palabra que está vinculada con *farmacia*, preparar drogas y fármacos, de ahí *hechicería*; σου, caso genitivo del pronombre personal declinado *de ti*; ἐπλανήθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo πλανάω, *extraviar, seducir, engañar*, aquí como *fueron seducidas*; πάντα, caso nominativo neutro plural del adjetivo indefinido, *todas*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*; ἔθνη, caso nominativo neutro plural del sustantivo *naciones*.

Καὶ φῶς λύχνου. La vida en la ciudad se manifiesta por la luz, de modo que la muerte de ella se evidencia en el hecho de que ya no brillará allí la luz. Las luces nocturnas que alumbrarán la ciudad y permitirán el bullicio de sus habitantes se apagarán para siempre, expresado en un enfático οὐ μὴ φάνῃ ἐν σοὶ ἔτι, *jamás alumbrarán*. Las casas antes resplandecientes por las noches, en las festividades de las gentes, ya no brillarán al haber sido destruidas.

Καὶ φωνὴ νυμφίου καὶ νύμφης. Todavía más, la alegría propia de las festividades de las bodas habrá concluido para siempre. Las procesiones con antorchas, que en la antigüedad se formaban para acompañar el cortejo nupcial, ya no recorrerán *jamás* las calles: οὐ μὴ ἀκουσθῇ ἐν σοὶ ἔτι, *jamás se oirán ya en ti*. Las muestras de alegría y los epitalamios de las bodas, habrán desparecido para siempre. Una ciudad sin luz, sin alegría y sin vida, será la manifestación más impactante del resultado del juicio de Dios sobre el pecado y la soberbia humanos. Es una aterradora descripción de las consecuencias que el pecado acarreará sobre la sociedad humana rebelde contra Dios. De nuevo el eco de la profecía de Jeremías aparece aquí: *"Y haré que desaparezca de entre ellos la voz de gozo y la voz de alegría, la voz de desposado y la voz de desposada, ruido de molino y luz de lámpara"* (Jer. 25:10). Como escribe Ryrie: *"Ni música, ni artesanía, ni trabajo útil, ni maquinaria, ni luz, ni felicidad se hallará ya jamás en Babilonia"*[7].

Ὅτι οἱ ἔμποροι σου ἦσαν οἱ μεγιστᾶνες τῆς γῆς. La primera razón que motivó ese estado era la influencia de los poderosos corruptos. Los mercaderes que se beneficiaban del comercio pecaminoso con la ciudad y el

[7] C. H. Ryrie. *Biblia Anotada.* Edit. Portavoz. Grad Rapids, 1995. Pág. 1803.

sistema imperante en ella, eran los grandes, literalmente los *magnates* de la tierra. Sin duda se trata de personas influyentes que inducirán a otros al pecado. Eran magnates que controlaban todo viviendo al margen de Dios. La segunda causa tenía que ver con el engaño.

Ὅτι ἐν τῇ φαρμακείᾳ σου ἐπλανήθησαν πάντα τὰ ἔθνη. La práctica diabólica de la *seducción*, se describe aquí como *hechicerías*, con ellas eran seducidas y engañadas las personas de la tierra, especialmente la sociedad vinculada con el reino de Anticristo. El falso profeta había iniciado este perverso camino con la consecución de un sistema religioso fundamentado en milagros mentirosos (13:13). Ese sistema había insistido en seducir a las naciones con el vino del furor de su fornicación (13:14). El engaño era una verdadera *hechicería*, al ser un trabajo de demonios. La forma final del engaño era hacer creer a las naciones que la seguridad plena se encontraba en la riqueza, el libertinaje y el desprecio hacia Dios.

Sin duda la sociedad humanista actual está corriendo en un camino que la conducirá al resultado final que se describe en las visiones del Apocalipsis. El desenfreno moral es una de las evidencias más lamentables en la sociedad del llamado *primer mundo*, donde cualquier aberración es lícita y donde las prácticas corruptas hasta el extremo de la homosexualidad, entre otras, han tomado carta de naturaleza, siendo consentidas y alabadas por quienes viven al margen de la moral establecida por Dios. El desprecio por el Creador es expresión natural de las criaturas de este tiempo, yendo en aumento a medida que el tiempo pasa. Esta corrupción desembocará en la expresión plena del pecado en el sistema del Anticristo.

24. Y en ella se halló la sangre de los profetas y de los santos, y de todos los que han sido muertos en la tierra.

καὶ ἐν αὐτῇ αἷμα προφητῶν καὶ ἁγίων εὑρέθη
Y en ella sangre de profetas y de santos fue hallada
καὶ πάντων τῶν ἐσφαγμένων ἐπὶ τῆς γῆς.
y de todos los que han sido degollados sobre la tierra.

Notas y análisis del texto griego.

La conclusión del párrafo profético del ángel, se introduce con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐν, preposición de dativo *en*; αὐτῇ, caso dativo femenino singular del pronombre personal *ella*; αἷμα, caso nominativo neutro singular del sustantivo *sangre*; προφητῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo declinado *de profetas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἁγίων, caso genitivo masculino singular del sustantivo declinado *de santos*; εὑρέθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo εὑρίσκω, *hallar*, aquí *fue hallada*; καὶ, conjunción copulativa

y; πάντων, caso genitivo masculino singular del adjetivo *de todos*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; ἐσφαγμένων, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *muertos violentamente, asesinados, degollados*; ἐπὶ, preposición de genitivo *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del nombre *tierra*.

Καὶ ἐν αὐτῇ αἷμα προφητῶν καὶ ἁγίων εὑρέθη. Los crímenes contra el pueblo de Dios y sus siervos, son característica de la ciudad y del sistema que representa. A lo largo de la historia, el sistema anti-Dios promovido por la religión que surge de Babilonia, ha procurado la muerte y ha cometido innumerables homicidios contra los creyentes. La expresión visible de esa saña contra quienes honran y aman a Dios se hará visible en el propósito homicida del Anticristo y de su sistema, como se consideró antes: *"Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús"* (17:6). Durante el tiempo de la tribulación miles de personas serán muertas por su fe, como la gran multitud vestida de ropas blancas en la presencia de Dios, que se producirán en aquel tiempo (6:9-11; 7:9-17).

Ese sistema opuesto a Dios, a lo largo de la historia, ha vertido la sangre de miles de santos siervos de Dios, por cuya razón se le culpa aquí de καὶ πάντων τῶν ἐσφαγμένων ἐπὶ τῆς γῆς, *"todos los que han sido muertos en la tierra"*. El ejemplo de Babilonia se había extendido a otros, inspirándoles a perseguir a los santos. De un modo semejante se usa una extensión de culpabilidad en el discurso de los ayes de Jesús sobre escribas y fariseos: *"Por tanto, he aquí yo os envió profetas y sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad; para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar"* (Mt. 23:35-36). De la misma forma que se culpabilizaba a los líderes religiosos de la muerte de los creyentes fieles, así también se culpabilizará al sistema del Anticristo de los crímenes ocurridos a lo largo de la historia como resultado de la acción del sistema contra Dios y los suyos.

Una sencilla reflexión personal debe concluir el comentario a este capítulo. En todo el contexto se destaca el pecado de orgullo y arrogancia y el fin que Dios da a la práctica reiterada del mismo. Se destaca la característica de la ciudad y del sistema que representa, como de orgullo pecaminoso. Cada creyente debe recordar que el orgullo fue la causa de la caída de Satanás (Ez. 28:16-18). Cualquier actitud de engreimiento es una manifestación de oposición a Dios. La advertencia solemne de la Escritura tiene que ver con el orgullo y la arrogancia (Stg. 4:6; 1 P. 5:2). El apóstol Pedro llama, no sólo a dejar el orgullo, sino a revestirse de humildad (1 P. 5:5), haciendo referencia al delantal propio

de un esclavo, que se ponía sobre el vestido. Sin duda estaba pensando en el ejemplo del Señor cuando se ciñó la toalla para lavar los pies de los discípulos (Jn. 13:4 ss). Es el gran mandato expresado por el Señor para los suyos (Jn. 13:13-15). El apóstol Pedro utiliza una cita del Antiguo Testamento, como apoyo a la enseñanza sobre la humildad (Pr. 3:34). No vale altanería ni arrogancia con Dios (Sal. 18:27), ya que el Señor atiende solo al humilde (Sal. 138:6; Is. 66:2). Por otro lado, no debe olvidarse que Dios resiste al altivo (Stg. 4:6). Esa fue la enseñanza de Jesús: *"Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido"* (Mt. 23:12). La importancia de la humildad y las consecuencias funestas que acarrea la arrogancia hace necesario que esta enseñanza se repita continuamente, de ahí que también en Jerusalén vuelva el Señor a pronunciar las mismas o semejantes palabras. Que Dios actuará en contra del pecado de engreimiento es una enseñanza reiterada en la Escritura (cf. Job 22:29; Pr. 29:23; Lc. 14:11; 18:14; Stg. 4:6; 1 P. 5:5). La caída en la vida cristiana suele ir acompañada de la arrogancia y altivez de espíritu, como dice Salomón: *"Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu"* (Pr. 16:18). La altivez está reñida con el seguimiento a Cristo, que fue humilde (Mt. 11:29). Ejemplos hay en la Escritura que ponen de manifiesto esta verdad. Por esa causa fue quebrantado Senaquerib (2 Cr. 32:14, 21); lo mismo Nabucodonosor (Dn. 4:30-33); por esa misma razón se produjo la muerte de Herodes (Hch. 12:21-23). La altanería y la arrogancia no valen delante de Dios, porque como dice el salmista: *"Porque tú salvarás al pueblo afligido, y humillarás los ojos altivos"* (Sal. 18:27). Por contraste con la acción de Dios contra el altivo, está la bendición suya sobre el humilde. El profeta Isaías lo dice de este modo: *"Pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra"* (Is. 66:2). El humilde no se enaltece a sí mismo, ni lo hace por sí mismo; es Dios quien lo lleva a cabo. Así el proceso de Jesús es ejemplo sobre el resultado de quien se humilla verdaderamente delante de Dios; luego de la humildad la exaltación que Dios mismo lleva a cabo. Quien se abajó hasta lo sumo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz, es exaltado hasta lo sumo recibiendo el nombre de autoridad suprema, bajo cuyo nombre se someten todos reconociéndole como Señor (Fil. 2:6-11). Por tanto, el creyente debe revestirse de humildad (1 P. 5:5). Esto es, ceñirse el delantal propio de un esclavo, que se ponía sobre el vestido para poder hacer las labores propias de esa condición. Fue la actitud que llevó al Señor a ceñirse la toalla para lavar los pies de los discípulos (Jn. 13:4 ss). Ningún instrumento será válido en la mano de Dios, a no ser que esté revestido de humildad. Las bendiciones suyas están reservadas para el humilde, mientras aleja de él al altivo (Sal. 138:6). Como dice el Dr. Lacueva: *"El honor es como la sombra, que huye de los que la persiguen, y sigue a los que huyen de ella"*[8]. Cada

[8] F. Lacueva. o.c., pág. 438.

creyente, delante de esta enseñanza debiera doblar sus rodillas en oración pidiendo a Dios que le conceda la gracia de vivir en humildad delante de Él.

El orgullo está presente en el hombre como consecuencia del pecado. De ahí la necesidad de entender claramente la bendición de la humildad, como parte del seguimiento a Jesús, que es *"humilde de corazón"* (Mt. 11:29). Cristo da ejemplo supremo para quienes acepten sin reservas sus demandas: *"aprended de mí que soy manso y humilde de corazón"*. Aprender aquí no es tanto imitación sino identificación con el Maestro. La paz del Príncipe de paz se comunica al que está en plena identificación con él, por lo que el que no encontraba antes paz viene a experimentar la misma paz del Maestro. El aprendizaje con este Maestro es admirable, porque Él es manso, por tanto puede enseñar al peor alumno sin reprenderle, con toda la paciencia y la gracia necesaria para cada caso y situación. Nada más elocuente que las muchas horas de enseñanza pausada y de comprensión ante la dureza de entendimiento de sus discípulos. Nunca tuvo problemas para responder a quienes venían a Él con alguna pregunta. Al final de su tiempo en la tierra, después de la resurrección, dedicó toda una jornada de camino con los dos de Emaús abriéndoles las Escrituras y enseñándoles con autoridad, gracia y paciencia (Lc. 24:25-27). De la misma forma dedicó cuarenta días, entre la resurrección y la ascensión para enseñar a los discípulos acerca del reino de Dios (Hch. 1:3). El que sigue a Jesús encuentra descanso perfecto, primeramente porque el conocimiento de Dios en la dimensión de su amor lo produce (Ro. 8:31, 35-39); en segundo lugar por la providencia de Dios en el cuidado cotidiano llena de paz el alma (Sal. 23:1; Ro. 8:32); en tercer lugar porque el sentimiento adquiere la dimensión que necesita en la experiencia de la orientación divina para que todas las cosas cooperen para bien (Ro. 8:28).

La soberbia separa y divide, mientras la humildad une en el amor. El ejercicio del liderazgo en la iglesia conlleva necesariamente la humildad. Ningún líder debe considerarse dueño de la congregación, de ahí que el apóstol diga: *"No como teniendo señorío"*, literalmente *"no siendo tiranos"*. El líder ejerce autoridad, pero él no es autoridad. El único Señor de la iglesia es Cristo (Ef. 1:20). Los pastores son servidores de quien es *"el gran Pastor de la ovejas"* (He. 13:20). El líder no es dueño sino que forma parte del rebaño de Dios. Ningún pastor o líder en la iglesia debe caer en el pecado de alcanzar o pretenderlo, el primado en la iglesia (3 Jn. 9-10). El título de honor para un creyente es ser *"servidor de Cristo"* (1 Co. 4:1). La enseñanza del Señor Jesús es clara, en este sentido: *"Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad"* (Mt. 20:25). Cristo hace ver el modo como actúan en el mundo quienes tienen poder sobre las naciones. Quien desee tener un lugar de liderazgo, en el ejercicio de autoridad, debe considerar como se ejerce esta en el ámbito de las naciones. Los

líderes en el mundo procuran alcanzar los puestos de autoridad y poder para ejercerlo luego sobre los que están bajo ellos una autoridad, muchas veces, abusiva. Jesús usa dos verbos muy enfáticos, el primero tiene que ver con *enseñorearse, dominar*, el segundo con una manifestación incorrecta del ejercicio de autoridad. Ese es el verbo que utiliza para *enseñorearse*, aparecerá más tarde en la primera epístola de Pedro, cuando escribe sobre el modo de comportarse de los líderes en la iglesia, que no puede ser como *teniendo señorío*, sobre la heredad de Dios (1 P. 5:3). Es sorprendente que cuando se despierta el espíritu de arrogancia y vanagloria personal se abre el camino para el ejercicio del liderazgo que se sustenta en el despotismo y no en el amor. Los líderes en la obra, los pastores en la congregación, los acianos ejercen autoridad pero en ningún caso ellos son autoridades. El único Señor de la iglesia es Cristo (Ef. 1:20). Los líderes son servidores de quien es *"El gran Pastor de las ovejas"* (He. 13:20). Los ancianos no son dueños sino que ellos mismos forman parte de la grey que necesita ser pastoreada. A los líderes en la iglesia les viene muy mal la pompa, grandeza y señorío propios de los príncipes de este mundo. Los fieles puestos bajo el cuidado pastoral deben ser conducidos por ejemplaridad y no por señorío sobre ellos. El problema de la arrogancia y vanagloria atrae la oposición de Dios que resiste a los soberbios y sólo da gracia a quienes son humildes (1 P. 5:5). Revestirse de humildad es poner el delantal propio de un esclavo. No vale altanería ni arrogancia con Dios (Sal. 18:27). Dios atiende al humilde mientras resiste al altivo (Sal. 136:8; Is. 66:2; Stg. 4:6). Por contraste dice el Señor: *"Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo"* (Mt. 20:26-27). La grandeza en el reino sigue un camino diferente al que es natural en los reinos de las naciones. La grandeza se consigue dándose, en lugar de esperar recibir. Los discípulos habían preguntado sobre lo que recibirían, Jesús les habla de entregarse a favor de otros. La grandeza en el reino se alcanza desde la condición de un siervo que se entrega por los demás. Ser verdaderamente grande significa amar a otros y servirlos por amor. Dios capacita al cristiano para llevarlo a cabo derramando su amor en el corazón de cada uno por medio de la acción del Espíritu Santo (Ro. 5:5). La mente de Jesús viene a ser el modo de conducción del pensamiento de quien le sigue (1 Co. 2:16). Los grandes en la Escritura se manifiestan por su humildad y disposición al servicio. El deber supremo de los discípulos de Jesús es servirse por amor unos a otros (Gá. 5:13). No cabe duda que esa es la verdadera grandeza y la suprema libertad. Para llevarlo a cabo es necesaria la humildad. La disposición del corazón de quien es verdaderamente discípulo del Señor tiende a buscar siempre la utilidad que su vida y ministerio pueda dar a los demás. Considera los dones de que fue dotado por la gracia no como un elemento de orgullo sino como un instrumento de servicio, poniéndolos a disposición de la iglesia y para edificación del pueblo de Dios (1 P. 4:10). Los que están en la disposición de entregarse plenamente

buscando el bien del otro y no el suyo propio (1 Co. 10:24), está en el seguimiento fiel del Rey que vino para servir. Nuevamente debe hacerse resaltar que lo que la Iglesia necesita son menos grandes y más siervos. El primero en el reino es el que asuma la condición de un esclavo. Es interesante apreciar que Mateo utiliza dos términos diferentes para referirse a *siervo*. En el versículo anterior usa un sustantivo que se traduce en castellano como *diácono*; en este el término se utiliza generalmente para referirse a un *esclavo*. El creyente asume la condición de suprema grandeza en la esfera del servicio. El verdadero título de honor de un creyente es el de siervo. Esto marca un profundo contraste con el pensamiento propio de los reinos del mundo. Los discípulos pensaban todavía en términos humanos y de esa manera concebían el reino de los cielos. Por esa causa buscaban lugares de honor, asientos a derecha e izquierda del rey. Jesús les hace ver que en el reino de los cielos en la presente dispensación, los lugares más dignos son aquellos en los que se ejerce el trabajo desde la condición de un esclavo. En el futuro, cuando la glorificación de los cristianos se produzca, habrá lugar y tiempo para recibir recompensas y ocupar los lugares que Dios ha designado para cada uno. No puede hablarse de conversión sin hacerlo también de servicio (1 Ts. 1:9-10). Debe recordarse que el mismo apóstol Pablo deseaba pasar a la historia no como un grande, sino como un esclavo de ínfimo grado (1 Co. 4:1). La razón de este ministerio en la humildad está en razón de lo que el mismo Señor hizo: *"como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos"* (Mt. 20:28). La primera afirmación tiene que ver con la razón de la venida del Hijo del Hombre, en donde nuestro Salvador enfatiza la razón de ella en un ámbito de servicio. Cristo vino no para ser servido, como le hubiera correspondido en su condición de Dios y Creador, con derechos sobre las criaturas, sino para servir. La encarnación del Verbo tiene el propósito de servir. Quien es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos (Ro. 9:5), desciende a la condición de hombre para que, desde su humanidad, pueda humillarse hasta la muerte y muerte de cruz (Fil. 2:8). El Mesías no había entrado en el mundo de los hombres, en su primera venida, para ser entronizado y manifestarse glorioso en el mundo, sino para sufrir el desprecio, la sinrazón, las injurias y la muerte. Los reyes del mundo son servidos, el Rey de reyes vino para servir. El servicio que haría se expresa en una obra de redención. Un segundo aspecto necesario en la obra redentora de Cristo está relacionado con el estado de humillación del Verbo de Dios, que la hace posible. Esencialmente ese estado comprende *vaciamiento* o la *anonadación* que el Hijo de Dios hizo de sí mismo para tomar *"la forma de siervo"* (Fil. 2:7) y que se expresa en los pasos de su descenso desde la gloria hasta la cruz, que le permite *"gustar la muerte por todos"* (He. 2:9). Quien existía eternamente en *forma de Dios*[9] (Fil. 2:6), se *"despojó a sí mismo"* hasta

[9] La palabra μορφῇ sólo puede usarse cuando hay una condición que la hace posible, por tanto, Cristo existía en forma de Dios porque era Dios.

llegar a ser un auténtico *siervo.* El modo para llegar a esa *forma* exigió el *"despojarse a Sí mismo"*, que equivale en significado a *vaciarse.* Un complemento en la enseñanza del anonadamiento del Hijo de Dios está en la epístola a los Hebreos (He. 10:5-7). El escritor transcribe casi literalmente del Salmo 40:6-7, según la LXX, en donde el salmista, en lugar de *"me apropiaste cuerpo"* dice: *"has abierto mis oídos".* Tal expresión tiene que ver con la obediencia incondicional del siervo, atento sólo a la voz de su Señor. El pasaje se complementa con el significado que alcanzaba la regulación legal para llegar a ser *esclavo voluntario* mediante la *perforación del lóbulo de la oreja derecha*, con lo que quedaba convertido en esa condición por amor (Ex. 21:5-7). Simbólicamente, Jesucristo se sometió a tomar la *forma de siervo* para hacer la voluntad de Dios en el plan de redención. Así se comprende mejor las palabras del profeta Isaías: *"Jehová el Señor me abrió el oído, y yo no fui rebelde, ni me volví atrás. Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos. Porque Jehová el Señor me ayudará, por tanto no me avergoncé; por eso puso mi rostro como un pedernal, y sé que no seré avergonzado"* (Is. 50:5-7). La humillación del Hijo de Dios, no consistió en *hacerse hombre*, sino en tomar la *forma de siervo.* La humanidad asumida es el vehículo para llegar a la *forma de siervo*.

El servicio desde la arrogancia no es servicio, sino hipocresía. El único camino para el verdadero cristiano es la senda de la humildad en dependencia del Señor. El líder en el pueblo de Dios no actúa por imposición, sino por ejemplo: *"siendo ejemplos de la grey"* (1 P. 5:3). El que guía al pueblo de Dios, siguiendo las huellas del Maestro, ha de caminar delante de la congregación orientando y dando ejemplo, como Jesús enseñó (Jn. 10:4), por tanto, la congregación debe ver a sus líderes como *modelos* de comportamiento cristiano. El pastor no puede exigir de la congregación aquello que él mismo no esté haciendo.

CAPÍTULO XIX

LA SEGUNDA VENIDA DEL SEÑOR

Introducción.

A simple vista la división del libro en capítulos y versículos no tuvo en cuenta un método temático concreto ya que el párrafo primero (vv. 1-10), más bien debiera corresponder a la alabanza que surge como consecuencia de la destrucción de Babilonia. Para algunos el capítulo *"está dividido de un modo empírico y casi casual. Al hacerse la división no se tuvo en cuenta, como sucede otras veces a lo largo de la Biblia entera, la unidad intrínseca de los pasajes. De ahí que haya dos partes totalmente distintas. La primera, que abarca del v. 1 al 10, es la conclusión de la gran sección precedente que empieza en el c. 17, cuando el ángel-guía muestra a Juan el gran castigo de la mujer… La segunda parte, mucho más corta (v. 11-21), corresponde a la sección subsiguiente, que se refiere a la victoria sobre la bestia y el seudo profeta, o sea la segunda bestia (13:11)*[1]*"*. Sin embargo, existe un hilo conductor en el capítulo que sirve de enlace entre lo que se ha descrito antes, respecto a la caída de Babilonia, y lo que sigue luego en relación con la segunda venida de Cristo. El cielo entero proclama la gloria de Aquel que ha vencido sobre el sistema del Anticristo y anticipa, con la alabanza, la victoria definitiva que se producirá en su segunda venida a la tierra. Es cierto que el primer párrafo del capítulo continúa con la celebración de la caída de Babilonia, mediante un cántico de alabanza y acción de gracias en el cielo, por cuanto Dios ha juzgado y ejecutado su juicio sobre la *"gran ramera"*. Es la traslación del impetuoso eco de la alabanza celestial que proclama el triunfo de Dios y le glorifica. La iglesia irrumpe nuevamente en el panorama profético para presentarse como la esposa del Cordero, vestida con las ropas propias de una esposa apercibida para su marido, que con Él va a festejar el acontecimiento nupcial, en la cena de las bodas. Los santos que se regocijan con el triunfo de Dios sobre sus adversarios, se regocijan también porque ha llegado el día de la manifestación, con el Cordero, de su esposa para una unión perpetuamente visible.

Es un capítulo de triunfo, que finalmente ofrece la panorámica profética de la victoria del Mesías triunfante sobre sus enemigos. En el texto se aprecia como Cristo desciende rodeado de majestad y gloria para tomar posesión del reino determinado por el Padre para Él. La derrota de los ejércitos que se oponen al programa de Dios, el apresamiento de los dos líderes humanos del reino del Anticristo, la bestia y el falso profeta, dan paso a la manifestación gloriosa del Rey de reyes que desciende para cumplir la promesa de su segunda

---

[1] Sebastián Bartina. o.c., pág. 800

venida a la tierra. Esta manifestación del Jesucristo se hace como el Señor de los ejércitos, triunfante, rodeado de los ejércitos celestiales, cabalgando sobre un caballo blanco, símbolo de victoria. Cristo desciende también como el Rey, sus diademas lo ponen de manifiesto. La ropa teñida en la sangre expresa la victoria plena sobre sus enemigos. Cristo desciende para tomar posesión de su reino y gobernar la tierra como está determinado por Dios. Todo el capítulo es una expresión admirable de adoración y alabanza por lo que Dios es y por lo que hace.

La división para el estudio que se ha detallado en el Bosquejo del Libro es la que sigue:

1. La segunda venida de Cristo (19:1-21).
    - 1.1. Alabanzas en el cielo (19:1-6).
    - 1.2. Anuncio de la cena de las bodas del Cordero (19:7-10).
    - 1.3. Advenimiento del Señor (19:11-16).
    - 1.4. La última batalla del Armagedón (19:17-21)

La Segunda Venida de Cristo (19:1-21).

Alabanzas en el cielo (19:1-6).

1. Después de esto oí una gran voz de gran multitud en el cielo, que decía: ¡Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro.

Μετὰ ταῦτα ἤκουσα ὡς φωνὴν μεγάλην ὄχλου πολλοῦ ἐν τῷ
Después de esto oí como voz grande de multitud mucha en el
οὐρανῷ λεγόντων· ἀλληλουϊά· ἡ σωτηρία καὶ ἡ δόξα καὶ ἡ δύναμις
cielo diciendo: ¡Aleluya! la salvación y la gloria y el poder
τοῦ Θεοῦ ἡμῶν,
del Dios de nosotros.

Notas y análisis del texto griego.

El párrafo comienza con μετὰ, preposición de acusativo *detrás de, después de*; seguido de ταῦτα, caso acusativo neutro plural del pronombre demostrativo *esto*; ἤκουσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκούω, *oír*, aquí como *oí*; ὡς, adverbio de modo *como*; καὶ, en este caso adverbio de modo, *también*; φωνὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *voz, sonido, ruido*; μεγάλην, caso acusativo femenino singular del adjetivo *grande*; ὄχλου, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *pueblo, muchedumbre, gentío, multitud de gente*; πολλοῦ, caso genitivo masculino singular del adjetivo *mucho, grande, fuerte*; ἐν, preposición de dativo, *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; οὐρανῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo *cielo*; λεγόντων, caso genitivo masculino plural del participio de

presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir*, aquí como *diciendo, o que decía*. La expresión de la multitud comienza con ἁλληλουϊα, transliteración del hebreo (*hal^e lû-Yah*), equivalente a *Alabad a Yahwe*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; σωτηρία, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *salvación*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; δόξα, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *gloria, esplendor, honor*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; δύναμις, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *poder, potencia, fuerza, capacidad operativa*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; Θεου, caso genitivo masculino singular del nombre *Dios*; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de nosotros*.

Μετὰ ταῦτα ἤκουσα ὡς φωνὴν μεγάλην ὄχλου πολλοῦ ἐν τῷ οὐρανῷ. Juan no dice que vio algo, simplemente oyó uno de los himnos celestiales. La expresión típica en el Apocalipsis μετὰ ταῦτα, *"después de esto"*, no significa que haya un intervalo de tiempo entre el final de las visiones del capítulo anterior y lo que sigue, sino una secuencia sin solución de continuidad que se produce en el relato. El apóstol que relata las revelaciones recibidas, orienta al lector hacia una nueva visión con esa forma habitual que indica que lo que sigue no es algo nuevo, en el sentido de desvinculado de lo que antecede, sino la culminación de lo que se describió en los dos capítulos anteriores. El apóstol afirma que oyó uno de los himnos celestiales, posiblemente como respuesta a la invitación formulada antes (18:20). Sin duda se produce aquí un cambio de ambiente en el desarrollo de los acontecimientos, pasando de los juicios de Dios a Su victoria. La capital del reino del Anticristo y su sistema fueron destruidos por Dios, lo cual apunta al final del tiempo de la tribulación y al establecimiento del reino de Dios en la tierra. Por esa razón, se produce el primer himno dentro de los relatos que forman el capítulo. Es el preludio al magno acontecimiento de la segunda venida de Jesucristo. Es como un puente de transición entre la tribulación y el Milenio. El cántico que Juan oyó se entona por una gran multitud en los cielos. Es interesante la construcción intensificada del texto griego en que se lee literalmente ὄχλου πολλου *"de multitud mucha"*. No se nos dice quienes son los que forman esa gran multitud. Pudiera tratarse de los ángeles que rodean el trono de Dios (cf. 5:11), ya que no se dice que *cantasen*, sino que λεγόντων, *que decían*, literalmente *diciendo* o *que dice.*

La alabanza celestial se inicia con un impactante ἁλληλουϊά, *¡Aleluya!*, transliteración de una palabra hebrea que equivale a *"alabad a Jehová"*, formada por el imperativo del verbo hebreo *hallel*, alabar, y *Yah*, abreviatura de *Yahwe*. Es una expresión típica de los salmos de alabanza (cf. Sal. 106:45; 106;1, 48; 111:1; 113:1, 9; 115:18; 116:19; 117:2; 135:1, 21: 146:1; 147:1; 148:1; 149:1; 150:1). Esta palabra *Aleluya*, vino a ser expresión de gozo y

triunfo, convirtiéndose casi en una exclamación para el pueblo de Dios, atribuyendo a Dios, fuente de origen, toda victoria. La expresión aquí se produce como manifestación reconocida del triunfo de Dios y, por tanto, de la victoria de la causa de Dios en la tierra. La multitud proclama, seguida del aleluya, cuatro grandes cualidades de Dios. La frase es una reconstrucción en forma de polisíndeton[2], además de la separación de cada una de las expresiones por el artículo.

La primera proclamación tiene que ver con ἡ σωτηρία, *la salvación*. La salvación alcanza en la Biblia una gran cantidad de aspectos. En el más amplio y completo sentido, la salvación es de Dios (Sal. 3:8; Jon. 2:9). La salvación de la condenación del pecador se originó en el propósito salvífico consecuencia de la soberanía de Dios (2 Ti. 1:9). Nadie más que Dios salva por determinación propia, sin condicionante humano alguno que lo motive, determinando salvar al pecador antes de la creación del hombre y antes de la caída. Nadie más que Él llevó a cabo la salvación enviando a su hijo al mundo con el propósito salvífico predeterminado antes de la creación, produciéndose esa acción salvadora en el cumplimiento del tiempo que antes había determinado (Gá. 4:4). La aplicación de la salvación es también de Dios, por cuanto la capacitación a salvación del pecador es una operación del Espíritu Santo (1 P. 1:2). La aplicación de la salvación se otorga divinamente por gracia, mediante la fe, a todo aquel que cree (Ef. 2:8-9), pero, en la dotación de los elementos salvíficos está solamente Dios. La sustentación de la salvación en el sentido de la perseverancia de los santos para la gloria, procede también de Dios (Jud. 24-25). La glorificación en la experiencia definitiva y perpetua de la salvación y sus beneficios es también asunto divino. Pero, la salvación tiene también connotaciones y aspectos temporales, como es la liberación de alguien de alguna condición esclavizante. No solo en el sentido de perdón de pecados y liberación de la esclavitud espiritual (Ro. 6:17, 18, 22), sino también de opresiones temporales y físicas, como, por ejemplo, la salvación del pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto. En este sentido la salvación, en el contexto inmediato de este versículo, tiene que ver con la liberación del sistema satánico, representado en la destrucción de Babilonia, que había sido establecido en el mundo por el gobierno del Anticristo. La salvación aquí, como liberación, está relacionada con la inminente manifestación del reino de Dios o reino de los cielos, en la tierra, con su sistema de justicia y rectitud, y la eliminación de las condiciones infernales establecidas por Satanás a lo largo del tiempo, especialmente en el rechazo a Dios.

---

[2] Figura del lenguaje que consiste en separar cada uno de los sustantivos en una frase mediante una conjunción copulativa, para dar mayor fuerza a la expresión.

La aclamación celestial tiene razón también en *la honra*, que se proclama como de Dios. Este sustantivo se introduce en algunas versiones, procedente de mss poco seguros. Es interesante apreciar que la proclamación celestial sigue una concatenación regresiva, que comienza con la salvación, acción final de Dios, a la que antecede la *honra* de Dios, y que puede establecerse en razón del *poder* divino. Esa honra, como respeto que se debe a Dios, había sido cuestionada y eliminada en el gobierno de Anticristo. Dios retoma la honra debida al establecer su reino en la tierra, para ser obedecido y acatado como Rey de reyes y Señor de señores.

El *Aleluya* con que se inicia el cántico tiene que ver con ἡ δόξα, *la gloria* de Dios, aquí relacionada con la gloria moral de Dios que le lleva a la ejecución de sus juicios, justos, sobre la iniquidad y el pecado de los hombres. La gloria de Dios se manifestó en cada momento de la historia en que Él intervino. Su gloria se hizo patente contra la desobediencia del Faraón, en la liberación de Su pueblo. También en la manifestación de su poder sobre los sacerdotes de Baal en tiempos de Elías (1 R. 18). La suprema manifestación de su gloria ocurre en la Cruz, donde hace posible la libertad de todos los esclavos del pecado, liberándolos del poder de las tinieblas y trasladándolos al reino de su amado Hijo (Col. 1:13). Dios hace la obra de salvación para su gloria (Ef. 1:6, 12, 14). El contexto inmediato exige entender la gloria como manifestación victoriosa de los juicios que ponen de manifiesto la *gloria moral* de Dios (Ap. 15:8), en el sentido de la salvación de los creyentes en relación con el poder del Anticristo y la liberación de toda la oposición al gobierno de Dios.

La cuarta perfección de Dios que conduce a la alabanza celestial es ἡ δύναμις, *el poder*. El sustantivo que aparece en el texto griego, tiene que ver con el poder dinámico, que permite la actuación de Dios en forma plena y eficaz, conforme a sus determinaciones y propósitos. El término está vinculado con dos palabras españolas: *dinamita* y *dinamo*. La primera establece una relación *de poder explosivo*, es decir, la capacidad irresistible de su poder; la segunda, que es el sentido más usado en relación con el *poder* de Dios, tiene que ver con la *permanencia* de ese poder. Mientras que la dinamita explosiona y concluye, la dinamo produce energía continua y permanentemente. El poder de Dios, proclamado en el himno celestial, no sólo actúa puntualmente y de forma irresistible, sino que hace que Dios pueda operar sus propósitos en todo tiempo, conforme a su voluntad. Dios actúa siempre con toda eficacia y nadie puede resistir su voluntad, porque nadie puede resistir a su poder. Dios no manifiesta su poder en ocasiones, es siempre poderoso y lo expresa continuamente.

2. Porque sus juicios son verdaderos y justos; pues ha juzgado a la gran ramera que ha corrompido a la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella.

ὅτι ἀληθιναὶ καὶ δίκαιαι αἱ κρίσεις αὐτοῦ·
Porque verdaderos y justos los juicios de Él
ὅτι ἔκρινεν τὴν πόρνην τὴν μεγάλην
pues juzgó a la ramera a la grande
ἥτις ἔφθειρεν τὴν γῆν ἐν τῇ πορνείᾳ αὐτῆς,
la que corrompía a la tierra con la fornicación de ella
καὶ ἐξεδίκησεν τὸ αἷμα τῶν δούλων αὐτοῦ
y vindicó la sangre de los siervos de Él
ἐκ χειρὸς αὐτῆς.
de mano de ella.

Notas y análisis del texto griego.

Enlazado con el contenido del versículo anterior, la alabanza sigue con ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; ἀληθιναι, caso nominativo femenino plural del adjetivo *verdadero*; καὶ, conjunción copulativa *y*; δίκαιαι, caso nominativo femenino plural del adjetivo, que expresa la condición de lo que es *conforme a la ley, justo*; αἱ, caso nominativo femenino plural del artículo determinado *las*, en español sería masculino; κρίσεις, caso nominativo femenino plural del sustantivo *juicios*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; ἔκρινεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo κρίνω, *juzgar*, aquí como *juzgó*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado declinado *a la*; πόρνην, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *meretriz, ramera*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado declinado *a la*; μεγάλην, caso acusativo femenino singular del adjetivo *grande*; ἥτις, caso nominativo femenino singular del pronombre relativo *la que*; ἔφθειρεν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo φθείρω, *corromper, destruir, arruinar,* aquí como *corrompía*, usándose en general para referirse a relaciones corruptoras, incluso de influencia de herejes; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado declinado *a la*; γῆν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *tierra*; ἐν, preposición de dativo, *con*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; πορνείᾳ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *fornicación, inmundicia sexual, perversión moral*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐξεδίκησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἐκδικέω, *vengar, hacer justicia, vindicar*, aquí como *vindicó*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*, femenino en castellano; αἷμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *sangre*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; δούλων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *siervos*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; ἐκ, preposición de genitivo, *de*; χειρὸς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *mano*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella.*

Ὅτι ἀληθιναὶ καὶ δίκαιαι αἱ κρίσεις αὐτοῦ. La alabanza surge al ver la justicia de Dios, una justicia perfecta. Dios es verdad y justicia, por tanto,

sus actos judiciales están rodeados de esas perfecciones. Las perfecciones involucradas en la justicia de Dios han sido ya proclamadas antes (15:3-4; 16:7). Los juicios de Dios son *verdaderos*, es decir, *genuinos*, como consecuencia de que Él es fiel a sí mismo. Esta verdad, en el contexto del pensamiento semítico, tiene que ver con fidelidad y continuidad. Dios es siempre el mismo, su pensamiento y acciones no cambian ni son alterados por ninguna circunstancia. No cabe duda que el tiempo de Dios no es el tiempo del hombre. Dios esperó pero llegó el momento en que intervino judicialmente contra Babilonia y destruyó todo su esplendor, reduciéndolo a cenizas. Esa fidelidad en el obrar divino, expresa también la justicia del Señor, destacándola por su imparcialidad. Dios actúa siempre por razones de absoluta justicia, viendo no sólo lo externo y aparente, sino lo interno de las intenciones que mueven los actos. A lo largo de la historia esa verdad se confirma continuamente. El diluvio, como expresión de la justicia de Dios, fue un acto justo y verdadero, al haber dado tiempo suficiente a los hombres para un cambio de orientación en relación con Él. La rebeldía de aquellos antediluvianos trajo como consecuencia la acción judicial de Dios sobre ellos en fidelidad, porque ya la había anunciado, y en justicia, al haber dado tiempo al arrepentimiento (Gn. 6:5, 12, 13 ss). El Señor dijo en su discurso profético, que la maldad de los hombres en el tiempo anterior a su venida, sería semejante a la de los días de Noé (Mt. 24:37-39). Todo ello traerá como consecuencia la acción judicial de Dios contra el sistema de los hombres.

῞Οτι ἔκρινεν τὴν πόρνην τὴν μεγάλην. Esa acción es también justa por cuanto actuó en juicio y ejecutó la sentencia justa que corresponde a su acto judicial. La ejecución de la sentencia de su tribunal, será ejecutada hasta el cumplimiento pleno de ella, de ahí que el verbo que usa Juan esté en un modo que indica una acción completamente realizada: ἔκρινεν, *"ha juzgado"*, o mejor aún *"juzgó"*. El juicio de Dios y la condenación tiene que ver con la *"gran ramera"*.

῞Ητις ἔφθειρεν τὴν γῆν ἐν τῇ πορνείᾳ αὐτῆς. Los detalles del juicio de Dios y la consumación de su sentencia se han considerado ya en los dos capítulos anteriores. En ese juicio y en la ejecución de la sentencia, Dios pondrá de manifiesto delante de todos, la *corrupción* que se había producido en el sistema del Anticristo. El verbo[3] utilizado tiene un mayor significado, comprendiendo la idea de *destruir corrompiendo*, usándose para referirse a los resultados de las malas compañías, que *corrompen* las buenas costumbres (1 Co. 15:33). El sistema del Anticristo, *la gran ramera*, creará un sistema corrupto y corruptor. El alcance de esa corrupción fue *la tierra*, en el sentido de las personas, naciones y pueblos que estén sobre la tierra. No quedará nada que

---

[3] Griego: φθείρω.

no sea alcanzado y contaminado por el sistema corrupto. Esta realidad quedó evidenciada en los capítulos anteriores (14:9; 17:2; 18:3). Nuevamente el sistema de corrupción se califica aquí como πορνείᾳ, *fornicación*. La corrupción inmoralizante se llama también *idolatría* y *blasfemia*, tanto de doctrina, esto es, de enseñanza, como de operatividad o acción de los hombres, obrando como consecuencia de la corrupción que les alcanza y determina sus acciones. Babilonia será inductora de las prácticas inmorales entre las naciones de la tierra, especialmente la de rechazo de Dios y blasfemia contra su nombre (16:21).

Καὶ ἐξεδίκησεν τὸ αἷμα τῶν δούλων αὐτοῦ ἐκ χειρὸς αὐτῆς. La corrupción se manifestó también en la muerte de los santos. Miles de creyentes, durante el período de la tribulación, serán muertos por el testimonio de Jesucristo. De ahí la gran multitud en la presencia del Cordero (7:9 ss); de las almas de los mártires bajo el altar (6:10); y otros, que serán víctimas del odio ciego del Anticristo y su sistema contra Dios. La sangre de ellos clama a Dios desde la tierra, por tanto el Señor *vindica* en la acción judicial contra Babilonia la acción del sistema contra los santos. El verbo que Juan utiliza es muy ilustrativo, compuesto por la preposición *de* (partitivo) y el término *justicia*, es decir, aquello que procede de la justicia o que se hace con justicia. La pregunta de los mártires ante la justicia de Dios tendrá fiel respuesta. Por un tiempo la *gran ramera* se embriagó de la sangre de los santos (17:6). Entonces, la acción retributiva de Dios mostrará su justicia en toda la perfección y dimensión, dando el pago que corresponde a sus acciones perversas.

Dios vindica la sangre de sus siervos. Nadie que sirva diligentemente a Dios quedará olvidado por Él. Los siervos de Dios, que han dado su vida en sacrificio sirviendo al Dios vivo, serán recompensados y galardonados por Él (He. 10:35, 36). Todo ese orden violado por el sistema impío del Anticristo, será restituido en justicia por Dios. Ninguno de aquellos mártires tuvo que ocuparse de esa vindicación, simplemente dejaron su vida en la mano de Dios y Él actúo en justicia en su favor. La enseñanza y exhortación del Salmo, adquiere aquí una notable relevancia: *"Encomienda a Jehová tu camino, y confía en Él; y Él hará. Exhibirá tu justicia como la luz, y tu derecho como el mediodía"* (Sal. 37:5-6). Es posible que el tiempo de la vida del que es tratado injustamente no vea la vindicación de Dios, pero en su momento se producirá. Los mártires que sellaron su fe con la muerte, no vieron en su vida terrenal la acción de la justicia divina, pero la verán definitivamente cuando Dios intervenga sobre sus homicidas. El apóstol Pedro enseña esto mismo: *"Los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador"* (1 P. 4:19). Dios permite las pruebas e incluso la muerte en la vida del creyente como una concesión de su gracia (Fil. 1:29). No se trata de aquellos que sufren por causa del pecado, sino del justo que es oprimido por su fe. El creyente debe perseverar

en la enseñanza de que también los buenos sufren. Una idea generalizada especialmente por el legalismo es que sólo los malos padecen tribulaciones. Esa era también la idea que por efectos legalistas había penetrado en la mente de los discípulos del Señor (Jn. 9:2). Al encomendar la causa en las manos del Creador, descansamos en quien es poderoso para librar y ayudar (Sal. 37:5), porque es fiel para cumplir todas sus promesas. Podrá perderse la vida, pero nunca dejará de sentirse y experimentarse la fidelidad de Dios (2 Ti. 1:12).

3. Y otra vez dijeron: ¡Aleluya! Y el humo de ella sube por los siglos de los siglos.

καὶ δεύτερον εἴρηκαν·
Y otra vez dijeron:
ἀλληλουϊά·
¡Aleluya!
καὶ ὁ καπνὸς αὐτῆς ἀναβαίνει εἰς τοὺς αἰῶνας τῶν αἰώνων.
y el humo de ella sube por los siglos de los siglos.

Notas y análisis del texto griego.

El himno celestial recalca una de sus expresiones: καὶ, conjunción copulativa *y*; δεύτερον, aun cuando se trata de un adjetivo numeral ordinal, aquí más bien debe considerarse como un acusativo adverbial equivalente a *otra vez, una segunda vez*; εἴρηκαν, tercera persona plural del perfecto de indicativo en voz activa del verbo ático ἐρέω, forma jónica y épica usada por ἔρω *decir, hablar,* aquí como *dijeron*. El himno prosigue y prorrumpe nuevamente con ἀλληλουϊα, transliteración del hebreo (*halᵉlû-Yah*), equivalente a *Alabad a Yahwe*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; καπνὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *humo*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella*; ἀναβαίνει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἀναβαίνω, *salir, crecer, subir*, aquí como *sube*; εἰς, preposición de acusativo *por*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; αἰῶνας, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota *edades, siglos*; τῶν, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *de los*; αἰώνων, caso genitivo masculino singular del sustantivo *siglos*.

Καὶ δεύτερον εἴρηκαν· ἀλληλουϊά. Nuevamente, el himno celestial prorrumpe en júbilo con un nuevo *aleluya*, precedido del presente del verbo *decir*, que en su condición de presente lineal indica una acción continuada, como si el *aleluya* se proyectase a perpetuidad, en un *aleluya* continuado. Esa es una expresión jubilosa por la acción divina sobre la ciudad perversa capitalina del sistema diabólico del Anticristo, que fue destruida por la acción omnipotente de Dios. El Soberano había determinado esto, anunciándolo con anterioridad (14:11), ahora la acción divina se había cumplido y el majestuoso *aleluya*, proclama cósmicamente la victoria de Dios sobre la organización del mal.

Καὶ ὁ καπνὸς αὐτῆς ἀναβαίνει εἰς τοὺς αἰῶνας τῶν αἰώνων. En una figura del lenguaje, el coro celestial proclama que el humo del incendio de la ciudad *sube*, en un nuevo presente de indicativo que expresa la idea de continuidad, como si dijesen *"persiste en subir"*, o *"sube continuamente"*. La destrucción súbita de la ciudad hace subir el humo de su incendio, ya que será destruida por fuego que descenderá del cielo sobre ella. Concluyendo la expresión del himno que Juan oía desde el cielo, con una expresión metafórica: *"por los siglos de los siglos"*, que expresa una destrucción perpetua del sistema del Anticristo. Ese orden político-económico que se manifestará en la ciudad capital del sistema, llamada aquí Babilonia, no volverá a surgir jamás. La capital de ese sistema no volverá a reedificarse nunca más, por cuanto el sistema mismo se ha extinguido definitivamente por el juicio de Dios. Es una expresión típica del lenguaje metafórico profético, como ocurre en Isaías: *"No se apagará de noche ni de día, perpetuamente subirá su humo; de generación en generación será asolada, nunca jamás pasará nadie por ella"* (Is. 34:10). El humo de ella sube por los siglos, lo que indica también el tormento perpetuo de los moradores de ella, esto responde definitivamente a la pregunta que los santos que perdieron la vida por su fe habían formulado antes: *"¿Hasta cuando, Señor santo y verdadero, no juzgas?"* (6:10). La respuesta definitiva se produce manifestada por el humo que sube de la ciudad destruida.

4. Y los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes se postraron en tierra y adoraron a Dios, que estaba sentado en el trono, y decían: ¡Amén! ¡Aleluya!

καὶ ἔπεσαν οἱ πρεσβύτεροι οἱ εἴκοσι τέσσαρες καὶ τὰ τέσσαρα
Y cayeron los ancianos los veinticuatro y los cuatro
ζῷα καὶ προσεκύνησαν τῷ Θεῷ τῷ καθημένῳ ἐπὶ τῷ
seres vivientes y adoraron - a Dios al que estaba sentado sobre el
θρόνῳ λέγοντες·
trono diciendo:
ἀμὴν ἀλληλουϊά,
¡Amén! ¡Aleluya!

Notas y análisis del texto griego.

Al himno celestial responden los veinticuatro ancianos y los seres vivientes, acción descrita con καὶ, conjunción copulativa *y*, que da continuidad al relato; seguida de ἔπεσαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πίπτω, *caer, precipitarse*, aquí como *cayeron*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; πρεσβύτεροι, caso nominativo masculino plural del adjetivo articular que expresa la condición de *viejo, anciano*; seguido nuevamente de οἱ caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*, en una enfática precisión εἴκοσι, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral cardinal *veinte*; τέσσαρες, caso nominativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *cuatro*; καὶ,

conjunción copulativa *y*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*; τέσσαρα, caso nominativo neutro plural del adjetivo numeral cardinal *cuatro*; ζῷα, caso nominativo neutro plural del sustantivo que denota *seres vivos*, incluso *animales*, *vida creada*; καὶ, conjunción copulativa *y*; προσεκύνησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo προσκυνέω, literalmente *arrodillarse, rendir homenaje, hacer reverencia*, es el verbo que se traduce continuamente por *adorar* en el Nuevo Testamento, aquí como *adoraron*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en castellano al determinar a Dios; Θεῷ, caso dativo masculino singular del nombre propio declinado *a Dios*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; καθημένῳ, caso dativo masculino singular del participio presente en voz activa del verbo κάθημαι, *sentarse, estar sentado,* aquí como *estaba sentado, que estaba sentado*, o simplemente *sentado*; ἐπὶ, preposición de dativo *sobre*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; θρόνῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota *trono*; λέγοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir*, aquí como *diciendo*: ἀμὴν, transliteración de la palabra hebrea *verdad, certeza*, en este caso con sentido de *así sea*, en español para manifestar aquiescencia o vivo deseo de que tenga efecto lo que se dice; ἁλληλουϊα, transliteración del hebreo (*halᵉlû-Yah*), equivalente a *Alabad a Yahwe*.

Καὶ ἔπεσαν οἱ πρεσβύτεροι οἱ εἴκοσι τέσσαρες καὶ τὰ τέσσαρα ζῷα καὶ προσεκύνησαν τῷ Θεῷ. Una nueva manifestación de los dos grupos de seres que aparecen ya al principio del libro y que se mencionaron en varias ocasiones. Los veinticuatro ancianos representan, como se ha considerado antes, la iglesia glorificada y son los mismos mencionados antes (4:4, 10; 5:8, 11, 14; 7:11; 11:16; 14:3). Los cuatro seres vivientes son ángeles de un alto rango, cuyo ministerio está vinculado y se establece directamente en torno al trono de Dios. Estos dos grupos se unen a la alabanza celestial en adoración al que está sentado en el trono, expresada mediante dos verbos: ἔπεσαν, *cayeron y* προσεκύνησαν, *adoraron*. Estas manifestaciones de adoración se han descrito varias veces en el libro (4:4, 10; 5:8, 11, 14; 7:11; 11:16; 14:3). Como ocurrió antes los veinticuatro ancianos dejan los tronos en que estaban sentados para postrarse delante del que está en el trono.

τῷ Θεῷ τῷ καθημένῳ ἐπὶ τῷ θρόνῳ λέγοντες. La adoración se dirigía a Dios, *al que estaba sentado sobre el trono.* El verbo[4] que Juan usa para referirse a la adoración es el más común en el Nuevo Testamento para expresar la acción de adorar, literalmente *se postraban de rodillas*, con la determinación de adorar. Como expresión de sumisión plena, caían prosternados ante Dios. A ellos, en la misma actitud van unidos los cuatro seres vivientes.

[4] Griego: προσκυνέω.

᾿Αμὴν ἁλληλουϊά. No es un cántico largo el que expresan estos dos grupos, simplemente se unen a la aclamación celestial con un *amén*, y un *aleluya*. Amén es la palabra hebrea intraducida o transliteralizada que equivale a *así sea*, ratificando todo lo dicho anteriormente por el coro celestial, manifestando con ello la aprobación y regocijo que impulsaba el himno celestial, aceptando lo dicho y haciéndolo suyo punto por punto. El *aleluya* final confirma la adoración expresando que Dios salva y por tanto es digno de toda gloria. El triunfo de Dios sobre el sistema del Anticristo impulsa también a los veinticuatro ancianos y a los cuatro seres vivientes a glorificar a Dios con un sencillo pero definitivo *aleluya*. En la historia acababa de asentarse definitivamente el triunfo victorioso de Dios, lo que impulsa a todos los seres celestiales y a los creyentes de la Iglesia, representados en los veinticuatro ancianos, a alabar al Señor.

5. Y salió del trono una voz que decía: Alabad a nuestro Dios todos sus siervos, y los que le teméis, así pequeños como grandes.

Καὶ φωνὴ ἀπὸ τοῦ θρόνου ἐξῆλθεν λέγουσα·
Y voz del trono salió que decía:
αἰνεῖτε τῷ Θεῷ ἡμῶν
Alabad al Dios de nosotros
πάντες οἱ δοῦλοι αὐτοῦ
todos los siervos de Él
καὶ[1] οἱ φοβούμενοι αὐτόν,
y los que teméis le
οἱ μικροὶ καὶ οἱ μεγάλοι.
los pequeños y los grandes.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] καὶ οἱ φοβούμενοι, *y los que teméis*, atestiguada en A, 046, 051, 1, 94, 1006, 1611, 1854, 1859, 2020, 2042, 2053, 2065, 2073, 2081, 2344, 2432, it$^{ar, c, dem, div, gig, haf, t}$, vg, syr$^{ph, h}$, cop^{bo}, arm, eth, Primasius, Andrés, Aretas.

οἱ φοβούμενοι, *los que teméis*, sin la conjunción *y*, que aparece en א, C, P, cop$^{sa, boms}$.

Una nueva observación de Juan se introduce con el acostumbrado καὶ, conjunción copulativa *y*; φωνὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *voz, ruido, sonido*; ἀπὸ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que en castellano forman la contracción *del*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *trono*; ἐξῆλθεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἐξέρχομαι, *salir,* aquí como *salió*; λέγουσα, caso nominativo femenino singular del participio de presente en voz

activa del verbo λέγω, *decir, hablar*, aquí como *que decía,* o incluso *diciendo*. Sigue la oración que recoge la voz del trono con αἰνεῖτε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo αἰνέω, *alabar, ensalzar*, aquí como *alabad*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; Θεῷ, caso dativo masculino singular del nombre *Dios*; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de nosotros*; πάντες, caso vocativo masculino plural del adjetivo indefinido *todos*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; δοῦλοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *siervos*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; φοβούμενοι, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz media del verbo φοβέομαι, *tener miedo, tener respeto, tener temor*, aquí como *que teméis*; αὐτόν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *le*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; μικροὶ, caso nominativo masculino plural del adjetivo articular, *pequeños*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; μεγάλοι, caso nominativo masculino plural del adjetivo articular *grandes*.

Καὶ φωνὴ ἀπὸ τοῦ θρόνου ἐξῆλθεν λέγουσα. Una nueva voz, desde el trono, es percibida por Juan. Se vuelve a utilizar aquí un lenguaje figurativo como si el trono de Dios hablase. Sin duda se trata de una voz que procedía de la dirección en donde se encontraba el trono de Dios (comp. con 14:18; 16:7). No debe entenderse como procedente de Dios o del Cordero, ya que expresa una exhortación a los hombres para que adoren a *“nuestro Dios”*, sino que probablemente proceda de uno de los grandes ángeles que rodean el trono y prestan su servicio cerca de él.

Αἰνεῖτε τῷ Θεῷ ἡμῶν. La voz que el apóstol oyó era, más que una exhortación, un mandato: *“Alabad”*; establecida con el presente de imperativo del verbo *alabar*, que indica, además de un mandato, una acción continuada, como si dijese: *“Alabad continuamente”*. Desde el trono de insta a los hombres a no cesar de alabar a Dios, literalmente *a nuestro Dios*. Como ocurre muchas veces en el Apocalipsis, las palabras son tomadas, o por lo menos son idénticas a otras del Antiguo Testamento (cf. Sal. 113:1; 115:13; 135:1, 20).

La alabanza procederá de quienes se les llama πάντες οἱ δοῦλοι αὐτοῦ, *“todos sus siervos”*. Anteriormente en el libro salió una expresión semejante: *“Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes”* (11:18). Los profetas, debe referirse a quienes servirán al Señor en la época más difícil de la historia humana. Posiblemente también a los profetas que lo hicieron en el tiempo antiguo y con ellos se exhorta también a los santos, es decir, οἱ φοβούμενοι

αὐτόν, *los que temen el nombre de Dios*. Esto es la consecuencia natural al ser Dios galardonador de los que le buscan (He. 11:6).

Οἱ μικροὶ καὶ οἱ μεγάλοι. Esta acción divina no tiene limitaciones y comprende a *"grandes y pequeños"*. Ningún siervo fiel, aunque sea muy pequeño a los ojos de los hombres y haya pasado desapercibido de otros, será ignorado y es convocado para alabar a Dios. Estos llamados *siervos* tienen una característica común, la de ser *temerosos de Dios*. El texto griego tiene dos lecturas alternativas, una: *"Alabad a nuestro Dios todos sus siervos, y los que le teméis, así grandes como pequeños"*. En este sentido serían dos grupos los llamados a alabarle, por un lado *"todos sus siervos"*, y además *"todos los que le teméis"*. Más bien debe seguirse la segunda alternativa: *"Alabad a nuestro Dios todos sus siervos, los que le teméis"*. En este sentido los siervos de Dios son temerosos de Dios, que es el sentido más natural del texto bíblico. Estos que le temen son aquellos que han creído en Él. Sólo el creyente verdadero tiene como objetivo en su vida la alabanza de Dios.

6. Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina!

Καὶ ἤκουσα ὡς φωνὴν ὄχλου πολλοῦ καὶ ὡς φωνὴν ὑδάτων πολλῶν
Y oí como voz de multitud mucha y como sonido de aguas muchas,
καὶ ὡς φωνὴν βροντῶν ἰσχυρῶν λεγόντων·
y como sonido de truenos fuertes que decían:
ἀλληλουϊά,
¡Aleluya!
ὅτι ἐβασίλευσεν Κύριος[1]
pues reinó Señor
ὁ Θεὸς ἡμῶν ὁ Παντοκράτωρ.
el Dios nuestro el Todopoderoso.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] Κύριος ὁ Θεὸς ἡμῶν ὁ Παντοκράτωρ, *Señor, el Dios nuestro, el Todopoderoso*, atestiguada en ℵ^{a}, P, 046, 94, 1611, 1854, 1859, 2020, 2042, 2053, 2065, 2073, 2138, 2344, it$^{ar, c, dem, div, haf}$, vg, syr^{h}, cop^{sa}, Aphraates, Ticonius, Andrés, Ps-Ambrosio, Beatus, Aretas.

Κύριος ὁ Θεὸς, *Señor, el Dios*, como aparece en A, 1006, 2432, it^{t}, syr^{ph}, cop$^{sa, bo}$, eth, Cipriano.

ὁ Θεὸς ἡμῶν, *el Dios nuestro*, en 051, 2081.

ὁ Θεὸς ὁ Κύριος ἡμῶν, *el Dios, el Señor nuestro*, que aparece en א*.

ὁ Θεὸς, *el Dios*, atestiguada en 1, arm, eth. Por último: Κύριος, *Señor*, en syr^{ph*}, cop^{boms}, Primasius.

El nuevo detalle descrito se une a lo que antecede por medio de καὶ, conjunción copulativa *y*; ἤκουσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκούω, *oír*, aquí como *oí*; ὡς, adverbio de modo *como*; φωνὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *voz, sonido, ruido*; ὄχλου, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *pueblo, muchedumbre, gentío, multitud de gente*; πολλοῦ, caso genitivo masculino singular por del adjetivo *mucho, grande, fuerte*; καὶ conjunción copulativa *y*; ὡς, adverbio de modo *como*; φωνὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *voz, sonido, ruido*; ὑδάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *aguas*; πολλῶν, caso genitivo neutro plural del adjetivo *mucho, grande, fuerte*; καὶ conjunción copulativa *y*; ὡς, adverbio de modo *como*; φωνὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *voz, sonido, ruido*; βροντῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo declinado *de truenos*; ἰσχυρῶν, caso genitivo femenino plural del adjetivo que expresa la condición de *fuerte, intenso, poderoso*; λεγόντων, caso genitivo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir,* aquí como *que decían*, o también *diciendo*. La expresión de la multitud comienza con ἁλληλουϊα, transliteración del hebreo (*hal^{e}lû-Yah*), equivalente a *Alabad a Yahwe*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; ἐβασίλευσεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo βασιλεύω, *reinar*, aquí como *reinó*; Κύριος, caso nominativo masculino singular del nombre *Señor*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal *nuestro*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Παντοκράτωρ, caso nominativo masculino singular del nombre *Todopoderoso.*

Καὶ ἤκουσα ὡς φωνὴν ὄχλου πολλοῦ καὶ ὡς φωνὴν ὑδάτων πολλῶν καὶ ὡς φωνὴν βροντῶν ἰσχυρῶν λεγόντων. En respuesta a la demanda de adoración, una enorme multitud tributa gloria y alabanza a Dios. Es la respuesta a la invitación de que todos los siervos temerosos de Dios le alaben. Una manifestación de alabanza plena más potente que las anteriores, llena el cielo de Dios. No es posible determinar con seguridad de que gran multitud se trata, la que comienza el himno. Pudiera tratarse de la multitud de redimidos en la presencia del Señor, como respuesta al mandamiento formulado antes; sin embargo, más bien debe proceder de la misma gran multitud a la que se hizo referencia antes (v, 1). Serían las multitudes de ángeles que se unen para glorificar a Dios por lo que Él es y por lo que Él hace. Juan los compara con el estruendo rítmico que producen las olas del mar, sonido habitual en la isla de Patmos, donde estaba desterrado Juan, o también con el ruido profundo de una gran catarata al desplomarse en el vacío y golpear en el fondo del lecho del río. La alabanza era también semejante al ruido de una fuerte tronada. Uniendo las

figuras se aprecia el impacto causado por la gran alabanza, cuya intensidad era semejante a la de una multitud grande, impactante como el sonido que produce el mar o una gran catarata, e impresionante, semejante al bramido de los truenos desencadenados en una gran tormenta.

Ἁλληλουϊά ὅτι ἐβασίλευσεν Κύριος ὁ Θεὸς ἡμῶν ὁ Παντοκράτωρ. La multitud expresaba su adoración y alabanza con un grande y sonoro *¡Aleluya!*, el cuarto en la visión de Juan que procede de la multitud. Esa manifestación de alabanza se impulsa en el hecho de que *"el Señor, nuestro Dios, el Todopoderoso, reina"*. La idea es que Dios ha establecido su reinado. El reino del Anticristo que se consideraba como definitivo sobre el mundo de los hombres, ha desaparecido, para ser sustituido por el verdadero y glorioso reino de Dios, de otro modo, usando el aoristo profético como expresión de un futuro incuestionable e inevitable, Dios vino a ser rey en plenitud de poder y en ejercicio sin restricción ni oposición de su soberanía sobre la tierra.

Escribe Eldon Ladd:

"La hueste angelical proclamó que Dios había llegado a ser Rey. Tanto RV como VM no dan en el blanco con la idea al traducir la frase en presente: reina. El verbo griego es un tiempo pasado, en lo que los filólogos llaman aoristo, que enfatiza el comienzo de una acción. La BJ y NC traducen más correctamente 'ha establecido su reino'. En este punto en el Apocalipsis, el reino de Dios de hecho aún no ha sido plenamente establecido; espera el retorno de Cristo, el encadenamiento de Satanás y la instalación del reino mesiánico de Cristo, hechos todos que aún tienen que ser descritos. Esta es una declaración anticipada análoga al anuncio de 14:8 de la caída de Babilonia y 11:15 ss del establecimiento del reino de Dios. Sin embargo, el juicio de Babilonia ha sido anunciado como el primer gran acto en el establecimiento del reino de Dios. Los adversarios humanos y demoníacos deben ser eliminados antes de que pueda prevalecer el gobierno de Dios; su aniquilación es el comienzo de su gobierno triunfante"[5].

Se designa al Rey con tres calificativos: En primer lugar se le llama Κύριος, *Señor*, que es el título que se da a Dios en su manifestación personal, como *Yahwe*, el Dios fiel y salvador. Es el título que corresponde a Dios que se relaciona con el hombre y pacta en gracia su salvación. En segundo lugar se le llama ὁ Θεὸς, *Dios*, con artículo determinado, que enfatiza aún más la condición única del Dios verdadero. Este título es la transliteración del término hebreo *Elohim*, referido al Creador y Soberano; el que tiene autoridad suprema sobre cielos y tierra y el que restaurará el orden, no sólo en cuanto a gobierno en

[5] George Eldon Ladd. o.c., pág. 219

la tierra, sino en la generación de la naturaleza quebrantada por la acción del hombre (Ro. 8:19-22; Is. 11:6-9). En tercer lugar se le llama ὁ Παντοκράτωρ, *el Todopoderoso*. El título de *Todopoderoso*, es garantía del cumplimiento en el tiempo histórico de los hombres, de lo que Él ha determinado y comunicado por medio de su siervo Juan. Nada puede haber en las voluntades humanas o angélicas, que puedan alterar o variar un ápice el contenido de la revelación sobre el decurso de la historia que Dios revela en el contenido del Apocalipsis. El último y absoluto señorío vinculado a la omnipotencia que hace de Dios el Todopoderoso, está involucrado con la revelación contenida en el texto bíblico. El apóstol puede estar confiado y los lectores seguros de que el porvenir será conforme a lo que Dios establece y revela. Dios determina y conduce con su poder la historia del mundo como el Todopoderoso que ejecuta lo establecido por Él desde la A a la Z, de la Alfa a la Omega. Nada habrá escrito por su voluntad y de conformidad con su mandato que no tenga exacto, preciso y total cumplimiento. La idea de Todopoderoso, aunque comprende la omnipotencia por la que Dios ejecuta su voluntad sin resistencia eficaz alguna, tiene que ver especialmente no tanto con el ejercicio del poder, sino con la absoluta soberanía que Dios ejerce. Por *Todopoderoso*, se traslada el nombre hebreo de *Yahwe Tsebaot*, Jehová de los ejércitos, el Dios que se impone sobre todos y sobre todo. El Soberano en el ejercicio de su soberanía. Es Dios en el control de todo (Ap. 1:8; 4:8; 11:17; 15:3; 16:7, 14; 21:22). El reino aún no ha sido establecido, pero los cielos proclaman ya el triunfo definitivo del Rey de reyes y del Señor de señores. Esta es una segunda reiteración de la verdad suprema del reino de Dios que se establecerá en la tierra, ya que con anterioridad se afirmó que *"los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y Él reinará por los siglos de los siglos"* (11:15). Los mismos veinticuatro ancianos que aparecen en esta visión de Juan, proclamaron antes la realidad del reino: *"Y los veinticuatro ancianos que estaban sentados delante de Dios en sus tronos, se postraron sobre sus rostros, y adoraron a Dios, diciendo: Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que eres y que eras y que has de venir, porque has tomado tu gran poder, y has reinado"* (11:16-17). La única acción que falta para que se produzca la inauguración del reino de Dios en la tierra, es el descenso del Señor, desde la gloria, para tomar el trono y gobernar en el mundo. Es el cumplimiento definitivo de la promesa que el ángel hizo a María en la anunciación: *"Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin"* (Lc. 1:32-33). El reino milenial de Jesucristo será el inicio del definitivo reino de Dios que se proyectará a perpetuidad, superando el milenio y proyectándose a la nueva creación de cielos y tierra (2 P. 3:13).

Anuncio de la cena de las bodas del Cordero (19:7-10).

7. Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado.

χαίρωμεν καὶ ἀγαλλιῶμεν
Alegrémonos y regocijémonos
καὶ δώσωμεν[1] τὴν δόξαν αὐτῷ,
y demos la gloria a Él
ὅτι ἦλθεν ὁ γάμος τοῦ ᾿Αρνίου
pues llegaron las bodas del Cordero
καὶ ἡ γυνὴ αὐτοῦ ἡτοίμασεν ἑαυτὴν
y la esposa de Él preparó a sí misma

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] δώσωμεν, *demos*, atestiguada en א[a], A, 2042, 2065, 2432.

δώσομεν, *daremos*, lectura en א[2], A, 2053.

δῶμεν, *demos*, atestiguado en א*, 046, 051, 1, 94, 1006, 1611, 1854, 1859, 2020, 2073, 2138, it[ar, c, dem, div, gig, haf, t], vg, syr[ph, h], cop[sa, bo], eth (Cipriano) Primasius, Andrés[a, c], Ps-Ambrosio, Aretas.

En forma poética versificada continua el himno con χαίρωμεν, primera persona plural del presente de subjuntivo en voz activa del verbo χαίρω, *alegrarse, regocijarse,* aquí como *alegrémonos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀγαλλιῶμεν, primera persona plural del presente de subjuntivo en voz activa del verbo ἀγαλιάω, *estar radiante de gozo o alegría*, del mismo grupo que ἀγαλλιάσις, *gozo extremo, júbilo*, aquí como *regocijémonos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; δῶμεν, primera persona plural del segundo aoristo de subjuntivo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar, entregar,* aquí como *demos*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; δόξαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *gloria, honor, esplendor*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal declinado *a Él*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; ἔλθῃ, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἔρχομαι, *venir*, *llegar, regresar,* aquí como *llegó*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; γάμος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *fiesta de bodas, matrimonio*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; ἀρνίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *cordero*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; γυνὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *mujer*, y en algunas ocasiones *novia*, la que hasta el día de la boda se halla bajo la patria potestad, pero jurídicamente se considera ya desde el desposorio, como una mujer casada; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*;

ἡτοίμασεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἑτοιμάζω, *preparar, disponer*, aquí como *preparó*; ἑαυτὴν, caso acusativo femenino singular del pronombre reflexivo, declinado, *a sí misma.*

Χαίρωμεν καὶ ἀγαλλιῶμεν. El versículo comienza con dos presentes de subjuntivo en voz activa, volitivos, del verbo que significa *gozarse, estar alegre*. En ese sentido deben tomarse como una exhortación comunitaria a todos los que alaban a Dios, surgida de los mismos que alaban, exhortándose unos a otros al gozo profundo y al regocijo jubiloso, unidos a la glorificación de Dios. La primera expresión *gocémonos*, comprende una alegría intensa que podría traducirse como *regocijémonos*, la segunda, *alegrémonos*, expresa una alegría exultante, desbordante, un gozo extremo, que se traduce debido a la fuerza de la palabra como *regocijémonos,* en sentido de máximo gozo. El plan eterno de Dios, en relación con la Iglesia está a punto de realizarse, por lo que es digno de ser glorificado, de ahí la tercera expresión: καὶ δώμεν τὴν δόξαν αὐτω, *y démosle gloria*. La Iglesia ha estado ausente en el libro, debido a su posición celestial, mientras se producían los juicios de la tribulación. Luego de haber concluido estos, con la destrucción de Babilonia, vuelve a aparecer en la escena en relación con el acontecimiento glorioso que se anuncia aquí: ὅτι ἦλθεν ὁ γάμος τοῦ ἀρνίου καὶ ἡ γυνὴ αὐτοῦ ἡτοίμασεν ἑαυτὴν, *"han llegado las bodas del Cordero y su esposa se ha preparado"*.

Dos elementos se destacan en la oración: Por un lado el Cordero, que ha sido identificado plenamente con Jesús glorificado, el Mesías, el Salvador del mundo. Por otro lado ἡ γυνὴ, *la esposa*, literalmente en el texto griego *la mujer*. Indudablemente es una referencia simbólica a la Iglesia, como la esposa del Cordero. La metáfora de la esposa y la iglesia aparece varias veces en el Nuevo Testamento, usada tanto por el apóstol Pablo, como por el apóstol Juan. Cuando Pablo escribe sobre el matrimonio cristiano recuerda que hay un *"misterio de Cristo"* (Ef. 5:32), que es la unión de Cristo con la Iglesia para formar un cuerpo, estableciendo una unidad como el marido y la esposa llegan a ser una sola carne. Este misterio, como todo lo que tiene que ver con la Iglesia, estuvo reservado por Dios hasta que Él lo reveló a sus siervos los apóstoles y profetas. El *misterio* está en la vinculación entre Cristo y su esposa, formada por todos los creyentes en Él. Cuando escribe la segunda epístola a los Corintios, ataja el problema de los falsos maestros que trataban de apartar a la iglesia del Señor: *"Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo"* (2 Co. 11:2). El celo de Pablo se hace manifiesto. No es suyo propio, ya que la Iglesia es esposa de Cristo, es, por tanto, el celo de Dios. Éste es el mismo celo mostrado en el Antiguo Testamento de Jehová por Israel (Ex. 20:5), y es el celo que siente el esposo frente a la infidelidad de la esposa. La figura matrimonial está extendida por toda la Escritura, bien sea en relación con Jehová e Israel, bien del Señor

Jesucristo y la Iglesia (Is. 54:5; 62:5; Jer. 2:2, 3; 3:14; ·z. 16:8; Os. 2:19; Ef. 5:22; Ap. 19:7; 21:2, 9). El apóstol Pablo, como el padre que custodia a la hija en el tiempo de los desposorios, actúa consecuentemente. Los había engendrado en Cristo (1 Co. 4:15) y como padre los había desposado con Cristo. Por tanto, deseaba presentar a la Iglesia, *pura*, en el encuentro con su Esposo celestial, que es el propósito del Señor (Ef. 5:27). Aunque en el Antiguo Testamento la figura de la esposa tiene que ver con Israel, el pueblo de Dios en aquella dispensación, (cf. Is. 54:5, 6; 62:5; Jer. 31:32; Ez. 16:8), de la misma forma que la profecía de Oseas gira entorno a este tema, sin embargo, no debe confundirse a Israel con la Iglesia, ya que la profecía asegura un nuevo día para esa relación con Israel (Os. 2:19, 20).

La multitud celestial se goza en relación con un acontecimiento que se llama ὁ γάμος τοῦ ἀρνίου, *"las bodas del Cordero"*. A este acontecimiento se refirió Jesús en la última cena, cuando dijo: *"No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis"* (Jn. 14:1-3). En el contexto de las palabras de Jesús se aprecia el modo propio de una boda hebrea en aquellos días. Era el padre del novio el que buscaba la novia para su hijo. Recordemos que eso fue lo que ya en tiempos patriarcales hizo Abraham, cuando envió a su siervo a buscar esposa para su hijo Isaac (Gn. 24:1-6). Una vez encontrada la novia adecuada, el padre hacía comparecer a su hijo ante testigos y se establecía un convenio llamado de *desposorios*, en el que se determinaba, entre otras cosas la fecha de la boda. Luego de la formalización de los *desposorios*, la novia vivía bajo el cuidado de su padre mientras que el novio preparaba la casa para vivir como matrimonio. Llegado el tiempo establecido se celebraban las bodas, en donde el novio tomaba a su desposada y la llevaba al hogar preparado para ello. En sentido figurado, el tiempo de la dispensación de la Iglesia cumple el compromiso de *desposorios*. El Padre llama a los pecadores y los conduce a Cristo, formando un pueblo que es también un cuerpo en el Hijo, y que es la esposa del Cordero (Jn. 6:37, 44, 45). La firma del contrato de desposorios se desarrolla ampliamente por el apóstol cuando se refiere a la consecuencia de la fe en salvación, en donde el Espíritu sella a cada creyente como arras de la herencia, hasta que llegue el momento de la *redención*, es decir, la entrada al disfrute de la posesión adquirida (Ef. 1:13-14). La preparación del lugar es asunto en el que Jesús se ha comprometido y lo llevará a cabo en su momento. No quiere decir que desde su ascensión esté ocupado en la preparación de un lugar, por cuanto su sola palabra de soberanía y omnipotencia es suficiente para traer a la existencia aquello que antes no existía (Jn. 14:2-3). El momento de la boda ocurre con la presentación de la esposa (Ef. 5:27), y las festividades de las bodas tendrá lugar después del tribunal de Cristo

(Ro. 14:10; 2 Co. 5:10). Esa comparecencia de los creyentes ante el tribunal de Cristo traerá como resultado las recompensas, por cuanto, cuando la iglesia regrese a la tierra con Cristo para reinar, ya habrá sido recompensada, a causa de *"las acciones justas de los santos"* (Ap. 19:8). El tiempo de las bodas debe ser muy próximo a la segunda venida del Señor. Con todo, debe entenderse claramente que se está hablando de asuntos celestiales y no terrenales. La Iglesia ya habrá sido trasladada, con cuerpos de resurrección y glorificados, por tanto, hablar de *tiempo* en la perpetuidad celestial, produce generalmente problemas. El lugar de las bodas será el cielo, ya que sigue al tribunal de Cristo y se trata de la esposa glorificada. Ningún otro lugar es adecuado a seres glorificados, a criaturas celestiales (Fil. 3:20-21). Los participantes de ese acontecimiento comprenden sólo a Cristo y la Iglesia, ya que los únicos resucitados y glorificados serán los creyentes de la Iglesia en el traslado o arrebatamiento (1 Ts. 4:16-17).

El texto dice que el momento de las bodas *ha llegado*. En el reloj de Dios, cronométricamente exacto, se cumplió el tiempo para las bodas del Cordero, por tanto, todo está dispuesto, incluyendo la Iglesia, que ἡτοίμασεν ἑαυτὴν, *"se ha preparado"*. En el texto griego se lee literalmente: *"se preparó a sí misma"*. Siguiendo la figura de la boda, la novia se atavió con el traje nupcial y se preparó para recibir al Esposo. Esa es la presentación personal de la esposa, que alcanza esa condición porque Cristo *"se entregó a sí mismo por ella"* (Jn. 10:11, 15, 17, 18; Gá. 2:20c; 1 Jn 3:16a). Un amor de entrega que busca el beneficio de la esposa, sin interés egoísta alguno. La ama, no por lo que pueda recibir de ella, pues nada vale ni nada puede dar, sino por deseo personal de amor en entrega. Los objetivos de ese amor son para *santificarla*, esto es, separarla para sí, purificándola de todo aspecto negativo, por cuanto la purifica del pecado que le era propio y natural. En el momento de las bodas del Cordero, Cristo, que se entregó a sí mismo por la Iglesia, la presentará perfecta y gloriosa. La preparación comenzó en el tiempo de una Iglesia peregrina.

Los creyentes que formamos la iglesia, debiéramos tener como ocupación preferente la santificación, es decir, la expresión visible de una vida santa (Fil. 2:12-13). El que tiene esperanza, no sólo en cuanto a la gloria, sino específicamente como identificación con Cristo que es en nosotros esperanza de gloria (Col. 1:27), se purifica a sí mismo por cuanto su Esposo celestial es también puro (1 Jn. 3:2, 3). Quien tiene las promesas de Dios y vislumbra por la fe el horizonte glorioso de la comunión eterna con Jesucristo, perfecciona la santidad en el temor de Dios (2 Co. 7:1). Es necesario recordar continuamente que la santidad no es una opción, sino el principio de vida del creyente.

8. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos.

καὶ ἐδόθη αὐτῇ ἵνα περιβάληται
Y fue dado a ella que se vista
βύσσινον λαμπρὸν καθαρόν·
de lino fino brillante puro.
τὸ γὰρ βύσσινον τὰ δικαιώματα τῶν ἁγίων ἐστίν.
Porque el lino fino las acciones justas de los santos son.

Notas y análisis del texto griego.

La última estrofa del himno, sigue con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐδόθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo δίδωμι, *dar, entregar,* aquí como *fue dado*; αὐτῇ, caso dativo femenino singular del pronombre personal declinado *a ella*; ἵνα, conjunción, *que, para que*, *por que, a fin de que, de modo que*; περιβάληται, segunda persona singular del aoristo segundo de subjuntivo en voz media del verbo περιβάλλω, habitualmente usado para *vestirse*, aquí como *se vista*; βύσσινον, caso acusativo neutro singular del adjetivo que expresa la condición de lo que es de *lino fino*; λαμπρὸν, caso acusativo neutro singular del adjetivo que expresa la condición de lo que es *brillante, luminoso*; καθαρόν, caso acusativo neutro singular del adjetivo *puro*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; seguido de la conjunción causal γάρ, *porque*, que en español precede al artículo; βύσσινον, caso acusativo neutro singular del adjetivo que expresa la condición de lo que es de *lino fino*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*; δικαιώματα, caso nominativo neutro plural del sustantivo que denota *actos justos, acciones justas*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; ἁγίων, caso genitivo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de lo que es *santo, apartado*; ἐστίν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *son.*

Καὶ ἐδόθη αὐτῇ ἵνα περιβάληται βύσσινον λαμπρὸν καθαρόν. Una nueva concesión de la gracia se aprecia en el versículo, ya que a la Iglesia se le ha concedido que se vista con un vestido que se compara figuradamente con el lino fino, brillante y puro, que es el color del vestido propio de los santos, tanto creyentes como ángeles y que ofrece un profundo contraste con el escarlata del vestido de la *gran ramera*. La esposa del Cordero llevará una vestimenta semejante a la de los siete ángeles que portaban las siete copas (Ap. 19:14). Vestida también a semejanza de los ejércitos celestiales que acompañarán al Señor en su venida (Ap. 19:14). Es ya una esposa gloriosa, vestida impolutamente, sin mancha y sin arruga ni cosa semejante (Ef. 5:27).

Τὸ γὰρ βύσσινον τὰ δικαιώματα τῶν ἁγίων ἐστίν. El lino simboliza *"las acciones justas de los santos"*, como aclaración a la figura que Juan mismo recibe, referente a lo que representa y es el vestido de la esposa. Las obras hechas en la vida del creyente en vinculación con Cristo y bajo el poder del Espíritu, constituirán las vestiduras de los fieles cuando se unan al Señor (2 Co. 11:2; Ef. 5:26, 27). Esto es una concesión de la gracia, por cuanto,

aunque la acción del creyente es necesaria en la vida de santificación, el poder para llevarla a cabo es de Dios que produce el deseo y genera la fuerza para llevarlo a cabo (Fil. 2:12-13). Las obras de los creyentes son *justas*, a causa de la justicia que el cristiano alcanza en Cristo. Dios ha preparado estas obras de antemano para que el creyente *ande* en ellas (Ef. 2:10). La salvación es una obra de *nueva creación*, que sólo Dios puede hacer y hace. Somos renacidos, creados por Dios en Jesucristo (1 P. 1:3, 23), con un objetivo para el tiempo actual: *"andar"* en buenas obras. Es necesario entender bien esto, que Dios no preparó de antemano esas obras para que el creyente *las haga*, sino para que *ande* en ellas, es decir, para que el bien obrar, semejante al comportamiento de Jesús, sea el modo natural de vida cristiana. En todo momento el cristiano debe ser conocido como un *hacedor de bienes*, que es el calificativo que recibió el Señor (Hch. 10:38). Si las obras han sido preparadas por Dios, sólo podemos llegar a ellas, *"dejándonos conducir por el Espíritu"* (Gá. 5:16). El creyente no se salva por obras, pero se salva para obras (Stg. 2:26). Estas obras sólo son posibles en la esfera de la fe, que las produce por identificación con Cristo. De tal manera que la fe que no opera este estilo de vida es una fe muerta en sí misma, porque se convierte en una mera credulidad (Stg. 2:26). El hacer obras es propio del religioso, el *andar* en las obras de Dios es potestativo sólo del creyente.

Confundirse con esto es sumamente peligroso, ya que el religioso, en la práctica externa de la religión, pero desvinculado de Dios, puede *hacer* obras buenas, pero no servirán de nada por cuanto son hechas fuera de la unión vital con Jesús, como Él mismo enseñó en el Sermón del Monte: *"No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí, apartaos de mí, hacedores de maldad"* (Mt. 7:21-23). Además del peligro de la falsa enseñanza, hay otro tan grave como es el del autoengaño. Hay algunos que continuamente llaman a Jesús, Señor. Lo hacen insistentemente: *"Señor, Señor"*. En el contexto hebreo, mencionar dos veces un nombre era una forma de expresar un superlativo. Se hace referencia a personas que reconocen el señorío de Jesús. La construcción gramatical con el verbo en presente, indica una acción continuada. Es decir, son aquellos que están usando continuamente el nombre del Señor. Jesús advierte a las gentes del peligro que supone una profesión sin conversión. Instruye sobre las consecuencias de una vida de piedad aparente que descansa en conceptos, pero no en fe. Es el peligroso campo de la religión que utiliza el nombre pero no reconoce el señorío de Jesús entregándole la vida. El Señor enseña que no es suficiente con tener una doctrina correcta, saber que Jesús es el Señor, pronunciar a menudo su nombre, para entrar en el reino de los cielos. Cristo advierte que no se alcanza la salvación por el mero hecho de decir: *"Señor,*

Señor”. El Señor está en la boca de los tales, pero lejos de su corazón (Is. 29:13). El verdadero creyente no es aquel que confiesa sólo con su boca, sino el que ha creído en su corazón (Ro. 10:9). No es suficiente un mero fervor externo y un celo superficial. Es notable observar que aquellos de quienes Jesús habla no dicen Señor una sola vez, sino que lo reiteran dos veces. Les gusta enfatizar aquello que reviste o aparenta espiritualidad. Estos son los que pueden hacer una gran obra *como para el Señor*, pero en realidad la hacen para *ser vistos de las gentes*. Un gran entusiasmo y mucha actividad no son siempre evidencia del nuevo nacimiento. La evidencia no está en las formas sino en el fondo. Cristo dice que sólo entran al reino aquellos que *“hacen la voluntad de mi Padre”*. La voluntad del Padre es que las gentes crean en Aquel que Él ha enviado el mundo. La vida eterna se alcanza de esa manera: *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna”* (Jn. 3:16). No es cuestión de una mera profesión, sino del ejercicio de la fe en el Salvador. La verdadera fe se manifiesta en obediencia. No puede hablarse de salvación sin hablar también de obediencia. La realidad de la conversión de los tesalonicenses es que habían dejado de servir a los ídolos y estaban sirviendo a Dios (1 Ts. 1:9). El hombre no regenerado es desobediente por naturaleza, por tanto, su condición propia le lleva a desobedecer. La obediencia es contraria a su propia forma de ser a causa del pecado. En la regeneración se produce un cambio profundo. Los que eran desobedientes y, por ello, hijos de ira (Ef. 2:2), pasan a la condición de hijos obedientes (1 P. 1:14). El llamamiento de Dios a salvación tiene que ver con una vinculación a la obediencia. Esa es la enseñanza bíblica: *“Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo”* (1 P. 1:2). Es interesante apreciar que en el texto griego el verbo traducido como *obedecer*, es el sustantivo *obediencia*, es decir, Dios nos llamó no a una obediencia puntual, sino a una esfera de obediencia que forma parte esencial de la vida del creyente. La voluntad de Dios para el creyente en la esfera de la obediencia es su santificación, es decir, su separación del mundo para una entrega incondicional y sin reservas a Dios (1 Ts. 4:3). Ese estilo de vida sólo es posible cuando se asume el compromiso de seguimiento fiel y se deja al Señor la conducción de toda la existencia (Fil. 2:2-13). Llamar Señor, Señor implica hacer todo lo que Él dice (Lc. 6:46). El que es mero oidor, pero no hace la voluntad de Dios, se engaña a sí mismo (Stg. 1:22). Un encuentro ineludible se producirá para todos los que meramente usaron el nombre del Señor. No son pocos los que estarán presentes en el encuentro, sino muchos. Es un grupo numeroso en un momento preciso. Los muchos aquí son los mismos muchos del camino ancho (v. 13). El encuentro se producirá en *“aquel día”*. Sin duda se trata de una referencia implícita al día del juicio final, en donde los perdidos comparecerán ante el Juez supremo. Pudiera también referirse al día en que Jesús juzgará a Israel y a las naciones para determinar quienes son los que entrarán al reino de Dios en la tierra (Mt. 25:31-46). En esa

ocasión algunos pondrán excusas a su forma de vida pero tendrán como respuesta la sentencia de condenación eterna (Mt. 25:41). Sin embargo, más bien debiera entenderse aquí como una referencia al juicio ante el trono blanco de Dios. Dios estableció para todos los hombres la muerte y después de ella el juicio (He. 9:27). A los hombres no les queda otra opción que después de la muerte comparecer ante el juicio como Dios estableció. En aquel día en el libro de la vida, que será abierto como testimonio a todos, no aparecerán inscritos los nombres de meros profesantes ni de religiosos, sino sólo el de aquellos que han sido salvos por gracia mediante la fe (Ef. 2:8-9). No habrá oportunidad para rectificación entonces. Siempre el pecador incrédulo procurará buscar una disculpa a su pecado que le permita escapar el resultado del juicio de Dios. Así también será entonces con quienes usaron el nombre del Señor con su boca, pero nunca lo tuvieron en su corazón. Llaman entonces como era su costumbre religiosa en la tierra: *"Señor, Señor"*. No hay duda que todos confesarán en absoluto reconocimiento entonces que Jesús es el Señor para gloria de Dios (Fil. 2:11). Ellos claman en la pretensión de ser oídos y que el Señor preste atención a sus argumentos. Para los tales no pueden ser condenados eternamente quienes hicieron tantos actos piadosos en la tierra. Habían hecho muchas cosas usando el nombre del Señor. Habían sido predicadores sanos, enseñando doctrina correcta: *"Profetizamos en tu nombre"*. Probablemente se refiere aquí al nivel profético de aliento, consolación y exhortación, del ministerio en la congregación de creyentes (1 Co. 14:3). Ser predicadores elocuentes no es sinónimo de salvación. No debe olvidarse que Balaan profetizó en el nombre del Señor, pero nunca fue salvo, incluyéndolo la Palabra entre los réprobos (Jud. 11). Simplemente se había alquilado como profeta, pero es la expresión del engaño y de la codicia (Nm. Caps. 22-24; 2 P. 2:15; Ap. 2:14). Caifás también profetizó y no fue salvo. Probablemente estos son los que utilizan el nombre del Señor para dar credibilidad al mensaje, pero nunca fueron enviados por Él para hablar en su nombre. Una segunda apelación tiene que ver con actuaciones contra Satanás: *"En tu nombre echamos fuera demonios"*. Esta es una evidencia mayor de relación con Dios. Sin embargo, estas manifestaciones de autoridad sobre Satanás y sus demonios, surten efecto no por quien los expulsa, sino por el nombre que utiliza para ello. Jesús tiene la suprema autoridad de Dios, y es obedecido sin remedio por los mismos demonios. Con todo, tampoco es evidencia absoluta de salvación. Judas durante el tiempo de ministerio en que fue enviado por Jesús, junto con los otros once, a predicar el evangelio, practicó con éxito esa actividad. Jesús les había dado autoridad para sanar enfermos y echar fuera demonios (Lc. 9:1-2). Mas adelante hizo lo mismo con setenta, que regresaron gozosos diciendo al Señor: *"Aún los demonios se nos sujetan en tu nombre"* (Lc. 10:17). Sin embargo Judas nunca fue salvo, ya que era el hijo de perdición (Jn. 17:12). Igualmente en el comienzo de la Iglesia un grupo de judíos exorcistas, usaban el nombre de Jesús para expulsar demonios (Hch. 19:13 ss), sin embargo no se sabe que hayan sido salvos. Nuestro Señor hizo

una solemne advertencia sobre la base del verdadero gozo y la segura esperanza: *"No os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos"* (Lc. 17:20). Todavía quedaba para aquellos una apelación mas: *"en tu nombre hicimos muchos milagros"*. En el texto griego se lee literalmente *"muchos poderes"*, es decir, obras poderosas, sin duda alguna milagros. Una referencia semejante debiera conducir a una sincera reflexión. No cabe duda que en la Iglesia hay entre creyentes genuinos, otros que son meros profesantes. Personas que conocen la doctrina, incluso predican la Palabra, son asiduos asistentes a las reuniones, participan en la alabanza y la oración, pueden definir la doctrina del Señor, pero nunca le han dado su vida. Tal vez algunos sean descendientes de fieles creyentes, pero no por eso son salvos, ya que Dios no tiene nietos, sino hijos por fe en el Hijo (Jn. 1:12). Tan sólo aquellos que creen con el corazón en Cristo, son los que han recibido el perdón de pecados y la vida eterna. Algunos pasarán entre el pueblo de Dios como parte del mismo, pero si no han conocido a Jesús como su Salvador personal, están en una situación de condenación eterna. El veredicto del Juez será pronunciado después de las alegaciones de los acusados. No es una petición del fiscal, sino la sentencia judicial. La autoridad de Jesús está claramente expresada en el verbo que utiliza: *"les declararé"*, literalmente *"les profesaré"*, dirá acerca de ellos. Aquellos acudían ante el Juez apelando a su profesión y sobre la misma base reciben la sentencia. El Juez no juzga por apariencias, sino constatando la realidad espiritual de aquellos. El Señor manifiesta contundentemente que nunca los había conocido. Conocer tiene que ver no tanto con un aspecto intelectual, sino con una relación íntima de vida. Aquellos afirmaban conocer al Señor, llamándole Señor, Señor, sin embargo, Jesús nunca los conoció vitalmente a ellos. Son gentes que estuvieron *cerca del Señor*, pero nunca estuvieron *en el Señor.* Nunca experimentaron una relación de íntima comunión con Jesús en la que se recibe la vida eterna (Jn. 17: 3). Aquellos conocían intelectualmente a Jesús, pero nunca lo habían recibido como su Salvador personal. El sello de la seguridad y firmeza de salvación se establece en el conocimiento muto que el creyente tiene del Señor y que el Señor tiene de él, por eso enseña el apóstol Pablo: *"Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo"* (2 Ti. 2:19). Ambas cosas, conocimiento de Dios y separación de la iniquidad estaban ausentes en la vida de aquellos que acudían al Señor cuando ya no era posible rectificar. El conocimiento de Dios, que confirma y asegura la salvación lleva aparejado el amor que elige, ama, acepta y entra en comunión con el salvo (Am. 3:2; Mal. 1:1, 2; Jn. 10:14; 1 Co. 8:3; Gá. 4:9; 2 Ti. 2:19). La afirmación de Cristo sobre su relación con aquellos es precisa y enfática: *"ni por un momento os conocí"*. Nunca se había producido entre ellos relación espiritual alguna. Usaban su nombre, pero vivían sin Él. La sentencia es tan firme y precisa como el testimonio del Señor sobre ellos: *"Apartaos de mí, hacedores de maldad"*. El

fundamento de salvación consiste, por un lado en el conocimiento que Dios tiene del salvo y por otro en la separación de éste de la iniquidad. Sin vinculación espiritual con Dios, no hay nuevo nacimiento, por tanto, la condición pecaminosa del no regenerado persiste. Sólo son obreros de justicia quienes viven la justicia de Dios que es Cristo. El apóstol Pablo da testimonio de su relación personal en este aspecto cuando dice: *"Para mí el vivir es Cristo"* (Fil. 1:21), y también *"ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí"* (Gá. 2:20). Las personas de *buen obrar*, son aquellas que viviendo a Cristo, *andan* en las buenas obras que Dios dispuso de antemano para ellos (Ef. 2:10). Cualquier otra actividad hecha en el poder del hombre, y sobre todo cuando está revestida de hipocresía que oculta la verdadera situación, no es acepta para Dios. Siguen siendo obras de iniquidad porque son impulsadas por una naturaleza caída y no regenerada. Quien no es movido por el Espíritu de Dios es movido por la iniquidad de la carne (Gá. 5:16). El texto griego es muy expresivo: *"apartaos de mí los que estáis obrando iniquidad"*, es decir, nunca dejaron de obrar en iniquidad porque nunca dejaron de ser inicuos. Es la iniquidad quien mueve las obras y orienta la vida de quienes no conocen al Señor, no importa cual sea el tipo de acción que ejecuten. Las obras pueden revestir el aspecto de honestidad, pero son movidas por la *iniquidad* propia y consuetudinaria del no regenerado. La mera profesión de fe no aparta de la iniquidad, por tanto no salva. Es sorprendente que los hombres llamen grandes milagros a lo que Dios llama simplemente iniquidad. Lo único aceptable a Dios es la justicia resultante de la fe, sin la cual nadie verá ni entrará en el reino de los cielos (Jn. 3:3, 5).

Las acciones justas de los santos es el resultado también del tribunal de Cristo, del que se ha considerado algo anteriormente. El examen en aquella ocasión no es asunto de salvación o de perdición para el creyente. Bajo la gracia nadie vendrá a juicio para condenación (Jn. 3:18; 5:24; 6:37; Ro. 5:1; 8:1; 1 Co. 11:32). Los pecados pasados presentes y futuros fueron cargados sobre Cristo en la sustitución vicaria por cada pecador convertido (Col. 2:13). El examen será en relación con su vida y su servicio a Dios, de lo que cada creyente tendrá que dar cuenta (2 Co. 5:10). Cada creyente ha sido comprado por Dios (1 Co. 6:19-20). Por esta causa ha dejado de pertenecer al mundo para convertirse en servidor de Dios (Ro. 6:18). La evidencia de toda conversión genuina tiene que ver con el servicio (1 Ts. 1:9). El creyente tiene una responsabilidad para su vida actual (Ro. 6:22). El examen está íntimamente relacionado con la determinación de la recompensa o de la pérdida de su obra (1 Co. 3:13-14). Comparecen para dar cuenta de su administración (Ro. 14:10-12). Todo cuando el creyente ha realizado en su vida, son *obras justas*, o acciones no justas. Las obras justas son aquellas que han sido llevadas a cabo por el poder del Espíritu de Dios en unión vital con Cristo, esas son las obras que permanecen y que servirán como vestidura resplandeciente en la presentación de la Esposa ante el Cordero. En el día glorioso de las bodas del Cordero, la presentación de la

iglesia manifestará su pureza 2 Co. 11:2), lo que producirá la voz de júbilo del Esposo (Jn. 3:29).

9. Y el ángel me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero. Y me dijo: Estas son palabras verdaderas de Dios.

Καὶ λέγει μοι· γράψον· μακάριοι οἱ εἰς τὸ δεῖπνον τοῦ γάμου τοῦ
Y dice me: Escribe: Bienaventurados los que al banquete de las bodas del
᾿Αρνίου κεκλημένοι. καὶ λέγει μοι· οὗτοι οἱ λόγοι ἀληθινοὶ τοῦ
Cordero han sido invitados. Y dice me: estas las palabras verdaderas -
Θεοῦ εἰσιν.
de Dios son.

Notas y análisis del texto griego.

El relato continúa con καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir*, aquí como *dice*; μοι, caso dativo singular del pronombre personal *me*. Una segunda cláusula de una sola palabra expresa el mandato: γράψον, segunda persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo γράφω, *escribir,* aquí como *escribe*. Se ordena escribir: μακάριοι, caso nominativo masculino plural del adjetivo *bienaventurado, feliz, dichoso*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; εἰς, preposición de acusativo *que*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado declinado *al*; δεῖπνον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota, *festividad, banquete*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*, femenino plural en castellano, *de las*; γάμου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *boda*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; ἀρνίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *cordero*; κεκλημένοι, caso nominativo masculino plural del participio perfecto articular en voz pasiva del verbo καλέω, *llamar, nombrar, invitar*, aquí como *han sido invitados*. Sigue una nueva cláusula con καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir*, aquí como *dice*; μοι, caso dativo singular del pronombre personal *me*. Las palabras finales se trasladan con οὗτοι, caso nominativo masculino plural del pronombre demostrativo *esto*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *ellos*; λόγοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota, *dichos, palabras, discursos*; ἀληθινοὶ, caso nominativo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de *verdadero, genuino*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, no usado en español al referirse a nombre propio; Θεου, caso genitivo masculino singular del nombre declinado *de Dios*; εἰσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *son*.

Καὶ λέγει μοι· γράψον. Juan recibe instrucciones de alguien que habla con él. En la mayoría de las versiones se suple el sustantivo que no aparece en

el texto griego por *ángel*. Es lo más probable que se trate del mismo ángel que está conduciendo esta parte de la revelación (17:1). Por el contexto se aprecia que quien instruye a Juan para que escriba es el ángel que le muestra estas cosas, ya que al final de la enseñanza Juan se inclina a sus pies (v. 10). Quien habla le instruye a modo de mandamiento, para que escriba aquello que vea y que oiga.

Μακάριοι οἱ εἰς τὸ δεῖπνον τοῦ γάμου τοῦ ᾿Αρνίου κεκλημένοι. Concretamente, lo primero que va a escribir es un nuevo macarismo, una bienaventuranza, la cuarta de las siete que aparecen en el libro. Quienes son bienaventurados pertenecen al grupo de *"los que son llamados"*, o *"los que son invitados"*. Esta invitación o llamamiento está relacionada con un acto que se define como *"la cena de las bodas del Cordero"*. Se trata de un acontecimiento diferente a las mismas bodas del Cordero. Es la festividad que, en el contexto hebreo, seguía a la celebración de la unión matrimonial, representada muy gráficamente en tres parábolas de Jesús: La gran cena (Lc. 14:16-24); la de las fiestas de bodas del hijo del rey (Mt. 22:1-14); y la de las diez vírgenes (Mt. 25:1-13). En la cena de las bodas, la esposa es presentada como tal a los amigos del Esposo, que no están en el cielo sino en la tierra, ya que el Esposo desciende con la esposa de los lugares celestiales a la tierra, como se detalla más adelante. El acontecimiento de la cena de las bodas involucra a Israel y a las naciones salvas que estén en la tierra en la segunda venida de Jesucristo. La festividad de la cena de las bodas, tiene que extenderse, necesariamente al reino milenial.

Dada la importancia de las parábolas de la fiesta de las bodas del hijo de rey y de las diez vírgenes, se traslada aquí la interpretación de ambas a efectos de una mayor comprensión de lo que se considera.

La parábola de las bodas del hijo del rey (Mt. 22:1-14). Comienza diciendo: *"El reino de los cielos es semejante a un rey que hizo fiesta de bodas a su hijo"*. Esa parábola ofrece una primera dimensión en relación con la realeza de quien hace la invitación, se trataba de un rey, y de la importancia del festejo, que era para celebrar las bodas del hijo. Nuestro Señor estaba haciendo, en la figura del hombre-rey, al Padre del cielo. En la parábola anterior Dios es comparado con un Padre de familia, en esta es el Soberano, presentado bajo la figura del Rey. El festejo tiene que ver con las bodas de su hijo, por lo que el Señor avanza un paso más en su propia identificación, presentándose como el Hijo de Dios y heredero del reino de los cielos. El Salmo mesiánico presenta al Mesías puesto por Dios sobre Sión, el monte santo de Dios (Sal. 2:6). Martín Lutero decía sobre esto: *"El rey que hizo fiesta de bodas es nuestro Padre celestial; el esposo es su Hijo, nuestro Señor Jesucristo; la esposa es la Iglesia*

cristiana, nosotros y todo el mundo en tanto este crea"[6]. En algunas ocasiones el comienzo del reinado de un rey comprendía una fiesta semejante a la celebración de una boda, en sentido simbólico de unión del monarca con el pueblo. Sin duda la realidad de la unión espiritual de Cristo con su Iglesia, comenzaría muy pronto, en la historia inmediatamente posterior del relato de Mateo. Si bien, la fiesta de las bodas del Cordero, tendrá lugar en el futuro, con el regreso de Cristo a la tierra en compañía de su Iglesia (Ap. 19:9). Anteriormente a esto se producirá el admirable encuentro entre el Rey y su esposa, que será presentada sin mancha ni arruga ni cosa semejante (Ef. 5:27). Sin embargo, debe apreciarse que la esposa no aparece en ningún momento del relato parabólico, porque la intención del Señor era que se prestase atención a la figura del Rey y del Hijo homenajeado. Debe apreciarse que la idea de las bodas está fuera de la parábola, o como mínimo, no está expresada claramente en ella, porque la intención es ilustrar los beneficios que el evangelio produce en todo aquel que cree. Los profetas anunciaban este banquete suculento como una provisión –en el modo de lenguaje semítico- de *"manjares suculentos, de vinos refinados, de gruesos tuétanos y de vinos purificados"* (Is. 25:6). Esta obra admirable de la gracia incluye el perdón de los pecados, la paz definitivamente establecida con Dios (Ro. 5:1); la ausencia de demandas judiciales y la responsabilidad penal por el pecado (Ro. 8:1); la limpieza de conciencia que permite un servicio en paz delante de Dios (He. 9:14); el acceso al trono de la gracia sin condicionantes ni obstáculos (He. 10:19-22); la seguridad de esperanza en Cristo (Col. 1:27); y otras muchas manifestaciones del favor misericordioso de Dios en Cristo. Es la cena de la provisión y de la comunión con Dios. Juan el Bautista se había referido a Jesús como el esposo (Jn. 3:29). Cristo está concentrando en la parábola muchos de los cauces que conducirían inevitablemente a su aceptación como el Mesías enviado, el Rey de reyes y el Señor de señores. La oscuridad espiritual de los líderes religiosos de los judíos y su osada rebeldía contra la evidencia del cumplimiento en Jesús de las señales mesiánicas que lo acreditaban como el enviado de Dios, son las razones que impiden el reconocimiento del Señor como el Cristo de Dios.

Sigue luego: *"Y envió a sus siervos a llamar a los convidados de las bodas; mas estos no quisieron venir"*. En los banquetes de los tiempos de Jesús, y desde mucho antes también, el que invitaba enviaba anticipadamente la invitación a quienes deseaba tener en el día señalado y luego, cuando llegaba la fecha, enviaba nuevamente a los siervos con un llamado para que acudiesen al convite (cf. Est. 5:8; 6:14). Parece ser que los habitantes de Jerusalén, tenían la costumbre de no asistir a ninguna fiesta si no eran invitados, por lo menos, dos veces[7]. Israel había sido apercibido para la fiesta de la comunión que Dios abría

---

[6] Citado por Herbert Lockyer. o.c., pág. 317s.
[7] P. A. Micklem, *St. Mathew, with Introductión and Notes.* Londres, 1917, pag. 210.

con la presencia y obra de su Hijo, anticipadamente por el mensaje de los profetas que, a lo largo de siglos, llamaban al pueblo para que estuviese apercibido para la llegada del Mesías. Esta sería la segunda invitación que el Rey hizo a los convidados, según la parábola. Téngase en cuenta que ya habían sido *convidados*, por tanto esta era la segunda invitación o confirmación de la primera. En el texto griego se lee: *"llamasen a los llamados"*. Sorprendentemente los invitados, es decir, todos los que habían sido invitados a la fiesta, negaron su asistencia. Con un conclusivo *"no quisieron venir"*, Mateo expresa la situación. No cabe duda que en estos primeros invitados está representado todo el pueblo judío, a los que primeramente debía ser anunciado el evangelio (Hch. 13:36). Estos habían endurecido el corazón contra Dios, rechazando la invitación del evangelio que los convocaba para recibir la salvación en Cristo (Mt. 11:28). Esa fue una constante en Israel, que rechazó continuamente las invitaciones de Dios (cf. Is. 1:2ss; Jer. 7:13).

La reacción del rey ante el hecho se describe por Jesús así: *"Volvió a enviar a otros siervos, diciendo: Decid a los convidados: He aquí, he preparado mi comida; mis toros y animales engordados han sido muertos, y todo está dispuesto; venid a las bodas"*. Una tercera invitación se produjo ante el rechazo de los invitados. En esta ocasión se les advierte que la comida estaba preparada y todos los arreglos hechos para la celebración. El Rey pudo haber dejado a los invitados sin insistir más, pero la manifestación de la gracia es continua en la relación de Dios con su pueblo. No debe buscarse en la parábola la identificación de quienes son los siervos primeros y los segundos. La realidad es que Dios no dejó nunca a su pueblo sin mensajeros (Jer. 7:25-26). Aunque el mensajero es importante, sin embargo, debe entenderse que es un instrumento que transmite el mensaje procedente de Dios mismo. La realidad es que Dios prepara el banquete de salvación y comunión, y Dios mismo envía para convocar en él a los invitados (Jer. 25:3-4). Dios pudo haber derramado su ira sobre los rebeldes, pero tuvo paciencia otorgándoles oportunidades de arrepentimiento, como recuerda el profeta: *"Porque solemnemente protesté a vuestros padres el día que les hice subir de la tierra de Egipto, amonestándoles desde temprano y sin cesar hasta el día de hoy, diciendo: Oíd mi voz. Pero no oyeron, ni inclinaron su oído, antes se fueron cada uno tras la imaginación de su malvado corazón"* (Jer. 11:7-8a). La razón de la misericordia que se expresa en paciencia con el impío corresponde al deseo de salvación y no de condenación que muestra Dios (Ez. 18:23, 32) De ahí la continua invitación: *"Volveos, volveos de vuestros malos caminos"* (Ez. 33:11). La invitación se expresa con la misma fuerza que tiene el verbo en 11:28. Siempre debe tenerse en cuenta que la invitación de Dios no es un ruego sino un mandamiento. Es decir, cuando se rechaza su invitación no se está produciendo un simple rechazo, sino que se está quebrantando un mandamiento, ya que Dios lo establece así cuando dice: *"¡Venid!"*. El banquete de bodas tiene el sentido de

una *comida* del mediodía, a causa del sustantivo que usa Mateo. Probablemente la invitación precedía a la hora de la comida y el banquete se extendería hasta la noche, como se aprecia más adelante (v. 13), donde ya hay oscuridad, tinieblas, en el exterior el lugar del banquete. Estando, pues, todo aparejado y el tiempo cumplido no había razón para demorarse, ni hay tiempo que perder.

La respuesta a la segunda invitación no fue buena: *"Mas ellos, sin hacer caso, se fueron, uno a su labranza, y otro a sus negocios"*. Dos de los invitados declinaron asistir porque tenían intereses personales superiores a la invitación del Rey. Ambos demuestran una total indiferencia por el banquete. La indiferencia se convierte en este caso en un insulto hacia el Rey que había preparado el banquete y que invitaba a los comensales. Estos menospreciaban al Rey al rehusar la asistencia a causa de otros intereses personales. El campo de uno y el negocio del otro eran más, en su concepto, que el banquete real. Estos indiferentes al llamado representan a los materialistas que hubo en todos los tiempos. Son aquellos para quienes Dios no cuenta en sus proyectos y está siempre lejos de sus intereses. *"Y otros, tomando a los siervos, los afrentaron y los mataron"*. Un grupo de invitados fue indiferente y despreciativo, pero otro fue violento y hostil. No les bastó a estos con despreciar a los siervos y rechazar la invitación, sino que hicieron violencia con ellos. Los siervos sufrieron afrentas, y algunos fueron asesinados por quienes eran objeto de la gracia y misericordia del Rey. A la tercera invitación respondieron matando a algunos de los mensajeros. La historia se representa en la parábola. Dios había enviado continuamente sus siervos los profetas a Israel con la invitación para acudir a Él y fueron rechazados, algunos incluso muertos, cuando la palabra de Dios transmitida por ellos fue insoportable para aquellos que no amaban a Dios y despreciaban su gracia. De esta manera se habían comportando con los profetas a lo largo de la historia, concluyendo con el mismo Juan el Bautista a quien habían despreciado, especialmente los líderes de la nación. La mayor evidencia se aprecia en el plan que tenían tramado para quitar la vida a Jesús, como Él mismo había anunciado (16:21; 20:18; 21:38, 39). Las invitaciones, como se dijo antes, simbolizan los intentos continuados de Dios para la salvación de su pueblo. El mismo Señor está incluido también entre los siervos que invitan al banquete preparado por el Rey. Sin duda Él es el Hijo de Dios, el Rey de reyes y el Señor de señores, pero es también siervo. Esa era la dimensión de su venida, en el servicio supremo de redención y de búsqueda de los perdidos (Lc. 19:10). Muchas veces quiso juntar al pueblo y llevarlo a la fiesta de la salvación y de la comunión con Dios, pero se resistieron permanentemente. La realidad de la gracia supera en todo a la ilustración de la parábola; aun después de la muerte del Hijo, Dios dio oportunidades a Israel para conversión. Los mensajes del evangelio en la era apostólica son el ejemplo. A los siervos que Dios había enviado en esa última manifestación de gracia para con ellos, también sufrieron

la violencia de la persecución (Hch. 8:1-3) e incluso algunos fueron muertos, como Esteban y Jacobo (Hch. 7:59, 60; 12:1-2).

La reacción del rey fue de enojo: *"Al oírlo el rey, se enojó; y enviando sus ejércitos, destruyó a aquellos homicidas, y quemó su ciudad"*. La ira del rey tenía que producirse. Un enojo desbordante contra los que se comportaron con tanto desprecio y perversidad, no podía demorarse. El Rey había tenido paciencia, insistiendo en la invitación, pero el tiempo de gracia había concluido para aquellos despreciables. El desprecio y el homicidio trajeron como consecuencia una acción judicial definitiva, destruyendo la ciudad. La solemnidad de la parábola tiene que ver con el juicio que se anuncia sobre la ciudad, que no podía ser otra que Jerusalén. Es interesante apreciar que el Rey envía a *sus* ejércitos. Dios utilizaría los ejércitos de Roma para llevar a cabo la acción judicial sobre Jerusalén y sus habitantes. La profecía no podía demorarse en cuanto a cumplimiento. Jesús anunciaba el juicio inmediato como culminación a la perversa acción de quienes quitarían, en aquellos días, la vida al Mesías, el Siervo de Jehová, el Hijo de Dios. Los ejércitos de Tito destruirían la ciudad en el año 70, quemándola completamente. Los ejércitos más poderosos y capaces del mundo antiguo eran los ejércitos de Dios, puestos a su servicio para ejecutar su sentencia. De una invitación a un banquete de bodas, se pasó a un juicio ejecutado con ejército y fuego que destruye la ciudad. La paciencia de Dios da paso a la acción de su ira y los que se atreven a levantarse contra Él y sus propósitos son destruidos como consecuencia de su pecado y arrogancia.

Una actuación definitiva del rey: *"Entonces dijo a sus siervos: Las bodas a la verdad están preparadas; mas los que fueron convidados no eran dignos"*. Al castigo del rey, se une también la reprobación total de quienes habían sido invitados que son calificados como *indignos* de estar en aquel banquete. Hay un contraste marcado en el versículo: La boda estaba preparada y dispuesta para unos invitados que no merecían tal honor. El rechazo que los judíos hicieron del Mesías les convertía en indignos de recibir las bendiciones de la salvación y de la gracia que Dios había dispuesto para ellos. No eran dignos de ser los primeros destinatarios del mensaje del evangelio. Sin embargo, el plan de redención no quedaría en un fracaso a causa del rechazo de Israel. Dios había determinado salvar, por tanto se disponía para hacerlo pese a la resistencia y rechazo inicial de su pueblo al evangelio. *"Id, pues, a las salidas de los caminos, y llamad a las bodas a cuantos halléis"*. La fiesta a las bodas no quedaría arruinada por el rechazo de algunos invitados a ellas. Los siervos del rey, recibieron instrucciones a modo de mandamiento, para que acudiesen a las encrucijadas, literalmente, a las salidas de los caminos y convocasen a todos cuantos transitaban por ellos invitándoles a la fiesta de las bodas. La gracia de Dios se manifiesta en salvación para todos los hombres (Tit. 2:11). Los que

habían sido convidados no eran dignos, pero los indignos serían convidados. Los judíos rechazaron la evangelización pero otros muchos pueblos fueron llamados para aceptar la buena noticia del evangelio. Esto mismo había sido anunciado antes por Jesús: *"Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos"* (8:11). Sin embargo, esto no supone que los judíos queden excluidos, ya que en este tiempo no hay distinciones nacionales o sociales en cuanto a llamamiento y salvación. Es necesario entender, con todo, que hay una reprobación judicial sobre el pueblo de Israel a causa del rechazo voluntario del Mesías (Jn. 12: 36b-41). El alcance universal de la salvación es para todos sin limitaciones nacionales, sociales, raciales o personales. De ahí el mandato de ir a todas las naciones con el evangelio (Mt. 28:19; Lc. 24:47). Las diferencias se extinguen en este sentido (Ro. 10:12). Cualquiera que acepte el mensaje del evangelio será salvo (Ro. 10:13). La instrucción que el rey da a sus siervos, ilustra el llamado universal del evangelio que proclama salvación a todo aquel que crea (Jn. 3:16). Los siervos del rey son enviados a los caminos, es decir, a los lugares fuera de las ciudades, o a los caminos que al salir de las ciudades se dividían y bifurcaban en otros muchos. Antes del rechazo, Jesús había prohibido a los apóstoles salir de los límites de Israel, que no debía ir por camino de gentiles (10:5), luego, después de haber cumplido el compromiso de evangelizar a Israel, el camino a todo el mundo queda abierto para llevar a todos los hombres en cualquier lugar el mensaje del evangelio de la gracia. Es necesario enfatizar que la salvación es extensible a todo hombre en todo lugar, pero ello no supone un *universalismo*, en el sentido de que todo hombre es salvo a no ser que rechace el mensaje del evangelio. La salvación es por gracia mediante la fe (Ef. 2:8-9), esto quiere decir que el ejercicio de la fe que se deposita en el Salvador es imprescindible para alcanzarla. La salvación es de Dios, pero, la responsabilidad es del hombre, entendiendo también la capacitación del Espíritu en la persona (1 P. 1:2).

Los siervos del rey ejecutaron las instrucciones: *"Y saliendo los siervos por los caminos, juntaron a todos los que hallaron, juntamente malos y buenos; y las bodas fueron llenas de convidados"*. La acción de los siervos trajo como resultado que la sala del banquete se llenase de invitados. Los que nunca hubiesen pensado en un privilegio semejante, fueron alcanzados por los siervos y conducidos al disfrute del banquete que estaba ya preparado. El objetivo del evangelio es salvar a los perdidos y reunir a todos en un solo cuerpo en Cristo. De ahí que la ilustración que Jesús puso es la de un rebaño y un pastor (Jn. 10:16; 11:52). Una gran multitud fue reunida como resultado de la invitación de los siervos, de modo que la sala del banquete se llenó de invitados. La multitud no es selecta, es decir, de buenas personas, honestas y confiables humanamente hablando, sino de todas las condiciones. De ahí que se habla de *buenos y malos*. Debe entenderse esto desde la óptica humana, ya que ninguno hay bueno

delante de Dios o que merezca tal calificativo (Ro. 3:10-12). El calificativo de *buenos* o de *malos*, se establece conforme a las normas humanas de juicio. En el concepto de la sociedad humana hay quienes se ajustan a las normas de un comportamiento social correcto y se les llama *buenos*, otros en cambio son opuestos a la convivencia y se les considera como *malos*. Los siervos no hicieron selección entre unos y otros, sino que la invitación se dirigió a todos los que encontraron en los caminos, entre los que había algunos honestos y otros deshonestos. Unos y otros no tenían ningún derecho a entrar a la fiesta de las bodas, por tanto los unos y los otros recibieron igualmente la invitación y de la misma manera accedieron al festín preparado. La bondad o la maldad humana no son elementos que permitan acceder a la salvación, tan sólo la gracia abre en Cristo acceso a todo aquel que cree, esto es, que recibe la invitación del evangelio y la acepta. Una vez aceptada la invitación del Rey son admitidos a todos los privilegios sin tener en cuenta su condición anterior, porque hay un elemento común que los vincula: todos son pecadores. El Señor vino a buscar y salvar lo que estaba perdido (Lc. 19:10).

La segunda parábola que tiene que ver con la cena de las bodas del Cordero, especialmente relacionada con Israel, es la de las diez vírgenes (Mt. 25:1-13). *“Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo”*. Jesús establece la comparación del reino de los cielos con una boda hebrea. Llegada la fecha establecida en el compromiso, el novio salía de su casa e iba a casa del padre de la novia, donde esta estaba, para tomarla como esposa. Juntos se dirigirían, primero a la casa que el novio había preparado para ella, y luego al lugar donde se celebraba el banquete nupcial, acompañados de un cortejo de amigos y amigas, tanto del novio como de la novia. Normalmente iban con lámparas encendidas, no sólo para iluminar el camino al lugar del banquete, sino para hacer visible la comitiva que acompañaba a los desposados. Cristo comparó el reino de los cielos en una etapa futura, a la que ya se ha referido en diversos momentos de su ministerio, con la celebración de una boda. La comitiva se formaba por un grupo de mujeres, *vírgenes*, *doncellas*, amigas de la novia, que esperaban la llegada del esposo y de la esposa, después de haber ido a la casa donde vivirían, en un determinado lugar del camino, previamente establecido, para acompañarlos al banquete de las bodas, que era una celebración larga y que duraba varios días. Las diez jóvenes estaban provistas de lámparas que encenderían cuando el novio y la novia llegasen al lugar donde ellas los esperaban. Los fariseos enseñaban que el cumplimiento de los preceptos legales, en sentido estrictamente literal, tal y como aparecían escritos, era suficiente para alcanzar la salvación. Ellos consideraban que por ser descendientes de Abraham, según la carne, tenía asegurada la entrada al reino de los cielos, bastando tan sólo que guardasen la ley. Sin embargo, mucho antes, Jesús advirtió que la entrada al reino estaba condicionada por el nuevo nacimiento, sin

el cual, nadie *vería*, ni *entraría* en él (Jn. 3:3, 5). Una vida de piedad aparente no garantizaría la entrada al reino de los cielos, sino todo lo contrario. Cristo ilustra esta verdad mediante los dos grupos de amigas que esperaban para acompañar al nuevo matrimonio, para hacer ver que no todas entrarían al lugar de celebración de las fiestas de la boda, es decir, que no todos –representados en las diez vírgenes- entrarán en el reino de los cielos. No hay duda sobre quien es el *esposo*. En un contexto escatológico en el que de forma insistente, tal como se aprecia en el capítulo anterior, Jesús habló de la futura venida del Hijo del Hombre, este *esposo* de la parábola es figura de Él mismo. Más tarde, en la Epístola a los Efesios, el apóstol Pablo usará la misma figura para referirse a la suprema manifestación de la relación espiritual entre Cristo y la Iglesia (Ef. 5:25-27). Si la figura del esposo en la parábola es clara, así también debe ser entendida la de las diez vírgenes. Esta comprensión es esencial para una correcta interpretación de la parábola. Algunos optan por interpretarla como los cristianos verdaderos, en la figura de las cinco prudentes, y los cristianos nominales, en el grupo de las cinco insensatas, cuando el Señor regrese a buscar a su Iglesia. Tal interpretación tiene notorias dificultades: La iglesia nunca se ha comparado con *varias vírgenes*, sino con una sola, como Pablo dice: *"como una virgen"*, para Cristo (2 Co. 11:2). Siguiendo esta línea de interpretación, cuando el Señor venga a tomar a su esposa, las cinco vírgenes que tienen aceite en sus vasos irán con él, y las otras cinco quedarán sin poder acompañarle. De la misma manera que se hizo notar en relación con la ilustración de los dos hombres en el campo y las dos mujeres en el molino (24:40-41), se invierte totalmente el sentido interpretativo de la parábola, que como en todo el contexto no puede referirse al recogimiento de la iglesia (1 Ts. 4:16-17). El entorno escatológico del pasaje hace necesario entender que las diez vírgenes son una ilustración de la nación de Israel, en los días de la segunda venida de Cristo a la tierra. En este caso se trataría de la celebración de *las cenas de las bodas del Cordero*, que tendrán lugar en la tierra durante el reino milenial de Jesucristo y de las que Juan hace mención (Ap. 19:9). Esa cena, forma simbólica de referirse a la festividad propia de una boda, tendrá lugar después de *"la tribulación de aquellos días"* (24:29). Las *vírgenes*, no son la *novia*, sino las acompañantes de la novia. El salmista se refiere a algo semejante en el Salmo sobre las bodas del rey, que tiene un alcance mayor que la simple alusión a una boda real de los tiempos de los reyes de Israel, ya que hace mención al reino de Dios que gobierna sobre un trono de Justicia (Sal. 45:6ss). En ese mismo salmo se presenta al cortejo nupcial acompañado de compañeras que siguen a la novia (Sal. 45:14). En la parábola la preocupación de las vírgenes era estar apercibidas para la llegada del esposo, pero no para su *regreso* (v. 6). ¿Por qué diez vírgenes? El número diez era un número completo. Era un número muy usado en el entorno hebreo, de modo que una sinagoga se podía abrir si había diez varones; se requerían también diez para juzgar en un asunto (Rut 4:2); refiriéndose a un tiempo completo de prueba se usa el número diez (Ap. 2:10).

Siendo, pues, un número completo señala aquí a toda la nación de Israel en el tiempo del regreso de Jesucristo a la tierra. Es interesante hacer notar que algunos mss. hacen referencia a la *novia*, junto con el novio, aunque no son lo suficientemente seguros como para aceptarlo sin condiciones.

El grupo que esperaba al Esposo era heterogéneo: *"Cinco de ellas eran prudentes y cinco insensatas"*. Luego de la presentación de las circunstancias ocasionales, se detalla la condición personal de cada una de las personas que formaban los dos grupos. Aparentemente eran iguales, porque las diez estaban esperando el momento de la llegada del cortejo nupcial, sin embargo, había notables diferencias entre ellas. Eran exteriormente iguales pero espiritualmente diferentes. A unas se les reconoce la condición de *prudencia*, pensamiento equilibrado. A las otras cinco se las califica como *insensatas*, faltas de sabiduría. El significado de *insensatez*, a la luz de la Biblia es el de quien no presta atención a las cosas espirituales conforme al pensamiento de Dios. La característica de las insensatas es que *"Las insensatas, tomando sus lámparas, no tomaron consigo aceite"*. Era la de una actuación descuidada. Era un sinsentido que tomasen las lámparas cuya misión es alumbrar y olvidasen el aceite necesario para ese menester. Las lámparas eran propiedad de cada una de las vírgenes, por tanto, eran responsables de su debida preparación. Había lámparas pero no había aceite en el depósito de ellas. La ilustración en ese sentido tiene que ver con vidas aparentes. Parecía, a simple vista, que estaban en disposición de acompañar al esposo brillando con sus luces en las tinieblas, pero sólo estaban en posesión de la apariencia externa, como una lámpara sin aceite. Por un tiempo pasaría desapercibida la falta de lo necesario para alumbrar, pero quedaría evidenciado cuando fuese necesario encender la lámpara. Por contraste en ellas: *"Las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas"*. Las prudentes actúan como corresponde al ejercicio de un sano juicio personal. Ellas saben que las lámparas solas no tienen ninguna utilidad si los depósitos del aceite no están llenos. No sabían tampoco cuanto tiempo se invertiría entre la llegada del cortejo nupcial y el trayecto hasta el lugar de la celebración del convite, por tanto, tomaron provisión abundante de aceite en los recipientes de las lámparas. Si en el caso de las insensatas se aprecia un sentido de apariencia, en estas es de realidad. Las vidas de los representados por la figura de las cinco prudentes, evidencia la realidad espiritual de una verdadera conversión. El hecho mismo de ser considerados por el Señor como *prudentes*, expresa la realidad de una dotación de sabiduría espiritual, consistente en el temor de Dios y en la aceptación de cualquiera de sus disposiciones y advertencias (Pr. 1:7). No sólo tenían lámparas sino provisión de aceite con ellas. El aceite es figura del Espíritu Santo. El Espíritu se comunica en esta dispensación a todo aquel que cree en Cristo (Ro. 8:9). La comunicación del Espíritu Santo es indispensable para el nuevo nacimiento (Jn. 3:3, 5). Sólo es renacido el que *nace* del Espíritu. El profeta anuncia que el Espíritu Santo será

derramado sobre el *verdadero Israel*, en los días anteriores a la segunda venida del Mesías: *"Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito"* (Zac. 12:10). La regeneración del Espíritu producirá la salvación de los creyentes en el tiempo de la tribulación. Es el Espíritu el que capacita al creyente para testimonio y servicio. En la parábola el aceite simboliza la acción interna de la gracia por medio del Espíritu. No cabe duda que para poder brillar en las tinieblas es preciso el poder y la presencia del Espíritu. Cuando el Espíritu no está presente en la realidad de la vida, toda forma de piedad es mera apariencia espiritual, fruto y resultado del esfuerzo del hombre, pero no de la gracia de Dios, es decir, es apariencia externa de piedad. La vida de testimonio descansa en el amor. Pablo lo enseña con énfasis notorio. Cualquier servicio fuera del amor es mero ruido que molesta a Dios y molesta a los hombres (1 Co. 13:1-3). El verdadero amor se comunica también por medio del Espíritu, derramándolo en abundancia en el corazón regenerado (Ro. 5:5). La lámpara es figura del corazón del cristiano que debe estar siempre preparado y diligentemente guardado (Sal. 108:1; Pr. 4:23).

Durante el tiempo de espera, *"tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron"*. Situaciones comunes alcanzan a las diez vírgenes. Da la impresión por el relato que el esposo se demoraba en llegar. Tal vez la visita con la novia a la casa donde iban a vivir en el futuro, incluso la intimidad del encuentro como esposos, demoró la llegada de la comitiva que se dirigiría al lugar del banquete y de los festejos propios de la boda. Simplemente cualquier pensamiento para justificar la tardanza podría caber, pero esa no es la intención de la parábola. El hecho evidente es que la demora de la comitiva estaba produciendo cansancio en el grupo de mujeres que la esperaban. El largo tiempo de espera, posiblemente en la noche, produjo cansancio en las diez vírgenes. El sueño se hizo presente y todo el grupo *cabeceaba* primero y luego, tal vez poco a poco, todas se rindieron al cansancio y comenzaron a dormir. No debe acusarse de negligencia a quienes se durmieron, simplemente era el efecto de la larga espera en la noche; el Señor no reprocha en la parábola el que se hubiesen dormido, sino la falta de aceite en las lámparas. Posiblemente las lámparas de todo el grupo estaban encendidas desde el momento en que se hizo noche. Unas, las de las prudentes, seguían brillando, porque había provisión abundante de aceite en ellas; otras, las de las insensatas, comenzaron a apagarse porque no había provisión de aceite en ellas. En la interpretación debe tenerse en cuenta que se trata de una parábola, por tanto, hay una sola lección en ella. Como parábola hay muchos elementos que son simplemente parte de un relato pero que no tienen significado espiritual. Cuando se trata de dar sentido a cada elemento de un relato parabólico, se cae en especulaciones y propuestas que nada tienen que ver con el sentido real de la parábola. Lo destacable del relato

en este versículo es el hecho de la demora del esposo. La promesa suya era de venir en ese día con la esposa, pero se hizo tarde y luego noche y su aparición no tenía lugar. De alguna manera ocurrirá esto también en la segunda venida de Jesucristo. La promesa suya de regresar a la tierra es un compromiso divino y por tanto tendrá cumplimiento seguro. Sin embargo, el tiempo transcurrido desde las promesas proféticas hasta el momento presente se hará cada vez más sensible a quienes esperan su regreso. La noche del mundo avanza y los creyentes que esperan al Señor entran, muchas veces, en el letargo del cansancio propio de la espera. Si esto ocurre con la Iglesia que cree en la inminencia del encuentro con Jesús (Jn. 14:1-4; 1 Ts. 4:16-17), cuanto más será en el tiempo de la tribulación, donde los creyentes rodeados de la angustia de los acontecimientos, estarán espiritualmente cansados. La fe, tal vez débil, dará paso al adormecimiento mientras el Señor, parece que retarda su venida.

El aviso de la aparición del esposo se produjo: *"Y a la medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!"*. El grupo de mujeres que se habían dormido a causa de la demora en la llegada del cortejo nupcial, fue despertado repentinamente por un fuerte clamor, un grito en la noche, que anunciaba la llegada del esposo. Se había demorado, pero cumplía el compromiso de acudir a la cita en el día establecido para la boda. No se trataba de la llegada oculta de una comitiva que desea pasar desapercibida, sino la aparición precedida de una fuerte advertencia que todos podían oír. El despertar de las mujeres que se habían dormido va acompañado de un mandamiento. El verbo en imperativo exige entenderlo así. Se les manda salir al encuentro del esposo que ya llega. Es necesario apreciar que el verbo *venir*, en sentido de *"He aquí el esposo viene"*, no está atestiguado en los originales y se debe a un añadido de copistas. La frase es semejante a que Juan el Bautista pronunció cuando dijo *"¡He aquí el Cordero de Dios!"* (Jn. 1:36). Los profetas anunciaron la segunda venida del Mesías con poder y gloria (Is. 9:1-7; Is. 11:1-10). El tiempo en que venga el Señor en triunfo, no en la pobreza de su condición de siervo, como ocurrió en su venida al mundo la primera vez, tendrá lugar. Ninguna de esas condiciones de victoria sobre las naciones; ninguna transformación de una naturaleza restaurada que vive en armonía, tuvieron cumplimiento en la primera venida del Señor. La profecía anuncia una segunda ocasión en que todo eso tendrá cumplimiento. El tiempo de espera resulta largo, desde el tiempo del hombre, pero la profecía tendrá fiel cumplimiento en el tiempo determinado por Dios. El grito a media noche es la llamada del cielo que convoca a los creyentes de aquel tiempo a recibir al esposo que viene. En su primera venida, en el tiempo de su nacimiento, pasó desapercibido para todos, salvo a unos pastores que velaban sobre sus rebaños de ovejas en el campo betlemita (Lc. 2:8-18). En su segunda venida todos lo verán, será la irrupción de Dios en la historia humana, para poner fin al sistema de los hombres e introducir en el mundo de las criaturas el reino del Creador (Ap. 1:7). Este es el

momento descrito en la parábola, cuando se manifieste Jesús, conforme a su promesa.

La reacción de las que esperaban fue la natural: *"Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron, y arreglaron sus lámparas"*. El despertar de las diez vírgenes supuso también la atención a las lámparas, que debían estar preparadas para alumbrar el camino, al tiempo que brillar haciendo un cortejo luminoso. El arreglo era sencillo, había que despabilar las mechas y revisar el nivel del aceite. En todos los preparativos, ambos grupos, tanto las insensatas como las prudentes, actuaron de la misma manera. Los dos grupos tenían el mismo pensamiento, recibir al esposo y ser aceptadas, no sólo en el cortejo nupcial, sino en la entrada al lugar donde se celebrarían las bodas. Sin embargo, *"Y las insensatas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite; porque nuestras lámparas se apagan"*. Uno de los dos grupos descubre un problema común en el momento de aprestarse a preparar sus lámparas, se dan cuenta que sus luces se están extinguiendo. La causa no era otra que la falta de aceite en el vaso de cada lámpara. Sin el combustible, las mechas dejaban de alumbrar. Sin embargo, las que pertenecían a las prudentes, no sólo seguían alumbrando, sino que al prepararlas alumbraban más. La lógica lleva a las insensatas a formular una petición a las prudentes, que les facilitasen del aceite que tenían. Sin embargo el problema era personal y propio de una situación de descuido. No habían tomado aceite cuando tomaron las lámparas. El hipócrita abre sus ojos a la realidad de su fracaso espiritual y se vuelve a quienes, habitualmente despreció, buscando lo que ellos tienen y de lo que él carece. Algunos en el pueblo de Israel se habían conformado con una vida de piedad aparente, que no agrada a Dios, y que les convierte en personas con lámparas pero sin aceite. Posiblemente en su actividad religiosa fueron capaces de brillar como una mecha que se quema por sí misma, pero esa actividad, cuando no es fruto del Espíritu, no puede ser sostenida. Las lámparas de la religiosidad y de la piedad aparente terminan apagándose. Todos estarán esperando la venida del Rey, pero no todos estarán en condiciones de ser recibidos a la cena de las bodas. Las insensatas representa a todos aquellos que no han atesorado un buen fundamento para lo porvenir (1 Ti. 6:19). La salvación se alcanza sólo por gracia mediante la fe (Ef. 2:8-9). Sin embargo, algunos aparentemente pertenecen al pueblo de Dios y están en la congregación de los justos, pero los tales, sin fe no han recibido las bendiciones de la gracia y viviendo están muertos en sus delitos y pecados. Aceptan un sistema religioso y sus lámparas alumbran por un tiempo, pero, al final se extinguen. Son personas que comienzan por la gracia en el Espíritu y concluyen con la carne (Gá. 3:3). Son aquellos que adoptan un sistema religioso, lleno de rigurosidad personal, en duro trato con el cuerpo, pero carente la de verdadera vida, porque es carne (Col. 2:20-23). En la realidad de la situación recurren en súplica a quienes tienen sus lámparas preparadas y aceite en ellas para que sigan alumbrando.

Pretenden que sean las prudentes quienes remedien el problema personal en que se encuentra. *"Mas las prudentes respondieron diciendo: Para que no nos falte a nosotras y a vosotras, id más bien a los que venden, y comprad para vosotras mismas"*. Es necesario recalcar una vez más que la interpretación de una parábola no permite hacerlo con cada una de sus partes, muchas de las cuales corresponden al hilo de la narración. Las insensatas pretendían que su problema fuese resuelto por las prudentes. Las prudentes tenían las lámparas con la reserva de aceite necesaria para que alumbrase continuamente, pero, según su respuesta, no pueden compartir eso con quienes *no han comprado*. En la estructura de la parábola sería un riesgo compartir el aceite porque pudiera ser que finalmente no hubiese suficiente para todas las lámparas y que todas ellas dejasen de dar luz. Se ha considerado antes que el aceite es figura del Espíritu Santo. Nadie puede dar el Espíritu a otro, a no ser Dios mismo, que lo otorga a todo el que cree en Cristo y lo da en el momento de creer (Ro. 8:9). Ese don de la gracia en la salvación sólo es posible mientras hay oportunidad, como el mismo profeta dice: *"A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche. ¿Por que gastáis vuestro dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia? Oídme atentamente, y comed del bien, y se deleitará vuestra alma con grosura. Inclinad vuestro oído, y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma y haré con vosotros pacto eterno, las misericordias firmes a David"* (Is. 55:1-3). Las prudentes envían a las insensatas a *los que venden*. ¿Se puede comprar la salvación? ¿Es algo alcanzable con alguna provisión humana? En modo alguno. La salvación es siempre por gracia, y se recibe instrumentalmente mediante la fe. Sin embargo, la Escritura habla de *comprar sin dinero* y adquirir *sin precio*. Son los grandes contrastes que permiten entender que *comprar sin dinero*, es la única forma de adquirir aquello que cuyo valor excede a todo cuanto pudiera pagarse; a la vez, quien lo ofrece no tiene necesidad de nada que pudiera dársele ni lo admitiría. La salvación ofrecida para quienes *compren sin dinero y sin precio*, ha sido pagada y comprada para el pecador, no con los medios más valiosos, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Jesucristo en la que va su misma vida de infinito valor entregada voluntariamente en la cruz en precio de redención (1 P. 1:18-20). La Biblia enseña que puede *comprarse* la verdad, pero *no venderla* (Pr. 23:23). No hay egoísmo en las prudentes, sino imposibilidad de complacer una petición equivocada por parte de las insensatas. Por otro lado, la respuesta de las vírgenes prudentes pone de manifiesto que la salvación exige una relación personal con el Salvador, que no puede transferirse y en la que los hombres no pueden actuar. Sólo el que cree en el Salvador tiene perdón de pecados y vida eterna, condiciones absolutamente necesarias para acceder al reino de los cielos, bien en su manifestación futura, bien en la del tiempo actual (Col. 1:13).

El desenlace final es impactante: *"Pero mientras ellas iban a comprar, vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta"*. El esposo llegó mientras las insensatas habían ido a comprar el aceite. No hubo ocasión para ellas de resolver el problema que tenían. El esposo se encontró con el grupo que le esperaba, mientras las insensatas procuraban comprar el aceite que les faltaba. Quienes estaban preparadas para la venida del esposo, le acompañaron al lugar donde se iba a celebrar el banquete de bodas. La nota más impactante está en la expresión: *"y se cerró la puerta"*, es decir, la puerta que daba acceso al lugar donde se iba a desarrollar la fiesta de las bodas, fue cerrada, de modo que ya no había acceso posible para nadie que estuviese fuera. El tiempo de gracia había pasado y, como en el caso de Noé, Dios cerró la puerta (Gn. 7:16). La oportunidad había concluido para quienes tuvieron tiempo antes de prepararse para el encuentro con el esposo. No lo habían hecho, ahora ya no había tiempo para rectificar. La puerta cerrada marca una inclusión y una exclusión. Las prudentes habían accedido con el esposo al lugar del banquete, las insensatas estaban excluidas de él. *"Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, Señor, ábrenos!"*. El texto presenta aquí un ruego a destiempo. Las vírgenes insensatas habían ido a comprar el aceite que necesitaban y cuando llegaron al lugar del banquete, la puerta estaba cerrada. Ellas querían entrar, pero no podían hacerlo a causa de una puerta que permanecía cerrada. Estas son semejantes al profano Esaú que deseó recibir la bendición después de haber profanado su condición y fue desechado (He. 12:16-17). La puerta cerrada expresa una oportunidad definitivamente perdida. Habían tenido tiempo suficiente para estar preparadas como las otras cinco vírgenes, pero no lo hicieron, para ellas ya no había solución, porque no había otra oportunidad. Como en los días de Jesús, todos los religiosos de la nación no estarán preparados, sino que tendrán sólo su religiosidad pero no el nuevo nacimiento necesario para entrar en el reino (Jn. 3:3). Algunos lucirán su piedad entre los verdaderos piadosos, pero no servirá esto para entrar en el reino. Como escribe el Dr. Lacueva: *"La vana confianza de los hipócritas puede llevarse casi a las puertas del cielo, pero no pueden pasar la frontera porque no llevan el pasaporte en regla"*[8]. El problema de este grupo no estaba en que se hubiesen dormido mientras esperaban al esposo. Bajo aquellas circunstancias de demora, no descuidaban ningún deber al hacerlo, pero, debían estar preparadas para el momento en que el esposo apareciese. Como se ha dicho reiteradamente, no debe buscarse aplicación a cada uno de los elementos de la parábola. En ese sentido debe entenderse también que las cinco vírgenes insensatas son personas profesantes, tal vez piensen sinceramente que son amigas del esposo y que, por el hecho de conocerle, es suficiente para que no se les niegue la entrada a las bodas, ellas pensaban que recibirían con alegría al esposo. Sin embargo, unas lámparas con provisión insuficiente de aceite,

---

[8] F. Lacueva. o.c., pág. 480.

expresan el interés meramente superficial y humano por las cosas divinas que se aprecia frecuentemente en religiosos. El profeta advirtió al pueblo de Israel de esta misma situación siglos antes: *"¿Qué haré a tí, Efraín? ¿Qué haré a ti, oh Judá? La piedad vuestra es como nube de la mañana, y como el rocío de la madrugada, que se desvanece"* (Os. 6:4). El esfuerzo que hicieron para remediar la situación en que se encontraban, debió haberse hecho con anticipación. La parábola en este momento es profundamente patética, representando la situación en que algunos se encontrarán en el momento de la segunda venida de Cristo. El tiempo de preparación para recibir al Señor tiene que aprovecharse antes de su venida, en el momento en que venga ya no habrá oportunidad alguna para prepararse espiritualmente. La respuesta al llamado es determinante: *"Mas él, respondiendo, dijo: De cierto os digo, que no os conozco"*. La respuesta a la llamada a la puerta cerrada, no se hace esperar. El esposo contesta a quienes llaman pidiendo entrada, que no son otras que las cinco insensatas que no habían estado preparadas para el encuentro con él. La respuesta entraña un intenso significado. El esposo contesta desde el interior, sin abrir la puerta: *"no se quienes sois"*. El banquete de las bodas había comenzado y en él estaban sólo los conocidos del esposo. Nadie desconocido había sido invitado y ningún desconocido podía entrar. Todos los conocidos estaban ya en el banquete, por tanto, quienes pretendían entrar luego de haberse cerrado la puerta, eran desconocidos. El verbo *conocer*, no sólo expresa un conocimiento intelectual, sino una relación de intimidad. Aplicado a Dios en salvación de los pecadores, Él conoce *a todos* intelectualmente, nada escapa al conocimiento infinito de Dios, pero sólo *conoce vivencialmente*, a quienes están en contacto íntimo y comunión real con Él, por medio de la fe. De ahí la necesidad de conocer a Dios en la vinculación con su Hijo Jesucristo, para ser salvos, porque *la vida eterna* está en ese conocimiento de relación personal (Jn. 17:3). Las cinco insensatas conocían *intelectualmente* al esposo, pero seguían siendo unas desconocidas en su relación con Él. En ese conocimiento está la seguridad de salvación: *"Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos"* (2 Ti. 2:19). El texto expresa una relación entre el que conoce y el que es conocido. Dios conoce, mantiene comunión y se relaciona con los que son suyos (Jn. 10:14, 27; Ro. 8:16). Hay quienes afirman conocer a Cristo, pero no son conocidos por Él. El conocimiento de Dios es íntimo e invisible para las gentes, pero conocido para Dios. Un salvo no sólo conoce a Dios, sino que también Dios le conoce a él (Ro. 8:29).

El contexto de la parábola tiene que ver, como se dijo antes, con el tiempo de la segunda venida de Cristo, y concretamente en este caso con Israel. La Biblia presenta el recogimiento de la Iglesia para estar con el Señor, como un acontecimiento independiente de la segunda venida del Señor a la tierra para reinar (1 Ts. 4:16-17). El encuentro del Esposo con la esposa tendrá lugar en

esferas celestiales, allí se producirá lo que se llama simbólicamente *las bodas del Cordero*. En aquel tiempo, la Iglesia será presentada a su Esposo ataviada gloriosamente, sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante (Ef. 5:27). Esa misma verdad está recogida por el apóstol Juan en su visión celestial: *"Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos"* (Ap. 19:6-7). Sin embargo, la consumación mesiánica se describe, no sólo como una cena de bodas, sino como un banquete glorioso. El mismo Señor enseñó en su ministerio que muchos vendrían del oriente y del occidente y se sentarían a la mesa con los patriarcas en el reino de los cielos (Mt. 8:11). Él mismo dijo a sus discípulos en la última cena que no bebería más del fruto de la vid, hasta que lo bebiera con ellos en el reino de Dios (Mt. 26:29). La realidad del encuentro celestial de la Iglesia con Cristo, el Esposo, dará paso al gran banquete de *la cena de las bodas del Cordero*, asunto diferente y distinguido en la Escritura de *las bodas del Cordero* (Ap. 19:9). Como Juan expresa los hombres no pueden tener acceso a la fiesta de las bodas del Cordero, por méritos propios, debe haber una invitación divina (cf. Mt. 22:3; Lc. 14:17; Ap. 17:14). La iniciativa para salvación es siempre el llamado de Dios. A la invitación de Dios se produce la respuesta del hombre. Ocurrirá así también con Israel, que como se ha considerado antes, durante el tiempo de la tribulación muchos de ellos, los escogidos de Dios, habrán respondido con verdadera fe, volviéndose al Crucificado y recibiendo en ese acto de fe, descrito como una *mirada* al que traspasaron. Estos son los invitados a la cena, la fiesta, de las bodas del Cordero, que regresa a la tierra acompañado de su esposa la Iglesia. La fiesta de las bodas del Cordero tendrá lugar en la tierra durante el milenio. En esa cena estará involucrado el Israel salvo, como se aprecia en la parábola de la gran cena (Lc. 14:16-24), y también en la parábola de las bodas del hijo del rey, que se ha considerado antes (Mt. 22:1-14). La entrada a la cena de las bodas, sólo es posible para los salvos, porque se desarrolla en el contexto del reino de los cielos en la tierra, al que sólo puede acceder quienes hayan sido salvos (Jn. 3:5). Por tanto sólo accederá a esa bendición y disfrute aquellos que tienen *aceite* además de lámparas, es decir, quienes son realmente salvos. En ese momento solemne de la historia futura de la humanidad se conocerá claramente que la mera profesión religiosa, con sus formas y símbolos, será inútil, porque no puede proveer de *aceite*. Sólo el aceite en la lámpara será la evidencia visible de la salvación y sólo estos y nadie más que estos accederán a la bendición del reino de Dios en la tierra. No permitir la entrada a quienes estaban llamando a la puerta, no supone desechar personas que piden la salvación, sino desconocer a quienes pretender haber sido salvas, simplemente por mera expresión religiosa, pero que no estaban preparadas para la venida del Señor.

Por esa razón el ángel dice a Juan: μακάριοι οἱ εἰς τὸ δεῖπνον τοῦ γάμου τοῦ ᾿Αρνίου κεκλημένοι, *"Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero"*. Los verdaderos creyentes, especialmente los relacionados con el verdadero Israel, acompañarán al Esposo y entrarán en las bodas. Los incrédulos, querrán entrar, pero hallarán la puerta cerrada. Los religiosos tienen religión pero no tienen a Cristo. Los religiosos conocían a Jesús, pero Él no los conocía a ellos. El salvo no sólo conoce a Dios, sino que Dios le conoce a Él (Ro. 8:29). La cena de las bodas se extenderá a lo largo del reino milenial. Los bienaventurados comprenderán a los santos de todas las edades que no son de la dispensación actual. Al reino milenial de Cristo sólo entrarán salvos, (Jn. 3:3, 5) por eso se enfatiza que los invitados son *"llamados"*.

Καὶ λέγει μοι· οὗτοι οἱ λόγοι ἀληθινοὶ τοῦ Θεοῦ εἰσιν. La enseñanza del ángel tiene una notoria dimensión, ya que son *"palabras verdaderas de Dios"*. La advertencia el ángel sirve de énfasis al contenido de la revelación. El ángel advierte a Juan que las palabras proceden directamente de Dios. La perspectiva del gozo que rodea a la cena de las bodas del Cordero, contrasta con la tremenda dimensión de los juicios y situaciones antes reveladas. Son palabras alentadoras, porque son promesas comprometidas de Dios. Las palabras que Dios comunica por medio de las profecías se cumplen inexorablemente, porque es Dios mismo quien se ocupa personalmente de su cumplimiento (Is. 46:9-10).

10. Yo me postré a sus pies para adorarle. Y el me dijo: Mira, no lo hagas; yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios; porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía.

καὶ ἔπεσα ἔμπροσθεν τῶν ποδῶν αὐτοῦ προσκυνῆσαι αὐτῷ. καὶ λέγει
Y caí delante de los pies de él para adorar le. Y dijo
μοι· ὅρα μή· σύνδουλος σού εἰμι καὶ τῶν ἀδελφῶν σου τῶν ἐχόντων
me: Mira no; consiervo de ti soy y de los hermanos de ti de los que tienen
τὴν μαρτυρίαν᾿Ιησοῦ· τῷ Θεῷ προσκύνησον. ἡ γὰρ μαρτυρία ᾿Ιησοῦ
el testimonio de Jesús - a Dios adora; Porque el testimonio de Jesús
ἐστιν τὸ πνεῦμα τῆς προφητείας.
es el espíritu de la profecía.

Notas y análisis del texto griego.

El versículo comienza con καὶ, conjunción copulativa *y*; seguido de ἔπεσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πίπτω, *caer, caerse, precipitarse, postrarse de rodillas*, aquí como *caí*; ἔμπροσθεν, una palabra compuesta de las preposiciones ἐν y πρός, reforzadas por la partícula de dirección θεν,

de modo que, por su origen contiene un elemento local y un elemento temporal, su significado depende del contexto en que aparezca y depende también de la función gramatical, bien sea como preposición impropia que rige genitivo, como en este caso, o como adjetivo o como adverbio, aquí se trata de una preposición impropia de genitivo que equivale a *delante de, al frente de*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; ποδῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo *pies*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él*; προσκυνῆσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo προσκυνέω, utilizado para expresar adoración en el N. T., aquí como *a adorar*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *le*. La respuesta a la acción de Juan se describe con καὶ, conjunción copulativa *y*; λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir*, aquí como *dice*; μοι, caso dativo singular del pronombre personal *me*: ὅρα, segunda persona singular del presente de imperativo en voz activa del verbo ὁράω, *ver, mirar, notar, observar, cuidarse*, aquí como *mira*, en sentido de advertencia; μή, partícula negativa que hace las veces de adverbio de negación, *no*; la frase adquiere un marcado carácter de prohibición como: *¡Cuídate de hacerlo!*. La razón para esa prohibición es que el que hablaba con Juan era σύνδουλος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *consiervo*; σού, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de ti*; εἰμι, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *soy*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; ἀδελφῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *hermanos*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de ti*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; ἐχόντων, caso genitivo masculino plural del participio de presente articular en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener,* aquí como *que tienen*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*, masculino en castellano, *el*; μαρτυρίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *testimonio*; Ἰησοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Jesús*; seguido de τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*, no utilizable delante del nombre Dios; Θεῷ, caso dativo masculino singular del nombre declinado *a Dios*; προσκύνησον, segunda persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo προσκυνέω, *adorar*, aquí como *adora*. La cláusula final del versículo comienza con ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*, masculino en español; seguido de la conjunción causal γάρ, *porque,* que en español precede al artículo; μαρτυρία, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *testimonio*; Ἰησοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Jesús*; ἐστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar,* aquí como *es*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; πνεῦμα, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *espíritu*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado*, de la*; προφητείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *profecía.*

Καὶ ἔπεσα ἔμπροσθεν τῶν ποδῶν αὐτοῦ προσκυνῆσαι αὐτῷ. La impresión que produjo en Juan la revelación divina sobre los acontecimientos finales que traslada en el Apocalipsis, fue de tal dimensión que lo condujo a

postrarse en tierra, al uso oriental, para adorar. No cabe duda que el apóstol que recibió la revelación que el ángel le comunicaba, entendía que aquellas palabras procedían de Dios mismo. El apóstol no creía que el ángel era Dios, pero lo consideraría, probablemente, como un representante de Dios, y decide postrarse ante él en actitud de adoración. La gloriosa consumación del propósito divino y la acción que eliminaba el sistema de oposición a Dios y con ello la apertura de la puerta al reino mesiánico, debieron producir un impacto tal en Juan que se inclinó a tierra en señal de adoración ante los pies del ángel.

Καὶ λέγει μοι· ὅρα μή. La amonestación del ángel es firme y definitiva. Con un giro idiomático común entonces, compuesto con el presente de imperativo en voz activa del verbo *mirar* como llamado de atención y la partícula negativa *no*, establece una negativa contundente, orientada a detener aquella acción. Es como si el ángel dijese al apóstol: *"Ten mucho cuidado y no se te ocurra hacer tal cosa"*.

Σύνδουλος σού εἰμι καὶ τῶν ἀδελφῶν σου τῶν ἐχόντων τὴν μαρτυρίαν Ἰησοῦ. La razón para impedir un acto de adoración es que el ángel, por magnífico que fuese, era tan sólo un siervo de Dios, en lo que se equiparaba a Juan y a sus hermanos. La enseñanza bíblica sobre la superioridad de Cristo sobre los ángeles y el ministerio de estos, concluye con una pregunta retórica que exige una respuesta positiva: *"¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?"* (He. 4:14). El ángel reconoce que es una criatura de Dios y que el único adorable es el Creador. Aunque el ministerio angelical representaba una tarea superior a la que estaba desarrollando Juan, debido también a la dimensión de ambos, él y el ángel, no deja de ser el ángel un siervo más de Dios, por lo que se considera como *consiervo* del apóstol.

τῷ Θεῷ προσκύνησον. Las palabras que siguen del ángel, luego de la amonestación que impedía que Juan le rindiese adoración, dirigen la acción de Juan hacia el objeto debido de adoración, que es Dios mismo. Antes, en la revelación que estaba recibiendo el apóstol, se instó a los seres angelicales y también a los hombres a adorar a Dios, por tanto, siguiendo en el mismo propósito se pide a Juan que el acto de adoración se dirija a Dios: τῷ Θεῷ προσκύνησον, *"adora a Dios"*. La Biblia entera establece la adoración a Dios (Dt. 10:20-21). La adoración a cualquier otro ser o dioses falsos estaba prohibida (Jos. 24:14). Para volverse a Dios, en sentido de tenerlo como el único Dios verdadero, exigía la retirada de cualquier otro dios que usurpase la adoración y obediencia al Señor (1 S. 7:3). Cristo mismo reafirmó la enseñanza bíblica cuando dijo al tentador que buscaba el acatamiento a su persona y la aceptación de su plan: *"Escrito está: al Señor tu Dios adorarás, y a Él solo servirás"* (Mt. 4:10). Hay un profundo contraste entre la acción del ángel y el

deseo impío de Satanás y del Anticristo, que exigirán adoración y sentenciarán a muerte a quienes se la nieguen (2 Ts. 2.4; Ap. 13:4, 8, 12, 15-17). En tiempos de Juan había grupos que enseñaban la adoración a los ángeles, práctica que el apóstol Pablo rechaza en su escrito a Colosenses (Col. 2:18).

Finalmente, el ángel enseña a Juan la razón central de la profecía: ἡ γὰρ μαρτυρία Ἰησοῦ ἐστιν τὸ πνεῦμα τῆς προφητείας, *"porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía"*. Tanto lo que el ángel revelaba a Juan, como lo que él revelaría a las generaciones sucesivas por medio del escrito de la profecía se centraba y proyectaba en Jesús, es decir, la profecía tiene por objeto ensalzar y glorificar a Jesús, en quien se cumplen todos los propósitos de Dios. El espíritu de la profecía no es una referencia al Espíritu Santo que impulsa a los profetas e inspira la profecía escrita (2 P. 1:21; 2 Ti. 3:16), sino que el núcleo de la profecía y la intencionalidad de la misma es revelar las glorias de Jesús.

Antes de seguir, es interesante trasladar aquí una frase del Dr. Lacueva:

"Aquí está el clímax del libro del Apocalipsis. Lo que precede es prólogo y lo que sigue es epílogo. Con el Salmo 2 al fondo, vemos el contraste entre el humilde, manso, despreciado y sufriente Cristo del Evangelio, y el triunfante, glorioso, soberano y majestuoso Señor en la Segunda Venida. La escena que viene marca el punto culminante en el que desemboca toda la historia. ¡Que pobre es la teología que minimiza la Segunda Venida, y qué limitada es la esperanza cristiana que no la incluya como el glorioso clímax del programa de Dios de exaltar a su Hijo (Fil. 2:9-11) y poner a toda la creación bajo el control y la soberanía de Cristo!"[9]

Advenimiento del Señor (19:11-16).

11. Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea.

Καὶ εἶδον τὸν οὐρανὸν ἠνεῳγμένον, καὶ ἰδοὺ ἵππος λευκός καὶ ὁ
Y vi el cielo abierto, y he aquí un caballo blanco y el
καθήμενος ἐπ' αὐτὸν καλούμενος[1] πιστὸς καὶ ἀληθινός, καὶ ἐν
que estaba sentado sobre él llamado Fiel y Verdadero y con
δικαιοσύνῃ κρίνει καὶ πολεμεῖ.
justicia juzga y pelea.

Notas y análisis del texto griego.

[9] F. Lacueva. o.c., pág.540.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] καλούμενος πιστὸς καὶ ἀληθινός, *"llamado fiel y verdadero"*, la menos segura, que aparece en 046, 94, 1611, 1841, 1854, 1859, 2020, 2053, 2062, 2065, 2073, 2138, 2329, 2432, it[dem, div, haf, t], vg[cl], syr[ph, h], cop[sa?, bo?], eth?, Ireneo[lat], Origenes[lat], Cipriano, Victorinus-Pettau, Ticonius, Jerónimo, Apringius, Primasius, Andrés[c], Ps-Ambrosio, Beatus.

πιστὸς καλούμενος καὶ ἀληθινός, *"Fiel, llamado y Verdadero"*, atestiguado en א.

πιστὸς καὶ ἀληθινός καλούμενος, *"Fiel y Verdadero, llamado"*, que figura en 2028, 2029, 2033, 2044, 2054, 2068, 2069, 2083, 2091, it[ar].

πιστὸς καὶ ἀληθινός, *"Fiel y Verdadero"*, como consta en A, P, 051, 1, 2042, 2081, arm, Hipólito, Andrés[a, bav, p], Aretas.

La nueva visión de Juan, que forma un todo con lo que antecede, se vincula mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; εἶδον, primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* aquí como *vi*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; οὐρανὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *cielo*; ἠνεῳγμένον, caso acusativo masculino singular del participio perfecto en voz pasiva del verbo ἀνοίγω, *abrir,* aquí como *abierto*; καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de una llamada de atención con ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia, *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; ἵππος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *caballo*, complementado con el artículo indeterminado *un*; λευκός, caso nominativo masculino singular del adjetivo *blanco*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; καθήμενος, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo κάθημαι, *sentarse*, aquí como *que estaba sentado*; sigue luego la preposición de acusativo ἐπί, con el grafismo ἐπ', forma que adopta por elisión de la ι final ante vocal o diptongo sin aspiración, que equivale a *por, sobre*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *él*; καλούμενος, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz pasiva del verbo καλέω, *llamar*, aquí como *llamado*; πιστὸς, caso nominativo masculino singular del adjetivo *fiel*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀληθινός, caso nominativo masculino singular del adjetivo *verdadero, genuino, auténtico*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐν, preposición de dativo *con*; δικαιοσύνῃ, caso dativo femenino singular del sustantivo *justicia*; κρίνει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo *juzgar*, aquí como *juzga*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πολεμεῖ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo πολεμέω, *combatir, guerrear, pelear*, aquí como *pelea.*

Καὶ εἶδον τὸν οὐρανὸν ἠνεῳγμένον. La nueva perspectiva permite ver a Juan el cielo abierto. Ese cielo, lugar donde el Cordero resucitado está sentado a la diestra del Padre, se mantuvo cerrado desde la ascensión. Sin embargo, el Señor había prometido a sus discípulos que regresaría nuevamente (Jn. 14:1-3). En la ascensión, los ángeles que se manifestaron a los que estaban contemplando como el Señor ascendía a los cielos y la nube lo ocultaba de sus ojos, les recordaron que Jesús, que había sido tomado al cielo, vendría otra vez de igual modo como había ascendido (Hch. 1:11). El cielo que se *cerró* entonces recibiendo al Señor en una nube, será *abierto* nuevamente en el tiempo de su regreso a la tierra, en lo que se llama la Segunda Venida. Juan percibe en la visión ese momento y ve el cielo abierto. El modo del verbo griego expresa, mediante un participio de presente, una acción continuada, es decir, Juan vio el cielo que se abría y permanecía abierto.

Si Jesús es el espíritu de la profecía, la segunda venida forma parte del mensaje profético que debe ser cumplido. El Señor volverá a la tierra en el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento que lo anuncian (Sal. 2; Zac. 14:3, 4; Is. 9:6, 7; 11:1-12:6; 63:1-6; 64:1, 2; Dn. 7:13, 14). Uno de los cuadros más vívidos en la profecía del Antiguo Testamento es la figura de un guerrero victorioso que se presenta con vestiduras salpicadas en la sangre de sus enemigos, a causa de haber pisado el lagar de la ira de Dios, aplastando a los rebeldes (Is. 63:1-6). Igualmente ocurre en el Nuevo Testamento, donde el anuncio profético de la segunda venida del Señor, ocurre extensamente (Mt. 10:28; 23:39; 24:3-25:46; Lc. 21:25-28; Hch. 15:16-18; Ro, 11:25-27; 2 Ts. 2:8; Ap. 1:5-7). No debe confundirse segunda venida con traslado de la Iglesia. La segunda venida, tiene que ver con el hecho real en el cual Jesucristo desciende de los cielos a la tierra para reinar.

Καὶ ἰδοὺ ἵππος λευκός. Juan observa un caballo blanco en el momento en que el cielo fue abierto. Antes apareció otro caballo blanco, al principio del tiempo de la tribulación (6:2), sin embargo son diferentes. El primero, del que se ha comentado en su lugar, corresponde al que cabalgaba el Anticristo, el falso Mesías. En esta ocasión es el caballo sobre el que Juan ve sentado a Jesús, el Cristo de Dios. El color blanco del caballo, representa, no sólo el aspecto victorioso, si no también la santidad de quien cabalga sobre él. El color blanco está asociado en figuras relacionadas con Dios y sus cosas. La presencia de ese caballo y de quien lo monta, llama poderosamente la atención de Juan, quien, al trasladar la visión, utiliza un término griego para llamar la atención del lector y que preste esmerado cuidado al relato.

Καὶ ὁ καθήμενος ἐπ᾽ αὐτὸν καλούμενος πιστὸς καὶ ἀληθινός. Al jinete se le dan distintos nombres, y ninguno agota toda su esencia, se trata de un esfuerzo propio de un lenguaje limitado, como es el de los hombres, para

definir condiciones que corresponden a una Persona Divino-humana, como es Jesucristo. Dos de esos nombres aparecen en el versículo, dados antes para referirse al Señor (1:5; 3:7, 14). Primeramente el de πιστὸς, *Fiel*. El adjetivo *fiel* designa a quien es constante en sus afectos, en el cumplimiento de sus obligaciones y no defrauda la confianza depositada en él. Es aquel digno de toda confianza, fidedigno. El adjetivo verbal, se usa para designar al que es absolutamente confiable para llevar a cabo una misión que se le encomienda. Es el concepto que el apóstol Pablo desarrolla en la Segunda Epístola a los Corintios cuando se afirma la fidelidad de Dios y la vincula el cumplimiento de todas sus promesas en el Hijo de Dios, en quien todas ellas son en Él sí, y en Él Amén (2 Co. 1:18-20). El segundo nombre es el de ἀληθινός, *Verdadero*. Nuevamente se trata de un adjetivo, equivalente a *veraz,* aquel que siempre dice verdad y es, por tanto, digno de todo crédito. El sentido semítico de *verdadero* va más allá de ser veraz, es aquel constante y consecuente en el pleno cumplimiento de su oficio. El título denota que el que cabalga el caballo blanco es verdadero en el sentido de genuino, real, ideal. Sólo Dios puede cumplir plenamente el concepto de la palabra. El adjetivo debe considerarse aquí como sustantivo, o un adjetivo sustantivado, ya que se utiliza como nombre y no como calificativo de un nombre. Quiere decir que Jesús es el único Verdadero absoluto, porque no sólo es poseedor de la verdad, sino que es la Verdad encarnada en Él mismo (Jn. 14:6). *Verdadero* equivale a genuino, auténtico. Es el título que corresponde a Dios frente a los ídolos. Mientras que los ídolos son nada en el mundo (1 Co. 8:4), Dios es el único verdadero. Los ídolos no pueden dar vida, pero Dios da vida eterna cuando se le conoce, es decir, cuando se entra en contacto vital con Él por medio de la fe (Jn. 17: 3). Jesús es el *Verdadero*. La verdadera luz de Dios vino con Él cuando se hizo hombre y entró en el mundo de los hombres (Jn. 1:9). El es Verdadero, porque es también el *verdadero* pan de vida (Jn. 6:32). Puede llamarse Verdadero porque es la vid que sustenta el fruto correcto para Dios (Jn. 15:1). Jesús no solo es la Verdad, sino que también es el *Verdadero Dios*, y la vida eterna (1 Jn. 5:20).

Sobre estos dos nombres escribe el Dr. Ladd:

"Estas palabras fueron atribuidas a Cristo en 3:14. Las dos palabras son prácticamente sinónimas, porque la idea hebrea de verdad no era básicamente una correspondencia con la realidad como en griego, sino de confiabilidad. El 'Dios de verdad' (Jer. 10:10) no es el Dios que revela la verdad eterna, sino el Dios en quien puede confiarse que guarde su pacto. Cuando Juan en su evangelio escribió que 'la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo' (Jn. 1:17) quería decir que en la vida, muerte y resurrección de Cristo, la fidelidad de Dios fue revelada en cumplimiento de su pacto. El retorno de

Cristo será la reaparición de Aquel que ya ha aparecido entre los hombres para llevar a su final y plena consumación las promesas del pacto de Dios” [10].

Debido a que es Fiel y Verdadero, por tanto digno de crédito y confiable, no tiene por menos que actuar conforme a lo que Dios ha determinado, de ahí que Juan diga que ἐν δικαιοσύνῃ κρίνει καὶ πολεμεῖ, *“con justicia juzga y pelea”*. La causa que defiende es justa y los medios que utiliza para conseguir el propósito divino son también justos. El Anticristo, jinete del caballo blanco anterior (6:2) salió *“venciendo y para vencer”*, ocupando el control sobre el mundo y oponiéndose abierta y blasfemamente a Dios. Será en la segunda venida, que el que es juez justo y guerrero santo, luche para conseguir la victoria de Dios sobre los blasfemos que usurparon el control sobre el mundo en oposición abierta a Dios. El Mesías es a la vez juez y guerrero. Sólo él ha recibido facultad para juzgar, de las manos del Padre (Jn. 5:22). Aun cuando ejecutar juicio divino es prerrogativa común de las tres Personas Divinas, se atribuye el juicio al Hijo, por ser la Palabra personal del Padre, el Verbo de Dios (Jn. 1:1; Ap. 19:13). Es en esa Palabra personal que el Padre, ve conoce y juzga todas las cosas. Es el Hijo quien reconcilia a la humanidad con Dios (2 Co. 5:19), y es también el Hijo quien juzga y condena a los que no han creído (Jn. 8:24). El Señor juzga siempre con justicia (Sal. 72:2; 96:13). Lo hace en justicia porque *“no juzgará según la vista de sus ojos, ni argüirá por lo que oigan sus oídos; sino que juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra; y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío”* (Is. 11:3-4). La justicia es una de las características del Mesías y de su reino (Is. 11:5; 32:1; 62:1, 2; Jer. 23:6; 33:16; Dn. 9:24; Os. 2:19).

La idea de juicio lleva aparejada la ejecución de la sentencia, de ahí que se diga a continuación: καὶ πολεμεῖ, *“y pelea”*. El Mesías es también el guerrero divino. De ese modo se manifestó a Josué antes de la batalla por Jericó, como el príncipe del ejército de Dios (Jos. 5:14). Todos sus actos judiciales y ejecutivos están rodeados, revestidos e impulsados por la más absoluta justicia. Las naciones de la tierra convocadas por el Anticristo y los emisarios suyos, espíritus de demonios, enviados a las naciones, las congrega para luchar contra el Señor y su Ungido (16:13-14). Será el cumplimiento profético del Salmo: *“Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungido, diciendo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas. El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos. Luego hablará a ellos en su furor, y los turbará con su ira”* (Sal. 2:2-5). El propósito de Satanás, el Anticristo y sus seguidores, será impedir el regreso del Señor a la tierra, por tanto, habrán dispuestos sus ejércitos uniéndolos con ese

---

[10] George Eldon Ladd. o.c., pág. 224 s.

propósito, pelear contra Dios: *"Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá"* (Ap. 17:14). No quedará, en justicia, otra opción, que el Cordero pelee contra ellos para vencerlos y establecer el reino que Dios ha determinado. Juan contempla al Mesías dispuesto a pelear contra ellos. La guerra del tiempo final será una acción literal de Dios contra Satanás y los hombres que le sigan, por tanto, será una acción justa como todas las de Dios. Para entender la dimensión de esta guerra, que el Cordero peleará contra los enemigos de Dios, es preciso recordar que las batallas libradas por el pueblo de Dios, detalladas en el Antiguo Testamento, especialmente las que se refieren al asentamiento en la tierra de la promesa, son realmente batallas de Dios contra Sus adversarios, y figuras de la gran batalla en la que Dios vencerá y aniquilará totalmente a los mismos (Jl. 3:11-16; Zac. 12:9-10; 14:3). La acción liberadora fue atribuida en el Antiguo Testamento al Mesías. Un enorme ejército se congregará, de todos los lugares del mundo, para luchar contra el Mesías, quien los destruirá con el resplandor de su venida (2 Ts. 2:8). Será un necio intento de impedir que el Rey establecido y determinado por Dios venga a ocupar el reino y establecerlo sobre la tierra.

12. Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo.

οἱ δὲ ὀφθαλμοὶ αὐτοῦ ὡς[1] φλὸξ πυρός, καὶ ἐπὶ τὴν κεφαλὴν αὐτοῦ
Y los ojos de Él como llama de fuego y sobre la cabeza de Él
διαδήματα πολλά, ἔχων ὄνομα γεγραμμένον ὃ οὐδεὶς οἶδεν εἰ μὴ,
diademas muchas que tiene nombre escrito el que ninguno sabe sino
αὐτός
Él mismo.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] ὡς, *"como"*, la menos segura, atestiguada en A, 1006, 2065,2073, 2432, it[ar, c, dem, div, gig, haf, t], vg, syr[ph, h], cop[sa, (bo)], Ireneo[lat], Origines[lat], Cipriano, Ticonius, Jerónimo, Primasius, Andrés[c], Beatus, Arethas,

Omiten ὡς, א, P, 046, 051, 1, 94, 1611, 1854, 1859, 2020, 2052, 2053, 2081, 2138, arm, Hipólito, Andrés[a, bav, p].

Sigue la descripción con οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; seguido de δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; ὀφθαλμοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo *ojos*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado, *de Él*; ὡς, adverbio de modo *como*, que hace las veces de conjunción

comparativa; φλὸξ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *llama*; πυρός, caso genitivo neutro singular del sustantivo declinado *de fuego*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; κεφαλὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *cabeza*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado, *de Él*; διαδήματα, caso nominativo neutro plural del sustantivo que denota *coronas, diademas*; πολλά, caso nominativo neutro plural del adjetivo *muchos*; ἔχων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tiene, o teniendo*; ὄνομα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *nombre*; γεγραμμένον, caso acusativo neutro singular del participio perfecto en voz pasiva del verbo γράφω, *escribir*, aquí como *escrito*; ὃ, caso acusativo neutro singular del pronombre relativo *el que*; οὐδεὶς, caso nominativo masculino singular del pronombre indefinido *ninguno*; οἶδεν, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz activa del verbo οἶδα, que es un tiempo perfecto con significado de presente, y que expresa el hecho de que el objeto ha venido a estar dentro del campo de las percepciones del que lo conoce, con significado de *conocer, reconocer, saber, entender,* aquí como *conoce*; εἰ, conjunción *si*; μὴ, partícula negativa que hace funciones de adverbio de negación *no*; ambas unidas en castellano como conjunción adversativo *sino*; αὐτός, caso nominativo masculino singular del pronombre intensificado *él mismo*.

Οἱ δὲ ὀφθαλμοὶ αὐτοῦ ὡς φλὸξ πυρός. El primer aspecto que Juan observa en el Señor, que aparece sobre un caballo blanco son sus ojos, que se asemejaban a *"llama de fuego"*. Este aspecto apareció antes, en la descripción del Señor glorificado, al principio del libro (1:14). Los ojos emitían destellos como llama flameante. Esa figura trata de poner de relieve la penetración de la mirada escudriñadora del Señor. Están haciendo referencia a una vista clara y penetrante. Es una mirada que no se conforma con las apariencias, como tenemos que hacer los hombres juzgando por lo que vemos, sino que penetra al interior de las personas descubriendo todo cuanto traten de ocultar y poniendo al descubierto, no las acciones, sino las intenciones que las motivaron. Esa es también la misma enseñanza de Pablo: *"Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios"* (1 Co. 4:5). Cristo pondrá de manifiesto el modo de actuar de los hombres, y las intenciones ocultas en su interior. Es cierto que el texto de Pablo se refiere a los creyentes, pero, la realidad alcanza a cualquier dimensión en donde el Señor actúe para juzgar las obras de los hombres. Los ojos como de fuego penetrarán en el interior y traerán a la luz el móvil de las acciones y las causas que las produjeron. Las consecuencias serán el resultado de la aplicación al caso de la perfecta justicia divina. Esa llama de fuego se alcanzará a consumir, no sólo las obras injustas de los hombres, sino a los injustos mismos. Son una referencia en visión a los ojos escudriñadores del Señor, porque nuestro Dios es fuego consumidor (He. 12:29). Además, si la

Palabra escrita es como espada de dos filos que penetra hasta discernir los pensamientos y las intenciones del corazón, mucho más la Palabra absoluta, el Logos encarnado ante quien *"no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de Aquel a quien tenemos que dar cuenta"* (He. 4:13). Los ojos del Señor arderán también en ira santa, en un tiempo futuro, examinando a los impíos que se oponen a Dios, quienes arderán como llama de fuego (6:16, 17).

Καὶ ἐπὶ τὴν κεφαλὴν αὐτοῦ διαδήματα πολλά. Se aprecia también en la visión la cabeza del Señor coronada con muchas diademas. La diadema es señal de dignidad real, y contrasta con el otro tipo de corona que se da al vencedor victorioso en alguna actividad para rendirle honor público. Quien desciende del cielo es el Rey de reyes, por tanto, las diademas que coronan su cabeza expresan su condición y dignidad real. La soberanía de Dios se manifiesta en Jesucristo, el Mesías, a quien el Padre a designado como Señor y a quien le ha dado, como consecuencia de su obra redentora y de su resurrección, el reconocimiento cósmico de su condición de Hijo y, con ello el nombre de honor supremo y de autoridad sin límites (Fil. 2:9-11). En contraposición con el Anticristo, con una diadema sobre cada uno de sus diez cuernos (13:1), hay una sola cabeza coronada por muchas diademas. La suprema realeza y la universal autoridad se manifiestan en este aspecto de la visión. Quien es el Rey de reyes, exaltado a la diestra del Padre, vendrá a la tierra en el momento en que todos sus enemigos sean puestos bajo sus pies (1 Co. 15:25). Ese reino con proyección eterna culminará cuando *"haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia"* (1 Co. 15:24). El regreso del Señor significa que todos los poderes hostiles son eliminados y la alabanza celestial que proclama su reino (Ap. 19:6), será una realidad visible delante de todos los ángeles y hombres.

ἔχων ὄνομα γεγραμμένον ὃ οὐδεὶς οἶδεν εἰ μὴ, αὐτός. Además de sus ojos y su cabeza coronada Juan descubre *"un nombre escrito"* que sólo conocía Él. Es decir, es un nombre incomprensible para todos menos para Él. El verbo que el apóstol utiliza para *conocer*, expresa un conocimiento íntimo y personal, no tanto un *saber mental*. En el pensamiento semita el nombre es sustituto de la persona. Conocer en toda la *comprensión* el nombre es *comprender* totalmente a la Persona, asunto imposible para el hombre, tratándose de una Persona Divina. Es interesante apreciar que no se dice que el nombre no se pueda leer, sino que no se puede comprender. El profundo sentido de ese nombre queda incomprensible, porque es impenetrable para el hombre. No es algo al que se llega por estudio o por experiencia sensorial. Al Señor se le dan dos nombres en el versículo anterior y más adelante otro, pero, este nombre que sólo Él conoce, significa que la mente humana no es capaz de captar en el significado de ese nombre la profundidad infinita de su Persona.

Probablemente el nombre tenga que ver con el aspecto de Hijo de Dios. La gloria eterna que corresponde a la segunda Persona Divina, el Hijo, sólo la conoce personalmente el Padre. Podría ser también con el siguiente nombre de Verbo de Dios. Ningún ser, salvo Dios, puede conocer la dimensión y alcance de tal nombre. Como dice el Dr. Carballosa:

"Lo más sensato es entender que se refiere a un nombre de intimidad secreta. Quizá un apelativo sólo conocido entre las personas de la Trinidad. Cualquiera que sea el caso, el estudiante debe aceptar el hecho de que el nombre referido no fue revelado a Juan y, por tanto, permanece desconocido al lector"[11].

13. Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: El Verbo de Dios.

καὶ περιβεβλημένος ἱμάτιον βεβαμμένον[1] αἵματι, καὶ κέκληται
Y vestido de ropa teñida de sangre, y ha sido llamado
τὸ ὄνομα αὐτοῦ ὁ Λόγος τοῦ Θεοῦ.
el nombre de Él el Verbo - de Dios.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] βεβαμμένον, *teñida*, *sumergida, empapada,* lectura de seguridad media, atestiguada en A, 046, 051, 1, 94, 1854, 1859, 2020, 2042, 2073, 2081, 2138, syr[ph?], cop[sa], arm, Andrés[a, bav, p], Aretas.

ἐρραντισμένον, *salpicada, rociada,* atestiguada en 172, 256, 792, 911, 1006, 1778, 1862, 2017, 2018, 2065, 2070, 2432, it[ar, c, dem,. div, gig, haf,t], vg, cop[bo], eth, Ireneo, Hipólito, Orígenes, Cipriano, Ticonius, Prisciliano, Jerónimo, Vigilias, Apringuius, Primasio, Casiodoro, Andrés[c], Bede, Ps. Ambrosio.

El relato ininterrumpido sigue con καὶ, conjunción copulativa *y*; περιβεβλημένος, caso nominativo masculino singular del participio perfecto en voz media del verbo περιβάλλω, *envolver, rodear con algo, vestir*, aquí como *vestido*; ἱμάτιον, caso acusativo neutro singular del sustantivo *ropa, vestimenta, ropaje*; βεβαμμένον, caso acusativo neutro singular del participio perfecto en voz pasiva del verbo βάπτω, *bautizar, sumergir, teñir*, aquí como *teñida*; αἵματι, caso dativo neutro singular del sustantivo declinado *de sangre*; καὶ, conjunción copulativa *y*; κέκληται, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz pasiva del verbo καλέω, *llamar, nombrar*, aquí como *llamado,* o *ha sido llamado*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; ὄνομα, caso nominativo neutro singular del sustantivo

[11] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 382.

nombre; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Λόγος, caso nominativo masculino singular del nombre *Verbo, Palabra*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*, en castellano sin el uso del artículo por relacionarse con nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre declinado *de Dios.*

Καὶ περιβεβλημένος ἱμάτιον βεβαμμένον αἵματι, El jinete sobre el caballo blanco lleva además un vestido, no se dice de que color, pero se destaca que aparece *teñido,* o *salpicado*, de sangre. El verbo[12] que usa Juan expresa tanto la idea de sumergir en algo, de teñir, o de salpicar, esta última es la acepción más correcta para este contexto. Es la manifestación visible del resultado victorioso de una batalla en la que los enemigos fueron muertos en la acción. Algunos mss dicen literalmente *salpicado*. La figura aparece ya en la profecía del Antiguo Testamento, donde Isaías, en forma metafórica describe a Jehová que vuelve de la lucha contra los enemigos, con un manto salpicado de sangre, al igual que cuando en la vendimia se pisa el lagar y se salpican los vestidos, así también el haber pisado el lagar de la ira, salpicó su manto con la sangre de sus enemigos (Is. 66:1-3). La visión de Juan alude a la última batalla en la guerra del Armagedón, donde la destrucción de los enemigos, salpica, figuradamente, de sangre las vestiduras del vencedor. No se trata, en modo alguno de una referencia a la sangre de la cruz, como algunos consideran, sino a la sangre de sus enemigos sobre los que vence. Algunos entienden que no puede tratarse de la última batalla porque aún no ha ocurrido, en la descripción del libro, pero debe entenderse que la revelación profética del Apocalipsis se presenta, varias veces, en forma de círculos concéntricos que ofrecen anticipadamente hechos que aún no se han descrito en plenitud, así ocurre con el anticipo del resultado final de la guerra del Armagedón (14:20), se menciona luego otra vez (16:16) y se describirá más adelante (19:21).

Καὶ κέκληται τὸ ὄνομα αὐτοῦ ὁ Λόγος τοῦ Θεοῦ. El nombre que se da aquí al Señor es el de Verbo de Dios. Se lee literalmente: *ha sido llamado*, es decir, se le ha dado como nombre el de Verbo de Dios, el modo verbal utilizado en el texto griego expresa la idea de un nombre que lleva desde siempre, no es algo impuesto en algún momento, sino que corresponde y expresa lo que su Persona es. Es el nombre que Juan utiliza en el Evangelio para referirse a Cristo preexistente y luego encarnado (Jn. 1:1, 14). El título une el Apocalipsis con los escritos de Juan. El nombre de Verbo, le pertenece eternamente. Es el título que corresponde al Mediador único y divino en el proceso de la acción de la Deidad, tanto en la creación, como en la revelación, como en la comunicación de vida divina. Cristo es el Logos trascendente cuya

[12] Griego: βάπτω.

comunicación comienza en la creación y culmina en la encarnación. La condición de Logos, como proyección hacia fuera de la expresión divina, establece la conexión entre la divinidad inaccesible y el mundo de los hombres. El Logos, manifestado y encarnado en Cristo, se convierte en principio de intelección de toda la realidad y de toda la historia anterior, a la vez que como elemento integrante de todas las verdades parciales, ya que Él es la única Verdad. Por eso, como Logos, es el principio de toda inteligibilidad, el motor de toda búsqueda de verdad y de justicia, y el recapitulador de todo. Todas las porciones fragmentarias de la verdad encuentran su plenitud en Cristo. Esa generación del Verbo eterno en el seno trinitario obedece a una procesión de amor en el interior de Dios. Es necesario entender bien que Cristo es una Persona Divino-humana, por tanto el Verbo expresa, no solo lo que la Persona es en sí, sino la mente suprema del Ser Divino, en todas sus facetas y dimensiones. El que viene glorioso y vencedor es el que como Verbo, expresa y ejecuta todo el plan de Dios para los tiempos. El Verbo es la Palabra absoluta con la que Dios habla (He. 1:1-3). El verbo es la revelación de Dios hecho carne (Jn. 1:14). Aquí expresa la absoluta palabra de juicio divino sobre los enemigos y la ejecución de la sentencia conforme a la plenitud del pensamiento de Dios.

14. Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos.

Καὶ τὰ στρατεύματα τὰ ἐν τῷ οὐρανῷ ἠκολούθει αὐτῷ ἐφ’ ἵπποις
Y los ejércitos los en el cielo seguían le, sobre caballos
λευκοῖς, ἐνδεδυμένοι βύσσινον λευκὸν καθαρόν.
blancos habiendo sido vestidos de lino fino blanco puro.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad Juan usa nuevamente, como nexo vinculante, καὶ, conjunción copulativa *y*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*; στρατεύματα, caso nominativo neutro plural del sustantivo que denota *fuerza armada, ejércitos*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*, aunque es dudoso el uso de este artículo en el texto original; ἐν, preposición que rige dativo *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; οὐρανῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo *cielo*; ἠκολούθει, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo ἀκολουθέω, *seguir, acompañar*, aquí como *seguían*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *le*; sigue luego ἐφ’, forma que adopta la preposición ἐπί por elisión de la ι final y asimilación de la π ante vocal o diptongo con aspiración, y que significa, *sobre*; ἵπποις, caso dativo masculino plural del sustantivo que denota *caballos*; λευκοῖς, caso dativo masculino plural del adjetivo *blancos*; sigue luego ἐφ’, forma que adopta la preposición ἐπί por elisión de la ι final y asimilación de la π ante vocal o diptongo con aspiración, y que significa, *sobre*; ἵπποις, caso dativo masculino plural del sustantivo *caballos*; λευκοῖς, caso dativo masculino plural del adjetivo *blancos*; ἐνδεδυμένοι, caso nominativo

masculino plural del participio perfecto en voz media del verbo ενδύω, *vestirse, revestirse*, aquí como *habiendo sido vestidos*; βύσσινον, caso acusativo neutro singular del adjetivo que expresa la condición de aquello que es de *lino fino*; λευκὸν, caso acusativo neutro singular del adjetivo *blanco*; καθαρόν, caso acusativo neutro singular del adjetivo *incontaminado, sin mezcla, puro*.

Καὶ τὰ στρατεύματα τὰ ἐν τῷ οὐρανῷ ἠκολούθει αὐτῷ ἐφ' ἵπποις λευκοῖς. El Señor de los ejércitos marcha delante de sus huestes, el Señor cabalga sobre un caballo blanco al que le siguen, también en caballos blancos, los *"ejércitos celestiales"*. Los vestidos de ellos son también blancos: ἐνδεδυμένοι βύσσινον λευκὸν καθαρόν: *habiendo sido vestidos de lino blanco, puro*. No es fácil identificar a estos *ejércitos celestiales*. Para algunos se trata de hombres redimidos. El profesor Bartina dice:

"El ejército contrario (refiriéndose a las fuerzas convocadas por el Anticristo) *es de hombres. Siendo las dos bestias humanas, parece que es más conveniente que sean vencidas por humanos. Al dragón le encadenará un ángel, como se dirá expresamente (20:1-3). Los santos que triunfaron de los enemigos de la Iglesia van siempre vestidos de blanco (3:4; 6:11; 7:9-14); los santos pelearán con Cristo contra los reyes enemigos y los vencerán; los santos juzgan a los enemigos de la Iglesia (1 Co. 6:2). Parece más conforme, pues, considerar esa gran parada militar como un desfile imperial de los santos que van a vencer totalmente a las bestias. En la batalla decisiva, Cristo va delante con el ejemplo y ellos vencerán también al mundo"*[13].

Sin embargo, parece que el profesor Bartina no tiene en cuenta que quien vence sobre los ejércitos de oposición es el mismo Señor.

Otra interpretación considera que son los ángeles, que han luchado ya contra el dragón y sus huestes y siguen ahora al Vencedor. Podría ser el ejército celestial que condujo anteriormente el arcángel Miguel (12:7-12). La interpretación más consonante con el contexto bíblico general parece exigir que se trate de ejércitos celestes que acompañan a *Yahwe Tsebaoth*, el Señor de los ejércitos.

Con todo, pudieran ser también los redimidos por las ropas que visten. Además otro dato que pudiera apoyar esta interpretación es que de los redimidos se dice que *"los que están con Él son llamados y elegidos y fieles"*, nombres que son propios de los salvos (17:14). Sin embargo, quien libra la batalla no son las huestes celestiales sino el Verbo de Dios, ya que el único vestido salpicado de sangre es el suyo. Es posible también que ambos grupos

[13] Sebastián Bartina. o.c., pág. 810.

acompañen al Señor en su regreso, tanto los ángeles como los santos redimidos, gozándose en su triunfo sobre las huestes enemigas.

15. De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y Él las regirá con vara de hierro; y Él pisará el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso.

καὶ ἐκ τοῦ στόματος αὐτοῦ ἐκπορεύεται ῥομφαία ὀξεῖα, ἵνα ἐν αὐτῇ
Y de la boca de Él sale (una) espada aguda para con ella
πατάξῃ τὰ ἔθνη, καὶ αὐτὸς ποιμανεῖ αὐτοὺς ἐν ῥάβδῳ σιδηρᾷ, καὶ
herir las naciones y Él mismo pastoreará los con vara de hierro y
αὐτὸς πατεῖ τὴν ληνὸν τοῦ οἴνου τοῦ θυμοῦ τῆς ὀργῆς τοῦ Θεοῦ
Él mismo pisa el lagar del vino del furor de la ira - de Dios
τοῦ Παντοκράτορος,
el Todopoderoso.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue la descripción de la visión con el modo habitual mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐκ, preposición que rige genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el*, femenino en castellano, *la*; στόματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo *boca*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él*; ἐκπορεύεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo ἐκπορεύομαι, *salir,* aquí como *sale*; ῥομφαία, caso nominativo femenino singular del sustantivo *espada*, complementado con el artículo indeterminado *una*, implícito; ὀξεῖα, caso nominativo femenino singular del adjetivo *afilado, veloz*; ἵνα, conjunción, *que, para que*, *por que, a fin de que, de modo que*, que introduce aquí una cláusula de propósito; ἐν, preposición de dativo, *con*; αὐτῇ, caso dativo femenino singular del pronombre personal *ella*; πατάξῃ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntio en voz activa del verbo πατάσσω, *golpear, matar a golpes, herir*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo *ellos,* femenino en español, *las*; ἔθνη, caso acusativo neutro plural del sustantivo *naciones*; καὶ, conjunción copulativa *y*; αὐτὸς, caso nominativo masculino singular, del pronombre intensificado *él mismo,* en uso enfático del pronombre intensificado, que aparece dos veces en la oración; ποιμανεῖ, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ποιμαίνω, *pastorear*, aquí como *pastoreará*; αὐτοὺς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal *los*, femenino en español *las*; ἐν, preposición que rige dativo *con*; ῥάβδῳ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *vara*; σιδηρᾷ, caso dativo femenino singular del adjetivo que expresa la condición de lo que es *de hierro*; καὶ, conjunción copulativa *y*; αὐτὸς, caso nominativo masculino singular, del pronombre intensificado *él mismo*; πατεῖ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo πατέω, *pisotear, pisar sobre, aplastar con el pie,* aquí como *pisa*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la,* masculino en castellano al referirse a *lagar*; ληνὸν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *lagar*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*, que abre una construcción

con cuatro genitivos dependientes uno del otro; οἴνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *vino*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; θυμοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *furor*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ὀργῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *ira*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en castellano en esta construcción gramatical; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre declinado *de Dios*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; Παντοκράτορος, caso genitivo masculino singular del nombre declinado *de Todopoderoso*, que unido al artículo anterior sería *del Todopoderoso.*

Καὶ ἐκ τοῦ στόματος αὐτοῦ ἐκπορεύεται ῥομφαία ὀξεῖα, ἵνα ἐν αὐτῇ πατάξῃ τὰ ἔθνη. Dos acciones atribuidas al Señor son descritas en el versículo. La primera está relacionada con el ejercicio de juicio y de acción sobre los malvados en el simbolismo de un combate con armas; la segunda relativa al gobierno de las naciones. Quien es la Palabra encarnada, el Verbo de Dios, tiene en su boca la expresión de máxima autoridad para comunicar con su palabra gracia o juicio. Dice Juan que *"de su boca sale una espada aguda"*, bien sea de su boca o de la escotadura de su vestido. Es la expresión del poder y de la justicia divina. Es, pues, una visión de una acción definitiva del carácter judicial de Dios. El término *espada*, se refiere aquí, no a una espada corta, de defensa personal, sino a la gran espada de ataque en combate, usada por los guerreros en los tiempos de Juan. Esta espada estaba *aguzada*, *afilada*, es decir, dispuesta como arma adecuada para el combate, de modo que no falle en su uso bélico. Pero, el término *afilada*, tiene también, en el griego, el sentido de *veloz,* como aparece en este significado en Romanos, cuando Pablo escribe que *"los pies se apresuran"* (Ro. 3:14). Las dos propiedades aplicadas a la espada que sale de la boca del Señor, indican eficacia y rapidez. La rapidez de acción de Dios en la ejecución de sus juicios es una apreciación notable en la última parte del Apocalipsis, ya que en un momento destruyó Babilonia. Así también la acción del Señor en su segunda venida, en relación con las fuerzas de maldad movilizadas por el Anticristo, será inmediata, eficaz y rauda, de modo que nadie podrá escapar a ella. El Rey de reyes, que es el guerrero divino, herirá la tierra, esto es, los ejércitos de las naciones de la tierra, con la espada que sale de su boca, en cumplimiento de la profecía: *"juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra; y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío"* (Is. 11:4). La acción de la espada es una representación simbólica de victoria por el poder de la palabra de Dios. Es necesario recordar la acción omnipotente de la Palabra de Dios. En la creación las cosas que no existían vinieron a la existencia por la palabra del Señor, quien simplemente habló y fue hecho. Esta creación fue posible por la palabra viviente que es Cristo (Jn. 1:3; He. 1:2). El juicio sobre los ejércitos agrupados, producto del sistema del Anticristo, se llevará a cabo por la acción de la Palabra de Dios, en el Verbo divino, el Señor Jesucristo.

Καὶ αὐτὸς ποιμανεῖ αὐτοὺς ἐν ῥάβδῳ σιδηρᾷ. La segunda acción tiene que ver con el establecimiento del reino y, por tanto, del gobierno de Dios en la tierra. De ahí que Juan escriba: *"pastoreará con vara de hierro"*. El sentido es de regir, gobernar, pero lo admirable del gobierno que Dios establece es la acción pastoral, que implica afecto entrañable. El Buen Pastor que dio su vida por las ovejas, es aquí el Gran Pastor que viene desde el cielo para establecer su administración en la tierra y gobernar a las naciones. Sin embargo, nótese que la vara es *de hierro*. La idea está tomada del Salmo mesiánico: *"Los quebrantarás con vara de hierro"* (Sal. 2:9). En ese sentido hay una clara referencia a una acción judicial previa al establecimiento de Su gobierno en la tierra. El Señor que desciende del cielo y con el poder de su venida matará a los opositores, se sentará también para juzgar a las naciones y determinar quienes entrarán al disfrute de su reino milenial y quienes será lanzados fuera, a las tinieblas, impedidos perpetuamente de su compañía y comunión. La vara de hierro en manos del pastor indica una acción drástica y decidida para salvaguardar la vida de sus ovejas de las fieras que puedan devorarlas. La vara del pastor produce aliento para las ovejas de su rebaño (Sal. 23:4). La vara del pastor alienta porque es instrumento de defensa contra los enemigos. El mundo del reino de los cielos requerirá una limpieza previa para que quienes entren al reino milenial, sean conforme a lo determinado por Dios, gentes que haya experimentado el nuevo nacimiento (Jn. 3:3, 5). Los demás, por su condición de rebeldía y desobediencia serán impedidos de entrar al disfrute del reino de los cielos sobre la tierra. La vara de hierro en manos del Señor es fuerte e inflexible en la administración de juicio sobre las naciones que se opusieron a Él y persiguieron a los suyos.

καὶ αὐτὸς πατεῖ τὴν ληνὸν τοῦ οἴνου τοῦ θυμοῦ τῆς ὀργῆς τοῦ Θεοῦ τοῦ Παντοκράτορος. Anteriormente se apreciaron los vestidos del Señor salpicados de sangre. La razón de ello está en la última frase del versículo: *"El pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso"*. La tercera acción del Mesías glorioso, en su regreso a la tierra, tiene que ver con *pisar* a los enemigos. Es una figura del lenguaje que dirige la atención a que de la misma manera como se pisan las uvas en el lagar, así serán aplastados los enemigos de Dios. La acción se expresa por medio de cuatro genitivos independientes uno del otro: *"Pisa el lagar del vino, del furo, de la ira"*. El detalle de estas acciones, complementa a la razón en sí de las mismas, expresadas mediante los sustantivos *furor* e *ira*. Estas dos palabras ponen de manifiesto la acción judicial de Dios que envuelve toda la escena. No habrá fracaso posible porque quien actúa es el Dios Todopoderoso. Esta referencia a la acción de la ira de Dios bajo la figura de *pisotear los enemigos*, es el cumplimiento del eco de la profecía: *"He pisado yo solo el lagar, y de los pueblos nadie había conmigo; los pisé con mi ira, y los hollé con mi furor; y su sangre salpicó mis vestidos, y manché todas mis ropas"* (Is. 63:3). La dificultad

del hebreo para construir la idea que se expresa aquí por falta de adjetivos, se suple con la inserción de los sustantivos pendientes con parecido valor. Aquí el *vino ardoroso* surge al pisotear el lagar de la ira y del furor de Dios, para darlo a beber hasta la saturación a sus enemigos, como ya se dijo figurativamente antes (14:10). La imagen verbal expresa la idea del gran triunfo de Jesucristo. Los hombres y sus ejércitos se organizan para la última gran acción de oposición a Dios, en ese tiempo. Durante años el Señor estuvo soportando los desmanes de las gentes, la rebeldía de los pueblos, la maledicencia contra Su nombre, la rebeldía e ingratitud, pero, en el tiempo que Juan describe, habrá llegado el final del tiempo de gracia y el juicio se manifestará con toda intensidad. No habrá fracaso en la acción judicial de Dios porque está en manos del *Todopoderoso*. En aquel día estarán bajo la vara judicial de Dios quienes habiendo oído el mensaje de la gracia, rechazaron consciente y voluntariamente el amor de Dios en salvación, a quienes Dios, confirmando el rechazo voluntario de su gracia, habrá enviado un poder engañoso para que sean condenados (2 Ts. 2:10-12). En aquel día todos los perdidos sabrán a quien rechaza al Mesías como Salvador, se encuentran con Él como juez.

16. Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de señores.

καὶ ἔχει ἐπὶ τὸ ἱμάτιον καὶ ἐπὶ τὸν μηρὸν αὐτοῦ ὄνομα γεγραμμένον·
Y tiene sobre el vestido y sobre el muslo de Él nombre escrito:
Βασιλεὺς βασιλέων καὶ Κύριος κυρίων.
Rey de reyes y Señor de señores.

Notas y análisis del texto griego.

El último detalle de la visión sobre el Verbo de Dios, se expresa con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔχει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tiene*; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; ἱμάτιον, caso nominativo neutro singular del sustantivo *vestid, capa, manto*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; μηρὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *muslo*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; ὄνομα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *nombre*; γεγραμμένον, caso acusativo neutro singular del participio perfecto en voz pasiva del verbo γράφω, *escribir*, aquí como *escrito*: Βασιλεὺς, caso nominativo masculino singular del sustantivo *rey*; βασιλέων, caso genitivo masculino plural del sustantivo declinado *de reyes*; καὶ, conjunción copulativa *y*; Κύριος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *señor*; κυρίων, caso genitivo masculino plural del sustantivo declinado *de señores*.

Καὶ ἔχει ἐπὶ τὸ ἱμάτιον καὶ ἐπὶ τὸν μηρὸν αὐτοῦ ὄνομα γεγραμμένον. La visión del glorioso Señor que desciende del cielo en su

segunda venida, concluye con el título que Juan pudo leer, escrito sobre su vestido y sobre su muslo. Es un cuarto nombre dando a Cristo que vuelve. Tiene un nombre oculto que sólo Él conoce; se le llama Fiel y Verdadero; luego Verbo de Dios y, finalmente, Βασιλεὺς βασιλέων καὶ Κύριος κυρίων. *Rey de reyes y Señor de Señores.* Los soberanos orientales solían utilizar para ellos mismos el título de rey de reyes. Los emperadores romanos, especialmente luego de hacerse a sí mismos divinos, utilizaban el título de señor de señores. Esos títulos, especialmente el de Señor, se aplicaba a Cristo en su condición divina desde el comienzo del cristianismo, como reconocimiento de su deidad (1 Cor. 12:3; Fil. 2:11).

Dos figuras son destacables en el versículo. Por un lado su vestido, que habla de santidad y, por otro, su muslo que habla de poder. Satanás ha puesto en tela de juicio a lo largo de toda la historia de la humanidad la soberanía de Dios. Continuamente engañó a los hombres induciéndolos a negar que Dios es el Soberano, y por tanto el Rey. La soberanía de Dios quedará manifestada visiblemente ante todos en la intervención del Señor. Sobre su ropa y en su muslo llevará un nombre escrito que lo presenta y proclama como el Soberano. Ante el poder suyo los reyes de la tierra y sus ejércitos no tienen posibilidad de mantenerse. Los reyes del mundo y los señores de la tierra, tendrán que doblar sus rodillas ante quien es verdaderamente Soberano (Fil. 2:10-11). Una vez más la pregunta: *¿Quién es el Soberano?*, quedará respondida para todos ya que quien desciende del cielo es el Rey de reyes y el Señor de señores.

La última batalla del Armagedón (19:17-21).

17. Y vi a un ángel que estaba en pie en el sol, y clamó a gran voz, diciendo a todas las aves que vuelan en medio del cielo: Venid, y congregaos a la cena de Dios.

Καὶ εἶδον ἕνα ἄγγελον ἑστῶτα ἐν τῷ ἡλίῳ καὶ ἔκραξεν ἐν φωνῇ
Y vi un ángel en pie en el sol y clamó con voz
μεγάλῃ λέγων πᾶσιν τοῖς ὀρνέοις τοῖς πετομένοις ἐν μεσουρανήματι·
fuerte que dice a todas las aves las que vuelan en medio del cielo:
Δεῦτε συνάχθητε εἰς τὸ δεῖπνον τὸ μέγα τοῦ Θεοῦ
Venid congregaos para el banquete el grande - de Dios.

Notas y análisis del texto griego.

La nueva visión se introduce del mismo modo que la mayoría de las anteriores, buscando la continuidad del relato mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; εἶδον*,* primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* aquí como *vi*; ἕνα, caso acusativo masculino singular del adjetivo numeral cardinal *uno*; ἄγγελον, caso acusativo

masculino singular del sustantivo *ángel*; ἑστῶτα, caso acusativo masculino singular del participio perfecto en voz activa del verbo ἵστημι, *sostener en pie, estar en pie, mantenerse firme*, entre otros significados, aquí como *en pie*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἡλίῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo *sol*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔκραξεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo κράζω, *gritar, clamar, alzar la voz,* en sentido de *hablar fuertemente*, aquí como *clamó*; ἐν, preposición de dativo *con*; φωνῇ, caso dativo femenino singular del sustantivo *sonido, ruido, voz*; μεγάλῃ, caso dativo femenino singular del adjetivo *fuerte*; λέγων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir*, aquí como *diciendo*, *que dice*; πᾶσιν, caso dativo neutro plural del adjetivo indefinido *todas*; τοῖς, caso dativo neutro plural del artículo determinado *los*, femenino en castellano; ὀρνέοις, caso dativo neutro plural del sustantivo *aves*; τοῖς, caso dativo neutro plural del artículo determinado *los*, femenino en castellano; πετομένοις, caso dativo neutro plural del participio de presente en voz media del verbo πέτομαι, *volar*, aquí como *que vuelan*; ἐν, preposición de dativo *en*; μεσουρανήματι, caso dativo neutro singular del sustantivo que denota *medio del cielo, cenit.* La ultima frase contiene el mensaje del ángel a las aves con δεῦτε, adverbio equivalente a *¡venid aquí! ¡vamos!*, que aparece casi siempre como una partícula de invitación y va seguida de un aoristo de subjuntivo; συνάχθητε, segunda persona plural del primer aoristo de imperativo en voz pasiva del verbo συνάγω, *reunirse, congregarse,* aquí como *congregaos*; εἰς, preposición de acusativo *para*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; δεῖπνον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *banquete, cena, comida*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; μέγα, caso acusativo neutro singular del adjetivo *grande*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en castellano vinculado a nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre declinado *de Dios*.

Καὶ εἶδον ἕνα ἄγγελον ἑστῶτα ἐν τῷ ἡλίῳ καὶ ἔκραξεν ἐν φωνῇ μεγάλῃ λέγων πᾶσιν τοῖς ὀρνέοις τοῖς πετομένοις ἐν μεσουρανήματι. Los preparativos divinos para la gran batalla final en la guerra del Armagedón comienzan por la convocatoria de un ángel. Este ángel, dice Juan, estaba en pie, en sentido de colocado firmemente, *en el sol*, es decir, estaba situado en el cenit del cielo desde donde todas las aves podían oír su mensaje. El ángel habló, clamó, con gran voz, esto es, con voz fuerte para que nadie de aquellos a quien iba dirigido el mensaje quedasen sin oírlo.

El eco profético vuelve a manifestarse aquí, tomado esta vez de la profecía de Ezequiel: *"Y tú, hijo de hombre, así ha dicho Jehová el Señor: Dí a las aves de toda especie, y a toda fuera del campo: Juntaos, y venid; reuníos de todas partes a mi víctima que sacrifico para vosotros, un sacrificio grande sobre los montes de Israel; y comeréis carne y beberéis sangre"* (Ez. 39:17). En Apocalipsis la convocatoria se hace a todas las aves que vuelan en el cielo.

Posiblemente se trate de aves de rapiña, como buitres, cuervos, aguiluchos, que vuelan continuamente en el cielo buscando carroña de la que se alimentan.

Δεῦτε συνάχθητε εἰς τὸ δεῖπνον τὸ μέγα τοῦ Θεοῦ. El objeto de la convocatoria es *"la gran cena de Dios"*. El mensaje del ángel se establece con un mandato intensificado, ya que por un lado aparece un verbo en imperativo y en modo aoristo, que indica, primero un mandato y en segundo lugar una acción definitivamente realizada, precedido de un adverbio que es, realmente una interjección de urgencia, como si dijese: *"¡vamos! ¡congregaos de una vez!"*. El Señor convoca a las aves a un festín que Él mismo les prepara como resultado de la victoria que alcanzará sobre los enemigos. Dios llama a las aves por la causa que se está ventilando, la destrucción de todos los enemigos convocados por el Anticristo contra Él.

18. Para que comáis carnes de reyes y de capitanes, y carnes de fuertes, carnes de caballos y de sus jinetes, y carnes de todos, libres y esclavos, pequeños y grandes.

ἵνα φάγητε σάρκας βασιλέων καὶ σάρκας χιλιάρχων καὶ σάρκας
Para que comáis carnes de reyes y carnes de tribunos y carnes
ἰσχυρῶν καὶ σάρκας ἵππων καὶ τῶν καθημένων ἐπ᾽ αὐτῶν καὶ
de fuertes y carnes de caballos y de los sentados sobre ellos y
σάρκας πάντων ἐλευθέρων τε καὶ δούλων καὶ μικρῶν καὶ μεγάλων.
carnes de todos tanto de libres y de esclavos y de pequeños y de grandes.

Notas y análisis del texto griego.

Continua el relato con ἵνα, conjunción, *que, para que*, *por que, a fin de que, de modo que*; φάγητε, segunda persona plural del aoristo segundo de subjuntivo en voz activa del verbo φάγω, *comer, devorar, consumir*, aquí como *comáis*; σάρκας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *carnes*; βασιλέων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *reyes*; καὶ, conjunción copulativa *y*; σάρκας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *carnes*; χιλιάρχων, caso genitivo masculino plural del sustantivo declinado *de tribunos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; σάρκας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *carnes*; ἰσχυρῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo declinado *de fuertes*; καὶ, conjunción copulativa *y*; σάρκας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *carnes*; ἵππων, caso genitivo masculino singular del sustantivo declinado *de caballos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; καθημένων, caso genitivo masculino plural del participio de presente en voz media del verbo κάθημαι, *sentarse*, aquí como *sentados*; seguido de ἐπί, preposición de genitivo, con el grafismo ἐπ', forma que adopta por elisión de la ι final ante vocal o diptongo sin aspiración, que equivale a *por, sobre*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *ellos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; σάρκας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *carnes*; πάντων, caso genitivo masculino plural del adjetivo indefinido

declinado *de todos*; ἐλευθέρων, caso genitivo masculino plural del sustantivo declinado *de libres*; τε, partícula enclítica conjuntiva generalmente correlativa con otras partículas o conjunciones, que produce expresiones semejante a *no solamente, sino también, tanto de*; καὶ, conjunción copulativa *y*; δούλων, caso genitivo masculino plural del sustantivo declinado *de esclavos, de siervos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; μικρῶν, caso genitivo masculino plural del adjetivo declinado *de pequeños*; καὶ, conjunción copulativa *y*; μεγάλων, caso genitivo masculino plural del adjetivo declinado *de grandes*.

Ἵνα φάγητε σάρκας. La invitación y mandato a las aves para que se congregasen al festín, va acompañada del menú que Dios mismos les ofrecía. El texto es muy enfático: se les convoca para *"que comáis"*, en el sentido de cumplir en lo que habitualmente era su forma de mantenimiento, limpiar en la tierra los miles de cadáveres que se producirán como consecuencia de la batalla final en la guerra del Armagedon. El Señor describió el deleite de algunas de esas aves: *"Porque dondequiera que estuviere el cuerpo muerto, allí se juntarán las águilas"* (Mt. 24:28).

El banquete estará provisto de carnes de los enemigos de Dios. Comienza el relato por los βασιλέων, reyes, esto es, los que dirigen a los pueblos. Los que venían para enfrentarse contra el Anticristo y el resto de los otros reyes de la tierra, se coaligarán para pelear contra el Señor, estos serán muertos en la batalla. Luego estarán también σάρκας χιλιάρχων, *carnes de capitanes*, literalmente los *tribunos*, atendiendo al lenguaje habitual de los mandos de las legiones romanas, que son los que conducen las distintas fuerzas de un ejército. Se mencionan καὶ σάρκας ἰσχυρῶ, *carnes de fuertes,* esto es de los soldados poderosos; en general ἵππων καὶ τῶν καθημένων ἐπ' αὐτῶν, *carnes de los caballos y de los jinetes que los cabalgan.*

Σάρκας πάντων ἐλευθέρων τε καὶ δούλων καὶ μικρῶν καὶ μεγάλων. Pero, además de estas fuerzas, hay mención expresa para las multitudes que siguen a la bestia y a sus fuerzas. La actuación de Dios no hace acepción de personas. Todos los hombres que han aceptado la marca de la bestia y le siguen están incluidos en la relación. Las categorías civiles figuran aquí como los *siervos* o *esclavos* y los *libres*, y dentro de estos los diferentes extractos sociales aparecen bien definidos como los *grandes y los pequeños*.

19. Y vi a la bestia, a los reyes de la tierra y a sus ejércitos, reunidos para guerrear contra el que montaba el caballo, y contra su ejército.

Καὶ εἶδον τὸ θηρίον καὶ τοὺς βασιλεῖς τῆς γῆς καὶ τὰ στρατεύματα
Y vi la bestia y los reyes de la tierra y los ejércitos
αὐτῶν συνηγμένα ποιῆσαι τὸν πόλεμον μετὰ τοῦ καθημένου ἐπὶ τοῦ
de ellos reunidos para hacer la guerra contra el sentado sobre el

ἵππου καὶ μετὰ τοῦ στρατεύματος αὐτοῦ.
caballo y contra los ejércitos de Él.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo la narración enlaza con lo que antecede mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; εἶδον, primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* aquí como *vi*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*, femenino en castellano para *bestia*; θηρίον, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *animal salvaje, bestia*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τοὺς, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *los*; βασιλεῖς, caso acusativo masculino singular del sustantivo *reyes*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tierra*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; στρατεύματα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota, *fuerza armada, guerreros, ejércitos*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*; συνηγμένα, caso acusativo neutro plural, del participio perfecto en voz pasiva del verbo συνάγω, *convocar, reunir,* aquí como *reunidos*; ποιῆσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo ποιέω, *realizar, producir, llevar a cabo, hacer*, aquí como *que hagan*, o *hacer*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*, femenino en castellano al referirse a *guerra*; πόλεμον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *guerra, combate, conflicto, combate*; μετὰ, preposición de genitivo, *contra*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; καθημένου, caso genitivo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo κάθημαι, *estar sentado,* aquí como *sentado*; ἐπὶ, preposición de genitivo *sobre*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; ἵππου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *caballo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; μετὰ, preposición de genitivo, *con*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el*; στρατεύματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *ejército*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él.*

Καὶ εἶδον τὸ θηρίον καὶ τοὺς βασιλεῖς τῆς γῆς καὶ τὰ στρατεύματα αὐτῶν. La visión que Juan estaba recibiendo pasa del cielo a la tierra. En un cuadro distinto y, al mismo tiempo, contradictorio con el anterior, en el que el Verbo de Dios cabalgando sobre un caballo blanco aparece rodeado de sus ejércitos dispuesto a ejecutar el juicio de Dios, el apóstol aprecia sobre la tierra la formación de los ejércitos del Anticristo. Al frente de ellos está la *bestia*, refiriéndose a la primera de ellas (13:1-10), que es el Anticristo y, a su lado, fieles seguidores suyos, los reyes de la tierra, convertidos todos en enemigos de Dios y de su Cristo. Todos ellos tienen el mismo propósito, para eso se han reunido, de luchar contra el Señor que desciende del cielo y contra el ejército celestial que le acompaña. El Anticristo había convocado por medio de sus enviados a todos los reyes de la tierra, incluidos aquellos reyes del oriente

que en un principio se habían dispuesto para luchar contra él (16:12), pero que fueron convencidos por los emisarios del Anticristo para unirse a él (16:13-14). El resto de los reyes de la tierra siguen también al líder mundial supremo, en aquellos días.

Συνηγμένα ποιῆσαι τὸν πόλεμον μετὰ τοῦ καθημένου ἐπὶ τοῦ ἵππου καὶ μετὰ τοῦ στρατεύματος αὐτοῦ. El propósito de la coalición militar es hacer la guerra contra el Señor. Es el combate final de Satanás contra el propósito de Dios y, por ende, contra Dios mismo. El propósito suyo será impedir la instauración del reino de Dios en el mundo, en la persona del Señor Jesucristo. Desde el principio de la historia humana, el tentador tuvo el cetro de autoridad de los reinos del mundo y de la gloria de ellos, a causa de la derrota infringida contra el hombre, que había sido puesto por Dios como gobernador del mundo en Su nombre. De ahí que haya exhibido su arrogancia delante del Salvador, en la tentación, al afirmar que los reinos del mundo y la gloria de ellos era suya, porque a él le habían sido *entregados* (Lc. 4:6). Desde aquella ocasión las huestes de maldad fijaron su cuartel general en el aire de la tierra. A lo largo de los siglos lucharon contra el pueblo de Dios, y especialmente se opusieron a la Iglesia de Jesucristo (Ef. 6:12). Desde la caída, el mundo ha estado bajo el control de ángeles, bien sean los demonios, o los ángeles de Dios en misión de servicio conforme a la voluntad y designio del Creador (He. 2:5). Sin embargo, en la Cruz, el Señor derrotó a Satanás y, en esa derrota, desde el plano de su humanidad como Rey, recuperó el cetro de autoridad que el hombre había perdido por la caída en la tentación, triunfando sobre Satanás y sus demonios (Col. 2:15). Desde entonces, la promesa del reino de Dios que se establecerá en la tierra, alcanzó mayor dimensión de realidad, por cuanto el Rey ha sido tomado al cielo, mientras que se desarrollan los propósitos de Dios en la historia humana, hasta el día en que sus enemigos sean puestos bajo sus pies (He. 1:13). El momento habrá llegado en el regreso del Señor al mundo. Frente al plan de Dios y su propósito, Satanás efectuará el último movimiento para impedir la ejecución del programa divino.

La última batalla de la guerra del Armagedón se perfila en este versículo, apreciando por un lado la coalición mundial de las naciones y sus ejércitos, bajo el mando del Anticristo. En ese momento aparecerá la señal en los cielos: *"Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo"* (Mt. 24:30). No hay duda alguna que se refiere a una señal relacionada con Jesús mismo. Los judíos habían pedido reiteradamente que les mostrase una señal que manifestara que realmente era el Mesías (16:1; 12:38; Jn. 2:18). Los mismos discípulos preguntaron también al Señor sobre *la señal* de su venida (Mt. 24:3). El Señor les dice que se producirá la señal, pero no dice en que consistirá ni cuando tendrá lugar. En cuanto al tiempo es claro que ocurrirá al final de la tribulación (Mt. 24:29). En relación con la señal pudiera tratase de una manifestación en el

cielo de la *Shekinah*, la gloria de Dios, en cuyo caso podría tratarse de una visión de Cristo glorificado como la que Juan vio (Ap. 1:12-16). Pero, es muy probable que se trate de la visión de Aquel que monta el caballo blanco y que está dispuesto contra las fuerzas de sus enemigos en la tierra (Ap. 19:11). Cualquier afirmación absoluta en este sentido es pura especulación y debe tenerse en cuenta que es sumamente arriesgado en profecía hacer afirmaciones que no estén específicamente expresadas en ella. Lo único evidente, conforme a la revelación de este versículo, es que se producirá una señal en el cielo que será visible a todos en la tierra. Frente al Señor, la coalición de naciones unidas contra Dios que cumplirán plenamente las palabras proféticas del Salmo: *"Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungido, diciendo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas"* (Sal. 2:2-3), por cuya causa *"El que mora en los cielos se reirá, el Señor se burlará de ellos. Luego hablará a ellos en su furor, y los turbará con su ira"* (Sal. 2:4-5).

Las fuerzas enemigas de Dios serán congregadas en el valle de Josafat (Jl. 3:9-15). Anteriormente se ha considerado ya algo sobre el lugar de la última batalla (Ap. 16:16), situado al oeste del Jordán en la Palestina Central del norte, a unos 16 kms. al sur de Nazaret, y a 24 kms. de la costa mediterránea. Si bien, la extensión profética del lugar alcanza a la práctica totalidad del territorio de Palestina. Fuera de la ciudad, es decir, fuera de Jerusalén, donde serán pisadas las uvas del lagar de la ira de Dios (Ap. 14:20; Is. 63:1-5). La congregación de los ejércitos de las naciones, no es una acción surgida de la mente del Anticristo, sino en ejecución del programa de Dios que determinó reunirlas allí (Ap. 16:16). Dios que congregó allí a los ejércitos de las naciones luchará contra toda la coalición enemiga.

20. Y la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho delante de ella las señales con las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia, y habían adorado su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre.

καὶ ἐπιάσθη τὸ θηρίον καὶ μετ᾽ αὐτοῦ ὁ ψευδοπροφήτης ὁ
Y fue apresada la bestia y con él el falso profeta el
ποιήσας τὰ σημεῖα ἐνώπιον αὐτοῦ, ἐν οἷς ἐπλάνησεν τοὺς
que había hecho las señales delante de ella con las que engañó a los
λαβόντας τὸ χάραγμα τοῦ θηρίου καὶ τοὺς προσκυνοῦντας τῇ
que recibieron la marca de la bestia y a los que adoraban la
εἰκόνι αὐτοῦ· ζῶντες ἐβλήθησαν οἱ δύο εἰς τὴν λίμνην τοῦ πυρὸς
imagen de ella. Vivos fueron lanzados los dos al lago el de fuego
τῆς καιομένης ἐν θείῳ.
el que arde con azufre.

Notas y análisis del texto griego.

La narración continúa de la forma habitual mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐπιάσθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo πιάζω, *coger, agarrar, encarcelar, capturar*, verbo que corresponde en el dialecto dorio y en la lengua popular a la forma ática πιέζω, aquí como *fue apresada*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*, femenino en castellano al referirse a *bestia*; θηρίον, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *bestia, animal salvaje*; καὶ, conjunción copulativa *y*; seguido de la preposición de genitivo μετ' en la forma que toma la preposición μετά delante de vocal y que significa *con*; αὐτοῦ, caso genitivo neutro singular del pronombre personal *él*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ψευδοπροφήτης, caso nominativo masculino singular del sustantivo *falso profeta*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ποιήσας, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero en voz activa del verbo ποιέω, *hacer, realizar, producir, cometer,* aquí como *que había hecho*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los,* femenino en español; σημεῖα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *signo, señal, milagro, figura simbólica*; ἐνώπιον, preposición de genitivo, que se usa también como adverbio y denota *delante de*, *en la presencia de*, *en frente de*; αὐτοῦ, caso genitivo neutro singular declinado *de él*, femenino en castellano; ἐν, preposición de dativo *con*; οἷς, caso dativo neutro plural del pronombre relativo *los que*, femenino en español; ἐπλάνησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πλανάω, *engañar*, aquí como *engañó*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado declinado *a los*; λαβόντας, caso acusativo masculino plural del participio aoristo segundo, en voz activa del verbo λαμβάνω, *tomar, coger, agarrar, recibir, escoger*, aquí en sentido de *que recibieron*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*, femenino en español; χάραγμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *señal, marca, sello, imagen formada*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *de él*, femenino en español por concordancia; θηρίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *animal salvaje, bestia*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado declinado *a los*; προσκυνοῦντας, caso acusativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo προσκυνέω, *adorar*, aquí como que *adoran*, expresado en pasado por mejor concordancia temporal como *que adoraban*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; εἰκόνι, caso dativo femenino singular del sustantivo *imagen*; αὐτοῦ, caso genitivo neutro singular del pronombre personal declinado *de él,* femenino en español. Sigue la oración que expresa la acción final con ζῶντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ζάω, *vivir, estar vivo*, aquí como *vivos*; ἐβλήθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo βάλλω, *lanzar, arrojar,* aquí como *fueron arrojados, o fueron lanzados;* οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; δύο, caso nominativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *dos*; εἰς, preposición de acusativo *a*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*, masculino en español que forman ambos la contracción *al*; λίμνην, caso acusativo femenino singular del sustantivo *lago*; τοῦ, caso genitivo neutro singular

del artículo determinado *el, lo*; πυρὸς, caso genitivo neutro singular del sustantivo declinado *de fuego*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*, masculino en español *del*; καιομένης, caso genitivo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo καίω, *arder,* aquí como *que arde*; ἐν, preposición de dativo *con*; θείῳ, caso dativo neutro singular del sustantivo que denota *azufre.*

Καὶ ἐπιάσθη τὸ θηρίον. No se describe la batalla en sí, sino los efectos finales de ella. Pudiera entenderse que el apresamiento se pudo efectuar antes de la batalla, pero, más bien debe haber ocurrido como consecuencia de ella. Al quedarse sin sus fuerzas militares, el Anticristo fue apresado. No quiere decir esto que con sus fuerzas hubiera podido salir victorioso y que esa situación se debiera a un revés en la batalla, sino que ha sido la consecuencia de la actuación victoriosa de Dios sobre el sistema impío promovido por Satanás. El verbo[14] que Juan utiliza aquí es muy enfático y conlleva la idea de sujetar con fuerza a una persona. El que había ofrecido un programa de paz al margen de Dios, quien había presentado una propuesta de riqueza por medio de su sistema, el que había congregado los ejércitos de la tierra para luchar contra el Señor, es derrotado. En su reino nunca hubo paz. Su sistema político-económico fue destruido por la acción directa del Soberano. Finalmente es él mismo en persona, que es apresado, para recibir el justo castigo por su acción rebelde contra Dios.

Καὶ μετ᾽ αὐτοῦ ὁ ψευδοπροφήτης. Juntamente con el Anticristo es apresado el falso profeta, la segunda bestia (13:11-17). Ese personaje había ποιήσας τὰ σημεῖα ἐνώπιον αὐτοῦ, *hecho señales, prodigios o milagros delante del Anticristo,* para conseguir con ellos arrastras las gentes a la adoración impía de la primera bestia. Era la expresión personificada del opositor al Espíritu Santo, en la imitación impía de la Trinidad, establecida en el mundo por Satanás.

᾽Εν οἷς ἐπλάνησεν τοὺς λαβόντας τὸ χάραγμα τοῦ θηρίου καὶ τοὺς προσκυνοῦντας τῇ εἰκόνι αὐτοῦ Las señales o prodigios provocaban la disposición de los hombres en la tierra a favor y en pro del Anticristo. Eran señales hechas con el poder del diablo, arrastrando al mundo tras el falso mesías y separándolo del verdadero. El propósito de las señales era *engañar*. En el texto griego se lee aquí un verbo[15] con amplio significado como *descarriar, hacer errar, extraviar, seducir, engañar.* El alcance del engaño se aprecia en el hecho de que las gentes recibieron la marca de la bestia y la habían adorado. El falso profeta obligó a los moradores de la tierra a aceptar con gusto,

[14] Griego: πιάζω.
[15] Griego: πλανάω.

o por lo menos sin resistencia, la marca del número de la bestia, como se ha estudiando antes (13:16-17). El falso profeta condujo a la adoración de la bestia, como si se tratase de Dios mismo (13:15-17). El versículo enfatiza la condición humana de los dos hombres, el Anticristo y el falso profeta, como personas físicas, que estarán potenciadas y al servicio de Satanás. No se trata, en modo alguno, de figuras alegóricas que representan a un sistema, sino de dos hombres que lideran el sistema diabólico en los días finales, en el tiempo de la tribulación. Sin embargo, tanto el Anticristo como el falso profeta, son las cabezas de un sistema impío y diabólico de oposición a Dios.

El destino final de las dos bestias queda enfáticamente registrado: ζῶντες ἐβλήθησαν οἱ δύο εἰς τὴν λίμνην τοῦ πυρὸς τῆς καιομένης ἐν θείῳ *"los dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre"*. En el texto griego adquieren un énfasis especial tanto las primeras palabras como las últimas en una oración, en este caso la primera palabra que aparece es la de *vivos*, ya que literalmente se lee: *"vivos fueron lanzados los dos"*. No habían sido muertos, sino simplemente apresados y en esa dimensión personal, arrojados *"al lago de fuego"*, como se lee literalmente en el texto griego. El lugar a donde fueron lanzados no estaba preparado por Dios para los hombres, sino para los ángeles caídos, como Jesús enseñó en su ministerio: *"Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles"* (Mt. 25:41). Esa enseñanza del Salvador tiene notable importancia para definir el lugar de la condenación eterna. En primer lugar se aprecia una definitiva separación de Cristo: *"apartaos de mí"*. La muerte en la Biblia no es un estado de término, sino un estado de separación. La muerte física es el estado de separación entre la parte material y la inmaterial del hombre. La muerte espiritual es el estado de separación entre el hombre y Dios a causa del pecado. Ese estado de separación se produce como resultado de la interferencia que hace el pecado en relación con la comunión con Cristo en quien está la vida (Jn. 1:4). Quien no está en unión vital con Jesucristo no tiene vida y, por tanto, está espiritualmente muerto. A los justos el Juez les invita a una unión más íntima cada vez con Él: *"Venid, benditos de mi Padre"* (v. 34), a éstos a una separación radical y definitiva de Él: *"apartaos de mi"*. El sentido del verbo usado en el texto griego es muy fuerte, indica un mandato de alejamiento, *id, salid, alejaos*, en cuyo término se aprecia una definitiva separación perpetua sin posibilidad de acercamiento. En segundo lugar, destaca la condición de estos, a quienes el Juez califica de *malditos*. De la misma manera en un absoluto contraste, los otros son *benditos*, estos *malditos.* Los que no son salvos son objeto de maldición a causa del pecado. Sólo los salvos son *benditos*, porque lo son en el Hijo de Dios, que fue hecho maldición por ellos (Gá. 3:13-14). La obra de la cruz es estéril para quien no ha venido a Cristo y lo ha recibido como Salvador personal. Estos no

aceptaron a Cristo y, por tanto, la obra de sustitución no tiene que ver con ellos. No hubo sustitución virtual y ellos estarán en sus delitos y pecados que les impide el disfrute de la presencia de Dios. Es necesario entender que al grupo de los que estaban a la derecha se les llama *"benditos de mi Padre"*, lo que quiere decir que son objetos de una obra de gracia por la cual Dios les ha justificado y perdonado para que sean aptos para disfrutar de la herencia de los santos en luz (Col. 1:12). La bendición de aquellos es una obra de gracia. Para estos otros, la gracia no ha tenido efectividad salvadora, por tanto, son *malditos* delante de Dios. El eco del Sermón del Monte llega también aquí. En aquel discurso el Señor habló de quienes siendo religiosos no eran salvos y pronunció aquellas enfáticas palabras: *"Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad"* (7:23). Estos pretendían ser del pueblo de Dios, pero Él declara que no sabía de donde eran, es decir, seguían siendo unos extraños para Él (Lc. 13:27). ¿Cómo es posible que los impíos sean expulsados de la presencia de Dios, si Él, como omnipresente está en todas partes? Aunque realmente Dios es omnipresente (Sal. 139:7-12), su presencia no es en cualquier caso una presencia de amor, sino, en ocasiones, es una presencia de juicio, como de *fuego consumidor* que devora a los adversarios (He. 11:27)[16]. Quiere decir esto que la condición de condenación eterna tendrá como resultado la separación definitiva de la presencia de Dios en gracia, de cuyo ámbito los impíos serán expulsados para siempre. En tercer lugar, junto con la sentencia de alejamiento y la definición de la condición de quienes estarán a la izquierda del Juez, éste les asigna el lugar donde pasarán la eternidad: *"al fuego eterno"*. Jesús afirma una condenación eterna. Es difícil expresar en palabras de la temporalidad, un destino que tiene que ver con la eternidad. Cuando Dios creó, salió de sí mismo, su forma propia en la eternidad y al salir de Él en amor creó el tiempo y las cosas del tiempo. Para el hombre había determinado un medio de *perpetuarse*, que el pecado hizo inservible. Sin embargo, el Eterno, vino a la historia de la temporalidad humana, mediante su propia humanidad, para tomar a los hombres temporales y darles experiencia de eternidad, al hacerles partícipes de la divina naturaleza (2 P. 1:4). Esta experiencia de vida es posible sólo en la identificación con Cristo. Quien no tiene a Cristo no tiene la vida eterna, que fluye desde Dios para todo creyente por el único Mediador entre Dios y los hombres que es Jesucristo hombre (1 Ti. 2:5). La creación temporal será disuelta en el futuro al término de la existencia determinada por Dios para ella (2 P. 3:10), para dar paso a una nueva creación perpetua. En esa creación a perpetuidad se establecerán las dos posiciones de los hombres de la historia humana en relación con Dios: unos en la comunión perpetua con Él a causa de la obra de gracia en salvación; otros a separación

---

[16] Se toma aquí el texto como expresión de una verdad, aunque la interpretación corresponde a juicio de Dios sobre acciones incorrectas del creyente y no al estado de condenación eterna.

perpetua de Él a causa de la no resolución de su pecado. De ahí que el fuego, lugar asignado para ellos sea *eterno*, es decir, no se apagará jamás. La morada de estos estará afuera, lejos del eterno banquete en el salón perpetuo de la comunión con Dios, fuera de la puerta perpetuamente cerrada (8:11, 12; 22:13; 25:10-13). Adentro, con los *"benditos del Padre"* estará el Esposo, y entre ellos habrá una perpetua comunión de amor. Afuera estarán los que, despreciando el llamado de la gracia, vanamente esperarían ser recibidos luego y en vano llamarán a la puerta perpetuamente cerrada para ellos (Lc. 13:28). La compañía de quienes estén alejados eternamente de Cristo será la de *"los perros"* (Ap. 22:15), en sentido de los que son verdaderamente abominables para Dios. El lugar asignado para los que estarán a la izquierda dice Jesús que será el fuego eterno. Varias relaciones pueden establecerse aquí: Fuego es un lugar de *llamas*. Este es en lenguaje usado a lo largo de toda la Biblia para expresar la idea del estado de condenación eterna. Así concluye Isaías su profecía en relación con los malvados: *"Y saldrán, y verán los cadáveres de los hombres que se rebelaron contra mí; porque su gusano nunca morirá, ni su fuego se apagará, y serán abominables a todo hombre"* (Is. 66:24). El mismo Señor insistió en esta enseñanza durante su ministerio (cf. Mt. 3:12; 5:22; 13:40, 42, 50; 18:8, 9; Mr. 9:43-48; Lc. 3:17; 16:19-31; Jud. 7; Ap. 14:10; 19:20; 20:10, 14, 15; 21:8). Este fuego no se puede apagar jamás y devora sin consumir para siempre. Con el fuego está asociada la ira divina y la angustia humana (Dt. 32:22). Sobre los malos Dios hará llover fuego y azufre (Sal. 11:6). Es el fuego consumidor de la ira de Dios (Sal. 18:8; 21:9; 97:3; 140:10; Jer. 4:4; Nah. 1:6; Mal. 3:2). En tercer lugar, el destino será de *tinieblas*, por cuanto se dice que estaba preparado para el *"diablo y sus ángeles"*. Jesús afirma que los pecadores serán *"echados en las tinieblas de afuera"* (8:12; 22:13). La compañía de los perdidos será con los *espíritus inmundos*, los ángeles que han degenerado de su primer estado en que fueron creados (Lc. 11:24; 2 P. 2:4; Jud. 6). Estos ángeles caídos tienen conciencia de su destino de condenación eterna: *"¿Qué tienes con nosotros Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?"* (Mt. 8:29). El apóstol Pedro afirma que *"Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno, los entregará a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio"* (2 P. 2:4). Pareciera que un lugar de llamas y fuego no puede ser un lugar de tinieblas. Ambas cosas son expresiones de un estado eterno dichas en una dimensión temporal. Tanto el fuego como las tinieblas expresan una dimensión de dolor y de sufrimiento continuo. No debe olvidarse que el fuego ha sido preparado para el diablo y sus ángeles que son espíritus y que no les corresponde y afecta del mismo modo que a los hombres el mundo donde se desarrolla la experiencia humana llamada vida. De otro modo: no hay razones para suponer que el fuego de que se habla en la Palabra sea un fuego literal, de la misma manera que el *gusano*, no será un gusano literal, ya que el diablo y sus ángeles, cuya condenación van a compartir los perdidos incrédulos, no tienen cuerpos materiales que puedan recibir la acción

del fuego natural. Sorprende que el infierno bíblico, estado de condenación eterna, será inaugurado por dos hombres, el Anticristo y el falso profeta (Ap. 19:20). Cuando el diablo y sus ángeles sean lanzados al lago de fuego, ya llevarán en él, esos dos hombres, muchos siglos. El infierno es el lugar destinado perpetuamente para los enemigos de Dios (Ap. 19:20; 20:10). Ninguna descripción humana bastaría para dar a entender el horrible lugar donde Dios juzgará eternamente a los incrédulos, en una esfera de tormentos que el Espíritu compara con tinieblas, llanto, rechinar de dientes, fuego inextinguible, gusano que roe el corazón sin cesar (3:12; 8:12; 22:13). La mayor miseria será la desgracia de estar eternamente separados de la comunión y presencia de Dios, sintiendo su Majestad contraria y enemiga de ellos, en un lugar de donde no podrá salir jamás *"excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder"* (2 Ts. 1:9). En ese lugar, las conciencias miserables de los hombres no encontrarán reposo, viéndose atormentadas por sus propias maldades en proyección perpetua y apreciando que Dios es enemigo suyo, en un tormento sin remedio posible. Los sufrimientos están relacionados con la pérdida de todo bien; la exclusión de la presencia y del favor de Dios; la reprobación definitiva de Dios y la ausencia perpetua del Espíritu Santo. A esto debe unirse también el ambiente bajo el dominio irreprimido del pecado, en la compañía de malvados y sujetos a pasiones pecaminosas, en un estado de perpetua desesperación, porque ya no tendrán esperanza. Es evidente que la cuestión de la duración del castigo futuro sólo puede entenderse en base a la revelación divina. Nadie puede afirmar que un castigo eterno es algo contrario a la justicia, puesto que las acciones fueron temporales. Sin embargo, no debe olvidarse que el castigo se establece a causa de una acción que se mide, no por quien la comete, sino por quien la recibe. Cualquier acción contra el Ser infinito que es Dios, se convierte en acto de dimensión infinita al que corresponde un castigo perpetuo.

Quienes se proclamaban invencibles y a quienes la humanidad consideraba de ese modo, son apresados por Cristo y lanzados por Él al lago de fuego. Si el lago de fuego es de azufre ardiente, expresa la realidad inimaginable de un lugar de tormentos indescriptibles. De ahí que, al ser arrojados ambos vivos, se enfatiza su tremendo tormento, comparable con un fuego inextinguible (20:9-11).

21. Y los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo, y todas las aves se saciaron de las carnes de ellos.

καὶ οἱ λοιποὶ ἀπεκτάνθησαν ἐν τῇ ῥομφαίᾳ τοῦ καθημένου ἐπὶ τοῦ
Y los demás fueron muertos con la espada del sentado sobre el
ἵππου τῇ ἐξελθούσῃ ἐκ τοῦ στόματος αὐτοῦ, καὶ πάντα τὰ ὄρνεα
caballo la que salía de la boca de Él y todas las aves

ἐχορτάσθησαν ἐκ τῶν σαρκῶν αὐτῶν.
fueron saciadas con las carnes de ellos.

Notas y análisis del texto griego.

El último versículo del relato y el último de la profecía sobre la tribulación se vincula con lo que antecede mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; λοιποὶ, caso nominativo masculino plural del adjetivo *restante, demás*; la palabra puede ser también un adverbio que equivale a *por lo que resta, por lo demás*, incluso un sustantivo *resto, residuo*, en el versículo es un adjetivo, como se dice antes; ἀπεκτάνθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva (efectivo) del verbo ἀποκτείνω, *matar, dar muerte, quitar la vida,* aquí como *fueron muertos*; ἐν, preposición de dativo *con*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; ῥομφαίᾳ, caso dativo femenino singular del sustantivo *espada*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; καθημένου, caso genitivo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo κάθημαι, *sentarse, estar sentado*, aquí como *sentado*; ἐπὶ, preposición de genitivo *sobre*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; ἵππου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *caballo*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐξελθούσῃ, caso dativo femenino singular del participio de aoristo en voz activa del verbo ἐξέρχομαι, *salir*, aquí como *que salía*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el, lo*, femenino en castellano; στόματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo *boca*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πάντα, caso nominativo neutro plural del adjetivo indefinido *todas*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*, femenino en castellano; ὄρνεα, caso nominativo neutro plural del sustantivo *aves*; ἐχορτάσθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo χορτάζω, *alimentar, engordar*, aquí como *fueron saciadas*; ἐκ, preposición de genitivo *con*; τῶν, caso genitivo femenino plural del artículo determinado *las*; σαρκῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo *carnes*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos.*

Καὶ οἱ λοιποὶ ἀπεκτάνθησαν ἐν τῇ ῥομφαίᾳ τοῦ καθημένου ἐπὶ τοῦ ἵππου τῇ ἐξελθούσῃ ἐκ τοῦ στόματος αὐτοῦ. Sobre el campo de batalla donde se habían concentrado los ejércitos para luchar contra el Señor (v. 19), sólo quedan muertos. El apóstol Pablo da una visión de cómo será destruido el ejército de la coalición mundial de naciones: *"Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida"* (2 Ts. 2:8). Pablo enseña que la segunda venida del Señor *matará al inicuo*, en clara referencia al Anticristo, si bien el verbo que utiliza allí el apóstol significa tanto *matar*, como *recoger, tomar, quitar*. En ese sentido coincide plenamente con la revelación de Juan en Apocalipsis, donde las dos bestias son *tomadas*, o *apresadas*. La acción que elimina a los enemigos es *"el espíritu de su boca y el resplandor de su venida"*.

La primera expresión tiene que ver con el modo de actuación del juicio de Dios. Elifaz decía sobre los impíos que *"Perecen por el aliento de Dios, y por el soplo de su ira son consumidos"* (Job 4:9). Isaías anunció esta acción cuando escribió: *"herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío"* (Is. 11:4). El profeta Oseas usa la misma forma para referirse a la acción judicial de Dios, cuando dice: *"con las palabras de mi boca los maté"* (Os. 6:5). Quiere decir que la autoridad de la omnipotencia divina expresada en las palabras de la boca del Verbo de Dios, fueron suficientes para eliminar a sus enemigos, actuando sobre ellos como una espada veloz y afilada que mata a quienes encuentra por delante. La segunda expresa la gloria de Dios, que le es propia a Jesucristo. Esa gloria derribó a Saulo en el camino a Damasco (Hch. 9:3, 4). Será la manifestación gloriosa de la *epifanía* de Cristo.

Καὶ πάντα τὰ ὄρνεα ἐχορτάσθησαν ἐκ τῶν σαρκῶν αὐτῶν. Todos los enemigos *fueron muertos*, expresión sumamente interesante porque ninguno escapó a la acción de Dios. Las aves del cielo convocadas al festín de Dios, quedaron saciadas con las carnes de los muertos, tanto de hombres como de bestias. La limpieza preparatoria para la instauración del reino se llevará a cabo en plenitud.

Con el descenso del Señor ocurre lo que realmente es la segunda venida. No debe pasar desapercibido que el Señor desciende del cielo, rodeado de sus ejércitos (v. 14). Con eso se cumplirá la promesa de su segunda venida a la tierra. El encuentro con la Iglesia y su traslado a la presencia del Señor, se producirá antes, pero no en la tierra, sino en el aire (1 Ts. 4:17). En el día que Juan describe en el pasaje, se llevará a cabo el cumplimiento profético que anuncia el descenso de Cristo, asentando sus pies en el Monte de los Olivos (Zac. 14:4-9). El regreso del Señor será un retorno literal, en cumplimiento de la promesa que los ángeles confirmaron a los que veían su ascensión a los cielos (Hch. 1:11). El retorno del Señor será para establecer el reino de Dios entre los hombres y su regreso tiene que ver con el ejercicio de juicio y autoridad del Soberano, Rey de reyes y Señor de señores, que se manifestará sobre las nubes del cielo con poder y gloria (Mt. 24:30; 1 P. 1:7; 4:13). La Biblia enseña que el regreso del Señor tiene que ver con el establecimiento del reino. Cristo tendrá el trono de David, conforme a las promesas de Dios y al anuncio profético (Is. 9:6-7; Lc. 1:32; Ez. 21:25-27). Ese reino literal estará en la tierra: *"He aquí vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra. En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre con el cual le llamarán; Jehová, justicia nuestra"* (Jer. 23:5-6). Entonces todos los reinos del mundo serán suyos y las naciones vivirán bajo el ejercicio de su autoridad (Zac. 9:10; Ap. 11:15). La Biblia enseña que los suyos regresarán con el Señor (1 Ts. 3:13; Jud. 14), para disfrutar de las glorias del reino mesiánico en la tierra. Es

necesario entender que el reino milenial, del que se comentará en el próximo capítulo, no es la única expresión del reino de los cielos o reino de Dios en la tierra, sino una de las diversas realidades que tienen que ver con el reino.

La Biblia responde una vez más a la pregunta que es su tema fundamental: *"¿Quién es el Soberano?"* A lo largo de la historia humana Satanás intentó continuamente y con todos los medios a su alcance demostrar que Dios no es el Soberano. El Señor intervino en la historia humana reiteradas veces, para demostrar que ciertamente él es El Señor. La última manifestación del intento diabólico de sustituir la gloria de Dios por la del hombre, fracasará también como todos los anteriores. Cristo, el Verbo de Dios, su Hijo unigénito, reinará en la tierra (Lc. 1:32). El mundo venidero dejará de estar bajo el control de ángeles para pasar a manos del *Hombre*, conforme a lo establecido por el Creador (He. 2:5). Todos se someterán entonces a su señorío (Fil. 2:9-11). Por fe, el creyente se une al salmista, saludando ya la victoria del Rey mientras le alaba diciendo: *"¡El Señor reina!; regocíjese la tierra, alégrense las muchas costas. Nubes y oscuridad alrededor de Él; justicia y juicio son el cimiento de su trono. Fuego irá delante de Él y abrasará a sus enemigos alrededor… Los cielos anunciaron su justicia y todos los pueblos vieron su gloria"* (Sal. 97:1-3, 6). Sin embargo, en medio de tanto gozo para quienes tenemos la certeza de la salvación, está el contrapunto de quienes desprecien su gracia experimentando su ira. Cada uno de nosotros debemos vivir en reverente respeto en una vida santa. Quien espera un mundo en santidad y justicia y lo anhela, debe ajustar su estilo de vida a lo que es propio de su esperanza. Esa es la exhortación del apóstol Pedro: *"Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprensibles, en paz"* (2 P. 3:14). Una vida de santidad solo es posible viviendo a Cristo en el poder del Espíritu. Ser santo, no es ser religioso, sino separado para Dios en Cristo Jesús, viviendo la conducta el Señor por medio de la acción del Espíritu Santo, que produce en nosotros su fruto y, con ello, reproduce el carácter de Jesús en nosotros (Gá. 5:22-23). La santidad no es una opción de vida, sino la condición natural de la vida eterna en la experiencia del cristiano.

CAPÍTULO XX

EL MILENIO Y EL JUICIO FINAL

Introducción.

El pasaje que se estudia es uno de los más controvertidos en el Apocalipsis. Las escuelas teológicas priman, en muchas ocasiones, sobre la interpretación del escrito bíblico y, cuando menos, lo condicionan. Será, pues, necesario hacer, por esta razón, una introducción un poco más extensa que para otros capítulos, que permita establecer razonadamente la posición interpretativa más adecuada conforme al texto bíblico y su contexto próximo y remoto.

Fundamentalmente hay tres posiciones en la interpretación del pasaje que se considera: (1) La posición del *post milenarismo*, que fundamentalmente consiste en afirmar que el regreso de Cristo no ocurrirá hasta que el reino de Dios haya sido establecido en el mundo por la Iglesia. Según este criterio, el capítulo 19, no se refiere a la segunda venida literal de Jesús, sino que es una forma simbólica que se usa para describir el triunfo de la Iglesia sobre los sistemas humanos, en el que se expresa realmente el triunfo de Cristo por medio de ella en el mundo. Entienden que después de ese tiempo de triunfo pleno, el Señor volverá para resucitar a los muertos, juzgar al mundo y establecer el reino eterno de Dios en un nuevo y definitivo orden en el que Dios será todo en todos. (2) El segundo sistema interpretativo es el *amilenarismo*. Es la posición de quienes no entienden que pueda haber un reino milenial de Cristo, ni antes ni después de la segunda venida. La interpretación que dan al capítulo 20, que se considera, no es tanto escatológica como *recapitulativa*, es decir, afirman que el Apocalipsis no relata hechos consecutivos, sino que expresa las mismas verdades proféticas desde distintos ángulos o modos de ver las mismas cosas. En ese sentido, la descripción del momento en que Satanás será atado y encarcelado en el abismo no tiene que ver con un hecho futuro, sino que es la *recapitulación* de la obra victoriosa del Señor sobre el enemigo en su ministerio terrenal. De tal manera consideran que los evangelios ya anunciaron la atadura de Satanás, cuando el Señor dijo: *"Porque ¿cómo puede alguno entrar en la casa del hombre fuerte, y saquear sus bienes, si primero no le ata? Y entonces podrá saquear su casa"* (Mt. 12:29). Entienden que el Señor anunció el futuro de la caída definitiva de Satanás cuando dijo: *"Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo"* (Lc. 10:18). Esta victoria sobre Satanás alcanzará la culminación final en lo que se describe *figurativamente* en el Apocalipsis con el encadenamiento de Satanás. Los *amilenaristas* entienden la *"primera resurrección"*, de dos maneras diferentes: a) Por un lado la *resurrección para vida eterna* que no tiene que ver con una realidad escatológica sino como una figura de la realidad espiritual que se produce en el nuevo nacimiento, en donde

cada creyente es resucitado, apoyándose para ello en que Jesús dijo: *"De cierto os digo: Viene la hora,* ***y ahora es****, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán"* (Jn. 5:25), entendiendo que el *"ahora es"*, tiene que ver al tiempo de Jesús y, por extensión, con la evangelización del mundo, de tal manera que quienes *creen* experimentan ya una resurrección espiritual a la que el apóstol Pablo alude cuando escribe: *"Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos) y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús"* (Ef. 2:5-6). Por tanto, el milenio como reinado de Cristo, no es otra cosa que el reino de Dios manifestado en la historia de la iglesia a través de la Iglesia, que alcanza la plenitud con la conversión de los hombres entre la resurrección y la segunda venida del Señor. b) Una segunda forma de entender la *"primera resurrección"* y luego el reinado de los santos, es como una representación del destino de los mártires. En ese sentido, los que dieron su vida por el testimonio de Jesús no mueren realmente, sino que viven y reinan con Cristo en el cielo. Por tanto, el *milenio*, no es un reino literal, sino el tiempo de la iglesia durante el cual los creyentes que mueran por el testimonio de Cristo reinarán con Él en el cielo, esperando la resurrección final. (3) Un tercer sistema interpretativo suele llamarse *Premilenarismo*. Sostiene el sistema que el capítulo 20 de Apocalipsis es plenamente escatológico, entendiendo que el relato es absolutamente histórico y literal. Por tanto, inmediatamente después de la segunda venida de Cristo, Satanás será atado, al tiempo que se producirá una resurrección de los santos que entrarán con Jesús al reino temporal llamado el *Milenio*, en el que el Señor reinará literalmente sobre la tierra en el cumplimiento de las muchas profecías que lo anuncian. Ese reino milenial terminará con una última rebelión contra Dios y el juicio final. Dentro del *premilenarismo*, el sistema de hermenéutica dispensacional entiende que en ese reino futuro se cumplirán las promesas y pactos teocráticos establecidos para Israel, que no han tenido cumplimiento antes. Las distintas corrientes dispensacionales se han distinguido en la concreción del elemento humano distintivo en el reino milenial, entendiendo algunos que la escatología de ese período en el Apocalipsis es exclusivamente relativa con Israel y su futuro, en donde nada tiene que ver la Iglesia.

El Dr. Lacueva hace una recapitulación de los sistemas interpretativos antes citados:

"Los amilenaristas sostienen que la resurrección primera que vemos en los vv. 4c y 6a es espiritual (el nuevo nacimiento). Piensan que el Milenio comenzó con la Primera Venida de Cristo. Satanás fue atado cuando Cristo triunfó sobre él en la Cruz. El reinado de los fieles con el Señor será en el cielo, no en la tierra. Difieren mucho acerca de los detalles. Es la opinión de gran parte de los autores modernos, como Verkhof, Hendriksen, Vox, Grau, Lloyd-

Jones y muchos otros, incluyendo a Agustín de Hipona y los Reformadores del siglo XVI.

Los postmilenaristas, como Elliott, Whitby y Vitringa, dicen que la primera resurrección es la de los principios, la doctrina, el espíritu y el carácter de los santos y mártires ya difuntos; será una resurrección, en parte espiritual, en parte eclesiástica, y en parte nacional para los judíos que serán restaurados como nación y convertidos.

Los premilenaristas sostienen que todo lo que leemos en este capítulo 20 de Apocalipsis, como todo lo que afecta a la historia y a la profecía, ha de entenderse en sentido literal, como se han cumplido en sentido literal las profecías del A. T. referentes a la Primera Venida de Cristo. Esto no quiere decir que descartemos los simbolismos en que aparecen recubiertos los hechos a la vista de Juan. Que un ángel ha de bajar del cielo para encerrar al diablo en un abismo y tenerlo retenido allí, de forma que carezca del poder necesario para recobrar por sí mismo la libertad de movimientos y salir del Abismo, es un hecho futuro cuyo cumplimiento literal no se puede negar. Pero que la llave, la cadena, el sello, etc., son simbólicos, en el sentido de que no son como los que conocemos, de naturaleza material, es igualmente evidente, ya que tanto el ángel como el diablo son seres espirituales. Con todo, nada tendría de extraño que el ángel usase medios materiales como signos externos del poder espiritual que ejerce. Hasta el siglo IV de nuestra era, casi todos los escritores eclesiásticos (entre ellos, Papías, Justino, Ireneo y Tertuliano) fueron premilenaristas"[1].

La posición *premilenarista* entiende que el reino de Dios o reino de los Cielos será establecido por Cristo en la tierra en su segunda venida, luego de derrotar al sistema impío del Anticristo y a las naciones que, coaligadas por él, se levantarán para luchar contra el Cordero, cuyas consecuencias se han estudiado en el capítulo anterior. La posición *premilenarista* considera que el reino milenial es una realidad temporal, que debe entenderse como mil años reales. La posición *postmilenarista*, entiende que el reino es el resultado de la evangelización llevada a cabo por la Iglesia, por tanto, los *mil años* del reino son una cifra simbólica, o una expresión figurada que indica un período de tiempo indefinido, extenso, e incluso perpetuo.

Dentro de la posición *premilenial* hay que hacer también tres distinciones: (1) La de la *escuela histórica*, entiende que los capítulos 1 al 19 de Apocalipsis se han cumplido ya en la historia de la humanidad, mientras que los capítulos 20 al 22 son escatológicos y deben entenderse en sentido literal. (2) La escuela *soteriológica*, en la que se posicionan algunos teólogos de la *Teología del Pacto*, y que considera que el reino milenial y la posición destacada de Israel

[1] F. Lacueva. o.c., pág. 548 s.

están vinculados y subordinados al aspecto soteriológico. Pese a estas diferencias hay una vinculación entre ambos consistente en la realidad del reino de Dios en la tierra que se llevará a cabo en la segunda venida de Jesucristo y tendrá una duración de mil años.

Escribe el Dr. Carballosa, citando a Eldon Ladd:

"Es importante destacar en esta coyuntura que el consenso general de los teólogos e historiadores eclesiásticos es que el premilenarismo fue la postura asumida por la gran mayoría de los llamados padres apostólicos. George Eldon Ladd ha escrito lo siguiente:

'Dos interpretaciones del reino aparecen en la Iglesia primitiva: Una interpretación escatológica y otra no escatológica. Durante los dos primeros siglos el reino de Dios en los padres de la Iglesia era exclusivamente escatológico. Una referencia típica se encuentra en la Didache: Acuérdate del reino que has preparado para ella. La iglesia es el pueblo presente visible de Dios en la tierra, pero el reino es el ámbito futuro de bendición que será experimentado después del regreso de Cristo a la tierra.

Algunas veces este reino escatológico es definido de manera más específica. En varios de los padres tempranos, el reino implicaba un reinado terrenal milenial de Cristo. Esto se expresa claramente por escritores tales como Bernabé (XV) y Papías (en Ireneo Adv. Haer., V. 33), Justino Mártir (Diál. LXXX) Ireneo (Adv. Her., V, 33-35) y Tertuliano (De res. Carn., XXV, Adv. Marción, III, 25).

Otros padres tempranos no dejan claro si creían o no en un reino terrenal temporal futuro. Sin embargo, un repaso de la literatura [de la época] conduce a las siguientes conclusiones: El entendimiento del reino es exclusivamente escatológico; y con una excepción no hay padre apostólico antes de Orígenes que se haya opuesto a la interpretación milenaria, y no hay ninguno antes de Agustín cuyos escritos existentes ofrezcan una interpretación de Apocalipsis 20 que no sea la de un futuro reino terrenal consecuente con la interpretación natural del lenguaje"[2].

Todavía existe una posición radicalmente opuesta a la realidad milenial que por ello se conoce como *amilenarista*. La dinámica de pensamiento *milenial* de la mayoría de los padres apostólicos se quiebra con la aparición de Orígenes, nacido en Alejandría (185-254 d. C.), quien es considerado como un representante destacado del pensamiento de la escuela alejandrina, en cuanto a alegorizar el texto bíblico. El sistema alegórico es consecuencia de la influencia ejercida sobre la hermenéutica cristiana de corrientes filosóficas del mundo griego. Orígenes fue discípulo de Clemente y ambos adoptarían el sistema de

[2] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 392 s.

interpretación alegórica. Los dos estaban convencidos *"de que sólo la interpretación alegórica de la Biblia puede proporcional el significado profundo y verdadero de sus textos. En el fondo, su sistema hermenéutico respondía a necesidades apologéticas... determinadas por el afán de conciliar la fe basada en las Escrituras con la filosofía griega"*[3]. A pesar del intento de *conciliación* entre la teología del cristianismo y la filosofía helenista, lo único que realmente supuso el posicionamiento de Orígenes, fue la apertura de la puerta que introdujo en la teología cristiana la interpretación alegórica. Esta influencia alcanzó a hombres de gran relieve en la historia de la Iglesia, como fue Agustín de Hipona, considerado como el más sobresaliente de los padres de la Iglesia, quien es considerado como el padre el amilenarismo. En uno de los escritos más conocidos de Agustín, *De Civitas Dei*, *La ciudad de Dios*, hace apología contra los *milenaristas*, escribiendo, a modo de ejemplo:

"Dicen que los que son resucitados gozarán un festival del más inmoderado disfrute carnal, en el que la comida y la bebida serán tan abundantes que no sólo no habrá límite de moderación sino que también sobrepasará todas las barreras incluso de incredulidad, todo eso puede ser creído sólo por los de mente carnal. Los que tienen una mente espiritual denominan a los que creen esas cosas, en griego chiliastas, y podemos traducirlo al latín literalmente como milenarios"[4].

La aceptación del *amilenarismo* no se produjo por razones hermenéuticas o teológicas, sino por el concepto que se tenía de que quienes sostenían la posición milenial, considerándolos como creyentes carnales. La comprensión incorrecta de que la abundancia de bendiciones en el reino, descritas en la Biblia como de abundancia de comida y bebida, *"y Jehová de los ejércitos hará en este monte a todos los pueblos banquete de manjares suculentos, banquete de vinos refinados, de gruesos tuétanos y de vinos purificados"* (Is. 25:6), es una figura del lenguaje para referirse al cúmulo de bendiciones de Dios, llevó a Agustín a este posicionamiento. Es sorprendente que un hombre que abraza el alegorismo para la interpretación de lo que es el milenio, se mantuviese en el *literalismo* para entender este pasaje profético. En su alegorismo entiende que el milenio nada tiene que ver con el Reino de los Cielos en la tierra, sino con el tiempo de la evangelización que la Iglesia hace en el mundo entre la ascensión y la segunda venida del Señor Jesucristo. Esta posición agustiniana fue adoptada tradicionalmente por la Iglesia y aceptada también por los Reformadores.

La interpretación literal, como se ha dicho antes, no descarta el lenguaje figurado o simbólico que debe interpretarse de ese modo cuando es evidente en

---

[3] José María Martínez. *"Hermenéutica Bíbica"*. Editorial Clie. Terrassa, 198 . pág. 71.
[4] Agustín de Hipona. *De Civitas Dei,* XX, 7. BAC. Madrid 1977.

el texto bíblico. El encarcelamiento de Satanás es un hecho futuro, no simbólico, que se cumplirá en su momento, sin embargo, existen en el cuadro figuras de lenguaje que han de interpretarse simbólicamente como es *la cadena, la llave, el sello,* etc. El premilenarismo entiende que la resurrección de que se habla en el pasaje es *anterior* -de ahí el término *premilenarismo*- a la instauración del reino milenial. Dentro del *premilenarismo*, puede unirse también con la hermenéutica *dispensacional*, entendiendo que el milenio es el cumplimiento real del reino teocrático de Dios que será instaurado, a causa de la promesa hecha a David sobre un trono eterno, en la persona del Mesías, confirmado a María en el anuncio del ángel Gabriel (Lc. 1:32, 33; Is. 9:6, 7). Al entender que la historia humana, desde la perspectiva bíblica, ha tenido distintos períodos con un trato diferente y unas condiciones distintas en la relación de Dios con el hombre, se conoce como *premilenarismo dispensacional*. Esta es la interpretación que se sigue en este comentario. Desde esta posición se entiende también que la iglesia será librada de la tribulación por el traslado a la presencia del Señor.

Algunos comentaristas, como se ha comentado antes, consideran que el capítulo 20 no es una continuación cronológica a cuanto antecede, sino una *recapitulación* de cuanto se describió en el libro. Esto representaría regresar otra vez al comienzo de la historia de la Iglesia. Sin embargo, una interpretación literal y desprejuiciada del texto bíblico, exige entender que los acontecimientos descritos en los capítulos 20 al 22 son posteriores a todo lo anunciado en los que anteceden. En este sentido, la importancia del presente capítulo tiene que ver con el anuncio del reino milenial de Jesucristo, esto es, un reino que durará en el primer periodo mil años y que se proyectará eternamente en la nueva creación de Dios. El reino será la consecuencia de la segunda venida de Jesucristo, derrotando a los enemigos, limpiando la tierra de la contaminación del sistema pecaminoso y sujetando a Satanás durante ese tiempo. Otro dato de vital importancia en el pasaje tiene que ver con la derrota del tercer ser de la trinidad diabólica. Los capítulos anteriores relataron la eliminación del Anticristo y del falso profeta, correspondiendo ahora el detalle de la sujeción de Satanás, el inductor e instigador de todo el sistema descrito antes. Un tercer elemento importante es la resurrección de los santos que se unen a Cristo en su reino mesiánico de mil años. El cuarto tema está relacionado con la última manifestación de los hombres contra Dios, la sentencia sobre Satanás y el juicio de los perdidos ante el trono blanco.

La división para el estudio se ha establecido antes en el *Bosquejo del Libro*, y es como sigue:

1. El milenio (20:1-6).
    1.1. Satanás atado (20:1-3).

   1.2. La resurrección de los santos (20:4-6).
2. El final de la historia humana (20:7-15).
   2.1. La última rebelión contra Dios (20:7-9).
   2.2. La sentencia sobre Satanás (20:10).
3. El juicio final (20:11-15).

El milenio (20:1-6).

Satanás atado (20:1-3).

1. Vi un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo, y una gran cadena en la mano.

Καὶ εἶδον ἄγγελον καταβαίνοντα ἐκ τοῦ οὐρανοῦ ἔχοντα τὴν κλεῖν
Y vi un ángel que descendía del cielo teniendo la llave
τῆς ἀβύσσου καὶ ἅλυσιν μεγάλην ἐπὶ τὴν χεῖρα αὐτοῦ.
del abismo y cadena grande en la mano de Él.

Notas y análisis del texto griego.

Como es habitual en Juan la conexión temática se establece también aquí mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; εἶδον*,* primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* aquí como *vi*; ἄγγελον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *ángel*; καταβαίνοντα, caso acusativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo καταβαίνω; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; en castellano ambas palabras forman la contracción *del*; οὐρανοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *cielo*; ἔχοντα, caso acusativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tenía* o incluso *teniendo*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; κλεῖν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *llave*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *del*; ἀβύσσου, caso genitivo femenino singular del sustantivo *abismo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἅλυσιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *cadena*; μεγάλην, caso acusativo femenino singular del adjetivo *grande*; ἐπὶ, preposición de acusativo *en*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; χεῖρα, caso acusativo femenino singular del sustantivo *mano*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*.

Καὶ εἶδον ἄγγελον. El capítulo se inicia con una nueva visión de Juan, introducida como casi todas las anteriores con la expresión *"y vi"*. Quiere decir que luego de la visión que tuvo sobre la destrucción de los ejércitos de la bestia y el final del Anticristo y del falso profeta lanzados al lago de fuego (19:20-21), el profeta tuvo otra nueva visión que relata un acontecimiento que seguirá en el tiempo a todo lo anterior. Otra vez la presencia de un ángel indefinido fue

apreciada por el apóstol. En el libro se dice catorce veces que vio un ángel (7:2; 8:3; 10:1; 14:6, 8, 9, 15, 17, 18; 17:1; 18:1; 19:17; 20:1; 21:9). Debe enfatizarse la gran misión angélica durante el tiempo de los juicios de Dios, previos a la instauración del reino milenial.

Impulsando a la bestia y al falso profeta está Satanás, por tanto, juzgados y arrojados fuera los dos impíos, llega el momento para actuar contra el promotor de todo el sistema de impiedad, que es el diablo. La visión de Juan es muy breve, en relación con las grandes panorámicas de la destrucción de Babilonia y del regreso victorioso del Señor. La visión de Juan se establece desde la perspectiva posicional de la tierra, es decir, es un acontecimiento que se desarrolla en la esfera de la tierra y no en la del cielo.

Καταβαίνοντα ἐκ τοῦ οὐρανοῦ ἔχοντα τὴν κλεῖν τῆς ἀβύσσου. El ángel que descendía del cielo traía consigo la *"llave del abismo"*, el lugar de donde Juan vio antes salir las langostas demoníacas para torturar a los hombres (9:1-6). Ya se ha considerado antes el significado de *abismo*, término griego compuesto por un adjetivo precedido de un privativo que intensifica el significado para expresar algo sin fondo. *Abismo* es un término para referirse al lugar donde están sujetos los malos espíritus. En la cosmología bíblica aparece a menudo el concepto de tres niveles: el cielo, arriba; la tierra, morada del hombre; abajo, el mundo subterráneo. En el Antiguo Testamento se usa el término *abismo* para referirse a la profundidad abisal del mar (Gn. 1:2; Sal. 33:7; 107:26). En el Nuevo Testamento este sustantivo se usa para referirse a varias cosas: a) el lugar o la habitación de los muertos sin Cristo (Ro. 10:7); b) el lugar donde están sujetos algunos demonios en espera del juicio (Lc. 8:31); c) el lugar donde Satanás será retenido en el reino de los mil años (Ap. 20:3); d) simbólicamente el lugar de donde procede el gobierno y la autoridad del Anticristo (Ap. 11:7). Algunos demonios extremadamente perversos y pecaminosos, fueron confinados en *"prisiones de oscuridad"*, que bien puede ser un modo de referirse al abismo (Jud. 6). El *abismo* debe distinguirse del *Hades*, lugar de los muertos, y del *lago de fuego*, o infierno propiamente dicho, que es el lugar que arde continuamente con fuego y azufre (Ap. 14:10; 19:20; 20:10, 14, 14; 21:8); lugar de tormento eterno (Ap. 14:10, 11; 19:3). Es del abismo de donde procede el poder del Anticristo, la primera bestia, (Ap. 11:7; 17:8). Es el lugar de detención de demonios eminentemente perversos y peligrosos. Debe tenerse en cuenta el sentido de temporalidad del abismo como lugar de retención provisional de los demonios cuyo destino eterno será la confinación, junto con Satanás, el Anticristo y el falso profeta, en el lago de fuego (Mt. 25:41; Ap. 20:10).

Καὶ ἅλυσιν μεγάλην ἐπὶ τὴν χεῖρα αὐτοῦ. Junto con la llave que cierra el acceso al abismo, el ángel trae también *"una gran cadena"*. Tanto la

cadena como la llave, son figuras del lenguaje y no pueden tomarse en el sentido literal del término. La llave simboliza la autoridad que el ángel recibió para abrir el abismo; la cadena simboliza la capacidad para neutralizar a Satanás. El ángel es enviado por Dios revestido con la autoridad y dotado del poder necesario para llevar a cabo su misión, ya que Dios tiene potestad para abrir y cerrar el abismo (cf. 9:1). Pero, también se dice que Cristo tiene *"la llave de David"* en sentido de capacidad omnímoda sobre todo cuanto se relaciona con el reino de Dios (3:7), teniendo también la llave sobre la muerte y el Hades (1:18). El ángel que desciende con la llave está dotado del poder que Dios le confiere para actuar en Su nombre, conforme a lo que ha determinado. La cadena y la llave estaban *en* la mano, literalmente *sobre* la mano del ángel, es decir, dispuestas para ser utilizadas.

La autoridad de ese ángel está plenamente definida en el rango de actuación, confiriéndole seis funciones que debe realizar: 1) Prender a Satanás; 2) Atarlo y retenerlo sujeto por mil años; 3) Arrojarlo al abismo; 4) Usar la llave para encerrarlo; 5) sellar el abismo donde estará retenido; 6) Soltarlo de nuevo al pasar los mil años.

2. Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años.

καὶ ἐκράτησεν τὸν δράκοντα, ὁ ὄφις ὁ ἀρχαῖος, ὅς ἐστιν Διάβολος
Y prendió al dragón la serpiente la antigua la que es diablo
καὶ ὁ Σατανᾶς, καὶ ἔδησεν αὐτὸν χίλια ἔτη
y el Satanás y ató lo mil años.

Notas y análisis del texto griego.

El relato de la visión continúa con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐκράτησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo κρατέω, *asir, retener, tomar, agarrar, apresar, arrestar, retener,* aquí como *prendió*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; δράκοντα, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *dragón*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el,* femenino en castellano al estar vinculado con *serpiente*; ὄφις, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *ofidio, serpiente*; ὁ caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἀρχαῖος, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de lo que es *viejo, antiguo*; ὅς, caso nominativo masculino singular del pronombre relativo *el que*, femenino en castellano en esta construcción; ἐστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *es*; Διάβολος, caso nominativo masculino singular del nombre *diablo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se traduce en español por estar vinculado a nombre propio; Σατανᾶς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Satanás*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔδησεν,

tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo δέω, con sentido de *prender, atar, sujetar, encadenar*, referido a un preso en la cárcel, como *prendió*, *ató*, en sentido de sujetarlo fuertemente; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *lo*; χίλια, caso acusativo neutro plural del adjetivo numeral cardinal *mil*; ἔτη, caso acusativo neutro plural del sustantivo *años*.

Καὶ ἐκράτησεν τὸν δράκοντα. La primera acción del ángel consistió en atar a Satanás. El verbo[5] que Juan usa tiene varios significados, como *prender, atar, asir, aferrar, retener, trabar*, que en general expresa la idea de mantener sujeto firmemente a alguien, sin que pueda liberarse de esa situación. Satanás fue *atado*, con lo que se describe la impotencia física a que fue reducido. El verbo usado aquí tiene una raíz que indica más que sujetar o prender, *domeñar*, expresando una acción de poder que Satanás no puede impedir, realizada por el ángel. Por otro lado, el modo verbal expresa una acción realizada en plenitud y definitivamente hecha. En hagiógrafo no relata el modo como el ángel sujetó y ató al dragón, se limita a dar el hecho como plenamente consumado. Como dice el profesor Bartina: *"El ángel superó con su fuerza, domeñó, y venció al dragón reluctante"*[6].

Para designar al malvado se emplean los cuatro mismos nombres que aparecieron antes (12:9). Se le llama τὸν δράκοντα, *el dragón*, que con artículo determinado se refiere al único en esa condición, tipificando a un ser monstruoso que busca la destrucción y perdición de los hombres. Este calificativo destaca el carácter terrorífico del enemigo y opositor de Dios. El segundo calificativo es el de ὁ ὄφις ὁ ἀρχαῖος, *"serpiente antigua"*. En el texto griego el adjetivo que califica a serpiente es articular, con lo que la cláusula enfatiza tanto el sustantivo *la serpiente*, como la condición *la antigua*, única en ese sentido. Este título identifica con aquel que en el principio de la historia humana sedujo a Eva y con ello indujo a nuestros primeros padres a la comisión del pecado que traería la condición caída de todos los hombres (Gn. 3:1). La serpiente engañó con astucia para conseguir su propósito (2 Co. 11:3). Se le califica de *antigua*, en relación a su manifestación ya en el principio de la historia humana. El título expresa la idea de astucia y peligrosidad. El tercer calificativo es el de ὅς ἐστιν Διάβολος, *Diablo*, literalmente *la que es diablo,* cuyo significado literal es el de *acusador, calumniador, difamador,* nombre compuesto en el griego[7] que sugiere el ataque verbal; título muy extendido en el Nuevo Testamento (Mt. 4:1, 5, 8, 11; 13:39; 24:41; Lc. 4:2, 3, 5, 6, 13; 8:12; Jn. 8:44; 13:2; Hch. 10:38; 13:10; Ef. 4:27; 6:11; 1 Ti. 3:6, 7; 2 Ti. 2:26; He. 2:14; Stg. 4:7; 1 P. 5:8; 1 Jn. 3:8, 10; Jud. 9; Ap. 2:10; 12:9, 12; 20:2,

---

[5] Griego: κρατέω,
[6] Sebastián Bartina. o.c., pág 815.
[7] Formado por διὰ, *a través*, y βαλλει, *arrojar.*

10). El calificativo expresa la condición de quien vive para desprestigiar y acusar a los creyentes delante de Dios. Es el fiscal perverso dispuesto a hablar mal, que no significa siempre calumniar, sino decir lo que es incorrecto del proceder de otro, buscando la condenación del acusado. El cuarto título es el de ὁ Σατανᾶς, *Satanás*, cuyo significado es el de *adversario*. Expresa la condición de quien lucha contra el creyente con el afán de subvertir el reino de Dios. Siembra la duda en la mente del hombre con relación a Dios y a sus promesas (2 Co. 11:3). Es uno de los nombres más usados en toda la Escritura para referirse al maligno (1 Cr. 21:1; Job 1:6, 7, 8, 9, 12; 2;1, 2, 3, 4, 6, 7; Sal. 109:6; Zac. 3:1, 2; Mt. 4:10; 12:26; 16:23; Mr. 1:13; 3:23, 26; 4:15; 8:33; Lc. 4:8; 10:18; 13:16; 22:3, 31; Jn. 13:27; Hch. 5:3; 26:18; Ro.16:20; 1 Co. 5:5; 7:5; 2 Co. 2:11; 11;14; 12:7; 1 Ts. 2:18; 2 Ts. 2:9; 1 Ti. 1:20; 5:15; Ap. 2:9, 13; 2:24; 3:9; 12:9; 20:2, 7). Se aprecia la enemistad de quien es adversario tanto de Dios como de los hombres. Su reino es un reino de tinieblas en contra del reino de luz de Jesucristo, al que el cristiano es trasladado sacado del de las tinieblas cuando cree en el Salvador (Col. 1:13). Es *diablo*, por cuanto pone tropiezo a los hombres buscando su caída, como expresión de odio a Dios y a sus criaturas. La debilidad de Satanás es evidente, cuando un ángel puede sujetarle y retenerle.

Καὶ ἔδησεν αὐτὸν χίλια ἔτη. Esa acción de sujeción de Satanás durará *mil años*. Indudablemente hay aquí expresiones propias del lenguaje figurado, como es que Satanás es atado *con una cadena*. Esta cadena, como se dijo antes, no debe entenderse en la literalidad del término, puesto que un ángel, como espíritu, no puede ser atado con una cadena material. Juan utiliza aquí un *antropomorfismo*, para expresar comprensiblemente a la mente del hombre lo que es un hecho sobrenatural. Es la forma de afirmar la inoperatividad de Satanás de ahí en adelante por el período de tiempo marcado a continuación en el texto bíblico. Debemos detenernos un poco más en este interesante e importante asunto. La escuela amilenarista enseña que ese acontecimiento descrito por Juan, es una expresión resumida de lo que ya tuvo lugar en el pasado, en la primera venida del Señor y de forma concreta en la obra de la Cruz, donde el Señor venció sobre Satanás y sus demonios (Col. 2:15). Algunos[8] de los que militan en este sistema interpretativo entienden que durante la era del evangelio, es decir, el tiempo de la Iglesia, Satanás fue atado para que no pueda engañar a las naciones, por tanto, el evangelio de la gracia se extiende entre los hombres por estar impedido Satanás para actuar engañando a las gentes. No cabe duda que esta afirmación se establece como una posición teológica pero no como una deducción exegética. Los pasajes que suelen usar en apoyo de esta posición son textos tomados de los Evangelios (Mt. 12:29; Lc. 10:17, 18; Jn. 12:31, 32), todos ellos relativos al ministerio de Jesús durante su

[8] Entre otros Anthony A. Hoekema.

vida en la tierra. Las señales que acreditaron al Mesías, conforme a las profecías, eran, entre otras, el hecho de expulsar y sujetar a los demonios, manifestando su autoridad sobre ellos e incluso sobre el mismo Satanás. No cabe duda tampoco que la muerte y resurrección del Señor supone la victoria definitiva de Dios sobre Satanás y sus huestes, pero, no es menos cierto que Dios está permitiendo la actividad satánica en el mundo hasta el día en que será atado y encerrado en el abismo y luego, definitivamente lanzado al lago de fuego (Ap. 10:1-3, 10).

Sobre esto escribe el Dr. Carballosa:

"Las Escrituras del Nuevo Testamento no dan ningún indicio de que el diablo haya sido atado al principio de la era de la Iglesia (o del evangelio, como dicen los amilenaristas). Todo lo contrario. Tanto el libro de Hechos como las Epístolas enseñan que Satanás está vivo y activo en la tierra. En Hechos 5:3, Satanás llenó el corazón de Ananías para que mintiese al Espíritu Santo. Elimas, el mago, resistió a Pablo (Hch. 13:10), cuando el apóstol y Bernabé evangelizaban al procónsul Sergio Paulo. Pablo replicó a Elimas: '¡Oh, lleno de todo engaño y de toda maldad, hijo del diablo, enemigo de toda justicia! ¿No cesarás de trastornar los caminos rectos del Señor?' ¿No es lógico y prudente asumir que Elimas está siendo usado por Satanás para tratar de impedir que el romano Sergio Paulo reciba y entienda el Evangelio? Lo mismo podría decirse del alboroto ocurrido en Éfeso a raíz de la visita de Pablo. Los paganos, adoradores de Diana, sin duda influidos por Satanás, se opusieron con violencia a que el Evangelio fuese predicado en aquella ciudad".

Los relatos históricos del Nuevo Testamento referidos a la Iglesia, no permiten apreciar que Satanás esté atado y sujeto en el abismo durante este tiempo, sino todo lo contrario. Los creyentes pueden y son tentados por Satanás. El mismo Satanás se opone firmemente a la extensión del evangelio hasta generar dificultades para la predicación y el avance del reino de los cielos en la proclamación del mensaje de las buenas nuevas (cf. 1 Ts. 2:18). Con todo, los amilenaristas afirman que la atadura de Satanás, descrita por Juan en el pasaje que consideramos, no es otra cosa que a lo largo de la era de la Iglesia, el diablo, aunque no está aniquilado, sí está impedido para actuar entre las naciones del mundo, de modo que nadie puede conquistar la Iglesia, pero la Iglesia está conquistando al mundo por medio de la extensión del evangelio. Con todo, esta apreciación teológica no está en consonancia con la enseñanza del apóstol Pablo: *"Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios"* (2 Co. 4:3-4). La acción de Satanás es notoriamente clara. A Él se le llama *"dios de ese siglo"*, lo

que equivale a amo y señor de esta era. Es el señor de los mundanos (Lc.4:6; Jn.12:31; 14:30; 16:11; Ef.2:2). Quiere decir que las mentes de los incrédulos están impedidas para captar el contenido del evangelio, por la acción de Satanás en ellas. Por otro lado el apóstol Juan afirma que Satanás, en el tiempo presente, controla el mundo que está bajo su influencia y poder (1 Jn. 5:19). Esta acción diabólica tiene que ver con oposición al evangelio que ya predicaba Pablo, tratando de impedir que a los incrédulos les resplandezca la luz del evangelio, ya que es por ese resplandor de Dios en el corazón del incrédulo que éste viene a salvación. A la vista de estas evidencias bíblicas el momento en que se *ate* a Satanás, no es del pasado ni presente, sino del futuro.

El tiempo en que será atado se dice enfáticamente que es de *mil* años. Esa expresión *mil años*, se repite seis veces en el pasaje con insistencia y realce literario en el corto espacio del párrafo entre los versículos 2 al 6. Nuevamente, el alegorismo bíblico conduce a algunos a considerar que *mil años*, aquí es un número simbólico o alegórico para referirse en periodo extenso de tiempo que comprende la era de la Iglesia. El Dr. Ladd escribe:

"Es difícil entender los mil años en que estuvo atado en forma estrictamente literal en vista del obvio uso simbólico de los números en el Apocalipsis. Mil equivale a diez a la tercera potencia, un tiempo ideal. Si bien no necesitamos tomarlo literalmente, los mil parecen representar un período real de tiempo, por largo o corto que sea"[9].

Sin embargo, en una lectura desprejuiciada del versículo, se aprecia una razón de peso para entender como simbólico o figurativo en asunto de la cadena y de la llave, pero, no hay ninguna para entender la reiteración –seis veces- de la expresión *mil años*, como algo figurativo. El término *milenio* procede del latín *millennium*, sustantivo compuesto por el adjetivo numeral *mille*, que significa *mil*, y el sustantivo *agnus*, que significa *año*, por tanto, *milenio* equivale a *mil años*.

Escribe el Dr. Lacueva, refiriéndose al amilenarista D. Macleod:

"Por aquí se puede echar de ver el error que comete D, Macleod (The Spirit of Promise, pág. 55) al enumerar, entre los que añaden al evangelio un plus de añadidra corruptora, a los que defienden el Milenio. Dice así: 'Para los gálatas, era Cristo ***más*** *la circuncisión. Para el catolicismo medieval, fue Cristo* ***más*** *los sacramentos. Para Wesley, Cristo* ***más*** *una perfección sin pecado. Para el dispensacionalismo, Cristo* ***más*** *un milenio terrenal'. Digo que su error es doble, porque: (A) Lo del milenio terrenal no es sólo doctrina de los*

---

[9] George Eldon Ladd. o.c., pág. 233.

dispensacionaliestas, sino de todos los milenaristas, incluyendo los postmilenaristas. (B) Pero el error más grave es pensar que el milenio terrenal es un plus erróneo, una especie de excrecencia nociva, que se añade a la cristología, siendo así que, en la trama general de la Escritura, ya desde el A. T., el milenio forma parte integrante de la cristología (v. por ej. Is. 2:1-4; 9:6, 7; 11:1; 30:15-33; capítulos enteros –o considerables porciones de ellos- como los capítulos 35, 44, 49, 60-66; Jer. 23:5, 6; y grandes porciones en todos los demás profetas)”[10].

Es, pues, necesario entender que se trata aquí de un período de la historia futura que durará mil años, y en el cual Satanás será atado.

3. Y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y puso su sello sobre él, para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años; y después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo.

καὶ ἔβαλεν αὐτὸν εἰς τὴν ἄβυσσον καὶ ἔκλεισεν καὶ ἐσφράγισεν
Y arrojó lo al abismo y cerró con llave y selló
ἐπάνω αὐτοῦ, ἵνα μὴ πλανήσῃ ἔτι τὰ ἔθνη ἄχρι τελεσθῇ
encima de él para que no engañase más las naciones hasta que se hayan cumplido
τὰ χίλια ἔτη. μετὰ ταῦτα δεῖ λυθῆναι αὐτὸν μικρὸν χρόνον.
los mil años; después de esto debe ser soltado él poco tiempo.

Notas y análisis del texto griego.

Para dar un hilo conductor al relato Juan usa una vez más καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔβαλεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo βάλλω, *echar, arrojar*, aquí como *arrojó*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *lo*; εἰς, preposición de acusativo *a*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; unidos ambos términos en castellano para dar lugar a la contracción *al*; ἄβυσσον, caso acusativo femenino singular del sustantivo *abismo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔκλεισεν, caso acusativo femenino singular con el aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo κλείω, *cerrar con llave, trancar*, aquí como *cerró con llave*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐσφράγισεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo σφραγίζω, *sellar, asegurar con sello,* aquí como *selló*; ἐπάνω, es un adverbio equivalente a *arriba; antes, anteriormente;* pero en ocasiones, como esta, hace oficio de preposición de genitivo, *sobre*, *más arriba, encima de*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él*; una expresión de propósito se construye con ἵνα, conjunción, *que, para que*, *por que, a fin de que, de modo que*; μὴ, partícula negativa que hace las veces de adverbio de negación condicional *no* y que negativiza la acción verbal con πλανήσῃ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo πλάναω, *engañar, extraviar, descarriar, errar,*

[10] F. Lacueva. o.c., pág. 252.

seducir, etc. aquí como *engañe*; ἔτι, adverbio que equivale a *aún, todavía, mas*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los,* femenino en español *las*; ἔθνη caso acusativo neutro plural del sustantivo *naciones*; ἄχρι, preposición de genitivo *hasta*, haciendo la función de conjunción coordinativa *hasta que*; τελεσθῇ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz pasiva del verbo τελέω, *terminar, cumplir, realizar*, aquí como *se hayan cumplido*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; χίλια, caso acusativo neutro plural del adjetivo numeral cardinal *mil*; ἔτη, caso nominativo neutro plural del sustantivo *años*. La cláusula temporal con que se cierra el versículo se establece con μετὰ, preposición de acusativo, *detrás de; después de*; ταῦτα, caso acusativo neutro plural del pronombre demostrativo *esto*; δεῖ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo impersonal δεῖ, que designa una necesidad absoluta, aquí como *es menester que*; λυθῆναι, aoristo de infinitivo en voz pasiva del verbo λύω, *desatar, soltar, librar*, aquí como *ser soltado*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *él*; μικρὸν, caso acusativo masculino singular, del adjetivo *pequeño, poco,* aquí como *poco*; χρόνον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *tiempo*, en sentido de tiempo medible, *extensión o período de tiempo.*

Καὶ ἔβαλεν αὐτὸν εἰς τὴν ἄβυσσον καὶ ἔκλεισεν καὶ ἐσφράγισεν ἐπάνω αὐτοῦ. Cuatro acciones lleva a cabo el ángel con Satanas; lo ató, lo arrojó al abismo, lo encerró y puso un sello sobre él. El texto griego utiliza aquí cuatro aoristos enfáticos, que indican acciones llevadas a cabo en plenitud. La primera acción fue considerada ya en el versículo anterior. En segundo lugar, luego de atado, fue *arrojado*, *lanzado*, lo que indica imposibilidad total para actuar o para oponer resistencia alguna. Luego, una vez abierto el abismo y arrojado en el a Satanás, acción que no pudo impedir porque estaba atado, volvió a cerrar la puerta del abismo con la llave que tenía en su mano, la llave del poder divino. Finalmente *selló* la entrada, literalmente *selló por encima de él*, hebraísmo que se usa aquí para indicar que la puerta de acceso al abismo, situada en la parte superior de él, fue sellada con el sello inviolable de Dios. La acción descrita aquí era propia de los reyes de la antigüedad, que sellaban con su sello real todo aquello que querían que quedase intacto. De esa misma manera se selló la tumba de Jesús (Mt. 27:66), para asegurarse de que nadie se atrevería a abrirla. Nadie ni en cielos ni en tierra, podría abrir la puerta del abismo que encerraba a Satanás, porque Dios garantizaba con su sello la inviolabilidad de ella. Para un espíritu malvado estar encerrado en el abismo representa un estado de inactividad que les resulta insoportable, de ahí que la *legión* que vivía en el endemoniado de Gadara, no quisiera ir al abismo, implorándolo al Señor (Lc. 8:31). El sello puesto sobre la entrada al abismo expresa una vez más la condición de Soberano que sólo Dios tiene y puede ejercer regulando los acontecimientos de la historia. El que se había constituido como *dios de este siglo*, es retenido en prisiones de oscuridad por el único que es verdaderamente Dios. La historia de Satanás tendrá entonces un vuelco terrible para él, ya que habiéndose opuesto y luchado contra Dios, experimenta

el principio de una situación que perpetuamente lo exhibirá como el gran derrotado por Dios. La actividad de Satanás será removida totalmente, ya que no podrá salir del lugar en que será encerrado.

Ἵνα μὴ πλανήσῃ ἔτι τὰ ἔθνη ἄχρι τελεσθη τὰ χίλια ἔτη. Esta acción de Dios tiene un propósito concreto: impedir la labor engañadora propia del diablo. El Señor quiere dar a las naciones un tiempo en el que Satanás no actúe engañándolas. La cláusula de propósito en el texto griego es enfática: *"para que"*. El modo verbal[11] usado aquí, precedido de la partícula negativa[12] expresa una acción concluida: *"no engañase"*, que significa también *descarriar, extraviar, seducir*. La labor de engañar a las gentes y a las naciones fue el modo malvado de actuar del tentador desde el principio de la historia humana, pero quedará interrumpido por un período de mil años. Se hace referencia a *las naciones* en este versículo y un poco más adelante (v. 8). Debe notarse que los ejércitos de las naciones fueron destruidos con la venida del Señor (19:21). Las personas que entran en el milenio son los salvos, como Jesús enseñó claramente a Nicodemo (Jn. 3:3, 5) que confirma la enseñanza general de la Biblia (Jer. 31:33-34; Ez. 20:37, 38: Zac. 13:9; Mt. 18:3). Después de la segunda venida de Cristo y antes de la instauración del reino, habrá un juicio para Israel y para las naciones (Mt. 24:4-26; 25:31-46). En esos juicios se determinará quienes son realmente salvos y quienes no lo son; bien sea en relación con Israel (Ez. 20:37-38; Mal. 3:2, 3, 5), o con las naciones (Mt. 25:34). Los incrédulos serán *"tomados"* y *"echados en las tinieblas de afuera"*, sean de Israel (Ez. 20:38; Mt. 25:30), o sean de las naciones, como se aprecia en los asignados a la izquierda del Juez, que serán tomados para el fuego eterno (Mt. 25:41). Los salvos serán dejados para entrar en el reino milenial, tanto de Israel, como representa en las cinco vírgenes prudentes en la parábola (Mt. 25:1-13), como de las naciones, representados en el grupo asignado a la derecha del Rey (Mt. 25:34). Todos los salvos no glorificados que superen los juicios antes mencionados, serán las *naciones* que entrarán en el reino milenial.

El tiempo de interrupción de la actividad diabólica de engañar a las naciones, se concreta en una cláusula temporal determinada: ἄχρι τελεσθῇ τὰ χίλια ἔτη, *"hasta que fuesen cumplidos mil años"*, en una expresión de futuro profético en la que se apunta a un tiempo futuro expresándolo con un pasado, dando por hecho algo que aún no se produjo ya que es una decisión de Dios que la llevará a cabo sin alteración alguna conforme a Su propósito.

Μετὰ ταῦτα δεῖ λυθῆναι αὐτὸν μικρὸν χρόνον. El texto concluye expresando la decisión de Dios en relación con Satanás luego del haber

[11] Griego: πλανήσῃ.
[12] Griego: μὴ.

transcurrido los *mil años*, debe ser suelto *"por poco tiempo"*. Durante el milenio, los hombres disfrutarán de un tiempo de paz en el gobierno de Jesucristo en la tierra. Sin embargo, habrá una multitud de esos que no habrán nacido de nuevo, es decir, no habrán creído en el Salvador, estos serán engañados por Satanás cuando sea soltado, poniendo al descubierto la perversidad natural del corazón no regenerado. En ese *"poco tiempo"* en que Satanás será soltado, volverá a su perversa condición de engañador de las gentes reclutando a los que por última vez en la historia humana se opondrá abiertamente a Dios. Indudablemente sorprende a la mente del hombre que Dios permita que el enemigo suyo y opresor de la humanidad sea soltado de la prisión en el abismo. Sin embargo, lo que se puede entender en el texto es la perversidad del corazón del hombre, que después de mil años de un reino que podríamos llamar *ideal*, en la tierra, se levantarán ingratos contra su benefactor que es Dios, manifestando también la incorregible perversidad de Satanás que requerirá una intervención divina definitiva que elimine a perpetuidad la situación generada por el pecado en la actual creación.

Dado que en el versículo se menciona por segunda vez el término *mil años*, y que se reiterará en los siguientes versículos, será bueno considerar aquí algunos aspectos del reino milenial que Jesucristo establecerá en la tierra, en un resumen sintetizado de las características más destacables de ese tiempo. Entender esto exige remontarse a la profecía antiguotestamentaria. En el Salmo del Rey, se lee que Dios dice a su Hijo: *"Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra"* (Sal. 2:8). El reino de Dios en la tierra se anuncia como puesto en manos de una Persona Divino-humana: *"He aquí yo lo di por testigo a los pueblos, por jefe y por maestro a las naciones. He aquí, llamarás a gente que no conociste, y gentes que no te conocieron correrán a ti, por causa de Jehová tu Dios, y del Santo de Israel que te ha honrado"* (Is. 55:4-5). Todavía más enfático es el anuncio del profeta Miqueas: *"En aquel día, dice Jehová juntaré la que cojea, y recogeré la descarriada, y a la que afligí; y pondré a la coja como remanente, y a la descarriada como nación robusta; y Jehová reinará sobre ellos en el monte de Sión desde ahora y para siempre"* (Mi. 4:6-7). La sociedad del reino futuro será una sociedad limpia de perversos por la acción judicial de Dios en el tiempo anterior a la segunda venida del Señor y en el inmediato a su regreso con los juicios selectivos sobre Israel y las naciones que determinarán quienes son los que pueden acceder al reino de Dios en la tierra. Unido a esto estará la prisión en el abismo de Satanás. Ese reino futuro no es algo alegórico que debe espiritualizarse y que tendrá cumplimiento en la presencia victoriosa de la Iglesia en la tierra, sino que el reino será una realidad (Ap. 11:17). El reino milenial tendrá el propósito, además de manifestar la ejecución del propósito de Dios para el gobierno del mundo por el hombre, el cumplimiento de los pactos que estableció con Israel y que no han tenido cumplimiento aún. Recordemos

que los pactos de Dios son incondicionales y que el cumplimiento está garantizado por la fidelidad suya.

Dios había establecido un compromiso pactado con Abraham, a quien prometió darle un territorio para él y para su descendencia (Gn. 12:2-3; 17: 4-8). La promesa pactada no tuvo aún cumplimiento, sin embargo los profetas apuntan a un cumplimiento futuro (Is. 65:8-10; Jer. 30:22; Mi. 7:19-20). De la misma manera ocurre con el pacto hecho con David en relación con el trono y la casa real (2 S. 7:16). Pero, las promesas de Dios tendrán cumplimiento en el reino milenial en la persona del Mesías, descendiente de David y heredero del trono y de las promesas del pacto (Jer. 23:5-8; Ez. 37:23-24). Un tercer pacto incondicional se conoce como el pacto palestínico, en el que Dios afirma que Israel poseerá la tierra prometida (Dt. 30:1-10), tampoco tuvo cumplimiento en el pasado, pero lo tendrá en el futuro del reino milenial como está profetizado (Is. 65:9; Ez. 36:28-29). De la misma manera ocurre con el *nuevo pacto*, (Jer. 31:31-41), en que se anuncia en modo incondicional la regeneración espiritual con *"un corazón y un espíritu nuevos"*, perdón de pecados y plenitud del Espíritu, que tendrá plena aplicación en el milenio ya que quienes entren al reino serán salvos (Jn. 3:3, 5). Los profetas anuncian esa realidad futura (Ez. 11:18-20).

El milenio tiene relación directa con Jesucristo. Todo cuanto ocurra en ese tiempo será siempre por mediación del Rey. Los nombres y títulos que recibe Jesucristo dan idea de su carácter y autoridad. No menos de dieciocho distintos títulos se le dan en el Antiguo Testamento: (1) El Renuevo (Is. 4;2; 11:1; Jer. 23:5; 33:15; Zac. 3:8-9; 6:12-13). Las distintas referencias revelan el carácter del Rey: *"Renuevo de Jehová"*, como expresión del carácter divino del Mesías (Is. 4:2); *"Renuevo de David"*, referente al linaje del Mesías (Is. 11:1; Jer. 23:5; 33:15). (2) *"Siervo. Renuevo de Jehová"*, indicativo del carácter sujeto al programa divino (Zac. 3:8); *"El varón cuyo nombre es el Renuevo"*, enfatizando el carecer como Hijo del Hombre y postrer Adán (Zac. 6:12-13). (2) Otro título es el de *"Jehová de los ejércitos"* (Is. 24:23; 44:6), el que actúa con el poder de Dios. (3) El título *"Tu Dios"* (Is. 52:7), pone de manifiesto la condición divina del Mesías Rey. (4) También se le llama *"Jehová justicia nuestra"* (Jer. 23:6; 33:16) poniendo de manifiesto que la salvación está en el Rey y que la justicia de su reino será una realidad. (5) Otro título es el de *"el anciano de Dias"* (Dn. 7:13), que resalta la *atemporalidad*, o eternidad del Mesías. (6) Reiteradamente se llama al Rey, *"Jehová"* (Is. 25:9; 33:21; 40:10; Jer. 3:17; Ez. 43:5-7; Jl. 3:21; Mi. 4:7; Zac. 14:9, 16, 17). (6) *"El Altísimo"* (Dn. 7:27), que pone de manifiesto la deidad del Mesías; (7) El título *"Hijo de Dios"* (Is. 9:6; Os. 11:1), establece la relación paterno filial del Mesías, en el seno divino. (7) Se le llama también *"El Santo"* (Is. 12:6), enfatizando la santidad inherente en Dios que sólo Él tiene, y que tiene, en su condición

divina, el Señor. (8) *"La vara de Isaí"* (Is. 11:1, 10), como descendiente real entroncado con David y el pacto establecido con él. (9) La designación *"Hijo del Hombre"* (Dn. 7:13), expresa en la profecía el título más usado por Jesús para referirse a sí mismo, manifestando la deidad y la humanidad conjuntamente subsistentes en la Persona Divina del Hijo de Dios. (10) Se le llama también *"el tallo tierno"* (Is. 53:2; Ez. 17:22.24). (11) El título más directamente relacionado con su medianidad es el de *"Rey"* (Is. 33:17, 22; 44:6). (11) La condición de Juez supremo en la administración de la justicia se aprecia en el título de *"El Juez"* (Is. 11:3-4; 16:5; 33:22; Ez. 14:17, 20; Mt. 4:2, 3). (12) Las leyes del reino serán establecidas por quien es *"El legislador"* (Is. 33:22). (13) Su condición de autoridad suprema se recoge en el título de *"El Príncipe de los príncipes"* (Dn. 8:25). (14) Además de esto es también el *"Redentor"* (Is. 59:20). (15) La justicia del gobierno milenial está asegurada ya que el Rey es el *"Sol de justicia"* (Mal. 4:2), que además trae salvación. (16) No habrá dificultades en cuanto al modo de vida porque el Rey es también *"El que abre caminos"* (Mi. 2:13), no en vano dijo en su vida terrenal, durante el tiempo de su primera venida *"yo soy el camino"* (Jn. 14:6). (17) La firmeza de su reino está expresada en el título *"La piedra"* (Is. 28:16; Zac. 3:9). (18) El será también *"la luz"* (Is. 60:1-2), como se llamó a sí mismo en su ministerio terrenal (Jn. 8:12). Los primeros trece títulos manifiestan la condición divino-humana del Mesías y su derecho a gobernar sobre los hombres por su estrecha relación con ellos; los siguientes cuatro expresan su condición real; el resto enfatiza la condición redentora del Rey que, además de reinar, redime, y son equiparables a los de Hijo del Hombre, e Hijo de Dios.

La manifestación de Jesucristo durante el mileno está anunciada extensamente en la profecía. (1) Se enseña que será manifestado como el Hijo de Abraham (Gn. 7:8; Mt. 1:1; Gá. 3:16). En esa condición tomará posesión de la tierra prometida a Abraham en el pacto incondicional que Dios le otorgó. (2) También será manifestado como el Hijo de David (Lc. 1:32-33; Mt. 1:1; Is. 9:7). Desde esa posición tomará el trono como legítimo titular, asumiendo el poder y el reino. En esa dimensión actuará como el Rey de reyes, en un gobierno universal sobre todo el mundo (Ap. 19:16), esto es, Rey sobre toda la tierra (Zac. 14:9; Fil. 2:10). (3) Jesucristo se manifestará como el Hijo de Dios (Is. 9:6; He. 1:8-10). Esto permitirá la presencia del *Tabernáculo de Dios entre los hombres* (Ap. 21:3). En el Señor se resumirá: (1) La gloria de un perfecto gobierno que asumirá como Hijo de David (Is. 9:6; 11:4). (2) La gloria de una plena herencia (Gn. 17:8). A la tierra de Israel se le llama *"la tierra gloriosa"* (Dn. 8:9; 11:16, 41). (3) La gloria de una casa real y su trono (2 S. 7:12-16). (3) La gloria de un reino eterno (Sal. 72; Is. 11:10, 9, 7). Junto con esto estará la gloria relativa a la deidad del Rey, con la perfección de sus atributos incomunicables como es propio de Dios. En el reinado se manifestará la omnisciencia del Rey (Is. 66:15-18); Su omnipotencia (Is. 41:10, 17, 18; Sal.

46:5). El Rey recibirá adoración como Dios que es (Sal. 45:6; 86:9; Is. 66:23; Zac. 14:16-19).

La Biblia enseña sobre el carácter espiritual del milenio, entre cuyas manifestaciones se destacan: (1) Será un reino de justicia. Solo los justos, es decir, quienes son justificados por la fe, serán admitidos al reino (Mt. 25:37; Jn. 3:3, 5), tanto de Israel (Is. 60:21), como de las naciones (Is. 26:2). (2) El Rey será mediador de justicia (Sal. 110:4; con He. 7:2). Las palabras claves que definen esa condición son *justicia y paz* (Sal. 72:7; Is. 32:18; 60:17). (3) La justicia rodeará todos los actos del Rey (Is. 32:1). Para enfatizar esa característica se usa el lenguaje figurado, haciendo notar que la justicia será el cinto del Rey (Is. 11:5), afirmándose que juzgará con justicia (Sal. 96:10; Is. 11:4; 16:5). (4) El milenio será un reino de obediencia. Dios puso al hombre en prueba de obediencia en Edén (Gn. 2:16-17). Su propósito es sujetar a Sí mismo todas las cosas (Ef. 1:9, 10). (5) Será también un reino de santidad (Zac. 14:20-21). (6) Un reino de verdad. Las armas impías habrán sido derrotadas y Satanás atado, para dar paso al gobierno de quien es *"camino, verdad y vida"* (Is. 42:3; Jer. 33:6). La sede del gobierno mesiánico llevará el nombre de *"verdad"* (Zac. 8:3). (7) En el reino milenial se manifestará la plenitud del Espíritu Santo, como anuncia el profeta (Jl. 2:28-29). Esta condición será especialmente manifestada en Israel (Ez. 37:14).

A la luz de la revelación bíblica, se puede hacer una síntesis de las características generales el mileno: (1) Paz. Las guerras cesan por la unificación de todos los reinos. Al no haber gastos en armamentos se generará una notoria prosperidad (Is. 2:4; 9:4-7; 11:6-9; 32:17-18; 54:13; 55:12; 60:18; 65:25; 66:12; Ez. 28:26; 34:25; Os. 2:18; Mi. 4:2-3; Zac. 4:9-10). (2) Gozo. La plenitud del gozo será característica de esa era (Is. 9:3-4; 12:3-6; 14:7-8; 25:8-9; 30:29; 42:10-12; 52:9; 60:15; 61:10; Jer. 30:18-19; 31:13-14; Sof. 3:14-17; Zac. 8:18-19; 10:6-7). (3) Santidad. Tierra santa, ciudad santa, templo santo y súbditos santos son la evidencia de la santidad en el milenio (Is. 1:26-27; 4:3-4; 29:18, 23; 31:6-7; 35:8-9; 52:1; 60:21; 61:10; Jer. 31:23; Ez. 36:24-31; 37:23-24; 43:7-12; 45:1; Sof. 3:11, 13; Zac. 8:3; 13:1-2; 14:20-21). (4) Gloria. La gloria de Dios tendrá plena manifestación (Is. 24:23; 4:2; 35:2; 40:5; 60:1-9). (5) Consuelo. El Rey ministrará para toda necesidad (Is. 12:1-2: 29:22-23; 30:26; 40:1-2; 49:13; 51:3; 61:3-7; 66:13-14; Jer. 31:23-25). (6) Justicia. La administración de justicia será perfecta (Is.9:7; 11:5; 32:16; 42:1-4; 65.21-23; Jer. 23:5; 31:23, 29, 30). (7) Instrucción. Propia del reino (Is. 2:2-3; 12:3-6; 25:9; 29:17, 24; 30:20-21; 32:3-4; 9:10; 52:8; Jer. 3:14-15; 23:1-4; Mi. 4:2). (8) Remoción de la maldición sobre la tierra. La maldición a consecuencia del pecado, será quitada, por lo que habrá abundancia. La creación animal será transformada en condición y en relación (Is. 11:6-9; 35:9). (9) La enfermedad y la muerte serán quitadas durante el milenio. La muerte será una medida penal

para el pecado evidente (Is. 33:24; Jer. 30:17; Ez. 34:16). (10) Sanidad a los deformados. Toda deformidad será corregida en el milenio (Is. 29:17-19; 35:3-6; 61:1-2; Jer. 31:8; Mi. 4:6-7; Sof. 3:19). (11) Preservación de la vida. A consecuencia de la protección del Rey (Is. 41:8-14; 62:8-9; Jer. 32:27; 23:6; Ez. 34:27; Jl. 3:16-17; Am. 9:15; Zac. 8:14-15; 9:8; 14:10-11). (12) Libertad de la opresión. Ninguna opresión social, política o religiosa (Is. 14:3-6; 42:6-7; 49:8-9; Zac. 9:11-12). (13) Longevidad restaurada (Is. 65:20). (14) Reproducción de la raza. Los que nacen no nacerán exentos de pecado, de modo que la salvación será necesaria (Jer. 30:20; 31:29; Ez. 47:22; Zac. 10:8). (15) Trabajo. No habrá desocupados. La sociedad tendrá un desarrollo industrial que proveerá todo lo necesario para todos (Is. 62:8-9; 65:21-23; Jer. 31:5; Ez. 48:18-19). (16) Prosperidad económica. No habrá falta de nada de cuanto sea necesario para la vida confortable (Is. 4:1; 35:1, 2, 7; 30:23, 25; 62:8-9; 65:21-23; Jer. 31:5, 12; Ez. 34.26; Mi. 4:1-4; Zac. 8:11-12; 9:16-17; Ez. 36:29-30; Jl. 2:21-27; Am. 9:13-14). (17) Una característica astronómica será el aumento de la luz. Probable causa del aumento de producción agrícola (Is. 4:5; 30:26; 60:18-20; Zac. 2:5). (18) Frente a la dificultad de comunicación por los diferentes idiomas que hay en el mundo, en el milenio habrá un lenguaje unificado (Sof. 3:9). (19) El conocimiento pleno, será otra de las admirables características del reino milenial. Probablemente habrá un ministerio de enseñanza sin paralelo (Is. 11:1-2, 9; 41:19-20; 54:13; Hab. 2:14). (20) Los hombres podrán disfrutar de una adoración unificada (Is. 45:23; 52:1, 7, 10; 66:17-23; Zac. 13:2; 14:16; Sof. 3:9; Mal. 1:11; Ap. 5:9-14). (21) La presencia manifiesta de Dios. La comunión con Dios tendrá un grado sin precedentes (Ez. 37:27-28; Zac. 2:10-13; Ap. 21:3). (22) La plenitud del Espíritu. Todos los que estarán sujetos al Rey, gozarán de la presencia y capacitación divinas (Is. 32:13-15; 41:1; 44:3; 59:19, 21; 61:1; Ez. 36:26-27; 37:14; 39:29; Jl. 2:28-29; Ez. 11:19-20). (23) Perpetuidad del estado milenario. La característica principal de esa era, será su condición eterna (Is. 51:6-8; 55:3; 56:5; 60:19-20; 61:8; Jer. 32:40; Ez. 16:60; 43:7-9; Dn. 9:24; Os. 2:19-23; Jl. 3:20; Am. 9:15; Ez. 37:26-28).

La resurrección de los santos (20:4-6).

4. Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús, y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años.

Καὶ εἶδον θρόνους καὶ ἐκάθισαν ἐπ᾽ αὐτοὺς καὶ κρίμα ἐδόθη αὐτοῖς,
Y vi tronos y se sentaron sobre ellos y juicio fue dado les
καὶ τὰς ψυχὰς τῶν πεπελεκισμένων διὰ τὴν μαρτυρίαν ᾽Ιησοῦ
y las almas de los que habían sido decapitados a causa del testimonio de Jesús

καὶ διὰ τὸν λόγον τοῦ Θεοῦ καὶ οἵτινες οὐ προσεκύνησαν τὸ θηρίον
y a causa de la palabra - de Dios y los cuales no adoraron a la bestia
οὐδὲ τὴν εἰκόνα αὐτοῦ καὶ οὐκ ἔλαβον τὸ χάραγμα ἐπὶ τὸ μέτωπον
ni a la imagen de ella y no recibieron la marca sobre la frente
καὶ ἐπὶ τὴν χεῖρα αὐτῶν. καὶ ἔζησαν καὶ ἐβασίλευσαν μετὰ τοῦ
y sobre la mano de ellos y vivieron y reinaron con -
Χριστοῦ χίλια ἔτη.
Cristo mil años.

Notas y análisis del texto griego.

La continuidad del relato permite también introducir la nueva visión mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de εἶδον*,* primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* aquí como *vi*; θρόνους, caso acusativo masculino plural del sustantivo *tronos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐκάθισαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo καθίζω, *hacer sentar, sentarse, tomar asiento*, aquí como *se han sentado*, o *se sentaron*; seguido de ἐπί, preposición de acusativo, con el grafismo ἐπ', forma que adopta por elisión de la ι final ante vocal o diptongo sin aspiración, que equivale a *por, sobre*; αὐτοὺς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal *ellos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; κρίμα, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *juicio, capacidad de juzgar*; ἐδόθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo δίδωμι, *dar, entregar,* aquí como *fue dado*; αὐτοῖς, caso dativo masculino plural del pronombre personal *les*. Una visión complementaria y unida con la anterior se inicia su relato con καὶ, conjunción copulativa *y*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; ψυχὰς, caso acusativo femenino plural del sustantivo *almas*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; πεπελεκισμένων, caso genitivo masculino plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo πελεκίζω, *degollar,* aquí como *que habían sido degollados, o decapitados*; διὰ, preposición de acusativo, *por causa de, por*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*, masculino en español; μαρτυρίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *testimonio*; Ἰησοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Jesús*; καὶ, conjunción copulativa *y*; διὰ, preposición de acusativo, *por causa de, por*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *del*, femenino en español; λόγον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *palabra, mensaje, discurso, tratado, asunto*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, no utilizado en castellano por vinculación con nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre declinado *de Dios*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οἵτινες, caso nominativo masculino plural del pronombre relativo *los que,* o *los cuales*; οὐ, adverbio de negación *no*; προσεκύνησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo προσκυνέω, literalmente *arrodillarse, rendir homenaje, hacer reverencia*, es el verbo que se traduce continuamente por *adorar* en el Nuevo Testamento, aquí como *adoraron*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado declinado *al*, femenino en español; θηρίον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *animal salvaje, bestia*; οὐδὲ,

conjunción negativa coordinativa *ni*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado declinado *a la*; εἰκόνα, caso acusativo femenino singular del sustantivo *imagen*; αὐτοῦ, caso genitivo neutro singular del pronombre personal declinado *de él,* femenino en español; καὶ, conjunción copulativa *y*; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a ἔλαβον, tercera persona plural del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo λαμβάνω, *tomar, recibir, llevar*, aquí como *recibieron*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; χάραγμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *marca, imagen*; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*, femenino en español; μέτωπον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *frente*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; χεῖρα, caso acusativo femenino singular del sustantivo *mano*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔζησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ζάω, *vivir*, aquí como *vivieron*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐβασίλευσαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo βασιλεύω, *reinar,* aquí como *reinaron*; μετὰ, preposición de genitivo *con*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, no traducible en castellano al estar vinculado a nombre propio; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Cristo*; χίλια, caso acusativo neutro plural del adjetivo numeral cardinal *mil*; ἔτη, caso acusativo neutro plural del sustantivo *años.*

A la visión anterior sucede, sin solución de continuidad, una nueva descrita en este versículo. El texto griego es difícil porque está gramaticalmente desordenado y sumamente impreciso, ya que faltan sujetos, hay un acusativo suelto, al que sigue un nominativo que puede entenderse como un acusativo frustrado que obligaría a vincularlo con lo que le antecede, o puede entenderse como un nominativo independiente, con lo que el sentido varía notablemente. Todos los esfuerzos que se hagan para ordenar en una buena sintaxis el versículo, dándole una o varias interpretaciones o subordinaciones, nunca satisfará a todos. Es más oportuno entender que el texto griego del versículo está expresado en un lenguaje antigramatical, que de alguna manera se complementan unas expresiones con otras mutuamente según los conceptos. Este largo versículo puede dividirse para estructurarlo interpretativamente en cuatro partes: 1) La visión, en la primera frase; 2) las almas de los decapitados; 3) la resurrección de los decapitados; 4) el reinado de ellos con Cristo.

Καὶ εἶδον θρόνους καὶ ἐκάθισαν ἐπʼ αὐτοὺς καὶ κρίμα ἐδόθη αὐτοῖς. Juan *"vio tronos"*. La expresión es sumamente indeterminada, sin referencia a los tronos en sí mismos, ni al número de ellos, ni a la posición que ocupaban, ni al lugar en donde estaban puestos. Simplemente luego de los tronos ve que sobre ellos se sientan quienes recibieron autoridad para juzgar. La primera dificultad estriba en determinar quienes son los que se sientan sobre los

tronos para ejercer juicio. Podría pensarse que se trata de los mártires de la tribulación. Sin embargo, la resurrección de ellos se menciona más adelante. Pudiera ser que se trate de los ejércitos celestiales que descienden con Jesús (19:14) a quienes, por alguna razón, se les da autoridad y capacidad para juzgar. También podría tratarse de los doce tronos sobre los que se sentarán los apóstoles que han de juzgar a las doce tribus de Israel, lo que daría una clave para establecer cronológicamente el juicio anunciado para Israel que determinará, como se ha visto antes, quienes entrarán y quienes no entrarán en el reino milenial (Mt. 25:1-30). En el versículo aparece el trasfondo profético de Daniel, quien vio en su visión tronos que estaban asociados con Dios, el Juez, descrito allí como el *Anciano de días*. La Biblia determina que el juicio ha sido entregado totalmente en manos del Hijo (Jn. 5:22). Sin embargo la profecía, especialmente la de Daniel, hace referencia a una pluralidad de tronos. A la hora de determinar quienes son los que ocupan esos tronos, debe tenerse presente la enseñanza bíblica relativa a un aspecto de la iglesia. Ésta está asociada a Jesucristo como su Esposa. Jesús enseñó que los doce apóstoles han de juzgar a Israel (Lc. 22:29-30; Mt. 19:28), sin embargo no tiene que ver esto con el juicio que se llevará a cabo en relación con Israel y con el mundo, en el que los creyentes *han de juzgar* tanto al mundo como a los ángeles (1 Co. 6:2, 3). La posición que el Señor promete a los apóstoles tiene que ver con el gobierno que se llevará a cabo en relación con Israel durante el tiempo del reino milenial. De la misma manera que la nación fue gobernada por medio de jueces, en un tiempo de su historia, así aquí la referencia tiene que ver con la administración en el reino cuando el Mesías venga para gobernar la tierra. Pero, el apóstol Pablo enseña que la Iglesia ha de juzgar al mundo (1 Co. 6:2) y a los ángeles (1 Co. 6:3), asociados al Juez supremo por concesión del mismo. Hay una promesa de intervención en juicio dada a los vencedores de la Iglesia: *"Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso de alfarero; como yo también la he recibido de mi Padre"* (Ap. 2:26-27). Además el Señor prometió una parte en su trono a los que vencieran (Ap. 3:21). Es admisible que si los doce apóstoles tendrán un lugar en el ejercicio de autoridad en el reino, así como la iglesia, ambos grupos podrán ocupar los tronos de juicio en unión con Cristo. Algunos incluso sostienen que pueda tratarse de ángeles, como escribe el Dr. Carballosa:

"…Otros enseñan que quienes se sientan podría incluir a Cristo y a todos los santos relacionados con Él, incluyendo tanto a la Iglesia como a Israel. Algunos creen que se refiere a 'la Iglesia de los mártires de Jesús y a cuantos no aceptaron la marca de la bestia'. Reconociendo que es difícil determinar la precisa identidad de aquellos que ocuparán los tronos, lo más probable es que sean los 'ejércitos celestiales' que acompañarán al Mesías en su segunda venida. A ellos 'les fue dado juicio'. Es decir, Dios soberanamente les dio

potestad de ejecutar juicio. 'Este juicio moral de seres vivientes del que habla Pablo en 1 Corintios 6:2. En Daniel 7:22, el pasaje que sirve de trasfondo aquí, una expresión paralela significa que los juicios efectuados favorecen al pueblo de Israel, pero el uso que Juan hace del concepto en ese versículo se refiere a quienes han recibido el derecho de juzgar a otros. En Daniel es un juicio efectuado en el curso de la historia, no determinante del destino eterno de los hombres. Lo mismo ocurre aquí. Este habla de una autorización a tomar control del dominio de la bestia derrotada"[13].

Sin dogmatizar es dado pensar que los apóstoles y la iglesia participarán en el juicio de Israel y de las naciones.

La Biblia enseña que antes de la instauración del reino habrá un juicio sobre Israel. La causa de ese juicio será determinar quienes son espiritualmente *israelitas* (Ro. 9:6). El apóstol Pablo enseña enfáticamente que no deben considerarse como israelitas todos los que biológicamente desciende de Abraham, sino los que son de *la fe* de Abraham (Ro.9:8). Sólo los verdaderos israelitas, en ese sentido pueden recibir las promesas establecidas para el reino mesiánico. El juicio sobre Israel tendrá lugar, según la cronología de Mateo después de la segunda venida del Señor, presentándolo así: 1) Período de la tribulación (Mt. 24:4-26); 2) segunda venida de Cristo (Mt. 24:27-30); 3) reunión de Israel para el juicio (Mt. 24:31). El lugar del juicio será la tierra, después del retorno de Jesucristo (Ez. 20:34-38). Concretamente, como se aprecia en el pasaje profético, ocurrirá en las *fronteras de la tierra*. Como en la antigüedad el juicio divino impidió entrar en la tierra a los que salieron de Egipto, así también el juicio de Dios determinará quienes pueden entrar en el reino milenial. Los juzgados serán el Israel vivo. Los descendientes de Abraham, serán recogidos de todos los lugares del mundo en que se encuentren. Estos todos, reunidos, serán juzgados. El objetivo del juicio es claro: Separar a los salvos de los no salvos (Ez. 20:37-38; Mal. 3:2, 3, 5). Las acciones de cada uno revelarán la condición espiritual del mismo. El Señor ilustró esta enseñanza mediante las parábolas de las diez vírgenes (Mt. 25:1-13), y la de los talentos (Mt. 25:14-30). Las dos hablan del juicio sobre toda la nación de Israel. El resultado del juicio se mide en dos consecuencias: Los no salvos serán *tomados,* es decir, retirados de la tierra para que no puedan acceder al reino milenial (Ez. 20:38; Mt. 25:30). En la enseñanza parabólica de las diez vírgenes, se refiere al grupo de las *cinco insensatas*. Por otro lado los salvos serán introducidos en el reino milenial, esto es, todos aquellos que son dejados. Para los tales significará el *"entrar en los vínculos del pacto"* (Ez. 20:37). Tal era la inquietud de Nicodemo en la visita que hizo al Señor. Por tanto, los que son dejados entrarán al reino, pues para eso se dejan.

---

[13] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 405.

La Biblia enseña también que habrá un juicio sobre las naciones de la tierra. El momento del juicio está indicado en la enseñanza de Cristo (Mt. 25:31-46), y sigue al juicio de Israel (Jl. 3:1-2). Necesariamente tiene que ser anterior al establecimiento del reino milenial (Mt. 25:34). El lugar para la celebración de ese juicio será el valla de Josafat (Jl. 3:2). No se puede establecer su localización geográfica con exactitud, es más, parece ser que no hay ningún lugar, ni en la historia antigua ni en la moderna que pueda identificarse con él. Probablemente la solución esté en el gran valle que se formará cuando Jesucristo descienda a la tierra y pose sus pies sobre el Monte de los Olivos (Zac. 14:4). Ese extenso valle no existe ahora. El mismo nombre *Josafat*, apoya esa idea porque significa *Yahwe juzga*. Los juzgados serán las personas vivas en el tiempo de la segunda venida del Señor, ya que no habrá resurrección para ello. Siendo el *juicio de las naciones*, se refiera a los gentiles vivos después de la tribulación. El juicio se establece sobre el modo de trato dado por los juzgados a un grupo que se les llama *"mis hermanos"* (Jl. 3:2; Mt. 25:40, 45). Isaías llama de ese modo a los ciento cuarenta y cuatro mil testigos de Dios (Is. 66:19-20). Todos ellos habrán dado testimonio entre las naciones, proclamando el evangelio de la gracia, con el resultado de una gran cantidad de salvos en todas las naciones de la tierra, durante el tiempo de la tribulación (Ap. 7:9-17). Aparentemente es un juicio de obras, pero la salvación sólo es posible por gracia mediante la fe (Ef. 2:8-9), por tanto nadie puede justificarse por obras, mientras que se trata de determinar quienes son los que pueden llamarse *justos*. Durante el ministerio de los ciento cuarenta y cuatro mil, el evangelio será predicado en todo el mundo (Mt. 24:14). La aceptación del mensaje lleva aparejada la aceptación de los mensajeros (Mt. 25:34-40). Las obras de amor hacia los hermanos son evidencia de la realidad de la fe (Stg. 2:14-26). Aunque a ese juicio se le denomina *juicio de las naciones*, todo mensaje de Dios para salvación requiere una aceptación individual y una respuesta, también individual, a sus demandas. El término *naciones* o *gentiles*, se usa también para designar individuos (cf. Mt. 6:31-32; 12:21; 20:19; Hch. 11:18; 15:3; 26:20). Los resultados del juicio se expresan en la concreción de dos grupos situados por el Rey, uno a su derecha y otro a su izquierda. Los situados a la derecha entrarán al reino milenial (Mt. 25:34), mientras que los asignados a la izquierda serán tomados para el fuego eterno (Mt.25:41). Nadie que no sea salvo entrará en el reino terrenal de Jesucristo (Jer. 31:33-34; Ez. 20:37-38; Zac. 13:9; Mt. 18:3; Jn. 3:3).

Después de esto Juan ve las καὶ τὰς ψυχὰς τῶν πεπελεκισμένων διὰ τὴν μαρτυρίαν Ἰησου καὶ διὰ τὸν λόγον τοῦ Θεοῦ, *"almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la Palabra de Dios"*. Es interesante el término griego utilizado aquí, que expresa la idea de los ejecutados con hacha. Estos deben ser los mismos mencionados antes (6:9;

12:11; 13:15-17). Todas las características son concordantes. Se trata, pues, de los mártires habidos por la persecución del Anticristo, a causa de su fe.

Καὶ οἵτινες οὐ προσεκύνησαν τὸ θηρίον οὐδὲ τὴν εἰκόνα αὐτοῦ καὶ οὐκ ἔλαβον τὸ χάραγμα ἐπὶ τὸ μέτωπον καὶ ἐπὶ τὴν χεῖρα αὐτῶν. La fidelidad de ellos queda evidenciada por el hecho de no adorar a la bestia, ni a su imagen, ni aceptar la marca de ella. En otras palabras, son personas que no se sometieron al Anticristo y a su sistema. Esos muertos fueron resucitados. Juan afirma expresivamente: καὶ ἔσαν, *"vivieron"*, utilizando para ello un verbo en un modo verbal[14] que puede equivaler a *revivieron*. Los muertos volvieron a la vida, no en sentido espiritual o simbólico, sino como una resurrección real y literal. La palabra es usada en otros lugares para referirse a la resurrección corporal (Jn. 11:25; Ro. 14:9; Ap. 1:18; 2:8; 13:14).

Καὶ ἐβασίλευσαν μετὰ του Χριστοῦ χίλια ἔτη. La resurrección de estos mártires tiene como objeto que puedan *reinar con Cristo*. Habían muerto por Cristo y son resucitados para reinar con Él. El reinado de estos que resucitan no está en el cielo, sino en la tierra, en el reino que Cristo establecerá en su segunda venida.

5. Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección.

οἱ λοιποὶ τῶν νεκρῶν οὐκ ἔζησαν ἄχρι τελεσθῇ τὰ χίλια ἔτη.
Los demás de los muertos no vivieron hasta que se hayan cumplido los mil años.
Αὕτη ἡ ἀνάστασις ἡ πρώτη.
Ésta la resurrección la primera.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue el relato con οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; λοιποὶ, caso nominativo masculino plural del adjetivo *restante, demás*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; νεκρῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *muertos*; οὐκ, adverbio de negación *no*, con la forma escrita que adopta delante de vocal no aspirada que negativiza a ἔζησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ζάω, *vivir,* aquí como *vivieron*; ἄχρι, preposición de genitivo *hasta*; τελεσθῇ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz pasiva del verbo τελέω, *terminar, cumplir, realizar*, aquí como *se hayan cumplido*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado, *los*; χίλια, caso nominativo neutro plural del adjetivo numeral cardinal *mil*; ἔτη, caso nominativo neutro plural del sustantivo que denota *años*. Una cláusula final se establece con αὕτη, caso nominativo femenino singular del pronombre demostrativo *esta*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo

[14] Griego: ἔζησαν.

determinado *la*; ἀνάστασις, caso nominativo femenino singular del sustantivo *resurrección*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado; πρώτη, caso nominativo femenino singular del adjetivo articular numeral ordinal *primera*.

Οἱ λοιποὶ τῶν νεκρῶν οὐκ ἔζησαν ἄχρι τελεσθῇ τὰ χίλια ἔτη. La referencia a *"los demás muertos"* o *"los otros muertos"*, tiene que ver con el resto de los muertos que no fueron resucitados en esta ocasión. La enseñanza es puntualmente clara, sobre que no habrá otra resurrección de muertos hasta que se cumplan los mil años del reino de Dios. Esta enseñanza concuerda plenamente con el *programa de resurrecciones*, que el apóstol Pablo enseña en orden a un programa de resurrecciones que Dios ha establecido (1 Co. 15:22-24). El apóstol presenta el programa por fases: *"Cada uno en su debido orden"*. Dentro de ese orden, Cristo es el primero en la resurrección, como el primer hombre que recibe el cuerpo de resurrección. Luego, es decir, más adelante, *"los que son de Cristo en su venida"*. Y, finalmente, alude al *fin*, es decir, a la última resurrección que se producirá en el final de los tiempos antes de la creación de cielos nuevos y tierra nueva. Es necesario entender quienes son los que Pablo señala como *"los que son de Cristo"*. En primer lugar se trata de los creyentes en Cristo en la dispensación de la Iglesia, estos que son de Cristo, duermen en Cristo y vendrán con Él en su venida (1 Ts. 4:13-15). El segundo grupo dentro de este orden, son los santos del Antiguo Testamento, esto es, quienes murieron en fe, descansando en las promesas que Dios les había hecho y, aunque no se cumplieron en su experiencia de vida terrenal (He. 11:13), anhelaban una patria celestial (He. 11:14-16) y la ciudad con fundamentos cuyo arquitecto es Dios (He. 11:10). En tercer lugar, dentro de ese grupo de *"los que son de Cristo"*, están los santos que murieron durante el período de la tribulación, asunto que se ha considerado anteriormente. La resurrección de esos tres grupos no se producirá al mismo tiempo, ya que la expresión *"venida de Cristo"* establece, por lo menos, dos momentos: El traslado o arrebatamiento de la Iglesia, y la segunda venida real y literal de Cristo a la tierra. La resurrección de los muertos pertenecientes a la Iglesia, se producirá en el momento del traslado de la iglesia, antes de la tribulación (1 Ts. 4:13-17; 1 Co. 15:50-54). La resurrección de los muertos de Israel, en otro tiempo posterior, inmediatamente antes del establecimiento del reino milenial en la tierra. Será una resurrección diferente a la de la Iglesia. La profecía del Antiguo Testamento ya anuncia ese acontecimiento (Dn. 12:2-3; Is. 29:19). Los *"muchos"* a que hace referencia Daniel, están relacionados con *"tu pueblo"* (Dn. 12:1), por tanto, tienen que proceder de Israel. En el original del texto hebreo hay una distinción marcada, ya que en lugar de leer como aparece en RV60 *"unos y otros"*, se lee *"estos y aquellos"*. *Estos*, son los que resucitan para acceder al reino milenial y *aquellos* los que no serán resucitados. La expresión *"en aquel tiempo"* alude al final del período de la tribulación, antes de iniciarse la era del reino milenial (Dn. 12:1). De la misma forma Isaías vincula la resurrección con un tiempo concreto:

"cuando pase la indignación", referencia claramente alusiva a la tribulación (Is. 26:19-20). Inmediatamente después de la tribulación, Dios resucitará a los santos del Antiguo Testamento. Finalmente se producirá la resurrección de los santos del período de la tribulación, que fueron muertos por el testimonio de Jesucristo (Ap. 20:3-4). Tendrá lugar también después de la tribulación y se producirá luego de haber sido atado Satanás (v. 2), pero, siempre antes de la manifestación del reino de Dios en la tierra.

Αὕτη ἡ ἀνάστασις ἡ πρώτη. Los amilenaristas tratan de demostrar que aquí se trata de una *resurrección espiritual* y no real, sosteniendo que la *primera resurrección* equivale al *nuevo nacimiento*, mientras que la *segunda resurrección*, significaría la literal, es decir, la resurrección de los muertos. Sin duda no hay razón alguna para tal interpretación, de modo que si la primera resurrección es espiritual, por la misma causa también lo debe ser la segunda. Por otro lado, el término *resurrección*, que aparece al final del versículo, ocurre unas cuarenta veces en el Nuevo Testamento, y todas ellas, con una sola excepción (Lc. 2:34), siempre equivale a una resurrección corporal. Con todo, aunque ese término pudiera significar la entrada en la vida espiritual por el nuevo nacimiento: *"De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeron vivirán"* (Jn. 5:25), sin embargo la palabra es usada para referirse, como se dice antes, a una resurrección literal y corporal (Jn. 11:25; Ro. 14:9; Ap. 1:18; 2:8; 13:14).

De este modo escribe el Dr. Ladd:

"No puede objetarse sobre la base de que no es posible hablar de una realidad espiritual, y una literal en el mismo contexto. Jesús hizo lo mismo al hablar de los muertos y la resurrección (Jn. 5:25-29). Sin embargo este texto no provee una verdadera analogía para el pasaje del Apocalipsis. Hay una diferencia de suma importancia. En el Evangelio, el contexto mismo provee las claves para la interpretación espiritual en un caso y para la literal en el otro. Con relación al primer grupo, es decir, los que revivirán, ya ha llegado la hora. Esto aclara que la referencia es a aquellos que están espiritualmente muertos y que vuelven a la vida al oír la voz del Hijo de Dios. Sin embargo, el segundo grupo está en los sepulcros, es decir que son los muertos físicamente. Esos muertos han de ser devueltos a la vida. Parte de ellos experimentarán una resurrección de vida, o sea una resurrección corporal que les llevará a una experiencia plena de la vida espiritual que ya les pertenece. El resto será revivido para una resurrección de condenación, o sea la ejecución del decreto del juicio divino que descansa sobre ellos porque han rechazado al Hijo de Dios y la vida que vino a traer (Jn. 3:18, 36). El lenguaje de estas palabras revela que Jesús quería que sus oyentes supieran que estaba hablando de dos

experiencias de vida: una resurrección espiritual presente y una futura resurrección corporal.

En Apocalipsis 20:4-6, no hay esa clave contextual para una variación similar de interpretación. El lenguaje del pasaje es bien claro y sin ambigüedad. No hay necesidad de interpretar cada palabra espiritualmente a fin de introducir un significado del pasaje. Al comienzo del período milenial, parte de los muertos resucitó; en su parte final, resucitó el resto de los muertos. El pasaje tiene un sentido perfecto cuando es interpretado literalmente. La exégesis natural e inductiva sugiere que ambos usos de 'ezesan' deben ser tomados en el mismo sentido, como refiriéndose a una resurrección literal"[15].

Debemos llegar a la conclusión de que la resurrección de que se habla en el versículo tiene que ver con una resurrección literal y real que se producirá antes de la inauguración del reino milenial de Jesucristo en la tierra. La *primera resurrección* tiene referentes en otros lugares del Nuevo Testamento en donde se utilizan otros términos equivalentes. Así se hace referencia a ella como *resurrección de vida* (Jn. 5:29); también como *resurrección de los justos* (Lc. 14:14); o incluso *una mejor resurrección* (He. 11:35). Pero, en cualquier caso se refiere a una resurrección distinta de otra general. La conclusión bíblica es que los salvos de todas las dispensaciones anteriores a la segunda venida del Señor, incluyendo a los creyentes de la Iglesia, serán resucitados y participarán, por tanto, en la *primera resurrección*, de ahí que Juan utilice el adjetivo *primera* que indica la primera de esa clase o de ese programa. Quiere decir, que en el programa de resurrecciones establecido por Dios, es para el grupo de resucitados la *primera* resurrección que no ocurre en el mismo tiempo, sino en varias etapas (1 Co. 15:22-24). Esta conclusión es tan evidente que sólo debe entenderse así ya que otra afirmación lo demanda: *"los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años"*. Los demás que habían muerto no resucitarán hasta que se haya agotado el período de los mil años del reino de Cristo en la tierra. Es claro que habrá un período de tiempo de por lo menos mil años entre los primeros y los últimos resucitados, para comparecer, estos, ante el trono blanco de Dios (Ap. 20:11-15).

6. Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con Él mil años.

μακάριος καὶ ἅγιος ὁ ἔχων μέρος ἐν τῇ ἀναστάσει τῇ πρώτῃ· ἐπὶ
Bienaventurado y santo el que tiene parte en la resurrección la primera. Sobre
τούτων ὁ δεύτερος θάνατος οὐκ ἔχει ἐξουσίαν, ἀλλ᾽ ἔσονται ἱερεῖς
estos la segunda muerte no tiene autoridad sino serán sacerdotes

[15] George Eldon Ladd. o.c., pág. 236 s.

τοῦ Θεοῦ καὶ τοῦ Χριστοῦ καὶ βασιλεύσουσιν μετ᾽ αὐτοῦ τὰ[1] χίλια
- de Dios y - de Cristo y reinarán con Él los mil
ἔτη.
años.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] τὰ, *los,* lectura de la menor seguridad, atestiguada en א, 046, 1611, 2053, 2062, 2329, syr^{h}, cop$^{sa, bo}$.

El artículo se omite en otros lugares como A, 051, 205, 209, 1006, 1841, 1854, 2020 2050, 2377, *Biz*, cop$^{bo/ms}$, arm, eth. Andrés.

El versículo comienza con μακάριος, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *feliz, dichoso, bienaventurado*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἅγιος, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *santo*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἔχων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tiene*; μέρος, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *parte, porción de un todo*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἀναστάσει, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *resurrección*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; πρώτῃ, caso dativo femenino singular del adjetivo articular numeral ordinal *primera*. Una segunda oración comienza con ἐπὶ, preposición de genitivo *sobre*; τούτων, caso genitivo masculino plural del pronombre demostrativo *estos*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; δεύτερος, caso nominativo masculino singular del adjetivo articular numeral ordinal *segundo*, femenino en español; θάνατος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *muerte*; οὐκ, adverbio de negación *no*, con la forma escrita que adopta delante de vocal no aspirada que negativiza a ἔχει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber* o *tener*, aquí como *tiene*; ἐξουσίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *autoridad, poder, derecho, jurisdicción, potestad*; seguido de la conjunción ἀλλά en su forma escrita ante vocal ἀλλ᾽, que significa *pero*, *sino*; ἔσονται, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz media del verbo εἰμί, *ser* o *estar*, aquí como *serán*; ἱερεῖς, caso nominativo masculino plural del sustantivo *sacerdotes*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en español al estar vinculado con nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios*; καί, conjunción copulativa *y*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en español al estar vinculado con nombre propio; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular declinado *de Cristo*; καί, conjunción copulativa *y*; βασιλεύσουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo βασιλεύω, *reinar*, aquí como *reinarán*; seguido de la preposición de genitivo μετ᾽ en la forma que toma la preposición μετά delante de vocal y que significa *con*; αὐτοῦ,

caso genitivo masculino singular del pronombre personal *Él*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; χίλια, caso acusativo neutro plural del adjetivo numeral cardinal *mil*; ἔτη, caso acusativo neutro plural del sustantivo *años*.

Μακάριος καὶ ἅγιος ὁ ἔχων μέρος ἐν τῇ ἀναστάσει τῇ πρώτῃ. La quinta bienaventuranza del libro abre el versículo que a su vez cierra el párrafo correspondiente. Esta expresión de aliento para el creyente concuerda con el sentir general de toda la Escritura, que no es un libro de reprensión, sino de ánimo y estímulo en el servicio y testimonio de quien pertenece a Dios. Dios, por medio del apóstol Juan, busca aquí consolar a los cristianos y animarlos. Los que participen en la *primera resurrección*, son dichosos porque tienen seguridad de salvación y fueron librados de la *muerte segunda.*

La primera muerte es la del cuerpo que todos los hombres hemos de experimentar, salvo los que estén viviendo en el tiempo del traslado de la Iglesia a la presencia del Señor, en cuya ocasión, algunos no verán muerte, sino que serán transformados: *"He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados"* (1 Co. 15:51). La primera manifestación del misterio, es que *"no todos dormiremos"*, refiriéndose a los creyentes que esperan el traslado de la Iglesia (1 Ts. 4:15-17). Es interesante apreciar que los cristianos, incluido el apóstol, esperaban la inminencia del acontecimiento, por tanto el escrito se incluye también cuando dice *"no todos dormiremos"*. Es una referencia a los creyentes que vivan cuando el Señor venga a recoger a su Iglesia. La segunda manifestación del misterio es que *"todos seremos transformados"*. El primer proceso, la muerte, no alcanzará a algunos; el segundo, la transformación comprenderá a todos. Quiere decir que todos los creyentes experimentarán el cambio de esta forma de vida y cuerpo a la nueva de resurrección y glorificación, y este cambio, esta transformación se producirá en el momento de la resurrección de los creyentes que hayan dormido en el Señor (1 Ts. 4:16-17). Esa transformación será el modo de recibir el cuerpo de resurrección adaptado a la nueva experiencia celestial (1 Co. 15:49).

᾿Επὶ τούτων ὁ δεύτερος θάνατος οὐκ ἔχει ἐξουσίαν. La razón de la bienaventuranza es que los resucitados están libres de la *segunda muerte.* El término se refiere al estado de condenación perpetua, en la separación definitiva del hombre y Dios a causa del pecado. La *segunda muerte*, es el estado de muerte espiritual más allá de la muerte física, para todo aquel que no haya sido salvo. Es la muerte perpetua en el lago de fuego (v. 14), situación a la que el Señor se refirió cuando dijo: *"... temed más bien a aquel que puede destruir el alma en el infierno"* (Mt. 10:28). Quienes han dormido, muerto, en Cristo, la *muerte segunda* no tiene autoridad, potestad, derecho, jurisdicción ni poder alguno. Los creyentes no pueden sufrir daño alguno de la *muerte segunda*, porque el ámbito de ella que se desarrolla en el infierno lo que supone

condenación eterna, es imposible para los salvos ya que *"no hay ninguna condenación para los que están en Cristo Jesús"* (Ro. 8:1). La muerte espiritual ha sido resuelta para los creyentes en la muerte sustitutoria del Salvador, por tanto, al darles vida en Él mismo, la muerte no puede reclamarlos porque han pasado de *muerte a vida* (Jn. 5:24).

᾿Αλλ᾿ ἔσονται ἱερεῖς τοῦ Θεοῦ καὶ τοῦ Χριστοῦ. El segundo elemento de bendición que hace feliz, dichoso, bienaventurado al salvo, es la dicha de ser *sacerdotes de Dios y de Cristo*, reinando con Él *mil años*. La acción salvífica de Jesús y la posición de los creyentes en Él, los constituye como sacerdotes de Dios, tanto en la presente dispensación (1 P. 2:5), como en la futura del reino milenial. Esta condición sacerdotal supone, necesariamente, la acción de Cristo, de ahí que Juan apunte al sacerdocio *"de Dios y de Cristo"*. Anteriormente hizo referencia a la condición sacerdotal de los creyentes a quienes Cristo ha hecho un reino de sacerdotes para Dios (Ap. 1:6). Si la iglesia ha disfrutado de la bendición de ser un reino y sacerdotes para Dios en la presente dispensación, también estos, que serán resucitados, disfrutarán de esa bendición. No se puede extender aquí al ministerio sacerdotal de los resucitados, pero no hay duda de que participarán con el Señor del reino terrenal, en contacto y armonía con las naciones que entrarán en él. Los sacerdotes tienen como función administrar las cosas pertenecientes a Dios (He. 2:17; 5:1). Estos que fueron salvos, estarán vinculados a un ministerio sacerdotal en el tiempo del reino milenial de Jesucristo.

Καὶ βασιλεύσουσιν μετ᾿ αὐτοῦ τὰ χίλια ἔτη. La afirmación de Juan es enfática y precisa: *"reinarán con Él mil años"*. Algunos mss tienen la lectura: *"reinarán con Él* **los** *mil años"*. De ser correcto el artículo determinado sería una confirmación más a la realidad de un reino llamado aquí de *los* mil años. Con todo, si no aparece en el original de Juan y fue introducido de algún modo tiempo después, evidencia también que los creyentes de aquellos días creían y entendían que el reino milenial será una realidad, por lo que le llaman el reino de *los* mil años, único de esa condición y extensión temporal. Algunos podrán preguntar como es posible que creyentes con cuerpos resucitados puedan relacionarse con los otros que vivan físicamente con el cuerpo actual durante el milenio. La respuesta es tan sencilla como que Jesús, en su cuerpo resucitado se relacionó durante los cuarenta días entre su resurrección y ascensión, con sus discípulos (Hch. 1:3). Ante esta admirable revelación solo cabe decir con el apóstol Pablo: *"Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman"* (1 Co. 2:9).

El final de la historia humana (20:7-15).

La última rebelión contra Dios (20:7-9).

7. Cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión.

Καὶ ὅταν τελεσθῇ τὰ χίλια ἔτη, λυθήσεται ὁ Σατανᾶς ἐκ τῆς
Y cuando se acaben los mil años, será soltado el Satanás de la
φυλακῆς αὐτοῦ
prisión de Él.

Notas y análisis del texto griego.

Una nueva visión entra en el relato, vinculándola con cuanto antecede y dándole continuidad mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de ὅταν, conjunción temporal, *cuando*, *siempre que, tantas veces como*, con lo que la oración adquiere forma condicional introduciendo una cláusula temporal indefinida; τελεσθῇ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz pasiva del verbo τελέω, *terminar, cumplir, realizar*, aquí como *se hayan cumplido*, *se acaben*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*; χίλια, caso nominativo neutro plural del adjetivo articular numeral cardinal *mil*; ἔτη, caso nominativo neutro plural del sustantivo *años*; λυθήσεται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz pasiva del verbo λύω, *desatar, librar, soltar,* aquí como *será soltado*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en castellano al estar vinculado con nombre propio; Σατανᾶς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Satanás*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; φυλακῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *cadena, prisión, cárcel*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él*.

Καὶ ὅταν τελεσθῇ τὰ χίλια ἔτη. Juan reitera nuevamente el tiempo en el que Satanás estará atado: *"Y cuando se cumplan los mil años"*. El diablo que había sido sujeto en el abismo será soltado, pero habrán de transcurrir el tiempo del milenio. Aquí se aprecia la séptima referencia al milenio en el pasaje. Durante el tiempo del reino de Cristo en la tierra, Satanás no tendrá ninguna actividad. Anteriormente se dijo que tendría que ser atado por un poco de tiempo (v. 3); ese tiempo comprende un período de mil años. Una vez más es preciso hacer notar que la expresión *mil años*, va también aquí precedida del artículo determinado *los*, que exige entender el período de tiempo no solo literal, sino único. Ningún otro tiempo habrá sido semejante en la historia de la humanidad, como el del reino milenial de Jesucristo.

Λυθήσεται ὁ Σατανᾶς ἐκ τῆς φυλακῆς αὐτοῦ. Luego de ese tiempo, es decir, *cuando se cumpla,* y por permisión divina, el abismo se abrirá, la *cadena* que en forma simbólica lo retenía atado, le será quitada para que pueda volver a actuar. Debe entenderse claramente que Satanás no escapó de su prisión, ni se liberó por sus medios, sino que Dios en un acto de su soberanía decidió tanto atarlo como luego soltarlo. La expresión es enfática en el sentido de que no será soltado antes de que se cumplan los mil años. ¿Por qué debe ser

suelto el tentador? No hay respuesta bíblica que resuelva satisfactoriamente la pregunta, pero, es evidente que con la liberación de Satanás, Dios, que es justo, pondrá de manifiesto que Satanás no ha variado un ápice en su condición a pesar el tiempo transcurrido y de la prisión en donde estuvo atado.

8. Y saldrá para engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla; el número de los cuales es como la arena del mar.

καὶ ἐξελεύσεται πλανῆσαι τὰ ἔθνη τὰ ἐν ταῖς τέσσαρσιν γωνίαις τῆς
Y saldrá a engañar las naciones las en los cuatro ángulos de la
γῆς, τὸν Γὼγ καὶ Μαγώγ, συναγαγεῖν αὐτοὺς εἰς τὸν πόλεμον, ὧν
tierra, - a Gog y a Magog, a reunir los para la batalla de los cuales
ὁ ἀριθμὸς αὐτῶν ὡς ἡ ἄμμος τῆς θαλάσσης.
el número de ellos como la arena del mar.

Notas y análisis sobre el texto griego.

El relato continúa con en nexo vinculante καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐξελεύσεται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo ἐξέρχομαι, *salir, irse,* aquí como *saldrá*; πλανῆσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo πλανάω, *engañar*, aquí con el mismo sentido; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*, femenino en español para la acepción *naciones*; ἔθνη, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *pueblos, naciones*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; seguido de ἐν, preposición de dativo, que debe complementarse precediéndola del verbo implícito *que están*; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado *las*; τέσσαρσιν, caso dativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal *cuatro*; γωνίαις, caso dativo femenino plural del sustantivo que denota *ángulos, esquinas*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tierra*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*, no usado en castellano al relacionarse con nombre propio; Γὼγ, caso acusativo masculino singular del nombre propio declinado *a Gog*; καὶ, conjunción copulativa *y*; Μαγώγ, caso acusativo masculino singular del nombre propio declinado *a Magog*; συναγαγεῖν, aoristo de infinitivo en voz activa del verbo συνάγω, *reunir, congregar, recoger*, aquí como *para reunir*; αὐτοὺς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal *los*; εἰς, preposición de acusativo *para*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*, femenino en castellano para *batalla*; πόλεμον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *pelea, combate, batalla*; ὧν, caso genitivo masculino plural del pronombre relativo declinado, *de los cuales*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἀριθμὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo *número*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*; ὡς, adverbio de modo *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἄμμος, caso nominativo femenino singular del sustantivo *arena*; τῆς, caso genitivo

femenino singular del artículo determinado declinado *del*; θαλάσσης, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *mar*.

Καὶ ἐξελεύσεται πλανῆσαι τὰ ἔθνη τὰ ἐν ταῖς τέσσαρσιν γωνίαις τῆς γῆς, τὸν Γὼγ καὶ Μαγώγ. El engañador volverá a su oficio de engañar a todos. Juan dice que Satanás será suelto y en el mismo instante en que pueda actuar fuera de la prisión que lo retuvo encarcelado durante los mil años, saldrá para engañar a las naciones. ¿Qué naciones son estas? ¿No han entrado al reino milenial solo los salvos, tanto de Israel como de las naciones? Sin duda se tratará de personas que habrán nacido de los creyentes que poblaron la tierra al principio del milenio. El hecho de haber nacido de padres creyentes, no les da a los hijos la misma condición, salvo que depositen su fe en el Salvador. Sólo es creyente el que personalmente cree en Cristo. Las naciones que han vivido bajo el gobierno del Mesías y sin la acción engañadora de Satanás, habrán disfrutado de una paz universal. El corazón del hombre es continuamente el mal, sensible, por tanto, al engaño diabólico.

Sobre esto escribe el Dr. Ladd:

"Este versículo sugiere posiblemente la razón para el reinado temporal de Cristo durante el milenio. Una ardiente cuestión teológica es la justicia de Dios en el juicio y la condenación. Pablo se ocupa de que 'toda lengua se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios' (Ro. 3:19). Si bien Dios no precisa probar su justicia, Pablo se preocupa de que quede bien claro que Dios ha actuado con los hombres de tal modo que no tienen excusa (Ro. 1:20). En este caso, aun después que Cristo mismo haya reinado sobre los hombres durante el milenio, cuando el engañador es liberado de la prisión, encuentra los corazones humanos todavía dispuestos a responder a sus seducciones. Esto revela que la raíz definitiva del pecado no es la pobreza o las condiciones sociales inadecuadas o un ambiente humano desafortunado. El milenio y la posterior rebelión de los hombres probará que estos no pueden culpar al ambiente o a las circunstancias desafortunadas por su pecaminosidad: en el juicio final se demostrará que los decretos de Dios son justos"[16].

Satanás se dirigirá a todas las naciones para engañarlas. No quedará un lugar en la tierra a donde no llegue con su engaño. La expresión ἐν ταῖς τέσσαρσιν γωνίαις τῆς γῆς, *"en los cuatro ángulos de la tierra"*, es una figura de dicción que equivale a universalidad, es decir, toda la tierra habitada y, por tanto, a todos los habitantes de la tierra. Durante el tiempo del milenio, la población de la tierra aumentará hasta producir una numerosa población en todo el planeta. Los salvos que entren al milenio con cuerpo físico, como el actual, se

[16] George Eldon Ladd. o.c., pág. 238 s.

reproducirán. Las profecías referentes a aspectos del milenio hacen referencia a niños y todos estos, cuando tengan uso de razón, tendrán que depositar su fe en el Salvador para ser salvos. Sin duda habrá muchos que creerán, pero otros, serán meros profesantes que no son otra cosa que incrédulos. Estos son los que conformarán la gran multitud que Satanás engañará en un último intento contra Dios.

La Biblia no enseña los argumentos diabólicos que usará Satanás para engañar a las naciones. Sin embargo, a lo largo de la experiencia humana, ha utilizado casi siempre la inducción de desconfianza contra Dios y generado un deseo infundado de libertar al margen del Señor. Se dice que Satanás irá a ὁ ἀριθμὸς αὐτῶν ὡς ἡ ἄμμος τῆς θαλάσσης, *Gog y Magog*, que aquí son nombres genéricos utilizados para designar la totalidad de la tierra. Son los nombres bíblicos dados a las naciones que se rebelan contra Dios (Ez. 38:1). Sin embargo, aunque los nombres usados son los mismos, la batalla aquí mencionada es diferente a la referida por Ezequiel. Es necesario recordar que en el Antiguo Testamento, Gog es un príncipe, mientras Magog es un territorio, como dice el profesor Bartina:

"En el Viejo Testamento, Gog es una persona, un príncipe; Magog es el nombre de su tierra. Es una región que está junto a las costas del Mar Negro, en el nordeste de Anatolia. Así aparece en el mapa de las naciones del Génesis (Gn. 10:2). Sin embargo, el Apocalipsis parece decir que Magog es también una persona. Puede entenderse del ejército nacional. En todo caso, la tradición rabínica une siempre los dos nombres indistintamente"[17]

El propósito de Satanás es *reunirlos* para la batalla. Ya hizo una acción semejante antes del milenio, convocando a todos los ejércitos de las naciones para luchar contra Cristo (19:19). Satanás conseguirá convocar y reunir una gran multitud para luchar contra Dios. Antes consiguió engañar a los reyes de las naciones entonces engañará a las naciones. Esa convocatoria impía contra Dios será el último intento y la última acción de Satanás.

Συναγαγεῖν αὐτοὺς εἰς τὸν πόλεμον. El propósito de Satanás será *reunirlos* para la batalla. Ya hizo una acción semejante antes del milenio, convocando a los ejércitos de las naciones para luchar contra Cristo (19:19). En el final de los tiempos, conseguirá reunir una gran multitud en abierta oposición a Dios.

La multitud congregada es enorme, por lo que Juan usa un hebraísmo que es también una figura de dicción cuando afirma que ὧν ὁ ἀριθμὸς αὐτῶν ὡς ἡ ἄμμος τῆς θαλάσσης, *"el número de los cuales es como la arena del*

[17] Sebastián Bartina. o.c., pág. 820 s.

mar”, para dar idea de una gran dimensión, comparable con la abundancia de arena al borde del mar. Es comprensible esa gran cantidad de gente congregada contra Dios, porque durante el milenio no habrá muerte, o por lo menos estará prácticamente anulada su acción en la tierra. Estas gentes se han conformado externamente al reino, pero no pertenecen a él porque no han creído. Una concentración tan grande y tan universal excederá a cuanto se haya conocido antes, incluyendo el tiempo de la guerra del Armagedón. El diablo podrá reunir una multitud tan grande porque la Biblia enseña que *“el corazón del hombre es engañoso y perverso más que todas las cosas”* (Jer. 17:9). El gobierno de Dios en la tierra, de paz, justicia y prosperidad, durante mil años, no será suficiente para evitar el levantamiento contra Dios de quienes no son salvos.

9. Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió.

καὶ ἀνέβησαν ἐπὶ τὸ πλάτος τῆς γῆς καὶ ἐκύκλευσαν τὴν
Y subieron sobre la anchura de la tierra y cercaron el
παρεμβολὴν τῶν ἁγίων καὶ τὴν πόλιν τὴν ἠγαπημένην, καὶ κατέβη
campamento de los santos y la ciudad la amada y descendió
πῦρ ἐκ[1] τοῦ οὐρανοῦ καὶ κατέφαγεν αὐτούς.
fuego de el cielo y devoró los.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] ἐκ τοῦ οὐρανοῦ, *del cielo*, lectura más segura, atestiguada en A, 2053^{com}, vg^{ms}, cop$^{bo/ms}$, eth, Agustín$^{2/3}$, Primasio.

ἀπὸ τοῦ Θεοῦ, *del Dios*, como se lee en 1854, vg^{ms}.

ἀπὸ τοῦ Θεοῦ ἐκ τοῦ οὐρανοῦ, *del Dios del cielo,* lectura en ℵ^{2}, P, 1006, 1611, 1841, 2050, 2053^{txt}, 2062, vg, syr^{h}, Jerónimo, Apringio, Beato.

ἐκ τοῦ Θεοῦ ἀπὸ τοῦ οὐρανοῦ, *y de Dios desde el cielo*, que se lee n 2030, 2329, *Biz* [046], it$^{ar, gig}$, vg^{ms}, syr^{ph}, cop$^{sa, bo}$, arm, eth^{mss}, Agustín $^{1/3}$.

Sin solución de continuidad sigue el relato con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀνέβησαν, tercera persona plural del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἀναβαίνω, literalmente *subir*, aquí como *subieron*; ἐπὶ, preposición de acusativo, *sobre*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; πλάτος, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *anchura*, aquí literalmente *“lo ancho”*, τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado, *de la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tierra*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐκύκλευσαν, tercera persona plural del aoristo primero de

indicativo en voz activa del verbo κυκλεύω, *circundar, cercar, rodear*, aquí como *rodearon*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *el*; παρεμβολὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *campamento, cuartel, ejército*, aquí en la acepción primera; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; ἁγίων, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *santos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; πόλιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *ciudad*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἠγαπημένην, caso acusativo femenino singular del participio perfecto en voz pasiva del verbo ἀγαπάω, *amar*, aquí como *amada*; καὶ, conjunción copulativa *y*; κατέβη, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo καταβαίνω, literalmente *ir abajo*, de ahí descender, tal vez más concreto *bajó*, aquí como *descendió*; πῦρ, caso nominativo neutro singular del sustantivo *fuego*; ἐκ, preposición de genitivo, *de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; juntos forman, en español, la contracción *del*; οὐρανοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *cielo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; κατέφαγεν, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo καταφάγω, expresa la idea de comer ansiosamente, de ahí *devorar,* aquí como *devoró*; αὐτούς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal *los.*

Καὶ ἀνέβησαν ἐπὶ τὸ πλάτος τῆς γῆς. Los engañados por Satanás, que formarán una impresionante multitud *subieron*. Aquellos que se extendían por toda la tierra, se orientaron en una determinada dirección y *suben*, porque en el concepto semita, ir a Jerusalén siempre equivalía a *subir.* Aquella era la ciudad del Gran Rey, el centro de la adoración a Dios, donde Él se manifestaba presencialmente en el santuario, por tanto, cualquier otro lugar de la tierra era siempre más bajo que Jerusalén, de modo que quien iba a la ciudad santa, siempre subía, más por el carácter santo de la ciudad que por la posición geográfica de la misma. El conjunto de rebeldes contra Dios capitaneados por Satanás se extendieron ἐπὶ τὸ πλάτος τῆς γῆς *"sobre la anchura de la tierra"*. En profecía *tierra,* -y especialmente en el contexto del Apocalipsis- tiene que ver con Israel. Quiere decir, que la gente procedente de todas las naciones se extendió hasta ocupar toda la tierra de Israel. Esta multitud *rodeará*, el campamento de los santos. La palabra traducida por *anchura*, expresa también la idea de *llanura*, por lo que tal vez se trate nuevamente de la llanura del Megido, donde se desarrolló antes la batalla contra el Verbo de Dios, última en la guerra del Armagedón.

Καὶ ἐκύκλευσαν τὴν παρεμβολὴν τῶν ἁγίων καὶ τὴν πόλιν τὴν ἠγαπημένην. Esta multitud dispuesta a destruir el reino de Dios, rodeará *"el campamento de los santos"*. Es difícil determinar el significado de esta expresión, pero con la mayor probabilidad sea una expresión equivalente a *Ciudad Santa, ciudad amada,* que alude a Jerusalén. La multitud, por tanto, rodeará la ciudad del Rey, donde Cristo gobernó durante el milenio.

Dos aspectos diferentes se mencionan en el versículo: por un lado está τὴν παρεμβολὴν τῶν ἁγίων *el campamento de los santos*; por otro τὴν πόλιν τὴν ἠγαπημένην, *la ciudad amada*. En cuanto al primero, podría traducirse también como *cuartel*, o *fortaleza armada*, más bien que un campamento como conjunto de tiendas. En cualquier caso expresa la idea de un lugar propio para fuerzas armadas en el entorno de Jerusalén. Algunos eruditos consideran que *campamento de los santos* y *ciudad amada*, son la misma cosa, ambas referidas a Jerusalén. Con todo el término *santos,* debe referirse especialmente a creyentes israelitas (comp. Dt. 23:14). Lo que no ofrece duda alguna es la segunda expresión: *"ciudad amada"*, que se refiere a Jerusalén, la terrenal, centro del gobierno del Mesías (Is. 2:3; Jer. 3:17). La ciudad amada es, pues, Sión (Sal. 76:68; 87:2).

No se describen aspectos concretos de la batalla, que no se llega a producir por la intervención de Dios, simplemente, como es propio y típico en Juan, se da una panorámica con cierta parsimonia del ascenso de las gentes comprometidas en la destrucción de Jerusalén, que no es otra cosa que el último intento de Satanás para acabar con el reino del Mesías y destruir la obra de Dios.

La acción divina es inmediata y fulminante: καὶ κατέβη πῦρ ἐκ τοῦ οὐρανοῦ καὶ κατέφαγεν αὐτούς, *"Y de Dios descendió fuego del cielo y los consumió"*. El fuego de Dios sobrevino repentinamente. Él permitió antes que los enemigos cercaran la ciudad para exhibir sobre ellos su justicia y su poder. La batalla que Satanás había planeado no llegará a producirse, tan solo ocurrirá la destrucción absoluta de todo el contingente levantado por Satanás. El desenlace ocurre conforme a lo que se produjo en otras muchas ocasiones de la historia del pueblo de Dios. La acción divina es eficacísima y el auxilio de Dios eficientísimo y fácil. Así ocurrió con las ciudades de Sodoma y Gomorra (Gn. 19:24). El fuego enviado desde el cielo sobre la multitud expresa, una vez más, la acción de juicio divino sobre los impíos, siendo el fuego el instrumento judicial para ejecutar la sentencia de Dios. Así ocurrió también en la historia de Israel con los hijos de Aarón que no tuvieron en cuenta las instrucciones para el sacerdocio (Lv. 10:2). Mas tarde sobre los enviados contra el profeta Elías (2 R. 1:10, 12). Tal será también la intervención de Dios sobre Gog (Ez. 38:22); igualmente la profecía sobre Magog (Ez. 39:6). La acción judicial de Dios será fulminante, la expresión κατέφαγεν αὐτούς, *"los consumió"* indica prontitud y contundencia. El verbo utilizado por Juan indica una acción plena equivalente a *devorar*, *consumir completamente.* Aquella multitud quería destruir la *ciudad amada*, pero el fuego de Dios los destruyó a ellos. Satanás había intentado una vez más destruir el reino de Dios y evitar el gobierno universal del Mesías, el

Cristo de Dios, fracasando en su intento. Nuevamente la pregunta *¿Quién es el Soberano?*, vuelve a responderse aquí: Sólo Dios es Soberano.

La sentencia sobre Satanás (10:10).

10. Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.

καὶ ὁ διάβολος ὁ πλανῶν αὐτοὺς ἐβλήθη εἰς τὴν λίμνην τοῦ πυρὸς
Y el diablo el que engaña los fue lanzado al lago el de fuego
καὶ θείου ὅπου καὶ τὸ θηρίον καὶ ὁ ψευδοπροφήτης, καὶ
y de azufre donde también la bestia y el falso profeta; y
βασανισθήσονται ἡμέρας καὶ νυκτὸς εἰς τοὺς αἰῶνας τῶν αἰώνων.
serán atormentados de día y de noche por los siglos de los siglos.

Notas y análisis del texto griego.

Para establecer la continuidad del relato, Juan acude nuevamente al uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; διάβολος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *diablo*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; πλανῶν, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo πλανάω, *extraviar, seducir, engañar,* aquí como *engaña*, o *que engaña*, traduciéndose en tiempo pasado para una mejor expresión temporal; αὐτοὺς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal *los*; ἐβλήθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo βλέπω, *lanzar, arrojar,* aquí como *fue arrojado, o fue lanzado*; εἰς, preposición de acusativo *a*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; λίμνην, caso acusativo femenino singular del sustantivo *lago*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el, lo*; πυρὸς, caso genitivo neutro singular del sustantivo declinado *de fuego*; καὶ, conjunción copulativa *y*; θείου, caso genitivo neutro singular del sustantivo declinado *de azufre*; ὅπου, adverbio relativo *donde*, que hace funciones de conjunción subordinativa; καὶ, en este caso adverbio en lugar, *también*, en vez de conjunción, ya que precede a la palabra que destaca; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; θηρίον, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *bestia, animal salvaje*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ψευδοπροφήτης, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *falso profeta*; καὶ, conjunción copulativa *y*; βασανισθήσονται, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz pasiva del verbo βασανίζω, *atormentar, afligir,* aquí como *serán atormentados*; ἡμέρας, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de día*; καὶ, conjunción copulativa *y*; νυκτὸς, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de noche*; εἰς, preposición de acusativo *por*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; αἰῶνας, caso acusativo masculino plural del sustantivo *siglos*; τῶν,

caso genitivo masculino plural del artículo determinado *de los*; αἰώνων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *siglos.*

Καὶ ὁ διάβολος ὁ πλανῶν αὐτοὺς ἐβλήθη εἰς τὴν λίμνην τοῦ πυρὸς καὶ θείου. Dios inicia la acción que concluirá con la definitiva separación del pecado y de la tentación en vista a la nueva creación. Anteriormente se enseñó que el Anticristo y el falso profeta, en el tiempo de la última batalla de la guerra del Armagedón, fueron lanzados al lago de fuego (19:20). El tercer ser, que integraba la trinidad de maldad, Satanás, el diablo, también será arrojado al mismo lugar. El verbo utilizado por Juan en muy fuerte, equivalente a *arrojar, lanzar con fuerza*; el modo verbal indica una acción que concluida definitivamente. Es interesante apreciar el énfasis que se pone sobre lo que Satanás hacía: *engañar*. El engaño dejará de ser al no estar ya presente, para siempre, el engañador. Satanás comenzó su carrera pecaminosa, engañándose a sí mismo, en un falso propósito de alcanzar lo que sólo corresponde a Dios (Is. 14:13, 14). Esa condición de engañador vino a formar parte de su genética espiritual. El proceso de su malvado designio trajo engaño a los hombres a lo largo de la historia, comenzando por Eva (Gn. 3:1-6) y siguiendo por millones de personas, desembocando en fracasos espirituales y juicios sobre ellos como los que se han considerado antes en este comentario.

Dios arroja al tentador al lago de fuego. No es ya cuestión de sujetarlo de nuevo por un tiempo, sino de enviarlo al lugar definitivo donde morará perpetuamente. El lago de fuego, del que ya se ha considerado antes, era el destino establecido para el diablo y sus ángeles (Mt. 25:41). Los ángeles caídos tienen conciencia de su destino de condenación eterna: *"¿Qué tienes con nosotros Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?"* (Mt. 8:29). El apóstol Pedro afirma que *"Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno, los entregará a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio"* (2 P. 2:4). Pareciera que un lugar de llamas y fuego no puede ser un lugar de tinieblas. Ambas cosas son expresiones de un estado eterno dichas en una dimensión temporal. Tanto el fuego como las tinieblas expresan una dimensión de dolor y de sufrimiento continuo. No debe olvidarse que el fuego ha sido preparado para el diablo y sus ángeles que son espíritus y que no les corresponde y afecta del mismo modo que a los hombres el mundo donde se desarrolla la experiencia humana llamada vida. De otro modo: no hay razones para suponer que el fuego de que se habla en la Palabra sea un fuego literal, de la misma manera que el *gusano*, no será un gusano literal, ya que el diablo y sus ángeles, cuya condenación van a compartir los perdidos incrédulos, no tienen cuerpos materiales que puedan recibir la acción del fuego natural. Sorprende que el infierno bíblico, estado de condenación eterna, será inaugurado por dos hombres, el Anticristo y el falso profeta (Ap. 19:20).

Arrojado al lago de fuego, el diablo no volverá jamás a su ministerio perverso de engaño. Es la culminación en el proceso de descenso de Satanás. Primeramente será arrojado del cielo (12:9); luego encerrado en el abismo (20:2 ss); finalmente arrojado definitivamente en el infierno. Esta será la destrucción definitiva de la raíz del mal. El *lago de fuego y azufre* es, como en todos los otros lugares del Apocalipsis donde aparece, el infierno (20:14; 19:20; 21:8).

Ὅπου καὶ τὸ θηρίον καὶ ὁ ψευδοπροφήτης. En ese lugar, cuando el diablo sea lanzado al lago de fuego, dos hombres ya llevarán en él muchos siglos. Juan dice que allí estaban el Anticristo y el falso profeta. El infierno es el lugar destinado perpetuamente para los enemigos de Dios (Ap. 19:20; 20:10). Allí estarán juntos los tres personajes que se atrevieron a luchar contra la obra de Dios y contra Dios mismo.

Καὶ βασανισθήσονται ἡμέρας καὶ νυκτὸς εἰς τοὺς αἰῶνας τῶν αἰώνων. Una nota más que se reitera también aquí es la perpetuidad del tormento a que llegarán en ese lugar: *"Serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos"*. Por si no se hubiera entendido bien antes, se trata de sufrir las penas del infierno eternamente. El hecho de que serán atormentados *día y noche*, literalmente *de día y de noche*, expresa el tormento sin descanso, que dura –en lenguaje figurado- todo el día y toda la noche, en una interminable sucesión, como pone de relieve el hebraísmo *"por los siglos de los siglos"*. Como dice el Dr. Lacueva: *"sin pausa y sin prisa"*[18] La realidad que apunta Juan en este versículo es la renovación del tiempo y el fin de la historia, para entrar en la dimensión de la eternidad y de una nueva creación. Las realidades temporales que conforman la historia ya no tienen un luego o un más allá histórico como ahora, la temporalidad da paso a la perpetuidad, por tanto, el tiempo pasa a la *atemporalidad*. El tormento alcanza a los tres, tanto a Satanás como al Anticristo y al falso profeta, puesto que el verbo *atormentar*, está en plural. El lago de fuego no es la aniquilación, sino la esfera de los tormentos eternos como consecuencia de estar, los que ocupen ese lugar, separados para siempre de la presencia de Dios y ajenos a perpetuidad de su gracia. No es posible imaginar la situación de los que estén en el lago de fuego, e imposible para nuestra mente entender la dimensión del tormento eterno. Lo que sí está meridianamente claro es que Satanás no volverá a actuar engañando y promoviendo su reino de muerte y corrupción.

El juicio final (20:11-15).

11. Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos.

---

[18] F. Lacueva. o.c., pág. 558.

Καὶ εἶδον θρόνον μέγαν λευκὸν καὶ τὸν καθήμενον ἐπ᾽ αὐτόν, οὗ
Y vi un trono grande blanco y el sentado sobre él del cual
ἀπὸ τοῦ προσώπου ἔφυγεν ἡ γῆ καὶ ὁ οὐρανὸς καὶ τόπος οὐχ εὑρέθη
del rostro huyó la tierra y el cielo y lugar no fue hallado
αὐτοῖς.
para ellos.

Notas y análisis del texto griego.

Una nueva escena se introduce vinculándola con lo que antecede mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de εἶδον*,* primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* aquí como *vi*; θρόνον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *trono*; μέγαν, caso acusativo masculino singular del adjetivo *grande*; λευκὸν, caso acusativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de lo que es *blanco*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; καθήμενον, caso acusativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo κάθημαι, *sentarse*, aquí como *sentado*; sigue luego la preposición de acusativo ἐπί, con el grafismo ἐπ', forma que adopta por elisión de la ι final ante vocal o diptongo sin aspiración, que equivale a *por, sobre*; αὐτόν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *él*; οὗ, caso genitivo masculino singular del pronombre relativo declinado *del que* o *del cual*; ἀπὸ, preposición de genitivo, *de*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el*; en español forman ambas palabras la contracción *del*; προσώπου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *rostro*; ἔφυγεν, aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo φεύγω, *escapar, huir,* aquí como *huyó*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *tierra*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; οὐρανὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo *cielo*; καὶ, conjunción copulativo *y*; τόπος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *lugar, sitio, paraje*; οὐχ, forma escrita que adquiere el adverbio de negación οὐ, *no*, cuando precede a una vocal con espíritu áspero; εὑρέθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo εὑρίσκω, *hallar*, aquí *fue hallada*; αὐτοῖς, caso dativo neutro plural del pronombre personal declinado *para ellos*.

Καὶ εἶδον θρόνον μέγαν λευκὸν. Una nueva visión es introducida mediante la expresión habitual *"y vi"*. Es una visión sucesoria de los acontecimientos anteriores, pero, sumamente importante por establecer una inflexión en la historia y en el tiempo, determinando el drama final de la historia de la humanidad, que consiste en el paso del tiempo a la perpetuidad o eternidad. Lo que Juan ve es un *"gran trono blanco"*. No puede afirmarse que sea diferente del trono que vio en otras ocasiones anteriores a lo largo del libro. Sin embargo, el hecho de que sea blanco, enfatiza la santidad, pureza y justicia que dimanan de él. El adjetivo *grande*, que Juan utiliza para referirse a la

dimensión del trono, permite traducir la expresión como: *"vi un grandioso trono blanco"*.

Καὶ τὸν καθήμενον ἐπ᾽ αὐτόν. Junto con el trono ve también al *"sentado"* sobre el mismo. ¿Quién es? Sin duda es Dios mismo, ya que el trono es un trono de juicio definitivo y sólo Dios es el Juez. Generalmente se atribuye a la Primera Persona, es decir, al Padre, el título Dios cuando aparece solo, pero, en acción judicial, el trono es ocupado por el Hijo, a quien Dios le ha dado toda potestad para hacer juicio (Dn. 7:26; Jn. 5:22-27). En el discurso del apóstol Pablo en Atenas, dijo que Dios *"ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos"* (Hch. 17:30, 31), en clara referencia a nuestro Señor. El Juez, por tanto, es Jesús, el Mesías, a quien se ve como *sentado*, sugiriendo con ello que tiene autoridad sobre todo y poder absolutamente victorioso sobre las fuerzas del mal. La acción judicial del Hijo se realiza en el nombre y la autoridad del Padre (Jn. 5:24). La dignidad del Juez supremo, se aprecia por la grandeza del trono blanco, sobre el que aparece sentado.

Οὗ ἀπὸ τοῦ προσώπου ἔφυγεν ἡ γῆ καὶ ὁ οὐρανὸς καὶ τόπος οὐχ εὑρέθη αὐτοῖς. Ante la grandeza de Dios, sentado para juzgar, el cielo y la tierra desaparecen, literalmente *huyeron*. Con esta sencilla expresión Juan presenta el panorama de la remoción de toda la creación mediante el fuego (2 P. 3:10). El fuego de Dios que había descendido sobre la multitud levantada por Satanás consumiéndolos a todos, será aplicado también a todo el universo creado para purificación definitiva de toda la creación de Dios. Este versículo prepara el terreno para entender el capítulo 21. El apóstol Pedro enseña que *"los cielos pasarán con grande estruendo"*, utilizando allí un verbo que equivale a *traspasar*, en el sentido de *trasladar*. En el mismo pasaje se enseña que estos elementos, los de la actual creación, serán *deshechos*, en sentido de *destruidos.* La remoción de la creación será mediante el calor abrasador que brota del rostro de Dios, de ahí que Pedro diga que *"serán quemados"*. El rostro del que está sentado en el trono tiene ojos como fuego (Ap. 1:14). La omnipotencia del Creador se manifestará en el hecho de hacer desaparecer toda esta creación actual, de ahí la expresión de Juan: *"y ningún lugar se encontró para ellos"*. Sin duda hay aquí un alto contenido teológico. La tierra está vinculada continuamente con el hombre. El pecado que afectó al hombre hizo que Dios sujetara toda la creación a vanidad, compartiendo el resultado del pecado del hombre (Ro. 8:19, 22). El orden actual bajo el pecado debe ser eliminado, porque es un orden caído. Para establecer un nuevo orden en el mundo venidero, el juicio de Dios debe caer sobre el viejo orden. ¿Es un juicio de destrucción? ¿Se trata de la eliminación absoluta reduciéndola a nada de toda la creación actual? Sin duda una respuesta categórica no encuentra el suficiente

fundamento bíblico. La Escritura no es un libro de curiosidades sino de revelación de Dios, por tanto, el futuro profético que manifiesta el término de esta creación, se expresa en una panorámica general de eliminación de todo lo actual para dar paso a una nueva creación. No es, pues, una expresión de fracaso y de un juicio destructivo, sino la apertura de la puerta para una nueva creación de Dios. De ahí que cuando el apóstol Pedro enseña sobre la desaparición de la creación actual por el fuego, le sirve de vínculo para afirmar la esperanza de nuevos cielos y nueva tierra (2 P. 3:13).

Es interesante el comentario del Dr. Ladd sobre este versículo:

"Detrás de las declaraciones hay una profunda teología. La tierra fue creada para que el hombre morara en ella y el hombre como creación de Dios es solidario con el resto de la creación. Por tanto, se describe el mundo creado compartiendo los resultados del pecado humano, encontrándose él mismo en esclavitud para decaer, gemir y sufrir como de parto hasta ahora (Ro. 8:19-22). El viejo orden es un orden caído, que sufre bajo la maldición de la rebelión del hombre. Por tanto, antes de que pueda ser establecido el nuevo orden redimido, el juicio de Dios debe caer sobre el viejo orden, pero este juicio no es de destrucción, sino el preludio de una nueva creación. El juicio de la naturaleza y la nueva creación se encuentra en los profetas del Antiguo Testamento y se describe con una gran variedad de detalles, pero siempre con el mismo motivo básico. A veces el cuadro es de simple regeneración del viejo orden como si la maldición se hubiera levantado (Is. 11:6-9); a veces se habla en términos de una transformación completa en un nuevo cielo y una nueva tierra (Is. 65:17). En la esperanza profética hay variedad de énfasis en la continuidad e interrupción entre el viejo y el nuevo orden; en el Nuevo Testamento el elemento de interrupción se enfatiza mucho más que en el Antiguo, excepto en Isaías 65:6. Así, Pedro anticipa una desintegración de los cielos y el derretimiento de los elementos por el fuego. Sin embargo, el fin de este juicio sobre el viejo orden no es su destrucción final, sino el nacimiento de un nuevo orden. 'Esperamos… cielos nuevos y tierra nueva en los cuales mora la justicia (2 P. 3:13). Lo mismo es verdad en la visión de Juan. El viejo orden pasa para dar lugar al nuevo"[19].

El versículo es también una advertencia a los burladores, aquellos que niegan la posibilidad de que Dios intervenga radical y definitivamente en la historia humana para resolver el problema del mal. Estos son, según el apóstol Pedro, perversos *"que andan según sus propias concupiscencias"* (2 P. 3:3). A los tales les interesa negar la acción divina anunciada proféticamente porque pondrá fin a su libertinaje. Por tanto, proponen una pregunta impía para

[19] George Eldon Ladd. o.c., pág. 241.

cuestionar el anuncio profético: *"¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación"* (2 P. 3:4). Son propuestas necias, porque niegan la advertencia de Dios en su actuación definitiva sobre el pecado, que, en definitiva, será el *"día del juicio y de la perdición de los impíos"* (2 P. 3:7). La gracia ha detenido la acción judicial de Dios esperando que los hombres arrepentidos de su maldad vayan al Salvador confesando su estado y recibiéndolo por fe. Mientras esto ocurre con los impíos, la perspectiva profética debe impulsarnos a los creyentes hacia una vida de santidad y compromiso con Dios procurando ser *"hallados por Él sin mancha e irreprensibles, en paz"* (2 P. 3:14).

12. Y vi los muertos grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras.

καὶ εἶδον τοὺς νεκρούς, τοὺς μεγάλους καὶ τοὺς μικρούς, ἑστῶτας
Y vi los muertos los grandes y los pequeños en pie
ἐνώπιον τοῦ θρόνου. καὶ βιβλία ἠνοίχθησαν, καὶ ἄλλο βιβλίον
delante del trono, y libros fueron abiertos y otro libro
ἠνοίχθη, ὅ ἐστιν τῆς ζωῆς, καὶ ἐκρίθησαν οἱ νεκροὶ ἐκ τῶν
fue abierto el que es de la vida, y fueron juzgados los muertos por lo
γεγραμμένων ἐν τοῖς βιβλίοις κατὰ τὰ ἔργα αὐτῶν.
que estaba escrito en los libros conforme las obras de ellos.

Notas y análisis del texto griego.

El relato continúa con καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de εἶδον, primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* aquí como *vi*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; νεκρούς, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota *muertos*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; μεγάλους, caso acusativo masculino plural del adjetivo articular *grandes*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; μικρούς, caso acusativo masculino plural del adjetivo articular *pequeños*; ἑστῶτας, caso acusativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἵστημι, *estar en pie, quedarse quieto, presentarse*, aquí como *en pie* o *que estaban en pie*; ἐνώπιον, preposición de genitivo, que se usa también como adverbio y denota *delante de*, *en la presencia de*, *en frente de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *trono*; καὶ, conjunción copulativa *y*; βιβλία, caso nominativo neutro plural del sustantivo *libros, rollos escritos*; ἠνοίχθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo ἀνοίγω, *abrir,* aquí como *fueron abiertos*, o *se abrieron*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἄλλο, caso nominativo neutro singular del adjetivo indefinido *otro*; βιβλίον, caso nominativo

neutro singular del sustantivo *libro, rollo escrito*; ἠνοίχθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀνοίγω, *abrir,* aquí como *fue abierto*, o *se abrió*; ὅ, caso nominativo neutro singular del pronombre relativo *el que, el cual*; ἐστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *es*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ζωῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *vida*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐκρίθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo κρίνω, *juzgar,* con idea de *juzgar y emitir sentencia*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; νεκροὶ, caso nominativo masculino plural del sustantivo *muertos*; ἐκ, preposición de genitivo *de, desde, por, en*, aquí como *por*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*; γεγραμμένων, caso genitivo neutro plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo, γράφω *escribir*, aquí como *estaba escrito*; ἐν, preposición de dativo *en*; τοῖς, caso dativo neutro plural del artículo determinado *los*; βιβλίοις, caso dativo neutro plural del sustantivo *libros, rollos escritos*; κατὰ, preposición de acusativo *en, por, de acuerdo con, según*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*, femenino en castellano si se refiere a *obras*; ἔργα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *acciones, hechos, obras, acción, trabajo*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos.*

Καὶ εἶδον τοὺς νεκρούς, τοὺς μεγάλους καὶ τοὺς μικρούς, ἑστῶτας ἐνώπιον τοῦ θρόνου. De la visión del trono a la visión de los muertos. Se trata de todos los que han muerto a lo largo de la historia de la humanidad y que no tuvieron parte en la *primera resurrección*. Por dos razones les es apropiado el título de *muertos*; primeramente porque no tuvieron parte en la resurrección primera; en segundo lugar porque está incurso definitivamente en la muerte segunda o muerte eterna. Se trata, pues, de la resurrección final que se limita a todos los no redimidos o salvos. Algunos eruditos, especialmente los amilenaristas, entienden que este juicio final es el único juicio divino sobre los hombres, y comprenderá en él tanto a santos como a impíos, resucitando unos para gloria y otros para condenación eterna. En la teología de la Iglesia Romana, se enseña que el juicio de los hombres delante de Dios, se produce inmediatamente después de cada muerte, en comparecencia individual y en la que se establece el destino eterno de cada individuo; el juicio final será simplemente la exposición universal de la sentencia y las razones de ella, a fin de dejar patente la justicia de Dios. Sin embargo, cuando se estudia la Biblia sin prejuicio, o condicionante de la escuela teológica, se aprecia que en ella aparecen cinco juicios escatológicos: 1) El de los creyentes ante el *tribunal de Cristo*, para recompensas, que tendrá lugar inmediatamente después del traslado de la Iglesia (Ro. 14:10; 1 Co. 3:12-15; 2 Co. 5:10); 2) El juicio sobre Israel, en el tiempo inmediatamente siguiente a la segunda venida del Señor (Mt. 25:1-30); 3) El juicio de las naciones, para determinar quienes siendo salvos entrarán en el reino milenial y quienes, por no ser salvos, no podrán entrar (Mt. 25:31-46); 4) El juicio de los ángeles caídos, probablemente después del milenio,

aunque no hay plena seguridad en cuanto al tiempo a la luz de la Escritura (2 P. 2:4; Jud. 6; Ap. 20:7-10); 5) El juicio del trono blanco, llamado también juicio final.

¿En que cuerpos estarán resucitados los que comparecen ante el trono blanco de Dios? No se expresa que clase de cuerpo tendrán, es muy posible que se trate de una resurrección corporal con los cuerpos que tenían antes de morir, sin embargo, ya que se trata de una resurrección en el tiempo de la disolución del universo actual y en el que se abre la entrada a un nuevo orden en una nueva creación, podría ser una resurrección con cuerpos adaptados a la experiencia de la muerte eterna en el lago de fuego. Sin duda no se trata de cuerpos glorificados, puesto que nunca disfrutarán de la gloria, pero debe haber alguna diferencia sustancial con los cuerpos actuales. La Biblia guarda silencio sobre esto y así debe guardarse también en la interpretación del versículo.

Los comparecientes son τοὺς μεγάλους καὶ τοὺς μικρούς, *los grandes y los pequeños*, es decir, mediante esta figura de dicción se expresa la universalidad de todos los muertos sin distinción de clase alguna. Allí comparecerán los que fueron socialmente grandes, que han tenido influencia en la historia por su poder político, militar, económico, etc. y, junto a ellos, también los *pequeños*, quienes pertenecieron en vida a la clase social baja, estos, aunque hubieran sufrido en vida por su condición, no escapan tampoco del juicio. En la muerte y en el juicio Dios no hace acepción de personas (He. 9:27). No habrá nadie tan grande que no le alcance el juicio, ni nadie tan pequeño que no pueda participar en él. Toda la gran multitud de muertos comparecientes en el juicio, según la visión de Juan, estaba en pie. Significa, por tanto, que se ha producido una resurrección de quienes estaban muertos. Será el final del programa de resurrecciones al que el apóstol hace referencia cuando enseña sobre el *orden* en que se producirán (1 Co. 15:24a). Toda la inmensa multitud de comparecientes estaba en pie como reos que van a escuchar la sentencia del Juez.

Καὶ βιβλία ἠνοίχθησαν. El testimonio judicial se pondrá de manifiesto mediante la apertura de *los libros*, documentos dispuestos por el juez para juzgar a los perdidos. El hecho de la apertura indica que se podrá leer el contenido de cada libro. Se trata, sin duda, de los libros de las obras humanas, que determina las de cada uno de los juzgados. Los libros de juicio son mencionados en la profecía (Dn. 7:10). El Juez justo dictará sentencia sobre la justicia absoluta, basada totalmente en las acciones de los hombres (Ro. 6:2 ss). Las obras no justificarán a ningún hombre. De los libros de obras malas de los hombres, se les pedirá cuenta y recibirán lo que corresponda en justicia (Is. 65:6; Mal. 3:16). Esta imagen, habitual en el pensamiento judío, sobre la memoria de Dios en relación con las acciones de los hombres, indica que el

juicio final será llevado a cabo con pleno conocimiento de causa. ¿Cómo se llevará a cabo esta inspección personal de las obras de cada hombre? Probablemente sea una intuición intelectual por la que cada perdido se dará cuenta real de su situación delante de Dios. Los libros de las obras guardan relación directa con el grado de condenación que cada uno de los perdidos recibirá. Aunque todos los perdidos sufrirán la misma *condenación*, habrá diferentes *grados* en esa condenación (Jn. 19:11b).

Καὶ ἄλλο βιβλίον ἠνοίχθη, ὅ ἐστιν τῆς ζωῆς. La evidencia final se probará mediante la apertura *"de otro libro"*, que no es el de las obras, sino *el de la vida*. Este libro ya fue mencionado y considerado antes (3:5; 13:8; 17:8). En el están los nombres de todos los que han sido salvos por gracia mediante la fe (Ef. 2:8-9). Todo aquel cuyo nombre no figure en el libro de la vida, serán condenados eternamente. La apertura del libro de la vida pondrá de manifiesto a toda la multitud congregada delante del trono blanco, que ninguno de ellos figura registrado en él. Los que comparecerán ante Dios han rechazado la salvación durante su vida, la gracia se les ha extendido y no la tuvieron en cuenta. Cristo, que ocupa el trono como Juez, se presentó a ellos antes como Salvador, no importa en que tiempo y con que mensaje o figura, por tanto al rechazar al Salvador se encuentran inexorablemente con el Juez.

Καὶ ἐκρίθησαν οἱ νεκροὶ ἐκ τῶν γεγραμμένων ἐν τοῖς βιβλίοις κατὰ τὰ ἔργα αὐτῶν. Como se consideró antes, al no figurar el nombre de los convocados ante el trono blanco, en el libro de la vida, son juzgados por sus obras, esto es, conforme a lo que cada uno ha hecho. Es evidente que por las obras nadie se justificará delante de Dios (Ro. 3:20). El resultado del juicio *conforme a obras* no puede ser otro que la eterna condenación.

13. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras.

καὶ ἔδωκεν ἡ θάλασσα τοὺς νεκροὺς τοὺς ἐν αὐτῇ καὶ ὁ θάνατος
Y dio el mar los muertos los en él y la muerte
καὶ ὁ ᾅδης ἔδωκαν τοὺς νεκροὺς τοὺς ἐν αὐτοῖς, καὶ ἐκρίθησαν
y el Hades dieron los muertos los en ellos, y fueron juzgados
ἕκαστος κατὰ τὰ ἔργα αὐτῶν.
cada uno según las obras de ellos.

Notas y análisis del texto griego.

Prosigue el relato con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔδωκεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar, entregar, conceder*, *producir, señalar,* aquí como *dio*; ἡ, caso nominativo femenino singular del

artículo determinado *la*; θάλασσα, caso nominativo femenino singular del sustantivo *mar*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; νεκροὺς, caso acusativo masculino plural del sustantivo *muertos*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἐν, preposición de dativo *en*; αὐτῇ, caso dativo femenino singular del pronombre personal *él*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; θάνατος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *muerte*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ᾅδης, caso nominativo masculino singular del sustantivo *Hades*, lugar de los muertos perdidos, nunca denota *sepultura*, y personificado, como en ese caso, significa el destino temporal de los condenados; ἔδωκαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar, entregar*, aquí como *dieron*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; νεκροὺς, caso acusativo masculino plural del sustantivo *muertos*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἐν, preposición de dativo, *en*; αὐτοῖς, caso dativo masculino plural del pronombre personal *ellos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐκρίθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo κρίνω, *juzgar, emitir juicio*, aquí como *fueron juzgados*; ἕκαστος, caso nominativo masculino singular del adjetivo indefinido *cada uno*; κατὰ, preposición de acusativo, *en, por, según, de acuerdo con*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; ἔργα, caso acusativo neutro plural del sustantivo, *actos, acciones, obras*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos.*

Καὶ ἔδωκεν ἡ θάλασσα τοὺς νεκροὺς τοὺς ἐν αὐτῇ καὶ ὁ θάνατος καὶ ὁ ᾅδης ἔδωκαν τοὺς νεκροὺς τοὺς ἐν αὐτοῖς. El lugar de los muertos aparece personificado en el relato. En un lenguaje figurado se hace referencia a la sepultura de los muertos en general. En primer lugar menciona el mar, en el sentido de que los que murieron en él tienen una sepultura distinta a quienes fueron enterrados. Sin embargo, es necesario entender que no puede estar refiriéndose a la literalidad del mar, tal como lo conocemos hoy, puesto que toda la creación desapareció delante de Dios (v. 11). De la misma manera *la muerte y el Hades*, entregan sus muertos. Ambos términos expresan la realidad de morir y la condición a que acceden los perdidos después de la muerte física. Estos carceleros tendrán que entregar sus muertos, expresión literaria usada para indicar que no hubo ningún muerto que no compareciese delante del trono blanco de Dios. El Hades, traducido impropiamente por algunos como *infierno* o *sepulcro*, es la morada de las almas en estado intermedio entre la muerte física y el destino eterno, usado en ocasiones, incluso en el Apocalipsis, como sinónimo de tumba (cf. 6:8). El Hades expresa más bien un estado, el de separación definitiva de Dios, que un determinado lugar señalable Cuando Juan dice que el mar, la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos, está refiriéndose a la resurrección de todos los muertos para comparecencia ante el tribunal de Dios, aunque no se afirma explícitamente. No debe entenderse que las almas de quienes murieron en el mar, permanecieron en él hasta el día del juicio, sino que quiere decir que todos los muertos, los que murieron

ahogados en el mar, como todos los restantes, son llamados a juicio y ninguno puede evitar comparecer delante de Dios. Los lugares más inaccesibles entregarán los muertos que haya en ellos, para el momento supremo del encuentro final y definitivo con Dios. Quienes no le han tenido en cuenta en su vida, tendrán que presentarse ante Él para recibir la sentencia que es justa conforme a sus hechos. Los *carceleros*, tuvieron que entregar sus muertos. El Juez sentado en el trono tiene la autoridad suprema sobre la muerte y el Hades (Ap. 1:18b).

Inmediatamente a la comparecencia se producirá el juicio: καὶ ἐκρίθησαν ἕκαστος κατὰ τὰ ἔργα αὐτῶν, *"y fueron juzgados cada uno según sus obras"*. El juicio se establece sobre la base de las obras, es decir, de los hechos que prueban la condición de cada uno de los juzgados. Quien no acepta la gracia queda inexorablemente bajo el juicio de Dios, en relación con sus propias obras. No se trata de buscar lo positivo o negativo que haya hecho cada persona, sino la realidad de que ninguna obra humana podrá cancelar la deuda del pecado inherente y operativo. Es evidente que salvo la gracia, en aplicación de la obra redentora de la Cruz, nada puede cancelar la sentencia sobre el pecado (Ro. 6:23). Sólo el regalo de la gracia es vida eterna en Cristo Jesús (Ro. 6:23b). El inconverso muere en sus delitos y pecados y pasa por el juicio para condenación, cuyo grado será determinado por sus obras.

14. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda.

καὶ ὁ θάνατος καὶ ὁ ᾅδης ἐβλήθησαν εἰς τὴν λίμνην τοῦ πυρός.
Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago el de fuego.
οὗτος ὁ θάνατος ὁ δεύτερος ἐστιν, ἡ λίμνη τοῦ πυρός.
Esto la muerte la segunda es, el lago el de fuego.

Notas y análisis sobre el texto griego.

Sin solución de continuidad sigue con καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, femenino en castellano al referirse a *muerte*; θάνατος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *muerte*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ᾅδης, caso nominativo masculino singular del término transliteralizado *Hades*; ἐβλήθησαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo βάλλω, *lanzar, arrojar,* aquí como *fueron arrojados, o fueron lanzados;* εἰς, preposición de acusativo *a*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*, en castellano masculino, formando ambas palabras la contracción *al*; λίμνην, caso acusativo femenino singular del sustantivo *lago*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el*; πυρός, caso genitivo neutro singular del sustantivo declinado *de fuego*. La cláusula final se inicia con οὗτος, caso nominativo masculino singular del pronombre demostrativo *esto*, ὁ, caso nominativo

masculino singular del artículo determinado *el*, femenino en español; θάνατος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *muerte*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, femenino en español; δεύτερος, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral ordinal articular, *segunda*; ἐστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *es*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; λίμνη, caso nominativo femenino singular del sustantivo *lago*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el*; πυρός, caso genitivo neutro singular del sustantivo declinado *de fuego.*

Καὶ ὁ θάνατος καὶ ὁ ᾅδης ἐβλήθησαν εἰς τὴν λίμνην τοῦ πυρός. La muerte y el Hades aparecen aquí personificados. Los dos elementos relacionados con la muerte, son lanzados al lago de fuego donde estaban ya el Diablo, el Anticristo y el falso profeta. La muerte es el último enemigo del hombre, a causa del pecado, que será eliminado (1 Co. 15:26). Como último enemigo la muerte será abatida. Aquí como en otras partes de la Biblia se presenta personificada como enemiga de Dios y de los hombres. La muerte quedará inoperante porque en el reino eterno de Dios no habrá muerte. Los resucitados para vida eterna serás revestidos de inmortalidad (1 Co. 15:53). Las naciones de la nueva creación tendrán vida a perpetuidad, con ausencia total de muerte (Ap. 21:4; 22:2). Por tanto la muerte ya no podrá alcanzar nuevas víctimas.

Οὗτος ὁ θάνατος ὁ δεύτερος ἐστιν, ἡ λίμνη τοῦ πυρός. El lugar definitivo de ella corresponde al lugar donde se manifiesta *la segunda muerte,* con los que experimentan la muerte definitiva o eterna de todos aquellos que han muerto sin Cristo, y por tanto, sin Dios y sin esperanza, en un estado de eterna separación de Dios. Como figura de quien mató a todos los hombres a lo largo de la historia, la muerte personificada, es lanzada al mismo lugar en que estarán los más viles pecadores. No podrá ser experimentada en plena realidad la vida eterna hasta que la muerte sea eliminada en acción operativa en todo el universo. Sin duda los creyentes tienen vida eterna y la sienten y viven como realidad personal y espiritual, pero, no es menos cierto que también los creyentes poseedores de la vida eterna, mueren. La experiencia absoluta de lo que es la vida eterna se manifestará cuando los que la tienen ya por gracia, la disfruten sin límite alguno y, por tanto, sin muerte física. La muerte vino como consecuencia del pecado (Ro. 5:12), por tanto, donde no hay pecado ni puede haberlo, tampoco es posible la muerte. En cambio, donde hay pecado por siempre y donde no es posible evitar que exista, allí estará presente la muerte. Como segunda consecuencia lógica es que sin muerte tampoco hay Hades. El lugar de los muertos no tiene posibilidad en la nueva creación de Dios. Ya no habrá más temor al sepulcro, porque no habrá muerte jamás. Juan ofrece la realidad, en un lenguaje figurado, que la muere y la tumba, han llegado a su

término definitivo. En la nueva creación de Dios solo quedará la vida, la *vida eterna* como disfrute y posesión eterna de todos los salvos.

Por contraste la visión se extiende al reino de la muerte eterna, llamada aquí ὁ θάνατος ὁ δεύτερος, *"la muerte segunda"*. Muerte en la Biblia, como se ha dicho antes, no es una situación de término, sino un estado de separación. La muerte segunda no es, por tanto, el sentido de término de la vida, sino una esfera de realidad espiritual definitiva. Es el estado de separación eterna, sin posibilidad de remisión entre el pecador y Dios. Es muerte, por cuanto no hay ligazón con Dios, que es la única fuente de vida (Jn. 1:4). Es el estado de estar siempre muriendo sin acabar de morir jamás. Es la muerte eterna en contraste con la vida eterna. Será el cumplimiento de la enseñanza y advertencia del Señor: *"irán estos al castigo eterno"* (Mt. 25:46). el castigo es eterno. Algunos piensan que hablar de un castigo eterno no hace honor a Dios. Ya se ha considerado esto antes, baste aquí apuntar alguna referencia bíblica que confirma, como Palabra de Dios, la realidad del infierno en donde se vive la eterna condenación de los perdidos en un castigo eterno (cf. 18:8; Mr. 9:48; 2 Ts. 1:9; Jd. 13; Ap. 20:10). El castigo eterno es la expresión de un tiempo indefinido y continuo. Debe entenderse que *eternidad* es un concepto semejante a *atemporalidad*. La eternidad no es la extensión indefinida del tiempo, sino la ausencia total de tiempo. El tiempo se detiene para los que son enviados al castigo y se hace eterno, es decir, no transcurre tiempo en esa situación que se hace definitiva como forma absoluta de vida, excluidos de la presencia de Dios y de su gloria (2 Ts. 1:9). El infierno es un lugar de tormento. Todos en el lago de fuego tendrán una existencia perpetuamente atormentada, ya que no se trata de un lugar de aniquilación sino de vida atormentada. Dios se ha limitado a confirmar la elección que estos hombres hicieron en su vida. No quisieron tener a Dios en cuenta; no aceptaron la gracia para salvación; eligieron la condenación y reciben lo que había sido su elección en vida. Será estar siempre muriendo sin acabar de morir. Es lo que la Biblia llama *la muerte segunda* (Ap. 20:14; 21:8). Nadie debe llamarse a engaño, pues toda oportunidad de salvación concluye con la muerte física del ser humano. Todos deben entender que el Soberano a decretado para el hombre que *"muera una sola vez y después de esto el juicio"* (He. 9:27). En la nueva creación de Dios habrá un lugar donde esté eternamente encerrado todo cuanto tiene que ver con la muerte, que será el *lago de fuego*. En tal lugar solo habrá muerte que, como dice el profesor Bartina, *"es la petrificación en el pecado, que es odio a Dios"*[20]. La muerte segunda es la separación eterna del hombre y Dios, a consecuencia irresoluble ya del problema del pecado.

---

[20] Sebastián Bartina. o.c., pág. 824.

15. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.

καὶ εἴ τις οὐχ εὑρέθη ἐν τῇ βίβλῳ τῆς ζωῆς γεγραμμένος, ἐβλήθη
Y si alguno no fue hallado en el libro de la vida escrito fue lanzado
εἰς τὴν λίμνην τοῦ πυρός.
al lago el de fuego.

Notas y análisis del texto griego.

Concluye la serie de visiones, relacionando está última con lo que antecede mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; estableciendo una cláusula condicional mediante εἰ, conjunción *si*; unida a τις, caso nominativo masculino singular del pronombre indefinido *alguno*; οὐχ, forma escrita que adquiere el adverbio de negación οὐ, *no*, cuando precede a una vocal con espíritu áspero y que negativiza a εὑρέθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo εὑρίσκω, *hallar*, aquí *se halló, fue hallado, se encontró*; ἐν, preposición propia de dativo *en*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*, masculino en castellano si se refiere a *libro*; βίβλῳ, caso dativo femenino singular del sustantivo *libro, rollo escrito*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ζωῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *vida*; γεγραμμένος, caso nominativo masculino singular del participio perfecto en voz pasiva del verbo γράφω, *escribir,* aquí como *escrito*; ἐβλήθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo βλέπω, *lanzar, arrojar,* aquí como *fue arrojado, o fue lanzado*; εἰς, preposición de acusativo *a*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; λίμνην, caso acusativo femenino singular del sustantivo *lago*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el, lo*; πυρὸς, caso genitivo neutro singular del sustantivo declinado *de fuego*.

Καὶ εἴ τις οὐχ εὑρέθη ἐν τῇ βίβλῳ τῆς ζωῆς γεγραμμένος, ἐβλήθη εἰς τὴν λίμνην τοῦ πυρός. Juan describe aquí el fin definitivo de quien no tiene salvación. El registro en el *libro de la vida*, condiciona el lugar para la eternidad. Mediante una cláusula condicional negativa con *el que*, o *si alguno*, seguida de una negación enfática *no*, hace referencia a la situación de todo aquel que haya muerto sin Cristo. Para los tales no hay posibilidad alguna de salvación.

La advertencia de la Escritura es continua: *"El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida"* (1 Jn. 5:12). La vida que mana del Hijo se comunica a quien tiene al Hijo. Tener al Hijo, equivale a tener a Dios (1 Jn. 2:23). Tener a Cristo es estar unido a Él por la fe, morando Él en el creyente y el creyente en Él. El único modo de tener vida es creer en el Hijo de Dios (Jn. 3:36; 3:15). Cristo es la vida, y la fuente de vida (Jn. 14:6), y también el único Salvador (Hch. 4:12), así como el único camino a Dios y, por tanto, a la vida eterna (Jn. 14:6). La muerte, como ausencia de vida comunicada por Dios,

es la consecuencia de no tener al Hijo, es decir, quien se niega a reconocer a Jesús como Salvador y como Hijo de Dios, nunca tendrá vida eterna, por eso Él dijo: *"Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna"* (Jn. 3:16). Todos los que sin Dios vivieron, sin Dios mueren y sin Dios se pierden para siempre.

Los no salvos serán lanzados al lago de fuego, para hacer compañía eternamente a Satanás, con todos los demonios, al Anticristo y al falso profeta. Es la compañía elegida voluntariamente durante la vida, cuya decisión se expresa al no aceptar el don de Dios y no someterse a Su voluntad. La eternidad sin Dios es un infierno sin término. La idea de una destrucción final de los malvados es un buen recurso para los sentimientos del hombre, pero no tiene base bíblica probada. Como énfasis marcado, el *lago de fuego*, se menciona tres veces en los dos versículos, advirtiendo a todos del estado definitivo de quienes mueren sin salvación. Si todos los que comparecieron ante el trono blanco de Dios, fueron *"juzgados según sus obras"* y todos ellos lanzados al lago de fuego, quiere decir que nadie será salvo por obras. La salvación se encuentra sólo en Cristo Jesús, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn. 1:29), y se recibe como don de la gracia, mediante la fe (Ef. 2:8-9). La perspectiva de condenación eterna para quienes mueren sin Cristo, confirma, una vez más, la verdad bíblica que *"no hay justo ni aún uno"* (Ro. 3:10), y que la justificación no es posible en ningún caso por obras de justicia, sino por la fe en Jesucristo.

Será necesario recordar que, a la luz de la enseñanza general de la Escritura, el acceso al reino de los cielos, tanto en su dimensión escatológica como en la espiritual presente, sólo es posible mediante el nuevo nacimiento (Jn. 3:3). Quien no haya nacido de nuevo y sea regenerado por el Espíritu ni verá, ni entrará en el reino (Jn. 3:5). En la presencia del Señor, el Santo de los santos, no puede coexistir la iniquidad o el pecado con la comunión con Él. En el reino de Dios, no importa cual sea la expresión de éste, la santidad es imprescindible para vivir en relación correcta con Dios. Será bueno recordar la enseñanza del Salmo: *"¿Quién subirá al monte de Jehová? ¿Y quién estará en su lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón; el que no ha elevado su alma a cosas vanas, ni jurado con engaño. Él recibirá justicia del Dios de salvación"* (Sal. 24:3-5). La justicia se alcanza por fe en el Salvador, puesto que nadie puede alcanzar la dimensión de perfección que Dios demanda para acceder a Su presencia, sin embargo, dice que *"Tal es la generación de los que le buscan, de los que buscan tu rostro, oh Dios de Jacob"* (Sal. 24:6). Los creyentes no tienen otra opción de vida que no sea la santidad. No significa esto un esfuerzo descomunal y sobrehumano para llevarlo a cabo, sino simplemente, la entrega incondicional en manos del Espíritu, lo que el apóstol expresa como

"andad en el Espíritu" (Gá. 5:16). La fuerza humana en la santificación es inútil, pero no así la fuerza de Dios en el creyente, que lo hace posible: *"Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad"* (Fil. 2:13). La vida victoriosa consiste en vivir a Cristo. Hay algunos que se esfuerzan en santificarse por obras, olvidando que la santificación es uno de los momentos de la salvación y tiene que llevarse a cabo de la misma manera que la justificación, mediante la fe. La victoria que vence al mundo no es la fuerza del creyente, sino la de Dios en él, por medio de la dependencia en fe (1 Jn. 5:4). La vida cristiana no es asunto de religión, sino de comunión con Cristo. Cuando el Espíritu Santo deja de actuar en el creyente, su poder que permite la santificación real, es sustituido por la acción religiosa del hombre, que establece normas, reglas, costumbres y otras expresiones de piedad aparente, que no tienen significado alguno sobre la carne, porque también son carne (Col. 2:20-23). No sirve de nada una forma de vestir cuando hay un corazón lleno de rencor; no vale para nada unos labios femeninos sin pintura, si hay una lengua llena de maledicencia; no sirve de nada la asistencia puntual a las reuniones, el ejercicio del liderazgo, la dedicación de tiempo a las tareas de la iglesia, si no hay también un corazón lleno de amor por los hermanos; no sirve hablar de ortodoxia bíblica, si no hay comunión con todos los que han nacido de nuevo. La santidad externa es abominación a Dios, sino es el resultado de un corazón lleno de Dios (Is. 29:13). Los creyentes en la actual dispensación, poseen ya una naturaleza celestial y son un pueblo de condición celestial, al haber resucitado con Cristo y estar, posicionalmente, sentados con Él en los lugares celestiales (Fil. 3:20-21; Ef. 2:6). La misión del cristiano es mostrar ya ahora, mediante su vida de testimonio, esa condición celestial, procurando objetivos celestiales y vida santa (Col. 3:1-3). Si bien es cierto que el juicio de condenación ha sido absolutamente cancelado para el salvo, cada creyente tendrá que comparecer ante el tribunal de Cristo, para examen de su vida personal (2 Co. 3:10).

CAPÍTULO XXI

LA NUEVA JERUSALÉN

Introducción.

Con la escena del gran trono blanco y el juicio de los pecadores perdidos, concluye la descripción profética de la acción de Dios sobre un mundo arruinado por el pecado. A la destrucción de Babilonia y el sistema establecido por Satanás en oposición a Dios, siguió la experiencia admirable de un reinado de paz bajo el gobierno personal del Mesías, Jesucristo, el Hijo de Dios. La rebelión de las gentes, luego de la liberación de Satanás, puso de manifiesto la condición natural del hombre no regenerado de abierta oposición a Dios y de rebeldía a su voluntad, provocando inexorablemente la acción judicial y definitiva de Dios sobre la situación producida por el pecado, mediante la derrota de los opositores y la cancelación de la presencia del pecado, situando a los perdidos en el lugar de eterna condenación y a los salvos en una nueva creación cuya principal característica será la ausencia del pecado y de las huestes de maldad. Los perdidos serán definitivamente apartados para una eternidad sin esperanza, junto con el principal instigador de todo pecado que es Satanás. El libro toma, en los dos capítulos finales, una visión renovada de lo que será el futuro conforme al programa de Dios. En contraste con la Babilonia de los hombres destruida para siempre, aparece la nueva Jerusalén, salida de la mano de Dios, que ofrece la dimensión nueva de la nueva creación que Dios hará, en la cual, el pecado no la afectará nunca jamás. Es el esplendor y señorío eterno del reino de Dios. Todo es nuevo en estos dos capítulos. Nuevos cielos, nueva tierra, nueva ciudad y nueva relación de Dios con los hombres. Un ángel enseña a Juan los aspectos generales de la Ciudad Santa, la Nueva Jerusalén. Sin embargo, el lenguaje del hombre es insuficiente e incapaz para expresar la gloria de la nueva dimensión que Dios prepara para el eterno y glorioso futuro en su nueva creación. Juan debe recurrir, conducido por el Espíritu, a las mayores glorias que el lenguaje humano pueda expresar para describir lo que será ese admirable futuro. Los detalles de la Ciudad Santa sólo pueden describirse mediante símiles con las piedras preciosas, las perlas, y el oro. Todo ello como sombra de lo que será la impactante realidad del futuro. El esplendor su construcción no es mayor que el de sus condiciones morales. La presencia de Dios, la ausencia de dolor y muerte, la tranquila paz de sus habitantes, son muestras de lo que el Señor prepara para los suyos. La promesa del Señor de preparar este lugar, alcanza en el relato dimensiones sobrecogedoras. El lenguaje figurado que utiliza Juan, permite al lector percibir un atisbo de la grandeza de la nueva creación de Dios.

La división del pasaje para su estudio es la que se ha dado antes en el Bosquejo del Libro:

1. El estado eterno (21:1-22:5).
    - 1.1. El descenso de la nueva Jerusalén (21:1-8).
    - 1.2. Descripción de la nueva Jerusalén (21:9-27).
        - 1.2.1. La ciudad y su gloria (21:9-11).
        - 1.2.2. El muro de la ciudad (21:12-14).
        - 1.2.3. Las medidas de la ciudad (21:15-17).
        - 1.2.4. Los materiales del muro y de las puertas (21:18-21).
        - 1.2.5. Otros aspectos de la ciudad (21:22-27).

El estado eterno (21:1-22:5).

El descenso de la nueva Jerusalén (21:1-8).

1. Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más.

Καὶ εἶδον οὐρανὸν καινὸν καὶ γῆν καινήν. ὁ γὰρ πρῶτος οὐρανὸς
Y vi cielo nuevo y tierra nueva. Pues el primer cielo
καὶ ἡ πρώτη γῆ ἀπῆλθαν καὶ ἡ θάλασσα οὐκ ἔστιν ἔτι.
y la primera tierra pasaron y el mar no es más.

Notas y análisis del texto griego.

Una nueva escena se introduce vinculándola con lo que antecede mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de εἶδον*,* primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* aquí como *vi*; οὐρανὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *cielo*; καινὸν, caso acusativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *nuevo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; γῆν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *tierra*; καινήν caso acusativo femenino singular del adjetivo que expresa la condición de *nueva*. La causa de esta nueva creación es: ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; seguido de la conjunción causal γάρ, *porque*, que en español precede al artículo y que actúa como *conjunción coordinativa*; πρῶτος, caso nominativo femenino singular del adjetivo numeral ordinal *primer*; οὐρανὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo *cielo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; πρώτη, caso nominativo femenino singular del adjetivo articular numeral ordinal *primera*; γῆ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *tierra*; ἀπῆλθαν, tercera persona plural del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἀπέρχομαι, *alejarse, marcharse, irse*, aquí como *se fueron, pasaron*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; θάλασσα, caso nominativo femenino singular del sustantivo *mar*; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el

grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a ἔστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *es*; ἔτι, adverbio que equivale a *aún, todavía, más*.

Καὶ εἶδον οὐρανὸν καινὸν καὶ γῆν καινήν. Con la forma reiteradamente habitual en el libro, Juan describe una nueva visión, en la que aparece una creación nueva. El adjetivo que utiliza para referirse a *nuevo* denota lo que es nuevo en calidad, no lo que es novedoso en el tiempo, en contraste con lo que es viejo. Los cielos nuevos y la tierra nueva parece ser la *recreación* de la anterior. Es algo tan diferente a la creación actual que debe calificase como *nueva*. En el capítulo anterior se pudo apreciar la *desaparición* de todo cuanto existe ahora, ante la presencia del que estaba sentado en el trono. Ya se indicó antes que se trata, sin duda, de lo que el apóstol Pedro enseña sobre la acción divina que, por medio del fuego, disuelve toda la creación actual para dar paso a una nueva. El cielo *anterior* y la tierra *anterior* pasaron, es decir, no existirán ya más como tales. Esta creación nueva es algo anunciado ya por los profetas del Antiguo Testamento: *"Porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra; y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento"* (Is. 65:17). De esa nueva creación, en figura anticipativa, se produjo un cambio extraordinario durante el milenio, sin embargo, aquí no es una transformación, sino una nueva creación. En los apócrifos de la literatura judía, se encuentran referencias a que de un caos surgirá un mundo nuevo[1], totalmente distinto[2]. Aunque la literatura apócrifa no es inspirada y, por tanto, no puede considerarse como base sustentante de doctrina, es interesante apreciar que la idea de una nueva creación estaba en la mente de los escritores religiosos hebreos. La pregunta teológica que suscita diversas posturas sobre esto es determinar si los cielos nuevos y la tierra nueva salen enteramente de la nada, como se ocurrió al principio de la creación, o más bien se trata de una profunda transformación que el fuego operó sobre el universo actual, reduciéndolo a cenizas, es decir, a un *caos* producido por el fuego, para dar paso, por el poder omnipotente de Dios a un nuevo *cosmos.* Las explicaciones más comunes son tres: 1) Que se trata de un paso de lo *corruptible* a lo *incorruptible*, es decir, una nueva dimensión celestial que brota de el estado actual como en una nueva creación. 2) Que el universo actual pasará a otro esencialmente idéntico. 3) La tercera postura entiende que el mundo actual será preservado definitivamente de todo modo movimiento subversivo en relación con Dios, lo que es ya una nueva creación. Esta última posición descansa específicamente en el alegorismo bíblico.

En ese sentido escribe el profesor Bartina:

---

[1] Esd. 7, 29s. 75.
[2] Henoc 72:1; 91:16.

"En realidad no se trata de una nueva creación, sino de una nueva forma del mundo actual, que simboliza el estado absolutamente perfecto del venidero. En la mentalidad judía, cuando Dios interviene de una manera extraordinaria en la historia de la salud, toca la misma creación insensible. Para el primer hombre, Dios creó cielo, mar y tierra, según está escrito en el Génesis. Después del diluvio hay como una nueva creación, y Noé ve una tierra nueva. Al final de los tiempos, cuando las cosas cambien definitivamente en la historia de la salud, el cielo y la tierra tendrán que ser nuevos (2 P. 3:10-13; Mt. 19:28). Además hay una gradación sutil en el mismo Apocalipsis. Los terremotos son indicio de una peculiar intervención divina en el mundo (8:5; 11:19). Cuando ya la razón de intervenir es mayor, se mueven de sus sitios los montes y las islas (6:14)"[3].

El modo interpretativo debe ser, en todo lo posible, el gramático-histórico-literal, salvando las figuras de dicción propias del lenguaje figurado. No hay ninguna razón aquí para interpretar esto de otro modo que no sea lo que el lenguaje dice: Καὶ εἶδον οὐρανὸν καινὸν καὶ γῆν καινήν. ὁ γὰρ πρῶτος οὐρανὸς καὶ ἡ πρώτη γῆ ἀπῆλθαν καὶ ἡ θάλασσα οὐκ ἔστιν ἔτι, *"vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron"*. Juan expresa una realidad absoluta en la revelación de la visión que tuvo, cuando afirma que vio como los cielos y la tierra *huyeron*, quiere decir esto, que todo cuanto hay actualmente desparecerá tal como es, para dar paso a una nueva creación que la sustituirá absolutamente. Debemos recordar que el apóstol Pablo enseña que *"la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios"* (Ro. 8:21). El reino milenial fue simplemente un anticipo ejemplar de lo que ocurrirá en la nueva creación de Dios, quien creará mediante su omnipotencia y el poder de su palabra, un cielo nuevo y una nueva tierra en donde se manifestará la comunión absoluta de Él con sus redimidos, tanto los que vivan una vida en la tierra nueva, como quienes en cuerpo glorificado estarán en la ciudad celestial sin impedimento para gozar de toda esa nueva creación.

El apóstol Pedro describe el modo como Dios disolverá esta creación actual: *"…esperándonos y apresurándonos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados se fundirán"* (2 P. 3:12). La creación actual se deshará y sus elementos se funden por el fuego. Pedro enseña que los cielos *encendiéndose* serán deshechos. Los cielos actuales, que comprenden todo el universo estelar serán deshechos. Los elementos, todo cuanto forma la actual creación ordenada, se *fundirán*. Es interesante notar que el apóstol utiliza palabras que indican un cambio, pero no una desaparición absoluta, que conduzca la creación actual al

---

[3] Sebastián Bartina. o.c., pág. 826.

estado de no-existencia, para hacer surgir a la existencia una nueva creación como la primera. La purificación de la creación por medio del fuego, permitirá a Dios utilizar los recursos ya creados para producir una nueva creación. Los cielos nuevos y la tierra nueva fueron profetizados por Isaías (Is. 65:17; 66:22). La nueva creación será liberada de la esclavitud de la corrupción a causa del pecado (Ro. 8:21).

Una interesante manifestación de Juan es que en la visión de la nueva creación, καὶ ἡ πρώτη γῆ ἀπῆλθαν καὶ ἡ θάλασσα οὐκ ἔστιν ἔτι,*“el mar ya no existía más”*. ¿Quiere decir esto que el mar, como lo conocemos hoy habrá desaparecido en la nueva creación? Más adelante se observa que hay árboles y un río. ¿Qué significa esta afirmación? ¿Se trata de un simple cambio en la geografía o geofísica del planeta? Pudiera ser entendido simplemente como una referencia literal a la no existencia del mar físico, como hoy lo tenemos. Sin embargo, el término *mar*, se ha venido usando en el libro en sentido espiritual, como expresión de inseguridad e inquietud. De ese modo el Anticristo fue visto por Juan como una bestia que subía del mar (13:1). Ya se dijo entonces que también el profeta Daniel vio cuatro bestias que subían del mar (Dn. 7:17), en cuya revelación se trataban de cuatro imperios que surgían de entre las naciones de la tierra. El término *mar* se usa en la Biblia, en lenguaje figurado, para referirse a confusión: *“Los impíos son como el mar en tempestad, que no puede estarse quieto, y sus aguas arrojan cieno y lodo. No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos”* (Is. 57:20-21). Dos aspectos merecen ser destacados en el texto de la profecía: en primer lugar la inquietud que rodea a las naciones formadas y gobernadas por los impíos, donde se manifiesta el pecado en toda la dimensión y expresión posible y donde la contaminación espiritual se expresa como un mar mezclado con cieno y lodo; en segundo lugar la falta de paz. Es también símbolo de las naciones bajo el control pecaminoso de Satanás, por tanto símbolo de rebelión, comparable a las multitudes que se encrespan contra Dios (Is. 57:20). En la nueva creación de Dios, todo cuanto tiene que ver con pecado, corrupción, rebeldía e inquietud, habrá desaparecido de ahí, que más bien deba considerarse aquí *“el mar”*, como expresión simbólica más que como realidad física. Con todo, no debe esto permitir una interpretación alegórica de todo cuanto sigue, sino concretamente en este asunto específico, puesto que ya se ha mencionado como tal, en forma figurada, en otro lugar anterior del mismo libro.

2. Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido.

καὶ	τὴν	πόλιν	τὴν	ἁγίαν	Ἰερουσαλὴμ	καινὴν	εἶδον	καταβαίνουσαν
Y	la	ciudad	la	santa	Jerusalén	nueva	vi	que descendía

ἐκ τοῦ οὐρανοῦ ἀπὸ τοῦ Θεοῦ ἡτοιμασμένην ὡς νύμφην
del cielo desde - Dios preparada como esposa
κεκοσμημένην τῷ ἀνδρὶ αὐτῆς.
adornada para el esposo de ella.

Notas y análisis del texto griego.

De la misma forma habitual para introducir una nueva visión, Juan acude a καὶ, conjunción copulativa *y*, como elemento vinculante; seguida de τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; πόλιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *ciudad*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἁγίαν, caso acusativo femenino singular del adjetivo articular *santa*; ʾΙερουσαλὴμ, caso acusativo femenino singular del nombre propio *Jerusalén*; καινὴν caso acusativo femenino singular del adjetivo que expresa la condición de *nueva*; εἶδον, primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* aquí como *vi*; καταβαίνουσαν, caso acusativo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo καταβαίνω, *venir abajo, descender,* aquí como *que desciende*, traducida en pasado para dar mayor concordancia al relato; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; ambas palabras forman en castellano la contracción *del*; οὐρανοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *cielo*; ἀπὸ, preposición de genitivo *de, desde, procedente de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, no utilizado en español por estar vinculado a nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *Dios*; ἡτοιμασμένην, caso acusativo femenino singular del participio perfecto en voz pasiva del verbo ἑτοιμάζω, *preparar, disponer,* aquí como *preparada*; ὡς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; νύμφην, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *novia, esposa*; κεκοσμημένην, caso acusativo femenino singular del participio perfecto en voz pasiva del verbo κοσμέω, *adornar, arreglar, ataviar*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo declinado *para el*; ἀνδρὶ, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota, *varón, hombre, esposo*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal *de ella*.

Καὶ τὴν πόλιν τὴν ἁγίαν ʾΙερουσαλὴμ καινὴν εἶδον. La expresión *"yo Juan"*, no aparece en los mss y probablemente se haya introducido por un traductor, por cuanto la referencia a Juan aparece en el texto como sujeto del verbo *vi*. El apóstol vio como descendía desde el cielo a la tierra la *nueva Jerusalén*. La ciudad será descrita en detalle en el capítulo siguiente. La ciudad terrenal de Jerusalén será restaurada para el reino milenial, pero nada tiene que ver con la Jerusalén Celestial. La nueva creación tendrá una nueva capital, la *nueva Jerusalén*, en contraste con Babilonia, la que fue capital del antiguo sistema diabólico, cuya máxima expresión se alcanzará en el reinado del Anticristo. La Nueva Jerusalén no es una novedad de la revelación del Apocalipsis, sino que en el Nuevo Testamento se hacen varias referencias a ella, con distintos nombres; así se le llama *Jerusalén celestial* (He. 12:22-24);

Jerusalén de arriba (Gá. 4:26); *la ciudad de mi Dios* (Ap. 3:12); *La gran ciudad santa* (Ap. 21:10). El Nuevo Testamento enseña que esta ciudad es la verdadera patria de los santos, tanto de la Iglesia, como de otras dispensaciones, ya que es la morada de *"los justos hechos perfectos"* (He. 12:23). Se suele hablar de ella como del *cielo*, pero, realmente el *cielo* es ahora la morada temporal de los santos que duermen en fe (Ap. 6:9-11; 2 Co. 5:8; Fil. 1:23). Desde ese lugar donde están los redimidos en la presencia de Dios, descenderá la ciudad santa, lugar donde todos los salvos morarán unidos con Dios y Dios se hará presente en ella, en la nueva creación.

Καταβαίνουσαν ἐκ τοῦ οὐρανοῦ ἀπὸ τοῦ Θεοῦ. Juan enfatiza que la vio descender del cielo, de Dios. El verbo está en participio de presente, como si la acción estuviese ocurriendo en el momento en que se describe, es decir, ante los ojos mismo del profeta. Esta forma verbal favorece la idea de que la Nueva Jerusalén, existía ya en el cielo antes de descender a la tierra. Es necesario recordar la promesa del Señor: *"Voy, pues, a preparar lugar para vosotros, Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis"* (Jn. 14:2b-3). El hecho del traslado de la Iglesia, recogida por el Señor, conlleva también la realidad de la ciudad celestial, prometida por el Señor para los suyos. Durante el milenio, la ciudad santa descenderá hasta situarse sobre la tierra, ya que Juan, en la referencia anterior a la ciudad santa afirma que *"desciende"*, en el mismo modo verbal que aparece en el versículo que se comenta, lo que hace pensar que la ciudad descendió antes hasta situarse en torno a la tierra, durante el milenio, siendo retirada durante la purificación de la creación actual para hacerla descender definitivamente hasta posarse sobre la nueva tierra. La nueva Jerusalén baja *desde Dios*, es decir, Dios mismo que la tenía consigo, la hace descender sobre la tierra, posiblemente el lugar donde estaba durante la creación de nuevos cielos y nueva tierra sea el *cielo empíreo*, donde Dios se manifiesta en su morada y donde está Su trono de soberanía.

La ciudad que desciende se le llama τὴν πόλιν τὴν ἁγίαν, *la ciudad santa*. Primeramente porque en ella no existirá jamás pecado alguno, ni cosa profana e impura (v. 27); en segundo lugar porque la presencia de Dios y del Cordero en ella (v. 22), la hace santa. La gloria de la ciudad sobrepasa absolutamente todo cuanto pudo haber de glorioso en la Jerusalén terrenal, e incluso en cualquier lugar de la actual creación de Dios, en donde Su presencia se halla podido manifestar.

῾Ητοιμασμένην ὡς νύμφην κεκοσμημένην τῷ ἀνδρὶ αὐτῆς. La ciudad santa se muestra como *dispuesta*, esto es, *preparada, dispuesta*, como una novia que se atavía para el esposo. La ciudad se ve arreglada y hermoseada como una novia que se arregla –de ahí la raíz del verbo griego que tiene que ver

con cosmético en castellano- se adorna para el encuentro con su marido. La figura de la novia no se aplica aquí al pueblo de Dios, sino a la morada que Cristo preparó para ese pueblo. Es necesario entender que la Iglesia habrá sido presentada ya como esposa del Cordero, en el traslado a Su presencia, antes de la tribulación y del milenio (Ap. 19:7, 8). De esa misma presentación habla el apóstol Pablo: *"A fin de presentársela a Sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha"* (Ef. 5:27). ¿Quién es, en realidad la novia, la ciudad, la Iglesia o los habitantes de la ciudad? La identidad ofrece tres posiciones: 1) La novia es la Iglesia. Es la más generalizada, aunque precisa algunas matizaciones. 2) La novia es una nueva *Jerusalén* israelita, como entiende Andrews J. Speed[4]. 3) La novia es la ciudad de todos los redimidos. Esta última posición es la más concordante con la enseñanza de la Carta a los Hebreos (He. 12:22-24). Hay una figura de lenguaje que permite tomar el contenido por el continente, en ese sentido por sinécdoque, incluye también a la Iglesia, aunque no sea la única moradora en ese lugar. En tal sentido puede entenderse que para la nueva Jerusalén se establece una relación *esposa-ciudad*, usándola como antes se usó la relación *esposa-iglesia*, ya que en la ciudad santa estará también la iglesia, aunque en ella habrá otros habitantes. Además, la ciudad santa será el tabernáculo de Dios con los hombres (v. 3), y en ese sentido, todos los redimidos tendrán acceso a ella, que mantendrá las puertas abiertas para todos. La ciudad se muestra *ataviada*, como una novia que se prepara para el encuentro con su esposo.

3. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y Él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios.

καὶ ἤκουσα φωνῆς μεγάλης ἐκ τοῦ θρόνου λεγούσης· ἰδοὺ ἡ σκηνὴ
Y oí voz grande del trono que decía: He aquí el tabernáculo
τοῦ Θεοῦ μετὰ τῶν ἀνθρώπων, καὶ σκηνώσει μετ᾽ αὐτῶν, καὶ αὐτοὶ
- de Dios con los hombres y morará con ellos y ellos
λαοὶ[1] αὐτοῦ ἔσονται, καὶ αὐτὸς ὁ Θεὸς μετ᾽[2] αὐτῶν ἔσται αὐτῶν
pueblos de Él serán y Él mismo - Dios con ellos será de ellos
Θεός
Dios.

Notas y análisis del texto griego.

Critica textual. Alternativa de lectura.

[1] λαοὶ, *pueblos*, lectura de seguridad media, atestiguada en א, A, 046, 1, 94, 2042, 2053, 2081, it[ar], Ireneo[lat], Andrés[a, bav].

---

[4] Andrews J. Speed. *"The Fulfilling of a Plan*, pág. 29.

λαός, *pueblo*, como aparece en P, 051, 1006, 1611, 1854, 1859, 2020, 2065, 2073, 2138, 2432, it[c, dem, div, gig, haf], vg, syr[ph, h], cop[sa, bo], arm, eth, Ticonius, Ambrosio, Agustín, Primasius, Andrés[c, p], Aretas.

[2] μετ᾽ αὐτῶν ἔσται αὐτῶν Θεός, *con ellos será de ellos Dios*, lectura poco segura, atestiguada en A, 2053[comm], it[c, dem, div, haf], vg, syr[ph, h], eth, Ireneo[lat], Tyconius, Ambrosio, Apringius, Ps-Ambrosio, Beatus.

μετ᾽ αὐτῶν ἔσται Θεός αὐτῶν, *con ellos será Dios de ellos*, como figura en 1854, 2065, 2432, it[ar].

μετ᾽ αὐτῶν ἔσται ὁ Θεός, *con ellos será el Dios*, que se lee en 2053[txt].

ἔσται μετ᾽ αὐτῶν Θεός αὐτῶν, *será con ellos Dios de ellos*, como figura en P, 051, 2042, 2073, Andrés[a, bav].

μετ᾽ αὐτῶν ἔσται Θεός, *con ellos estará Dios*, que se lee en 1006,1611.

ἔσται μετ᾽ αὐτῶν, *estará con ellos*, como aparece en א, 1, 2081, cop[bo], eth, Ambrosio, Agustín, Primasius, Andrés[b,e].

μετ᾽ αὐτῶν ἔσται, *con ellos estará*, lectura en 046, 94, 1859, 2020, 2138, it[gig], Ireneo, Haymo, Aretas.

Sigue el relato con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἤκουσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκούω, *oír*, aquí como *oí*; φωνῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *voz, sonido, ruido*; μεγάλης, caso genitivo femenino singular del adjetivo *grande*; ἐκ, preposición de genitivo, *de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, unidos ambos términos en la contracción castellana *del*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *trono*; λεγούσης, caso genitivo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir*, aquí como *que dice*, traducido habitualmente en tiempo pasado para establecer una mejor concordancia en la oración. La segunda cláusula se inicia con una advertencia enfática con ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia, *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; σκηνὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *tienda de campaña, tabernáculo*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, no utilizable en español al ir vinculado a nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre declinado *de Dios*; μετὰ, preposición de genitivo *con*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; ἀνθρώπων, caso genitivo masculino plural del sustantivo genérico *hombres,*

humanidad, personas; καὶ, conjunción copulativa *y*; σκηνώσει, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo σκηνόω, *habitar, establecerse, vivir, morar*, literalmente *habitar con ellos en tienda,* equivaldría a un posible verbo que se definiera como *tabernaculear*; seguido de la preposición de genitivo μετ' en la forma que toma la preposición μετά delante de vocal y que significa *con*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *ellos*; ἔσται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *será*; αὐτῶν, caso dativo masculino plural del pronombre persona declinado *de ellos*; Θεός, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios.*

Καὶ ἤκουσα φωνῆς μεγάλης ἐκ τοῦ θρόνου λεγούσης. Una vez más Juan percibe, oye, una voz poderosa que procedía del trono. En la versión RV60 se lee *del cielo*, pero, literalmente en el texto griego aparece la lectura *del trono.* Es una de las veintiuna veces que la expresión *gran voz, voz fuerte, voz potente*, aparece en el Apocalipsis. Como en todos los casos, esa voz grande, es señal de que el mensaje que procede de ella es importante y necesita que se le preste atención. Pero, también es la última vez que aparece en el libro esa expresión. Como en todas las otras ocasiones no se especifica de quién procede esa voz. Por el contenido del mensaje no parece que sea de Dios mismo, aunque pudiera serlo, tal vez se trata de la voz de un gran ángel o de los cuatro seres vivientes que ministran alrededor del trono de Dios. Sin embargo, no es suficiente argumento ya que en hebreo no es infrecuente que quien habla se refiera a sí mismo en tercera persona, como si hablase otro. Es necesario observar que en el contenido del libro, Juan yuxtapone mensajes sin expresar la procedencia personal de los mismos. Sea cual fuese la procedencia, no hay duda alguna que, viniendo del trono, es un mensaje divino. Será necesario tomar todo el contenido del párrafo como procedente de Dios mismo, ya que en el contexto siguiente se hace una notoria referencia cuando empieza a hablar un ángel-guía (v. 9).

'Ιδοὺ ἡ σκηνὴ τοῦ Θεοῦ μετὰ τῶν ἀνθρώπων καὶ σκηνώσει μετ' αὐτῶν. El mensaje que procede del trono proclama que Dios ha llegado a la plena comunión con los hombres, con quienes viene a morar y quienes son su pueblo. En el Antiguo Testamento, Dios habitaba en medio de su pueblo durante la marcha por el desierto desde Egipto a Canaán, acampando con ellos en una tienda de campaña que mandó construir a Moisés y que se conoce como el Tabernáculo (Lv. 26:11-12). El mensaje divino advierte que Dios extiende su tabernáculo, la lona de su tienda –siempre en lenguaje figurado- para dar cabida a todo su pueblo con Él. La Ciudad Santa, será el tabernáculo, la tienda de campaña para residir, en la que Dios morará eternamente con su pueblo. Es necesario apreciar la presencia de Dios con quienes son su pueblo. La primera parte del mensaje proclamado por la voz poderosa, expresa un hecho extraordinario, que casi es un portento desde la perspectiva humana, consistente en que la tienda de Dios, lugar de su morada, estará con los hombres; de otro

modo, Dios planta su tienda de campaña y acampa en su creación con sus criaturas, los hombres que son suyos. Se trata de establecer una morada permanente. Cuando Cristo vino al mundo de los hombres, Dios entró en relación con ellos mediante la encarnación del Verbo y su irrupción en la historia humana (Jn. 1:14). El Verbo *"habitó"* entre nosotros. Juan utiliza también aquí el mismo verbo que en Apocalipsis, que, como se dice en las notas al texto griego, equivaldría a un hipotético verbo que sería *tabernaculear*, o incluso *acampar*. Esa tienda de campaña tiene que ver con el cuerpo, al que se llama en el Nuevo Testamento *tabernáculo* (2 Co. 5:1, 4; 2 P. 1:13-14). De otro modo, Dios en Cristo puso su tienda de campaña en el campamento de los hombres, sin embargo esa fue una residencia temporal, ya que Jesús, cumplida su misión salvífica con la muerte y resurrección, ascendió a la diestra de Dios. En otra medida y en el campo espiritual, Dios vive en su santuario, entre los hombres, que es la Iglesia, en la que cada creyente es templo de Dios en Espíritu (Ef. 2:22). Esta presencia de Dios no es visible a los ojos humanos y ha de ser entendida por fe, mostrándose también objetivamente en las obras de poder transformador que se manifiestan en cada creyente. En la consumación de los tiempos, en la nueva creación de Dios, se produce un notable cambio, pasando de presencia ocasional o temporal a definitiva y eterna, donde la realidad presencial de Dios se hace manifiesta en que los hombres *"verán su rostro"* (22:4).

Sobre esto escribe el Dr. Ladd:

"Hay una realidad que no podemos visualizar, pero la comunión directa y sin obstáculos entre Dios y su pueblo es la meta de toda redención. Esto se expresa más ampliamente en la frase 'ellos serán su pueblo'.Esto es un eco del Antiguo Testamento: 'Seré su Dios y ellos serán mi pueblo', lo que expresa la meta de la autorrevelación divina y de todos los tratos de Dios con su pueblo. Todas las promesas del pacto de Dios con los hombres hechas primero por medio de Abraham, renovadas por medio de Moisés y encarnadas en Cristo, son finalmente llevadas a su plena realización"[5].

Es necesario notar también que en el texto griego se usa la preposición[6] griega que se traduce *con*, esto es, Dios mora *con* los hombres. La preposición expresa compañía, proximidad y relación. Dios extiende su tienda de campaña, su morada celeste, donde se manifiesta toda su gloria, la *shekinah*, porque se manifiesta también su presencia, para compartirla y hacerla morada de los que son suyos, viviendo ambos, Dios y su pueblo en un mismo lugar. Todo esto de *vivir* y de *lugar*, excede a las posibilidades del lenguaje humano superándolo en

[5] George Eldon Ladd. o.c., pág. 247.
[6] Griego: μετὰ.

todo; nuestra mente limitada no tiene otros recursos que el antropomorfismo para referirse con palabras y figuras humanas a los acontecimientos de Dios. El resumen de esta grandeza sustentada en la primera frase del versículo, enseña que el Padre del Cielo, vivirá en plena comunión y compañerismo con los hombres en la nueva creación, porque son hijos suyos por medio de la fe en el Hijo, y Él mismo los constituye como miembros de su casa y familia (Ef. 2:19). El Padre y los hijos estarán reunidos eternamente en una misma mansión.

Una segunda magnífica revelación la expresa Juan de este modo: καὶ αὐτοὶ λαοὶ αὐτοῦ ἔσονται, *"y ellos serán su pueblo"*. En algunas variantes del texto griego se lee en plural *pueblos*. Esa enseñanza está en mayor concordancia con la descripción que hace el escritor de la Carta a los Hebreos, sobre los residentes en la ciudad santa: *"La congregación de los primogénitos… a los espíritus de los justos hechos perfectos"*. No solo habrá un pueblo, sino *pueblos*, conjuntos de hombres que disfrutarán eternamente la comunión y relación con Dios. Debe apreciarse los términos *compañía y congregación* que expresan conjuntos, además de la Iglesia. Diferentes grupos que no tienen la misma constitución. En la ciudad santa no estarán *todos* los ángeles, sino muchos *millares*. Puede ser que estén sólo los necesarios para el *servicio* en la ciudad, recordando que los ángeles son servidores de los *herederos de salvación* (He. 1:14). En la mima Ciudad Santa, estarán también los *justos hechos perfectos*, alusión a los santos de otras dispensaciones y, finalmente, *la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos*, en clara alusión a la Iglesia. La idea de que la Ciudad Celestial es sólo residencia para la Iglesia, no tiene ninguna base bíblica y es más bien el resultado de una estructura de pensamiento condicionado por una escuela teológica. El Nuevo Testamento enseña sobre la esperanza individual de los creyentes de anteriores dispensaciones, en relación con la Ciudad Celestial: *"Porque esperaban la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios"* (He. 11:10). Todos los creyentes de otras dispensaciones esperaban también la Ciudad Celestial.

La presencia de Dios queda atestiguada de forma definitiva: καὶ αὐτὸς ὁ Θεὸς μετ᾽ αὐτῶν ἔσται αὐτῶν Θεός, *"y Dios mismo estará con ellos como Dios"*. Todo cuanto está relacionado con el pecado impide la comunión con Dios, pero, eliminado el obstáculo se producirá la relación como lo natural entre el Padre y los hijos. La proyección eterna mostrará la gloriosa realidad de lo que uno de los nombres de Cristo pone de manifiesto: *Emmanuel*, Dios con nosotros. La primera revelación sobre la Ciudad Celestial tiene que ver con la *condición social* en ella. La compañía de los creyentes y de los ángeles pone una nota ilusionante al reflexionar sobre el estado eterno. En la experiencia terrenal los creyentes estuvieron rodeados de malos, perseguidos por enemigos,

afligidos por las fuerzas de maldad. En la Ciudad Celestial, la compañía será de una relación hermanable, con afectos perfectos y amor absoluto.

4. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos: Y no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.

καὶ ἐξαλείψει πᾶν δάκρυον ἐκ τῶν ὀφθαλμῶν αὐτῶν, καὶ ὁ θάνατος
Y enjugará toda lágrima de los ojos de ellos, y la muerte
οὐκ ἔσται ἔτι οὔτε πένθος οὔτε κραυγὴ οὔτε πόνος οὐκ ἔσται ἔτι,
no será más ni duelo ni clamor ni dolor no será más,
ὅτι[1] τὰ πρῶτα ἀπῆλθαν.
pues las primeras cosas pasaron.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Alternativas de lectura.

[1] ὅτι τὰ πρῶτα, *pues las primeras cosas*, lectura poco segura, atestiguada en א[1], 205, 209, 1854, *Biz* [046], it[ar], vg[cl, ww], syr[h], cop[sa], arm, Ireneo[lat], Agustin Quovultdeus, Primasio.

ὅτι ταῦτα, *pues estas cosas*, lectura en 2050.

τὰ πρῶτα, *las primeras*, que se lee en A, P, 051[supp], 1006, 1611, 1841, 2030, 2053, 2062, 2329, 2377, Andrés.

τὰ πρόβατα, *las ovejas*, lectura en א*.

Sigue el relato como es habitual con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐξαλείψει, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ἐξαλείφω, *borrar, anular, enjugar, raer*, de εκ, *fuera* y αλείφω, *ungir*, por tanto metafóricamente *enjugar lágrimas de los ojos*, aquí como *enjugará*; πᾶν, caso acusativo neutro singular del adjetivo indefinido *todo*; δάκρυον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *lágrimas*, vinculado en la raíz con el verbo δακρύω, *llorar, verter lágrimas*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; ὀφθαλμῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo *ojos*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *de ellos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, femenino en español, al relacionarse con *muerte*; θάνατος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *muerte*; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a ἔσται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *será*; ἔτι, adverbio que equivale a *aún, todavía, más*; οὔτε, conjunción negativa, *ni*; πένθος, caso nominativo neutro singular del sustantivo *lamento, duelo, luto, tristeza*; οὔτε, conjunción negativa, *ni*; κραυγὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *clamor, voz fuerte, griterío, llanto,* en el griego es una palabra

onomatopéyica; οὔτε, conjunción negativa, *ni*; πόνος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *dolor, trabajo, fatiga*; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a ἔσται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *será*; ἔτι, adverbio que equivale a *aún, todavía, más*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*, femenino en castellano *las*; πρῶτα, caso nominativo neutro plural del adjetivo numeral ordinal *primero*, aquí referido a *primeras cosas*; ἀπῆλθαν, tercera persona plural del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἀπέρχομαι, *alejarse, marcharse, irse*, aquí como *se fueron, pasaron*.

Καὶ ἐξαλείψει πᾶν δάκρυον ἐκ τῶν ὀφθαλμῶν αὐτῶν. De la compañía en la ciudad a las condiciones morales dentro de ella. La primera manifestación es la acción divina que *enjugará* las lágrimas para siempre. El texto griego es muy enfático: *"Enjugará Dios cada lágrima fuera de los ojos de ellos"*. No solo se limpian las lágrimas, sino que Dios retirará definitivamente cuanto externamente las pueda producir. Por tanto, en la Ciudad Celestial no habrá más pruebas, ni tristezas, para que no se puedan producir las lágrimas, es decir, el llanto producido por todas esas cosas. Las lágrimas son expresión de las tragedias del orden actual. Habrá una forma transformada de existencia en la cual, las dificultades del antiguo orden desaparecerán para siempre.

Cómo escribe el Dr. Lacueva:

"Toda lágrima significa cada una, una por una. En realidad, no habrá lágrimas que enjugar, pues todas se habrán derramado en este mundo, no en el cielo. La frase es una figura para poner de relieve la ausencia de motivos para llorar: ya no habrá ningún pesar, ningún accidente, ninguna mala noticia, ninguna traición, ningún fracaso, ni persecución, envidia, celos, ambiciones insatisfechas, etc."[7]

Habrá una forma transformada de existencia en la cual, las dificultades del antiguo orden desaparecerán para siempre.

Καὶ ὁ θάνατος οὐκ ἔσται ἔτι. Juan afirma también que allí *"no habrá muerte"*. La muerte habrá sido lanzada al lago de fuego (20:14). Una sociedad para la que la muerte no solo no existe, sino que no es posible. La inmortalidad indica la no afectación por la muerte. La muerte es una situación extraña y absolutamente ajena al pueblo de Dios en la dimensión de vida de la nueva creación. Un estado permanente donde la separación de los seres queridos y de los amigos, no tendrá lugar jamás. El último enemigo destruido será la

[7] F. Lacueva. o.c., pág. 567.

muerte (1 Co. 15:26). La reunión eterna en la presencia de Dios, no será truncada para nadie por la muerte, de ahí que el apóstol diga que desde el momento de recogimiento de la Iglesia y en proyección de eternidad, *"estaremos siempre con el Señor"* (1 Ts. 4:17). ¿Quién no tiene la experiencia de una separación que produce dolor, tristeza, y lágrimas? Esa experiencia absolutamente ingrata, quedará anulada para siempre en la experiencia de los que estemos en la Ciudad Celestial. Es verdad que la esperanza y certeza del encuentro eterno, mitiga la tristeza natural de los creyentes que ven partir a alguno de sus seres queridos, sin embargo, el creyente no solo derrama lágrimas por esa situación, sino que ninguna prohibición bíblica hay para que no lo haga. Algunos creen que no llorar por quienes parten con el Señor, es un testimonio eficaz de esperanza delante de los que no creen. Este pensamiento se sustenta en una mala interpretación de las palabras del apóstol Pablo, que exhorta a los creyentes a no entristecerse como los que no tienen esperanza (1 Ts. 4:13), pero, en ningún modo prohíbe expresar la tristeza natural de la ausencia del ser querido, manifestándola con lágrimas, teniendo en cuenta que el mismo Señor, conmovido en espíritu por la separación que la muerte de Lázaro producía en el hogar de Betania, también lloró (Jn. 11:33, 35).

Una segunda condición moral de la Jerusalén Celestial, es que οὔτε πένθος, *"no habrá mas llanto"*, literalmente *no habrá duelo.* El llanto es producido por los problemas que genera el pecado. Las lágrimas son producidas por el pecado y sus consecuencias, bien sea pecado propio o bien el actuar pecaminoso de otros (Ex. 2:23; Sal. 6:6; 32:3; 38:8). Estando libres del pecado y habiendo alcanzado el último nivel de redención, no experimentaremos ya más aquello de que el Salvador nos libró por su obra (Is. 53:4; 2 Co. 5:14, 21; 1 Ti. 2:6; He. 2:14). Las circunstancias difíciles, propias de la vida en un mundo condicionado y contaminado por el pecado, concluirá para siempre y el llanto, producto de las adversidades dará paso al gozo eterno en la presencia de Dios.

Οὔτε κραυγὴ. Juan añade que tampoco habrá *clamor*. El clamor es la expresión de un alma que sufre injusticias. Son las múltiples formas de injusticia la que conducen al clamor. El clamor se manifestó desde el principio de la historia humana, cuando la sangre inocente de Abel clamaba a Dios desde la tierra por la acción injusta y homicida de su hermano Caín (Gn. 4:4); fue el hambre en la tierra de Egipto que produjo el clamor de todo el pueblo (Gn. 41:55); de igual manera la pobreza injusta sobre algunos produce clamor (Job. 34:28; Pr. 21:13); es la angustia de impotencia del pecador que le conduce a clamar a Dios (Sal. 34:6; 107:6); es el resultado de el abuso del rico que retiene el salario del trabajador (Stg. 5:4). Todas las injusticias sociales habrán terminado para quienes vivan en la Ciudad Santa, lejos para siempre de la situación natural de injusticia que se produce en el mundo por la presencia del

pecado en sus múltiples manifestaciones. Las injusticias que pertenecen al viejo orden, no existirán en la nueva creación de Dios.

Οὔτε πόνος οὐκ ἔσται ἔτι. Tampoco habrá *dolor*. El dolor es el producto de la enfermedad y ésta resultado del pecado. Eliminada la causa, que es el pecado, desaparecen las consecuencias. Antes se dijo que *"no habrá muerte"*, por tanto, tampoco habrá enfermedad que es el preludio de la muerte. La enfermedad forma parte de la experiencia del hombre desde la caída. El dolor viene a ser experiencia generalizada en todos los hombres, bien sea ocasional o puntual, bien continuada o permanente.

Así escribe el Dr. Lacueva:

"No habiendo ya muerte, ni dolor ni enfermedad, no habrá de qué lamentarse, ni habrá trabajo que resulte penoso. Habrá pasado de cosas actual, en que todas esas calamidades imperan, para volver, con creces, a la felicidad que se perdió en el Paraíso"[8].

La impresionante y admirable dimensión moral de la ciudad, llena de gozo y consuelo al que la espera por fe. Cualquier creyente en circunstancias difíciles o en medio del dolor y de la prueba intensa, puede levantar los ojos por fe a la Ciudad Celestial y disfrutar ya la gloriosa dimensión que esperamos y saludamos ya en la distancia.

La razón de ese estado es que ὅτι τὰ πρῶτα ἀπῆλθαν, *"las primeras cosas pasaron"*. El antiguo orden ya no existirá más, con todos los problemas y angustias que lo comporta. Habrá una nueva situación de felicidad eterna, y no sólo de gozo y paz, que en cierta medida se pueden disfrutar ya ahora por la acción del Espíritu en la intimidad del salvo, como consecuencia de la presencia de Dios en la Ciudad y de la plena comunión con Él.

5. Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas.

Καὶ εἶπεν ὁ καθήμενος ἐπὶ τῷ θρόνῳ· ἰδοὺ καινὰ ποιῶ πάντα καὶ
Y dijo el sentado sobre el trono: He aquí nuevo hago todo y
λέγει· γράψον, ὅτι οὗτοι οἱ λόγοι πιστοὶ καὶ ἀληθινοί εἰσιν.
dice: Escribe: pues estas las palabras fieles y verdaderas son.

Notas y análisis del texto griego.

[8] F. Lacueva. o.c., pág. 567.

Se da continuidad al relato mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de εἶπεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo εἶπων, aoristo de λέγω, *hablar, decir, expresar,* aquí como *dijo*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; καθήμενος, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo κάθημαι, *sentarse,* aquí como *sentado*, o *que está sentado*; ἐπὶ, preposición que rige dativo, *sobre*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; θρόνω, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota *trono*. La segunda cláusula se inicia con una advertencia enfática con ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia, *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; καινα, caso acusativo neutro plural del adjetivo *nuevo*, *de nueva cualidad, inusual*; ποιῶ, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ποιέω, *hacer, crear, realizar, producir, cometer,* etc., aquí como *hago*; πάντα, caso acusativo neutro plural del adjetivo *todos*, en sentido de *todo lo que se haga, todas las cosas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir, expresar*, aquí como *dice*. La tercera cláusula comienza con γράψον, segunda persona singular del aoristo de imperativo en voz activa del verbo γράφω, *escribir*, aquí como *escribe*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; οὗτοι, caso nominativo masculino plural del pronombre demostrativo *estos,* femenino en castellano si se vincula con *palabras*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; λόγοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota, *palabras, dichos*; πιστοὶ, caso nominativo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de lo que es *verdadero, fiel, digno de confianza*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀληθινοί, caso nominativo masculino pluraldel adjetivo que expresa la condición de *genuino, verdadero*; εἰσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *son*.

Καὶ εἶπεν ὁ καθήμενος ἐπὶ τῷ θρόνω. Juan recibe instrucciones directas del que estaba sentado en el trono. Muchos entienden que es esta una referencia al Padre, sin embargo, debe recordarse que también el Hijo está sentado en el trono (3:21) y, además, la revelación que, procedente de Dios, recibe Juan, es dada por medio de Jesucristo (1:1). La realidad es que Dios habla directamente. Antes habían salido voces del trono (21:3), ahora es el que está sentado sobre el trono quien habla directamente a Juan.

Ἰδοὺ καινὰ ποιῶ πάντα. El que habla es el Creador, que está haciendo nuevas todas las cosas. La presentación del que habla es enfática *"He aquí que hago nuevas todas las cosas"*, literalmente el participio de presente indica una acción que se está realizando y que puede expresarse como el que *"estoy haciendo"* nuevas todas las cosas. La creación es nueva, no sólo en carácter

sino también en obra acabada de hacer. Hubo muchas renovaciones en la creación con carácter parcial, como la ocurrida en el milenio, pero ninguna definitiva como la nueva creación de Dios. Esta nueva creación hará olvidar toda la pasada tanto en esplendor como en condiciones morales. Este Creador fue capaz de hacer nueva antes la vida de los salvos, por cuanto quienes están en Cristo son nueva criatura, para quienes *"las cosas viejas pasaron y he aquí todas son hechas nuevas"* (2 Co. 5:17). Este proceso renovador incluirá al universo físico, en donde la creación será liberada definitivamente de la esclavitud de corrupción (Ro. 8:21).

Καὶ λέγει· γράψον. Esta admirable dimensión debió haber causado un profundo impacto en Juan y posiblemente hubiese dejando de escribir una visión semejante, por lo que recibe un mandato expreso del que estaba sentando en el trono: *"Escribe"*. El modo verbal indica que debía escribir como mandato recibido y que debía hacerlo totalmente, es decir, expresando sin olvidar nada toda la visión recibida. La instrucción para escribir es la duodécima vez que aparece en el libro[9]. La revelación divina debía trasladarse a palabras humanas para comunicarla, pero, esas palabras que describen la visión son *palabras de Dios*, puesto que comunican aquello que Dios estaba revelando. Esa es la causa por la que debían ser escritas.

Ὅτι οὗτοι οἱ λόγοι πιστοὶ καὶ ἀληθινοί εἰσιν. Además, procediendo de Dios, como visión manifestada, son *fieles y verdaderas.* Los dos adjetivos tienen que ver con Dios mismo (19:11). Esas palabras son *fieles*, en el sentido de dignas de crédito, porque saliendo de Dios tienen seguridad de cumplimiento. Las palabras son *verdadera*, porque está ajustadas plenamente a la promesa y a la realidad del cumplimiento, es decir, todo cuanto se dice tendrá exacto cumplimiento tal y como se dice. Quiere decir todo esto, que la palabra procedente de Dios es total y absolutamente fiable, porque Dios no puede mentir (Tit. 1:2; He. 6:18). Todo cuanto Dios ha dicho se cumplirá totalmente. Todo cuanto Dios dice lleva consigo la certeza de infalibilidad, fidelidad y veracidad.

6. Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida.

καὶ εἶπεν μοι· γέγοναν. ἐγώ εἰμι τὸ ἄλφα καὶ τὸ ὦ, ἡ ἀρχὴ καὶ τὸ
Y dijo me: Ha sido hecho. Yo soy el alfa y la omega el principio y el
τέλος. ἐγὼ τῷ διψῶντι δώσω ἐκ τῆς πηγῆς τοῦ ὕδατος τῆς ζωῆς
fin. Yo al que tiene sed daré de la fuente del agua de la vida
δωρεάν.
gratuitamente.

[9] Las otras aparecen en: 1:11, 19; 2:1, 8, 12, 18; 3:1, 7, 14; 14:13; 19:9.

Notas análisis del texto griego.

Continua el relato vinculándolo con lo que antecede mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; εἶπεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo εἶπων, *hablar, decir, expresar,* aquí como *dijo*; μοι, caso dativo masculino singular del pronombre personal *me*; γέγοναν, tercera persona plural del perfecto de indicativo en voz activa del verbo γίνομαι, *llegar a ser, empezar a existir, hacerse, ser hecho, suceder, venir, estar*, aquí como *ha sido hecho*, o simplemente *hecho*. Sigue luego una cláusula de referencia que comienza con el pronombre en nominativo singular ἐγώ, *yo*; εἰμί, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo de la misma forma, aquí como *soy*; seguido de τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado ὁ, *el*; ἄλφα, caso nominativo neutro singular del nombre común correspondiente a la primera letra del alfabeto, *alfa*; y la ὦ, grafismo correspondiente a la última letra del alfabeto, *omega*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἀρχὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *origen, principio, causa inicial*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; τέλος, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *fin, final, término, finalidad*. La cláusula final se inicia con ἐγὼ, caso nominativo singular del pronombre personal *yo*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; διψῶντι, caso dativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo διψάω, *tener sed,* aquí como, *que tiene sed*; δώσω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar,* aquí como *daré*; ἐκ, preposición que rige genitivo *de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado, declinado, *de la*; πηγῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *fuente*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado, declinado, *el*; ὕδατος, caso genitivo neutro singular del sustantivo *agua*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ζωῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *vida*; δωρεάν, adverbio de modo, *gratuitamente*.

Καὶ εἶπεν μοι· γέγοναν. Como todo cuando Dios anuncia tendrá fiel cumplimiento, Juan oye la confirmación divina en un solemne *"hecho está"*. El que está sentado en el trono, pronuncia su amén sobre la profecía con un magnífico *"¡Ha sido hecho!"*, que es el sentido que connota la expresión, en el pretérito perfecto del verbo griego.

Así escribe el profesor Bartina:

"Díjole Dios de nuevo: ¡Hecho está! Es una expresión que sólo puede pronunciar Dios, porque indica la determinación de los acontecimientos en la historia del mundo y de la eternidad. Ya Dios la pronunció otras veces (16:17), y aunque el hecho a que se refiere no se haya realizado todavía, es tan cierto que se realizará que puede darse por sucedido. Se dará fin y cumplimiento a los

planes del reino futuro, que se han anticipado, y a la vez se atestigua de nuevo que las revelaciones se llevarán a efecto en su coronamiento"[10].

Dios afirma el cumplimiento de todas sus promesas. Podría considerarse aquí si la expresión *"hecho está"* se refiere a los acontecimientos futuros que se deberán producir antes del estado eterno, con la creación de cielos nuevos y tierra nueva, o si también comprenden a estos. Sin duda, ambas cosas, tanto los acontecimientos finales de la historia humana como la creación de cielos nuevos y tierra nueva, tendrán cumplimiento y pueden darse como hechos atendiendo a la fidelidad de Dios que lo anuncia proféticamente. Un notable contraste con las promesas y determinaciones de los hombres, que al anunciar paz y seguridad, caerá sobre ellos destrucción repentina. Los planes de los hombres fracasan, los de Dios son firmes y definitivos. Por esa razón el futuro profético puede expresarse mediante un pasado perfecto. Las cosas que sucederán tienen la misma seguridad como si ya hubiesen sucedido.

Ἐγώ εἰμι τὸ ἄλφα καὶ τὸ ὦ, ἡ ἀρχὴ καὶ τὸ τέλος. Unido al *"hecho está"* aparece nuevamente la inmutabilidad de Dios: *"Yo soy el Alfa y la Omega"*. El futuro es seguro porque Dios, no solo es eterno, sino también inmutable. La inmutabilidad es la perfección divina por la que Dios es el mismo y no está sujeto a cambios en su Ser, atributos o determinaciones. Por esa causa se le compara con una roca porque es inconmovible (Dt. 32:7). El propio nombre de Dios pone de manifiesto esta perfección: *"Yo soy el que soy"* (Ex. 3:14). Dios es inmutable porque es eterno. No existe para sus determinaciones temporalidad, sino que se expresan en un presente perfecto y absoluto, si bien se ejecutan en el tiempo de la historia humana. Al determinar una acción, se puede dar por segura, al expresarse en presente eterno, el tiempo registra en la esfera del hombre, los acontecimientos que se determinan en la eternidad. Por esa razón Dios es inmutable en su propósito. Además Dios es el creador y realizador de la historia, al anunciar lo por venir y hacer cuanto el determina (Is. 46:10). Por eso Él es *principio y fin* de todo, de ahí la afirmación: *"Yo soy el Alfa y la Omega"*. Este segundo aspecto destaca la soberanía de Dios y su omnipotencia. Él es la causa, como primer principio, y la meta de todo lo creado. Es, por tanto, quien tiene control absoluto de todas las cosas. Esa expresión no es, como el humanismo teísta pretende enseñar, que Dios está en el principio y en el final de un proceso cósmico, marcando el momento del inicio y del fin de las cosas creadas. Dios es presente eterno, por tanto, en Él está el principio y el fin de todo, como razón de ser y meta de todo cuanto ha sido y será creado. Todo cuanto existe y existirá, cuanto es y cuando habrá de ser, es absoluta y plenamente la obra de Dios, que abarca toda la realidad en sí mismo. El mismo que ha traído a la existencia cuanto existe, lo hará también en

[10] Sebastián Bartina. o.c., pág. 829.

el futuro, haciendo nuevas todas las cosas para la eternidad. Por tanto, la expresión τὸ ἄλφα καὶ τὸ ὦ, *"el Alfa y la Omega"*, tiene que ver, además del concepto de eternidad y de totalidad, con la causa primera y el fin último de todo cuanto existe. En ese sentido, el Señor Dios se vincula con el origen y final de la historia humana que Él mismo revela y Él mismo ejecuta conforme a su propósito y fin (Is. 46:9-10). Del Hijo se enseña que es el *"autor y consumador"* (He. 12:2), siendo el Creador y sustentador, causa y origen de todo (Jn. 1:3; He. 1:1-3; Col. 1:15-17), porque en Él, por Él y para Él son todas las cosas). Es preciso determinar quien es el sujeto del texto, es decir, quien habla y se atribuye el calificativo de *alfa y omega,* y también del *Todopoderoso*. El uso de las letras primera y última del alfabeto es una expresión del lenguaje figurado para referirse a la infinitud de vida y también a la de eternidad, sólo propias de la esencia divina, en perfecciones incomunicables. En cuanto a la determinación del sujeto tal vez debe entenderse como referido al Padre. La expresión *"yo soy el Alfa y la Omega"*, es una frase que se atribuye constantemente al Padre, ya en el Antiguo Testamento (Is. 41:4) y también en este mismo libro (Ap. 21:6). Sin embargo, tanto el Padre como el Hijo pueden decir de sí mismos: *"Yo soy el Alfa y la Omega"*, ya que en el Ser Divino, ambos poseen los mismos atributos, la misma vida y la misma gloria.

Como escribe el profesor Bartina:

"Yo soy el principio y el fin. No tanto en sentido filosófico o escolástico, cuanto en el sentido concreto de la historia de la salud. Así como Dios la empezó graciosa y omnipotentemente, así la ha continuado y así la acabará, coronándola espléndidamente"[11].

Todo esto está rodeado de una evidente certeza, por lo que la promesa que sigue reviste también una seguridad absoluta: ἐγὼ τῷ διψῶντι δώσω ἐκ τῆς πηγῆς τοῦ ὕδατος τῆς ζωῆς δωρεάν, *"al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida"*. Nuevamente aparece aquí el eco de la profecía (Is. 55:1). El Señor Jesús afirmó lo mismo (Jn. 4:10, 13, 14; 7:37-39). Se refiere aquí al carácter abundante de la vida eterna y de las bendiciones que se asientan en ella. No se trata de una promesa para pecadores perdidos, aunque tenga aplicación actual para ellos, sino para los santos por los siglos de los siglos. El Señor afirmó que la vida que Él da es una vida abundante (Jn. 10:10). En la eternidad basta con tener sed de Dios, para que inmediatamente quede satisfecha en la fuente de la vida que es Dios mismo. Este don gratuito de Dios, se obtendrá sin trabajo ni fatiga alguna, simplemente el deseo íntimo del alma será satisfecho inmediatamente. La expectativa del Salmo se convertirá en una gloriosa realidad y nunca nadie podrá decir: *"Mi*

---

[11] Sebastián Bartina. o.c., pág. 829.

alma tiene sed de Dios, del Dios vivo" (Sal. 42:2), o *"Mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela"* (Sal. 63:1), que no reciba satisfacción inmediata a su anhelo personal de Dios. El Cordero guiará eternamente a los santos a fuentes de agua viva (Ap. 7:17). Sin embargo, la invitación es también actual para todo aquel que esté sin Cristo y sin salvación. A Estos invita el Señor a que pidan de Él, como hizo con la samaritana, agua de vida (Jn. 4:10).

7. El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo.

ὁ νικῶν κληρονομήσει ταῦτα καὶ ἔσομαι αὐτῷ Θεὸς καὶ αὐτὸς
El que venza heredará esto y seré para él Dios y él mismo
ἔσται μοι υἱός.
será mi hijo.

Notas y análisis del texto griego.

La división del versículo no obedece a una necesidad textual, ya que es continuación sin interrupción de lo que antecede, siguiendo con ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; νικῶν caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo νικάω, *vencer*, aquí como *vence*, o *que vence*, traducido como condicional *venza*; κληρονομήσει, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo κληρονομέω, *heredar, recibir en posesión*, aquí como *heredará*; ταῦτα, caso acusativo neutro plural del pronombre demostrativo *esto*, aquí referido a *estas cosas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔσομαι, primera persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *seré*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal declinado, *a él* o *para él*; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*; καὶ, conjunción copulativa *y*; αὐτὸς, caso nominativo masculino singular del pronombre intensificado *el mismo*, aunque con frecuencia se usa como pronombre personal de tercera persona; ἔσται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo εἰμί, *ser* o *estar*, aquí como *será*; μοι, caso dativo singular del pronombre personal *mi*; υἱός, caso nominativo masculino singular del sustantivo *hijo*.

Ὁ νικῶν κληρονομήσει ταῦτα. Junto con la bendición del agua de vida abundante, la promesa para el vencedor. Vencedor aquí tiene el mismo concepto que a lo largo del libro. El vencedor es el que muestra fidelidad al Señor y con ello pone de manifiesto su condición de salvo, no importa en que dispensación haya vivido. El vencedor es aquel que vive la victoria a la que Cristo le lleva en su vida espiritual (Ro. 8:37). Los vencedores son aquellos que se visten de toda la armadura de Dios y con ello capaces de apagar los dardos de fuego del maligno y permanecer firmes en medio del conflicto que el enemigo desata contra los fieles (Ef. 6:11 ss.). Vencedor es el que pelea la buena batalla y se mantiene en la fidelidad (2 Ti. 4:7). Estos son aquellos que tienen experiencia de victoria venciendo al maligno (1 Jn. 2:13, 14). No son

vencedores por ellos mismos, sino por la fe que los vincula con Aquel que es más que vencedor (1 Jn. 5:4, 5). Los vencedores son, potencialmente, todos los creyentes, los que han nacido de nuevo. Por estar en Cristo son llevados en triunfo continuamente (2 Co. 2:14). La victoria no está en el creyente sino en el poder victorioso, consistente en haber nacido de Dios. El nuevo nacimiento introduce al creyente en una experiencia de libertad y victoria (Col. 1:13). Esa esfera de victoria vence sobre el mundo, donde el amor no está presente. El mundo ha sido vencido por Jesús (Jn. 16:33), y esa victoria de Cristo es el triunfo del cristiano (Ro. 8:37; Ap. 12:11). La victoria tiene que ver sobre todo aquello que arrastra a la apatía, la frialdad y el pecado. El creyente en Cristo es llamado a victoria, puesto en un terreno de victoria y debe ser vencedor. Esa victoria se hace realidad en la experiencia del cristiano por medio de la fe. La victoria de la fe, puntual o continua, debiera ser la realidad experimental en la vida cristiana. La fe es el instrumento de victoria que hace al creyente un vencedor, porque lo vincula en dependencia absoluta con Cristo y su poder, descansando plenamente en Él, en una entrega sin reserva. Vencedor es todo aquel que ha creído en Cristo y lo tiene como Salvador y Señor. Estos heredarán todas las cosas, es decir, todas las promesas, bendiciones y realidades descritas para el estado eterno. Estos tomarán posesión plena de la herencia de Dios en Cristo, ya que son coherederos con Él y herederos de Dios (Ro. 8:17). La idea de que el creyente heredará en la gloria venidera conforme a su capacitación en la tierra, no tiene ninguna base bíblica. La herencia futura de los santos en luz, se debe a la vinculación con el Heredero, que es Jesucristo y por Él y en Él, reciben la herencia a pleno disfrute en su totalidad. No se trata de herencia para pueblos, sino para personas, por ello, tanto judíos como gentiles tendrán acceso al disfrute de la única herencia de Dios. Las glorias del estado eterno, que están siendo descritas serán posesión de los vencedores.

Estos estarán en una eterna relación paterno-filial con Dios en la que Él establece un trato de familiaridad: καὶ ἔσομαι αὐτῷ Θεὸς καὶ αὐτὸς ἔσται μοι υἱός, *"yo seré su Dios, y él será mi hijo"*. Es una idea ampliamente extendida en la Escritura. Así llamaba Dios a Israel delante de Faraón (Ex. 4:22) y de esa misma manera se dirigía a su pueblo en la antigua dispensación: *"Hijos sois de Jehová vuestro Dios"* (Dt. 14:1). Así también se anuncia un futuro glorioso en esa relación con quienes habían sido infieles con Dios, pero que serán restaurados en el futuro (Os. 1:10). Esa es la verdadera razón por la que la herencia cósmica de Dios pertenece al Unigénito que es Cristo (Col. 1:15-16) y, por identificación con Él, cada creyente es más que vencedor (Ro. 8:37), por tanto, digno y apto para la herencia eterna. A los hijos adoptados por Dios en Cristo les corresponde todo lo que corresponde al Hijo, siendo herederos de Dios y coherederos con Cristo (Ro. 8:17). El apóstol Pablo lo expresa de otro modo: *"Así que, ninguno se glorié en los hombres; porque todo es vuestro: sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo*

presente, sea lo por venir, todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios” (1 Co. 3:21-23). La herencia eterna está reservada definitivamente para los creyentes, y ellos, a su vez, guardados por Dios para ese fin (1 P. 4-5).

8. Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre que es la muerte segunda.

τοῖς δὲ δειλοῖς καὶ ἀπίστοις καὶ ἐβδελυγμένοις καὶ φονεῦσιν καὶ
Pero los cobardes e incrédulos y abominables y homicidas y
πόρνοις καὶ φαρμάκοις καὶ εἰδωλολάτραις καὶ πᾶσιν τοῖς ψευδέσιν
fornicarios y hechiceros e idólatras y todos los mentirosos
τὸ μέρος αὐτῶν ἐν τῇ λίμνῃ τῇ καιομένῃ πυρὶ καὶ θείῳ, ὅ
la parte de ellos en el lago el que está ardiendo con fuego y azufre, lo que
ἐστιν ὁ θάνατος ὁ δεύτερος.
es la muerte la segunda.

Notas y análisis del texto griego.

En contraste con la herencia de los santos se establece el destino de los perdidos, mediante una cláusula adversativa, con τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *los*; seguido de δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; δειλοῖς, caso dativo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de *cobardes, miedosos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀπίστοις, caso dativo masculino plural del adjetivo *incrédulos*, *que no tienen fe*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐβδελυγμένοις, caso dativo masculino plural del participio perfecto en voz media del verbo βδελύσσομαι, *detestar, aborrecer*, aquí como *abominables, detestables*; καὶ, conjunción copulativa *y*; φονεῦσιν, caso dativo masculino plural del sustantivo que denota *asesinos, homicidas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πόρνοις, caso dativo masculino plural del sustantivo que denota *fornicario*, en general *el que practica inmoralidades sexuales, el que practica la prostitución*; καὶ, conjunción copulativa *y*; φαρμάκοις, caso dativo masculino plural del sustantivo *hechicero*, que *practica la magia*; καὶ, conjunción copulativa *y*; εἰδωλολάτραις, caso dativo masculino plural del sustantivo que denota *idólatras*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πᾶσιν, caso dativo masculino plural del adjetivo indefinido *todos*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *los*; ψευδέσιν, caso dativo masculino plural del adjetivo que expresa la condición del *mentiroso*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo,* femenino en castellano; μέρος, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *parte, región*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*, masculino en castellano; λίμνῃ, caso dativo femenino singular del sustantivo *lago*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; καιομένῃ, caso dativo femenino singular del participio de presente en voz pasiva del verbo καίω, *arder*, aquí como *que está ardiendo*; πυρὶ, caso dativo neutro singular declinado *con fuego*; καὶ,

conjunción copulativa *y*; θείῳ, caso dativo neutro singular del sustantivo *azufre*; ὅ, caso nominativo neutro singular del pronombre relativo *lo que*; ἐστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *es*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, femenino en español al referirse a *muerte*; θάνατος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *muerte*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, como en el caso anterior, femenino en castellano; δεύτερος, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral ordinal *segunda*.

Τοῖς δὲ, *pero los*... En contraste con los hijos que heredan las bendiciones, están quienes son, por sus obras, enemigos de Dios. Para ellos se establece un destino distinto, que Juan expresa mediante la construcción de una cláusula adversativa con δὲ, *pero*, para relacionar luego a quienes son de condición moral que les impide tener parte en las bendiciones de Dios. A ellos se les vincula con ocho prácticas pecaminosas, que son, a su vez, calificativos personales para ellos, todos en dativo, caso de interés personal.

En primer lugar figuran τοῖς δειλοῖς, *los cobardes*, calificativo que define a quienes no quisieron seguir a Dios por temor a las consecuencias. Estos son los que negaron a Cristo por temor a la persecución, a quienes Jesús comparó con el terreno pedregoso, en el que la semilla no puede germinar (Mt. 13:20, 21). Son los que oyen y reciben gozosos el mensaje. Son oyentes *convencidos*, porque recibieron la Palabra *al momento*. Es interesante el énfasis que Jesús hace en este sentido. Mateo usa para expresarlo un adverbio que expresa una acción instantánea, *al momento*, *inmediatamente, en seguida*. Todo hace resaltar la idea de un mensaje aceptado sin más reflexión que la emoción que producen sus palabras. Los convencidos, amantes de emociones súbitas, son los más propensos a manifestaciones de fe aparente, que se quedan luego en meras *profesiones* carentes de realidad y contenido. Reciben el mensaje con prontitud y expresan su satisfacción y promesas a la ligera, porque no han profundizado en lo que están haciendo. Además reciben la palabra *con gozo*. Son aquellos que expresan su satisfacción por el mensaje oído; los que alaban al ministro por el sermón que pronunció; los que afirman haber oído profundas verdades; los que agradecen con palabras el mensaje pronunciado, pero no lo atesoran en el corazón. Lo que es emoción en lugar de conversión dura poco. Lucas dice, en el relato de la misma parábola que *"estos crecen por algún tiempo"* (Lc. 8:13). Lo que estropea la vida de estos que son meramente profesantes pero no convertidos está en que *"no tenían raíz en sí mismos"*. Con toda seguridad tenían buenas razones para sentirse gozosos pero no había pasado de eso su experiencia espiritual. De otro modo eran *convencidos*, pero no eran *convertidos*. Sólo el que tiene verdadera fe es el que persevera a pesar de cualquier circunstancia que pueda producirse en su vida personal. Son personas que se emocionan al oír la Palabra, pudiera ser que se produjesen firmes

decisiones en su mente, pero no había entrega del corazón. Donde no existe fe no existe firmeza, y donde no hay firmeza no puede haber perseverancia. Como una planta que brota sin raíces bien desarrolladas, asoman el tallo hermoso de una solemne profesión, pero no tienen manera de alimentarla convenientemente. Las raíces son la parte de un árbol que lo hace sólido, no sólo porque lo sustentan, sino porque lo sujetan al terreno donde vive. Es mucho más sencillo derribar una roca suelta apoyada sobre un terreno, que arrancar un gran árbol que ha enraizado convenientemente. La base donde desarrollan la aparente vida espiritual es dura, rocosa, sin vida, por esa causa la raíz no puede penetrar en los recursos de vida que están en Cristo mismo. Esa es la causa por la que el apóstol Pablo dice: *"Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en Él; arraigados y sobreedificados en Él, y confirmados en la fe"* (Col. 2:6-7). Reciben la vida de quien es vida y tiene poder para comunicarla (Jn. 1:4), Las raíces espirituales han profundizado en Él y desde esa sustentación y provisión de vida, van creciendo en Cristo firmemente establecidos en la fe. Cuando viene el tiempo de las dificultades y las pruebas, estos que no tienen raíces, no se sostienen, porque no tiene solidez para permanecer estables (Mt. 7:26-27). Las pruebas los hacen tropezar y desistir. Como escribe el Dr. Lacueva: *"El mismo calor que ablanda la cera, endurece el barro; el mismo calor solar que acaricia y sustenta lo que está bien enraizado, marchita y abrasa lo que tiene poca raíz"*[12]. Las pruebas refuerzan la firmeza del creyente, pero eliminan a los meros profesantes. Esa es la causa por la que Pablo, hablando de sus aflicciones, persecuciones y dificultades, puede escribir a los filipenses diciéndoles: *"Quiero que sepáis, hermanos, que las cosas que me han sucedido, han redundado más bien para el progreso del evangelio, de tal manera que mis prisiones se han hecho patentes en Cristo en todo el pretorio, y a todos los demás"* (Fil. 1:12-13). La fe de Pablo era una fe firme; su vida, sólidamente enraizada en Cristo, le confería una estabilidad espiritual de tal dimensión que permanecía en pie, siendo más que vencedor en Jesucristo, para poder decir con seguridad plena y firmeza absoluta: *"todo lo puedo en Cristo que me fortalece"* (Fil. 4:13). Las pruebas y las dificultades son los mejores elementos para dejar en la iglesia sólo los verdaderos cristianos. Los conflictos barren a los *convencidos*, y dejan solo a los *convertidos*. Estos que se avergonzaron de Cristo delante de los hombres, serán avergonzados por Cristo delante del Padre (Mr. 8:38). Cobardes serán aquellos que se doblegan al sistema del Anticristo y aceptan su marca.

Siguen luego los δειλοῖς, *incrédulos*. El adjetivo designa a los infieles. Tiene que ver también con quienes hacen una falsa profesión de fe. Indudablemente son inconversos, y el término se usa muchas veces para designarlos (cf. 1 Co. 6:6; 7:12; 10:27; 14:22; 2 Co. 6:14-15). En el contexto del

---

[12] F. Lacueva. o.c., pág. 249.

presente capítulo tienen que ver más bien con quienes profesan ser de Cristo con su boca, pero con sus hechos lo niegan.

En tercer lugar, en la relación, están los ἐβδελυγμένοις, *abominables*. Juan utiliza aquí un verbo, en participio perfecto que literalmente equivale a *apestar, hacer fétido algo*. Un abominable es aquel que se goza en la iniquidad y se siente satisfecho con ella (Job. 15:16). Es el que niega a Dios viviendo como si no existiera (Sal. 14:1). Son personas saturadas de perversidades que dan mal olor moral. Todos aquellos que tiene sucia la conciencia. Los hipócritas entran de lleno dentro del grupo de los abominables.

También estarán allí los φονεῦσιν, *homicidas*. Son gentes que practican el asesinato, o se gozan en él. Es homicida también quien se quita la vida a sí mismo. Se conceptúa así delante de Dios a quienes aborrecen a sus hermanos (1 Jn. 3:15). El Señor se refirió a estos en el Sermón del Monte: *"Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquier que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego"* (Mt. 5:21-22). En la enseñanza de Cristo, la acción contra el hermano alcanza el máximo rango en la difamación. La difamación es según la Biblia un veneno de áspid, es decir, mortal, bajo la lengua que lo inocula en el pensamiento y corazón del que escucha la maledicencia y que mata secretamente (Ro. 3:13-14). Esta es la raíz que conduce al homicidio. Los escribas y fariseos limitaban la enseñanza al cumplimiento aparente y literalista del mandamiento. Para ellos sólo era culpable quien cometía un homicidio, sin importarle que en el odio interno contra otro estuviese ya contenida la intención de hacerlo. Dios no se conforma con la apariencia sino con la realidad espiritual del corazón. De este modo también se conducen algunos en la iglesia de Jesucristo. Hay grandes ortodoxos que luchan denodadamente por el literalismo de la Palabra, ajustando no su vida sino sus formas a lo que aparentemente dice la Biblia, sin importarles que en el corazón del luchador por la *sana doctrina*, haya resentimientos contra otro hermano. Es más, algunos justifican esa actitud como una manifestación de ira santa contra quien se desvía, según sus criterios, de la doctrina establecida por Dios en su Palabra, atendiendo generalmente a asuntos externos de formas y costumbres, olvidándose que lo que Dios ama es la misericordia, mucho más que los sacrificios (Os. 6:6). No cabe excusa alguna para justificar la maledicencia contra un hermano, es un acto de impiedad que expone al maldiciente al juicio de Dios y exige su segregación de la comunión de la iglesia (1 Co. 5:11).

A continuación siguen los πόρνοις, *fornicarios*, que son los que practica toda suerte de pecados sexuales. Estos están bajo el juicio de Dios (He. 13:4).

Podría también tratarse de *fornicarios* en el sentido espiritual de apartarse de Dios para seguir a otros dioses (Ap. 19:2). Los excesos sexuales son una manifestación natural de quienes no tienen a Dios (Ap. 9:21).

Vienen también en la lista los φαρμάκοις, *hechiceros*. Los que hacen prodigios mediante el poder de Satanás. Esas fueron las prácticas propias de los magos de Egipto, con las que se oponían a la voz de Dios, procurando desviar el corazón del Faraón (Ex. 7:22; 8:7). Dios estableció prohibiciones expresas en relación con la práctica de la hechicería (Dt. 18:9-14). La hechicería es condenada en la Palabra de Dios por su origen satánico. Será una práctica habitual durante el período de la tribulación (Ap. 9:12; 13:13, 14; 18:23).

Con ellos estarán también εἰδωλολάτραις, *los idólatras*. Los que colocan algo en el lugar que corresponde a Dios y le rinden culto. No es necesaria la práctica de adoración ante un ídolo de piedra, oro, madera o cualquier otro material, es dar lugar prioritario en la vida a cuanto ocupe el lugar que corresponde solo al Señor. La idolatría, en cualquiera de sus manifestaciones, es promovida por Satanás (1 Co. 10:19, 29). Es la expresión natural del corazón no regenerado (Ro. 1:18-25).

Finalmente están πᾶσιν τοῖς ψευδέσιν, *todos los mentirosos*. Un pecado señalado antes en el libro (Ap. 2:2; 3:9; 14:15; 21:8). No sólo están comprendidos los que dicen mentiras, sino todos aquellos cuya vida es una mentira, porque nunca aceptaron la Verdad, ni están en ella. Una expresión de mentira es la hipocresía, propia de los falsos creyentes. El hipócrita, no solo miente con su vida, sino que vive amando la mentira (Ap. 22:15). Todo lo contrario al verdadero creyente que ama y practica la verdad (Ef. 4:15; 1 Jn. 1:6; 2 Jn. 4; 3 Jn. 4).

Τὸ μέρος αὐτῶν ἐν τῇ λίμνῃ τῇ καιομένῃ πυρὶ καὶ θείῳ, ὅ ἐστιν ὁ θάνατος ὁ δεύτερος. Ninguno de los pecadores relacionados en la lista, tendrán lugar en la presencia de Dios. La *parte* de estos, es decir, *el lugar* que les corresponderá será el *lago de fuego*. Estos se hacen acreedores de la condenación eterna porque se han despojado a ellos mismos del reino de Dios. No podrán estar en otro lugar que el que corresponde a Satanás, al Anticristo y al falso profeta, ya que sus nombres no aparecerán escritos en el libro de la vida (20:15). La herencia de Dios en la nueva creación está destinada a los creyentes, que son hijos de Dios. Los incluidos en la lista no tienen derecho a la herencia porque no son hijos de Dios, sino hijos del diablo (Jn. 8:44), y ponen de manifiesta esta relación espiritual por las obras que practica, propias de él. Por tanto, la herencia que corresponde a Satanás, les es propia también a ellos. Estarán todos en el estado eterno de muerte, es decir, un estado definitivo de separación de Dios, en un lugar de tormento, identificado aquí, una vez más,

con el lago que arde con fuego y azufre, alejados perpetuamente de la vida, que procede de Dios por comunión vital con Cristo.

Descripción de la nueva Jerusalén (21:9-27).

La ciudad y su gloria (2:9-11).

9. Vino entonces a mí uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas postreras, y habló conmigo, diciendo: Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero.

Καὶ ἦλθεν εἷς ἐκ τῶν ἑπτὰ ἀγγέλων τῶν ἐχόντων τὰς ἑπτὰ φιάλας
Y vino uno de los siete ángeles los que tenían las siete páteras
τῶν γεμόντων τῶν ἑπτὰ πληγῶν τῶν ἐσχάτων καὶ ἐλάλησεν
las que estaban llenas de las siete plagas de las últimas y habló
μετ᾽ ἐμοῦ λέγων· δεῦρο, δείξω σοι τὴν νύμφην τὴν γυναῖκα τοῦ
conmigo diciendo: ¡Acá! mostraré te la novia la esposa del
ἀρνίου.
Cordero.

Notas y análisis del texto griego.

Un nuevo párrafo que contiene una nueva visión se introduce mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔλθη, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἔρχομαι, *venir, llegar, regresar,* aquí como *llegó*; εἷς, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral cardinal *uno*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; ἑπτὰ, caso genitivo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *siete*; ἀγγέλων, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *ángeles*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; ἐχόντων, caso genitivo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tiene*, traducido en pasado para concordancia de tiempo; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; ἑπτὰ, caso acusativo femenino plural del adjetivo numeral cardinal *siete*; φιάλας, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *copas, páteras*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*; γεμόντων, caso genitivo neutro plural del participio de presente en voz activa del verbo γέμω, *estar lleno,* aquí como *que están llenas*, traducido en pasado para concordancia de tiempo; τῶν, caso genitivo femenino plural del artículo determinado declinado *de las*; ἑπτὰ, caso genitivo femenino plural del adjetivo numeral cardinal, *siete*; πληγῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo *plagas*; τῶν, caso genitivo femenino plural del artículo determinado declinado *de las*; ἐσχάτων, caso genitivo femenino plural del adjetivo *últimas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐλάλησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo λαλέω, *hablar*, aquí como *habló*; μετ᾽, preposición de genitivo *con*; ἐμοῦ, caso genitivo de la primera persona singular del pronombre personal *mi*; λέγων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *hablar,*

decir, aquí como *habla, hablando,* traducido como pasado por mejor relación temporal; δεῦρο, adverbio de lugar que significa *Aquí, en este lugar*, y que sugiere urgencia, de ahí la traducción *ven aquí, o ven*; δείξω, primera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo δείκνυμι, *mostrar, presentar, hacer ver*, aquí como *mostraré*; σοι, caso dativo de la segunda persona singular del pronombre personal *te*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; νύμφην, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *novia*, *esposa*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; γυναῖκα, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *esposa, mujer, desposada*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; ἀρνίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *cordero.*

Καὶ ἦλθεν εἷς ἐκ τῶν ἑπτὰ ἀγγέλων τῶν ἐχόντων τὰς ἑπτὰ φιάλας τῶν γεμόντων τῶν ἑπτὰ πληγῶν τῶν ἐσχάτων καὶ ἐλάλησεν μετ᾽ ἐμοῦ λέγων. La nueva visión está relacionada también con la presencia de un ángel. Juan reconoce a este ángel como uno de los siete que actuaron en el derramamiento de las copas de la ira de Dios sobre el mundo. El ángel no tiene ya la copa, porque su contenido fue vertido en el tiempo del juicio de Dios sobre los moradores de la tierra. El mensaje del ángel produce un notable contraste, ya que anteriormente uno llamó la atención a Juan para mostrarle la visión de la destrucción de Babilonia, la ciudad de maldad, aquí lo llama para que preste atención a la visión de la Ciudad Celestial, la nueva Jerusalén del estado eterno.

Es una visión ampliada o definitiva de la Jerusalén celestial, sin embargo, los detalles del pasaje presentan ciertas dificultades que hacen pensar a algunos que no se trata de la Jerusalén Celestial del estado eterno, sino un retroceso profético a la Ciudad Celestial del milenio. Parece, por una lectura rápida, que esta ciudad tiene muros de protección (21:12) para evitar que aquellos que se describen como perros, hechiceros y fornicarios, puedan acceder a ella, lo que supondría que no se trata del estado eterno en donde el pecado y los pecadores habrán sido eliminados del nuevo orden de Dios. Por otro lado se mencionan naciones, cuyos reyes traerán su gloria a la ciudad (21:24, 26), lo que hace suponer una tierra habitada por gentes que no residen o no tienen acceso a la ciudad misma. Finalmente se habla, en el pasaje, de las hojas del árbol de la vida como elemento de sanidad para las naciones (22:2), lo que parece no tener relación con una humanidad redimida y glorificada. Todos estos datos llevaron a algunos a considerar, como se dice antes, que se trata de la Jerusalén Celestial del milenio, sin embargo, tal posición genera más dificultades que las que resuelve. Por otro lado, en ningún lugar de la Biblia, ni del Apocalipsis, se describen dos ciudades diferentes, una la Jerusalén del milenio y otra la del estado eterno. Se trata, sin duda, de la misma ciudad en dos momentos diferentes, uno en el tiempo de nuestra historia, otro en la eternidad.

De este modo escribe el Dr. Carballosa:

"Los argumentos esgrimidos para apoyar la idea de que se refiere a la Jerusalén de la era milenial pueden ser contestados. En primer lugar, a partir del Apocalipsis 19:11 Juan describe una serie de acontecimientos que ocurren en e orden cronológico, incluyendo la creación de los nuevos cielos y la nueva tierra. La nueva Jerusalén es parte de la nueva creación. No parece razonable que Juan quiera hacer referir la nueva Jerusalén a la época del milenio. Eso equivaldría a romper la secuencia cronológica que comenzó en 19:11"[13].

Δεῦρο, δείξω σοι τὴν νύμφην τὴν γυναῖκα του ἀρνίου. El ángel apremia a Juan con una llamada autoritativa, literalmente *¡Acá!*, que se traduce como *ven*, o *ven acá*. El apremio no es para mover del lugar donde se encontraba el profeta, sino para que prestara atención a una nueva visión que se le entrega, en esta ocasión se le va a mostrar lo que el ángel llama *"la novia, la esposa del Cordero"*. El primer problema es que la novia, esposa del Cordero, es la Iglesia (Ef. 5:22-27; 2 Co. 11:2), pero, a Juan se le presenta la visión de la Jerusalén Celestial, o la nueva Jerusalén. Se trata de una figura de lenguaje llamada *metonimia*, que consiste en el cambio de un nombre por otro con el que el primero guarda relación. En este caso es una *metonimia de sujeto*, que toma el continente por el contenido. Se le llama *esposa*, porque es el lugar donde la Iglesia, esposa del Cordero, residirá. Si bien debe tenerse en cuenta que no solo será la morada de la Iglesia, sino que otros grupos, como se ha considerado antes, estarán en la Ciudad Santa (He. 12:22-24). Es la residencia principal de los redimidos en la nueva tierra.

Los detalles sobre la Ciudad Santa, plantea un problema hermenéutico, al tener que determinar que detalles son reales y cuales simbólicos. No cabe duda que Juan tiene que utilizar términos del lenguaje humano para describir aspectos de la nueva creación de Dios a fin de hacerlos comprensibles al lector de este tiempo, de ahí que los detalles del aspecto de algunos de los materiales de la ciudad hacen necesario entender que, por lo menos, son de distinta naturaleza a la que conocemos hoy. Sin embargo, los detalles importantes que no pueden pasar desapercibidos son que se tata de una verdadera ciudad, cuyo constructor y arquitecto es Dios; que estará habitada por los santos de todas las dispensaciones; y que Dios estará presente en ella.

En alguna medida este versículo sugiere una pregunta: ¿Seguirá habiendo una distinción entre la Iglesia e Israel en la nueva creación de Dios? No cabe duda que las diferencias entre ambos grupos se aprecian en la Escritura. Sin embargo, los de Israel que creen en Cristo en la presente dispensación pasan a formar parte de la Iglesia de Jesucristo y son la esposa del Cordero. No cabe duda que el reino milenial será el tiempo en que las promesas de los pactos

[13] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 424.

tendrán cumplimiento pleno, conforme a la fidelidad de Dios. Pero, el apóstol Pablo enseña que uno de los resultados de la Cruz ha sido la formación de un solo y nuevo hombre, eliminando las diferencias entre judíos y gentiles (Ef. 2:14-18). Si las promesas de restauración espiritual para Israel, la esposa infiel, tendrán lugar, conforme a lo que Dios ha determinado ¿qué posición en esa relación tendrán con el Cordero? ¿Habrá dos esposas en la eternidad, una Israel y otra la Iglesia? ¿Qué relación habría, si eso fuese así, con las Personas Divinas? Es conveniente entender que las diferencias de los grupos, que se manifiestan, en cierta medida, en el tiempo actual, desaparecerán totalmente en la nueva creación de Dios, y ambos pueblos, conforme al sistema actual, darán paso a uno sólo que será la Esposa del Cordero por toda la eternidad.

10. Y me llevó el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios.

καὶ ἀπήνεγκεν με ἐν πνεύματι ἐπὶ ὄρος μέγα καὶ ὑψηλόν, καὶ
Y llevó me en espíritu sobre un monte grande y alto y
ἔδειξεν μοι τὴν πόλιν τὴν ἁγίαν ᾿Ιερουσαλὴμ καταβαίνουσαν ἐκ τοῦ
mostró me la ciudad la santa Jerusalén que descendía del
οὐρανοῦ ἀπὸ τοῦ Θεοῦ
cielo desde - Dios.

Notas y análisis del texto griego.

El relato sigue, usando nuevamente como vínculo καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀπήνεγκεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀποφέρω, *llevarse,* aquí *llevó*, indica siempre un *llevarse por fuerza*, o por *acción sobrenatural*; με, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *me*; ἐν, preposición que rige dativo, *en*; πνεύματι, caso dativo neutro singular del sustantivo que denota *espíritu*; ἐπὶ, preposición que rige acusativo, *sobre*; ὄρος, caso acusativo neutro singular del sustantivo *monte*, con artículo indeterminado; μέγα, caso acusativo neutro singular del adjetivo *grande*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὑψηλόν, caso acusativo neutro singular del adjetivo *alto*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔδειξεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo δείκνυμι, *mostrar, presentar, hacer ver*, aquí como *mostró*; μοι, caso dativo singular del pronombre personal *me*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; πόλιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *ciudad*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἁγίαν, caso acusativo femenino singular del adjetivo articular *santa*; ᾿Ιερουσαλὴμ, caso acusativo femenino singular del nombre propio *Jerusalén*; καταβαίνουσαν, caso acusativo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo καταβαίνω, *descender, venir abajo, bajar*, aquí como *que desciende*, traducido en tiempo pasado para concordancia temporal; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; ambas palabras forman en español la contracción *del*; οὐρανοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *cielo*; ἀπὸ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del

artículo determinado *el*, no utilizable en español cuando va vinculado a nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *Dios.*

Καὶ ἀπήνεγκεν με ἐν πνεύματι. Juan vuelve a estar *"en el espíritu"*, la expresión aparece antes (1:10; 4:2; 17:3), indicando que el Espíritu de Dios preparó el espíritu del profeta para ser capaz de captar en toda la dimensión la visión que se le iba a comunicar.

Ἐπὶ ὄρος μέγα καὶ ὑψηλόν. El lenguaje figurado se hace notar nuevamente al decir Juan que fue llevado a un monte alto y grande, dando con ello idea de situarlo espiritualmente en una dimensión como si se tratase de un observatorio especialmente preparado para contemplar sin limitaciones la visión que iba a recibir.

Καὶ ἔδειξεν μοι τὴν πόλιν τὴν ἁγίαν Ἰερουσαλὴμ καταβαίνουσαν ἐκ τοῦ οὐρανοῦ ἀπὸ τοῦ Θεοῦ. Desde esa posición de capacitación espiritual, el ángel mostró a Juan la Ciudad Celestial que descendía. Aquí se usa la misma forma verbal que en el versículo 2. Juan vio la Ciudad *bajando*, literalmente, del cielo. Junto con la visión del descenso de la Jerusalén Celestial, observa también su procedencia, viniendo del Cielo de Dios. Aunque procedía del cielo, realmente venía de Dios mismo, ya que Él es el arquitecto constructor de la ciudad (He. 11:10). A la ciudad se le dan los calificativos de *grande y santa*, dando a entender que se trata de una construcción de grandeza inimaginable y de perfecta santidad. El pecado ya habrá cesado en el estado eterno y la santidad de Dios, cuya presencia se manifiesta en la ciudad, santificará la ciudad misma.

11. Teniendo la gloria de Dios. Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal.

ἔχουσαν τὴν δόξαν τοῦ Θεοῦ, ὁ φωστὴρ αὐτῆς ὅμοιος λίθῳ
Teniendo la gloria - de Dios el fulgor de ella semejante a piedra
τιμιωτάτῳ ὡς λίθῳ ἰάσπιδι κρυσταλλίζοντι.
Valiosísima como piedra de jaspe diáfana como el cristal.

Notas y análisis del texto griego.

ἔχουσαν, caso acusativo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tiene*, o *teniendo*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; δόξαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *gloria*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, no utilizable en castellano cuando precede a nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; φωστὴρ, caso nominativo

masculino singular del sustantivo que denota *luminosidad, fulgor, astro, brillo*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella*; ὅμοιος, caso nominativo masculino singular del adjetivo *semejante,* haciendo las veces del adverbio de modo *como*; λίθῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo *piedra*; τιμιωτάτω, caso dativo masculino singular del adjetivo en superlativo *precioso, valioso, de alta estima*; ὡς, adverbio de modo *como*; λίθῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo *piedra*; ἰάσπιδι, caso dativo femenino singular del sustantivo *jaspe*; κρυσταλλίζοντι, caso dativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo κρυσταλλίζω, *brillar como el cristal.*

Ἔχουσαν τὴν δόξαν τοῦ Θεοῦ. La primera parte del versículo corresponde mejor con el final del anterior. La ciudad que vio descender del cielo, traía consigo la gloria de Dios. La presencia de Dios iluminará la ciudad con su gloria, ya que Él es gloria absoluta y luz de luces (1 Jn. 1:5). Juan quedó impactado por la luminosidad de la ciudad, como consecuencia de la gloriosa presencia de Dios en ella. Donde está Dios se manifiesta el resplandor de su gloria (Is. 58:8; 60:1, 2, 19; 2 Co. 3:18).

Ὁ φωστὴρ αὐτῆς. El texto habla de *fulgor*, de irradiación de luz, resplandor, brillantez. La gloria de la luz de Dios brilla en la ciudad y la hace refulgente. El profeta Ezequiel describió la tierra resplandeciendo a causa de la gloria de Dios (Ez. 43:1-2); de la misma manera la Ciudad Celestial resplandece por la impronta gloriosa de Dios en ella.

Ὅμοιος λίθῳ τιμιωτάτῳ ὡς λίθῳ ἰάσπιδι κρυσταλλίζοντι. La ciudad en sí misma se compara con una piedra de *jaspe*, cristalizado, entallado y centelleante. Los nombres de las piedras preciosas de la antigüedad no siempre coinciden con el significado de las actuales. En tiempo de Juan la palabra *jaspe*, no se identificaba exclusamente con la piedra que lleva ese nombre hoy en día. En general se usaba para expresar una piedra preciosa transparente. Probablemente el *jaspe* se ha de entender aquí como un diamante. Se trata de expresar la belleza impresionante de una piedra como un diamante que emite irisaciones al ser atravesado por la luz. El brillo de la ciudad será impresionante, con un resplandor comparable propio de un diamante pulido y sin máculas. Aprecia también que era *diáfana*, o mejor *clara* como el cristal. Juan utiliza un verbo que sólo aparece aquí en todo el Nuevo Testamento y que expresa la idea de algo cristalino y limpio que no obstaculiza el paso de la luz. Puede tratarse más bien de algo inmaculado que brilla reflejando la luz, pero, también pudiera ser usado para enfatizar la transparencia de la ciudad como induce a pensar la expresión *"clara como el cristal"*, sin embargo, no es becario que sea así. Juan está tratando de describir con palabras humanas la gloriosa refulgencia de la Ciudad Santa. Debemos entender todo esto a la luz de las palabras del apóstol

Pablo: *"Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman"* (1 Co. 2:9).

El primer aspecto de la nueva Jerusalén, enfatiza la gloriosa luminosidad de la presencia de Dios en ella, la limpieza absoluta en su interior y la belleza admirable del resplandor de la luz procedente de Dios mismo, que supera en todo la capacidad humana de imaginación. Mientras que las ciudades de la tierra, aún las más hermosas, tiene algo de oscuridad y suciedad, la Jerusalén celestial se manifiesta con el brillo de algo inmaculado llena de gloriosa luz.

El muro de la ciudad (21:12-14).

12. Tenía un muro grande y alto con doce puertas; y en las puertas, doce ángeles, y nombres inscritos, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel.

ἔχουσα τεῖχος μέγα καὶ ὑψηλόν, ἔχουσα πυλῶνας δώδεκα καὶ ἐπὶ
Que tiene un muro grande y alto, que tiene puertas doce y sobre
τοῖς πυλῶσιν ἀγγέλους δώδεκα καὶ ὀνόματα ἐπιγεγραμμένα,
ellas puertas ángeles doce y nombres que habían sido inscritos
ἅ ἐστιν τὰ ὀνόματα τῶν δώδεκα φυλῶν υἱῶν Ἰσραήλ·
los que son los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue el relato con ἔχουσα, caso nominativo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tenía*, o *teniendo*; τεῖχος, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *muro, muralla de ciudad*; unido a μέγα, caso acusativo neutro singular del adjetivo que expresa la condición de lo que es *grande*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὑψηλόν, caso acusativo neutro singular del adjetivo *alto*; ἔχουσα, caso nominativo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tenía*, o *teniendo*; πυλῶνας, caso acusativo masculino plural del sustantivo *puertas*, *portones*; δώδεκα, caso acusativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *doce*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐπὶ, preposición de dativo*, sobre*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *los*; πυλῶσιν, caso dativo masculino plural del sustantivo *portones, puertas*; ἀγγέλους, caso acusativo masculino plural del sustantivo *ángeles*; δώδεκα, caso acusativo masculino plural del sustantivo *ángeles*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὀνόματα, caso acusativo neutro plural del sustantivo *nombres*; ἐπιγεγραμμένα, caso acusativo neutro plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo ἐπιγράφω, *escribir sobre, grabar, poner una inscripción*, aquí como *que habían sido inscritos*; ἅ, caso nominativo neutro plural del pronombre relativo *los que*; ἐστιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *son*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*; ὀνόματα, caso nominativo neutro plural del sustantivo *nombres*; τῶν, caso genitivo femenino plural declinado *de las*; δώδεκα, caso genitivo femenino

plural del adjetivo numeral cardinal *doce*; φυλῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo *tribus*; υἱῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los hijos*; ᾿Ισραήλ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Israel.*

῎Εχουσα τεῖχος μέγα καὶ ὑψηλόν, ἔχουσα πυλῶνας δώδεκα. Luego de la gloria refulgente de la ciudad, Juan vio el muro que rodeaba el perímetro de ella. Juan utiliza el acusativo de posesión con el verbo *tener*, que indica que la ciudad *poseía*, *tenía* una gran muralla maciza, abierta sólo en el lugar de las puertas que daban acceso a ella. La muralla está en consonancia con la grandeza de la ciudad. Los muros no tienen aquí nada que ver con defensa, porque la paz de Dios será el modo natural de vida por toda la eternidad. Algunos ven en las murallas la forma de evitar el acceso a los perversos que se describieron en la lista anterior (v. 8), pero estos no estarán ya en el entorno de la nueva creación de Dios, sino en el lago de fuego. Todos los enemigos de Dios y de sus santos habrán sido lanzados al lugar de condenación para siempre (Ap. 20:10, 15; 21:8). La idea de los muros es la de destacar un determinado espacio para determinados grupos de santos, que serán los moradores de la nueva Jerusalén. Por otro lado la idea de *murallas* en la Biblia son también figura de seguridad, como dice el profeta al referirse a la protección del pueblo de Dios: *"En aquel día cantarán este cántico en tierra de Judá; Fuerte ciudad tenemos; salvación puso Dios por muros y antemuro"* (Is. 26:1). Aún en forma más relacionada: *"Yo seré para ella, dice Jehová, muro de fuego en derredor, y para gloria estaré en medio de ella"* (Zac. 2:5). Los santos en la ciudad podrán ver – siempre en lenguaje simbólico- la solidez de unos muros que garantiza su eterna seguridad. Nada ni nadie podrán alcanzarlos, y mucho menos separarlos del amor de Dios y de su eterna comunión.

῎Εχουσα πυλῶνας δώδεκα. En el muro apreció Juan la existencia de doce puertas. La distribución de esas puertas aparece en el siguiente versículo. La descripción es semejante a la profetizada por Ezequiel para la Jerusalén del milenio (Ez. 48:30-34). Las puertas de la ciudad santa, dan acceso a los santos que han sido salvos por gracia y cuyos nombres están inscritos en el libro de la vida (v. 27). No son puertas cerradas, sino abiertas para dar acceso a todos los santos que estarán en la nueva creación de Dios.

Καὶ ἐπὶ τοῖς πυλῶσιν ἀγγέλους δώδεκα. En cada una de esas puertas, el apóstol descubre doce ángeles. ¿Cuál será la misión de esos ángeles? No hay una respuesta bíblica, por tanto, lo que se de cómo respuesta será la posición personal del intérprete. Los ángeles aparecen muchas veces en la Biblia rodeando el trono de Dios, haciendo con su presencia manifestación visible de la realidad de Dios allí. En las puertas de entrada a la ciudad estarán ángeles que, en cierto modo, manifiestan que esa es la ciudad donde Dios se

hace presente y habita con su pueblo. De la misma manera que los serafines rodeaban el trono de Dios, como expresión simbólica de custodia de la santidad divina (Is. 6:1-3), así también la presencia de los doce ángeles, sobre las puertas de la ciudad, serán expresión visible de la presencia divina en la ciudad. Los ángeles aquí pueden considerarse como una guardia de honor en cada una de las puertas de acceso a la ciudad, como ocurre en los palacios reales de la tierra. En ese sentido, los ángeles anuncian a todos que esa es la ciudad de Dios.

Τοῖς πυλῶσιν ἀγγέλους δώδεκα ἅ ἐστιν τὰ ὀνόματα τῶν δώδεκα φυλῶν υἱῶν ᾽Ισραήλ. En cada puerta estaba el nombre de cada una de las doce tribus de Israel. El número aparece varias veces en este pasaje: Doce puertas (v. 12); doce ángeles (v. 13); doce tribus (v. 13); doce fundamentos (v. 14); las medidas de la ciudad doce mil estados (v. 16); y la altura de la muralla ciento cuarenta y cuatro codos, equivalentes a doce por doce (v. 17). En la Jerusalén del milenio, los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel estaban inscritos sobre las puertas (Ez. 48:31). El acceso a la ciudad está reservado a los salvos y estos lo son por fe en Jesucristo, a quien Pablo vincula, en su ascendencia humana con los *patriarcas*, que dan nombres a las doce tribus de Israel (Ro. 9:5). Debe recordarse que la salvación viene de Israel (Jn. 4:22), y que la única puerta de salvación es Cristo (Jn. 10:9). Dios escogió a Israel de entre todas las naciones para llevar a cabo sus propósitos de bendición hacia los hombres, no es de extrañar, que en un nuevo orden, donde el pecado no exista y, por tanto, la rebeldía consecuente de él no va a producirse jamás, Israel, tenga una posición de lealtad inquebrantable con Dios y los nombres de las tribus estén inscritos en los dinteles de las puertas de la ciudad. Eso sería, no tanto un honor para Israel, sino una manifestación de la fidelidad de Dios y de su providencia para con el pueblo elegido en Abraham. Con todo, no debe dársele a Israel una posición de superioridad sobre el resto de los salvos. Algunos sostienen que todo lo que aparecen en la Ciudad Santa, se sustenta sobre Israel, que incluye también a los doce apóstoles, todos ellos israelita. Debe considerase mejor, que tanto los israelitas salvos, como la Iglesia, representada en los doce apóstoles, tienen el mismo lugar en la Ciudad Celestial. No es bueno buscar símbolos en todo cuanto aparece en la profecía, teniendo en cuenta que el Espíritu está dando una panorámica del futuro, sin precisar detalles y responder a curiosas preguntas propias del lector.

13. Al oriente tres puertas; al norte tres puertas; a sur tres puertas; al occidente tres puertas.

ἀπὸ ἀνατολῆς πυλῶνες τρεῖς καὶ ἀπὸ βορρᾶ πυλῶνες τρεῖς καὶ ἀπὸ
Desde oriente puertas tres y desde norte puertas tres y desde
νότου πυλῶνες τρεῖς καὶ ἀπὸ δυσμῶν πυλῶνες τρεῖς.
sur puertas tres y desde oeste puertas tres.

Notas y análisis del texto griego.

Sin necesidad de separación entre versículos, el relato continúan con ἀπὸ, preposición de genitivo que equivale a *de, desde,* expresando indicación de origen, en sentido de ver lo que hay en cada lugar, de ahí que se traduzca como *al* para referirse a lo que hay en cada parte del muro de la ciudad; ἀνατολῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *oriente*, *este*; πυλῶνες, caso nominativo masculino plural del sustantivo *puertas, portones*; τρεῖς, caso nominativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *tres*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀπὸ, preposición de genitivo que equivale a *de, desde*; βορρᾶ, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *norte*; πυλῶνες, caso nominativo masculino plural del sustantivo *puertas, portones*; τρεῖς, caso nominativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *tres*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀπὸ, preposición de genitivo que equivale a *de, desde*; νότου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *sur*; πυλῶνες, caso nominativo masculino plural del sustantivo *puertas, portones*; τρεῖς, caso nominativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *tres*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀπὸ, preposición de genitivo que equivale a *de, desde*; δυσμῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo *ocaso del sol, occidente, oeste*; πυλῶνες, caso nominativo masculino plural del sustantivo *puertas, portones*; τρεῖς, caso nominativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *tres*.

᾿Απὸ ἀνατολῆς πυλῶνες τρεῖς καὶ ἀπὸ βορρᾶ πυλῶνες τρεῖς καὶ ἀπὸ νότου πυλῶνες τρεῖς καὶ ἀπὸ δυσμῶν πυλῶνες τρεῖς. Las puertas estaban situadas en cada uno de los lados del muro de la ciudad. Juan utiliza aquí una preposición para detallar las puertas que significa *desde* y que indica que estaba viendo las puertas *desde* cada uno de los lados de la ciudad. Según veía desde el norte, había cuatro puertas, lo mismo desde el sur, del este y del oeste. En cada una de las partes del muro estaban repartidas tres de las doce puertas. Si el nombre de las doce tribus estaba inscrito en el dintel de cada una de las puertas, o tal vez en la puerta misma, podría pensarse en la disposición de las doce tribus en el campamento de Israel. La disposición de las tribus en el Antiguo Testamento, cuando se levantaba en tabernáculo en el desierto, durante la peregrinación era esta: Al oriente: Judá, Isacar y Zabulón (Nm. 2:3-8); al norte: Dan, Aser y Neptalí (Nm. 2:25-30); al sur: Rubén Simeón y Gad (Nm. 2:10-16); y al oeste: Benjamín, Efraín y Manasés (Nm. 2:18-24). No hay ninguna evidencia bíblica que confirme estos mismos nombres colocados de la misma forma en las doce puertas de la ciudad. Ezequiel, como se dijo antes, vio también los nombres de las doce tribus en la Jerusalén del milenio (Ez. 48:31).

14. Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los dice apóstoles del Cordero.

καὶ	τὸ	τεῖχος	τῆς	πόλεως	ἔχων	θεμελίους	δώδεκα	καὶ	ἐπ᾿	αὐτῶν
Y	el	muro	de la	ciudad	que tiene	fundamentos	doce	y	sobre	ellos

δώδεκα ὀνόματα τῶν δώδεκα ἀποστόλων τοῦ ἀρνίου.
doce nombres de los doce apóstoles del Cordero.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue la descripción de los muros de la ciudad con καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; τεῖχος, caso nominativo neutro singular del sustantivo *muro, muralla*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; πόλεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *ciudad*; ἔχων, caso genitivo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *que tiene*, *teniendo*, traducido generalmente como pasado para dar concordancia temporal a la expresión; θεμελίους, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota *fundamentos, cimientos, sillares*; δώδεκα, caso acusativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *doce*; καὶ, conjunción copulativa *y*; sigue luego la preposición de acusativo ἐπί, con el grafismo ἐπ', forma que adopta por elisión de la ι final ante vocal o diptongo sin aspiración, que equivale a *por, sobre*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *ellos*; δώδεκα, caso acusativo neutro plural del adjetivo numeral cardinal *doce*; ὀνόματα, caso acusativo neutro plural del sustantivo *nombres*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; δώδεκα, caso genitivo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *doce*; ἀποστόλων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *apóstoles*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; ἀρνίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *Cordero*.

Καὶ τὸ τεῖχος τῆς πόλεως ἔχων θεμελίους δώδεκα καὶ ἐπ' αὐτῶν δώδεκα ὀνόματα τῶν δώδεκα ἀποστόλων τοῦ ἀρνίου. El muro de la ciudad descansaba sobre fundamentos que llevaban el nombre de cada uno de los doce apóstoles de Jesucristo. En la actual dispensación, la Iglesia descansa sobre el fundamento de apóstoles y profetas (Ef. 2:20). La misma palabra que Juan utiliza para *cimientos*, o *fundamentos* del muro de la ciudad, es la que aparece en relación con el fundamento de la Iglesia (Ef. 2:20; 1 Co. 3:10-12). La Iglesia no se sustenta sobre los apóstoles en sí mismos, sino sobre la enseñanza de ellos. Los fundamentos expresan la idea de sustentación. Todos los fundamentos descansan sobre la piedra angular que es Cristo (1 P. 2:6). Claramente se distingue en la Escritura los fundamentos, de la roca sobre la que se edifica la iglesia que es Cristo (Mt. 16:18). Nadie puede poner otro fundamento, en el sentido de base de sustentación eterna para la Iglesia, que no sea el que está puesto de Dios mismo, que es Cristo (1 Co. 3:1). La ciudad con fundamentos estará sólidamente afirmada en la tierra, hacia donde Juan la vio descender (v. 10). La visión de puertas con el nombre de las doce tribus de Israel y luego los cimientos con los nombres de los doce apóstoles, ponen de manifiesto que la ciudad es el lugar de residencia de los santos de las distintas dispensaciones, tanto las del Antiguo como las del Nuevo Testamento, y que tanto Israel, en la antigua dispensación, como la Iglesia, de la nueva, tienen su

lugar en el reino final y eterno de Dios (He. 12:22-24). Del estado eterno, como reino glorioso de Dios, disfrutarán todos los redimidos, tanto judíos como gentiles, tanto de las antiguas dispensaciones, como de la Iglesia.

Las medidas de la ciudad (21:15-17).

15. Y el que hablaba conmigo tenía una caña de medir, de oro, para medir la ciudad, sus puertas y su muro.

Καὶ ὁ λαλῶν μετ᾽ ἐμοῦ εἶχεν μέτρον κάλαμον χρυσοῦν, ἵνα
Y el que habla conmigo tenía una medida una caña de oro para
μετρήσῃ τὴν πόλιν καὶ τοὺς πυλῶνας αὐτῆς καὶ τὸ τεῖχος αὐτῆς.
medir la ciudad y las puertas de ella y el muro de ella.

Notas y análisis del texto griego.

La visión sigue con las medidas de la ciudad, usando nuevamente καὶ, conjunción copulativa *y*, como vínculo con lo que antecede; seguido de ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; λαλῶν, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo λαλέω, *hablar, decir*, aquí como *que habla*, traducido en tiempo pasado para una mejor concordancia temporal de la frase; seguido de la preposición de genitivo μετ᾽ en la forma que toma la preposición μετά delante de vocal y que significa *con*; ἐμοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal *mi*; unidas ambas en castellano para formar la forma del pronombre personal *conmigo*; εἶχεν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tenía*; μέτρον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *medida*; κάλαμον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *caña*; χρυσοῦν, caso acusativo neutro singular del adjetivo *de oro, dorado*; ἵνα, conjunción, *que, para que*, *por que, a fin de que, de modo que*; μετρήσῃ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo μετρέω, *medir,* aquí como *medir,* o también *que fuese medida*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; πόλιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *ciudad*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; πυλῶνας, caso acusativo masculino plural del sustantivo *puertas, portones*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; τεῖχος, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *muro, muralla*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella*.

Καὶ ὁ λαλῶν μετ᾽ ἐμοῦ εἶχεν μέτρον κάλαμον χρυσοῦν. En un momento anterior, Juan fue invitado a medir el templo de Dios, el altar y los que adoraban en él (Ap. 11:1). Allí la medición tenía que ver con protección y exclusión, como se consideró antes. Aquella medición estaba relacionada con

un tiempo concreto, el de la tribulación. Ahora es un ángel el que tiene en su mano un instrumento para medir.

Ἵνα μετρήσῃ τὴν πόλιν καὶ τοὺς πυλῶνας αὐτῆς καὶ τὸ τεῖχος αὐτῆς. Aquella *caña*, instrumento de medir, daría a Juan datos de las dimensiones de la ciudad, que no se podían conocer de otro modo. El instrumento de medición estaba en la mano del ángel, con el propósito de medir la ciudad, como se aprecia en la cláusula condicional de propósito que aparece en el texto griego con la conjunción traducida como *para que*. Aquella medición daría datos sobre la ciudad, las puertas y el muro. El ángel estaba dispuesto para medir el perímetro de la ciudad, la longitud de sus enormes puertas y la longitud y altura de la muralla que la rodeaba. Todo ello para dar idea de la magnificencia de la Ciudad Celestial. Con todo, el lenguaje de los hombres nunca podrá alcanzar a describir plenamente lo que Dios prepara para los suyos.

16. La ciudad se halla establecida en cuadro, y su longitud es igual a su anchura; y él midió la ciudad con la caña, doce mil estadios; la longitud, la altura y la anchura de ella son iguales.

καὶ ἡ πόλις τετράγωνος κεῖται καὶ τὸ μῆκος αὐτῆς ὅσον καὶ τὸ
Y la ciudad cuadrangular está asentada y la longitud de ella tanta y el
πλάτος. καὶ ἐμέτρησεν τὴν πόλιν τῷ καλάμῳ ἐπὶ σταδίων δώδεκα
ancho y midió la ciudad con la caña en estadios doce
χιλιάδων, τὸ μῆκος καὶ τὸ πλάτος καὶ τὸ ὕψος αὐτῆς ἴσα ἐστίν.
mil la longitud y la anchura y la altura de ella iguales son.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue el relato con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; πόλις, caso nominativo femenino singular del sustantivo *ciudad*; τετράγωνος, caso nominativo femenino singular del adjetivo que expresa la condición de lo que es *cuadrangular*, literalmente de *cuatro ángulos*; κεῖται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz pasiva del verbo κεῖμαι, *estar echado, encontrarse, estar destinado*, el significado fundamental del verbo es *estar echado o tumbado, estar situado,* aquí como *está asentada*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; μῆκος, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *largo*, *longitud*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella*; ὅσον, caso nominativo neutro singular del adjetivo relativo *cuanto, cuan grande, cuan numeroso, tanto como, tan extenso como, tan prologado como, todo lo que*, en realidad se trata de un pronombre correlativo, atestiguado desde Homero, y que puede designar la extensión en el espacio, como ocurre en esta ocasión; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; πλάτος, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *anchura*; καὶ, conjunción copulativa *y*;

ἐμέτρησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo μετρέω, *medir*, aquí como *midió*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; πόλιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *ciudad*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado declinado *con el*, femenino en castellano; καλάμῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo *caña*; ἐπὶ, preposición de genitivo *en*; σταδίων, caso genitivo masculino singular del sustantivo *estadios*; δώδεκα, caso genitivo neutro plural del adjetivo numeral cardinal *doce*; χιλιάδων, caso genitivo femenino plural del sustantivo *millares*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*, femenino en castellano; μῆκος, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *longitud*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*, femenino en castellano; πλάτος, caso nominativo neutro singular del sustantivo *anchura*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*, femenino en castellano; ὕψος, caso nominativo neutro singular del sustantivo *altura*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella*; ἴσα, caso nominativo neutro plural del adjetivo *iguales*; ἐστίν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *es*.

Καὶ ἡ πόλις τετράγωνος κεῖται. La visión de la ciudad se describe como establecida en una superficie cuadrangular, de modo que tenía forma de cuadrado perfecto. Entre los griegos el cuadrado era símbolo de perfección, de tal manera que las ciudades más importantes de oriente, tenían forma cuadrangular. Juan vio una ciudad con una simetría perfecta. Cuatro es el número simbólico para referirse a la tierra, que tiene cuatro puntos cardinales, la ciudad tiene cuatro ángulos y estará asentada en la tierra. Todo lo de la ciudad tiene relación con el hombre, en comunión con Dios, en la experiencia de vida en una nueva creación, donde habrá una nueva tierra y un nuevo cielo. La ciudad misma destaca el sentido de perfección.

Καὶ ἡ πόλις τετράγωνος κεῖται πλάτος. καὶ ἐμέτρησεν τὴν πόλιν τῷ καλάμῳ ἐπὶ σταδίων δώδεκα χιλιάδων. El ángel midió la ciudad con la caña de medir que tenía en su mano. Algunos consideran que la medición final era el perímetro total de la ciudad[14], sin embargo, el texto griego exige entender que las medidas correspondían a cada uno de los lados del cuadrado perfecto de la ciudad. La medida arrojó la cifra de doce mil estadios. Es necesario convertir estas medidas a metros para tener una idea aproximada de la dimensión del área de la ciudad. La dificultad está en determinar la equivalencia del estadio, medida que utiliza Juan. Cada estadio tenía cuatrocientos codos y cada codo, ordinario, que se llamaba *de hombre*, medía cuarenta y cinco centímetros. El codo real o antiguo (Ez. 40:5), tenía cincuenta y dos centímetros

[14] Entre otros Sebastián Bartina. o.c., pág. 833.

y medio. Aquí debe aplicarse el codo ordinario, ya que el mismo pasaje lo indica (v. 17). Hecha la conversión daría:

1 estadio x 400 codos x 45 cm. = 180 m.
12000 estadios x 180 m = 2.160.000 m. = 2.160 Km.
La superficie de la ciudad, siendo un cuadrado sería 2.160 Km. x 2.160 Km. = 4.665.600 Km^2. algo menos de la mitad de la superficie de Europa.

Pero, todavía más, el versículo afirma que la τὸ μῆκος καὶ τὸ πλάτος καὶ τὸ ὕψος αὐτῆς ἴσα ἐστίν, *"longitud, la altura y la anchura de ella son iguales"*, introduciéndonos aquí a dimensiones de volumen. Supondría que:

2.160 Km. de longitud x 2.160 Km. de anchura x 2.160 Km. de altura = 10.077.696 Km^3.

La dimensión de superficie es asombrosamente grande para una ciudad, pero supone algo inconcebible la dimensión de volumen, ya que la altura equivaldría a 2.160 Km. cuando el monte más alto de la tierra es un poco menor de 9 Km. de altura.

Ante estas dimensiones, asombrosamente grandes para nuestra tecnología actual, los comentaristas se sitúan especialmente en dos posiciones. Por un lado, los que consideran que estos números son meramente figurativos o simbólicos y que si además consideran que la primera medida no es de cada lado, sino perimetral, llegan a la siguiente conclusión, como escribe el profesor Bartina:

"Tomando como base las medidas de longitud áticas, se tiene: 12.000 estadios x 177,6 metros = 2.131.200 metros, es decir, 2.131 kilómetros de perímetro. A cada uno de los cuatro lados iguales correspondería 2.000 estadios x 177,6 metros = 532.800 metros, que son 532, 8 kilómetros. Aproximadamente la distancia por vía férrea de Barcelona a Madrid, pasando por Zaragoza, es de 685 kilómetros. El perímetro de la España peninsular es de 4.814 kilómetros. Como se ve, la nueva Jerusalén, simple ciudad, cubriría una superficie equivalente casi a la mitad de toda España. Lo más maravilloso es que longitud, anchura y altura son iguales en esta ciudad nueva. Algunos han interpretado cerradamente estas palabras y dan por segura su forma cúbica. La nueva Jerusalén sería un cubo perfecto que alcanzaría 532,8 kilómetros de altura, como se ve, en pleno dominio de los satélites artificiales. Pero esta interpretación no es correcta. Es imposible en todo el pensamiento antiguo, apocalíptico joaneo una ciudad cúbica, y lo que se dirá de la Jerusalén nueva innatamente prueba lo contrario. Se trata simplemente de la altura del monte donde se halla edificada la ciudad (v. 10). Pero una explicación mejor encuentra apoyo en la misma fuerza de las palabras. Cuando se dice que la

longitud de la ciudad es igual a la anchura (v. 16b) se emplea la palabra ὅσον, que implica de preferencia una igualdad mutua incluso entre géneros distintos de cosas medidas (μῆκος, πλάτος). Cuando, en cambio, se dice que longitud, anchura y altura son iguales (v. 16d) se emplea la palabra ἴσα, que induce más bien a entender una reciprocidad solamente en el mismo género o clase de cosas medidas. Se comprende que, siendo constantes o paralelas las líneas que delimitan la anchura, en una figura cuadrangular, pueden ser desiguales las que limitan la longitud. Los dos planos o líneas que delimitan la longitud (μῆκος), los dos plano que delimitan la anchura (πλάτος), los planos que delimitan la altura (ὕψος) son iguales sólo recíprocamente entre sí (ἴσα). No se diría, pues, en este pasaje, que la altura es igual a la longitud en la ciudad, sino que es uniforme, es decir, que no tiene altibajos o diferencias vergonzosas entre los distintos edificios de la misma urbe o en su muralla. Como estamos ante metáforas, exageradas según el gusto oriental, la realidad significada es que la nueva Jerusalén es prominente, celeste y perfecta"[15].

Dos aspectos son necesarios destacar en el comentario anterior: 1) Es absolutamente correcta la diferencia entre las palabras que se usan en el texto griego para referirse a la igualdad de las medidas. Es cierto que la segunda palabra[16] puede usarse para establecer reciprocidad más que absoluta igualdad entre cosas, sin embargo, la segunda expresión de reciprocidad no anula la primera de absoluta igualdad. Lo que Juan está diciendo es que las medidas absolutamente iguales de la superficie, son también las que corresponden a la altura y, por tanto, son recíprocas entre sí. 2) La interpretación alegórica está presente en la mente del intérprete, que afirma que las medidas son puras metáforas e hipérboles del gusto oriental. Sin duda no estaba teniendo en cuenta que el Apocalipsis es *inspirado plenariamente* y que, aunque supuestamente el autor estuviese influenciado por el *gusto oriental*, no sería posible que el Espíritu Santo permitiera tal exageración humana en la Palabra inspirada.

Otros eruditos consideran que la ciudad no es tanto un cubo perfecto, como una pirámide. De este modo escribe el Dr. Lacueva:

"Opino, sin embargo, siguiendo a W. M. Smith (ob. cit., pág. 1523), J. F. Walvoord (ob. cit., pág 323), el rabino converso M. Trezzi (en convrsación privada) y otros autores, que la forma de la ciudad no es cúbica, sino piramidal, con lo que su volumen queda en unos 6.912.000.000 de kms. cúbicos. Copio de mi libro Escatología II, pág. 318: Las razones a favor de una forma piramidal son las siguientes: A) Su belleza arquitectónica es mucho mayor; B) Se entiende mejor que el río de agua viva y pura salga del trono de

---

[15] Sebastián Bartina. o.c., pág. 833 s.

[16] ἴσα.

Dios y del Cordero (22:1); C) Si el muro de la ciudad tiene unos 64 mts. De altura, este tamaño, que sería enorme para una ciudad normal, resulta pequeñísimo en comparación de la altura; pero ya no es tan desproporcionado si la ciudad, en lugar de tener estructura cúbica, la tiene piramidal"[17].

Sin duda las observaciones anteriores son dignas de consideración. Pero, la interpretación literal del texto bíblico no faculta para entender una estructura que no sea cúbica. Con toda claridad se lee en el texto griego que las tres medidas, longitud, anchura y altura son iguales. La nueva Jerusalén será el lugar donde Dios manifiesta, de un modo singular y especial, su presencia, como lo hacía también en el Lugar Santísimo, primero del tabernáculo y luego del templo de Salomón. Las medidas de ese departamento eran cúbicas e iguales, tanto de largo, como de ancho y de alto. La idea de un muro desproporcionado a las dimensiones de la ciudad, son subjetivas, teniendo en cuenta que no se trata de una protección, absolutamente innecesaria, sino de una delimitación del espacio del perímetro de la ciudad. Debemos llegar, pues, a la conclusión de que la ciudad es un cubo perfecto con medidas idénticas por cada lado.

Es cierto que nadie puede en la actualidad suponer una construcción con 2.160 Km. de altura, sin embargo, ¿qué es esa medida comparada con el volumen total de la tierra actual? ¿No se está tratando de una nueva creación que Dios traerá a la existencia en sustitución de la actual? ¿Quién puede dudar que el Creador que ha hecho un universo actual con dimensiones sobrecogedoras, construya una ciudad semejante a la que Juan describe? El Señor hizo una afirmación notable en relación con la realidad de esa ciudad: *"En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis"* (Jn. 14:2-3). El Creador de todas las moradas que hay en la casa del Padre, referidas estas palabras a la creación actual con sus millones de galaxias, han sido hechas por el mismo Señor Jesucristo (Jn. 1:3; Col. 3:16). Además, la creación actual con asombrosas dimensiones, se sustenta en el orden cósmico establecido, por la palabra autoritativa y soberana de Jesucristo (He. 1:3). Por tanto, quien ha podido crear todo cuanto existe y sustentarlo, puede hacer algo más pequeño en dimensiones, como será la Ciudad Celestial. No hay, pues, razón alguna para buscar argumentos que humanamente hagan posible esto y formas que se ajusten al subjetivismo propio del hombre. La profecía revela, por medio de Juan, que la Ciudad Santa, tendrá unas medidas que la harán apropiada para recoger dentro de ella a los millones de santos que han sido salvos por gracia, mediante la fe, a lo largo del tiempo transcurrido de la historia humana. La idea que se hace relevante en las

[17] F. Lacueva. o.c., pág. 575.

dimensiones de la ciudad, va complementando la imagen que el pasaje da de ella, que junto con la belleza de su luminosidad, estarán las dimensiones enormes para la habitabilidad de todos los salvos. Téngase en cuenta, que aun cuando la vida en la esfera de la glorificación, varía absolutamente los parámetros físicos de los cuerpos actuales, los salvos resucitados y glorificados no serán espíritus, sino cuerpos glorificados que ocuparán lugar en el espacio. El Señor hizo énfasis en esto cuando dijo a los discípulos, que contemplaban asombrados su cuerpo resucitado: *"Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo"* (Lc. 24:39). Quienes vivimos en ciudades muy pobladas, nos damos cuenta de las incomodidades de vida en una población concentrada en un espacio pequeño; al mirar al futuro, la nueva Jerusalén, ofrece la confortable visión de un espacio tan amplio que no habrá posibilidad de insuficiencia en ningún sentido.

17. Y midió su muro, ciento cuarenta y cuatro codos, de medida de hombre, la cual es de ángel.

καὶ ἐμέτρησεν τὸ τεῖχος αὐτῆς ἑκατὸν τεσσεράκοντα τεσσάρων
Y midió el muro de ella ciento cuarenta cuatro
πηχῶν μέτρον ἀνθρώπου, ὅ ἐστιν ἀγγέλου.
codos medida de hombre lo que es de ángel.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue el detalle de las medidas de la ciudad, uniéndolo con lo que antecede mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐμέτρησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo μετρέω, *medir*, aquí como *midió*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; τεῖχος, caso acusativo neutro singular del sustantivo *muro, muralla, cierre*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de ella*; ἑκατὸν, caso genitivo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *ciento*; τεσσεράκοντα, caso genitivo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *cuarenta*; τεσσάρων, caso genitivo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *cuatro*; πηχῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo *codos*; μέτρον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *medida*; ἀνθρώπου, caso genitivo masculino singular del sustantivo declinado *de hombre*; ὅ, caso nominativo neutro singular del pronombre relativo *lo que*; ἐστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *es*; ἀγγέλου, caso genitivo masculino singular del sustantivo declinado *de ángel.*

Καὶ ἐμέτρησεν τὸ τεῖχος αὐτῆς ἑκατὸν τεσσεράκοντα τεσσάρων πηχῶν μέτρον ἀνθρώπου, ὅ ἐστιν ἀγγέλου. La última medida se refiere al muro perimetral que rodea la ciudad, en el que estaban las doce puertas. La medición dio como resultado una altura de ciento cuarenta y cuatro codos. Hay dos tipos de medida llamada *codo*: El *codo ordinario*, que tenía

aproximadamente cuarenta y cinco centímetros; y el *codo regio*, con una longitud de cincuenta y dos centímetros. Haciendo el cálculo daría bien 65 m. para el codo normal, o bien 75 m. si se emplea el codo regio. ¿Se trata también de medidas cúbicas? es decir, ¿son iguales la altura y la anchura de la muralla? En cualquier caso no hay respuesta bíblica y todo cuanto se pretenda establecer será mera suposición. Lo que es evidente es que se trata de determinar la altura de la muralla, que no es demasiado elevada en relación con el volumen y la altura de la ciudad; es, aparentemente, una muralla baja para una ciudad tan grande. Pero, como se dijo antes, la muralla no tiene la misión de protección sino de demarcación, estableciendo los límites de la Ciudad Celestial. Con todo, la altura de la muralla equivale a un edificio de veinte pisos en la actualidad. La medida se tomó con la vara de medir que estaba utilizando el ángel, de ahí que el sentido de la frase del versículo sea: *"Midió su muralla y tenía ciento cuarenta y cuatro codos de altura según las medidas humanas que el ángel estaba empleando"*.

¿Quién podrá leer los versículos anteriores y dejar de sentir admiración sobrecogedora al descubrir lo que el Señor prepara para nosotros? La fe, que es *"la sustancia de lo que se espera"* (He. 11:1), comienza a hacernos disfrutar, saludándola de lejos, la gloriosa ciudad que el Señor construirá para dimensión del estado eterno. Lo que se ha descrito es ya inimaginable para nosotros, pero, todavía siguen glorias que se detallan en la visión de Juan.

Los materiales del muro y de las puertas (21:18-21).

18. El material de su muro era de jaspe; pero la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio.

καὶ ἡ ἐνδώμησις τοῦ τείχους αὐτῆς ἴασπις καὶ ἡ πόλις χρυσίον
Y la construcción del muro de ella jaspe, y la ciudad oro
καθαρὸν ὅμοιον ὑάλῳ καθαρῷ.
puro semejante a vidrio puro.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad sigue con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*, masculino en español; ἐνδώμησις, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *construcción*, *cosa construida*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; τείχους, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *muro, muralla;* αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella*; ἴασπις, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *jaspe*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; πόλις, caso nominativo femenino singular del sustantivo *ciudad*; χρυσίον, caso nominativo

neutro singular del sustantivo *oro*; καθαρὸν, caso nominativo neutro singular del adjetivo que expresa la condición de *puro, limpio, sin mancha*; ὅμοιον, caso nominativo neutro singular del adjetivo *semejante*; ὑάλῳ, caso dativo femenino singular del sustantivo declinado *a vidrio*; καθαρῷ, caso dativo masculino singular del adjetivo *puro, limpio*.

Καὶ ἡ ἐνδώμησις τοῦ τείχους αὐτῆς ἴασπις. El material del muro ya se mencionó antes (v. 11), equiparándolo al jaspe, que como se dijo también no equivale necesariamente a la actual piedra llamada de ese modo que es una variedad de la calcedonia opaca, intensamente colorada, compacta y de fractura concoide, o que también puede ser un tipo de mármol veteado. En tiempos de Juan podría tratarse incluso, como muy bien puede ser en el contexto, del diamante. Todo ello dirige la mente a entender, aunque muy distantemente de la realidad que será, la gloria de la Ciudad en sus más mínimos aspectos y en la totalidad de la misma, que superará en todo a la realización de los más grandes deseos humanos.

El profeta hablando inspirado en relación con el pueblo de Dios en el futuro del reino de los cielos dice: *"Pobrecita, fatigada con tempestad, sin consuelo; he aquí que yo cimentaré tus piedras sobre carbunclo, y sobre zafiros te fundaré. Tus ventanas pondré de piedras preciosas, tus puertas de piedras de carbunclo, y toda tu muralla de piedras preciosas"* (Is. 54:11-12). Los hombres de fe en la antigua dispensación esperaban una ciudad de esta manera, como canta Tobías, en el apócrifo del mismo nombre[18]: *"Porque reconstruirá Jerusalén y en ella su templo por los siglos… Las puertas de Jerusalén serán reconstruidas con zafiros y esmeraldas y todos sus muros con piedras preciosas. Las torres de Jerusalén serán edificadas con oro y sus baluartes con oro fino. Las calles de Jerusalén serán pavimentadas con rubís y piedras de Ufir"* (Tob. 13:17-18). El material del muro de la ciudad que Juan vio era como una piedra preciosa, concordando en todo con las revelaciones proféticas anteriores a la de él. Lo más externo de la ciudad será tan glorioso como el resto de ella. Toda la ciudad, desde los muros, reflejará la gloria de Dios. Bien pudiera ser, a la luz de la profecía, que la muralla de la ciudad fuese una incrustación de piedras preciosas traslúcidas o trasparentes que brillarán continuamente por la luz de la presencia de Dios en la ciudad.

Καὶ ἡ πόλις χρυσίον καθαρὸν ὅμοιον ὑάλῳ καθαρῷ. De la muralla, la visión pasa a las construcciones dentro de la ciudad, o a la ciudad plena en sí misma. El material constructivo era oro puro, es decir, oro finísimo. Es notable observar la construcción gramatical del texto griego que al referirse a

[18] Se debe entender que los libros *apócrifos* no son escritos inspirados, pero en ellos se descubren las esperanzas y la fe de creyentes de la antigua dispensación.

la ciudad en sí, no dice en *genitivo* que era *de* oro, sino que lo expresa en un nominativo que expresa la idea de lo que es absolutamente *oro*. Sorprende también que ese oro, absolutamente puro, es también, según Juan, *transparente*, semejante al *vidrio limpio*. El vidrio, en tiempos de Juan, era también un objeto precioso. El oro, como metal, no es transparente, sino opaco, si bien, cuando es oro pulido refleja admirablemente la luz. ¿Es transparente la ciudad? Más bien la idea que aparece en el texto bíblico es que toda la ciudad está diseñada para que refleje la luz de la presencia de Dios, por medio de los materiales constructivos de ella. El oro es, en la Biblia, figura de la deidad, por tanto, la idea es que se trata de una construcción que sólo el Arquitecto divino podrá llevar a cabo y con materiales que proceden de Él mismo. Por otro lado, el cristal puro, expresa la idea de limpieza absoluta; será una ciudad sin mancha. La inmaculada pureza que Juan vio era tal que se *asemejaba* al vidrio limpio. La suciedad se pone de manifiesto inmediatamente cuando se ve un vidrio al trasluz. El apóstol está utilizando símiles de lo más glorioso y perfecto que el hombre conoce para poder transmitir las glorias que aprecia en la visión de la Ciudad Celestial.

19. Y los cimientos del muro de la ciudad estaban adornados con toda piedra preciosa. El primer cimiento era jaspe; el segundo, zafiro; el tercero, ágata; el cuarto, esmeralda.

οἱ θεμέλιοι τοῦ τείχους τῆς πόλεως παντὶ λίθῳ τιμίῳ
Los cimientos del muro de la ciudad con toda piedra preciosa
κεκοσμημένοι. ὁ θεμέλος ὁ πρῶτος ἴασπις, ὁ δεύτερος σάπφιρος,
habiendo sido adornados. El cimiento el primero, jaspe; el segundo, zafiro;
ὁ τρίτος χαλκηδών, ὁ τέταρτος σμάραγδος
el tercero calcedonia; el cuarto esmeralda.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue el relato refiriéndose a οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; θεμέλιοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *cimientos, basamentos*; τοῦ, caso genitivo neutro singular declinado *del*; τείχους, caso genitivo neutro singular del sustantivo declinado *del muro*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; πόλεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *ciudad*; παντὶ, caso dativo masculino singular del adjetivo que expresa totalidad *todos*; λίθῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo declinado *de piedra*; τιμίῳ, caso dativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *valioso, precioso, de valor elevado*; κεκοσμημένοι, caso nominativo masculino plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo κοσμέω, *adornar, decorar, poner en orden*, aquí como *habiendo sido adornados*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; θεμέλιος, caso nominativo

masculino singular del sustantivo que denota *cimiento, basamento*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; πρῶτος, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral ordinal, articular, *primero*; ἴασπις, caso nominativo femenino singular del sustantivo *jaspe*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; δεύτερος, caso nominativo masculino singular del adjetivo articular numeral ordinal, *segundo*; σάπφιρος, caso nominativo femenino singular del sustantivo *zafiro*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; τρίτος, caso nominativo masculino singular del adjetivo articular numeral ordinal, *tercero*; χαλκηδών, caso nominativo masculino singular del sustantivo *calcedonia*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; τέταρτος, caso nominativo masculino singular del adjetivo articular, numeral ordinal, *cuarto*; σμάραγδος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *esmeralda*.

Οἱ θεμέλιοι τοῦ τείχους τῆς πόλεως παντὶ λίθῳ τιμίῳ κεκοσμημένοι. La vista de Juan se detiene en la observación de los cimientos que corren a lo largo de la ciudad y que se dejan ver por debajo de los muros, establecidos sobre piedras preciosas. El texto griego dice que *habían sido adornados*, es decir, los cimientos no sólo eran sólidos para dar sustentación del muro, sino que fueron puestos para embellecer la ciudad, es decir, eran hermosos. Para el adorno se utilizaron piedras preciosas que se mencionan tres veces en la Biblia: La primera mención ocurre al describir el pectoral del sumo sacerdote (Ex. 28:15-20); la segunda en las vestiduras del más grande querubín creado por Dios, que luego vino a ser Satanás (Ez. 28:13); la tercera vez en los cimientos de la nueva Jerusalén. En cada ocasión y también en esta, como todo cuanto hay en la ciudad describen la gloria y hermosura de lo que está íntimamente relacionado con Dios. Los cimientos del muro de la ciudad son singularmente únicos, nada comparable con ellos en cuanto a belleza y singularidad.

Ὁ θεμέλος ὁ πρῶτος ἴασπις. El primer cimiento era *jaspe*. Se ha dicho ya varias veces que el nombre de las piedras preciosas utilizado por Juan, no coinciden siempre con lo que supondrían en la actualidad. De ahí que resulte un tanto difícil precisar, sin lugar a error, las características de cada uno de ellos. En este sentido, el primer fundamento, sería idéntico al del material utilizado para la construcción del muro, que podría ser una piedra como traslúcida como el cuarzo, o también semejante al ágata, una variedad de calcedonia formada por capas concéntricas de varios colores, debidas a los óxidos metálicos y a la interposición de otros minerales, lo que le daría tonalidades rojas, marrones, amarillas, verde o incluso grises. Podría ser también un ónice, un ágata blanca o listada de colores alternativamente claros y oscuros. Más bien, siguiendo la

interpretación general dada antes, se trataría de una piedra semejante al cuarzo transparente o al diamante.

Ὁ δεύτερος σάπφιρος. El segundo cimiento era *zafiro*, una piedra preciosa mencionada varias veces en el Antiguo Testamento (cf. Ex. 24:10; Ez. 1:26; 9:2; 10:1). Es una variedad azul del corindón, que es el oxido de aluminio romboédrico, incoloro o teñido de azul, rojo, amarillo, etc. Es una piedra preciosa muy apreciada en joyería, destacando el *leucozafiro,* incoloro y transparente, el *zafiro oriental*, de color verde, el *topacio oriental*, de color amarillo. El zafiro de tonalidades azules oscuras, es una piedra preciosa de gran valor. Algunos eruditos consideran que esta piedra, pudiera ser también un *lapislázuli,* que es la forma propia de la *lazurita*, de color azul intenso.

Ὁ τρίτος χαλκηδών. El tercer fundamento era *calcedonia*, algunos traducen como *ágata,* una variedad de calcedonia formada por capas concéntricas de varios colores, debidas a los óxidos metálicos y a la interposición de otros minerales, lo que le daría tonalidades rojas. La calcedonia es una variedad de sílice microcristalina, a menudo traslúcida y que por lo general toma un veteado de colores vivos muy vistosos. En este caso podría tratarse de tonalidades rojizas o marrón-rojizas.

Ὁ τέταρτος σμάραγδος. En cuarto lugar aparece la *esmeralda*. Una variedad de berilo noble, de color verde debido al óxido de cromo, que contiene. Es una piedra preciosa que, una vez tallada, presenta un brillo intenso. Funde difícilmente al soplete y es inatacable por los ácidos. Una de las piedras preciosas más destacables.

20. El quinto, ónice; el sexto, cornalina; el séptimo, crisólito; el octavo, berilo; el noveno, topacio; el décimo, crisopraso; el undécimo, jacinto; el duodécimo, amatista.

ὁ πέμπτος σαρδόνυξ, ὁ ἕκτος σάρδιον, ὁ ἕβδομος χρυσόλιθος, ὁ
El quinto, sardónica; el sexto, sarda; el séptimo, crisólito; el
ὄγδοος βήρυλλος, ὁ ἔνατος τοπάζιον, ὁ δέκατος χρυσόπρασος,
octavo, berilo; el noveno, topacio; el décimo, crisopraso;
ὁ ἑνδέκατος ὑάκινθος, ὁ δωδέκατος ἀμέθυστος,
el undécimo jacinto; el doudécimo, amatista.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue la descripción de los cimientos con ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; πέμπτος, caso nominativo masculino singular del adjetivo articular numeral ordinal, *quinto*; σαρδόνυξ, caso nominativo masculino singular del sustantivo *sardónica*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado

el; ἕκτος, caso nominativo masculino singular del adjetivo articular numeral ordinal, *sexto*; σάρδιον, caso nominativo neutro singular del sustantivo *sarda*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἕβδομος, caso nominativo masculino singular del adjetivo articular numeral ordinal, *séptimo*; χρυσόλιθος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *crisólito*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ὄγδοος, caso nominativo masculino singular del adjetivo articular numeral ordinal, *octavo*; βήρυλλος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *berilo*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἔνατος, caso nominativo masculino singular del adjetivo articular numeral ordinal, *noveno*; τοπάζιον, caso nominativo neutro singular del sustantivo *topacio*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; δέκατος, caso nominativo masculino singular del adjetivo articular numeral ordinal, *décimo*; χρυσόπρασος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *crisopraso*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἑνδέκατος, caso nominativo masculino singular del adjetivo articular numeral ordinal, *décimo primero*; ὑάκινθος, caso nominativo masculino singular del sustantivo, *jacinto*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; δωδέκατος, caso nominativo masculino singular del adjetivo articular numeral ordinal, *decimosegundo*; ἀμέθυστος, caso nominativo femenino singular del sustantivo *amatista.*

Ὁ πέμπτος σαρδόνυξ. En la lista de referencias a las piedras de los cimientos del muro, figura en quinto lugar la *sardónica*. Se trata de un ónice o ágata listada de colores claros y oscuros, generalmente en tonos terrosos. Está compuesta por cuarzo cristalizado y sílice amorfa.

Ὁ ἕκτος σάρδιον El sexto cimiento era una piedra de *sarda*, o *cornalina*. Es una variedad de la calcedonia que se destaca por su color *rojo sangre*.

Ὁ ἕβδομος χρυσόλιθος. Figura en el séptimo cimiento el *crisólito*, cuyo nombre significa *piedra de oro*, por su color dorado, aunque en ocasiones la coloración cambia hasta el verde oliva. Es una piedra con brillo vítreo, transparente y traslúcido.

Ὁ ὄγδοος βήρυλλος. En el octavo lugar en la lista de los fundamentos del muro está el *berilo*. Es el crisosilicato de aluminio y berilio, diversamente coloreado, muy apreciada en joyería como piedra preciosa de gran valor. Las coloraciones varían, pero son destacables la *aguamarina*, de color verde mar, la *morganita*, de color rosado, y el *Heliodoro*, amarillo verdoso, o también verde azulado.

Ὁ ἔνατος τοπάζιον El siguiente fundamento, en noveno lugar, es el *topacio*. Es un mineral del grupo de los nesosilicatos, cristalizado en sistema

rómbico, de alto brillo al ser pulido, se presenta generalmente coloreado en tonos verde-amarillos. Son piedras preciosas de considerable valor.

῾Ο δέκατος χρυσόπρασος. En décimo lugar se menciona el *crisopraso*. Probablemente el *crisoberilo*, oxido de aluminio y berilio, de color verdoso, o verde amarillento.

῾Ο ἑνδέκατος ὑάκινθος. El undécimo primer fundamento se identifica con el *jacinto*. Es una variedad de cuarzo de color rojo a pardo, generalmente purpúreo o morado.

῾Ο δωδέκατος ἀμέθυστος. Por último el duodécimo fundamento es la *amatista.* Otra variedad de cuarzo que tiene diferentes tonalidades, que van del violeta al rojo rubí. Habitualmente tiene tono violeta.

Una variedad de colores que van del azul, pasando por los verdes, luego los rojos y el amarillo, componen la diversidad de tonalidades para los cimientos del muro de la ciudad. Es dudoso que haya algún significado en los fundamentos y sus colores, más allá de describir con palabras humanas la impresionante belleza de la ciudad. Esto añade un elemento más a las glorias de la construcción que Dios creará para su pueblo. La ciudad tiene dimensiones espirituales que la hacen deseable, donde la muerte, el dolor, las lágrimas cesarán definitivamente (v. 4). Tiene también dimensiones morales admirables en los habitantes de ella, donde sólo los redimidos y los ángeles necesarios estarán, mientras que cuanto pudiera mancillar las relaciones humanas por el pecado, habrán sido eliminadas y los que las practicasen habrán sido arrojados al lago de fuego (v. 8). A esto se une las dimensiones de la ciudad, que superan cualquier cosa imaginable hoy en día (vv. 16-17). Para pasar también a la belleza inimitable descrita mediante la comparación de las piedras preciosas que se han considerado.

21. Las doce puertas eran doce perlas; cada una de las puertas era una perla. Y la calle de la ciudad era de oro puro, transparente como vidrio.

καὶ οἱ δώδεκα πυλῶνες δώδεκα μαργαρῖται, ἀνὰ εἷς ἕκαστος τῶν
Y las doce puertas doce perlas respectivamente cada una de las
πυλώνων ἦν ἐξ ἑνὸς μαργαρίτου. καὶ ἡ πλατεῖα τῆς πόλεως χρυσίον
puertas era de una perla. Y la calle de la ciudad oro
καθαρὸν ὡς ὕαλος διαυγής.
puro como cristal transparente.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue el relato pasando a describir las puertas de la ciudad, vinculando con lo que antecede mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; δώδεκα, caso nominativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *doce*; πυλῶνες, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *portones, puertas*; δώδεκα, caso nominativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *doce*; μαργαρῖται, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *perlas*; ἀνὰ, preposición de acusativo, *cada*; εἷς, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral cardinal *uno*; ἕκαστος, caso nominativo masculino singular del adjetivo indefinido *cada uno,* en sentido de todas ellas; estas tres palabras literalmente repiten el significado *cada una cada una*, apreciándose aquí el uso distributivo de la preposición ἀνὰ, que siendo de acusativo va unida con el nominativo, lo que le confiere uso adverbial equivalente al adverbio de modo *respectivamente*, como se traduce en el interlineal; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *de los*; πυλώνων, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *portones, puertas*; ἦν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *era*; ἐξ, forma que adopta la preposición ἐκ, delante de vocal y que significa *de*; ἑνὸς, caso genitivo masculino singular del adjetivo numeral cardinal *uno*; μαργαρίτου, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *perla*. La segunda cláusula describe la calle con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; πλατεῖα, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *calle principal, plaza*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; πόλεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo *ciudad*; χρυσίον, caso nominativo neutro singular del sustantivo *oro*; καθαρὸν, caso nominativo neutro singular del adjetivo *puro*; ὡς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; ὕαλος, caso nominativo femenino singular del sustantivo *cristal*; διαυγής, caso nominativo masculino singular del adjetivo *diáfano, transparente, cristalino.*

Καὶ οἱ δώδεκα πυλῶνες δώδεκα μαργαρῖται, ἀνὰ εἷς ἕκαστος τῶν πυλώνων ἦν ἐξ ἑνὸς μαργαρίτου. La visión pasa del muro y sus cimientos a las puertas que dan acceso a la ciudad. Estas son doce, tres en cada uno de los lados (v. 13). Estas puertas son el complemento perfecto a la belleza de la ciudad y de la muralla que la rodea. Las puertas, en las ciudades antiguas amuralladas, estaban enclavadas generalmente en una torre, que recibía, junto con la puerta en sí misma, el nombre de *puerta*. Sea la puerta sola o la torre-puerta, Juan esta dando una comparación admirable cuando dice que cada una de las doce puertas era una perla. La palabra *perla*, para los antiguos, podía extenderse al nácar, al coral o a algún otro producto marino valioso. Sea lo que sea, el Espíritu está dando una comparación fuera de toda comprensión humana, porque no existe referencia alguna a algo de la belleza de una perla y la dimensión que tendrán las puertas de la ciudad. Si se comparan con la altura del muro de, aproximadamente, sesenta y cinco metros, se puede tener una idea del tamaño enorme de esas puertas. Perlas de semejante dimensión están lejos de toda imaginación.

Καὶ ἡ πλατεῖα τῆς πόλεως χρυσίον καθαρὸν ὡς ὕαλος διαυγής. En la descripción de los detalles de la ciudad, se aprecia también la calle principal, o la plaza principal de la ciudad. No quiere decir que la Ciudad Celestial tenga una sola calle, pero evidentemente esta es la arteria principal de la ciudad, que Juan vio. Pudiera tratarse también de la plaza principal, lugar de reunión en las ciudades antiguas. Esa calle o plaza se describe como de oro puro, tan bruñido que parece una pavimentación de vidrio, brillante, sin mancha alguna, que reluce como si se tratase de un espejo que refleja la luz, no del sol, sino de Dios mismo, presente en la ciudad. Aunque, como se dice, debe tratarse de la calle principal por cuanto va precedida de artículo, no significa que no haya otras calles en la ciudad y, por extensión, todas ellas serán semejantes, ya que el material constructivo es el oro (v. 18). La transparencia que Juan aprecia en la calle enfatiza el aspecto de limpieza, enseñando con ello que no habrá nada que obstaculice el paso de la luz.

El Espíritu condujo la mente de Juan para que describiera la visión de la gloriosa Ciudad Celestial, la nueva Jerusalén, comparándola con los materiales más impresionantes, como las piedras preciosas, las perlas, el oro, el vidrio limpio y transparente. Nada menos saldrá de la mano del Creador, para el lugar residencia de aquellos por quienes Cristo dio su sangre en precio por sus pecados. Esa promesa de Jesús (Jn. 14:1-4), es de tal dimensión que estas comparaciones utilizadas por el profeta, quedarán cortas ante lo que será la realidad de un lugar semejante.

Otros aspectos de la ciudad (21:22-27).

22. Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero.

Καὶ ναὸν οὐκ εἶδον ἐν αὐτῇ, ὁ γὰρ Κύριος ὁ Θεὸς ὁ Παντοκράτωρ
Y templo no vi en ella, porque el Señor el Dios el Todopoderoso
ναὸς αὐτῆς ἐστιν καὶ τὸ ἀρνίον.
templo de ella es y el Cordero.

Notas y análisis del texto griego.

Una nueva visión se introduce como habitualmente mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; ναὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *templo, santuario*; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a εἶδον, primera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* aquí como *vi*; ἐν, preposición de dativo *en*; αὐτῇ, caso dativo femenino singular del pronombre personal *ella*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; seguido de la conjunción causal γάρ, *porque*, que en español precede al artículo y que actúa como

conjunción coordinativa, que inicia una serie de nombres precedidos de artículo determinado, que son títulos de Dios; Κύριος, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Señor*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Dios*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Παντοκράτωρ, caso nominativo masculino plural del nombre propio *Todopoderoso*; ναὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *templo, santuario*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella*; ἐστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser* o *estar*, aquí como *es*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; ἀρνίον, caso nominativo neutro singular del nombre *Cordero,* propio cuando se refiere a Cristo.

Καὶ ναὸν οὐκ εἶδον ἐν αὐτῇ. Junto con las cosas que se detallan de la ciudad, hay también una ausencia notoria, como es el templo. En la Jerusalén terrenal, el templo era el edificio clave y centro de la vida espiritual, no sólo de la ciudad, sino de toda la nación. En el templo, especialmente en el santuario, en el Lugar Santísimo, la presencia de Dios se manifestaba. En el estado eterno no es necesario un santuario para este menester.

Ὁ γὰρ Κύριος ὁ Θεὸς ὁ Παντοκράτωρ ναὸς αὐτῆς ἐστιν καὶ τὸ ἀρνίον. Toda la ciudad es un santuario ya que Dios mora en ella (v. 3). Dios convierte la ciudad en santuario, relacionándose, por tanto, con los moradores que estén en ella. Juan, en una construcción articular enfática, se refiere a la presencia divina en la ciudad afirmando que *el* Señor, esto es el único Señor; *el* Dios, el único Dios; *el* Todopoderoso, el único que es de este modo, estará en la ciudad. La separación entre el hombre y Dios concluye en el estado eterno por la ausencia definitiva del pecado. Dios vive en medio de su pueblo en perfecta y definitiva comunión, ya que su pueblo será un pueblo absoluta y plenamente santo. Al estar presente, sin velo alguno, en la ciudad, es el *naos*, Lugar Santísimo en la ciudad. El Cordero es también, en unión con el Padre, es el Lugar Santísimo, ya que posee la misma dignidad y atributos del Padre, porque es Dios, como Él, en la unidad del Espíritu. Cristo fue, en su primera venida el templo, es decir, el tabernáculo de Dios con los hombres, en el que Dios vivió la plenitud de su deidad en la corporalidad humana de Jesús de Nazaret, viniendo en su humanidad y acampando entre los hombres (Jn. 1:14). Aquella presencia de Emmanuel, *Dios con nosotros*, fue temporal, la futura en la Ciudad Celestial, será eterna y definitiva.

¿Quién podrá imaginar una bendición tal? Dios habitando en medio de los hombres, proveyendo de todo cuanto será necesario y, sobre todo, pudiendo sentir su presencia y contemplar su gloria en la Persona de Jesús, el revelador de Dios al hombre. Es verdad que la primera Persona de la Deidad, Dios el Padre, es invisible a los ojos de los hombres. El apóstol Pablo enseña enfáticamente:

"que habita en luz inaccesible, a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver" (1 Ti. 1:16). La misma enseñanza es también del apóstol Juan: *"A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer"* (Jn. 1:18). La presencia del Cordero, hará *visible* eternamente al *Invisible*, para que todos podamos ver la imagen de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo (2 Co. 4:6). Esa será la proyección perpetua de la revelación definitiva de Dios en y por medio de Cristo, cumplimiento absoluto de las palabras de Jesús a Felipe: *"El que me ha visto a mí, ha visto al Padre"* (Jn. 14:9)

23. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera.

καὶ ἡ πόλις οὐ χρείαν ἔχει τοῦ ἡλίου οὐδὲ τῆς σελήνης ἵνα
Y la ciudad no necesidad tiene del sol ni de la luna para que
φαίνωσιν αὐτῇ, ἡ γὰρ δόξα τοῦ Θεοῦ ἐφώτισεν αὐτήν, καὶ ὁ
alumbren la porque la gloria - de Dios iluminó la y el
λύχνος αὐτῆς τὸ ἀρνίον.
luminar de ella el Cordero.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue el relato con καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; πόλις, caso nominativo femenino singular del sustantivo *ciudad*; οὐ, adverbio de negación *no*, que negativiza a χρείαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *necesidad*; ἔχει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tiene*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado, declinado, *del*; ἡλίου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *sol*; οὐδὲ, conjunción negativa coordinativa *ni*; τῆς, caso genitivo femenino singular declinado, del artículo determinado *de la*; σελήνης, caso genitivo femenino singular del sustantivo *luna*; ἵνα, conjunción, *que, para que*, *por que, a fin de que, de modo que*; φαίνωσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo φαίνω, *alumbrar, iluminar*, aquí como *iluminen*; αὐτῇ, caso dativo femenino singular del pronombre personal *la*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; seguido de la conjunción causal γάρ, *porque*, que en español precede al artículo y que actúa como *conjunción coordinativa*; δόξα, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *gloria, majestad*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*, no utilizado en español por preceder a nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios*; ἐφώτισεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo φωτίζω, *iluminar, alumbrar, dar luz,* aquí como *iluminó*; αὐτήν, caso dativo femenino singular del pronombre personal *la*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; λύχνος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *lumbrera, luminaria, antorcha*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de ella*; τὸ, caso

nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; ἀρνίον, caso nominativo neutro singular del sustantivo *Cordero*, nombre propio referido a Jesucristo.

Καὶ ἡ πόλις οὐ χρείαν ἔχει τοῦ ἡλίου οὐδὲ τῆς σελήνης ἵνα φαίνωσιν αὐτῇ. Junto con la ausencia del templo, aparece la ausencia de una necesidad vital para las ciudades, que es la luz. La creación actual necesita del sol y de la luna para la iluminación natural, además de la vida. Juan observa que los astros luminosos son innecesarios en la ciudad. Nótese que Juan no dice que no existan, sino que no son necesarios. La ciudad estará permanentemente iluminada, sin necesidad de sol ni de luna. Es el cumplimiento definitivo de lo que está profetizado (Is. 24:23; 60:1, 19, 20; Zac. 14:7). Juan no pretende dar aquí una información sobre el futuro astronómico de la nueva creación de Dios, sino afirmar que la Ciudad Santa no precisa iluminación externa de ningún tipo, es decir, los astros más luminosos como son para nosotros hoy el sol y la luna, carecerán de valor efectivo en la nueva Jerusalén. Juan establece una cláusula de propósito, con la conjunción ἵνα, *para que*, que expresa la idea de la inutilidad del sol y de la luna *para que* brillen en ella. Esos astros, que sin duda habrá en la nueva creación, no serán necesarios para proyectar luz en la ciudad.

Ἡ γὰρ δόξα τοῦ Θεοῦ ἐφώτισεν αὐτήν, καὶ ὁ λύχνος αὐτῆς τὸ ἀρνίον. El resplandor de ellos es inútil *porque* el efecto de la presencia divina llena de luz permanentemente, con el resplandor propio de su Deidad, cada momento en la ciudad. Los moradores de la ciudad estarán rodeados eternamente de la gloria de Dios. Esa *luz* de Dios se manifestó en la creación antes de la aparición del sol, la luna y las estrellas (Gn. 1:3). Juan afirma que *la gloria de Dios* iluminará la ciudad, utilizando aquí un verbo que expresa una acción definitivamente concluida, es decir, la iluminación de la nueva Jerusalén, será interna y procederá definitivamente de Dios mismo. Esa gloriosa *shekinah* de la presencia divina será proyectada por medio del Cordero, como fuente, luminaria, antorcha infinita que brillará en la ciudad. Jesús es la *luz del mundo* (Jn. 1:7-9; 3:19; 8:12; 12:35). Él mismo dijo que aquellos que le siguen no pueden *andar*, en tinieblas, porque tienen con ellos la *lumbre* de la vida. En la nueva creación, el orden antiguo de las cosas propias del presente universo, habrán pasado. En el mundo nuevo, la luz es Dios mismo, que lleva con su presencia la impronta de la claridad resplandeciente (Sal. 104:2). De nuevo el Padre y el Hijo, Dios y Cristo, están en el mismo plano de relación con los hombres. La presencia de Dios no hará falta buscarla, sino que se percibirá en cada momento, haciendo Dios que cada uno de los habitantes de la ciudad, reciban la luz divina y ellos, a su vez, sean eternamente luz en el Señor, cumpliendo definitivamente el propósito de Dios que cada uno de los suyos *anden* en la luz (1 Jn. 1:5-7). Es en la visión del Cordero que cada uno *verá* a Dios en su gloriosa dimensión, porque el que ve a Cristo ve también al Padre (Jn. 14:9).

24. Y las naciones que hubieren sido salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella.

καὶ περιπατήσουσιν τὰ ἔθνη διὰ τοῦ φωτὸς αὐτῆς, καὶ οἱ
Y andarán las naciones mediante la luz de ella y los
βασιλεῖς τῆς γῆς φέρουσιν τὴν δόξαν αὐτῶν εἰς αὐτήν,
reyes de la tierra traen la gloria de ellos a ella.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo el relato Juan usa nuevamente καὶ, conjunción copulativa *y*; περιπατήσουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo περιπατέω, *andar*, aquí como *andarán*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*, femenino en español al referirse a *naciones*; ἔθνη, caso nominativo neutro plural del sustantivo que denota *naciones*; διὰ, preposición de genitivo *mediante*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el*, femenino en español; φωτὸς, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *luz*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de ella*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; βασιλεῖς, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *reyes*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado, *de la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del nombre *tierra*; φέρουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo φέρω, *llevar, traer, cargar, arrastrar, producir*, aquí como *traen*, que se traduce en futuro para mejor expresión del tiempo; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; δόξαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *gloria*, *honor*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de ellos*; εἰς, preposición de acusativo *a*; αὐτήν, caso acusativo femenino singular del pronombre personal *ella*.

Καὶ περιπατήσουσιν τὰ ἔθνη διὰ τοῦ φωτὸς αὐτῆς. El término ἔθνη, *naciones* produce, en algunos intérpretes, dificultades al tratar de definir el sentido o significado. Dependiendo de la posición del hermeneuta así también la interpretación del texto. Quienes sostienen una interpretación simbólica del Apocalipsis proponen tres posibles soluciones, como escribe el profesor Bartina:

"Relaciones de la ciudad con las gentes que pueden entrar en ella. Se dan tres clases de gentes. 1ª Los que por derecho propio son ciudadanos de la Jerusalén celeste, que son los salvados (v. 17). 2ª Los que no pueden entrar en ella nunca jamás, que son los condenados (v. 17). 3ª Los gentiles, las naciones que no son el Israel de Dios. Seguirán sus directrices y, al estilo de las grandes ciudades orientales, organizarán caravanas que con su riqueza y su presencia honrarán la gran ciudad a la cual acudirán. Aquí está la mayor dificultad de todo este pasaje. ¿Estamos en el tiempo o en la eternidad? ¿A qué vienen los

gentiles ante una gloria y unos castigos consumados? Se han propuesto varias soluciones: 1ª Se habla de una Iglesia total, parte eterna, parte temporal. Así se expresa, por ejemplo Bonsirven. Ve, pues, que los gentiles se suman a la Iglesia y van entrando en varias etapas. Se hallaría anunciada aquí la vocación y salvación de los gentiles y su participación en la nueva Jerusalén. Estamos en el tiempo. 2ª Se trata de un artificio expresivo literario. Los profetas hablaron de los dones que los gentiles llevarían a Jerusalén (Is. 60:3, 5, 11; Sal. 72:10, 15). Para demostrar que ésta es la Jerusalén definitiva, se ha de hablar del acatamiento de los pueblos. Se atiende, pues, no tanto a la realidad del hecho cuanto a la grandeza de la ciudad que él supone. 3ª Aún podría buscarse una explicación puramente simbólica. La nueva Jerusalén será feliz, tendrá paz, las guerras como antes desaparecerán, porque será como si los pueblos gentiles la acataran. La vida de la ciudad no será inerte, sino espléndida y gloriosa, más que la de cualquier capital del mundo. Toda otra entidad política y humana, por gloriosa que sea, acatará esencialmente, con sus riquezas y su honor, a la Jerusalén celeste, declarándola por lo mismo muy superior. Esto supuesto, es fácil andar de nuevo sobre estos versículos"[19].

Nuevamente es preciso hacer notar que la interpretación de cualquier escrito bíblico no debe hacerse recurriendo al supuesto alegorismo que supuestamente hubiera en el texto. La interpretación literal del pasaje descarta la aceptación de los supuestos anteriores.

En otro sentido escribe el Dr. Lacueva:

"El v. 24 tiene algunas dificultades que han confundido a muchos intérpretes. Que las naciones, o los gentiles, caminarán a la luz de la gloria de Dios, es cosa clara. Quizá se quiere poner de relieve con esto que, en este tabernáculo que tanto nos recuerda al del desierto, los gentiles tienen su ciudadanía en pie de igualdad con los israelitas. Pero, ¿qué sentido tiene el que los reyes de la tierra hayan de traer a ella su gloria? (v. 24b), la gloria y el honor (ten dóxan kai ten timen, lo glorioso y lo valioso) de los gentiles (v. 26). Dice Walvoord (ob. cit., pág. 327): 'La implicación es que el honor y la gloria son introducido y no se les deja fuera de las puertas" Luego de citar también al profesor Bartina, sigue: *"He de confesar que ninguna de estas explicaciones me satisface. A mi juicio, lo que aquí se declara llanamente es que todo lo de este mundo que tiene algún valor imperecedero: arte, sabiduría, literatura; en fin, todo lo bueno, bello, sabio –verdadera sabiduría- de este mundo tendrá cabida en el cielo. No seremos espíritus desencarnados, ni estaremos para siempre sumidos en una especie de sopor extático. En 22:3, 5 se dice que 'serviremos…*

---

[19] Sebastián Bartina. o.c. pág. 841 s.

y reinaremos'. Así, pues, para una perfecta ética, no habrá que dar de lado a la lógica (el pensamiento), ni a la estética (el sentimiento)"[20].

Las últimas observaciones son dignas de consideración, pero, con todo, no resuelven el problema de la interpretación del texto en sí. Para otros la idea de naciones y reyes tiene que ver con un marcado énfasis en la universalidad y preeminencia de la ciudad, sin embargo, sería, en cierto modo, una interpretación alegórica o, por lo menos, espiritualizada del versículo.

Las naciones aquí debe entenderse como una referencia a los grupos de personas que serán salvas durante el milenio, todos ellos descendientes de las personas que, siendo salvas, entrarán al disfrute del reino milenial. Estos salvos, durante el milenio, no vendrán al juicio final y mucho menos estarán expuestos a la acción divina de purificación de cielos y tierra, preludio de la nueva creación de Dios. En alguna manera serán preservados por Dios para entrar en la tierra que será creada. ¿Con qué cuerpo? ¿En que estado? No hay respuestas bíblicas para ello, por tanto, debemos guardar silencio para no tratar de suponer lo que Dios no ha revelado. Estas personas, no participarán en la rebelión final fomentada por Satanás cuando sea suelto de su prisión en el abismo, pasados los mil años de retención en él (Ap. 20:7-9). Por su condición de salvos, no serán engañados como ocurrirá con el resto de las naciones. Será la proyección eterna del propósito de Dos en la creación del hombre (Gn. 1:26-30; 2:9; 3:22). El pecado truncó la vida espiritual y física, pero no era el propósito inicial de Dios para el hombre, sino la consecuencia a la rebeldía del hombre en su caída. Estas naciones, conjunto de gentes, que no estarán incluidos en los santos de la antigua dispensación y en la Iglesia, andarán *a la luz*, literalmente *mediante*, la luz de la ciudad santa. De nuevo se aprecia el cumplimiento absoluto y final de la profecía: *"Y andarán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento"* (Is. 60:3).

Καὶ οἱ βασιλεῖς τῆς γῆς φέρουσιν τὴν δόξαν αὐτῶν εἰς αὐτήν. Un notable contraste vuelve a manifestarse entre la creación actual y el nuevo orden de Dios en la creación venidera. Los reyes de la tierra actual se rebelarán contra Dios durante la tribulación (Ap. 19:19). En cambio, los líderes nacionales, como representantes de las naciones, tributarán gloria a Dios, cuya presencia se hará evidente en la Ciudad Santa. Las naciones vendrán en adoración delante del Señor, honrándole y glorificándole. Juan no recibió más revelación, por tanto no detalla como lo harán, simplemente afirma el hecho. El hombre ha sido creado para llevar gloria a Dios, esto será la realidad admirable del futuro, cuando Dios sea todo en todos (1 Co. 15:28).

[20] F. Lacueva. o.c., pág. 578.

25. Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche.

καὶ οἱ πυλῶνες αὐτῆς οὐ μὴ κλεισθῶσιν ἡμέρας, νὺξ γὰρ οὐκ ἔσται
Y las puertas de ella jamás son cerradas de día porque noche no existirá
ἐκεῖ.
allí.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo el relato y dándole continuidad, Juan usa nuevamente καὶ, conjunción copulativa *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; πυλῶνες, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *portones, puertas*; αὐτῆς, caso genitivo femenino plural del pronombre personal declinado *de ella*; οὐ, adverbio de negación *no*; μὴ, partícula negativa que hace la función de negación condicional *no*; ambas unidas equivalen a *jamás*, *nunca, nunca jamás,* en castellano; κλεισθῶσιν, tercera persona plural del aoristo primero de subjuntivo en voz pasiva del verbo, κλείω, *cerrar, trancar, poner la llave*, aquí como *son cerradas*; ἡμέρας, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de día*; νὺξ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *noche*, seguido de la conjunción causal γάρ, *porque*, que en español precede al artículo y que actúa como *conjunción coordinativa*; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a ἔσται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo εἰμί, *ser o estar, existir*, aquí como *será o existirá*; ἐκεῖ, adverbio de lugar *allí.*

Καὶ οἱ πυλῶνες αὐτῆς οὐ μὴ κλεισθῶσιν ἡμέρας. Las ciudades amuralladas antiguas, cerraban sus puertas, como acción de protección y seguridad, al llegar la noche, permaneciendo así hasta la mañana siguiente. Juan afirma que las puertas de la Ciudad Santa nunca serán cerradas. En cierta medida, aun en el contexto actual, las ciudades paralizan o, cuando menos, disminuyen notoriamente la actividad propia de la vida, durante la noche. No sucederá así en la nueva Jerusalén. Allí la vida de Dios en cada uno de sus hijos que la habitarán, alcanzará la dimensión de abundancia de que habló Jesús: *"Yo he venido para que tengan vida, para que la tengan en abundancia"* (Jn. 10:10). Esta vida abundante, disfrutada en un plano limitado debido a las condiciones propias del estado humano, aun en el redimido, alcanzará una exhuberancia absoluta en el día eterno, donde la noche no disminuirá la actividad y experiencia de vida, porque habrá desaparecido de la Ciudad Santa. El texto griego es muy enfático, utilizando una doble negación que equivale en español a *jamás, nunca, nunca jamás, de ninguna manera*.

Las puertas de la ciudad estarán continuamente abiertas, porque no es necesario –en el simbolismo del relato- ya que, en primer lugar, no habrá ninguna cosa inmunda que pudiera afectarla, en la nueva creación de Dios; en segundo lugar, νὺξ γὰρ οὐκ ἔσται ἐκεῖ, *porque noche no habrá allí,* es decir, porque la luz

de Dios hará día continuo en ella, un día sin fin en la Jerusalén Celestial. Las tinieblas, propias de una sociedad en pecado, habrán desaparecido tanto física como espiritualmente para quienes estén en la Ciudad Santa. Otra vez se aprecia aquí el cumplimiento definitivo de la profecía: *“Tus puertas estarán continuamente abiertas; no se cerrarán de día ni de noche, para que a ti sean traídas las riquezas de las naciones y conducidos a ti sus reyes”* (Is. 60:11). Aunque las profecías tendrán un cumplimiento parcial en el reino milenial, lo alcanzará definitivamente en el reino eterno de Dios.

26. Y llevarán la gloria y la honra de las naciones a ella.

καὶ οἴσουσιν τὴν δόξαν καὶ τὴν τιμὴν τῶν ἐθνῶν εἰς αὐτήν.
Y llevarán la gloria y el honor de las naciones a ella.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad aparece nuevamente καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de οἴσουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo φέρω, *llevar, traer, cargar, arrastrar,* aquí como *traerán*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; δόξαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *gloria, alabanza, esplendor, honor*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; τιμὴν, caso acusativo femenino singular *precio, valor, honor, honra*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado declinado *de los*, femenino en castellano; ἐθνῶν, caso genitivo neutro plural del sustantivo *naciones*; εἰς, preposición de acusativo *a*; αὐτήν, caso acusativo femenino singular del pronombre personal *ella.*

Καὶ οἴσουσιν τὴν δόξαν καὶ τὴν τιμὴν τῶν ἐθνῶν εἰς αὐτήν. Las naciones en la antigüedad, llevaban presentes a la capital del imperio que estaba sobre ellas. Juan toma la ilustración propia de entonces para aplicarla al tributo de honor y gloria que las naciones llevarán a la Ciudad Celestial. No tendrán que esperar para entrar en ella porque las puertas permanecerán siempre abiertas. Dios recibirá en la ciudad la adoración y el honor de todas las naciones que estén en la nueva creación.

27. No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero.

καὶ οὐ μὴ εἰσέλθῃ εἰς αὐτὴν πᾶν κοινὸν καὶ ὁ ποιῶν βδέλυγμα καὶ
Y jamás entrará en ella toda cosa inmunda y el que hace abominación y
ψεῦδος εἰ μὴ οἱ γεγραμμένοι ἐν τῷ βιβλίῳ τῆς ζωῆς τοῦ ᾿Αρνίου.
Mentira sino los que están escritos en el libro de la vida del Cordero.

Notas y análisis del texto griego.

Para el último versículo del capitulo se establece la vinculación habitual mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; seguido de οὐ, adverbio de negación *no*; μὴ, partícula negativa que hace la función de negación condicional *no*; ambas unidas equivalen a *jamás*, *nunca, nunca jamás,* en castellano; εἰσέλθῃ, tercera persona singular del aoristo segundo de subjuntivo en voz activa del verbo εἰσέρχομαι, *entrar, llegar hasta*, aquí como *entrará*, negativizado por el adverbio de negación anterior, que como aoristo de subjuntivo adquiere la condición de futuro, aquí como *entrará*; εἰς, preposición de acusativo *en*; αὐτὴν, caso acusativo femenino singular del pronombre personal *ella*; πᾶν, caso nominativo neutro singular del adjetivo que expresa la condición de totalidad, *toda*; κοινὸν, caso nominativo neutro singular del adjetivo que expresa la condición de *profano, común, impuro*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ποιῶν, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ποιέω, *hacer, crear, producir, cometer, etc.*, aquí como *que hace*; βδέλυγμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *abominación,* designa como rasgo general el *objeto de horror y aversión*, con una connotación religiosoa y moral, significando esencialmente lo que es una *abominación ante Dios*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ψεῦδος, caso acusativo neutro singular del sustantivo *mentira*; εἰ, conjunción afirmativa *si*; μὴ, partícula negativa que hace las funciones de adverbio de negación condicional *no*; ambas unidas en castellano para formar la conjunción adversativa *sino*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; γεγραμμένοι caso nominativo masculino plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo γράφω, *escribir*, aquí como *que están escritos*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *el*; βιβλίῳ, caso dativo neutro singular del sustantivo *libro*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ζωῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *vida*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; ἀρνίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *cordero*.

Καὶ οὐ μὴ εἰσέλθῃ εἰς αὐτὴν πᾶν κοινὸν. El párrafo se cierra con palabras de seguridad y aliento. Nada, ni nadie, podrán alterar la vida de bendición en la Ciudad Celestial. Nada inmundo tendrá acceso a la ciudad. La expresión es muy enfática en el texto griego, usando la doble negación con el adverbio de negación y la partícula negativa juntas, que equivale a *de ningún modo, jamás, en absoluto*, unidas al verbo que significa *pasar, penetrar*, que en aoristo expresa la idea de algo definitivamente concluido. Ninguna inmundicia, suciedad, ni contaminación podrá alcanzar el interior de la Ciudad Santa de Dios. El término traducido como *cosa inmunda*, tiene vinculación con *profano, común*, esto es, nada profano podrá entrar en un lugar que por ser el santuario de Dios entre los hombres, será absolutamente *sagrado*, limpio de toda contaminación como corresponde al lugar en donde Dios manifiesta su presencia.

Καὶ ὁ ποιῶν βδέλυγμα καὶ ψεῦδος. Pero, además de la contaminación, tampoco entrarán en ella los *contaminados*. Todo aquel que

practica el pecado, es decir, aquellos que viven en el pecado porque no han sido regenerados, por cuya causa, no solo hacen *abominación*, sino también son ellos mismos *mentira*, no podrán acceder a la Ciudad Celestial. Juan no está diciendo que puede haber algo de esto o algunos de estos pecadores en la nueva creación de Dios, sino que es una forma habitual para expresar imposibilidad absoluta. Es decir, no puede entenderse aquí como que impíos puedan andar deambulando por cerca de la ciudad e intentando entrar en ella. Quiere decir que la nueva creación de Dios y la Ciudad Santa, estarán eternamente alejados de todo lo que es contaminante como consecuencia del pecado. Todo ello, y los pecadores no redimidos estarán para siempre en el lago de fuego, como algo eliminado definitivamente de la nueva creación de Dios (Ap. 20:14-15; 21:8). Mediante esa afirmación expresa la imposibilidad absoluta de que exista algo contaminado que pueda entrar en la Ciudad Santa.

Εἰ μὴ οἱ γεγραμμένοι ἐν τῷ βιβλίῳ τῆς ζωῆς τοῦ ʼΑρνίου. El acceso a ella está reservado para quienes están inscritos en el libro de la vida del Cordero. Todas las gentes de la nueva creación, salvos por gracia, tendrá acceso a la ciudad. Los redimidos de otras dispensaciones estarán, junto con la Iglesia, en ese lugar que Dios prepara para los suyos. No hay duda que los reyes y las naciones vivas estarán también inscritos en el libro de la vida del Cordero, por cuanto para acceder al reino de Dios es necesario el nuevo nacimiento (Jn. 3:3, 5). Nadie que no sea salvo entrará en el reino milenial de Jesucristo y, por consiguiente, tampoco en la nueva creación de Dios. La gracia de Dios hace una advertencia a los lectores del Apocalipsis en relación con su condición de salvos o no. Nadie que no sea salvo entrará en la bendición eterna de la nueva creación de Dios. Sólo quienes creen en Cristo tienen vida eterna (Jn. 6:47) y sus nombres están inscritos en el libro de la vida del Cordero, que da derecho de acceso a la Ciudad y a la nueva creación de Dios. Es un llamamiento a salvación, que Dios expresa en las verdades de este versículo. Por ello, es interesante trasladar aquí un párrafo del Dr. Lacueva:

"A continuación (v. 27b), se declara quienes entrarán: No se hace referencia (ni hace falta) a determinados gruidos de personas, sino que, en consonancia con el tono general del Apocalipsis, se mencionan los elegidos en general: 'los inscritos (participio perfecto medio-pasivo) en el libro de la vida del Cordero' (comp. con 3:6; 13:8; 20:15). Éste es el momento de que cada lector se pregunte a sí mismo: ¿Estoy inscrito en ese libro? Si estás seguro ('por los frutos los conoceréis') de que has puesto en el Señor Jesús toda tu confianza, y tu vida está dando testimonio de que has nacido de nuevo, de cierto estás inscrito en ese libro, y nada ni nade podrá borrarte de allí (comp.

con Jn. 10:28; Ap. 3:5, 12). Si no es así, aún estás a tiempo (v. 22:17). Pero es urgente, porque no sabes cuánto es el tiempo que te queda"[21]

Pero, la reflexión de la enseñanza del pasaje debe tener aplicación personal a cada lector cristiano. Nuevamente el texto enfatiza que la comunión con Dios descansa en una relación personal llevada a cabo en una vida santa. Nada impuro puede estar en la presencia de quien es Santísimo (v. 27). Dios demanda una vida santa de sus hijos, no sólo para lo que tiene que ver con un futuro en gloria, sino con el presente de cada día. La vida santa no es una opción posible o deseable, sino la forma natural propia de la vida de quien ha sido regenerado por el Espíritu e identificado con Cristo. De ahí que el apóstol Pedro exhorta a los creyentes a *"ceñir los lomos de vuestro entendimiento"* (1 P. 1:13), en el sentido de estar dispuestos para la acción. Ceñirse era una operación habitual con la túnica antes de iniciar un trabajo fuerte, introduciendo el borde bajo el cinturón para que no estorbara en los movimientos. En esa figura se expresa la necesidad de adoptar una forma de pensamiento que lleve a una acción concreta. Es la consecuencia propia de la nueva mente en el creyente por la regeneración (1 Co. 2:16). El mandato del apóstol tienen que ver con la atención continua en razón de la inminente venida del Señor, por tanto, cada cristiano debe ser *sobrio*, que marca la disposición necesaria para hacer una correcta valoración de las cosas, sin emociones ni temores. El mandato se expresa dos veces en la epístola de Pedro en relación con el regreso de Cristo (1 P. 1:13; 4:17). Esto traerá como consecuencia un modo natural de vida. El cristiano ha de estar expectante ante el regreso del Señor (Lc. 17:30; 1 Co. 1:7; 1 Ts. 5:4-6). El cristiano sabe que el encuentro con el Señor será la manifestación suprema de la gracia en salvación. La regeneración ha producido en el creyente un cambio de la desobediencia a la obediencia (1 P. 1:14). La vida cristiana comenzó por un acto de obediencia (1 P. 1:2), por tanto, cada uno somos llamados a la obediencia como corresponde a nuestra nueva naturaleza. El hombre no regenerado es desobediente por condición natural (Ef. 2:2; 5:6). La evidencia de conversión está en la obediencia (Ro. 16:19). Ese cambio de vida conduce a una conformación que, abandonando la forma propia del mundo, adopta la de Cristo, por medio del Espíritu Santo. Esa conformación a Cristo produce un cambio en los propios deseos. Antes eran malos, conformados a la orientación de la carne y de sus concupiscencias (Gá. 5:20-21). Sistema propio de los tiempos de ignorancia de Dios. Como consecuencia del nuevo nacimiento, el creyente vive una conducta santa (1 P. 1:14). Es la causa eficaz del llamamiento santo hecho por Dios al creyente. Quien llamó es santo, por tanto el llamado debe serlo también. La santidad enfatiza la separación de pasiones y de pecado, viviendo a la semejanza de Aquel que nos llamo. Por tanto, como Cristo Jesús, es santo y se hace vida en el cristiano, al éste no le

[21] F. Lacueva. o.c., pág. 579.

queda otra opción que *"ser también santo"*. El alcance de la santidad comprende, dice Pedro, *"toda vuestra manera de vivir"* (1 P. 1:15). Esto comprende toda la conducta. La santidad, pues, se extiende a todas las esferas de la vida. Un creyente podrá estar más o menos cerca del Señor que otro, pero la norma es la misma para todos. Ha de ser santo en las relaciones con el mundo (1 P. 4:1 ss); santo en las relaciones familiares (1 P. 3:1 ss); santo en la vida eclesial (1 P. 5:1 ss). Esta forma de vida se establece como un mandamiento, de ahí que el apóstol diga: *"Porque escrito está"*, apoyando la demanda en la Palabra escrita (Lv. 11:44; 19:2; 20:7). Es la exigencia propia de la ética del reino de los cielos, tanto para el presente como para la eternidad (Mt. 5:48). No es, por tanto, una opción, sino una condición. El verdadero creyente no practica el pecado (1 Jn. 3:6a, 8, 9). Una vida pecaminosa o licenciosa, es indicativo de que no se ha producido el nuevo nacimiento (1 Jn. 3:6b). Dios nos llama a cada uno, por medio de este pasaje del Apocalipsis, a revisar nuestra conducta delante de Dios y a volvernos a Él sin condiciones para vivir, conforme a su voluntad, una vida santa, mientras esperamos el momento glorioso del encuentro con el Señor.

CAPÍTULO XXII

EL ESTADO ETERNO

Introducción.

Con este capítulo se llega al final del Apocalipsis. La visión de Juan relativa al estado eterno comenzó en el capítulo anterior y se extiende hasta el versículo 5 del capítulo actual. En la revelación hecha al escritor pudo contemplar el modo de vida en la Ciudad Santa y lo describe con palabras que son inspiradas, para que el creyente conozca la dimensión sobrenatural y de bendición que Dios prepara para los suyos. El relato de ese estado eterno continúa en el presente capítulo, por tanto, la introducción del anterior es también para este. El estado eterno no comprende sólo a los salvos de la dispensación de la Iglesia y otras anteriores, sino que también habrá naciones salvas que vivirán en la tierra nueva, en una dimensión de vida nueva que superará toda experiencia conocida en la historia de la humanidad. Es evidente que la Escritura no da un detalle pormenorizado de todo cuanto, como hombres, quisiéramos conocer, ya que la Biblia es el Libro que revela a Dios, pero no está escrito para satisfacer la curiosidad humana. Sin embargo, hay suficiente contenido para proporcionar a los creyentes, hijos de Dios, la seguridad de lo que se espera y el gozo de la bendición que se alcanzará plenamente en el reino eterno de Dios. En el desarrollo de la descripción de la Ciudad Santa y del entorno de vida en ella y fuera de ella, Juan ofrece aspectos consoladores en el pasaje que se considera y estudia. Hay aspectos importantes como el agua que sale de la presencia de Dios y apaga la sed de los santos, y el árbol de vida que da alimento a las naciones y asegura la proyección perpetua de la vida para la humanidad de entonces. Pero, sobre todo y por encima de todo está el trono de Dios y del Cordero, lugar desde donde se hace manifiesta y visible la presencia de Dios con los suyos. El reino eterno de Dios se proyecta en el capítulo a una eternidad sin fin, donde los santos reinarán con el Señor eternamente. La gloria luminosa de Dios, llenará de luz a la nueva Jerusalén, para el desarrollo de la vida en la ciudad. Sin duda la esperanza de gloria debe condicionar la vida del creyente que tiene esa esperanza, para realizar una experiencia de vida en consonancia con la fe. De ahí que al final del texto bíblico, haya palabras de exhortación en ese sentido. Al mismo tiempo la Palabra anima la esperanza por cuanto hace alusión a la inminencia del cumplimiento profético de los acontecimientos finales de la historia humana. Junto con todo ello, la advertencia solemne del peligro a que el mismo libro está expuesto de ser adulterado, por quienes no lo entiendan ni lo amen. Toda la bendición eterna, es anticipada en una bendición para el presente. La gracia de Dios que hará posible la reunión eterna de los creyentes con el Señor, sustenta ya la vida del presente. Todo lo que el creyente es y espera se produce a causa y en razón de la gracia.

Por eso, las últimas palabras del texto bíblico del Apocalipsis, tienen que ver con la gracia.

El bosquejo para el estudio corresponde al que se ha dado en la introducción del libro, en donde se aprecian dos partes: En los primeros cinco versículos se hace la conclusión de la visión anterior para seguir luego con el epílogo y el cierre del libro. Estableciéndose el bosquejo como sigue:

1. La vida en la ciudad (22:1-5).

V. Epílogo (22:6-21).

1. Palabras de consuelo (22:6-17).
    1.1. La promesa del Señor (22:6-7).
    1.2. Experiencia de Juan (22:8-9).
    1.3. Instrucciones a Juan (22:10-11).
    1.4. La promesa reiterada (22:12-13).
    1.5. Bendición y advertencia (22:14-17).
2. La amonestación de Dios (22:18-19).
3. Bendición (22:20-21).

La vida en la ciudad (22:1-5).

1. Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero.

Καὶ ἔδειξεν μοι ποταμὸν ὕδατος ζωῆς λαμπρὸν ὡς κρύσταλλον,
Y mostró me un río de agua de vida brillante como cristal
ἐκπορευόμενον ἐκ τοῦ θρόνου τοῦ Θεοῦ καὶ τοῦ ἀρνίου
que sale del trono - de Dios y del Cordero.

Notas y análisis del texto griego.

En una continuidad del relato anterior prosigue vinculándolo mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de ἔδειξεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo δείκνυμι, *mostrar, presentar, hacer ver*, aquí como *mostró*; μοι, caso dativo singular del pronombre personal *me*; ποταμὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *río*; ὕδατος, caso genitivo neutro singular del sustantivo declinado *de agua*; ζωῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de vida*; λαμπρὸν, caso acusativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de lo que es *brillante, radiante, resplandeciente,* incluso la forma sustantivada implica *cosas espléndidas*; ὡς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; κρύσταλλον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *cristal*; ἐκπορευόμενον, caso acusativo masculino singular con el participio de presente en voz media del verbo, ἐκπορεύομαι, *ir, salir, llegar a*, aquí como *que sale*, traducido en tiempo pasado para mejor expresión temporal, *que salía*, en sentido propio de salir de un lugar; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo

masculino singular del artículo determinado *el*; en español van unidos en la contracción *del*; θρόνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *trono*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, que en español no se traduce al estar ligado con nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios;* καὶ, conjunción copulativa *y*; τοῦ caso genitivo neutro singular del artículo determinado, declinado *del*; ἀρνίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *cordero*.

Καὶ ἔδειξεν μοι ποταμὸν ὕδατος ζωῆς λαμπρὸν ὡς κρύσταλλον. Juan recibe en la visión, detalles que pertenecen al interior de la ciudad. En la revelación aprecia un río de agua cristalino, transparente, incontaminado. Otra característica admirable de la nueva creación de Dios y, por tanto, de la Ciudad Santa, es la ausencia de contaminación, por tanto, sólo puede discurrir el río, absolutamente limpio. El agua del río es ὕδατος ζωῆς, *agua viva*, o incluso *agua de vida*. En el huerto de Edén, el lugar que Dios había preparado con sus propias manos para residencia de la primera pareja humana, había también un río (Gn. 2:10). Más adelante, el profeta Ezequiel hace referencia a un río que correría en Jerusalén, y que salían de debajo del umbral del templo, lugar en donde la presencia de Dios se hacía manifiesta (Ez. 47:1). Es sorprendente apreciar como las profecías del Antiguo Testamento aparecen en el Apocalipsis como expresión de cumplimiento pleno. Algunos teólogos consideran que la profecía de Ezequiel tiene que ver sólo con el reino milenial y terrenal del Mesías. Sin embargo, es necesario recordar que las profecías tienen, muchas veces, distintos niveles de cumplimiento. En el caso de la que se considera de Ezequiel, hay dos momentos en su cumplimiento, uno más limitado que se dará, en cierta medida en el milenio, y otro definitivo, en el estado eterno. Debe tenerse en cuenta que el *Reino de Dios* o *Reino de los Cielos*, indistintamente, es un modo de existencia que se manifiesta en distintos modos a lo largo de la historia humana y cuya culminación definitiva se alcanzará en la nueva creación de Dios.

Ποταμὸν ὕδατος ζωῆς. El río era de agua de vida. El agua en la Biblia es símbolo de bendición que procede de Dios (cf. Sal. 46:4; Is. 12:3; 35:7; Jer. 17:3). El Salmo habla que *"del río sus corrientes alegran la ciudad de Dios, el santuario de las moradas del Altísimo"*, lo que expresa la dimensión de gozo que el *río de agua de vida*, producirá a todos los que estén en la Ciudad de Dios y en su nueva creación. Como todo lo que tiene que ver con la vida, fluye del trono de Dios y del Cordero. La vida de Dios para el creyente se compara también al agua que apaga definitivamente la sed. Cristo es el agua de vida (Jn. 4:10, 14; 6:35; 7:37-39), por tanto, es necesario que salga tanto del trono de Dios como del Cordero. El río de agua de vida, indica que la plenitud de vida será la experiencia vital de los que habiten en la Ciudad Celestial. Será ese el cumplimiento absoluto y definitivo de la experiencia de vida que Cristo anunció

que venía a dar: *"...yo he venido para que tenga vida, y para que la tengan en abundancia"* (Jn. 10:10). La desobediencia del hombre trastocó el propósito divino que había sido diseñado para la bendición de la humanidad, alterando todo a causa del pecado. Pero Dios, en su obra de gracia redentora, por medio de la acción salvadora de Jesucristo, provee del medio para poner fin al problema del pecado y restaurar todo al orden establecido antes de la caída, pero, en una dimensión aún mayor de cuanto pudo haberse producido entonces. Juan hace notar aquí, no tanto la pureza de un río por hermoso e incontaminado que pueda ser, sino la excelencia del agua de vida que dejará absolutamente satisfechos espiritualmente a todos los que vivan en la eternidad con Dios. Sin embargo, no se debe alegorizar el texto, por cuanto no es necesario encontrar en él otro significado que el literal.

Λαμπρὸν ὡς κρύσταλλον. En la Ciudad Santa habrá un río con abundantes aguas y sin ninguna contaminación, apropiado a la descripción de una ciudad cuyo material constructivo principal será el oro. Se describe el río como *brillante*, quiere decir que sus aguas reflejan continuamente la gloria de Dios que ilumina la ciudad. Además, para poder manifestarse *brillante*, necesariamente ha de ser un río en calma. La superficie alterada de un río torrentoso, no permite que refleje la luz. Las inquietudes, incluso en este aspecto, no estarán presentes en la ciudad. El río refleja la gloria de Dios, que no es otra que la misma gloria del Cordero, quien hace visible al Invisible. El mismo Señor que dijo que había venido para que *"tengan vida"*, también dijo: *"Yo soy la luz del mundo"* (Jn. 8:12). La luz se refleja en el agua del río de la vida. La dimensión admirable de Jesús será algo presente en todo momento y en todo lugar de la vida en la ciudad.

Es interesante notar también que se habla de un solo trono: ἐκπορευόμενον ἐκ τοῦ θρόνου τοῦ Θεοῦ καὶ τοῦ ἀρνίου, *"que salía del trono de Dios y del Cordero"*. Sin duda se trata del trono de Dios, que en forma antropológica expresa el lugar donde se manifiesta en plenitud. Siendo un río de agua de vida, significa que Dios es la fuente de toda vida tanto ahora como en la eternidad. El trono corresponde al Ser Divino, que en este caso se revela ocupado por el Padre y el Hijo. En el Apocalipsis el trono es compartido por el Padre y el Hijo (cf. Ap. 3:21; 22:1, 3). Siendo Dios uno solo (1 Ti. 2:5), existen en el Ser Divino tres Personas (Mt. 28:19; 2 Co. 13:14), que cada una de ellas es también Dios verdadero. En el trono de Dios, el Cordero hará visible eternamente a los hombres, al Dios invisible. Posiblemente el *río de agua de vida*, represente al Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo, por tanto, en el versículo se aprecia notablemente la Santísima Trinidad: El Padre y el Hijo ocupando el trono y el Espíritu haciendo circular entre los hombres la vida que procede de Dios. Ese río de agua de vida se presenta como *saliendo*, es decir, en

un fluir continuo, como pone de manifiesto el participio de presente que aparece en el texto griego.

2. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones.

ἐν μέσῳ τῆς πλατείας αὐτῆς καὶ τοῦ ποταμοῦ ἐντεῦθεν καὶ ἐκεῖθεν
En medio de la calle de ella y del río de aquí y de allí
ξύλον ζωῆς ποιοῦν καρποὺς δώδεκα, κατὰ μῆνα ἕκαστον ἀποδιδοῦν
árbol de vida que produce frutos doce cada mes cada uno dando
τὸν καρπὸν αὐτοῦ, καὶ τὰ φύλλα τοῦ ξύλου εἰς θεραπείαν τῶν
el fruto de él y las hojas del árbol para sanidad de las
ἐθνῶν.
naciones.

Notas y análisis del texto griego.
Sigue el relato con ἐν, preposición de dativo, *en*; μέσῳ, caso dativo neutro singular del adjetivo *medio*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; πλατείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *calle principal, plaza*; αὐτῆς, caso genitivo femenino singular del pronombre personal declinado *de ella*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; ποταμοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo *río*; ἐντεῦθεν, adverbio de lugar *de aquí,* también equivale a *ambos lados*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐκεῖθεν, adverbio *de allí, de aquel lugar*; ξύλον, caso nominativo neutro singular del sustantivo *árbol*; ζωῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de vida*; ποιοῦν, caso nominativo neutro singular con el participio de presente en voz activa del verbo ποιέω, *hacer, crear, realizar, producir*, aquí como *que produce*; καρποὺς, caso acusativo masculino plural del sustantivo *fruto*; δώδεκα, caso acusativo masculino plural, por concordancia, del adjetivo numeral cardinal *doce*; κατὰ, preposición de acusativo *a través de, a lo largo de, sobre, por, cada*; μῆνα, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *mes*; ἕκαστον caso acusativo masculino singular del adjetivo indefinido, *cada uno, cada*; ἀποδιδοῦν, caso nominativo neutro singular con el participio de presente en voz activa del verbo ἀποδίδωμι, *devolver, pagar, recompensar, dar, entregar,* aquí como *que da*, o *dando*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; καρπὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo *fruto*; αὐτοῦ, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *de él*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*, femenino en castellano al referirse a *hojas*; φύλλα, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *hojas*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; ξύλου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *árbol*; εἰς, preposición de acusativo *para*; θεραπείαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *sanidad*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*, femenino en castellano; ἐθνῶν, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *naciones*.

Ἐν μέσῳ τῆς πλατείας αὐτῆς καὶ τοῦ ποταμοῦ ἐντεῦθεν καὶ ἐκεῖθεν. El texto presenta alguna dificultad en la traducción y, por tanto, dificultad también en la interpretación. Da la impresión que el cauce del río discurre por el centro de la avenida principal de la ciudad, pero, el término puede relacionarse también con la plaza principal de la ciudad, más probable aquí que se trate de la calle principal de la que se ha hecho antes referencia. Al borde del río Juan ve el árbol de vida. Sin embargo, en el texto griego aparecen los adverbios *de aquí* y *de allí*, en sentido de a uno y a otro lado del río, seguido de un nominativo *árbol*, lo que pudiera dar a entender que más que una sola unidad se trata de doce árboles de vida que están situados a ambos lados de la ribera del río de vida. En Edén estaba el árbol de vida (Gn. 2:9). Después del pecado, Dios excluyó al hombre de la participación del árbol de vida, para que no fuese un pecador inmortal (Gn. 3:22). El pensamiento teológico judío hace mención en sus escritos de un nuevo acceso al árbol de vida por cuyo fruto se alcanzaría la vida perpetua[1]. El Salvador dio vida eterna a los hombres por su encarnación, muerte y resurrección (Jn. 3:36; 6:54; 20:31), por tanto, la referencia aquí al árbol de vida expresa la dimensión absoluta de lo que Jesús llevó a cabo en su misión terrenal. La certeza de fe entiende la transformación futura de lo que es mortal a la semejanza de lo inmortal (2 Co. 5:4). Sin embargo, la vida eterna es la relación en comunión vinculante con Dios por medio de Jesucristo (Jn. 17:3), y la dimensión escatológica será la semejanza a Cristo, *"porque le veremos como Él es"* (1 Jn. 3:2). La vida perpetua para las naciones será posible por el árbol de vida.

Ξύλον ζωῆς ποιοῦν καρποὺς δώδεκα, κατὰ μῆνα ἕκαστον ἀποδιδοῦν τὸν καρπὸν αὐτοῦ. Juan observa que el árbol, o tal vez, los árboles, lo que supondría una arboleda a cada lado del río, producen doce frutos. No es necesario entender que los frutos son diferentes cada mes, sino que pueden ser el mismo fruto que está permanentemente en los árboles de vida. La idea es del árbol de vida cargado continuamente de fruto abundante. Incluso podría entenderse como que el árbol produce doce frutos diferentes cada mes. Una precisión semejante no tiene razón de ser ni importancia para la interpretación del versículo. La enseñanza del texto está centrada en dar a entender la idea de un fruto abundante que nunca falta. Es la expresión definitiva y eterna de la vida sobre la muerte. La profecía del Antiguo Testamento vuelve a aparecer aquí con insistencia: *"Y junto al río, en la ribera, a uno y otro lado, crecerá toda clase de árboles frutales; sus hojas nunca caerán, ni faltará su fruto. A su tiempo madurará, porque sus aguas salen del santuario; y su fruto será para comer, y su hoja para medicina"* (Ez. 47:12). La realidad futura supera en todo al entendimiento humano. El significado es que el árbol, o los árboles, no pasarán por los ciclos ordinarios de fructificación que

[1] Enoc, 25:2 ss; 4 Esdras 7;53; 8:52; 2 Enoc 8:3.

conocemos ahora, sino que estarán permanentemente cargados de frutos todos los meses del año.

Καὶ τὰ φύλλα τοῦ ξύλου εἰς θεραπείαν τῶν ἐθνῶν. De los frutos pasa la visión de Juan a las hojas del árbol de la vida, que serán para *sanidad* de las naciones. Algunos eruditos entienden que esta referencia tiene que ser al milenio, puesto que en la nueva creación de Dios no puede haber enfermedad, porque no habrá pecado. Sin embargo, el concepto *sanidad*, no tiene que ver con ausencia de enfermedad, sino con abundancia de vida. Esas hojas expresan en figura lo que será la vida plena para las naciones que vivan en la nueva tierra. Es necesario recordar que las naciones tendrán acceso a la Ciudad Celestial porque sus puertas nunca se cierran (Ap. 21:25). Las naciones que podrán servirse del árbol de vida, traerán sus presentes a Dios en la Ciudad Santa (Ap. 21:24). El acceso al árbol de la vida no estará reservado sólo a los moradores de la ciudad, sino a todos los hombres en el estado eterno. Las hojas proveerán de vida saludable para todos los moradores de la nueva tierra. Como se dice antes, las hojas del árbol de la vida no serán para producir sanidad, puesto que no habrá enfermedad en la Jerusalén celestial (Ap. 21:4), pero será la provisión de vida plena y de bienestar que se expresa por medio de esa figura para el estado eterno.

3. Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán.

καὶ πᾶν κατάθεμα οὐκ ἔσται ἔτι. καὶ ὁ θρόνος τοῦ Θεοῦ καὶ τοῦ
Y toda maldición no existirá ya más; y el trono - de Dios y del
ἀρνίου ἐν αὐτῇ ἔσται, καὶ οἱ δοῦλοι αὐτοῦ λατρεύσουσιν αὐτῷ
Cordero en ella estará, y los siervos de Él darán culto Le.

Notas y análisis del texto griego.

La continuidad al relato se establece mediante καὶ, conjunción copulativa *y*, πᾶν, caso nominativo neutro singular del adjetivo indefinido *todo*, femenino en castellano; κατάθεμα, caso nominativo neutro singular del sustantivo *maldición*, *lo que está bajo maldición*; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a ἔσται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo εἰμί, *ser o estar, existir*, aquí como *será o existirá*; ἔτι, adverbio de tiempo, *todavía, aún, nunca más*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; θρόνος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *trono*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*, no utilizable en español por acompañar a nombre propio; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; ἀρνίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *cordero*; ἐν, preposición de dativo *en*; αὐτῇ, caso dativo femenino singular del pronombre *ella*; ἔσται, tercera

persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *estará*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; δοῦλοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *siervos*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él*; λατρεύσουσιν, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo λατρεύω, *servir*, usado en forma muy marcada para referirse al *servicio cultual*, por lo que se puede traducir como *darán culto*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *le*.

Καὶ πᾶν κατάθεμα οὐκ ἔσται ἔτι. Lo destacable del estado eterno es la ausencia total del pecado, por tanto, no es posible que la maldición que ocasionó, vuelva a manifestarse jamás. El término griego que Juan utiliza para referirse a *maldición*, es sumamente extraño y la única vez que aparece en el Nuevo Testamento, no encontrándose otro ejemplo del uso de este sustantivo a no ser en la *Didache*, si bien el verbo con la misma raíz aparece una vez con significado de maldecir, en relación con la negación de Pedro (Mt. 26:74). El sentido de este sustantivo aquí no significa la maldición en sí misma, sino un objeto perjudicial que se retiene en un lugar, en ese sentido, está entroncado con uno de los significados de la palabra *anatema*.

Otra vez más asoma el eco de la profecía: *"Y morarán en ella, y no habrá nunca más maldición, sino que Jerusalén será habitada confiadamente"* (Zac. 14:11). La maldición es el resultado de la presencia del pecado, y en la Biblia no tiene que ver sólo con los hombres, sino con el entorno suyo, la tierra, que fue maldita a causa del pecado (Gn. 3:17-19). Durante el reino milenial, la maldición aún es posible para el pecador (Is. 65:20). Por la obra de Cristo, se hace posible la revocación definitiva de la maldición por el pecado, como el apóstol Pablo enseña: *"Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)"* (Gá. 3:16). La situación del hombre es de maldición a causa del pecado, de cuyo estado lo saca Cristo por redención, llegando Él a ser hecho maldición al ser el sustituto universal del pecador. En la Cruz ocupa el lugar del maldito, a causa del pecado, sustituyéndolo, por lo que los pecados del impío le son imputados, sufriendo Él el castigo para hacer libres a quienes estaban eternamente condenados por el pecado. De otro modo enseña también Pablo: *"Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él"* (2 Co. 5:21). El absolutamente sin pecado, es más, el impecable, es puesto como víctima expiatoria. Dios cargó sobre él nuestros pecados (Is. 53:5, 6), condenándolo a la muerte propia de un maldito, y descargando sobre Él la ira por los pecados (Is. 53:10). Por esa causa el pecador llega a ser declarado justificado por Dios (Ro. 5:1) y la maldición es removida no sólo para el pecador, sino también, en la nueva creación para los cielos nuevos y la tierra nueva. En el estado eterno se prolongará definitiva y

perpetuamente, una vida donde no sólo no exista, sino que no podrá existir la maldición.

Καὶ ὁ θρόνος τοῦ Θεοῦ καὶ του ᾿Αρνίου ἐν αὐτῇ ἔσται. Como contraste en lugar de la maldición está en ella *"el trono de Dios y del Cordero"*. La presencia de Dios, en una experiencia de comunión eterna con sus redimidos, se enfatiza continuamente. Es la presencia de Dios en la ciudad. La transformación universal de la nueva creación está íntimamente vinculada con la presencia de Dios en ella. Dios hace santo el lugar de su morada y presencia, por tanto, hace santa, por esa misma razón, la nueva creación. La gloria del Ser Divino, Padre, Hijo y Espíritu Santo, llenará la Ciudad Celestial.

Καὶ οἱ δοῦλοι αὐτοῦ λατρεύσουσιν αὐτῷ. Otra dimensión de lo que ocurrirá en el estado eterno tiene que ver con el *servicio* que Dios recibirá de sus siervos. El sustantivo *siervos*, se aplica a quienes se someten voluntariamente a otro. En algunas ocasiones se usa para referirse a los esclavos, pero no necesariamente tiene ese significado. Todo hombre viene a ser esclavo del pecado por condición y herencia (Ro. 6:17), pero, por la obra de la Cruz, se produce la liberación de ese estado de esclavitud para ser trasladado el creyente a una situación de servicio voluntario a Dios (Ro. 6:18). Estos siervos de Dios tienen como fruto la santificación y como fin la vida eterna (Ro. 6:22). Los salvos son siervos gozosos al servicio de quien los amó y del Señor que murió por ellos. Por tanto, el servicio como siervos de Dios se extiende a la eternidad. Ahora bien, es de apreciar que el verbo que se traduce como *servicio*, expresa la idea de *rendirle culto*, que es el concepto más extendido en todo el Nuevo Testamento para traducir el verbo. Quiere decir que el servicio de los salvos en la eternidad será un verdadero culto que tributan a Dios. El servicio es voluntario, no obligado y el culto se tributa como expresión natural y propia de la vida del hombre redimido.

Así también en el tiempo presente, aun con las limitaciones propias de una humanidad imperfecta: *"Hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional"* (Ro. 12:1). La visión de Juan expresa un servicio de adoración dedicado a Dios. Los siervos de Dios, los santos en el estado eterno, servirán a Dios adorándole, que es la expresión suprema de la entrega personal al Salvador y Creador.

4. Y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes

καὶ ὄψονται τὸ πρόσωπον αὐτοῦ, καὶ τὸ ὄνομα αὐτοῦ ἐπὶ τῶν
Y verán el rostro de Él y el nombre de Él sobre las

μετώπων αὐτῶν.
frentes de ellos.

Notas y análisis del texto griego.

Progresando en la visión Juan utiliza una vez más como nexo de unión καὶ, conjunción copulativa *y*; que precede a y ὄψονται, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz media del verbo ὁραω, con sentido de *ver*, aquí como *verán*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; πρόσωπον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *rostro*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; ὄνομα, caso nominativo neutro singular del sustantivo *nombre*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; ἐπὶ, preposición de genitivo, *sobre*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *las*; μετώπων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *frentes*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos.*

Καὶ ὄψονται τὸ πρόσωπον αὐτοῦ. Los siervos de Dios verán el rostro de Dios. Juan está usando aquí un *antropomorfismo*, una expresión con significado humano para referirse a algo propio de la Deidad. Sin duda a Dios, como Espíritu, significativamente al Padre, nadie lo ha visto, ni puede ver jamás (Jn. 1:18; 4:24; 1 Ti. 6:16). En el Antiguo Testamento estar *cara a cara* con el Dios viviente, significaba la muerte (Ex. 33: 20). Jesús trajo la presencia de Dios a los hombres en su propia persona (Mt. 1:23). En Cristo, Dios irrumpió en la historia humana para revelarse en su plenitud a los hombres, por medio del Mediador entre Dios y los hombres, que es Jesucristo hombre (1 Ti. 2:5). La misión del Verbo encarnado fue la de revelar al Padre (Jn. 1:18). Jesús, el Cordero, Hijo de Dios, que hizo visible al Invisible entre los hombres, lo hará visible a los hombres por toda la eternidad. Sin embargo, *ver a Dios*, equivale a disfrutar de su favor y tener íntima comunión con Él. Esa comunión es posible sólo para los de *limpio corazón*, que verán a Dios (Mt. 5:8). Corazón limpio o puro es aquel que no está contaminado con el pecado y no actúa bajo su control. La regeneración no *repara* el viejo corazón endurecido, sino que crea y dota de un corazón nuevo para que se produzca, de ahí en adelante, una forma de vida totalmente nueva, en la que la santidad sea no una demanda, sino el principio general de vida (Ez. 36:26, 27). David pide a Dios ese corazón para que pueda actuar en sintonía con Él y hacer su voluntad (Sal. 51:10). Limpio de corazón es aquel que es guiado conforme al consejo de Dios (Sal. 73:24). Dios que es bueno, esto es, perfecto, está en comunión con los *"limpios de corazón"* (Sal. 73:1). La senda de rectitud es el camino de limpio de manos y puro de corazón. Su confianza está en la dependencia de Dios, ante quien dice: *"me guiarás por sendas de justicia, por amor de tu nombre"* (Sal. 23:3). En cada momento Dios conducirá sus pasos y su vida discurrirá conforme a la justicia de Dios. No hay

aquí nada que sustente la idea de lo que algunos llaman *visión beatífica*. Ver a Dios, relativo al Padre, está vedado a los hombres. Al Padre nadie ha visto, ni puede ver jamás (Jn. 1:18). Pablo hace una afirmación enfática sobre la imposibilidad de *ver*, en el sentido literal de la palabra, al Padre, porque es el *"único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver"* (1 Ti. 6:16). A Dios se le ve en el Hijo. El Señor le recordó esto a Felipe cuando le pidió *ver al Padre* (Jn. 14:9). Pudiera pensarse que el *ver a Dios*, aquí equivale a la contemplación del Señor glorificado (1 Jn. 3:2).

Sobre esto escribe el Dr. Carballosa:

"Incuestionablemente, el creyente verá la gloria de Dios en la nueva Jerusalén. No causa ningún problema teológico ni exegético entender que en la nueva ciudad celestial el hijo de Dios verá el rostro del Cordero, el Revelador de Dios, y que al mirarlo ocurra lo que el Señor dijo a Felipe: 'El que me ha visto a mí, ha visto al Padre'. Es interesante observar que no se dice nada del Espíritu Santo. Ningún creyente se quejaría de no poder ver al Espíritu Santo, quien es Dios, al igual que el Cordero, en toda la extensión del vocablo. El exegeta tiene que contender con el hecho de que el texto dice: 'Y verán su rostro'. Se habla de un solo rostro y lo más probable es que se refiera al rostro del Cordero, el Mesías, Dios el Hijo. Eso no significa, en modo alguno, que los santos en la ciudad celestial no han de sentir y estar plenamente persuadidos de la presencia de la Santísima Trinidad. Dios en su plenitud estará allí. Eso es, sin duda, lo más importante. Puertas de perlas, sí; muro de jaspe, sí; cimientos de piedras preciosas, sí; calles de oro transparente, también; pero lo más importante de todo lo referente a la ciudad celestial es que Dios estará allí y que los redimidos verán su rostro"[2].

Debe recordarse bien que no se trata de ver la figura o la esencia misma de Dios el Padre. Ver el rostro de Dios es también una manera de referirse a disfrutar de todas sus bendiciones y mantener íntima comunión con Él. En la Ciudad Santa, esta comunión alcanzará cotas tan elevadas que nunca hubiésemos podido imaginar, pero, aun en un rango de comunión tal, la esencia divina no pierde su carácter invisible (1 Ti. 6:15).

Καὶ τὸ ὄνομα αὐτοῦ ἐπὶ τῶν μετώπων αὐτῶν. Juan vio el nombre de Dios en las frentes de los santos. Es una expresión semejante a la ocurrida antes (cf. 3:12; 7:3; 14:1). El nombre de Dios sobre sus frentes expresa la evidencia absoluta de ser suyos, es decir, los santos son propiedad de Dios y le pertenecen. Es la evidencia visible de que son de Él. Los creyentes en esta

---

[2] Evis L. Carballosa. o.c., pág. 447 s.

dispensación reciben el sello celestial del Espíritu, por la misma causa (Ef. 1:13-14). Dios marca la imagen de su Hijo en el creyente por el Espíritu. El sello implica, por tanto, propiedad celestial. El creyente es propiedad de Dios (1 Co. 3:23). El sello como propiedad divina garantiza la protección y relación eterna de Dios con el creyente (Jn. 10:28-30). Este sello es garantía de vida eterna, en contraste con la marca que el Anticristo hizo imprimir, en las frentes o en la mano derecha de quienes, al servirle le constituían como su dueño personal. Aquella señal trajo como consecuencia la muerte eterna de los impíos, mientras que la señal de Dios es garantía de vida eterna.

5. No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz de sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos.

καὶ νὺξ οὐκ ἔσται ἔτι καὶ οὐκ ἔχουσιν χρείαν φωτὸς λύχνου καὶ
Y noche no habrá ya y no tienen necesidad de luz de lámpara y
φωτὸς ἡλίου, ὅτι Κύριος ὁ Θεὸς φωτίσει ἐπ᾽ αὐτούς, καὶ
de luz de sol, pues Señor el Dios iluminará sobre ellos y
βασιλεύσουσιν εἰς τοὺς αἰῶνας τῶν αἰώνων.
reinarán por los siglos de los siglos.

Notas y análisis del texto griego.

El relato continúa con καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de νὺξ, nominativo femenino singular del sustantivo que denota *noche*; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a ἔσται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo εἰμί, *ser o estar, existir*, aquí como *será o existirá*; ἔτι, adverbio de tiempo, *todavía, aún, nunca más*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a ἔχουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *haber o tener*, aquí como *tienen*; χρείαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *necesidad, escasez, falta*; φωτὸς, caso genitivo neutro singular del sustantivo *luz*; λύχνου, caso genitivo masculino singular del sustantivo declinado *de lámpara*; καὶ, conjunción copulativa *y*; φωτὸς, caso genitivo neutro singular del sustantivo *luz*; ἡλίου, caso genitivo masculino singular del sustantivo declinado *de sol*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; Κύριος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *Señor*, aquí como nombre propio de Dios; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, no utilizado en castellano al preceder a nombre propio; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*; la traducción de la cláusula sería *"pues el Señor Dios"* φωτίσει, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo φωτίζω, *iluminar, alumbrar, resplandecer*, aquí como, *iluminará, alumbrará*; sigue luego la preposición de acusativo ἐπί, con el grafismo ἐπ', forma que adopta por elisión de la ι final ante vocal o diptongo sin aspiración, que equivale a *por, sobre*; αὐτούς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal *ellos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; βασιλεύσουσιν, tercera

persona plural del futuro de indicativo en voz activa del verbo βασιλεύω, *reinar*, aquí como *reinarán*; εἰς, preposición de acusativo, *por*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; αἰῶνας, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota *siglos*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; αἰώνων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *siglos*.

Καὶ νὺξ οὐκ ἔσται ἔτι καὶ οὐκ ἔχουσιν χρείαν φωτὸς λύχνου καὶ φωτὸς ἡλίου. De una forma más personalizada vuelve a referirse a la luminosidad de la ciudad santa, que se ha considerado antes (21:23). Cualquier luz, bien sea natural de los astros, o artificial de una luminaria, no será necesaria para iluminar la ciudad. Como se ha dicho antes, el resplandor de cualquier fuente de luz es inútil *porque* el efecto de la presencia divina llena de luz permanentemente, con el resplandor propio de su Deidad, cada momento en la ciudad. Los moradores de la ciudad estarán rodeados eternamente de la gloria de Dios. Esa *luz* de Dios se manifestó en la creación antes de la aparición del sol, la luna y las estrellas (Gn. 1:3).

Ὅτι Κύριος ὁ Θεὸς φωτίσει ἐπ᾽ αὐτούς. Juan afirma que *la gloria de Dios* iluminará la ciudad, utilizando aquí un verbo que expresa una acción definitivamente concluida, es decir, la iluminación de la nueva Jerusalén, será interna y procederá definitivamente de Dios mismo. Esa gloriosa *shekinah* de la presencia divina será proyectada por medio del Cordero, como fuente, luminaria, antorcha infinita que brillará en la ciudad. Jesús es la *luz del mundo* (Jn. 1:7-9; 3:19; 8:12; 12:35). Él mismo dijo que aquellos que le siguen no pueden *andar*, en tinieblas, porque tienen con ellos la *lumbre* de la vida. En la nueva creación, el orden antiguo de las cosas propias del presente universo, habrán pasado. En el mundo nuevo, la luz es Dios mismo, que lleva con su presencia la impronta de la claridad resplandeciente (Sal. 104:2). De nuevo el Padre y el Hijo, Dios y Cristo, están en el mismo plano de relación con los hombres. La presencia de Dios no hará falta buscarla, sino que se percibirá en cada momento, haciendo Dios que cada uno de los habitantes de la ciudad, reciban la luz divina y ellos, a su vez, sean eternamente luz en el Señor, cumpliendo definitivamente el propósito de Dios que cada uno de los suyos *anden* en la luz (1 Jn. 1:5-7). Es en la visión del Cordero que cada uno *verá* a Dios en su gloriosa dimensión, porque el que ve a Cristo ve también al Padre (Jn. 14:9). Por esa misma razón no necesitan iluminación artificial. Quiere decir que allí no habrá noche.

Nuevamente el cumplimiento profético absoluto tendrá lugar de aquello que ya había sido anunciado antes: *"Y acontecerá que en ese día no habrá luz clara, ni oscura. Será un día, el cual es conocido de Jehová, que no será ni día ni noche, pero sucederá que al caer la tarde habrá luz"* (Zac. 14:6, 7). Dios

será la luz de la ciudad, resplandeciendo sobre los santos y haciendo innecesaria cualquier otra fuente de iluminación.

Καὶ βασιλεύσουσιν εἰς τοὺς αἰῶνας τῶν αἰώνων. Finalmente, las bendiciones se extienden al reinado de los creyentes con el Señor. Los súbditos del reino, reinarán por los siglos. No se dice sobre quienes reinarán, pero compartirán el oficio real de Cristo, en identificación, unión y comunión con Él. El mundo venidero no estará sujeto a ángeles sino al hombre (He. 2:5-10). El propósito de Dios al crear la humanidad fue que se enseñorease de la tierra (Gn. 1:28). Por causa de la tentación y la caída, el mundo quedó bajo sujeción de ángeles, hasta que en la Cruz, el Señor tomó, por derrota sobre Satanás, el cetro de autoridad que había arrebatado al hombre, retornando el poder gubernamental sobre la tierra, a las manos del hombre. El Reino de los Cielos, en sus distintas manifestaciones, incluyendo el milenio, desembocará en el reino eterno de Dios, en donde Cristo será eternamente Rey de reyes y Señor de señores, y donde, en unidad con él, los salvos reinarán sobre la nueva creación de Dios. Este será un reino eterno, sin fin, *"por los siglos de los siglos"*, como se anunció a María acerca de Jesús (Lc. 1:33). La idea de que el reino de Cristo, debe concluir con el final del milenio, no tiene sustento bíblico. El reino de Dios es un reino eterno, en el que Jesucristo será el Rey.

Epílogo (22:6-21).

Palabras de consuelo (22:6-17).

La promesa del Señor (22:6-7).

6. Y me dijo: Estas palabras son fieles y verdaderas. Y el Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado su ángel, para mostrar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto.

Καὶ εἶπεν μοι· οὗτοι οἱ λόγοι πιστοὶ καὶ ἀληθινοί, καὶ ὁ Κύριος ὁ
Y dice me: Estas las palabras fieles y verdaderas, y el Señor el
Θεὸς τῶν πνευμάτων τῶν προφητῶν ἀπέστειλεν τὸν ἄγγελον αὐτοῦ
Dios de los espíritus de los profetas envió al ángel de Él
δεῖξαι τοῖς δούλοις αὐτοῦ ἃ δεῖ γενέσθαι ἐν τάχει.
para mostrar a los siervos de Él lo que debe suceder en breve.

Notas y análisis del texto griego.

Aunque se inicia un nuevo párrafo, el escritor sigue usando como vínculo de unidad con lo que antecede la conjunción copulativa καὶ, *y*, enlazándola con εἶπεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo εἶπων, *hablar, decir, expresar,* aquí como *dijo*; μοι, caso dativo masculino singular del pronombre personal

me; οὗτοι, caso nominativo masculino plural del pronombre demostrativo *estos*, femenino en castellano *estas*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*, femenino en castellano; λόγοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *palabras*; πιστοὶ, caso nominativo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de lo que es fiel, aquí *fieles*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀληθινοί, caso nominativo masculino plural del adjetivo que indica lo que son *verdaderas*; καὶ, conjunción copulativa, *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado, *el*; Κύριος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *señor*, siendo nombre propio en este caso al referirse a Dios; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado declinado *de los*; πνευμάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *espíritus*; τῶν, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *de los*; προφητῶν, caso genitivo masculino singular del sustantivo *profetas*; ἀπεστειλεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀποστέλλω, *enviar*, aquí como *envió*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἄγγελον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *ángel*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él*; δεῖξαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo δείκνυμι, *mostrar, hacer ver, manifestar*, aquí como *para mostrar*; τοῖς, caso dativo masculino singular del artículo determinado, declinado, *a los*; δούλοις, caso dativo masculino singular del sustantivo *siervos*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; ἃ, caso acusativo neutro singular del pronombre relativo *lo que*; δεῖ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo impersonal δεῖ, que designa una necesidad absoluta; los enunciados que se forman con este verbo tienen por naturaleza carácter absoluto, muy difícilmente cuestionable y, a menudo, anónimo y determinístico, que equivale *es necesario*, *debía*, aquí como *debe*; γενέσθαι, aoristo segundo de infinitivo en voz media del verbo γίνομαι, *hacerse*, *suceder*; ἐν, preposición de dativo, *en*; τάχει, caso dativo neutro singular del sustantivo τάχοσ, *velocidad*, que con la preposición adquiere sentido adverbial, *en breve*, *prontamente*.

Καὶ εἶπεν μοι· οὗτοι οἱ λόγοι πιστοὶ καὶ ἀληθινοί. Como conclusión de la revelación propiamente dicha, Juan recibe la confirmación de que las palabras que anteceden son fieles y verdaderas. Es la tercera vez que aparece la misma expresión en el libro (Ap. 19:9; 21:5; 22:6). Los calificativos no se refieren sólo a la visión descrita inmediatamente antes, sino a todo el contenido del libro. Juan es apóstol y profeta y sus palabras, trasladadas al escrito, revisten la autoridad plena de Dios. La revelación divina debía trasladarse a palabras humanas para comunicarla, pero, esas palabras que describen la visión son *palabras de Dios*, puesto que comunican aquello que Dios estaba revelando. Esa es la causa por la que debían ser escritas. Además, procediendo de Dios, como visión manifestada, son *fieles y verdaderas.* Los dos adjetivos tienen que ver con Dios mismo (19:11). Esas palabras son *fieles*, en el sentido de dignas de crédito, porque saliendo de Dios tienen seguridad de cumplimiento. Las palabras son *verdaderas*, porque están ajustadas plenamente

a la promesa y a la realidad del cumplimiento, es decir, todo cuanto se dice tendrá exacto cumplimiento tal y como se dice. Quiere decir todo esto, que la palabra procedente de Dios es total y absolutamente fiable, porque Dios no puede mentir (Tit. 1:2; He. 6:18). Todo cuanto Dios ha dicho se cumplirá totalmente. Todo cuanto Dios dice lleva consigo la certeza de infalibilidad, fidelidad y veracidad. Por ser palabras de Dios, escritas por medio de su profeta Juan, tendrán pleno y total cumplimiento. Debe tenerse en cuenta que la revelación que ha sido escrita en Apocalipsis, procede del mismo Señor (Ap. 1:1).

El compromiso de Cristo en relación con el cumplimiento de sus palabras proféticas es evidente: *"El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán"* (Mt. 24:35). Es una afirmación precisa y definitiva. Las palabras de Dios tienen firmeza absoluta porque proceden de Su boca. Jesús, como Dios hace que sus palabras tengan la segura certeza de la fidelidad e inmutabilidad divinas. Los elementos del universo serán disueltos por el fuego al que están reservados (2 P. 3: 7, 10). Entonces se producirá un cambio total en lo que parece hoy inconmovible (Ro. 8:19-22; 1 Co. 7:31; Ap. 21:1). Las palabras de Jesucristo no sufrirán jamás cambio ni alteración alguna y su cumplimiento será completo (1 P. 1:23). La advertencia de Jesús es necesaria en esta ocasión ya que ha de esperarse largo tiempo para el cumplimiento de promesas anunciadas. Si bien, para Dios el tiempo no existe y un día es como mil años y viceversa. El reino de los cielos que es anunciado, no llegará en la inmediatez que el hombre desearía. Por ello, Jesús hace esta enfática afirmación cuando el escrito profético está a punto de concluir. Nada de cuanto está en la Escritura, promesas, juicios, bendiciones, reino y gloria quedará sin cumplimiento según lo anunciado en ella. La inquebrantabilidad de la Escritura es un hecho, por ser la Palabra de Dios. Cualquier promesa incumplida afectaría a Dios que la expresó. Sería una promesa incumplida de Dios. No puede, por tanto, separarse la Palabra de Dios mismo. El salmista, refiriéndose a Dios dice: *"Desde el principio tú fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permanecerás; y todos ellos como una vestidura se envejecerá; como un vestido los mudarás, y serán mudados; pero tú eres el mismo, y tus años no se acabarán"* (Sal. 102:25-27). La inmutabilidad de Dios alcanza y comprende también su Palabra que como Él es inmutable y atemporal, es decir, el tiempo no le afecta envejeciéndola, sino que cada cosa anunciada en ella tendrá cumplimiento fiel (Gá. 4:4a). Como palabra de Dios así también las palabras de Cristo. Jesús es el Hijo de Dios manifestado en carne, por tanto, la fidelidad e inmutabilidad divinas son propias de su Persona Divino-humana. La inmutabilidad de la Escritura es una verdad doctrinal que el Señor enfatizó en su enseñanza.

Junto con la inmutabilidad está la importancia. La Palabra por ser de Dios, merece la atención y consideración total. No hay cosas importantes y secundarias porque toda la Escritura es inspirada por Dios (2 Ti. 3:16). Ninguno de sus escritos es el resultado del pensamiento humano, sino la comunicación que Dios hace de sí mismo, en su misericordia para que el hombre le conozca y conociéndole en fe obtenga la vida eterna (Jn. 17:3). Cristo afirmó antes que ni una *jota* ni una *tilde* pasarán de la ley, hasta que todo se haya cumplido. Tal es la importancia de la Palabra de Dios que incluso cada una de sus letras se llaman *sagradas*, por haber recibido el soplo divino de la inspiración (2 Ti. 3:15-16). Por esta causa la Escritura no puede ser quebrantada. La ley expresa el pensamiento, propósito y voluntad de Dios, y es Él mismo quien la da a los hombres por medio de los profetas. El mismo Dios que da su palabra y anuncia lo por venir es el que con su omnipotencia se ocupa del cumplimiento (Is. 46:9-10). No hay nada sin importancia, nada intrascendente, en la Palabra de Dios. La verdad que Jesús expresó, revelándola a Juan su profeta, debe tenerse en mucha consideración. La Biblia, por ser Palabra de Dios y proceder de Él es, en toda su extensión *doctrina*, es decir, enseñanza que Él mismo da a los hombres para que, conformándose a ella, sean bendecidos. Ninguna cosa escrita en la Palabra de Dios deja de ser doctrina. Sin embargo, debe entenderse con claridad que hay *doctrina fundamental*, base de la fe y razón del mensaje de salvación, cuya principal característica es su claridad que condiciona la interpretación, esto es, no caben discusiones o diferencias en cuanto a sentido. Pero, hay también, *doctrina general*, nunca menos importante, pero sujeta a diferentes interpretaciones desde la honestidad y compromiso bíblico del intérprete. Es enseñanza, es doctrina, pero no lo es *fundamental*. Lo mismo una que otra debe ser respetada profundamente por ser Palabra de Dios. En cuanto a la doctrina fundamental para la que no cabe más que una interpretación desde el compromiso honesto del intérprete con la Palabra, no admite transigencia alguna. Es decir, la doctrina fundamental que sustenta la fe y la esperanza cristianas, no permite más que la aceptación incondicional, no es asunto opinable ni negociable. En cuanto a la general, la misma Palabra exige respeto para interpretaciones que no concuerden plenamente con la que cada intérprete entiende que es la correcta. En todas las cosas, como decía el famoso hombre de la iglesia antigua, *amor.*

Las palabras del Señor a Juan, producen aliento al lector creyente, seguro de que todo cuanto antes se describe en el libro tendrá cumplimiento fiel. Los juicios y la gloria venidera son determinaciones divinas que marcarán el futuro de la historia humana y, aun aquello que a la mente humana resulte incomprensible, tendrá cumplimiento fiel, porque las palabras proféticas expresan fielmente el pensamiento y determinación de Dios.

El que reveló a Juan las cosas escritas en el libro es ὁ Κύριος ὁ Θεὸς τῶν πνευμάτων τῶν προφητῶν, *"el Señor, el Dios de los espíritus de los profetas"*. En ese sentido, el que movió el espíritu de los profetas para escribir a lo largo del tiempo, fue Dios mismo. Los profetas lo reconocían, aceptaban y servían como su Dios personal. No debe olvidarse que el Dios de la Biblia, aunque es Dios sobre todo, lo es personalmente de cada uno de sus hijos que creen en Él. Los profetas eran fieles creyentes en Dios, por tanto, fue su Dios personal. Él mismo reveló lo que habían de escribir a lo largo del tiempo, en diversos momentos de la historia, y en múltiples circunstancias (He. 1:1). El testimonio de Jesús es además el espíritu de la profecía (Ap. 19:10), es decir, tanto lo que el ángel revelaba a Juan, como lo que él revelaría a las generaciones sucesivas por medio del escrito de la profecía, se centraba y proyectaba en Jesús, es decir, la profecía tiene por objeto ensalzar y glorificar a Jesús, en quien se cumplen todos los propósitos de Dios. El espíritu de la profecía no es una referencia al Espíritu Santo que impulsa a los profetas e inspira la profecía escrita (2 P. 1:21; 2 Ti. 3:16), sino que el núcleo de la profecía y la intencionalidad de la misma es revelar las glorias de Jesús.

La revelación de los profetas procede de Dios mismo, que comienza por la elección de quien había de ser su profeta (Jer. 1:5) y le comunica el mensaje a proclamar (Jer. 1:1, 2, 4, 7). Por tanto, el profeta habla en nombre del Señor, transmitiendo en su mensaje lo que Dios desea decir a los oyentes. El profeta es portavoz de Dios en la transmisión del mensaje divino (Jer. 1:6, 9). En relación con la profecía escrita, es el mismo Espíritu el que instruye al profeta para que escriba lo que Dios le ha comunicado (Jer. 36:2; Hab. 2:2; Ap. 1:19; 14:13; 19:9). Indudablemente el espíritu de los profetas está sujeto a los profetas (1 Co. 14:32), ya que aunque el profeta hable en nombre de Dios y al impulso del Espíritu, no anulaba el autodominio personal. Los profetas podían controlar sus acciones por su propio espíritu. De tal modo, la revelación escrita es el resultado de la acción directa del Espíritu sobre los profetas (2 P. 1:16-21). En el caso de Juan, el apóstol y profeta, como a otros profetas, Dios envió su ángel para mostrarle las cosas venideras (Ap. 1:1).

᾽Απέστειλεν τὸν ἄγγελον αὐτοῦ δεῖξαι τοῖς δούλοις αὐτοῦ ἃ δεῖ γενέσθαι ἐν τάχει. La profecía fue entregada a los profetas por medio de *"su ángel"*. En otros lugares de la profecía bíblica, Dios envió a un ángel como intérprete del mensaje profético, al propio profeta (Dn. 7:9). De la misma manera hizo con Juan. La revelación de la profecía tiene unos destinatarios: τοῖς δούλοις αὐτοῦ, *"sus siervos"*, que tiene que ver con los creyentes en general, que son siervos de Dios (Ro. 6:18, 22).

El propósito de la profecía es que los creyentes conozcan las cosas que van a suceder *pronto*: ἃ δεῖ γενέσθαι ἐν τάχει, *lo que va a suceder pronto.*

Los acontecimientos anunciados proféticamente en el Apocalipsis podrán suceder en cualquier momento, siguiendo el orden anunciado por Dios en la revelación dada a Juan. El cumplimiento de todo lo que se detalla en el libro será preciso, en el tiempo determinado para ello. Los acontecimientos finales de la historia humana, tendrán un tiempo breve, corto, para llevarse a cabo.

7. ¡He aquí, vengo pronto! Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro.

καὶ ἰδοὺ ἔρχομαι ταχύ. μακάριος ὁ τηρῶν τοὺς λόγους τῆς
Y he aquí vengo pronto. Bienaventurado el que guarda las palabras de la
προφητείας τοῦ βιβλίου τούτου.
profecía del libro este.

Notas y análisis del texto griego.

La primera cláusula contiene una advertencia solemne expresada en la forma habitual, con καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia, *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; ἔρχομαι, primera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo ἔρχομαι, *venir, llegar, regresar, aparecer*, aquí como *vengo* ταχύ, adverbio de tiempo, *pronto*, *presto, en seguida, rápidamente*. La segunda cláusula es de promesa y contiene una bendición: μακάριος, caso nominativo masculino singular del adjetivo que expresa la condición de *dichoso, bienaventurado, feliz*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; τηρῶν, caso nominativo masculino singular con el participio de presente en voz activa del verbo τηρέω, *guardar, conservar, cumplir, custodiar*, aquí como *que guarda*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*, femenino en español; λόγους, caso acusativo masculino singular del sustantivo *palabras, dichos*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; προφητείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *profecía*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; βιβλίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *libro*; τούτου, caso genitivo neutro singular del pronombre demostrativo *este*.

Καὶ ἰδοὺ ἔρχομαι ταχύ. El versículo tiene la importancia de expresar palabras procedentes del Señor mismo. Podría ser también que fuesen dichas por el ángel que hablaba con Juan, como embajador del Señor (Ap. 2:16; 3:11). Fuesen palabras directas de Jesús, o fuesen dichas por el ángel en Su nombre, contienen una advertencia solemne a la que debe prestársele gran atención. La expresión es altamente enfática: *"¡Y mira: vengo en seguida!"*. El verbo en

presente realiza aquí función de futuro profético. La certeza de su venida es absoluta, por tanto, expresa el acontecimiento futuro como si estuviese sucediendo ya. Esa segunda venida del Señor se producirá *en seguida, en breve*, lo que expresa otra vez inminencia. No se sabe cuando va a ocurrir, pero se sabe que va a ocurrir pronto. Es cierto que, Jesús dijo: *"del día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino mi Padre"* (Mt. 24:36). El tiempo de la segunda venida del Señor está reservado al sólo conocimiento divino. Cuando los discípulos pretendieron conocer los tiempos en que se produciría esto, cuando el reino fuese restaurado nuevamente a Israel, Jesús les hizo una advertencia semejante: *"No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad"* (Hch. 1:7). Hay cosas secretas que pertenece sólo a Dios y que no es dado conocer al hombre. El momento del cumplimiento del tiempo para la segunda venida de Jesús depende de la voluntad soberana del Padre, que conoce el tiempo en que se producirá, por cuanto Él mismo lo determinó así. La segunda venida de nuestro Señor se producirá como ocurrió con la primera, cuando *"llegue el cumplimiento del tiempo"* (Gá. 4:4). Ningún ser creado, ni siquiera los santos ángeles que sirven continuamente a Dios y acceden para servicio a su presencia, conocen el día ni la hora establecida para ese acontecimiento. Es suficiente con que conozcamos que el tiempo está tan firmemente establecido que no sólo será en un determinado día, sino que también será en una determinada hora. Quiere decir que todo el futuro está en el conocimiento y soberanía de Dios. Pero la venida del Señor será, no solo inminente, sino también *instantánea*. Esta advertencia exige permanecer expectantes en relación con la venida del Señor (Mt. 24:42-44). Si la segunda venida a la tierra para establecer el reino milenial, será pronto, aún más debiera producir una forma expectante de vida en el creyente que cree que el traslado de la Iglesia se producirá antes de los acontecimientos descritos en el Apocalipsis. El llamado del Señor a la resurrección de los creyentes de esta dispensación y el encuentro con Él en el aire, puede producirse en cualquier momento (1 Ts. 4:16-17). Nada hay que esperar, en cuanto a cumplimiento, para que ese acontecimiento se produzca. En cualquier momento del tiempo presente el Señor puede venir a buscar a los suyos. Por tanto, la advertencia, enfática y precisa, debe despertar nuestro interés para esperarle en una vida santa y comprometida con Él, de permanente testimonio.

Μακάριος ὁ τηρῶν τοὺς λόγους τῆς προφητείας τοῦ βιβλίου τούτου. Junto con la advertencia está la penúltima bienaventuranza del libro (cf. 1:3; 14:13; 16:5; 19:9; 20:6; 22:7, 14). Se distingue de la primera en que aquella vinculaba la dicha o la felicidad con la lectura de las palabras de la profecía (1:3). Ahora, leídas ya las palabras, se añade la demanda de guardarlas: ὁ τηρῶν, *"el que guarda"*. El participio de presente indica una acción continuada y el verbo expresa la idea de *conservar, custodiar, guardar*. Por

tanto, la frase puede traducirse así: *"Bienaventurado el que guarda continuamente las palabras de la profecía de este libro"*.

El creyente debe entender que las palabras contenidas en el Apocalipsis, son parte de la revelación de Dios. No hay en la Biblia cosas de mayor importancia y otras cosas de menor importancia. Toda la Escritura es inspirada por Dios (2 Ti. 3:16). Por tanto, proviniendo de Dios, el creyente debe *custodiar*, las palabras de la profecía, como un tesoro de valor incalculable. Ello exige un comportamiento fiel hacia ellas, no añadiendo nada a su contenido, no adulterando nada de su contenido, interpretándolas conforme al contexto general de la Biblia. Además, el creyente debe *guardar* las palabras de la profecía, en sentido de aceptar plenamente la revelación manifestada en ellas. Tiene que ver con obediencia a los preceptos contenidos en las palabras del libro. Juan escribió, de parte del Señor, las palabras de la profecía, no sólo como fuente de información de los acontecimientos futuros, sino como demanda de una vida consecuente con ellos. La profecía contiene, advertencias solemnes para la iglesia, especialmente en los primeros capítulos, donde están las cartas del Señor a las siete iglesias de Asia. La bendición que hace dichoso al cristiano consiste en ajustar su vida personal y la eclesial, a las demandas establecidas por el Señor de la Iglesia. Esta dicha personal conlleva también la disposición al sufrimiento por Cristo. Nadie que desee una vida fiel y consecuente con las demandas de Dios, debe olvidar que esa lealtad le traerá conflictos, no sólo con el mundo, del que no se puede esperar otra cosa (Jn. 16:33), sino también dentro de la propia iglesia (2 Ti. 3:12). En los tiempos difíciles, sobre todo los más próximos al fin de la dispensación de la Iglesia, algunos no resistirán las verdades de la doctrina bíblica (2 Ti. 4:3), lo que unido a un debilitamiento de la fe y del amor, producirá dificultades para quienes estén decididos a guardar las palabras de la profecía, no sólo de este libro, sino de toda la Escritura. La profecía del Apocalipsis demanda una vida de lealtad a Cristo, sin tener en cuenta los conflictos o persecuciones, incluso la muerte, que esto produzca (Ap. 2:10). La bienaventuranza tiene que ver con la fidelidad y la perseverancia de los creyentes. Los recursos de gracia están a la disposición de todos ello para llevar a cabo el compromiso de fe, produciendo Dios el deseo y capacitando a cada uno para llevarlo a cabo (Fil. 2:13). Todo cuando es demanda recibe los recursos necesarios para ejecutarla.

La experiencia de Juan (22:8-9).

8. Yo Juan soy el que oyó y vio estas cosas. Y después que las hube oído y visto, me postré para adorar a los pies del ángel que me mostraba estas cosas.

Καγὼ ᾿Ιωάννης ὁ ἀκούων καὶ βλέπων ταῦτα. καὶ ὅτε ἤκουσα καὶ
Y yo, Juan el que oye y que ve estas cosas. Y cuando oí y
ἔβλεψα, ἔπεσα προσκυνῆσαι ἔμπροσθεν τῶν ποδῶν τοῦ ἀγγέλου τοῦ
vi caí para adorar delante de los pies del ángel el
δεικνύοντος μοι ταῦτα.
que mostraba me esto.

Notas y análisis del texto griego.

La primera cláusula testimonial e identificativa del escritor comienza con καγὼ, palabra formada por crasis[3] del adverbio καὶ, y el pronombre personal ἐγώ, y que equivale a *también yo*, y que lo mismo que la conjunción καὶ, puede usarse para coordinar y unir copulativamente, en sentido de *y yo*, expresando una relación mutua entre dos enunciados, como ocurre aquí; ᾿Ιωάννης, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Juan*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἀκούων, caso nominativo masculino singular con el participio de presente articular del verbo ἀκούω, *escuchar, oír*, aquí como *que oye*; καὶ, conjunción copulativa *y*; βλέπων, caso nominativo masculino singular con el participio de presente articular del verbo βλέπω, *ver, mirar, fijarse*, aquí como *que ve*; ταῦτα, caso acusativo neutro plural del pronombre demostrativo *estas*, complementado con *cosas*, así *estas cosas*. Una segunda cláusula narrativa sigue con καὶ, conjunción copulativa *y*; ὅτε, conjunción temporal *cuando, al tiempo que, después que*, designando el momento en que sucede algo, y va seguida principalmente de un aoristo; ἤκουσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκόυω, *oír*, aquí como *oí*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔβλεψα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo βλέπω, *ver, mirar, fijarse*, aquí como *vi*; ἔπεσα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πίπτω, *caer, caerse, precipitarse, postrarse de rodillas*, aquí como *caí*; προσκυνῆσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo προσκυνέω, utilizado para expresar adoración en el N. T., aquí como *para adorar*; ἔμπροσθεν, una palabra compuesta de las preposiciones ἐν y πρός, reforzadas por la partícula de dirección θεν, de modo que, por su origen contiene un elemento local y un elemento temporal, su significado depende del contexto en que aparezca y depende también de la función gramatical, bien sea como preposición impropia que rige genitivo, como en este caso, o como adjetivo o como adverbio, aquí se trata de una preposición impropia de genitivo que equivale a *delante de, al frente de*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; ποδῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo *pies*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; ἀγγέλου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *ángel*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; δεικνύοντος, caso genitivo masculino singular con el participio de presente en voz activa del verbo δείκνυμι, *mostrar, presentar, hacer ver*, aquí como *que mostraba*; μοι, caso dativo singular del pronombre personal *me*; ταῦτα, caso acusativo neutro plural del pronombre demostrativo *esto*.

[3] *Crasis*, palabra griega que equivale a *unión de fuerzas*, en general *unión de elementos*.

Καγὼ ᾽Ιωάννης ὁ ἀκούων καὶ βλέπων ταῦτα. El profeta se identifica a sí mismo, cuando está a punto de finalizar el escrito de la profecía. Mediante un enfático καγὼ, pronombre personal formado por crasis del adverbio καὶ, y el pronombre personal ἐγώ, y que equivale a *también yo*. Este que escribió todo cuanto antecede y lo poco que resta, es *Juan*. Este apóstol y profeta es el instrumento humano que el Espíritu utilizó para transmitirnos el mensaje revelador de los acontecimientos futuros para la humanidad. No fue él quien elaboró de su propia mente todo cuanto antecede, ya que *"nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo"*. Juan trasladó al escrito bíblico por instrucción divina todo lo que el mismo ὁ ἀκούων καὶ βλέπων, *"vió y oyó"*, que son ταῦτα, *esto*, es decir, *"estas cosas"*.

Καὶ ὅτε ἤκουσα καὶ ἔβλεψα, ἔπεσα προσκυνῆσαι ἔμπροσθεν τῶν ποδῶν τοῦ ἀγγέλου τοῦ δεικνύοντος μοι ταῦτα. Las revelaciones impactaron al apóstol. Unido a esto, las palabras procedentes del Señor sobre su segunda venida y la bienaventuranza para quienes guarden las palabras de la profecía, eran cosas que sólo podían ejecutarse conforme a la voluntad de Dios y en razón de su soberanía. Juan está abrumado ante la grandeza de Dios y la magnificencia de Su revelación, por tanto, otra vez vuelve a repetir la acción de postrarse a los pies del ángel para adorar (19:10). Como se dijo antes, no cabe duda que el apóstol que recibió la revelación que el ángel le comunicaba, entendía que aquellas palabras procedían de Dios mismo. El apóstol no creía que el ángel era Dios, pero lo consideraría, probablemente, como un representante de Dios, y decide postrarse ante él en actitud de adoración. La gloriosa consumación del propósito divino y la acción que eliminaba el sistema de oposición a Dios y con ello la apertura de la puerta al reino mesiánico, debieron producir un impacto tal en Juan que se inclinó a tierra en señal de adoración ante los pies del ángel.

No debe suponerse que Juan pretendiera adorar al ángel, sino más bien, se inclina delante de él como mensajero enviado de Dios. Al postrarse en tierra para adorar, expresa la intención de acatar al ángel como enviado de Dios. Juan sabe que sólo Dios puede y debe ser adorado. Sin embargo, la revelación recibida por medio del ángel impactó tanto a Juan que en una acción de respeto se inclinó para adorar. No es posible pensar que el apóstol consideraba al ángel como si se tratase de Dios mismo en alguna *teofanía*, simplemente estaba abrumado por todo cuanto había visto y se inclinó para adorar.

9. Pero él me dijo: Mira, no lo hagas; porque yo soy consiervo tuyo, de tus hermanos los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios.

καὶ λέγει μοι· ὅρα μή· σύνδουλος σού εἰμι καὶ τῶν ἀδελφῶν σου τῶν
Y dice me: Mira no; consiervo de ti soy y de los hermanos de ti de los
προφητῶν καὶ τῶν τηρούντων τοὺς λόγους τοῦ βιβλίου τούτου· τῷ
profetas y de los que guardan las palabras del libro este. -
Θεῷ προσκύνησον.
a Dios adora.

Notas y análisis del texto griego.

Prosigue la narración vinculándola con lo que antecede mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa *y*; λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *decir, referirse, hablar*, aquí como *dice*; μοι, caso dativo singular del pronombre personal *me*. La cláusula siguiente es de prohibición y advertencia, con ὅρα, segunda persona singular del presente de imperativo en voz activa del verbo ὁράω, *mirar, notar, observar, cuidarse,* aquí como *mira*; seguido de μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*. Sigue luego la causa de la prohibición con σύνδουλος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *siervo*; σού, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de ti*; εἰμι, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *soy*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; ἀδελφῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo *hermanos*; σου, caso genitivo singular del pronombre persona declinado *de ti*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; προφητῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo *profetas*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; τηρούντων, caso genitivo masculino plural con el participio de presente en voz activa del verbo τηρέω, *guardar, observar, cumplir,* aquí como *que guardan*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*, femenino en castellano; λόγους, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota *palabras, dichos*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado, *del*; βιβλίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *libro*; τούτου, caso genitivo neutro singular del pronombre demostrativo *este*. Una tercera cláusula de mandato se establece con τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el,* que no se traduce en castellano al ir vinculado con nombre propio; Θεῷ, caso dativo masculino singular del nombre propio declinado *a Dios*; προσκύνησον, segunda persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo προσκυνέω, *adorar*, aquí como *adora*.

Καὶ λέγει μοι· ὅρα μή. El ángel corta de forma inmediata la acción de Juan, que se había postrado ante él para adorar. Juan utiliza un presente: *"me dice"*, como aparece en el texto griego, que es realmente un pasado descriptivo que da mayor dramatismo e intensidad a la acción. Como presente se mantiene inalterable en el tiempo y es tan válido en aquellos momentos como a lo largo de la historia, si se repitiese la acción. El ángel formula a Juan una llamada de atención, usando el verbo que equivale *prestar atención* hacia algo. La advertencia va unida a una prohibición enfática, incluso cortante, que

literalmente dice: *"¡Mira, que no!"*, es decir: *"Ten sumo cuidado en no hacer eso"*. El verbo *hacer, obrar*, está implícito en la expresión del texto griego, aunque literalmente no aparece en él. La prohibición del ángel es tajante, negándose a recibir la adoración que Juan le tributaba. Aun entendiendo que el apóstol no pretendiese adorar al ángel, sí le estaba rindiendo un homenaje excesivo que no correspondía recibir a un ángel. Un nuevo contraste se pone de manifiesto al comparar la acción de este ángel con la del ángel caído, el diablo, que demandaba para sí adoración al mismo Hijo de Dios (Mt. 4:9).

Σύνδουλος σού εἰμι. El concepto que el ángel tenía de sí mismo era de ser siervo de Dios, por tanto, *consiervo* de todos los que sirven a Dios y, en ningún caso, señor de nadie para recibir pleitesía. La razón para impedir un acto de adoración es que el ángel, por magnífico que fuese, era tan sólo un siervo de Dios, en lo que se equiparaba a Juan y a sus hermanos. La enseñanza bíblica sobre la superioridad de Cristo sobre los ángeles y el ministerio de estos, concluye con una pregunta retórica que exige una respuesta positiva: *"¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?"* (He. 4:14). El ángel reconoce que es una criatura de Dios y que el único adorable es el Creador. Aunque el ministerio angelical representaba una tarea superior a la que estaba desarrollando Juan, debido también a la dimensión de ambos, él y el ángel, no deja de ser el ángel un siervo más de Dios, por lo que se considera como *consiervo* del apóstol. El ángel era un co-siervo con el apóstol. La mayor gloria para un ser inteligente, creado por Dios, es servirle. Ese era el deseo personal que el apóstol Pablo tenía, queriendo ser considerado por todos como un esclavo de Cristo, al nivel más bajo (1 Co. 4:1-2). El ángel era también un *co-siervo* de todos los que sirven a Dios, que son los creyentes de todos los tiempos. La mayor bendición para un creyente es ser siervo de Dios. El siervo de Dios no debe ser considerado en la Iglesia como una autoridad a quien servir; eso es propio de quienes *"andan como hombres"* (1 Co. 3:3). Los tales habían exaltado la figura de siervos de Dios a una altura indebida. El cristiano es un simple criado puesto en la administración dentro de la casa de Dios. El administrador es un esclavo intendente, pero sigue siendo esclavo, siervo, puesto por el Señor para un determinado ministerio en su casa. Así Juan era siervo en el ministerio profético, dentro del contexto del libro; apostólico, en la iglesia; pero, en cualquier caso lo que administraba no era suyo sino que lo recibía de Dios. Esta enseñanza debiera hacernos recapacitar sincera y solemnemente delante del Señor, ya que la Iglesia está sobrada de grandes y necesita siervos humildes, que sirvan al Señor, no para alcanzar gloria personal, sino para tributarle gloria al único digno de ser reconocido como Señor y ser adorado como Dios.

Καὶ τῶν ἀδελφῶν σου τῶν προφητῶν. El ángel sitúa a Juan en la condición de profeta, colocándolo como uno más entre ellos, al decir que eran

sus hermanos: *"de tus hermanos los profetas"*. Los profetas son hijos de Dios y, por tanto, hermanos espiritualmente hablando en esa relación. Los profetas seleccionados por Dios, recibían la palabra de Dios y la comunicaban al pueblo, por tanto, la profecía es palabra inerrante y autoritativa porque procede de Dios. Juan, en razón a su ministerio profético se sitúa entre el grupo de profetas que el Señor estableció a lo largo de la historia para escribir alguna porción de la Escritura y asentar las bases de la fe de la Iglesia (Ef. 2:20).

Καὶ τῶν τηρούντων τοὺς λόγους τοῦ βιβλίου τούτου. A pesar de su condición de profeta y de apóstol, es también uno más entre los que aman a Dios y guardan su Palabra. Nadie puede afirmar que ama a Dios, si no tiene también un compromiso de obediencia con lo que Él establece en la Palabra (Jn. 14:21, 23, 24, 28). El que es amigo de Jesús, se distingue porque le obedece sin reservas (Jn. 15:14). No es válido decir que se sigue a Cristo y que se le ama, cuando se camina en una senda de rebeldía o desobediencia a lo que Él estableció. Esa es la causa por la que el Señor demanda que al *hacer discípulos*, se les enseñe a guardar *todas las cosas que había mandado* (Mt. 28:20). Jesús enfatiza que la enseñanza debe ser integral y total, comprendiendo no *algunas*, sino *todas* las cosas que *os he mandado*. La doctrina bíblica es mandamiento por cuanto procede de Dios, es decir, se ha dado para ser obedecida. La Biblia no es un libro de *información*, sino de *formación*. El cristiano no estudia la Palabra y es instruido en ella para *saber* más de ella, sino para *vivir* conforme a ella.

Finalmente el ángel establece la dirección hacia donde Juan debía dirigir, no sólo en aquel momento sino siempre, su adoración: Θεῷ προσκύνησον, *"adora a Dios"*. El verbo está en aoristo de imperativo lo que expresa un mandato que debe llevarse a cabo hasta la plena realización, destacando también la urgencia de algo que debe ser hecho en plenitud, como si dijese: *"Adora total e inmediatamente a Dios"*. La adoración del creyente se establece como algo permanente y continuo. La adoración no es una *actividad*, sino una *actitud*. El cristiano está capacitado por Dios para adorar continuamente, cumpliendo así el propósito por el que fue buscado por el Padre (Jn. 4:23, 24). Para ello ha hecho a cada cristiano, santuario de Dios que lo habita en Espíritu (1 Co. 6:19); sacerdote espiritual para que ofrezca sacrificio de adoración (1 P. 2:5); y sacrificio personal de adoración que se ofrece con la entrega incondicional de la vida (Ro. 12:1). Cualquier otra adoración sea a quien sea o a lo que sea, es contraria a la enseñanza de la Escritura. La adoración a Dios es la forma natural de desarrollo de la vida cristiana.

Instrucciones a Juan (22:10-11).

10. Y me dijo: No selles las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo está cerca.

Καὶ λέγει μοι· μὴ σφραγίσῃς τοὺς λόγους τῆς προφητείας τοῦ
Y dice me: no selles las palabras de la profecía del
βιβλίου τούτου, ὁ καιρὸς γὰρ ἐγγύς ἐστιν.
libro este; porque el tiempo cerca está.

Notas y análisis del texto griego.

Una nueva advertencia le es comunicada a Juan, que traslada al escrito mediante καὶ, conjunción copulativa *y*; λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *decir, referirse, hablar*, aquí como *dice*; μοι, caso dativo singular del pronombre personal *me*. Juan traslada al escrito las instrucciones del ángel con μὴ, partícula negativa que hace las funciones del adverbio de negación condicional *no*, que negativiza a σφραγίσῃς, segunda persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa, ingresivo, del verbo σφραγίζω, *sellar*, aquí como *selles*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*, femenino en español al referirse a *palabras*; λόγους, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota *palabras, dichos*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; προφητείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *profecía*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; βιβλίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *libro*; τούτου, caso genitivo neutro singular del pronombre demostrativo *este*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; καιρὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *tiempo*; seguido de la conjunción causal γάρ, *porque*, que en español precede al artículo y que actúa como *conjunción coordinativa*; ἐγγύς, adverbio de lugar, *cerca*; ἐστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *está.*

Καὶ λέγει μοι· μὴ σφραγίσῃς τοὺς λόγους τῆς προφητείας τοῦ βιβλίου τούτου. Una profecía sellada es una profecía desconocida. A Daniel se le dieron instrucciones de *guardar,* es decir, mantener reservada la profecía que había recibido, porque el tiempo estaba lejos (Dn. 8:26b). Dos veces recibió el profeta una instrucción semejante, en la segunda se le indicaba: *"Pero tú, Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin"* (Dn. 12:4). En el mismo libro de Apocalipsis aparece, en la visión de Juan, un libro *"sellado por dentro y por fuera"* (5:1 ss), cuyo contenido era imposible conocer hasta que fue abierto por el Cordero, significando con ello, no sólo el conocimiento para todos de la revelación, sino la ejecución en el tiempo de lo que Dios había establecido en él. Probablemente la indicación a Daniel de mantener cerradas las palabras de su profecía, tenían que ver con la distancia temporal en que se hallaba su cumplimiento. En cambio, la profecía que Juan recibió, era una revelación abierta, para que fuese leída, investigada y esperada, por la inminencia de su cumplimiento. La expresión en ese sentido es clara: ὁ

καιρὸς γὰρ ἐγγύς ἐστιν, *"porque el tiempo está cerca"*. A causa de la proximidad de los acontecimientos profetizados en el libro, se demanda al lector urgencia y atención al estudio de su contenido, aceptando y viviendo a la luz de las palabras escritas en él.

El Dr. Ladd, busca una causa inmediata por la que se dio a Juan esta instrucción y escribe:

"Este comentario tiene el punto de vista de que el contenido de la profecía de Juan ha tenido primordialmente una doble perspectiva. Destaca la lucha entre Cristo y el Anticristo, la cual tendrá su clímax al fin de los tiempos. Sin embargo, esta lucha también se expresa en la relación entre el estado y la iglesia del siglo I, particularmente en la deificación de los emperadores y la creciente pretensión del estado de que los ciudadanos reconocieran la deidad del emperador con un acto de adoración formal. Podemos agregar que esta misma lucha demoníaca es evidente en todas partes donde el estado hace exigencias totalitarias. La profecía de Juan bosqueja la lucha espiritual entre Dios y Satanás (cap. 12) que se expresa dondequiera que el estado exceda su papel divinamente ordenado como apoyo de la ley y el orden (Ro. 13:1-7). Por lo tanto, si bien el libro se identifica primordialmente con el clímax de la lucha en la aparición del Anticristo, también es adecuado a la experiencia cristiana donde y cuando quiera se manifiesten los principios del totalitarismo. Sin duda la iglesia primitiva vivía en la expectativa del inminente retorno del Señor, pero así debe ser con toda generación de creyentes. El Nuevo Testamento expresa una tensión entre la inminencia y la expectativa; el tiempo está cerca; sin embargo, el fin es retardado (Mt. 24:42-44; Lc. 19:11ss)"[4].

A Juan se le prohíbe mantener oculto, *sellar*, las palabras de la profecía porque estando cercano el tiempo de su cumplimiento, debe ser dado a conocer ampliamente y enseñado a todos con urgencia, ante la inminencia del cumplimiento de las cosas anunciadas en él, para que nadie esté desprevenido. Además, las palabras de la profecía son un permanente mensaje de advertencia y llamamiento a los hombres para que vuelva a Dios y sean salvos. La salvación es posible sólo mientras el hombre vive, por tanto, es necesario anunciar lo que Dios ha establecido en su profecía, como acción judicial sobre el mundo, y las consecuencias que acarrea no tener a Cristo como Señor y Salvador personal.

11. El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía.

---

[4] George Eldon Ladd. o.c., pág. 259s.

ὁ ἀδικῶν ἀδικησάτω ἔτι καὶ ὁ ῥυπαρὸς ῥυπανθήτω ἔτι,
El que comete injusticia, cometa injusticia todavía y el impuro mánchese todavía;
καὶ ὁ δίκαιος δικαιοσύνην ποιησάτω ἔτι καὶ ὁ ἅγιος ἁγιασθήτω ἔτι.
y el justo justicia haga todavía y el santo santifíquese todavía.

Notas sobre el texto griego.

Sin solución de continuidad sigue el escrito con ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἀδικῶν, caso nominativo masculino singular con el participio de presente en voz activa del verbo ἀδικέω, *cometer injusticia,* aquí como *que comete injusticia*; ἀδικησάτω, tercera persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo ἀδικέω, *cometer injusticia,* aquí como *cometa injusticia*; ἔτι, adverbio de tiempo, *todavía*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ῥυπαρὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *sucio, impuro, manchado*; ῥυπανθήτω, tercera persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo ῥυπαίνομαι, *estar manchado, mancharse,* aquí como *mánchese*; ἔτι, adverbio de tiempo, *todavía*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; δίκαιος, caso nominativo masculino singular del adjetivo articular *justo*; δικαιοσύνην, caso nominativo femenino singular del sustantivo *justicia*; ποιησάτω, tercera persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo ποιέω, *hacer, crear, realizar, cometer*, aquí como *haga*; ἔτι, adverbio de tiempo, *todavía*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἅγιος, caso nominativo masculino singular del adjetivo articular que expresa la condición de *santo*; ἁγιασθήτω, tercera persona singular del aoristo primero de imperativo en voz pasiva del verbo ἁγιάζω, *santificar, consagrar,* aquí como *santifíquese*; ἔτι, adverbio de tiempo, *todavía*.

Ὁ ἀδικῶν ἀδικησάτω ἔτι. Las palabras de la profecía que anuncian el final de todas las cosas debieran servir para un acercamiento de los hombres a Dios. Algunos impíos rechazarán las palabras y seguirán viviendo en la impiedad. Por eso se habla de los *injustos*, de los que se dice que *sean injustos todavía*. Estos seguirán practicando la injusticia, causando daño, agraviando, maltratando, etc. que es el amplio significado del verbo que Juan usa. Parece como si el tiempo breve que resta para el cumplimiento de la profecía, fuese insuficiente para que se produzca un cambio en la conducta de los hombres.

Καὶ ὁ ῥυπαρὸς ῥυπανθήτω ἔτι. Lo que ocurrirá con los *injustos*, ocurrirá también con los *inmundos*, aquellos que viven en la suciedad espiritual. Estos seguirán practicando la inmundicia y se contaminarán cada vez más. Por tanto, en vista de que *"el tiempo está cerca"*, no habrá solución para muchos de los pecadores. En síntesis, si las profecías de este libro son rechazadas por los injustos e inmundos, y no sirven para una acción de arrepentimiento y retorno a Dios, el Señor no tiene ya nada más que decir, sino permitir que sigan su

camino de perdición, que irremisiblemente los conducirá a la muerte segunda. Estos siegan la cosecha que sembraron antes.

Καὶ ὁ δίκαιος δικαιοσύνην ποιησάτω ἔτι. Como contraste con los impíos, están los justos. Estos, en el tiempo que les resta hasta el cumplimiento de la profecía, seguirán practicando la justicia, porque es su esfera natural de vida.

Καὶ ὁ ἅγιος ἁγιασθήτω ἔτι.En contraposición con los inmundos están los santos. Mientras el pecador sin Dios prosigue un caminar de pecado, el salvo se introduce más en la forma de vida que corresponde al regenerado. Estos son *justos*, no por sus propias obras, sino por haber creído en Cristo, recibiendo por la fe la justicia imputada que Dios les otorga, por la que son justificados delante de Dios (Ro. 5:1; 2 Co. 5:21). Los tales, por nuevo nacimiento, habiendo sido dotados de la nueva naturaleza conforme a Dios, *practican la justicia*. Se aprecia que ante la profecía, no hay neutralidad posible. Unos continúan en su camino de perdición y otros, los salvos, en una vida de progreso en la santificación, esto es, en la separación del mundo para servir y adorar a Dios. De ahí que se afirme que el *santo* debe *santificarse* todavía. Ninguno de los dos grupos son lo que son por las obras que hacen, sino todo lo contrario, hacen las obras como expresión visible de lo que realmente son. El inmundo no puede dejar de practicar la inmundicia, porque es inmundo. El injusto no lo es por la práctica de la injusticia, sino que practica la injusticia porque es injusto. El justo, por el contrario, no alcanza la justificación por sus obras de justicia, pero obra justamente porque es justo. De igual modo la santificación no es el esfuerzo religioso que hace *santo*, sino el resultado visible de ser santo.

En todo esto no hay determinismo previamente establecido por Dios, que conduce inexorablemente a unos a condenación y a otros a salvación. Es la acción de los hombres frente a las demandas de Dios que los sitúa en posiciones distintas y en destinos diferentes. La profecía es la voz de Dios llamando a los hombres a poner orden en su situación delante de Él. Dichas las palabras de la profecía, Dios espera la reacción de los hombres ante lo que Él anuncia como inminente, dejando la responsabilidad individual sobre lo que cada uno haga en relación al llamado de Dios. La gravedad de esto es grande. Dios puede, y de hecho lo ha hecho y hará, confirmar la dureza del corazón de quien desprecia el llamado de Dios y el mensaje de su amor salvador. El apóstol Pablo enseña que algunos en esa situación serán confirmados para condenación, sin que haya posibilidad alguna de alcanzarla, no porque Dios haya querido que eso sea así, sino por la dureza de su propio corazón confirmada por Él (2 Ts. 2:10-12).

La promesa reiterada (22:12-13).

12. He aquí yo vengo pronto y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra.

Ἰδοὺ ἔρχομαι ταχύ, καὶ ὁ μισθός μου μετ᾽ ἐμοῦ ἀποδοῦναι ἑκάστῳ
He aquí vengo pronto, y el galardón de mí conmigo para pagar a cada uno
ὡς τὸ ἔργον ἐστὶν αὐτοῦ.
como la obra sea de él.

Notas y análisis del texto griego.

Con una expresión de advertencia se introduce el texto mediante ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὁράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver,* con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora,* etc. podría traducirse como una expresión de advertencia, *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; ἔρχομαι, primera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo ἔρχομαι, *venir, llegar, regresar, aparecer*, aquí como *vengo* ταχύ, adverbio de tiempo, *pronto*, *presto, en seguida, rápidamente*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; μισθός, caso nominativo masculino singular del sustantivo *recompensa*, en sentido propio y designa el pago que se da a los jornaleros como consecuencia de su trabajo; μου, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de mí*; seguido de la preposición de genitivo μετ᾽ en la forma que toma la preposición μετά delante de vocal y que significa *con*; ἐμοῦ, caso genitivo singular del pronombre personal *mí*, en castellano se unen para formar *conmigo*; ἀποδοῦναι, aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo ἀποδίδωμι, *dar, devolver, pagar*, aquí como *pagar*; ἑκάστῳ, caso dativo masculino singular del adjetivo indefinido declinado *a cada uno*; ὡς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*, femenino en castellano; ἔργον, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *trabajo, obra*; ἐστὶν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *es*, pudiendo traducirla como *sea*, para dar mayor concordancia temporal; αὐτου, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él*.

Ἰδοὺ ἔρχομαι ταχύ. El Señor reitera tres veces en el capítulo la advertencia de su próxima venida (22:7, 12, 20). Es el segundo aviso de alerta, llamando a la atención del lector. La promesa reiterada aquí fue dada por él mismo a los discípulos en la noche en que fue entregado (Jn. 14:1-4). La advertencia se formula de un modo enfático, como si dijese: *"¡Mira que vengo en seguida!"*. Expresado mediante un verbo en presente, quiere enfatizar el hecho de llegar y hacerse presente prontamente. La expresión adquiere aquí, una vez más, un carácter de inminencia en relación con el acontecimiento de la venida del Señor.

καὶ ὁ μισθός μου μετ᾽ ἐμου. El que viene se presenta como galardonador. La palabra traducida como *galardón*, se usaba para referirse al pago de una retribución pactada como consecuencia de un trabajo hecho. La perspectiva de los distintos juicios que Cristo ejecutará debe ser considerada una vez más al final de libro. El Señor, como Juez supremo descenderá para *recompensar*. Para los impíos, mencionados antes, el galardón será apartarse eternamente de él y ser enviados al lago de fuego (Mt. 25:41). El Juez establece el destino de los impíos con una definitiva separación de Cristo: *"apartaos de mí"*. La muerte en la Biblia no es un estado de término, sino un estado de separación. La muerte física es el estado de separación entre la parte material y la inmaterial del hombre. La muerte espiritual es el estado de separación entre el hombre y Dios a causa del pecado. Ese estado de separación se produce como resultado de la interferencia que hace el pecado en relación con la comunión con Cristo en quien está la vida (Jn. 1:4). Quien no está en unión vital con Jesucristo no tiene vida y, por tanto, está espiritualmente muerto. A los justos el Juez les invita a una unión más íntima cada vez con Él: *"Venid, benditos de mi Padre"* (v. 34), a éstos a una separación radical y definitiva de Él: *"apartaos de mi"*. El sentido del verbo usado en el texto griego es muy fuerte, indica un mandato de alejamiento, *id, salid, alejaos*, en cuyo término se aprecia una definitiva separación perpetua sin posibilidad de acercamiento. Es el salario propio del pecado: *"La paga del pecado es la muerte"* (Ro. 6:23).

Para los justos será el eterno disfrute en el Reino de Dios (Mt. 25:34). Estos recibirán con la recompensa la expresión del afecto entrañable y la bienvenida afectiva al disfrute del reino. Fue esa la forma en que Jesús expresó la invitación más cariñosa a los perdidos (11:28). Los justos son llamados al disfrute de una experiencia nueva de comunión con quien es el Rey. Estos son los *benditos*, es decir, los *bendecidos* del Padre a quienes hizo salvos por gracia mediante la fe (Ef. 2:8-9). Ellos son aquellos en quienes el Padre siente complacencia y que está a su favor (Ro. 8:31). Estos reciben una gloriosa herencia, ya que junto con la invitación está también el llamado al disfrute de una *heredad*. Los herederos poseerán la herencia reservada para ellos en aquel mismo momento. No se trata de esperar algo en el futuro, sino de entrar al disfrute de la herencia en aquel presente glorioso. Reciben un reino, por tanto, una posesión de valor incalculable y de admirable honor. Quienes fueron despreciados y perseguidos en el mundo recibirán un reino para disfrutar en la tierra en donde fueron antes rechazados. Un reino de designio y preparación divinos, ya que estaba preparado desde antes de la fundación del mundo. Un reino con unos destinatarios: *"vosotros"*. Es como si el Rey estuviese diciéndoles: *"Heredad el reino preparado a vuestro nombre"*. Es una herencia que disfrutarán con Cristo.

᾿Αποδοῦναι ἑκάστῳ ὡς τὸ ἔργον ἐστὶν αὐτοῦ. La recompensa, el galardón, está en razón de las obras hechas, que evidencia la condición espiritual de quien la recibe. Para los creyentes la recompensa tiene que ver con el examen ante el tribunal de Cristo (2 Co. 5:10). La enseñanza bíblica es que todo creyente comparecerá ante ese tribunal, como ya se ha considerado antes (Ro. 14:10; 2 Co. 5:10). Ese juicio será ineludible ya que todos *debemos* comparecer en él. Es también un juicio general que comprende a todos los creyentes. Ese juicio será para *ser manifestados*, en un examen detenido para poner de manifiesto la obra, es decir, *lo que haya hecho en el cuerpo*. Ese examen permitirá al Juez recompensar a cada uno. El encuentro con Cristo se producirá, para los creyentes de la Iglesia, inmediatamente después del arrebatamiento, ya que las recompensas están asociadas con la resurrección (Lc. 14:13-14), siendo esta parte integral del traslado de la Iglesia (1 Ts. 4:16b). El tribunal de Cristo tendrá lugar en la esfera celestial, a donde la Iglesia será trasladada en el arrebatamiento (1 Ts. 4:17). El apóstol Pablo apunta a la esfera del acontecimiento fuera del mundo (2 Co. 5:8). El Juez que ocupará el tribunal será Cristo mismo (2 Co. 5:10), ya que Dios entregó todo juicio en sus manos (Jn. 5:22, 27). La grandeza del Juez quedó manifestada a lo largo de lo revelado en el Apocalipsis. Tal comparecencia no tiene nada que ver con salvación o perdición, ya que el creyente bajo la gracia, no vendrá a juicio de condenación (Jn. 3:18; 5:24; 6:37; Ro. 5:1; 8:1; 1 Co. 11:32). Será en relación con su vida y su servicio a Dios, de lo que el creyente tendrá que dar cuenta (2 Co. 5:10). Por esto ha dejado de pertenecer al mundo para convertirse en servidor de Dios (Ro. 6:18). La evidencia de toda conversión genuina tiene que ver con el servicio (1 Ts. 1:9). El creyente tiene una responsabilidad para su vida, consistente en servir a Dios (Ro. 6:22). El examen ante el tribunal de Cristo está íntimamente ligado con la determinación de la recompensa o de la pérdida de su obra (1 Co. 3:13-14). Compareceremos para dar cuenta de cómo hemos administrado los recursos que el Señor puso en nuestras manos (Ro. 14:10-12). No debe olvidarse que cada cristiano es un esclavo administrador a quien se le demandará cuanto se le ha confiado (Ro. 6:18, 22; Lc. 12:48). La comparecencia determinara el modo en que edificaron para gloria de Dios (1 Co. 3:9-15). Cada creyente edifica en la Iglesia sobre la base puesta que es Cristo (1 Co. 3:11; 1 P. 2:6), poniendo el examen a la vista la calidad de vida y servicio (2 Co. 5:10). El resultado de ese juicio será para unos la pérdida de la recompensa porque sus obras habrán sido hechas en el poder e impulso de la carne. Estos serán salvos, pero como por fuego (1 Co. 3:15). Para otros habrá recompensas conforme a la fidelidad de sus vidas. Cada uno recibirá corona, que es señal de victoria. Incorruptible para los victoriosos sobre el viejo hombre (1 Co. 9:25); de gozo, para los ganadores de almas (1 Ts. 2:19); de vida, para los que resistan las pruebas (Stg. 1:12); de justicia, para los que aman la venida del Señor (2 Ti. 4:8); de gloria, para los que apacientan la grey de Dios (1 P. 5:4).

La advertencia del Señor sobre su próxima inminente venida debe hacernos recapacitar para manifestar la forma de vida que corresponde a quienes esperamos su retorno, gozosos en el encuentro inminente con Él.

13. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último.

ἐγὼ τὸ ἄλφα καὶ τὸ ὦ, ὁ πρῶτος καὶ ὁ ἔσχατος, ἡ ἀρχὴ καὶ τὸ
Yo el Alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el
τέλος.
fin.

Notas y análisis del texto griego.

El cierre de la advertencia lleva la firma de Dios: ἐγω, caso nominativo singular del pronombre personal *yo*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; ἄλφα, caso nominativo neutro singular del nombre de la primera letra del alfabeto griego, *alfa*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; ὦ, caso nominativo neutro singular del nombre de la última letra del alfabeto griego, *omega*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; πρῶτος, caso nominativo masculino singular, por concordancia, del adjetivo articular numeral ordinal *primero*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἔσχατος, caso nominativo masculino singular del adjetivo que denota *último*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*, masculino en español; ἀρχὴ, caso nominativo femenino singular del nombre común *comienzo,* lo que es *primero*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; τέλος, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *conclusión, meta, fin*.

᾿Εγὼ τὸ ἄλφα καὶ τὸ ὦ, ὁ πρῶτος καὶ ὁ ἔσχατος, ἡ ἀρχὴ καὶ τὸ τέλος. La base de autoridad para ser Juez, descansa en lo que Cristo es en sí mismo. Aquí se designa como el Alfa y la Omega. Al principio del libro fue dado este mismo título para referirse a Dios (1:8). Evidentemente Cristo es Dios, por lo que puede aplicarse este título a sí mismo. El cumplimiento de todo cuanto se ha dicho en el libro está garantizado por cuanto procede de quien es Soberano sobre la historia. El uso de las letras primera y última del alfabeto es una expresión del lenguaje figurado para referirse a la infinitud de vida y también a la de eternidad, sólo propias de la esencia divina, en perfecciones incomunicables. Durante su ministerio el Señor usó la expresión *"Yo soy"* para referirse a Él mismo, usando la forma propia para referirse a Dios (Jn. 6:35; 8:12; 10:9, 11; 11:25; 14:6; 15:1). Cristo es el autoexistente, el que tiene vida en Sí mismo (Jn. 1:3). En cuanto a la expresión τὸ ἄλφα καὶ τὸ ὦ, *"el Alfa y la Omega"*, tiene –como ya se dijo antes- además del concepto de eternidad y de totalidad, tiene que ver con la causa primera y el fin último de todo cuanto existe. En ese sentido, el Señor Dios se vincula con el origen y final de la historia humana que Él mismo revela y Él mismo ejecuta conforme a su

propósito y fin (Is. 46:9-10). El apóstol puede estar confiado y los lectores seguros de que el porvenir será conforme a lo que Dios establece y revela. Dios determina y conduce con su poder la historia del mundo como el Todopoderoso que ejecuta lo establecido por Él desde la A a la Z, de la Alfa a la Omega. Nada habrá escrito por su voluntad y de conformidad con su mandato que no tenga exacto, preciso y total cumplimiento. La idea de Todopoderoso, aunque comprende la omnipotencia por la que Dios ejecuta su voluntad sin resistencia eficaz alguna, tiene que ver especialmente no tanto con el ejercicio del poder, sino con la absoluta soberanía que Dios ejerce. Además Él es la causa y origen de todo. Nada surgió a la existencia sin su consentimiento y nada surgirá en el futuro sin su intervención (Jn. 1:3). Siendo ὁ πρῶτος καὶ ὁ ἔσχατος, *el primero y el último*, Cristo es destino final de todo (Col. 1:16). Todo ello hace apreciar aquí que Jesús es Jehová, en el Antiguo Testamento (cf. Is. 44:6; 48:12). El es también el sustentador de todas las cosas (He. 1:3).

Bendición y advertencia (22:14-17).

14. Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad.

Μακάριοι οἱ πλύνοντες[1] τὰς στολὰς αὐτῶν, ἵνα ἔσται ἡ ἐξουσία
Bienaventurados los que lavan las ropas de ellos, para tener la autoridad
αὐτῶν ἐπὶ τὸ ξύλον τῆς ζωῆς καὶ τοῖς πυλῶσιν εἰσέλθωσιν εἰς τὴν
de ellos sobre el árbol de la vida y por las puertas entren de la
πόλιν.
ciudad.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] πλύνοντες τὰς στολὰς αὐτῶν, *que lavan sus ropas*, la lectura de mayor firmeza, atestiguada en א, A, 1006, 1841, 2053, 2062, it^{ar}, vg, cop^{sa}, eth, Ps-Atanasio^{mss}, Ambrosio, Fulgencio, Apringius.

πιοῦντες τὰς στολὰς αὐτῶν, *que hacen sus ropas,* lectura en 205, 209, 1611^{supp}, 1854, 2030, 2329, 2377, *Biz* [046], it^{gig}, syr$^{ph, h}$, cop^{bo}, Andrés, Tertuliano, Cripriano.

La última de las nueve bienaventuranzas inicia el versículo: Μακάριοι, caso nominativo masculino plural del adjetivo que expresa la condición de quienes son *dichosos, felices, bienaventurados*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; πλύνοντες, caso nominativo masculino plural con el participio de presente en voz activa del verbo πλύνω, *lavar*, aquí como *que lavan*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; στολὰς, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *ropas*; αὐτῶν, caso genitivo masculino

plural del pronombre personal declinado *de ellos*; ἵνα, conjunción, *que, para que*, *por que, a fin de que, de modo que*; ἔσται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo εἰμί, *ser, existir,* aquí como *sean* en sentido de *tengan*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐξουσία, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *derecho, autoridad, jurisdicción, privilegio*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*; ἐπὶ, preposición de acusativo, *sobre*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; ξύλον, caso acusativo neutro singular del sustantivo *árbol*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ζωῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *vida*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *los*; πυλῶσιν, caso dativo masculino plural del sustantivo *portones, puertas*; εἰσέλθωσιν, tercera persona plural del segundo aoristo de subjuntivo en voz activa del verbo εἰσέρχομαι, *entrar, llegar hasta*, aquí como *entren*; εἰς, preposición de acusativo *en*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; πόλιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *ciudad.*

Μακάριοι οἱ πλύνοντες τὰς στολὰς αὐτῶν. última bendición se expresa en plural porque alcanzará a muchos. La bendición procede directamente del Señor mismo. Es una bienaventuranza para quienes *lavan* sus ropas, en un proceso continuado de santificación, como indica el presente del verbo que expresa la acción. El modo verbal indica un proceso continuo de limpieza. La salvación que comienza con un acto de fe, por el que se alcanza la justificación, prosigue en una experiencia continuada de santificación, exhortándose al creyente a vivir en esa dimensión comprometidamente (Fil. 2:12). La limpieza cotidiana es necesaria por cuanto el pecado actúa en la vida del cristiano produciendo lo que es propio de él, la contaminación espiritual. El pecado del cristiano tiene como solución, a efectos de comunión con Dios, la confesión personal (1 Jn. 1:9), y la sangre de Cristo limpia total y continuamente al creyente, de todo pecado. Esa es la actitud propia de quien quiere vivir una vida de santidad que glorifique al Señor.

Ἵνα ἔσται ἡ ἐξουσία αὐτῶν ἐπὶ τὸ ξύλον τῆς ζωῆς. La bienaventuranza tiene que ver con el derecho de *tener acceso* al árbol de vida. En el texto griego es interesante ya que se aprecia aquí una cláusula de propósito, con la preposición *para*, acompañada del futuro del verbo, que equivale a una limpieza para tener acceso. Acceder al árbol de la vida, conforme al contexto general de esta parte del libro, equivale a poder comer de su fruto. Estos, que tienen derecho al árbol de la vida, también lo tienen para entrar por las puertas de la ciudad. Ese entrar a la ciudad equivale a disfrutar de la comunión plena con Dios, cuya presencia está en ella continuamente. Todos estos, tienen derecho de acceso, pasando por las puertas que no se cierran jamás.

Καὶ τοῖς πυλῶσιν εἰσέλθωσιν εἰς τὴν πόλιν. Los santos que tienen derecho al árbol de la vida y acceso a la ciudad, no son los que alcanzan méritos para ello por medio de una justicia humana de buenas obras, sino lo que *lavan sus ropas*. Los vestidos, espiritualmente hablando, del no regenerado están sucios por contaminación con el pecado, por la regeneración el creyente ha sido dotado de vestidos blancos, ya que está revestido de Cristo (Ro. 13:14). Por esa causa los vestidos están emblanquecidos, ya que las manchas de la corrupción desaparecen por la acción limpiadora de la obra de la Cruz. La limpieza se alcanza en *"la sangre del Cordero"*. La expresión del lenguaje figurado describe el acto de fe por el que se aplica la sangre de Cristo y se describe la regeneración del que cree.

El lavamiento de los vestidos como señal de purificación aparece ya en el Antiguo Testamento: *"Y Jehová dijo a Moisés: Ve al pueblo, y santifícalos hoy y mañana; y laven sus vestidos"* (Ex. 19:10, 14). Es la misma enseñanza del Nuevo Testamento, como enseña el apóstol Juan: *"Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad"*. De la misma manera enseña el escritor a los Hebreos: *"¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?"* (He. 2:14). De forma directamente referida a la salvación enseña el apóstol Pedro: *"Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sean multiplicadas"* (1 P. 1:2). La sangre de Cristo es aplicada al que cree para limpieza, purificación y redención. El perdón de pecados se alcanza por la fe en aquel que murió en la Cruz. Ese es el sentido que Juan usa aquí para escribir este epílogo a la profecía que ya ha concluido. La vida eterna y las bendiciones del estado eterno, solo son posibles por medio de la obra redentora de Jesucristo.

15. Más los perros estarán fuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y todo aquel que ama y hace mentira.

ἔξω οἱ κύνες καὶ οἱ φάρμακοι καὶ οἱ πόρνοι καὶ οἱ φονεῖς καὶ οἱ
Fuera los perros y los hechiceros y los fornicarios y los homicidas y los
εἰδωλολάτραι καὶ πᾶς φιλῶν καὶ ποιῶν ψεῦδος.
idólatras y todo que ama y hace mentira.

Notas y análisis del texto griego.

Por contraste con los bienaventurados que estarán dentro, ἔξω, adverbio de lugar, *fuera*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; κύνες, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *perros*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*;

φάρμακοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *hechiceros, magos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; πόρνοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo *fornicarios*, *los que practican inmoralidades sexuales*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; φονεῖς, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *homicidas, asesinos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; εἰδωλολάτραι, caso nominativo masculino plural del sustantivo *idólatras*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πᾶς, caso nominativo masculino plural, por concordancia, del adjetivo indefinido *todos*; φιλῶν, caso nominativo masculino plural con el participio de presente en voz activa del verbo φιλέω, *amar*, aquí como *que aman,* que se distingue de αγαπάω, en que denota más bien un *afecto entrañable*, con intensidad afectiva y emocional; καὶ, conjunción copulativa *y*; ποιῶν, caso nominativo masculino singular con el participio de presente en voz activa del verbo ποιέω, *hacer, efectuar, actuar,* aquí como *que hacen*; ψεῦδος, caso acusativo neutro singular del sustantivo *mentira*.

La construcción de la oración puede considerarse como exclamativa y, por tanto, colocarla entre signos de admiración. Indudablemente Juan recuerda la advertencia recibida dentro de la revelación: *"Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechicero, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda"* (21:8). Recuerda también otra advertencia: *"No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero"* (21:27). Ahora, luego de haber visto las glorias de la Ciudad Celestial y las maravillas de la vida que se desarrollará en ella, trae a su recuerdo a tantos miles de seres humanos que no podrán participar de la bendición preparada por Dios en exclusiva para quienes son suyos por medio de la fe. De ahí que se sorprenda de los que estarán fuera y da una vez más las razones que lo motivan. Una relación de prácticas pecaminosas demuestra claramente que aquellos que cita el apóstol no podían estar de esa manera en la ciudad incontaminable.

῎Εξω οἱ κύνες. Fuera de ella estarán los *perros*. Epíteto para designar a los que son moralmente impuros. Los perros eran animales inmundos en los tiempos del Antiguo Testamento, entre otras razones porque vivían comiendo en las basuras e ingerían toda clase de desechos, incluso cadáveres, si encontraban alguno. Además eran animales molestos con sus contínuos aullidos y sus amenazantes gruñidos cuando alguien se les acercaba; de este modo son descritos los enemigos del creyente: *"Volverán a la tarde, ladrarán como perros, rodearán la ciudad"* (Sal. 59:6). Los perros eran animales codiciosos y salteadores; condición que sirvió al profeta para referirse a la codicia de algunos en Israel: *"Y esos perros comilones son insaciables…cada uno busca su propio provecho"* (Is. 56:11). Ser comido por los perros era señal de que sobre esa persona había caído una maldición especial de Dios, como fue en el caso de

Jeroboam (1 R. 14:11), en el de Baasa (1 R. 16:4); en el de Acab y Jezabel (1 R. 21:23, 24). De un modo semejante es la condición del cerdo, que era considerado con un animal inmundo por la ley (Lv. 11:7; Dt. 14:8). Al igual que para el perro, la Biblia tiene referencias que permiten conocer la condición de ese animal en el entorno cultural y social de la antigua dispensación. Era para los israelitas un acto abominable comer la carne del cerdo (Is. 65:4: 66:17). Pudiera tratarse de profesantes que llevan mucho tiempo caminando por sendas de pecadores (Sal. 1:1b). Personas que se burlan del mensaje del reino y de su ética, comparables con aquellos que se sientan en sillas de escarnecedores (Sal. 1:1c). Esta clase de gentes resisten todo tipo de corrección o reprensión. Son personas que desafían la disciplina de Dios y se ríen de ella, como si nunca se hubiese de producir. A este tipo de personas debe evitarse persistir en un diálogo con ellas por su rebeldía y menosprecio. De esta misma manera se enseña en Proverbios: *"No hables a oídos del necio, porque menospreciará la prudencia de tus razones"* (Pr. 23:9). Este tipo de personas se mofan del pecado (Pr. 14:9). Empeñados en sus propias convicciones, saturados de su alto criterio personal, no desean apartarse del mal, por eso escribe Salomón de ellos: *"El deseo cumplido regocija el alma; pero apartarse del mal es abominación a los necios"* (Pr. 13:19). Es necesario entender también que una de las condiciones más destacables del necio es negarse a obedecer y someterse a Dios, por eso dicen en su corazón *"no hay Dios"*, no tanto negando su existencia, sino desvinculándose de Él, para seguir su propia vida. Jesús enseña que hay un límite para tratar con ellos, como enseña también el apóstol Pablo: *"Más os ruego, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido, y que os apartéis de ellos. Porque tales personas no sirven a nuestro Señor Jesucristo, sino a sus propios vientres, y con suaves palabras y lisonjas engañan los corazones de los ingenuos"* (Ro. 16:17-18). El ejemplo del Señor es elocuente en esto; Él fue paciente con Pedro, a pesar de haberle negado, restaurándole a su comunión encomendándole un ministerio especial y específico en su Iglesia (Jn. 21:15-19); lo fue también con Tomás, a pesar de su negativa a aceptar la resurrección y a su demanda de pruebas tangibles para creer (Jn. 20:24-29). Pero, no prestó atención alguna a Herodes que antes había recibido serias advertencias (Mr. 6:18-20; con Lc. 23:9). Es más, el Señor pronunció una severa reprobación sobre Capernaum por el desprecio de sus gentes a las evidencias de las obras hechas por Él en la ciudad (Mt. 11:23). También Jesús dio a sus discípulos instrucciones para no permanecer en donde no fuesen bien recibidos, o tal vez mejor, donde fuesen abiertamente rechazados (Mt. 10:14, 15, 23). El ejemplo posterior de los apóstoles demuestra que habían entendido claramente esta enseñanza del Maestro. Pablo desechó a los judíos que se oponían insistentemente contradiciendo y hablando mal de la enseñanza apostólica, saliendo de entre ellos y sacudiendo el polvo de sus pies, en señal de juicio contra los menospreciadores (Hch. 13: 45-46, 51). Por esta misma causa Pablo

abandonó el ministerio a los judíos para centrarse en los gentiles (Hch. 18:5, 6). Todavía más, instruyó a sus colaboradores a desechar a quien cause divisiones en la iglesia después de varias amonestaciones (Tit. 3:10-11). Echar lo santo a los perros o las perlas a los puercos es una expresión metafórica para enseñar a no insistir sobre cosas santas con aquellos que las desprecian insistentemente y las consideran como comunes, a causa de su corazón endurecido. La enseñanza general contenida en el texto es que hay un límite en el trato con aquellos que son intransigentes y resisten a la verdad de la Palabra, que no debe sobrepasarse. Los judíos, en forma despectiva llamaban de esta manera a los gentiles. Incluso ellos mismos, en ocasiones, se referían a sí mismo de esta manera (2 R. 8:13). En el Salmo mesiánico de la Cruz, se presentan a los enemigos del Salvador, rodeándole como *perros* (Sal. 22:16, 20). En el Sermón del Monte, el Señor exhortó a los discípulos a no dar lo santo a los perros (Mt. 7:6), refiriéndose con ese nombre a los religiosos aparentes e hipócritas, que eran los fariseos. Sin embargo, un notable significado para el sustantivo *perro*, tiene que ver con la práctica de la prostitución y la homosexualidad. De este modo: *"No haya ramera entre las hijas de Israel, ni haya sodomita entre los hijos de Israel. No traerás la paga de una ramera ni el precio de un perro a la casa de Jehová tu Dios por ningún voto; porque abominación es a Jehová tu Dios tanto lo uno como lo otro"* (Dt. 23:17-18). Lo que la moral y la *nueva tolerancia* consideran como una forma de vida diferente a la habitual, Dios afirma que son *abominables* delante de Él. Posiblemente el texto de Moisés haga referencia a las prostitutas y homosexuales de las prácticas idolátricas de las naciones cananeas, pero la afirmación es genérica, comprende cualquier práctica pecaminosa en tales expresiones. No se trata de un avance en las libertades sociales, sino de un retroceso en el pecado que contradice abiertamente la voluntad de Dios. Son personas de carácter perverso.

Tampoco estarán presentes οἱ φάρμακοι, *los hechiceros*, que como se dijo antes son los que hacen prodigios mediante el poder de Satanás. Esas fueron las prácticas propias de los magos de Egipto, con las que se oponían a la voz de Dios, procurando desviar el corazón del Faraón (Ex. 7:22; 8:7). Dios estableció prohibiciones expresas en relación con la práctica de la hechicería (Dt. 18:9-14). La hechicería es condenada en la Palabra de Dios por su origen satánico. Será una práctica habitual durante el período de la tribulación (Ap. 9:12; 13:13, 14; 18:23). Los hechiceros solían drogarse para algunas de sus prácticas mágicas. La magia estaba vinculada con las prácticas tenebrosas de las religiones diabólicas. La conversión y el nuevo nacimiento lleva a los creyentes a rechazar las prácticas de hechicería y a deshacerse de cuanto tiene que ver con ello (Hch. 19:19).

Los οἱ φάρμακοι, *fornicarios*, aparecen en el siguiente lugar de la relación de los que no estarán en la ciudad, que son los que practican toda suerte

de pecados sexuales. Estos están bajo el juicio de Dios (He. 13:4). Podría también tratarse de *fornicarios* en el sentido espiritual de apartarse de Dios para seguir a otros dioses (Ap. 19:2), pero el texto no lo exige así necesariamente. Los excesos sexuales son una manifestación natural de quienes no tienen a Dios (Ap. 9:21).

Tampoco estarán allí οἱ φονεῖς, *los homicidas*. Literalmente *los asesinos*. Son aquellos que no tienen aprecio alguno por la vida del prójimo y se atreven a quitársela. Es un pecado que se manifiesta en la sociedad de los hombres no regenerados (Ro. 1:29). Incluye también el sentido espiritual de la acción de la maledicencia contra el hermano (Mt. 5:21-22). La Ley condenaba esa acción (Ex. 20:13; Dt. 5:17). Debe tenerse en cuenta la diferencia entre los verbos hebreos que se traducen en castellano por *matar*. El primero *qatal*, tiene el equivalente castellano *cortar*. Se refiere a quitar violentamente, suprimir una vida. Este *matar*, podría tener una connotación legal de justicia cuando se aplicaba la pena de muerte que *quitaba* a quien era socialmente nocivo, sin entrar aquí en consideraciones sobre la pena de muerte, simplemente se apunta el hecho. El segundo verbo, que es el que aparece en el mandamiento es *rasaj*, que equivale literalmente a *cometer homicidio*, que fonéticamente suena como *rasgar*, lo que da a entender la supresión de una vida, con violencia, injusticia y crueldad. Este es el sentido del mandamiento que Jesús estaba considerando, la comisión de un homicidio. El segundo mandamiento expresado en la cláusula que se enseñaba al pueblo, era el complemento o la consecuencia que la ley establecía para el homicida voluntario. La sentencia establecía: *"Cualquiera que diere muerte a alguno, por dicho de testigos morirá el homicida; mas un solo testigo no hará fe contra una persona para que muera. Y no tomaréis precio por la vida del homicida, porque está condenado a muerte; indefectiblemente morirá"* (Nm. 35:30-31). Malediciente es el que habla mal de otro, no solo calumniándole, aunque puede comprenderlo, sino haciendo creer a otros su supuesta mala fama. Un malediciente reiterado o el que practica la maledicencia, es decir, el que habla mal de los hermanos, no debe estar en la comunión de la iglesia (1 Co. 5:11). El que difama comete homicidio en el sentido de quitar la honra, la moralidad a la persona difamada y con ello destruye su reputación y su vida. La difamación es según la Biblia un veneno de áspid, es decir, mortal, bajo la lengua que lo inocula en el pensamiento y corazón del que escucha la maledicencia y que mata secretamente (Ro. 3:13-14). Esta es la raíz que conduce al homicidio.

Juan menciona luego, como ausentes de la ciudad, a los οἱ εἰδωλολάτραι, *idólatras*. Vinculados muy directamente con los hechiceros. Son aquellos que cambian la verdad de Dios por sus mentiras, adorando a sus obras antes que al Creador (Ro. 1:18-23). Los que colocan algo en el lugar que corresponde a Dios y le rinden culto. No es necesaria la práctica de adoración

ante un ídolo de piedra, oro, madera o cualquier otro material, es dar lugar prioritario en la vida a cuanto ocupe el lugar que corresponde solo al Señor. La idolatría, en cualquiera de sus manifestaciones, es promovida por Satanás (1 Co. 10:19, 29). Es la expresión natural del corazón no regenerado (Ro. 1:18-25).

καὶ πᾶς φιλῶν καὶ ποιῶν ψεῦδος. Finalmente se mencionan a los *mentirosos.* Es interesante notar que llama mentiroso, no sólo al que miente, sino al que *ama* la mentira y, por ese amor, la practica. Un pecado señalado antes en el libro (Ap. 2:2; 3:9; 14:15; 21:8). No sólo están comprendidos los que dicen mentiras, sino todos aquellos cuya vida es una mentira, porque nunca aceptaron la Verdad, ni están en ella. Una expresión de mentira es la hipocresía, propia de los falsos creyentes. El hipócrita, no solo miente con su vida, sino que vive amando la mentira (Ap. 22:15). Todo lo contrario al verdadero creyente que ama y practica la verdad (Ef. 4:15; 1 Jn. 1:6; 2 Jn. 4; 3 Jn. 4). El que ama la mentira, se hace afín al padre de mentira que es Satanás (Jn. 8:44), por tanto, si el diablo estará fuera de la nueva creación de Dios, en el lago de fuego, así también quienes siguen su ejemplo y lo imitan en esa perversidad. No podrán entrar en la ciudad en donde se manifiesta aquel que dijo que era la Verdad (Jn. 14:6).

16. Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana.

Ἐγὼ Ἰησοῦς ἔπεμψα τὸν ἄγγελον μου μαρτυρῆσαι ὑμῖν ταῦτα ἐπὶ
Yo Jesús envié al ángel de mí a testificar os esto sobre
ταῖς ἐκκλησίαις. ἐγώ εἰμι ἡ ῥίζα καὶ τὸ γένος Δαυίδ, ὁ ἀστὴρ ὁ
las iglesias Yo soy la raíz y la estirpe de David el astro el
λαμπρὸς ὁ πρωϊνός.
resplandeciente el de la mañana.

Notas y análisis del texto griego.

El versículo contiene el testimonio de Jesús: Ἐγὼ, caso nominativo del pronombre personal en primera persona, *yo*; Ἰησοῦς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Jesús*; ἔπεμψα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πέμπω, *enviar, comisionar*, aquí como *envié*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado, *al*; ἄγγελον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *ángel*; μου, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de mí*; μαρτυρῆσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo μαρτυρέω, *dar testimonio, ser testigo, testificar, declarar,* aquí como *testificar*; ὑμῖν, caso dativo plural del pronombre personal *os*; ταῦτα, pronombre demostrativo neutro plural *esto*; ἐπὶ, preposición que rige dativo, *sobre*; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado *las*; ἐκκλησίαις, caso dativo femenino plural del sustantivo *iglesias*; ἐγώ, caso nominativo del

pronombre personal en primera persona, *yo*; εἰμι, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser o estar*, aquí como *soy*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; ῥίζα, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *raíz*, *brote de la raíz*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*, *lo*; γένος, caso nominativo neutro singular del sustantivo *familia, raza, estirpe, especie, clase*, aquí como *estirpe*; Δαυίδ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de David*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἀστὴρ, caso nominativo masculino singular del sustantivo *astro, estrella*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; λαμπρὸς, caso nominativo masculino singular, por concordancia, del adjetivo articular, *luminoso, brillante, reluciente, espléndido*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; πρωϊνός, caso nominativo masculino singular del adjetivo articular que expresa lo que es perteneciente o relativo *a la mañana*, *mañanero*.

᾽Εγὼ ᾽Ιησοῦς ἔπεμψα τὸν ἄγγελον μου μαρτυρῆσαι ὑμῖν ταῦτα ἐπὶ ταῖς ἐκκλησίαις. Como si se tratase de una firma identificatoria, el Señor se manifiesta personalmente como el que origina e inspira el mensaje del Apocalipsis. Esta *firma* final es la culminación de la revelación del que se presentó de esta misma manera al principio del libro. Dios dio la revelación a Jesucristo, para que la comunicase a Juan por medio de un ángel (1:1). El ángel enviado por el Señor reveló a Juan lo que éste escribió a lo largo del libro, por tanto, siendo un escrito fiel al contenido de la revelación, y procediendo esta del Señor, pone su firma al escrito autentificándolo como palabra suya. El propósito del Señor, al revelar a su profeta Juan las visiones escritas en el libro, es el de dar testimonio del contenido profético a las iglesias. Se confirma, una vez más, al finalizar el libro, que el escrito está destinado a las iglesias. Primariamente a aquellas a quienes se dirigen las cartas, las siete iglesias en Asia Menor, pero, por extensión a la Iglesia del Señor a lo largo del tiempo, que manifiesta su presencia en la tierra. Si el escrito está dirigido a las iglesias y tiene ese propósito, es evidente que debe ser motivo de lectura, estudio y meditación en ellas, a lo largo de los siglos. El nombre de Jesús, sin otro título que lo acompañe, es una clara referencia al Jesús histórico, conocido por los discípulos personal y directamente; el que vivió y murió en Palestina; el Mesías prometido en las promesas a Israel y a David.

᾽Εγώ εἰμι ἡ ῥίζα καὶ τὸ γένος Δαυίδ. Sin embargo, junto con el título identificativo *Jesús*, se manifiestan las vinculaciones mesiánicas y proféticas que Jesús alcanza y realiza en Él mismo. Este Jesús que envía al ángel con la revelación a Juan, es también *la raíz y el linaje de David.* El Señor es descendiente de David. La genealogía dada por Mateo y por Lucas, son evidencias de esa condición. Ambas líneas genealógicas, la de José, descendiente de David por la línea dinástica de Salomón (Mt. 1:1, 16), como la de María, descendiente de David por Natán (Lc. 3:23, 31, 32), entroncan a Jesús

con el rey David, heredero de las promesas y del título al reino de Israel. En Él se cumplen las promesas, puesto que es el heredero del trono de David, y en Él se extingue definitivamente las herencia real del pacto dado por Dios al rey de Israel (2 S. 7:12-16; Is. 11:1, 10; Ez. 34:23, 24, Ap. 5:5). El sustantivo raíz es un hebraísmo para expresar vinculación de origen, algo equivalente a *vástago*, lo que señala a Jesucristo como el sucesor y descendiente de David, por tanto, quien tiene derecho al trono conforme a la promesa del pacto que Dios estableció con el rey de Israel. Este título tiene también una marcada vinculación profética: *"Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces"* (Is. 11:1). Aparentemente el árbol de la línea de David se ha secado, es decir, ninguno de sus descendientes ocupó el trono, pero la profecía anunció la aparición de un nuevo vástago, una nueva vara, de ese tronco, que se sentará en el trono y gobernará la tierra. La profecía continúa anunciando la gloriosa manifestación de su reino (Is. 11:2-9), en donde *"juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra; y herirá la tierra con la vara de su boca y con el espíritu de sus labios matará al impío"* (Is. 11:4). El título *"la raíz de David"* también tiene el mismo simbolismo en el Nuevo Testamento. El apóstol Pablo escribe sobre la cita de Isaías una relación del Mesías con los gentiles en el tiempo futuro: *"Y otra vez dice Isaías: Estará la raíz de Isaí, y el que se levantará a regir los gentiles; los gentiles esperarán en Él"* (Ro. 15:12). En donde se aprecia una referencia al reino de Cristo. En el momento actual el Señor, por su resurrección, se levantó para ser Señor. En el futuro ese señorío se acreditará en el ejercicio de autoridad en el reino terrenal cuando gobierne sobre las naciones. El Señor vino a ser la esperaza para todos los creyentes (Col. 1:13). Dios estableció con David un pacto sobre uno de su descendencia que se sentará en el trono para siempre (2 S. 7:12-13). La promesa de este Rey perpetuo sobre el trono de David fue anunciada a María por el ángel (Lc. 1:32-33). En Jesús se cumplen todas las promesas y profecías mesiánicas. Los últimos párrafos del libro están dedicados a la descripción y detalles de la Jerusalén Celestial. En ese sentido, el título que el Señor se da a sí mismo como *raíz de David*, llama la atención a que como David fundó la Jerusalén terrenal, así también el Hijo de David, establecerá eternamente la Jerusalén de arriba. Pero, es necesario observar que aunque *descendiente*, se llama a sí mismo *raíz de David*, porque como Dios sustentó a David y a su descendencia. Él es *raíz*, también en el sentido de ser el Señor de David (Mt. 22:41-45), quien sustentó en el pasado la descendencia del rey y quien, como *retoño*, es también sucesor definitivo de él. Además es también *"el linaje"* de David, el vástago que surge del trono de Isaí (Is. 11:1). El Hijo de David, es el último y definitivo heredero del trono, y sentado ahora en los cielos, espera el momento en que se manifieste su autoridad real sobre un reino, primero terrenal y después eterno. El es principio y fin de todo cuanto se ha anunciado y prometido para el reino de David.

Ὁ ἀστὴρ ὁ λαμπρὸς ὁ πρωϊνός. Jesús dice de sí mismo que es también *"la estrella resplandeciente de la mañana"*. Una vez más, al finalizar el Apocalipsis, vuelve a manifestarse la estrecha relación con la profecía veterotestamentaria: *"Saldrá estrella de Jacob"* (Nm. 24:17). La promesa dada a los vencedores de la iglesia en Tiatira, se hace realidad en el título del Señor: *"Y le daré la estrella de la mañana"* (Ap. 2:28). Los salvos serán hechos partícipes de la gloria del Señor, comparada con la de la *estrella de la mañana*. De la misma manera que los creyentes serán hechos partícipes de su autoridad, también lo serán de su gloria. La profecía apunta en esta dirección cuando dice: *"los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad"* (Dn. 12:3). El Señor mismo dijo que *"los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre"* (Mt. 13:43). Exaltados a la gloria por la gracia de Dios vivirán eternamente brillando para la gloria del Padre. Habrán cumplido el propósito de Dios, que es su glorificación por medio de su vida tanto durante el tiempo en la tierra, como después en los cielos (Mt. 5:48). Los justos han sido llamados a la gloria eterna en Cristo (1 P. 5:10). Dios que los llamó los mantuvo en la gracia para que eternamente sean instrumentos para gloria de su gracia (Ef. 1:6, 12, 14). La esperanza de gloria es la porción de todos los salvos (Dn. 12:1-3; Hch. 14:22; 2 Ti. 2:12). La perspectiva de esa manifestación gloriosa tiene que ver con la consumación de los tiempos en donde Cristo entregará el reino al Padre, sujetando y eliminando a todos los enemigos, que incluye la muerte como el último derrotado (1 Co. 15:24-28; Ap. 20:2). En aquel día se cumplirá en los redimidos de la Iglesia el propósito del Padre, que sean conformados a la imagen de su Hijo (Ro. 8:28). Esta promesa tiene proyección escatológica en relación con el reino eterno de Dios que surgirá como la mañana tras la noche del mundo (Ro. 13:12). Los que fueron despreciados por el mundo gobernarán el mundo y brillarán en él. La luz gloriosa del Señor que sobrepasa en brillo a la luz del sol matinal, será la gloriosa manifestación suya, con los santos, por toda la eternidad.

17. Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente.

Καὶ τὸ πνεῦμα καὶ ἡ νύμφη λέγουσιν· ἔρχου. καὶ ὁ ἀκούων εἰπάτω·
Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye diga
ἔρχου. καὶ ὁ διψῶν ἐρχέσθω, ὁ θέλων λαβέτω ὕδωρ ζωῆς
ven. Y el que tenga sed venga el que quiera tome agua de vida
δωρεάν.
gratis.

Notas y análisis del texto griego.

La respuesta de Juan a las palabras de Jesús se escribe con καὶ, conjunción copulativa *y*; seguida de τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *el*; πνεῦμα, caso nominativo neutro singular del sustantivo *espíritu*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἡ, nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; νύμφη, caso nominativo femenino singular del sustantivo *esposa*; λέγουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir, expresar*, aquí como *dicen:* ἔρχου, segunda persona singular del presente de imperativo en voz media del verbo ἔρχομαι, *venir, llegar, regresar, aparecer*, aquí como *¡ven!.* καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἀκούων, caso nominativo masculino singular con el participio de presente en voz activa del verbo ακούω, *oír*, aquí como *que oye*; εἰπάτω, tercera persona singular del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo λέγω*,* en su forma εἴπω, *decir, hablar*, aquí como *diga*; ἔρχου, segunda persona singular del presente de imperativo en voz media del verbo ἔρχομαι, *venir, llegar, regresar, aparecer*, aquí como *¡ven!.* καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; διψῶν, caso nominativo masculino singular con el participio de presente en voz activa del verbo διψάω, *tener sed, estar sediento*, aquí como *que tenga sed*, podría traducirse también como *sediento*; ἐρχέσθω, tercera persona singular del presente de imperativo en voz media del verbo ἔρξομαι, *venir*, aquí como *venga*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; θέλων, caso nominativo masculino singular con el participio de presente en voz activa del verbo θέλω, *querer, desear, encontrar gusto en*, aquí como *que quiera, que desee*; λαβέτω, tercera persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz activa, ingresivo, del verbo λαμβάνω, *tomar, coger, agarrar, recibir, aceptar, tomar posesión*, aquí como *tome*; ὕδωρ, caso acusativo neutro singular del sustantivo *agua*; ζωῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de vida*; δωρεάν, adverbio de modo, *gratuitamente.*

Καὶ τὸ πνεῦμα καὶ ἡ νύμφη λέγουσιν· ἔρχου. El sustantivo *Espíritu*, debe entenderse aquí como nombre propio del Espíritu Santo. En ese sentido acompaña a la Esposa, que no es otra que el conjunto de los redimidos en una petición enfática, expresada mediante un imperativo. ¿A quién se dirige el enfático *"ven"*? Generalmente se entiende como dirigido al Señor, en un ruego de la Esposa pidiéndole que venga nuevamente. El Espíritu opera en la Iglesia para producir en ella el ferviente deseo del pronto regreso del Señor. Los salvos esperan al Señor y, a la vista de la descripción de la gloria que será manifestada en la eternidad, ruegan enfáticamente que su venida sea pronto. El regreso del Señor, no sólo sería el preámbulo del estado eterno, sino que también sería la consumación de la redención (Ro. 8:16, 23, 26; He. 9:28ss). El Espíritu, impulsa a la Iglesia y se une a ella en esta petición, entendiendo que Él también intercede por los santos (Ro. 8:26). Es, por tanto, una oración hecha en el Espíritu y, por ello, conforme a la voluntad de Dios.

Καὶ ὁ ἀκούων εἰπάτω· ἔρχου. Junto con la Esposa está también *"el que oye"*, referido a quien lee y, por tanto, oye las palabras de la profecía y

desea fervientemente el retorno del Señor Jesús. Cada uno de ellos se une individualmente a la Iglesia para decir también *"ven"*. Es una referencia a los creyentes dentro de la congregación que sienten, en la lectura y enseñanza de las palabras de la profecía, el ardiente deseo de una pronta venida del Señor.

Con todo, resulta un corte brusco con la segunda parte del versículo, como escribe el Dr. Ladd:

"Sin embargo, en este caso, la segunda mitad de la cláusula implica un abrupto vuelco, sin razón, porque la segunda invitación es dirigida al mundo, a todos los que tienen sed para que beban y sacien su sed espiritual bebiendo del agua de la vida. Por lo tanto, es mejor interpretar la primera mitad del versículo como la segunda y entender toda la invitación como dirigida al mundo. Cuando el Señor venga será demasiado tarde; llegará un momento cuando el arrepentimiento será imposible. Pero esa hora aún no ha llegado y hasta ese día, el Espíritu extiende la invitación a través de los profetas a los hombres en todas partes que venga; la iglesia repite la invitación diciendo "ven". Aquellos que oyen y aceptan la invitación agregan sus voces invitando a todos los que leen esta profecía a venir y beber del agua de vida"[5].

Ambas cosas son posibles. Por un lado está el imperioso deseo de la Iglesia en que se produzca cuanto antes la venida del Señor. Está también el deseo individual de cada creyente para que venga a buscarnos, por cuanto los creyentes aman la venida del Señor.

Καὶ ὁ διψῶν ἐρχέσθω, ὁ θέλων λαβέτω ὕδωρ ζωῆς δωρεάν. Tal vez el problema resida en la segunda parte más que en la primera. ¿Quiénes son los sedientos? ¿Se trata de pecadores perdidos que son llamados al agua de vida? Debe recordarse que el Señor hizo una invitación sumamente especial: *"Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar"* (Mt. 11:28). El Salvador hace una invitación llena de amor a los que se encuentran en una situación miserable, agotados, extenuados y llenos de cargas. No utiliza un verbo en imperativo como un mandato irrevocable, sino una expresión mucho más suave pero equivalente. Es cierto que cualquier invitación de Jesús se convierte en un mandato por quien la formula, por lo que despreciarla no es un simple rechazo a una invitación, sino quebrantar un mandamiento que irremediablemente lleva a la condenación (Jn. 3:36). El Señor está haciendo la invitación del evangelio en toda la extensión que determina: *Venid a mí todos*. Venir a Jesús es venir a la fuente de agua de vida. Él enseñó que era el manantial de donde venía el agua que satisfacía la sed espiritual de todos los que estuviesen sedientos (Jn. 4:13-14). *Venir* a Jesús lleva implícito

---

[5] George Eldon Ladd. o.c., pág. 262.

creer en Él. Así lo expresa: *"El que a mi viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás"* (Jn. 6:35). Venir a Jesús significa creer en Él. No cabe duda que este es el principio universal para salvación conforme a la Palabra (Jn. 3:16). No hay limitación alguna en la oferta de salvación. La única condición está en sentirse *"trabajados y cargados"*. La expresión tiene una relación muy directa con la situación de las gentes en tiempos de Cristo, agobiados y fatigados por un lado a causa de su propia condición pecadora y por otro a causa de las cargas legalistas que los líderes religiosos de la nación habían puesto sobre ellos. Como define el Dr. Lacueva, *"la fatiga denota un esfuerzo prolongado; la carga, el peso de algo que nos abruma"*[6]. Los maestros religiosos de entonces procuraban que las gentes consiguiesen la justicia con sus propios esfuerzos, para lo cual habían hecho gravitar sobre ellos pesadas cargas legales que eran imposibles de soportar (Mt. 23:4). Además de esto sobre las gentes pesaba también la conciencia de pecado. El mayor agobio consistía en no alcanzar la certeza de la paz con Dios, sólo posible por medio de la fe en Cristo (Ro. 5:1). Acudir a Él es venir con la condición personal sin intento alguno de modificarla y entregarse en los brazos del Salvador que invita al descanso. El sediento es invitado para acudir a la fuente de agua viva. Es una invitación urgente, por cuanto no hay mucho tiempo disponible para que esté abierto a todos, el manantial de vida. La sed espiritual solo puede ser satisfecha por Cristo mismo. La responsabilidad de quien recibe la invitación es clara: No solo tiene que sentirse sediento, sino que tiene que tener deseo de apagar la sed. Esto le llevará a tomar de esa agua de vida. La profecía del Antiguo Testamento vuelve a hacer su aparición aquí: *"A todos los sedientos: venid a las aguas"* (Is. 55:1). El agua de vida que satisface la sed espiritual es gratuita, como todo cuanto tiene que ver con bendiciones de Dios y con salvación, es de Jehová (Sal. 3:8; Jon. 2:9). La vida eterna es un regalo de Dios (Ro. 6:23). La invitación de Jesús tiene vigencia hasta el fin de los tiempos, cuando ya no haya más oportunidad (Jn. 7:37). El último ser humano que se salve, lo será por gracia, mediante la fe (Ef. 2:8-9). Por eso, la invitación está hecha para que tome cuanta agua de vida necesite y desee, gratuitamente, mientras tiene tiempo para hacerlo. Evangelísticamente, la invitación marca una notoria urgencia. Si algún lector en este momento siente que su sed espiritual, no ha tenido resolución aún; si se da cuenta que no tiene la seguridad de salvación; si entiende que el Señor viene a buscar a los suyos prontamente y no pertenece aún a los salvos, tiene ahora la oportunidad y la bendición de acudir al manantial del agua de vida que es Cristo mismo y entregarse al Salvador para recibir, junto con el perdón de sus pecados, la vida eterna.

Pero, la invitación de esta segunda parte del versículo, puede muy bien seguir el curso interpretativo de la primera, en sentido de que se trata del

[6] F. Lacueva. o.c., pág. 216.

Espíritu clamando junto con la Iglesia pidiendo la venida del Señor. Por tanto, la segunda parte, puede aplicarse también al creyente que esté viviendo una vida de insatisfacción personal, haciendo suya la invitación para que acuda al manantial de agua de vida que procede, conforme a la visión de la Ciudad Celestial, del trono de Dios y del Cordero (Ap. 22:1). El agua de vida se da gratuitamente al que cree, pero también salta en el creyente para vida eterna desde su interior (4:14). Sin embargo, la interrupción de la comunión con la fuente de agua de vida que es Jesús, produce insatisfacción y sed espiritual para quienes cavan sus propias cisternas, al darse cuenta que ese trabajo, no sólo resulta estéril, sino que provoca aún mayor sed por el trabajo para establecerla, añadiendo a ello la insatisfacción de apreciar que todo aquello tan dificultoso, no contiene agua (Jer. 2:13). La vida de santidad aparente, las tradiciones humanas, el culto establecido sobre formas y costumbres, los sistemas aprendidos, y también la falta de compromiso en la santidad, producen sed espiritual que sólo puede ser satisfecha en Jesús, manantial de agua viva. Por tanto, en consonancia con la primera parte del versículo, puede entenderse esta invitación como dirigida a todo lector del libro, que siendo creyente, sienta en su vida insatisfacción espiritual. Puede acudir a la fuente, que es Cristo, y restaurar su comunión plena con Él, recibiendo el caudal de agua de vida que satisfará su sed espiritual.

La amonestación de Dios (22:18-19).

18. Yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro.

Μαρτυρῶ ἐγὼ παντὶ τῷ ἀκούοντι τοὺς λόγους τῆς προφητείας τοῦ
Testifico yo a todo el que oye las palabras de la profecía del
βιβλίου τούτου· ἐάν τις ἐπιθῇ ἐπ᾽ αὐτά, ἐπιθήσει ὁ Θεὸς ἐπ᾽ αὐτὸν
libro este. Si alguno impone sobre ellas impondrá - Dios sobre él
τὰς πληγὰς τὰς γεγραμμένας ἐν τῷ βιβλίῳ τούτῳ,
las plagas las que han sido escritas en el libro este.

Notas y análisis del texto griego.

Un nuevo testimonio con μαρτυρῶ, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo μαρτυρέω, *testificar*, aquí como *testifico*; ἐγω, primera persona del pronombre personal *yo*; παντὶ, caso dativo masculino singular, por concordancia, del adjetivo declinado *a todos*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἀκούοντι, caso dativo masculino singular con el participio de presente en voz activa del verbo ἀκούω, *oír, escuchar*, aquí como *que oye*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*, femenino en español; λόγους, caso acusativo masculino plural del sustantivo *dichos, palabras*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado, declinado, *de la*; προφητείας, caso

genitivo femenino singular del sustantivo *profecía*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado, declinado*, del*; βιβλίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *libro*; τούτου, caso genitivo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*. Una segunda cláusula condiciona con ἐὰν, conjunción condicional *si*, enfatiza una condición potencial que se concibe como posible; τις, caso nominativo masculino singular del pronombre indefinido, *alguno*; ἐπιθῇ, tercera persona singular del aoristo segundo de subjuntivo en voz activa del verbo ἐπιτίθημι, *poner sobre, imponer, infligir,* aquí como *impone*, en sentido de *añadir*; sigue luego la preposición de acusativo ἐπί, con el grafismo ἐπ', forma que adopta por elisión de la ι final ante vocal o diptongo sin aspiración, que equivale a *por, sobre*; αὐτά, caso acusativo neutro plural del pronombre personal *ellos*, femenino en castellano; ἐπιθήσει, tercera persona de singular del futuro de indicativo en voz activa del mismo verbo ἐπιτίθημι, *poner sobre, imponer, infligir,* aquí como *impondrá*, en sentido de *añadir*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se usa en español cuando está relacionado con nombre propio; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Dios*; ἐπ', preposición de acusativo ἐπί con el grafismo ἐπ', forma que adopta por elisión de la ι final ante vocal o diptongo sin aspiración, que equivale a *por, sobre*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *él*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; πληγὰς, caso acusativo femenino plural del sustantivo *plagas*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; γεγραμμένας, caso acusativo femenino plural con el participio perfecto en voz pasiva del verbo γράφω, *escribir*, aquí como *escritas*, o *que han sido escritas*; ἐν, preposición de dativo*, en*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *el*; βιβλίῳ, caso dativo neutro singular del sustantivo *libro*; τούτῳ, caso dativo neutro singular del pronombre demostrativo *este*.

Μαρτυρῶ ἐγὼ παντὶ τῷ ἀκούοντι τοὺς λόγους τῆς προφητείας τοῦ βιβλίου τούτου. El texto ha sido cuestionado como si se tratase de una interpolación. La terminación del libro es, sin duda, un tanto confusa en cuanto a quien es el sujeto de las oraciones. Algunos eruditos rechazan abiertamente este versículo y el siguiente como si se tratase de una interpolación hecha por algún copista que tenía íntima convicción de que el libro era un escrito inspirado, por tanto, como cualquier otra parte de la Escritura. Otras opiniones se inclinan por ser palabras del apóstol Juan, a manera de epílogo exhortativo. Tal es la posición del Dr. Ladd:

"Juan agrega ahora una solemne advertencia contra cualquiera que pudiera ofenderse por el mensaje contenido en su profecía y por lo tanto lo distorsione o presente mal su enseñanza. Algunos han sentido que esta advertencia estaba dirigida a futuros escribas que pudieran copiar el libro, pretendiendo una transmisión fiel del texto. Es cierto que un escrito judío, llamado la carta de Aristeas, que cuenta la historia de la traducción del Antiguo Testamento del hebreo al griego, se encuentra una exhortación así (Aristeas 311). Sin embargo la advertencia de Juan está dirigida a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro. El Apocalipsis fue enviado a

siete iglesias de Asia, donde Juan esperaba que se leyera en alta voz en el culto público (véase sobre 1:3). Ahora Juan se dirige a los oyentes, advirtiéndoles que acepten la autoridad divina de su profecía y que no distorsionen su mensaje"[7].

Pudiera ser así, pero, la contundencia de la advertencia contenida en él, exige que se atribuyan al mismo Señor que anteriormente puso su sello como autor de las palabras del libro (v. 16). Al testimonio de Jesús, respondió Juan con la oración de la iglesia y del Espíritu, y la invitación a los sedientos, dando paso nuevamente a las palabras del Señor que hace una advertencia solemne sobre el trato que se debe dar al escrito.

Ἐάν τις ἐπιθῇ ἐπ᾽ αὐτά. La primera advertencia tiene que ver con *añadir* a las palabras de la profecía y se establece mediante una cláusula de condición con la conjunción condicional *si*. Esta advertencia está dirigida a quienes oigan, es decir, conozcan el contenido de las palabras de la profecía dada por el Señor y escrita por medio de Juan. El que es testigo fiel y verdadero, testifica ahora (1:3, 5; 3:14). La grave consecuencia de añadir algo al contenido del escrito es enfática. Se trata de la Palabra de Dios, por tanto, el pecado es idéntico que si se añadiese algo a otro lugar de la Escritura. La advertencia tiene que ver con la fidelidad y la unicidad del contenido del libro. El pecado de añadir algo a la Escritura está recogido en varios lugares (Dt. 4:2; 12:32; Pr. 30:6; Is. 8:20). Añadir comprende también excederse al darle un sentido que no corresponde. Añadir es suplementar con palabras de hombre, la Palabra de Dios. El Señor insistió en esto al referirse a la tradición de los hombres que añadida a la Palabra la anula (Mt. 15:9). La mayor gravedad es que enseñaban opiniones de hombres como si fuese doctrina, dando condición de Palabra de Dios a lo que sólo procedía de preceptos y mandamientos elaborados por los hombres. El comportamiento del creyente sólo puede establecerse en lo que Dios dispone y no en lo que el hombre desearía. Un sistema humano, por santo que aparentemente sea, es simplemente *vanidad*, delante de Dios. Cristo enseñó que la adoración a Dios no es posible sin ser en *espíritu*, por tanto, lo que no es en *espíritu*, tampoco es en *verdad* (Jn. 4:24). En la medida en que el Espíritu no controla al creyente y que la Palabra es mero recurso intelectual, así también se produce una inclinación hacia preceptos humanos, que convierte la libertad en esclavitud y el gozo en cargas miserables. Muchas veces se produce algo semejante en el entorno de la iglesia. Hay quienes pretenden autoridad divina para asuntos que son meramente ideas y conceptos humanos. Nadie esta sujeto a semejante ordenamiento; ningún creyente tiene deber de aceptar tales asuntos y mucho menos esclavizarse a ellos. Todavía más, no sólo no se está bajo obligación de aceptarlos como mandamientos y sujetarse a ellos, sino que deben

[7] George Eldon Ladd. o.c., pág. 262.

ser combatidos con denuedo, sobre todo cuanto sustituyen o afectan a los mismos mandamientos de Dios. Debe recordarse continuamente que cristianismo no es religión, sino comunión con Cristo (Gá. 2:20). Debe enfatizarse que adoración no es asunto de normas sino de entrega incondicional a Dios (Ro. 12:1). La consecuencia de *añadir* algo a la Escritura es grave, porque *invalida el mandamiento de Dios* (Mt. 15:6). Cualquier tradición *invalida*, es decir, *destruye* la Palabra quitándole toda fuerza para sustituirla por los mandatos de hombres que superaban, en este y otros muchos casos, a la Palabra de Dios. Dicha tradición invalidaba el mandamiento porque lo dejaba sin efecto. Ya era un serio pecado quebrantar la ley de Dios, pero uno todavía más grave era enseñarlo a los hombres (Mt. 5:19). Esta solemne advertencia es un mandato reiterado para la Iglesia. El apóstol Pablo hace una advertencia enfática a su colaborador Tito: *"Repréndelos duramente, para que sean sanos en la fe, no atendiendo a fábulas judaicas, ni a mandamientos de hombres que se apartan de la verdad"* (Tit. 1:13-14). El Señor advierte a quien añada algo a las palabras de la profecía, que el juicio de Dios vendría sobre él.

Esta advertencia solemne debiera servir como una llamada de atención a cada uno de nosotros en relación con nuestro posicionamiento ante la Biblia. Cada cristiano debiera entender que la Escritura debe permanecer inalterable y que sus principios son atemporales, por tanto, inamovibles en el tiempo. No se trata de modificar la Escritura para establecer normativas de vida a gusto personal, sino en adaptar la vida a lo que ellas establecen. Este profundo respeto debe manifestarse especialmente en los maestros que enseñan la Palabra y en el liderazgo de las iglesias que conducen a los creyentes que se congregan en ellas. Nada es bendecido por Dios sino su Palabra. Ninguna palabra o pensamiento humano tienen garantía de bendición divina. Por ello, cada maestro debe preguntarse si lo que está enseñando es sólo la Palabra o, juntamente con ella, enseña también tradiciones que recibió de sus mayores y que no tienen verdadero sustento en la Biblia.

᾿Επιθήσει ὁ Θεὸς ἐπ᾿ αὐτὸν τὰς πληγὰς τὰς γεγραμμένας ἐν τῷ βιβλίῳ τούτῳ. Dios condena todo abuso en la enseñanza bíblica, introduciendo junto con ella palabras de hombre. La autoridad del Señor que juzgará a quien añada a su Palabra, debiera servir para una *relectura* de toda la Escritura a fin de retirar de la enseñanza todo cuanto no tenga verdadero sustento en ella. Por otro lado, los maestros, con capacidad para interpretar el texto bíblico, deben reconsiderar si las enseñanzas que se dan en sus iglesias o en su área de influencia, tienen la aprobación divina y son interpretadas conforme al contexto general de la Palabra y de acuerdo con el texto original. Evitaríamos muchos problemas, angustias entre los santos y alcanzaríamos la bendición de Dios, si sólo se enseña la Escritura.

19. Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro.

καὶ ἐάν τις ἀφέλῃ ἀπὸ τῶν λόγων τοῦ βιβλίου τῆς προφητείας
Y si alguno quita de las palabras del libro de la profecía
ταύτης, ἀφελεῖ ὁ Θεὸς τὸ μέρος αὐτοῦ ἀπὸ τοῦ ξύλου τῆς ζωῆς καὶ
esta quitará - Dios la parte de él del árbol de la vida y
ἐκ τῆς πόλεως τῆς ἁγίας τῶν γεγραμμένων ἐν τῷ βιβλίῳ τούτῳ.
de la ciudad la santa de los que han sido escritos en el libro este.

Notas y análisis del texto griego.

Dando continuidad con lo que antecede, se utiliza nuevamente καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐὰν, conjunción condicional *si*, enfatiza una condición potencial que se concibe como posible; τις, caso nominativo masculino singular del pronombre indefinido, *alguno*; ἀφέλῃ, tercera persona singular del aoristo segundo de subjuntivo en voz activa del verbo ἀφαιρέω, *quitar, cortar*, aquí como, *quita*; ἀπὸ, preposición de genitivo, *de*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*, femenino en castellano si se refiere a *palabras*; λόγων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *palabras, dichos*; τοῦ, caso genitivo neutro plural declinado *del*; βιβλίου, caso genitivo neutro plural del sustantivo *libro*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado, *de la*; προφητείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *profecía*; ταύτης, caso genitivo femenino singular del pronombre determinado *esta*; ἀφελεῖ, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ἀφαιρέω, *quitar, cortar*, aquí como, *quitará*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, no utilizable en castellano al estar vinculado con nombre propio; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Dios*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; μέρος, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *parte, porción*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él*; ἀπὸ, preposición de genitivo, *de*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *el*; ξύλου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *árbol*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado, *de la*; ζωῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *vida*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐκ, preposición de genitivo *de*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; πόλεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo *ciudad*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; ἁγίας, caso genitivo femenino singular, por concordancia, del adjetivo articular *santa*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado declinado *de los*; γεγραμμένων, caso genitivo neutro plural con el participio perfecto en voz pasiva del verbo γράφω, *escribir*, aquí como *que han sido escritos*; la expresión traducida es: *"de las cosas que han sido escritas"*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *el*; βιβλίῳ, caso dativo neutro singular del sustantivo *libro*; τούτω, caso dativo neutro singular del pronombre demostrativo *este.*

Καὶ ἐάν τις ἀφέλῃ ἀπὸ τῶν λόγων τοῦ βιβλίου τῆς προφητείας ταύτης. Un mismo y grave problema consiste en *quitar* a la Escritura, mutilando su enseñanza. Es tan nocivo como el de añadir a ella. El que quita hace también de menos la Palabra, seleccionado lo que no desea que permanezca en ella. En alguna medida se opone a Dios, ya que retira algo de lo que Dios determinó enseñar por medio de su revelación. La advertencia se establece mediante una cláusula condicional de tercera clase con la conjunción condicional *si*, esta expresión hace referencia a la posibilidad de que alguno intente quitar algo de lo escrito en el Apocalipsis. Como en el supuesto anterior de *añadir*, también este de *quitar*, puede extenderse a toda la Escritura, puesto que Dios condena igualmente lo uno como lo otro cuando dice: *"No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella, para que guardéis los mandamientos del Señor vuestro Dios que yo os ordeno"* (Dt. 4:2). En los tiempos de Jesús había también quienes cortaban parte de la Palabra en sus enseñanzas, como eran los saduceos que, entre otras cosas, negaban la verdad bíblica sobre la existencia de espíritus y distinguían entre niveles de inspiración de los libros bíblicos. Sutilmente el *liberalismo* de nuestros días hace algo muy parecido, seleccionando en la Escritura, negando la inspiración plenaria, negando la historicidad de los evangelios, considerando poco probable los milagros, etc. alcanzando con ello a eliminar la autoridad de la Biblia y creando dudas malévolas sobre muchos aspectos de la Palabra de Dios.

Es preciso entender con claridad que el creyente en general y los maestros de la Palabra en particular, debemos respeto absoluto a la verdad contenida en la Palabra. No se trata de libros que surgen del pensamiento e intención del hombre, sino de la voluntad soberana de Dios (2 P. 1:21). Estudiar la Escritura para comprenderla y hacerla comprender a otros, requiere toda la capacidad intelectual y la erudición que posea el maestro bíblico. Algunos sencillos hermanos entienden que no es precisa ninguna preparación intelectual o académica para la interpretación de la Palabra, sino que la lectura simple, la buena voluntad personal y la espiritualidad que cualquier creyente posea es suficiente. No debe olvidarse que Dios se ha revelado mediante el lenguaje humano, pero en lenguas totalmente distintas a las nuestras y en situaciones históricas diferentes que, necesariamente, han de tenerse en cuenta a la hora de interpretar los escritos bíblicos. De ahí la urgente necesidad de formar a quienes van a tener la sagrada misión del ejercicio del don de maestro en la iglesia, a fin de que puedan interpretar correctamente y enseñar en toda la extensión la Biblia, aplicándola al momento actual de nuestra vida, sociedad e historia.

La advertencia del Señor a quienes *quiten* de la Escritura, es también solemne: ἀφελεῖ ὁ Θεὸς τὸ μέρος αὐτοῦ ἀπὸ τοῦ ξύλου τῆς ζωῆς, *"Dios quitará su parte del libro de la vida"* conforme a la RV60. El texto griego no hace referencia alguna al *libro de la vida*, sino al *árbol de la vida*, por

lo que la traducción de la expresión es: *"Dios quitará su parte del árbol de la vida"*. No se trata, pues, de la pérdida de salvación que se ocasionaría al borrar el nombre del libro de la vida, sino de participar de las bendiciones propias de los salvos en la nueva creación de Dios. Realmente la advertencia se establece para que los creyentes tengan muy en cuenta que como personas de fe, creen que la Biblia es la Palabra de Dios y que el Apocalipsis es también, como las otras escrituras, plenariamente inspirado y por tanto autoritativo e inamovible en su contenido. Es la incredulidad la que conduce a los hombres no creyentes a variar el contenido de la Escritura. Todo aquel que niegue alguna de las verdades contenidas en el libro, estará demostrando que no ha nacido de nuevo y, por tanto, no tendrá parte alguna en las bendiciones propias de los creyentes en el estado eterno. Es posible que algún creyente lector del libro, no entienda todo su contenido; es probable que se den a alguna de las palabras del libro, diferentes interpretaciones; habrá diferentes opiniones sobre la cronología de los acontecimientos, e incluso sobre la espiritualización de algunos conceptos; pero, el verdadero creyente, no disminuirá a ninguna de las palabras del libro.

Nadie busque aquí una base para enseñar que la salvación, una vez recibida, puede perderse, y que algunos que habían entrado en el camino de la vida pueden salirse de él y perderse eternamente. Esto contradice la enseñanza general de la justificación para todo aquel que cree y de la eterna seguridad de salvación para el pecador creyente. El énfasis está en que todo aquel que tiene su nombre inscrito en el libro de la vida, tiene derecho y, por tanto, accederá al árbol de la vida en la Ciudad Celestial. Pero, aquel que no tiene su nombre en el libro de la vida, no se ha producido en él la regeneración espiritual y, por tanto, la Palabra de Dios, no tiene valor alguno y puede ser alterada, como así ocurre. Estos, por esa acción, ponen de manifiesto que no son salvos y, por tanto, no tienen acceso al árbol de la vida que es bendición para los creyentes. El que rechaza a Cristo como Salvador, rechaza también su Palabra al no considerarlo como Señor.

Καὶ ἐκ τῆς πόλεως τῆς ἁγίας τῶν γεγραμμένων ᾽ν τῷ βιβλίῳ τούτῳ. Además de la imposibilidad de alcanzar el árbol de la vida está también la de acceder a la Ciudad Celestial y al disfrute de las bendiciones establecidas en la profecía para los verdaderos creyentes. Quiere decir que las bendiciones están vinculadas con el disfrute del árbol de la vida y el acceso a la Ciudad Santa. Esto pone de manifiesto de forma enfática que la advertencia tiene que ver con aquellos que no son verdaderamente salvos.

Sin embargo, una advertencia semejante debiera llenarnos de solemne respeto por el contenido de la profecía de este libro y por la totalidad de la Palabra. Es un solemne aviso para luchar con todas nuestras fuerzas a fin de evitar cualquier tipo de adulteración de la Palabra. Bien sea adulterándola por

añadir a ella lo que no está en ella; bien sea por despreciarla, retirando de ella lo que Dios ha comunicado por medio de ella.

Bendición (22:20-21).

El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús.

Λέγει ὁ μαρτυρῶν ταῦτα· ναί, ἔρχομαι ταχύ. ᾿Αμήν, ἔρχου Κύριε
Dice el que da testimonio de esto: Sí, vengo en seguida. Amén. Ven, Señor
᾿Ιησοῦ.
Jesús.

Notas y análisis del texto griego.

Continúan las palabras del Señor. Λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *decir, hablar*, aquí como *dice*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; μαρτυρῶν, caso nominativo masculino singular con el participio de presente en voz activa del verbo μαρτυρέω, *testificar, dar testimonio,* aquí como *que da testimonio*; ταῦτα, caso acusativo neutro plural del pronombre demostrativo *esto*, que equivale en castellano a *estas cosas*, en alusión al contenido de todo lo escrito antes. Una cláusula de afirmación del Señor comienza con ναί, partícula, que equivale a *si*, *ciertamente*, utilizada para expresar afirmación o asentimiento o para corroborar algo; ἔρχομαι, primera persona singular del presente de indicativo en voz media, del verbo ἔρχομαι, *venir, regresar, llegar, aparecer,* aquí como *vengo*; ταχύ, adverbio de tiempo, *pronto*, *presto, en seguida, rápidamente*. La respuesta de Juan es enfática y breve: ᾿Αμήν, transliteración de la palabra hebrea *verdad, certeza*, en este caso con sentido de *así sea*, en español para manifestar aquiescencia o vivo deseo de que tenga efecto lo que se dice; ἔρχου, segunda persona singular del presente de imperativo en voz media del verbo ἔρχομαι, *venir, regresar, llegar, aparecer,* aquí como, *ven*; Κύριε, caso vocativo masculino singular del nombre propio *Señor*; ᾿Ιησοῦ, caso vocativo masculino singular del nombre propio *Jesús.*

Λέγει ὁ μαρτυρῶν ταῦτα· ναί, ἔρχομαι ταχύ. Juan traslada las últimas palabras del Señor, en las que confirma, una vez más, su promesa sobre su venida y la inminencia de ese acontecimiento. Cuando Dios dice sí, es una certeza segura y una esperanza firme. El sí del texto es una afirmación enfática, que puede traducirse por *ciertamente, con toda seguridad*. El verbo que se refiere a su venida está en presente: *"vengo"*, que expresa, una vez más, el futuro profético dando la acción como realizándose en el momento. El lector puede oír las palabras del Señor como algo que puede ocurrir en el momento de la lectura. La inminencia de su venida y el cumplimiento de las cosas anunciadas, debe ocurrir *pronto*, aspecto reiteradamente marcado en el libro (1:1; 3:11; 22:7, 12).

Los creyentes han estado esperando a lo largo de los siglos, desde la ascensión, la segunda venida del Señor, con la que se abrirá el cumplimiento final de todo lo que tiene que ver con la historia humana, para desembocar en la gloriosa dimensión de cielos nuevos y tierra nueva. Durante todo este tiempo, los cristianos hemos estado pidiendo a Dios por el retorno del Señor. Parece, a los ojos de los hombres, que la promesa se demora en exceso, pero, como para alentarnos nuevamente, el Señor cierra el contenido del libro afirmando que su venida está próxima. Siempre espero no llegar a terminar el escrito porque habremos sido llamados para estar eternamente con Él (1 Ts. 4:16-17).

De ahí, que los creyentes nos unamos a Juan en las palabras finales del apóstol: ᾿Αμήν, ἔρχου Κύριε ᾿Ιησοῦ, *"Amén. Ven, Señor Jesús"*. Es la oración permanente de la iglesia y la forma arraigada en la más primitiva liturgia del culto cristiano. Esa misma oración aparece en una expresión aramea utilizada por Pablo: *"Maran-ata"* (1 Co. 16:22). El anhelo por la venida del Señor satura el corazón cristiano. Su retorno, no sólo es la única esperanza, sino la única razón de la vida cristiana. La esperanza culmina cuando Aquel que es nuestra esperanza (Col. 1:13), se haga realidad visible con nosotros. El amén, indica una identificación plena con lo que otro dice, en este caso, con las palabras que reiteran la promesa del Señor. Los ángeles indicaron a los discípulos que sería el *mismo Señor* ascendido a los cielos quien regresaría (Hch. 1:11). El que descenderá del cielo no será ya el siervo con el rostro desfigurado que no fue de atractivo a muchos (Is. 52:14-53:2). Es el glorioso Dios, Señor, Rey de reyes y Señor de señores.

En torno a la Esposa que espera el regreso del Esposo, muchas voces se levantan para decirle: *"Se ha ido para siempre; no esperes su regreso"*. Sin embargo la fe profunda en el compromiso del Esposo celestial de venir a buscar a su Esposa, anula el susurro de la incredulidad, afirmándose en la fe que se sustenta en el amor, para responder a los detractores: *"Su promesa es fiel y su palabra se cumplirá"*. El susurro del viento sobre las montañas de la esperanza, transmite el mensaje de amor y de compromiso: *"Vengo pronto"*. No ha sido un adiós. Su partida se produjo con un maravilloso *"hasta pronto"*. Nosotros oímos ahora la voz del amado, saltando sobre los montes y brincando sobre los collados (Cnt. 2:8). Levanto los ojos oteando el horizonte y ya veo brillar por la fe el destello celestial del resplandor de su venida. Es posible que nuestros ojos físicos se cierren antes de ver el maravilloso cumplimiento de su regreso, pero esa puerta física cerrada abre para nosotros el admirable encuentro con el Señor para estar para siempre con Él. En algún momento de la noche del mundo, mientras los enemigos de Dios estén sumergidos en la vorágine de sus maldades y en sumidos en la negrura de su condición, la luz de la estrella de la mañana anunciará para nosotros el momento esperado del encuentro con nuestro amado Salvador y Señor. Las lágrimas habrán cesado para siempre; la angustia no

tendrá ya más lugar; la separación de los nuestros que ha producido dolor y lágrimas se tornará en un encuentro eterno. Entonces, la fe, se tornará para nosotros en la gloriosa realidad del disfrute de una gloria que no tendrá fin jamás y donde la victoria de la Cruz, alcanzará las dimensiones más admirables jamás entendidas por nosotros. Será allí, en la visión admirable del Señor, donde se doblarán ante Él nuestras rodillas y en un canto de gratitud en la absoluta perfección de la vida eterna, todos diremos una oración completa, absoluta y perfecta: *"¡Gracias! ¡Muchas gracias, Señor!"*. Mientras tanto decimos con Juan una y otra vez: *"Amén; sí, ven, Señor Jesús"*.

21. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén.

Ἡ χάρις τοῦ Κυρίου[1] Ἰησοῦ μετὰ[2] πάντων. [ἀμήν][3]
La gracia del Señor Jesús, con todos. Amén.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

[1] Κυρίου Ἰησοῦ, *Señor, Jesús,* la alternativa más segura, atestiguada en א, A, 1611, 2053.

Κυρίου, *Señor,* como se lee en 1859.

Κυρίου Ἰησου Χριστοῦ, *Señor, Jesucristo*, que figura en 046, 051, 94, 1006, 1854, 2020, 2042, 2065, 2073, 2138, 2432, Andrés.

Κυρίου ἡμῶν Ἰησου Χριστου, *nuestro Señor Jesucristo*, se encuentra en 205, 254, 2067, it[ar, c, dem, div, gig, haf], vg, syr[ph, h], arm, Ps-Ambrosio, Beatus.

[2] μετὰ πάντων, *con todos*, lectura de seguridad media, está atestiguada en vg[ww], Ticonius, Beatus.

μετὰ πάντων ὑμῶν, *con todos vosotros*, aparece en 296, it[c, dem, div, haf], vg[cl], Ps-Ambrosio.

μετὰ πάντων ἡμῶν, *con todos nosotros*, atestiguada en 2049, 2050.

μετὰ τῶν ἁγίων, *con los santos,* aparece en א, it[gig]. μετὰ τῶν ἁγίων σου, se lee en 2329.

μετὰ πάντων τῶν ἁγίων, *con todos los santos*, aparece en 046, 051, 94, 1006, 1611, 1854, 1859, 2020, 2042, 2053, 2065, 2072, 2138, 2432, syr[h], cop[sa], arm, Andrés, Aretas.

[3] ἀμήν, *amén*, aparece en א, 046, 051, 94, 1611, 1854, 1859, 2020, 2042, 2053, 2065[comm],2073, 2138, it[c, dem, div, haf], vg, syr[ph, h], cop[sa,bo], arm, eth, Andrés[c, p], Aretas.

Omite el amén final A, 1006, 2065[txt], 2432, it[ar, gig], Ticonius, Andrés[a, bav], Beatus, Aretas.

ἀμήν ἀμήν, *amén, amén*, está atestiguada en cop[boms].

El último versículo está expresado con ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; χάρις, caso nominativo femenino singular del sustantivo *gracia*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; Κυρίου, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Señor*; Ἰησοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Jesús*; μετὰ, preposición de genitivo *con*; πάντων, caso genitivo masculino plural, por concordancia, del adjetivo indefinido declinado *con todos*.

Ἡ χάρις τοῦ Κυρίου Ἰησοῦ μετὰ πάντων. La terminación del libro es prácticamente la despedida propia de una epístola. Es el cierre habitual en los escritos de Pablo. Juan añade aquí su deseo personal de bendición que descansa y desciende de la gracia para todos los lectores del Apocalipsis. La gracia proviene de Dios por Cristo y se da en él (Jn. 1:17). Fue por medio de él que la gracia se manifestó en el mundo de los hombres (Jn. 1:14), y esa gracia, bendición sublime como regalo del cielo, se expresó en Cristo Jesús, nuestro Señor (2 Co. 8:9). Por esa gracia, cada uno de los creyentes alcanzamos lo que nunca como hombres hubiésemos podido alcanzar, ni hubiésemos en modo alguno merecido. La gracia eterna se da por el único Mediador entre Dios y los hombres que es Jesucristo hombre (2 Ti. 1:9). La gracia es consustancial en todo lo que tiene que ver con salvación.

La gracia de Cristo comunica poder para la vida cristiana victoriosa. El trabajo eficaz sólo es posible por ella (1 Co. 15:10). Esa gracia, comunicada por Cristo se vive en Él, y en esa posición se alcanza la vida victoriosa (Fil. 4:13). Nada es posible sin la gracia y, por tanto, nada es posible sin Jesús (Jn. 15:5). La esperanza de gloria, descrita tan extensamente en el Apocalipsis, es una manifestación de la gracia (1 P. 1:13).

La gracia es además el recurso necesario mientras esperamos la venida del Señor. Santiago en su epístola escribe más que una promesa una admirable realidad en la experiencia del Cristiano: *"Pero Él da mayor gracia"* (Stg. 4:6). Mientras el tránsito en la vida del creyente hacia el encuentro con el Señor produce lágrimas y quebrantos, porque discurre por el *valle de lágrimas*, la gracia viene en recurso de ayuda para mitigar los padecimientos de la espera. Esa gracia ha provisto del Apocalipsis como recurso de ayuda para la vida en esperanza. El texto bíblico nos hace mirar al futuro, y saborear ya por la fe, las bendiciones que se nos traerán en el glorioso futuro de los cielos nuevos y la tierra nueva. A la vez, la gracia ayuda y estimula nuestro deseo de santidad, al poner delante de nosotros la gloriosa dimensión de un lugar en donde no habrá mancha, ni ningún tipo de corrupción. Por esa razón, en la espera del Señor,

debemos mentalizarnos a vivir conforme a la voluntad de Dios, que es la santificación (1 P. 1:14-16). Quien dice que es de Cristo debe manifestarlo visiblemente (1 Jn. 2:6). Ese es el propósito de Dios (Ef. 2:10). La forma sencilla de vivir conforme a la voluntad de Dios es vivir a Cristo en el poder del Espíritu (Fil. 1:21; Gá. 2:20; 5:16).

¿Cómo concluir esta aproximación al Apocalipsis? ¿Qué palabras finales serán suficientes para la asombrosa dimensión de este sagrado texto? Tal vez, lo mejor será guardar silencio ya y dejar que el Espíritu de Dios hable a cada uno de nosotros conduciéndonos a entender mejor, amar más y obedecer con mayor fidelidad lo que Dios ha revelado en él mismo. Será de bendición dejar que la mente vuele, bajo el sustento de la Palabra considerada antes, entrando por fe en el lugar que Dios ha preparado para los suyos. Será ya un motivo para adoración y alabanza, al sentir que todo lo que está reservado para nosotros, es algo que no puede ser comprendido por el pensamiento humano, porque excede en todo a cuanto pudiera ser imaginado. Es la gracia que depara todo esto. La gracia que salva, la que sustenta y la que glorificará a cada uno en el tiempo de Dios. Dejando como última pincelada las hermosas palabras del poeta cristiano español Maríano San León Herrera, en la selección de unos versos de su poema a la "Tierra de Emmanuel":

Arenas que se hunde
Los días son aquí;
Las sombras de la noche
Caminan a su fin.
El alba de aquel día
Que tanto codicié
Veré romper gloriosa
En "tierra de Emanuel".

¡Oh fuente venturosa
Del más profundo amor!
De ti bebió sediento
Mi pobre corazón.
Saciado en las alturas
También por ti seré,
Océano insondable
En "tierra de Emanuel".

Yo soy de mi Amado
Y mío es Él; así
Honrado por su gracia
Me veo en su festín.

Sus méritos han sido
Cimiento de mi fe;
No hay otro, ni aun arriba
En "tierra de Emanuel".

No mira sus brocados
La esposa: Su Señor
Contempla. Gloria y honra
Tampoco busco yo.
La mano taladrada
Prefiero a la merced;
¡Como Él no hay otra gloria
En "tierra de Emanuel"!

SOLI DEO GLORIA

BIBLIOGRAFÍA

Agustín de Hipona. *De Civitas Dei.* Edit. BAC. Madrid, 1977.
Andrews, J. Speed. *"The Fulfilling of a Plan*.
Barclay, William. *The Revelation of John.*
Bartina, Sebastián. *Apocalipsis de San Juan.* La Sagrada Escritura. Vol. 214. BAC *
Barnhouse, Donald Grey. *Revelation.* Editorial Zondervan. Grand Rapids, 1971.
Barchuk, Ivan. *Explicación del libro de Apocalipsis*. Editorial Clie. Terrassa, 1975.
Basley-Murray, G. R. *The Book of Revelation.* Ettic Press, 1974.
Berkhof, Louis. *Teología Sistemática*. Editorial T.E.L.L. Grand Rapids, Mich. 1976.
Broadus, John A. *Comentario expositivo sobre el Nuevo Testamento*. Casa Bautista 959.
Brucee, F. F. *"The Revelation"*. International Bible Commnetarie.
Brucee, F. F. *El Canon de la Escritura*. Editorial Andamio-Clie. Terrassa, 2002.
Bullinguer. E. W. *The Apocaliypse.* Editorial Samuel Bagster & Sons. Ltd. Londres, 1972.
Caballero Yoccou, Raúl. *Tengo un gran Maestro*. E. G., 1982.
Cair, George Bradfor. *The Revelation of St. John the Divine*. Editorial Redwood Press Lit. Londres, 1971.
Campbell Morgan, G. *"El mensaje de Apocalipsis a las iglesias del S. XX"*. Editorial Clie. Terrasa, 1984.
Cohen, Gary. *Understanding Revelation.* Editorial Moody Press. Chicago, 1978.
Darling, Nigel J. L. *Una puerta abierta en el cielo*. Editorial Andrés. Buenos Aires.
Dyer, Charles H. *"The Identy of babilón in Revelation 17-18"*. Bibliotheca Sacra, octubre-diciembre, 1987.
Evis L. Carballosa. *Apocalipsis*. Editorial Portavoz. Grand Rapids, Michigan, 1997.
Fiorenza, Elizabeth S. *Invitation to the Book of Revelation: A Commentary on the Apocalypse with Complete Text From the Jerusalem Bible.* Editorial Garden City, Nueva York, 1981.
Fountain, Thomas. *Claves de Interpretación Bíblica*. Casa Bautista. 1977.
Gigot, Francis E. *General Introduction of the Study of the Holy Scriptures*. Pag. 386 s. Benziger Brothers, 1901
García Cordero, Maximiliano. *Teología de la Biblia.* Editorial BAC. Madrid, 1972.
Glasson, T. F. *The Revelation of John. Commentary*. Londres, 1965.
Grau, José. *Estudios sobre Apocalipsis.* Editorial Clie. Terrassa, 1977.
Gonzalez de Cardedal, Olegario. *Cristología.* Editorial BAC. Madrid. 2001.

Harrison, Everett. *Introducción al Antiguo Testamento*. Subcomisión Literatura Cristiana de la Iglesia Cristiana Reformada. Grad Rapids, Michigan, 1980.
Atrill, J. Edwin. *Manual de Interpretación Bíblica.* Puebla, Pue., México, 1978.
Heitmueller, J. Weiss-W. *Die Offenbarung des Johannes*. Göttingen, 1920.
Hendriksen. *Apocalipsis*. Subcomisión de Literatura Reformada. Grand Rapids 1980.
Hendriksen. *Más que vencedores*. Edit. Baker Books. Grand Rapids, 1974.
Hodge, Charles. *Teología Sistemática.* Editorial Clie. Terrassa, 1991.
Ironside, H. A. *Apocalipsis.* Librería e Imprenta Centroamericana. Guatemala.
Ironside, H. A. *Isaías.* Editorial Clie. Terrassa, 1987.
Jeremias Joachim. *Teología del Nuevo Testamento.* Editorial Sígueme. Salamanca, 1980
Lacueva, Francisco. *Comentario Bíblico Matthew Henry. Mateo*. Editorial Clie. Terrasa, 1983.
Lacueva, Francisco. *Comentario Bíblico Matthew Henry. Santiago-Apocalipsis.* Editorial Clie. Terrassa, 1991.
Lacueva, Francisco. *Espiritualidad Trinitaria*. Editorial Clie. Terrassa, 1983.
Lacueva, Francisco. *La Iglesia Cuerpo de Cristo*. Editorial Clie. Terrassa, 1978.
Lacueva, Francisco. *Un Dios en Tres Personas*. Editorial Clie. Terrassa, 1974.
Lacueva, Francisco. *Escatología II*. Editorial Clie. Terrassa, 1983.
Lange. John Meter. *A Comentary on the Holy Seriptures: Critical, Doctrinal and Homiletical*. Armstrong and Company. Nueva York. 1872.
Lenski. C. H. *The interpretation of St. Johs's Reveltation*. Edit. Wartburg Press, 1943.
Lightfoot, J. B. *Los Padres Apostólicos*. Editorial Clie. Terrassa.
Lilje, H. *Das letzte Buch der Bibel.* Hamburg 1961.
MacArthur, John. *La Biblia de Estudio.* Edit. Portavoz. Grand Rapids, 2004.
Mack, F. *Die Offenbarung des Johannes*, Stuttgart, 1960.
Martínez, José María. *Hermenéutica Bíblica.* Edit. Clie. Terrassa, 1984
Morgan, G. Campbell. *"The Leters of Our Lord*. Londres, 1945.
Morris, León. *El Apocalipsis.* Ediciones Certeza. Buenos Aires, 1977.
Mounce, Robert. *The Book of Revelation.* Editorial Eerdmans. Grand Rapids, 1977.
Nwell, William R. *The Book of Revelation*. Editorial Moody. Chicago, 1935.
Olivier, A. *L'Apocalypse et ses enseignements.* París, 1954.
Pache, René. *Le retour de Jésus-Christ.* Editorial Emmaüs. Saint-Légier sur Vevey.
Pache, René. *L'Au-delà.* Editorial Emmaüs. Saint-Légier sur Vevey, 1982.
Pentecost, J. Dwight. *Eventos del Porvenir*. Editorial Libertador. Maracaibo 1977.
Ryrie, C. H. *Biblia Anotada.* Edit. Portavoz. Grad Rapids, 1995.
Ryrie, C. H. *Revelation*. Editorial Moody. Chicago, 1968.

Sauer, Erich. *La aurora de la redención del mundo*. Literatura Bíblica. Madrid 1967.
Sauer, Erich. *De eternidad a eternidad*. Editorial Portavoz. Barcelona, 1977.
Scofield, C. I.. *Biblia Anotada*. Editorial Spanish Publications, Inc. Miami, 1967.
Stonehouse, N. B. *The Apocalypse in the Ancient Church.* Goes: Oosterbaan & Le Cointre, 1929.
Thomas, Robert. *Revelation. An Exegetical Commetary.* Moody Press, Chicago, 1992.
Walvoord, John. F.. *The Revelation of Jeus Christ*. Editorial Moody Press. Chicago, 1966.
Wuest, Kenneth S. *The New Testament.* Eilliam B. Eerdmans Publ. Grand Rapids, 1959.
Young, Edward J. *Una introducción al Antiguo Testamento*. Edit. T.E.L.L. Grand Rapids, 1981).

Diccionarios y obras auxiliares.

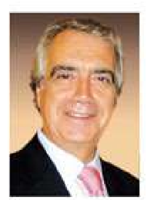
Analytical Concordance to the Holy Bible. Robert Young. *United Society for Christian Literature. Lutterworth Press.* London 1977.
Diccionario Bíblico Arqueológico. Charles F. Pfeiffer. Editorial Mundo Hispano. El Paso. Tx., 1982.
Imágenes Verbales en el Nuevo Testamento. Archibald Thomas Robertson. Editorial Clie. Terrassa, 1990.
Diccionario Exegético del Nuevo Testamento. Horst Balz, Gerhard Schneider. Editorial Sígueme. Salamanca, 1998.
Concordancia Analítica Greco-Española del Nuevo Testamento. Editorial Livertador. Maracay, 1963.
Nuevo Diccionario Bíblico. Editorial Certeza. Buenos Aires, 1982.
Diccionario Griego-Español. Florencio I. Sebastián Yarza. Editorial Sopena. Barcelona, 1972.
Diccionario de Figuras de Dicción. Bullinger- Lacueva. Editorial Clie. Terrassa, 1985.
Atlas Histórico Westminster de la Biblia. Casa Bautista de Publicaciones 1979.
Atlas Bíblico Oxford. Editorial Verbo Divino. Madrid, 1989.
Nuevo Atlas Bíblico. Editorial Unilit. Miami, 1990.

Textos Bíblicos.

A Biblia. Editorial SEPT.
Santa Biblia. RV60. Sociedades Bíblicas.
Santa Biblia. Edición Las Américas.
Sagrada Biblia de Jerusalén.
Sagrada Biblia. Cantera-Iglesias. Editorial BAC. Madrid, 1975.
Sagrada Biblia. Juan Straubinger. Editorial Prensa Católica. Chicago, 1967.

Biblia Textual. Sociedad Bíblica Iberoamericana. 1999.
La Biblia. Nueva Versión Internacional. Sociedad Bíblica de España. Madrid, 2005.
The Greek New Testament. Sociedades Bíblicas Unidas.
The Greek New Testament. Editorial Zondervan. Grand Rapids, 2003.
Nuevo Testamento Trilingüe. Editorial BAC. Madrid, 1977.
Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español. Editorial Clie. Terrassa, 1984.

COMENTARIO EXEGÉTICO AL TEXTO GRIEGO DEL NUEVO TESTAMENTO APOCALIPSIS



D. Samuel Pérez Millos es Master en Teología (Th.M.) por el IBE, (Instituto Bíblico Evangélico). Actualmente es miembro de la Junta Rectora del IBSTE (Instituto Bíblico y Seminario Teológico de España), y es profesor en activo de las áreas de Prolegómena, Bibligrafía y Antropología de esta institución.
Escritor de más de 30 libros de teología y estudios bíblicos, conferenciante de ámbito internacional y consultor adjunto de Editorial Clie en áreas de lenguas bíblicas, D. Samuel Pérez Millos une a su preparación académica la valiosa experiencia vital y pastoral de su anterior labor por más de 25 años como pastor de la Primera Iglesia Evangélica de Vigo (España).

καὶ γνώσεσθε τὴν ἀλήθειαν, καὶ ἡ ἀλήθεια
ήθεια ἐλευθερώσει ὑμᾶς καὶ γνώσεσθε τὴν ἀ
τὴν ἀλήθειαν, καὶ ἡ ἀλήθεια ἐλευθερώσει ὑ

Samuel Pérez Millos, nos ofrece una incomparable obra por la calidad y su extenso contenido. Une en un solo comentario el rigor del análisis gramatical del texto griego del Nuevo Testamento y las derivaciones prácticas, doctrinales y teológicas del mismo. Las características principales de este comentario son:

- Técnico. A cada libro le precede un completo estudio introductorio sobre el autor, fecha, cuestiones críticas, tema principal y bosquejo analítico.
- Analítico. Examen gramatical del texto griego con incorporaciones de la correspondiente crítica textual, cuando se da el caso, analizando todos los elementos de cada versículo, como verbos, sustantivos, adjetivos, proposiciones, etc.
- Lingüístico. Texto griego y traducción interlineal de cada palabra. Análisis del mismo con modos verbales, declinaciones etc., ofreciendo el significado principal y los complementarios de cada palabra.
- Exegético. Interpretación literal de cada término y su significado en el conjunto canónico del Nuevo Testamento.
- Práctico. Aplicación a la vida del individuo o de la comunidad de la enseñanza doctrinal, teológica y espiritual derivada de la exégesis del texto.
- Didáctico. Al final de cada capítulo se hace una aplicación práctica de lo analizado en el mismo.
- Complementario. La exégesis del texto se ve complementada con una serie de *excursus* sobre temas doctrinales y prácticos que precisan de mayor atención y detalle.

En suma, un comentario único, riguroso , extenso e intenso , pero muy práctico y útil a la vez, para todo amante y estudioso de la Palabra de Dios.



• CLASIFÍQUESE: 283 HERMENÉUTICA •
COMENTARIOS DEL NT-APOCALIPSIS
• CTC 01-02-0283-19 • REF 224714 •

ISBN 978-84-8267-558-9

